13523

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO DECIMOSEXTO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION
NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

TOMO XVI.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1863.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético;

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XVI.

ADQUIRIDO POR COMPRA
DE LA PROPIEDAD.

MADRID: 1863.

IMPRENTA DE D. MARIANO GOMEZ FUENTENEBRO,
Cadegada, 6, bajo.

SEÑORES REDACTORES

cuyos artículos figuran en el presente volúmen, y explicacion de las iniciales con que los firman.

A. C.....	D. Angel Castellanos y Lopez.
C. de la V.....	Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de C.....	Castor de Caunedo (D. Nicolás).
G. P.....	D. Gregorio Perogordo.
G. R.....	Garcia Rodriguez (Pbro. D. Juan).
M.....	Marti (D. Miguel).
M. B.....	D. Manuel Béjar.
M. N. y S.....	D. Mariano Nougués y Secall.
O. y O.....	Ovilo y Otero (D. Manuel).
R. y C.....	Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

cuyos verídicos figuran en el presente volúmen, y explicacion de las iniciales con que los firman.

A. C. ..... D. Angel Castellanos y Lopez.
C. de la V. ..... Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C.. Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de C. ..... Castor de Canseco (D. Nicolás).
G. P. ..... D. Gregorio Perogordo.
G. R. ..... Garcia Rodriguez (Pbro. D. Juan).
M. ..... Marti (D. Miguel).
M. J. ..... D. Manuel Bejar.
M. N. y S. ..... D. Mariano Nougués y Secall.
O. y O. ..... Ovilo y Otero (D. Manuel).
R. y C. ..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B. ..... Sanchez Bledma (D. Jose).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

OSB

OSBERT (Fr.), trinitario. Nació este esclarecido religioso y mártir de la fe en la ciudad de Lóndres, segun todas las probabilidades, aunque no puede afirmarse con entera seguridad cuál fuera el punto de su nacimiento por la carencia de noticias. Siendo muy jóven todavía, hallándose dotado de un apacible genio, de muy buen natural y sobre todo de una profunda devocion, trató de abandonar el mundo, cuyos caducos bienes miraba con el mayor desprecio, deseoso de acogerse al puerto de la verdadera salvacion; y al efecto trató de consagrarse á Dios, ofreciendo su existencia al servicio de los altares. Para cumplir su buen propósito tomó el hábito de la órden de la Trinidad en el convento de Santa María de Honslow, cerca de Lóndres, donde hizo su profesion con placer de los superiores, los cuales le aplicaron á los estudios, en los que aprovechó tanto que habiendo sido enviado á la universidad de Oxford, se halló apto muy en breve para oponerse á las cátedras que se hallaban vacantes, logrando se le confiriesen algunas, en las que explicó con notable aceptacion y gusto de los oyentes, pues á más de ser instruido en sumo grado, lo-

graba granjearse la estimacion de cuantos le trataban con su humildad y su modestia. Terminados que fueron sus trabajos escolásticos, en los que hizo amistosas relaciones con Fr. Edmundo, religioso de su misma Orden y perteneciente al convento de Nervis, volvió á su casa de Honslow, donde fué perfectamente recibido. Queriendo sus hermanos de religion significarle el aprecio en que le tenian, le nombraron ministro del convento, cuyo cargo se hallaba vacante, á pesar de que él no tenia parte ni voto en las elecciones por no gozar asignacion de conventual. Hecho el nombramiento y enviado al Provincial para que le confirmase, se halló éste con una reverente súplica de Fr. Osbert, rogando le absolviera de admitir aquel cargo, que desde luego renunciaba, porque no tenia más deseo que proseguir sus estudios y de ninguna manera desempeñar cargos de responsabilidad y honor, donde es tan fácil tropezar y caer en el pecado. Admirado el Provincial de ver tanta modestia, y conociendo la fuerza de las razones que aducia, admitió la renuncia y mandó que la comunidad eligiese otro ministro. Aquí deberemos notar para que admiremos la grandeza de los inescrutables juicios de Dios, que igual suceso aconteció á su amigo Fr. Edmundo, queriendo sin duda la Divina Providencia demostrar que se hallaba ligado en todo el destino de ambos desde el punto que comenzaron á profesarse tierna y estrecha amistad. Sin embargo, no obstante las renuncias, los indivíduos de ambas comunidades deseando poseer á toda costa aquellos santos varones, y vivir bajo su piadosa y acertada direccion, idearon una estratagema que les produjo buen resultado, y fué nombrar á Osbert ministro del convento de Nervis y á Edmundo del de Honslow. Vueltas segunda vez las elecciones á manos del P. Provincial, éste, no obstante la negativa de los agraciados y á fin de que los conventos no permanecieran por más tiempo sin prelados, les mandó aceptar en santa obediencia. Habiéndose hecho cargo de este destino le desempeñaron con el mayor cuidado y solicitud, procurando en todo el aumento espiritual y temporal de las casas que se hallaban encomendadas á su gobierno. Cuando el P. Provincial fué á hacer á los conventos la visita acostumbrada, recordó las instancias que le habian hecho Osbert y Edmundo para no admitir su honroso cargo, y les dijo viendo los notables aumentos que en dichas casas la religion habia experimentado. «Verdaderamente, »Padres, que Dios no quiere que le sirvan en las letras sino en el gobierno y »cuidado de los religiosos. Sirvámosle, pues, en lo que él nos manda y no en »lo que nosotros deseamos.» Con esto cerró la puerta á nuevas reclamaciones, y fuéles preciso continuar desempeñando su ministerio. Terminado el plazo, y en atencion á la buena fama que de ellos se tenia, varios conventos de su Orden desearon vivir bajo su mando, y al efecto rogaron á sus superiores se los enviáran como prelados, accediendo aquellos á tan justa súplica

y teniendo muy gran cuidado de enviarlos á aquellos conventos que más necesitados estaban, porque con su piedad y su acertada direccion dejaban en todas partes notables mejoras y vivos ejemplos de virtud y santidad. Bajo este supuesto fueron prelados sucesivamente en varios conventos de trinitarios de Inglaterra, y despues de haber sido tambien algunas veces definidores de la Orden, en el capítulo general celebrado en el año 1299 fueron nombrados redentores los dos afectuosos amigos. Llenos de gozo con este nombramiento, como si presagiáran la gran victoria que por Dios y por la fe iban á lograr desempeñando tal cargo, honroso á la vez que expuesto, dispusiéronse á llenar dignamente sus obligaciones, y para que redundase su solicitud en provecho de los cautivos procuraron recoger abundantes limosnas y numerosos auxilios de toda especie. Salieron de Inglaterra y se dirigieron á España, donde entónces dominaba la secta mahometana en gran parte de la Andalucía y señaladamente en el reino de Granada, último baluarte del poder musulman en la península ibérica y albergue de donde salian para talar las provincias comarcanas multitud de salteadores haciendo cautivos á los habitantes cristianos, y exigiendo por ellos crecidísimos rescates. Despues de un viaje largo y molesto, aunque la distancia no era mucha, llegaron Osbert y Edmundo á la ciudad de Granada y empezaron á tratar los asuntos de la redencion, contratando la libertad de ochocientos nueve cautivos. Llevados del exceso de su ardiente caridad y amor al prójimo y fiándose sobre todas los cosas en el auxilio divino, hicieron tan gran número de rescates, creyendo tener suficiente dinero para todos ellos. Mas al hacer la entrega advirtieron que faltaba mucho hasta el completo de la total suma. No permitiéndoles su caridad deshacer el convenio ni que los cautivos volviesen á entrar en el dominio de sus tiranos, y siguiendo la piadosa costumbre de los padres redentores, quedáronse en rehenes por la suma que faltaba, ofreciéndose á pasar todas las penalidades de la esclavitud hasta que de su patria remitiesen el dinero que faltaba. Habiendo despachado los redimidos cautivos á su país en unos buques que casualmente se hallaban en Málaga prontos á marchar á Inglaterra, quedáronse los padres entre los desalmados moriscos sufriendo todo género de angustias y penalidades; pues además de sufrir el mal trato personal y la escasez de alimento, puesto que solo disfrutaban la corta racion que los demás esclavos tenian, tomaron sobre sus flacos y débiles aunque piadosos hombros la penosa obligacion de asistir á los cautivos, confortarles y excitarlos á que perseveráran en la fe. Era la codicia uno de los caractéres principales que distinguian entónces y que aún distinguen hoy á los sectarios del falso profeta Mahoma; y no queriendo el rey moro que su tesoro sufriera el más mínimo detrimento puesto que ya habia hecho cuenta con la cantidad que

los padres adeudaban, teniendo formados los asientos de entradas y demás formalidades que en tales casos acostumbran los oficiales del fisco, mandó el soberano que se obligase á pagar aquella cantidad un moro muy rico de Granada, que poseia cuantiosos bienes y que por esta circunstancia se creyó podia aguardar cómodamente venciera el plazo que los Padres habian señalado para la entrega de la cantidad que aún faltaba. No debe extrañar á nuestros lectores semejante determinacion por muy arbitraria que parezca, puesto que el despótico gobierno á que estan sujetos los moros, hace que el rey sea considerado como señor y dueño de las haciendas y vidas de sus súbditos, sin tasa, limitacion ni excusa. Pagó el opulento moro la suma que le pedian, y en garantía se le concedió absoluto dominio sobre los dos Padres. Era el mencionado sugeto hombre de negra alma y de malísimas cualidades, sobresaliendo entre todas el odio profundo que á nuestra santa fe y á sus ministros profesaba. Hallándose un dia en conversacion con varios amigos suyos, se habló de la tardanza que experimentaba la venida del dinero de la redencion, y dijo que de buena gana perderia aquella suma por tener el gusto de quemar vivos á los PP. Redentores. Sus amigos, tan pérfidos como él, le manifestaron que era muy fácil conseguir aquel objeto únicamente con obligarles á satisfacer la deuda ó á renegar en caso contrario. Para animarle á la consumacion del impío proyecto, le decian: de cualquier modo que el negocio se presente logras tu objeto. Si pagan, aseguras el dinero cuya cobranza es ahora tan incierta, y si reniegan alcanzas esta gran victoria para la religion de nuestro profeta Mahoma, que tanto recomienda la conversion de los infieles; y si, lo que es más probable, no tienen dinero y contestan descortesmente á tus amenazas despreciándolas, como los cristianos acostumbran á hacerlo, puedes en castigo de sus blasfemias hacer que los quemen vivos. Parecióle tan bien el consejo al moro, que al punto mandó llamar á los Padres, y delante de sus amigos é infernales consejeros, les pidió que le entregáran la suma que le debian, acompañando su peticion con injurias y denuestos. Los humildes religiosos le contestaron que era imposible acceder á su peticion y entregarle el dinero hasta que de su país se lo remitieran, y que le suplicaban no abrigase la más leve desconfianza respecto del reintegro, puesto que tenia allí sus personas como prendas y rehenes. — Pues en ese caso, si no podeis pagar hoy mismo, contestó el moro, os perdonaré la deuda á condicion de que renegando de la fe de Cristo abraceis la de nuestro santo profeta Mahoma. — Eso no, respondieron á una voz los Padres inflamados de cristiano celo y movidos de santa indignacion. Eso nunca, porque ántes de abandonar la fe de Jesucristo, perderemos gustosos, no una, sino mil vidas que tuviéramos. Satisfecho el moro de lo bien que se le iba preparando su inicuo designio, y procurando

como diablo tentador hacerles hablar en descrédito de su falso profeta, volvió á decirles: «Pues acaso ¿no es Mahoma verdadero enviado de Dios que nos dió el santo Alcoran para salvarnos? Y siendo así, ¿por qué le manifestais tanto desprecio?—No, contestaron los dos ministros del Altísimo. Mahoma es un pérfido embaucador que os dió la inmunda ley del Alcoran para llevaros derechos á los infiernos, donde él se encuentra ardiendo por toda la eternidad.» Oyendo el moro esta para él atrevida respuesta, dicha en presencia de tantos y tan mal intencionados testigos, mandó á los Padres que se retirasen de su vista. Entónces le dijeron sus amigos: «Ya se ha logrado tu designio. Vamos á dar cuenta al Rey de la injuria que á nuestra religion se ha hecho, y ya verás cuán poco se hace aguardar el castigo.» Una de las mayores penas que impone el Alcoran es contra la blasfemia del Profeta ó del libro que sirve de fundamento á la falsa creencia de Islam. Así pues, habiéndose presentado al Rey aquellos miserables, que tan interesados se hallaban en la ruina de los PP. Redentores, dieron su queja que apoyaron muchos pérfidos y numerosos testigos, cuyas declaraciones bastaron para que el Rey mandase aprisionar á Fr. Osbert y Fr. Edmundo, condenándolos sobre la marcha y sin apelacion de ningun género, á desdecirse públicamente y abandonar la fe de Cristo, ó si se negaban, á morir en una espantosa hoguera. Encerrados los Padres en una estrecha mazmorra, sufrieron por espacio de muchos dias mil trabajos y penalidades, siendo la mayor de todas, las visitas que continuamente recibian de parte del Rey para exhortarles á que abandonáran su fe, prometiéndoles honras y distinciones si abrazaban la de Mahoma; pues hay que advertir que los sectarios de este innovador juzgan como una accion meritoria atraer á sus doctrinas á cuantos no las profesan. Nada bastó para conmover el fuerte ánimo de aquellos confesores de Cristo. Ni los ruegos, ni las promesas, ni las amenazas, les hicieron vacilar un solo instante, manifestando que se hallaban dispuestos á perder la vida ántes que faltar á sus sagrados juramentos. Su santa obstinacion irritó más la cólera de sus perseguidores, que solo podia ya satisfacerse con su sangre. Al efecto, y creyendo hacerles el mayor daño cuando abreviaban el instante de que fuesen á gozar en la gloria el premio de su trabajo, llegó al fin el dia del sacrificio, que para mas consuelo de aquellas benditas almas fué en el que se celebra una de las mayores fiestas de la Iglesia, cual es la de la Encarnacion del Hijo de Dios. Sacáronlos de su prision y los condujeron por las principales calles de la ciudad, entre la multitud fanática y tumultuada, que les insultaba con infames dicterios creyendo ejecutar un acto meritorio. Pero ellos, puesta toda su mira en Dios y despreciando cuantos objetos terrenales les rodeaban, marcharon al suplicio con el mayor ánimo y entereza, rogando á Dios admitiese sus almas en el descanso de

paraiso, y haciendo miéntras duró la travesía tiernísimos actos de esperanza y de fe. Llegados á la plaza donde se hallaba encendida la espantosa hoguera en que debian acabar su existencia, haciendo en alta voz protesta de su fe y despreciando las instancias que para salvarlos les hacian aún, se arrojaron ellos mismos al voraz elemento, sin necesidad de que los verdugos les impulsáran, muriendo al poco tiempo sofocados por el humo y volando sus gloriosas almas á recibir de manos de los ángeles la preciosa corona del martirio. Ocurrió su muerte el dia 25 de Marzo del año 1305. Aun los mismos verdugos y encarnizados enemigos que habian procurado su fin, quedaron absortos de ver tanto ánimo y heroismo en aquellos esforzados confesores de la cristiana religion, y el Rey no se atrevió á negarse á las súplicas que le hicieron algunos cristianos de que les permitiera recoger las reliquias de los mártires. Pero su piadoso celo no tuvo el éxito apetecido, porque no queriendo Dios que aquel tesoro quedase en tierra de infieles, dispuso, sin duda por sus altísimos fines, que los cuerpos quedasen reducidos completamente á cenizas, y fué imposible reconocer la más mínima parte de ellos. Su memoria, sin embargo, no perecerá nunca por el gran cuidado que sus hermanos de religion tuvieron de consignar las circunstancias de su vida y martirio en las crónicas inglesas, de donde hemos extractado las presentes noticias. —M. B.

OSBERTO DE DUBLIN (Fr.), trinitario. Este religioso, cuyo verdadero apellido se ignora, puesto que tomó el sobrenombre de la ciudad en que recibió el hábito de la Santísima Trinidad, era natural de Escocia, sin que tampoco conste de qué punto. Fué doctor teólogo, gran penitente y tan perfecto religioso, que se dice de él no haber quebrantado jamás el más leve precepto de la Orden. Vivió siempre muy recogido y entregado á la oracion en el convento de Dumbar, donde falleció en el año 1308, habiendo predicho el dia de su muerte, por lo cual fué tenido su sepulcro en mucha veneracion. Dejó escritos los siguientes libros: *De potestate romani Pontifici;* cuatro tomos. —*De diligendo Deo;* uno. —*In Cántica Canticorum*; cuatro. *In Evangelio Marci*; dos. —M. B.

OSBERTO PICKENGHAM, religioso carmelita, inglés de nacion, y doctor de la universidad de París en el siglo XIV. Escribió, segun Pitseus en sus *Escritores ingleses*, sobre el Maestro de las sentencias y varios tratados de teología, y murió el año 1330. —C.

OSBERTO (Fr. Eduardo), trinitario y obispo de Bristol. Fué natural de Inglaterra, y probablemente de la ciudad de Lóndres, puesto que tomó el hábito de la santísima órden de la Trinidad, en el convento de Sta. María de Honslow, que se hallaba muy próximo á aquella capital. Luego que hubo profesado, advirtiendo los superiores su talento y buena disposicion para el

estudio, le enviaron á cursar las ciencias á la famosa universidad de Oxford, en la que se hizo notable por su aplicacion y su sabiduría, llegando á recibir el grado de doctor en aquel distinguido cuerpo científico. Vuelto á su convento, desempeñó sucesivamente varios cargos y prelacías, mereciendo tanto crédito, que por la buena fama que se tenia de él, el sumo pontífice Onorio IV le nombró en 1282 obispo de Bristol, cuyo alto cargo desempeñó con el mayor celo y esmero, consiguiendo merecer el aprecio de los soberanos y el cariño de los pueblos. Murió con notable crédito de bienaventuranza en el año 1304, y fué honrosamente sepultado en una tumba de mármol, colocada en la iglesia catedral de la diócesis. En medio de sus muchas y graves ocupaciones consagró largas horas al estudio, dejando al mundo, por fruto de sus vigilias, las siguientes obras: *De diligendo Deo*; *De fide*; *De ante-Christo*; las que seguramente se han perdido, porque ni han llegado á publicarse, ni se tiene de ellas otra noticia que las suministradas por los cronistas de la religion trinitaria. — M. B.

OSEAS, hijo de Beeri, el primero de los doce profetas menores. S. Epifanio supone que era de la ciudad de *Belemotd*, en la tribu de Issachar, que seguramente es la misma ciudad de Beelmeon hácia Esdrelon, situada en la misma tribu. Los rabinos suponen que *Beera*, mencionado en los Paralipómenon, era su padre, príncipe de la tribu de Ruben, cuando Teglathphalassar condujo cautivas algunas tribus de Israel, asercion que si fuese cierta, debiéramos decir que Oseas perteneció á la tribu de Ruben, y que era natural de Beelmeon, á la otra parte del Jordan. Este profeta habia morado mucho tiempo en el reino de Samaria, y la mayor parte de sus profecías se refieren á este estado, aun cuando algunas sean relativas al reino de Judá. Al principio de sus profecías se lee que su mision se cumplió en los reinados de los reyes de Judá, Ozías, Joatan, Achaz, Ezechías y Jeroboan II, rey de Israel, lo que induce á creer que si Oseas profetizó durante los reinados de todos estos soberanos, debió llegar á una edad muy avanzada, puesto que desde el principio del gobierno de Ozías hasta el fin del reinado de Ezechías media un espacio de ciento doce años. Y si á esto añadimos los de los veinte ó veinticinco que Oseas debia tener al ménos cuando empezó su mision profética, tendremos que sus dias fueron de ciento treinta y dos á ciento treinta y siete años. Y aun cuando quitásemos diez años del reinado de Ozías y otros tantos de Ezechías, durante los cuales no hubiese podido profetizar, siempre quedarian ciento doce ó ciento quince años, número bastante considerable, que no se halla justificado en ninguna parte de las profecías de este *vidente*. Además, dice un autor, ¿por qué titular los vaticinios de este profeta *profecía de los reinados de los reyes de Judá*, cuando es sabido que no vivió bajo su imperio? Hay fundados motivos para creer que el

titulo no es de Oseas, y sí de algun copiante antiguo, y que la obra verdadera de este profeta empieza con estas palabras: *Principium loquendi Domino in Osee*, y así lo creen comentadores de mucha nota, pudiendo conjeturarse que no empezó su carrera hasta el fin de Joroboan II, rey de Israel. Este profeta fué el primero que escribió sus profecías, ejemplo muy útil y que habiéndole seguido los demás ha podido llegar hasta nosotros el conocimiento de una infinidad de sucesos relativos á los reinos de Judá, Israel, Babilonia, Nínive, Idumea, Egipto, Moab y Abnon, acerca de los cuales la historia profana no arroja ninguna luz por la sencilla razon de que no alcanza á tiempos tan remotos. Llenas de oscuridad son las noticias que se saben de la vida de este profeta, no siendo el menor de los hechos de su vida que ha fatigado el ingenio de los más sabios comentadores, su primer matrimonio con Gomer, á quien llama en su profecía *mujer de prostitucion*. La ley prohibia expresamente casarse con una prostituta, y en el sentido que tomamos esta palabra ni con una idólatra; y los impíos se han servido capciosamente de este versículo para venir sustentando que Dios no solamente permite, sino que ordena lo contrario de su ley. Pero ¿qué dice el texto? «Vé y toma por mujer á una pública ramera, y haz tuyos los hijos »de sus fornicaciones, porque la tierra fornicando fornicará contra el Se»ñor.» Estas palabras han sido tan torpe como malamente interpretadas, porque es sabido, y lo atestiguan los mismos escritos de los profetas, que estos para designar la idolatría se servian casi siempre de las palabras *fornicacion y adulterio*, epítetos infames que solo podia merecer una tierra que para abandonar la alianza del Señor se habia prostituido vergonzosamente á los ídolos. Es la tierra la que se prostituye, y la mujer con quien el profeta debe casarse no es una prostituta, sino una mujer de la *tierra de la prostitucion*, cuyos hijos, que nacerán de este matrimonio, serán por la misma razon hijos nacidos en la tierra de la prostitucion, es decir, en la *tierra de la idolatría*; y Dios, que desde mucho tiempo amenazaba á Israel con terribles castigos para arrancarle de su monstruosa impiedad, se sirve aún aquí del ministerio de Oseas á fin de conseguir este objeto. Toma, pues, una mujer de esta tierra culpable, y el profeta obedece y se casa, y tiene hijos que el mismo Jehová designa al primero con el nombre de Jezrael ó *brazo de Dios*, á la segunda *no más misericordia*, y al tercero *tú no eres ya mi pueblo*: nombres que aludian á la suerte que reservaba al reino de Samaria. Hé aquí el designio del Señor: este era el objeto del matrimonio misterioso que ordenaba á su profeta. El mismo Oseas nos dice que más adelante amó una mujer adúltera, que en efecto la compró, y le dijo estas palabras: «Muchos dias me aguardarás, no te prostituirás ni te desposarás con otro, y tambien yo te aguardaré á ti.» El espíritu y tono de estas pala-

bras nos indican que es una vision profética y aun símbolo, segun el mismo Oseas declara. En efecto, ¿qué tiene de licencioso é inmoral este lenguaje? La figura de un hombre que aparta á una mujer del libertinaje para elevarla al rango de esposa legítima, de un hombre que impide la continuacion de los desórdenes de una mujer, obligándola á vivir en la continencia con la esperanza de un matrimonio puro y legítimo, ¿qué tiene de imágen de escandaloso? La expectacion de esta mujer es una figura, es una verdadera parábola. Así lo indica el mismo profeta cuando añade: «Porque muchos »dias estarán los hijos de Israel sin rey y sin príncipe, y sin sacrificio y sin »altar, y sin ephod y sin teraphines: y despues de esto volverán los hijos »de Israel y buscarán al Señor su Dios y á David su Rey, y se acercarán con »temor al Señor y á sus bienes en el fin de los dias.» Oseas presenció no solo la primera cautividad de las cuatro tribus llevadas por Teglatphalasar, sino tambien la toma de Samaria, la extincion del reino de Israel, en donde habia nacido, y el cautiverio de las diez tribus arrebatadas por Salmanasar: pasado este tiempo, continuó aún profetizando, segun afirma S. Gerónimo. Los primeros versículos del cap. I de sus profecías se refieren á la muerte de Zacarías, rey de Israel, y á las calamidades que afligieron su reinado. En los siguientes habla del cautiverio de las tribus como de una desgracia general; pero predice luego la libertad y vuelta del cautiverio. Con qué energía pinta los desórdenes y los vicios que habian corrompido á la nacion. «Oid la palabra del Señor, hijos de Israel, porque »el Señor va á hacer juicio con los moradores de la tierra; porque no »hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. La »maldicion y mentira, homicidio, robo y adulterio la inundaron, y »un homicidio se toca con otro homicidio. Por esto se enlutará la tier»ra y enfermará todo el que mora en ella, con la bestia de campo y »con el ave del cielo, y aun los peces de la mar serán recogidos... Y caerá »tambien el profeta contigo..... Calló mi pueblo, porque no tuvo saber: »porque tú desechaste la ciencia, yo te desecharé á ti, para que no ejerzas »mi sacerdocio; y pues olvidaste la ley de tu Dios, yo tambien me olvidaré »de tus hijos. Segun se multiplicaron ellos, así multiplicaron sus pecados »contra mí: su gloria la trocaré en ignominia. Comerán los pecados de mi »pueblo, y á la maldad de éste levantarán sus almas... Sobre las cimas de los »montes sacrificaban y sobre los collados quemaban perfumes: debajo de »la encina, del álamo y del terebinto, porque les agradaba su sombra, »por eso se prostituyeron vuestros hijos y vuestras esposas se adultera»ron...» Las iniquidades de Samaria y de Ephrain ocasionaron su destruccion. Oseas, despues de haber lanzado á su rostro tan sangrientas amenazas, advierte á los israelitas que todos sus esfuerzos serán vanos, llamando á su

socorro al egipcio y al asirio para sustraerse de la venganza del Señor. Ni la fueza del extranjero, ni el vigor de sus caballos podrá salvarles, cuando sonará la hora de la expiacion. El Profeta les vaticina tambien que despues de la destruccion del país se verán obligados á refugiarse en Egipto, porque allí hallarán una muerte inevitable; y que sus becerros de oro serán ignominiosamente derribados, hollados con los piés y conducidos á Asiria. Aun cuando el Profeta truene principalmente contra las hijos de Israel, no olvida tampoco los desórdenes y la idolatría de Judá. Le anuncia, pues, la venida de Sennacherib con estas palabras: «En vano, le dice, multiplicas »tus fortalezas; el fuego de la cólera divina consumirá tus ciudades y devo»rará tus casas.» Finalmente, predice de una manera clara el futuro cautiverio de Judá, su duracion y regreso de Babilonia, el restablecimiento del culto del verdadero Dios, la duracion y la vocacion de los gentiles. «¡Oh Israel! »conviértete al Señor tu Dios, porque caiste por tu maldad; tomad con vos»otros palabras y convertíos al Señor, y decidle: quita toda iniquidad, re»cibe este bien, y te ofrecemos sacrificios de nuestros labios. Asur no nos »salvará, no subiremos en caballo, ni diremos en adelante: Dioses nuestros »las obras de nuestras manos, porque tendrás misericordia de aquel pupilo »que en ti reposa. Sanaré las llagas de ellos, los amaré por pura gracia, »porque mi furor se ha apartado de ellos. Seré como rocío, Israel brotará »como el lirio, y su raíz arrojará como las raíces del Líbano. Se difundi»rán sus ramas, y su gloria será como la del olivo, y su olor como el del Lí»bano. Se convertirán sentados á la sombra de él; se alimentarán con trigo »y brotarán como la viña; la memoria de su nombre como el vino del Lí»bano. Ephraim, ¿qué tengo ya que hacer con los ídolos? Yo le oiré, yo le »enderezaré como á abeto verde: de mí fué hallado tu fruto. ¿Quién es el »sabio, y entenderá estas cosas? ¿El entendido y sabrá esto? Porque los ca»minos del Señor son rectos y los justos andarán por ellos; mas los prevari»cadores en ellos caerán.» Las profecías de Oseas son generalmente muy oscuras, así por la distancia á que estan de nosotros los hechos que cuenta y á la falta de conocimiento que tenemos de las costumbres de su época, como por su lenguaje especial. Aunque es vivo y preciso el Profeta, pasa con demasiada rapidez de un tiempo á otro, y de un hecho á otro muy distinto. S. Gerónimo halla su estilo corto y sentencioso: *Osee commaticus et quasi per sententias loquens.* Generalmente deja al lector el trabajo de adivinar su pensamiento, y con mucha frecuencia se halla el sentido suspenso y los períodos imperfectos. Es verdad que no le faltan rasgos enérgicos y atrevidos y comparaciones muy hermosas, pero se cuida muy poco de aplicarlas ó sacar de ellas las consecuencias; de modo que con dificultad se puede admirar toda su belleza y saber el punto fijo donde se dirige. Se cree que este pro-

feta falleció por los años 784 ántes de Jesucristo, contando la edad de más de ochenta años. Los griegos celebran su fiesta en 7 de Octubre y los latinos en 4 de Julio.—M.

OSEAS, último rey de Israel. Fué hijo de Ela y conspiró contra Phaceo, hijo de Romelia, rey de Israel, en el año del mundo 3265, ántes de Jesucristo 735, ántes de la era vulgar 739 (IV Reg., XV, 30). Asesinó á su legítimo soberano y se apoderó de sus estados, no para hacer el bien de sus súbditos sino para obrar lo malo delante del Señor, segun la Sagrada Escritura. Sin embargo, no llegó su impiedad á la de algunos de sus predecesores, que prohibieron á sus vasallos, como afirman los autores judíos, pasar á Jerusalen á tributar culto al Señor bajo penas muy severas, y poniendo guardias en los caminos públicos para impedirles el paso. Habiendo sabido Salmanasar, rey de Asiria, que Oseas trataba de declararse independiente y sacudir el homenaje que el reino prestaba á aquel rey, á cuyo fin se habia puesto ya de acuerdo Oseas con Sua, rey de Egipto, marchó contra él, devastó el país y puso sitio á Samaria. Este sitio empezó en el año del mundo 3279, ántes de Jesucristo 721 y ántes de la era vulgar 725. La ciudad fué tomada despues de tres años de asedio, y en el noveno del reinado de Oseas, Salmanasar cometió contra los israelitas las más horrorosas é inauditas barbaridades, hasta el extremo de abrir el seno á las mujeres embarazadas y aplastar contra las piedras el tierno fruto de sus entrañas. Samaria fué convertida en un monton de ruinas y el rey de los asirios trasladó á la otra parte del Eufrates á los israelitas de las diez tribus, enviando á poblar la ciudad desierta habitantes de Babilonia, Cutha, Avah, Emath y Sepharvaim. Expuestas las nuevas colonias á las correrías de los leones y otras fieras que infestaban el país de Samaria, creyeron en su supersticion que padecian este azote, porque ignoraban el modo como el Dios de aquella tierra queria que se le adorase, y desearon ser instruidos en la ley de Moisés. Assaradon, sucesor de Sennacherib, les envió un sacerdote que pertenecia á las tribus cautivas; pero en lo sucesivo mezclaron con la religion que les habia enseñado una infinidad de prácticas supersticiosas é impías. De este modo tuvieron cumplimiento las amenazas que Dios les habia hecho por su vida criminal. La cronología del reinado de Oseas se halla en la mayor confusion, por estar en oposicion algunas fechas indicadas en la Sagrada Escritura. En el libro IV de los Reyes, cap. XV, versículo 30, se dice que Oseas empezó á reinar en el vigésimo año de Joatham, hijo de Ozías; esto es, en el cuarto de Achaz, puesto que Joatham, su padre, habia muerto cuatro años ántes, y de consiguiente no habia reinado más que diez y seis; pero en el cap. XVII, versículo 1.° del mismo libro, se lee que empezó á reinar en el duodécimo de Achaz; y en fin, en el libro IV de los Reyes, cap. XV, versículo 27, se

dice que Phaceo reinó tan solo veinte años. Sin embargo, si el último año del reinado de este monarca y el primero de Oseas concurre con el vigésimo de Jonathan (IV Reg., XV, 30), tendremos que Phaceo habia gobernado veintidos años, porque Joathan no empezó á reinar hasta el segundo del imperio de aquel monarca (IV Reg., XV, 32). Para conciliar estas divergencias puede decirse fundadamente que Oseas conspiró contra Phaceo en el vigésimo año de este príncipe, que era en el diez y ocho despues de Joathan. Oseas tardó aún dos años en apoderarse de los estados de Phaceo; de modo que no fué reconocido rey sino dos años despues, esto es, el cuarto de Achaz y el vigésimo de Israel. Finalmente, en el duodécimo año del reinado de Achaz imperó Oseas tranquilamente sobre todo Israel, conforme al capítulo XVII, versículo 1.° de dicho libro.— M.

OSEMBRUCK (Fr. Teodorico), franciscano. Este esclarecido religioso, honra y ornato de la seráfica familia, fué natural de la ciudad de Alemania que lleva el título de su apellido. Tomó el hábito de los Menores franciscanos en el convento de Colonia, y recibió las órdenes sacerdotales, apenas hubo concluido sus estudios, en los que se hizo notable por su aplicacion y su privilegiado talento, motivos que le hicieron adquirir un gran caudal de mística sabiduría. Tuvo un profundo y exacto conocimiento de las sagradas letras, y se ejercitó en la predicacion con notable fruto de las almas, pues dirigiendo sus pláticas particularmente al pueblo y gente poco instruida, se adaptaba á sus costumbres y á su inteligencia; y si no brillaba por su elocuencia y por el empleo de los adornos oratorios, sus discursos rebosaban en cambio tal uncion y manifestaban hallarse el orador tan inspirado del espíritu divino, que todos se dejaban llevar de su dulce persuasion, y fueron sin número las almas que abandonaron las sendas del pecado para volver sus ojos á Dios. No hubo en su tiempo en toda la Alemania predicador que le igualase, por lo cual la Orden le instituyó misionero general de todo el país germánico. Hallándose en su convento de Colonia, escribió á instancias de Herman, arzobispo de la ciudad, varios opúsculos religiosos llenos de uncion y de mística elocuencia. Entre otros varios citaremos los siguientes: *De passione Domini.— Manuale simplicium.— De exercicio interiori.* No se sabe si alguna de estas obras ha llegado á publicarse; pero no se conocen en nuestro idioma, ni hablan de ellas los biográfos de la religion, que han formado catálogos en nuestros dias; puesto que las presentes noticias son debidas á autores contemporáneos del mencionado religioso, que falleció en Colonia en el año 1494.—M. B.

OSERNE, religioso de la órden de S. Benito. Floreció en el siglo XII, y dió pruebas de sabio y profundo teólogo en los varios comentarios que compuso sobre diferentes libros de la Escritura Sagrada.—M.

OSINO (Fr. Bernardo de), capuchino. Fué natural de la Marca de Ancona en los Estados Pontificios, sin que conste ninguna circunstancia de su vida ántes de entrar en la religion de los Menores capuchinos, en la que tomó el habito siendo ya de edad madura, lo cual le sirvió para adelantar mucho más que otros en el camino de la perfeccion, puesto que ya estaba aleccionado en la escuela del desengaño y desprecio de las pompas y vanidades de este mundo. Supónese que habia recibido en su juventud una esmerada educacion, pues á muy poco de su entrada en la Orden, fué investido de la dignidad sacerdotal, empezando con tan felices auspicios á caminar por la senda que muy en breve habia de llevarle á la cumbre de la perfeccion, y á ser uno de los más bellos ornatos del instituto del Patriarca de Asís. Demostró su fervor religioso con la estrechísima observancia de la regla y constituciones de la Orden, ejecutando todo lo que ellas previenen con tan nimia escrupulosidad, que jamás faltó á la más mínima prescripcion, y si en algunas ocasiones, ya por hallarse desempeñando alguna comision importante, ya por estar de camino, no cumplia con el rezo ó se aplicaba la disciplina, en aquel mismo dia, á cualquier hora que fuese y apenas se desembarazaba algun tanto, llenaba aquella imprescindible obligacion, pagando muchas veces con usura la deuda que habia contraido con su deber y su conciencia. A su extremado celo por la observancia regular añadia las virtudes de la humildad, de la abstinencia y de la más estrecha pobreza; virtudes que poseia en altísimo grado, siendo su austeridad tan grande que no solamente se prohibió el uso de aquellos manjares que le parecian ser muy regalados, sino que ni aun queria verlos, observando en esto aquellas palabras del Apóstol que dicen: «El que pelea para vencer ha de abstenerse de todas las cosas.» (Cor. II, 25.) Asi fué que hallándose desempeñando el cargo de guardian en algunos conventos de la Marca, se negaba á admitir las limosnas que los fieles les llevaban cuando consistian en carne, huevos, pescado ú otros manjares, que pudieran excitar el apetito; pues aunque en los demas conventos se tomaban para regalo y comodidad de los enfermos él no queria quebrantar, ni aun con justísima causa, los austeros propósitos que determinára realizar. Su economía era igual á su frugalidad, pues conociendo que el verdadero pobre debe cuidar del aprovechamiento de cuantos objetos puedan utilizarse, muchas veces se le veia recogiendo hasta los palos y pequeños trozos de leña, que, como inútiles, se dejaban en la huerta ó en los bosques inmediatos al convento, considerando que para la pobreza nada es inútil y despreciable. Aunque parecia imposible llevar á más alto grado la abstinencia con el mezquino alimento que tomaba, consistente en unas pobres yerbas ó escasas legumbres, él procuró adelantar á todos los que habian practicado el más rigoroso ayuno, y jamás

satisfizo su hambre, ni aun con solo pan, por no dar á su cuerpo complacencia alguna ni aun cometer por vislumbre el feo pecado de la gula. Recordaba que la hartura del cuerpo es el orígen de las faltas del alma, puesto que el regalo y la molicie previenen los ataques de la lujuria y la ruina de la castidad, recordando al efecto que el profeta Ezequias (XVI, 41) señala como causa de las terribles abominaciones de Sodoma y de las demás ciudades nefandas el regalo de las mesas y el excesivo abuso de los manjares suculentos. Para evitar pues estos riesgos, á más de los ayunos ordinarios prescritos por las constituciones, ayunaba á pan y agua todos los viernes del año en memoria de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, todas las vigilias de las festividades de nuestra Señora y las de los muchos santos á quienes tenia particular devocion. Llegó tambien la aspereza con que trataba su cuerpo al más alto grado que pudiera imaginarse; pues aunque el frio perjudicaba mucho á su delicada complexion, jamás quiso ponerse un hábito nuevo, usando siempre el más roto é inservible que hallaba en el convento, deseoso de imitar en todo la pobreza y desnudez, que en vida y en muerte predicára y sufriera el Redentor del universo, manifestando de este modo ser varon verdaderamente apostólico. Un prodigio que le ocurrió estando de viaje, manifestó cuán agradable era para Dios aquel ejemplo de penitencia. Trasladándose desde Francia á Roma en una de las más crudas épocas del año, y hallándose él y su compañero cerca de Aviñon, entumecidos por el hielo y sin poder dar un solo paso, sintieron que los llamaban, y volviendo la cabeza vieron un mancebo que traia en la mano una olla de lumbre y que les dijo: «Padres, acérquense á ese fuego y caliéntense, que el frio es por demás excesivo.» Vieron en esto una gran hoguera encendida en medio del campo, á la que se aproximaron para remediar su necesidad; y cuando quisieron dar las gracias al mancebo notaron que este habia desaparecido, persuadiéndose por lo tanto que era algun angélico enviado. La humildad, en fin, guardaba correspondencia con las antedichas virtudes, buscando solamente ocasiones de ser despreciado, y así no dejaba pasar ninguna en que pudiera demostrar la poca estima que de sí hacia, y cuán grande era su anhelo de que todos le despreciáran. Aunque se hallaba desempeñando el cargo de superior, procuraba siempre ocuparse en los oficios más bajos y viles del convento, y muchas veces hallándose celebrando capítulo, á fin de aniquilar los más leves ímpetus de presuncion que pudieran asaltarle, poníase de rodillas delante de los religiosos y se aplicaba la disciplina con notable asombro y admiracion de todos los circunstantes, siendo tan notoria y reconocida su virtud y su piedad: cuando Fr. Matías de Solodurno partió á Francia el año 1526 á proseguir la obra de las fundaciones de la Orden, quiso darle

parte en aquella santa obra, y le encargó al efecto el régimen de la provincia de París, en la que habia principiado la fundacion Fr. Pacífico de Bresa, conociendo no podia fiarse á mejor persona aquella apostólica tarea, bien seguro de que la Orden experimentaria notables aumentos bajo su régimen y enseñanza. El éxito demostró muy en breve cuán acertada habia sido aquella eleccion, pues empezaron á brillar tanto las acciones de Fray Bernardo, que no solamente el pueblo, sino tambien los reyes y los potentados de la corte le consagraban sus afectos de admiracion y de cariño, venerándole como á un verdadero varon apostólico y de notoria santidad. Entre las perfecciones que atesoraba fué notable el juicio que de las cosas y de los negocios hacia, y el acertado consejo con que disponia el favorable éxito de los más árduos negocios, siendo tan estimado por estas cualidades en la Orden, que apenas marchó de París el P. Bresa, primer provincial de los capuchinos en aquella ciudad, fué elegido para sucederle Fr. Bernardo en el capítulo celebrado en 1581, obteniendo la honra de ser el segundo que representó la recien fundada y seráfica Orden en la provincia de la capital de Francia. Reinaba por entónces en este país el rey Enrique III, el cual apenas hubo conocido el tesoro de piedad, virtud y sabiduría que en aquel varon se encerraba, prendado al mismo tiempo de su afable trato y provechosa conversacion, le dió las más señaladas pruebas de su alto aprecio, consultándole muchas veces en importantes negocios. La reina Luisa tambien acostumbraba tener con él largas conferencias, de las que segun ella misma confesó, quedaba altamente encendida en el amor de las cosas del cielo, despreciando las del mundo. Sus palabras, pues, eran oidas como las de un oráculo celeste; y muchas veces el Rey, siguiendo los pareceres que él daba, aun contra el dictámen de sus ministros y consejeros, obtuvo muy brillantes resultados. La fama de su virtud y santidad fué confirmada por varios portentos, entre los que citaremos el siguiente. Acostumbraba el siervo de Dios colocar por Navidad en la iglesia del convento unos nacimientos muy primorosos, con objeto de llamar la atencion aun de los ménos devotos, para de esta manera guiarlos por el camino de la salvacion, conociendo que el vulgo ignorante necesita que le hablen primero á los ojos del cuerpo para que comprendan los del alma. Surtió tan buen efecto aquella idea, que era innumerable la gente que acudia al templo á recrearse con aquel devoto espectáculo; y aun los reyes, guiados por la voz de la fama, fueron á admirarle un dia. Estando los soberanos en la iglesia se introdujo un endemoniado entre la multitud, el cual empezó á dar gritos y á inquietar á los circunstantes. Mandó el siervo de Dios al espíritu maligno que abandonase aquel cuerpo donde tan tiránicamente reinaba, y al punto obedeció Satanás, quedando el hombre libre de su pena, y Fr. Bernardo con más acrisolada

fama de virtud y santidad. Gobernó la provincia de Paris por dos veces con tan maravillosa piedad y virtud, y á la vez con tan grande prudencia, que adelantó mucho las fundaciones é introdujo en las comunidades la más estricta observancia de la seráfica regla, logrando al mismo tiempo producir gran fruto en beneficio de las almas, ya con su predicacion elocuente y persuasiva, ya con el ejemplo de su austera é impecable vida. Continuamente dirigia á sus religiosos tiernas pláticas acerca de la santa pobreza, del contínuo ejercicio de la oracion, y de los medios que debian adoptarse para conservar la pureza del alma. El ejemplo autorizaba las palabras; porque respecto de la pobreza, no podia manifestarse de un modo más completo y ostensible, puesto que su hábito, sus sandalias, su breviario y los pobres objetos que para su uso estricto se permitia, no podian ya ser más humildes, ó mejor dicho, más despreciables, huyendo con sumo cuidado de todo lo que podia tener la más leve apariencia de pulcritud y de esmero. Tambien se distinguió en el contínuo ejercicio y práctica de la oracion; pues residiendo en el convento de Mondovi, se retiraba á unos oratorios solitarios que hay en él; y allí, apartado de la conversacion y trato de los seglares y religiosos, se estaba retraido y orando por espacio de muchos dias, habiendo ocasiones que permaneció por espacio de dos semanas, y en otras hasta cuarenta dias, sin hablar con nadie más que con Dios, y meditando en las excelencias de la Trinidad y en su infinita misericordia, procurando adquirir medios para conseguir su eterna salvacion. Estos ejercicios producian notabilísimo fruto, pues como no distraia en ningun objeto sus sentidos y potencias, tampoco se disminuia en nada la pureza de su alma, ántes por el contrario, aumentábase tanto en él esta preciosa cualidad, y crecia tanto su perfeccion evangélica, que muchos y muy autorizados testigos de la religion aseguraban que en varias ocasiones, cuando iba á confesarse, le vieron despedir de su rostro vivísimos resplandores, comprobándose de este modo la existencia de las celestiales luces que iluminaban su entendimiento. No ménos dignas de admiracion eran en él las virtudes de la paciencia y de la constancia, las que demostró con toda extension al principio de las fundaciones hechas en la provincia de Paris, pues el demonio, furioso por ver que aquella escogida milicia del Altísimo iba á arrancarle muchas presas, concitó contra sus individuos al ignorante vulgo, que les trataba como á seres ridículos, despreciándolos como si fuesen dignos de mofa y de escarnio. Muchas veces ocurrió que los jóvenes, principalmente pajes y donceles, no contentos con motejar á los capuchinos, diciéndoles feas palabras y picantes dicterios, se apoderaban de Fr. Bernardo en la calle, y tirándole del capucho le traian á una parte y á otra con gran risa y algazara, sin que el santo varon se resistiera, sufriendo aquellas burlas con la mayor mansedumbre y

no desistiendo de seguir trabajando en la propagacion de la Orden por más reveses que sufriese y más obstáculos que encontrase. Decia misa Fr. Bernardo todos los dias con la mayor devocion y exhortaba á los demás sacerdotes á que celebrasen con toda la posible reverencia aquel augustísimo sacrificio, viva memoria de la pasion de Jesucristo y claro testimonio de su amor y su caridad hácia el triste género humano. Cuando instruia á los jóvenes religiosos en la importante ciencia de la salvacion, aconsejábales que repitiesen muy á menudo unas devotas jaculatarias que él mismo habia compuesto, y que demuestran cuán grande era el encendido amor que su alma profesaba á nuestro Señor Jesucristo. Sencillas son estas palabras y desnudas de la elegancia retórica y de las galas poéticas; pero tan tiernas como sencillas, aseméjanse á los dulces arrullos de la amante paloma que en el divino amor se abrasa y tiene un encanto especial, y óyense como el eco de una celestial armonía que allá á lo léjos resuena. No podemos ménos de consignar aquí las dichas jaculatorias, bien seguros que nuestros lectores gozarán al leerlas el mismo placer que nosotros hemos experimentado, y que saborearán con el alma la misteriosa dulzura que contienen. Véanse, pues. «Señor Jesús, recibe mi espíritu. —Vida mia, recibe mi alma.—Gozo mio, atrae mi corazon. —Dulce mantenimiento mio, conviérteme en ti. —Dulce néctar mio, embriágame. —Luz de mis ojos, alúmbrame. —Amor mio, inflámame.—Deseado mio, ven á mí.—Dios de mi corazon, poséeme. —Dios mio, entra en mí para que nada entienda, conozca ni ame sino á ti.» De esta manera se explicaba aquella bendita alma, que á la par del amor de Dios sentia el amor á los humanos, el cual se manifestó muy palpablemente con motivo de las guerras y disturbios que los partidos políticos y religiosos suscitaron en Francia al finalizarse el siglo XVI, procurando, en cuanto de su parte estaba, aquietar los ánimos y extinguir las turbulencias que tantos males presagiaban á la nacion. Al efecto, en una ocasion que amenazaba un terrible conflicto, despues de consultar á Jesús, su divino oráculo, congregó en París una multitud de religiosos de la Orden, y dispuso una solemne y devota procesion para pedir á Dios la paz y tranquilidad de aquel combatido reino. Ordenada la santa comitiva, salieron los religiosos de París, dirigiéndose al convento carnotense, que distaba diez y ocho leguas de la capital, caminando todos á pié descalzo, con sogas al cuello y entonando tristes salmos, con los que invocaban la divina piedad, la suma misericordia. Iba á la cabeza de la procesion Fr. Angel de la Joyeuse, aquel santo varon, que renunciando la pompa y los regalos del mundo con su dignidad de duque, habia venido á colocarse entre los pobres de Cristo, el cual llevando coronada la frente con una diadema de espinas, sostenia en sus delicados hombros el peso de una gran cruz. Semejante espectáculo con-

movió grandemente al pueblo é hizo conocer con sobrada claridad cuán grande era el deseo que Fr. Bernardo tenia de cimentar la paz y la tranquilidad del país. Dios, sin embargo, no permitió que tan buenos deseos lograsen el éxito apetecido. La Francia, sin duda para castigo de sus muchos pecados, se vió combatida y casi aniquilada por los que, negando los dogmas principales de nuestra sagrada religion y de nuestras verdaderas creencias, pretendian sentar sobre firmes bases las perniciosas doctrinas de Lutero, Calvino y demás pérfidos heresiarcas que abortára el infierno en aquella época para castigo del mundo. Despues de haber gobernado Fr. Bernardo por espacio de seis años la provincia de París con notable acierto, mereciendo el aplauso general y la comun estimacion, y despues de haber echado los fundamentos para establecer y propagar la religion de los capuchinos en Flandes y en la Lorena, volvió al convento de la Marca, donde perseveró hasta el fin de sus dias, ejercitándose en sus acostumbrados actos de piedad y devocion, y predicando la divina palabra con notable provecho de los que recibian el suave rocío de su evangélica elocuencia. Agradeció tanto la Divinidad los servicios que la prestaba el esclarecido religioso, que quiso premiar sus méritos en esta vida, haciendo por su intercesion muchos milagros en enfermos y poseidos del demonio, de lo cual se conservaron por largo tiempo testimonios auténticos y fehacientes. Finalmente, habiendo cumplido los sesenta y cuatro años de una vida consagrada al servicio de Dios y empleada en el bien de sus prójimos, descansó en paz, muriendo como habia vivido, confiado en que la divina misericordia no dejaria de galardonarle cumplidamente sus inmensos y meritorios trabajos. Murió en el antedicho convento de la Marca de Ancona, donde tomára el hábito por el año 1590. —M. B.

OSIO, llamado por S. Atanasio el príncipe de los concilios, el terror de los herejes y el padre de los obispos. Nació en España el año 257 ó 256 como dicen algunos historiadores, y fué prelado de Córdoba por los años 295. Nada se sabe de la juventud de este ilustre obispo y la historia solo empieza á hacer mencion de su nombre cuando el concilio de Illíberis, á cuya asamblea concurrió por su calidad de prelado. La constancia con que confesó la fe de Jesucristo durante la persecucion de Maximiano y el esplendor de su sabiduría esparcieron la fama de su nombre por todas las iglesias de la cristiandad; de modo que el soberano pontífice le envió cerca de Constantino *el Grande*, por que la religion tuviera en aquellas circunstancias tan delicadas de la época otro defensor ilustre. El Emperador prendóse tanto de las virtudes de Osio, que depositó en el su confianza, recibiendo del mismo las instrucciones que le condujeron al camino de la fe. A la sazon la iglesia de Alejandría era presa de los más graves disturbios, y este sobe-

rano, que deseaba de corazon remediar tantos males, eligió á Osio para que pasára á aquella ciudad en su nombre y llevando cartas suyas, postergando en esta ocasion á Eusebio, cuyo carácter revoltoso y parcial no era el más á propósito. Osio trató de imponer silencio á los partidarios de la novedad y confirmar á los pastores el derecho inajenable de enseñar la fe constante de la Iglesia; pero era tal la fermentacion que reinaba en los ánimos, que volvió á Nicomedia, residencia del Emperador, sin haber reconciliado más que al sacerdote Canuto, autor de otro cisma, que suponiéndose obispo hacia mucho tiempo que ordenaba sacerdotes. Osio en este concilio de Alejandría se esforzó para que adoptasen la práctica comun cuantos se obstinaban en celebrar la Pascua, á imitacion de los judíos, el 14 de la luna en cualquier semana que cayese; pero no fué más feliz en esto que en convencer á los arrianos. El Emperador, que veia aumentarse cada dia en Oriente el número de sectas y sectarios, llamándose unos arrianos, otros cuartodecimonos, otros donatistas, otros audianos, otros antropomorfitas, etc, convocó un concilio general, que ocupa el primer lugar entre los ecuménicos, en la ciudad de Nicea, una de las principales de Bitinia. Numerosos fueron los obispos á quienes invitó el Emperador; y en representacion del Soberano Pontífice cuya edad avanzada no le permitia asistir personalmente á aquella asamblea, pasó allí el ilustre Osio juntamente con dos sacerdotes romanos Vito y Vicente, por cuya calidad mereció que presidiera aquella augusta asamblea. Así es de creer no solo porque S. Atanasio dice que gobernó todos los concilios famosos de su tiempo, sino tambien porque el nombre de Osio se encuentra el primero en las suscripciones ó firmas de Nicea. Tambien está fuera de duda que presidió el concilio de Sárdica, especie de suplemento al de que acabamos de hablar. No han faltado autores que han puesto en tela de juicio la presidencia de Osio en aquel concilio; pero si no fuesen bastantes los testimonios aducidos, todavía podriamos citar á Gelasio de Cícico, autor griego, que dice terminantemente que Osio ocupaba con los sacerdotes Vito y Vicente el lugar del papa Silvestre. Tan alto honor nos prueba la grande consideracion de que debia gozar el ilustre prelado de Córdoba, pues además de haber concurrido en este concilio trescientos diez y ocho prelados, un sin número de personas notables del clero y otros ilustres personajes, fué, segun S. Atanasio, el principal autor del Símbolo. Terminados los importantes trabajos de esta asamblea, en la cual quedaron derrotados los herejes, los principales obispos llevaron la comision de comunicar en todas partes sus decisiones, y en su consecuencia Osio las participó á la ciudad de Roma, á Italia, España, Galia, Germania y demás naciones que baña el Océano. No fué ménos importante el papel que desempeñó en el concilio de Sárdica. Irritados los arrianos del anatema que en este concilio se fulminó contra su impiedad

reuniéronse en Filópolis desplegando medios tan artificiosos, que llegaron á engañar á muchos católicos ilustrados hasta tal punto que la confesion de este conciliábulo se halla en los fragmentos de S. Hilario de Poitiers con el nombre de Símbolo de Sárdica, y llevando su temeridad más adelante, llegaron á excomulgar á Osio juntamente con S. Maximino y el papa S. Julio. Terminado este concilio, el grande Osio regresó á su iglesia de Córdoba, y en el mismo año, que fué en el de 347, juntó un concilio en su ciudad presidido por el mismo en el cual confirmaron los Padres cuanto se habia determinado en el de Sárdica y protestaron todos de nuevo su adhesion y firmeza en sostener el Símbolo de Nicea. Subió al trono de Oriente Constancio, hijo del emperador Constantino, y aunque al principio le mostró el mismo afecto que su padre, despues seducido por los arrianos que no cesaban de decirle que Osio sublevaba contra él el mundo, y que era autor del Símbolo de Nicea, titulado por ellos fatal, envióle á llamar dándole en sus cartas lisonjeros testimonios de benevolencia. Así que estuvo Osio en su presencia, prodigóle todavía más halagos para inclinarle á comunicar con los arrianos y condenar á Atanasio, que era el objeto principal de los deseos de aquellos sectarios; pero el venerable Osio, que contaba cien años de vida irreprensible y sesenta de santo ejercicio en el ministerio del episcopado, que habia tenido el valor de confesar la fe delante de los perseguidores idólatras, que habia sido autor despues de Dios de la conversion de Constantino, rechazó con tanta firmeza y sabiduría las pretensiones del Emperador, que éste no se atrevió á incomodarle y le dejó volver á Córdoba. Los arrianos, aunque burlados en sus esperanzas, no se dieron por vencidos, é importunando continuamente á Constancio, lograron que éste le escribiese otras veces con amenazas. Osio permaneció inalterable y opuso á los deseos del Emperador aquella célebre carta, que bajo todos conceptos es una de las mejores glorias del grande Osio y que creeriamos defraudarle una parte de su sabiduría si no la trasladásemos aquí íntegra. «Confesé, dice, la primera vez la fe cristiana en la persecucion de vuestro »abuelo Maximiliano, y ántes que hacer traicion á la verdad y condenar la »inocencia, estoy pronto á sufrir todos los tormentos si es que tratais de repe»tir la misma escena que representó aquel enemigo del Dios que adoramos. »Y aun me atrevo á delararos que renuncio vuestra comunion si de aquí en »adelante me escribís de un modo tan poco digno de un monarca cristiano. No »sigais, pues, las sugestiones de los sectarios de Arrio: guardaos de los orien»tales: no escucheis á Ursacio ni á Valente: mirad con horror la malignidad »dirigida más bien contra el Hijo de Dios que contra el obispo: que no tanto »os animan los seductores contra Atanasio como á favor de la herejía y de la »impiedad: creedme, príncipe, y fiad en mi experiencia y en mis canas:

»puedo ser vuestro abuelo por la edad, y sé á fondo todo lo acontecido en el »santo concilio de Sárdica, del cual se blasfema en vuestra presencia: los »enemigos de Atanasio tuvieron allí la más completa libertad de acusarle y »convencerle sin que hubieran podido hacerlo. Acordaos tambien de cuan»do llamásteis á Antioquía al obispo de Alejandría; de cómo se presentó en »vuestra corte en medio de sus enemigos; cómo no quisieron oirle, ó te»mieron comparecer delante de él; y cómo rehusásteis vos mismo oir una »inútil justificacion. Pues ¿por qué escuchais todavía los impostores? Y so»bre todo, ¿por qué escuchais á Ursacio y Valente despues que confesaron su »calumnia y se retractaron vergonzosamente? No se les obligó á ello ni fue»ron maltratados por la tropa, ni intimidados por el emperador Constante, »bajo cuyo reinado no se procedia, á Dios gracias, como hoy. Pero si estos »pérfidos censuran la violencia, si se quejan sin motivo de haberla sufrido, »y si vos mismo la desaprobais, dejad ahora de usarla. No presidan vuestros »condes y gobernadores en las decisiones de la Iglesia: no desterreis á los obis»pos, cuyo único crímen es no aplaudir enormes abusos. De otra manera, »¿no sereis responsable de ejercer mayores violencias que las de que os »quejais? ¿Vuestro augusto hermano hizo por ventura semejante cosa? Acor»daos que aunque sois emperador, no por eso dejais de ser hombre ni estais »ménos sujeto á morir. Temed los juicios eternos: no os mezcleis en las co»sas eclesiásticas: en esta materia no teneis órdenes que darnos, sino »que debeis recibirlas de nosotros. Dios os ha confiado las riendas del »imperio y á nosotros el gobierno de la Iglesia; y así como nos opondria»mos al órden de Dios si atentáramos á vuestro poder, del mismo modo »no podeis vos atribuiros, sin faltar á la justicia, lo que á nosotros »pertenece. Porque escrito está: Dad al César lo que es del César, y »á Dios lo que es de Dios. Si á nosotros no nos es permitido arrogarnos el »dominio del imperio, tampoco debeis ejercer vos el ministerio sacerdotal. »El deseo que tengo de vuestra salvacion me obliga á escribiros con liber»tad, y cuanto me conviene á mí hablaros de este modo, tanto importa á »vos el mostrar que no lo hice sin fruto.» Esta enérgica carta, léjos de dirigir hácia la ortodoxia los sentimientos del Emperador, no hizo más que aumentar su encono, que los arrianos supieron muy bien avivar para que cayese sobre la venerable cabeza de Osio. Llamó, pues, segunda vez á este venerable prelado, y le detuvo un año en Sirmio, donde despues de los mayores ultrajes y crueles tratamientos hubo de sufrir el tormento. Contaba entónces cien años de edad: débil su cuerpo, abatido su espíritu, arrancóse á su decrepitud lo que ni la muerte hubiera conseguido en edad más jóven, cuando supo arrostrar cara á cara las iras de los emperadores idólatras. Osio firmó al fin la segunda fórmula de Sirmio, que sin duda es herética;

pero no quiso condenar á Atanasio, y si bien este hecho es un ejemplo terrible de la fragilidad humana, no puede ser considerado como una mancha en la intachable y centenaria vida de este obispo de Córdoba, porque al regresar á España, murió en su diócesis, penitente y en el seno de la Iglesia: así lo afirman S. Atanasio y S. Agustin. Osio en la hora de la muerte protestó auténticamente, y en forma de testamento, contra la violencia que le habia abatido. Anatematizó al arrianismo del modo más solemne, y exhortó á todos á que le mirasen con el mismo horror. Osio falleció en Córdoba en el año 357 ó 58. No extrañamos que S. Hilario, llevado de su grande celo, acuse á este celebre prelado, modelo de pastores, de haber firmado la segunda fórmula de Sirmio y suscrito la condenacion de Atanasio, porque harto distante del teatro de estos hechos, no pudo juzgar con todo conocimiento de sus circunstancias. Por eso nosotros nos atenemos al testimonio de S. Epifanio, San Agustin y del mismo S. Atanasio, quien dice á los solitarios que *se le hizo tanta fuerza al venerable anciano, se le estrechó y afligió con tantos males, que al fin renitente y manifestando su aversion, comunicó por un breve espacio con Ursacio y Valente sin firmar mi condenacion, y al morir anatematizó de nuevo la herejía y á cuantos la defendiesen, legando á su iglesia la fe católica como en testamento.* En suma, conviene desconfiar mucho de los rumores que hicieron correr las diversas sectas heréticas sobre su persona, blanco de su encono, y que algunos celosos católicos adoptaron con demasiada facilidad. Todos los autores eclesiásticos estan acordes en hacer el más grande elogio de su fe, su virtud, su celo contra el error, su talento en mantener la paz de la Iglesia y colmar los cismas que la herejía suscitaba en todas partes. Probablemente que el grande Osio sería colocado por la Iglesia en el número de los santos, si por desgracia no hubiese terminado su vida con este acto de debilidad. — M.

OSIO (Félix), sabio y fecundo escritor del siglo XVI. Nació en 1587 en Milan, de una familia que Tomasini, remontándose á los tiempos de la antigüedad gentílica, hace descender de Delfos, sumo sacerdote del templo. Terminados sus estudios con mucho lucimiento, estudió filosofia y teología en el colegio Borromeo, y recibió el grado de doctor á la edad de veintidos años. Ordenado de sacerdote se dedicó al profesorado, enseñando humanidades en el colegio helvético de Milan y despues en Bérgamo. Elegido en 1621 catedrático de retórica en la universidad de París, fueron muy aplaudidos los discursos que pronunció en épocas solemnes, granjeándose entre sus colegas y discípulos la merecida reputacion de elocuente orador y buen catedrático. Escribia con igual facilidad en verso, de modo que en las numerosas colecciones filológicas que á la sazon se publicaban en Italia, se encuentran poesías de Osio. Sin embargo, la poesía no era para este sabio

sino un objeto de recreo y descanso, pues llevaba el grande proyecto, que ejecutó Muratori, de publicar los documentos de la historia de Italia en la edad media. Miéntras se ocupaba con ardor en adelantar este trabajo, el Senado de Venecia le dió el encargo de formar la biblioteca que por disposicion superior debia agregarse á la de la universidad. Por desgracia Pádua era á la sazon afligida por el azote de la peste, y Osio, para quien ninguna consideracion era superior á su pasion por los libros, no quiso alejarse de esta ciudad, y murió víctima de su celo el 29 de Julio de 1631, á la edad de cuarenta y cinco años. Sus restos fueron depositados sin pompa en las inmediaciones de la iglesia de los Jesuitas, la que en aquel entónces se hallaba en construccion. Este escritor ha dejado manuscritos varios discursos, poesías, panegíricos, etc. Publicó los discursos, cuya lista ha impreso Tomasini en los *Elogia Viror. Litter. illustrium*, y *Argelati* en la *Bibl. Scriptor. Mediolan.* La muerte no le permitió concluir un trabajo que habia emprendido sobre las obras de Musato. Tirabosqui se lamenta de que su extraordinaria facilidad de escribir le llevase á digresiones interminables y á aglomerar notas sobre notas que ocuparian muchos tomos. Las *Notas* de Osio sobre la *Historia de Musato* no han sido perdidas para el público, lo mismo que sus *Observaciones sobre la historia cronológica de Lodi*, por Oton y Acerbo Morena; pues se publicaron en Venecia, 1639, en 4.° en el tomo I de los *Scriptor. Brunsvic.* Tambien se hallan en el tomo II del *Thesaur. Antiquitat. italicæ*, y en el tomo VI de los *Rerum italicarum scriptores.* Sus observaciones sobre los historiadores de la *Marca Trevisana* forman el tomo VIII de la coleccion de Muratori. Además de las obras que hemos indicado, puede consultarse la *Historia gimnasii patavini*, tomo I, página 358. El retrato de este escritor se halla en los *Elogia* de Tomasini. — M.

OSITA (Sta). Fué hija de los reyes de Inglaterra Rednaldo y Wirtzburga, los cuales dieron al cielo tres santas en sus tres hijas, monjas todas de San Benito, y cuya más pequeña fué Osita. Su educacion se encomendó desde luego á las religiosas de la Lebon Alderna, donde habia dos casas que no tenian más separacion que un rio, al cual atravesaba un puente, y se habia siempre considerado que no dejaba de proporcionarse solaz al espíritu de unas y de otras con comunicarse por él, pues no era accesible á persona alguna más que á las que vivian en ambas casas. —Aunque parece que esta relacion de la disposicion del monasterio es poco ménos que importuna, no se calificará como tal cuando se sepa que estando la niña Osita á las órdenes de su hermana, superiora de una de las dos casas, y hallándose en la otra Sta. Modubena, que era la directora general y á quien todas veneraban como era consiguiente, la mandó su hermana llevar á la superiora un libro, en que encontró ella una lectura que previó la sería muy agradable;

tuvo la niña el descuido de dejarse caer en el rio que atravesaba por entre ambas casas, sumergiéndose como es consiguiente. Si la santa superiora hubiera tenido ménos afecto á la niña que el que le profesaban tanto ella como todas las religiosas, no cabe duda que al punto se hubiese notado su falta y se hubiese buscado diligentemente por su hermana; pero no fué así, pues que creyendo estaba en la otra casa, nada dijo á Sta. Modubena, hasta que pasados tres dias se acordó de preguntarla lo que le habia parecido el libro que la remitió, y entónces fué cuando se averiguó del todo aquel extraordinario suceso, confirmando la idea de que acaso habria podido caerse al rio unos pastores que con sus ganados vagaban por aquellas cercanías. Modubena creyó prudente acercarse al rio y llamarla por su nombre, y tuvieron todos el consuelo de verla salir de entre las aguas con su libro abierto, por donde le llevó, y sin que hubiera tenido la más mínima novedad, con lo chal se demostró la especial predileccion de Dios hácia la criatura. Es excusado decir que si hasta entónces habia su hermana puesto un gran cuidado en procurar con el mayor esmero su educacion, de aquí adelante le tuvo aun mucho mayor, pues consideraba, y con razon, como milagrosa su existencia; y agregándose este esmero tan especial á una índole singularmente piadosa y dada á la virtud, se infiere fácilmente los progresos que en ella habia de hacer la distinguidísima y favorecida Osita. Como que olvidaba su sublime elevacion y se amoldaba á la pequeñez de las más, servia con profundísima humildad los ministerios más insignificantes, siendo tal la ánsia que tenia de ser abatida y humillada, que si acaso en un monasterio la retiraban de los oficios humildes de cocina, enfermería ú otros de este tenor, disimuladamente, y sin que se lo apercibiera nadie, pasaba al otro monasterio, donde los ejercia con gran gusto y con indecible provecho, pues claro está que como ella obraba siempre por amor de Dios; este amor divino, inicial en todas sus obras, tenia que comunicarse á todas é interesarles, pues no cabe duda que no hay manera de predicar ni de exhortar á la virtud, mejor que el ejemplo. Fué tambien muy dada á la contemplacion de los divinos atributos, internándose mucho en los secretos de la pasion de Cristo nuestro Señor, que Su Majestad la permitió penetrar, para hacerla semejante á él en el sufrir, lo cual consiguió, no solo en órden á no quejarse de nada de cuanto la sucedia en contrario, sino de agregar á este sufrimiento, que podremos llamar pasivo, el activo de dura cama, áspero cilicio, disciplinas muy crueles, todo lo cual la hacia admirar de sus hermanas, pues sabian que á pesar de todas estas buenas disposiciones de la niña, la resolucion de los Padres era darla esposo.—La habian dejado estar en el convento, porque sus padres tenian en mucho aprecio y veneracion á Sta. Modubena; pero con ocasion de haber pasado ésta á mejor vida, cesó el motivo de estar Osi-

ta en su retiro, pues no habia sido otro que el complacer á la buena religiosa, que tenia en efecto verdaderas delicias en que estuviera á su lado; es verdad que tan candorosa discípula podia aprender las importantes lecciones de tan aventajada maestra, y esto habia de dar por término la sublime elevacion de ambas, por sus recíprocos merecimientos, y por su fidelidad muy acreditada en seguir siempre las huellas de Jesucristo, aun cuando ellas aparecian manchadas con sangre y rodeadas de espinas punzantes, aunque invisibles. Con efecto, sacada del monasterio y llevada á la corte, donde en vano hacia su padre por presentarla los mayores atractivos y los más seductores halagos, pareció lo más prudente, y que convenia á la paz del reino y á su prosperidad, darla en matrimonio á Sigerio, rey de los anglosajones orientales, el cual estaba muy enamorado de la jóven y deseaba con ánsia llegar á su posesion para sentarla en su trono y ofrecer á la vista de todo el mundo aquel perfecto dechado de virtudes, aquel admirable conjunto de gracias y de hermosura, pues Dios parece que habia concentrado todas estas cosas en la tierna princesa, que si bien es verdad que daba á sus padres un sí que no la salia del corazon para su desposorio con Sigerio, tampoco cabe duda en que en lo íntimo de su corazon se unia á su Dios, para cuyo servicio la parecian poco cuantos esfuerzos son imaginables, y por cuya posesion en el claustro hubiera ofrecido y dado cuanto se la hubiese exigido, no ya su corona que ciñó siempre con disgusto, sino aun aquellas cosas en que tenia más complacencia. Meditaba contínuamente nuestra Santa el medio que pudiese hallar para atraer á su esposo á que la permitiera entrar en religion, pero cuantos intentaba eran ineficaces, sirviendo solo su resistencia á los deseos que tenia de estar con ella matrimonialmente para excitar más y más su deseo, el cual se resolvió á satisfacer un dia, que era precisamente el escogido por Dios para colocarla en el asilo seguro de su religion Benedictina. — Estaba, pues, el Rey empeñado en que su casta esposa habia de renunciar á la dicha de la virginidad, y no parecia haber medio de disuadirle de su intento, ni por ruegos, ni por el aspecto que presentaba su inocente Osita llorando á sus pies para que la dejára, cuando uno de los más fieles servidores del monarca le avisó de que podria satisfacer su deseo de cazar una pieza de enorme tamaño, si en el acto salia en su persecucion; hízolo en efecto, y entónces fué cuando Osita reunió en su palacio á los cuatro prelados que allí habia, les hizo ver la violencia con que habia contraido matrimonio, y que en él se habia conservado pura, y presentándose con el hábito de S. Benito, hizo la echasen el velo y profirió los tres votos solemnes de que hizo certificáran quienes debian, y con lo cual aseguraba ya el cumplimiento de sus deseos, pues inmediatamente que llegó Sigerio se le hizo saber esto, y no pudo ménos de respetar,

aunque con sentimiento, tal resolucion. Comprendió, como discreto, que oponerse á esta heróica accion virtuosa era ponerse frente á frente contra el Rey de los reyes y Señor de los que dominan, y queriendo él participar tambien del mérito de tan generoso desprendimiento de su mujer, la hizo solemne donacion de la villa Chichum para que edificase á su gusto, pero á expensas de Sigerio, un monasterio donde se dejase ver la munificencia del soberano y la piedad de su señora, todo lo que tuvo puntual cumplimiento, viviendo en tanto Osita en el monasterio de S. Pedro y S. Pablo, que es el en que se habia educado nuestra esclarecida jóven. De desear sería brillantez y espacio para describir aquel momento importante en que la jóven, cumplido su propósito y satisfecho su deseo, se hallára por la vez primera en medio de sus tan queridas hermanas, sin zozobra, sin duda acerca del momento en que de ellas habia de separarse, y con entera libertad para llamar esposo á Jesucristo, como le llamaban aquellas sus tan favorecidas siervas. Los sentimientos más dulces y gratos inundarian el espíritu de Osita, y la superiora de aquella santa casa, que como llevamos referido, era su hermana carnal, y las otras monjas, que tanto afecto la habian profesado siempre, y los dependientes que habian traslucido desde luego sus piadosos deseos, todos estaban plenamente satisfechos por este acontecimiento, en que se veia á las claras la grande eficacia de la completa confianza en Dios. Vivia, pues, Osita plenamente satisfecha en secundar los designios de su Dios, y cooperando con su ilustracion y medios adecuados á que se construyese el monasterio de la villa Chichum. Luego que le hubo visto concluido, fué cuando ella se entregó á los sentimientos y demostraciones de la más plena satisfaccion, por verse constituida en una casa exclusivamente suya, y por poder legar á la posteridad un lugar más santificado y consagrado á Dios por la mansion en él de vírgenes religiosas, que buscando y hallando en la práctica de la virtud su adecuada manera de existir, tenian que bendecir á quien les produjera un asilo donde para llevar á término sus deseos, tenian además de la paz y sosiego convenientes, esa admirable instruccion que produce el ejemplo, y que tiene ese atractivo tan eficaz, en el cual no la faltaba parte á Osita, pues era con efecto la piedra fundamental de este monasterio, ya por haber sido su fundadora, ya tambien por ser en virtud y observancia, en mortificacion y en todas las demás cosas que constituyen una verdadera sierva de Jesucristo, modelo tan acabado, que más parecia ángel humanado que no persona en quien era natural la flaqueza y miseria de esta vida. Las satisfacciones de esta vida, por más que ellas se funden en los más rectos motivos, no son duraderas, y parece que la siempre adorable Providencia de Dios ha colocado de intento un disgusto grave al lado de un gusto, un sufrimiento junto á cada satisfaccion. Era plenísima la que causaba en to-

das y en cada una de aquellas santas mujeres el ver cómo todas se esmeraban á porfia en seguir su vocacion, y cómo aquella casa era un vergel donde crecian las preciosas flores de toda especie de virtud; por esto permitió Dios que el demonio, declarado enemigo de las almas, entrando en las personas de los normandos, les inspirára la diabólica idea de penetrar en aquel asilo de virtud para cometer allí todo género de tropelías. Entró gran número de soldados, que iban sedientos de riquezas, y por consiguiente desde el momento mismo en que vieron las riquezas inmensas de que abundaba el monasterio, comenzaron á apoderarse de ellas, tomando cuanto bueno encontraban, sin reparar una pieza en que para satisfacer su ambicion necesitaban cometer las más horribles profanaciones: con tal de tener preciosas alhajas, con tal de reunir las obras de arte de más crédito por entónces, nada era para ellos el hacinar crímenes sobre crímenes; ni reparaban en la inmunidad de lugar ó personas á las que se referian; por esto penetraron repetidas veces en la clausura, causaron toda especie de molestias á aquellas buenas religiosas, cuya conducta era tan ejemplar que no podia ser más, pues en la oracion y en sus santos ejercicios, ó encerradas en sus celdas, de las cuales habian ya quitado todo cuanto podia excitar la codicia de sus enemigos, allí desatendian sus ridículas pretensiones, no haciendo caso alguno de cuanto de ellas querian sus adversarios. Llegó á noticias del jefe de aquella expedicion la rara hermosura y esmerada educacion de la superiora, que lo era Osita, pues no mucho tiempo ántes habia fallecido su hermana, que habia desempeñado tan importante cargo muchos años. Apenas le anunciaron tal cosa, y creyéndose ya en posesion de la inocente vírgen, abusando de su situacion, fué al convento y la hizo comparecer en su presencia, la declaró sus inicuos intentos, excitándola á que condescendiese con ellos, lo cual no pudo conseguir, haciéndole la Santa reflexiones muy adecuadas, y diciéndole desde luego que eran inútiles todos sus esfuerzos, pues quien habia renunciado, como ella lo habia hecho, á legítimos desposorios, en vano habia de adquirir ilícitos tratos, que sobre ser una gravísima ofensa á su Dios, era una infame mancha á la buena reputacion de su marido, que en esto recibia un agravio el mayor que mujer pudiere hacerle. Es consiguiente que tan terminante respuesta hiciese al tirano convencerse de que habian de ser inútiles cuantas gestiones hiciere contra la santa resolucion de Osita; sin embargo, no mostró su sañuda crueldad en un principio, sino que se mostró convencido é hizo repetidas instancias acompañadas de las más lisonjeras promesas, todas las cuales fueron desatendidas, y la Santa, mostrándose muy firme en su propósito, ni por un momento siquiera le permitió concebir la esperanza más mínima, ántes al contrario le hizo ver cuán errado iba en su conducta, y qué fatal para-

dero le esperaba como término de unas aspiraciones tan llenas de injusticia, y en las cuales se veia su poco amor y temor de Dios, de un Dios bondadoso, que aun cuando calle y sufra un tiempo, sabe en su dia pedir cuenta hasta de los más ligeros pensamientos que hayan sido contra él, y que por consiguiente tomaria justísima satisfaccion de la gloria que queria defraudarle por este medio. Terminaron, pues, los halagos por parte de aquel inicuo jefe, y comenzaron las amenazas, las cuales no obtuvieron á la verdad un éxito más favorable para él; por lo cual irritado mandó que en su misma audiencia, y fuera por consiguiente de clausura, se cortase á Osita la cabeza, sentencia que sufrió arrodillada y con risueño semblante, habiendo Dios querido para colmo de su elevacion y más claro testimonio de su íntima union con el Señor, que cual otro Dionisio caminára con la cabeza ya entre sus manos, hasta llegar al asilo de su sagrada casa de San Pedro y S. Pablo, donde sus hermanos y hermanas pudieran recoger sus mortales despojos y darla una sepultura eclesiástica conveniente, de cuya gracia la hubiera sin duda privado la inicua dureza. Pero como Dios habia permitido el martirio de su sierva, para que así adquiriese su corona más precioso timbre, hizo que desde luego se recogiesen sus mortales despojos con toda veneracion, y que se le hiciesen suntuosas honras, á las que concurrió todo el pueblo, señalándose desde luego aun en aquellos primeros momentos de su exposicion al público, con favores muy singulares, verdaderos milagros, que permitió el Señor se obrasen al invocar á la Santa aquellas buenas gentes, que recordando por una parte las heróicas virtudes de que habia dado ejemplo en el monasterio, y por otra la muerte que habia sufrido, con todas las circunstancias consiguientes á ella, la aclamaban por santa, en cuyo concepto su familia pidió y obtuvo el construir una capilla donde se colocára su cuerpo, y miéntras se hacia la obra se activó el expediente que habia de comprobar el heroismo de sus virtudes, y con efecto, el Sumo Pontífice la declaró santa, asignando á su festividad en la Orden el dia 7 de Octubre. Su martirio fué en 653.—G. R.

OSIVIANO (Fr. José), capuchino. Fué italiano y natural de un pueblo de la Liguria. Tomó el hábito de los Menores capuchinos en la ciudad de Génova y floreció á fines del siglo XVI, distinguiéndose por las virtudes de la abstinencia y de la humildad, tanto como por su apostólico celo. Escribió las obras siguientes: *Tratado de la resurreccion triunfante de nuestro Señor Jesucristo*, dividido en tres partes, un tomo en 8.° —*Único tratado sobre el sacro monte Alberne*, obra en la que por medio de piadosas consideraciones se medita sobre la impresion de las sagradas llagas al Seráfico Padre S. Francisco. Murió con notable fama de santidad en la antedicha ciudad de Génova el año de 1591. —M. B.

OSMAN (Domingo), príncipe otomano, hijo de Ibrahim emperador de los turcos. Apenas subió éste al trono despues de la muerte de su hermano Amurates, sintió debilitarse su salud; y como se sentia perderle sin tener un heredero de la corona, le aconsejaron sus favoritos que hiciera un voto á Mahoma, el que hizo en presencia de los grandes de la corte, prometiendo con juramento que el primer hijo que tuviera le miraria como un don del cielo consagrado á su profeta, y que le haria llevar á la Meca con presentes dignos de un emperador. Habiéndose restablecido despues la salud de este príncipe por los cuidados de los médicos y el régimen que se le hizo observar durante algun tiempo, tuvo dos hijos, el primero de los cuales fué llamado Osman, que es del que vamos á ocuparnos en este artículo. No tardó en hacerse odioso á los turcos su padre Ibrahim por sus crueldades, fiereza é ingratitud. No solo los grandes de su corte, sino tambien el Muftí, jefe de la religion mahometana, y la misma sultana Kiosen, su madre, á quien habia maltratado para complacer á un favorito, resolvieron la pérdida de Ibrahim, pero se debia temer no desconfiase el Sultan de sus dos hijos, y á la primera sospecha se deshiciera de ellos, para que no quedando más que él de sangre otomana, fuese su conservacion necesaria al estado; se quiso ántes de todo asegurar la vida del príncipe Osman su hijo mayor. Con este objeto se encargó el Muftí de solicitar del Emperador cumpliese el voto que habia hecho de enviar al príncipe á la Meca para consagrarle á Mahoma. Muchas consideraciones podian hacer al Sultan negarse á este proyecto; y quizá la principal era su grande pasion hácia Zaphira, sin la cual no podia creer vivir, y sin la cual sin embargo no se atrevia á exponer al heredero de la corona á un viaje tan largo. Fué, sin embargo, esta misma pasion hácia la Sultana querida la que hizo lo que no hubieran podido hacer ni las instancias reiteradas del Muftí, ni todas las razones de religion que exponia con mucha elocuencia. La sultana Emina, disgustada de que habiendo sido la primera en obtener el favor del Sultan, no habia sido la primera en darle hijos, concibió los más atroces designios contra su rival Zaphira. El contraveneno que tomó ésta á tiempo la conservó la vida en un festin; pero esto solo sirvió para hacer más sensible lo que se debia temer de los celos de Emina. Habiendo sospechado de ella el Gran Señor y obligándola ir á justificarse á su presencia, se presentó llena de confianza, llevando su hijo Mahomet entre sus brazos; pero su atrevimiento en negar el crímen de que se la acusaba, inflamó de tal manera la cólera del Sultan, que habiendo sacado su sable le hubiera hundido en su seno, si Emina no hubiera puesto su hijo delante de ella para servirse de él como de un escudo, y no hubiera huido en seguida. El niño quedó herido en la frente y llevó las cicatrices toda su vida. Ibrahim, afligido de este acontecimiento, le miró como un castigo

del cielo por no haber cumplido su voto. El Muftí procuró confirmarle en esta idea: exageró además las desgracias que debia temer si no se apresuraba á cumplir sus promesas. Temiendo tambien Zaphira por su hijo mucho más que por sí misma, si no se libraba á este jóven príncipe de las violencias de Emina y de sus artificios, deseó conducirle á la Meca, é Ibrahim consintió por último en el viaje. No podia hacerse cómodamente por tierra, y no parecia hubiese que temer peligros en el mar, en una época en que los turcos se hallaban en paz con los venecianos, los franceses, los ingleses y los holandeses. Se resolvió, pues, que el principe Osman, acompañado de su madre la sultana Zaphira, haria por mar el viaje á la Meca. Se equipó con grande diligencia un vasto galeon, buque que se llamaba *la Gran Sultana*, de mil quinientas toneladas, montado por ciento veinte cañones, de seiscientos genízaros, de muchos esclavos de ambos sexos, y provisto de toda clase de provisiones de boca y guerra; sin hablar de las riquezas inmensas y de los magníficos presentes que enviaba el Sultan á la Meca, armaron tambien nueve buques de guerra, de diferente porte, para que sirviesen de escolta, y en la isla de Rodas debia unirse á ésta una segunda flota para acompañar á la *Gran Sultana* hasta Alejandría. El príncipe Osman y su madre Zaphira subieron en el gran galeon con Gelis Zumbul, jefe de los eunucos, y el agá Mahomet, almirante de la flota: todos estos buques salieron del puerto de Constantinopla y llegaron felizmente á Rodas á mediados de Setiembre de 1644. El pachá, que tenia órden de hallarse allí con sus buques, no habia llegado todavía. Se le esperó inútilmente hasta 26 del mismo mes. Sin embargo, el viento era favorable, y por consejo de Gelis Zumbul el almirante mandó hacerse á la vela para continuar el camino á la Meca. No tardaron mucho en arrepentirse ambos de su precipitacion. El comendador de Bois-Bodrand, general de las galeras de Malta, habia salido de esta isla en 25 de Agosto, y habia corrido los mares durante treinta y tres dias, con siete galeras, sin encontrar ocasion de manifestar su valor y de vengarse de los malos tratamientos que le habian hecho sufrir los infieles durante su cautiverio en Túnez. El 26 de Setiembre se encontraron, por último, los buques turcos y las galeras de Malta á poca distancia unos de otros. Habiendo advertido la centinela del gran galeon que descubria algunas galeras de mediano porte, no se alarmaron Zumbul y Mahomet, porque creyeron que si eran de Argel no se atreverian á insultar el pabellon otomano; y que si las galeras estaban montadas por caballeros de Malta, no seria difícil darlas bien pronto caza con fuerzas superiores. Se prepararon, sin embargo, al combate para caso de ataque. Los bravos caballeros no tardaron en comenzarle con la intrepidez que les era natural, y que parecia aumentarse á proporcion del peligro. Habiendo hecho dar la señal del combate, marchó el ge-

neral de las galeras contra el enemigo, y puso desde luego en huida al primer buque que encontró. Las galeras *San Juan* y *San José* atacaron al segundo, que fué socorrido por un tercero, y ambos se vieron obligados á rendirse, despues de alguna resistencia. Al mismo tiempo tres galeras, llamadas *Santa María*, *San Lorenzo* y la *Victoria*, atacaban con vigor al gran galeon. La primera, despues de una descarga de toda su artillería, se habia colocado de una manera que los turcos no podian disparar contra ella; y la segunda permanecia siempre unida al galeon, á que continuaba atacando, á pesar de las pérdidas que sufria continuamente y el peligro en que se hallaba de ir á pique; pues no pudiendo los infieles servirse de su artillería, no cesaban de tirar desde lo alto del galeon una granizada de piedras y de flechas; lanzaban tambien grandes pedazos de madera, árboles enteros y antenas de reserva de un tamaño prodigioso. Todo esto hacia perecer mucha gente en las galeras de Malta; pero los turcos no pudieron conseguir el sumergirlas, como se proponian. Por el contrario, esta cantidad de madera sirvió á los caballeros para hacer un puente y subir así al galeon. Se dice que Gelvi Zumbul, viendo entónces lo inminente del peligro y la falta que habia cometido en abandonar con tanta precipitacion la isla de Rodas, quiso persuadir á Mahomet y á los demás oficiales que era mejor capitular con los caballeros de Malta que exponer la vida de la Sultana y de su hijo; pero esta proposicion, digna de un jefe de eunucos, irritó á los genízaros; y respondió el almirante Mahomet que ántes que presentar sus manos á las cadenas de los cristianos, era preciso darles á conocer el temple de las cimitarras turcas. El general de las galeras de Malta, despues de haber tomado ó alejado los otros buques, se dirigió hácia el galeon, le saludó con toda su artillería y le abordó con tanta furia, que los más intrépidos entre los oficiales enemigos comenzaron á atemorizarse. Continuaron defendiéndose, sin embargo. El general de las galeras fué muerto abordando el galeon, pero su muerte solo sirvió para inflamar el valor de los caballeros y de los soldados cristianos. A pesar de todos los esfuerzos de los turcos, subieron en gran número al galeon; y habiendo ganado la entrada á viva fuerza, arbolaron el estandarte de la religion, temible siempre á los infieles. Zumbul habia muerto de una bala de cañon, el almirante Mahomet habia recibido una herida mortal, y el fuego de las galeras habia arrebatado á la mayor parte de los genízaros. Por último, despues de un cruel combate de cinco horas enteras, se rindieron los turcos á discrecion el 28 de Setiembre de 1644. Esta ventaja, una de las más grandes que habian obtenido los cristianos desde mucho ántes sobre los infieles, costó cara á los vencedores; pues además de diez comendadores ó caballeros de Malta que fueron muertos y doce heridos, se contaron cerca de doscientos cincuenta soldados entre los heri-

dos, y ciento diez y seis entre los muertos, segun la lista que dió el caballero de Jaut. Las siete galeras, bajo la direccion del comendador Cotoner, que habia sucedido en el mando al bravo Bois Bodrant, llegaron á Malta el 3 de Octubre cargadas de inmensas riquezas y de un botin considerable. Los prisioneros y prisioneras eran en gran número; pero lo más notable fué la sultana Zaphira, que llevaba en sus brazos á su hijo Osman, príncipe de dos años y nueve meses á la sazon. Aunque el gran maestre Juan Pablo de Lascaris no conocia la calidad de estas dos personas, las trató desde luego con distincion y las alojó en un edificio particular, con las cuarenta damas ó doncellas que se hallaban á su servicio. Como el mayor cuidado de Zaphira era ocultar su dignidad, mandando sobre esto el más riguroso silencio á todas las personas de su comitiva, el Gran Maestre y todos los caballeros procuraron tambien con grande interés descubrir este misterio. Unos y otros se hallaban igualmente interesados : aquella á permanecer desconocida por no perder toda esperanza de recobrar su libertad, y éstos á conocerla para sacar de su victoria todas las ventajas que pudieran prometerse. No les era en verdad difícil convencerse de que esta dama era una de las más distinguidas del Imperio Otomano. Su aire noble y arrogante, y todo lo que la rodeaba lo manifestaba bastante; mas no bastaba todo esto. Se procuró tener mayores noticias, y se consiguieron. No era natural que tantas mujeres guardasen por mucho tiempo el secreto. No fueron, sin embargo, las primeras en violarle. El almirante Mahomet, prisionero y próximo á espirar, más quizá del disgusto que de las heridas, pidió por última gracia ver al jóven Osman : se le concedió; se enterneció al verle, y el dolor ó la desesperacion le arrancaron estas palabras : « ¡Oh desgraciado hijo del grande Ibrahim, cuán cruel es el cielo para contigo! » El agá moribundo no dijo más; y espiró hablando en este sentido. Algunas esclavas habian hecho la misma confesion, declarando á los caballeros que su señora era la Sultana, y el jóven Osman el hijo del Gran Señor. Añadian, lo que era cierto, que se los habia conducido de noche al galeon, sacándolos del serrallo por la puerta del jardin que cae al mar. Aunque estas diferentes pruebas pudiesen parecer suficientes para no dudar ya del hecho que se pretendia averiguar, se tomaron todavía nuevas medidas para hacer más sensible la verdad á los ménos dispuestos á creerla. Ordenó el Gran Maestre que se tratase en lo sucesivo á aquellos ilustres prisioneros con más honores que se habia hecho hasta entónces. Hizo alojar á la Sultana con su hijo y las damas de su comitiva en las casas de Ignacio Ribera, que se hallaban ventajosamente situadas y reunian todas las comodidades del lujo y las riquezas. Se procuró suavizar el cautiverio de Zaphira con festines, juegos y diversiones; se puso, sin embargo, una compañía de soldados á la puerta de su casa para que nadie pudiera entrar

sin una contraseña firmada por dos caballeros, ni salir sin permiso de Ribera. La grande vigilancia de este en velar en la guarda de las personas que le habian sido confiadas, las desagradó; y una de las damas dijo una vez en su despecho que era contra toda clase de derecho tratar como esclava á la muger del Gran Señor. Es verdad que se arrepintió bien pronto de haber dejado escapar esta palabra, y negó en lo sucesivo haberla dicho. Las órdenes severas de la sultana tenian á todas sus gentes en una vigilancia continua. Las damas de su séquito se hacian una ley de hablar poco, y de evitar toda conversacion con los cristianos, particularmente con los caballeros. Durante el dia, y cuando temian ser vistas, se abstenian de las cortesías y genuflexiones ordinarias; pero obraban con ménos cuidado en el interior de la casa, cuando no temian las miradas de ningun cristiano. Ignacio Ribera, observando por una ventana oculta, vió más de una vez los honores desmedidos que se hacian al jóven Osman y á su madre. Advirtió de ello al gran maestre, por cuya órden muchos caballeros, conducidos al mismo lugar, fueron testigos de que todas las damas se prosternaban con frecuencia delante de la Sultana y su hijo, no hablándoles ni sirviéndoles más que de rodillas. Zaphira, llena siempre de disgusto, se entregaba á mil aflictivas reflexiones, y su salud se hallaba muy alterada. Para distraerla la envió el Gran Maestre á su casa de campo, llamada el Bosquet, donde fué despues él mismo. Esta princesa le dió gracias por su parte, y se llevó su hijo. El caballero de Jaut refiere al llegar á este punto, que habiendo convidado el Gran Maestre á Osman á comer á su mesa, se negó á ello el príncipe, porque no se le servia en una vajilla de oro como al Gran Maestre. Se le contentó y comió. Pero nada disminuia la inquietud de Zaphira, ni por consecuencia su enfermedad. Las proposiciones que habia hecho ya para su rescate, para el de su hijo y de toda su comitiva, no fueron aceptadas, é hizo otras mucho más ventajosas que fueron desechadas tambien. En un principio no se la contestó mas que en términos generales, y se la dijo al fin que el Gran Señor, dueño de tantos reinos, hallaria otros medios de rescatar á la Sultana y á su hijo; que por lo demás no se la faltaria nunca á todo lo debido á su alta dignidad. Este acto de cortesanía fué un terrible golpe para la pobre princesa, que no habia desesperado hasta entónces de recobrar la libertad, porque ignoraba que habia sido violado su secreto. La manera de que se acababa de hablarla, no la causó ménos disgusto que desmayo. Aumentáronse sus padecimientos, y no habló ya más que para reconvenir á sus esclavas de la imprudencia con que la habian vendido á ella y á su hijo, y concluyó así su vida y aventuras á los diez y nueve años de edad en 6 de Enero de 1645, tres meses y tres dias despues de su llegada á Malta. Despues de la muerte de la Sultana, queriendo el Gran Maestre for-

mar un proceso verbal auténtico del nacimiento del príncipe Osman, se emplearon diferentes medios para obtener la verdad de boca de sus criados. Como fueron interrogados separadamente, confesaron muchos que Zaphira era mujer de Ibrahim y Osman el hijo primogénito del Sultan. Pero las damas cautivas, sintiendo que con algunos discursos habian contribuido en gran manera á la muerte de su soberana, se negaron constantemente á hablar; y las súplicas no hicieron en ellas más efecto que las amenazas. Ignacio de Ribera empleó una estratagema que tuvo muy buen resultado. Un judío, so pretexto de que queria comprar al príncipe Osman, fué introducido en la habitacion de las damas, y ejecutó tan bien su papel que se concluyó la venta en la apariencia. Este fingido tratado llenó á todas las cautivas de la mayor consternacion, no hubo una sola que no lanzára los mayores gritos y que no vertiera muchas lágrimas. La dama en particular, que se hallaba especialmente encargada del príncipe, olvidándose de sí misma más que las otras, protestó que ántes perderia la vida que permitir que el hijo primogénito del Gran Señor fuera esclavo de un miserable judío. Los caballeros presentes á esta comedia aparentaron suspender por compasion la venta del jóven esclavo. Algunos dias despues se volvieron á emplear los interrogatorios jurídicos, y no pudiendo negar las damas lo que habian dicho ya otras veces hicieron sus declaraciones que fueron conformes á las de los demás esclavos. Se formó por lo tanto un proceso verbal para evitar todas las dudas que pudiera haber sobre la calidad de Osman. Este proceso fué enviado al papa Inocencio X, con el Alcoran enriquecido de pedrería de gran valor, que se habia hallado entre los demás tesoros de que estaba lleno el galeon; este ejemplar del Alcoran se ve todavía en la actualidad en la biblioteca del Vaticano. No nos hemos extendido tanto en este punto, más que para no vernos obligados á tratar de él. No hemos referido, es verdad, todo lo que podria servir para hacer constar el nacimiento del príncipe Osman; pero hemos dicho lo bastante para poder deducir esta consecuencia, con un historiador bien instruido; que habiendo tratado la órden de S. Juan como lo hizo á la sultana Zaphira y á su hijo, tendria pruebas seguras de la clase á que pertenecian; que esta Orden, tan celosa de su reputacion, no hubiera hecho público por todo el mundo sobre testimonios equivocos que Osman era hijo del Gran Señor, y que no hubiera enviado una relacion auténtica de esta historia á Su Santidad por medio del comendador de Buda, su embajador entónces en Roma, si no se hubiera hallado en estado probar bien la verdad de esta relacion, y de responder sólidamente á todas las objeciones de los críticos y á sus razonamientos. Esto es lo que hizo con buen éxito el caballero de Jaut. «Se puede consultar sobre esto, añade el »mismo autor, á los que han venido de Asia, de Africa y de los países más

»distantes, entre los cuales se hallan algunos al presente aquí, que asegu»ran que la verdad de la prision del hijo del Sultan es conocida hasta en la »corte de Persia, y que no se duda de ella en las mismas ciudades de Ar»gel, Túnez y Trípoli.» Esta noticia, llevada á Constantinopla, alarmó toda la corte, é hizo cesar las diversiones que fueron prohibidas en la ciudad. El Emperador de Oriente se entregó en un principio á un dolor extremo, y sucediendo á las lágrimas el deseo de venganza, resolvió llevar el hierro y el fuego á la isla de Malta. Esperábalo el Gran Maestre, y se disponia con la mayor actividad para recibir al ejército otomano. Hizo construir nuevas fortificaciones en la ciudad y en los castillos; solicitó poderosos socorros de los príncipes de Europa, y citó á todos los caballeros, por su carta de 24 de Enero de 1645, para hallarse con sus equipajes en Malta el 15 de Abril siguiente. Por una carta escrita en Malta al gran prior de Francia en 21 de Junio de 1645, se ve que todas las plazas de esta isla se hallaban ya en buen estado; que llegaban ya socorros de todas partes; que habia entónces diez y seis mil hombres armados, entre los que se contaban mil quinientos caballeros, y que el vizconde de Arpajoux, declarado teniente general del Gran Maestre, tanto en el campo como en las plazas, desempeñaba este cargo con una grande capacidad y general aprobacion. El Sultan por su parte hacia levas en todo su imperio, donde envió órdenes, de que recogieron copias los venecianos, que justifican la verdad de esta historia. Miéntras los de Malta esperaban al enemigo, el Gran Señor hizo atacar á los venecianos y se apoderó de la Canea, so pretexto de que habia servido de retiro á los caballeros despues de la prision de la Sultana. Tal fué el orígen de la funesta guerra que no terminó hasta 1669 con la pérdida de la isla de Candía. Ibrahim habia, sin embargo, ofrecido sumas considerables á los malteses por el rescate de su hijo; y los caballeros de Malta no habian pedido nada ménos que la restitucion de la isla de Rodas. Sabian bien que no la obtendrian, porque la ley de Mahoma prohibe devolver voluntariamente á los cristianos un país en el cual se haya edificado una mezquita. Pero querian manifestar con esta peticion que no se hallaban dispuestos á devolver al príncipe Osman. Poco tiempo despues se deshicieron los conjurados de Ibrahim, á quien dieron muerte, y pusieron en su lugar á su hijo Mahomet, que era todavía menor de edad. Miéntras todo era confusion en el serrallo de Constantinopla y la guerra emprendida contra los venecianos se hacia por ambas partes con grande vigor; los caballeros de Malta, á quienes los turcos no se habian atrevido á atacar en su isla, cuidaban tanto más de la educacion del príncipe Osman, cuanto que notaban mucha prudencia en su conducta, solidez en su espíritu y algo de grande en su persona. Entre las damas que habian sido de la comitiva de la Sultana, algunas murieron en Malta sin convertir-

se, sintiendo el jóven príncipe en gran manera la pérdida de Calpha-Boula, que habia cuidado de él en su infancia. Algunas otras de las más jóvenes, abrazaron el cristianismo y fueron enviadas al servicio de la reina de España, y el príncipe Osman obtuvo á unas diez y siete la libertad que no pudo obtener para sí mismo. El bajá de Tunez le envió una grande suma para su rescate; pero cuando supo por el gran prior de Tolosa que la religion de Malta continuaba firme en su primer designio, y que todo el oro del mundo no la obligaria á cambiar de parecer, dió gracias el jóven príncipe al bajá en una carta, y le hizo conocer que no tenia necesidad de su socorro, y que pensaba devolverle el dinero que habia recibido. El de Túnez respondió á Osman que lo que habia salido una vez de su bolsa no volvia jamás á ella, y que podia emplearlo en lo que tuviese por conveniente. Osman olvidándose en cierta manera de sí mismo, no creyó poder emplear mejor este dinero, que en rescatar el resto de las damas y de los eunucos que habian servido á su madre y á él mismo hasta la edad en que se hallaba entónces. No habiendo querido unos ni otros convertirse á nuestra fe, se les permitió volver libremente á Constantinopla. Habiendo llegado ya á los trece años el príncipe cautivo, era tiempo de que se le pusiese en manos de un hombre capaz de darle las primeras nociones del cristianismo. Convenia tambien tomar precauciones contra una sorpresa. En la isla de Malta habia muchos turcos; se podia temer que las frecuentes ocasiones que tuvieran de hablar al ilustre prisionero, no le fuesen perjudiciales. Quizá podrian encontrar en algun tiempo medios de hacerle desaparecer; se resolvió, pues, en el consejo de Malta hacerle educar en un convento, y se eligió el de Sto. Domingo, llamado de *Ponto Salvo*, en la ciudad de Valette. El Gran Maestre ordenó al bailío D. Tomás de Hoces conducirle á este lugar; lo que hizo un martes por la mañana, 17 de Noviembre de 1654. Los religiosos le vieron llegar con alegría, y cultivaron con cuidado las bellas disposiciones que habia recibido de la naturaleza. Todos hicieron fervorosas oraciones para obtener del cielo la gracia de su conversion. Pero uno solo fué encargado de enseñarle la lengua latina, las humanidades y de instruirle en la verdad de nuestra santa religion. El que no se habia negado á este ministerio de caridad, tenia el talento necesario para desempeñarle bien. Era un teólogo grave, piadoso y sabio, de cultivado espíritu, que reunia mucha política á grande prudencia, y que habia envejecido sobre los libros ó en la práctica de todas las virtudes. No se debia vacilar ante las dificultades, ni dejar la obra incompleta; se refiere que por dulces y políticas que fuesen en todas ocasiones las maneras del jóven turco, era enteramente intratable cuando se intentaba hablarle de la religion de Jesucristo, y no podia contenerse, siempre que se trataba de desengañarle de las supersti-

ciones de Mahoma. Una palabra dicha contra el Alcoran la miraba como una impiedad y una blasfemia, que afligiéndole mortalmente, le hacian perder el apetito y el sueño. Las damas de la comitiva de la Sultana se habian dedicado particularmente á llenarle la cabeza de las máximas de su religion ó de falsas preocupaciones contra el cristianismo, y el pequeño príncipe habia correspondido por completo á sus cuidados. Mostrábase muy constante en las promesas que les habia hecho de no abandonar nunca la religion de sus padres. Tenia grande vivacidad de espíritu, una excelente memoria, y parecia extraño que á su edad estuviese tan instruido como él lo estaba de la falsa religion de sus mayores; siempre en guardia contra todo lo que no convenia con sus primeras ideas, no queria creer más que lo que se le podia hacer sensible y presentaba dificultades sobre todo. Llevaba, por último, su terquedad hasta tal punto, como lo confesó despues, que si hubiera caido malo hubiese ocultado su enfermedad, dejándose morir, por temor de que, segun lo que le habian dicho las mujeres infieles, no le bautizára algun cristiano sin saberlo él. Se concibe, pues, la prudencia, destreza y sobre todo la paciencia que necesitó el buen religioso que trabajaba en la conversion de Osman. Durante un largo período fueron infructuosos todos sus trabajos, y no era fácil prever cuál seria el fin de todo el trabajo que se tomaba por hacer oir á un sordo, dispuesto siempre á cerrar los oidos á todas las lecciones de religion. Estaba, sin embargo, decretado en el cielo, que este obstinado mahometano seria algun dia un celoso cristiano y un verdadero discípulo de Jesucristo. Se hubieran sin duda evitado todas las dificultades, si despues de la muerte de la Sultana, su hijo, que tenia apenas cuatro años, hubiera sido sacado de manos de las damas cautivas, pero el triunfo de la gracia no hubiera sido así tan notable. Cuando plugo al Señor alumbrar con este don celestial el alma de Osman, pareció entónces un hombre nuevo, dócil en lo sucesivo á las instrucciones y sensible á la caridad de los que se tomaban el trabajo de instruirle, comenzó á adelantar en todo. No propuso ya sus dudas y sus dificultades más que para que se las explicasen. Convencido, por último, de la verdad y de la santidad de nuestros misterios, lleno de veneracion por la religion de Jesucristo, pidió con tanto fervor como humildad ser admitido en el número de los cristianos por la gracia del bautismo. Su peticion era sincera, su deseo ardiente y sus costumbres muy puras. El mismo dia que fué regenerado tuvo la fortuna de recibir la sagrada comunion. Hé aquí cómo lo refiere el caballero de Jaut. «Esta »conversion, dice, se hizo con mucha solemnidad y un gran concurso de »gente delante del altar del Rosario, en que puesto Osman de rodillas se »cantó el *Te Deum*, al que asistieron muchas grandes cruces, comendado»res y caballeros. Toda la órden de Malta manifestó grande alegría en la ce-

»lebracion de este bautismo, para el cual se celebró un consejo á fin de de»cidir la manera de que se haria esta ceremonia, tanto por la calidad de la »persona, como por el honor y la magnificencia de nuestra religion. Se de»cidió en el consejo que el bautismo se haria en la iglesia conventual de San »Juan, con toda la solemnidad posible y á expensas del tesoro. Habiéndose »ofrecido á ser padrino el gran maestre Lascaris, se creyó que no habia per»sona más digna de este honor, y como se previó que el gran concurso »del pueblo podria embarazar el órden de la ceremonia, se ordenó que se »haria una gran barrera de madera en forma de balaustrada, que llegaria »desde la puerta de la iglesia hasta el altar mayor. Preparado todo para la »ceremonia, el miércoles por la mañana, 23 de Febrero de 1656, dos co»mendadores de los más antiguos fueron á buscar en un coche al recien con»vertido y le llevaron con gran pompa hasta la puerta de la iglesia, cerca »de la cual se habia erigido un pequeño tablado con un dosel magnífico. A »la derecha se hallaba el Gran Maestre acompañado de todas las grandes cru»ces segun su rango, y á la izquierda el prior de S. Juan, vestido con sus »hábitos pontificales, asistido de todo el clero, con el príncipe vestido de »una túnica de plata que llegaba hasta el suelo. La iglesia estaba magnífica»mente adornada, y brillaba con la inmensa claridad de las luces, resonan»do al mismo tiempo con una agradable sinfonía que daban los coros de mú»sica; miéntras que la ciudad, para manifestar su alegría, retumbaba con »el ruido de los cañones, á que respondian los de la fortaleza. Así nada se »habia olvidado en un acto tan solemne. Habiéndose concluido las primeras »ceremonias, se acercó el Gran Maestre al altar, cerca del cual se ha»bian preparado soberbias fuentes, y sosteniendo al príncipe vertió el »Gran Prior sobre su cabeza el agua saludable del bautismo, y celebró des»pues Misa de pontifical, en que comulgó su nuevo bautizado. Despues de »lo cual le abrazó S. E. con tan grande sentimiento de ternura, que se des»hizo en lágrimas de alegría, manifestando en esta accion que recibia á »aquel jóven en el número de los de nuestra religion, y se le asignó desde »entónces una pension para su sostenimiento, y le fué dada mesa como á »los demás caballeros. Así no omitió nada la Orden para dar á conocer al »mundo la estimacion que hacia de prenda tan preciosa. Habiendo cambia»do el príncipe Osman su nombre en el de Domingo Otoman, continuó »permaneciendo desde entónces en el convento de los PP. Dominicos, donde »aprendió á leer y á escribir, y comenzó despues sus estudios. Pero habiendo »resuelto en 1658 elegir estado más perfecto, obtuvo permiso del Gran »Maestre para tomar el hábito en la religion en que habia sido enseñado, »despues, sin embargo, de haber reconocido que el motivo de su designio »provenia de una verdadera vocacion.» Toda esta relacion está tomada del

caballero de Jaut. Debe, sin embargo, añadirse con otro autor, que la conducta del nuevo cristiano fué la prueba de la sinceridad de su conversion. Jamás se vió en él ni inconstancia, ni ligereza, ni nada que pudiera hacerle sospechoso de ir por dos caminos. Todo anunciaba, por el contrario, el cambio que la gracia habia hecho en su persona. Modesto, dócil, pacífico, asíduo al estudio y á la oracion, edificaba á todos los que se le acercaban. Su natural le inclinaba á la soledad, pero aunque no le gustase recibir visitas, los caballeros que llegaban á verle salian encantados de sus conversaciones. Hablaba con gusto de las misericordias del Señor y de la bondad de la Providencia, que no le habia permitido caer en la ignominia de la servidumbre más que para hacerle eternamente libre en Jesucristo. Su boca no pronunciaba más que palabras de un corazon conmovido y lleno de reconocimiento. Hacia poco más de dos años que Domingo Otoman habia recibido la gracia del bautismo, cuando comenzó á solicitar la de consagrarse enteramente á Jesucristo por medio de la profesion religiosa. Fué esto un nuevo motivo de consuelo para el Gran Maestre, que creyó conveniente hacer examinar con cuidado esta vocacion y favorecerla. Lucas Bou, prior de la iglesia mayor de S. Juan, y el comendador Raimundo de Albito, procurador de los catecúmenos, fueron comisionados para este exámen, despues del cual dieron la relacion siguiente, que se escribió en los libros del Consejo de la religion. «Eminentísimo y Reverendísimo Señor y Sacro Consejo. —Para »desempeñar la comision que nos fué dada en 25 de Mayo pasado, hemos »examinado, ante todo, á Domingo de Sto. Tomás (1), esclavo de V. E. y »de nuestra religion. Hemos hallado que tenia un firme propósito de hacerse »religioso de Sto. Domingo, obtenida licencia de V. E. y de nuestro Sacro »Consejo. Y porque desde el momento en que se ha hecho cristiano, ha ma»nifestado nuestra religion que hacia mucho más caso de la conquista de un »alma que de ningun otro interés por grande que pueda ser; se ha creido »tambien obligada por la caridad cristiana á procurarle un estado en que »pueda vivir, no solo como buen cristiano, sino tambien de una manera »perfecta y con tranquilidad de espíritu. Creemos conveniente, contando »con el permiso de V. E. y de nuestros venerables señores, que se le con»ceda el referido consentimiento; pero bajo las condiciones siguientes, y no »de otra manera. A saber: que en el término de dos años, á contar desde »el dia de la fecha, se manifestará capaz de hacer expresamente la profe»sion regular, la que hará al año del noviciado en uno de los conventos de »la Isla, obteniéndose con este objeto de la Santa Sede el permiso necesa-

(1) Hemos dicho más arriba con el caballero de Jaut, que el príncipe Osman al hacerse cristiano tomó el nombre de *Domingo Otoman*; aquí se le llama *Domingo de Sto. Tomás*, y este nombre es el que conservó despues.

»rio, y que no podrá de ninguna manera, ni por ninguna razon salir de la »Isla ántes de haber hecho su solemne profesion. Y por último, para que »siendo religioso pueda ser provisto de todo lo que se juzgue conveniente, »tanto para hacerle hábitos como para comprarle libros y demás cosas ne»cesarias, creemos conveniente que desde el dia en que haga la referida »profesion, como no cobrará ya la pension que le fué asignada anual»mente cuando se hizo cristiano, se le concedan, con acuerdo de »V. E. y de nuestro Sacro Consejo, doce escudos de Sicilia mensualmen»te, ó su equivalente en el lugar en que resida. — Fr. Lucas de Bou, »prior de la iglesia de S. Juan. — Fr. Raimundo de Albito, comendador.» — Esta relacion, hecha el 4 de Julio de 1658, fué aplaudida y aprobada por el Gran Maestre y su Consejo; con lo que se aumentó el fervor y la alegría del jóven postulante, y no pensó ya más que en prepararse á su sacrificio por medio del ayuno y la oracion. El obispo de Malta, Miguel Balaguer, para secundar sus piadosos deseos le confirió el sacramento de la confirmacion el 4 de Agosto en la capilla de Sto. Domingo, donde se celebraba la fiesta. No se tardó en recibir el permiso que se esperaba de Roma, es decir, un breve del papa Alejandro VII y cartas de Juan Bautista Marinis, general de la órden de Sto. Domingo. Dispuesto así todo, Domingo de Sto. Tomás, de edad de diez y ocho años, nueve meses y diez y ocho dias, fué revestido del hábito religioso el 20 de Octubre de 1658. La ceremonia se celebró con mucho esplendor en el convento de la Ciudad Vieja, en presencia del Gran Maestre de Malta, de los caballeros, de toda la nobleza y de una multitud de pueblo. Una modestia llena de gracia y de majestad atraia las miradas de toda la asamblea hácia la persona del jóven Otoman, cuyos primeros pasos en el camino de la salvacion no se desmintieron nunca. Aunque durante el año de probacion vivió en una comunidad muy regular, no quiso usar de dispensa alguna, á pesar de que su complexion era muy delicada y le atacaba con frecuencia una fiebre cuartanaria. Su ánimo parecia darle fuerzas; y siempre hubo nuevas pruebas de que la gracia obraba fuertemente en él, miéntras que correspondia con fidelidad á todas las impresiones de la gracia. ¿A qué otro principio que á la uncion secreta del Espíritu Santo hubiera podido atribuirse todo lo que se notaba en el nuevo discípulo de Jesucristo? aquella piedad tan continua, aquel olvido ó aquel desprecio de las grandezas mundanas, aquella exactitud escrupulosa en todos los puntos de la regla, en todas las ceremonias de la religion; aquel gusto, por último, á la oracion y á la mortificacion cristiana? Cualidades eran estas que no se cansaba nadie de admirar en el hijo de un sultan, cuya primera educacion habia sido tan opuesta á las máximas de la religion cristiana. Así la órden de San Juan y la de Sto. Domingo, edificadas igualmente de esa conducta, resolvie-

ron no diferir su profesion; y pronunció sus votos solemnes el 21 de Octubre de 1659. Se asegura que fué curado en el mismo dia de la fiebre cuartanaria y que recobró su color natural. Informado de todo el P. General por los religiosos de Malta, y no queriendo perdonar nada para los adelantos de tal súbdito, pensó en un principio en enviarle á Salamanca, que en aquella época era la primera universidad de Europa. Pero no pudiendo el Papa consentir en que se le alejase tanto, quiso que se le enviára á otro estudio de Italia, y se resolvió que fuese al de Nápoles. A últimos de Marzo de 1660 salió de Malta el nuevo profeso, dejando en sus compañeros los más gratos recuerdos. Aun prescindiendo de su alto nacimiento, sus cualidades naturales, su carácter de espíritu y de corazon, y sus virtudes le hacian tan amable, que obtenia por lo general el aprecio y el amor de cuantos le conocian. Su buen natural no le permitia ser insensible al menor beneficio, ni olvidar nunca las muestras de bondad que habia recibido. Se ha hecho ya notar la generosidad con que para rescatar un gran número de damas y de eunucos que le habian servido, se deshizo de una suma de dinero que podia haber llegado á necesitar. Se le vió despues verter sinceras lágrimas en la muerte del gran maestre Lascaris; le lloró como á su protector y á su buen padre. Los sucesores de este grande hombre en su dignidad le sucedieron tambien en los mismos sentimientos de ternura hácia el príncipe Otoman. Rafael Cotoner, que mandaba la galera San Lorenzo cuando se tomó el galeon de los turcos, elegido despues gran maestre de Malta, dió particulares pruebas de su afecto á nuestro religioso; le abrazó con ternura á su partida de la isla, y todos los comendadores ó caballeros hicieron lo mismo. Ciertamente no podrán elogiarse nunca bastante los generosos sentimientos de aquellos caballeros, que probaban tan bien por los efectos lo que habian dicho ya, que preferian la conquista de un alma á todo el oro del mundo. No se ignora que habian rehusado constantemente grandes sumas, ofrecidas por el Gran Señor para rescate del príncipe cautivo; y en cuanto tuvieron el placer de verle consagrado para siempre á Jesucristo, renunciaron absolutamente á todos los derechos que tenian sobre su persona como esclavo suyo. No hicieron ya votos, más que por su conservacion, su esperanza y su felicidad. Hallándose próxima á hacerse á la vela para Sicilia la escuadra de la religion de S. Juan, se embarcó Domingo de Santo Tomás con algunos de sus hermanos, bajo la direccion del P. Vicente Maffia, célebre dominico, provincial entónces de Sicilia y despues obispo de Patti, donde murió con grande reputacion de santidad. No fué larga la morada del jóven religioso en esta isla; y al partir de Messina para dirigirse á Nápoles, pidió que se le condujese desde luego á Soriano, donde queria visitar la milagrosa imágen de Santo Domingo y cumplir una promesa en la capilla del santo Patriarca, á cuya

proteccion se creia deudor de la gracia de su vocacion. Sería inútil decir los testimonios públicos de respeto y alegría con que fué recibido, no solo en las casas de su Orden, sino tambien en las ciudades de Sicilia, de Calabria, y en particular en la de Nápoles. Entre los once conventos que la órden de Sto. Domingo poseia en esta gran ciudad, además de nueve monasterios de religiosas, fué elegido el de nuestra Señora de la Salud para morada del príncipe Otoman; y se envió de Roma al P. Tomás de Lazio, muy hábil en todo género de erudicion, para dirigir sus estudios. La piedad y la aplicacion del jóven correspondieron bien pronto á las esperanzas que se habian concebido de él; pero debilitándose su salud diariamente, tanto á causa de que le era contrario el aire del país, como por los numerosos remedios que le propinaban los médicos, le llamó á Roma el P. General ántes de la conclusion del año de 1660. El papa Alejandro VII le hizo una acogida muy favorable, le trató siempre segun su nacimiento, y quedó tan satisfecho de todas sus respuestas, que recomendó Su Santidad expresamente al P. General velase con un cuidado particular en su conservacion y en su educacion. A medida que se fortificaba su salud volvia Domingo de Santo Tomás con nuevo fervor á los ejercicios de piedad y de estudio; sus progresos en ambos eran bien sensibles. Su modestia natural, tanto como el deseo de aprovechar todos los momentos, le hacian preferir las dulzuras de la soledad á los honores que recibia en los palacios de los cardenales y de los embajadores; y solo las leyes de la buena educacion le obligaban á recibir ó á devolver visitas. Hacíale esta conducta más apreciable cada vez, y el papa Alejandro VII, por un breve especial, le declaró hijo del convento de la Minerva, y el P. General, por otro privilegio poco comun, quiso que en lo sucesivo dependiese solamente de él. Pero el modesto religioso, léjos de prevalerse de este privilegio, que fué confirmado despues por el papa Clemente X, obedecia puntualmente no solo á todos los superiores de los lugares en que se hallaba, sino tambien al hermano converso destinado á cuidar de él. Hacia cerca de cuatro años que el discípulo de Jesucristo edificaba la comunidad de la Minerva y la ciudad de Roma, cuando el cardenal Antonio Barberini, protector de la órden de Sto. Domingo, creyó conveniente llamarle á París, donde se hallaba entónces S. E. Se cree que lo que dió orígen á esta resolucion, fué la esperanza de que el Rey cristianísimo declarase en breve la guerra al turco, y que el cardenal Mazarino no dejaria de servirse del príncipe Otoman para introducir la division entre los infieles, cuyo formidable poder era siempre más funesto á los cristianos, y sobre todo á la república de Venecia. Resuelto el viaje á París, quiso el papa Alejandro VII que nuestro religioso le hiciese con el sobrino de S. E., el cardenal Chigy, que iba á Francia en calidad de legado *à latere*. Obtuvo, sin em-

bargo del Sto. Padre, el permiso de hacer un viaje con ménos esplendor, y partió el 30 de Agosto, no yendo acompañado más que de dos religiosos de su Orden. Aunque su salida de Roma fué bastante secreta en un principio, no tardó en esparcirse el rumor, y no pudo evitar una parte de las molestias que habia rezelado. En Florencia, en Módena, en Parma, en Milan y en Turin se le hicieron, á pesar suyo, todos los honores debidos á un príncipe. El gran duque le recibió en Florencia con pompa; los ciudadanos le distinguieron tambien, y el presidente de Venecia le hizo una visita en que le manifestó que pues era la causa inocente de la guerra que hacian los turcos á la república para vengarse de la religion cristiana, esperaba que no contribuiria poco á los triunfos de la Iglesia. La duquesa de Módena le envió un caballero para cumplimentarle por ausencia del duque, y al dia siguiente esta princesa, acompañada de mucha nobleza, le recibió en su palacio. Todos estos honores afligian verdaderamente al siervo de Dios; pero no dejaba de corresponder á todo con mucha gracia. El placer que sintió de haber entrado en Bolonia, sin ser notado, y de haber salido de la misma manera, despues de haber satisfecho su devocion delante de la tumba de Sto. Domingo, le hacia esperar que continuaria en adelante su camino con ménos dificultades. Engañóse, sin embargo: apénas supo el duque de Saboya que habia llegado al convento de su Orden, en Turin, cuando le envió á buscar en su coche por el marqués Pianezza, le trató de alteza y quiso que se le diese el mismo tratamiento en la corte y en todos sus estados. La estimacion, la ternura y el afecto que toda la familia real manifestó á este religioso príncipe fueron extraordinarios, pero nada le conmovió tanto como la atencion del duque que invitó al arzobispo de Turin á fijar un dia para exponer el santo sudario, con toda la pompa y la magnificencia acostumbradas en esta augusta ceremonia, durante la cual el duque de Saboya quiso tener siempre al príncipe Otoman á su derecha. El aparato exterior que heria los sentidos de todos los espectadores y el honor que se hacia en particular al príncipe que daba márgen á esta solemnidad; todo esto le ocupaba mucho ménos que otro objeto que se ofrecia á su espíritu. El santo sudario en que habia sido envuelto el Hijo de Dios, le recordaba naturalmente la pasion y los misterios de nuestra redencion. Estas reflexiones hicieron en él la impresion más viva, y las lágrimas que corrieron de sus ojos, fueron pruebas no equívocas de su religion y de su tierna piedad. Despues de haber dado gracias al duque de Saboya por la política con que le habia recibido, Domingo de Sto. Tomás no le pidió por último favor más que el permiso de continuar su viaje, como le habia comenzado, es decir, acompañado de sus dos religiosos solamente. Costó mucho trabajo concederle esto, porque la corte de Turin queria darle otra comitiva y acompañamiento al ménos hasta

Chambery. Obtuvo, sin embargo, lo que deseaba, y Dios lo permitió así para someter su paciencia á algunas pequeñas pruebas. Sufrió muchas en el paso de los Alpes, sobre todo en un lugar muy estéril y desierto; donde sorprendido por la noche y desprovisto de todo socorro, no pudo obtener más que una mala cabaña para ponerse á cubierto. Al entrar en ella, dijo á sus compañeros de viaje ménos tranquilos que él: «Tiempo es ya de que »encontremos algun lugar conveniente al estado de pobres religiosos, como »somos nosotros; esta cabaña es mucho más á propósito para nosotros que »las córtes con todo su esplendor.» El mismo lenguaje usó el B. Juan de Sajonia en un caso semejante, cuando despues de haber comido á la mesa del Papa, fué obligado en su camino á pasar una noche en el pajar de una alquería. El espíritu de Jesucristo es siempre el mismo en sus siervos; los prueba y los consuela, y los enseña á aprovecharse de todo para sus adelantos en la virtud. La de nuestro religioso viajero no pareció menor en los honores que en las pruebas. Llegado á Lion en el mes de Enero de 1665, recibió cartas del cardenal Barberini que le invitaban á dirigirse inmediatamente á París, y cuando se acercaba á esta capital, el caballero Souvre, embajador de Malta cerca de S. M. Cristianísima, salió á su encuentro con la carroza de la duquesa de Chevreuse, y le condujo á través de una muchedumbre inmensa de pueblo al convento de la calle de S. Honorato. Pocos dias despues, el mismo embajador con muchos caballeros y otras personas de consideracion, quiso conducirle á la audiencia del Rey, el cual instruido ya del nacimiento y de las aventuras del P. Otoman, le hizo recibir con honor, y escuchó con bondad su arenga, y le aseguró que le daria muestras de su estimacion miéntras permaneciese en su reino. S. M. le dió el tratamiento de alteza, y quiso tambien que oyese misa en la capilla á su lado. Se le introdujo despues á la audiencia de la Reina, de la Reina madre y de todos los príncipes de la sangre real, que le hicieron asimismo el honor de devolverle la visita. El nuncio del Papa y todos los embajadores, el arzobispo de París y el ayuntamiento, le visitaron tambien, lo mismo que muchos señores alemanes, ingleses y polacos que se hallaban en la corte de Francia. Todos quedaban igualmente satisfechos de sus maneras, de su gravedad, de su modestia y de su presencia de espíritu. Moreri, siguiendo á otros autores, dice que los embajadores turcos de París se prosternaron delante de él y manifestaron con sus lágrimas el sentimiento que les causaba ver tan mal vestido al hijo de un Emperador tan grande. A lo que respondió Osman que él tenia mucho más dolor de su ceguedad; que bendecia mil veces las misericordias del Señor para con él, y que el hábito que creian tan grosero, le parecia más precioso que la púrpura de los reyes que no tenian conocimiento de Jesucristo. Toda su vida es una prueba de que estas pala-

bras no expresaban más que los verdaderos sentimientos de su corazon, y esto es lo que le hacia merecer tan grande aprecio de todos los príncipes de Europa. El rey de Inglaterra le dió una prueba particular de su consideracion. Ciertos armenios, cuyos buques cargados de ricas mercancías habian sido cogidos por los ingleses cerca de Smyrna, despues de haberse dirigido inútilmente á muchas cortes para obtener la restitucion de sus bienes, se presentaron al P. Otoman, y le suplicaron tuviese compasion de ellos y de sus familias, cuya ruina ocasionaba la pérdida de sus buques. El siervo de Dios, conmovido de su infortunio, escribió en favor suyo á S. M. Británica, y el monarca, accediendo á su ruego, hizo devolver á los comerciantes armenios lo que les pertenecia. Despues de dos años de morada en París, no hallando Domingo de Sto. Tomás tanta tranquilidad como habia esperado y creia necesitar para dedicarse, segun sus deseos, á la oracion y al estudio, escribió al cardenal Barberini y al P. General para pedir permiso de volver á Roma ó á alguna otra ciudad de Italia. Exponia con mucha sencillez los motivos de su peticion. Se vaciló por un momento, mas se creyó conveniente que continuase aún por algun tiempo en Francia. Terminadas, sin embargo, las diferencias entre la Puerta y la corte, quedando por los franceses la ciudad y puerto de Gigeri, en Africa, y ocupado por otra parte el Rey Cristianísimo en la guerra contra España, no pensaba ya en declarársela á los turcos, que continuaban enviando todas sus fuerzas á la isla de Candía. El P. Osman recibió, sin embargo, cartas de todos los patriarcas griegos y del hijo del príncipe de Valaquia, que le prometian el socorro de muchas naciones, si queria hacer valer sus derechos y tomar las armas contra su hermano el sultan Mahomet IV. Los progresos ó los esfuerzos de los infieles, que alarmaban á los cristianos, parecian exigir que no se perdonase ningun medio para llamar la atencion de los turcos. Es verdad que en el estado en que habia puesto la gracia á Domingo de Sto. Tomás, alejaba de él todo deseo de reinar. Pero sensible á los males de la cristiandad, no se hubiera negado á los mayores trabajos y no hubiera temido los más grandes peligros por extender el imperio de Jesucristo y procurar á su patria las luces del Evangelio. El embajador de Venecia en la corte de Francia le instaba al mismo tiempo aprovechase en beneficio comun las favorables disposiciones de los pueblos, ó tuviese al ménos á bien conferenciar con su Senado. Habiéndole escrito el P. General en estas circunstancias para llamarle á Italia, salió de París el 27 de Julio de 1667, cuando estaba el Rey en Flandes á la cabeza de un poderoso ejército. Llegado á Turin marchó el P. Otoman al Pó, y se dirigió en seguida á Venecia, donde el Dux y el Senado le recibieron con grande esplendor. Habiendo los venecianos examinado detenidamente las cartas de los patriarcas griegos, y en particular las

del arzobispo de Alejandría y de su vicario general, Cosme Mauricio Paleólogo, no dudaron que la presencia del príncipe Otoman, si se presentaba en la isla de Candía, causase alguna revolucion favorable. Escribieron en su consecuencia al Papa para hacerle entrar en las mismas miras. Ocupaba la cátedra de S. Pedro Clemente IX desde 20 de Junio de 1667. Este Pontífice, extremadamente celoso por los intereses de la Iglesia, consintió con placer en lo que se proponia, y miéntras hacia equipar sus galeras para unirlas á las de Malta, de Sicilia y de Venecia, manifestó deseos de ver al P. Otoman, que se dirigió á Roma á principios del año 1668. Su Santidad le dió muchas pruebas de su paternal afecto, y le exhortó á dirigir sus designios segun el espíritu de Dios, á vacar mucho en la oracion, y no mirar en todo más que la gloria del que se habia dignado sacarle del islamismo. Habiéndole dado despues su bendicion, le hizo embarcar en Civita-Vecchia en la galera *S. Pedro*. La escuadra, mandada por Rospigliosi, tomó municiones en el puerto de Nápoles, se reunió á la de Malta en Messina, y despues de haber socorrido las costas de la Morea, se reunió á principios del mes de Agosto al ejército cristiano en la Canea. El príncipe Otoman escribió desde allí á los cristianos del Peloponeso, dispuesto ya á sacudir el yugo de los turcos. Los de Albania le hicieron saber tambien que se hallaban prontos á declararse en favor suyo y á sostenerle con todas sus fuerzas, si queria ponerse á su frente. Le ofrecieron sus hijos en rehenes y prueba de su fidelidad; pero lo más apremiante era socorrer á Candía, atacada por el ejército de los infieles. Otoman se lisonjeaba de que si podia conferenciar con los principales jefes del ejército, no le seria imposible, ó atraerlos á sus intereses, ú obtener una paz favorable á la república de Venecia. En esta confianza escribió al gran visir, al bajá de la Canea, y al agá de los genízaros, para avisarlos de su llegada á aquella Isla, y manifestarles que tenia que comunicarles negocios muy importantes, y que les serían muy ventajosos. Pero estos oficiales mahometanos no se hallaban en las mismas disposiciones que los cristianos sometidos á la dominacion otomana. La religion de que hacia profesion el príncipe Osman, era para los unos un motivo de desearle por monarca, y para los otros una razon de serle contrarios. El parecer del gran visir fué enviar sus cartas al Gran Señor, é impedir que llegase á noticia del ejército lo que pasaba, por temor de que la llegada del hijo primogénito de Ibrahim no excitase una revolucion entre la tropa. Los nuevos socorros esperados de Italia no parecieron al fin, y la ciudad de Candía, despues de haber sufrido el sitio más largo y más memorable de que se haya oido hablar hace muchos siglos, se rindió á los turcos mediante un convenio. Habiéndose firmado el tratado de paz el 27 de Setiembre de 1669, volvió el P. Otoman á Venecia, y con el designio de diri-

girse á Roma, se embarcó en un buque francés que debia llevarle á Ancona. La navegacion fué en un principio bastante favorable; pero se levantó poco despues una furiosa tormenta, que arrastró al buque durante seis dias, y le arrojó por último á las costas de Ragusa. La multitud de turcos esparcidos por todo el pais obligó á nuestro religioso á tomar sus precauciones para no ser descubierto. Detenido en Ragusa durante todo un mes, vió con dolor las tristes ruinas de esta ciudad, que un temblor de tierra habia destruido casi por completo. Sufrió tambien una extremada hambre, y supo practicar la paciencia cristiana despues de haber ejercido la caridad, distribuyendo á los pobres su pension y todo lo que le quedaba para su sustento. Un buque inglés le llevó á Rávena, donde el cardenal legado le recibió con distincion y le hizo conducir á Loreto. Tuvo aquí algnnas conferencias con el cardenal Fachinetti, quien le manifestó que el Papa, que se hallaba enfermo, deseaba verle. Domingo de Sto. Tomás partió sin dilacion para Roma, donde llegó el 9 de Diciembre, en el momento en que Clemente IX acababa de espirar; pérdida que sintió mucho, lo mismo que la de su general Juan Bautista Marinis, muerto pocos meses ántes. El nuevo papa Clemente X y Tomás de Rocaberti, general de los Dominicos, tuvieron las mismas atenciones que sus antecesores con el P. Domingo de Sto. Tomás. Habia cumplido ya los veintiocho años y no era todavía sacerdote. Se comprende que sus superiores habian tenido razones de estado y de política para no dar las órdenes sagradas á un súbdito á quien la Providencia podria tener reservados otros destinos. Pero no existiendo ya estas razones despues de la paz concluida entre los venecianos y los turcos, se le advirtió se dispusiese para recibir la imposicion de las manos. Se preparó por medio del ayuno, la oracion, el retiro, la meditacion de los libros sagrados, y la práctica de todas las virtudes. Su soledad era tan profunda, que algunos cardenales se quejaron de ella al P. General. Habló el superior al siervo de Dios, que le contestó modestamente que todas las visitas que se le aconsejaba hiciese ó recibiese, eran muy á propósito para distraerle y poco útiles para su salvacion. En cuanto recibió la gracia del sacerdocio, apénas se le veia más que en el altar, donde celebraba los santos misterios con una modestia angelical, ú ocupado en hacer obras de caridad. Se refiere que un sacerdote reducido á un estado de grande penuria, se dirigió á él para ser socorrido en su desgracia, y el caritativo religioso le dió toda la pension que acababa de recibir de los caballeros de Malta, doblemente contento de tener esta ocasion de hacer una buena obra y de poder sufrir ocultando á los superiores sus propias necesidades. Celoso por la salvacion de las almas, se proponia fundar un convento en Italia, donde se instruyere á misioneros consagrados especialmente á predicar el Evangelio á los mahometanos. Se

dedicaba por lo tanto con mucho afecto á instruir á los turcos catecúmenos que se hallaban en Roma, y pidió al General permiso de ir á Armenia para fortificar á los cristianos contra la persecucion y ganar á los infieles para la fe, aun con peligro de su vida. Pidió con tanta frecuencia y con tanto fervor esta gracia, que la hubiera obtenido al fin, si el cardenal Altieri, protector á la sazon de la órden de Sto. Domingo, considerada la debilidad de su complexion y los peligros á que le iba á exponer esta empresa, no se hubiese opuesto á ello expresamente. No se quiso, sin embargo, quitarle las ocasiones de ejercer su celo; Tomás de Rocaberti le nombró en 1675 doctor de la Orden y vicario general de todos los conventos situados en la isla de Malta. Domingo de Sto. Tomás partió de Roma á últimos de Octubre, pasó algunos dias en Nápoles, y se dirigió despues á Sicilia. Esperaba en Siracusa un buque y viento favorable para ir á Malta, cuando supo que las enfermedades contagiosas causaban grandes estragos en aquella isla. Muy léjos de suspender su embarque por esta noticia, esperó con más impaciencia el dia por el deseo de ir á aliviar al pueblo y á los religiosos en sus necesidades. Apenas hubo entrado en el convento de *Porto-Salvo* el 28 de Marzo de 1676, cuando habiendo tomado posesion de su cargo, comenzó desde luego á llenar sus deberes con un celo y una aplicacion, que edificaron y sorprendieron agradablemente á todos los religiosos. Despues de haber restablecido en algunas casas los santos ejercicios que habia hecho interrumpir la peste, se dedicó á administrar los santos sacramentos á los apestados por ser su designio exponer su vida por servir á los fieles. Los caballeros de Malta y sus propios religiosos procuraron poner límites á su fervor. Pero no fué siempre fácil contenerle. En medio de tantas enfermedades y de los excesivos calores del verano, la poca precaucion que tomó para conservar una salud poco fuerte, le ocasionó violentos dolores de cabeza; causándole este mal al mismo tiempo un extremo disgusto á toda clase de alimentos, cayó en una debilidad á que siguió una fiebre continua. Los médicos comenzaron desde entónces á temer por sus dias, mas no por esto se abatió el ánimo del piadoso enfermo. Ocupado así en desempeñar su cargo y en prestarse á las necesidades del prójimo, lo mismo que si hubiera gozado de la salud más completa, continuó despreciando su mal hasta últimos de Setiembre, que se vió obligado á hacer cama. Aumentando siempre la fiebre, más fuerte que los remedios, se creyó conveniente hacerle cambiar de aires, y á 7 de Octubre se le condujo á una casa de campo, llamada la isla. Acompañáronle tres religiosos de su Orden; el gran maestre de Malta le enviaba su médico todos los dias; y la asiduidad de los caballeros cerca del enfermo manifestaba el cariño que le tenian. El carácter de su corazon, tierno y reconocido, no podia ménos de hacerle sensible á todas estas atencio-

nes; pero dirigió desde luego la suya á otro objeto más digno de ocuparla. En el curso de su enfermedad pidió y recibió muchas veces los santos sacramentos con una fe y una piedad poco comunes. Aun cuando á la edad de quince años habia sido purificado por las aguas del bautismo, quiso hacer confesion general de toda su vida desde su primera infancia. Manifestó despues un ardiente deseo de ser trasladado al convento de *Porto-Salvo*, para concluir su carrera en el mismo lugar en que habia comenzado á conocer á Jesucristo y á vivir segun su espíritu. El temor de adelantar su muerte hizo que no se le pudiera dar este consuelo; pero tuvo el de vestirse su hábito de religioso, con el que recibió el santo viático. A pesar de su grande debilidad, hubiera querido salir del lecho y postrarse en tierra en presencia de su Salvador. No permitiéndoselo el mal, se contentó con salir al encuentro del Esposo con los santos deseos de su corazon, y con actos repetidos de fe, contricion, confianza y amor de Dios. Despues de una corta agonía, rindió su alma al Salvador el 25 de Octubre de 1676, á la edad de treinta y cinco años. La vida que habia hecho desde su conversion al cristianismo y todas las circunstancias de su muerte fueron miradas como consoladores testimonios de que el Señor tenia designios de misericordia sobre este elegido. Su muerte causó una afliccion general en toda la isla de Malta. El gran maestre de la órden de S. Juan mandó que se le hiciesen las exequias en la iglesia de les PP. Dominicos con la posible magnificencia; doce de los comendadores más antiguos, y un gran número de caballeros, acompañaban el cuerpo del ilustre difunto, miéntras todos los cañones de las fortalezas y de las galeras anunciaban esta muerte al pueblo. Un carmelita descalzo, encargado de pronunciar su oracion fúnebre, no dejó de alabar mucho entre sus demás virtudes su firmeza en la fe, su celo en favor de la religion, su dulzura, su modestia, su generosidad y su invencible paciencia en todas las pruebas. No miramos como la más pequeña á la que se vió sometido este religioso por la malignidad, la vanidad ó la avaricia de algunos escritores, que para aparecer más sabios que los demás, ó ganados quizá por el oro de los turcos, se habian propuesto atacar su nacimiento. Siete años ántes de su muerte se publicó en Inglaterra un libelo, que fué traducido al aleman é impreso en 1669, bajo este título: *Historia de los tres famosos impostores de este siglo: el P. Otoman, Mahomet Bei ó Juan Miguel Cigala, y Sabatai Sevi; por Juan Evelin, caballero y miembro de la Sociedad Real de Lóndres.* Un caballero de Malta tomó la pluma contra este crítico protestante, é hizo imprimir en París una historia más verídica del príncipe Osman. Puede verse la ventaja y facilidad con que destruye las frívolas conjeturas y falsos razonamientos de su adversario; esta obra fué impresa en París en 1670 por el caballero Jaut, quien la dedicó al duque de Orleans, her-

mano único del rey de Francia. El P. Octaviano Bulgarini, dominico, vicario general de la Congregacion de Sta. María de la Salud en Nápoles, escribió despues la misma historia en italiano por órden del cardenal Antonio Pignatelli, arzobispo á la sazon de Nápoles y papa despues bajo el nombre de Inocencio XII. Como Bulgarini habia conversado familiarmente con el príncipe Otoman, y reunió con cuidado lo que otros muchos autores habian escrito ya, su obra fué muy bien recibida del público. Hiciéronse de ella dos ediciones en Nápoles en 1689 y 1698, y se tradujo al francés. Moreri compendió esta vida en el tomo V de su gran *Diccionario Histórico*; pero sus principales circunstancias deben tomarse en la Historia de la Orden de Malta, como lo hizo el P. Touron para escribir la de este célebre dominico, á cuya memoria se consagró poco despues de su muerte la siguiente inscripcion:

RELIGIOSO PRINCIPI, P. DOMINICO OTTOMANO, VICARIO,
ET COMMISSARIO GENERALI CONVENTUUM MELITENSIUM
ORDINIS FF. PRÆDICATORUM EPITAPHIUM PERENNIS MEMORIÆ.

Invidit fortuna viro, ne regna teneret
Maxima, quæ nato jura paterna dabant.
At nimirum felix, cui Sacra Palatia cœli
Obveniant, captus dum sua sceptra fugit.
Magna pericla manent alios, invenit in alto
Pignora vivendi hic non meditata Polo.
Dum melior placuit, Mahometis prima recessit
Religio, gremio perfida corda fovens.
Natus erat Princeps; ast infeliciter orbi:
Felicior Frater vixit in æde Dei.
Cœlesti peperit Guzmanus sorte Ibrahimi
Prolem quam Domino reddidit ipse suo.

S. B.

OSMA (D. Alfonso Diaz de) canónigo de la iglesia de Burgos, protonotario apostólico y rector de la iglesia de Santa Casilda. Escribió una *Vida y milagros* de dicha Santa que fué debidamente aprobada. —M.

OSMANA (Sta.), virgen. Nació en Irlanda de ilustre familia, y consagró al Señor su virginidad desde los más tiernos años, viviendo retirada en un yermo de la Bretaña Menor, cerca de Brienne. Esta Santa floreció en el siglo VII, y su nombre se halla citado en algunas colecciones de vidas en 9 de Setiembre. —M.

OSMOND (Antonio Eustaquio, varon de), hermano del marqués de Os-

mond. Nació en Santo Domingo en 1754, y habiendo seguido la carrera eclesiástica sucedió en 1785 á su tio en el obispado de Cominges. Emigró con motivo de los sucesos de 1791, y no regresó á Francia hasta despues del 7 de Noviembre de 1799. En 1801, fué promovido al obispado de Nanci y en 1810 al arzobispado de Florencia. Precisado á dejar la Italia en 1814, volvió otra vez á Nanci á encargarse de nuevo de la administracion de aquella diócesis, donde falleció en 27 de Setiembre de 1823. Osmond fué limosnero del príncipe Luis Bonaparte. —M.

OSMONO. Floreció en el siglo XI, fué obispo de Salisburi, en Inglaterra, y compuso varios tratados sobre materias eclesiásticas que cita Polidoro Virgilio. —M.

OSMUNDO (S.). Nació á mediados del siglo XI y era hijo del conde de Zees. Es inútil decir que descendiendo de tan alto rango recibió una educacion digna de su nacimiento, y siguiendo la inclinacion de los nobles de su época abrazó la carrera militar. Adornado de conocimientos poco comunes en aquel tiempo, acompañó en 1066 á Inglaterra á Guillermo *el Conquistador*, y participó de los laureles que este famoso caudillo recogió en el campo de batalla, y en premio seguramente de sus servicios le creó conde de Dorset y le nombró ministro de Estado y su canciller. Desplegó en el desempeño de estos cargos tanta virtud y sabiduría, que en 1078 fué promovido al obispado de Salisburi, nombramiento que justificó con el mayor celo pastoral y con el ejemplo que dió á los canónigos de su iglesia en el cumplimiento de sus deberes. Dictó las más eficaces disposiciones para la conservacion de la disciplina eclesiástica, y formó una biblioteca para instruccion del pueblo. En su época era tan poco conforme la liturgia anglicana, que concibió el proyecto de reformarla y darla la uniformidad conveniente, á fin de desterrar los abusos que á su sombra se introducian, y emprendió su propósito con tanto celo y acierto, que no solo se prestó á ello su diócesis, si que tambien las iglesias inmediatas adoptaron su trabajo. Por fin, su nuevo ritual fué al cabo de algun tiempo comun en toda la Inglaterra y estuvo en observancia hasta el reinado de María. S. Osmundo compuso un *Tratado de los oficios eclesiásticos*, al cual se agregaron despues de su muerte algunas leyendas apócrifas. Si bien es verdad que algunos le acusan de haber abandonado la causa de S. Anselmo, su arzobispo, en la asamblea de Rockingham por consideracion al Rey, algun poderoso motivo y quizá insuperable debió existir cuando ambos prelados se reconciliaron luego del modo más cordial. S. Osmundo falleció en 1099, despues de una larga y dolorosa enfermedad. Sus restos descansan en la catedral que mandó construir y que despues se restableció á consecuencia de un incendio. Este venerable obispo fué canonizado en 1458, y la liturgia que redactó para su iglesia con

el título *de Usage de Sorum ó Salisburi* ha sido reimpresa varias veces. Todavía se conserva un precioso monumento de este género de antigüedades eclesiásticas. —M.

OSMUNDO, obispo de Astorga en el siglo XI, es conocido por una carta que escribió á Ida, mujer de Eustaquio, conde de Boulogne y de Sens. Esta condesa habia hecho edificar una iglesia en honor de la Santísima Vírgen, y establecido en ella un cabildo de canónigos para celebrar el oficio divino. Mas no quedando satisfecha su piedad, quiso enriquecer aquella iglesia con algunas reliquias. Informada de que habia muchas en Astorga, suplicó al obispo Osmundo le cediese algunas, suplicándole al mismo tiempo le manifestase el camino por que habian llegado aquellas reliquias á su ciudad, en particular los cabellos de la Santísima Vírgen, de los que sin duda deseaba tener algunas partículas. El Obispo la contestó que se leia en los antiguos registros de su iglesia, que en el tiempo en que los paganos perseguian á los cristianos de Jerusalen, siete de ellos á saber Torcuato, Iscio y otros cinco que no nombra, se retiraron á España llevando consigo lo más precioso que tenian de este género; que depositaron aquellas reliquias en Toledo, donde fueron recibidas con mucho honor y respeto; que cuando los sarracenos invadieron á España, se salvaron estas reliquias ocultándolas en Astorga y Oviedo. «Os enviamos, añade, una gran parte de las mejores y más dignas, suplicándoos os acordeis de la iglesia de Astorga.» Es indudable que Osmundo envió algunos cabellos de la Vírgen María, pues esta reliquia es la única de que hace particular mencion en su carta. Parece que intervino en este regalo la autoridad del rey Alfonso. La carta del obispo de Astorga se halla entre las *Analectas del P. Mabillon*, que piensa fué escrita en 1059. —S. B.

OSNAYA (Fr. Juan de). Se ignora el lugar y año de su nacimiento y la religion en que ingresó. Solo sabemos que ha compuesto una obra que ha quedado manuscrita, en 4.°, con este título: *Relacion de la guerra del almirante de Francia contra el emperador Cárlos V en Italia, con la batalla de Pavía, donde fué preso el Rey de Francia.* —M.

OSONNIO (Fr. Enrique), franciscano. Era inglés, y aunque los bibliógrafos de la Orden no estan conformes, por la falta de noticias exactas, acerca del punto de su nacimiento y época en que floreció, todos convienen en presentarle como un varon esclarecido y de suma instruccion, tanto en las letras divinas como en las humanas. Distinguióse por su notable piedad y por la rigurosa observancia de la regla, y desempeñó varios cargos en la Orden, captándose la estimacion y el aprecio de sus subordinados. Fué tambien elocuente predicador, mereciendo por su don particular para emitir la divina palabra, ser altamente considerado de los príncipes, los sabios y to-

das las personas notables de su tiempo. Para memoria de su nombre y honra de su talento, dejó escritos tres tomos de sermones, divididos en *sermones dominicales*, *de fiestas* y *feriales*, los cuales se conservaban con grande estimacion en el convento de Bandija hasta que se verificó la destruccion de todos los asilos religiosos en la persecucion suscitada contra la fe católica en Inglaterra por el rey Enrique VIII. —M. B.

OSORIO (Fr. Agustin). Nació en Portugal y vistió el hábito de la órden de Ermitaños. Fué prefecto de la provincia de Aragon y enseñó teología en la universidad de Lérida. Compuso las obras siguientes: 1.ª *Vida del bienaventurado S. Juan de Sahagun*; 1614.—2.ª *Sermones de adviento, festividades y santos hasta la Purificacion*; Barcelona, 1635, en 4.°—3.ª *Sermones de cuaresma*; 1642. Se le atribuye tambien un tratado *De Conceptionæ Deiparæ Virginis Immaculatæ*. —M.

OSORIO (Fr. Alfonso de), franciscano. Pocas son las noticias que hemos podido adquirir de este aplicado y estudioso hijo de S. Francisco. Sabemos únicamente que era español, y muy probable que naciera en Castilla la Vieja, puesto que tomó el hábito de la seráfica Orden en el convento de la ciudad de Salamanca, pasando luego á los de Madrid y Alcalá. Floreció en el último tercio del siglo XVI y dejó escritas las siguientes obras. —*Historia de la reina de Sabá*; Salamanca, 1575. —*Sermones de Santos*; en la misma ciudad, año 1575. —*Sermones desde la Dominica in albis, hasta el tercer dia de Pascua de Pentecostes*; Alcalá, 1571. —*Sermones de cuaresma*; Madrid, 1570. —M. B.

OSORIO (Fr. Alvaro). Se ignora la religion á que perteneció, pero se sabe que era español y que compuso en castellano una historia del infante D. Fernando. —M.

OSORIO (Antonio), natural de Asturias, hermano del obispo del mismo nombre. Entró en la Compañía de Jesús y enseñó veintidos años humanidades en el colegio de Medina. Compuso: *Ferdinandi Toletani, Alvæ ducis, vitam et res gestas*, ocho libros en dos tomos; Salamanca, 1669, en 8.° Tambien se proponia escribir unos *Annales Hispaniæ ab obitu Regis catholici usque ad nostra tempora*. —M.

OSORIO (Sor Constanza), cisterciense. Esta célebre religiosa fué natural de Sevilla, y perteneció á la antigua é ilustre familia de aquel apellido que tantos vástagos esparció por toda España. Nació en el año 1595, y fué tan inspirada por el espíritu divino desde su temprana edad, que á los siete años, adelantándose en ella el juicio y la vocacion, tomó el hábito de la esclarecida órden del Cister en el convento de Sta. María de las Dueñas de la referida ciudad de Sevilla, perseverando en él hasta el final de sus dias. Profesó, cuando llegó á la edad competente, sin que su vocacion hubiera

sufrido el más pequeño cambio, y como era tan antigua en la mencionada casa y tan querida de todas sus hermanas, que miraban en ella un portento de virtud y sabiduría, obtuvo la dignidad abacial por unánime voto de todas las religiosas. Resplandeció en toda clase de virtudes y mereció que el Señor la favoreciese con el don de la ciencia infusa; pues habiendo recibido una limitada instruccion y careciendo de toda clase de estudios, se halló en disposicion de entender y explicar las sagradas escrituras, y de ventilar las más árduas cuestiones teológicas, siendo por esto el asombro y la admiracion de todos los sabios y doctores de su tiempo. Cuando trataba algun punto de teología ó de dogma, era tan grande la afluencia de luminosas razones que le ocurrian, que no le fué posible contener nunca aquel raudal de divina elocuencia; y vez hubo que dictó á cinco amanuenses á un tiempo cinco diversas materias, teniendo razones y argumentos para todos sin que nunca perdiese la hilacion ni las especies de los asuntos que dictaba. Fué mucho lo que dictó y escribió; pero la mayor parte de sus obras quedaron sin publicarse, reservándose en el archivo del referido monasterio escrupulosamente custodiadas. Algunas de ellas se publicaron despues de su muerte á instancias de elevados y distinguidos personajes. Hé aquí los títulos de las que han llegado á nuestra noticia. — *Huerto del celestial Esposo*; impresa en Sevilla, año 1686. Esta obra, formada sobre aquel opúsculo de S. Bernardo, que empieza *¿Ad qui venisti?* es maravillosa y muy útil á todas las personas que profesan el estado religioso, y á las que verdaderamente deseen seguir el camino de la virtud; pues en ella se dan claras, fáciles y luminosas reglas y consejos para el objeto indicado, fundándose todos los documentos que en esta obra se contienen en pasajes de las divinas escrituras, los cuales estan aplicados con la mayor oportunidad y precision. Pero en donde particularmente se distingue la inspiracion divina que la animaba, es en la exposicion de la doctrina de los Cantares, que por todas partes rebosan evangélica uncion, ternura y poesía. El estilo de estas obras es claro, natural y sencillo al mismo tiempo que sublime, siendo su lectura tan dulce y atractiva, que el leer un solo capítulo excita y mueve á continuar leyendo el siguiente. Además de la mencionada obra se publicó otra de esta autora, que lleva por título *Exposicion del Salterio, por el órden que da á los salmos el Breviario cisterciense*, y otro libro sobre el profeta Jonás. Ignóranse las causas que impidieron la publicacion de todas las numerosas obras suyas, las cuales ya no existirán de seguro despues del tiempo que ha transcurrido y de las vicisitudes por que han pasado las comunidades religiosas en nuestro país. Sor Constanza murió en opinion de santidad en el año 1637.— M. B.

OSORIO (Fr. Cristóbal), natural de Lisboa, religioso de la órden de la

Trinidad. Escribió una obra de los varones ilustres que contaba su instituto, en su lengua patria, con este título: *Pancarpia dos varoens illustres da Orden da Santisima Trindade*; Lisboa. Falleció en dicha ciudad y se ignora el año.—M.

OSORIO (Gerónimo), canónigo de Evora. Tuvo conocimientos muy extensos en las ciencias eclesiásticas, y estaba muy versado en la sagrada Escritura. Escribió: 1.° *Vitam Hieronimi Osorii, Silvensis episcopi.*—2.° *Notationes in ejusdem paraphrasim.*—3.° *Paraphrasim in Cantica Canticorum et in eadem breviores notationes.* Andrés Scoto le atribuye además *Cathalogum archiepiscoporum Evorensis ecclesiæ.*—*Expositionem in Ecclesiastem.*—*Santi Mansivi archiep. Brachar.* Osorio falleció en 6 de Febrero de 1611.—M.

OSORIO (Gerónimo), uno de los escritores portugueses que más lustre han dado á las letras en el siglo XVI. Nació en Lisboa en 1506, de una familia que así por parte de padre como de madre habia producido varones eminentes. Llamábanse los autores de sus dias Juan Osorio de Fonseca y Francisca Gil Godea. Despues de haber estudiado en la ciudad de Salamanca las lenguas sabias, pasó á París á la edad de diez y nueve años para entregarse al estudio de la filosofía, ó sea de la doctrina de Aristóteles, que se enseñaba aún en algunas escuelas; pero luego se trasladó á Italia, convencido de que en ninguna parte podia hallar más erudicion eclesiástica que en el centro mismo del catolicismo. Habiendo fijado su residencia en la ciudad de Bolonia, dedicóse sin descanso al estudio de la Escritura sagrada y de la lengua hebrea. Posesor de vastos conocimientos, Osorio llevó á su patria este precioso depósito; y desde luego su soberano, el rey D. Juan, le designó para enseñar Sagrada Escritura en la ciudad de Coimbra, siendo altamente aplaudidas las lecciones que dió sobre Isaías y epístola de S. Pablo á los romanos. Este trabajo sobre el profeta y el apóstol ha sido impreso en la coleccion de sus obras. Osorio fué nombrado primero arcediano de la iglesia de Evora, pero despues Catalina de Austria, regente de Portugal durante la minoría de su hijo Sebastian, le promovió al obispado de Silves. Cuando el augusto pupilo subió al trono, sus sentimientos caballerescos y religiosos le llevaron á Africa á combatir á los infieles; y en esta expedicion quiso que le acompañase Osorio. El prudente prelado le patentizó todos los peligros de una empresa tan aventurada; mas conociendo que su elocuencia era ineficaz para moderar el belicoso é inconsiderado ardor de su soberano, prefirió retirarse á la corte de Roma pretextando cualquier motivo, ántes que presenciar las desgracias que amenazaban á la expedicion. Gregorio XIII le acogió de un modo el más lisonjero; y las pruebas de afecto del Soberano Pontífice hubieran colmado la felicidad de Osorio, si el recuerdo de los males que afligian á su patria no hubiese estado presente continuamente á su

memoria. Al cabo de algunos años el rey D. Sebastian, echando de ménos la ausencia de Osorio, le llamó á su lado; y éste corrió á ser testigo de lo que tanto habia temido, pues vió perecer al monarca en la batalla de Alafer, librada contra los moros en 1578. Sus estados fueron luego presa de los nobles ambiciosos, que se disputaban la posesion de un trono que carecia de heredero directo. En medio de tantos trastornos no cesó de exhortar al pueblo á permanecer tranquilo y testigo pacífico de las conmociones que turbaban el país. La neutralidad del obispo de Silves fué malamente interpretada, y sirvió de pretexto á sus enemigos para acusarle de que favorecia las pretensiones que España tenia á la corona de Portugal. Mas si la apología que publicó calmó algun tanto la efervescencia, no por eso ahogó del todo el rencor y las sospechas de sus enemigos personales. Osorio se esforzó en calmar sus pesares, dedicándose sin descanso al cumplimiento de los deberes pastorales y al estudio, y en estas santas y laudables ocupaciones le halló la muerte en Tavira el 20 de Agosto de 1580. Habia escrito ántes una carta á Isabel, reina de Inglaterra, para instruirla de los errores de la Iglesia anglicana y atraerla al seno de la católica; mas con esto el celo de este buen prelado solo consiguió suscitar una controversia entre él y el teólogo de la Reina, Gautiero Habbdon, contra el cual publicó un *Tratado de la verdadera religion*, dividido en tres libros. Sus obras, cuya mayor parte vieron la luz pública separadamente en Lisboa, fueron coleccionadas é impresas en Roma, 1592, cuatro tomos en fólio, por un sobrino suyo, llamado tambien Guillermo Osorio, que fué canónigo de Evora y autor de varias glosas y paráfrasis sobre diferentes partes de la Sagrada Escritura. Esta coleccion se componia de varios libros filosóficos, obras de teología relativas á la Sagrada Escritura y de la *Historia del gran Manuel*. En la primera série son dignos de mencion especial los tratados *De nobilitate civili*; *De nobilitate christiana, libri V*, cuyo discurso preliminar, dedicado á Juan III, abunda en sabios y profundos consejos para los reyes. *De Regis institutione et disciplina, libri VIII*, etc. En la segunda série se hallan varias paráfrasis ó comentarios muy apreciados sobre S. Pablo, Job, los Salmos, Salomon, Isaías, Oseas, Zacarías y el Evangelio de S. Juan. Pero la produccion que más gloria ha dado á Osorio es un libro titulado: *De rebus Emmanuelis virtute et auspicio gestis;* Lisboa, 1575; Colonia, 1581, en 8.°; idem, 1597, en fólio; Coimbra, 1679, tres tomos en fólio; idem, 1791, en 12.° Esta obra ha sido traducida al inglés en 1752, y existe una especie de version en francés muy antigua por Simon Gonlat. Este historiador es exacto en su relato, lo que prueba que bebió en fuentes muy peregrinas; y aunque libre en sus juicios, se expresa sin pasion ni parcialidad; habiendo tomado por modelo á Ciceron, procura imitarle en la eleccion y abundancia de las palabras, y

si bien á veces incurre en proligidad, este defecto es comun á los escritores de su tiempo. Algunas veces Osorio se sujetó demasiado á las formas de estilo de los antiguos, y así lo sienten Estrada, Mariano, Grocio y el francés De Tou. Este prelado no fué ménos ilustre por sus escritos que por sus sentimientos piadosos y caritativos.—M.

OSORIO (Sor Isabel), clarisa. Fué natural de Alcaraz en la provincia de Toledo, hija de nobles padres y de muy buena posicion. Floreció por los años 1550, y habiendo demostrado desde su más tierna edad una aficion decidida á la vida religiosa y un notable desprecio de las cosas del mundo, tomó el hábito de la humilde y observante Orden Franciscana en el convento de su ciudad natal, perteneciente á la segunda Orden del Serafin humanado. Entre las virtudes que más distinguieron á esta castísima esposa de Jesucristo resaltó la de la pureza, haciéndose notable por su sin igual honestidad, prenda de que cuidó en extremo aun en las circunstancias más insignificantes. Fué en el claustro modelo y dechado de todas las virtudes y perfecciones religiosas, mereciendo por esto ser favorecida con celestiales dones y místicos favores por parte de la Divinidad. Murió en el último tercio del siglo XVI, con tanta fama de bienaventuranza, que la Orden la colocó en su Martirologio y hace mencion de ella el dia 6 de Noviembre, en el cual ocurrió su fallecimiento. —M. B.

OSORIO (Fr. Juan), franciscano. Era español, aunque no consta el punto de su nacimiento, y solo se sabe que habiendo pasado á la América por varios sucesos que en su patria le ocurrieron, tomó el hábito de San Francisco en el convento de dicha Orden de la ciudad de Méjico en el año 1542. Trabajó mucho para introducir y propagar la fe cristiana en aquellos remotos climas, y sufrió infinitos trabajos en las misiones fundadas para la conversion de los indios salvajes é idólatras, consiguiendo, sin embargo, ganar muchas almas para Dios, único anhelo que le guió durante su bien empleada vida. Murió este confesor de Cristo, lleno de merecimientos, en el año 1581, con tan notable crédito y pruebas de santidad que la Orden Franciscana hace conmemoracion de él en su Martirologio el dia 2 de Setiembre en que ocurrió su feliz tránsito. —M. B.

OSORIO (D. Luis), obispo de Jaen. Fué hijo de D. Pedro Alvarez Osorio y Doña María Manuel, y natural de la ciudad de Leon, en la que hizo sus estudios, dedicándose á la carrera eclesiástica. Ordenado ya de sacerdote y en atencion á sus méritos y servicios, fué nombrado dean de la santa iglesia catedral de la mencionada ciudad de Leon, y despues arcediano de Palencia. Tambien desempeñó el cargo de capellan mayor del príncipe D. Juan de Castilla, despues segundo rey de aquel nombre, y abad perpétuo del monasterio de nuestra Señora de Carracedo, del órden de S. Ber-

nardo, ántes de su reforma, siendo tambien abad de Valladolid y presidente de su chancillería, mereciendo la alta distincion de que el soberano le confiriese la investidura de los obispados de Lugo y de Segovia, desempeñando este último con título de administrador por haberse opuesto el sumo pontífice Martino V á admitir la presentacion, fundándose en que le correspondia el absoluto derecho de proveer aquel obispado. De este prelado dice Marineo Siculo, en sus *Varones ilustres*, que fué obispo sabio y justo, protector de los hombres de letras y verdadero padre de los pobres necesitados. Se instauró en su tiempo el célebre proceso formado por el príncipe D. Enrique de Castilla, que trataba de repudiar á su esposa la infanta Doña Blanca de Navarra, alegando que por una causa tan invencible como desconocida no le era posible consumar el matrimonio. La sede apostólica encargó la sustanciacion de este proceso al obispo D. Luis, y este examinando el negocio con toda la detencion y cuidado que su naturaleza exigia, declaró *pro tribunali sedendo* que el matrimonio debia considerarse nulo. Murió el rey D. Juan en la ciudad de Valladolid el dia 20 de Julio de 1466, y hallándose accidentalmente en esta ciudad el obispo D. Luis, fué uno de los primeros que juraron obediencia y rindieron homenaje al nuevo rey D. Enrique IV. De la iglesia de Segovia fué promovido á la de Burgos, en cuya catedral edificó y consagró una magnífica capilla dedicándola á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, reedificando tambien á sus expensas la fortaleza de Tibre que radicaba en el obispado. Respecto de esta obra, cuyas mejoras cedió generosamente á la diócesis, se halla una importante cláusula en el testamento de la reina Doña Isabel la Católica, otorgado en 23 de Noviembre del año 1504. Con motivo de haberse incautado los reyes de todos los castillos y fortalezas pertenecientes á los señoríos, no queriendo que ningun poder hiciese sombra al suyo, ni menoscabase sus derechos, tomaron tambien posesion de la mencionada fortaleza de Tibre. Pero como repugnase á la tímida conciencia de aquella augusta señora el dominio de una posesion eclesiástica, ordena en su mencionado testamento que se examine muy detenidamente el derecho que el obispado de Burgos pudiera tener á la antedicha fortaleza, reedificada por el obispo D. Luis Osorio, y que se entregase al punto si aparecia que el obispado tenia legítimos títulos para poseerla, y resultando que pertenecia á la corona se examinase tambien si ésta se hallaba obligada á satisfacer los gastos que en su fabricacion se habian hecho. Dotó D. Luis á la iglesia de Burgos de preciosos vasos y ricos ornamentos, y para que no sufriese menoscabo alguno la parte de los pobres á quienes siempre atendió con la mayor caridad y esplendidez, costeó aquellos dones con el peculio que de su familia poseia. Hallándose este prelado en el convento de S. Pedro de Arlanza, del órden de S. Benito, quiso ver si

con efecto era verdadero *lignum crucis* un trozo de madera, que hacia muchos años se veneraba en un relicario y que era regalo hecho al conde Fernan Gonzalez por el papa Juan XI. Reuniendo, pues, á toda la comunidad y hallándose presentes sus familiares, mandó encender un gran brasero y arrojó en él la reliquia, la cual apénas hubo tocado las brasas, las apagó instantáneamente, como si hubieran echado en ellas un grande golpe de agua. Resuelta así la duda sacaron con gran veneracion aquel trozo del sagrado leño, colocándole otra vez en el relicario donde ántes se veneraba. Al empezar los reyes católicos la conquista de Granada, movido D. Luis de su grandeza de ánimo, les sirvió con buen número de gentes de armas y cantidad de subsidios pecuniarios para ayuda de tan grande como santa empresa. Del obispado de Burgos fué promovido al de Jaen, donde principió la costosa obra de su iglesia catedral, habiendo solicitado para esto el permiso del sumo pontífice Clemente VII, quien no solo se le concedió por medio de una apostólica bula, sino que ofreció muchas indulgencias á los que diesen limosnas para ayudar á la fábrica del templo. Fué tan estimado D. Luis de los Reyes Católicos, que cuando la princesa Doña Juana pasó á Flandes á contraer matrimonio con el archiduque Felipe, le mandaron acompañase á la augusta novia á los Países Bajos, donde acometido de una grave enfermedad falleció el dia 16 de Setiembre de 1495. Los familiares hicieron embalsamar su cuerpo y le trajeron á España, dándole honrosa sepultura, segun correspondia á su dignidad y sus servicios, en la magnífica capilla que fundára en la catedral de Burgos. Gobernó la iglesia de Jaen por espacio de trece años. —M. B.

OSORIO Barba (D. Lorenzo), canónigo de la iglesia metropolitana de Santiago de Galicia. Fué natural de Asturias y doctor por la universidad de Salamanca. Escribió: *Piña de rosas atadas por graves y santos autores, teólogos y canonistas, para que la puedan oler los sacerdotes en el santo y soberano ministerio del altar*; Salamanca, 1589, en 4.° — Tambien compuso el siguiente escrito: *Capítulo XII, añadido al tratado de los diezmos del libro III de la Piña de Rosas;* Salamanca, 1593, en 4.° —S. B.

OSORIO Valderábano (P. Gaspar), jesuita. Este ilustre hijo de S. Ignacio, uno de los más bellos ornamentos de la Compañía de Jesús y esclarecido mártir de Cristo, fué natural de Castillo de Villavega, pueblo situado en Castilla la Vieja, y perteneció á una familia de nobleza acreditada y de muy desahogada posicion. A la temprana edad de catorce años, anticipándosele el conocimiento de la verdad y el deseo de obtener la salud del alma, renunció á su futura posicion, y abandonando el mundo se alistó en la ínclita milicia, que desde su fundacion ha vivido combatiendo sin cesar, y siendo tambien combatida sin tregua, logrando siempre gloriosos triunfos, ora

siendo vencida, ora quedando triunfante. Vistió, pues, siendo tan jóven como hemos dicho, la humilde sotana de la Compañía de Jesús, en cuyo seno hizo sus estudios con el más notable aprovechamiento. Respondiendo á la voz del Señor que le llamaba, y para cumplir su destino sobre el mundo, pasó á formar parte en las Indias Occidentales de aquel esclarecido cuerpo de altos varones, que por muy calumniados que hayan sido y sean, siempre los considerará la sana razon y el justo criterio como á los verdaderos civilizadores del Nuevo Mundo. Destinado á las misiones del Paraguay, conoció muy pronto el gran partido que podia sacarse de aquel país y cuán notable fruto produciria tan rica parte de la viña del Señor. Resuelto, pues, á trabajar cuanto posible le fuera en beneficio de las almas y en obsequio de la propagacion de la fe, su primer cuidado fué aprender detenida y escrupulosamente la lengua de los naturales, ejercitándose al propio tiempo para entrar más animoso en la campaña que se preparaba, en contínuos actos de piedad y en empleos de virtud, ocupaciones á propósito para fortalecer más y más su alma que tan encendida se hallaba en el santo amor de Dios. Cuando estuvo ya bien impuesto en los dialectos de las varias naciones, ó sean tribus, de los indios salvajes y errantes, empezó á trabajar en la formacion de misiones ó pequeños pueblos, reuniendo al efecto todas las familias que le era posible, de las que vagaban por los bosques á modo de bestias, procurando acostumbrarles al goce de la vida social y á la observancia y respeto de las leyes de la naturaleza y la familia. La conducta que observó el Padre Osorio durante su permanencia en las Indias, tanto siendo misionero como desempeñando el cargo de superior en varios colegios, no pudo ser más virtuosa y arreglada, ni más conforme á las prescripciones y ordenanzas de la monástica regla; pues guardó la angélica virtud de la castidad con tanto rigor, que su alma ni su cuerpo fueron jamás manchados con un pensamiento torpe, ni con una accion reprobada, á pesar de hallarse continuamente entre indivíduos desnudos, y de ser solicitado varias veces por algunas pobres y ciegas mujeres, que ignoraban todo lo feo y repugnante de su pretension. Su obediencia no tuvo límites, cumpliendo con la mayor exactitud todo lo que las ordenanzas previenen, prestándose no solamente á la ejecucion de las cosas sencillas y fáciles, sino hasta de las más árduas y expuestas, no importándole para ello arriesgar aunque fuese la existencia. No fué ménos observante de la santa pobreza; pues aunque cuando andaba en las misiones, le instaban á que tomase de los colegios cuanto necesitára para hacer ménos penosos sus trabajos, jamás quiso proveerse de cosa alguna, no llevando otra ropa que la puesta, aconteciendo por esta razon que muchas veces, sea por las lluvias, sea por haber atravesado rios caudalosos, se halló completamente empapado en agua, viéndose en la pre-

cision de entrar en las chozas ó ranchos de los indios para enjugarse el vestido, por no tener otro con que remudarse; y llevó á tan alto grado el desprecio de los objetos que le parecian ser de comodidad, y fué tan grande el deseo de mortificarse, que habiendo perdido el sombrero en la espesura de un bosque, anduvo por muchos dias con la cabeza descubierta, sufriendo la intemperie del calor y las lluvias, y los agudos frios que reinan en las ásperas sierras del Nuevo Mundo. Igualmente descolló en la humildad y en el deseo de conceptuarse el último y más despreciable de todos los hombres. Aunque por su carácter de jefe de la mision pudiera exigir obediencia y respeto de los demás religiosos y criados que le acompañaban, jamás les mandó cosa alguna perteneciente á su comodidad ni á su particular servicio. Muy al contrario, movido de su caridad y de su ardiente amor al prójimo, apénas llegaban á alguna parada, bien fuese en el campo, bien en un rancho de indios, no consentia que ninguno hiciera nada. Excitábalos á que descansasen, y en el interin encendia lumbre y preparaba su humilde y pobre comida, sirviéndoles á todos y haciéndose por el amor de Dios criado de todos sus compañeros. Juntó á todas las antedichas virtudes la de una extraordinaria mortificacion de su cuerpo, afligiéndole y martirizándole crudamente. A más de su abstinencia en el comer y de los ayunos que escrupulosamente observaba, aunque de muchos pudiera dispensarse por las penalidades inherentes á sus molestos viajes, ayunaba á pan y agua las vigilias de las festividades de nuestra Señora y las de todas las grandes solemnidades de la Iglesia, preparándose de este modo á celebrar dignamente los dias en que ésta conmemora los altos misterios de la cristiandad. Macerábase además la carne con asperísimas disciplinas, y dormia en el suelo sobre una piel ó una estera, reclinando la cabeza sobre una piedra, á la que más por el bien parecer y por ocultar su penitencia que por comodidad, solia cubrir con su pobre sotana, que comunmente era de lienzo teñido y muy poco á propósito por su ductilidad para suministrar cómoda blandura. Su abstinencia de manjares exquisitos rayó tan alto, que cuando fué rector del colegio de Salta, si le traian pescados, frutas ú otros objetos de regalo, lo repartia entre sus religiosos y domésticos, no reservándose parte alguna, ó siendo, si lo hacia, la menor y la más despreciable. Hermanaba la oracion con la mortificacion, empleando largas horas en comunicarse con Dios, de lo cual obtenia tanto fervor místico, tanto espíritu celeste, que al dirigir luego la palabra á los pecadores, dejábalos á todos absortos y arrepentidos por la fuerza de sus razones, que rebosaban por do quiera evangélica uncion, y expresaban con claridad el vivo incendio de amor divino que su corazon abrasaba. Predicando en un pueblo donde habia convento de PP. Dominicos, los religiosos de él quedaron tan admirados, que á grandes voces le declaraban

apóstol y varon evangélico, siguiendo esta opinion el pueblo que en todas partes le reverenciaba por santo y se encomendaba á sus oraciones. Cuando el P. Osorio no iba de camino y se hallaba de asiento en los colegios, ora desempeñase ó no cargo alguno, pasaba el dia sumamente retirado, ocupándose en la oracion interior, ejercicio que no dejaba de practicar nunca, preparándose con él cuando iba á confesar ó á celebrar misa; pues decia que sin ponerse ántes en comunicacion con su Dios, se juzgaba indigno de llegar á los altares á celebrar el augusto sacrificio, ni á administrar los santos sacramentos; y guardó siempre tan fielmente esta costumbre, que estando de camino y próximo ya á algunos pueblos de la mision, se apeaba de la caballería, y tomando su cruz en la mano, entraba tan pronto y tan de lleno en la consideracion de la Divinidad, que causaba respeto y veneracion á todos los que llegaban á él. Habiendo sido nombrado rector del colegio de Nueva Rioja, halló que esta fundacion, por hallarse muy en sus principios, necesitaba grandes cuidados para su adelantamiento y provecho temporal; y pareciéndole que era tiempo perdido el que se emplease en solicitar mundanos fines y en llevar á cabo terrenales empresas, dejó aquel cargo por acudir á la enseñanza espiritual y salvacion de los indios de Vallefértil, sitio distante veinticinco leguas de la Rioja. Hablaban estos indios lengua diversa de la que el Padre sabia; pero sin arredrarle dificultad semejante, dedicóse con sumo afan á aprenderla sin perdonar medio ni fatiga, y cuando estuvo suficientemente instruido, partió á Vallefértil con un solo compañero, logrando, aunque á costa de vencer muchos inconvenientes, sacar de su ceguedad á aquellos ignorantes salvajes, bautizando á unos y reduciendo á otros al conocimiento de la verdad, de la que se habian separado por falta de instruccion ó por la pérdida de sus misioneros, dejando para siempre sentado entre ellos el conocimiento del verdadero Dios. Tenia este santo varon un profundo dolor y un inexplicable sentimiento por las ofensas que los pecadores inferian al Eterno, y todo su afan, todos sus esfuerzos se dirigian á evitar que se cometieran, excitando á las personas, cualquiera que fuese su clase y su condicion, á perseverar en el camino de la virtud, valiéndose al efecto, ya de los sermones, ya de las pláticas familiares, aprendiendo para esto sin tregua y sin descanso los muchos y difíciles dialectos que entre los indios se hablaban. Aunque por su deseo del bien general, y á merced de su claro ingenio, aprendia con gran facilidad aquellas desconocidas lenguas; cuando emprendió el estudio del idioma ocloya, el más difícil de todos los de la América, encontró muchos y grandes inconvenientes que vencer, y aconteció estarse estudiando hasta la media noche, despues de los trabajos del dia, no cesando en el estudio hasta que le vencia el sueño. Para mayor facilidad y en beneficio de los demás misioneros que le sucedieran,

formó á costa de grandes fatigas y desvelos un extenso vocabulario de la lengua quichua, que por ser la más general del país era la en que confesaba, catequizaba é instruia á los indios, teniendo un singular placer en convertir á los más rudos y á los más viejos, porque así se le presentaban mejores ocasiones de destruir con sus sólidos argumentos las dudas y los reparos que le oponian las almas ignorantes ó las que se hallaban encenagadas en las tinieblas del error y del pecado, esforzándose más á medida que más inconvenientes hallaba, ofreciendo gustoso el sacrificio de su vida en aras de su amor al prójimo, hablando de esto con tanto placer como si presintiera el martirio que Dios le tenia preparado, gozándose anticipadamente con la idea de la muerte que le habian de dar. En estos casos, cuando hablaba de su futuro destino, brillaba en su rostro una sobrenatural alegría, é imitaba con dulce serenidad y celeste gracia los movimientos de los verdugos que habian de arrebatarle la existencia. Tuvo lugar por entónces la expedicion que el virey de Méjico formó para conquistar el país ocupado por la nacion del Cacho, y esta circunstancia abrió la puerta al P. Osorio para ver realizados sus deseos, y apagar en parte la inextinguible sed de caridad que devoraba su alma. Resuelto á iluminar las tinieblas de aquellos pueblos sujetos al dominio del averno, marchó con la expedicion dispuesto á hacer conquistas más gloriosas y duraderas que las que proyectaban los valerosos guerreros. Todos saben que desgraciadamente la sed del oro y el deseo de gozar las supuestas felicidades que la riqueza trae consigo, fueron los móviles que guiaron los pasos de nuestros compatriotas cuando se propusieron reducir á la obediencia de la corona de Castilla aquel apartado y desconocido mundo, para bien distintos fines de los que guiaban á los Padres misioneros de todas las religiones, que ansiaban únicamente conquistar almas para el cielo y hacer esclavos para el más dulce y amoroso de todos los dueños. Hé aquí la causa de que la política española haya quedado, al cabo de algunos años, vencida y supeditada, tal vez para siempre, en el nuevo continente; al paso que la religion, importada en el país bajo las banderas de Castilla, ha permanecido inalterable y respetada, demostrando esto con sobrada claridad cuán vanas y perecederas son todas aquellas empresas que no van guiadas por el verdadero amor al prójimo, y que no se acometen bajo la salvadora sombra del árbol de la Cruz, símbolo de la verdadera civilizacion y nuncio de la paz y felicidad del género humano. Eran los indios del Cacho gente indomable y valerosa, á la vez que muy amiga de su independencia, y resistiendo con sumo vigor á las armas españolas, obligaron á retirarse, con grandes pérdidas, el cuerpo de ejército que pretendia subyugarles. Pero á la vez, y obedeciendo á un impulso superior y desconocido para ellos, acogieron con sumo amor y bondad al Padre

Osorio, que con su amable trato se habia granjeado la amistad de dos indios principales, llamados Tovas y Motobis, de cuya amistad resultó el trato y comunicacion con otros caciques que se prestaron de muy buena gana á enterarse de la doctrina que el P. Osorio se ofrecia á enseñarles. Aprovechó la ocasion el celoso misionero y se quedó en el país contra la voluntad de los españoles, que temian le quitáran la vida aquellos salvajes; pero como esto era precisamente lo que anhelaba, se quedó sin temer los riesgos ni los peligros. Introdújose en el país, acompañado de los dos indios amigos suyos, y con su rara afabilidad y dulce trato se captó muy pronto la voluntad de cuantos le trataban. Permaneció algunos meses entre aquella gente, sin que los españoles tuviesen la más mínima noticia de él, y aprovechó el tiempo en el estudio del lenguaje del país, para doctrinar á sus naturales, como en efecto principió á hacerlo, apénas logró que le entendieran algun tanto. En cuanto comenzó á anunciar las celestes verdades, vióse un portentoso y extraño espectáculo entre los indios. Aquellos indómitos bárbaros, que con tanto valor habian resistido las armas de los invasores, quedaron vencidos á los pies de un humilde religioso, que solo y abandonado en extraño país se atrevia á combatir inveterados usos, antiguas creencias y arraigadas supersticiones. Entónces se vió el sumo poder del Omnipotente y la eficacia de la divina palabra. Muchos de aquellos obstinados y tercos salvajes abrazaron la verdadera creencia, y otros muchos convencidos, aunque no resueltos, no quisieron privar á sus hijos de la felicidad que el P. Osorio les anunciaba, y entregáronle sus pequeñuelos para que los regenerase con las vivificantes aguas del bautismo. La mision del Cacho marchaba prósperamente, y acaso ayudado el P. Osorio de otros celosos operarios de la viña del Señor, hubiera realizado, con armas ménos temibles, la reduccion de todo el país á la obediencia de la hispánica corona; mas por causas ignoradas, y cuando la conversion de aquellos gentiles caminaba en progreso, fué súbitamente llamado por sus superiores el P. Osorio, y no tuvo más remedio que acudir á la voz de la obediencia. Gran pena sintió su alma al tener que abandonar cosecha tan bien preparada; pero íntimamente persuadido de que algun dia volveria á continuar su obra, procuró guardar extensa memoria de los que miraba como ovejas del rebaño del Señor y predilectos hijos suyos. Muchos y muy grandes fueron los trabajos que el P. Osorio sufrió entre aquellos indios, que faltos de todo humano auxilio para remediar sus propias necesidades mal podian atender á cubrir las del misionero, á quien solo podian ofrecer las pequeñas muestras de su cariño y de su buena voluntad. Pero aunque se halló desprovisto de todos los humanos recursos, no le faltaron los auxilios de la divina gracia, cuya providencia demostró en muchas ocasiones el cuidado con que vigila

por sus siervos. Citaremos un caso. De resultas de una gran tempestad de agua y granizo, que le sorprendió en un despoblado, quedó el Padre con la vista tan quebrantada que temió perderla, pues le sobrevinieron á los ojos una especie de escamas que á más de atormentarle con cruelísimos dolores, le impedian ver la luz. Pero Dios permitió que entre aquellos pobres é incultos bárbaros hubiese algunas viejas indias, prácticas en semejante enfermedad, las cuales lograron con sus acertados remedios curar enteramente al Padre, que solo deploraba su desgracia porque le impedia dedicarse al cultivo y aumento de aquella parte de la viña del Señor. Ni los referidos trabajos, ni los peligros á que continuamente se hallaba expuesto, bastaron á que por su voluntad abandonase aquellos indios, y permaneció entre ellos, porque los amaba como los objetos más caros de su corazon, por lo mucho que le costára adquirirlos para Dios. Aunque en la generalidad eran muy dóciles aquellos indios, cuando se hallaban embriagados por los rústicos licores que ellos mismos fabricaban, ponianse fuera de sí y no conocian á nadie, entregándose á tales excesos que las mismas mujeres, temiendo los efectos de la embriaguez, se escondian en las cuevas de los bosques con sus hijuelos para huir de los malos tratos que en tales ocasiones solian experimentar. Cuando llegaban los dias de la embriaguez, que afortunadamente no eran muchos y los tenian señalados, excitaban las mujeres al Padre para que se fuera con ellas, temiendo que le asesináran. Pero jamás quiso ejecutarlo, y permaneció entre aquellos séres privados de razon, reprendiéndoles su mala conducta y resistiendo valerosamente los ultrajes que le hacian, pues muchas veces, asiéndole entre todos, le volteaban por el aire con grande risa y algazara. Al volver en su conocimiento y cuando sabian lo que aconteciera, admirábanse muchísimo de la paciencia del religioso, teniéndole en mayor estima, considerándole como un hombre superior á los demás, y tomándole tan entrañable cariño, que no pudiendo significársele de otro modo, eligieron una de las indias más hermosas y principales, y se la presentaron ofreciéndosela por mujer. Cuando oyeron decir al Padre que los hombres de su clase no podian tener mujeres, se admiraron muchísimo, puesto que su rudeza y sus instintos no les permitian comprender la altísima virtud de la castidad, creciendo doblemente con esto su respeto y veneracion. Por tal causa sintieron extraordinariamente su partida, y la sintieron más que todos sus buenos amigos Tovas y Motobis, á quienes dejó bautizados y encargados de cuidar de la mision, animándolos con la idea de volver muy pronto á vivir en su compañía. Al efecto les dejó para que los guardasen todos los ornamentos de decir Misa y hasta una calabaza llena del vino de celebrar; objetos que guardaron cuidadosamente hasta el regreso del Padre, lo cual puede tenerse como milagro, principalmente la con-

servacion del vino, atendida la natural intemperancia de los indios y la aficion que hácia aquel líquido demuestran. Pasó algunos años el P. Osorio en los colegios de la Compañía, desempeñando varios cargos é importantes comisiones, cumpliendo todas ellas como su celo y religiosidad le aconsejaban, pero teniendo siempre fija la imaginacion en las misiones del Cacho, buscando medios y trazas para conseguir volver á aquella tierra á continuar sus piadosos trabajos. Cumpliéronse al fin sus deseos, permitiéndole los superiores volviera á continuar la empresa, dándole por compañero y coadjutor otro religioso, llamado el P. Ignacio Medina. Partieron llenos de gozo los dos apostólicos varones precedidos de su buena fama, y llegando á la ciudad de Estero principiaron los ejercicios de la mision, predicando á la vista de tan numeroso concurso que parecia ser tiempo de Semana Santa. Desde allí pasaron á Jujuí, donde tomaron noticias á fin de ver si les era posible penetrar tierra adentro del Cacho; pero habiéndoles manifestado los inconvenientes que se presentaban por estar declarada de nuevo la guerra á los naturales, determinaron permanecer en Jujuí hasta mejor ocasion. Interin llegaba á esta el general de las armas españolas, Juan Ochoa de Zárate, que era encomendero (1) de indios ocloyas, le suplicó al P. Osorio que fuese á catequizarlos, pues á más de ser semisalvajes, vivian aún encenagados en las tinieblas de la repugnante idolatría, casados á su usanza, con notable ofensa de la naturaleza y de la moral. El caritativo corazon del Padre accedió al punto á ir á salvar á aquellas pobres almas, cumpliendo de este modo su único anhelo, y púsose en marcha en compañía del P. Medina y de un español que se ofreció á servirles de guia, y que les dejó en cuanto se hallaron á la vista del país que iban buscando. El terreno que los ocloyas ocupaban era áspero y pedregoso, sito entre altas colinas y bosques vírgenes, donde no penetrára aún el arado ni la segur. La gente, aunque inculta, no era feroz; vivian en bastante pobreza, sustentándose de maiz, papas y fréjoles, poseyendo los indios más ricos algunos *pacos* ó carneros del país, de cuya lana hacian mantas para cubrirse, aunque no todos gozaban semejante riqueza, andando por lo tanto la mayor parte desnudos. Aunque á los principios de la conquista habian llegado allí algunos misioneros, no pasaron del lugar llamado Tecalaizo, donde bautizaron á algunos individuos; pero verificándolo tan á la ligera y abandonando tan pronto á sus neófitos, que no

(1) Con el nombre de *encomenderos* eran conocidos en el Nuevo Mundo los sugetos principales que se hacian cargo de cierto número de indios para instruirlos y acostumbrarlos á los usos sociales, comprometiéndose con el gobierno á procurar su bienestar y sus adelantos, diciéndose por lo tanto que estas ú otras familias estaban encomendadas al cuidado de tal señor. Desgraciadamente los encomenderos no cumplieron como debian sus compromisos, pues por punto general en vez de instruir á los indios les hacian trabajar como esclavos en beneficio propio.

comprendiendo estos la importancia de lo que recibian, y no teniendo quien los animára á perseverar en la fe, olvidaron muy pronto lo que con ellos se habia ejecutado. A los PP. de la esclarecida Compañía de Jesús estaba reservada la gloria de iluminar sus tinieblas, y hacer de aquellas toscas almas otros tantos hijos del Redentor del universo. Aunque carecian de recursos y de riquezas por consiguiente, la codicia humana y la inicua tiranía, que con tantos borrones ha manchado la historia de la dominacion española en el Nuevo Mundo, habia logrado sacar partido de aquellos infelices, haciéndolos trabajar en beneficio del que, con nombre de protector, se constituia en dueño suyo. Hallábanse, pues, estos indios, al cuidado y bajo las órdenes de un español, delegado del general, y á esta feliz circunstancia se debia que comprendiesen algun tanto nuestro idioma. Cuando llegaron los Padres á Tacalaizo, el español dueño de los indios, sumamente gozoso por la inesperada visita de los misioneros, les hizo salva con su arcabuz, á cuyo estruendo acudieron los caciques y principales habitantes del país á enterarse del motivo. Saludáronles afablemente los Padres y les dijeron que iban á sus tierras para anunciarles la divina palabra, para salvar sus almas de la ruina, movidos á compasion por ver cómo se perdian á causa de no tener quien les enseñase los caminos de la verdadera felicidad. Muy bien les parecieron á los caciques las instrucciones de los Padres, y los llevaron al pueblo principal, que por su extension podia considerarse como la capital del país, siendo recibidos en él con las más señaladas muestras de admiracion y de respeto, presentándose toda la poblacion á verlos, y coronándose las alturas inmediatas al pueblo de niños y de mujeres. Alentados los evangélicos ministros con la mansedumbre de aquella gente, y viendo cuán bien se presentaban para recibir la semilla de la fe y de la civilizacion, dieron principio á la apostólica tarea, bautizando en dos meses más de doscientos infieles, reduciéndolos á vivir segun las prácticas religiosas previenen, y acostumbrándoles al goce y la observancia de las ventajas y prescripciones sociales. Digna del mayor elogio es la conducta que durante este tiempo observaban los dos Padres; pues teniendo limitada la época de su estancia en aquel país, por mandarles la santa obediencia volver á Jujuí á celebrar la Semana Santa, se vieron precisados á separarse, acudiendo cada uno á diferentes pueblos, y trabajando ambos con el mayor fervor y santo celo. Notable alegría sintió en el alma el P. Osorio al ver la docilidad con que aquella gente recibia el Evangelio santo, y la capacidad que demostraban para comprender las altas verdades que procuraban enseñarles, advirtiendo en esto la fuerza con que obraba la divina gracia en aquellos incultos y sencillos corazones. Despues de haber recorrido la mayor parte de los pueblos, y acercándose la Semana Santa, volvieron los Padres á Jujuí,

donde despues de cumplir los deberes que la religion les imponia, trataron de volver á proseguir las misiones entre los ocloyas. Pero habiendo enfermado gravemente el P. Medina, nombraron los superiores para acompañar á Osorio al P. Antonio Ripario, obedeciendo en esto á una de las secretas é inescrutables disposiciones del Altísimo, que tenia dispuesto recibiese este Padre la inmarcesible corona del martirio, como más adelante veremos. Regresó, pues, Osorio en union de su compañero á la nacion de los ocloyas, y quedó altamente satisfecho y gozoso por ver que en nada se disminuyera el abundante fruto recogido algunos meses ántes. Conociendo el santo misionero que una de las principales causas que habian impedido hasta entónces recibir á aquella gente la cristiana instruccion que necesitaban, era la aspereza de los fragosos montes en que vivian, deseando que en adelante cualquier sacerdote pudiera encargarse sin incomodidad, y al mismo tiempo sin excusa, del cuidado de aquel nuevo rebaño, trató de sacar á los ocloyas de su asperísimo país y de establecerlos en un llano. Habiendo encontrado terreno á propósito en unas praderas sitas á once leguas de Jujui, consultó su idea con los caciques, y pareciéndoles bien á estos, se edificaron algunas chozas, en las que fueron á habitar las familias de los indios que más afectos eran al P. Osorio, siendo su ejemplo seguido por un gran número, y en breve la poblacion fué creciendo, hasta contarse numerosos ranchos ó habitaciones. Para completar su propósito y reunir los indios que aún faltaban, fueron los Padres por los pueblos, excitando á los que los habitaban para que fuesen á formar parte de la nueva poblacion, halagándoles con la idea de las ventajas y bienestar que les aguardaba. Sus exhortaciones fueron oidas con tanto gusto, que todas las familias se dispusieron á seguirles. Al abandonar sus casas los habitantes de un pueblo llamado Guascontes, ocurrió un caso portentoso, que al mismo tiempo que sirvió para manifestar el poder de la suma Omnipotencia, sirvió para que, conmovidos los indios, reconociesen la bondad de la religion cristiana y el mérito de sus evangélicos ministros. Habia en dicho pueblo una anciana de más de ochenta años, la cual se hallaba completamente imposibilitada y sin poderse levantar de su camilla. Afligíase mucho su familia por tener que quedarse en el lugar á cuidarla, porque su trasporte era sumamente incómodo y difícil. Dijéronselo al P. Osorio, y éste, movido de superior impulso, les dijo que todo se arreglaria. Fué á ver á la enferma, y á pesar de su edad y de su natural rudeza, la halló en disposicion de instruirse para recibir el bautismo. Instruyóla, pues, con la mayor brevedad y la administró el agua regeneradora; y como si únicamente hubiese aguardado la anciana que se verificase aquella ceremonia, entregó su alma á Dios y fué á gozar de las celestes venturas, pudiendo su familia trasladar su residencia sin obs-

táculo ninguno. Reunida ya toda la gente en el pueblo nuevo, diéronse priesa á edificar casas y á preparar tierras para la sementera: despues, á instancias del P. Osorio, se dedicaron á levantar una iglesia, colocando en su torre una campana grande, que les regaló el colegio de Jujui, á cuyos sonidos y llevados de la novedad acudian todos con sumo gusto para instruirse en la doctrina cristiana y aprender las oraciones de nuestra purísima creencia. Dispusieron tan bien del tiempo los PP. misioneros, que todas las clases en que el pueblo se dividia acudian diariamente á recibir el pan espiritual, sin faltar por esto al cumplimiento de sus obligaciones. Por la mañana acudian los niños y jóvenes de ambos sexos; al medio dia las mujeres casadas, y al anochecer los hombres que se retiraban de las faenas del campo. Cuando ya empezaban á estar algun tanto instruidos, ninguno dejaba de rezar las oraciones propias de las horas en que sonaba la campana, entonando en alta voz la salutacion angélica, y rezando por la noche la confesion general y el acto de contricion con más fervorosos sentimientos que algunos nacidos y criados en los paises donde enteramente reina el cristianismo. Notable gozo sintió el alma del evangélico Padre al contemplar ya realizada su filantrópica idea, y al ver colocado aquel numeroso pueblo en el goce de la felicidad que es posible en este mundo. Pero su satisfaccion no era completa: una fuerza irresistible le llamaba al sitio en que Dios le tenia preparado el galardon de sus méritos. Su vista se hallaba fija en el Cacho; y cuando le pareció que ya era tiempo de acudir al llamamiento de la Divinidad, dejó la mision de los ocloyas al cuidado del P. Medina, su antiguo compañero, yéndose él á solicitar permiso para evangelizar en el Cacho. Ante todas cosas rogó á los jefes seglares, que aún se hallaban empeñados en la conquista y reduccion de aquella gente, que no enviasen tropas ni aparato alguno de guerra, porque trataba de probar fortuna y de hacer la reduccion por medios fáciles y suaves, instruyéndoles en las materias religiosas ántes que en las políticas, y facilitando de este modo que prestáran obediencia más adelante á las autoridades, que representaban la persona del soberano. Penetrados los jefes de la solidez de sus razones, le dejaron partir en compañía del antedicho P. Ripario y de un estudiante del Paraguay, que voluntariamente se ofreció á servirles de guia, y cuyo nombre, que era Sebastian de Alarcon, ha conservado cuidadosamente la historia. Llegando á los puntos por los que podian entrar en el país que deseaban traer al verdadero conocimiento; los encontraron muy vigilados, y les fué imposible penetrar, sin que les sirvieran sus promesas ni la entrega de algunas alhajillas y efectos necesarios para la vida, que los indios estimaban mucho por carecer de ellos, y que los recibian de sí, pero sin dejarse vencer para abrir la entrada de sus poblaciones. Un indio mataguay, que pertenecia á la raza de

los caribes ó antropófagos, se ofreció á introducir á los Padres en el Cacho por sendas desconocidas, á condicion de que le diesen como recompensa algunos efectos, tales como hachas, cuchillos, tijeras, alfileres, sartas de vidrios y otros semejantes, que, aunque de escaso valor para los españoles, se consideraban por los indios como alhajas de alto precio. Pero falso, segun son todos los de su raza, faltó á la palabra dada; y huyendo apénas recibió las dádivas, no le hallaron los Padres en el sitio convenido para esperarlos. En tal apuro, y no resolviéndose los misioneros á ceder del propósito formado, á pesar de los obstáculos que se presentaban, determinaron entrar solos en el Cacho por las asperísimas sierras donde hasta entónces no penetrára ser humano. Imposible es enumerar los trabajos y fatigas que experimentaron en aquel camino, el cual debia conducirlos al goce del celestial paraíso. Acompañábanles algunos indios ocloyas, y entre todos se abrian senda á fuerza de brazos, rompiendo con hachas la espesa maleza, recibiendo sobre sí el agua y granizo de los frecuentes temporales, y ahuyentando con notable riesgo de su vida las fieras y venenosos reptiles que en el camino encontraban. Y para sobrellevar estas fatigas no contaban con otro regalo que unas tortas de harina de maiz, toscamente molido, sin cerner y cocidas sobre unas planchas de hierro que á prevencion llevaban, y que constituian todo su ajuar de cocina, reuniendo algunas veces á esta pobre vianda las frutas de los bosques, ó algun ave que casualmente podian cazar los ocloyas. Juntóse á estas penalidades otra mayor; y fué que los citados indios, aterrados á vista de aquellos interminables bosques y espantosos precipicios, comenzaron á desaparecer, y por fin dejaron solos á los PP. Gaspar y Antonio, en compañía del estudiante Alarcon y de un muchacho indígena, que no los quiso abandonar. Perdidos en aquellas peligrosas selvas, guaridas de indios bravos, comedores de carne humana, que se encontraban llenas de tigres y de serpientes; y siéndoles imposible pasar adelante, el activo y constante P. Osorio no queriendo retroceder en su propósito, dijo á sus compañeros que le aguardasen en el sitio en que se encontraban; y volvió solo á Jujui en busca de un guia, regresando con él, apénas pudo encontrarle, al sitio en que aquellos le esperaban. Emprendieron, pues, nuevamente su camino, observando, no obstante sus fatigas, la más arreglada y santa vida; pues como si aquellas selvas fuesen el más tranquilo y cómodo colegio, su primer diligencia era decir misa, celebrando aquel sacrificio tan acepto á la Divinidad sobre un tronco derribado ó alguna peña, sirviéndoles de templo la extension de los bosques y de cúpula el firmamento; y de la misma manera practicaban las demás obligaciones de su clase y de su estado. Algunas veces encontraban ranchos dispersos de indios gentiles, á los que procuraban instruir en las verdades cristianas, y

de quienes al parecer eran escuchados con docilidad; pero que comunmente lo hacian con la dañada intencion de aprovecharse de los regalillos que les daban. Los caritativos padres, atentos únicamente á ganar almas para Dios, partian gustosos con ellos cuanto llevaban, rogándoles que les sirviesen de guia hasta encontrar otros indios, con quienes practicaban iguales diligencias. Así pasaron muchos dias, aproximándose más al logro de lo que tanto deseaban, esto es, no á la reduccion de aquella indómita gente, sino á rendir su vida en servicio de Dios y de la augusta religion que iban á esparcir por el mundo segun ordenára á sus apóstoles el Redentor de la humanidad. Aquí será bien que notemos una sorprendente circunstancia para demostrar con qué veras llamaba Dios á estos benditos religiosos para que recibiesen la palma del martirio. Cuando volvió el P. Osorio á Jujui en busca de un guia, se hallaba ya próxima la cuaresma, y los habitantes le rogaron que permaneciera con ellos para bien de sus almas durante aquel santo tiempo, puesto que la idea de evangelizar en el Cacho era cosa que se podia aplazar para más adelante. Respondióles el Padre que de muy buena voluntad haria lo que le rogaban; pero que no podia ejecutarlo por sentir en su interior un irresistible impulso que le llevaba á aquellos países. Llegando á una poblacion de indios guiriguanes se hallaron con muy escasas provisiones y casi sin objetos para regalar á los naturales que trataban de catequizar. A fin de proveerse de todo lo necesario, mandaron á Alarcon, en compañia de dos indios, á la ciudad de Salta para traer víveres y otros efectos, quedándose ellos sin más equipaje que las arcas en que llevaban los ornamentos y vasos sagrados, contando que muy pronto se hallaria de vuelta el comisionado, por estar ya el camino descubierto. Entre tanto los dos Padres y el muchacho indio que les acompañaba desde el país de los Ocloyas, se quedaron entre los guiriguanes, sosteniéndose con algunas pobres yerbas y ocupándose en dar á aquellos indios noticias de las cosas del cielo, enseñándoles al mismo tiempo á rezar, y practicando delante de ellos algunas ceremonias de nuestra augusta religion. Los mencionados indios, que pertenecian á la raza más vil y falsa de cuantos poblaban por entónces los desiertos del Nuevo Mundo, aparentaban oir con interés y docilidad las explicaciones de los Padres, aunque algunos de ellos solian hacer mofa y escarnio de lo que oian. Todos, sin embargo, guardaban en su alma las más perversas intenciones, como lo demostraron muy pronto los dos que acompañaban al desgraciado estudiante Alarcon; pues á poco tiempo de hallarse en camino le mataron y se lo comieron, guardando su cabeza como muestra y trofeo de su sangrienta y vil hazaña. Volvieron de noche á la poblacion, y contando á sus parientes lo sucedido, les llenaron de emulacion y de envidia, por ser entre ellos actos de valor y de distincion quitar la vida á los que miran como sus enemigos,

regalándose despues con sus mortales despojos. Conviniéronse, pues, casi todos en asesinar tambien á sus Padres; pero no trataron tan secretamente su idea que no les oyese un muchacho indio que venia con los misioneros, el cual les notició al punto la conjuracion tramada contra sus vidas, y les excitó á que se pusieran en salvo refugiándose otra vez á los bosques. Ni sorprendió la noticia á aquellos esclarecidos campeones de Cristo, ni les causó temor alguno. Antes bien, con apacible calma y santa resignacion, contestaban al muchacho que les aconsejaba la fuga. «No, hijo mio, nosotros venimos á conducir esta gente por el estrecho, aunque seguro camino de la salvacion, y no retrocederemos un solo paso aunque nos cueste la vida.» Animados con el favor de la Divina Providencia, que esperaban no les dejaria sin auxilio, se echaron á descansar un poco sobre el pobre equipaje, consistente, como hemos dicho, en las cajas que contenian los vasos y ornamentos para celebrar el incruento sacrificio. Muy poco les duró el reposo, pues acudiendo una tropa de salvajes se apoderaron de aquellas únicas alhajas que los misioneros estimaban más que todos los tesoros del mundo. Cuando vieron que les arrebataban los ornamentos de decir misa, conocieron con sobrada claridad que nada tenian ya que hacer sobre este mundo, y que el Señor se disponia á llevarlos á su compañía. Pasaron, pues, toda la noche orando fervorosamente y disponiéndose para el martirio. A la mañana siguiente, hallándose los dos esforzados confesores de Cristo orando aún de rodillas, el uno con su Diurno y el otro con su rosario, llegó la chusma salvaje armada de mazas, flechas y macanas. A su vista, dos ó tres indios fieles que habian tomado ley á los Padres y el muchacho ocloya, poseidos de terror, huyeron á un inmediato bosque, y subiéndose á los espesos árboles, pudieron ver todas las circunstancias del trágico al par que glorioso fin de los misioneros. La turba de asesinos cercó á los Padres, y dándoles un fuerte golpe de macana en la cabeza, los derribaron muertos en tierra, sin darles tiempo más que para pronunciar los dulces nombres de Jesús y de María. Cortáronles luego las cabezas, y desnudando sus cuerpos los abrieron con inaudita crueldad, resueltos á tener un espléndido banquete; pero hallando los cadáveres flacos y extenuados por la austeridad de las penitencias y las fatigas del camino, dejaron de ejecutarlo y marcharon á sus guaridas, llevándose las cabezas para colgarlas, segun costumbre, del techo de sus viviendas como señal de victoria, celebrando con suma gritería su abominable triunfo. Luego que desaparecieron los indios, salieron del bosque los compañeros de los Padres, y trataron de dar sepultura á los benditos cuerpos, pero no pudiéndolo ejecutar por falta de instrumentos, amontonaron sobre los cadáveres cantidad de leña y yerbas y se fueron á la ciudad de Salta á dar parte á los españoles. Vinieron algunos de estos con la posible

brevedad al lugar del sacrificio, y recogiendo los cuerpos les dieron honrosa sepultura, no siéndoles posible trasladarlos á Salta por la excesiva distancia. Ocurrieron despues de la muerte de los Padres varios prodigios que atestiguaron más tarde los mismos indios. Uno de ellos fué que todos los que pusieron las manos en los misioneros murieron desastradamente al poco tiempo; y otro, que por espacio de muchos dias vieron aparecerse al P. Osorio, revestido de sus hábitos sacerdotales, como para decir misa, en el mismo sitio en que fué sacrificado. Cuando llegó á Tucuman la nueva de este suceso, el obispo ordenó que se hiciese una detenida informacion, y mandó celebrar solemnes honras por su alma en la iglesia catedral, pronunciando la oracion fúnebre el P. Gerónimo Delgadillo, del órden de Predicadores, que enumeró sus virtudes, su abnegacion y la extension de su sacrificio, calificándolos de mártires de Cristo. Ocurrió este suceso en el año 1639, llevando el P. Osorio veinticuatro años de permanencia en la Compañía.—M. B.

OSSANA DE MÁNTUA, del órden de Predicadores. Esta bienaventurada doncella nació en la ciudad de Italia que lleva el título de su apellido, el dia 1.° de enero de 1449. Perteneció á la noble familia de Andreasis, y desde su más tierna edad manifestó tan virtuosas inclinaciones y tantos deseos de consagrarse á Dios, que á los catorce años tomó el hábito de la tercera órden de Sto. Domingo, llamada de la Penitencia, demostrando tanto fervor en su propósito, que al cumplir los quince años pronunció los solemnes votos, declarándose irrevocablemente esposa de Jesucristo. Resplandeció tanto por sus virtudes, que fué honrada con multitud de gracias y celestiales dones, y murió con merecida fama de santidad el dia 18 de Junio de 1501. A instancias de la ciudad de Mántua, su feliz patria, el papa Leon X, por breve dado en Roma á 20 de Enero de 1515, segundo de su pontificado, concedió que se rezase en la Orden existente en dicha ciudad de Mántua á esta bienaventurada, cuya resolucion extendió á todos los conventos de Dominicos la Sagrada Congregacion de Ritos, con anuencia del sumo pontífice Inocencio XIII, que así lo declaró por su breve dado en Roma á 19 de Enero de 1595. Escribió la vida de esta bienaventurada y ejemplar vírgen el maestro de la Orden Francisco Silvestre de Ferrara, que alguna vez habia sido confesor suyo. Tambien la redactó Gerónimo de Mántua, religioso del Monte Olivete, hijo espiritual de Ossana, que muchas veces la habia servido de amanuense, y á quien en diversas ocasiones le reveló importantes y misteriosos arcanos que en su conciencia atesoraba. Dejó escrito esta religiosa un pequeño libro que contiene varias circunstancias de su vida, y en que enumera algunos de los espirituales dones con que Dios la favoreciera, de cuyo libro se sirvió el antedicho Gerónimo para formar la historia de la santa doncella, que se imprimió en Mántua en 1502, y en Bolonia en 1524.

Tambien dejó escritas cuarenta y tres epístolas, dirigidas á un hijo espiritual suyo, y que fueron insertas en la vida ántes mencionada. — M. B.

OSSAT ú Osart, cardenal, llamado á continuar la política de Enrique VIII en Italia, debiendo su engrandecimiento á sus propias obras. Nació en 1536, en la Roque, en Magnoac, poblacion de la diócesis de Auch, y se cree que su padre falleció en España pobremente; pues la veterinaria, cuyo arte ejercia, le proporcionaba muy pocos recursos. Esta opinion está á lo ménos en armonía con la tradicion comun, que supone á Ossat hijo de un albeitar, y tambien con el testimonio de Dupleix. A la edad de nueve años, sin padres ni apoyo alguno, se halló precisado á vivir de la caridad pública. Un gentil hombre de las inmediaciones de su patria, llamado de Marca, observando en la frente del jóven huérfano la chispa del genio, le tomó bajo su cuidado y mandó darle una educacion igual á la que recibia uno de sus sobrinos de que era tutor. Al cabo de algunos años sus progresos fueron tan rápidos y tan asombrosos, que pudo servir de preceptor al compañero de sus estudios; de modo que en 1559, Ossat recibió la órden de acompañar á París á su alumno y á otros dos sobrinos de Marca para completar su educacion. Al mismo tiempo se encargó tambien del hijo de un rico comerciante de Lectoure. Ossat se consagró enteramente á la instruccion de sus pupilos hasta 1562, en cuya época, pudiendo prescindir de esta ocupacion, se separó de los sobrinos de Marca para dedicarse exclusivamente al estudio y á la adquisicion de más vastos conocimientos. Penetrado de las lecciones del célebre Ramus, cuyo talento atrevido no titubeaba en lanzarse por nuevas sendas, cuando Charpentier, defensor poco mesurado de Aristóteles, atacó la doctrina de aquel, Ossat salió á la defensa de su maestro publicando un escrito muy juicioso que tituló: *Expositio in disputationem Jacobi Charpentarii de methodo;* 1564, en 8.°; y cuya dialéctica elevada y contundente desconcertó de tal modo á Charpentier, dice un biógrafo, que no hallando razones que oponer, contestó con injurias á su adversario. Ossat salió despues de la escuela de Ramus para pasar á Bolonia á aprender el derecho bajo la direccion del célebre Cujacio, pues su intento era seguir la carrera del foro. Pero falto de fortuna y de protectores, tardó poco en conocer que le sería difícil abrirse una senda en el Parlamento de París entre la muchedumbre de abogados que poblaban los estrados del foro. Por fortuna el célebre Pablo de Foix ocupaba una plaza en aquel tribunal, y advirtiendo el mérito de Ossat, aun cuando este magistrado era partidario entusiasta de Aristóteles y amigo de Charpentier, atrajo á su casa al jóven y modesto abogado, y le proporcionó ocasiones en que lucirse entre los sabios que formaban la escogida sociedad de este consejero. Más adelante le proporcionó una plaza de consejero en la bailía de Melun, cargo tan cómodo que no ocupaba á Ossat en lo

EL CARDENAL D'OSSAT.

más mínimo; así debemos creerlo cuando aún en 1588 lo conservaba. Posesor de la confianza de su Mecenas, Ossat acompañó á Foix á Italia en 1574, adonde iba este consejero á desempeñar una mision de pura etiqueta. Este viaje fué para Ossat otra favorable ocasion de aumentar sus conocimientos literarios; y para amenizar la monotonía del camino, Foix se complacia en que Ossat le explicase á Platon, alternando De Thou con la lectura de las Paratitlas de Cujacio, ó bien platicando los tres sobre la filosofía peripatética. Las opiniones religiosas del célebre consejero del Parlamento no eran por cierto las que más podian satisfacer á la curia romana, y como ésta hubiese mandado que se sujetáran á exámen las que habia emitido Foix en el Parlamento, Ossat, cumpliendo con los deberes de la gratitud, publicó una apología de su amigo y protector. Esta defensa, si no sinceró á Foix, dió á lo ménos una idea muy elevada del talento del autor, quien permaneció en Roma miéntras que Foix se alejaba de Italia á fin de que su ausencia hiciera olvidar la informacion que contra él se habia abierto. Se cree que por este tiempo Ossat entró en las órdenes sagradas. Cuando su protector regresó á Roma en 1581, como embajador de Enrique III, nombró á su amigo secretario de la embajada, quien supo adoptar tan perfectamente el estilo de Foix y el modo cómo trataba los asuntos, que han llegado á atribuirse á Ossat escritos que sin la menor duda eran redactados por el mismo embajador. Cuando éste falleció, continuó Ossat ocupando el mismo empleo de secretario de la embajada, mereciendo del cardenal Hipólito de Este, protector de la iglesia de Francia, la misma deferencia y amistad que habia hallado en Pablo de Foix. Cuando cayó el ministro Villeroy, Enrique III le ofreció su plaza; pero Ossat, llevado de sus generosos sentimientos, rehusó admitirla, porque era deudor de su gratitud al antiguo ministro. Por otra parte Ossat conocia muy bien que en aquel elevado destino le seria imposible luchar ventajosamente contra los planes y manejos de los Guisas; y como amaba demasiado á su patria, no quiso servir de instrumento á la ambicion de los duques. Tampoco se unió á los partidarios de la liga, y protestó siempre á su soberano una fidelidad que en aquella época exigia una entereza poco comun. Este celo le llevó hasta el punto de escribir á nombre del cardenal de Joyeuse una carta laudatoria del asesinato de los Guisas, y aun este cardenal se afilió despues á los partidarios de la liga; sin embargo, tardó poco en apartarse de ellos para permanecer constante á la causa de Enrique IV. La Reina regente, viuda de Enrique III, le comisionó para conseguir del Papa la autorizacion para celebrar las exequias fúnebres de este príncipe, mas Su Santidad creyó conveniente mostrar en esto una invencible energía; y miéntras intercedia Ossat á favor de la memoria de Enrique, De Thou le dedicó el poema que escribió sobre la muerte de este príncipe. Ossat, que en todos sus actos no

llevaba otra mira más que el bien de su patria y de la Iglesia, empleó toda su influencia para obtener la reconciliacion de Enrique IV con la Sede apostólica, sin que para ello hubiese recibido instrucciones del gobierno francés, ni estuviese revestido de ningun carácter público. Este príncipe, informado de las espontáneas gestiones y del talento de Ossat, le escribió para que se pusiera de acuerdo con el duque de Nevers, á quien enviaba á Roma autorizado con los poderes más ámplios; pero el Duque no hizo el debido aprecio del mérito de un hombre que por no brillar en alto puesto no dejaba de ser ménos grande. El Duque quiso llevar solo esta negociacion, y en vez de un éxito lisonjero no recogió más que desengaños. Clemente VIII deseaba con ardor que Enrique entrase solemnemente en el seno de la Iglesia católica; pero no queria agriar al mismo tiempo sus relaciones con la corte de España, que tantos y tan relevantes servicios habia prestado en aquella guerra religiosa. A la sazon apareció un folleto en el que se sostenia que un hereje relapso no podia ser absuelto y ménos ocupar un trono. Este escrito atacaba directamente á Enrique IV, y Ossat, que era su representante, se vió en el caso de redactar una defensa, que segun afirma uno de sus biógrafos, no circuló sino secretamente. Aun cuando las intenciones de Su Santidad eran favorables, Ossat, á quien por último se encargó exclusivamente la negociacion del duque de Nevers, tuvo que luchar asíduamente contra los naturales obstáculos que se hallan siempre en la tramitacion formularia de la corte romana; y cuando hubo allanado todas las dificultades, pasó á Roma Du Perron, comisionado especial para recibir la absolucion pontificia en nombre del Rey. Al fin, despues de dilaciones é inconvenientes, Ossat y Du Perron alcanzaron la absolucion de Enrique IV y las condiciones que intentaba imponer Su Santidad. En recompensa de tan fausto suceso, Du Perron fué nombrado obispo de Evreux, y Ossat obtuvo el nombramiento de consejero de estado y obispo de Rennes. Desde esta época fué este prelado el único encargado de llevar á cabo todas las negociaciones diplomáticas que se trataron en Italia, debiéndose á su celo, actividad y talento el que se rompiera el lazo que por espacio de treinta años existia entre Margarita de Marois y Enrique IV, y la validacion del enlace de Catalina de Borbon con el duque de Bar. Tambien intervino en la restitucion del marquesado de Saluces, frustró los artificios del duque de Saboya, consiguió del gran duque de Toscana la evacuacion de las plazas fuertes que ocupaba en las islas de If y Pomegue, y anunció la paz de Verbins al senado de Venecia. Este activo é infatigable ministro era el alma de todos los negocios que á la sazon se agitaban en la corte romana. Así le vemos figurar en los obstáculos que experimentaba la publicacion del concilio de Trento, tranquilizando con sus escritos el ánimo de Felipe VIII, en las garantías que el

edicto de Nantes concedia á los protestantes, en las medidas tomadas respecto á los jesuitas, oponiendo siempre una política insinuante y astuta á la influencia de la corte de Madrid. Solo una vez apareció en falso el talento diplomático del Cardenal, consintiendo en el proyecto de colocar sobre el trono de Inglaterra al cardenal duque de Parma, sacrificando los derechos del hijo de María Estuardo. Ossat, con su carácter sencillo y modesto, su prudencia, sus virtudes privadas y sus talentos, supo adquirirse numerosos amigos, habiendo llegado en esta época al más alto grado de consideracion á que puede aspirar un hombre de condicion oscura y sin otra recomendacion que su pobreza. Faltábale solo un sello que coronára su grande fama, y este sello lo recibió en 1599 en la noticia de haber sido creado cardenal. Al siguiente año fué nombrado obispo de Vaieux, obispado que renunció poco despues en utilidad propia. Sin embargo, á pesar de su elevada posicion, no estaba libre de amargura su alma; pues él mismo se lamenta de hallarse falto de recursos para sostener la dignidad de su rango. En efecto, solo poseia dos beneficios cuyas rentas habian amenguado con las gestiones de algunos nobles inmediatos á sus tierras, y la pension que el Rey le habia señalado tampoco era pagada con exactitud. Sully, que aborrecia al cardenal Ossat solamente porque era el protegido de Villeroy, se atrevió á suspender primero, y despues á suprimir enteramente, la pension á que tenia derecho este respetable anciano en consideracion á su gerarquía y á sus importantes servicios; de modo que este Cardenal se hubiera visto expuesto á las angustias de la vergüenza y de la miseria, si los herederos del cardenal Hipólito de Este no le hubiesen entregado un legado de doce mil francos que solo era pagadero despues de diez años. Ossat, que consideraba la situacion de Francia del mismo modo que Villeroy, pintó al Rey un cuadro con colores tan vivos de la mala administracion de Sully y de los peligros que amagaban al Estado, que irritado en extremo el mariscal, continuó quejándose al Rey contínuamente del obispo de Vaieux; y en sus memorias se hallan consignadas las falsas imputaciones que atribuia á un hombre que como él habia consagrado todo su talento y su vida al servicio de su Rey. Sin embargo, cúpole á Ossat la satisfaccion de que nunca el monarca le retiró su aprecio, y que se estrelláran en la sincera amistad de Enrique las sugestiones de su enemigo Sully. Este Cardenal falleció en 13 de Marzo de 1604, nombrando herederos á los pobres y á sus dos secretarios, puesto que no tenia, ó á lo ménos no conocia, pariente alguno. Madama de Arconville ha publicado una *Vida muy difusa del cardenal Ossat*; Paris, 1771, dos tomos en 8.°, en la cual se halla una memoria muy interesante sobre los efectos de la liga, escrita en italiano por el mismo Ossat. El estilo es enérgico, y en ella desenvuelve con mucho criterio la razon y los resultados de la política de los

Guisas mucho mejor que lo hicieron varios autores contemporáneos. Tambien pueden considerarse como obra de Ossat las cartas publicadas con el nombre del cardenal de Joyeuse. Pero lo que le ha dado una reputacion clasica diplomática es la *Coleccion de cartas* que escribió á Villeroy; de modo, que Cherterquiel las recomienda á su hijo como el único libro que puede instruirle perfectamente en el secreto de los negocios; y no cabe duda que Wiquefort las tuvo á la vista para componer su *Tratado del Embajador*. El estilo de Ossat es claro, y sus palabras sinceras; grave y conciso al mismo tiempo, cautiva la atencion del lector con su modestia y lealtad. Los despachos de Geaninch, para preparar una tregua que consolidára la nueva república de las nuevas provincias unidas, arrojan un interés muy superior á su objeto, y se reimprimieron en 1820, tres tomos en 8.° El duque de Livernais formó de ellos un pequeño extracto que lo ha insertado en sus obras. La *Coleccion de cartas de Ossat* deja un vacío en su vida política que comprende desde 1589 á 1593, año en que aquellas empiezan. Los hermanos Dupui publicaron la primera edicion en 1624, en fólio, muy inferior á la que Amelot de la Houssaye dió á luz en 1697; París, dos tomos en 4.° con notas, reproducida y aumentada nuevamente en Amsterdam 1707, 1714, 1732, cinco tomos en 12.° Esta obra ha sido traducida al italiano por Gerónimo Canini; Venecia, 1629, en 4.° — M.

OSSONIO (Fr. Estéfano de), trinitario. Era natural de Inglaterra, sin que conste el punto, y tomó el hábito de la órden de la Santísima Trinidad en el convento de la ciudad de Oxford, en cuya universidad hizo sus estudios, y se graduó de doctor en teología. Fué varon esclarecido en virtud y ciencia, y murió por los años 1360, habiendo sido sepultado con mucha veneracion en la capilla mayor de la iglesia de su convento. Dejó escritas las siguientes obras: *De visione Beatorum. — De virtutibus et vitiis. — De judicio Dei. — De pœna damnatorum.* — M. B.

OSSOVIENSE (Fr. Isaac), capuchino. Era francés, aunque no consta el punto de su nacimiento. Pertenecia á la clase de los sacerdotes, y desempeñó el cargo de definidor de la Orden, viviendo á fines del siglo XVII, distinguiéndose por su talento y disposicion para la cátedra evangélica. Publicó en idioma francés una obra, que más tarde tradujo al latin el P. Luis Argentina, de su misma Orden, y que lleva por título: *Consultas teológicas y espirituales sobre la fe cristiana y excelencias de Dios*, cuya obra vió la luz pública el año 1701. — M. B.

OSSOVIENSE (Fr. Roberto), trinitario. Fué natural de Inglaterra, aunque no consta de qué punto, y tomó el hábito de la órden de la Trinidad en el convento de Stanford, en donde permaneció toda su vida, sin haber salido jamás para otro punto que para la universidad de Oxford, donde hizo

sus estudios. Refiérese de él que cuando se hallaba cursando, salió un dia de su aula y entró en la de leyes á tiempo que el catedrático se hallaba explicando. Como él no seguia aquella facultad, los estudiantes se mofaron de su entrada en la clase, y el mismo profesor le dijo en tono de chanza: ¿qué entenderá de esto el P. Fr. Roberto? Sentido el religioso de la burla por una parte, y deseoso por otra de saber, propúsose cursar tambien leyes, y lo hizo en efecto, estudiándolas á la vez que la teología. Como vivia tan retirado y era de tan agudo ingenio y constante aplicacion, salió consumado en ambas facultades. Graduóse de doctor en teología, y despues quiso tambien graduarse en leyes. Cuando llegó este caso, y estando ya en el teatro, se ofrecieron á argüirle los mismos que un dia se burlaron de él; pero Fr. Roberto, dirigiéndose al catedrático de leyes, con grande calma y serenidad le dijo: «No creo yo que ahora el señor doctor me diga: ¿qué entenderá de esto el P. Fr. Roberto? Propóngole una cuestion y deseo que me arguya.» Púsola en efecto, mas era tan árdua y tan complicada que el maestro entró en cuidado, y apénas se atrevió á contestar á los argumentos del jóven religioso, quien adujo tal cúmulo de razones, citó tantos textos legales, y presentó la resolucion del punto cuestionable con tanta sencillez y claridad, que mereció el general aplauso, obteniendo acto continuo el grado de doctor en leyes. En adelante, y no habiendo desmentido el buen concepto que mereciera, fué honrado con el honorífico título de decano de la universidad, y murió en su convento de Stanford, al que ilustró con su sabiduría y sus virtudes, el dia 12 de Noviembre de 1290. La universidad, cuyo más bello ornato habia sido, reclamó su cuerpo y le hizo un magnífico entierro, sepultándole en el claustro de la misma, colocando sobre su tumba un epitafio donde se consignaban sus méritos, y se expresaba haber sido profundo teólogo y consumado jurista. Dejó escritas las siguientes obras: *Sobre el Maestro de las Sentencias*, un tomo. — *In Pandectas*, cuatro tomos. — *De regulis juris*, tres tomos. — *In ethica et philosophia Aristotelis*, un tomo. No consta que ninguno de estos escritos haya llegado á publicarse. — M. B.

OSTA Y PASCUAL (D. Juan). Nació en la villa de Oliva, y graduado de doctor en sagrada teología, obtuvo el curato de la iglesia de S. Martin de Valencia. Adornábanle virtudes eminentes y un saber poco comun, cualidades á las que debió únicamente el ser promovido al obispado de Orihuela, de cuya mitra tomó posesion en 18 de Marzo de 1647. En su iglesia fué D. Juan Osta modelo de prelados, llamándole los pobres su padre verdadero, los fieles su guia y maestro, y los huérfanos su providencia en la tierra. Al siguiente año de administrar aquella diócesis declaróse un contagio tan horrible en la ciudad de Orihuela, que la peste cubrió sus calles de cadáveres, y amenazaba convertir á la poblacion en un inmenso sepulcro. Este

azote cruel no amedrentó en lo más mínimo la virtud evangélica de este prelado, pues permaneció constante en su caridad, desafiando al contagio y socorriendo dia y noche con sus propias manos á los infelices apestados. Al mismo tiempo que mandaba distribuir á los pobres abundantes limosnas, imploraba la misericordia divina para su afligida grey, disponiendo plegarias y otros actos de pública penitencia. No es extraño, pues, que al bajar á la tumba en 1630, le acompañasen las lágrimas de todos sus diocesanos, y viviese por mucho tiempo su memoria en el corazon de cuantos tuvieron ocasion de experimentar los saludables efectos de su gobierno pastoral. Escribió: *Oppugnatio consultationis personati Adriani Palai Labieni*; Valencia, 1636, en fólio. — M.

OSTALES (Fr. Berengario de), mercenario. Este religioso era natural de Cataluña y descendiente de una de sus más nobles familias. Pertenecia á la esclarecida Orden Mercenaria, redencion de cautivos, y aunque se hallaba en la clase de los legos, obtuvo por su virtud y sus méritos el título y cargo de comendador de Gerona. Vivia por los años 1302, cuando ocurrieron las graves disidencias y disputas en la eleccion de gran maestre general de la Orden, cargo vacante por muerte de Fr. Pedro de Amer. Al verificar la nueva eleccion se divídieron los pareceres de los electores, declarándose unos á favor de la parte de los legos, y otros á la de los sacerdotes, siendo por lo tanto electo en discordia Fr. Arnaldo de Amer, cuyo nombramiento no admitieron la mayor parte de los disidentes, los cuales convocaron nuevo capítulo para proceder á otra eleccion sin aguardar la vénia ni la asistencia del prior general, que lo era Fr. Diego de Isona, quien ordenó al prior del convento de nuestra Señora del Puche, en Valencia, donde se pensaba celebrar la eleccion, que no permitiera reunirse á los definidores, ni efectuar la junta hasta que él se presentára á presidirla. Este mandato fué dirigido á Fr. Pedro de Ales, vicario de la mencionada casa de Santa María del Puche, el cual no conformándose con la órden, interpuso apelacion ante la Santa Sede, con fecha 3 de Octubre del año 1301. No obstante estas diligencias, y á pesar del mandato, el capítulo se celebró y resultó electo el antedicho P. Amer por el partido laical; pero el P. Isona con sus parciales, sacerdotes y caballeros, reunió otro capítulo en Barcelona y eligió en él por maestre general á Fr. Pedro Formica, cuya eleccion fué tambien protestada y devuelta á Roma por parte del maestre Amer, que se consideraba legítimo y que envió á Fr. Berengario Ostales para representarle en la curia pontificia. Interin que se ventilaba el litigio, murió el P. Formica y fué electo en su lugar Fr. Raimundo Albert, sin que la discordia cesára, ántes bien se aumentó á causa de la proteccion decidida que el rey de Aragon prestaba al maestre Amer, en cuyo favor escribió al Sumo Pontífice. Pero

despues de algunos años de largas discusiones, de aglomerar expedientes, informes y demás penosos trámites que ocurren en esta clase de negocios, la suprema autoridad, dando una prueba de su rectitud y sabiduría, anuló las elecciones de Amer y Alber, nombrando para maestre general de la militar Orden en la temporal á Fr. Arnaldo de Rosignol en el año 1308, segundo del pontificado de Clemente V, con lo cual se apaciguó la discordia, volviendo Fr. Berengario á España conduciendo la apostólica decision, á la cual prestaron su conformidad los prelados que estaban en pugna, renunciando sin oponer la más mínima excusa sus cargos respectivos. La paz de la Orden volvió á turbarse en el año 1317, en que por muerte del mencionado Rosignol se suscitó de nuevo la competencia entre el partido lego y el sacerdotal. Los caballeros legos oponiéndose al nombramiento que nuevamente se hizo del Rdo. Alber para maestre general, nombraron por parte suya á Fr. Berengario Ostales. Protestada la eleccion y elevada la apelacion á la Sede apostólica, el pontífice Juan XXII, para cortar en lo sucesivo aquellas disputas y diferencias, desechó la eleccion de Fr. Berengario, y confirmó la del Rdo. Alber, acordando que de allí en adelante el cargo de maestre y el de prior general recayesen en una sola persona, la cual necesariamente habia de pertenecer á la clase de los sacerdotes, consiguiendo de esta manera qué la Orden permaneciese tranquila. Depuesto Fr. Berengario del cargo que no habia llegado á desempeñar, se retiró á la encomienda de Tarragona y murió desempeñándola á mediados del siglo XIV.—M. B.

OSTIANO (S.), presbítero y confesor, discípulo de S. Policarpo y amigo y compañero de S. Benigno. Nació en Francia, y deseoso de servir á Dios en la oscuridad del retiro, rehusó la dignidad episcopal que se le ofrecia. Entregado de continuo á la oracion, con fe ardiente inextinguible y modelo de penitencia y austeridad, le vemos en el desierto rodeado de virtudes y alcanzar del Señor con su poderosa plegaria la curacion de los enfermos, el socorro para los necesitados y la paz para los corazones combatidos por el vendaval de las pasiones. Los pobres le llamaban su padre y su protector, las gentes su guia, y los que vacilaban en la fe su apoyo: á todas horas se le hallaba dispuesto para sacrificarse en bien del prójimo, y con gusto interrumpia su oracion asídua si podian servir de utilidad sus palabras y sus servicios. Tuvo el presentimiento de su cercana muerte, y redoblando la austeridad de su vida y los ejercicios de la oracion, entregó su espíritu al Señor con la tranquilidad del justo. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de S. Martin de aquel territorio, tardando poco en ser su sepulcro objeto de veneracion por los milagros que lo ilustraron. La Iglesia hace conmemoracion de su nombre en 30 de Junio.—M.

OSUNA (Fr. Francisco), minorita. Era natural de la villa de Osuna, en

Andalucía, de donde tomó el apellido al recibir el hábito de la seráfica Orden, sin que conste cuál fuese el sobrenombre de su familia. Distinguióse por su piedad no ménos que por su sabiduría, y fué extremado el conocimiento que tuvo en todo género de libros, y particularmente en los que pertenecian á Escritura Sagrada y á materias eclesiásticas. Dotado de una superior elocuencia y de no comun instruccion, desempeñó la cátedra de artes y se dedicó con grande fruto á la predicacion, logrando arrancar con sus doctos discursos muchas almas de las garras del pecado. Obtuvo muy gran concepto entre los sabios y venerables de su época, mereciendo el particular aprecio de la seráfica madre Teresa de Jesús, que en sus obras hace mencion de este sabio religioso. Desempeñó el cargo de comisario de Indias por la Orden, y murió, segun se cree, en el año 1540, dejando escritas varias obras, de las que citaremos las más principales: *Sermones de la Santísima Vírgen, formados sobre el tema* Beatus venter qui te portavit; impresos en Tolosa, año 1533.—*Sanctuarium biblicum, cum sermonibus VIII Deiparæ Virginis, sub hoc themate* Ipsa conteret caput tuum, *pro sabbatis quadragesimæ et resurrectionis sequentis;* impresos en la misma ciudad y año.— *Commentarius super Evangelium* Missus est; impresos en Antuerpia, año 1533.— *Expositionis super* Missus est. Otro libro, en el cual trata del logro del paraíso, la encarnacion del Hijo de Dios y reparacion de la falta cometida por el hombre.—*Exposicion del salmo Miserere.*—*Trilogium evangelicum, ó sea tratado de la Pasion, Resurreccion y Ascension de nuestro Señor Jesucristo.* Escribió tambien una coleccion de sermones, notables por presentarlos bajo un sistema nuevo y original, que tituló del siguiente modo: *Pars meridionalis in accommodas hisce temporibus allegorias, hermeniasque mirabiles Evangeliorum dominicarum totius anni.* Dedicó esta obra al convento de Franciscanos de París, donde accidentalmente se hallaba cuando la concluyó en el año 1533. Don Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, la imprimió á su costa en Zaragoza, en el año 1546, y mereció tan buena acogida, que se reimprimió en Roma en el año 1590. Pertenece tambien á esta coleccion la *Pars Occidentalis,* sermones de cuaresma, que comprenden desde la dominica de Septuagésima hasta la segunda feria de Resurreccion, los cuales versan sobre la Encarnacion y Pasion de Cristo. Meditaba completar su idea, publicando las partes Oriental y Setentrional, pues en su piadosa devocion comparaba la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte con la carrera del sol, que ilumina y vivifica al mundo, pasando en las varias épocas del año por los puntos cardinales, en que los astrónomos dividen el globo. Murió sin realizar este plan, ó al ménos sin publicarle. Escribió tambien otra pequeña obra, que tituló: *Tractatus de Eucharistia*, y un sermon en idioma italiano, denominado: *Il convictto della gracia del Santtissimo Sacramento dell' Alttare,*

en el que le sirvió de colaborador, como intérprete, Julio Zanchini, y que fué impreso en Venecia en el año 1599. Tambien escribió otra obra en latin y castellano titulada: *Tratado de mística teología*, que salió á luz sin el nombre de su autor, y trabajó por muchos años un importante libro denominado: *Abecedario espiritual de las circunstancias de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo y otros misterios*, obra que debia constar de cinco tomos, de los cuales se publicó el primero en Sevilla en el año 1528, y fué traducida al italiano é impresa en Venecia por Francisco Bonete el año 1583. La segunda parte se publicó tambien en Sevilla, sin que conste que las restantes hayan visto la luz pública. Merece tambien notarse un pequeño tratado de moral que tituló: *Consejos á los ricos y á los pobres*, y que alaban mucho los bibliógrafos por las advertencias y sana doctrina que encierran para vivir santamente en su respectivo estado, tanto los favorecidos por la suerte, como aquellos que carecen de los dones de la fortuna. Omitimos la enumeracion de otras obras, que abultarian mucho el presente artículo, pero cuya expresion no aumentaria en nada el justo renombre que el P. Osuna adquirió entre los escritores místicos españoles del siglo XVI. — M. B.

OSUNA (Juan), natural de la diócesis de Córdoba. Nació en 19 de Enero de 1745, y entró en la Compañía de Jesús en 21 de Junio de 1759. Enseñó teología en el colegio de Granada hasta la extincion de la Compañía de Jesús; y cuando pasó á Italia aplicó en aquel país su virtud y talento con el mismo esplendor que habia brillado en su patria. Poseia con perfeccion los idiomas latino, francés, inglés y griego, y hablaba y escribia con suma facilidad la lengua etrusca. Dedicóse tambien en Italia á la enseñanza, y fué siempre muy aplaudido. Escribió: 1.ª *In funere Raphaelis Rogrigesii Mohebani Epizedion;* Cesena, 1783.—2.ª *Le nozze poematto.*—3.ª *Precetti nopziali, opusculo di Plutarco, tradotto dal grecco con note;* idem, 1787.—4.ª *De animorum motu, qui motum terræ Adimini subsecutus est. Charisii ad Lithonimum Osium Sermo.*—5.ª *Ephemerides politicæ cesenotensium*, escrito en lengua etrusca desde 1789 á 1795; idem, tomo XVI, en 4.°—6.ª *Ephemerides litterariæ;* tomo II, desde 1791 á 1792.—7.ª *Del uso e vontagio del carbon fosile;* idem, 1795.—8.ª *Orazione parenetica*, etc.; idem, 1794.—9.ª *Dell' importanza delle dogale all convini vi quarumque stato;* jbidem.—10. *Diatribæ plurimæ*, inserto en el *Diario Enciclopédico de Vicenza* y en el *Genio letterario d' Italia*. Dejó manuscritas las obras siguientes: 11. *De Hispanis, qui in Italia libros ediderunt ab anno* 1768.—12. *De ratione studendi et scribendi;* dos tomos en 4.°—13. *Epistola de rebus theologicis.*—14. *Nueve disertaciones académicas.*—15. *De Italica bœticorum sociorum profectione commentariorum libri tres.*—16. *Della necessitá di dissimparare una gran parte delle cose con grande studio apprese nelle scude.*—M.

OSWALDO (S.), rey y mártir. Nació en Inglaterra y fué rey de Northumberlan. Falleció su padre Etelfrido y sublevándose sus súbditos instigados por Edvine, usurpador del trono, se vió precisado á refugiarse entre los pictos y despues á pasar á Irlanda si quiso escapar del puñal asesino del usurpador. Si la rebelion le hizo perder un trono, tambien le dió ocasion de ganar una corona inmarcesible superior á los embates de las pasiones y contra la cual nada pueden los desafueros de un pueblo, ni la tiranía de los potentados de la tierra; esta corona es la que galardona los méritos de los santos. En efecto, Oswaldo conoció en Irlanda la religion cristiana que hasta entónces ignoraba, é hiriendo su imaginacion los rayos de su verdad, abjuró el Rey proscrito sus erróneas creencias, y abrazó con el mayor fervor las prácticas del Evangelio. Vuelto á su patria, libró batalla á Cada-Wello, rey de los antiguos bretones, coronando la más cumplida victoria la muerte de este monarca. Antes de acometer al enemigo, Oswaldo hizo levantar una grande cruz de madera sobre lo alto de una colina, y mandando á sus soldados que doblasen las rodillas delante del signo de la religion cristiana, les animó á que marchasen con confianza en el combate, porque Dios, que da y quita la victoria, estaba de su parte. El éxito justificó la verdad del vaticinio, y el sitio sobre el cual la cruz fué plantada se llamó en lo sucesivo *campo del cielo*, siendo aquel el primer trofeo de la fe cristiana que se ostentó en aquellas comarcas. Las sabias leyes que despues promulgó Oswaldo, acreditaron que no en vano habia abrazado la religion cristiana y figuraba entre los príncipes que la defendian. Despues de haber reinado algunos años en paz engrandeciendo á su pueblo y protegiendo á los ministros del altar, Penda, rey de los mercios, le declaró la guerra; acudió á la cita Oswaldo con sus tropas, y cayendo herido de muerte en lo más crudo de la batalla, perdió trono y vida defendiendo valerosamente sus estados. Las tropas se declararon en desórden, y el campo quedó por el enemigo. Esta batalla, llamada de Marcefeld, tuvo lugar en el año 642. Los Martirologios dan á San Oswaldo el título de mártir y citan su nombre en 5 de Agosto. — M.

OSWALDO (S). Fué sobrino de S. Odon, arzobispo de Cantorbery, y de Oskitelo, primer obispo de Dorchester y despues de Yorck. Debió la educacion á los tiernos cuidados del primero, y despues de haber aprovechado notablemente los estudios, fué nombrado dean de la iglesia de Winchester, prebenda que, como no satisfacia sus deseos de retiro y mortificacion, la renunció para pasar á Francia á vestir el hábito monástico en el convento de Fleury. Despues de algun tiempo y por causas que ignoramos, regresó á Inglaterra, en cuya ocasion fué promovido á la silla episcopal de Dorchester por los años 959, sucediendo á S. Dunstano. En ella se mostró S. Oswaldo pastor infatigable, celoso por el esplendor de la religion y nuncio del Evan-

gelio en todos los pueblos de su diócesis, contribuyendo con sus esfuerzos á que se establecieran en algunos de ellos casas religiosas para avivar los sentimientos de la fe, y servir de estímulo á las costumbres públicas. El duque Alwino confió á su sabia y celosa direccion la fundacion del gran monasterio de Ramsey, que á sus costas mandó levantar en una isla formada entre unas lagunas y el rio Ouse, en el condado de Hungtinton, en el año 972. S. Oswaldo fué despues elegido obispo de Yorck, y en esta calidad le cupo la satisfaccion de consagrar y dedicar la iglesia de Ramsey á la Santísima Madre, á S. Benito y al coro de las santas vírgenes. Esta abadía era en su tiempo uno de los monumentos más grandiosos que acreditaban el poder de la religion católica, mas ahora solo existe de tan grandiosa fábrica una puerta del monasterio, y una estatua del fundador con llaves y baston en la mano, insignia de los cargos que desempeñaba cerca de su primo el rey Abgar (1). Una de las circunstancias que distinguieron á Oswaldo en el episcopado, fué el grande impulso que dió á las letras, protegiendo con todas sus fuerzas á los sabios sus compatriotas. Promovido, como hemos dicho, á la silla de Yorck, este prelado queria despojarse de la de Dorchester, porque á su celo le era imposible tener dividida y fija á un tiempo su atencion en ambas diócesis; pero fueron tan eficaces las instancias de S. Dunstano, que al fin se decidió á gobernar las dos iglesias. Los pocos momentos que le dejaba libre el cuidado de su grey, empleábalos el Santo en ejercicios monásticos en la iglesia y monasterio de Sta. María de la órden de Benedictinos, que él mismo habia fundado en Dorchester, cuya iglesia fué desde esta época elevada á catedral. Entre los varios actos de caridad que practicaba, y que al paso que servian de edificacion, derramaban el consuelo en el seno de infelices familias, podemos citar el de tener constantemente á su mesa doce pobres, á quienes servia con esmero y lavaba sus pies con humildad evangélica. Con un corazon tan tierno y piadoso, y el ferviente celo que le animaba, fueron innumerables los beneficios que experimentó su grey en los veintitres años que duró su episcopado; mas al cabo, agotadas sus fuerzas, sus diocesanos vieron con gran dolor que aquella vida se amortiguaba, y que á pasos agi-

(1) Los títulos de honor entre los sajones eran los de *Ethelings*, príncipes de la sangre; *Chanzellor*, canciller asistente del Rey en dar sentencias: *Alderman* ó *Galdorman*, gobernador ó virey; *Scherife*, diputado del Alderman, puesto en algunos tribunales con el deber de presenciar las sentencias; por esta razon fueron llamados despues vizcondes ó vicecomes; *Heariogam*, general de las armas ó duque; *Recbe*, mayordomo; *Thanes*, vasallo y oficial de la corona, pero señor de las tierras que de este recibia. A los *Thanes mayores* sucedieron los barones, título normando importado en Inglaterra; *Mass Thanes*, señor que poseía tierras en galardon de la Iglesia; *Midle Thane*, posesor de las tierras de Thanes principales del Rey; llamáronse por los normandos *Babasores*, y sus tierras *Babasorias*; éstos no figuraban entre los gentiles hombres; *Ceorle*, ó sea vecino del pueblo y hombre libre; *Billains*, esclavo ligado al servicio de un particular, pero con derecho á adquirir dinero y propiedad; *Wittan*, magistrado y jurisperito; *Earle*, conde, etc.

gantados caminaba su prelado al sepulcro. Y en efecto, una corta enfermedad le ocasionó luego la muerte en 29 de Febrero de 992, despues de haber recibido con santa edificacion todos los socorros espirituales. Tres años despues sus restos fueron depositados en una urna por Adolfo, su sucesor, y su memoria fué ilustrada con muchos milagros. Su festividad se celebraba en 15 de Octubre, dia en que tuvo lugar la traslacion de sus restos á Yorck; pero los Martirologios hacen mencion de él en 29 de Febrero. — M.

OSWALDO, religioso cartujo, que hácia el año 1430 fué vicario de la Gran Cartuja y despues prior en Escocia, en donde se distinguió mucho por su piedad y por sus obras. — C.

OSWALDO, cartujo inglés, que vivia en la misma época del anterior y que pasó á Paris á estudiar, en cuya capital hizo grande amistad con Juan Gerson, cuyo grande hombre le aconsejó abandonase el mundo: por lo que al volver á Inglaterra tomó el hábito en la orden de los Cartujos. Los príncipes de Inglaterra, Escocia é Irlanda veneraron á Oswaldo por sus virtudes, lo cual contribuyó muy poderosamente para que se propagase en sus estados este religioso instituto. Además de los diversos tratados de Juan Gerson, que tradujo Oswaldo al latin, se conservan de él una *Coleccion de cantares* y algunas obras devotas, tales como *Meditationes solitariæ; — De remediis tentationum; — Portiforium, etc.* Murió este religioso el año 1450, segun Petreius en su *Biblioteca de los Cartujos*, Sutorius en las *Vidas de los de esta Orden*, Possevin, en el *Aparato Sacro*, y Pitseus en sus *Escritores ingleses*. — C.

OSWALDO. Godwin en su *Episcopado inglés*, y Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, hacen mencion de un canónigo de Winchester de este nombre en el siglo X. Pasó este eclesiástico á Francia á estudiar, y fué discípulo de Abbon de Fleury, pero llamándole á su país su tio Odon, arzobispo de Cantorberi, fué nombrado secretario de Osberille, obispo de Rochester. Despues fué elevado á la dignidad de obispo de Worchester, en cuya prelatura fundó un monasterio, publicó decretos sinodales y escribió varias epístolas que se han conservado. Murió este prelado el año 992 de nuestra era. — C.

OSWALDO. Otro monje inglés del nombre expresado nos da Leland, Arnaul Wion y otros autores en el siglo X. Monje benedictino, fué socorrido con generosidad por Oswaldo, canónigo de Winchester, para viajar; y con tal auxilio visitó los monasterios más célebres de Francia y de Inglaterra; escribió varios tratados, especialmente de gramática, de que dan razon los expresados autores, y murió el año 1010 de nuestra era. — C.

OSWALDO (Fr. Alberto de), del órden de Predicadores. Era aleman y natural de la ciudad de Maguncia, en la cual tomó el hábito de la órden de Santo Domingo. Floreció por los años 1697 en que desempeñaba el cargo de

maestro en las escuelas de la referida Orden. La exactitud y esmero con que cumplió su delicado cometido, le valió que el Sumo Pontífice le confirmára este título, hallándose accidentalmente en Roma el mencionado religioso, que obtuvo siempre la estimación y aprecio de sus superiores por su aplicacion y sus virtudes. Escribió una obra, que dió á luz en el mencionado año 1627, impresa en la ciudad de Colonia, y que lleva el título de *Spicelegium philosophicum collectus in agro thomistico.* Desempeñó tambien el cargo de teólogo del obispo de Casanate, en Italia, en cuyo destino se cree murió, aunque no consta á punto fijo el año de su fallecimiento. —M. B.

OSWINO (S.). Hallamos en los autores que tratan de los santos á que se refieren los piadosos autores de la *Leyenda de Oro*, un santo de este nombre al que parece recuerda la Iglesia católica el dia 20 de Agosto, del que solo nos dicen que fué rey y mártir, y que murió peleando por la fe católica en Inglaterra el año 633 de nuestra era. — A. C.

OTA (P. Fr. Nicolás de), religioso cisterciense del monasterio de Alcobaza; compuso las obras siguientes que se conservaron por largo tiempo manuscritas en la librería de su convento. 1.ª *Miracula Dei genitricis Mariæ V.* — 2.ª *Orationes et Hymni in laudem B. Virginis.* — 3.ª *Planctus Virginis in Parasceve.* — 4.ª *Ars accentualis ad usum cisterciensium.* —S. B.

OTACILIA Severa (Marcia), emperatriz romana; casó hácia el año 237 con Felipe, el cual llegó al imperio por el asesinato de Gordiano *el Jóven.* Esta emperatriz fué hija de Severiano, á quien Felipe confió el gobierno de la Pannonia y de la Mesia, despues de ser elevado al trono; pero se ignora si fué originaria de la Arabia, como su marido, ó bien romana, como lo hace sospechar su nombre. Las medallas de esta princesa la hacen aparecer con unas facciones regulares y una fisonomía modesta. Otacilia abrazó el cristianismo, y creen algunos, aunque sin grandes fundamentos, que arrastró igualmente en sus nuevas creencias á Felipe. Con igual ligereza la vemos acusada en la historia de haber tomado parte en los crímenes que allanaron á su marido el camino del trono, pero este lunar se apoya tan solo en la penitencia que le fué impuesta por S. Babylas, patriarca de Antioquía, y á la cual se sometió: este hecho, sin embargo, de la penitencia no está admitido tampoco por todos los críticos. Orígenes escribió, segun dicen, una carta á esta princesa, y entre las que nos restan de S. Hipólito, hay sospechas de que existe una dirigida á Otacilia. Lo que aparece incuestionable es que los cristianos disfrutaron bajo el imperio de Felipe de mayor libertad, la cual debieron á la proteccion que les dispensára la emperatriz. Dedicóse ésta con solicitud á inspirar en su hijo el amor á todas las virtudes, y el príncipe hacia ya concebir las mejores esperanzas en este punto, cuando fué asesinado en los brazos de su propia madre por los pretorianos, que quisieron

demostrar, por medio de un crímen, su adhesion al nuevo señor que la fortuna acababa de darles. Viendo Otacilia rotos ya los únicos lazos que la retenian en el mundo, sepultóse viva en una soledad, y allí terminó sus dias. Tenemos de esta princesa medallones griegos y latinos, y varias medallas de toda clase de metales. De estas son más raras las de oro, que llevan en el reverso estas palabras: *Imp. Philippus aug.*, y la cabeza de Felipe laureada: y otra medalla en que se lee: *Securitas orbis*, la cual es de menor precio. —C. de la V.

OTAZO (Francisco de), jesuita español, natural de la villa de Alcocer, originario de la de Priego, en la diócesis de Cuenca, perteneció á la prosapia ilustre de los Otazos, los cuales se hallaron con el rey D. Alonso en las Navas de Tolosa, y tomaron á fuerza de armas las cadenas del palenque donde estaba el Miramamolin, principio de aquella nobilísima victoria; por cuyo motivo el linaje de los Otazos puso en el escudo de sus armas la cadena ondeada en campo de oro. Criaron sus padres á Francisco en la edificacion cristiana que profesaban, y quedaron satisfechos al ver que al par de la edad crecia tambien en virtudes; mas queriendo mayores aumentos de piedad y que á la vez hiciese sus estudios, le enviaron á Huete para que aprendiese la gramática bajo la direccion de los jesuitas, donde en efecto adelantó en virtud y en letras, cobrando además un afecto y devocion respetuosísima á nuestra Señora, segun lo acreditó constantemente en la congregacion y por todo el resto de sus dias. Terminado que hubo sus estudios de gramática, pasó de órden de sus padres á la universidad de Alcalá para cursar ciencias mayores, y allí procedió con no menor ejemplo de virtud y aprovechamiento: mas por entónces andaba con el ánimo un tanto soliviantado por atender á la salvacion de su espíritu, y á fin de tranquilizarse en algun modo, entró en unos ejercicios que se celebraban en el colegio de la Compañía, para despues elegir detenidamente el estado de vida que le procuraba mejor el reposo. Hizo, pues, sus ejercicios rogando fervientemente al Señor y á su Santísima Madre que le diesen á conocer en cierto modo su divina voluntad, y á poco se halló con grandes impulsos de amor hácia el instituto de los Jesuitas, donde ingresó por el año de 1588, abandonando el mundo y con él multitud de vanidades. Su hacienda, que era muy pingüe, su nobleza calificada, su caudal crecido, y el sobrado ingenio que atesoraba, eran ciertamente prendas seguras para aspirar al brillo y á los mejores puestos de la república; pero nada le importó á nuestro jóven tanto como el negocio de la salvacion de su alma. Apénas ingresó en la Compañía, fué enviado para su prueba á Villarejo, donde se consagró por completo á los ejercicios de devocion y á la práctica de todas las virtudes religiosas, alcanzando la admiracion de todos sus compañeros. Despues se tras-

ladó al seminario de Huete, al cual cobró grande aficion, como lo demostró aun estando en las Indias, porque desde tan apartadas regiones hizo donacion de su mayorazgo y legítima en favor de aquella casa; bien que miéntras hizo su profesion gozó asimismo el seminario un vínculo suyo. De aquí fué enviado á Alcalá, continuando en las mismas felices disposiciones de ánimo, aunque tornándole á embestir los temores de su propia salvacion con los mayores escrúpulos; pero como hijo amantísimo y devoto de la Vírgen, puso en manos de esta Señora todos sus rezelos y tristezas. Cuando más agravado se hallaba y oprimido por su imaginacion, refieren las crónicas que se le apareció la Reina de los ángeles, rodeada de hermosura y de esplendor, trayendo un libro en la mano, y que mirándole amorosa le dijo: *Este es el libro de los predestinados, mira y lee.* Absorto el jóven al principio, cobró aliento con las palabras de la Vírgen, y pudo guiar sus ojos al libro que le presentára, en el cual vió un largo catálogo de nombres, figurando el suyo á la cabeza: el consuelo de su alma fué desde aquel momento solo comparable con las tribulaciones anteriores, y aunque lo intentó no pudo leer nombre alguno de los que le seguian. A la hora de su muerte fué preguntado por el superior acerca de tan raro suceso, instándole á que dijese la verdad, y solo entónces testificó que era así ciertamente, y que aguardaba las promesas de nuestro Señor, hechas por boca de su Madre Santísima. Esta relacion se halla en la *Historia del Colegio de Huete*, y otra igual se refiere en la *Vida del P. Juan de Montalvo*, al cual profetizó Otazo las ocupaciones de su vida, y se fueron cumpliendo por el mismo órden que las habia predicho el jóven miéntras era hermano estudiante. Creciendo iba el siervo de Dios en virtudes y en religion al par que tambien se aumentaban las ansias que tenia de servir al Señor con mayor utilidad y provecho de las almas, y deseó por ello trasladarse á las Indias, donde juzgó con acierto que hallaria copioso y abundante fruto que ofrecer á Dios. Por entónces andaba precisamente muy en boga la mision á las Filipinas, descubiertas y conquistadas recientemente; porque si bien las descubrió ántes el célebre Fernando de Magallanes en el año de 1521, es lo cierto que no fueron conquistadas hasta el de 1564, por cuya época las comenzó á sujetar el adelantado Miguel Lopez de Legaspi, con solas tres naves de armada, en que se ampararon quinientos españoles. Despachados estos de Nueva-España por el virey D. Luis de Velasco, marqués de Salinas, en tiempo del rey D. Felipe II, pusieron en ellas las armas de España; y del nombre de Filipo, en cuyo nombre se hizo la conquista, las llamaron Filipinas: son inmensas en número. La primera que entónces se conquistó fué la de Cebú, siguiéndole otras más pequeñas, y en 1570 se tomó y allanó la grande isla de los Luzones, donde radica la insigne ciudad de Manila, cabeza de todas. Al ver la

Europa número tan considerable de islas, convocóse al punto á fin de intentar la conversion de sus naturales, y ya no le fué posible á Otazo el resistir á sus santos y cristianos impulsos, los cuales vió por fin satisfechos con ayuda de su protectora María. Grande fué el número de almas que allí convirtió á la fe este varon apostólico, y raras y originales las cosas que le acontecieron en aquel suelo. Sin duda le hizo Dios instrumento suyo para traer á la luz del Evangelio la grande y populosa isla de Mindanao, y otras muchas de aquel archipiélago, y entre otros mil lances referiremos el que le sucedió yendo en compañía de otros religiosos de la Compañía. Caminando iban por aquellos desiertos los esforzados campeones de Jesucristo, cuando salieron á su encuentro unos idólatras, los cuales dispararon sus flechas contra los inermes religiosos, logrando herir de muerte á un hermano coadjutor temporal, su compañero. Al verle caer aquellos bárbaros se lanzaron sobre su cuerpo como fieras, y empezaron á comer de su carne, cayendo aquí y allí levantándose, por su embriaguez. Otazo se puso entónces de rodillas, suplicando á Dios, cual otro David: *Ne tradas bestiis animas confitentes tibi, et animas pauperum tuorum ne obliviscaris in finem.* La Vírgen volvió en su apoyo, y pudo continuar su camino en union de los compañeros. Este fué uno de los muchos riesgos que evitó en aquellas regiones, aunque ninguno fué bastante á entibiar su ardor y su celo por la salvacion de las almas. Sus virtudes, por el contrario, fueron creciendo de dia en dia, y ponia admiracion en todos con su humildad, con su penitencia, con las prácticas religiosas, y con el dominio que siempre conservó sobre sus pasiones, que procuró desde luego enervar por medio de la mortificacion. Por espacio de veintiseis años se mantuvo entre aquellos naturales, predicándoles y exhortándoles con un celo verdaderamente apostólico, sin temor á los peligros que le rodearon. Era el santo varon muy afable con los indios, á los cuales amó entrañablemente, y les enseñó con paciencia y caridad, ganando sus voluntades por medio del agrado. Despues de haberse empleado, segun va dicho, en el bien de las almas y conversion de los gentiles de las Filipinas, le ocuparon los superiores, teniendo en cuenta su mucha prudencia y celo aventajado en el gobierno, en ejercer el de aquella provincia, lo cual llevó á cabo con mucho fruto y acierto. Despues la obediencia le trajo á España por procurador de la provincia de Filipinas, deseoso de llevar consigo á ella gran compañía de misioneros hermanos, y en todas partes despachó con buen término su cometido; pero hallándose en Madrid, para disponer ya su vuelta, le acometió una enfermedad grave, que degeneró por último en una tísis trabajosa. Los médicos fueron de parecer que debia buscar los aires natales, á fin de distraer la enfermedad, y fuese por tanto á Alcocer, aunque no duró mucho allí, porque arreciando la crísis

que atravesaba el paciente varon, salió de entre los suyos, yendo á morir al colegio de Huete, donde permaneció algunos dias en cama, dando ejemplos de paciencia y de humildad, y conformándose cristianamente á la voluntad divina. Por último, habiendo ya recibido los santos sacramentos, asaltóle la muerte, apacible y dulce cual fué su vida, á 16 de Agosto de 1622. La historia de Huete trae la vida de este santo varon, y prueba en cierto modo, á más del agradecimiento que le tributa, que no pudo ser un hombre escaso de importancia en cuanto á sus virtudes religiosas y cristianas el que fué á buscar su último trance en aquella casa santa.—C. de la V.

OTBERTO, obispo de Lieja á últimos del siglo XI y principios del siguiente. Tuvo la desgracia de tomar parte en el cisma del emperador Enrique IV, aunque se arrepintió despues, mas no fué depuesto como los demás prelados cismáticos. Los monjes de S. Huberto, que se habian declarado en contra del cisma, sufrieron muchas persecuciones por parte de este obispo, por lo que los escribió Jarcenton, abad de S. Benigno de Dijon, consolándolos y animándolos á morir mil veces ántes que comunicar con los cismáticos. En esta carta hace un horrible retrato de Otberto, pero sus expresiones son tan apasionadas como declamatorias. En la conclusion de su carta les ofrece un asilo en su monasterio si querian librarse de sufrir aquellas persecuciones. El cabildo de Lieja escribió por su parte en defensa propia y de su obispo, y publicaron un manifiesto contra una carta que habia escrito el Pontífice al conde de Flandes, animándole á hacerles la guerra. Esta apología solo sirvió para irritar los ánimos mucho más de lo que se hallaban ya irritados. Habiendo muerto Enrique en Lieja en 17 de Agosto de 1106, á los cincuenta y un años de edad y treinta de reinado, le hizo enterrar Otberto en la iglesia de S. Lamberto, donde permaneció hasta que fué recibido este prelado á la comunion de la Iglesia, á condicion de que desenterraria el cuerpo del emperador, lo que efectuó, permaneciendo insepulto por espacio de cinco años en un sepulcro de piedra.—S. B.

OTBERTO, canónigo de la catedral de Lieja y preboste de la iglesia de Sta. Cruz. Se hallaba en Italia con Enrique IV cuando supo este príncipe la muerte del obispo Enrique *el Pacífico*, y le nombró el Emperador para sucederle. Los manuscritos de la abadía de S. Lorenzo de Lieja dicen que esto no se hizo gratuitamente, y pintan con los más negros colores á Otberto ántes y despues de su episcopado. Pero los monjes de S. Lorenzo tuvieron algunas diferencias con este prelado, que fué tan prudente como instruido. En 1095 hizo, en nombre de su iglesia, la adquisicion del castillo de Bouillon, que le vendió el duque Godofredo, á su marcha á Tierra Santa, en la cantidad de mil trescientos marcos de plata y tres de oro. Esta adquisicion era de la mayor importancia para la iglesia de Lieja, porque hallándose

aquel castillo situado cerca de sus fronteras, las tropas que lo guarnecian, hacian frecuentemente excursiones en el Liejes, con las que tenian á los habitantes en contínua alarma. En el contrato de venta se expresaba la cláusula de que podrian rescatarle Godofredo y sus tres primeros herederos, lo que no llegó á verificarse, quedando Bouillon por los obispos de Lieja. Otberto adquirió tambien de Balduino II el castillo de Covin y algunas otras tierras. Tenia algunas diferencias con Enrique, conde de Durbin, quien le sorprendió en 1096 y le llevó prisionero á su castillo, haciéndole montar en un caballo tan fogoso que le estropeó de manera que vivió enfermo el resto de sus dias. Mas no fué larga su prision. En 1099 hizo fortificar el castillo de Mirecvart, situado en las fronteras del Liejes, no obstante lo oposicion que hicieron algunos monjes de S. Huberto, á quienes el obispo Enrique habia cedido esta plaza. Otberto permaneció firmemente adherido al emperador Enrique IV, sin tomar empero parte en el cisma por este promovido. Mas por aquel motivo, y creyéndole sin duda complicado en el segundo, excomulgó á Otberto el pontífice Urbano II en un concilio, como lo manifestó en una carta á Beringer, abad de S. Lorenzo de Lieja. No le trató mucho mejor el papa Pascual, quien irritado por su comportamiento con el Emperador, mandó por sus cartas á Roberto, conde de Flandes, que hiciese la guerra á los liejeses, como la habia hecho á los de Cambrai por igual motivo. El célebre Sigeberto, monje de Gemblous, fué encargado por el obispo de responder á las quejas del Papa, comision que desempeñó en una extensa carta, que contiene una sábia apología de la conducta de Otberto y su iglesia para con el Emperador. Habiendo depuesto á Enrique IV los príncipes de Alemania en 1105, Otberto ofreció un albergue en su palacio al desgraciado monarca. Su hijo Enrique V, que le sucedió por eleccion de los conjurados, se propuso arrancarle de aquel asilo; mas prefiriendo la astucia á la fuerza, mandó á decir al prelado en 1106 que se proponia ir á pasar á su lado las fiestas de Pascua. La astucia no pudo permanecer oculta, pues al mismo tiempo se supo que Enrique enviaba al Liejes una parte de su ejército. Entónces exhortó Otberto á su pueblo á vengar los ultrajes hechos por un hijo á su padre, y el dia de jueves santo hace marchar con toda urgencia tropas al mando del duque de Lothier y del conde de Namur para rechazar al enemigo. Los liejeses sorprendieron á los rebeldes en una emboscada entre Lieja y Maestricht, quedando destrozados en su mayor parte; el resto, que quiso volver á pasar el puente, se arrojó á él con tanta precipitacion que se hundió á su paso, pereciendo casi todos ahogados en el Mosa. Este acontecimiento animó á toda la Lorena á tomar la defensa del Emperador, pero la muerte de este príncipe no le permitió recoger el fruto del celo del generoso prelado. Despues de su fallecimiento, Otberto tuvo una entre-

vista con Enrique V en Aix la Chapelle, y celebró la paz con él. Al año siguiente obtuvo un breve del papa Pascual, dirigido al arzobispo de Tours, para levantarle la excomunion. Hé aquí la fórmula que mandó el Pontífice al arzobispo para que la firmase nuestro prelado ántes de darle la absolucion. «Yo N. anatematizo toda herejía, y sobre todo la que turba el estado actual de la Iglesia, enseñando á despreciar sus anatemas y todos los medios »que emplea para salvar las almas. Condeno esta herejía con todos sus autores y fautores, prometo obediencia al papa N. y á sus sucesores; sostengo »lo que la Iglesia universal sostiene, y condeno lo que ella condena. Y si »medio buscare para apartarme en alguna cosa de esta profesion de fe, declaro que yo mismo he pronunciado mi sentencia.» El clero de Lieja tuvo parte, lo mismo que el pueblo, en la reconciliacion de su Obispo con el Papa y el nuevo Emperador. Otberto murió en 1119. Bajo su episcopado la iglesia de Lieja fué una de las más fecundas en hombres grandes por su virtud y saber. Entre ellos se menciona á Sigeberto, de quien ya hemos tratado; Ruperto, que pasó de monje de S. Lorenzo á abad de Tuits, é ilustró su siglo con la abundancia y hermosura de sus escritos; Alger, que despues de haber gobernado con gloria las escuelas de Lieja y combatido con sus escritos la herejía de Berenguer, fué á acabar sus dias en Cluny; Hezelon y Thezelin, sabios y virtuosos canónigos de Lieja, que se retiraron con Alger al mismo monasterio. El famoso Pedro el Ermitaño, autor de la primera cruzada, debe ser colocado tambien en este número; al volver de su expedicion á Tierra Santa, fundó un monasterio en Hui, donde murió en buena opinion en 1117.—S. B.

OTBRAND, abad de S. Aubin de Angers, conocido por sus diferencias con Oderico, abad de Vendoma, con cuyo motivo se presentaron ambos en Chartres á Gerardo, obispo de Ostia y legado apostólico. Esta entrevista no tuvo efecto alguno. El concilio de París, á quien se remitió el asunto, no le decidió. Habiendo vuelto á Chartres los dos abades, convinieron en que los monjes de S. Aubin abandonarian sus pretensiones por una suma de doscientas libras. Escribieron ambos al legado. El acta de convenio está firmada en 1072; pero los monjes de S. Aubin reclamaron en lo sucesivo contra esta acta, y escribieron al sobrino del Papa quejándose de la injusticia que les habia hecho el legado en aquella ocasion con sus dilaciones y retardos; de que el convenio se habia hecho á instancias de Ar'valdo, obispo de Chartres, antiguo monje de Vendoma; de que sus diputados no habian sido escuchados en el concilio, y que su abad Otbrand, que se habia obligado á hacer ratificar el tratado por su comunidad reunida en capítulo, le habia reunido en ausencia del prior, y no habia llamado ni á los deanes, ni á los más ilustrados y los más ancianos, sino solo á los jóvenes, muchos de los

cuales no habian consentido sino á la fuerza. Esta carta se halla impresa en el primer tomo de las *Anécdotas* del P. Martenne. — S. B.

OTEFRIDE ú Odfride. Puede considerarse á este religioso como uno de los fundadores de la órden de Canónigos regulares. Fué natural del distrito de Tournai, y vivia en el siglo XI. Habiéndose instruido en las bellas letras, en las ciencias y en especial en las eclesiásticas, fué hecho sacerdote, y deseando hermanar la vida penitente con la profesion clerical, visitó los mejores monasterios, y recogió de sus costumbres lo que mejor le pareció para la institucion de Canónigos regulares. Retiróse despues de esto á Guastina, vulgarmente Waten, en la diócesis de Térouanne, y se fijó en esta soledad, sitio dependiente de la abadía de Berg-San-Vinos; pero que no tardó en franquearse para llevar á cabo sus designios. No tardaron en venir á reunírsele un buen número de discípulos, deseosos de imitarle en el género de vida que habia abrazado. De este modo se formó en esta parte de la Flandes una comunidad de Canónigos regulares, de la que fué Otefride el prior ó preboste, y aun el abad, pues que se le dieron los tres títulos. Pobre fué el traje y frugal el alimento de esta comunidad, pues que solo se comian legumbres, y se cree que en un principio no hubo más regla que seguir que el ejemplo del prior. La buena opinion de la comunidad atrajo al monasterio muchas donaciones, que llegaron á enriquecerle. Una diferencia sobrevenida entre Huberto, obispo de Térouanne, y Otfrido, obligó á éste á abdicar por el bien de la paz, é hizo que la comunidad eligiese otro prior, que él mismo presentó al obispo para que aprobase su eleccion. Verificado esto, se sometió á la obediencia del elegido con mayor placer que el que experimentaba cuando el anciano los gobernaba á todos, lo que habia hecho por espacio de siete años, ocho meses y seis dias. Desde el año 1080, en que dejó el priorato, hasta el fin de su vida, lo empleó en la predicacion, recorriendo los pueblos, que edificaba con su palabra y aun más con la austeridad de su vida. En este santo ejercicio murió Otfride cerca de Gand, el 22 de Noviembre de 1085, enterrándole los monjes de Blandiuberg en la iglesia de su monasterio, segun se ve por Ribet en el tomo VIII de la *Historia literaria de Francia*. — C.

OTERO (D. Alfonso Fernandez de), canónigo doctoral de la iglesia de Valladolid. Escribió: *Interpretationis juris pontificii;* Bolonia, 1616. — *De actionibus et earum origine*; Caller, 1628. — *Diversarum quæstionum juris;* Nápoles, 1619. — *Miscellanea juris*; Roma, 1623. — M.

OTERO (D. Gerónimo Fernandez de). Nació en España y desempeñó la cátedra de derecho canónico en el colegio español de Bolonia en el año 1610. Tambien enseñó el derecho civil en Nápoles. Fué canónigo y dean de la iglesia de Orense, inquisidor de la fe en los dominios de España, y ántes de su

muerte, ocurrida en 10 de Enero de 1635, escribió las obras siguientes: 1.ª *Selectarum interpretationum juris*; Bolonia, 1613, en 4.°—2.ª *Diversarum juris quæstionum*, Nápoles, 1619. — 3.ª *De actionibus*; Caller, 1618, en 4.°—4.ª *Romanas lucubrationes, seu miscellaneas juris disputationes*; Roma, 1623, en 4.° — 5.ª *El maestro del príncipe*; Madrid, 1635, en 4.°—M.

OTFRIDO, prior de Guastina, merece ser más conocido que lo ha sido hasta el presente. Se le debe mirar como uno de los fundadores de la órden de Canónigos regulares. Era del territorio de Tournai, desde donde fué á frecuentar las mejores escuelas de Francia. Despues de haberse instruido en las bellas letras y en las ciencias eclesiásticas, entró en el clero, si no era clérigo ya, y fué elevado á la dignidad del sacerdocio. Honró su estado con una conducta que correspondia á la santidad á él debida. La bondad de su corazon y sus ejercicios de piedad le hicieron agradable á los ojos de los hombres, como lo era á los de Dios. Tenia un ardoroso celo para reprender los vicios; pero sabia hacerlo con mucha prudencia para mejor ganar las almas. Habiendo formado el designio de unir la vida penitente á la profesion clerical, visitó los monasterios más célebres, de donde recogió de sus prácticas todo lo que le pareció más conveniente para el instituto de Canónigos regulares. Enriquecido con estos piadosos despojos se retiró á Guastina, llamado vulgarmente Waten, en la diócesis de Térouanne, y se fijó en aquella soledad. El lugar era de la dependencia de la abadía de Berg-St. Vinok, pero Otfrido halló medio de quedar libre de su jurisdiccion. Reuniéronsele allí bien pronto diferentes discípulos con el designio de imitar su género de vida. Formóse así en esta parte de Flandes una célebre comunidad de Canónigos regulares, de la que fué Otfrido el primer abad, pues se le da indiferentemente uno de estos dos títulos. El alimento y hábito eran pobres, y parece que no se comia ni carne ni pescado, sino solo legumbres. Por entónces tampoco existió otra regla que el ejemplo del prior. El buen olor de las virtudes que practicaban atrajo muchas donaciones, que constituyeron al monasterio en un estado muy notable. No fueron pocas las pruebas ni las contradicciones por que tuvo que pasar Otfrido ántes de llevar á cabo este piadoso establecimiento. Una triste diferencia acaecida entre Huberto, obispo de Térouanne, y Otfrido, hizo tomar á éste el partido de abdicar en beneficio de la paz. Invitó á su comunidad á elegir otro prior, que presentó él mismo al obispo para que confirmase su eleccion. Despues de lo cual se sometió al gobierno del nuevo elegido con mucho más placer todavía que habia aceptado el de gobernar á los demás. Acaecia esto en 1080, y hacia entónces siete años, ocho meses y seis dias que ocupaba el cargo de prior. Empleó el resto de sus dias en anunciar á los pueblos en diferentes lugares la palabra de Dios, y murió en Gante en este santo ejerci-

cio el 22 de Noviembre de 1089. Los monjes de Blandinberg se apoderaron de su cuerpo y le enterraron en la iglesia de su monasterio. Ariulfo, autor contemporáneo de muy buena reputacion, da á Otfrido la calidad de santo, y refiere algunas apariciones ocurridas despues de su muerte, que prueban la bienaventuranza de que gozaba. El gran saber que habia adquirido le empleó, no en componer nuevos escritos, sino en perfeccionar los de otros y hacerlos más inteligibles. Se dedicó á leer con grande aplicacion los libros de la biblioteca de su casa, tanto de los autores que tratan de bellas letras como de los escritores eclesiásticos y sagrados, y á ponerlos toda clase de notas. Es decir, que puso notas interlineales y marginales, y que estableció una puntuacion regular para ponerlos más al alcance de los jóvenes, y facilitar la inteligencia de los demás lectores. Tuvo el secreto de poner en estas diferentes notas lo que habia aprendido de otros, ya frecuentando las escuelas, ya leyendo las obras de los antiguos. Ebrard, uno de sus discípulos, de quien sabemos los principales hechos de su historia, ha creido deber justificarle en este punto, haciéndose la objecion de que Otfrido no habia producido nada suyo en este caso, y que no merece el título de autor ni de sabio, pues no habia hecho más que utilizar lo que habia aprendido de otras personas; objecion que Ebrard trata de frívola y ridícula, dando razones muy sensatas. Efectivamente, aun cuando en el trabajo literario de que se acaba de hablar no hubiera puesto Otfrido nada suyo, no por eso sería menos apreciable su saber, pues consiste en una crítica que se extiende sobre todas las facultades de la literatura, lo que era en extremo raro en su época. — S. B.

OTFRIDO. Este monje benedictino del siglo IX sirvió, segun Du Pin en su *Biblioteca de autores eclesiásticos* de este siglo, en la abadía de Weisembourg. Fué discípulo de Raban, arzobispo de Mayenza, y compuso una *Historia del Evangelio* en lengua teutónica, á fin de que el pueblo, que no entendia el griego ni el latin, pudiese leerle y estudiarle. Dedicó esta obra á Luitbert, arzobispo de Mayenza, lo que se ve en una carta latina en la Biblioteca de los Padres. Fué impresa esta historia en Basilea el año 1571, bajo la direccion de Matías Flaccius Illyricus. Trithemio hace mencion de otras obras de este religioso, que cita tambien de Rivet en el tomo V de la *Historia literaria de Francia*. — C.

OTGARIO, obispo de Maguncia, sucedió en esta sede á Heistulfo, el cual murió en el año 825, y la rigió Otgario hasta el de 847. Fué prelado más apto para mandar un ejército que para gobernar una iglesia, y en las últimas turbulencias habia tomado con audacia el partido del rey Lotario contra el Emperador; pero la inconstancia de su carácter le hizo variar de opinion, y en adelante apareció mandando un cuerpo de tropas sobre el Rhin

contra Luis de Baviera. Si este prelado no fué exacto guardador de los cánones, no puede negarse que mantuvo siempre cuidadoso celo porque los demás los observasen, y empeñó á un diácono de su Iglesia llamado Benito, en hacer nueva coleccion de las capitulares de los reyes de Francia, á fin de que sirvieran de suplemento á la que el abad Ansegiso habia publicado en cuatro libros, año de 827. A ella añadió Benito otros tres libros, compuestos de los capitulares que habia omitido Ansegiso, los cuales halló en su mayor parte en los archivos de la iglesia de Maguncia. Otgario fué uno de los prelados que asistieron al concilio de Thionville, año de 835, presidido por Drogon, obispo de Metz. —C. de la V.

OTGARIO, abad del monasterio de Wisemburgo, fué elevado á la sede de Maguncia en 825 ú 826. En el concilio que celebró en su iglesia tres años despues, declaró al célebre Gothescalco libre de las obligaciones que habia contraido en su infancia, cuando sus padres le ofrecieron á Dios en el monasterio de Orbais. Otgario asistió ó presidió varias asambleas eclesiásticas. Benito, diácono de Maguncia, aumentó de órden suya tres libros á las decretales de Carlo Magno y de Luis, su hijo, hechas por el abad Ansegiso. Otgario fué uno de los prelados que asistieron al emperador Ludovico Pio en sus últimos momentos. Despues de la muerte de este monarca siguió el partido de Lotario en la guerra que se suscitó entre éste y sus hermanos, lo que le obligó á abandonar su sede por algun tiempo. Otgario murió en su obispado en 847. —S. B.

OTGERO de Balben, gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen. Fué elegido para suceder al gran maestre Raimundo Dupuy. Se cree que era natural del Delfinado. «Su nombre, dice el P. Sebastian Paoli, es bas»tante célebre en los anales de la Orden por haber sostenido el partido de »Alejandro III contra el antipapa Victor.» Neberal dice que no dejó de su gobierno otra memoria que su nombre. Murió en 1161, sucediéndole Gilberto de Assaly. Un diploma de Balduino III le llama Oltegero. —S. B.

OTHELBOLD, abad de Gante, escritor eclesiástico que no nos es conocido más que por su dignidad y una sola produccion de su pluma. Gobernó en calidad de abad el monasterio de San Bavon de Gante, desde 1019 á 1034, que fué el término de su vida, habiendo muerto el 5 de Diciembre del mismo año. Existe de este autor una descripcion del estado de su monasterio, tal como habia sido en su orígen y tal como era en tiempo del autor. Othelbold la emprendió con esta ocasion. Otgiva, mujer de Baudoin *el Barbudo*, conde de Flandes, suplicó á nuestro abad la diese á conocer las reliquias de los santos que habia en San Bavon, y éste formó una historia detallada en la que hizo entrar, como hombre instruido en la historia eclesiástica, una corta noticia de los principales santos á quienes pertenecian aquellas reliquias.

El autor, sabiendo que la condesa era devota de su monasterio, aprovechó la ocasion para manifestarla el triste estado á que se hallaba entónces reducido, comparándole con el floreciente en que se halló en otro tiempo. Este escrito, que está dirigido á Otgiva, y que se cree hecho hácia el año 1030, puede pasar por un compendio de la historia de la abadía de San Bavon. Othelbold se nombra abad por la gracia de Dios, lo que comenzaba entónces á estar en uso. Auberto le Mire ha publicado este escrito con notas muy cortas, en su coleccion titulada *Donationum Belgicarum libri duo*. Ha reimpreso el principio, es decir, lo que se refiere á las reliquias, en su *Noticia de las iglesias de Bélgica*. El P. Mabillon ha dado tambien este principio despues de Le Mire, pero no tan extenso. —S. B.

OTHLON, monje de S. Emmeranne de Ratisbona. Nació hácia 1013, segun se infiere de diferentes pasajes de sus escritos, en la diócesis de Frisinga. De un genio bondadoso y dócil, aprendió con facilidad las ciencias en que se acostumbra á instruir á los niños. Consiguió en particular escribir con tal perfeccion que pudo dedicarse á copiar manuscritos. Trasladó muchos en la abadía de Tegerusa, donde hizo sus primeros estudios, y despues en Francia, es decir, en la Franconia oriental. Aunque este trabajo le debilitó la vista, no dejó de continuar en él y de animar á otros á imitarle. Daba copias á sus padres, á sus amigos y á los monasterios. Si no hubiera dado él mismo la lista, parece increible que hubiese podido copiar un número tan grande de libros. Todavía existen muchos trasladados de su mano en las abadías de Tegerusa y de San Emmeranne. A su regreso de la Franconia se dedicó con buen éxito al estudio de las artes liberales. Su ardor por las ciencias llegaba hasta á pedir diariamente á Dios le llevase á algun lugar donde hubiera muchos libros. Su padre, que no pensaba lo mismo que él, le procuró un rico beneficio rural; mas prefiriendo Othlon la conversacion de los clérigos instruidos y estudiosos, no se acomodaba á su situacion. Una diferencia que tuvo con Werinhario, arcipreste en el obispado de Frisinga, le hizo tomar la resolucion de retirarse al monasterio de S. Emmeranne en Ratisbona. El abad Ricardo le recibió con tanto más placer cuanto que sus monjes deseaban tener á Othlon por maestro, tanto en el arte de escribir como en las demás ciencias. Sucedió esto hácia 1032. Halló en aquel monasterio monjes estudiosos, pero de diversos gustos; unos se dedicaban á la lectura de los autores profanos y otros se ocupaban en la meditacion de las Sagradas Escrituras. Imitó á aquellos, pero su constante laboriosidad no le puso á cubierto de las tentaciones que le habian turbado estando en el mundo. Se le encargó del cuidado de la escuela, y hácia 1096 de las funciones de dean. El abad Renginhard, que gobernaba entónces el monasterio de San Emmeranne, seguia ménos lo que se halla prescrito

en la regla de S. Benito, que los avisos del obispo y los consejos de algunos religiosos á quienes estimaba. Othlon lo desaprobó, lo que le hizo odioso al obispo, al abad y á aquellos religiosos. El monasterio tuvo que sufrir todas las consecuencias de esta division. Para que cesasen pidió Othlon permiso á Reginhard para pasar á Fulda, donde fué recibido en 1062. Ignórase el tiempo que permaneció allí, y cuándo regresó á Ratisbona. Tampoco es conocido el año de su muerte. Se conjetura que se verificó hácia 1072 ó 1073. El primero de sus escritos que se ha dado á luz es el que se intitula *De las tentaciones*. El P. Mabillon le ha colocado en sus *Analectas*, pero sin atreverse á decidir quién es su autor. Conjetura, sin embargo, que es de la misma mano que las actas de S. Bonifacio, y por consecuencia del monje Othlon. La razon es que estos dos escritos son de un mismo estilo; y que siendo el último de Othlon, debe atribuírsele tambien el que lleva el título *De las tentaciones*. Hay una razon mucho mayor todavía, y es que el autor de esta obra recuerda una suya en verso, titulada *De la doctrina espiritual*, de manera que se designa él mismo con su propio nombre. Además de que estos libros *De las tentaciones* y *De la doctrina espiritual* contienen lo mismo, y no difieren más que en que el uno está en prosa y el otro en verso, por lo que se encuentran juntos en un manuscrito de S. Emmeranne. Dice que tanto ántes como despues de hacerse monje tuvo que sufrir diferentes tentaciones, ya de desesperacion, ya de duda sobre los principales misterios de la religion, ya de impureza. En estos combates habia recurrido á la oracion, á la lectura de las Escrituras y á los ejemplos de los santos, que agitados como él de diversas tentaciones las habian vencido. El estudio le pareció tambien un buen médio de vencer los ataques del enemigo. En esta persuasion compuso en verso un *Tratado de la doctrina espiritual*, en que inserta los pasajes de la Sagrada Escritura de que se servia para rechazar los ataques del tentador. La cuenta por la primera de sus obras, pero el P. Bernardo Pez ha seguido otro órden en la edicion que ha hecho de ellas, al que nos conformamos para comodidad de los lectores. Este autor pone al principio el *Tratado de las tres cuestiones*. El mismo Othlon nos refiere el tiempo y ocasion en que le compuso. Un monje, llamado Enrique, de la abadía de Richenon, pasó á S. Emmeranne, de regreso de Jerusalen. Durante la morada que hizo en aquel monasterio, celebró muchas conferencias con Othlon sobre el sentido de algunos pasajes de la Sagrada Escritura. Satisfecho Enrique de las explicaciones que le habia dado Othlon, le suplicó que pusiese por escrito sus conferencias. Tardó algun tiempo en decidirse, pero escribió, por último, en forma de diálogo lo que habia pasado, aunque sin poner su nombre ni el de los interlocutores. Enrique fué por segunda vez á S. Emmeranne, y viendo que Othlon no habia puesto su nombre al frente de la obra, ni el de los in-

terlocutores, se apresuró á hacerlo, y añadió un prólogo, en que dió cuenta del motivo que habia dado lugar á este escrito. Satisfízole Othlon. La obra es anterior, en cerca de quince años, á la que se intitula *De las tentaciones*, y que fué compuesta despues de 1062. De modo que el libro *de las tres cuestiones* es cuando más del año 1047; la primera trata de la bondad de Dios; la segunda de la equidad de sus juicios, la tercera de los diferentes medios que nos da para hacer el bien. Othlon declara en el prólogo que no se sujetará á las reglas de los escolásticos, que en la interpretacion de las Sagradas Escrituras emplean nombres y verbos que convienen mejor con la opinion de Boecio que con las explicaciones de los Santos Padres. «No lo haré yo así, dice; seguiré mejor á aquellos santos intérpretes que á Platon y Aristóteles, y aun al mismo Boecio, que se ha engañado en muchos puntos, aunque no se le pueda negar la cualidad de excelente orador.» Despues de este preámbulo hace ver que las Sagradas Escrituras contienen todas las verdades cuyo conocimiento es necesario á la salvacion; que aunque el universo esté lleno de efectos de la misericordia divina, no por eso deja de permitir que seamos afligidos de diferentes maneras desde el principio hasta el fin de nuestra vida, porque es justa y buena á la vez. Por esta misma razon, deja al hombre la eleccion entre el bien y el mal, siendo su esencia el libre albedrío, porque está hecho á semejanza de Dios, que goza tambien del libre albedrío. Conforme ejerció su justicia en la condenacion de los ángeles apóstatas, dió pruebas de su misericordia en la reparacion del género humano, lavando en el bautismo la mancha contraida en el pecado original. Othlon prueba con diferentes ejemplos, sacados de la Sagrada Escritura, que Dios ha usado para con los hombres tan pronto de la severidad como de la dulzura, pero que su gracia ha sido más abundante en el Nuevo que en el Antiguo Testamento. Mira como impenetrable el misterio del pecado original, expresado de S. Pablo: *Por el pecado de uno solo, todos los hombres han caido en la condenacion;* y se excusa de profundizarle. Pasando á la segunda cuestion, distingue cuatro clases de juicios de Dios: los unos justos, los otros necesarios, otros justos y necesarios; y por último, los juicios secretos y desconocidos. Pero no hace esta division más que para conformarse al lenguaje comun de los hombres, al que el mismo Dios quiere acomodarse en las Sagradas Escrituras. Reconoce que un juicio es justo, cuando es conforme á las leyes divinas y humanas; que es necesario, cuando es consecuencia de un principio establecido por Dios. Ha querido salvar al hombre: la Encarnacion del Verbo es desde entónces necesaria; como no puede vivir sin el socorro del aire y de los demás elementos; que es justo y necesario, porque está ordenado por Dios, y de la ejecucion de este decreto depende la salvacion del hombre; que es desconocido y secreto, cuando no puede ser

conocido ni por lo que precede ni por lo que sigue á este juicio. Othlon da ejemplos de estas cuatro clases de juicios. Con respecto á la tercera cuestion, la resuelve diciendo, que estando el hombre dotado de libre albedrío, puede hacer el mal por sí mismo, y el bien con el socorro de la gracia. Trata despues del misterio de la Santísima Trinidad, y dice claramente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, siendo el espíritu del uno y del otro; da despues diferentes ejemplos para hacer más creible este artículo de nuestra fe, que nos enseña que Dios es uno en tres personas. La vela encendida es solo una; se distingue, sin embargo, la estopa, la cera y la luz. Sienta como principio que toda consagracion, para ser saludable, debe hacerse por la invocacion del nombre de Dios y con la pronunciacion de las palabras ordenadas por Dios. De donde se sigue que si al sumir al bautizado en el agua no dice el ministro el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no se opera el misterio de la regeneracion y no hay remision de los pecados. Con el objeto, pues, de que el misterio de la regeneracion se lleve á cabo en el agua, es preciso invocar los nombres de la Santísima Trinidad Lo mismo se verifica en la misa. El pan y el vino no se convierten en cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, si el sacerdote no pronuncia las mismas palabras de que se ha servido el Señor al dar el pan y el cáliz á sus discípulos. Las oraciones que preceden ó que siguen á la consagracion no tienen este efecto. Las palabras de Jesucristo operan por sí solas de una manera invisible esta transfiguracion y esta vivificacion de los misterios en una hostia verdadera, perfecta y sin mancha por el ministerio de cualquiera sacerdote. Othlon añade que este sacrificio es útil, no solo á los fieles vivos sino tambien á los difuntos: que siguiendo la tradicion de los Padres, se debe mezclar agua con el vino en el cáliz, á causa de que el agua salió con la sangre del costado de Jesucristo. Al *Tratado de las tres cuestiones* siguen algunas observaciones sobre el número de tres y los misterios que contiene. Dice en su libro *De las tentaciones*, que habia escrito muchas cartas y compuesto muchos discursos con la mira de hacerse útil. No tenemos de él más que una sola carta á un amigo que no nombra. Es una recapitulacion al *Tratado de las tres cuestiones*. Escribió esta carta en una edad muy avanzada, en que no tenia la misma facilidad para escribir que habia tenido en su juventud. Sensible á la depravacion de las costumbres de su siglo, ocasionada por la negligencia de los pastores y de los príncipes, y por sus malos ejemplos, se quejaba de ellos en alta voz; pero nadie le hacia caso. Tomó pues el partido de poner sus acusaciones por escrito, y de oponer á los abusos dominantes las más santas máximas de la Sagrada Escritura, para edificar al ménos á algunos de los que leyeran su obra. Intituló este escrito: *Curso espiritual*, porque enseña en él á vivir en el camino de los

mandamientos de Dios. Othlon le cita en el libro *De las tentaciones*. Es un tejido de pasajes de la Sagrada Escritura, particularmente de los Salmos, de que saca excelentes instrucciones para la práctica de la virtud y exencion de los vicios. Hace ver despues que David predijo los misterios de la Encarnacion, de la Pasion, de la Resurrecion y de la Ascension de nuestro Señor, de que ha marcado muchas circunstancias. Refiere tambien gran número de pasajes de los profetas y de los libros del Nuevo Testamento; en cuanto á los libros de Salomon y de Jesús, hijo de Syrach, se contenta con aconsejar su lectura, y proponer los ejemplos de paciencia que se leen en el libro de Job. Refiere las diferentes tentaciones de que se vió agitado en el principio de su conversion, los consuelos que recibió de Dios en sus penas, y los medios por que resistió al tentador. Se ve que en su época la prueba del agua caliente se hallaba todavía en uso para purgarse de un crímen el de él acusado, y que los clérigos se afeitaban la barba. El manuscrito de S. Emmeranne tiene unido á este tratado un fragmento de la historia de la traslacion del cuerpo de S. Dionisio de Francia á Alemania por el emperador Arnoldo. Como este fragmento es de letra de la misma época, y el manuscrito no contiene más que obras de Othlon, el editor le cree autor de esta historia. Compuso, estando en Fulda, un manual ó advertencia á los clerigos y á los legos, lo que manifiesta él mismo en el libro de sus tentaciones. El objeto es hallar el remedio de los males de la Iglesia. Se saqueaban los monasterios, se profanaban los lugares sagrados, eran despreciados los deberes de la religion, y por una série de desórdenes, de que eran tan culpables los abades y los clérigos como los legos, los monjes carecian de las cosas necesarias á la vida; no eran socorridos los pobres, y los extranjeros no tenian nadie que los recibiese. Los pastores, defensores natos de los pobres y de las viudas y obligados á dar su vida por sus ovejas, eran los primeros en perseguirlas, cuidándose poco de su rebaño, siempre que viviesen en las delicias y la abundancia. Othlon da á todos consejos muy saludables y los medios de llenar en cada estado los deberes de un perfecto cristiano. Emplea, para volverlos á sus deberes, el ejemplo de las calamidades que se dejaban sentir hacia algunos años, la intemperie del aire, los frios excesivos, las inundaciones, las sécuras extraordinarias y el hambre, anunciada por el trastorno de las estaciones. Hemos notado ya que estando Othlon todavía en el siglo, fué atacado de una violenta enfermedad, y que á su restablecimiento se decidió por seguir la vida monástica; pero su salud se robusteció de tal manera, que temió por sus progresos en la vida espiritual. Pidió á Dios que le ejercitase con alguna tentacion, temeroso de que la ociosidad no le ocasionase tibieza. El efecto siguió de cerca á la peticion. Anonadáronle las tentaciones, hasta el punto que se arrepintió de haberlas

deseado; miraba su oracion como indiscreta y perniciosa, cuando recordó lo que dice S. Pablo: *Dios es fiel, y no consentirá que seais tentado más de lo que permitan vuestras fuerzas; pero al permitir la tentacion, os dejará salir de ella con ventaja, de manera que la podais soportar.* Recurrió á los medios de domar su carne; y viendo que no bastaban los ejercicios prescritos por la regla, añadió el trabajo continuo de un estudio serio. Tal fué, como nos lo refiere él mismo, el motivo del libro á que dió por título: *De la doctrina espiritual.* Se halla escrito en versos de diferentes medidas, modo de escribir que habia cultivado siendo seglar, haciendo más caso de la poesía que de la prosa. La fe en los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion, los atributos esenciales de Dios, la inutilidad de la fe sin las buenas obras, la necesidad del amor de Dios y del prójimo, la manera de orar para conseguirle, los peligros de la lectura de los libros profanos, forman la materia de los primeros capítulos de este libro; deplora despues la negligencia de los clérigos, en particular de los pastores, y su apego á las riquezas. No se perdona á sí mismo por sus propios extravíos; despues de diferentes instrucciones relativas á la sobriedad, la modestia en los hábitos, la vanagloria, la obediencia, la humildad, el desprecio de los honores y las demás virtudes cristianas. Dirige invectivas á los avaros y los soberbios, y concluye con un poema sobre el lugar del Evangelio que se refiere al nacimiente de Jesucristo, la degollacion de los Inocentes y la adoracion de los Magos, con un segundo poema sobre el nacimiento del Salvador, con una oracion á la Santísima Trinidad y un tercer poema sobre el dia del juicio. El libro de los Proverbios fué comenzado en el monasterio de Fulda; mas parece que Othlon habia preparado las materias ántes de retirarse de él. Formó el plan de esta obra sobre la de Séneca, que le parecia tanto más admirable, cuanto que no habiendo tenido el autor por guia más que las luces de la razon, no habia dejado de dar muy buenos preceptos para la direccion de la vida. «Si »Séneca, dice, que no tenia ni la fe ni la esperanza de otra vida, se dedicó »á corregir las costumbres de los demás, ¿no debo hacer uso de los talentos »que me han sido dados para edificar á algunos de los fieles, yo que creo que »Dios está en todas partes, y que promete la vida eterna á los que le aman?» Othlon saca sus proverbios ó cortas sentencias tan pronto de los escritores sagrados como de los profanos, y las coloca por órden alfabético, como habia hecho Séneca. Tuvo principalmente á la vista la instruccion de los estudiantes, y obtener algun cambio en el método ordinario de los maestros, que acostumbraban leer á sus discípulos las fábulas de Avieno ó las sentencias de Caton, no reflexionando que era más útil proponer desde luego, tanto á los jóvenes como á los de más edad, las santas máximas de la religion, para que aprendiesen con ménos peligro las letras humanas. El libro comienza

por la letra A y concluye por la V. La mayor parte de los proverbios son versículos de los Salmos ó de los demás libros de la Sagrada Escritura. Sabemos por un discurso hecho en honor de los apóstoles, que habia en la Iglesia un dia destinado á la memoria, no solo de los doce apóstoles, sino tambien de los evangelistas S. Lucas y S. Marcos; que en otros dias se les hacian fiestas particulares; que la de S. Felipe y Santiago se celebraba en el mismo dia. Por hermanos de Jesucristo entiende Othlon á los primos hermanos, es decir, los hijos de la hermana de la Vírgen Santísima. Dice algunas palabras sobre cada apóstol, notando que S. Pedro y S. Pablo sufrieron el martirio en el mismo dia y en la misma ciudad, es decir, en Roma. Lo que dice de S. Andrés parece sacado de la historia de sus actas, que llevan el nombre de *Diáconos de Acaya*. El libro *de las visiones* le escribió despues del que tituló *De la doctrina espiritual* y despues del diálogo *de las tres cuestiones*, con el designio de apoyar con ejemplos las verdades que habia establecido en estas dos obras con las palabras de la Sagrada Escritura. Bajo el título de *visiones* comprende con las que Dios le habia favorecido y las que habian acaecido á otras personas, algunas de las cuales vivian todavía. Incrédulo, como otros muchos, habia estado largo tiempo sin dar fe á lo que oia decir de esta clase de sucesos, hasta que se convenció por su propia experiencia y por el testimonio de personas dignas de fe. Esto es lo que le animó á poner por escrito lo que sabia, poniendo á Dios por testigo de la verdad de las que le habian sucedido á él mismo. Dos motivos le obligaron á tratar esta materia; el ejemplo de S. Gregorio, en el libro cuarto de sus *Diálogos*, y la utilidad pública, porque es conveniente á todos los hombres saber cómo los visita Dios, castigándoles por sus pecados ó consolándoles en sus aflicciones. En este libro se hallan muchos sucesos de la historia del siglo XI, que se buscarian en vano en otro lugar. La relacion de la primera y la segunda vision está sin duda incompleta, por estarlo el manuscrito de que se tomaron. En el undécimo se menciona al emperador Enrique III como vivo todavía, por lo que debió ser escrita ántes del año 1096, que fué el de su muerte. El décimonono está tomado de una carta de S. Bonifacio, arzobispo de Maguncia, y los tres siguientes se refieren á la historia de los ingleses por el venerable Beda. Othlon se distingue por su aire de sencillez, lo que es suficiente para ponerle á cubierto de toda sospecha de impostura, pero no para darle la autoridad necesaria. Vivia aún en Ratisbona en el monasterio de S. Emmeranne, cuando le obligaron sus compañeros á poner en mejor estilo la vida de S. Wolfgang, obispo de aquella ciudad. Parece que fué escrita en un principio por un extranjero que, poco conocedor del local, no habia referido con exactitud las circunstancias de la vida del Santo. Othlon corrigió esta falta recurriendo á las memorias del monje Arnolfo,

que habian sido escritas sobre los mismos lugares, y por lo que la tradicion habia trasmitido acerca de S. Wolfgango. El P. Mabillon publicó esta vida en la *Coleccion de las actas de la órden de S. Benito*, pero sin el prefacio de Othlon. Se halla en las *Anécdotas* del P. Bernardo Pez, que las ha dado con otra vida del mismo obispo, escrita en prosa rimada por un monje anónimo, y otros diferentes documentos que se refieren al oficio del Santo. Othlon corrigió tambien la vida de S. Nicolás, obispo de Mira, y tuvo cuidado de advertir en el prólogo los cambios que habia hecho en ella. En las bibliotecas de Alemania se encuentran dos vidas de este Santo, una de las cuales tiene por autor á un Juan, diácono, que se llama en el prefacio de S. Januario. Ha dividido esta vida en capítulos con sumarios en verso al frente de cada uno. La segunda vida es la misma, y comienza por las mismas palabras, pero no contiene los sumarios. Ignórase cuál de las dos ha sido corregida por Othlon, y si son suyos los sumarios. En su libro *De las tentaciones* añade que escribió la vida de S. Alton con algunos versos que se referian al mismo Santo, que lo hizo ántes de ir á Fulda, y que estando de regreso en S. Emmeranne, compuso la vida de S. Magno, á ruego de Winllaum y de Adalham, monje el primero de S. Emmeranne y abad el segundo de S. Afre, que habia ido á estudiar con Othlon. Si la vida de S. Alton, publicada por los Bolandistas en 9 de Febrero, y por el P. Mabillon en sus *Actas*, es la misma de que se habla aquí, debe convenirse que no fué Othlon su autor, y que solo corrigió su estilo; pues es evidentemente de un monje de Atconmontier que la escribió á principios del siglo XI, segun observa el P. Mabillon. Tenemos en Goldast dos libros de la vida de S. Magno por un tal Teodoro ermitaño, corregida por Ermenric, monje de Elwangen. Si es ó no diferente de la que hizo Othlon, esto es lo que no puede decirse, porque no se ha publicado aún. Se explica claramente sobre la vida de S. Bonifacio mártir, diciendo que creyendo los monjes de Fulda la que poseian escrita en un estilo demasiado duro y dificultoso, le suplicaron con ardor la pusiera en un estilo más claro y sencillo, y que no pudo negarse á sus reiteradas instancias. Othlon la dividió en dos libros, y en esta forma la publicó Canisius, los Bolandos y el P. Mabillon. El prefacio pertenece á Othlon, y se conoce fácilmente comparándole con los que ha puesto al frente de las demás vidas, en las cuales ha hecho algunos cambios. Browerus le ha atribuido la vida de S. Pyrurin, corepíscopo; pero el P. Mabillon ha probado que su autor es Warman, monje de Richenon y obispo despues de Constanza. Sin embargo Othlon, que ha hecho en su libro *De las tentaciones* una relacion exacta de sus escritos, no dice una pabra de la vida de S. Pyrurin. Menciona un escrito que tenia por título: *Cómo se puede leer en las cosas visibles*, que escribió con este motivo. Volviendo de Fulda á S. Emmeranne, se detuvo en

Amerbach; el abad, que le veia con placer, hablaba con frecuencia con él sobre cuestiones de la Sagrada Escritura, satisfecho por lo comun de sus respuestas. Al acercarse la fiesta de Pascua, le propuso el abad edificar al pueblo en aquella solemnidad con algun discurso, á lo que se excusó Othlon manifestando su poca costumbre de hablar en público; pero reflexionando sobre la proposicion del abad, que miraba como una órden, compuso un discurso, tomando por texto estas palabras del salmo décimo tercero: *El Señor mira desde el cielo á los hijos de los hombres*; y las explicó con diversos símiles que creia á propósito para edificar al auditorio. Este discurso no se ha impreso. Othlon hace mencion en el mismo libro de dos oraciones que habia compuesto para edificacion de aquellos á quienes podia haber dado ocasion de caer con sus malos ejemplos. El P. Pez rezela que sea la que ha hecho imprimir en los idiomas latino y tudesco, en el primer tomo de sus *Anécdotas*, con el título de *Oracion de cierto pecador*. Es evidente que pertenece á un monje de S. Emmeranne, y que la escribió despues del incendio de aquel monasterio, es decir, despues del año 1062. Othlon invoca los nombres de un gran número de santos, y ruega por el Papa, por el Emperador, por su Congregacion, y en general por los vivos y por los muertos. Los escritos de Othlon de que acabamos de hablar, se hallan citados en el de sus tentaciones, de donde debe inferirse que es el último de todos. Entre las obras que copió se notan principalmente las que llevan el nombre de San Dionisio el Areopagita. Se presume que solo las prefirió á otras por atencion hácia este Santo, cuyas reliquias se creian tener en S. Emmeranne. Dedúcese esto de que en la oracion que acabamos de citar se invoca en particular á S. Dionisio; pero se conviene al mismo tiempo en que los monjes de San Emmeranne le invocaban entre sus patronos desde ántes de la pretendida traslacion de las reliquias á su monasterio. Nada puede concluirse de la oracion de Othlon, ni de su decision en copiar las obras de este célebre mártir; pues trasladó otras muchas que no tenian tanta reputacion como las de S. Dionisio. Todo lo que se puede alegar para sostener la traslacion de estas reliquias á Ratisbona, se reduce á lo que se lee en el fragmento citado más arriba, y que no se prueba pertenecer á Othlon más que porque se halla en las colecciones de manuscritos de sus obras, lo que no forma una prueba sin réplica. ¿Cuántas colecciones manuscritas hay de obras de S. Agustin, de S. Ambrosio y de S. Juan Crisóstomo, mezcladas con otros escritos que les son falsamente atribuidos? Si Othlon hubiera escrito la historia de la traslacion de la reliquias de S. Dionisio á Ratisbona, ¿hubiera dejado de hablar de ellas haciendo su enumeracion en sus propias obras? Este debió ser uno de sus primeros escritos segun el órden cronológico, pues se refiere al año 1052 la bula de Leon IX, que adjudica estas reliquias

á la abadía de S. Emmeranne, y uno de los más interesantes, pues aseguraba á aquel monasterio un tesoro tan apreciable, no dice una palabra sin embargo. Debe, pues, mirarse la historia de la traslacion de S. Dionisio como obra de un falsario, que hizo una bula bajo el nombre de Leon IX, fechada en Octubre de 1052, y dice que habiendo examinado este santo Papa en los mismos lugares y en presencia de los embajadores del rey de Francia, las razones que los monjes de S. Emmeranne alegaban para demostrar que el cuerpo de S. Dionisio habia sido trasladado á su iglesia por el emperador Arnoul, las habia creido suficientes, y ordenado en su consecuencia que celebrasen la fiesta de esta traslacion. Los anales de Sajonia refieren que durante la morada de Leon IX en Ratisbona se descubrió el cuerpo de un Santo en la iglesia de S. Emmeranne, y que se presentaron al Papa algunos títulos para persuadirle que era el cuerpo de S. Dionisio. No dicen nada más; pero esto fué bastante para que el rey Enrique reuniese en la abadía de San Dionisio los obispos, los abades y los grandes señores de sus estados en 1053. Se abrió la caja en que estaban encerradas las reliquias del mártir, se manifestaron al pueblo y estuvieron expuestas durante quince dias en el altar. Othlon fué uno de esos hombres útiles, ocupados siempre en beneficio del público. Nacido con feliz disposicion para las letras, las aprendió y enseñó á otros á cultivarlas, ya con su ejemplo, ya proporcionándoles buenos libros, ó enseñándoles á formarse ellos mismos en las bibliotecas copiando los mejores libros. Tenia por máxima que se debe en las lecciones públicas emplear términos claros é inteligibles á todos; máxima prudente que siguió en sus escritos. Su estilo es fácil, sencillo, claro, sin ser demasiado difuso ni demasiado preciso. Bueno por lo general, tanto en prosa como en verso, se halla al alcance de los ménos inteligentes. Es puro en su moral, sólido en sus instrucciones, que varia de tiempo en tiempo con comparaciones selectas, y exacto en el dogma. Acostumbrado al lenguaje de los Santos Padres, desecha las explicaciones que comenzaba á introducir la teología escolástica; mirándolas como más á propósito para oscurecer los puntos capitales de la religion que para ilustrarlos. Celoso por el buen órden, inspira su amor con dulzura. Sus invectivas contra el vicio no tienen nada de amargo, usando por lo comun las palabras de la Sagrada Escritura para recordar sus deberes á los malvados. Los hombres de todas edades pueden leer con fruto sus proverbios, que son una coleccion muy interesante para la formacion de las costumbres. Los escritos de Othlon solo se encuentran en las *Anécdotas* del P. Bernardo Pez, impresas en Augsbourg en 1721, en fólio, en la que tampoco se lee el libro *De las tentaciones*, porque el P. Mabillon le habia hecho ya imprimir en sus *Anécdotas*. —S. B.

OTHMARO (S.). Fué monje benedictino y abad muy esclarecido, cuya

memoria ha pasado de una á otra generacion, oscureciendo, sin embargo, los acontecimientos de su preciosa vida, pero excitando en todos la mayor veneracion; pues desde sus mismos contemporáneos estaban ya persuadidos de la excelente sublimidad de sus virtudes. Su cuerpo sagrado fué trasladado en varias ocasiones y por motivos que no han llegado á nosotros, y esta es indudablemente la razon de porqué han podido perderse las noticias que hubiera acerca de él. La última vez que se movieron sus preciosos restos, fué en el año 864, y lo hizo la Orden por satisfacer los deseos que todos tenian de participar de tan rico tesoro, aconteciendo este suceso el dia 21 de Octubre del precitado año, por cuya causa se permitió por la Iglesia el que se venerára su traslacion en este dia, y en toda la Orden que tanto enalteció con sus virtudes.—G. R.

OTHMARO (Beato). Fué aleman, y sus padres cuya gran nobleza no contaba con los medios que hubiese deseado para sostener el rango de sus mayores, lo pusieron al servicio del señor de aquel país, que era Victorio; más distinguido aún por su piedad que por su grandeza, y que tenia todo su conato en que su casa fuese dechado de virtudes, y más bien que palacio, donde por lo ménos las libertades son muy ámplias, pareciese monasterio, donde todas las cosas van con escrupulosa regularidad. En este palacio, y bajo la direccion misma del señor, se estudiaban en aquella casa las letras divinas y humanas, con tal afan de parte de los que las enseñaban y de los que las aprendian, que unos y otros á cual más se empeñaban para el apetecido éxito, que era la ilustracion de todos. Tampoco se descuidaba el manejo de las armas; de modo que los caballeros que allí estaban dedicados al servicio del Señor, puede decirse que eran ó caballeros ó religiosos, segun la necesidad, estando por consiguiente tan dispuestos para esgrimir la espada ó lanza por su Dios y por su Rey, como para gustar las delicias del estudio profundo en el rincon de la biblioteca, que era en la casa abundante para lo que la época permitia, pues contenia códices preciosos, con luminosos apuntes de todas las ciencias, alcanzando hasta los adelantos más aventajados para entónces. Aun cuando Othmaro esgrimia las armas y seguia los estudios de las ciencias profanas con aprovechamiento y buenas notas; pero á lo que le llevaba su inclinacion era á las ciencias sagradas, en las cuales fué eminente: bien es verdad que á la grande aplicacion que mostraba en las aulas y á la constante asiduidad con que estudiaba en los libros, hay que agregar su espíritu de oracion á la cual daba la mayor parte del dia, y en la que logró aprender mucho, que aprovechó en la práctica cuando á Dios plugo hacerle ministro suyo en el beneficio de S. Florino, para el cual le propuso la condesa, atendiendo á sus buenas prendas y acreditada virtud. No puede explicarse el recogimiento y atencion con que se preparó para

los órdenes sagrados, así como la tierna solicitud con que se previno á recibir el subdiaconado, pidiendo repetidas veces al Señor no dejase que se ligára con tan estrecho lazo, si no habia de ser para su mayor servicio, lo cual el Señor le concedió; pues desde que se hizo sacerdote parece que se vivificó su espíritu ya con el ejercicio de las funciones importantes de su sagrado ministerio, ya con la repeticion de los salmos y divinas lecturas de que se compone el Oficio. Su manera de portarse en tan sublime dignidad fué cual á ella conviene, pues en primer lugar se abstrajo tanto de las cosas del mundo, que vivia en él como si no viviese, sin cuidarse de nada de lo que acontecia, vivia junto á la iglesia y tenia con ella su comunicación, bajándose al coro á la hora de maitines, que eran á media noche, y permaneciendo en él en oracion y contemplacion de las Escrituras Sagradas, hasta que llegaba la hora de celebrar la santa Misa, ántes y despues de la cual oia en confesion á muchísimas gentes, que atraidas de la fama de sus virtudes, venian á sus pies para recibir los consuelos que el santo sacramento proporciona, y que eran más abundantes por aquella dulzura inefable y suma bondad con que Othmaro recibia á todos, y más eficaces porque su mismo aspecto, revelando la gran virtud que en él habia, daba mucho aliento á los penitentes para explayar sus conciencias, con lo cual podian ir seguros de que encontrarian remedio sus males; pues la caridad del ministro hallaba siempre pronta salud para toda clase de enfermedades del espíritu, y abundantes remedios para toda especie de necesidades del alma. El resto del dia lo pasaba en el ejercicio de la predicacion, no desde el púlpito y á grandes masas, sino á uno que otro en quien veia alguna cosa ménos perfecta, ó de quien sabia por divina revelacion algun deslid, siendo muy notable la prudencia con que hacia estas amonestaciones; pues no hay ejemplo de que nadie se resistiera, y eso que muchas veces tenia que mostrarles y les mostraba faltas muy graves; pero como se veia su extraordinaria caridad, y que no se llevaba otra mira más que el bien del amonestado, por esto cada uno se complacia en que le hiciese las advertencias que creyera prudentes, y él se alegraba muy mucho cuando atraia á alguno al camino del amor de Dios. En órden á la distribucion de las rentas de su beneficio, que eran bastante abundantes, los pobres, los enfermos y los peregrinos eran quienes de ellas disfrutaban, viéndose muchas veces su casa llena de pobrecitos caminantes, á los cuales por su propia mano aseaba, quitándoles con extraordinaria paciencia toda la inmundicia y procurándoles el más cómodo descanso, haciendo en todo y por todo con ellos lo que hubiera podido hacer el padre más cariñoso con sus más favorecidos hijos. Y todo esto sin acepcion de personas, siendo para él más apreciables los más necesitados, aun cuando ellos fuesen los más abyectos, segun este mundo miserable. La buena fama

de virtud y santidad de este esclarecido sacerdote corrió por toda la comarca y llegó hasta á Waldramo, señor tambien de una parte de aquel territorio é íntimo amigo de Victorio, con cuyo motivo y conociendo la piedad de este señor y esperando le ayudaria de alguna manera á poner por obra su intento, le anunció Waldramo á Victorio su propósito de ampliar el monasterio de S. Galo, que entónces era poco más de una hospedería, y luego llegó á ser principalísimo en la órden de S. Benito; y conferenciando ambos amigos acerca de la persona en quien podrian fijarse para desempeñar el importante cargo de abad de aquella casa, ó al ménos de prepósito si es que la renta no alcanzaba para que tuviese superior de la primera categoría, no dudaron un momento en decidirse por Othmaro, pues era muy capaz de desempeñar lo uno, y muy humilde para contentarse con lo otro, si no podia ser más; pues decididamente él rehusaria, como lo rehusó con efecto, aunque inútilmente, toda otra cosa que no fuera más que el ser el último de los últimos de la comunidad. Se resolvió, pues, á ser superior en la casa de S. Galo, y llamó á su alrededor monjes muy observantes para que le aconsejáran é instruyesen acerca de las observancias que era necesario guardar, con lo cual puso bajo muy buen pié aquel monasterio: es verdad que la donacion primera que hicieron Waldramo y Victorio, y que no hubiese sido suficiente para dar á aquella santa casa el impulso que queria darla su benéfico reformador, fué ampliada con muy espléndida munificencia por Cárlos Martel, entónces administrador por la Francia de todos aquellos dominios, y luego declarado príncipe de aquellos mismos estados, por medios que no son de este lugar ni asunto, pero que cumple decir que siempre fueron favorables á los benedictinos de S. Galo, pues habiendo él tomado por su cuenta su proteccion, la continuó, dándoles muchos privilegios y exenciones que aumentaron su prosperidad en dos sentidos; primero, en cuanto de esta manera el monasterio podia más desahogadamente cumplir su instituto, sin pensar, por decirlo así, de dónde vendrian los medios ó recursos materiales que para ésta como para las demás empresas son indispensables; y segundo, porque esa misma importante proteccion del monarca de Francia era ocasion para que aquellas personas de ilustre linaje, que querian dedicarse al servicio de Dios en el claustro, escogiesen éste por parecerles más conforme á su elevada posicion, que no aquellos otros, donde sin apoyo ni patronazgo, parecia estar todo más expuesto á la ventura, al paso que en éste todo parecia más sólido, firme y estable. De suerte que reunidas accidentalmente todas estas circunstancias favorables al acrecentamiento de la obra que Othmaro emprendiera, pronto se vió padre de una dilatada familia, á la cual dió por regla las mismas que en los más observantes monasterios se cumplian, y como consejo aquel tan repetido por el discípulo muy amado, de que todos se

amasen los unos á los otros, á lo cual él atendia con extraordinario celo, evitando con esmeradísimo cuidado las más mínimas quejas, ayudando á los flojos para que se fortalecieran, enfervorizando á los tibios para que avivasen en el servicio divino, atrayendo á aquellos que veia extraviarse, sujetando á los que de sujecion necesitaban, y por todos orando, ayunando y mortificándose; siendo superior en el cargo y en el cumplimiento de sus deberes, pero novicio, y ménos si cabe, en la puntual observancia, sin dispensarse en lo más mínimo, por más que á veces pareciese prudente, en atencion á lo mucho que trabajaba y se esforzaba, el que hubiese dejado de concurrir algunas veces, sobre todo á maitines, pues era hora intempestiva; pero él era el primero siempre, y despues del coro se quedaba en oracion asistiendo despues á la hospedería, donde con motivo de la gran caridad que el prelado les mostraba, nunca faltaban, no solo los peregrinos sino otros sugetos, que queriendo pasar algunos dias en el retiro y recogimiento, iban á aquel sagrado recinto y encontraban el aliento que necesitaba su espíritu para proseguir el camino de la virtud. Así pasaba su vida santamente; y los ratos que le quedaban entre dia, los aprovechaba en un hospital que estaba muy cerca de su monasterio, tanto que desde él veia los que entraban y salian en una ú otra parte. Allí era Othmaro todo para los enfermos, pues comenzando por limpiarles con la mayor detencion y proligidad, barriendo con extremo cuidado los aposentos, limpiando todos sus vasos y arreglando cuantas cosas les pertenecian, les mullia los lechos, les lavaba los paños y ropas de su uso, y con un tino y delicadeza sumos les curaba las heridas, aplicándoles los medicamentos que les habian ordenado los facultativos, y proporcionando á los más delicados aquellas sustancias que parecian más convenientes para su mejoría y convalecencia. El no reparaba en la especie de enfermedad que les agoviaba, ni mucho ménos en si sería ó no peligrosa, contándose entre los de la comarca como una señal muy clara de la bondad y misericordia de Dios el que habiendo asistido constantemente á apestados, que en diversas ocasiones habia habido en aquella santa casa, nunca él se doliera lo más mínimo, ni se viera en él el más ligero síntoma de indisposicion; pareciendo imposible que con las tareas de su oficio y con las que él se tomaba en el hospital, guardando un descanso tan reducido como el que guardaba, y alimentándose tan poco, pudiera gozar de una salud y robustez que le envidiaban los más fuertes de su muy numerosa comunidad. Pasaba Cárlo-Magno al retirarse á su monasterio despues de la renuncia que habia hecho del reino de Francia en su hermano Pipino, por el de S. Galo; visitó el sepulcro y capilla del Santo, y le parecieron reducidas las rentas con que la casa contaba; por lo que, como él ya nada poseia, sino que lo habia cedido todo en favor de su her-

mano, recomendó á éste al abad Othmaro, el cual recibió muestras de muchísima deferencia, y hasta se le consignó una renta, que aún existia en pie el siglo pasado, para sostener esta gran casa y el culto al Santo cuyo ilustre nombre lleva. Con estas nuevas donaciones pudo el B. Othmaro extender sus piadosos intentos á obras de gran cuantía, cuales fueron en primer lugar la construccion de una suntuosa iglesia y luego la de un monasterio, en cuyas oficinas tomó cuanta amplitud creyó necesaria, de tal suerte que al ver Pipino realizadas las obras, presumió en Othmaro el intento de secularizar, digámoslo así, su monasterio, y le advirtió lo sensible que le sería este intento; mas se aquietó bien pronto, pues el santo abad le aseguró que todo lo preferiria en ese paso que le apartaba de la regla y gobierno de su gran Patriarca y sucesores, y que le privaria de los grandes méritos de sus hermanos; por lo que su único intento era restablecer, ó por decirlo mejor, continuar en aquella casa el fervor primitivo, hacer que los monjes con particular esmero fuesen perfectos modelos de todas las virtudes; y lo consiguió en efecto, pues cada cual á porfía se afanaba por ser el mejor, no por espíritu de envidia ni de superioridad, sino por conviccion íntima de que quien más hace por la vida eterna es quien más se acerca á los designios de Dios, y quien por consiguiente se pone más en situacion de recibir sus gracias y bendiciones. Como se habian ampliado las donaciones en favor del monasterio, se ampliaron tambien los beneficios en provecho de los pobres, á los cuales se les construyó con más comodidades el hospital, con mayor número de camas la hospedería, y el trato tambien pudo mejorárseles, pues aunque siempre se les daba lo mejor que habia, es claro que podia serlo mejor, más cuando las rentas eran suficientes que cuando escaseaban, y era preciso apelar para todos á la caridad de los bienhechores, que en hecho de verdad nunca faltaron. Por supuesto que Othmaro nunca dejó el arreglo económico de la casa, y no porque tuviera desconfianza de sus hermanos, sino porque estaba él tan acostumbrado á procurar por los intereses de sus amados los pobres, que se creia como obligado á manejarlos él por sí mismo, no fuera que el manejarlos otro les produjese ese menoscabo indirecto que es consecuencia de no ser conocida la persona en quien se depositan las limosnas que luego han de distribuirse entre los pobres. De aquí resultaba que como todos participaban de sus beneficios, y enfermos y sanos recibian sus favores, unos le aclamaban como padre y otros le llamaban universal médico, fundándose unos y otros en que no habia dolencia que se le resistiese, como no habia necesidad para la cual no tuviese pronto y abundante socorro; lo cual, sabido en la corte, era motivo á que cada dia se remitiesen al B. Othmaro nuevas sumas para el remedio de los pobres, con lo cual los podia tener perfectamente socorridos, y él estaba, por consiguiente, per-

fectamente satisfecho y en el pleno de sus delicias. Esta extraordinaria liberalidad para con sus pobres le hacia que desease para ellos cuantas rentas podian proporcionarle; por lo cual cuando algunos avaros quisieron privar al monasterio ú hospital de lo que realmente le pertenecia, supo él muy bien sostener sus derechos. Entre otros sucesos de esta especie, referiremos solamente lo acontecido con Warino y Ricardo, señores de aquellos contornos, que habian usurpado unas haciendas exclusivamente destinadas por sus donantes para mejorar la asistencia de los enfermos del hospital. Primeramente se acercó á ellos el Abad con la bondad y dulzura que le era característica, y con la suma erudicion de que Dios le dotó les hizo ver cuán equivocados estaban en apropiarse una cosa que no les pertenecia; siendo el resultado que aquellos inícuos usurpadores se mofáran del venerable Abad, sin devolverle sus posesiones, amenazándole además con que harian sentir todo su enojo contra él y contra su casa, si se empeñaba en llevar adelante la pretendida devolucion. Luego que agotó todos los recursos de que pudo disponer para convencerles, y vió que esto no lo podia conseguir, fué él mismo á la corte y dió su queja al Rey, el cual atendiéndole como era justo, mandó que compareciesen los usurpadores y diesen su palabra de restituir lo que indebidamente se habian apropiado; no pasando la cosa más adelante, porque el bueno de Othmaro se opuso decididamente á ello, mediante á que no queria satisfaccion alguna personal; y decia que no creia hubiese habido conato de agravio. Resolvieron los usurpadores que habian ya malversado los bienes, acerca de los cuales se les queria hacer restituir, no solo conservarlos en su poder, sino castigar á Othmaro para que les callase; y con tal intento convinieron con unos soldados, para que á su regreso, que habia de ser despues que ellos, pues el Santo caminaba á pie y no muy apriesa, pues no se lo permitian los silicios, se echaron sobre él y le amarraron, llevándole con grillos á su cárcel. Mas como esto, dando en una persona tan autorizada como lo era el Abad, no podia hacerse sin un fundado motivo, buscaron otra traza y resolvieron esperar la oportunidad, sin otro fin que el de que su venganza fuese más terrible. Buscaron á un tal Lamberto, lego que habia sido en el mismo monasterio de Othmaro, pero que se habia salido por no sujetarse á las observancias que allí estaban en rigor, y por no vencer sus pasiones ni corregir sus vicios, en los cuales estaba muy encenagado. A este fin le hicieron grandes promesas; y como le dominaba el espíritu de ambicion, se colige fácilmente que le tuvieron propicio para cuantas iniquidades se les pusieron en la mente; y ya por esta obligacion, á que con promesas le trajeron, ya tambien porque temiera el que sus fingidos protectores le acusasen de algun crímen en que era cómplice con ellos, se resolvió á delatar á Othmaro á su Obispo, de que le habia

cogido en tratos ilícitos con una mujer. El obispo y su provisor no anduvieron con reparos en el asunto; ántes sin hacer cargo de la negativa constante del acusado y sin darle lugar á prueba ninguna, por la cual se esclareciese su inocencia ó se viniese en confirmacion de su culpa, no solo le privaron violenta é inesperadamente de la abadía, sino que le redujeron á una prision cruelísima donde se le daba el más inicuo trato, pasando muchos dias sin que le alargasen ni aun un pedazo de pan, ni siquiera un poco de agua con que refrigerar su desfallecimiento. Solo el cielo queria acreditar la virtud de este santo varon, tan insigne en ella; pero los miserables seguidores de este mundo, como que desconocian la brillantez de esos divinos destellos que acreditaban la virtud del siervo del Señor, pues á pesar de que vieron que el infame calumniador, víctima de una terrible enfermedad, era objeto de universal desprecio, y que no le atendian ni aun aquellos mismos en cuyo favor trabajaba, y que se veia rastreando como una serpiente, sin alivio, consuelo ni tregua en su acerbo dolor, no por eso se conmovieron ni quisieron confesar su equivocacion, con lo cual hubiesen podido hacer justicia y adquirir honra y crédito, sino que, pertinaces en su fatal idea, y queriendo que la muerte del Santo extinguiera la memoria de la inicua manera con que le trataban, acrecentaban más y más los tormentos, hacian cada dia nuevos ensayos de saña y de crueldad inauditas para ver de extinguir cuanto ántes la memoria del que sufriendo merecia, y mereciendo tenia por precision que ostentar la invicta paciencia de que todos le vieron ser el modelo más acabado y perfecto, sin que este mismo sufrimiento sirviese á esclarecer las obcecadas mentes de sus enemigos, que á poco que hubiesen fijado su atencion en Othmaro habrian tenido que ver en él lo que era un verdadero siervo de Dios, que abrazado á la cruz de Cristo desde los primeros momentos en que se ofreció al servicio de su Majestad, nunca se separó de ella, y el grande afecto, estima y aprecio con que la miró, sirvió para que en todo y por todo quisiese el Señor hacerle imitador de sus sufrimientos, sin que sea otra la razon que hubo para que los decididos esfuerzos de sus hermanos fuesen ineficaces para desarmar la hostil accion en que el prelado, ofuscado é irreflexivo, se habia puesto contra el siempre venerable Othmaro. Dios permitia el sufrimiento, y queria aún nuevas pruebas del heróico valor de su siervo; por lo cual, pasados algunos dias y aun meses, en esta manera de estar tan aflictiva y molesta para un hombre cuya inocencia era mayor de lo que imaginarse puede, pues no solo no se le podian imputar crímenes, delitos ni aun faltas, sino que ni pecados tenia, un varon lleno del mejor deseo, y pensando que el apartarle del sitio donde tanto padecia en lo físico y en lo moral, sería de algun alivio, siquiera para esta parte principalísima del individuo, obtuvo como gracia muy especial el favor de que

sacando á Othmaro de la cárcel donde tanto y tanto habia sufrido, lo llevá-ran en concepto de desterrado á una isla que se llamaba Estegna, donde tuvo mayores padecimientos, no tanto en su cuerpo, pues allí disfrutó de libertad, y los alimentos que le daban podian servirle de algo, sino en la parte del espíritu, pues no le llevaron allí con la consideracion que era debida á sus especiales condiciones y circunstancias, sino que lo condujeron como si hubiese sido un criminal de lesa majestad, que hubiese hecho su atentado con las más atroces y agravantes circunstancias, de modo que venia á ser para aquellas gentes un objeto de escándalo y de desprecio; pues si bien es verdad que jamás se dijo su crímen, porque no habiéndole no podia decirse, este mismo silencio, como que se referia á un sugeto en quien se veian descargar rigores que no estaban en uso, daba derecho á que pensase cada cual como quisiese, pero nunca de una manera favorable al buen nombre á que tan acreedor era el distinguidísimo Abad. Todas estas cosas labraron profundamente en el alma del respetable monje, y como él no habia cedido un punto de los rigores de su instituto, ántes habia aumentado en cuanto habia podido las penitencias y mortificaciones, su aflictiva situacion le hizo enfermar, y la enfermedad le acarreó la muerte; muerte desapercibida á los ojos del mundo, pero muy preciosa á la de Dios, pues fué el medio de que se valió su Majestad para sacar de en medio de la general corrupcion á este elegido varon, de quitar de en medio de los escollos del mundo á aquel que nunca se habia contaminado con el mundo, ántes muy al contrario, se habia declarado enemigo de este mundo mismo para no inficionarse en sus ponzoñosos alicientes. El precioso tránsito de Othmaro fué el dia 16 de Noviembre del año 770; pero este acontecimiento lo ignoraron hasta sus mismos hermanos por espacio de doce años, en cuya época, sabida por revelacion de Dios la suerte feliz de Othmaro, y que todavía no recibia su cadáver el homenaje á que era acreedor, así como su memoria tampoco alcanzaba el honor á que tenia derecho, fueron de noche para no ser sorprendidos por los enemigos de Othmaro, que aun vivian, y vivian en el poder, y tomaron el sagrado cadáver, que hallaron fresco, entero y flexible, en señal de la incorrupcion espiritual de que su alma gozaba; lo colocaron cuidadosamente en la misma barquilla en que ellos fueron, y el Señor hizo desde luego grandes prodigios para acreditar á su siervo en justa compensacion de los sufrimientos, inmerecidos por cierto, con que Dios permitió se acrisolára su vida. Por no parecer molestos, omitiremos la relacion de los raros portentos que el Señor obró en la barquilla donde venia el cuerpo difunto de Othmaro; pero no podremos ménos de consignar, que recibido por los fieles desde luego con los honores que se tributan á los mártires, los repetidos milagros que Dios hizo acreditaron que no era una vana ilusion, sino una

verdadera creencia lo que así obligaba á portarse á aquellas buenas gentes. Es consiguiente que la repeticion de prodigios, tales como el que se oyese hablar á los mudos, que los tullidos caminaran sin dificultad con todos sus remos libres y útiles, los sordos oyeran, y vieran los ciegos, es consiguiente, decimos, que todos estos prodigios llegasen á oidos del vicario de Cristo en la tierra, lo cual dió por resultado el que declarando heróicas sus virtudes y verdaderos sus milagros, con grande consuelo de los fieles, con extraordinaria alegría de los monjes y con verdadera confusion de los enemigos de la Iglesia, se declarase á Othmaro beato, y se asignase á su fiesta y memoria el dia aniversario de su preciosa muerte, así como tambien se consignó, desde que se hubo demostrado la arbitrariedad y poca reflexion del obispo de Constancia, que la casa de S. Galo, cuya abadía rigió el beato Othmaro, y en la cual estaba cuando su persecucion y glorioso martirio no estuviese en lo sucesivo sujeta al Obispo como hasta allí, sino que dependiera únicamente de la Santa Sede, en cuyo tribunal se apelára en los casos que fuere necesario. De esta manera quiso Dios consignar lo aceptables que le habian sido los sufrimientos de su siervo, no permitiendo que los que á él sucediesen fuesen vejados como él lo fué para mayor gloria de Dios, honra de la órden Benedictina y provecho de los fieles y del mismo glorioso beato Othmaro.—G. R.

OTHON (S.), apóstol de la Pomerania. Nació en la Suavia hácia los años 1060, siendo hijo de padres nobles. Desde muy jóven adoptó la resolucion de consagrarse á Dios, y vino por fin á abrazar el estado eclesiástico. El emperador Enrique IV le nombró para que acompañase á la princesa Sofía, hermana suya, casada con Wladislao-Herman, duque ó rey de Polonia. Cuando murió esta princesa regresó Othon á Alemania, y entró en un monasterio para entregarse con mayor libertad á la oracion. En medio de las querellas que por entónces tenian divididos á la Iglesia y al Imperio, permaneció Othon inquebrantable en su adhesion á la Santa Sede, aunque no por eso perdió en nada el afecto que le dispensára Enrique, el cual, como conocedor que era y admirador de sus talentos, virtudes y fidelidad, le nombró canciller suyo, y en 1102 le elevó á la dignidad de obispo de Bamberg. Antes de tomar posesion de esta silla escribió Othon al papa Pascual, que confirmó su eleccion, enviándole al propio tiempo el palio. A ruego de Boleslao se trasladó en 1124 á la Pomerania, á fin de llevar allá la luz del Evangelio, y despues de una ausencia de once meses tornó á su iglesia, que ya reclamaba sus cuidados. Sabedor luego de que los habitantes de *Stettin* y de *Julin* habian recaido en sus antiguos errores, visitóles nuevamente en 1128, y tuvo la dicha de traerlos á la fe. Desde entónces no abandonó más su diócesis, y murió en su ciudad episcopal en Enero de 1139, á

una edad muy avanzada. Dos vidas nos han quedado de S. Othon, escrita la una por Sefrid y la otra por Ebbon, autores contemporáneos: la primera fué publicada por Canisius, y la segunda, con notas, por el P. Gretser, y ambas se incluyeron juntas en la coleccion de los Bolandistas por el P. Solier, quien les antepuso una erudita disertacion, demostrando los errores cronológicos escapados á la pluma de algunos escritores más religiosos, pero ménos veraces. A más de estas vidas de S. Othon, existe una tercera que debemos á Andrés, abad de Bamberg; Colberg, 1681, en 4.°, y otra que escribió D. Meiller; Amberg, 1739, en 4.° — C. de la V.

OTHON, sacerdote y mártir: vistió el hábito de los frailes Menores, y fué uno de los que envió su patriarca S. Francisco á predicar á los moros. Sus compañeros de mision lo fueron Vidal, que se hizo cargo de la direccion de tan santa empresa, y otros cuatro franciscanos, entre ellos dos religiosos láicos ó conversos; pero habiendo caido enfermo Vidal, se vió precisado á detener su viaje, sustituyéndole como jefe de la mision otro de sus compañeros, los cuales todos cambiaron su traje por el de los seculares, y así hicieron su entrada en Sevilla, en cuya capital reinaban á la sazon los moros. Comenzaron luego á predicar con el mayor celo el Evangelio de Jesucristo, y fueron á poco reducidos á prision durante algun tiempo, hasta que por fin se supo en aquel reino la intencion que tenian los religiosos de trasladarse al Africa, y fueron puestos en libertad. Mas no bien dieron con sus cuerpos en Marruecos, se dedicaron á la predicacion del santo Evangelio con igual celo y ardor que en Sevilla, y dicho se está, que habian de ser tratados de la misma suerte que allí alcanzaron, y aun más dura, si tal puede parecer todo género de tormento á los verdaderos defensores de la fe de Jesucristo; porque firmes los santos varones en el constante propósito y objeto verdadero de su viaje, fueron á poco sentenciados á morir de hambre en una prision. Allí estuvieron por espacio de tres semanas sin que se les diera alimento alguno; y viendo que al cabo de este tiempo tenian vida aún, trataron de enviarles á España: ellos, sin embargo, lograron escaparse de manos de sus conductores, y volvieron á predicar en la ciudad. No bien tuvo el Rey noticia segura del suceso, montó en cólera y juró por su vida que los tornaria en mahometanos, ó de lo contrario que los habian de condenar á los más horribles suplicios. Gozosos entónces aquellos generosos atletas por haber encontrado ya la ocasion de dar su vida por amor de Jesucristo, demostraron constantemente igual firmeza para rehusar las ventajosas ofertas que se les hicieron con el fin de seducirles, y fué llegado el momento de acudir á la tortura. Tuvo esta principio desgarrando sus cuerpos á fuerza de azotes, ungiendo despues sus heridas ulceradas con aceite hirviendo y vinagre, y en aquella guisa fueron entregados al populacho para

que les sirvieran de irrision y divertimiento; despues se les encerró de nuevo en un calabozo, donde se encargó á treinta de aquellos soldados brutales que los azotasen nuevamente, y no les consintieron otro lecho que el formado con unos guijarros y cascos de diferentes vasijas. Pero ya habia aquel príncipe agotado su paciencia sin obtener la más pequeña ventaja sobre sus víctimas, y decidió por tanto constituirse á sí propio en verdugo de tanto heroismo y constancia: al efecto los llamó á su presencia, y tomando en sus manos una cimitarra, les cortó la cabeza uno á uno. De este modo perecieron aquellos gloriosos mártires, siendo luego arrastrados sus cuerpos por las calles, divididos en trozos y arrojados por último á las cloacas; pero la piedad y virtud del príncipe de Portugal los hizo recoger durante la noche con el mayor sigilo y cuidado, y fueron trasladados á Coimbra, donde recibieron depósito en la iglesia de Santa Cruz, de Canónigos regulares. Dios honró sus reliquias con muchos milagros, como se ve en la bula de su canonizacion, dada doscientos sesenta años despues de su muerte por el papa Sixto IV, á 7 de Agosto de 1481. La iglesia de Coimbra les tomó por patronos y celebra su conmemoracion. — C. de la V.

OTHON DE FRISINGEN. Este prelado del siglo XII fué hijo de Leopoldo, marqués de Austrich y de Ignes, hija del Emperador Enrique IV, hermano uterino de Conrado III, tio de Federico Barbaroja, hermano de Leopoldo, duque de Baviera; de Enrique, duque de Austria; de Gertrudis, duquesa de Bohemia; de Berta, duquesa de Polonia; de Ita, marquesa de Montferrat, y de Conrado, obispo de Saltzburgo. Fué educado en un colegio fundado por él en Nowembourgo, pero no encontrándose muy satisfecho de los profesores que habia puesto en él, fué á estudiar á Francia, en la célebre universidad de París, y se retiró despues al monasterio de Morimond, en Borgoña, perteneciente á la orden del Cister, en el que tomó el habito, no tardando por su virtud en ser elevado á la dignidad de abad. Nombrado despues obispo de Frissingen el año 1138, pasó á Alemania, y el año 1148 acompañó á Tierra Santa al emperador Conrado. A su vuelta se retiró á Morimond, en donde murió el 21 de Setiembre del año 1158. Tuvo este prelado gran conocimiento de la filosofía de Aristóteles y de la historia, y compuso una crónica en siete libros desde el principio del mundo hasta 1146, á la que siguió un octavo libro, en que trató del *fin del mundo y del Antecristo*. Othon, prior de S. Blas, continuó esta crónica hasta 1190 y Cuspinieno y Cristieno Urstias la imprimieron. Compuso tambien Othon, el obispo, dos libros de la *vida de Federico Barbaroja*, que continuó Badevic, canónigo de Fresingen. Puede consultarse sobre este Obispo la Biblioteca del Cister, de Cárlos Visch; á Enrique, *in fascic. Cister*; á Vossius, en su *Historia latina*; Baronio, Possevin y otros citados por Moreri en su gran *Diccionario*

histórico, entre los que cuenta á Simler, que confunde á este Othon con otro, al que llama *Othocus Fruxumensis*. —C.

OTHON DE S. BLAS, benedictino aleman; es conocido por haber tomado de otros algunas notas sobre Abelardo, á quien él llama *Bajulardus*, sobre Pedro Lombardo, Pedro Comestor y Foulques de Neuilli, y no se ocupa apénas en su corto apéndice más que de algunas cosas de Alemania. Se le ha hecho, sin embargo, autor de una *Historia Sagrada*, adornada con láminas, que llega hasta Timoteo y Tito, discípulos de S. Pablo, y que comienza así: *Considerans historiæ sacræ prolixitatem, necnon difficultatem*; obra que no se halla inédita como se ha creido, sino que la ha publicado Zuinglio el jóven, en Basilea, en 1592, bajo el título de *Summa*, atribuyéndola á Pedro de Poitiers. Ha sido tambien mirado como autor de *las Moralidades*, de Pedro Bercheure. Bernardo Pez añade que habia encontrado esta obra bajo el nombre de *Pedro de Poitiers*, en un manuscrito de la abadía benedictina de Metreu, en la diócesis de Passau. Añadiremos, por último, que las primeras palabras indicadas son poco más ó menos las de una crónica anónima de los reyes de Francia, que termina en 1205. —S. B.

OTHON ú OTHO WALDSASSENXIS, abad de la órden de los Cistercienses de Baviera al fin del siglo XIII, que murió el año 1308. Dice Guillermo Eissengrau, Fongelin, Possevin y sobre todo Carlos de Visch en su *Biblioteca del Cister*, que escribió este religioso los anales de sus predecesores. —C.

OTHONIEL, hijo de Cenes, de la tribu de Judá, hermano ó más bien primohermano y yerno de Caleb, con cuya hija, llamada *Axa*, habia casado. Fué despues de Josué el primer juez de los judíos á quienes libertó de la servidumbre de Chusa Basatheim, rey de Mesopotamia, en el año del mundo 2630 y 1405 ántes de Jesucristo. (Josué, c. XV. Jueces, c. III.) —S. B.

OTILIA (Sta.) vírgen y abadesa. Hija esta Santa de noble alcurnia, de la ciudad de Estrasburgo, en donde nació, desde muy niña empezó á notársela una exquisita piedad, gran fondo de caridad y un amor extraordinario á la vida contemplativa. Luego que estuvo en edad de reflexionar sobre lo que más convenia á la salud del alma, se aumentaron extraordinariamente aquellas afecciones, y mortificándose contínuamente á pesar de lo delicado de su sexo y de su poca edad, rogó á su familia la llevasen á un monasterio. Tenia su padre grandes terrenos muy fructíferos y fecundos en la Alsacia, y viendo la decidida resolucion de su hija, quiso concederla su deseo aun más allá de lo que solicitaba, pues que era buen cristiano, y como tal veia con gusto su vocacion; y al efecto escogió en sus tierras propias un sitio á propósito, y erigió un gran convento é iglesia proporcionados. Luego que la obra fué acabada, este buen padre entregó el convento á su santa hija, la que tuvo la dicha de ser su fundadora y de ver reunidas en él á ciento trein-

ta monjas. Muy contenta de haberse consagrado al Señor toda su vida, y gozosa de ver llegar la hora de perder de vista á este mundo de penas y de maldades, murió en paz en el expresado convento el dia 13 de Diciembre, en que la recuerda la Iglesia, del año de gracia 772, siendo muy sentida por todas sus hermanas, que la rindieron homenaje á su santidad y virtud, teniéndola por la fundadora de aquella comunidad, y recordando con gloria su buena memoria. —C.

OTLON ú Otholon, monje de Fouldes que vivia á fines del siglo X. Compuso la *Vida de S. Fermin*, y de algunos otros de que hace mencion Canisius, Surius, Bronvet y Vossius en su *Historia latina*. —C.

OTON (S.), obispo. Nació este bienaventurado el año 1069 en la Suavia, fué hijo de Othon y de Adelaida, de familia regular. Con vocacion decidida abrazó el estado eclesiástico, y cuando fué hecho sacerdote empezó á distinguirse por su piedad. El emperador Enrique IV le nombró capellan de su hermana Judit, cuando la casó con el duque de Polonia. Muriendo la princesa Judit, Oton dejó la corte de Polonia y se volvió á Alemania en donde vivió algun tiempo con los canónigos de Ratisbona, hasta que la abadesa de Nider Munster, sobrina del Emperador, le dió la direccion de los asuntos de este monasterio. Conociéndole el Emperador con este motivo, se prendó de él y le nombró su canciller y ministro, y en el año 1100 le elevó al obispado de Bamberg en Franconia. Fué consagrado en esta dignidad por el pontífice Pascual II el año 1103, y gobernó su iglesia con mucho celo y acierto. El año 1123 Belestas, duque de Polonia, llamó á Oton para que dirigiese una mision que deseaba mandar á la Pomerania. Fué á aquel país con permiso del papa Calixto II, y logró convertir al duque Vratistas y á multitud de sus vasallos, y despues de haber sido el apóstol de aquel país, en el que dejó establecidas muchas iglesias, volvió á Bamberg. Habiéndosele dicho que las ciudades de Stetin y de Julin habian abandonado la religion cristiana, volvió á aquel país y trabajó extraordinariamente en acabar con los restos que aún quedaban de la idolatría. Llamado á Bamberg por el emperador Lotario, asistió en 1131 al concilio de Mayence, y murió el 30 de Junio de 1139. Baillet, al hacer mencion de Oton en la *Vida de los Santos*, dice que la Iglesia recuerda su memoria el dia 2 de Julio. —C.

OTON I, obispo de Utrech. Era hijo de Oton II, conde de Güeldres, y cuñado de Guillermo, conde de Holanda, preboste de Santen. Fué elevado á la silla episcopal de Utrech en 1212, cuando contaba veinticuatro años de edad, por mediacion de los obispos de Munster y de Osnabruck, apoyados en la recomendacion del conde de Holanda. Pero habiéndose puesto en camino en 1215 para ir á Roma á pedir una dispensa de edad, le sorprendió en Northusen una enfermedad que le llevó al sepulcro. —S. B.

OTON II, obispo de Utrech. Era hijo de Bernardo, conde de Lippa, y fué sucesor de Oton I en la silla episcopal, siendo preboste de esta iglesia. En 1277, dos años despues de su promocion, marchó con los cruzados á Oriente, dejando al cuidado de su hermano Herman las temporalidades de su iglesia. A su regreso tuvo algunas diferencias con el conde de Güeldres, que se apaciguaron por la mediacion de Conon, legado pontificio. La posesion de la Frisia, que habia sido ya juzgada por el Emperador en 1165 y lo fué de nuevo en 1225, le malquistó con el conde de Holanda: apénas habia zanjado estas dificultades tomó parte en la guerra que se habia suscitado entre Egberto, castellano de Groninga, y Rodolfo, castellano de Coevorden. Decidido por el primero, hizo la guerra al segundo, siendo apoyado por los vasallos de su iglesia. Aliados suyos en esta contienda fueron los condes de Güeldres, Holanda y Cleves, y Balduino, señor de Betheu. Habiendo, todos unidos, dado una batalla al enemigo en 1226, quedó Oton prisionero y fué tratado de la manera más cruel por los vencedores. Creyendo estos que su carácter se hallaba anejo á la tonsura, se la arrancaron con la piel para no ser mirados como sacrílegos al darle muerte. Mas solo sobrevivió seis dias á este horroroso suplicio. —S. B.

OTON III, obispo de Utrech, era conde de la Frisia oriental é hijo menor de Guillermo I, conde de Holanda. Fué promovido á la sede episcopal en 1233 y poco despues por decision de los Estados tutor de su conde Guillermo II, de edad entónces de siete años, juntamente con su hermano Guillermo. Nombrado éste rey de romanos en 29 de Setiembre de 1247, continuó el obispo solo en la regencia de Holanda. El rey de romanos pasó á Utrech en 1248 para ver á su tio, y se hizo nombrar ciudadano de aquella poblacion, despues de lo cual marchó contra el conde Gow, vasallo del obispo que se habia rebelado. Habiéndole hecho prisionero, le despojó de sus dignidades y confiscó sus bienes en beneficio de la iglesia de Utrech. Oton murió en 1249. —S. B.

OTRANTO (Fr. Arnaldo de), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, que fué martirizado por unos piratas pasando de Calabria á Sicilia por el estrecho de Mesina, segun referimos en el artículo de su compañero Fr. Arcángel de Mesina. —S. B.

OTRIC ó Ochtric, natural de Sajonia y uno de los hombres más sabios de su época, tanto que el cabildo de la iglesia de Magdeburgo, de que habia sido maestrescuela, quiso elegirle por arzobispo á la muerte de S. Adalberto. Dedicado al estudio de las matemáticas, corrigió más de una vez al célebre Gerberto, á quien encontró en un viaje á Italia por ser preceptor de Oton, hijo del emperador Oton II. En Rávena, donde se reunieron en una ocasion Otric y Gerberto, manifestaron ambos en público su saber por ór-

den del Emperador, en una famosa disputa que sostuvieron en presencia de Oton y de todos los sabios que se hallaban en la corte. Disputa que duró cási todo un dia, y hubiese durado mucho más, si no la hubiese terminado el príncipe. Verificóse este suceso el 7 de Octubre de 981 ú 82, pues poco despues murió Otrich.—S. B.

OTROKOTSI Fovis (Francisco), húngaro de nacion y estudió en Utrech. Fué ministro de la religion que se dice reformada en su patria, pero convencido de lo erróneo de sus doctrinas, y experimentado con los sinsabores que por tan mala causa habia sufrido, abrazó la religion católica y enseñó el derecho en Tirnan. Empleó muchas vigilias en ordenar los archivos de la iglesia de Estrigonia, y falleció en aquella ciudad en el año 1718. Dejó al morir los escritos siguientes: 1.° *Varias obras de polémica*, impresas en Holanda, de las cuales se avergonzó despues el mismo autor, y obedeciendo á la voz de su conciencia las refutó ámpliamente.—2.° *Origines hungaricæ francher*; 1693, dos tomos en 8.°, obra curiosa por las investigaciones que contiene. A esta produccion debe añadirse su *Antiqua religio hungarorum vere christiana et catholica*; Tirnan, 1706, en 8.°, que el mismo autor escribió despues de haber entrado en la buena senda.—3.° *Examen reformationis Luteri;* 1692.—4.° *Roma civitas Dei Sancta.*—5.° *Theologia prophetica seu clavis prophetiarum*; Tirnau, 1705, en 4.°—M.

OTT (Juan Enrique), teólogo de Zurich, nació en 1617, y fué á recibir su educacion en un colegio de aquella ciudad, quedando recomendado al celo de Breitinger, cuyos consejos fueron en extremo útiles para el jóven. En el año de 1636 fué enviado á Lausanne, á fin de continuar allí sus estudios, y poco despues se trasladó con Nottinger á Ginebra y á Groninga, donde hizo los mayores progresos bajo la direccion de Gomar y de Alting. De aquí pasó á Leyda y Amsterdan, aplicándose al estudio de los rabinos y al de las lenguas orientales, y en esto empleó cinco años. Dió luego la vuelta por Francia é Inglaterra, y cuando tornó á su patria le dieron el curato de Dietlikon, el cual sirvió Ott por espacio de veinticinco años. En 1651 fué nombrado profesor de elocuencia, en 1655 obtuvo la cátedra de hebreo, y en 1668 la de historia eclesiástica. Murió este docto varon en el año de 1682. Sus obras son: *Franco-Gallia, oratio de causa Jansenistica.*—Una disertacion latina en que entra á examinar si S. Pedro estuvo en Roma, y cuándo.—Una traduccion del libro de la *Grandeza de la Iglesia Romana.*—*Anales de la historia de los Anabaptistas*, en latin.—Un exámen latino de los *Anales de Baronio*, en tres centurias.—Una defensa latina de este exámen.—Un discurso latino en favor del estudio de la lengua hebrea.—Un tratado latino sobre la Resurreccion.—Una continuacion del exámen de Baronio, en latin, que comprende hasta el siglo XIII.—Un libro sobre la mágia permi-

tida y la prohibida, en latin.—Un tratado latino de los alfabetos y de la manera de escribir de todas las naciones.—Un tratado general de poesía, etc., en latin, y muchas otras.—C. de la V.

OTTOBONI (Pedro). Este cardenal de la Santa, Católica y Apostólica Iglesia Romana nació en Venecia el 7 de Julio de 1667. Fué hijo único de Antonio Ottoboni, noble veneciano y procurador de S. Marcos, general de la Iglesia Romana, que murió el 19 de Febrero de 1720, y de María Moretti, su mujer, que falleció en Noviembre de 1713. Pedro de Ottoboni, tio del que tratamos en este artículo, habiendo sido elegido papa con el nombre de Alejandro VIII el 6 de Octubre de 1689, á la edad de setenta y nueve años y medio, se apresuró á elevar á su sobrino á las primeras dignidades de la Iglesia, aun cuando solo tenia veintidos años y tres meses. Declaróle primero secretario de Estado el 15 del mismo mes de Octubre, en que subió al pontificado, y le concedió la rica abadía de Chiaravalle en el Milanesado, y otra en el Parmesano, y no terminó este mes sin concederle las de S. Lorenzo, S. Juan y S. Pablo en Roma. El dia 7 del siguiente mes de Noviembre le creó cardenal, declarándole el mismo dia vicecanciller de la Iglesia Romana. Señalóle en seguida el título diaconal de S. Lorenzo *in Damaso*, y el 21 de Enero de 1690 le nombró legado de Aviñon. En el mes de Marzo siguiente le dió la dignidad de gran prior de Irlanda y dos abadías, una en los estados eclesiásticos y otra en el reino de Nápoles. En el mes de Abril del mismo año fué declarado Ottoboni protector de la órden de la Merced en lugar de su su tio el Papa, despues de cuya muerte su sucesor Inocencio XII le confirmó en 1691 en la legacion de Aviñon por el tiempo que le faltaba para llenar los tres años de este empleo. El 18 de Marzo de 1692 tomó posesion del cargo de protector de la hermandad de pintores, escultores y arquitectos de Roma. La dignidad de arcipreste de la basílica de Sta. María la Mayor le fué conferida por el papa Clemente XI en Julio de 1702. Recibiendo de Francia un título que le declaraba protector de los negocios de esta corona en Roma, en lugar del cardenal de Médicis que acababa de renunciar el cardenalato, lo comunicó al Papa el 25 de Julio de 1709; pero no empezó á ejercer sus funciones hasta el mes de Enero de 1712. El 1.° de Abril de 1713 le dieron la abadía de Marchiennes-au-Pont, de la órden de S. Benito, diócesis de Arras, y el 22 del propio mes le fué tambien donada la de Moutier-en-Der de la misma Orden, en la diócesis de Chalons-sur-Marne. La abadía de S. Pablo de Verdum, de la órden Premostratense, le fué conferida el 20 de Enero de 1716. Pasando al órden de sacerdotes, en lugar del difunto cardenal Marescotti, el 26 de Junio de 1724, conservando el título diaconal, recibió de manos del papa Benedicto XIII las órdenes sagradas el 11, 12 y 14 de Julio siguientes, celebrando su primera misa

el 16 del mismo mes. Vacante el obispado de Sabina por muerte del cardenal Francisco Aquaviva de Aragon, fué propuesto Ottoboni para él en el consistorio de 29 de Enero de 1725, y se le consagró el 4 de Febrero siguiente por el mismo pontífice, asistido de los cardenales Panlucci, Gualterio, Altieri, Orighi y Olivieri. Fué declarado secretario de la Congregacion del Santo Oficio el 12 de Junio de 1726, y la dignidad de arcipreste de la basílica de S. Juan de Letran le fué conferida el 12 de Julio de 1730 por el nuevo papa Clemente XII, á cuya plaza pasó, y el 24 del mismo mes del obispado de Sabina fué trasladado al de Frascati, siendo elegido pocos dias despues en lugar del mismo Pontífice protector de la iglesia y colegio de S. Lorenzo *in miranda de speziali*. Por la muerte de Francisco Barberin ocupó su lugar en el Sacro Colegio, sucediéndole en los obispados unidos de Porto y de Sta. Rufina, que fueron propuestos para él en el consistorio de 15 de Diciembre de 1734. En fin, Ottoboni llegó al decanato el 17 de Agosto de 1738, por muerte del expresado Francisco Barberin, con los obispados unidos de Ostia y de Veletri, agregados á esta plaza, que se propusieron igualmente para él en el consistorio de 3 de Setiembre siguiente. En esta cualidad recibió el pallium de manos del Papa el 7, é hizo su entrada pública en Ostia el 29 del mismo mes. Murió este Cardenal en Roma el 28 de Febrero de 1740, á la edad de setenta y dos años, siete meses y veintiseis dias. Una fiebre maligna, que le atacó en el cónclave el 25 del mismo mes, fué el anuncio de su muerte. Instituyó en su testamento legataria universal á Doña María Julia de Buoncompagno, viuda de Marco Ottoboni, duque de Fiano, su tio, que murió el 15 de Abril de 1725, dejando al hijo de esta señora una pension de mil quinientos escudos romanos. Tambien legó á la iglesia de S. Luis de los Franceses un cáliz de oro y otras alhajas. La genealogía de la familia Ottoboni se halla en el número de las familias de los Papas, en el tomo II de las *Casas Soberanas*, impreso en 1736.—C.

OTTON (S.), abad. Este distinguido monje benedictino, á quien unos llaman Utoni, y otros Uthon, fué desde su patria, que era Italia, á Alemania en busca de un muy celebrado maestro de ciencias y de virtud, que florecia por entónces en la órden de S. Benito en aquellas regiones. Le encontró en efecto, y como la reunion de estos dos insignes varones habia sido obra de la gracia, simpatizaron de tal modo, que desde entónces ya no pudo estar el uno sin el otro, lo cual fué á ambos de gran provecho, porque adelantaron mucho en ciencias y en virtudes. Viendo su maestro que aprendia bien las importantes lecciones que le daba, y que servia para la cura de las almas, le encomendó el curato de Michels-buchees, y allí hizo muchos progresos en virtud y en conocimiento del mundo, á lo cual le ayudaba el haber dado con unos feligreses ávidos de cuanto les encaminaba á la gloria de

Dios. Las vicisitudes de aquella época y país le hicieron abandonar el lugar con consentimiento de su maestro, y luego que les fué posible, se establecieron en otra pequeña vivienda que se hicieron, pasando por la cual Carlo-Magno se prendó de nuestro buen Otton, y lo llevó á fundar un gran monasterio, del que tambien fué abad, y en el que se le reunieron muchos monjes, que viviendo con toda perfeccion y con el mayor rigor hacian grandes conquistas en aquellos lugares; pues su ejemplo como su doctrina alentaba á todos á buscar y hallar en la práctica de los preceptos y consejos evangélicos la paz que solo en Jesucristo puede encontrarse. Acaudalando así merecimientos, con la práctica de excelentes virtudes, pasó su vida Otton hasta que el 4 de Octubre del año 829 lo llamó el Señor á su gloria para premiarle sus trabajos y recompensarle de sus fatigas. La gran fama de que gozaba, pudo entónces propalarse más y más por aquellos contornos, y pasó á Roma, de donde se mandó averiguar sus virtudes, probadas las cuales se le declaró beato, y su fiesta el 4 de dicho mes. — G. R.

OTTON, arzobispo de Tréveris, pertenecia á la ilustre familia de los condes Tiegenhayn, y era preboste de esta iglesia cuando ocupó á pesar suyo la silla arzobispal en 1418. Dedicóse desde luego á procurar la reconciliacion de la ciudad de Colonia con su prelado, trabajando con tan buen éxito que logró al cabo su intento. No fué tan afortunado en su propósito de reformar las costumbres del clero. Habiendo tomado las armas en 1420 contra los husitas, de órden del papa Martin V, partió para Bohemia al frente de un ejército considerable, y se reunió allí con el duque de Sajonia que mandaba sus tropas, y con el marqués de Brandeburgo que tenia á sus órdenes las de Francia. Estos tres príncipes marcharon á poner sitio á Meyssen, pero un repentino ataque de los enemigos infundió tal pavor á sus tropas, que tomaron vergonzosamente la fuga. En el mismo año reunió nuevas fuerzas para reparar esta desgracia, pero no tardó en sufrir otra mucho más grande. Queriendo Otton en 1422 restablecer la disciplina monástica en la orden de S. Benito, mandó celebrar un capítulo general en S. Maximino, en que se reunieron cincuenta y siete abades de las provincias germánicas. Hiciéronse en él unos estatutos, que dieron despues orígen á la congregacion de Bursfeld. En 1423 celebró un concilio provincial en que se expidieron seis decretos, el primero de los cuales es contra los husitas, y los restantes se refieren á la disciplina. Despues hizo un viaje á Tierra Santa, y á su regreso, con auxilio del cardenal Enrique de Viuton, legado apostólico, hizo nuevas tentativas para la reforma del clero. Murió en 1430, y fué sepultado en la catedral de Tréveris. El epitafio grabado en su sepulcro elogia su modestia, su caridad y su amor á la verdad, á la justicia y á la paz. — S. B.

OTTON ó HATON, arzobispo de Maguncia, nació de una familia oscura

bajo la dominacion de los reyes franceses. Ignórase la época y el lugar preciso de su nacimiento. Era de un talento político y astuto, hombre de no el mejor consejo, y un historiador muy próximo á su siglo no se atreve á decidir si siguió á los mejores en su conducta: Reginon reconocia en él, sin embargo, prudencia y juicio. En un principio entró de monje en Fulda, de donde no llegó á ser abad, aunque los historiadores le califiquen de tal, pero lo fué de Richenon, donde sucedió á Rodulfo en 888. Se sostiene, lo que no parece fundado, que tuvo hasta otras once abadías, ya por favor del rey Arnoul, que tenia hácia él un afecto tan singular, que llamaban á Otton el corazon del Rey, ya por otros motivos que nos son ménos conocidos. De la dignidad de abad fué elevado en 891 á la de arzobispo de Maguncia. Su episcopado, que fué de veintiun años, no es notable más que por los sucesos siguientes, ó por otros que se referirán hablando de sus escritos. En los primeros años obtuvo de Roma, por el favor del papa Formoso, la cabeza y otra parte del cuerpo de S. Jorge, que puso en una iglesia que habia hecho construir bajo su advocacion. Derribó la ciudad de Maguncia y la hizo reedificar más cerca del Rhin de lo que se hallaba ántes. Algunos historiadores hablan con indignacion de su perfidia hácia el conde Adeberto, á quien sacó con astucia de su castillo de Bamberg para entregarle en manos del rey Luis, hijo de su enemigo Arnoul, que le quitó la vida. Otton murió en el curso del año 912, lo que otros trasladan al año siguiente. De este prelado existe una carta muy larga; que escribió al papa Juan IX, tanto en su nombre como en el de los obispos sufragáneos suyos. Trata principalmente de dos puntos; la muerte del emperador Arnoul y el estado en que se hallaban entónces los obispos de Baviera. Al dar noticia de esta muerte al Pontífice, le anuncia Otton que habian elegido por unanimidad en su lugar á su hijo, niño todavía, para conformarse á la antigua costumbre, segun la cual los reyes de los franceses fueron tomados siempre de la misma familia. Tratando despues de los obispos de Baviera que habian sido calumniados cerca de la Santa Sede, diciendo que habian hecho alianza con los húngaros que eran paganos, y que los moravos, lo mismo que los slavos, amenazaban separarse reconociendo otro metropolitano, se propone nuestro Arzobispo justificar á estos prelados, y hace un bello elogio de su conducta. Concluye por exhortar al Papa á consolarlos y reprimir la insolencia de los moravos, que de buena ó mala voluntad se verian obligados á someterse al poder de los franceses. Se pueden poner tambien en el número de los escritos de Otton las actas del concilio de Teuver, cerca de Maguncia, que se celebró en 895, y el que presidió teniendo de consiguiente en el la parte más importante. Estas actas consisten en un largo prefacio y cincuenta y ocho cánones de disciplina, para procurar corregir los vicios que se habian introducido en-

tre el clero y los legos, restablecer el buen órden en todos los estados y prevenir los escándalos que eran de temerse. Contienen, por lo tanto, á la vez pruebas sensibles de la corrupcion de las costumbres y las tentativas de los buenos obispos por mejorarlas. Estas actas fueron impresas en 4.°, en Maguncia, por Schoeffer, en 1523. —S. B.

OTTONELLI (Juan Dom.). Ingresó en la Compañía de Jesús por el año de 1602. Despues de haber enseñado por espacio de muchos años las bellas letras, fué nombrado rector de Recanati y de Fermo. Vió correr la mayor parte de su vida en Florencia, donde se entregó por completo á la salud de las almas, y á la composicion de diferentes escritos que nos legó. Los que tratan del teatro son muy curiosos, porque su autor habia hecho acerca de él un estudio particular. Su patria natal era Fanano, y vino á morir en Florencia, á los ochenta y seis años, en 1670. Veamos algunos de sus escritos. *Memoriale agli spectatori delle theatrali oscenitá;* in Fiorenza, Sarmatelli, 1640, in 4.°, etc. —*Risposta al quesito: che mal sia l' andare a conversazione in casa di una persona poco modesta. Con due indice, uno de' Punti, e Note, l'altro delle materie;* in Fiorenza nella stamp. di Luca Franceschini, e Alessandro Logi, 1645, in 4.°; ibid., id., 1646. —*Della pericolosa conversatione con le Donne ò poco modeste, ò Ritirate, ò Cantatrice, ò Accademiche;* opera del P. Gio. Domenico Ottonelli..... oue si risoluono molti casi di coscienza: si narrano alcune maravigliose historie antiche e moderne, e si risponde à molte obiettione di coloro, che poco stimavo il pericolo di tali conversatione; in Fiorenza, nella stamperia di Luca Franceschini e Alessandro Logi, 1646, en 4.° — *Alcuni buoni amici e casi di coscienza intorno alla pericolosa conversatione, da proporsi à chi conversa poco modestamente; confermati con Sacre Scritture, con Sentenze di Santi Padri, e di altri Scrittori, e con alcuni casi antichi, e molti moderni, non più stampati, e Predicabili*, etc.; Fiorenza, nella stamperia di Luca Franceschini, e Alessandro Logi, 1646, in 4.° — *Della christiana moderatione del theatro ricordo primo, detto la Qualitâ delle Comedie; per dichiarare, quale sià la lecita a' buoni christiani, e quale la illecita; e per distinguere la modesta dalla oscena secondo la dottrina di S. Tommaso, e d' altri theologi per sicurezza della coscienza:* opera del P. Gio, etc.; in Fiorenza, nella stamperia di Luca Franceschini, é Alessandro Logi, 1646, in 4.° Consta de tres partes, y hay una compuesta de cinco tomos en 4.° El primero trata *De qualitate comœdiarum;* el segundo, *De solutione nodorum in comœdiis;* el tercero, *De spectatoribus comœdiarum;* el cuarto, *De monitis pro recitantibus;* el quinto, *Continet supplicationem ad principes supremos ne permittant comœdias obscenas. His adjunxit interrogatorium et responsa circa comœdias comœdorum hujus temporis.* Florentiæ, div. typ. et annis 1646 usque ad 1661, in 4.° — *La santa*

conversatione di Giesù, Maria, e Giuseppe, da honorarsi da' fedeli per impetrar à tutti il perdono di' peccati, la virtuosa vita, la buona morte, e la presta liberatione del purgatorio. Inventata, come devotione, nel regno di Napoli, insegnata nel regno di Sicilia, predicata in molte Città d'Italia da un servo di Dio, e da cui fiu anche in Fiorenza prima publicata con licenza di Mons. Illustr. Arcivescovo Niccolini l'anno 1640, etc.; in Fiorenza, nella stamperia di Gio. Antonio Bonardi, 1652, in 4.° (con estampas); ibidem, 1658, in 4.° — *Floriferium de multiplici conversationum genere, seu flores ex Sacræ Scripturæ, Sanctorum Patrum, aliorumque Scriptorum amœnissimis Viridariis collecti, atque ordine alphabetico digesti ab Odomenigico Lelonottio Fananensi, pro iconologia trium simul conversantium, Iesu, Mariæ, Ioseph*, etc. etc. Florentiæ, ex typ. Ioan. Antoni de Bonardis, 1652, in 4.° — *Trattato della pittura, e scultura, uso ed abuso loro*, composto da un teologo (cioè dal P. Ottonelli) e da un Pittore (cioè da Pietro Berettini da Cortona). In Fiorenza, nella stamperia di Gio. Antonio Bonardi, 1651 in 4.° *Dell' angustie del peccatore, trauagliato dalla vicina morte, e dal pericolo d' eterna dannazionne, per l' abuso della christiana fede*, etc. Fiorenza, nella stamperia di Gio. Antonio Bonardi, 1655, in 4.° — *Della christiana speranza abusata dal peccatore in vita, e pero Angustiato dalla vicina morte, e dal pericolo dell' eterna dannatione*, etc. In Fiorenza, nella stamperia di Gio. Antonio Bonardi, 1656, in 4.° — *Della christiana charità abusata dal peccatore in vita.....* Fiorenza, nella stamperia di Gio. Antonio Bonardi, 1656, in 4.° — *Della penitenza abusata dal peccatore.....* Firenze, nella stamperia di Francesco Honofri, 1660, in 4.° — *Della misericordia divina considerata come consiglio buono mà abusato dal peccatore.....* Firenze, per Francesco Honofri, 1661, in 4.° — *Tesori di Gesu abusati Angustiano in morte.* Fiorenza, 1661 (ó 62), in 4.° — *Della divozione della Madonna abusata dal peccatore in vita*, etc. (Tiraboschi cita á continuacion de estos siete tratados, otro que titula: *Delle Angustie del peccatore vicino a morte*, in 4.°; Sotwel, sin embargo, le omite, y hay sospechas de que no existe). — *Parenesi prima à giucatori di Carte ò di Dadi*, e contiene conclusioni morali, e casi seguiti circa il Giuoco, a fine di muouere ogni christiano à lasciarlo, ò seruirsene moderamente senza peccati. In Fiorenza, nella stamperia de' Landi, 1659, in 4.° — *Il magisterio spirituale distinto in tre parti.* Che sono le preparationi, le meditationi, e i fruti, por fare gli esercitis spirituali, composti da S. Ignatio de Loiola..... Fiorenza, nella stamperia di Francisco Honofri, 1669, in 4.° — *Didascalica, seu doctrina comica Hieronimi Bartolomæi.* Florencia, ex typogr. nova, 1658, in 4.° — El P. Sotwel atribuye á Ottonelli la preciosa obra de Gerónimo Bartolommei, caballero florentino; pero tal vez quiso indicar que Ottonelli contribuyó á su composicion. La Didascálica

se publicó en Florencia por el año 1658, en 4.°, y se hizo una segunda edicion en 1661, corregida y aumentada. Esta especie de poética, que el autor dedica á su hijo, tiene por objeto principal el llevar el arte teatral á los tiempos de su institucion; ó lo que es lo mismo, á inspirar en él horror y aversion al vicio, y á estimular noblemente la virtud. En esta obra da tambien argumentos y planes para diferentes piezas nuevas, con las cuales intenta demostrar, y lo consigue, que pueden hacerse buenas comedias sin necesidad de apelar á ningunas intrigas amorosas. — C. de la V.

OTTONI (D. Luciano Degli), benedictino de la Congregacion del Monte Casino. Nació en Goiton, cerca de Mántua, y se consagró á la vida monástica en la abadía de S. Benito de Padolironi en 1507. Fué muy versado en la lengua griega, y gozó fama de hábil teólogo. Elegido abad de Pomposa, los superiores de su Orden le enviaron al concilio de Trento. De regreso de esta famosa asamblea, Ottoni falleció en dicho monasterio de Padolironi el año de 1528. Tradujo del griego al latin el *Comentario de S. Juan Crisóstomo* sobre la epístola á los Romanos, aumentándolo con una *Apología*, en la cual algunos le acusan de haber debilitado la fuerza de la gracia divina para dar mayor aumento al libre albedrío. Aunque este libro fué colocado en el *Indice*, los autores eclesiásticos han continuado considerando á este religioso como uno de los primeros sabios de su Orden. Corlese y el obispo de Foligno, Isidoro Clarius, le titulan su maestro y no le escasean sus elogios. — M.

OUBLÉ (Guillermo de), en latin *Guillelmus de Oblato*, de una familia noble de Borgoña, «que se llama en la actualidad Du Blé, segun el jesuita »Claudio Perry, por una suave modificacion del idioma francés, que no pue»de sufrir ya palabras bárbaras.» Promovido en 1293 al obispado de Chalons-sur-Saone, celebró un sínodo en 1281, é hizo recoger los estatutos que fueron adoptados entónces sobre la disciplina eclesiástica. Un manuscrito de estos estatutos, conservado por largo tiempo en el parlamento de Dijon, ha pasado despues á la *Biblioteca imperial* de Francia. «Los he leido con pla»cer, dice Claudio Perry, y no dudo, añade en su peculiar lenguaje, que »las personas honradas que los hayan leido desearian con ardor que se pu»siesen en práctica: muchas cosas estarian mejor de lo que están.» Se ve tambien á Guillermo de Oublé asistir en 1286 al concilio provincial reunido en Macon por el arzobispo de Lion Raoul de la Torette, y tomar parte en la redaccion de las actas de este concilio, impresas á últimos del siglo XV, comprendidas en la *Historia eclesiástica de la diócesis de Lion* y en el *Tesoro* de Martenne, quien reproduciéndolas por un manuscrito del oratorio de Troyes, no sabia ciertamente que se hubiesen ya impreso en otras dos ocasiones. Este Obispo, que no pertenece bajo otro aspecto á la historia literaria y cuya vida fué bastantemente agitada por sus querellas con la aba-

día de S. Pedro de Chalons, con las religiosas de Remiremont y con Roberto II duque de Borgoña, murió en Setiembre de 1294. «Habia hecho edifi»car, dice Claudio Perry, un cementerio en la Motte, y le habia bendecido »él mismo...., Todavía se ve en él su sepulcro de piedra, y los de algunos »otros obispos, pero en tan mal estado, que no se puede mirarlos sin dis»gusto.» Guillermo, que habia sido muy útil al obispado de Chalons, y que habia establecido en su diócesis el oficio doble de S. Juan Bautista, se halla como los demás obispos representado por una estatua de piedra sobre su sepultura. — S. B.

OUCIN (Gad de). Este religioso polonés entró en la órden de Sto. Domingo, y fué á Francia á hacer sus estudios en el colegio de Santiago de París. Aprendió tan perfectamente la lengua francesa, que se hizo capaz de traducir el tratado de Boecio sobre la *Consolacion*, á ruegos de una señora, única cosa por la que es conocido, y en esta traduccion se dice su patria y su profesion, que hizo en 1336. Echard, en sus *Escritores de la órden de Predicadores*, hace mencion de este religioso. — C.

OUDEAN (Francisca). Fué religiosa de la órden de Sto. Domingo en el monasterio de Poissi, muy célebre por su piedad. Tradujo del latin al francés los sermones de S. Bernardo sobre el *Cántico de los Cánticos*, y murió el año 1644. El P. Hilarion de Coste, religioso de la órden de Mínimos, hizo mencion de esta religiosa en sus *Elogios de las damas ilustres*, y el P. Echard en su *Biblioteca de los escritores de su Orden*. — C.

OUDEAN (José), célebre predicador y uno de los primeros que se dedicaron á eliminar de la elocuencia cristiana el mal gusto y la exagerada imitacion de los autores profanos que la desvirtuaban. Nació en Grai en 1607, y habiendo estudiado en los colegios de Jesuitas, el afecto que profesaba á sus maestros le movió á entrar en esta Compañía en 1626; pero no quiso unirse á ellos con votos indisolubles. Enseñó siete años con mucho aplauso humanidades y retórica, y despues lució su fino criterio y su uncion y talento en los principales púlpitos. París y Lion fueron el ordinario teatro de sus predicaciones, que eran siempre favorecidas de un numeroso y escogido auditorio. En su ancianidad se retiró á Besanzon, donde falleció de la manera más edificante el 25 de Octubre de 1668. Oudean escribió las obras siguientes: 1.ª *Panegíricos de los fundadores de las órdenes religiosas, con un prefacio, en el cual se trata del artificio de este género de discursos*; París, 1664, en 8.°—2.ª *El ilustre criminal ó invenciones maravillosas de la cólera del Señor para castigar al pecador, demostradas por el rey Baltasar*; Lion, 1665, en 8.° Esta obra es una coleccion de sermones para el adviento, que costó al autor diez años de trabajo, segun él mismo nos dice. —3.ª *Panegíricos para todas las fiestas de la Virgen Santísima*; idem, 1665, en 8.° — 4.ª *El Pre-*

dicador evangélico ó discursos para todos los dias de la cuaresma; idem, 1667, en 8.° — 5.ª *El banquete de Elías, ó maravillas de la mesa de Jesús;* idem, 1668, en 8.° — 6.ª *Sermones escritos para la octava de la fiesta del Santísimo Sacramento.* — M.

OUDENBOSCH (Adrien den). *Adrianus de veteri burcho*, conocido con este nombre, segun se cree, por ser el lugar de su nacimiento, llamado *Oudenbosch*, en Brabante, cerca de Breda, floreció en el siglo XV, y fué religioso del monasterio de S. Lorenzo de Lieja. Escribió una *Crónica* de esta ciudad desde el año 1449, en que la habia dejado *Juan de Stabulaus*, religioso del propio monasterio, hasta el año 1483. — *Brevis historia Ecclesiæ collegiatæ Sancti Petri aucuriensis.* Continuó tambien la historia de su monasterio de S. Lorenzo, á la cual dió el título de *Historia insignis monasterii Sancti Laurentii Leodiensis*, y habia sido comenzada por el célebre Ruperto, monje del mismo convento, y abad luego de Deutsch, junto á Colonia; pero éste murió en 1135, y tomó á su cargo la continuacion *Reinier*, religioso tambien de aquella casa, el cual floreció en Lieja hácia fines del siglo XII, acompañado de Lamberto, y quizás de algun otro monje compañero suyo. Estos escritos de *Adriano den Oudenbosch* fueron impresos por los PP. Martenne y Durand, en el tomo IV de su *Amplissima collectio veterum scriptorum et monumentorum*, como se puede ver en la advertencia de estos editores que va puesta al frente de la *Crónica de Lieja*, de Adriano, y tambien en la *Biblioteca Bélgica de Valerio Andrés*, edicion de 1739, en 4.°, en su tomo I, pág. 22. — C. de la V.

OUDENOT (Plácido), benedictino, de la congregacion de S. Vannes. Nació en Raon l'Etape, en la Lorena, y profesó en Moyenmoutier el dia 12 de Mayo de 1705, predicando luego con gran reputacion y fama en diferentes ciudades de la provincia. Nos dejó una *Oracion fúnebre* de D. Mateo Petit-Didier, abad regular de *Senones* y obispo de Macra, en Africa, *in partibus infidelium*, cuya oracion fué impresa en 1728, en Saint-Didier, en 4.°— Otra del duque Leopoldo I, en 4.°, publicada en Nanci, 1729, por Cusson; otra de M. de Gondrecourt, presidente primero del tribunal de Nanci, que se imprimió en casa de *Antonio*, 1735, en 4.°; y el nuevo *Breviario de las monjas benedictinas de Sta. Glosinda de Metz*, en 4.°, publicado en Bar-le-Duc en 1740. Tambien compuso los cinco ó seis primeros meses de una edicion de las vidas de los Santos; las estaciones de adviento y de cuaresma; una octava de difuntos; una octava del Santísimo Sacramento, y multitud de panegíricos y otras piezas de elocuencia. — C. de la V.

OUDET (D. Juan), benedictino de la congregacion de S. Vannes, sabio teólogo y profundo metafísico. Nació en Ibog-Carig-Nan, en el antiguo ducado de Luxemburgo. Deseoso de abrazar la vida monástica, pronunció sus

votos en la abadía de S. Vannes de Verdun, de la religion de S. Benito, donde enseñó mucho tiempo las ciencias teológicas, conquistándose la reputacion de uno de los profesores más ilustres de aquella famosa Congregacion. Su especialidad era principalmente la metafísica, y así no es extraño que fuese sumamente inclinado á la controversia. Cuando el P. Malebranche dió á luz su sistema, el P. Oudet devoró las páginas de su libro, y salió inmediatamente para París con el exclusivo objeto de apersonarse con aquel filósofo y disputar con él extensamente sobre su sistema. Malebranche le recibió con la distincion que merecia un campeon tan distinguido, y se entabló entre los dos metafísicos un debate muy animado sobre varios puntos de la obra del P. Malebranche. Despues de una argumentacion prolongada y rigurosa, separáronse amistosamente los dos contendientes, quedando cada uno con su propia opinion. Este rasgo del P. Oudet no es el único que le caracteriza en su vida, pues los biógrafos citan algunos otros que vienen en apoyo de su pasion irresistible por el debate. Este sabio benedictino compuso varias obras que no han visto la luz pública. En las cátedras de teología de su Congregacion servia de texto un tratado *De Jure et Justicia*, propio de Oudet, y que segun se afirma era excelente. El autor de la *Biblioteca general de los antiguos escritores de la órden de S. Benito* hace mencion de un *Tratado de la Gracia* del P. Oudet, como de una obra que nada deja que desear. Este religioso falleció en una casa de la Congregacion, cerca de Rethel-Mazarini, el 18 de Diciembre de 1736. —M.

OUDIN (Francisco), jesuita, nació en Viñori, aldea de Champaña, en 1.° de Noviembre de 1673, y se hizo célebre por la fecundidad de sus trabajos literarios. Estudió en Langres bajo la direccion de un tio suyo, canónigo á la sazon en aquella ciudad, sin malograr las esperanzas que sus primeros triunfos habian hecho concebir, y terminada que fué su instruccion ingresó en los Jesuitas, los cuales le enviaron á diferentes casas de su instituto á fin de enseñar las humanidades y la teología. Legatario de su tio, pero á condicion de fijar su residencia en París ó en Dijon, el jóven Oudin prefirió esta última que en cierto modo reflejaba los destellos de la capital, y reunia además en su centro un número bastante considerable de literatos famosos. Todos ellos fueron amigos suyos, y se apresuraron á utilizar la comunicacion de sus conocimientos; pero donde brilló más principalmente fué en las conferencias académicas celebradas en casa del presidente Bouhier. Durante quince años que anduvo divertido por igual entre sus goces literarios y las tareas de la enseñanza, se encargó de revelar á la juventud las bellezas de la poesía latina; y por espacio de otros quince rigió un curso de teología positiva. La amenidad de su carácter, no ménos que su mérito personal, le granjearon multitud de amigos, cuyo número fué aumentando de

entre los filas de sus discípulos. Por lo comun le inspiraron estos un afecto y simpatía tales, que muchas veces sacrificó Oudin una porcion considerable de sus diferentes emolumentos para reparar los golpes de fortuna acaecidos á varios de ellos. Llegó á dominar con familiaridad la lengua latina, hasta el punto de serle muy fácil la composicion métrica en cualquiera de sus diferentes géneros. El poeta Santeuil, hombre naturalmente poco asequible y tan infatuado con su estro poético, llegó á someterse á la censura del P. Oudin, y le escuchaba con docilidad los fallos que dictaba sobre sus producciones. Oudin, como La Monnoye, se aplicaron algo tarde al estudio del griego; pero gracias á su voluntad inquebrantable hizo grandes progresos en esta lengua, y muy pronto se halló en disposicion de intentar como por ensayo el ejercicio de la versificacion. Luego quiso tambien poseer el inglés, el italiano, el portugués y el español, y en medio de tan diversas ocupaciones jamás descuidó la meditacion de los libros santos, ni la lectura de los tres doctores de la Iglesia que le eran más predilectos, como S. Agustin, S. Juan Crisóstomo y Santo Tomás. Un mérito tan relevante y bien cimentado era forzoso que atrajese las miradas de todos sobre el modesto religioso, y más de una vez se intentó, aunque en vano, arrancarle de la casa de Dijon; pero él se limitó á contestar las reiteradas instancias que se le hacian con dos viajes que emprendió á París y otro á Lyon. Su corta permanencia en ambas ciudades le otorgó nuevos derechos al aprecio de los hombres de saber, y sus superiores le estrecharon para que aceptase algun puesto eminente de los de su Orden; pero Oudin persistió en su negativa y tornó á la calma de su vida de estudio. A pesar de la debilidad de su temperamento, que atribuia él á su precoz nacimiento, siempre mantuvo la salud del cuerpo á una altura, merced á unas costumbres estrechamente ordenadas; pero llególe, por último, su término y sucumbió en 28 de Abril de 1752 de resultas de una hidropesía de pecho. En sus últimos momentos reveló sentimientos de acendrada piedad. Lanzado al mundo en un siglo en que ciertos ingenios osados contaban con adeptos ocultos aun en el mismo seno de las comunidades religiosas, y se empleaban en romper el yugo de toda clase de creencias, ni un punto siquiera vió Oudin zozobrar la suya. Habia adoptado con la confianza de un pecho sencillo las doctrinas reveladas, y respecto de cuestiones tan espinosas, jamás toleró las discusiones en que se complacian generalmente los espíritus frívolos. Acertó á visitarle un dia un jóven incrédulo, cuya conversion habia emprendido el P. Tournemine, y dicho se está que su primer tema habia de ser una argumentacion basada en los dogmas religiosos; mas como le pareciese que el prudente jesuita prestaba escaso oido á sus objeciones, presentadas con más aire de profunda conviccion que de solidez, el libre pensador hizo una pirueta, y como que-

riendo picar á su antagonista, le dijo: «Padre, celebro haber tenido ocasion de deciros que soy ateo.» Al oir tales palabras se dibujó en el rostro grave de Oudin cierto aire desdeñoso, y pareció mirar con alguna sorpresa á su interlocutor. Este le preguntó cuál pudiera ser la causa de aquella mirada escrutadora, que sentia ya fatigarle, y el severo padre le contestó: «Estoy mirando la bestia á que se da el nombre de ateo, y á la cual nunca habia visto.» Oudin tenia hechos muchos trabajos sobre la Sagrada Escritura; pero le faltó tiempo para retocar sus manuscritos: solo pudo hacer que gustase el público la parte que más cuidó: *Epistola beati Pauli ad Romanos explicata;* París, 1743, en 12.º Es un comentario gramatical que satisface en gran manera á las dificultades del texto. Las demás producciones de Oudin se refieren á la poesía, á la crítica, á la literatura de los celtas, y por último al gran trabajo bibliográfico que consumió una parte considerable de su vida. En cuanto á sus poesías latinas se componen de pequeños trozos escritos con pureza y elegancia. Distínguense en particular su poema sobre los *Sueños*, el del *Fuego* y el elogio fúnebre de La Monnoye. El autor lo reprodujo con otras piezas de su eleccion, en los *Poemata didascalica*, cuyo editor fué en realidad él mismo, aunque bajo el nombre de d'Olivet, por no herir la susceptibilidad de algunos de sus compañeros, que no juzgó dignos de un lugar en su coleccion. Tambien quiso seguir las huellas de Santeuil, y publicó desde 1705, *Sancto Francisco Xaverio hymni novem et officium*; Dijon, en 12.º: estos himnos fueron traducidos en verso francés por Monsieur Baudot, *maire* de Dijon. Quince años despues dió algunos himnos para uso de la iglesia de Autun; Dijon, 1720, en 12.º Este cambio en la liturgia dió lugar á muchas reclamaciones; lo cual estorbó al P. Oudin el dedicarse á la reforma de muchos otros breviarios. Algunas composiciones de muy distinto género formaron tambien parte de su repertorio, como fueron algunos dramas, que representaron sus discípulos del colegio de Dijon, de los cuales existen copias manuscritas en la Biblioteca Imperial. Son tragedias que si no por la ejecucion al ménos por el asunto se asemejan al *Polyeucte*, y comedias no escasas de mérito, cual la intitulada *Aleator* ó *el jugador*: es en extremo curioso el ver cómo un cenobita, un hombre de colegio ha podido sacar tan gran partido de un asunto tratado con brillante éxito en los teatros de París y de Lóndres. Tambien pudiera compararse la traduccion que hizo de la *Iliada* para formar el gusto de sus discípulos, con las versiones que del padre de la epopeya dieron los abates de Cunigh, de Ragusa y Alegre de la Vera Cruz; pero su manuscrito sufrió extravío, excepto algunos pocos versos, que á juzgar por la sencillez de la frase, reflejan cuando ménos uno de los colores del original. El P. Oudin, como todos los latinos modernos, nunca osó ejercitar su imaginacion en la lengua pa-

tria. Tal vez nos será permitido el creer que no lo hubiera alcanzado, si tenemos en cuenta el juicio en extremo favorable que hizo de la *Pucelle*, de Chapelain. El plan y los detalles le parecieron dignos seguramente de elogio; mas para rehabilitar este poema, segun dijo finalmente, habria sido preciso trasladarle en hermosos versos latinos. Sin embargo, el carácter crítico de Oudin tendia á la severidad: su comentario de Virgilio, si nos le hubiera conservado, sería una prueba de cuán difícil era su gusto. Recordaremos ahora, entre sus demás observaciones críticas sobre los clásicos latinos, su disertacion sobre el *Culex*, inserta en el tomo VII de las *Memorias del P. Dennolets*; las notas puestas en el *Ciceron* de d'Olivet, y dadas como obra de un anónimo; *P. Syri et aliorum veterum sententiæ, adjunctis brevibus notis*; Dijon, 1754, en 8.°, y por último algunas discusiones interesantes sobre algunos pasajes de Horacio, publicadas en 1808 por el Dr. Prunelle, con notas análogas de Breintinger y del presidente Bouhier. Cultivó asímismo la numismática con feliz éxito, y tenaz en hacer derivar de las antigüedades griegas y latinas las francesas. Allí en el vasto horizonte de las conjeturas, su imaginacion se espaciaba deliciosamente. En su *Essai sur les Ambrois* (4.° volúmen de los *Trozos de historia y de literatura* de Granet) va siguiendo las huellas de un pueblo que figura por un momento con brillantez entre los celtas, y que poco despues se borra por entero. Su disertacion sobre la fórmula sepulcral *sub asciâ*, que va comprendida en la coleccion de escritos varios hecha por Lebeuf (2.° volúmen) no alcanzó en verdad mucha fortuna entre los eruditos; pero logró demostrar ingenio más feliz en sus *Etimologías célticas*, reproducidas luego en las ediciones modernas del *Diccionario de Ménage* y en las obras póstumas de Gédoyn. Tenia asímismo reunidas en grupo multitud de investigaciones en un *Hosario céltico*; mas llegaron á inutilizarse por los trabajos de Bullet y de otros sabios. Todas sus producciones puede decirse que no eran más que la distraccion de una tarea importante encomendada á Oudin por sus superiores, y que absorbió la mayor parte de sus ócios. Tratábase de alzar un monumento á la memoria de la Orden, llevando á su término una biblioteca latina de escritores de la Compañía de Jesús, y al efecto habian contribuido reuniendo algunos materiales, Rivadeneira, Labbé, Alegambe y Sotwell; sus sucesores encontraron ya mucho de útil en aquellos trabajos, y en su vista Bonanni, Tournemine, Kervillars y Hongnant acometieron la empresa, la cual sin embargo se paralizó en sus manos. Oudin vino á sucederles en este encargo, que le fué cometido en 1733, y la prosiguió con la actividad de que era capaz solo un hombre: mil novecientos veintiocho artículos destiló su pluma, y de esta suerte quedaron terminadas las cuatro primeras letras de este vasto repertorio, como tambien las noticias más importantes que habian

de seguirlas, y eran en número próximamente de setecientas. Este trabajo fué enviado á Roma, donde mereció la aprobacion general, y únicamente echaron de ver algunas inexactitudes y omisiones imposibles de evitar en el rincon de una provincia y léjos sobre todo de los ricos depósitos que atesora la capital del orbe católico. El autor dió comienzo á su trabajo guardando extremada circunspeccion; si fué parco en alabanzas, lo fué más todavía en vituperar. Revolviéndose con gran dificultad en el círculo que se le habia marcado, determinó dar luego en francés noticias más extensas y detalladas sobre los jesuitas más célebres. Puede concebirse una idea del modo con que procedió en su redaccion, viendo las que suministró á la coleccion de Niceron; respecto de Petau, Inchofer, Vieyra, Fronton-du-Duc, Scotti, de Billy y Juan Garnier, lo mismo que por los artículos *Daniel* y *Hardouin* con que enriqueció los *Eloges de quelques savants français de Joly*. Muchas noticias sacadas de sus manuscritos latinos fueron tambien insertas por Goujet en el *Suplemento de Moreri*, año 1749. Debemos igualmente á Oudin la *Vida de Bouhier*, la cual precede á las disertaciones de este sabio sobre Herodoto. Michault, que fué uno de los amigos y admiradores de tan ilustrado jesuita, y que á más heredó varios de sus manuscritos, se constituyó por ende en su biógrafo. Una *Memoria histórica sobre la barba*, con que se proponia enriquecer Oudin otra edicion moderna del *Tratado de las pelucas*, por Thiers, fué inserta en el *Mercurio* de Marzo y Abril del año 1705. Sus obras, pues, tanto impresas como manuscritas, y ya en prosa ya en verso, son las siguientes: Un poema que intituló *Somnia*, y compuso á los veintidos años de edad, impreso en Dijon, 1697, en 8.°: hay otra edicion de Langrés, hecha en el año siguiente en 12.°, con una elegía que lleva por título: *Amor dux pacis, in pacificas nuptias Ludovici Ducis Burgundiæ et Mariæ Adelaïdis Sabandiæ*. Unos versos latinos á la muerte del referido y célebre Santeuil, en el *Funus santolianum*; Dijon, 1698, en 4.°, pág. 56.—*Francisco à Lotharingiâ ode, pro felici reditu*; Pont-à-Mousson, 1701, en 4.°—*Natalitia, elogia*, elegía que dirigió al mismo príncipe, la cual se dió á luz con el nombre de Nicolás Antonio Breton en el año de 1701 y en el mismo punto.—*Strenæ, elogia*, al príncipe referido, tambien impresa en el lugar mencionado, bajo el nombre de Esteban Fossey, y año de 1702, en 4.°—*Serenissimo Lotharingiæ Principi recens nato plausus collegii Mussipontani, idyllium*; ibid., 1702, en 4.°—*Genethliacon*, etc., sobre el nacimiento de aquel príncipe; ibid., 1703, en 4.°—*Synopsis theologica thesibus digesta, pro actu publico, in colleg., et universit. Mussi-Pont. Societatis Jesu, die IX novemb.*, 1703; ibid, 1703, in 4.°—*Sancto Francisco Xaverio hymni novem, et officium*; en Dijon, 1705, en 12.°—*Bibliotheca Petri Ferreti Senatoris, etc., ejus testamento publicata in collegio Divio. Godranio, Societ. Jesu, carmen*; Dijon, 1707, in 4.°—*Con-*

jectures sur quelques endroits de Salvien et de Saint Cesaire, etc. — *Ludovici Ducis Borbonii, Principis Condæi, Gubernatoris Burgundiæ, laudatio funebris, dicta pridie nonas julias, anno 1710, in colleg. Divio. Godranio, Societ. Jesu;* Dijon, 1710, en 12.° — *Precatio ad Deum pro Regis (Ludovici XIV) incolumitate, silva;* ibid., 1712, en 4.° — *Cantate;* ibid., 1713, en 4.° — Un extracto de cartas en forma de disertacion *sobre la antigüedad de la ciudad de Autun y sobre el orígen de la de Dijon,* Memorias de Trevoux; 1711, Abril, art. 53, donde se encontrará el elogio de Mr. Baudot, autor de estas cartas. — *De pace, oratio habita in colleg. Divio. Godran. Societ. Jesu, die 13 maii, 1714, cùm pax promulgaretur;* ibid, 1714, en 12.°, con una epístola dedicatoria á Mr. Luis Hector, duque de Villars. — *Memoria concerniente á los tratados teológicos del cardenal Agustin Oregius,* donde se examina si el Padre Petan ha sacado de ellos sus dogmas. — *Silva disthicorum moralium*, etc.; Dijon, 1719 y 1720, en 8.° — *Hymni novi ad publicum Œduensis ecclesiæ usum comparati;* ibid., 1720, en 12.° — *Memoria instructiva sobre el Breve de nuestro santo P. Benedicto XIII,* que comienza por estas palabras: *De missas preces;* ibid., 1725, en 4.° — *Memoria sobre algunas proposiciones dictadas por un profesor de filosofía (el P. Le Moyne, jesuita) en el colegio de la misma compañía en Auxerre, para servir de contestacion á la ordenanza é instruccion pastoral del obispo de Auxerre* (Caylus) *en fecha 18 de Setiembre de 1725;* París, 1726, en 4.° — *Bernardi Monetæ, eximii poetæ et critici, epicedium;* Dijon, 1729, en fólio y en 4.° — *Hymni tres sanctis Martyribus Speusippo et sociis*, en el Breviario de Langres, y tambien separado. — *Publii Syri et aliorum veterum sententiæ adjunctis brevibus notis;* Dijon, 1734, en 8.° — *Memorias sobre la vida y obras de los PP. Antonio Vieyra, Melchor Inchofer, Dionisio Petau*, etc., en las Memorias del P. Niceron, tomos XXIV, XXV, XXVII, XXVIII, XXIX, etc. — *De vita et scriptis Petri Danielis Huetii, commentarius, è gallico Josephii Oliveti*, cuya obra precede al libro de Mr. Huet, *de imbecillitate mentis humanæ;* en Amsterdan, 1738, en 12.° — *Præmia studiosæ litterarum juventuti in colleg. Divio. Godran. à Joanne Barbiscio constituta, carmen;* Dijon, 1739, en 4.° — *De theologiâ græcanicâ commentarius, ex gallico Jos. Oliveti*, en la edicion de Ciceron de M. el abate d'Olivet, tomo III. — *Epistola B. Pauli Apostoli ad Romanos explicata;* París, 1745, en 12.° — *Commentarius de vitâ et scriptis Joannis Buherii, Præsidi infulati*, etc.; 1746, en 4.° — Y por último, algunas cartas. El P. Oudin habia emprendido unos *Comentarios sobre toda la Sagrada Escritura;* mas no los pudo terminar, porque en 1731 le fué encomendado el trabajar en la redaccion de la *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesús*, que empezó el P. Rivadeneira y continuaron luego los PP. Alegambe, Sotwel, Bonanni, Labbé, Tournemine, etc. como va dicho. — C. de la V.

OUDOCEUS, tercer obispo de Landaff en el país de Gales, en Inglaterra, que floreció en el siglo VI, hácia el año 560. En este año reunió un sínodo compuesto de su clerecía y de los abades de su diócesis, en el que excomulgó solemnemente á Mauricio, rey de Glamongan, por haber asesinado á Cynitus. Dos años permaneció el rey excomulgado; pero acosado por los remordimientos vino á buscar á Oudoceus, y vertiendo lágrimas con la mayor humildad, le suplicó le volviese á admitir en el gremio de la Iglesia. Púsole el Obispo en penitencia, haciéndole entender que estaba obligado á esto para aplacar á Dios y á la Iglesia, á los que habia ofendido con su enorme delito. Sometióse el Rey voluntariamente y fuéle levantado el entredicho. Spelman en sus *Concilios* hace mencion de este prelado.—C.

OUDSHOOR ó DE HOUSTHORN (Jacobo de), obispo de Utrech, era decano de esta iglesia cuando fué elegido en 1522 á pluralidad de votos, no obstante la proteccion que dispensaba el conde de Holanda á Jacobo, obispo de Zuden, pero murió en el mismo año, cuando apénas acababa de tomar posesion de su silla, no sin violentas sospechas de haber sido envenenado.—S. B.

OUEN ú OWEN (S.). Llámase en latin á este bienaventurado, *Audoënus* ó *Dado*. Fué hijo de un hombre de calidad llamado *Audoaire* ó *Authaire*, refrendario del rey Dagoberto I. Nombrado arzobispo de Ruan el año 640, gobernó esta iglesia hasta el 683, en que murió en esta dignidad, en Clichi, cerca de París, el 24 de Agosto, á la edad de setenta y cuatro años. Su cuerpo fué trasladado el año 693 á la iglesia de S. Pedro de Ruan, que lleva su nombre. Escribió este Santo el año 672 la *Vida de S. Eloi, obispo de Noyon*, que ha publicado Canissius y Lucas d'Achery en sus *Colecciones*, y Surius da en el 24 de Agosto su vida escrita por un autor de la época de Ouen, la cual fué traducida al francés por Mr. D'Andilli. Du Pin hace mencion de este Santo en el VII y VIII siglo de sus *Escritores eclesiásticos*; lo propio hace Mabillon en los *Anales de la orden de S. Benito*, y Rivet en el tomo III de la *Historia literaria de Francia*.—C.

OUGHTRED (Guillermo). Nació en Eaton, Inglaterra, y se crió en la inclusa de esta ciudad. En una de sus cartas habla de la vida pobre y penosa que pasó al principio de sus dias. Recibido en uno de los colegios de Cambridge, permaneció en él por espacio de once ó doce años. En sus ratos de ocio se consagró al estudio de las matemáticas, animando á otros á que siguieran su ejemplo. Le ordenó de sacerdote el doctor Wilson, obispo de Winchester, y obtuvo un beneficio en Adelbury, cerca de Guilford, en el condado de Surrey. Le poseyó por espacio de muchos años, y se supone que allí murió y fué enterrado. Sus estudios fueron tan extensos como variados, segun lo indican los diferentes géneros de sus numerosas obras. Estudió medicina, química etc., y vivió ochenta y siete años, muriendo hácia 1660.

Era un partidario tan entusiasta de los reyes de Inglaterra, Cárlos I y II, que cuando supo se habia firmado en 1.° de Mayo de aquel año el acta para el llamamiento de este último príncipe, sintió tal alegría que murió de repente, segun refiere Wallis en su *Tratado de Algebra*, en que habla de Oughtred con grande aprecio, manifestando lo mucho que adelantó con sus conversaciones y la lectura de sus libros. Wallis ha sido el que ha hecho revivir las obras de este autor, de las que las principales son las siguientes: 1.ª *Claves mathematicæ*; impresa en 1631 con este título: *Arithmetica in numeris et speciebus institutio*, la que publicó despues su autor con el mismo título, pero con las adiciones siguientes: *Æquationum affectarum resolutio ubi multa de logarithmorum usu, et elementi decimi Euclidis declaratio; de solidis regularibus tractatus: de anatocismo; regula falsi demonstrata; Theorematum Archimedis de Sphæra et Cylindro declaratio: Horologiographica y geometrica.* 2.ª *Los círculos de proporcion y el instrumento horizontal*; obra impresa en inglés por uno de sus discípulos, que la extractó de un manuscrito latino. 3.ª *Trigonometría*, que no concluyó ni publicó. —4.ª *Opuscula*; publicados en Oxford, en 1677; contienen nueve tratados póstumos, por lo que en su mayor parte estan llenos de defectos y errores. —S. B.

OUINTERBORN (Gualtero), probablemente Walter de Winterbon, nombre desfigurado por las crónicas y autores extranjeros en el con que es conocido. Inútil será decir que era inglés, natural de Salisbury, en la provincia de Wilt. La educacion que recibió desde luego en casa de sus padres, y una constante aplicacion al estudio de las bellas letras, perfeccionaron sus talentos naturales. Pero su fidelidad á la gracia de su vocacion en la órden de Santo Domingo, dió un nuevo esplendor y un mérito más verdadero á todas las bellas cualidades que habian brillado en él desde sus primeros años. Orador célebre, poeta, filósofo, hábil teólogo, era además un perfecto religioso, mucho más digno de estimacion por la inocencia y la pureza de sus costumbres que por todas las ventajas de que la naturaleza y el estudio podian haber enriquecido su espíritu. Así es, dice el P. Echard, cómo los autores ingleses han hablado de este personaje. Habia dado ya grandes pruebas de su capacidad y de su religion, cuando en 1290 fué encargado de la direccion de toda la provincia de Inglaterra. Durante los seis ó siete años que desempeñó los deberes anejos á este cargo, manifestó tanta prudencia, celo, sabiduría y habilidad, que no solo se concilió el amor de todos los religiosos, sino tambien la estimacion del clero y de la corte de Inglaterra. El rey Eduardo I quiso que fuese su confesor, un hombre de confianza y uno de sus principales consejeros. Honrado con las bondades de su príncipe, continuó mereciéndolas este sabio religioso, lo mismo que las bendiciones del pueblo, por el celo que manifestó siempre por la gloria y los in-

tereses espirituales del uno y por el alivio del otro. La iglesia de Inglaterra halló en él en todas ocasiones un celoso y prudente protector. No fueron ménos agradables sus servicios á la corte romana. Para manifestarle su satisfaccion le honró Benedicto XI con la púrpura cardenalicia el sábado de las cuatro témporas de cuaresma, 21 de Febrero de 1304. El decano del Sacro Colegio fué encargado de manifestar esta noticia al rey Eduardo y á su confesor; el Rey manifestó en seguida su alegría y su reconocimiento, pero no pudiendo resolverse al alejamiento de su fiel ministro, cuyos consejos le habian llegado á ser necesarios en las vicisitudes de los negocios, Eduardo suplicó á Su Santidad tuviera á bien que el nuevo Cardenal continuára como anteriormente cerca de su persona, ó al ménos que difiriera su viaje á Itala. Hé aquí la carta de éste príncipe, insertada en las *Constituciones del reino de Inglaterra*: «Al venerable padre y señor en Jesucristo, Nicolás, por »la gracia de Dios, cardenal, obispo de Ostia y de Velletri, legado apostóli»co y nuestro muy caro amigo: Eduardo, rey de Inglaterra; salud y sincero »amor en nuestro Señor.—Hemos leido con placer las graciosas cartas que »nos habeis dirigido, para manifestarnos que el soberano pontífice Benedic»to XI acaba de poner en el número de los cardenales á nuestro amado »confesor el P. Gualtero de Oüinterborn. Desearíamos con mucho ardor que »este digno religioso permaneciera siempre cerca de nuestra persona, y sin »embargo, os suplicamos manifesteis á Su Santidad nuestro entero reconoc»cimiento; lo que no tardaremos en hacer más particularmente por medio »de los embajadores que nos proponemos enviar á este efecto á Italia, pues »no dudamos que el afecto del Santo Padre hácia Nos y nuestro reino no ha»ya sido uno de los motivos que le han obligado á dar la dignidad de car»denal á una persona que nos es tan querida. Dada en la ciudad de San »Andrés en Escocia, el 4 de Abril del año trigésimo segundo de nuestro »reinado.» Habiendo obtenido en parte los enviados del Rey lo que deseaban, permaneció el cardenal Gualtero algun tiempo todavía cerca de Eduardo, ya en Inglaterra, ya en el reino de Escocia, en que acabamos de ver que se hallaba este príncipe con su corte, cuando supo la noticia de la promocion de su confesor. La muerte del bienaventurado papa Benedicto XI no fué motivo de apresurar la partida de este Cardenal, y no se dirigió á Italia hasta últimos de Noviembre de 1304. Instado sin duda por las cartas y súplicas de los cardenales, que encerrados hacia cinco meses en el cónclave de Pascua, se hallaban demasiado divididos para convenir en el sugeto á quien debian colocar en la cátedra de S. Pedro, se asegura que la llegada del cardenal inglés fué muy agradable á todo el Sacro Colegio. Los ciudadanos de Perusa, dice Bernardo Guidon, le recibieron con grandes honores, y los cardenales le dieron como á porfía pruebas de un singular afecto. Despues

de haber concurrido á la eleccion de Clemente V, partió de Perusa para ir á reunirse á Su Santidad en Francia segun las órdenes que habian recibido todos los cardenales. Pero á su llegada á Génova fué atacado de la enfermedad de que murió el 26 de Agosto de 1305. El decano del Sacro Colegio, Nicolás de Prato, le hizo los últimos honores, y su cuerpo fué trasportado á Lóndres, como lo dejó mandado, donde se le erigió un sepulcro en la iglesia de su Orden. Nicolás Trivet, que habia conversado familiarmente con el cardenal de Sta. Sabina, le llama un hombre excelente y muy versado en todas las ciencias divinas y humanas; dotado de una rara modestia, de mucha dulzura, de una piedad ejemplar y de una prudencia consumada. Entre los diversos empleos del claustro y los negocios de la Corte, siempre habia procurado tener tiempo para no ocuparse más que de Dios y de sí mismo en el ejercicio de la oracion. Hasta habia compuesto algunas obras de teología, y dejó muchos discursos que habia pronunciado en presencia del Rey y del clero. La carta de que le encargó Eduardo I á su partida para Inglaterra, y que debia ser entregada al futuro Papa, es una nueva muestra de la estimacion que hacia este soberano de la probidad de nuestro Cardenal, de su habilidad en los negocios y de los servicios que habia hecho al Estado. La trascribimos aquí para vindicarle del silencio de autores demasiado negligentes en escribir los hechos de un grande hombre, cuyos talentos ensalzan con los mayores elogios. «Al Smo. Padre, por la divi»na Providencia, jefe visible de la Santa Iglesia Católica y Romana, Eduardo, »por la gracia de Dios, rey de Inglaterra. Hace algun tiempo que el papa »Benedicto XI, vuestro antecesor de feliz memoria, queriendo honrar el »mérito y la alta piedad del P. Gualtero de Oüinterborn, nuestro confesor »entónces, tuvo por conveniente elevarle á la eminente dignidad de carde»nal. Y como este prelado, para obedecer á las órdenes de Su Santidad, se »disponia á dirigirse cerca del Soberano Pontífice, le hemos obligado á dife»rir su partida, y le hemos hecho una especie de violencia para retenerle »todavía algun tiempo con Nos, porque nos eran necesarias sus luces y su »presencia para terminar algunos negocios muy difíciles que no se hubieran »podido despachar entónces cómodamente sin su socorro. Por lo que supli»camos humildemente á vuestra Santidad no tome á mal este retardo, que »debe excusar la necesidad. Suplicamos por lo tanto al Señor os conserve »largo tiempo para la felicidad de la Iglesia. Dada en Jedlzunck en Escocia, »el 23 de Agosto del año trigésimo segundo de nuestro reinado.» — S. B.

OULTREMAN (Felipe), hijo segundo del historiador Enrique: entró á los veintidos años de edad en la Compañía de Jesús, aplicándose con fruto á la predicacion. Murió en 1652. Es autor de dos obras ascéticas, intitulada la primera: *Le vrai chrétien catholique;* Saint-Omer, 1622, en 8.°, que ha sido

traducida al inglés; y la segunda que tiene por nombre *Le pédagogue chrétien*, Mons, 1541-45, tres volúmenes en 8.°, tambien fué traducida en latin, y reimpresa muchas veces. Su autor ofreció un cuarto volúmen, que por cierto no ha visto la luz pública. —C. de la V.

OULTREMAN (Pedro). Fué el hijo más pequeño de los cuatro que tuvo el historiador Enrique, y nació en el año de 1591. A los veinte de su edad fué admitido en la Compañía de Jesús, y alcanzó distinguirse en ella por sus talentos en la oratoria del púlpito; pero teniendo una salud en extremo debilitada, hubo de renunciar á los ejercicios de la carrera eclesiástica, y por consejo de sus superiores, se dedicó al estudio de la historia. A poco murió en Valenciennes, llorado de sus conciudadanos, el dia 23 de Abril de 1656. Además de algunas obras ascéticas y varias traducciones, cuyo título se verá en la *Biblioteca de Sotwel*, nos dejó las siguientes: *Vida de Pedro el ermitaño*, jefe y conductor de los príncipes de la cristiandad en tiempo de las cruzadas; Valenciennes, 1632, en 12.°; nueva edicion aumentada de la *Généalogie de l'Hermite sieur de Souliers*; París, 1645, en igual tamaño. *Constantinopolis Belgica, sive de rebus gestis à Balduino et Henrico, imperatoribus Constantinopolitanis, ortu Valentianensibus Belgis, libri quinque, quibus accessit de excidio Græcorum liber singularis*; Tournai, 1643, en 4.° Para esta eligió por guia á Villehardouin, cuya narracion completa y corrige con ayuda de los autores contemporáneos, aunque omitió igualmente algunos detalles interesantes, incurriendo por otra parte en muy crasos errores. —C. de la V.

OURCAMP (Juan de), religioso de la órden del Cister, floreció en el siglo XII, dejando algunos sermones que segun la relacion de Sanderus existian manuscritos en la biblioteca de S. Martin de Tournai, y que no son conocidos más que por sus títulos: *Sermones de Adventu Domini duo: de Nativitate Domini tres; de Annuntiatione dominica unus; de Paschate; de Ascensione unus; de omnibus Sanctis unus.* Generalmente se ha colocado á este predicador á últimos del siglo, aunque por simples conjeturas, en cuyo apoyo no se alegan otros indicios sino que estos sermones se hallaban reunidos en los mismos volúmenes ó escritos de esta época. —S. B.

OURFA (Mgr. de), obispo cismático del rito siriaco, ingresó en union de su propio secretario en el gremio de nuestra Iglesia, é hizo profesion de la fe católica romana en manos del patriarca sirio de este rito en Alepo. Despues se resolvió, segun dice, á pasar nuevamente á Ourfa, con la fundada esperanza de atraer al catolicismo á sus antiguas ovejas, si bien no parece que estas necesitasen en gran parte de las exhortaciones de su prelado, pues abrazaron nuestra religion cincuenta familias cismáticas de Mossul, y aun si los misioneros hubieran podido disponer de medios más ámplios, fácil es

presumir que la multitud de sectas cristianas extendidas por el Diapsara hubiera muy pronto formado una sola y vasta comunidad católica.—C. de la V.

OURS (S.), abad en Turena (*Ursus*), fué natural de la ciudad de Cahors, en Aquitania. Durante sus primeros años se educó en los más acendrados sentimientos de piedad cristiana, hácia la cual se vió inclinado desde muy niño; y el deseo de servir á Dios sin obstáculo alguno le decidió á abandonar su país y trasladarse á Berry. Despues de haber hecho aquí una vida retirada y penitente, y fundado tres monasterios, pasó á Turena y se confinó á un lugar llamado Sénévières, donde construyó un oratorio con algunas celdillas; pero como el número de discípulos que acudia á ponerse bajo sus auspicios crecia cada vez más, se fué á levantar otro monasterio en Loches, dejando allí establecida otra nueva comunidad de siervos de Dios. En este punto, y queriendo seguir el consejo de S. Pablo, se puso á trabajar este Abad con sus propias manos; porque, como dice el Apóstol, el que no quiera trabajar no debe comer; y esta era una de las máximas que trataba de inculcar á sus hermanos; dicho está por lo mismo que los emplearia de tal suerte, que no halláran asueto entre los ejercicios de piedad, las instrucciones que el Santo les daba y su trabajo corporal. Tambien puso cuidado especial en hacerles amar la pobreza, la humildad, la abstinencia, el desamor profundo á todas las cosas terrenas, y en una palabra, á vivir con la mayor pureza de corazon y de espíritu. Murió este Abad hácia el año 508, y Dios quiso honrar su sepulcro, glorificándole por algunos milagros. Todos aquellos á quienes habia dejado encomendada la direccion de los monasterios que habia fundado en Berry y en Turena, quedaron establecidos por abades, segun disposicion de los obispos de Bourges y de Tours. S. Leubasse ó Libesse fué, pues, el primer abad de Sénévières, cuya abadía fué luego convertida en iglesia parroquial.—C. de la V.

OUTERS (Manuel Van). Nació en Bruselas á 24 de Diciembre de 1654, é ingresó en el instituto de los Jesuitas de Malinas el 30 de Setiembre de 1672. Murió en su ciudad natal el 21 de Julio del año 1675. Dejó escritas: *Epistola P. Emmanuelis Van Outers, e Societate Jesu, S. Litterarum interpretis, ad D. Joannem Franciscum de Ladersons, philosophiæ professorem;* Lovanii, p. in 8.°, sin más indicacion de impresion ni de año.—*Ode ad Ferdinandum. Cum vitæ ejus acta et gloria posthuma, invitante et excitante Hispali, singulari volumine vulgabantur,* etc. *Austriacæ pietatis, erga Venerab. Eucharistiam nova demonstratio à potentissimo monarcha Carolo II, Hispaniarum Indiarumque rege catholico; Mantuæ Carpetanorum exhibita M.DC.LXXXV,* etc.; in 4.°—*Dissertatio de epikeia, seu discretione, in prædicando Sinis Tartarisque, Evangelio tenenda.* Aunque, segun el P. Papebroek, fué primero

escrita en francés por un doctor de París, y traducida al latin por el P. Manuel Van Outers.— C. de la V.

OUTIER (Reinaldo), astrónomo natural de Lamare-Tousserand, de la bailía de Poligni, donde nació en 1694. Despues de haber abrazado el estado eclesiástico, fué nombrado vicario de la parroquia de Montaim, cerca de Lons-le-Saulnier. Aficionado á la astronomía, distribuyó el tiempo entre los deberes de su sagrado ministerio y sus estudios favoritos, y comunicó sus observaciones á la Academia de las Ciencias, la cual hizo de ellas tanto aprecio, que le nombró en 1731 socio corresponsal. Habiendo pasado á París el siguiente año, presentó á esta corporacion un globo movible que habia inventado. La Academia pensó retenerle á su lado, encargándole la formacion de los planos para el levantamiento del grande mapa de Francia; mas el cardenal de Luines, obispo de Bayeux, le tomó bajo su proteccion y le nombró su secretario particular. En 1736 emprendió un viaje al Norte con Maupertuis para medir un grado del círculo polar, siendo muy útil á la ciencia el *Diario* que escribió de este viaje. Dos años duró esta expedicion; y á su regreso el abate Outhier se trasladó desde luego al lado del cardenal de Luines, quien le nombró canónigo de su catedral en 1748. Algunos años despues, ó sea en 1767, renunció este beneficio y se retiró á una casita que habia comprado en Bayeux con el producto de sus economías, y allí pasó el tiempo en el estudio y en la oracion hasta su muerte, ocurrida en 12 de Abril de 1774. El abate Outhier habia sido agraciado por el Rey con una pension de mil seiscientos francos, y era además socio de la Academia Real de Berlin y de las de Caen y Besanzon. Escribió las obras siguientes: 1.ª *Diario de un viaje al Norte;* 1736 y 37; París, 1744, en 4.°, con 18 láminas diseñadas por el autor. Labande poseia un ejemplar de esta obra atestado de notas. Su estilo es sencillo, pero atractivo, haciéndole aún más interesante los pormenores que contiene sobre las costumbres y usos religiosos de los lapones. Esta obra ha sido reimpresa en Amsterdan, 1746, con 12 láminas.— 2.ª *Cartas topográficas del obispado de Bayeux, en dos hojas, y del obispado de Meaux y arzobispado de Sens.* — 3.ª *Observaciones meteorológicas hechas en Bayeux y publicadas en el tomo IV de las Memorias de los sabios extranjeros, entre las cuales se notan las observaciones del paso de Venus, 6 de Junio de 1761, y del eclipse de la luna del 8 de Mayo de 1762.*—M.

OUVRARD (Guillermo), religioso mínimo. Nació en Chinon en 1628, y se dedicó como su hermano Renato á la composicion de versos didácticos. Vertió en verso la *Suma de Santo Tomás*, distribuida en forma de tésis, y la imprimió en Bourges, 1678. Algun autor ha dicho que habia dejado varias obras manuscritas; pero en el supuesto que así fuese, ni aun sus títulos se habrian salvado del olvido. Se conoce además de este religioso una obra

latina dedicada á su hermano, cuando publicó la *Ciencia de los números*, en la cual se halla una definicion de los atributos de las nueve musas, que no carece de facilidad y de gracia. Se ignora el año en que falleció.— M.

OUVRARD (Renato). Este canónigo de la iglesia de S. Galieno de Tours, nació en Chirion de Turena en el siglo XVIII. Fué un varon sumamente instruido en casi todas las ciencias: poeta, matemático, controversista, teólogo y músico. Habia estudiado con pasion y asiduidad las antigüedades eclesiásticas, y á su gran talento reunia mucha piedad y amor á su estado. Fué maestro de capilla de la santa iglesia de París más de diez años ántes de ser canónigo de Tours. Escribió muchas obras, de las que aun estan algunas inéditas, y las publicadas son las siguientes: *Secret pour composer en musique par un art nouveau;* París, 1660.— *Studiosis Sanctarum Scripturarum, Biblia sacra in lectiones ad singulos dies, per legem, prophetas et Evangelium distributa, in* 529 *carminibus mnemonicis comprehensa*; París, 1668. Esta obra se publicó tambien en francés en 1669.—*Motifs de réunion à l'Eglise catholique, presentés à ceux de la religion pretendue réformée de France, avec un avertissement sur la reponse d'un ministre à l'office du Saint Sacrement;* París, 1668.—*Les motifs de la conversion du comte de Lorges Montgomery*, dedicada al rey Luis XIV; París, 1670. Escribió tambien la obra titulada: *Defensa de las antiguas tradiciones de la iglesia de Francia, sobre la mision de los primeros predicadores evangélicos en las Galias, del tiempo de los apóstoles ó de sus inmediatos discípulos, y del modo de hacer uso de los escritos de los Stos. Severo, Sulpicio y Gregorio de Tours, y del abuso que se hace en esta materia y otras semejantes;* París, 1678. Obra dedicada al clero y pueblo de Tours, en la que sigue la opinion de Mr. Marca con respecto á S. Dionisio. Publicó tambien un libro titulado: *Arte y ciencia de los números*, en francés y en latin, con un prefacio sobre la excelencia de la aritmética; París, 1677.— *Calendarium novum, perpetuum et irrevocabile;* París, 1682. Obra que Mr. Arnauld, que queria mucho á Ouvrard, sintió que la publicase, porque no la juzgaba digna de su pluma.—*Arquitectura armónica, ó aplicacion de la doctrina de las proporciones de la música á la arquitectura;* París, 1779, en 4.°—*Breviarium Turonense renovatum, et in melius restitutum, anno* 1685. Además de estas obras impresas se conservan de este autor los manuscritos siguientes, en francés: *Disputas de la religion cristiana reducida á sus primitivos principios, con las pruebas recíprocas de la verdad de la fe católica por las pruebas de la divinidad de Jesucristo, y la verdad de Jesucristo por las verdades católicas*; en dos partes.— *Aviso á los católicos, á los calvinistas y á los nuevos conversos, sobre las predicaciones de los ministros calvinistas, con respecto al reino del Antecristo y el restablecimiento de la religion pretendido-reformada en Francia.*—*Definicio-*

nes, divisiones y axiomas de la Geometría; en verso latino.—*Historia de la música, desde su orígen hasta los tiempos presentes.*—*Razon de la disposicion del Breviario de Tours, renovado en* 1685.—Y por último, una disertacion sobre el tratado de Vossius, *De poematum cantu et viribus rytme*, escrito que comunicó al abate Nicasio, que habla de ella y de la *Historia de la música* á Mr. Carrel. Murió Ouvrard en Tours el 19 de Julio de 1694; y sobre su sepulcro se escribieron estos dos versos latinos, que él mismo habia compuesto:

Dum vixit, divina mihi laus unica cura:
Post obitum sit laus divina mihi unica merces.

Que pueden traducirse así: «Mi cuidado en este mundo fué alabar al Señor; que esto haga mi dicha en el cielo.» Hace mencion de este eclesiástico Moreri, en su *Gran Diccionario histórico*, con referencia á otros autores que cita en su artículo.—C.

OVANDO (Alonso de), natural de Medellin (Extremadura) fué desde niño muy consumado en virtudes. A instancia de sus deudos pasó luego desde su patria al Perú; mas allí se vió abandonado de los suyos, y hubo de ir pidiendo de puerta en puerta una limosna á fin de no descuidar los estudios. Fué colegial de S. Martin, sobresaliendo en virtud y en santidad, y esto le valió el ser amado de todos, creyendo ver en él un ángel. Jamás se le oyó palabra alguna ociosa; siempre usó por cama unas tablas, y solia levantarse de noche á orar, en cuyo ejercicio nunca se mostró parco. Despues fué admitido en la Compañía de Jesús, donde atendió cuidadosamente á todas sus reglas, sin olvidar por eso los ejercicios de penitencia; ántes creció en ellos al par que en las demás perfecciones, porque á más de vestir siete cilicios, usó con rigor de la disciplina y ayuno constantemente, hasta el punto de no probar nada á ménos que le fuese mandado hacerlo. Fué muy amante de las glorias de María Santísima, nuestra Madre y Señora; y regalado blandamente con la consideracion y amor de Dios y de su Madre amantísima, vió el término de sus dias en 6 de Noviembre de 1614, en el noviciado de la Compañía, titulado de S. Antonio de Lima, en la provincia del Perú, á los diez y siete años y medio de edad, y ocho meses de religion. — C. de la V.

OVANDO (P. Mtro. Fr. Jacinto de). Nació en Madrid por los años de 1594 á 1595, pues aparece que en 26 de Enero de 1608, á los trece años de su edad, entró colegial en el Real de S. Martin de la ciudad de Lima. Allí hizo sus primeros estudios, y pasando á la religion de S. Agustin tomó su hábito, profesando en el convento grande de la misma ciudad. Posterior-

mente cursó filosofía y teología en el insigne colegio de S. Ildefonso; pero con tal aprovechamiento, que leyó despues sus cátedras; y cuando obtenia la de prima, le nombró su provincia, por el año de 1627, definidor y procurador general en la corte de Madrid y en la de Roma. En aquella publicó la *Oracion fúnebre* que habia pronunciado en Lima en las exequias del padre provincial Fr. Pedro de la Torre; y de tal modo le granjearon sus talentos la aceptacion y buen concepto de la capital del orbe cristiano, que salió elegido presidente de las conclusiones generales que el convento de Salamanca dedicó á la Santidad de Urbano VIII, con motivo de haber sido electo prior general de su Orden el Rmo. P. Fr. Gerónimo Cornetano. La magnificencia de esta funcion literaria fué en todo correspondiente y de grande honor para Ovando, por haber concurrido á ella diez y siete cardenales, que con sus elogios aumentaron su reputacion. Mereció del Santo Padre que le nombrase su penitenciario apostólico en todas las Indias Occidentales, y de su General que le confiriese la presidencia del capítulo futuro. Vuelto á Lima presidió el celebrado en 21 de Julio de 1633, en el cual fué hecho prior y vicario provincial del convento de Potosí. En 1637 fué definidor; en el 1645 prior provincial, y en el 1655 segunda vez definidor, cuyos cargos desempeñó con notable celo y acierto. En el año de 1646 habia obtenido en la Real universidad de S. Márcos la cátedra de vísperas de sagrada teología, por quinientos votos de exceso; y habiendo cumplido los cuatro años de su ordinaria leccion, se le volvió á dar la posesion en 1650 por aclamacion del claustro, cuya circunstancia recomendabilísima le granjeó la singular merced de que el Sr. D. Felipe IV se la concediese perpétua por medio de su Real cédula que expidió en 9 de Octubre de 1655: consta tambien que la seguia sirviendo en 1657, y asímismo que se conservó largo tiempo su retrato en ella como premio debido á la digna memoria de uno de los mayores maestros que desde su fundacion la han ilustrado. — C. de la V.

OVANDO (Fr. Juan de), español, fué del órden Minorita, de la provincia de Santiago, por los siglos XVI y XVII, y enseñó largo tiempo la teología en Salamanca. Dejó escritos: *Un Comentario*, en fólio, sobre el tercer libro de las Sentencias; impreso en Valencia, año de 1597. — *Una exposicion del Símbolo de los Apóstoles*; impresa en Alcalá en 1593, en 4.° — Un tratado de la instruccion de los prelados, con el nombre de *Pastoral*, impreso en Salamanca en 1601, en 4.° — *Algunos Discursos predicables sobre los misterios de la fe*, los cuales vieron la luz en Alcalá, 1595, en 4.°; y en París, Lion y Venecia, en 1606, en 8.° — *Sermones para todos los domingos despues de Pascua*, que fueron impresos en Lisboa, 1609, en fólio, y un tratado de la *Encarnacion*, que se dió en Salamanca, en 4.°—C. de la V.

OVANDO (Nicolás), comendador de la órden de Alcántara, fué nombra-

do en 1501 gobernador de la isla Española, reemplazando en este cargo á Bobadilla, cuya imprudente conducta tenia amagada á la Isla con una ruina cercana; pero Ovando no pudo marchar á su destino hasta el dia 13 de Febrero de 1502, y llegó á Sto. Domingo en 15 de Abril siguiente. No tardó mucho en darse á conocer, porque habiendo comenzado á practicar una informacion contra su antecesor y los más conocidos partidarios de éste, los obligó luego á embarcarse con rumbo á España. Los nuevos reglamentos que publicó de órden del Rey á favor de los indios, llegaron á suavizar por fin la suerte de aquellos desgraciados, y muy pronto reinaron en toda la Isla el órden y la tranquilidad. Ovando, sin embargo, no estaba libre del odio que su antecesor cobrára á Colon, y se negó á darle entrada en el puerto, cuando en su primer viaje quiso el célebre navegante acercarse á la Española para reparar su embarcacion. Más adelante, y terminada ya la expedicion de aquel almirante, tuvo la desgracia de atracar en la Jamáica, viéndose en el mayor apuro; pero léjos de mandarle Ovando algun socorro, le envió un emisario que expiase sus movimientos, dejándole por espacio de un año expuesto á todo género de calamidades. Esto no obstante, se dió luego el caso de arribar Colon á Sto. Domingo, y Ovando salió á recibirle con las mayores muestras de respeto, alojándole en su propia casa; pero, ¿á qué extrañas interpretaciones no daria lugar la conducta del Comendador, cuando en medio de tantos alardes de consideracion se esforzó más y más en dejar estallar los impulsos de su mal comprimido aborrecimiento? En efecto, á vueltas de sus forzados agasajos, mandó poner en libertad á los jefes de los motines, á quienes Colon habia traido encadenados, y conminó á todos los que habian llenado su deber con abrir una informacion para averiguar su conducta. Por otra parte, y siguiendo la opinion del historiador de Sto. Domingo, no parece sino que la cualidad de gobernador general estaba impregnada de contagio, trasformando á los hombres de carácter dulce y templado en tiranos erigidos precisamente para destruir las Indias. A pesar de la cordura y piedad que todos reconocieron en Ovando, cualidades bellísimas que muchos alabaron y que nosotros estamos prontos á concederle como de justicia, mancilló tan nobles sentimientos al usar de medios atroces para contener en la sumision á aquellos desventurados. Habiéndole hecho saber los castellanos, autores de la mayor parte de las turbulencias y desórdenes, que Anacoana, princesa reinante á la sazon en el territorio de Jaragua, meditaba algun mal designio que era necesario prevenir, púsose Ovando á la cabeza de trescientos infantes y sesenta caballos, tomando en direccion de aquel territorio. Bien conocia el Gobernador á los que le dieron el aviso, y tampoco ignoraba que Anacoana habia tratado siempre á los españoles con la mayor deferencia, sin que estos le diesen en pago otra cosa

que la ingratitud más negra; pero sin entrar en averiguaciones del caso, resolvió trasladarse á aquel estado, y á su llegada publicó los deseos que tenia de recibir por sí mismo el tributo de la princesa, amiga declarada en todos tiempos de los españoles. Cuando Anacoana tuvo conocimiento de la nueva no ocultó su alborozo, y salió con todos sus vasallos al encuentro de Ovando. Despues ordenó diferentes regocijos, que duraron muchos dias, y Ovando le anunció que queria tambien disponer en su obsequio una fiesta, á la cual deseaba concurriese toda su corte..... A una seña convenida se lanzaron los españoles sobre los indios; los caciques fueron amarrados á los postes que sostenian las bóvedas, y en breve todo lo consumieron las llamas. Anacoana fué trasladada á Sto. Domingo, y allí se la juzgó, siendo condenada al suplicio de horca. Vemos en algunos historiadores que todos aquellos desgraciados se confesaron culpables de conspiracion contra los españoles; pero al mismo tiempo afirma Herrera que todos los indicios y pruebas del complot fueron aducidos por una porcion de miserables, que en otro tiempo se habian rebelado contra Colon, y refugiados luego en las tierras de Anacoana, pagaron de aquella suerte la generosa hospitalidad que les otorgó. Este mismo escritor califica de bárbara la conducta de Ovando, «más bárbara, exclama, que los mismos bárbaros;» y Las Casas concluye por entregarla á la execracion de la posteridad. Despues de los asesinatos de Jaragua, que llevaron la muerte y el exterminio á multitud de indios de todos sexos y edad, hizo marchar Ovando sus tropas en persecucion de los que se refugiaron en las islas cercanas ó entre sus montañas, y todos los jefes perecieron en el campo ó fueron condenados á muerte; en el espacio de seis meses no quedó insular que no sufriese el yugo de España. En 1507 no quedaban en la Española más que sesenta mil indios, número en verdad reducido si se tiene en cuenta los servicios que de ellos se exigian, y Ovando, tal vez consintiéndolo el monarca, hizo abandonar sus lares á los habitantes de las Lucayas; pero una mitad de ellos murieron de pena, y en pocos años quedó enteramente desierto aquel archipiélago. Ovando, por otra parte, gobernaba á los españoles con una cordura y rectitud iguales á la crueldad y dureza que empleára con los indios; siempre se mostró inflexible en el cumplimiento de la ley, la cual hizo que todos acatasen con la mayor imparcialidad, y esto fué causa de que todos le respetasen. Fundó muchas ciudades, y tuvo particular empeño en llamar la atencion de los españoles hácia otro género de industria más útil que la de buscar el oro en las minas. Se habian hecho venir de Canarias algunas cañas de azúcar, con objeto de hacer un ensayo de su cultivo, y muy pronto se formaron vastas plantaciones, hasta el punto de que el azúcar llegó á ser el más abundante manantial de riquezas en la Española. Luego se hizo el mismo ensayo en Puerto Rico, adonde acudieron

multitud de aventureros, contándose entre ellos á Sebastian de Ocampo, el primero que reconoció como isla á la de Cuba. En 1508 perdió Ovando su gobierno, entrando á reemplazarle Diego Colon, hijo del Almirante, y hay quien da por razon de la desgracia de Ovando el que la católica Isabel no quiso exponerse á morir sin haber ántes castigado las demasías de Jaragua; demás de esto, parece que Ovando se habia enemistado con Fonseca, ministro de Indias. A pesar de todas las opiniones consta por cierto que á su llegada fué bien acogido el ex-gobernador por el monarca, y tambien que terminó sus dias en un retiro honroso. Ovando compuso un diario de sus campañas y no sabemos que se haya publicado.—C. de la V.

OVAYER (Alfonso de), jesuita, que nació en Santiago, capital de Chile, en 1601, de una noble familia que descendia de España. Este jóven abandonó un porvenir el más lisonjero para consagrarse á Dios en el instituto de PP. Jesuitas, donde entró á la edad de diez y siete años. Despues de haber enseñado filosofía con mucha brillantez, fué director de la casa-noviciado de Santiago, y últimamente promovido al cargo de procurador de su Orden en todo el Chile. Con esta calidad pasó á Roma en 1640 para asistir á la octava congregacion general de la Compañía, donde se hizo notable con la elevacion de su talento, acompañado de una piedad y costumbres encantadoras. A su regreso presidieron otros operarios de la Compañía que pidieron á los superiores acompañarle á aquellas lejanas comarcas, y á su llegada los destinó á varios puntos del Perú, tan falto de varones apostólicos que sembrasen con incansable fervor las semillas del Evangelio. La vida tan activa que llevaba este jesuita, menoscabó rápidamente su salud, hasta que agotadas del todo sus fuerzas, dispuso que le trasladasen á Lima, donde espiró en 11 de Marzo de 1651. Se conocen de él: 1.° *Epistola ad præpositum generalem quæ statum Societatis in provintia Chili ostendit;* Madrid, 1646, en fólio.—2.° *Historica relatione del reyno di Chile e delle missione e ministerii della Comp. di Giesu,* Roma, 1646, en fólio, con un mapa y láminas. Esta obra fué traducida el mismo año en español con este título: *Historia y relacion del reino de Chile y de las misiones y ministerios que en él ejercita la Compañía de Jesús;* Madrid, en 4.° Tambien fué vertida al inglés é impresa en la coleccion de Chuchin, tomo III, desde la pág. 1 á la 146. Esta historia es rara y muy buscada.—M.

OVERALL (Juan), enseñó primero la teología en Cambridge; luego fué dean de S. Pablo en Lóndres, llegando en 1614 á obtener la silla de Coventry y de Lichtfield, y cuatro años despues alcanzó el obispado de Norwich. Trató de conciliar en una série de cartas suyas las controversias de Holanda sobre la predestinacion y el libre albedrío, y pueden verse algunas en la coleccion intitulada: *Epistolæ præstantium virorum;* Amsterdam, 1704, en fólio. Murió Overall en 1619.—C. de la V.

OVERBERG (Bernardo), sacerdote católico y uno de los hombres que más han contribuido en estos últimos tiempos á propagar y perfeccionar la enseñanza del pueblo en Alemania. Nada reveló en su infancia lo que más adelante debia ser Overberg. Nació de padres virtuosos, pero pobres, el 1.° de Mayo de 1754, en Hœckel, lugar de la parroquia de Vottlage, en el país de Osnabruck; y era de una complexion tan sumamente débil, que no empezó á andar hasta la edad de cinco años. En la escuela mostró una inteligencia tan tardía, que le costó muchísimo tiempo y fatiga el aprender el abecedario. Tenia nueve años cuando un dia oyó á sus padres lamentarse de la pérdida del cura de Vottlage, que acababa de fallecer, y esta conversacion le inspiró un vehemente deseo de consagrarse al ministerio sacerdotal. A la mañana siguiente, hallándose en las faenas del campo, oyó el lúgubre tañido de la campana que anunciaba á los fieles los funerales que se celebraban por el descanso del alma del buen cura, y su sonido causó en el ánimo del niño Overberg tan honda emocion, que rogó al Señor le concediera el don de aprender para llegar á ser cura. Desde este momento sus progresos fueron tan rápidos, que á los seis meses no solo leia perfectísimamente, sino que ayudaba á su maestro en la enseñanza de sus compañeros; estos progresos que hacia en las letras, eran todavía más extraordinarios en la moral y en la religion. Cuando por la primera vez se acercó á la mesa sagrada, renovó delante del Señor sus fervientes votos de entrar en el estado eclesiástico; pero la pobreza de sus padres era tan grande, que no se ocultaba á Overberg la dificultad de vencer obstáculo tan poderoso. Sin embargo, su honradez les abonaba, y consiguen enviarle á casa de un eclesiástico de Vottlage para que le instruya en los primeros rudimentos de la lengua latina. Overberg tenia entónces quince años, y afanoso para aprender hacia cada dia una hora de camino para ir á dar su leccion al eclesiástico de Vottlage. Cuando en invierno, su pobre madre encendia en vez de lampara una astilla de madera resinosa, cuya opaca claridad no permitia estudiar la leccion; tendíase nuestro jóven sobre el banco, y al amor de la lumbre se calentaba y trasmitia las letras de su libro. Cumplidos los diez y seis años, Overberg fué colocado en el gimnasio de Reims, y en él para poder dedicar más tiempo al estudio, ató un esquilon junto á su cama, de la cual pendia una cadena que iba á parar á la calle, y mediante un convenio, un artesano que pasaba por ella á las cinco de la mañana para ir á su trabajo, tiraba de la cuerda y lo dispertaba. Sus camaradas, que llegaron á saber tan extraño despertador, fueron á incomodarle más de una vez en medio de la noche. A pesar de esto, Overberg continuó del mismo modo, prescindiendo tambien de las chanzas de sus compañeros, porque aprovechaba los momentos de paseo leyendo siempre algun libro que llevaba. No es extraño, pues, que

en el primer año (1771) sobrepujase á todos sus condiscípulos en religion y latinidad, y se colocára al lado de los más aventajados en otras ciencias. Al siguiente año fué ya citado el primero entre los primeros; de modo que los profesores franciscanos del gimnasio ambicionaron ya poseerle para su Orden; pero como Overberg preferia el estado de sacerdote secular, pasó á Munster á estudiar filosofía y teología. Poco despues entró en casa del consejero áulico Munsterman en calidad de preceptor de sus hijos. Desde esta época el exterior piadoso y grave del jóven estudiante se presentaba cada dia más respetable á los ojos de sus condiscípulos, en quienes la crítica ni los celos hallaron palabras con que zaherirle. Por este tiempo empezó á dar ya una muestra de su talento para la enseñanza. Como Overberg iba á pasar las vacaciones al lado de su querida madre, algunos vecinos del pueblo le suplicaron que durante su permanencia preparase á sus hijos para la primera comunion; pero habiendo probado en ellos en vano el método ordinario, ensayó instruirles por medio de relatos que les hacia de la Sagrada Escritura; y el resultado correspondió tan completamente á su idea, que todos comulgaron en otoño de aquel mismo año. En fin, ordenado de sacerdote, el jóven Overberg quiso celebrar su primera misa en Vottlage. En 1780 fué nombrado vicario de Everswinkel, donde vive todavía el recuerdo de su mérito y sus virtudes, consagrándose especialmente á la educacion de los niños cuya tarea dejó á su cuidado; y fué tan grande en tres años la fama de consumado catequista que adquirió, que el mismo ministro baron de Furstenberg asistió un dia secretamente á sus instrucciones en Everswinkel. El vicario general, que conocia el valor de una adquisicion semejante, ofreció inmediatamente á Overberg la plaza de profesor de la escuela normal de Munster, dejando á su arbitrio el tasar la dotacion, concediéndole habitacion franca en el seminario episcopal. El jóven vicario aceptó tan ventajosas proposiciones, y se estableció en dicha ciudad en 1.° de Marzo de 1783. Su enseñanza era esencialmente religiosa, y encendiendo en el alma de sus alumnos el fuego que ardia en la suya, adquirieron una alta significacion espiritual, y se animaron espiritualmente todas sus facultades, sus ejercicios de lectura, escritura, cálculo y agrimensura. Introdujo en la enseñanza reformas muy útiles, y formó un curso suplementario para los maestros ancianos, á quienes daba durante las vacaciones lecciones de pedagogía y de religion. Al mismo tiempo formaba apuntes diarios de todos estos actos, por los cuales sabemos preciosos pormenores de sus prácticas y del buen éxito que con ellas obtenia. Si personas instruidas, como extrañas á los cursos del jóven profesor, acudieron muchas veces á oirle, quedaron siempre agradablemente sorprendidas, á pesar de que Overberg ponia especial cuidado en no ser elocuente y en despojar sus explicaciones de todo aparato de

ciencia. Lo que más admiraba en este jóven profesor era su paciencia inagotable para hacer comprensibles sus ideas á los de inteligencia más ruda. Como amaba con pasion la música religiosa, y sabia cuánta utilidad puede sacar un pastor del *Cántico de los Cánticos*, terminaba siempre sus lecciones con un cántico religioso. Tambien se dedicó á la instruccion de profesoras, dándoles lecciones gratuitas en Lorena, adonde iba tres veces á la semana para enseñar la aritmética y la religion; y estas institutrices dieron más adelante tan copioso fruto en la enseñanza de las jóvenes, que algunas de ellos fueron llamadas de países extranjeros para fomentar igual enseñanza. Considerando toda la dificultad de una obra, al parecer fácil, cual es la instruccion de la niñez, Overberg redoblaba su celo á medida que se acercaba el tiempo de la primera comunion; y llamando á los padres de los niños, exigia así á éstos como á aquellos la promesa formal de cumplir fielmente sus deberes. De este modo este digno catequista desempeñó su ministerio por espacio de veintisiete años en la escuela del convento de Lorena. Despues de este tiempo este convento fué suprimido, y agregada la escuela á la parroquia, volvió á cargo del cura la instruccion religiosa. Pero en los catorce años que vivió todavía Overberg, no pudo privarse de visitar esta escuela cada quince dias, siendo sus visitas un verdadero dia de fiesta para los niños de la escuela. Posesor del secreto que sabe ahuyentar las tempestades del corazon, muchas personas acudian de diez y quince leguas de distancia para hallar al lado de Overberg la paz del alma, y su afabilidad era tan grande, que nunca dió muestras de que le fuese importuna ninguna visita. En cuanto á él, no visitaba á nadie, sino á los enfermos, á pesar de que hubiera sido bien recibido, y aun era deseado de muchas familias. Entre los personajes que sometieron su conciencia á la direccion espiritual de este dignísimo sacerdote, citaremos á la princesa Amalia de Galitzin, á la cual asistió en los momentos solemnes de su muerte. Overberg era dean de Uwerbasser, cuando en 1809 fué nombrado superior del seminario teológico de Munster. Los eminentes servicios que prestó á su patria, han sido universalmente reconocidos, y su reputacion de escritor distinguido y consumado profesor ha sido general así en su país como en el extranjero. Los discípulos seguian los cursos de filosofía en la universidad, recibiendo en el seminario lecciones de moral, de liturgia y de ascetismo. La enseñanza ya de esta última parte estaba reservada al superior. En Overberg se hallaba en su verdadero elemento, porque sus esfuerzos propios hácia la perfeccion cristiana le habian dado conocimiento exacto de la vida interior, contribuyendo á formar sus alumnos con el poderoso ejemplo de sus prácticas. Acostumbraba á levantarse á las cuatro y media de la mañana en todas las estaciones del año, y despues de haber empleado los

primeros momentos en la plegaria y en la meditacion, reunia sus discípulos y se entregaba todo el dia al trabajo. Además de las ocupaciones que le imponia el cargo de superior, por espacio de muchos años fué consejero, y á este cargo iba aneja la tarea de preparar las materias relativas á las escuelas. Su puerta estaba abierta á todas horas á cualquiera, y cuando entraba alguno, que era con mucha frecuencia, dejaba la pluma, le escuchaba atentamente, le despedia con mucha urbanidad, y despues volvia á continuar sus trabajos. Vestia como los seminaristas, y comia en su propia mesa, y para formarles á la meditacion, habia adoptado un plan práctico que venia á ser una especie de curso completo. Overberg estaba tambien empleado en la administracion de la diócesis; y en los cambios que á últimos del siglo pasado experimentaron las instituciones del obispo de Munster, tan distantes de las antiguas formas, las medidas de Overberg fueron siempre encaminadas á la dulzura y á la conciliacion, aun cuando eran conformes á las reglas canónicas. En su calidad de comisionado de las escuelas del campo, tuvo sobre ellas una inspeccion superior hasta 1816, época en que el nuevo rey de Prusia le nombró miembro de su consistorio, y desempeñando este destino con tanto celo como fidelidad á favor de los intereses de la Iglesia y de los establecimientos de enseñanza. Sus relaciones, tanto escritas como verbales, con sus colegas y jefes protestantes, son una prueba de que á una conciencia muy escrupulosa reunia una prudencia consumada. En 1818 se le condecoró con el órden del Aguila roja de tercera clase; en 1832 le ofrecieron la segunda prebenda del capítulo de Munster, que acababa de organizarse de nuevo, y cuya renta era de mil doscientos talers. Overberg rehusó esta prebenda por incapacidad, y no quiso admitir la dispensa legal que se le ofrecia, aceptando únicamente el título de canónigo honorario. En los últimos dias de su vida tuvo una particular satisfaccion al saber que en Buren se habia fundado una escuela normal, pues lleno de alegría dijo un dia á uno de sus amigos: «La escuela de Buren está destinada á reemplazarme.» Todavía quiso pasar el otoño de 1826 enseñando en Munster con su celo acostumbrado; pero desde esta época empezó á prepararse para morir redactando su última voluntad y arreglando sus papeles. El 8 de Noviembre de dicho año se le encontró medio vestido en su cámara y en completa inmovilidad. Al cabo de algunos momentos recobró el conocimiento, recibió por la tarde los sacramentos con la más edificante piedad y falleció el 9, sin agonía, siendo inhumado el 12 con inmensa concurrencia. Este excelente sacerdote cuya veneracion estaba grabada en todos los corazones de Alemania, y cuyo espíritu bienhechor ejerce todavía su influencia, especialmente en la Wesfalia, donde dejó numerosos discípulos, ha merecido los más lisonjeros elogios de Jorge Cuvier, consejero de la universidad

imperial en su *Memoria sobre la instruccion pública en los nuevos departamentos de la Baja Alemania y de Holanda en* 1811. La vida de Bernardo Overberg ha sido publicada por S. Chuber, profesor de la universidad de Munich, y en obsequio á la verdad debemos decir que este juicioso biógrafo, aunque protestante, ha sabido guardar el tono y las formas convenientes á un autor católico. Esta obra ha sido traducida al francés por Mr. Leon Boré, profesor de historia en el colegio de Angers. Las obras del laborioso Overberg son las siguientes: 1.ª *Método de enseñanza.* —2.ª *Un catecismo.* —3.ª *Un manual de religion.* —4.ª *Una historia bíblica.* Esta última obra ha sido traducida al francés por el abate Didon, superior del Seminario menor, en París. —M.

OVIEDO (Andrés de), jesuita español, nació por los años de 1518 en Illescas, villa muy conocida por la imágen de nuestra Sra. de la Caridad que allí se venera. Fué su padre D. Pedro Gonzalez de Oviedo, noble varon y descendiente del solar de Botal, que radicó en la ciudad de Oviedo, y el cual hubo en dos distintos matrimonios muchos hijos é hijas. Su primera mujer se llamó Doña Mayor Dávila, y la segunda Doña Leonor de Molina, siendo aquella madre de nuestro D. Andrés y éste primogénito suyo. Hizo sus estudios el jóven Oviedo en la universidad de Alcalá, donde cursó las artes, y allí tomó el grado de maestro. Luego pasó Roma, á tiempo que ya se habia confirmado la religion de la Compañía de Jesús; y viendo la santidad y obras maravillosas con que resplandecia la brillante aureola que circundára á nuestro P. S. Ignacio, abandonó sus pretensiones y vanidades mundanas, yéndose para el Santo, y le pidió ser admitido en el número de sus hijos. Accedió el Santo á su ruego al conocer la buena disposicion de Andrés, y ya con su ejemplo, ya tambien con su enseñanza, labró el alma del jóven, comunicándole su abrasado espíritu y paciencia, en que brilló mucho este siervo del Señor. Hizo, pues, renuncia de todos sus bienes y posesiones en favor de algunas casas pias y de la Vírgen de Illescas, y luego que estuvo bien ejercitado en la virtud, envióle su padre S. Ignacio á la universidad de París á cursar la teología; mas siendo español, le fué preciso abandonar presto la Francia, por hallarse entónces muy encendida la guerra entre el emperador Cárlos V y el rey Francisco, y se partió á Lovaina, donde se reunieron tambien algunos estudiantes de la Compañía. Y aquí empezó ya nuestro Andrés á ejercitarse en los grandes trabajos que habia de sufrir andando el tiempo, á honra y gloria de Dios. Teniendo que remitir S. Ignacio unas cartas á Lovaina, con destino á su primer compañero el P. Pedro Fabro, estante á la sazon en Colonia, fué nuestro Andrés el portador, ya por ser el más humilde, ya tambien porque manifestó deseos de conocer y tratar á tan santo varon. Ya cerca de Colonia le asaltaron unos malhechores, quitándole cuanto llevaba, hasta la camisa, y no satisfechos con ello le in-

juriaron con palabras, infiriéndole además cinco heridas graves, y le abandonaron por muerto. Pero si bien no consta el medio de que se valió, es lo cierto que pudo salvar las cartas, objeto preferente de su deseo, como así lo habia rogado fervientemente al Señor. En tan triste situacion no hubo quien le valiese, ni persona que fuese á demandar socorro para él, ni ménos ser viviente que restañára la sangre escapada á borbotones de sus heridas; y encomendándose de todas veras á Dios, á quien pidió le auxiliase para llevar las cartas del grande S. Ignacio, su siervo, alentóle Dios de manera que luego pudo continuar su camino, aunque desangrándose, y andando más bien con las manos que con los pies. De esta suerte llegó por fin á Colonia, hecho su cuerpo un espectáculo triste; pero rebosando en el espíritu gran contento y alegría, por haber sido maltratado en obsequio á la obediencia; mas vino á sanar pronto de las heridas, estando por Dios reservado para más altas empresas. Luego fué enviado á Coimbra, donde á su llegada se esparció de tal modo su fama de santidad, que cuanto mayor era su empeño en disfrazarla, más y más fué de todos sentida y admirada, inclusos los reyes de Portugal, que le estimaron en mucho. De Coimbra partió á Gandía para dar buen comienzo á su colegio, fundado por el duque de aquella ciudad, el bienaventurado S. Francisco de Borja, al cual envió S. Ignacio diez religiosos, seis de ellos hermanos y los otros cuatro sacerdotes, con encargo de que eligiesen rector por votos: aquella fué la primer eleccion que se hizo en la Compañía por este órden, y tal vez la postrera. Todos estos religiosos rayaron en gran santidad, y por esto fió S. Ignacio que harian la eleccion en paz y con buen acierto, como en verdad se verificó, de este modo. En un lunes 10 de Octubre de 1547 se leyó á todos la carta de su santo Padre, en la cual les exhortaba á una perfecta obediencia, recomendándoles que eligiesen por votos un superior. Recogiéronse luego todos por espacio de tres dias, que dedicaron totalmente á la oracion, dejando en tanto paralizadas sus demás ocupaciones, y cargados de cilicios, ayunando rigorosamente los tres dias, y haciendo otras diferentes penitencias y largas oraciones, como lo fué el rezar juntos el Psalterio todo, ofrecieron tambien una misa cantada, dijeron trescientas veces el himno *Veni, Creator Spiritus*, y mil veces la antífona del Espíritu Santo, con otras muchas oraciones. Despues confesaron y comulgaron los hermanos por esta intencion, juntándose al jueves siguiente por la tarde, y llevando cada uno su voto escrito en una cédula ó papeleta. Ya estaba al efecto aparejada una mesa cubierta con decencia, y sobre ella una caja con dos candeleros encendidos. Tornaron nuevamente á la oracion, recitando el himno *Veni Creator*....., antífona, versículo y oracion del Espíritu Santo, y luego contaron los votos, que estaban cerrados, y los echaron en aquella caja, sellándola por

fin en cinco lados distintos. Hecho esto, la entregaron á uno para que la guardase en una arca cerrada con llave, y que otro guardase el sello, y un tercero el arca hasta el dia siguiente. No bien oyeron misa los hermanos el viernes, y despues que la hubieron dicho los sacerdotes, se reunieron todos segunda vez, colocando de nuevo la caja sobre la mesa, y hechas las mismas oraciones que precedieron á la clausura de la caja, se nombraron tres que fuesen á abrirla, y un sacerdote para que leyese los votos. Entónces fueron de parecer de que se obviasen inconvenientes para lo sucesivo, y dado que hubiese lugar otra eleccion semejante; por lo cual, y para que ninguno de estos diputados se nombrase á sí propio, *quia in ore duorum, vel trium, stat omne verbum*, establecieron que leyese cada uno el voto que sacaba, y el sacerdote publicase á los demás el favorecido, sin nombrar el votante, porque ya lo sabian los tres y debian callarlo igualmente, con el intento de que fuese más libre la eleccion: todos y cada uno de los electores se hallaban muy libres en verdad de ambicionarla para sí; por eso, á no dudar, se hallaron muy presto conformes en el modo de facilitar la mayor libertad posible. Abrieron, pues, la caja en presencia de todos; contáronse de nuevo los votos, y despues de haberlos leido los tres testigos, publicó el sacerdote por rector al V. Andrés de Oviedo, por unanimidad, excepto su propio sufragio, que fué para uno de los hermanos, varon ciertamente distinguido en virtudes. Grande fué la alegría y devocion con que todos celebraron tal conformidad de ideas y de sentimientos, y arrodillados al punto dijeron el *Te Deum laudamus*, el versículo *Confirma hoc Deus*, y la oracion del Espíritu Santo. Luego cayeron unos en brazos de otros con grande amor y union de voluntades, dándose por muy satisfechos con un rector tan santo. Cuando S. Ignacio tuvo conocimiento de la eleccion, vino en confirmarla con el mayor gusto. Si hasta entónces logró Oviedo, sin proponérselo, admirar á todos con sus ejemplos de santidad, ¿cómo no habia de redoblar su cuidado y vigilancia en este punto, ahora que debia algunos ejemplos, y se hallaba, por decirlo así, constituido en faro, hácia el cual se tornarian las miradas de sus hermanos? En efecto, señalóse notablemente en el ejercicio de la oracion, al cual dedicó todas las horas que podia y le consentian las obligaciones de su oficio; y para que aquella ascendiese al número mayor posible, hurtó al sueño del cuerpo cuanto le fué dado para con ello regalar el del espíritu. A vueltas de otras muchas y grandes asperezas y rigores, tomaba diariamente tres disciplinas, que le arrancaban copiosísimo llanto, hasta el punto de hallarse en peligro de la vista. Dormia poco, y sobre una mala estera, que fué el único lecho que para sí tenia reservado. Durante el dia y miéntras se continuó la edificacion del colegio, no faltaron seguramente ocasiones en que viniesen á interrumpirle

en sus devotos ejercicios á pesar de haberse relegado á un sitio de retiro; mas el siervo de Dios respondia á todos sin darles tiempo para hablar: «Andad que la obra marcha bien.» Introdujo en aquel pueblo el uso de la oracion, y los ejercicios espirituales de su padre S. Ignacio; muchas personas de Gandía, no solo seglares sino religiosos muy graves, y en particular muchas monjas, practicaron estos ejercicios, sirviéndoles de ejemplo sus mismos prelados y superiores, que los hacian primero. Fué tanto el fervor divino que por este medio se hizo nacer en las almas de aquellos naturales, y tan pasmosa la frecuencia de tales ejercicios, que solo el P. Andrés de Oviedo, y en un mismo tiempo, los daba á catorce personas; mas era forzoso, no obstante, sufrir alguna dilacion para ser admitidos en ellos, y era de ver la impaciencia con que se toleraba el menor retraso, dando tambien á las veces ocasion á mil porfías que fácilmente disculpaba la causa misma que las producia. Todo ello fué obra é industria del P. Andrés, el cual mudó en tal forma el lugar, cogiendo de esta semilla copiosísimos frutos, que con ser ántes sus vecinos y naturales no de muy buenas costumbres ni de vida concertada, aparecieron luego muy cambiados, confesando todos que no se conocian entre sí. Pero el siervo de Dios no podia carecer del manjar divino con que satisfacia á la necesidad del prójimo, y de vez en cuando solia retirarse á un aposento apartado dentro de la casa; y llevando consigo unos panes y un cántaro de agua pura, empleaba algunos dias en aquel recogimiento. Durante aquel tiempo enflaquecia, es verdad, su cuerpo con vigilias continuadas, ayunos rigorosos, silicios y fuertes disciplinas; pero tambien recreaba su alma con suave y regalada contemplacion. De gran provecho fueron para Oviedo aquellos devotos ejercicios, pues sacó de ellos un gran conocimiento íntimo de la grandeza de Dios, estudiando además la vileza y humildad de su persona, y dió al Señor un millon de gracias por haberle traido á la religion de los PP. de la Compañía: mas no siéndole posible prescindir de su humildad, en la cual se proponia adelantar á grandes pasos, se tuvo por indigno de ascender por los votos solemnes al grado superior de los profesos, é hizo á nuestro Señor promesa cierta de servirle en el oficio de portero, ó de cocinero, ó bien en cualquier otro de los más bajos de su instituto. ¡Esto sentia de sí, estimándose en tan poco el que por sus grandes prendas espirituales era estimado de todos! ¡Bien haya el poder y grandeza de la contemplacion divina! ¡Feliz el que se encuentra en tan gratas disposiciones, y mide con ojo sereno lo efímero de este mundo, que es cuanto nos rodea! ¡Ah si no fiáramos tanto en la misericordia de Dios!.... Siendo ya rector el P. Oviedo prosiguió el estudio de la teología, que aún no tenia acabado, y fué su condiscípulo el bienaventurado S. Francisco de Borja, duque á la sazon de Gandía, con quien se unia para repasar sus lec-

ciones y consultar sus dudas; á poco se graduó de doctor, y alentóle grandemente el franciscano Juan de Tejada para que continuase los estudios, diciéndole: que estudiase con cuidado, porque de ello habia de sacar mucho fruto; que andando el tiempo sería obispo, de un género tal de obispados que no podria rehusarlos la Compañía, y que despues habia de sufrir por Dios tan grandes trabajos que sería su vida un perpétuo martirio: todo lo cual sucedió al pié de la letra, segun luego veremos. Los consejos del franciscano hallaron fácil acogida en el ánimo de Oviedo, y continuó estudiando aunque sin dejar por eso de acudir á la salud de las almas con todo género de ministerios. Enseñaba la doctrina cristiana á los niños y á los negros con la mayor humildad y dulzura, y salia á recorrer la comarca á pié á fin de llevar el mismo provecho á los labradores y rústicos de ella. En cuanto á su alimento, por ser tan limitado, le obtenia fácilmente de limosna en todos los lugares por que transitaba. Regresando una vez á su colegio de Gandía, hubo de hacer alto en unos arenales por sentirse acometido de gran desfallecimiento; era que tal vez no se proveyó de lo suficiente, ó bien que durante aquella jornada no halló ser humano á quien rogar por el amor de Dios; pero cuando más apurado se hallaba, descubrió un ginete que corria hácia él, y apeándose éste al llegar, alargó al siervo de Dios pan y vino; luego tornó á montar y desapareció al punto de su vista, no obstante hallarse el Padre en una extensa llanura. Andrés, no obstante su decaimiento, vió en esto la mano del Señor, y quedó ya más confortado, no tanto por el sustento material, cuanto por el modo y forma con que Dios fué servido acudir en su auxilio. Tambien se empleaba en visitar á los enfermos y darles consuelo, y todos sacaron siempre gran fruto de sus palabras. Como prueba de los progresos que hacia en la humildad, diremos que en todas sus cartas se firmaba Andrés Publicano; que por su mano colocó algunas piedras en la fábrica; que plantó y labró por sí una viña para servicio del Colegio, plantando algunas cepas á devocion de los reyes de Portugal Don Juan III y Doña Catalina, á quienes escribió suplicándoles que rezasen cinco Padres nuestros y otras tantas Ave Marías por el buen suceso de aquella viña destinada para los siervos de Dios. Mucho agradó á los reyes tan santa llaneza, y contestaron á Oviedo con la mayor benevolencia, diciendo que rezarian aquello que habia pedido. Su rostro y el aire todo de su persona mostraban claramente la modestia y candor de su alma, y nunca al ir por la calle alzó los ojos del suelo. Yendo cierto dia de carnestolendas á tratar un asunto grave con el duque de Gandía, le arrojaron desde una ventana un caldero de agua, bañándole de pies á cabeza; mas el buen Padre con su tranquilidad proverbial y alegre semblante, sin volver la cabeza ni hacer demostracion alguna de pesar ó incomodidad, prosiguió su camino llegan-

do empapado al palacio del Duque. Al verle en aquella forma, y enterado del lance, recibió aquel gran edificacion con la mansedumbre del religioso; mas tambien sintió, y no poco, el que se hubiese tratado sin ningun respeto al que le merecia tan grande. En su virtud quiso proceder á las averiguaciones para castigar aquel desacato, ya porque lo era realmente, ya tambien por haber el Duque prohibido aquel año los disparates y burlas tan ajenos de la cristiandad y de las buenas costumbres, que en tales ocasiones se permiten; pero Oviedo apaciguó al Duque rogándole que hubiese consideracion á una cosa, y esta era el que á poca costa suya habian tenido aquel recreo. ¡Varon santo y eminentemente cristiano! La gracia del Señor era en él. Y la misma sencillez y pobreza que tenia para su persona, la misma usaba en todas sus cosas; en su aposento no tenia más libros que el Breviario, y cuando habia de predicar se iba á estudiar á la librería de la comunidad; tampoco tenia cama ni otro mueble alguno, excepto una humilde silla para sentarse. Su pureza fué angélica, y siempre cuidó con esmero de predicar esta hermosa virtud, llevando este cuidado hasta el punto de ir, terminada que fué una parte del colegio, recorriendo todos los aposentos de uno en uno, y en cada cual pidió al Señor que concediese el don de la castidad á todos los que hubieran de vivir en aquella casa. No ménos exacto y guardador de la obediencia, viósele en toda ocasion, cuando no se trataban cosas relativas al gobierno, sujeto á todos como un niño; pero donde más llevó al extremo, si tal puede decirse, esta cualidad brillante, fué en las órdenes que recibia de S. Ignacio, las cuales obedeció con ceguedad, declarándole en su cumplimiento cuanto meditaba interiormente; sin contar con que estaba pendiente de la opinion del Santo con la mayor seguridad é indiferencia. Un caso lo demostrará con mayor fuerza. Concibió Andrés deseos de consagrarse enteramente á la oracion por espacio de siete años, y esto retirándose á cualquier lugar desierto: comunicólo así al superior S. Ignacio, pidiéndole su parecer, y caso de aprobarlo, que le diese licencia para llevarlo á efecto. S. Ignacio no vino en ello por conocer bien la mucha virtud que Oviedo atesoraba, y por sospechar que fuese más bien una mala sugestion para estorbar el provecho de las almas; Andrés, sin embargo, continuó tan contento y sosegado como lo estaba ántes de recibir la respuesta. Pero lo que prueba mejor su virtud en el caso presente, es la carta que despues remitió al superior, diciéndole: «que habia recibido con »su carta singularísima alegría, porque la juzgaba dictada por Dios: y que »así estuviese cierto que no habria para él cosa más á propósito, ni más »útil que la que por ella le mandaba.» Añadia tambien, «que tenia tan »alegre y sosegado su espíritu, y tan rendido á un firme propósito de obe»decerle en todo, que si acaso por sus pecados faltase en algo del divino

»servicio, confiaba en la bondad de Dios que nunca seria contra la obe»diencia, ni romperia el más delicado hilo de tan soberanas ataduras.» San Ignacio se pagó mucho de tanto rendimiento, y le envió luego la profesion de cuatro votos. El enemigo comun de la humanidad no podia mirar sin desesperacion tanta virtud y perfecciones tantas; aquella humildad le ensoberbecia, aunque sintiéndose impotente para vencer tan hermosa abnegacion, y por eso le persiguió tenazmente de mil modos, empleando toda su infernal astucia. Pero Oviedo no habia temor á sus asechanzas, contando como contaba con el dominio que ejercia sobre sus pasiones, ayudado por el Señor, y nunca se halló á punto de darle la victoria. La fama de su santidad llegó muy pronto á esparcirse entre aquellos naturales, y se tenia por dichoso el que podia llegarle con las manos á sus vestiduras; pero quien más supo apreciarla y medir su extension, fué el santo duque de Gandía, que le trató mucho, y no hacia cosa sin consejo suyo. Con los heróicos ejemplos del rector no era maravilla que adelantasen en virtud los súbditos, y todos acudian fervorosos á la salud de las almas. Admiracion llegó á causar en los del pueblo tanto fruto y gobierno tan poco contrariado, y más la templanza, ó por mejor decir, el continuo y rigoroso ayuno á que se atenia Oviedo, porque su comida ordinaria la hizo consistir las más veces en un poco de pan seco y muy duro, añadiéndole por regalo ó sazon unas gotas de aceite y alguna sal. En el refectorio comun habia siempre colocadas dos mesas, y en una de ellas no se ponia más que pan y agua; en la otra se servia una racion tan moderada, que apénas bastaba á sustentar la naturaleza. Cada uno de los padres habia licencia para sentarse á la que más fuere de su agrado, y todos sin embargo acudian á la primera á ménos que alguno tuviese particular necesidad. No perdian ocasion de entregarse á todo género de mortificaciones; y en la oracion empleaban gran parte de la noche, poco satisfechos de la que ofrecian de dia. Algunas veces se salian del pueblo por cierto tiempo, yéndose á unos bosques ó montes vecinos, y ocultándose en aquellas breñas ó espesuras, se daban libremente á Dios, para dedicarse luego con más fruto al prójimo. Al cabo de algunos dias bajaban al pueblo, se iban á vivir á los hospitales entre los más enfermos y hediondos pobres, á quienes servian en todas sus necesidades, consolándoles y haciéndoles compañía, y por último los confesaban y ayudaban á bien morir. De allí salian á las plazas á enseñar á los niños y al vulgo la doctrina cristiana y los principios de la fe, y tambien á predicarles el Evangelio. No habia finalmente ocupacion ni ministerio en pro de las almas y del servicio de Dios, por humilde ó penoso que fuera, al cual dejasen de acudir solícitos y placenteros los súbditos de nuestro Andrés de Oviedo. En cuanto al fervor de las penitencias, fué necesaria la intercesion de S. Ignacio para

moderarlas, con el fin de que no llegáran á impedirse mayores bienes espirituales. ¡Imitadores fieles de tan gran modelo, su espíritu rayó á grande altura! A pesar de todo, no se satisfizo el siervo de Dios con el fruto que llevaba á los padres y hermanos estudiantes del colegio, sino que habia extendido su corazon á la Compañía entera; á los que no podia auxiliar con sus ejemplos y con su voz, procuraba hacerlo con sus cartas, como se verá en la que dirigió á los del colegio de Coimbra, y dice así: «Jesús. Carísimos Her»manos y Padres en el Señor nuestro. La suma gracia y paz de Cristo nuestro »Señor sea siempre en nuestro contínuo favor y ayuda. Amen. Una de vues»tras reverencias, de 22 de Setiembre, recibimos á 11 de Noviembre con otras »cartas de la India, y copia de una que iba para el P. Santa Cruz; y con todas »ellas mucho en el Señor nuestro nos consolamos, por ver las misericor»dias del Señor extendidas por tantas partes en tanta abundancia, dignán»dose de servirse de ese santo Colegio, segun el fruto que se coge ahí en Por»tugal y otras partes. Maravillosa cosa es ver cómo obra nuestro Señor, y se »difunde en las almas que á él solo buscan con amor. Y pues ellos, carísi»mos Hermanos, así procuran despojarse de sí mismos para dar entra»da á su Criador; siendo él tan liberalísimo, henchirlos ha de su divino »y suave amor; el cual si una vez gustásemos bien, con gran fuerza per»seguiriamos nuestro amor propio, el cual es tan apegadizo, que se esconde »hasta lo más interior, buscándose en todas las cosas. Si no, véase en el »apartar bien una sola intencion en lo que se hace, y hallaremos que, así »en el dejar el mal como en el hacer el bien, se mezcla el evitar nuestro »daño ó buscar nuestro provecho. Como lo más perfecto sea obrar por amor »sin interés de nuestra propia utilidad, ó padecer en tiempo ó en eternidad »por solo hacer la voluntad de nuestro Señor, poniendo en él entera con»fianza, desconfiando de nosotros mismos, en que consiste el obrar con »perfeccion; y entónces está el alma segura, porque nunca viene pecado »sino por confiar de nosotros mismos más de lo que debemos, ó confiar de »nuestro Señor ménos de lo que debemos. ¿Cuántas obras hay en que se »mezcla el propio amor? Cuando, por edificar ó no desedificar á otros, aun»que sean de los nuestros. Cuando, por no padecer confusion ó remordimien»to de la conciencia, ó sufrir alguna reprension. Cuando, por no desplacer »ó por contentar á nuestro superior (aunque se deben tener en lugar de »Dios, y no como de solo hombre tomar su mandado). Cuando, por algun »oculto favor ó ser espiritualmente amados. Cómo debemos mortificar el »afecto de ser alabados ó amados, teniéndonos (porque es justicia) por in»dignos de la gracia y consolacion y dignos de toda perfeccion, porque esto »es debido al pecado y la honra á nuestro Señor. Y dice un Santo: *Amo ne»sciri*, cuando por el gusto se halla en el obrar, ó por no carecer en la ora-

»cion de consolacion, ó por tener sensible devocion y consolacion, como »quiera que en todo nos debamos resignar en las manos de nuestro Señor, »holgándonos con la desconsolacion y tribulacion, porque la justicia dé á »cada uno lo que le conviene, y porque la honra y alabanza es debida á »nuestro Señor; pesarnos cuando somos alabados, por la injuria qué se le »hace á nuestro Señor, y á nosotros injusticia. Y lo mismo parece injusto »pensar en alguna complacencia ó estimacion. Y pues la justicia es virtud »de las cuatro cardinales ¿quién no procurará de ser justo? mayormente »viendo á nuestro Señor, que siendo inocente por haber tomado sobre sí los »pecados de todo el mundo, abrazaba las penas y holgábase con las injurias, como debidas á él, que se trató como gran pecador por el nuestro »personaje que tomaba; y así lo dice por David: *Longè à salute mea verba »delictorum meorum*; y entre los pecadores se fué á bautizar como peca»dor, *qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore ejus*. Y dijo á San »Juan, que lo habia de bautizar: *Sic decet nos adimplere omnem justitiam;* »aunque por otra parte le era gran tormento el padecer injurias, porque era »inocente y muy justo, y era injusto padecer el que nunca pecó. Tambien »fué muy justa nuestra Señora, que siendo tan purísima se tiene por es»clava de Dios; y siendo tan magnificada por santa Elisabet, refiere las ala»banzas á su Criador en el cántico del *Magnificat;* y cuando los santos ama»ban las persecuciones y las injurias, pienso yo que no solo era por la imi»tacion de Cristo y la virtud de la humildad, sino por verse tambien cons»treñidos de la justicia, por deberse la pena al pecador. Y aunque todas las »cosas sobredichas no se juzguen por pecado, ¿quién quita que no sean »amor propio las obras hechas con tantos respetos, y que así cierran la »puerta á nuestro Dios, con tantos impedimentos como ponemos de nues»tra parte, para que su Divina Majestad no obre todo lo que nos quiere »dar? Es cierto que el alma, que en todo busca á nuestro Señor, gran ne»cesidad tiene de sutilísimamente examinar y purificar su intencion, y co»nocer sus movimientos y afecciones á que es inclinada para haberlas de »mortificar; y así tomar la oracion ó meditacion por fin de alcanzar el amor »de nuestro Señor, y por ejercitacion del propio conocimiento y abnega»cion, procurando por la gracia de nuestro Señor de echar grandes raíces »de humildad, para que suban y crezcan las obras de amor, y alcancen »grandes coronas en el cielo, como dice S. Máximo: *Vis magnus esse in »cœlo, et magnus valdè, et valdè nimis esto, parvus in terra et parvus valdè, »et valdè nimis*, etc. Veo, carísimos Hermanos, que grandes cosas nuestro »Señor obra por ellos; y así vengo á juzgar que tienen grandes fundamentos »en sus almas de humildad, y con verdad buscan á nuestro Señor, despre»ciándose á sí mismos, por hallar el propio conocimiento y la margarita del

»divino amor, que todo lo hace dulce, y cuanto se padece por Cristo. Dulce »le era á la Magdalena la gran penitencia que pasó tantos años en una cueva »muy húmeda, *non facta gelu, nec victa pavore* (como dice el Petrarca de »ella) *namque fames, frigus, durum quoque saxa cubile dulcia ferit amor, »spesque alto pectore fixa.* Y no solo la penitencia y las injurias, como á los »apóstoles, que *gaudentes ibant à conspectu consilii, qui digni habiti sunt pro »nomine illius contumeliam pati;* pero á la misma muerte hace dulce el di- »vino amor, como testifica tanta sangre derramada por el amor de Cris- »to, el cual padeció con inmenso amor, porque fué amor infinito el que le »llevó á la casa de Pilatos y le hizo subir en la cruz. Y así no es maravilla »que adormeciesen los mártires en el padecer la sensualidad, si velaba su »corazon en contemplar la pasion del Señor, como decia la Esposa: *Ego »dormio et cor meum vigilat.* Y vemos que se adormecen los sentidos á un »dulce son; y la música de David tenia tanta eficacia, que tocando el salte- »rio se ahuyentaba el espíritu malo de Saul. Pues cuánto más tocándose la »arpa de la humanidad del verdadero David, sonando los huesos al desco- »yuntarse, ahuyentándose los pecados y temores de los que por él padecen, »viendo aquel tan gran amor del Señor, con que por ellos padeció, y tam- »bien por nuestra ingratitud, de la cual se queja por S. Bernardo, dicien- »do: *O homo! vide quoniam pro te patior. Vide pœnas, quibus afficior. Vide »clavos, quibus confodior, et cum sit dolor tantus exterior, interius est plan- »ctus gravior, cum te tam ingratum experior.* Ingratitud es no amar de todo »nuestro corazon á quien nos da á sí mismo y todo su santo amor para que »le amemos, sin tener él de nosotros necesidad, solo por nos enriquecer y »darnos su bienaventuranza por amor; pues nadie se escapa de amar, amán- »dose á sí mismo, ó á lo temporal, ó para lo que siempre durará. Y aquello »ama el hombre en que frecuentemente piensa. Locura es no pensar siem- »pre en las cosas del Señor, pues hay tanta ganancia y necesidad de »bien le amar; y sería muy fácil, si estuviésemos despojados de nosotros, »el pensar de continuo en Dios; y no solo fácil, pero muy dulce, como le es »fácil y dulce á un vano pensar de continuo en su vanidad. Pues ventaja »harán las cosas de nuestro Señor al que en ellas pensará de continuo. »De mí digo que tengo gran falta en amor, siendo ingrato y desamo- »rado con nuestro Señor. Pero ¿de qué me quejo, pues no salgo de »mi propio amor, que es el que pone impedimento al Señor? El por »su infinita misericordia quiera quitar de mi alma los impedimentos »que pongo á su Divina Majestad, y á todos nos quiera dar su gra- »cia, para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente cum- »plamos. En sus santas oraciones deseamos mucho ser encomendados en el »Señor nuestro. *Fratres bene valent, et se nobis commendant.* De Gandía á

»15 de Noviembre 49. *Vester in Christo frater minimus* — Andrés Publicano.» Despues de haber estado el siervo de Dios en Gandía por espacio de algunos años, se partió á Roma por órden de S. Ignacio, acompañándole en su viaje el santo duque Francisco de Borja, que ya iba resuelto á profesar en la misma regla. Tuvo por objeto la ida de nuestro Oviedo á la capital del mundo cristiano el haber juntado en Roma el santo fundador á todos los profesos de la Compañía, á fin de comunicarles las constituciones que hacia, y pedirles despues que le dejasen renunciar el cargo de general. No hubo entre todos aquellos padres uno que diese su voto para aquella renuncia, excepto el P. Oviedo; y extrañando todos su conducta, no pudieron ménos de preguntarle qué motivos tenia para obrar así. Nuestro Padre respondió entónces con gran sinceridad: «Porque nuestro Padre, que es Santo, lo quiere así.» Ni ¿cómo habia de dar otra respuesta? ¡Tan rendido y ajustado tenia su propio juicio al de su santo Patriarca! Pero viendo luego que todos los demás lo resistieron, se avino con ellos. En aquella ocasion mandó San Ignacio, segun tenia por costumbre á fin de ejercitar en la mortificacion á sus hijos, que diesen públicas reprensiones á los padres más graves, achacándoles los defectos más ligeros, aunque no llegasen á considerarse como faltas; pero habiéndoselas dado á todos, solo quedó Andrés sin que ninguno le dijese nada. Visto que fué por el santo Patriarca, llamó al ministro para inquirir la causa de aquel olvido, y éste le respondió que no habia hallado en el santo varon cosa á que poder asirse: S. Ignacio entónces le replicó que lo mirase bien, y que despues no olvidase el darle pública reprension como á los demás. Mucho caviló el ministro á fin de hallar siquiera un pretexto ó sombra de falta que poder achacar al Padre, y aunque tanto se desveló, no pudo encontrar más sino que en una cuestion levantó algo la voz Andrés; pero no teniendo otra cosa, decidió tomar de ello ocasion para reprenderle públicamente en el refectorio. Desde Roma pasó Oviedo de primer rector á Nápoles, llevando tambien oficio de superintendente el P. Nicolás de Bobadilla, uno de los primeros hermanos y fundadores de la Compañía. Oviedo se mostró en este gobierno tan admirable como en el de Gandía, cuidando con esmero de la observancia, aun tratándose de las cosas más sencillas; pero el superintendente, que era hombre de muy sólida virtud, juzgaba por la suya la de los otros, y le pareció que no era menester apretarles en cosas de tan corta entidad. Llegó el caso á oidos de S. Ignacio, y luego envió órden al superindente de que no se mezclase en nada, ántes dejase á Oviedo hacer lo que queria, pues estaba cierto que sabia gobernar muy bien el colegio, empleando el rigor que convenia á la disciplina religiosa. Por este tiempo pidió el rey D. Juan de Portugal al Padre Santo que nombrase un patriarca para Etiopía, y uno ó dos obispos que le sucediesen en el patriarca-

do y le auxiliasen en la reduccion de aquel dilatadísimo imperio. El Rey indicaba como patriarca al P. Juan Nuñez Barreto, portugués, y persona á la verdad de muy rara virtud, y en lo demás remitia á S. Ignacio, el cual señaló al P. Andrés de Oviedo, cuyas letras y santidad conocia bien. Mucho sintió nuestro Padre que le ascendiesen á tal dignidad, y procuró en cuanto pudo rehusarla; pero hubo de ceder al cabo, compelido á ello con precepto del Papa. En su virtud salió para Lisboa á fin de consagrarse allí como obispo de Hierópolis, y en nada se vió que le hiciese cambiar su nueva dignidad; acudia á las iglesias como otro cualquier religioso para administrar el sacramento de la penitencia, y no huyó las ocasiones de acudir con iguales auxilios á las casas de los enfermos. Por lo que hace á su humildad, no diremos que sobresaliese más en ella, puesto que siempre puso el mayor cuidado en atesorar el caudal riquísimo de tan noble virtud; pero séanos lícito creer que aparecia al presente más realzada en él, tanto más cuanto que era mayor tambien la altura en que le hallamos colocado. Si cuando tenia que salir á la calle iba tan solo acompañado de otro, como acostumbraba su religion, y ocultaba hasta donde le era posible las insignias de dignidad eclesiástica; si acudia al refectorio para servir á los demás; si entraba en la cocina y allí ejercia los oficios bajos que en tales departamentos se prestan; si barria por sí mismo la casa, y no dejaba en fin de prestar servicio alguno por humilde que fuese: ¿quién al considerar que era un obispo el que de esta suerte mortificaba su amor propio, si por acaso le tenia, no creerá que se excedió en cuanto á su humildad de otro tiempo? Pero aún hay más; porque tal vez se dará la sospecha de que todo esto pasaba dentro de casa, y á lo sumo podria trascender al pueblo, siendo por tanto menor el mérito: nada, sin embargo, más sujeto al error, porque siempre tuvo la devocion de lavar los piés y besárselos á cuantos huéspedes acudian al convento de Lisboa, y teniendo éste por entónces escasez de agua, iba el Padre por sí mismo á un pozo de las inmediaciones y volvia cargado con su cántaro de agua. Mas no por ello sufrió menoscabo alguno su persona en la estimacion pública, ántes experimentó mayor acrecentamiento y llegó á ser la admiracion de aquel pueblo. Miéntras se aprestaba su jornada para Etiopía, pidióle el cardenal infante D. Enrique, monarca luego de Portugal, que visitase su arzobispado de Evora, con el fin de ejercer en él los ministerios pontificales; y queriendo el Príncipe que su visitador apareciese allí rodeado de gran autoridad y esplendor, no hubo medio de hacer venir en ello al obispo Andrés, el cual habia de girar su visita á pie y acompañado únicamente de otro religioso de la Compañía, llevando en un jumentillo algunos libros y otras cosas necesarias. Lo más que el Cardenal pudo recabar del santo varon fué que llevase consigo un capellan, para que en todas partes publicase que

iba por mandado de S. A. á administrar el sacramento de la confirmacion; por lo cual dió el Príncipe órden secreta á este capellan de que cuidase mucho la persona del Obispo, ya cuando hubiera de atender á su alimento, ya tratándose de su hospedaje, y que obligase á todos los pueblos á salir á recibirle, acompañándole siempre los clérigos. El siervo de Dios, sin embargo, desbarataba en un momento los planes mejor combinados de aquel capellan, dejando burlado su exquisito celo: se negó á tomar cualquier genero de regalos; no quiso hospedarse en los palacios, sino en el hospital, confundido entre los pobres, y con ellos comió tambien. Tampoco admitió recibimientos ni acompañamientos; habia de entrar solo en los lugares, llevando por todo acompañamiento su mucha virtud, que era toda su autoridad. Si por casualidad se encontraba fatigado, no consintió otra cabalgadura que su jumentillo con albarda. Llegando á un pueblo de alguna importancia, cuya nobleza le tenia dispuesta una casa para servirle de aposento, adornada y aparejada cual su estado y calidad exigian, y tambien porque sabian era este el deseo del Príncipe Cardenal, le instaron vivamente á que la aceptase; mas el Obispo rehusó el ofrecimiento lo mismo que las instancias, asegurándoles que no aceptaria más posada que el hospital del comun. Grandemente admirados de su respuesta, le replicaron que no era aquel lugar conveniente á su dignidad, ni se habia visto nunca que un obispo se albergase en tales sitios. «No os dé cuidado, señores, repuso el siervo »de Dios, porque yo sé muy bien que el hospital es lugar muy honrado y »principal, pues en él se hospeda la santa pobreza, y no quiso escoger otro »mejor abrigo el sumo pontífice Cristo Jesús, hecho hombre, cuando vino al »mundo. Y si no han acostumbrado los obispos pasados albergarse en los »hospitales, no juzgo por inconveniente el dar yo principio á esta costum»bre.» Otra vez, y en distinto pueblo, llegó de noche al hospital, y no conociéndole el portero ó conserje, despidió al santo varon diciéndole que no tenia cama, y que fuese con Dios á otra parte; pero el visitador le contestó: «Poco importa no haber cama, porque bastante cosa es para mí estar entre los mendigos que piden de puerta en puerta, porque yo soy uno de ellos;» y diciendo y haciendo, se entró muy gozoso á dormir entre los pobres y en el duro suelo. Administraba el santo sacramento de la confirmacion en todos los pueblos y parroquias donde habia necesidad; y si al paso encontraba alguna poblacion pequeña ó cortijo apartado del lugar adonde habia de ir la visita, daba luego un rodeo, acercándose á los caseríos, y levantando la voz, invitaba á todos para que asistiesen á la parroquia ó el pueblo en que habia de administrar el santo sacramento de la confirmacion. En esto fué muy celoso el Obispo, sucediendo muchas veces el que le sorprendiera la noche en la iglesia; y aun cierto dia en que habia terminado su ministerio

en un pueblo, salieron á buscarle hasta la mitad del camino que conducia á otro, diciéndole que habia quedado un niño sin confirmar. Oir esto el santo varon y apearse del jumento para tornar á la iglesia, y confirmar al niño, fué obra del momento. Llegando á noticia del Cardenal Infante las obras raras y trabajos que pasaba su visitador, y tambien el mal trato que se daba, dió comision á una persona grave y de importancia para que se trasladase al lado del Obispo, y por fuerza ó valido de su industria le impeliese á recibir un trato autorizado, y á mirar por su salud y dignidad episcopal. Pero no fué tampoco más afortunado esta vez el Príncipe, y todas las artes de su enviado llegaron á estrellarse en la santa y bien cimentada virtud de Oviedo; el cual respondió «que no habia de tener otro trato de su persona del que »hasta allí habia tenido; y así que podia descuidar, porque él no pasaba otro »trabajo sino el que le daban en querer cuidar de él; que el Cardenal no ha»bia de querer que dejase de hacer aquel servicio á Dios, ni que mirase más »por su cuerpo que por su espíritu.» Con lo cual prosiguió en su santo y noble propósito el obispo Andrés de Oviedo. Pero llegó el tiempo de su ruta á Etiopía, y juntos la emprendieron para Goa tres varones de admirable virtud: el patriarca Juan Nuñez Barreto, Oviedo y el glorioso mártir Gonzalo Silveira, que iba por provincial de las Indias. El patriarca Juan Nuñez se quedó en Goa, donde murió. Andrés pasó á Etiopía con algunos otros, siendo muy bien recibido al principio, aunque estaba muy cambiado ya el emperador Claudio. La llegada de nuestro Oviedo habia sido augurada mucho ántes en Etiopía y Egipto, diciendo los mismos cismáticos que habian tenido revelacion de que iria á su imperio un patriarca enviado del Pontífice romano. El siervo de Dios se hizo muy pronto conocer disputando con los más célebres letrados de los abisinios cismáticos, en presencia del Emperador: mas, si bien los convenció, y hubo de salir á contestar por ellos el monarca con voces destempladas, parecióle á Oviedo mejor evitar aquel y otros inconvenientes que pudieran suscitarse, y determinó escribir un libro en que probó hasta la saciedad la primacía de la silla romana, refutando juntamente los principales dogmas de los cismáticos. Mucho se ofendió con dicho libro el pertinaz Claudio, y más aún con las demás diligencias que practicaba Oviedo, de cuyas resultas se convirtieron muchos caballeros de aquella corte, con algunos monjes y gente del pueblo; por lo cual se enojó de modo el Emperador, que hizo al punto llamar al santo Obispo, y le reprendió con palabras harto injuriosas, mandándole absolutamente que no tratase en cosas de religion con ningun vasallo suyo. Lleno el santo varon de fuego del amor divino, y libre de todo temor al poder de los hombres, porque estaba dispuesto á dar su vida por nuestro Redentor, respondió á Claudió con firmeza, que por nada en el mundo dejaria de cumplir con el oficio

de predicador de la verdad. «Yo, le dijo, muy poderoso Emperador, vine »á tu imperio para enseñarte á ti y á tus vasallos el camino de la verdad, »de que tan apartados andais y habeis andado, y á desengañaros que va »muy léjos de él el que no se rinde humildemente al Pontífice romano, su»cesor legítimo de S. Pedro y vicario verdadero del mismo Cristo. Juzga tú »si debo callar en negocio tan importante y obedecer ántes á tus manda»mientos que á los de Dios. Yo no dudo que ha de tener el primer lugar el »Emperador del cielo ántes que el de Etiopía, ni dejaré de hacer por cau»sa ninguna lo que está á mi cargo; mal responderé yo á Dios cuando me »pida rigurosa cuenta de vuestras almas, si por culpa mia llegaredes á vues»tra perdicion, ó por miedos humanos dejare de enseñaros lo que os im»porta. Amenázame con la muerte, pon en mí tus manos, hiéreme, quí»tame la vida, que más facilmente padeceré todos los males del mundo »juntos, que consentir que por mi dañoso silencio se despeñe al infierno el »menor de toda Etiopía.» Rugia de cólera el Emperador al oir respuesta tan animosa, y fué maravilla que no le diese muerte; pero le arrojó de su presencia con palabras muy afectuosas, y le mandó iracundo que no pareciese más en su presencia. El siervo del Señor sufrió resignado y humilde aquellas afrentas y desprecios; mas Dios volvió misericordioso por su honra. No habrian transcurrido dos meses desde este suceso, cuando sintió el Emperador sobre sí el castigo, sufriendo una derrota ignominiosa en su ejército, el cual fué completamente destruido, á pesar del número, y desbaratado por un contrario poco fuerte y ménos numeroso. El mismo Emperador recibió la muerte en aquel desastre, y despues le fué cortada la cabeza y puesta en una lanza con gran escarnio de sus enemigos: el capitan que á estos guiaba conoció, sin embargo, ser aquella victoria más que humana, y no quiso pasear triunfante en su caballo, ántes se apeó de él y tomó un jumento, como si quisiera indicar por esto que no las fuerzas humanas, sino el castigo divino del Emperador etíope le habia dado la victoria. Tal vez Dios habia revelado á su siervo Andrés lo que sucederia en aquel lance, porque, segun consta, dió al olvido las injurias de aquel monarca y corrió lleno de caridad á decirle que no librase batalla: otro tanto hizo con los portugueses que le acompañaron en ella, á los cuales aseguró que perecerian todos si se daba; pero como se vieron en mayor número rieron buenamente del aviso. Sucedió luego en el imperio Adamas, hermano del Emperador difunto, y hombre feroz é impío, enemigo capital de cuantos daban obediencia al romano Pontífice. El primer acto de su gobierno fué la prision del santo Obispo y sus otros compañeros, á quienes despues de mil agravios y afrentas aherrojó en el fondo de unos calabozos. Noticioso luego de que el campo de los turcos venia en su alcance, salió preciado

de animoso á su encuentro, y fué tambien deshecho como su hermano, aunque salvando la vida, gracias á la velocidad de su caballo. Los enemigos entraron á saco las tiendas de Adamas, y entre los demás despojos hallaron al Sto. Andrés y á sus compañeros en prisiones, porque el cruel Emperador los habia obligado á seguir tambien la suerte de su ejército; y si bien omitiremos ahora los malos tratamientos que recibieron, no podemos dejar de referir que prendieron los turcos fuego á la casilla en que estaba nuestro prisionero, el cual si escapó vivo, fué medio tostado, aunque muy contento y animoso, porque ya comenzaba á sufrir por el amor de Jesucristo, objeto constante y predilecto de todos sus deseos. — Escapado así milagrosamente, tornó á presentarse al nuevo Emperador, despues que fué reconocido por los abisinios. El monarca disimuló por entónces su rencor, pues era tiempo de fiestas y mercedes más que de prisiones y crueldades, y fingió agradarse con la vuelta de Andrés; mas poco le duró el disfraz, porque habiendo reducido Andrés en este tiempo á la fe católica muchas personas principales del imperio, montó en espantosa cólera el terrible Adamas cuando lo supo, é hizo que fuese llamado otra vez á su presencia el Obispo. Llenóle cual ántes de ultrajes é improperios, y concluyó por amenazarle, jurando horriblemente con que habia de imponerle un castigo ejemplar si en lo sucesivo tornaba á tratar con algun vasallo de sus dominios en cosas de fe. El Obispo se sintió lleno de un esfuerzo admirable, y le respondió que nunca le impedirian las amenazas de cualquier género y personas el predicar la verdad católica; y remontándose á medida que hablaba en alas del soberano espíritu, por quien deseaba dar su vida, ofreció al Señor en palabras afectuosísimas toda su sangre en defensa de nuestra fe romana. No es fácil que acertemos ahora á pintar el enojo brutal que se apoderó del príncipe al oir las palabras del siervo de Dios; solo diremos que, á no ser por la voluntad divina que detuvo su brazo, por no ser llegado el tiempo, quizás hubiera satisfecho los deseos de Oviedo, sirviendo por sí mismo de instrumento; cegado por la ira llevó su mano á la espada, que súbito brilló por el aire en su diestra, y al querer embotarla en el cuerpo del inerme Obispo se lo estorbaron la Reina y otros príncipes, deteniéndole el brazo. Pero el tirano se habia propuesto herir, y si no con el hierro, vino á herir con las manos, poniéndolas sacrílego sobre la persona de Andrés, el cual fué maltratado con bofetones y hechas un giron sus vestiduras. Los circunstantes corrieron de nuevo en su auxilio, y manifestaron extrañeza al ver que todo un Emperador se daba á tales extremos en la persona de un Obispo. Despues le mandó salir de su corte, y lo mismo á su compañero el hermano Francisco Lopez, que aún no tenia las órdenes, desterrándolos á un monte lejano, áspero, estéril y poblado de animales fieros, donde no habia espe-

ranza de aliviar la vida, ni consuelo alguno terreno; y más acá ó más allá no hubiera sido prudente el ir á buscar socorro para las fuerzas corporales, porque les mandó el monstruo, bajo pena de muerte, que no saliesen de aquel monte sin su licencia. Pero lo que más afligió al siervo de Dios fué que le quitáran el cáliz y los demás ornamentos, estorbándole de esta suerte celebrar el santo sacrificio, único consuelo en medio de sus trabajos. Permaneció nuestro Obispo ocho meses en aquel destierro, circundándole incomodidades y trabajos de toda especie, y tan grandes, que el hambre, la sed y la inclemencia del tiempo fué lo ménos rigoroso que sufrió. Su aposento era allí una cueva subterránea, abierta naturalmente, donde no habitó nunca ser alguno de nuestra especie, siendo, por el contrario, refugio de animales inmundos y ponzoñosos. La cama correspondia en un todo con su albergue, pues en todo aquel tiempo durmió sobre el duro suelo; el sustento se componia de yerbas silvestres y amargas en su mayor parte, sin otro aderezo que el que les daba la naturaleza; y en medio de tantos trabajos siempre tenia la muerte delante de la vista, merced á los muchos salteadores que cruzaban por aquellas breñas ó llegaban á esconderse entre ellas. — Al fin alcanzó el siervo de Dios su libertad, y de un modo extraño ciertamente. Queriendo una señora principal y unida en deudo con el Emperador visitar al santo confesor de Cristo en su cueva, fuese para ella la dama, y no bien puso los ojos, aunque léjos todavía, en la entrada del subterráneo, le pareció ver todos los alrededores cercados é iluminados con una luz y resplandor vivísimo, y le fué imposible continuar mirando con fijeza á la puerta de la cueva. Al pronto quedó suspensa y admirada; pero despues se sintió acometida de un miedo tan reverencial, que no vaciló ya en darle el respeto y sumision que se le debian. Retrocedió al punto en direccion á su casa, publicando á su paso los merecimientos del Sto. Obispo; mas hizo poca estancia en sus habitaciones, tal vez movida por secretos impulsos, y corrió al encuentro del Emperador, refiriéndole lo que habia visto, y por fin le rogó que sacase de aquel monte á un hombre para quien el palacio Real no era digna morada. Consiguió, en efecto, que el Emperador levantase aquel destierro; mas no por eso dejó de perseguir la verdad católica que predicaba el siervo de Dios, el cual por su parte continuó en sus conversiones con mayor celo y no menor fortuna para las muchas almas que ganaba. Levantó contra todos una terrible persecucion el tirano, aunque no le produjo gran resultado; de tal modo hubo Andrés impreso en el alma de aquellas gentes las verdades del cielo, que dijeron sin rebozo ser católicos y que profesaban la misma fe que el Obispo. Ciego de cólera el tirano, hizo venir á muchos ante su trono, con el intento de rendirles la voluntad, pero todo fué en vano; nada les arredraba, como nada tampoco les seducia. Subiendo entónces de

punto la cólera imperial, decidió valerse ya del castigo, para lo cual mandó que los viejos y ancianos de todo sexo, que no podian servirle como esclavos, saliesen desterrados de todo su imperio, y que los jóvenes y de noble linaje fuesen atormentados con penas atroces y aprisionados; hubo muchos de estos que perdieron la vida. En aquella ocasion tuvo lugar un suceso que nos recuerda algunos otros semejantes ocurridos en los primeros siglos de la Iglesia. Entre los que abrieron los ojos á la fe, por medio del Sto. Obispo, habia cinco esforzados varones que defendieron con mayor teson y valor que los demás las verdades de la religion católica, sin que hubiesen temor á la presencia de Adamas, á quien impugnaron en la suya. Contra estos en particular llevó su saña, haciendo que á su vista fuesen lanzados á las garras de cuatro feroces leones, que para mayor crueldad habia tenido sin comer hacia unos dias; pero ¡oh misericordia divina! apénas fueron llevados aquellos constantes y firmes abisinios á presencia de los leones, vinieron éstos á postrarse humildes á los piés de los mártires; y cuanto más excitados eran é irritados por sus guardianes para que acometiesen á las víctimas, tanto mayor alarde hacian de su mansedumbre, satisfaciendo su natural voracidad con lamerles tan solo las plantas. Admirado quedó y muerto de espanto el terrible Adamas, pero como tan obstinado se hallaba en el error, en vez de apaciguar dobló la furia contra sus víctimas, y les mandó desterrados como á malhechores, junto con los que por la misma causa gemian aprisionados, á provincias remotas, dándoles por su capitan, como dijo en tono de befa, al santo varon Andrés de Oviedo y un buen número de soldados, á quienes encargó les fuesen molestando por el camino y cuidasen de su guarda. La astucia infernal de aquel hombre llegó á comprender que sería para los santos mártires un favor inapreciable el dar su vida instantáneamente por defender las verdades tan arraigadas ya en su pecho, é ideó un suplicio más terrible y espantoso que la misma muerte; el contínuo padecer y sufrir los mayores tormentos. ¡Desdichado príncipe! ¡Lo que ménos debia ocultársele es que cuanto mayor y más lento es tambien más glorioso y acepto á los ojos de Dios el suplicio sufrido en reconocimiento de su infinito poder, bondad y misericordia! Comenzaron, pues, su jornada los fuertes soldados de Cristo, guiados en efecto por su capitan Oviedo. Grandes penalidades ofrecia el camino, por desierto y pedregoso en extremo; nada se hallaba en todo él para reparar las fuerzas corporales; todo aparecia inculto, estéril y despoblado. Ya habian caminado un buen espacio, contentos porque iban á padecer por Jesucristo; pero ya á causa del mal trato de sus guardas, ya tambien por ser muy largas las jornadas, faltándoles además en todas ellas el sustento, empezaron los cuerpos á desfallecer, á expensas en verdad del mayor aliento que cobrá-

ran sus ánimos. Así que muchos se quedaban tendidos por los campos; otros, queriendo animarse aquí, recaian algo más allá, y todos se encontraban transidos de hambre. Tan triste espectáculo no podia ménos de afligir el blando corazon del santo Obispo; y aunque él sufria de igual modo, el cuidado de sus hermanos le tenia olvidado de sí, y tal vez á esto debió algunas más fuerzas. No hallando en trance tan duro auxilio alguno de los hombres, solicitó rendido la gracia de Dios clementísimo por medio de la oracion, que todo lo puede y lo alcanza todo; y apartándose un poco de los compañeros, hincó sus rodillas en tierra, levantó los ojos y manos al cielo, clavando en el Señor su corazon, y dando paso á las lágrimas, pidió humildemente el socorro para tan gran necesidad. Sorteando habian ido hasta entónces las orillas de un rio caudaloso, y no bien terminó su oracion Andrés, vieron todos separarse las aguas de aquel rio, dejando en medio de su cauce una copiosa multitud de peces, de los cuales comieron una parte llevándose el resto. Despues que hubieron satisfecho su necesidad, y cuando ya disponia su jornada, empezaron á correr las aguas del rio con la propia regularidad que ántes, dejando uno y otro suceso estupefactos á los guardas; y si unos no dieron crédito á sus mismos ojos, creyendo más bien sueño lo que solo fué realidad, otros, aunque cismáticos, admiraron la fuerza del temor de Dios y la santidad de aquellas pobres víctimas, quejándose tambien de la tiranía y crueldad del Emperador, y antepusieron á la errónea ley de los abisinios la verdad de la Iglesia Romana. Por su parte los desterrados iban creciendo en fe, si esto era posible por lo ménos en algunos de ellos, dando gracias á Dios por sus grandes mercedes, y cantándole mil loores y alegrías. Muy luego corrió la voz de aquel milagro por toda la comarca, llegando, por último, á oidos del Emperador y de toda su corte; y fué causa poderosa para que ordenára la vuelta de los desterrados, como se lo instaron una y otra vez los notables del imperio. Cuando el siervo de Dios y sus compañeros tornaron del destierro, salieron á recibirles muchos católicos y cismáticos, deseosos en particular de conocer á un varon tan admirable y digno de veneracion, y esto fué causa de que Oviedo llegase á tratar mayor número de personas, de las cuales redujo muchas á la fe católica y obediencia al Papa. El Emperador, sin embargo, continuaba obstinado y ciego cual otro Faraon, sin que bastasen á moderarle tan patentes milagros; y sabedor de las nuevas victorias alcanzadas por el Obispo, halló extraño el que no hubiera tenido escarmiento su conducta, por lo cual determinó quitarle la vida. Al efecto le hizo venir á su presencia, y estallando en un furor desordenado cuando le vió: «Lo que no han podido »contigo, le dijo, tan repetidos destierros, podrá de una vez la espada, y »esta pondrá fin á tu pertinacia. ¿No sabes que puedo quitarte la vida infa-

»memente? ¿Pues por qué usas mal é irritas tantas veces mi clemencia? En »mis reinos yo tengo de ser obedecido y no tú. Ni es justo que con capa de »religion y piedad ofendas la suprema majestad que yo poseo, puesto que »la principal parte de esta virtud es reverenciar á los príncipes y guardar »sus leyes. ¿Por qué procuras apartar á mis vasallos, contra mi gusto, de »las santísimas costumbres y ritos de mis mayores? Pero pues á tantos avi»sos estás sordo, sea el último el más eficaz para que tú quedes reprimido »de nuevo, y yo vengado, seguro y satisfecho.» Dichas estas palabras sacó el impío furioso la espada, yendo á descargarla con ira sobre el cuello del santo varon, é inclinando éste su cabeza para que no errára el golpe, puestas sus manos cruzadas sobre el pecho, vió que no llegaba lo que tanto habia deseado: era que, sabiendo Dios regir el brazo ménos diestro siempre que quiere tomarle por instrumento de su justicia, supo desarmar en este caso el del Emperador, al cual se le cayó la espada de la mano, sin tener fuerzas para sustentar su peso. Mas viendo la Emperatriz la injusticia y arrebato de su marido, ya que no pudo interponerse cuando su primer acometida al Obispo, corrió presurosa al verle tomar de nuevo su espada, entre admirada y llena de espanto por lo singular del caso, y vino á colocarse entre la víctima y el verdugo, para recibir el golpe destinado al santo varon. Alzando luego la voz y levantando las manos, reprendióle animosa tanta locura, diciendo que iba á pelear con Dios, puesto que era el Señor el que guardaba la vida de su siervo con milagros tan patentes. Si esto no bastó para que el Emperador cediese en su cólera y abriera los ojos á la luz, fue sin embargo suficiente para que desistiese entónces de su loco y temerario intento, contentándose con desterrar otra vez de su corte al santo varon, al cual habian de seguir todos los portugueses: las mujeres é hijos de éstos quedaron retenidos por esclavos suyos. ¡Justa y desapasionada determinacion! Y ¿habrá descargo que la torne más disculpable, dándonos razon aproximada de tan tirano mandato? Descargo, no; lo que hay es que aquel hombre de voluntad tan desenfrenada tenia un odio capital contra nuestra santa fe, y en sus estados imperaba de un modo absolutísimo su menor capricho y autoridad, sin que nadie aventurase la más ligera observacion, ni ménos le permitiera dilatar el cumplimiento, si queria evitar mayores daños. Dispusiéronse todos para tomar el camino, y excusado nos parece añadir que en los semblantes de Oviedo y de su inseparable Francisco Lopez se retrataba el júbilo cristiano de nuestros primeros mártires; pero en cuanto á los demás, si bien todos marchaban unánimes en sentimientos de religion y amor de Dios, acatando cual debian la autoridad de su vicario en la tierra, fuerza es considerar que habia de abrumarles grandemente la separacion violenta que se les impuso de sus fami-

lias, pedazos del corazon que hacen al hombre aparecer dotado de ménos fuerza de voluntad y de abnegacion en casos como el presente: no obstante, su pena y desconsuelo hallaron alguna templanza en la admiracion y respeto que les causaba la vista de su prelado, en cuya compañía iban á padecer, y tal vez á morir por defender la doctrina de nuestra fe. ¡Vivo trasunto será este de los ejemplos ilustres que nos legaron los prelados y primeros fieles de la Iglesia, escritos con su propia sangre, para que nunca faltase en el mundo su memoria y su imitacion! El santo Obispo caminaba junto con su reducida grey haciendo con sus ovejas el oficio de amoroso pastor, y exhortándoles á proveerse animosas de la gracia de Dios, mediante la cual sufririan alentadas las penas presentes, y estarian dispuestas á desearlas mayores; les inculcó tambien el desprecio con que habian de mirar las amenazas del tirano, y áun sus tormentos, y concluyó profetizándoles que dentro de poco tiempo darian la vuelta á sus casas, castigando el Señor la dureza obstinada del emperador Adamas, pues que sordo á su voz y ciego á sus patentes milagros permanecia en el error. Cuando llegaron al lugar del destierro, se acercó al Obispo un soldado á quien Adamas ordenó que no se apartára un momento de Andrés, y osó pedirle su paga, atendido el trabajo que tuvo en guardarle; pero aunque no se le ocultó lo injusto de la peticion, respondióle el Obispo con tono humilde y lleno de bondad: «Yo, hijo »mio, no he concertado tu trabajo, ni sé qué paga te deba dar por los que »dices has pasado en este camino y en guarda mia. Pero aunque no está en »ninguna obligacion, te diera de muy buena gana alguna cosa si la tuviera. »Testigo eres tú que no tengo ninguna. Visto has en este camino mi pobre»za; un solo vestido tengo con que cubro mi cuerpo; en lo demás igual soy »con los más menesterosos mendigos.» Pero en nada movieron estas palabras, dichas con la mayor dulzura, al soldado; pues segunda vez le instó á que pagase su trabajo. Respóndele de nuevo lo mismo el santo varon; mas impaciente el guarda, y juzgando que malgastaba el tiempo en palabras, acudió á las obras, y poniendo sacrílego sus manos en el santo Obispo, le quita con violencia el roquete y estola que siempre llevaba, y echa despues á desandar el camino. En nada mostró el siervo de Dios hallarse turbado ni ménos se vió en su rostro señal ninguna de enojo por lo temerario y sacrílego del caso; ántes se mantuvo tan sereno y apacible como si de aquella suerte hubiera recibido un gran favor; solo abrió su boca, levantando los ojos al cielo, para pronunciar estas únicas palabras: ¡Ah, Señor! ¡Ah, Señor! Esta fué toda su venganza; pero tomóla Dios á su cargo, segun la recomendacion que le hizo su siervo. No bien hubo caminado el impío robador unas dos millas, cuando se sintió movido interiormente y arrebatado con violencia de una fuerza superior, y tornó á emprender con tal velocidad el ca-

mino que le separaba del santo Obispo, que más pareció á todos venir volando que corriendo. Poniéndose luego delante de Andrés, al cual dijo algunas palabras ininteligibles, le arrojó á sus pies lo que le habia robado, y desapareció al momento con la misma rapidez: hay motivos para creer que recibió del Señor un castigo terrible, porque despues no volvió á saberse de él, ni tornó á su casa, á pesar de las vivas diligencias que en su busca practicaron todos sus deudos. Tan grabado quedó este suceso en el corazon de los abisinios, que por mucho tiempo fué para ellos un proverbio el que nadie debia quitar cosa alguna á los padres con violencia, si no queria en pago de su atrevimiento desaparecer por los aires, como sin duda aconteció al miserable soldado. No tardó mucho en realizarse la profecía de Oviedo en cuanto á su extrañamiento de la corte imperial; porque habiendo descubierto Adamas que tramaba en su contra una conspiracion Isaac Barnagasso, levantó luego el destierro á los católicos, pidiendo tambien auxilio á los portugueses, á cuyo ejército acompañó el siervo de Dios y otros padres de la Compañía. Por dos veces fué deshecho y roto el campo del Emperador, y en la última se empeñó su enemigo en proseguir la victoria, llevándolo todo á sangre y fuego. Los padres de la Compañía, que se hallaban diseminados por diferentes sitios del real, hubieron de encomendar sus personas á la fuga que cada uno tomó del modo que pudo, y solo el santo Obispo y su fiel compañero Francisco Lopez, con otro cristiano, se quedaron en medio del contrario vencedor. Y cuando éste, poseido de su furor militar é insolente con la victoria, discurria por todas partes, asolando, robando y matando á quien quiera que se le oponia, vióse al santo confesor Andrés Oviedo circundado de turcos, y levantar el alma y las manos á su Criador. Así permaneció nuestro Obispo miéntras duró el peligro, sin que en todo aquel tiempo recibiera la más leve lesion, ni su santo compañero, sin embargo de hallarse ambos al descubierto y rodeados, como va dicho, de feroces turcos, ébrios ya con el olor de la sangre. Terminado que hubo su plegaria al Dios de las misericordias, miró alegre al P. Francisco Lopez, y levantándose le dijo: «Gracias al Señor, y sea siempre alabado su »santo nombre. Los demás padres y compañeros nuestros han caido en ma»nos de los enemigos, en cuyo poder ahora estan; pero no hay que temer, »porque las cosas tendrán con el favor divino próspero suceso. Pero entre »tanto ayudémoslos con nuestras oraciones para que nuestro Señor los res»tituya á nuestra compañía.» Tampoco esta vez fué en vano su pronóstico: fueron en verdad los padres cautivados por los turcos despojados de sus vestiduras, afrentados con toda suerte de injurias y muy maltratados en sus personas; pero en medio de su cautiverio les tendió el Señor su mirada benigna, haciendo que un abisinio, señor principal, demandase la libertad

de los cautivos al bajá general de los turcos, cuyos eran los prisioneros, y éste vino en concedérsela: así pues se vió realizado su vaticinio, y tornaron todos los padres y demás católicos al lado de su Obispo. Cuando ya regresaban juntos, despues de sosegado en cierto modo el furor de los soldados, no faltó uno que acometiese á Oviedo, el cual iba cabalgando en una mula, porque sus pies se negaban á darle el apoyo necesario; y tratándole á las primeras ignominiosamente, y echando luego una mirada investigadora aunque rápida sobre sus vestiduras, se resolvió no hallando en esto cosa que pudiera satisfacerle, á tomar la mula que montaba el prelado, pues que la consideraba como premio digno de sus proezas. Una vez decidido, y sin tener para nada en cuenta el respeto debido á la persona y dignidad del siervo de Dios, importándole además un ardite la compañía de algunos caballeros testigos del suceso, mandó con arrogancia á Oviedo que echase pié á tierra, y áun añadió algunas frases altamente injuriosas. Fácil nos será presumir qué partido tomaria entónces el humilde y santo varon; obediente al mandato en justa proporcion al imperio con que le fué hecho, dejó su cabalgadura, y sin mostrar enojo ni áun contrariedad en acciones ó en palabras, con el semblante tan compuesto y sereno como ántes prosiguió á pié su camino, aunque con gran molestia. Gozoso con su botin subió en la mula el soldado, muy ajeno del duro trance que le amagaba; creyó el cuitado llevar á su casa un objeto de plácemes, y al entrar por sus puertas salió á recibirle el terror; y espantoso, porque no bien las hubo franqueado, cayeron muertos á sus pies su mujer y dos hijos que momentos ántes esperaban alegres su vuelta. Pero tuvo el desdichado la feliz idea de ver en esto la mano del Señor, y todo afligido y apenado el corazon, corrió al encuentro del Obispo, postrándose á sus plantas, y hecho un mar de lágrimas le restituyó la mula, pidiéndole perdon de su atrevimiento. No se hizo mucha violencia el siervo de Dios para otorgársele, puesto que ya habia llorado la culpa del entónces penitente, y más tranquilo éste con la generosidad del prelado suplicóle que impetrase para él en sus oraciones el perdon de Dios, porque temia que siendo él el autor del pecado, no se detuviera ya la mano del Señor. El Obispo entónces le dirigió palabras de consuelo, aconsejándole que hiciese penitencia por su pecado, y le predijo además que no recibiria mayor daño, ni en sus cosas ni en su persona. El tiempo se encargó luego de mostrar la verdad de sus palabras, y el abisinio apareció en adelante en extremo rendido al santo prelado, al cual visitaba con frecuencia, llevándole algunos presentes, muy aceptos en verdad al paciente Oviedo, porque demás de ser humildes veia en ellos el sincero afecto de un alma rendida. Bajo malos auspicios para Adamas se habia presentado el año de 1562, y el Señor en sus altos juicios tenia dispuesto que muy pronto satisfaciese con la vida y pérdida

de su imperio los pecados con que tenia, por decirlo así, sobrecargada su triste ánima. Vencido al cabo por Isaac Barnagasso y los turcos, sus auxiliares, recogió como pudo su desordenado y pequeño ejército; y retirándose de la costa, se entró tierra adentro, procurando asegurarse allí y evitar lo mismo la liga de Isaac con los turcos que la ojeriza de los portugueses, vueltos ya contra él. Al año siguiente, por el mes de Febrero, murió pues aquel tirano, ciego en el error y afligido con las muchas calamidades de la guerra; mas fué ésta ocasion de mayores daños é inquietudes en el imperio, siendo como era forzoso darle un sucesor. Los parciales del difunto monarca aclamaron emperador á su hijo Mala Segueto ó Malac Seguet, al paso que Isaac y los suyos eligieron á un sobrino de éste. Así pues, quedó el imperio de Etiopía dividido en bandos y trabajado por las disensiones civiles, y no pudo ya adelantarse en el negocio de la reduccion de aquella tierra á nuestra fe. Por este mismo tiempo falleció tambien en Goa el patriarca Juan Nuñez; y cumpliendo en este punto lo dispuesto por el Santo Padre, entró á sucederle en el patriarcado de Etiopía el santo varon Andrés de Oviedo. Despues de tomar su posesion, comenzó el siervo de Dios con el celo y fervor que solia á tratar en la salvacion de las almas puestas bajo su amparo; y vió ser lo más conveniente por entónces, á causa de las revueltas del imperio, que ardia en guerras sin haberse podido dar un monarca, el retirarse con los cristianos que habia y con la mayor parte de los portugueses al reino de Tigraij ó Tigre, junto al célebre monasterio Abaguarima, que era de los más famosos de Etiopía y albergaba gran número de religiosos. Allí se recogió nuestro Oviedo con los suyos, deteniéndose en una humilde y pobre aldea, nombrada Fremona, la cual se hizo despues muy rica por haber merecido ser la depositaria de las cenizas de tan santo Patriarca y de sus compañeros. En aquel lugar permaneció ya por todo el resto de sus dias, que llegaron á diez y seis años, sin que en todo aquel tiempo viese el rostro á ningun emperador ni entrase en la corte. ¡Ni pudo ser otra cosa! Durante aquel espacio se enervaron de cada vez más las fuerzas del imperio, gastadas en sus luchas intestinas y de sucesion: y aunque habia muchos abisinios olvidados ya de sus errores y convertidos á nuestra santa fe romana, faltaba una cabeza principal, un señor de todo aquel reino, con quien se pudiera tratar de asunto tan importante como lo era el encomendado al siervo de Dios; no se hizo, por tanto, más que aplazar el remedio de aquellos males, aguardando mejores tiempos. Estos, sin embargo, no se hicieron sentir hasta pasados diez y siete años de la muerte de Adamas, en cuya época entró su hijo Mala Segueto á poseer tranquilamente el imperio de su padre. En tanto que al Etíope consumian las guerras civiles, y tal vez en justo castigo de la pertinacia con que rehusó la doctrina predicada por el santo patriarca

Oviedo, invadió el imperio un poderoso ejército de cafres, vulgarmente llamados galas, que todo lo arrasaron á su paso; y aquí talando los campos, allí demoliendo pueblos, y en todo lugar pasando á cuchillo al desventurado que osaba resistirles; do quier que afirmaron la planta no se vió más que sangre y ruinas, dándolo todo al hierro y al fuego. Tan por la mano llevaron su conquista aquellos bárbaros, que en muy poco tiempo se hicieron dueños de más de cien provincias, la mayor y mejor parte del imperio, no habiendo lugar, aunque insignificante, donde no se viesen sus armas demoledoras y dando al viento sus banderas. Los católicos que acompañaban á Oviedo en su humilde y mal protegida aldea de Fremona, comenzaron á sentir alguna afliccion al considerar que en un sitio de tan corta seguridad no escaparian á la furia del enemigo, siéndoles por otro lado imposible el trasladarse á otra parte, pues en todas dominaban ya los galas. Sobrecogidos de espanto acuden, como su último refugio, al santo patriarca Andrés de Oviedo, y entre medrosos y turbados le piden consejo. Lleno entónces el Patriarca del santo espíritu de Dios, comenzó á infundirles aliento, deteniendo con el suyo á los que estaban próximos á caer en la pusilaminidad, y les dijo que pusiesen con el mayor convencimiento todas sus esperanzas en la misericordia divina, porque haciéndolo así tendrian por cierta su ayuda, aun en medio de las falanges y escuadrones enemigos. Despues se retiró Oviedo á su ordinario refugio, que era el santo sacrificio de la Misa, durante el cual encomendó fervoroso á Dios el cuidado de aquellas gentes, sus ovejas queridas, y le rogó que las diera alguna luz para guiarse por el lado que debieran tomar. Sin duda atendió el Señor á sus ruegos, infundiendo en su espíritu la resolucion que le pedia; pues en cuanto hubo terminado el santo sacrificio de la Misa, salió para llevar al pueblo, que le esperaba ansioso, el consuelo de su afliccion; y dijo en alta voz que nadie moviese la planta de aquella aldea, ni diese entrada en su pecho al temor, porque habia seguridad de escapar todos al furor de los enemigos, quedándose en la humilde Fremona. Solo diremos, como prueba de que tuvo efecto aquella promesa, que habiendo los turcos primero y despues los galas recorrido con sus ejércitos toda aquella tierra, sin dejar en pié ciudad, pueblo ni aldea, y quemando hasta las miserables chozas, luego que hubieron pasado á cuchillo á sus infelices moradores, de todo sexo y edades, solo Fremona, con toda su humildad y exiguas proporciones, situada en campo abierto y cercada por las ruinas que el enemigo dejó en su paso, distante media legua de cualquiera de los lugares hollados por el feroz gala, no defendida además por la naturaleza con elevados montes, ni por el arte con murallas inexpugnables; solo Fremona, deciamos, quedó sin recibir la menor lesion, ni áun siquiera un agravio; cual si hubiera distado muchas millas de aquellos otros lugares,

ó permanecido oculta por un denso vapor. Tambien asaltaron el imperio otros varios ejércitos, poniéndole entre unos y otros en grave aprieto, hasta llegar casi al extremo de su ruina. Los turcos, que por entónces eran señores de las cosas del reino, se fueron tierra adentro, matando á unos y haciendo á otros sus esclavos; y en su poco envidiable tarea prosiguieron hasta el Tigre, donde los católicos refugiados en aquel reino tuvieron tambien buena parte en sus desastres y calamidades, teniendo por fin que huir al reino de Dambea. Llegada á Europa la noticia de estas guerras y de las turbulencias interiores del imperio de Etiopía, junto con las tribulaciones y penalidades acaecidas al santo Patriarca, envióle el papa Pio V un breve, en que le ordenaba salir de aquella tierra en cuanto hallase ocasion favorable, descargándole la obligacion que tenia de asistir en ella, y pasase cuando hubiera comodidad de poder hacerlo al Japon y á la China, pues allí emplearia con mejor éxito su celo piadoso. El siervo de Dios contestó al Santo Padre que solo tenia deseos de obedecer al vicario de Cristo; pero que, segun le habia parecido tambien á Su Santidad, era imposible, muy difícil por lo ménos, el salir con seguridad de Etiopía; que entre tanto mirase el Papa con entrañas cristianas si seria bien el abandonar sus queridas ovejas á la rapacidad de los lobos que andaban en su acecho, porque además de los cristianos que tenia recogidos en Fremona, habia otros muchos esparcidos en distintos lugares del imperio, los cuales solian acudir en busca del sustento que les daba la doctrina cristiana y sus santos sacramentos; que por su parte no cesaba en la predicacion de Jesucristo, ya desde el púlpito, ya en medio de las disputas públicas ó privadas, y áun por medio de los libros que escribia contra los errores de aquella gente. Cierra luego su carta con esta cláusula, que retrata su envidiable humildad: «De lo que Vuestra »Santidad juzgare en esto, le pido me quiera avisar. Y cuanto á lo que á mí »me toca (Santísimo Padre), yo estoy aparejado por la gracia de Dios á »hacer vuestra voluntad, ó quedando, como ahora estoy, en Etiopía, ó para »ir al Japon, ó para donde Vuestra Santidad mandare, aunque sea á los »turcos, ó para deponerme de la dignidad patriarcal y que sirva á mis Pa»dres de la Compañía de Jesús, ó para que sirva á Vuestra Santidad en su »cocina ó en cualquier otro ministerio que quisiere.» Miéntras venia ó no la resolucion del caso, continuó el Patriarca ejerciendo con el mayor celo en favor de su grey los oficios de su santo ministerio, y respecto de los cristianos ausentes les enviaba, siendo grande la distancia, algunos Padres que les administrasen los santos sacramentos. Las horas que le dejaban libres la oracion y predicacion, y despues de celebrar misa, con los demás empleos á que se dedicaba por razon de su dignidad, las solia gastar escribiendo algunos libros y tratados de fácil comprension en contra de los errores

de Etiopía, y en su idioma, al cual tradujo asímismo algunos libros que acerca del propio asunto llegaban á Portugal, por cuyo medio quiso tambien subvenir á las necesidades de su grey. En cuanto á los otros ejercicios de su ministerio, acudia por sí mismo al lado de la persona ó personas que los habian menester, y cual Padre amoroso les prodigaba sus consuelos espirituales y corporales; visitaba igualmente á los enfermos, daba sepultura á los difuntos, y con su presencia, en fin, no se echaba ménos la falta del más celoso cura de almas. Empresa es por cierto superior á nuestras fuerzas el explicar lo mucho que trabajó el insigne Andrés de Oviedo por unir á la cabeza de la Iglesia Romana los esparcidos miembros que halló en Etiopía, á fin de formar con ellos un solo y numeroso rebaño, objeto preferente de su deseo, y en las alas del cual voló desde los últimos confines de Europa hasta aquellos dilatados dominios. Extraño por completo al idioma que allí se usaba, y ya hombre de edad avanzada, no la más á propósito en verdad para dedicarse al estudio de las lenguas, se aplicó, no obstante, á conocer y profundizar la de los abisinios, porque vió ser aquel el único medio de andar acertado, y de no haber necesidad de intérpretes; y tal fué su constancia y los progresos alcanzados en su estudio, que pronto llegó á dominarla, empleando la mayor precision y las formas más elegantes. — Dejamos ya sentado que, tratándose de los cristianos ausentes en lejanas provincias, les enviaba algunos Padres de la Compañía, con objeto de que acudiesen á suministrarles el sustento del espíritu; mas en cuanto á los diseminados por los lugares comarcanos de Fremona, iba en persona el Sto. Patriarca á visitarles, haciendo muchas veces diez y más millas á pié. Pero atender al cuidado de sus ovejas, ocurriendo á todas sus necesidades espirituales, cosa es propia de un celoso pastor, que no ha por norte de su conducta sino la virtud y caridad evangélicas, en lo cual no cedió seguramente á nadie nuestro Oviedo; lo que tal vez no practicaron muchos fué la caridad cristiana, la que enjuga el llanto de las necesidades corporales, la que ensancha en fin el espíritu, llenando de alborozo á las gentes. Así le vemos salir de su casa á menudo, casi cubierto de andrajos y á pié, yendo luego de aldea en aldea á pedir limosna allí donde ve una puerta, y tornar despues con las dádivas de los católicos sobre sus hombros para distribuirlas gozoso entre los pobres de Fremona: en una de estas salidas fué acometido por muchos elefantes, salvándose de ellos por milagro. Tanta virtud y sublime abnegacion no podian ménos de atraer sobre el siervo de Dios su santa gracia, colmándole, segun hemos referido en parte, de favores singularísimos, los cuales regocijaban el alma de Oviedo con inefables dichas. A este número pertenecen los innumerables milagros que el Señor obró por su intercesion ó causa suya; y si, por evitar mayor prolijidad y huir de algunos otros escollos en

que pudiera dar nuestra frágil nave, no pasamos á detallar cada una de las maravillas que Dios permitió durante la vida de su siervo y en obsequio suyo, debemos, no obstante, á su memoria la relacion de algunas mercedes divinas, siquiera sean de las puestas al alcance de nuestra pobre razon humana, ya que en nuestros dias no escasea, por desgracia, el número de los que todo lo ven por tan reducido y falaz prisma. — Habiendo llegado á noticia del Sto. Patriarca que se hallaba enfermo un hereje á quien en vano habia procurado reducir á nuestra santa fe católica, apostólica, romana, el cual yacia doliente de una enfermedad que envolvia contagio y peligro de muerte, siendo además en extremo sucia y asquerosa, hasta el punto de abandonarle todos sus deudos, amigos y familiares por temor de arriesgar sus personas, se dirigió á Oviedo á casa del enfermo resuelto á darle por sí mismo cuantos servicios reclamase su estado. Al punto que entró en ella acudió con la mayor solicitud á todas las necesidades del cuitado, y se convirtió en cocinero suyo, condimentando y sazonando con sus propias manos el alimento que habia de tomar, y que muchas veces le llevó á la boca. Él le hacia la cama, volviéndole y tornándole de uno á otro lado; se abrazaba á su cuerpo cuando era menester levantarle de la cama; le aseaba contínuamente espiando vigilante la menor segregacion; barria toda la casa, empezando por la habitacion del enfermo; lavaba tambien por sí mismo los paños y lienzos con que se habia cubierto aquel, y limpiaba finalmente los vasos y cualquier otro género de viles instrumentos, necesarios siempre á un enfermo. Nada de cuanto pudo necesitar el enfermo, ó exigir la calidad de su mal, llegó á faltarle en aquella ocasion; todo lo debió á la heróica virtud del santo varon, el cual se empleaba gozoso en todos aquellos servicios, mostrando la mayor puntualidad y dejando adivinar por su semblante el júbilo interior que sentia al verse tan bien ocupado. Mas tuvo por acaso algun momento de ocio, instante no más en que el enfermo se hallaba reposando ó no habia necesidad de su auxilio, y aquel lo empló diligente en rogar á Dios por la salud espiritual y corporal del hereje, teniendo la suerte de ser escuchada por el Señor su plegaria. Movido quedó el enfermo con tan extraordinaria caridad que nunca vió en sus sacerdotes. Al verse asistido por el mismo Patriarca, fué poco á poco abriendo los ojos á la luz del cielo, hasta llegar al conocimiento del error en que habia vivido, y entónces abrazó alegre las verdades de nuestra santa fe, rindiéndose por completo al santo prelado, el cual le instruyó en los santos principios, siendo médico de su alma, como lo habia sido de su cuerpo. Así sucedió en efecto, y el rebelde cismático permaneció asido á la fe catolica en la cual murió.—En muchas otras ocasiones experimentaron aquellos naturales el fruto alcanzado por la oracion del siervo de Dios. Cargando un año en Etiopía una plaga

fuertísima de langosta, tanto que al cruzar en bandadas los campos llegaban á nublar el sol, desgajando los árboles do posaba, y haciendo en todas partes una tala espantosa, sin dejar fruto para el sustento del hombre ni aun de las bestias, acudieron desolados los etíopes, católicos y cismáticos, al comun remedio de sus tribulaciones, que era el Patriarca. Condolido éste de su desgracia y puesta en Dios toda su confianza, juntó en el templo á los católicos, comenzando á cantar las letanías, y rogó al Señor y su santísima Madre pusieran remedio en aquella desgracia. Miéntras el santo varon y los suyos oraban fervorosos en el templo, íbase disminuyendo el crecido enjambre de tan vil insecto destructor, cayendo muertos unos sobre otros hasta formar en muchas partes elevados montones; y no bien se terminaron las preces, cuando no volvió á aparecer langosta alguna con vida: por donde vemos los merecimientos del siervo de Dios y la gran eficacia de su oracion. Pero no da fin aquí esta prueba que el Señor dió á Oviedo de lo mucho en que tenia sus menores ruegos, y por un efecto grande de su infinita misericordia, que quiere la conversion de todo pecador contrito, hizo más extensiva la merced otorgada á su siervo por cuyo medio esperaba ganar muchas almas para su reino. Estando aquella tierra naturalmente sujeta en cada un año á sufrir la invasion del terrible enemigo, nunca más volvió á presentarse en ella, durante la vida del santo Patriarca: merced fué esta muy notable, por cuanto allí se tenia aquella plaga por uno de los efectos naturales del suelo, y á ella se rindieron por cierto muchos corazones rebeldes, que no pudieron dejar de conocer la bondad y excelencias del Señor y la ingratitud de sus pechos. De esta suerte dejó Oviedo perfectamente cimentada la doctrina que predicó, y la fama de sus virtudes como su santidad volaron esparciéndose por las tierras más lejanas del imperio. Así que fué entónces muy comun el ver que de todos lados acudia multitud de gente, en su mayor parte católicos y cismáticos, para admirar de cerca lo que de léjos les traia tan llenos de admiracion. Muchos se iban al Patriarca resueltos á oir de su boca las verdades que nunca oyeron de nuestra fe, y algunos de ellos la abrazaban perseverando en ella con admirable constancia; mas otros, que no se resolvieron á lo mismo por temores humanos, ó mejor todavía por no haber sonado para ellos la hora de su gracia, se tornaban muy satisfechos á sus lares con la vista del fiel soldado de Cristo. Pero lo que más cautivó á unos y á otros fué la rara caridad del siervo de Dios, aun tratándose de las necesidades temporales del prójimo, segun dejamos apuntado. En una de las varias ocasiones en que más extraordinaria fué la concurrencia de forasteros, ansiosos de contemplar al santo Patriarca, aconteció el caso siguiente: llegó á noticia del celosísimo Andrés que existian en el pueblo unas personas faltas por completo de humano recurso para adquirir el sustento, llegando

al extremo ya su necesidad; y aunque Oviedo no tenia cosa que le perteneciese y pudiera salvar aquella desgracia, á ménos que se desposeyera de un buey que le servia para llevar de uno á otro pueblo los ornamentos y recado de Misa, cuando tenia que salir á girar sus visitas, no reparó un momento en la falta que pudiera hacerle para el caso, y luego le mandó matar y repartirle entre los necesitados. No faltó quien avisase á nuestro Oviedo, cuando le oyó dar el mandato, que debia mirar ántes el menester que habia de aquel animal; pero el siervo de Dios respondió con dulce mansedumbre y usando de espíritu profético: «Deja, hijo, que hagamos ahora esta »obra de misericordia, que yo te prometo que mañana nos la ha de pagar »el Señor muy cumplidamente.» Al otro dia recibió el Patriarca de manos de un señor, aunque cismático, apreciador noble de los sentimientos virtuosos del prelado, cuarenta vacas y ochenta piezas de lienzo, con otras muchas cosas que el siervo de Dios repartió á los pobres; todo lo cual le habia remitido el caballero por la admiracion que le causó el rasgo sublime de caridad y abnegacion cristianas que tuvo el apostólico varon Andrés de Oviedo. Mucho podriamos extendernos, refiriendo casos diferentes en los que brilló esplendorosa en manos de nuestro Patriarca la antorcha de la caridad; pero basta á nuestro propósito el añadir que para ejercerla siguió constante las huellas de los Santos y de los prelados insignes de nuestra Iglesia, que más se distinguieron en su virtud. Fué su norte un S. Gregorio Magno, el cual no consiente el vestido propio, si de él carece el prójimo; un S. Bernardo que sufre cruelmente en su piedad si ve que los eclesiásticos, y más señaladamente los prelados, mantienen cubiertas las paredes de su morada, miéntras haya pobres gimiendo en la desnudez; y ahitos sus caballos y sus perros cuando tienen hambre los mendigos. Estos y no otros habia elegido por modelo nuestro Oviedo, llegando una vez hasta dar el alba con que habia de celebrar el santo sacrificio de la Misa, siguiendo la doctrina de nuestro gran padre S. Agustin, por cuyo medio halló rescate para la vida de un hombre. El Señor le recompensó largamente en el caso á que nos referimos, como en los demás expuestos y otros muchos que omitimos, enviándole por medio de un caballero gran copia de lienzo con que poder ocurrir á esta y otras necesidades del altar. Si de cuanto recibió en todo género de limosnas, que fueron cuantiosas y de gran precio, nada reservó para si, ántes lo repartia al punto entre sus hermanos necesitados; probó con ello el raro y entrañable amor que profesó á nuestro Señor Jesucristo, cuya pobreza le obligó á despojarse de todo, no consintiendo que hubiese persona tan necesitada y pobre como él. La casa en que por espacio de diez y seis años habitó en Fremona, más que palacio ó casa patriarcal se asemejaba á una choza ó cabaña humilde. Su forma era circular; las pa-

redes eran de adobes y cieno ó lodo mal amasado, y la techumbre compuesta de pajas. El espacio que ocupaba no excederia de unos veinte palmos de hueco, y en el interior de esta casilla no se divisaba repartimiento alguno ni division: todo se hallaba patente desde la entrada. El mobiliario armonizaba grandemente con la humildad de la estancia, sirviendo de mesas unas tablas groseras, sostenidas por algun tronco de árbol sin desbastar, ó apoyadas en cestos de mimbres. Toda su pobreza, en fin, era evangélica, aunque mejor fuera decir que era una riqueza encubierta á la codicia mundana. Habiéndole faltado en tiempo de las guerras el socorro de algunos portugueses piadosos y otras almas caritativas, se vió el siervo de Dios en la necesidad de ganar con sus manos y el sudor de su frente, surcada ya por los años, el sustento que habia menester para sí y sus hermanos. Hízose, pues, labrador el santo varon, y con un par de bueyes ó búfalos que le prestaron, se puso á labrar la tierra, que despues sembraba de cebada, á fin de remediar con tan vil cosecha el hambre de sus pobres: en cuanto á la suya no puede afirmarse que la sintió alguna vez, pues que su alimento lo hacia consistir en una especie de semilla, muy abundante en aquella tierra y parecida al mastuerzo, de la cual se le hacian unos panes sabrosos en extremo para su gusto. Su vida entera fué un prodigio continuado de toda clase de virtudes, como lo testificaron los mismos abisinios cismáticos, entre los cuales hubo señores muy principales que así lo reconocian, y que hubieran seguido abiertamente su doctrina á ser no tan pusilánimes y apegados á su vida y haciendas. Y si tan admirable en virtud fué su vida, ¿cómo no habia de serlo tambien su muerte? A los sesenta años de edad se encontró Oviedo muy pesado y achacoso, no tanto por el tiempo como por los trabajosos azares de toda su vida, y el mal trato que dió á su cansado cuerpo. La mayor molestia que padeció, y por muchos años, fué un terrible mal de piedra acompañado de intensos dolores, el cual le llevó por fin al sepulcro. Pero en medio de sus padecimientos, y falto de medios con que mitigar dolores tan acerbos, halló consuelo en la memoria de Cristo crucificado, alentándose con ella de modo que no parecia sentirlos. Llegaron, sin embargo, á recrudecerse, ya á causa de la extrema debilidad del cuerpo, ya tambien por la carencia de medicinas y convenientes cuidados. Presentes se hallaban á uno de aquellos frecuentes y terribles accesos algunos compañeros suyos y otros cristianos, los cuales se movieron á compasion viendo lo mucho que sufria el enfermo; y estando ya para espirar se pusieron todos en oracion á fin de que Dios librase de tanto mal á su Patriarca, llevándole pronto al reino de los cielos para recibir el premio de sus merecimientos. Oyéndoles entónces Oviedo su plegaria, aunque entendió bien el afecto que le demostraban, se volvió á los circunstantes con rostro alegre y sosegado, y con

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BADAJOZ

la misma eficacia y mesura que cuando sano, les dijo: «Dejad, hijos mios, »esas razones y esas oraciones, ó mudad vuestra peticion y afecto en otro »que más me convenga en esta hora. No pidais á Dios que para quitarme »los dolores me quite la vida, ántes le rogad intensamente que me la dé »más larga, para que ellos me aflijan más; y juntamente le pedid que me »dé mucha paciencia para llevarlos con ánimo igual y aun con alegría. Sabe »el mismo Señor, por quien padezco, cuán pronto admitiré perseverar »treinta años contínuos en esta grave enfermedad y en sus terribles penas, »si fuese este su gusto, y padeciendo yo os pudiese aprovechar y servir en »algo. Dejad á Dios que haga lo que á Su Majestad más le pluguiere; y no »permita el mismo Señor que yo quiera otra cosa de lo que él quiere, ni »que mi voluntad se extienda más de lo que se extiende la suya, ni que mi »deseo sea que estos graves dolores se acaben con la muerte. Si él gusta que »yo viva, para que ellos más me martiricen, olas son estas que cuando más »combaten mi cuerpo, más acercan el alma á la orilla; y no se debe temer »por tempestad la que, aunque con trabajo de la nave, finalmente la pone se»gura en el puerto.» Y volviéndose á razonar con Dios, se le ofreció todo en holocausto de su abrasado amor, poniéndose en sus divinas manos. Despues recibió todos los sacramentos, y entre el deseo, por una parte, de sufrir más, y por otra de gozar las delicias de la bienaventuranza, entregó su espíritu al Criador el dia 14 de Setiembre de 1577 á los sesenta años de edad y treinta y seis de Compañía. En Etiopía vivió, segun el P. Godigno, veinte años; pero siguiendo el cómputo del P. Saric, ascendió el tiempo de su permanencia en aquellas latitudes á veintitres, y murió en 1579. Sus restos mortales fueron luego sepultados por sus compañeros, con grandes muestras de afliccion y de respeto, y aun los mismos herejes lloraron su pérdida en todo el imperio. Dejó algunos escritos, de los cuales apunta Sotwel los siguientes: *De Romanæ Ecclesiæ primatu deque erroribus Abissinorum, idiomate æthiopico, ut conjectura est, translatum.—Multa item ex aliis linguis in Æthiopicam seu Abissinam transtulit apta firmandis catholicis, et schismaticis reducendis scripsit*; y dos cartas de los años 1566 y 68, que insertó el padre Fernando Guerrero en una de sus obras, *De Abyssin. rebus.*—C. de la V.

OVIEDO (V. P. Fr. Antonio), religioso franciscano de la provincia de Castilla; fué de misionero á América, y hallándose predicando la fe católica á los indios goigonas le quitaron la vida á lanzadas, y despues de muerto le serraron el cráneo, de que hicieron un vaso para beber. Fué su martirio el 17 de Setiembre de 1652. — S. B.

OVIEDO (Francisco de). Nació en Madrid en el año de 1602, é ingresó en la Compañía de Jesús á los diez y seis años de edad. Despues de haber enseñado las humanidades y la filosofía, fué nombrado profesor de teología

moral en Madrid, cuyo cargo llenó cumplidamente, como otros muchos, hasta el dia de su muerte, ocurrida en 9 de Febrero de 1651. Dejó escritos: *Integer cursus philosophicus ad unum corpus redactus, in Summulas, Logicam, Phisicam, de Cœlo, de Generatione, de Anima et metaphysicam distributus*; 2 volúmenes en fólio; Lugduni, sumptibus Jacobi et Petri Prost.; 1640. — *Tractatus Theologici, Scholastici et Morales, respondentes* 1.æ 2.æ *D. Thomæ.* Lugduni, sumptibus hæredum Petri Prost. Philip. Borde, et Laurentii Arnauld, 1646, en fólio. — *Tractatus Theologici, Scholastici et Morales, de virtutibus Fide, Spe et Charitate, cum triplici indici:* Lugduni, sumptibus Philip. Borde, Laurentii Arnauld et Claudii Rigaud; 1651, en fólio. — C. de la V.

OVIEDO (Isabel de S. Pablo ó de). Nació en Madrid en el año de 1584, y se bautizó en la parroquia de Santiago el dia 22 de Diciembre del propio año. Fueron sus padres Juan de Oviedo Sigonei, natural de Bruselas, ayuda de cámara y grefier del señor rey D. Felipe II, y Doña María de Lujan, de la antigua casa de su apellido en Madrid (los Lujanes). Isabel tomó el hábito de religiosa agustina recoleta en el Real convento de Santa Catalina de esta villa, cuando aún estaba situado en la calle del Príncipe, en donde se habia fundado, y profesó en 28 de Febrero de 1605. Concedióle Dios á Isabel un don tan especial de contínua oracion, que se tuvo por cierto no daba paso ni tomaba una migaja sin actual consideracion, y de aquella suerte obtuvo por ella grandes efectos de caridad, que practicó entre sus hermanas con tanto provecho como admiracion. No debió apreciarse en ménos su humildad, que probó desde el punto mismo de su entrada en el monasterio hasta que pasó á recibir el premio de sus virtudes. Llegando, pues, á noticia de la venerable madre Mariana de S. José, fundadora del Real convento de la Encarnacion, las buenas prendas de Isabel, y el colmo á que las habia elevado, la sacó de su convento y llevóla consigo á la nueva casa, donde prestó su asistencia hasta dejar ya bien arraigada aquella nueva planta, volviéndose luego á su convento de Sta. Isabel. Cierto dia en que salió de orar, sacó tanto espíritu de aquel acto, y tal fué su vehemencia avivada por el divino fuego, que sintió rompérsele una vena; y tomando alguna sangre de la abundante que corria, empezó á escribir con ella, prometiendo á Dios para en lo sucesivo obrar en cuanto hiciere con arreglo á la mayor perfeccion que el Señor fuere servido. No consta de la historia el dia cierto ó presunto de su fallecimiento, ni el lugar en que ocurrió. — C. de la V.

OVIEDO (P. Fr. Juan de la Concepcion ó de). Nació en Madrid, y su calle de Jacometrezo, á 13 de Febrero de 1702, y recibió el sacramento del bautismo en la parroquia de S. Martin el dia 21 del mismo. Fueron sus pa-

dres D. Juan de Oviedo Monroy y Portocarrero, natural de Trujillo, gentilhombre de la casa Real y del Consejo de Hacienda, y Doña Isabel María Escuazafigo y Centurion, natural de Barcelona. Desde niño mostró con su aplicacion que habia de merecer despues el nombre que se le daba de *Monstruo de sabiduría y elocuencia*. Poco más tendria de diez y siete años cuando tomó el hábito del Cármen descalzo en el convento de S. Hermenegildo de Madrid, y tuvo el noviciado en Pastrana; pasando luego á Alcalá, donde el P. General le hizo lector de filosofía, y despues la religion lector de teología y escritor público de ella. Fué secretario general, calificador de la suprema Inquisicion, consultor del Sermo. Sr. Infante cardenal D. Luis, individuo de la Real Academia Española, y predicador de su convento de esta Corte. Pero ni todos estos cargos, ni el acertado desempeño de ellos y el honor de tener en la religion un hombre que se podia igualar con los más célebres que ha producido España, nada fué bastante para que sus hermanos le tratasen con alguna distincion, y no le diesen motivo á que, perdida su salud, se viese obligado á suplicar á la Silla Apostólica que le permitiese trasladarse á otra religion. Consiguió por fin el breve para hacerlo así, y pasó á los Trinitarios calzados; mas sin consideracion á su delicadeza ni ménos á los cincuenta y dos años de su edad, le mandaron ir á Cuenca á tener su noviciado. Salió, pues, en direccion de aquel punto, acompañándole un criado, y á muy corta distancia del lugar de Huelves le sobrevino un accidente, quedando muerto en brazos del fámulo. Volviéronle al lugar referido, donde se practicaron algunas diligencias para restituirle á la vida, y todas fueron inútiles, pues que habia ya exhalado el último suspiro. Ocurrió su muerte en 5 de Diciembre de 1753. Si hubiéramos de hacer un elogio cumplido de este discreto y sabio madrileño nos faltarian seguramente facultades para elevarle hasta la altura en que por sí propio supo elevarse; pero venga en nuestro auxilio el conocido y autorizado D. José Benegasi y Lujan, que suplió en algun modo las alabanzas que dejamos de tributar al sabio P. Fr. Juan de la Concepcion, escribiendo la *Fama póstuma* de éste, en octavas, con un índice de sus obras, la cual fué impresa por el año de 1754 en 4.° De ella se desprende que fué Oviedo uno de los mayores entendimientos de su siglo: su elegancia, tanto en la prosa como en la versificacion, y su memoria no tuvieron rival. Cogia á veces un tomo cualquiera en fólio, y pasando la vista sin gran detencion por una de sus llanas, tenia ya bastante para referirla, áun con puntos y comas. Cuando se dedicaba á despachar su correspondencia y todo cuanto se le habia encargado en cualquier género de negocios, ya de tribunales, ya referentes á su religion, tenia siempre á sus órdenes cinco ó seis amanuenses, á quienes dictaba á la vez, sin embarazo, sobre distintos asuntos; bien que esto de dictar á cinco, seis ó

siete á un tiempo, y á cada uno en distinta especie de verso, y sobre asunto diferente, lo practicó frecuentemente en las casas de los grandes de España, que le dispensaban mil honores, y en particular en el palacio de Medinasidonia, á presencia de los mismos duques y otros sugetos versados en literatura: aún se conservan algunos versos de los que hizo en ocasiones semejantes. Siguiendo al mismo Lujan, parece que no se ha hecho coleccion alguna de las obras y escritos del celebérrimo Oviedo, si bien puede darse una razon de los que constan por suyos. Un tomo en folio de *Sermones varios*, y otros sueltos, entre ellos el de las *Exequias de D. José del Campillo*, en su convento de Carmelitas de Madrid, año 1744, que se imprimió en 4.° — *Quince reflexiones sobre otras tantas acciones heróicas de Sta. Teresa de Jesús*, año 1744.—*Romance* intitulado: *Para eterno agradecimiento*, en respuesta del que le escribió D. José de Villarroel, que dice: *Para eterna memoria.—Romance heróico al Sr. D. Fernando el VI cuando dijo viendo la obra del puerto de Guadarrama*: AD MAJORA NATI SUMUS. — *Parma gozosa*, poema en octavas, que imprimió con nombre de D. Juan de Madrid; 1745, en 4.° — *Guerra y paz de las estrellas, ó Piscator cómico para el año de* 1745, impreso en Madrid por el año de 1744, en 8.°, bajo el nombre de D. José Garro, y reimpreso en 1754.—*El Piscator inmortal, almanak y pronóstico para el año de* 1748, con nombre del bachiller D. Juan de Madrid, en 8.°— *Tribunal de Apolo y Juicio de Urania*, con el nombre de D. José Roco, en 8.°—*Escuela de Urania*, poema heróico que publicó Benegari con la *Fama póstuma.— Colacion de noche-buena*, con nombre de D. Alberto Mont-Blanc, en 4.°— *El patan de Carabanchel*, romance.—*Resurreccion del Diario de Madrid, ó nuevo cordon crítico general de España*, que imprimió bajo el nombre de cuatro sugetos; Madrid, 1748, en 4.°— *Epístola familiar sobre las tardes críticas, que sin nombre de autor, licencias ni aprobaciones se publicó contra las siestas de S. Gil del P. Torrubia*, con nombre de D. Martin Ceverio; Cádiz, 1743, en 4.° — *Elogio en latin y castellano á D. Juan Manuel Lopez de Zúñiga, duque de Béjar*, en 4.°—*El poeta oculto y español conocido*: romance heróico á la exaltacion al trono de Don Fernando VI. —*Sueño seri-jocoso, discurso perezoso, montante que echa Apolo desde el monte Parnaso;* Madrid, 1750, en 4.° — *Poesías en los certámenes de Alcalá cuando salió electo General de los Mercenarios el Rmo. Campuzano.—Oracion del género judicial que en la anual fiesta de desagravios dijo al Consejo de Indias*; Madrid, 1740, en 4.° Dejó manuscritos: un tomo de *Teología expositiva* con varias cuestiones.— *El Proteo sacro*, exponiendo á S. Pablo, que ofrece materia para dos tomos en fólio.— *Geroglíficos* al túmulo del rey D. Juan V de Portugal, que se le hicieron en el convento de Sto. Domingo el Real; y los de las exequias del Sr. D. Felipe V, hechas como las

anteriores por la villa de Madrid. — *Descripcion de la entrada que hizo el Señor D. Fernando el VI, con todos los geroglíficos con que se adornó la carrera y pórtico de Sta. María*, cuya obra, aunque toda del P. Fr. Juan de la Concepcion, no llegó á publicarse por no haber Palomino grabado las láminas con que habia de ilustrarse el texto. — *Oracion en verso que hizo cuando entró en la Real Academia Española*, año de 1744. — *Los monosílabos de Ausonio.* — *Acto de contricion*, en un romance. — *El Patan de la Aldegüela y sencilleces del Charro, dando la bienvenida de su gloriosa campaña al Sr. Felipe V*, romance. — *Quintillas* de pié quebrado con motivo de la proclamacion del Sr. D. Fernando el VI. — *Romance* en alabanza del libro intitulado *Cuaresma poética del marqués de la Olmeda.* Y muchos *sermones* con una infinidad de *versos* á varios asuntos, y *cartas* á señores y amigos, entre ellas algunas que escribió al duque de Medinasidonia, que se las estimó singularmente. —C. de la V.

OVIEDO (D. Fr. Pedro de). Fué hijo de José de Oviedo y de Doña María Falconi. Tomó el hábito de monje bernardo en el monasterio de nuestra Señora de Huerta, á 11 de Diciembre de 1592. Leyó artes y teología en Alcalá, y regentó las cátedras de ambas facultades. Fué abad de S. Clodio y definidor de la Orden, y hallándose en Alcalá le presentó el rey Felipe III para el arzobispado de Sto. Domingo en 19 de Setiembre de 1620. Recibió la consagracion en el noviciado de la Compañía de Jesús de Madrid, de manos del cardenal D. Agustin Spínola; y pasando luego á su iglesia celebró un concilio provincial. De esta silla fué promovido á la de Quito en el año de 1632, donde hizo varias fundaciones, y en 1645 fué nombrado arzobispo de las Charcas, en cuya sede permaneció hasta su muerte, acaecida en 18 de Octubre de 1649. Fué varon muy caritativo y amado de cuantos le trataron, por sus nobles prendas y virtudes cristianas. Escribió: *In dialecticam et Physicorum Aristotelis libros commentaria.* — *In primam partem S. Thomæ.* — *In primam secundæ ejusdem.* Fr. Crisóstomo Enriquez, en su *Fenix*, y Don Fr. Angel Manrique, en el tomo II de sus *Anales*, asientan que fueron impresas las obras que acabamos de citar, aunque no expresan el año. — C. de la V.

OVON. Era costumbre antigua entre los paganos de la Frisia sacrificar en honor de sus dioses á aquel que por suerte le tocase perecer; y como llevasen en cierto dia al sacrificio á un jóven llamado Ovon, llegó S. Vulfran á suplicar al duque Radbod que hiciese merced de la vida á aquel infeliz: el Duque estuvo ya á punto de venir en la demanda, á no ser por los paganos que se opusieron diciendo: «Si tu Cristo puede librarle de la muerte, tuyo será ese hombre por el resto de su vida.» El Santo aceptó la condicion, y el desventurado jóven fué puesto en la horca, donde permaneció unas dos

horas miéntras Vulfran se consagró á la oracion. No bien terminó esta, se rompió la cuerda, cayendo la víctima al suelo, y á una palabra del Santo levantóse Ovon completamente sano y tan lleno de vida como ántes. Despues se le oyó decir que miéntras estuvo en el suplicio se imaginó hallarse poseido de un sueño profundo, y suspendido en el aire por el cinturon del Santo, rodeado á su cuerpo. Convertido luego á la fe recibió el bautismo, y llegó á ser monje de Fontenelle y sacerdote, dejando en aquel monasterio muchos libros y escritos varios de su propia mano. S. Vulfran libró asímismo á otros muchos de la muerte.—C. de la V.

OYAN (S.). Este santo, hijo de un padre á quien su mérito elevó despues á la dignidad del sacerdocio, nació en la antigua Segnanoise poco ántes de mediados del siglo V. Desde la edad de siete años, cuando habia recibido ya la primera tintura de las letras, fué puesto bajo la direccion de San Roman y de S. Lupicino, fundadores y sucesivamente abades del monasterio de Condadt, en el monte Jura, más conocido despues bajo el nombre de San Claudio. Oyan se dedicó con el mayor cuidado y atencion á adelantar en las letras y en la piedad. Hizo tantos progresos en estas, que llegó á igualar y áun exceder las virtudes de sus dos maestros. Imitó tan perfectamente á ambos, que apénas se podia decidir á cuál de los dos se parecia más. No fué ménos aventajado en los estudios. Obtuvo una erudicion poco comun, y se familiarizó con los autores griegos y latinos. Despues de la muerte de San Roman y S. Lupicino, su sucesor S. Minosio se sintió demasiado débil para llevar por sí solo la carga de su dignidad, y eligio á Oyan por coadjutor suyo. Y para dar más importancia al ministerio á que le asociaba, quiso hacerle tomar las órdenes sacerdotales. Pero fué en vano, pues Oyan se negó constantemente. No tardó en pasar de coadjutor á abad temporal, y á pesar de su juventud llenó las funciones de este cargo con tanta sabiduría y prudencia, que los mismos obispos se honraban en estar unidos con él por los vínculos de la amistad. No ménos honrados se creian los grandes del mundo en recibir sus cartas, y las miraban como una fuente de prosperidad. Bajo su gobierno, que bendijo Dios con el don de los milagros, se hizo más célebre que nunca el monasterio de Condadt. Sostuvo en él en todo su vigor la disciplina monástica, y tuvo cuidado de hacer tambien florecer los estudios. Se ha visto el aprecio que hacia de ellos, por la asiduidad con que cultivaba los autores griegos y latinos. La reputacion de Vivenciolo, cuyo saber y doctrina elogia S. Abito de Viena, es una prueba del mérito de la escuela del monasterio dirigido por nuestro abad, de que era aquel uno de los profesores. S. Oyan llegó apénas á la edad de sesenta años. Murió no en 521 como lo manifiesta Sainte Marthe, pues no vivia ya cuando Vivenciolo, de quien se acaba de hablar, fué nombrado obispo de Lyon, lo que se verificó

lo más tarde en 515. Su nombre es célebre en los martirologios en 1.° de Enero. No se tardó mucho despues de su muerte en reconocerle como santo. Antidiolo, su discípulo y sucesor, edificó una iglesia sobre su tumba; lo cual era uno de los modos de canonizar á los santos en aquella época. Poco despues tomó esta iglesia el nombre de S. Oyan ó Eugendo, que fué luego el de todo el monasterio, y que conservó hasta que se le dió el de San Claudio. Un monje del mismo lugar, que habia vivido con el Santo, escribió su vida, que ha llegado hasta nosotros. Otro escritor del siglo IX habla así del santo Abad en una pequeña historia en prosa, rimada segun la costumbre de la época.

Principali cœnobio fundator Abbas Romanus
Quo quidem Sancto defuncto succesit tum Lupicinus.
Deinde isto defuncto tertius fuit Minansius;
Quo Sancto quidem sublato, quartus fuit Eugendus.
Iste fuit gloriosus signorum patratione,
Fuitque valde famosus, pollens utroque sermone,
Fuit et Propheta verus, ab ipsiusque nomine
Locus est denominatus, ut videmus notorie.

A pesar de la fama que gozan las cartas de este Santo, no nos queda ningun monumente de su erudicion. La coleccion, sin embargo, de sus cartas, que las personas más eminentes en dignidad, tanto de la Iglesia como del Estado, han buscado con grande actividad, merecian sin duda llegar hasta nosotros, pero no se ha conservado más que una cédula que escribió para exorcizar á una jóven. No se nos han conservado ni áun los reglamentos de su monasterio, que eran sin duda obra suya, pues habia tomado el cuidado de recogerlos, retocarlos y ponerlos en buen órden. Hay motivos para creer de que no existian ya ó eran al ménos muy raros en el siglo IX, cuando San Benito de Aniano, que no los cita, recopiló otros. Lo que no puede ménos de causar sorpresa, sabiendo que el autor de la vida de nuestro Santo los habia insertado en ella en su mayor parte al ménos. Todavía se lee el prefacio que los anunciaba, pero se ha suprimido lo demás. El cardenal Norris creyó que existian todavía en su época aquellos reglamentos. Pero su equivocacion provino de que los confundió con la regla del monasterio de Tarnat, y supuso, por una parte, que este monasterio era el de S. Mauricio en Valais, por la otra que se seguia la misma regla que en Condadt y en San Mauricio. Mas esto no puede sostenerse, como lo demostró muy bien Tillemont. El mismo autor de la vida de nuestro Santo destruyó una de las suposiciones del cardenal Norris, porque despues de haber manifestado que in-

serta en esta vida la regla de Condadt, dice á lo último que habia puesto en otra obra las de Aganne ó S. Mauricio. Habia creido S. Oyan en sus reglamentos deber acomodarse á la naturaleza y á la debilidad de los galos. Así eran ménos severos, en particular para los principiantes, que las reglas de S. Basilio y de S. Pacomio y las de Cassien y de Lerins, aunque en la apariencia estuviesen tomadas de unas y de otras en su mayor parte. — S. B.

OZA. En el II libro de los Reyes, c. VI, hallamos un levita llamado así, y tambien Huza. Fué hijo este sacerdote de la ley antigua de Aminadab. Dice la Escritura que Oza conducia la carreta en que el rey David habia hecho colocar la santa arca de la alianza el año 2990 del mundo y 1010 ántes de Jesucristo, para trasladarla á casa del padre de Oza Aminadab, en Silo, y que viendo Oza el arca en peligro de caer de la carreta, echó la mano para evitar su caida, y que apénas la tocó con la mano, cayó muerto repentinamente en castigo de su temeridad y de su indiscrecion.—C.

OZANAM (Santiago). Nació este sabio semieclesiástico en Banguieux de Bressa el año 1640, de una buena familia, hijo de un padre muy rico y poseedor de gran territorio. Su familia era de orígen judío, pero hacia mucho tiempo que habia abrazado el cristianismo y que profesaba la religion católica. Santiago era el hijo segundo de su casa; y como segun las leyes del país, los bienes habian de recaer en su hermano mayor, su padre le procuró una buena educacion é instruccion, y trató de inclinarle al estado eclesiástico, con la esperanza de alcanzarle algun buen beneficio. Muy aficionado Ozaman á las matemáticas, no tenia inclinacion á un estado en el que no creia poder seguir los estudios de su predileccion, y se resistió, siguiendo dedicándose, áun cuando sin maestro, á las matemáticas, en las que hizo tales progresos que á la edad de quince años escribió una obra importante, si bien no fué jamás impresa, porque habiéndola releido, muchas de sus partes las tomó para otras obras que compuso despues. A fin de dar gusto á su padre se tonsuró y estudió cuatro años de teología; pero al morir su padre lo abandonó todo por las matemáticas, y á fin de entregarse mejor á su estudio se fué á Leon, en donde abrió escuela pública, tanto para satisfacer sus deseos cuanto para ganarse la subsistencia. Desgraciadamente para él, se aficionó al juego; y si bien éste le holgó en un principio, no tardó la fortuna en volverle la espalda, y esta desgracia puede decirse que fué su fortuna. Habiéndole manifestado dos extranjeros, á los que enseñaba matemáticas, que no habian recibido unas letras que esperaban de París, por lo cual estaban imposibilitados de volver á su país, Ozanam les prestó cincuenta duros sin permitir que le dieran recibo. Al llegar á París estos dos extranjeros encontraron á Mr. Daguesseau, padre del canciller Daguesseau, al que contaron la generosa accion de Ozanam, y chocó de tal

modo á este magistrado su conducta, que manifestó á estos su deseo de conocer á hombre tan generoso, diciéndoles que viniese á París, que él le daria á conocer y le protegeria. Rindióse Ozanam á esta invitacion; pero ápenas llegó á París, cuando supo que su madre se hallaba gravemente enferma, y esto le obligó á marchar á su país; pero tuvo la desgracia de llegar cuando ya habia muerto. Despues de una corta permanencia en su patria, volvió á París, y renunciando al juego, se ocupó exclusivamente de las matemáticas. Cásase en París con una señorita pobre, pero virtuosa, dulce y modesta, con quien vivió muy felizmente y de la que tuvo doce hijos, que murieron la mayor parte de corta edad. Sus lecciones de matemáticas le produjeron una renta considerable, y en especial en las épocas de paz, porque tenia muchos extranjeros por discípulos, y cuando estos disminuian en tiempo de guerra, escribia obras que aumentaban su reputacion y contribuian á sostener su renta. Costábale poco escribir, pues que tenia suma facilidad é inteligencia, y jamás corregia lo que habia escrito. Frecuentemente resolvia paseando los problemas más difíciles, y algunas veces aun durmiendo hacia estos pasmosamente. El año de 1701 quedó viudo; y la guerra de sucesion de España le arrebató casi todos sus discípulos, dejándole en una triste situacion. La Academia de Ciencias de París le recibió en su seno el año 1702; y el 3 de Abril de 1717 murió repentinamente de una apoplejía, á la edad de setenta y siete años. Fué Ozanam de carácter dulce y alegre, áun cuando más le perseguia la desgracia, y de un corazon y generosidad dignas de la esmerada educacion que habia recibido. Su exterior fué sencillo, sus maneras nobles y su conducta intachable desde que tuvo la fortuna de renunciar al juego. Tenia una piedad sincera y tierna, y se dedicaba á prácticas religiosas, cosa bastante rara en aquella época entre los que se tenian por sabios, y más especialmente entre los matemáticos. Todo le parecia grande en la religion; y así es que practicaba hasta las más sencillas devociones del pueblo. Llegó á saber en matemáticas cuanto se sabia en su época; y todas sus obras versan sobre la geometría antigua, pues que la nueva no habia empezado todavía á darse á conocer. Las obras escritas y publicadas por Ozanam, segun los autores que citaremos despues, de los que formó Moreri el artículo que le dedica en su *Gran Diccionario histórico*, son las siguientes: *Geometría práctica;* París, 1689, en 12.°—*Tabla de signos;* París, 1685, en 8.°, y otra en 1720.—*Tratado de las líneas de primer género, de la construccion de las ecuaciones y de los lugares geométricos, explicados por un método nuevo y fácil;* París, 1687, en 4.°—*Uso del compás de proporcion explicado, y su demostracion de una manera fácil; aumentado con un tratado sobre la division de los campos;* París, 1688, en 8.°; reimpreso en 1700.—*Uso del instrumento universal*

para resolver pronta y exactamente todos los problemas de la geometría práctica sin necesidad de cálculo alguno; París, 1688, en 12.°; reimpreso en 1700.— *Dicionario matemático, ó idea general de las Matemáticas;* París, 1691, en 4.°— *Método general para trazar cuadrantes sobre todo género de planos;* París, 1673, en 12.°; aumentado en 1685, en 12.°— *Curso de Matemáticas, que comprende todas las partes de esta ciencia, principales y más necesarias;* cinco volúmenes en 8.°; París, 1693. — *Recreaciones matemáticas y físicas;* París, 1694, en 8.°, dos volúmenes; reimpresa en 1724 en cuatro volúmenes en 8.°— *Nueva Trigonometría;* París, 1699, en 12.°— *Tratado de la fortificacion;* París; 1694, en 4.°— *Método fácil para medir toda clase de superficies;* París, 1699, en 12.°; corregida en la edicion de 1725.— *Nuevos elementos de Álgebra;* Amsterdan, 1712, en 4.° De esta obra hizo grandes elogios el famoso Leibnitz.— *Perspectiva teórica y práctica;* París, 1711, en 8.°— *La Geografía y Cosmografía, que trata de la esfera, de los cuerpos celestes, del globo y de sus usos;* París, 1711, en 8.° Además en el *Diario de los sabios de París* publicó una demostracion geométrica sobre los cuadrados, en 1680, y diversos problemas matemáticos en 1681, 1685 y otros. En las *Memorias para la historia de las ciencias y bellas artes*, impresas en Trevoux en el año 1703, se hace una crítica de la primera parte del Algebra de Ozanam. Publicó tambien en 12.°, en París, el año 1709 y 1720 una edicion de los *Elementos de Euclides*, del jesuita P. Dechalles, aumentada y corregida; la *Geometría práctica de Boulanger*, aumentada con muchas notas y un tratado de aritmética; París, 1691, en 12.°— *Un tratado de la esfera del mundo por el mismo*, revisada, corregida y aumentada por él en París el mismo año, en 12.° El elogio de M. Ozanam fué escrito y publicado por Fontenelle en 1717 en la *Historia de la Academia de Ciencias.* Y en fin, le elogian y dan noticia de este célebre matemático semieclesiástico, Poully, Hemisenil de San Jacinto y otros en el tomo II del periódico titulado *Europe savant*; el P. Niceron en los tomos VI y X de sus *Memorias.* Moreri, refiriéndose á estos, en su Gran *Diccionario histórico*, y M. Godin en su *Lista cronológica y alfabética de los miembros de la Academia de Ciencias de París.* Habiendo Ozanam abandonado la carrera eclesiástica despues de tonsurado y de hacer sus estudios de teología, no le hubiéramos considerado en esta obra como eclesiástico; pero hemos visto lo han hecho así otros en igual género de escritos, y además nos ha obligado á ello su no desmentida piedad, su amor á las prácticas religiosas y la conducta casi eclesiástica que guardó toda su vida, no obstante lo mucho que se dedicó á las ciencias exactas, en una época en que todos ó la mayor parte de los dedicados á estos estudios eran incrédulos ó al ménos enciclopedistas, indiferentes á todo lo que tenia relacion con la religion; defecto punible en que cayeron muchos de los llamados grandes

hombres en aquellos tiempos, en que se sembró el indiferentismo, que tantos trastornos ha causado á la sociedad católica.—C.

OZEAS fué uno de los más distinguidos servidores de Phaceas, rey de Israel, á quien mató á traicion, usurpándole el trono que ocupó por espacio de nueve años, distinguiéndose solo por su impiedad. Salmanasar, rey de Asiria, le declaró la guerra, y venciéndole sin dificultad, le obligó á pagarle un tributo. Sabiendo despues el mismo monarca que Ozeas habia enviado en secreto embajadores al rey de Egipto para inducirle á entrar en alianza con él, marchó con un grande ejército contra Samaria, y despues de un sitio de tres años se hizo dueño de la plaza, en el noveno del reinado de este príncipe, á quien cogió prisionero, llevándose cautivo á todo el pueblo que condujo á la Media y á la Persia. Samaria y todo el reino de Israel fué entónces poblado por colonias de chutenos, de quien segun Josefo traen su orígen los samaritanos. —S. B.

OZI, hijo de Bocci, quinto soberano sacrificador de los judíos desde Aaron, que tuvo á Heli por sucesor y que fué el primero de la raza de Ithamar que obtuvo esta dignidad. Así lo asegura José en sus *Antigüedades judáicas*, diciendo: que este cargo habia pasado siempre de padres á hijos en la familia de Eléazar que la habia dejado á Phinees, éste á Abiezer, éste á Bocci, y éste á Ozi á quien sucedió Heli. Permaneció esta dignidad en la familia de Bocci hasta el reino de Salomon, que volvió á la de Eleazar.—C.

OZIAS, hijo de Micha, de la tribu de Simeon, era uno de los primeros gobernadores de Bethulia cuando Holofernes la sitió. Recibió en su casa á Achior, jefe de los ammonitas, y defendió la ciudad con valor; pero no habiendo querido rendirse, se dice en la Santa Escritura (Judith, VI, 11), que fué lapidado por el pueblo amotinado. —C.

OZIAS, profeta, más conocido con el nombre de Azarías que le dan los sagrados libros, fué hijo de Obed y floreció en Judea hácia el año 960 ántes de Jesucristo. Yendo al encuentro de Asa, cuando tornaba vencedor de Zara, rey de Etiopía, le felicitó por su victoria, y le predijo las desgracias que habrian de caer sobre el pueblo de Israel tan luego como éste abandonase al Señor. «En cuanto á ti ¡oh Rey! le dijo, aliéntate; si tu mano permanece firme, tu perseverancia será recompensada.» Asa tomó el consejo del profeta, y acabó por destruir en sus estados el culto de los ídolos. Nada más refieren las *Sagradas Escrituras* acerca de Ozías, el cual murió tal vez á poco de este suceso.—C. de la V.

OZIAS, rey de Judá, sucedió á su padre Amasías. Fué un rey bueno, amante de la justicia, y tan valiente y previsor que llevó á cabo las hazañas más heróicas. Venció á los filisteos y se apoderó de las ciudades de Geth y de Jamina, cuyas murallas derribó; atacó á los árabes vecinos del Egipto;

fundó una ciudad cerca del mar Rojo, en la que puso una fuerte guarnicion; hizo tributarios suyos á los ammonitas; conquistó todo el país que se extiende hasta Egipto, y no se olvidó tampoco de la restauracion y defensa de Jerusalen, cuyas murallas, que se hallaban en muy mal estado por la negligencia de sus predecesores, hizo reparar, reedificando el espacio de trescientos codos que Joas, rey de Israel, habia mandado derribar, cuando entró en triunfo en la ciudad, despues de haber hecho prisionero al rey Amasías; hizo construir de nuevo muchas torres á la altura de ciento cincuenta codos; levantó fuertes en los puntos más apartados de la ciudad y edificó varios acueductos. Era muy aficionado á la agricultura, y mantenia un número inmenso de caballos y ganado, porque los pastos abundaban en el país; tambien plantó muchos árboles frutales y toda clase de plantas. Su ejército, dice Josefo, se componia de trescientos setenta mil hombres, gente toda escogida, armados con espadas, escudos, corazas de metal, arcos y hondas, organizados en escuadrones y mandados por dos mil buenos oficiales. Tambien mandó construir máquinas para arrojar piedras y otros varios instrumentos para atacar las plazas. Orgulloso de tanta prosperidad se envaneció el ánimo de este príncipe y se corrompió de tal manera, que llegó en su osadía hasta despreciar el eterno poder de Dios. Olvidó sus santas leyes, y en vez de observar la virtud, se entregó, á imitacion de su padre, á la impiedad y al crímen. De manera que sus victorias y la gloria que le proporcionaron, solo sirvieron para perderle y demostrar lo difícil que es á los hombres conservar la moderacion en medio de una gran fortuna. En una de las fiestas más solemnes de los judíos se revistió este príncipe de los ornamentos sacerdotales, y entró en el templo para ofrecer incienso á Dios sobre el altar de oro. Acudió al instante el gran sacrificador Azarías acompañado de ochenta sacrificadores, diciendo al Rey que no le era permitido lo que iba á hacer, prohibiéndole continuar aquella ceremonia, y mandándole salir del templo para no irritar á Dios con el sacrilegio que intentaba. Incomodado Ozías con semejante amenaza, amenazó al gran sacrificador con hacerle quitar la vida, lo mismo que á todos los que le acompañaban, si le impedia ejecutar su designio. Apénas hubo pronunciado estas palabras cuando se sintió un gran temblor de tierra, se abrió la bóveda del templo y un rayo de sol vino á herir la frente del monarca, que se encontró en el mismo instante cubierto de lepra. Aquel temblor de tierra abrió en dos partes un lugar próximo á la ciudad llamada Eroya; se abrió por medio la montaña que mira á Occidente, siendo arrojada una parte de ella contra otra montaña situada á Levante á cuatro estadios de distancia, quedando intransitable el camino y cubriéndose de tierra los jardines del Rey. Viendo los sacrificadores al príncipe cubierto de lepra conocieron la causa, y le dijeron que este mal era el justo

castigo de Dios, mandándole salir de la ciudad. No se atrevió á resistir en su confusion, y obedeció justamente castigado por su impiedad y por la temeridad que le habia hecho creerse en una condicion superior á la humana. Permaneció algun tiempo fuera de la ciudad, viviendo como un simple particular, miéntras su hijo Joatan dirigia los negocios del estado, hasta que murió de sentimiento de verse reducido á tan triste condicion. Tenia entónces la edad de sesenta y ocho años, de los cuales habia ocupado el trono por espacio de cincuenta y dos: fué enterrado en sus jardines en un sepulcro separado, y le sucedió su hijo Joatan. —S. B.

P.

PABILENO (S.). Este santo, llamado tambien por algunos autores Baboleno ó Papoleno, fué natural de la provincia de Borgoña é hijo de un noble caballero llamado Vinioco, quien procuró dejar por herencia á su hijo, no solo sus cuantiosos bienes de fortuna sino tambien su virtud, que es el más rico sin duda de los tesoros del mundo, puesto que con ella se alcanzan las riquezas de la gloria. Disfrutaba en aquel tiempo tan buena fama de santidad el monasterio benedictino de Luxorio, que todos deseaban directa ó indirectamente pertenecer á él ó tener alguna prenda suya; y así el piadoso Vinioco encomendó al abad Eristacio la educacion de su querido hijo, quien aprovechó tanto la educacion recibida que en breve tiempo fué un ejemplar modelo para todos los monjes de aquel convento. Era sumamente piadoso y humilde sin que la memoria de su noble cuna llegára nunca á envanecerle. Era tambien el más puntual en la asistencia al coro y en ayudar á los divinos oficios, y se manifestó siempre tan amante de la pobreza y tan deseoso de mortificarse, que jamás consintió tener cama para descansar, durmiendo comunmente encima de una pobre tabla con objeto de levantarse más pronto á practicar el ejercicio de la oracion. Apreciaba tanto la clausura, que á no ordenárselo la santa obediencia, no se le veia salir de su retiro, ni hablaba palabra aunque estuviese con los demás monjes, como estos no le preguntasen. Cursó en aquel convento las letras divinas y

humanas, y aprovechó tanto en los estudios, que los superiores al verle tan aventajado le mandaron recibir las sagradas órdenes, llegando muy en breve al presbiterado, cuya dignidad procuró desempeñar con el celo y cuidado que requieren sus delicadas obligaciones. Encargábanle comunmente salir por los pueblos comarcanos á predicar la palabra divina, lo que ejecutaba con tanto gusto y esmero, que sus discursos producian el más notable fruto entre las gentes sencillas, pues como no buscaba el aplauso que comunmente anhelan los oradores mundanos, y conociendo cuán estrecha cuenta pedirá Dios á los que tienen á su cargo el cuidado de las almas, sus pláticas y sus razones se encaminaban únicamente al comun aprovechamiento, y usaba un lenguaje propio de las personas que le oian para mejor hacerse entender. Sobrellevaba con gran paciencia este ímprobo trabajo, no descansando un instante, pues las horas que no se hallaba ocupado en el púlpito asistia al confesonario para consolar y animar á los fieles. Llevaba el cuerpo ceñido de un áspero cilicio, y aunque muchas veces le lastimaba por lo fatigado que estaba con sus continuas mortificaciones, jamás se le quitó ni procuró buscar alivio para aquella incomodidad, estimando por el contrario con muchas veras las ocasiones que se le presentaban de padecer por el Señor. Su caridad para con el prójimo superaba á cuanto pueda decirse, pues abandonaba su comodidad y su descanso para acudir al socorro de los que le necesitaban. Volviendo un dia de predicar sumamente fatigado, encontró en la portería del convento una mujer que le estaba esperando, la cual traia consigo un niño enfermo, abandonado ya de los médicos, y le pidió que le bendijese, segura de que habia de obtener la salud perdida por aquel sencillo medio. El santo religioso, que se hallaba más en disposicion de descansar que de hacer milagros, recibió afable á la mujer y bendijo el cuerpecito del enfermo, diciendo aquellas palabras de S. Marcos: *Super ægrotos manus imponent et bene habebunt.* Por recompensa de este servicio pidió á la mujer que no dijese nada de aquel milagro temiendo que le tributáran aplausos y bendiciones. Pero la mujer, no pudiendo detener el ímpetu de su gozo por ver sano y vivo al que ya contaba por perdido divulgó por todas partes el milagro, llenando de confusion á Pabileno, que se avergonzaba de su buena accion como si hubiera perpetrado algun gravísimo delito. Habiendo llegado á su noticia que en un convento de la Austrasia, llamado el Estabulense, vivia un santo abad á quien nombraban S. Remaclio, en cuyo convento se hacia la vida más austera y recogida, deseó conocerle y vivir bajo su direccion, y al efecto pidió licencia para trasladarse á aquel monasterio. Los superiores, no queriendo perder aquel prodigio de virtud y santidad, rehusaban dársela; pero conociendo el superior ímpulso que le guiaba, le permitieron mudar de residencia, aunque con notable sentimiento de la

comunidad, que se veia privada de un hermano tan digno de estimacion. Partió, pues al convento Estabulense, y aunque S. Remaclio no le habia visto nunca, le conoció al punto alumbrado de superior luz, y le recibió con las mayores muestras de amor y de alegría, conociendo los grandes bienes que á su casa reportaba aquella venida. Pronto se notó en el convento el efecto de sus virtudes. Acudia á todos los trabajos de mortificacion como el último novicio, y procuraba aprender los ejemplos de virtud y perfeccion que en cada religioso advertia. Habiendo mandado el rey Dagoberto á San Remaclio fundar un monasterio en las sierras de Ardeña, arzobispado de Colonia, despues que el edificio estuvo erigido y la comunidad formada fué electo Pabileno abad, como uno de los más á propósito por su santidad y sus virtudes para desempeñar este cargo, que cumplió como amoroso padre, procurando evitar las penalidades y trabajos á sus súbditos, tomando sobre sí en muchos casos las obligaciones de los demás. Encargóse de toda clase de trabajos desde las principales funciones del coro hasta la humildad del refectorio y las labores de manos. En todas partes se le veia y parecia multiplicarse para atender al cuidado y asistencia de sus subordinados, y á fin de que nada les faltára, no queriendo nunca hacer uso de los privilegios y distinciones, que por su elevada dignidad le correspondian, ni diferenciarse en nada de los otros monjes. Empezando á volar por todo el reino la fama de sus virtudes, eran infinitas las personas de todas clases y condiciones que acudian á visitarle y pedirle su bendicion. Entre otros personajes distinguidos llegó al convento Grimoaldo, mayordomo del Real palacio, el cual ántes de avistar la sagrada casa, cayó de su caballo entre aquellas sierras, quedando mal herido en la cabeza y con un brazo fracturado. Llegó Pabileno, como si fuera casualmente, al sitio de la ocurrencia, y haciendo uso de la caridad que empleaba con todos los menesterosos y afligidos, limpió el rostro al enfermo, y tocándole en el brazo, quedó instantáneamente sano, con notable admiracion de todos los de la comitiva, que llenos de fe rogaron á Pabileno les bendijera, juzgándose así libres de todo futuro peligro. Habiendo muerto S. Remaclio, los monjes del convento Estabulense no hallaron persona para reemplazarle más digna que Pabileno, y así de comun acuerdo le nombraron abad, quedando sumamente contentos de tan buena adquisicion. Reinaba por entónces en Francia Clodoveo, hijo de Dagoberto, quien noticioso de sus méritos, le nombró abad del grandioso convento de S. German de París. Admitió el Santo aquel honorífico destino, más por obediencia que por deseos de brillar, y encaminóse á la capital de Francia, donde le esperaban una multitud de gentes, que atraidos por su fama anhelaban conocerle. Al entrar en París le pusieron delante un ciego de nacimiento, cuyos ojos tocó Pabileno devolviéndole instantáneamente la vista.

A la nueva de este prodigio acudieron de todos los pueblos con gran fervor todos los enfermos y lisiados, conociendo que Dios les enviaba una providencia en aquel santo varon. Fundó juntó á París otro convento llamado Fosatense, casa un tiempo de grande fama y hoy completamente desconocida. En este convento residió hasta los últimos dias de su vida, ejercitándose en la virtud y siendo ejemplo de austeridad y penitencia. Comia únicamente una vez al dia, sin tomar por lo comun otros manjares que pan y agua, y á pesar de ser de avanzada edad, siempre acudia el primero al trabajo y á las obligaciones monásticas, no escaseando el ejercicio de la mortificacion y la penitencia, durmiendo en una tarima sobre unas humildes pajas. Rogábanle sus monjes que se regalase para bien propio y para conservarse en beneficio de los demás, á lo cual respondia con S. Pablo: «Los que buscan el reino de Dios no han de regalar su cuerpo con exquisitos manjares y delicados vinos, propios solo de los glotones epicúreos y de los ciegos materialistas, sino buscar la paz en este mundo y la gloria en el otro, procurando administrar justicia á sus súbditos y hacerlos que vivan tranquila y recogidamente en la comunidad.» En tan santos ejercicios le sorprendió la muerte, entregando su alma á Dios el dia 26 de Junio del año 718. La Orden Benedictina le cuenta en el número de sus santos. — M. B.

PABLITO (S.). El valor español aparece por do quier engrandeciendo la patria de los Isidoros, de los Eugenios, mártires de Zaragoza, y tantos otros fieles que vieron la luz en la religion, que produjo y produce diariamente mil defensores de la fe de Jesucristo en la Iglesia, en las armas, en las ciencias y en las letras. Desde la cuna acredita el español, desde los primitivos tiempos, su fe y creencias dirigidas siempre al verdadero Dios; y ántes de que pueblos extraños vinieran con maza de hierro á imponerles la idolatría que siempre detestaron, *el ignotus Deus* de S. Pablo era el que recibia sus holocaustos, al que dirigian sus preces. Y cuando ya alumbrados por la clarísima luz del Evangelio, viles sectarios intentaron volverles á hacer caer en las tinieblas de que habian salido, manchando con impurezas la clara luz de la verdad, los españoles los rechazaron con energía, y ni los Arrios, ni los Priscilianos, ni ningun otro innovador impío, pudo apartarlos del catolicismo, y nos atrevemos á decir que ninguno en lo sucesivo podrá hacerlos variar de camino en religion, por más que se emplee la perfidia y áun la fuerza bruta, en cuyo caso sabrian con su constancia aumentar el ya numeroso catálogo de sus mártires. Dios lo permita así, para que el pueblo que tuvo la dicha de ser de los primeros que recibieron la ley de gracia, que jamás ha dejado de observar, y aquel que tuvo la dicha de que María Santísima le visitase en carne mortal, excelencia que ningun otro puede presentar, no mancille jamás sus glorias religiosas, que unidas á las adquiri-

das por su valor militar y por sus virtudes cívicas le hacen aparecer, con justicia, uno de los pueblos más religiosos, más grandes, más heróicos y más dignos de consideracion de la tierra. Si alguno pudiera dudar del valor religioso de los españoles, no tiene más que repasar en los Martirologios los muchos que sufrieron el martirio, entre los que basta ver el heroismo de un S. Lorenzo, natural de Aragon, para conocerlo, y si se dudase de que, como lo hemos dicho, este valor nace con los hijos de Iberia, véase en los mismos libros los innumerables niños que han preferido la muerte en los más atroces tormentos, á pesar de lo tímido y débil de su naturaleza en tan tierna edad, á renegar de la fe de Jesucristo que aprendieron á venerar en el seno mismo de sus madres, y que fortificaron al pecho de las mismas. Un ejemplo de estos es S. Pablito, del que sentimos que los escritores eclesiásticos no nos hayan dado más noticias. Hallábase triunfante sobre el trono de los bárbaros pueblos del Norte, que invadieron la Europa y parte del Africa, la herejía del impío Arrio, y muy especialmente la defendia Genserico, rey de los vándalos. Sin que nos digan los autores, ni el mismo Baronio que nos habla de ellos, los motivos que tuvieron para ello, unos españoles llamados Arcadio, Pascasio, Probo, Eutiquiano y Pablito, cuyos pueblos de naturaleza tambien se ignora, pasaron al Africa el año 436 de nuestra era. Debieron sin duda hacerse notar por su celo religioso católico, cuando fueron primero desterrados de la corte por órden del expresado rey Genserico; mas como aun en el destierro sus prácticas cristianas en toda su pureza los delatasen ante la opinion de los que obedecian las innovaciones de Arrio, se los aprisionó é hizo pasar por mil disgustos. Cansado el impío Rey de que diariamente le dijesen que sus arrianos se hallaban disgustados, porque no castigaba á aquellos españoles que persistian en combatir la religion del estado, publicando que la ley de Arrio era un error, y que no habia mejor religion que la suya, los mandó atormentar cruelmente y matar despues. Libróse de la matanza, por órden del Rey, Pablito, niño de muy pocos años, hermano de los santos mártires expresados S. Pascasio y S. Eutiquiano, porque se creyó fácil catequizarle una vez muertos aquellos; y así es que se encargó de hacerle variar de sus creencias á un sacerdote arriano. Vano propósito; el niño Pablito, con un valor y una constancia admirable en tan corta edad, rechazó siempre indignado las doctrinas de su impío preceptor, no consintiendo de modo alguno abjurar de la fe católica, ni por el halago ni por la amenaza. Azotado cruelmente con varas por largo tiempo, esto fortificó más y más su fe y le hizo dar nuevas muestras de la verdad de la religion por que se hallaba pronto á sacrificarse; por lo que, desesperado el Rey, le condenó á vil esclavitud, en la que á fuerza de malos tratamientos acabó su vida bendiciendo al supremo Hacedor, y voló á su divino seno

el dia 13 de Noviembre, en que le recuerda la Iglesia, del año 437. — B. C.

PABLO (S.), apóstol. Príncipes de la Iglesia católica proclaman los cristianos á los gloriosos apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y como á tales los obsequian y veneran en su dia, gozándose en su patrocinio y reconociéndoles como sublimes abogados que se ocupan en su defensa ante el tribunal de Dios, y como gloriosísimos protectores que se afanan por acrecentar las riquezas del cielo con nuevos bienaventurados arrancados por su mediacion de las garras del demonio. Príncipes de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ambos prestaron á la Iglesia católica tantos y tan grandes beneficios, que el enumerarlos sería no solo larga y penosa tarea, sino que no creemos posible que pluma humana se atreviese á describirlos todos, y por lo tanto es preciso concretarse á decir que fueron, despues de Jesucristo que la cimentó con su preciosísima sangre, los que fabricaron sus cimientos amasados con su propia sangre para más fortalecerla, y que sobre tan robustos ángulos descansa para que jamás pueda arruinarse la obra fundada por Dios, asistido por sus apóstoles, encargándole su perpétua conservacion. Unese por la Iglesia la festividad de ambos apóstoles, porque son tan grandes ambos y tan parecidos en su amor á Dios, virtudes y santidad, que los dos son aclamados á la vez por permision de Dios lumbreras primitivas y magníficas del cristianismo, y hé áquí por lo que comunmente se ven sus santas imágenes en nuestros templos reunidas, haciendo coro á las sacrosantas efigies del Señor ó de su Santísima Madre. Empero como en su lugar respectivo hemos de dar razon muy circunstanciada del glorioso apóstol S. Pedro, á quien Dios confiára el poder de las llaves y la altísima mision de representarle en la tierra por sí y sus sucesores como vicario suyo y cabeza y cimiento de la Iglesia católica, lo haremos aquí de su compañero el Apóstol de las gentes S. Pablo, al que pedimos nos alcance la gracia de Dios para poderle retratar en este pequeño cuadro, haciendo que nuestro humilde bosquejo se le parezca lo más posible y saque los menores defectos que puede imprimirle nuestra ignorancia, dispensándonos el atrevimiento de emprender una obra colosal, tan superior á nuestras luces, siquiera en gracia de nuestra buena intencion y del piadoso fin que nos alienta. Fuentes que manan del trono de Dios llama S. Eusebio Emiseno á S. Pedro y S. Pablo, añadiendo que salen de él como de un rio impetuoso para apagar la sed de las almas. Llámales tambien el mismo Santo médicos celestiales con la verdadera ciencia de curar las graves dolencias; agudas saetas disparadas de la aljaba del Omnipotente; trompas sonoras que despiertan á los hombres del sueño de la muerte; y lámparas que alumbran al mundo entero con su fuerte y clarísima luz; y tanto es así, que segun S. Juan Crisóstomo el mismo Dios alabándoles les llamó luz del mundo, por lo que les considera este Santo más pode-

S.ⁿ PABLO.

rosos que los reyes, más valientes que los soldados, más opulentos que los ricos, más sabios que los filósofos, y más elocuentes que los más eminentes oradores, pues que sin tener nada, todo lo poseen. El papa S. Leon considera á los dos apóstoles los ojos del cuerpo místico de la Iglesia, y dice que sus merecimientos y virtudes exceden á cuanto pueda decirse de ellos, no debiendo establecerse diferencia entre ambos, porque fueron semejantes en el trabajo, pares en la eleccion é iguales en el martirio. Lumbreras del mundo, columnas de la fe, fundadores de la Iglesia, maestros de la inocencia y autores de la santidad, los llama el virtuoso obispo de Bresa S. Gaudencio, que concluye su elogio diciendo que no puede alabarse dignamente á estos dos apóstoles sino con las palabras de Dios. Pasando á describir como mejor podamos la vida del glorioso apóstol S. Pablo, permítasenos primero copiar el retrato de uno de sus mejores originales en el sentir de los piadosos escritores que nos han precedido, y de los que tomaremos lo que mejor haga á nuestro propósito para que nuestro boceto salga lo más correcto posible. Pequeño de cuerpo y algun tanto corcovado fué en el siglo S. Pablo; era blanco de rostro, y manifestaba su semblante mayor edad que la que tenia. La cabeza era pequeña, los ojos graciosos, á los que servian de pabellon cejas caidas y pobladas; la nariz bien formada en su nacimiento, corvada y larga, barba grande y muy poblada y algo canosa, y en fin, su mirar era expresivo, y su presencia tan grave y venerable que desde luego manifestaba ser vaso de gracia divina é inspiraba devocion. Considerado en estas formas al tiempo de su muerte, debe tenerse presente que S. Crisóstomo asegura murió á los sesenta y ocho años, pues que falleció á los sesenta y nueve del Señor, y segun Baronio á los trece del reinado del feroz emperador Neron. Hecha ya nuestra copia del retrato físico de S. Pablo, habiendo conservado en ella, en lo posible, los lineamentos y colorido del original, vamos á intentar sacar igual partido, si le es dado á nuestra corta capacidad, para tan colosal obra, copiando en vista de los originales de los autores más acreditados, y sobre todo con el auxilio de Dios, el retrato moral y espiritual de tan gran santo. Hebreo de nacion y de la tribu de Benjamín, nació San Pablo, segun él mismo lo declara, en la ciudad de Tarso, ciudad municipal de la Cilicia, á cuyos habitantes habia concedido el emperador Augusto en recompensa de su afecto el entónces honrosísimo título de ciudadanos de Roma. Nació el año 2 de Jesucristo de padres judíos muy observantes de la ley de Moisés. Deseosos estos de que su hijo aprendiese á fondo la creencia en que habia nacido, le mandaron á Jerusalen para que el famoso Gamaliel le enseñase la doctrina del legislador del pueblo de Dios, sus prácticas y ceremonias. Empero no fué Saul, que así se llamaba Pablo en su infancia, á la ciudad santa de los judíos, hasta que no estuvo instruido en las letras

griegas que florecian entre los cilicios segun Estrabon. Pertenecia el padre de Saul ó Saulo á la secta farisáica, y en sus costumbres y principios quiso que se educase é instruyese su hijo, siguiendo al propio tiempo, conforme á la práctica de los judíos comerciantes de las ciudades marítimas, el ejercicio de un arte industrial, por lo que se le enseñó á construir tiendas ó habitaciones para los marineros, segun se ve por las Actas de los Apóstoles. Fué desde el principio de sus estudios en Jerusalen tan acérrimo defensor de la ley judáica, que adquirió un implacable odio contra los cristianos. Concibió el designio de perseguir á los discípulos de Jesucristo hasta descastarlos, si pudiese, teniéndolos por semillas ponzoñosas que envenenaban la sociedad mosáica, y así es que no pudiendo sufrir la fe y constancia con que S. Esteban confesaba y predicaba de Jesús, procuró la muerte de este protomártir, y cuando consiguió con sus instancias que acudiesen á lapidarlo, tuvo las capas á aquellos verdugos desalmados para que pudiesen apedrearle con más desembarazo, de suerte que sin tirarle él ninguna piedra, logró arrojárselas por la mano de todos los demás á quien él habia seducido al efecto ó que participaban de sus infames ideas. Esta es la razon por que puede decirse que fué el primer perseguidor de la Iglesia cristiana, que nacia entónces por decirlo así, y de cuya primera persecucion fué preludio la muerte de S. Esteban. Hízose instrumento Saulo del fanatismo de los judíos, y encadenaba y azotaba á los cristianos que tenian la desgracia de caer en su poder; y para satisfacer su furor y hartarse de derramar sangre cristiana, en el ardor de su celo se hizo ejecutor de las órdenes de los jefes de su sinagoga, ofreciéndose al sumo sacerdote para castigar á los cristianos con la muerte, en donde quiera que los encontrase. Viéndole tan solícito y capaz, se le proveyó de la gente de armas necesaria y de cartas de autorizacion para las autoridades judías; y dirigiéndose de esta manera hostil á la Siria en busca de cristianos que conducir á Jerusalen para satisfacer la venganza de sus coreligionarios; y con estos intentos marchaba á la ciudad de Damasco, adonde no hubiera dejado cristiano con vida, por anciano ó niño que fuese, si Dios, que le queria guiar por diferente camino, no le hubiese detenido. Ciego por el fanatismo y ebrio de venganza, caminaba Saulo á la expresada ciudad, en la que trataba de saciar su sed de sangre en las víctimas cristianas que pretendia inmolar en obsequio del Dios de Moisés y de Jacob; cuando al atravesar los montes que cercan á Damasco, se le puso por delante repentinamente una vision celeste, cuyo fuerte esplendor cerró sus ojos mortales; y derribándole á tierra el espanto, una voz sonora y poderosa, como la del trueno, le dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Abriéronse á la clara luz de la fe los ojos del alma de Saulo, y vió delante de sí la divina figura de Jesucristo crucificado, tan ra-

diante de luz, que abrasó instantáneamente su corazon en ardiente amor hácia aquel mismo contra cuyos discípulos caminaba; y alumbrada su alma con la antorcha de la verdad, que despejó las tinieblas que tenian ofuscado su entendimiento, se convirtió al verdadero Dios. Conducido ciego, como habia quedado, á Jerusalen, pero viendo lo que ántes no veia con los ojos del espíritu, fué conducido á Damasco, en donde el bienaventurado Ananías, discípulo de Jesús, enterado por él del prodigio y convencido de su sincero y firme arrepentimiento, le impuso las manos y le bautizó, en cuyo acto recobró la vista material que habia perdido. Solo Dios puede obrar tales prodigios; de su mayor enemigo hizo en un momento uno de los más grandes santos de la cristiandad, convirtiendo en humilde oveja al orgulloso voraz lobo, cambiando el inmundo vaso del demonio en magnífico vaso de eleccion, y el perseguidor de su Iglesia en su más esforzado y heróico defensor hasta morir por ella. Una vez convertido Saulo, concibió los horrores de la encarnizada guerra que hiciera á los cristianos; y por lo tanto, á fin de borrar esta mancha con sus obras sucesivas, se le vió repentinamente animado de tan grande ardor para defender la fe cristiana, cuanto habia manifestado ántes para combatirla. Quedándose S. Pablo algunos dias en la ciudad de Damasco despues de su conversion, se hizo un deber de predicar á Jesucristo por verdadero Dios y el Mesías prometido por los profetas, lo cual hacia en las sinagogas de los judíos con tal vehemencia, que causó admiracion y asombro á cuantos le oian, no sabiendo cómo explicarse mudanza tan repentina como extraña y extraordinaria, en quien oficiosamente tan contrario era hacia pocos dias de la doctrina que ahora defendia públicamente con tanto calor. Conociendo perfectamente el nuevo Apóstol el texto de las santas Escrituras, y dotado de un entendimiento profundo y de un ingenio vivo y penetrante; la elocuencia, que era en él la de un hombre convencido de la verdad de su doctrina, así como su gran conocimiento de la religion judáica, dieron tanta mayor autoridad á sus palabras, cuanto que no podia dudarse de que no habia podido mudar de opinion sino por conviccion y por libre eleccion. La caridad cristiana que puso desde luego en práctica, y que fué el alma de sus discursos, como lo es de la religion que habia abrazado, acabó por granjearle la consideracion y aprecio de cuantos le escuchaban; y así fué que sus predicaciones en Damasco y en sus alrededores consiguieron tan prodigioso número de conversiones, que las autoridades de los judíos determinaron prenderle; y lo hubieran verificado si los fieles no lo evitasen, descolgándole durante la noche por los muros de la ciudad, metido en un seron, rogándole se alejase de ella. Fuése el Santo á la Arabia, en donde predicó del mismo modo, confundiendo con su doctrina á los judíos, y muchos de ellos se convertian, aclaradas sus al-

mas con la luz de la verdad que brotaba de los labios del divinizado catequista; y volviendo despues á Damasco, la persecucion que le atrajo su doctrina le obligó á volverse á Jerusalen. Asombrados estaban los fieles de la mudanza de Saulo; y si bien se gozaban de su conversion, sus antecedentes le hacian tan sospechoso, que áun á pesar de sus palabras y de la persecucion que sufriera en Damasco, no le miraban aún con la confianza propia entre hermanos de un mismo padre. Empero S. Bernabé, su condiscípulo, que habia estudiado con él en la escuela de Gamaliel, se acercó á él, y sabiendo la misericordia que Dios habia tenido con él y su mudanza, le abrazó, y con grande regocijo le condujo delante de los otros apóstoles, á los que contó el Santo lo que le habia sucedido en el camino de Damasco; por lo que todos alabaron al Señor por la gran merced que con su potente mano habia hecho á la Iglesia, sacando, como dice un autor piadoso, agua viva de la dura peña, luz de las tinieblas, y de un valiente y terrible perseguidor un bravo caudillo, esforzado capitan y defensor de la Iglesia. Contentos los apóstoles con la conversion de Saulo, al que denominaremos Pablo en adelante, le recibieron como hermano y compañero, y le mandaron llevar la fe á Tarso, en su propio país. S. Bernabé fué á verle á Tarso y se le llevó consigo á Antioquía, que llegó á ser ilustre por su iglesia, en la que fueron llamados cristianos los fieles desde el año 43 de Jesucristo. En Antioquía tuvo S. Pablo una vision sublime, en la qué arrebatado en espíritu dice que vió y oyó lo que ningun mortal pudo figurarse ni expresar, lo que conviene á la fecha de la época de su promocion al apostolado. A pesar de la exaltacion de su espíritu, se queja de las afecciones terrestres que le atormentaban en ese tiempo y que le obligaban, segun su expresion á los corintios, á doblegar su cuerpo á la esclavitud. Trabajaba con las manos para vencer su amor propio y para no dejarse debilitar por la ociosidad, y tambien para ejercitar su caridad y su paciencia; pero la sabia mediania que recomendaba y practicaba al mismo tiempo, manifiesta que su humildad no era la de un filósofo cínico, y que su modestia no rehusaba los socorros y la hospitalidad que se ofrecian á su persona y á sus discípulos. La série de viajes, con todos sus detalles, que hizo durante su vida apostólica, que describen las *Actas de los Apóstoles*, nos ofrecen una infinidad de hechos, entre los que no podemos ménos de tener que limitarnos á los principales y á las permanencias de mayor extension que dieron lugar á sus epístolas y á sus discursos, cuyos monumentos han llegado á nosotros, para ilustrarnos y confirmarnos en la fe. Efectivamente, si hubiéramos de seguir paso á paso la vida de este gigante de la Iglesia católica, sería pretender un imposible, pues no puede explicarse con pocas palabras, ni fácilmente creer lo que este santo Apóstol trabajó y padeció para cultivar provechosamente la viña del

Señor; las peregrinaciones que hizo; las tierras que anduvo; las almas que convirtió y cómo; que fué enseñándolas con el fuego de su encendida caridad, con el ejemplo de sus admirables y divinas virtudes, una doctrina aprendida del cielo, afirmándoles en ella con los frecuentes milagros que Dios obraba por él; porque así como le habia escogido como vaso precioso para llevar y derramar por todo el mundo el ungüento oloroso y saludable de su santísimo nombre, y testificar á los reyes y príncipes, á los judíos y gentiles que era el Salvador del linaje humano, así fué necesario le adornase con su espíritu soberano, para que pudiese cumplir con tan elevado oficio, y resistir á cuantas dificultades pudieran oponérsele. Hablando el santo Apóstol de las regiones que alumbró con la luz del Evangelio, dice que desde Jerusalen hasta Esclavonia y Dalmacia y todas las tierras circunvecinas, habia predicado en donde aún nadie habia predicado; de modo que el Santo fué el primero que echó los cimientos de la gracia sobre aquellos países, el primero que cultivó aquellos ingratos terrenos, abonándolos convenientemente para que germinase en aquella tierra vírgen con lozanía la preciosa semilla del santo Evangelio, que desparramó con mano maestra, para que otros santos cultivadores, siguiendo sus pasos, edificasen con seguridad sobre tan sólidos cimientos y recogiesen el fruto que él habia preparado y dispuesto. En estas peregrinaciones de S. Pablo es de notar, segun un piadoso autor, que algunas veces le revelaba el Señor á dónde habia de ir y á quiénes habia de predicar, y otras veces le estorbaba lo hiciese; y así se entiende por S. Lucas cuando hablando de S. Pablo dice que el Espíritu Santo le prohibió predicase en Asia Menor; y otra vez que apareciéndosele en sueños un hombre de Macedonia, que sería su ángel custodio, rogándole fuese á este país, lo que hizo el Santo, teniendo por cierto que el Señor le mandaba predicar el Evangelio á los macedonios que estaban en disposicion de recibir la luz mejor que los de Asia, cuyo país estaba reservado al evangelista S. Juan, que fué el maestro y príncipe de todas las iglesias de Asia. En cuantos sitios visitó el Apóstol tuvo el cielo grandes ganancias, pues que le conquistó gran número de almas, á causa de la divina elocuencia y fuerza de conviccion que Dios le habia comunicado para que fuese capaz de persuadir á la verdad á los que más empeñados estuviesen en la mentira y más confundidos en el error. Dice un autor, remontándose á lo sublime, y lleno de santa uncion cristiana: «Habia S. Pablo subido al tercer cielo, en donde »oyó aquellas palabras misteriosas é inefables que con lengua humana no se »pueden explicar; bebió de la misma luz; se abrasó en el divino fuego que »allí ardia, y quedó tan lleno, tan brillante, tan encendido, que era impo»sible dejase de fecundizar con sus corrientes, iluminar con sus resplan»dores é incendiar con las llamas que se desprendian de su inflamado pe-

»cho. S. Agustin, Sto. Tomás y S. Anselmo, al manifestarnos este rapto, »creen que S. Pablo vió en él la esencia divina, y que áun cuando breves »instantes, fué bienaventurado en las regiones celestiales; y siendo esto así, »¿por qué extrañar las maravillas que obró quien tanto mereció de la divina »gracia? ¿quien áun en vida mortal moró, aunque tan poco tiempo, en el al- »cázar de Dios, y pudo admirar las grandezas verdaderas de la gloria, la »dicha que en ella disfrutan los santos, y por último, quien encendió su al- »ma en la misma luz de la luz y pudo y logró abrasar su corazon en ella?» Hé aquí por lo que con mucha razon nos dice que S. Pablo en cuanto enseñó y escribió, fué como intérprete y comentador del Evangelio, porque los evangelistas cuentan la vida y muerte del Señor en un estilo llano é histórico, sin encarecer la grandeza de los misterios; pero Dios envió al apóstol S. Pablo para que cantase la caridad de Dios, dándonos á su Hijo beatísimo y las riquezas y tesoros que estan escondidos en Cristo. Dice S. Juan Crisóstomo que cuando los demás apóstoles estaban con S. Pablo, le encargaban siempre la predicacion, porque él era la boca de todos, y que por esto consideraban los gentiles á Pablo por Mercurio y á Bernabé por Júpiter, porque Pablo era el que hablaba por todos, y con su elocuencia los admiraba y alumbraba. No nos espanta, añade el mismo Santo, tanto el trueno como la voz de Pablo espantaba á los demonios, pues que si huian de sus vestidos, cuánto más huirian de su voz; la cual los venció y cautivó, la que limpió el mundo, la que sanó las enfermedades, desechó la maldad y restituyó la verdad que estaba desterrada, y tuvo siempre á Cristo sobre sí, porque el Señor siempre le acompañó, y do quiera que anduvo fué con él; y así como Dios está sentado sobre los querubines, así lo estuvo sobre la lengua de Pablo, por la cual habló Cristo tantos y tan inefables misterios y mayores que no por sí mismo: porque así como obró mayores cosas por sus discípulos que por sí mismo, así tambien les habló, y el Espíritu Santo pronunció tantos oráculos, tan admirables y divinos. Sobre este mismo asunto hallamos en S. Gerónimo, «que cuando S. Pablo leia sus epístolas, le parecia oir truenos y no palabras, y que eran como relámpagos y rayos.» El vaso de eleccion, la trompeta del Evangelio, el bramido del leon cristiano, el trueno de las gentes, el rio de la elocuencia del cristianismo que nos declara el misterio escondido á los siglos pasados, y el profundo abismo de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios de una manera que parece más estar absorto y suspenso considerándola, que poder manifestar con la voz lo que encerraba en su pecho; de este modo pinta San Gerónimo la elocuencia de S. Pablo. No consistió, como dice un publicista ortodoxo, la elocuencia de S. Pablo en palabras rebuscadas y exquisitas, ni en las flores con que la engalana la retórica humana, que si bien deleita el oido, deja seco el corazon de los oyen-

tes y vano el del orador, ni, segun el mismo Santo dice, «sus platicas y ser»mones estaban adornados de palabras esmeradas y compuestas para per»suadir, sino de fuerza de espíritu de Dios que se servia de ellas como de »agudas saetas para penetrar las almas, compungirlas y atraerlas al cono»cimiento y amor de la verdad.» No se contentaba el Santo con dar pasto á las almas de sus ovejas, y repartir el pan de la doctrina á los hambrientos y necesitados, sino que tuvo cuidado de proveer á los cuerpos y de socorrer á los menesterosos para que el hambre corporal no les matase; porque habiendo tenido lugar el hambre profetizada por Agabo, discípulo del Señor, en tiempo del emperador Claudio, y padeciéndola los fieles de Jerusalen, procuró el Apóstol, movido de su caridad, que los cristianos esparcidos en otros puntos los socorriesen contribuyendo cada uno con lo que podia, y juntando todas las limosnas, él mismo las llevaba á Jerusalen en compañía de San Bernabé. Así procuró tambien, no solo enseñar la doctrina que Dios habia revelado, si que tambien que se conservase pura y sincera, y que en todo se conociese la eficacia y la virtud de la gracia de Cristo, y que por sus merecimientos con la gracia evangélica, nos salvemos sin necesidad de guardar la ley de Moisés, ni la circuncision, ni las demás ceremonias judáicas, como pretendian algunos de los convertidos. Y como sobre esta materia se suscitase una cuestion que podia perjudicar á la Iglesia, entre judíos y gentiles, fué S. Pablo con autoridad de S. Pedro y de los demás apóstoles á Jerusalen, acompañado de S. Bernabé, en donde en un concilio presidido por S. Pedro se decidió la controversia. No solo alumbraba S. Pablo á las gentes con la luz de su doctrina, abrasándolas y moviéndolas con las abrasadas palabras de su elocuencia divina, sino que las atraia y convertia á la fe con los muchos milagros que obraba Dios por su medio. Cuéntase como uno de los primeros, que hallándose S. Pablo en Chipre, en la ciudad de Pafo, vió á Bariesu, mago y falso profeta judío, que estorbaba que el procónsul Sergio Pablo recibiese la fe. Llegóse á él el santo Apóstol, y lleno del Espíritu Santo le reprendió por su locura de oponerse á la voluntad de Dios, y en castigo le dejó ciego; lo cual visto por el procónsul, fué suficiente para que abandonase los ídolos y se convirtiese. Con este motivo, dice un historiador místico siguiendo á S. Gerónimo, que como Sergio Pablo fué el primer caballero romano que se convirtió en tan alta dignidad, el Apóstol tomó su nombre, de cuya opinion es tambien S. Agustin, y de Saulo se llamó *Pablo;* y S. Lucas, que en el libro de los Hechos apostólicos siempre le habia llamado Saulo, desde aquel milagro le llamó Pablo. Sobre este particular asegura Orígenes que el Apóstol desde su nacimiento tuvo los dos nombres de Saulo y de Pablo, diciendo otros autores que cambió el sobrenombre en el bautismo, no faltando quien pretenda que lo mismo es en latin Pablo que en hebreo Saulo,

prefiriendo el Santo el primero desde su conversion por ser el más usado entre romanos y gentiles con los que tenia que tratar: S. Juan Crisóstomo opina que el nombre se le mudó Dios, como lo hizo con Simon, al que llamó Pedro, opinion que siguieron Teodoreto, Teófilo y Ecumenio. Otro milagro hizo el Santo en Listria, sanando un cojo de nacimiento, al que hizo andar como si no hubiera jamás estado cojo, por lo cual asombrado el pueblo, le ofreció coronas, y quiso adorarle y ofrecerle toros en sacrificio, si bien no tardó mucho este pueblo, inconstante como siempre en su entusiasmo, en querer matarle á pedradas. Igualmente, segun S. Lucas, sanó el Santo en la ciudad de Filipo, en Macedonia, á una jóven poseida del demonio, que embaucaba á las gentes, y que como sus amos perdiesen lo que ganaban con sus embustes, movieron contra S. Pablo y sus compañeros á la chusma de la ciudad, y los azotaron y aprisionaron, sacándoles Dios milagrosamente de la cárcel. Siguiendo los historiadores sagrados hablando acerca de los milagros del santo Apóstol, nos dicen: «que hallándose el Santo predicando en »Troade, alargándose en su plática hasta media noche, un jóven llamado »Eutiquio, que le escuchaba desde una ventana, cayó al suelo vencido del »sueño y se mató; pero que abrazándole el Santo, le volvió la vida con asom»bro de los que lo vieron.» Y S. Lucas añade: «que los milagros de S. Pablo eran extraordinarios, pues que con solo su tacto sanaban los enfermos y huia el demonio de sus poseidos, y por lo tanto no es extraño exclamase el mismo Santo al hablar á los de Corinto: «Las señales de mi apostolado »ha obrado Dios sobre vosotros, en toda paciencia, en milagros y prodigios y »en obras maravillosas.» Muchos, pues, fueron los milagros que hizo Dios por mediacion de S. Pablo, á fin de que se creyera en su santa mision, y de llamar á las gentes á militar bajo la sacrosanta bandera de Jesucristo, sometiéndose á la pura ley del Evangelio. Empero el mayor de todos los milagros, añade un autor místico, era la vida que llevaba, vida más de un ser venido del cielo, que de un hombre mortal, pues que á no vivir Dios en él, imposible fuera sostener tal vida. «Vivo yo, decia el Santo, mas ya no yo, »sino Cristo vive en mí, y mi vida es Cristo, y morir es ganancia para mí, y »nuestra vida está en el cielo. ¿Quereis que os pruebe que Jesucristo habla »en mí?» De manera que S. Pablo era un retrato de Cristo, y no tanto vivia vida natural por el alma, que era forma de su cuerpo y le daba ser, cuanto vida sobrenatural y divina por el aliento y espíritu que le comunicaba la gracia del Señor. ¿Qué trasformado estaria en Cristo el que decia que no sabia otra cosa sino á Cristo y Cristo crucificado? El que repetia á cada paso: «No permita Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por el cual el mundo me aborrece y yo aborrezco al mundo.» Y el que todas las cosas transitorias de este mundo pisaba teniéndolas por ba-

sura, por ganar, abrazar y poseer á Cristo. ¿Qué fuego de amor divino y qué incendio, el que desafiaba á todas las adversidades, y con tanto fervor exclamaba: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? Por ventura, ¿la »tribulacion ó la afliccion, la desnudez, el hambre y el peligro, la persecu»cion ó el cuchillo? Yo soy cierto que no me podrá apartar de la caridad de »Dios que manifestó en su hijo Jesucristo, Señor nuestro, ni la vida, ni la »muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades del cielo, ni »los bienes presentes, ni los los venideros, ni la fortaleza, ni la altura, ni »la profundidad, ni otra cosa alguna, sea del cielo ó de la tierra.» Con qué copia é ímpetu se derivaba este rio de fuego de amor en los prójimos y en todo el mundo; pues que siendo tan grande como es, no henchia el corazon de Pablo, y mil mundos fueran pocos para él. Qué caridad tan exquisita tenia para sus enemigos: hablando de los judíos que tanto le perseguian, procurando acabar con él, decia que deseaba ser anatema y apartado de Cristo por ellos, á trueque de librarlos de la ira del Señor. En este fuego de caridad S. Pablo enfermaba con los enfermos, se afligia con los afligidos, y se abrasaba de dolor cuando alguno se escandalizaba y caia. Era padre para todos, y madre y nodriza amorosa que sustentaba con la leche de su dulcísima doctrina como á tiernos niños á los que convertian. Desinteresado, no buscaba los bienes terrenos sino las almas de los que trataba. Se sustentaba con el trabajo de sus manos por no ser gravoso á nadie, y despues de haberse empleado durante el dia en provecho del prójimo, se ocupaba por la noche en hacer correas de cuero para ganar el pedazo de pan que comia. Y esto no lo hacia porque le fuera negada la limosna de aquellos á quienes predicaba, que se la daban como á los demás apóstoles lo hacian los judíos, que no se escandalizaban de que aquellos admitiesen la limosna para sustentarse; sino porque no queria que los gentiles, á los que él predicaba, llegasen á escandalizarse si él recibiese algo de ellos con menoscabo del Evangelio. Si pasamos á inquirir las admirables virtudes que brillaban en el glorioso apóstol S. Pablo, no podremos ménos de maravillarnos á cada paso al ver á Dios en él, pues que de otro modo fuera imposible encontrar tanto y tan sublime en la naturaleza humana. «¡Que fe tan viva, exclama el »mismo autor á quien seguimos en esta parte, qué esperanza tan firme, »qué templanza tan excelente, qué justicia tan igual, qué prudencia tan »divina, qué fortaleza y qué constancia tan acabada y perfecta! ¡Qué peni»tencia y rigor en castigar y domar su cuerpo, para no aprovechar á otros »con daño suyo y quedar seco regando y fertilizando los campos ajenos! Y »así bastan las palabras que de sí dice: Si son ministros de Cristo, más lo »soy yo, ejercitado en muchos trabajos, encarcelado más veces que no ellos, »lastimado en llagas sobre manera, y muchas veces en peligro de la muer-

»te. Cinco veces fuí azotado de los judíos, y recibido en mi cuerpo cada »vez treinta y nueve golpes, segun su ley. Tres veces he sido herido con »varas, y una vez apedreado. Tres veces he padecido naufragio. Una noche »y un dia he estado en el profundo del mar, peregrinando toda la vida, pa- »sando peligros de rios, de ladrones, de judíos, de gentiles, tanto en la »ciudad como en la soledad, en el mar y en la tierra, y de los falsos her- »manos, cansado por los trabajos y fatigado por las angustias y consumido »por las vigilias de hambre y sed, de los continuos ayunos, del frio y des- »nudez. Y cuando dice en otro lugar: Hasta la hora presente estamos muer- »tos de hambre y de sed, y andamos desnudos y abofeteados, sin tener mora- »da cierta en que acogernos, trabajando con nuestras manos. Nos maldicen, »y nosotros los bendecimos; padecemos persecucion, pero estamos fuertes y »la sufrimos con alegría; nos blasfeman, y nosotros rogamos por estos mis- »mos. En fin, somos tenidos y tratados como el desecho del mundo, como »un poco de polvo y basura de la tierra, y como hombres que los gentiles »sacrificaban por todo el pueblo para aplacar la ira de sus falsos dioses.» No podemos ménos de seguir al mismo piadoso autor cuando trata de la hu- mildad del Santo, que dibuja con rasgos tan sencillos como maestros. «¿Quién, »continua, podrá referir dignamente aquella profundísima humildad, raiz y »fundamento de todas las virtudes que tuvo este bienaventurado Apóstol?— »El mismo dice de sí con referencia á los apóstoles: Yo soy el mínimo de »todos é indigno de ser llamado apóstol; porque perseguia la Iglesia de »Dios, y en otro lugar: Jesucristo vino al mundo para salvar los peca- »dores, de los cuales yo soy el mayor. Pero Dios me ha perdonado para »mostrar su longanimidad y paciencia, y con este ejemplo mover á los cre- »yentes que esperasen su divina misericordia y de esta manera alcancen la »vida eterna.—He sido blasfemo y perseguidor, y vaso de ira y de contu- »melia.—Permitia Dios que el estímulo de la carne le afligiese y apretase, y le »hiciese conocer que era hombre y necesitado del favor de Dios, y que le »pidiese tres veces que le librase de él y no lo alcanzase, porque así conve- »nia para conocer su flaqueza y ser fuerte en Dios y no en sí; porque hacia »Dios con su Apóstol lo que los romanos con el que triunfaba; y era, que »saliendo el Senado con toda la ciudad á recibirle con pompa y grande apa- »rato, y yendo los cautivos delante y acompañado de soldados, que como el »pueblo le aclamaban, iba detrás de él un esclavo, al que se oia decir en- »tre las aclamaciones que se le daban: *Acuérdate que eres hombre;* como »para advertir al triunfador que no se desvaneciese, ensoberbeciéndose con »las alabanzas que se le prodigaban. Por esto el Señor le daba las tentacio- »nes de la carne cuando él triunfaba de todas, porque no hay cosa que más »nos dé á conocer nuestra flaqueza. Dicen otros que eran estos avisos las en-

»fermedades y persecuciones que el Santo sufria, que fueron tantas y tales, »especialmente de los judíos, y sufridas con tan admirable paciencia y ale»gría, que no puede explicarse fácilmente, porque como si el Santo fuere un »enemigo comun y cruel de todo el linaje humano, así los judíos le perse»guian en todos los lugares, tiempos y ocasiones, procurando darle la muer»te, como si en ella consistiera la conservacion de la vida de cadá uno de »ellos, apretándole de tal modo algunas veces, que el mismo S. Pablo dice: »Queremos, hermanos, que sepais la tribulacion grande que habemos teni»do en Asia, la cual nos ha afligido sobre manera y sobre nuestras fuer»zas, y nos ha angustiado tanto, que nos daba fastidio la misma vida: to»das las cosas pronosticaban y amenazaban la muerte, y como ya sin reme»dio nosotros mismos la esperábamos, permitiéndolo Dios para que apren»diésemos á no confiar en nosotros, sino en aquel Señor que resucita á los »muertos, y con su poderoso brazo nos libró y libra de tan grandes peligros. »Añade en otro lugar: Yo me gozo en mis enfermedades, en las contume»lias, necesidades, persecuciones y aflicciones que padezco por Cristo, por»que cuanto en mí soy más flaco y abatido, tanto más poderoso y fuerte soy »en el Señor.» Ya hemos anunciado que los detalles y los viajes de la vida apostólica del glorioso apóstol S. Pablo se encuentran en las *Actas de los Apóstoles*, pues que ellas nos ofrecen una infinidad de hechos; pero la índole de este escrito nos precisará á limitarnos á los principales en nuestra pobre opinion, que son aquellos que dieron lugar á sus discursos y á sus epístolas, monumentos magníficos que han llegado hasta nosotros para prez y gloria del cristianismo y mayor honra de Dios. Ya hemos dicho que la primera mision de S. Pablo, al dejar á Antioquía, fué ir á Pafos, en la isla de Chipre, en donde se hallaba de gobernador por los romanos Sergius Paulus; y que habiendo tratado de impedir el mago judío Elimas que el procónsul oyese la predicacion del Santo, le dejó ciego, á cuya vista se convirtió el procónsul. Desde Chipre fué S. Pablo á predicar el Evangelio á Antioquía de Pisiria, ciudad poblada de judíos y de gentiles, á los que aún no se habia predicado le fe. S. Pablo, á quien Bernabé cedia siempre la palabra, anunció á los judíos á Cristo resucitado como el Mesías prometido por David, culpando á los judíos de Jerusalen de la muerte de Jesús predicha por los profetas. Fué tal la afluencia de los que acudian á oir su palabra, que los gentiles no tenian inconveniente de ir para oirle en la sinagoga. Muchos judíos amantes y celosos de su ley incitaron contra S. Pablo y S. Bernabé á los principales de su secta, y al verse obligados los apóstoles á abandonar esta ciudad inhospitalaria, al salir de ella sacudieron sus piés para no llevar ni aun el polvo de ella. Desde esta época, ó sea el año 45 de Jesucristo, data la predicacion del Evangelio á los gentiles. Léjos

de desanimarse S. Pablo por el mal éxito de su primera mision, fué á Icona en la Licaonia, y predicando en la sinagoga hizo prosélitos entre los judíos y los gentiles, siendo de este número Sta. Tecla, que fué la primer mártir de su sexo. Habiéndose formado dos partidos contrarios entre judíos y gentiles, tuvieron que mediar los magistrados contra Pablo y Bernabé, los que despues de haber sido honrados como dioses por el pueblo, testigos de la cura que habia hecho en un enfermo, fueron apedreados por sugestion de los judíos, y faltó poco para que pereciesen en el suplicio en que S. Esteban habia alcanzado el martirio. Agobiado de males que sobrepujaban á sus fuerzas, como lo dice el mismo Santo, golpeado, arrastrado de prision en prision, expuesto á mil peligros, y sufriendo toda clase de malos tratamientos, S. Pablo desplegaba por todas partes igual constancia de carácter, con lo que sostenia el celo de su fe. Volvió de Asia á Antioquía de Siria, en donde estuvo muchas veces hasta el concilio de Jerusalen para predicar el Evangelio en la Panfilia, la Macedonia y la Iliria, ántes de escribir sus primeras epístolas, en las que detalla sus sufrimientos y trabajos, es decir, en el tiempo en el que S. Lucas trazó la historia de S. Pablo, sin enumerar todos los viajes de que éste habla en sus epístolas. A medida que se extendia la ley evangélica, un nuevo objeto de turbacion nació entre los cristianos que habian sido fariseos. Pretendian estos someter á los gentiles que se convertian, á la circuncision y á las observancias prescritas por la ley de Moisés. Declarándose en contra de esta pretension la poderosa autoridad de S. Pablo, le hizo ir á Jerusalen para conferenciar con los apóstoles y antiguos discípulos de Jesucristo sobre este particular. Reunido el concilio en Jerusalen, en el que expuso S. Pablo su opinion, decretó la libertad evangélica, y decidió este importante punto, que separa la antigua ley de la nueva, dejando al piadoso juicio de los que predicasen la ley evangélica, la facultad de practicar, segun y cuando conviniese algunas costumbres de la ley antigua hasta el completo establecimiento del cristianismo. Con arreglo á este acuerdo del concilio rehusó S. Pablo por no ser necesaria la circuncision á Tito para no chocar con los gentiles, y pasó por ella en Timoteo á fin de ganar á los judíos. Expuso S. Pablo á los apóstoles en Jerusalen la doctrina que él habia predicado, y reconocieron y confirmaron su vocacion al apostolado de las naciones, dándose todos la mano para significar la unidad de comunion entre sí. Volviendo á Antioquía S. Pablo para emprender nuevos viajes, asoció á sí á Timoteo, uno de sus más fieles discípulos. Dirigióse S. Pablo con su compañero á llevar el Evangelio á los gálatas, y pasó á Macedonia con S. Lucas, que parece que en aquella ocasion empezó su amistad, habiendo sido despues su historiador particular, como S. Timoteo fué su secretario íntimo. Dirigióse S. Pablo á Filipo, colonia romana de la Macedonia, y alojándose en

casa de una señora que le debia su conversion, libró á una esclava que estaba poseida de los malos espíritus. Valiéndose de este pretexto los enemigos de los cristianos, persiguieron á S. Pablo y á sus discípulos, á los que por órden de los magistrados azotaron con varas y cargaron despues de cadenas. Encerrados en una prision, cuyo carcelero se convirtió, se les abrieron las puertas y salieron libremente de la ciudad declarando sus cualidades de ciudadanos romanos, pero no sin haber dejado allí S. Pablo muchos amigos que le fueron siempre fieles y que hicieron á su vez muchos cristianos. A pesar de lo que le hicieron sufrir los filipenses, volvió S. Pablo á la metrópoli de Macedonia, y sus cartas á los tesalonicenses, á quienes amaba paternalmente, prueban los frutos que su predicacion produjo entre ellos. Indignados los judíos del éxito de la predicacion de S. Pablo, persiguieron á Jason y á otros cristianos notables que le habian acogido, y metiéndolos en prision, no les dejaron en libertad hasta que prometieron volver á presentarle. Conducido S. Pablo de noche fuera de los muros de la ciudad, pero siempre perseguido de ciudad en ciudad, se embarcó por fin para Atenas, ciudad de las luces al propío tiempo que de la supersticion. Entregada esta ciudad al politeismo y á la idolatría, tenia, sin embargo, un templo con un altar dedicado al Dios desconocido, por el que parece designar Luciano al Dios de los judíos, adorado por los cristianos. Al ver esto S. Pablo, y animado aún más por el celo de la verdad, se puso á predicar no solo al pueblo de Atenas, sino tambien á los epicúreos y á los estóicos sobre el Dios desconocido que era nuevo para los primeros, extraño para los segundos é importuno para los últimos. No tardó S. Pablo en ser llevado por sus oyentes al Arcópago para que diese cuenta de su doctrina, mucho más opuesta al culto de los dioses que la de los filósofos que habian sido castigados por haberle combatido. El sabio Apóstol no se desconcertó delante de aquel severo tribunal, y sin chocar con los rectos jueces ni rebajar los objetos de la veneracion pública, se aprovechó de la circunstancia de haber erigido un altar al Dios desconocido, para manifestarle las excelencias y grandezas del Dios que adoraban sin saberlo. Les manifestó la existencia de un Dios creador del cielo y de la tierra que no habita materialmente en los templos, que formó de un solo hombre toda la raza humana, á la que ordena le busque para conocerle. Llamóles hijos de la Divinidad, diciéndoles era indigno de ellos hacer á Dios semejante al oro y la plata, é inferior al hombre, de quien es el autor. Les exhortó á que se arrepintiesen de haberle desconocido y procurasen hacérselo propicio, recibiendo nuevos beneficios de su gracia por los méritos de Jesucristo, que habia descendido á la tierra para reconciliarles con Dios. Los atenienses, siempre amigos de novedades, oyeron con gusto á S. Pablo, y otros en despique de los filósofos recibieron la doctrina de

Cristo muerto y resucitado. Dionisio, juez del Areópago, se convirtió, y fué despues el primer obispo de Atenas; pero á pesar de esto S. Pablo, presintiendo la inconstancia de este mismo pueblo, no quiso detenerse en él mucho tiempo, y se fué á Corinto, metrópoli de la Grecia, en donde llenó más fructuosamente los deberes de su ministerio. No queriendo S. Pablo ser gravoso á los corintios, y á fin de darles un ejemplo útil, ó al ménos de desinterés, trabajó con sus manos para mantenerse. A fuerza de paciencia y de dulzura logró S. Pablo conquistar á los corintios á la religion cristiana, y el año 52 de Jesucristo fundó la iglesia de Corinto en la que se detuvo mucho tiempo. Desde este punto escribió sus primeras epístolas, en las que manifiesta á los de Tesalónica su ternura y estimacion por su constante fe, y sobre todo por la caridad que ejercitaban con todos los cristianos de la Macedonia. Combatió por medio de sus discursos el lujo y las costumbres cínicas de los corintios, recomendando la modestia á las mujeres, la decencia á los hombres y las virtudes evangélicas á todos. Los progresos de su predicacion, más aún que su severidad temperada por su moderacion, le suscitaron nuevos enemigos, particularmente entre los judíos á los que procuraba ganar manifestándoles que honraba su ley queriéndola obsequiar de concierto con ellos; pero siempre porfiados y celosos, le aprisionaron y llevaron al tribunal del procónsul Gallion. Oida la demanda de los judios, el hermano de Séneca, declaró que no queria mezclarse en sus diferencias, y les despidió dejando en libertad á S. Pablo; pero éste más sensible á la dureza de corazon de los judíos de Corinto y á sus malos tratamientos abandonó la ciudad, y se embarcó para Jerusalen, donde él entregó las limosnas destinadas á los cristianos pobres y á los que habian sido despojados de sus bienes. Desde allí fué á Efeso, en donde con mucha paciencia y celo, y confirmando su mision con milagros benéficos á imitacion de Jesucristo, fundó desde el año 55 al 56 de nuestra era la iglesia que el apóstol S. Juan debia despues elevar y afirmar sobre sólidas bases. Predicó de nuevo, pero sin fruto, á los judíos que permanecieron en su ley á pesar de sus exhortaciones; más dóciles los gentiles á la voz de Pablo, les hubiese arrancado fácilmente á la idolatría si no hubiese tenido que combatir en Efeso una filosofía supersticiosa, que tenia embaucado al vulgo por medio de ilusiones. Devorado S. Pablo por el celo de la verdad, no solo predicaba en público á los de Efeso, si que tambien les hacia exhortaciones particulares, uniendo las súplicas y las lágrimas á sus instrucciones. El efecto de esta predicacion, que vino á ser tan célebre, ha sido objeto en nuestros dias del sublime pincel del Rafael francés Lesueur, que le pintó en el acto en que los efesios, entregados á la astrología y á la magia, quemaron públicamente sus libros. En el mismo Efeso, admirados los cristianos de la elocuencia divina de S. Pablo, confesaron públicamente

sus pecados á los piés del Apóstol. El año 56 de nuestra era en que se hallaba S. Pablo en Efeso, escribió su epístola á los gálatas, en la que despues de justificarse del reproche que se le hacia de haber condenado la condescendencia hácia los judíos que se obstinaban en imponer á los gentiles el yugo de su ley, y defiende el espíritu del Evangelio y su propio apostolado contra aquellos mismos judíos que turbaban la Galacia procurando dividir á los nuevos cristianos. En el mismo año y desde el mismo punto, y un año despues desde la Macedonia, dirigió sus epístolas á los corintios, cuya iglesia se hallaba perturbada por la division de los cristianos, con motivo de que los unos daban la preferencia á S. Pedro y los otros á S. Pablo, no faltando quien se la diese á Apolonio su discípulo. En estas cartas, que les envió con Tito, les explica las reglas de la caridad y concordia cristiana, de cuyas virtudes la buena union de los apóstoles les habia dado ejemplo. Manifestó con una fuerte y viva elocuencia el verdadero espíritu de la ley evangélica que la distingue de las prácticas de la ley judáica, con las que la maleficencia, autora de estas turbaciones, afectaba confundir los preceptos del cristianismo. En este espíritu y deseo de la paz dejó S. Pablo á Efeso, á consecuencia de una sedicion suscitada contra él por la codicia de los que se dedicaban á fabricar y vender figuras de la diosa Diana á los extranjeros atraidos á Efeso por la celebridad de su templo. Temiendo que la predicacion de S. Pablo arruinase este género de industria, se revolucionaron contra él los obreros á cuya cabeza se puso el platero Demetrio; pero los magistrados temieron más que tras esta sedicion particular viniese un movimiento más general contra la multitud de cristianos que ya habia en Efeso, y empezaron á tomar precauciones que fueron inútiles, pues que la partida de Pablo apaciguó la sedicion. Desde Macedonia, adonde pasó, volvió á Corinto el año 58, y desde allí dirigió su epístola á los romanos. Aun cuando escribió esta carta despues de otras muchas, es la primera que se ha colocado en el cánon por su importancia en cuanto á la doctrina. Trata en ella la cuestion de si los judíos habian sido admitidos á recibir el Evangelio en virtud de las obras de la ley, ó de si habían sido justificados como los gentiles solo por la gracia de Jesucristo. Su fin principal en esta carta era especialmente terminar las disputas de los cristianos circuncisos en Roma y en otros puntos, contra los gentiles que por librarse de la antigua ley que pretendian los judíos convertidos debia preceder á la nueva, les oponian las luces de la filosofía que les habia iluminado á ellos. Prueba á unos y á otros S. Pablo, que ni la ley de los judíos, ni la filosofía de los paganos, obraba la justificacion, la cual venia solo de la fe animada por la caridad. El elevado objeto de su carta con relacion al mérito de las obras, ejercitando la sagacidad de los comentadores, ha presentado puntos oscuros que apoyándose por parte de otros en S. Agustin,

que no se habia atrevido á comentar esta epístola, se ha intentado explicarla con el auxilio de sus escritos sobre la gracia, no habiendo considerado que los principales motivos que indujeron al Apóstol para escribirla, se circunscribieron á la cuestion relativa á las disputas entre judíos y gentiles como hemos dicho; y que el espíritu de union que recomienda como el efecto de la unidad de sentimientos y el objeto de la religion cristiana, debió prevenir toda disputa sobre este motivo. Despues de haber recorrido San Pablo todas las provincias del Oriente predicando en ellas el Evangelio, se propuso volver á Jerusalen para llevar de nuevo las limosnas que habia recogido, y pasar despues á Roma á fin de visitar la Iglesia que S. Pedro habia establecido, dirigiéndose despues á España á llevar la fe á aquellos países más occidentales; pero la division entre los fieles de esta Iglesia le hizo detenerse, y escribió á sus hermanos de Roma, en cuya carta nombra y saluda á los más notables, Herodion, su pariente, Aristóbulo y la familia de Narciso; pidiéndoles la asistencia moral de sus oraciones contra las tribulaciones que espera experimentar en Jerusalen por parte de los judíos, cuya ley no cesaba el Apóstol de declarar supérflua desde la publicacion del Evangelio. Partiendo S. Pablo de Corinto fué á celebrar la pascua con sus queridos filipenses, tomó en Troade el pan eucarístico con los fieles, é hizo en Mileto sus exhortaciones á los amigos de Efeso, y tanto en Tiro como en Cesarea se despidió de los cristianos, que intentaron en vano disuadirle ir á Jerusalen. Llegó á esta ciudad en la fiesta de Pentecostés, y deseando, aconsejado al efecto por el apóstol Santiago, destruir la opinion que trataba de sacrílegas las ceremonias judáicas, hizo en el templo las abluciones prescriptas por la ley; pero estando acompañado por algunos extranjeros que le habian seguido, le acusaron los judíos de Africa de dogmatizar contra esta ley, y de profanar el lugar santo. A sus gritos fué S. Pablo arrastrado fuera del templo, y apaleado por la multitud que quiso matarle, lo que obligó al tribuno Lysias á arrancarlo de las manos de las furiosos, haciéndole encerrar en la fortaleza Antonia, guardada por la cohorte romana, para apaciguar al frenético pueblo. Conducido ante el tribunal S. Pablo, acusado por el gran sacerdote de los judíos que le abofeteó, respondió á esta escandalosa violencia haciendo con dignidad y dulzura la apología de su conducta, y manifestando al propio tiempo su creencia en la resurreccion futura, que era la de la secta á la que él y su padre habian pertenecido. Declarándose en favor de S. Pablo los fariseos que presenciaban el juicio, é invocando el Santo su cualidad de ciudadano romano, que tenia por su orígen, revocando Lysias la órden de la tortura que habia dado, y deseando sustraerle á las manos de los furiosos judíos, le hizo conducir á Cesarea, en donde residia Félix, gobernador ro-

mano de la Judea. Renovó el gran sacerdote su acusacion ante Félix, declarándole profanador, sedicioso y jefe de la secta de los nazarenos, calificacion que daban los judíos á los cristianos. Sin negar este título S. Pablo, y sin quejarse de los ultrajes del Pontífice, se justificó noblemente de los delitos que le imputaban. No obstante su elocuente defensa, sufrió dos años de prision por empeño de los judíos; pero habiendo sucedido Festus á Félix en la gobernacion de la Judea el año 60 de nuestra era, los pontífices pidieron se volviese á abrir el juicio de S. Pablo; y no pudiendo hacerle condenar por contraventor de su ley, le acusaron por crímen de Estado, como lo habian hecho ántes con Jesucristo. Llevado el Apóstol al tribunal del gobernador, se defendió con tal vigor de sus acusadores, que no atreviéndose Festus á ponerle en libertad, vista la porfía de los judíos, pretextó más ámplia informacion, proponiendo mandarle á Jerusalen, para que fuese allí juzgado; pero S. Pablo, que se debia á la Iglesia entera, no queriendo ser juzgado por sus enemigos, apeló al Emperador. Llegando á este tiempo á Cesarea el rey Agrippa, deseó oir al ilustre prisionero; y se verificó con tal motivo una nueva comparecencia, de la cual se aprovechó S. Pablo, no tanto para defenderse, cuanto para que sirviese de instruccion al mismo Agrippa, y aun á Festus. Al hablar de Jesucristo resucitado de entre los muertos, exclamó el gobernador: «Pablo, habeis perdido el juicio;» y continuando su elocuente discurso, á pesar de esta interrupcion, le dijo Agrippa: «Creo quisiérais persuadirme me hiciese cristiano;» á lo que contestó el Santo con tono animoso y sereno: «Ojalá, señor, que vos y todos los que me escuchan viniesen á ser lo que yo soy.» Terminóse esta audiencia diciendo el príncipe á Festus, que si S. Pablo no hubiese apelado al Emperador se hubiera podido darle libertad, á pesar de las furiosas declamaciones de los judíos. Profetizada habia sido ya la ida á Roma de S. Pablo preso desde Jerusalen, y fué de esta manera. Cuando pasaba el Santo desde sus misiones á Jerusalen, al llegar á Cesarea tomó el profeta Agabo el cíngulo de S. Pablo, se ató con él las manos y los piés, y dijo inspirado del Espíritu Santo: *De igual manera atarán los judíos de Jerusalen á Pablo para entregarle á los gentiles.* Rogaron encarecidamente entónces los demás discípulos á su maestro que no fuese á Jerusalen; y viendo el Santo que lloraban como niños asuplicarle cambiase de camino, les dijo con ánimo esforzado y con voz grave y sentenciosa: «¿Qué es esto? ¿por qué llorais y me afligís? No solo estoy »preparado para ser atado y maltratado, sino para morir en Jerusalen por »el nombre de mi Señor Jesucristo;» y siendo en vano las lágrimas y los ruegos de sus discípulos, siguieron el camino hácia la ciudad deicida, en la que se cumplió inmediatamente la prediccion del profeta Agabo, con sentimiento de los que le acompañaban y grande alegría del Santo, que vió en

esto la aurora del martirio por que suspiraba para unirse cuanto ántes con su Dios y Señor por medio del sacrificio, que hiciera más meritorias y aceptables sus obras á sus divinos ojos. Fáltanos decir que al apelar el Santo ante el tribunal del Emperador romano, cuando Festus, para congraciarse con los judíos, quiso volverle á mandar maniatado á Jerusalen, apeló, porque el Señor le dijo en una revelacion: «Sé constante; y así como has dado testimonio de mí en Jerusalen, es necesario que le des tambien en Roma.» Festus, aconsejado del rey Agrippa, admitió la apelacion que al tribunal del César hizo S. Pablo; y mandando á sus acusadores que compareciesen en Roma á seguir su causa delante del César, le embarcó en una nave, al cargo de un centurion y de muchos soldados, el año segundo del imperio de Neron, segun Eusebio, y á los veinticinco de la ascension del Señor á los cielos, como expresa S. Gerónimo. Fué embarcado el Santo en un buque de Adramita con S. Lucas y sus demás discípulos. Contrariados por los vientos costearon la isla de Chipre, y atravesando el mar Adriático llegaron á Lycia, en donde tomaron una embarcacion de Alejandría, que se dirigia á Italia. Siguiéndoles contrario el viento, trataron de ganar la isla de Creta; pero un gran viento de Oriente, que se levantó, les arrastró violentamente al sudoeste de Cauda, teniendo que desarbolar el buque y arrojar al mar todas las mercancías y efectos, para que pudiese más fácilmente salvarse la tripulacion y el buque. En este vendaval furioso todos se tuvieron por perdidos, y se perdieran en efecto, porque el peligro era inevitable, si no los salvára Dios, movido de los ruegos del santo Apóstol, al que mandó uno de sus ángeles para asegurarle de que todos se salvarian. Una terrible tempestad vino á aumentar el peligro y les tuvo sin comer durante catorce dias; y aunque eran doscientos sesenta y seis los que sostenia la perdida nave, ninguno perdió la vida. Apiadado Dios de la suerte de los náufragos; llevó la combatida nave á una isla del mar Adriático, llamada Melyta, que se cree sea la de Malta, pues que el nombre de Adriático se daba entónces á todo el mar que rodea la Italia y la Sicilia, y no una Melyta en la costa de Dalmacia como han creido algunos, y ménos una isla de Mitilena como se lee en una epístola de S. Gerónimo, que es una ciudad de la isla de Lesbos. Perfectamente acogido fué S. Pablo y los suyos en la isla de Malta por sus naturales, los cuales viéndolos salir del mar mojados, y siendo la estacion lluviosa y fria, encendieron grandes lumbreradas con sarmientos, para que se secasen al fuego. Al tomar S. Pablo unos sarmientos para aumentar y mantener la llama, una víbora, que estaba entre ellos, saltó á la mano del Santo, y picándole quedó colgada de uno de sus dedos. Al ver esto los bárbaros isleños, creyeron en su supersticion que Pablo deberia ser un mal hombre, cuando de tal modo le perseguia la desgracia, ignorando estos pobres hombres que

no siempre las aflicciones que da Dios en esta vida son castigos por los pecados, ni que tampoco todas las culpas se castigan en esta vida; sino que muchas veces el Señor concede bienes temporales á los malos y males á los buenos en este mundo, porque así conviene á sus divinos designios. El Santo, sin casi apercibirse de lo que los demás, sacudió la mano y lanzó la víbora al fuego, sin dejarle en la mano señal alguna el venenoso reptil. Viendo los isleños lo hecho por el Santo, su serenidad, que no se hinchaba, que se mantenia firme y sin dolor, y en fin, que no se moria, quedaron asombrados y le juzgaron no como hombre, sino un dios. El principal señor de la isla, llamado Publio, tenia enfermo gravemente á su padre, ya anciano; y sabiéndolo Pablo, al que se miraba con veneracion desde el caso de la víbora, pidió verle; y en cuanto se le presentó, le dejó enteramente curado de su dolencia; por lo que agradecido Publio ofreció al Santo y á los suyos la más grata hospitalidad, que recibieron los apóstoles como un bien surgido de la ley evangélica que predicaban. La curacion del padre de Publio atrajo á los pies de S. Pablo á todos los enfermos de aquella isla, á todos los cuales devolvió la salud; y esto movió de tal modo la gratitud de los malteses, que á querer el Santo, allí quedára en libertad de la prision en que iba. Para memoria del milagro de la víbora, obrado por Dios con S. Pablo, y para mayor gloria del Apóstol, las serpientes y víboras de aquella Isla no son desde entónces ponzoñosas ni hacen daño alguno. Despidiendo al Santo con mucho sentimiento los malteses, le proveyeron, así como á todos sus compañeros, de cuanto podian necesitar en el viaje, por lo que S. Pablo les bendijo en nombre del Señor, agradeciéndoles tan generosa hospitalidad, y se embarcó, ya pasado el invierno, con los suyos, en un buque de Alejandría. Siguió S. Pablo su navegacion desde Malta á Siracusa de Sicilia, por Reggio de la Calabria, por Rizzoles de Nápoles, y desde allí á Roma, en donde entró cargado de cadenas. Grande fué la alegría del Santo al ver que salieron á recibirle todos los cristianos que habia en Roma, los cuales se apresuraron á abrazarle y á reverenciarle como apóstol de Jesucristo, encadenado por su amor y perseguido por predicar su santa doctrina. Dice el cardenal Baronio en su preciosa obra sobre los santos, que entró S. Pablo en Roma el año 59 de nuestra era, y el tercero del imperio del cruel Neron. Presentado al prefecto del pretorio por el centurion encargado de su custodia, se permitió al Santo elegir alojamiento en que vivir miéntras no fuese juzgado, poniéndose á su cuidado una guardia de vista, más para su seguridad que por precaucion. Aun vigilado de este modo y bajo el peso de la acusacion que de aquel modo le tenia, no dejó S. Pablo de predicar el Evangelio, ya dando en su alojamiento sus lecciones, ya hasta en la misma corte del Emperador, en donde habia penetrado la fe con la reputacion del Após-

tol. La casilla en que estaba preso S. Pablo es la que se manifiesta hoy en la iglesia de Sta. María *in Via lata*, la cual es título de cardenal diácono, siendo conocida por tradicion como la casilla en que habitó S. Pablo. Durante estos dos años disputó con calor y energía con los judíos, los cuales le persiguieron y acusaron infamemente. Se ha supuesto por algunos autores que el Santo habia tenido relaciones de amistad con el sabio Séneca; pero las cartas en que apoyaron este hecho no son auténticas. Los filósofos de la corte del Emperador no se interesaron por el generoso prisionero, á pesar de la mucha parte de Roma que se interesaba por su suerte. Informados del cautiverio de S. Pablo los cristianos de Macedonia, que le querian mucho, le enviaron socorros y consuelos, y él les remitió en recompensa una epístola para los filipenses, pidiéndoles que el fruto de su union fraternal fuese la firmeza de su fe contra toda doctrina que intentase dividirles, exhortándoles á vivir fraternalmente unidos en Jesucristo; y concluye esta carta diciéndoles: todos los santos os saludan, y principalmente los que pertenecen á la casa de César, lo que prueba que habia cristianos en el mismo palacio de Neron, que imperaba á la sazon. Entre las catorce cartas que nos quedan de S. Pablo, casi todas se dirigen colectivamente á los cristianos de diferentes iglesias; pero su celo por la caridad le obligó á escribir en particular á uno de los principales habitantes de Covosses, que siendo muy hospitalario y movido por la piedad convirtió su casa en iglesia. Solicitó S. Pablo de Filemon perdonase á su esclavo Onesimo, que se habia convertido á la fe, verdaderamente arrepentido de haber sido infiel á su Señor; y habiendo alcanzado esta gracia el Apóstol, mandó á Onesimo á los colosienses con una epístola, exhortándoles á reconocer la generosidad de Filemon, y recomendándoles conservar la pureza de su fe sin mezclar en ella las opiniones de los gnósticos, ó sea los discípulos de Simon el Mago, representándoles á Jesucristo como el único mediador y conciliador de los hombres con Dios. De la misma fecha parece ser la epístola que dirigió á los efesios, la que teniendo por objeto el mismo punto de doctrina, se extiende más sobre los efectos de la redencion, y en particular sobre la vocacion y reunion de los gentiles y de los judíos. No olvidando S. Pablo á sus compatriotas, se cree escribió el año 61 su epístola á los hebreos, es decir, á los judíos convertidos de la Palestina, á fin de fortificar su fe contra la persecucion de los demás judíos. Esta larga epístola, que es la última en el órden de los cánones, no lleva ni el nombre de S. Pablo ni su título de Apóstol; y aun cuando está escrita en griego, como las demás cartas, su estilo se diferencia mucho de ellas. Con este motivo cree Eusebio que esta carta fué escrita en lengua siriaca, que era la que hablaban los judíos en aquel tiempo, y que sería traducida al griego por alguno de los discípulos del Apóstol; y Orígenes da á entender

que ha podido ser dictada en griego por S. Lucas bajo las instrucciones de S. Pablo, puesto que su estilo es muy conforme con el de las actas. Sea de esto lo que quiera, la elevacion de ideas y el carácter de autoridad que presenta esta carta, confirman la antigua tradicion de la Iglesia, ya romana, ya griega, que se la atribuye á S. Pablo. Solo los arrianos de tiempos posteriores rechazaron esta epístola contra la autoridad de la Iglesia, á causa de la fuerza con que se prueba en ella la divinidad de Jesucristo, ya por el cumplimiento de las profecías, ya por la elevacion del sacerdocio de Jesucristo sobre el de Moisés y el de los demás patriarcas: esta epístola es comparativamente á la ley nueva, como la epístola á los romanos lo es á la ley antigua. El anuncio hecho á los hebreos de la libertad de Timoteo y de la próxima visita del Apóstol, que les saludaba de parte de sus hermanos de Italia, da á entender que áun cuando S. Pablo estaba entónces en Roma, se habia ya justificado su libertad; pero las Actas de los Apóstoles no le siguen más adelante. En efecto, consta que examinada la causa de S. Pablo delante del emperador Neron, del Senado y de los pontífices, por ser causa de religion, muchos de los que le habian acompañado le desampararon luego que le vieron acosado por sus enemigos, y temiendo que le condenasen á muerte; pero no fué así, pues que Dios le libró de la acusacion y de la boca del leon, que así llamaba S. Pablo á Neron, para que acabase la mision de predicar el Evangelio, que el mismo Dios le habia confiado: aquí le deja San Lucas en el libro de los Hechos apostólicos, y pudiera creerse se acabára la historia de la peregrinacion de S. Pablo, si no la continuasen otros escritores sagrados. Libre S. Pablo de sus prisiones, se reunió con S. Pedro, príncipe de los Apóstoles, y no es fácil describir el progreso que con dos caudillos tan esforzados hizo en poco tiempo la religion cristiana; siendo muchos los que en Roma, abriendo los ojos á la luz del Evangelio, acudieron á sus piés á recibir el bautismo. No fué larga la compañía de estos dos atletas de la fe, pues escogido Pablo para llevar el nombre del Señor por el mundo y manifestar á los gentiles el misterio de nuestra redencion, se despidió de S. Pedro y salió de Roma á cumplir su santa mision. Desde aquí varian los autores acerca de los viajes de S. Pablo. Teodoreto y S. Crisóstomo dicen que hácia el año 64 de nuestra era volvió á Oriente, dejando á Tito en Candía y á Timoteo en Efeso, siendo de opinion estos autores de que no parece haberse cumplido su viaje á España, anunciado en su epístola á los romanos, pues que dicen no se conserva ningun vestigio ni tradicion alguna, así como en las Galias, en donde S. Crescencio de Viena, que no es anterior á S. Ireneo, no sería el de Galacia, discípulo de S. Pablo. Siguiendo el texto de estos escritores y dejando para despues el de los que creen su venida á España, diremos que el cuidado de afirmar las iglesias de Grecia y de

Asia, fué su principal ocupacion en este viaje. Durante él se cree que escribió en Macedonia su primera epístola á Timoteo y otra á Tito, dándoles instrucciones como ministros: instruyen estas cartas de tal modo á los prelados, tanto para el buen desempeño de sus funciones pastorales, cuanto en su vida privada, que solo ellas bastan para hacer santos á los prelados que las observen. Metafraste y otros autores pretenden probar el cumplimiento de la promesa de S. Pablo de venir á España; empezando por su salida de Roma despues de despedirse de S. Pedro, dicen que viajó por Italia y Francia sembrando la semilla y doctrina del cielo, y llegó á España, en donde predicó. Aduciendo pruebas sobre este particular, aseguran los autores quedan aún hoy rastros y argumentos invencibles que manifiestan la verídica venida del Apóstol: en Narbona, provincia de Langüedoc, en Francia, tienen por su primer obispo á Pablo el procónsul, convertido por S. Pablo, al que dicen dejó allí este mismo apóstol; en Tortosa, ciudad de España, se celebra fiesta á S. Rufo, uno de los hijos de Simon Cirineo, el que ayudó á llevar la cruz á Cristo, y teniéndole la ciudad por su prelado, afirma haberle traido S. Pablo cuando vino á España, donde se convirtió el divino Hieroteo español, á quien tanto alaba y ensalza S. Dionisio Areopogita. En la *Historia de los mártires españoles S. Facundo y S. Primitivo*, se dice que interrogados por el juez, quién les habia enseñado aquella doctrina, respondieron que S. Pablo apóstol, no porque la hubiesen oido de su boca, sino de los que la habian aprendido del Santo. Siguiendo Metafraste el viaje del apóstol por España, dice que una mujer principal y rica, movida de la fama del Apóstol, deseó verle y oirle, y que yendo por instinto un dia á la plaza, logró su deseo; que pareciéndole hombre de buenas costumbres, pidió á Probo, su marido, le hospedase en su casa, y que viendo en la frente del Santo escrito: *Pablo, predicador de Cristo*, se arrojó á sus pies, y convertida al Señor, se hizo bautizar con el nombre de Xantipa, bautizándose despues su marido y todos los demás de su casa. Los autores que esto escriben dudan de si el Apóstol pasó de España á Africa, y si despues que vino de Jerusalen á Roma volvió más al Oriente; si bien son de opinion, de que la caridad de San Pablo puede presumirse no dejaria cosa que hacer que fuese de trabajo suyo, gloria de Cristo y bien de las almas. Sin embargo, es preciso recordar que cuando se despidió de los prelados y sacerdotes de la iglesia de Efeso, les dijo que no volverian á verle, por lo cual se despidieron con muchas lágrimas. Despues de haber llenado durante ocho años de su salida de Roma el objeto de sus viajes, no sin experimentar nuevas persecuciones por la predicacion del Evangelio, no temió volver á Roma, lo que hizo el año XII del imperio de Neron, en donde experimentó su última cautividad, consecuencia del extraordinario celo que desplegó. — Encontrándose en Roma

S. Pedro á la llegada de S. Pablo, segun Dionisio de Corinto volvieron á reunirse los dos Apóstoles para predicar la moral evangélica. Hallábase á la sazon la corte del emperador Neron entregada á los más espantosos desórdenes, y el Crisóstomo nos dice, que habiendo pretendido S. Pablo por medio de sus exhortaciones apartar del emperador Neron una hermosa mujer que tenia por manceba, se irritó de tal manera contra el Santo, que le mandó prender y encerrar en una prision. No obstante este paso dado por el Emperador, el Apóstol continuó exhortando é instruyendo á esta mujer, á la que logró al fin convertir á Jesucristo, así como á un oficial de la corte, cuyas conversiones agravaron sus cadenas. En la segunda epístola á Timoteo, lo cual se presume escribió en esta prision, le participa habia comparecido ante el príncipe, y que todos sus amigos á excepcion de S. Lucas, le habian abandonado. El Crisóstomo, que describe admirablemente la comparecencia del Apóstol cargado de cadenas delante de Neron, llama á esta última epístola el testamento de S. Pablo. En la misma epístola que se dirige en la persona de Timoteo á todas las iglesias de Asia, despues de haber dado en cierto modo el complemento de la doctrina cristiana que habia anunciado, y acabado por trazar á los cristianos las reglas que debian seguir, para conformarse á ella, presiente su martirio diciendo á Timoteo: « Soy como una víctima á quien el sacerdote ha echado la aspersion ántes de inmolarla: ya no tengo más que esperar la corona de justicia que me está reservada. » La palma del martirio no podia faltar de modo alguno á la gloria del más valiente discípulo de Jesucristo, sometido al más cruel perseguidor de los cristianos y de la humanidad. Cuentan algunos Santos Padres, que habiendo pretendido elevarse en los aires Simon el *Mago* á presencia de Neron, la caida de este impostor, atribuida á las oraciones de S. Pedro y de S. Pablo, determinó el suplicio de los dos Apóstoles, que segun la autoridad y la antigua tradicion, fueron martirizados al propio tiempo el año 65 de nuestra era, dia 3 de las calendas de Julio, que corresponden al 29 de Junio, en que la Iglesia celebra su muerte y glorioso tránsito. Coloca Tillemont la muerte de estos Apóstoles el año 66, hallándose Neron fuera de Roma, y Pearson dice tuvo lugar el año 68, época del trágico fin de este Emperador. — Llevaban al suplicio al glorioso S. Pablo, dice un autor, con grande acompañamiento y bulliciosa algazara, y llegando á la puerta de la ciudad, vió á una señora de la más elevada nobleza de Roma, llamada Plantila, sumamente afligida y llorosa, y pidiéndola un velo para cubrirse los ojos como era costumbre á los que degollaban, ella se le dió con mucho gusto y sentimiento de verle en aquel estado, y el Santo la prometió que se le devolveria. Longino, Acesto y Magistro, tres de los soldados de la escolta que conducian al Santo, se convirtieron á la fe de Jesucristo en el cami-

no, por lo cual murieron mártires, celebrando su heroismo la Iglesia el 2 de Julio. Segun la mayor parte de los Santos Padres é historiadores, se cortó al Santo la cabeza, y no se le dió otra clase de suplicio como á S. Pedro, porque se tuvo en consideracion su cualidad de ciudadano romano. Cortáronle la cabeza en el sitio denominado las Aguas Salvienas, conocido hoy con el nombre de las Tres Fontanas, en cuyo punto hicieron despues los gentiles el matadero de los cristianos, asesinando á S. Zenon y á diez mil doscientos tres soldados sus compañeros. Púsose el Santo para la ejecucion en oracion con gran fervor, y despues de haber encomendado el alma á su Criador, con gran alegría y júbilo de su corazon tendió el cuello á la homicida cuchilla, que separó inmediatamente la cabeza del resto de su santo cuerpo, y dice el Crisóstomo, admirado de esta maravilla, que de la cabeza cortada no salió sangre, sino un rio de leche; y no es maravilla, porque como dice S. Ambrosio, el que como ama daba el pecho á los fieles y los criaba con la dulcísima y purísima leche de su doctrina, derramase en su muerte leche y no sangre; sabiéndose, por tradicion, que la cabeza dió tres saltos, con los que hizo tres fuentes, que dicen ser las que hoy se ven en Roma en el mismo lugar, por lo que son muy reverenciadas por los cristianos. A la vista de los milagros que tuvieron lugar en el martirio de S. Pablo, dice San Juan Crisóstomo que se convirtieron treinta y seis romanos á nuestra santa religion, añadiendo los historiadores, que apareciéndose despues el Apóstol á Plantila, la restituyó el velo ó sudario que le prestára con tanta caridad para vendarse los ojos. Tendido exánime el cuerpo glorioso de S. Pablo y ya abandonado por sus verdugos, Lucina, dama romana de gran piedad, le hizo recoger y enterrar con gran reverencia y devocion en una heredad de su propiedad que tenia en el mismo camino que conducia á Ostia, en cuyo mismo sitio hizo construir el papa S. Gregorio *el Grande* una iglesia del nombre del Santo, que conserva una parte de los cuerpos de los dos Apóstoles, hallándose la otra en la basílica de S. Pedro, y sus corazones reunidos en la basílica de S. Juan de Letran.— Ya hicimos al principio el retrato de S. Pablo trazado por Nicéforo. Hablando S. Juan Crisóstomo de la edad del santo Apóstol dice que vivió sesenta y ocho años, y murió á los sesenta y nueve del Señor; y segun Baronio el año 13 del imperio de Neron. S. Clemente, papa, testigo respetable contemporáneo, nos ha dejado trazado en unas cuantas palabras el carácter de S. Pablo, diciendo: «que fué el mayor »ejemplo de paciencia, de virtud y de elocuencia que puede presentarse en »diversos países del mundo en el intervalo de treinta años.» S. Pablo ha sido el Apóstol que ha escrito con más elocuencia, más y por más tiempo que los demás apóstoles para la edificacion del pueblo que visitó é instruyó por sí mismo ó por medio de sus discípulos; preeminencia que le ha hecho llamar el

Apóstol por excelencia de las gentes, citando sus epístolas que preceden en el órden canónico á las de S. Pedro, S. Juan y de otros apóstoles. Despues del Evangelio, no existe monumento alguno que se cite más, ni más se haya comentado por todas las comuniones cristianas, que sus epístolas, que son por sí solas el más rico y elocuente comentario de la Santa Escritura. Ninguna idea pudiera darse más característica del espíritu y elocuencia de S. Pablo al hablar de sus epístolas, que lo que de ellas dice el Crisóstomo, que tanto las estudió y que tan á fondo las conocia. «Los discursos de S. Pablo, dice este »santo Padre, no estan preparados con artificio; los sujetó al Evangelio, á las »leyes de la gramática ó de la dialéctica; pero razona con exactitud, em»pleando una verdad conocida para conducir á consecuencias desconoci»das. Supo extender ó acortar sus discursos segun convenia á su objeto; dul»cificar y excitar sus movimientos; y obligar, alentar y cautivar á sus oyentes »á su voluntad. Puede decirse que poseia el fondo y algun tanto la medula de »la elocuencia, faltándole solo la corteza ó sea la superficie del lenguaje. Ago»biado, como lo estaba, de fatiga y trabajos por sus contínuos viajes, ¿como »habia de tener el placer de poder elegir, ordenar y pulir sus palabras? Por »otra parte, en el lenguaje humano no encontraba términos capaces de ex»presar sus altos pensamientos. Su griego no es puro, pues que frecuente»mente la construccion es hebráica y la frase no está acabada, por cuya »razon es preciso buscar la prosecucion de un período en el movimiento del »pensamiento ó del sentimiento. Sus palabras salen del corazon. S. Pablo »dictaba rápidamente, segun la impetuosidad del espíritu divino que le ani»maba y la luz que le llenaba, y no trataba más que de esparcirse.» Aun cuando este análisis se aplica muy especialmente á sus epístolas á los corintios, en las que se ve respirar tan vivamente el ardor de la caridad, que animaba su fe, conviene en lo general á todas las epístolas de San Pablo, modificándose segun la más ó ménos elevacion y profundidad en las epístolas á los romanos y á los gálatas, ó de ternura ó bondad en las cartas particulares que escribió, especialmente á Tito y á Timoteo. En general, dice Mr. Gerce al hablar de ellas, las epístolas de S. Pablo, tienen un estilo sin adorno alguno y sin arte; pero sencillo, claro, muy penetrante, elevado y abstracto, segun el objeto, desarrollan y encierran en sí toda la religion de los Evangelios, sus misterios y su moral. Los dogmas de la fe cristiana se ven establecidos ó confirmados en ellas, y lo que es más importante en la práctica, en ellas se exponen sencillamente los deberes comunes á todos los cristianos, así como los propios y respectivos á cada condicion, clase y estado, con relacion á Dios, al soberano y á la sociedad. Muchas son las alabanzas, dice un autor piadoso, que los santos antiguos y modernos dan á los príncipes de la Iglesia S. Pedro y S. Pablo. Entre ellos S. Juan Cri-

sóstomo, hablando con los mismos apóstoles, les dice: «Vosotros sois ala»bados del mismo Dios; él os llama luz del mundo; sois más poderosos que »los reyes, más valerosos que los soldados, más abastados que los ricos, »más sabios que los filósofos, más elocuentes que los oradores; y no tenien»do nada lo poseeis todo. Vosotros sois ejemplo de los mártires, corona de »las vírgenes, regla de los casados, forma de los monjes, ornamento de los »reyes, defensa de los cristianos, freno de los bárbaros y martirio y confusion »de los herejes.» Eusebio Emiseno llama á estos apóstoles fuentes salidas del trono de Dios; como ya hemos dicho, fuentes fueron de divina gracia, puesto que de ellas manaron las aguas saludables con que se formó el preciosísimo mar del cristianismo, por el que solo se navega con seguridad á la vida eterna. Habiendo expuesto algunas consideraciones de los autores que dudan de la venida del apóstol S. Pablo á España, cumple á nuestra piedad y patriotismo exponer los datos de acreditados autores que prueban la venida á nuestra patria del Apóstol. El año 1647 publicó en Madrid el bachiller Alonso de Requena Aragon, presbítero, una obra titulada *Venida del apóstol S. Pablo á España y su predicacion en ella*, en la cual aduce multitud de autoridades para probar su aserto; resultando de ellas que el Apóstol cumplió su deseo de visitarnos, expresado en sus epístolas. El Dr. Padilla, en su *Historia eclesiástica de España*, cap. 23, tratando de la venida del glorioso Apóstol á este reino, dice así: «La materia y cuestion de esto ha dado bien en que enten»der; y por los historiadores y autores de que en el presente capítulo se »hará mencion, se colegirá lo que ha sido menester revolver y escudriñar »para apurar la verdad de esta venida, la cual muchos hombres de letras »ignoran, negando haber venido á España, queriendo privar á esta monar»quía de este santo blason, y que no solo no haya venido S. Pablo á Espa»ña, pero ni aun S. Pedro ni Santiago, siendo el más principal derecho y »privilegio que tiene de haber predicado en estos reinos los dos príncipes de »la Iglesia, y ántes de ellos Santiago, nuestro patron, cuya venida fué anun»ciada cuando Cristo nació, apareciendo en España tres soles para avisarla »que dentro de pocos años sería alumbrada por estos tres soles de la Iglesia »militante.» Afirman la venida de S. Pedro Dextro *ad annum* 50, Juliano en su *Cronicon*, S. Gregorio, papa, en la epístola 41, Inocencio I en la epístola de Cenio, y otros hasta veinte autores, siendo hasta ciento cuarenta y cuatro los que confirman la venida de S. Pablo. Además del Dr. Padilla, que ya hemos citado, confirman la venida de S. Pablo el arcipreste Juliano, admirado en sus escritos por Florian de Ocampo, los PP. Mariana y Sigüenza, el obispo D. Sancho de Avila y el cardenal César Baronio. Dice el expresado arcipreste, que habiendo el Apóstol partido de Roma, ya libre de la prision en que habia estado, vino á las Españas en naves de gentiles; y desembar-

cando en el puerto de Cartagena Espartaria, predicó en todas las ciudades de ella, confirmando los ánimos de los católicos. Fr. Luis de Utrera, en su *Historia eclesiástica de Etiopía*, citando muchos autores, afirma que S. Pablo estuvo en Valencia, Játiva y Orihuela, y que entró en Andalucía. Dextro, en su *año* 33, dice que habiendo desembarcado en Cartagena el santo Apóstol confirmó en la fe los ánimos de los católicos; lo que prueba que ya los habia en España en aquella época. S. Epifanio, mártir, obispo de Chipre, en su libro I *contra los herejes;* S. Hipólito, en el libro de los *setenta y dos discípulos;* S. Atanasio, en su *epístola á Draconio;* S. Cirilo, en su *Catecismo;* Teodoreto, en el *Comentario sobre la epístola segunda de S. Pablo á Timoteo*, y S. Doroteo, mártir y obispo de Tiro, en sus *Vidas de los Profetas y Apóstoles*, todos afirman la venida de S. Pablo á España; opinion que San Juan Crisóstomo expresa en muchas partes, y en especial en sus homilías 7.ª y 76. Tambien la confirman Teofilacto, arzobispo de Bulgaria, en el proemio sobre la epístola á los hebreos, y Eucumenio, en el cap. XV de la epístola á los romanos. Entre los autores latinos que confirman esta venida, encontramos á S. Gerónimo, que en el cap. V sobre el profeta Amós dice: «El Após»tol S. Pablo, como un bravo torbellino, queria bañar y mojar toda la Iglesia »de Dios. Enviado por el Señor, se derramó sobre la haz de la tierra para »predicar el Evangelio, desde Jerusalen hasta Esclavonia y sus comarcas, y »aun llegó hasta España;» añadiendo, en el capítulo I de Isaías, que en naves de extranjeros vino á España. S. Dámaso, papa, en la vida en verso que escribió de S. Pablo, dice que este Apóstol vino á España, opinion que siguen tambien S. Gregorio, papa; S. Isidoro, arzobispo de Sevilla; S. Anselmo; el *Calendario romano*, á los 22 de Marzo; Veda, Addon, Usuardo, en sus calendarios, y Sto. Tomás al tratar de la epístola á los gálatas. S. Antonino de Florencia, en su primera parte historial; Fray Felipe de Bérgamo, en el *Suplemento de las Crónicas;* y el cardenal Baronio, en el primer tomo de sus *Anales*, tratan de este asunto, refiriendo el último la mayor parte de los autores griegos y latinos que hemos citado. Entre los autores españoles afirman esta venida el Abulense, Martin Martinez Cantapetrense, en el primer libro de su *Hypothyposeon*, el Mtro. Figuerola en su *Suma contra los judíos*, y Beuter, Baseo, Tarrafa, Morales, Luis Icar y Garibai en sus historias. Dice Garibai que cuando volvió S. Pablo á Roma, dejó en España dos discípulos, el uno llamado S. Rufo, primer obispo de Tortosa, hijo de Simon Cirineo, como ya hemos dicho, y el otro llamado S. Pablo, primer obispo de Narbona, al que ya hemos citado. Siguen tambien esta opinion al hacer mencion de S. Pablo, los autores de vidas de santos, Villegas, Santoro, Marieta, Rivadeneira, Fr. Gerónimo Roman en su *República Cristiana*, Fr. Juan de Pincola en su *Monarquía Eclesiástica*,

apoyándola en multitud de autores, y el maestro Marquez en su *Tratado del orígen de la órden de S. Agustin.* Tambien afirman esta venida Luitprando en sus *Fragmentos.* Pedro Comestor en su *Historia Eclesiástica*, Joaquin Benedicto en las *Vidas de los apóstoles*, que dedicó al papa Julio III, diciendo que vino á la provincia de Narbona y á España, trayendo consigo á Paulo al que dejó por obispo de Narbona, lo que se afirma en las lecciones de los mártires de la iglesia Narbonense. Confirman tambien la venida en la bula del papa Estéfano, citada en el capítulo XXVII del libro de las *Grandezas de Tarragona*, en la cual se afirma que con el Apóstol vinieron sus discípulos Trofimo, Efesino, Sergio, Torcatro, Celedon, Eudelecio, Filemon, Timoteo y Onesimo. Luis Icar expresa que estando S. Pablo en Tarragona mandó edificar la iglesia de Sta. Tecla. Vuelve á confirmar Juliano Dextro la venida del Apóstol, cuando dice que España fué la primera de las provincias del mundo que recibió la ley evangélica, despues de Judea, Galilea y Samaria, siendo ennoblecida con la presencia y predicacion de los tres príncipes de la Iglesia S. Pedro, S. Pablo y Santiago, nuestro patron, siendo el primero que vino y predicó en ella, convirtiendo á muchos de los judíos de las doce tribus que estaban dispersos desde la emigracion de Babilonia, enviándoles despues aquella carta, que comienza *Jacobus Dei et Domini nostri Jesu Christi servus, duodecim tribubus, quæ sunt in dispersione, salutem.* Y así con mucha razon, muchos santos y autores, interpretando esta palabra España, le dan divinos y maravillosos atributos de nobleza. Isaías llamó á nuestra nacion española *Gens excelsa*; atributo soberano y propio del Criador: *Excelsus Dominus.* Y así no es de maravillar que los Césares romanos diesen á los españoles privilegios de ciudadanos romanos, y gozasen sus prerogativas ó inmunidades aunque fuesen jornaleros y tuviesen oficios mecánicos, solo por ser españoles, pues nuestro Señor quiso ennoblecer tanto este reino de España, dándole su propio nombre de Excelso, y enviándole los principales apóstoles de su sagrado colegio. Y como gente noble y que gozaba los privilegios romanos, quiso que otro noble y ciudadano romano, como fué S. Pablo, viniese á predicar á España, y fuese noble el apóstol de los nobles; el cual es llamado Apóstol de los españoles, como se colige de la Sagrada Escritura y se lee en los libros de los santos. Los autores que afirman la venida del apóstol S. Pablo á España, se fundan principalmente en que el mismo Santo manifiesta su intento de venir á este país en la epístola que escribió á los romanos desde Corinto, segun S. Gerónimo, ó desde Atenas, segun S. Agustin, y aun cuando esto no pruebe, pues que pudo muy bien quedarse sin efecto el deseo del Santo, las pruebas que hemos expuesto por medio de autoridades respetables, nos parecen suficientes en favor de nuestra opinion, que es la de muchos santos y sabios escritores. Dice

Dextro, que despues de la ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos, enviaron los españoles sus emisarios á los apóstoles, pidiéndoles que viniesen algunos de ellos lo más pronto posible para instruirles en la fe, y decirles con verdad las cosas que se habian referido del Redentor, y luego añade que movidos los apóstoles de esta embajada, y habiendo visto que desde tierras tan remotas habian ido los españoles á ver á Cristo, le pusieron á Filipo por intercesor para hablarle, conociendo la buena disposicion de la gente española para recibir la fe, por lo cual no es extraño fuese la más favorecida por ellos, y la primera en que derramasen con fruto su doctrina que brotó inmediatamente, dando ópimos y sazonados frutos. Refiriéndose el piadoso bachiller Alonso de Requena á la venida del Apóstol, se expresa á la página 62 de su citada obra, del siguiente modo. «Esta venida del santo Apóstol á España la profetizó mucho tiempo ántes el profeta Abdías, y á mi »ver no sin misterio quiso Dios que la profetizase este santo profeta, y no »otro particularmente; la razon es que S. Pablo ántes de su conversion fué »capitan y caudillo de los que perseguian á los cristianos, y capitan le hizo »Dios despues de los mismos católicos; Abdías fué capitan de Achab rey de »Israel, gran perseguidor del pueblo de Dios, y de capitan y caudillo de un »tirano y perseguidor, le hizo Dios capitan de su iglesia, como dice S. Ge»rónimo, siendo uno de los profetas de su pueblo querido y escogido; y así »quiso Dios que este santo profeta, que ántes de su conversion habia sido perseguidor, despues de su conversion profetizase la venida á España de »otro gran perseguidor de cristianos y lobo robador, como fué S. Pablo, »que era de la tribu de Benjamin, á quien su padre Jacob llamó así: *Ben»jamin lupus rapax*, siendo gran defensor y amparo de los fieles, ponien»do su vida por aquellos á quienes ántes habia deseado quitársela y destruir»los. Dice, pues, este santo profeta, profetizando su venida á este reino y »la de S. Pedro y Santiago estas palabras: *Et hæreditabunt hi qui ad Austrum sunt, montem Esau, et qui in campestribus Philisthiim: et possidebunt regionem Ephraim, et regionem Samariæ: et Benjamin possidebit Galaad. Et transmigratio exercitus hujus filiorum Israel, omnia loca Chananæorum usque ad Sareptam: et transmigratio Jerusalem, quæ in Bosphoro est, possidebit civitates Austri. Et ascendent salvatores in montem Sion judicare montem Esau, etc.* Hemos expuesto cuanto hemos podido saber acerca de la vida y hechos del glorioso apóstol S. Pablo, príncipe esclarecido de la Iglesia católica, que fué lengua del Evangelio en la tierra, y es sin duda de los más poderosos abogados de los fieles ante el trono de Dios, razon por lo que la Iglesia le venera y celebra en todas partes con cultos tan solemnes. Al terminar esta biografía no podemos ménos, impelidos por nuestra piedad y devocion á héroe tan grande y glorioso, de pedirle nos perdone las faltas en que haya-

mos podido incurrir al bosquejar su colosal figura con nuestro pobre pincel; pues bien sabe que en ello no habrá tenido parte alguna nuestra fe, piedad y amor, y sí solo nuestra ignorancia y falta de datos. —B. S. C.

PABLO (S.), obispo y confesor. Solo se sabe de este bienaventurado que fué obispo de la ciudad de Tres Castillos en las Galias; que fué sumamente ilustrado; que dió pruebas de gran santidad, y que le concedió Dios obrar milagros, que llamaron sobre él la atencion pública, conquistándole la veneracion de los fieles; su conmemoracion por la Iglesia es á 1.° de Enero, en que se le celebra. — C.

PABLO (S.), abad de los ermitaños de Raithe. Fué asesinado con la mayor parte de sus discípulos en 373 por los blemjens, pueblo salvaje de la Etiopía. La Iglesia hace la fiesta de todos estos santos el 14 de Enero. —O.

PABLO (S.), primer ermitaño y sublime modelo de la vida solitaria. Nació en el año 228 en la Tebaida inferior. Muertos sus padres, se retiró al poco tiempo al desierto, habitando en una cueva á la falda de un monte. En su retiro se ejercitó en toda clase de penitencias, de ayunos y de oraciones. Murió el 15 de Enero de 343, y su cuerpo fué trasladado á Venecia. Luis I, rey de Hungría, mandó llevarle á Buda el año 1381, y en esta ciudad fué solemnemente colocado en la iglesia de S. Lázaro. — O. y O.

PABLO (S.), mártir. El escritor Ruinart, á la pág. 624 de su obra, hace mencion de un S. Pablo mártir, á la cabeza de treinta y seis compañeros que le acompañaron en su suplicio, confesando la fe de Jesucristo en medio de los tormentos más espantosos. El expresado autor publica las actas auténticas de este Santo; pero como no nos fija en ellas el año de su martirio, solo puede decirse que la Iglesia le recuerda el dia 18 de Enero.—C.

PABLO (S.). Sufrió el martirio por la fe en Africa, bajo el reinado de Valeriano, el año 259, con los santos Jeroncio, Jauvier, Saturnino, Sucerio, Julio y Caso, y las santas Pia, Tertulia y Germana. Faltan detalles auténticos sobre este martirio. La Iglesia hace su fiesta el 19 de Enero.—O.

PABLO (S.) mártir. De un santo de este nombre hace mencion el Martirologio, diciendo solo, sin fijar la fecha, que fué martirizado en Roma con S. Ciriaco y S. Lucio; y á todos tres conmemora la Iglesia el dia 8 de Febrero de cada año.—C.

PABLO (S.), mártir. En el siglo VII de nuestra era ocupó la silla episcopal de Verdun, en Francia, S. Pablo, que lleva el sobrenombre de Verdun por haber ejercido en esta diócesi el prelaciado. Muy amigo de visitar á los enfermos, su ocupacion favorita era ir á casa de los enfermos pobres y socorrerlos siempre que podia, pues era de opinion de que nada poseia ni podia poseer un obispo que no fuera de sus feligreses necesitados. Dios le concedió la gracia de curar y áun la de hacer milagros; y así es que

fué venerado en vida de sus fieles ovejas, que lloraron su muerte ocurrida en 8 de Febrero, en que le recuerda la Iglesia, el año 649 de nuestra era.

PABLO (S.), mártir. En union de S. Heraclio y de las santas Genenara y Secundilla padeció el martirio en el Puerto-Romano un S. Pablo, que con aquellos conmemora la Iglesia católica el dia 2 de Marzo, sin que se sepa la fecha de su dichoso tránsito, ni otra noticia más que la de que sus reliquias se conservaban en el convento de Trinitarios descalzos de la ciudad de Zaragoza, que las sigue poseyendo, teniéndolas en mucha veneracion. — C.

PABLO (S.), obispo y confesor. En el mes de Marzo, dia 7, hace mencion la Iglesia de S. Pablo, obispo de Damieta, en Egipto, diciéndonos los libros de los santos, que bajo el reinado del emperador Leon Isauro, en el que se persiguió por los iconoclastas el culto á las imágenes de los santos, fué perseguido cruelmente, porque predicaba en favor de su culto; y desterrado de su iglesia como idólatra, pues que así calificaban á los que prestaban culto á las imágenes, tuvo que peregrinar fuera de su país. Tuvo especial don de milagros para curar los enfermos que á él acudian, y sosteniéndose en el ostracismo á que se le condenó, con la mayor resignacion, murió bendecido de los pobres y de cuantos consideraron su santa vida.—C.

PABLO (S.) mártir. En el propio mes de Marzo, y en su dia 10, hace mencion la Iglesia de S. Pablo mártir, que fué sacrificado por la fe de Jesucristo con los santos Anerto, Cuadrato, Cipriano, Crescencio y Dionisio, por órden del prefecto de Grecia el feroz Jason, que los hizo degollar en Corinto despues que vió que eran inútiles sus exhortaciones y amenazas para que adorasen á los ídolos. Fué su glorioso tránsito el año 254 de nuestra era, bajo el reinado de los emperadores Decio y Valeriano; y de estos santos mártires hablan con elogio el Martirologio Romano, Simeon Metafraste, Sanctoro, Lipómano en su tomo VII, y Surio en el II. — C.

PABLO (S.), obispo y confesor. El 12 de Marzo menciona la Iglesia otro santo de este nombre, del que solo se sabe que fué obispo y confesor, sin decir de dónde, y que murió el año 573. — C.

PABLO (S.), mártir. Muchas fueron las víctimas que en los principios del cristianismo hizo la opinion de que no debia darse culto á las imágenes por considerar como idólatras á los que así lo hacian; y fueron tan fanáticos los llamados iconoclastas, que sacrificaron sin piedad á cuantos no se ocultaban á su furor, áun cuando fueran prelados de la mayor virtud y de la más pública santidad. Como si no bastasen los gentiles para perseguir de muerte al cristianismo, los iconoclastas se convirtieron en sus perseguidores de peor ley, puesto que á pretexto de mayor celo, dividieron á los fieles, entre los que lanzaron la terrible tea de la guerra civil y religiosa más incendiaria y dañosa. Entre los mártires que hicieron los apóstoles del demonio, lo fué en

el siglo VIII en Constantinopla un S. Pablo, cuyo tránsito glorioso nos recuerda la Iglesia el 17 de Marzo, y cuya predicacion en favor de las santas imágenes ofendió tanto á sus verdugos, que le hicieron quemar vivo á fuego lento, suplicio que soportó con admirable serenidad, predicando, hasta que entregó su espíritu al Señor, santas máximas, y dando inspiradas razones en favor del culto de las imágenes, causa de su martirio. —C.

PABLO (S.), mártir. El 20 de Marzo recuerda la Iglesia un santo mártir de este nombre, del que solo se sabe que padeció el martirio en Siria, en los primeros siglos del cristianismo, en este dia, con S. Cirilo, S. Eugenio y otros cuatro compañeros.—C.

PABLO (S.), obispo y confesor. Entre los discípulos de los apóstoles que más se distinguieron por su piedad, y que más de cerca les siguieron en las prácticas evangélicas, fué uno S. Pablo, obispo de Narbona en Francia, al que recuerda la Iglesia el dia 22 de Enero. Discípulo este Santo de los apóstoles, creen los autores sagrados que fué este aquel Paulo Sergio, procónsul que bautizó el apóstol S. Pablo despues de haberle enseñado las verdades del Evangelio, al que, trayéndole en su compañía cuando el Apóstol se dirigia á nuestra España, le dejó consagrado obispo en Narbona para que extendiese la fe en aquellos países y cuidase de los muchos prosélitos que iba haciendo en ellos la religion del Crucificado. Animado este santo Obispo del mismo espíritu de los apóstoles, estableció el órden más admirable en su diócesis, en la que logró acrecentar la piedad y mejorar las costumbres; y despues de haber obrado por la permision de Dios milagros que le santificaron entre sus fieles ovejas, fué su alma á disfrutar de las delicias imperecederas de la gloria.— C.

PABLO (S.), mártir. Causa horror verdaderamente la vista solo del catálogo de los mártires que hizo la persecucion del feroz emperador Decio á los cristianos. En este proceso de santificante é ilustre sangre se registra en los *Anales del martirologio del Asia menor* el martirio de los Stos. Pedro, Andrés, Pablo y Dionisia, que tuvo lugar en la ciudad de Lampsaco, cerca del Helesponto, en el año 250 de nuestra era. Era á la sazon procónsul de Asia el impío Optimo, enemigo irreconciliable de los cristianos; y buscando víctimas que inmolar ante el ara de sus dioses, le trajeron á su presencia un hermoso jóven llamado Pedro, acusándole de haber maldecido á los ídolos y adorado á Jesucristo; y como ante su autoridad confesase el jóven ser cierto cuanto decian los sayones y lo repitiese muchas veces, sin que bastasen á acallarle y hacerle decir lo contrario, ni las ofertas, ni los halagos, ni las amenazas, mandó Optimo le tendiesen sobre un tormento, que era una infernal máquina, en la que se iban estirando y quebrantando los huesos del paciente conforme se le daba el movimiento; pero como á pesar de tan ter-

rible tormento, que sufria Pedro dando muestras de alegría, viese el tirano que con nuevos brios insultaba á sus falsos dioses, le mandó degollar; y el alma de aquel justo voló al seno de Dios el dia 15 de Mayo, en que le recuerda la Iglesia. Trataba Optimo de dirigirse á Troas, ciudad de la Frigia, á buscar nuevas víctimas con que saciar su sed de sangre cristiana, cuando le hicieron presente sus sectarios que habia dos jóvenes y una mujer hermosa que seguian la fe del Crucificado y que insultaban á los dioses como el reo que acababan de ejecutar. Hizo Optimo que llevasen á su tribunal aquellos campeones, que tan osadamente insultaban su poder, despues del ejemplo de ferocidad que acababa de darles; y en efecto, no tardaron en presentarle á los jóvenes Pablo, Andrés y Dionisia. Fingiendo Optimo una amabilidad de que carecia, y como compadeciéndose de ellos, procuró atraerlos á sus deseos, exigiéndoles inclinasen la rodilla ante los dioses del Olimpo y abandonasen aquella religion, que él llamaba ridícula; pero avivando sus exhortaciones más la fe de los tres compañeros, rechazaron indignados sus inicuas proposiciones, y confesaron al Dios verdadero con el mayor entusiasmo. Indignado Optimo, les hizo dar un martirio horrible, que resistieron con admirable constancia; y viendo que ni aun de este modo lograba hacerles vacilar, les hizo cortar la cabeza á su presencia; y partiendo al cielo sus almas, la Iglesia los recuerda con gloria.— C.

PABLO (S.), *el Simple*. Tuvo el bendito S. Anton, ó sea S. Antonio *el Grande*, un discípulo, al que se denominó *el Simple;* porque puesto su corazon solamente en Dios, para nada se cuidaba de las cosas del mundo, que le denominaba *Simple* con mucho contentamiento suyo. Imitando fielmente la humildad y pobreza de su santo maestro y practicando sus virtudes, vivió haciendo la vida anacoreta en la Tebaida muchos años con la austeridad más tirante, y sin dejar un momento de contemplar en los sacrosantos misterios de la religion de Jesucristo. Habiéndole dotado Dios de la especial gracia de conciliar y avenir los más enconados ánimos, le visitaban en su retiro muchos que iban á rogarle fuese como ángel de paz entre las familias desunidas; y esto le obligó á abandonar algunas veces su solitario albergue. Como tambien tuviese el don de profecía, pudo prevenir algunos males con saludables avisos á tiempo; y todo esto le hizo muy venerado en la Tebaida. Despues de haber hecho muchos beneficios á los fieles que acudieron á él en demanda de auxilios espirituales, y de haber pasado la mayor parte de su vida en la oracion, fué á disfrutar del premio de sus servicios á la gloria el 7 de Marzo, en que le recuerda la Iglesia entre los santos.— C.

PABLO (S.), monje. Los sectarios del Corán, los hijos de Mahoma, apoderados de la península ibérica por el mal gobierno de reyes inmorales y ofensores de nuestra santa religion con su execrable conducta, si bien fue-

ron tolerantes con los cristianos durante la mayor parte de su dominacion, no dejaron de causar mártires en un principio, aumentando el catálogo de los que murieron en el Señor por confesar su santísimo nombre, como el único santo y grande en los cielos y en la tierra. Entre los muchos mártires que cuenta la católica España en la época musulmana, nos hace mencion el 17 de Abril de un S. Pablo, monje, que con su compañero S. Isidoro y el presbítero S. Elías padecieron el martirio en este dia en la ciudad de Córdoba. S. Eulogio nos dice que fué testigo ocular del martirio de estos santos, diciendo: «El presbítero y anciano Elías, natural de Lusitania, y los jóve»nes monjes Pablo é Isidoro, fueron martirizados y muertos por los sarrace»nos en Córdoba el dia 15 de las calendas de Mayo del año 856, porque »profesaban la religion de Jesucristo, tan odiada por aquellos.» Córdoba tiene la gloria de contar estos abogados en el cielo.— C.

PABLO (S.), mártir. Véase Crescente. Los cristianos, que tenian sólida fe en sus creencias, no conocieron en los primeros tiempos de la Iglesia temor alguno para confesar la religion que profesaban, y ver de atraer á ella el mayor número posible para disminuir el caudal del ángel malo, que se acrecienta con las almas que logra apartar del camino de la gracia, que conduce al reino de los cielos. Entre los más valientes catequistas cristianos puede contarse á Pablo, que por las calles de Roma predicaba públicamente el Evangelio, haciendo ver lo absurdo y peligroso de la adoracion de los dioses materiales y perecederos. Esta conducta, tan contraria á las prescripciones gentílicas, hizo que se pusiese en estrecha prision á quien tan abiertamente blasfemaba de Júpiter; pero como áun desde este encierro se le viese apartar de las creencias gentílicas á muchas gentes que le escuchaban en la cárcel, se le azotó públicamente. Conducido, por último, con los santos Crescente, Dioscórides y Eladio al templo de Júpiter para que le adorasen, como en vez de esto prorumpiesen en alabanzas al Dios verdadero en armonioso coro, haciendo desprecio de aquel ídolo, solo adorado de los insensatos, se encendió delante del templo una grande hoguera, á la que fueron echados los tres, y en la cual murieron llenos de amor de Dios, que los abrazó y recompensó en el cielo el dia 28 de Mayo, en que los recuerda la Iglesia.— C.

PABLO (S.), mártir. Fué este Santo presbítero de la iglesia de Autun en Francia y compañero de martirio de su prelado S. Reveriano, obispo de aquella diócesis. En el año 272 el emperador Aureliano mandó perseguir á los cristianos que hiciesen ostentacion pública de su religion; y presos en este sentido el Obispo y S. Pablo con otros diez que les ayudaban en sus piadosas prácticas, fueron invitados á abjurar de sus creencias; pero confesando por el contrario la santidad de las mismas, como salidas de la boca

del verdadero Dios, fueron degollados; y la Iglesia los recuerda el 1.° de Junio.— C.

PABLO (S.), mártir. Véase PÁNFILO.

PABLO (S.), mártir. En el siglo II de nuestra era padecieron en el martirio muchos niños, á quienes fortificó Dios en los tormentos para que sirviesen de ejemplo á los fieles tímidos y cobardes. Entre los tiernos infantes que sacrificó el gentilismo en Bizancio (Constantinopla), lo fué el S. Pablo de que hace conmemoracion la Iglesia católica el dia 3 de Junio, el cual habiendo sido preso en Nicomedia con los niños Claudio, Ignacio y Dionisio, por pertenecer al gremio cristiano, tuvo la dicha de ser, como ellos, confirmado en la fe de Jesucristo por S. Luciliano, anciano respetable que abjurando de los ídolos, de los que habia sido sacerdote, se hallaba preso por esto en la propia cárcel. Conducido á Bizancio con su maestro y compañeros, allí logró la corona del martirio, degollado como los demás, despues de haber presenciado el sacrificio de Lucilio, que tuvo la dicha de morir, como su Redentor, clavado en una cruz en el año 273 de la era cristiana. — C.

PABLO (S.), mártir. El dia 21 de Junio hace conmemoracion la Iglesia católica de S. Pablo y de S. Ciriaco con otros muchos compañeros mártires; pero habiéndose perdido las actas de su martirio, nada se sabe de su vida y muerte, sino que derramaron su sangre confesando á Jesucristo en la ciudad de Tomis en el Ponto. — C.

PABLO (S.), mártir. Celebra la Iglesia católica el dia 3 de Julio un San Pablo que padeció el martirio con S. Marcos, S. Muciano y otros compañeros. Véase MARCOS (S.). Este Santo murió degollado despues de ser martirizado por haber animado á los santos expresados cuando se hallaban en el martirio, por lo cual el prefecto Máximo le quiso obligar á adorar á los ídolos, lo que rechazó valerosamente. — C.

PABLO (S.), diácono y mártir. Mediaba ya el siglo IX su carrera, cuando la ciudad de Córdoba, en España, tuvo la dicha de unir á sus grandezas religiosas la de un santo mártir más que abogare ante el trono de Dios por el bien de sus hijos. Natural de Córdoba S. Pablo el diácono, fué desde su primera edad un acérrimo defensor de la fe de Jesucristo. Dedicado al servicio de la Iglesia, hermanó sus deberes religiosos con la caridad de tal modo, que fué el consuelo de los pobres, de los encarcelados y de los enfermos, con quienes pasaba generalmente todas las horas que no empleaba en la oracion, exhortándolos á la paciencia y al amor de Dios. Muy devoto del mártir S. Zóilo, visitaba muy á menudo sus restos, procurando imitar sus virtudes. Animado por S. Sisenando, empezó á predicar en las plazas y en las calles de Córdoba contra las crueldades con que los sarracenos trataban

á los cristianos, fortificando á estos en el amor de Dios y exhortando á aquellos á que abandonasen la falsa religion de Mahoma y se convirtiesen al cristianismo. Escandalizados los mahometanos de la doctrina que predicaba, le encerraron en una mazmorra, en compañía de ladrones y asesinos; y viendo que ni áun allí cesaba de injuriar al falso profeta y de alabar á Jesucristo, le condenaron á muerte, ejecutándose públicamente en un afrentoso suplicio el dia 20 de Julio de 851, dia en que le celebra la Iglesia, porque glorificado con la corona del martirio le recibió Dios en su seno. Deseosos los musulmanes de que desapareciere hasta lo más mínimo de sus reliquias, arrojaron su santo cuerpo á los animales para que le devorasen; pero no habiendo querido Dios que sufriese este ultraje, permitió que, recogiéndole los cristianos sigilosamente, le pudiesen dar sepultura en la iglesia de que era diácono, al lado de los restos de S. Zóilo, de quien fué tan devoto.—C.

PABLO (S.), mártir. En un pueblo de Palestina, de que no hacen mencion las actas, padeció el martirio por la fe de Jesucristo en el año 308 un S. Pablo que recuerda la Iglesia católica el dia 25 de Julio. Sábese tan solo de su vida, que en la persecucion que el emperador Maximiano Galerio decretó contra los cristianos, el gobernador de Palestina Firminiano, enconado contra este santo varon porque no podia reducirle á que adorase á los dioses de los gentiles, le mandó degollar, y que recibiendo la sentencia de su muerte con gozo, porque veia que Dios le queria coronar en su santa gloria, sin cuidarse ya más de sí propio, dedicó los últimos momentos de vida que le permitieron sus verdugos miéntras preparaban las cosas para ejecutarle, en rogar á Dios se dignase abrir los ojos del entendimiento á los judíos y á los gentiles, pidiéndole fervorosamente tambien que llamase á sus verdugos á verdadero conocimiento y les perdonase. — C.

PABLO (S.), mártir. El dia 17 de Agosto recuerda nuestro catálogo de los santos del catolicismo á un S. Pablo, que con su heróica hermana santa Juliana padeció el martirio en el reinado del emperador Valeriano. Naturales de Tolemaida, en la Palestina, edificaban con su ejemplar virtud y santas prácticas cristianas á los fieles creyentes en Jesucristo, y si no catequizaban á los gentiles, los hacian al ménos vacilar en sus creencias. La caridad era el norte que guiaba á estas dos almas encendidas de amor al Dios verdadero; y por lo tanto eran el consuelo de los afligidos y el más decidido alivio de los enfermos, á quienes, si no curaban los males del cuerpo, sanaban las llagas del alma con el saludable bálsamo de sus exhortaciones y oracion. Llamando su ejemplar conducta cristiana la atencion de los gentiles, intentaron apartarles del camino del bien eterno, para conducirles por el de las pasiones punibles que conduce directamente á la muerte eterna; pero firmes en su propósito, desecharon los halagos y las promesas como

mortífero veneno preparado por el espíritu maligo para su condenacion; y cuando del ruego pasaron los sicarios del tirano perseguidor de los cristianos á las amenazas, las rechazaron y despreciaron con energia, confesando cada vez más alto y con doble valor que adoraban al verdadero Dios y que detestaban á Júpiter y á todos los falsos dioses del paganismo. En vano los jueces les mandaron dar tormento para arrancarles una sola palabra favorable á los ídolos, porque en el potro adquirian doble valor y brios; visto lo cual por los verdugos, acabaron por degollarlos, y con esto desataron del mísero cuerpo sus santas almas, que volaron al cielo, en donde coronó Dios su fe y su constancia. — C.

PABLO (S.), mártir. Solo la religion del Crucificado presenta ejemplos de familias enteras que prefirieron ser sacrificadas á renegar de sus creencias, y en las que ni uno solo manchase el divino blason, que se creaban con su heroismo, con la prevaricacion más insignificante; prueba irrecusable de la fuerza de la doctrina, que sabe atar con una débil cuerda al parecer, pero inquebrable en la realidad, tantos elementos contrarios, para que hacinados á un mismo fin los encienda el amor de Dios para metamorfosearlos en destellos brillantes de la divina luz y en lumbreras de la gracia del Altísimo. Vivian en Damasco los virtuosos esposos Pablo y Tata, en compañía de sus hijos Eugenio, Máximo, Rufo y Sabiniano, á quienes educaron con esmero en el santo amor á Dios Todopoderoso, criador de los cielos y de la tierra. En medio de furiosos gentiles no podian practicar los actos piadosos que les aconsejaba su amor y gratitud al Salvador; y por tanto, se retiraban diariamente á un lugar oculto á orar. La constancia con que se dedicaban á las santas prácticas y su conducta edificante, llamaron la atencion de los gentiles, que vigilando muy de cerca á esta virtuosa familia, las sorprendieron en sus oraciones. Delatados todos ante el juez pagano, cuando fueron presentados á él, é interrogados sobre sus creencias, confesó Pablo, como jefe de la familia, que tanto él como todos los demás eran cristianos, y que por consiguiente sufririan el martirio ántes que adorar á los falsos dioses. Irritó de tal modo á los jueces gentiles lo dicho por Pablo y repetido por su mujer y por sus santos hijos, que los hizo azotar cruelmente; y como áun así no dejasen de alabar á Dios, hizo que se les aplicasen los más atroces tormentos, y en ellos dieron todos la vida perecedera al Criador, en cambio de la eterna, el 25 de Agosto, en el que la Iglesia los celebra. — C.

PABLO (S.), mártir. En los más antiguos Martirologios se hace mencion de los mártires S. Pablo y S. Niceas, á los que recuerda la Iglesia el dia 29 de Agosto; pero solo nos dicen de ellos que murieron confesando la fe de Jesucristo en la ciudad de Antioquía de la Siria, y nada podemos añadir con verdad á esta corta noticia de los autores ortodoxos. — C.

PABLO (S.) mártir. En la horrible persecucion de la Iglesia católica decretada por el emperador Decio, y llevada á cabo con la más cruel constancia por los enemigos del cristianismo, nos dice el cardenal Baronio en el *Martirologio Romano*, que fueron perseguidos y sufrieron muchos ultrajes Pablo, Cayo, Dionisio y Fausto con otros cuatro compañeros, á todos los cuales persiguió y atormentó el gobernador Emiliano, porque no cesaban en sus prácticas religiosas, de las que tanto suponian los gentiles se ofendian sus dioses falsos y materiales. Debieron seguir estos justos constantes en su piadosa solicitud, cuando nos dice Galesinio, que imperando Valeriano y Galieno, fueron todos ellos arrojados en Grecia á las fieras, que los despedazaron con grande alegría de sus verdugos. La Iglesia los recuerda el dia 3 de Octubre, que fué sin duda el de su martirio glorioso. — C.

PABLO (S.) obispo y mártir. Nació este siervo de Dios en Tesalónica, ciudad de Macedonia, á principios del siglo IV; era en que la Iglesia sufria espantosas persecuciones sancionadas por los emperadores á peticion de los sacerdotes de Júpiter y demás falsos dioses del paganismo, que veian adelantarse el tiempo en que la cruz del Redentor del género humano habia de establecerse sobre el imperio del mundo, aniquilando á sus ídolos que como hechuras del demonio no podian sostenerse de modo alguno contra el poder de la verdadera Divinidad, del Dios de los cristianos. Hijo S. Pablo de padres católicos, fué criado en los buenos principios de esta religion, cuya doctrina aprendió con el ejemplo que le dieron y en la enseñanza en que le amaestraron los ministros de la religion; y como tuviese un carácter apacible y estuviese dotado de un genio excelente, no tardó en hacer maravillosos progresos en las letras divinas y humanas. Terminada su instruccion, marchó á Constantinopla, donde fué muy bien recibido por el patriarca Metrofanes; y como no tardase en hacerse admirar por su virtud y elocuencia, fué nombrado secretario del presbítero Alejandro para asistir al concilio de Nicea, en el que se hizo amigo íntimo de S. Atanasio. Sucedió á Metrofanes el presbítero Alejandro en la silla episcopal de Contantinopla, y como el nuevo patriarca estuviese bien persuadido de la capacidad de su secretario, le ordenó de presbítero, dándole facultades para predicar al pueblo, el cual le oia con tanto entusiasmo é hizo tanto caso de sus exhortaciones, que mudando enteramente de aspecto Constantinopla no fué dominada hasta entónces por las herejías de los arrianos. Declarando el obispo Alejandro al tiempo de morir que no veia entre los eclesiásticos ninguno más digno que Pablo para sucederle, el pueblo le eligió, á pesar de lo mucho que trabajaron los arrianos para que fuese electo Macedonio. Ofendido éste del desaire que acababa de sufrir, se unió con el jefe de los arrianos, Eusebio de Nicomedia, y calumniando á Pablo, lograron que el emperador

Constancio le quitase el obispado y le desterrase. Marchando el Santo al Ponto, lugar de su destierro, practicó allí la caridad de una manera admirable, y se restituyó otra vez á su iglesia á consecuencia de mandarse por el Emperador que volviesen á sus iglesias todos los obispos desterrados. La alegría que causó la vuelta de S. Pablo á Constantinopla no duró mucho tiempo; pues sucediendo al emperador Constantino su hijo Constancio, á quien los arrianos tenian supeditado á su doctrina, éste le depuso del obispado, poniendo en su lugar á su enemigo Eusebio de Nicomedia. Desde Constantinopla se dirigió S. Pablo á Tréveris, en donde se presentó al emperador Constante, cuyo príncipe le prometió protegerle con su hermano el emperador Constancio. Marchando despues á Roma, en donde se encontró con S. Atanasio, fué muy bien recibido del papa S. Julio, y á consecuencia de un concilio y de la muerte del usurpador Eusebio, fué restablecido en su silla de Constantinopla. Los arrianos, que habian elegido cismáticamente obispo á Macedonio, promovieron un motin en que toda la ciudad acudió á las armas, cuya sedicion causó algunas víctimas. El emperador Constancio, que se hallaba en Antioquía en esta ocasion, y que como ya hemos dicho no era nada amigo del Santo, tan luego como supo el motin dió órden al general Hermógenes para que al paso que marchaba á Tracia pasase por Constantinopla y echase de la ciudad al obispo Pablo. Tan luego como se supieron en Constantinopla los intentos de Hermógenes, se levantaron contra él los fieles apasionados de S. Pablo, y portándose con demasiada imprudencia el expresado general, murió en la refriega. Indignado el Emperador con este suceso, marchó en persona á Constantinopla con ánimo de castigar severamente á los sublevados; y si bien pudo calmar sus iras el Senado de la ciudad, no pudo evitar que arrojase de ella á S. Pablo. Salió éste para Tesalónica, su patria, donde estuvo hasta el año 344 en que volvió á Constantinopla, muy recomendado por el emperador de Occidente; y como el emperador Constancio temiese excitar la cólera de su hermano, repuso á S. Pablo en su silla. A peticion de los obispos perseguidos en Oriente, se reunió el año 347 un concilio general en la ciudad de Sardica, al que asistió S. Atanasio, no permitiendo los católicos fuese á él S. Pablo para evitar se le hiciese algun perjuicio por sus enemigos; en este concilio se depuso á Macedonio y confirmó á Pablo en la silla de Constantinopla. Muriendo el año 350 Constante, emperador de Occidente, que habia protegido siempre á S. Pablo, los arrianos excitaron al emperador Constancio contra él; y éste, que le tenia odio, le cargó de cadenas y le hizo andar de este modo desde Constantinopla á Singales, en Mesopotamia, de aquí á Emesa, en Siria, y de esta á Cuensa, en los desiertos del monte Tauro. Entregado en esta ciudad á los furiosos arrianos, le encerraron en un estrecho y oscuro calabozo, determinados á ha-

cerle morir de hambre: y como viesen que aún vivia á los seis dias de encerrado, le ahorcaron el dia 7 de Enero, en que recuerda la Iglesia á este virtuoso defensor de la religion católica, el año 351. Sepultado en Cuensa su cuerpo, fué despues llevado á Ancira, desde donde Teodosio *el Grande* le hizo conducir á Constantinopla el año 381 de nuestra era.—C.

PABLO (S.). Sufrió el martirio en honor de Jesucristo con los Stos. Luciano, Metropo, Cenobio, Theotimo y Druso. Su martirio tuvo lugar en la ciudad de Trípoli. La Iglesia celebra su santa memoria el 24 de Diciembre.—O. y O.

PABLO ó PAULINO (S.), primer obispo de Luca en Toscana y mártir. Habia sido consagrado por el apóstol S. Pedro, y fué muerto al pie del monte Pisa con muchos cristianos, convertidos á la fe católica por su celo y constantes trabajos.—O. y O.

PABLO (S.), mártir en Roma, con S. Juan, bajo Juliano *el Apóstata*. Estuvo empleado cerca de la princesa Constanza, hija del emperador Constantino. Habiendo entrado en el servicio militar, llegó á oficial inmediatamente en tiempo de Juliano. Condenado á muerte en 362 por Apronio, prefecto de Roma, y cuyo encarnizamiento contra los cristianos valió á muchos la corona del martirio, el nombre de S. Pablo se lee en el cánon de la misa, con el de S. Juan, el compañero de su martirio; y antiguamente en Roma, cerca de la basílica de los Apóstoles, habia una iglesia que llevaba su nombre.—O. y O.

PABLO (S.). Sufrió en Constantinopla por la fe, con Luciliano, antiguo sacerdote de ídolos, y otros tres hijos, Claudio, Dionisio é Hipacio.—O. y O.

PABLO (S.), obispo de Lyon. Era francés y natural de la provincia llamada Bretaña, ó sea la antigua Armórica. Siendo muy niño todavía, sus padres le pusieron bajo la direccion de S. Eltuto, monje benedictino, quien le instruyó en la fe y en los principios de la vida religiosa, á la que quedó muy aficionado, proponiéndose tomar el hábito de la sagrada Orden cuando llegára á cumplir la edad competente. Fué tan agradable á la Divinidad el candor y la piedad de aquel futuro Santo, que muy pronto comenzó á practicar milagros por intercesion suya. Habiéndole mandado su maestro, en union de otros niños que se educaban en el monasterio, a cuidar de las mieses del mismo, que aún se hallaban en las eras; desempeñó algunos dias su encargo, pero cierta mañana se encontró que una bandada de grandes pájaros marinos habian devorado el grano. Tomó gran pena por este suceso; y temiendo que el destrozo se achacase á descuido ó culpa suya, no se atrevió á ponerse en presencia de su maestro; y aunque se hallaba inocente, se escondió en un oculto paraje, donde permaneció dos dias reflexionando sobre el suceso. Al cabo de ellos, encomendándose á Dios y re-

uniéndose con sus compañeros, fué hácia donde estaban las aves agresoras; y mandándolas en nombre de Dios que se detuviesen, quedaron sin poder volar, y como si fueran un rebaño de domésticas aves, las fué llevando hácia el convento para ofrecer sus descargos y para que el abad las castigase como malhechoras. Admirado Eltuto de tan raro milagro, le estimó mucho; y como despues de recibir el santo hábito de la órden Benedictina obrára Dios algunos otros prodigios por mediacion suya, él, por evitar los aplausos que todos le prodigaban, huyó del convento y se retiró á un paraje desierto en las fronteras de Alemania, teniendo solo quince años de edad; haciendo en aquel yermo la vida de un santo ángel. No pudo, sin embargo, ocultarse por mucho tiempo, pues habiéndole hallado los criados de un régulo gentil, llamado Marco, le llevaron á su presencia; y el reyezuelo quedó tan aficionado de su modestia y afabilidad, que vencido de sus piadosas exhortaciones abandonó los engaños de su falsa creencia para abrazar el cristianismo; determinacion que por los evangélicos cuidados del Santo se hizo extensiva á todos los súbditos de Marco, á quienes Pablo instruyó y bautizó, ganando de este modo infinitas almas para el cielo. Movido de la inspiracion divina, pasó luego á la isla de Ossano, donde tambien imperaba el gentilismo, que muy en breve quedó destruido, á causa de haber obrado la Divinidad un admirable prodigio á instancias del santo jóven. Fué el caso que en una cueva, situada en las asperezas de una encumbrada sierra, tenia su asilo un fiero dragon, que causando muchos destrozos en los ganados y en las personas consternaba á toda la comarca, sin que nadie se atreviera, no solo á intentar su muerte, pero ni aun á pasar por el sitio en que se albergaba. El santo mancebo, confiado en el divino auxilio, ofreció librar de aquella plaga á los habitantes del país; y presentándose en el sitio donde se encontraba la horrible fiera, la quitó instantáneamente la vida con solo hacer la señal de la cruz. Asombrados los naturales del país con tal portento, y conociendo que quien le obraba no podia ménos de ser algun varon muy predilecto del Eterno, se rindieron sin oposicion á sus deseos, y admitieron unánimemente la católica creencia y el ejercicio de nuestra augusta religion. El príncipe soberano de la isla, llamado Vitcherio, le ofreció el obispado de la misma, dignidad que no quiso admitir el humilde religioso por no verse en aquella elevacion; sin embargo, queriendo el soberano honrarle, aunque fuera á pesar suyo, le envió con el carácter de embajador al rey de Francia Childeberto, quien aficionándose del bienaventurado Pablo, como sucedia á todos cuantos le trataban, y con objeto de no separarse nunca de él, le obligó á aceptar el obispado de Lyon. Vencido el Santo por los ruegos de su soberano, admitió la dignidad; y verificada la solemne consagracion, empezó á regir la diócesis con toda la prudencia y sabiduría que de sus antecedentes

podia esperarse. Los autores de vidas de santos y los cronistas de la Religion Benedictina hablan largamente de este Obispo, y citan muchas particularidades de su vida, que nosotros consignariamos con mucho gusto si no temiéramos alargar demasiado estos reducidos cuadros. Diremos sí que su abstinencia fué tan grande, que ordinariamente no comia sino pan y agua, añadiendo á tan escaso alimento algunas yerbas ó pequeños pececillos en los dias y fiestas más solemnes del año. Refiérense tambien varios milagros obrados por intercesion suya, los cuales podrán verse en la vida que del mismo circula impresa. Murió el dia 13 de Marzo del año 600, siendo enterrado su bendito cuerpo en la iglesia catedral de Lyon, que por espacio de muchos años estuvo dedicada á su nombre. La Religion Benedictina le ha colocado en el número de sus santos, y reza de él el mencionado dia 13 de Marzo. — M. B.

PABLO (V.), párroco de Wisoka, aldea cercana á Praga, en Bohemia, el cual con otros varios presbíteros y clérigos fué muerto inicua é impiamente á hierro y fuego en la horrible persecucion de los herejes husitas contra los católicos, á 16 de Junio de 1426. — C. de la V.

PABLO (V.), presbítero, capellan de Santa Ludmila, y maestro de San Wenceslao, mártires y duques de Bohemia. Sus grandes virtudes formaron las de Wenceslao desde muy niño, mereciendo para tan importante empresa toda la confianza de su abuela Ludmila, lo que hace muy recomendable su buena vida, y le ha merecido el reconocimiento y veneracion de todo aquel reino. Ultimamente, Santa Ludmilà, de órden de un ángel que la habló en sueños, envió á Pablo para que asistiera al tránsito del célebre anacoreta San Ivan, como lo hizo administrándole los sacramentos y presenciando su feliz muerte el año de 904. — C. de la V.

PABLO (V. Dr.), que predicó en los lugares de moriscos del arzobispado de Zaragoza. Fué hombre muy devoto y gran predicador. — C. de la V.

PABLO (B.), monje en el monasterio ilustrísimo cisterciense de Bonaval, Francia. Fué discípulo de S. Hugon, abad, y se adquirió el renombre de bienaventurado. Siendo novicio, le instigó el demonio á que volviese al siglo, pero aconsejado por el Abad perseverase en la religion, porque alcanzaria un completo triunfo de su enemigo, aprovechó el consejo y perfeccionó sobre manera sus virtudes. Refieren sus cronistas, que á la hora de su muerte recibió consuelos celestiales, rindiendo su espíritu al Señor, cercado de mucha luz, el año 590. El P. Heredia le incluyó en las vidas de los santos en el dia 25 de Agosto. — O. y O.

PABLO (B.), jefe de los misioneros dominicanos en Armenia. Fué asesinado por los turcos hácia el año 1604, con una multitud de religiosos y de cristianos. — O. y O.

PABLO (B.) Fué martirizado en el Japon, en 1613, en el reino de Arima, con su padre Leon Tanquendomi, Gumémon, Faisixida Luguyemon (Leon) su mujer, llamada Marta, su hija María Magdalena, vírgen, de diez y nueve años, y prometida al Señor, y Jacobo, su hijo, de doce años. Todos fueron condenados al suplicio del fuego.—O. y O.

PABLO (B.), hermano converso de la orden de Sto. Domingo. Exhortando á muchos portugueses á sufrir la muerte por el nombre de Jesucristo, recibió con ellos el golpe mortal de mano de los idólatras en 1598, en el reino de Arrakan, cuyos habitantes se llamaban arrakanis ó moghs. (FONTANA: *Monumenta dominicana.*) —O. y O.

PABLO (B.), religioso franciscano, célebre por su santidad y milagros. Murió en 1303 en Arquata ó Argnata, en la Umbría. La Orden Seráfica recuerda sus virtudes en 22 de Octubre.—S. B.

PABLO (B.) confesor. En 29 de Agosto celebra la Religion Franciscana, la memoria de este venerable hijo, que falleció en igual dia en el convento de Santa María de Jesús, de Corleon, en Sicilia; habiéndose distinguido durante su vida por sus muchos milagros, los cuales son causa de que los habitantes de aquel país miren con gran devocion su sepulcro y reliquias.—S. B.

PABLO (B.), confesor. Religioso franciscano, notable por el amor que tenia á su estado y profesion; era muy amante de la pobreza, y entre los milagros que de él se refieren, es uno, que estando un dia celebrando el santo sacrificio de la misa, fué llevado al altar y puesto á sus pies por una desconsolada madre el cadáver de un niño que acababa de perder. El B. Pablo continuó celebrando el santo misterio, y al concluir, hizo sobre el tierno infante la señal de la cruz, volviéndole en el acto á la vida con grande alegría de la madre y no poca admiracion de los presentes. Murió en 1502 en el monasterio de Mondragon, donde era confesor de monjas. La Orden Seráfica recuerda desde entónces sus virtudes en 3 de Noviembre.—S. B.

PABLO (B.) mártir. Religioso franciscano, natural de Perpiñan, en el condado del Rosellon. Fué doctor en sagrada teología y tan ilustre por la piedad y santidad de su vida, que mereció que una imágen de María Santísima, á quien tenia particular devocion, le hablase y consolase; por cuyo milagro se conservaba esta santa imágen en el convento de S. Francisco de Perpiñan con el título de Ntra. Sra. del Consuelo. Su martirio procedió del celo que le abrasaba por la salvacion de las almas, pues habiendo aconsejado á una jóven que hiciese penitencia y se retirase de unas relaciones ilícitas que tenia, el mancebo, de cuya amistad consiguió apartarla, buscó al Padre y le hirió con una espada en la cabeza, proviniéndole la muerte de esta herida que aún se distingue en los restos de su cuerpo sepultado en el

referido monasterio de Perpiñan, donde se conserva íntegro desde 1458 en que se verificó este suceso; la órden seráfica hace conmemoracion de este mártir en 12 de Enero. —S. B.

PABLO, papa. El nombre verdadero de S. Pablo, el apóstol de las gentes, fué Saulo; y de este modo le nombró Dios cuando le llamó á sí. Despues, variando la S en P, se llamó Paulo, de la voz latina *Paulus*, que es el nombre que le dan la mayor parte de los pueblos cuyo lenguaje se deriva de la lengua latina. Los españoles hemos corrompido en cierto modo la formacion de este nombre, cambiándole en la voz *Pablo*, que parece sonar mejor en nuestra manera de decir, y de este modo indicamos en esta obra á todos los que llevan el nombre del santo Apóstol, ménos á los papas, á los que conservamos el de Paulo, por ser la voz con que le usan todos los de este nombre en sus bulas, breves y demás documentos. Véase PAULO I, II, III, IV y V.—C.

PABLO II, patriarca de Constantinopla, era sacerdote de esta iglesia, cuando sucedió á Pirro en Octubre de 641. Cinco años despues escribió al papa Teodoro, diciéndole que adoptaba las palabras de Honorio y de Sergio con respecto á la unidad de voluntad y de operacion en Jesucristo. Pero en 648, valiéndose del nombre del emperador Constante, sustituyó á la ecthese de Heraclio otro edicto titulado *Typo*, en que se prohibia hablar de una y de dos operaciones en Jesucristo. Con este motivo se publicó en Roma su deposicion; y apénas lo supo, mandó destruir el altar que tenia el Papa en Constantinopla en el oratorio de la emperatriz Placidia, é hizo perseguir á muchos obispos y otros católicos, algunos de los cuales fueron expulsados, otros encarcelados y no pocos maltratados. Murió desgraciadamente en su error en 26 de Diciembre de 654.— S. B.

PABLO III, patriarca de Constantinopla, era seglar y uno de los secretarios del concilio sexto. Sucedió al patriarca Teodoro en 686, y presidió en 692 el concilio *quinisexto*, llamado *in Trullo*, cuyas actas suscribió. Murió en 693, habiendo ocupado la sede seis años y ocho meses. — S. B.

PABLO IV, patriarca de Constantinopla. Era natural de Salamina en Chipre, y ejercia el cargo de lector en la iglesia de Constantinopla, cuando fué elegido contra su voluntad en 20 de Febrero de 780, para suceder al patriarca Nicetas. Temeroso de atraer sobre sí la persecucion de los herejes, no se atrevió, durante el reinado de Leon Chazaro, á declararse públicamente en favor del culto de las santas imágenes. Pero á la muerte de este príncipe una grave enfermedad le hizo reconocer su criminal cobardía, y para expiarla abdicó en 31 de Agosto de 784 y se retiró al monasterio de Floro, donde murió en el mismo año. — S. B.

PABLO, patriarca de Oriente. Era uno de los abades de Tabenne, y fué

nombrado, á últimos de 538, para reemplazar á Teodosio, por el emperador Justiniano. Le ordenó Mennas, patriarca de Constantinopla, en presencia de los apocrisarios de otros patriarcas. Pablo continuó profesando la doctrina del concilio de Calcedonia, en que habia vivido hasta entónces; pero su conducta dió orígen á que le depusiera el concilio de Gaza en 541.—S. B.

PABLO, obispo en el reino de Cerdeña. Al tiempo que la Iglesia sufria los trabajos de una cruel y rigorosa persecucion, gobernaba la Calaritana Gregorio, arzobispo primado de dicho reino, y Pablo, obispo de otra de las sufragáneas. Los dos, así como Cristina, religiosa, padecieron á la vez martirio por servir á Dios. Fueron todos naturales de Caller; y Gregorio, promovido á la dignidad primaria, la gobernó con notable acierto, prosperando con rápidos progresos la religion católica, por cuya defensa y confesándola dió su cuerpo á los tormentos y la garganta al cuchillo á los sesenta años de edad. Nuestro Pablo mereció por su virtud ser elevado á la dignidad episcopal, creyéndose es Sulcitana la silla que se confió á su religioso celo. Quiso la Majestad Divina que por su fe y religion padeciera el tormento y la muerte en su patria de Caller, triunfando de sus enemigos con su fortaleza. Cristina, convertida á la fe, sirvió á Dios, como otras muchas calaritanas lo hicieron por esta misma época, padeciendo tambien el martirio. Los tres santos fueron depositados juntos por los cristianos; y cuando pudieron respirar libremente los fieles con la feliz paz de Constantino, y libre la Iglesia de las calamitosas persecuciones de que habia sido víctima, levantaba en honra de Dios algunos templos, y trasladaron los cuerpos de los mártires, que yacian en cuevas, al puerto de S. Esteban, capilla subterránea de la sagrada basílica y entierro de innumerables santos mártires. Encontró este depósito Julian Fancardo, sacerdote genovés, hijo de Próspero, persona principal del delicioso lugar de Alassio, que codicioso de santas reliquias, y buscándolas, halló la siguiente lápida:

HIC JACENT B. M. GREGORIUS EP.
ET V. A. P. M. LX. ET SOCIORUM
PAULUS EP. V. A. LII. ET B. M.
CRISTINA. Q. V. A. LII.

Tiene este mármol grabadas dos mitras y una cruz primacial. El reverendo sacerdote con los que le acompañaban puso á recaudo los sagrados cuerpos, embarcándolos para Alassio, hechas préviamente las debidas informaciones del vicario general. En el mismo punto fueron colocadas en una capilla del referido Próspero Fancardo, dedicada á la Vírgen del Sufragio, que hácia la parte del Evangelio está en la iglesia de S. Ambrosio. Con motivo de la tras-

lacion de los cuerpos se adornó la capilla con muchos mármoles, bajo la direccion de Juan Jacobo y Francisco Fancardo, hijos, y en ella se conservan con mucha veneracion las santas reliquias, prendas queridas para el pueblo. Asistió á la traslacion el Sr. Obispo de Arbenza, el cabildo y la clerecía de toda la diócesis, haciéndose una suntuosa procesion. Celébrase la fiesta de la traslacion el 7 de Febrero, y por la gran devocion que tienen los fieles, ha concedido el Sumo Pontífice muchas indulgencias á los que visiten tan santo lugar. — O. y O.

PABLO, obispo, de quien habla Gennadio. Habia escrito un *Tratad o sobre la Penitencia*. El mismo autor cita otro Pablo, sacerdote de Pannonia, que habia escrito *Tratados sobre la virginidad, el desprecio del mundo*, etc. Este autor vivia en el siglo V. — S. B.

PABLO, *el Diácono*. Nació este eclesiástico en Mérida de España, hácia el año 610 de nuestra era; y no debe confundirse con otro diácono del mismo nombre, Nestoriano de Persia, autor de un tratado titulado *De Judicio*, al que se cita en el concilio de Letran, que celebró el pontífice Martin I en 649. — C.

PABLO, diácono, cardenal de la iglesia de Roma; habia escrito una vida de los papas, segun Martin Bolonus. Se ignora la época en que vivió. S. B.

PABLO, diácono de Aquilea, llamado Winfrido, por su nombre de familia, hijo de Wartifredo y de Theodolinda, y secretario de Didier, último rey de los lombardos. Habiendo sido hecho prisionero este príncipe por Carlomagno en 774, quedando enteramente destruido su reino, Pablo diácono cayó en manos del vencedor, que le trató muy bien. Pero la adhesion que siempre manifestó á su príncipe le hizo sospechoso, siendo esto causa de que fuese desterrado al mar Adriático, de donde se salvó huyendo al país del duque de Benevento, yerno de Didier. Poco despues se hizo monje de Monte-Casino, donde murió á principios del siglo IX. Este autor escribió la *Historia de los Lombardos*, dividida en seis libros. Se le atribuye tambien, aunque falsamente un *Compendio de la Historia romana*, tomado de muchos autores; pero aunque hizo algunas adiciones al *Compendio de Eutropio*, no es autor de esta coleccion, que es más bien de Anastasio el bibliotecario. Escribió un *Compendio de la historia de los primeros Obispos de Metz*, que se halla entre los historiadores de Francia, y en la última edicion de la *Biblioteca de los Santos Padres*. Las primeras épocas de esta historia, que hace remontar hasta los tiempos de los apóstoles, son enteramente fabulosas. Compuso este escrito, como lo dice él mismo en su *Historia de los Lombardos*, á ruego de Angilram, obispo de Metz. Escribió además la *Vida de S. Arnoldo*, obispo de Metz, que se encuentra entre las obras de Beda.

Hay una relacion del martirio de S. Cipriano, que lleva su firma y se halla al frente de las obras de este Padre, de la edicion de Pamelius. Tambien se han dado con su nombre las *Vidas de S. Benito, de S. Mauro y de Santa Escolástica.* Sigeberto asegura que escribió la *Vida de S. Gregorio (el Grande)*, que se ha impreso en la última edicion de las obras de este Santo. Pablo compuso, por último, en virtud de órden de Carlomagno, un libro de homilías ó de lecciones para todos los dias del año, sacadas de los Santos Padres. Este libro se imprimió en Spira, en 1472, por Pedro Drach, con una carta de Carlomagno, en la que declara que esta obra fué compuesta por Pablo diácono, segun la órden que él le habia dado. El P. Mabillon hizo imprimir esta carta y los extractos de las primeras homilías, porque la edicion de Spira es muy rara. — S. B.

PABLO, diácono de la iglesia de Nápoles en tiempo de Carlomagno, hácia el año 804. Tradujo del griego al latin la *Vida de Sta. María Egipciaca*, escrita por Sofronio, obispo de Jerusalen, cuya obra pusieron Surio y Bolando en las *Actas de los Santos*, dia 9 de Abril. Hildeberto de Mans escribió esta vida en verso. — S. B.

PABLO (El príncipe). Décimo hijo de Sounon Peylé, régulo de tercer grado en la corte del Celeste Imperio. Se ofreció en el año de 1719 para acompañar al décimocuarto hijo del emperador Kang-hi en la guerra que iba á sostener en favor de su padre contra Tse-Van-Raptam, rey de los enluptos. Pablo tenia entónces veintisiete años. Notable, de aventajada presencia y de excelente reputacion fué aceptado. Ya hacia tiempo que el jóven observaba las leyes cristianas, y aun con frecuencia habia hablado al Padre Suarez para que le administrase el bautismo, que éste por probarle habia diferido. Mas al partir para un viaje de seiscientas leguas renovó sus instancias. Accedió el Padre á sus deseos, y recibió el nombre que le damos á la cabeza de este artículo. Cuando ya se encontraba en el ejército, escribió á su padre, á su madre y á su mujer que abrazasen como él el cristianismo. Solo la última se hizo bautizar bajo el nombre de María. No instruia Pablo únicamente á su familia en las prescripciones de la ley cristiana, sino tambien descubria sus verdades á sus criados y á los jefes del ejército, muchos de los cuales abrazaron el cristianismo. Habiendo caido prisioneros algunos soldados cristianos, los llamó y habló con la mayor bondad. Al cabo de dos años el Emperador llamó á su hijo, que vino con el príncipe Pablo, despues de haber expelido del Thibet las tropas de Tse-Van-Raptam. Su regreso victorioso aumentó su reputacion, cuando Pablo únicamente deseaba servir á Jesucristo. Así presentó una memoria, manifestando que una incomodidad que sufria en una rodilla le impedia montar á caballo, y continuar sirviendo, por lo cual suplicaba al Emperador le admitiese la dimision. El

presidente del tribunal, que era amigo de Pablo, hizo tal relacion, que el Emperador admitió gustoso la renuncia, dejando á Pablo un título honorífico. Libre, en fin, se entregó completamente á sus obras de piedad, haciéndose apóstol entre sus amigos y conocidos, y procurando que así estos como los príncipes sus hijos no muriesen sin bautismo. Todos los dias conferenciaba con sus hermanos Juan y Francisco sobre los medios más convenientes para extender la Iglesia del Señor. Esto no obstante, uno de los mayores contrarios que tuvo Pablo fué su mismo padre, que para congraciarse con el Emperador se le envió encadenado con sus referidos hermanos, hechos tambien cristianos. Cuando quisieron ponerle á Pablo las cadenas dijo vivamente: «No he causado ofensa alguna al cielo, ni á la tierra, ni al Emperador, ni á sus antepasados ¿por qué causa se me trata así? — No ves, dijo su hermano Juan, que es porque somos cristianos? — Si es por esto, replicó Pablo, recibo voluntariamente estas cadenas, y me gloriaré de llevarlas.» El 13 de Julio de 1724, dos dias ántes de su partida, fué con su hermano Juan y su hijo Miguel á oir misa en la iglesia de los Jesuitas portugueses; mas el 15 al emprender su viaje con toda su familia para ir al lugar del destierro que el Emperador le habia designado, y se nombraba Leoue-Oué, donde el Emperador tenia un considerable número de tropas, lugar situado en la Tartaria, un poco más allá de la gran muralla, á ochenta y cuatro leguas de Pekin. En el ejército de dicho pueblo fueron incorporados los príncipes, sus hijos y nietos, como simples caballeros. El príncipe Pablo concluyó su vida, habiendo sido uno de los más ardientes propagadores de la fe cristiana en Pekin, en el interior de su palacio, y por haber construido una capilla. Su inmensa fortuna le permitió desplegar tal magnificencia, que dando crédito á los misioneros, dicha capilla no cedia en nada á las más ricas de algunos soberanos de Europa. — O. y O.

PABLO (El abate). Este ex-jesuita nació en Saint-Chamas, Provenza, en 1740. Enseñó literatura en varios colegios de su Orden; pero deseando con vehemencia dedicarse exclusivamente á la traduccion de los autores clásicos latinos, abandonó la enseñanza. Dejó hechas las traducciones de Veleyo Patérculo, Floro, Justino y trozos escogidos de Tito Livio, Cornelio Nepote, Fedro, Sulpicio Severo y de Eutropio. — Murió en Lion el año de 1809. O. y O.

PABLO (Fr.), condestable de Ferrara, reverendísimo padre general de la órden de Predicadores, profesor de teología. Dió facultad al P. Juan Crisóstomo, conventual de Sevilla, para que congregase treinta frailes de la Orden en las provincias de España para las islas Filipinas y China, y para que fundase su instituto en estos dominios, concediéndole muchos privilegios, el 24 de Julio de 1524. — O. y O.

PABLO ALONSO (El Maestro Fr.). Fueron sus padres naturales de Urgel. Tomó el hábito de S. Agustin en el convento de Barcelona, y profesó en 1616. Fué maestro en artes y doctor en teología de la universidad de Perpiñan en 1626. En la misma explicó dicha asignatura catorce años. Se distinguió como rector de aquella universidad, y no ménos siendo catedrático de Escritura de la catedral de la Seo de Urgel, elegido por el ilustre cabildo. Asímismo regentó esta cátedra en Urgel desde 1640 hasta 1651 con singular aplauso de todos y gran satisfaccion por su parte. Fué tambien prior de los conventos de Perpiñan y de Urgel, definidor en la provincia y electo provincial de la Corona de Aragon. Lleno de méritos y virtudes, murió en el convento de Ntra. Sra. de Corviach de la villa de Moset, en el año de 1681 y á los ochenta y uno de su edad.—O. y O.

PABLO ALVAREZ (P.), prepósito y superintendente del colegio de Plasencia, de la Compañía de Jesús, en Agosto de 1562.—O. y O.

PABLO ANTONIO DE PLACENTINO, sacerdote de Pavía. Tradujo la obra: *Tractatus de vita spirituali*, con razon alabada por S. Luis Beltran, el cardenal Belarmino y otros insignes escritores. Se imprimió por Ardizzoni y Rossi en 1613, en 16.°, y Fr. José de Arjano la dió á la estampa en Nápoles en 1644.—O. y O.

PABLO DE ASIS (Fr.), de la religion de S. Francisco. Lego de profesion, que habiendo perseverado constantemente en una altísima practica de virtudes, mereció del cielo saber con certeza el dia de su muerte ocho dias ántes que llegase. Con frecuencia repetia, y en voz alta, en presencia de los religiosos: *Beati qui ad cœnam Agni vocati sunt.* Felices aquellos que estan convidados á la cena del Cordero. Recibidos los sacramentos, espiró en el Señor el mismo año de 1499 en el convento de *Bonaquiere*, ó del buen reposo, de la provincia de S. Francisco, en donde es venerado su sepulcro.—O. y O.

PABLO DE LA ASUNCION (Fr.), carmelita de Cuyacan, Méjico. Entró á ser provincial el año 1616, siguiendo en el oficio al venerable Fr. Rodrigo, fundador del colegio. El primero que gobernó aquella santa casa fué el bendito P. Fr. Juan de S. Pedro, y el primer lector el P. Fr. Pedro de la Concepcion, lector de aquella provincia. Era Fr. Pablo hombre docto, modesto sobre todo y ejemplo de observancia y penitencia, por lo cual mereció ser empleado en diversas prelacías. Despues de haber acreditado su celo y prudencia, sus trabajos y humildad, murió felizmente el año de 1629. O. y O.

PABLO DE AVELLANADA (V.), religioso agustino, mártir en el Japon. Herrera le dedica estas breves palabras. «El dia 4 de Mayo de 1628 consumó su martirio, siéndole cortada la cabeza en la ciudad de Xenoxima, en el Japon. Sus restos mortales fueron trasladados é ilustran el convento de Ma-

drid. Así extiende nuestro árbol agustiniano sus ramas hasta el cielo, y cortada una por el martirio

Non deficit alter
Aureus, et simili frondescit virga metallo.»

S. B.

PABLO DE BARCELONA, (P. Fr.), capuchino, modelo de todas virtudes, unido con Dios en elevados éxtasis; perseguido del demonio, tuvo grandes favores del cielo. Apareciósele la vírgen del Rosario. Pasó á mejor vida en 1583. —O. y O.

PABLO DE BERNERIED, canónigo regular de Berneried, en Baviera. Habia sido anteriormente canónigo de la iglesia de Ratisbona; pero viendo el rey Enrique IV que se declaraba por sus enemigos, le arrojó de ella. Despues de haber permanecido algunos años en Berneried, fué á Roma, donde se ganó el afecto de Gregorio VII. Su morada en esta ciudad le dió ocasion para recoger las principales circunstancias de su vida y su pontificado; recogió tambien muchas de sus cartas y de sus hechos milagrosos. Estas memorias le sirvieron despues para componer la vida de este santo papa, que Gretzer, Bolando y el P. Mabillon han hecho imprimir en sus colecciones. Pablo añadió á lo último de la vida de Gregorio VII lo que se habia dicho de S. Anselmo, obispo de Luca, en sus *Comentarios sobre los Salmos*. Además de esta vida compuso Pablo la de la B. vírgen Nerluza, insertada por Gretzer con la de Gregorio y la apología de Baronio contra Goldast, y por Bolando en 17 de Abril. Tenemos otra vida de Gregorio VII por Domnison, sacerdote y monje de Canosa. El P. Mabillon la ha unido en el tomo IX de las *Actas de su Orden* á la que compuso Pablo de Berneried, pero no son más que fragmentos sueltos de la *Vida de la princesa Matilde*, siendo preferible en este punto la escrita por nuestro canónigo. —S. B.

PABLO DE BRIXIA (B.), religioso franciscano de la provincia de Milan, distinguido como predicador y muy elogiado por sus méritos y virtudes. Sus oraciones restituyeron la vista á los ciegos, y obraron otros milagros por los que la Orden Seráfica celebra su memoria en 11 de Diciembre. —S. B.

PABLO DE CAPETON (B.), religioso franciscano muy notable por su abstinencia, pues ayunaba contínuamente á pan y agua, no siendo menores sus vigilias y demás penitencias; era tan grande su sencillez, que le miraban los hombres con desprecio á pesar de su distinguida santidad. Murió en el convento de la Anunciacion de nuestra Señora de la ciudad de Amería, en Umbría. La Orden Seráfica hace conmemoracion de este ilustre hijo en 8 de Octubre. —S. B.

PABLO Capobienchi, hermano de la religion de S. Juan de Dios, hijo de los marqueses de Carisi. Pasó al Señor con gran fama de siervo de Dios en el convento de Sta. María de la Paz, de Nápoles, en el año de 1636, de edad de setenta y tres años, y cuarenta y ocho de religion. Fué natural de Benevento. — O. y O.

PABLO de la Caridad (Fr.), lego de la órden de Predicadores de S. Juan Bautista del Perú. Conforme en sus obras con su nombre, parecia la misma ardiente caridad para con sus prójimos; aclamábanle todos por padre, y era con efecto el refugio de todos los huérfanos y de las viudas. En su felicísimo tránsito le llamaban santo, venerándole como á tal, y creyendo piadosamente, afirmaban que habia con su muerte ido á gozar de la vida eterna. D. Fernando Palomeque, que así era su nombre en el siglo, fué natural de Guadalajara, ciudad de España. Sus padres, D. Pablo y Doña María Mendez, fueron ambos de conocida nobleza en la expresada provincia. Miéntras vivió á su cuidado y á su sombra dió pruebas de su modestia y recogimiento, mirándole todos como á un viejo por sus buenos procederes; pero apénas salió del poder de sus padres, pasó al Perú, desmandándose de tal manera, que para él no habia más ley que la de su gusto. Entró en Lima, y en este punto encontró cuanto podian apetecer sus malas pasiones y desordenados deseos; y entregándose á ellos, dió al olvido sus deberes y obligaciones, frustrando al propio tiempo el propósito de sus padres, que habia sido hacer de su hijo un hombre de provecho. De repente tocó el Señor al interior de su alma, inspirándole tan claramente, que ya no hallaba el gusto que solia, y comenzaba á separarse de algunas diversiones que le traian perdido, hasta llegar á causarle tedio lo que se parecia al mundo. Así trató de huir de él, como de su mayor enemigo, y retirarse á un convento, deteniéndose tan solo á pensar cuál le sería más provechoso elegir. Al fin se decidió á ser lego en la sagrada órden de Predicadores, y entró en el convento de la Magdalena de Lima. Pidió el hábito; y conocido su espíritu y gran fervor, le recibieron en Diciembre del año 1610. Demostró desde luego lo que habia de ser y que le llevaba á la religion una vocacion verdadera. Su abstinencia, mortificacion y penitencias fueron grandes, como singular fué su obediencia á los prelados; no parecia novicio que entraba en la religion, sino profeso de muchos años y muy hecho á las santas costumbres. Despues de su profesion, que hizo en manos del P. Predicador general Fr. Gerónimo de Hinojosa, prior del mismo convento, por mudar de todo cuanto tenia del siglo cambió el nombre en el de Pablo y el apellido de Palomeque en el de la Caridad; uno y otro se apropiaban á su nuevo género de vida y á las condiciones de su carácter: *Pablo* por su conversion repentina, *de la Caridad* por la que habia de ejercitar en el discurso de su vida, no solo para con Dios, sino para

con sus prójimos. En el cargo de portero, confiado á su cuidado, dió buena cuenta, sin faltar á los santos ejercicios de oracion y meditacion. Prevenia la comida con que habia de regalar á los pobres, y se la repartia por sus propias manos, atendiendo tambien á los que de fuera venian en busca de sus socorros. Cuando sabia con certeza el dia que quitaban la vida á algun delincuente, con licencia del prelado se iba á la iglesia, y en ella se estaba delante del Santísimo Sacramento gimiendo y llorando, pidiendo á Dios diese al ajusticiado buena muerte, poniendo por medianera con su misericordia á la que junto á su Divina Majestad habia padecido al pie de la Cruz, no apartándose de los pies del Señor hasta tener noticia de haberse concluido la ejecucion; y esto lo hacia sin cansarse, aunque se repitiesen sucesivamente por muchos dias los castigos de los culpados. Si habia en la ciudad algunas discordias, salia del convento á componer las familias, dando el Señor tanta fuerza á sus razones, que apénas habia quien se resistiese á ellas. Sus penitencias fueron en todo extremadas; usaba de cilicios asperísimos, y heríase la espalda con crueles disciplinas. Pasó al convento del Rosario de Lima, y en él perseveró toda su vida, hasta que habiendo caido gravemente enfermo le dieron la extremauncion, y poco despues de haberla recibido dió el alma á su Criador el 28 de Diciembre de 1626. Tan luego como doblaron las campanas del convento, siguieron haciéndolo las de los demás monasterios é iglesias. Quedóle el rostro sereno y hermoso, y su cuerpo lleváronle en hombros muchos sacerdotes, cosa nueva en la religion. Hubieron los religiosos de darse prisa á sepultarle, porque la apiñada multitud acudia por pedazos de su hábito para conservarlos como reliquias. El P. Predicador general dió testimonio de la pureza de su alma y de las singulares virtudes con que le adornó el Señor; y con efecto, todos los historiadores que tratan de las religiones de Indias hacen el más grande elogio de este siervo de Dios y bendito lego.— O. y O.

PABLO CENTENA (V. Dr. D. Antonio), insigne dean de Barcelona. Fué su patria Serrallonga, lugar al pie de los Pirineos, y vió la luz el año de 1616. Comenzó los estudios de filosofía en Perpiñan, y cursó la teología primero en Valencia y despues en Salamanca, en donde Dios le llamó al estado eclesiástico. Habiendo hecho oposicion á curatos en Barcelona, le dieron el año de 1643 la rectoría de Orpí, y se ordenó de sacerdote, precedidos los santos ejercicios para celebrar la primera misa. En este acto edificó y conmovió á todos. Al año siguiente fué trasladado á la rectoría de Sabadell; y en ella, lo mismo que en la anterior, su conducta fué la de un ministro celosísimo del culto divino y de la Iglesia, dedicándose solícito al bien de las almas, y asistiendo con inagotable caridad á las ovejas en la voraz peste de 1651 á 52. Pero á muy poco hubo de sufrir los males que le causaron terribles odios

movidos contra su persona, é injustas persecuciones, que le obligaron á renunciar el curato en 1665, determinándose á pasar á Roma á ver si podia conseguir alcanzar algun beneficio con que tuviera el sustento el resto de su vida en la soledad y retiro. Fué estimado en aquella corte como buen teólogo, buen músico y no vulgar poeta. Mas tambien allí le siguió la calumnia con sus atroces consecuencias, deteniéndole en el camino de sus pretensiones, cuando él más avanzaba en el de la virtud. Diéronle, al fin, el deanato de la santa iglesia de Barcelona y priorato de S. Juan de Isli, en el obispado de Urgel, y volvió á España el año de 1659. Hubiera perseverado en su propósito de vivir en un retiro, á no impedírselo su director espiritual, á quien ciegamente obedecia; pero si bien desistió de él, formó de su casa un yermo, donde residió con extraordinaria soledad. Practicaba la vida eremítica de los anacoretas, realizando aquel dicho de S. Ambrosio: *Discite in mundo supra mundum esse.* Al principio refiere Ramirez Luque, en la biografía que dedica á este benemérito dean en su *Coleccion de Santos mártires y venerables confesores*, ni aun criado tenia, yendo en persona á comprar lo necesario, reducido su alimento á una escudilla de yerbas ó legumbres, que él se guisaba, y alguna fruta, pasando algunas veces tres y cuatro dias sin comer; mas esta austeridad se moderó despues, habitando con un sobrino, de órden de su confesor, pero tan desprendido de todo, que su cuarto estaba desnudo, y aun sin luz de noche. Para dominar su genio ardiente y engreido, se ejercitó en una especie de humildad asombrosa; traia remendada con pedazos blancos la sotana; se acompañaba públicamente con el verdugo; buscaba los insultos y las burlas de los muchachos; obedecíalos, y hasta á los monacillos de la catedral, haciendo cuanto le mandaban. Renunció en 1680 la mitra de Gerona; despues la de Vich; queria ser encerrado en una casa de locos, y que muriendo le diesen la más humilde sepultura, pareciéndole esto poco para lo que él merecia: tal era el bajísimo concepto que tenia de sí mismo. Tomaba recias disciplinas y llevaba pesados y ásperos cilicios. No salia de casa sino para coro ó para la Escuela de Cristo, siendo su vida una no interrumpida oracion. Fué liberalísimo con los pobres, dándoles cuanto tenia. Llegó, en fin, á un altísimo grado de perfeccion y de santidad heróica, viviendo muerto al mundo, absorto en Dios, y tan lleno y empapado en su amor, que parecia un serafin. Hizo el Señor á muchos singulares favores por la intercesion de su siervo, y á él le colmó de dones y de gracias particulares, siendo quizá su mayor recomendacion el haber dispuesto la Providencia divina oponer su penitente vida y régimen espiritual á la lujuriosa conducta y pestilente doctrina del hipócrita heresiarca Molinos, pues el venerable dean Centena (dice su historiador) y al mismo tiempo el apostólico varon P. Pablo Serier fueron elegidos por Dios nuestro Señor para resistir á

Molinos, el uno con sus obras y el otro con sus escritos. Falleció el 2 de Diciembre de 1691. En su ataud se puso un pergamino, dentro de un vidrio bien cerrado, con este epitafio: *Antonius Paulus Centena, S. Theologiæ doctor, hujus almæ Ecclesiæ decanus; vir vita conspicuus; pœnitentia Stillita; in frequentibus dœmonium victoriis alter Antonius; novus solitarius in civitate Paulus; moritus mundo, vivit in cœlo pia credulitate. Obiit die secunda Decembris* 1691. El P. Fr. Agustin Minnart, agustiniano, escribió de este venerable dean, á quien el pueblo aclamó santo, y Pedro Serra, en las *Finezas de los Angeles*, le llama insigne clérigo, de austera y prodigiosa vida. Tambien escribió su historia el P. carmelita descalzo Fr. Juan de San José.— O. y O.

PABLO DE CODION (B.), confesor. Era natural de Fossa Claudia, en la provincia de Venecia, é hijo de una honrada familia. En su juventud se dedicó á los estudios, distinguiéndose en los de filosofía y teología. Sus grandes conocimientos en ambos derechos le valieron desempeñar el cargo de vicario general de diferentes obispados, cuyos prelados le miraron con no poco aprecio por su prudencia y piedad. Pero aspirando á una vida más perfecta, tomó el hábito de la órden de S. Francisco, en la que desde luego se hizo notar por la inocencia de su vida, austeridad de costumbres, contínua oracion, humildad y obediencia. Llegando despues á sus oidos la fama de las virtudes de los Capuchinos, pasó á esta nueva religion, siendo uno de los primeros que ilustraron la reforma y que contribuyeron con sus ejemplos á llenarla de esplendor. Murió en 1531, despues de haberse hecho admirar por su santidad, mereciendo que la órden de S. Francisco celebrase su memoria en 12 de Diciembre. — S. B.

PABLO DE COLINDRES (P. Fr.), de la Seráfica Religion Capuchina, provincial que fué de Castilla, y colegial mayor en el de Valladolid, canónigo y catedrático de cánones en la universidad de Salamanca, definidor general. Renunció el obispado de Barcelona, para el cual le presentó el Sr. D. Fernando VI. — O. y O.

PABLO DE LA CONCEPCION (Fr.), carmelita, de la provincia de Navarra. Escribió la obra intitulada: *Tractatus Theologici in 3 part. Divi Thomæ.* — O. y O.

PABLO DE CORLEON. Este Beato y muy insigne religioso hizo en vida y despues de su muerte muchos milagros. Su santo cuerpo está en la ciudad de Corleon, de la provincia de Sicilia, y no solamente á sus reliquias tienen gran devocion en aquella tierra, sino á su sepulcro la tienen grandísima.— O. y O.

PABLO DE LA CRUZ, fundador de la órden de Hermanos descalzos de la Cruz y Pasion de nuestro Señor Jesucristo, nació el 3 de Enero de 1694 en

Ovada, pequeña ciudad del estado de Génova, enclavada en el Montferrato. Llevaba ántes de entrar en la religion el nombre de Pablo Francisco Danci. Sintiéndose llamado por superior vocacion, formó el designio de establecer una congregacion de religiosos, y se retiró en 1720 á una ermita con uno de sus hermanos. El mismo papa Benedicto XIII les dió el hábito, y Benedicto XIV aprobó su instituto en 1741 y en 1746. Clemente XIII y Clemente XIV protegieron tambien á esta Congregacion, que tomó el nombre de *Clérigos descalzos de la Cruz y Pasion de nuestro Señor Jesucristo*. Pablo estableció un noviciado y formó doce casas de su Orden en diferentes lugares de Italia, sin contar una casa de religiosas en Corneto. El hábito de los religiosos es negro, en memoria de la pasion. El piadoso fundador murió en 18 de Octubre de 1775, teniendo la satisfaccion de ver confirmado su instituto poco ántes de su muerte por una bula de Pio VI, que comienza con estas palabras; *Præclara virtutum*. El P. V. M. de S. Paul ha publicado en Roma su vida en 1786 en un volúmen en 4.°, en la que se hallan muchos detalles sobre las virtudes de Pablo de la Cruz. Le formaron el proceso para su beatificacion, y el 18 de Febrero de 1821 declaró Pio VII que habia practicado las virtudes en grado heróico, manifestándose en el decreto que el Papa conoció personalmente á Pablo de la Cruz y fué testigo de su vida edificante. — S. B.

PABLO DE LA CRUZ (Fr.), carmelita. Imprimió la obra intitulada: *Recopilacion de la historia de nuestra Sra. del Cármen*. — O. y O.

PABLO DE EMESO. Fué uno de los obispos que en union de Acacio de Berea y Juan de Antioquía, observaron una conducta dudosa y desigual en los asuntos de la Iglesia, cuando tuvo orígen la herejía de Nestorio. No pudiendo Acacio de Berea trasladarse al concilio de Efeso, año 431, á causa de su avanzada edad, encargó á Pablo le representase en aquella asamblea. De aquí se conjeturó que pudo muy bien ser portador de la carta que este prelado escribió al concilio, en la cual exhortaba á todos á la union y concordia; pero declarándose en contra de los anatemas de S. Cirilo. A fines de Junio llegó Pablo á Efeso acompañado de Juan de Antioquía y los demás obispos de Oriente, siendo uno de los ocho diputados enviados al Emperador. Parece que se encontró en Berea en 432, cuando enviado Máximo por Aristolao, llevó la carta de S. Cirilo. Como pareció que la aprobaba, y por otra parte tenia gran celo por la paz, un conocimiento profundo de los asuntos de la Iglesia y mucho tacto para manejarlos, acompañado de gran religion y piedad, Acacio y Juan de Antioquía le comisionaron cerca de San Cirilo para todo género de discusion con él de viva voz. Fué muy bien recibido por el santo Patriarca, que se mostró satisfecho en gran manera de semejante eleccion para mediar en la paz. Pablo le presentó la profesion de

fe que llevaba, asegurándole que habia sido hecha en comun por los obispos de Oriente y aunque no se pronunció en contra de Nestorio con tanta acritud como S. Cirilo deseára, recibióla no obstante como la expresion de su propia fe, adquiriendo por ella la conviccion de que no hubo motivo alguno legítimo para separarse unos de otros. Aprobóla, pues, y dió á su vez una profesion de fe escrita, que Pablo halló conforme á lo que siempre habia creido y enseñado la Iglesia de Oriente. Reunió una declaracion de sus anatemas; y luego que Pablo hubo condenado á Nestorio y su doctrina, declarando por un acta auténtica que consentia en su deposicion y en la ordenacion de Maximiano, y que anatematizaba todo cuanto este heresiarca habia enseñado en contra de la verdad, S. Cirilo le otorgó su comunion y le permitió hablar en la iglesia. El primer discurso que pronunció en la iglesia de Alejandría tuvo lugar, segun parece, el dia 18 de Diciembre; en el cual se expresó brevemente acerca de la paz que acababa de conseguir al pueblo, diciendo que aún estaba conseguida en parte, pues que solo habia podido recabarla en su propio nombre y no en el de los demás obispos de Oriente. Mas llegó el dia en que habia de pronunciar su segundo discurso, á que asistió S. Cirilo; y despues de explicar el misterio del dia, invocando diferentes veces á María Santísima con la denominacion de *Madre de Dios*, declaró merecedor de los anatemas de la Iglesia á quien quiera que le negase este título reconocido por ella. Al escuchar tales razones gritó el pueblo: «Esa, esa es la fe verdadera; ese es el don de Dios... eso es lo que deseabamos oir. ¡Anatema sobre el que no diga lo mismo!» Pablo continuó diciendo: «El que no diga y piense de este modo merece los anate»mas de la Iglesia y ser arrojado de su gremio. María, madre de Dios, llevó »en su seno y dió á luz el Dios hecho hombre.» Prosiguiendo despues en la explicacion del misterio, nuevamente fué interrumpido por el pueblo que le aclamó verdadero obispo ortodoxo. —El dia 1.° de Enero todavía predicó en la iglesia de Alejandría, explicando con acierto el misterio de la Encarnacion contra los errores de Nestorio y de Apolinario y dos veces fué tambien interrumpido por las aclamaciones del pueblo: despues de haber hecho el elogio de S. Cirilo, rogóle que hablase á su vez. Tuvo lugar entre ambos una cosa bastante notable, con motivo de la carta de S. Atanasio á Epicteto. Conversando en materias de fe, preguntó Pablo á S. Cirilo si aceptaba lo que S. Atanasio habia escrito en aquella carta. —«¿La habeis leido sin alteraros? le contestó S. Cirilo. Porque los enemigos de la verdad han cambiado en esto mucho; en cuanto á mí estoy perfectamente de acuerdo en todo y por todo con el autor.—Tengo la carta, repuso Pablo; mas quisiera cerciorarme de si es ó no falsa, confrontándola con los ejemplares que teneis.» Tomó, pues, los ejemplares antiguos para hacer el cotejo, y hallando

corrompidos los suyos, rogó á S. Cirilo le diese una copia de los que poseia el santo patriarca, y los envió á Juan de Antioquía. S. Cirilo le remitió tambien el acta que levantaron para la condenacion de Nestorio, acompañada de cartas de comunion, por si consintiese firmarla. Parece que Pablo fué uno de los diputados con objeto de obtener de aquel obispo las últimas seguridades de la paz. Leida por Juan el acta, creyó que debia cambiarse ó corregirse algo en ella, sin alterar por supuesto el sentido, y solo con intencion de suavizar un poco las formas, á fin de hallar más dispuestos á suscribirla á todos los obispos de Oriente. Hechas las variantes firmó Juan con los demás el acta, anatematizando todas las impiedades de Nestorio: así pues recibió Juan la comunion de S. Cirilo, y quedó restablecida la paz en la Iglesia. Despues escribió al obispo de Alejandría su profesion de fe, y le rogó en una segunda carta se sirviese estimar las correcciones que introdujo en el acta, sin llevar á mal el que sus enviados lo consintiesen. Pablo fué encargado de la primera de estas cartas, rogándole los Orientales que obtuviese de S. Cirilo el insertar la confesion de fe que tenia hecha en la carta que les escribia, á fin de que en lo sucesivo no pudiera ocurrir dificultad alguna sobre este punto. Recibióle S. Cirilo con suma alegría, y le entregó una carta para Juan, en la cual insertó al pie de la letra la profesion de fe de los Orientales, y declaró que la encontraba pura y en un todo conforme á su pensamiento. De vuelta Pablo en Antioquía, presentó á Juan la carta de S. Cirilo ante todos los obispos reunidos, y unánimemente confirmaron la comunion y la paz con él y con el concilio de Egipto.—C. de la V.

PABLO Espinosa (D.), presbítero sevillano. Se interesó mucho en el honor de su patria, y en corroboracion de esta verdad manifiesta Ortiz de Zúñiga que dió á luz las obras siguientes: *Vida del venerable sacerdote Fernando de Contreras, natural de Sevilla*; impresa en dicha ciudad en 1634. *Historia, antigüedades y grandezas de la santa iglesia de Sevilla. Epítome de la vida y excelentes virtudes del esclarecido y santo rey D. Fernando*, sacado del Cronicon, que dicho santo príncipe preparaba para imprimir. *Discurso en que se prueba cuánto ha sido Dios servido siempre de ampliar los reinos y monarquías por medio de los eclesiásticos y sus oraciones.* Intentó escribir la *Historia del Real monasterio de San Clemente*, pero le sobrevino la muerte, impidiéndole llevar á cabo su propósito. —O. y O.

PABLO del Espíritu Santo. Nació hácia el año 1546 en la ciudad de Corneto, y fué tenido por persona de mucha virtud é integridad durante el tiempo que permaneció en el siglo, que fué la mayor parte de su vida, sabiéndose muy poco acerca de esta hasta la época de su ingreso en la religion. Dícese que era mayoral de los señores de Viparescos, apellido nobili-

simo entre los romanos y que les servia con el mayor esmero, corriendo por cuenta suya el cuidado de las tierras y campos de sus señores, á cuyo cargo se daba entónces el nombre de haceduría y el que lo desempeñaba se llamaba hacedor ó mayoral. La *Crónica Augustiniana* dice que á los cincuenta años de edad tuvo grandes deseos de servir á Dios mortificando su cuerpo con ásperas penitencias, y que entónces se propuso entrar en alguna Orden religiosa, lo que consultó con un hijo que tenia en Roma llamado Pedro. De todo esto se deduce que Fr. Pablo habia vivido mucho tiempo tranquilo entre su familia, y que el convencimiento y madurez de los años le llevaron al claustro más bien que no los arrebatos de la juventud. Su primer propósito fué entrar en la religion de los Capuchinos por parecerle esta la más áspera y penitente; pero su hijo, á quien no dejaba de consultar sus determinaciones, le aconsejó esperase un poco tiempo hasta ver una procesion solemne en Roma que iba á tener pronto lugar, y á la que asistirian todos los religiosos de las distintas órdenes que habia con el fin de elegir con más tiempo la que más fuese de su agrado. Hízolo asi el padre y habiéndole chocado por su modestia, compostura y pobreza los religiosos Agustinos descalzos, determinó entrarse en su Congregacion, como lo verificó efectivamente tomando el hábito en el convento de San Pablo de Regla, donde vivió con gran perfeccion sirviendo de ejemplo á los demás. No quiso tomar el hábito de lego sino el de donado, pareciéndole que serviria más á Dios cuanto más humilde fuese la condicion de su estado, y aunque los padres ordenaron en dos capítulos que se le diese el hábito de lego, él siguió firme en su propósito renunciándole las dos veces. Mas no por eso le estimaban ménos sus hermanos en Dios como testigos de su santa vida, dándole muestras singulares de su aprecio y confianza en diferentes ocasiones. Acompañó á cuatro novicios de su convento hasta Roma por órden de sus superiores, quienes tenian puesta en él toda su confianza, como hemos dicho ya, y tanto les edificó en el camino con su ejemplo, que toda su vida se le mostraron sumamente cariñosos, aprovechando tan bien sus lecciones que se hicieron notables por su virtud. En Roma le encargaban sustituyese al maestro de los novicios en las ausencias de aquel, y no perdonaban medio de honrarle por más que así mortificasen mucho su humildad. Fué siempre muy celoso en guardar los estatutos de su regla, y á pesar de su avanzada edad, hacia muchas penitencias secretas, acarreándole este exceso sin duda alguna las grandes enfermedades que empezó á padecer, soportándolas no ya con resignacion sino con alegría, pues las consideraba como preciosos dones de la mano de Dios. En la última de todas ellas pidió un santo Cristo, y hablándole con extraordinario afecto y ternura, le entregó su espíritu el dia 4 de Agosto de 1626. —G. P.

PABLO DE ECIJA, hijo de la provincia de Andalucía, perteneció á la Seráfica Religion Capuchina, haciéndose notable por su saber, como lo prueban los cargos que desempeñó en diferentes puntos y ocasiones. Fué entre otras cosas teólogo consultor de la Nunciatura de España, calificador de la Santa Inquisicion, y revisor de todas las librerías del reino de Granada. Hace mencion de este eclesiástico la *Biblioteca de Venecia*. —G. P.

PABLO FERRER (Pedro). Son escasas las noticias que tenemos acerca de su vida, y ningunas acerca de sus padres y lugar de su nacimiento; pero como no por eso deja de ser importante por sus estudios y virtudes, haremos de él ligera mencion. Se sabe que en su juventud fué discípulo del venerable Juan de Avila, que no admitió en su escuela persona que no fuese de probadísima virtud; y casi basta saber que fué discípulo suyo, para entender que fué de vida ejemplar y excelentes costumbres. Veintiseis años gastó en el siglo en el estudio de las ciencias, en que salió aventajadísimo, y al cabo de ellos entró en la Compañía de Jesús, donde permaneció hasta los noventa, enseñando ciencias y virtudes con la palabra y el ejemplo. Fué sumamente puntual en la observancia de la regla, conservando siempre la vida de novicio; y tan humilde, que nunca se le conoció más voluntad que la de sus superiores. Era tan sencillo que á los noventa años parecia niño todavía en la facilidad con que se dejaba engañar, pues como nunca dijo mentira, no la creia posible tampoco en los demás. De su amor á la penitencia se dice que le tenia curtida la piel, y tan flaco y macilento que se le podian contar los huesos. Finalmente, terminó su carrera llena de merecimientos en la casa profesa de Lisboa á 2 de Julio de 1618, siendo, como dijimos, á los noventa años de edad, y á los sesenta y cuatro de su permanencia en la Compañía. Dejó escritas muchas obras eruditas; pero no habiéndose dado ninguna á luz, solo tenemos noticia de ellas por lo que otros autores nos dicen en las suyas. Copiaremos lo que dice de él el P. Baltasar Tellez, para completar lo que nosotros hemos dicho, y es lo siguiente: «Fué el P. Dr. Pedro Pablo Ferrer tan eminente en virtud y cien»cia, que con su compañero el P. Fernando Perez, bastaban los dos solos »para hacer célebre la universidad de Evora; hombre muy noticioso, doc»tor muy conocido por su mucha religion, admirable doctrina y espantosa »erudicion en todas letras, así divinas como humanas, y tambien por la »grande noticia y uso casi igual de las tres lenguas, latina, griega y he»brea (rarísimas en España en aquel tiempo). Era de memoria tan fecunda, »tan pronta y tan presente en todo lo que tocaba á Escritura Sagrada y eru»dicion de crónicas antiguas, conocimientos de historias, cosmografías de »tierras, cómputo de siglos, anales de autores, noticias cronológicas y su»cesos de tiempos, que dignísimamente le llamaban biblioteca viva. Leyó

»muchos años la cátedra de Escritura con la opinion que se puede entender »de tan esclarecido maestro, á cuya fama se despoblaban los estudios del »reino, y venian á beber del agua de la sabiduría de su fuente como ciervos »sedientos. Sucedió al P. Jorge Serrano en el oficio de cancelario de aquella »universidad, y fué el segundo que dió en ella los grados de doctor y de »maestro.»—G. P.

PABLO Fidel de Burgos (Fr.), religioso capuchino, hijo de la provincia de Castilla, perteneció á la Academia de la Historia, y fué teólogo consultor del Cardenal Infante arzobispo de Toledo.—S. B.

PABLO Garcia Abella (Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D.), senador del Reino, caballero gran cruz de las órdenes de Cárlos III y de Isabel la Católica, del Consejo de S. M. y arzobispo de Valencia, capellan de honor de la Real maestranza de caballería de esta ciudad. Nacio en la villa y corte de Madrid el 5 de Marzo de 1776, y fué bautizado en la parroquia de S. Luis. Estudió en los Reales estudios de S. Isidro humanidades, y la filosofía y teología en la academia de Sto. Tomás de esta Corte, asistiendo al mismo tiempo al de la Concepcion, establecido en el Oratorio de S. Felipe, graduándose de doctor en la última facultad en el convento universidad de Dominicos de Almagro hácia fines del siglo. A principios de Marzo de 1803 entró en la Congregacion de S. Felipe Neri, en la que continuaba cuando sobrevino la guerra de la Independencia, y fué trasladado á Francia con los demás padres y otras varias personas notables de esta capital, siendo conducido á Montauban y despues á Tolosa. En 16 de Mayo de 1827 fué propuesto para obispo auxiliar de Madrid por el señor Arzobispo de Toledo, y elegido por el gobierno, fué preconizado en Roma en 17 de Setiembre con el título de obispo de Tiberiópolis *in partibus*, y consagrado en la ya mencionada iglesia de S. Felipe el 9 de Diciembre del mismo año. En 15 de Abril de 1832 fué preconizado para la santa silla de Calahorra y la Calzada, y encausado y preso tres años despues como otros muchos señores prelados por haber representado al gobierno de entónces á favor de los derechos de la Iglesia, confinado á Segovia y desterrado despues á Mallorca. Cuando se hubieron calmado las pasiones y gozaba de más tranquilidad la Iglesia española, logró regresar á Madrid en Marzo de 1844, y luego despues á su obispado, donde fué recibido con gran júbilo por sus diocesanos. En Setiembre de 1847 fué nombrado por S. M. para la santa iglesia metropolitana de Valencia, y preconizado en el consistorio secreto celebrado en el palacio Quirinal el 17 de Enero de 1848. Ya hacia tres años ocupaba su asiento de senador vitalicio del Reino, para el cual habia sido nombrado por S. M. la Reina en 15 de Octubre de 1845. Habiendo tomado posesion del arzobispado y recibido el palio de mano del Ilmo. Sr. Nuncio de Su Santidad Monseñor Brunelli en su oratorio y

casa de la Nunciatura de Madrid el dia 31 de Mayo de 1848, con motivo de ser uno de los individuos nombrados para el arreglo del clero, hubo de permanecer en Madrid hasta que por sus repetidas instancias y falta de salud le concedió la Reina licencia para marchar á su arzobispado, habiendo salido de la Corte el dia 18 de Agosto y llegado á Valencia el 21. El regocijo de los valencianos en su entrada solemne al siguiente dia fué tal, que no se habia visto funcion más concurrida y magnífica, ni pudo ser en todo el país más decorosa ni digna del objeto á que se dedicaba. La actividad y celo de este prelado, digno sucesor de Sto. Tomás de Villanueva, le hicieron acreedor á estas muestras de aprecio y cariño. A pesar de sus muchos años confirmó por sí mismo en las parroquias de la ciudad más de treinta y tres mil almas, asistiendo con frecuencia á los divinos oficios de la catedral; y por último, confiriendo órdenes en distintas ocasiones. Así vivia tranquilamente hasta que falleció en el mismo Valencia, siendo la enfermedad que hacia tiempo padecia consecuencia de los achaques inherentes á su avanzada edad, y que es la que le llevó al sepulcro. Murió á los ochenta y cuatro años de edad, siendo á la sazon el arzobispo más antiguo de España, y tal vez de los prelados, si se exceptuaba el señor obispo de Pamplona. Trece años rigió la metropolitana de Valencia con admirable prudencia y gran crédito de virtud, bajando al sepulcro despues de treinta y tres años de laborioso y ejemplar apostolado. Entre otros legados consignados en el testamento de este piadoso prelado, apareció el de los tres coches y dos mulas de su servicio á favor de los pobres de la casa hospicio de nuestra Señora de la Misericordia de Valencia. La Junta directiva de este asilo, teniendo presente no solo este acto de caridad, sino al propio tiempo la buena limosna con que por espacio de doce años estuvo socorriendo á los desvalidos que abrigaba aquel benéfico establecimiento, se reunió con el fin de acordar una demostracion digna de tales mercedes, y que sirviera en algo para perpetuar la memoria de tan distinguido bienhechor, resolviendo que se celebrase un solemne aniversario en la iglesia del establecimiento en sufragio de su alma, y que se sacase una copia del retrato de S. E., existente en el palacio arzobispal, con el objeto de colocarle en el salon de juntas para que figurase entre los demás bienhechores, conservando de este modo la buena memoria de su virtuoso prelado.—O. y O.

PABLO DE GENES, monje del Monte Casino, vivia en los siglos XI y XII, en los reinados de los emperadores Enrique III y Enrique IV. Se dice que era ciego de nacimiento, lo que no le impidió componer y publicar *Comentarios sobre los Salmos, sobre Jeremías, los Evangelios, las epístolas de S. Pablo y el Apocalipsis*; tambien dió á luz un *Tratado de las controversias de los griegos y los latinos*, y algunas *Vidas de Santos*. —S. B.

PABLO Joro (Hermano), jesuita japonés, natural de Ozaca, y uno de los primeros que recibieron en aquél reino la fe de Jesucristo, la que acreditó mucho con su persona y conversion, y fué causa de que la recibiesen otros muchos, porque era muy estimado por su talento, ingenio, prudencia, valor y letras; por lo que era muy estimado de los bonzos ó sacerdotes del Japon, á los que reconvenia despues que se hizo cristiano con fuertes razones y argumentos, los que no pudiendo objetar, hicieron que le mirasen con odio y aversion los que tanto amor le tenian ántes, persiguiéndole cruelmente, todo lo cual sufrió con decision y constancia por amor á Dios. De este modo pasó la mayor parte de su vida hasta llegar á la edad de sesenta años, educando á sus hijos en buenas costumbres para que siguiesen la religion del Crucificado, y deseando mayor reposo para prepararse á morir, pidió á los religiosos de la Compañía le admitiesen en su seno, lo que hicieron desde luego, pero admitiéndole solo por digno de vivir en la casa sin darle la sotana. Dedicado á la enseñanza de los que se iban convirtiendo, consagró quince años á este ministerio desde 1567 en que fué recibido, hasta el de 1582, distinguiéndose siempre por su ejemplo y doctrina; porque vivia como un santo en el colegio, empleando muchas horas del dia en la oracion mental y vocal, sin que pudiera distraerle ninguna molestia humana. Su humildad, modestia, caridad y mansedumbre eran en un todo semejantes á su devocion. Asistia constantemente al culto divino, y obedecia en un todo á los superiores. Los quince años que continuó en este ministerio fueron muy fecundos para la conversion de los japoneses, porque como era tan versado en su lengua y sectas, ayudó mucho á los predicadores con las noticias que les dió. Compuso algunos tratados muy útiles para aprender el idioma y los errores de los gentiles; convirtió á muchos, enseñó á otros, convenció á los bonzos, consoló á los cristianos, predicó y enseñó la ley de Dios con el valor de un apóstol, y en premio de sus gloriosos trabajos fué recibido en la Compañía á la edad de setenta y cinco años, con no poco gozo de su alma, y dando nuevos ejemplos de humildad y mortificacion. Cumplidos los dos años de su noviciado hizo los votos, y no obstante su edad, en atencion á sus ardorosos deseos, le enviaron á Meaco para dedicarse á hacer conversiones. Continuó aún por espacio de trece años en esta mision con admirable fruto y no menor edificacion, pasando inmensos trabajos; y los que le proporcionaba su avanzada edad aumentaron más sus méritos para con Dios, quien le llamó á sí cuando contaba ya noventa años. Recibió los santos sacramentos con admirable devocion, y haciendo tiernos coloquios con la imágen de un santo crucifijo, le entregó su espíritu para vivir eternamente en el cielo, en 1596. — S. B.

PABLO DE JESÚS (Fr.), predicador. Hijo de profesion de la muy santa

provincia de S. José, del Orden Seráfico, religioso de gran talento, celo y prendas singulares que fueron á todos muy patentes en los varios empleos que en la isla tuvo, electo segundo custodio de la provincia de S. Felipe, siéndolo ya de la de S. Gregorio, en Manila, la cual le debió un vigilante cuidado. Era bien conocida la fama de sus virtudes, que causaba grande impresion á sus súbditos. Hacíale docto la experiencia alcanzada con un profundo estudio y conocimiento de las administraciones y espirituales ministerios á favor de los naturales, y con su ejemplo los siervos se esmeraban en ser útiles y que sus trabajos aprovechasen. Durante el gobierno de su trienio aumentó considerablemente la cristiandad en las islas, á pesar de ser pocos los religiosos para la correspondencia de las almas, conquistadas á millares por los constantes trabajos de los PP. de S. Francisco. —O. y O.

PABLO DE JOVIA (Bto.), religioso franciscano, notable por la probidad é integridad de su vida, fué maestro de sagrada teología, y por su diligencia se devolvió á los hermanos Observantes en 1454 el convento de S. Francisco de Luca, que se hallaba en poder de los conventuales. Falleció y fué sepultado en este monasterio, donde se obraron por su intercesion diferentes milagros, y sus restos fueron trasladados á un altar á expensas de un devoto, que así se lo habia ofrecido si le libraba de una maligna enfermedad. La Religion Seráfica celebra su memoria en 3 de Junio. — S. B.

PABLO DE LATRO (S.), ermitaño. En el siglo IX de nuestra era se hace mencion de un santo de este nombre, del que no hemos hallado más noticias que las que siendo rico y jóven, abandonó su pingüe patrimonio por la austeridad de la vida eremítica y contemplativa, deseoso de encontrar mejor por este medio que por otro alguno el camino más corto para la bienaventuranza, la que sin duda alcanzaria en 916, en que se supone murió lleno de santidad, el 20 de Diciembre, en que le recuerda la Iglesia Católica todos los años. — C.

PABLO DE LECE (Fr.), sacerdote, y religioso de los Menores Capuchinos, sujeto de admirable virtud y perfeccion, gobernó algunos años la provincia de Otranto. Profetizó la salud de un niño que luchaba ya con la muerte, y el fallecimiento de otro que ni áun sospechas infundia de enfermedad. Tambien pronosticó su último dia, y murió en él santamente. — C. de la V.

PABLO DE LEVATO (B.), religioso franciscano, cuya conmemoracion celebra su Orden el 2 de Junio, en atencion á haberse distinguido durante su vida por su devocion y caridad. Predicó con notable fruto y provecho, y á su muerte mereció el título de santo por los esclarecidos milagros que obró Dios por medio de su cuerpo. Murió en el convento de la Santísima Trinidad de la ciudad de S. Severino hácia 1495. — S. B.

PABLO Lupo (Ws.), presbítero y propósito de Dyblou, en el Piamonte, y N., cura de Petruxio, en dicho territorio, sacrificados ambos inhumanamente por el furor de los calvinistas año de 1598, no contentos con haber desolado los templos, quemado los altares y profanado las santas imágenes.—O. y O.

PABLO de Mántua, en latin, y de Madrid en castellano (B.), religioso de la órden de S. Francisco, que desde el dia en que tomó el hábito se distinguió en gran manera por sus grandes virtudes, manifestando en breve su verdadera y segura vocacion por los ejercicios de oracion y penitencia, olvido del mundo y cestial amor. Sus superiores probaron su virtud con el intervalo de varios tiempos y diversos géneros de obediencia, y le hallaron en todos fiel, constante y verdadero siervo de Cristo. Era de claro ingenio y bastante versado en las letras. Conseguia grande fruto de los penitentes en la confesion por su ardorosa caridad y celo. Trataba con mucha compasion á los afligidos, los pobres y los desgraciados. Celebraba los sagrados misterios en el altar con singular piedad y devocion. Vestia un hábito pobre, se alegraba en ejercer los oficios más viles, teniendo en todas partes por compañera la presencia de Dios. Nombrado guardian gobernó su convento con un excelente régimen, obrando en todo con sagacidad y prudencia. Fué afable, modesto, caritativo y pacífico. Era todo para todos, y no se conocia que era superior, sino cuando tenia el primer lugar en la comunidad; amigo del silencio, huia constantemente de la ociosidad. Murió hacia el año de 1590, y fué sepultado en el convento de S. Bernardino de Madrid. La Orden Seráfica celebra desde entónces su memoria en 3 de Diciembre.—S. B.

PABLO de la Marcha (Fr.), á quien otros llaman Spoletino, fué varon apostólico, á cuyo celo y eficacia en la predicacion correspondió con la cosecha de frutos en la conversion de muchos pecadores. Fué maestro de insignes religiosos en virtud y santidad; uno de ellos el maestro Bentivollo y otros que murieron con grande opinion de perfectos por sus milagros. Tambien los obró el Señor por intercesion del bendito Pablo, despues que pasó de esta vida mortal á la eterna; pues muchos enfermos quedaron sanos visitando su sepulcro, y hoy se continuan sus maravillas como es contínua la fe de los que veneran sus cenizas.—O. y O.

PABLO de Middelbourg. Fué este prelado natural de la ciudad de este nombre en Zelandia. Estudió en Lovaina y adquirió tan grandes conocimientos en la medicina y en las matemáticas, que fué tenido por el principal matemático de su siglo. Su deseo de viajar le llevó á Italia en donde fué médico del duque de Urbino, y captándose el favor de este señor y del emperador Maximiliano, le valió ser nombrado obispo de Fossombrone en la

Umbría, y en esta cualidad asistió al concilio de Letran en los pontificados de Julio II y de Leon X. Murió en Roma el 14 de Diciembre de 1534. Segun Belarmino en sus *Escritores Eclesiásticos;* Vosio al tratar de las *Matemáticas;* Valerio Andres, en su *Biblioteca Belga*, y otros autores que hacen mencion de este prelado, se conocen de su pluma varios libros; pero solo citan el titulado *Paulina de recta Paschæ celebratione, et de die Passionis D. N. Jesu-Christi*, impreso en Fossombrone en 1513.—C.

PABLO Miguel, natural de Barcelona, hijo del convento de S. Agustin de la misma ciudad, varon doctísimo y de gran gobierno. Cuatro veces desempeñó el cargo de prior de dicha santa casa; muchas el de definidor, y fué provincial, vicario general de Cerdeña y confesor del Sr. Conde de la Quirra. Murió en la ciudad de Caller en este reino, siendo vicario general de la isla, el dia 24 de Noviembre de 1575.—O. y O.

PABLO Oliva. Entre los muchos insignes hijos del convento de San Agustin de Valencia se cuenta á este religioso que floreció en la centuria del año 1300. Fué natural de aquella ciudad, hijo de padres ilustres y piadosos que le educaron en las santas costumbres y en el estudio de las buenas letras, en que aprovechó sobre manera lo mismo que despues en las sagradas. Menospreciando el mundo y sus pompas entró en la religion, tomando el hábito de S. Agustin con gozo singular de su alma. Prosiguió los estudios de filosofía y de teología en la universidad de su patria, y los perfeccionó cursando al propio tiempo cánones en la de Lérida, donde hizo tales progresos que fué reconocido como famoso teólogo y canonista. Graduado de doctor, alcanzó una cátedra de teología, que regentó muchos años demostrando su gran saber y virtud. Dióle su religion el grado de maestro, y le ocupó en el gobierno de los primeros puestos en la provincia de Aragon, cuales fueron prior del Real convento de S. Agustin de Valencia, definidor de la provincia, y provincial; en todos los que acreditó suma prudencia, doctrina, y tanto acierto que supo granjearse los aplausos del insigne prelado. El rey D. Juan I de Aragon, movido de su virtud y sabiduría, le eligió su consejero por los años de 1386, y tres despues, á peticion del mismo, le honró el Pontífice con el obispado de Tarazona. A poco tiempo de haber tomado posesion, le arrebató la muerte el año de 1390 con gran sentimiento de cuantos le conocian. El cronista P. Jordan, lo mismo que el maestro Herrera en su *Alfabeto Augustiniano*, hacen honorífica mencion del obispo Oliva como persona que dió mucho lustre á la Iglesia.—O. y O.

PABLO de Palaciolo (B.), confesor. Fué natural de Sicilia, y habiendo entrado en la Religion Seráfica, comenzó desde luego á meditar en su reforma, pidiéndoselo en sus oraciones contínuamente á Dios. No pudo conse-

guirlo en un principio, pero como viniese á su convento el B. Buenaventura de Agrigento, que aunque lego se distinguia por su prudencia, virtud, celo y santas costumbres, le comunicó su proyecto y comenzaron desde luego á tratar del modo de introducir la reforma. No tardaron en unírsele otros Padres que tenian los mismos pensamientos, y así en el primer capítulo pidieron al ministro provincial dos conventos para devolver en union con sus compañeros la regla á su primitiva pureza. Con este objeto les fueron designados en 1568 el convento de Sta. María de Jesús, y al año siguiente el de S. Nicolás de Agrigento, donde comenzó bajo tan buenos auspicios la reforma, que diez años despues fué erigido este convento en custodio de la provincia, muriendo en él por entónces el B. Pablo de Palaciolo, cuya memoria celebra desde aquella época su Orden en 21 de Octubre. —S. B.

PABLO DE PERUSA DE PERUSIO, religioso carmelita del siglo XIV á quien algunos autores tienen por francés, porque pasó la mayor parte de su vida en Francia, donde enseñó en la universidad de París. Otros creen que Pablo de Perusa desempeñó el cargo de bibliotecario de Roberto *el Bueno*, rey de Nápoles. Fué doctor de París, y escribió diferentes obras, en particular un *Tratado del Maestro de las sentencias*. Se supone su muerte en 1744. —S. B.

PABLO DE PRADO (B.), religioso franciscano de la provincia de Toscana, donde vivia hácia 1245, distinguiéndose por su vida austera y penitente: fué grande observador de la regla de su instituto y muy amante de la pobreza. Su Orden le conmemora en 15 de Marzo. —S. B.

PABLO DE RANDAZO (B.), franciscano. Este religioso conocido tambien con el nombre de Triocliensi, era natural de Italia y pertenecia á la Seráfica Orden en la que se hallaba en la clase de los legos. Su virtud, su justificada vida y su inocencia de costumbres, unidas á la austeridad y á la continua práctica de la oracion y de la penitencia, le hicieron alcanzar grandes favores de la Divinidad; quien le concedió, entre otros santos dones, la facultad de hacer milagros. Falleció en el convento de Sta. María de Jesús, llamado Triocliensi, el cual se hallaba situado en la provincia de Sicilia: su cuerpo, que por espacio de muchos años se conservó incorrupto depositado en un honorífico lugar, era sumamente venerado por los prodigios que por su intercesion se obraban. El Martirologio Franciscano le cuenta en el número de los santos de la Orden, y reza de él el dia 7 de Agosto en que ocurrió su fallecimiento. — M. B.

PABLO DE ROIO (B.), confesor, religioso franciscano, de que hace conmemoracion su Orden en 24 de Diciembre. Murió y fué sepultado en el convento de S. Honorio de la provincia del Sto. Angel. —S. B.

PABLO DE LAS ROELAS (D.). Fué insigne pintor y discípulo del Ticiano. Estuvo en Madrid, en donde dejó muchas obras de su mano. Obtuvo un ca-

nonicato en Olivares, aunque Palomino en sus *Vidas de pintores* le da el título de doctor. Hé aquí el artículo que le dedica Arana en su obra *Hijos ilustres*, y que transcribimos no habiendo encontrado otras noticias. «Dióse, »dice, al estudio de aquellas partes de las matemáticas que conducen á la »pintura, y adquirió profundos conocimientos. Bien se conocen estos en las »bellas pinturas que de este autor se conservan en Sevilla. En el altar mayor »de la parroquial de S. Isidoro está un gran cuadro, y en él pintado el trán- »sito de dicho Santo doctor, obra justamente aplaudida de nacionales y ex- »tranjeros. En la catedral, en la capilla de Santiago, es de la mano de Roe- »las la pintura del glorioso Apóstol, con moros y trofeos militares á los pies »del caballo, y tambien lo es el de Ntra. Sra. de las Angustias de la misma »iglesia. El martirio de S. Andrés, que está pintado en el altar de la capilla »de los Flamencos del colegio de Sto. Tomás, es índice de la habilidad de »este pintor. En la casa grande de la Merced es suyo el cuadro que llaman »de las Cabezas, y algunos otros. En el altar mayor de la casa profesa de los »extinguidos regulares, y ahora universidad, son suyas la pintura de en me- »dio y las dos laterales. En la parroquia de S. Pedro Advíncula, la de »S. Pedro en la cárcel. Otras muchas hay así en Sevilla como en Córdoba y »en Olivares, que sería largo enumerar. La piedad formó el carácter de Roe- »las, y esta virtud le hizo dar muchas limosnas y no desdeñarse de hacer »pinturas gratuitamente cuando algun pobre se las pedia. Murió con fama »de eclesiástico virtuoso en Sevilla, por los años de 1620, teniendo más de »setenta de edad.» —O. y O.

PABLO DE ROMA, religioso de la órden de S. Agustin é italiano de nacion. Florecía á últimos del siglo XV, en 1474. Escribió: *De usu clavium etc.* —S. B.

PABLO ROSADO (P. Fr.), de la órden de S. Francisco de Paula, natural de Ecija é hijo de hábito del convento de la misma en dicha ciudad. Cuando se fundó el de Estepa para la recoleccion, fué designado para el cargo de corrector; pero le renunció con singular humildad, pareciéndole que no podria llenar cumplidamente sus obligaciones. Fué varon de singular caridad, favorecedor de todos los pobres y necesitados, siendo un vivo retrato en todas sus obras de S. Francisco de Paula. Murió en el convento de Estepa, en el cual se le hizo un grande entierro, siendo su muerte llorada por cuantos conocian los méritos que contrajo en su gloriosa vida.—O. y O.

PABLO DE SALICE (B.), religioso franciscano. Era sacerdote y abad de Clérigos Regulares cuando tomó el hábito en el convento de nuestra Señora de la Concepcion, de la provincia de San José, donde se distinguió por su humildad y mortificaciones, dedicándose á los oficios más viles de la casa, aunque era doctor en teología y muy instruido en la literatura griega y he-

brea. Vacaba continuamente en la oracion, la cual era su tarea constante en el oratorio, aunque en todo lugar levantaba constantemente sus puras manos al cielo, á quien suplicaba humildemente con corazon, boca y espíritu. Asistia siempre á los oficios divinos en el coro, y despues permanecia por largo rato con otros en oracion. Siempre estaba en oracion ante el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, acaeciéndole con frecuencia prorumpir en gemidos, suspiros y lágrimas. Nombrado lector de teología, no abandonó por esto sus oficios de caridad y humildad, siendo siempre el primero en estos ejercicios. Fué muy observante del silencio y de la paz, huyendo de la ociosidad y la charlatanería. Amó mucho la prudencia, la pobreza, la pureza, la vigilancia y la piedad. Adornado de estas y otras muchas virtudes, murió en el convento del santo nombre de Jesús de Cebreros en 1600. La Orden Seráfica recuerda sus gloriosos hechos en 30 de Diciembre.—S. B.

PABLO DE SAMOSATA, obispo de Alejandría, era natural de aquella ciudad, junto al Eúfrates, y sucedió á Demetriano hácia 262. Conocésele más bien por el nombre de su patria que por el de la silla, que deshonró con sus desarregladas costumbres y falsas doctrinas. «Imitaba, dice M. de Tille»mont, el fausto de los grandes del mundo más bien que la sencillez propia »de un obispo. Faltaba abiertamente á las leyes del pudor y de la justicia, y »enseñaba una doctrina muy parecida á la que habia publicado Sabelio en »255.» La reina Zenobia, en cuya corte de Palmira se reunian entónces los hombres más célebres por sus talentos y conocimientos, llamó tambien á Pablo con el intento de conversar con él sobre los dogmas del cristianismo. Zenobia habia abrazado el judaismo con preferencia á la religion cristiana, cuyos misterios no podia explicarse ni comprender. El Obispo le propuso, hablando del misterio de la Santísima Trinidad, una explicacion que le parecia muy conforme á su inteligencia, diciéndola que las tres personas no eran realmente sino tres atributos distintos y no tres dioses, como ella suponia, y que Jesucristo no se titulaba Hijo de Dios, sino porque la sabiduría divina se lo habia comunicado de una manera extraordinaria, aunque en el fondo era solamente un hombre. Agradó á la Reina esta explicacion; pero los fieles, y en particular los obispos, quedaron escandalizados. S. Dionisio, papa, y S. Dionisio de Alejandría, fueron los primeros en anatematizar sus errores. El año 264 se reunió un concilio contra él en Antioquía, en el cual se defendió con negativas de la herejía de que se le acusaba, de manera que se le dejó en su silla; pero orgulloso del buen éxito de su mala fe, continuó propagando sus falsos dogmas, y siendo advertidos los obispos, se reunieron en un nuevo concilio en Antioquía, donde fué convicto no solo de error en la fe por los argumentos y razones de un sacerdote llamado Malchion, sino de desarreglo en sus costumbres, por lo que le depusieron en 270. En

su epístola sinodal manifiestan los prelados que aunque Pablo no habia heredado de sus padres bienes de ninguna clase, ni ejercido ningun arte que se los pudiese hacer adquirir, habia, sin embargo, acumulado grandes riquezas, vendiendo su favor á los que le necesitaban, robando con violencia y no mirando nada como bajo, con tal que pudiera satisfacer su avaricia. Como habia obtenido el episcopado por medios reprobados, siguió dirigiéndose de una manera enteramente profana. Le gustaba presentarse con grande acompañamiento en las plazas públicas, y queria que se le tributáran grandes elogios cuando predicaba al pueblo. Despreciaba á los que habian interpretado ántes de él la Sagrada Escritura, y se miraba á sí mismo como el doctor por excelencia. Hasta llegó el exceso de su impiedad á hacer cantar, en vez de los himnos sagrados, otros compuestos en elogio suyo en un dia de Pascua. Tenia mujeres en su casa y permitia tenerlas á los eclesiásticos de su partido, segun refiere la citada epístola de los obispos de este concilio, que pusieron, en lugar de Pablo, á Domno, hijo de Demetriano, su antecesor. El heresiarca se negó á abandonar el palacio episcopal, en que se mantuvo, merced á la proteccion de la reina de Palmira. Pero despues de la derrota de esta Reina, el emperador Aureliano, aunque pagano, le envió á Roma. Los discípulos de este heresiarca fueron llamados Paulinistas.— S. B.

PABLO DE SAN GUILLERMO (Hermano). Es dignísimo de memoria. De nacion francés, y profeso solemne de Zaragoza. Fué tanto lo que este religioso hizo y padeció en los doce primeros años de la fundacion del convento de Boltaña, que puede decirse, escriben las relaciones, que compró con su vida esta fábrica, porque en el cuidado y trabajo de su aumento empleó su existencia. Edificaba á los seglares con su proceder, y así lograba muchas limosnas para edificar. Venerábanle en la comarca por santo, fundados en muchas virtudes que de él se refieren. Murió en Bielsa el año de 1663, y se convocó á toda la villa á venerar su cadáver. Hiciéronle un entierro muy solemne, y se juzgaron muy afortunados en que aquel cuerpo, que habia servido en vida tanto á Dios, quedase en su villa hasta su juicio universal. Es insigne la memoria de este venerable carmelita en la fundacion del convento de Enguera.—O. y O.

PABLO DE S. NICOLÁS (P. Fr. Juan). Fué primero de la observante congregacion de Lombardía, y de esta pasó á los Descalzos, resplandeciendo en todos los ejercicios de las virtudes que requeria la reforma. Fué vicario general de esta y muy vigilante. Lleno de méritos y de edad, pasó de esta vida dejando grata memoria. Otro agustino del mismo nombre, viendo en las guerras que hubo entre el duque de Saboya y la república de Génova, cómo algunos herejes maltrataban á un católico sin razon ni justicia, les repren-

dió con valor y denuedo, por lo cual enojados le hirieron sin respeto y furiosos, causándole la muerte, que acaeció al siguiente dia.—O. y O.

PABLO DE STA. CLARA (B.), religioso franciscano, martirizado en el Japon con otros compañeros hácia 1622. La Orden Seráfica celebra su fiesta en 12 de Setiembre.—S. B.

PABLO SANZIQUIO (B.), religioso franciscano, crucificado en el Japon con Pablo Haciquino y otros diez y siete compañeros de la Orden Seráfica, los que fueron beatificados por Urbano VIII en 1628. Su religion celebra su festividad en 5 de Febrero.—S. B.

PABLO DE SICILIA (B.), confesor, religioso lego de la órden de S. Francisco, que obtuvo grande fama por su devocion y austeridad. Hizo algunos milagros, y despues de muerto exhalaba su cuerpo un suavísimo olor. Murió hácia 1594, y la Religion Seráfica hace conmemoracion de él en 7 de Febrero.—S. B.

PABLO EL SILENCIARIO, conocido por este nombre, aunque el suyo verdadero era Cyro Floro, porque ocupaba aquella dignidad en la corte del emperador Justiniano, escribió en verso la descripcion del templo de Sta. Sofía, que habia hecho edificar aquel príncipe en Constantinopla. Este poema fué impreso en griego y en latin en París en 1670, bajo la direccion y con notas de Cárlos de Freme, á continuacion de la historia de Cinamo. Agathías el escolástico dice hablando del escrito de Pablo Cyro, que estaba trabajado con tanto arte y saber como admirable era la obra de que hacia el objeto, que realzaba la grandeza de aquel templo, la exactitud de sus proporciones, la belleza de sus vestíbulos, descendiendo hasta los detalles de los diferentes metales que se habian empleado para adornarle. Le atribuye otros diferentes escritos que no cita; pero que dice son dignos de elogio y de aprecio.—S. B.

PABLO DE SINÓPOLI (B.), religioso franciscano, natural de Calabria y notable por su celo en la observancia de la regla. S. Bernardino de Sena, general de la Orden, le eligió vicario provincial de las Calabrias, encargándole la fundacion de diferentes conventos, cargo que desempeñó con grande aptitud y acierto. No solo por las costumbres sino por los milagros se distinguió el B. Pablo, llegando á obtener tal popularidad, que impidió alguna revolucion. Tambien fué nombrado socio de S. Bernardino, general de la Orden, cuyo puesto ocupó hasta 1443. Parece que murió en 1502, siendo enterrado en el convento de Sta. María de Gracia de la provincia de Nápoles, donde es tenido en grande veneracion. La Orden Seráfica celebra su memoria en 5 de Setiembre.—S. B.

PABLO DE SOGLIANO (B.), religioso franciscano, célebre por su santidad y virtudes, cuya memoria celebra su Orden en 25 de Enero.—S. B.

PABLO SOLANES (P. Presentado Fr.), catalan, hijo de Gabriel Solanes y de Leonor su mujer. Tomó el hábito de S. Agustin de la misma ciudad, profesando en el mes de Diciembre de 1697. Fué electo prior y acabó el trienio en 1620, habiendo dado pruebas de ser un varon docto y entendido en sagrada teología, en cuya facultad era doctor, condecorado en la universidad de Valencia. Debióle el convento muchas obras y mejoras, entre otras la escalerilla de piedra, el archivo, librería y dormitorio nuevo. Distinguióse el P. Solanes como religioso ejemplar y de sólida virtud. —O. y O.

PABLO SOLER (Rdo. P.), lector de teología. Fué electo en el convento de S. Bartolomé de Bellpuig, de la órden de S. Francisco, provincia de Cataluña, el dia 14 de Junio de 1653. —O. y O.

PABLO DE SONCINO (Fr.), cuadragésimo general de la órden de S. Francisco. Muerto el general Fr. Francisco Liqueto, le sucedió en el oficio este reverendísimo Obispo, hijo de la provincia de Milan, y electo en el capítulo general que se celebró en el convento del Carpo, de la provincia de Bolonia, el año de 1520. Aunque concurrieron á aquella eleccion personas de grandes prendas, como Fr. Pablo era vicario de la Orden, pusieron todos los ojos en él, así por su gran sabiduría como por la mucha fama que habia adquirido en la religion de prudente, celoso y observante. De sus trabajos se esperaba tambien una grande reforma. En este capítulo fué electo comisario general de la familia cismontana, conforme á lo convenido en la bula de la union, el P. Fr. Francisco de los Angeles, hijo de la custodia y provincia de los Angeles. Refiere la Crónica, que visitando este general Fr. Pablo el convento de Sta. Clara de Milan «los enemigos por fuerza de armas tomaron »la ciudad, y queriendo saquear el convento de las monjas, y puestos á la »puerta los arietes para batirle, el General las mandó que abriesen las »puertas al enemigo y le saliesen á recibir en procesion, cubiertos los ros»tros con sus velos, y que llevasen delante la cruz. Mas como las viese así »el capitan, púsole Dios tal miedo y pavor y tal respeto á sus esposas, »que mostrando la reverencia que les debia tener, le derribó Dios del caba»llo, con tal golpe que de la caida quedó casi muerto; y los demás solda»dos, vencidos por la fuerza superior á la suya, y arrodillados á los pies de »las monjas, les pidieron perdon, y sin hacerles daño las dejaron y se fue»ron.» Por este mismo tiempo, en la provincia de Polonia, en la ciudad de Posnania, los mismos soldados levantaron rigurosas persecuciones contra los frailes; pero con la acertada conducta del guardian Fr. Andrés Rujo, triunfó la inocencia y la virtud de los abominables excesos que se les imputaban. El P. Pablo de Soncino dejó excelente nombre entre los religiosos insignes de la órden de S. Francisco. — O. y O.

PABLO DE SPOLETO (B.), confesor, llamado con aquel nombre por ser na-

tural de Spoleto, aunque habitó en la provincia de la Marca, de la que llegó á ser ministro provincial, distinguiéndose mucho por la santidad y por el número de milagros que hizo despues de su muerte. La Orden Seráfica recuerda sus virtudes en 31 de Marzo. —S. B.

PABLO Tafeo y Juan Bollio, presbíteros, amigos del ilustre mártir Martin Ducan «ínclitos confesores y dignos ciertamente de que un S. Cipria»no ú otro semejante les hubiese consolado en tan atroz persecucion como »han padecido, puesto que Bollio aún puede mostrar las cicatrices de las »atroces heridas que le dieron.» (Pedro Opmer, *Hist. Martir. Batavicor., decad.* 10, *lib.* 10).—C. de la V.

PABLO Teutónico (B.) confesor, religioso franciscano aleman muy ilustre por su nobleza, pero mucho más por sus virtudes y santidad. Educado en la corte del Emperador, viajó con él por Italia, y habiendo permanecido una larga temporada en Sena, tuvo ocasion de oir un sermon de S. Bernardino que produjo en su espíritu un efecto tan profundo, que le animó á dejar el siglo y profesar en la Religion Seráfica, en la que se distinguió desde luego por sus piadosos ejercicios y santas acciones, aunque deseando mayor perfeccion, pasó á los Menores, entre los que fué maestro de novicios por espacio de cuarenta años, instruyéndoles con gran prudencia y caridad. Su conversacion parecia celestial y eran tan notables sus costumbres, que no se sabia que admirar más en el, si su sincera piedad, pronta obediencia, singular pobreza, humildad profunda, ferviente caridad y ejemplar devocion, ya en recitar, ya en celebrar los oficios divinos. Consagrábase con frecuencia á la oracion á que se entregaba con grande ardor de espíritu, deleitándose en extremo en la contemplacion de las cosas celestiales. Tentado y afligido muchas veces por el demonio, obtuvo siempre sobre él la victoria, por la intercesion de la Santísima Vírgen y de S. Gregorio, su peculiar patrono, los que invocaba en su auxilio, siendo á veces consolado con sus apariciones. Siempre se preparaba con gran piedad y suma diligencia para morir cristianamente, y cuando se acercó su última hora, rogó á sus hermanos, que se hallaban presentes, que enterrasen su cadáver en cuanto muriese y ántes de que llegára á noticia de los seglares, para que pudiesen celebrar sus exequias con la devocion debida. Pero fué vana esta precaucion, porque llegada la hora de su tránsito en 1489, corrió inmediatamente al convento de S. Bernardino de Capriola (que se halla cerca de la ciudad de Sena) multitud de gentes, queriendo todos ver, venerar y tocar el sagrado cuerpo. Le cortaron por devocion la mayor parte de los hábitos para reliquias, que hicieron en efecto diferentes milagros, favores y beneficios, como lo demuestran los votos y tablas colgadas junto á su sepulcro. La Religion Seráfica celebra la memoria de este ilustre hijo en 11 de Noviembre. — S. B.

PABLO TONNELIER (B.) mártir, religioso franciscano, guardian del convento de Taulai, adonde volvia con algunos compañeros de la ciudad cercana, cuando fué sorprendido y martirizado por los herejes en el camino. Se ignora el verdadero año de su muerte, variando las fechas desde 1561 á 1576; pero se sabe que ocultos sus restos mortales en un principio, fueron despues expuestos al público, obrando algunos milagros cuando lo permitieron los acontecimientos. La Orden Seráfica celebra el triunfo de este mártir en 14 de Marzo.—S. B.

PABLO DE TORRES (D. Fr.), único de este nombre en el catálogo de los ilustres obispos de Panamá, religioso de la órden de S. Gerónimo. Era obispo en el año de 1560.—O. y O.

PABLO DE TORTOSA (P.), de admirable vida y doctrina. Murió herido de contagio sirviendo á los enfermos. Era del pueblo de su apellido.—O. y O.

PABLO DE TRINCIS (Fr.), lego por su profesion, pero para Dios muy sabio y para el mundo. Pertenecia á una ilustrísima familia. Enardecido su religioso espíritu de este ermitaño de S. Francisco, y hallando proteccion en los superiores que gobernaban en aquella era (1294) y contando con el apoyo del Sumo Pontifice, á quien pidió licencia, se retiró con algunos de sus compañeros al santo y pobre convento de Burliano, cuna feliz donde tomó orígen y creció despues muy robusta la esclarecida familia de la Observancia, que con el tiempo habia de ser el agigantado cuerpo de la órden de los Menores.—O. y O.

PABLO DE HUNGRIA (B.). Nació este venerable padre en Hungría, y pasó á estudiar á la insigne universidad de Bolonia, en la cual aprovechó y sobresalió tanto en las letras, que apénas fué graduado de doctor se le confió una cátedra de derecho canónico. Del mismo Sto. Domingo, al cual era aficionadísimo recibió el hábito de su ilustre Orden cuando en aquel tiempo fundó el convento en la misma ciudad. Regresó á Hungría á predicar la divina doctrina, produciendo su elocuente oratoria los mejores resultados, pues era tan abrasado su celo en este sagrado ministerio, que conmovia los ánimos, atrayendo muchos y decididos prosélitos á la fe católica. Así, convirtiéronse gran número al catolicismo en todo el reino y fundáronse muchos conventos. Cuando creyó que en la Cumania triunfaba la supersticion, haciendo más rápidos progresos que en otros puntos, allí se dirigió con otros dignos compañeros suyos, y allí sufrió con cristiana resignacion vejámenes é insultos, concluyendo por ser desterrado. No doblegaron los herejes su firme constancia, y de nuevo le vieron aparecer entre ellos logrando convertir entre otros, dos de los primeros príncipes de aquella nacion con todas sus numerosas familias. Pero cuando con tal ardor y evangélico celo proseguia en su gloriosa empresa y tan felizmente convirtiendo aquellos pueblos, uniéu-

dose los tártaros enemigos de la fe, le martirizaron con noventa de sus compañeros el año de 1244. El *Sacro Diario Dominicano* incluye á este bienaventurado dominico en el dia 11 de Febrero, celebrando su fiesta, pues *por la gloria de Dios y la salvacion de los prójimos derramó su propia sangre.* — O. y O.

PABLO VASCELLATOR (B.) mártir, religioso franciscano, de que hace conmemoracion su Orden en 19 de Diciembre, diciendo padeció un horrible y cruel martirio, pero sin referir sus circunstancias. — S. B.

PABLO DE VENECIA, llamado por otros de Creta, segun Pamphilo, teólogo y filósofo célebre. Tomó el hábito en el convento de Venecia y fué muy célebre en toda Italia, porque superaba en las controversias de teología y filosofía á todos sus contemporáneos. Estudió las sagradas letras en Inglaterra en la universidad de Oxford, desde 1390 á 1393, y despues regresó á Italia dedicándose á predicar, lo que hizo con tanto fruto y celo que Gregorio XII le nombró en 1412 vicario general de toda la religion de S. Agustin. Los padres de su Orden, al terminar este cargo en 1420, le eligieron provincial en el convento de Ferrara, siendo enviado posteriormente al convento de Sena con la facultad de enseñar públicamente en aquella universidad. En 1421 fué aclamado de nuevo provincial de la Marca Tarvisina, y en cuyo cargo le confirmó el B. Agustin Romano, general de la Orden á la sazon. En 1422 fué enviado de regente de estudios á Sena para el año siguiente, y en 1423 se le concedió por el vicario general que pudiese legar mil ducados despues de su muerte sobre los empréstitos de los venecianos al convento de Pádua, que habia tenido un grande gravámen por la residencia de este maestro. En 1424 fué enviado al convento de Bolonia para enseñar en aquella universidad, y al año siguiente fué trasladado á Perusa con el mismo objeto, obteniendo poco despues licencia de pasar á Roma. En 3 de Febrero de 1429 fué elegido prior de Perusa, y en Mayo del mismo año se le nombró visitador de los conventos de Turdeto y provincial de la nueva provincia de Vallispolleto. Falleció dos años despues siendo prior de Pavía, donde fué sepultado su cuerpo con el siguiente epitafio:

Hic jacet sacræ Theologiæ doctor clarissimus, et theologorum monarcha M. Fr. Paulus de Venetijs Ordinis Eremitarum S. Agustini, qui obijt anno Domini 1429, *die* 15 *Junii.* — S. B.

PABLO DE VERNIA (Fr.), sacerdote de los menores Capuchinos y varon de condiciones altamente evangélicas. Diciendo misa solia oir el cántico de los ángeles mezclado con el de los religiosos. Pudo vérsele en Florencia, cuando se entregaba á la oracion, iluminado el rostro y las manos de hermoso resplandor. Pronosticó el dia de su muerte y algunos otros sucesos futuros, y murió en aquella ciudad con gran opinion de santo. — O. y O.

PABLO Ximeno (Fr.), castellano, hijo de la Descalced en la provincia de Valencia. Dió á la estampa el *Ceremonial de la Misa*, *Oficio divino y otros actos solemnes*, conforme al Misal, Breviario y Ritual Romano, ajustado al uso y loables costumbres de la santa provincia de S. Juan Bautista. Se imprimió en Valencia por la viuda de Jusepe Gasch, 1747.—O. y O.

PABLO Xinxuque (Hermano), jesuita japonés, quemado vivo con otros de la Compañía en Nangasaqui, á 20 de Junio de 1626.—S. B.

PABLO (abate Armando Lorenzo), ex-jesuita, de la academia de Marsella. Nació en 1740, de una familia ilustre en San Chamas, en la Provenza, y murió en Lion el 29 de Octubre de 1809. Su hermano mayor, Francisco Pablo, autor de muchos tomos de la *Coleccion académica*, parte extranjera, muerto en 1774, le dió las primeras lecciones. Despues de terminados sus estudios en el colegio de Belzunce, en Marsella, el abate Pablo entró en los Jesuitas y enseñó las bellas letras en los colegios de la Compañía hasta su supresion. En aquella época fué nombrado catedrático de retórica de Arlés, puesto que ocupó de una manera satisfactoria. La muerte de su hermano le hizo renunciar á la carrera de la enseñanza pública; volvió al seno de su familia, y se entregó por completo á su aficion favorita de las producciones de los clásicos latinos, gusto que le habian inspirado los *Fragmentos de Tácito* de Alambert. Producto de sus vigilias fueron: *Velleius paterculus*, *Florus*, *Justino*, *fragmentos elegidos de Tito Livio*, *Corn. Nep.*, *Phedro*, *Sulpicio Severo* y *Eutropio*. Estas producciones tuvieron buen éxito; son fieles por lo general, pero se ha acusado al traductor de un poco de sequedad. Veleyo sobre todo, *este modelo inimitable de los compendios*, está todavía por traducir, si es posible imitar la elegante brevedad del autor y la felicidad de sus expresiones. Además de estos clásicos latinos, el abate Pablo tradujo una obra italiana, las *Horas de recreo* de Guicciardini, al español, cuyo idioma habia aprendido en Toledo, donde le obligaron á buscar un asilo los furores de la revolucion. Hubiera podido enriquecer la literatura francesa con la traduccion de algunos clásicos griegos, pues no le era ménos familiar la lengua de Demóstenes que la de Ciceron. Se le debe tambien un *Curso completo del idioma latino; fábulas y descripciones de animales*, en latin elemental; *Versiones cristianas y temas cristianos*. Las musas latinas le habian ocupado alguna vez en sus ratos de ocio, de lo que es muestra una obra de este autor publicada en Lion en 1804, en 8.°; la que contiene una *Coleccion de fragmentos de los mejores poetas franceses*, traducidos en versos latinos, entre los que se distingue una imitacion del *Arte poético* de Boileau. El abate Pablo no gozó en sus últimos años de todas las comodidades á que le daban derecho una vida empleada con tanta utilidad, mas parece que no murió en una indigencia extrema, segun se puede

inferir de una reclamacion que dirigió su heredero al *Diario de Lion* en 1810. — S. B.

PABLO (Federico). Nació en Iglau el 21 de Noviembre de 1649: admitido en el noviciado de los Jesuitas en 1666, estudió sucesivamente las humanidades y la filosofía, la Sagrada Escritura y controversia. Murió en la casa profesa de Praga el año de 1699. Escribió: *Norma veræ fidei juxta catholicos authores probata et vindicata contra atheos, deistas, virtuosos, libertinos, judæos, paganos, gentiles, syncretistas, lutheranos, calvinistas, necnon cujuscumque temporis hæreticos. Pragæ, typis Carolis Arnoldi, 1697, in 4.° Richt-schnur des Wahren Gluabeus Wieder die Atheisten, deisten, virtuosen, libertinen, etc., von P. Friderico Pable, Societ. Jesu. Ovie auch aus dem Lateinischen ins Teutsche übertsetzet (von Ludwig Bernhard Wittiber I. V. Licenciatem) cum facultate superiores Gedruckt in der Kleiner Stadt Prag, bey Carl. Ferdinand. Arnolt von Dobroslawina, 1695, in 12.° — Interdictum Evangelicum de non adeundis lutheranorum Ecclesis, ex eorum et fidei principiis demonstratum à P. F. P. S. J. Pragæ, 1698.* En aleman tambien se publicó este escrito bajo las iniciales del autor. — O. y O.

PABLO (P. Francisco), jesuita portugués. Enviado como misionero á las Indias, fué preso por los herejes en la travesía y arrojado al mar con muchos insultos en 13 de Setiembre de 1571. — S. B.

PABLO Carleto (P. Juan), jesuita. Nació en Galeani, en el Tirol, en 17 de Marzo de 1599. Manifestó desde niño la viveza de su ingenio, y al empezar el uso de razon se hizo notar por su deseo de saber y la solicitud con que se consagraba al estudio. Estas muestras movieron á sus padres á enviarle á la universidad de Bolonia, donde siguió su carrera hasta obtener el grado de doctor en ambos derechos. Pensó desde luego en la eleccion de estado, y consultando sus dudas con el prior de la Cartuja de Bolonia, le aconsejó hiciese los ejercicios de S. Ignacio de Loyola para que en ellos determinase Dios su vocacion. Siguió el consejo y se retiró al convento de Capuchinos, extramuros de Bolonia, donde llevó un libro para dirigir los ejercicios que comenzó con grande devocion, decidiendo áun ántes de concluirlos retirarse al colegio de PP. Jesuitas, de donde fué enviado al noviciado de Novelara para su admision, la que tuvo lugar en 22 de Mayo de 1622, cuando contaba apénas veintitres años de edad. De su comportamiento en el noviciado son la mejor garantía las palabras que se leen en el historiador de los Jesuitas: «En la humildad, en la penitencia, en el recogimiento, en »el desprecio de sí y del mundo era ejemplo de los más antiguos, y admira»cion á los niños sus connovicios. Con estos su virtud no era pueril, y muy »religiosamente fundada en juicio, razon y desengaño.» Terminó el tiempo del noviciado y los superiores le mandaron estudiar teología, pero repre-

sentó con humildad, que habiendo cursado ambos derechos, sería perder cuatro años dedicarlos al estudio de una facultad, cuando podia desde luego dedicarse á servir á los prójimos, ordenándose desde luego, pues se lo permitia su edad. Estas razones hicieron mucha fuerza á los superiores, informados de las buenas prendas del súbdito y de su grande virtud y prudencia, por lo que condescendieron mandándole ordenarse, y luego, á pesar de sus pocos años, le encargaron el cuidado y la prefectura de las congregaciones que se habian erigido en Plasencia. Eran estas las mismas que el apostólico celo del P. Jorje Justiniani habia fundado en Bolonia, y trasladado en sus misiones á varias ciudades de Italia. Hallábase entre ellas la Congregacion de la Penitencia, tan fervorosa como en Bolonia, y la aumentó mucho más con sus exhortaciones y ejemplos. Fueron muchas las personas á que veneró Plasencia en concepto de virtud heróica por la direccion de este Padre, y no pocas las persecuciones que tuvo que sufrir por esta causa. «Entre otras, »dice la historia, fué muy célebre la victoria que consiguió contra la hipo»cresía en una mujer, que en Florencia habia ganado el vulgo con falsas »revelaciones, éxtasis, arrobamientos y fingida oracion y penitencia. Movió »tanto el turbulento espíritu del vulgo, y el femenil aplauso de aquellas »personas que se juzgan santas por dar de comer á quien lo parece, que te»nia alborotada la ciudad de Florencia: ya en ella habia muchos que espe»raban su salvacion en las oraciones ajenas: su señor obispo D. Alejandro »Scapio dudó con prudencia del espíritu de una mujer que no se resistia á »vagar de casa en casa de las señoras; y aunque su reserva fué tan grande, »que poniendo ocultos testigos no tuvieron que deponer contra ella, no se »fiaba de nada, y por vehemente aprension encargó al P. Carleto su exá»men, creyendo, y bien, que un hombre tan versado en el gobierno de las »almas, y que las dirigia con tan seguro acierto, podria, mejor que otro »alguno, asegurarle de la verdad en poco tiempo: hablóla el Padre, oyóla, »hizo una ú otra experiencia, y respondió al Obispo asegurándole que sin »duda creyese ser hipocresía aquel exterior modesto, aquel hablar de Dios »con melindre, fingiendo favores en los embustes y revelaciones en las con»jeturas, y sin más proceso mandó el Obispo á la beata que dejase su hábito »de tal, y la excitó á una vida comun, amonestándola con nuevo castigo si »proseguia en sus enredos. No es fácil ponderar la mala voluntad que este »edicto concilió contra el P. Juan Pablo: como la beata estaba muy intro»ducida, y tenia muchas señoras que creian las ilusiones por ilustraciones, »gustando de aquel trato suave y de aquellos ademanes que fingian virtu»des, toda la ciudad conspiró contra el Padre, como que el pecado de la »hipócrita solo fuese no ser confesada del Padre: ella con suavidad no omi»tia ocasion en que no manifestase su enojo, alabando fingidamente á Dios,

»por haber permitido la examinase un hombre, que segun ella decia, era »ignorante, apasionado, no entendia de espíritus, y otras proposiciones, »que se llevaban la honra del Padre y de la Compañía. A ninguna respon- »dió el Padre, que sabia cuanto en Florencia se hablaba, y los ecos que de »este caso resonaban en Plasencia: exhortóle un sugeto á que volviese en sí, »pero humilde y santamente respondió: Dios, Padre mio, envia el frio en »invierno y el calor en verano para el gobierno del universo, y alguna mor- »tificacion de los cuerpos, y yo jamás he usado defensa contra frio ni calor, »porque tuviese, añadia, escrúpulo de no cumplir con la voluntad divina: »yo he cumplido con mi obligacion, desengañando al mundo de la hipocre- »sía de esa mujer; si por este cumplimiento de mi obligacion Dios quiere »mortificarme, ó á lo ménos lo permite, ¿por qué tengo yo de impedir la »voluntad divina? No quedó sin premio este mérito, porque precipitada la »beata, y seguida con cuidado del vicario, se la formó causa, y convicta y »confesa, paseó la ciudad condenada á azotes, diciendo el pregon era cas- »tigo por los delitos de embustera, hipócrita y blasfema contra el P. Pablo »Carleto, á quien habia procurado deshonrar por haber descubierto sus en- »gaños.» Su celo no se contentaba con solo el cuidado de los congregantes, sino que era un celoso operario de la gloria de Dios en la asistencia de los moribundos, en el remedio de los males públicos, y en atraer á la penitencia á los pecadores. Era en extremo caritativo, repartiendo muchas limosnas á los pobres, y dándoles á veces sus propios vestidos para que se cubriesen. Asistia con frecuencia á las cárceles y á los hospitales, ayudando á los pobres presos en lo espiritual en un todo, y en lo temporal en cuanto podia. Reunia recursos para estas obras de caridad de algunos penitentes suyos, que viendo lo bien que empleaba el dinero, ofrecieron dar á Dios por su medio la décima, ó de su hacienda, ó de sus ganancias, como lo manifestaron despues de la muerte del Padre, y con estos fondos tenia lo suficiente para ser liberal con los pobres, socorriendo sus miserias á proporcion de su misericordia, y esta era tan grande, que no tenia otro placer sino el tratar con los mendigos y asistir á los presos de las cárceles. Acudia tambien constantemente á las hospitales, y cuando le llamaban para asistir á algun enfermo jamás se excusaba. No por eso dejaba de asistir al confesonario, no faltando á sus horas, y oyendo y recibiendo á todo género de personas, muchas de las cuales manifestaron con su buena vida la excelente direccion del Padre. Una de sus penitentas fundó el monasterio de vírgenes de Sta. Ursula en 1649, tomando en él el velo, y viviendo santamente el resto de sus dias. Vivió de esta manera veinticuatro años, cuidando siempre de las congregaciones, y consagrando el resto del dia á obras de caridad y ejercicios de oracion. No tardó Dios en llamarle á sí, pues asistiendo á

bien morir á un enfermo, se contagió con su mal, y queriendo disimular, pidió permiso á sus superiores para continuar en sus ejercicios, alegando que no era grave su enfermedad. Fué esta la causa de su muerte, pues se agravó muy en breve, teniendo que hacer cama y recibir inmediatamente los santos sacramentos, despues de lo cual descansó en el Señor el dia 10 de Julio de 1647, á la edad de cuarenta y nueve años. — S. B.

PABLO (Sor Angela de San). Fué natural de la ciudad de Baeza, hija de padres nobles. Dotada de singular belleza, excelente cuna y rica hacienda, tuvo muchos aspirantes á su mano, hasta el punto de ofrecer cuidados á sus padres la eleccion, por el natural deseo de acertar en ella, prefiriendo al que por sus cualidades fuese más digno de su hija. Pero ésta trataba de tener por esposo á Jesús; y firme en este cristiano propósito, se fué un dia con una criada al monasterio de S. Antonio, de la órden de S. Francisco, en la misma ciudad, y no hubo ningun medio, entre los muchos que se tomaron, para sacarla de él y conseguir apartarla de su resolucion. Profesó, y fué ejemplarísima religiosa, muy devota del Señor, por cuya memoria rezaba dos veces al dia los salmos penitenciales y se daba disciplinas, recordando los azotes que él sufrió por todo el género humano. Dormia en el suelo; aun cuando era anciana, y eso muy pocas horas, siendo la primera que entraba en el coro á media noche á maitines. Cuando le decian porqué no guardaba cama teniendo tanta edad, respondia: «Hermanas, yo no prometí guardar la regla miéntras fuere moza sino toda la vida.» Murió santamente por los años de 1596. — O. y O.

PABLO (P. Bernardo Ariño de San). En el año de 1719 nació en la villa de Castellote. Fué recibido en la religion de las Escuelas Pias en 1734, y en ellas enseñó humanidades, filosofía y teología con aprovechamiento de sus discípulos. El Sr. Arzobispo de Valencia le nombró presidente y director de la Academia de Moral, establecida en el colegio de las Escuelas Pias de dicha ciudad, en cuyo destino, dice Latasa, como en otros que le dieron sus superiores, fué muy conocida su religiosidad é inteligencia. Murió el 1.° de Enero de 1797. Escribió con bastante propiedad la version de los *Comentarios de la guerra de Italia de Bonamici*, en un tomo en 8.°, que no vió la luz pública.—*Comentarios ó memorias de la sorpresa de Velletri y de la guerra de Italia en el año de* 1744; Madrid, 1788; y por último, diferentes papeles concernientes á sus destinos.—O. y O.

PABLO (Sor Casilda de San). Era hija de José Portillo, natural de Valencia. Nada se sabe acerca de su vida ántes de tomar el hábito, porque hay muchas personas esclarecidas por su virtud de quienes todo se ignora, hasta el momento de consagrarse al servicio de Dios, como si por él estuviese dispuesto que solo quedase á la vista del mundo el ejemplo de sus virtudes y la santidad

de sus inclinaciones. Profesó Sor Casilda el dia 12 de Marzo del año 1611 en el convento de S. Gregorio, y desde este dia todos los de su vida fueron dedicados á Dios y llenos de virtud. Era puntual en la asistencia y exagerada en las penitencias rigurosísimas que hacia, fuera de las que prevenia la regla, como quien las consideraba como exquisito regalo y cifraba en ellas su delicia. Consideraba como un deber imprescindible del hombre el trabajo, por lo cual trabajaba cuanto sus fuerzas lo permitian, descansando á la noche, que empleaba en su mayor parte en la oracion, que era su más apacible sosiego. Frecuentaba los santos sacramentos con una ternura y un amor sin igual, y fué muy favorecida por el Esposo, á quien esperaba en vela con amorosa inquietud. Su muerte fué digna de la santidad de su vida, en medio de una dichosa paz, reflejándose en sus ojos la gloria que estaba cercana á recibir. Acaeció en el año de 1660.—G. P.

PABLO (Sor Clara de San). Fué natural de la villa de Aldemuz, obispado de Segorbe, é hija de D. Francisco Fernandez de Arguedes y de Doña Luisa García de Vizcarra. Con solo decir que era hija única se comprende muy bien que sus padres la criaron con el mayor esmero, procurando adornar su alma de imperecederas virtudes al mismo tiempo que su cuerpo de costosas galas, cercándola de cuantas comodidades y regalos sus cuantiosos bienes les permitian. Mucho deseaban que se casára para procurarse un heredero de su nombre y de su fortuna; pero jamás lo pudieron conseguir, porque habian criado una azucena para el jardin de la Iglesia, y á su debido tiempo se abrió para esta la flor, perfumando sus altares con la pureza de su aroma. Desnudóse de sus mundanas galas, como quien rompe las pesadas cadenas de una esclavitud penosa, para vestir una humilde mortaja á los ojos del mundo, una rica túnica de desposada á los ojos de Dios. Fué teatro de sus santas virtudes el convento de S. Agustin en Segorbe, donde no se sabia qué era más de admirar en ella, si su caridad para ayudar á las débiles, echando la carga de muchas sobre sus hombros, consolando á unas, animando á otras, y mereciendo de todas el más acendrado cariño, ó la humildad con que se empleaba en las más bajas ocupaciones. En sus ratos ménos ocupados, pues no tenia ninguno de ocio, se dedicaba á las labores más delicadas, concluyéndolas con tanto primor, que eran sumamente deseadas de todos las que salian de sus manos. En la oracion era donde tenia toda su alegría, dejando volar su espíritu á la region celestial, donde se mecia regaladamente en presencia de su Dios. En la escritura y el cuidado de la hacienda de su convento estaba tan versada, que ninguna otra entendia en ello. Era, en fin, en todo un modelo acabadísimo de perfeccion, como quien despues de haber recibido una educacion brillante se ocupaba todos los dias en perfeccionarse cada vez más, y animada y sostenida por la divina

gracia conseguia su intento. Manifestó su discrecion en el desempeño del cargo que tuvo de maestra de novicias y en la dignidad de supriora, y murió el 26 de Abril de 1652.— G. P.

PABLO (V. Madre Constanza de San). Nació en la imperial ciudad de Toledo, siendo hija legítima de D. Baltasar de Toledo, de la noble familia de este apellido en dicha ciudad, y de la de los duques de Alba. A los siete años de su edad tomó el hábito de S. Agustin en el convento de Sta. Ursula de Toledo, en el cual, sin que sepamos el motivo, se llamó Doña Constanza de Rivera. Sacóla el Señor á los treinta y cuatro años de edad de tan santa casa para ir á la fundacion del convento de Eibar. Cuando se propuso tan árdua empresa, sus amigas y parientas la persuadian lo contrario, trayendo á su imaginacion cuán delicada era para el sufrimiento de vida tan desabrida como la de la recoleccion. No entibiaron con estas sugestiones el amor á Dios que reinaba en su corazon, ántes aumentó, saliendo á ser una de las cuatro fundadoras en Eibar y la primera maestra de novicias que hubo en su convento. Ocupó despues los mayores oficios, y se llamaba desde entónces Constanza de San Pablo. Entre las virtudes que se descubrieron muy acendradas en ella, fué una la de su conmiseracion para con los pobres, llegando el caso de que, habiendo afligido el hambre á Eibar siendo priora, empleó el dinero de su comunidad en maiz para atender al sustento de los necesitados, comiendo ella propia, con ser sumamente delicada, el mismo alimento, y diciendo á sus súbditas que era el tiempo de hacer provechoso agosto de aumentos espirituales, ejemplo que siguieron con heróica resolucion, aliviando á los pobres miéntras duró el hambre en aquel distrito. «Fué muy singular la confianza que tuvo en Dios, refiere su cronista, en »todos los ahogos que se la ofrecieron en sus oficios. Cayeron en una ocasion »tres dias de fiesta, uno tras otro, y el dia de todos tres llegó la provisora á »la Madre, y le dijo que solo se hallaba el convento con doce reales de ve»llon, y que no sabia cómo disponer de ellos. Mandó la Madre que com»prase huevos; y habiéndola reclamado por el sustento más necesario, la »respondió que ejecutase lo que la mandaba, con la confianza de que nues»tro Señor daria pan. Poco despues llegó á la portería una mujer con una »carga de pan muy escogido, y un papel sin firma de la persona que la en»viaba, y á cuya noticia habia llegado la necesidad de las religiosas.» En su última enfermedad, su confesor el P. Fr. Juan Ordax, á quien se dió por el prelado licencia para entrar en el convento, la presentó, accediendo á sus ruegos, el Santísimo Sacramento; y teniéndole en las manos para dársele, dijo la venerable madre Constanza de San Pablo: «Señor, tan pobre »me hallo en esta ocasion, que no tengo otra cosa que un memorial de agra»vios y otro de ingratitudes á tantos beneficios como he recibido de vuestra

»liberalidad.» Hecha esta exhortacion, conmoviendo á todas las religiosas la tranquilidad de su espíritu, dió su alma al Criador el 4 de Setiembre, dia de la octava de S. Agustin, de 1637. Fué grande la memoria que dejó esta agustina de sus grandes virtudes. —O. y O.

PABLO (Sor Eugenia de S.). Nació en la ciudad de Valencia, y fué hija de Bernardo Salafranca y de Ana Andrea, quienes la criaron virtuosamente. Era de natural inclinacion la niña, y la única ambicion que tenia llegar á ser religiosa, cuyo deseo alimentaban sus padres como prudentes en no torcer su inclinacion, y entendidos en juzgar aquella la mejor de las profesiones. Apénas tuvo la edad suficiente y manifestó su firme resolucion, la llevaron al convento de Alcoy, donde tomó el hábito de S. Agustin en el año 1604, y profesó en 10 de Marzo del siguiente año. Era muy dada á la oracion, la que dejaba rara vez aun cuando tuviera que dedicarse á otras ocupaciones, y muy devota de la Reina del cielo. Fué priora durante quince años, dando tantas pruebas de prudencia y dulzura que dejó mucho que imitar á sus sucesoras y mucho que recordar á sus súbditas, de quienes era querida entrañablemente, como lo prueba el mucho empeño que tuvieron en que no dejára su dignidad cuando por causa de sus enfermedades no podia soportar aquel peso por más tiempo, y la facilidad con que cedieron convencidas de esta verdad, al ver enflaquecer sus fuerzas por instantes. Hemos dicho que padecia mucho con sus enfermedades, réstanos decir que las soportaba con la más cristiana resignacion sin que jamás se le oyese una queja, sobre todo en la última que padeció, que fué una ardiente calentura que la tuvo catorce horas sin pulso con gran admiracion de los médicos, y de la cual fué víctima el dia 15 de Noviembre de 1648. Su principal virtud fué no abrir la boca jamás sino para hablar bien del prójimo, y si llegaba á sus oidos alguna murmuracion, defender á la persona agraviada con todas sus fuerzas, censurando á quien cometia la ofensa, virtud siempre rara en su sexo; pero por la misma razon digna del mayor elogio en ella, y muy recomendable para todos. — G. P.

PABLO (Fr. Francisco de S.), de Zaragoza, agustino calzado, notable en la elocuencia sagrada. Dió á luz el *Sermon de Reyes que dijo en la Seo de aquella ciudad* (1694 en 4.°), y la *Oracion gratulatoria sagrada*, que dijo en la catedral de Huesca, 1706, en donde se imprimió en este año. — O. y O.

PABLO (Fr. Hermenegildo de S.), gerónimo. Ignórase la patria de este religioso, aunque muy fundadamente se cree fuera natural de Madrid, puesto que tomó el hábito y profesó en el convento de la citada villa. Tambien se ignora cuál fuese el apellido de su familia, conociéndosele solo por el sobrenombre que segun costumbre adoptára al hacer la profesion. Llegó por su virtud y buenas prendas á tener á su cargo la direccion del antedi-

cho convento de Madrid, y despues los de la ciudad de Sevilla, titulados de S. Isidro y S. Gerónimo. Fué tambien definidor de las provincias de Leon y Castilla, y mereció que la Orden le honrase con el título de cronista de la Religion Geronimiana. En virtud de este encargo escribió las siguientes obras á las que debe su celebridad. *Orígen y continuacion del Instituto y Religion Geronimiana, fundada en los conventos de Belen en Palestina por el Máximo Doctor de la Iglesia S. Gerónimo, explayada por varias provincias y reinos del Orbe, y deducida sin quiebra por Italia desde Belen hasta los Monjes Gerónimos de España;* un tomo en fólio impreso en Madrid en la imprenta Real 1669. — *Defensa por la Religion Gerónima de España y su antigüedad, en que se responde á un tratado que el autor de la Poblacion eclesiástica de España imprimió en su cuarta parte del año 1649 contra el orígen Geronimiano;* Zaragoza, 1672, un tomo. — *Instruccion prévia á los lectores de la instruccion histórico-apologética del P. Mtro. Fr. Gregorio de Argaiz, benedictino, y exámen del Crisol purificativo del P. Dr. Fr. Manuel Leal, augustiniano, del reino de Portugal;* Zaragoza, 1620, un tomo en 4.° — *Desempeño Hieronimiano ó respuesta al tratado que llama Cuestion incidente el P. Maestro Fr. Gregorio de Quintanilla, benedictino, en su Tabernáculo fœderis y exámen historial de los derechos y títulos atribuidos al Sol del Occidente;* Valencia, 1678, un tomo en fólio. Ignórase á punto fijo la época en que falleció este religioso y el paraje en que ocurrió su muerte, que debió tener lugar en el último tercio del siglo XVII. — M. B.

PABLO (Sor Inés de S. Andrés y S.), heroina ilustre por su sangre y por sus virtudes. Fué hija de D. Francisco de Mayorga y de Doña Catalina Infantes. Desde niña se mereció por su desvelo á la perfeccion el renombre de Santa, y llamada á la religion, dejó cuantas esperanzas la brindaba el mundo por Jesucristo. En 12 de Mayo de 1616 logró verse desposada con el Señor por medio de los religiosos votos que ofreció cumplir exactísimamente en presencia de la comunidad, del prior de la santa iglesia catedral de Granada y del doctor Gomez Avalos que la dió el sagrado velo. La preciosa vida y santa muerte nos la refiere el elogio que sigue y hallamos en la partida de su fallecimiento; dice así: « A 16 de Enero de 1648 falleció en este convento de las Capuchinas de Granada Sor Inés de S. Pablo, religiosa muy santa, que habia padecido muchas enfermedades con que la labró su dueño; y fué grande la alegría con que murió cantando y requebrándose con el niño Jesús. Le entregó su alma en sus santas manos, dia de los cinco mártires de Marruecos, de quienes era muy devota, dejándonos tan sentidas de su muerte, como envidiosas de la disposicion que para ella tuvo; pues gozó de la paz y de la alegría de los justos en aquella dichosa hora, premisas grandes de la mucha gloria que esperaba gozar. Dotó el divino Espíritu á la

venerable Ines de sus siete dones soberanos y de sus frutos, y se hicieron altamente visibles, así en aquella dichosa participacion del amor inmenso con que supo vencer todas las tentaciones, tribulaciones y adversidades, contenta con la firme esperanza de gozar de su Criador, como en aquella sobrenatural ilustracion con que, conociendo lo mejor y más perfecto, sabia para bien suyo y provecho de todas practicarlo. Su consejo fué en todo tiempo tan apreciable como prudente y santo. El mereció muy señalado lugar entre el de las madres fundadoras que alcanzó en su tiempo, y así se halló electa muchos años para discreta ó consiliaria. Vivió siempre pacífica, alegre, caritativa y buena para Dios y para sus prójimos. Hizo célebre su nombre la piedad, con que se sacrificó al Señor en beneficio de las criaturas, siéndo tornera, aliviando con dulzura y amor cuantas necesidades la proponian, y procurando con sus palabras ganar á todos para Dios. En el empleo de procuradora dió las más claras muestras de una santa liberalidad, y su grande dilatacion de corazon sacaba cuanto necesitaba de los tesoros del cielo.» —O. y O.

PABLO (Madre Isabel de S.). Profesó de agustina recoleta en la calle del Príncipe á 28 de Febrero de 1605. Fué natural de Madrid, y su padre se llamó Juan Sigoney y su madre Doña María Luxan. Fué grande su afecto á la caridad, que practicó en la comunidad con tal excelencia que edificó en ella, siendo la admiracion de sus compañeras. La M. María de S. José, colmo de perfecciones, llevó consigo á la fundacion del Real convento de la Encarnacion á la Madre Isabel, que asistió al riego de aquella tierna planta, que en breve tiempo descolló un árbol crecido. Saliendo un dia de la oracion de la comunidad y habiéndosela roto una vena, cogió sangre de la mucha que vertia y escribió con ella haciendo voto de ejecutar lo más perfecto de cuanto allí en adelante pensase. Con efecto, toda su vida dió evidentes pruebas de ser dignísima sierva de Dios é insigne religiosa del órden de S. Agustin.—O. y O.

PABLO (Juana de S.). En el siglo se llamó Doña Juana Licarazo y Ormaza, hija de D. Juan Licarazo y de Doña Isabel Bermudez, personas ambas de noble sangre. Dotóla Dios de singular hermosura y no comun entendimiento, del que no tardó en aprovecharse, despreciando la primera para pedir el hábito de religiosa descalza del Cármen, consiguiéndolo por fin en Medina del Campo por el año de 1615. Desde muy niña habia dado muestras de raro ingenio y de la más ardiente caridad, prendas con que continuó toda su vida, siendo la admiracion y el ejemplo de sus hermanas. Martirizó su cuerpo por cuantos medios estaban á su alcance, y purificó su espíritu por medio de una oracion asídua y elevada. Disfrutó mucho del favor divino en diversas ocasiones, y murió tan santamente como habia vivido,

encontrándose su cuerpo lleno de cilicios, abrojos y otros semejantes instrumentos de martirio. —G. P.

PABLO (Leonor de S.). Nació en la Puebla de Mombeltran esta venerable Madre. Siendo niña la llamó Dios á la religion por varios caminos; respondió pronto á la vocacion, y por devocion á las once mil Vírgenes ayunó un año entero. Por más culto religioso, fuera del oficio divino, rezaba todos los dias el del Dulce Nombre de Jesús. Resplandeció por la pureza de su corazon y estrecha observancia de su regla, y paso de esta vida á la eterna el dia de la festividad del nombre de Jesús, de quien era singular devota. Murió en el convento de S. Juan de la Penitencia de Belvis. —O. y O.

PABLO (María de S.). Natural de Villarobledo, hija del doctor Diego de Bellosa y de Doña María de Rivadeneira. Profesó en la reforma del Cármen en el convento de Córdoba el año 1611, yendo como una de las fundadoras de esta casa. Elegida priora el año 1647, gobernó cinco años el convento, planteando en ellos innumerables ejemplos, que practicaron despues las religiosas. Fué su humildad insigne; jamás se la oyó una palabra que recayera en su alabanza ó de su linaje. Para saberse la relacion de sus virtudes se necesitó buscar con cuidado cuanto la sierva de Dios habia procurado ocultar. En la penitencia fué rigidísima; su cama era ordinariamente un rincon del coro, y descomponia la de la celda para disimular su rigor. En los pleitos que se vió obligado á sostener su convento, padeció mucho, siendo Sor María de S. Pablo su blanco y escudo, y contribuyendo con la paciencia, discrecion y virtud á la victoria y paz que disfrutó despues. Enfermó del pecho algunos años ántes de morir, y como no se pudiese levantar de la cama, observaba la regla desde ella como la más sana. Granjeáronla por lo mismo sus virtudes tan asentado crédito, que no solo en el convento sino en toda la ciudad, pedian sus oraciones con la mayor confianza. Cuando murió se solicitaron sus reliquias con piadosa y eficaz pretension, y una señora que alcanzó unas hojas de la palma que llevaba su cadáver al sepulcro, las envió á Jerez á una amiga suya, y como la alcanzasen á otra doncella que debia tomar estado, resolvió, encendido su corazon con vivos deseos, ser carmelita descalza. Así lo realizó en efecto, y por señas de su reconocimiento se puso, como ella, María de S. Pablo.—O. y O.

PABLO (Mencía de S.). Fué natural de Toledo y del antiguo linaje de los Ayalas. No sabemos por qué razon, desde muy niña, entró en el convento de S. Pablo de Toledo, del órden de S. Gerónimo. Educada en esta santa casa, y léjos del mundo y del trato de los hombres, es natural que se inclinase á permanecer toda su vida en aquel retiro, donde habia pasado los años de su infancia, y al lado de las virtuosas religiosas que la habian servido de madre. Sus virtudes y buenas cualidades la elevaron á priora algu-

nos años despues de haber tomado el hábito, siendo tanto el acierto con que desempeñaba su cargo que fué siempre reelegida, y no perdió su dignidad en quince años. Respecto de su celo y devocion, diremos que, cuando no reclamaba su presencia algun negocio urgente, estaba siempre orando en el coro; y si la sacaba de él alguna ocupacion, dejaba otra religiosa en su lugar, porque decia que en la casa de Dios siempre ha de haber quien le haga visita y rinda adoracion. Cuando mandaba una cosa, era la primera en ejecutarla, y de esta manera era obedecida con gusto por todas las demás. En cuanto á su caridad solo podemos decir que sentia todos los trabajos y cuitas de sus hijas más que ellas mismas, desvelándose por aplicarles el remedio, aunque fuese tan insignificante que no se quejára la paciente. Murió, finalmente, con la mayor tranquilidad, siendo en extremo llorada por las religiosas, que la amaban entrañablemente como á una flor criada en el convento, que solo habia abierto su cáliz para llenarle de su aroma, y que habia caido marchita en el mismo punto donde creció lozana, para que en él se guardasen sus cenizas.—O. y O.

PABLO (P. Fr. Pedro de S.). Nació en el lugar de S. Agustin, junto á la ciudad de Segorbe, y tomó el hábito de carmelita en Zaragoza. Cerca de setenta años vivió en la Descalcez con tal virtud, fervor y ejemplo, que jamás incurrió en la menor inadvertencia ni falta á la constitucion de la Orden. Fué superior de Tortosa, maestro de novicios en Barcelona, y si su mucha humildad y virtuosa sencillez no le hubieran retirado nimiamente, hubiera gobernado muchos años. Treinta se empleó en confesor de monjas, sin que en tan prolija ocasion y peligrosa se le oyese queja alguna. Cuando se vió cargado de años y sin fuerzas para el desierto, quiso retirarse al convento de Enguera, contra la diligencia de las monjas de Zaragoza y Valencia, que reconocidas á la grande utilidad que en su gobierno y trato habian tenido, querian perpetuarle. Obtenida la patente comenzó el camino á pie, á pesar de que tenia setenta y ocho años de edad y padecia mal de orina. Llevaba un Cristo en el pecho, y este era su báculo y este su descanso y el consuelo en sus fatigas. Cuando entró en el convento de Enguera, viéndole tan anciano y estropeado del viaje, salieron al encuentro muchos seglares, deseando acompañarle al convento. Correspondia echándoles la bendicion y edificando á todos con sus palabras. Admiró la paciencia que mostró en sus enfermedades, su humildad en las honras y fervorosa oracion. Escribió algunos tratados muy útiles para la hora de la muerte, y que al llegar la suya pidió le leyesen muchas veces. Terminó su vida este religioso ejemplar el dia 5 de Diciembre de 1655, causando una general pena á sus hermanos y á los de la villa. Concurrieron todos al entierro y celebráronse solemnísimas honras, en que el P. Fr. Tomás de Sta. Teresa, prior que habia sido de

aquel convento predicó sus virtudes, enterneciendo á todos la alta opinion que tenian del difunto. A su impulso le cortaban todos pedazos del hábito y de la capa. La Sra. condesa de Elda envió á pedir alguna reliquia, y se la concedió con piadosa devocion. Dícese haber correspondido el Señor con maravillas á la opinion de santidad en que murió su siervo, contándose minuciosamente en su crónica algunos hechos dignos de alabanza.—O. y O.

PABLO (Sor Vicenta de S.). Son muy escasas las noticias que tenemos de la virtuosa señora que en el siglo se llamó Doña Vicenta Zapatero, debiendo sin duda culpar al tiempo, y á lo poco adelantados que estaban los estudios históricos, de un descuido que estaban léjos de merecer sus muchas virtudes, como se ve en lo poco que acerca de esta religiosa se sabe. Dice el P. Jordan, de quien tomamos estas ligeras noticias, que tomó el hábito en el convento de S. Cristóbal de Valencia, donde sobresalió notablemente por su virtud y el cuidado que puso en la rigurosa observancia de sus deberes, que figurándosela suave en demasía la regla de su convento pasó de canónica reglar al estrecho instituto de ermitaña Augustina, y que acompañó á la madre Dorotea en la fundacion del convento de su Orden en Alcoy, donde murió en el año 1602. Sintieron su muerte sus hermanas más que si hubiesen sido tales por naturaleza, porque era el consuelo de todas y á todas edificaba la suavidad y dulzura con que las trataba, y muy singularmente á las enfermas para quien era una madre cariñosa.—G. P.

PACARAU (Pedro). Nació en Burdeos el año 1716, y dedicándose desde muy jóven al estado eclesiástico hizo en sus estudios de humanidades rápidos y brillantes progresos. El estudio de las lenguas tuvo para él un atractivo particular, y así es que aprendió fácilmente y en poco tiempo el hebreo, el siriaco, el griego, el latin, el inglés, el español y el italiano. Hecho sacerdote, se dedicó á la predicacion, y habiéndose conquistado una grande opinion como orador sagrado por su talento, elocuencia, claridad y buen decir, fué nombrado canónigo de la catedral de S. Andrés, en Burdeos, en la que hizo la costumbre de componer cada año un villancico que se cantaba en la misa del gallo, ó sea la que se dice á media noche en la Natividad del Señor. Como era tan versado en el derecho canónico, los canónigos sus compañeros le encargaron por dos veces la administracion de la diócesis, los que tambien despues de la muerte del arzobispo Luissan, en 1769, y de pasar á la silla de Cambray su sucesor Fernando de Rohan, le comisionaron en 1787 para que defendiese ciertas prerogativas del capítulo metropolitano. En la época de la revolucion francesa, Pacarau se hizo partidario de las innovaciones de la Asamblea Nacional; prestó juramento á la constitucion civil de la clerecía, y fué elegido obispo constitucional del departamento de la Gironda el 14 de Marzo de 1791, en reemplazo de

Champion de Cicé, que ocupaba entónces la silla arzobispal. Publicó muchos decretos y algunos escritos relativos á sus funciones episcopales, de que disfrutó poco tiempo, pues que murió en Burdeos el dia 5 de Setiembre de 1797, á la edad de ochenta y un años. Su adhesion al cisma no debe impedir que se diga que tenia estimables cualidades y que distribuia á los pobres muchas limosnas. A la ciencia teológica y á sus vastos conocimientos literarios reunia conocimientos muy variados, particularmente en arqueología, y poseia una biblioteca escogida compuesta de ocho mil volúmenes. Han quedado de este eclesiástico las obras siguientes: *Nuevas consideraciones sobre la usura y el préstamo á interés*, cuyo libro publicó en 8.°, sin nombre de autor, en francés, en Burdeos el año 1784. — *Memoria expositiva, ó idea sucinta de los derechos y de la jurisdiccion del cabildo de S. Andrés de Burdeos sobre los curas de su dependencia, y en particular de su derecho exclusivo sobre las pilas bautismales contra las pretensiones de los curas párrocos de esta ciudad*; Burdeos, 1767, en 8.° — *Análisis de una súplica con motivo de la memoria precedente*; id., 1787, en 8.° — *Reflexiones sobre el juramento exigido á la clerecía*; anónimo publicado en 8.°, en Burdeos, en 1791. — *Ordo divini officii recitandi, ad usum diœcesis*; id., 1792. — *Decretos diversos y órdenes de su obispado*; publicado en 4.°, segun Philbert, en Burdeos el año 1793. — C.

PACAUD (Pedro), sacerdote de la Congregacion del Oratorio, natural de Bretaña, en Francia. Su reputacion como orador provino principalmente de la noble sencillez de sus sermones. En la actualidad solo se conocen de este autor los *Discursos de piedad, ó sermones sobre los objetos más importantes de la religion*; París, 1745, tres volúmenes en 12.° — Esta obra se publicó primero con una aprobacion del doctor Tamponet, mas despues se creyó hallar en ella proposiciones reprensibles, y se la pusieron comentarios que fueron redactados por otro doctor, el abate Millet. Los pormenores de este asunto se encuentran en las *Noticias eclesiásticas* del 26 de Junio de 1745, que, como puede comprenderse, critican los comentarios con mucha severidad. Pacaud no dió su nombre á esta obra, y tampoco se le cita en las *Noticias*. No se habia declarado en una verdadera oposicion, aunque pasaba por favorable á los apelantes. En 1746 fué expulsado de la casa del Oratorio de la calle de S. Honorato, donde residia, y enviado á una casa de provincia. Murió en 3 de Mayo de 1760. — S. B.

PACCA (Bartolomé), ministro y fiel compañero del papa Pio VII, obispo y legado de Velletri, decano del Sacro Colegio, prodatario y arcipreste de la iglesia de S. Juan de Letran. Nació en Benevento el dia 25 de Diciembre de 1756, de una familia noble de aquella provincia. Hizo sus estudios en la ciudad natal, que contaba eminentes profesores, y desde muy temprano se dedicó á la carrera eclesiástica. En Roma perfeccionó su primera educacion,

y fué uno de tantos á pretender una nunciatura de segunda clase, la cual obtuvo en 1786, recibiendo órden de partir para Colonia. El cardenal Pacca cuidó, aunque indirectamente, de hacer conocer las diferentes fases de su carrera; y en su postrer obra (un discurso pronunciado en la Academia de la Religion en 1843, que á su tiempo veremos) pintó la situacion de los electorados de Alemania, en tiempo en que residia cerca del elector de Colonia. En 1793 fué reemplazado por Monsignor della Genga, y fué nombrado nuncio en Lisboa, donde residió hasta fines del año 1800, nombrándole Pio VII en el siguiente cardenal; lo cual no fué una gracia, y ántes bien se le debia aquella elevacion, puesto que regresaba de una gran nunciatura. Durante la administracion del cardenal Consalvi, por más que éste fuese de menor edad, era difícil que Pacca figurase en los asuntos con elevacion, y no figuró este Cardenal en primera línea hasta el año de 1808, á cuyo tiempo acababa Napoleon de derribar á Consalvi; los cardenales Casoni, José Doria y Gabrielli no pudieron llevar con mano fuerte las riendas del Estado, afligido por las exigencias, los motines y los insultos, como anuncio de mayores y más espantosos males. En estas circunstancias, Pio VII ofreció á Pacca el empleo de *prosecretario*; pues no queriendo quitar á Consalvi el título de secretario de Estado, solo habia nombrado unos *prosecretarios* Aceptado por Pacca, gobernó con calma, esperando que la violencia imperial asestase el golpe que meditaba; mas el dia 6 de Setiembre se presentó en la misma secretaría de Monte-Cavallo un mayor llamado Mazio, el cual notificó á Pacca una órden para partir, dando por pretexto que habia publicado una notificacion para que pudieran dificultarse ó embarazarse los alistamientos hechos por los franceses. El cardenal Pacca declaró que no partiria sin una órden del Santo Padre, á quien mandó un billete, noticiándole lo que acababa de suceder. En el momento acude el Papa á las cámaras de Su Eminencia, y « me adelanté á su encuentro (dice el mismo Cardenal), te»niendo entónces ocasion de notar una cosa que jamás habia observado an»teriormente. Cuando uno monta en cólera, se erizan los cabellos y la vis»ta se ofusca, mirando con extravío; en aquel triste estado descubrí ante mí »al Pontífice, al excelente Pio VII, el cual no me reconoció á pesar de mi »vestidura de cardenal, y gritó en voz alta: *¿Quién sois? ¿Quién sois?* Yo »respondí brevemente: *Soy el cardenal*, y le besé la mano. — *¿Dónde está »el oficial?* añadió el Papa; yo se le mostré, y pudimos ver la respetuosa »actitud que tomó. Vuelto el Papa al oficial le ordenó que declarase sin ro»deos hallarse ya cansado de sufrir tanto ultraje é insultos de parte de un »general que todavía se llamaba católico; que no se le ocultaban las ten»dencias de tanto atropello; que lo que se deseaba era quitarle uno á uno »todos sus ministros, á fin de impedir el ejercicio de su apostólico deber

»y los derechos de la soberanía temporal; que él me ordenaba no prestar »obediencia á semejante mandato, y me prescribia que le siguiese á sus »aposentos, con ánimo de ser su compañero de cautiverio; añadiendo que »si se intentaba ejecutar el proyecto de separarme de su lado, debia el gene»ral para conseguirlo romper violentamente las puertas y hacer pasar has»ta su persona la fuerza, recayendo por tanto en él la responsabilidad y las »consecuencias de atentado tan inaudito. Tomándome entónces por la mano, »díjome Su Santidad: *Vamos, señor Cardenal*; y volvió á sus habitaciones »cruzando por entre los servidores de su casa pontificia, que le estaban »aplaudiendo.» El dia 10 de Junio del año siguiente supo Pacca por un billete que iba á cambiarse el gobierno, y que cuando más se esperaba una simple protesta del Papa, sin bula ninguna de excomunion, protesta á que no se daria seguramente más importancia que á las notas de los cardenales Consalvi, Casoni, Doria, Gabrielli y el mismo Pacca; y que en esta seguridad iba el general á publicar un decreto del Emperador, el cual agregaba los Estados Romanos á la Francia. Al punto acudió el Cardenal á ver al Pontífice, y no bien se vieron ambos, obedeciendo á una misma idea, exclamaron juntos con aquellas palabras de Jesucristo: *Consummatum est.* El Papa parecia seguir animado del mismo valor, y acudió á reanimar el de su ministro. Poco despues llegó Monsignor Tiberio Pacca, sobrino del Cardenal, que traia un ejemplar del decreto del Emperador, esparcido por la consulta en toda la ciudad. Tomólo el Cardenal de manos de su sobrino, y rogó á Su Santidad le acompañase al alfeizar de una ventana, porque segun costumbre en Italia por aquella estacion se hallaban herméticamente cerradas las cortinas, y no permitian el paso á la luz del dia hasta el interior de las habitaciones: el Papa se levantó y siguió á Su Eminencia, el cual intentó leer con serenidad y reflexion, puesto que las operaciones que por él les iban á ser ordenadas dependian de aquella lectura. Podemos citar tambien las propias palabras de que se valió el Cardenal: «La justa indignacion que »sentí á vista del sacrílego atentado que entónces se cometia; el ver frente á »mí, y á muy pocos pasos de distancia, al infeliz soberano, el vicario de »Jesucristo, dispuesto á oir de mi misma boca la sentencia de su destrona»miento; las imposturas y calumnias que áun ántes de empezar la lectura »descubrí casi de reojo; los frecuentes y atronadores cañonazos que anun»ciaban la inicua usurpacion, haciendo alarde de un triunfo insultante; todo »aquello junto me conmovió de tal manera y oscureció mi vista, que solo »pude pronunciar á media voz, interrumpiéndome á cada paso y con una »respiracion fatigosa los principales artículos de aquel decreto. Observando »luego á Su Santidad con cuidado, noté por sus primeras palabras la turba»cion que interiormente sentía; pero no descubrí en su rostro señales de pa-

»vor ó de abatimiento, sino más bien de justa y legítima indignacion. Poco »á poco fué reponiéndose, y oyó la lectura con mucha tranquilidad y resignacion.» Entónces se acercó el Papa á una mesa, y firmó sin pronunciar una sola palabra las copias de una protesta en italiano, que tambien habia sido preparada, y que se publicó á la noche siguiente. Habiéndole preguntado despues el Cardenal si habian de darse las órdenes para promulgar la bula de excomunion igualmente preparada, respondió el Papa, algo indeciso, que la habia leido nuevamente por lo mismo, y hallaba muy duras las palabras que en ella se empleaban contra el gobierno francés. El Cardenal replicó que debiendo llegar al extremo terrible y estrepitoso de publicar una bula de excomunion, le parecia necesario presentar en ella un cuadro espantoso, pero sin exageracion, de las injurias y violencias del gobierno imperial; y esto de tal modo, que cualquiera que una vez llegase á leerlo, pudiese decir que Su Santidad anduvo excesivamente moroso en levantar su voz contra excesos tan ofensivos y multiplicados. El Santo Padre repuso: *Pero vos ¿qué hariais?—Yo*, contestó el Cardenal, *despues de haber tenido suspensa sobre los enemigos una amenaza tan terrible, y por tanto tiempo esperada en los estados, dejaria que sintiesen aquellos todo el peso de su fuerza; mas la pregunta de Vuestra Santidad me pone en confusion; elevad, Padre mio, los ojos al cielo, y despues dadme vuestras órdenes; estad, Señor, seguro de que lo que vuestro labio pronuncie, aquello será lo que el cielo ha dispuesto.* Entónces levantó el Santo Padre sus ojos al cielo, y despues de una corta pausa, dijo: *Pues bien, dad curso á la bula*; á lo cual añadió: *Que los encargados de ejecutar vuestras órdenes tomen bien sus medidas, y sobre todo que no sean descubiertos.—Santo Padre*, respondió Pacca, *daré instrucciones terminantes para que se adopten las posibles precauciones, y que nadie se aventure temerariamente. Sin embargo, yo no puedo salir garante de que no acontezca algun suceso deplorable. Si Dios es servido de esta determinacion, sabrá ampararla y defenderla.* Poco tiempo despues tuvo lugar la publicacion; pero de un modo tan extraordinario, que llenó de estupor al general Miollis y á toda la ciudad de Roma. Ahora se vé hasta qué punto habian asociado el Papa y su Ministro sus nombres y su energía en un acta tan formidable como de seguro lo es una bula de excomunion contra el hombre más poderoso entónces de Europa. Conviene leer en las *Memorias* del Cardenal y en la *Historia del papa Pio VII* cuáles fueron las consecuencias de un acontecimiento tan extraordinario en el siglo XIX. El Pontífice fué arrebatado de su palacio de Monte-Cavallo, lanzado en una carretela que pertenecia al general Radet, junto con el cardenal Pacca, y conducido á la Cartuja de Florencia. Una vez allí, se hizo entender al Cardenal que iba á ser separado de Su Santidad, pero que podria hallarle de nuevo en Alejandría. Habiendo lle-

gado á esta ciudad le fué negado el permiso para verle, y no pudo tener la dicha de besar su mano sino en el Mont-Cenis. En las cercanías de Grenoble pudo ya el Cardenal entrar en el carruaje del Santo Padre, y descansaron en aquel punto desde el 21 de Julio al 1.° de Agosto del mismo año. Desde allí fué conducido Pacca á la prision de Estado de Fenestrelle. El Cardenal ha referido fielmente y con muchos detalles todo cuanto sufrió en aquella horrible prision, en la cual pasó tres años y medio. Por su narracion se ve tambien que tuvo ocasion en diferentes veces de mostrarse satisfecho de la conducta de Mr. d'Auzers, director de policía en Turin. Este jóven francés era caballero de Malta, y se encontró presente en el momento de la capitulacion: consta que fué de carácter dulce y muy conciliador en su trato, causando á todo el mundo no poca extrañeza el que hubiese aceptado semejante empleo. En fin, el mismo Cardenal refiere hechos y frases que honran mucho al caballero d'Auzers. Hablando cierto dia un sugeto con el cardenal Pacca sobre aquel caballero, respondio aquel: «Oh! bien »pronto conocí que era un comisario de otra naturaleza muy distinta á la de »muchos que me han tratado con rigor.» No por eso desfallecia de ánimo el Cardenal, y aun soportaba sus males con alegría. «Muchos creerán, dijo, »que debo mirar estos tres años y medio, pasados en la fortaleza de Fenes»trelle, como el tiempo más infortunado y doloroso de mi vida: y á mi vez »digo yo, que los que tal creen estan muy distantes de la verdad. Grandes »fueron ciertamente los padecimientos que sufrí en el alma y en el cuerpo; »porque verse uno privado de toda libertad, la cual nunca es más bella que »cuando se ha perdido; estar separado de la sociedad humana, y en espe»cial de las personas que nos son queridas, bien por los vínculos de la san»gre, bien por las inclinaciones de la amistad; verse atormentado por la »idea de un porvenir incierto, que en la soledad de la prision suele »presentarse bajo un aspecto tan triste, son verdaderamente males suficien»tes para lacerar el alma; y si á ellos se unen el horror de aquel sitio casi »siempre cubierto de hielo, la aspereza del clima, la ausencia de toda co»modidad, y en especial la de alimentos propios y convenientes á un tem»peramento débil y á un estómago enfermo, tendremos averiguado que es»tos son dolores desagradables y mortificantes para el cuerpo. Mas los últi»mos, si bien hemos de considerarlos como tales, se encuentran largamen»te compensados por otros, como son el reposo, la tranquilidad de espíritu »que tan difícilmente se halla en el mundo, y nunca en las dignidades y car»gos ilustres; la idea consoladora de que se sufre por la buena causa, y la »seguridad de que con poco está uno satisfecho de sí, lo cual sucede muy »rara vez en el curso de nuestra vida. Entónces Dios, en su infinita miseri»cordia, me otorgó una salud más perfecta, un humor más alegre, casi jo-

»vial, y por experiencia comprendí la verdad de estas palabras del Eclesiás-»tico (en el cap. XXX, v. XVI): *No hay riqueza superior á la de la salud del »cuerpo, ni placer más grande que la alegría del corazon.* Tambien conocia yo »que aquel sentimiento tan íntimo, aquella alegría y jovialidad eran una gra-»cia especial debida al cielo, y que á medida que el tiempo mitigaba en mí »los rigores de la prision, aquella hilaridad interior disminuia en la misma »proporcion. » Aquí cita el Cardenal aquel pasaje bellísimo de Ciceron que se lee en la oracion por el poeta Archias, y que tan elegantemente explica el consuelo que nos presta el estudio. Esperábase que con motivo de las bodas de María Luisa hallarian los prisioneros algun alivio en su suerte, y llegado el tiempo hizo el fuerte ciento un disparos de cañon; *mas el humo de los cañones se desvaneció y tambien las esperanzas de los cautivos.* A fines del año 1812 tuvieron los prisioneros conocimiento de la terrible catástrofe de Moscow, y al mismo tiempo supieron que habia tenido lugar una especie de acomodamiento entre Pio VII y Napoleon, por el que se daba libertad al cardenal Pacca, debiendo ir á unirse en Fontainebleau con Su Santidad. Los compañeros de cautiverio salieron á despedir al Cardenal hasta la puerta del fuerte; la campana de la parroquia daba al aire sus ecos en muestra de regocijo, y el párroco á la cabeza de sus feligreses postrados de rodillas, pedia la bendicion de Su Eminencia. A las campanas de Fenestrelle respondieron bien pronto las de las iglesias de la Montaña, y por todas partes se hizo el mismo recibimiento al príncipe de la Iglesia hasta que entró en Pignerol, En Lion halló Pacca al vizconde Mateo de Montmorency, tan bueno, tan cuidadoso y tan amigo de la Santa Sede, el cual hizo á Su Eminencia la más tierna y brillante acogida en aquella ciudad. Siendo tan querido de Roma el nombre de esta familia ilustre, supo el Cardenal por el vizconde el estado desgraciado de los asuntos, y la funesta negociacion del concordato de Fontainebleau. Antes de partir de este punto fué invitado Su Eminencia á visitar la iglesia de S. Vicente de Sales; agitáronse en el aire las campanas, y el templo se cuajó de fieles. El párroco dirigió al Cardenal un discurso lleno de piedad y de fervor, en el cual fueron de notar las siguientes frases: «Be-»samos vuestras cadenas, y os miramos como á un confesor de la fe, pues »que tanto habeis sufrido por la causa de Jesucristo..... Como ministro de »la cabeza visible de la Iglesia, le direis que nosotros deseamos estar siem-»pre unidos á su persona, siempre obedientes á su voz..... Dadnos vuestra »bendicion, pues que habemos seguridad de sernos confirmada en el cielo »la que nos deis en la tierra.» Todo esto por consiguiente acontecia bajo el imperio de Napoleon, que aún conservaba su poderío, y que tanto habia perseguido á los ministros del Señor; y no obstante, cuanto más audaces y más parcos de toda consideracion humana aparecian algunos pasajes de

aquel discurso, tanto más ruidosas y vehementes eran las muestras de aprobacion de la multitud: con tales triunfos hubo el Cardenal de proseguir su viaje. Bueno sería leer en sus *Memorias* su llegada á Fontainebleau, su entrevista con el Papa y mil otros detalles importantes; mas no seguiremos al Cardenal en esta relacion ni en la de algunas circunstancias referentes á su viaje á París; pero sí haremos mencion de lo que pasó en las Tullerías cuando fué á la audiencia del Emperador. Apénas hube llegado, me sentí palpitar violentamente el corazon, y tenia clavada mi vista en la puerta que corresponde á las habitaciones de Napoleon; oí anunciar *el Emperador*, y le vi acercarse desde la cámara contigua con un uniforme muy sencillo; avanzó hasta ponerse en medio de la sala, y despues de haber tendido su vista sobre todos los concurrentes, empleando un tono un poco duro, se llegó hácia mí, deteniéndose á la distancia de cinco á seis pasos. El Ministro de Cultos, que se hallaba cerca de mí, le dijo que yo era el cardenal Pacca; entónces repitió con rostro más severo: *el cardenal Pacca*; luego dió un paso hasta mí, y refrenándose con muy buenas maneras: *Pacca*, me dijo, *vos estuvisteis algun tiempo en una fortaleza.* A lo cual respondí: *Tres años y medio, señor.* Bajó entónces un poco la cabeza, é imitando luego con ambas manos la accion del que escribe: *Tambien escribisteis vos*, me dijo, *la excomunion.* De aquel modo intentó sin duda justificar en público la órden de mi prision. Yo permanecí callado por no creer oportuno ni útil responder cualquier cosa para disculparme, y tambien porque deseaba evitar toda ocasion de invectivas. Entónces añadió: *Mas todo debe darse al olvido*, con lo cual aludia al art. 10 del Concordato de Fontainebleau, en el cual se prometia, en el nombre del Emperador, volver á su gracia á todos los cardenales, obispos, sacerdotes y seglares que habian incurrido en su indignacion con motivo de los sucesos conocidos. Finalmente, me preguntó de qué país era, y respondiendo que de *Benevento*, pasó á otra cosa, pues vió á *Consalvi*, que estaba á mi lado, y dijo: *Ese es Consalvi, ya le conozco.* Me alegré ciertamente de haber escapado tan bien de cuanto me habia hecho temer (1), y atribuí aquella acogida, no muy descortés seguramente, á la opinion en que estuviera Napoleon de que yo podia mucho en el ánimo del Papa, del cual deseaba la ejecucion del Concordato nuevamente terminado. «El Cardenal fué á ver la Biblioteca Imperial, donde le pusieron de manifiesto los más raros y preciosos manuscritos arrebatados al Vaticano y á otros países. Uno le presentaron que contenia una multitud de pedazos de papel, sobre los cuales habia escrito Pascal sus ideas tan brillantes y famosas. El bibliotecario le abrió á la casualidad y leyó estas palabras: *La fuerza es la reina del mundo.*»

(1) Tenia razon para ello, porque Napoleon dijo al Papa en las negociaciones de Fontainebleau: *Pacca es mi enemigo.*

Entónces dijo el Cardenal al bibliotecario sonriéndose: *La mayor parte de los manuscritos que me habeis enseñado, prueban la certeza de esa proposicion.* Pero vengamos al año 1814, en que los acontecimientos se suceden con mayor rapidez. Napoleon determinó por fin enviar otra vez á Roma al Papa, por miedo de que Murat, invasor por su sola cuenta y no como lugarteniente imperial, estableciese su poder hasta en la misma Roma. Entónces el Cardenal hubo de trasladarse á Uzés, pues el duque de Rovigo le envió órden para ello por su carta de 25 de Enero. A Mr. Lépine, que fué el encargado de poner en manos de Su Eminencia aquella órden, le estaba prescrito asímismo tratar al Cardenal con todos los miramientos compatibles con las instrucciones que habia recibido; mas no fué tan atenta una carta del Ministro, dirigida al subprefecto de Uzés, segun la cual debia tenerse á Su Eminencia *bajo la más estrecha vigilancia*, y tratar además de descubrir, áun por los indivíduos de su familia y casa, cuáles eran sus conversaciones, su conducta, sus relaciones y sus confidencias, con amenaza de destitucion al comisario de policía si no daba ciegamente cumplimiento á su deber. Cuando pasó por Orleans al dirigirse á Uzés le hicieron notar la estatua de Juana de Arco, y dijo al oficial Lépine: *Necesitariais una mujer de igual valor y energía para lanzar de vuestro territorio las tropas de los aliados.* El oficial comprendió muy bien lo epigramático de tales palabras, porque respondió friamente: *Es verdad.* En Limoges acudió el Obispo rogando á Su Eminencia que diese la bendicion al pueblo. El Cardenal respondió, dirigiéndose á la muchedumbre: «Hé aquí vuestro Obispo; él es quien debe bendeciros en esta reunion; yo solo soy aquí una oveja.» Nótese bien la presencia de espíritu que siempre tuvo el Cardenal, y el buen gusto de sus contestaciones. Preguntándole un párroco en Narbona cuál era su nombre, respondió el Cardenal modestamente: *Pacca.* Entónces exclamó el sacerdote con entusiasmo: *¡Oh nombre ilustre en los fastos de la Iglesia! nombre querido para todos los buenos católicos.* Ya en 15 de Abril se gritaba en Uzés *¡Viva el Rey de Francia!* y conoció Pacca que muy pronto sería puesto en libertad. Parece que durante su permanencia en aquella ciudad, y á pesar de las amenazas del duque de Rovigo, tuvo una acogida muy galante y respetuosa, cuyo recuerdo nunca le abandonó. Oigamos referir al Cardenal algunas particularidades de aquel cambio. «El alcalde, los magistrados, los em»pleados de Hacienda y hasta los mismos gendarmes cambiaron de cucarda »(escarapela), sustituyendo á la tricolor con una blanca, continuando des»pues cada uno las funciones de su respectivo empleo como ántes. Esto me »hizo conocer mejor cuánto se equivocan los que creen ser precisa la multi»plicacion de empleos y cargos, á fin de que sea mayor el número de los »amigos del gobierno. Desgraciadamente piensan de distinto modo la ma-

»yor parte de tales empleados, y no bien tienen la seguridad de conservar »bajo el *nuevo* gobierno, sus cargos ó sus empleos, vuelven la espalda al »*antiguo*, y la cara, como suele decirse, al sol que más calienta.» No se oia por ninguna parte más que estos gritos; *¡Viva Su Santidad! ¡Viva el Rey! ¡Viva el Cardenal!* Para demostrar éste su gratitud salió á la ventana, como todo el mundo, y agitó su pañuelo blanco, gritando tambien: *¡Viva el Rey!* Al dia siguiente gritó: *¡Viva la buena ciudad de Uzés!* Y este grito produjo un éxito indescriptible, porque el pueblo en masa, entre el cual se vieron algunos calvinistas que felicitaron con entusiasmo á Su Eminencia, intentó penetrar en sus aposentos. Llegaban los protestantes y decian: *Verdad es que somos protestantes, mas no importa*; y empezaban á ofrecerle flores, dinero ó letras de cambio. Y á propósito de la alegría que sintieron los prisioneros rusos detenidos tambien en Uzés, y que gritaban: *¡Viva el emperador Alejandro!* hacia el Cardenal esta reflexion: *Agradóme* aquello mucho, y fué causa de que conociera mejor la urbanidad y delicadeza de sentimientos del pueblo francés, áun en sus clases más ínfimas. En cada capítulo de sus Memorias se manifiesta bien claramente el amor y simpatía que adquirió por aquella nacion; mas siendo inevitable imprimir á la pluma igual rapidez en estos límites estrechos que la que impelió el curso de los acontecimientos, añadiremos que el Papa fué tambien aclamado por las primeras tropas extranjeras que acababa de encontrar al dirigirse á su capital. El cardenal Pacca, que fué arrancado igualmente de ella y arrojado al fondo del mismo carruaje que el Santo Padre, se unió de nuevo á éste en Sinigaglia, y ya no volvió á abandonarle hasta su entrada triunfal en Roma. Despues de la retractacion del acta de Fontainebleau, Pio VII siempre decia que su único deseo era volver á Roma, y cuanto ántes mejor: *que nada necesitaba, y que la Providencia se encargaria de conducirle á su ciudad.* Estas palabras dieron ocasion al cardenal Pacca de manifestar una vez más lo que él llamaba *su carácter jovial.* Hacia el Padre Santo su entrada solemne en Roma el dia 24 de Mayo, acompañado en su carruaje por los cardenales Mattei y Pacca; y en el momento de cruzar el camino que separa la puerta del *Popolo* del *Ponte Molle*, á la altura de la *Villa Viale*, las jóvenes del conservatorio de la *Providencia* se aparecieron luego á su vista, llevando cada una en la mano una palma dorada, ondulando graciosamente sobre sus hombros á manera de vistosos plumajes, y entonando cánticos de bendicion. De todos lados partieron gritos hácia los jóvenes romanos que arrastraban la carroza del Papa, diciéndoles: «*Fermate, badate, ecco la giovinette della Providenza*; deteneos, tened cuidado, que son las hijas de la Providencia. Conmovido Pacca á su vista, dijo al Padre Santo, que no estaba ménos enternecido: *Santísimo Padre, muchas veces oimos de vuestros labios que*

LA PROVIDENCIA OS CONDUCIRIA DE NUEVO Á ROMA; *mas nunca nos dijisteis que vendria delante.* El Papa derramaba copioso llanto de regocijo. Más tarde, esto es, el dia 17 de Agosto, restableció los Jesuitas por consejo del cardenal Pacca, que le tenia recomendada esta medida con empeño en calidad de prosecretario de Estado, la cual además apoyaban muchos romanos, entre otros el prelado Nasalli. Algunas disposiciones más principales de aquella bula fueron redactadas por Pacca, y en ella vemos estas palabras: «El »mundo católico pide á una voz el restablecimiento de la Compañía de Jesús; »así nos lo demuestran diariamente las peticiones cada vez más apremiantes »de nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y personas muy »distinguidas, hoy sobre todo que tan generalmente se conocen los abun»dantes frutos que ha producido la Compañía en las comarcas mencionadas. »La misma dispersion de las piedras del santuario, ocasionada por las últi»mas calamidades, las cuales mejor es que deploremos, sin afligir nuestro »ánimo con su recuerdo; el anonadamiento en que se encuentra la disciplina de las órdenes regulares, sosten y gloria de la religion y de la Iglesia »católica, á cuyo restablecimiento se dirigen hoy todos nuestros pensamien»tos, exigen de Nos que accedamos á súplica tan general como justa.» Joaquin habia solicitado tratar con Roma para hacerse garantir la investidura del trono que ocupaba, y proponia volver á las antiguas prácticas, pagar el tributo de la *hacanea*, que le sería ofrecido de rodillas, y ser en cierto modo un feudatario más complaciente que Fernando lo habia sido en los últimos años del siglo XVIII. El tono de Joaquin cambió, sin embargo, de pronto; y miéntras que mantenia guarnicion en una gran parte de los Estados Romanos, siendo el resto defendido apénas por tres batallones pontificios, afectó temer algunas hostilidades y preparó la guerra. A poco recibe Pacca noticias fechadas en Ancona, anunciándole que el rey Murat se dirigia á aquel punto y que llevaba intenciones de soliviantar al pueblo romano en favor de la independencia de Italia, y que él sería á la vez motor y jefe de aquella independencia. El fin oculto de todas aquellas tramas era el secundar los proyectos de Napoleon, que iba á abandonar la isla de Elba el dia 26 de Febrero de 1815. Para seguir desd aquí el curso de los sucesos, no vemos guia más fiel que el mismo Pacca. La princesa Elisa, hermana de Napoleon, y que vivia en Bolonia, se dejó decir que, para asegurar la revolucion de Italia era preciso invadir á Roma con rapidez y apoderarse en rehenes de Pio VII y de su ministro Pacca. En su vista el Cardenal aconsejó al Papa que abandonase la capital, á fin de evitar aquel nuevo contratiempo. Pacca dió á luz una obra intitulada: *Relazione del viaggio di papa Pio VII á Génova nella primavera dell' anno* 1815, *e del suo ritorno a Roma*; obra dedicada á la condesa Ripamti, en la que declara que segrega aquella relacion de sus manus-

critos por contestar á muchas calumnias: por ella veremos las nuevas dificultades que al Papa se suscitaron.—Los viajes de los papas desde que llegaron á ser tambien príncipes temporales, y sobre todo los viajes fuera de Italia, siempre han sido sucesos notables, tanto para la historia de las naciones como para la eclesiástica, y ordinariamente hubieron por motivo vicisitudes tristes y dolorosas. Algunas veces fueron los pontífices arrancados de sus sillas, bien por los emperadores idólatras que mandaban en Roma, bien por los de Constantinopla, protectores frecuentemente de los cismas y de las herejías, lo cual por desgracia hemos visto repetido en nuestro tiempo. Otras salian de Roma los pontífices por salvarla de graves é inminentes peligros, é iban al extranjero en busca de amparo no solo para socorrer á la ciudad, sino hasta para la misma Italia. El Cardenal consignó que la aparicion de Pio VI y Pio VII en Francia produjo grandes bienes á la religion. Lo cierto es que en cualquiera situacion en que se vea colocado un papa, ya esté rodeado de alegrías, ya le cerquen sinsabores, parece como que la voluntad divina ha marcado la frente de los pontífices romanos con un sello misterioso, que impone veneracion y respeto. Con intentos revolucionarios, contrariados muy poco en verdad por las potencias apartadas y amigas tal vez por cálculo ó por conviccion de la paz, se atrevio Murat á solicitar de Pio VII el derecho de cruzar con su ejército los Estados Pontificios; mas el Cardenal creyó que debia negársele. Aquel ocupaba las Marcas y podia avanzar hácia la Lombardía, sin tener necesidad de presentarse en la parte de las provincias romanas que el Papa habia recobrado; pero se obstinaba, sin embargo, en pasar por Roma y aún tenia tiempo de prender al Papa. En tanto, el marqués de San Saturnino, en nombre de su soberano el rey de Cerdeña, ofreció á Pio VII un asilo seguro en Génova. Los medrosos querian que el Papa partiese en el momento: mas como podia suceder que Murat, siguiendo el camino del Tronto, renunciase á la idea de pasar por Roma, temió Pacca que acusasen al Santo Padre y su ministro de pusilánimes, y solo adoptó precauciones para no ser cercados en Roma. En aquella circunstancia mostró el Cardenal gran firmeza de espíritu y no comprometió la reputacion que de animoso mereció Pio VII. Dióse órden á los gobernadores de *Marittima* y *Campaña* que advirtiesen á Roma á la primera invasion de napolitanos por la frontera; se preparó una notificacion que previniese á los romanos, en caso de necesidad, dónde habia de partir el Papa, y se nombró una *Junta de Estado* que debia presidir el cardenal de la Somaglia, el cual se encargaria del gobierno en ausencia de Pio VII. Al cardenal di Pietro, tan célebre por su saber y por los servicios que prestó cuando el concordato de 1801, se le nombró delegado apostólico. Por último, en la mañana del dia 22 de Marzo partió ya el Papa por haberse presentado cerca de Terracina muchos cuerpos de tropas napolita-

nas y que habian pedido el pasaje. El Padre Santo se inquietó al pronto; mas no tardó en tranquilizarse cuando le dijeron que sería una tempestad pasajera, y salió de Roma con un solo carruaje, tomando el camino de Viterbo, en cuyo punto debia detenerse un momento, Monsignor Soglia y Monsignor Meandri fueron los únicos que acompañaron al Papa. Al dia siguiente, cuando ya se disponia la celebracion de oficios del jueves santo, circuló entre los cardenales y el cuerpo diplomático la noticia de que el Santo Padre habia salido de Roma; y en seguida Pacca hizo fijar la notificacion siguiente: «Cuando Su Santidad tenia motivos para creer que nunca »volveria á turbarse la paz, ha visto nacer inopinadamente nuevas vicisitu»des alarmantes. El Padre Santo sabia que las tropas napolitanas se acerca»ban á la frontera pontificia; mas, seguro como se hallaba, de mantener »paz con todo el mundo, nada temia, ni áun motivos encontraba para ello, »á no ser una negativa de pasaje á estas mismas tropas, impuesta al trono »pontificio por altos deberes de Estado, y por lo cual Su Santidad se re»signa á nuevos dolores. La instancia del gobierno de Nápoles fué hecha »por medio del cónsul de aquella potencia, solicitando licencia para hacer »pasar dos divisiones, una á las cercanías de Roma, y la otra por la via de »Terni, para unirse á las tropas de Ancona, con el pretexto de que en »este tiempo no se halla practicable el camino de los Abruzos para la artille»ría y para los bagajes. El Padre Santo ha negado este pasaje, porque desde »luego le consideró en abierta oposicion con su carácter; porque le encontró »despues perjudicial á los intereses del Estado, y por último, que era ente»ramente innecesario: en oposicion con su carácter, porque aquella marcha »guerrera y las frases que se ven en la demanda del permiso, dejando en»trever una nueva guerra en Europa, en la cual habrian de mezclarse las »tropas napolitanas, las cuales por aquel solo hecho vendrian á quebrantar »el santo y equitativo sistema de neutralidad, conforme al ministerio de paz, »tan estrechamente observado por la Santa Sede; perjudicial tambien á los »intereses del Estado, porque exponia á los súbditos del Santo Padre á todas »las consecuencias del despecho que aquel pasaje pudiera causar en las po»tencias extranjeras, á quienes se trataba de hostilizar; y en fin, era inne»cesario, porque tenian para ello los Abruzos, que en la estacion presente »(á fines de Marzo) no ofrecen dificultad alguna al tránsito de la artillería ni »de los bagajes. A pesar de tan explícita negativa, Su Santidad ha visto con »dolor que las tropas napolitanas han comenzado á violar el pacífico territo»rio de la Iglesia romana, y no puede tolerar en silencio semejante viola»cion, que tan ofensiva es para sus derechos de soberanía y de independen»cia. Su Santidad nos ha ordenado protestar, como lo hacemos formalmente »en su nombre soberano, contra la dicha violacion; y al mismo tiempo

»que renovemos públicamente en estas circunstancias, como en realidad »lo hacemos, sus protestas contra la ocupacion de las Marcas, de Benevento »y de Ponte-Corvo. No cree seguramente el Santo Padre, que á pretexto de »este tránsito de tropas se intente atentar despues á su dominio temporal y »al respeto debido á su persona sagrada; sin embargo, para hacer más »patente su negativa y desagrado, cree deber alejarse momentáneamente de »la capital, yendo á una ciudad vecina á sus Estados. Támbien nos ordena »Su Beatitud que exhortemos á todos y á cada uno de sus queridos súbditos »á permanecer fieles en el cumplimiento de sus deberes, á no alterar la »tranquilidad pública, y á dar á conocer que en todas ocasiones los hijos »adictos se glorian, se complacen en secundar las intenciones de su cariño»so padre. Dado en las habitaciones del Quirinal el dia 22 de Marzo de 1815. »*B. Cardenal Pacca, camarlengo de la santa Iglesia y prosecretario de Esta*»*do.* »—Esta declaracion hizo mucho honor al Cardenal, y admiró en extremo el valor con que, á pesar de las circunstancias, protestaba contra las antiguas y contra las nuevas invasiones de un vecino que parecia dispuesto á marchar contra Roma. Al mismo tiempo invitaba al cuerpo diplomático á seguir á Su Santidad, observando de paso que semejante determinacion sería muy grata á los ojos del Santo Padre. Consalvi, el secretario titular de Estado, se encontraba á la sazon en Viena, administrando cuidadosamente los asuntos del Papa en el Congreso, y recibió cartas de los descontentos de Roma en que le anunciaban la conducta de Pacca; los unos, como sucede siempre en todos los trastornos sociales, no se consideraban suficientemente recompensados por haber rehusado los empleos que les ofreció Miollis; los otros, que habian servido, y entónces no servian, se mostraban dispuestos á recibir á Joaquin y á jurarle obediencia. Así, pues, mal informado Consalvi, escribió á Pacca que procurase un pronto remedio á los males de Roma, y vituperaba aquella ausencia del Santo Padre en su ciudad, ausencia que tal vez él mismo hubiera aconsejado. Pacca respondia á tan calorosas amonestaciones, que no se habia podido hacer de otro modo. Y en efecto, la primera cautividad del Papa llegó á ser necesaria, pues toda la Italia obedecia á Napoleon: solo habia que forzar las puertas de Monte-Cavallo, y un gerdarme francés terminó en una sola noche tan fácil conquista; pero una nueva cautividad podia ser achacada á un acto de imprudencia; los caminos estaban abiertos, Génova con sus murallas ofrecia la proteccion; y un rey piadoso excitaba á Su Santidad á entregarse en manos de un pueblo fuertemente adicto á la religion; ahora bien ¿puede con razon decirse que no obró Pacca cuerdamente? Lo probable era que Murat fuese batido por los austriacos, y el Papa anduvo acertado si puso en salvo su persona. Aunque Napoleon triunfase en Francia, y le fuese por tanto

permitido auxiliar á Murat en Italia, quedaba todavía á Pio VII, en su refugio de Génova, la posibilidad de trasladarse á Cerdeña, y en caso de necesidad á España. Los soldados de Joaquin continuaron avanzando y atravesaron las provincias pontificias, y un cuerpo de ejército pasó á corta distancia de Roma; pero en la ciudad no hubo tumulto alguno: el cardenal de la Somaglia gobernaba con un verdadero espíritu de moderacion. En general vieron los súbditos del Papa con indiferencia el paso de los soldados napolitanos. Se interceptó una carta escrita por uno de los jefes de Joaquin, y fué remitida á Génova: en ella se decia al primer ministro de Murat: «Solo tenemos un »pequeño partido en los Estados del Papa, y este se halla reprimido, no solo »por la autoridad, sino tambien por la *masa del pueblo que no está por nosotros*. Necesitaria hacer una disertacion para explicar las causas de ello; S. M., sin embargo, debe contentarse con saber que le digo la verdad. La órden del Papa para que se nos suministren víveres ha tranquilizado al país, que por otra parte no veia con gusto nuestra entrada; la excelente conducta de la tropa podrá asegurar más la tranquilidad. Pacca salió de Roma para unirse al Papa; mas parece que Monsignor Maury, uno de los cardenales que acompañaron á Su Santidad, creyó que Viterbo estaba demasiado cercano á un enemigo declarado, y comprometió al Santo Padre á entrar en Toscana. Pacca, segun decia al cuerpo diplomático, esperaba hallar al Papa en una ciudad vecina á su estado, y ni aun le encontró en Aquapendente, ciudad de la frontera. Entónces temió el Cardenal que, en vez de dirigirse á Génova, hubiesen obligado al Santo Padre, con diferentes pretextos, á tomar el camino de Lombardía, y escribió á Pio VII una carta respetuosa en la cual suplicaba á Su Santidad que esperase á los cardenales que iban á reunirse con él. El Santo Padre se detuvo en Florencia, y allí le encontró Pacca el dia 27 de Marzo. En Siena corrió á poco una especie alarmante: se dijo que los napolitanos iban á penetrar en Toscana, y aunque el hecho en sí era del todo imposible, el Papa y el Gran-Duque partieron juntos para Liorna. No será ocioso referir aquí lo que aconteció entre el Cardenal ministro de Su Santidad y un capitan de navío inglés. Este no podia conducir inmediatamente al Santo Padre á Génova, por tener que esperar á que los mercaderes ingleses hubiesen embarcado los principales artículos de sus almacenes; mas propuso que, si llegaban los napolitanos, recibiria á bordo á Su Santidad y le pondria á cubierto de todo insulto, lo cual dió motivo á un pequeño disenso entre el Papa y el Cardenal. El soberano queria partir y el ministro no. Pio VII no cedió y fué á Lerici en busca de las falúas que hacian el viaje de Génova. Entrados en Sarzano, halló Pacca al marqués de San Saturnino, ministro del Piamonte, y le presentó al Papa. Despues de los primeros cumplimientos, se adelantó el Marqués hácia el pueblo, que

se aproximó en tropel, y dijo en alta voz: «Señores de la ciudad y habitantes del campo; tengo órden de mi Rey para deciros que en la actualidad de»beis obedecer solo á él (señalando al Papa) á él, que es el primero entre los »soberanos y el jefe supremo de la Iglesia.» Los nobles, los campesinos y el pueblo acogieron con gritos de júbilo aquella especie de cambio ó permuta de soberano y se postraron á los pies del Papa exclamando: *¡Viva Pio VII y viva el Rey!* Durante aquel viaje del Papa tuvo lugar un espectáculo conmovedor. Los habitantes formaban un cordon á lo largo de la costa y saludaban á la falúa en que iba Su Santidad, apartándose del litoral muchas barcas para escoltar la comitiva. Vióse una barca, llena únicamente de mujeres de todas edades, las cuales llegaron á fuerza de remo y entonando cánticos á recibir postradas de hinojos la bendicion del Padre Santo, y despues se volvieron á su aldea, entre el rumor de mil exclamaciones de alegría y los cánticos que daba al aire su júbilo. Su Santidad entró en Génova el dia 5 de Abril, acompañado de su ministro; y en el momento en que la barca de San Pedro apareció en el puerto, toda la guarnicion corrió á las armas para tributar los honores de ordenanza. El comandante de las fuerzas británicas, lord William Bentinck, que era hermano segundo del duque de Portland, fué de los primeros que se presentaron al Papa. Pio VII quiso dirigirse inmediatamente á la metrópoli, marchando á pie junto á la silla de manos el arzobispo cardenal Spina. Todas las calles estaban cubiertas de riquísimos tapices; nunca ciudad alguna apareció más unánime en sus demostraciones de ternura y de amor. El cardenal Maury, que á la sazon vivia en Roma, condenado á una especie de ostracismo desde su vuelta en 1814, fué acusado de querer abandonar aquella residencia y trasladarse al lado de Napoleon, que por entónces ya se hallaba de nuevo en París; y si bien este cardenal manifestó siempre que no tuvo semejante idea, la cual por otra parte ofrecia en la realizacion algunos peligros, sin contar con que no habia podido cumplir su deseo, la Junta de Roma juzgó conveniente arrestar á Su Eminencia y encerrarle en el castillo de St. Angelo. Bien hubiera deseado Pacca que fuese otro el lugar de aquel arresto, y que todo hubiese pasado en familia, á pesar de serle imposible vencer el resentimiento de Roma; pero á la distancia en que se encontraba no pudo ménos de aprobar la conducta de la Junta. Consalvi, no bien entró nuevamente en la direccion de los negocios, aconsejaba tambien en este punto á Pio VII con no menor generosidad, porque se habia prolongado la cautividad de Maury.— Habiendo luego dispersado el general Frimont las tropas de Murat, abandonó el Papa el puerto de Génova el dia 18 de Mayo para regresar á su ciudad. Tomó, pues, la ruta de Turin, adonde llegó el 20, y de allí pasó á Florencia. Al llegar á Radicofani quiso el Santo Padre ver otra vez la casa en que

se detuvo, donde aún permanecia la mujer que, en hábitos de cardenal, habia ayudado á hacer la cama del Papa. Llegaron por fin á Roma el dia 7 de Junio; y Pacca, que habia sido compañero de Su Santidad en el infortunio y testigo feliz de sus triunfos, vióse más tarde obligado, en calidad de camarlengo, á verificar el reconocimiento del cadáver de Pio VII, á cubrirle el rostro con un lienzo, y á depositar en su ataud los sellos de sus armas de familia. En el cónclave de 1823 Pacca no obtuvo más que cinco votos: él votaba con los Zelanti. En el que salió elegido Gregorio XVI, las disposiciones fueron poco más ó ménos las mismas. Siguió, pues, el Cardenal viviendo tranquilamente, siendo jefe indirecto, aunque siempre sumiso, de una especie de oposicion moderada. Frecuentaba las sociedades y se ocupaba en trabajos literarios, dando en fin el ejemplo de las virtudes difíciles que deben tener y manifestar las *ilustraciones* del Estado que no son llamadas al gobierno. Su postrer obra hizo mucho ruido entónces, y se intitula: *Nella solenne apertura dell' anno XLIII dell' Accademia di Religione Cattolica.* Es una especie de testamento político, y empieza así: «He aceptado con verda»dero placer la mision de abrir en este año el curso de vuestras disertacio»nes académicas, por recrearme en vuestros trabajos literarios, Académicos »ilustres, consagrados á la defensa de nuestra santa religion católica, etc.» Y termina con estas palabras: «No extrañeis, amabilísimos é ilustrados »colegas, que haya hecho uso de mi palabra con una libertad lata; porque »el hombre que, como yo, se ve agobiado por el peso de sus ochenta y siete »años, tan cercano á la tumba que casi huella ya sus bordes, se muestra »con frecuencia sordo á la voz de una pusilánime prudencia humana.» El Cardenal terminó su gloriosa vida al año siguiente. Fué un hombre de ingenio en toda la extension de la palabra, y sus miras políticas distintas de las del cardenal Consalvi: éste, que era gracioso y elegante, procuraba siempre agradar; aquel podria desagradar tal vez; mas no era en verdad ménos político y deferente. La Santa Sede necesitó desde 1800 á 1808 un hombre como Consalvi, único medio de conjurar algunas tempestades; el otro, esto es, Pacca, era el que á la corte de Roma convenia desde 1809 á 1816. El mismo Consalvi opinó de igual suerte que Pacca en Fontainebleau: ya no se trataba de gracias ni de términos conciliadores, la cuestion versaba sobre puntos de dogma y sobre derechos que eran sagrados. Durante la invasion de Murat observó Pacca una conducta sabia, prudente y aun enérgica; pero deshecho el invasor, es indudable que más convenia Consalvi. Las diferentes obras de Pacca muestran que fué un literato distinguido y profundamente instruido en los buenos libros de casi todo los países. En sus *Memorias*, que estan rebosando encantos, se descubre una mezcla de erudicion y sencillez que no puede ménos de herir agradablemente nuestros sentidos, conmovien-

do á la vez el corazon. Francisco Pacca, que murió en 1832, siendo arzobispo de Benevento y autor de algunas obras, era tio del Cardenal, el cual hizo su elogio en un opúsculo intitulado: *Notizie storiche intorno alla vita ed agli scritti di Monsignor Francesco Pacca, arcivescovo di Benevento, pubblicate dal cardinale B. Pacca.* —C. de la V.

PACCANARI (Nicolás). Nació de padres honrados, aunque pobres, en el valle *Suzanna*, en las cercanías de Trento. Al principio emprendió la carrera del comercio en Venecia; despues en Roma la carrera militar, llegando hasta sargento en la guarnicion del castillo de St. Angelo; y más tarde se vió reducido á ir de ciudad en ciudad enseñando algunas curiosidades: se cree con fundamento que en ninguno de aquellos diferentes métodos de vida perdió sus hábitos religiosos. De regreso en Roma se hizo cofrade del oratorio (era una asociacion piadosa) del P. Caravita, antiguo individuo de la Compañía de Jesús, cuyo principal objeto en todos los cofrades habia de ser el de catequizar é instruir á las gentes del campo. Paccanari concibió la idea de hacer revivir la Compañía de Jesús bajo el nombre de *Sociedad de la Fe*, para lo cual se unió á otros sacerdotes que consintieron en reconocerle por jefe, áun cuando Paccanari era todavía del estado laico. Despues de vivir un mes espontáneamente retirado en Loreto, instalóse el año 1798, con doce más de sus asociados, en una casa de campo situada cerca de Spoleto, propia de un hidalgo de aquella ciudad, adoptando la regla del noviciado de los Jesuitas, y haciendo los mismos tres votos simples de la Compañía de Jesús, á los cuales añadieron más tarde el de una ciega sumision á la autoridad del Soberano Pontífice. En sus principios se creyeron Paccanari y muchos de sus compañeros favorecidos por la revelacion, siendo tal vez el único motivo para ello su imaginacion exaltada. Pio VI, para quien lograron algunas recomendaciones de antiguos jesuitas de nota, les animó y les dió el título de *Compañía de la Fe de Jesús*. Esto pasaba en la Cartuja, cerca de Florencia, donde por entónces vivia el Papa. Trasladado á Roma Paccanari con el fin de recoger los discípulos de la Propaganda, á quienes el nuevo gobierno acababa de expulsar de su colegio, fué arrestado como sospechoso y encerrado en el castillo de St. Angelo, como tambien sus compañeros de Spoleto, que fueron arrancados de aquel sitio. Vueltos á su libertad por haber reconocido el gobierno que en ningun modo se habian ocupado de política, se refugiaron en el ducado de Parma, donde les aguardaba la proteccion del duque Fernando. En Bélgica tambien se habia formado una sociedad con el nombre del *Sagrado Corazon*, cuyo objeto era casi idéntico á la de Paccanari, y á invitacion del Santo Padre se reunieron ambas en la capilla d'Hagenbrunn el dia 18 de Abril de 1799, para constituir en adelante solo una, cuyo jefe debia ser Paccanari. Este se trasladó luego á Praga,

en donde la archiduquesa María Ana, que era hermana del emperador de Austria, y las señoritas Leopoldina y Luisa Naudet, sus damas de honor, se unieron á la sociedad por votos, y se sujetaron á la obediencia del General de la Compañía; sin embargo, esta conducta pareció peligrosa á muchos jesuitas antiguos. Despues de su regreso á Viena, recibió de manos del Nuncio el subdiaconado y diaconado. Pero queriendo apartar de su institucion los usos y costumbres monacales, llegó á introducir en ella en cierto modo una disipacion y recreo muy poco conformes con el recogimiento y la piedad. La Sociedad de los PP. de la Fe se propagó en 1800 por Francia é Inglaterra, y Amiens vió formarse en su centro un colegio dirigido por los mismos. No obstante ello, el gobierno francés les ordenó alejarse el año 1804 y 1807, é igual suerte les cupo en Alemania. Paccanari habia ya perdido mucho de su concepto, y el Nuncio del Papa en Viena se negó á conferirle el sacerdocio, á causa del disgusto que en él habian producido ciertas acciones poco regulares y ajustadas. A Padua se encaminó despues á fines del año 1799, y allí fué donde por fin obtuvo el presbiterado, á principios de 1800, de manos del obispo de Cremona, en virtud de poderes otorgados por Pio VI á la Sociedad de la Fe. Vino luego Pio VII, elegido como es notorio en Venecia el dia 14 de marzo del dicho año 1800, el cual no se mostró á los Padres tan benévolo como su predecesor, y por otra parte tambien se alejaban cada vez más de Paccanari los Jesuitas, recibiendo éste una órden del Papa en que le mandaba dejar el hábito de su instituto. Sus mismos consocios de Inglaterra, de Francia y de otros países fueron sucesivamente separándose de él; y todo por lo ménos hacia sospechar que las desconfianzas suscitadas respecto de su persona eran fundadas. Cuando en 1804 apareció el breve que restableció los Jesuitas en el reino de Nápoles, muchos padres de la Sociedad de la Fe desertaron su bandera para unirse á ellos. Con el tiempo se suscitaron nuevas quejas, entre ellas muy graves, algunas contra Paccanari, y hubo de formársele un proceso en el cual fué juzgado culpable de inmoralidad y de estafa y condenado á prision; mas como este proceso se sustanció por la jurisdiccion civil, hízose nueva informacion, constituyéndose en tribunal los cardenales Consalvi, Pacca, Morozzo, etc., los cuales le juzgaron demente, y en su consecuencia fué encerrado en una casa de locos.—La invasion de los franceses le devolvió la libertad; pero no por eso consiguió relacionarse con ninguno de sus antiguos consocios, que más tarde lograron ser admitidos en los colegios de Jesuitas.—Mil noticias contradictorias circularon acerca del fin que tuvo Paccanari: segun unos fué asesinado por un doméstico y arrojado al Tiber; segun otros se trasladó á Suiza, y allí terminó el curso de su agitada carrera, muriendo ejemplarmente, pero sin nombrar la época. En cuanto á la princesa María Ana, despues de intentar

en vano sostener con su caudal la sociedad de mujeres que se creó en Roma, volvió á Viena en 1809, y murió santamente en Neudorf (Hungría) en el mes de Octubre de aquel año. — C. de la V.

PACCIOLI (Lucas), llamado *Paciolus* por la costumbre que habia en la edad media de latinizar los apellidos. Tambien se le titulaba *de Burgo*, porque era natural de Borgo S. Sepolcro, en Toscana. Este religioso franciscano se distinguió mucho en el siglo XV por sus conocimientos en las matemáticas, y tomó una parte muy activa y gloriosa en el renacimiento de la ciencia que cultivaba. Parece que hizo algunos viajes á Oriente. Enseñó las matemáticas en Nápoles, y despues en Milan, donde fué el primero que ocupó una cátedra, fundada por Luis Sforza. El mismo refiere en su *Tratado de Arquitectura* que estuvo en Nápoles con Leonardo de Vinci, desde 1496 á 1499, y que desde esta ciudad pasaron juntos á Florencia. Explicó tambien en Roma, y cita la buena acogida que mereció á Paulo III. En 1508, por último, explicaba á *Euclides* en Venecia. Tuvo muchos discípulos, de los que da en sus listas numerosas obras. Escribió en italiano con una mezcla de dialecto veneciano: 1.° *Summa de arithmetica, geometrica, proportioni é proportionalita, etc. Tratado de la aritmética, de la geometría, de las proporciones, etc.*; Venecia, 1694, en fólio. Este libro se halla dividido en dos partes, relativa la una á la aritmética, y á la geometría la otra. La primera es muy notable: 1.° Paccioli, aumentando mucho á lo que uno de sus compatriotas (Finabocci) habia introducido en Italia cerca de tres siglos ántes, explica muy á la larga las diferentes reglas de la aritmética con algunas invenciones debidas á los árabes, como las reglas de falsa posicion sencilla y doble, á que titula reglas de *Elkathaim*. 2.° Se ocupa de la aritmética mercantil muy detalladamente, añadiendo un gran número de problemas y de ejemplos; aquí es donde se hallan las primeras nociones del *arte de llevar los libros por partida doble*, adoptado ahora generalmente en el comercio y aun en la contabilidad de las cajas del Estado de casi todos los países de Europa. Paccioli, que recorrió las ciudades de Italia donde se ejercia el comercio en mayor escala, habia recogido cuidadosamente las diferentes prácticas usadas por los comerciantes, y las cita todas. Su libro ofrece tambien ejemplos de cuentas de cambio, de arbitraje, de operaciones en participacion, etc. En él se hallan detalles sobre los pesos y medidas de Italia en esta época, lo mismo que sobre los cambios, los que se buscarian en vano en otra parte. 3.° Trata con mucha extension del álgebra, á que llama *arte maggiore*, de donde sin duda procedió la denominacion dada despues á esta ciencia de *arte magna, ars magna*. Montuda hace la observacion de que el tecnicismo de esta ciencia era entónces muy diferente de lo que es ahora; la incógnita que se busca se llamaba *cosa*, lo que dió tambien durante al-

gun tiempo al álgebra, el nombre de *Arte della cosa (ars cosica)*. El álgebra de Paccioli no va mucho más allá de las ecuaciones de segundo sagrado. Las dos ediciones de su libro son raras, en particular la primera; y hay bibliotecas muy ricas que no poseen ninguna. La obra se halla impresa en caractéres de la época, semigóticos, con muchas abreviaturas. La primera edicion está dedicada á Marco Sanuto, noble veneciano; la segunda, con una doble epístola dedicatoria en italiano y en latin, á Guido Ubaldo, duque de Urbino, etc., cuyos conocimientos matemáticos elogia mucho Paccioli. El título, muy prolijo, indica que la obra fué impresa á orillas del lago Benaco (ó de Garda), que da las mejores tencas del mundo, y cuyas riberas se hallan sembradas de hermosas antigüedades, entre otras de la ciudad de Benaco.—2.ª *De divina proportione opera à tutti gli ingegni perspicaci è curiosi necesaria*, etc.; Venecia, 1509, en fólio, con láminas. La obra está dedicada á Luis Sforza, y comienza con los elogios de la línea dividida en media y extrema razon, de la que refiere trece *effetti* ó utilidades. Esta division hace efectivamente un gran papel en la geometría de los polígonos y de los cuerpos regulares, y casi justifica el nombre enfático que la da Paccioli, llamándola proporcion divina. Una gran parte del libro está compuesto de láminas que representan la aplicacion de la proporcion divina á la arquitectura y á la formacion de las letras capitales, que han parecido á Montuda de tan buen gusto, que sospecha estan tomadas de los monumentos antiguos de que se trata en el título de la *Summa de arithmetica*. Siguen, por último, las representaciones en perspectiva de los cuerpos regulares, cortados por sus ángulos ó colocados en cada una de sus fases, bajo pirámides equilaterales, lo mismo que bajo otros cuerpos más complicados é irregulares por lo general.—3.ª *Libellus in tres partiales tractatus divisus, quorumcumque corporum regularium et dependentium activæ perscrutationis*; Venecia, 1508, en fólio. Estos tres tratados se refieren á los polígonos y cuerpos regulares sobre la inscripcion mútua de estos cuerpos los unos en los otros, y una multitud de problemas análogos que se resuelven en su mayor parte algebráicamente.—4.ª *Una traduccion de los quince libros de Euclides, en latin, ó más bien una correccion de la de Campanus, que revisó y aumentó con notas*; Venecia, 1509, en fólio. La escasez de las producciones de Paccioli, lo prolijo de sus títulos y la confusion ocasionada por su nombre como religioso y su apellido de familia, han hecho caer en grandes errores á los bibliógrafos y biógrafos, que tan pronto hacen dos personajes de este autor, como citan cual si fuesen obras diferentes las partes que componen una sola.—S. B.

PACCIUS ó PACTIUS (Tomás). Fué este eclesiástico prior de la colegiata de Loches, en la segunda mitad del siglo XII, razon por la que se le llamaba

comunmente Tomás de Loches. Se ignoran las fechas del nacimiento y muerte de Paccius; pero se sabe que vivia el año 1180, porque en este año reedificó la iglesia de su colegiata, que estaba ruinosa. Dice Lesourd en el artículo de la Biografía universal, que dedicó á este autor, escribió una obra titulada *Gesta comitum Andegavensium ab anno* 843 *ad annum* 1169, *auctore Thoma Pactio Lochense*. Algunos escritores creyeron que esta crónica era la misma que el monje anónimo de Marmontier insertó en el *Spicilegium* de D. Lucas de Achery; pero basta leer para conocer que es un error el prefacio de la obra del expresado monje, que dice que el primer autor es Tomás de Loches; pero si quedase alguna duda la desvaneceria el manuscrito conservado en la Biblioteca del Rey, titulado: *Histoire Lochoise des antiquités des villes de Loches, Amboise, Beaulieu, Montrechard* (é incidentalmente) *des comtés d'Anjou, paraphrasée en français par Hervé de la Quene, extraits la plupart du latin de Thomas Paccio, prieur de l'eglise collegiale de Loches.* Paccius dejó escrita enteramente de su mano una Biblia, que conservaba el cabildo de Loches, de donde pasó á la Biblioteca de Sta. Genoveva.—C.

PACCONO (P. Francisco). Escribió dos *Catecismos* en etíope, contra los errores de algunos acerca del bautismo, y vieron la luz pública en Angola. *El gentil de Angola bastantemente instruido en la fe*; 1642, 12.°, en portugués. — O. y O.

PACCORI (Ambrosio), autor de diferentes obras de piedad, natural de Céancé, en el Bajo-Maine. Abrazó el estado eclesiástico, pero no obtuvo órdenes superiores á las de diácono. Dirigió como jefe el colegio de Céancé, despues el de Meung, cerca de Orleans, que habia sido establecido por los obispos de esta ciudad para favorecer á los jóvenes que se sentian con vocacion al estado eclesiástico. Ocupó este último empleo por espacio de diez y ocho años durante el episcopado del cardenal de Coislin; pero habiendo muerto este prelado en 1706, Paccori, que pasaba por partidario de las opiniones de los discípulos de Port-Royal, se vió obligado á retirarse y marchó á vivir á París, donde residió en la soledad más profunda. Ya habia hecho imprimir en Orleans algunos escritos de moral y de piedad, como *Aviso saludable á los padres y á las madres para educar bien á sus hijos.* — *Diálogo sobre la celebracion de los domingos y dias festivos.* — *Reglas cristianas para arreglar santamente todas las acciones;* 1700, en 12.° — Despues dedicó sus ratos de ocio á componer otras obras del mismo género. como las siguientes: *Sociedad cristiana;* — *Compendio de la nueva ley;* — *Deberes de las doncellas cristianas;* — *Pensamientos cristianos, etc.* La mayor parte de estos escritos son cortos: Paccori dió tambien una nueva edicion aumentada de las *Epístolas y Evangelios, con explicaciones por preguntas y respuestas*; paris, 1727, cuatro volúmenes en 12.° Murió el 12 de Febrero á la avanzada

edad de cerca de ochenta y un años: parece que era apelante. —S. B.

PACE (Angelo), hebreo, de veinticuatro años de edad: despues de haber viajado y discutido con los rabinos, abrazó la fe de Cristo, nuestro Señor, y fué bautizado por el arzobispo de Aviñon el 17 de Agosto de 1687. C. de la V.

PACE ó PACIO (Julio), distinguido jurisconsulto, que nació en Viena en 1550: compuso á los trece años de su edad un tratado de *Aritmética*. Luego enseñó sucesivamente en Ginebra, Heidelberg, Sédan, Nimes y otros puntos la misma ciencia. Su discípulo y amigo, el célebre Peirese, hizo grandes esfuerzos, pero inútiles, para atraerle á la religion católica; sin embargo, pronunció su abjuracion en 1620 y murió en 1645. —C. de la V.

PACE (Mario), natural de Malta, ingresó en la Compañía de Jesús en 1593 á la edad de quince años. Fué catedrático de filosofía en Palermo, y enseñó teología en Moztorano, siendo rector de varios colegios de su provincia y teólogo del obispo de Catania. Debilitado, en fin, por largos padecimientos, falleció en Palermo el 6 de Marzo de 1643. Escribió: *Dell antichitá di Caltagirone. — Istoria di Messina. — De morbis animi. — Volume de belle lettere.* —C. de la V.

PACE (Ricardo). Nació este eclesiástico en la diócesis de Winchester, en Inglaterra, en 1482. Desde sus primeros años se manifestaron de tal modo sus buenas disposiciones para el estudio, que el obispo de esta iglesia, M. Langton, se encargó de su educacion y costeó sus estudios. Al salir de la universidad de Oxford fué á estudiar el derecho público, civil y canónico á la de Padua, que era entónces la más famosa de Europa. Volviendo á Inglaterra fué protegido por el cardenal Bambridge, arzobispo de York, que le presentó en la corte, en la que fué nombrado para una plaza de la secretaría de Estado y agraciado con muchos beneficios, y despues fué sucesivamente canónigo de la iglesia de York, arcediano de Dorset, dean de Exeter, y por último dean de S. Pablo de Lóndres. Enrique VIII le envió á Venecia en 1522 para que asistiese á un importante tratado que debia celebrarse entre el Emperador y el rey de Francia. Llenó su cometido á satisfaccion de su Rey; pero excitó los celos del cardenal Wolsey hasta el punto que éste le jugó una mala partida que le causó una enfermedad, por la que quedó inhabilitado para continuar su mision. Siendo llamado á Inglaterra, su enemigo el Cardenal continuó persiguiéndole con tal empeño, que ofuscando al Rey, á pesar del afecto que le profesaba, logró mandase encerrar á Pace en la Torre de Lóndres, en donde estuvo encerrado dos años. Esta desgracia le produjo una enajenacion mental, de la que no sanó enteramente nunca, y retirándose á Steppey, en las cercanías de Lóndres, murió en su retiro el año 1532, cuando apénas contaba cincuenta años. Pasó

Pace por excelente político y muy instruido en los negocios de las córtes, pero tenia el defecto para cortesano de ser muy franco, careciendo de la gracia de fingir ni de disfrazar sus opiniones, y jamás se aprovechó del favor para molestar á sus enemigos. Poseyó á fondo las lenguas antiguas y modernas, y estuvo en opinion de buen literato, pues que Erasmo le llama *Utriusque litteraturæ callentissimus*. Han quedado de Pace las obras siguientes que le acreditan: *De fructu qui ex doctrinâ percipitur*; Basilea, 1517, en 4.° — *Oratio de pace et fœdere inter Angl. et Fran. reg.* — *Præfactio in Ecclesiast. recogn. ad hebraicam veritatem et collat. cum translatione* 70 *interpret.*, en 4.° — *De lapsu hebraicorum interpretum.* — *Tratado contra el matrimonio de la reina Catalina*, en inglés, en el cual se manifiesta muy reservado con respecto á Enrique VIII. — *Sexdecim orationes ad principes.* — *Exemplum litterarum ad regem Henricum VIII*, 1526. — *Carmina diversa.* — *Epistolæ ad Erasmum*, *Leium*, *etc.* Se encuentran en las epístolas de algunos eruditos varones. Tambien se conocen de este autor traducciones latinas de diversos tratados de Plutarco, desde la muerte de Apolonio de Thyanes, del prefacio de Simplicio, y algunas otras obras de menor importancia, segun nos lo dice Mr. Tabarart al tratar de este eclesiástico en su artículo de la *Biografía universal*, dirigida por M. Michaud. — C.

PACHECO (Frey D. Alfonso), comendador de Villafranca y Castellseras, notable caballero de la órden de la Merced, y que mencionan los autores de la *Historia Mercenaria*. — O. y O.

PACHECO (P. Alonso). Nació en Minaya, villa del reino de Toledo. Pertenecia á la familia de los Pachecos, que es una de las más ilustres de España, y era hijo de D. Juan Pacheco de Alarcon y de Doña Catalina de Alarcon, de la esclarecida casa de los Alarcones, condes de Valverde y nietos del gran capitan de Cárlos V, que llevó su nombre, y fué quien trajo preso á España al rey de Francia Francisco, despues de la batalla de Pavía. Grandísimo fué el esmero que pusieron los padres en la educacion de un hijo, que por su docilidad y buenas inclinaciones prometia grandes frutos; y considerando que su desarrollo moral habia adelantado al físico, y que era natural inclinacion y deseo suyo dedicarse al estudio, le mandaron al colegio de PP. Jesuitas que habia en Belmonte, distante cuatro leguas de su casa, muy considerado entónces por haber salido de él grandes ingenios, como los Vazquez, Lorcas y Leones. Como unia el jóven estudiante á su mucha docilidad un vivo ingenio, aprovechó en poco tiempo en las letras más que sus antiguos condiscípulos, entre quienes sobresalia notablemente, y de quienes era muy querido, pues á la natural emulacion, que degenerando en envidia pudiera hacerle tener ménos simpatías, oponia un trato dulce y apacible, y se esmeraba mucho en servirlos y complacerlos, de modo que tanto

los maestros como todos cuantos le trataban, le querian entrañablemente. Su virtud por una parte, el deseo de servir á Dios en obras piadosas y el amor que tenia á sus maestros y compañeros, le hicieron concebir la idea de quedar en su Compañía, profesando en su convento; y como no queria dejarse llevar por el brillo de una idea naciente, esperó algun tiempo, consultando con los más íntimos amigos y probando su vocacion, á ver si era verdadera, lo que no tardó en conocer; y dando parte de su deseo á sus maestros, les pidió le hiciesen la merced de admitirle en su Compañía, lo que le fué concedido con el mayor gusto. Esto sucedió en el año de 1567, cuando Pacheco no contaba más que diez y seis años de edad, si bien tenia muchos más de virtud y sabiduria. Pasó nuestro religioso despues á tener su noviciado en el seminario de Villarejo de Fuentes, donde entró con la mayor alegría, mirando su celda como el mejor de los palacios, porque con su silencio y quietud le prometia la realizacion de su deseo de compartir su tiempo entre la práctica de las virtudes, sobre todo la oracion y el estudio, al que era muy aficionado. Dos años estuvo en esta santa casa, dos años duró en ella el ejemplo más eficaz para sus connovicios, y la admiracion para sus maestros, que se alegraban cada dia más de poder llamarse tales, de un jóven que prometia ser en breve capaz de enseñar á todos por su virtud y sabiduría. Terminados los años de noviciado, hizo los primeros votos con el mayor gozo por verse ya incorporado á la Compañía, y despidiéndose con lágrimas en los ojos de los que le habian acompañado durante aquel tiempo, pasó á Alcalá á estudiar la teología, donde estuvo hasta terminar sus estudios, sirviendo de ejemplo á los estudiantes, como á los novicios en Villarejo, pues era su silencio inviolable, su caridad ardiente y su modestia superior á cuanto pudiéramos decir. Era apacible con todos, pero consigo áspero en demasía, poniendo en práctica cuantos medios le sugeria la agudeza de su ingenio para atormentar su cuerpo con duras penitencias. Comia de la limosna que repartian á los pobres en los conventos sin repugnancia, honrándose con su compañía, y sin recordar con pena el regalo de su casa; era, en fin, perfectísimo en todo lo que puede ser perfecto un hombre, y de esta manera adelantaba á grandes pasos en el camino de la divina gracia. Como el blanco de sus deseos fué siempre la predicacion del Evangelio á los infieles del Japon, se preparaba con ensayos, que hacia en las plazas, llamando la atencion sus fervorosas pláticas á cuantos le escuchaban, á pesar del empeño que ponian sus superiores en apartarle de aquel camino, porque tenian depositada en él toda su confianza, y no les faltaban esperanzas de ocuparle en los mayores empleos de su provincia, creyéndole utilísimo para la crianza de la juventud; pero Dios le tenia destinado para que sellase con su sangre la verdad que habia de salir de sus labios, y contra el dictá-

men de todos dispuso su viaje para las Indias Orientales, del modo que ahora veremos. Corria el año de 1564, en que era general de la Compañía el P. Everardo Mercuriano, quien, á instancias del P. Alejandro Valignano, visitador de la provincia de la India Oriental, determinó enviar á ella muchos y buenos defensores de la santa fe. Corrió la voz de esta determinacion, y llegando á oidos de nuestro Pacheco, no solo se ofreció, sino con deseo ardiente de recibir el martirio pretendió con todo su valimiento pasar con el visitador á las Indias; pero aunque la provincia de Toledo dió doce indivíduos de los más escogidos de la Compañía, no le tocó la suerte, que tanto solicitaba, por el empeño de sus superiores en conservarle á su lado, pues le excluian siempre por unanimidad en todas las votaciones. Ya perdia la esperanza de conseguir su fin, y se deshacia en lágrimas conforme los elegidos se iban acercando al punto de su destino, cuando el favor de Dios le consiguió lo que nunca pudieron alcanzar sus pretensiones y sus súplicas, porque estando para hacerse á la vela los doce religiosos en Lisboa, enfermó uno de ellos, que iba de coadjutor, y el P. Alejandro envió cartas con toda prisa al provincial de Toledo, pidiéndole otro en su lugar. Interpuso nuevamente sus ruegos con los superiores, quienes no pudiendo resistirle, le pusieron por única condicion que pidiese licencia para marchar á su hermano D. Pedro Pacheco, quien ya era señor de su casa, por lo mucho que le debia la Compañía, y con la esperanza de que habia de oponerse, como sucedió; pero una aguda enfermedad le hizo prometer la licencia á su hermano si sanaba; y como esto sucediese así al cabo de algunos dias, consiguió nuestro religioso á un mismo tiempo la de su hermano y la de sus superiores, con las que se puso inmediatamente en camino. Llegó á Lisboa, donde se unió con sus compañeros, que le recibieron con los brazos abiertos, y mucho más contento que ninguno el P. Alejandro, quien escribió al General de la Compañía, haciendo de él muchos elogios. Llegaron finalmente á Goa, y allí terminó sus estudios y cantó misa; pero no pudo pasar inmediatamente al Japon, como queria, porque le dieron el cargo de maestro de aquel colegio. Tres años ejercitó este ministerio con admirable prudencia y acierto, á pesar de lo disgustado que estaba por no cumplírsele nunca sus deseos, áun cuando parecia que tocaba su resolucion; y al cabo de estos tres años los superiores, contentísimos de su buen comportamiento, le eligieron para compañero del provincial y secretario de toda la provincia, cuyos cargos desempeñó segun costumbre, á pesar de estar á la sazon muy combatida la provincia por muchos y peligrosos enemigos. Acompañó al provincial, ayudándole con solicitud y buenos consejos, que en muchos casos le fueron utilísimos, pues sin ellos no hubiera resuelto felizmente muchas dificultades, debiendo al talento que mostró en la expedicion de los negocios, que le en-

viasen comisionado al General de la Compañía, despues al Sumo Pontífice y y á los Reyes Católicos con misiones muy delicadas; y como temiesen que le obligáran á quedarse en Europa, escribieron al General suplicándole no lo permitiese, por la mucha falta que les hacia en las Indias, á cuya súplica añadiarr muchos y muy cumplidos elogios del P. Pacheco. Con este despacho se hizo á la vela el año de 1578 y vino á Portugal, donde halló mucha alteracion por los infaustos sucesos del rey D. Sebastian; de modo que sin detenerse pasó á Roma, donde trató los negocios que llevaba con el sumo pontífice Gregorio XIII y con el General, dejando á los dos sumamente satisfechos de su talento y capacidad para todo. Despues de haber obtenido lo que pedia, volvió á España, y aquí fué donde más trabajó y más beneficios hizo á la Compañía, pues con los trastornos de Portugal estaban las cosas muy mudadas, tanto que el rey D. Felipe tenia muchos memoriales contra los padres de la India, apoyando la idolatría de los salfetanos, pretendiendo que les permitiesen templos en el distrito de Goa, so color de seguridad y amistad y del aumento de las rentas reales. Opúsose con mucho valor el P. Pacheco, moviendo de tal manera el ánimo del Rey, que mandó derribar los templos de los idólatras, y quitó á sus vireyes la potestad de darles licencia para reedificarlos en adelante. Concluidos estos negocios, volvió á embarcarse en Lisboa para la India con otros trece compañeros el año de 1681, y apénas hubo llegado á Goa, dió cuenta puntual de su comision á sus superiores, quienes en premio de su trabajo le dieron el cargo del colegio de Salfete, que tenia la Compañía en aquella ciudad, y en donde criaban muchos de aquella isla, instruyéndolos en la fe y en las costumbres de los católicos, para que luego enseñasen á los suyos. En este seminario trabajó con muchísimo fruto, aprendiendo el idioma de los indígenas, convirtiendo y bautizando á muchos. Negoció con el virey que se destruyesen muchos templos de ídolos, y esto lo sintieron tanto los bracmanes y sacerdotes idólatras, que con ánimo de vengarse pidieron paces, y las efectuaron con el virey D. Francisco, admitiendo religiosos de la Compañía para que les predicasen la fe de Jesucristo. Para esta empresa fué comisionado el P. Rodulfo Aquaviva en compañía del P. Alonso Pacheco, como perito en la lengua del país, con otros dos sacerdotes y un hermano coadjutor; y apénas los vieron en su tierra los gentiles, cuando arremetiendo á ellos les privaron de las vidas, ciegos de ira por vengar sus ídolos derribados, é instigados por sus sacerdotes. El P. Pacheco, que se les habia puesto el primero por delante, diciéndoles ser él la causa de todo, recibió una lanzada en el pecho, de la que no murió, ántes bien extendiendo los brazos en cruz se puso á orar fervorosamente, pidiendo por ellos á Dios y perdonándoles de todo corazon; pero otra lanzada en la garganta puso fin á su oracion y á su vida,

ciñendo en sus sienes la corona del martirio el dia 15 de Julio de 1583, á los treinta y cuatro años de edad y quince de Compañía.— G. P.

PACHECO (Doña Ana). Floreció esta bendita religiosa con otras muchas en el convento de Franciscas de la villa de S. Clemente, en el obispado de Cuenca. Hija de D. Francisco Pacheco y de Doña María de Alarcon, señores de Minaya, pueblo de la misma diócesis; á los quince años de edad recibió el hábito á ruegos suyos, y aunque la contrariaron sus padres, que la querian entrañablemente. Fué única y ejemplar en las penitencias y disciplinas, llegando á enfermar á consecuencia de las continuas mortificaciones que se imponia. Murió en el pueblo de su cuna el año de 1553, dejando muy grata memoria por su santa vida y virtudes. —O. y O.

PACHECO (La V. Doña Ana). Siempre fué la imperial Toledo fértil campo, que por todas edades y siglos produjo milagrosos frutos para el cielo. No pusieron término á su fecundidad las Leocadias y Casildas, que siendo del más frágil sexo, compitieron en virtudes con los varones más esforzados que produjo su terreno; y áun en las auréolas de mártires excedieron á algunos. Produjo despues de estos vivos ejemplos de pureza, fortaleza y constancia, flores muy vistosas, que alimentadas con el riego de la divina gracia, se llevaron los agrados de la Majestad divina. Hija es de esta fecunda madre la venerable señora Doña Ana Pacheco y Rojas, que para ejemplo de doncellas, retrato de casadas y espejo de viudas, la puso Dios en su católica Iglesia. Salió á gozar de esta luz comun el dia 26 de Julio de 1592, siendo sus padres D. Juan Pacheco de Rojas, hijo del conde de Mora, que casó con una señora ilustre de la casa de Montalban y Villena, condes de Casarubios y marqueses de Velez; su madre se llamó Doña Francisca de Rivadeneira, hija del mariscal de Castilla y hermana del conde de Fuensalida. Sobre campo tan dilatado de nobleza esmaltó sus virtudes Doña Ana; debió á su virtuosa madre la entrañase sus buenas costumbres con el alimento que le daba en sus pechos, y así el uso de la razon la halló prevenida para que dirigiese á Dios sus pasos sin violencia. Su casa era como un convento, sus diversiones los templos y los hospitales; áun en la tierna edad mostraba Doña Ana la grande caridad que con los pobres habia de tener. Érale de gran gusto á la niña oir á su madre era dia de ir al hospital que llaman del Rey, el que más solia frecuentar; regocijábase mucho con la noticia, y pedia á su madre, á otra hermana mayor que tenia, y á las criadas, le diesen dinero para dar á los pobres enfermos limosnas, y decia con notable gracia fuese en cuartos sencillos, para que así pudiese alcanzar á todos. En llegando al hospital daba su limosna; y en acabando de repartirla, quedaba con la misma ansia; pedia de nuevo á su madre, hermana y criadas le diesen que dar, y hasta que lo lograba era notable su inquietud; dábanla lo

que les pedia, por dar en esto á la niña gusto; repartia lo que le daban, y quedaba con nuevo dolor cuando no podia socorrer á todos su necesidad. Con este arte sacaba á su madre y demás familia todo lo que llevaban, y quedando todo repartido por su mano, se volvia á su casa con nuevo deseo de repetir tan santo ejercicio. — A la edad de ocho á diez años, cuando iba teniendo mayor luz, se humillaba mucho en la presencia de Dios; apetecia los oficios más humildes de su casa, fregaba y barria, hacia ó ayudaba á hacer cuanto á las criadas menores tocaba para el cumplimiento de sus obligaciones. Llegáronlo á entender sus padres, y aunque no disgustaban de ver tan bien inclinada y humilde hija, pero por el amor que la tenian y complexion delicada la reñian; escuchaba la reprension con mucho gusto, pero lo que lograban con eso los padres era, no el que dejase de hacer las acciones humildes, sino que las hiciese con más recato. Hallóla en una ocasion su hermana cerrada en un aposento demasiadamente afanada y encendido el rostro; preguntóla qué hacia allí; á que respondió con ingenuidad, que tomar aliento por el cansancio que tenia de haber ayudado á pasar unos colchones á otro aposento. Con estos piadosos ejercicios, y otros que cada dia apetecia, se iba adelantando en la edad, y más en la virtud, refrenando sus apetitos con la rienda de las penitencias y frecuencia de sacramentos. — Llegó á la edad de tomar estado; siempre tuvo horror al del matrimonio, pero instada por sus padres, que se lo pidieron con lágrimas y cariñosas súplicas, le pareció no era razon negarles del todo este gusto y consuelo, aunque lo dilató todo el tiempo que pudo. Fué apetecida de cuantos señores vivian en la corte y en Toledo; su hermosura, discrecion y virtud hechizaban á todos; y aunque se dejaba ver de pocos, llegó brevemente la noticia á los muchos, y aunque fué tan apetecida de tantos, solo quien la mereció fué D. Antonio de Luna, primogénito del conde de Fuentidueña, señor de las villas del Carrascal y Castro-Jimeno, descendiente legítimo por varonía del condestable D. Alvaro. Era este caballero igual á Doña Ana en nobleza, en edad y conforme en la condicion. Hízose cargo de las obligaciones del nuevo estado, y sin alterar en los ejercicios de virtud se adelantó mucho en las obras de caridad. Hizo D. Antonio á Doña Ana dueña de su casa, y le daba gran gusto su gobierno y modo que tenia en la disposicion de su hacienda; con esta ocasion eran contínuas y copiosas las limosnas que daba, los hospitales, huérfanas y pobres viudas que socorria, los templos que adornaba, y las imágenes de la Madre de Dios que vestia. Cuidaba de que su familia viviese con notable observancia, arreglada á los preceptos de la ley evangélica. — Absteníase áun de las recreaciones lícitas en que se solian divertir otras señoras. Habiendo llevado el Señor al marido de la sierva Ana Pacheco á su eterno descanso, buscó al santo P. Fr. José de Segovia

para comunicarle su pena y que gobernára su alma. Aficionóse mucho á la Religion Trinitaria, cuyo hábito pidió con muchas instancias, cerrando completamente las puertas á las pretensiones y marchitando las esperanzas de muchos de los primeros señores, que deseaban con vivas ansias pasase á segundas nupcias. Hizo voto de castidad absoluta delante de un crucifijo y practicó con puntualidad la santa regla, ejercitándose Ana desde entónces en otras penitencias muy rigurosas; entre otras, cuéntase que se solia cerrar el año sin haber dejado de ayunar un dia tan solo. El postre que tomaba para acabar de comer era una raiz de juncia, á fin de padecer con su amargura riguroso tormento. Desde el viernes al medio dia hasta el sábado no tomaba agua en memoria de la pasion de Cristo, pasándose veinticuatro horas sin dar al cuerpo el más ligero descanso. Brilló al propio tiempo en el ejercicio de la hospitalidad y en otras excelentísimas obras de caridad, dándola mucho gusto cuando se ignoraba lo que en estas obras de misericordia distribuia. Muchos fueron los dones con que la honró Dios, especiamente el de profecía. Cuando cayó enferma y se fué agravando su mal, recibió los santos sacramentos con notables recreaciones de su inflamado espíritu. Los herederos de su hacienda fueron los que habian sido dueños de cuanto tuvo en su vida, porque la sierva de Dios fué solo una prudente administradora. Repetidas veces pidió fuese su entierro sin aparato, y que no se predicase en sus honras, tal era su humildad; pero la venerable Ana Pacheco no logró ser atendida en esta parte, teniendo el Señor dispuesto que por el camino del púlpito y por otros se supiese el gran tesoro de virtudes que depositaba en su pura alma. Dos dias ántes de que volára al cielo se quedó en éxtasis, con tal recogimiento que parecia haber espirado; al fin de este tiempo volvió en sí, y púsosele el rostro de color perfectísimo y resplandeciente; habló con claridad, como cuando disfrutaba buena salud. Abrazada á un santo Cristo envió al cielo su espíritu en el ósculo del Señor, siendo su tránsito el último dia de Abril de 1632, á la edad de cuarenta años. Publicóse la muerte de esta venerable señora, y fué crecido el concurso que de todos estados acudió á su entierro. Los pobres lloraban con irremediables lágrimas su orfandad. Luego empezaron á experimentar sus misericordias; la tierra estaba con notable falta de agua, y tanto que temian, y con razon, que fuese muy corta ó ninguna la cosecha en dicho año; pero así que pasó Ana á la mansion celestial empezaron á desatarse en copiosas lluvias las nubes. Acompañaron al cadáver de la insigne religiosa hasta el convento de Santa Fe, donde se mandó enterrar, todas las religiones, con la nobleza de Toledo, eclesiásticos y seculares, cofradías y los pobres. La pusieron en el mismo sepulcro donde descansaba su marido. Sea por siglos eternos alabada la Trinidad Beatísima que tales flores ha producido en su religion sagrada.—O. y O.

PACHECO (D. Andrés), único de este nombre entre los obispos de Cuenca. Nació en la Puebla de Montalban, señorío de sus padres D. Alonso Tellez Giron y Doña Juana de Cárdenas, el 5 de Abril de 1550, y bautizáronle en la parroquia de la villa, que está dedicada á Santa María de la Paz. En la universidad de Alcalá siguió los estudios mayores, recibiendo el grado de doctor. Ordenado de misa, fué abad de S. Vicente, dignidad de la santa iglesia de Toledo y de Alcalá, maestro del Serenísimo Archiduque Alberto, y cardenal de la santa Iglesia romana. Presentóle la majestad de Felipe II para el obispado de Pamplona el año 1587, y ántes de llegar las bulas fué presentado para la silla de Segovia al año siguiente. Consagróle en la corte de Madrid, en el convento de Santa María de los Angeles, de religiosas Franciscas, el nuncio de Su Santidad. Fué uno de los testigos de la donacion que el rey Felipe II hizo á la órden de S. Gerónimo del Real convento del Escorial. Partió á su iglesia y entró en ella el domingo 3 de Abril del mismo año. En su tiempo se fundó en Segovia el convento de S. Francisco de Paula de religiosos Mínimos, y el convento de Carmelitas descalzos y hospital de la religion del P. S. Juan de Dios. Hallándose vacante el arzobispado de Toledo, por muerte de D. Gaspar de Quiroga, el Rey presentó por arzobispo de aquella sede á su sobrino el archiduque Alberto, y el obispo de Segovia tomó en su nombre la posesion en 3 de Abril de 1599. Volvió á su iglesia, celebró sínodo, bendijo la del convento de S. Agustin, ilustre por la fábrica y grandeza del edificio, y ayudó á sus ovejas con larga mano en la peste que padeció Segovia en 1599. Promovido á la mitra de Cuenca el año 1601, contrajo en su gobierno grandes méritos, que le valieron ser propuesto para un arzobispado por el Sr. D. Felipe III y cuya elevada dignidad no quiso aceptar. Asistió en esta Corte al juramento del príncipe D. Felipe, celebrado en el Real convento de S. Gerónimo. De su piedad da asimismo testimonio la fundacion del convento del Angel de la Guarda, hecha en 1613, en la confluencia que forman los dos rios de Jucar y Huécar, cuya santa casa donó á los religiosos Carmelitas descalzos. Hé aquí la escritura de la primera piedra: *In Dei nomine, Amen. Año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, de 1613, en la indicion once del pontificado de nuestro Santo Padre Paulo, por la divina clemencia Papa V. Año nono, á treinta dias del mes de Noviembre, dia del Apóstol S. Andrés, reinando la majestad de Felipe III de este nombre. Yo D. Andrés Pacheco, Obispo de Cuenca y de su Consejo, bendije y puse la primera piedra fundamental de esta iglesia; que á mi costa edifiqué en esta mi isla del rio Jucar, á honra y debajo del título é invocacion del Angel de la Guarda, y la doté de rentas para monasterio de frailes descalzos de nuestra Señora del Cármen, y que se pusiese este testimonio en una cajita de plomo con reliquias de Agnus Dei, Lignum Crucis, Sudario de Cristo, de San*

Juan Bautista, S. Pedro, S. Pablo, S. Andrés, S. Bartolomé, S. Felipe y Santiago, apóstoles; de S. Esteban protomártir, S. Lorenzo, S. Sebastian S. Cristóbal y S. Vicente, mártires; S. Gregorio, S. Ambrosio, S. Agustin y de S. Gerónimo, doctores; de S. Martin, obispo y confesor, de Sta. Ursula, Santa María Magdalena y otros muchos santos, santas, vírgenes y mártires. En este edificio y dotacion empleó el prelado sesenta y cuatro mil ducados. Muerto Felipe III, su sucesor dispuso que Fr. Luis de Aliaga se retirase á la ciudad de Huete, notificándole de parte de Su Santidad dejase el cargo de inquisidor general, porque así convenia. Confióse este á D. Andrés Pacheco el año 1622. «En su tiempo, dice Gonzalez Dávila, en el año 1624, »en un viernes, 5 de Julio, sucedió que estando diciendo misa á las diez »en el altar de Santa Lucía del convento de S. Felipe de Madrid, de reli»giosos Agustinos, uno que lo era en las costumbres y vida y se llamaba »Fr. Hernando de Valdés, cuando levantaba la hostia, llegó á él un Reinal»te de Peralta, de nacion francés, hereje y natural de un pueblo cercano de »la Rochela y le hizo pedazos la hostia. Alborotóse la iglesia, y los que esta»ban en ella querian hacer pedazos al hereje, que fué defendido por el sacer»dote, diciendo que le dejasen que la Inquisicion conociese el delito. El re»ligioso acabó su misa con las reliquias que se hallaron de la hostia, y el »convento entoldó la capilla en señal de tristeza, y se desenladrilló la peana »del altar y se hicieron otras demostraciones muy santas y religiosas de »ayunos, penitencias, disciplinas y oraciones.» Despues del cargo de inquisidor y de haber dejado el de obispo, S. M. le dió el título de patriarca de las Indias y los honores de consejero de Estado, empleos que desempeñó hasta el 7 de Abril de 1626, en cuyo dia espiró á las seis de la mañana, y á los setenta y seis años de edad. Dejó por sus testamentarios á D. Garci-Gil, que despues fué obispo de Barcelona, y á D. Pedro Pacheco, su sobrino, encargados de cumplir las mandas que dejó á las iglesias de Cuenca, Segovia, Alcalá y Puebla de Montalban. Diósele sepultura en el convento del Angel de la Guarda que habia fundado viviendo, y púsosele el siguiente epitafio:

D. O. M. S.

MEMORIÆ EJUS, QUI EX CHRISTIANA MODESTIA
NOMINARI NOLUIT, AC NE PERNOTUS ILLUM
LOQUERETUR MULTUS LAPIS, TESTAMENTO
CAVIT, DUM MORITUR.
QUIS DUM VIXIT FUERIT, NISI PEREGRINUS NON IGNORAS;
CUIUS ASSIDUAM NOMINIS RECORDATIONEM,
REPETUNT GENERIS CLARITAS, MORUM CANDOR, VITÆ INTEGRITAS,
SAPIENTIÆ LUMEN, QUEIS ACADEMIÆ

COMPLUTEN. PRÆLUXIT DOCTOR, ET IN DIVI JUSTI
LAUREAS DECERNENDI INDEX ÆQUISSIMUS
SERVANT SUAVISSIMAM ECCLESLÆ DUÆ SEGOVIEN.
CONCHEN. AD QUARUM SEMPER VIGIL. GUBERNACULA
SEDIT TERTIA HISPALEN. QUAM EXPETITUS, RECUSAVIT.
RETINENT
GRAVISSIMAM SUPREMAM FIDEI INQUIRENDÆ SUBSELIA
SANCTE PROCURATA, REGNIS PACIS, AC BELLI STATUS
ANTIQUA PRUDENTIA TRACTATUS
COLUNT NOVI ORBIS, ANTISTITES, QUEM MAGNUM PATRIARCHAM
ABSENTEM DILIXERUNT, ABLATUM MAGNIS
HONORIBUS CONSECRARUNT.
PROCLAMANT PAUPERES, QUOS HABUIT VIVENS, VICTUS AC
CONVICTUS SOCIOS,
MORIENS DIXIT HÆREDES
R. I. P. CUI PIA ALMA NOMEN DEDIT,
EJUS MORTALITATIS EXUVIAS CUSTODIT. ANGELUS OLIM DEO
ÆTERNUM VICTURAS.
VIXIT TEMPORI, ANNOS LXXVII MENSES IV
DE PATRIA, DE REGNO DE ECCLESIA. B. M. T.
C. C. L. L. P. P.

Predicó sus honras en la santa Iglesia de Cuenca el doctor D. Juan del Aguila, su canónigo magistral, que murió electo obispo de Lugo. El obispo Pacheco fué uno de los nombrados para que diese su parecer en la pretension que el príncipe de Gales, rey de Inglaterra, viniendo á España, tenia de casar con la infanta Doña María, y con este motivo escribió al prelado un breve el santo padre Gregorio V, en 7 de Abril de 1623. Siendo obispo de Segovia escribió un *Tratado sobre los daños que causan las coadjutorías, adjuntos, resignaciones de beneficios curados*, que el cronista Gonzalez Dávila afirma haber leido. Fué su sucesor en la santa sede de Cuenca Don Enrique Pimentel. — O. y O.

PACHECO (Fr. Baltasar), franciscano. Fué natural de Ledesma en la provincia de Salamanca, donde tomó el hábito de la Seráfica Orden, perteneciendo á la provincia de S. Miguel Arcangel. Floreció á fines del siglo XVI y principios del siguiente, y se hizo notable en el claustro por su piedad, su rectitud de costumbres y su ilustracion poco comun como pruebas patentes de su talento y su virtud; dejó escritas las siguientes obras, varias de las cuales se han reimpreso en nuestros dias y son buscadas con afan por los amantes de la mística literatura. Todas ellas, excepto una, estan escritas en

idioma castellano, habiéndolo ejecutado de este modo en un tiempo en que los sabios producian todos los libros en latin, por el deseo que le animaba de difundir entre las personas poco instruidas el conocimiento de las eternas verdades, escribiendo estas obras en lenguaje claro y sencillo y exento de la fastuosa erudicion que distingue á las obras de nuestros antiguos. Las de este autor son las siguientes: *Catorce discursos sobre la oracion sacrosanta del Pater noster*, impresos en Salamanca, en 4.°, desde el año 1585 al de 1603. —*Espejo de sacerdotes y de todos los ministros de la gerarquía eclesiástica*; Madrid, 1611. —*Compendio del modo de servir al altar el ministro en la misa rezada;* un librito en 16.°, impreso en Madrid en el mismo año. —*Sobre el Símbolo de los Apóstoles*; Salamanca, 1603. —*De los juramentos: declaracion del segundo mandamiento*; Salamanca, 1595. —*Sermones para la dominica de adviento hasta la de quincuagésima inclusive*; Salamanca, 1605. —*Sermones para las festividades de los Santos*; en el mismo lugar y año. —*Meditaciones del amor de Dios*; Salamanca, 1580. —*Ad theologos exhortatio ad studium juris canonici et methodo cognoscendi rubricas*; Salamanca, 1614. —O. y O.

PACHECO (Doña Beatriz), fundadora del convento de Sta. Cruz de Ciudad-Rodrigo, fué hija de nobilísimos padres y de la casa de los marqueses de Cerralbo. A su esmerada educacion correspondieron las dotes naturales con que Dios la habia favorecido, señalándose principalmente por su liberalidad y caridad ardentísima. De sú virtud y recogimiento se colegia fácilmente la inclinacion de Doña Beatriz, que no era otra que encerrar la flor de sus años y de su hermosura en un solitario claustro, donde pudiese servir á Dios más á su placer. Era, sin embargo, afable en su trato y hermosa en demasía, como acabamos de decir, lo que era causa suficiente para encender en amores los más hidalgos pechos, como sucedió, especialmente con un caballero muy principal y digno de ella. Sabida por todos es la excesiva autoridad con que hace tres siglos los padres disponian de sus hijos sin necesidad de consultar muchas veces su voluntad, y tratándoles algunas otras con un excesivo rigor, que se acomodaba bien á las costumbres de la época, y estaba apoyado por una legislacion basada en la romana. La diferencia de estado de las personas hacia tambien que los nobles quisieran sacrificarlo todo á su nobleza y perpetuarla á toda costa, conservándola unas veces y mejorándola otras por medio de ventajosos enlaces. Hecho notar esto, no es nada extraño que los padres de Doña Beatriz la casáran, aunque fuese á disgusto suyo, y ménos aún que ésta les obedeciese, lo que era tanto más fácil cuanto era grandísimo el amor que les tenia. Seis meses estuvo desposada, al cabo de los cuales se veló y casó, y tanto en este intérvalo como en el resto de lo que duró su matrimonio, compartia tan bien su amor, despues de Dios, entre sus padres y su marido, que locos todos de contento te-

nian en ella puestos los ojos como en quien era su mayor delicia en el mundo. Habia Dios dispuesto, sin embargo, que Doña Beatriz fuese su esposa, y como no pudiese serlo en vida del marido que sus padres le habian dado, privó á este de la vida, llamándole á sí al año, no cumplido, de su casamiento, con lo que dejó á su desconsolada viuda en libertad, y más que nunca deseosa de dejar el mundo, cambiando las lágrimas del siglo por el apacible retiro del claustro. Era Doña Beatriz demasiado rica para que dejára de preocuparla la idea del destino que habia de dar á sus muchos bienes, y considerando que tenia elegido tan buen esposo, imaginó regalarle en el dia de las bodas y llevarle la dote que pertenecia á su calidad y nobleza, ya que tan rica era la que en virtudes y perfecciones le ofrecia. Consecuente con esta idea, vendió todos sus bienes y gastó su producto en la fábrica de un monasterio, dispuesto en cruz, fuera de las murallas de Ciudad Rodrigo, y edificado de manera que la iglesia cogiese el sitio de una ermita que allí habia con la advocacion de la Santa Cruz, que quiso conservar la fundadora para su monasterio. El resto de su hacienda lo empleó en dotar convenientemente al convento, y aunque en él empleó toda su fortuna no quiso, sin embargo, dejarle con carga ni de un responso siquiera; tanta era su generosa liberalidad. Pensó despues de terminarlo en los demás asuntos pertenecientes á la fundacion, y como era sumamente devota de S. Agustin no quiso que se profesára en él ninguna otra Orden. Se aconsejó con los Padres que gozaban más fama de santidad y de talento en la provincia, determinando con acuerdo suyo las condiciones y bases esenciales á que habia de sujetar á sus religiosas, para que fuese mayor su perfeccion en la virtud. A los seis meses de su viudedad, segun el P. Avilés, lo habia terminado todo, y quedó señalado dia para la dedicacion solemne del templo. Imposible seria describir el gozo de Doña Beatriz cuando al despuntar la deseada aurora saludó al dia que habia de poner fin á su esperanza, realizando sus hermosos sueños. Todo estaba prevenido, y el Obispo, acompañado del cabildo, llevó en solemne procesion á las religiosas desde la iglesia mayor hasta el convento, y en medio de ella á Doña Beatriz, la santa fundadora, que no podia reprimir las lágrimas ni los sollozos de ternura que se escapaban de su pecho; seguia la nobleza de la ciudad, triste al perder lo más florido que se sustentaba en ella, y alegre al ver encaminarse tan de prisa al cielo á la que tanto afecto profesaban todos; y luego el pueblo, quien les rodeaba por todas partes como ansioso espectador. Terminada la ceremonia, quedaron las religiosas en su monasterio contentísimas todas, y más que ninguna su fundadora. Despues de tomar esta el hábito, fueron muchas las personas notables de todas edades que quisieron seguirla, movidas por el ejemplo grandísimo de su resolucion, y así se explica que ilustrasen tanto el conven-

to con sus virtudes sin igual muchas y muy nobles religiosas, cuyos nombres omitimos, porque lo quiere así la brevedad de nuestro trabajo, no por falta de deseo, pues son algunas muy notables y dignas de llamar la atencion, como fundadoras tambien de otros conventos muy principales, y entre ellos el de las Descalzas Mercenarias de Madrid. Estuvo Doña Beatriz seis meses de novicia, al cabo de los cuales llegó el breve de Roma para que profesase, haciéndola priora apénas lo hubo verificado; de suerte que en ménos de tres años fué desposada, casada, viuda, novicia, profesa y priora, desempeñando el último cargo con la perfeccion que era de esperar de sus muchas virtudes. Su vida fué ejemplar y digna del mayor elogio en todos los estados por que sucesivamente fué pasando; su muerte fué penosa y desdichada, pues no fué natural sino violenta. Tenia una esclava, á quien habia prometido la libertad en su testamento, y esta fué la que traidoramente le sirvió el veneno. ¿Sería castigo del cielo? La religion cristiana habia nacido predicando la igualdad de los hombres; pero la costumbre seguia santificando lo que la religion rechazaba, y la esclavitud reinaba en el mundo de hecho y de derecho, lo que aún sucede en parte en nuestros dias, á pesar de la poderosa luz de la civilizacion del último siglo. Réstanos decir para concluir que su muerte fué sentidísima por sus hijas en Dios, que no tuvieron consuelo en mucho tiempo, y que está enterrada en el coro de su monasterio. Murió el dia 3 de Julio del año de 1572.—G. P.

PACHECO (Cornelio), jesuita de la provincia del Brasil. Escribió una *Oracion fúnebre en las exequias de D. Antonio Borges de Fonseca, coronel del regimiento de infantería de guarnicion en la ciudad de Olinda, gobernador en la capitanía de Paraiba en la catedral de dicha ciudad.* — C. de la V.

PACHECO (D. Diego de Silva), obispo de Oviedo. Fué natural de Burgos, en cuya ciudad tomó el hábito de la órden de S. Benito, é hizo sus estudios llegando á desempeñar el cargo de maestro de sagrada teología. Distinguióse por su virtud, perspicacia é ingenio y por el profundo conocimiento que tuvo de las divinas letras, por lo cual fué muy estimado de los sabios de su tiempo. Fué primer profesor de teología en el convento de Sta. María de Irache en el reino de Navarra, y en el de S. Vicente Mártir de Salamanca; y despues de haber tenido á su cargo varias casas de la familia benedictina, ascendió á la elevada dignidad de general de la Congregacion, siendo nombrado al mismo tiempo predicador de la reina Doña Mariana de Austria, regenta del Reino y tutora de Cárlos II. La rectitud con que se portó siempre, y el aprecio que dentro y fuera del claustro se le profesaba por todos, fué causa de que la Reina pusiese los ojos en él para el obispado de Oviedo, que se hallaba vacante, cuya presentacion fué confirmada por el sumo pontífice Clemente X en 27 de Mayo de 1675. Gobernó su diócesis con el tacto

y prudencia que le distinguian, y acabó santamente sus dias sin que conste determinadamente la fecha. Dejó escritas y publicadas las obras siguientes: *In primam partem S. Thomæ*, cuatro volúmenes, impresos en Madrid desde 1663 á 1665.—*In librum Génesis*; Madrid, 1666. Esta obra, que es un comentario sobre los seis dias de la creacion del mundo, se halla escrita imitando la forma y estilo del angélico Doctor, y la incluyó al final de la publicacion ántes citada. Igualmente escribió en idioma castellano la *Historia de nuestra Señora de Valvanera*.—M. B.

PACHECO (Fr. Eduardo), agustino. Era natural de Portugal, aunque no se sabe de qué punto, y pertenecia á la órden de los ermitaños de San Agustin, en la que desempeñaba el cargo de maestro de sagrada teología. Redujo á compendio la obra del valenciano Miguel Salon sobre la vida del Sto. Arzobispo Tomás de Villanueva y la publicó en idioma portugués, para mayor aprovechamiento de la gente de aquel reino, bajo el siguiente título; *La apostólica vida y milagros de Sto. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia*; Lisboa, 1629, un tomo en 4.° A esta obra acompaña un tratado de la vida del V. P. Fr. Luis de Montoya. Escribió igualmente un volúmen de sermones; la *Historia de los Santos de la órden de S. Agustin*, y *la vida de Sta. Clara de Montefalcone*.—M. B.

PACHECO (Sor Francisca de la Madre de Dios), hija mayor de los marqueses de Cerralbo D. Juan Pacheco y Doña Inés de Toledo. Fué criada y educada por sus padres con el mayor esmero por el mucho amor que la tenian, viendo las buenas prendas de que estaba adornada; pero Dios que la destinaba para sí, la habia dotado de una decidida vocacion religiosa, y no pudiendo disimular mucho tiempo su deseo, pidió á sus padres permiso para tomar el hábito de religiosa descalza de Sta Clara en Madrid, lo que la concedieron no sin muchas lágrimas, despues de haber procurado disuadirla muchas veces de su intento. Grandes fueron las dificultades que se opusieron á su realizacion, pero mayor era aún la constancia y el deseo de la que llegó á ser Sor Francisca despues de esperar cinco años con la mayor paciencia que se vencieren todas las dificultades, no siendo la más pequeña su escasa salud, que por fin, como Sor Francisca esperaba, mejoró despues de su profesion. Diez años estuvo dando ejemplo de virtud á sus hermanas en Dios, sobre todo de una humildad sin límites, y de una paciencia inagotable, como lo probó en su última enfermedad, que despues de atormentarla horriblemente concluyó con su vida á los treinta y seis años de edad. Durante los quince dias que duró su padecimiento, solo mostró afligirse cuando la quitaron el hábito por creerlo así conveniente, teniendo que vestírsele al verla tan acongojada, y murió, despues de recibir los sacramentos, con el Señor en su corazon y su santo nombre en los labios.—G. P.

PACHECO (D. Francisco), cardenal y arzobispo de Burgos. Fué natural de Ciudad Rodrigo, é hijo de D. Juan Pacheco y Doña Catalina Maldonado, nobles señores de la mencionada poblacion: inclinándose al estado eclesiástico hizo los estudios competentes en la universidad de Salamanca, y apénas hubo recibido la investidura sacerdotal obtuvo el cargo de arcediano de Camares, siendo nombrado poco despues canónigo de la santa Iglesia catedral de Ciudad Rodrigo, de cuyo destino tomó posesion en 10 de Julio de 1571. De aquí pasó á desempeñar otra canongía en la catedral de Toledo, haciendo luego un viaje á Italia, y fijándose por algun tiempo en Roma, en cuya ciudad se distinguió tanto por su virtud, sabiduría y otras recomendables circunstancias, que el pontífice Pio IV le nombró cardenal en la segunda creacion que hizo, dignándose imponerle el birrete con sus propias manos, y ejecutar por sí mismo todas las ceremonias acostumbradas en semejantes casos. Fué tambien condecorado con el honorífico título de protector de España y de la Inquisicion, y creado últimamente arzobispo de la santa Iglesia catedral de Burgos. Muerto el sumo pontifice Pio IV, Pacheco asistió al cónclave reunido para elegir el sucesor, en el cual fué aclamado Miguel Ghislery, cardenal Alejandrino, que tomó el nombre de Pio V, ocurriendo en este acto la notable circunstancia de que el nuevo Pontífice habia dado su voto en favor del cardenal Pacheco, á quien profesaba una sincera amistad, y á quien juzgaba digno de ocupar la cátedra de S. Pedro. Cuando se dispuso la más grande empresa que han visto los siglos pasados, ni verán los presentes, como dice un autor de aquel tiempo, la Santa Liga contra el turco, que dió por resultado la batalla de Lepanto, donde quedó triunfante el estandarte de la fe y abatido el musulman poderío, el rey de España Felipe II y el Sumo Pontífice comisionaron de comun acuerdo al cardenal Pacheco, para que ajustase con la república de Venecia los capítulos relativos á las negociaciones de la Santa Liga. Mostró el sábio Cardenal en esta ocasion cuán digno era de la confianza que en él depositaban, y desplegó tanto tacto y tales conocimientos diplomáticos en el arreglo de aquella delicada cuestion, que logró conciliar todos los extremos á satisfaccion de las partes contratantes, venciendo con suma habilidad y discrecion todas las dificultades que se presentaron. No es de este sitio referir el brillante éxito de sus negociaciones, pues la historia nacional encierra en sus páginas la gloriosa relacion del sorprendente triunfo, cuya memoria admira y envanece á España en el tiempo presente como lo admirará en el venidero. Honrado Pacheco con todas las distinciones que pueden concederse á un hombre de su elevado carácter, estimado del rey espiritual y del soberano de la tierra, volvió á España para residir en su diócesis, la que gobernó con suma equidad y prudencia, visitándola repetidas veces. Los cuantiosos

bienes que llegó á poseer procedentes de su legítima paterna, recompensas de sus destinos y comisiones y rentas del arzobispado, los invirtió en el socorro de los pobres y en el remedio de muchas necesidades ocultas, consagrando especialmente sus auxilios á las personas que habiendo ocupado una posicion decente, y viniendo á caer en la desgracia, no pueden acostumbrarse á implorar la caridad publica, porque su educacion y sus principios lo resisten. En vista del afecto que tenia á la santa Iglesia catedral de Ciudad Rodrigo donde obtuviera la primer dignidad eclesiástica, que fué la base de su elevacion, fundó á sus expensas una suntuosa capilla dedicada al apóstol S. Andres, la que enriqueció con multitud de preciosas alhajas y con varias reliquias de santos que trajo de Roma, y que en su mayor parte eran regalo de los sumos pontífices. Murió en Burgos siendo ya de avanzada edad, cargado de merecimientos, sentido de todas las clases de la sociedad y tiernamente llorado de los pobres, á quienes socorria, el dia 23 de Agosto de 1588. Su cuerpo se trasladó á la capilla de S. Andrés de Ciudad Rodrigo, donde yace sepultado en cumplimiento de su última voluntad.—M. B.

PACHECO (P. Francisco), jesuita portugués. Nació en la villa de Puente de Lima en el arzobispado de Braga, de padres nobles, llamados García Lopez Pacheco y María Borges de Mezquita; esta señora fué hermana del Padre Diego de Mezquita de la misma Compañía de Jesús, que padeció martirio por la fe en el Japon. Criáronle sus padres con mucha virtud, á la que le inclinaban sus propensiones. Siendo todavía de tierna edad y oyendo hablar de los mártires antiguos, concibió tales deseos de dar la vida por Jesucristo, que sin saber lo que decia hizo voto de ser mártir. Ignórase la ocasion con que estudió latin en Lisboa, pero allí aprendió esta lengua. Viendo los muchos PP. de la Compañía que se embarcaban todos los años para las misiones, entró en grandes deseos de ingresar en este instituto, y pidió fervorosamente al P. Sebastian de Mosais le admitiese en la Compañía: concurrian en él muchas buenas prendas, por lo que fué aceptado. Entró en el noviciado de Coimbra en 30 de Diciembre de 1580. Enviado á peregrinar, tuvo que pasar por su patria y fué pidiendo limosna por las puertas sin ser conocido hasta que llegó, por último, al lado de su madre, á quien pidió limosna. Salió ésta con la curiosidad de ver á los pobres novicios, y encarándose en su hijo le reconoció aunque en aquel traje tan pobre, y llamó á sus hijas para ver si lo conocian; pero el novicio se despidió y salió luego de Ponte de Lima, huyendo de los afectos propios de la naturaleza humana. Despues del noviciado estudió en Coimbra, y ya habia aprendido la filosofía cuando fué enviado de misionero á la India. Pasó á Oriente con Francisco de Mello en 1592, yendo con otros catorce de la Compañía. Estudió teología en Goa y se ordenó

de sacerdote; sintiendo grandes deseos de pasar al Japon, navegó á Macao y enseñó allí algunos años la teología. Profesó solemnemente en 1603, y despues en el año siguiente de 1604 pasó á los reinos del Japon. Estudió la lengua del país, que era el primer cuidado de los misioneros, y despues fué enviado á Meaco; en este viaje naufragó la nave y murieron muchos japoneses además del compañero del P. Pacheco, que solo se salvó la vida atravesando á nado un brazo de mar. De allí fué á Sacay, donde habia una residencia de la Compañía, en la que trabajó mucho en beneficio de la cristiandad. Hallábase ocupado en estos santos empeños cuando fué llamado por la obediencia para ser rector del colegio de Macao. Desempeñó este cargo como se esperaba de su grande talento y de su mucha virtud; pero luego que cesó, volvió á ir al Japon el año 1612. Conociendo su virtud el obispo D. Luis de Cerqueira, le pidió para vicario general y para gobernar su familia, lo que hizo satisfactoriamente. Murió el obispo en 1614 y en el mismo año se encendió una brava persecucion en la que fueron desterrados del Japon todos los misioneros. Algunos se quedaron escondidos para ayudar á los cristianos, y aunque deseaba el Padre ser uno de ellos, como era persona muy conocida por sus elevados cargos, no le quedó otro recurso que emigrar de Macao. No tardó mucho en volver, pues al año siguiente, tomando el traje de mercader, con otros de la Compañía que se vistieron de marineros, entró en el Japon, residiendo en Tacaco como superior de los Jesuitas que habia ocultos allí. En 1618 fué tambien de superior á Cami. La mayor parte del tiempo residió en la ciudad de Ozaca, cultivando aquellos cristianos y los de Sacay. Grandes fueron las incomodidades que padeció en esta época de persecuciones. En Sacay estuvo un año entero escondido en un lugar oscuro sin salir ni una sola vez. De órden del Pontífice fué constituido en gobernador de aquel afligido obispado, y el General de la Compañía le nombró provincial de los Jesuitas ocultos en el Japon. Cambió el nombre para no ser descubierto poniéndose Ignacio de la Cruz; siendo provincial, además del cuidado de atender á estas obligaciones y á las del gobierno del obispado no dejó de tener á su cargo algunos cristianos, aunque le era muy penoso por estar enfermo, falto de vista y tener que verlos de noche. Pero su agigantado espíritu suplia las fuerzas que le faltaban. Tenia este Padre tantas virtudes que por ellas dice su biógrafo le hizo el Señor la merced de contarle entre los que dieron la vida por su amor, lo que se verificó de la manera siguiente. Estando los cristianos del Japon muy vejados por el Emperador de aquel país, los señores de los estados particulares se creian obligados á complacer á su Emperador. En Tacaco habia, sin embargo, alguna quietud, porque el señor de aquel estado, aunque numeroso, obraba con mucho disimulo. Por esta causa eligió el P. Francisco Pacheco, provincial de la Com-

pañía y gobernador de aquel obispado para su residencia el lugar de Cochinotzu. Era este lugar residencia de cristianos antiguos y muy á propósito para acudir á las obligaciones de provincial y de gobernador del obispado. Solo sabia su habitacion un renegado que se llamaba Cumata, el cual ántes de dejar la fe se manifestaba muy buen cristiano, por lo que tenia entrada con el P. Provincial y demás padres de aquel distrito. Despues de abjurar la fe, entró por criado de Tono. Viendo que Tanga Mondo gobernaba su estado en lugar de Tono su señor, le quiso ganar la voluntad; pues sabia que era muy enemigo de la ley de Dios y de los PP. Jesuitas que la predicáran, por lo que creyó ser ocasion muy á propósito para tener entrada con él. Partió, pues, Cumata de Cochinotzu para la ciudad de Ximabara, donde moraba Tanga Mondo. Le dió noticia de cómo Geuroco, gobernador entónces de Nangasaqui, habia enviado á decir á los moradores de su lugar que tenia noticia de que ocultaba algunos religiosos contra las órdenes de Xogun señor del Japon, que le manifestase lo que habia en esto. A lo que contestó negando haber tal cosa por convenirle así. Pero como sabia de cierto se hallaba allí el P. Provincial de la Compañía, el hermano Gaspar Sadamatheu y otros padres, ocultos en las casas y caseríos de aquella comarca, le prometió que si los queria prender, guiaria á la justicia y á los ministros. Determinó Mondo mandarlos prender luego, é hizo aprestar tres embarcaciones ligeras; y para que no se supiese su intento mandó tomar todos los caminos, de manera que no pudiese salir nadie de la ciudad. Hecha esta diligencia, se embarcó en la tarde del 17 de Diciembre de 1625, é hizo embarcar á dos gobernadores compañeros suyos y á unos trescientos hombres de armas, sin decirles su intento. Hizo luego navegar hácia Cochinotzu, distante como seis leguas de Ximabara. En el camino descubrió á sus compañeros que sus designios eran prender al P. Provincial y á los demás padres que estuviesen en Cochinotzu. Llegaron al lugar despues de media noche, y le pusieron luego un cordon de soldados por la parte de tierra guiándolos el renegado. Dejaron gente en las embarcaciones que guardase la parte del mar. Pasaron así lo restante de la noche con tal silencio, que los moradores no los sintieron ni supieron de ellos hasta que los descubrieron con el dia: á la salida del sol se presentaron los gobernadores en la puerta del lugar, enviaron á llamar á los dos principales que gobernaban la tierra, diciéndoles que habian ido á prender á un delincuente que habia huido de la corte de Yeddo, y sabian de positivo estaba allí. «Por lo tanto, les dijeron, mandad salir á todos los hombres de este lugar sin que quede absolutamente ninguno, y que pasen por esta puerta y aquí le prenderemos.» Salieron todos los del lugar y no tardaron mucho en comprender que era fingimiento esta diligencia, que solo se encaminaba á prender al Padre,

Entónces, haciendo como que no los entendian, respondieron que no sabian de tal delincuente, ni quién era el que le tenia en su casa. Como su intento era prender al Padre y al Hermano sin hacer ruido, mandaron á todos, so pena de muerte, no se moviesen del lugar donde estaban, y para asegurarlos más les pusieron guardas. Y diciendo que querian registrar las casas, se fueron como quien ya lo sabia, derechos á la casa del Padre y Hermano. Oyendo el Padre ruido sospechó lo que debia ser, y salió luego del sobrado en que habitaba con sus sirvientes Pedro y Pablo. El primero que entró en la casa fué un soldado noble, y haciendo como tal que no le veia, volvió á salir. El segundo que entró era un hombre de baja esfera, y viendo al Padre se dirigió á él, y con un palo que llevaba en la mano le dió algunos golpes. Llegó en este intermedio el gobernador Mondo, y llevado del odio que tenia á los cristianos, levantó la catana para dar con ella al Padre; mas fuéle á la mano otro gobernador diciéndole que no debian ser tratadas así semejantes personas. Al mismo tiempo prendieron en la casa inmediata al hermano Dógico y á dos mozos de servicio. Luego prendieron tambien en el caserío á un padre llamado Matías, y un hermano llamado Pedro, y á las familias de ambos, confiscándoles cuanto tenian. Viendo los dos principales de la ciudad estas prisiones, se fueron al gobernador diciendo que si habia algun culpable lo eran ellos, pues por su consejo y órden habian ocultado en las casas al Padre y al Hermano, y por lo tanto les pedian los soltasen y prendiesen á ellos como culpados. No hicieron caso los gobernadores de esta peticion, diciéndoles que se las hubiesen con Tono. Terminado esto y degollados allí tres cristianos, prendiendo á sus mujeres y familias, se embarcó el gobernador llevando consigo á los presos, los cuales iban todos atados con cuerdas, excepto el P. Provincial, á quien dejaron ir suelto, aunque él pidió que le atasen ofreciendo para ello sus manos y pescuezo. Llegado á Ximabara pusieron al P. Provincial, al Hermano y al doméstico Pedro en un baluarte de la fortaleza y á los demás en la cárcel pública. Dieron luego cuenta á Guroco, gobernador de Nangasaqui, de esta prision, diciendo tenian preso al Padre que era cabeza de los Jesuitas que estaban en el Japon y Macao; viendo esta carta un criado de Tono, hombre muy diestro, y no enemigo de los cristianos, y comprendiendo no convenia á Tono que supiese que el Padre era cabeza de los demás, la alteró, poniendo estar preso un padre, un hermano y un doméstico. Túvose esto por favor especial de Dios, porque de lo contrario se podian seguir grandes inconvenientes, y aumentarse más la diligencia de los gentiles en buscar á los Padres, comprendiendo que debia haber muchos en el Japon, pues tenian un superior: al mismo tiempo fué preso en Ximabara, donde residia oculto, el P. Juan Bautista Zola, de la misma Compañía, y fué meti-

do en el calabozo en que se hallaba el P. Provincial, quien comenzó desde entónces á decaer mucho por ser viejo y estar enfermo. Durmieron en el suelo hasta el 10 de Diciembre, teniendo un paño por cabecera, sin ningun otro abrigo más que los vestidos con que fueron presos. Solo comian pescados y de los más ínfimos. El calabozo en que dormian los Padres, el hermano y Pedro, era una sala de un baluarte de la fortaleza, grande y espaciosa. Al fin de cada parte habia un pequeño compartimiento, ambos frente el uno al otro, divididos por paredes, que servian de alcobas. En uno de ellos, en que se extendian ocho esteras ó colchones del Japon, de cuatro palmos de ancho, estaba el P. Provincial con el hermano Gaspar y Pedro. En el otro, en que se extendian cuatro, estaba solo el P. Juan Bautista. En el espacio intermedio se hallaban los guardias vigilando de dia y noche siempre con fuego y lumbre. No dejaron llegar allí á ningun cristiano, por ser presos de tanta importancia, sino que pusieron una ventana, que se abria por fuera, por la que podian ver los presos á los que pasaban. Sabiendo que transitaban por allí algunos cristianos, ya por consolarse con la vista de los Padres, ó por mirar por la ventana, prohibieron que pasase ningun cristiano por aquel lugar. En los primeros dias solo podian hablarse los santos presos á través de las paredes; pero despues les dejaron abrir las puertas: de dia estaban y comian juntos en el mismo lugar, habiendo mejorado mucho su comida, en particular despues que Tono escribió desde la corte de Zendo que los tratasen bien en el comer. Encargó esto al que gobernaba la ciudad, y hasta los gobernadores que los prendieron les enviaban regalos de cuando en cuando. Fueron, sin embargo, rigurosos los gobernadores en lo que más deseaban los presos, que era en decir misa, rezar las horas y leer libros espirituales. No les consentian nada de esto. Pidieron tambien vestir las ropas de la Compañía, pero no se lo consintieron. La falta de misa y horas la suplian con la frecuente oracion, ayunos y penitencias. Distinguíase entre todos en la mortificacion el P. Provincial, en lo que fué tan extremado, que los dos últimos meses de su vida anduvo siempre descalzo, sin comer ni dormir, y se trataba en lo demás con tanta aspereza, que decia no tenia fuerza alguna. Fué esto de tal manera, que el P. Juan Bautista escribió desde la prision que se hallaba admirado de la aspereza con que se trataba el P. Provincial; y añadia que si durase la prision dos meses más, acabaria su vida en la cárcel. Viendo los guardias la vida que hacian los santos presos en un todo inculpables, creyeron que sería así la ley que enseñaban, por lo cual miraban la prision como un paraiso. Viendo despues su humildad y santidad, muy diferente en todo de lo que veian en sus sacerdotes, entraron en deseos de oir los misterios de nuestra santa fe. Escucháronlos por muchos dias, y quedaron persuadi-

dos de las verdades que oian, hablando de nuestra santa fe, con mucho decoro, y no como ántes. Llevados, sin embargo, de sus vicios no la abrazaron excepto uno que con valiente resolucion pidió y recibió el santo bautismo. De aquí en adelante los trataron con mucho respeto, compadeciéndose de verlos en estado, á su parecer, tan calamitoso, y esto solo por ganar almas para el cielo. Algunos de ellos, cuando hablaban con los cristianos y les referian lo que veian en los santos presos, lo hacian llorando. Como los guardias se manifestaban aficionados á los presos, no faltó quien dijese á Mondo que se descuidaban en guardarlos, y que por este motivo se comunicaban por cartas con los de fuera. Llamó Mondo á los guardas, reprendiólos, y no contento con enviar todos los dias un hombre que viese cómo vigilaban, puso por síndico á un pariente suyo llamado Cagicava, hombre de mal corazon, mal inclinado, y nada inferior á Mondo en odio á la ley de Dios. Entró en la cárcel con tanta soberbia, que en los primeros dias ni los guardias se pudieron valer con él. Pero movido de lo que veia en los presos, se determinó como los demás á oir los misterios de nuestra santa fe. Escuchólos por una semana, preguntó sus dudas, y las respuestas le confirmaron más. De allí en adelante trataba con notable respeto á los presos, y hablando con los gobernadores les engrandecia la bondad de la ley de Jesucristo, tanto que Mondo se enfadó con él, amenazándole que le quitaria el cargo, pues engañado de los Padres daba muestras de querer ser cristiano. A lo que le respondió que podia muy bien quitarle el empleo, pero que estuviese seguro de que todos los que fuesen á la cárcel y oyesen á los Padres como lo habia hecho él, habian de volverse otros y cambiar de opinion, como la habia él mudado, porque con sus razones se dejaban ver claramente las falsedades de los ídolos del Japon; que en cuanto á querer abrazar él la ley de Jesucristo, no andaba muy léjos de ello segun lo que sentia interiormente. Continuaban en tanto los presos disponiéndose para el martirio, mostrando en sus rostros grande contentamiento. Mas quiso Dios hacer glorioso para la Compañía el dia en que habian de ser martirizados sus siervos, por lo que quiso fuese mayor el número de las víctimas que en otras ocasiones, el que se aumentó con la prision del V. P. Baltasar de Torres, que fué metido en la cárcel de Omura, cuyas virtudes fueron notables, como tambien las del P. Juan Bautista Zola. Dilatábase la última resolucion de este negocio para el nuevo gobernador de Nangasaqui que se esperaba de dia en dia; llegó, por último; llamábase Midzuno Cavachi. Entró en la ciudad en 12 de Junio, llevaba grandes poderes en particular contra los cristianos, y para ejecutar rigurosos castigos en los que estaban presos. Al principio no admitió visitas de los principales, diciendo que no convenia tratar con gente que por seguir la ley extraña estaba en desgracia

del Xogun, pues debe saberse que toda aquella ciudad se componia de cristianos. Reuniéronse, pues, el gobernador, dos renegados y el gobernador saliente, y trataron de los negocios á que el primero venia. Como uno de los principales negocios era ejecutar las muertes de los presos, avisó á los gobernadores de Ximabara y Omura que estuvieran en un dia determinado con sus presos en Nangasaqui, para llevar á cabo la ejecucion. Con este aviso sacaron de la cárcel los gobernadores de Ximabara, en medio de la noche, á los PP. Provincial Juan Bautista, y á los hermanos Gaspar Sasamatheu, antiguo ya en la Compañía, y Pedro Riuxei, recibido recientemente. Para honrar á los dos Padres, los pusieron en palanquines, y llevaban á cada uno dos hombres. Los cinco hermanos, bien amarrados, iban montados en rocines; acompañábanlos muchos soldados, seis eran de á caballo y como cincuenta de á pie, todos con espingardas ó flechas, excepto los criados de los gobernadores. Por la mañana llegaron á una poblacion llamada Fimi, distante como dos leguas de Nangasaqui. Estuvieron allí el dia siguiente y tambien la noche sin consentir que les visitase ó hablase con ellos cristiano alguno. Los gobernadores de Omura mandaron tambien sus presos, que eran el P. Baltasar de Torres y el H. Miguel Tozo, admitido entónces en la Compañía. El Padre fué en andas y el Hermano á caballo con gente de armas, y cómo Omura está más cerca de Nangasaqui que Ximabara, por eso partieron los primeros el 18 de Junio, y el P. Baltasar el 19. Hacia ya cerca de un año que no habia mártires en Nangasaqui, por lo que se limpió y preparó el lugar y cercado donde se acostumbraban á hacer los martirios. Reunióse madera y se levantaron tres galerías, y porque el gobernador queria ir á ver este suplicio, otro gobernador inferior mandó allanar y arreglar el camino. Llegado el dia destinado para el suplicio, que era un sábado 20 de Junio, partió el P. Provincial de Fimi para Nangasaqui. Despidióse del dueño de la casa, el cual, llevado de su devocion, recogió tres pedazos de pan que sobraron á los santos presos, y los conservó como reliquias. Estando ya cerca de la ciudad, les salió al camino un buen cristiano, cabeza de la poblacion, y les ofreció varios refrescos que no quisieron aceptar los guardas por no detenerse. A su entrada por las calles de la ciudad salieron muchos á verlos, pidiéndoles con lágrimas que se acordasen de ellos delante de Dios; pero los presos les rogaban les encomendasen al mismo Señor para pelear por su honra hasta el fin. Llegando el P. Provincial salió de su palanquin el P. Baltasar, le saludó quitándose su birrete, y despues hicieron lo mismo los demás. Estuvieron hablando con tantas muestras de amor, que quien no supiese que iban á morir luego, creeria que no eran ellos los que debian perecer dentro de poco. Salió en esto el gobernador Midzuno con toda su gente y oficiales de justicia de todas armas, dirigiéndose con

este aparato al lugar del suplicio. Llegó adonde estaban los santos presos, saludó á los gobernadores de Ximabara y Omura, que los habian traido, é hicieron entrega de ellos á los ministros de la ciudad. Hecho esto, se puso Midzuno junto á la estacada pública, y no en el lugar acostumbrado, porque se habia prohibido á los de la ciudad asistir á la ejecucion. Al pasar por aquel sitio el P. Baltasar de Torres, cuando iba al suplicio, le saludó quitándose el birrete, á lo que le contestó el gobernador bajando la cabeza. Llevaron, por último, á los mártires al lugar donde se hallaba la leña, á cuya entrada saludó á su provincial el P. Baltasar de Torres, invitándole á que entrase el primero. Fueron por la parte del mar, y á la entrada se pusieron todos de rodillas, veneraron el santo lugar, dieron gracias á Dios por las mercedes recibidas, y en especial por juzgarlos dignos de dar sus vidas por él. Lleváronlos de allí á la parte del monte donde se hallaban estacas, y les comenzaron á atar fuertemente para que no hiciesen movimientos; tambien se puso mucha leña en las hogueras para que muriesen pronto y con ménos tormento. Los dos montones de leña de ambos lados quedaron sin nadie comenzando por el tercero. El primer lugar de la parte del monte hácia Oriente le ocupó el P. Juan Bautista Zola, en medio quedó el P. Baltasar de Torres, y luego el P. Provincial. La cuarta hoguera tocó al hermano Pedro Rinxei, quedando junto al padre á quien habia servido tantos años. La quinta al hermano Miguel Tozo, la sexta al hermano Vicente Caun, la sétima al hermano Paulo Xinsuque, la octava al hermano Juan Quizaco, y la nona al hermano Gaspar Sadamatheu. Notaron algunos que el tiempo que estuvo hablando el P. Torres parecia que se confesaba, por no haberlo hecho desde que se hallaba en la prision. Los demás estuvieron rezando y pidiendo á Dios aliento para aquella ocasion. Finalmente, se prendió la leña, que era mucha; al principio levantó tanto humo, que no se vieron los mártires; pero en cuanto subió la horrible llama se distinguió á los mártires, que estaban muy quietos y serenos. Oyóse que invocaban algunas veces los santísimos nombres de Jesús y de María, hasta que entregaron todos sus dichosas almas, espirando todos al cuarto de hora. Quedó admirado Midzuno del valor, paz y sosiego que vió en estos santos hombres. Dió órden de que se echase más leña á las hogueras y se redujese todo á cenizas. Quedaron para esto en el lugar del martirio algunos oficiales de justicia. Despues metieron las cenizas en sacos de paja y las llevaron á alta mar, donde las arrojaron, todo á fin de que no pudieran recogerlas los cristianos. Fué este glorioso martirio en el Japon, en la ciudad de Nangasaqui, el 20 de Junio de 1626. — S. B.

PACHECO (H. Francisco), jesuita. Nació en la villa de Sousel en el arzobispado de Evora. Era estudiante de segunda clase en esta universidad,

cuando le tocó Dios en el corazon para que entrase en la Compañía, no obstante tener dos hermanos en otra religion y querer una persona rica, que le amaba mucho, hacerle todos los gastos para que fuese de la religion de sus hermanos. Era de naturaleza blando, amable y propenso á obrar bien. Contaba quince años de edad cuando entró en el noviciado de Evora en 24 de Marzo de 1703, dando desde luego muestras de cuán buen novicio habia de ser, porque en todo se ajustaba á las obligaciones de tan santo estado. En Octubre del mismo año fué enviado con otros dos hermanos novicios al noviciado de Lisboa, haciendo el camino á pie, enseñando la doctrina y viviendo de limosnas, como es costumbre. Permaneció en aquella santa casa hasta últimos de Febrero de 1705, en que le enviaron á terminar su noviciado en Evora. Hizo los votos en 25 de Marzo, entró en los estudios de latin, manifestando desde luego grande aplicacion. Habiendo en aquel tiempo enfermos en los hermanos de su estado, y algunos de fiebres malignas, este buen hermano era uno de los que más asistian á los enfermos, en lo que mostraba bien su mucha caridad. Aconteció, luego que acabó de ser novicio, que tomaron órdenes menores algunos hermanos. Entrando todos para este efecto en la capilla interior de la casa del prelado, dijo el sobrino de su ilustrísima al padre que acompañaba á los hermanos, que era necesario que se hiciese una oracion en la capilla; contestó el padre que allí se hallaban todos prontos, que eligiese su señoría el que más le agradase; y tratándose de elegir, recayó esta sobre el más moderno, que era el hermano Pacheco. Púsose luego de rodillas, é hizo una muy piadosa y devota oracion, en la cual pidió al Señor muchos bienes para toda aquella casa y para su dueño, que tanto gustaba de las cosas de devocion. Pocos dias despues cayó enfermo, y bien pronto se comprendió que no tardaria en morir. Preparóse con actos de contricion, y despues se confesó y recibió el viático, haciendo un devoto y afectuoso coloquio con edificacion de todos los presentes. Pidió con grande fervor la santa uncion, diciendo que queria recibirla luego, porque así tendria más fuerza y aliento. Despues de haberla recibido se puso muy alegre, y volvió á pedir su crucifijo, con que se abrazó, y continuó hablando con Dios, no cesando de hablar sino cuando por creer que podia hacerle daño le mandaban se callase. Despues de estar siete ú ocho dias en la cama, falleció en 22 de Junio de 1705. Su semblante quedó muy apacible, y los hermanos, despues de amortajado, le echaron muchas flores en la caja. Fué enterrado su cuerpo en la capilla de S. Vicente, donde antiguamente estuvieron depositados los huesos del V. P. Manuel Fernandez, primer mártir de la Compañía en Europa.—S. B.

PACHECO (D. Francisco), sevillano insigne por su erudicion y digno de ser contado entre los más famosos poetas latinos; fué muy estimado entre

sus conciudadanos, no solo por su sabiduría, si que tambien por su sólida piedad. Escribió el *Catálogo de los Arzobispos de Sevilla*, de cuya catedral fué canónigo. Hizo, dice Arana en el artículo que le dedica en su obra *Hijos ilustres*, los elegantes versos que estan en el antecabildo de dicha iglesia, y la inscripcion que en piedra negra está grabada al pie de la torre de la Giralda. Sus papeles en prosa y verso logran superior estimacion, mas no ha sido esta bastante á que, mediante la imprenta, salgan á luz pública. Fué capellan mayor de la capilla Real de dicha catedral y administrador del hospital de S. Hermenegildo de dicha ciudad, llamado vulgamente *del Cardenal*. Murió á los sesenta y cuatro años de su edad el 10 de Octubre de 1509, y está sepultado en el frontero de nuestra Señora de la Antigua. El analista Ortiz de Zúñiga, en el citado año, no asienta á que Pacheco sea de Sevilla; pero lo afirma D. Nicolás Antonio en el tomo I de su *Biblioteca nueva*, y don Antonio Palomino, en sus *Vidas de pintores españoles*. Francisco Pacheco, el famoso pintor, fué sobrino de este canónigo.—O. y O.

PACHECO (V. Madre Gerónima de San Alberto). Nació en Madrid el año de 1660, y fué hija de D. Leonardo Marcos Pacheco y de Doña Teresa Soria. Vistió el hábito de carmelita descalza en el convento de Alcalá de Henares en 1678, y profesó á 15 de Octubre del año siguiente. Observó exactísimamente la regla de su religion, dándose continuas disciplinas de sangre, hasta trasformarse su piel en duro callo, segun afirman sus cronistas. Dormia en el suelo, y habiéndoselo prohibido la prelada, ponia en el lecho una tabla, no ménos penosa que la misma tierra. Su pobreza y caridad fueron peregrinas. Murió adornada de estas virtudes el 27 de Julio de 1702, conservando su aspecto el mismo lustre y belleza que cuando estaba viva.—O. y O.

PACHECO (Sor Isabel de los Angeles). Fué hija de los marqueses de Priego, D. Pedro Fernandez de Córdoba y Doña Elvira Enriquez. Tomó el hábito en el monasterio de Sta. Isabel de la ciudad de Baza, y renunciando la nobleza de su casa é ilustre sangre, aceptó tan puntualmente la regla y los estatutos, que obedeció siempre sin faltar un ápice á las ordenanzas de sus superiores. Preciándose de pobre, solo tenia un hábito viejo y remendado, sobre unos cilicios que llevaba á raiz de la carne, sin vestir lienzo ni otra ropa alguna que la abrigase contra el rigor del invierno, ni la sirviese de recreo en el excesivo calor del verano. Ayunaba casi todos los dias, y se daba frecuentes disciplinas, y entre las que hacia de sangre, era una la víspera de la Circuncision del Señor, en memoria de la primera que en aquel dia derramó Jesús. Fundado por este tiempo el monasterio de Sta. Clara de Montilla por su hermana Doña María de Luna, fué acompañándola como fundadora con otras dos compañeras suyas de Sta. Isabel. Querian ocuparla en lo más honorífico, como á persona principal que era; mas ella siguió di-

ferente rumbo, buscando los oficios más humildes, para con esto supeditar la grandeza de su nacimiento. Valiéronla sus muchas virtudes ser abadesa, y admitió el oficio de prelada á su pesar y movida por las contínuas súplicas de todas las religiosas. Tenia entónces Sor Isabel treinta años de edad, y consideraba tan grave la carga que se la habia impuesto, que inmediatamente se fué á la imágen de nuestra Señora, y postrada de rodillas la rogó, sumida en lágrimas, tomase á su cargo el gobierno, dirigiendo sus acciones para que todas fuesen en honra de su Hijo y provecho de sus esposas. Continuó en el oficio por espacio de cuarenta años, y ofreciéndose negocios en que era preciso salir al locutorio á hablar con algunas personas, jamás la vieron sino con un velo cubierto el rostro. Todo lo que sobraba de las rentas lo hacia dos partes: la una la enviaba á las religiosas pobres de otros conventos de la Orden, y la otra la repartia entre los pobres vergonzantes de que tenia noticia. En las cosas del culto divino era tan solícita, que no faltaba un instante á las horas del coro. Padeció muchas enfermedades, y la última fué dolor de costado. Conociendo llegaba la hora de su muerte, recibió los santos sacramentos, y estando ayudándola á bien morir el dia 18 de Marzo del año 1576, rogó la dijesen el himno del Arcangel S. Miguel, á quien tenia por abogado, y habiéndole concluido, dijo ella estas palabras: *Sancte Michael Archangele, defende nos in prœlio, ut non pereamus in tremendo judicio*; y con estas palabras espiró, á los setenta y ocho años de su edad, con grande sentimiento de todas sus hijas, que perdian tan venerada madre.—O. y O.

PACHECO (D. Gerónimo), natural de Oropesa, escudero de aquella gran casa y de la de los marqueses de Villena, y hermano del P. Miguel Pacheco de la Compañía de Jesús. Tomó el hábito de la órden de Alcántara, y despues de estudiar artes en Alcalá y cánones en Salamanca, se graduó de doctor en ambos derechos. Se trasladó á Roma con el marqués de Villena, embajador de Felipe III, como secretario de la cifra de la embajada, y mereció el aprecio del pontífice Paulo V, que le dió una canongía en la santa iglesia de Jaen, honrándole con el título de referendario de ambas signaturas. Trasladóse despues á Sicilia con el mismo marqués, quien le encomendó negocios de gran importancia, y llevólos á buen término su representante Pacheco. De regreso ambos en España, tuvo Pacheco la buena suerte de merecer la estima de su santa iglesia de Jaen, y fuéle confiado el gobierno del deanato, si bien le renunció á pocos años por parecerle que no llenaba su deber como deseaba. Residia mucho en el coro, á que asistia con gran recogimiento, y era muy limosnero; pues que además de su caridad de todos los momentos, daba en muchos dias de fiesta solemne de comer á los pobres de la cárcel y áun á los enfermos del hospital. Tuvo suma devocion

con nuestra Señora, á cuya imágen, llamada *de la Capilla*, hizo algunas dádivas de importancia, visitando su santuario todos los sábados. Entregado á estas obras de piedad le llegó por fin el dia de su muerte, á los cincuenta años de edad, asistido de los PP. de la Compañía de Jaen, dejando por patronos de su colegio de Caravaca á los señores marqueses de Villena.—C. de la V.

PACHECO (D. Juan), señor de Villarejo de Fuentes, diócesis de Cuenca; fué biznieto del Maestre de Santiago D. Juan Pacheco, nieto de su hija Doña Beatriz Pacheco, condesa de Medellin y de Cifuentes, cuyo hijo segundo y del conde de Cifuentes fué D. Luis Pacheco de Silva, padre de nuestro Don Juan. Doña Gerónima, su mujer, fué hija cuarta de Esteban Coello de Mendoza y de Doña María de Zúñiga y Tovar, señores de Montalvo. Fué caballero del hábito de Santiago, y desde niño estuvo en Flandes al servicio del emperador Cárlos V. Hízose caballero tan cristiano y prudente, que el rey D. Felipe quiso darle diferentes gobiernos, de que se excusó por medio de Ruy Gomez de Silva, su deudo, por los grandes desengaños que del mundo tenia, y porque deseaba servir desde su propia casa y con más reposo al Rey de cielos y tierra. Habia este matrimonio negociado con S. Francisco de Borja el fundar allí un colegio de PP. de la Compañía, y posteriormente el P. M. Gerónimo Nadal, á fines del año 1561, siendo comisario general, aceptó la fundacion, persuadiéndoles primero á fundar casa de probacion, para educar en ella los novicios de la provincia; pues este era el fundamento de la religion sobre que habia de basar el resto de la disciplina y vida religiosa. Parecióle muy á propósito el sitio de Villarejo; y si bien la fundacion de estos señores no fué lo abundante que debiera, juzgó prudente aceptar, porque no faltase casa de novicios en esta provincia, y esperando que con el tiempo mejorarian las condiciones de la fundacion. No se engañó seguramente en esto, porque hicieron los fundadores más de lo prometido, dando á la Compañía cuanto pudieron; y para ello cercenaron sus gastos, vendieron la plata, los adornos de casa y caballos, reservándose únicamente lo más preciso á sus personas y familia. D. Juan llegó hasta abandonar la caza, ejercicio á que era muy aficionado, por tener más que dar á la Compañía y emplear en el edificio para su establecimiento, que se labró muy capaz y acomodado, surtiéndole de cuanto habia menester. Doña Gerónima, por su parte, se dedicó, ayudada de sus criadas, á la costura y bordados de ornamentos para el culto divino. La Compañía tomó posesion de la casa en 18 de Mayo de 1567, segundo dia de Pascua del Espíritu Santo, siendo la iglesia dedicada á S. José. Fué llevado el Santísimo desde la iglesia parroquial con gran solemnidad y concurso, cantando su misa nueva el P. Don García de Alarcon, y predicando el P. Visitador Bartolomé de Bustamante.

A ella fué de primer superior, con título de prefecto, el P. Juan Manuel de Leon, y por ministro el P. M. Millan Garcia. Viendo, pues, nuestro Don Juan los grandes frutos de su piedad, cada dia se afanaba más y más por dar ayuda á la Compañía, esmerándose á la vez, y con mayor empeño, en el recogimiento y ejemplo de su vida, y gobernando á sus vasallos más bien como padre que como señor. Socorria á los pobres, consolaba á los afligidos, administraba justicia con rectitud y procuraba que Dios fuese servido de sus súbditos, para lo cual les daba brillante ejemplo. Doña Gerónima procuraba tambien no ser aventajada por su marido en obras de virtud, y ambos perseveraron en tal género de vida hasta la muerte. La de D. Juan acaeció en 1585, á los ochenta años casi de su edad, siendo sepultado en la iglesia de su fundacion en el santo suelo. Su esposa acrecentó, si le fué posible, el recogimiento de su vida, creciendo siempre en la oracion, hasta que el año 1591, sábado santo á 13 de Abril, dió su alma al Criador, siendo sepultada en la misma iglesia que su marido. — C. de la V.

PACHECO (Fr. Juan), predicador de la religiosísima provincia de la Concepcion, de Menores observantes en Filipinas, que tantos y tan ilustres varones produjo. Vistió el humilde sayal y llenó su admirable vida con excelentes ejemplos. Distinguióse predicando á los infieles, y con sus religiosas costumbres; llevando á Filipinas la muy notable fama que habia adquirido por su apostólico celo en Madrid. Cuando llegó á los sesenta años, fué en Manila la columna más fuerte del convento. Allí su ancianidad era respetada y su venerable porte edificaba, quedándose entre la comunidad por lo difícil que le era á sus largos años aprender el idioma. Ardiente y perseverante en la oracion, rígido en la abstinencia hasta la muerte, pasmaba áun á los mismos religiosos el teson y los rigores con que se mortificaba. Estando en Morong, pueblo de los naturales y una de las administraciones de la Orden, dice su cronista que se dejó llevar tanto de la vehemencia de sus meditaciones agitadas por el conocimiento de las desenfrenadas costumbres de los seculares, que desnudándose desde la cintura arriba y echándose una soga como delincuente, hizo á un indio que le llevase del ramal por todas las calles, y á otro que le azotase crudamente. Con esta representacion tan formidable quiso aplacar la ira de Dios é imprimir la consideracion de los hombres á aquel tremendo dia en que ninguno ha de librarse. Restituido á Manila, seguia el mismo género de vida, visitaba los hospitales, consolando á los pobres enfermos, y ayudaba á los seculares cuanto podia. Dióle el Señor una enfermedad larga, llena de penosos dolores, y la llevaba con la mayor paciencia, pidiendo que fuesen aún mayores. Murió desnudo sobre el suelo á peticion suya, recogido en profunda oracion y auxiliado por la comunidad, por los años de 1590. — O. y O.

PACHECO (D. Juan Francisco). Fué hijo del marqués de Villena D. Juan Fernandez Pacheco, y nació en Escalona. Fué caballero del hábito de San Juan, y el Rey le hizo gracia de sumiller de cortina, y en la santa iglesia de Jaen obtuvo el deanato y un canonicato, que residió desde 17 de Abril de 1622, con gran aceptacion del cabildo. Tambien le presentó el Rey para el obispado de Córdoba, de que en su nombre tomó posesion D. Gabriel de Ledesma, chantre de Jaen, á 14 de Enero de 1653; mas como no vino el prelado á su iglesia, la gobernó el dicho D. Gabriel, siendo provisor y vicario general hasta el fin de este año, en que se declaró la sede vacante. Escribió una carta al cabildo comunicándole cómo el Rey le habia nombrado para el obispado de Cuenca, viéndose obligado á no rehusar esta merced, y ofreciéndose al cabildo con el mayor reconocimiento donde quiera que fuese servido buscarle. Tomó posesion del obispado de Cuenca en 10 de Enero de 1654, á nombre de nuestro Obispo, el Dr. D. Cristobal de Ordoñez, prior de Guadix, á quien dió poder para gobernarle por el tiempo de su ausencia. Murió á 24 de Mayo de 1663, y dejó fundados tres aniversarios, donando á la catedral, ántes de morir, una colgadura riquísima. Fué sepultado en esta iglesia, y tiene por epitafio el siguiente: *D. O. M. Hic jacet D. Joannes Franciscus Pacheco, episcopus Conchensis Regiusque Consiliarius, filius Marchionis de Villena, qui super corpus suum scribi jussit:* HIC JACET EPISCOPUS INDIGNIOR ECCLESIÆ CONCHENSIS. *Obiit 24 Maji anno* 1663, *ætatis suæ* 57. — C. de la V.

PACHECO (Sor Juana.) Fué natural de la villa de Alcaudete, é hija de los condes D. Martin Fernandez de Córdoba y de Doña Leonor Pacheco. Fué la mayor de todos sus hermanos: y queriendo los condes dar á Dios las primicias de su matrimonio, la vistieron el hábito de la órden de S. Francisco á los doce años de edad. Era tan discreta y afable, que sin reparar las religiosas en sus pocos años, ántes de los veintiocho la eligieron abadesa. Gozaban sus padres viendo el buen ejemplo de su hija; y siéndoles forzoso ausentarse por bastante tiempo, determinaron dejarla por gobernadora del estado, y aunque era notable su expedicion para los negocios de todo un reino, se excusó humilde, objetando que no se hermanaba bien el estado de religiosa con las administraciones particulares. Treinta y tres años contínuos fué prelada del monasterio de Sta Clara, de Alcaudete, pareciendo por su pobreza una abatida súbdita. Por esto, corriendo el tiempo, renunció el oficio con sentimiento de la comunidad. Ni siendo autoridad ni dependiente, quiso tener las rentas que sus padres y deudos la dejaban, ni otra cosa alguna para su uso. Su hermano el marqués de Cortes la sacó una bula para poder tener dos criadas, y una religiosa libre de los actos de la comunidad para que la ayudase á rezar el oficio divino, y juntamente licencia para poder recibir lo que la diesen sus hermanos y distribuirlo á su voluntad; mas si

bien por falta de salud se aprovechó de la primera concesion, rehusó admitir la segunda por contemplarla contraria á la pobreza religiosa. Así las joyas que tenia en un cofrecito las repartió de limosna entre los necesitados. Con la práctica de estas virtudes, fervorosa oracion y raro ejemplo, acabó su vida el año de 1584, á los sesenta y nueve de su edad. — O. y O.

PACHECO (Sor Leonor). Vivian en Alcaudete el celebrado D. Martin Fernandez de Córdoba, conde de dicha villa, y su esposa Doña Leonor Pacheco, criando sus hijos en costumbres loables y cristianas, cuando pasó aquel al Africa capitaneando á los españoles en la campaña de Mostagan. En ella pereció la flor de nuestra nobleza, y murió tambien el conde Don Martin, sacándole el corazon que presentaron á su hijo el marques de Cortes, á quien tenian prisionero. Tan trágico fin hirió tan profundamente el corazon de su esposa, que trató de dejar el mundo y retirarse á la religion. En el monasterio de Santa Cruz de Córdoba, de la órden de S. Francisco, tenia dos tias y una abuela, que habia sido marquesa de Comares. Y á esta santa casa tuvo motivos particulares de retirarse, viéndose precisada á dar al olvido el afecto que la llamaba hácia las hijas que dejaba en el convento de Alcaudete. Tomó muy humilde el hábito y honesto traje el año de 1569, y entró á servir en la comunidad como la donada más abatida. Los prelados, sin embargo, lo dispusieron de otro modo, atendiendo á la grandeza de su persona, á su salud lastimada con tan recio golpe, y entraron con ella algunas criadas de las más antiguas que la habian servido cuando era vireina de Navarra, y á las cuales profesaba el mayor cariño. El dia de su profesion permaneció en la tribuna orando durante tres horas, y no habló en aquel dia con persona alguna. Fué este el segundo dia de pascua de Resurreccion, y como quien resucita á nueva vida, dejó el apellido de la antigua y nobilísima casa de sus progenitores, llamándose desde entónces Sor Leonor de la Cruz. Fué muy penitente en la comida y bebida, retirada de todo trato y conversacion, y mortificábase de una manera que daba lástima á sus mismas compañeras. De la pasion de Cristo nuestro Señor no hablaba sino con lágrimas, haciendo enternecer á todas. De esta manera ejemplar vivió cinco años y medio, y llegando el dia de su muerte, dando las mayores pruebas de su humildad, rindió su espíritu al Criador el mes de Agosto del año 1575. — O. y O.

PACHECO (Sor Leonor), hija de D. Rodrigo de Toledo y de Doña Ana Pacheco, marqueses de Cerralbo. Fué muy dichoso el dia de su nacimiento, no tanto por lo que entónces era, cuanto por lo que habia de ser con el tiempo. Tuvo lugar en el propio dia que la sacratísima Reina de los ángeles María subió á los cielos. Fué criándose aquella graciosa niña con mucha mayor virtud y cordura de lo que parecia posible en sus pocos años. Decia que

solo queria servir á Dios que hacia tan lindas cosas como las flores del jardin de su palacio, y tales pensamientos que tenia grabados en su corazon desde su más tierna edad, habian de conducirla al camino seguro de la virtud y de la santidad. Llevábanla por otros sus padres, y la pusieron en palacio, lo cual tan pronto como llegára á noticia de su religioso confesor, que conocia profundamente los intentos de la jóven, dijo con espíritu profético: «Hagan ahora lo que sus padres quisieren de Doña Leonor, que aunque la pongan en el palacio real de la tierra, ella no parará allí; ella no parará hasta verse en la religion.» Obedeció á sus padres, ordenándoselo así el Señor para que fuese en el palacio real ejemplo de virtudes á todos los que en él habitasen. Florecia con admirables dones de hermosura, discrecion y gracia singular en cuanto decia y hacia, llevando en pos de sí las miradas de todos, y aventajando á las damas de la corte que servian á la Reina. Cual otra Sta Cecilia, siempre llevaba el Evangelio en su noble pecho, llevándole por regla de todas sus acciones, procurando en ellas servir primero al Rey del cielo, y despues al de la tierra. En medio del mar del mundo, la luz de la fe, el resplandor de la caridad, la fortaleza de la esperanza, y otras muchas virtudes la acompañaban, y la hacian mujer religiosa la más valerosa y constante. Procuraba siempre tener confesor letrado y espiritual, sin cuyo parecer no emprendia cosa que le causase la menor dificultad. Trataba con aspereza su delicado cuerpo, privábase de todo gusto en la comida y bebida: daba limosnas cuantas podia y alcanzaba, y jamás faltó á obra buena que comenzase, ni dejó de llevar adelánte los ejercicios de las oraciones y penitencia. Nunca se aprovechó de la preferencia que la Reina la dispensaba, sino para hacer bien á los pobres y á los necesitados, siendo estos los cuidados que tenia. No se olvidaban sus padres del propósito de casar á su hija muy rica y noblemente, para lo cual trataban varios enlaces sin concluir ninguno. Por esta época fué Dios servido llevarse al eterno descanso á la reina Doña Isabel, á quien ella servia, y con cuya muerte tocó tan de veras al corazon de Leonor, viendo en lo que paraban las grandezas de la tierra, que determinó dejar al mundo, ántes que el mundo la dejase á ella. Contribuyó mucho á esta su resolucion el haber oido los sermones del varon apostólico P. Alonso Lobo, de la órden de frailes Menores. Vestida del santo hábito de descalza de Sta. Clara de Madrid Sor Leonor del Espíritu Santo, que así quiso llamarse, comenzó á trabajar en la viña del Señor tan gallarda y fervorosamente, que en breves dias pasó muy adelante á las que mucho más temprano que ella habian comenzado su tarea. Ejercitábase en aquella escuela de virtudes, caminando de una en otra, y si en el palacio Real puso tan especial cuidado de servir al Rey del cielo, viéndose ahora en su casa y santo templo, bien se puede creer que lo haria con más veras. No

se contentaba la sierva de Dios con las ordinarias asperezas y penitencias que en la religion hallaba, y escogia medios para aventajarse en estas cosas. Jamás comió más que lo indispensable; nunca se la vió acostada, pareciendo burlarse del sueño. En la oracion de la comunidad estaba siempre de rodillas, no obstante que le era muy penoso por cierto impedimento que tenia en ellas: en todos los oficios de trabajo era la primera. Cuando la obediencia la empleaba en las cosas más humildes, entónces estaba más contenta. La asistencia del coro (fuera de lo que la reclamaba la obediencia) delante del Santísimo Sacramento era continua, porque le miraba como el refugio de su alma, pasando doce y áun quince horas sin salir de él. «En nada conozco, decia, cuán gustoso es tratar con Dios, y cuánto lo será el asistir en su gloria, como en ver que cuando andaba en las cosas del mundo, por mucho que fuesen de mi gusto á poco rato me cansaba, y ahora con todo el dia de estar con Dios en el coro, me parece una hora.» Tambien era en la obediencia prontísima, luciendo su habilidad y singular ingenio, que para todas las cosas, así teóricas como prácticas, tenia. Doce años fué maestra de novicias, y en su enseñanza solia decir: *nadie quiera ni desee más que la voluntad de Dios.* Habiendo invocado la intercesion de los santos para su vida y su muerte con particulares oraciones, cuando la decian porqué querer tanto que la hacia mal, replicaba: «Si yo sé de cierto que una palabra ociosa no se ha de pasar sin castigo, tambien quiero esperar de la divina clemencia, que no se dice palabra en su servicio para la cual no haya especial remuneracion y premio.» Al fin de su vida padeció esta religiosa una larga y penosa enfermedad con tan gran paciencia, que jamás se oyeron sino loores de su boca. Sufria gravísima sed, y no pedia agua, siendo siempre y durante seis meses espejo de mortificacion y de increible paciencia. Agravada en su mal, parecia un esqueleto, habiéndola consumido de tal manera, que no tenia sino el cuero sobre los huesos, inspirando compasion á sus compañeras cuando la contemplaban. Cuando los accidentes la permitian volver en sí, más parecia haber estado orando que desmayada, porque siempre lo hacia alabando al Señor y cantando á David. Recibidos con suma devocion los santos sacramentos, descansó en el Señor el jueves 29 de Abril á los cincuenta y dos años de su edad, habiendo empleado veintisiete en su santo servicio en la religion. Quedó su cuerpo despues de muerta mucho más hermoso que cuando estaba viva. La crónica celebra sobremanera y honorificamente su memoria.—O. y O.

PACHECO (V. Manuel), portugués, de la Compañía de Jesús. Formó parte de los setenta y nueve misioneros que el P. Acevedo envió á buscar y recoger en Roma para el Brasil. Aprehendido el navío que los conducia el 15 de Julio de 1571 por los corsarios calvinistas, los asesinaron ó arroja-

ron á las olas, en las que perecieron. Tal fué el glorioso martirio de este nuestro bienaventurado compatriota. Dedícale honorífica mencion du Jarric en su libro *De las cosas más memorables*, y Zamner en la obra *Societas Jesu*. O. y O.

PACHECO (Fr. Miguel Correa y), de la órden de S. Juan Bautista del Perú, natural de Lima, hijo legítimo de D. Manuel Correa y de Doña Isabel Pacheco. Recibió el hábito en el convento grande del Rosario el dia de la Exaltacion de la Cruz del año 1585. Cuando fué elegido para el oficio de provincial en 1632, habia sido prior de los conventos de Arequipa y de Trujillo, vicario general de dichos dos obispados, y definidor del capítulo provincial antecedente. — O. y O.

PACHECO (D. Pedro), quinto de los de este nombre. Fueron sus padres D. Alonso Tellez Giron, señor de la Puebla de Montalban y Doña María de Guevara. Fué camarero del sumo pontífice Adriano VI, y le sirvió hasta la hora de pasar al cielo. Fué dean de la santa iglesia de Santiago, reformador de la universidad de Salamanca. En el año 1529 el Emperador le presentó para el obispado de Mondoñedo, y le mandó visitar la chancillería de Granada. De esta iglesia fué promovido para la de Ciudad-Rodrigo, y de esta para la de Pamplona, de que tomó posesion en 10 de Julio de 1539, y entró en ella en 14 de Marzo de 1540. En el 1543 edificó en la Puebla de Montalban el convento de religiosas Franciscas, y le dotó con quinientos mil maravedises y cuatrocientas fanegas de trigo: puso en él muchas reliquias de santos, y suplicó á la Santidad de Paulo III le concediese un breve para que en el dia de los difuntos puedan todos los sacerdotes que celebraren en sus altares decir dos misas de *requiem*. La carga que puso á las religiosas fué oracion perpétua, y recibir sin dote cierto número de monjas. En el año 1544, en 16 de Agosto, celebró sínodo; dotó en su iglesia las procesiones del *Corpus Christi* y su octava, y la de Resurreccion y fiestas de S. Agustin y S. Francisco. De esta sede fué promovido á los obispados de Jaen y Sigüenza. De este tomó posesion en 1.° de Setiembre de 1554. Asistió en el concilio de Trento en las sesiones 3.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª Paulo III le dió el capelo de cardenal. En el año 1546 el Emperador le dió el título de virey de Nápoles. Corrigió la tiranía del príncipe de Salerno y duque de Soma. Resistió con el valor de Andrea Doria á Dragut, corsario turco, que con presas y robos se hizo famoso en la mar. Pedro Melario dice que el cardenal, por mandado del pontífice Paulo IV, asistió en el capítulo general que celebró en Roma la Compañía de Jesús en 2 de Julio de 1558, en que fué electo general el muy V. P. Diego Lainez, admirable en letras y señalada prudencia; y dice más, que la comida de aquel dia la dió el Cardenal, y comió en su refectorio. La Santidad de Pio IV, en el año de 1565, le dió título de inquisidor en la In-

quisicion de Roma, que se tiene en presencia de Su Santidad, y con él nombró otros cuatro, que fueron los cardenales Crapi, Puteo, Trani y Alejandrino, que despues fué papa Pio V. Pedro Rozo, en la *Descripcion del reino de Nápoles*, dice que el Cardenal fué arzobispo de Monte de Sant-Angelo ó Sipontino. Fué muy devoto de la Concepcion de la purísima Vírgen, y causa de que en el concilio de Trento se determinase lo que contiene el decreto; y habiendo estado ausente un prelado que no llevaba esta opinion, cuando volvió dijo: *In hoc decretum Concilium pachequizcuit.* Murió el Cardenal en Roma, con título de obispo Albanense, en 4 de Febrero de 1560, en el sesenta de su edad. Su cuerpo fué depositado en el convento de Sta. María de Araceli, de religiosos de S. Francisco, y de allí fué trasladado al convento de la Puebla de Montalban, donde yace en un suntuoso sepulcro, y carece de epitafio. — O y O.

PACHECO (D. Fr. Plácido), único de este nombre entre los obispos de Plasencia. Religioso de la órden del gran patriarca S. Benito, é hijo de D. Juan Pacheco, oidor de Valladolid. Tomó el hábito en el convento de S. Vicente de Salamanca, y se distinguió en el púlpito por la elegancia de su oratoria, obteniendo en los reinos de Andalucía el renombre de Ciceron cristiano, y que su religion, honrando sus méritos, le diese el título, concedido á muy pocos, de predicador general. Electo abad del referido convento de S. Vicente en 1601, dejó esta casa considerablemente aumentada en edificios y rentas. Fué abad de Sopetran y del convento de S. Benito de Sevilla, definidor y visitador general de la Orden. El cronista Gonzalez Dávila dice de este religioso que fué afable, humano, prudente y muy observante de la regla. En 1621, elegido por su Congregacion general, aun dos años despues alcanzó de la bondad del monarca la señalada honra de ser presentado para la silla de Cádiz. Es cierto que Fr. Plácido socorria largamente, y con cuanto podia, á su monarca, con considerables donativos para las guerras que tenia con los enemigos de la Iglesia y de su corona Real, así cuando los ingleses acometieron á Cádiz se mostró muy liberal, de lo que fué buen testigo D. Fernando Giron, caballero de la órden militar de S. Juan, que defendió aquella plaza. Hasta 1632 gobernó la mitra gaditana, siendo en este año trasladado á la silla de Plasencia, en la cual, y durante algunos años, dió evidentes pruebas de sus virtudes y evangélico celo, sin olvidarse de su convento de S. Vicente de Salamanca, cuya capilla mayor tomó para sus cenizas, y por lo cual, y á fin de que se terminasen las obras, dió diez y seis mil ducados; suma igual dió tambien al convento de la Concepcion, de monjas de su obediencia, para edificar un claustro. Murió el 5 de Octubre, dedicado á S. Plácido, del año 1639; depositóse su cuerpo en el convento de PP. Dominicos de Plasencia, y un monje de su re-

ligion, conocedor y testigo de sus buenas prendas, le puso el siguiente epitafio:

Illustrissimus et reverendissimus Dominus Frater Placidus à Pacheco, Majorum imaginibus illustris, virtutibus et moribus illustrior. Qui velut alter Placidus Sacræ Benedicti invictæ Militiæ nomen dedit in ea. Clarissimus Divini Verbi pro animarum salute concionator. Et velut tentatus et probatus in multis, à suis omnium plausu, Generalis Minister inauguratus: sibi subditos placidè et ad meliora direxit; à Philippo Quarto Hispaniarum Rege Potentissimo ad Gaditanum primum, deinde ad Placentinum Episcopatum evectus: Gregem sibi à Patre luminum, non sine numine, creditum exempli egregie et doctrina instruxit. Multa in omnium oculis, majora in oculta patravit. Amabat enim benefacere, et nesciri cessavit ab honoribus, oneribus et vita. Anno 1639 quinta Octobris, S. Placido et aliis triginta Monachis Benedictinis, Martyribus nobilitata et sacrata ætatis suæ 92.

O y O.

PACHECO (Victorino). Nació en Lisboa y fué admitido en la Compañía de Jesús el año 1712, á los quince de su edad. Enseñó humanidades en Lisboa, y despues se dedicó con fruto al ministerio del púlpito. Escribió: *Martirologio Romano*, dado á luz por mandado del papa Gregorio XIII.— C. de la V.

PACHECO DE ALARCON (D. Juan), virtuoso sacerdote. Hijo de D. Juan Ruiz de Alarcon Mendoza y Pacheco y de Doña María de Peñalosa, señores de la villa de Buenache. Fué primero casado, y despues de viudo se ordenó de sacerdote, dedicándose completamente á la práctica de la virtud. En el confesonario trabajó con gran fervor y espíritu del bien de las almas, logrando ganar con su cuidado, doctrina y solicitud, muchas de aquellas para el cielo. Al ejemplo de su santa vida penitente y modelo se agregaba la circunstancia de que no dormia en cama, ni comia cosa alguna de regalo, empleando dos horas en la Misa y muchas en la oracion. La fama de su virtud llegó á noticia de Felipe III, que sacó bula pontificia para hacerle visitador apostólico de todos los conventos de religiosas que habia en el reino. En esta visita trató en Burgos con la ilustre señora Doña María de Miranda, viuda de D. Juan de Aristra y Zúñiga, señor de Montalvo, de la fundacion de un convento de religiosas Mercenarias, y la decidió á que fuese en esta Corte. Cuando dicha señora vino á Madrid le hizo su confesor y director para la ereccion del convento. A poco de comenzada la fábrica y ántes de concluirse murió en 1607, dejando su hacienda á este venerable sacerdote para que concluyese la obra y fundacion. Así lo hizo, eligiendo tres religiosas de tres distintos conventos, á las que conoció de mayor virtud y sabiduría, las cuales entraron en clausura el dia 9 de Febrero de 1609,

despues de haber colocado el Santísimo en una pequeña iglesia. Continuó adornando el convento, así en lo espiritual como en lo material, siendo reconocido por las religiosas como padre, y por los católicos como fundador y bienhechor hasta su fallecimiento, acaecido en esta Corte á 22 de Setiembre de 1616. Mandó en su testamento que se le enterrase junto á la pila del agua bendita, pero las religiosas lo hicieron dentro de la clausura de la sala capitular, en donde se conservan sus huesos con veneracion y respeto. Tambien, dice Baena en la biografía de este ilustre hijo de Madrid, se guardan varias cartas suyas en respuesta á las consultas que se le hacian, todas llenas de sabiduría y de celo del amor de Dios y del prójimo. Este convento tomó el nombre de tan venerable sacerdote, de cuya vida trata Fray Francisco de Ledesma en la fundacion del mismo, y del de San Fernando. Baena vió una carta manuscrita da una señora comendadora de él, que habla de la patria y virtudes de D. Juan. —O. y O.

PACHECO DE CERRALBO (Francisco). Este cardenal y arzobispo de Burgos nació en Castel Rodrigo de España en el siglo XVI. Fué hijo de Juan Pacheco, gentil hombre del Rey, de mucho mérito y reputacion. Empleado por el emperador Cárlos V y por su hijo el rey Felipe II en diversas negociaciones, se distinguió extraordinariamente por su talento diplomático. Una de las comisiones más importantes de que fué encargado, fué la de tratar la paz entre el pontífice Paulo IV y Felipe II, al que fué á buscar á Inglaterra, y por cuya recomendacion el papa Pio IV le creó cardenal el año 1561. Despues fué un decidido protector de los asuntos de España en Roma, y nombrado arzobispo de Burgos, arregló la alianza que se hizo contra el turco en el pontificado de Pio V. Fué nombrado inquisidor general de la Fe, y murió en Burgos el 25 de Agosto de 1579. Moreri en su gran *Diccionario* hace mencion de este Cardenal, con referencia á Ciaconius, Auberi, Estrada y otros autores. —C.

PACHECO y CÓRDOBA (D. Francisco). Fué natural de Córdoba, hijo de Don Francisco y de Doña María de Mendoza y Córdoba; dedicóse desde sus primeros años á los estudios, graduándose de doctor en la facultad de cánones. Fué dean y canónigo de Córdoba, y el rey D. Felipe II le mandó asistir al capítulo provincial celebrado en esta ciudad por los Trinitarios en el año de 1570. Despues fué presentado para obispo de Málaga, donde gobernó con gran celo por espacio de doce años, casi todos fatales, especialmente el de 1583, en que padeció aquella ciudad una peste cruel. El Obispo cuidó de sus ovejas con tanta caridad y amor que vendió la plata, tapices y otras alhajas que tenia para socorrer sus necesidades. Por Octubre de 1586 ya se hallaba presentado para la iglesia de Córdoba, dando sus poderes para la toma de posesion al Dr. D. Diego Fernandez de Córdoba y Mendoza, arcediano de la

misma iglesia, la cual tomó, presentadas las bulas el domingo 12 de Abril de 1587. En 23 del mismo entró el Obispo en la ciudad con igual recibimiento que se hizo á sus antecesores; y poco despues trató de hacer una visita que empezó por la catedral, de que resultaron cincuenta y un puntos dignos de consideracion en diversas materias; por lo cual vino á cabildo en 31 de Octubre de 1588, y los propuso para que se conferenciasen en él. A su celo é iniciativa se deben algunas reformas y la extincion de muchos abusos en el obispado. Determinando luego pasar á Madrid por algunos negocios, pidió al cabildo en 21 de Agosto de 1589 que diese licencia al Dr. Diego Muñoz, canónigo magistral y al Dr. José Alderete, racionero, para que le acompañasen todo el tiempo de su permanencia en la corte; y asimismo solicitó su venia para enviar al Dr. Alderete á Roma, con el fin de besar el pié á Su Santidad, y visitar *Limina Sancti Petri*, por no poder ejecutarlo personalmente. El cabildo otorgó estas licencias en 25 de dicho mes; y en 5 de Setiembre confirió el Obispo poder al dean para gobernar el obispado, encargándole al canónigo Mesa la vicaría general y al racionero Velarde de la Concha la provisoría. A 9 de Setiembre habia ya salido de Córdoba, y no volvió hasta el año siguiente en que hubo una gran epidemia. A nuestro Obispo sobrevino un vehemente dolor y encendimiento de riñones, que segun parecer de los médicos, *sola venus poterat tali succurrere morbo*; mas oido el remedio por el cristianísimo prelado, y estimando en más á Dios que á su propia vida, exclamó diciendo que no queria salud ni vida con ofensa de Dios. Acaeció su muerte en 2 de Octubre de 1590, por la noche, y fué su cuerpo sepultado en el convento de Santa Isabel de los Angeles en el sepulcro de su casa de Almuñecar. Por su órden quedó terminada la obra ó iglesia de la Compañía de Jesús, que le fué encomendada por el fundador D. Juan de Córdoba su tio, ejecutando tambien otras muchas obras de piedad. — C. de la V.

PACHECO DE MONTALBAN (Pedro). Este cardenal y obispo de Sigüenza fué hijo de Alfonso Tellez Giron, descendiente de D. Martin Vazquez de Acuña, esposo de María Teresa Giron, heredera de esta ilustre casa española. Su hijo Alfonso Tellez Giron casó con María Pacheco, en la que tuvo á Juan Pacheco Giron, comendador de Santiago, primer marqués de Villena y duque de Escalona. Este tuvo diversos hijos, el tercero fué Alfonso, padre de Juan Pacheco, del cardenal Pedro, de Alfonso comendador de Calatrava y de otros. Pedro Pacheco se dedicó á la carrera eclesiástica que abrazó muy jóven, y fué nombrado obispo de Ciudad Rodrigo, y sucesivamente de Pamplona, Jaen y Sigüenza. A solicitud del emperador Cárlos V, el papa Paulo III le creó en 1545 cardenal, dándosele entónces el obispado de Albano. Fué á Roma este cardenal Julio III, y no contribuyó poco con su celo á la

tranquilidad de Italia. Confiósele el gobierno del reino de Nápoles y logró apaciguar al pueblo y á la nobleza que se hallaba agitada, y tuvo tambien la fortuna de arreglar las diferencias que habia entre el papa Paulo IV y el rey de España Felipe II, y fué tal la opinion de piadoso y benéfico que obtuvo que se habló mucho sobre nombrarle sucesor del pontífice Paulo su señor; pero murió poco despues de esto en Roma, el 4 de Febrero de 1560. Su cuerpo embalsamado fué conducido á Montalban, en España, y sepultado en el convento de Santa Clara fundado por su hermano D. Juan Pacheco, á cuyo monasterio habia hecho considerables donaciones. Hacen mencion de este ilustre español, Auveri en la *Familia de Giron* de que es hoy cabeza el Excmo. Sr. D. Mariano Tellez Giron, duque de Osuna, conde-duque de Benavente, del Infantado y de Gandía, teniente general de los Ejércitos nacionales, caballero del Toison de Oro y embajador de España cerca del Emperador de Rusia. Tambien hacen referencia de este Cardenal, Petramellario, Sandoval en la *Historia de los Obispos de Pamplona*, Moréri en su gran *Diccionario Histórico y Geográfico* y otros autores. —B. C.

PACHECO DE RIVERA (Fr. Plácido), benedictino. No se sabe de este religioso otra cosa sino que vivia en el convento de la órden de S. Benito de la ciudad de Sevilla á principios del siglo XVII, en que escribió y dió á luz una obra titulada: *Compendio de la Doctrina espiritual de Fr. Bartolomé de los Mártires;* impresa en Valladolid en 1601, en un tomo en 8.° —M. B.

PACHECO Y SORIANO (V. D. Francisco). Digno es de mencion honorífica entre los personajes que ilustran los hechos memorables de la religion católica este presbítero y prebendado de la iglesia de Cartagena, en Murcia. Nació en Albacete el año de 1665, y desde su infancia demostró lo que corriendo el tiempo sería en la virtud. Educado por un tio que era familiar del obispo de Murcia, le llamó Dios al estado eclesiástico, y se preparó para entrar en la milicia clerical con una vida ejemplarísima. Habiéndole promovido á una media racion en 1688, se ordenó al año siguiente de sacerdote, con mucho júbilo de su alma, descubriendo desde entónces y con mayor fuerza los tesoros que abrigaba en su corazon de las mejores doctrinas, y que sería un baluarte de la religion católica. En la asistencia al coro y en el retiro era ejemplar; entre los eclesiásticos y capitulares bello dechado y espejo. Dirigia á las almas con sumo acierto, inspirándolas el amor á Dios por medio de los recursos de sus grandes conocimientos en las teologías moral y mística. El Señor quiso probar la fortaleza de su espíritu con una enfermedad que paró en calentura ética; mas apénas tomó por órden de los médicos los aires de su patria sanó, reconociendo se le concedia semejante beneficio para ser más útil á sus prójimos. Entónces aumentó las horas de recogimiento, de oracion y de mortificaciones; dedicóse á la direccion de

las conciencias, especialmente de las monjas Franciscas y señoras Justinianas en Albacete, y consiguió mucho en el aprovechamiento de sus almas. Como vicario de este distrito, cuyo cargo aceptó por obligarle el obispo, correspondió con su acierto á tan atinada eleccion, pues ganaron mucho en adornos y riquezas las iglesias, y los pobres y desvalidos fueron liberalmente socorridos, bendiciendo su piedad y misericordia hasta el punto de llamarle padre. Así le lloraron todos cuando resolvió ocupar su prebenda, servida miéntras tanto por un coadjutor. En ella acreditó la justicia con que tal nombre se le daba, porque extendió sus limosnas á los monasterios, á las fábricas, á las obras pias de Murcia, llegando alguna vez el caso prodigioso que refiere el apreciable autor Sr. Ramirez Luque, «de estar su limosnero »sacando una semana entera dinero de una esportilla de cien reales para re»partir á una multitud de pobres, sin que al cabo de los siete dias faltase »un solo ochavo. Se privaba aun del preciso alimento para darlo, tanto »que rogándole sus criados permitiese en el puchero un poco de perdiz ó »gallina, atendiendo á su edad y flaqueza, se estremeció de oirlo, juzgando »su caridad como un crimen comer carne, y estar á sus puertas hambrien»tos los pobres.» Enfermó quizás de debilidad, no siendo bastante á moderar los ímpetus de sus extraordinarias mortificaciones los encargos de su confesor, y teniendo algun prévio presentimiento de su último dia, el 30 de Enero de 1749 recibió con ejemplar ternura los santos sacramentos. «Hasta »la alcoba infundia devocion; y aseguran contestes todos los que asistieron, »que respiraba una fragancia que consolaba. Murió este varon ejemplarísi»mo, entregando su alma en manos del Criador, como en dulce sueño, »más cargado de virtudes que de años, á 2 de Febrero, siendo casi de »ochenta y cuatro años de edad, aclamándole todos por norma de ajustados »sacerdotes, dechado de señores prebendados y modelo de toda virtud. Las »lágrimas de los pobres hicieron mejor su panegírico.» *Carta de la Santa Escuela de Cristo de Murcia*, impresa allí con fecha 31 de Marzo de dicho año de 1749.—O. y O.

PACHECO y Toledo (D. Francisco), arzobispo de Burgos, segundo de este nombre. Fué su patria Ciudad Rodrigo, y sus padres D. Juan Pacheco y Doña Catalina Maldonado. De canónigo de esta iglesia y de arcediano de Camares, pasó con el primer carácter á la metropolitana de Toledo. Hizo un viaje á Italia, y habiendo llegado á noticia de Su Santidad Pio IV las excelentes prendas que le adornaban, le dió el capelo de Cardenal en la segunda creacion que hizo. Fué protector de España, de su Inquisicion general, y segun hemos ya consignado arzobispo de Burgos. Muerto Pio IV fué electo pontífice romano el cardenal Alejandrino, quien despues de su eleccion tomó el nombre de Pio V. Debemos hacer mencion del honorífico hecho de

que votando los cardenales en voz, cuando llegó el voto al nuevo electo, le dió en favor del cardenal Pacheco. Asi se justifica la confianza depositada en él por Su Santidad y Felipe II, nombrándole para ajustar los capítulos de la *Sacra Liga* contra el Gran Turco. Edificó este prelado en Ciudad Rodrigo una suntuosa capilla, dedicada al apóstol S. Andrés, y la adornó con muchas reliquias de santos, sacando al efecto licencia de Su Santidad en Roma. A su regreso á España y á su santa iglesia, visitó la mayor parte del arzobispado, que gobernó con tanto celo y prudencia, siendo notables las cuantiosas limosnas que hizo, así públicas como secretas. Terminó su existencia el 23 de Agosto de 1559. De Burgos fué llevado su cuerpo á Ciudad Rodrigo, y colocado en la capilla de S. Andrés. —O. y O.

PACHICHELLUS (Juan Bautista). Este eclesiástico del siglo XVII, del que nos da noticia Konig en su Biblioteca, publicó en 1673 una *Chiroliturgia, ó sea un Tratado del oficio de la mano*; y en 1675 un *Tratado del pie*. Tambien publicó un libro *sobre la hospitalidad*. — C.

PACHON (S.), abad. Vivió muchos años como anacoreta, distinguiéndose por las contínuas tentaciones que le hizo sufrir el enemigo de los hombres, hasta que triunfante de todas ellas voló á mejor vida, siendo mirado como santo. — S. B.

PACHIMERE (Jorge), uno de los escritores más distinguidos de la *Historia Bizantina*. Nació hácia 1242 en Nicea, donde su familia se habia refugiado despues de la toma de Constantinopla por los latinos. Su padre, aunque privado de sus bienes de fortuna, no perdonó medio alguno para atender á su educacion, y le proporcionó excelentes profesores, que le pusieron en estado de hacer grandes progresos en las letras. Habiendo sido arrojados los latinos de Constantinopla en 1261 por Miguel Paleólogo, Jorge se apresuró á marchar á esta ciudad, donde continuó sus estudios con mucho ardor. Admitido en el estado eclesiástico, sus talentos y nacimiento le abrieron bien pronto el camino de las dignidades. Mereció tambien la confianza de Paleólogo, que le dió un empleo en la corte y le encomendó diferentes negociaciones. Jorge, aunque colmado de los favores de la fortuna, no dejó de cultivar las letras, á las que habia debido tantos y tan grandes consuelos; procuró inspirar su gusto á sus compatriotas, y formó muchos discípulos, entre los que se cita á Manuel Philé. Se ignora la época de la muerte de Pachimere, pero no se la puede fijar más allá de 1310. Sin ningun fundamento el erudito Lamberio, y despues de él D. Nessel, le han hecho vivir hasta 1340. La *Historia* que nos ha dejado está dividida en trece libros, que comprenden el reinado de Miguel Paleólogo y los veintiseis primeros años del de Andrónico, su hijo y sucesor; de manera que es la continuacion de la historia de Nicetas y de Acropolito, y concluye poco más ó

ménos donde comienza la de Cantacuceno. No se conocia aún más que por los fragmentos que habian publicado Gerónimo Wolf, el P. Petau y Allatio, cuando el sabio P. Poussines dió una edicion de ella, acompañada de una version latina; Roma, 1666-69, dos volúmenes en fólio, por un excelente manuscrito de la Biblioteca Barberina. El editor ha colocado á la conclusion de cada volúmen tres libros de observaciones, el primero de los cuales contiene la explicacion de las palabras oscuras; el segundo notas críticas y las correcciones, y el tercero la cronología. Ha añadido además al primer volúmen la obra de Simeon Sethus, *De sapientia Judæorum*, con una traduccion latina. Esta coleccion, bastante rara, es la que se reunió á la coleccion de la *Historia Bizantina*, impresa en el Louvre. La historia de Pachimere ha sido traducida al francés por el presidente Cousin. A pesar de lo difuso y oscuro del estilo, es muy interesante esta historia, porque el autor es hombre de buena fe, y es mucho más sincero de lo que podia esperarse de su posicion en la corte. Se encuentran, sin embargo, en esta obra fragmentos de notable belleza y de una elocuencia elevada. Se citan además de Pachimere la *Paráfrasis de las obras de S. Dionisio Areopagita*; París, 1561, en 8.° Esta edicion solo contiene el texto griego; pero la obra se ha insertado con su version latina en la coleccion de *Obras de S. Dionisio*. Un pequeño tratado *De processione Spiritus Sancti*, publicado con una version latina por Leon Allacio, en el tomo I de la *Græcia orthodoxa*.—*Augustalis in templo Sophiæ Constantinopolitano descriptio*, á continuacion de la *Historia de Grégoras*, edicion Boivin.—La *Paráfrasis de las obras filosóficas de Aristóteles*, de las que se han publicado algunas partes con las traducciones latinas, y que se conservan completas entre los manuscritos de la Biblioteca Imperial de Viena. Pachimere habia compuesto tambien diferentes obras, que no han llegado hasta nosotros, siendo muy sensible la pérdida de sus *Cartas* y de un *Poema*, en que describió los acontecimientos de su vida.— S. B.

PACIANO (S.), obispo de Barcelona. Pocas sillas de la cristiandad pueden gloriarse de haber sido ocupadas por tantos y tan insignes varones, como la sede episcopal de Barcelona, que si es insigne hoy por su importancia entre las demás de España, lo fué ya en remotos tiempos por los santos y sabios obispos que en ella resplandecieron. Poco despues del ilustre mártir S. Severo, entró á ocuparla un varon esclarecido por su santidad, doctrina y elocuencia, y que brilla entre los SS. PP. de los primeros siglos, que ilustraron la Iglesia con sus luminosos escritos. No le puede caber en lo humano mayor gloria que tener por panegirista al gran doctor de la Iglesia S. Gerónimo, el cual le pinta como uno de los hombres más sabios de su tiempo. Pertenece todavía á la época romana, pues, á lo que parece, debió florecer á principios del siglo IV hasta el imperio de Teodosio, que comenzó

por los años de 379. Pocas noticias suyas nos han quedado, hasta que fué electo obispo de esta iglesia á mitad del siglo IV, en cuyo cargo, y lleno de méritos y de años, pasó á gozar del eterno premio por los años de 390 ó 391, habiendo gobernado la iglesia de Barcelona sobre treinta años. Y como S. Gerónimo indica que murió ya muy entrado en años, debió nacer á principios del siglo. Observa Erasmo, en sus *Escolios*, que en algunos códices en lugar de *Paciani* se lee *Martiani* y en otros *Diaconi*, de donde, como observa el Sr. Torres Amat, pudo provenir el error de Pujades, que supone en su *Crónica* haber existido dos Pacianos. En cuanto á su patria, afirma el Sr. Torres Amat que nació en Barcelona, á lo que no se oponen sus demás biógrafos, pues áun cuando reconocen que no se sabe de fijo el lugar de su nacimiento, con todo el haber sido obispo de Barcelona inclina á creer que era natural ó de esta misma ciudad, ó de alguno de los pueblos Laletanos, en conformidad al cánon 24.° del concilio de Ilíberi, que prohibia ordenar á los bautizados en tierras lejanas, y por ser tal entónces, con pocas excepciones, la disciplina general de la Iglesia. Desde muy niño se aplicó al estudio de la latinidad, como dice el santo Doctor en su segunda carta á Semproniano. Y es de notar que en su juventud sería educado en los estudios de la bella literatura, por cuanto sus escritos demuestran que se habia familiarizado con los escritores de la más culta antigüedad, así latina como griega. En su juventud abrazó el estado santo del matrimonio, del cual tuvo un hijo llamado Dextro, natural tambien de Barcelona, que en Roma, adonde pasó despues de sus estudios, fué elegido prefecto del Pretorio, dignidad la más elevada, que proveia el Monarca, segun el testimonio de Casiodoro y de S. Gerónimo, el cual dice en el cap. CXXXII *De viris illustribus*: «Dextro, hijo de Paciano, ilustre en el siglo y cristiano, ha compuesto, segun es fama, una *Historia universal*, que aún no he leido.» Por donde se deja conocer que era hijo digno de tal padre, y uno de los sabios y personajes ilustres de su tiempo. Compuso un libro, pues, que intituló *Omnimoda historia*, que abraza desde la creacion hasta el año 430 de nuestra era; libro que, por haber muerto su amigo S. Gerónimo, dedicó á Pablo Orosio (de quien en su lugar hemos hablado), con el cual le unia algun lazo de parentesco, escribiéndole desde Barcelona, su patria, segun él mismo insinua. Y para que se vea la grande influencia que ejercia Dextro sobre S. Gerónimo, parece que á aquel debemos el que éste haya escrito su excelente tratado *De viris illustribus;* pues dice el Dr. Máximo en el prólogo de su *Catálogo biográfico*: «Me animas, oh Dextro, á que, imitando á Sue»tonio, coordine yo los escritores eclesiásticos; y que así como aquel dió »razon de los sugetos ilustres en la literatura profana, la dé yo de los nues»tros: esto es, que dé breve noticia de los que algo han escrito sobre Escri-

»tura santa.» Y en el libro II de la *Apología contra Rufino* añade : «Por este »motivo, habiéndome pedido, cerca de diez años atrás, mi amigo Dextro, »prefecto que fué del Pretorio, le firmase un catálogo de los escritores de »nuestra santa religion, he dado noticia entre las obras de estos del li»bro de Pánfilo, creyendo ser el mismo que tú y tus discípulos habiais »publicado.» En el código del emperador Teodosio se hallan varias leyes dirigidas á Dextro en prueba de la grande celebridad de que gozaba en aquellos tiempos. Y volviendo ahora al padre, cuya gloria se refleja en el hijo, en quien el Sr. Torres Amat reconoce juntamente el prefecto del pretorio y el historiador general, aunque otros reconocen dos distintos sugetos, no cabe duda de que Paciano, ántes de ordenarse, abrazó el estado del matrimonio, no sabiéndose á punto fijo si abrazó el estado eclesiástico, libre ya, por la viudez, del vínculo matrimonial segun el sentir de unos, ó si, en sentir de otros, ascendió directamente del estado del matrimonio á la dignidad episcopal. Y muy bien pudo ser lo uno y lo otro como indican sus biógrafos, con la siguiente aclaracion que juzgamos muy acertada. Para que se entienda cómo S. Paciano, áun siendo casado, pudo ser promovido á la silla episcopal de Barcelona, debe saberse que en aquellos tiempos eran muy escasos los solteros que al celibato juntasen las circunstancias que exige el Apóstol para el episcopado. Esta falta obligó más de una vez al clero y al pueblo á que para la eleccion de prelados pusiesen los ojos en aquellos padres de familia, cuya sabiduría y vigilancia para el bien de sus domésticos, junto con la honestidad y santidad de vida, eran indicios casi seguros del tino con que habian de gobernar la Iglesia. Ejemplos hay de esta disciplina en S. Hilario, obispo de Poitiers; en S. Paulino, obispo de Nola; en Sinesio, obispo de Tolemaida, etc. Pero luego de elegidos estos obispos, quedaban separados de sus mujeres y obligados á continencia perpétua. Y las mujeres quedaban igualmente obligadas á guardar asimismo continencia perpétua áun en el caso de fallecer los que habian sido sus maridos. Así se desprende del cánon 18 del primer Concilio Toledano. Y solian servir en la clase de diaconisas miéntras este grado se mantuvo en la Iglesia. Pero sea como fuere, siempre se echa de ver el relevante mérito que reconocerian en Paciano, tanto el clero como el pueblo, cuando en un tiempo tan calamitoso y tan triste para la Iglesia le eligieron para que gobernase. Cuánto fuesen el celo y vigilancia con que desempeñó nuestro Santo el cargo episcopal, lo estan atestiguando la tradicion y la historia, y fácilmente se desprende de sus mismos escritos. Los santos que han sido escritores han dejado en sus obras inmortales trazado su espíritu y sus virtudes, y parece que su elocuente voz se perpetua por todos los siglos. Paciano se parecia á la columna misteriosa que conducia á los hijos de Israel por el desierto; al paso que era todo luz, amor y

consuelo para los fieles, era terror y confusion para los herejes. Y en todas sus obras derramaba el espíritu del Señor aquella uncion de que llenaba las producciones de los demás doctores de la Iglesia. En cuanto á lo restante de la vida de S. Paciano, nada más se sabe sino que correspondió á su eminente santidad y á la solicitud que tuvo siempre por la salvacion de las almas. No impidieron al santo prelado, dice uno de sus biógrafos, todas sus tareas literarias, que nos hacen formar un alto concepto de su profundo saber y de su celo ardiente por la religion católica, el que saturase á su querida grey con los pastos saludables de la evangélica doctrina, y para que se conservase en ella tan intacto el depósito de la fe cual le predicaron los apóstoles. ¡Feliz rebaño con tan santo y vigilante pastor! Parece que el Señor le dejó disfrutar por largos años este consuelo, pues llegó á una edad muy avanzada, haciéndose amar y respetar no solo de los fieles sino hasta de los mismos herejes, los cuales por las sublimes virtudes que en él reconocian, no dejaron nunca de darle el nombre de venerable anciano. En cuanto al año de su muerte, el sabio traductor de sus obras D. Vicente Noguera, despues de minuciosas investigaciones, no pudo dejarnos sino conjeturas.» El cardenal de Aguirre, dice, coloca su dichosa muerte en el año 380, cuyo parecer sigue Juan Alberto Fabricius, D. Juan de Ferreras no se atreve á fijar el tiempo: hace de él honrosa memoria en el año 386. Tillemont, aunque sin decidir la duda, se inclina á que pudo vivir el Santo hasta 390, cuyo dictámen abrazó el maestro Florez. S. Gerónimo expresa haber muerto S. Paciano extremadamente viejo en el reinado de Teodosio, lo cual admite una extension de catorce años, desde el de 379, en que el emperador Daciano declaró augusto á nuestro gran Teodosio, hasta el de 392 en que el santo doctor concluyó su catálogo. Pero, segun todas las probabilidades, no puede diferirse la muerte de S. Paciano del año que señala Ferreras, esto es, el de 386. El culto, empero, de S. Paciano, atendido el alto concepto de santidad y sabiduría en que murió, parece que no se limita á Barcelona, ni aun á España, pues se halla muy celebrado en la antigüedad y consignado en vetustos Martirologios, entre otros en el *Romanum parvum*, descubierto por Enrique Rosweido, con cuyo documento se prueba que ya en el siglo IX celebraba la Iglesia la santidad de S. Paciano. Lo mismo prueban tambien los legendarios de las *Actas de los Santos* que se conservan en el archivo de la catedral de Barcelona, escritas en los siglos XII y XIV. Y en otro santoral en pergamino, dado á la iglesia de Barcelona en 1360, se halla mencionada la fiesta de S. Paciano á los 9 de Marzo, todo lo cual es una prueba patente de la veneracion que la iglesia de Barcelona ha profesado siempre á su santo prelado, y el que le ha profesado tambien toda la cristiandad. Los fieles de Barcelona erigieron en honor suyo una capilla y un altar, en donde le die-

ron el debido culto. Y aunque parece que sus preciosas reliquias se perdieron poco tiempo despues de su muerte por la irrupcion sarracena, se conservaba con todo la tradicion de que existian en un arca en la sacristía de la parroquial iglesia de los Santos Justo y Pastor de la misma ciudad, cuya arca hizo reconocer públicamente el obispo D. Juan Dimas Loris en el año 1593, y posteriormente se trasladaron á un altar de la misma iglesia, en donde se venera al Santo. En el altar á él dedicado desde el siglo XIII, existian algunos beneficios fundados bajo su invocacion; y segun Diago, el obispo D. Alonso Colona, en el primer sínodo diocesano, celebrado en 1600, dispuso que se guardase su dia como fiesta de precepto. Hablemos ahora un momento de sus obras. El Sr. Torres Amat empieza haciendo mencion de sus tres cartas á Semproniano, hereje novaciano, que el Sr. Noguera coloca en segundo lugar en su coleccion traducida. De ellas dice el primero que Semproniano era un sugeto de distincion, como lo supone el dictado que le da el mismo Santo de *Domine clarissime*, el cual le habia consultado con tanto artificio, que no dejaba bien conocer sus heréticos errores. El Santo le tomaba primero por montanista, y le exponia los textos de la Escritura concernientes al perdon de los pecados, y las razones por las cuales la Iglesia verdadera habia tomado el nombre de *Católica*. Mas como Semproniano contestase á esta carta defendiendo el error de los novacianos, le rebatió el Santo más extensamente en las otras dos cartas. La indicada coleccion empieza por la obra titulada: *Parœnesis, sive libellus exhortatorius ad pœnitentiam*, precedida de una introduccion por el traductor, tan erudita como oportuna. Esta excelente obra parece que se halla omitida por S. Gerónimo, pero ningun crítico se la disputa á S. Paciano, en cuyo favor está la uniformidad del estilo (muy marcado por cierto), y la mencion que en ella hace su autor del opúsculo del *Ciervo* que S. Gerónimo atribuye expresamente al santo Obispo de Barcelona. Y advierte Latino Latinio, famoso crítico del siglo XVI, que el Santo dispuso este excelente opúsculo á imitacion del de Tertuliano, titulado *De Pœnitentia*. Escribió tambien un tratado *De Baptismo*, que dirigió á los catecúmenos que estaban próximos á recibir las aguas bautismales, instruyéndoles acerca de la grande importancia de aquel sacramento. Y aunque esta obra no es tan acabada como las otras, no carece de las gracias del estilo y de cierta dignidad, echándose de ver algunas pinceladas del autor de la *Parenesi*. De la obra intitulada *Cervus* ó *Kerbos*, segun S. Gerónimo, que no ha llegado hasta nosotros, se han hecho algunas conjeturas acerca á quién iba dirigida. Pero su objeto parece ser, segun dice el Sr. Torres Amat, siguiendo á Noguera y á otros críticos, el contener los excesos y supersticiones gentílicas á que se entregaba el pueblo de Barcelona en las calendas de Enero, disfrazándose de bestias fieras, y

principalmente con una piel de *ciervo*, cabra ó ternera, con la cual cubiertos seguian las casas y calles, y aun entraban en los templos á exigir de sus amigos *estrenas* ó aguinaldos, sin pudor ni temor de Dios: abuso comun no solo en la Iglesia de Occidente sino tambien en la de Oriente, segun se desprende de un sermon de S. Esterio, obispo casi coetáneo de S. Paciano, que habla de lo mismo. Las obras de S. Paciano han logrado en todos tiempos una aceptacion universal, y su autor ha sido considerado siempre como otro de los padres de la Iglesia. En ellas se descubre al depurado católico, al celoso sacerdote, al profundo y erudito filósofo, al sabio dialéctico y al delicado literato. Sus obras se han apreciado tambien por contener noticias fieles é interesantes de la antigua disciplina de la Iglesia; y lo prueban las muchas y notables ediciones que de ellas se han hecho. Entre ellas se cuentan la de Paris del año 1538, por Juan Tiller, un tomo en 4.°, que se reputa por la más antigua; la de Roma de 1564, por Paulo Minucio, junto con las obras de Salviano y otras que forman coleccion. Asimismo las imprimió con algunas notas el cardenal Aguirre, tomo II de los Concilios, impresion de Roma de 1694, y en la misma ciudad las publicó Catalani en 1753 con nuevos comentarios. La *Parœnesis* se imprimió separadamente en Cygnea en 1654, por Claudiano Mamerto y otros, y al año siguiente por Gaspar Barthio, en la obra de *Hermes el Pastor*. Y finalmente la publicó el P. Florez en el *Apèndice* al tomo XXIX de su *España Sagrada*. El Sr. Torres Amat, que hace mencion de todas estas ediciones, concluye diciendo que á todas aventaja la hermosa y correcta, que con una bellísima version castellana, publicó posteriormente el erudito caballero D. Vicente Noguera, regidor perpétuo de la ciudad de Valencia, trabajada é impresa bajo la direccion de uno de los más sabios y virtuosos sucesores de S. Paciano, el Ilmo. Sr. D. José Climent, una de las más brillantes antorchas del episcopado español en el pasado siglo, con una carta preciosa de este insigne prelado á quien tanto debieron la religion y las letras.—R. y C.

PACIENCIA (Santa). *Vid.* S. Lorenzo. La España, y en especial su antiguo reino de Aragon y la actual provincia de Huesca, cuenta entre los muchos bienaventurados santos que nacieron en el país visitado por la Santísima Vírgen en carne mortal, á la gloriosa Santa Paciencia, esposa de San Orencio y padres del valiente y sufrido, cual pocos, aragonés S. Lorenzo, los cuales se dice padecieron el martirio durante la persecucion de Diocleciano en la ciudad de Huesca, su patria. Habiéndose perdido las Actas de su martirio, nada más hemos hallado en los autores que nos den noticias de la vida y virtudes de estos Santos, venerados á la par de su glorioso hijo por los oscenses y aun por toda España. — C.

PACIENTE (S.), obispo y confesor. Entre los discípulos más amados y

distinguidos por S. Juan Evangelista, cuenta la historia de la Iglesia católica á Paciente, obispo de Metz, elevado puesto que debió á las buenas dotes que adquirió al lado de tan santo como sabio maestro. Le quiso tanto este cantor sagrado del Evangelio, que en prueba de su cariño, le dió un diente suyo, que aún se conserva y venera como preciosa reliquia del esclarecido evangelista en la catedral de Metz. Dotado Paciente de una gran sabiduría, su elocuencia fué al propio tiempo irresistible; y empleándola en el buen servicio de Dios y en bien de la humanidad, tuvo la dicha de ganar muchas almas para el cielo. Su vida fué muy laboriosa, pues la empleó en trabajar sin tregua en la viña del Señor para que produjese abundantes frutos, lo que consiguió con su constancia y perseverante predicacion; y llegando á una vejez muy avanzada, en la que siempre conservó el vigor de la juventud para todo lo que se dirigia á la mayor honra y gloria de Dios y bien de sus hermanos, murió por fin con la auréola de santidad el dia 8 de Enero, á principios del siglo II de nuestra era, segun los autores antiguos que se han ocupado en la historia de los santos. —C.

PACIENTE (S.), obispo y confesor. La santa iglesia de Lion, en Francia, nos presenta á S. Paciente como uno de sus más esclarecidos prelados. Padecieron las Galias mil calamidades en el siglo V de nuestra era, en que sin el auxilio divino se hubiera amortiguado mucho la fe religiosa de aquel pueblo, ya que no hubiera perecido agobiada por la herejía que pululaba amenazando entronizarse para concluir con la religion en la pureza que la dictára sobre el Gólgota el Hombre Dios, el Salvador de la especie humana. Colocado S. Paciente por sus virtudes en la silla arzobispal de Lion, fué la providencia de aquel pueblo, al que mandó Dios este Angel de paz para que sostuviese su creencia y fortificase su fe. Apénas tomó en su mano el báculo pastoral, cuando sus dichosas ovejas sintieron los efectos saludables de su acertada direccion y de su piadosísimo celo. Y fué tal su caridad para los indigentes y su piedad, que su buen y santo amigo el glorioso S. Sidonio Apolinar, contemporáneo suyo, dejó consignado «que poseia todas las virtudes apostólicas, y que ignoraba qué era en S. Paciente más admirable: si »su celo por la gloria de Dios, ó su caridad para con los pobres.» Declarado contra los arrianos y contra los focinianos que apestaban al mundo con sus inmundos errores, les declaró cruda guerra, pero se la hizo con tal dulzura y prudencia, que léjos de exasperarlos logró atraerlos á sí y convencer á muchos que entráran en el buen camino abjurando de la herejía. Sus bondades atraian á su partido á los más tenaces herejes, á los cuales convertia con su predicacion; y allí, donde veia germinar el error, allí acudia, no para arrasar la planta, sino para darle una direccion conveniente, para que en vez de venenosos frutos los produjese buenos y dignos de poder ser

manjar de los justos. Ocupado en tan santas obras, y despues de haber sacado del camino de perdicion al de la gracia muchas almas, voló su bendita alma al seno de Dios, que coronaria sus virtudes, el dia 13 de Setiembre del año 480 de Jesucristo. —B. C.

PACIFICA de Asis (B.), religiosa de la órden de S. Francisco. Era parienta de Sta Clara, fundadora de esta regla, y entró en la religion siendo ya de edad provecta, pero adelantó tanto en el ejercicio de las virtudes, que fué enviada por la misma santa Clara á fundar un monasterio cerca del valle de Spoleto, en un lugar llamado *Vallis gloriæ*. En esta santa empresa fué auxiliada por el favor de Dios, pues como faltase agua para la construccion del edificio, supo por revelacion divina dónde habia una fuente que sirvió para este fin, y despues para la curacion de los enfermos, lo cual hizo adquirir á aquel monasterio grande celebridad. Terminada la fundacion volvió á Asís, donde murió poco despues en 1258, á la edad de noventa años, en olor de santidad, por lo que la Orden Seráfica hace conmemoracion de esta bienaventurada en 24 de Marzo. —S. B.

PACIFICA Barbieri (Sor), religiosa extática. Cumplió con su nombre con la serenidad de espíritu en que siempre vivió, y por cuyo medio llegó á un estado altísimo de contemplacion. Murió en el ósculo del Señor el año de 1459, habiendo sido muy digna compañera y discípula de santa Catalina de Bolonia. —O. y O.

PACIFICO (B.), religioso franciscano del convento de S. Liberato, en la provincia de la Marca, el dia de cuya fiesta, que celebra la Orden Seráfica en 7 de Agosto, juntamente con la del patrono de aquella casa, sale una grande cantidad de *manna* del sepulcro de este bienaventurado, en tanta abundancia, que la puede coger el pueblo que se reune en gran número desde la hora de sexta hasta la de vísperas, segun refieren las crónicas de la órden de los Menores. —S. B.

PACIFICO, religioso franciscano nacido en el siglo XV en Novara: obtuvo en Italia grande reputacion como predicador. Wadingo le cita en sus *Scriptores ordinis Minorum*; pero no indica la fecha de su muerte. Es autor de un *Tratado de la ciencia de los confesores*, más conocido bajo el título de *Summa pacifica*, que fué impreso por primera vez en Milan por Felipe de Savaguia, en 1479, en 8.° La obra revisada por el religioso carmelita P. Tarvisini fué impresa en Venecia en 1574 y 1580. —S. B.

PACIFICO de Ajello (B.), religioso franciscano de la provincia de la Marca, de quien dice Gonzaga, en su obra titulada *Orígen de la Religion Seráfica*, las siguientes palabras: «Fué uno de los primeros religiosos del »convento de S. Martin (de la provincia citada), en el que se distinguió »por su santidad y descansa su cuerpo, siendo mirado con grande devocion

»por los pueblos circunvecinos que en las dos ocasiones en que se le ha ex»humado, se apresuraron á tocar su hábito, besar sus pies y dar otras »muestras evidentes de que le tienen en opinion de santo.» La Orden Seráfica celebra su memoria en 3 de Noviembre.—S. B.

PACIFICO DE CERANO (B.), confesor. Religioso franciscano, célebre por sus predicaciones y grande elocuencia, lo mismo que por su vida ejemplar, santas obras y observancia de su instituto, con cuyas virtudes y sus piadosas exhortaciones convirtió á muchos jóvenes que tomaron el hábito de su Orden ó de otras más observantes todavía. Murió en el convento de Santa Ana, cerca de Cerano, en donde fué enterrado. Vivió hácia 1540. La órden de S. Francisco celebra su memoria en 26 de Enero.—S. B.

PACIFICO DE FRANCIA (Fr.), lego en los Capuchinos Menores de la provincia de Cataluña, sugeto admirable en virtudes y santidad, y de oracion tan fervorosa, que el incendio de amor divino que sentia, le obligaba frecuentemente á dar voces y saltos de placer, como fuera de sí, y de todo punto abnegado con la gracia celestial. Las noches enteras se le fueron en oracion sin dormir nada, y solian encontrarle elevado cinco ó seis codos sobre la lámpara que ardia en la iglesia delante del altar del Santísimo Sacramento. Confesando una vez la culpa en el refectorio del convento de Barcelona, dióle por penitencia el guardian, que fuese á la iglesia y rezase de rodillas un Padre nuestro y un Ave-María en el altar mayor. Obedeció luego, y miéntras rezaba, le vino un éxtasis en que se levantó del suelo como solia, permaneciendo así sin movimiento hasta que el guardian envió un religioso que le sacó del rapto, y le llevó á comer. Sintió el varon santo la publicidad de tales actos, de que se acusaba como gran pecador, recibiendo á la vez por ellos la gracia especialísima y mortificacion. Fué tambien muy encendido en la caridad para con los pobres y los demás frailes, y ejercitó, por último, cuantas virtudes pueden hacer al hombre heróico y ajustado á la ley divina. Mereció el don de la profecía, con el cual penetró los pensamientos más ocultos y escondidos, como lo prueban varios casos que en su vida se refieren. Padeció, por último, un año entero de enfermedad, y murió en el convento de Perpiñan á los ochenta años de su edad. Asistió un concurso inmenso á contemplar su cadáver á la iglesia de los Capuchinos, y á porfia se lanzaron muchos á cortar pedazos de su hábito y mechones de su cabello y barba, que fueron objeto de gran veneracion y causa de muchas maravillas: referiremos la siguiente. Un niño de corta edad, hijo de un médico llamado Luis Sabellas, y que estuvo presente al entierro de Fr. Pacífico, tomó un pedazo de su hábito y una parte del cabello del siervo de Dios; y hallándose muy apretado por una enfermedad gravísima, y en ocasion de haber perdido toda esperanza de remedio, invocó su padre los mé-

ritos del bendito varon, colgando en el cuello á su hijo las reliquias que dejamos referidas, recogiéndose luego á dormir un poco. Ya dormido, se le presentó en sueños Fr. Pacífico, y le prometió que el niño recobraria la salud. Despierta entónces, y dirigiéndose á la cama en que el niño posaba, le halló libre de calentura y sin rastro alguno de enfermedad.—C. de la V.

PACIFICO DE ITALIA (Fr.), lego de los Capuchinos menores de la provincia de Cataluña, fué natural, segun unos, de Génova, y segun otros de la Calabria. Como varon insigne en santidad, siempre miéntras vivió en el siglo, rigió su vida llevando por norte la refulgente estrella de María Santísima, en cuyo honor y devocion no comia los sábados cosa alguna. Quiso trocar por las borrascas y amarguras del siglo, la paz y dulzura de la religion de los Capuchinos, y comenzó en ella á florecer en toda clase de virtudes. Trascurridos los primeros meses de noviciado entre los coristas, le pareció ser indigno de aquel estado, y suplicó que le trasladasen á la órden inferior de los legos, gracia que le fué otorgada por condescender con su admirable vocacion. En el nuevo estado prosiguió incansable en el aumento de sus virtudes, que le valieron ser nombrado compañero de Fr. Arcángel de Alarcon, y uno de los que con él entraron en Barcelona y fundaron la provincia de Cataluña. Fué muy dado á la oracion y á la penitencia; y despues de cinco años que estuvo en la religion, tratando á su carne con odio tan evangélico y austeridades tantas, que no le dejaba tomar aliento contra el espíritu, envióle Dios una enfermedad de gota que le duró hasta el fin de su vida, ocasionándole acerbos dolores, que confesaba, pero que nunca persona alguna pudo observar por las señales exteriores de su rostro. En nada fué esto parte bastante para obligarle á ser más moderado en la penitencia, pues siendo deleite para él la molestia, y un favor toda penalidad, siempre pareció desear mayores calamidades y sinsabores. Su oracion tambien fué en aumento, y sucedióle con frecuencia hallarse en deliciosos éxtasis y dulcemente arrobado. Orando una vez en la iglesia del convento de Monte Calvario de Barcelona, de pronto empezó á decir: «Ay! ay! ¡que se va!» A la sazon se encontraba en la iglesia Miguel Quirolio, un boticario muy bienhechor de los Capuchinos; y oyendo á Fr. Pacífico, llegóse á él movido de aquella exclamacion de dolor, y le preguntó qué le sucedia. Apénas cobrado del éxtasis, respondió el siervo de Dios: «Tenia asida con la mano á la Virgen Santísima por el manto, con cuidado de que no se me fuese, y á pesar de mi diligencia se desapareció.» En otra ocasion envió dicho boticario por la noche al convento ciertas medicinas por medio de un chico, colocadas en una cesta; en el camino halló el muchacho un toro, del cual no se pudo escapar, y levantado en las astas fué lanzado por el aire, dando

en el suelo una grande caida. De esperar sería que recibiese gran susto y mayor daño, así como dar por rotas algunas redomas con jarabes que llevaba; mas viósele despues de caido levantarse del suelo bueno y sano con las redomas enteras, y prosiguió despues su camino al convento. Llegado que hubo, salió para abrir Fr. Pacífico, que á la sazon hacia de portero, y sonriéndose le dijo: «¿Qué hay, mancebo? ¿Causóte mucho miedo aquel toro que te salió al encuentro cuando venias? No habia que temerle, que te asistian las oraciones de todos nosotros para que no te sucediese ninguna desgracia.» Mil otros ejemplos omitiremos para añadir tan solo que despues de una vida no ménos virtuosa que inculpable, murió, más por falta de fuerzas que por ocasion de enfermedad, en el convento de Monte Calvario de Barcelona, donde fué sepultado. Cuatro años despues de su muerte fué abierta la sepultura y hallado su cuerpo entero é incorrupto, como para evidenciar la integridad de su vida que tuvo en la tierra y el premio que fué á gozar por ella en los cielos. — C. de la V.

PACIFICO DE NAVARRA. Wadingo en su *Biblioteca de Menores*; Possevin en su *Aparato sacro*, y Belarmino en los *Escritores eclesiásticos*, nos dan noticia de este religioso, del que solo dicen que fué fraile de la órden de S. Francisco en el siglo XV, y que el año de 1470 escribió una Suma de casos de conciencia, titulada *Summa Pacífica*, que fué impresa en latin, y traducida en italiano por Francisco Tarvisi. — C.

PACIFICO DE PROVINS (P), misionero capuchino, natural indudablemente de la ciudad cuyo nombre lleva, fué enviado al Levante en 1622. Pasó, pues, por Constantinopla, visitó el Egipto y Tierra Santa, y examinó á su paso los lugares en que con más utilidad pudieran establecerse conventos de la Orden; y habiendo informado de todo al Papa á su vuelta, mereciendo sus proyectos el ser tambien aprobados por la Congregacion de la Propaganda: ésta nombró dos comisarios que se entendieran con él para fundar aquella mision. En 1627 se dirigió á Alepo, en donde la proteccion del gran visir Calif-Pachá le facilitó los medios de crear un convento, y en 1628 se trasladó á Persia con dos religiosos de su Orden. Chah Abbas recibió á los misioneros con gran deferencia, y permitióles fundar un convento en Ispahan y otro en Bagdad. A su regreso de estos lugares fué portador el P. Pacífico de una carta que dirigia Chah Abbas á Luis XIII, en contestacion á la que de este monarca habia recibido por mano del misionero, la cual remitió el Padre á su destino. Despues fué enviado á las Antillas francesas como superior prefecto de las misiones de su Orden en América, y luego tornó á París, donde murió en 1653. Del P. Pacífico tenemos una *Lettre sur l'etrange mort du Grand Turc, empereur de Constantinople*, donde el autor refiere el asesinato de Osman II. — *Voyage de Perse, contenant les remarques*

particulières de la Terre Sainte et le testament de Mahomet: la descripcion de los Santos Lugares ocupa la mayor parte de este libro.— *Relation ó Description de iles Saints Christophe et de la Guadeloupe, en Amérique.* — En la *Biblioteca de los Capuchinos* se le atribuye una *Apología* de Raimundo Lulio. — C. de la V.

PACIFICO DE ROCA (B.), confesor, religioso franciscano del convento de S. Martin de Roca, y uno de sus fundadores ó primeros indivíduos que le habitaron : despues de su muerte fué honrado su cuerpo con grande veneracion en aquellos lugares donde se creia que sus heróicas virtudes eran una prueba cierta de su salvacion. La Orden Seráfica hace memoria de este PACTIUS religioso en 16 de Mayo. —S. B.

PACIFICO DE S. SEVERINO (B.), religioso franciscano. Fué un célebre poeta del siglo XIII, y trovador laureado de Federico II, al que su superioridad habia hecho llamar *el rey de los versos*. Entró un dia en la iglesia de un monasterio del arrabal de S. Severino, donde predicaba S. Francisco de Asís, á su primer regreso de Siria, sobre el misterio de la cruz. Abrió Dios los ojos del poeta; vió dos espadas luminosas cruzadas á través del pecho de S. Francisco, y conoció que aquel era el santo varon de quien se referian tan grandes maravillas. Traspasado él mismo por la espada de la palabra divina, renunció al mundo y entró en la órden de los Hermanos Menores. Viendo S. Francisco la facilidad con que pasaba de la agitacion del siglo á la paz de Jesucristo, le llamó el hermano Pacífico. Fué un varon de grande santidad y el primer ministro provincial de la Orden Seráfica en Francia, la que celebra su memoria en 5 de Noviembre. — S. B.

PACIFICO DE SPOLETO (B.), franciscano. Era natural de la Marca de Ancona, y uno de los primeros que tomaron el hábito de la Seráfica Orden. Fué muy estimado del santo fundador, á quien acompañó repetidísimas veces en sus viajes. Observó tan estrictamente las leyes de la humildad, pobreza y oracion, que fué digno de contemplar varios de los prodigios obrados por la Divinidad en favor del serafin humanado, siendo por esta causa uno de los primeros que gozaron el santo consuelo de ver la impresion de las divinas llagas en el cuerpo de aquella viva imágen de Cristo. Conociendo San Francisco su perfeccion y gran santidad, le envió á Francia con objeto de promover la obra de las fundaciones, á cuya confianza correspondió Fr. Pacífico trabajando mucho en beneficio de la Orden y en provecho de las almas, desempeñando por bastantes años el cargo de ministro provincial. Murió en el convento de Sens, en la antigua Flandes francesa, cerca de Bruges, donde permaneció su cuerpo largo tiempo venerado por los fieles, que acudian á buscar en su sepulcro el remedio de muchas necesidades, continuando la veneracion en que se le tenia hasta que la mencionada villa de

Sens fué completamente destruida por los franceses, que no dejaron rastro del sitio en que este distinguido varon practicára tantos actos de virtud durante su vida, y que despues de su muerte ilustró con infinitos milagros. —M. B.

PACIFICO (Fr. Juan), lego franciscano en el convento de Cadalso, y natural de la villa del Corral de Almaguer, llamado así en la profesion, y que con efecto era la paz del mundo, no habiéndosele visto jamás inquieto. Murió muy jóven, y abierta algun tiempo despues su sepultura, se observó un olor tal de fragancia, que admirŏ á todos, recordando la santidad de la vida de este monje. —O. y O.

PACIFICUS. Dice Lecuy en la *Biografía Universal*, que solo tiene noticia de este arcediano de Verona por el epitafio que está consagrado á su memoria en la catedral de esta ciudad. Publicó Onuph. Panvinio una parte de este epitafio, y despues lo hizo de todo él Scipion Maffei en el prefacio de su obra *ad complex. Casiodori*, y el célebre Muratori en en sus *Antigüedades italianas de la Edad media*, tomo III. Encuentra tan oscuro el epitafio Tiraboschi, que le compara á un enigma cuyo autor ha dejado á la posteridad la pena de descifrarle, trabajo que emprendió el P. Gerónimo de Prato, sacerdote de la Congregacion del Oratorio, en una disertacion que forma parte del tomo XIV de la *Raccolta Ferrarese*. El sabio y juicioso autor de la *Historia de la Literatura italiana* declara que no justifica de modo alguno las explicaciones del nuevo Edipo. Por el expresado epitafio se descubre que Pacificus nació el año 776, y que obtuvo á los veinticinco años de edad la dignidad de arcediano de Verona. Que era aficionado á las artes mecánicas, conjeturándose que trabajaba con perfeccion el oro, la plata, todos los demás metales, las maderas de todas clases y el mármol, ó que alentaba á los obreros en estas materias, auxiliándoles con sus consejos y con sus intereses. Que habia copiado doscientos diez y ocho volúmenes que regaló á su catedral, pues que no es posible hubiese podido componer tan gran número de obras como parece indicar su epitafio. Si efectivamente es autor Pacificus de una *Glosa sobre el Antiguo y Nuevo Testamento*, ha precedido á todos los comentadores conocidos de la *Biblia*; pero esto está en duda á pesar de la asercion de Maffei. El epitafio atribuye tambien á Pacificus la invencion de un reloj nocturno; pero no pudo ser inventor de una máquina oraria nocturna, toda vez que el pontífice Paulo I habia ya ántes de él regalado un reloj de esta clase al rey Pipino en el año 757, si bien puede concedérsele aumentase en el suyo algunas piezas que le hiciesen andar con más regularidad. Los que deseen más noticias sobre Pacificus pueden consultar las obras ya citadas y la parte segunda de la *Verona ilustrada* de Maffei que da de él una noticia muy extensa. Llenó Pacificus

por espacio de cuarenta y tres años sus funciones eclesiásticas, y murió el año 844 á los sesenta y ocho años de edad. Prueba el P. Prato que la fecha 846, que se lee en la parte inferior del epitafio, no es la de su muerte como cree Maffei y otros críticos, sino la de la época en que se erigió este monumento á su memoria en la referida iglesia. —C.

PACINELLI (Agustin). Nació este eclesiástico en Siena, y fué uno de los célebres italianos del siglo XVII. Floreció en los pontificados de Paulo V y de Urbano VIII. Fué muy instruido en el derecho, los cánones y las bellas letras, y sumamente recomendable por su prudencia, amabilidad y modestia. Fué gran vicario de la diócesis de Cremona por eleccion del cardenal Paulo Emilio Sfondrade, y despues de la muerte de éste pasó sucesivamente al servicio de los cardenales Scaglia y Marco Antonio Bragadin. Sumamente modesto y llevando por norte la humildad cristiana, rehusó varios beneficios, entre otros el arzobispado de Siena, para el que fué propuesto, razon por lo que algunos autores le han considerado como prelado. Haciendo un santo uso de sus bienes, los distribuyó á los pobres. Nada nos dicen los autores sobre las fechas de su nacimiento y muerte, sabiéndose por Janus Nicius Eritræus, que escribió su elogio, que compuso algunas obras que no se han publicado. —C.

PACIUDI (Pablo María). Este religioso, que segun Mr. Weis fué uno de los más sabios y laboriosos anticuarios del siglo XVIII, nació en Turin el año de 1710. En el principio de sus estudios se distinguió ya por su notable aficion á buscar los orígenes de las cosas, y por su lectura de las obras de la antigüedad. Terminados que fueron sus estudios en la universidad de Turin, abrazó la vida religiosa, á la que se creyó con vocacion, y tomó el hábito en la Congregacion de los Teatinos, cuyos superiores le mandaron á Venecia, para que bajo la direccion de buenos maestros se instruyese en las ciencias que su estado requeria. Designado por los superiores para que enseñase filosofía en el colegio de Genes, desterró de sus lecciones todas las sutilezas escolásticas, y fué uno de los primeros profesores de Italia que se atrevió á explicar el sistema de Newton. No obstante la gloria que adquirió en la enseñanza, renunció á ella para consagrarse á la predicacion, y por espacio de diez años ocupó el púlpito, con aplauso general en las iglesias de Lombardía y de los Estados Venecianos. Descansaba de sus tareas evangélicas, dedicándose á cultivar las letras y la arqueología, y además de algunos discursos, publicó en esta época muchas disertaciones sobre los monumentos antiguos, y la Historia metálica de Manuel Pinto, gran maestre de Malta, por cuya obra le dieron el título honroso de historiógrafo de esta Orden; denominase la obra: *Medaglie rappresentanti i piu gloriosi avenimenti del magisterio di Fra. Emmanuel Pinto. G. M. dell' ordine Gerosolimitano*, in folio.

El mal estado de su salud le obligó en 1750 á renunciar para siempre á la predicacion y á suspender sus trabajos, y luego que se restableció, le obligaron sus superiores á fijar su residencia en Roma, en donde ya era muy ventajosamente conocido. Amigo y protector de los sabios, el papa Benedicto XIV se penetró del mérito de Paciudi, y le nombró académico de la asociacion fundada por él para el estudio de los monumentos antiguos, admitiéndole bien pronto entre sus familiares. Vióse entónces Paciudi elevado, á pesar de su repugnancia, á las primeras dignidades de la Orden; pero á pesar de lo que le ocupaban los deberes de los cargos que se le confiaron, no le impidieron continuar sus tareas literarias, y muchas obras de su talento aumentaron su bien adquirida reputacion. Deseando el duque de Parma establecer en sus Estados una biblioteca que compitiese con la preciosa de los príncipes de la casa de Farnesio, trasladada hacia poco á Nápoles despues de los tratados, nombró en 1761 al P. Paciudi su bibliotecario, dejando á su eleccion la coleccion de libros que habian de componerla, y de la cual habia de ser conservador. Aceptó con gusto Paciudi una comision tan análoga á sus inclinaciones y tan honrosa; pero suplicó al Infante le permitiese, ántes de tomar posesion del empleo con que le favorecia, cumplir el proyecto que habia formado de visitar la Francia, adonde acompañó al prelado Leusi, que fué encargado de la mision especial, el año 1762, de llevar el palio al cardenal de Choiseul, arzobispo de Besanzon, y al cardenal de Rohan. Llegando á Besanzon, fué admitido Paciudi en la Academia de esta ciudad, con cuyo motivo pronunció en sesion pública un discurso latino que fué estrepitosamente aplaudido; en esta sesion hizo amistad con el sabio benedictino Berthod, con el que mantuvo una correspondencia científica, que se conserva entre los manuscritos de la biblioteca de la ciudad de Besanzon. En París fué muy bien recibido por Caylus, el abate Barthelemy y los demás sabios que, como él, se dedicaban al cultivo de las ciencias arqueológicas, no tardando en inspirarles por su persona el mismo aprecio que por sus obras. Aprovechó su estancia en Francia para comprar una porcion de libros que con dificultad hubiera encontrado en Italia, y estableció correspondencia con las personas más entendidas que pudieran mandarle obras dignas para la biblioteca que estaba encargado de formar. Al volver á Parma, se consagró enteramente á llenar su cometido, y en ménos de seis años reunió más de sesenta mil volúmenes en diversas lenguas, y escribió un exacto catálogo, y no creyendo aún terminada su mision, emprendió la tarea de dar á conocer las obras más raras, tanto impresas como manuscritas, entre cuyas preciosas noticias se publicó en 1772, en 8.°, la relativa á un manuscrito del Koran. A pesar de lo ímprobo y largo de este trabajo, que parece necesita para terminarse la vida larga de un hombre, no tardó en

concluirle el P. Paciudi, sin que esto le impidiese dirigir las excavaciones de la antigua ciudad de Velleia, en el Plesantino. Verificada la supresion de los Jesuitas fué nombrado presidente de estudios en el ducado de Parma, y se valió de la influencia que le daba este destino para abolir los antiguos reglamentos, cuyos vicios conoció, haciendo adoptar otros más adecuados á los progresos que habian hecho las ciencias. En medio de tan diversas y multiplicadas ocupaciones no perdia Paciudi de vista los deberes que le imponia el título de historiógrafo de Malta, y trabajaba en reunir materiales para la *Historia de los Grandes Maestres*, cuando se encontró envuelto en la desgracia del ministro Felipo, de quien era amigo. No habiendo recibido la órden de salir de Parma, se mantuvo encerrado en el convento de su Orden; pero al cabo de algunos meses se le restableció en todas sus funciones, y vuelto á poner al frente de la biblioteca, cuya entrada se le habia prohibido; mas temiendo algun nuevo atropello, pidió y obtuvo el permiso de volver á Turin. No tardó en conocerse en Parma el vacío difícil de llenar que dejaba el P. Paciudi, y se le rogó con muchas instancias volviese á ponerse al frente de la biblioteca, y no pudiéndose negar á las personas que tanto le favorecian, accedió al deseo de los parmesanos. Formó el proyecto, al volver á Parma, de emplear sus horas de descanso en continuar las *Memorias de los Grandes Maestres de Malta*; pero agobiado por su excesivo trabajo, no tardó en caer en un estado de languidez tan grande, que le impidió entregarse á todo estudio serio. Este doloroso estado terminó por un ataque de apoplejía, que arrebató á tan estimable sabio á las letras y á la religion en la noche del 2 de Febrero de 1785. La bondad del P. Paciudi, su caridad y su piedad igualaban á su talento, y nadie más generoso que este religioso para comunicar sus conocimientos á los que pudiesen utilizarlos y necesitarlos, pues llegaba hasta privarse de los manuscritos que habia tenido la fortuna de reunir, para enriquecer las colecciones de sus amigos, entre los que contaba á Caylus, autor del *Viaje de Anacarsis*, J. M. Gesner, Winckelman, el abate de Saint-Non y otros. Era miembro de la mayor parte de las sociedades literarias de Italia, de Francia y de Alemania, y asociado extranjero de la Academia de Inscripciones, en la que M. Dacier pronunció su elogio, del que se valió Mr. Weis para el artículo biográfico de este autor que publicó en la *Biografía Universal*, del que tambien nos aprovechamos en este escrito. Además de algunos discursos y disertaciones que se han insertado en diversas colecciones, cuya lista puede consultar el curioso en la *Historia literaria de los Teatinos* por el P. Vezzosi, se conocen de Paciudi las obras siguientes: *Delle Antichita di Ripa Transone, ó sia dell'antica Cupra*; Venise, 1743, en 8.°—No contento el autor con esta produccion de su juventud, se proponia corregirla y publicarla de nuevo. *De*

sacris christianorum balneis; Venecia, 1750, en 4.°; en 1758 se publicó aumentada una segunda edicion. No solo trata esta obra de los baños propiamente dichos usados por los primitivos cristianos, sino tambien de las purificaciones y aspersiones, remontándose al orígen de estos ritos. *De rebus gestis Sebastiani Paolii commentarius epistolaris*; Nápoles, 1751, en 4.°, y Roma, 1655; es la *Vida de Paoli*, su antecesor como historiógrafo de la Orden de Malta, dedicada á Scipion Maffei. — *Diatriba quæ græce anagliphi interpretatio traditur*; Roma, 1751, en 4.° — *De umbellæ gestatione commentarius*; Roma, 1752. — *De Beneventano cereris augustæ mensore exegesis*; Roma, 1753; se insertó en el *Thesaurus antiquitatum Beneventanorum. Antiquitates christianæ*; *de culto S. Joannis Baptistæ*; Roma, 1755, en 4.°; esta es una obra maestra de erudicion, y á su fin se halla un *Comentario* sobre la antigua liturgia de la Orden de S. Juan de Jerusalen. — *Puteus sacer agri Bononiensis commentar. illustratus*; id., 1756, en 4.° — *De athletarum cubistesi in palæstrâ Græcorum commentarius*; id., 1756, en 4.°: trata esta obrita de los juegos y agilidad de los antiguos. — *Ad nummos consulares triumviri M. Antonii animadversiones philologicæ*; *accedit explicatio tabulæ Peloponnensis*; id., 1753, en 4.°, con figuras. — *Monumenta Peloponnesiaca commentariis explicata*; id., 1761, dos volúmenes de gran tamaño, en 4.°, en los que se hace la descripcion de los monumentos del Peloponeso que se llevaron á Venecia, clasificados con método, con explicaciones en cada lámina, diciéndose de esta interesante obra, que además de la buena crítica y sagacidad que revela, está escrita con admirable pureza y elegancia en el lenguaje. — *Memorie de Gran Maestri dell' ordine Gerosolimitano*; Parma, por Bodoni, 1780, tres volúmenes en 4.°, con figuras. Contiene esta obra la *Vida de los fundadores y de los diez primeros Grandes Maestres de la Orden de Malta*, en la que al fin de cada biografía, que se justifica con documentos, se dan interesantes noticias sobre las leyes, costumbres, usos y artes de las épocas en que vivian los expresados personajes. — *De libris eroticis antiquorum*; sabia disertacion que se insertó en la edicion de Longus, en Parma, por Bodoni, el año 1786, y que fué publicada tambien por separado en Leipsik, en 8.°, el año 1803. — *Lettres au comte de Caylus*; París, 1802, en 8.° con grabados. Esta coleccion está acompañada de un *Ensayo sobre la vida y escritos de Paciudi*, por Serieis. Véanse en ella algunas anécdotas literarias y gran número de detalles sobre diversos monumentos de la antigüedad que dirigia Paciudi al conde, con explicaciones de las que ha hecho éste uso en su coleccion; en recompensa de cuyos regalos mandaba Caylus al Teatino cuantas sátiras se publicaban en Francia contra los Jesuitas, á los que se conoce no era afecto Paciudi. — C.

PACOMIO (S.). Entre los bienaventurados que nos recuerda la santa Igle-

sia del Cordero sin mancilla, como heróicos defensores de la fe, que prefirieron el martirio á manifestarse desagradecidos á los beneficios de todo un Dios, y que lograron la palma que acredita su gloriosa victoria contra el poder del demonio, es S. Pacomio, en el dia 26 de Noviembre. Este santo mártir no dejó en la tierra más noticias de su vida que la de que fué obispo en Egipto en tiempo del emperador Diocleciano, y que con S. Esiquias, Fileas y Teodoro, obispos como él del mismo país, padeció el martirio, acompañándolos en el suplicio otros seiscientos sesenta cristianos, que, segun dice el Martirologio, fueron levantados al cielo por la espada de la persecucion el año 310 de nuestra era, segun lo cree el cardenal Baronio en su obra sobre los mártires.— C.

PACOMIO I, patriarca de Constantinopla. Era metropolitano de Zichue, en Macedonia, cuando fué elegido por los obispos y clero de Constantinopla para suceder á Joaquin. Pero el sultan Selim no le permitió permanecer más que un año en la silla patriarcal, obligándole luego á abandonarla, para reponer á Joaquin, cuyos amigos habian dado al sultan tres mil quinientos florines. Mas habiendo éste muerto de pesar, porque se negaron á reconocerle el príncipe de Valaquia y otros, fué Pacomio llamado por su clero; pero emponzoñado durante su viaje, murió á poco de llegar á Constantinopla.— S. B.

PACOMIO II. Era monje de Lesbos, y le nombró una faccion para sustituir á Jeremías; pero apénas se habia sentado en la silla, fué arrojado de ella por sus adversarios en 1585.—S. B.

PACOR, hijo de Orodes, rey de los partos. Habiendo entrado en Siria á la cabeza de un ejército poderoso, se dirigió á sitiar á Casio en Antioquia; mas éste se defendió tan bien, que se vió aquel obligado á levantar el sitio. Despues se trasladó con el mismo fin á Antigonin, que no se hallaba muy léjos, pero como eran muy poco entendidos los partos en achaques de sitiar plazas, tambien allí se desgraciaron, viéndose obligados á retirarse; Casio les preparó una emboscada, y dando en ella, fueron completamente deshechos, pasando el resto el Eúfrates. Muerto Julio César repasó el Eúfrates Pacor, junto con Labieno, que habia sido enviado por Bruto y Casio á la corte de los partos en demanda de auxilio. Despues de la defeccion de aquellos dos jefes de los conjurados, permaneció Labieno entre los partos, hasta que los aradenos, los palmyrenos y los tiranos, ó los reyezuelos de Siria, les invitaron á venir en su socorro contra los exactores que los oprimian. Pacor, pues, con sus tropas redujo toda la Siria y la Fenicia; mas fuéle imposible sujetar la ciudad de Tiro, en donde se refugiaron los restos del ejército romano. Despues de haber tomado á Sidon y Ptolemaida, envió á Judea un destacamento, con órden de colocar en el trono á Antigono, hijo de Aristóbulo; cuya

resolucion propuso su escanciador mayor ó gran copero, llamado tambien Pacor. Antígono prometió á los partos mil talentos de dinero y quinientas mujeres judías; y habiendo juntado algunas tropas aliadas con las de los partos, que le seguian, entró efectivamente en Judea, batiendo á los primeros que le hicieron frente, y los persiguió hasta Jerusalen. Entró, por fin, en la ciudad y se hizo fuerte en el templo; mas Herodes y Phasael, que sostenian el partido de Hircano, se apoderaron del palacio. Llegada la pascua de Pentecostés, y con el fin de prevenir el desórden que la afluencia de extranjeros pudiera causar, pensaron ambas partes en venir á un acomodamiento. Antígono propuso á Herodes y á Phasael elegir por árbitro á Pacor, que estaba acampado cerca de la ciudad, y la aceptaron. Penetró con sus tropas en Jerusalen, y persuadiendo á Hircano y á Phasael á que se fuesen para Bazapharnez, que gobernaba la Siria en nombre de los partos, con la esperanza de obtener los más ventajosos reglamentos para la provincia; Pacor los escoltó, y despues tomó la vuelta de Jerusalen. No bien Bazapharnez calculó que Pacor podria estar ya de regreso en Jerusalen, se apoderó de Phasael y de Hircano y los redujo á prision. Pacor tenia órden de hacer lo mismo con Herodes; mas éste sospechó la traza y se fugó á Marrada. Los partos entraron á saco la ciudad de Jerusalen, colocaron en el trono á Antígono, y le entregaron á Phasael é Hircano; mas el primero se dió la muerte, y el segundo perdió las orejas por órden de Antígono, que se las hizo cortar para de este modo incapacitarle en el ejercicio de gran sacrificador; despues se le devolvió á los partos, á fin de que lo trasladasen á la orilla opuesta del Eufrates. Los partos, sin embargo, no conservaron por mucho tiempo el imperio de Siria. Ventidio, general de las tropas romanas, batió sus ejércitos y obligó á Pacor á repasar el Eúfrates. Este logró al año siguiente levantar un poderoso ejército, y de nuevo pasó á Siria, donde fué totalmente deshecho y muerto por Ventidio. — C. de la V.

PADI (P. Mtro. Fr. Antonio), hijo del Real convento de S. Lázaro de Zaragoza. Floreció por los años de 1450, y fué maestro en artes, doctor en teología y sugeto de tan aventajadas prendas, que la religion hizo mucho aprecio de su persona, empleándole en los primeros oficios, como el de procurador general de la Curia Romana, en el que con mucho desvelo trabajó algunos años, logrando no pocas gracias de la Sede Apostólica. Nombrado comendador de Zaragoza en el capítulo de Castellon de Ampurias en 1458, y en el de Játiva dos años despues, y vuelto á reelegir, gobernó con sumo acierto, y su direccion fué pacífica. Dejó fama por sus altas prendas de virtud y saber. — O. y O.

PADILLA (Fr. Agustin Dávila), del órden de Predicadores. Este religioso era oriundo de España y natural de la ciudad de Méjico. Fué hijo de

Pedro Dávila y de Isabel Padilla, personas nobles, descendientes de los primeros conquistadores del país. Apénas hubo salido de la infancia, y hallándose con decidida vocacion á la vida religiosa, tomó el hábito de la esclarecida órden de Sto. Domingo en el convento de Méjico el dia 19 de Noviembre de 1579, habiendo permanecido algun tiempo ántes en el convento de Tlascala, hoy Puebla de los Angeles. Llegando á noticia de Felipe III, rey de España, por conducto de algunos religiosos, las nuevas de su virtud, sabiduría, y sobre todo de su persuasiva elocuencia para el púlpito, pues era uno de los más célebres teólogos de su tiempo y maestro laureado por la religion, le presentó para el arzobispado de Sto. Domingo en la Isla Española el año 1599, siendo confirmada la presentacion por el sumo pontífice Clemente VIII el dia 18 de Agosto, del mismo año, aunque sin recibir Padilla el breve confirmatorio de su dignidad hasta el mes de Enero del año 1600. Consagrado solemnemente en la iglesia catedral de su diócesis, la que gobernó con suma prudencia y acierto, una muerte prematura, que le sorprendió al cuarto año de su eleccion, destruyó las brillantes esperanzas que habian formado cuantos le conocian y trataban. Fué sepultado en un preeminente sitio de la iglesia catedral, y hasta hace pocos años se conservaba el epitafio de su tumba. Citan este prelado con notable elogio muchos autores nacionales y extranjeros, y particularmente el italiano Gerónimo Ghillinni, en su *Teatro de los literatos*, donde decia que era el hablista más famoso de su edad, sin que se le reconociese segundo. Dejó escrita una obra titulada *Historia de la provincia de San Yago de Méjico, de la Orden de Predicadores*, publicada en Madrid en un tomo en 4.° el año 1596, y de la cual se hizo nueva edicion en Bruselas el año 1625, y otra en Valladolid en 1634, variando el título, que en esta última impresion es: *Varia Historia de la Nueva España y la Florida*. — M. B.

PADILLA (Fr. Alfonso de), mínimo. Era español sin que conste el lugar de su nacimiento, y pertenecia á la órden de los Mínimos de San Francisco de Paula en la provincia de la Bética, desempeñando en la Orden con notable acierto y aplauso el cargo de lector ó catedrático de teología. Vivió á mediados del siglo XVII, en que escribió y publicó la siguiente obra: *Exegesin in Habacuc litteram illustrantem mores instruentem*; Madrid, 1657. — M. B.

PADILLA (H. Anton de), donado que floreció en la provincia de San Francisco de Granada: la nobleza de este siervo de Dios, así en lo espiritual como en lo temporal, publicará bien los altos quilates y perfeccion que encerraba su pobre hábito en muchos de los religiosos que como éste le vestian. De las informaciones de varones ilustres de S. Francisco del Monte el año 1621, dice un testigo, que era caballero muy noble y rico, señor de Mingante, hermosa heredad distante una legua de aquel convento; y que

teniendo esta y otras muchas posesiones, las dejó todas por el amor de Dios y tomó el humilde hábito de donado, con tan buen corazon, que iba gustoso pidiendo las limosnas por los lugares donde le habian conocido con la ostentacion de poderoso caballero. Fué de ferviente oracion y animoso en la penitencia; así murió con grande edificacion de toda aquella montaña, donde habia pasado tan santamente su vida. Acaeció su dichoso tránsito el año de 1600. —O. y O.

PADILLA (Fr. Antonio de), fundador del convento de nuestra Sra. del Socorro de Valencia, en union con el V. P. Fr. Juan Exarch, fué italiano y tomó el hábito de S. Agustin en el convento de S. Juan de Carbonara de Nápoles, en cuya santa Congregacion enriqueció su alma con grandes virtudes y estudios, siendo en ella maestro del Emmo. Fr. Gerónimo Seripando, cardenal y presidente del concilio de Trento. Fué, en compañía del Padre Exarch, á Valencia y Cerdeña con el ánimo de plantear la observancia religiosa y fundar algunos conventos, como efectivamente lo hicieron en Valencia, Jativa, Mallorca y Sacer. Fué prior del de la Virgen del Socorro, y con su gran prudencia, discrecion y sabiduría puso tan en su punto la observancia en esta santa casa, que sus religiosos fueron ejemplo de virtud para toda la ciudad. El R. P. General Fr. Egidio Viterbiense (despues cardenal y patriarca de Constantinopla) le hizo cabeza de la provincia de Cerdeña, que se componia del citado convento, de los de aquella isla, de los de Mallorca y Menorca, del de el Niño Jesús de Caudiel, y dos de monjas, que eran el de S. Julian y el de S. José (luego de Sta. Tecla, en Valencia). Fué provincial de la misma provincia de Cerdeña por los años 1542, gobernándola con mucho celo hasta que se retiró á su convento de Valencia, donde permaneció á pesar de haber sido nombrado presidente del capítulo provincial de Cerdeña, pasando el resto de su vida en santos ejercicios de oracion y penitencia. Era muy dado al estudio de las sagradas letras, amigo de la soledad, puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, y de natural afable, humilde y caritativo, por lo que fué muy estimado de los religiosos. Finalmente, murió cargado de años en su convento del Socorro hácia el año de 1548, produciendo su muerte mucho sentimiento al pueblo que asistió á sus exequias con grandes muestras de dolor y elogiando muchísimo sus virtudes.—G. P.

PADILLA (P. Antonio de). Fué adelantado mayor de Castilla, conde de Santa Gadea y heredero del condado de Buendía. Ingresó en la Compañía de Jesús en la casa profesa de Valladolid, el dia 8 de Marzo de 1572, á los quince años de edad. Tuvo para ello especial vocacion, la cual fué ántes muy probada y examinada de órden del conde de Buendía, su tio, que juntó al efecto tres padres graves, uno del órden de Santo Domingo, otro des-

calzo recoleto de S. Francisco, y el tercero de la Compañía de Jesús. Estos hicieron exámenes de sus deseos y propósitos ante su madre y el conde su tio, y procuraron por diversos caminos dilatar aquellos, por algunas razones que así lo prescribian. Padilla, sin embargo, al verse tan apremiado por ellas, y por la autoridad de las personas encargadas de su exposicion, hincóse de hinojos ante la asamblea haciendo voto de ser religioso, y poner de su parte cuanto le fuera dable por entrar en la Compañía de Jesús. Al pronto enmudecieron todos sorprendidos de hallar tan grande fuerza de voluntad en mozo de tan cortos años; mas repuestos un tanto, consiguieron recabar de él, á fuerza de ruegos, que ántes de ejecutar su deseo marchase á Toledo á conferenciar con su tio D. Pedro Manrique, canónigo á la sazon de aquella Santa Iglesia, y que despues ingresó tambien en la Compañía, el cual le habia escrito sobre el particular, haciéndole algunas observaciones de aquellas que suelen hallar eco entre los jóvenes del siglo, opuestas en un todo á su santo propósito, y rogándole expusiese por escrito las razones que le obligaban á tal mudanza en su estado. Antonio le envió entónces ocho pliegos que escribió por su mano, en los cuales sentó los fuertes motivos que le obligaban á entrar en la Compañía. Mostró el tio aquel manuscrito al Dr. Velazquez, canónigo magistral que fué despues arzobispo de Santiago, para descubrir su parecer, y le dijo el doctor: «Si estas razones fueren de vuestro sobrino, paréceme asunto de Dios, y que no puede estorbársele la vocacion.» El tio le contestó que bien se echaba de ver que no eran suyos aquellos razonamientos, sino de algun religioso letrado; mas D. Antonio le afirmó que eran completamente suyos, sin deberlos al dictado de nadie, los cuales habia firmado con su propio nombre. Consultado nuevamente por el tio el Dr. Velazquez, corróboró éste más y más su anterior opinion; pero no quedó aún muy satisfecho D. Pedro, y resolvió para su mayor tranquilidad hacer que le viese el sobrino. Partió luego á Toledo D. Antonio, y á su llegada procuró el tio sondear sus intentos hasta cerciorarse de si era aquel llamamiento hecho por Dios, ó más bien una liviandad juvenil, proponiéndose con esto guiarle por el buen camino. A este efecto decidió privarle de ir al colegio de Toledo; mas D. Antonio se mostraba desconsolado fuera de él, y siempre que podia le hacia alguna visita. Cierto dia le halló su tio en la casa profesa y hubo por ello de mostrarle algun desagrado; viendo lo cual D. Antonio, resolvió terminar de una vez aquel asunto, y delante de su tio hizo voto de no salir de la casa profesa sin ser recibido en la Compañía. Suspenso quedó el canónigo, y decidido tambien á no hacer más pruebas; sin embargo, como no convenia recibirle sin dar cuenta á su madre, le exhortó el provincial de Toledo á regresar á Valladolid, considerándose desde luego recibido si por acaso no lo fuese en

la provincia de Castilla. Llegado que hubo á Valladolid, permaneció en su casa durante los preparativos que se le hacian para su ingreso en el Colegio, prodigando consuelos á su madre, y recibiendo su bendicion y la de su abuela. En 8 de Marzo partió, acompañado de su tio D. Gomez Manrique, á la casa profesa, donde fué recibido con gran consuelo de su alma. Quedó su madre Doña María de Acuña traspasada de dolor por el grande afecto que le tenia, como á hijo único y heredero de tan ilustres casas, y no pudo moverse de un lugar, ni comer, ni dormir hasta ser pasadas las veinticuatro horas de su marcha. Antes de partir su hijo, y áun mucho ántes de darle su bendicion, tuvo tan gran piedad y valor, que con saber fijamente lo que este trataba, no le puso el menor óbice, ni le mostró señal por donde pudiese entender que recibia disgusto; léjos de eso, cuando creia hallarle ménos dispuesto en sus deseos, acudia en queja á su confesor, jesuita tambien, porque le dilataban tanto su recibimiento, diciendo que preferia ver á su hijo en un rincon de la casa de Dios, á contemplarle en los palacios de los reyes, donde sus deudos pretendian colocarle. Aunque esta virtuosa señora vió despues la casa y haciendas de su hijo en otros deudos, y ella por tanto privada de aquellas comodidades, nunca mostró arrepentirse de la oblacion que á Dios hizo de cuanto más amaba en el mundo; ántes cada dia recibió mayor gozo por verle en la casa del Señor, como fueron sus constantes deseos y santo propósito. Mucho fruto sacó del noviciado D. Antonio, encomendado á la direccion del de novicios el P. Baltasar Alvarez, que le impuso muy de veras en la mortificacion de la carne y enfrenamiento de los sentidos. Como muestra de los progresos que hizo en esto, en los cuales cupo no pequeña parte al P. Alvarez, citaremos un caso que nos dará idea exacta de otros muchos. Negándose un sábado Antonio á comer del plato de livianos que en semejante dia usaba la comunidad, dando el servicio de la mesa el P. Baltasar Alvarez, díjole éste en público: «Comedlo, hermano, y »venceos, que más vale este plato en la casa de Dios que cuantos comen re»galados los señores del mundo en sus casas; y hasta que os hagais á comer »esto, no habeis de comer otra cosa.» Por lo cual ordenó que ocho dias consecutivos le sirviesen asadura para comer. Al cabo de muchos años, y siendo lector de teología, dijo Antonio á un discípulo suyo, que desde el dia en que venció su repugnancia y comió aquel manjar, nunca hasta entónces habia encontrado otro que le supiese tan bien, y que ningun dia de la semana le pareció tan regalado como el sábado. Bien se deja conocer que el regalo procedia del cielo, pues no de otro modo se concibe que lo fuera, comiendo por aquel tiempo el postrero de la segunda mesa, y siendo por tanto su racion la última de la comunidad y la peor. Otras veces, cuando se hallaba gustando el hermano Antonio un manjar de su predileccion, ordenaba

el P. Alvarez á los que servian á la mesa lo apartasen de su vista, y al novicio que saliese á comer con los pobres en la portería. Tambien le hizo vestir el hábito más humilde y pobre de la casa, y que ejercitase con más frecuencia las mortificaciones públicas que usaban los demás novicios. Antonio, sin embargo, salia en todo triunfante, deseoso siempre de no quedar inferior á los otros; ántes procuraba excederles, humillándose tanto más en la religion, cuanto más elevado estuvo en el siglo. En este punto de humildad cristiana y religiosa rayó siempre á grande altura, teniendo necesidad de mayor exceso, por lo mismo que sus costumbres del siglo, aunque puras y virtuosas, habian sido naturalmente tan opuestas en ciertos puntos al ménos á lo que se le pedia y debia dar en la religion. Aprendido ya el estado de profunda y constante humildad, quedó arraigado para siempre en su pecho, compadeciendo en su ánimo á los codiciosos de nombre, de gloria, de honores y de toda clase de dignidades, lo cual fué causa muy poderosa y cierta de que rehusára sin afectacion el arzobispado de Burgos, añadiendo, que cuando fuese llegada la hora de su muerte, tenia bastante para recibirla con una cama vieja de cordel. Pero en lo que más se ejercitó, sobresaliendo muy especialmente, fué en la mortificacion de su voluntad y juicio, con lo cual salió muy rendido á la obediencia de los superiores. Despues mostró en los estudios un entendimiento claro y despejado, distinguiéndose en las cuestiones metafísicas y teológicas con admiracion y aplauso de sus mismos maestros. Leyó casos de conciencia en Avila, por no disfrutar salud para encargarle el curso de artes, y de allí le enviaron por lector de teología al colegio de S. Ambrosio de Valladolid, por haber solicitado su madre con instancia no le llevasen á Salamanca, sino donde pudiera alegrarse con su vista. Sus escritos gozaron tambien la estimacion de los hombres de ingenio, por la habilidad y conexion que en ellos campean. Fué muy celoso guardador de la honra de la Compañía y de su doctrina; por lo que, al ver que en cierta religion calificaron mal y sin fundamento algunas proposiciones del P. Luis de Molina, salió á oponerse por sí mismo y defendió por probable todo el libro en que aquellas se contenian, mereciendo la dicha de que su defensa alcanzase la aprobacion de la censura por decreto del Romano Pontífice. En el púlpito alcanzó gran fama por su ingenio, tanto como por su doctrina evangélica y arregladas costumbres: de él solia decir el prudente y católico rey D. Felipe II, que no habia menester más el P. Antonio para conmover á su auditorio, que presentarse en el púlpito, pues su presencia solo dictaba el desprecio del mundo y de sus vanidades. Como vivo trasunto de su maestro en el amor de la oracion y á los ejercicios espirituales, recogiéndose de vez en cuando para su práctica, tomó por costumbre ir los más años al colegio de Villagarcía, donde por unos ocho ó quince

dias asistia á las pláticas de los novicios, y otros actos de devocion; lo cual solia efectuar por Navidad, Semana Santa y pascuas de Resurreccion y Pentecostés, ó bien en las vacaciones generales, ó á la vuelta de una larga jornada, á fin de reparar en aquellos dias el fervor que suele entibiarse con los estudios. Fué rector del colegio de S. Ambrosio y del de Salamanca, cuyos oficios desempeñó con admirable entereza y gran celo por la observancia, siendo notado por algunos como hombre de excesivo rigor. A pesar de su rigidez, tuvo siempre mucho temor á la muerte por la cuenta que habia de dar á Dios, á quien solia decir «Si vos, Señor, lo hubiésedes de hacer conmigo, como yo lo he hecho con Vos, mucho trabajo tendria yo;» pero su Divina Majestad le purgó de sus escrúpulos tan luego como recibió los santos sacramentos cuando se hallaba en su última enfermedad. Despues rogó que le dejasen solo, y pasó dos horas entregado á la oracion, abrazado á un santo crucifijo. Al terminar su oracion, que serían las siete de la mañana, dijo á su confesor: *Esta noche irá mi alma á cantar maitines al cielo*; y contestándole el confesor, que más tiempo de vida le auguraban los médicos, se contentó con repetir sus palabras anteriores, añadiendo: «Señor, ¿qué tengo que temer, si me habeis dicho que me teneis dentro de vuestro corazon?» Al caer la noche recibió la extremauncion y pidió á todos el perdon de sus faltas. Las últimas palabras que pronunció son estas: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*; terminadas las cuales dió su alma al Criador, á las once de la noche del dia que predijo, esto es, á 29 de Noviembre de 1611. — C. de la V.

PADILLA (Sor Beatriz de). Fué natural de la villa de Cazorla, hija de padres nobles: hizo grandes penitencias de ayunos, disciplinas y otras muchas mortificaciones. Para guardar más perfectamente el silencio durante el adviento y la cuaresma, llevaba una piedra en la boca. Ejercitó los oficios de provisora, portera y abadesa con gran vigilancia y cuidado. Su achaque y muerte fué tan acelerada, que solo tuvo por término veinticuatro horas, aunque se dispuso y recibió los santos sacramentos. Cuenta su cronista que habiéndola enterrado el dia de la traslacion de S. Antonio de Pádua, 15 de Febrero, y estando el confesor recogido en el sitio que para estas ocasiones hay en las monasterios, llamaron por tres veces en el confesonario que allí estaba. No queria responder, y visto que instaban, pidió le dejáran descansar y considerasen el trabajo que habia tenido aquel dia. Entónces habló quien llamaba, y dijo era Sor Beatriz de Padilla, que venia á decirle algunas cosas. Llegóse allá, y ella le dijo todo lo que Dios le habia dado licencia; y entre las revelaciones, fué la de que por su conducta en los oficios que ejerciera, habia estado dudosa su salvacion. Pidió encarecidamente rogase por ella la comunidad á Dios, y murió el año de 1585. — O. y O.

PADILLA (Francisco). Fué este eclesiástico sobrino del historiógrafo del emperador Cárlos V, Lorenzo de Padilla. Fué profesor de teología en Sevilla, canónigo de la catedral de Málaga, y murió el 15 de Mayo de 1607. Escribió una *Historia Eclesiástica de España* en dos tomos, y una *Cronología de los Concilios*, de que hablan Ambrosio de Morales en su *Historia Hispánica*, Alfonso Lopez de Haro en su *Historia de la Nobleza*, y Nicolás Antonio en su *Biblioteca de Escritores españoles*. — C.

PADILLA (D. Frey Garci Lopez), notable maestre de la órden de Calatrava, á quien citan por sus méritos y servicios los cronistas de la órden de la Merced. Dispuso el modo y forma como habian de vestirse los maestres, y decretó que cuando fuesen por la villa á pié ó á caballo llevasen los mantos atados, redondos y largos. — O. y O.

PADILLA (Fr. García), de la órden de S. Francisco, religioso muy noble y docto, y que fué el primer obispo que se nombró para Indias. — O. y O.

PADILLA (José). Nació en Méjico el 24 de Enero de 1721, y fué recibido en la Compañía de Jesús el 1.° de Julio de 1736. Enseñó filosofía en la villa de su nacimiento el año 1755. En la Biblioteca de la universidad de Méjico, hay un manuscrito suyo, que tituló: *Infans Philosophia*. —C. de la V.

PADILLA (D. Juan de), cartujo. Escasísimas son las noticias que acerca de este religioso se tienen; pues todas se reducen á que vivia por el año 1500 en la Cartuja de la ciudad de Sevilla, y á que es conocido por una obra titulada: *Retablo de la vida de Cristo*, redactada en verso anticuado, y que se imprimió en la mencionada ciudad el año 1518. — M. B.

PADILLA (Fr. Juan de), franciscano. Era natural de la ciudad de Sevilla, donde tomó, siendo muy jóven todavía, el hábito de la Seráfica Orden. Anhelando la salvacion de las almas y aumentar el número de los hijos de Dios, pidió y obtuvo ser destinado á las misiones de la Nueva España, donde llegó por el año 1539, teniendo ingreso en el convento de Julantzingo, desde el cual, en compañía del beato Martin de Jesús y de otros, pasó á Jalisco y fué electo guardian del convento de Sapotlana. Habiendo determinado el jefe de las armas españolas, Antonio Mendoza Coronado, gobernador de la nueva Galicia, enviaron una expedicion á sojuzgar el extenso país de Síbola, habitado aún por hordas ó tribus bárbaras y salvajes, dispuso acompañasen al ejército cinco religiosos Menores, de los más ejemplares por su virtud, su piedad y por su deseo de inculcar á los infieles el conocimiento de la religion. Fué uno de los elegidos Fr. Juan de Padilla, que aceptó muy gustoso aquel encargo por hallarse tan en armonía con sus intenciones y sus piadosos deseos. Despues de haber discurrido mucho tiempo por aquellos climas, recogiendo notable fruto en los puntos donde hallaba indios

dotados de ánimo blando y apacible condicion, se internó con algunos compañeros, entre los que iba Fr. Juan de la Cruz, evangélico y virtuoso lego, en un país ocupado por tribus feroces, llamadas hariales, compuestas de hombres tan repugnantes por su rostro como por sus procederes. Recibieron á los misioneros con señales bien marcadas de las malas intenciones que respecto de ellos tenian, en vista de lo cual suplicaron á Padilla sus compañeros que abandonasen aquel país. Mas no pudiendo decidirse á ejecutarlo, por el deseo que le animaba de ganar algunas almas para Dios ó sucumbir en la empresa, les dijo que se marchasen, y se quedó solo en medio de aquellas gentes, expuesto á los resultados de su furia, aunque firmemente decidido á sufrir cuanto el Señor determinára. No pasó mucho tiempo sin verse acometido por una turba de salvajes. Al verlos se postró humildemente de rodillas y pidió á Dios admitiese, si era su voluntad, el sacrificio que de su vida le ofrecia. Su ruego fué oido, pues queriendo el Altísimo sin duda alguna llevarle á gozar el premio de su trabajo, permitió que los salvajes le arrancáran el vital aliento, disparando contra su indefenso cuerpo multitud de saetas, y haciendo de esta manera volar al cielo su bendita alma. Ocurrió su glorioso tránsito el dia 30 de Noviembre de 1540, en el cual hace mencion de él el Martirologio de su Orden.—M. B.

PADILLA (Sor Leonor). Nació en Málaga, siendo hija de ilustrísimos padres, de cuya casa se salió en traje de hombre para ir sola al monasterio y no ser conocida de los criados á la puerta. Recibiéronla con la satisfaccion que tal vocacion pedia, y á la cual sus padres no se atrevieron á oponerse. Fué su camino el de la soledad y silencio; por lo cual, luego que terminó el noviciado, pidió á la abadesa la concediese un aposento retirado, tan estrecho que tenia poco más de dos varas de largo por vara y media de ancho. Componíase su cama de tres tablas, cubiertas de un pedazo de angeo y un madero por cabecera. Llevaba ceñida al cuerpo una pleita de esparto, sin más ropa que su hábito y túnica, la cual nunca se quitó. Anduvo siempre con los pies descalzos por la tierra. Conforme á su penitente vestido era su abstinencia, pues hacia la mayor parte del tiempo rígidos ayunos. Tanto abominó las conversaciones, que por huir de ellas no tuvo trato jamás con sus parientes ni los vió en su vida. Tenia una sobrina religiosa, y despues de haberla dado los más sanos consejos, nunca la trató ya con familiaridad, diciendo era lástima divertir á la esposa de Cristo y darle ocasion á que falte, aunque sea un instante, á su dulce Esposo. Pasó de esta vida por los años de 1574.—O. y O.

PADILLA (Lorenzo de). Este ilustrado español, tal vez natural de Málaga, abrazó la carrera eclesiástica, y fué arcediano de la santa iglesia de Málaga en el siglo XVI. Fué historiógrafo del emperador Cárlos V, y escri-

bió otras varias obras históricas; pero solo publicó un *Catálogo de los Santos españoles*, conservándose con mucho aprecio algunos de sus manuscritos, de que dan noticias Nicolás Antonio y Ambrosio de Morales en sus obras.—C.

PADILLA (María Gutierez de), religiosa capuchina del monasterio de Jesús María, en Granada: nació en esta ciudad, y fué hija de padres tan ilustres como D. Juan Gutierrez de Padilla y Doña Elvira de Velasco. Crióse en el recogimiento y honestidad propios de su casa, y en un colegio de doncellas nobles que aquella ciudad tiene para criarlas desde niñas en clausura, honor y santidad. Aquí vivió hasta pasados los treinta años, siendo modelo de perfeccion á sus compañeras y aun á sus maestros, lo que no debe causar extrañeza si se atiende á que, desde su más corta edad, fué dirigida y espiritualmente educada por su pariente el V. Presbítero Francisco de Velasco. De este colegio pasó al monasterio de Jesús María, logrando en él su profesion solemne el dia 28 de Octubre de 1626, en union de la V. Madre *Sor Gregoria de Jesús*: ambas recibieron el velo de mano del doctor D. Pedro de Avila, canónigo y segundo abad de la colegial del Sacro Monte. Era la V. Madre de natural compuesto y de entera condicion, pero dulce y amorosa á la vez que grave en sus palabras, llenando por tanto de consuelo á cuantos la oyeron conversar. Tenia muy arraigado el deseo de hacer bien, y descubrióse en su trato la verdad de su misericordia. Guardó siempre inviolablemente los propósitos que en órden á su adelantamiento en la vida espiritual tenia hechos, y fué entre ellos uno el de *no dejar de hacer cosa alguna de caridad que la pidieran por el amor de Dios*. Tan santo propósito no podia ménos de causarle afanes continuos, especialmente en el empleo de maestra de novicias, las cuales hallaron en la V. Madre una rica mina de virtudes. Muchas veces solian decirla: *Madre, díganos por Dios algo de Dios,* y la sierva del Señor respondia: *Enhorabuena, hijas mias, diré lo que pueda de Dios por Dios;* y comenzaba á ponderarles las excelencias de los bienes del cielo y la grandeza de Dios. Sin poderse contener en este género de conversacion, solia frecuentemente permanecer extática sin ver, oir ni sentir cosa alguna de la tierra, terminando todo en un dulcísimo llanto que llenaba de consuelo los corazones de sus novicias. No poco mortificó á la V. Madre tal situacion, ya por hacerse patentes sus éxtasis, ya porque sus hijas en el Señor la veneraban como á santa, de que recibia grande humillacion. Cuanto más se humillaba la V. Madre en la presencia del Señor, más patente hacia el divino amante su virtud, así que cada dia se la vió más absorta en la admiracion de su infinita grandeza. En este monasterio tuvo muchos empleos á que atender. En 1633 fué provisora de la comunidad, y estuvo encargada de la portería reglar. En los trienios siguientes pusieron de nuevo en sus manos la portería, la sacristía, la ropería, la vicaría del

monasterio, y por último, el ser discreta ó consiliaria, y el estar por escucha á los locutorios cuando se ofreciese. A tal punto llegó su amor al prójimo y la parte que en sus desgracias tomó, que muchas veces llegó al torno su director espiritual á dejar para ella este recado: « Digan, madres, á Sor María, cómo acaba de llegar sobrada provision para cuantos pobres hay en la ciudad, para que se consuele. » Y si las necesidades temporales del prójimo tanto la afligian, no sentia ménos las culpas de los pecadores, siendo por lo mismo grandes las penitencias que hizo por la salud de las almas. En el capítulo celebrado por el monasterio para la eleccion y nombramiento de religiosas que pasasen á fundar en Concentaina, salió elegida fundadora Sor María; y si bien se encontraba á la sazon enferma, y se agravó su mal al considerar en su humildad cuán indigna era de tal empleo, vióse fortalecida por el Señor, y libre del accidente que la aquejaba. Salió, pues, de Granada en 1653 para Concentaina, donde dió, si hubiera sido posible, mayor fruto de perfeccion su doctrina. A las venerables religiosas que la sobrevivieron se debe una relacion sucinta de su vida, por donde vemos que fué religiosa muy pobre, humilde, constante y muy dada á la oracion. Toda su vida se levantó á las cuatro de la mañana, y pasaba orando en el coro hasta la hora de prima, y por este órden continuó todo el tiempo de su vida, que fué larga. Siempre acudió á maitines hasta el último año, que vivió con la enfermedad de la muerte; siendo en este tiempo contínuo su retiro y silencio. Fuera de los actos de comunidad se recreaba con sus devociones, y en todo tiempo fué su empleo la oracion, pues aun cuando saliese al huerto, llevaba en la mano el rosario é iba rezando. Tomaba el sueño con medida, y jamás faltó del coro ni de dia ni de noche, á no ser por enfermedad y obediencia á la prelada. En 1662 sintióse acometida de una fuerte hidropesía que la duró todo un año, abrasándole las entrañas con una fiebre agudísima, y sin poderse mover de una á otra parte, á causa de la violencia del dolor. Todo su cuerpo se le hinchó y cubrió de llagas; y desde el principio de su enfermedad hasta el fin, permaneció sentada en su cama sin poder hallar algun alivio. En medio de tanto padecer siempre se mostró su alma invencible en la paciencia, sin proferir la más ténue queja que manifestára su dolor. Hizo consistir su mayor afliccion en no tener fuerzas para tomar los alimentos y medicinas que le ordenaban ó pedian por amor de Dios que tomase. Tambien confesó hallarse con una sed rabiosa, si bien nunca procuró por su alivio. Uno de los dias en que más estrechada se sintió por la sed, presentáronsele los demonios en forma de hombres, convidándole con un agua muy cristalina y algunas viandas para que se refrigerase y aliviase su fatiga, mas conociendo la V. Madre las astucias del enemigo, arrojóle de sí con estas palabras: *Retiraos, infelices des-*

dichados, al infierno, que ni apetezco vuestros regalos, ni deseo vuestros alivios, y solo estimo las molestias de mi enfermedad, como venidas de las manos de Dios. Entrado ya el mes de Mayo de 1663, conoció la sierva de Dios que se acercaba su tránsito á la eternidad, y quiso disponerse á él con una confesion general que hizo con el M. R. P. Fr. Pedro Sanchis, varon de gran santidad segun la opinion comun, el cual dijo luego que hubo fallecido la V. Madre: *¡Bendita mujer, que no perdió la gracia del bautismo! Alma era de muy aventajada virtud y perfeccion.* Murió con suma tranquilidad el dia 28 del mismo mes, permaneciendo su rostro con extraordinaria hermosura y dulce serenidad. Su cuerpo se mantuvo tan flexible como cuando vivió, en todo el tiempo que estuvo insepulto. Tambien parece que entre tanto se agolpó á los balcones de la sala en que yacia cadáver gran multitud de golondrinas, que con su canto, y por lo extraño del caso, pusieron admiracion en todos los circunstantes, permaneciendo allí las avecillas hasta que sacaron de la sala el cuerpo de la Venerable, á cuyo tiempo armaron tal confusion con sus gorgeos, que no podian las religiosas entenderse al celebrar aquellas exequias. Aunque murió en Concentaina, se puso la razon de su fallecimiento entre las de las Capuchinas de Granada, haciéndose los sufragios y oraciones debidos á la sierva de Dios. — C. de la V.

PADILLA (Miguel Vazquez), jesuita. Fué natural de Sevilla, donde llamado por la gracia divina, entró en la Compañía de Jesús, siendo de muy corta edad. Hizo sus estudios en ella con notable aprovechamiento, y finalizada su carrera literaria recibió las órdenes sacerdotales, encargándosele en seguida la cátedra de teología escolástica del colegio de Córdoba, la que desempeñó con notable aceptacion. Habiendo pasado á Roma tuvo á su cargo otra cátedra de la misma ciencia, mereciendo por su exactitud y buena conducta el aprecio y estimacion de los cardenales, de la nobleza y de los principales personajes de aquella capital. Vuelto á España brilló por su doctrina y sabiduría en las universidades de Granada y de Salamanca, en las que, interpretando cumplidamente las obras del ángel de las escuelas, logró sacar muy aventajados discípulos. Profesaba suma devocion á la Santísima Vírgen y al esclarecido fundador de la Compañía el bienaventurado Ignacio de Loyola, á quien se encomendaba muy particularmente en todas ocasiones. Entre sus muchas virtudes resaltaba la de la obediencia unida á la de la humildad. Murió en Sevilla el dia 25 de Julio de 1624 á los sesenta y cinco años de edad, cincuenta de religion y treinta y tres de haber pronunciado los cuatro solemnes votos. Dejó publicadas las siguientes obras: *Sermonem aut tractatum de augustissimo Sacrosanctæ Trinitatis mysterio*; Leiden, 1617. — *Commentarios in primam partem S. Thomæ*, dos tomos; obra erudita, y que puede considerarse como unos prolegómenos de teología. — M. B.

PADILLA (Pedro de), poeta bucólico español, nació en Linares hácia la mitad del siglo XVI. Pocas son las noticias que tenemos acerca de los sucesos principales de su vida, sabiéndose únicamente que fué caballero muy principal, que tuvo el hábito de Santiago, y que siendo ya muy conocido por sus dotes poéticas, renunció sin saberse porqué al mundo repentinamente, abrazando la regla del Cármen en Madrid por los años de 1585. Garcilaso era su poeta favorito y en sus composiciones pastoriles se nota gran empeño en imitar al Petrarca castellano, siendo muy apreciable por su facilidad la gracia y la fluidez que vierte en ellas. Unia á una gran memoria una vasta lectura, y no dejaba de tener condiciones de orador, por manera que despues de abrazar el estado monástico, no tardó en adquirirse en el púlpito una brillante reputacion. Respecto á la época de su muerte solo sabemos que vivia todavía en el año 1600. A más de sus traducciones ascéticas, tenemos de él su *Tesoro de varias poesías*, Madrid, 1575 (ántes de pronunciar sus votos); las *Eglogas pastoriles*, publicadas en Sevilla en 1581, (cuya edicion se ha hecho muy rara); el *Romancero en que se contienen algunos sucesos de los españoles en la jornada de Flandes*, Madrid, 1583 (tambien edicion muy rara); el *Jardin espiritual*, idem, 1585, y las *Grandezas y excelencias de la Virgen nuestra Señora*, que es un poema en octavas. Sus obras, poco conocidas aún, son una rica mina que los poetas modernos no han explotado todavía. —G. P.

PADILLA (Fr. Vicente García). Fué natural de Valencia, hijo del convento de Alcira, doctor teólogo, célebre predicador, prior de los conventos de Játiva y S. Agustin de Valencia, y definidor de la provincia. Murió en el convento de S. Agustin en el año de 1665. —G. P.

PADILLA Y ROMEO (D. Pedro Gregorio). Nació en Alhama en 14 de Abril de 1650, de una familia conocida por su nobleza. Estudió las humanidades en Calatayud, y la filosofía y teología en la universidad de Zaragoza, donde tomó el grado de doctor en esta facultad. Extendiéronse sus doctos conocimientos á la ciencia canónica, y fueron sus grandes méritos premiados, eligiéndole por teólogo de cámara el Ilmo. Sr. D. Jaime Palafox, arzobispo de Palermo y despues de Sevilla. Sus prendas le granjearon la más completa confianza de parte del prelado, por cuyo motivo le envió á Roma á proteger los expedientes que seguia en esta Corte contra su cabildo en la visita de su iglesia. Doce años permaneció en aquella ciudad obteniendo miéntras tanto una canongía de la metropolitana de Zaragoza, de que tomó posesion en 3 de Julio de 1693, y en 8 de Octubre del siguiente del deanato de la misma. Nombrado en 1708 obispo de Barbastro, permaneció en esta silla, hasta que seis años despues fué trasladado á la de Huesca. Tambien fué diputado del reino de Aragon, y siempre muy celoso en el cumplimiento de sus obli-

gaciones, entre las que contaba la útil liberalidad como lo reconoce su patria y las diócesis de Barbastro y de Huesca. Murió en esta ciudad el 24 de Octubre de 1734. Se le sepultó en el presbiterio de su catedral. Escribió y publicó: *Constituciones sinodales del obispado de Huesca, hechas y promulgadas por el sínodo que celebró el 2, 3 y 4 de Junio de 1716*, en Huesca, el referido año, en fólio.—*Estatutos y constituciones para el colegio conciliar de la Cruz de la ciudad de Huesca;* Huesca, 1728, en fólio.—*Posiciones hispalenses*, son siete tomos en fólio, que formó de las diligencias y dubios que se profirieron en las congregaciones de Roma sobre los referidos litigios.—*Relacion del principio, progreso y estado de los dichos pleitos*, es un tomo en 4.° con fecha de Roma, 1700. Fué muy alabada la memoria de este prelado.—O. y O.

PADROL (S.), abad. Entre los muchos santos que ilustraron al mundo en el octavo siglo de la era cristiana no fué de los que ménos brillaron por sus virtudes el bienaventurado S. Pado, nombre casi extraño y desconocido para la generalidad de los fieles en nuestra católica España, aunque en algunos santorales y martirologios figura bajo el título de *Patto*. Nació en el reino de Escocia y fué hijo de padres nobles, que al lustre de la cuna juntaban la pureza de la fe y el amor á la virtud. Diéronle una educacion sólida y cristiana, y desde muy niño principió á indicar su aficion á las cosas del cielo y á manifestar su desprecio por los objetos terrenales, significando con sobrada claridad lo que algun dia seria. Los juegos en que se ocupaba con sus hermanos y otros niños de su edad reducíanse á figurar que era monje y abad, superior á todos, hallando un sumo placer en imitar las acciones y ceremonias de la Iglesia, y en cantar con mal formadas voces los himnos y plegarias que á los sacerdotes oia en el templo. Acostumbraba tambien á retirarse en los más ocultos sitios de su casa, pasando en ellos muchos dias, imitando la austeridad de los monjes, haciendo como ellos sus ayunos y penitencias, guardando profundo silencio y rezando devotamente arrodillado las oraciones que sus padres le enseñáran. Si por casualidad, cuando se hallaba entregado á estos ejercicios, sus hermanos daban voces ó le distraian, se enojaba grandemente con ellos, llegando el caso de verter lágrimas de pena, como si le obligáran á quebrantar alguna regla de un grave instituto religioso, y que tuviera precision de observar. Viendo su padre cuán aficionado era á la vida monástica, y comprendiendo que Dios le llamaba por aquel camino, al cumplir los ocho años le llevó á un convento de PP. Benitos, llamado Amarbaricano, á fin de que le criasen con otros niños que acostumbraban á admitir en dichas casas, y que llegaban á ser más tarde esclarecidos defensores de la santa religion. En dicho convento permaneció el jóven Pado hasta cumplir la edad competente; y al llegar á

ella tomó el hábito con el mayor gusto, y principiando á brillar por sus angélicas virtudes. Era tan humilde, que aunque todos los oficios practicados por los monjes se consideraban como honrosos y áun esclarecidos, puesto que, atento solo á conseguir la eterna posesion de la gloria, nadie cuidaba de los vanos respetos y consideraciones del mundo, Pado anhelaba siempre que le ocupáran en los más bajos empleos. Dedicóse principalmente á cuidar y servir á los religiosos ancianos y enfermos, tanto por el respeto con que los miraba, considerándolos como las piedras angulares de la religion, cuanto porque conocia que las impertinencias de su edad y de su estado habian de darle ocasion de ejercitar grandemente su paciencia. Barria las celdas, servíales los alimentos y cuidaba del aseo de sus personas, hallando en su paciencia motivos de placer, y gozando en lo que para otros sería molesta incomodidad, sufriendo gustoso y hasta con deseo las impertinencias que la edad y las enfermedades traen consigo. Aunque todo el dia estaba ocupado en estas faenas, ninguna noche se entregaba al descanso sin rezar muchas oraciones, además de las que la Orden prescribia, consagrando un largo rato á la lectura espiritual, durmiendo brevísimos instantes para levantarse en seguida y asistir á los maitines, ocupándose despues de ellos hasta que despuntaba el dia en lecturas piadosas, en ayudar á las misas y en asistir luego á las cátedras, porque dicho convento, como la mayor parte de los de los tiempos oscuros, era uno de los asilos donde se refugiára el saber humano, que huyó de la sociedad civilizada cuando la invadieron los bárbaros del Norte, y uno de aquellos centros que empezaban á difundir la ciencia y la ilustracion. Era tambien Pado sumamente caritativo, como lo demostró cuando desempeñaba el cargo de hospedero; pues llegando al refugio en una rigurosa noche de invierno un pobre, muerto de hambre y de frio, le agasajó y sirvió cariñosamente, socorriendo su necesidad con cuanto pudo; pero viendo que aún necesitaba le socorriesen su extremada desnudez y no teniendo vestidos que darle, se quitó piadosamente sus ropas para cubrir el cuerpo del desgraciado. El Abad del monasterio presenció casualmente aquel acto; y aunque era reprensible por ejecutarle sin licencia, se conmovió tanto á vista de un ejemplo tan notable de caridad, que sin decirle una palabra volvió las espaldas y se fué á su celda, desde donde mandó á un monje con otro hábito para Pado, aunque sin indicarle la causa por que lo hacia. Habiéndose ya empleado en todos los ejercicios de pruebas y llegando á la edad competente, le mandaron recibir las sagradas órdenes y le invistieron de la dignidad sacerdotal. Adornado ya con tan sublime carácter emprendió nueva vida, la cual superó en lo austera y penitente á la que anteriormente observára, no obstante ser tan ejemplar y tan rígida. Anhelando el bien espiritual de sus hermanos, acudia á predicar con mucha

frecuencia por los lugares inmediatos al convento, y encendiendo los corazones en el santo amor de Dios y en el temor de su justa ira, y logrando que todos frecuentasen los sacramentos de la Iglesia, hizo que las costumbres relajadas experimentasen tal cambio, que los habitantes de aquellos pueblos, más bien que gentes del siglo parecian santos y justificados religiosos. Por estas virtudes y por las señaladas muestras de sabiduría que al mismo tiempo daba, cuando murió el Abad del monasterio, Pado fué electo por unanimidad de votos y conformidad de voluntades, ejerciendo esta dignidad de modo que más bien que superior fué considerado como amante padre por todos sus súbditos. Premiaba á los virtuosos, alentaba á los débiles y á muchos en quienes encontró relajadas costumbres y tibieza religiosa les atrajo al buen camino con sus amorosos ruegos y santas amonestaciones, logrando más por medio de la dulzura que por el rigor y la dureza. Infundió el Señor al abad Pado la gracia y virtud de expeler los demonios, y así de todos los puntos de la isla le traian los que se hallaban padeciendo aquella fatiga, de la que se veian libres en cuanto el santo Abad hacia sobre ellos la señal de la cruz. Resplandeció además por otros varios milagros, de los que citaremos el siguiente. Venia una mujer á la iglesia del convento en un dia de Pascua, y habiéndose caido de un puente, se fracturó los brazos y las piernas, quedándose en el más lamentable estado. Sumamente compadecidos los que la hallaron en aquella situacion y confiando en la santidad de Pado, la llevaron á su presencia y rogaron que la curase. Mucho sintió el venerable Abad aquel suceso, puesto que le ponian en el caso apurado para él de manifestar las virtudes que poseia y que deseaba ocultar. Pero sobrepujando á su modestia el amor al prójimo, se retiró á su celda á implorar el auxilio divino, y volviendo á corto rato con semblante sumamente alegre, echó la bendicion á la afligida mujer que al punto quedó sana, quedándose todos maravillados de la prontitud con que se obrára aquel prodigio. Pasaban todos los años muchos religiosos escoceses á predicar á los gentiles de Alemania, siendo muy notable el fruto que de estas expediciones se obtenia. Deseoso el abad Pado de ganar almas para el Señor donde quiera que pudiése, abandonó su dignidad y monasterio y pasó con los demás catequistas al país de los Teutones. No salió vana su esperanza, pues fué uno de los más hábiles obreros de la viña del Señor, logrando arrancar infinitas almas del pecado, aunque no sin costarle muchas penas y trabajos. Como los hombres á quienes tenia que convertir eran bárbaros é indómitos, hacianle padecer á más de los disgustos espirituales, privaciones y escaseces, no dándole de comer muchas veces ni permitiéndole entrar en poblado; por lo cual en repetidas ocasiones se vió en la precision de quedarse en el campo, sufriendo las inclemencias del tiempo y alimentándose con algunas yerbas y frutos silvestres, trabajos y

penalidades que el santo varon padecia gustoso, á trueque de no dejar aquellas almas sumidas en el error del vicio y en la ignorancia de la fe. Llegando á extenderse por Alemania la fama de su virtud, y no obstante su humildad y su modestia, conociendo cuánto ganarian los fieles bajo la direccion del hombre que habia guiado tantas almas al cielo, el arzobispo de Maguncia instó para que le diesen el obispado de Werda, honor que Pado rehusó por no hallarse con fuerza ni ánimo para sobrellevar un cargo que traia consigo, no solo estrecha responsabilidad sino tambien los honores y distinciones de que procuraba huir. Pero como el Arzobispo desease mucho aprovechar las virtudes y talento de varon tan esclarecido, acudió al Sumo Pontífice, quien mandó, en santa obediencia, aceptar á Pado la dignidad episcopal. No obstante su elevacion, ni cambió su vida ni se envaneció su ánimo. Dedicóse á la predicacion con más fervor que ántes, procurando catequizar á los gentiles, que aún residian en su diócesis, bautizándolos con su propia mano, instruyéndolos por sí mismo en la fe y animándolos con sus piadosas exhortaciones para que perseverasen en el gremio de la católica Iglesia. Algunos clérigos, envidiosos de las virtudes y méritos del santo Obispo, se levantaron contra él, y no encontrando pretexto ni medio más á propósito, á su parecer, para hacerle la guerra, que sembrar perniciosas doctrinas, resucitaron los olvidados errores del heresiarca Folino, creyendo destruir de este modo la benéfica y justa influencia que Pado ejercia. No se arredró éste al ver la tormenta que se levantaba en contra suya, sino que apresrándose al combate y haciendo uso de las armas de la verdad y de la divina elocuencia con que Dios le habia adornado, combatió y confundió los errores de aquellos sectarios, á quienes el tribunal condenó despues de públicamente vencidos á que se les recluyese para toda su vida en un monasterio. Pado, sin embargo, no consintió que se llevase á efecto esta medida, pues aunque era de blando corazon y alma piadosa, cuando las ofensas se dirigian á su persona, indignábase, como otro Elías, si los atentados se encaminaban á la Divinidad; y así, encendido en santo celo, y conociendo que si los dichos clérigos habian sido malos sacerdotes, nunca podrian ser buenos religiosos, manifestó que su permanencia entre seres justos y piadosos podria ser muy perjudicial por lo muy fácilmente que sería cayesen en pecado los que se rozasen con aquellos culpables, y pidió por lo tanto que de ninguna manera se juntase el trigo con la zizaña, ni el lobo con las ovejas. Por cuya razon fueron encerrados dichos clérigos en una reclusion particular. Entre las piadosas fundaciones del obispo Pado, merece citarse un colegio que estableció en Werda, y que era una especie de seminario en el que se recogian todos los niños, que mostrando aficion al estado religioso, querian instruirse al mismo tiempo en las ciencias, fundacion que tenia

por objeto formar con anticipacion y conocimiento de causa buenos servidores del Señor y de sus altares: fundacion que fué muy estimada en aquellos tiempos, tanto por lo nueva como por los beneficios que se esperaba reportaria. Asistia Pado contínuamente á este colegio para enterarse de los progresos que en él se hacian, no dejando de concurrir diariamente al coro y á la celebracion de los divinos oficios á los jóvenes educandos. Del seminario pasaba á su casa poco ántes del medio dia, donde ya se hallaban convocados varios pobres, á quienes despues de hacerles alguna amorosa plática, para que perseverasen en la virtud, y de entresacar los más necesitados para sentarlos á su mesa, daba de comer por su propia mano. Lavaba despues los pies á sus huéspedes y les hacia servir una comida frugal, aunque abundante, invirtiendo en el socorro de los infelices lo que habia de gastar en sus regalos, puesto que se alimentaba con pan y agua y algunas frutas, tomando en las ocasiones más solemnes un poco de pescado cocido. Interin duraba la comida, mandaba leer las vidas de los Santos Padres ó algun otro libro edificante; y era tan enemigo de toda clase de vicios, y en particular del de la murmuracion, que si algun criado suyo hablaba mal de otra persona ó la motejase, al punto era despedido del servicio. Siendo ya de edad muy avanzada, y habiendo invertido cuarenta y dos años en el desempeño del obispado, le llamó el Señor á recibir el premio de sus virtudes, y despues de una breve enfermedad pasó á gozar su alma las eternales venturas. No se hallaron en su casa más bienes y alhajas que su Breviario, algunos libros de estudio y devocion, la pobre tarima en que descansaba y varios instrumentos de mortificacion y penitencia; pues anhelando, como anheló toda su vida, el bienestar de los necesitados, no cuidó de recoger tesoros en este mundo, procurando únicamente reunir méritos para el cielo. Ocurrió su muerte el dia 30 de Marzo del año 76, y como despues de su muerte obrase Dios muchos milagros por intercesion del santo Obispo, principalmente en la expulsion de seres impuros y espíritus malignos, la Orden de S. Benito le ha colocado en el número de sus Santos, rezando de él en el mencionado dia 30 de Marzo, é insertando su nombre en los Martirologios ó Santorales de la referida religion. —M. B.

PADRO (Dr. D. Pedro), rector jubilado. Compuso un *Catecismo* para instruccion de sus feligreses, que despues se imprimió en 1826 bajo la proteccion del Sr. Echanove, arzobispo de Tarragona. En el manuscrito se hacia la siguiente pregunta: «¿Cómo se deben de pagar los delmas y primicias per no exposarse á pecar? *R.* Com los pagan las personas de bona conciencia y temerosas de Deu.» En la primera impresion revisada por el autor se puso: «¿Den pagarse lo delma del mes bo? No pare, ni tampoch del mes dolen.» Tal vez sirvió de norma á esta respuesta la doctrina de las sinodales

del Sr. Llinás, cuando expresan que pecan mortalmente *los que ab advertencia y malicia pagan del pijor del fruits*. Causó cuestiones la referida advertencia y en las nuevas ediciones se puso lo siguiente: «¿Quin es lo quint manament? *R.* Pagar los delmas y primicias segons costum.» Falleció en Ruidoms hácia 1828, á la edad de noventa años. — O. y O.

PADUA (P. Fr. Angelo de), maestro en sagrada teología, varon doctísimo y muy santo. Fué natural de Padua, en Italia. Envióle á la provincia de Agustinos de Aragon, el año 1545, el general Seripando, para que sirviese de regente de los estudios del convento de S. Agustin de Valencia. Fué despues prior del de Orihuela y provincial de esta provincia en el año de 1561. Tres años despues era catedrático de teología de la universidad de Zaragoza, y al siguiente le eligieron prior del convento de esta ciudad. El P. General le llamaba varon de gran ingenio y virtud, docto y modesto. Estimábale el Excmo. Sr. D. Fernando de Aragon, nieto del rey Católico y arzobispo de Zaragoza, así como tambien la nobleza de esta capital, cuyos magnates desearon y celebraron su eleccion. A fin de que ningun provincial le pudiese trasladar, le hicieron decano del convento, encomendándole y exhortándole á que llevase á cabo la reforma del mismo, y le redujese á su primitivo esplendor, segun los decretos del Santo Concilio de Trento y del capítulo general celebrado en Milan. Aceptó el priorato, anhelando conservar la paz y aumentar los bienes del convento, y con ánimo decidido de ejecutar cuanto fuese en honra de la religion y utilidad de la casa. Por último, sus admirables virtudes fueron recompensadas por el monarca, que, haciéndolas justicia y reconociendo su sabiduría, le nombró arzobispo de Caller en Cerdeña, cuya elevada dignidad no quiso aceptar, guiado por su modestia y humildad, segun afirman el doctor Vicente Blasco en su *Historia eclesiástica de Aragon*, y Diego de Ainsa en la de Huesca. Falleció este venerable agustino en el mismo convento de Zaragoza, por los años de 1575, en cuya época fué elegido arzobispo. — O. y O.

PADUA (V. Fr. Damian), hijo de padres nobilísimos y natural de la ciudad que hizo más célebre el glorioso español, patron portugués, S. Antonio. Fué admirable en todo género de virtudes, y con mucha singularidad en la paciencia, manifestándola en una tribulacion que le ocasionó un falso testimonio manchando su honra. Corria este siervo de Dios con aquella buena opinion que le negociaron sus religiosos procederes, cuando la envidia se valió de la calumnia para oscurecer su crédito. Acusado de un torpe delito, no le escudó el seguro asilo de la inocencia; y como si estuviera convicto y confeso, le condenó el prelado á un oscuro calabozo, donde cargado de cadenas, solo se le daba para el sustento pan y agua. Era el prelado de dura condicion, poco espiritual, mal instruido ú olvidado del consejo del Após-

tol, que aun en delitos ciertos y probados aconseja se trate á los delincuentes con blandura y mansedumbre, con la consideracion de que tambien los jueces viven mal seguros de las violencias de la tentacion. Causó la paciencia de este Santo justiciado la fiereza de sus émulos, y éstos, heridos del roedor gusano de su conciencia, le declararon inocente. Desengañado el prelado, se arrepintió de sus rigores, y se fué á la cárcel donde habia atormentado al religioso todo un año, pidiéndole perdon de su error y sacándole libre de las prisiones. El humilde Fr. Damian, con rostro sereno, tomando la falda del hábito, dijo: «Vengan más injurias y calamidades, que padecer por Cristo, á imitacion suya, hace dulces los oprobios en su siervo.» Su serenidad apacible y la generosidad con que perdonó á sus émulos fué de tanta edificacion y ejemplo para sus hermanos que le veneraron desde entónces; y el ordinario modo de hablar de él era llamándole Fr. Damian *el Santo*. Temiendo los aplausos que con la prision le ocasionaron sus virtudes, se valió de la obediencia para poner tierra por medio, asegurándose con la fuga. Fué á parar al convento de Cremona, donde vivió algunos años, y obró el Señor en vida y despues de su muerte algunos milagros. Cuál fuera la fama de su santidad la da hoy á conocer su glorioso sepulcro, que en una urna de mármol blanco conserva sus cenizas con tanta veneracion, que á boca llena le celebra aquella ciudad y comarca con el nombre de bienaventurado Fr. Damian. En el convento de Padua, su patria, en la segunda columna de aquel hermosísimo templo estuvo una hermosa imágen suya, y en toda la circunferencia pinturas de varios milagros obrados por su intercesion. Hoy ya faltan estas imágenes, habiéndose puesto en la columna el retrato del cardenal Bembo. En Cremona, donde está su sepulcro, su culto es inmemorial. —El año 1426, fatal para la cristiandad, habiéndose hecho el Soldan de Egipto dueño por fuerza de armas de la isla de Chipre, dió en manos de este tirano un navío de Venecia que conducia muchos peregrinos que iban á visitar los Santos Lugares de Jesusalen, y entre ellos veinticinco religiosos de la Seráfica familia. Habiendo peleado con ardoroso ardimiento el capitan veneciano, abordaron los infieles con sus ventajas y muchos recursos de guerra, y pasaron á cuchillo á todos los viajeros, excepto á las mujeres y á los religiosos. No fué esto porque les moviese la piedad, sino doblada fiereza para tentar su fe por las amenazas ó promesas, y no sin esperanza de triunfo que resultaria á su falsa secta. Probaron en todo linaje de suertes su firme constancia, y hallándola invencible, los despedazaron con horrible crueldad, arrojando á la mar sus cadáveres. — O. y O.

PADUA (B. Elena de), religiosa franciscana del monasterio de Arcella que edificó el mismo patriarca San Francisco de Asís y en que murió el glorioso San Antonio de Pádua. Distinguióse en este convento nuestra venera-

ble religiosa por sus grandes virtudes, siendo consolada por el Señor con repetidos trabajos en que dió grandes pruebas de paciencia. Estuvo por espacio de diez y seis años privada de fuerzas en el cuerpo y la lengua, teniendo que hacerse entender por medio de tales gestos y señales que excitaba en todos la hilaridad. Dios la reveló muchas cosas hallándose en este estado, las que participó á sus hermanas por medio de signos, comprendiéndola ellas con grande facilidad. Despues de tan largos padecimientos falleció al fin conservándose íntegro su cuerpo, y lo que es todavía más, creciéndola el cabello y las uñas como si estuviese viva, los que la cortan las religiosas repartiéndolas como reliquias. Se hizo célebre su sepultura por otros muchos milagros, segun refiere el *Martirologio* de su Orden que recuerda su nombre y memoria en 4 de Noviembre.—S. B.

PADUA (Fr. Juan de), franciscano. Ignóranse las particularidades de la vida de este religioso anteriores á la época en que los biógrafos de su Orden nos le dan á conocer. Era portugués y residia en el convento de Franciscanos de la ciudad de Lisboa, donde se hizo notable por una obra que escribió con este título: *Manual de coro, segun el uso de los hermanos Menores y monjes de Santa Clara.* Dicha obra, considerablemente aumentada con arreglo al Misal y Breviario romano de Pio V y Clemente VIII, fué publicada en Lisboa por el impresor Pedro de Craesbeck.—M. B.

PADUA (Fr. Pedro de), capuchino, escribió un tomo en fólio con el título de *Super problemata Aristotelis*, códice que se conserva manuscrito y en que se leen estas palabras: *Explicit prior, expositio hujus libri Magistri Petri de Padua, cœpta Parisiis, finita Paduæ, Deo gratias,* y otra obra denominada: *Sermones Dominicales per anni circulum.*—S. B.

PADUA (P. Benito de S. Antonio de), profeso de las Escuelas Pias, natural de la ciudad de Alcañiz. Sus estudios, literatura é instruccion fueron estimados con motivo de un certámen literario celebrado en su colegio en la ciudad de Daroca, pues compuso un elogio latino del rey D. Jaime *el Conquistador*, primero de este nombre en Aragon; Zaragoza, 1798, en 4.° Tambien escribió unos *Ejercicios de Religion y bellas letras*, que ofrecieron al publico los discípulos de las Escuelas Pias de Daroca, bajo su direccion, en los cuales publicó una elegante oracion latina, con el título de *Maximo Duci Gundisalvo Fernandez à Cordoba panegyricus;* Zaragoza, 1801.—O. y O.

PAESA (Mosen) y Mosen Juan Arcayne, presbíteros aragoneses. Residen en el santuario de nuestra Señora de Sierra, en la aldea de Herrera, comunidad de Daroca, dos capellanes, y ha habido algunos de ellos que han tenido fama de opinion y de muy virtuosos y ejemplares. Fué el primero Mosen Juan Arcayne, natural de Blesa, que sirvió á la Vírgen más de veinte años; y otro que le sucedió llamado Mosen Paesa, natural de Azuara, el

cual, aunque llegó de edad de setenta años á servir á la Vírgen, vivió treinta en servicio de aquel santuario, y se mandó enterrar en aquella santa iglesia, dejándole su hacienda. —C. de la V.

PAESMAN (Gerardo), jesuita flamenco, preso en Maestrich por los herejes, que le pusieron desnudo en una cruz de hierro, sembrada de puas, con esposas en las manos y grillos en los pies y un collar de hierro al cuello, asándole vivo á fuego lento, degollándole por último en 20 de Julio de 1698. — S. B.

PAEUW (Benito de). Nació en Bergues-S.-Winoc el 25 de Abril de 1733. Entró en el noviciado de Malinas el 5 de Diciembre de 1753. Enseñó humanidades en Ypres y en Amberes la filosofía. Suprimida la Compañía de Jesús, fué llamado al seminario de Ypres para explicar teología y murió en 20 de Marzo de 1810. Escribió: *Sevenvan den zeer eerweerdigen heer Joannes Bartholomeus Van Roo, Kanonik Gradueel en Ærtspriester der Katedræle Kerke tot Iper. —Lessen van den Mechelschen Catechismus op verscheide aengenaemen liedekens gesteld, en byzonderly ten voordeele der christelyke jongheid uitgegeeven door eenen Priester van 't Bisdom van Ipre.*— C. de la V.

PAEZ (V. y doctísimo P. Mtro.) Fué natural de la villa de Peñalver, en la Alcarria, diócesis de Toledo. Estudió en la famosa universidad de Alcalá, siendo muy notables los progresos que hizo en la gramática, filosofía y teología, llegando á ser dignísimo colegial del mayor de S. Ildefonso, vistiendo beca el año de 1558. Tres años despues fué catedrático de artes, y al siguiente graduado de doctor en la facultad de teología. Por estos tiempos, refiere el P. Alvarez en la breve noticia de este religioso, obró la Majestad de Dios por los méritos de S. Diego, el famoso milagro de dar vida al serenísimo príncipe D. Cárlos, quien ya desahuciado y moribundo visitó el sagrado cuerpo del Santo, á cuyo contacto huyó la muerte que amenazaba, quedando sano el jóven infante. Como el V. Paez vió el sagrado cuerpo de S. Diego tan fresco, y notó tanta fragancia como exhalaba, y el prodigioso milagro del príncipe, se inclinó desde luego á vestir el hábito de la Orden Seráfica, y dejar el mundo y sus falaces promesas. Entró en el convento el año de 1665, y desde entónces los actos de su vida fueron admirables. Dejó escritos doctos Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias, y otras muchas obras que menciona la *Biblioteca Franciscana*. — O. y O.

PAEZ (P. Antonio), jesuita portugués, natural de Lobelhe do Mato, en el obispado de Viseo, entró en la Compañía en Coimbra á 29 de Diciembre de 1570, teniendo veinte años de edad. Enviado de misionero á Angola, se ocupó muchos años en la conversion de los gentiles. Padeció graves trabajos en el ejercicio de su ministerio, aunque recogiendo copiosísimos frutos.

Ocasionáronle la muerte las muchas confesiones y predicaciones que hizo en los últimos dias de su vida. Amó sobremanera la pobreza, viviendo tan ajustado á la voluntad de sus superiores, que parecia no tener voluntad propia. Toda su delicia era tratar con Dios, acostumbrando á decir que si supieran los religiosos de la Compañía cómo se comunicaba Dios en Angola á los que dejaban por su amor su patria, abandonarian todos los colegios de Europa. Murió santamente en 26 de Julio de 1597. — S. B.

PAEZ (Baltasar), doctor en teología, del órden de la Santísima Trinidad: fué natural de Lisboa, y murió en su patria, año de 1638: fué hombre muy piadoso y de gran ciencia. Tenemos sus *Sermones* y los *Comentarios sobre la epístola de Santiago, sobre los dos cánticos de Moisés, etc.* — C. de la V.

PAEZ (Catalina), piadosa vírgen, abadesa del convento de *Sancti Spiritus* de Olmedo, de la órden de S. Benito. Distinta de otra del mismo nombre que menciona Heredia el dia 28 de Abril. Resplandeció en la virtud de la oracion; y siempre atenta á la enseñanza de su santo padre, alternaba los ejercicios con la lectura de libros sagrados, en donde encontraba las máximas y sana doctrina para el buen gobierno y mejor acierto en el desempeño de su oficio. Así dejó loable memoria de su santa vida. Refiere José de Velasco en la vida del venerable varon Francisco de Yepes, «que le manifestó el Señor que fué derecha al cielo, y pasando por el purgatorio, libró de él y llevó consigo el alma de una religiosa que habia fallecido unos dias ántes.» El licenciado Ciria celebra la memoria de esta abadesa en sus *Vidas de Santas* el dia 18 de Marzo. — O. y O.

PAEZ (Esteban), natural, segun unos, de Morata, en la vega de Tajuña, y segun otros, de Moratalla, en el obispado de Cartagena: entró de novicio de la Compañía de Jesús en Alcalá, á los diez y siete años, siendo de condicion muy apacible y de mucho juicio y cordura. Despues de su noviciado fué discípulo en teología de los PP. Alonso Deza y Juan Azor, saliendo tan docto en ella, que la leyó algunos años en Nápoles. Sus enfermedades le obligaron á regresar, y desde el año 1581 gobernó el colegio de Caravaca. En 1587 fué compañero y secretario del P. Gonzalo Dávila, provincial de Toledo; empleo que hubo de interrumpir en España para continuarle en compañía del P. Diego de Avellaneda, que partió al año siguiente como visitador de la provincia de Méjico, volviendo á España, terminada la visita, y siendo prepósito de la casa profesa de Toledo. Mas Paez quedó en Méjico, donde fué provincial, pasando luego de visitador á la provincia del Perú, oficio que desempeñó con la mayor perfeccion, pues que no hubo lugar remoto de mision donde hubiese PP. de la Compañía, que no fuese visitado por él, consolando á todos. Despues de visitadas las residencias de Santa Cruz, del Paraguay y Tucuman, se dirigió por mar á visitar el

colegio de Chile, y á los que por allí andaban en misiones apartadas. Luego fué provincial del Perú, que visitó por sí mismo, haciendo una travesía de más de dos mil leguas. Varon de rara prudencia y santidad, era comunmente llamado *el Angel*; tan angelical era en sus costumbres y tan sencillo en su método de vida. Tuvo siempre gran devocion á nuestra Señora, en cuyo obsequio ayunaba á pan y agua todos los sábados y vísperas de las festividades de la Madre de Dios, de quien recibió especiales mercedes. Fué favorecido del Señor con celestiales visitas, alcanzando grandes victorias sobre sí mismo con actos de mortificacion y humildad. Celebrando misa un dia por el alma de una difunta, sintió visiblemente que su alma subia á los cielos. Asistia con gran caridad á los enfermos, curando por sí mismo las llagas de sus hermanos, aun siendo superior. Sucedió, siendo rector de Lima, y hallándose con un gravísimo dolor de ijada un hermano coadjutor, permanecer á su lado dos y tres horas prodigándole toda clase de consuelos, y llenando su espíritu de suavísima uncion cristiana, pues que siempre andaba encendida en el divino amor. Murió en 5 de Noviembre de 1615, á los sesenta y siete años de edad y cincuenta de Compañía. — C. de la V.

PAEZ (Francisco), misionero jesuita, que nació en Olmedo el año 1564, partió en el de 1588 para Goa. En 1589 se trasladó á Ormuz á fin de embarcarse para la Abisinia, y no halló oportunidad hasta últimos de aquel año. En la travesía dió con un navio árabe, y fué encadenado á los bancos de otro navío, donde pasó siete años en el más duro cautiverio. En el año 1596 pudo obtener rescate, y tornóse á Goa, de donde su infatigable celo le sacó muy pronto con direccion á la Etiopía. Allí adquirió muy al principio gran conocimiento en la lengua del país; y uniendo á estos los felices resultados que obtuvo en la educacion de los jóvenes, vióse de pronto dueño de un gran crédito, y hasta de la conciencia del Rey del país, á quien convirtió, el cual habia por nombre Za-Denghel. Tambien convirtió á Melec-Seghed ó Secinios, sucesor de Za-Denghel, como igualmente al hermano del Rey, á su primer ministro y á todos los nobles de la corte. El P. Paez murió en 20 de Mayo de 1622, y su muerte fué una pérdida irreparable para el catolicismo en aquellas comarcas. Compuso en amharico un *Tratado de las costumbres de los abisinios*, y les tradujo á su idioma un *Tratado de doctrina cristiana*. Dejó además escritas muchas cartas, y una obra inédita en que hablaba detalladamente de los asuntos de Abisinia, de la cual extractó Kircher una relacion acerca del descubrimiento de los orígenes del Nilo. — C. de la V.

PAEZ (Francisco Alvarez), Alvaro Pelayo, teólogo portugués. En 1304 fué penitenciario del papa Juan XXII. Este pontífice le dió el obispado de

Coron, despues el de Silves y la cualidad de nuncio de Portugal. Escribió una *Summa theologica*, *la Apología de Juan XXII*, Ulm., 1474; Lion, 1517; Venecia, 1560, en fólio: un tratado *De Planctu Ecclesiæ libri duo*, *Ulm.*, 1474, en folio, primera edicion rara y muy buscada. Este sabio Obispo murió en Sevilla en 1532. Brilló por su erudicion al propio tiempo que por su trato dulce y afable.—O. y O.

PAEZ (Fr. Gabriel), franciscano. Era natural de Portugal, y se llamó Francisco Albar en el siglo. Despues de haber seguido la carrera eclesiástica, obtenido la investidura sacerdotal y alcanzado el título de doctor en sagrada teología, tomó el hábito de los Menores Franciscanos en el año 1503. Habiendo pasado á Roma donde se distinguió por su ilustracion y sus virtudes, fué nombrado penitenciario del sumo pontífice Juan XXII, quien le apreció tanto, que deseoso de honrarle y distinguirle, le hizo obispo de Coron en Grecia, nombrándole despues nuncio apostólico en Portugal. Este sabio prelado, que segun las noticias que de él tenemos reunia á su notable erudicion un genio dulce é insinuante, murió en la ciudad de Sevilla en el año 1532, dejando escritas las siguientes obras: *Summa theologica* que se imprimió en Ulma, en Alemania, el año 1474.—*Apología de Juan XXII*, impresa tambien en Ulma en el propio año, y reimpresa en Lion y Venecia en 1517 y 1560.—M. B.

PAEZ (Gaspar), misionero jesuita, que nació el año 1582 en Covilham, pueblo de la diócesis de Ecija, en Andalucía. Fué enviado á Abisinia cuando convertido ya su rey Melec-Seghed, pidió más misioneros. Por desgracia el celo de estos no halló un auxiliar poderoso en la conducta del patriarca Mendez, y no pudo resistir los ataques de los sacerdotes abisinios. Despues de la muerte de Melec-Seghed, que aconteció en 1632, su hijo Facilidas ordenó á los sacerdotes católicos que saliesen de sus estados; y habiéndose ocultado Paez, fué luego descubierto y condenado á muerte el dia 25 de Abril de 1635. Dejó escritas algunas cartas.—C. de la V.

PAEZ (V. P. Fr. Hernando). Natural de la villa de Peñalver en la Alcarria, doctor en sagrada teología, catedrático de artes y de prima de Scoto, y colegial mayor de S. Ildefonso en la universidad de Alcalá. Hallándose presente á sacar el cuerpo de S. Diego para el príncipe D. Cárlos, hijo de Felipe II, y sintiendo la sublime fragancia que exhalaba el cuerpo del Santo, se encendió en amor de las cosas celestiales de tal modo, que dejando el mundo y sus honras, tomó el hábito y profesó en el convento de S. Diego. Su ejemplar desengaño fructificó en mucha copia de religiosas virtudes, que le merecieron de la liberalidad divina el don de la oracion y otros muchos favores. Por no tener baldíos los talentos de su sabiduría, trabajó unos doctísimos comentarios sobre el Maestro de las sentencias y

otros muchos tratados que por su muerte y por carecer de recursos la Orden, no vieron la luz. Descansa en paz en el santo convento, donde hizo su tránsito á la gloria el año de 1583, y es venerado de todos por varon de Dios.—C. de la V.

PAEZ (Fr. Lope), franciscano. Este religioso era probablemente natural de Madrid, aunque á punto fijo no se sabe, induciendo á creerlo así el haber tomado el hábito de la Seráfica Orden en la citada poblacion, perteneciendo toda su vida á la provincia de Castilla. Vivia en el primer tercio del siglo XVII, y escribió y publicó las siguientes obras: *Orígen, aumento y estado de la venerable Orden Tercera de Penitencia, con las vidas de los Santos que ha tenido;* Madrid, 1623.—*Corona de la Virgen, distribuida por misterios;* Madrid, 1613.—M. B.

PAEZ (P. Pedro), jesuita, llamado el apóstol de Etiopía, fué natural de la ciudad de Toledo, é hijo de padres nobles. Terminados sus estudios ingresó en la Compañía de Jesús, y partió á la India en 1588. Cortas noticias hallamos acerca de la época y entidad de sus estudios, ni dónde ó quién le dirigió en ellos; pero consta que tuvo grande ingenio y habilidad, y que no solo disputaba con agudeza suma, ora en artes, ora en teología, predicando además con aplauso y fruto de sus oyentes, sino que tambien sabia medicina y botánica, no hallando inconveniente en encargarse de la cura de los enfermos, á quienes por su mano aplicaba las medicinas que él les habia confeccionado. Tambien conoció la pintura y arquitectura, no siendo tampoco extraño al arte del cerrajero y del albañil, y hasta labró por sí las piedras, dándoles el último pulimento; así que fueron muchas las iglesias de Etiopía que fundó, y en cuya fábrica y construccion se reservó Paez más de una parte. Créese generalmente, y hasta ahora nada prueba lo contrario, que aprendió aquellas artes solo de aficion y sin maestro, dirigido únicamente por su habilidad y viveza de ingenio; por lo cual reunió dobles méritos y ventajas para ganarse las voluntades y afectos de reyes y pueblos, á quienes despues ganaba para la Iglesia católica. Muchas veces se oyó decir al emperador de Etiopía, Seltan Seguad, reducido por el Padre á la fe, que en Paez tenia, con no ser más de una persona, muchos y entendidos sugetos; maestro para la doctrina; predicador para el alma; consejero en las dificultades; arquitecto para los edificios; médico para los enfermos y árbitro en las guerras; haciendo, en fin, de todo, porque de todo sabia y hablaba en todo con sumo acierto. Saliendo de los estudios tan aventajado y tan mozo, poseido quizás de un noble al par que legítimo orgullo, dióse á viajar por distintas tierras con ánimo de conocer y tratar á las personas eminentes en letras, y áun deseoso de medir con ellas sus fuerzas. Llegó, pues, á la universidad de Coimbra, en cuya ciudad contaba la Compañía

un colegio famoso, no ménos por la observancia que por las letras, y allí conoció y trató á algunos Padres, teniendo por lo mismo ocasion de enterarse de aquel instituto, donde, con ser en junto unos doscientos hermanos, vivian tan conformes y tranquilos como si fueran regidos por una sola voluntad. Encantado quedó de su buen gobierno y del lustre y fama de sus virtudes, sintiéndose en ánimos de solicitar un puesto en aquella santa milicia; mas cuando subió de punto su deseo, que le resolvió ya á seguir tan religiosa vida, fué al ver que se partian tantos á las Indias y lugares remotos como el Japon y la Etiopía, desterrándose de su patria, que trocaban por la peregrinacion en las extrañas, y sin otro interés que la salvacion de las almas. Pidió resuelto, aunque humilde, ser recibido en la Compañía, y se alistó en aquel mismo colegio, donde hizo con fervor y ejemplo su noviciado. Terminado que le hubo pidió ir á las Indias, esperando hallar glorioso martirio en aquellas regiones, á trueque de las conquistas que pudiera hacer para la Iglesia de Cristo, y fuéle admitida su demanda; pues viendo su fervor y las buenas prendas de que el Señor le habia dotado para tan santo y caritativo empleo, le eligieron los superiores, de entre muchos pretendientes; y fué enviado á las Indias Orientales el año de 1586, con otros compañeros de religion, á quienes aprovechó grandemente la presencia de Paez, ya por el fervor de su caridad, ya tambien por sus habilidades mencionadas, de que hubo de servirse distintas veces en obsequio de todos. El P. Pedro Paez fué de aventajada estatura y delgado; de encendido color, pálido reflejo tal vez del fuego en que sentia abrasado su pecho por la caridad; de ojos vivos, penetrantes en su mirar, como indicio de la agudeza de su ingenio; afable de condicion; dulce en la palabra, cuyas suaves frases y elegantísimas á la vez arrobaban el espíritu, ganando para Dios todos los corazones. Fué tambien admirable en su paciencia, que le permitió sufrir todo género de baldones, áun de las mismas gentes á quienes dispensaba sus favores, y hombre muy mortificado para enfrenar sus pasiones, á lo cual ayudó no poco la contínua oracion á que se entregaba abstraido. Habiendo fallecido en Etiopía el santo patriarca Andrés de Oviedo, dejando huérfanos y sin amparo los hijos que allí procreó para la Iglesia, presentósele ocasion á Paez de satisfacer sus vehementísimos deseos, como vamos á ver. El santo Patriarca habia solicitado en diversas cartas, dirigidas á la corona de Portugal, que le enviasen nuevos adalides para sostener las conquistas hechas en aquellas latitudes por el Evangelio y procurar otras nuevas, lo cual no pudo ver realizado durante su vida; mas siendo rey de Portugal D. Felipe el segundo, y teniendo noticia de cuán urgente fuese para Etiopía el envío de nuevos y decididos campeones evangélicos que continuasen aquella santa empresa, escribió órden para su virey de Goa D. Duarte de Meneses, en

que le mandaba enviar con toda diligencia religiosos predicadores de toda confianza á Etiopía, donde pudiesen cultivar las nuevas plantas de la Iglesia católica, y que lo verificase sin perdonar trabajo ni cuidado, gastando al efecto todo lo necesario de su Real Hacienda: accion propia de tan gran monarca, en quien siempre fueron parejas la cristiandad con el valor y la prudencia, estimando más que la dilatacion de sus dominios el poder ensalzar el sagrado estandarte de la fe cristiana y enarbolar su bandera en todo el orbe. Ya era difunto D. Duarte de Meneses cuando llegó esta órden, habiéndole sucedido en su empleo Manuel de Sousa, caballero de gran valía (año de 1587), el cual no bien recibió las cartas-órdenes, se fué al colegio de la Compañía con ánimo de cumplimentarlas; mas no sin consultar ántes con el P. Provincial los medios más oportunos. Conferida y tratada suficientemente la materia, ofreció el buen Provincial, en servicio de Dios y del Rey, cuantos religiosos tenia á sus órdenes; pero el Virey fué de sentir que por entónces se enviasen tan solo dos padres, á fin de que tanteasen cómo iban los asuntos en Etiopía, avisando despues el estado en que los hallasen, con lo cual se proponia enviar luego más cultivadores á la viña del Señor, si viesen por fortuna el país en sazon de escuchar al ménos la doctrina del Evangelio. Adoptada por fin aquella resolucion, dióse naturalmente en la competencia que no podia ménos de suscitarse entre los PP. de la Compañía, y cada cual pretendió para sí los frutos de toda clase que produjera la empresa santa; cuanto mayores fuesen los trabajos y riesgos de la jornada, mayor mérito descubrian los buenos religiosos en emprenderla y llevarla á cabo. Hízose, finalmente, la eleccion entre todos los Padres del colegio, y resultaron favorecidos el P. Antonio de Monserrate, catalan, hombre de mucha virtud y letras, y muy conocido en Goa por su merecida reputacion; y el P. Pedro Paez, llegado aquel año de Portugal, los cuales partieron luego con toda diligencia para la ciudad de Dio, con cartas para Luis de Mendoza, lusitano, correspondiente de la Compañía, para que desde allí los encaminase á Mazua, puerto de la Etiopía. Hiciéronse á la vela en 2 de Febrero de 1588, siendo su travesía rigoroso noviciado de aquellos siervos de Dios, é indicio claro de lo mucho que despues habian de padecer. Puédese calcular cuán difícil y trabajosa fué su navegacion, con decir que á vista ya de Dio sufrieron una recia borrasca, durante la cual se vieron diferentes veces sumidos en el agua, y sin velámen ni arboladura. Tuvieron, no obstante, la dicha de recogerse á una ensenada de tierra, habitada de moros, y desde allí enviaron las cartas á Luis de Mendoza, participándole lo sucedido; él por su parte, como experimentado en la tierra, les envió dos vestidos de armenios para que se disfrazasen y no recibiesen daño de los moros, que á la sazon estaban de paz con aquellos. En Dio permanecieron

mucho tiempo sin hallar medio de continuar su viaje, y en este tiempo el P. Monserrate no salió de casa, por ser tan conocido en Goa; por lo cual salia el P. Paez á diligenciar su viaje. Trabajando en esto, se halló con un moro natural de Alepo, el cual se ofreció á trasladarlos al Cairo, de donde partian ordinariamente cáfilas de mercaderes en direccion á Etiopía, y con ellas, segun dijo, podrian ir sin riesgo alguno. Tal era el deseo que tenian de verse ya en aquellas tierras, que dieron fácil crédito al moro, y se embarcaron en su nao el dia 5 de Abril del mismo año 88. Arribados á Mascate á hacer aguada, se encontraron con un capitan portugués, llamado Melchor Calaza, sugeto de estimables prendas, como cristiano y como caballero, y muy práctico en aquella tierra, el cual era muy aficionado á la Compañía, y recibió á los Padres con agasajo y gran caridad. Enterado éste de sus designios aconsejóles que desistiesen del viaje comenzado, porque era muy largo y dudoso su término, por estar sembrado de riesgos; que era de parecer hiciesen rumbo directo á un puerto de Etiopía, adonde les enviaria con persona de confianza y experta ya en aquellos mares. Siguieron los Padres al pie de la letra su consejo, y salieron de Mascate para Ormuz, en donde fueron hospedados amorosamente por los religiosos Agustinos, que tenian casa allí. Cerca de un año pasarian en aquella santa casa por no hallar pasaje para Etiopía; mas no por eso dieron el tiempo á la ociosidad, ántes se emplearon en doctrinar á los niños y á los negros y esclavos de la ciudad, que no eran pocos, y en predicar y confesar á los portugueses, y en convertir á los moros á la santa fe católica; tanto, en fin, trabajaron que el P. Pedro Paez cayó enfermo con unas calenturas malignas, que le tuvieron en manifiesto peligro de la vida. Por este tiempo se ofreció ya la ocasion de embarcarse con rumbo á Etiopía; un moro ladino y gran marinero se habia ofrecido á ponerlos en Zeyla, puerto cercano á aquel reino, con tal de que subiesen presto á bordo; y viendo que Paez no podia ir por estar enfermo, resolvió el P. Monserrate no perder la ocasion, que tenia por muy buena, y darse luego á la vela; lo cual sintió tanto su compañero que pudo muy bien costarle la vida. Viendo Paez que su compañero continuaba el viaje, quedando él enfermo y atravesado de dolor su corazon, acudió al Señor en amorosas quejas, porque le estorbaba aquella empresa y malograba todos sus deseos; Dios, sin embargo, pareció confortar su ánimo avisándole interiormente, y haciéndole presentir su equivocacion; le pareció sentir como un eco interior que le decia: *Tú eres el que has de entrar en Etiopía, y no tu compañero.* Quedó, pues, más consolado, poniendo en Dios su esperanza, la cual no vió en verdad fallida; el moro que habia de trasportar á los viajeros se mostró rezeloso de unas naves enemigas que dieron vista á la ciudad y no se atrevió á salir, viniendo aquella detencion á mejorar al enfermo, que á

poco recobró bastantes fuerzas para continuar su viaje, como veremos lo prosiguió, en compañía del P. Antonio de Monserrate. —Partiéronse, en efecto, ambos Padres de Ormuz el 26 de Diciembre de 1688, enteramente confiados al moro, el cual por cuarenta pardaos ofreció desembarcarlos en el puerto de Zeyla, cerca de Etiopía; mas era al cabo un infiel y sin Dios, y vendiólos más baratos á los moros de la costa, á quienes secretamente dió aviso de cómo llevaba portugueses, con cuya nacion se hallaban en guerra, participándoselo para que fuesen expiados y áun viniesen á cautivarlos. Ignorando los Padres aquella traicion, se embarcaron en su nao, vestidos de armenios, y el moro los llevó á Mascate, diciendo que iban á Zeyla; al poco tiempo les sobrevino una tan recia tempestad, que se dieron irremisiblemente por anegados, siendo combatidos por encontrados y furiosos vientos que les rasgaron las velas, tronchando tambien la arboladura; elevábanse las olas al cielo en montes de espuma, que en su descenso parecian sumir la frágil nao, y fiando en Dios sus dos siervos, empezaron á orar como debian por desagraviar á su Divina Majestad, cuya saña veian retratada en aquellas furiosas olas. No se mostró sordo ciertamente el Señor á los ruegos y plegarias de aquellos santos varones; y aunque deshechos y apurados, tuvieron á gran ventura poder arribar á una isleta pequeña de aquellos mares, en cuya ensenada penetraron como si lo verificasen en el puerto más seguro. Tan luego como sus piés tocaron tierra, no cesaron de alabar á Dios por sus infinitas mercedes, agradeciéndole su gran misericordia en el apurado trance de que los libró. —Llamábase aquella isla Curia, la cual tenia por vecina otra nombrada Muria, ambas pobrísimas y faltas de lo necesario para la vida del hombre. Sus casas eran unas malas chozas, construidas de adobes, teniendo por techumbre la broza que arroja el mar en las playas. Sus moradores usaban por todo manjar peces crudos, por carecer de combustibles; poseian gran cantidad de ámbar, tomada de aquellos mares, y se la ofrecieron muy barata á los Padres, los cuales, como no iban en busca de riquezas, la despreciaron. Siete dias pasarian en aquella isla, padeciendo no menor incomodidad que durante la navegacion, y temiendo á cada paso verse reducidos á cautiverio; hasta que reparado el navío, se hicieron á la vela en 14 de Febrero de 1589. Mas á los pocos dias de navegacion, y por disposicion divina, que deseaba ganar para sí el mayor número de almas, les sobrevino otra tempestad, viéndose apartados de la ruta de Zeyla, y traidos á vista de Arabia, en donde los moros se hallaban acechando su paso. No bien descubrieron el navío, despachó el capitan de aquella gente dos embarcaciones ligeras, con buen apresto de gente y municiones de guerra, y pronto les dieron caza, cautivándolos y tratándolos como á espías, faltándoles poco para ser ahorcados. Fueron innumerables las preguntas que

les hicieron, aunque no dieron crédito á ninguna de sus respuestas. Despojáronlos de sus vestidos, quedando casi desnudos, y les dirigieron mil baldones y amenazas, concluyendo por encerrarlos en una especie de corral pequeño, á que daban nombre de castillo, y el cual estaba como sembrado de pulgas, sabandijas y muchos otros insectos, sin tener los infelices defensa contra los abrasadores rayos del sol, ni contra las lluvias. La comida y bebida que les daban, más que por alimento, podia pasar como medio de procurarles pronta y segura muerte. Así comenzaron entrambos padres el noviciado que habia de preceder á su profesion en Etiopía, y esperando mayores trabajos, sufrian aquellos con admirable resignacion y contento, como regalo hecho por Dios á sus dos elegidos, seguros como estaban de que alcanzarian la victoria.—Reconocida por el capitan de aquellos caribes la pobreza de ambos misioneros, sin que ninguno descubriera indicio capaz de excitar su codicia, y temiendo por otra parte que le achacasen como buena y rica presa las personas de ambos religiosos (lo cual habria tolerado de muy buena voluntad á ser cierto), resolvió enviarlos á Xael, su señor, junto con su pobre recámara. Firme ya en su propósito, los aherrojó aprisionados en una embarcacion de escaso porte, que los condujo con suerte varia hasta dar en unos arenales, y allí desembarcaron. Despues les quitaron las ligaduras, obligándoles á seguir pie á tierra á los camellos, y con esto empezaron nuevamente sus trabajos. Descalzos ambos de pie y pierna, casi desnudos y expuestos á los rayos abrasadores del sol, y caminando además sobre ascuas, cada paso que daban les costaba un supremo esfuerzo. Los camellos marchaban, ó por mejor decir, tragaban las distancias con su desmesurado é incansable paso, y los infelices religiosos no podian seguirles. Pero ¿qué les importarian á los moros aquellas dificultades? ¿Las sentian ellos por ventura? O sintiéndolas ¿querrian salvarlas? Sí en verdad, de eso trataban, y no fué para ellos caso de duda la eleccion de medios; y ¿cómo no, si habia completa uniformidad de pareceres? El expediente al ménos, ya que no ingenioso, pues esto no le fué siempre concedido, era en extremo sencillo y muy de su gusto, por cuanto encerraba crueldad y barbarie. Molíanles el cuerpo á palos, con la misma ó mayor indiferencia que pudieran hacerlo con las bestias, y despues seguian tranquilos su marcha, hasta que conocian nuevamente el gran menester que los religiosos tenian de su caritativo auxilio. Caminaban los Padres jadeando y envueltos en sudor y polvo, á la manera de medroso caminante á quien las sombras vecinas de una noche de estío obligan á doblar su marcha para entrar en la aldea, cuya torre divisa, y cree ver sin embargo cada vez más distante. Con la sobra de cansancio abrumábales la falta de aliento, y ni árbol descubrian, ni mata, ni manantial en que pudiesen templar su ardiente sed; do quier tendian su angus-

tiada vista, solo arena y cielo descubrian; viéndose á cada instante amenazados de muerte. Mas Dios en su infinita sabiduría tenia dispuestos de otra suerte los sucesos, y se valió de los mismos verdugos para llevar algun consuelo al ánimo de las víctimas. Al ver los moros que los auxilios prestados hasta entónces á los Padres producian el efecto opuesto á sus deseos, y que á continuar prodigándoles lo que ellos tenian por remedio eficaz en la vida, los ponian más cerca de la muerte, con cuya responsabilidad no les era de ningun modo conveniente cargar, hiciéronlos subir al punto en los camellos, despues de haber caminado dos dias á pie por aquellos abrasados arenales, y les dieron como regalo para refrescar su sed un poco de agua de la que reservaban para los camellos. Tambien les dieron por alimento unos gusanos grandes asados en las brasas, cuyo manjar es muy estimado de aquella gente, pero no pudiendo nuestros cautivos vencer su repugnancia instintiva, aunque se veian apretados del hambre, rehusaron aquel género de vianda. Visto por los moros aquel nuevo contratiempo, que para ellos lo era solo bajo cierto aspecto, les hicieron unos bollos pequeños de la harina que llevaban en su matalotaje, y de aquella suerte ya les fué ménos trabajoso el camino. Despues de tanta fatiga y quebrantos llegaron por fin á una ciudad populosa, nombrada Tarin, y no distante de la corte del Rey, en la cual hicieron escala. Extendida entre los naturales la voz de que habian llegado presos unos portugueses, cosa muy rara en aquella tierra, acudieron enjambres de moros á contemplarlos por curiosidad, la cual subia en ellos de punto al ver aquellos hombres blancos siendo ellos tan negros. Al principio se mostraron suspensos, seduciéndoles la modestia, compostura y silencio de los Padres; mas á poco el vulgo, compuesto en su mayor parte de mozos y áun muchachos, en quienes el juicio y los años marchaban de consuno, preguntó si aquellos hombres blancos reconocian á Mahoma por soberano profeta; y habiéndoles respondido que no, comenzaron á gritar, escupiéndoles al rostro con acompañamiento de todo género de baldones. No pararon aquí sus denuestos, porque trocando en obras sus palabras, les arrojaban lodo, piedras y palos con tal abundancia y encono tanto, que los guardas se vieron precisados á recoger las víctimas en una casa, por librarles de una muerte cierta y espantosa. Tal fué el recibimiento que se les dispuso, aunque improvisado, en aquella insigne ciudad, primera de la Arabia que visitaron, y nunca dieron luego al olvido en justo reconocimiento al Señor. Por la cordialidad que el pueblo manifestó á los presos á su entrada, conocieron los soldados cuánto habrian de temer por sus personas á la salida, y decidieron en su vista sacarlos al amanecer. Hiciéronlo así en efecto, y emprendieron camino de una villa do moraba un hermano del Rey llamado Xafer, y á la cual lle-

garon despues de tres dias de marcha. Xafer los recibió con benignidad, haciéndoles muchas preguntas, y despues ordenó que les diesen á beber cahoa, composicion ó cocimiento de cáscaras de cierta fruta con agua pura, cuyo líquido usaban en vez de vino, y tenian por gran regalo. Reposado que hubieron un tanto, dió por terminada la visita despidiéndolos afablemente, y dijo á sus guardas que recibiria gran placer si aquellos portugueses fuesen moros. De allí partieron á la corte del Rey, caminando toda la noche, y dieron por fin en ella al amanecer siendo luego conducidos á la fortaleza en que residia el soberano de la tierra. Apénas se hallaria diferencia entre aquel feudo, construido de adobes, y las demás casas de la ciudad; pero es lo cierto que, más ó ménos esbelto en su forma, más grande ó ménos que alguna otra covacha, que en último término esta sería la palabra que diera idea más aproximada de su construccion, llevaba el nombre de fortaleza y era residencia propia de todo un soberano. Encerraron luego á los Padres en una estrecha gruta ó garita del castillo, y allí fueron visitados por gran número de magnates de la corte, que les hacian mil preguntas sobre las cosas de la India, de Goa, de Dio y Ormuz y hasta de Europa, cuyas noticias eran para ellos muy raras y las oian con sumo gusto. Y tanto fué en los dos primeros dias el entrar y salir de los personajes, turnando entre sí para satisfacer su curiosidad, que pareció aquello un hormiguero. Humar, que así se llamaba el Rey, ordenó á los dos dias que les diesen sus vestidos á fin de que pareciesen ante su autoridad con mayor decencia; y él por su parte se atavío ricamente, vistiendo un traje de finísimo paño, y adornando su cabeza con un turbante escarchado de oro. Colocóse en aquella guisa sobre un trono elevado hasta poco más de una vara, y cubierto de ricos tapetes, y permitió luego darse en audiencia á los PP. de la Compañía. Entónces apareció el soberano dotado de agradable presencia, aunque representando grave majestad; el cual era hombre como de unos cuarenta años, y no consintió que interviniese en la audiencia el jóven intérprete que llevaban los Padres: tal vez rezelase ménos veracidad en este que en una esclava renegada, puesta al servicio de la Reina su mujer, y que entendia el portugués. Esta les habló en nombre del Rey, diciéndoles que no hubiesen pena de haber llegado á su tierra, porque él les haria buen tratamiento. Despues les preguntó quiénes eran, adónde y á qué iban, y si habian menester algo. A todo respondieron los Padres la verdad, y en cuanto á la última pregunta, le rogaron que mandase darles los libros que con su ropa traian, pues les eran de mucha necesidad. El Rey contestó que lo haria de muy buena gana, y despues continuó en algunas otras averiguaciones ménos importantes cuyos detalles habremos de omitir por lo difusos é insignificantes á nuestro propósito. Al despedirlos el Rey les fueron entregados

los breviarios, y no fué poco el consuelo que experimentaron de aquella justicia por la gran falta que les hacian los libros para sus ejercicios espirituales. Bien pasaron cuatro meses sin que el Rey tomase alguna resolucion acerca de lo que haria de los Padres cautivos, los cuales padecian gran falta de todo lo temporal, hasta que por fin decidió enviarlos al bajá de Ramen, de quien era tributario, para que él dispusiera de sus personas como mejor le pareciese. Y por si esta resolucion no hubiese aún echado raíces en el ánimo de Humar, vino á confirmarle en ella una carta del propio bajá, que se los reclamaba fundado en que todos los portugueses cautivos pertenecian de derecho al Gran Turco, cuyo virey en Arabia era él. Sin dar más largas dispuso Humar su partida en camellos, haciendo á los Padres portadores de un rico presente, á fin de tener más propicio al bajá, y trascurridos diez dias de molesto camino por montes, vericuetos y arenales, llegaron por último á su destino. Salió á recibirlos el gobernador de aquella ciudad con gran séquito de gente de á caballo, y no ciertamente en honra de los Padres cautivos, sino por mayor lustre de su dueño; y obligándolos á echar pie á tierra, los condujo como en triunfo delante de su caballo, al modo que usaban los antiguos romanos con sus prisioneros. Asi fueron atravesando como viles esclavos las calles más principales de la ciudad, hasta dar con el palacio del bajá, el cual, despues de varias preguntas, los mandó encerrar en una cárcel y cargarlos á más de prisiones; y aunque no se las pusieron al P. Monserrate, por verle ya viejo, las llevó por ambos el P. Paez, por ser mozo y de mucho vigor, al cual hacian trabajar dia y noche abrumado por las cadenas. No por eso vió nuestro Padre enervadas las fuerzas de su espíritu, que fuera para él lo más sensible, pues las corporales no le importaron gran cosa; ántes por el contrario se le ofreció ocasion de fortificar más y más aquellas, aunque á expensas de estas otras, consolando á muchos portugueses cautivos, sujetos como él al bajá, los cuales se sentian ya muy apurados en sus trabajos, y á quienes solo su constancia habia podido hasta entónces mantener firmes en la fe. Erigieron los Padres en la misma cárcel un oratorio para decir misa, predicar y entregarse á la celebracion de los oficios divinos, á que asistian muchos turcos, primero por curiosidad y despues con aficion y contento, dando á los Padres sus plácemes y enhorabuenas por el trabajo que se tomaban en obsequio de aquellos fieles, ayudándolos en la salvacion de sus almas. Y no fué corto el fruto que de aquel trabajo reportaron los Padres, pues que además redujeron de nuevo á la fe cinco renegados, los cuales habian trocado su religion por la de Mahoma, faltos, como se hallaron, de fuerzas materiales para resistir la dureza de la esclavitud; despues tuvieron éstos trazas para llegar á tierra de cristianos, y consta que vivieron y murieron ejemplar-

mente, como en desquite de su antigua defeccion. Por entónces el jóven Suriano, que servia de intérprete á los Padres y era muy versado en las lenguas del país, trabó amistad con un turco, el cual negoció su libertad con el bajá. Suriano, por su parte, al considerarse ya libre, hizo á los Padres la oferta de practicar vivas diligencias por obtener su rescate; y consta que así lo verificó, pasando á Ormuz, Dio y Goa, en cuyos puntos trató con los vireyes y capitanes el asunto de su redencion; despues veremos que lo intentó con buena fortuna. Miéntras se conseguia aquel rescate, el bajá nombró á los Padres jardineros suyos, creyendo hacerles un gran servicio, y tambien porque él habia sido jardinero del Gran Turco, desde cuyo humilde estado se elevó á la mayor dignidad del reino, guardando desde entónces, en memoria de su primera fortuna, los útiles de jardinería, pues nunca intentó ocultar su orígen, á diferencia de muchos cristianos que han dado al mundo el escándalo de no reconocer á sus padres, infelices campesinos ú honrados industriales, por temor de avergonzarse en medio de sus salones y saraos, apresurándose tambien á destruir todo indicio que pueda delatar la humildad de su cuna ó hacerla recordar. Merced á su nuevo empleo, mejoró algun tanto la situacion de ambos Padres, que se esmeraron en regalar al bajá con las frutas más sazonadas y más variadas flores; pero decretado estaba que les habia de durar muy poco el alivio. La mujer del bajá era muy compasiva y dada á la piedad, por lo cual oyendo las muchas habilidades que referian de los dos cautivos, que tambien alcanzaron por dicha sostener ventajosamente polémicas religiosas con los ministros de su ley, deseó verlos. Al efecto envió á un eunuco de los que estaban de guardia para que los llevase á sus estancias, con objeto aparente en ella de que viesen á un hijo suyo, niño de siete años, y esto en ocasion de ir á visitar el bajá las huertas más distantes. Cumplió el eunuco su mision, y vinieron los Padres con un pomo de olor y algunas frutas regaladas que traian al niño, junto con un hermoso ramillete de flores escogidísimas por su rareza y por el matiz de sus colores. El niño recibió muy contento y con entusiasmo infantil el presente de los cautivos; y la madre, que presenciaba encubierta desde alguna estancia oculta los agasajos y cariños con que honraron á su hijo, sintió acrecentársele los deseos que ya tenia de emplear todo su poder y astucia en conseguir la libertad de aquellos hombres. Dando, pues, comienzo á su propósito, envióles órden para que hiciesen un memorial, pidiendo en él con instancia, y á título de pobres, libertad y licencia para ir á Jerusalen, cuya solicitud habian de entregar en ocasion de estar ella presente. Así lo hicieron, hallada que fué la oportunidad; y tomando ella la instancia, la leyó, haciéndose de nuevas, y despues intercedió con su marido para que les concediese cuanto pedian; tales y tan buenas fueron las

razones que expuso, que el virey no pudo ménos de darles libertad y pasaporte para Constantinopla, de donde pasarian á Jerusalen. Con nueva tan feliz sintieron los Padres cautivos henchida de júbilo su alma; pero como sea experiencia constante que una alegría no sea duradera ó vaya al ménos acompañada de algun sinsabor, marchitóse pronto la que experimentaron los Padres. Noticioso el veedor de la Real Hacienda del Turco por un mercader mal intencionado de que, tan sabios y apreciados como eran, podian aquellos cautivos valer en rescate más de cinco mil ducados, los cuales perderia el Gran Señor y le serían reclamados al veedor; fué éste á verse con el bajá, á fin de persuadirle en contrario y excitar su codicia. No tuvo mucho que trabajar en ello, pues vencido muy al principio el virey por el sórdido interés, revocó al instante su anterior mandato, quebrantó su palabra y atropelló cuantos respetos de honor y consideracion se debe á sí propio y á los demás el hombre en cualquier religion. ¡Infame y vil interés! ¿Qué poder es el tuyo? Tan fatal como terrible para el hombre tu dominio ¿por qué sufre tu odiosa dominacion? ¿No es por ventura fuerte el hombre? No es de ánimo levantado? No halla tal vez eco en su pecho todo rasgo sublime, toda accion heróica? Sí en verdad, todo eso puede ser y sentir el hombre; esas son desde luego sus pasiones y sentimientos, los cuales deben llevarle al goce supremo de toda felicidad, apartándole de cualquier idea mezquina, que no tenga por objeto un acto de heroismo; pero esos sentimientos y esas pasiones, tan nobles como legítimas, se hallan combatidas por otros sentimientos y otras pasiones más aviesas, más infamantes y groseras, desprovistas de toda nobleza y encanto, bastardas, materiales en fin, á las cuales dió el hombre entrada en su pecho en mal hora por cierto. Entre estas últimas hallamos al egoista y vil interés material, infecundo para todo bien y causa primera de todos los males. La humanidad corre desatentada y loca, movida por este bastardo sentimiento, de quien es presa miserable y estúpida, volviendo la espalda á la abnegacion y al heroismo, sentimientos legítimos y generosos, que cada uno de por sí puede hacer tambien de cada hombre un semidios, un héroe, un ser, en fin, acepto á Dios, que le crió á imágen y semejanza suya. Que el hombre es fuerte, cosa es por demás sabida; pero ¿tiene siempre idea de su fortaleza, ó teniéndola se halla por ventura en ánimo de emplearla convenientemente? Subyugado por sus malas pasiones, en especial la sórdida codicia, que es una de las que más se apoderan de nuestros sentidos corporales, descuida por entero las que vigorizan el espíritu. ¡Y si al ménos luchase! Pero ¡ay! que las más veces se entrega espontáneamente el hombre á los malos instintos, al error, á la falacia y quimeras del mundo, porque todo se presenta á sus ojos carnales bajo un prisma seductor, de vario y caprichoso matiz, brindándole in-

mediatamente el fruto material y tangible de su ambicion, de sus deseos, materiales tambien y por tanto fugaces. Así adormece y enerva constantemente sus fuerzas; no las ejercita, y puede su inaccion serle fatal el dia en que intente una lucha, si nunca tardía, muy arriesgada por lo ménos. En el caso á que nos referimos no hubo de corta ó larga duracion lucha alguna. Cuando se tiene conocimiento equivocado del bien es muy fácil, suele ser cómodo, hacerle surgir al momento de entre las acciones injustas y evidentemente reprobadas, y esto le sucedió al virey. Cierto que aquellos hombres tenian su palabra; cierto tambien que á no haberle tocado en aquel registro la hubiera dado fiel cumplimiento, como pareció dispuesto á ejecutarlo sin género de temor, y áun contra el deseo de muchos de sus vasallos; pero no es ménos cierto que se hallaba poseido de la avaricia su corazon, y que por este sentimiento regia todas sus acciones. Violó, pues, su palabra públicamente empeñada; mas ¿tan difícil le sería hallar una justificacion? Con decir, por ejemplo, *que creyó muy justo dar la libertad á aquellos hombres miéntras nadie pudo considerarlos capaces de producir en su dia una suma respetable con su redencion; pero que sospechando luego podian valer un crecido rescate, el cual por su culpa perderia el soberano, á quien no podian consentir que se defraudase, ni ménos ser él cómplice en el fraude*, tenia ya asegurada su conciencia, caso de que hubiera encontrado escrúpulos en su conducta. Intransigentes nosotros en esto, nunca daremos en el error, al ménos voluntariamente, como procuramos, de trocar las nociones de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal; daremos siempre al vicio el nombre con que es de todos conocido, haciendo resaltar su mal carácter, su fealdad y tiránico poder, y cuidaremos incesantemente de abrigar en nuestro pecho gran copia de conmiseracion para todo espíritu rebelde. No paró en esto el vil proceder del bajá, y naturalmente fué que así sucediera: dado el primer paso en vago, la caida suele ser inevitable. Aherrojó á los cautivos en dura prision, imponiéndoles un tratamiento más duro aún, con ánimo de obligarlos por este medio á que le aprontasen un rescate cuantioso, y ya no se contentó con ménos de veinte mil ducados en oro ó plata si querian alcanzar su libertad. El calabozo en que los encerró era oscurísimo; apénas cogian en él tres hombres, que daban con la cabeza en el techo estando sentados, y era además húmedo; parecia, más que morada de vivos, sepultura de muertos. Aumentó despues toda clase de rigores, no olvidando por supuesto las indispensables cadenas y una argolla con que apretó á cada uno el cuello, y por todo alimento les pasaba un poco de pan bajo de maíz, mal cocido, junto con alguna fruta de la tierra y una corta cantidad de agua turbia. ¡Error siempre y obcecacion! Ni áun para mantener vivo el interés mezquino de su avaricia tuvo aquel hombre una idea un tanto feliz. Con tan ruin

y duro trato ¿cómo no temió que pudiera faltar un dia á sus víctimas el soplo de la vida? Y si hubiera sucedido; dejando burladas todas sus esperanzas de ambicion ¿no le habria estado mejor su humanidad y compasion anteriores? ¡Tan ciego y tan estúpido torna al hombre un sentimiento indigno! Bien pasarian los Padres seis años en tan duro y penoso cautiverio, sostenidos por la misericordia divina; mas cansados ya el virey y el veedor de esperar el rescate, que perdieron las esperanzas de obtenerle en aquella tierra, determinaron enviarlos á la Meca, donde acudian muchos mercaderes portugueses, á fin de que avistándose con sus compatriotas tomasen industria para acelerar su redencion, que era cuanto aquellos verdugos ambicionaban. Dispuesto, en fin, su viaje, hiciéronlos subir en unos camellos; mas iba el P. Monserrate tan quebrantado por la edad y los trabajos sufridos, que ni áun podia tenerse en el camello, del cual cayó á tierra dos veces. Llegaron por último á la ciudad, donde para restaurar sus quebrantadas fuerzas hallaron el regalo que veremos. Habia salido á sus puertas para recibirlos un agente ó criado del veedor, el cual, fiel en esto á los preceptos de su amo, ántes de darles el más ligero descanso, ni una sed de agua, les pidió el importe de su rescate. Nuestros religiosos contestaron humildemente que no tenian oro ni plata, ni habian esperanza de tenerlo para dárselo; y montando en cólera el siervo, digno en verdad de tal amo, los arrojó en una sima profunda y oscura llena de fardos de pimienta, clavo y canela, donde se respiraba una atmósfera de suyo cargada, y más enrarecida aún por el olor que exhalaban aquellas especias. No teniendo ventana ni agujero que pudiera renovar un aire tan infecto, capaz de producir una asfixia casi instantánea, estuvieron los Padres á punto de ahogarse, lo cual temió sin duda aquel feroz criado al verlos medio exánimes, y dióse prisa á trasladarlos á otra pieza. El P. Paez, como hombre robusto y de ménos años, resistió sin consecuencias aquel accidente; mas el P. Monserrate cayó enfermo, exhausto ya de fuerzas, vió muy puesta en los últimos su vida. La Providencia no obstante, valiéndose en esto de la industria de Paez, que le atendió como médico y como enfermero, le sacó de aquel extremo; el varon fuerte cuidó en aquella ocasion de restaurar las fuerzas del anciano y débil, y le curó con mucha caridad y contento, procurándole algun regalo que obtenia de los mercaderes y pasajeros. Restablecido ya el enfermo, atóles el criado inhumano al banco de una galera, confundiéndolos entre los demás remeros, y tuvieron la suerte de caer bajo el dominio de un cómitre feroz, el cual fué tambien cautivo de los cristianos, en cuyas galeras habia remado. Gozóse éste con la presencia de los Padres, determinó vengar en ellos los azotes y palos que recibió en las galeras cristianas, y que, como decia, seguirian cayendo sobre sus costillas, á no ser por la industria que empleó para evadirse:

y con tal saña lo llevó á efecto, descargando tantos y tan fuertes golpes en sus víctimas, que á no tener estas el socorro de Dios, cuya gracia nunca los abandonaba, les habria sido imposible el sufrimiento en todo un año que duró su cautiverio en la Meca. El intérprete que dijimos habia alcanzado su libertad por medio de un turco, su amigo, vino á Goa en cumplimiento de su oferta, y notició á los Padres de la Compañía el cautiverio en que yacian nuestros dos religiosos. Sabedor luego el rey D. Felipe II del apuro en que se hallaban ambos cautivos, envió al instante órden para que de su Real Hacienda se librase el precio de sus rescates, cualquiera que fuese la suma exigida. Recibida esta órden por el capitan y gobernador de Dio, que á la sazon lo era D. Matías de Alburquerque, el mismo que despachó á los Padres para Etiopía, escribió luego á la Meca á un su correspondiente, para que tan pronto como viese sus letras rescatase aquellos dos religiosos de la Compañía de Jesús, sin reparar en el precio, y despues se los remitiese. Fácilmente se convino la redencion, pues que ya estaban los moros desesperanzados de aquel rescate, y veian por otro lado muy poco lucidas las personas de ambos cautivos, y por tanto se fijó en mil trescientos cruzados su libertad. Vueltos ya al uso de tan preciado bien, llegaron á Dio, donde los recibió con señaladas muestras de amor y respeto D. Matías de Alburquerque, esmerándose tambien en su recibimiento los capuchinos y dominicos que habia en la ciudad. De aquí pasaron á Ormuz y á Goa, donde alcanzaron iguales demostraciones de cariño. Siete años de cautiverio padecieron los misioneros apostólicos, sufriendo como hemos dicho toda suerte de trabajos con santa resignacion, y aun catorce ó más, toda su vida, habrian dado por ganar el mayor número de almas para Dios, á la vez que procurasen grandes merecimientos para sí. No renunciaron por tanto á la idea de la mision de Etiopía, que cual otra Raquel hermosa pretendian ambos para esposa de su alma; Dios, sin embargo, en su omnipotencia, dispuso que solo el P. Paez fuese á Etiopía, llamando al cielo al P. Monserrate, que volvió muy decaido de su cautiverio. Enviáronle, por ser mejor clima, al colegio de Salsete, donde se creia que hallase poco á poco su alivio; mas iba el Padre tan debilitado y flaco, que sobreviniéndole unas calenturas, terminó en breve sus dias á 5 de Marzo del año 1600, despues de una vida tan ejemplar y ajustada como la que hizo. Durante el cautiverio del P. Paez, llegaron cartas á Goa desde Etiopía, pidiendo encarecidamente el envío de algunos Padres á aquellas regiones, para que no se acabase de perder aquella cristiandad casi desamparada; y tambien por entónces se recibió nueva órden del rey D. Felipe II, en que mandaba severamente enviar nuevos religiosos á Etiopía, disponiendo que para seguridad del viaje se aprestáran seis galeras bien artilladas y defendidas por conveniente número de soldados, á fin de que

limpiasen aquellos mares de piratas, y condujesen los religiosos á puerto seguro. Y aunque el P. Paez se encontraba á la sazon quebrantadísimo en el cuerpo, pues que nos referimos á la época de su vuelta á Goa, sintió gran pena y ansiedad al ver que se nombraron religiosos para aquellas misiones, sin que figurase entre ellos su nombre, siendo así que nueve años ántes habia alcanzado tan suspirada merced. Pidió, pues, á los superiores con grandes instancias que le enviasen á Etiopía, adonde era llamado por Dios para predicar á los moradores de la tierra el Evangelio, y por fin le dieron su bendicion y licencia para ir al término de sus deseos en compañía de otros dos Padres élegidos tambien al efecto. Aquel logro feliz de sus aspiraciones puso al P. Paez muy fuera de sí, embargándole el júbilo toda su alma, y muy luego pasaron todos á Dio, en cuya ciudad se detuvieron muchos dias por no hallar embarcacion; mas como fuesen poco amigos de emplear mal su tiempo, dieron principio al colegio que allí tiene la Compañía, el cual ha sido como castillo avanzado para la defensa de nuestra santa fe y límite durísimo contra la invasion del islamismo. Paez, sin embargo, no podia llevar en paciencia tan larga demora; y viéndose detenido por falta de pasaje, quiso ver si empleando su industria conseguia su propósito. Como durante su cautiverio habia aprendido la lengua turca, hizo conocimiento con un turco de paz, residente en la ciudad; y persona respetable, al cual conquistó su voluntad y aprecio, lisonjeando su amor nacional, hasta el punto de entablarse entre ambos una estrecha y perfecta correspondencia. El turco visitaba al P. Paez con alguna frecuencia, y le regalaba cuanto podia, diciéndole muchas veces que desearia la ocasion de poder servirle en su patria. Tomóle Paez la palabra, diciendo que se iria con él de buena voluntad, si fuese de su agrado llevarle consigo, pues de todos modos le importaba mucho pasar á Etiopía. Aceptó el turco la proposicion, y ofrecióle además que le encaminaria á aquel reino con toda seguridad; con lo cual, la licencia del gobernador y la bendicion de los superiores, partió solo con el turco el dia 22 de Marzo de 1603. Poco más de un mes tardaron en llegar con viento próspero á Mazua, patria del turco, quien manifestó en un todo la amistad que sentia hácia el P. Paez, regalándole más que ántes, y haciéndole su huesped. No bien llegó el Padre á este puerto, halló modo de escribir á Etiopía su llegada, lo cual no fué de poca satisfaccion para los cristianos allí residentes, y en especial para el P. Melchor de Silva, pero como no pudiese en muchos dias encontrar forma para continuar su viaje, pues por mar no iban navíos, y por tierra era el camino muy expuesto á causa de los ladrones y de las fieras, que son innumerables en aquel país, estaba Paez desconsolado, ideando traza para seguir su ruta. Acudió finalmente á Dios, en cuyo servicio deseaba ocuparse en aquellas

regiones, y oida su instancia, abrióle el Señor fácil entrada por Etiopía, haciendo venir seis cristianos abisinios, enviados de aquel reino por los soldados portugueses en busca de cartas y recados de Portugal y de la India. Al verlos el Padre los tuvo por ángeles bajados del cielo, á quienes pidió le hiciese relacion detallada de las cosas de aquel reino; y sabiendo por ellos cómo se mantenia á duras penas la cristiandad, la falta que habia de sacerdotes, y cuántas más necesidades se hacian allí sentir, avivó si era posible los deseos que tenia de poner su planta en aquel reino para él de promision, y al punto dispusieron su marcha por tierra, la cual era fragosísima á causa de los montes é incultas selvas muy espesas, infestadas además de ladrones, tigres, leones y otras fieras no ménos temibles. Todo fué de poca importancia á los ojos del P. Paez, fortalecido como se hallaba por la divina gracia. Confiado en esta, y acompañado de su indomable voluntad, hizo partir la caravana el dia 5 de Mayo de 1603, vistiendo un traje humilde, mitad moro, mitad abisino, á fin de ocultar mejor su orígen y estado, caso de dar entre ladrones. Ya en su primer jornada tuvo Paez un encuentro no muy agradable en verdad para desear su repeticion, del cual escapó ileso por disposicion divina. Habiéndose retirado un poco de sus compañeros de viaje, á fin de dar algun alivio al cansancio que traia, no bien cerró los ojos, hubo de abrirlos desmesurados al oir las voces de espanto que le daban los de la caravana. Levantó la cabeza para investigar la causa de aquel vocerío, y descubrió á diez pasos de su persona un formidable leon que le estaba mirando de hito en hito. Duro y estrecho lance para quien como él, se hallaba sin armas y desprovisto de toda defensa; pero abroquelado Paez tras una confianza ilimitada en la proteccion de Dios, acudió á la oracion, arsenal rico en todas armas, é hincándose de rodillas habló á su Divina Majestad de esta suerte: «Si conviene al mejor servicio de mi Dios y Señor el verme libre de esta fiera cruenta que me acecha, haced, Dios mio, que se retire luego á sus cavernas.» Así permanecieron largo rato la fiera y su víctima, orando este y aquella acechando todos sus movimientos, aunque sin moverse un punto del sitio en que apareció como enclavada. A poco fué retrocediendo, siempre con la mirada fija en el Padre, que seguia en oracion, y por último dióse á correr hácia los montes, dejando franco el paso á los caminantes, los cuales prosiguieron al momento su marcha. Despues de cinco dias de camino llegaron á Debarao, primer puerto de Etiopía, donde al saltar en tierra lanzóse en ella de pechos el P. Paez, cubriéndola de ósculos amorosos, y regándola con abundantes lágrimas de ternura. Ciertos ya los portugueses de su llegada, fueron al otro dia á recibirle con su capitan al frente, y le festejaron cuanto les fué dable. Entre otras manifestaciones de júbilo que le tributaron, mencionaremos especialmente el acto de

llevarle como en triunfo á la ciudad de Fremona, en donde residian, haciendo en ella su entrada el dia 15 de Mayo. Su primer cuidado, no bien entró, fué visitar la casa en que vivió y murió el santo patriarca Andrés de Oviedo, la cual veneró nuestro Paez hincando en tierra sus rodillas y besando con amor y ternura aquel santo suelo. Condujéronle despues á su posada, é inmediatamente participaron su venida al P. Melchor de Silva, que hacia seis meses discurria por el reino, confortando á los católicos y desempeñando entre ellos las demás funciones de su ministerio. Acudió solícito aquel Padre á ver á su nuevo compañero, y ambos recibieron gran contento de hallarse juntos y de poder comunicarse en lo sucesivo. Para dar comienzo al buen gobierno de aquella cristiandad, enviaron al Emperador de aquellos reinos algunas cartas, cuyo portador fué el mismo capitan de los portugueses, en que á vueltas de otros particulares ménos importantes, le daban cuenta de la llegada del P. Paez, el cual, añadian estaba pronto á servirle y á toda su familia y vasallos. El Emperador que era muy inclinado á los católicos, agradeció mucho el aviso, mostrándose muy alegre por aquel suceso, y escribió cortesmente al Padre, dándole el parabien por su feliz arribo, y pidiéndole que pasase á su corte, pasado el invierno, porque deseaba conocerle y hablar con él: despues veremos que no logró aquel monarca su deseo, porque ántes de pasar el invierno que decia, pasó de la suya á otra cabeza la corona que llevaba, siendo desterrado á muy lejanas tierras. El P. Silva partió á poco segun lo tenia premeditado, con direccion á la India, donde habia de tratar con los superiores acerca del estado de Etiopía, dejando ya bien informado de todo al P. Paez, que por su parte le deseó un buen término en sus pretensiones. Repuesto ya del viaje, dió Paez comienzo á sus tareas evangélicas con gran fervor y alegría; mas como descubriese que el mayor mérito y trabajo consistia en habérselas con los abisinios, se propuso estudiar su lengua, y á poco la dominó completamente, hasta el punto de traducir del portugués al abisinio muchos libros espirituales. Entre ellos figuró el primero un catecismo de la doctrina cristiana, compuesto por el P. Marcos Jorge, tambien de la Compañía de Jesús, en forma de diálogo, el cual dió á los niños para que le aprendiesen, y cuyas preguntas y respuestas ilustraba despues por sí mismo con destreza admirable ante un público numeroso que acudia á oirle. Los padres de aquellos niños recibian gran contento al oir hablar en público á los niños, y daban mil parabienes á su maestro, de quien todos se sentian encantados; pero entre todos hubo uno que más particularmente admiró aquella doctrina, y el sistema que Paez adoptó para trasmitirla á su auditorio. El virey de aquella provincia de Tigre, residencia por entónces de Paez, fué el que más se distinguió en las

alabanzas prodigadas al P. Jesuita, yendo á las plazas públicas para oir á los niños, y haciendo muchas veces que fuesen á su palacio para que los oyera su mujer y familia. Este mismo y otros magnates solian decir que era muy de notar el ver cuántos monjes y varones ínclitos en santidad se habian sucedido en Etiopía, sin que ninguno hubiese dado tanto fruto como el que en pocos dias supo arrancar el P. Paez. La fama de este varon ciertamente evangélico trascendió bien pronto á la corte, donde ya no reinaba Jacob, el hijo bastardo del difunto Emperador, sino Zadaw Guil, su sobrino, á quien nombró en vida por sucesor á su corona. Este se vió asaltado á poco de grande impaciencia y ambicion, y ayudado por el concurso de los grandes del imperio, arrebató al bastardo su diadema imperial, y le concedió como por mucha indulgencia la vida, aunque haciéndole salir desterrado á tierras lejanas. El nuevo Emperador habia tomado en su coronacion el nombre de Asnat Seguad, siguiendo en esto la práctica de aquellos emperadores, á la manera que lo usan hasta hoy nuestros pontífices; y aunque mozo de veintiseis años, era hombre de claro entendimiento, naturalmente generoso, muy aficionado á la justicia, inclinado á la religion y al culto divino, humano, afable y liberal. Cuando fué el virey á darle la obediencia, tantas y tales cosas dijo al Emperador acerca del P. Paez y de sus triunfos, que tuvo éste deseos de verle y áun de oir á sus jóvenes discípulos, para lo cual le escribió una carta, en que le pedia con instancia y respeto se llegase á su corte. El mismo virey fué el portador de aquella carta, y juntamente recibió órden para llevar á la corte al P. Paez, el cual se mostró gozoso al ver que Dios abria camino al catolicismo en aquellas regiones. Suponia el Padre, y no sin fundamento, que si el Emperador estaba tan dispuesto, pronto la abrazaria, y con él los nobles y plebeyos de su imperio. Dispuso, en fin, aquel viaje el virey, llevando consigo Paez algunos niños portugueses, elegidos de entre los más aplicados y lucidos, y por do quier pasaba era tenido ya como valido del príncipe, á pesar de no haberle visto aún. Llegaron por último, á la corte, y fué recibido en ella por el Emperador con extremada magnificencia, presentándosele éste ricamente vestido, sentado sobre un trono elevado y suntuosamente engalanado, el cual estaba cercado de todos los nobles de la corte lujosamente ataviados. Conducido Paez á su presencia, besóle respetuosamente la mano, hincando en tierra una rodilla. Quiso luego separarse un tanto del trono, y el Emperador no lo consintió, ántes mandó acercar un asiento, mandándole que se colocase junto á él, y despues le preguntó en voz alta por el Papa y el rey de Portugal, no sin olvidar otras muchas cosas, personas y sucesos de Europa y de la India. Satisfecho que hubo el Padre á todas sus preguntas, le despidió con marcadas muestras de cariño, y ordenó que le cuidasen y regalasen

cual su persona merecia. Al otro dia mandó por él á su posada, y de nuevo comenzó sus preguntas, informándose muy pormenor de todo, y manifestando al fin deseos de oir los diálogos de los niños. Hiciéronlos entrar á su presencia, colocándolos en un sitio algo elevado, y dieron principio con mucho donaire á sus preguntas y respuestas. Mucho se holgó el Emperador de oirlos, no ménos se holgaba Paez de que los escuchase, pues que veia irse infiltrando poco á poco en su ánimo aquellas santas máximas y divinos preceptos, los cuales se proponia arraigar luego, con el auxilio de Dios, en el corazon de aquel príncipe. Tanta fué la admiracion de éste y el placer que experimentó al oir aquellos tiernos acentos, que preguntó al religioso si tenia escrito aquel diálogo. Paez sacó luego del pecho, como hombre previsor, un libro decentemente encuadernado, que puso en manos del monarca, y éste se manifestó á un tiempo admirado y agradecido, pues comprendió sin más explicacion que allí se contenian aquellos hermosos diálogos: desde entónces no se le caia de la mano aquel precioso libro. Al despedir al Padre manifestó deseos el Emperador de oir una misa y un sermon, y Paez le ofreció darle gusto en ambas cosas, marcándole para ello el domingo siguiente. Al efecto erigió el Padre un altar lo más decentemente que le fué posible en una sala del palacio, cuyas paredes cubrió de telas, y dió las demás disposiciones que se requerian para semejante solemnidad. Dijo, pues, la misa el Padre, sirviéndola los portugueses más señalados en nobleza, junto con sus hijos, y asistió el Emperador al divino sacrificio, acompañado de sus magnates. Grande fué su curiosidad á la vez que su respeto á cada nueva ceremonia que se ofrecia á su vista, y no se descuidó en preguntar el significado de todo. Terminada la misa dió principio Paez á una plática en el idioma de Etiopía; pero con el acento y elocuencia que tenia de costumbre, empleando como una hora en aquella exhortacion, por temor de ser molesto; mas sintiendo el Emperador que terminase su discurso, envióle á decir que continuase la peroracion, pues tenia mucho gusto en oirle. No desperdició el Padre la oportunidad, y trató con gran fuerza de erudicion las verdades que encierra el catolicismo, combatiendo á la vez los errores de Etiopía, y con esto puso término al sermon, dejando á su auditorio persuadido de la verdad de nuestra santa fe católica, como despues se lo atestiguaron muchos grandes del imperio y uno de los monjes de mayor autoridad que en él residian, el cual formó empeño en asistir al sermon. Con tan felices disposiciones, era muy de creer que se hiciese católico el Emperador, y así sucedió en efecto. En su corte residia á la sazon la viuda del Emperador su tio, junto con dos hijas suyas; y oyendo las alabanzas que todo el mundo hacia de Paez, vino en deseos de oirle predicar, y así se lo hizo saber por medio de un criado. El religioso contestó que lo haria con el mayor gusto,

y á su vez le envió á decir que señalase sitio y asunto de que hubiera de tratar; á lo cual repuso la Emperatriz que elegia como punto de su discurso el misterio de la Asuncion de nuestra Señora, de quien era muy devota, y que le habia de pronunciar en una de las salas del palacio. Todo se cumplió ciertamente á medida de su deseo, asistiendo la Emperatriz con sus hijas y el Emperador con toda su corte. Aquí no debemos omitir una circunstancia notable por más de un concepto, ya por la persona en quien se verificó, ya tambien por la ocasion y el país en que tuvo lugar, debido sin duda ninguna á la influencia de Paez. Habiendo terminado éste el Evangelio, y siguiendo las prescripciones del ritual romano, dió comienzo á su discurso colocándose de pie frente al trono del Emperador, que estaba sentado. Vista por aquel monarca la actitud tomada por el religioso, se levantó al punto de su asiento y se le envió al Padre con el fin de que se sentase miéntras predicaba: en tanto tomó el Emperador la almohada que á sus pies tenia, y colocándose en ella, dijo que no era justo permaneciese el maestro en pie, cuando el discípulo estaba sentado. ¡Sublime ejemplo de caridad, propio de un príncipe católico! La Emperatriz, por su parte, quedó tan pagada del sermon, que dijo al capitan portugués estas palabras: «Si oyese muchas veces á este Padre, me iria sin duda á un desierto para hacer penitencia y alcanzar la salvacion de mi alma.» A más de estos piadosos ejercicios sostuvo Paez muchas y profundas cuestiones con los monjes más sabios, en presencia del monarca, acerca de la potestad del Papa y de la del patriarca de Alejandría, á quien aquellos naturales reconocian como cabeza de la Iglesia, Tan vencido quedó el Emperador y encantado por las razones del Padre, que determinó, y con él muchos señores de su corte, prestar la obediencia al Papa. Al efecto llamó á Paez un dia al palacio, y encerrados ambos con un confidente del monarca en una de sus estancias, tomó en sus manos el Emperador una cruz de oro, que llevaba al cuello por remate de una cadena, y le dijo al P. Jesuita: Jurad por esta santa cruz que me guardareis secreto en lo que os voy á decir. —Nosotros, los religiosos, repuso Paez, no tenemos por costumbre el jurar, porque nuestra palabra es tan firme y verdadera, que no ha menester de juramento. —Así lo creo, dijo el Emperador; pero no obstante ello, habeis de jurar hoy lo que os pido por ser cosa de tan grande importancia y de tanto gusto para vuestra persona. —Sí juro, respondió al punto el Padre; y el monarca en seguida, estrechando el signo santo de nuestra redencion, dijo: Yo tambien juro por esta santa cruz el guardaros á vos secreto. Podeis tener por cierto que vuestros sermones y argumentos de tal suerte me han conmovido, que tengo resuelto dar la obediencia al Papa y abrazar la fe católica romana; para ello tengo escritas algunas cartas al Sumo Pontífice y al rey de Portugal, á fin de que me envien

patriarca y obispos, y tambien gente de guerra para asegurar mi persona y apaciguar mis reinos si se alborotasen. Ahora os pido que seais el encargado de su envio, y que escribais tambien á los dos para que hagan lo que he dicho; y diciendo y haciendo sacó del pecho las cartas y se las leyó todas, por ver si merecian su aprobacion, ántes de entregárselas. Renunciamos á copiarlas por evitar la proligidad, y porque no habian de darnos más por completo la seguridad de los buenos sentimientos que animaban á aquel monarca en favor de nuestra sacrosanta religion. Excusado será el ponderar aquí cuán grande fuese el contento y alegría de Paez, el cual dió mil parabienes al monarca por su santa determinacion, animándole para llevar adelante su intento. El monarca quiso pregonar luego que nadie guardase el sábado sino el domingo, conforme al uso de la Iglesia Romana; mas el Padre Paez le fué en esto á la mano, diciendo que valia más sobreseer por entónces en el asunto, á fin de prevenir revueltas que impidieran ó retrasasen por lo ménos el fruto de mayores bienes. Fueron muchos los que se convirtieron, y entre ellos aquel monje de tantas letras y autoridad, que ya nombramos, y el cual fué causa con su buen ejemplo, de que le siguiesen multitud de personas de todos estados y condiciones, que deseaban ya el cristianismo. Por entónces se sintieron los portugueses acometidos de una terrible enfermedad, que postró á muchos gravemente, y enviaron á llamar al P. Paez, rogándole que fuese á prestarles los auxilios espirituales, pues de otro modo se exponian muchos á morir sin sacramentos. En su vista solicitó el Padre la vénia del Emperador, que sintió mucho concedérsela por la falta que le iba á hacer su consejo, y ya que no pudo retener á Paez le otorgó la licencia por tiempo limitado, enviándole á la vez una buena cantidad de oro y todo lo necesario para el viaje. El Padre le agradeció mucho sus atenciones y cuidados, mas rehusó la admision del oro, diciendo que no habia ido á aquellas tierras en busca de riquezas mundanas, sino con ánimo de sembrar allí las del cielo; pero que si el monarca fuere servido de darle algunos terrenos para fabricar una iglesia, recibiria en ello la más señalada merced. No fué escaso el contento que al Emperador causó aquella respuesta, que le hizo apreciar en más su virtud; y al punto le señaló tierras para la construccion del templo que solicitaba. Con esto partió ya Paez doblemente satisfecho á socorrer á los portugueses, á quienes pudo salvar en crecido número con los auxilios espirituales, alcanzando al propio tiempo muchas conversiones importantes y obrando algunas maravillas entre los naturales, como fué la desaparicion de la langosta, que en cierta ocasion asolaba aquellos campos, y cesó por la mediacion de nuestro virtuoso Paez, y con sus continuas penitencias y rigores. Es ya probado axioma lo inconstante de la fortuna, que cambia á todo vien-

to, y no será de extrañar que hallemos sus estragos en aquellos tiempos primitivos, pues que en todas ocasiones y cuando más le place, halla á manos nuevas víctimas. En la época á que nos vamos refiriendo lo fué principalmente la Iglesia católica de Etiopía, que al principio se deslizó por suave y muelle pendiente, á impulsos del celo de nuestro Paez, fiel ejecutor de los decretos de la Providencia; Dios, sin embargo, permitió que en su curso diera con obstáculos fuertísimos, ya que no insuperables, considerados con relacion al hombre. Por aquel tiempo levantóse Jacob, primo del monarca protector de nuestra santa religion, y que habia sido desterrado por éste, al cual daban su ayuda los descontentos de la tierra, cuyo número abunda seguramente en todo su ámbito, y los monjes cismáticos. Juntos, pues, formaron ejército en contra del Emperador, y le acometieron resueltos, logrando su muerte y cortando á los católicos toda esperanza de buenaventura para el catolicismo. Vacante ya el imperio, fué pretendiente á su trono Jacob, á quienes los suyos coronaron desde luego; mas pronto vió marchitarse en sus sienes los laureles de la victoria, porque al mismo tiempo era aclamado emperador por sus contrarios un primo suyo, legítimo nieto del Emperador, el cual habia por nombre Socinos, y á quien venia la corona por derecho. Este se llamó luego en su coronacion Seltan Seguad, y venció y mató á Jacob, poseyendo aquel trono sin oposicion durante algunos años. Fácilmente se deja conocer lo atribulado que se hallaria Paez con las revueltas del reino, que le imposibilitaron todo acrecentamiento para nuestra santa religion, y pusieron en grave riesgo su persona. Cual otro Samuel al rey Saul, lloraba nuestro Padre al Emperador difunto, en quien habia contemplado el firme apoyo y sosten del catolicismo; mas nada podia ejecutar entónces por sí: los portugueses andaban tambien mezclados en las guerras que denominaron del uno y del otro Emperador; los monjes cismáticos perseguian encarnizadamente al *misionero*; los católicos andaban por los montes, como ovejas descarriadas, y do quier torcia su vista no hallaba más consuelo que el de Dios. Y siendo esto cierto, ¿cómo podria retardársele su Divina Majestad, para quien eran todas las conquistas que Paez verificaba? Así que le envió muy pronto en su auxilio al P. Antonio Fernandez y al P. Francisco Antonio de Angelis, que habian permanecido en Dio, reforzados luego por otros dos llegados de la India, que fueron los PP. Luis de Acevedo y Lorenzo Romano, varones ambos apostólicos y de mucha religion y celo. Juntos los cinco formaron un colegio, y dieron comienzo á la vida religiosa, apaciguada ya algun tanto la persecucion que venian sufriendo. Y para mayor consuelo, pues que Dios cuando dispensa sus mercedes es en justa proporcion de los sacrificios que se le dedican, les concedió oportunidad de ir á felicitar al nuevo emperador Seltan-Seguad por

sus victorias y por su coronacion. Fueron, en efecto, dos Padres á nombre de los demás, y los recibió el Emperador con mucha benignidad y cariño, á los cuales dirigió su palabra, haciéndoles luego aposentar y regalar. Entre otras pruebas de consideracion que les dió, fué muy singular por cierto la de hacerles servir los platos destinados á su persona, por ser ya muy tarde y estar repartidos los demás manjares entre los grandes que le asistian; prenda segura en verdad para los Padres de los favores que en lo sucesivo llegarian á obtener de aquel monarca. Viendo éste que no habia ido el P. Paez, el cual se hallaba en Tigre ocupado en asuntos de la cristiandad, y de quien tenia excelentes noticias en cuanto á su persona y virtudes, le escribió una carta muy afectuosa, en que le pedia fuese luego á su corte para verle. Acudió Paez muy solícito al ver tan nobles propósitos en el Emperador, el cual salió á recibirle, lujosamente ataviado, hasta la primer puerta de su habitacion, y allí pasaron todos mucho tiempo en amable plática. El Emperador les concedió generosamente diferentes tierras para construir dos iglesias, en dos ciudades distintas, ofreciéndoles además todo su favor, y por conclusion que deseaba escribir al Papa y al rey de Portugal, á fin de renovar la amistad que en otro tiempo tuvieron con sus predecesores, y para que le enviasen soldados portugueses á quienes pudiera confiar la seguridad de su persona. Agradeció mucho Paez aquellos favores, prometiendo al Emperador ser su medianero en los deseos que acababa de exponer; y al oir esto el monarca sacó dos epístolas, rogándole que en prueba de su sinceridad las enviase á su destino; lo cual ofreció el Padre de muy buena voluntad, tanto más cuanto que entreveia la feliz suerte que se preparaba de nuevo en aquella tierra al cristianismo. Puestos en pie los Padres con ánimo de despedirse, quiso el Emperador echar, digámoslo así, el sello á sus favores de aquel dia, mandando á decir á su mayordomo que los convidaba á comer con él, favor que muy rara vez dispensan los emperadores de Etiopía, á ménos de recaer en personas constituidas en grande autoridad y representacion. Aceptaron los Padres como debian semejante deferencia, y luego fueron guiados á la sala en que se hallaba servida la mesa del Emperador. En la antecámara de éste, hallaron dispuestas dos mesas, sin ningun género de adorno en ellas; una pequeña, destinada para el monarca, y otra algo mayor para los Padres. Llegada la hora de comer entraron hasta diez mujeres, vestidas con los trajes que prescribia el ceremonial del palacio, las cuales traian el servicio de las mesas. Despues fué una de ellas á correr la cortina con que dividió una de otra las dos mesas, y quedó la del monarca perfectamente encubierta, segun costumbre inviolable en Etiopía; solo dos ó tres pajes que sirven á la real mesa tienen el único privilegio de ver á su señor cuando come. Las mujeres traian dos ó tres canas-

tillos de pajas ó juncos, con sus tapadores muy bien labrados y entretejidos de colores, en los cuales habria veinte ó treinta tortas de trigo, como de una tercia de diámetro la menor, y todas muy delgadas. Despues trajeron otros varios manjares, que fueron colocando en la mesa; pero no se vió salero, ni azucarero, ni pimienta, y lo que es más extraño, ni agua, ni vino, ni otro licor alguno se sirvió durante la comida, hasta el momento de ir á levantarse, pues entónces les dieron cumplidamente de beber, segun lo usaban en la tierra, á imitacion de los hebreos, griegos y romanos, como lo dice Virgilio en su *Eneida*. No será fuera del caso exponer aquí, para dar una idea del carácter y costumbres de aquel pueblo á la sazon, el modo extraño de servirle al Rey la comida; allí no habia maestresala, ni cuchillo; el monarca desenvainaba el suyo, y con él trinchaban los pajes, dividiendo los manjares en bocados; despues tomaban los pajes con sus manos aquellos trozos menudos, y los introducian á su señor en la boca; siendo aquella costumbre observada por todos los grandes señores del imperio, porque tenian por mucho trabajo comer con sus propias manos; y aunque se tratase de cosas menudas, formaban con ellas unas pelotillas y se las iban dando del mismo modo, á la manera que usan algunas localidades de Europa cuando ceban los pavos: ¡raro instinto aquel y poco envidiable de pulcritud y aseo! ¡Por salvar su *pundonor*, como decian, no hallaban nauseabundo aquel proceder! Los Padres agradecieron, no obstante, al monarca sus favores; y queriendo éste no hallar descanso ni darle á los misioneros en punto á las mercedes que les tenia dispuestas, ordenó que Paez se quedase en su corte para servirle de consejero, y mandó que siempre hallase francas las puertas de su palacio. En su virtud iba diariamente el Padre á verle, y trataron con frecuencia de la religion católica y de los errores de Etiopía; hasta que convencido, por último, el Emperador, resolvió abjurarlos públicamente, y reconciliarse con la Santa Iglesia Romana, como lo hizo á su tiempo segun veremos. Por entónces se alzaron algunos vasallos con intento de quitarle la corona si podian; mas quedaron vencidos y sujetos con pérdida de algunas vidas, debiendo á la mediacion de Paez el que no fuese mayor su número. Agradecidos muchos de los rebeldes, que ya habia reconciliado con su Emperador, ofrecieron á Paez un rico presente; mas no quiso admitirle, y les rogó en cambio que diesen lugar á que se predicase en sus tierras la doctrina del Evangelio. Ellos accedieron de buen grado, y Paez envió desde luego, por no perder la ocasion y por no separarse del Emperador, al padre Francisco Antonio de Angelis, que fué quien dió principio á la conversion de aquel reino. Llegó, por fin, el dichoso y bienaventurado año de 1607, en que despues de recibir las cartas del Sumo Pontífice y del rey de Portugal, agradeciendo ambas potestades la lealtad, conducta y sentimien-

tos del Emperador, á quien animaban á seguir valientemente la senda por que le veian caminar, hizo aquel monarca pública abjuracion de sus errores, declarándose lo más abiertamente que pudo como tal católico, y arrastrando consigo á un hermano, llamado *Zela-Christos*, hombre de mucha autoridad y poder en aquel imperio. Para mayor solemnidad del acto, y tambien por mayor seguridad, resolvió luego el Emperador enviar una embajada al Papa, prestándole obediencia, y otra al rey de España, que le confirmase en su amistad y alcanzase del soberano el envío de soldados suyos para la guarda del Emperador y enfrenamiento de los rebeldes cismáticos. Hízolo así en efecto, y eligió para ambas al P. Antonio Fernandez y á otro caballero de los más principales de la corte, los cuales partieron juntos con el título de embajadores, y acompañados del séquito que suelen aquellos naturales en casos semejantes. Furiosos estaban ciertamente los monjes cismáticos contra el Emperador y contra los Padres que le habian *corrompido* con su doctrina. En su delirio insano vióseles correr las calles dando voces, y pretendiendo con ellas convencer á los católicos; y tanto mayores aullidos daban, cuanto mayor razon suponian en el que gritase con más fuerza de pulmon. Las disputas se sucedian con frecuencia, y el alboroto que producian fué en más de una ocasion harto formidable; mas para evitar contiendas y disgustos, se determinó que la cuestion entre cismáticos y católicos fuese ventilada delante del Emperador y de toda la corte, quedando reconocida por verdadera y única la doctrina del bando vencedor. Todos vinieron contentos en esto, señalándose dia para la discusion solemne, á la cual acudió gran número de monjes y doctores de todas las provincias del Imperio; los católicos solo estuvieron representados por dos campeones, en quienes su heroismo suplia al número, y fueron los PP. Pedro Paez y Luis de Acevedo, que se hallaban suficientemente enterados de los errores de Etiopía y de los libros que defendian aquellos mismos errores. Llegado el dia de las controversias, que se celebraron en una gran sala ó teatro del palacio, tomó asiento el Emperador sobre una pequeña eminencia, rodeado de toda su corte, y dióse comienzo á la disputa por los Padres, los cuales probaron con gran copia y fuerza de argumentos las dos naturalezas en Cristo nuestro Señor. Para refutar á los Padres se valieron aquellos monjes y doctores, aunque no con gran valentía, de algunos lugares tomados de su *Aymanot Aban*, que es un libro como biblioteca, compuesto de centones de santos antiguos, al cual dan todo su crédito: no sabiendo por lo demás qué responder á sus razones, enmudecieron todos; y solo uno, que más quiso resistir la conviccion, empezó, no á combatirla con razones ni buenos argumentos, sino á meterlo todo á barato, dando voces y profiriendo mil injurias contra los Padres, que destruian la fe de sus abuelos despues de tantos siglos de profesion. Al ver

el Emperador aquel desatino y osadía mandó luego que le encerrasen, y terminada la cuestion reunió su consejo de Estado, el cual adjudicó la victoria á los Padres: á poco dióse por decreto el que todos confesasen en nuestro Señor Jesucristo las dos naturalezas divina y humana. Al dia siguiente fué azotado el monje prisionero en la plaza de palacio por ser descomedido en sus palabras y atrevimiento, siendo despues deshonrado en público. La disputa puede decirse que terminó; mas no así la cuestion, motivo principal y orígen de ella. El jefe de aquella secta, que lo era Abuna Simam, acudió en queja al Emperador por no haber sido convocado á la disputa, la cual habia tenido lugar sin su autoridad, y la dió por nula, publicando luego excomuniones contra los que siguiesen la fe de los portugueses y olvidasen la antigua de Etiopía. A tanto llegó su atrevimiento, que fijó sus censuras sobre las mismas puertas del palacio y quiso excomulgar al Emperador; por lo cual, ofendido éste, le mandó cesar en sus funciones, notificándole que si no obedecia, procederia en contra suya como pudiera hacer en contra de un vasallo cualquiera. Aquel ministro de Satanás se tornó furioso contra el Emperador, á quien quiso matar, y contra los Padres; vino luego á los pies del monarca acompañado de multitud de monjes, pidiendo á gritos que no desamparase la fe de Etiopía, ofreciendo ellos en cambio sus vidas en defensa del trono, y amenazándole de lo contrario con la ira de Dios; y aunque podia el Emperador haber castigado su osadía, quiso, por excusar mayores males, llevar por bien el asunto y domar, si le fuera posible, aquella fiera terrible. Dijo, pues, á Abuna Simam, que se hiciese nuevamente la disputa, con asistencia suya y de todos los monjes, y que diese sus razones, oyendo tambien las de los Padres. Aunque no de muy buena voluntad consintió en ello, y le sucedió al fin lo que á los primeros; lo cual le puso tan fuera de sí, que amotinó la provincia de Tigre, valiéndose del virey, y confiscó á los Padres sus bienes, como tambien á los demás católicos. El Emperador, no obstante, tomó por su cuenta el caso, y acudió con tropas á reprimir los escándalos, siendo fácil de adivinar que no le costase gran trabajo la victoria; la obtuvo en efecto, y mandó degollar al virey, junto con Abuna Simam, y devolvió á los católicos sus haciendas. El P. Paez tributó al Emperador las más rendidas gracias por la merced que habia hecho al catolicismo, y en memoria de cuyo beneficio le labró dos palacios suntuosísimos, como los que usaban los reyes de Europa. Labró, en efecto, Paez los dos palacios con exquisito gusto y perfeccion, y de todas partes acudian á ver admirados aquella hermosura y fortaleza, que contemplaban como por una de las maravillas del mundo. Mucho se lo agradeció el Emperador, que le dió en cambio tierras y caudales para dos nuevas iglesias que habia de erigir con suntuosidad, poniéndole por condicion que

construyese una en la corte, á fin de no separarse de su lado, viéndose por tanto falto de consejo. Por entónces tradujo Paez muchos libros del portugués y del latin, y compuso otros en lengua de Etiopía, los cuales daba á leer al Emperador continuamente cuando solia ir acompañado de la Emperatriz á la iglesia de los Padres. Bien haria diez y nueve años que trabajaba en Etiopía con celo apostólico el admirable Paez, cuando quiso Dios premiarle en esta vida con el fruto de su constante trabajo, dejándole ver y gustar la mies tan copiosa que por sus manos habia cultivado. Extasiábase el Padre al contemplar el número de almas que redujo á la Iglesia romana, entre las cuales descubria con júbilo indecible al propio Emperador con otros muchos señores de su corte; y no era menor su alegría al ver las iglesias que levantó al culto del mismo Dios que tales delicias le permitia gustar. Satisfecho ya con esto, fué á recibir el premio de su bienaventuranza el dia 3 de Mayo del año de 1622, despues de una muerte dulce y apacible. Su cuerpo fué sepultado en el suntuoso templo que habia labrado por sí á la Santísima Vírgen en la ciudad de Gorgorra, corte de los abisinios, y fué muy sentida su muerte por todos aquellos católicos.— C. de la V.

PAEZ Jaramillo (V. P. Fr. Pedro Miguel), español de nacion y de muy ilustre cuna. Tomó el hábito de devocion en el hospital de S. Juan Bautista, en la villa de Santa Cruz de Mompox, el año de 1686, á los veintiocho de su edad. Consagróse al servicio de los pobres enfermos con tanto espíritu y fervor, que dejó admirados á religiosos y seglares. Granjeó para los pobres muchas limosnas, manteniéndose de esta suerte en aquella villa como cosa de un año, hasta que deseando proseguir en el servicio de Dios con mas firmeza y estabilidad, resolvió subir á la ciudad de Santa Fe con el hábito de devocion para trocarle por el de novicio en el hospital de S. Pedro, que era casa de noviciado. Llegado allí, encontró por prior al P. Fr. Juan Antonio Martinez, religioso prudente y caritativo, muy experimentado y docto en la facultad de medicina, á quien suplicó le concediese el hábito de novicio. Declaróle este prelado la aspereza de su religion, una de las más estrechas y llena de mortificaciones, y le repuso Fr. Pedro que si la cruz que sobre sus hombros echó S. Juan de Dios por agradar á nuestro Señor, consistió principalmente en cargar sobre ellos las necesidades de los pobres y las repugnancias de los miserables enfermos, este camino era en su concepto el más conforme á lo que Dios le daba á entender interiormente por sus impulsos y llamamientos divinos. Consultó el caso á la comunidad el prelado, y viendo que unánime le aprobó, dióle el hábito, previas las licencias necesarias, en el mes de Julio de 1687. Armado ya este soldado de Cristo con el sayal de aquella religion, comenzó una pelea vigorosa contra sus pasiones, pues que siendo acometido de la soberbia y vanidad, en que

el enemigo le representaba esperanzas de grandes bienes terrenales, y lo poco que debia esperar en una religion tan humilde, reconcentró todo su juicio en la santa consideracion de los bienes eternos, imperecederos de la otra vida, logrando con heróicos actos de humildad grandes victorias del enemigo. Y para en nada desmerecer de su virtud, ni dar entrada al menor temor de llegar á perderla, dormia, las pocas horas que daba al cuerpo este descanso y tregua, abrazado á una cruz de media vara de largo. Pasaba casi todo el dia dentro de las enfermerías prodigando á los enfermos sus cuidados, ya para la salud del cuerpo, ya para la salvacion de sus almas, á quienes aficionaba con el ejemplo de su caridad y trato humilde. Tambien se entregó amorosamente á la penitencia, domando su cuerpo con fuertes ayunos y cilicios; hasta el punto de verse en muchas partes regado el suelo con su sangre. Fué muy devoto de la Madre de Dios, María Santísima; frecuentó mucho los sacramentos, y tomó por su padre espiritual al maestro de novicios, el P. Fr. Mateo de Archila. Arrebatado un dia de un secreto deseo, quiso trasladarse á visitar una imágen de nuestra Señora de Chiquinquira, de quien habia oido referir grandes milagros; y no pudiendo contenerse, abandonó su noviciado y convento el 18 de Diciembre de 1687, yendo al de PP. Dominicos de dicho lugar, en donde visitó á nuestra Señora, y permaneció algunos dias; mas sintiendo vivos deseos de volver á la religion, salió de allí para la ciudad de Tunja, donde á la sazon se hallaba haciendo su visita el ilustrísimo arzobispo D. Antonio Saenz Lozano, que le recibió en su casa con mucho aprecio y estima, como á deudo suyo. Quiso este prelado detenerle junto á sí algun tiempo más, y no lo pudo alcanzar por avenirse poco con la virtud y caridad de Fr. Pedro el bullicio y tráfago del mundo y estar siempre expuesto á rendir tributo á la vanidad. Volvióse por tanto á Santa Fe, entrando en el hospital, donde continuó sus ejercicios con más fervor y caridad que ántes. Como fué muy entendido en papeles y versado en cuentas, le ocupó tambien en su palacio el presidente D. Gil de Cabrera, gastando con los pobres enfermos lo que ganaba en esta ocupacion. Por este tiempo cayó enfermo, curándose en el mismo hospital; y sano ya y convaleciente, hizo grandes instancias por que le volvieran á dar el hábito de novicio, que no pudo al fin lograr por parecerle al prelado una imprudencia volvérsele á dar, una vez abandonado por él. Tantas fueron las súplicas que hizo y de tantas veras acompañadas, que hubo de aconsejarle el prelado que pasase á Cartagena y le darian el hábito en el hospital de aquella ciudad. Llegó en efecto al hospital de S. Sebastian; y haciendo humilde relacion de su vida al prior Fr. Pedro de Santiago, le rogó le fuese concedido el hábito. Consultada por éste la comunidad, acogió la idea por unanimidad, y recibió el hábito en 22 de Agosto de 1689. Aquí puso nuevamente admiracion

en cuantos le pudieron observar su gran humildad y excelentes virtudes, y nuevamente tambien sufrió grandes acometidas del enemigo de la humanidad, que por esta vez redobló sus golpes hasta el punto de que un dia entró Fr. Pedro en la celda del Prior y le dijo: «Padre, yo me condeno si perse»vero más en la religion; no merezco el hábito que visto, y temo que por »presuntuoso de querer traer un hábito de santidad, como este, no pudien»do ser como debo ser, me pierda. Atrevimiento mio ha sido hasta aquí el »habitar en una religion tan santa; y así, desnúdeme el hábito:» y puesto de hinojos, rogaba al prelado se le quitase. Conociendo el Prior en esta demanda un motivo grande de tentacion para el novicio, y por ver si podia auxiliarle á combatirla, díjole así: «Hermano Pedro, ya que no le son »eficaces mis palabras, ni quiere perseverar en su vocacion, ántes sí, lle»vado de su dictámen y tentacion del demonio, quiere volverse al siglo; »váyase, deje el hábito, que no se quedará sin castigo su veleidad, por»que Dios, á quien ofenderá resistiendo á su primer llamamiento, le »volverá su divino rostro, como el hermano se le intenta volver, vol»viendo atrás de lo comenzado.» Oido esto por el novicio, cae en la cuenta de su tentacion, y pide perdon al Prelado: desde entónces no le tentó más el demonio, ó si acaso sentia algunos ligeros impulsos, resistíalos con la memoria de las razones de su prelado. Siguió, pues, por el buen camino de la virtud, practicando con amor y caridad sus ejercicios, y alcanzando la dicha de ser calificado duramente por la envidia, lo cual sufria por el amor de Dios. Si alguno le motejaba con palabras injuriosas, fija la vista en el suelo y afable y sereno, contestaba: «Solo quien me trata así es quien mejor me conoce,» y puesto de rodillas pedia perdon al que le denostaba. Cumplido su año de noviciado y aprobacion, fué admitido á profesar en manos del P. Fr. Pedro de Santiago, prior del convento de Cartagena, en 23 de Agosto de 1690. Profeso ya, y movido de la obediencia que debia, pasó á la ciudad de Panamá de conventual, y algunos años despues fué electo consiliario del hospital de Panamá, donde vivia. Ocurrió á poco solicitar el marqués de la Mina, presidente de aquella Real Audiencia, un religioso en nombre de S. M. para que fuese á la provincia del Dariel, con plaza de cirujano, en la guarnicion de infantería y demás gente que enviaba á cierto descubrimiento, y fuéle mandado este siervo de Dios, que pasó allí grandes trabajos y penalidades, andando descalzo por rios y ásperos montes, falto de bastimentos y con otros muchos afanes, que llevó con santa paciencia. Regresó luego á Panamá y á su ejercicio de limosnero, creciendo en perfeccion y paciencia, y haciéndose sordo á los desprecios que algunas personas y cierto prelado le hacian, llamándole embustero é hipócrita. Alegre con estas injurias, solo daba por contestacion: «Me tratan así, porque

me conocen.» No fué seguramente ménos admirable su caridad para con las bestias que para con los hombres. De todos cuidaba como si otra cosa no tuviera que hacer; recogia los perros en un sitio del convento, dándoles de comer lo que podia, y los abrigaba y áun dormia entre ellos, sin que su humildad se diera por sentida. Su cama, cuando la tenia en la celda, solo servia de apariencia, pues no descansaba en ella más que dos horas, empleando el resto de la noche en la oracion y penitencia. Como era tan temeroso de Dios, solia parecerle que daba con sus acciones mal ejemplo á los enfermos y á los religiosos, y les decia: «Hermanos, perdónenme el mal ejemplo que les doy.» Y áun á deshora de la noche iba á la celda de su padre espiritual y le decia: «Perdóneme por amor de Dios, óigame como á grande pecador, que temo la justicia de Dios.» Este santo temor de Dios le obligó tambien á confesarse repetidas veces en un viaje que hizo de Panamá á Portobelo, en compañia de un religioso sacerdote, adonde iban los dos de conventuales al hospital y convento de la ciudad. Aquí fué nombrado limosnero, mereciendo por sus virtudes ser electo prior del hospital de Cartagena en Agosto de 1699, honor que le llenó de confusion por creerse indigno de él, y que renunció diferentes veces, si bien no consiguió que le fuese admitida su renuncia. Al pasar á Cartagena hubo de pedir prestado un hábito, por ser tal su pobreza que el suyo estaba indecente. El adorno de su celda, siendo prior, era una cruz con el divino Crucifijo pintado en ella, dos estampas, unos libros de devocion prestados, un rosario y unas disciplinas. Su cama fué una estera pequeña, y por cabezal una tabla cuadrada y una manta muy vieja: el atavío de su persona correspondia en un todo al mobiliario de su celda. Cuéntanse casos raros acaecidos á este santo varon, y entre ellos el que estando el siervo de Dios en la enfermería, al dar de comer á los enfermos, habia entre ellos uno bien asqueroso por cierto, siendo tan malo el olor que despedia de sí, que el sentido del olfato se resistia á sufrirle. Suplicóle el enfermero al V. Prelado que le diese de comer y le ayudase porque no podia; y tomando el plato llegóse á él, é hincándose de rodillas, comenzó á partirle los bocados, introduciéndoselos despues en la boca y alentándole para que comiese. Acabada ya esta obra de caridad, y mortificado su estómago por el hedor, salió descolorido y demudado el rostro á un patio, y llegando á un pozo pequeño que en él habia, depósito de aguas inmundas, sumergió allí las manos y se lavó muy bien la cabeza y rostro con aquel cieno para vencer por este medio su naturaleza. Así corrió felizmente la vida de este siervo de Dios, hasta que el Señor le llamó para sí. Estando enfermo no admitió cama, sino solo su estera y tabla, ni tampoco consintió desnudarse el hábito; únicamente á instancias del prelado se quitó el escapulario. Confesóse generalmente dos noches ántes de

morir, con grandes lágrimas de contricion, recibiendo con las mismas el santo sacramento de la Eucaristía. Los dias de su enfermedad permaneció muy sereno con un crucifijo delante de sí, al cual se abrazaba tendido en tierra. La noche ántes de su muerte pidió el santo sacramento de la Extremauncion, y pareció con él más reanimado y fortalecido su espíritu. Murió con tan buenas disposiciones el dia 10 de Octubre de 1701, siendo su falta muy sentida de los pobres. A su entierro asistieron las sagradas comunidades, cantando cada una su responso y misa, mezclando algunas en el canto los sollozos que su pérdida les arrancaba. Muchas personas de todas condiciones y estados procuraron haber á mano las pobres alhajillas de su celda en memoria de su virtud. Hizo los oficios la Rda. Comunidad de nuestra Señora de las Mercedes, y fué su cuerpo enterrado al lado de la Epístola, en el altar mayor, en ocasion de hallarse gobernando esta provincia de comisario general el P. Fr. Bartolomé Calvo Roldan, y siendo gobernador de la ciudad el Excmo. Sr. D. Juan Diaz Pimienta. — C. de la V.

PAEZOL (Godofredo). Abrazó la secta moderna de Ronge; pero reconociendo bien pronto su error, hizo en union de tres indivíduos más una retractacion pública, reproducida por las *Hojas de Breslau*, concebida en estos términos: «El más profundo sonrojo nos obliga á declarar públicamente »que si nos hemos dejado coger por las falaces lisonjas de los diarios de »Breslau, extraviándonos hasta el punto de prestar nuestra firma al acta de »los novadores, hemos sin embargo conocido nuestro error, al ver el odio »implacable contra toda idea de catolicismo que se hace notar, lo mismo en »las asambleas públicas que en los escritos de Ronge. Nunca hubiéramos »visto el espíritu de verdad y de caridad cristianas allí donde la injuria, el »escarnio y el odio pasan celebrados como la gran lumbrera del siglo XIX. »Así pues, volvemos profundamente arrepentidos al seno de la Iglesia de »nuestros padres.» — C. de la V.

PAFNUCIO (S.), mártir. Vivia en Egipto un hombre regularmente acomodado, que teniendo la suerte de conocer á tiempo lo efímero y perjudicial de las grandezas humanas, quiso trocarlas por otras más reales y beneficiosas que ofrece el cielo á los que se persuaden de esta verdad, y emprenden con fe el camino que los conduce al bien á que aspiran. Repartiendo á los pobres cuantos bienes poseia para quedarse más pobre que ellos y en mayor libertad para emprender su marcha, se retiró al desierto despreciando las seducciones más lisonjeras que le presentó el ángel tentador para apartarle del buen camino que llevaba. Solitario vivia en el desierto, teniendo por compañero á su conciencia que le consolaba en todas sus penalidades corporales con el bálsamo de la gracia de que disfrutaba su alma, cuando llegó á su noticia que los gentiles, enconados contra los cristianos, los atormenta-

ban cruelmente si persistian en confesar á Jesucristo. La constancia con que le dijeron que los mártires sufrian los tormentos cantando alabanzas al Señor le llenó de gozo, y entusiasmándole la idea de que por medio del martirio podria avanzar de un paso todo el camino que aún creia faltarle para llegar al trono de Dios, salió del desierto decidido á buscar á los verdugos para darles á conocer que el buen cristiano, léjos de huir de los peligros, corre á arrostrarlos con la mayor serenidad cuando se interesa en ello el amor de Dios. Firme en su propósito, buscó al gobernador de Egipto; y echándole en cara sus delitos y la crueldad con que trataba á los fieles creyentes del verdadero Dios, le confesó que él era cristiano, y que como tal declaraba que los dioses que adoraban los gentiles eran hechuras de Lucifer, y los ritos de los judios actos del infierno. Admirado el gobernador de confesion tan espontánea y decidida, le creyó loco por el pronto, y no hizo más que despreciarle; pero irritado al ver por su razonamiento que no era una enajenacion de la mente, sino una verdadera conviccion de la doctrina que sentaba, le mandó cargar de cadenas y atormentar cruelmente. Grandes consuelos del cielo recibió el Santo en medio de los duros suplicios con que trataban sus verdugos de castigarle; pues que apénas le dejaron, se curaron milagrosamente sus heridas. Como el bárbaro emperador Diocleciano se gozaba en presenciar los suplicios de los cristianos, cuya sangre ofrecia en holocausto á sus falsos dioses, el glorioso Pafnucio fué mandado á su presencia con otros muchos adoradores del verdadero Dios. Llegados á la presencia del tirano, Pafnucio no solo renovó su confesion, si que tambien vituperó al Emperador por sus crueldades, lo que le irritó de tal modo, que despues de haber hecho degollar á su vista á quinientos cuarenta y siete cristianos, mandó clavar al Santo en una palmera, desde la que su bendita alma subió al cielo, mandando aquella cohorte de bienaventurados que le acompañaron en su suplicio. La Iglesia hace conmemoracion de este suceso el dia 24 de Setiembre, porque tal vez fué en el que sufrieron el martirio. — C.

PAFNUCIO (S.), obispo y confesor. Nació este santo confesor en Egipto, de padres cristianos, á últimos del siglo III de nuestra era. Luego que se instruyó en los deberes de un cristiano que procura la vida eterna, y que no quiere trocar por ella los efímeros goces mundanos, aprendió que solo en la soledad podia dedicarse sin tantos obstáculos como á cada paso presenta el mundo á la vida contemplativa y penitente que acorta el camino del cielo á los que con fe la buscan. Fijo en esta idea, se fué al desierto en busca del glorioso S. Antonio, y bajo la direccion de tan gran maestro, se confirmó en su propósito de pasar el tiempo de su vida léjos del bullicio y de la ostentacion mundana, entregado solo á Dios. Queríale Dios para más que para

la vida eremítica, y así fué que á pesar de su retraimiento, fué obligado á salir del desierto; y sus virtudes, esparcidas por el país, le condujeron á la silla episcopal de Tebaida, que recibió con júbilo prelado de tal virtud. Víctima de la persecucion del emperador Maximino Daia, sufrió, como otros confesores de su época, que se le sacase el ojo derecho, y que se le cortasen los nervios de la rodilla izquierda, mandándole en tan lamentable estado á trabajar á las minas, en las que le martirizaron con trabajos muy penosos á que le dedicaron, y que el santo Obispo practicaba con resignacion, ofreciendo al Señor el sacrificio de su vida por el consuelo de su alma y por la conversion de sus propios verdugos. Volvió el venerable pastor á su rebaño tan luego como se restableció la paz de la Iglesia; y advirtiendo que el arrianismo iba creciendo, y que amenazaba invadir su país, se declaró contra su maldita secta, y reunió materiales para hacerle una cruda guerra. Asistiendo al concilio de Nicea, los padres de él, que tenian exactas noticias de su virtud y piedad, le distinguieron extraordinariamente. Captóse de tal modo el aprecio y amor del emperador Constantino, que le mandaba á buscar muchos dias por el especial gusto que tenia en conversar con él; y siempre que el Santo se despedia, el Emperador le besaba en el ojo vacío que perdió por confesar á Jesucristo. Su buen carácter le habia granjeado una grande amistad con S. Atanasio y con la mayor parte de los prelados católicos de su tiempo. Murió este santo prelado en 337, sin decirnos los autores el dia en que subiria al cielo su bendita alma, si bien creemos sea el el en que dejamos sentado le recuerda la Iglesia.—C.

PAFNUCIO (S.), mártir. El 19 de Abril hace memoria el Martirologio de un santo llamado con este nombre, del que se dice solamente que fué griego de nacion, y enteramente entregado á la práctica de la virtud; añadiéndose que llevado de su gran piedad á Jerusalen, deseoso de conocer los lugares en que tuvo su cuna el cristianismo, fué perseguido por los enemigos del Crucificado, que viendo no podian reducirle á abjurar de su creencia, le sacrificaron inhumanamente á su furor, proporcionándole de este modo la gloria del martirio, con cuyo mérito alcanzó la bienaventuranza, en la que premió el Todopoderoso el sacrificio que le hiciera de su vida.—C.

PAGAN (B.), mártir italiano. En el mismo dia que ilustran los anales de la historia eclesiástica los admirables hechos del protomártir S. Esteban, se refieren tambien los triunfos del beato mártir el inquisidor Pagan. Fué natural de Lenco, tierra de Bérgamo. Ejercitando el empleo referido con reconocida integridad y celo, se conjuró contra él Conrado de Venusta, hereje poderoso, que buscó á unos asesinos de su faccion para encargarles que le quitasen la vida. Encontráronle estos en Valbolina haciendo oracion, con las manos puestas en forma de cruz sobre el pecho, y le dieron muerte á

puñaladas; mas no contentos con esto, le pasaron de parte á parte el costado con una lanza, sin considerar que ya estaba muerto. Llevado á Como su cadáver, al entrar en la iglesia salió de las heridas sangre viva, especialmente del costado, que manó despues durante los siete dias que estuvo expuesto y sin enterrar, exhalando suave fragancia y suavidad. Sucedió su glorioso martirio el año de 1274, siendo muchas las gracias y milagros que el Todopoderoso obró por los méritos del Beato Pagan. Venéranle los católicos que frecuentan su sepulcro y buscan remedio en sus necesidades. El *Sacro Diario Dominicano* pone su fiesta el 26 de Diciembre.—O. y O.

PAGANEL (P.), natural de Villeneuve de Agen (Francia), en donde vió la primera luz el año de 1745. Despues de haberse dedicado á la enseñanza por espacio de doce años, y sido electo cura de Noaillac, ejerció sucesivamente los destinos de procurador síndico del mencionado Villeneuve, miembro de la Asamblea Legislativa y de la Convencion, jefe de lo contencioso y secretario general del Ministerio de Relaciones exteriores, y en 1805 el de jefe de seccion de la gran Cancillería. En la segunda restauracion fué desterrado á Lieja, en cuyo punto murió en 1826. Entre otras obras que dejó merece mencion especial la intitulada: *Ensayo histórico-crítico sobre la revolucion francesa;* 1810, tres volúmenes en 8.° y una traduccion de los *Animales parlantes* de Casti. — O. y O.

PAGANO (V.), monje Benito. Este venerable varon, cuyos antecedentes ántes de entrar en la religion se ignoran, y de quien únicamente se sabe que era natural de Catania, en la isla de Cerdeña, pertenecia á la Orden Benedictina y vivia en el convento de la mencionada ciudad, donde se distinguió por sus milagros y por la santidad de su vida. No se sabe á punto fijo en qué época floreció, aunque hay razones para creer que vivia á fines del siglo VII, segun afirman algunos cronistas de su religion. Murió en el dia 10 de Febrero, en el cual hacen mencion de él los Menologios de la Orden, considerándole como uno de los santos de la misma. — M. B.

PAGE (W. Francisco), Tomás Tiborn, Roberto Watkinson y Roque Chplen, presbíteros, alumnos del seminario anglicano de Roma y misioneros apostólicos en Inglaterra, su patria. En ella fueron premiados su celo y trabajos evangélicos con la gloria del martirio que alcanzaron, tolerando la infame y cruel muerte de horca y el ser desentrañados medio vivos, el 29 de Abril de 1602, en Lóndres. — C. de la V.

PAGÉS (P. Magin), natural de Labisbal, obispado de Tortosa. Enseñó por espacio de veinte años filosofía y teología, y fué muy dado á la oracion. «Hizo voto, dice el erudito Amat, de hacer siempre lo mejor en la sustancia y en el modo, obligándose solamente bajo la pena de pecado venial.» Dejó á su muerte la más grata memoria de santidad en Barcelona, donde falleció

el año de 1569. Quedó un manuscrito suyo, y á punto de imprimirse un curso entero de filosofía: *Universæ philosophiæ cursus*; Marcillo, 548.—O. y O.

PAGÉS (Fr. Miguel), de la órden de la Merced, cuyos cronistas le citan. Pertenecia al linaje ilustre de su apellido. En el año de 1429 floreció otro caballero mercenario, llamado Juan Pagés.—O. y O.

PAGESIUS (Magin). Nació en Bilbao, y entró en la Compañía de Jesús á los diez y seis años, el de 1607. Durante tres años enseñó la filosofía, y doce la teología. A su grande erudicion reunió el ejercicio de todas las virtudes. Terminó su carrera en Barcelona el 30 de Enero de 1659. Escribió: *Cursus universæ philosophiæ*.—O. y O.

PAGET, ministro protestante, convertido hácia 1655.—S. B.

PAGEUS (Guillermo), sabio inglés, asociado al colegio de Oxford en 1619. En 1624 obtuvo por eleccion una cátedra de teología en la misma universidad. Conocia profundamente los Padres griegos, y pasaba por buen predicador y hábil controvertista. Murió el 24 de Febrero de 1663. Escribió muchas obras, una de ellas en defensa de la costumbre de poner la rodilla en tierra cuando se pronuncia el nombre de Jesús, la que fué impresa en Oxford en 1631; otra en que ataca el tratado de Juan Hales, relativo á la herejía y el cisma, publicada en el mismo lugar en 1631; y una traduccion en inglés del libro de la *Imitacion de Jesucristo*, en 1639, en la que puso una introduccion para exhortar á lo que se llama la paz eclesiástica, es decir, á la tolerancia.—S. B.

PAGEZ. Dos señoritas de este nombre, hijas de una de las familias más ilustres de la Rochela, se convirtieron al catolicismo, y se vieron precisadas á huir de la casa paterna. Despues de instruidas en los misterios de la fe, por Mr. Vignier, del Oratorio, abjuraron el calvinismo en Diciembre de 1680.—C. de la V.

PAGI (Abate). Perteneció este eclesiástico á la familia de Pagi el cronologista franciscano. Nació en Martigni el año 1690. Hizo sus estudios con mucho éxito, y al concluirlos entró en la Compañía de Jesús. Sin que sepamos la causa, se salió de esta religion ántes de pronunciar sus últimos votos, y obtuvo un canonicato del cabildo de Cavaillan, en el que llegó á ser preboste. Publicó este autor las obras siguientes: *Histoire des révolutions des Pais-Bas*; París, 1727.—*Histoire de Cyrus le Jeune et de la retraite des Dix-mille*, con un discurso sobre la *Historia griega;* París, 1737, en 12.° Murió Pagi sin publicar una historia de Atenas que tenia prometida.—C.

PAGI ó PAGGI (Antonio). Nació este diestro cronologista franciscano en 1624, en Rognes, pequeña poblacion de la Provenza. Haciendo rápidos progresos en la primera enseñanza, un tio suyo le aconsejó hacerse fraile francisco, y

convencido de que le convenia, pues se sentia inclinado á la vida claustral, tomó el hábito aún en edad muy temprana. Las buenas disposiciones que en él advirtieran sus superiores, fueron causa de que le destinasen á la enseñanza, y profesó la filosofía y la teología, en cuyas facultades sacó discípulos sumamente aventajados. Llegó á manifestar de tal modo su capacidad y se captó hasta tal punto el aprecio de sus hermanos de religion, que mereció le eligiesen por cuatro veces provincial de la Orden. Aplicándose con pasion al estudio de la historia y de la cronología en el espacio que se lo permitian sus ocupaciones, hizo rápidos progresos en él. Su reflexiva lectura de los *Anales* de Baronio le dió á conocer las imperfecciones de esta obra al propio tiempo que su importancia, y trató de enmendar sus errores cronológicos; lo que verificó, publicando en 1689 la primera parte de este importantísimo trabajo, que fué tan apreciado que la Junta clerical le señaló una pension para que continuase su obra. Consagró el P. Pagi todos los momentos que le permitian sus deberes religiosos al estudio sin que hubiese cosa capaz de apartarle de los libros, á los que consideraba la cosa más bella del mundo. Su asiduidad exagerada al estudio quebrantó su salud; pero esto no disminuyó su amor al trabajo, y tuvo el placer, á pesar de no levantarse del lecho durante su larga enfermedad, de acabar esta obra poco tiempo ántes de su muerte, ocurrida en Niza el 5 de Junio de 1699. —C.

PAGI (Francisco), fué sobrino del franciscano Antonio Pagi y de su misma religion. Nació en Lambese, el año 1654, y heredó de su tio la aficion y gusto á la historia, recreándose con la crítica de los *Anales* de Baronio. Murió en 1721, á los sesenta y siete años de edad, despues de haber ascendido á los empleos superiores de su Orden. A él se debe un *Breviarium historico-chronologico-criticum illustrium pontificum romanorum gesta, conciliorum generalium acta, etc.*, en cuatro volúmenes, de los cuales apareció el primero en 1717, y el último se dió á luz en 1747. Su sobrino Antonio Pagi continuó la obra publicando un quinto tomo en 1748, y el sexto en 1755. Tambien se atribuye al P. Francisco Pagi la obra siguiente: *Continuatio historiæ chronologicæ ab Alexandro XII usque ad Innocentium XII*, y es la continuacion de la *Historia cronológica de los Papas* del P. Fr. Carrière, franciscano de Apt, en Provenza. —C. de la V.

PAGIO (Francisco). Nació en Lóndres de padres honrados y ricos que pusieron mucho cuidado en su educacion, criándole en la fe que ellos profesaban. Era Francisco de buen ingenio, y muy buena disposicion para cualquier negocio, á lo que unia una imaginacion brillante, un corazon apasionado, y unas facciones tan agradables que le atraian las simpatías de cuantos le habian visto una vez. Adornado de tan buenas prendas, quiso Dios que se acomodase de secretario con un caballero de los más principa-

les á quien sirvió con esmero dejándole muy satisfecho de su comportamiento. Tenia éste una hija de singular hermosura, y lo que era mejor, sumamente cristiana, quien, como tenia ocasion de tratar mucho á Pagio, se le fué aficionando cada vez más, llevada de las buenas prendas que veia en él; como la simpatía no puede ocultarse mucho tiempo, no tardó el jóven en conocerla, y como era natural en corresponder con toda la efusion de su alma. Hubieran tomado la resolucion de casarse á no ser por la repugnancia de la doncella, que no queria unirse á quien no era católico; pero esto la detenia siempre hasta que se determinó á decirle que la causa de su retraimiento no era otra que la diferencia de religiones, á lo que contestó el apasionado secretario que por lograr tanta dicha desde luego ofrecia dejar la de sus padres y abrazar la suya cualquiera que fuese. Difícil sería pintar la alegria de ambos al ver desaparecer la barrera que entre los dos se habia interpuesto siempre; baste decir que convinieron en que ella le enseñaria lo más esencial, y que despues iria á verse con el P. Juan Gerardo Fomtonio, de la Compañía de Jesús, como efectivamente lo verificó. Recibió al nuevo convertido el virtuoso sacerdote con mucho amor, admitiéndole como discípulo y enseñándole con tanto más gusto cuanto más de cerca veia la excelente disposicion que éste tenia para todo. El celo del maestro le hacia estudiar mucho al discípulo tratando de examinarle y conocerle como un escultor trata de conocer la piedra que va á labrar; de modo que ántes de un mes, ya conocia el Padre lo apasionado de su corazon, la viveza de su fantasía y el vigor con que nacian y se conservaban en él los sentimientos por la fuerza de su imaginacion, de cuya disposicion trató de sacar las ventajas posibles con la mayor sagacidad. Nada diremos de los ingeniosos medios que puso en práctica para conseguir su fin, basta saber que apénas el discípulo gustó las dulzuras de una religion llena de suavidad, apénas comprendió el heroismo de la virtud que encierra, y la magnífica recompensa que con tan hermosos colores le prometian los escritos de los Santos Padres, dedicó todo su amor al Dios de Judit y al Hijo sacrosanto de una Madre vírgen concebida sin mancha. Para él empezó á ser el mundo un árido desierto por donde era preciso caminar para llegar un dia al sitio lleno de celestiales alegrías, y con el fin de llegar más ántes y con más merecimientos se propuso dedicarse á Dios por completo, olvidar su pasion y desdeñar los bienes temporales. No se crea, sin embargo, que quiso pagar con ingratitud los muchos beneficios que debia á su prometida esposa, ántes por el contrario nada determinó sin pedirla su vénia, dispuesto á cumplir con ella si así lo exigia, como era deber de quien por ella habia conseguido la dicha de abrazar la religion católica. Debió sentir su determinacion la doncella, que le amaba muy de veras; pero como era sumamente cristiana, no se determinó á di-

suadirle de su intento, ántes al contrario sacrificando su cariño al bien de Pagio y á su nuevo Dios, le dió licencia y consejo para que realizase su piadosa determinacion; de modo que de perseguidor que era de la Iglesia se convirtió en ministro suyo, empleando su hacienda en remediar á los pobres, y su tiempo en consolar á los enfermos á quienes visitaba á menudo. Ejercitándose en estas cosas en compañía de su maestro pasaba una vida feliz y tranquila, hasta que enterados muchos herejes de lo que hacia el P. Juan Gerardo y movidos por el odio que le profesaban por ser jesuita, dieron en perseguirle sin tregua ni descanso. Vino en su ayuda la infidelidad de un criado demasiado fácil al soborno, y descubriendo dónde estaba su señor, le prendieron, haciéndole sufrir cruelísimos tormentos con el solo objeto de que descubriese á los demás católicos, lo que no pudieron de manera alguna conseguir, porque oponia á la crueldad de sus enemigos todo el valor heróico de los mártires, hasta que fatigados ya y sin esperanza de conseguir lo que se proponian, le encerraron en la Torre de Lóndres miéntras llegaba el tiempo de ajusticiarle. Grande fué el dolor de Pagio viendo que nada habia que fuese bastante para poder libertar á su maestro, ó por lo ménos acercarse á él y proporcionarle algun consuelo, aunque fuese á costa de su vida; pero no por eso se acobardaba, ántes bien, andaba siempre cerca de su prision, paseando por el sitio adonde creia debieran caer las rejas de su encierro, y haciéndole cariñosos saludos cuando llegó á ver que no se habia equivocado por asomarse su maestro en ellas. Rezelosos los guardas al ver sus ademanes, le prendieron, y no lo hubiera pasado mejor que el P. Juan Gerardo, si hubieran encontrado pruebas suficientes para su acusacion; pero se contentaron con el oro que pusieron por precio de su libertad, y le dejaron libre por aquella vez del riesgo que habia corrido. Al salir de su prision, considerando que siendo lego y sin estudios no podia disputar con los herejes para solicitar su conversion, se decidió á encaminarse á Flandes para instruirse y hacerse sacerdote ántes de emprender el camino que se habia trazado. Sin más que ser discípulo del P. Juan Gerardo, le acogieron con mucho cariño los Padres de la Compañía de Jesús, y le confirmaron en sus santos propósitos, enseñándole despues las ciencias y acrisolando la virtud de que tanto caudal necesitaba para su empresa. Una vez hecho sacerdote con mucha alegría suya, volvió á encaminarse á Lóndres, y allí empezó de nuevo la vida que habia interrumpido para perfeccionarse más y ser más apto para ella. Disputaba con los herejes, bautizaba á los instruidos y convertidos á la fe, decia misa en secreto, consolaba á los perseguidos alentándolos al martirio, y practicaba, en fin, todas las virtudes que podia desplegar dentro de una iglesia perseguida; pero aún habia de hacer más, derramando su sangre por la doctrina del Evan-

gelio, y Dios dispuso que sucediese de la manera siguiente. «Habia en Lón»dres una noble señora, llamada Lina, sumamente rica y amiga de los ca»tólicos, porque ella lo era tambien, y muy fervorosa. Como tenia muchos »bienes de que disponer, daba mucho á los pobres, empleándolos todos en »obras piadosas semejantes, entre las que nunca se olvidaba de la Compa»ñía de Jesús. Despues de la prision del P. Gerardo, estrechó más su trato »con Francisco Pagio, de manera que cuando volvió éste de Flandes, era »su confesor y decia misa en una capilla que tenia en su casa la noble se»ñora, y donde se reunian á recibir los santos sacramentos muchos ca»tólicos. Se llegaba el dia de la Purificacion, y quisieron celebrarle adornando »el oratorio, y celebrando una misa solemne en la que todos habian de »comulgar; pero los vecinos notaron la mucha afluencia de gente, y dieron »parte á la justicia, que ya sospechaba alguna cosa, de manera que inter»rumpieron la misa, profanaron el altar y robaron los vasos sagrados, apri»sionando como es consiguiente á la señora y á cuantos pudieron coger. El »sacerdote que celebraba era Pagio, y pudo escaparse milagrosamente aun»que dejando su fisonomía en la memoria de sus perseguidores, que ya le »conocian y buscaban para dar el premio del martirio á sus virtudes que »cada dia se hacian más públicas. Todavía no pertenecia á la Compañía de »Jesús, y comprendiendo en esta ocasion el riesgo que corria, no quiso mo»rir sin ingresar en ella, para lo cual corrió á verse con los superiores »para que le admitiesen. Grande fué la alegría de estos al contar entre sus »hijos á un discípulo del P. Gerardo, y para que no se malograse su espe»ranza, determinaron mandarle á Flandes para que hiciese allí su noviciado; »pero Dios lo tenia dispuesto de otro modo, y ántes de que emprendiese su »viaje, fué preso por los herejes, quienes al verle vestir el hábito de jesui»ta doblaron su encono y dispusieron apresurar su ejecucion. Sacáronle »en un carro, acompañado de pregoneros y verdugos que le afrentasen, si »esto era posible en la hora de su muerte; le condujeron á una horca que »para él tenian dispuesta, y despues de haberle colgado en ella, le sacaron »el corazon, y le hicieron cuartos, que pusieron en varios parajes.» Recibió este Santo Padre la deseada corona del martirio el dia 29 de Abril de 1602. — G. P.

PAGNINI (Lucas Antonio). Nació en Pistoya, en el año de 1737; presentó desde la más tierna edad una rara disposicion, y ayudados por su natural inclinacion le dieron sus padres una excelente educacion cristiana. Pasó más tarde al estudio del griego y del latin, en el que hizo rápidos progresos bajo la direccion de César Franchini, quien conociendo claramente su talento nada comun, se esmeró en su enseñanza, procurando sobre todo instruirle en el método con que habia de leer é imitar á los grandes maestros. Pagni-

ni empezó á recoger el fruto de sus estudios á la par que los hacia, pues ántes de concluirlos tenia tan merecido renombre, que habiendo llegado á Pistoya el vicario general de los Carmelitas, con el ánimo de visitar su convento de esta ciudad, oyó por todas partes hacer tantos elogios de él, que le propuso ingresar en su Orden, procurando atraerle por cuantos medios estaban á su alcance. No necesitó esforzarse, sin embargo, mucho, porque el jóven estudiante tenia gran inclinacion á la vida monástica, y aceptando al fin la oferta con reconocimiento, se trasladó al convento de Carmelitas de Florencia, donde pronunció sus votos, tomando el nombre de José María. Desde aquí fué enviado á Parma, y apénas habian trascurrido dos años cuando pronunció un discurso notable por su latin ciceroniano. Obtuvo tan brillantes resultados en matemáticas como en teología, filosofía y poesía, á la que era sumamente aficionado, dedicándola todos sus ratos de ocio. La segunda obra notable que salió de sus manos, fué una magnífica traduccion de Theócrito, á la que se siguieron otras no ménos dignas de Bion, Moschus, Anacreonte, Horacio y otros latinos y griegos, alemanes y franceses, buscándose con afan al cabo de pocos años sus poesías líricas, y sobre todo sus epígramas griegos, latinos é italianos, que unian á la punzante agudeza de Marcial la elegancia de Petrarca. Si publicó en latin y en italiano muchos discursos sumamente estimados, no escribió con ménos aceptacion obras serias de geometría, sin que hubiera género de literatura en que no se ejercitára. Cárlos y Felipe de Borbon, príncipes de Parma, le dieron las más honrosas pruebas de amistad, llamándole muchas veces cerca de sus personas, y los hombres más sabios, tanto italianos como de todas las naciones, contribuyeron á su mayor gloria, visitándole á menudo en su modesta celda. Hay genios que solo brillan para servir de blanco á los envenenados tiros de la envidia; pero Pagnini estaba demasiado alto por su reputacion y demasiado bajo por su modestia para que le alcanzasen. Despues de haber enseñado en su convento la filosofía, desenvolvió las riquezas de la lengua griega en la academia de Parma, dedicándose despues á la enseñanza de la elocuencia, y tuvo tanta aceptacion, que se dice corrian todos á tomar puesto en su cátedra. Los literatos principales de su siglo, que no podian disfrutar de su conversacion, seguian con él una amistosa correspondencia, y así entre la suya figuraban los nombres de Bettinelli, Alfieri y Condillac; pero aún Pagnini habia de merecer más renombre, y como no parecia sino que la fortuna queria en él ser la compañera de su mérito, le allanaba todos los caminos y le subia en sus brazos hasta la cumbre de la gloria y de la inmortalidad. En 1806 fué agregado á la universidad de Pisa, en calidad de profesor de humanidades, y en seguida de latin, por María Luisa de Borbon, regenta de Etruria durante la minoría del rey Cárlos,

su hijo. En 1813, la Academia de la Crusca discernió el primer premio de poesía á su bellísima traduccion de Horacio en versos italianos. Despues de ocupada la Toscana por los franceses, se unió la Academia de Pisa á la Francesa, y Pagnini fué nombrado académico y decano de la facultad de letras en la que era profesor de poesía latina. —Hemos hablado, si bien con mucha brevedad, de sus méritos y honores; y ahora vamos á ocuparnos de sus virtudes, que por no ser inferiores, no merecian ménos llamar la atencion. Imposible seria encarecer suficientemente su piedad, su amor á los pobres, y su celo en cumplir con los deberes que le imponia la observancia de su regla, áun en sus últimos años, cuando ya decaia notablemente. Comprendió bien Pagnini que poco ó nada habria utilizado su talento y los profundos estudios que habia hecho, si no los empleaba en la defensa de la religion; y la abrazó con entusiasmo y originalidad, comparando el Antiguo y Nuevo Testamento con el poema de Homero, apoyado en sus grandes conocimientos del latin y del griego. Pocos dias ántes de su muerte se le vió todavía encaminarse á la Academia, á pesar de su avanzada edad, para cumplir con su deber en la cátedra, que estaba llena siempre de atentos oyentes. Atacado, por último, de una apoplejía fulminante, y despues de recibir los santos sacramentos, murió á la edad de sesenta y siete años. Sus exequias fueron celebradas con mucha pompa en Pisa, donde su compatriota y colega Sebastian Ciampi pronunció su panegírico, impreso luego en Pistoya, en donde se contiene el catálogo de todas las obras de Pagnini. —G. P.

PAGNINUS DE LUCA (Sanctes), ilustre traductor de la Biblia. Si la órden de Sto. Domingo tuvo el honor en el siglo XIII de renovar, en particular en los reinos de España, el estudio de las lenguas orientales, cuyo conocimiento era tan necesario para la propagacion del Evangelio; puede decirse que muchos sabios de la misma Orden, particularmente en Italia, no se hicieron ménos recomendables en el siglo XVI por su aplicacion al mismo estudio, y por las buenas obras que presentaron á la Iglesia y á la república de las letras. Zenobio Acciájoli y Agustin Justiniani merecen un rango distinguido entre los ilustres autores, de que ya hemos tenido ocasion de hablar; podremos dar á conocer á otros muchos en lo sucesivo, que no parecerán ménos apreciables. Pero hay pocos que por su erudicion y sus escritos se hayan hecho un nombre tan grande como el sabio Sanctes Pagninus, á quien las lenguas griega y hebrea, las de los caldeos y de los árabes, no eran ménos familiares que la lengua latina ó la italiana misma. «Esto, dice Mr. Spon»de, no se pondrá en duda, conociendo su traduccion del Antiguo y Nuevo »Testamento, su *Tesoro de la lengua sagrada*, su introduccion para estu»diar las Santas Escrituras, ó para penetrar su sentido místico ó el de sus

»demás obras.» — Sanctes Pagnin, ó *Pagninus* como se le llama con mucha frecuencia áun por los autores franceses, nació en Luca, en la Toscana, hácia 1470, bajo el pontificado de Paulo II. Habiendo abrazado la órden de Sto. Domingo en 1486, fué instruido con grande celo en el convento reformado de Fiésoli, donde bajo la direccion del célebre Savonarola, hizo desde luego los más rápidos progresos, tanto en la piedad como en las ciencias; pero en particular en el estudio de la religion y de las Sagradas Escrituras. Tuvo excelentes maestros, de que no se carecia en un país, á que la magnificencia de los Médicis habia atraido los primeros sabios de la Grecia. Habia tambien muchos entre los florentinos, que cultivaban entónces con buen éxito las lenguas orientales. El jóven religioso, que no tenia ménos emulacion que ingenio, supo aprovecharse de esta ventaja. De modo que en un corto número de años aprendió todo lo que podian enseñarle sus maestros. De talento claro, agudo, penetrante, las materias más difíciles, los objetos más elevados no tenian para él nada difícil. Al leer las mejores obras, comprendia con tanta facilidad el pensamiento de sus autores, que parecia prevenirle, y hallarse en estado de dar cuenta del contenido de todo el libro, cuando apénas habia empezado á leerle. Sus profesores, lo mismo que sus condiscípulos eran al mismo tiempo sus admiradores y sus panegiristas; su reputacion pasó bien pronto los confines de la Italia; su nombre se hizo célebre en las ciudades de Florencia y de Roma, donde se hizo muchos ilustres amigos. Los dos cardenales de Médicis que subieron despues á la cátedra de S. Pedro, bajo los nombres de Leon X y de Clemente VII, habian admirado los primeros progresos de Sanctes Pagninus; le honraron siempre con su estimacion, y le dieron más de una vez pruebas de una sincera amistad. En cuanto se presentó en las cátedras de Florencia, se vió rodeado de los pueblos y los sabios; complacia á unos por la suavidad de su elocuencia y las gracias de sus discursos; y los otros admiraban el plan, el órden, la energía y la erudicion. Segun el testimonio y la expresion de un hábil autor contemporáneo, nuestro predicador era insinuante y patético en sus exhortaciones, fuerte y vehemente en la invectiva; dueño siempre de la cátedra y del espíritu del oyente, ya quisiera persuadir la verdad ó inspirar el amor de la virtud, ó el horror y el alejamiento de los vicios. Comenzó muy temprano á ejercer el santo ministerio, y continuó durante cerca de cuarenta años desempeñando sus funciones; pero con tan grande fruto, que tuvo la fortuna de sacar de los caminos de la iniquidad á una multitud de pecadores obstinados, á quienes hizo abrazar las santas prácticas de la penitencia y de toda clase de buenas obras. No fué, sin embargo, ésta la única ocupacion que le procuraron á Pagninus sus multiplicados talentos. Habiendo establecido en Roma el papa Leon X una nueva escuela pública en que se enseñaba gra-

tuitamente las lenguas orientales, fué nombrado Sanctes por el Pontífice para ser uno de los primeros profesores que debian elevar á su más alto grado de reputacion un establecimiento por sí mismo tan útil y tan necesario. Miéntras que Pagninus ocupaba este puesto con todo el éxito que hubiera podido esperarse de él, instruia al mismo tiempo á los fieles de Roma con sus predicaciones, y los edificaba con sus ejemplos. Pero si repartia todas las horas del dia entre la oracion, el púlpito y la escuela, daba la mejor parte de las de la noche á otro trabajo, que no era ni ménos sério ni ménos importante. Hacia muchos años que habia comenzado una traduccion latina de la Biblia, y la continuacion de esta grande obra le ocupaba tanto más, cuanto que queria leer, examinar y confrontar con la mayor exactitud todos los antiguos manuscritos de las Sagradas Escrituras que podia encontrar, ya estuviesen escritos en hebreo, en griego ó en caldeo. Refiere nuestro autor que Leon X le llamó un dia, pocos años despues de su exaltacion, y le dijo con bondad: «No ignoro que tienes ya muy adelantada tu version del Antiguo y Nuevo Testamento, y deseo verla.» Pagninus le entregó entónces su manuscrito, y Su Santidad, despues de leer las primeras páginas, juzgó tan favorablemente de toda la obra, que quiso que se imprimiese á sus expensas. Diéronse en el acto las órdenes y se comenzó su ejecucion. Pero no se hallaba todavía muy adelantada la edicion, cuando la muerte de este Papa y las revoluciones que fueron su consecuencia, impidieron continuar esta impresion. Pagninus salió entónces de Roma y de Italia, y se dirigió á Aviñon con el cardenal legado. Detúvose durante tres años en esta ciudad, continuando siempre sus trabajos sobre la Sagrada Escritura, sin descuidar el ministerio de la predicacion ni los demás deberes propios de su estado. Pero no encontrando en aquel país todos los auxilios de que tenia necesidad, ni libreros bastante ricos para emprender la impresion de sus obras, se marchó á Lyon; y confiesa con complacencia que esta ciudad le ofreció una morada tan cómoda y tan útil, que llegó á ser en cierto modo su patria. Allí recibió muchas muestras de la generosidad de los fieles, y á su regreso la prestó importantes servicios. El ilustre Tomás Guadagni edificó en Lyon un hospital para los apestados, por consejo y consideracion hácia nuestro protagonista, y empleó en él una parte de sus tesoros en favor de los pobres, tanto de la ciudad de Lyon como de las de Aviñon y Florencia. El celoso Padre trabajó con mucha más fortuna todavía en la salvacion de las almas. Los malhadados restos de la herejía de los vandenses se conservaban todavía en el país, y los discípulos de Lutero se esforzaban en extender su nueva doctrina; pero la Providencia se sirvió de la pluma y del ministerio de Pagninus para dar á conocer los perniciosos designios de unos y otros, y conservar entre los habitantes la pureza de la fe, alejando de ellos el veneno

de los antiguos y de los nuevos errores. Atacó á la herejía con tanta fuerza y éxito, que obligó á los sectarios á ocultarse ó huir. No quedaron sin recompensa estos servicios, y la reputacion que obtuvo le ganó de tal manera el afecto del pueblo y la estimacion de los magistrados, que le consideraron siempre desde entónces como uno de sus ciudadanos, dándole los derechos y privilegios de tal. Durante la morada de Pagninus en aquella ciudad, recibió la visita de dos de sus parientes y de algunos florentinos amigos suyos, que se ofrecieron á hacer todos los gastos necesarios para la impresion de sus obras. Habia compuesto muchas, como no tardaremos en manifestar, y la primera que se publicó en 1527 estaba dedicada al papa Clemente VII, segun se infiere de su epístola dedicatoria, de la qué tomamos parte de lo que acabamos de referir. El resto se halla en una carta que escribió el hábil filósofo y médico Sinforiano Champier en 1756 al cardenal Francisco de Tournon, arzobispo de Bourges, dirigiéndole una de las obras de Pagninus, que vivia aún. Moreri se ha engañado cuando escribió que este sabio murió en el curso del mismo año. Sabemos por el testimonio de dos ó tres autores contemporáneos que Pagninus no terminó sus trabajos y su vida hasta el 24 de Agosto de 1541, lo cual se confirma tambien por el epitafio grabado sobre su tumba. Si durante los diez y siete años que los lioneses se aprovecharon de las predicaciones de Sanctes Pagninus y de sus ejemplos de virtud, aparentaron siempre amarle como un buen ciudadano, le lloraron á su muerte como su bienhechor y su padre. Nada se olvidó para hacer más solemnes sus exequias; se le hizo enterrar en el coro de la iglesia de Sto. Domingo de Lyon, grabándose estas palabras sobre su sepultura:

Aquí descansa el célebre Sanctes Pagninus de Luca, que ha ilustrado á la Orden, á la ciudad y á los florentinos, de quienes fué muy amado por sus conocimientos en las lenguas, su piedad y su erudicion. Durmió en el Señor el 9 de las calendas de Setiembre de 1541.

El P. Espíritu Roter, en su respuesta á una carta de los ciudadanos de la nueva Babilonia, hizo el elogio de las virtudes, de los raros talentos y de los escritos de Pagninus, y añadió: «Me he encontrado en Lyon á la muerte »de este grande hombre, y he sido testigo de la solemnidad de sus exequias. »La piedad y el reconocimiento de los lioneses se han manifestado en esta oca»sion de una manera tan inequívoca, que puede decirse que no era la muer»te de un particular la que lloraban, sino la del padre comun del pueblo. »Se veia siguiendo á su ataud un gran número de los principales ciudadanos »con vestidos de luto; más de trescientos de los más distinguidos llevaban un »hacha en la mano y el dolor parecia general. Habiendo preguntado cuál era »el motivo de estos extraordinarios honores, se me respondió que toda la »ciudad de Lion se reconocia deudora de la conservacion de su fe al celo y

»á la vigilancia de Pagninus, pues si este santo religioso no hubiera levan»tado su voz como una trompeta para advertir al pueblo del peligro que le »amenazaba tan de cerca, toda la ciudad sería quizá hoy luterana.» No podemos dar una idea más exacta de las obras de nuestro autor, que traduciendo aquí lo que ha dicho Sixto de Siena. Este sabio y juicioso crítico se explica de la siguiente manera en el libro IV de su *Biblioteca Santa*, página 321: Sanctes Pagninus de Luca, dominico, varon apostólico, muy versado en las Sagradas Escrituras y en el conocimiento de las lenguas, en particular en la hebrea, habiendo notado que la célebre version de S. Gerónimo se hallaba alterada en muchos lugares, ya á consecuencia del trascurso de los tiempos ó por negligencia de los editores, se propuso hacer una nueva traduccion de toda la Escritura Sagrada, y la hizo por consejo del papa Leon X, que tuvo á bien sufragar los gastos. Habiendo, pues, reunido, leido y examinado con grande atencion muchos buenos ejemplares del texto hebreo, tradujo en latin todo el Antiguo Testamento, procuró restablecer la verdadera pronunciacion de una infinidad de nombres hebreos, que los primeros intérpretes habian querido acomodar á la pronunciacion latina, y puso los acentos sobre las palabras hebreas, para facilitar al lector el modo de pronunciarlas bien. Pagninus (continúa Sixto de Siena) tuvo siempre cuidado de marcar al márgen el número de los versículos que en el texto original componen cada capítulo de la Sagrada Escritura. Ejecutó todo esto con tanta exactitud que los rabinos más hábiles elogian mucho la fidelidad de su traduccion, y la prefieren á todas las publicadas hasta la actualidad. No se ha hecho ménos honor con su version del Nuevo Testamento, que ha traducido sobre el texto griego, conservando religiosamente la autoridad de la *Vulgata*. Toda esta obra se halla dedicada al papa Clemente VII. Sanctes ha dejado otras muchas obras; una para explicar las palabras hebreas, caldeas ó griegas que se hallan en los libros sagrados. Otra en forma de diccionario, que ha llamado con razon *El Tesoro de la lengua santa*, y que es de grande utilidad para los que quieren aprender perfectamente este idioma. Una tercera, intitulada *Isagoge ad Sacras Litteras*, es una introduccion á la Sagrada Escritura, en que se hallan excelentes reglas, sacadas de los Padres antiguos, para la inteligencia de muchas expresiones oscuras ó figuradas, usadas por los autores canónicos. Pagninus habia escrito este último libro á imitacion de uno de S. Agustin, y ha compuesto una obra mucho mayor, dividida en diez y ocho libros, para explicar, á ejemplo de S. Enquero, antiguo obispo de Lion, el sentido místico de las Sagradas Escrituras, ó para darnos su clave. Ha hecho además otra obra en seis volúmenes, en la que se hallan las diferentes explicaciones que los intérpretes hebreos, griegos y latinos han dado

de los cinco libros de Moisés, llamado el *Pentateuco*. Ha escrito, por último, y en el mismo estilo, una obra dividida en tres partes, sobre todo el *Salterio*. Todas estas obras de nuestro autor han sido estimadas y criticadas, extremadamente aplaudidas por unos y severamente censuradas por otros. Pero su traduccion de la Santa Biblia es la que ha merecido en particular los juicios de los sabios Genebraud y Arias Montano; algunos otros teólogos españoles la han criticado en otros muchos lugares, y á veces no sin razon ni justicia. Muchos sabios de reputacion de los dos últimos siglos la han considerado, por el contrario, como la más exacta y fiel que se ha hecho despues de la de S. Gerónimo. M. Huet, obispo de Avranches, la ha citado como modelo de versiones de la Biblia. Juan Francisco Pic en una carta que escribió al mismo Pagninus, nos refiere que este autor habia empleado ya el constante trabajo de veinticinco años en perfeccionar su obra. Sm. Simon en su *Historia crítica del Antiguo Testamento*, dice que trabajó durante treinta años por lo ménos. Así, añade, no puede decirse de esta traduccion, como de la mayor parte de las otras, que se haya hecho con demasiada precipitacion. Este crítico no piensa, sin embargo, que sea tan exacta como ordinariamente se cree. Aunque Sixto de Siena, al hablar de Pagninus no menciona más que las obras cuyo título acabamos de referir, y que se han impreso en Lion, en París, en Roma, en Colonia y en otros lugares, es indudable que este autor ha publicado otras muchas, además de un gran número de sermones sobre la epístola de S. Pablo, sobre los libros del Evangelio, sobre el del Apocalipsis, y sobre las profecías de Isaías, de Joel y de Zacarías. Se le atribuye tambien una edicion de la Odisea de Homero y de la Iliada, con notas sobre esta última obra. Pero es muy dudoso que imprimiese esta version y estos comentarios. — S. B.

PAGNON, de la Compañía de Jesús. Sufrió en Alepo violentas persecuciones con el P. Sauvage hácia el año de 1692. Estando ocupado en reparar una casa que le habia dado allí Mr. Lemaire, cónsul de dicho punto, fué acusado por sus enemigos de haber querido edificar una capilla pública. Fueron los soldados á prenderle y le condujeron al Cadí, que le mandó poner una argolla y llevarle á la cárcel. Afortunadamente para él, Mr. Lemaire interpuso su autoridad y le libró de la furia de sus enemigos.—O. y O.

PAGOUR, príncipe armenio, de la familia de Sunik. Fué uno de los que sufrieron voluntariamente la cautividad por Jesucristo, bajo el reinado de Haztgnerd, segundo de este nombre, y que no fué puesto en libertad ni enviado á su pais hasta ocho años despues de la muerte de este príncipe, bajo el reinado de su hijo Berose.—O. y O.

PAGUERA (Mtro. Juan de), natural de Barcelona, que vivia á principios del siglo XV, y fué autor del escrito: *Letanii novi, sive calendarii et*

martirologii, en catalan. El Sr. Perez Bayer cita el apéndice á la Biblioteca del rey de Francia, parte IV, pág. 529.—O. y O.

PAIBA (Fr. Bartolomé). Era portugués y probablemente natural de la ciudad de Lisboa, donde residia en el convento de la Santísima Trinidad y redencion de cautivos. No constan más noticias acerca de este religioso, cuyo nombre insertamos en las páginas de la *Biografía Eclesiástica*, en atencion á la celebridad que supo adquirirse en la Orden por su elegancia y facilidad para la poesía latina. Escribió y dedicó al Mtro. general de la Orden, Fr. Luis Petit, una oracion ó epístola en verso titulada: *De institutione ejusdem Ordinis Sanctissimæ Trinitatis*, la cual no llegó á imprimirse, pero de ella insertó muchos fragmentos Fr. Bernardino de San Antonio en su *Epitome Redemptionum*.—M. B.

PAIBA (Juan de), jesuita. Fué natural de Lisboa, y es conocido por una importante obra que escribió á instancias de Manuel de Noronha, obispo de Coimbra, y que publicó con el nombre de Juan de Brito Cuartanario. Este libro, escrito en idioma vulgar, tenia por objeto la instruccion del pueblo y servir de guia á los párrocos de las iglesias rurales, y se denomina: *Compendio de las ceremonias que deben observarse en la Misa*. Fué impreso en Lisboa en un tomo en 4.° el año 1671.—M. B.

PAIBA (Juan de), presbítero. Fué natural de la ciudad de Coimbra, en Portugal, en cuya famosa universidad hizo sus estudios y llegó á obtener el grado de doctor en sagrada teología. Ordenado de sacerdote, logró el cargo de prior ó rector de la iglesia de nuestra Señora de Penacoba, situada en la citada diócesis de Coimbra, siendo agraciado despues con una canongía en Lamego. Publicó la importantísima obra siguiente: *Doctrinale Sacræ Scripturæ omnes illius sensus, tum litterales, tum mysticos, necnon canones, id est, regulas interpretandi ac intelligendi sacras litteras, phrases, præterea modosque, ac versiones libri XIII complectens*; Coimbra, 1631, un tomo en fólio.—M. B.

PAIGE (Andres-René le). Este eclesiástico nació en Mans en 1699. Haciendo sus estudios en el colegio de esta ciudad, logró ventajas que le pusieron en disposicion de poderse consagrar sacerdote; y en cuanto obtuvo este ministerio fué nombrado cura párroco de Chemiré-le-Gaudin, en las riberas de la Sarthe. Despues de haber desempeñado su parroquia por espacio de veinticinco años, el año 1756 fué nombrado canónigo de la santa iglesia de Mans. Viendo la falta que hacia en la provincia del Maine una buena obra de estadística y de economía civil, Le Paige la emprendió; y despues de haber reunido un gran número de memorias particulares, que le dirigieron los curas de la diócesis y los jefes de parroquia, contestando á la invitacion que les hizo á este fin en 1772, publicó su *Diccionario topográfico*,

histórico, genealógico y bibliográfico de la provincia y diócesis de la Maine, en Mans el año 1772, en dos volúmenes en 8.° Esta obra contiene curiosas y detalladas nociones sobre la historia natural, eclesiástica, civil y literaria, y la agricultura, la industria, el comercio y las artes de cada pueblo. Hállanse en ella noticias y hechos sobre el Mans, Laval, Mayenne, la Ferté Bernard, Sablé, Mamers y otros puntos, que en vano se buscarán en otra parte; pero hacen imperfecta esta obra algunas genealogías inexactas y varias que son completamente insignificantes. Murió Le Paige en Mans el dia 2 de Julio de 1781. —C.

PAIGE (Juan le), procurador general de los Premostratenses y párroco luego de Nantouillet, murió hácia el año 1650, y es autor de la *Bibliotheca Præmostratensis Ordinis*. Dedicóla al cardenal de Richelieu, y contiene una noticia histórica de todos los abades de la Orden, dejando ver que es el fruto de muchas y difíciles investigaciones, aunque se notan algunas inexactitudes.—C. de la V.

PAIGE (Tomás de), religioso nacido en la Lorena el 25 de Noviembre de 1597; tomó el hábito de dominico en el convento de esta Orden en Toul. Parecia haberle dotado la naturaleza de todas las condiciones esenciales al predicador, y Dios le habia favorecido más aún con un talento privilegiado y el don precioso de la palabra, de manera que á su elocuencia nada comun, unia una voz sonora y simpática, una actitud grave y digna, y un estilo vehemente. A estas naturales condiciones suyas, Paige añadia cuanto de suyo podia poner dedicándose á un estudio asíduo y profundo de las Santas Escrituras, de los escritos de los Santos Padres, y sobre todo de las obras de S. Agustin, su modelo favorito.—Su primer ensayo en París fué la oracion fúnebre de Mr. Verdun, primer presidente del Parlamento, que pronunció el 17 de Marzo de 1627 en el convento de Saint-Honoré en presencia de ambas cámaras y de un auditorio compuesto de las personas más notables de aquella corte: cuatro dias no más se le concedieron de término para su composicion; pero á pesar de esta condicion enojosa y de los pocos años que aún tenia, circunstancias que no predisponian mucho á su favor, se elevó á la altura de los primeros oradores, y desde entónces fué tenido por tal. Se le disputaban en las grandes festividades las primeras iglesias de París, y tal era su reputacion al cabo de algun tiempo, que solo su nombre llenaba las iglesias de apasionados oyentes que se disputaban el sitio unos á otros; pero no solo tenia justa fama en esta capital, sino que en todas partes se contaba á Paige como una de las notabilidades de su tiempo, y los obispos le llamaban muchas veces á sus ciudades episcopales para la predicacion de la cuaresma y otras solemnidades, de manera que durante los treinta y seis años de su predicacion no dejó de añadir nuevos

títulos á su honrosa celebridad. Se creia generalmente que el cardenal de Richelieu, que le habia escuchado muchas veces con el mayor placer, le elevaria al episcopado, y no falta quien asegura que así se lo habia prometido; de todos modos lo cierto es que no lo llegó á efectuar; pues muchas veces la fortuna está reñida con el mérito, y esto sucedia mayormente en otras épocas anteriores. Como si hubiera nacido en el púlpito y para el púlpito, el P. Paige no quiso desmentir en la muerte su destino, y habiéndose puesto en camino con direccion á Langres, donde debia predicar la cuaresma, cayó enfermo, y murió á los sesenta y un años de edad en Marzo de 1658. Dejó las siguientes obras: *Manuel des confrères du Saint Rosaire. L'homme content, œuvre pleine de graves sentences, d'heureuses reparties et de bonnes pensées.— Harangue funèbre sur la mort de Nicolas de Verdun, premier président du parlement de Paris. — Oraison funèbre du maréchal de Vitri. — Harangue funèbre du duc de Chaulnes;* y la *Bibliotheca Præmonstratensis Ordinis*, compilacion notable dedicada al cardenal Richelieu. —G. P.

PAILLARD (German). Nació de una familia noble de Borgoña, originaria de Auxerre, en el siglo XIV. Felipe de Maulins, obispo de Noyon, hermano de su madre, le educó y destinó al estado eclesiástico al propio tiempo que estudiaba el derecho. Conocedor del derecho civil y eclesiástico, fué nombrado consejero del Parlamento de París, y dignidad de chantre de la iglesia catedral de la misma ciudad, de la que salió por haber sido nombrado obispo de Luzon. Ejercia las funciones de su episcopado, cuando llegaron á ser más desastrosas las diferencias de los partidos en el estado á consecuencia de la demencia de Cárlos VI. No contento con ser borgoñon de nacion y de partido, se declaró por los ingleses. Esta determinacion hizo que el Delfin, despues Cárlos VII, que se hallaba entónces en Poitiers, considerándole por su permanencia con los enemigos y rebeldes consejero y favorecedor de los mismos, le despojasen de las fortalezas pertenecientes al obispado de Luzon. Retirado en París Paillard, murió en el mes de Octubre de 1418, y fué enterrado en la iglesia de los Celestinos, segun Fontenelle al lado del obispo de Noyon su tio. — C.

PAILONI (Santiago María), sabio bibliógrafo. Nació en Venecia hácia el año 1710, y abrazó la institucion de los somasames llegando á ser conservador de la Biblioteca de su casa de la salud, rica en ediciones del siglo XV, de las que publicó curiosas noticias. Habiendo leido, miéntras se ocupaba en arreglar el catálogo de esta biblioteca, la *Historia tipográfica* de Sassi, se admiró al ver que su autor sostenia que Milan ha sido la cuna del arte tipográfico, y reivindicó este honor á la ciudad de Venecia en una disertacion titulada: *Venezia la prima città fuori della Germania, dove si esercito l'arte della stampa.* Pailoni cita en apoyo de su opinion un folleto titula-

do *Decor puellarum*, y sostiene que este rarísimo opúsculo ha salido de las prensas de Nicolás Jeuson en 1461, lo que aseguraria á Venecia, la primacía, no solo sobre Milan, sino sobre Subiaco y Roma, cuyas primeras ediciones son de 1465. Pero á pesar de todos sus esfuerzos la opinion de Pailoni no ha podido prevalecer, pues está probado que Jeuson no es el primer impresor que ha ejercitado su arte en Venecia. Despues de mucho tiempo Pailoni reunió algunas notas sobre traducciones italianas que aparecieron publicadas en la *Coleccion Calogerana*, hasta que á ruego de algunos amigos suyos, que se encargaron de la impresion, las publicó reunidas y aumentadas con el título de *Biblioteca degli autori antichi greci è latini volgarizzati*; Venecia, 1766, cinco tomos en cuarto. Los cuatro primeros contienen los autores antiguos colocados por órden alfabético, y el quinto que no es ménos curioso, las traducciones de la Biblia y de libros eclesiásticos. Cada artículo está acompañado de notas literarias ó bibliográficas, la mayor parte muy curiosas y de observaciones críticas sobre los traductores de Scip. Maffei; la *Biblioteca dell'eloquenza* de Fontanini; y la de *Volgarizzatori* de Phil. Argelati. Esta es la obra más exacta y mejor que se conoce en su género, y basta para asegurar á su autor una imperecedera reputacion. El P. Pailoni murió en Venecia á fines del año 1774 con gran sentimiento de sus numerosos amigos. Fuera de las obras ya citadas, se conocen como suyas la traduccion de los problemas de Diofante, insertada en los *Elementos de Física* de Crivelli; la del *Tratado de la amistad* de Ciceron, y por último, la de los *Discursos de Milon*, que se proponia publicar con otros opúsculos, á los que no habia dado la última mano. — G. P.

PAINE (Tomás), uno de los filósofos más atrevidos de estos últimos tiempos, hijo de un cuákero, nació en Thetford, condado inglés de Norfolk en América, el dia 29 de Enero de 1737. Al principio fué, como su padre, fabricante de corsés; luego recorrió los mares en corso; le hastiaron, por fin, los viajes, y últimamente volvió á su oficio. Despues lo abandonó nuevamente para ser empleado en contribuciones, cuyo empleo trocó por el de pasante en las escuelas de los arrabales de Lóndres. Volvió momentáneamente á los impuestos, y de allí partió á la América, donde al pronto se dió á conocer por algunos artículos de periódicos. Publicó en 1776 un folleto, defendiendo la causa de la independencia de las colonias, al cual puso por nombre *El sentido comun*, que despues tradujo al francés La Beaume. Vió su celo recompensado, pues mereció una plaza de secretario en la Junta de negocios extranjeros, y fué tambien enviado á Francia en 1781, junto con el coronel Lawrence, á fin de contratar en aquella nacion un empréstito. A poco volvió á América, y dióle como recompensa el Congreso una donacion de tres mil dollars y los bienes confiscados á un realista, que consistian en

una casa y trescientas áreas de terreno cultivado ; tambien el estado de Pensilvania le donó quinientas libras esterlinas. En 1787 reapareció Paine en Europa, en donde muy pronto, con arreglo á sus principios, se mostró en abierta oposicion con los gobiernos establecidos, protegiendo en cambio con sus libelos las revoluciones con que se veian amenazados, publicando en Lóndres, año 1791, sus célebres *Derechos del hombre*, que son una provocacion sangrienta contra el órden y contra toda sociedad. Envalentonado con el éxito, dió á luz poco despues una segunda parte, más indigna aún y ultrajante, en que expuso la teoría y la práctica, logrando ver la fermentacion que sus ideas causaban entre el pueblo; mas persiguióle el gobierno y fué entregado á los tribunales, donde á pesar de haber tenido á su cargo la defensa el célebre Erskine, salió condenado, viéndose por tanto en la alternativa de sufrir la pena de los sediciosos, ó bien desterrarse para siempre de Inglaterra. ¿Cómo pudiera dudar Paine en su resolucion? Salió, pues, sin vacilar de Inglaterra, y bien pronto Francia le abrió sus puertas. Una vez allí, la exaltacion de los espíritus, creciente de dia en dia, prepararia un completo triunfo al desterrado autor de los *Derechos del hombre*. Vióse festejado por un pueblo ébrio de entusiasmo, descarriado más bien, y Paine se prometia hacer un gran papel; sin embargo, no tuvo osadía para declararse abiertamente; y bajo el nombre de *Aquiles del Chatelet* publicó primero un escrito, en que amontonó varias opiniones relativas á la marcha del Rey, y con tendencias á persuadir *cuán preciso era ya abolir una monarquía que descendia al envilecimiento*. Obtuvo luego carta de ciudadano francés por medio de un decreto de 26 de Agosto de 1792, y pocos dias despues fué elegido diputado por el departamento del Pas-de-Calais, con destino á la Convencion Nacional, donde por más que comprendiese con dificultad el idioma francés y aunque jamás habia sido súbdito de Luis XVI, se avino perfectamente á ser juez de su causa ; votó, pues, el destierro y detencion del monarca hasta firmar la paz, y despues motivó su opinion en favor del sobreseimiento. Aquella especie de moderacion irritó de tal modo á Robespierre, que le hizo salir de la Convencion como extranjero, y en 1794 le envió como sospechoso á engrosar las filas de los detenidos del Luxemburgo. En aquel lugar de horror y en medio de tanta víctima inocente que él habia contribuido á precipitar en semejante abismo por su perniciosa doctrina, fué donde dió la última mano á su nunca bien ponderado libelo, titulado *La edad de la razon;* folleto asqueroso por su impiedad, en el cual reproduce su autor con grosero lenguaje las objeciones de los deistas, ataca á la Sagrada Escritura con toda la violencia de un corazon corrompido y niega toda revelacion, excepto la que se lee en el libro de la naturaleza. Despues fué puesto en libertad, á consecuencia de reclamacion presentada por el ministro americano en París ; y

cuando salió de la prision tornó á su puesto de diputado en el cual ya no volvió á hacerse notar. Arrastrando una vida de crápula y entregado á todo género de excentricidades, llegó á perder el poco crédito de que gozaba aún, sintiéndose por ello herido en la parte más sensible de todo su ser, en el orgullo; y no esperando recoger ya sino desprecios, resolvió pasar de nuevo á América para donde habia sido llamado otra vez por el presidente Jefferson. Murió el 8 de Junio de 1809 retirado en su casa de campo de New-Rochelle (estado de Nueva York), y su fin ha sido contado de diferentes maneras. Segun unos, en sus últimos instantes desmintió un tanto su irreligion; segun otros, al contrario, pues pretenden que habiéndose presentado dos eclesiásticos en su casa, cuando su última enfermedad, los despidió y rehusó los buenos oficios de su sagrado ministerio. Sea lo que quiera de entrambas aserciones, pues que nosotros no hemos de esclarecerlas, vamos á citar, sin embargo, un testimonio en favor de la primera, que por cierto no carece de autoridad. El Dr. Manley, su médico, asegura que Paine en su última enfermedad exclamaba en medio de sus dolores : *Dios mio, amparadme; Señor, asistidme; Jesucristo, socorredme*; y que suspiraba por oir la lectura de un libro piadoso. «Por donde conjeturo, dijo el médico, que ha»bia renunciado á sus antiguas opiniones. Estrechándole yo un dia sobre »este punto le dije : ¿Creeis, ó deseais creer que Jesucristo es Hijo de Dios? »Y despues de unos breves instantes respondió : *No tengo deseo alguno de »creer nada sobre este punto.* Y aunque vivió otros dos dias, ignoro, añade »el médico, si se explicó sobre esta materia.» Lo que sí puede afirmarse es que despues de su muerte se negaron los cuákeros á recibir su cadáver, el cual, segun los deseos del difunto, tomó sepultura en su quinta de New-Rochelle. La vida de Paine fué escrita por el librero Carlile, de quien puede decirse que solo hizo su panegírico; la más exacta se publicó por Cheetham, en los Estados-Unidos, y fué reimpresa en Lóndres. En Copenhague se publicó una traduccion alemana de los principales escritos de Paine, la cual se atribuyó á C. F. Cramer.— C. de la V.

PAINO (Juan), presbítero inglés, individuo del colegio de Rheims y misionero apostólico en la Gran Bretaña. Descúbrenlo los ministros de la Reina, y es al punto preso y acusado tan falsa como injustamente. Al cabo de varios tormentos y de una larga prision, fué condenado á muerte, y conducido al suplicio el dia 2 de Abril de 1582. Besó la horca con gran alegría, hizo su profesion de fe, y del infame cordel paso al cielo su alma.—C. de la V.

PAIR ó Paterno (S.), obispo y confesor. Nació este Santo en Francia, en cuyas iglesias es venerado, en la ciudad de Poitiers el año 482. Fué hijo del piadoso Patrano, que con consentimiento de su mujer se fué á Irlanda á vivir en la soledad, en la que murió haciendo penitencia. El ejemplo de su

padre santificó de tal modo á Paterno, que siendo aún muy jóven tomó el hábito de monje en la abadía de Ansion; pero como esto no satisfaciese los deseos de mayor perfeccion que deseaba, se retiró al país de Gales, en donde fundó un monasterio. Establecido este, aún no encontró satisfechos sus deseos, y abandonándole, fué á Irlanda á hacer á su padre una visita. Debió serle tan grata la soledad en que éste vivia, que á la vuelta á su país se retiró á una soledad, en la que con otros tantos sacerdotes se preparó para ir á convertir á los idólatras. Llamó la atencion de tal modo su virtud, que á pesar de su vejez fué S. Pair consagrado obispo de Avranches, cuya iglesia gobernó por espacio de trece años, haciendo la felicidad de sus diocesanos, y siendo modelo de virtud y de piedad, hasta que murió santamente el año 563 de nuestra era; la Iglesia le recuerda el 16 de Abril.—C.

PAIS (El bienaventurado Alfonso Andrés), de la Compañía de Jesús. De nacion portugués. Formó parte de la Compañía de Misioneros que el P. Diaz condujo al Brasil despues que la del P. Acebedo. Un mes despues de la partida del *Santiago*, que conducia á este último, Diaz y sus compañeros dejaron á Madera, á fin de seguir su viaje al Brasil con el resto de la flota. Habiendo la tempestad dispersado los buques de la escuadra, el en que iba nuestro bienaventurado y sus compañeros le arrojó hácia la isla de Cuba, y en Santiago abandonaron el barco que hacia agua por todas partes. Una barca, que casualmente encontraron los viajeros, los llevó al puerto de la Habana en donde otro navio que fletaron, los trasportó á las islas Azores en Agosto de 1571. En estas encontraron al jefe de la flota, Luis de Vasconcellos, con el P. Diaz y otros cinco jesuitas que les habian precedido. El almirante, viendo tan reducida su gente, tan solo se habia quedado con un buque, y en él se reembarcaron en el mes de Setiembre del mismo año. Bien pronto encontraron cinco navíos de alto bordo, mandados por el bearnés Capdevila, calvinista que habia asistido al abordaje del *Santiago*. El combate no fué largo, y los calvinistas ocuparon el buque católico. Diaz fué asesinado y despues echado al mar el 13 de Setiembre. Francisco de Castro, confesaba al piloto en el mismo momento que los calvinistas comenzaban el abordaje, y fué tambien asesinado. Gaspar Goes sufrió la misma suerte, el P. Miguel, que habia sido encerrado con algunos otros durante la noche en la cámara de Luis Vasconcellos, habiendo lanzado un suspiro que le arrancaba la herida de su brazo, los calvinistas le arrojaron á la mar con el B. Francisco Pablo. Pedro Fernandez fué igualmente precipitado á las olas y se ahogó muy luego con Juan Alvarez, no sabiendo nadar ni el uno ni el otro. Alfonso Hernandez, despues de haberse sostenido en las aguas durante muchas horas, quedó sepultado en un minuto rezando el *Miserere mei, Deus*. Alfonso Andrés Pais se ahogó igualmente pronunciando el santo nombre de Jesús.

Los otros compañeros de martirio fueron Pedro Diaz, portugués; Jacobo Carballo y Fernan Alvarez, de igual reino. V. TANNER, *Societas Jesu*, y DU JARRIE, *Histoire des choses plus memorables*. —O. y O.

PAIS (Pedro), jesuita. Este sabio religioso, cuya patria no se sabe con certeza, aunque se supone que era francés, fué destinado á las misiones de la Etiopía y adquirió un nombre distinguido entre los geófrafos de su tiempo, por haber sido el primer europeo que descubrió el orígen del Nilo, descubrimiento hecho en Abril de 1618. Las observaciones dadas á luz con este motivo por el P. Pais, destruyen completamente las fábulas referidas por los viajeros y divulgadas por los compiladores que trataban de autorizar un asunto que no conocian. Uno de estos compiladores, el baron de Jott, en sus *Memorias sobre los Turcos y los Tártaros*, es el que ha tratado con ménos exactitud y gran falta de conocimiento el asunto esclarecido por el P. Pais. Ignóranse las demás circunstancias de la vida del misionero que nos ocupa. M. B

PAISAN, protestante de Caen, convertido al catolicismo por el controversista Véron hácia el año 1630, demostrando la contradiccion del protestantismo con la doctrina de la Escritura Sagrada y de los Santos Padres. C. de la V.

PAISANT (Abraham, Robin y su hermano), protestantes de Caen, convertidos por Véron al catolicismo por los años 1630. — C. de la V.

PAIVA DE ANDRADA (P. Diego). Véase ANDRADA (P. Diego de Paiva), jesuita.

PAJON (Miguel), hijo del célebre protestante Claudio Pajon y nieto de Pajon, señor de la Duré y des Places, y de Ester Percaux, segunda mujer del primero Aunque nacido en la religion protestante se convirtió al catolicismo y se hizo sacerdote tomando el hábito en la Congregacion del Oratorio. De aquí pasó á ser cura párroco de nuestra Señora de la Rochela, y sirvió este ministerio con mucha piedad. Fué este eclesiástico poeta de fecunda imaginacion, y publicó excelentes poesías sin su nombre. Publicó en tres volúmenes en 12.°, en París, el año 1723 las obras de su primo M. Papin, traducidas del latin al francés. Escribió otras obras que no se han impreso, entre ellas un *Tratado del pecado original;* otro titulado *Puissance et Impuissance. — Pardon. —De natura gratiæ efficacis dissertatio. —Inocencia de la doctrina que niega la gracia inmediata. —Cartas á M. Claudio. —Consideraciones sobre la naturaleza de la libertad de Dios contra la opinion de Descartes. — Escritos sobre la Providencia. — De Dios y de la conversion del hombre. — Cartas sobre la gracia universal. — Conferencias con M. Claudio. — Cartas sobre el pecado de Adan. —Calvino contra Pighius y S. Agustin. —Concordato. — Del órden que hay entre la justificacion y la santificacion.*

Locorum Sacræ Scripturæ explicatio. — *Defensa del cuarto artículo de la confesion de fe del P. R. contra el P. Maimbourg.* — *Tablas de los combates de la ley de Dios contra la del pecado.* — *Memorias para un sínodo.* — *Objeciones al sínodo de Preuilly.* — *Opinion de Testard sobre la conversion del hombre.* — *Escritos sobre el bautismo de los niños.* — *Observaciones á Bossuet, obispo de Meaux.* — *Idea de un tratado de las alianzas de Dios.* — *Análisis sobre el Génesis.* — *La verdad de la religion cristiana en cuatro proposiciones.* — *Voluntatis divinæ distinctio.* — *Principios incontestables.* — *Modo de encontrar el verdadero sentido de la Escritura.* — *Cartas á M. Bigot y á M. Russeau.* — *Tractatus de justificatione.* — *Sumario de la doctrina de Pajon sobre la gracia.* Publicó una porcion de escritos y cartas defendiendo la religion y aclarando puntos dudosos; y además llevaba una especie de *Diario* de las cosas principales que habia visto. Todo lo cual prueba la laboriosidad de este autor, que poseia las lenguas hebrea, griega y latina. El que desee ver la lista completa de sus obras, puede consultar á Moreri en el artículo referente á este Pajon, en el *Diccionario histórico y geográfico.* — C.

PAJOT (Cárlos). Este jesuita nació en París en 1609, diciéndonos solo de él, con relacion á las *Memorias* de su tiempo, Moreri, en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, que publicó una obra titulada: *Tyrocinium eloquentiæ*; y un *Diccionario latin-francés*, para el uso de los colegios de Francia, que se ha impreso muchas veces. Murió este religioso de la Compañía de Jesús el año 1683. — C.

PAKENHAM (C.), capitan de granaderos de los Guardias de la reina de Inglaterra, se hizo católico en Setiembre de 1850. — C. de la V.

PAKOST (Alberto), jesuita polaco. Escribió á principios del siglo XVII una obra en su idioma, que lleva este título: *O wykorzenierim ztego y o promnozeniu dobrego ksiag pecioro, albo nauk ducho, wnych W. X. Alwara de Paz tom wtory z taciuskiego.* — C. de la V.

PALACIO (D. Bernardo de), abad XXXIII del monasterio de Poblet el año de 1348. A la abadía más larga de D. Pedro de Copons, que duró más de treinta y dos años, se siguió la más corta, que no pasó de ocho dias, y recayó en este virtuoso sugeto. Era hombre experimentado en el manejo del convento; pues segun consta de escrituras del archivo, se hallaba ya por los años de 1334. Síndico del monasterio, al entrar el nuevo gobierno del rey D. Pedro IV, requirió á su colector real del monedaje, que restituyere lo que habia quitado á los vecinos de los lugares de Castellseras, Boldú, Tornabous, la del condado de Urgel y vasallos de Poblet, y no habiendo querido devolverlo el colector real, puso apelacion al conde de Urgel el infante D. Jaime contra aquel ministro y en defensa de los derechos del monasterio. En medio de la espantosa mortandad que sucedia en Poblet,

pasaron los monjes á la nueva eleccion que recayó en dicho D. Bernardo, á quien la peste cortó en seguida el hilo de la vida, y al cual no bastaron á quitarle del peligro los estragos que aquella causaba. Antes por el contrario asistia á los enfermos como celoso pastor y amoroso padre. Dejó al convento en el mayor desconsuelo, pues se prometia seria tan insigne prelado como su antecesor. Enterráronle en capítulo, segun acostumbrado estilo, mas se ignora el lugar. —O. y O.

PALACIO (D. Gregorio Juan). Nació este ilustrado sacerdote aragonés en Zaragoza, en la segunda mitad del siglo XVI. Dedicado al estudio, entró en el colegio mayor de Santiago de la ciudad de Huesca el 25 de Julio de 1605, de donde salió para servir una plaza de canónigo de la santa iglesia de Mora, para la que fué nombrado en 24 de Febrero de 1609. Su ciencía le valió ser elegido examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza por el prelado D. Tomás de Borja, y tambien obtuvo los destinos de vicario de la parroquia de S. Gil de la misma ciudad, y catedrático de cánones de su universidad. Señalándose como poeta, escribió diversos poemas, y se ven composiciones suyas en buenos versos, en el certámen que se celebró en Zaragoza en 1599, con motivo de la muerte del rey D. Felipe II. En el *Aganipe de los poetas aragoneses* del cronista Andrés se dice de este poeta eclesiástico:

El doctor Juan Palacio,
Que lisonja pudiera ser del Lacio,
Y lo fué del colegio Zebedeo,
A quien aplaudió Isuela en sus cristales
Sus ingeniosas, sus burlescas sales.
El Ebro en su Liceo
Ciñó sus sienes del laurel Peneo,
En cátedra leyendo Vespertina
La Pontificia célebre doctrina.

Murió este ilustrado sacerdote el año de 1614, y Ainsa en su *Historia de Huesca* hace mérito de su ingenio á la página 654; y Latassa en sus *Escritores aragoneses*, en el tomo II de su *Biblioteca*. —C.

PALACIOLO (B. Buenaventura), religioso franciscano, llamado tambien de Agrigento por el lugar de donde era natural. Fué un varon de grande prudencia, consejo y sagacidad, adornado de suma integridad en su vida y santas costumbres. Era lego de profesion, mas á pesar de esto, fué tanto su celo por su instituto y por la observancia regular, que dió principio á la reforma en Sicilia, en union con el B. Paulo de Palaciolo, de quien nos ocuparemos despues. Acrecentada esta sucesivamente, llegó á for-

mar una provincia, de que fué elegido primer custodio el mismo B. Buenaventura. Murió en 1578, despues de haber desempeñado este cargo dos veces sucesivas, mereciendo los mayores elogios, y dando á todos los religiosos insignes ejemplos de perfeccion. La Orden Seráfica celebra su memoria en 17 de Octubre. —S. B.

PALACIOLO (B. Paulo), confesor. Religioso franciscano natural de Sicilia, donde trabajó mucho en la reforma de su Orden, la que pedia al cielo orando dia y noche con grande fervor, para que le prestase auxilio para tan grande empresa y suscitase en favor suyo la paternal bondad de sus hermanos, para que llenos del mismo deseo hácia su regla y de celo por la observancia le ayudasen en su obra. Continuando en la oracion, le aconteció hallar en su mismo convento á un lego del B. Buenaventura de Agrigento, conocido ya por su prudencia, virtud, celo y santas costumbres, el cual se hallaba animado de los mismos sentimientos. Comunicáronse su secreto y trataron del modo de introducir la reforma. Hizo entre tanto la divina gracia que se les uniesen otros hermanos, guiados del mismo espíritu. De manera que en el primer capítulo provincial los beatos Paulo y Buenaventura pidieron al Rdo. P. Ministro general Fr. Antonio de Santo Angelo en los que pudieren observar con sus compañeros la regla en toda su pureza, para lo cual les fueron asignados el convento de Santa María de Jesús en 1568, y al año siguiente el de San Nicolás de Agrigento. Creció la reforma con tan buenos resultados que el año de 1578 fué erigido en custodia, falleciendo poco despues los referidos padres. La religion de S. Francisco hace honorífica mencion del B. Paulo en 21 de Octubre. —S. B.

PALACIOS (Alvaro Pizaño de), canónigo magistral de la santa iglesia de Córdoba, segun Nicolás Antonio que no nos da más noticias de este escritor, de quien cita la obra siguiente: dos *discursos en favor de la Purísima Concepcion de la Virgen Santísima nuestra Señora;* Sevilla, 1615, en 4.° —S. B.

PALACIOS (Fr. Angelo), carmelita observante, natural de Agüero. Estudió artes en la universidad de Huesca, y en la misma tomó el grado de doctor en teología. Defendió en Roma conclusiones del capítulo general de su religion, con reconocida aceptacion. Leyó doce años en esta Corte cátedra de teología en la Sapiencia, y en la misma tuvo los cargos de consultor de las Congregaciones de la general Inquisicion y del Indice. Regresó á España y visitó las provincias de Cataluña y de Andalucía. Obtuvo las catedras de Escritura y de vísperas de teología en la referida universidad, el priorato de su convento, y en 1617 el provincialato de Aragon, dando pruebas ejemplares de su observancia religiosa, de la que guardaba en los ritos y ceremonias de la Iglesia, en el canto gregoriano y del órgano, instrumento que

tañia con decoro. Fué además muy perito en las matemáticas. Murió en 1645, habiendo escrito: *Ad eminentis. D. D. Antonium, cardinalem Zapata sententiæ theologicæ*; 1613, en 4.° —*Ceremoniale fratrum ordinis Beatæ Mariæ de Monte Carmelo*, que vió el P. Fr. Luis Jacobo en la librería del convento del Cármen de Santa María Traspontina de Roma. —*De abditissimo Sanctissimæ Trinitatis mysterio tractatus. — De gratia auxiliante tractatus.— De beatitudine et gratia. — De voluntate et involuntario. — De Eucharistia primus et secundus tractatus. —In Genesim commentaria;* cuyos últimos manuscritos poseia el convento del Cármen de Zaragoza. — O. y O.

PALACIOS (V. D. Antonio Julian de), presbítero de la ciudad de Jaca, en Aragon. Ingresó en la congregacion de Anacoretas de Córdóba para ermitaño á 30 de Setiembre de 1684. Fué varon de penitencia ejemplar, habitante en una cueva en la Arrizafa, y murió con grande opinion y lleno de méritos. —C. de la V.

PALACIOS (Ilmo. Sr. D. Fernando), obispo de Lugo. Lo fué desde 1415 hasta 1435. En el primero de aquellos años, habiendo fallecido el santo varon D. Fr. Fernando de Valdés, fué elegido maestro eclesiástico para dicha mitra, hallándose á la sazon en Madrid como uno de los consejeros que tenia el rey de Aragon, cuyo celo se empleaba entónces en restituir á la Iglesia la paz y union que tanto habia alterado con su cisma el papa Benedicto. Al comienzo del siguiente año, dia de la Epifanía del Señor, se publicó en Aragon el acto de sustraccion de obediencia á Benedicto, y tambien se pensaba en publicarlo en los reinos de Castilla y Leon; pero estando en Madrid, dice Zurita, los que asistian al consejo por parte del rey de Aragon, que eran los obispos de Cuenca y de Lugo; Juan Enriquez, hijo del almirante D. Alonso Enriquez; el condestable D. Ruy Lopez de Avalos Parafan de Rivera, adelantado de Andalucía, y D. Gutierre de Toledo, arcediano de Guadalajara, no se atrevieron á determinar no hallándose presentes los del Consejo de la gobernacion de la Reina, acordando consultarlo entre tanto con el rey de Aragon. Dilatóse, no obstante, la publicacion del auto, á causa del fallecimiento de este grande y religioso príncipe, cuyo suceso tuvo lugar el jueves 2 de Abril de aquel mismo año, y tambien por la contradiccion de D. Sancho de Rojas, arzobispo de Toledo, y D. Alfonso de Ejea, arzobispo de Sevilla y otros prelados, todos hechuras del antipapa Benedicto. En 1419 remitió desde su residencia de Mantua el obispo de Lugo el nombramiento de provisor y vicario á Juan Ruiz, arcediano de grado en Oviedo. De la misma manera confirmó muchos y notables privilegios concedidos por los reyes D. Juan y D. Enrique, y que menciona el autor de la Historia de este obispado en la erudita *España Sagrada*. El año de 1433 le concedió Su Santidad el papa Eugenio IV facultad de hacer testamento y

disponer de sus bienes, y al año siguiente salió de Roma para restituirse á España. No pudo llegar á su iglesia de Lugo por haberle acometido la última enfermedad en Tarragona, en cuya ciudad rindió su espíritu en 25 de Abril. Hizo testamento acordándose de la santa catedral, objeto de su piedad y devocion, de las doncellas pobres y de los pobres de su cabildo y obispado. Dejó tambien dos codicilos, en los cuales manifestó el afecto que habia tenido en Roma á las iglesias de San Juan de Letran y de Santa María la Mayor, y á los conventos de PP. Dominicos y Agustinos. Expresó su voluntad de que le enterráran en el claustro del convento de Santo Domingo. El mencionado biógrafo P. Risco cree, siguiendo á la *Historia del obispado de Osma*, tomo III, que este prelado no falleció hasta el año de 1435. O. y O.

PALACIOS (Mtro. Fr. Francisco), electo obispo de Pamplona, fué natural de la imperial Toledo, é hijo del convento Real que allí tenia la religion Trinitaria. La inocencia y pureza de costumbres en que pasó su niñez el V. Palacios, y aun parte de su juventud, le franquearon el paso á la aficion del estado religioso; á cuyo efecto eligió en su misma ciudad el convento de Trinitarios, fundado en ella de órden de S. Juan de Mata, en el cual vió que se practicaban primorosamente las virtudes y las letras. Resuelto á pedir el santo hábito, atropelló por todo, rompiendo los lazos en que el mundo le tenia preso, y solicitó del prelado le diese satisfacion á su deseo: éste accedió á sus ruegos, como tambien la comunidad, por ser notorios á una y otro la calidad y virtud del V. Palacios. De su llamamiento al nuevo estado, bien pronto dió claro testimonio por la manera con que se condujo en el noviciado. Viendo los superiores su gran capacidad, y la inclinacion y afecto que mostraba á las letras, diéronle maestro para la filosofía, y enviáronle á cursar teología en Salamanca. En una y otra facultad salió tan consumado, que ambas pudo enseñar desde luego, y las enseñó en efecto, sacando aventajadísimos discípulos en letras y virtud. Siendo maestro de estudiantes en el colegio de Salamanca, se le ofreció un lance en el cual se demostró claramente la estimacion que de su persona hacia la universidad. Llegaron á Salamanca desde Galicia los Sres. Reyes Católicos (á principios del año 1487), despues de haber reprimido al conde de Lemus, que habia arrojado de Ponferrada la guarnicion puesta allí por aquellos monarcas, apoderándose luego de la villa, y gustaron sus Majestades honrar los patios de la nueva Atenas; mas para semejante funcion era preciso que la universidad hiciese algun alarde. La dificultad solo estribaba en quién habia de hacer la oracion; pero vuelta la vista del lado del Mtro. Palacios, unánimemente decretó aquella que se encomendase la oracion al venerable, el cual admitió resignado el nuevo favor. Llegado el caso, no dejó desmentido el alto

concepto que á todos mereciera, apareciendo adornado con todas las galas de la más sublime elocuencia; por lo cual fué admitido en el gremio de la religion, despues de practicar los actos y funciones literarias que por entónces se usaban. Los Reyes quedaron igualmente prendados de su gran sabiduría y singular modestia, diciendo el rey D. Fernando V á los que asistian á su lado: *Feliz talento tiene este religioso.* Ya en otras ocasiones habia demostrado desde el púlpito sus grandes talentos; pero en lo sucesivo fué aumentando y subiendo de punto su ingenio, y no quedaba saciado completamente el gusto de los oyentes, si en la reprension de los vicios, panegíricos de los santos, ó en las alabanzas de las virtudes, no oian la palabra de tan apostólico varon, á quien veneraban como profeta santo. Prendas tan singulares y tan repetidos aplausos llamaron desde luego la atencion de los religiosos, y le hicieron su ministro, cuyo empleo admitió con repugnancia en su humildad; pero al ver la destreza de su gobierno en la aplicacion de oportunos medicamentos, segun los diferentes achaques que á su vista se presentaban, todos descubrieron en Palacios señales manifiestas de médico experimentado. —Ya robustos en la virtud los religiosos de Salamanca, mandó la obediencia al siervo de Dios que pasase á regir los de Toledo, del cual empleo tampoco le fué posible hacer renuncia; y si bien cambió de sitio el siervo de Dios, su gobierno fué la continuacion del de Salamanca. En el año de 1499 cobraron los Reyes Católicos gran deseo de convertir á la fe católica á los moros que habian quedado en el reino de Granada, y al efecto comunicaron su piadoso intento al santo arzobispo D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, que acogió con aplauso tan piadosa idea. Con este fin decidió llevar en su compañía á su grande amigo el Mtro. Palacios, el cual admitió con gusto la ocupacion. Pero entónces, como asientan diferentes autores, obtuvieron justo premio sus tareas; pues que segun Carrillo (1) pasaron de setenta mil almas las reducidas en aquella ocasion á la fe católica. Despues de estos afanes le hicieron sus hermanos ministro de Valladolid; y estando en el lleno de sus funciones, fué electo, siendo aún presentado en sagrada teologia, ministro provincial en el convento de Badajoz por el capítulo que se celebró en 6 de Mayo de 1496. Despues lo fué en el de Talavera en el año de 1507, á oposicion del Mtro. Fr. Antonio del Puerto, ministro entónces en el convento de Sevilla; lo cual originó algunas inquietudes, porque los electores de Fr. Antonio, á pesar de la protesta hecha por todos los demás, se mostraron decididos á darle obediencia, y le aclamaron por ministro provincial, siéndolo únicamente legítimo el presentado Palacios. Dos cabezas á un tiempo en una sola provincia, y con igual jurisdiccion, claro es

(1) Anales cronológicos del mundo, *ad annum* 1499.

que habia de tenenerse por manifiesto cisma; y puesto en noticia del cabeza visible de le Iglesia, comisionó al cardenal arzobispo de Toledo, para que oyendo á entrambas partes, administrase la debida justicia. Obtúvola, pues, el presentado Palacios, que para hacerla notoria á toda la provincia, convocó á nueva congregacion en el convento de Toledo para el dia 8 de Enero de 1509, en la cual todos le prestaron obediencia. Durante aquel breve cisma vióse un tanto destemplada la observancia, y no levantó mano hasta conseguir regularizarla y sujetar á los religiosos indisciplinados. Tiempos despues, cuando el rey D. Fernando *el Católico* gobernaba los reinos de Castilla y de Leon, por muerte de la reina Doña Isabel, y en cumplimiento de la disposicion testamentaria de su esposa, meditó en la conquista del Africa, comenzando por Oran; y para llevar á cabo su proyecto, comunicóle al cardenal arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, el cual recibió gran contento por ello, y se ofreció para ayudar á la empresa con todos sus esfuerzos. Juntó, pues, caudales, armas, convocó multitud de gente, apresto galeras y naves con crecidos almacenes, y por que nada faltase, reunió asímismo algunos varones espirituales que diesen su asistencia á las tropas en aquella conquista, entre los cuales mereció su eleccion el V. Mtro. Fr. Francisco Palacios, encargándole que se acompañase de otros religiosos de su mismo instituto. Aceptó el Venerable con gratitud, por ser obra en que deseaba ocuparse, y llamó á su compañia al Mtro. Fr. Gonzalo de Espinosa, Maestro Fr. Bartolomé de Herrera, y al Mtro. Fr. Antonio de Aguanevada, con otros muchos. Salió la armada de Cartagena un miércoles 16 de Mayo de 1509, víspera de la Ascension del Señor, y se componia de diez galeras y ochenta velas más entre grandes y pequeñas, con cerca de quince mil hombres de todas armas y algunos caballeros, que animados por la nobleza de su sangre y el entusiasmo que sentian por la fe, deseaban plantar los estandartes gloriosos de Cristo en lo más remoto del Africa. El dia siguiente al de su partida llegó con próspero viento la armada al puerto de Mazalquivir, donde el santo Cardenal que mandaba las tropas dió al despuntar el dia las órdenes convenientes para saltar en tierra, entrándose miéntras á orar en la iglesia de Mazalquivir, asistido de los trinitarios y otros. Desembarcados todos y la artillería, con cuantos pertrechos de guerra aportaron, se dió comienzo por los capitanes á escuadronar el ejército para el sitio de Oran, no distante del puerto de Mazalquivir. Tarde lo advirtieron los moros, que con la brevedad del caso dispusieron sus tropas, saliéndoles al encuentro para disputarles el paso. Hecho por el Cardenal un santo y católico razonamiento á los soldados, quiso pasar adelante capitaneando el ejército; mas los experimentados en achaques de guerra, opinaron que debia serle prohibido al santo Cardenal pasar de allí; y aunque algo pesaroso, otorgó-

les su deseo, contentándose únicamente con que marchasen en asistencia de los soldados algunos religiosos. No les fué posible alcanzar victoria sobre los moros, cuyos escuadrones quisieron romper; y siendo ya las tres, creyó el conde Pedro Navarro venido el momento de cejar en la lucha, para lo cual noticiólo al V. Cisneros pidiéndole su parecer. Este, por el contrario, opinó que no debia dilatarse un punto la victoria, pues que si en tan corto tiempo se habian reunido más de doce mil moros, al otro dia, si lo dilataban, sería muy excesivo su número y más difícil el empeño. En su vista se ordenó á los católicos que subiesen á la montaña para desalojar á la morisma, y encontraron en ella gran resistencia por la multitud de piedras que lanzaban desde las alturas y otras armas arrojadizas; mas asistidos los cristianos de su valor y de la caballería que fué ganando terreno, treparon por las faldas de la sierra, haciendo de vez en cuando algunos disparos de artillería de grueso calibre, y obligaron á los moros á salvarse precipitados en la fuga, siendo perseguidos de cerca por los nuestros. Entónces ya pudo el cristiano coronar la montaña, dominándola toda al poco rato, é ir picando á la morisma hasta las puertas de la ciudad, donde por hallarlas cerradas los infieles, hicieron los nuestros en sus cuerpos gran carnicería. Miéntras las galeras habian empezado á disparar contra los muros de la plaza la artillería; y acudiendo á su defensa los que ocupaban su recinto, dieron con ello lugar á que algunos de los nuestros escalasen las murallas, tomando algunas torres, y plantando en ellas la bandera de España. Acciones tan heróicas desanimaron á los defensores de fuera y de dentro, y abriéronse las puertas despues de haber sucumbido cuatro mil moros, y quedado cautivos cinco mil. Aquella victoria hizo desmayar al Mesuar de Tremezen, que venia de socorro con numerosa falange de soldados; y penetrando en la ciudad el Cardenal, acompañado de los religiosos y algunas otras personas, consagró en iglesia la mezquita mayor, cantóse el *Te Deum laudamus*, y despues entregó la ciudad al saco por los soldados, en premio de su buen comportamiento. Puso en la plaza por gobernador interino al conde Pedro Navarro, dejó algunos ministros para asistencia de los sacramentos, y dió la vuelta á España, acompañado siempre del V. Palacios. Vuelto ya el celoso Provincial al redil de sus ovejas, trató al punto de visitarlas, y encontró felizmente la provincia en perfecta observancia, y bien provistas las arcas de los cautivos. Juntó los caudales luego, que sufrieron aumento por la piedad del santo Cardenal, y partióse al Africa, donde rescató del poder de los bárbaros ciento y cincuenta cautivos. Despues hizo otra redencion de noventa esclavos en Argel, la cual tuvo el sentimiento de no poder efectuar por sí, porque se lo impidieron algunos negocios graves de la Religion, encargando el rescate al Mtro. Fr. Gonzalo de Espinosa. El Señor no podia ménos de

premiar el celo y santos ejercicios del V. Palacios, y envióle en Burgos su última enfermedad, la cual abrazó con gusto por creerla embajada que Dios le enviaba desde su trono. Dispúsose como buen religioso para recibir los santos sacramentos, llorando amargamente sus culpas, y publicando en voz humilde que eran muy grandes. Salió, por último, de este mundo, dejando á sus muy amados hijos en el Señor y á todos cuantos le trataron, sumidos en gran tristeza, pues que en él cifraban grandes consuelos. El Necrologio Trinitario pone el feliz tránsito de este varon insigne el dia 17 de Marzo, sin decir nada del año, ni se ve tampoco indicacion alguna en cuantos escritos hablan de su vida. De unas actas capitulares de aquellos tiempos se colige, no obstante, que pudo ocurrir su muerte ántes del año 1518; mas no es deduccion tan obvia que haya de fijarse terminantemente aquella época al último trance del V. Palacios. —C. de la V.

PALACIOS (Fr. Juan de), natural de Villanueva, en el valle de Carranza, montaña de Burgos, y de la encartacion de Vizcaya. Fueron sus padres Bartolomé de Palacios y María de Santisteban, nobles ambos y virtuosos. Excusado parece añadir que el siervo de Dios aprovecharia las buenas lecciones y ejemplos de sus padres, aprendiendo con facilidad la doctrina cristiana; pero no debe omitirse la noticia de la situacion ventajosa de su espíritu al despertar á la razon. Cuando éste vino á dar sávia y vigor á todo su ser, poco halló dentro de sí el siervo de Dios que hubiera necesidad de corregir, porque al modo de una tierra bien cultivada, ningunas malezas ni abrojos descubria. Siempre evitó las conversaciones y pasatiempos de gente moza, concretando sus visitas al templo, donde á todos edificaba con su reverencia y devocion, ayudando cuantas misas podia. Sumiso y obediente á sus padres, nunca tuvo que obedecer resignado; pues en este punto jamás comprendió posible la violencia ú oposicion de su espíritu, ni áun le fué dado detenerse á reflexionar si le estaria bien ó no la obediencia inmediata y sin réplica. Sintióse inclinado á tomar el hábito religioso, y comunicó este pensamiento á sus padres, los cuales, aunque sintiendo apartarse de su compañía, pospusieron su gusto al de su hijo, dándole su licencia y bendicion. Pasó á Burgos, y allí se decidió por el hábito de trinitario. Participólo al prelado, que examinó su vocacion y suficiencia, y hallándole capaz le propuso al convento, que le aprobó unánimemente. Vestido ya el santo hábito, dió gracias á la Trinidad Beatísima por favor tan señalado, de que se reputaba indigno, y entabló nuevos ejercicios, no contento con ser bueno, como lo habia sido en el siglo, pues hubiera deseado ser santo. Su mayor delicia era el ser despreciado y tenido en poco por su inutilidad é indignos merecimientos, y de aquí el apetecer siempre los oficios más humildes. No esperó Fr. Juan á votar la obediencia para observarla, y renunció desde luego

su amor propio, no conociendo más voluntad que la de su maestro, en quien consideraba ver á nuestro Señor Jesucristo. Rendia sus pasiones con ayunos extraordinarios y rigorosas disciplinas, hasta regar muchas veces el suelo con su sangre. Tambien vistió silicios, ya de cerda, ya de hierro ú hoja de lata á manera de rayo. Armado con estas virtudes llegó el V. Palacios al dia en que habia de pronunciar sus votos, haciéndolos en manos del Maestro Fr. Pedro de Bilbao, que á la sazon era ministro de aquel Real y observantísimo convento. Estudió el nuevo profeso las artes en Burgos y teología en Salamanca. Terminada la carrera de sus estudios se retiró á su celda, empleando el tiempo en meditar dia y noche en la ley divina y en actos de obediencia. En 1590 ó 95 fué procurador y administrador general de la redencion en la provincia de Castilla, pasando á Argel á ejercitar por sí mismo el santo oficio de redentor; y deseando acrecentar los caudales destinados á este fin, tomó por su cuenta publicar la redencion en las más principales villas y ciudades de Castilla para animar á los fieles á contribuir con más copiosas limosnas. Publicóse la primera el dia 24 de Agosto de 1590 en la portería del convento de Madrid, á voz de pregon. Despues pasó el V. Padre á Valladolid con el mismo fin, donde se hizo la publicacion en 16 de Octubre del mismo año. Luego se trasladó á Leon, la Bañeza, Zamora, Toro y otros varios puntos con el propio objeto, y reunió sumas crecidas, volviendo á Madrid para desde este punto partirse á la redencion. Llevó por compañeros dos religiosos, Fr. Antonio de la Bella, de la provincia de Andalucía, y Fr. Francisco Vazquez, de la de Castilla, la cual redencion se llevó á efecto con felicidad, rescatando doscientos veintiocho cautivos, entre ellos ocho religiosos y clérigos seculares y veinticinco mujeres y niños. En esta ocasion quedóse el Venerable en Argel con ánimo de consolar á los infelices que no alcanzaron rescate. No sabemos ciertamente cuánto tiempo permaneció allí; pero se sabe la fecha de su llegada, que fué en 25 de Octubre de 1591, á las seis de la mañana. Posteriormente regresó á Andalucía con una provision Real y poderes para publicar otra redencion, como lo verificó en diferentes puntos de esta y otras provincias, recaudando las sumas dadas en limosna para este fin, y tornó á Argel en compañía del padre Fr. Antonio Serrano, de la provincia de Andalucía, ignorándose el dia de su llegada. Segun el Mtro. Fr. Andrés de Mancera, que sienta haber conocido al Venerable cerca de cuarenta años, dice que entre todas estuvo tres veces en Argel, permaneciendo allí mucho tiempo despues de cada redencion para alivio de los pobres cautivos. Por dicho de Juan Mateo, natural de Mallorca, que aseguró haber sido cautivo en Argel por los años 1600, y conocido en dicha ciudad á los PP. Aguila y Palacios empleándose en obras de misericordia, se sabe que este último rescató muchos cautivos que se

hallaban en riesgo de perder la fe, en ocasion de no tener caudal alguno que dar á los moros, y se entregó á ellos en rehenes, hasta que la provincia de Castilla enviase la porcion de dinero en que los habia concertado; mas como se retrasase demasiado el envío del rescate y los bárbaros se impacientáran, comenzaron á darle malos tratamientos y áun martirios. Segun refirió el mismo Mateo, juró haber presenciado el acto de arrastrar al Santo de las barbas, quedándose con ellas en las manos; y hasta que llegó el dinero hubo de resignarse á todo sufrimiento. Por fin determinó la provincia de Castilla hacer en Argel nueva redencion, nombrando para ello redentor general al P. Monroy y por sus compañeros á los PP. Aguila y Palacios, con el fin de que hechos los rescates volviese á España el redentor general, y quedasen en Argel sus compañeros para aliviar y fortalecer á los infelices que no alcanzasen la libertad. Aprestado para la partida, fuese despidiendo de sus hermanos, diciendo le encomendasen á Dios, pues no se verian ya más. Lo mismo aseguró el Venerable á los religiosos de Cuenca cuando pasó por aquella ciudad con sus compañeros para embarcarse. En el camino pasaron algunos trabajos, y en el mar llegaron al exceso del rigor. Llegados los siervos de Dios á Argel, fueron bien recibidos de moros y cristianos; y ántes de tratar del rescate de los cuerpos se consagraron con ardiente caridad á la redencion de las almas. Libres ya los cautivos de las prisiones del espíritu, comenzaron á ver de quebrantar las cadenas del cuerpo. Bien conocieron los venerables siervos en la primer entrevista, y experimentaron despues, que el bajá era hombre ruin en su trato, faltando á lo pactado en el salvo conducto; y áun entre los mismos cristianos hallaron correspondencia muy fria. Todo, sin embargo, lo sufria su caridad; mas ya subió de punto tanta vileza cuando el santo P. Monroy estaba para embarcarse con sus redimidos y tomar la vuelta de España, para lo cual sirvieron de instrumento unos mercaderes de Córcega, cristianos solo en el nombre, que se habian encargado de traer una hija de un mazul agá turco, que estaba cautiva en Liorna, la cual tenia grandes deseos de hacerse cristiana; y no habiéndolos satisfecho allí por circunstancias temporales, y tocando despues la nave en el puerto de Calvi, supo el obispo los deseos de la mora y la mandó sacar. Examinó su disposicion de áuimo, y hallándola decidida á recibir el bautismo, se lo administró al momento. Tristes los mercaderes por no haber conseguido su intento, llegaron á Argel y se concertaron con el padre y otros de su faccion en las cantidades que pudieron, fingiendo mil ardides y estratagemas á fin de obligar á los santos religiosos á encargarse de traer al padre su hija, y que de no hacerlo tuviesen por cierto que habian de perder la vida ellos y sus rescatados. Poco se necesita para asegurar que en nada abatieron su espíritu las violencias y amenazas que sufrieron en

aquel dia por no dar oidos á semejante proposicion. Firmes en su propósito, entregaron sus cabezas para que se las cortáran por mantener ilesa la fe de Cristo. Calcularon los infieles sacar mayor fruto si les daban tiempo para reflexionar, y se contentaron por entónces con ponerles tres gruesas cadenas y pasearlos ignominiosamente por las calles hasta el baño del Rey. A pesar de tantas tiranías y crueldades, vióse insaciable de tormentos la sed que de ellos tenia el V. Palacios, y por sí mismo acrecentaba el castigo de su cuerpo con cilicios, fuertes ayunos y recias disciplinas; por lo cual, movidos á compasion los cautivos encerrados con él, solian decirle que se tratase con ménos rigor para no llegar á perder la vida. A esto respondia el Venerable que aquello nada valia, ántes bien lo tenia por muy poco descargo de sus culpas, pues era gran pecador; que ellos, como no habian ofendido tanto á Dios, no necesitaban de tanta penitencia. Esta humildad y resignacion produjo en los cautivos efectos maravillosos, y un tedio profundo al comun enemigo, por lo que concitó los ánimos de algunos turcos en diferentes ocasiones, que le cogian, como va dicho, por las barbas y le llevaban arrastrando por el suelo. Luego solian decir á los cristianos que miraban espectáculo tan horrendo: «Mirad vuestro papaz. ¿Cómo vuestro Cristo no libra á él y á vosotros de nuestras manos?» Varias fueron las veces que los cautivos quisieron vengar tales injurias; mas vuelto á ellos el siervo de Dios, con rostro sereno y palabras dulces, les replicaba: « Esa no es la doctrina que »nos enseñó nuestro maestro Jesús con sus palabras y con su ejemplo; »aprendamos de Cristo, que toda su vida fué un puro trabajo, y siendo Dios »quiso hacerse hombre para padecer y darnos ejemplo. Esto y mucho más »merezco yo por mis muchos pecados.» En otra ocasion llegó noticia á Argel de que los inquisidores de Mallorca habian preso á un renegado, y verificado el delito, le dieron al fuego. Mandan comparecer á los santos padres Monroy y Palacios, porque el otro ya era difunto, y pídenles cuenta del renegado que los inquisidores habian quemado, diciéndoles que mandasen traerle al punto ó á los que habian dado la sentencia, pues de no hacerlo así, ejecutarian en sus personas la misma justicia. Respondieron humildemente, que no podian hacer lo que se les exigia, porque si el renegado era difunto y trocado en polvo, ¿cómo le podrian ellos traer? Tampoco estaba en sus manos en llevar á los que dieron la sentencia: « son individuos de un tribunal recto y piadoso; y, si como decis, dieron la que hemos oido referir, cierto es que no debió tener entrada la misericordia, pues que pasaron al rigor de la justicia. En nada hemos intervenido de cuanto habeis dicho, porque no es de nuestra incumbencia; pero á serlo, debemos afirmar que hubiéramos procedido de igual suerte. Si os parece justo ejecutar en nosotros lo que decis, haced lo que Dios sea servido permitiros, que con gusto abraza-

remos el sacrificio si así lo dispone el cielo. « Raro parecerá que hallasen eco en jueces tan bárbaros razones tan santas; así fué no obstante, y suspendieron un tanto el rigor, quedando por entónces satisfechos con darles allí mismo muchos palos y bofetadas, cubriéndoles los rostros de salivas; aumentaron el peso de sus cadenas, y los mandaron poner en más estrecha guarda. De nuevo dieron gracias los venerables siervos á la Trinidad Beatísima por sus favores y asistencias, y con su gracia continuaron los rigores de la prision. En esto fué llamado al eterno descanso, pues no era dable resistir á tanto y tan continuado tormento sin hallar á poco la muerte. Entre los infinitos tormentos que padeció, debemos citar el más inhumano, ocurrido ántes de su muerte, en el cual le quebrantaron y rompieron todos los huesos de su cuerpo á puro palo. Así que viendo el Venerable, cuán cercana se hallaba su última hora, confesóse con su santo compañero el P. Monroy; recibió el viático con lágrimas de ternura, é hizo la protesta de la fe. Recibido el santo sacramento de la extremauncion, hincóse de rodillas el V. Padre, teniendo un crucifijo en las manos; y tanto se enfervorizó, y tan dulces palabres le dirigia, agradeciéndole su redencion, que ya no pudo sufrir aquella débil naturaleza tanto amor, y dejó escapar su alma purísima que voló á las mansiones de los justos. Permaneció, sin embargo, el cadáver de rodillas, con el santo crucifijo en las manos, y así perseveró algunas horas, hasta que conseguido el permiso de darle tierra en el sitio donde enterraban los católicos, algo léjos de la ciudad, le pusieron cerca del sepulcro en que habian colocado al V. P. Aguila, su santo compañero. —C. de la V.

PALACIOS (Miguel de), religioso agustino natural de Granada. Estudió teología en Salamanca, y fué notabilísimo maestro de lectura y Escritura sagrada. Interpretó con suma erudicion la Biblia, y demostró evidentemente sus vastos conocimientos en los muchos comentarios y doctrinas que dejó consignadas en sus explicaciones y escritos. Fueron estos los siguientes: *In tres libros Aristotelis de Anima Commentarii, una cum quæstionibus in locos obscuros subtilissimis*; Salamanca, 1577, en fólio. — *Disputationes Theologicæ in quatuor libros Sententiarum, sex tomis*; Salamanca, 1574-1579. — *Praxis theologica de contractibus et restitutionibus*; 1585. — *Dilucidationum et declamationum Tropologicarum in Isaiam Prophetam*, libri XV, tribus tomis, 1572. — *Explanationes in XII Prophetas minores secundum omnes Sacræ Scripturæ sensus*, 1593, en fólio. — *Enarrationes in Epistolam B. Pauli ad Hebræos ad sensum litteralem historicum et misticum*; 1590. — *In Joannis Apostoli Evangelium at forsan Epistolas canonicas*; Salamanca, 1581. Murió en esta ciudad, siendo Miguel de Palacios uno de los más beneméritos ermitaños de S. Agustin en su época. — O. y O.

PALACIOS (Pablo de), presbítero, natural de Granada, hizo en Sala-

manca sus estudios, se graduó en Evora, y tomó vecindad en Portugal, donde logró tal fama de sabio y virtuoso, que le dieron en Coimbra la cátedra de Escritura, que desempeñó felizmente. Fué nombrado limosnero de la reina Doña Catalina, y predicador del cardenal infante D. Enrique, en cuyos empleos se condujo con aplauso universal. Ya anciano le ofreció el Rey el curato de *Ventona*, diócesis de Lisboa, que es de mucho honor y pingües rentas, y le admitió por tener más facilidad de socorrer á sus amados los pobres; mas pareciéndole despues demasiado abundante la cóngrua de aquel beneficio, le permutó con el de Valverde, que era de ménos ingreso, aunque bastaba á su manutencion y al socorro de los necesitados. Dos años gobernó aquella grey, siendo incansable en predicar, confesar y enseñar el catecismo, procurando por todos los medios posibles la salvacion de sus ovejas. Ocupado en tan santas obras, y fortalecido con los santos sacramentos, trocó esta vida por la eterna en 4 de Abril de 1582. Dejó escritas algunas obras, como los *Comentarios* que hizo sobre el *Eclesiástico*, *los profetas y S. Mateo*, que se imprimieron varias veces, y la *Suma Cayetana*; en portugués, que aprobó y recomendó el V. P. Granada. — C. de la V.

PALACIOS (Fr. Pedro), franciscano. Escribió en el idioma tlascalteca el *Arte de esta lengua* para uso de la misma provincia. Pedro Oroz le dió al público corregido y aumentado. Tambien escribió un libro titulado *Doctrina cristiana*, segun refiere Wadingo. — O. y O.

PALACIOS RUBIOS (Juan Lopez de), llamado tambien *de Rivero Palacios Rubios*, fué natural de una poblacion de la diócesis de Salamanca, y descendiente de una familia noble y antigua. Se dedicó al estudio del derecho y entró en el colegio de S. Bartolomé de Salamanca el año 1494, donde tomó el grado de doctor en decretos y enseñó despues derecho eclesiástico y civil hasta el año 90 del mismo siglo. Nombrado despues juez de la chancillería de Valladolid, pasó á esta ciudad, en la cual, al mismo tiempo que al desempeño de este cargo, se dedicó á la enseñanza, regentando la cátedra de derecho canónico. Despues fué nombrado consejero de Indias, destino que renunció en un principio; pero no pudo negarse á pasar á Roma como enviado del rey Fernando cerca del papa Julio II. Sus vastos conocimientos y su grande prudencia le valieron ser nombrado para formar parte de la junta que se ocupó de la promulgacion de las leyes de Toro, cargo á que ha debido su principal fama, y que Marineo Siculo le llamase en una de sus epístolas *Jurisconsultorum facile principem*. Sus muchas ocupaciones por ser constantemente consultado ya en los negocios judiciales, ya en los políticos que acontecieron en su época, no le impidieron dedicarse á la confeccion de multitud de obras, que sin realzar su mérito, aumentaron en mucho su reputacion. Cooperó á estas uno de sus hijos, Alfonso Perez de

Rivero, que las adicionó tambien despues de su muerte, y se ocupó ciertamente más bien en mejorar los trabajos de su padre, que en darnos á conocer las circunstancias de su vida, teniéndonos que contentar con las escasas que referimos, procedentes de Nicolás Antonio, quien no dice si fué eclesiástico, aunque generalmente se le supone canónigo y áun obispo, por lo que le damos cabida en nuestra obra. Escribió: 1.ª *Repetitio Rubricæ et cap. Per vestras. De donationibus inter virum et uxorem*; Valladolid, 1503, primera y segunda edicion; la tercera, revisada por el autor, fue impresa en Salamanca en 1523. Juan Bernardo Diaz de Lugo, obispo de Calahorra, hizo unas adiciones á esta obra, que publicó en Francfort en 1573, trabajo que aumentó posteriormente el abogado Juan de Barahona. De este libro es un extracto el tratado *De bonis constante matrimonio quæsitis*, publicado juntamente con el *De Repetitionibus*, de Rodrigo Juarez y Diego de Segura, en Colonia, por Gymmico, 1590, en 8.°, el cual contiene lo que escribió el autor desde el §. 57 *Sed quamvis*, hasta el §. 68 *Operatur aliud*, además del comentario del autor. — 2.ª *Allegatio in materia hæresis*; Roma, por Gregorio Ferrario, 1581, en 4.° — 3.ª *De justitia et jure obtentionis et retentionis regni Navarræ*; Salamanca, 1514, en fólio. — 4.ª *Glosa á las leyes de Toro*; Salamanca, por Juan Junta, 1542. — 5.ª *Ad fori leges*. — 6.ª *De beneficiis in Curia vacantibus*, para defender el derecho de patronato del rey de Castilla, áun en los beneficios que vacasen en la corte Romana; Sevilla, 1514, en fólio. — 7.ª *Tractatum de Primogenitura*, que vió Nicolás Antonio manuscrito en la biblioteca del Sacro Monte de Granada. — 8.ª *Super Leg. Quoniam in prioribus C. de Inoff. Testam.*, citada en un libro del colegio de S. Bartolomé de Salamanca. — 9.ª *Insularum maris Occeani tractatum*, ó de la no reduccion de los indios á la esclavitud, que menciona el mismo al fin de su obra *De justa obtentione regni Navarræ*, y la cual disfrutó D. Juan de Solórzano para adornar una de sus obras, titulada *Esparta*. — 10. *Recollectiones super jus canonicum*, citadas tambien en el libro del colegio de S. Bartolomé. — 11. *De regis Institutione*, manuscrito anotado por su hijo Alfonso, y que debió publicarse hácia el año 1523, pero del que no conoció ninguna edicion Nicolás Antonio. — 12. *De Pœnitentiis et remissionibus*. — 13. *Tratado del esfuerzo bélico*, para instruir á su hijo primogénito Juan Lopez de Rivero; Salamanca, 1524. Lleva adjunto el tratado de *Relect. ad cap. Per vestras: De justa obtentione*, etc.; *Glossis ad Leges Tauri, et Beneficiis*. — 14. *Del gobierno doméstico*, dedicado á la hija del autor. — 15. *Tratado esforzando á los indios á la fe católica*, que promulgó entre los mismos Cristóbal Colon, segun escribe Antonio de Herrera en su *Historia Indica*. — S. B.

PALACIOS DE VILLANUEVA (D. Francisco), presbítero ejemplar y celoso

en el santo ejercicio de las misiones. Fué paje del venerable siervo de Dios D. Francisco Valero, siendo cura, despues su teniente, su capellan en Badajoz (siendo obispo ya su amo), y que en todos estados le trató con familiaridad, y le confesó; su compañero, en fin, en las misiones.—O. y O.

PALADIA (Sta.). En tiempo del emperador Maximiano padeció martirio esta Santa en Galicia, con S. Melecio, jefe militar romano, Sta. Marciana, esposa de éste, Sta. Susana y doscientos cincuenta y dos compañeros, todos por haberse convertido á la religion de Jesucristo; la Iglesia los recuerda el dia 24 de Mayo. —C.

PALADINO (Santiago), eclesiástico y escritor italiano del siglo XIV, conocido tambien con el nombre de *Jacobus de Teramo* ó *Giacomo de Ancarano*, nació en 1349 en Teramo, en el Abruzzo, y se consagró al estudio del derecho en la universidad de Padua. Habiendo tomado despues el estado eclesiástico, obtuvo un canonicato del cabildo del pueblo de naturaleza, y fué agraciado luego con un arcedianato en la iglesia de Aversa. Nombrado posteriormente secretario de breves y de la penitenciaría, fué promovido nueve años despues á la silla arzobispal de Tarento, siendo trasladado en 1401 á la de Florencia; llegando, por último, en 1410 á ser obispo y administrador del ducado de Spoleto. Impugnado su nombramiento por Vivacio, favorito del papa Juan XXIII, fué confirmado al fin en el concilio de Constancia. El papa Martin V, que miraba á Paladino con grande aprecio, le envió de legado á Polonia, donde murió este prelado en 1417. Escribió un gran número de obras, que en su mayor parte han quedado inéditas, siendo entre las impresas las más notables las siguientes: *Romance ascético*, obra muy interesante y buscada todavía por los eruditos, á pesar de haberse hecho de ella muchas ediciones bajo diferentes títulos en el siglo XV, y de haberse traducido en la misma época á la mayor parte de los idiomas europeos. La mejor edicion es la que lleva este nombre: *Jac. de Teramo compend. per breve, consolatio peccatorum nuncupatum et apud nonnullos Belial vocatum*; Augsburgo, 1472, en fólio. —S. B.

PALADIO (S.). Animado este diácono de la Santa Iglesia Romana del espíritu de S. German de Auxerre para propagar la fe entre los bretones, fué ordenado obispo por el papa Celestino, y enviado el año 431 á la Hibernia, ó sea Irlanda, entre los scotos que se habian establecido allí. Pero teniendo que emigrar estos pueblos al norte de la Bretaña, por una série no interrumpida de acontecimientos que se fueron sucediendo, la mision de S. Paladio, si bien se cumplió, experimentó muchos contratiempos. Siguió á los escotos y fué su primer obispo, y considerado como su apóstol por el celo con que confirmó su fe; por lo tanto no fué en Irlanda en donde este Santo pudo ejercer una mision que estaba reservada por Dios al glorioso S. Patri-

cio, sino en Escocia, en donde llegó á formar, por medio de su predicacion, una iglesia considerable que ha producido muchos santos, de que hace mencion el Calendario escocés, publicado por Robert Keith. Murió el venerable obispo S. Paladio, segun la crónica de S. Próspero, el año 450, en Fordun, cerca de Aberdeen, y la antigua liturgia escocesa, segun M. Gence, celebra anualmente su memoria el dia 6 de Julio.—C.

PALADIO (S.), obispo de Helenópolis, en Bitinia, y confesor. Nació, á lo que se cree, en Galatia, y á la edad de veinte años se retiró á las cavernas de los Amorreos, hácia Jericó, sobre una montaña llamada Lucas, y allí pasó algun tiempo con el abad Elpido, de la Capadocia, que tambien observaba una vida austera. Por la primera vez fué á Alejandría durante el segundo consulado de Teodosio, es decir, en 388. Allí trabó relaciones con el célebre Isidoro, sacerdote y hospitalario de esta Iglesia, al cual se dirigió rogándole le aconsejára sobre su conducta en su vida solitaria y religiosa. Este Santo le llevó á otro venerable ermitaño, llamado Doroteo, que hacia sesenta años habitaba una caverna, á dos leguas de la ciudad y á orillas de la mar. Le mandó se quedára con él durante tres años, y que al fin de los cuales fuese á verle; pero ántes de cumplirse este plazo, una penosa enfermedad obligó á Paladio á mudar de vida, si bien permaneció igual término en diversos monasterios al rededor de Alejandría. Pasó un año entero, en la montaña de Nitria, donde alcanzó mucho en favor de la fe católica. Desde Nitria buscó la soledad de las celdas, viviendo en ellas nueve años hasta 399. Durante su permanencia en este país, hizo un viaje á Scitia por un asunto que su grande humildad le hizo referir. «Sucedió, cuenta, que llegó un dia de verme acometido por torpes pensamientos de impureza y de »ensueños, que poco faltó para que me hiciesen abandonar mi amada soledad, y de esto nada participé á los que me rodeaban, ni al mismo Evagro, »mi superior. Sin descubrir nada por mi semblante, me fuí por quince años »al fondo del desierto con los padres que habian envejecido en la soledad de »Scitia. Allí encontré, entre otros, uno llamado Pacon, de cerca de sesenta »años de edad, y habiéndole reconocido por persona muy sencilla, pero al »mismo tiempo muy ejercitada en los trabajos de la vida espiritual, tuve el »valor de descubrirle lo que en mi imaginacion habia pasado; á lo cual este »santo varon me dijo: No te asombres por esto, hijo mio, porque tu pena »no tiene por causa, ni las delicias, ni la ociosidad, ni la negligencia, ni »por el lugar ni la pobreza en que vives, ni porque hayas tenido comercio »alguno con las mujeres, sino porque procede del demonio, que no puede »tolerar el deseo que tienes de vivir en la virtud.» Así pasó muchos años en la soledad. Atacado en 399 del mal de estómago, creyóse pararia en hidrópico. Los ermitaños que vivian con él le hicieron volver á Alejandría para

curarse. Los médicos con quienes consultó, le aconsejaron pasase á Palestina, donde el aire podria cambiar su fatigado temperamento. De Palestina pasó á Bitinia, y entónces fué cuando hácia el año 400 fué nombrado obispo. Este Santo sufrió mucho por la causa de S. Crisóstomo, y encerrado con otros muchos en el castillo de Athyne, despues relegado á Siena en los confines de Blemyes y de los Ethiópicos. Las turbaciones excitadas en la Iglesia por la deposicion de S. Crisóstomo, concluyeron, segun los historiadores, en 417, cuando Atico, que se ocupaba en el sitio de Constantinopla, obtuvo la paz y la comunion de la Iglesia Romana. Uno de los artículos de la paz fué sin duda el restablecimiento de Paladio y de los otros que habian sido cogidos en la misma causa de S. Crisóstomo. Sócrates escribió que fué trasladado del obispado de Helenópolis al de Astune ó Aspone, en la primera Galacia; y con efecto, hay muchos manuscritos que le califican de obispo de Aspone. Llámasele, sin embargo, comunmente de Helenópolis, y bajo este título aparece en la historia. El nombre de Paladio es célebre en la de la Iglesia al principio del siglo V por dos manuscritos que este prelado compuso; el uno es la *Historia de los solitarios*, llamada *Historia Lausiaca*, y el otro el *Diálogo*, que contiene la vida y persecucion de S. Crisóstomo.—O. y O.

PALADIO (S.). Fué martirizado con Susana y Marciana. Estas dos santas, que eran las esposas de soldados mártires, fueron puestas al tormento con sus tiernos hijos. La Iglesia celebra su fiesta colectivamente el 24 de Mayo.—O. y O.

PALADIO, patriarca de Oriente, era sacerdote de Isauria, y sucedió á Pedro *el Batanero* en 488. Como su antecesor, se manifestó enemigo del concilio de Calcedonia. Tuvo dos opositores en la eleccion á la silla de Antioquía, Anastasio que fué despues emperador, y que gozaba entónces de gran prestigio entre el clero de Constantinopla, y un Juan de que no hay ninguna otra noticia. Los tres obtuvieron votos en la eleccion, pero Paladio consiguió mayor número. Despues de haber gobernado la sede diez años, murió hácia Agosto de 498.—S. B.

PALADIO ó Palais, obispo de Xaintes en el siglo VI, hijo de un rico señor de la Auvernia, que se suicidó en 566 para no caer en manos de Sigiberto, rey de Austrasia. En 573 fué nombrado obispo de Xaintes, y asistió al concilio de París, verificado en el mismo año, y al concilio de Macon en 585. Se afilió al partido de Gundebaldo, que se llamaba hijo de Clotario I, y que se apoderó de la Aquitania. Ordenó al sacerdote Faustino obispo de Acgs, infidelidad por la que le reconvino el rey Gontran, negándose á asistir á la misa que celebraba. Volvió á asistir, sin embargo, vencido por los ruegos de los obispos, y áun le convidó á comer en su mesa. Faustino fué al fin depuesto en el concilio de Macon; y Bertrand, arzobispo de Burdeos,

Paladio, obispo de Xaintes, y Orestes de Bazas, que habian consentido en su ordenacion, fueron condenados á sustentarle y á pagar una fuerte suma por via de alimentos. Habiendo muerto Bertrand al regresar de este concilio, Paladió desterró y maltrató á muchas personas de su clero, acusadas de haber entregado memorias contra él á su metropolitano. Dos años despues volvió á ser acusado Paladio de infidelidad contra Gontran, por haber recibido á los diputados que contra este enviaba Fredegunda á España. Anteste, gobernador de Angers, fué á Xaintes, y le hizo prender fuera de las murallas de la ciudad, donde no le dejó entrar hasta que dió fianza, obligándole á ceder una tierra que tenía en Berry. Paladió fué en seguida á la corte para justificarse, siendo remitido al primer concilio que se celebrase el exámen de este asunto. Desde esta época gozó pacíficamente Paladio del obispado de Xaintes, muriendo despues de 596, en cuyo año le escribió S. Gregorio, recomendándole á S. Agustin y otros misioneros de Inglaterra.—S. B.

PALADIO (Palladius), obispo de Helenópolis en Bithynia, y despues de Aspona, era gálata de nacion. En 388 marchó á la montaña de Nitria, donde vivió como solitario hasta 401 en que fué elevado al episcopado. Este prelado era amigo de S. Juan Crisóstomo, á quien no abandonó en todo el tiempo de sus persecuciones, y aun fué él tambien desterrado. Estuvo en Roma algun tiempo ántes de la muerte de este santo, y compuso á ruego de Sanso, gobernador de Capadocia, la historia de los solitarios, llamada *Lausiaca*. Se ha acusado tambien á Paladio de haber sido partidario de Orígenes, y por esta razon era enemigo de S. Gerónimo. Su grande amistad con Rufino es otra prueba de esta verdad. Habia sido discípulo de Evagro de Ponto, y aun se sospecha que se adhirió á las opiniones de Pelagio. Paladio murió en el siglo V; pero se ignora el año. Meursio tradujo su historia al griego, y se imprimió en Amsterdan en 1619, y en griego y en latin en la Biblioteca de los Stos. Padres. Se cree que este Paladio es el autor de la *Vida de San Juan Crisóstomo*, dada en griego y en latin par Mr. Bigot, é impresa en el año de 1680; pero hay algunos motivos para dudarlo.—S. B.

PALAFOLLS (Raimundo de). Si hubiéramos de seguir ciegamente á los episcopologistas ya citados, apénas podriamos contar entre los obispos de Gerona á Raimundo; pues alargando la vida á Arnaldo hasta el año de 16, dicen que deseando aquel ir á visitar el sepulcro del Señor, hizo testamento en 8 de Agosto del 17, y que falleció en 2 del mismo mes del año 18. La vista y el exámen de los pergaminos sobre proporcionar noticias más extensas acerca de Raimundo, evidencian la equivocacion de los episcopologistas sobre el tiempo de su eleccion. Existe el acta de esta, monumento precioso de antigüedad que nos saca de duda. Por lo que hace al orígen de Raimundo, se puede decir que era de las casas más ilustres de Cataluña, y en el privilegio

de hombres ó casas de paraje que en 23 de Julio de 1015 concedió el rey D. Ramon á los que con armas ó caballo le acompañaron á la famosa jornada de Córdoba en 1010, se halla la casa de Palafolls. Aunque no se sabe cuándo entró en el canonicato, es constante que en 1190 lo era ya, y arcediano de Rogationibus; pues con los dos títulos firmó una concordia entre el obispo Raimundo de Grasalli y Pedro Torruella. Con estas líneas encabezan la biografía de este ilustre prelado de Gerona los eruditos PP. Agustinos Merino y la Canal, y elogian luego la generosidad de Palafolls, pues hizo donacion considerable á la iglesia de lo que le dejó su tio D. Bernardo, sacristan mayor de Gerona y despues arzobispo de Tarragona. Componíase el donativo de cuatro casas y cuatro mansos, que habia comprado á Dalmaco de Lloret, segun documento fechado en 1118. Parecia heredada y vinculada esta generosidad en la familia, pues su hermano Guillen hizo otra copiosa donacion al monasterio de Sta. María de Rocaroja de canónigos reglares de S. Agustin. Habiendo recaido por aclamacion, muerto Arnaldo, la eleccion en favor de Raimundo hecha en 25 de Mayo, año de la Encarnacion 1214, indicion II, el clero y pueblo de la ciudad, con consentimiento y voluntad de los magnates y aclamacion del vulgo, nombraron para su pastor á Raimundo de Palafolls, arcediano, y cuyas prendas se refieren en el acta que incluyen en la *España Sagrada*, núm. 42, los mencionados autores. Martenne copia este documento en el artículo primero de su *Tesoro de Anécdotas*, refiriéndole á dicho año de 1214, y añadiendo que se le remitió D. José Taverner, canónigo de Barcelona. Tambien le halló y copió en el archivo el sabio y virtuoso Sr. Amat, cuyos trabajos honrarán siempre al clero español. Por otro documento de 7 de Julio se observa que aún no estaba en esta época consagrado; pues se le llama obispo electo, y paborde en el mes de Diciembre. Unos opinan que el motivo de no haberse consagrado, sería causado por las revueltas del tiempo, miéntras que otros creen sería quizás por la falta de consagrantes. Es verdad que con motivo de la guerra de los albigenses los tiempos eran fatales por la muerte del rey D. Pedro y la menor edad de don Jaime, y que pudieron faltar consagrantes por celebrarse entónces el concilio de Monpeller y el de Letran, adonde pasaron los obispos de Cataluña. «En 1216, consignan los PP. Merino y la Canal, tomó nuestro obispo un »testimonio de la promesa hecha por D. Sancho, conde de Rosellon y tio »del rey D. Jaime, de no echar alojamientos en las parroquias de S. Mateo y »Sta. Eugenia cuando estuvo en Gerona; y además dió el conde un hombre »propio en cambio de otro á quien habian quitado la vida los de su acompa»miento. En el año siguiente vemos comprobada la generosidad de los Pala»folls con la cesion que Guillen, hermano del Obispo, hizo á la iglesia de »las posesiones que tenia en Lloret, que unidas á las dadas por el Obispo,

»hacian un producto considerable. Ninguna otra memoria se halla en los »años 17 y 18, y únicamente se lee en el Martirologio antiguo, que murió »en 2 de Agosto de 1218. Como ni el Sr. Pontich ni el Sr. Dorca (y ménos »nosotros que recorrimos el archivo precipitadamente) hacen mencion del »viaje á Roma, ni aun de haberle proyectado nuestro Obispo, ignoramos de »dónde pudieron sacar la noticia los demás episcopologistas. Acaso estará »en su testamento, pero no hemos tenido la dicha de tropezar con él.» — O. y O.

PALAFOX (D. José), obispo. Nació este eclesiástico en Ariza á mediados del siglo XVI. Fueron sus padres D. Enrique, de gran valor militar y virey de Cerdeña, y Doña Ana de Palafox y Agustin, prima de su esposo, ambos señores del estado de Ariza en Aragon. Teniendo en cuenta el rey D. Felipe II los méritos y servicios de D. Enrique, y los muchos hijos que tenia, señaló á D. José una pension para que hiciese sus estudios con más comodidad, y distinguiéndose en ellos por su aplicacion, llegó á graduarse de doctor teólogo en la universidad de Zaragoza, en cuya ciudad recibió tambien las órdenes sacerdotales. Nombrado capellan de honor del Rey, obtuvo una canongía en la santa iglesia catedral de Tarazona. Fué vicario general del arcedianato de Calatayud, y en este empleo, segun el P. Dameto en la *Historia de San Iñigo*, á instancias del ayuntamiento de Oña, fué á venerar las reliquias del santo. Fundó primero en Ariza, y despues en Calatayud en 1616, el convento de religiosas de Santo Domingo. Como predicador fué muy celebrado en todo su país por su fervor y buen decir. Fué el primer canónigo magistral de la Seo de Zaragoza en su estado secular, cuyo distinguido cargo obtuvo en 1605. La fama de sus virtudes y de su predicacion, unido á lo considerada que fué en Aragon y en la Corte su noble familia, fueron causa de que el Rey le propusiese á Su Santidad para el obispado de Jaca; y aprobado y consagrado que fué, tomó posesion de tan elevada dignidad el dia 4 de Setiembre de 1627. Aficionado por demás al estudio escribió varias obras, citando Latasa, en su *Biblioteca de escritores aragoneses*, las siguientes: una *Catena*, desde el primer capítulo del Génesis hasta el postrero del Apocalipsi, de todas las interpretaciones y declaraciones que se han escrito de las autoridades de la Sagrada Escritura. Cinco tomos de *Colaciones y semejanzas de la Sagrada Escritura.* — *Lugares comunes reducidos á alfabetos, ilustrados de autoridades escogidas de santos.* — *Algunos lugares careados y encontrados y de conceptos de Evangelios, tocados sucesivamente*, obra calificada de particular ingenio y filosofía. Trabajó como fundador algunas ordenaciones para el referido convento de Dominicas, y para el gobierno que habia de tener de un seminario de doncellas casaderas y mujeres recogidas. Ocupado en perfeccionar estos trabajos de gran importancia religiosa

y aun civil, y en establecer reglas para la mejor direccion del rebaño de su diócesis, le sorprendió la muerte el 28 de Diciembre del mismo año en que ocupó la silla prelacial de Jaca, habiendo sido trasladado su cuerpo á la iglesia del convento de Santo Domingo de Calatayud, en donde fué sepultado el dia 5 de Enero de 1628, segun lo dice la historia del expresado convento, escrita por el P. Fr. Juan Bigordan. — C.

PALAFOX (V. Madre Sor Josefa Manuela de). El dia de S. Silvestre nació en Zaragoza el año 1649, siendo hija de los Excmos. Sres. D. Juan de Palafox, marqués de Ariza, y de Doña María Felipa de Cardona y Ligni, hija de los almirantes de Aragon, príncipes de Ligni. Retirada del mundo en el claustro de las madres Capuchinas, dió grandes pruebas de su piedad y devocion, tomando el hábito á los diez años. D. Juan Palafox, su ilustre tio y obispo de Osma, fué testigo fiel de la inocencia de su vida y sincero apreciador de sus virtudes, segun demuestran las cartas suyas que se conservan como testimonio de su grande observancia religiosa y continuada penitencia, de su profunda humildad y propio abatimiento. A los treinta años de edad fué maestra de novicias y despues vicaria y abadesa á los cuarenta, ejerciendo dos trienios este cargo. Fué asímismo fundadora y abadesa primera del monasterio de su instituto de Santa Rosalía, cuando su Ilmo. tio D. Jaime de Palafox, arzobispo de Sevilla, costeó los gastos del referido convento, en donde murió el 5 de Abril de 1724. Hizo su entierro y exequias el cabildo metropolitano de dicha ciudad, y dijo la oracion fúnebre el maestro dominicano Fr. Salvador García, á presencia de un gran gentío que concurrió á contemplar su cadáver. Cuando tenia cincuenta y cuatro años escribió una muy erudita memoria en obsequio de su instituto con el título de *Testamento suyo*, en el año de 1702. En Sevilla, el año de 1724, escribió una carta de edificacion, publicada despues de su muerte por la Rda. Madre Sor Clara Gertrudis Perez Navarro, abadesa de dicho monasterio, y compañera de esta venerable madre. — O. y O.

PALAFOX (D. Juan de), hermano del obispo de Jaca de este nombre, recibió, como él, de sus ilustres padres los señores del estado de Ariza, una esmerada educacion é instruccion, despues de la cual mereció el grado que obtuvo de doctor en derecho. Sumamente piadoso, fué nombrado prior de la Real casa é iglesia de canónigos regulares del Santo Sepulcro de Calatayud, y no perdonando medio alguno para dejar consignado de una manera ostensible su amor á Dios, fabricó el suntuoso templo de esta Real casa, é instituyó diferentes limosnas periódicas para los pobres, perfeccionando al propio tiempo varios edificios que le recuerdan. Escribió y publicó en Zaragoza en 1615 para el gobierno de la expresada Real casa la obra titulada: *Constitutiones Ecclesiæ Sancti Sepulchri Hierosolymitani Bilbilitanæ*

urbis. Se ignora la fecha de su muerte y el lugar en que sucedió por no expresarlo los autores que lo citan. —C.

PALAFOX Y MENDOZA (D. Juan). Nació este célebre, ilustre y venerable prelado español, cuya vida vamos á bosquejar ligeramente, el año 1600 de nuestra era, el dia 24 de Junio, en la villa de Fitero, de la corona y reino de Navarra, lugar bien conocido por lo saludable y medicinal de sus baños minerales. Fausto fué el año de su nacimiento, puesto que en él se celebró el jubileo que vulgarmente se llama del *Año santo*, y tambien el dia por ser en el que se regocija la Iglesia por el nacimiento del Bautista. Regia la cátedra de S. Pedro el papa Clemente VIII, y reinaba en la monarquía española Felipe III *el Piadoso*. Fué su padre natural D. Jaime de Palafox y Mendoza, marqués de Ariza, ántes de obtener este título, cuya ilustre casa ostenta entre sus blasones los de los Cardonas, Moncadas, Urreas, Lunas, Mendozas, Zúñigas, Guadaleste, Aitona, Almazan, Aranda, Morata, y de otras nobilísimas estirpes en las coronas de Castilla, Aragon, Valencia y Cataluña. El nombre de su madre, áun cuando se cree perteneciese á ilustre familia, le han ocultado siempre por decoro los que han tratado de la vida de este prelado. Sintiéndose esta frágil señora próxima á su alumbramiento, fingió tener necesidad de ir á tomar los baños de Fitero; pero como no pudo ocultar el secreto de su estado á las criadas que la acompañaban, se familiarizó con una de ellas para que la sirviera de cómplice en lo que meditaba para ocultar su desliz al mundo. Llegado el momento del parto, sin que hubiera podido lograr el aborto que en vano habia intentado, confió á la expresada criada el encargo de que á la mitad de la noche sacase al niño que habia dado á luz y le arrojase al rio; imaginando que de este modo ahogaria á un mismo tiempo á un ser que publicaba su liviandad, y lavaria la mancha que con su facilidad habia dejado caer en su honor; por esta razon no es extraño se haya ocultado para castigo el nombre de tan cruel madre. Empero á pesar de la sentencia parricida, Dios que velaba como vela siempre por la inocencia, y que queria hacer de aquel niño una de las glorias de la Iglesia de España, le salvó milagrosamente: Pedro Navarro, anciano venerable, honrado y piadoso criado de los marqueses de Ariza, era á la sazon guarda mayor del monte y de la jurisdiccion de los baños. Y como deseoso de llenar sus deberes vigilando aquellos campos, encontrase á aquellas horas una mujer cargada que trataba de ocultarse de su vista, la detuvo demandándola le dijese qué llevaba y á dónde se dirigia. Asustada la criada, le descubrió llanamente el secreto y lo que iba á hacer con aquel niño, cuyo padre le nombró. Asombrado el buen anciano de que hubiera una madre tan desnaturalizada, afeó á la criada el haberse prestado á delito tan horrible, y quitándola el niño, la dijo manifestase á su ama que habia

cumplido su órden. De esta manera se salvó el niño Juan por aquel ángel de guarda que tan á tiempo le mandó Dios. Dicen otros autores que la criada, obedeciendo la órden de su ama, arrojó al rio el niño en el cesto en que le llevaba, y que sustentándole las aguas le sacaron de ellas unos molineros, por lo cual dicen sus émulos que fué hijo de una molinera; pero esta fué una fábula que inventaron para desacreditarle los enemigos de su virtud. Empero si así hubiera sido, el vituperio sería aún mayor alabanza para nuestro prelado, puesto que se hubiera semejado en esto al legislador Moisés, á quien arrojaron sus padres al Nilo, de donde le recogió la caritativa hija de Faraon. De todos modos, Dios libró de las aguas á los dos pastores, y reyes y caudillos Moisés y Juan, á quienes escogió para fines muy altos, puesto que si el primero fué el jefe del pueblo de Dios, el segundo, virey, capitan general del Nuevo Mundo, fué pastor de un numeroso rebaño y libertador de la opresion de muchos, á quienes el oro les forja la cadena y la servidumbre más dura en que gimen. Y no se crea que los dos prodigios citados son los únicos que Dios ha hecho en este género, pues que en nuestra misma España contamos nueve santas, que se enumeran en nuestras crónicas y breviarios, y veneraron desde muy antiguo en las ciudades de Sigüenza y Palencia, las cuales son: Santas Ginebra, Vitoria, Emilia, Gemena ó Marina, Germana, Marciana, Basilia, Quiteria y Librada. Estas nueve vírgenes nacieron todas de un parto: creyendo su madre, que como su padre eran régulos gentiles, ignominioso el exceso de su fecundidad, dió órden á una criada las arrojase al rio; pero ésta, que era cristiana, en vez de obedecer la órden de su ama, las entregó á otras mujeres de su misma religion; á cuyos pechos las mantuvo el Señor, para que despues fuesen mártires ilustres de Jesucristo. — El guarda mayor del monte, que recogió al niño Juan, encomendó su lactancia con secreto á una prima suya, llamada María Navarro, la que le dió el pecho, al mismo tiempo que á un hijo suyo, durante nueve meses; pero haciéndose nuevamente embarazada, crió á Juan hasta que pudo comer con alimentos líquidos y pan mojado en vino, el que aborreció á los tres años de tal manera, que no volvió á probarle en toda su vida. Logrando saber la madre del niño Juan adónde estaba depositado su hijo, arrepentida de su inhumanidad, recompensó generosamente al guarda y á su prima, para que atendiesen á su educacion, si bien procuró hacerlo de manera que no se descubriese su primera fragilidad. Cuando contaba el niño Juan siete años, le mandó el pobre viejo, á quien llamaba padre, al campo para que guardase y apacentase cuatro ovejuelas que tenia, en cuya ocupacion imitó á Moisés. Puede decirse de nuestro prelado, como de Job, que desde su infancia creció con él la ternura y la caridad, siendo su primer acto en este genero el haber tomado sobre sus hombros á un niño de

cuatro años que se habia perdido en el campo un dia que llovia mucho, al que salvó conduciéndole al lugar, en una edad en que apénas podia él caminar por sí propio. Su padre se hallaba ausente de España, entretenido en Roma, de lo cual se aprovechó la madre, deseosa de lavar su mancha por medio de la penitencia, para entrar de religiosa en un convento, del que fué despues por su virtud prelada tres veces y fundadora de una perfectísima recoleccion, en la que edificó por su piedad hasta que murió coronada de méritos. Habiendo muerto el primogénito de la casa de Ariza, recayó el marquesado en el padre del niño Juan, D. Jaime, el que volviendo á España, sintió mucho se hubiese hecho religiosa su manceba, puesto que arrepentido de su vida pasada, se hubiera casado con ella y legitimado á su hijo. Sabedor que éste, que se llamaba Juan Navarro por haber tomado el nombre de su libertador, se hallaba en casa de un vasallo suyo, se alegró mucho, y le mandó llevar á su presencia. Tenia Juan diez años cuando su padre le reconoció públicamente, si bien con el recato que convenia para ocultar el defecto de la madre. Y conociendo su capacidad, le puso maestros sabios que le instruyesen, con los que hizo rápidos progresos en las letras y en las ciencias. Fué despues á las universidades de Alcalá y Salamanca, conservando el nombre de Juan Navarro, en las que aprendió cánones y leyes tan ventajosamente que no tardó en hacerse admirar de sus mismos catedráticos por lo privilegiado de su talento y fácil comprension. Habiéndose casado el marqués de Ariza, su padre, para dar sucesion legítima á su casa, tuvo un hijo; y al morir los marqueses de allí á poco, dejaron por tutor, administrador y gobernador del infantil marqués á nuestro Juan Navarro, que cumplió tan perfectamente su cometido que mereció por ello el aplauso general. Pruebas hay inequívocas de que Dios destinaba á Juan para grandes cosas, en los peligros de que le libró en su mocedad, pues que se cumplió el vaticinio que le hizo el santo obispo confesor de Santa Teresa, cuando le dijo al verle: ¡Oh que buena ventura tendrás, niño mio! En efecto, libróle Dios de ahogarse en el rio una noche que se bañaba con su familia; otra, en que cayó al rio de una mula; otra, en que no sabiendo faltaba el antepecho á un balcon corrió á asomarse á él; otra, en que le libró de unos facinerosos que le esperaban para asesinarle; otra, en que esperándole un personaje en el portal de su casa para matarle por sospechar que le habia injuriado, salió de ella sin que éste le viese; y en fin, porque Dios le apartó sin lesion de algunos lances que le acarrearon sus antojos. La fama publicó la suficiencia de nuestro Juan en la corte del Rey, y como no siempre los méritos han de vivir quejosos de la fortuna que reparte ciega los que á bulto se llaman premios, y muchas veces son castigo de quien los da y de quien los recibe, como dice el P. Rosende, el llamamiento de atencion de

aquella produjo su efecto. El año 1626 fué el Rey á celebrar córtes á la corona de Aragon; y áun cuando solo tenia Juan veintiseis años, fué nombrado, por lo mucho que se confiaba de su capacidad, diputado por el estado de la nobleza, y acudió á las sesiones que se celebraron en Monzon y en Barbastro, llevando en su compañía al márqués su hermano, para que en la corta edad que tenia se iniciase en lo posible en cosas que correspondian á su alta calidad. El brazo de la universidad retardaba la conclusion de estas córtes, haciendo una oposicion muy fuerte á los deseos del Rey; pero D. Juan logró, por medio de sus elocuentes discursos y de sus bien razonados escritos, conjurar la tempestad que se inauguraba en esta oposicion, logrando conciliar los ánimos á satisfaccion de todos. Prendado el Rey y su ministro, el conde-duque de Olivares, del talento y sagacidad con que D. Juan les habia sacado de aquel compromiso, le invitaron á venir á Madrid á ocupar una plaza en los consejos de la Corona. Y como se excusase por tener que atender á la tutela del marqués su hermano, á fin de quitarle este pretexto nombró el Rey al niño marqués menino de la Reina, que como tal debia criarse en la escuela de palacio. No pudiendo resistirse ya D. Juan á los deseos del Rey, siguió á la corte; y en cuanto llegó á Madrid fué nombrado fiscal del Consejo de la Guerra, destino muy conforme con la inclinacion al servicio de las armas que habia tenido en sus primeros años, y de la que le separó su padre, que deseaba abrazase el estado eclesiástico. Vacó despues la fiscalía del Consejo de las Indias, que pidió al Rey, el cual se la concedió inmediatamente, á pesar de lo mucho que pensaba este soberano al conferir destinos de esta importancia. Se distinguió de tal manera en estos consejos, que le encargaban todos los negocios y consultas más graves para que los ordenase y resolviese; y los ministros del Estado más prácticos y preciados de políticos recurrian á él en las mayores dificultades para que les sacase de ellas, por lo cual le llamaban su jefe. Su pureza de lenguaje y buen estilo resaltaba de tal manera en sus escritos, que cuando se queria alabar un documento bien puesto se decia: «Parece una consulta de D. Juan Palafox.» Persuadido de esto el Rey, le entregó, para que los metodizase y corrigiese, los papeles y diarios de la vida y virtudes de su santa y heróica tia, sor Margarita de la Cruz, los cuales puso en la elegancia y majestuosa gravedad con que se admiran en su tercera edicion. Se admiraba tanto en la corte su discrecion y entendimiento, que muchos de los cortesanos le incitaban en las conversaciones, á fin de disfrutar con su elocuencia y sagacidad. Dice el P. Rosende que preguntándole el caballero aragonés, su pariente el marqués de Torres, mayordomo del Rey, á pocos dias de venir á la corte, qué pensaba de esta y de su palacio, pintando D. Juan la risa y el llanto de los filósofos Heráclito y Demócrito, le

contestó con aquella redondilla, que se hizo despues tan célebre:

Marqués mio, no te asombre
Ria y llore, cuando veo
Tantos hombres sin empleo,
Tantos empleos sin hombre.

En lo que además de manifestar su númen poético, definió el trasiego y confusion con que ordinariamente caminan las cosas en las córtes y palacios, teatros para llorar ó para reir, en los que se juntan muchas veces en unos mismos ojos y labios las lágrimas y la risa de desordenados acontecimientos, causados por darse los hombres á los empleos y no los empleos á los hombres, de lo que resulta encontrarse muchos hombres desocupados, y mal ocupados muchos puestos. Llegó el tiempo, por fin, en que Dios manifestase claramente á D. Juan el puesto á que le destinaba. Servia en palacio la única hermana que tenia de parte de padre, de dama de la Reina al propio tiempo que era él consejero de Indias. Púsose gravemente enferma esta señora, á quien él queria mucho, y viéndola en peligro de muerte hizo voto de que si Dios le concedia la salud de su hermana no habia de vestirse de seda en toda su vida. Concedióle Dios esta gracia, mejorando á la señora, y este favor divino empezó á abrir sus ojos á la verdad. Estaba D. Juan muy orgulloso por los aplausos que recibia por su elocuencia y talento, con cuyas dotes ambicionaba llegar á los empleos más altos de la monarquía; pero Dios, que no queria dejarle caminar á su perdicion, atajó sus pasos para que reflexionando variase de rumbo. Por este tiempo murió un famoso y elocuente orador, muy instruido y conocido por su capacidad literaria, y produjo en él tal sensacion esta muerte, que le obligó á hacer sérias reflexiones sobre lo efímero y perecedero de las cosas del mundo. Reflexiones que continuó con doble extension con motivo de la muerte del presidente de uno de los Supremos Consejos, á quien se tenia por muy consumado en la ciencia de gobierno. Con estos ejemplos empezó el cielo á rendirle; y considerando que ni las letras, ni la fama y las grandezas podrian librarle de ser alimento de la corrupcion y de la podredumbre, y que solo la verdadera virtud puede burlar estos asaltos y salir victoriosa de ellos, resolvió romper de una vez los lazos de sus pasiones y mudar de vida, para pretender alcanzar las riquezas de aquella vida que no se acaba, y despreciar todo lo que muere y se reduce á polvo, que es de lo que se compone la vida temporal. Decidido á tomar este camino y entrar en su vocacion con segura planta, se dirigió por la senda de la penitencia, que conduce siempre al bien á los que la emprenden con fe y verdadero arrepentimiento de sus culpas. A este fin

buscó un sabio confesor entre los religiosos del Real convento de S. Gil de Madrid, en el que habitaban los religiosos franciscos descalzos de la austera reforma de S. Pedro Alcántara, y con verdadera contricion hizo confesion general de todos sus pecados y un propósito firme de la enmienda, con lo que dejando satisfecho al padre espiritual que habia elegido, le consoló, animó y confirmó en sus santos propósitos, diciéndole por último: « Que »mirase bien que Dios le sacaba de entre muchos que dejaba condenar, para »que le sirviese muy de veras. » Palabras que jamás se olvidaron á D. Juan. Despues de la confesion se encontró D. Juan tan iluminado por la divina gracia, que sintió amortiguadas sus pasiones, muertas sus aspiraciones mundanas y tan sereno en el ánimo, como si hubiera cambiado completamente de naturaleza. Ya no le parecieron grandes ninguna de las cosas del mundo, y encontrando solo magníficas las que se referian al cielo, su alma entró en vivísimos deseos de penitencia. Veintiocho años de edad tenia don Juan cuando, así como S. Agustin en los treinta, le encendió Dios el corazon en el amor abrasado de la sabiduría eterna, que ni se afea, ni se muda, y desprecia todo lo caduco y fugitivo. Aún vivia su madre, practicando con el ejemplo y con la enseñanza la religiosísima reforma que fundó en el convento en que se habia encerrado; y su ejemplo no pudo ménos de influir poderosamente en la resolucion de su hijo, como influyó Sta. Mónica en la de S. Agustin. Lo primero que hizo D. Juan fué deshacerse de todas sus halajas, reduciendo su casa á la pobreza. No solo cumplió el voto de no vestir seda, sino que se mandó hacer camisas de estameña gruesa ó de jerga, y de la misma tela se cortaron las sábanas para la cama cuando dormia en ella, que era muy pocas veces; en lo interior se vistió como un pobre; y en lo exterior con mucha modestia, no tanto para vestir segun requeria su empleo, cuanto para ocultar su penitencia. En estos primeros años durmió mucho tiempo debajo de una escalera secreta de su cuarto en un estrechísimo hueco sobre una tabla desnuda, sin más abrigo que un hábito de capuchino; y cuando mejor cama se permitia, era un jergon de paja sobre unas tablas, cubriéndose bien con una manta raida, ó con el capote que llevaba dentro de casa, durmiendo tanto en esta como debajo de la escalera siempre vestido. Si se le obligaba alguna vez á acostarse y desnudarse, se servia de las sábanas de estameña colocadas sobre el jergon, cubriéndose de la manera que hemos dicho ántes. Se levantaba á hacer oracion á las tres de la mañana en todas las estaciones, vestido con el hábito de capuchino y descalzo de pié y pierna, ejercitándose en muchos actos de mortificacion hasta que abria la puerta del cuarto á los criados. Azotábase diariamente con disciplinas de alambre, y constantemente llevaba ceñido al cuerpo fuertes y punzantes cilicios; ayunaba ordinariamente y se mortificaba en todo aquello que más le gustaba, dando

solamente lo necesario al sustento y nada al apetito. Estos fueron los primeros pasos que dió D. Juan Palafox por el camino de la perfeccion. La perseverancia en esta se asegura con caminar y crecer más y más cada dia en este sendero, pues que el que se detiene en él suele caer fácilmente. Deseaba D. Juan afianzar su vocacion, y para esto juzgó que no habia cosa más eficaz que cerrar de una vez la puerta á todos sus afectos é inclinaciones. A este fin, é inspirado por Dios, determinó ordenarse de sacerdote, y confiando en la misericordia de Dios, que habia de protegerle en ministerio tan santo para que pudiese cumplir en él sus deberes, empezó por recibir las órdenes menores. Hecho esto, las comuniones que hacia de ocho en ocho dias se duplicaron, y cuando se ordenó de Epístola hasta que recibió la órden del Evangelio, comulgó cada tercer dia, hasta que se consagró de sacerdote, en que lo hizo diariamente. En todas las comuniones que hizo desde que empezó á ordenarse pedia á Dios le concediese conseguir una virtud particular y la victoria contra algun vicio, especialmente aquellos á que se sentia más inclinado: en la inteligencia de que el camino más corto para cerciorarse de la verdad de su vocacion era la mortificacion, multiplicó sobre su cuerpo los cilicios y las disciplinas. Considerando que habiendo sido may galan habia puesto gran estudio en vestirse como señor, se cortó el cabello, se afeitó la barba y se hizo el manteo de un paño muy ordinario, ciñéndole con una cinta de hiladillo á fin de no usar de modo alguno la seda. Chocó de tal manera en la corte esta mudanza, que unos le tuvieron lástima, creyendo que se habia vuelto loco, otros le llamaban necio, y no faltaba quien le calumniase de hipócrita; y la mayor parte, creyendo que sería un imposible perseverase en este modo de vivir, auguraban que este afecto á la perfeccion y virtud terminaria con escarnio; oia todo esto D. Juan con grande alegría, porque le confirmaba el que el camino que habia emprendido era el más seguro para su salvacion, pues que habia excitado el desprecio del mundo. Eligió por superiora y prelada á María Santísima, por cuyo conducto seguríisimo se dirigia siempre á su divino Hijo. Levantándose á las tres de la mañana, empezaba sus ejercicios, tomando como preparacion para decir misa una rigorosa disciplina, la que repetia otras dos veces al dia, oyendo una misa ántes de decir la suya, para la cual se reconciliaba siempre. Celebraba el santo sacrificio con gravedad, ocupándose ordinariamente media hora en él en los dias de labor para poder atender á las obligaciones de su puesto en utilidad pública, lo cual era dejar á Dios por Dios; pero en los dias festivos, en que no tenia que ocuparse en sus demás deberes, decia con tanta pausa y fervor la misa, que tardaba en celebrarla cinco, seis y hasta siete cuartos de hora, en cuyo caso decia al que le ayudaba se saliese fuera y no volviese hasta que hiciese señal; habiéndole visto muchas personas dar profundos

quejidos y deshacerse en llanto durante la celebracion. Acabada la misa, daba gracias y se dedicaba á dar audiencia para poder llevar al Consejo los negocios de que se habia de tratar, á fin de que se despachasen sin las dilaciones que martirizan á los pretendientes. En el Consejo, al que era el primero que llegaba siempre, ponderaba los sentimientos de los demás magistrados cuando tenia que explicar su voto; y votaba con gran libertad y desinterés, llevando por norte la justicia y la utilidad pública del Rey y de los vasallos, no arrastrándole la ambicion ni cegándole la lisonja, que son poderosos enemigos que esclavizan á los magistrados que no saben sujetar sus pasiones. Concluidas las horas del Consejo, si no tenian alguna junta particular, volvia á su casa, donde daba audiencia á los pretendientes que la solicitaban, con mucha paciencia, porque se juzgaba en el deber de servir á todos los que le buscaban. Sustentándose él con manjares groseros y escasos, templanza que observó toda su vida, reservaba empero para los huéspedes y para los pobres las viandas ó platos regalados que le presentaban en la mesa, sazonando siempre la comida con conferencias devotas y lectura de libros espirituales; de manera que daba el principal mantenimiento al alma, en la inteligencia de que si no se la sustenta con más cuidado que al cuerpo, echa por tierra el edificio del hombre. Despues de comer, descansaba un breve rato, y en seguida rezaba vísperas y completas del oficio mayor con otras muchas devociones de que usó particularmente. Si por la tarde tenia Consejo ó junta, rezaba maitines y laudes del siguiente dia ántes de salir. Volviendo á casa despues, hasta la cena hacia como una hora de oracion mental; se ocupaba en seguida de sus estudios y apremiantes consultas hasta las diez, y haciendo colacion, porque ayunaba la mayor parte del año, se recogia á descansar hasta las tres de la mañana, á cuya hora se levantaba para dar principio á sus oraciones, penitencias y ocupaciones ordinarias. De esta manera se gobernó D. Juan todo el tiempo que hizo vida privada de cortesano y de consejero. El Rey confiaba tanto de la capacidad y virtud de D. Juan Palafox, que le nombró capellan y limosnero mayor de su augusta hermana Doña María, emperatriz de Alemania, cuando fué esta señora á tomar posesion de aquel imperio, siendo muy aplaudida esta eleccion, tanto por la emperatriz cuanto por los personajes nombrados para acompañarla, pues que todos confiaban mucho en la virtud y talento de este sabio sacerdote. En esta peregrinacion ocupó Palafox tres años caminando por Italia, Moravia, Bohemia, Suecia, los Palatinados, los Archiducados, Flandes y Francia, en cuyo viaje fué haciendo observaciones políticas de órden del Rey, para el que escribió la historia de esta jornada con observaciones de mucho peso y de grande utilidad política. Lo más memorable de esta jornada fué su visita á la santa casa de Loreto, en la que se

halla la casa donde en Nazaret encarnó el Verbo Divino en las purísimas entrañas de la Vírgen María; cuya descripcion é historia hizo al Rey en un breve relato que le dirigió por conducto del conde-duque de Olivares. Al volver de Alemania, entró en la ciudad de Pretten, del Palatinado inferior, en una iglesia parroquial que habia sido robada y destruida por los luteranos, en donde encontró arrojada en un rincon una imágen de talla, muy antigua, de nuestro Señor Jesucristo sin piés ni brazos; y lleno de dolor al ver en aquel lamentable estado la imágen de su Dios tan ofendida por la herejía, buscó con el mayor cuidado las partes mutiladas, y no encontrando más que las piernas, se llevó todos estos restos que trajo á España en un cajon, y en cuanto llegó hizo que un escultor restaurase la imágen, juntándola las piernas y haciendo los brazos de plata sobredorada, colocándola despues bajo un dosel de terciopelo en su oratorio privado: esta imágen la llevó siempre consigo Palafox á las Indias y á todas partes; y dejándosela por testamento á su muerte al cardenal arzobispo de Toledo D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, este la colocó solemnísimamente en el altar mayor de la iglesia de PP. Carmelitas descalzos de Toledo. Deseoso el rey D. Felipe IV de mandar á las Indias una persona capaz de gobernarlas y mantenerlas en paz á su obediencia, puso la vista en su consejero D. Juan Palafox, cuya virtud, prudencia y saber le parecieron ser muy á propósito para el caso. A fin de que fuese allá con mayor autoridad le presentó á la Santa Sede por obispo de la santa iglesia de la Puebla de los Angeles, que era entónces la primera silla en categoría y renta de las de la América española. Grandes esfuerzos hizo Palafox para librarse del gran peso que se queria echar sobre sus hombros; pero habiendo tomado ya su resolucion el Rey, fueron ineficaces sus súplicas, y se conformó con la voluntad de Dios. Llegadas que fueron las bulas y preparado todo con gran solemnidad, le consagró el cardenal Espínola, entónces arzobispo de Santiago, en la iglesia de S. Bernardo de Madrid el dia 27 de Diciembre del año 1639, dia en que cumplia treinta y nueve años. Luego que fué consagrado y besó la mano del Rey, salió de Madrid para las Indias, y embarcándose en Cádiz el viernes santo de 1640, arribó con viento próspero á la Puebla de los Angeles, cuya iglesia y cabildo le recibieron con tanta alegría como tristeza habia causado en Madrid su despedida á los ministros del Consejo y á todos los que admiraban sus virtudes. Encontró tan atrasada la obra de su catedral, empezada el año 1550 bajo el reinado de Cárlos V, que solo se hallaba á la mitad de sus pilares; pero puso tanto empeño desde el principio en su conclusion, que al cabo de nueve años, despues de ciento en que se empezó, terminó este famoso templo, que es uno de los más suntuosos de América. Consagróse esta catedral el domingo 18 de Abril del año 1649 con ayuno universal en la víspera, con cuyo motivo dió Palafox

una carta pastoral á sus diocesanos, pudiéndose decir que de todas partes de América vinieron á solemnizar el acto sublime de su dedicacion á la Vírgen María en su purísima Concepcion, de cuyo misterio fué muy devoto este prelado, que escribió sobre él con mucha sabiduría. Despues de la dedicacion del templo, se hizo el reconocimiento al Real Patronato, mandándose una llave de oro al rey Felipe IV en señal de la protesta que hacia esta iglesia de reconocerle como á su patron y dueño, cuya llave con una salvilla de oro dedicó el Rey á nuestra Señora de Atocha, patrona de Madrid. Debajo de las armas reales, que se ostentan en la fachada de esta catedral, se colocó una inscripcion en la que consta reinaba en Roma á la sazon Inocencio X, en España Felipe IV, y en la diócesis el obispo y consiliario del Rey, D. Juan de Palafox y Mendoza. Fundó en esta catedral un colegio para los estudios de filosofía, teología y lengua mejicana, dotándole con los libros de su escogida librería, que pasaban de seis mil en todas materias, poniendo á esta fundacion el nombre de Colegio de S. Pedro y S. Pablo. Suscitóse entre el prelado Palafox y la audiencia de Méjico una controversia sobre los escudos reales de Castilla, Aragon y demás antiguos reinos de España, que hizo colocar con gran conocimiento del arte heráldica nacional en la nueva catedral; controversia que tuvo por resultado, por sentencia de la Audiencia sin apelacion, el que se derribasen los escudos con aparato y estruendo de armas, y condujesen á Méjico como presos sobre unas acémilas adornadas con banderolas y custodiadas por una escolta de arcabuceros. Acusado Palafox por la Audiencia por los escudos como delincuente de lesa Majestad, tomó conocimiento de este asunto el Real Consejo de Indias, en cuyo caso escribió Palafox, é imprimió para su defensa un *Memorial histórico-jurídico y político* á nombre de su santa Iglesia catedral, que fué despojada sin haber sido oida; y como segun dice Rosende, corria por cuenta del cielo volver por el crédito y la reputacion ultrajada de este prelado, el Consejo Supremo de las Indias declaró recta su intencion, y condenó con penas pecuniarias considerables á los ministros de la Audiencia de Méjico por el atropello y escándalo que habian causado, mandando que los escudos reales, comprendiendo todos los reinos y señoríos del rey de España con el órden y sucesion que en sí observan, se pusiesen con toda la perfeccion y ornato correspondiente al retablo de la catedral como estaban los primeros que se arrancaron: esta sentencia hizo patente la razon de Palafox y la injusticia de los auditores.—El amor es el vínculo más apretado que tiene nuestra naturaleza, y el que con mayor dificultad y sentimiento se desata y se rompe. La diferencia que hay en la carne y el espíritu es infinita, y esa misma diferencia es la que existe entre el amor espiritual y puro y el que solo se funda en los afectos de la carne. El amor con que mira el pastor á sus ovejas es espiritua-

lísimo, y de la misma casta es el que las ovejas tienen á su pastor; de modo que cuando tienen que separarse, el dolor de ambos es inmenso. Al verificarse la consagracion de la catedral, llegó la órden del Rey para que con la primera embarcacion que estuviese dispuesta volviese Palafox á España. Y fué tanto el sentimiento que causó á este prelado la noticia, al ver que tenia que separarse de su querida y venerada esposa y de sus amadas ovejas, que se vistió de negro en señal del luto que cubria su alma. Tiernísimas cartas escribió, despidiéndose de los prelados, tribunales y personajes del país, el cual tuvo como una gran desgracia la partida de su pastor. La ciudad de Méjico mandó á la Puebla regidores de su Ayuntamiento en comision para despedirse de él, y de todos los puntos de Méjico fueron comisiones y personas distinguidas á manifestarle el sentimiento que tenian por su partida. Las comunidades religiosas recibieron visita de despedida, y todas ellas se la devolvieron en su palacio, constantemente lleno de multitud de gentes que pretendian besar la mano de su pastor, y como éste en sabias y sentidas pláticas les encomendase el cumplimiento de sus deberes y el amor á Dios, todos salian compungidos, llorosos, y no pocos arrepentidos, ofreciéndole entregarse á la penitencia. Cuando le manifestaban el sentimiento de que les dejase los sacerdotes y fieles en la Iglesia, procuraba consolarlos diciendo señalando al sagrario: «Allí, en aquel Señor, pastor y pasto, médico y me»dicina, redentor y rescate, me habeis de buscar siempre; y ¡ay de mí si no »me encontrais allí! De este modo no me echareis de ménos, porque me ten»dreis siempre con vosotros.» Los indios, que querian mucho al prelado, dieron un memorial en nombre de todos los partidos y pueblos, manifestando que si la causa de ausentarse era porque tenia empeños de hacienda, ó por otros motivos de necesidad semejante que le obligasen á no poder vivir en las Indias, ofrecian con todas sus haciendas, mujeres é hijos servirle, asistirle y sustentarle, y tambien á toda su familia, para lo cual se obligarian en forma, solo porque no se apartase de aquel país que tanto le necesitaba para aprender de su doctrina y virtud. Esta demostracion, que hizo verter tiernas lágrimas de gratitud al prelado, honra á aquellos sencillos habitantes y glorifica al ilustre Palafox. Mucho hizo en bien de la humanidad y de la religion el obispo de la Puebla de los Angeles en los nueve años que estuvo en aquel continente; y no es de extrañar, por lo tanto, el que se captase el amor de todos los naturales. Los indios del partido de Santiago, que se hallaban haciendo un suntuosísimo templo dedicado al Apóstol, en cuanto supieron la proximidad de la marcha de su pastor, determinaron con celeridad acabarle, á fin de que le bendijese; deseo que consiguieron diciendo en él el prelado la primera misa. Desde la Puebla hasta el santuario del arcángel S. Miguel, templo levantado por D. Juan, á pesar de ser un trayecto de cua-

tro leguas, estuvo lleno de gentes que acudieron de todas partes á despedir á su pastor el dia de su salida, oyéndose los víctores de la multitud á su paso, y los lamentos de los pobres, que gritaban con el mayor dolor quedaban desamparados, pues que se marchaba su padre. Llegó á Veracruz despues de haber sido saludado respetuosamente por las autoridades y pueblos del tránsito, y deteniéndose unos dias en esta ciudad, en los cuales le cogieron las témporas de la Santísima Trinidad, celebró órdenes generales, en las que ordenó á más de cuarenta eclesiásticos, é hizo numerosas confirmaciones. Al embarcarse fué despedido en el muelle por los cabildos, comunidades religiosas y autoridades, asistiendo tambien multitud de pueblo, que vió partir la nave que le llevaba, con lágrimas de verdadero sentimiento. Afortunadamente habia terminado la obra de las casas episcopales de la Puebla, de las que hizo donacion á la mitra, y la del colegio fundado por él para recogimiento de doncellas pobres, por el que le dieron gracias el rey de España y tambien el Pontífice, por medio de la Congregacion *Ad visitanda sacra limina Apostolorum*, en carta de 14 de Marzo de 1648, é hizo donacion de muchas de sus cosas á los pobres de un país que verdaderamente habia regenerado. El buen clero de Méjico tuvo mucho que llorar por su partida; pero el que no se avenia bien con su legalidad, no podria ménos de regocijarse al quedar en libertad de seguir sus malos instintos sin un pastor que le obligase á entrar en sus deberes. Las obras tituladas: *Historia Real Sagrada*; *Luz de príncipes y de súbditos*; *Historia de la conquista de la China, por el Tártaro*; *Varon de deseos*; su carta pastoral á las religiosas de Méjico, titulada, *Audi, filia, et vide*; la dirigida á los sacerdotes de S. Pedro, *Sacerdotes tui indicantur justitiam*; la dirigida á los diáconos, *Deus optet vos in omni bono et præparatione Evangelii pacis*; la dirigida á los fieles de la Puebla, *Venite, filii, audite me: Timorem Domini*; y en fin, la exhortacion á los devotos de la diócesis, *Estote ergo perfecti sicut et Pater vester cœlestis perfectus est*; estas obras, á pesar de los Jesuitas que tanto contrariaron á este prelado, son obras que hablan muy alto de su santidad y virtud y que le acreditan de un excelente prelado y del más diestro político católico que se ha mandado á nuestras Américas. Regresó á España el venerable Palafox en el año 1650, siendo muy bien recibido del Rey y de toda la corte, que procuró hacerle olvidar con sus obsequios las amarguras que sus émulos le hicieron pasar en América. Dióle el Rey en testimonio de aprecio plaza de consejero de Aragon, que sirvió con el celo y lealtad con que se distinguió siempre. No por esto se desconcertaron sus contrarios, ni les faltó el ánimo para continuar en su encono contra el prelado, y muy luégo influyeron para que se le tomase residencia del tiempo que habia sido virey de Méjico; y aunque muchos de sus amigos le animaban para que solicitase del

Rey licencia para volverse á Méjico, y presenciar y dar satisfaccion á los cargos, ó bien que diese poderes á persona inteligente y de su entera satisfaccion, no quiso poner en práctica ni lo uno ni lo otro, diciendo *que Dios le habia de ayudar, pues conocia los corazones de los hombres y los fines y el celo con que habia obrado el suyo.* Efectuóse todo como lo pensaba, porque luego que empezó á tomar la residencia, de órden superior, el licenciado Don Francisco Calderon Romero, oidor de la Real Audiencia de Méjico, salió un ciudadano de aquella capital, llamado D. Martin Ribera, y depositó lo que se le mandó por cuenta del Obispo; y si bien empleó todas sus fuerzas la envidia de los contrarios, no pudo quedar satisfecho su deseo, y terminó la residencia dejando al Obispo con la estimacion que merecia su arreglado proceder, como consta de la sentencia dada por el Consejo Real de Indias, en 8 de Agosto de 1652. Natural pareceria el creer que los contrarios desistieran, despues de haber por fin logrado que se le residenciase; mas no fué así en verdad, ántes bien intentaron el que fuesen embargadas las rentas que le pertenecian en el obispado de la Puebla, y hasta llegaron á darle por vacante; lo cual fuéle al prelado bastante sensible, porque habiendo salido empeñado por las grandes obras y limosnas que habia hecho, conocia que le imposibilitaban para satisfacer las deudas, cuyo encargo dejó encomendado á su gobernador. El Rey, no obstante, lo remedió todo escribiendo al dean y cabildo de la Puebla una carta, su fecha en Madrid á 18 de Marzo de 1651, por la cual les mostraba el debido y justo sentimiento que tenia de ver tan repetidos los excesos contra la justicia y las desobediencias á su mismo prelado, que tanto se habia esmerado en el cumplimiento de su obligacion, y en repartir beneficios á la Nueva España. Tercera vez se esforzaron en promover la cuestion con repetidos memoriales al Rey y á sus Consejos, renovando, por último, sus quejas é inventando voces muy denigrantes al honor del Obispo; pero al fin venció éste y cesaron por tanto los litigios, molestias y desasosiegos que padeció tan insigne prelado. Residió en Madrid con el título y dignidad de obispo de la Puebla hasta el año 1654, en cuyo tiempo se fué desempeñando de las deudas que tenia por los empréstitos para las obras, limosnas, gastos de viajes y los de los pleitos. Tan modesto y religioso era su trato, que con los sueldos que disfrutaba por consejero de Aragon, cumplia con la importancia de su dignidad; en el Consejo era tenido por el oráculo entre todos los prelados y ministros, y á él eran remitidas las más graves consultas, atendiendo á su dictámen con particular respeto. El tiempo que le restaba, despues de terminar sus tareas, no lo empleaba seguramente en las diversiones públicas que ofrecia por entónces la corte, sino que atento siempre al aumento de las virtudes y arreglo de su vida, ingresó en diferentes congregaciones, en

las cuales dió ejemplos grandes y dignos de imitacion. En el Salvador le hicieron prefecto y lo mismo en la Escuela de Cristo; con cuyo motivo escribió una carta pastoral que intituló: *Conocimiento de la divina gracia, bondad y misericordia y de nuestra flaqueza y miseria*; é hizo, por último, unas constituciones para dicha Congregacion. Aunque empleaba su tiempo en tan santas ocupaciones, no desatendió los asuntos de la plaza del Consejo, ni dejó de manifestar al Rey varias veces los deseos que tenia de volverse á Nueva España y á su iglesia de la Puebla de los Angeles, donde queria ser enterrado, como esposa suya que era, y entre los indios que habia instruido con apostólica doctrina, á quienes amaba tanto como se ve de un librito que por entónces escribió con el título de *Historia de las virtudes de los Indios*; mas no hubo lugar á satisfacerle, porque vacando la iglesia de Osma, á causa de la promocion de D. Antonio Valdés, y porque acordándose el Rey de que le habia llamado para recompensarle en España con silla digna á sus méritos, fué presentado para ella en 22 de Febrero de 1654. Luego que el cabildo de Osma supo la promocion, tuvo especial complacencia, pues que no ignoraba su buena opinion, virtudes y literatura. Entró en Osma el nuevo prelado, muy hecho y experimentado ya en el gobierno, y sumamente adelantado en virtudes; y aunque se ignora el dia y el mes en que hizo la primer residencia en esta iglesia, se sabe que ya estaba en ella el dia 15 de Junio del año de su promocion. Por entónces se le suscitó una ligera diferencia con los racioneros de su iglesia, por haber querido uno de ellos entrometerse á servirle en el coro, sin ser del cabildo canónico, en presencia de algunas dignidades y canónigos. No se conformó en celebrar sínodo luego que entró en su iglesia, aunque se lo propusieron, por querer ántes enterarse de las costumbres de sus súbditos, visitando su obispado y derramando en todo él la semilla de la buena doctrina. Empezó la visita por tierra de Soria; y hallándose en aquella ciudad, escribió á los alcaldes de su villa del Burgo, á primeros de Setiembre del año referido, encargándoles que hiciesen justicia y no dilatasen la causa de un salteador de caminos que tenian preso; pero resintióse el Ayuntamiento, dándole algunas quejas en carta de 22 del mismo, á la cual satisfizo el Obispo por otra que escribió en Soria, con fecha 30, dejando á todos contentos. Para la visita observaba el siguiente método: luego que llegaba á los lugares, se apeaba junto á la iglesia, la visitaba, y luego dirigia unas cortas palabras á los presentes, al cura, al alcalde y regidores, manifestándoles el objeto de su llegada, y exhortándolos á que avisasen á todos los vecinos para la confesion y comunion en la mañana siguiente, y para comunicarles las indulgencias que traia. Al dia siguiente se levantaba muy temprano, iba á la iglesia con dos capellanes, que llevaba, y acompañados del cura confesaban entre unos y

otros á todo el pueblo. Luego decia Misa, daba la comunion por su mano, y en seguida les predicaba un sermon de tres cuartos de hora, con el ingenio y elocuencia que acostumbraba; tambien confirmaba á los que aún no lo estaban, y echándoles, por último, su bendicion se iba á otro pueblo. El mismo sistema observó en la visita de todo el obispado; y como era hombre de gran penetracion, le bastó la primer visita para adquirir conocimiento exacto de las personas, sus conciencias y virtudes, y de las necesidades espirituales y corporales que padecian. Este conocimiento le sirvió despues para asistir á los pobres con grandes y continuadas limosnas, procurando fomento á los labradores, dando dotes para huérfanas y socorriendo á las iglesias y comunidades necesitadas. Tan grande atencion y celo trascendieron naturalmente á los demás ministros, y formó un clero de los más virtuosos que entónces contaria España. Arregló tambien el valor de los curatos, con el fin de que sus poseedores ascendiesen de unos á otros, y conseguir que estudiasen y fuesen virtuosos. Conocido ya su clero y todo el obispado, se restituyó á la villa del Burgo, y empezó á trabajar para disponer las almas á grandes ejercicios de devocion; y como su anhelo era servir y amar á Dios, deseando que todos hicieran otro tanto, se dedicó á escribir diferentes libros en los años de 1655 y siguientes; entre ellos el *Año espiritual*, la *Peregrinacion de la Filotea* y la *Trompeta de Ezequiel*, que es una carta pastoral á los curas y sacerdotes del obispado; un tomo de las *Excelencias de San Pedro*; otro *Luz de los vivos y escarmiento de los difuntos*, y puso tambien las notas á las cartas de Santa Teresa de Jesús. A principios del año de 1658 salió segunda vez á visitar el obispado, empezando por la villa de Aranda de Duero, que tenia tanto número de sacerdotes que formaba cabildo, á los cuales dió constituciones y estatutos, á imitacion de las iglesias colegiales. En aquel año empezó á introducir la devocion del Rosario; fundó en dicha villa y algunos pueblos la Escuela de Cristo, con muy cristianas y saludables reglas, é hizo que despues de horas se rezase en la catedral, en su altar de nuestra Señora del Espino, el santo Rosario, y compuso en verso unas alabanzas á María Santísima, que cantaba y hacia cantar despues de concluido. Continuando á mediados de dicho año en su santa visita, vacó el obispado de Plasencia, con cuyo motivo resolvió el rey D. Felipe IV proveerle en nuestro prelado; mas tanto descubrió el monarca su intencion, que se divulgó por toda la corte, y le escribieron sus apasionados la enhorabuena: tal vez por esto ó por otras causas de estado se dió luego á D. Luis Crespi de Valdaura, obispo de Orihuela, y fué sin duda providencial para que el obispo de Osma se dispusiese á la muerte con tranquilidad de espíritu. Así debió comprenderlo tambien D. Juan de Palafox, porque entrado el año de 1659, se deshizo de toda la grandeza exterior, vendiendo el co-

che y litera que tenia, como igualmente el adorno de casa; pues aunque fuesen anejos á la dignidad, quiso apartarlo de sus ojos. Se ocupaba continuamente en la lectura de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, escribiendo y sacando de ellos cuanta doctrina podia conducir á su adelantamiento en la virtud y aprovechamiento de las almas, y predicaba muy de ordinario con singular espíritu de devocion. Acostumbró siempre á levantarse en el verano á las tres de la mañana, y en el invierno á las cinco; despues rezaba parte de sus horas canónicas y muchas oraciones, levantando su corazon hácia aquel Santo Cristo que pudo sacar de poder de los calvinistas de Pretten, en Alemania, y tambien á una imágen de nuestra Señora y su Divino Hijo, dádiva de la Excma. Sra. Doña Leonor de Mendoza, condesa de Castrillo; en seguida decia la Misa, en la cual tardaba mucho, oyendo además otra que le decia uno de sus capellanes, y el resto lo empleaba en despachar, escribir y bajar al coro, al cual era muy asistente. Comia con toda su familia en la pieza que llamaban Tinelo, colocando en frente de sí un pobre todos los dias á comer, cenar y dormir como los demás criados, dándole calzado y vestido, partiendo con él su comida, y alargándole siempre la mejor parte. Por cama usaba cuatro tablas levantadas media vara del suelo, y sobre ellas un jergoncillo de paja, una almohada, y tres mantas muy bastas y raidas. No usaba interiormente de lienzo, sino de estameña, y solo tenia tres túnicas para mudarse. Dormia vestido muchas veces sobre su miserable cama, y empleaba además otras mortificaciones de silicios y disciplinas, ayunando tres dias en la semana, lavando los pies á doce pobres todos los miércoles y sábados, á los cuales daba de cenar en la noche y un real á cada uno. Los jueves daba por sí mismo de comer á otros doce, y tambien les repartia otro real, ejecutándolo todo con mucha gracia, llaneza y contento. No ménos caritativo que con los pobres se mostró con los huéspedes y peregrinos, en especial si eran de las religiones mendicantes: á este propósito se refiere, que habiendo llegado al anochecer á su palacio dos religiosos, dominico el uno y otro francisco, que acudian á ordenarse en ocasion de estar ocupado el Obispo, hizo éste señas á su paje, indicándole lo que habia de hacer, y obligándolos con ruegos á esperar; fué luego el prelado al refectorio donde estaban los religiosos, dióles su bendicion, y mandó traer agua, suplicándoles que se sentasen y descalzasen. Los frailes empezaron por rehusar, llenos de admiracion, y él les dijo: *Sean, hijos mios, obedientes, como estan obligados. Yo soy ahora superior suyo y su prelado: descálcense, que yo les he de lavar los pies*; á lo cual respondió el religioso francisco: *Ilmo. Sr., tengo los pies muy sucios, porque no traigo buen calzado*; mas el Obispo repuso: *No se le dé nada, hijo mio, que yo le traeré calzas y zapatos.* Viendo esto los religiosos obedecie-

ron, y puesto de hinojos el Obispo, les lavó y besó los pies; despues mandó que fuesen á cenar, y al mayordomo que diese unas medias al religioso, haciéndole él calzarse sus propios zapatos. Cuidó especialmente, así en el Burgo de Osma como en el resto del obispado, de que los maestros de primeras letras enseñasen á sus discípulos en libros devotos, á cuyo fin llevaba prevencion de muchos cuando salia á la visita, y los entregaba á los maestros para que fuesen repartidos entre los muchachos, diciéndoles ser aquel único medio para conocer la virtud y aborrecer el vicio desde muy jóvenes. Tambien visitaba con frecuencia á los enfermos, sin distincion de clases ni de personas, prodigándoles consuelos y limosnas. Ya se acercaba el tiempo en que Dios queria sacar á su siervo de tantos cuidados y penitencias, llevándole á gozar de su gloria, y no faltó quien asegurase que tuvo el Obispo aviso cierto de la divina resolucion. Dispúsole primero con unas tercianas; y aunque convaleció de ellas, ordenó su testamento, que otorgó en sana salud á 19 de Julio de 1659, en cuyo año parecia tener noticia segura de que habia de morir entónces, y dispuso su epitafio en esta forma: *Hic jacet pulvis et cinis Joannes indignus Episcopus Oxomensis. Rogate pro patre, filii. Obiit anno* 165..... *mensis*..... *die*..... Reparando luego su confidente que se encontraban ya en el año 59, dijo á D. J. de Palafox: *Ilmo. Sr., ¿para qué se ha de poner en la fecha mil seiscientos cincuenta*..... *y no mil seiscientos sesenta*..... *por estar ya mediado el año cincuenta y nueve?* A lo cual respondió el obispo: *Hágase lo que digo, que su misterio tiene.* En aquellos dias llamó á un platero, y le mandó que hiciese con todo secreto una tarjeta de plata, cosa de un dedo de largo, y abriese en ella por una parte los nombres de *Jesús, María y José*, y por la otra *S. Juan Bautista, S. Pedro y S. Juan Evangelista*, con el destino que veremos. Por el mes de Agosto sufrió un agudo dolor de ijada que lo molestó durante tres dias, sin hallar alivio en la medicina, y convaleció luego de esta indisposicion en tiempo que el Rey le habia mandado fuese á asistir á la eleccion de abadesa del convento Real de Sta. María de las Huelgas de Burgos; y habiéndose excusado con las tercianas y sus otros achaques, consiguió por fin que se encargase aquella diligencia á otro obispo. A pesar de su debilidad, tomó el trabajo de escribir en verso las excelencias de la Vírgen, imitando las que tiene el himno del *Te Deum laudamus*, que fueron las últimas ocupaciones y trabajos de su pluma, que envió luego á Madrid para imprimir, y fueron publicadas ántes de su muerte. Tanta por fin llegó ya á ser su distraccion, que solia decir estando en conversacion con algunas personas religiosas y tratando asuntos diversos: *Sirvamos á Dios, que no hay otra cosa. Sirvamos á Dios.* Otras veces interrumpia la conversacion con estas palabras: *Gran cosa si á Dios servimos; servir á Dios; amar á Dios; no ofender á Dios y llorar lo ofendido.*

En 20 de Agosto le repitieron las tercianas, y dos ó tres dias despues de la Natividad de nuestra Señora conocieron los médicos que iban en aumento las calenturas; y aunque le daban esperanzas de salud, solicitó él que le administrasen el viático, previniendo que le asistiesen religiosos del Cármen y de S. Francisco. Estando dispuesto para recibir á Dios, preguntó por los dos pobres que le acompañaban, y haciendolos llegar junto á la cama, los empezó á abrazar y estrecharles las cabezas contra su pecho, como si hubiera querido entrarlos en su corazon, diciéndoles: *Venid acá, mis hijos, no me desampareis ahora: acompañad á vuestro padre, y rogad por él, que vosotros sois mis verdaderos hijos, y como á mis hijos y hermanos os quiero y os amo.* Llegó el viático despues de haberse reconciliado, y fuéle administrado por D. Francisco Malo y Neila, prior de la Santa Iglesia, acompañado de todo el cabildo, poniéndose de rodillas en la cama el Obispo para recibirle, y al punto que le vió entrar en su aposento, empezó á decir tantas y tan tiernas palabras, que no habia duda partian de un corazon abrasado en el amor de Dios. Incorporóse de nuevo para hacer la protestacion de la fe, que él mismo habia escrito y tenia reservada para ser leida en trance tan supremo y en voz alta por su secretario. El dia 27 de Setiembre le administraron la extremauncion, entre cinco y seis de la tarde, cuyo sacramento recibió sentado en la cama y con gran veneracion. El lunes siguiente repartió todos sus vestidos entre el mayordomo, capellanes y secretario, y mandó á un paje que sacase todo lo que contenia una papelera, como eran rosarios y escapularios, repartiéndolo igualmente entre la familia, á quien encargó que rogase á Dios por él, y diciendo á todos repetidas veces: *Hijos mios, amad mucho á Dios, que no hay otra cosa mejor que amarle y peor en el mundo que ofenderle;* y mandando que se pusiesen de rodillas para echarles su bendicion, continuó: *Mis hijos, amad á Dios; mis hijos, poned vuestro entendimiento en agradarle; y ántes padeced mil muertes que ofenderle.* Prosiguió haciendo repetidos actos de caridad y amor de Dios con un crucifijo en la mano; pero agravándose la enfermedad, dió su alma al Señor en 1.° de Octubre de 1659, á las doce de su mañana, llorándole mucho el pueblo. Su vida ejemplar y la caridad que usó para con los pobres y sus mismos súbditos, así en Osma como en Puebla, fué motivo á que se siguiese la causa de beatificacion de este prelado. Luego que murió, rasgóse un papel que habia dado cerrado al expresado prior de la santa iglesia, D. Francisco Malo, para que se ejecutase lo que en él mandaba, y era que en muriendo se le abriese el pecho, y sacándole el corazon se introdujese en él la tarjeta de plata referida, y que le enterrasen en un rincon de la iglesia ó á su entrada principal, donde todos le pisasen. Lo primero se ejecutó; mas no lo segundo, por oponerse á ello el cabildo, que resolvió darle

sepultura en medio de la capilla mayor, entre los obispos D. Alonso Enriquez y D. Pedro de Rojas, no queriendo que se le pusiera la humilde lápida que habia mandado trabajar, y allí yace cubierto con una de jaspe morado y el epitafio siguiente :

AQUÍ YACE EL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR D. JUAN DE PALAFOX, OBISPO DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES, VIREY DE NUEVA-ESPAÑA, ARZOBISPO ELECTO DE MÉJICO Y DESPUES DE OSMA. FALLECIÓ Á PRIMERO DE OCTUBRE DE MDCLIX.

Murió Palafox en olor de santidad, sin haber dejado de cumplir, ni áun en medio de su enfermedad, con todos sus deberes; por lo que fué admirado con justicia de todos los que asistieron á su dichoso tránsito. Su testamento, otorgado en Osma á 19 de Junio de 1659, y documento de mandas es uno de los escritos más edificantes que pueden presentarse á los fieles, y áun mucho más la protestacion de fe que tenia escrita y se leyó por su órden ántes de recibir el santo viático, en la que se reconoce indigno, pobre pecador, miserable obispo, reconociéndose por la peor de todas las criaturas; cuyo documento podrá consultar el que lo desee á la pág. 252 de su vida, escrita por Rosende al frente de sus obras, así como la otra protesta y súplica que tenia escrita y se leyó al darle la extremauncion, pidiendo perdon y que le encomienden á Dios á todos los cabildos de las iglesias y conventos de las diócesis de Puebla y de Osma. Edificantes fueron tambien las últimas acciones y palabras, entre las que son notables las que dijo cuando se empeñaron los médicos en ponerle en mejor cama que la que tenia : *Pobre he vivido, pobre quiero morir; por amor de Dios este breve rato que me queda de tiempo, quiero ejercitar una virtud de que debo estar tan enamorado. Dadme, Señor, en esta última hora á estimar y venerar la pobreza verdadera de espíritu y cuerpo.* Y para llevar á cabo mejor este deseo, habia de su órden á la cabecera de su cama siempre dos pobres pordioseros. Haciendo que le cubrieran la manta raida que le servia de abrigo cuando estaba bueno, decia : *¡Ay, Jesús mio, verdadero amador de la pobreza, ahora sí que muero gozoso entre estos trapos! Tráiganme ceniza, que ceniza y cilicios deben ser las sedas y las holandas en que un obispo muera con mayor ostentacion.* Cubrióse despues de esto la cabeza de ceniza; y cuando los médicos le insinuaron, porque así se lo tenian advertido, que segun el pulso debia de vivir pocas horas, mandó le dejasen solo y que no se afligiesen, pues que él estaba muy gozoso de que se cumpliese la voluntad de Dios. Recordándole un canónigo, que puesto que el dia anterior habia entregado su corazon á Dios, debia tener mucho valor en aquel trance, replicó sonriéndose : *¿Ayer dijisteis? buenos estuviéramos. Más há de veinte años que tengo hecha total entrega de mi*

corazon á Jesús y á su purísima Madre. Muchas otras piadosísimas palabras pudieramos citar de aquel virtuoso prelado, que dejó encargado se escribiese sobre su sepulcro : *Aquí yace Juan, indigno obispo de Osma, ceniza y polvo*; pero nos excusamos el hacerlo, por la facilidad que tiene de verlo el lector con la mayor minuciosidad en la expresada extensa vida por Rosende, en la que se da cuenta, al capítulo XXI, de la incorrupcion del cuerpo de D. Juan Palafox. Extensamente trata el expresado autor en los veinte últimos capítulos de su obra, de la piedad, oracion, amor á Dios y á la Vírgen Santísima, humildad, pobreza, pureza, obediencia, penitencia, caridad y demás virtudes que adornaron y ensalzaron al V. D. Juan Palafox; virtudes que dejó bien consignadas en el corazon de sus diocesanos, que trasmitieron su nombre con justo elogio y alabanza á las siguientes generaciones, declarándolo tambien con la mayor claridad, sencillez y humildad el mismo Palafox en el preciosísimo libro que escribió con el título de sus *Confesiones*, libro que es la historia de su vida, escrita más con el ánimo de rebajarse á los ojos del mundo que de elevar su nombre á la posteridad, gloria que jamás buscó en la tierra, porque estuvo siempre fija su vista en el cielo, de donde, como mansion de su Dios, esperaba su eterna salud y la verdadera grandeza. Léjos de hacer Palafox ostentacion de su linaje y estimacion de sí mismo, la humildad fué su norte, hasta el punto de ofenderse cuando sus subalternos le llamaban señor. Esta misma humildad le hacia regocijarse cuando se veia despreciado en su persona, no en la dignidad, de la que solo era administrador y á la que por lo tanto tenia que defender. Aun cuando jamás se quiso retratar, sin saberlo él le retrataron en las Indias, repitiéndose estos retratos despues de su venida á España con resplandores al rededor de su cabeza; por lo que fueron delatadas estas estampas á la Inquisicion, que las mandó recoger, á pretexto de que los indios las ponian en sus altares, venerando como santo á D. Juan. Como algunos hicieron presente á éste que sus émulos se valian de la cuestion de los retratos y de la delacion expresada para desacreditarle, léjos de ofenderse el prelado por ello, decia que dejaba esta afrenta é injuria á lo mucho que merecian sus pecados; acordándose y siguiendo el consejo de Jesucristo que dice: «Cuando os injuriaren mintiendo, alegraos y regocijaos vosotros, que el tomar satisfaccion y volver por la razon, corre de mi cuenta.» Por lo que llevamos dicho en esta historia, el que habia puesto por cimiento del edificio espiritual á la humildad, no podia por ménos de coronarle con el amor; pues que la caridad corona todas las virtudes estando ella coronada de las inmarcesibles luces de Dios. El amor á Dios de Palafox podia compararse solo con el que tuvo la gloriosa Sta. Teresa, cuyas celestiales cartas glosó el Santo; con el de la religiosa carmelita, la seráfica vírgen Sta. María Magdalena de Pazzis, canonizada por Clemente IX en 1669.

Y por lo tanto la salvacion de las almas era su deseo más vivo, como se nota en todas sus pastorales, y encendido de amor decia: que los dolores son pedazos de la pasion de Cristo de que debe aprovecharse en bien de su alma el que tenga verdadero amor, pues que « padecer por el amado, son pasos de enamorado.» — Si la oracion mental es la elevacion del alma con todas sus potencias á Dios, escuela donde se aprenden y ejercitan todas las virtudes, y tribunal donde el alma se toma residencia á sí misma y se reconviene de sus acciones, pocos hay que hayan practicado este santo ejercicio tan perfectamente como Palafox, pues que además de que siempre estuvo en la oracion contemplativa, áun en medio de sus más graves ocupaciones observó estrictamente los consejos que sobre este particular dió Sta. Teresa al obispo de Osma, su antecesor, y en él á todos los prelados católicos. Decia esta Santa en el libro de su *Vida*, que la oracion mental no era otra cosa sino tratar de amistad estando muchas veces á solas con quien sabemos nos ama, es decir, con Dios. Amaba Palafox ardentísimamente á Jesucristo nuestro Redentor en su cualidad de niño, y este amor le inspiró aquel precioso tratado que publicó con el título de *El Pastor de Noche Buena*; y entendiendo que quitar pecados de las almas es arrancar de la cabeza de Cristo las espinas, vivia siempre tan rezeloso de ofender que le decia frecuentemente: «Señor, penas quiero, penas busco, y por penas muero: vengan sobre mí las penas y salgan de mí las culpas.» Si grande fué el amor de Palafox á Jesucristo, grande fué tambien y tiernísima la devocion que tuvo á su divina Madre la Vírgen María, pues que experimentó por sí mismo que es imposible amar mucho al Hijo, sin que se ame con el mismo extremo á la Madre. Y persuadido de que la primera muestra de amor que los pecadores deben como madre á María, es evitar en todo las ofensas de su Hijo, que fueron el dolor más agudo de su corazon, procuró toda su vida no aumentar en lo más mínimo los dolores de esta Señora, á la que veneraba en todos los pasos de su vida, y muy especialmente en el misterio de su Purísima Concepcion. El amor que tuvo á la Reina de los Angeles le granjeó grandiosos favores de esta Señora, de los que hace mencion Rosende en el relato de la vida de este prelado. — ¿Quién como Palafox expresó mejor que la pobreza de espíritu consiste en la desnudez y despejo de los afectos? Fué pobre voluntario en todos conceptos este prelado, hasta el punto de parecer más un capuchino que un obispo, contándose de él que jamás tenia dinero, y que un dia andando entre sus papeles encontró un real de á ocho, sin poder saber de dónde habia venido; llamó á toda prisa á los seises que llevaban los ciriales en la capilla del Rosario, y se le dió para merendar, diciéndoles que rescatasen á aquel cautivo miserable de una prision no conocida. Doliéndose de los prelados que atesoran riquezas, se le oyó decir muchas veces: «Si cuando me muera me

hallaren dinero, que no me entierren en sagrado, sino en el más inmundo muladar, porque como usurpador de lo ajeno no merezco otro sitio.» Siendo la castidad y la flaqueza humana enemigas irreconciliables constantemente en guerra, se considera á la pobreza como virtud más propia de ángeles que de hombres, y como Palafox guardó su pureza virginal, sin que nada fuese capaz de empañarla, puede considerársele un ángel corpóreo y terrenal, que se espiritualizó por medio de esta virtud, en la que se hizo un héroe que supo vencer sus pasiones y las astucias del demonio. La obediencia es otra virtud que practicó Palafox en alto grado, constituyéndose, á pesar de su alta gerarquía, para todas las cosas relativas á su persona, como si fuera el más humilde lego de una religion descalza; empero donde fué heróico en el más alto grado, fué en la penitencia y aspereza con que trató su persona. Estaba persuadido que castigar el cuerpo es reducirle á la debida obediencia que ha de guardar el alma, y por eso le castigaba tan contínua y cruelmente el virtuoso Palafox, que consideraba como el Apóstol á su cuerpo, un esclavo amotinado á quien era preciso castigar. Además de pasar muchas noches orando y azotándose en su oratorio, de cubrir con cilicios su cuerpo, y de hacer las más ásperas penitencias, se retiraba dos veces todos los años á un convento de religiosos descalzos en donde oraba toda la noche, no permitiéndose más descanso que recostarse contra el muro, en cualquier rincon del convento, por una ó dos horas. Sus ayunos y abstinencias eran perpétuos, y jamás se permitia ningun bocado regalado por más instancias que se le hiciesen. Generalmente copiosas lágrimas de dolor y de amor á un tiempo brotaban sus ojos cuando oraba, y muchas veces cuando predicaba, por lo que su auditorio le acompañaba en los sollozos, dirigiendo plegarias de amor al Dios de las misericordias, á quien tanto agradan las lágrimas de sus amantes y de los pecadores arrepentidos. Ninguno defendió la caridad mejor que S. Pablo, que la constituyó alma de todas las demás virtudes, diciendo que sin ella nada tiene vida ni valor. Contínuamente encargaba Palafox á sus familiares, que se amasen los unos á los otros, que es la máxima más sabia de la caridad, y de la que se derivan todas sus benéficas consecuencias. Practicando la caridad oraba diariamente por las santas almas del purgatorio, aplicándolas sus acciones penales, penitencias, ayunos, trabajos, dolores y enfermedades; y concluia todas sus funciones públicas domésticas rezando un responso por las almas del purgatorio. Quien de tal modo oraba por las almas ya juzgadas, no podia ménos de desvelarse por la salud de las que habian de presentarse ante el tribunal de Dios, y en esta idea hacia frecuentes visitas á los pueblos de su diócesis, llamando por medio de la predicacion á los fieles á confesion general, para arrepentimiento de sus culpas, siendo su opinion que es más mérito ganar á Dios una sola alma, que escribir una

librería entera de tratados escolásticos. Procuró por todos los medios posibles promover el servicio de Dios, y así es que prestó grande apoyo y proteccion á los conventos de religiosas y á las iglesias, dotándolas con cuanto podian necesitar para dar culto al Señor. Considerando Palafox la grande preparacion que se necesita para recibir el pan eucarístico, decia con San Agustin que el comulgar cada dia, ni lo alababa, ni lo vituperaba; pero que el hombre debia acercarse á él todas las veces que se encontrase dispuesto para recibirle. De suma importancia es el grande tratado que en el capítulo XVII y en el anterior da el P. Rosende, en la vida de este venerable prelado, ya con relacion á él, y ya tambien á la opinion de Sto. Tomás, San Agustin y á otros Stos. Padres de la Iglesia, por lo que aconsejamos á los fieles que quieran recibir una buena instruccion sobre este particular, consulten este escrito, contentándonos nosotros en este lugar con consignar los siguientes versos de Palafox, muy propios para pronunciarlos al acercarse á la sagrada mesa:

¡Qué tibio que estoy, mi Dios,
Cuando hospedaros confio!
Entrad vos, Cordero mio,
A recibiros á vos.

Extremadamente liberal fué Palafox con los necesitados, pues que repartió todas sus rentas entre ellos, cuidando de que los curas de su diócesis fuesen limosneros como él. Y así se comprende de la carta que el 13 de Setiembre de 1645 escribió desde Méjico al doctor Nicolás Gomez, juez de testamentos de la Puebla de los Angeles, en la que dice que es tanta el ansia que tiene de socorrer á los necesitados, que despues de haberles dado más de lo que tenia habia resuelto socorrerles tambien con las misas que decia; pues que ya no le quedaba otra cosa que darles. Sabia perfectamente Palafox que la obligacion principal de un prelado es la defensa de la inmunidad eclesiástica, y que si para ella no basta el báculo, conviene valerse de las armas de las censuras, pues en todos conceptos está obligado un pastor á defender sus ovejas, aunque sea á riesgo de su vida; y practicó tan perfectamente este prelado la expresada doctrina, que no importándole nada las críticas persecuciones que esto le valió, defendió su iglesia con el mayor celo y valor, sin que en su defensa atendiese jamás á las ofensas que hacian á su persona, pues que se consideraba un vil pecador que las tenia muy merecidas; pero sí hacia mucho caso de las que se referian á su dignidad episcopal, de la cual fué muy celoso. Las notas preciosísimas que puso este prelado á las cartas espirituales de Sta. Teresa, cuya doctrina celestial ha calificado la Iglesia, fueron discretísimas y sabias definiciones de las virtudes, en las que retrata su alma

y da á conocer la corona que hermosea la virtud, se guarda en la mano de Dios, verdad infinita que no admite engaño, y que expresa que ninguno es más que lo que fuere á los ojos de Dios; porque en el mundo nos mentimos lo que somos unos á otros, lo que no nos invalida reconocernos perfectamente. El retrato que empezó Palafox de sí mismo, y las cartas de Sta. Teresa, le completó en su obra de la *Vida interior*, que escribió de sí propio; libro que debian aprender de memoria los fieles y en especial los prelados, puesto que las *Confesiones y confusiones, cargos y lágrimas de un pecador enormísimo por sus grandísimas culpas*, que así puso por título á su vida el venerable Palafox, es el tratado religioso y moral más magnífico que puede consultar el que desee un diestro y sábio guia para penetrar y continuar con perseverancia el camino de la perfeccion. Acreditan la virtud y santidad del venerable prelado D. Juan Palafox la multitud de honras que se le hicieron á su muerte en la mayor parte de las iglesias de España, y la multitud de sufragios que se le aplicaron, pues que solo su amigo el cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo, le mandó decir más de cuatro mil misas. Y no dicen poco en su alabanza, si no se encontrase ya en sus propias obras los muchos elogios que á pesar de sus injustos émulos se han hecho y publicado de este virtuoso prelado, de cuyo nombre se han escrito diferentes biografías, en que se cuentan sus virtudes y santidad, que por más que han hecho no han podido oscurecer sus enemigos. Y como quien tan grande español fué, merece bien no solo respete su nombre la posteridad, si que tambien conozca sus facciones, vamos á terminar este escrito con el siguiente retrato de su persona física y moral, que escribió en la vida de este siervo de Dios el expresado padre de los Clérigos Menores, D. Antonio Gonzalez de Rosende, en la página 626 de su expresada obra, que es el tomo XIII de la magnífica edicion hecha en Madrid, en gran fólio, el año 1762, por el impresor de la Real Academia de S. Fernando, Gabriel Ramirez. El virtuoso D. Juan Palafox y Mendoza fué de estatura muy proporcionada, ni alto con sobra ni pequeño con mengua. Tenia de corpulento lo que era menester para no parecer flaco, y de enjuto lo que pide la agilidad para no embarazarse con el peso. El color del cabello fué castaño claro, que no se encaneció del todo en la ancianidad. La cabeza grande y capaz de su talento y siempre poblada de cabello. Sobre la oreja izquierda, las enfermedades le produjeron un lobanillo del tamaño de un huevo, que cubria con el cabello. La frente era ancha y espaciosa, sin entradas y bien cubierta de carne. Las cejas, tiradas y pobladas. Los ojos vivos, pero con modestia y alegría, no ígneos, pero tampoco desmayados, de manera que despedian de sí luz templada y centellas de agudeza; su color pardo claro, ni rasgados ni encogidos, y como los párpados eran gruesos, daban á los ojos mucha gracia. La nariz no era larga, y

aunque remataba en punta no se le echaba sobre la boca, y guardaba con ésta la debida proporcion. La boca no fruncida, pero tampoco demasiado abierta. Los labios proporcionados y los dientes grandes. Fué cerrado de barba y del color muy conforme con el cabello. El rostro abultado, ni totalmente redondo ni largo; su color blanco, suavemente mezclado con rojo. Era mesurado, pero sin ceño; modesto sin aspereza, afable con veneracion y apacible con respeto. Su movimiento airoso y grave: no con afectacion severo, ó con vanidad hinchado. En todas sus acciones tenia grande alma, y las gobernaba un brio espirituoso, con quien nunca tuvo entrada la hipocresía, sobresaliendo siempre en él más la sal del despejo y la cortesanía que el encogimiento. En el ingenio fué muy agudo, en el discurrir muy pronto, en el comprender muy despierto, en el escribir elocuentísimo, en el hablar elegante y poderoso, en la magnificencia liberal, en la humildad llano, en el agrado cortés, grande estimador de los buenos y genialmente opuesto á los malos; inclinado á favorecer la virtud y á contemporizar con la sangre. Le persiguieron porque ejercitó con entereza muchos cargos; no le conocieron y le estimaron todos viviendo. Nunca la contradiccion injusta pudo contrastarle, y siempre salió su verdad victoriosa. Pocos dejaron de venerarle y estimar sus prendas, y muy especialmente despues de su muerte, en que se reconocieron muchos de sus enemigos, y se hicieron sus más ardientes defensores. —B. S. C.

PALAMAS (Gregorio), arzobispo griego de Tesalónica en el siglo XIV, sostuvo ardientes discusiones teológicas con Barlaam, y le hizo condenar en dos concilios en 1342 y 1347. Tambien sostuvo controversias con Nicéphoro Grégoras. —S. B.

PALAMBA (V.), monje benedictino, cuya memoria celebra su órden en 5 de Junio. Las circunstancias de su vida son enteramente semejantes á las que despues referiremos del monje Palomo. Perteneció tambien al monasterio de Sublage, y pidió le pusiesen recluso en la cueva del patriarca San Benito, donde hizo una vida muy austera y penitente por los años 1120, durante el gobierno del abad Juan, quinto de este nombre. Su cuerpo fué inhumado en un sepulcro de mármol detrás del altar de S. Gregorio el Magno, cerca de el del monje Palomo. —S. B.

PALANCO (Francisco), religioso español de la órden de los Mínimos de S. Francisco de Paula. Fué provincial de su Orden y despues obispo de Jaca, dándose á conocer por sus muchas obras apreciables. Murió en su diócesis en el mes de Octubre de 1720 á la edad de sesenta y tres años. —S. B.

PALAO (V. H. Fr. Onofre), religioso de la Obediencia del convento de Manila, mártir glorioso en la provincia de Nueva Segovia. Cogiéronle los

indios infieles, y le cortaron la cabeza á cercen, quedando ésta pendiente de un poco de pellejo. Tambien fueron al propio tiempo víctimas otros religiosos compañeros suyos, entre ellos el ilustre y venerable P. Fr. Alonso García, al cual degollaron como á un manso cordero, habiéndose hincado de rodillas el santo predicador. —O. y O.

PALATIN (S.). Sufrió el martirio en Antioquía con S. Siqué. No hemos podido hallar detalles relativos á sus santos combates en favor de la fe. La Iglesia celebra su fiesta el 30 de Mayo. —O. y O.

PALATIUS (Juan), de Venecia, doctor y profesor de derecho en su patria, presidente de la iglesia colegial de Sta. María Madre del Señor, arcipreste de la congregacion de nuestra Señora, y canónigo ducal. Posteriormente desempeñó los cargos de profesor de derecho canónico en Padua, y de consejero é historiador del Emperador; murió á últimos del siglo XVII. Compuso bastante número de obras, como *Monarchia Occidentalis à Carolo Magno usque ad Leopoldum I elogiis exarata, etc.*, en ocho volúmenes en fólio. — *Gesta Pontificum Romanorum.* Esta obra se publicó primero en cuatro volúmenes en fólio, en que llega hasta Inocencio XI. El autor añadió en 1690 un quinto volúmen desde este papa á Alejandro VIII. — *Fasti Ducales*; Venecia, en 4.°, 1696. Esta obra pasa por la más exacta de todo lo que ha salido de la pluma de Palatius. Compuso tambien *Comentarios sobre los cuatro libros de las Instituciones;* un tratado *del imperio ó de la soberanía del mar Adriático*; una *Vida de Marco Antonio Justiniani*, dux de Venecia, la *Vida de S. Pedro*, en italiano, y otras muchas obras en la misma lengua. — S. B.

PALAU (Bachiller Bartolomé). Por la portada de una de las obras de este autor se sabe que nació en Burbaguena, y en este concepto se le considera hijo de Aragon en el siglo XVI, y solo consta fuera de las obras que de él nos quedan, que fué sacerdote muy estudioso y de una sólida piedad. Sus obras son: *Victoria de Cristo. — Alegoría representada de la captividad espiritual y de la Redencion de Jesucristo*; impresa en Valencia, en 8.°, en 1585; por Juan Navarro, en Barcelona, en 4.°, en 1589, por Pedro Gotard; y en Zaragoza, en 4.°, por Miguel de Quesa el mismo año que la anterior, en cuya edicion aparece dirigida á D. Fernando de Aragon. El año 1670 se volvió á imprimir esta obra en 4.°, en Barcelona, por Antonio La-Caballería, y en 1777 en Manresa, tambien en 4.°, por Domingo Coma. Obras á manera de comedias de asuntos ejemplares, en las que dice: «Por lo que yo en al»gunas obrecillas que, despues de mi estudio ordinario y cumplidas mis »horas, por no estar ocioso, á manera de comedias he compuesto; siempre »he procurado representar en ellas lo que la Sagrada Escritura nos enseña, »y la Santa Madre Iglesia nos representa.» — C.

PALAU (Ilmo. Sr. D. Damian), arzobispo de Rijoles, natural de Gandía. Estudió en la universidad de Valencia, en la cual fué discípulo de filosofía del Dr. Félix Gaston. Recibió el grado de maestro en artes, hizo oposicion á la cátedra de matemáticas con mucho lucimiento, y habiendo sido promovido al grado de doctor en ambos derechos, obtuvo una cátedra de jurisprudencia en la santa iglesia metropolitana de la ciudad de Valencia. Trasladóse al principado de Cataluña por los años de 1707, y fué promovido á la dignidad de arcipreste de Altamura.—En el año 1727 le postuló el emperador Cárlos VI para el arzobispado de Rijoles, en Calabria, el cual tenia anejo el condado de Rova y la baronía de Castellaze. Se consagró en Roma el 30 de Junio del referido año, y publicó las obras siguientes: 1.ª *Carta latina*, circular á toda su diócesis, dada en Roma el mismo dia de su consagracion.—2.ª *Prima Synodus diœcesana in sancta metropolitana Ecclesiæ Regina, celebrata feria sexta, sabbato, Dominica XII, XIII et XIV mensis Augusti, MDCCXXIX*, en Nápoles, 1730, en 4.°—3.ª *Antiloquium ad pastores in Synodo congregatos habitum*. Esta oracion es un testimonio manifiesto de su abrasado celo y altísima doctrina. Hállase al principio de la *Synodo* sobredicha, y lo último de ella la obra siguiente.—4.° *Appendix ad primam Synodum Diœcesanam, celebratam anno Domini MDCCXXIX*. Tambien en Nápoles en el año dicho, y por el mismo impresor. Despues de varios decretos contiene unas constituciones santísimas para el gobierno espiritual y temporal de un seminario de clérigos en la ciudad de Rijoles, de quien era protector el arzobispo. A ellas se siguen dos títulos de decretos para el gobierno de las monjas; y concluye con un doctísimo diálogo entre el confesor y penitente, dirigido á los curas de su diócesis, para que así ellos como los demás, tomen aquel método para instruir á los niños y niñas de cinco á seis años arriba en el modo de confesarse y recibir la sagrada comunion. Casi todo está escrito en italiano.—G. P.

PALAU (Fr. Francisco), del órden de Predicadores, natural de Barcelona. Le incluye Amat en su *Diccionario de escritores catalanes*, y dice que tradujo del portugués al castellano los Sermones del jesuita Mendoza; Barcelona, por Pedro La-Caballería, 1632, un volúmen en 4.° En la Biblioteca de PP. Dominicos de Vich existia otro escrito de este predicador, titulado *Prontuario espiritual*, un tomo en fólio.—O. y O.

PALAU (D. Marco Antonio), natural de la ciudad de Denia, doctor en sagrada teología, paborde dean, primera dignidad de la catedral de Orihuela. Era pariente de S. Vicente Ferrer por su bisabuela Ursula Ferrer, biznieta de Pedro, hermano del Santo. Esta cualidad y sus grandes conocimientos y virtudes le hicieron acreedor á los primeros empleos de la santa iglesia de Orihuela, en que además de los citados obtuvo los cargos de visi-

tador, vicario general, sede vacante, subcolector de la cámara apostólica y examinador sinodal de aquel arzobispado y universidad, en la que fué tambien rector tres veces diferentes. Tenia grande afecto á la órden de Santo Domingo, tanto por su parentesco con S. Vicente Ferrer como por el que tenia con Fr. Vicente Palau, que con otros religiosos dominicos fué martirizado en la isla de Guadalupe. Atribuia, por último, su vida al venerable P. Fr. Domingo Anadon, religioso de la misma Orden, y cuyas oraciones imploró en una grave enfermedad en que se hallaba desahuciado de los médicos. Fruto de este afecto y devocion fué la tercera de sus obras. Fuster dice que este autor era tambien poeta, fundándose en un epígrama suyo en elogio de D. Juan Tremiño, que se halla en el libro que éste publicó de sus comentarios á los cuatro primeros salmos de David, en Orihuela, por Luis Heros, año 1623, en 4.° Parece que aún vivia en 1643, segun afirma el Mtro. Vidal, fundándose en que cuando escribió su obra sobre Denia, comienza el último capítulo con estas palabras: *A tres dias del mes de Agosto del año* 1637; y en el apéndice refiere sucesos de 1643, ignorándose á pesar de esto la época precisa de su muerte. Sus obras son: 1.ª *Breve discurso apologético en defensa de la verdadera y lícita astronomía contra el destierro de pronósticos*; Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1613, en 8.° Se halla dedicada á Fr. Isidoro Aliaga, arzobispo de aquella santa iglesia.—2.ª *Paradoxon Classis Salomonis*; Orihuela, por Luis Heros, 1624, en 8.°—3.ª *Defensa dominicana por la limpia Concepcion de María sin pecado original*; Orihuela, por Vicente Framo, 1628, en 4.° Esta obra fué traducida al italiano por Cristóbal Brignon, é impresa en Palermo en 1654, en 4.°—4.ª *Diana desenterrada, antiguas memorias y breve recopilacion de los más notables sucesos de la ciudad de Denia, desde su antiquísima fundacion hasta el estado presente*, etc., de que se han hecho diferentes copias segun asegura Fuster.—5.ª *Apología por España contra Francia: Diálogo entre un clérigo español y un religioso francés*, ms., en 4.°—6.ª *Tesoro de España*, ms., cuyo argumento es, segun Jimeno, probar con argumentos y autores antiquísimos que S. Pedro Apóstol y S. Juan Evangelista estuvieron en España. Pero esta noticia ha sido desechada despues por otros eruditos, y solo demuestra que su autor y los que le han seguido tuvieron á la vista los falsos cronicones tan en boga en aquella época, y cuyas fabulosas invenciones descubrieron Pellicer, Mondejar y el mismo Nicolás Antonio. — S. B.

PALAU (V. Sor Petronila). Tuvo su nacimiento de padres muy ricos en la ciudad de Barcelona. Estimábanla sobre manera por la docilidad y discrecion que manifestó desde la niñez. Santa doncella, ilustrada con superior luz, siendo aún de muy pocos años, en la iglesia de Sta. Catalina de la misma ciudad, en la cual frecuentaba los sacramentos, se consagró al divi-

no Esposo, como cándida azucena, con el voto de virginidad perpétua y de religion. Cuando el cielo se llevó á la madre de Petronila, descubrió á su padre sus castos propósitos y deseos, y él aprobó con gusto tan santa resolucion. Siguió la doncella á Cristo por el camino de la cruz en aspereza de vida, humildad y pobreza, siendo admitida en el monasterio de Sta. Isabel, nuevamente fundado bajo el instituto de la Orden tercera de penitencia de S. Francisco. Vestido el hábito y profesa la sierva, sujetó su cuerpo á las leyes de su espíritu y trazó muchas penitencias y mortificaciones. Era su cama una estera, y su almohada un saco; pasaba las noches velando con Cristo y tenia por perdido el tiempo que dormia; y aquel duro lecho la duró largos años, hasta que por sus enfermedades se lo prohibieron los médicos. Brilló por su discrecion, sencillez y caridad, cuyas prendas la elevaron dos veces al cargo de abadesa, y en el desempeño de este oficio, celosa de la observancia de su regla, corregia á las defectuosas sin distincion y sin que se diesen por ofendidas, atendiendo á la inculpable vida de la prelada. Protegióla la misericordia divina de una manera ostensible, y contribuyendo á sacarla de apuros increibles en ocasiones de gran penuria y escasez para la comunidad. Dotóla tambien el Señor del don de profecía, como en muchos casos se experimentó. Cuenta su cronista que «estando muy enferma, pensando »las monjas moriria de aquella enfermedad, dos la pidieron se acordase de »ellas en la presencia del Señor, y á la una respondió: Hija, no digas eso, »porque tú morirás primero; y á la otra dijo, que aún tardaria dos años su »muerte, y todo sucedió como lo predijo.» En fin, llena de años y de merecimientos, entregó su espíritu al Criador cerca del año 1624, dejando grande opinion de santidad. — O. y O.

PALAU Y SOLER (P. D. José). El Sr. Amat le incluye en su *Diccionario de escritores catalanes*, y dice que era natural de la ciudad de Mataró, sobrino del Ilmo. Sr. D. Melchor Palau, inquisidor que fué de Cataluña y despues obispo de Urgel. Fué monje de la Cartuja de *Scala Dei*, procurador cerca de veinte años, y convisitador de su provincia de las Cartujas de Cataluña, Aragon, Valencia, Mallorca y Portugal. «Varon muy docto, de rara »memoria, de gran comprension, de muchas noticias, principalmente de »nuestra nacion catalana, de tal manera, que ha dejado escritos muchos to»mos de varias historias de Cataluña dignísimas de la impresion, y de las »que quedaron en mi memoria, oidas de su propia boca, haremos mencion »en mi libro *Biblioteca Santa Catalana.*» Así habla Serra y prosigue: «A este »insigne cartujo totalmente debo todo lo que tengo escrito (así estuviera »acertado), á fuertes persuasiones suyas, penetrando mi genio, alentán»dome, instruyéndome, enseñándome y animándome al desfaller muy fre»cuentemente. Aprecio y guardo sus cartas como podia hacerlo Alejandro

»Magno con las de su maestro Aristóteles. Murió mi padre, mi maestro, mi »amigo, mi oráculo, en la Cartuja de *Scala Dei* el dia 8 de Enero de 1822, »dejando escritas entre sus obras (sin duda muy extensamente, porque ha»bia sido muchos años archivero) la admirable *Vida del V. P. D. Juan* »*Font..*» Hasta aquí Serra y Portius en su obra *Prodigios y finezas de los Stos. Angeles.* — O. y O.

PALAU Y TERMENS (Antonio Abad), obispo de Barcelona. Nació en Valls, provincia y diócesis de Tarragona, en 27 de Julio de 1806, ocupando la silla metropolitana el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Romualdo Mon y Velarde, tio, segun parece, del Sr. D. Alejandro Mon, tan célebre entre nosotros como hombre público. Fué bautizado en la iglesia parroquial de aquella villa, recibiendo en la pila los nombres de Antonio Abad, Rafael y José. Sus padres fueron D. Antonio y Doña Josefa, más ricos en virtud y merecida fama que en bienes de fortuna, que, como acendrados católicos, le tuvieron por primer fruto de su santo matrimonio. Entrambos tuvieron la dicha de verle ascendido á las sillas episcopales de Vich y de Barcelona. Desde sus primeros años se manifestó ya meditabundo, reflexivo é inclinado á la paz y á los objetos religiosos áun en sus juguetes. A los nueve años empezó el estudio de la lengua latina en su país natal. En los años 19 y 20 cursó humanidades en el seminario conciliar de Barcelona, bajo la direccion del inolvidable doctor D. Cristóbal Marcé, célebre por las muchas notabilidades oratorias y literarias que formó en su escuela, cuya biografía por extenso tuvimos el gusto de trazar en esta misma obra, y á la cual nos referimos en este momento. El jóven Palau fué uno de sus más aventajados discípulos, mereciendo sostener un acto público y solemne: allí formó su gusto para la literatura y desplegó su inteligencia, que influyó en el buen éxito de los trabajos literarios de toda su vida. Cursó un año de matemáticas en Cervera, y continuó en Tarragona los dos años de filosofía que le faltaban, cursando en 1825 la sagrada teología dogmática. En aquel mismo año ganó por oposicion una de las becas de gracia del propio seminario. Y miéntras estudiaba la moral con el P. Gatell, célebre y sabio dominico, fué nombrado pasante ó sustituto de uno de los cursos de filosofía, cátedra que se le dió en propiedad en 1830. El Excmo, é Ilmo. Sr. Echanobe, arzobispo de Tarragona, le confirió en 19 de Marzo de 1831 la sagrada órden del presbiterado. El nuevo presbítero se mostró infatigable en todas las funciones de su augusto ministerio, y á pesar de su juventud, fué nombrado catedrático de teología en 1833, en el seminario conciliar de Tarragona, cátedra que desempeñó con método, claridad y admirable aprovechamiento de sus discípulos, cuyas simpatías se captó desde luego, así por la excelencia de su doctrina como por la amabilidad de su carácter. En el mismo año se graduó de bachiller y licenciado

en teología en la universidad de Cervera. Pero los límites de una aula eran para él demasiado estrechos, necesitaba una vasta atmósfera para desahogar su espíritu, y el jóven presbítero fué desde luego uno de los más activos redactores corresponsales de *El Católico*, diario que junto con la revista de Barcelona *La Religion*, fueron los primeros que sostuvieron en España los intereses de Dios y de su Iglesia. Sus artículos llamaron desde luego la atencion por su interés, solidez y estilo: vióse desde luego en el jóven sacerdote, como en otro tiempo en David, un modelo de valor y de mansedumbre. Pero no bastaba á satisfacer su ardor y su celo en la propagacion de la verdad su secundada cooperacion al *Católico*, como asimismo á *El Amigo de la Religion*, *El Madrileño Católico*, *La Cruz*, *La Voz de la Religion*, *El Reparador* y *El Genio del Cristianismo*: su vasto talento y su ánsia por el bien le sugirieron un plan que bastaba por sí solo para honrar su memoria y glorificar su cristiano espíritu. Tal fué el dar el decidido empuje á la santa *Obra de la propagacion de la fe*, organizando los coros de S. Francisco Javier, y alentando el ardor y el entusiasmo de los cristianos por medio de la publicacion de cartas piadosas de los misioneros, que para extender el reino de Jesucristo, unos mueren en el seno de los mares, otros en el de bosques inaccesibles, de miseria muchos, y muchos en el patíbulo. Y logró reorganizar de tal manera la Obra de la propagacion de la fe en España, que excitó los rezelos del gobierno revolucionario, el cual irritado, y por un acto de inaudita barbarie de que debia haberse avergonzado, la suprimió en todos los dominios de S. M. En tan apurado conflicto, y para no parecer ni insubordinado ni débil, halló medio para hacer triunfar la justicia sin exponerse directamente á la iniquidad y tiranía de la ley, y fundó la *Revista Católica*, en la cual, omitiendo el verdadero título, é insertando otras noticias, se insertaron tambien las cartas de los misioneros. Su primer número vió la luz pública en Julio de 1842, y en él manifestó el Sr. Palau que preveia ya la revolucion italiana, y los conflictos que amenazaban al poder temporal, y dominando la cuestion desde la altura del criterio católico, desengañaba categóricamente á cuantos confiáran cantar victoria de la Iglesia, si lograban cantarla de sus temporalidades. La *Revista Católica*, pues, en los once años y medio que tuvo á su cargo su direccion, era su hija predilecta, publicando en ella las tan extensas como interesantes reseñas históricas contemporáneas de todos los pueblos que figuran en el mundo conocido, sin contar los muchos artículos de *Variedades* y de *Misiones* extranjeras y nacionales; y es muy notable que á pesar de haber hablado siempre con la firmeza y energía propias de la independencia cristiana, sin transigir un solo ápice con los principios de la revolucion, no cayó denuncia alguna sobre la *Revista Católica*, lo cual habla muy alto en favor de la pru-

dencia y finísimo tacto del Sr. Palau. Y destinó los réditos líquidos de esta *Revista* á la obra de las misiones. Otra obra, que puede llamarse hermana querida de la *Revista Católica*, y que exigia asimismo todo el valor y firmeza de una conviccion arraigada y profunda en aquella época de amenazas y de peligros, fué la *Librería Religiosa*, objeto asimismo de los cuidados paternales y de la cooperacion asídua del Sr. Palau; y la primitiva idea de su fundacion, cuyo destino fuese inundar de verdad la España, á quien algunos se empeñaban en inundar de imposturas y de mentira, fué emitida en las páginas de la *Revista Católica*. Y siempre se mostró protector y áun inspector de dicha *Librería*. Y no se crea que estas dos grandes é interesantisimas obras fuesen las únicas que ocupaban su atencion y su tiempo. Otras publicaciones no ménos interesantes para la Religion salian de su pluma infatigable, entre las cuales merece una mencion especial el folleto publicado en el año 1850 con el título *La Revolucion, el Gobierno y las Monjas*, que tanto pesó para aliviar la suerte de las exclaustradas vírgenes de Jesucristo. Parece imposible que al propio tiempo que á la *Librería Religiosa*, *Revista Católica* y al brillante desempeño de su cátedra de teología pudiese atender el Dr. Palau, á una multitud de cargos que la fama de su prudencia y exquisito tacto atraian á sus manos, ya relativos á la direccion de conciencias, ya á albaceazgos importantes, ya á comisiones públicas, eclesiásticas y civiles. Vacó entónces la canongía magistral de Tarragona, y firmando á ella el Dr. Palau la obtuvo por oposicion con el alto talento que le distinguia, y tomó posesion de ella el 13 de Diciembre de 1852, habiendo obtenido ántes sucesivamente dos prebendas ó beneficios, uno en Tulcet y otro en Valls, su patria. Distinguióse entónces en la predicacion, en lo cual consistia principalmente su nuevo cargo: su oratoria, sin ser sublime y arrebatadora, era la cabal expresion de su apacible carácter, y se distinguia por la sencillez de formas, la fluidez de estilo y la solidez de conceptos. Cuando vacó la sede episcopal de Vich, el Sr. Brunelli, nuncio apostólico en Madrid, fiel intérprete de los sentimientos del Santo Padre, influyó para que el Gobierno de S. M. fijase la vista en el prudentísimo magistral de Tarragona, el cual, sin que nada pidiese ni desease en su brillante é independiente posicion, vió en la espontaneidad del nombramiento una señal de ser aquel el designio de la Providencia, y se resignó aceptando una dignidad que es en realidad un sacrificio. La Real órden de presentacion está fechada á 19 de Agosto de 1853. El Dr. Palau tenia cuarenta y cuatro años cumplidos. Fué preconizado en Roma en el consistorio de 22 de Diciembre del mismo año. Su nombramiento fué recibido con universal alegría de amigos y agradecidos, y de todo el pueblo catalan; y Vich saludó su nombre como digno de continuar la lista de los Straus, Corcuera y Casadeval. El 27 de

Abril de 1854 fué su consagracion en el grandioso templo de Santa María del Mar de Barcelona. Su entrada en Vich fué el 20 de Mayo siguiente. A pocos meses de estar en posesion de su silla, invadió el cólera morbo asiático gran parte de las poblaciones de Cataluña, inclusa la ciudad y diócesis del Ilmo. Sr. Palau. Entónces á más de los escritos pastorales, llenos de uncion y dulzura en medio de tan aflictiva calamidad, que venia tambien acompañada del huracan revolucionario, tuvo ocasion de desplegar las alas de su caridad, volar á la cabecera del enfermo, visitar los barrios más infectos y pobres de la ciudad y socorrerlos en cuanto podia. El pueblo vió en él el ángel enviado por la Providencia en aquel doble y amargo conflicto. Doce pastorales fueron las que publicó en Vich, saturadas todas de sólida doctrina, y notables por su forma y oportunidad. La Providencia le conservó ileso al través de los horrores de una enfermedad con cuyas víctimas estaba siempre en contacto. Pero la misma Providencia le guardaba para mayores pruebas. A pesar de ser ángel de paz pidió su espada de fuego al querubin que guarda las puertas inviolables del Paraíso católico, y la blandió de modo que quien en vista de aquel solo rasgo le juzgára, le hubiera casi calificado de ángel de la guerra. Habló, pues, contra la desamortizacion eclesiástica; habló con un teson semejante al de los cristianos de los primeros siglos, defendiendo las doctrinas del desterrado obispo de Osma, sin temor al destierro ni á la muerte. Lógico era desterrar al obispo de Vich, pero la actitud de éste infundia temor á los corifeos de la revolucion, y miéntras se despedia cada noche de sus amigos como hasta la vuelta del destierro, no se encontró la salida, y el gobierno envolvió su culpa con el silencio. Libre, pues, del destierro que él creia inminente, tan político como religioso talento de mirada vasta y de accion robusta, escribió á una autoridad superior de Cataluña exponiendo las necesidades del pueblo catalan y medios de remediarlas, restableciendo la perdida tranquilidad. Y esta carta gratamente recibida fué elevada al Gobierno de S. M., el cual convencido de las bellas cualidades de su autor, le nombró para la silla de Barcelona, vacante por la promocion á la metropolitana de Tarragona del Sr. Costa y Borrás que la ocupaba. Barcelona necesitaba un tal prelado y Dios se lo concedió. Su nombramiento fué de 17 de Julio de 1857. Fué preconizado en Roma el 24 de Setiembre del mismo año: el 15 de Diciembre pasó á Tarragona para prestar juramento y hacer la profesion de la fe, y entró en la capital el 18 del propio mes. Barcelona, conocedora de sus altos méritos, le recibió como recibe siempre á las eminencias que vienen á honrarla. En las dos pastorales, una al clero, otra á la diócesis, manifestó en rasgos tiernos y generosos el grande amor que á sus nuevos feligreses profesaba. Prometió ser incansable, no darse paz, no conceder tregua á sus fatigas, y lo cumplió al pie de

la letra. Hé aquí los principales hechos que constituyen la historia de su breve y fecundo episcopado. El 1.° de Enero de 1858 fundó un *Boletin eclesiástico* que sale todos los sábados. El 2 declaró legalmente restablecida la Congregacion de S. Felipe Neri. El 7 estableció una colecturía de Misas. El 10 organizó la diócesis en un oficialato y diez arciprestazgos. El 13 mandó formar un censo de toda la diócesis. El 18 hizo obligatorio á todas las escuelas el uso del catecismo de la diócesis. El 20 mandó formar la estadística del clero de la diócesis, y nombró examinadores sinodales. El 27 procedió al arreglo parroquial. El 30 expidió las pastorales al clero y al pueblo, de que hemos hablado. El 10 de Febrero mandó se exigiera la presentacion de las licencias á los eclesiásticos forasteros. El 17 encargó la direccion interior del seminario á los PP. Jesuitas. El 1.° de Marzo mandó que todos los eclesiásticos estuviesen adscritos á alguna iglesia. El 20 celebró órdenes generales en la iglesia de Santa Clara. El 28 de Abril instaló la clausura en el monasterio de religiosas de San Pedro. El 8 de Mayo fué condecorado con la gran cruz de Cárlos III. El 23 celebró órdenes generales en la iglesia de la Enseñanza. El 26 expidió una pastoral sobre las funciones y procesiones. El 6 de Julio principió la santa visita por el arciprestazgo de Mataró. El 25 dió nuevos estatutos al Seminario. El 12 de Agosto empezó la santa visita en los arciprestazgos de Villafranca, Piera y Vendrell. El 1.° de Octubre proveyó, en vista de oposicion, diez becas enteras y ocho medias de gracia en el Seminario. El 17 concluyó la santa visita. El 2 de Diciembre celebró de pontifical en las solemnes exequias del Sr. Gil Esteve, obispo de Tortosa. El 12 hizo la santa visita en el convento de franciscanas de Jerusalen. El 18 celebró órdenes generales en la capilla del Seminario. En 1.° de Enero de 1859 estableció y organizó bajo otras bases la *Revista Católica*. El 8 organizó una caja diocesana de depósitos. El 16 bautizó dos protestantes, madre é hijo. El 19 celebró órdenes generales en la capilla de Palacio. El 30 hizo la santa visita al monasterio de Bernardas de Valldoncella. En 1.° de Mayo inauguró una casa que fuese servida por las Hermanas Escorialenses para asilo de sirvientas, y tambien las escuelas dominicales. El 19 de Junio celebró órdenes generales. El 21 hizo la visita al monasterio de Pedralbes. El 27 inauguró en el palacio episcopal el sínodo de las conferencias eclesiásticas, cuyo reglamento habia sido anunciado con una pastoral. El 19 de Agosto empezó la santa visita, y la giró en los arciprestazgos de Martorell, S. Feliú de Llobregat y Villanueva. El 4 de Octubre inauguró y bendijo solemnemente la nueva iglesia del barrio de la marina en Villanueva. El 30 bendijo solemnemente á la abadesa del Real monasterio de Sta. Clara, en Barcelona. Por aquellos dias la Providencia ofreció brillante ocasion al Sr. Palau para desplegar su patriotismo. La guerra de Africa no podia ser indiferente á los maestros

y propagadores de la religion, pues el triunfo de España en Africa era el triunfo de la libertad del Evangelio. No podia ser, pues, indiferente el noble pecho del Sr. Palau, el cual fué uno de los primeros que desplegaron los labios para entusiasmar á sus hijos en pro de la causa española. En 31 de Octubre publicó una pastoral, hermoso tejido de patriotismo y de celo, en la cual el hombre de paz hablaba de guerra, pero de guerra como en tiempo de las Cruzadas, como en tiempo de la reconquista contra los sarracenos. No se contentó con dar á su pueblo la instruccion pastoral: quiso alentar por sí mismo las valerosas huestes que partian de Barcelona para el litoral africano: en los dias 3, 6 y 8 de Noviembre de 1859, y 26 de Enero y 9 de Febrero de 1860, los cazadores de Baza, de Alba de Tormes y de Llerena, y los batallones de línea de Extremadura, de Mallorca y de Aragon, formando uno á uno círculo extenso al rededor de S. E. I. oyeron su voz elocuente, y fueron atraidos por su acento cariñoso, como en otro tiempo los adalides de la fe por la del cardenal Jimenez. Bendijo en sus respectivos dias las banderas de aquellos seis batallones, puso en ellas una medalla de la Vírgen, y llevado de un entusiasmo excepcional en su carácter calmoso: *Id, dijo, id y pelead á la sombra de María; valor, ella os salvará.* Vamos, dijeron los soldados, y se fueron contentos con llevar en su favor la bendicion del santo prelado. En 15 del mismo Noviembre celebró de pontifical y predicó en la funcion solemne que la nobleza de Barcelona dedicó á la Vírgen de la Merced en su propio templo, para obtener de ella el triunfo de nuestras armas. En 2 de Marzo de 1860 administró solemnemente, en la capilla episcopal, el bautismo á una jóven noruega de la secta evangélica. El 14 inauguró la casa de misiones en la villa de Gracia. El 15 de Abril bendijo solemnemente á la abadesa de S. Pedro de las Puellas. El 3 de Mayo fué á recibir el batallon de Arapiles y á los voluntarios catalanes, que victoriosos regresaban de Africa. El 9 emprendió la visita del arciprestazgo de Tarrasa. El 19 celebró de pontifical en Tarrasa en las exequias de los fallecidos en Africa. Durante esta visita, y hallándose en el pueblo de Rubí, sintió de un modo declarado los síntomas de la enfermedad que le habia de llevar tan prematuramente al sepulcro, pues indicios de ella los habia ya sentido seis años atrás, cuando ocupaba la silla de Vich. Pero su ánimo impasible y la serenidad de su carácter le hicieron despreciar estos síntomas y aquellos indicios. En 1.° de Junio regresó de la santa visita. El 2 celebró órdenes generales. El 6 celebró de pontifical en las solemnes exequias que tuvieron lugar en la Santa Iglesia por los fallecidos en Africa. El 20 instaló una junta consultiva del empréstito pontificio, y principió los trabajos de la misma. El 16 de Agosto emprendió la visita de los arciprestazgos de S. Celedonio y Granollers. El 13 de Setiembre suspendió la visita y regresó á Barcelona. El 21

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

recibió á S. M. El 24 celebró de pontifical en la iglesia de la Merced con asistencia de otros dos arzobispos y cinco obispos. El 30 acompañó á SS. MM. á Monserrat. En 2 de Octubre tomó el juramento de S. M. en la sala capitular. El 3 recibió de S. M. un rico cáliz. El 5 acompañó á SS. MM. hasta Manresa, junto con una comision del cabildo. En Noviembre estableció la vida comun en el monasterio de Pedralbes. En Diciembre celebró órdenes generales. El 1.° de Febrero de 1861 inauguró una comunidad ó colegio de religiosas del Niño Jesús. El 7 comunicó al cabildo las nuevas ordenaciones de iglesia y coro, en las que brilla el celo de Esdras para la magnificencia del culto y la gloria del Señor. Era asídua la asistencia del Sr. Palau, así en la catedral todos los domingos como en las grandes solemnidades religiosas que se celebran en las principales iglesias de Barcelona. A principios de 1861 la salud de S. E. I. iba quebrantándose visiblemente, los facultativos le advirtieron que debia tomar sérias precauciones, sus amigos se lo rogaron, todos se interesaban por su salud y por su vida. En vano salió á descansar en una hermosa quinta del llano de Barcelona; en vano, más por obediencia que por voluntad, pasó á tomar las aguas de Panticosa, recibiendo en todas partes, así de sus hermanos, los obispos, como de los pueblos y clero las más vivas muestras de afecto, de respeto y de simpatía. Al regresar de allí fué á despedirse de Valls, su patria, donde fué objeto de vivos y generales obsequios, y en donde él derramaba á manos llenas todos los beneficios, limosnas y larguezas de su caridad inagotable. El 28 de Agosto regresó á Barcelona, de la que habia salido el 23 de Abril: la poca mejoría que se notó en el rostro de S. E. I. despues de los cuatro meses de descanso y paseo, alarmó á todos sus amigos y les hizo desvanecer toda esperanza. El 14 de Abril recibió á S. M. el Rey, que vino á Barcelona para inaugurar el ferro-carril de Zaragoza; bendijo los primeros trabajos del ferro-carril de Tarragona, y á la mañana siguiente las locomotoras y el trayecto de Barcelona á Moncada. El 16 pasó á Zaragoza á acompañar á S. M., de la que regresó el 18 á Barcelona, de donde no salió ya sino para la eternidad. El dia 8 de Diciembre enriqueció la diócesis fundando é inaugurando, con un sermon lleno de ternura la casa de las Institutrices y colegio de Desamparadas, cuyo objeto es de convertir en santas las jóvenes prostitutas. El 8 de Enero de 1862 pasó á Calella á fundar un convento de la Enseñanza con cinco religiosas de Barcelona. En 16 de Febrero concluyó en S. Agustin una mision de PP. de la congregacion del Corazon de María. En 28, hallándose en el puerto, de tránsito para Roma, el Ilmo. Sr. D. Lázaro de la Garza, arzobispo de Méjico, á causa del gravísimo estado de su salud, fué trasladado al palacio episcopal, en donde se le prodigaron todos los cuidados que su estado requeria. El 1.° de Marzo se le administró el sagrado viático y el 9 la extremauncion,

cuyos actos no se hicieron con la pompa que correspondia por haberlo rehusado el ilustre enfermo. Sin embargo, asistieron como particulares todos los capitulares. El 10 llegó de París, y se hospedó en el mismo palacio, el señor obispo de Antequera, en Méjico, y el 11 á las diez de la noche falleció el Arzobispo, que era por sus virtudes un santo. El Sr. Palau quiso asistir á sus solemnes exequias, á la procesion y á la catedral, de la que salió para no volver á entrar sino cadáver. El ilustre Dean de aquella diócesis, á nombre del capítulo y de los fieles, dirigió al Sr. Palau una sentida carta, llena del más puro agradecimiento, por lo que habia hecho por el expatriado Arzobispo, tanto en vida como despues de su muerte en sus funerales, dispuestos con la mayor pompa y verificados con la más grande solemnidad. Desde aquella data puede decirse que la existencia era para S. E. I. una verdadera y casi insoportable carga; presentóse la enfermedad con caractéres alarmantes y agudísimos dolores. Sus quejas eran muy raras, y saturadas siempre del acento de la resignacion. En medio de sus sufrimientos atendia, en cuanto le era posible, á las necesidades de su diócesis, y se dedicaba especialmente á fomentar los sentimientos de su piedad; así es que en los últimos tres meses de su vida trabajó para llenar un vacío lamentable en nuestra liturgia, enriqueciendo á la iglesia de Barcelona con un oficio propio de Sta. Eulalia, monumento literario, que prueba su acendrada piedad y su celo por la gloria de Dios y de su ínclita mártir la ilustre barcelonesa. Durante la postrera enfermedad del Sr. Palau tuvo lugar un hecho extraordinario, cual es la venida á Barcelona de veintiun obispos españoles, y el mayor sacrificio que el cielo podia exigir del Excmo. Sr. Palau era el impedirle de juntarse á sus venerables hermanos en las manifestaciones de adhesion á la causa pontificia. Ni áun asistir pudo al acto religioso más espléndido y magnífico que ha tenido lugar en Barcelona de algunos siglos á esta parte. En cambio le consoló el Señor haciendo que todos los prelados peregrinos, entre los que habia dos cardenales y algunos arzobispos, le visitasen particularmente y en corporacion el dia 10 de Mayo al salir de la funcion religiosa que en aquel dia se celebró en la Santa Iglesia. Poquísimos, y quizá ningun obispo en España, habrá tenido el alto honor de verse honrado durante su enfermedad con la visita de una corporacion formada por dos cardenales, tres arzobispos y diez y seis obispos, los cuales le rogaron, y casi tuvieron que mandarle, se abstuviera de tomar parte en la gran funcion de la catedral para la que se hallaba preparado y vestido: tanta era la fuerza con que deseaba besar el pié á Su Santidad, que hasta lo último no perdió la ilusoria esperanza de poder verificarlo; y solo pudo suplir su falta de asistencia á la gran solemnidad romana enviando allí á su ilustre hermano, secretario general de la diócesis y arcediano de su misma iglesia, Dr. D. Pablo Palau, quien,

portador de la relacion correspondiente á la visita *ad limina Apostolorum*, lo fué tambien de una tierna y afectuosísima carta suya á Su Santidad, quien trató al hermano con muestras considerables de especial benevolencia, pudiendo éste ser testigo de la alta reputacion en que era tenido en Roma su excelentísimo hermano. Muy grata debia ser á Su Santidad la carta del señor Palau, cuando á los pocos dias de haberla recibido, esto es, en 9 de Junio, mañana siguiente al de la canonizacion de los santos mártires, firmó la siguiente, que ya no pudo leer S. E. por haberse recibido en Barcelona el dia despues de su fallecimiento. Esta contestacion de Su Santidad al obispo de Barcelona merece ser transcrita. —«Pio papa IX. Venerable hermano: »Salud y apostólica bendicion: Vino á visitar á Nos el amado hijo y hermano »tuyo, Pablo, arcediano de esa Iglesia catedral, á quien recibimos como era »debido, con la más cordial benevolencia. Nos hizo entrega de la muy ob»sequiosa y afectuosisima carta, en toda la que brilla tu grande adhesion, »amor y obediencia á Nos y á esta Sede Apostólica. Por ella nos hemos cer»ciorado de la grande pena que te aflige, venerable hermano, por no haber »podido venir á visitar á Nos, á causa de tu quebrantada salud, como ar»dientemente lo deseabas, para hallarte presente, en union de los demás »venerables prelados, á la solemne canonizacion de muchos santos, que con »el auxilio divino y gran consuelo de nuestro corazon celebramos en el dia »de ayer. Mucho nos ha contristado, venerable hermano, el saber que hace »mucho tiempo te hallas gravemente enfermo; y por lo mismo te exhorta»mos á que por todos los medios posibles procures tu salud, miéntras abri»gamos la más firme esperanza de que con el favor de Dios la conseguirás »cuanto ántes. Tocante á la relacion que haces del estado de esa tu diócesis, »recibirás la oportuna contestacion de nuestra Congregacion del Concilio, á »la que la hemos pasado para que, segun costumbre, la examine y nos dé »cuenta de ella. No dudamos que con tu acendrada religiosidad estás ele»vando votos fervorosísimos á la divina Providencia, rica en misericordia, »para que asista con su poderosísimo auxilio á Nos y á la Iglesia. Asimismo »estamos ciertos que con tu celo episcopal no cesarás jamás, particularmente »en los tiempos de iniquidad que atravesamos, de defender con valor la Igle»sia católica y de procurar con el mayor ahinco para la salvacion de tu »grey. Por fin, debes estar persuadido de la distinguida benevolencia con »que te amamos, y en cuyo irrefragable testimonio te damos, venerable »hermano, á ti y á todo el clero y demás fieles confiados á tu cuidado, nues»tra cordial y apostólica bendicion. Dado en Roma en S. Pedro el dia 9 de »Junio del año 1862, XVI de nuestro pontificado.— Pio papa IX.»— Llegó, por fin, el tan temido dia. El Prelado quiso prepararse por medio de un tranquilo exámen, de una confesion pausada y de una comunion viático so-

lemne y fervorosa. El digno obispo de Guadix le llevó su Divina Majestad, á quien recibió vestido de pontifical y rodeado de dos obispos de Méjico, del obispo de Menorca y de los preconizados de Lérida y Gerona: con imperturbable serenidad acompañó y respondió á las oraciones del Ritual, habiendo comulgado con la misma paz que comulgaba en el altar de la Santa Iglesia en los dias de las grandes festividades. Enternecidas las autoridades religiosas, civiles y militares que lo presenciaron, cobraron al Obispo que se iba un amor tal, que todo sacrificio les hubiera parecido dulce por lograr que el Señor le dejára. Media hora despues, el Rdo. párroco de S. Miguel del Puerto le entregó de parte de Su Santidad, del que era S. E. prelado doméstico asistente al sagrado solio, la medalla regalada á los Obispos que asistieron en Roma el 8 de Junio anterior, noticiándole los honoríficos conceptos que su celo pastoral y su defensa de la Iglesia habian merecido de Pio IX, extraordinaria y alta distincion que proporcionó á S. E. I. el último consuelo. El 8 de Junio de 1862 fué dia de oracion y de plegaria para Barcelona, pero su noche lo fué de sorpresa y de llanto. Al caer la tarde, todo indicó que faltaban á S. E. I. pocas horas de vida. Reconciliado de nuevo, recibida la uncion del óleo que él mismo habia consagrado para los enfermos, escuchó las exhortaciones que acostumbran dirigirse á última hora con aquella calma envidiable que nunca le abandonó; oia los pasos de la muerte, veia la muerte acercarse á él, sentia ya sobre su corazon el peso de la descarnada mano de la muerte, observaba bañarse su frente con el sudor del hálito de la muerte, reparaba que la muerte le privaba su respiracion, oia las primeras sílabas de esta íntima de la muerte: *Te basta ya de vivir: vente conmigo*; y la paz no le faltaba, y la serenidad se pintaba en su rostro como en el dia de su mayor ventura. Y murió tranquilo el Prelado, que, segun dicho de su madre, habia nacido riendo. Los funerales fueron correspondientes á la estimacion que Barcelona le profesaba. Numerosos amigos siguieron espontáneamente su féretro con el dolor pintado en los semblantes. Quiso la Providencia, que encontrándose de paso en la capital el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Trajanópolis, confesor de S. M., y continuando los Sres. Obispos de Guadix, de Menorca y los dos de Méjico, asistieron todos á las fúnebres exequias. Así el que habia reseñado en la *Revista Católica* los intereses de la Iglesia del antiguo y del nuevo mundo, fué acompañado en su último dia por obispos de iglesias pertenecientes á ambos mundos. Obispos de América y de España tomaron parte en los últimos obsequios que en la tierra se le prestaron. Hasta el orador que subió al púlpito para recordar muy justamente las virtudes del finado, el Rdo. P. José María Rodriguez, estuvo felicísimo en trasladar á sus numerosos oyentes las tiernas y dolorosas emociones que en todos excitaba aquel precioso y exacto

recuerdo. Tal es el pastor que llora todavía la Iglesia, el padre á quien perdió Barcelona. Con su muerte quedó suspendida la ejecucion de muchos proyectos importantes. Durante el pontificado de sus dos sillas celebró veintitres ordenaciones, y en ellas dió á la Iglesia cuatrocientos sesenta presbíteros; habiendo consagrado en su administracion de Barcelona doscientas cincuenta aras, setecientos setenta y seis cálices, y dado el sacramento de la confirmacion á sesenta y ocho mil ciento treinta y nueve fieles. No hay necesidad de repetir aquí los elogios que han tributado á su memoria varios periódicos de España, entre ellos *La Esperanza*, *La Regeneracion*, *El Pensamiento español*, *La Luz*, *El Monitor de primera enseñanza* y la *Revista Católica*. Nosotros, en este resúmen, hemos seguido en lo principal la extensa y completa biografía que del difunto prelado y muy querido y antiguo amigo nuestro, escribió tan exacta como elocuentemente el jóven eclesiástico don Eduardo María Vilarrasa, orador y escritor de brillantes dotes y esperanzas, con cuya amistad asimismo nos honramos.—R. y C.

PALAZUELOS (Antonio Fernandez), jesuita portugués. Marchó á Etiopía en 1604 con Francisco Antonio de los Angeles, y despues de haber pasado muchos trabajos y prestado grandes servicios, era superior de la Compañía en aquel país, cuando fué llamado por el patriarca Alfonso, que le apreciaba mucho, para que hiciera sus veces en la visita de las iglesias. Escribió diferentes obras, la mayor parte de las cuales tratan de la salvacion de los etíopes á que se consagraba especialmente. Las más conocidas son las siguientes: 1.ª *Tratado de los errores de Etiopía*, escrito en caldeo, y traducido con el título de *Flagellum Mendacy*, 1621.—2.ª *Libro de la Inmunidad Eclesiástica*, en etiope.—3.ª *Preceptos para oir las confesiones*, tambien en etíope, á cuyo idioma tradujo:—4.ª *Ritual Romano* de 1626, al que aumentó:—5.ª *Ordinario y ceremonial del Misal, con algunas misas para las fiestas principales y otras épocas del año*;—6.ª *Calendario de las fiestas movibles segun el cómputo del año etiópico*, para que convenga con el romano, uniéndole un tratado y explicacion de éste. Publicó, por último: 7.ª *Instruccion para el ayuno*, en que manifiesta los errores del cómputo etiópico en cuanto á las fiestas movibles.—S. B.

PALAZZI (Juan), eclesiástico é historiador latino. Nació en los estados de Venecia hácia 1640, y murió hácia 1703, dándose á conocer por algunas historias, ó más bien por algunas compilaciones sobre el imperio de Occidente. La principal lleva este título: *Monarchia occidentalis, scilicet Aquila inter lilia, saxonica sancta sive bavarica, franca, sueva, etc.*; Venecia, 1671-1673, nueve volúmenes en fólio. Comprende los emperadores desde Carlomagno hasta Leopoldo. El autor ha ordenado esta historia de medallas, emblemas y láminas. Tambien son suyos los *Fasti ducales Veneto-*

rum, 1696, en cuatro volúmenes. Esta edicion es la más exacta. —S. B.

PALCOMIO, obispo de Braga, en Portugal, conocido por haberle enviado á Paulo Orosio las reliquias de S. Esteban recientemente encontradas en una aldea cerca de Jerusalen, quien fué al mismo tiempo portador de una carta del sacerdote Abito para él y su iglesia, en que les consolaba de los males que le causaban las incursiones de los bárbaros. —S. B.

PALDONO, Tasono y Tatono (Stos.), abades del monasterio de S. Vicente, cerca de Vulturno, los pormenores de cuyas vidas nos son casi completamente ignorados; pues solo se sabe de ellos que los cita Ferrario en 11 de Octubre y de Diciembre en el catálogo de los Santos que no se hallan en el Martirologio Romano. —S. B.

PALERO (P. Fr. Vicente), valenciano. Religioso muy puntual, y cual debe ser un sacerdote hijo del religiosísimo convento de Predicadores de su patria, tan fecundo en santos. Al detenerse la flota en que iba con direccion á Filipinas á hacer agua en la isla de Guadalupe, su inhumana poblacion, ajena á todo sentimiento de piedad, le cercó con otros de sus compañeros, y en la espesura de los montes comenzaron á arrojarles flechas, causando la muerte á seis religiosos, entre ellos al P. Vicente. Fueron los otros mártires los PP. Fr. Juan de Moratalle, de Murcia; Fr. Juan Martinez, aragonés; Fr. Juan Cano, natural del Burgo de Osma; Fr. Pedro Moreno, del insigne convento de Sta. Cruz de Segovia; y Fr. Jacinto Sistenes, diácono de Valencia, todos dignos de mencion por las muchas virtudes que los adornaban y se refieren en sus respectivos artículos. Sus demás compañeros, algunos gravemente heridos, llegaron á su provincia de Nueva Segovia, y en ella contribuyeron á levantar diferentes iglesias en aquella tierra, cuyos habitantes eran casi todos infieles. —O. y O.

PALECZER (Juan). Nació en Praga el 23 de Marzo de 1701. Admitido en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1716, enseñó la filosofía, la teología moral y el derecho canónico. Fué rector de diferentes colegios durante diez y seis años. Murió el año 1774. Escribió: *Historia de ducibus ac regibus Bohemiæ ex Dec. I, lib. VII. Miscellaneorum Historicum Bohemiæ, auctore P. Balbino, S. J. Vetere*; *Pragæ*, 1735, en fólio. El autor pensó reimprimir esta obra. — *Theses ex universa Aristotelis Philosophia*; *Pragæ*, 1735, en 4.°—O. y O.

PALEMON (S.). Vivió este santo anacoreta en la Tebaida en el reinado de Diocleciano y de sus sucesores, haciendo una vida austera. Fué maestro de S. Pacomio, que vivió con él algun tiempo en la soledad ántes de establecerse en el monasterio de Tabernes; y murió en brazos del mismo el año 315 de la era cristiana. La Iglesia le recuerda el dia 11 de Enero. Baillet, en sus *Vidas de los santos del mes de Enero*, hace su biografía. — C.

PALENCIA (D. Francisco José de), dean de Guatemala, natural de Canaria. Fué obispo de Comayagua en 14 de Octubre de 1773, y murió en 22 de Enero de 1776. — O. y O.

PALENCIA (D. Juan), bachiller en cánones del obispado de Palencia, y natural de la misma ciudad; fué elegido en 16 de Enero de 1457. Fué obispo de Palencia, varon santo y docto. — O. y O.

PALENCIA (Fr. Martin de), monje benedictino, dedicado á la iluminacion de libros en su convento de Avila. Fué tanto su mérito que el rey Felipe II le pensionó para que escribiese y pintase varios libros de coro y otros diferentes objetos, destinados al monasterio del Escorial. El magnífico libro, llamado de las *Procesiones*, es muy celebrado por los inteligentes. Estaba escrito en vitela, de letra superior y adornado con elegantísimas miniaturas. Guardábase en el monasterio de S. Millan de la Cogulla de Suso, en donde este monje habia profesado. — O. y O.

PALENZUELA (D. Fr. Alonso), tercero de este nombre, religioso de San Francisco y guardian del convento de Salamanca, confesor de los Reyes Católicos, obispo de Ciudad Rodrigo, embajador en Inglaterra el año 1470, en que trató el casamiento de la infanta Doña Catalina con el Rey de aquella corona. Los mismos monarcas le presentaron para el obispado de Oviedo. Dice Fr. Francisco Gonzaga, en la *Historia de su religion*, que fué muy pio y erudito predicador, habiendo acaecido su muerte en Oviedo con opinion de bienaventurado. Su cabildo, honrando la memoria de sus virtudes y letras, le dió sepultura en el coro de su iglesia, y en ella dotó una Salve para cantarse los sábados. — O. y O.

PALENZUELA (M. R. P. Fr. Pedro), ministro provincial de la Orden Seráfica, en la santa provincia de Castilla. Bajo su gobierno estuvieron en concordia, aunque duró poco tiempo, Villacrecianos, Observantes y Claustrales. Es notable la siguiente patente que expidió en su tiempo, dirigida al célebre Fr. Pedro Regalado, de Valladolid, vicario de los eremitorios de San Francisco de *Scala Cœli*. «Como haya llegado á nuestra noticia que algunos »religiosos, prelados y súbditos, así de la clausura como de la observancia, »pretenden por varios caminos tener jurisdiccion sobre vosotros, de los cua»les ya llevais padecidas algunas molestias, y las esperais más agrias. Por tanto »mando por santa obediencia y so pena de excomunion mayor, á todos los súb»ditos de esta nuestra provincia, que de bajo de color ó pretexto alguno no »se entrometan con vos, que al presente ejercitais el oficio de presidente ó de »vicario, ni de cualquiera otro que os sucediese en el cuidado, régimen y »presidencia de dichos eremitorios, ni áun con el más inferior de vuestros »súbditos. Antes queremos que os dejen vivir segun la santa, loable vida y »justas ordenaciones que siempre usasteis, y debajo de aquel prelado á quien

»siempre obedecisteis. Demás de esto, mando bajo las mismas penas á todos »y á cada uno de los referidos súbditos, que os permitan y dejen pedir de la »caridad de los bienhechores todos los socorros y limosnas necesarias á vues»tra manutencion, y que os hospedeis en los hospicios donde acostumbran á »hacerlo vuestros predecesores. Dada en Burgos, etc.» Igual que Palenzuela, protegió al santo P. Regalado, creándole comisario general de los conventos de su custodia el reverendísimo Mozanica, ministro general de toda la Orden. —O. y O.

PALEONYDORO (Juan). Llamóse así este religioso carmelita, segun Valerio Andrés y Dupin en la *Biblioteca de Autores eclesiásticos del siglo XV*, porque tomó el nombre del pueblo de su naturaleza, en Holanda, cerca de Utrech; pero fué llamado Oulde Water. Fué religioso de la Orden Carmelitana en el convento de Malinas, y murió en 1507. Sus obras conocidas son las siguientes: *Fasciculus temporum tripartitus.* —Un *Tratado de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.* —La historia de su Orden, titulada: *Trimegistus anaphoricus Panegyricus de origine, statu et progressu Ordinis Carmelitani*, con un manual para la misma Orden y *le Bouclier des Carmelites;* Venecia, 1570. —C.

PALEOTA DE BOLONIA (Gabriel). Nació este príncipe de la Iglesia católica el 4 de Octubre de 1524 en Bolonia, hijo de Alejandro, nieto de Vicente y sobrino de Aníbal y de Camilo, todos célebres jurisconsultos de su patria. Dedicado al estudio, hizo rápidos progresos en las letras y en la jurisprudencia, y tomando el estado eclesiástico, fué canónigo de Bolonia, profesor en derecho canónico y civil, y despues auditor de la Rota en el pontificado de Paulo IV. Penetrado de su suficiencia Pio IV le mandó al Concilio de Trento, en donde se distinguió tanto y tan á gusto del Pontífice, que le creó cardenal el año 1561. El papa S. Pio V le hizo obispo de Bolonia, á cuya iglesia erigió Gregorio XIII en su tiempo en metrópoli. Llenó tan perfectamente este prelado los deberes del episcopado, que se le recuerda en él con elogio. S. Cárlos fué amigo particular de este cardenal, y el papa Sixto V le dispensó muchas atenciones. Fué tal la buena opinion de que disfrutó en el cónclave que se tuvo para nombrar sucesor á este papa, que arrastró á su voto el de treinta cardenales. El pontífice Clemente VIII, que habia sido discípulo de Paleota en la cátedra de derecho, tenia un gran placer en manifestar su aprecio y gratitud á este grande hombre, que murió en Roma el 23 de Julio de 1597, á la edad de setenta y tres años. Moreri, con relacion á Sigonius y Bumaldi, Auberi y Riccioli, nos dice que dejó escritas gran número de obras que acreditarán siempre su erudicion y virtud, señalando como las más notables las siguientes: *De bono senectutis.* —*Archiepiscopale Bononiensis.* —*De imaginibus sacris et profanis*: es de sentir no nos digan los

autores más noticias de un cardenal que todos convienen se distinguió tanto por su talento en el desempeño de sus deberes eclesiásticos y por sus excelentes obras, cuya mayor parte nos ocultan. —C.

PALERMO (El hermano Fr. Alipio de). Siendo secular y muy jóven inclinábase á las cosas divinas, y hablaba como si fuese muy viejo y experimentado. Retirado á la soledad, vivió en ella como anacoreta. Estando entónces por allí cerca los Agustinos recoletos en una fundacion que despues desampararon, y concurriendo con ellos algunas veces, quedaron tan prendados de su conversacion y ejemplos, que no vacilaron en admitirle novicio, accediendo á sus instancias. Dedicáronle al coro conociendo sus virtudes, y perseveró en Geraceli hasta su muerte. Sepultado en una iglesia de Dominicos, el Señor obró por su intercesion muchos milagros. —O. y O.

PALERMO (Fr. Angélico de), varon ilustre en prudencia y virtudes: gobernó algun tiempo santa y ejemplarmente la provincia de Palermo (de Capuchinos), y fué sacerdote y predicador apostólico. Murió en el convento de Licata con gran fama de santidad, á cuyas honras y á la veneracion de su cuerpo acudió infinito número de pueblo. —C. de la V.

PALERMO (Fr. Clemente de), capuchino, corista; siendo aún adolescente, sobresalió en pureza de espíritu, en la gravedad de sus costumbres, virginidad, paciencia y humildad cristiana, junto con los demás ornamentos del ánimo. Siete meses despues de su profesion le acometió en el convento de Nari la última enfermedad, viendo en ella premiados por el Señor los gratos servicios que le habia tributado; pues miéntras estuvo enfermo pronosticó á una baronesa, señora muy principal y célebre por sus virtudes, llamada Grasta, que habia de morir de un mal que á la sazon sufria, y hasta el dia y la hora de su muerte; añadiendo, que despues de purificada por un breve tiempo en el purgatorio, subiria al cielo el alma de aquella señora. Este pronóstico vióse á poco cumplido exactamente en la parte que pudo verse. Igual profecía dió á otra mujer, vecina de Nari, de nombre Francisca, de la Orden tercera del Seráfico Padre, concluyendo por declarar él mismo á los religiosos la hora y el dia de su propio fallecimiento, que sería en muriendo la baronesa. No bien aquella espiró, dijo á los frailes que le asistian: «Ya el alma de la baronesa sube á los cielos, porque nuestro Padre S. Fran»cisco le ha negociado que solo con pasar por el purgatorio vaya á gozar de »Dios.» A poco le sobrevino un éxtasis; y acercándose la mañana, segun tenia anunciado, voló su alma al descanso eterno. Divulgadas por el pueblo sus profecías, acudió fervoroso al convento de Capuchinos á venerar su sepultura; siendo tal la devocion con que lo hicieron, que hubo de serles prohibido por los religiosos aquel acto de adoracion, dándoles en cambio, por satisfacer á su afecto, cuentas del rosario con que el siervo de Dios

solia rezar, y algunas otras prendas de que en vida se sirvió. — C. de la V.

PALERMO (Fr. Evangelista de), religioso capuchino, marqués de Rosablanca y de S. Leonardo, citado en la crónica de su Orden no solo por su nobleza, sino por sus heróicas virtudes. Distinguióse mucho en la humildad, obedeciendo no solo á los superiores, sino á sus iguales, y áun á los mismos legos, siendo de todos mirado como ejemplo y modelo. Sufria las pruebas más duras á que se le sometia; hacia largos viajes á pié, como el más ínfimo de sus hermanos, y nunca se quejaba, ántes por el contrario, manifestaba sin igual alegría, contento de sufrir por Jesucristo todo género de fatigas y privaciones. Dícese que supo la hora de su muerte, y áun que se la anunció á otros religiosos, verificándose como lo habia vaticinado. Su Orden tiene en grande aprecio su memoria, y habla siempre de este venerable siervo de Dios con profundo respeto. — S. B.

PALERMO (P. Fr. Jesualdo), religioso capuchino, fué teólogo c onsultor del cardenal Colona, y calificador del Santo Oficio de la Inquisicion; descendia de una antigua é ilustre familia, siendo hermano del marqués de Madonía. Escribió: *De electionibus canonicis, lib. I; De clausurâ monialium, lib. I.* — S. B.

PALERMO (Fr. Honorio de), religioso capuchino, primogénito de los príncipes de Gravina Ferrero, grandes de España de primera clase, príncipes de Palagonia, Francisfontis, marqueses de Galera, Delia, etc. Nació en Palermo en 30 de Noviembre de 1630, y estudió en el colegio de los Padres Jesuitas de aquella ciudad, no solo las letras humanas sino tambien la filosofía, con singular aprovechamiento, llegando á recibir el grado de maestro en artes. Conocedores de su excelente disposicion y notoria aplicacion, sus dignos maestros fomentaron el amor al estudio en su jóven discípulo, que seguramente no necesitaba que le incitasen para entregarse á él con ardor. Habíase despertado la aficion á los estudios canónicos, á los cuales se inclinaba sobre todos los demás, y deseoso de seguirlos y perfeccionarse en ellos, determinó pasar á Nápoles para realizar esta idea, y se embarcó el 12 de Julio de 1650; fué su viaje feliz en un principio, tan feliz que nadie hubiera imaginado que dentro de breves momentos habia de trabarse un sangriento combate que daria por resultado que muchos infelices exhalasen el último suspiro ántes de pisar el suelo de su patria, teniéndola á la vista y encontrando sepultura en los abismos del mar, á la faz de un cielo sereno y despejado, y navegando sobre unas aguas tranquilas que apénas mecian dulcemente los navíos. Tuvo lugar esta encarnizada lucha con una armada berberisca, cayendo muchos prisioneros en manos de los piratas, y esta suerte fué la que cupo tambien á Palermo; pero alcanzó la libertad en Tunez y volvió á Nápoles, donde estuvo algun tiempo restaurando su salud quebran-

tada por tantas fatigas ántes de emprender sus estudios. Comenzólos al fin, estudiando con incansable afan, como se lo habia propuesto, sobresaliendo en la difícil ciencia á que se habia consagrado. Recibió el grado de bachiller el dia 3 de Noviembre de 1656, y se ordenó despues de sacerdote, olvidando desde este mismo instante cuanto pudiera distraerle en el mundo, para dedicarse no más que al desempeño de su santo ministerio con la mayor solicitud y esmero. No solo practicaba todas las virtudes, sino que era tan entusiasta admirador suyo, que en muchos hacia nacer un amor hácia ellas que no tenian, oyéndole ensalzar las de sus hermanos, y viéndole practicar con tanta constancia las principales. Distinguióse mucho en las ciencias, aunque no era esta la gloria que ambicionaba, pues todos los aplausos que merecia no eran suficientes para llenar el vacío de su corazon. Habia gustado las dulzuras que proporciona la virtud; habia entrevisto al mismo tiempo la viva luz con que la religion alumbra el camino de los que la siguen con verdad, y penetrado de un heróico desengaño, despreció toda conveniencia temporal, y en el dia 6 de Julio de 1684 se retiró á la religion de los PP. Capuchinos, en que siguió una vida penitente y ejemplar, dedicándose á muchas obras piadosas por espacio de veinte años, hasta su muerte ocurrida en 29 de Abril de 1705, á la edad de setenta y cuatro años. Su cadáver fué enterrado con grande pompa y asistencia, no solo de las religiones, sino de lo principal de la ciudad que le veneraba como pariente y como perfecto religioso.—S. B.

PALERMO (Fr. Iluminado de), religioso capuchino, de la ilustre y antigua familia de los Marinos. Antes de entrar en la religion siguió la carrera eclesiástica, llegando á obtener por sus estudios y méritos el cargo de vicario general del arzobispado de Palermo, puesto que desempeñó dignamente, haciéndose acreedor á los mayores elogios. Pero su corazon no se hallaba satisfecho en medio de los honores, y aunque podia esperar justos ascensos, prefirió renunciar á ellos, tomando el humilde hábito de capuchino, en cuya religion vivió siendo un modelo de caridad y penitencia. Ardia en santo celo por la salvacion de las almas, é hizo diferentes misiones con no poco fruto y edificacion de los pueblos. Elevóle su mérito á diferentes cargos de la Orden, que desempeñó por obediencia, deseando dejarlos para seguir la vida pacífica y sosegada que se habia propuesto al entrar en la religion. Refiérense de él casos muy notables y áun milagrosos; tan grande era la reputacion en que le tenian sus compañeros. Componia discordias, allanaba las mayores dificultades, y el pueblo y los nobles acudian á él áun en las circunstancias más apuradas. Anciano ya y achacoso, no abandonó un momento sus instintos de caridad, y hacia largas jornadas por volver al redil á la oveja descarriada, librar del peligro á las personas que se encontraban en él, y

contribuir á su salvacion por el santo celo que en su pecho ardia por la mayor gloria de Dios y de la religion. Concurrió á su muerte toda la nobleza de Palermo, y fué enterrado en sepultura separada, creyendo sus hermanos que quien tanto se habia distiguido en vida, no podia ménos de distinguirse tambien despues de su fallecimiento. Hiciéronsele solemnes exequias, y aún hoy recuerda su patria su nombre con agradecimiento, habiéndose intentado más de una vez su canonizacion, que no se llevó á cabo por diferentes vicisitudes. — S. B.

PALERMO (Fr. Jacinto). Notable por su virtud, abrazó la seráfica religion Capuchina, abandonando por ella su esclarecida familia, y pasando á ser uno de los muchos hijos que ennoblecieron esta Orden con sus ilustres apellidos, á la par que con sus virtudes. Era Fr. Jacinto de la esclarecida familia de los Galletos, primogénito de Alejandro Lolima, príncipe de Loria, marqués de Sta. Marina y Casal, señor de Salinas, Valle-Demonis y de Porta Mari, baron de Ferra Constancia, Cartolari, Badalami, Agua-Santa, Guadalama, etc. — G. P.

PALERMO (Fr. Luis de), novicio en los Menores Capuchinos de la provincia de Palermo, fué de noble linaje en el siglo y de gran virtud en la religion. Cuéntase que habiendo pasado con fervor increible cierto tiempo de su noviciado, vióse acometido por la enfermedad que le acarreó la muerte; y diciéndole Fr. Juan de Palermo, que le asistia como enfermero, el peligro en que su vida se hallaba, pues estaba desahuciado completamente por los médicos, le contestó: «Es verdad que mi muerte está cerca; pero más cerca está la tuya. Tú irás delante de mí, y yo te seguiré.» Fr. Juan, que se hallaba con buena salud, recibió sonriendo su pronóstico. No fué aquel ciertamente motivo de sonrisa, pues que fácilmente se descubre haber tenido parte en él la Providencia divina, de quien Fr. Luis solo fué mensajero. Así lo prueban la calentura que al dia siguiente acometió á Fr. Juan, y el fallecer éste al tercer dia, siguiéndole Fr. Luis, segun habia predicho, dos dias despues. — C. de la V.

PALERMO (Fr. Mariano de), religioso capuchino. Escribió: *Lectiones de Jurisdictione Capuccinorum pro sacramento Pœnitentiæ.* — S. B.

PALERMO (B. Pedro), religioso dominico, visitador apostólico del reino de Sicilia. La vida de este siervo de Dios, á quien Leandro Alberto llama varon eminente en ciencia y santidad, y la Iglesia de Sicilia cuenta en el número de sus santos, fué escrita poco despues de su muerte por un religioso de mérito, que habiendo sido por largo tiempo compañero suyo en los trabajos podia hablar con entera verdad de sus virtudes y de sus hechos. Habia sido tambien testigo de muchas curaciones milagrosas obtenidas sobre su tumba, y declara que pasando en silencio lo que no sabia más que

por el testimonio de otros, referia solo dos milagros que se habian operado en su presencia. Este antiguo manuscrito sirvió despues al P. jesuita Octavio Cayetano para publicar la edificante historia de este siervo de Dios con la de los santos del reino de Sicilia. Los continuadores de Bolando la han insertado en su primer tomo de Marzo. Pedro nació en Palermo, capital de Sicilia, á 1.° de Agosto de 1387, durante el reinado de María, hija de Federico III, y heredera suya, que casó despues con D. Martin, rey de Aragon. Su padre, célebre jurisconsulto, llamado Ardouin Jeremías, ejercia cerca de aquella princesa el cargo de procurador fiscal, y su madre, Constancia de Neri, era oriunda de Génova, no siendo ninguno de ellos ménos distinguido por su probidad é integridad de costumbres que por su riqueza y nobleza. Consagráronse con particular cuidado á dar á este primer fruto de su matrimonio una educacion cristiana, y sus desvelos agradables al Señor fueron recompensados por las bendiciones que envió el cielo al alma del jóven, que desde sus más tiernos años daba las mayores esperanzas. Habiendo hecho sus primeros estudios en Palermo con muy buen éxito, Pedro de Jeremías, pues así se le llama con frecuencia, fué enviado á Bolonia, en la Lombardía, para estudiar leyes en aquella famosa universidad. Habia entrado ya en los diez y ocho años, y los progresos que habia hecho en las humanidades y en la filosofía, hacian esperarlos todavía mucho mayores en una ciencia que podia servir para su fortuna. Lisonjeábase que siguiendo la profesion de sus padres, que habian adquirido muchas honras y fortuna, aumentaria el esplendor de su familia. Confirmáronse en esta opinion por el testimonio ventajoso que dieron de él los doctores de Bolonia. No hacia un año que frecuentaba aquellas escuelas, y ya se habia hecho una reputacion tan grande, que cuando el profesor se veia obligado á ausentarse por enfermedad ó cualquiera otra causa, ocupaba su lugar el jóven Pedro de Palermo, y sus condiscípulos le escuchaban siempre con placer, ya dictára ó explicára alguna leccion de derecho. Pero miéntras que ocupado enteramente en llenar su espíritu de nuevos conocimientos, y animado por el buen éxito, descuidaba una parte de sus ejercicios de piedad con el deseo de merecer un rango entre los sabios de su siglo, le dió á conocer el Señor que no era la gloria del foro la que debia fijar sus miras; queria colocarle algun dia entre los santos, y le llamó á su servicio de una manera tan sensible, que el pobre jóven, temeroso y sumiso, exclamó desde luego como San Pablo: *Señor, ¿qué os place que haga?* Resuelto desde aquel momento á seguir á Jesucristo por la práctica de los consejos evangélicos, se consagró á la penitencia. Antes de abrazar el estado religioso se ciñó al cuerpo una gruesa cadena de hierro, que no abandonó ya durante su vida, y que no se pudo arrancar sin mucho trabajo despues de su muerte. Este terrible ins-

trumento de penitencia, dice el antiguo manuscrito, le sirvió para someter la carne al espíritu y conservar siempre la flor de la virginidad, de que habia sido hasta entónces extremadamente celoso. Se experimentó todavía durante algunos meses, y redobló el fervor de sus oraciones para conocer más claramente la voluntad de Dios en la eleccion de la vida que debia profesar. Casto, modesto, penitente, ocupado siempre del deseo de contener sus pasiones en medio de una juventud numerosa, no tenia pensamientos más que para el cielo, y no hallaba placer mas que en meditar la ley del Señor, ó ejercitar sus manos en alguna obra de misericordia. Tal era Pedro de Palermo cuando fué á presentarse al convento de S. Nicolás para pedir el hábito de Sto. Domingo en 1400, habiendo llegado apénas á la edad de veinte años. Lo que pedia con tanto fervor como humildad, le fué concedido sin dilacion, porque su mérito no era desconocido ni equívoca su vocacion. Desde el dia de su recepcion comenzó el ferviente religioso su carrera de un modo á propósito para dar á conocer la alegría de su alma y aumentar además la de la comunidad. Pero no sucedió lo mismo á su familia. La primera noticia de su cambio habia llegado apénas á Sicilia cuando se dirigió Ardouin con diligencia á Bolonia, ménos para examinar su vocacion que con el designio de impedir la llevase á cabo. Se presenta en el acto al convento de S. Nicolás, se informa de la salud de su hijo, y dice que quiere hablarle. Consiente el superior con gusto á una peticion tan justa, y manda avisar al novicio. Pero conociendo la ternura de un padre el tímido y prudente religioso, y desconfiando de su propia debilidad, en vez de bajar al recibimiento donde es esperado, va á arrojarse á los pies del superior para suplicarle se presente por él, y haga á su padre toda clase de cumplimientos, á condicion de que le dispense de hablarle. Las lágrimas del novicio, sus oraciones y sus razones no impidieron al superior contristarle con una negativa; pero queriendo poner á cubierto la vocacion del hijo, tuvo que experimentar las amargas reconvenciones del padre y sus más vivas quejas. Nada podia consolarle ni tranquilizarle. La piedad no venció á la naturaleza, y los sentimientos parecieron en esta ocasion ceder á los ataques de la otra. No pudiendo, por último, hacer otra cosa mejor el prudente superior, suplicó á aquel afligido padre se detuviera algunos dias en Bolonia, haciéndole confiar en que en ellos se podria disponer á su hijo á verle y hablarle. Pidió el novicio con instancia que se le permitiera pasar quince dias al ménos en oracion, ántes de obligarle á resistir los asaltos que esperaba de parte de un padre de que era tiernamente amado, y redobló el ardor de sus oraciones para obtener del cielo, tanto para su padre como para sí, la gracia de que ambos tenian necesidad; el uno para no oponerse á la voluntad de Dios, y el otro para continuar llenándola sin escuchar las voces de la carne y de

la sangre. Pero el espacio de quince dias era demasiado largo para la impaciencia del doctor Ardouin; el mismo amor que le habia hecho partir de Palermo con tanta precipitacion, le hizo bien pronto acercarse al convento de S. Nicolás; es verdad que comenzando á sobreponerse la gracia á la razon se presentó con un espíritu más calmado, y se explicó en términos que comenzaron á tranquilizar. «Si el Señor, dijo, quiere el sacrificio de mi hijo, él es su dueño; este querido hijo es suyo más bien que mio. No quiero oponerme nunca á la voluntad del Todopoderoso. La sola gracia que pido es poder abrazar á una persona á quien amo más que á mí mismo, lo que no negariais á un desconocido, podriais negárselo á un padre? Las lágrimas que acompañaban sus palabras le impidieron decir más. Ardouin no se retiró esta segunda vez sin haber tenido el consuelo de ver á su hijo, y pocos dias despues tuvo el de hablarle á solas. Pero como padre cristiano y constante ya en su resolucion, habia tenido tiempo de pensar que más bien que alejarle de su vocacion, le convenia exhortarle á cumplir fielmente sus deberes. Habia llegado de Sicilia agitado por mil pensamientos diferentes de despecho, de cólera, de temor, de esperanza y de tristeza; pero volvió lleno de alegria, de esperanza y de consuelo, convencido de que la mano que habia conducido su hijo al claustro, le sostendria siempre para elevarle á una más sólida gloria. Tal fué el efecto de las oraciones y de las penitencias del santo novicio. Los votos solemnes que le unieron más estrechamente todavía al servicio del Señor, fueron para él un nuevo motivo de marchar con más viveza todavía en el camino de los divinos mandamientos, renunciando completamente al mundo, y á sí mismo. Su atencion continua en perfeccionarse cada vez más, le puso poco despues en estado de trabajar con fruto en la salvacion de las almas, á lo que le llamaba su inclinacion particular, y pareció que la Providencia le habia formado para tan augusto empleo. Puede asegurarse que los frutos de su ministerio durante más de cuarenta y cinco años no son bien conocidos más que de aquel que habiendo llenado su corazon de caridad, y puesto en sus labios palabras de vida, hizo siempre sus discursos y sus ejemplos igualmente eficaces para la conversion de los pecadores, la instruccion de los ignorantes, el sostenimiento de los débiles y el consuelo de todos. El cruel cisma, cuyo nacimiento habia precedido tres años al de Pedro de Palermo continuaba dividiendo los espíritus y los corazones, y no se ignora cuáles fueron las tristes consecuencias de aquellas desgraciadas divisiones. El olvido ó el desprecio de las leyes, la indocilidad de los pueblos, la independencia, la corrupcion de costumbres, la libertad de hablar, de hacer, de dudar de todo y de no respetar nada, tal es lo que habia el dolor de ver en todos los estados. El nuevo apóstol de Italia no pudo dirigir sus miradas sobre objetos tan aflictivos sin experimentar los mismos sen-

timientos de celo, de indignacion ó de compasion, de que el profeta Jeremías se hallaba penetrado en otro tiempo á vista de los crímenes multiplicados de la culpable Jerusalen. A ejemplo de este santo varon humillado en presencia del Señor, y presentándole con confianza sus lágrimas, sus oraciones y sus mortificaciones, le conjuraba á apaciguar su cólera y á tener compasion de su pueblo. El tamaño del mal exigia la continuacion de sus gemidos, y al fervor de la oracion añadió la virtud de la predicacion. Por indiferentes que se hallasen entónces los hombres hácia todo lo que podia volverlos de sus extraviados caminos, el discípulo de Jesucristo se hizo escuchar y se hizo seguir. Poderoso en obras y en palabras, se conciliaba la estimacion de los unos por el esplendor de sus virtudes, y enseñándole su caridad á hacerlo todo para todos, obtenia con frecuencia la conversion hasta de los que habian resuelto huir de él. Si las verdades que anunciaba con toda la libertad apostólica, llevaban una turbacion saludable á los corazones más endurecidos, un celo ilustrado y siempre compasivo le enseñaba á consolar en el confesonario á los penitentes ya arrepentidos y resueltos á satisfacer á la justicia de Dios con frutos dignos de penitencia. Los desgraciados esclavos de la voluptuosidad, de la avaricia ó de la ambicion aprendieron del siervo de Dios á combatir sus pasiones, á romper sus cadenas, y á triunfar de sí mismos. Aquellos, para asegurar su conversion, se alejaban con prudencia de los objetos que habian servido para seducirlos ó corromperlos; estos restituian lo que habian adquirido mal, y para merecer los bienes sólidos de la eternidad, distribuian á los pobres una parte de aquello de que habian abusado en otro tiempo en el olvido de Dios. No fué solo en la ciudad de Bolonia, ni tampoco en la Lombardía, donde predicó Pedro de Palermo con grande éxito; durante el pontificado de Inocencio VII, de Gregorio XII, de Alejandro V y de Juan XXIII, recorrió casi toda la Italia y en todas partes recogió una abundante cosecha. El ejemplo de S. Vicente Ferrer y sus exhortaciones fueron un medio de que se sirvió Dios para sostener el valor y animar cada vez más el fervor de este celoso ministro. Refiere que habiendo llegado á Bolonia el ilustre Vicente Ferrer en 1416, y viendo con santa alegría la vida del B. Pedro de Palermo, su conducta en el divino ministerio y los frutos de sus predicaciones, le abrazó con ternura y le aseguró que la voluntad de Dios era que perseverase hasta el fin en las funciones del apostolado. Continuó tambien llenándolas en el Milanesado, Parma y Toscana, durante una parte del pontificado de Martin V, á pesar de las agitaciones y de las guerras suscitadas contra este Papa, ya por el duque de Milan, ya por los boloneses y despues por Alfonso de Aragon, que pretendia el reino de Nápoles. Durante más de veinte años se aprovecharon los pueblos de Italia de las predicaciones y de los grandes ejem-

plos de virtud del discípulo de Jesucristo. Queriendo en 1427 el general de la órden de Sto. Domingo restablecer en los conventos de Sicilia la vida regular, decaida en extremo por una larga série de revoluciones, encargó á nuestro Santo de esta difícil comision. No le admiró la dificultad de la empresa, porque estaba acostumbrado á no temer nada, y á no negarse nunca al trabajo, cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Habia experimentado con demasiada frecuencia el socorro divino en ocasiones en que era inútil toda la prudencia humana para no esperar en esta igual favor, y no salió fallida su esperanza. La reputacion de santidad que habia adquirido en Italia, le siguió á Sicilia, no siendo allí ménos glorioso su ministerio ni ménos abundantes sus frutos. Los pueblos le recibian por todas partes con veneracion, y sus hermanos prevenian con frecuencia sus deseos para ir más allá de lo que podia exigirse de su docilidad. El sabio reformador tuvo el placer, en el espacio de pocos años, de volver á su esplendor la vida regular en muchos monasterios de Sicilia. El de Palermo, llamado de Santa Cita, dió el ejemplo á todos los demás. No hacia mucho tiempo que habia sido fundado por algunos religiosos procedentes de Aragon y de la isla de Mallorca; todavía se conservaba la fama que habian dejado estos primeros fundadores; pero el B. Pedro de Palermo, para llevar á su última perfeccion todas las casas de su Orden en el reino de Sicilia, tomó por modelo lo que habia ya de bueno. Hizo revivir el antiguo espíritu de celo, de penitencia, de recogimiento, de oracion y de una rigurosa pobreza. Se le ofrecieron más de una vez rentas considerables, tierras, posesiones y dominios; pero las rehusó siempre, porque temia que el veneno de las riquezas hiciese morir aquel espíritu de regularidad y de sencillez evangélica, de que veia animados á los que amaba como á sus más queridos hijos y á quienes honraba como padre. Convencido, sin embargo, de que pueden engañarse los más prudentes, cuando se apoyan demasiado en su prudencia dejando de consultar á los amigos de Dios, no emprendió nada notable hasta despues de haberlo examinado maduramente con personas cuya prudencia y rectitud conocia. Tan humilde como celoso, habia elegido entre sus hermanos un director, de cuya voluntad miraba como un deber el depender en todo. Pedro de Mallorca, á quien el antiguo manuscrito llama hombre de un genio excelente y de mayor piedad, habia merecido la confianza particular del siervo de Dios; que habiéndole asociado á sus trabajos, le comunicaba todos sus proyectos y sometia su opinion á sus luces. Por los consejos de este santo religioso fué principalmente por los que Pedro de Palermo continuó siempre firme en alejar todo lo que hubiera podido dar alguna esperanza á la pobreza evangélica de que hacia profesion. Esta modestia podia parecer tanto más digna de elogio, cuanto que él mismo era conocido por un hombre de los más

sabios y un teólogo de los más ilustrados de su siglo. Sus predicaciones y sus buenas acciones, independientemente de las obras que habia publicado ya, dieron á conocer sus talentos al papa Eugenio IV, que le llamó al concilio de Florencia. Apénas tenemos noticias de lo que hizo en esta augusta asamblea, pues solo sabemos que el Papa, satisfecho de la pureza de sus costumbres y de la elocuencia que habia manifestado al refutar los errores de los griegos, le ofreció diferentes títulos de honor que tuvo la modestia de rehusar, viéndose, sin embargo, obligado á aceptar el cargo de visitador apostólico del reino de Sicilia. Los deberes de su nuevo cargo le parecieron compatibles con los de su ministerio; así llenó al mismo tiempo las funciones de ambos, y la concurrencia de gentes que iba de todas partes á oirle, era tan grande que las iglesias más capaces no eran suficientes para contener su numeroso auditorio, por lo que tenia que predicar ó en las plazas públicas ó en medio del campo. Las frecuentes conversiones que se hacian en todo aquel país, tanto quizá por la virtud de sus oraciones como por la fuerza de las predicaciones del visitador apostólico, excitaban mucho más la atencion de los fieles. Notábase en particular que habia recibido del cielo un don ó una gracia especialísima para reconciliar á los enemigos, hacer cesar las disensiones ó las discordias, y terminar los procesos. Se refiere que un sugeto, resuelto á vengar una afrenta vertiendo la sangre del que le habia ofendido, esperaba al paso á su enemigo en ocasion en que nuestro predicador hablaba con mucha vehemencia contra la locura y la injusticia de los que no quieren dejar á Dios el cuidado de vengarlos; el uno se hallaba demasiado distante del otro para poder naturalmente oirle, le oyó, sin embargo, y como si sus palabras no fuesen dirigidas más que á él solo, se conmovió profundamente, y cambiando del todo y confuso de sí mismo, abandonó desde aquel momento su desgraciado designio y el lugar que habia elegido para ejecutarle. Cuando el siervo de Dios hubo terminado su discurso, aquel hombre convertido ya se presentó á el, le refirió fielmente todo lo que acababa de pasar en su corazon, y despues de haberle dado las gracias, porque ahorrándole un crímen le habia impedido correr á una muerte segura, le prometió vivir en adelante con el que le habia ultrajado como con uno de sus amigos y de sus hermanos. No causaba sorpresa el fruto admirable de sus predicaciones cuando se consideraba con atencion la santidad de su vida, y su manera de anunciar las verdades de la salvacion. Si en un solo discurso hacia muchas veces lo que otros no podian hacer en una larga mision, no debia atribuirse más que á la virtud de la divina palabra que este santo ministro predicaba con toda su pureza, con intenciones siempre rectas, y despues de haberse preparado por medio de la oracion y de la penitencia. Parece que las gracias particulares que recibia en el ejercicio de

su ministerio, llenándole á él primero de fuerza y de luz, se esparcian despues entre sus oyentes para ponerlos en la disposicion en que debian estar para aprovecharse de sus lecciones. El Señor le honraba algunas veces con favores más marcados, que servian para gloria de la religion y edificacion pública. Habiendo ido en 15 de Agosto el B. Pedro de Palermo á una colina que los sicilianos llaman en su lengua *Montagna di Gibilrosa*, donde acostumbra á dirigirse el pueblo para honrar el triunfo de la Madre de Dios en una capilla dedicada á su invocacion, miéntras se disponia á predicar por medio de la oracion, plugo al Señor darle á conocer que en una gruta próxima á aquella montaña existian los cuerpos de muchas vírgenes que habian perdido la vida defendiendo valerosamente su pudor. Fueron, dicen los historiadores, un número considerable de jóvenes, que habiendo salido de los lugares vecinos para oir la palabra de Dios en una capilla, cayeron en manos de una banda de malvados, cuyos brutales deseos, cambiados en furor por la resistencia, hicieron de ellas otras tantas mártires de la castidad. El santo predicador tomo ocasion de aquí para hacer un sermon sobre la gloria y el mérito de la virginidad, y le terminó publicando en presencia de su auditorio lo que se le habia revelado. Fueron en seguida en procesion á aquella gruta, y encontraron los cuerpos de las víctimas de la castidad, sumergidos todavía en su sangre; trasladáronse con respeto á la capilla, y se los enterró con solemnidad. No fué esto sin duda un pequeño motivo de consuelo para el siervo de Dios, por hallar en un siglo tan corrompido un ejemplo tan ilustre de la fuerza cristiana, entre personas que habiéndose aprovechado de sus instrucciones habian temido ménos la muerte que el pecado. No dejo de aprovecharse de este suceso para despertar la fe y excitar la piedad del pueblo. Se sirvió tambien de él como de un nuevo motivo para trabajar él mismo con doble fervor en su propia perfeccion. El convento de Palermo, que le consideraba como restaurador, y al que edificaba desde mucho tiempo ántes con sus grandes virtudes, quiso tenerle por prior. La prudencia y la dulzura de su gobierno le hacian cada dia más querido á una comunidad, acostumbrada ya á respetar sus instrucciones y sus ejemplos. Celoso, vigilante, atento á todo, amaba á sus hermanos con amor de padre, y les hacia amar la virtud, á la que no cesaba de exhortarles. Ninguno se quejaba, ni de sus correcciones ni de su firmeza, y todos creian hallar en él el modelo que podian imitar para obtener la perfeccion en su estado. Las diferentes ocupaciones inseparables de su cargo de superior no le distrajeron nunca del principal negocio, de la caridad de que estaba abrasado, y parecia comunicarse á todos los que estaban bajo su direccion, trabajando para llegar á ser perfectos discípulos de Jesucristo. Pero sus atenciones no se limitaban al cuidado de sus hermanos, y la estrecha pobreza de que hacia

profesion no le impedia socorrer á un gran número de pobres, á quienes hacia distribuir todos los dias algunas limosnas. Los ricos del mundo se quejan algunas veces de carecer de muchas cosas, y su abundancia no les sirve con frecuencia para consolar á los desgraciados, miéntras que los que se despojan gustosamente de todo para imitar la pobreza voluntaria de Jesucristo, hallan en su misma indigencia algo con que suavizar ó disminuir la de los demás. El B. Pedro de Palermo no se contentaba con repartir su pan con los pobres: le gustaba tambien servirlos por sí mismo, honrando con su persona al que quiso hacerse semejante á ellos, para solicitar con más eficacia nuestra caridad, ó condenar con más rigor nuestra dureza. Pasamos en silencio muchos ejemplos de virtud, de celo, de paciencia y de modestia que dió el prudente superior. Libre apénas de la direccion de la comunidad, se encargó del cuidado y de la educacion de los novicios. Educó á muchos en la más alta piedad, y pareció siempre más atento á enseñarles el espíritu de la religion y á hacerles practicar las virtudes cristianas, que á instruirlos de las diferentes observancias que no se deben sin duda olvidar ó despreciar, pero que no pueden conducir por sí mismas á la perfeccion y á la salvacion, si no es la humildad el fundamento y la caridad el principio. Por precioso que fuese, sin embargo, el fruto que los jóvenes religiosos sacaban de las instrucciones de un maestro tan ilustrado y tan espiritual, no tuvieron la fortuna de vivir por largo tiempo bajo su direccion; el deseo de predicar el Evangelio en particular á los pueblos del campo le hizo desear dimitir este destino; y solo con el deseo de obtener esta gracia fué al capítulo general de su Orden reunido en Catania en 1444. Durante la morada que el discípulo de Jesucristo hizo en aquella ciudad, fué testigo de la consternacion general de los pueblos, y el Señor tuvo á bien servirse de su ministerio para alejar la tempestad de que se hallaba amenazada, ó más bien para hacerla cesar, pues era ya espantosa. Sábese que la ciudad de Catania, situada al pie del monte Gibelo (llamado tambien el monte Etna), es con frecuencia incomodada y ha sido algunas veces asolada por los incendios y los torrentes de fuego que salen de tiempo en tiempo del seno de la tierra de aquella célebre montaña, la más alta de Sicilia. Las grietas que se abrieron en 1444, las cenizas y las llamas que lanzó á lo léjos, el horrible ruido, estrépito y temblor de tierra que precedieron á este diluvio de fuego; todo habia asustado de tal manera á los habitantes del país, que temian con razon verse bien pronto tragados con sus ciudades, arrabales y aldeas en las entrañas de la tierra. Los pueblos acudieron en aquella calamidad á la iglesia, y el B. Pedro de Palermo, cuya santidad era conocida, fué encargado de levantar el velo que cubria la tumba de Sta. Agueda, para oponerle á aquellos torbellinos de llama, que parecian consumirlo todo. El siervo de

Dios, lleno de fe, despues de una humilde súplica y una poderosa exhortacion que hizo á los fieles para animarlos al arrepentimiento y á la confianza, se puso á su cabeza, seguido ó rodeado de todo el clero, y se encaminó con seguridad hácia el lugar de donde partian aquellos rayos amenazadores. Es fácil pensar cuáles podian ser en aquellos momentos críticos los votos de los pueblos, las lágrimas y gemidos de unos, las promesas y las protestas de los otros. Hombres, mujeres, niños, grandes y pequeños, todos se acusaban públicamente de sus pecados, y se conocian haber merecido aquel terrible azote de que se hallaban castigados. Estos sentimientos pasajeros, inspirados en su mayor parte por solo el temor en presencia de un gran peligro, habian sido frustrados con frecuencia. Pero si los pecados de los pueblos y sus caidas no podian ménos de provocar la cólera del Señor, la penitencia de muchos apaciguó su justicia, y fué escuchada la humilde oracion de nuestro Santo. Aquellos globos inflamados que llenaban los aires y que amenazaban la ciudad de Catania, se disiparon ó tomaron otra direccion. El incendio tuvo, sin embargo, á los pueblos de los alrededores en continua alarma, y no fué extinguido hasta veinte dias despues de su principio. De regreso á Palermo, volvió nuestro celoso predicador á ocuparse de sus primitivas tareas, y Dios honró su ministerio con un milagro que hizo más brillante su reputacion y más célebre su nombre en todo el reino. Los gritos de una madre desconsolada le hicieron saber la caida de su hija á un pozo. El siervo de Dios manda que se le saque con diligencia, y hace llevar su cuerpo á la iglesia de Sta. Cita, se pone en oracion, y despues de haber orado por espacio de una hora con mucho fervor, vuelve, dice un autor contemporáneo, la vida y la salud á la hija, y la hija á su madre, añadiendo estas modestas palabras para impedir sin duda que el pueblo proclamase el milagro: *Esta niña no estaba muerta, dormia.* Maravilla que regocijó extraordinariamente á los habitantes de Palermo, y fué representada despues sobre la tumba de nuestro Santo. Lo que añade el historiador no redunda ménos en elogio de su alta piedad, y no manifiesta ménos claramente cuál era la virtud de sus oraciones. Era grande el hambre en la ciudad de Palermo, y la falta de víveres hacia temer una sedicion de parte del pueblo; las tempestades que reinaban hacia algun tiempo en el mar de Sicilia, le hacian impracticable, y las lluvias abundantes que habian hecho desbordarse todos los rios, inundando los caminos, parecian haber cerrado todos los medios de comunicacion por donde se hubieran podido recibir algunas provisiones. En este extremo, el gobernador y los magistrados, despues de haber hecho todo lo que podia depender de su vigilancia, recurrieron á la caridad del siervo de Dios; le representaron que el hambre que se experimentaba hacia algunos dias, era un mal mucho menor que el que se temia si no se contentaba

á los ciudadanos, cuyos sediciosos murmullos iban á estallar bien pronto en una rebelion general. «No os asusteis, les contestó en seguida el santo reli»gioso, tocamos ya el momento en que el Señor va á manifestar su miseri»cordia; ántes de ponerse el sol la ciudad estará suficientemente provista de »trigo.» Consolados los magistrados con estas palabras, dieron buenas esperanzas al pueblo, y redoblando el celo de sus oraciones el B. Pedro de Palermo, las continuó con la misma confianza hasta la tarde. Asegúrase que las tempestades de que se hallaba agitado el mar, léjos de disminuir parecian ser más violentas á cada momento, cuando contra todas las esperanzas se vió entrar en el puerto un buque cargado de granos. La alegría fué entónces general en toda la ciudad. Quizá para evitar las alabanzas que se le daban, salió de Palermo el discípulo de Jesucristo, y fué á llevar á otra parte las palabras de salud. La obediencia le obligó á presentarse de nuevo en Catania, donde segun la expresion de un autor antiguo, fué recibido como un hombre venido del cielo. Su ministerio fué útil á muchos, pero no pudo ejercerle por largo tiempo. Diferentes achaques, que habia disimulado siempre y que sufria con un valor invencible, le hicieron caer al fin. A pesar de las vivas instancias y de los ruegos de los habitantes de Catania, que se esforzaban en tenerle consigo, quiso ir á concluir sus dias al retiro de Sta. Cita. Fué probado allí por una enfermedad de un mes, y aprovechó este tiempo para purificarse todavía más de las ligeras manchas que pudiera haber recibido, y aumentar el número de sus méritos con una paciencia heróica en medio de los más crueles dolores. Predijo la hora de su muerte, que acaeció en 3 de Marzo de 1452, á la edad de setenta y un años. Dios dió á conocer la santidad y la gloria de su siervo con nuevos milagros que se verificaron en su tumba, ó por medio del contacto de aquella cadena de hierro, que durante más de cincuenta años habia sido uno de los instrumentos de su larga penitencia. Se comenzó á invocarle desde entónces y á darle públicamente el título de beato, con que su nombre fué puesto despues en el martirologio de Sicilia. Los historiadores de la misma nacion hablan con frecuencia de sus virtudes, y refieren el epitafio ó elogio que se mandó grabar sobre su tumba en estos términos: *El B. Pedro Jeremías de Palermo, de la órden de Sto. Domingo, ilustre por su doctrina y por la gloria de sus milagros, uno de los teólogos más grandes de su época, como se demuestra por sus obras, descansó en el Señor el 5 de las nonas de Marzo de 1452. Las maravillas que se operan contínuamente en su tumba manifiestan cuál es su crédito cerca de Dios.* En la iglesia de Sta. Cita, en Palermo, es donde se halla esta inscripcion y la tumba del Beato. M. Dupin se ha engañado por lo tanto, cuando escribe que este santo religioso, despues de haber reformado y establecido muchos monasterios de su Orden en el reino de Sicilia, y haberse hecho cé-

lebre por sus predicaciones, volvió á morir á Bolonia. Entre los escritos que nos ha dejado este autor se hallan muchas colecciones *de sermones para todo el año y las fiestas de los Santos*, *un tratado sobre la Pasion de nuestro Señor Jesucristo*; otro *de la Fe ó los doce artículos del Símbolo* y una *explicacion de la Oracion dominical*, además de veinte discursos sobre el mismo asunto. Todas estas obras se han impreso con frecuencia en Brescia, Haguenau y Lion. Se conservan algunas otras manuscritas, entre las cuales debe hallarse un diccionario moral, citado algunas veces por el autor en sus sermones, y una vasta coleccion en que habia tratado de las leyes, de los cánones y de diferentes materias teológicas: *Silva rerum legalium, canonicarum, et theologicarum*. Antonio de Siena, que habia leido una parte de estas obras, asegura que se hallan llenas de luz y de uncion. —S. B.

PALERMO (Fr. Urban de), de la órden de Menores de S. Francisco. Predicador apostólico y varon ilustre en virtud y prudencia. Fué provincial algunos años de las provincias de Palermo y Mesina, que gobernó con acierto, y predicó en las principales ciudades de Italia con gran aplauso y aprovechamiento.—G. P.

PALEY (Guillermo). Nació este teólogo inglés (de quien damos noticia en este lugar, sin embargo de que lo haremos más por extenso en la parte heterodoxa de esta obra, por lo mucho que escribió de la religion cristiana, y por la consideracion que tuvo á los católicos) en 1743 en Peterborough, y fué educado en Cambridge. Fué arcediano de Carlisle, y su mérito aglomeró sobre él tantos beneficios eclesiásticos, que su modestia le obligó á dejar muchos de ellos. Fué autor de muchas obras en favor de la religion cristiana, en las que se admira una vigorosa imaginacion, un fuerte y elegante estilo. Ninguna de sus obras se ha publicado ménos de diez veces, y su viuda publicó sus sermones, que acogió el público con el mismo entusiasmo que sus demás obras: murió Paley en Sunderland el 25 de Mayo de 1805, á la edad de sesenta y dos años. Labourderie, en el artículo que le consagra en la *Biografía Universal*, da razon y los títulos de sus principales obras escritas en inglés y en francés, y Jorge Wilson publicó la vida de este docto teólogo en su *Almacen de los Caballeros*. — C.

PALEY (T. A.), profesor de la universidad de Cambridge, del colegio de S. Juan, nieto del autor de las *Evidencias del Cristianismo*, autor él tambien de muchas obras de arquitectura y arqueología, se convirtió al catolicismo, é ingresó en el seno de la Iglesia en 1846, al mismo tiempo que M. Morris, su discípulo. — C. de la V.

PALIOLA (Francisco). Fué natural de la ciudad de Atla, en el reino de Nápoles, provincia de Campania. De sus padres, infancia y juventud tenemos pocas noticias, porque entró en la Compañía de Jesús á los treinta y un

años cumplidos, despues de haber terminado sus estudios y recibido el órden sacerdotal, y áun desde esta época en adelante no son muchos los detalles de su vida; de manera que no es de extrañar se perdieran los de sus primeros años, pasados en los afanes de su estudio, si no conservan todo su brillo los rasgos que más le caracterizaban despues de su ingreso en la Compañía, que tuvo lugar el 2 de Febrero de 1637. Cumplió los dos años de su noviciado, y leyó otros dos gramática, dando durante este período mucho ejemplo por su puntualidad en la observancia, y por la práctica constante de muchas virtudes. Pasado este tiempo, y oyendo leer en la comunidad los grandes empleos de los Padres de su religion en las Indias, la necesidad que habia de celosos predicadores y el premio que merecian sus esfuerzos pereciendo por la fe de Jesucristo entre los más crueles tormentos, envidiando su suerte y deseando alistarse en su número, pidió á los superiores con todas veras que le permitiesen pasar á predicar á las Indias, y alcanzada esta gracia, se dirigió á la provincia de Filipinas, donde entró el año 1641. Visto por los superiores el gran fervor con que se ofrecia á la predicacion, le enviaron á la isla de Mindanao, que es la más extensa, y tambien la más difícil de convertir por ocuparla diversas sectas y naciones, y gran número de moros, que eran los que más dificultaban su conversion. Mucho fué lo que trabajó en esta gloriosa mision, predicando y enseñando á los infieles con una paciencia inimitable, de la que recogió, sin embargo, el fruto en las muchas conversiones que hizo; pero en lo que más empeño ponia era en reducir á los apóstatas, de los que habia gran número, porque consideraba que ninguno podria hacer el daño que estos á los demás, valiéndose de su influencia entre ellos para desacreditar una religion que fingian conocer, aunque en realidad estaban muy distantes de ello. Este santo empeño fué la ocasion de su martirio, como vamos á decir. Habia un indio, persona muy principal entre los suyos, que no pudiendo avenir sus malos hábitos con la austeridad de la religion cristiana que habia abrazado, tuvo por más conveniente apostatar y volver á la holgura de su idolatría, que no le estorbaba la saciedad de sus malas pasiones. Como era de tanta influencia con los demás era temible, y el P. Paliola se propuso valerosamente combatir á aquel enemigo, que tantos estragos amenazaba hacer en la viña del Señor. Para lograr su fin, mandóle llamar á su casa, despues de haber intentado mil medios de hablarle en otras partes, porque el indio se resistia á oirle en todas ellas. Esta vez, sin embargo, no podia ménos de acudir á la cita, que en términos corteses y cariñosos se le habia pedido; y para librarse de una vez de lo que llamaba las impertinencias del P. jesuita, determinó matarle á traicion, reuniéndose con otros parientes y amigos suyos. El virtuoso sacerdote conoció, al verlos llegar cautelosamente, la dañada inten-

cion que traian; y poniéndose de rodillas y encomendándose á Dios, esperó gozoso el principio de su martirio, que no se hizo esperar, ni fué tan duradero como otros, pues como tenian deseos de concluir con su vida lo verificaron con prontitud, abriéndole la garganta de una cuchillada el apóstata, al mismo tiempo que los demás pasaron su cuerpo con lanzas, de modo que no pudiera decirse quién de ellos tuvo más parte en su muerte. Profanaron algunas imágenes que veneraba en su cuarto, y se retiraron despues dando muestras de alegría por haber realizado su criminal intento. Se celebra en Manila su martirio, que fué el dia 29 de Enero de 1648, á los cuarenta y nueve años de edad y once de estar en la Compañía.—G. P.

PALLADIO (Blasio), literato distinguido, que nació en el siglo XV en Castel-Betro, tierra de Pabina. Encargado de reformar los abusos que se habian introducido en el colegio de la Sapiencia en Roma, su celo fué recompensado en 1516, nombrado ciudadano romano, en los términos más honrosos. Subiendo al trono pontificio el papa Clemente VII, nombró á Blasio secretario suyo, confianza que obtuvo tambien de los papas Paulo III y Julio III. En 1540 fué nombrado obispo de Foligno, cuya diócesis sirvió algunos años; pero que dimitió ántes de su muerte, ocurrida en Roma el año 1550. Instituyó por sus herederos á los niños huérfanos de Sta. María en Aquiro, y fué enterrado en la iglesia de este hospicio, cuyos administradores le consagraron un epitafio, de que da razon Bonamici en su obra de los *Escritores pontificales*. Fué Palladio uno de los principales ornamentos de la Academia Romana, debiendo advertirse que cuando entró en ésta, mudó su nombre Blaise Pallai por el de Blasio Palladio, que es por el que se le conoce. En el número de sus amigos se cuenta el célebre Sadolet. Escribió tambien excelentes versos, y fué editor de la coleccion titulada: *Coryciana, sive variorum Carmina in laudem Jani Corycii; cum Protteptico Mariang. Accursii; Romæ* 1424, *in* 4.°— En este libro, que es ya muy raro, se encuentran muchas poesías originales de Palladio; y tambien se encuentran otras en la obra de los ilustres poetas italianos, tomo VII. — El discurso que Palladio pronunció ante los diputados enviados por los caballeros de Rodas de la órden de S. Juan de Jerusalen, en 1521, al papa Leon X, ha sido publicado en el tomo II de las *Anécdotas romanas*, con una pequeña noticia sobre su autor, de que se conservan otros fragmentos curiosos, ya en prosa, ya en verso. —C.

PALLARES (D. Bernardo), natural de la ciudad de Tortosa. Promovido D. Ponce de Copons á la iglesia de Poblet, le sucedió este monje en la de Benifazá. Asistió con el Rey el obispo de Barcelona, con los abades de Santas Cruces y de Valldigna, y muchos caballeros militares, á la solemnísima fundacion de Montesa.—O. y O.

PALLARES (Fr. José Simon), natural de Valencia, religioso francisco de la Observancia, predicador de esta provincia, secretario de la misma y vicario del Real convento de la Santísima Trinidad de religiosas franciscanas. Fué varon docto y piadoso. Dió á la estampa: *Guia espiritual y acierto para la bienaventuranza, con un tratado del Ante-Cristo y de los remedios para aquellos infelices tiempos*; Valencia, por Silvestre Esparza, 1634, en 8.° O. y O.

PALLARES (Fr. José Simon), del órden de la Merced. Natural de Cataluña y autor de una *Guia de la bienaventuranza* y *Tratado del Ante-Cristo*; un tomo en 8.° —O. y O.

PALLAS (P. D. Francisco), religioso ántes capuchino, y despues cartujo de la Real casa de Valde-Cristo. Nació en Valencia á 28 de Marzo de 1591, y fueron sus padres D. Ramon Pallás y Guzman, caballero del hábito de Montesa, y Doña Juana Peñaroja y Vilanova, ambos de notoria nobleza. Sirvió de paje algunos años al V. y Excmo. Patriarca D. Juan de Rivera, arzobispo de esta Sta. Iglesia, en cuya casa abrigaban á sus hijos los primeros caballeros de esta y otras ciudades de España, sabiendo que aseguraban en ella su mejor educacion. Permaneció en el palacio hasta el año 1611, en que pasó á mejor vida aquel ejemplo de prelados; y durante este empleo se perfeccionó en la lengua latina y en el estudio de los dogmas filosóficos. Pasó despues á la universidad de Salamanca á estudiar las facultades mayores; pero aunque hizo eleccion de los cánones y leyes, se adelantó ménos en ellas que en la ciencia del desengaño; porque concibió tanto horror á perder la inestimable joya de la virtud, entre la mocedad licenciosa que suele concurrir en las universidades grandes, que dejando los estudios y viéndose libre para huir de aquel peligro, por haber fallecido sus padres, se restituyó á Valencia.—Cuando esto acontecia, á los principios del año 1613, debia predicar la cuaresma en dicha ciudad aquel apostólico varon, el doctor D. Juan García y Artés, dignidad de maestrescuela y canónigo de la catedral de Orihuela, á quien sus grandes méritos elevaron á la silla episcopal de aquella Santa Iglesia; lo mismo fué oirle que sentirse herido de la poderosa actividad de sus palabras. Estuvo en su compañía toda la cuaresma, y con la direccion de este sabio y práctico maestro empezó desde entónces la carrera de la vida espiritual, que prosiguió felizmente hasta llegar á la cumbre de la perfeccion. Recibió las órdenes sagradas, y aunque se retiró de sus parientes cuanto le era posible, para cuidar de la pureza de su alma, anhelando no obstante á más alta perfeccion, entró en deseos de vida religiosa. El amor que tenia á la soledad le tiraba á la órden de la Cartuja; pero con el motivo de haber tenido íntima comunicacion con los religiosos capuchinos, desde que estuvo sirviendo al venerable patriar-

ca, les pidió el habito que tomó en el convento de la Sangre de Cristo de esta ciudad á 17 de Febrero de 1618. Antes de su profesion, al año siguiente, empezó á estudiar teología escolástica; y como ya era filósofo, y tenia principios de cánones y leyes, aprovechó lo bastante, si bien hizo mayores progresos en la teología moral y mística como ciencias á que tenia mayor inclinacion. Luego que se impuso en ellas, llamó la atencion de muchos su doctrina, así en el confesonario como en las pláticas particulares, siendo persuasivo y eficaz. Respetable entre los religiosos, le empezaron á venerar como maestro en la ciencia del espíritu; y no poco caminaron prósperamente por el camino de la perfeccion con la guia de sus santos consejos. Sentíase, dice su biógrafo, por este tiempo atraer con mayor impulso que nunca á la vida interior y contemplativa, y habiendo llegado á su noticia que querian hacerle prelado, fué esto un trueno que le aterró de suerte que le faltó el valor para resistirlo. Estaba entónces de conventual en Segorbe; frecuentaba la Real cartuja de Valde-Cristo; sabia ya por lo interior la vida de aquellos monjes; y viendo que este instituto se ajustaba más con su vocacion, obtenida licencia del general de la Cartuja se pasó secretamente á ella con increible contento de los monjes, y no inferior sentimiento de los Padres Capuchinos, dia 22 de Agosto del año 1626. Hecha su segunda profesion reconocieron á breve tiempo los prelados de aquella casa los nobles talentos del P. D. Francisco, y empezaron á sentir, que por haber pasado de una religion á otra, careciese de voz activa y pasiva y quedase privada la comunidad en sus juntas de un dictámen tan juicioso, y la Orden de un gobierno tan prudente y acertado, como prometia su virtud, religiosidad y ejemplar conducta. Para ocurrir á este inconveniente, negociaron, sin que él lo entendiese, que en el capítulo general le habilitase la Orden para ambas cosas. Logrado esto, aunque con grave dolor suyo, le encomendó el prior la instruccion de dos novicios, para que visto su cabalísimo desempeño, clamasen los mismos aciertos le ocupase la religion en otras cosas mayores. No salió frustrada esta idea, porque vista la buena direccion del Padre D. Francisco, su expedicion, magisterio y desembarazo, le nombró la religion en el capítulo general del año 1640 por primer vicario de una nueva Cartuja que se fundó dicho año en Orihuela á devocion y expensas del noble D. Tomás Pedrós, con advocacion de Santa María de Via Cœli y San José; la cual duró poco tiempo por varios accidentes, cuya noticia aquí no pertenece. Fenecida esta comision, en que llevó el P. Pallás todo el peso de gravísimas diligencias que entónces ocurrieron, pudo restituirse á la suspirada quietud de su retiro; pero no queriendo nuestro Señor privar á la Cartuja de Ara-Christi de su religioso ejemplo, ordenó que en 22 de Junio del año 1642 le eligiesen prior de aquella casa, para que como planta,

que era todavía tierna, creciese á la mayor perfeccion con el abundante riego de su doctrina y con el afanado cultivo de su aplicacion, que continuó hasta Junio del año 1645, que le absolvieron del priorato. Retirado con imponderable consuelo de su alma á Valde-Cristo, produjo efectos maravillosos en cuantos deseaban llegar á la cumbre de la perfeccion, siguiendo sus consejos y guiándose por su direccion y enseñanza; y acaudaló para sí tan heróicos merecimientos, que le constituyeron uno de los hijos de aquella real casa, más ilustre en santidad. Murió con semblante apacible, dia 5 de Setiembre de 1656, á los sesenta y seis años y medio de su edad, habiendo vivido treinta en la Cartuja con un ejemplo casi inimitable. Dejó manuscritas las obras siguientes: *Sentimientos que Dios le habia comunicado en la oracion para tener siempre presente la luz que recibia de la divina misericordia.* De esta obra se pueden sacar muchas noticias pertecientes á su vida. — *Directorio de la forma que ha de observar un señor Obispo en su casa y persona, para imitar la vida apostólica de los Santos de la primitiva Iglesia, segun la ocurrencia de los tiempos presentes;* la escribió á peticion de un obispo, pero se ignora quién fuese. — *Sentencias espirituales, sacadas de las obras del venerable apóstol de Andalucía, Mtro. Juan de Avila.* — *Distribucion de las veinticuatro horas del dia, ajustada á la soledad y ejercicios de los monjes Cartujos.* — *Avisos para profesar la oracion y aprovechar en ella.* — *Ejercicios para una buena muerte.* — *Suma de los dichos y hechos más ejemplares que se hallan en las vidas de S. Francisco de Borja, valenciano, del V. P. Baltasar Alvarez, del B. Luis Gonzaga y del V. P. Luis de la Puente, todos cuatro religiosos jesuitas; y del V. P. Mtro. Fr. Luis de Granada, religioso dominico.* De todos estos manuscritos hace memoria el P. D. Joaquin Alfaura en el año 1672; y Rodriguez añade que se conservaban en Valde-Cristo en poder del P. D. Martin Tordera. En la vida, que poco ha compuso, y tiene manuscrita D. José Vicente Ortí y Mayor de nuestro venerable Don Francisco, halló memoria de las siguientes: *Resúmen del libro intitulado: Arte de servir á Dios, compuesto por el P. Fr. Alonso de Madrid, de la órden de los Menores;* librito verdaderamente de oro, y que se ha merecido siempre el mayor aprecio, como lo manifiestan sus muchas versiones é impresiones que refiere D. Nicolás Antonio.—*Reglas para acostumbrarse á tener presencia de Dios.* — *Otras siete reglas para el exámen del propio aprovechamiento.* — *Rosario en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos.* Pone diez actos por Ave Marías y cinco por Padre nuestros. Todas las cuales obras, con otros muchos documentos para sus hijos espirituales, se conservan manuscritas en un volúmen en 4.° de las cosas memorables de nuestro escritor, que dejó en la Real casa de Valde-Cristo uno de sus monjes, hijo del espíritu del P. Francisco Pallás, cuyo nombre se ignora.—O. y O.

PALLAS, una de las mujeres de Herodes *el Grande*, de quien tuvo un hijo llamado Phazael. (Josefo: *Antigüedades*, lib. XVII, cap. I.)

PALLAVICINI (Antonio), cardenal, obispo de Vintimilla y de Pampelona ó Pamplona. Nació en Génova el año 1441, de un solar noble y antiguo de Italia, y cuyas diversas ramas, extendidas por Roma, Génova y Lombardía, han sido fecundas en grandes hombres. Este Cardenal mereció la confianza de los papas Inocencio VIII, Alejandro VI y Julio II. Prestó grandes servicios á la Santa Sede en las negociaciones que le fueron encomendadas, y murió en Roma á los sesenta y seis años de edad, en el de 1507. — C. de la V.

PALLAVICINI (Federico María). Nació en Cremona el 27 de Octubre de 1709, é ingresó en la Compañía de Jesús el 24 de Marzo de 1726. Enseñó teología en Cremona, y por entónces se esparció contra él un manuscrito, que se atribuyó al canónigo Cadonico. Era rector del colegio de Nobles de Milan al tiempo de la supresion de la Compañía. Escribió: *Vita del virtuoso giovine il marchese Francesco Picenardi, Patrizio Cremonese.— Il Sacerdote sanctificato nella divota rezitazione del divino officio, nella divota celebrazione del sanctissimo sacrifizio, nella retta amministrazione del sacramento della Penitenza.*— C. de la V.

PALLAVICINI (Ferrante), canónigo regular de S. Agustin, de la congregacion de Letran. Era natural de Plasencia, y fué recibido en la casa llamada *de la Pasion*, de canónigos regulares en Milan, donde se distinguió por sus grandes talentos. Por desgracia era aficionado á la sátira, y esta inclinacion fué la causa de su pérdida. El papa Urbano VIII estaba entónces en guerra con Odoardo Farnesio, duque de Parma y de Plasencia. No pudiendo defender á su príncipe con las armas, Pallavicini se sirvió de la pluma y publicó diferentes escritos contra la Santa Sede y la casa Barberina. El nombre de este canónigo llegó á ser execrable en la corte de Roma, donde se puso á precio su cabeza. Se retiró entónces á Venecia, donde vivia tranquilo, cuando un jóven, que fingió tomar parte en su desgracia, le aconsejó ir á Francia, donde debia esperar grandes ventajas. Le aconsejó tambien establecerse en Orange, donde no tenia nada que temer bajo la proteccion de un príncipe protestante. El desgraciado Pallavicini cayó en este lazo y se dejó conducir por este falso amigo, que le hizo entrar por el puente de Sorgues en el condado de Venaissin. Se dice que al distinguir las armas del Papa en la puerta de la aldea, exclamó: *Ay! estoy perdido!* Fué arrestado en efecto casi en el mismo instante por hombres apostados, que le condujeron á Aviñon, donde le cortaron la cabeza, catorce meses despues, en 1644. Pallavicini escribió diferentes obras: *La Taliclea; La Susana; Il Giuseppe; Il Sansone; L' Ambasciatore invidiato; La Rethorica della P.; Il divorcio celeste*; y otras composiciones, que forman dos tomos. — S. B.

PALLAVICINI (Hortensio). Nació en Milan el 8 de Junio de 1607 y en 21 de Mayo de 1624 tuvo ingreso en la Compañía de Jesús. Despues de enseñar retórica, filosofía y teología en Milan, fué llamado á la casa profesa establecida en la misma ciudad, donde empleó sus fuerzas y todo el tiempo de que disponia en su propia santificacion y la del prójimo. En estas santas y piadosas ocupaciones le alcanzó la muerte á 10 de Junio de 1691. Escribió: *Austriaci Cæsaris Mariæ Annæ Austriacæ Hispaniarum reginæ, in dotale auspicium exhibiti.—Magnæ Deiparæ vita, encomiasticè et historicè descripta adjectis ex Sacris Scripturis, SS. Patribus, scriptoribus ecclesiasticis et scholasticis doctoribus, iis quæ eam maximè illustrant et celebrant.—I pregi maravigliosi del santissimo nome di Giesù.—La vita di chi muore, cioè Maria, Madre degli agonizanti.—Iddio amabilissimo all' Uomo libri IV.—La vergine prudente alle nozze del celeste agnello.—Eccitamento del reale salmista a pii affetti.—Dello stato delle anime purganti e del modo di giovare alle medesime lettere due.—Inscriptiones positæ in Suburbano palatio ducum Sabandiæ, vulgo* il Valentino.—*In Casalensi Victoria Eridani Epinicium.*—C. de la V.

PALLAVICINI (Julio), procedente de una familia patricia de Génova, ingresó en el noviciado de Roma por el año 1613. Despues de haber enseñado por algun tiempo la teología moral, fué nombrado superior de la casa profesa de Génova, y allí murió prestando sus auxilios y cuidados á los atacados de epidemia en 11 de Julio de 1657. Escribió: *Il Cittadino christiano, indirizzo ai fedeli di stato secolare per conseguire la salute eterna.*—C. de la V.

PALLAVICINI (Juan Bautista), cardenal, obispo de Cavaillon; era natural de Génova é hijo de Cipriano Pallavicini. Fué creado cardenal por el papa Leon X en 1517, y dedicado despues á los negocios en los pontificados de Adriano VI y de Clemente VII. Murió en Fabrica, siendo todavía muy jóven, el 14 de Agosto de 1524. Este Cardenal habia hecho diferentes fundaciones piadosas.

PALLAVICINI (Sforza), nacido en Roma el 20 de Noviembre de 1607, era hijo del marqués Alejandro Pallavicini y de Francisca Sforza. A pesar de ser el primogénito de su casa y de haber hecho la más brillante carrera, quiso consagrarse á Dios, abrazando el estado eclesiástico, desatendiendo las súplicas de su familia, que deseaba disuadirle. Su piedad y demás buenas prendas le abrieron las puertas de las congregaciones encargadas de mantener en Roma el órden público, y así perteneció entre otras á las del Buen Gobierno y de la Inmunidad Eclesiástica. No se permitia más distraccion que el cultivo de las letras, en el que hacia rápidos progresos, como lo prueba la estimacion que hacia de él la célebre Academia de Humoristas, que despues de traerle á su seno le conferia frecuentemente los honores de la presidencia. El papa Urbano VIII le nombró sucesivamente gobernador de Jeri,

de Orvieto y de Camerino, de suerte que el jóven prelado tenia delante de sí la perspectiva de las primeras dignidades de la Iglesia; pero la ambicion estaba muy léjos de cegarle, y todas las ventajas de un brillante porvenir no fueron suficientes para menguar su deseo de entrar en la Compañía de Jesús, como lo verificó el 28 de Junio de 1638. Despues de terminar su noviciado, se dedicó á enseñar la filosofía primero, y más tarde la teología, mereciendo por su talento y virtud la estimacion del papa Inocencio X, que le encargó el exámen de muchos negocios delicados, y la de Alejandro VII, que le elevó á cardenal en 1657. Este Pontífice era antiguo amigo de Pallavicini, quien le habia prestado algunos servicios cuando Alejandro VII vino á Roma, ántes de cambiar por este nombre el de Fabio Chigi. Le habia recibido en la Academia de Humoristas, contribuyendo eficazmente á su fortuna temporal, á cuyos servicios reconocido Chigi le dedicó algunos versos que se han impreso en su libro titulado *Philomathi Musæ Juveniles*. Cuando Pallavicini entró en el Sacro Colegio no cambió sus costumbres, y continuó viviendo con la misma sobriedad y santidad hasta su muerte, acaecida el 5 de Junio de 1667, ántes de cumplir sesenta años. Su obra más conocida es la *Historia del Concilio de Trento*; Roma, 1656, dos volúmenes en fólio; y 1664, tres volúmenes en 4.°, que escribió en oposicion á la de Fra-Paolo, y es justamente estimada. Contra esta obra ha dirigido el abate Lenoir en 1676 el folleto titulado: *Las nuevas luces políticas para el gobierno de la Iglesia, ó el nuevo Evangelio del cardenal Pallavicini, revelado por éste en su Historia del Concilio de Trento*. La *Historia del Concilio de Trento* por el Cardenal ha sido traducida al latin por el P. Gialtini, jesuita de Palermo, é impresa en Anvers; 1672, tres volúmenes en 4.° Vigneul Marville, en sus *Melanges*, dice que el abate Godou, canónigo de Ruan, la habia tambien traducido en francés, pero que no quiso publicarla por no ser del gusto de la época; y últimamente fué traducida al francés del original italiano y publicada con notas del P. Zacaría por el abate Migne en París; 1844, tres volúmenes en 4.° Tenemos además del cardenal Pallavicini sus *Vindicationes Societatis Jesu*; Roma, 1649, en 4.°; el *Arte della perfezione christiana;* Venecia, en 12.°; su *Trattato dello stilo et del dialogo;* varias obras tanto ascéticas como literarias, una tragedia y algunas cartas, etc.—G. P.

PALLAVICINO (Nicolás María). Nació en Genova en 1621 y abrazó la regla de San Ignacio en 1638. Pasó en Roma una gran parte de su vida, y desempeñó el cargo de prefecto de los estudios en el Colegio Romano. Inocencio XI le nombró teólogo de la Penitenciaría, examinador de los obispos y calificador del Santo Oficio. Tambien Cristina de Suecia le nombró teólogo suyo y uno de los primeros miembros de la Academia fundada por ella. El Papa tuvo pensamiento de elevarle á la púrpura romana; mas Pallavicino

murió en Roma el dia 15 de Diciembre de 1692 en la condicion humilde que abrazó. Escribió: *Gregorio Taumaturgo.— Difesa della Providenza Divina contro i nemici di ogni religione.* Esta la escribió en union del P. Franc. Rasponi, jesuita de Rávena. — *Difesa del Pontificato e della Chiesa Cattolica ove si dimostrano la Souranità, l'infallibilità, la santità e altre sublimi doti del Principato Apostolico, etc.— Le moderne prosperità della Chiesa Cattolica contro il Maccomettismo.— L'evidente merito della fede Cattolica ad essere creduta per vera. — Le grandezze della Madre di Dio. — Considerazioni sopra l'Eccelenze di Dio.— Dell' eterna felicità de' giusti. — Difesa della Providenza Divina per grandi Acquisto fatto della Reina di Suezia alla retigione cattolica. Discorso che i paesi più sterili é per natura più poveri, eranó più ingeniosi e per consecuente più richi.* — C. de la V.

PALLOTA (venerable D. Juan Bautista), sacerdote secular, hermano del Oratorio de Roma. Murió el año 1653. Apénas ponia los pies en el hospital á cuidar de los pobres enfermos, siguiendo los impulsos de su buen corazon y ardiente caridad, recibia el premio con que el Señor le favorecia, encontrando alivio en sus habituales achaques y contínuos padecimientos. Cuenta el historiador de su vida, que «no bien habia espirado, cuando se oyeron can»tos dulcísimos y músicas armoniosas, indicio manifiesto de aquella bien»aventuranza, á cuya posesion le convidaban los ángeles con estas demostra»ciones de júbilo.» *Idea de los ejercicios del Oratorio de S. Felipe Neri, página 69 y 147.* — O. y O.

PALLU (Martin). Nació en 1661 é ingresó en la Compañía de Jesús, ejerciendo el ministerio del púlpito con excelentes disposiciones. En 1706 predicó el Adviento delante de Luis XIV, y aquel príncipe le nombró para una cuaresma; pero se vió precisado á renunciar al púlpito por sus dolencias. Despues se dedicó á componer muchas obras de piedad, que tuvieron muy buena aceptacion. Consérvanse de él un *Traité du saint et frequent usage des sacraments de penitence et d' eucharistie*, y sus *Sermones*, que publicó en seis volúmenes el P. Ségaud, en el año 1744. El P. Pallu murió en París el año 1742. — C. de la V.

PALMA (Fr. Alonso). Escasas son las noticias que tenemos de su vida en el siglo, reduciéndose no más que á saber que fué sacerdote, y que llevaba una vida tan ejemplar, y era tan amante del rigor de las penitencias, que pareciéndole corto espacio el que el siglo le ofrecia para ellas, determinó profesar en alguna de las diversas órdenes que entónces habia, y con este propósito se puso á examinar cuál podria convenirle más por aventajar á las otras en aspereza. La amistad y los consejos de Fr. Vasco su maestro y austero religioso del órden de S. Gerónimo, le movieron á seguirle en todo y vestir el mismo hábito, como lo verificó en el convento de S. Gerónimo

de Córdoba, donde fué mucho tiempo vicario. Dos cosas hay muy dignas de ser notadas en la vida de Fr. Alonso por ser prendas rarísimas y de inestimable valor, sobre todo la principal que viene á ser madre de la otra. Tenia una fuerza tal de voluntad, que nada era capaz de detenerle cuando decia *quiero*: palabra que significaba para él lo mismo que *puedo*: y efectivamente era asi, pues llevó á cabo trabajos que sola su voluntad habia sido capaz de concluir. Consideraba que el hombre se distingue de los demás animales en el conocimiento de sí mismo; que el poder de la inteligencia es antorcha que ilumina las entrañas de la tierra; que las fuerzas físicas, esclavas de las morales, se desarrollan y aplican á medida del deseo; y que destello de la Divinidad, la voluntad del hombre podia relativamente, y en menor escala, pronunciar su *fiat*. La segunda virtud, admirable en todo aquel en que se encuentra, y compañera inseparable de Fr. Alonso es la pureza no solo corporal y en la accion, sino en el pensamiento. Se sabe por sus confesiones generales que fué vírgen hasta la muerte, y purísimo en cuerpo y alma; su enérgica voluntad, como dijimos al principio, explica perfectamente, que al concebir el hermoso ideal de un hombre virgen y puro hasta en sus pensamientos, con la energía de un héroe y la humildad de un cristiano, se concibe bien, decimos, que pronunciase la palabra *quiero*, y que pudiese realizarlo inmediatamente reuniendo dotes que le asemejáran algun tanto á la divina religion que profesaba. Fué treinta años vicario, y de tal modo era puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, y amigo de que le siguiesen, que no se atrevieron nunca á nombrarle prior, por más que lo deseáran, por temor de no poder seguirle, pues era gigante en todo. Para tomar una idea de sus virtudes, de su exactitud en todo, y comprobar la verdad de lo que llevamos dicho, copiaremos literalmente lo que dice acerca de él el P. Sigüenza. «Continuaba el coro de noche y de dia con tanta perseverancia, que era más cierto faltar el reloj que él. Tenia buena voz, y cantaba bien, y con esto le regia suavemente. Dióle Dios buen sueño, y una cabeza que parecia de bronce, pues tantos golpes no le hacian mella. Despues de maitines, ni tornaba á la cama, ni dormia. Porque la casa era pobre, no tenia con que comprar libros para el oficio divino. Escribiólos el Santo en estas horas que se quitaba del sueño. Y casi hizo una librería entera, que cada libro era una reliquia por salir de tales manos. Cuando comenzaba á reir el alba, ibase á decir misa; luégo se sentaba á oir confesiones de religiosos que iban á decir sus misas. Tenia un juicio muy claro para casos de conciencia. Desde allí, si le dejaban, tornábase á su tarea de escribir y apuntar libros. En tocando la primera de Tercia, caminaba al coro; dichas las horas y la misa, y despues de haber comido, como la casa estaba tan flaca y falta de edificio, poníase el siervo de Dios á hacer paredes

de albañilería, y otras vaces labraba puertas y ventanas, que todo esto sabia, y para todo le dió Dios fuerzas y maña. Cuando encontraba con algunos religiosos mancebos, llamábalos para que le ayudasen, y como eran tan desiguales las fuerzas, cuando escapaban de sus manos, no iban de provecho para algunos dias. Con esto huian de él por donde quiera que iba en estas horas en que se ocupaba en obras de manos, porque los molia. Acaecíale estar en la huerta en tiempo de invierno, trabajando con los más rigurosos frios que allí hace, y con el lodo á la rodilla, y para remediar esto, y que se enjugasen los zapatos, íbase á maitines descalzo. Cuando le decian que mirase por su salud, respondia: *Esta bestia de este cuerpo, en lo que le ponen se hace, y si le teneis miedo, elia os derribará porque es falsa, y si dais en regalarla, cocea con el vicio.* Con esto acabó cosas extrañas, y lo que más espanta es lo mucho que escribió, ejercicio que tanto destruye la salud y las fuerzas, y consume el tiempo por ser tan moroso. Hizo el Dominical y Santoral y Comun de punto y letra para maitines, misa y vísperas, que son muchos volúmenes, un libro para el oficio de difuntos, y para el de nuestra Señora, Tonarios y Procesionarios, los Leccionarios enteros. Y para fuera del coro, y para sus estudios y ejercicios particulares, escribió otros muchos libros. Compuso un confesonario harto doctamente, con buena resolucion y órden, para que se aprovechasen los hermanos. Tradujo un Santoral de latin en lengua castellana, y escribióle de buena letra, para que se leyese en el refitorio, y otros libros de no menor trabajo, que no saben cuándo se podria hacer tanto, cuando no tuviera otra ocupacion, y esto se hacia sin faltar punto al cuerpo de la comunidad: tanto puede el trabajo continuado.» Mucho tenemos que admirar en todo esto, tanto que el brillo de estas virtudes parece oscurecer las demás que le adornaban; sin embargo, no concluiremos sin decir, aunque de paso y á la ligera, que era cariñoso con sus hermanos, á quienes consolaba en cualquier dolencia, contrastando la aspereza que usaba consigo mismo con la dulzura de su conversacion y lo apacible de sus pensamientos. Era el primero en los oficios más humildes, y tan inclinado al estudio, que le consultaban en todos los casos difíciles, siguiendo sus consejos como los más sabios. Dióle finalmente el Señor el premio del eterno descanso, dejando desconsoladísimos á sus hermanos, y al convento rico en obras de su mano, que se tienen por modelos de paciencia.—G. P.

PALMA (B. Andrés), mártir, religioso franciscano. Habitaba en la ciudad de Dixmunda en Flandes, cuando fué tomado el convento de S. Francisco por los herejes, y prendieron á este venerable Padre á pesar de su avanzada edad y enfermedades, atándole fuertemente, y conduciéndole á la cárcel. Pasados algunos dias, le sacaron y azotaron por las calles, volviéndo-

le á la cárcel medio muerto, donde sufrió todavía los rigores del hambre y las enfermedades. Compadecidos despues, le condujeron á su monasterio, donde apenas llegó entregó su alma al Señor, siendo sepultado en el referido convento de Dixmunda. La Orden Seráfica menciona su martirio en 30 de Noviembre.—S. B.

PALMA (Fr. Bartolomé), de la órden de S. Francisco, lego de profesion. Escribió un libro llamado *Subida del alma para Dios*, á instancia del duque de Béjar; otro intitulado *Doctrina cristiana;* otro que refiere la vida de Cristo nuestro Redentor, abreviada en siete estaciones, repartidas en los siete dias de la semana; otro en que explica los misterios de la misa, correspondientes á las santas ceremonias del altar; otro en el cual trata con elevado espíritu y estilo los grados de la oracion y de la contemplacion; otro que se dice, *Centiloquio del alma, de los cuatro novísimos y postrimerías del hombre.* Son todos de grande utilidad y experiencia, que es la mayor ciencia, y con luz especial del cielo, por haber sido un pobre hortelano é idiota en el siglo y nunca haber estudiado letras.—O. y O.

PALMA (B. Bernabé), religioso franciscano, natural de Mallorca, fué lego y escribió su elogio Gonzaga en la parte 3.ª de su *Crónica* al hablar del convento de Sta. María de Bethleen en Palma, que es el duodécimo de la provincia de los Angeles. En este lugar entró como lego el hermano Bernabé, admirable por su humildad y sencillez; pasaba dias y noches enteras en oracion, y lleno de espíritu profético vaticinó con gran certidumbre muchas cosas futuras. Publicó un libro muy devoto y elocuente con el título de *Camino espiritual*, aunque carecia de conocimientos literarios, pues no habia saludado los principios de la gramática. Hizo muchos milagros, entre ellos uno en que restituyó á una mujer á la vida que habia perdido, despues de una larga y penosa enfermedad. La Orden Seráfica celebra su memoria en 27 de Diciembre.—S. B.

PALMA (B. Bernardo), confesor, religioso franciscano, cuya memoria celebra la Seráfica Orden en 12 de Marzo, diciendo que «mereció por las singulares virtudes de que se hallaba adornado ser consolado por Dios con muchas visiones celestiales.»—S. B.

PALMA (Cárlos Francisco), jesuita. Nació en 18 de Agosto de 1735 en Rosemberg, en Hungría, de una familia tan antigua como noble, y entró en la Compañía de Jesús en 1750, estudió filosofía en Kaschau y teología en Viena; consagrando durante diez años sus vigilias á la educacion de la juventud en el seminario de Tyrnau y en el colegio Teresiano de Venecia. A la extincion de la Compañía le nombró la Emperatriz capellan de la archiduquesa María Cristina. Desde aquel momento se consagró completamente al estudio de la historia, que habia ocupado sus ratos de ocio desde mucho

tiempo ántes. En 1776 fué nombrado canónigo de la iglesia metropolitana de Colocza; poco despues fué promovido á preboste en Batha y asesor en el Comitat; gran preboste en 1779, obispo de Colophon y sufragáneo de Colocza el 20 de Octubre y vicario general el 20 de Julio de 1784. Murió en Pest el 10 de Febrero de 1787, á la edad de cincuenta y dos años, habiendo publicado muchas obras muy eruditas, producto de penosas y bien calculadas investigaciones: *Specimen heraldicæ Hungariæ, provinciarum nobiliumque scuta complectens*; Viena, 1776, en 4.°—*Notitia rerum hungaricarum ab origine ad nostram usque ætatem*; Tyrnau, 1770, en 8.°, reimpreso en 1776, obra muy estimada por su claridad y la pureza de su estilo.—*Tratado de los títulos y armas de María Teresa como reina de Hungría;* Viena, 1774, en 8.°, obra escrita en aleman para probar los derechos de esta princesa á las diferentes provincias dependientes en otro tiempo del reino de Hungría, y en particular sobre la Galitzia y la Lodomeria. *Specimen ad Habsburgo Lotharingicam prosapiam illustrandam, ad nostra usque tempora;* Viena, 1773, en 8.° y 1774 en fólio. Nueva edicion aumentada con la obra del conde Coroni, que pretende probar que las casas de Lorena y Austria tienen el mismo orígen.—S. B.

PALMA (D. Cosme), presbítero del obispado de Tortosa. Fué entendido en el griego. El dia 24 de Febrero de 1563 pronunció una oracion á los Padres del santo Concilio de Trento, con muy buena latinidad y dotes oratorias. La insertó el P. Prat en su coleccion.—O. y O.

PALMA (Fr. Diego). Fué discípulo del santo P. Fr. Vasco, fundador del convento de Valparaiso, hoy S. Gerónimo de Córdoba, y religioso de esta santa casa. El mucho amor que tenia á su maestro le hizo prestar tanta atencion á sus lecciones y tomar tanto gusto en seguirlas, que no estaba contento el dia que no le hablaba y le veia. Hízose notar y querer por todos por su condicion apacible, que siempre le tenia risueño en medio de cualquiera tribulacion. Era de un carácter dulce y angelical, y como entró muy mozo en el convento, no tenia más gozo que la oracion y la obediencia, no solo á sus superiores sino tambien á sus demás hermanos, á quienes queria siempre aliviar de toda carga. Jamás se le hacia mucho lo que pesaba sobre sus hombros, y con este buen deseo trabajaba tanto, que temian muchas veces por su salud, y le aconsejaban aflojase un poco; pero Fr. Diego les sonreia y contestaba que habia hecho á Dios el sacrificio de su vida, y que queria gastarla en su servicio y en el de sus hermanos, con lo que tenian todos puestos los ojos en él. Donde más claramente se veia su caridad era en el esmero que ponia en asistir á los enfermos, á quienes consolaba, doliéndose tanto de sus enfermedades, que muchas veces se afligió de modo que asomaban las lágrimas á sus ojos. Ayudaba las misas que se decian en el convento

con la mayor devocion, y madrugaba para emplearse en todas las ocupaciones más penosas con el mayor gusto, como si la noche ántes no hubiera estado en vela, bien al lado de un enfermo, bien entregado á otros piadosos ejercicios. Al cabo de treinta años de esta vida de merecimientos, dispuso el Señor llamarle á otra mejor, y murió con la mayor tranquilidad, consolando á todos y dando muestras de la más viva alegría, de tal manera que la muerte dejó vagando en sus labios la sonrisa que les habia acompañado siempre. —G. P.

PALMA (Esteban), natural de Toledo. Admitido en la Compañía de Jesús en 1585, á los diez y nueve años de edad, enseñó la teología durante diez años, gobernó los colegios de Talavera y de Toledo, y explicó largo tiempo la Sagrada Escritura al pueblo. Murió en esta última ciudad el 11 de Mayo de 1636. Escribió: *Memorial de las obligaciones que tiene el hombre cristiano cuando se halla con el mal de la muerte*; tradujo esta obra al italiano el Padre Francisco Rainaldi, bajo el seudónimo de *Heraclio Vecchi*; Roma, 1632; Nápoles, 1635. —O. y O.

PALMA (V. Juan Francisco de). La pobreza de sus padres los obligó á ponerle, á la edad de siete años, al oficio de esterero. Al siguiente, cuenta su cronista el P. Torres en la de la provincia de PP. Observantes de Granada, y á quien seguiremos fielmente, que hizo voto de castidad, y le guardó inviolable hasta de pensamiento. Aplicado á su oficio, trabajó hasta la edad de treinta años, como obrero ejemplar y laborioso. Humilde, obediente y caritativo, celoso de la gloria de Dios y la extincion del reino del pecado, mereció particulares favores del cielo, siendo digno de mencion el que consigna el referido escritor, de haberle socorrido Jesús con un panecillo y un guisado por hallarse desmayado á causa de su continua abstinencia. Habiendo llegado la fama de sus virtudes á oidos del cardenal Moscoso, obispo de Jaen, le encargó la direccion de un decaido hospital, y con su caridad, celo y prudencia le reformó de modo que el prelado le hizo su familiar y veneraba como un precioso relicario, ocupándole como varon justo en repartir la limosna á los pobres y enseñar la doctrina cristiana á los niños. Hízole el cardenal clérigo, y con esto proporcionó á la Iglesia un santo ministro. A este fin le mandó estudiar latinidad y calzar zapatos, pues desde que habia entrado en la Orden tercera, vestia de jerga y andaba descalzo de pie y pierna. Cursó en las escuelas de Baena, y recibió las sagradas órdenes. Elevado el señor Moscoso á la silla de Toledo, bien pronto abandonó el bullicio y los aplausos de esta ciudad, escapándose, sin ser visto, á Jaen. No le estimó menos en esta el Ilmo. Sr. Andrade, conociendo su alto mérito, y le dió el beneficio de la parroquia de S. Pablo, de Baeza, en donde habia nacido, encargándole tambien la direccion y nombrándole vicario de los

conventos de Sta. Catalina y la Magdalena: tres empleos que desempeñó exactamente. Apreciábase en muy poco como orador, y solo obligado por el cura de S. Pablo, subió al púlpito, en el cual dijo que era maestro de espartero, y de ello se jactaba. Así no parecia extraño que cosiese y remendase las esteras de su parroquia en medio del dia, porque nunca le faltó prevencion de hilo y de aguja. Pedia de noche limosna para las almas del purgatorio y pobres vergonzantes, y movido por su humildad y pobreza de cuna, renunció á ser ministro de la Orden tercera; y al abatirse de esta manera, más le admiraban todos. Asistia á los hospitales y servia á los enfermos, siendo un vivo estímulo de todas las virtudes. Recompensó sus méritos el mismo señor Andrade, haciéndole rector del seminario de misiones que habia fundado en Baeza, y dándole al propio tiempo una racion de aquella colegiata. Cuando tomó posesion de la prebenda, dijo á los asistentes: «¿No ven al espartero qué grave está con su capa de coro?» Jamás tuvo criado, y servia de peon siempre que habia obra en el seminario. Tambien fué anteriormente cura de S. Ildefonso de Jaen, y vicario de las monjas de Santa Isabel, que dirigió con tanto acierto como despues á las de Baeza. En íntima comunicacion con Dios, siete años ántes de morir, estábase en el coro extático, siendo preciso tirarle de la capa cuando le tocaba hacer algo. Siendo aún seglar vaticinó que seria sacerdote, confesor y director de religiosas; y esto en las circunstancias que más imposible parecia se verificase. Murió á los setenta y seis años de edad el dia 9 de Enero de 1676. Su cadáver exhaló fragancias que duraron mucho tiempo en el cuarto en que falleció. Enterráronle con suntuosidad en un sepulcro nuevo de piedra en su iglesia, y por su intercesion obró Dios algunos prodigios para gloria suya y de su siervo, no siendo el que ménos haberse mantenido como nuevo más de cincuenta años un esterado hecho por sus manos en la casa de un canónigo. El referido P. Torres, y el Sr. Ramirez Luque, consignan algunos hechos acerca de este venerable eclesiástico, cuya lectura recomendamos á nuestros piadosos lectores, y que si omitimos en obsequio de la brevedad, son dignos de apreciarse porque manifiestan cómo le protegió la divina providencia. —O. y O.

PALMA (P. Luis de la), jesuita. Nació en Toledo el año de 1560, de padres nobles y acomodados, ricos además en dones espirituales, pues que ambos fueron muy virtuosos y ejemplo raro de casados en la Imperial ciudad. Pudo con razon decirse de D. Gonzalo y de Doña Mariana Hurtado, que estos eran los nombres de tan virtuoso matrimonio, lo que dijo S. Lucas respecto de los padres del Bautista, que «eran justos y buenos, procediendo »en todo para con Dios sin queja de nadie, porque nadie tampoco la tuvo de »ninguno de los dos.» No es maravilla que nuestro P. Luis saliese tan aficio-

nado á la práctica de las virtudes, criado como fué por manos tan expertas en los buenos y sanos ejercicios de la moral y virtud cristianas; pero debe advertirse que en este género logró elevada superioridad, viendo inundársele el alma de los rayos de la sabiduría divina, al par que crecia en él la luz de su clara y despejada razon. Sirvióle esta principalmente para despreciar el mundo y sus vanidades, atesorando solo con avidez en su corazon los sentimientos más puros y elevados que pudieran conducirle á merecer la divina gracia; y contemplando que entre otros medios podria serlo bastante eficaz para alcanzarla el ingresar en alguna de las diferentes órdenes religiosas, fuése cuando solo contaba trece años de edad, en busca de los superiores de la Compañía de Jesús, y les pidió ser recibido en ella. Los PP. de la Compañía no se atrevieron á resolver afirmativamente sin cerciorarse ántes de que tenia conseguida la licencia paterna; mas hecho constar aquel requisito, acompañado de las mayores y más afectuosas muestras de agradecimiento que les hizo su bienhechor D. Gonzalo por la deferencia y cortesía con que le distinguieron, reservó éste sin embargo á Luis para mejor ocasion en cuanto á ingresar desde luego en un colegio, con ánimo de averiguar si el tiempo y algunas especiales circunstancias no cambiarian en su hijo ó por lo ménos resfriarian un tanto aquel su deseo por entónces tan vehemente. Rogó pues á los PP. Jesuitas le permitiesen, como un primer noviciado, ser depositario doblemente responsable en su misma casa de la persona del jóven; y siendo cierto á los superiores, que léjos de perder Luis, ganaria por el contrario mucho al lado de sus padres, juzgaron muy puesto en razon acceder á ello. Allí pasó dos años más el virtuoso jóven, desde los trece á los quince años, ejercitándose siempre en actos de mortificacion y penitencia, obediencia y oracion, á los cuales añadió la lectura de libros devotos y el estudio de las letras humanas; pero todo con tan escrupulosa y fiel observancia como si se tratára del más rígido noviciado ó colegio de novicios de la religion. Medida fué aquella prudente y más aún acertada; de aquel modo consiguió industriarse como buen soldado en las armas de milicia tan sagrada, ántes de entrar en batallas ningunas, y por lo mismo apareció veterano el que á no ser por la industria paterna, fuera todavía bisoño. Cumplidos los quince años de edad, su mismo padre le llevó al colegio de aquella religion, cuyos superiores hicieron cordial recibimiento al jóven Luis; éste, por su parte halló gran consuelo en su alma por ver transcurrido el tiempo que le habia separado de la realizacion de su constante y firme propósito. El Padre Antonio de Cordeses fué el encargado de aquella recepcion, como provincial que á la sazon era de Toledo, el cual le envió luego al noviciado de Navalcarnero, donde consta que hizo grandes y maravillosos adelantos en la práctica de las virtudes, caminando firme y sereno por la senda estrecha que

lleva á la perfeccion: ¡qué mucho, si con tantos y tan arraigados fundamentos adquiridos en la casa paterna, se encontraba en medio de aquel camino espinoso tan satisfecho y animado como el pez en el agua! En breve creció grandemente en las prácticas y ejercicios espirituales de aquella santa casa, adelantando á los demás novicios, y siendo tenido y reputado, más que por uno de tantos, como su maestro y director espiritual. Terminado que hubo su noviciado, pronunció los votos y marchó al colegio de Alcalá, en cuya ciudad dió muestras del gran caudal de ingenio con que Dios le habia dotado, tanto para la filosofía como para la teología, pues que en ambas ciencias salió estudiante aventajadísimo. Tan relevantes méritos y felices disposiciones, justo era que alcanzasen un premio y distincion; túvola en efecto, siendo elegido para leer un curso de filosofía, y despues otro de teología en Murcia. La poca salud corporal de que disfrutaba no le permitió terminarlos: él mismo afirmaba que sospechó un tiempo no le fuese posible tomar las órdenes, á causa tambien de aquel quebranto. Padeció fuertísimos dolores de cabeza, con mil otras angustias y opresiones que le estorbaron el reposo y el estudio, y lo que aún sentia más, el entregarse como tenia por costumbre á la oracion frecuente. En su virtud resolvieron los superiores que dejase la cátedra y diese treguas al estudio; mas no queriendo que tan aventajadas disposiciones se viesen condenadas completamente á una holgura forzada, le señalaron por predicador del colegio de Madrid. Aquí puede decirse que hizo alarde de su gran paciencia y sumision á la voluntad de Dios, llevando con dócil resignacion, y áun diremos con alegría, las enfermedades y dolores que el Señor le enviaba. Como orador sagrado, lució brillantemente la elocuencia de su ingenio, pudiendo en verdad compararsele con los más afamados oradores de la antigüedad, á quienes por lo ménos no cedió gran ventaja en el vigor de la persuasion, en la propiedad del lenguaje y elocuentes palabras, en la viveza de su razonamiento y en el artificio retórico con que le revestia; y á no ser porque la enfermedad del pecho se lo estorbaba, concediéndole tan solo para expresar sus admirables y elevados conceptos una voz cortísima, aunque llena de encanto por lo bien compuesta y armoniosa, habria podido legar á las generaciones sucesivas la fama de la admiracion que en su auditorio despertára un timbre robusto y sonoro al par, arrojando en dulces notas pensamientos más dulces todavía y vigorosos. Alternó por entónces en su carrera de la oratoria sagrada con los más célebres predicadores de la Corte, entre quienes no pudo verse uno tan solo que le sacase ventaja; tras sí llevó el séquito del pueblo en sus diferentes gerarquías; tras sí arrastró la opinion general; para él y solo para él quedó reservada la pública estimacion á su persona y cuanto de ella procediera. Y ¿cómo no? si pesaba las razones como cuerdo, y decia las verdades como un

santo? Jamás empleó su boca palabra ménos ajustadas, bien con olor de lisonja ó liviandad, ni ménos grave y circunspecta de lo que el sitio requeria. Abrumáronle (si es que puede permitírsenos la palabra), cuantos hombres de valer contenia la corte, lo mismo los ricos en bienes de fortuna que los no escasos de ingenio ni pobres de ciencia; siendo de ver que un predicador tan mozo, con ser ellos tan canos y dueños de experiencia, les diese á todos consejos para vencer sus dificultades en todo género de asuntos; aviniéndose por su parte á oirle como maestro. Estos mismos, confundidos entre la multitud, salian de escuchar los sermones del P. Palma, llenos de la mayor compuncion y humildad, y contemplando ser tanto mayor su miseria y debilidad, cuanto más grande y elevada era su fortuna y su poderío. Corrió la fama de su elocuencia y virtud á oidos del monarca D. Felipe II, quien mandó fuese el orador á predicarle en su capilla: obedeció el Padre, y dejó admirado al Rey, que fué muy ducho á la verdad en achaques de prudencia y de cordura, al ver en hombre de tan poca edad y de ningunas canas un juicio tan sesudo, á la vez que dotado en la expresion de grande elocuencia. Quiso despues aquel príncipe oirle de nuevo, segun que se lo habia propuesto desde la vez primera en que lo oyó, y no pudo en este punto satisfacer su deseo por impedírselo la corta salud que alcanzaba. En este tiempo se vió el P. Luis acometido con más fuerza de sus enfermedades, hasta el punto de sentirse obligado á suspender las tareas del púlpito; mas conociendo y admirando á la vez los superiores el gran caudal y rico tesoro de ciencia y de espíritu con que de dia en dia iba acreciendo su persona, y tambien por recompensar en cierto modo aquellas felices disposiciones tanto morales como físicas, determinaron hacerle rector del colegio de Talavera, cuyo cargo admitió aunque repugnaba á su proverbial modestia, por razon de la obediencia á que estaba obligado. Bien pronto dió en él muestras claras de haber sido aquella eleccion hecha por Dios, cuya invisible mano dejóse sentir y adivinar en todos los actos de gobierno del nuevo rector. Persuadia siempre á todos con su observancia, prosiguiendo cuando superior la misma que habia usado en el tiempo que fué súbdito, y alcanzó en toda ocasion aquel su propósito con sus propias obras más bien que con las palabras; fué, por decirlo así, el capitan de tan ínclita y varonil compañía, á cuyo frente era el primero á entrar en oracion, á practicar los ejercicios espirituales y acciones de humildad y á correr en auxilio de las necesidades del prójimo que le demandaba los santos sacramentos para fortalecer su propio espíritu abatido. Tampoco fué nunca el segundo cuando se trataba de penetrar en las cárceles y en los hospitales, á fin de llevar á la desgracia el consuelo de su ministerio, ni ménos cuando era preciso enseñar la doctrina á los niños. En todas aquellas tareas aparecia siem-

pre afable, aunque sentencioso, modesto al par que grave, y tan discreto en sus razones que se captaba las simpatías y el amor de las gentes. Cuanto en alabanza de este varon justificado pudiéramos añadir, quedará suficientemente demostrado con el dicho de los que afirman, por haberle tratado, que en más de cincuenta años que ocupó distintos gobiernos, con ser tantas las ocasiones en que pudo andar desacertado, fué por el contrario tan cuerdo y templado en su ánimo, que nunca se le vió alteracion alguna en el rostro, ni ménos descompuesto en sus maneras ni en sus palabras: indicio claro de la tranquilidad que gozaba su espíritu, y tambien de lo castigadas que tenia sus pasiones, pudiendo siempre dominarlas con entera voluntad. Algunos sientan que fueron estas virtudes muy para admirarse y ser pregonadas á la posteridad en láminas de bronce que las recordase eternamente, como aconteció en determinadas épocas bastante anteriores con otras acciones y casos no tan dignos de memoria; pero añaden que en los tiempos de Palma se encontraba la naturaleza más gastada y el fuego del espíritu mucho ménos encendido que en lo antiguo, siendo por tanto de mayor necesidad á la sazon publicar los buenos ejemplos y celebrarlos por cuantos medios les fuera permitido. Así se hablaba entónces, notando la necesidad que se sentia de avivar en los corazones el amortiguado fuego de algunos espíritus poco cuidadosos de la práctica de las virtudes; pero hoy, en los tiempos que alcanzamos, segun los caminos que recorremos, los peligros de que nos rodeamos, la fe que perdemos y el materialismo en que vivimos, ¿no es de sentir mucho más la necesidad absoluta é imprescindible de hacer públicos ciertos hechos y las vidas de tantos varones insignes en la cristiandad por sus virtudes y por su conducta, ajustada con esmero á los preceptos santos del Evangelio? Es por desgracia una verdad tan obvia como sensible, y poco haremos si todos y cada uno, segun sus propias fuerzas, no contribuimos á reanimar los espíritus que yacen aletargados y sumidos por completo en la materia, perecedera de suyo. Si queremos tender una mano á los innumerables desgraciados que abandonaron la contemplacion de la excelencia de la virtud que practicaban por sí y vieron practicar á sus padres; si no abandonamos tampoco á los que nunca tuvieron idea ni áun remota de cuán dulce cosa sea y de cuánta tranquilidad para el hombre el conocimiento y práctica constante de todas las virtudes cristianas, habremos hecho no poco en servicio de Dios y de sus criaturas, nuestros hermanos. Alabemos, pues, y ensalcemos las santas costumbres y vida ejemplar del siervo del Señor, y de todos cuantos caminaron por la misma senda; esforcemos la palabra, el pensamiento, la voluntad; obrando de esta suerte el cambio es seguro; Dios, que ve y conoce nuestros corazones, obrará en ellos todo lo demás, conforme á su divina voluntad. Terminado que

hubo el rectorado de Talavera, regresó al colegio de Madrid á continuar en la predicacion, si no lo estorbaba la falta de salud. Aquí prosiguió con los sermones su esclarecida fama de otro tiempo, y segunda vez tambien fué buscado por los grandes y señores de la Corte, que se apresuraban á elegirle por confesor suyo, consultándole en cuantos negocios árduos ó de interés habian de resolver; hasta los religiosos del colegio y los superiores se valian de su consejo para las cosas referentes al alma, pues que tambien hallaban gran consuelo en escuchar sus palabras, llenas de uncion y de ternura. Por entónces comunicó y trató con intimidad al P. Pedro de Rivadeneira, secretario que habia sido de S. Ignacio, y por él tuvo conocimiento de muchas cosas tocantes al gobierno de la religion y dictámenes espirituales del Santo fundador, por lo que vistió de tal manera su hábito, que muchos al oirle, afirmaron les parecia estar escuchando al propio S. Ignacio. Hasta el mismo P. Rivadeneira, su amigo, se pagó tanto de aquella semejanza, y del gran raudal de virtud y de prudencia de nuestro santo varon, que más de una vez se le oyó decir: «Si me preguntaren cuál de entre los individuos de »nuestro instituto contemplaba por más digno de ser general, al punto res»ponderia que el P. Palma, sintiendo de él lo que S. Agustin dijo de la »humildad: Si me preguntáredes, decia el Santo, cuál es la mayor de las »virtudes, responderé que la humildad; y si segunda vez me preguntáredes »cuál es la mayor, responderé que la humildad; y si me preguntáredes ter»cera vez, responderé lo mismo, que la humildad; y lo mismo responderé »si me lo preguntais mil veces.» Y si esto decia del santo varon, que no contaba entónces más de treinta y siete años de edad y tres de experiencia en el gobierno, ¿qué dijera alcanzándole en su mayor edad, y despues de hallarse más experto, tanto en el gobierno de la Compañía como en el magisterio y direccion espiritual de las almas? Empleado en estas ocupaciones y trabajando en la cultura de las almas, sin olvidar tampoco la suya, que fué su mayor cuidado, le alcanzó el año de 1598, en que llamó Dios para su reino al monarca D. Felipe el segundo, muy llorado de todos sus vasallos, y áun de toda la cristiandad, entrando á sucederle en el trono su hijo D. Felipe III, con cuyo motivo se hicieron algunas mudanzas en el gobierno, entrando nuevos ministros y saliendo de la corte los antiguos. Como los nuevos gobernantes no consintiesen cerca de sí á los amigos de sus predecesores en el gobierno, ni ménos á los que tenian por validos suyos, mostraron al P. Luis de la Palma, con quien ya dijimos se confesaron muchos de aquellos grandes señores, la conveniencia que resultaria de abandonar tambien el Padre la corte; y si ellos le mostraron aquel su parecer bajo las formas de la conveniencia, el P. Palma le aceptó con gusto por los vehementes deseos que tenia de evitar el bullicio del mundo. Conformes á muy poco las volun-

tades, y estando vacante el rectorado de Villarejo de Fuentes, que era casa de novicios y muy dispuesta para la oracion, fué elegido el P. Luis para gobernarla, como hombre de quien esperaron los superiores que la conduciria arreglada y obediente. No en balde confiaban aquellos padres en la gobernacion del nuevo rector, pues les parecia tener mucho aprendido para gobernar á los otros el que sabia bien gobernarse á sí mismo. Tomó, pues, el P. Luis aquel cargo por obediencia á su mandato, y dejó muy satisfecho la corte, pero muy contristados á cuantos le conocian y trataban, en especial los compañeros de religion, que perdian con su salida los consuelos que siempre debieron á tan consumado varon é infatigable ministro espiritual. Ingresó, pues, en el noviciado de Villarejo con gran contento de aquella casa, en cuyo gobierno sucedió al P. Nicolás de Almazan, provincial despues de Andalucía, y asistente y secretario de todo el instituto; el cual, con ser varon de tan buenas prendas y muy consumado en virtud, fué vivamente estimado de aquel colegio, que tenia por muy difícil hallarle digno sucesor. Presto les vino el desengaño con la llegada del P. Luis á la rectoría, donde al poco tiempo de ocuparla conocieron los jóvenes que nada habian perdido en la mudanza; y si bien no olvidaron, ni debian, el gobierno acertado y prudente del P. Almazan, hallaron ser parte muy bastante á consolarlos de su pérdida la venida del P. Palma: queriendo Dios con esto darnos á entender que nadie hace falta en este mundo por grande y elevada que sea su cuna, su posicion ó sus bienes de fortuna, pues que por un Moisés halló el Señor sesenta ancianos en quienes poder escoger uno que le supliese. Lució el santo varon en su nueva casa las brillantes cualidades que recibió de Dios para el magisterio y direccion espiritual, y no diremos mucho seguramente en alabanza suya si afirmamos que se condujo con tal cordura y virtud, que mereció ser respetado y tenido por un S. Basilio ó S. Bernardo, ó por cualquiera otro santo padre de la Iglesia. Supo unir en amable y santo consorcio la gravedad religiosa con la afabilidad, y la llaneza de hermano y compañero con la dignidad que á sí propio se debia por razon del puesto que ocupaba; lo cual no impedia que en las conversaciones familiares se mostrase jovial, entretenido y áun sazonado, siendo, como ellos decian, un terron de sal. No hay, en fin, palabras que basten á explicar el fervor del noviciado durante el tiempo que le gobernó, ni pintariamos con exactitud la paz y tranquilidad de espíritu con que todos vivieron, entregándose á los continuados y rigorosos ejercicios de su institucion. Juntos formaron un solo corazon con un alma sola, y todas sus almas, como todos sus corazones, ardian en afectos de amor á su Dios y Señor, procurando siempre imitar el ejemplo de vida que tenian en su director, pues conocian que era el único verdaderamente acepto á Dios. No le faltaron al siervo de Dios en aquel gobierno oca-

siones para ejercitar su paciencia, porque la casa de Villarejo se encontró tan empeñada por algunos malos años y ciertos pleitos que se le ocurrieron, que no pudo á veces proveer al sustento de los novicios. Y aunque el celoso Padre buscó entre sus parientes y conocidos algunas sumas considerables para atender á las necesidades diarias de la casa, con lo cual pudo sostener el noviciado por algun tiempo, no alcanzó, sin embargo, á los doce años que duró en su gobierno. Viendo entónces la provincia aquella necesidad se determinó á sacar los novicios de Villarejo y llevarlos á Alcalá, junto con su maestro; mas fueron á parar á una casa de seglares, incómoda por tanto para religiosos, y sobre todo para novicios, y allí continuó la misma pobreza y penalidades que ya ántes pesaba sobre sus hombros, en los cuales puede decirse que llevaba á sus hijos, sustentándolos con el sudor de su rostro. De Alcalá pasaron á Madrid á ocupar la nueva fundacion de la marquesa de Camarasa, cuya fundacion se hallaba no obstante muy á los principios, constando tan solo de una casa vieja y una huerta para todo el noviciado. Entró en ella el buen Rector, con toda su familia, el año de 1603, sin tener espacio donde albergarla dignamente; cada cual lo hizo como Dios le dió á entender, tocándole en suerte al P. Luis un aposento, ó choza más bien, oscuro y frio con exceso, en el cual adquirió luego el mal de pecho, renovándosele tambien las antiguas enfermedades y padecimientos. Tan adelante fué en la pérdida de salud, que bien pasó un año rodeado de tales incomodidades y sufrimientos, siendo necesario trasladarle nuevamente á Villarejo, distribuyendo los novicios en las dos casas, para alivio y holgura de ambas. Quedó en la de Madrid por rector el P. Francisco Aguado, continuando el P. Palma en la de Villarejo, donde residió hasta que fué á gobernar el colegio de Alcalá. A los doce años de direccion en aquellos noviciados, durante cuyo tiempo vió criarse en ellos unos doscientos novicios, le fué ordenado abandonar su amado retiro y pasar al gobierno del colegio de Alcalá, á la sazon principal seminario de la provincia. Hízolo así por la obediencia, ingresando en aquella casa el año de 1607; y tomando á su cargo la direccion, obró en ella con el mismo celo y vigilancia que en las demás casas, atendiendo con gran solicitud á promover en maestros y estudiantes el amor y constancia en la práctica de los ejercicios espirituales, no ménos que la aplicacion y el fomento de las letras. Exigió tambien gran exactitud en la observancia, mostrando en este punto ser inflexible, y á ello contribuyó no poco algun abuso que echó de ver muy luego el celoso rector. Fué uno el advertir que cierto padre, hombre ya grave por su edad tanto como por los empleos que habia servido, pues que leyó teología y fué por tiempo de diez y nueve años secretario en Roma del General de la Compañía, con más otros cargos importantes confiados á su celo en

distintas ocasiones, tenia por costumbre salir todas las tardes del colegio á visitar á las personas que confesaba; y juzgando el P. Luis que debiera moderar las visitas, puesto que en el confesonario le era más fácil y conveniente hablar á tales personas en asuntos de importancia al buen gobierno y direccion de las almas, único motivo y objeto de comunicacion que entre ellas y su director espiritual debian existir, no vaciló en negarle su permiso, aunque era hombre muy entrado en años, como dijimos, y varon de gran autoridad. Limitóle, por tanto, las salidas no precisas, y únicamente le otorgaba las en que por razon de su ministerio veia que eran necesarias; y aunque el anciano lo sintió en gran manera nunca intentó, ni hubiera podido, resistencia alguna á tan sabia y prudente resolucion. Intentó asimismo y llevó á cabo grandes reformas en el gobierno interior del colegio, é hizo su prefecto al Dr. D. Gaspar de Borja, canónigo entónces de Toledo y despues su arzobispo y cardenal de la santa Iglesia de Roma. Fundó otras dos congregaciones, compuesta la una de seglares, en la cual entraron los más principales de la villa y gran número de pueblo, y la otra formada por sacerdotes del clero secular. No concretó su accion benéfica á la casa-colegio de la Compañía, ni fué sola aquella poblacion la que disfrutó sus especiales favores; extendió tambien su cuidado á muchas leguas en los lugares de la comarca, enviándoles religiosos que les prestasen los auxilios de su ministerio, ejercitándoles además en los usos y prácticas de devocion acostumbradas en la Compañía, y enseñando á los niños y á los adultos descuidados la doctrina de Cristo. Tambien obró la conversion de muchos estudiantes distraidos, los cuales dieron de mano á las pretensiones del siglo, consagrándose á Dios en el ara santa de la religion, y no fueron pocos los que ingresaron en la Compañía, con gran contento y satisfaccion de sus personas. Hallándose en el gobierno de aquel colegio, tuvo lugar la beatificacion de S. Ignacio de Loyola, decretada por la santidad de Paulo V, para cuya celebracion se decretaron algunas fiestas. Segun el parecer de los más mozos, debieran consistir aquellas en toros, comedias y otras cosas de bulla; mas la prudencia y madurez del rector se opuso á toda demostracion que no cediese en honra y gloria de Dios, y combinó acertadamente sus disposiciones, haciendo dueños de la fiesta al patron del colegio, que era el marqués de Mondéjar, D. Iñigo de Mendoza, al cabildo de la santa iglesia catedral de S. Justo y á la universidad, poniéndola en manos del Rector y Colegio Mayor. Juntáronse todos por sus comisarios en el colegio de los Jesuitas, y de comun acuerdo se encargó la iglesia de S. Justo de la misa y del sermon, el cual se encomendó al Doctor Luis Montesinos, catedrático de prima de teología y decano de aquella universidad. El Colegio Mayor asistió á los oficios con su rector en forma de comunidad; la villa hizo lo mismo; y el marqués, como patron, cuidó de aco-

modar á todos en la iglesia y en el refectorio, en lo que lució su gala y cortesía. De aquel modo se celebró la fiesta santa con quietud y devocion, sin procesiones, ni danzas, ni otras vanas exterioridades, más propensas al desliz é intranquilidad de ánimo que al culto y á la devocion. Acabó su rectorado con tanto sentimiento del colegio como gusto suyo, por verse libre de aquella carga, para la cual no se creia con fuerzas; y solicitando la vénia de los superiores, se recogió en el noviciado de Madrid, entregándose por completo al silencio y á la oracion. Allí permaneció algunos meses, durante los cuales dispuso el libro que despues imprimió, *Del camino de la perfeccion por los ejercicios de S. Ignacio*. Despues le fué ordenado pasar á Murcia para ser operario de aquel colegio, y ocuparse en confesar á los pobres y enseñar la doctrina, yendo por las cárceles y hospitales, dándole juntamente el oficio de prefecto de las cosas espirituales, y tambien de confesor de la gente de casa. Obedeció el siervo de Dios con el mismo gusto y alegría que si fuera el más elevado cargo, y sin demora partióse á Murcia, donde fué recibido con aclamacion universal. Tomó en su virtud posesion del nuevo oficio; y durante dos años le desempeñó con grande aplicacion y celo, sin negarse jamás á toda clase de personas. Tambien se dedicó á la predicacion en cuanto sus fuerzas se lo permitian, y fundó una congregacion de sacerdotes en el mismo colegio, puesta á cargo suyo, y allí les hacia sus pláticas y exhortaciones, dándoles el pasto del cielo. Mas terminando por entónces su oficio el rector de aquella casa, traspasó el General la rectoría al P. Luis con satisfaccion cumplidísima de todos, aunque con harto pesar del agraciado, segun se infiere de su habitual modestia y amor al recogimiento. Allí dió nuevas muestras de su clara y feliz disposicion, redoblando, si le fué posible, el celo con que se habia distinguido en otros gobiernos. Repartió luego equitativamente los ministerios, á fin de que cada uno cultivase mejor la porcion que le tocase en suerte, y se reservó la predicacion en el colegio los domingos por la tarde. Con milicia tan esforzada y aguerrida bien pronto huyó de aquella tierra el vicio, dando entrada en el hogar á la morigeracion de costumbres; jamás se vió como entónces tan frecuentado el colegio, ni produjo en tiempo alguno más copioso fruto. Ya habia cumplido un año de rectoría cuando terminó su trienio el provincial de aquella provincia; y sin otra informacion más de la que ya tenia, envióle el general Claudio Aquaviva una patente, á fin de que la gobernase. Rehusó el siervo de Dios la aceptacion en cuanto pudo, procurando demostrar su insuficiencia y poca salud; pero como fuese eleccion hecha por Dios, habia de cumplirse necesariamente su divina voluntad. Mas ya era llegado el tiempo de tomar la posesion de aquella dignidad que tanto temia, y para ello fueron algunos padres, segun uso en la Compañía, á buscarle, siendo por fin en-

contrado en el sitio más oculto de la huerta, de donde le sacaron casi por fuerza, obligándole despues á tomar asiento en medio de todos. Entónces dió suelta al llanto, de que se vió inundado todo su rostro, y pronunció algunas frases con tanto sentimiento y ternura, que conmovió á los presentes. Despues se retiró á tomar consejo y rogar á Dios que le iluminase para obrar con acierto en cuanto pusiese mano por razon de su empleo. Constituido ya en esta dignidad, comenzó á ejercer su oficio por el mismo colegio que habia regido, en el cual dejó por rector al catedrático de prima de teología, el P. Juan de Montalvo, que despues fué su secretario y provincial tambien de aquella provincia. Despues marchó á Madrid, donde reclamaban su presencia algunos asuntos de entidad crecida, y fué recibido con aplauso universal, aunque no faltó quien dijo que era muy dado á los detalles su sistema de gobierno para superior mayor. En este supuesto será muy del caso no omitir un incidente que le ocurrió. En su visita acertó á pasar por un colegio en que habia dos padres de aquella opinion, nacida en verdad de que el Provincial no condescendió siempre con sus voluntades, y saliendo á recibirle todos los que existian en aquella casa, ellos permanecieron, no obstante, en sus aposentos. Segun lo tenia por costumbre el P. Provincial acudió en llegando á visitar al Santísimo Sacramento: despues le guiaron al aposento que le estaba prevenido, y él á su vez se dirigió al de los dos padres, entrándose por sus puertas. Puesto allí de hinojos pidióles los brazos, y áun mostró querer besarles los pies si lo consintieran; pero ambos ancianos quedaron tan sorprendidos y edificados de la humildad de su Provincial, como corridos al sentirse aventajados por él en caridad y en cortesía. Esta accion tan heróica sirvió para edificar á cuantos la presenciaron, y mortificó, si no es que enmendó, el orgullo de los dos padres. En el año 1615, y al medio mes de la toma de posesion de su empleo, noticióle el rey D. Felipe III la muerte del P. general Claudio de Aquaviva, de feliz memoria; viéndose obligado á partir hácia Roma con otros dos compañeros, que fueron el prepósito de Toledo y el rector de Madrid, para la eleccion de nuevo general. Hicieron su viaje por Barcelona, en cuyo puerto se embarcaron en una mala chalupa, en la cual se vieron en peligro de ahogarse, á causa de la alteracion del mar; pero entregándose á la oracion los religiosos, alcanzaron del Señor una tranquila bonanza para desembarcar en Francia. Aquí recordaremos que el lugar primero en que pusieron la planta era habitado por hugonotes, los cuales vinieron muy pronto á discutir con los padres, que les escucharon y arguyeron con ánimo de reducirlos al gremio de la Iglesia Católica; ellos, sin embargo, estaban muy empedernidos y ciegos, y despues de largas disputas se quedaron con sus errores. Mas conociendo que nuestros padres eran muy sabios y doctos, les ofrecieron grandes rique-

zas, partidos ventajosos y muelles comodidades. Tambien les brindaron con buenos casamientos, si determinaban tomar su religion, pues que no tenian hombres de letras que pudiesen defenderles: un suceso igual ocurrió tambien al Seráfico Padre, cuando fué á predicar al Soldan de Persia. Llegaron por fin á Roma despues de inmensos trabajos, y se encontró en la sétima congregacion general que tuvo la Compañia, siendo elegido en ella general el P. Mucio Viteleschi, romano, varon muy meritorio de semejante dignidad. Nuestro Provincial cautivó grandemente á todos por su edificacion y modestia, tanto como por su conducta ejemplar en toda clase de virtudes, y tomó parte en las principales disputaciones y consultas de aquella asamblea, campeando en todos los negocios su sentencia como hombre verdaderamente grande y muy versado en el instituto de la Compañía. Terminada la congregacion, recibió facultad del nuevo General para nombrar rectores en todos los colegios que faltasen, y no eran pocos, y así lo hizo, confirmándolo despues el General. De regreso ya en la provincia, comenzó á visitarla como buen pastor, consolando á todos, y llevándoles muy sanos consejos para mantenerse en la observancia religiosa, siendo él quien los ponia ántes en ejecucion. De aquel modo supo obligar á todos con sus palabras y con su ejemplo, á diferencia de los que dicen sin ejecutar, los cuales, como dice S. Gregorio en su pastoral, *destruyen con la accion lo que edifican con la palabra*, causando por tanto más daño que provecho, pues los hombres se pagan de las obras mucho más que de las palabras. Guardó siempre con todos una justa igualdad, y buscó en toda ocasion los hombres para los oficios, y nunca los oficios para los hombres, sin que le apartase de esta consideracion respeto alguno. Confesaba en los colegios que visitaba cuando habia gran concurrencia de pueblo, y hubo ocasion en que no abandonó el confesonario desde el amanecer hasta dadas las once del dia. Tampoco le faltaron ocasiones en que mostrar su paciencia y valor, en especial para defender á los suyos, enfrenando á los osados, y oponiéndose á los poderosos. Acontecióle en Madrid con un gran señor muy valido del rey D. Felipe III, un caso singular. Pretendió aquel caballero echar de la Corte á un padre del colegio de Madrid; y como estos grandes señores quieren ser obedecidos de todo el mundo, sin hallar la menor resistencia, escribió imperiosamente al P. Luis de la Palma que, como superior que era, mandase salir luego al religioso, ó de lo contrario él le sacaria más que de prisa. ¡Vano intento! Aquella carta no podia en modo alguno intimidar á un varon tan justificado y animoso, ni era de temer la cólera de un mísero mortal; la de Dios tan solo acobarda á los justos, y nuestro Padre, mirando el asunto con su habitual prudencia, respondió cortesmente, si bien con entereza, que en todo lo que no fuese contra su Dios y su conciencia, le obedeceria y serviria gustoso; pero en lo

contrario, ni esperaba que S. E. se lo mandaria, ni que él le pudiera dar obediencia, por lo cual se atrevia á pedirle los motivos que tenia para aquella exigencia. Si en efecto los tenia, y eran bien fundados, afirmaba que no era preciso su mandato, pues que él de oficio le sacaria sin demora; mas si no los tenia ó eran infundados, debia salir á la defensa del padre, cuyo desdoro y el de la religion á que pertenecia, estaba en obligacion de evitar como superior. El caballero llevó á mal la respuesta, que creyó una demasía, y buscó otros medios para desterrar al padre, los cuales ciertamente no le valieron con todo *su valimiento*, porque el Provincial cumplió su palabra de salir en su defensa, y le mantuvo en el colegio. Otro padre, sugeto de grandes prendas, residente en el mismo colegio de Madrid, gozó de valimiento con el Rey, é introdújose demasiado en palacio, donde estaba por mañana y tarde, y muchas veces hasta muy de noche; y con el achaque de valido era visitado de todos los señores y pretendientes de la Córte, lo cual causaba inquietud en el colegio, y turbacion en la observancia. Comunmente era conocido por la denominacion de *el Teólogo de Su Majestad*, porque rara cosa ó ninguna se hacia que no fuese consultada con él; y si bien no se le notó falta grave en la observancia de sus votos, el Provincial creyó que podia serlo aquel confuso tropel de negocios en que se ocupaba, terrenos todos, siendo así que habia dejado el mundo por darse entero á Dios y al bien de su alma. A esto se unieron las quejas de los pretendientes y las envidias y emulaciones de los otros validos, y juzgó el padre Provincial que le urgia mirar por aquel súbdito, apartado del rebaño como oveja y expuesto á perderse. Tomó, pues, sus disposiciones, y esperó tiempo y sazon en que le llamó aparte, proponiéndole con la mayor dulzura, y recordándole la obligacion de su estado y el riesgo en que vivia, exhortándole á mirar principalmente por su alma, á cuyo efecto le insinuaba que se alejase unas sesenta leguas de la Corte, teniendo ya preparado el medio en que lo habia de verificar en seguida. El religioso obedeció sin vacilar un punto, y el Provincial dió cuenta al Rey de aquella jornada y de las causas que la motivaron, las cuales admitió S. M., teniendo por bien lo hecho. Por lo expuesto vemos que siempre antepuso el bien de la Compañía al suyo propio, sin dar lugar á la más ligera duda cuando le fué preciso arriesgar su honra y su crédito por salvar los de la religion que corria á su cuidado: en esto á nadie cedió ventaja su valor. Terminado su provincialato, deseó el santo varon recogerse en algun noviciado, y así lo pidió al general; mas no pudo alcanzarlo, porque le destinó á la rectoría del Colegio Imperial de Madrid. Obedeció sin réplica como lo tenia de costumbre, y gobernóle por espacio de tres años con tan felices ó mayores disposiciones, si cabian ya en él más sobresalientes que en los gobiernos anteriores. En

este hizo el P. Luis una cosa memorable, cual fue el idear la traza y echar los cimientos de la iglesia del colegio, edificio lucido y de hermosa arquitectura, digna ciertamente de una Emperatriz tan augusta como lo fué quien la fundó. Hallóse presente el rey D. Felipe IV al sentar la primera piedra, como patron que era del colegio, y fué una de las primeras acciones que hizo en público despues de haberse coronado en el año de 1622, cuya iglesia fué dedicada á S. Francisco Javier, el apóstol de la India. Terminóse el templo en el año de 1630, y fué consagrado por el cardenal Julio Rospillosi, nuncio á la sazon en España, poniéndose el Santísimo Sacramento un domingo 24 de Setiembre, celebrándose despues la dedicacion en los nueve dias siguientes con la posible solemnidad, á que asistieron los Reyes y gran concurso de pueblo en todos estados. Terminado el trienio de su gobierno, quedó el P. Luis por morador del colegio, ofreciéndose, como si fuera mozo, por ayudante del predicador principal, lo cual no hubo formas de poder negársele, vistas las instancias que hizo. En aquella ocupacion pasó seis años, alternando tambien en el estudio, pues por aquel tiempo dió á luz el libro de la Pasion de Cristo, que es una de sus obras consumadas, y una práctica breve del ejercicio de la oracion, con algunas meditaciones espirituales. Compuso tambien el Oficio de la Muerte, y empezó á traducir el libro del Médico religioso, compuesto en latin por el P. Escrivanio, tambien jesuita. En estas ocupaciones recibió nueva órden del P. General para que segunda vez tomase el cargo de la provincia, y la acató aunque mortificado en sus aspiraciones. Despues le nombró el P. General prepósito de la casa profesa de Madrid, cuyo cargo aceptó con la misma obediencia de siempre; mas llegó á enfermar por el contínuo trabajo que hacia, y fué menester sacarle de aquella casa. El P. se ofreció á los superiores para regresar al noviciado de Villarejo, y el Provincial admitió la oferta; mas no así el General, que le envió patente de rector del colegio de Alcalá, para que segunda vez dirigiese aquel seminario. Encargóse, pues, de él nuevamente el año de 1629, y allí se mantuvo hasta el de 33, en que terminó su rectorado á los sesenta y cuatro años de edad; pero con juicio tan entero y prudente, como en el período más vigoroso de su vida, por lo cual deseaba la provincia que continuase en el gobierno de otras casas; mas el siervo de Dios rogó con instancia que le dejasen prepararse para la muerte, y los superiores hubieron de satisfacerle en ello. Sin embargo, por no verse completamente privado de él, le trajeron al colegio de Madrid con intento de utilizar su experiencia y cordura, donde permaneció los siete años que mediaron hasta su muerte, ocupado en la oracion y entregado por completo á su Dios. Sin duda quiso el Señor probar su paciencia en la senectud, y privóle de la vista casi del todo cinco años ántes de su muerte, sin que nadie en todo aquel tiempo

notase en él falta de alegría ó desconformidad en su trabajo. A los ochenta y un años le acometió un gran catarro, corriéndose á los costados, cuya enfermedad fué la última que padeció; mas no le halló descuidado, pues que ya hacia siete años que estaba preparándose á ella. Al primer dia fué ya necesario darle el viático y la extremauncion, que recibió tranquilo y respetuoso, y de allí á los cuatro dias exhaló el último suspiro. Pocas horas tuvo de perder el sentido, y en las que fueron se le oyó repetir los versos de los Salmos con la mayor uncion. Dos veces le dijeron sus hijos la recomendacion del alma, y al llegar en la segunda á las palabras *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, dió el suyo al Señor, en un sábado 20 de Abril de 1641. — C. de la V.

PALMA (V. D. Manuel de), presbítero, hijo del Puerto de Santa María. Desde jóven le destinaron sus padres al comercio, y en la carrera de Indias adquirió un cuantioso caudal. De vuelta á España estableciόse en ella, y se ordenó de sacerdote. No tenia más estudios que los precisos para las órdenes; pero fué utilísimo en su estado, ya por su buen ejemplo, ya por las crecidas limosnas que repartia á los pobres, y ya tambien por el esmero con que cuidaba del culto divino en el ornato de los templos. Fué modestísimo y retirado de todo trato, á excepcion del que consagraba frecuentemente á su director el venerable cura D. Manuel de Ochoa. Su traje era humilde: fué muy dado á la oracion y liberalísimo con los necesitados, en cuyo alivio donó las casas para fundar el hospital general de la Providencia, no descuidándose tampoco en procurar lo más exquisito para las alhajas del servicio del santuario. Falleció, pues, rico de méritos y con buena opinion á 22 de Junio de 1758. — C. de la V.

PALMA DE FONTES (D. Cosme), natural de la villa de San Mateo en el reino de Valencia, diócesis de Tortosa. Fué doctor teólogo de gran nombre, predicador famoso. Brilló por su singular erudicion en los idiomas hebreo, griego y latino, y entre los teólogos enviados por Felipe II al concilio de Trento. Predicó el miércoles de ceniza á los eminentes padres que formaban aquella sabia reunion, y en presencia de los legados apostólicos el año 1563, y en Flandes defendió vigorosamente la religion católica, lo cual le valió la persecucion de los herejes. Del peligro que corria avisáronle los muchos estudiantes españoles que allí habia, y que mantenian para la comunicacion algunas relaciones con los infectos de la herejía; mas avisado tambien el Rey católico, procuró el remedio mandándole regresar á España y proseguir sus estudios en las universidades del Reino. Poco tiempo despues, al erigirse en catedral la iglesia de Orihuela, fué nombrado por el mismo monarca primer canónigo lectoral. En la Corte, adonde vino por órden superior, restituyó á su primer estado unos originales griegos de San

Atanasio, muy gastados por su antigüedad y que tradujo al latin para darlos á la prensa, no traducidos hasta entónces de su originario idioma. Miéntras se ocupaba en este importantísimo trabajo, honróle S. M. con el nombramiento de su capellan, y entónces renunció el canonicato, segun cree Jimeno, en favor del Dr. Gabriel Fontes de Palma, pariente suyo, y juez sinodal en el sínodo celebrado por el obispo D. José Esteve el año de 1600. Tambien el Supremo Consejo de Aragon le distinguió consultándole para la mitra de Tortosa, y si bien el Rey le juzgaba como benemérito y digno de ella, creyó que los cuidados de la prelacia podrian servirle de embarazo á continuar la deseada traduccion. Conversó largamente con motivo de tan insigne obra con Guillermo Lindano, obispo de Ruremunda, en la provincia de Güeldres, á quien por su vasta erudicion de todo género de letras celebra el cardenal Baronio; y este prelado formó tan buen concepto de nuestro compatriota que, hablando de él en Roma, decia elogiándole como sabio varon: *Egi prolixè cum doctissimo viro Don Cosma Fontæo Regio Græcorum interprete.* Tambien dijo el Obispo al Cardenal, segun éste lo refiere, que de los libros *de Martyribus* que Eusebio Cesariense escribió, conforme el mismo Eusebio afirma, habia tres que aún no se habian vertido del griego, en la gran librería del Escorial, y que trató con D. Cosme así de la traduccion de estos, como de la vida de Santa Tecla escrita por San Atanasio, que tampoco estaba traducida. Pero aquí hay una equivocacion que se hizo corriente en Europa, y es el primero que la ha descubierto D. Nicolás Antonio en su libro de la *Censura de las historias fabulosas.* El cardenal Baronio, creyendo, como era justo, al obispo Lindano y á Auberto Mireo, á personas fidedignas, dijo que en aquella Real librería se guardaban los mencionados tres libros *de Martyribus*, y así lo creyeron tambien el dean de Alicante D. Manuel Martí y otros muchos. El engaño procedió de que en un volúmen de varios manuscritos griegos hay tres fragmentos *de Martyribus* de aquel autor, que cada uno tiene cosa de dos pliegos de escritura, y por estar señalados con el título comun de *Eusebii* pudo muy bien engañarse cualquiera, etc. Escribió el teólogo Palma: *Oratio ad sacrosancti œcumenici concilii Patres Tridentinum convocatos*; que se halla en la coleccion de Concilios del P. Felipe Labbé, núm. 14; y version latina de algunas obras griegas de San Atanasio, entre las que se cuenta la *Vida de Santa Tecla, vírgen y mártir.* O. y O.

PALMACIO (S.), cónsul y mártir. Murió en Roma bajo el imperio de Maximino y por la persecucion de este príncipe. Fué decapitado con su mujer y sus hijos y cuarenta y dos personas de su casa. Hé aquí lo que acerca de él encontramos en el Martirologio Romano. La Iglesia celebra la fiesta de todos estos santos el 10 de Mayo. La nueva *Enciclopedia teológica* reciente-

mente publicada en París, en el artículo que corresponde á este Santo, y son las líneas anteriores, dice que dos observaciones han llamado profundamente la atencion de sus redactores sobre este hecho. Palmacio es calificado de cónsul; luego la muerte violenta de un cónsul, la de su mujer, de sus hijos y de cuarenta y dos personas de su casa, es un hecho grave, un verdadero suceso político de cuya historia debia guardarse el recuerdo. La historia nada consigna. Ahora puede suceder que la calificacion de cónsul significase no que lo fuese entónces, sino que Palmacio lo habia sido. Hemos recorrido los fastos consulares y no hemos hallado este nombre entre los cónsules. Esto que aquí manifestamos sin objeto de crítica, queremos que conste como una mera exposicion. — O. y O.

PALMACIO. Uno de los tres magistrados que en el año 180, bajo el imperio de Marco Aurelio, hicieron morir en Langrés á los santos Speusico, Eleussippo y Meleussippo. — O. y O.

PALMAS, obispo de Amartuda. Bajo el pontificado de S. Victor, muerto en 202, se reunieron en concilio los obispos del Ponto, á imitacion de los de Palestina, para resolver la cuestion de la Pascua. Dieron por fin un decreto fijándola en domingo, é hicieron publicar su decision por medio de una carta sinodal, que cita Eusebio, aunque sin indicar quién sea su autor. Hay sin embargo indicios aparentes de que fué escrito por Palmas, obispo de Amastrida, que presidió aquella asamblea; el mismo á quien, segun creemos, debió referirse S. Dionisio, obispo de Corinto, en una de sus cartas dirigida á la iglesia de Amastride. — C. de la V.

PALMEIRO (P. Andrés), jesuita, natural de Lisboa. Llamábanse sus padres Antonio Palmeiro y Salvadora Fernandez; entró en la Compañía en Coimbra á 14 de Enero de 1584, teniendo quince años de edad. Fué hombre de grandes talentos, que empleó en el servicio de Dios. Enseñó latin seis años, filosofía cuatro y doce teología en Coimbra. Fué dos años regente del colegio de Braga. En 1617, teniendo la edad de cincuenta años, se embarcó con otros once religiosos de la Compañía para la India. Sintióse tanto su marcha en Braga que la ciudad cerró las puertas y lo quiso impedir; pero supo ganarlos y continuar en su propósito. Escribiendo en esta ocasion á un padre de la India, el P. Francisco Suarez de Granada, le decia estas palabras: «Parte á la India el P. Andrés Palmeiro, hombre de grande verdad y sin segundo en Portugal.» En la India fué algunos meses rector del colegio de San Pablo de Goa. Sirviendo este cargo, recibió patente del P. General para ser visitador del Malabar. Despues gobernó por ocho años las dos provincias de Goa y Malabar. Visitó muchas veces la costa de Pescaria pasando grandes peligros. Fué enviado por visitador á la provincia del Japon y viceprovincial de la China, destino que desempeñó muchos años. Recorrió la mayor

parte de la China hasta llegar á Nankin y Pekin, que son las dos principales cortes de aquel imperio. Resultaron á la mision grandes beneficios de su visita, que no empezó sin vencer grandes obstáculos, teniendo que estar tres meses escondido en una barquilla, en el rio Cartaon, donde con el rigor del frio se le baldaron los brazos de manera que no los podia menear; en este tiempo dió principio á las gloriosas misiones de Tonkin, Camboya y Agnam. Intentó hacer una mision en el reino de los Laos, para cuyo efecto mandó á un padre que se informase de lo que se podia hacer en aquel reino. Aunque grandes, no le impedian estas ocupaciones trabajar como un obrero cualquiera; predicaba, confesaba, aconsejaba y acudia á componer discordias, porque para todo le dió el Señor grande acierto. A sus buenos adelantos acompañaban las más eminentes virtudes, tanto que en las conferencias que se hicieron en Macao despues de la muerte de este padre, fué voto comun de cuantos se hallaron presentes, que no hubo virtud que no resplandeciese en él en sumo grado. Fué singular en la pobreza, no encontrándose á su muerte más que algunos vestidos muy pobres y unas estampas de las que enviaba á los padres de las misiones. No castigaba con rigor ningunas faltas más que las de obediencia, siendo tan exacto en ella, que sabiendo ser una órden del P. General, decia: «Esto es del P. General, pues pongámoslo sobre la cabeza.» Fué de singular caridad, amaba á todos igualmente, por lo que era de todos muy amado. Era de muy buena condicion, de muy buen trato, y á todos les gustaba conversar con él. A esta suavidad unia grande rigor para conservar en si la observancia religiosa. Cuando mandaba, parecia más bien que suplicaba; si hallaba dureza en un súbdito, lo disimulaba de tal manera, que el mismo súbdito, avergonzado de su desatencion, no podia ménos de pedirle le dispensase. Su compostura y modestia era tal, que decian podia servir de modelo de la modestia religiosa. No consentia que se alabase ni se murmurase de nadie en su presencia. Era muy parco en la comida, y rara vez bebia vino. Vivió siempre con ardientísimos deseos del martirio, como manifiesta en muchas de sus cartas. Habiendo empleado el P. Palmeiro su vida santamente, quiso el Señor premiar sus trabajos con la muerte del varon justo. Hacia algunos años que sufria diferentes padecimientos, ocasionados sin duda de los rigores de su abstinencia. Agraváronsele de suerte que tuvo que hacer cama, y desconfiando de su vida los médicos, avisaron al hermano enfermero que tocaba á su fin. Lleno de alegría, dijo al hermano: «Veinte dias ha que hago confesion general, convencido de que muero, y solo siento no morir en una hoguera por amor del Señor á quien tanto debo.» Recibió los santos sacramentos con singular ternura, derramando los circunstantes copiosas lágrimas. Despues de la santa uncion, le pidió el P. Rector, en nombre de los padres y hermanos del colegio, diese á todos su ben-

dicion. El enfermo replicó que en lugar de bendicion, debia pedir á todos perdon del mal ejemplo, teniendo obligacion como superior de dárselo bueno á todos. Hechas nuevas instancias, les dió su bendicion, y encargó á quien le sucediese en el gobierno, mirase con especial amor á los moradores y súbditos de aquel colegio. Murió á 4 de Abril de 1637. Concurrió á su entierro toda la ciudad de Macao con grande sentimiento por ser muy bien quisto y amado de todos. Fué enterrado en la capilla mayor, junto al Padre Alejandro Valignano, antecesor suyo en el cargo. — S. B.

PALMER (Juan), abogado, imbuido en los errores presbiterianos, se convirtió al catolicismo é hizo su abjuracion el 20 de Noviembre de 1842, en manos del vicario apostólico de Agra, en la India. —C. de la V.

PALMER (María Sara de), mujer del conde de Delange de la Bretollière de Fousac, mariscal de campo, hizo abjuracion del protestantismo en la iglesia de Bussière el 12 de Agosto de 1822, instruida por el arcipreste de S. Sabino, diócesis de Poitiers. M. Moreau, cura de Maillé, encargado de atender al cuidado de una parte de la parroquia de la Bussière, que estaba sin pastor, recibió su abjuracion en medio de un gran concurso. M. Fournet, superior general de las hijas de S. Andrés, y gran vicario de la diócesis, hizo uso de la palabra en aquella ceremonia, á la cual prestó nuevo interés la presencia de aquellas piadosas y caritativas hijas. Como hoy se tienen grandes motivos de duda acerca de la validez del bautismo de los protestantes, se administró á Mme. de Fousac este sacramento bajo condicion. Tuvo por padrino al conde de René Delange de la Bretollière, jefe de escuadron, caballero de S. Luis, etc., y por madrina á Mme. d'Esgrigny de Gorgnette. María Sara de Palmer era una inglesa llegada á Francia ya hacia seis años, y estudió la religion, reconociendo en nuestro gremio caractéres imponentes de que carece la suya. Una vez tomada su resolucion se manifestó animada de gran valor, no habiendo contribuido poco á esta conversion las hijas de S. Andrés. —C. de la V.

PALMER (Tomás), religioso dominico que floreció á fines del siglo XIV y principios del XV. Leland, citado por Pitseus, dice que este religioso fué prior del convento de su Orden, en Lóndres, y muy estimado de Ricardo Glifford, obispo de esta iglesia, que murió en el año de 1421. Añade este autor que Palmer se señaló extraordinariamente en su predicacion contra los sectarios de Wiclef, á los que confundió en muchos actos públicos. Las obras que se conocen de este autor, segun dice Echard, en sus *Escritores de la órden de Predicadores*, son las siguientes: *De originali peccato.* — *De veneratione Sanctorum.* — *De peregrinationibus.* — C.

PALMERIO (André-Mathieu). Nació en Nápoles. Poco ó nada se sabe de su vida ántes de ser nombrado cardenal, pareciéndose en esto á tantos otros

que han dejado cubiertos con el velo del más profundo misterio los primeros pasos de su carrera y los principales rasgos de su fisonomía. La época en que fué elevado á cardenal era bien triste para la Iglesia y para la cristiandad en general, y harto célebre en la historia por las disidencias entre el emperador Cárlos V y el rey Francisco, representando cada uno la idea de un partido numeroso, fuerte y fanático, que disputaba al contrario el predominio de la Europa. La Iglesia, afligida mucho tiempo hacia por la secta de Lutero, que progresaba rápidamente, y combatida por las políticas convulsiones europeas, de que era teatro la Italia, necesitaba hombres de experimentada sabiduría y esforzado corazon. Palmerio reunia estas condiciones, y cumplió con su deber á satisfaccion de Su Santidad que se le mostró siempre agradecido. A pesar de las pocas noticias que quedan de los sucesos detallados de su vida, nos hace creer más y más que debió desempeñar un papel nada secundario en su época, el empeño de algunos en cubrir el brillo de su fama con el cieno de sus pobres acusaciones. Dicen que Palmerio compró su dignidad de cardenal, debiendo á la plata lo que nunca sus méritos le hubieran alcanzado. A esto podriamos contestar que ninguna prueba eficaz han dado de su aserto, miéntras no vamos del todo faltos de razon en creer lo contrario, observando que al tiempo de su elevacion era arzobispo de Materano, despues de haber obtenido los obispados de Sarno, Policastro y algun otro en el reino de Nápoles. Sea como quiera, lo cierto es que fué creado por Clemente VII en 1527 cardenal con el título de S. Clemente, y que no tuvo nunca que arrepentirse de ello, sino ántes bien lo contrario, porque despues de haber contribuido á la libertad del Papa, le ayudó eficazmente á expulsar de Roma á las tropas imperiales, prestando á la Iglesia cuantos servicios le exigia el cumplimiento de su deber. La muerte vino á cortar el hilo de sus merecimientos, que no dudamos hubieran llegado á ser muchos y muy señalados, privando á la Iglesia de uno de sus principales sostenes, en la edad en que estando en todo su vigor, podia haber dado más pruebas de su mérito. Murió en Roma el 20 de Enero de 1537 á los cuarenta y tres años de edad, y fué enterrado en Sta. María *del Popolo*, donde su hermano Juan Vicente Palmerio le puso un epitafio, en el que alaba mucho su moderacion en la fortuna y su constancia en la adversidad. Su hermano debia estar bien enterado de sus desgracias; pero si bien no dudamos que las sufriera, podemos asegurar que no tenemos el más pequeño conocimiento de ellas. — G. P.

PALMERIO Engubino (B.), dominico italiano, hijo de una familia noble y antigua; pero mucho más ilustre todavía por sus virtudes que por sus blasones. Adornado de ellas desde su infancia, y lleno de deseos de servir á Dios, tomó el B. Engubino el hábito en la religion de PP. Predicadores, dis-

tinguiéndose desde luego por su santidad, pues consagraba la mayor parte del dia á la oracion, y el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones del coro le dedicaba á visitar á los enfermos, consolar á los afligidos y predicar la divina palabra, lo que hacia con no poco fruto, provecho y beneficio de las almas. Pero á sus virtudes unia una capacidad no comun, y que le hacia acreedor á las más elevadas dignidades. Comprendiéronlo así sus superiores y le promovieron á diferentes puestos de la Orden, en los que correspondió á su confianza, gobernando á sus súbditos con celo y acierto y notable adelanto, así en lo temporal como en lo espiritual. Llegada la fama de sus méritos á la Santa Sede, el papa Nicolao II le nombró patriarca de Jerusalen, dignidad de difícil desempeño en aquella ocasion, y que era tan gloriosa como penosa. Aceptóla Engubino más bien por obediencia y por el convencimiento de las amarguras que en su desempeño le esperaban, que por deseos de una elevacion que siempre habia rehusado, y era tan contraria á sus propósitos como á sus costumbres. Poco fué el tiempo que continuó en aquel puesto, pues viendo que por todas partes le acompañaban unos honores que no habia esperado, y que no podia librarse de los aplausos con que el mundo brinda al esplendor de las grandezas humanas, decidió abandonar aquel puesto y retirarse otra vez á su celda, donde viviendo más tranquilo podia ser aún útil á su Orden y prestar á los fieles de Europa los mismos servicios que á los de Palestina, entre quienes no habia conseguido todo el fruto que esperaba, no obstante de haberse expuesto mucho, y áun en más de una ocasion arrostrado la misma muerte. Renunció así su patriarcado; renuncia que, aunque con sentimiento, tuvo que aceptar la Santa Sede, dejándole en plena libertad para que continuase segun sus deseos cultivando las virtudes, de que habia en su alma abundante venero, y se dedicase tambien á trabajar en la viña del Señor en una época en que las costumbres estaban un tanto estragadas, y la cristiandad necesitaba de prudentes y ejemplares sacerdotes que la condujeran por el camino de la vida, de que parecia alejarse cada vez más y más. Comprendió Engubino su tarea, y la desempeñó con acierto, mereciendo nuevos cargos, no solo de su Orden sino tambien de la Iglesia Romana, que aprovechó con frecuencia sus talentos para empresas tan difíciles como útiles. Por desgracia nos son ignorados los cargos que en este período desempeñó Engubino, solo sabemos lo hizo con celo y acierto, abandonando sus deseos de continuar en la vida privada y entregado á la penitencia y oracion por servir una vez á la santa madre que le acogia en su seno, mirándole como á uno de sus hijos predilectos. Despues de muchos trabajos, en todos los cuales manifestó la conformidad del cristiano y la grandeza de alma del varon justo, falleció este siervo de Dios en 1279, probablemente el dia 12 de Octubre, en que celebra su memoria la

órden de Sto. Domingo, que le ha colocado en el número de los bienaventurados que de esta ilustre familia han ido á gozar en el cielo el premio de sus virtudes en la tierra.—S. B.

PALMERO Y RALLO (D. Manuel), obispo de Gerona. Fué la patria de este prelado Villanueva del Campo, reino de Leon, y sus padres nobles y acomodados, se dedicaron con sumo cuidado á la buena educacion de su hijo. Correspondió él con su aplicacion á los desvelos paternos, y con un amor á la virtud que le hizo granjearse el de sus maestros. Estudió humanidades, y logró ser sobresaliente entre sus condiscípulos y notable en cuantos ejercicios literarios ocurrian. En la filosofia, á pesar de la oscuridad en que á la sazon se encontraba en España tan importante parte del saber humano, demostró talento y penetracion, no ofuscándose el jóven Palmero ni embrollándose en las cuestiones más metafísicas. Enviado á la universidad de Salamanca, estudió en esta célebre escuela las leyes y el derecho canónico. Pretendió y logró una beca en el colegio mayor de S. Salvador de Oviedo de aquella universidad, y desde entónces redobló sus cuidados, sintiéndose llamado por Dios al estado eclesiástico, y queriendo por inclinacion apartarse de los peligros del mundo. Progresó, con efecto, en las buenas doctrinas, fué ejemplo y modelo de sus compañeros, y adornado de excelentes y virtuosas prendas, entró con gloria en la carrera eclesiástica, que pronto iba á ofrecerle merecidas dignidades. Ganó por oposicion la canongia doctoral de Zamora, y en el desempeño de este cargo demostró acierto y los vastos conocimientos que habia adquirido en los ramos de literatura, objeto de su predileccion. Su voto arrastraba tras si á los demás; tal era la consideracion que á todos merecia. Llegando á noticia del rey D. Fernando VI el mucho mérito y la no ménos grande virtud y ciencia de este eclesiástico, quiso premiarle dándole el obispado de Gerona. Tomó, con efecto, posesion de esta mitra en 1.° de Octubre de 1756, y su gobierno correspondió á los hechos de los antiguos apóstoles. Hé aquí cómo le retrata y refiere sus hechos pluma mejor que la nuestra, la de los sabios y eruditos autores de la *España Sagrada*: «Ganó »el afecto de su iglesia, clero y ovejas con su amable trato y modales politi»cos, acomodándose al genio de todos, que se acercaban á él con la fran»queza respetuosa de hijos á su padre. Es verdad que se dejaba ver muy poco »fuera de su casa y de su iglesia; pero este mismo retiro le conciliaba cierta »veneracion, cuando por otra parte era bien notoria su afabilidad y llaneza. »Se sabia tambien que era muy dedicado á la oracion, en la que empleaba »mucho tiempo y en la que hallaba fuerzas para llevar el enorme peso de »sus obligaciones pastorales. Dos horas empleaba en ella ántes de ofrecer »por su rebaño el santo sacrificio; y con semejante preparacion no podia »ménos de ofrecerle con el fervor de un serafin. Para ocultar los sentimien-

»tos de ternura que experimentaba, le ofrecia siempre en su capilla; y no »queriendo que faltase en ella la víctima santa, logró de la Silla Apostólica »el extraordinario privilegio de conservar permanentemente en ella el Santísi»mo Sacramento. Ante él se postraba á pedir acierto en todas sus acciones; »allí exponia sus penas; allí avivaba todas las virtudes que descubria en el »gran pastor de nuestras almas; y de allí salia lleno de vigor y fortaleza para »emprender sus correrías episcopales, reformar abusos, reprender vicios, »inspirar virtudes y promover la observancia de la disciplina eclesiástica y »la práctica de la moral evangélica.» Era exactísimo en la celebracion de los sínodos, y en todos presidia, no para dominarlos y establecer por leyes y estatutos sus caprichos, y sí para escuchar las relaciones de los párrocos, oir sus votos, abrazar sus pareceres acertados y enviarlos en paz á ejecutar lo que ellos mismos habian propuesto y ventilado con su pastor y aprobado todo el sínodo. Cuando lleno ya de años y de achaques no pudo asistir en 1774 al que celebró en dicho año, se dejó todavía ver su espíritu en medio de sus amados párrocos, á quienes dirigió la siguiente carta, que copiamos en prueba de cuanto hemos dicho.—«Venerables consacerdotes y hermanos »mios: El Señor de la naturaleza, dueño de la vida y de la muerte, dispuso »que el hombre llegase á un término infalible: *Statutum est hominibus se»mel mori;* pero con tal providencia, que solo quiso reservarse para su sa»biduría el tiempo, diciéndonos: *Vigilate, quia nescitis diem neque horam.* »Por su infinita misericordia se ha dignado darme motivos para que yo con»serve en mi memoria estas verdaderas sentencias, y aunque en todos los »nacidos es natural la obligacion de no olvidarse de los preceptos de tan »grande maestro, parece es más en los que actualmente nos hallamos per»seguidos de algunos accidentes, que no pueden ser sino preludios ciertos »de nuestro fin. Por tanto, venerables hermanos mios, bien asegurado del »amor que me profesais y del dolor que os ha causado y causa la noticia »del quebranto de mi salud y del estado deplorable en que me hallo, »les suplico rendidamente, en retribucion del tierno afecto con que les he »amado y amo, ofrezcan á la Divina Majestad sus piadosos ruegos para que »obre en mí segun su santísima voluntad, y segun convenga á su mayor »gloria y honra, salud de mi alma, aprovechamiento de mis súbditos, y al »mismo tiempo, si su voluntad fuere servida sacarme de esta vida, que se »digne proveer este obispado (que ahora como siempre pongo en sus manos »en cuanto á la parte que en él he tenido durante diez y ocho años) de su»geto digno y cual él merece por sus circunstancias, aunque me hago el car»go de que cualquiera le desempeñará con más celo y acierto que yo lo he »ejecutado. Obligame á hacer esta súplica el amor que le conservo en mi »corazon, y deseo se haga más feliz en enmendar los yerros y desaciertos de

»mi gobierno. No dudo merecer á todos mis súbditos este acto de religion, »y que me conserven en su memoria para obligar á la divina bondad con »sus votos á que me supla y perdone cuantas omisiones y descuidos he te»nido en él, como lo merezco, ó sin merecerlo lo han hecho y hacen mu»chos dentro de la provincia y fuera de ella, etc. etc.» — Cualquiera descubrirá en esta sencilla carta el alma del Sr. Palmero, y admirará la presencia de ánimo con que esperaba la muerte. Esta no se dilató; faltáronle las fuerzas del cuerpo, creciéndole las del alma. Recibió con fervorosos y devotos afectos el viático, y despues de expresarle su ardor con voces y lágrimas, recibida de allí á pocos dias la extremauncion con igual espíritu, dió su último aliento el 7 de Mayo de 1774. Su muerte fué muy sentida; los pobres perdieron en él un padre, y los clérigos un obispo digno de toda veneracion, respeto y amor. Al Sr. Palmero sucedió en la silla de Gerona el Sr. D. Tomás de Lorenzana y Butron, de ilustre memoria. — O. y O.

PALMEROLA (Fr. Tomás), hijo de Cataluña, del órden de Predicadores, autor de la obra titulada: *Perla del Vallés ó Historia de nuestra Señora de Bellulla;* un tomo en 8.°, Barcelona, 1712. — O. y O.

PALMIA (Benito), de una ilustre familia, nació en Parma el año 1525 y fué admitido por S. Ignacio en la Compañía en 1546. Dotado de gran talento para la predicacion, recorrió las principales ciudades de Italia, recogiendo abundantes frutos. Fué provincial de la Lombardía y asistente de los Padres Francisco de Borgia y Mercuriano. S. Cárlos Borromeo honró á Palmia con su estimacion, y S. Pio V le mandó predicar en el palacio apostólico. Extenuado por las fatigas y trabajo, pasó los últimos años de su vida en Ferrara, donde murió el 14 de Noviembre de 1598. Escribió: *Contexuit utilissimum concionatoribus opus in quo SS. Patrum testimonia quibus populos fuise communes locos redegit*, cuyo manuscrito se conservaba en el colegio de Ferrara. O. y O.

PALMIA (Francisco), hermano del precedente. Nació igualmente en Parma, y entró en el colegio de la Compañía en 1547, siendo durante treinta años rector del colegio de Bolonia. Murió en esta ciudad en 1585. Escribió: *Narrativa delli primi principii del collegio gemitico di S. Lucia in Bologna*, cuyo manuscrito se conservaba en los archivos del referido colegio. O. y O.

PALMIER (Pedro). Solo sabemos de este arzobispo de Viena en principios del siglo XVI, que fué natural de Lyon en Francia, y que perteneció á una familia en que hubo muchos dedicados á la Iglesia, por lo que vamos á dar una ligerísima nocion de ella. Juan Palmier, doctor en leyes, uno de los diputados de Lyon en los Estados generales de Tours en 1483, tuvo de Francisca Camionis, su esposa, un hijo llamado Pedro y una hija llamada Sibila,

casada con Miguel Dulart. Pedro Palmier tuvo de Catalina Beaujeau, su esposa, cuatro hijos, Miguel, visitador de la sal en Lyon por el rey; Juan, primer presidente del parlamento de Grenoble; Guillermo, camarero de S. Pablo, y Antonio, canónigo de la misma iglesia, dean de Caen y arcediano de Embrun. Miguel tuvo de su mujer Francisca Robertet, hermana de Florimont Robertet, favorito y secretario de Estado de Cárlos VIII, á Pedro Palmier, arzobispo de Viena en 1527, á Pedro Palmier camarero de S. Pablo, y otros tres hijos menores. Juan de Palmier, primer presidente del parlamento de Grenoble, se casó con Miraude Sottifone, y tuvo de este matrimonio á Guillermo, dean de la iglesia de Viena, y Juan, bailío de la misma ciudad. Juan Palmier, al que encontramos prior de S. Marcelo, es sin duda uno de los tres hijos de Miguel Palmier que nos son desconocidos, y que hemos indicado anteriormente. Hay en la iglesia de los Celestinos una capilla fundada en honor de las santas vírgenes mártires por Juan Palmier. Pedro Palmier convocó en Viena, de donde era arzobispo, el célebre concilio de 1533. Este prelado estableció la imprenta en su diócesis, y atrajo muchos sabios con este motivo, viniendo entre ellos Miguel de Villanueva, que fué despues quemado en Ginebra: este Villanueva tenia un nombre supuesto, su verdadero nombre fué Miguel Servet. En Viena mismo es donde Villanueva imprimió en 1554 su desgraciada obra *Christianismi restitutio* que Calvino hizo quemar con su autor. El unico ejemplar que quedó de esta obra se ve en el Catálogo de la biblioteca de Mr. Boze. Francisco I, que estimaba á este prelado, quiso que asistiese al tribunal de justicia de 1536. Se cree á los Palmier originarios de Nápoles, y Champier dice que ellos probaban por nombre y por razones que eran las palmas lionesas. Tienen su sepulcro en la iglesia de San Pablo en la capilla de nuestra Señora de la Piedad, que les pertenecia y que ha pasado despues á la familia de Charrier, en la que se conserva. La casa que ocupan las religiosas de Santa Clara en Lyon perteneció á los Palmier. Fué ántes un juego de pelota, en el que se dice que el malvado Montecuculli envenenó á Francisco Delfin, hijo de Francisco I, presentándole para apagar la sed un vaso de agua helada despues de una partida de pelota. Lo que hay de cierto es que este príncipe partió de esta casa para ir á Tournon, y que murió en cuanto llegó al término de su corto viaje, despues de haber sufrido mucho todo el camino, el que anduvo con mucha angustia y terribles dolores. Las armas de la familia de Palmier son tres palmas de oro en campo azul, con las que se ostentó el escudo de Pedro Palmier, arzobispo de Viena, que ha dado márgen á este artículo, y el cual hemos tomado de lo que sobre esta casa dice M. el abate Pernectti, en la obra que publicó en Lyon en dos volúmenes en 8.° el año 1757, titulada: *Recherches pour servir á l' histoire de Lyon ou les Lyonnais dignes de*

memoire; obra que hace mucho honor á su autor y que da mucha gloria á los Lioneses. — A. C.

PALMIERI (Mateo). Fué natural de Florencia, y su aparicion en el concilio que se celebró en esta ciudad fué acompañada y seguida de gran renombre. Sabemos que murió el año 1475 á los setenta años de su edad. A él se debe una continuacion de *La Chronique* de Prosper hasta 1449. Matías Palmieri de Pisa, que vivió casi por el mismo tiempo, continuó esta obra hasta 1481. — Un tratado *Della vita civile.* — Un poema intitulado: *Citta divina*, en tres libros, que permaneció inédito y le proporcionó algunos disgustos. En ella enseñaba que nuestras almas son aquellos ángeles que no quisieron acogerse á Dios ni á Lucifer, cuando éste se rebeló contra el Juez supremo, el cual las relegó despues al fondo de nuestros cuerpos, como para castigarlas de presente, y á fin de que pudiesen ser salvas ó condenadas, segun que obrasen bien ó mal en este mundo. Fué condenado este poema á las llamas; pero es inexacto que su autor llevase la misma suerte. — C. de la V.

PALMIERI (Vicente), teólogo que nació en Génova el año 1753, entró en la congregacion de PP. del Oratorio de S. Felipe de Neri, donde bebió los principios que profesaba la escuela de los tomistas respecto de los puntos más importantes de disciplina eclesiástica. Fué en 1786 uno de los teólogos asistentes al sínodo de Pistoya, en el cual contribuyó grandemente al triunfo de aquellos principios. Poco despues salió del Oratorio, y fué sucesivamente en Pavia y Pisa profesor de teología, en cuya primera universidad se vió unido á Tamburini, Zola y otros maestros elegidos por José II para hacer algunas reformas apetecibles en la enseñanza de la disciplina eclesiástica. Los acontecimientos políticos determinaron á Palmieri en 1797 á dejar la enseñanza para regresar á su patria, donde muchos eclesiásticos genoveses, afectos á los principios políticos de la revolucion francesa, y tambien á las máximas religiosas de la escuela de Port-Royal, habian formado una especie de academia eclesiástica. Palmieri se unió á ellos, y firmó una carta doctrinal, escrita en 23 de Octubre de 1798, que los académicos remitian al clero constitucional francés en nombre de muchos individuos del clero de Italia, cuya carta se leyó en el concilio nacional de 1801. Murió Palmieri el dia 13 de Marzo de 1820, á los sesenta y siete años de edad; y habiendo circulado la voz de que ántes de morir se habia retractado de lo que tenia dicho en varias publicaciones suyas contra los derechos de la Santa Sede, afirmaron presurosos sus amigos que siempre habia perseverado en los mismos sentimientos. De él tenemos: un *Tratado histórico, crítico y dogmático de las indulgencias*, cuya obra fué refutada por el P. Anfossi, dominicano; *La libertad y la ley consideradas en la libertad de opiniones y en la*

tolerancia de cultos, cuya produccion, que tambien fué criticada, era una continuacion del plan formado por la academia de que hemos hecho mencion; una *Defensa* de la obra anterior; otra *del dogma de la confesion auricular*, contra Nanza; la *Perpetuidad de la fe de la Iglesia Católica, con relacion á los dogmas de las indulgencias*, y un *Análisis razonado de los sistemas de los incrédulos*. Todas ellas escritas en italiano. —C. de la V.

PALMIO (P. Benedicto), de la Compañía de Jesús, italiano de nacion, se hizo jesuita en Bolonia, movido de los sermones que oyó al P. Gerónimo Domenech. Despues fué enviado á Roma para terminar sus estudios, y posteriormente á Sicilia con los PP. Nadal, Andrés Frusio y Pedro Canisio, á fundar el colegio Mamertino, donde leyó humanidades ántes de ordenarse, y predicó al pueblo desde una eminencia con grande aplauso y admiracion de cuantos oyeron sus exhortaciones. Ya ordenado, continuó en la predicacion mostrando cada dia más raro ingenio y mayor elocuencia y fervor de espíritu. Compuesto en la voz y en sus maneras, grave aunque procurando desahogo en la accion, de feliz y áun portentosa memoria, y sumamente flúido en la diccion, consiguió verdaderamente ganar para la virtud muchas almas algo descuidadas, siendo tambien el primer jesuita que introdujo en Italia aquella forma de predicacion, trasunto fiel de la que usaron los primeros padres de la Compañía. Muchos cambios obró en la conducta de diferentes personas con sus virtuosas pláticas, y en especial citaremos la de Sebastian Ansalonio, hombre rico, de nobleza y gran poderío, el cual sentia un ódio profundo hácia otro caballero llamado Papardo, porque éste habia ya siete años mató á un hermano suyo. En auxilio de cada uno de estos caballeros se formaron dos bandos distintos, compuestos de sus respectivos parientes y amigos, de los cuales muchos yacian desterrados por aquellas enemistades. Papardo se hallaba en prisiones por aquella muerte, sufriendo mil tormentos, y ya esperaba la sentencia que le habia de condenar al cuchillo; mas quiso Dios que Ansalonio oyese la palabra divina por boca del P. Benedicto, y se fuese ablandando un tanto en sus rencores. Sin embargo, siendo tan grande la aversion que en su pecho guardaba, y estando tan arraigada, no permitia libre acceso al noble y generoso sentimiento del perdon; hasta que amaneció por fin un viernes santo, en cuyo dia predicó Benedicto la pasion de nuestro Redentor y Señor nuestro Jesucristo, acompañando sus palabras todas de un mar de lágrimas y desconsuelo cristiano. En aquel tiempo de semana santa, y para casos tales, es uso y costumbre sacar el orador la imágen del Crucificado, y nuestro Benedicto tomó un Cristo cubierto de negro crespon; mas alzando un tanto el velo con gran respeto, y enternecido, dejóle correr nuevamente con precipitado ademan, inspirado sin duda por el Espíritu Santo, y dijo que no le mostraria al pueblo;

pues que éste con sus excesos le habia conducido al calvario, á ménos que prometiesen los circunstantes la enmienda de todos sus vicios y pecados. El pueblo entónces clamó enternecido, que deseaba contemplar la imágen de Cristo, á quien ofrecia no agraviar más, y al oirlo el predicador sacó el crucifijo, abrazándose á él con la mayor efusion y ternura, y prorumpiendo en estas voces: *Hé aquí, Señor, el pueblo que os honra con sus labios, sin daros el corazon.* Aquellas razones, mezcladas con el llanto y amor divino en que se vió abrasado el siervo de Dios, fueron otros tantos dardos punzantes que atravesaron el pecho de sus oyentes, dando por la herida entrada á un dulce y tierno afecto hácia aquel divino Señor que tan descuidado tenian; y tanta fué la confusion y el llanto, y los sollozos, y áun los gemidos de los circunstantes, muchos de los cuales decian en alta voz, *Muéstranosle, que le amamos de todo corazon*, que no pudo ménos de conmoverse Ansalonio, deshecho tambien en llanto, y envió luego un criado suyo al predicador, diciéndole que ordenase lo que su señor habia de hacer. ¡Sublime á la vez que seductor espectáculo! ¿Cómo podria ser bien descrito rayando en lo más elevado del sentimiento? ¿Y cómo comprenderle, si el espíritu se halla preocupado con la vista de imágenes groseras en cuanto son terrenas y perecederas? La fe tan solo, pero una fe viva, ardiente é inextinguible, ayudada de la dulce esperanza y de una caridad inagotable, serian parte más cierta para llenar nuestro entendimiento con los hermosos y apacibles colores destacados de cuadro tan maravilloso y encantador. ¡Tributemos honor y gloria á Dios, porque aún permite que haya quien vea y sienta más y mejor con los ojos de la fe de que se halla henchido su corazon, que con los de una razon fria por lo egoista y expuesta al error! Terminado el sermon, corrió Ansalonio á los brazos del P. Benedicto, diciéndole que no le abandonaria hasta cumplir su propósito: y acompañándole al colegio, dijo ante la fe de un notario que perdonaba á Papardo, y deseaba tenerle por amigo suyo. En su virtud dieron libertad al preso, y Ansalonio hizo una confesion general con el P. Benedicto, comenzando desde entónces á frecuentar los sacramentos cada ocho dias; al poco tiempo tomó el hábito de religioso capuchino, y acabó santamente. Muchas otras mudanzas hizo el siervo de Dios en los diferentes puntos en que se encontró, y áun pudo desterrar algunos errores y sectas que ya cundian en boga: todo lo alcanzaba el santo varon con el fervor de su palabra. Despues fué provincial en Lombardía, y asistente en Roma en tiempo de dos generales. Allí continuó la predicacion, y siempre con fruto, pues con sus sermones obtuvo el ingreso en la Compañía de los tres hermanos Galiardos, ricos todos en nobleza, en talentos y hasta en bienes de fortuna: á estos siguieron otros personajes elevados, entre ellos el Pa-

dre Posevino. Tambien apaciguó una gran turbacion que ocurrió en Venecia contra la Compañía, dando luego satisfaccion cumplida del caso al duque, por lo cual fué de todos muy festejado y querido. Fué tambien muy amado de los príncipes y prelados de la Iglesia, los cuales acudian á pedirle consejo, sin que nunca pudieran obligar á tomar cosa alguna para sí ni para los suyos. Despues fué elegido por consiliario del duque de Saboya en asuntos de fe y de religion, sirviendo por entónces de mucho su parecer al asentamiento de la pureza religiosa y á la extirpacion de todas las herejías que iban arraigándose en aquel estado. En tiempos de escasez fué extremado en su caridad con los pobres, como se vió en un año de hambre, dándose trazas con el obispo y con la república á fin de que recogiesen en una parte á los varones, y á las mujeres en otra, alcanzando por este y otros medios que le sugirió su caridad el proveer á su alimento. Luego fué llamado á Milan por S. Cárlos Borromeo, á fin de continuar su predicacion, y tambien para fundar allí el primer colegio de la Compañía. Al efecto envió Pio IV sus bulas al Senado y gobernador, exhortándolos á la fundacion de la Compañía; y el dia de San Juan Bautista entró el P. Benedicto, acompañado del P. Diego de Carvajal, en la ciudad de Milan, aposentándose ambos en las casas del santo Cardenal Borromeo. Yendo á decir misa al convento de monjas de Santa Marta, que estaba muy próximo á la morada del P. Benedicto, supo de la priora que habia muerto en aquel convento una monja llamada Arcángela Panigarola, á la cual la fué revelado estando cierto dia en oracion, que presto vendria al mundo la Compañía de Jesús, cuyos sacerdotes, á la manera qne otros apóstoles, intentarian convertir el orbe entero á nuestro Dios, y que habia de llegar á Milan aquella Compañía para bien y consuelo de toda la ciudad. Tambien le dijo la superiora, que por consejo de la misma monja hacia rezar diariamente á la Comunidad cinco salmos, y ciertas oraciones al Dulce Nombre de Jesús para que Dios llevase tan santa religion á Milan. ¡Coincidencia providencial! Llegó por acaso el P. Benedicto á decir la misa primera, allí, donde se tenia ya revelacion de que habia de llegar la Compañía de Jesús á instituir su casa y su regla. Entregóse el P. Benedicto como de costumbre al ejercicio del púlpito, y cada vez se admiraba más el santo Cardenal, cuando contemplaba la reforma general é instantánea que se obraba en todos los estados, debida principalmente á los sermones de Benedicto. Un dia fué llamado éste para confesar al gobernador, que habia enfermado gravemente, y le administró los santos sacramentos, sanando de allí á poco en el alma y en el cuerpo; y desde entónces le tomó por su confesor y director de conciencia, logrando por lo mismo mayor facilidad para el establecimiento de la Compañía, deseada ya vivamente por toda la ciudad, que tenia experiencia de sus indivíduos en la doctrina y ejemplo del P. Benedic-

to y de su humilde y santo compañero. Corriendo veloz la fama de su predicacion, no es raro que llegase, tanto por razon de la distancia como por motivo de la dignidad, á oidos del papa Pio V, el cual le llamó para que predicase en el Sacro Palacio, y fué el primero de la Compañía que ejerció aquel ministerio. El papa Gregorio XIII le envió con su legado á Génova para arreglar ciertas discordias suscitadas entónces en aquella república, las cuales terminó con su acierto de costumbre. No pudiendo ya predicar á causa de su avanzada edad, rehusó tambien los oficios de gobierno, y por no estar ocioso se retiró á Ferrara, donde se ocupó en escribir un libro en que puso por órden los testimonios de los Santos Padres, cuya obra es de suma utilidad para todo orador sagrado. En este retiro, cansado ya y aflígido de dolores, conoció que era llegado su fin; y olvidado de cuanto pudiera causarle estorbo en aquel trance, se previno y fortaleció con los santos sacramentos, á fin de luchar con ventaja en la última batalla que habia de dar al comun enemigo. Entregó, por último, su espíritu á Dios en el dia 14 de Noviembre de 1568, á los setenta y dos años de edad. En los postreros dias de su vida se le oyó decir muchas veces que no sentia tanto sus dolores de gota como el verse imposibilitado de decir misa, y fué que nunca olvidó su gusto por consagrarse á Dios incesantemente. —C. de la V.

PALACIO (Fr. Benito de), religioso capuchino. Escribió: *Ordinationes Patrum, et maxime S. Bonaventuræ circa Religiosum exteriorem.* —S. B.

PALOMAR (Juan de), natural de Barcelona. Fué canónigo arcediano y vicario de este obispado, y así muchas veces se le ve citado: «Juan, arcediano de Barcelona.» Desde muy niño dió á conocer la grande erudicion que le adornaba y destinaba á brillar entre los sabios de su época en Europa. Sobresalió en el estudio del derecho civil y canónico; y cuando ya tenia aquella dignidad, fué enviado á Roma. Nombróle el Pontífice su capellan y asesor del Sacro Palacio, y al poco tiempo le mandó Su Santidad al concilio de Basilea. En Alemania trató al cardenal Juliano, que se hallaba á la sazon allí por asuntos de la Iglesia y era el presidente del concilio nombrado por Eugenio IV. En su virtud encargó el Pontífice á nuestro Juan Palomar que abriese el concilio y lo presidiese en su nombre, como se ve, dice Amat, de la carta que escribió desde Nuremberg con fecha 3 de Junio de 1432, y puede verse en Martenne (*Col. vet. Script.*, tomo VII). El dia 19 del mismo llegó á Basilea, y á los cuatro dias siguientes celebró la primera congregacion en la iglesia catedral. Al año siguiente los Padres del Concilio le enviaron con algunos de sus compañeros á Bohemia para tratar de la reunion de aquellas iglesias. Cuánto trabajó para restablecer la paz en estas, causó la admiracion de los habitantes de Basilea y de las elevadas personas con las cuales hubo de conferenciar. Así lo consigna el erudito biógrafo menciona-

do: «En tres dias consecutivos rebatió cuatro artículos propuestos por los »bohemos sobre el dominio civil de los clérigos. Supo ganarse el afecto de »los bohemos de tal manera, que estaba ya para concluir una perfecta re»conciliacion con la Iglesia romana, cuando la ligereza y veleidad de algu»nos eclesiásticos suspendió este negocio. Procurando despues el Papa la »disolucion del concilio, instó Palomar su continuacion con un celo extra»ordinario, lo cual le acarreó la indignacion del Pontífice, que le acusó de »infidelidad y le formó una causa, como refirió el cardenal Juliano en una »pública controversia tenida en el concilio el dia 15 de Octubre de 1433, la »cual puede verse en la ya citada obra de Martenne, tomo VIII, fólio 643. »Pronunció Palomar en el concilio una eruditísima oracion *pro dominio ci»vili clericorum*, impugnando la que habia pronunciado en el mismo conci»lio el inglés Pedro Reyner.» Tambien fué enviado por los Padres del Concilio para reformar la universidad de Viena, siendo notable el panegírico que escribió de Palomar el célebre Nicolás Avencino, lustre de aquel Colegio. Por una carta que el rey D. Alonso de Aragon escribió á Palomar y que vamos á trascribir, resulta que en 1437 era uno de sus embajadores. — «Memorial »de les coses que per ordinació é manament del Senyor Rey Mos. Berenguer »Dolms, gobernador del regne de Mallorques, ha de reportar é explicar á la »Senyora Reyna. Primeram... item dira con la intenció del dit Senyor es »segons per altres memorials ha notificat á la dita Reyna, é especialmente »por Mos Matheu Pujades é Mos Ramon Gilabert; que tots los prelats de sos »regnes et terres si pertits no seran pertesquem de continuen é vaien al con»cili de Basilea, al cual concili lo dit Senyor ha ia tramesa la sua solemne »embajáda, co es le archebisbe de Palerm, lo bisbe de Cathalonia, Mic. Lu»dovico de Roma, Mice Joann de Palomar é Mestre Bernat Serra. E per ço »es necesarii en tos cas les dits prelats vaien al dit concili é especialmente »el cardenal de Tarragona, etc. Dat en Castellamar destabia á un dies de »Janer del any de la nativitat de nostre Senyor Mil C. C. C. CXXXVII. Rex »Alfonsus.» La indicada oracion *De dominio civili*, que no se perdió como otros escritos de Palomar, la imprimió Enrique Cano, y puso Vinnio en la Coleccion de Concilios. Asímismo escribió una relacion de la comision que le hicieron los Padres del Concilio, pronunciada en la ciudad de Praga el 3 de Julio de 1433. Carta á los Padres del concilio, *De victoria super saboritas reportata*, que se halla en Martenne. Bosch dice que escribió: *Sermones quæstiones et tractatus de abstinentia carnium*, y las dirigió á Juan, abad del monasterio de Escotos del órden de S. Benito en Viena de Austria, en cuya universidad fué catedrático. — *Joannes de Palomar Barcinon. eccles. archidiaconus, Doctor decretorum insignis, et tum in divinis scripturis, quam in secularibus litteris nobiliter doctus, ingenio subtilis, etc.* — O. y O.

PALOMAR (Sor Vicenta), religiosa agustina, natural de Rubielos, hija de una antigua y distinguida familia, cuyo nombre aumentó con sus virtudes y santidad. Educada desde su niñez en las prácticas de piedad, correspondió de tal manera á estos buenos principios la madre Vicenta, que aún no habia llegado á la juventud, cuando hallándose deseosa de consagrarse á Dios y de huir de un mundo cuya vanidad conocia, decidió tomar el velo de la religion Agustina, lo que hizo en el convento de Mirambel en 3 de Junio del año 1581. Desde su entrada en la religion se distinguió por sus grandes y admirables virtudes, siendo modelo de humildad, de paciencia y de penitencia; era en particular muy fervorosa en la oracion y en la caridad, empleando los cortos recursos que la proporcionaban sus amigos y parientes en socorrer á los pobres y desgraciados que la colmaban de bendiciones por su buen corazon y excelentes cualidades. Comprendiendo su mérito decidieron sus superiores elegirla para fundadora del convento que en Morella estaba estableciendo entónces la órden de San Agustin. Marchó la madre Palomar á cumplir su destino, y correspondió en él de tal manera á las esperanzas que sobre ella se habian fundado que fué en efecto una de las primeras piedras de aquel edificio que despues ha dado abundantes frutos á la viña del Señor. Ejerció en él el cargo de sacristana, muy inferior á sus méritos, pero muy propio de su modestia y humildad, pues se deshacia por acudir á las obligaciones de este tan insignificante en la apariencia, pero en la realidad tan poético y religioso cargo. Despues de haber vivido por mucho tiempo en este convento dando continuos ejemplos de todas las virtudes que deben adornar á una religiosa, falleció en 1625 con general sentimiento de sus hermanas que la amaban y apreciaban por sus virtudes.—S. B.

PALOMARES (Hermana Ana de). Fué natural de la ciudad de Ubeda, hija de padres cristianos viejos y honrados. Llevó toda su vida el hábito descubierto de tercera, cumpliendo la regla con mucho ejemplo de toda la ciudad de Granada. Habiendo quedado impedido su anciano padre, postrado en una cama, y sin más amparo humano que el que pudiera prestarle su hija, á la sazon ciega, favorecióla Dios de tal manera, que trabajaba cuanto podia, y áun las labores de cosido como si tuviera vista, y así con la obra de sus manos le sustentaba. Conocieron muy pronto cuantos la trataban cuán ostensiblemente la protegia la misericordia divina, y así lo testificaba D. Diego de Fonseca y Bustillo, caballero del hábito de Santiago, y que habia recogido á Ana en su casa desde que falleció su padre. Asegura éste que desde la entrada de la sierva de Dios en su familia, todo sucedió próspero, así en la hacienda como en las demás cosas. Al aposento donde se retiraba se ponian á escuchar y oian rigorosas disciplinas, y que despues em-

pleaba gran parte de la noche en oracion. De dia buscaba limosnas y las llevaba á los hospitales, regalando á los enfermos y á otras personas necesitadas. Con sus amorosas palabras y la bondad de su corazon aquietó los ánimos de algunos ciudadanos, siendo tan eficaces sus razones que queriendo ahorcar á uno, no pudieron conseguir retrocediese el juez de su dictámen muchas personas principales de la comarca. Llegó la hermana Ana, diciéndole convenia al servicio de Dios que no le colgase, y afirmó el juez que toda la noche estuvo sin poder dormir ni desechar aquellas palabras, haciéndole tal eco en su corazon, que se vió obligado por la mañana á admitir la apelacion del reo. Falleció Ana el 15 de Setiembre de 1661, y el cuerpo quedó tratable. Enterráronla con gran solemnidad los cabildos y religiones y concurrió el pueblo á sus exequias aclamándola bienaventurada. Predicó de cuerpo presente el Mtro. Fr. Juan Lucas del Campo, ministro del convento de la Santísima Trinidad y predicador del Rey, quien refirió que teniendo que decir otro sermon en Villacarrillo, no queria ir por hallarse en la muerte de Ana. Llegó á noticia de la sierva del Señor, y le dijo podia ir, pues para todo habia tiempo, y que aún la encontraria con vida á su regreso, como en efecto se realizó. Otros hechos dignos de admiracion refieren los cronistas al hablar de esta digna hija de la Orden Tercera. —O. y O.

PALOMARES (R. P. Juan de), hijo de la provincia de Castilla, lector jubilado, examinador sinodal del arzobispado de Toledo, visitador general de la provincia de Granada, meritísimo prelado del colegio mayor de S. Pedro y S. Pablo, fundado en la universidad de Alcalá de Henares por el Eminentísimo Sr. cardenal Cisneros para trece religiosos Observantes. Imprimió un libro de *Sermones varios* y otro que intituló: *Necesaria ciencia de sacerdotes*, ambos muy eruditos. —O. y O.

PALOMEQUE (D. Juan). Solo se sabe de este sacerdote zaragozano que fué doctor en teología de su universidad y literato de mucha erudicion, añadiendo Latasa, en su *Biblioteca de autores aragoneses*, que fué canónigo de la santa iglesia catedral de Jaca, y que estuvo algunos años en Roma á principios del siglo XVII. De este eclesiástico han visto la luz pública las dos obras siguientes: *De fontibus sacris Ecclesiæ seu de septem Sacramentis;* Roma, 1610, en 4.° —*De clericorum instituto, et optima educatione, electione, etc.;* impreso en Venecia por Jaime Sarcina en 1616, en 4.°, cuyo libro que se reimprimió en 1628, califica Nicolás Antonio de obra docta en el tomo 1 de su *Bibliotheca Hispana nova.* —C.

PALOMINO (V. P. Alejandro), presbítero y misionero apostólico de Galicia. Siendo aún jóven, se hacia notar en Madrid por su arreglada conducta; y en Leon, donde recibió las sagradas órdenes, subió mucho más de punto su virtud. Tuvo verdadera y probada vocacion para el estado ecle-

siástico, preparándose con la mayor solicitud en adquirir una sólida perfeccion para obtener el alto carácter sacerdotal. Consta que por entónces fué excesiva su penitencia; y creyéndose con más fuerzas de las que realmente tenia, se rindió su complexion por efecto de las mortificaciones; lo cual, segun los médicos, fué causa de contraer para algunos años la enfermedad de arrojar frecuentemente sangre por la boca. Emprendió el estudio de las sagradas letras en una edad bien adulta, agregándose á esta casi insuperable dificultad la de ser de ingenio naturalmente tardo, y serle preciso aprender por sí solo, sin voz viva de maestro y sin direccion alguna; mas como tenia deseos vehementísimos de hacerse sacerdote útil á la Iglesia y al prójimo, venció todos los obstáculos con teson y constancia. Entró en el oratorio de S. Felipe de Granada, cuyo espíritu conservó hasta el último período de su vida. En aquella ciudad se hizo mucho lugar su celo y virtud: pero aquí (habla de la Escuela de Cristo de Compostela) se hacia más necesaria su asistencia, por hallarse sin direccion la casa de ejercicios espirituales de esta diócesis (que desempeñó por tiempo de veinticinco años). No se puede dejar de admirar cómo un hombre solo podia bastar para tanto peso como cargaba sobre sí este hombre verdaderamente apostólico. Solo la ocupacion de sus misiones era bastante para cualquiera, y mucho más siendo él solo para predicarlas, explicar la doctrina, oir confesiones y todo lo demás. En ellas gastaba la mayor parte del año, discurriendo por todo este vasto arzobispado con indecible utilidad de los pueblos. Las temporadas que residia en esta ciudad, predicaba con mucha frecuencia, y hacia misiones, ya en las cárceles, ya en el hospital: daba ejercicios, bien á religiosas, bien á ordenandos, y alguna vez los tenia públicos. Tanto trabajaba en estos, que dijo una vez queria más hacer una mision, que dar unos ejercicios. Fué singular en el púlpito por su fervor y valentía cristiana en anatematizar la corrupcion de costumbres; y en el confesonario empleó tanta dulzura y suavidad cual nunca pudo nadie imaginar de un carácter naturalmente seco y adusto como el suyo. Era, en fin, tan exacto en el cumplimiento de sus deberes áun los más excusables, que pareció haberse formado segun el espíritu de la primitiva Iglesia. Diariamente celebraba el santo sacrificio de la Misa. Su mortificacion era muy extremada, y el ejercicio de la oracion le era muy familiar. Resplandecieron en él la obediencia, la humildad, la fe y la esperanza, y puede decirse que su excesiva caridad y celo no le dejaron vivir. Verdad es que ya hacia tiempo se sentia indispuesto; mas de tal suerte se agravó, que aun sin calentura, le consumió en pocos dias la violencia de un dolor nefrítico. Subió, pues, á gozar el premio de tantos méritos el dia 15 de Marzo de 1777.—C. de la V.

PALOMINO (Fr. Blas), del órden de S. Francisco. Fué natural de la villa

de Higuera, una legua distante de la ciudad de Andújar. Sus nobles padres Francisco Ruiz Palomino y Doña María Verdejo, descubrieron en él las mejores condiciones; y cuando ya mozo iba á la escuela, se señalaba entre los demás niños por su apacible condicion. Muy bien establecidos aquellos, le enviaron á la ciudad de Baeza á estudiar gramática, la cual enlazó con la virtud, y le proporcionó la agudeza de su ingenio con una sólida santidad. Cuando como hijo obediente regresó á la casa paterna á administrarles su hacienda, dejó el estudio que tanto gustaba para dedicarse á la labor y ejercicio del campo, para el que se preparaba todos los dias rezando su rosario y oyendo la misa del alba. Con su modo de trabajar alentaba á todos los jornaleros en sus penosas tareas; y cuando volvia, léjos de rendirse fatigado, pasaba la mayor parte de la noche delante de un crucifijo que en su aposento tenia, coronando esta obra con una rigurosa disciplina. Con permiso de sus padres daba limosna á los pobres, y áun llegó á quitarse un vestido de gala para dársele á un mendigo, quedándose él con el que de ordinario tenia. Repararon por fin sus padres y parientes el agravio que hacian á su talento no dedicándole á las letras, y así le enviaron otra vez á Baeza á proseguir sus estudios donde en breve tiempo salió consumado en la gramática, bien es verdad que solo supo dos calles, la de su casa á la escuela y la de la iglesia. Un dia habiendo oido la insigne victoria que en defensa de la fe consiguió en el Japon el Sto. Fr. Pedro Batista, religioso de la órden de San Francisco con sus compañeros, regresando desde Filipinas en el año de 1593, despues de haber concluido la embajada con notable éxito, y que padeció cuatro años despues atroz martirio, siguiéndole algunos seglares, se encendió nuestro jóven en deseos de tomar el hábito é imitar sus santos ejemplos. Profesó en el convento de S. Lorenzo de Montilla el año de 1598, habiendo sido durante el noviciado su conducta ejemplar y penitente. Dedicáronle los prelados á los estudios conociendo su talento, y el cuaderno de sus lecciones fué una cruz á la cabecera de unas tablas que le servian de cama. Sus carnes las tenia contínuamente desgarradas con cilicios, y no obstante lo agradable de su aspecto, inspiraba temor y reverencia, siendo sus palabras tan eficaces, que movian los corazones más duros, como se observó en dos caballeros que salieron desafiados y que quedando ambos heridos, aumentaron su rencor, no consiguiendo aplacarle nadie hasta que el bendito Fr. Blas habló con el más protervo, y poniéndose de rodillas delante de él para reducirle le dijo: *Tanta dureza por mis pecados es, Señor, que si yo os sirviera como debo no hubiera dificultad en lo que pido á este mancebo*, y dejando caer la mano, se dió tan áspera disciplina que derramó sangre, lo cual movió al mozo á arrojarse á los piés del venerable penitente, despues fueron á buscar al otro contra-

rio, é hicieron las amistades.—Ejerció el oficio de maestro de novicios de tal manera, que parecia un ángel cogiendo abundante fruto de sus buenas doctrinas; mas deseando verter su sangre en defensa de la fe, y reducir á los infieles á la luz del catolicismo, considerando aquellas palabras de S. Francisco en su regla, que dice: «Si alguno de los frailes »por divina inspiracion quisiese ir entre moros y otros infieles, pidan »para ello licencia á los ministros provinciales, mas los ministros no »den licencia á algunos para ir, salvo á aquellos que vieren ser idó»neos.» Trató de ensayarse para el martirio, y así pasó en continuos trabajos por espacio de ocho años, hasta que pidió permiso á los superiores y se le concedieron. Despidióse con ternura de todos los religiosos del convento de S. Buenaventura de Baeza, donde moraba, y llegó á la Higuera de Andújar, su patria, donde junta toda la villa, hizo pláticas á sus vecinos sobre los desengaños del mundo y el mejor modo de servir á Dios. Sintieron sus hermanos y amigos que los abandonase para tan larga peregrinacion; pero resistiendo á todo, partió para Sevilla á buscar embarcacion que le condujera á Filipinas. De su fervoroso ánimo da testimonio una carta dirigida por Blas á su hermano, como asimismo Fr. Pedro de la Concepcion, venerable religioso francisco, compañero suyo en las peregrinaciones, y el cual acerca de las misiones y el martirio del bendito Fr. Blas escribió: «Certifico como procurador de la provincia de S. Gregorio, de los frailes »franciscos de Filipinas, y comisario de los religiosos que han de pasar á »aquellas partes el año que viene de 1628, que es verdad, que conocí al »P. Fr. Blas Palomino, religioso de la órden de nuestro padre S. Francisco, »de la santa provincia de Granada, que pasó en mi compañía, habrá veinte »años, en la barcada que llevó Juan Pobre, el cual dicho padre era ya sacer»dote y confesor cuando pasó, y á mi parecer de edad de cuarenta años, poco »más ó ménos, y que llegados que fuimos á la dicha provincia de Filipinas, »el dicho padre aprendió la lengua de los naturales que llaman *tagala*, y en »ella administró por muchos años los santos sacramentos á aquellos nuevos »cristianos, con grandísimo ejemplo de todos y mucho fruto que hacia en »las almas, por la mucha devocion con que acudia á todo, de que soy tes»tigo de vista y comunicacion de muchos años. Tuvo este padre grandísimos »deseos de pasar al Japon, y lo pidió diversas veces: y viendo que no podia »alcanzarlo, y que la provincia enviaba religiosos á otra nueva conversion »del reino de Macasar, en la isla que llaman de Mateo, pidió con grande »instancia le señalasen en el número de los que habian de ir, lo cual hizo »el prelado por la satisfaccion que se tenia de su espíritu y celo de la salva»cion de las almas. Y fuimos seis en compañía del P. Juan Martin de S. Juan, »religioso grave, de mucha virtud y letras, que fué por nuestro comisario.

»Partimos de la ciudad de Manila, en los navíos de el socorro, que envió »el gobernador de Filipinas, D. Alonso Fajardo, el año de 1619 á Maluco.» Luego prosigue, que viendo les impedian la predicacion en otras islas, adonde con este fin pasaron, se volvian, y que notando desde la embarcacion Fr. Blas en una isla pequeña unas banderitas de paz, con licencia del capitan fué en una lancha, acompañado de un intérprete y otros, y hallaron ser una gente desnuda, algo blancos, y de largos cabellos, como de mujeres, y despues de algunos lances atravesaron á Fr. Blas con una lanza y con otra al intérprete y los mataron. Temieron los bárbaros á los tripulantes del navío, que los arcabuceaban, y huyeron. Enterraron el santo cuerpo, dejando señalado el sitio, y á los seis meses volvieron por él, y se le llevaron al convento de S. Antonio de Maluco, en cuya iglesia le colocaron. Fué este dichoso martirio el año 1620, segun afirma el analista del reino de Jaen Jimeno, y se colige haber salido para esta peregrinacion el año precedente. Hiciéronse informaciones jurídicas, y se trató de su canonizacion, segun refiere el *Martirologio franciscano*.—O. y O.

PALOMINO (Isabel). Natural de la ciudad de Andújar, é hija de nobles padres. Dotóla el Señor del don de gobierno; y así á los treinta años de su edad la hicieron abadesa, precediendo las dispensaciones necesarias. En su tiempo, no perdonando falta alguna por leve que fuese, se llevó la observancia de la regla con altísima perfeccion. Ejercitábase en la oracion mental y vocal, rezando los lunes á los ángeles; los mártes, á los apóstoles; los miércoles á los mártires; los jueves á los confesores; los viernes á los tormentos de la pasion de Cristo nuestro Señor; los sábados á María Santísima y á las demás vírgenes, y á la Santísima Trinidad los domingos. En una ocasion que la comunidad carecia de todo lo necesario, y muchas religiosas se hallaban enfermas, pidió á Dios en el coro las enviase remedio; y no obstante ser á deshora, al momento llamó á la campanilla del convento un hombre, conductor de dos acémilas, que cargadas de aves y otros regalos la mandaban del de Montilla Sor Isabel Pacheco, abadesa de Sta. Clara, como de Sta. Clara tambien lo era en Andújar Sor Isabel Palomino. Cuando se acercó el último período de su vida, renunció el oficio, pidió á todas perdon, y dada cuenta á los prelados de la Orden, le fué admitida la renuncia, retirándose desde entónces á una celda á hacer penitencia y emplear todo el tiempo en la oracion. Ya en la enfermería, anunció la hora de su muerte, y dió su alma al Criador el año de 1562 á los cincuenta y cinco de su edad. O. y O.

PALOMINO (Dr. D. Juan Pablo). Fué cura de S. Lorenzo de esta Corte, examinador sinodal de este arzobispado. Nació en Val de Sto. Domingo, á cinco leguas de Toledo, el 21 de Junio de 1782. El primer curato que obtu-

vo por oposicion fué el de Valverde de Alcalá en 1807; el segundo el de Ballesteros de Calatrava, en la provincia de Ciudad Real, en 1817, y el de San Lorenzo de Madrid en 1847, de que tomó posesion en este mismo año.—O. y O.

PALOMINO (Sor Leonor), insigne religiosa en el convento de Sta. Clara de Andújar, su patria, en donde era muy conocida, así por sus nobles deudos como por su propia virtud. Enviáronla los superiores al de Sta. Clara de la ciudad de Montilla, para que fuese una de las fundadoras de aquella regla que habia profesado; y entre las dotes más resplandecientes con que la adornó el Señor, la de la pobreza fué la primera. No tenia libros espirituales con que divertirse, porque sacaba de su amor á Cristo crucificado y de sus miradas al cielo la más alta leccion para su alma. Asistia al coro, y se convidaba á despertar á la comunidad á media noche, ejercitando esta ocupacion mucho tiempo. Fué muy devota de la Santísima Trinidad, y siempre andaba diciendo el *Gloria Patri*. El Señor la concedió un tránsito felicísimo, muriendo con gran paz y sosiego y señales de tener cierta su salvacion el año de 1561.—O. y O.

PALOMINO (Fr. Pedro de), de la órden de Predicadores de S. Juan Bautista del Perú en el convento de Panamá, gran ministro de los indios del Huaymi y del Darien, en el de Tierra Firme, varon de grandes virtudes y celo. Logró la conversion á la fe de muchas almas, y murió en Panamá con motivo de la invasion que los herejes piratas hicieron en aquella ciudad, encontrándose á la sazon en cama padeciendo de la gota. Veia que huian todos del enemigo; pero él quiso terminar su existencia en su amada celda, y se bajó arrastrando á la iglesia, donde puesto de rodillas en la capilla mayor, encomendándose á Dios fué consumido del fuego en que se abrasó toda la ciudad y la iglesia.—O. y O.

PALOMINO Y VELASCO (Acisclo Antonio), pintor y eclesiástico. Cada vez que en la composicion de esta interesante obra tenemos que dar lugar á un ilustre español, se entusiasma nuestra alma y desearíamos poseer todas las galas de la elocuencia sagrada y profana para poderle ensalzar debidamente, y conocer las menores particularidades de su vida y todas sus virtudes, á fin de darlas á conocer á nuestros lectores, y hacerles un retrato exacto de su figura moral y material. Empero como no siempre hayan quedado claras en todas sus partes las noticias de los que nos han precedido, tiene el historiador las más veces que obligarse á callar noticias que encuentra en la tradicion por temor de que esten alteradas, pues que no las encuentra probadas por documentos irreprochables, ó darlas en duda y como rumor que no puede ni debe justificar sin peligro de faltar á la verdad. Sin embargo, algunas veces la tradicion se cimenta en la opinion general, y en este

caso el historiador debe apreciarla por completo, siempre que á ello no se oponga la razon religiosa y la natural, ó autoridades contemporáneas del héroe que se pretende retratar, que no esten tachadas de pasion favorable ó contraria hácia él, pues que es más probable sepa la verdad y circunstancias de un hecho el que le presenció, que los que han vivido en tiempos posteriores, en cuyo caso las noticias pueden haberse adulterado. Siendo tan favorables las noticias que el mundo científico nos da del célebre pintor de historia español Palomino, artista modelo en su género y virtuoso eclesiástico en los últimos años de su vida, no podemos ménos de ver la verdad en la historia de este hombre singular, en la historia que de él corre de boca en boca y que hemos oido relatar desde que vinimos al mundo, y nuestro patriotismo nos le representa grande en sus obras alabadas por todo el orbe, sencillo y maestro en sus escritos y magnífico en su piedad. Multitud de biografías extranjeras hemos leido de este artista, y aunque en todas se reconoce su mérito, no en todas se le hace completa justicia, ni se da razon de todas sus obras, por lo que las hemos dejado á un lado, y creyendo que por mucho que sea nuestro buen deseo, no podriamos escribir una biografía más razonada, verídica y concisa sin dejar cosa por decir, que la que el ilustrado español D. Juan Agustin Cean Bermudez publicó de Palomino en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*, bajo los auspicios de la Real Academia de Artes de S. Fernando; vamos á insertarla íntegra en este artículo, sin dejar por eso de dar otras noticias que tengamos, y de hacer las apreciaciones que nos sugiera nuestro españolismo. Cuando tratamos de averiguar los hechos de nuestros artistas, ninguno es más acreedor á estas indagaciones que D. Antonio Palomino, por el cuidado que puso en recoger, cual otro Vasari, las de sus predecesores en la pintura. Nació en la ciudad de Bujalance el año de 1653, y fueron sus padres D. Bernabé Palomino y Doña María Andrea y Lozano. Era de muy corta edad cuando se trasladaron con su casa y familia á Córdoba con el deseo de darle una educacion correspondiente á su clase. Estudió gramática, filosofía, teología y jurisprudencia; pero llevado de su inclinacion á la pintura, se ocupaba algunos ratos en copiar papeles y estampas. El año de 1672 el pintor Don Juan de Valdés Leal volvió de Sevilla á Córdoba, su patria, y Palomino le enseñó lo que dibujaba. Viendo Valdés su aficion y buenas disposiciones le dictó algunas reglas fundamentales sobre las que D. Antonio se fijó y dió principio al estudio de la pintura, reconociéndole por su único maestro. Desde entónces se dedicó con más ahinco y aplicacion á este arte, haciendo cada dia muy rápidos progresos; pero sin abandonar la carrera de las letras, por la que mereció que D. Francisco de Alarcon y Covarrubias, obispo de aquella diócesis, le ordenase de menores. En 1675 volvió tambien á Córdoba,

desde Madrid, D. Juan de Alfaro, hijo de aquella ciudad, y habiendo examinado lo que pintaba Palomino, le agradó mucho y le animó á seguir sin decaimiento; y para que sus progresos fuesen más sólidos, le aconsejó pasase á la Corte, donde con el ejemplo de tantos y tan buenos profesores llegaria á ser otro igual á ellos, ofreciéndole su recomendacion para con sus amigos y protectores. No se determinó por entónces á abandonar sus estudios, y permaneció en Córdoba hasta el año de 1678, en que volviendo Alfaro por la tercera vez á aquella ciudad, aceptó las cartas de favor y otras que le dió, mandando le dejasen acabar las obras que él habia dejado principiadas, prueba de lo adelantado que estaba Palomino en la pintura, y cuán determinado á seguirla, aunque hay quien asegure que vino entónces á Madrid con ánimo de pasar á Roma á pretender una prebenda eclesiástica; pero esto no lo dice él en su *Museo pictórico*, como lo demás que aquí referimos. Establecido en la Corte es regular se valiese del favor de este su paisano, y consta que en 1680 concluyó los cuadros que habia dejado bosquejados por su muerte, habiéndolo encargado así Alfaro en su testamento. Como D. Antonio se hubiese dedicado algun tiempo en Córdoba á la lectura de los libros de matemáticas, sabiendo que se enseñaban en el Colegio Imperial, y juzgándolas muy necesarias para la pintura, las estudió con aprovechamiento con el P. Jacobo Kresa. Reconocido y acreditado entre los profesores de Madrid, y estimado de D. Juan Carreño, pintor de cámara, se casó con Doña Catalina Bárbara Perez, hija del enviado á los cantones; y con motivo de haber sido nombrado alcalde de la Mesta, se recibió en la villa por hijodalgo. Tambien mereció la estimacion de Coello, y habiendo este vuelto á Madrid del Escorial el año de 1686, donde pintaba el famoso cuadro de la Santa Forma, á disponer la traza de lo que se habia de pintar en el techo de la galeria del cierzo en el cuarto de la Reina; propuso al Rey que Palomino podia seguir pintando en aquella obra. S. M. lo aprobó y el conde de Benavente, su protector, se lo avisó al instante. Comenzaron ambos á pintar algunos pasajes de la fábula de *Psiquis y Cupido*, y acabadas algunas tareas volvió Coello al Escorial, y quedó solo D. Antonio hasta su entera conclusion que fué muy á gusto del Rey, de toda la corte y de los inteligentes. De tan buen desempeño resultó obtener la plaza de pintor del Rey sin sueldo, que se le confirió por Real órden de 30 de Agosto de 1688, y hasta el 21 de Abril de 1698 no logró los gajes de ella, por otras obras de consideracion en que sirvió á S. M., cual fué haber dispuesto la traza del ornato de la plazuela y fuente de la Villa en la solemne entrada que hizo en Madrid Doña María Ana de Neoburg, el año de 1690, cuando vino á casarse con Cárlos II. Testigo de la llegada de Jordan á la Corte en 1692, lloró la muerte de su gran amigo Coello; y cuando aquel se hallaba muy ofuscado con

los asuntos que un eclesiástico le daba para pintar las bóvedas del Escorial, el Rey nombró á Palomino para que se los fuera sugiriendo con arreglo al texto y al arte, lo que hizo con tanto placer de Jordan, que los besaba y decia: «Estos sí que vienen ya pintados.» En 1693 trazó D. Antonio lo que un discípulo suyo pintó de claro oscuro en el patio del hospital del Buen Suceso, cuyos asuntos son elogios del emperador Cárlos V y retratos de Cárlos II y de su mujer; y en 1696 pintó en la Real Armería los tableros de dos calesines en que habian de ir los reyes á los sitios reales. Pasó á Valencia en 1697 á pintar al fresco el presbiterio de la iglesia de S. Juan del Mercado; volvió á Madrid en 1698, y entónces logró los gajes, como ya dijimos, de pintor del Rey. En 1699 y 700 pintó las bóvedas de la propia iglesia de S. Juan del Mercado, obra que le dió mucha opinion por su magnitud, por la erudicion con que dispuso los asuntos y por la franca manera con que estan pintadas. Pintó al año siguiente la bóveda de la capilla de nuestra Señora de los Desamparados en aquella ciudad, y trazó lo que pintó su discípulo Dionis Vidal en las de la parroquia de San Nicolás. Hizo entónces el buen cuadro de la Confesion de S. Pedro, que está en el retablo de la capilla del Sagrario de aquella catedral, y pintó al fresco las paredes de la misma capilla. Trató en aquella larga residencia á los profesores de Valencia, y particularmente al canónigo Victoria y á Conchillos, quien le acompañó en varios viajes y romerías que hizo por aquel reino. De Madrid pasó á Salamanca en 1705 á pintar al fresco el medio punto en que termina la bóveda del coro del convento de S. Esteban, y representó en él la Iglesia militante y triunfante con muchas alegorías. Restituido á su casa, permaneció en ella pintando muchas obras, que diremos al fin, y trabajando el primer tomo del *Museo pictórico*, pues aunque no le publicó hasta el año de 1715, tenia la censura del P. Alcázar y la licencia del ordinario en el de 1708. En 1712 pintó la cúpula del sagrario de la cartuja de Granada, en la que figuró una gloria con muchos ángeles y santos, en el medio á San Bruno sosteniendo el mundo sobre sus hombros y el Sacramento en lo alto con serafines. Fué muy obsequiado del escultor del rey D. José de Mora que se habia retirado á aquella ciudad. Se detuvo en Córdoba el año 1713, adonde no habia vuelto desde 1678. Sus paisanos procuraron ocuparle en obras de importancia; pero la necesidad de volver presto á Madrid; no le permitió pintar otras que los cinco cuadros del altar mayor de la catedral, pues los demás que hay de su mano en la sacristía los acabó en la Corte. Pintó aquí los geroglíficos y adorno del túmulo que se levantó para las honras de la reina Doña María Luisa de Saboya, que falleció en 14 de Febrero de 1714, y dió á luz en 15 del citado el primer tomo del *Museo pictórico*. Fué muy celebrado de todos los profesores é inteligentes; y aunque deseaban ver prontamente el segundo, el autor

que conocia muy bien las dificultades que tenia que vencer para la adicion de la vida de los pintores y estatuarios españoles, se tomó el tiempo necesario y no le publicó hasta el año de 1724. Miéntras se grababan las láminas, pasó el de 1723 á la cartuja del Paular, y pintó al fresco las cúpulas y pechinas del sagrario. Principió á padecer en su salud en aquel monasterio, como dice una carta original de su puño, que tenemos á la vista, escrita desde allí el dia 3 de Setiembre de 1724 al P. prior D. José de S. Bruno, que estaba ausente. «Yo, Padre reverendísimo (dice) he tenido la desgracia de »haber padecido algun quebranto en mi salud desde que vine á esta santa »casa, pues al principio me asaltó una erisipela en la pierna derecha, y no »bien convalecido de ella me dieron unas tercianas que me dejaron muy mal »parado, respecto de lo cual he llamado á mi hijo para que me ayude, y se »han concluido las medallas de los dos medios puntos de las ventanas de »la cúpula del sagrario, y vamos caminando con la cúpula grande de »la Virgen, y á lo que parece muy á gusto de esta santa comunidad, á »quien procuraré complacer en todo lo que mi corta suficiencia alcanzare.» Habiendo fallecido su mujer el dia 3 de Abril de 1725, en muy poco tiempo recibió las órdenes sagradas, hasta la del sacerdocio, que no pudo disfrutar muchos dias pues que D. Antonio fué enterrado el dia 13 de Agosto del año siguiente en la misma sepultura de la mujer, en la iglesia de la Orden Tercera del convento de S. Francisco en Madrid, segun todo consta del archivo de la misma Orden Tercera, de que era entónces discreto y vecino de la parroquia de S. Andrés; y se celebró el funeral con la pompa correspondiente á sus circuntancias, á su mérito y fama. El de sus pinturas corresponde á lo mejor que se hacia en su tiempo en España y acaso en otros reinos. Tienen correccion de dibujo, y aunque los caractéres de las figuras son comunes é innobles, procuró darles decoro y vestirlas con propiedad: el colorido es bueno y acordado, y sus composiciones ostentan su erudicion en las facultades que habia estudiado, y manifiestan que sabia la perspectiva, la anatomía y la utilidad que habia sacado de las matemáticas. Las obras grandes que pintó al fresco en Valencia, Granada, Salamanca y el Paular le dieron buen nombre; pero lo que más aumentó su fama fué la obra del *Museo pictórico y escala óptica* en que desenvolvió todos los elementos del arte de la pintura con método y claridad, y dió reglas sencillas para la práctica, autorizándolo todo con muchas exposiciones de otros autores. Las vidas de los pintores españoles, que forman un tercer tomo unido al segundo, le dieron todavía más crédito, pues además de ser el primero que las publicó, son á la verdad recomendables, por cuanto nos dan razon de unos sugetos y de unos hechos que hubieran quedado sepultados en el olvido, como los dejaron otros escritores que le precedieron, y de quienes se valió por no ha-

berlos dado á la luz. Ya hemos dicho en el prólogo los defectos en que le hicieron incurrir en esta obra la bondad de su carácter y el mal gusto de su tiempo. Sin embargo de estos defectos, *El Parnaso español pintoresco* laureado con las vidas de los pintores y estatuarios eminentes españoles, ha sido apreciado de los extranjeros, pues que los ingleses publicaron en su idioma en Lóndres un compendio de esta obra el año de 1744, y los franceses otro en el suyo en París el de 1749, y el de 1746 se imprimió en Lóndres en castellano un libro titulado: *Las ciudades y conventos de España*, donde hay obras de los pintores y estatuarios eminentes españoles, puestas en órden alfabético, y sacadas de las vidas de Palomino y de la *Descripcion del Escorial*, hecha por el P. Santos, todos en 8.° D. Antonio Palomino hizo ver en este tercer tomo y en los dos de su *Museo pictórico*, el amor á las bellas artes y su celo en promoverlas en el reino; no siendo ménos laudable el que puso en la conservacion del lustre y prerogativas del arte de la pintura, recogiendo con extraordinaria diligencia todas las ejecutorias ganadas en su favor, que acreditan su dignidad, sus franquicias y privilegios, las que protocolizó en el oficio de Juan Mazon de Benavides, escribano de número de la villa de Madrid, el dia 12 de Setiembre de 1696, quedándose con testimonio auténtico de todas ellas, con el fin de que despues de su muerte pasase al primer pintor de cámara, no habiendo alguno de su familia que fuese pintor, porque habiéndole deberia ser preferido en esta posesion, con el objeto de que cuando en razon de lo que contienen se suscitase alguna duda, hubiese un fácil recurso para deshacerla, y en ninguna manera se entorpeciese el honor y privilegios que á tanta costa adquirió esta profesion. Las pinturas públicas que se conocen de este autor son las siguientes:

Madrid. *Sta. Isabel*: el Salvador, S. Pedro y S. Pablo en el tabernáculo del altar mayor.—*S. Juan de Dios*: los cuatro Evangelistas y cuatro asuntos de la vida de la Vírgen, al fresco, en la capilla de nuestra Señora de Belen, y al óleo el Salvador del tabernáculo.—*Trinidad calzada*: la venida del Espíritu Santo y el Sueño de S. José en dos postes del cuerpo de la iglesia.—*S. Millan*: la Concepcion, en su altar.—*S. Cayetano*: en la sacristía un cuadro pequeño.—*S. Isidro el Real*: el techo de la antesacristía, que representa el triunfo de S. Francisco Javier con mucha composicion de figuras alegóricas; en la misma pieza, al óleo, dos cuadros de S. Pedro y de S. Pablo, del tamaño del natural, y cuatro con figuras más pequeñas de asuntos sagrados; otro grande en la sacristía, en el que se representa á S. Ignacio dando la comunion á Sta. Teresa.—*S. Pedro*: S. Joaquin, Sta. Ana y la Vírgen, en un altar cerca del mayor.—*Monjas de D. Juan de Alarcon*: algunos cuadros en el altar del Cristo, y otros en el de enfrente.—*La Victoria*: S. Miguel en el colateral del lado del Evangelio, y los Desposorios de S. José en

la antesacristía. — *Buen Suceso* : la traza y dibujo de las pinturas de claro oscuro en el patio.—*Buen Retiro* : algunos cuadros de su mano en una pieza de paso á la galería del cason.— *Casa de Ayuntamiento* : representó en la bóveda de la primera pieza del oratorio á nuestra Señora en gloria con algunos santos españoles; varias figuras alegóricas debajo de la cornisa; tres pasajes de la vida de S. Isidro; los cuatro doctores de la Iglesia; y los retratos de Cárlos II y de su mujer. En la segunda la Asuncion de la Vírgen; cuatro virtudes en las pechinas, y una vision del *Apocalipsis* enfrente de la ventana, todo al fresco; el Padre Eterno sobre el altar preservando á la Vírgen de la culpa original; S. Joaquin y Sta. Ana abrazándose, á un lado, y un ángel al otro; en fin, la pintura y ornatos al fresco del salon de verano.— *Academia de S. Fernando* : una Concepcion, que estaba en el colegio de los Jesuitas de Córdoba.

Paular. *Cartuja* : las cúpulas y pechinas del sagrario.

Talavera. *Colegiata* : un S. José con el Niño, en la sacristía.

Santa María de las Cuevas. *Cartuja* : una Concepcion en la capilla del Cristo.

Sevilla. *Clérigos Menores*: S. Dionisio del tamaño ó mayor que el natural en el presbiterio al lado del Evangelio.— *S. Juan de Dios* : la Vírgen de los Dolores en el altar del Cristo.

Cuenca. *S. Vicente, parroquia* : la Vírgen del Pilar en un cristal.— *San Felipe Neri* : nuestra señora del Cármen en el presbiterio.

Salamanca. *S. Esteban* : el fresco del testero del coro ya explicado.

Sigüenza. *Colegio de S. Antonio* : el cuadro de S. Antonio de Pádua en el retablo de su capilla.

Granada. *Cartuja* : la pintura al fresco de la cúpula del sagrario.

Valencia. *Catedral* : las de la capilla de S. Pedro en su retablo al óleo, y las de las paredes al fresco, excepto las de la cúpula y lunetos, que son del canónigo Victoria.—*Nuestra señora de los Desamparados* : la bóveda, en que representó la Beatísima Trinidad con la Vírgen y los bienaventurados repartidos con buen órden.— *S. Juan del Mercado* : todas las bóvedas de la iglesia con asuntos de los santos Juan Bautista y Juan Evangelista y con mucha composicion de figuras alegóricas. — *S. Nicolás* : el diseño y traza de lo que pintó en las bóvedas de esta iglesia su discípulo Dionis Vidal, relativo á la vida de S. Nicolás de Bari y de S. Pedro, mártir, titulares de esta parroquia.

Córdoba. *Catedral* : los cinco cuadros grandes del retablo mayor, que representan la Asuncion de la Vírgen en el medio, y en los intercolumnios cuatro santos del obispado; el martirio de S. Acisclo y Sta. Victoria, San Fernando, conquistador de la ciudad, y una aparicion del venerable sacer-

dote Roelas en la sacristía.—*S. Francisco*: una Sacra Familia y un Salvador en la capilla de la Veracruz.

El ilustrado Ponz, en su *Viaje de España*, hace mencion de Palomino, dando razon de algunas de sus obras, y lo propio hace Michaud, en la *Biografía universal francesa escrita por M. Weis*. Las *Vidas de los Pintores españoles*, obra escrita por Palomino, como hemos dicho, fué reimpresa en Lóndres, en 8.°, en 1742; y la noticia de las ciudades, iglesias y conventos que poseen sus obras, se publicó tambien el año 1746 y en el mismo tamaño en la propia capital; pero estas dos obras no deben separarse, pues que la una hace falta á la otra. Tradújose al francés la obra de Palomino con el título de *Histoire abrégée des plus fameux Peintres espagnols, par Palomino;* París, 1749, en 12.°, y advirtió M. Quilliet, que á pesar de la incorreccion y de lo incompleto de la narracion que hace Palomino de la pintura, ha seguido la marcha de este pintor en su *Dictionaire des Peintres espagnols*, impreso en París, en 8.°, el año 1816. Dice M. Weis, ya citado, que Palomino en su patriotismo se dejó cegar de tal modo, que solo prodiga elogios á los doscientos artistas españoles de que trata, al paso que critica severamente las producciones de los artistas extranjeros que han vivido y trabajado en España; pero negando nosotros la severidad que le atribuye, no podemos ménos de decir que si lo hubiera así hecho, no hubiera hecho más qué vengarnos de la exagerada crítica con que en mal sentido nos denuestan á cada paso los compatriotas de Weis en materia de artes, en las que muy pocas veces nos hacen la justicia que nos es debida. Confiesa M. Weis, porque no puede ménos de hacerlo así, que la teoría y la práctica de la pintura de Palomino es obra muy estimable, y que las reglas exactas que da son el resultado de su propia experiencia, apoyada en la autoridad de los grandes maestros del arte. En efecto, el *Museo Pictórico y Escala Optica* de Palomino, publicado en 1715 y en 1724 en tres volúmenes en fólio, acreditan los grandes conocimientos artísticos de Palomino, que supo unir á una buena perspectiva, poco conocida hasta por algunos de los más famosos profesores, el mérito de un natural y excelente colorido y un correcto dibujo. Se ha criticado á Palomino de haber buscado sus modelos en una naturaleza demasiado vulgar, lo que algunas veces destruye la gracia de sus composiciones más nobles; pero este es un juicio exagerado, que rechazamos en general, por más que no desconozcamos que alguna vez cayó en este defecto. Palomino buscó en sus obras la imitacion de la naturaleza; pero no tan servilmente, que no diera lugar en su pincel á presentarla con los graciosos atavíos con que la puede engalanar el arte, si bien huyó de poetizarla demasiado, por el temor de desfigurarla y presentar la mentira como una verdad, lo cual no cabia en su carácter severo y grave. Dígase lo que se quiera, Palomino, como pintor y

como escritor artístico es una de nuestras glorias nacionales.—B. S. C.

PALOMO (V.), monje benedictino, de que hace memoria su órden en 11 de Marzo. Vivió recluso en la sagrada cueva de S. Benito durante toda su vida. Despues de su muerte fué sepultado su cuerpo en la capilla de S. Nicolás en el monasterio de Sublago, y trasladado despues detras del altar de S. Gregorio Magno. Ignóranse las demás noticias relativas á este siervo de Dios, segun lo indica el *Flos Sanctorum* de la órden de S. Benito.—S. B.

PALOMO (Fr. Bernardino), de la órden de S. Agustin en el convento de S. Sebastian de la villa de Urrea. Fué varon doctísimo, bachiller en sagrada teología y predicador apostólico de elevado espíritu, que con su predicacion alcanzó grandes frutos, convirtiendo muchas almas al Señor y reduciéndolas á verdadera penitencia. Murió santamente por los años de 1546.—O. y O.

PALOS (Fr. Juan de), perfecto religioso descalzo de la provincia de San Gabriel. Apostólico varon que, aunque no sacerdote, fué con otros once los primeros que plantaron la Iglesia en tierra firme de la Nueva España. Este y Andrés de Córdoba, tambien muy excelente descalzo, observaron una vida de tan loables costumbres, que merecieron ser escogidos para la apostólica mision. Era natural de un lugar muy memorable por cierto, llamado Palos, y profesó el siervo de Dios en la provincia de S. Gabriel. Se distinguió por su humildad y amor á la oracion mental, escuela en donde el alma aprende en breve tiempo y sin imperfecciones la ciencia divina. Dedicáronse ambos legos á la conversion de los gentiles de aquel nuevo mundo, y sus trabajos produjeron copioso fruto; pues hicieron quemar infinitos ídolos, derribar templos donde eran adorados, y por sus manos bautizaron más de cien mil indios cada uno, porque en semejante caso de necesidad, y con la urgencia que entónces habia en aquellas apartadas regiones, no solamente los sacerdotes son ministros de este sacramento, sino áun tambien los seglares. Enseñaban á los indios la doctrina cristiana, y lo que habian de obrar para salvarse: y con su ejemplo añadian eficacia á la que tenian sus palabras, alcanzando visible proteccion de la divina gracia, pues se obraron por su mediacion algunos milagros. Despues de ejercer su ministerio muchos años, llevó el Señor para sí, de muerte natural, á su siervo Fray Juan, no teniendo noticia los cronistas de la Orden del lugar en que fuera su cuerpo sepultado. Del Sto. Fr. Andrés, su íntimo compañero, se escribe que con otros tres religiosos padeció martirio en la provincia de Jalisco, entre los indios Cascanes, y que su cuerpo fué conducido al convento de S. Francisco de Izatlan. Glorioso levantaron los doce franciscanos de la provincia de S. Gabriel el estandarte de la fe en aquellos paises idólatras; su narracion ocupa largos é interesantes capítulos en la estimable crónica es-

crita por Fr. Juan de la Trinidad, que tributa á los siervos de Dios los debidos elogios por las maravillosas conversiones que hicieron, y por su singular virtud, digna de perpétua memoria. — O. y O.

PALOS (D. Tomás Serra), hijo y vecino de la villa de Burriana, obispado de Tortosa. Fué doctor en ambos derechos y en sagrada teología, presbítero y beneficiado residente de la iglesia parroquial de la villa de su nacimiento. Era sumamente aficionado á la poesía, y cuando murió, que fué en el año de 1755, dejó un tomo manuscrito que contiene varias poesías, loas, un auto alegórico historial, y una comedia en tres jornadas, que se representó en la villa de Burriana, titulada *El Martirio de S. Blas.* — G. P.

PALOTTA (Juan Bautista). Nació este Cardenal de la Santa Iglesia Romana en Calderola, camino de Roma. Dedicado á la carrera eclesiástica, fué poderosamente protegido en ella, y despues de haber sido nuncio en Viena y arzobispo de Tesalónica, le creó cardenal el papa Urbano VIII el año de 1629. Ya en esta alta gerarquía fué nombrado sucesivamente obispo de *Tusculum* ó de Frascati y de Albano, y gobernador de Roma, en cuya ciudad murió el 24 de Enero de 1668, á los setenta y cuatro años de edad segun Moreri. — C.

PALOTTA (Vicenzo), eclesiástico italiano, que falleció á principios del año 1850, y fué uno de los varones eminentes en santidad, que Dios envia de vez en cuando á la tierra para instruirla, purificarla y auxiliarla con sus consuelos. Vicenzo habia consagrado entera su noble asistencia á la práctica constante de la más sublime caridad; y tal ascendiente ejerció por su virtud en los corazones, que solo con su presencia ó con su palabra empobrecia los más fieros y orgullosos. Dotado de una facilidad increible de recursos, siempre acudió solícito á socorrer el infortunio, llevando su espíritu de mortificacion hasta el heroismo. Por largos años hizo consistir su alimento diario en algunas raíces ó en legumbres, y nunca se acostó á no ser por caso de enfermedad. Pasaba generalmente las noches orando en cualquier iglesia, arrodillado sobre el duro pavimento, y casi siempre le sorprendia la aurora en aquella humilde actitud. La opinion pública atribuyó á su intercesion multitud de curaciones y hechos sobrenaturales. Tambien Vicenzo, á imitacion del P. Bernardo Clausi, anunció grandes calamidades á la Iglesia y á la ciudad de Roma; mas al punto prodigaba sus consuelos á los que se sentian afligidos por sus predicciones, ponderándoles el triunfo de la mística esposa de Jesucristo por la bienaventurada intercesion de María, á quien ambos personajes profesaban la mas tierna devocion. — C. de la V.

PALOU (D. Berenguer), obispo de Barcelona, conocido por haber tomado parte en todos los actos que precedieron á la fundacion de la órden de la Merced y Redencion de cautivos. Acerca de este personaje se leen las palabras si-

guientes: «Ejecutóse el celeste Mariano mandato por el dicho triunvirato en 10 de Agosto de 1218 en la santa catedral de Barcelona, concurriendo el »obispo D. Berenguer con su ilustre cabildo y todo el pueblo barcelonés..... »Estando, pues, tan real, eclesiástico y noble concurso en la dicha ciudad de »Barcelona, sentado S. M. en su real y majestuoso trono delante del altar ma»yor y prevenido cuanto debia hacerse, celebró de pontifical el obispo Don »Berenguer de Palou, llamado de Palaciolo en el latino idioma, y predicó San »Raimundo de Peñafort, exaltando la misericordia de María Santísima en »órden á todo el humano linaje, y particularmente á los pobres cautivos »cristianos que gemian bajo la tiránica mahometana esclavitud, para cuyo »remedio mandó que se erigiese un nuevo Orden redentor, y concluida la »panegírica, moral y piadosa oracion, bajó del púlpito, y tomando el esca»pulario ó militar toga, que estaba prevenida sobre una rica mesa, la en»tregó con reverencia á S. M., el cual y el Obispo la tomaron, vistiéndola á »S. Pedro Nolasco, esto es, el Rey y el Obispo por la parte anterior, y San »Raimundo por la posterior, concurriendo los tres á tan insigne investidu»ra; á fin de que fuesen partícipes de ella los estados pontifical, clerical, re»gio y secular. S. M. colocó en el escapulario sus insignias reales, y sobre »éstas la cruz de la santa catedral, en memoria de haber sido instituida en »ella tan santa religion. La cruz de la santa catedral de Barcelona es blanca »en campo colorado. Se admitió luego la profesion del santo patriarca Nolas»co, en que hizo los tres votos, de obediencia, pobreza y castidad, y el »cuarto voto de quedarse en rehenes en las ocasiones de peligro en los »cautivos de apostatar de la santa fe católica, y estos mismos hicieron los »primeros compañeros del Santo ante la dicha majestad del Sr. rey D. Jaime I, »quien asi lo ordenó. Asimismo, en el acto iniciativo de la misma religion, »dotó á esta el mismo Sr. rey D. Jaime I, de la privativa de redencion en toda »su corona de Aragon, como tambien del primer suelo ó fundo en su real »palacio, en donde tuvo la Orden su primer hospedaje, y no ménos la ilus»tró con la apreciable calidad de militar.» S. Pedro Nolasco vistió inmediatamente el hábito á Fr. Guillen de Bas: *Fr. Guillermus de Basso, cui immediate ipse Fr. Petrus Nolascus dedit habitum.* Tales son las escasas noticias que nos restan de este prelado, relativas más bien á la historia de una Orden religiosa que á la suya particular.—S. B.

PALOU (Fr. Berengario de), caballero de la órden de la Merced, y comendador en la misma del Vilell, en 1252, cuando esta religion se hallaba compuesta de caballeros y religiosos, como ya hemos indicado en otro lugar, y á imitacion de las demas ordenes militares tenia gran maestre y comendadores; uno de los cuales fué el de que nos ocupamos, y de cuya vida apénas nos han llegado noticias, si se exceptúa su nombre. —S. B.

PALOU (D. Dalmacio de), caballero de la órden de la Merced en 1272, y no religioso como equivocadamente se ha supuesto.—S. B.

PALOU (D. Damian), natural de Gandía. Estudió en la universidad de Valencia, en la que fué discípulo de filosofía del doctor Félix Gaston; despues de haber recibido el grado de maestro en artes, hizo oposicion á la cátedra de matemáticas, y habiendo sido promovido al grado de doctor en ambos derechos, obtuvo la cátedra de jurisprudencia civil y pabordía de la santa iglesia metropolitana de aquella ciudad. Promovido á la dignidad de arcipreste de Altamura, en el principado de Cataluña, marchó á aquel país en 1707, donde permaneció por espacio de veinte años hasta 1727, en que el emperador Cárlos VI le presentó para el arzobispado de Rijoles, en la Calabria, al que se hallan anejos el condado de Bora y la baronía de Castellace. Consagrado en Roma en 30 de Junio, marchó á gobernar su iglesia, lo que hizo con universal aplauso por su erudicion y sabiduría, fervoroso celo y caridad para con los pobres. Falleció en la capital de su arzobispado el 9 de Mayo de 1755, siendo su muerte tan sentida de todos sus diocesanos, que permaneció su cadáver insepulto por espacio de cuatro dias para no desconsolar al pueblo que le amaba como á un modelo de prelados, celebrándose en todas partes exequias en sufragio de su alma. Escribió: 1.° *Carta latina*, circular á toda su diócesis, dada en Roma el dia mismo de su consagracion, 30 de Junio de 1727, é impresa por Bernabó en aquella ciudad y en el mismo año. — 2.° *Prima Synodus Diœcesana in Sancta Metropolitana Ecclesia Rhegina, celebrata feria sexta, sabbato, Dominica XII, XIII y XIV, mensis Augusti M.DCCXXIX;* Nápoles, por Nicolás Migliacino, 1730, en 4.° mayor. Este sínodo es sin duda el que dedicó á la ciudad de Valencia y remitió con una afectuosísima carta, segun Fuster, en sus adiciones á este autor.— 3.° *Antiloquium ad pastores in Synodo congregatos habitum*, á la que se halla unida la obra siguiente: *Appendix ad primam Synodum Diœcesanam, celebratam anno domini M. DCCXXIX;* Nápoles, en el mismo año. —S. B.

PALOU (Ignacio Antonio), sacerdote, natural de Valencia, maestro en artes por esta universidad, doctor en sagrados cánones. Fué beneficiado en la Santa Iglesia metropolitana, y maestro de ceremonias del Ilmo. Sr. D. Andrés de Orbe Ilarreategui, arzobispo de la misma Santa Iglesia. Dió á la estampa un libro que el P. Miguel de S. José llama: *Utile sanè ac pium, nec indoctum neque ineruditum; quamvis fortasse* (añade) *non proximè accedat ad eam perfectionem, excellentiam, et eruditionem, quibus in eo genere eminent aliorum nostræ fermè ætatis Scriptorum Opera*, como la de *Rerum Liturgicarum* del cardenal Bona y la explicacion literal, histórica y dogmática de las ceremonias de la misa que publicó en lengua francesa Pedro Lebrun; y despues de mencionar el juicio que hicieron de la obra los diaristas de España

en el tomo VI, art. 4, concluye diciendo, que no dejará el lector de sacar fruto de ella. Se intitula así: *El Sacerdote instruido y enseñado en la antigüedad; orígen, autoridad y práctica de cada una de las ceremonias de la Misa;* en Valencia, por Antonio Bordazar de Artazú, 1738, en 4.°—O. y O.

PALOU (Juan de). Fué uno de los caballeros que tomaron parte en las córtes de Aragon de 1456 y juraron la célebre Constitucion en obsequio de la Purísima Concepcion de María Santísima. —S. B.

PALOU (Miguel de), canónigo de la santa iglesia catedral de Barcelona en 1338, conocido por haber tomado parte en la ceremonia de reconocer al rey D. Pedro III de Aragon como canónigo de aquella catedral, cuyo acto se celebró de la manera siguiente: «El señor rey D. Pedro III en 1.° de las »calendas de Mayo de 1338 prestó juramento de guardar y observar las ob»servancias y costumbres de la misma iglesia y todas sus inmunidades, »cuyo obispo D. Fr. Ferrario y los canónigos reconocieron á dicho Rey »por canónigo de dicha iglesia con el modo y forma que sus predecesores »habian hecho semejante admision en canónigos á los reyes precedentes, »ofreciéndoles la cotidiana canonical porcion. La cual solemnidad se hizo en »presencia del Sr. Infante D. Jaime, conde de Urgel, hermano del señor Rey: »Bernardo, vizconde de Cabrera; D. Félix de Castro; Lope de Gurrea, por»tero mayor de S. M.; Berenguer de Cruilles, preceptor de la iglesia de Ge»rona y muchos otros.» —S. B.

PALPELIZ (Abraham). Nació el año de 1804 en Bregentz, Tirol, de una familia judía que se encontraba hacia seis años en Nápoles. En esta ciudad abrazó la religion católica, abjurando el judaismo en 30 de Setiembre de 1832, en la iglesia de *Donna-Regina*. En el bautismo recibió los nombres de José, Miguel, Antonio, conservando su apellido. El vicario del *Domo* le suministró aquel sacramento, y fué su padrino D. Horacio Giordano. —C. de la V.

PALTINERI ó PALTINIERO (Simon de Pádua), natural de Monfelice, cerca de Pádua; fué considerado siempre en Italia como un raro ejemplo de virtud y de sabiduría. Urbano IV, á quien no se puede negar el honor de haber llenado el Sacro Colegio de personas ilustres en todos conceptos, le llamó á Roma, donde le elevó á cardenal en el mes de Diciembre de 1261, con el título de S. Silvestre y de S. Martin. Bajo el pontificado del mismo fué de embajador á Toscana, Venecia y Lombardía, con el fin de obtener socorros para la guerra que Su Santidad preparaba contra Manfredo *el Bastardo*, desempeñando tan bien su comision que todos los países mandaron tropas al servicio de la Iglesia. Muerto Urbano IV, su sucesor Clemente IV le dejó en su mismo destino con el encargo de procurarle todavía nuevos aliados y de hacerlos marchar inmediatamente al reino de Nápoles. El cardenal Paltinie-

ro estuvo cuatro veces encerrado en cónclave, encontrándose en la eleccion de los pontífices Gregorio X, Inocencio V, Adriano V y Juan XX, bajo cuyo pontificado murió en el año de 1276.—G. P.

PALU (Juan de la), natural de Malinas, profesor de teología y Sagrada Escritura de la universidad de Lovaina, cura y canónigo de S. Pedro y arcipreste del distrito de la misma ciudad. Murió en 1630, á la edad de sesenta y cinco años, dejando muchas obras, que fueron en extremo apreciadas del público. Las principales son: *Theologicæ, adversus verbi Dei corruptelas;* Amberes, 1620, dos volúmenes en 8.° Es una explicacion de todos los lugares de la Sagrada Escritura sobre los cuales se disputa entre los católicos y los herejes.—*Apologeticus marianus.* En este libro trata de los elogios y prerogativas de la Vírgen María; le publicó en Lovaina en 1623, en 4.°—*De sancto Ignatio concio sacra;* idem el mismo año en 8.°—*Officina spiritualis sacris concionibus adaptata;* Lovaina, 1624, en 4.°—S. B.

PALU (Luis de la). Perteneció á una de las primeras familias de Brescia, era hijo de Aimé de la Palú, señor de Barambon, etc., y de Alix de Courgenon, nobilísimos ambos. Dejó el regalo de su casa y la pompa del mundo por el sosiego del claustro, y tomó el hábito de San Benito en Tournus; peró á pesar de su humildad como no era posible que escondiese su ilustre cuna, y mucho ménos aún sus muchos méritos, fué elegido abad de Ambournai, y despues de Tournus. En calidad de tal asistió al concilio de Constanza en 1417, y fué guarda del cónclave, en el cual recibió Martino V la tiara. Despues de haber sido diputado en el concilio de Sienne, lo fué tambien en el de Basilea, donde fué nombrado obispo de Laussana en 1432 por exclusion de Juan Prangin á quien protegia Amadeo VIII, duque de Saboya. El secretario de éste, llamado Juan Champion, viendo que no se tenia en consideracion la solicitud de su señor, apeló al Papa de la sentencia del concilio, cuya manera de proceder desagradó en extremo en Basilea, donde Champion fué por último puesto en prision. Algun tiempo despues los Padres del concilio enviaron á Luis de la Palú, cerca de Eugenio IV, y despues á Grecia para tratar de unir las iglesias griega y latina. Amadeo VIII, electo papa en Basilea, le hizo cardenal en 1449, y Nicolás V á quien el antipapa Amadeo, llamado Félix, cedió el papado en 1449, confirmó en su dignidad de cardenal á Luis de la Palú, haciéndole además su legado, y no dejando nunca de darle pruebas de su estimacion. Por último, murió en Roma el 22 de Setiembre de 1451. G. P.

PALU (Pedro de la), religioso dominico, patriarca de Jerusalen, legado del pontífice Juan XXII. Fué hijo de Gerardo de la Palú, señor de Varembon, de Richemont, de Bouligneux y de otras muchas tierras en el condado de Brescia, quien tuvo además otro seis, cuyo mérito y probidad dieron un

nuevo esplendor á su nombre y á su familia. El mayor de todos, llamado Amato de Varembon, repartió sus bienes con el segundo y con una de sus hermanas, denominada Margarita, que se habia casado con Godofredo de Grammont; dos de sus hermanos fueron canónigos condes de Lyon, el primero de los cuales, muerto en 15 de Setiembre de 1298, quiso ser enterrado en la iglesia de Santo Domingo de la misma ciudad. Pedro de la Palú, el menor de todos los hijos de esta ilustre familia, nació en el condado de Brescia en 1275. Casi todos los historiadores le hacen natural de Borgoña, quizá porque la señoría de Brescia pertenecia antiguamente al reino de este nombre, ántes de que fuese reunida al ducado de Saboya en 1272. Habiendo pasado los primeros años de Pedro de la Palú en los ejercicios convenientes á su nacimiento, en particular en el estudio de la literatura y en las prácticas de piedad, abrazó el instituto de Santo Domingo en el convento de San Jacobo de París. Sus virtudes y vastos talentos le hicieron estimar desde luego, pero las obras que publicó en lo sucesivo y su conducta en los puestos más elevados de la Orden, ó en las dignidades con que fué honrado, aumentaron mucho su reputacion. Fué empleado con distincion por muchos soberanos en negocios importantes, y con razon ha sido mirado como uno de los mayores ornatos de su Orden, de su nacion y de su siglo. Bien persuadido de lo que ha dicho el Santo Apóstol que la piedad es útil para todo, y que la ciencia sin la caridad no nos hace útiles los unos para los otros, miéntras es algunas veces dañosa para nosotros mismos, por el orgullo que nos inspira, el siervo de Dios trabajó sériamente en obtener la posible perfeccion, y no se propuso nunca parecer sabio. A imitacion de su bendito patriarca, cuya vida fué siempre la regla y el modelo de la suya, hizo toda su delicia de la lectura de los libros sagrados. Las sabias explicaciones que nos ha dado de ellos manifiestan bastante bien, que habia comprendido su espíritu y profundizado todos sus sentidos. Dedicado despues al estudio de la filosofía, de la teología y de la jurisprudencia cristiana ó de las ciencias de los cánones, reunió un tesoro de conocimientos, y poseia en la apariencia cada una de estas ciencias como si se hubiera limitado á ella sola. El don de la palabra aumentaba todavía más sus otras cualidades, y no se hizo ménos famoso como predicador, que hábil como filósofo y sabio teólogo. Tomó todos los grados en la universidad de París, en que habiendo sido recibido doctor en 1314, enseñó por largo tiempo y con mucha reputacion. Más prudente que los que contentos con el título de maestros, cesan de ejercer este cargo cuando deberian propiamente conservarle, este sabio miró siempre como un deber ser útil á todos; á los jóvenes religiosos comunicándoles sus luces, con que enriquecia diariamente su espíritu, á los simples fieles con fervorosas predicaciones y á la posteridad con las obras llenas de luz que nos

ha dejado. Estas ocupaciones, tan dignas de su estado, fueron interrumpidas tan solo por algunos viajes que la obediencia le obligó á hacer á Italia y España, y en cuanto cumplió con las órdenes de sus superiores se le vió emprender con nuevo ardor sus antiguas tareas que continuó todavía durante muchos años. Honrado con el cargo de definidor de su provincia de Francia, Pedro de Palú asistió con este carácter al capítulo general de Pamplona en 1317. Habíale convocado Berenguer de Landore, pero ocupado á la sazon en la corte de Francia, como legado del papa Juan XXII, no pudo hallarse en la asamblea. Pedro de la Palú fué elegido para ocupar el puesto del General ausente y presidir al cabildo; habiendo sido otorgado este honor, tanto á su mérito como al rango que ocupaba entre los definidores. Al año siguiente le nombró el Soberano Pontífice nuncio en Flandes, y le envió con dos religiosos de S. Francisco al conde Roberto y sus aliados para negociar un tratado de paz entre estos príncipes y el Rey cristianísimo, cuyo designio era llevar sus armas á Oriente. Por las cartas del Papa á los reyes de Inglaterra, de Castilla, de Aragon, de Portugal y de Mallorca, se ve lo necesaria que era esta paz al reposo de los pueblos, al mismo tiempo que deseada por todos los que miraban con algun celo los intereses de la religion. Los nuncios apostólicos cumplieron fielmente su comision; pero ni su prudencia ni su habilidad pudieron vencer la obstinacion del Conde y de los flamencos. Esta terquedad sorprendió y afligió igualmente al Santo Padre, cuyos deseos de recobrar la Tierra Santa se veian casi detenidos por los amaños de los que hubieran debido reunir sus fuerzas á las de Francia para humillar los enemigos del nombre cristiano. Los enviados del Papa tuvieron otro disgusto, que les fué originado por los enemigos de la paz, ó por la malicia de algunos envidiosos ocultos. Miéntras que para indisponer al conde Roberto contra los dos padres, se los representaba como enteramente opuestos á sus intereses, se esforzaban en indisponer al rey de Francia contra Pedro de la Palú, que pretendian, aunque con poco fundamento, ser afecto al conde de Flandes en perjuicio del monarca francés. Habiendo regresado los nuncios á Aviñon en el mes de Julio de 1318, Su Santidad hizo examinar con cuidado las acusaciones que se habian dirigido contra ellos, y este exámen fué la prueba de su inocencia ó la justificacion de su conducta. Puede verse la relacion ilustrada que ha publicado Mr. Balucio en una de sus obras. Plenamente satisfecho Juan XXII de la manera de que Pedro de la Palú habia dirigido la negociacion, aunque el éxito no hubiera correspondido á sus deseos, continuó honrándole siempre con su confianza; y para darle desde luego una prueba inequívoca, le nombró el Pontífice con el maestro del Sacro Palacio y otros seis doctores, elegidos para examinar la doctrina de Pedro Juan Oliva. El cardenal Nicolás de Prato, decano del Sacro Colegio,

les remitió sesenta artículos con órden de confrontarlos cuidadosamente con el comentario de este autor, para reconocer desde luego si habian sido fielmente extractados y dar despues su juicio sobre cada una de estas sesenta proposiciones, que contenian en compendio el sistema de los fraticelas y todo el veneno de su herejía. Balucio nos ha conservado la carta de estos doctores al Papa, y la censura que dieron de todas las proposiciones cuyo exámen se les habia cometido. Aunque este documento sea muy curioso, y pueda pertenecer en cierta manera á la historia de Pedro de la Palú, uno de los teólogos consultados, no le daremos completo por su excesiva extension. Pero para dar una idea de la herejía de los fraticelos, contra la que nuestro autor escribió despues un tratado particular, no será inútil manifestar aquí que Pedro Juan de Oliva explicaba así los siete estados de la Iglesia, que pretendian ser representados por las siete visiones referidas en el libro del *Apocalipsis*. El primer estado, segun este autor visionario, era la fundacion de la Iglesia primitiva en el judaismo, en los apóstoles; el segundo las pruebas y propagacion de la Iglesia por los tormentos de los mártires; el tercero la explicacion de la fe por la refutacion de las herejías; el cuarto la vida de los anacoretas, que huian del mundo, se ocultaban en las soledades más remotas, mortificaban su carne con grandes austeridades é iluminaban á toda la Iglesia con la santidad de sus ejemplos; el quinto la vida comun de los monjes y de los clérigos, que, segun las expresiones del autor, poseian bienes temporales, ya por un celo severo, ya por condescendencia; la sexta es la renovacion de la vida evangélica, la destruccion de la vida anticristiana, la conversion final de los judíos y de los gentiles, es decir el restablecimiento completo de la Iglesia en su primer estado. El sétimo, en lo que se refiere á la vida presente, es una participacion pacífica de la vida futura, como si la celestial Jerusalen hubiera descendido á la tierra; pero en cuanto á la otra vida es la resurreccion general, la glorificacion de los santos y la última perfeccion de todas las cosas. Segun la doctrina de Pedro de Oliva, el primer estado de la Iglesia cristiana ha comenzado propiamente en la mision del Espíritu Santo, aunque en otro sentido se pueda poner el principio en la predicacion de Jesucristo; el segundo comenzó, segun él, en la persecucion de Neron, ó en el martirio de S. Esteban, y áun en la pasion del Hombre-Dios; el tercero en la conversion de Constantino *el Grande*, primer emperador cristiano, en el pontificado de S. Silvestre, ó en la celebracion del concilio de Nicea, que condenó la herejía de los arrianos; el cuarto, dice Pedro de Oliva, comenzó en tiempo del gran S. Antonio, ó de S. Pablo *el Ermitaño*, ó bien del emperador Justiniano; el quinto en el reinado de Carlomagno; el sexto, continúa el mismo autor, comenzó en cierto modo en tiempo del bienaventurado patriarca S. Francisco; pero aparecerá con más esplendor

en la condenacion de Babilonia, la gran prostituida, cuando el Angel marque á los que deben componer la milicia de Jesucristo; el sétimo y último estado comenzará en un sentido en la muerte del Antecristo, que se hará llamar el Dios y el Mesías de los judíos, y comenzará de otra manera en el último dia en que se haga la separacion de los elegidos y los reprobados. Pedro de Oliva insistia particularmente en la vision que representaba, segun él, el sexto estado de la Iglesia. Esta sexta época, decia, se descubrirá una perfeccion singular de la vida y la sabiduría de Jesucristo. Desaparecerá tan completamente la vejez del tiempo anterior, que parezca formarse una nueva Iglesia, como se formó una al primer advenimiento del Hijo de Dios, cuando fué desechada la sinagoga. De aquí procede que en estas visiones se nos representan tres advenimientos de Jesucristo: el primero en carne mortal, rescatando al mundo y fundando su Iglesia; el segundo en el espíritu de la vida evangélica, reformando ó perfeccionando la misma Iglesia, y el tercero en la consumacion de todas las cosas, cuando venga para juzgar al mundo y glorificar á sus elegidos. Por lo demás el estado futuro de la Iglesia desde la condenacion de Babilonia ó de la Iglesia carnal hasta el fin del mundo, debe durar mucho para que este mismo estado pase por grados desde la mañana al medio dia, pase despues á la tarde y á una tan profunda noche de malicia, que habiendo prevalecido en todas partes la iniquidad, y estando casi enteramente extinguida la fe en el espíritu de los hombres, se vea el Hijo de Dios como obligado á presentarse á juzgarlos. Todo esto exige sin duda el trascurso de muchos años, y seria ridículo, dice el comentador, que el tercero y principal estado del mundo, propio del Espíritu Santo, fuese momentáneo y desproporcionado con lo demás de esta grande obra. Como en la sexta edad del mundo Jesucristo, el nuevo Adan, vino á rescatar al judaismo carnal y á dar una nueva ley y una vida nueva con la cruz; así en la sexta edad será reprobada la Iglesia carnal, y renovada la ley de Jesucristo. Por esta razon, continua Pedro de Oliva, al principio de este estado apareció San Francisco caracterizado con las llagas de Jesucristo, y enteramente crucificado con él. En la primera época se manifestó Dios, el Padre, en toda su terrible majestad, y reinó el terror. En la segunda se ha manifestado Dios Hijo como doctor, siendo el Verbo y la sabiduría del Padre. En la tercera se manifestará el Espíritu Santo como una llama y un horno del amor divino, como una embriaguez espiritual, un trasporte y un exceso de alegría en que se verá, no por la simple inteligencia, sino por la experiencia sensible y palpable, la verdad de la sabiduría del Verbo encarnado y del poder de Dios el Padre. Pues ha dicho Jesucristo: cuando venga ese espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad y me glorificará. Aquí olvida el escritor que esta promesa del Hijo de Dios fué cumplida, cuando el Espíritu Santo

descendió sobre los apóstoles en Pentecostés, y á consecuencia del mismo error, añade: que una propiedad del sexto estado de la Iglesia será profesar y mirar la ley ó la regla evangélica, no solo en cuanto á los preceptos, sino tambien en cuanto á los consejos. Como si los apóstoles, los perfectos anacoretas y tantos ilustres santos como de siglo en siglo se han dado á la iglesia para edificarla é ilustrarla, no hubieran atraido á la observancia de los divinos mandamientos la práctica exacta de los consejos evangélicos. En cuanto al principio del sexto estado, los unos creen, dice Pedro de Oliva, que debe tomarse desde el mismo orígen de la órden de S. Francisco; otros desde la revelacion del tercer estado general hecha al abad Joaquin; otros desde la destruccion de Babilonia y de la Iglesia carnal; otros desde que se levantan algunos para sostener el espíritu de Jesucristo y de S. Francisco, cuya regla debe ser maliciosamente combatida y condenada por la Iglesia carnal, como Jesucristo lo fué por la sinagoga. Todos estos artículos y otros muchos que omitimos, fueron censurados por los teólogos como temerarios, erróneos, blasfemos y heréticos; y la Bula publicada muchos años despues contra la doctrina de Pedro de Oliva, fué conforme al juicio de estos sabios. Esta Bula es de 9 de Febrero de 1326, y sin embargo, nosotros hemos puesto el exámen de que acabamos de hablar en 1318. La prueba de esto es que Bertrand de la Tour, el segundo de los doctores nombrados por Su Santidad, ó por el cardenal de Prato, para examinar los escritos de Pedro de Oliva, era entónces provincial de los Menores en Aquitania, y en la carta que los doctores dirigieron al papa Juan XXII, para darle cuenta del exámen hecho de órden suya, Bertrand de la Tour no toma ningun otro título, y sin embargo, desde 1319 este provincial habia sido consagrado arzobispo de Salerno, lo que prueba que la carta no puede ser anterior. Habiendo desempeñado Pedro de la Palú su comision, partió de Aviñon para volver á París, donde durante más de diez años solo se ocupó del estudio y de la oracion en las funciones del ministerio apostólico, ó en la composicion de diferentes obras, en particular de sus comentarios sobre las Sagradas Escrituras. El *Tratado de la pobreza de Jesucristo y de los apóstoles*, que compuso quizá de órden de Su Santidad contra los errores de Miguel de Cessena, se encuentra todavía entre los manuscritos de la Biblioteca Colbertina, segun Balucio. Combatió tambien por el mismo tiempo á otro autor, y el buen resultado de la disputa le hizo mucho honor. Conocidas son las proposiciones sostenidas por Juan de Poilly, y combatidas por los teólogos. Orderico Raynald dice que los escritos de Pedro de la Palú, y en particular su *Tratado de la causa inmediata del poder eclesiástico*, sirvieron como de preparacion á la sentencia que pronunció el Papa contra la doctrina de Juan de Poilly en su bula de 25 de Julio de 1321. El mismo año asistió Pedro de la Palú al ca-

pítulo general de su Orden, reunido en la ciudad de Florencia, en que habiendo examinado con detenimiento la doctrina, las costumbres y la conducta de algunos religiosos de la provincia romana, acusados ó sospechosos al ménos de caer en un falso espiritualismo, tuvo la satisfaccion de poder dar testimonio de la pureza de sus sentimientos y de firmar despues del general de la Orden el acta que se levantó en 18 de Junio de 1321. La historia no nos refiere que hiciese una larga morada en Italia, y la fecha de la mayor parte de sus escritos nos hace comprender que se apresuró á regresar á la capital de Francia, donde repartiendo segun su costumbre el tiempo entre lo que debia al público y lo que se debia á sí mismo, hacia diariamente nuevos progresos en las ciencias y en la práctica de las virtudes. Pero el esplendor de su reputacion y la estimacion que habia concebido el Papa por su mérito, le privaron de la felicidad de su retiro. Despues de la muerte de Raimundo Bequin, patriarca de Jerusalen, el vicario de Jesucristo puso sus miras en Pedro de la Palú, le llamó á Aviñon en 1329, y habiéndole consagrado él mismo para aquella sede patriarcal, le dió al mismo tiempo en administracion la Iglesia de Lemira la Nueva, en la isla de Chipre. El nuevo Patriarca, que no queria llevar este título sin haber intentado al ménos hacer entrar en el seno de la Iglesia los pueblos de que era pastor, se hizo desde luego un deber de pasar á Oriente. Partió á principios de Julio con el obispo de Mende y los embajadores del rey de Chipre, que conducian á la princesa María, hija del conde de Clermont, destinada á casarse con el hijo mayor del Rey, se embarcaron en Marsella, seguidos de muchos peregrinos que querian pasar desde Chipre á Jerusalen. El Patriarca se detuvo poco tiempo en aquella isla, y despues de haber reconocido el estado en que se hallaban á la sazon, se dirigió á Egipto para conferenciar con el Sultan y arbitrar medios de sacar, por último, á la Palestina de manos de los infieles. Sponde dice que hizo esto por consejo ó mandato del rey de Francia Felipe de Valois, y que el Patriarca emprendió este viaje por visitar el Santo Sepulcro y tratar de paz entre el sultan de Egipto y los cristianos orientales. Pero el Sultan, deseoso únicamente de conservar sus conquistas, evitando todo lo que pudiera ser un impedimento para la posesion de la Tierra Santa, que habia reunido enteramente á su imperio despues de la toma de S. Juan de Acre, ni quiso oir ninguna proposicion, ni acertar ninguna condicion de convenio. Los sarracenos, mucho más unidos entre sí que lo estaban los príncipes y los pueblos de Occidente, comenzaban á no temerlos ya, y la suerte de los cristianos que habitaban en los estados del Sultan, no era muy diferente de la de los antiguos israelitas bajo el dominio de Faraon. Nuestro Patriarca, testigo de la dura servidumbre á que se hallaban reducidos, no pudo ménos de exhortarlos á volver á Dios de todo corazon

y no continuar por sus pecados, haciendo inútiles los socorros que se les preparaban. Segun la antigua crónica de S. Dionisio, Pedro de la Palú se hallaba de regreso en Francia en 1331. Se dirigió desde luego á la corte del Papa, y despues á la del Rey, y la relacion que hizo de sus conferencias con el Sultan, de la obstinacion de este príncipe infiel, de la profanacion de los Santos Lugares, y de la opresion de los cristianos en Oriente, interesó vivamente á Su Santidad y al Sacro Colegio. No le escucharon con ménos interés los señores y todos los demás prelados franceses, entrando de tal manera en las miras del Papa y del Patriarca, que despues de haber oido los discursos de éste, convinieron casi todos á una voz hacer la expedicion para recobrar la Tierra Santa. El rey Felipe escribió al Soberano Pontífice suplicándole mandase predicar la Cruzada, y la Bula expedida con este motivo fué dirigida al mismo patriarca de Jerusalen y á todos los obispos de Francia. El Patriarca cumplió en particular esta comision con todo el celo que podia inspirarle el amor de la religion y la caridad hácia sus hermanos. En 1.° de Octubre de 1332, el Rey reunió en París en la Santa Capilla una grande asamblea, á que asistieron Juan I, rey de Bohemia, el rey de Navarra, los duques de Borgoña, de Bretaña, de Lorena, de Brabante y de Borbon con muchos prelados y gran número de nobles. El patriarca de Jerusalen habló en presencia de todos aquellos príncipes con tanta fuerza y dignidad sobre los asuntos de la Tierra Santa, que los obispos presentes, en número de ventiseis, aprobaron todos sus razones y las apoyaron como á porfía. Reuniéronse tambien los varones y declararon unánimemente que se hallaban prontos á exponer su vida y sus bienes por una causa tan buena. Estando acordadas todas las circunstancias de la empresa, se envió el primero á Felipe de Valois, y nuestro Patriarca tomó la cruz despues del Rey, siguiéndole un gran número de personas distinguidas. Todos estos hermosos proyectos y todos estos grandes preparativos no tuvieron, sin embargo, mejor éxito que los que se habian hecho ya en otras muchas ocasiones, y que se renovaron todavia con frecuencia en lo sucesivo. Poco cuidadosos de observar la ley de Jesucristo, los cristianos parecian carecer de celo para recobrar aquellos lugares respetables, consagrados por la sangre y los misterios del Hombre-Dios; pero hubieran debido imputarse á sí mismos y á sus pecados la pérdida que habian sufrido, y si les quedaba un sincero deseo de arrojar á los pueblos infieles que los poseian por la fuerza de las armas, debian confiar en el socorro de Dios y no en sus fuerzas y trabajos para que el cielo les fuese favorable, conformando su vida á la pureza de su fe, lo que nunca hubo el consuelo de ver en aquella confusa multitud de cristianos cruzados, que marchaban bajo el estandarte de príncipes muy religiosos algunas veces, cuyas más prudentes empresas hacian fracasar con su

espantoso libertinaje. La historia no nos permite ignorar estos sucesos ni las justas quejas que se han hecho con frecuencia de estos santos personajes. La guerra que Felipe de Valois se vió obligado á sostener con Inglaterra, impidió la que habia resuelto hacer á los enemigos del nombre cristiano. Se consideró entónces este contratiempo como un gran mal, pero quizá fué un mal que ahorró otros mucho más considerables. De todas maneras; habiendo tentado inútilmente el patriarca de Jerusalen el camino de las negociaciones y el de las armas para socorrer á los cristianos de la Palestina, esperó con paciencia el momento que Dios ha marcado para tener compasion de su pueblo. No le restaba más que levantar las manos al cielo y continuar, sin embargo, sirviendo á la Iglesia con sus escritos. Hizo un señalado servicio á su escuela poniendo en claridad los hermosos principios de Santo Tomás, de que se manifestó siempre fiel discípulo, y separando desde su cimiento las extrañas opiniones del célebre Durand, obispo entónces de Meaux. En los comentarios de ambos sobre el *Libro de las Sentencias*, es donde se nota principalmente la vasta erudicion y la elevacion de genio de estos dos sábios dominicos. Pero el Patriarca tenia una ventaja sobre el Obispo, que siguiendo siempre las huellas de los doctores antiguos, que el otro no tenia dificultad en abandonar y combatir, caminaba con seguridad y su modestia daba un nuevo esplendor á su doctrina. Convinieron, sin embargo, en un punto; en defender la fe de la Iglesia en lo relativo á la vision beatífica concedida al alma de los justos, á quienes nada les queda que expiar. La opinion sobre la dilacion de la felicidad de los santos, que algunos atribuian al papa Juan XXII, y que obtuvo grande acogida en los últimos años de su pontificado, llamó la atencion de los pueblos y de los soberanos, y todavía más de los teólogos. Durando de San Pourçain se propuso combatir la opinion atribuida al Papa. Pedro de la Palú, sin abandonar la verdad, que se creia en peligro, se condujo con más prudencia y moderacion; no se mezcló por sí mismo en la disputa; pero cuando el Rey Cristianísimo, celoso por el sagrado depósito, le puso á la cabeza de los prelados y de los doctores que habia reunido en el castillo de Vincennes para saber su opinion, el prudente Patriarca defendió con energía la antigua doctrina de la iglesia, y se guardó de imputar á su jefe visible un error contra la fe. Todo esto se prueba por la misma carta que el patriarca de Jerusalen, Pedro, arzobispo de Rouen, Guillermo Bernard, canciller de París, y otros obispos ó simples doctores dirigieron al Rey para darle cuenta de sus deliberaciones. «Hemos oido de vuestra »boca, decian, que no deseabais saber en esta materia nada que pudiese he»rir á vuestro santo padre el Pontífice, de quien somos humildes servidores »é hijos; por el contrario, que en esto y en todo lo demás erais celoso de su »honor. Nosotros además hemos oido decir á muchas personas dignas de cré-

»dito que todo lo que el Santo Padre ha dicho sobre este sunto no lo ha dicho »asegurando ú opinando, sino solo refiriendo y á manera de exámen..... Ha»blando de la advertencia del príncipe de los apóstoles, que quiere que estemos »siempre dispuestos á responder á todos los que nos piden cuenta de nues»tra fe, y de la esperanza que hay en nosotros, habiendo dicho separadamente »nuestros pareceres sobre las cuestiones propuestas, hemos convenido todos »que desde la muerte de Jesucristo, todas las almas de los Santos Padres que »sacó del Limbo al bajar á los infiernos, y las de los demás fieles que han »salido de sus cuerpos sin tener necesidad de purificarse, ó que han pasado »por el Purgatorio, son desde luego elevadas á la vision clara é intuitiva de »la esencia divina y de la Santísima Trinidad, que S. Pablo llama frente á »frente, y que esta vision que los Santos tienen actualmente de la Divinidad »no cesará despues de la resurreccion para dar lugar á otra, sino que conti»nuará siendo siempre la misma.» La fecha de esta carta es de 2 de Enero de 1332, segun du Boulay, ó de 1333, segun M. Fleury. La célebre asamblea de Vincennes se celebró el 19 de Diciembre del año anterior. Algunos autores han creido que Pedro de la Palú hizo despues un segundo viaje á Chipre, donde lleno de dias y méritos, despues de haber trabajado por largo tiempo en la viña del Señor, terminó su carrera con grande opinion de santidad, segun la opinion de Antonio Possevin. Es, sin embargo, positivo que no permitiéndole los negocios de que estuvo contínuamente encargado, desde 1329, dedicar su atencion al cuidado de la iglesia de Lemisa la Nueva, la dimitió voluntariamente, y algun tiempo despues aceptó la administracion de la de Conseraus. En los archivos de esta iglesia se halla un acta de 1337, en la que Pedro de la Palú, en calidad de administrador de la iglesia de Conseraus, confirma y renueva todos los estatutos de uno de sus antecesores en la misma sede. Habiendo leido este escrito el ilustre M. Isaac Jacobo de Verthamont en 1715, le comunicó á Dionisio de Sainte Marthe, y le suplicó colocase en la nueva edicion de la *Galia Cristiana* á Pedro de la Palú entre los prelados que habian gobernado la iglesia de Conseraus. Habiendo pasado este ilustre personaje los últimos años de su vida en la oracion, sin cesar casi de escribir y de responder á toda clase de personas que le consultaban, murió santamente en París el último dia de Enero de 1342. Fué enterrado entre sus hermanos en la iglesia de S. Jacobo, donde existió su epitafio por mucho tiempo. Engañóse por lo tanto Orderico Rainald, cuando hablando del socorro que el papa Clemente VI enviaba en 1345 á los cristianos sitiados por los infieles en la ciudad de Smirna, pone á la cabeza de los cruzados á Pedro de la Palú, á quien Su Santidad, dice este autor, habia recomendado particularmente á la emperatriz de los Griegos, lo mismo que á los reyes de Chipre, de Sicilia, de Armenia, á los venecianos y á otros

príncipes interesados en la causa comun contra los progresos de los bárbaros. S. Antonino, siguiendo á sus contemporáneos, ha hecho en más de una ocasion el elogio de Pedro de la Palú, y Gerson le llama un doctor muy célebre y muy profundo en el conocimiento de todas las ciencias divinas, humanas y canónicas: *Vir in divinis, humanisque, et canonicis disciplinis profundissimus.* No se puede, en efecto, ménos de formar esta idea al leer sus obras, algunas de las cuales se han impreso y otras se hallan todavía manuscritas en las bibliotecas. Sus *Concordancias sobre la Suma de Sto. Tomás* fueron impresas en Salamanca en 1552, y sus *Sermones para todo el año* lo fueron en Amberes en 1571, en Venecia en 1584 y en Colonia en 1608. Sus *Comentarios sobre el tercero y el cuarto libro de las Sentencias*, aparecieron tambien impresos en París en 1514, 1517 y 1530. Ignoro porqué se ha dejado de publicar la primera parte de este excelente comentario. Damian Zenari, impresor de Venecia, tuvo el designio de darla al público; lo que sin embargo no llegó á ejecutar. Segun Possevin, el tratado de nuestro autor contra Juan de Poilly se halla manuscrito en la Biblioteca Imperial de Viena, y Mr. Dupin observa que esta obra en que se habla del poder de S. Pedro, del de los demás apóstoles, de los discípulos, del Papa, de los obispos y de los curas, fué impresa en París en 1506. Pero la mejor de todas las obras de Pedro de la Palú, la que ocupó su espíritu y su pluma durante la mayor parte de su vida, y que los sabios desean ver impresa con el mayor ardor, es un grande comentario sobre los libros de la Biblia, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, que ha explicado con mucha erudicion y exactitud, segun el sentido literal y espiritual. Sixto de Siena dice que habia leido en la Biblioteca de los Dominicos de Lion una parte de esta grande obra, y solo el comentario sobre el *Salterio* ocupaba siete volúmenes. Antonio Possevin asegura lo mismo; pero, añade este escritor, tenemos motivos para creer que todos estos manuscritos fueron presa de las llamas cuando el furor de los calvinistas prendió fuego á todas las bibliotecas de Lion; no hablamos de lo que hemos oido decir, sino de lo que vimos durante aquella desgraciada noche, en que habiendo perdido nuestros propios libros, dice el P. Touron, perdimos al mismo tiempo todo lo que nos pertenecia, teniendo los herejes un placer en saquear, romper y destruirlo todo.—S. B.

PALUDANUS (Miguel). Nació este religioso agustino en Gand el año de 1593. Sintiéndose con vocacion tomó el hábito de la órden de S. Agustin, en la que fué dedicado á la enseñanza de los novicios, habiendo sido nombrado por su capacidad para ejercer los principales cargos de la Orden. Han quedado de su pluma una *Dialéctica* y unos buenos comentarios sobre la Suma de Sto. Tomás, titulados: *Sacra et theologica concordantia temporum regum Judæ Israel*, de cuyas obras habla Valerio Andrés en su *Bibliotheca Bel-*

gica; Herrera y Lemire en los *Escritores del siglo XVII*, citados todos por Moreri al hablar de Paludanus. —C.

PAMANES (Felipe de), sacerdote valenciano, del cual hace mencion Antonio de Leon Pinelo, diciendo que Gaspar Escolano le llama escritor de aquel reino. Barcia tambien alaba á Pamanes en su *Biblioteca Oriental*, y todos convienen en que dió á la luz pública *los Notables del Perú*. Pero ni Don Nicolás Antonio, ni ellos, nombran la impresion ni el punto donde se reimprimiese. —O. y O.

PAMAQUIO (S.), confesor, ilustre descendiente de la familia de los Camilos de Roma, de donde era natural; llama S. Gerónimo á su amigo y condiscípulo S. Pamaquio, *piadoso Senador romano* en el siglo IV de nuestra era. Desde muy niño se vieron en él señales inequívocas de virtud y santidad, y conociendo su capacidad los que cuidaban de su infancia, no solo dirigieron su educacion para que luciese en el mundo por sus conocimientos, sino que despues de haberle enseñado la literatura general y los sistemas filosóficos que entónces se conocian, le instruyeron tambien en las Santas Escrituras. Juzgándole ya suficientemente instruido, le permitieron entrar á figurar en el gran mundo el año 370, en el que S. Gerónimo su amigo, desengañado de lo que el mundo da de sí y deseando encontrar el camino de la perfeccion, se retiró al desierto á vivir solo para su Dios. Cumplida la edad conveniente, fué el noble Pamaquio recibido en el Senado romano al que correspondia por su clase, y tanto por su mérito cuanto por su virtud no tardó en distinguirse en aquel respetable cuerpo, que le contó entre sus más ilustrados miembros. Su gran capacidad le valió la alta dignidad de procónsul, y ejerciendo ya este empleo se casó con la hija segunda de Santa Paula. El heresiarca Joviniano iba en este tiempo trastornando las conciencias con sus errores, y conociéndolos primero que otro alguno Pamaquio, escribió al Pontífice haciéndoselos conocer, por lo que éste condenó á Joviniano el año 390. Piadosa correspondencia se estableció entre los dos amigos S. Pamaquio y S. Gerónimo sobre los errores de Joviniano, aprovechando el segundo los consejos luminosos del primero en las obras que escribió contra el heresiarca. A los tres años de matrimonio murió la mujer de Pamaquio, por cuya alma hizo celebrar el santo sacrificio de la Misa dando, segun costumbre de aquellos tiempos, una gran comida á todos los pobres de Roma; por lo que dice S. Gerónimo que Pamaquio ungió el cadáver de su esposa Paulina con el bálsamo de la caridad, que cura el alma y la purifica, añadiendo que su caudal fué despues enteramente de los pobres, que le seguian bendiciéndole siempre que salia de su casa. Su caridad le obligó á construir un hospital en el Puerto Romano, en el que muchas veces servia por su propia mano á los pobres que albergaba en él y en especial á los

enfermos. Largo sería el relatar lo mucho que hizo para lograr volver al seno de la Iglesia católica á los arrendadores y colonos de las posesiones que tenia en Numidia, que habian abrazado el cisma de los donatistas; pero bastará decir que sus exhortaciones surtieron el fin que se propuso, pues que todos abjuraron del error y volvieron á ser hijos de la Iglesia. El año 401 le escribió San Agustin felicitándole por el celo con que promovia y defendia la unidad de la fe católica, y escribiéndole en el mismo sentido el obispo de Nola, S. Paulino, le animó á perseverar con fe y constancia en la virtud. Los expresados santos y otros fieles desearon que S. Pamaquio, cuya piedad era tan ejemplar como su caridad, recibiese las sagradas órdenes; pero este santo varon, cuya humildad era extraordinaria, no accedió nunca á los deseos de sus coreligionarios, porque no se juzgó digno de la alta dignidad sacerdotal. Despues de haber fervorizado á los fieles, y admirado con su virtud y santidad á los romanos, murió S. Pamaquio el dia 30 de Agosto, en el que le veneramos anualmente, del año 410, muy sentido de los romanos, que le cuentan como una de las preciosas alhajas que componen el tesoro en el cielo. — B. C.

PAMBO DE NITRIA (S.), abad. Recuérdanos la Iglesia católica un santo de este nombre el dia 6 de Setiembre, de que solo nos dicen los Martirologios que aún muy jóven se fué al desierto en busca del grande Antonio, de quien aprendió la ciencia de la salud, acompañándole algun tiempo en el yermo, y que separándose despues fundó un monasterio en el desierto de Nitria. — C.

PAMELIO (Santiago de). *Pamelius*, hijo de un consejero de Estado del emperador Cárlos V, nació en Brujas el año 1536, y adquirió renombre por sus excelentes escritos. Despues de adquirir muchos y diferentes conocimientos en Lovaina y en París, regresó á su patria y fué hecho canónigo. Su primer cuidado fué crear una escogida biblioteca, confrontar las obras de los Santos Padres con los antiguos manuscritos, y aplicarse á la crítica sagrada. En seguida recibió una canongía de Santa Gudula, en Bruselas, y otra despues en S. Juan de Bois-le-Duc. Las guerras civiles que asolaron el territorio de su patria le obligaron á buscar un retiro en Saint-Omer, cuyo obispo le dió el arcedianato de su catedral, y andando el tiempo fué nombrado por Felipe II para aquella mitra, y para la prebostía de la iglesia de San Salvador de Utrech. Sus escritos son: *Liturgia latinorum*; obra muy curiosa y poco comun, que contiene los ritos del santo sacrificio de la Misa observados por los Apóstoles y por los Santos Padres. — *Micrologus de ecclesiasticis observationibus; catalogus commentariorum veterum selectorum in universam Bibliam. — Relatio ad Belgii ordines de non admittendis una in republica diversarum religionum exercitiis*; obra llena de sana teología y exce-

lente política. Juan Luis de la Cerda y Rigault utilizaron los trabajos de Pamelius para dar las ediciones de Tertuliano. Falleció en Mons (Hainaut) el año de 1587, á los cincuenta y dos años de su edad, cuando iba á tomar posesion del obispado de Saint-Omer. Si gran concepto y estima gozó Pamelius por las obras de su ingenio, no alcanzó ménos seguramente por las dotes de su alma. —C. de la V.

PAMER (Antonio). Nació el 4 de Octubre de 1709 en Murzethol, en Siria; recibido en el noviciado á la edad de diez y ocho años, aprendió las bellas letras en Viena y la filosofía en Passau. Murió en 1781 en el colegio de Lintz, en el cual habia vivido muchos años. Escribió: *Mars accusatus honoribus Illustrissimorum, Perillustrium... Dominorum Neo-baccalaureorum, cum in antiquissima ac celeberrima universitate Viennensi, promotore R. P. Jacobo Focky é Societate Jesu, A. A. L. L. et philosophiæ doctore, ejusdemque professore ordinario, prima A. A. L. L. et philosophiæ laurea ornarentur;* 1743, Viena; y otro escrito titulado: *Rerum gestarum Ludovici Andreæ S. R. J. Comitis a Kheuenmüller, brevis commentarius, dicatus honoribus Illustrissimorum, Perillustrium, Reverendorum, Religiosorum, Prænobilium, Nobilium ac eruditorum Dominorum Dominorum Neo-doctorum, cum in antiquissima ac celeberrima universitate Viennensi, promotore R. P. Jacobo Focky, e Societate Jesu, A. A. L. L. et phil. doctore, ejusdemque professore emerito, necnon pro tempore inclitu facultatis philosophiæ, seniore ac consistoriali, suprema A. A. L. L., et philosophiæ laurea insignirentur;* Viena, 1744. O. y O.

PAMERIO (Ilmo. Sr. D. Fr. Alberto), flamenco de nacion. Siendo arzobispo de Trípoli, despues de haber sido obispo de Trani en el reino de Nápoles, vino á España encargado de graves negocios que trató con el rey Felipe II; y concluidos estos, renunció el arzobispado para quedarse en la provincia de S. Diego, desde donde pasó al colegio mayor de S. Pedro y S. Pablo fundado en la universidad de Alcalá de Henares para trece religiosos de las provincias observantes por el Emmo. Cardenal de España Cisneros. Concluida la colegiatura eligió para su perpétua morada el convento de recoleccion de nuestra Señora de la Esperanza, extramuros de la villa de Ocaña, donde pasó á mejor vida con fama de santidad el año de 1574. Cuantos escritores hacen memoria de este religioso aseguran era famoso en todas ciencias. —O. y O.

PAMPHILA. Así se llamó la familia romana del papa Inocencio X. Véase Inocencio.

PAMPHILIO (Benito), cardenal de la Santa Iglesia Romana, primer diácono del título de Santa María *in Via lata*, arcipreste de la basílica de San Juan de Letran, gran prior de Roma de la órden de S. Juan de Jerusalen, prefecto de la Signatura de las Gracias, bibliotecario de la santa Iglesia de Roma, protector de la órden del Cister y del Colegio Clementino, sobrino del

papa Inocencio X é hijo de Camilo Pamphilo y de Olimpia Aldobrandina, princesa de Rossano, nació el 23 de Abril de 1653. Siendo gran prior de Roma, fué creado cardenal por el papa Inocencio XI el 1.° de Setiembre de 1681. El 23 de Agosto de 1690 fué nombrado legado de Bolonia, y en 1698 protector del hospital de la Trinidad de los peregrinos. Sucesivamente se le nombró arcipreste de la basílica de Sta. María la Mayor y de S. Juan de Letran, tomando posesion de esta última plaza el 26 de Abril de 1699. En Febrero de 1704 sucedió al cardenal Noris en el cargo de bibliotecario del Vaticano, y murió en Roma el 22 de Marzo de 1730, á la edad de setenta y seis años, diez meses y veintisiete dias, y á los cuarenta y ocho años, seis meses y veintiun dias de cardenalato. — C.

PAMPHILO (Camilo). Fué éste sobrino del papa Inocencio X, creado cardenal por su tio; pero habiendo hecho dimision de su capelo, se casó con Olimpia Aldobrandina, princesa de Rossano, sobrina del papa Clemente VIII, heredera de su casa y viuda de Pablo Borghese, sobrino del pontífice Paulo V, que murió el 19 de Diciembre de 1681, habiendo tenido de su primer matrimonio á Juan Bautista y á Benito Pamphilo. Murió Juan Bautista en Roma el 7 de Noviembre de 1709 y fué enterrado en la iglesia de Santa Inés de la plaza de Navonna, construida por su familia, á la cual habia hecho grandes donaciones. Dejó en su testamento ocho mil escudos para que se empleasen en obras piadosas y para que se distribuyesen á los pobres, á los que daba ordinariamente veinte mil escudos todos los años, que aumentaba á proporcion de las miserias públicas, distribuyéndoles cincuenta mil escudos el año del gran jubileo. Dejó por heredero á su hijo mayor Camilo Pamphilo, príncipe de Valmontone, segun Moreri. — C.

PAMIRON (P. Fr. Buenaventura), natural del ducado de Berry. Tenia tal inclinacion y amor á los pobres, que no se apartaba de ellos un instante. Cuidaba solícitamente este hermano de la religion de S. Juan de Dios á los más asquerosos. Sus ayunos excedian á sus fuerzas. Era su oracion continua y su cama el duro suelo, y un costal de harapos su cabecera. Poniase cilicios y mortificábase con ásperas penitencias. Padeció con sufrimiento una larga y penosa enfermedad, durante la cual tuvo motivos para ejercitar mucho su paciencia. Falleció de resultas de ella en París el 24 de Febrero de 1649, dando claras señales de que iba á la gloria por sus muchos merecimientos. — O. y O.

PAMPLONA (Fr. Andrés y Fr. Martin de), religiosos mercenarios que asistieron en 1317 al capítulo general celebrado por su Orden en aquel año. — S. B.

PAMPLONA (Fr. Bernardo de), religioso capuchino de la provincia de Navarra. Escribió: *Occultissimum S. Inquisitionis Tribunal, in quo agitur de*

S. Inquisitionis praxi, de Qualificatorum munere, deque Reorum Confesionibus, ac Sententiis; un tomo manuscrito, en fólio. — *Thesaurus Parochorum. Consultationes canonico-morales*; tres tomos, fólio. — S. B.

PAMPLONA (P. Presentado Fr. Diego Gerónimo de). Digno es de inmortal memoria este religioso, que floreció en el Real convento de S. Lázaro de Zaragoza, de la Real y militar Orden de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. Fué hijo de la ciudad de Calatayud y de la noble familia de los Pamplonas, tan conocida en el reino de Aragon y en otras provincias de España por los héroes que dió en las armas y las letras. Tomó el hábito en aquella santa casa el 20 de Julio del año 1588, y pasó su noviciado con mucho fervor y rendida obediencia. Estudió artes y teología, en que salió excelente, y se aplicó á la predicacion con gran celo y fruto de las almas. Era de estilo llano y comun, pero de singular espíritu. Verdaderamente predicador apostólico, conmovia con su eficaz doctrina y convertia á la segura senda de la virtud á cuantos llevaban el errado camino de los vicios. Fué muchas veces comendador de los conventos de Agramonte, Barbastro y Calatayud, donde su puntual observancia servia de estímulo á sus súbditos. En no permitir la más leve relajacion de la disciplina fué de invencible teson; así, cuando le pedian alguna cosa, contestaba: *Si es de gracia denla por hecha, si es de justicia no he de faltar á ella.* Por eso daba á cada uno lo que le pertenecia, y hacia cumplir á todos lo que les tocaba, alcanzando de esta manera el acierto, y demostrando al propio tiempo su amor á la igualdad en el peso de la ley. A la nave, decia Séneca, no la hace sucumbir el peso sino la desigualdad; si los prelados no son más inclinados á unos que á otros, no irá á pique la nave de la religion. Cuando ésta le dejó libre de prelacía, se retiró para cuidar de su alma á la soledad de la celda, donde procuró acumular virtudes con el santo ejercicio de la oracion, de donde sacaba el deseo de otras virtudes, á fin de presentarse ante Dios como siervo bueno, fiel y vigilante. Pasó á la eternidad dejando glorioso recuerdo y siendo muy sentida su muerte por todos sus compañeros y por cuantos le conocian y trataban. — O. y O.

PAMPLONA (Fr. Domingo de), religioso capuchino de la provincia de Navarra; dió á la prensa la obra siguiente: *Allegationes variæ valde copiosæ et eruditæ;* Pamplona, por Francisco Burghese, 1693. — S. B.

PAMPLONA (Fr. Félix de), religioso capuchino de la provincia de Navarra. Publicó la obra siguiente: *El menor Predicador capuchino*; Pamplona, por Martin Gregorio Zavala, 1694. — S. B.

PAMPLONA (Fr. Francisco de), lego capuchino. Descendiente de los reyes de Navarra, maestre de campo y general de la armada de Barlovento, hermano del virey de Sicilia y gran maestre de Malta. Habiendo profesado

en la religion Seráfica pasó á Roma á negocios de las misiones de América. El pontífice Inocencio X, sabiendo su alto nacimiento y excelentes prendas, le ofreció la sagrada púrpura, que renunció segun asegura Anguiano en su vida, segunda edicion. — O. y O.

PANAGIA (Fr. Gregorio Angelerio de), religioso capuchino de la provincia de Regio, publicó: *De præparatione evangelica, narrationes septem, in quibus referuntur, et refutantur falsæ narrationes atheistarum, gentilium, hebræorum, turcarum, hæreticorum et schismaticorum, et ostendit apertè, quod Ecclesia Romana est vera Ecclesia, et sola Schola Dei in terris*; Nápoles, por Francisco Sabio, 1653. — S. B.

PANAJOTI (Panajiotes-Nicusius, conocido por el nombre de). Fué natural de la isla de Chio y primer intérprete en la corte del Gran Señor. Murió en el año 1673, y gozó de mucho crédito para con la Puerta, de cuya circunstancia supo aprovecharse para hacer servicios importantísimos á su nacion. Acompañó al gran visir Achmet Kiuperli al sitio de Candía (1667), cuya toma se debió en parte á la industria de Panajoti, y vió por ello en aumento el favor de que disponia; valiéndole además aquella empresa el ser agraciado con el empleo de primer drogman de la sublime Puerta, cargo importante que continuaron sirviendo despues los griegos, y que ántes desempeñaron únicamente los renegados. Solia inmiscuirse en la astrología judiciaria, y los turcos le tenian por adivino, merced á diferentes conjeturas sabias y atinadas. Defendió con gran celo la fe de la Iglesia griega contra el patriarca Cirilo Lucar, y escribió en griego vulgar é hizo imprimir en Holanda una obra con el título de *Confesion ortodoxa de la Iglesia católica y apostólica de Oriente*, dirigida principalmente contra los calvinistas, deseosos de hallar entre los griegos alguna conformidad de opiniones con sus errores. Panajoti fué un hombre muy apreciable. Entre los griegos hay un proverbio que dice: «Tan difícil es hallar un caballo verde, como un hombre discreto en la isla de Chio;» y como Panajoti fuese natural de aquella isla, y tenia además sobrada discrecion é ingenio, le apellidaban el *caballo verde*. Celebráronse sus exequias con la mayor pompa, acompañando al cadáver el Patriarca y una multitud de griegos, hasta la isla de la *Propóntida*, donde está situado el monasterio de la Santísima Trinidad, y en él se alojó por muerte, habiendo sido ántes su bienhechor en vida. Despues de este favorito llegaron los griegos, como hemos dicho, á ocupar el importante y lucrativo empleo de primer drogman de la Puerta Otomana, y ascendieron luego á los tronos de la Moldavia y de la Valaquia. —C. de la V.

PANCALERIO (P. Fr. Felipe Riboto de), hijo de la provincia de Génova, comisario apostólico, comisionado por tal por el sumo pontífice Clemente VIII para las misiones subalpinas contra herejes, é instituido por el mismo

Papa en vicario de la sagrada Inquisicion, en que trabajó mucho, reduciendo en solo el espacio de tres años al gremio de la Iglesia Católica más de mil y trescientos calvinistas que abjuraron la herejía, y entre ellos muchos de distincion, como lo testifica Dionisio de Génova en su *Biblioteca*.—O. y O.

PANCARIO (S.). Nació en Roma, de una de las más nobles familias del imperio. Sus padres fueron cristianos muy piadosos; pero áun cuando recibió la educacion en este sentido, se entregó á los errores de la idolatría. Habiéndose captado el aprecio del César, fué distinguido por éste con varios cargos honoríficos, y desempeñaba el de tesorero del palacio imperial, cuando su piadosa madre le escribió una cariñosa carta, suplicándole con el mayor amor abriese los ojos del alma á la luz del Evangelio, y se apresurase á abandonar el culto de los dioses infernales, que le acarrearian la muerte eterna. Esta carta iluminó de tal manera el alma de Pancario, que tocado de la divina gracia, abjuró de los ídolos, y haciéndose instruir más de lo que estaba en la religion cristiana, recibió el bautismo lleno de entusiasmo, fe y esperanza. Luego que supo el emperador Diocleciano la repentina mudanza de su tesorero, le llamó á su presencia, y no pudiendo conseguir de él renegase de la fe que habia jurado, le hizo azotar terriblemente, y encerrándole despues en una lóbrega mazmorra, no le sacó de ella sino para mandarle desterrado á Nicomedia, en donde alcanzó la gloriosa corona del martirio el año 310 de Jesucristo. La Iglesia le recuerda en 19 de Marzo.—B. C.

PANCEMONT (Antonio Javier Maynaud de), obispo de Vannes, nació en Digoing-sur-Loire el dia 6 de Agosto de 1756, é hizo sus estudios con gran aprovechamiento hasta alcanzar la licenciatura; obtenida ésta, le nombró gran vicario suyo el obispo de Autun M. Marbeuf. En 1788 llegó á ser cura de S. Sulpicio, y desplegó con increible ardor su extremada caridad hácia los pobres, que sufrieron los crueles temporales del invierno de 1788 á 1789. En tiempo de la revolucion tuvo algunas diferencias el cura de S. Sulpicio con la seccion, por causa de las ceremonias públicas. Tambien consta que negó la bendicion nupcial á Camilo Desmoulins, tan conocido por sus discursos impíos; mas como este prometiese retractarse de todos en un número de su diario político, le casó al punto sin más observacion. Robespierre, Pétion y el general Montesquieu se hallaron presentes á la ceremonia nupcial. Más tarde rehusó asímismo casar al actor Talma, y fué denunciado á la Asamblea Nacional, donde á no intervenir algunos de sus amigos, hubiera podido acarrearle aquel asunto deplorables consecuencias. En 1791 no quiso prestar el juramento civil, y resolvieron perseguirle los facciosos. Muchos de estos penetraron un domingo, 3 de Enero, en la iglesia en que predicaba Pancemont, y se pusieron á gritar: *El juramento... que preste el juramento...* Abandonó el púlpito, decidido á no acceder y á salirse de la

iglesia; y obligándole á subir de nuevo á la cátedra del Espíritu Santo, tuvo serenidad para negarse resueltamente á ello, y ménos aún á pronunciar la fórmula del juramento que se le pedia, sin que pudieran conturbar su ánimo las amenazas que le hicieron. Los facciosos, sin embargo, firmes en su propósito, ya iban á precipitarse sobre su persona, decididos tambien á inmolarle á su venganza y rencor implacables, cuando por fortuna varios amigos y feligreses de Pancemont acudieron en tropel á formarle un muro con sus cuerpos, consiguiendo por fin dejarle en salvo. Gozó Pancemont de alta estima, lo mismo entre sus conciudadanos que en la corte; y el dia mismo de aquel suceso envió la familia Real á saber cómo se hallaba, y hasta el propio *maire* de París, el famoso Bailly, acudió en persona á manifestarle su sentimiento respecto de la escandalosa escena que se habia representado. A pesar de todo, creen algunos que se vió en la necesidad de renunciar su curato, porque corto tiempo despues le reemplazó el P. Poiré, del Oratorio, que tomó posesion el dia 6 de Febrero, y al cual, sin embargo, no quisieron reconocer muchos feligreses. La Asamblea Nacional habia expedido un decreto asegurando la libertad de cultos; y esperando Pancemont que en virtud de aquella ley se le permitiria ejercer tranquilamente su ministerio, deseando, por otra parte, continuar en medio de sus antiguos feligreses, arrendó la iglesia de los Teatinos, cuyas llaves recibió despues de satisfecho el alquiler. Grandemente se habia engañado el buen Pancemont al contar con la fe que ciertas gentes siempre desean para sí, y que pocas veces ó ninguna conceden á los demás; y desgraciadamente tuvo experiencia de su infeliz equivocacion un domingo 11 de Abril, en que al franquear las puertas del templo á los fieles, se hizo delante un grupo numeroso y compacto, que les cerraba el paso. La autoridad quiso, segun dicen, deshacer aquel grupo para dejar expedita la entrada, y en verdad que este era su deber, á ménos que hallase alguna conformidad entre su propia opinion y la de los intolerantes, respecto al sentido que por entónces habia de darse á la frase *libertad de cultos;* pero la verdad fué que los fieles se vieron obligados á retirarse, que no se abrió la iglesia y que los facciosos llenaron de injurias y amenazas al respetable ministro del Señor. Huyó, pues, á Bruselas en busca de un abrigo á la persecucion, y desde allí remitió á sus feligreses una carta, fechada en 10 de Mayo de 1791, que luego se imprimió en París. A los seis meses de su ausencia volvió á la capital, y continuó ejerciendo secretamente las funciones del sacerdocio. Reunia á los fieles de S. Sulpicio en los templos de las religiosas del Santo Sacramento y del Calvario, y esto le sugirió la idea de dar á la prensa ocho *Exhortaciones para todos los domingos de la Cuaresma*, que se hallarán unidas á la *Histoire des événements arrivés dans la paroisse Saint-Sulpice pendant la révolution*. Durante las jornadas sangrientas del 1 al 6 de

Setiembre, en que fueron asesinados tantos sacerdotes inocentes, debió Pancemont su salvacion á la industria de una pobre mujer, que le hizo pasar por marido suyo. En 1797 y cuando tuvo lugar la conspiracion de Brottier, Lavilleheurnois, etc. le hizo buscar el Directorio, á causa de algunas notas que comprometian su persona, halladas entre los papeles de Brottier; entónces se refugió en Alemania, y no regresó á Francia hasta fines del año 1800, en ocasion de estarse negociando el Concordato. Por este tiempo trabó amistad íntima con el abate Bernier, secundándole en sus negociaciones, y le fueron encomendados encargos importantes. Llevado luego de su celo y deferencia, solicitó del Papa el legado de conceder bulas á los obispos constitucionales, que aseguraba habian tornado al seno de la unidad católica; pública se hizo entónces la declaracion que dió con aquel motivo y de concierto con el abate Bernier. Mas Pancemont no advirtió que servia solo de instrumento de una política ambiciosa y pérfida, y en 11 de Abril Messieurs Cambaceres, Bernier y de Pancemont fueron nombrados respectivamente para el arzobispado de Ruan, obispado de Orleans y arzobispado de Vannes, siendo consagrados por el Cardenal-Legado. Antes de partir á su diócesis, recibió órden del gobierno para detenerse en Rennes, cuyo nuevo obispo era inquietado por el partido constitucional; pero despues de calmar los ánimos más enardecidos, se trasladó por fin á Vannes, donde le aguardaba una doble oposicion por parte de otros dos obispos. Mr. Amelot, emigrado en Inglaterra, no habia dimitido la silla de Vannes, que ocupaba ántes de la revolucion; y aunque parecia ciertamente que deseaba evitar cuanto pudiera conducir á un cisma, muchos sacerdotes de su diócesis persistieron en mantener su jurisdiccion contra las decisiones del Concordato. Por otra parte, Cárlos Semasle, obispo constitucional de Vannes, disponia en su favor de un partido numeroso en algunas ciudades, y era además apoyado por el prefecto. A tal punto llegaron las cosas, que en Lorient se leyeron como por via de sermones ó pláticas á los feligreses algunos folletos en favor de los constitucionales y contra las retractaciones. Pancemont hizo cuanto pudo por granjearse las simpatías de éste partido, y en su consecuencia recibió á Lemasle con gran benevolencia; no habló más de retractacion; visitó su diócesis, con motivo del jubileo; restableció en 1804 el seminario; é hizo, por último, los mayores esfuerzos por reparar el mal que causaron las persecuciones de la revolucion y las divisiones. Esto no obstante, llegó á parecer á las veces como que participaba de las mismas opiniones que el gobierno, como sucedió en ocasion de escribir una carta circular á los párrocos (en 26 de Octubre de 1805), concerniente á la conscripcion, la cual fué inserta en el Monitor. Aquella carta y el nombramiento de Pancemont para la plaza de limosnero de madama Baciocchi, princesa de Piombino y hermana de Bona-

parte, le indispusieron en el concepto de muchos de sus diocesanos. Entre tanto ocurrióle un caso bien triste, que parece haberle acelerado el fin de su vida. Cuando regresaba cierto dia á Vannes (28 de Agosto, 1806), acompañado de su secretario, fueron ambos detenidos á una legua de la ciudad por cinco hombres armados, que les despojaron de cuanto llevaban, exigiéndoles además por su libertad la suma de veinticuatro mil francos en oro; así lo prometió Pancemont, y como prenda de su palabra se reservaron los facinerosos la persona del secretario, no soltándole hasta haber recibido aquella cantidad. El prelado desde entónces apareció como muy afectado, y en 5 de Marzo de 1807 le dió un ataque de apoplejía, que le llevó al sepulcro el dia 13, á los cincuenta y un años de su edad. Napoleon, por su carta del campo de Finkenstein, fechada á 5 del siguiente Mayo, y que publicaron los periódicos, hizo el elogio de este prelado, y ordenó que se colocase su estátua en mármol en la catedral de Vannes.— C. de la V.

PANCERINO (Antonio). Este patriarca de Aquilea nació en el siglo XIV en Portogruaro, pequeña ciudad de Frioul. Dedicado desde muy jóven á la carrera de la Iglesia, se hizo sacerdote; y llamando su virtud y capacidad la atencion del cardenal Cayetan, le eligió para que le sucediese en el patriarcado de Aquilea. Creyó Ughel que este Cardenal fué pariente de Pancerino, pero lo niegan otros autores. Cuando los cardenales, con anuencia de la mayor parte de los príncipes cristianos, resolvieron en 1408 convocar un concilio en Pisa, á fin de detener el cisma que venia trastornando la Iglesia latina, Pancerino, siguiendo su ejemplo, rehusó reconocer al papa Gregorio XII, que se vengó de él haciéndole echar de su patriarcado, nombrando otro en su lugar; pero Juan XXII le restituyó á su silla y le creó cardenal en 1411. Bajo el pontificado de Eugenio IV obtuvo despues el obispado de Frascati, en el que murió el 3 de Julio de 1431, el año mismo de la eleccion de este Papa, segun se refiere en la *Historia de Aquilea*. Onufrio, Ciaconius y Ughel, ya citado, hacen mencion de este Cardenal, á cuyos autores se refiere Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico*.— C.

PANCETA (Camilo), profesor de derecho canónico y canónigo de Padua. Este eclesiástico, que nació en Serravalle en el estado de Venecia, fué hijo del abogado Francisco Panceta y de Emilia Plazoni. Destinado á la Iglesia, hizo sus estudios dirigidos á este fin con mucho éxito, y en cuanto se hizo sacerdote obtuvo una canongía de Cereda, eligiéndole el obispo por su vicario. Fué á Roma, y habiendo agradado al papa Paulo V, este Pontífice le nombró canónigo de Padua, en cuyo caso dimitió el de Cenedà en un sobrino suyo, estableciéndose en Padua, donde habia hecho sus estudios y pasado los primeros años de su vida. Compuso Panceta un poema titulado: *Venetia libera*. Fué nombrado profesor de derecho canónico y vicario gene-

ral del obispado de Padua, en donde murió en 1631, á la edad de sesenta y tres años. Segun Thomasini, en su *Elogio de varones ilustres*, la familia de Panceta ha producido muchas personas notables. — C.

PANCHARIO (S.). Era romano. Fué martirizado en Nicomedia por la defensa de la fe, cortándole los enemigos de esta la cabeza. Honra la Iglesia su memoria el 19 de Mayo. — O. y O.

PANCIASIO, único de este nombre entre los arzobispos de la santa iglesia de Sevilla, asistió al segundo Concilio Toledano que se celebró en el año de 527. — O. y O.

PANCIATICI (Bandino). Este fué un cardenal que nació en Florencia el 10 de Junio de 1629. Habiendo hecho prodigios en sus estudios eclesiásticos, su capacidad le valió ser nombrado patriarca de Jerusalen, en cuya prelatura se captó la voluntad del papa Alejandro VIII, que le creó cardenal con el título de San Pancracio el 13 de Febrero de 1690, y despues le nombró prefecto de la Congregacion del Concilio. Murió en Roma el 21 de Abril de 1718, á la edad de ochenta y nueve años, segun lo dicen las Memorias de su tiempo, á las que se refiere en su *Gran Diccionario* el erudito biógrafo Moreri. — C.

PANCIROLO (Juan Santiago), cardenal; era hijo de un sastre, y nació en Roma el año de 1587. Su natural disposicion, que en las cosas más pequeñas se revelaba, y su mucho amor al estudio, inclinaron á su padre á ponerle á estudiar las humanidades como una prueba de lo que podia aprovechar. Salió tan airoso el estudiante de su empeño, que ya no se detuvo en su carrera hasta tomar el grado de doctor en derecho á los diez y ocho años de edad, con admiracion de cuantos le conocian, dedicándose desde entónces al foro, para lo que le ayudaba mucho la amistad que le unia á Juan Bautista Pamfili, y Julio Sachetti. Despues de acompañar al primero de estos cuando pasó á Nápoles con el carácter de nuncio del Papa, vino con el mismo á España, siendo éste nuncio, y Pancirolo oidor. Más tarde Pamfili fué elevado á cardenal, y entónces fué cuando su inseparable compañero abrazó el estado eclesiástico, procurando merecer la proteccion de los Barberinos, uno de los cuales le nombró mayordomo suyo. La recomendacion de esta casa y sus buenas disposiciones le procuraron el empleo de camarero del Papa, quien á medida que le iba conociendo le confiaba negocios de la mayor importancia. Fué enviado con el carácter de nuncio á la conclusion del tratado de Chierasco; despues de lo cual fué nombrado oidor de la Rota, y más tarde patriarca de Constantinopla. Volvió á España como nuncio, y durante su permanencia en la península, Urbano VIII le nombró cardenal en 1643. Con motivo de la muerte de este pontífice volvió á Roma Pancirolo con una carta del rey de España, en la que recomendaba fuese electo papa el

cardenal Pamfili, y llegó tan á tiempo que iban á entrar en el cónclave, de manera que pudo hacer cuanto le era dado por favorecer la eleccion de su antiguo amigo, sin que pueda decirse que se declaraba por la Francia ni por la España, pues trabajó con el mayor secreto y con una prudencia y sabiduría muy dignas de él. Pamfili fué finalmente electo, tomando el nombre de Inocencio X. Fácilmente se comprende que uniéndose á la amistad que desde muy antiguo se profesaban, el agradecimiento por parte del Pontífice y la ambicion por parte del Cardenal, subiese Pancirolo todos los escalones del favor y de la fortuna. Llegó, pues, á ser su secretario con la direccion de todos los negocios principales, viviendo con él en su palacio y no apartándose un momento de su persona, á pesar de los esfuerzos de Doña Olimpia Maldachina, viuda de un hermano de Inocencio X, y señora á quien este Pontífice apreciaba muchísimo. Era, sin embargo, tal la influencia del Cardenal en palacio, que siempre halló modo de evitar que su rival tuviese habitacion en él, llegando á lograr hasta que el Papa le insinuase que no volviera á presentarse delante de él. Excusamos decir que Doña Olimpia se hizo cada vez más enemiga del Cardenal, y que trabajó muchísimo con sus numerosos amigos para perderle, sin poder llegar á conseguirlo nunca, pues Pancirolo jamás se separaba del Papa, á quien procuraba entretener por cualquier medio, á pesar de su poca salud. Finalmente, murió en Roma el año 1651, con mucho sentimiento de Inocencio X y muy poco de la corte de Francia, que siempre le encontró poco dispuesto á servirla en sus pretensiones. Se asegura que tenia buen corazon y estaba adornado de notables virtudes, por lo ménos es digna de aplauso su constancia, pues si fué grande su fortuna y muy elevado su pedestal, no podemos negar que á sí mismo se lo debió todo, elevándose poco á poco por sus méritos y su ambicion.—G. P.

PANCRACIO (S.), obispo y mártir. Llaman algunos á S. Pancracio apóstol de Sicilia, con no poca razon si se atiende á que fué el que introdujo en esta isla la luz del Evangelio, que predicó el primero en aquellas regiones. Discípulo del apóstol S. Pedro, y muy amado de este Pontífice sobre el que Dios estableció la Iglesia de su divino Hijo, vino con él desde el Oriente, y teniendo la dicha de ser consagrado obispo por su glorioso maestro, recibió de él la mision de predicar el Evangelio en Sicilia. Llegado que fué Pancracio á la isla, como estaba bautizado con la gracia del Espíritu Santo, su predicacion fué todo lo eficaz que debia ser, y no tardó mucho en convertir al verdadero Dios á los habitantes de la isla. Fijando su silla en Taormina, desde aquí partia su benéfica mirada tan buen pastor á todas sus ovejas, que venian á sus pies deseosas de los consuelos que prodiga la religion del Crucificado con tanto amor y cariñoso anhelo á los que acuden á pedirle

gracia y misericordia. Los progresos que hacia en el siglo I de nuestra era y cuando aún se contaba por testigos presenciales la muerte del Salvador, no pudieron ménos de llamar la atencion de los fanáticos gentiles, que desde luego corrieron á atajar un fuego que amenazaba devorarlos prontamente. Sin duda debió fijarse la vista sobre el Santo, primer obispo de Sicilia, y por lo que resultaba de su predicacion, se le martirizaria; y lo sospechamos así, puesto que poniéndose á S. Pancracio en el catálogo de los primeros mártires del cristianismo, no hemos podido averiguar de qué clase fué su martirio, ni la fecha y lugar en que le sufrió, si bien sospechamos que este fuese en Taormina, y aquella el 3 de Abril del siglo I de nuestra era en que le celebra la Iglesia, y en especial la Italia que estableció su culto á fines de este mismo siglo. — C.

PANCRACIO (S.), niño mártir. Si el fanatismo de los idólatras no respetó en su ciego furor ni el sexo ni la edad en su deseo de exterminar el cristianismo, al que iban dando el poder á puro querer evitar su subida á él, ni el sexo ni la edad tampoco se amedrentó á la vista de los tormentos, ni la presencia de las sangrientas escenas de los tiranos sectarios del infernal enemigo. Por el contrario, cuantos más crueles tormentos se inventaban por los gentiles para hacer callar á la verdad, tantos más fieles se presentaban á confesarla; y á la crueldad de los verdugos se oponia siempre la mansedumbre y el sufrimiento de las víctimas. ¿Qué religion es esta, que no se detiene á la vista de los suplicios más espantosos que ha podido inventar la malicia humana asistida por el demonio? ¿Qué fuerza irresistible la que conduce contentos á la muerte tantos millares de hombres que se hacen un deber de sufrir y de despreciar los bienes seductores de la tierra? ¿Quién imprime en el corazon de la débil mujer y del tierno infante ese valor que les obliga á arrostrar todos los peligros y que los hace ver con ojos llenos de alegría en manos del verdugo la cruel segur que ha de cortar su cabeza, y la terrible hoguera por otro lado que ha de consumir su carne y pulverizar sus huesos? Si no existieran otras pruebas más que estas para probar la verdad, la excelencia de nuestra santa religion católica, ciertamente que ellas solas bastarian, y áun sobraria mucho para que pudiese convencerse el ménos crédulo. Cuando tantos millares de séres racionales, sabios é ignorantes, hombres y mujeres, ancianos y niños, han preferido la muerte más dolorosa y terrible por confesar la fe de Jesucristo, resistiendo á las grandezas poseidas, á las promesas más halagüeñas y despreciando las amenazas; cuando tantos potentados han abandonado sus riquezas, prefiriendo la pobreza á los goces que proporciona la abundancia, y tantos pobres han rechazado las grandezas que se les ofrecian por solo una mera confesion contraria á su creencia; y en fin, cuando la humildad ha vencido siempre á la so-

berbia en este sentido, sin más armas que la persuasion, el sufrimiento y la fe, es preciso confesar que solo una religion emanada del verdadero Dios directamente, ha podido obrar tan estupendos y repetidos milagros; y que siendo esta religion la católica, ella es la única verdadera. Y si esto no es así, ¿qué religion de las conocidas presenta mayor número de héroes en todas las edades y condiciones? ¿Qué religion ha sido más cruelmente y por más tiempo perseguida, sin que se haya disminuido ni en un átomo su fuerza y valía, y que por el contrario, que cada persecucion haya sido una completa victoria que poblando el cielo de reyes, haya aumentado más el mundo de creyentes? Preciso es confesar que los gentiles fueron cegados por el demonio por permision de Dios, para que no conociesen el malísimo camino que emprendieran para atajar los progresos del cristianismo y evitar su propaganda, puesto que los medios que escogitaron para ello, fueron los que más poderosamente le auxiliaron para adquirir el poder que no tardó en pulverizar sus ídolos y poner á los pies del vicario de Jesucristo la púrpura de los Césares. Y ciegos deben estar tambien, por la misma causa, los impíos que en medio de la civilizacion del siglo XIX intentan ofuscar la razon de los fieles, procurando amenguar su fe de mil modos para conducirlos de la verdad á la mentira, y aún todavía más ciegos esos malos cristianos, que con su criminal indiferencia ni creen ni dejan de creer, y se quieren mantener á todos los vientos para asociarse al que sople más acercado á las pasiones que los avasallan. La verdad es una sola en materias religiosas; y fuera de ella todo es mentira y condenacion; no olviden esto los que fueron bautizados, que llegará el dia de la expiacion, y en aquel no hay remedio alguno que sane, y la muerte eterna es inevitable.—Nació S. Pancracio en Frigia; fué su padre Cledonio, caballero principal y de noble alcurnia y bastante riqueza. Sintiendo éste próxima su muerte, y hallándose viudo, encargó su único hijo Pancracio á un hermano suyo, llamado Dionisio, al que encomendó tambien las muchas riquezas que poseia para que se las conservase y entregase cuando llegase á la edad conveniente. Muerto Cledonio, tomó Dionisio por hijo á su sobrino, y como si efectivamente lo fuese, le amó y educó. Saliendo para Roma Dionisio, llevó consigo al niño Pancracio, y acertó á tomar casa en uno de los arrabales de la ciudad eterna, en el que casualmente estaba escondido el papa S. Marcelino porque le perseguian los emperadores. Luego que Dionisio y Pancracio supieron las virtudes del Pontífice y el lugar de su retiro, solicitaron verle; y habiéndolo conseguido, se edificaron de tal modo con su presencia y aún más con su doctrina, que ya no ocultaron á nadie su creencia, ántes la declararon públicamente é intentaron convertir á Jesucristo á todos con quienes trataban. Habiendo muerto Dionisio al poco tiempo, de muerte natural, pero confiando en la misericordia de Dios, que-

dó el niño Pancracio enteramente solo ; pero sin que esto le acobardase para decir á todos que era cristiano, por más que le encargasen lo callase, manifestándole los peligros á que se exponia. Su constante confesion llamó la atencion de las autoridades gentílicas y fué preso; pero sabiendo la ilustre prosapia á que pertenecia, le llevaron á la presencia del emperador Diocleciano. Habia sido este tirano amigo del padre del niño, y tanto por esto cuanto por su hermosura y corta edad, procuró atraerle á si con cariño, haciéndole mil obsequios y prometiéndole cuanto quisiese, siempre que públicamente sacrificase á los dioses. Nada fué capaz de convencer al niño, ni de hacerle callar siquiera en sus imprecaciones y maldiciones á los ídolos del pueblo romano ; por lo que, irritado el feroz Diocleciano, sin tener en cuenta su tierna edad, le mandó degollar, suplicio á que se preparó el niño dirigiendo cánticos de alabanzas al Señor, y dando muestras en su bellísima cara de la alegría que disfrutaba su alma al verse tan próxima á volar al seno de Dios. Murió S. Pancracio, y acudiendo durante la oscuridad de la noche al punto en que habia quedado el cuerpo una santa mujer, llamada Octavila, le envolvió en un lienzo, y derramando sobre él preciosos ungüentos le enterró en una sepultura nueva el dia 12 de Mayo, en que le recuerda la Iglesia, del año 303 de nuestra era. El cardenal Baronio y otros muchos autores dan noticias de este santo niño, que da su nombre á la puerta de la ciudad de Roma, llamada antiguamente Aurelia, diciéndose que S. Gregorio papa reverenció sus reliquias; y que S. Gregorio Turonense, que afirma que se condujeron á Francia, asegura que cuando se llevaba á cualquiera á tomar juramento al templo de S. Pancracio niño, si juraba en falso, ó caia muerto en el acto, ó entraba á atormentarle el demonio en su cuerpo. Este Santo tiene iglesia propia en Roma, y en toda Italia una gran devocion.— B. S. C.

PANCRACIO (S.), presbítero, é Hilario, diácono, clérigos ambos de la Iglesia romana, como dice S. Gerónimo. Enviólos el papa Liberio por sus legados al emperador Constancio por la causa de San Atanasio y de la fe ortodoxa, para solicitar la paz de la Iglesia ; y lograron se congregase un concilio en Milan, año de 354. Mas como le adulterasen los arrianos condenando de nuevo á San Atanasio y su doctrina, y no queriendo los legados consentir en tal maldad, fueron de órden de Ursacio y Valente, Pancracio enviado á un mísero destierro, y azotado con la mayor crueldad Hilario, segun lo refiere S. Atanasio en su carta á los solitarios. — C. de la V.

PANCRAZI (José María), sabio anticuario. Nació á principios del siglo XVIII en Cortona, de una familia principal. Despues de terminar sus estudios abrazó la vida monástica, dedicándose con mucho afan en sus horas de recreo al estudio de la arqueología. Habiendo concebido la idea de

publicar las medallas de Sicilia, pasó á Palermo donde examinó los principales gabinetes, á fin de poder corregir los errores y reparar las omisiones de los numismáticos. A vista de las antigüedades que se encuentran en Sicilia á cada paso, cambió de proyecto, y dió á luz la *Antichitá Siciliane spiegate*, en Nápoles, 1751 y 1752, dos volúmenes en fólio. El sabio autor examina desde luego si la Sicilia ha formado parte ó no del continente de Italia, y trata de sus primeros habitantes, sobre los cuales no nos han trasmitido más que noticias fabulosas. El segundo tomo contiene la historia de Agrigente y la explicacion de sus antigüedades. Burmann ha citado con elogio algunos fragmentos de esta obra en el prefacio de la *Sicilia antiqua* de Orville. Pancrazi murió en 1764, sin haberle podido terminar, siendo miembro de la Academia Etrusca y otras. — G. P.

PANDO (Fr. Juan), religioso trinitario en el convento de la Guardia, fué clásico en todo género de virtud, y á su retiro tan escondido se debe la ignorancia en que vivimos de lo más precioso de su vida. No pudo, sin embargo, ocultar este santo varon su extraordinaria abstinencia, sus penitencias, casi intolerables á no ser por el auxilio de la divina gracia, su cautela cuando se veia precisado á romper su silencio en presencia de alguna mujer, y algunas otras mortificaciones. Consta tambien que ceñia su cuerpo con un áspero saco, y que dormia en el santo suelo, cubierto á lo más de una estera, sirviéndole un leño de almohada. Todo su anhelo era llegar á la union indisoluble de su amado, siendo tan grande á la vez su caridad, que todo su estudio le ponia en acercar almas á Dios, á las cuales mostraba para conseguirlo los caminos de la gloria. Oprimido y quebrantado con tan contínuas ansias y rigorosas penitencias, llegó al término feliz de su jornada; y habiendo recibido los sacramentos, mostró á todos, con raros ejemplos de actos de amor de Dios, el modo de bien morir. Fué sepultado bajo del altar mayor, en honor de sus heróicos hechos; y transcurridos catorce años, á impulsos de la devocion se abrió el sepulcro en que estaba el santo cuerpo tan entero como si á la sazon acabase de espirar. — C. de la V.

PANDOLFA (Ana María), religiosa franciscana natural de Benevento, muy distinguida por sus costumbres, la cual como quisieran sus padres unirla en matrimonio con un indivíduo de su familia que era noble y rico, se negó constantemente á ello; pero su padre decidió llevar á cabo el matrimonio. Por lo cual la doncella, deseosa de conservar su castidad, tomó el traje de un hermano suyo, y en una noche tempestuosa, cuando todos estaban entregados al sueño, abandonó su casa y tomó el camino de S. Jacobo. Llegada á este convento, aspirando á mayor perfeccion de vida, pidió humildemente el hábito al P. Guardian, quien se le concedió inmediatamente, adelantando desde entónces mucho la jóven en todo género de

virtudes y principalmente en la humildad y oracion, de manera que fué mirada como ejemplo de santidad por todos sus hermanos. Por lo cual como el P. Antonio de Guzman, ministro de aquella provincia, pasado el quinquenio, quisiera promoverla al subdiaconado, creyendo que era varon y no mujer, y siéndole notoria su religion y santidad, la piadosa vírgen, no queriendo caer en tan grande pecado, suplicó al mismo ministro que la concediere vivir en el estado de lego; pero insistiendo el padre hubo al fin de manifestarle, aunque con lágrimas, el sexo á que pertenecia. Entónces el P. Provincial la trasladó al convento de Sta. Clara de Benevento, donde tomó el hábito y profesó poco despues. Entregó al fin su espíritu al Señor, no sin haber vivido ántes cinco años en este monasterio con grande religion y piedad. La Orden Seráfica rinde el culto debido á sus virtudes en 5 de Diciembre. — S. B.

PANDOLFI (Nicolás), de una de las principales familias de Florencia, estudió bellas letras y derecho en la universidad de Bolonia, y fué en seguida canónigo en su patria. Bajo el pontificado de Pio II fué escribano apostólico, cuyo empleo le hizo ser conocido por el papa Sixto IV, quien le escogió para preceptor del cardenal de S. Pedro Advíncula, su sobrino. Su talento y virtud le merecieron el obispado de Pistoya y el gobierno de la villa de Benevento. Inocencio VIII le hizo abad de S. Zenon de Pisa; y el cardenal de San Pedro habiendo sido elevado al pontificado con el nombre de Julio II, quiso tener cerca de sí á Pandolfi, á quien hizo su secretario y luego oidor, adoptándole en la familia de la Robere. Dícese que la poca condescendencia de este prelado con las exigencias del Pontífice le privó por entónces de la púrpura que Leon X concedió más tarde á su mérito en 1517. El cardenal Pandolfi murió á los setenta y cinco años de edad el 17 de Setiembre de 1518, y su memoria fué bendita durante mucho tiempo en Pistoya donde habia hecho algunas fundaciones piadosas. — G. P.

PANDULFO, sacerte de Cápua y monge de Monte Casino, donde abrazó la vida monástica durante el gobierno del abad Didier, es decir, á principios del siglo XI. Instruido en las letras divinas y humanas, compuso un gran número de obras; un libro sobre el cálculo, dirigido á Pedro, abad de Salerno; uno del dia en que debian celebrarse las pascuas segun los hebreos; dos ciclos, uno solar y otro lunar con el mismo objeto, y para encontrar los años del Señor, las indicciones y los dias de la luna; un tratado del curso del Sol, por el que se podian conocer los años bisextiles y los dias de las calendas; uno de los solsticios y de los equinoccios; el método de saber el dia en que debe comenzar el adviento y la letra dominical de cada semana; un tratado en que se procuraba demostrar que Jesucristo, Señor nuestro, murió en 30 de Marzo; otro para manifestar que hay error en los años des-

de el orígen del mundo; un discurso sobre la Asuncion de la Vírgen Santísima, y otro en elogio de la emperatriz Ines. Estas obras no han llegado á ver la luz pública. Pandulfo floreció en el reinado de Miguel Ducas, cuya muerte tuvo lugar en 1078, y de Alejo Commeno, que no subió al trono hasta 1081. En el monasterio de Monte Casino hubo tambien otro monje llamado Pandulfo, que fué despues cardenal y obispo de Ostia, y á quien Pedro *el Diácono* atribuye una coleccion de Sermones para todas las fiestas del año, y una *prosa* en honor de la Santísima Vírgen María. Este segundo Pandulfo floreció en el siglo XII, y no murió hasta el año 1154 segun los autores más conocidos por su erudicion en esta materia, y las bibliotecas más acreditadas de autores eclesiásticos. —S. B.

PANDURO (V. Juan Navarro de), natural de Arjona en la diócesis de Jaen. Sus padres, tan distinguidos por su virtud como por su nobleza, le instruyeron en los sanos principios de la moral y religion cristiana, señalándole como el mejor guia para el camino de la vida el santo temor de Dios. No tardaron en manifestarse los resultados que habia sembrado en buen terreno tan fecunda semilla. Siendo todavía estudiante, era modelo de todos sus compañeros por su amor á la virtud y al retiro. Despues de terminar las horas de clase, miéntras estudiaba latinidad en Baeza, marchaba á los templos, y léjos de distraerse con paseos ó mundanos pasatiempos, se entregaba á la oracion entusiasmándose su alma en el divino amor. Distinguióse mucho en los estudios de filosofía y teología, que siguió en aquella universidad, pasando despues á Granada á hacer oposicion á una beca de teología en el colegio de Sta. Catalina, la que obtuvo despues de unos brillantes ejercicios. Nombrado poco despues prior de Imatorafe, en el obispado de Jaen, desempeñó este destino hasta que fué ascendido al de igual clase de S. Miguel de Baeza. Hizo despues oposicion á la canongía de Escritura de la catedral de Jaen, más bien siguiendo los deseos de sus parientes que por impulsos de su propio corazon; aunque no obtuvo este cargo, los notables actos que verificó con tal motivo le valieron el afecto del obispo de la diócesis D. Francisco de Sarmiento, quien le agració con el arciprestazgo de la iglesia colegial de nuestra Señora de Baeza, dignidad que desempeñó por poco tiempo, contentándose con los escasos productos de una cátedra de teología de prima que regentaba en aquel instituto literario. Estas tareas no le impedian consagrarse al ejercicio del confesonario y púlpito, ni á los de la oracion y caridad, á que se dedicaba constantemente. Su muerte, acaecida en 30 de Abril de 1614, llenó de sentimiento á toda la ciudad, que asistió á su entierro y honras, las que se celebraron con grande solemnidad. Los cabildos de la universidad y colegiata, el claustro de la universidad, el clero y las comunidades religiosas, todos acudieron á porfía á sus exequias. Es-

cribió su vida el Mtro. Francisco Rus de Puerta, catedrático de filosofía que fué de aquella universidad, y otros escritores han hecho una mencion más ó ménos honorífica de este siervo de Dios, cuyo retrato se conserva en el Colegio Mayor de aquella ciudad. — S. B.

PANEL (P. Alejandro Javier). Vamos á escribir con el mayor gusto la biografía de este ilustrado jesuita, del primer anticuario oficial que tuvo nombramiento de tal empleo en nuestra España, destino que ejerció en el museo numismático de la Biblioteca Nacional, entónces Real, en Madrid, al que sucedió en este título y en la misma dependencia, despues de veinte años de su muerte, D. Guillermo Lopez Bustamante, bibliotecario y escritor numismático, que fué el segundo anticuario oficial, habiendo tocado la honra de ser el tercero al que escribe este artículo á los cincuenta y un años de faltar este último, únicos anticuarios de oficio que hasta el dia hemos sido nombrados de Real órden y con título desde el año 1712, en que se fundó la Biblioteca Real de Madrid por el rey Felipe V *el Animoso*, hasta el dia. Esta circunstancia especial nos empeña doblemente á escribir con alguna extension la biografía de aquel sabio jesuita, cuyos trabajos numismáticos conocemos á fondo, y en cuyas obras y manuscritos, que hemos manejado en los veintitres años que hemos estado al frente del Museo de medallas y antigüedades de la Biblioteca Nacional, hemos aprendido mucho para la clasificacion de este riquísimo monetario, cuya historia y descripcion no podremos ménos de hacer en esta biografía, por la honra que tocará de ello al P. Panel, que podemos considerar su fundador, pues que supo interpretar perfectamente en esta parte los deseos del primer rey Borbon, á cuya ilustracion y buen deseo se debe la creacion de este museo y la fundacion de la primera Biblioteca Real de nuestra Nacion, de cuya historia no podemos tampoco ménos de dar una ligera noticia, pues que á su creacion pertenece tambien el P. Panel que fué uno de sus ilustrados bibliotecarios. Nació el P. Alejandro Javier Panel el año 1699 en Nozeroi, pequeña ciudad del Franco-Condado, sin que nos diga su biógrafo Mr. Weis, uno de los redactores de la Biografía universal francesa, la clase ó categoría de su familia, ni en dónde y cómo recibió su primera instruccion, circunstancias que callan tambien los demás autores que hemos consultado. Sábese solo de su juventud que á la edad de veinte años entró en la Compañía de Jesús, y que profesó las humanidades y la retórica en los colegios de Besanzon, Lion y Marsella, para lo cual es preciso considerar que tendria estudios anteriores á tomar el hábito de jesuita. Muy aficionado á los arqueológicos, y en especial á descifrar las medallas antiguas, adquirió grandes conocimientos en la ciencia numismática. Haciéndose conocer en el mundo científico como excelente anticuario por las disertaciones que publicó, el rey

D. Felipe V le llamó á España, y tan luego como llegó á Madrid, en 1738, le nombró preceptor de los infantes sus augustos hijos, y puso bajo su cuidado y direccion su gabinete de medallas, con el que se fundó el museo de su Real Biblioteca del que hemos de hablar despues. Poniéndose en venta en París el rico monatario del abate Rothelin, le mandó Felipe V á esta capital encargándole de su adquisicion, que contrató Panel y que vino despues á enriquecer nuestro museo. Creyendo que tal vez no pudiese volver á Francia, quiso despedirse de sus parientes y amigos del Franco-Condado, y pasando á Dijon, se detuvo allí, ménos para examinar los restos de la coleccion de medallas del P. Chiflet que para disfrutar por algunos dias de la instructiva conversacion del P. Oudin, uno de los hombres más distinguidos que habia producido la sociedad. Encontró en Besanzon á Mairon de Mutigney, que participaba de su gusto sobre la numismática, y le cedió una série de medallas célticas y galas que habia recogido en el Franco-Condado. Volviendo á España el P. Panel, fué nombrado profesor de retórica del Colegio Real de Madrid, y áun cuando llenó los deberes de este cargo con el mayor celo y asiduidad, no dejó por eso de entregarse á la numismática, que fué su estudio favorito. Deseando corresponder fielmente al honroso cargo que el Rey le habia confiado, clasificó y ordenó el Gabinete Real de medallas, haciendo la descripcion de muchas de sus séries, en latin y con gran escrupulosidad, cuyos trabajos se conservan manuscritos en el archivo del Museo nacional de medallas y demás antigüedades de la Biblioteca de Madrid, que formamos nosotros de estos trabajos y de los demás inéditos sobre la numismática de los que encontramos en la rica seccion de manuscritos de la expresada Biblioteca. Deseoso de publicar la rica coleccion de que por órden del Rey formó el Museo de medallas, hizo mil trabajos á este fin, y empezó á hacer grabar á línea seca y con dibujo exacto las medallas más raras, planchas que posee hoy aquel establecimiento sin que se haya hecho uso de la mayor parte todavía, á pesar de que continuó en esta tarea el anticuario Bustamante y algun otro bibliotecario. Preparaba una nueva edicion de las séries de medallas de los Emperadores romanos, de Adolfo Occo, edicion que aguardaban con impaciencia los sabios anticuarios, y se ocupaba al propio tiempo de describir las séries griegas, egipcias y latinas que no cita en su *Tesauro* Andrés Morell, cuando le atajó la muerte, ántes de terminar estas dos grandes obras, el año 1777 en que falleció en Madrid. A una inmensa erudicion como lo revelan sus obras, reunia el P. Panel una gran sagacidad y penetracion; pero era muy apegado á su opinion, y lo mismo que el P. Hardouin, su erudicion solo le servia para contradecir á los historiadores. No deja de ser razonada esta opinion de Mr. Weis, pues que además que se revela su carácter disputador y porfiado cuando daba una opinion, en los muchos manuscritos y

apuntes numismáticos que de él se conservan, se le ve empeñado en separarse de la opinion de los demás, si bien creemos que la mayor parte de las veces, la suya sería la más ilustrada en una época en que sobre la ciencia en cuestion habia pocos que le igualasen en saber: ya mucho más adelantados estos conocimientos en el presente siglo, pueden señalarse bien los errores de Panel y de aquellos á quien combatia ó con cuyas opiniones se conformaba. Las obras conocidas en el mundo científico y literario de este sabio jesuita son las siguientes: *De Cistophoris seu nummis quæ cistas exhibent*; Lyon, 1734, en 4.° con grabados. Trata esta curiosa y rara disertacion de aquellas medallas conocidas entre los numismáticos con el nombre de *Cistoforas*, porque se ven en sus tipos los *cistos* ó canastillos que llevaban los sacerdotes paganos en las solemnes fiestas que se hacian á la diosa Cibeles.—*Disertacion en forma de carta sobre el triunvirato de Galva, Othon y Vitelio, y sobre el de Pescenio Niger, Albino y Severo*, la cual se publicó el año 1735 en las *Memorias de Trevoux*: trata el P. Panel de probar en esta disertacion que han existido estos triunviratos, pero oponiéndose esta opinion á la que sobre este particular han expuesto todos los historiadores, fué refutada por el Padre Tournemine en el mismo diario. —*Lettres touchant le médailler de Mr. Lebret*, primer presidente del Parlamento de Provenza; Lóndres, 1737, en 4.° —*Explication d' une médaille d'Auguste frappée à Lyon*, sin fecha, en 4.°, é inserta en las *Memorias de Trevoux* en Junio de 1738. En esta época empezó á escribir una obra titulada: *Lugdunum vetus nummis et marmoribus illustratum*; pero su partida á España le impidió ejecutar su proyecto, segun dice M. Boze. En el mismo *Diario de Trevoux* publicó en 1739 una noticia sobre una medalla de la ciudad de Iconium.—*Remarques sur les premiers versets du premier livre des Macchabées*, ó disertacion sobre una medalla de Alejandro *el Grande*; Lyon, 1739, en 4.°: esta obra fué traducida al castellano por Manuel Gomez y Marco, en Valencia el año 1753, en 4.° con el texto francés. Prometió el P. Panel una *Historia de los Macabeos probada por las medallas*; pero es probable que no la concluyese, pues que no la conocemos. —*De nummis Vespasiani fortunam et felicitatem reduces exprimentibus*; 1742, en 4.°—*De coloniæ Tarraconæ nummo, Tiberium Augustum, Juliam Augustam, Cæsaris Augusti filiam, Tiberii uxorem, et Drusum Cæsarem utriusque filium exhibente*; Zurich, 1748, en 8.° con grabados; hay otra edicion en 4.°, publicada en igual lugar el mismo año 1748, y con vista de este texto hizo la traduccion castellana de esta obra D. Buenaventura García. Pretende probar por medio de esta medalla el P. Panel que cuanto han dicho los historiadores sobre el destierro de Julia y su prematura muerte debe tenerse por fabuloso; pero no creemos dé suficientes razones para que pueda considerarse falso lo que tantos escritores confirma-

ron como cierto. — *De nummis exprimentibus undecimum Treboniani Galli Augusti annum; Galli Augusti decimum et tertium; decimum quartum Æmiliani Augusti, Coloniæ Viminacii; undecimum denique Valeriani Senioris;* Zurich, 1748, en 4.° con grabados. Dedicó Panel este trabajo al conde de Etling, que le habia manifestado la dificultad que tenia para explicar estas medallas, con las que no está conforme lo escrito sobre este particular por los autores. Fiel al sistema que se habia impuesto, el P. Panel pretende en esta obra que las medallas deben servir para rectificar á los historiadores, dando para esto la razon de que el testimonio de un metal, exento de pasion y que conserva fielmente la impresion que se le ha confiado, debe preferirse á las relaciones de los hombres, algunas veces engañados y no pocas embusteros: difícil es, dicen los redactores de las *Memorias de Trevoux* al manifestar esta doctrina, sostener una mala causa con más talento, pero nosotros, con rara excepcion, somos de la misma opinion del Jesuita en este particular. — *De Ferdinandi regis natalibus: de virorum principum natales celebrandi apud veteres consuetudine;* Madrid, 1750, en 4.°: esta disertacion honra mucho al P. Panel, tanto por su erudicion cuanto por su buen gusto. *La sabiduría y la locura de los monjes en el púlpito*; Madrid, 1758, en 4.°: es una crítica bien escrita del mal gusto que reinaba en España en esta época, especialmente entre los predicadores; de esta obra se vé un análisis en el *Diario enciclopédico*, año 1759. Los bibliotecarios de la Real de Madrid Laserna y Santander, poseian los siguientes manuscritos del P. Panel: *Disertacion sobre la elocuencia del púlpito y economía de un sermon; Diálogo de los muertos concerniente á la Historia de España; Memoria sobre la Historia de España y Africa*, de cuyos manuscritos se da razon en el catálogo de la biblioteca del expresado Santander. La Biblioteca Nacional de Madrid posee varios *Catálogos de medallas*, como ya hemos dicho, de este autor en letra de su mano, que es muy clara, y porcion de apuntes que acreditan su laboriosidad, siendo de creer se hayan extraviado muchos en las cinco variaciones de local que ha sufrido este establecimiento literario desde su fundacion. El P. Panel no se contentó con describir todas las medallas que descifraba, sino que las dibujaba por su propia mano, si bien sus dibujos carecen de arte y son más bien ligeros apuntes que haria para poderlas conservar en la memoria, ó para darlos á mejorar á un profesor, á fin de que éste los pasase, muchas veces así seria, al grabador. Despues de haber dado á conocer al anticuario primero de la Biblioteca Nacional de Madrid, vamos á hacer en su obsequio y en honor de nuestro país una ligera reseña histórica de su primer biblioteca, que fué en donde brillaron los talentos del célebre jesuita de quien nos ocupamos, para hacerlo despues por conclusion del precioso Museo de medallas de que fué

conservador, pareciéndonos no disgustará á nuestros ilustrados lectores empecemos por dar una idea, á los que lo ignoren, del orígen de las bibliotecas en general, y en especial de las españolas, en lo cual no podremos ménos de repetir algo de lo que sobre este particular hemos consignado en otras obras, y especialmente en nuestro *Catálogo* de este Museo, impreso en Madrid, en 8.°, en 1847. A pesar de la ilustracion que Silio Itálico, Strabon y otros autores conceden á los españoles anteriores á las dominaciones cartaginesa y romana, puesto que dicen tenian leyes y poemas escritos de cerca de seis mil años, no es de creer, áun cuando esto se concediese, tuviesen bibliotecas públicas. Sabido es que los romanos hacian amoldarse á sus costumbres á los pueblos que conquistaban, y como no se dude que estos vencedores, cuando sujetaron á la indómita Iberia, tenian en Roma bibliotecas públicas, que engrandeció despues Augusto y sus sucesores con los despojos de las de los pueblos vencidos, debe creerse las restablecieron en España, que fué una de sus más ricas y poderosas provincias. Los romanos tomaron las costumbres de los griegos, y éstos en mucha parte de los egipcios. Unos y otros, así como los hebreos desde los tiempos de Moisés y de Josué, tuvieron famosas bibliotecas, á las que llamaron los idólatras de Isis, segun Rollin, *Tesoro de los remedios del alma*, siendo celebradas, entre otras muchas, la de Ptolomeo Philadelfo, en Alejandría; la de Attalo y Eumeneo, en Bérgamo; las de Atenas; las de Alejandro Magno; la de Pisistrato; las romanas de Paulo Emilio, Lúculo, Asinius Pollion, y la de Augusto, en el templo de Apolo. En estas bibliotecas se custodiaban los preciosos manuscritos antiguos y los que escribian los contemporáneos, á fin de que el amante del saber fuese á beber la ilustracion en aquellas ricas y abundantes fuentes. Empero si casi no podemos ménos de creer que los españoles no carecian de bibliotecas públicas, al ménos en las ciudades populosas, en la época de la dominacion romana, es imposible fijar ni su número, ni las que fueron más célebres y copiosas. Invadida la Península por los bárbaros del Norte, enemigos irreconciliables de los romanos, todo ramo de ilustracion debió sucumbir necesariamente al furor de los que no conocieron más ley que la fuerza bruta, ni más mérito ni saber que pelear y amontonar víctimas. Sin embargo, más humanos á fuerza de cansancio y de la paz, que por necesidad sucedió á su conquista, luego que, lanzados los romanos del territorio, tomándoles por amigos, los españoles les entregaron sus debilitadas manos á las doradas cadenas que les presentaron, la ilustracion empezó de nuevo su carrera, y alentada, ó por mejor decir apoyada en cierto modo por la luz del Evangelio, que aclarando las espesas tinieblas de la idolatría destrozó las nubes con que intentára ocultar la verdad evangélica el arrianismo, abrió una nueva era que tuvo en España por princi-

pal lumbrera del saber á un S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, y á otros insignes varones. Tampoco consta que hubiese en este tiempo bibliotecas públicas en España; pero es de creer existiesen ya bastante copiosas en las iglesias metropolitanas y en los monasterios, que llegaron á ser los archivos de las obras escritas del ingenio humano. Rota la paz de España por una fatalidad de las que continuamente han interrumpido la marcha majestuosa de esta nacion, como si el mismo cielo temiese de su grandeza y poder, y perdido el país por la traicion de los unos y la perfidia de los otros, ó por el mal gobierno y direccion de sus magnates, que es lo más probable, por suceder en España muy comunmente estos casos, los árabes de los desiertos de Africa, acaudillados por un capitan esforzado, concluyeron por hacerse dueños de la Península despues de la famosa batalla de Guadalete, salvo de las montañas de Asturias, entre cuyas breñas se acogió la independencia y el honor nacional, que no tardó en vigorizarse á la voz del valiente é intrépido Pelayo. Dueños ya de casi toda España los árabes en el siglo VIII, empezó una nueva ventura para la ilustracion del país que ocupaban, en medio de su esclavitud y servidumbre. Mucha pena nos cuesta no poder entrar en este punto á manifestar con hechos lo mucho que ganó la España en ilustracion con los hijos de Mahoma, proposicion herética dicha algunos años ántes, en que no se les hacia la justicia debida por impedirlo el fanatismo religioso de nuestros padres. Ascendiendo al califato Harum Errasid, califa ilustre, á quien se debe por los modernos el conocimiento de las principales obras de los griegos, entre ellas las del inmortal Homero, ya vemos establecidas en España en toda su grandeza bibliotecas públicas, fundadas por él *para el alimento de los sabios é instruccion de los que pretendian serlo*. Segun las crónicas, estableció en Córdoba una famosísima biblioteca, en la que se hallaban además de todas las obras de los escritores árabes las de los sabios griegos y romanos, ya traducidas por los intérpretes musulmanes, ya en sus lenguas propias, sin que faltasen en ella los más famosos escritos de los defensores de la ley de Cristo. Abul Abbas Almamum, hijo de Errasid y lumbrera de la civilizacion arábiga española, que hizo de Córdoba una segunda Atenas, fué el que elevó á mayor altura las bibliotecas, haciendo construir en aquella ciudad un soberbio edificio, que llenó de todas las riquezas literarias del mundo, las que á cambio de oro hizo recoger en Grecia y en todos los países ilustrados. Si hemos de dar crédito á los autores contemporáneos de este califa, de los que habla Casiri, llegó á tener esta biblioteca seiscientos mil volúmenes, número que, á pesar del prodigioso arte de la imprenta, descubierto despues en el siglo XVI, no cuenta aún ninguna de España, y que poseen muy pocas de las bibliotecas de otras naciones más ricas en este género. Almamun dotó á esta y á todas las bibliotecas de su reino con

rentas bastante pingües, y con empleados sabios, que al paso que instruian al público estudioso, traducian á la lengua vulgar las mejores obras antiguas, ejemplo que debiera seguirse hoy en todos los establecimientos de esta clase, cuyos empleados debieran ocuparse, en nuestro concepto, en publicar las obras inéditas de interés general que se hallan en los archivos y y colecciones de manuscritos, y en anotar, reproducir y enmendar las impresiones cuyos ejemplares son ya raros é interesa conservar á la posteridad por su belleza y buena doctrina. Mucho podriamos decir acerca de las bibliotecas árabes de Toledo, Sevilla, Granada, Málaga y áun de la que habia en la universidad árabe de Madrid, de la que tenemos noticias, pero solo apuntaremos en el corto espacio que nos hemos trazado, que las bibliotecas del imperio árabe español, en tiempo del sucesor de Almamun fueron setenta, segun lo afirma en su obra el árabe Ben-Kair. Si el ruido de las armas y los azares de la guerra no detuvieron la civilizacion de los árabes, sirvieron sí para sumir en la ignorancia á los españoles cristianos, sus irreconciliables enemigos. El odio que profesaban á los hijos de Islan les impidió conocer sus progresos en civilizacion, y áun esta misma aumentó su adversion. Los libros principales de los descendientes de Pelayo fueron por algunos siglos el espadon, la daga y la lanza; sus bibliotecas los cuarteles, armerías y arneses; y su civilizacion el fomentar el poder clerical y de los señores feudales, matar muchos moros, despedazarse entre sí en guerras intestinas y personales, y debilitar su poder con contínuas divisiones y reyertas. ¿Cómo habia de haber bibliotecas entre unos hombres en que se tuvo por oficio poco noble saber leer y escribir? Pero en esta parte no estaban más adelantadas esas orgullosas naciones que hoy nos insultan exagerando nuestra ignorancia porque somos ménos fuertes, olvidando ó más bien queriendo olvidar que fuimos sus maestros civilizadores en la edad media, cuando embrutecida toda la Europa, solo en las Andalucías ardia la antorcha del saber, y despues en que el genio literario español se alzó majestuoso hasta donde puede llegar el hombre destinado á enseñar á los demás; recuerden nuestros árabes, recuerden nuestros clásicos en los tiempos de Roma, y últimamente, no se olviden de nuestros poetas hasta el siglo XVII, y comparando con justicia véase quiénes son los maestros y quiénes los discípulos. Volviendo á nuestro propósito, del que nos ha separado en las líneas anteriores el amor patrio, de que blasonamos con orgullo, y el decoro español injustamente ofendido por algunos extranjeros que nos juzgan sin conocernos, sin tomarse la molestia de echar una mirada á nuestra historia, diremos que el poder clerical de Europa cuidó en la edad media de embrutecer á la nobleza, alma de aquella sociedad, á fin de avasallarla y sujetarla mejor á su capricho por medio de su saber, fundado sobre la ignorancia de las

masas y de sus magnates. Por esta razon no habia en España bibliotecas públicas entre los cristianos, y solo existian en los monasterios é iglesias metropolitanas, en donde se guardaban con la mayor reserva los libros por temor de que se profanase con su vista la credulidad de los fieles, cuyos ojos debian estar cerrados al saber, privilegio solo reservado á los iniciados en el sacerdocio. A pesar de esta triste verdad, no podemos ménos de confesar que la civilizacion moderna debe mucho á los monasterios de estos tenebrosos tiempos, porque sus bibliotecas han sido un sagrado depósito en donde se han conservado las ciencias y las letras antiguas, las que sin ellos tal vez no existieran en Europa, por la tenaz persecucion que en todas partes hizo á sus libros el fanatismo religioso. Libre ya del todo la Península del dominio de los árabes, trajo la paz, como siempre, la era de las mejoras; pero esta no fué muy rápida para las bibliotecas públicas (1), porque si exceptuamos las de los cabildos, monasterios y universidades, á las que solo podian asistir los clerigos, los monjes y algun otro estudioso de alto coturno, puede decirse con verdad que hasta el fin del siglo XVII no se encontraban más bibliotecas en España que las expresadas, y las de las casas de alguno que otro grande ó poderoso, que uniendo al gusto ó al saber las facultades pecuniarias, habia podido reunir una pequeña cantidad de libros. Estas librerías destinadas al uso de unos pocos, no podian prestar la utilidad general ni el adelanto de las luces que las públicas de los demás países civilizados, y la necesidad exigia se erigiesen en España templos á Minerva en los que encontrase el estudioso para su ilustracion las obras sabias, cuya adquisicion no es fácil á todas las clases. El animoso Felipe V, que si bien nos trajo con su reinado una guerra civil lamentable, trasplantó por otro lado á nuestra patria los adelantos de la suya, conoció la falta que habia en España de plantear establecimientos capaces de proporcionar á las clases necesitadas y laboriosas, el nivelarse en saber é inteligencia á los que por su fortuna pudieran adquirir conocimientos científicos y literarios, y á fin de fomentar el estudio mandó crear bibliotecas públicas. Teniendo presente que en asunto de esta especie debe el soberano dar ejemplo el primero, si desea ser obedecido con gusto, mandó juntar todos sus libros aportados de Francia, así como los que bajo el título de Biblioteca de la Reina madre se custodiaban en una de las torres del antiguo alcázar de Madrid, y dándolos graciosamente para el servicio del público, puso la primera piedra, por decirlo así, á la Real Biblioteca de la Corte, que fundó el año de 1711, situándola cerca de su Real palacio, en la extinguida calle del Tesoro, que estaba frente al sitio que hoy ocupa. Habiendo

(1) A la expulsion de los árabes de Granada se quemaron todos los libros de sus bibliotecas.

costeado el Rey cuantos gastos se ofrecieron en la instalacion, puso la biblioteca pública, llamada entónces *Real Librería*, bajo la direccion de su confesor el P. Pedro Robinet, el que la abrió al público por primera vez en el mes de Marzo del año 1712. Grandes fondos eran necesarios para que prosperase este establecimiento, si el estudioso habia de encontrar en él, si no cuánto pudiese apetecer, al ménos cuanto se publicase en la Península, y lo principal que se imprimiese en el extranjero, y para subsanar la falta de fondos, gravó á todos los autores y editores de libros por Real órden de 1716 con la contribucion indispensable de un ejemplar de cada impresion que se ejecutase en España, la cual por ser equitativa y practicada en todos los países civilizados, se ha llevado á efecto hasta el dia, si bien no con toda la exactitud que debiera por el poco esmero y celo que ha habido en las oficinas de recaudacion de impresos para la Biblioteca, lo que podria remediarse no permitiendo la publicacion de ninguno en los periódicos oficiales, sin que los editores responsables presentasen el competente recibo de la misma Biblioteca, de haber entregado en ella, ó á sus apoderados en las provincias, el referido ejemplar. En el citado año dió el Rey constituciones á la Biblioteca para su gobierno interior, concediéndola despues la primacía en igualdad de circunstancias en todas las ventas de libros, manuscritos, estampas y medallas que se vendiesen en el reino. La dotó regularmente, tanto para el pago de sus empleados, á quienes concedió el carácter de criados de la Real cámara con todas las regalías de tales, de las que han disfrutado hasta 1836, en que pasaron á ser empleados de la Nacion, cuanto para la compra de libros, manuscritos, medallas y demás objetos necesarios á establecimientos de esta clase. Con todas estas providencias se fué acrecentando la Real Biblioteca, aumentada desde 1712 con la librería del arzobispo de Valencia, que llegó en Marzo del mismo año, y despues con las del cardenal Arguinto, comprada en Roma de órden del ilustrado Cárlos III; la del Señor D. Ignacio Muzquiz en el reinado de Cárlos IV; la del diputado Navarro en 1823 y otras, entre las que deben contarse parte de las de los monasterios de Madrid, suprimidos en 1835, y la secuestrada del infante D. Sebastian; pudiéndose decir que pasan de ciento treinta mil volúmenes los que hoy componen el caudal literario de este establecimiento, sin contar la mayoría de los libros que fueron de los religiosos, que por duplicados no deben colocarse. Desde el primer dia de su instalacion fué regido este establecimiento por los jesuitas confesores del Rey, que con el título de directores le gobernaron hasta Octubre de 1755, en que fué nombrado director el Ilmo. Sr. D. Manuel Quintana Bonifaz, arzobispo de Farsalia é Inquisidor general, que fué el último jefe que se denominó director, tomando sus sucesores el título de bibliotecarios mayores. Al fundar Felipe V la Biblioteca, trató de dispertar la ador-

mecida ciencia numismática, que habiendo nacido en las manos de Cárlos III, rey de Navarra, y de Alonso V de Aragon, yacia casi olvidada, siendo así que aprovechándose los extranjeros de nuestro primer impulso, y de los luminosos escritos numismáticos del célebre Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona en el siglo XVI, la tenian en grande estima y veneracion. A este fin dió el Rey las medallas que existian en su Real palacio, á su confesor el R. P. Robinet para que diese principio al monetario, facultándole para comprar las medallas que se fuesen presentando en venta, de cuyas resultas se dió la órden para buscarlas y comprarlas á Francisco Vela, vecino de Toledo, lo que tuvo tan buen resultado, á pesar de no tomar empeño en esto el P. Robinet, que en 16 de Agosto de 1716 consta tenia ya el Museo veinte mil monedas en todos metales. Segun lo que aparece en el archivo, no se clasificaron estas monedas hasta 1735, en que se nombró al efecto al anticuario del rey de Francia D. Pablo Lucas, que enseñó numismática á D. Juan de Iriarte, bibliotecario de muchos conocimientos científicos y literarios. Nombrado anticuario en propiedad en 30 de Junio de 1745 el jesuita P. Alejandro Javier Panel, se empezó la formacion de índices numismáticos razonados con un gran lujo, puesto que se dibujaron con exactitud las monedas que se descubrian, trabajo minucioso que no pudo seguirse por ser muy grande; pero habiendo fallecido éste, se nombró despues conservador ó encargado del monetario al oficial D. Guillermo Lopez Bustamante, muy conocedor en materias numismáticas. Este adelantó mucho en la clasificacion antigua del Museo, debiendo mencionarse como uno de los que con más inteligencia trabajaron en él, al bibliotecario mayor D. Francisco Perez Bayer. El Museo de medallas se ha acrecentado extraordinariamente con los monetarios adquiridos, y muy particularmente con los del abad de Orleans de Rothelin, comprado en París en 1746 por la cantidad de trescientos sesenta mil reales, el de D. Pedro Estrada, vecino de Córdoba, en treinta y seis mil reales adquirido en 1788; otro de Nápoles comprado en doce mil reales en 1786; el que fué del infante D. Gabriel, que costó trescientos mil reales en el año de 1795, y con parte del de los jesuitas en 1802, comprados aquellos de los fondos del establecimiento y cedido éste por el Gobierno. Han aumentado tambien la coleccion por las donaciones hechas por este en varias ocasiones, y el haberse sabido emplear bien en circunstancias favorables la asignacion anual que para compra de medallas está destinada en los presupuestos. Pacíficamente estuvo situada la Biblioteca en la casa en que se habia instalado, hasta que por Real órden de José Napoleon, dada en 17 de Agosto de 1809, se mandó trasladar al convento de la Trinidad á consecuencia del derribo que se hizo de todas las casas que ocupaban el sitio llamado hoy plazuela de Oriente. El gran des-

órden con que por la premura de tiempo se hizo esta mudanza, y lo descuidada que estuvo la Biblioteca durante la dominacion francesa, en la que muchos de sus libros sirvieron á los invasores para hacer cartuchos, fué causa de que se interrumpiese el órden primitivo, rompiéndose la clave por que se guiaba este establecimiento en sus mejores tiempos. No contribuyó poco á este desórden la aglomeracion de libros de los conventos á los de la Biblioteca en los tiempos de que hablamos, y la devolucion de los mismos á las comunidades luego que se recobró la independencia nacional. En este caso, y con el fin de dejar á los Trinitarios en pacífica posesion de su convento en fin de Setiembre de 1819, pasó la Biblioteca por Real órden de 26 de Marzo del mismo á la casa del almirantazgo, sitio donde hoy se hallan los ministerios, y en aquel punto estuvo decorosamente colocada, hasta que decretando Fernando VII la compra de la casa que hoy ocupa, se estableció en ella la Biblioteca en 11 de Junio de 1826, casa en la que si no está con la amplitud que necesita, ya se haya con el decoro debido. Si bien la Biblioteca fué considerada desde su instalacion como una de las principales dependencias de palacio, se la ha separado del Real patrimonio en todas las épocas en que ha regido el sistema constitucional desde el año 1812, habiendo quedado definitivamente como establecimiento de la Nacion en 1836. Si hubiéramos de escribir la historia completa de esta Biblioteca, tendriamos que extendernos considerablemente; pero como no haya sido este nuestro ánimo sino el hacer una ligerísima reseña, á la que pueden unirse las noticias esparcidas en este catálogo para dar noticia al curioso, nos parece habernos extendido todavía más de lo que se nos podia exigir, y por lo tanto terminamos esta parte de nuestros apuntes, manifestando que si bien los sabios Ferreras, Panel, Casiri, Iriarte, Pellicer, García Malo, Conde, Bustamante, Moratin y otros empleados antiguos, han dado nombre y gloria á la Biblioteca de Madrid, á dos jefes de este establecimiento se debe particularmente el esplendor en que le hallaron ya los tiempos bonancibles para la ilustracion en el presente reinado, sin que por esto sea nuestro ánimo ofender la buena memoria de los demás dignos jefes que ha tenido esta Biblioteca. Son estos dos los señores D. Francisco Perez Bayer y D. Francisco Antonio Gonzalez, los cuales hicieron mejoras que han establecido el órden y prosperidad de este establecimiento literario. Débense al Sr. Bayer los grandiosos índices antiguos que posee la casa, muchas de sus alhajas, y las mejores reglas establecidas para su gobierno. Al segundo los primitivos índices de manuscritos, que si bien no perfectos del todo, son clarísimos, y debieron costar muchas fatigas á su ilustrado autor, que fué el mismo Señor Gonzalez, de cuya mano estan escritos por el desarreglo y confusion en que se nos ha asegurado estaban los códices y demás documentos de esta precio-

sísima y numerosa coleccion. Tambien acreditó el expresado Señor sus conocimientos en las dos mudanzas de local que se verificaron en su tiempo, particularmente en la última á la casa que hoy pósee por su influencia con Fernando VII, operacion que le debió costar mucho, teniéndose que sujetar á un local tan reducido como el de esta casa para el número de volúmenes y demás objetos que debia colocar y colocó. En fin, este Señor puso á la Biblioteca á la mayor altura posible en su tiempo, y si la muerte no atajára sus vastos proyectos, hoy se hallaria este establecimiento en un local propio y á propósito, que fué su pesadilla hasta el último dia de su vida. Si la Biblioteca tuvo celosos jefes hasta la muerte del último monarca, no ha dejado de tenerlos, y muy dignos, en el reinado de Isabel y de la libertad. Pasando por alto la jefatura del sabio comentador del Quijote D. Diego Clemencin, porque muriendo á poco tiempo de ser nombrado bibliotecario mayor, apénas tuvo lugar de enterarse de este establecimiento, no podemos ménos de recordar con gratitud el celo por su engrandecimiento del Sr. Don Joaquin Patiño, al que se debe el principio de la formacion del nuevo índice general por autores y materias, el índice de los libros del primer siglo de la imprenta, escrito por su mano, la idea de clasificacion científica del Museo de medallas y de la coleccion de antigüedades, que hizo exponer al público los sábados, la reclamacion y concesion de los libros de las comunidades suprimidas en Madrid, el haber empezado á traer del extranjero las obras clásicas que nos hacian falta, y otras muchas cosas que se recordarán con gloria en los anales de esta Biblioteca. El Excmo. Sr. D. Martin de los Heros, siguiendo el camino de las mejoras trazado por el Sr. Patiño, hizo tambien por que su nombre se recuerde como el de su antecesor. El Ilustrísimo Sr. D. Eugenio Tapia, bien conocido por sus obras en la república de las letras, ocupó dignamente el puesto de bibliotecario mayor, puesto que dando el mayor impulso á las establecidas mejoras, enriqueció el establecimiento, haciendo venir á él los artículos que le hacian más falta, habiendo logrado una Real órden por la que vendiéndose los libros sobrantes en esta Biblioteca de los procedentes de los extinguidos conventos, logró que en su tiempo empezase este establecimiento á ponerse al nivel en la parte que le faltaba, de los más ricos de Europa; haciendo consignar al que esto escribe en los correspondientes inventarios los objetos del Museo de medallas y del gabinete de antigüedades, hecho poner en órden el archivo y otras útiles mejoras. El distinguido y fecundo poeta dramático D. Manuel Breton de los Herreros, actual secretario perpétuo de la Real Academia de la lengua española, cuyo nombre es bien conocido en el mundo civilizado por sus muchas obras dramáticas, siguió al Sr. Tapia en el gobierno de la Biblioteca con el título de director y bibliotecario mayor. Y conociendo las necesidades

de este establecimiento, en el que hacia muchos años servia, siguió el camino de las mejoras emprendido por sus antecesores, y durante su jefatura se hicieron importantes adquisiciones en todos los ramos de la Biblioteca. Al Sr. Breton de los Herreros sucedió como director el decano de los bibliotecarios, el Excmo. Sr. D. Agustin Duran, uno de los hombres más dignos de este puesto por sus conocimientos bibliográficos y por los servicios que ha prestado á las letras con la publicacion de sus romanceros y cancioneros, que forman la historia de nuestra poesía nacional. Este ilustre literato, que murió hace poco ejerciendo el expresado destino, ha sido el maestro por decirlo así de nuestra poesía moderna no sujeta á las reglas del clasicismo, siendo el que dió principio al renacimiento de nuestra antigua literatura nacional, por lo cual le llamaron algunos el padre de los románticos. En sus romanceros y cancioneros está bien expresada su doctrina literaria por medio de sabias notas, y á éstas y á las demás obras del mismo autor debe acudir el que desee más noticias sobre él. En la actualidad es director de esta Biblioteca nuestro antiguo amigo y querido compañero D. Juan Eugenio Hartzenbuch, escritor crítico y poeta dramático bien conocido por sus producciones literarias, el cual ha inaugurado su jefatura no solo impulsando las mejoras empezadas por sus ilustrados antecesores, sino que proyectando otras nuevas en favor del público estudioso y hasta del decoro de esta dependencia nacional, ha emprendido un camino por el que nos lisonjeamos llegará á inmortalizarse en los anales de esta Biblioteca, ya enriquecida con su ilustre nombre, así como se ha inmortalizado por sus bellas producciones en el templo de la Talía española. El Sr. Hartzenbuch pasó el año 1855 de bibliotecario cuarto á la direccion de la Escuela Normal Central y presidencia de la Comision auxiliar de primera enseñanza del Reino, en el Ministerio de Fomento, Direccion de Instruccion pública, y volviendo este señor á la Biblioteca á la plaza de bibliotecario primero, cuando por Real decreto de Diciembre de 1857 se creó el cuerpo de Bibliotecarios y Archiveros, tuvo el autor de estas líneas el honor de sucederle en la referida direccion y presidencia, no sin sentimiento, y á pesar del ascenso de mayor categoría que se le daba, de salir de un establecimiento en el que habia servido veintitres años como bibliotecario y conservador del Museo de medallas y gabinete de antigüedades. — Hecha la historia de la Biblioteca Nacional de Madrid, en que tanto figuró en su fundacion y primeros años el P. Alejandro Panel, parécenos llegado el caso de describir en honor suyo y para conocimiento de los que lean esta obra el Museo de medallas, segun le dejamos clasificado cuando salimos de aquel establecimiento, despues de cuyo tiempo se han hecho algunas mejoras importantes y necesarias por el crecido número de medallas que han ingresado en él, cuyas mejoras se deben al ilus-

trado oficial de la Biblioteca y entendido orientalista, nuestro antiguo amigo y querido compañero D. Francisco Bermudez de Sotomayor, que nos ha sucedido en la conservacion de aquel preciosísimo tesoro. En la sala 15 de la Biblioteca se halla una lindísima portada de caoba, sostenida en dos columnas istriadas, de la misma madera, con chapiteles y basas doradas del órden jónico de Scamori, que da entrada (por una gran puerta de dos hojas de caoba, con adornos dorados y bajos relieves históricos, imitando al mármol blanco en el friso) al Museo de medallas, como se expresa en letras doradas en el frontis de la misma portada. Esta pieza es un magnífico salon con vistas al jardin de la Botica Real, que tiene cien pies de longitud por veintidos de latitud, y cubierto, como todas las salas de la Biblioteca, con un papel de exquisito gusto, particularmente en el techo, en donde figurando frescos se ven siete medallones, los cuatro repitiendo adornos y figuras de las cuatro estaciones del año, y los tres restantes el juicio de Páris, Apolo en su carro y Venus presentando á su hijo Cupido á los dioses. Se halla ocupado este salon por treinta y ocho estantes de dos cuerpos de caoba maciza, unidos entre sí, con hermosísimos y grandes cristales de Venecia en sus puertas superiores ó del cuerpo principal, siendo su órden de pilastras istriadas igual á la portada, á la izquierda en que empieza la estantería unida, y columnas istriadas del mismo órden, á la derecha con chapiteles y basas doradas como aquellas, formando cada dos estantes una sola pieza en los macizos de reja á reja (1). El fondo de estos elegantísimos estantes surmontados por jarrones de caoba y dorados, de mucho gusto y elegancia, es de madera comun pintada de amarillo, en que se hallan colocadas mil cuatrocientas veintinueve cajas, de caoba muchas, y otras de palo santo, de sándalo ó de cedro. En los zócalos, ó cuerpo bajo de los referidos estantes, se van construyendo monetarios aislados, de madera comun forrada de caoba, existiendo en el dia diez, que contienen doscientas doce cajas, destinadas á las impostas, de medallas ó monedas sobrantes que se dedican á cambios. Interrumpe la estantería al final del salon, frente á la entrada, un elegante trono, compuesto de dosel de terciopelo carmesí y franjas de oro y gradillas alfombradas con sencillez y gusto. Dispuesto este trono cuando la Biblioteca Nacional pertenecia á la Casa Real para recibir en esta dependencia á los reyes españoles, se halla hoy ocupado por dos cuadros al óleo en un rico marco dorado, en los que se ven los retratos de S. M. la Reina Doña Isabel II y de su augusto esposo D. Francisco de Asís, ejecutados por D. José Gutierrez, pintor honorario de cámara. El pavimento del salon está cubierto decorosamente, y en el centro se halla un grande y bien entendido

(1) Esta lujosísima obra, hecha de órden del Sr. rey D. Cárlos III para la Botica Real, fué regalada para el monetario por Fernando VII en Real órden de 15 de Diciembre de 1825.

mostrador ó mesa de monetario, con sus cajones y trampillas para custodiar las medallas no clasificadas y los efectos numismáticos con que se efectuan las clasificaciones; á los lados del expresado mostrador se hallan dos mesas de caoba maciza, y sobre ellas y la anterior estan colocados diez escaparates de cristales, de que hablaremos despues. Las medallas se hallan colocadas en senos de cartones de tafilete con adornos dorados, los cuales ocupan las enunciadas cajas de los estantes; y en las séries clasificadas completamente y ya sujetas á su índice particular, estan cubiertos los referidos cartones con marcos metálicos con cristal, á fin de que, sujetas las medallas dentro de sus respectivos senos, que en algunas séries son de terciopelo, puedan sacarse las cajas y mostrarse al curioso sin que se corran las medallas, ni estas puedan tomarse en las manos. Adoptado generalmente en los grandes museos de medallas el sistema del anticuario José Eckel, en su obra intitulada *Doctrina nummorum veterum*, que divide las medallas antiguas en dos grandes secciones, á saber, monedas que no son romanas y monedas romanas; este es el sistema que se ha seguido en la clasificacion de esta parte del Museo. Bajo la primera denominacion se halla clasificada la parte de la coleccion que comprende todas las fabricadas por los reyes, tiranos, ciudades ó provincias del orbe antiguo, estuviesen ó no bajo el yugo del Imperio; y en la segunda todas las monedas de Roma desde su fundacion hasta la toma de Constantinopla en 1455 por Mahometo II, emperador de los Turcos. Sin embargo de que en la clasificacion de la primera de estas dos grandes séries clasifican algunos las medallas de los reinos, pueblos y ciudades por órden alfabético, se hallan colocadas aquí por el geográfico, empezando por la Lusitania, que es la region más occidental del mundo conocido por los antiguos, habiéndose evitado por esta clasificacion lo ridículo de ver medallas de Panormum en Sicilia, colocadas en la misma caja y carton que las de Panticapæum, en los confines de la Táurica al Septentrion, y las de Bilbilis, en la Tarraconense, junto á las de Bizantium, en el Bósforo, razon por la que puede decirse que el Museo numismático de la Biblioteca Nacional presenta en la actualidad un mapa geográfico metálico, y en sus respectivas séries particulares la historia cronológica metálica de cada nacion. Habiendo dividido, como queda dicho, las medallas antiguas en dos grandes secciones, las modernas componen la tercera, si bien ésta se halla subdividida en tres, á saber: monedas de la edad media y modernas hasta fin del siglo pasado, medallas históricas, y monedas corrientes de Europa en este siglo; subdivisiones necesarias para el mejor órden del Museo. La clasificacion empieza á la izquierda del espectador, conforme se entra en el salon, en el estante núm. I, y termina á la derecha en el estante núm. XXXVIII.

Primera seccion. Las medallas antiguas correspondientes á esta seccion, ocu-

pan los estantes desde el número I inclusive á la caja 21 del número II. Empieza por las monedas de colonias y municipios de Hispania, dividida en las regiones de Lusitania, Bœtica ó Bética y Tarraconense, monedas que fueron acuñadas en España hasta que el emperador Calígula la quitó este derecho, y fabricadas despues en Roma como autónomas y traidas á la Península (1). Vienen despues las antiguas monedas celtíberas de España, cuyos caractéres parecen púnicos, y cuyos barbudos bustos representan tal vez los antiguos jefes de este país, así como se cree ver en los caballeros con lanza que se hallan grabados en sus reversos las imágenes de Castor y Polux, á cuyos héroes se pretende veneró esta nacion. Despues de las séries españolas referidas y série duplicada de la primera, siguen en el estante número IV las monedas de la antigua Galia, en sus subdivisiones de *Aquitaniæ*, *Lugdunensis* y *Narbonensis*; las escasas monedas de los pueblos y reyes de la antigua Germania y las de la Britania estan en seguida, y á ellas sucede la magnífica coleccion de la Italia antigua é islas adyacentes, recorriendo todas sus regiones y provincias del Latium, Samnia, Brutium, Campaniam, Umbría, Etruria, Sicilia y Siracusa, con sus reyes y tiranos, exceptuando solo á Roma que ocupa otro lugar, cabeza y fundamento de la que llaman los antiguos segunda época. Con el mapa en la mano pueden verse despues las monedas de las ciudades é islas del Archipiélago, de la Magna Grecia y del Asia Menor y Mayor, desde los tiempos más remotos hasta que conquistados por los romanos, dejaron la costumbre ó perdieron el derecho de batir moneda de su propia autoridad. Estan incluidas en las séries de sus reinos y provincias respectivas las monedas de los reyes, sátrapas y tiranos de Persia, Media, Macedonia, Bitinia, Capadocia, Armenia, Ponto; y tambien las de los Ptolomeos, Lysimacos y demás sucesores de Alejandro *el Grande*. Dando la vuelta al orbe por el metálico mapa, se encuentran las monedas egipcias, fenicias y de la Palestina; y en la misma seccion las de Numidia, Utica, Septis, Cartago y demás ciudades de la Tingitania y Mauritania, que completan esta primera seccion. —*Segunda seccion.* Empieza esta, que comprende todas las séries de monedas romanas en el estante IX. Abren las séries la coleccion de los pesados ases, moneda primitiva de Roma, á los que siguen los semises, trientes, cuadrantes, uncias y demás partes metálicas en que se subdivide el as romano. Está despues la abundante é interesante série de monedas consulares ó de familias romanas en plata y oro, y al terminarse esta série se hallan colocadas en lujosísimas cajas con cristales las preciosas séries en oro de monedas imperiales, y las de plata que ter-

(1) Se empezó por España esta clasificacion, por ser la parte más occidental del mundo antiguo. En las medallas de ciudades de una misma region se sigue el órden alfabético con separacion de metales, de suerte que el oro y la plata está á la cabeza de la série de cada ciudad.

minan en los medallones imperiales en este metal. A continuacion se halla la série de medallas romanas de gran bronce, que termina en los medallones, série de medallas contorneatas y falsificaciones en este tamaño, de los célebres falsarios el Paduano y el Parmesano. Siguen á los expresados medallones la magnífica série imperial de mediano bronce. A esta suceden las del pequeño bronce. La interesantísima série imperial, denominada de mínimo bronce por la pequeñez de sus piezas, concluye en la caja 29 del estante XXVIII, en el que cierra esta segunda seccion (1) una série de talismanes y monedas hebráicas latinas, acuñadas por los cristianos al principio de esta era, ó ya falsificadas, con relacion á ella, por los falsarios del siglo XVI, que es nuestra opinion. Esta última série ocupa las dos últimas cajas del referido estante.—*Tercera seccion.* Las monedas modernas siguen el mismo órden cronológico que se ha dicho en las anteriores secciones. Empezando por España, en el estante XXIX ocupan las primeras cajas las monedas de los reyes godos, desde Teudis hasta Rodrigo, último soberano de esta dinastía. En el mismo estante empiezan las séries de monedas de los reyes árabes españoles, y á estas siguen las séries de monedas de nuestra nacion, desde Alfonso VI, conquistador de Toledo, hasta las de nuestra reina Doña Isabel II; hallándose subdivididas estas últimas séries en los diversos reinos en que lo estuvo España, hasta que los reunieron bajo un mismo cetro los Reyes Católicos y sus sucesores. No faltará algun inteligente que será de parecer de que las monedas de los reyes godos y españoles que salieron de un vástago comun, deberian continuar en una série no interrumpida y sin cortar por las monedas árabes; pero se ha preferido dividirla en dos secciones, la primera que termina en D. Rodrigo, que perdió la España, y la segunda que empieza en D. Pelayo, que la restauró; colocando en este intermedio las monedas árabes, desde Abderramen, primer rey de Córdoba, hasta Boabdil el Chico, último rey de Granada. Siguen á las españolas, en estante número XXXIII, las monedas portuguesas, las de Francia y las de sus reyes y barones hasta nuestros dias. Las de Italia vienen despues con sus pequeños estados, incluyendo en ellas las séries de monedas pontificias. Suceden á estas la de Inglaterra, Alemania, Rusia, Turquía y demás potencias de Europa, y se concluye esta seccion con las de los reyes modernos de Asia y Africa, entre los que se cuentan los de la India y el Japon, terminando en el cajetin del estante número XXXIV. En todas estas séries se halla una rigorosa cronología en los reyes, emperadores ó señores de las citadas naciones.—*Cuarta seccion.* Compone esta parte del monetario la preciosa coleccion de medallones en todos metales, acuñados

(1) Las séries imperiales romanas comprenden desde Julio César hasta Constantino XIV, último emperador de Oriente, que es un período seguido de catorce siglos.

en ocasion de grandes victorias, juras, proclamaciones, acciones gloriosas, etc. Esta seccion, que ocupa por sí sola los tres estantes últimos, señalados con los números del XXXV al XXXVII inclusive y sus respectivos zócalos, guarda el mismo órden geográfico cronológico que queda dicho, y se hallan al fin de los medallones reales de cada nacion, la série de los de sus hombres ilustres á quienes se ha dispensado este honor por sus hechos heróicos; entre cuyas séries deben contarse las de oro, plata y bronce, de Napoleon, y tambien las de los pontífices y cardenales. Por último, cierra esta seccion una curiosa série de los literatos, científicos y artistas célebres de Europa, que se han inmortalizado en sus obras. Esta clasificacion presenta algunas irregularidades debidas á la construccion de los estantes no hechos á este objeto, y á que los cartones no estan fabricados para recibir especies determinadas de monedas, como hoy se ejecuta, para que vayan desapareciendo estos defectos. El sistema indicado presenta algunas irregularidades, porque no siendo fácil interrumpir la gran série de monedas romanas, y separar el imperio de Oriente unido tan íntimamente al de Occidente por la cronología de la historia, resulta que las monedas de Constantino XIV, último emperador griego, acuñadas á la mitad del siglo XVI, poco ántes de ser conquistada Constantinopla por los turcos, se hallan colocadas en la seccion de las antiguas al paso que lo estan entre las modernas las de los ostrogodos, godos, normandos y otras de los siglos VI y VII; pero debiendo seguir la disposicion de las monedas el órden cronológico de los imperios, nada importa en nuestra opinion que la línea que separa lo antiguo de lo moderno venga ántes ó despues. Se ven en este Museo las séries de monedas de una ciudad, rey ó emperador, en una misma caja y carton sin distincion de metales, porque en la clasificacion hemos creido muy pueril el hacer un desacato á la cronología por solo la vanidad de enseñar una caja toda de monedas de oro ó de plata, que si bien puede recrear la vista del no conocedor, choca y atormenta al inteligente, ya sea que estudie los progresos y decadencia del arte, ó ya que quiera abarcar de un golpe de vista las monedas de un reino. Sin embargo, siempre que hemos podido conciliar el agrado de la vista con las exigencias de la ciencia, lo hemos puesto en práctica, como se ve en las séries consulares, en las imperiales de oro y plata, en las griegas, árabes y de los reyes modernos de Europa. A fin de que el público que visita el Museo por curiosidad todos los sábados del año pueda formarse una idea aproximada de lo que contiene este rico santuario numismático, se ha colocado sobre las mesas establecidas en el centro una preciosa miscelánea de monedas y medallones de oro y plata, en la que consta una pieza al ménos de cada una de las séries de medallas clasificadas y colocadas en los estantes. Dispuestos con la mayor comodidad para el público

los escaparates que contienen esta especie de compendio metálico ó echantillon, como dicen los franceses, puede darse un paseo numismático al rededor del Museo sin necesidad de que se abran los estantes, operacion difícil y comprometida habiendo mucha gente, y enterarse el curioso de cuanto en este punto pueda desear. Cuando en 1835 el Excmo Sr. D. Joaquin María Patiño, bibliotecario mayor, nos encargó con nuestro erudito amigo Don Pascual Gayangos, comisionado al efecto, la clasificacion del Museo, se hallaba éste en una anarquía numismática completa, causada sin duda por la falta de inteligencia de los encargados en clasificarle en las varias mudanzas de local que ha experimentado la Biblioteca, puesto que es de creer que estuviese un dia regularmente clasificado, atendiendo á los bellísimos índices de algunas séries y científicos trabajos de los sabios Panel, Bayer, Bustamante, Bambar y otros bibliotecarios, que se hallan en el archivo. Hecha la clasificacion por los grandes conocimientos del Sr. Gayangos, en la parte principal, hemos seguido y seguimos la formacion de índices generales y parciales, y la clasificacion científica y cronológica de las séries por el sistema establecido y expresado para el público en la expresada miscelánea metálica que se expuso en Enero de 1739 por primera vez. El número de escaparates es el de diez; en el primero, señalado con el número I, se contienen monedas griegas de las séries de la Italia antigua, de Sicilia y de Siracusa, en el primer carton, y en el segundo de los reyes de Persia, autónomos de Macedonia, de las de esta region dividida en provincias, de las de sus reyes desde Perdicas, de los autónomos de Tesalia, de los reyes de Epiro y de la Beocia.—II. Este escaparate continua con las de Beocia; sigue con las de las islas de Atica, reyes de Ponto, reyes de Pérgamo, las de Rhodas, Panfilia, Apanea, Phrigia, reyes de Capadocia y reyes de Siria. El segundo carton continua con las medallas de dichos reyes, y sigue con las de Antioquía, Fenicia, Tiro, Sidon, samaritanas, persas, reyes de Egipto, de la Cirenáica, Mauritania, Tingitania, y concluye con treinta y dos monedas de familias romanas de las que las doce son de oro.—III. El primer carton de este escaparate contiene cincuenta y siete monedas de oro de otros tantos emperadores romanos de Oriente y Occidente, desde Augusto, siendo la última de Basilio y Constantino. Siguen despues monedas de oro de los reyes godos españoles, y luego de los árabes españoles, de los reyes de Aragon, de los de Castilla, de Portugal, Francia, ostrogodos, pontífices, de otros reyes de Europa y monedas turcas, americanas y de la China. El carton segundo contiene medallones de plata y bronce ejecutados por los excelentes falsarios Paduano y Parmesano, imitando perfectamente á las antiguas medallas griegas y romanas.—VI. Los dos cartones del escaparate señalado con este número se hallan ocupados por treinta y siete medallones de buen tamaño en que

se ven representadas las glorias militares de varias naciones de Europa. V. En el primer carton diez y seis medallones, de gran tamaño, manifiestan la riqueza de los reyes de Cerdeña y de otros soberanos de Europa; y en el segundo otros diez y ocho medallones expresan la magnificencia de los pontífices romanos, llamando muy particularmente la atencion el gran medallon cincelado que ocupa el centro del carton, debido á la memoria del papa Inocencio XII, cuyo busto tiene al anverso. — VI. Presenta este escaparate, en el primer carton, una coleccion compuesta de treinta medallones iguales de otros condes palatinos; y en el segundo, otros treinta y uno de varios condes, duques y electores, con algunas de los reyes de Dinamarca y de Portugal y de varones ilustres. El tercer carton le ocupan medallones de reyes y príncipes de Europa de épocas modernas, la moneda mayor de oro que usan los turcos, una india de plata de figura extraña, una de Mehemet Alí, gobernador de Egipto, y el famosísimo medallon en bronce acuñado en Antuerpia en honor del célebre pintor Rubens, que puede competir con lo mejor que se haya grabado en alto y en hueco en el mundo antiguo y moderno. Es de notar en este escaparate un medallon de oro en alto relieve, hueco por el reverso, que representa á Hércules con la clava en la izquierda y saeta en la derecha, arrastrando hácia sí una multitud de hombres con una cadena, que saliendo de su boca, pasa por las orejas de los demás, en cuya magnífica composicion, ejecutada con toda la maestría del arte, creemos ver una expresiva alegoría de la irresistible fuerza y gran poder de la elocuencia. Esta preciosa obra artística fué descubierta entre las ruinas de un edificio griego que se halló en lo alto del puerto de Guadarrama al sacar los cimientos para alzar el monumento en que posa el leon de Castilla, que se halla en aquel punto. Perteneció al Museo del infante D. Gabriel. — VII. Cincuenta y tres medallones tiene este escaparate. Todos ellos pertenecen á nuestros reyes desde Cárlos V hasta el presente reinado, ya como reyes de España, ya como poseedores de las Américas y de las Filipinas. Como cabeza de todo el Museo se halla colocado en este escaparate un gran medallon de plata, fabricado en Sicilia, de Alonso V, rey de Aragon, denominado en él *el Triunfador* y *el Pacífico*, del que dijo su cronista, ser el primer rey que recogió monedas antiguas y formó el primer monetario de Europa, si bien esta gloria se la hemos dado nosotros á D. Cárlos III, rey de Navarra, que empezó á reinar en 1387, cuando aún no habia nacido aquel. (Véase el tomo III de nuestro *Compendio elemental de Arqueología*, publicado en 1844 y 1845, pág. 203.) La Biblioteca posee un bajo relieve en piedra de Alonso V, igual en todo á esta medalla. (Véase dicha página.) Tambien se hallan en este mismo escaparate siete grandes monedas de las llamadas cincuentenas, de las que una de oro, perteneciente al rey Felipe IV, y

acuñada á cilindro como las demás en la casa de moneda de Segovia en 1633, corria en el comercio por 3620 rs. vn., que es propiamente su peso; siendo el de cada una de las de plata que pertenecen á Felipe III y al IV de este nombre, 125 rs. A lo que hemos visto, estas son las monedas más grandes que han existido en los tiempos modernos; se acuñaron desde Felipe II á Cárlos II, y fueron desechadas en la circulacion por Felipe V, que las mandó fundir. Es digno de notarse por su esmerado trabajo un retrato de hojuela de oro en relieve, de perfil y recortado del emperador Cárlos V. — VIII. Todo este escaparate está ocupado por setenta y cinco medallones en plata, de los que componen la historia metálica de Napoleon, emperador de los franceses, la mayor parte pertenecientes al tiempo de la república. En 1838 publicamos en compañía del arabista de este establecimiento D. Francisco Bermudez Sotomayor, toda la série metálica de Napoleon, en clisados de metal compuesto, que tambien posee el Museo, acompañados de pliegos de explicacion, con nuestra obra titulada *Galería numismática universal.* — IX. Sigue en este escaparate la expresada série metálica de Napoleon en ochenta y cinco medallones de plata, pertenecientes á los tiempos de su imperio. Las medallas que se citan en los expresados escaparates se hallan sujetas á los índices de sus respectivas séries, y además tienen un inventario clasificado particular, así como los monetarios de monedas corrientes para el mejor servicio del público y órden del Museo. Como aún no se hallasen concluidos los índices científicos de todas las séries, segun la actual clasificacion, sujetamos todas las medallas á un inventario exacto, á fin de que quedase consignado en nuestro tiempo cuanto poseia el Museo, resultando de él existir noventa mil novecientas cuarenta y siete medallas y monedas de todos metales, de las cuales las dos mil doscientas noventa y dos son en oro, las treinta y tres mil quinientas cincuenta y dos en plata, las cincuenta y cuatro mil noventa y siete en bronce, y las mil seis en plomo ú otras materias metálicas. Como entre los numismáticos se clasifiquen generalmente entre las monedas de oro las de *electrum*, mezcla de oro y plata por los antiguos, y entre las de plata las del *potin*, que lo es de cobre y un poco de plata, sin que queden fuera las de *billon* que son de igual clase, pueden deducirse bastantes de estos metales compuestos del número sentado á las de oro y plata, á pesar de que hemos puesto en el bronce muchas que se encontraron ántes como de oro ó plata por hallarse doradas ó plateadas; sin embargo, no salimos garantes de no haber dejado algunas en la série de metales que no les corresponda, porque no las hemos ensayado al toque, operacion que precedió á la completa clasificacion. Aumentóse este precioso depósito de medallas en nuestro tiempo con porcion de adquisiciones importantes, entre ellas con el monetario que fué de D. José Parga, y con un considerable número de pie-

zas tomadas en pública subasta en la venta que en 1852 se verificó en esta Corte de la copiosa y preciosa coleccion que formó el exministro que fué de Fernando VII, D. Marcelino García de la Torre, que llegó á reunir más de cuarenta mil medallas de todos metales, clases y pueblos, en cuya venta se interesó toda la Europa arqueológica, y mandó comisionados á Madrid para asistir á ella. Habiendo salido en Diciembre de 1856 de la direccion de este Museo de medallas el que esto escribe, despues de veintitres años de estar conservándole, por ascenso á otro puesto, sin lo cual naturalmente ocuparia hoy el puesto de director de la Biblioteca Nacional, por haber llegado á ser el decano de los bibliotecarios de este establecimiento, y serlo hoy de todos los del cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios formado á nuestra salida, atendida la fecha de su entrada en la Biblioteca en la clase de escribiente, que era el puesto de entrada en su época, y habiendo seguido puesto á puesto todos los grados, sin saltar jamás dos á un tiempo, quedó este monetario á cargo de nuestro querido amigo y compañero el ilustrado orientalista D. Francisco Bermudez de Sotomayor, cofundador nuestro de la Academia Española de Arqueología y Geografía en 1837, y oficial actualmente de la Biblioteca Nacional, el cual se hallaba á nuestras órdenes en este departamento. Este entendido y laborioso funcionario, continuando nuestros trabajos, ha tenido la suerte de que se haya aumentado el monetario en su tiempo con el escogido de D. Joaquin Rubio, anticuario de Cádiz, bien conocido por su inteligencia numismática y por esta preciosa coleccion entre los numismáticos de Europa, y con otra porcion de medallas adquiridas en los dos últimos años, ya por compra, ya por cesiones patrióticas, entre las que figura una *décuple dobla de oro del rey D. Pedro I de Castilla*, que ha publicado en su *Historia de España* D. Antonio Cavanilles, y una coleccion interesantisima de medallas celtibéricas. Este precioso depósito de medallas, si sigue protegido como parece estarlo hoy por el Gobierno de S. M., llegará muy pronto á igualar á los más magníficos de Europa, si no los excede, con los que ya compite por la riqueza, rareza y número de sus piezas en todos metales, en cuyo caso la memoria del ilustrado anticuario jesuita el P. Alejandro Javier Panel, al que con justicia tenemos por su fundador, pues que el anticuario del rey de Francia D. Pablo Lucas solo le inició con D. Juan Iriarte, adquiriria doble gloria y derechos al aprecio público en el mundo civilizado. — Al propio tiempo que el Museo de medallas expresado, empezó á formar el P. Panel una pequeña coleccion de objetos antiguos para establecer un gabinete de antigüedades; pero esta gloria no le estaba reservada á él, porque careció de los materiales necesarios al efecto, ni debia ser gloria del soberano fundador de la Biblioteca, y si del inmortal Cárlos III. Rey de Nápoles este ilustrado Borbon

ántes que de España, en su tiempo se descubrió en aquel reino la famosa ciudad de Herculano, que desapareció bajo las lavas del Vesubio á los principios del Imperio Romano, y sacándose de sus primeras excavaciones preciosos objetos de aquel desventurado pueblo, la ciencia arqueológica adquirió nueva luz á su vista para robustecerse y confirmar ó reformar á su reflejo las noticias que se tenian sobre muchos usos y costumbres antiguas. Viniendo á reinar á España aquel ilustrado Rey, trajo á Madrid porcion de los primeros objetos encontrados en las inauguradas excavaciones con que adornó su palacio, y que despues de su muerte pasaron á su Real Biblioteca unos, y otros al Museo de Ciencias naturales, en donde aún se hallan unos y otros, siendo de lamentar que, á pesar de nuestras repetidas gestiones y de las que despues de nosotros han hecho otros, no se hayan todavía reunido ambas colecciones en un Museo Nacional como reclama la ilustracion del siglo, si bien hace poco tiempo que se acordó hacerlo así. Esta coleccion de la Biblioteca, empezada, como hemos dicho, por el P. Panel, se fué aumentando con objetos de las excavaciones del propio Herculano, y de las de Pompeya y Nola, si bien en corto número, y con algunos de otros paises; empero nunca se creyeron de tal importancia que merecieran destinar una pieza que los contuviese reunidos y clasificados, ni áun se las dispensó el honor de sujetarlas á un catálogo, no ya razonado, sino ni aun en la forma de inventario, y por lo tanto poco apreciados, sirvieron en los antiguos locales solo de adorno sobre los estantes y mesas de la Biblioteca, hasta que, á excepcion de los de mayor tamaño, se retiraron los demás á un arcon en los sótanos de la Biblioteca. Encargados nosotros de la conservaduría del Museo de medallas en 1834 con el bibliotecario D. Antonio Quevedo, propusimos al Sr. Bibliotecario mayor, el sabio comentador del Quijote, Clemencin, y despues al ilustrado Patiño, su sucesor, nos permitiese formar con estos preciosos objetos un gabinete de antigüedades, y obtenida la licencia, y con el auxilio de los grandes conocimientos arqueológicos del entendido arabista español D. Pascual Gayangos, hoy catedrático de la universidad y archivero del Real patrimonio, emprendimos su clasificacion. Obtenido este, y ya solo el que esto escribe en la direccion científica del Museo de medallas, obtuvo la sala XV de la Biblioteca para situar el gabinete de antigüedades, y haciendo construir la anaquelería de cristales necesaria al efecto, le estableció en ella tal y como hoy se halla, escribiendo en apuntes su catálogo, que imprimió á su costa en 8.°, en 1847, con las incorrecciones propias de una obra hecha á la ligera, con solo la idea de dejar consignados los objetos y darlos á conocer someramente, y en la esperanza de que por el Gobierno de S. M. se mandase escribir uno con la debida meditacion y estudio, lo que todavía no se ha verificado. Los objetos de que

se compene esta pequeña, pero preciosa y curiosa coleccion, son de carácter egipcio, etrusco, griego, romano, gótico, indio, céltico, chino, árabe, americano, y de fábrica moderna, que componen unas novecientas piezas. Los mosáicos de esta coleccion son los primeros descubiertos en Herculano, y por lo tanto preciosos; los pocos vasos llamados etruscos son magníficos, y pueden clasificarse entre los mejores de su clase, y la coleccion Sphragística ó sea de sellos latinos, pertenecientes los más á la edad media, es abundante é interesante por muchos conceptos. Posee este gabinete una rica *Dacthylioteca* ó sortijero, y coleccion de piedras preciosas de grabado antiguo romano de anillos, ya engarzadas en oro, ya sueltas, cuyo catálogo hicimos, pero que aún no hemos publicado, en cuya copiosa série se halla como pieza principal una grande y preciosísima ágata oriental con un bellísimo busto de mujer, del mejor trabajo griego que se conoce. Fué aumentada esta rica coleccion, por Real órden de 1846 dada á nuestra instancia, con el sortijero de piezas griegas y romanas, que fué del Excmo. Sr. D. Agustin Argüelles, célebre tribuno constitucional y tutor que fué de la reina Doña Isabel II durante parte de su menor edad, gran orador y muy inteligente y apreciador de las antigüedades, en cuya pequeña série se halla una preciosa ágata oriental plana y en forma elíptica, que con un admirable trabajo romano del mejor tiempo del arte, representa un triunfo de Príapo, pieza de un blanco manchado de que hacen mencion con elogio muchas obras que describen Dacthyliotecas extranjeras, como perteneciente al Museo del famoso abate Rotelin. Desde 1712, en que se fundó la Biblioteca Real, hasta 1755, en que fué nombrado director el Arzobispo de Farsalia é Inquisidor general D. Manuel Quintana Bonifax, ocho padres jesuitas confesores del Rey dirigieron este establecimiento, y cesando los directores en 1761, D. Juan de Santander empezó la série de los bibliotecarios mayores, que en número de diez y seis se han sucedido en la jefatura de la Biblioteca hasta el nombramiento del célebre repúblico, administrador del Real patrimonio y ministro D. Martin de los Heros, que en 1840 fué nombrado Director, nombre que volvió á darse al jefe de este establecimiento, y con el que le han dirigido el distinguido literato D. Eugenio de Tapia, el fecundísimo poeta dramático D. Manuel Breton de los Herreros, el ilustrado literato y bibliógrafo D. Agustin Duran, que hace poco que falleció, y la dirige hoy el bien conocido, excelente poeta dramático y purista literato D. Juan Eugenio Hartzenbuch, nuestro querido amigo de la infancia y antiguo compañero. Este establecimiento, que contó en su seno al P. Panel que nos ha suscitado este escrito, cuenta una série de ilustres españoles que han dado prez y gloria á su patria con sus obras, entre los que no podemos ménos de nombrar, además de los ya citados, á los historiadores de España Juan Ferreras

y José Ortiz y Sanz, cuyas biografías se han dado en esta obra; los escritores anticuarios y bibliógrafos Francisco Perez Bayer, Juan Iriarte, Gregorio Mayans y Ciscar, Manuel Martinez Pingarron, Manuel Casiri, Juan Antonio Pellicer, José Montealegre, Tomás Antonio Sanchez, José Antonio Conde, José Rodriguez de Castro, Agustin García Arrieta; los poetas Leandro Fernandez Moratin, Juan Escoiquiz, Cárlos Bosch y Mata, Miguel Agustin Príncipe, Vicente García de la Huerta, Vicente Rodriguez Arèllano, Enrique Gil, Luis Valladares y Garriga, Gregorio Romero Larrañaga y Cayetano Rosell. Además ha contado la Biblioteca con algunos insignes prelados, muchos excelentes traductores de lenguas orientales y vivas, con los paleógrafos Francisco Cerdá y Faustino Borbon y Vandoma, y en fin, con Vacas Merino, autor de la *Gramática árabe* que lleva su nombre, el literato satírico-crítico D. Ramon Mesonero Romanos, el literato satírico D. Antonio María y Segovia, el literato D. Eugenio Ochoa, el geógrafo D. Tomás Mauricio Lopez, D. Francisco Antonio Gonzalez, célebre predicador y confesor del Rey y bibliotecario mayor que fué hasta la muerte de Fernando VII, y otros estimables funcionarios, de todos los que podrá tomar más noticias el que lo desee consultando la obrita ya citada, que para dar á conocer la Biblioteca Nacional de Madrid publicó el autor de este artículo en 1847 con el título de *Apuntes para un Catálogo del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional*, en la cual seguia describiéndose sala por sala á los que visitan este establecimiento. Nos hemos extendido más tal vez de lo que debiéramos en este artículo, arrastrados del amor que tenemos á una casa en que hemos pasado los veintitres años más floridos de nuestra vida en servicio de nuestra patria, y en la que nos hemos formado, deseando quede consignada en cierto modo nuestra gratitud, y llevados al propio tiempo del deseo de honrar la memoria del primer anticuario oficial que ha habido en España, y cuyo destino hemos tenido la honra de servir por la bondad de nuestra Reina. Al P. Alejandro Javier Panel debemos muchos de nuestros conocimientos numismáticos aprendidos en los eruditos escritos que dejó inéditos, y razon es que rindamos á su buena memoria este justo homenaje de gratitud.—B. S. Castellanos.

PANEL (Antonio). Este exjesuita fué hermano del célebre jesuita y anticuario Alejandro Javier Panel, del que acabamos de hablar. No permitiéndole lo delicado de su salud continuar en la Compañía de Jesús, y ménos dedicarse á la enseñanza, á que se le sujetó, dejó el hábito y se volvió á Nozeray, su patria, en donde murió á mediados de siglo XVIII. Fué poeta latino, y se han conservado de su ingenio dos odas dedicadas á Felipe V, rey de España, una á la Reina su esposa, otra á Cárlos rey de Nápoles, y dos á Antonio Pedro de Grammont, arzobispo de Besanzon.—C.

PANES (Fr. Antonio) religioso franciscano, natural de Granada segun dice Nicolás Antonio. Tomó el hábito en la provincia reformada de San Juan Bautista, donde se distinguió por su saber y virtudes. Entre otros cargos desempeñó el de historiógrafo de su Orden, con cuyo motivo escribió: *Crónica de la provincia de S. Juan Bautista de religiosos Menores descalzos*, en dos partes; Valencia, por Geronimo de Vilagrasa, 1666, en fólio. *Vida del esclarecido varon é ilustre sacerdote Francisco Gerónimo Simon.* Ms.—S. B.

PANES. (Fr. Juan de), llamado en latin *Panœsius*, religioso franciscano de la órden titulada de los Menores de la Observancia regular. Escribió: *Annotationes rudimentarias, hoc est, Grammaticam artem*: 1561 en 12.° Lleva adjunto dos tratados, *de accentu et de ortographia.*—S. B.

PANFILO (S.) Celebra la Iglesia católica á este bienaventurado el dia 28 de Abril. Solo se sabe de él por los Martirologios, que ilustró toda la Italia con sus virtudes y trabajos, impugnó con energía los errores de los arrianos, y que brilló por su gran caridad con los pobres, y por los milagros que hizo Dios por su mediacion. Murió este Santo en Corfú el año 677 de nuestra era, y su cuerpo fué sepultado en Sulmona.—C.

PANFILO (S.), presbítero. En la cruda persecucion que hizo á los cristianos el emperador Galerio Maximiano, hubo muchos mártires en la clase de sacerdotes, pues que se los perseguia doblemente que á los demás fieles, á fin de que, quitados los pastores se descarriasen las ovejas, y que faltas de direccion pudiesen caer más fácilmente bajo las garras del enemigo. Fué S. Pánfilo un sacerdote de Cesarea en Palestina, admirado por su profunda ciencia, por su santidad y por su ardiente caridad con los pobres. Atormentado de órden de Maximiano, fortificó su fe en el tormento, en el que no permitió Dios perdiese la vida por entónces. El gobernador Urbano, viendo despues que Pánfilo no cesaba de catequizar, y que iba haciendo gran número de prosélitos al cristianismo, le mandó encerrar en una prision, de la que debió salir, pues que volvió á ser preso el año 308 de nuestra era, siendo gobernador Firmiliano, quien mandándole atormentar nuevamente con más crueldad que sus antecesores, acabó por martirizarlo de muerte, que sufrió el 1.° de Junio del expresado año, y por eso le recuerda en este dia la Iglesia entre los Mártires de Cesarea, de que hace mencion el Martirologio romano.—C.

PANFILO (S.), mártir. El dia 21 de Setiembre recuerda la Iglesia á este santo mártir, del que solo hallamos noticias en Galesimo que fué sacrificado en Roma en el primero ó segundo siglo del cristianismo.—C.

PANIAGUA (D. Fr. Antonio Trejo de), único de este nombre entre los obispos de Murcia. Tuvo por patria á la ciudad de Plasencia, y por padres á D. Antonio Trejo de Monroy y á Doña Francisca de Sande Paniagua. Bau-

tizáronle en la iglesia de San Nicolás de las casas de Millan, en dicho obispado. Estando en la universidad de Salamanca al principio de sus estudios mayores, tomó el hábito de religioso en el convento de S. Francisco, morada antiquísima de muchos santos y sabios, y uno de los santuarios ilustres de aquella ciudad, siendo notable el que con él vivian juntos otros ocho novicios, que despues fueron todos obispos. Leyó artes y teología en los conventos de Leon y Toledo, y en ellos fué su guardian. Vino á la Corte nombrado comisario general de Indias, y habiendo vacado el oficio de ministro general de la Observancia, por muerte del Rmo. P. Fr. Juan del Hierro, fué electo vicario general para que gobernase la Orden. El rey Felipe III le presentó para la mitra de Cartagena en el año 1618, y fué consagrado en el convento Real de la princesa Doña Juana de esta Corte por D. Fr. Juan de Guzman, religioso franciscano y arzobispo de Tarragona. Entró en su iglesia en Octubre del mismo año, pero en seguida partió á Roma, con el carácter de embajador de su Rey, para que suplicase al Santísimo Padre Paulo V, en su nombre y en el de los reinos, declarase por artículo de fe haber sido la Virgen Santísima María concebida sin pecado original, y á fin que la jornada se hiciese con todo el lucimiento que pedia la devocion de tal Rey, le dió para el viaje ocho mil ducados. Fué oido con veneracion por el Santo Pontífice el digno prelado, que regresó á su diócesis cumpliendo con el cargo de pastor y padre de familias, consolando á sus ovejas con visitas y abundantes limosnas. Solo en un año de grande carestía sustentó cumplidamente mil setecientos pobres, entre los cuales habia algunos con fuerzas para trabajar, así que preguntándole sobre esto un caballero le respondió el Obispo: *Pídenlo por amor de Dios y por amor de Dios se lo doy. Si estan para trabajar, eso le pertenece al corregidor no á mí.* Fundó en el trascoro de su iglesia una insigne capilla, dedicada á la Concepcion de nuestra Señora, gastando veinticuatro mil ducados, y dotándola de rentas suficientes; otra la dedicó á S. Fulgencio, obispo de Cartagena, entierro para los obispos que fueren de esta iglesia y para los prebendados otro. Defendió la inmunidad de su clero en materia de tributos, con tanta virtud y valor que el Consejo Real de Castilla trató si sería conveniente ocuparle las temporalidades y mandarle salir del Reino. Por disposicion del rey Felipe IV trajo desde Cartagena al Escorial el cuerpo del príncipe Filiberto, gran prior de San Juan, á quien dió sepultura en aquel convento. Volvió á su obispado y le gobernó hasta su muerte, acaecida en Diciembre de 1635 y el cincuenta y seis de su edad. Diósele sepultura en la misma capilla que habia fundado, movido por sus piadosos y católicos sentimientos. — O. y O.

PANIERI (Fernando) teólogo italiano. Nació en Pistoya, Toscana, el 24 de Noviembre de 1759, y no bien recibió las órdenes fué nombrado profesor

de dogma en el seminario de su patria. Habiendo luego convocado el obispo Ricci un sínodo en 1786, procurando extender por su diócesis las peligrosas reformas é innovaciones del jansenismo, Panieri secundó con todas sus fuerzas al prelado, y apoyó la publicacion de los libros perniciosos que éste hacia repartir al efecto. Cuando Ricci se vió obligado á dejar su silla, el abad de Vallombrosa dió á Panieri, cuyo amigo era, grandes y saludables consejos, y éste examinó entónces con mayor cuidado las materias puestas á discusion. Despues se atrevió á enviar á Roma una *Memoria* en que exponia sus dificultades: la respuesta paternal que le dió Pio VI, redactada por el sabio y eminente cardenal Gerdil, le enterneció vivamente, é hizo voto durante una enfermedad que padeció, de retractarse completamente. Fiel á su promesa, hízolo así cuando se halló restablecido, y verificó la retractacion en manos de M. Falchi, sucesor de Ricci; mas no contento con aquel paso, remitió á la Santa Sede la confesion de sus errores, acompañada de muchas disertaciones que rebatian las ideas por él vertidas en otro tiempo. No hallando todavía tranquila su conciencia, rogó que le enviasen de Roma una fórmula de sumision, que obtuvo por fin, y que suscribió; para dar mayor autenticidad á su arrepentimiento, hizo una declaracion pública en las conferencias eclesiásticas del clero de Pistoya, cuyo director era. Más tarde, y con motivo de una leccion de moral que dió en 1817, concerniente al matrimonio, señaló y refutó los errores enseñados otras veces en la diócesis sobre el poder y autoridad de la Iglesia con relacion á los impedimentos *dirimentes*. Hizo además su profesion de fe respecto de la Bula *Auctorem fidei* de Pio VI, contemplándose feliz por haber encontrado ocasion de manifestar su respeto y adhesion á la Santa Sede y su alejamiento de toda innovacion. Esta parte de su leccion se halla inserta en el periódico titulado *Arcadio*, de Roma, y firmada por Panieri con la fecha de 17 de Marzo de 1820. Tambien se imprimió con dos *Extractos* de cartas de Panieri, en las cuales da cuenta de su conducta anterior. La segunda carta, que fechó en Pistoya á 11 de Junio de 1820, es una profesion de fe sobre la autoridad del pontificado y sobre diferentes cuestiones relativas á la supremacía de los pontífices. Su conducta posterior le granjeó el cariño de su nuevo obispo, quien le nombró profesor de moral en su seminario y canónigo de la catedral. Murió este eclesiástico el dia 27 de Enero de 1822, á la edad de sesenta y tres años. Escribió: *Examen pratique et instructif sur les péchés qui se commettent dans les fêtes et les plaisirs du siecle; Exposition des lois de Dieu et de l' Eglise sur l' usure; Catalogue des Saints de Pistoie;* y muchos manuscritos sobre materias eclesiásticas. —C. de la V.

PANIGAROLA (Francisco), obispo de Asti, en el Piamonte. Nació en Milan el año 1548, y entró muy jóven en la órden de Menores Observantes,

donde se distinguió por su estudio en la teología y sobre todo por sus talentos en la predicacion. Su mérito le valió el obispado de Asti, que le fué dado por Sixto V en 1587; escogiéndole además este Pontífice para acompañar en union con el jesuita Belarmino al cardenal Cajetan, que pasó á Francia en 1589. Panigarola murió en Asti en 1594: sus sermones fueron impresos en Roma en 1596. Ademas dejó muchas otras obras, la mayor parte libros de piedad y de controversia, ya en latin, ya en italiano. El más conocido es un tratado de la elocuencia del púlpito, escrito en italiano, que intituló *Il Predicatore*. — C. de la V.

PANIZZONI (Aloys). Nació en Vicenza el 1.° de Junio de 1729, y entró en la Compañía de Jesús en 1745. Despues de suprimida ésta continuó enseñando en el colegio de Prato hasta que logró reunirse con los jesuitas rusos. El P. Kareu le envió á Pio VII para pedirle el restablecimiento de la Compañía en todo el mundo, y si bien el Pontifice no satisfizo por entónces sus deseos, en 1814 le remitió el decreto tan deseado. Panizzoni murió en Roma el 11 de Agosto de 1820, á los noventa y un años de su edad. Fué autor de las obras siguientes: *Elementi di Geometria piana, é di solidi, é di Trigonometria*, etc.; Firence, Cambiagi, 1774.— *Collectio meditationum pro octiduana collectione in exercitiis S. P. N. Ignatii, ad usum scholasticorum* S. J.; Polociæ, 1793.— *Piissima praxis in honorem S. Ignatii Loyolæ, fundatoris Societatis Jesu, tum decem dominicis, tum novem diebus ejus festum præcedentibus, ipsoque die festo absolvenda. Italico idiomate, olim Romæ impressa, nunc ab uno é Societate Jesu in latinum traducta;* Polociæ, 1790, in 12.°— *Piissima praxis in honorem sancti Ignatii Loyolæ, fundatoris Societatis Jesu, à summo pontifice Clemente XIII pluribus indulgentiis, locupletata et promota;* 1842: esta obra, traducida al francés, se publicó en Anvers.— *Sacra é divota novena in aparecchio alla festa di Gesù Nazareno*, etc.; Roma, 1809. — O. y O.

PANKL (Matías). Nació en el año de 1740 en Ozslupus (Hungría), y fué admitido en el noviciado de Trentchin, en la Compañía de Jesús, en 1759. Estudió filosofia en Tyrnan; y suprimida la Compañía, se le ofreció la cátedra de física de Presburgo, que conservó durante veintitres años. Murió el 23 de Marzo de 1798. Escribió: *Compendium institutionum phisicarum in usum suorum auditorum conscriptum*; Budæ, 1791, en 8.°, con grabados. — *Compendium Œconomiæ ruralis;* Budæ, 1790, en 8.°— *Editio secunda auctior, cum indice vocabulorum lingua hung. germ. slav.;* Posonii, 1793.—*Editio III auctior*; Budæ, 1793, en 8.°, con grabados.—*Lobrede, auf das einhunderte Jahr des feyerlichen Stiftungtages des Ordenshauses der wohlewürdigen Frauen aus des Gesellschafr der Heiligen Ursula, dessen lebhafter Andenken sie am 7 Tage des Heumonats im Jahre 1776 zu Pressbourg inst ungemeiner Fe-*

yerlichkeit begangen haben, etc.; en 4.° El P. Pankl imprimió en aleman otros dos sermones, que cita el P. Stoger. — O. y O.

PANNON (Janus Pannonius), obispo de la ciudad de Cinco Iglesias, en la Baja Hungría, llamada por los alemanes *Fünfkirchen*. Vivia en el reinado de Matías Huginade, al principio del siglo XVI. Fué el primer hombre de su siglo en la literatura, que aprendió á cultivar en Italia ántes de hacerla florecer en Hungría. Se dice que hablaba y que escribia latin como un romano del siglo de Augusto, y el griego como un verdadero ateniense. Dejó elegías y epígramas que le han adquirido una grande reputacion áun despues de su muerte. Pasa por la mejor de sus obras los *Anales de Hungría*, que puso en versos heróicos. — S. B.

PANODORO (*Panodorus*), monje de Egipto que vivia en el siglo V; compuso una *Cronología*, sacada de Eusebio, que corrigió bastante juiciosamente. Jorge Sincelo habla de él con elogio, y Scalígero trae diferentes fragmentos de este autor en sus *Animadversiones sobre Eusebio*. — S. B.

PANOGIA (Fr. Angélico de), religioso capuchino, conocido por una obra titulada: *Conformitates Fr. Minorum S. Francisci Capuccinorum*. — S. B.

PANOLINI (Sor Febronia), religiosa dominica, natural de Bolonia, donde tomó el velo en el convento de Sta. Inés. Floreció á mediados del siglo XVI y principios del siguiente, siendo muy elogiada por sus versos latinos é italianos. Escribió: *Epigrammata et ejus generis brevia carmina utrique lingua ejus artis et manus*, impresos en diferentes obras, en particular en la *Historia de la imágen de la Santísima Virgen pintada por S. Lucas*, que escribió Ascanio Persio, y se publicó en Bolonia por Benacci en 1601, en 8.°, y en Colonia en 1618, en 4.° — *Orationes elegantes, et epistolæ eruditas composuise, etiam fertur*, segun refiere Antonio Orlandi en su *Biblioteca de los escritores boloneses*. — S. B.

PANORMITANO (Fr. Gerónimo), religioso capuchino de la provincia de Palermo. Escribió: *Lectiones theologicæ ad mentem Scoti*, en dos libros. — S. B.

PANSEMNE (S.), penitente en Antioquía; pasó en esta ciudad muchos años entregado al desórden, hasta que S. Teófano le convirtió. Por su consejo imitó cuanto éste practicaba, y á su ejemplo se encerró en una celda, donde vivió en rigorosa penitencia. Murió santamente catorce meses despues de su conversion. — C. de la V.

PANSIUS. Uno de los treinta y siete mártires egipcios que dieron su sangre por la fe en Egipto, y de los cuales Ruynard ha publicado las *Actas auténticas*. — O. y O.

PANSOPHE (S.), mártir. Citado por los autores griegos por haber sufrido la persecucion bajo Decio, en Alejandría. Celebran su fiesta el 15 de Enero.

Sus actas, muy extrañas, no nos parecen muy notables para llamar la atencion de los hombres pensadores y amigos de la verdad religiosa. — O. y O.

PANTAGA (Antonio), religioso franciscano. Nació en Salamanca, de una familia noble, y obtuvo á la muerte de su padre una pingüe herencia, pero la abandonó, lo mismo que á una jóven con quien debia contraer matrimonio, por tomar el hábito de la órden de S. Francisco, lo que hizo en el convento de Menores de aquella ciudad. Distinguióse desde luego por todo género de virtudes; pero aspirando despues de su profesion á vida más perfecta, pasó á la provincia de S. Gabriel, de donde se trasladó á Nueva-España, donde vivió con grande piedad, pobreza y penitencia, de modo que aunque ignoraba el idioma de los naturales, no dejó de ser de grande utilidad en aquella provincia. Siendo guardian del convento de Méjico, trabajaba por sí mismo en el huerto, y se dedicaba á otros trabajos, en los que no se podia ménos de admirar su humildad y desprecio del mundo. Brilló por todo género de virtudes y principalmente por su amor á la pobreza, hasta que lleno de años y méritos por sus buenas obras, abandonó esta vida por la eterna, siendo sepultado en el convento de Méjico. — S. B.

PANTAGAPPE (S.), mártir. Tuvo la gloria de ser contado entre los defensores de la fe de Cristo, con los santos Diomedes, Juliano, Filipo, Eutiquiano, Hesico, Leonidas, Filadelfo y Melanipo. Los unos murieron abrasados, otros á cuchillo y otros crucificados. No tenemos más pormenores acerca de sus actas. La Iglesia celebra su fiesta el 2 de Setiembre. — O. y O.

PANTAGATUS (Octavio), de Brescia. Este religioso se llamó primeramente Bosgattus, despues Pacatus, y últimamente como le designamos. Terminados que fueron sus primeros estudios, fué á París para aprender la filosofía y la teología, y habiendo hecho progresos fué recibido doctor en ambos derechos en la universidad de esta ciudad, y volviendo á su patria, el cardenal Juan Salviati, sobrino del papa Leon X, le colocó en su casa, dándole despues una abadía en Sicilia. Trabó amistad Pantagatus en casa del cardenal con los sabios Lilio Giraldi, Juan Bautista Pigna, Modius y Pedro Vittorius. Muerto Salviati en 1553, alquiló Pantagatus una casa en Roma, que habitó hasta que Paulo V obligó á todos los religiosos á volver á sus conventos, en cuyo caso se retiró á la casa de Santa María *in Via*, en donde vivió con mucho gusto suyo. Hasta esta época habia compuesto muchas obras que no se han impreso, y el cardenal Baronio obtuvo una parte de la *Historia Eclesiástica* que escribió, y se pretende que Onofrio Panvini se apoderó de su tratado titulado *Notitia rerum romanarum*, del que se aprovechó mucho en sus trabajos. Todos los sabios de la época de Pantagatus alabaron la profundidad y extension de su erudicion, y muchos autores de primera nota

como Panvinius, Antonio Agustin y Flavio Ursino, han confesado que se habian aprovechado mucho de sus luces. Murió á los setenta y tres años, cuatro meses y veinte dias, el 19 de Diciembre de 1567, segun dice Juan Bautista Rafux en la historia que escribió de este religioso titulada: *Octavi Pantagasti vita:* Roma, 1657, en 8.° En esta vida se dice que nació el 30 de Julio de 1494, bajo el pontificado del papa Alejandro VI. Habla tambien de Pantagatus el cardenal Quirini, en su *Specimen variæ litteraturæ Brixiana.* Entre las obras que dejó manuscritas hay una en la Biblioteca Ambrosiana de Milan, titulada: *Codex rationum Octavii Pantagasti*, de la cual habla en su obra de la *Ostentacion* el cardenal Federico Borromeo. — C.

PANTAGUA (V. D. Rosalío Berrocal de), presbítero, natural de Cáceres, en donde nació en Julio de 1720, y pasó á mejor vida en 30 de Diciembre de 1762. Fué bautizado en la parroquia de S. Mateo, una de las cuatro que habia en aquella ciudad, y en la misma fué sepultado. Tuvo gran devocion á aquel santo Apóstol durante su ejemplar vida, y desde niño manifestó su amor á la lectura de los libros espirituales. Recibió con la mayor preparacion y fervor el presbiterado de manos del obispo de Coria. A la mencionada capilla de S. Mateo, dice Ramirez Luque en su *Coleccion de santos mártires y confesores*, se retiraba de noche á orar y disponerse para decir misa, quedándose allí á dormir sobre el duro suelo; encontrábale muchas veces de rodillas delante del altar mayor el cura, cuando iba á deshora á sacar el santísimo viático para los enfermos. La ardiente caridad con que amaba á Dios se difundia á sus prójimos, especialmente á los más necesitados. Afligíale mucho el desamparo de los pobres enfermos de mal contagioso, y para su asistencia y remedio dispuso, ya á sus expensas, ya de limosnas, una casa junto al hospital de S. Salvador, con sus camas, en que recibia éticos ó tísicos, sirviéndolos por sus manos y consolándolos con sus saludables consejos. Salia con la alforja al hombro á pedir para sus pobres, sin dejar de paso de procurar todo bien á los otros que no pertenecian á su hospital. Llegó á encontrar muerto á un tísico, y no habiendo quien le ayudase, cargó solo con él y le llevó á enterrar. Fuéle preciso mudar el hospital al sitio que la villa le dió, en el cual, vendiendo su casa, ahorrando de sus rentas, pidiendo limosnas y trabajando el santo varon como un peon de albañil en la obra, edificó una casa cómoda, con cuartos y galerías altas y bajas, y demás posibles conveniencias para sus amados enfermos. Se pasó á vivir con ellos, y se le agregaron dos ermitaños que vivian en las cuevas de Montaches, las que abandonaron atraidos del buen olor del venerable sacerdote, y los tres servian puntualmente á los enfermos y se empleaban en otros santos ejercicios. En esta forma siguió, hasta que movido de luz interior, que expresó haber tenido, dejó el hospital y se retiró al desierto del Riesco,

cerca de Sierra de Fuentes, en una eminencia sumamente fria. Construyó una celdilla contigua á la ermita que allí habia, tan estrecha que la puerta tiene tres cuartas de alto y dos de ancho, y apénas habia sitio para los corchos que le servian de cama, y en otra casuca vivia un compañero que le asistia y ayudaba la misa. Estuvo así año y medio vistiendo la túnica negra, sin medias ni zapatos, aunque es el paraje tan frio. Tomó en este desierto recias disciplinas, cargóse de cilicios, y con una esclavina de malla sobre los hombros, todo lo cual decia era necesario para resistir las baterías del demonio. De tan áspera vida, rigurosa abstinencia y contínuas horas de oracion, le resultó una enfermedad en una pierna, de la que al fin quedó cojo. Noticioso de esto el señor Obispo le mandó dejar el desierto, y el santo anacoreta, aunque con mucho dolor de su corazon, volvió por obediencia á Cáceres, habiendo sacado mucho fruto en su ermita, pues era raro el dia que no hacian con él confesiones generales los vecinos de los pueblos y los pastores de la comarca. Reclamaron aquellas gentes al prelado contra la ausencia de tan ejemplar y útil ministro de Dios, y no habiendo conseguido que revocára su decreto, salieron en tropas al camino para impedir su vuelta á la villa. Mas el venerable sacerdote serenó el ímpetu de su fervor y les ofreció visitarlos á tiempo, y en todo caso asistir á su bien espiritual. Entró de noche en el pueblo y se fué derecho á su hospital. Era tan cordial su devocion á la pasion del Señor, que las únicas misas que no podia celebrar, eran las de los tres dias en que se lee, por ser tanta la fuerza del dolor y lágrimas, que se accidentaba en el altar. Todos los dias se sentaba en el confesonario, y era tal el concurso de penitentes, que se levantaba á las doce, sirviéndole de desayuno la comida, que se reducia á unas sopas, como usaba en el yermo. Luego daba de comer á trece niños, instruyéndolos en la doctrina cristiana y varias devotas oraciones. Vivia encerrado en el hospital sin admitir visitas, por ser, como decia, tiempo perdido; ni salir sino para alguna obra de caridad. Ni áun en los dias serenos se le pudo hacer ir un rato á paseo, porque tenia tan distribuidas las horas entre el rezo, leccion espiritual, meditacion, etc., que no podia salir sin faltar á las citadas obligaciones. Murió, pues, en la expresada parroquia de S. Mateo, donde se retiró ínterin la tropa ocupaba, con motivo de la guerra de Portugal, el hospital que él habia fundado y donde habitaba, y allí se le enterró en una de las sepulturas de los marqueses de Valdefuentes. Halláronle escritos los veinte votos perpétuos que para mayor perfeccion habia hecho á los veintitres años, de los que los más notables eran: voto de castidad; de dar á una obra pia el sobrante de sus rentas; de estarse en el templo desde vísperas hasta las avemarias todos los dias de fiesta; de visitar todas las noches una iglesia; de nunca saciar el apetito con comida y bebida que le supiese bien; de hacer memoria conti-

nua de los novísimos; de levantarse á maitines todas las noches; de rezar de rodillas ó en cruz el oficio divino; de no dormir en cama; de castigar con rigurosa disciplina cualquier falta en estos votos, etc. Dice el mencionado escritor Ramirez Luque que así consta cuanto hemos consignado de la partida de entierro del venerable Berrocal, de la que en 27 de Junio de 1773 dió un testimonio D. Pedro Perez Ordiales, cura de S. Mateo de Cáceres, y le remitió el tantas veces citado Sr. D. José Miguel de Quirós, en carta de 27 de Noviembre de 1778, con otras noticias que le comunicó un monje benedictino, hermano del venerable. Escribióse su vida por extenso y se imprimió en Madrid. — O. y O.

PANTALEMON (S.), mártir. Fué discípulo de S. Mauro, obispo de la ciudad de Biselli, en la Pulla, y murió degollado con él y con su compañero S. Sergio, en el reinado del emperador Trajano, por no querer abjurar de la religion de Jesucristo: la Iglesia le recuerda el 28 de Julio. — C.

PANTALEON (S.), médico del emperador Maximiano y martirizado en Nicomedia, tuvo al principio la desgracia de abandonar la religion cristiana que profesaba, sin que para esta apostasía pudiera alegar la violencia de los suplicios con que se la quisieran arrancar, sino el pernicioso ejemplo de una corte idólatra entre la cual vivia; pero S. Hermolao, con quien tenia lazos de amistad, hubo de representarle tan al vivo la enormidad de su defeccion, que volvió arrepentido al seno de la Iglesia. Despues de publicados los crueles edictos contra los cristianos, no pudo nuestro Santo hallar momento tranquilo hasta expiar aquel crímen con la efusion de su sangre; y á fin de prepararse para el martirio, comenzó por distribuir sus bienes á los pobres. No se hizo este aguardar; porque arrestado á poco el Santo en su casa con Hermolao y otros dos, fueron decapitados el año 303 despues de sufrir mil tormentos. — C. de la V.

PANTALEON, diácono y sacerdote despues de la iglesia de Constantinopla, es autor de cuatro sermones; el 1.° *de la Epifanía*; el 2.° *de la exaltacion de la Santa Cruz* y dos *de la Transfiguracion*. Se ignora el tiempo en que vivia este autor, algunos le ponen en el siglo VII, otros en el XIII. Se le atribuye tambien un *tratado anónimo contra los errores de los griegos, sobre la procesion del Espíritu Santo, y sobre las demás cuestiones entre los griegos y los latinos*. — S. B.

PANTALEON Justiniani, último patriarca latino de Constantinopla. Fué nombrado en 1253 por el papa Inocencio IV, de quien era capellan. Pertenecia á una noble familia de Venecia. Al mismo tiempo que la investidura del patriarcado recibió el título de legado del ejército de los francos, que se hallaba en la Romanía. Este Patriarca se vió poco despues, en Julio de 1258, obligado á recurrir al Papa para poder subsistir, hallándose apura-

do, como todos los latinos, por las correrías que los griegos hacian en sus tierras. El Pontífice impuso entónces una contribucion á los obispos de Morea. Conquistada Constantinopla por los griegos en 1261, volvió Justiniani á Italia, donde murió en 1286. —S. B.

PANTALEON (Anchiers). Fué natural de Troyes en la Champaña, este Cardenal en el siglo XIII. Sobrino del papa Urbano IV, este Pontífice le creó cardenal de la Santa Iglesia Romana en Mayo de 1262. Antes de esta época, segun Gamuzat en su *Miscelánea histórica* y Aubert en la *Historia de los Cardenales*, habia sido arcediano de Leon y de París, y no de Lóndres como dijeron Godewin y Galeo, pues que les desmiente su epitafio en la iglesia de Santa Práxedes de Roma. Fué nombrado legado en union del cardenal Grospareny para la coronacion de Cárlos de Francia, rey de Nápoles. Aumentó las rentas de la iglesia de S. Urbano fundada en Troyes por el Papa su tio, y murió en Roma el 1.° de Noviembre de 1286. — C.

PANTALEONI (Domingo). Echard, en sus *Escritores dominicos*, hace relacion de un religioso de la Orden de este nombre, natural de Florencia, diciéndonos solo Moreri que fué doctor en Teología y que murió el 28 de Agosto de 1376 á la edad de cuarenta años. Dejó este religioso escritos algunos tratados que no han visto la luz pública, y entre ellos uno titulado: *De conservatione corporis et sanguinis Christi*; atribuido por algunos autores á Santo Domingo, pero á los que convenció de error Maluenda, si bien él cayó en el de atribuir al año 1262 la vida de este escritor. Wadingo erró tambien considerando á este autor religioso de la Orden Franciscana. Además de este tratado dejó Pantaleoni otros dos sobre el pecado original, en los que sostiene vivamente la opinion más general en su Orden con respecto á la Concepcion de la Vírgen Santísima. —C.

PANTALEON (Santiago). Veáse Urbano IV papa.

PANTANO (Deodato), confesor, religioso franciscano, muy amante de la pobreza, humildad y obediencia, distinguióse tambien por su elevada contemplacion y no descolló ménos por sus maceraciones. Fué sepultado en Toledo, de donde era natural, haciéndose célebre por sus milagros. La Orden recuerda sus virtudes en 20 de Noviembre. —S. B.

PANTANO (B. Dionisio), religioso franciscano, cuyo martirio describe Gonzaga en los términos siguientes: «Año del Señor 1563, durante la perse»cucion de los hugonotes, entregaron sus almas al Señor dos venerables an»cianos casi octogenarios, hijos de este célebre convento (el de S. Juan Bau»tista de Embrum), á saber los PP. Dionisio Pantano y Luis Grippius, el »primero de los cuales, sacados los ojos, cortada la cabeza, y lleno todo su »cuerpo de heridas, espiró en aquel lugar entre increibles rigores. Distin»guido y piadoso eclesiástico el segundo, murió con plomo derretido que

»echaron sobre él los herejes. Recogidos los cuerpos de estos mártires por »sus hermanos en la tarde del mismo dia, fueron inhumados en el claustro »del mismo convento donde expresan la resurreccion con la palma de su »glorioso martirio. » La Orden Seráfica celebra su memoria en 22 de Abril. —S. B.

PANTENO (S.), confesor. Nació este Santo en Sicilia en el siglo II de nuestra era, en el que fué llamado por su extraordinaria elocuencia *la Abeja de Sicilia*. En un principio perteneció á la secta de los estóicos; pero haciendo amistad con algunos cristianos, cuyas virtudes admiraba, llegó á comprender las verdades del Evangelio, y tocando en su alma la gracia, abrió sus ojos á la fe, y renegando del paganismo se hizo bautizar. Convertido ya al cristianismo, se puso bajo la direccion de los discípulos de los apóstoles á estudiar los libros santos en la célebre escuela de Alejandría, é hizo tan rápidos y grandes progresos en la ciencia santa, que el año 179 fué nombrado director de la escuela, á cuyo frente estuvo muchos años, siendo el primer maestro cristiano de su siglo. Su grande reputacion, excelente método y extraordinaria capacidad, atrajo á la escuela multitud de extranjeros, entre los que ganó muchos al cristianismo, que extendieron por todas partes la fama del maestro. Abandonó Panteno la escuela de Alejandría para ir á la India, adonde fué llamado por los cristianos para enseñar la religion y combatir á los ilusos brahmas, y no tardó mucho en conocerse por todos los pueblos del Oriente, que recorrió, la luz del Evangelio, razon por la que le consideran su apóstol estos pueblos de la India. Volvió á Alejandría, trayendo consigo el Evangelio de S. Mateo escrito en hebreo, que habia dejado en la India S. Bartolomé, y continuando la enseñanza con el mismo celo y entusiasmo que ántes, murió en Alejandría el 7 de Julio, en que le venera la Iglesia, el año 215 de nuestra era, siendo ya de una edad muy avanzada, y dejando consignada en los anales del cristianismo su sabiduría, virtud y santidad. —B. C.

PANTHEO (Juan Agustin), eclesiástico de Venecia, que vivia en el siglo XVI, y que publicó en 1530 un tratado titulado: *Voharcdumia contra Alchymiam*, de que se da razon en el tomo II del *Teatro Químico*. —C.

PANTHERE (S.), uno de los treinta y siete mártires egipcios que derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, y cuyas actas se han publicado auténticas. —O. y O.

PANTHIERA (V. Fr. Hugo). Fué natural de Tostánilla en el estado de Florencia. Estudió teología y cánones, y en ambas facultades tuvo mucho crédito de doctor erudito. Despreció las conveniencias y lisonjeras esperanzas que le ofrecia su talento, y abrazó la cruz de la mortificacion para vivir crucificado al mundo en la humildad y voluntaria pobreza. Eligió la religion

de S. Francisco, y en ella el estado más humilde de lego, juzgándose indigno de la altísima dignidad del sacerdocio. Ejercitóse en los más ínfimos oficios de la comunidad, llevando la contemplacion al grado más heróico. De profundo saber y experiencia, le consultaban todos como oráculo en las más árduas dificultades. Escribió un libro de la vida contemplativa en lengua toscana, dividido en doce tratados de admirable erudicion y elevado espíritu. Fué en extremo penitente, maceraba sus carnes, y su cilicio fué por espacio de treinta años una túnica de malla que le cubria desde los hombros hasta las rodillas, de la cual tomó el sobrenombre de *Panthiera*, que así se llama en lenguaje toscano esta clase de mallas. Por hombre de singular celo por la honra de Dios, fué señalado para misionero con destino á la Tartaria. No se sabe qué fin tuvo su vida, ni los sucesos de su apostólica peregrinacion, sí que cuando salió de Italia era considerado por su caridad y frecuencia de sus éxtasis, y estas premisas son principio para inferir favorable conclusion de su dichoso fin, que le cogió cultivando la viña del Señor y convirtiendo idólatras. Hombre eminente en la mística, los cronistas han copiado algunas de sus máximas doctrinales, y la respuesta que dió en una ruidosa controversia movida en su tiempo y sobremanera notable, sobre el modo y medios que deba guardar el alma para llegar al estado de contemplacion sobrenatural perfecta, en cuyo discurso, escrito en latin, es admirado por la concision y claridad lo que muchos en largos tratados dejaron bien oscuro. —O. y O.

PANTIGOSO (Bienaventurado Miguel), de la órden de Sto. Domingo. Fué martirizado en el año 1725 con sus dos compañeros Nicolás Gonzalez y Juan Dávila. Su martirio glorioso tuvo lugar en la mision de Cochabamba, cuyos habitantes tenian fama de ser difíciles de convertir. — O. y O.

PANTIN (Guillermo), natural de Thielt, en Flandes, y dean de Sta. Gudula de Bruselas, célebre por los conocimientos que tenia en idiomas, enseñó en Lovaina y en Toledo, y murió en Bruselas el dia de Navidad de 1611, á la edad de cincuenta y seis años. Dejó diferentes obras en prosa y verso, además de muchas traducciones en griego y latin, y los proverbios de Miguel Apóstol, que publicó con notas. Es tambien autor del tratado *De Dignitatibus et Officiis Regni ac Domus Regiæ Gothorum*, que se halla en la *Coleccion de Concilios* del cardenal García Loaisa. — S. B.

PANTING (Juan), jesuita inglés. Nació el 26 de Noviembre de 1726, y entró en el noviciado el 7 de Setiembre de 1749, siendo ordenado sacerdote en Lieja. Fué director de las religiosas inglesas establecidas en Gravelinas, y concluyó sus dias el 30 de Mayo de 1783, en Bonhan, donde ejercia el ministerio apostólico. Escribió: *Père d'Orleans Life of St. Aloysius, St. Omer*, 1761; fué el traductor de la obra *Devotion of the six sundays, in ho-*

nour of St. Aloysius, dedicada á María Magdalena de Mandeville, abadesa de las Benedictinas irlandesas en Iprés: *Life of St. Mary Magdalen of Pazzi; Life of St. Jane of Chantal.* — O. y O.

PANTIVIO (Onofre), agustino. Véase PANVINIO (Onofre).

PANTOJA (D. Alfonso Fernandez), obispo de Leon. Nació en la villa de Seseña, arzobispado de Toledo, el 14 de Marzo del año 1706. Veinticuatro años despues tomó posesion de una beca de teología en el colegio de Málaga, en la universidad de Salamanca. En 1732 entró en el colegio mayor de San Ildefonso, y en el mismo año tomó el grado de doctor, llevando el primer lugar entre siete licenciados. En aquella insigne escuela fué catedrático de artes, y despues penitenciario de la santa iglesia de Osma. Presentado para el obispado de Vich no aceptó; pero elegido en 1753 para la mitra de Leon, tomó posesion en 16 de Mayo del mismo. Fué notable su gobierno por la gran mudanza que sufrió la iglesia santa de Leon en su tiempo. El cabildo solicitó constantemente de los señores reyes D. Fernando VI y D. Cárlos III la renta suficiente para su manutencion, por no ser bastante la que disfrutaban, y el último de aquellos monarcas, despues de examinadas las informaciones é instrucciones del Ilmo. Sr. Pantoja, alcanzó del sumo pontífice Clemente XIII la gracia que pedia. En 1754, habiendo representado Fernando VI al santísimo padre Benedicto XIV, que en la parte de las montañas que llaman las Peñas abajo, hácia el mar, se padecian desde tiempos antiguos notable falta en la administracion del sacramento de la confirmacion y en el debido pasto espiritual y en las visitas de su propio pastor, á causa de la gran distancia que hay de la ciudad de Burgos á aquellos pueblos y de los malos caminos, suprimió Su Santidad las abadías de Santillana y Santander, que eran del Real patronato, y desmembró del arzobispado de Burgos la expresada parte de las montañas, con el fin de que la iglesia colegial de la nueva ciudad de Santander se erigiese en silla episcopal con su obispo. La bula pontificia se expidió en 12 de Diciembre del año 1754, y la ejecucion de este negocio tan grave fué encomendada al Ilmo. Sr. Pantoja, obispo de Leon, al abad de S. Isidro el Real de la misma ciudad, al lectoral, doctoral, etc. etc. Cuando nuestro prelado habia reunido algunas sumas para hacer una sacristía en la catedral, y ántes de dar principio á la obra, le sobrevino la muerte el 6 de Noviembre de 1761, entre nueve y diez de la noche. Su cuerpo fué enterrado el siguiente dia por la tarde en la capilla mayor al lado de la epístola. Dejó en el obispado excelentes recuerdos. — O. y O.

PANTOJA (P. Fr. Diego), de la órden de S. Francisco de Paula, religiosísimo varon, natural de Sevilla, hijo de la casa de Ecija, donde profesó en 6 de Noviembre de 1573. Predicador apostólico y sobremanera devotísimo de la Vírgen, á cuya Señora prometió en los principios de sus sermo-

nes no predicar alguno sin tener su santo Rosario en la mano y concluir con algun milagro de los que la Reina del cielo habia hecho; y con efecto, cumplió este voto durante treinta años despues que le hizo. Tuvo dos hermanas beatas en la órden de Sto. Domingo, grandes siervas de Dios, como él mismo lo fué desde que recibió el hábito. Llevaba un áspero cilicio aun cuando estaba en el púlpito; jamás comia cosa regalada, echando por lo regular en la comida polvos de acíbar: anduvo siempre descalzo, y nunca se le vió descompuesto. Predicaba con gran fervor sobre las penas y la gloria eterna, y pasaba muchas noches de rodillas haciendo oracion. Cuando llegado á la última edad se encontró sin fuerzas, pidió le llevasen á morir con la Vírgen á su casa de Consolacion, junto á Utrera, y cumplido su deseo, no se pueden encarecer los servicios que la hizo, pareciendo no habia en el mundo hombre más contento. En su última enfermedad pidió le cantasen los religiosos el Credo de la misa, y el bendito varon respondia en coro, hasta que llegando el convento á las palabras *et vitam venturi sæculi*, *Amen*, dió con ellas su espíritu al Señor. Apénas hubo espirado, cuando al clamor de las campanas acudió innumerable gente de la villa, distante casi un cuarto de legua del convento, y todos en tropel desearon ver aquel santo cuerpo, tocar á él su rosario y cortar pedazos de sus hábitos. Refieren sus cronistas que en esta ocasion obró un gran milagro con un mercader portugués más acreditado en hacienda que en buenas costumbres: llegó al cuerpo del difunto, y quedó tan fuera de sí, que con exteriores señales de su rostro dió muestras de la mudanza que en su alma hizo aquel predicador del Evangelio sin lengua. Vertió muchas lágrimas, y sin hablar con persona alguna se fué á su casa, y comenzó desde entónces á hacer vida nueva, semejando su conducta á la de Zacheo. — O. y O.

PANTOJA (D. Fernando), hijo de la noble familia de su apellido. Tomó el hábito en la cartuja de Sevilla, su patria. Señalóse mucho por sus virtudes y por la prudencia en el gobierno de que dió pruebas en los prioratos de los monasterios de Sevilla, Cazalla y Aniago. Fué visitador de las cartujas de la corona de Castilla, y muy amado de Santa Teresa de Jesús, segun consta de las cartas de dicha santa. Arana, en sus *Hijos ilustres de Sevilla*, para formar este artículo revisó los manuscritos de la provincia de S. Francisco de Andalucía. — O. y O.

PANTOJA (D. Juan Fernandez). Era maestrescuela y canónigo de Córdoba, cuando por todos los votos fué electo obispo de su iglesia. Despues fué nombrado diputado para las córtes de Burgos, que celebró el rey D. Juan para tratar de la obediencia del Papa y del gobierno de su reino. Concediéronse en estas córtes al obispo y al cabildo de Córdoba dos privilegios rodados en 1367, y en ambos se dice que este eclesiástico era el obispo electo

de dicha iglesia, deduciéndose que los prelados electos no confirmaban ya aquella clase de documentos. Hallándose en Salamanca este Obispo, cuando se dió obediencia á Clemente VII, pidió á D. Pedro de Luna, legado del Papa, que confirmase con las ámplias facultades que tenia la eleccion hecha á su favor por todo el cabildo de Córdoba. El Cardenal legado declaró que la eleccion habia sido nula por haberla reservado el pontífice Clemente; pero atendiendo á los grandes méritos de D. Juan en virtud, literatura y prudencia y que el cabildo por todos los votos le habia elegido ignorando el caso de la reserva, y con la misma ignorancia le habia confirmado el Arzobispo de Toledo, le eligió de nuevo, confirmándole en la mitra de Córdoba. Vino á su diócesis y se halló en cabildo el lunes 7 de Julio de 1382, en que propuso deseaba llevar en su compañía á la visita cuatro prebendados, á su eleccion. El año siguiente fué memorable en Castilla por el decreto expedido en las córtes de Segovia por el rey D. Juan, mandando que se usase de la cuenta ó era del nacimiento de Cristo desde el dia 25 de Diciembre de aquel año, y que fuese nulo el instrumento que omitiese el nacimiento de Cristo, aunque estuviese notado con la era del César, como se habia hecho hasta entónces, y así se ejecutó en este obispado. Entre los varios sucesos dignos de mencion ocurridos en el tiempo del Ilmo. D. Juan, merece notarse el de la traslacion del pueblo de Bencalez al de Fernan Nuñez, por abandonar el primero sus moradores para evitar los continuos daños que les hacian los moros, entrando en él todos los dias, y porque ellos se refugiaban en la fortaleza vecina de Fernan Nuñez. Viendo esto D. Diego Gutierrez de los Rios, alférez mayor de Córdoba y alcaide de Teva, y su mujer Doña Inés Alonso de Montemayor, señora de Bencalez y Fernan Nuñez, determinaron pedir licencia al Obispo para fabricar una iglesia y trasladar á ella los ornamentos y bienes de la antigua. El prelado comisionó á D. Fernando Gonzalez Deza, maestrescuela, D. Juan Fernandez Frias, chantre, y á Pedro Ruiz, canónigo, para que señalasen el sitio donde habia de edificarse y así lo hicieron el 13 de Febrero de 1385. Cuenta la crónica por tradicion muy antigua que esta mudanza de poblacion á Fernan Nuñez se la manifestó Santa Marina á una pastora para que lo dijese á los vecinos y se librasen del contacto de los mahometanos. Poco tiempo despues se levantó un motin contra los judíos por la predicacion indiscreta de Fernando Martinez, arcediano de Niebla, en el cual mataron á muchos y saquearon á todos. Este ejemplar movió á la plebe de Córdoba á ejecutar lo mismo con esta infeliz gente, pues rompiendo las puertas del barrio separado en que vivian, dieron muerte á muchos que se resistieron, y á los demás quitaron los bienes, obligándolos á dejar la ciudad. Pero el Rey mandó con gravísimas penas que los dejasen en sus casas y no los inquietasen más. El año

1391 hizo el Obispo á la catedral una donacion de ornamentos bordados y vasos de oro y plata para el divino sacrificio, y dos años despues confirmó con el cabildo un estatuto, que dejó firmado su antecesor D. Alfonso, de buena memoria, y no se selló por su muerte sobre los maravedises que el Obispo y beneficiados debian pagar para las capas de seda. Murió el obispo D. Juan el año de 1397, y le enterraron en el tercer lugar del sepulcro de los cinco obispos. — O. y O.

PANUCIO (S.). Fué martirizado en Jerusalen. Se ignora la época y demás detalles de su persecucion. La Iglesia honra su memoria el 19 de Abril. O. y O.

PANVINIO (Onofre). Nació este laborioso anticuario é historiador en la ciudad de Verona el año 1509, de una familia noble, si bien pobre en bienes de fortuna, con disposicion natural para el estudio y con vocacion al claustro; tomó el hábito muy jóven entre los ermitaños de S. Agustin, y fué enviado á Roma por sus superiores para que se instruyese, y en aquella ciudad santa terminó sus cursos escolásticos de la manera más brillante. En cuanto se recibió de bachiller fué llamado á Florencia, en 1554, para enseñar teología, pero obteniendo de sus superiores nombrasen otro en su lugar, recorrió las principales ciudades de España para recoger inscripciones y otros monumentos antiguos. Moreri, en su gran *Diccionario histórico y geográfico* que da razon de este religioso en la voz *Onúfre*, da tan pocas noticias de este célebre escritor, que nos vemos obligados á dar su biografía con más extension, teniendo en cuenta lo dicho por Mr. Weis en la *Biografía universal*. Hizo amistad en Venecia con el famoso Sigonio, que de mayor edad que él, se encontraba más instruido en los estudios de historia, y esta amistad fué muy fecunda en resultados para los trabajos literarios de Panvinio. El cardenal P. Cervini, papa despues con el nombre de Marcelo II, tomó á Panvinio bajo su proteccion, y por su consejo emprendió la tarea de ilustrar las antigüedades eclesiásticas. Despues de la muerte de su ilustre protector fué Panvinio agregado á la Biblioteca del Vaticano con el sueldo de diez ducados de oro por mes, y pasó al servicio del cardenal Alejandro Farnesio, que le alojó en su propio palacio, le admitió en su mesa y le colmó de beneficios. Acompañando á este prelado en su viaje á Sicilia, cayó enfermo en Palermo, y murió en esta ciudad el dia 7 de Abril de 1568 á la edad de treinta y nueve años, habiéndosele dado sepultura en la iglesia de los Agustinos de esta poblacion y no en Roma, como aparece en un monumento que se dedicó á su memoria. Hallándose en Palermo el P. Fr. Daniel, célebre anticuario, se sorprendió al ver que en el sepulcro de Panvinio no se habia puesto una inscripcion diciendo que allí se hallaba enterrado este sabio, y la hizo poner á su costa, segun se describe en el *Giornale Modenese*, en donde se dan las ra-

zones que tuvo para fijar la muerte de Panvinio el 7 de Abril y no el 15 del mismo mes, que señala la inscripcion monumental que se lee en Roma. Panvinio unió á su mucha penetracion y talento una actividad infatigable; habia leido ú extractado todas las obras de los antiguos, razon por la que le llama Paulo Manucio *Helluo antiquarum historiarum*. No se limitó como los historiadores que le habian precedido á recoger retazos históricos y zurcirlos, sino que apoyó sus observaciones históricas en las medallas y en los monumentos é inscripciones, de las que fué el primero en apreciar su utilidad é importancia, para esclarecer los puntos dudosos de la cronología, y explicarlos los usos y costumbres que eran desconocidas. Llegó á reunir más de tres mil inscripciones que se prometia publicar; pero su manuscrito desapareció poco tiempo despues de su muerte, y se sospecha no fué inútil á Semetius. Parece inconcebible que habiendo muerto Panvinio tan jóven se hubiese dedicado á componer tan gran número de obras, sobre materias que exigen tantas pesquisas, vigilias y aplicacion. Veintisiete obras impresas señala Niceron en el tomo XVI de sus *Memorias*; pero Scipion Maffei, en su *Verona ilustrada*, da una lista de ellas más exacta, citando además todos los manuscritos de Panvinio que se han conservado en diferentes bibliotecas de Italia y de Alemania, entre las que se ve su gran tratado *De cæremoniis Curiæ Romanæ*, en la *Biblioteca de Munich*, en once volúmenes en fólio, de cuya obra dió el baron de Aretino un extracto en 1803, en el sexto cuaderno de sus *Noticias sobre esta Biblioteca*. Sensible es á la verdad que Felipe Argelati no llevase á cabo el proyecto que habia formado de publicar la coleccion de las obras de Panvinio. Entre todas las obras que nos han quedado de este autor merecen citarse como las más selectas las siguientes: *Epitome Pontificum Romanorum usque ad Paulum IV;* Venecia, 1557, en fólio. Esta edicion salió con muchas faltas tipográficas, y se publicó otra más correcta, en 4.°, el año 1567, la cual sirvió de base á las siguientes: *Viginti septem pontificum romanorum elogia et imagines;* Roma, 1568, en fólio, y Ambéres, 1572, con dibujos de Galle. — *Fasti et triumphi Romanorum à Romulo usque ad Carolum V*; Venecia, 1557. — *In fastos consulares appendix; de ludis secularibus et antiquis Romanorum nominibus*; Heidelberg, 1588, en fólio; este tratado fué insertado por Grœvius en el tomo IX, y el de los nombres de los romanos en el tomo XII del *Tesauro de Antigüedades romanas*. — *De baptismate pascali origine et ritu consecrandi agnos Dei*; Roma, 1560, en 4.°, y 1630, en 8.° — *De Sibyllis et carminibus sibyllinis*; Venecia, 1567, en 8.°, disertacion que se encuentra en diversas colecciones de antigüedades. — *De triumpho commentarius*; Venecia, 1573, en fólio, y Helmstadt, 1676, en 4.°, y tambien en el tomo II del expresado *Tesauro de Antigüedades*. — *De ritu sepeliendi mortuos apud veteres christianos et eorum commentariis*; Lovaina,

1572, en 8.°, y Roma, 1581, en 8.° — Esta rara y curiosa obra ha sido traducida al francés y publicada en Arras, en 8.°, en 1572. — *De Republica Romanâ libri tres*; Venecia, 1581 en 8.° Boisard insertó esta obra en el *Roman. urbis topograph.*, y Grœvius en el tomo II de su *Tesauro.* — *De Bibliothecâ pontificis vaticana*; Tarragona, 1587, en 4.°; esta edicion fué publicada á la vista de un manuscrito del Escorial por el obispo de Tortosa Cardona, y habiendo llegado á ser muy rara, la insertó Meder en el *Syntagma libellorum de bibliothecis; de ludis circensibus libri duo, et de triumphis liber unus, quibus universa ferè Romanorum veterum sacra, ritusque declarantur;* Venecia, 1600, en fólio. Contiene esta primera edicion las notas de Juan Argoli y de Nicolás Pinelli, y fué reproducida en Pádua, en fólio, 1642; pero aún se aprecia más la edicion publicada en la misma ciudad en la misma forma en 1681, porque en ella se insertan las notas de Mader sobre el libro de los triunfos. *Amplissimi ornatissimique triumphi, et antiquissimis lapidum, in memorum monumentis etc., descriptio;* Roma, 1618, en fólio, con figuras, edicion ya muy rara. — *De Antiquitate et viris illustribus Veronæ, libri VIII*, Pádua, 1648, en fólio. Además de las obras ya citadas, pueden consultarse sobre Panvinio: los *Elogios de Teissier*, el *Diccionario de Chaufepié*, la *Biblioteca de la Edad media de Fabricius*, y sobre todo á Tiraboschi, que ha corregido los errores en que habian caido los que escribieron ántes que él, en el tomo VII de su *Historia de la literatura italiana.* El retrato de este ilustre anticuario fué grabado muchas veces, y se le ve en la obra titulada: *Elogia viror. illustrium ex ordine eremitar. S. Augustini*; por Camilo Corte, Amberes, 1636, en 4.°, y la denominada *Academia de las ciencias de Bullard.* Las obras de Panvinio, á pesar de los adelantos que en el presente siglo han hecho las ciencias arqueológicas, no han perdido su interés y merecen ser consultadas por los anticuarios en las materias de que tratan. — C.

PANZANI (Gregorio), eclesiástico italiano: vivió en el pontificado de Urbano VIII, quien le envió á Inglaterra en 1634 para terminar algunas diferencias que se habian suscitado entre los católicos. Panzani escribió en esta ocasion unas memorias con el asunto de su mision, inéditas durante mucho tiempo, y de las que no se conservaban más que algunos extractos que Dodd, historiador inglés, habia publicado, hasta que José Berington, prelado católico inglés, las tradujo en su idioma del italiano y las imprimió en 1634. Berington condena la conducta de la corte de Roma, segun el modo de ver de la Iglesia católica de Inglaterra, encontrando poco conveniente que esta no esté gobernada más que por vicarios apostólicos, obispos efectivamente, pero no titulares de las iglesias cuyo cuidado les está confiado, y á las cuales como es consiguiente, solo pertenecen de una manera precaria con

una jurisdiccion delegada. Si esto no fuese más que una opinion de Berington nada tendria de reprensible; pero aún va más léjos, pues exhorta en sus escritos á los católicos ingleses á que se formen ellos por sí y ante sí un gobierno eclesiástico, independiente de los vicarios apostólicos delegados por el Papa, es decir, que elijan sus obispos sin recurrir á Roma; en una palabra, que formen en Inglaterra una Iglesia parecida á la de Holanda. Este consejo, por lo ménos imprudente, tendia al cisma de la Iglesia católica inglesa hiriendo sensiblemente la autoridad y la dignidad de la primera autoridad eclesiástica, que debia saber lo que era más conveniente á una iglesia católica establecida en un país protestante, y que estaba en mejores condiciones que nadie para juzgar acertadamente acerca de las medidas excepcionales que pudiera necesitar por sus circunstancias particulares ya indicadas. — G. P.

PANZANO (D. José). Nació en la ciudad de Huesca, ántes de la mitad del siglo XVII, de una familia conocida. Tomó beca en el colegio mayor de Santiago de la misma, y en su universidad cursó los estudios de Digesto viejo, Instituta y código. Nombrado vicario general de Valencia el año 1664 por el arzobispo D. Martin Lopez de Ontiveros, dió pruebas de sus excelentes costumbres y doctos conocimientos á tal extremo, que el cabildo de la santa iglesia del Pilar de Zaragoza le eligió por su canónigo en 1669, y en 1672 por su vicario general el arzobispo de esta iglesia, D. Fr. Francisco de Gamboa. Fué síndico de su cabildo en las córtes de Calatayud de 1667, y abad de Montearagon al año siguiente, por nombramiento que hizo á su favor el Sr. D. Cárlos II y para el de obispo de Albarracin en 1700, y cuya dignidad no quiso aceptar. En dicha Real casa é iglesia hizo la galería de su palacio y entre otras memorias, dice Latasa, dejó una suma considerable para la fábrica del claustro del primer piso. Murió en esta iglesia el 8 de Julio de 1708, y fué sepultado en la capilla de S. Martin. Escribió: *Razones que se ofrecen para preceder el abad de Montaragon al comendador mayor de Montalban, en la órden de Santiago, en las córtes del reino de Aragon*, que se imprimió en fólio, 1678.—*Extracto de los casos más raros y difíciles que ocurrieron en su tribunal de Valencia, siendo él su provisor y vicario general, con las sentencias que dió.* Es un tomo en fólio.— *Lucero de la dignidad abacial de Montaragon*, con recopilacion de sus privilegios, derechos, rentas é instrumentos que los comprueban; cuyo voluminoso manuscrito trabajó desde 1690 hasta pocos meses ántes de su muerte. Fué muy notorio el mérito de este prelado. — O. y O.

PANZANO Y ABOS (D. Martin). Nació en Huerto, pueblo de la provincia de Huesca, de una de las más nobles y antiguas familias del país. Dedicado á las letras, fué doctor en cánones en la universidad de aquella ciudad, y

llegando á la corte su profundo saber, le condecoraron con la cruz pensionada de Cárlos III, y le abrieron sus puertas las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, Buenas Letras de Barcelona, Ciencias de Sevilla y Bellas Letras de Lóndres. Nombrado dean de la santa iglesia de Huesca, se distinguió mucho en este cargo, y como capellan del conde de Fuentes, al que acompañó en su embajada de Turin. El P. Mtro. Enrique Florez mandó por su medio su obra sobre las *Reinas Católicas* á la duquesa de Saboya, que aceptó el obsequio elogiando á ambos, segun se expresa el P. Mendez en la vida del expresado maestro. Escribió Panzano dos obras, que se publicaron con general aplauso, y fueron: *De Hispanorum Litteratura*, en 4.°; Madrid, imprenta del Diario, 1759. — Traduccion del libro de *Ejercicios devotos para ántes y despues de la comunion*, en 8.°; Madrid, por Ibarra, 1760. La primera obra, que dedicó al marqués de Mora, fué muy alabada por autores nacionales y extranjeros, y en especial por Diaz Gonzalez en sus *Tablas, ó sea Relacion apologética del mérito de los españoles en las ciencias*, edicion de Madrid de 1786; y la segunda, de la que fué autor el jesuita Grifel, y dedicada en su traduccion al príncipe de Asturias D. Cárlos Antonio de Borbon, fué reimpresa en la *Gaceta de Madrid* en 1761, y otra vez por Ibarra en 1785. Murió este ilustrado eclesiástico en Castejon de Monegros, lugar de dicha provincia de Huesca, en Agosto de 1775, muy sentido de los aragoneses. — C.

PANZANO Ibañez de Aoiz (Fr. Diego), hermano del cronista de este apellido. Nació en Zaragoza en 1649. Así en la carrera del magisterio como en la del gobierno, tuvo aceptacion despues que profesó el instituto de S. Agustin de la Observancia, en su convento mayor de dicha ciudad, en 11 de Marzo de 1678. Enseñó artes y teología, y fué declarado maestro de su provincia de Aragon. Doctor teólogo de la universidad de su patria, examinador sinodal de su arzobispado, y calificador de la Inquisicion de dicho reino, obtuvo en su religion los cargos de definidor general y de prior de los conventos de Epila, de Huesca y de Zaragoza en 1702; habiendo merecido cuatro años ántes que el rey D. Cárlos II le hiciese su predicador. Murió en el referido convento de Zaragoza en 1718. Escribió: *Vida del venerable obispo de Barbastro D. Fr. Francisco Lopez de Urraca, donde tambien se trata del orígen de la santa imágen de Cristo del convento de los Arcos de Cortea, y de esta casa de su instituto en Aragon. — Dos libros de cuaresmas y sermones*, que quedaron en el convento; y por su cuidado y diligencia salieron á luz los *Anales del reino de Aragon*, escritos por su hermano D. José Lupercio Ponzano, precedidos de una extensa y erudita introduccion, impresos en Zaragoza en 1705. — O. y O.

PAOLI (Pablo Antonio). Nació este célebre anticuario, segun M. Weis en

el artículo que le dedica en la *Biografía universal*, en Lucques el año 1720, de una familia célebre por los muchos sabios que ha producido. Luego que terminó sus estudios de filosofía y de humanidades tomó el hábito en la Congregacion de clérigos regulares de la Madre de Dios, de la que era á la sazon uno de los superiores el P. Sebastian Paoli, su tio, y siguiendo los consejos de éste se consagró al estudio de las antigüedades. Deseoso de aumentar sus conocimientos, se dirigió á Nápoles, en donde estuvo muchos años examinando los preciosos monumentos sacados de las excavaciones de Herculano y de Pompeya. Haciendo un viaje á España, trabó amistad muy estrecha con el conde Galosa, director de la artillería napolitana. Celoso este conde por las glorias de su país, habia proyectado publicar las antigüedades de Pestum, no perdonando cuidado ni gasto alguno para conseguir su deseo. Asocióse el conde á Paoli para hacer este trabajo; pero muriendo cuando más empeñados estaban en él, el año 1780, quedó el segundo encargado de terminarle. Noticioso el pontífice Pio VI de la capacidad arqueológica de Paoli, le llamó á Roma, y le nombró presidente de la Academia Eclesiástica, encargándole la educacion de los jóvenes de la nobleza. Ignórase la verdadera fecha de la muerte de este sabio anticuario, que se conjetura fuese el año 1790. Las obras que dejó escritas son: *Antiquitatum Puteolis, Cumis, Baiis existentium reliquiæ*, 1768; con un atlas, volúmen que se compone de sesenta y ocho láminas muy bien grabadas, la mayor parte por J. Volpato, que representan diversos monumentos de Pozzuole, Cumas y de Baia, aún inéditos, con explicaciones en latin y en italiano.—*Della religione de gentili per riguardo ad alcuni animali especialmente á topi*; Nápoles, 1771, en 4.°, disertacion muy curiosa sobre el culto que se ha dado á las ratas y á los ratones.—*Dissentas dell' origine ed instituto del Sacro militar ordine di S. Gio-Battista Gerosolimitano, dipoi di Rodi, oggi di Malta;* Roma, 1781, en 4.°; este libro es una obra maestra tipográfica.—*Pœsti quod Possidoniam etiam dixere rudera, cum disertationibus lat. et ital.*; Roma, 1784, en fólio, con un atlas. Esta es la mejor obra que se conoce sobre las antigüedades de Pestum, y se compone de sesenta y cuatro láminas, de las que las cuarenta y una representan los monumentos, y las otras veintitres de medallas; así como en las antigüedades de Pozzuole el texto está grabado en las mismas láminas.—C.

PAPADOPOLI (Nicolás Comneno). Nació este sabio literato el año 1655 en la isla de Candía, de padres griegos. Enviado á Roma, aún muy jóven, estudió bajo la direccion de los Jesuitas, cuya religion abrazó el año 1672, si bien abandonó despues á la Compañía, diciéndonos que asistió á las exequias de su compatriota el sabio Allatius, y que adquirió de él las notas manuscritas del P. Conibefis sobre S. Atanasio. Despues de haber terminado el

estudio de las bellas letras, se dedicó con entusiasmo al de la teología y del derecho canónico, y abrazó el estado eclesiástico. Deseando adquirir nuevos conocimientos, visitó las principales ciudades de Italia, siendo recibido en todas partes con la distincion y aprecio que inspiraban sus talentos y su carácter. Nombrado en 1680 rector del colegio en Capo-de-Istria, desempeñó este cargo con mucho aplauso, y en 1688 fué llamado á Padua para que desempeñase una cátedra de derecho canónico. Satisfechos de su celo los presidentes de la Academia, aumentaron su sueldo todos los años. En 1697 se le dió la abadía de Sta. Zenobia. La gratitud le unió para siempre á la Academia de Padua, en la que se ocupó sucesivamente, desempeñando las diversas cátedras de derecho canónico, cuya historia escribió á vista de los más auténticos documentos; pero ántes de dar detalles sobre esta obra, debemos dar á conocer los demás trabajos de Papadopoli. Dice Fabricius, que despues del sabio Allatius, no conoció autor griego alguno con más celo y asiduidad que Papadopoli para justificar á sus compatriotas de las calumniosas imputaciones con que la mayor parte de los modernos les ofenden; pero que á pesar de sus exquisitas pesquisas solo pudo procurarse una sola obra de él en este género, que se intitula: *Prænotiones mystagogicæ ex jure canonico, sive responsa sex in quibus unam proponitur commune ecclesiæ utriusque græcæ et latinæ suffragium*, etc.; Padua, 1697, en fólio. Dos dedicatorias tiene este libro, la una á Constantino Cantacuceno, y la otra al cardenal Albani, que fué despues papa con el nombre de Alejandro XI. En la última sentó como principio incontestable, que áun cuando hay un gran número de griegos cismáticos, no debe considerarse á los griegos separados de la Iglesia católica. Papadopoli pone especial empeño en combatir á los focionitas, y puede decirse que toda su obra se dirige contra estos herejes, aprovechando al propio tiempo cuantas ocasiones favorables se le presentaron en su escrito, para poner de manifiesto los errores en que cayeron el cardenal Baronio y Belarmino al hablar de los griegos, acusando á éste de haber tomado muchas cosas de los autores griegos de la edad media sin haberlos citado. Cita tambien muchos escritos que habia compuesto, y que á juzgar por los títulos debian ser muy interesantes, pues que se ignora hayan sido impresos y si han quedado algunas copias, en cuyo caso deben encontrarse en las bibliotecas de Italia. Trabajando en defensa de sus compatriotas, publicó en Venecia, en 8.°, en 1703, la obra titulada: *Responsio adversus hæreticam epistolam Joan. Hokstoniangli, Constantinopoli scriptam, etc.* De todas las obras de Papadopoli, la más curiosa es la historia de la universidad de Padua con el título de *Historia Gymnasii Patavini*; Venecia, dos volúmenes en fólio. Esta obra está dividida en cinco libros, en los dos primeros trata del orígen de esta Academia, cuya fundacion fija el año 1760, de su fundacion y vici-

situdes hasta el año 1724, de sus reglamentos y de los diferentes cargos que habia en ella. El tercero presenta el cuadro cronológico de los profesores con una ligera noticia de su vida y de sus obras. Y en los dos últimos da noticias acerca de los principales educandos que han salido de esta célebre escuela. La obra de Papadopoli, en todos conceptos, es muy superior á la que Antonio Ricoboni publicó con el título: *Commentar. de Gymnasio Patavino*; pero no por eso han dejado de señalársela omisiones y algunas inexactitudes, de las que corrige un gran número Apóstolo Zeno, su sobrino, en sus cartas. Se ocupó Papadopoli en revisar y corregir su trabajo hasta su muerte, que tuvo lugar á fin de Junio del año 1740. Sus manuscritos se remitieron á Facciolato, el que refundiendo completamente esta obra la continuó, segun M. Weis, hasta el año 1756, publicándola en el tomo XIV de sus obras.—C.

PAPARIN DE CHAUMONT (Pedro). Este prelado del siglo XVI, natural de Gap en el Delfinado, fué originario de una casa noble de Forés. Dedicóse en sus primeros años al ejercicio de las armas, pero sin descuidar el estudio de las letras, en las que hizo grandes progresos. Mandó una compañía de caballería ligera y despues un regimiento, y sirviendo á las órdenes de jefes que le apreciaron mucho, se señaló con el nombre del señor de Chaumont, distinguiéndose por su valor y arrojo, especialmente en la batalla de Moncontour el año 1569. Mandó el rey Cárlos IX á Paparin al Emperador para que le diese cuenta de la victoria que habia alcanzado. Abandonando las armas para consagrarse á Dios, abrazó el estado eclesiástico, y el Rey premió sus servicios y virtud nombrándole en 1570 obispo de Gal, de cuya diócesis tomó posesion el año de 1573. Durante la guerra civil defendió cuanto pudo su diócesis, compuso algunas obras, y murió el 1.° de Agosto de 1600. En 1588 habia impreso en Paris sus *Ordenanzas y estatutos sinodales*, segun Chorier, en su *Historia del Delfinado*.—C.

PAPARONI (Juan). Nació en Roma este Cardenal á fines del siglo XI ó principios del siguiente, y habiendo hecho sus estudios con destino á la carrera de la Iglesia, abrazó el estado eclesiástico. Habiéndose captado la voluntad del papa Celestino II, le creó este pontífice cardenal el año 1144. Fué despues nombrado legado en Irlanda, cuya dignidad ejerció tambien en Francia y en otros reinos. Pretende Miguel Justiniani, en su *Tratado de los gobernadores del Tívoli*, que el papa Alejandro III se llamó Rolando Paparoni, y que fué pariente de nuestro Paparoni, del que dice que no fué creado cardenal hasta el año 1147. Tambien advierte que el año 1263 Paparoni fué nombrado obispo de Saligni y veinte años despues obispo de Espoleto. Que Paulo Paparoni fué gobernador de Tívoli en 1472; Gregorio Paparoni en 1487; Gerónimo Paparoni al año siguiente; Augusto Paparoni en 1503; y Francisco Paparoni, lugarteniente del mismo gobierno en ausencia del car-

denal Luis de Este, en 1582, despues del cual se extinguió esta noble familia, de la cual hace mencion S. Bernardo en la epístola 290, *Biblioteca de Cluni*, Auberi y otros autores. — C.

PAPARONI (Paparon). Nació este religioso en Roma en el siglo XIII, de una familia muy ilustre; y viéndose desengañado del mundo aun desde niño, concibió la idea de buscar á Dios por un camino corto, y por lo tanto abrazó la vida religiosa, tomando el hábito en la ilustre órden de Predicadores de Sto. Domingo. Su capacidad no tardó en darle á conocer en su convento, lo que le valió muchas distinciones, y era procurador general de la Orden cuando el papa Clemente IV, que reconoció su talento y buenas disposiciones, le elevó al episcopado, nombrándole obispo de Foligni en 27 de Junio de 1265. Veinte años gobernó su iglesia este prelado, y en este tiempo fundó el colegio de S. Feliciano, cuyos estatutos escribió, así como tambien un *Tratado de los siete pecados capitales para uso de los confesores de su diócesis*. El papa Honorio IV le trasladó á la silla episcopal de Espoleto, y despues de haber gobernado esta diócesis cinco años, murió el año 1290 en olor de santidad por su gran piedad, de lo cual nos da razon Echard en su obra de los *Escritores de la órden de Predicadores*, ó sea de Sto. Domingo.— C.

PAPAS (S.). Fué martirizado en Licaonia. Despues de haber sido azotado por la fe católica y desgarradas sus carnes con las tenazas de hierro, obligáronle á andar llevando el calzado lleno de clavos con las puntas hácia adentro, y atándole á un árbol espiró. De estéril que este árbol habia sido hasta entónces, se convirtió en muy fértil. La Iglesia celebra su fiesta el 16 de Marzo.— O. y O.

PAPAUSEK (V. Juan), doctor teólogo de la universidad de Praga, famoso predicador de su catedral y prepósito de la iglesia de Litomerick. Distinguióse brillantemente por su ciencia, piedad y elocuencia en los calamitosos tiempos en que los husitas infestaron la Bohemia. Con las victoriosas é invencibles armas de sus doctrinas impugnó los errores del heresiarca Rokisana, y con su ejemplarísima vida logró conquistar muchas almas para la casa del Señor. Pero el partido husita, por lo mismo que conocia cuán grande era su valor, no perdonó medio alguno para desacreditar, calumniar y perseguir al valiente campeon que tanta guerra le hacia. Logró una órden del rey Jorge Podriebat, desterrándole y haciéndole en su consecuencia padecer innumerables penalidades, y trabajó en odio de la religion católica, de la que era propagador. Juan Papausek predijo la paz del reino; y cuando ménos se esperaba se realizó su vaticinio. Murió el 2 de Febrero de 1455. Su memoria de santidad y servicios á la Iglesia y á la patria, dicen los cronistas, y con justicia, durará lo que el mundo. El Sr. Berghaver, canónigo de Pra-

ga (*Vit. S. Joan. Nepomuc.*, tomo I, Marangoni y Ramirez Luque, tomo I), le mencionan honoríficamente al exponer sus méritos y virtudes. — O. y O.

PAPEBROCK, y segun otros PAPEBROEK-DANIEL, nació en Amberes el año 1628; ingresó en la Compañía de Jesús en 1646, y profesó luego las bellas letras y la filosofía con gran éxito. Los PP. Bolandos y Henschenius, colectores de las *Actas de los Santos*, le asociaron á sus difíciles y trabajosas tareas. Pasó á Roma con Henschenius en 1660, y reunió allí una coleccion algo crecida de materiales. De vuelta en Amberes, hácia fines de 1662, se entregó por completo al trabajo á que se le habia destinado. Era sugeto muy á propósito para restablecer la historia en sus hechos más auténticos, tanto por su sagacidad, como por sus talentos de investigacion. Depuró el *Legendario* de cuantas falsedades estaba plagado, y nunca dió en quimera alguna cuando se encargó de hallar el orígen de la Orden Carmelitana, que fijó en el siglo XII, dándola por primer general, como Baronio y Belarmino, al bienaventurado Berthol. Mucho se encolerizaron algunos Carmelitas, que hacian remontar su orígen hasta Elías, é inundaron los Países Bajos de libelos tremendos contra Papebrock. *Le nouvel Ismaël, le Jesuite reduit en poudre, le jesuite Papebrock, historien conjectural et bombardant*, hicieron por entónces reir mucho al público. Mas los descendientes de Elías no podian en manera alguna contentarse con aquellos folletos solamente; habia menester más y mayor venganza la atrabilis que en su humor levantó el jesuita; y en 1690 le denunciaron al papa Inocencio X y á la Inquisicion de Madrid como autor de los groseros errores atestados en los catorce volúmenes de las *Actas de los Santos, de Marzo, Abril y Mayo*, á cuya cabeza se hallaba escrito su nombre. Pero ¿dónde estaban aquellos errores? Dónde? Veamos si lo eran ó no los siguientes: «No es cierto que la faz de nuestro Señor Jesucristo haya sido »impresa en el lienzo de la Verónica, como tampoco lo es el que haya nunca »existido una santa mujer de ese nombre.» « El monte Carmelo no fué en lo »antiguo un lugar de devocion, y los Carmelitas no tuvieron al profeta Elías »por su fundador, etc.» Un carmelita, el P. Sebastian de S. Pablo, ya habia extendido una parte de aquellos errores en un grueso volúmen que imprimió en Colonia en 1693. Europa entera, en su parte ilustrada, aguardaba impaciente el juicio de Roma y de Madrid. La Inquisicion española pronunció en 1695 su anatema contra los catorce volúmenes de las *Actas de los Santos*. Ya el triunfo de los Carmelitas era completo; mas ¿estaba asegurado? Un pequeño incidente, sin embargo, les debilitó en parte su gloria: un religioso de la Congregacion de S. Juan de Dios acertó á disputarles la antigüedad, y solo pretendia que la órden de los Hospitalarios era novecientos años más antigua que la de los Carmelitas. Su argumento era muy sencillo y más original todavía: «Abrahan fué el primer general de la Orden, afirma-

ba, el cual echó los cimientos de ella en el valle de Mambre, convirtiendo en hospital su casa.» Los Jesuitas, no obstante, fueron admitidos á justificarse ante el tribunal de la Inquisicion, y el P. Papebrock defendió artículo por artículo las proposiciones denunciadas al Santo Oficio. Cansado este tribunal de aquel asunto, se concretó á prohibir los escritos en pro y los en contra; y el Papa confirmó tan sabia resolucion por un breve, que prohibia asimismo tratar de la institucion primitiva y de la sucesion del órden de los Carmelitas. El P. Papebrock continuó trabajando en su obra y mereciendo bien de la república literaria, hasta que le alcanzó la muerte en 1714, á los ochenta y seis años de su edad. Tuva este jesuita parte en la confeccion de las *Actas de los Santos*, de los meses de Marzo, Abril, Mayo y Junio, y los volúmenes que comprenden estos meses pasan por los más exactos y los más criticos de tan vasta compilacion. Tambien es autor Papebrock del *Propylæum ad Acta Sanctorum Maii*, que es un catálogo cronológico-histórico de los soberanos Pontífices. Los ejemplares que contienen la *Historia de los cónclaves* fueron prohibidos en Roma. Sus *Respuestas á los Carmelitas* ocupan cuatro volúmenes.— C. de la V.

PAPENDRECHT (Cornelio Pablo Hoynck van), teólogo aleman. Nació en Dordrecht el año 1686, de una familia ilustre por su nobleza y más aún por la adhesion inviolable á la religion de sus padres. Abrazó el estado eclesiástico, cuyo santo ministerio ejerció en el Haya, y despues fué secretario del cardenal de Alsacia, arzobispo de Malinas. En este empleo se condujo con gran celo por espacio de veinticuatro años, y fué despues nombrado vicario general de aquella diócesis durante el viaje del cardenal á Roma. En 1717 obtuvo una canongía de la metrópoli de Malinas, siendo en 1731 admitido entre el número de los graduados, y en 1732 recibió el arciprestazgo de aquella iglesia. Todo su celo y atencion se fijaron siempre en el cumplimiento y exactitud en el desempeño de sus cargos, sin que por eso le faltase tiempo para dedicar algunos instantes al estudio, en especial el de la historia eclesiástica, y para descubrir los manejos de cierto partido. Acabado ya por la edad y los trabajos, murió en Malinas el dia 13 de Diciembre de 1753, con harto sentimiento de todos los buenos católicos. Dejó algunos escritos, como la *Historia Ecclesiæ Ultrajectinæ á tempore mutatæ religionis in fœderato Belgio;* la cual fué despues traducida al flamenco é impresa en este idioma en Holanda el año 1728. — *Sex epistolæ de hæresi et schismate aliquot presbyterorum ultrajectesium.* — *Specimen eruditionis broedersianæ,* que es el exámen ó crítica de una obra que publicó Nicolás Broedersen, sacerdote cismático de Utrech, bajo el título de *Tractatus historicus primus de capitulo cathedrali ecclesiæ metropolitanæ Ultrajectinæ; Analecta belgica etc.* Segun todas las apariencias tuvo Papendrecht gran parte en un rescripto

del cardenal Alsacia contra Van-Der-Croon, arzobispo de Utrech, al cual contestó Varlet, obispo de Babilonia. —C. de la V.

PAPERONI, religioso dominico, obispo de Foligni y de Espoleto, pertenecia á una casa que floreció por un largo período en Roma, hallándose en todo su esplendor en el siglo décimo tercero, cuando dió á la órden de Santo Domingo este personaje que la honró mucho y prestó servicios muy importantes á muchas ciudades de Italia. Este jóven romano, más distinguido ya por las cualidades de su espíritu y de su corazon que por la nobleza de su sangre, se consagró al servicio del Señor en el convento de Santa Sabina, bajo el pontificado de Inocencio IV; fiel á su vocacion, se aprovechó tan bien de las instruciones de sus maestros y de los ejemplos de virtud que tenia á la vista, que pocos años despues de su profesion hallaron en él los superiores un religioso capaz de todos los empleos, los pueblos un predicador celoso, los sabios un doctor tan hábil en la ciencia de los cánones como en la teología, y los soberanos pontífices un súbdito á propósito para dirigir santamente las iglesias, cuyo gobierno le confiaron. Paperoni, á quien elogia con frecuencia el abate Ughel, habia anunciado ya con fruto la palabra de Dios, y ocupado diferentes cargos en su Orden, cuando fué nombrado procurador general en la corte de Roma. Los asuntos que en el desempeño de su empleo hubo de tratar con los oficiales de Su Santidad, dieron á conocer su capacidad y religiosidad; y el papa Clemente IV se aprovecho de sus talentos para restablecer la paz, el buen órden y el culto divino en la iglesia de Foligni. Aunque pertenecientes á los Estados eclesiásticos, habia seguido esta ciudad los malos ejemplos de otras muchas para sustraerse á la obediencia del Papa y seguir el partido del emperador Federico. Habiéndola privado Inocencio IV en 1243 de la dignidad de sede episcopal, permaneció despues sin obispo y bajo entredicho, entregada á la ambicion y á la crueldad de muchos tiranuelos, que durante mas de veintidos años no parecieron ocupados sino de saquear los bienes de los ciudadanos y de verter la sangre del pueblo. Despues de una larga série de calamidades, que se renovaban todos los dias, los habitantes de Foligni, cansados de sufrir ó de no trabajar más que en la ruina de su patria, volvieron, por último, á su deber é imploraron la misericordia de la Santa Sede. El papa Clemente IV oyó favorablemente sus ruegos, levantó el entredicho y las demás censuras, y perdonándoles su rebelion, les dió á Paperoni por obispo. Con este último favor aseguró Su Santidad el reposo y llenó los deseos de los suplicantes. El nuevo obispo fué consagrado en Roma, y se dirigió inmediatamente á su iglesia, de que tomó posesion el 26 de Junio de 1265. Entregándose desde entónces por completo á las necesidades de un rebaño, abandonado desde mucho ántes, no omitió nada para hacerle olvi-

dar todas las pérdidas que habia sufrido, por la supresion de los ejercicios religiosos durante el fuego de las guerras y las disensiones públicas ó particulares. Todo el crédito que le daba su virtud cerca del Soberano Pontífice, le empleó en restablecer su iglesia en sus antiguos derechos. Pero lo que le ocupó más fué la instruccion de los fieles. Las costumbres del clero no se hallaban ménos corrompidas que las del pueblo, si podia llamarse clero á algunos restos, que apénas se atrevian á tomar tal nombre. Este fué el primer objeto del celo y la vigilancia del obispo de Foligni. Para procurarse desde luego coadjutores fieles en la obra del Señor, estableció en su ciudad episcopal muchas comunidades religiosas de servitas, de ermitaños de S. Agustin y de PP. Dominicos. Prudente distribuidor de sus rentas, proveia con abundancia á las necesidades de las familias pobres, é hizo construir un hospital al que asignó los fondos necesarios para amueblarle y sostenerle. Todos los años daba alguna nueva muestra de su caridad y de su liberalidad hácia todo el pueblo, que le miraba con razon no solo como su pastor y su padre espiritual, sino tambien como el restaurador de su libertad, de la religion y de la patria. El abate Ughel dice que hizo edificar la iglesia de S. Feliciano mártir y que fundó una casa para alojar á los eclesiásticos que debian celebrar en ella el oficio divino. Esta casa y esta iglesia fueron dadas despues á los PP. del Oratorio. Las predicaciones de un obispo que daba tan buenos ejemplos, no podian ménos de producir frutos de vida en toda su diócesis. Los fieles á su imitacion se emplearon con ardor en toda clase de obras de caridad ó de justicia. Y como en la confusion de la guerra los más fuertes ó los más atrevidos se habian apoderado de los bienes de los que no se hallaban en estado de resistirlos, se comenzó durante la paz á reconocer los derechos particulares y á restituir lo que habia sido mal adquirido. El piadoso prelado tuvo el placer de ver lo que una laudable emulacion y el celo del bien público hicieron emprender á algunos de sus diocesanos, que consagraron generosamente una parte de sus riquezas, ó á la reparacion de los muros de la ciudad, ó á algun otro monumento de utilidad y seguridad de los ciudadanos. Los pueblos vecinos envidiaron bien pronto la fortuna del de Foligni, y habiendo vacado la silla de Spoleto en 1285, se unió el pueblo al clero para hacer vivas instancias cerca del vicario de Jesucristo para tener por pastor al obispo de Foligni. Honorato IV les concedió esta gracia. La bula fué despachada, y el santo prelado no ménos dócil á las órdenes del santo Pontífice que celoso por la salvacion de sus hermanos, no se negó á este nuevo trabajo. Pero no sin pesar se vió separado de una esposa que le era querida, y de la que era tanto más amado, cuanto que hacia veinte años que la dirigia y no habia dejado nunca de procurarle toda clase de socorros espirituales y temporales. La iglesia de Spoleto se aprovechó durante cinco

años de los ejemplos de su caritativo pastor y de sus piadosas liberalidades. Ignórase si fué para esta para la que compuso su *Tratado de Moral* con el objeto de instruir á los penitentes y á sus directores. La muerte de este siervo de Dios acaeció en el año 1290. —S. B.

PAPHNUCIO ó PAFNUCO. Entre las Ordenes religiosas que practicaron en el Oriente las santas leyes del Evangelio, de las que se distinguieron como principales las fundadas por S. Antonio, S. Pacon y S. Basilio *el Magno*, se encuentra la de Ermitaños del sacerdote Isaia, y la de los santos Macarios, discípulos de San Antonio, en Egipto. A imitacion de estos venerables eremitas, se estableció en penitencia bajo sus leyes religiosas y las del beato S. Serapion, Paphnucio Bubal, sacerdote del desierto de Escetis, el cual se encargó de gobernar y dirigir en lo temporal y espiritual un monasterio que se fundó muy cerca de Heraclea, ciudad de la Tebaida, en el que dió pruebas de su santidad, llevando una vida austera y de rígida penitencia, cosa muy comun entre los monjes de los primitivos siglos del cristianismo, en los que la fe estuvo entre los fieles en su mayor pureza, y las costumbres no necesitaban reglas rígidas para que la marcha de los creyentes, áun los más ignorantes, fuese firme y capaz de vencer cuantos obstáculos pudiera oponerles el enemigo de las almas para impedirles llegar al reino de la divina gracia. — C.

PAPIAS (S.), uno de los treinta y siete mártires de Egipto que derramaron su sangre por la fe y de los cuales Ruinart publicó las *actas auténticas*. O. y O.

PAPIAS (S.). Sufrió este mártir por la fe de Panfilia, bajo el imperio de Decio y el gobierno de Pollion, hácia el año 250. Sus actas se han perdido. El 22 de Febrero honra la Iglesia su memoria. —O. y O.

PAPIAS (S.) recibió la corona del martirio en Africa. Desconocemos la época y demás circunstancias de su persecucion. Tuvo por compañeros de su triunfo á los santos Publio, Victor y Hermei. La Iglesia celebra su memoria el 2 de Noviembre. —O. y O.

PAPIAS (S.), soldado y mártir. Fué coronado en Roma sobre la via Nomentana con otro soldado llamado Maur. Habiendo confesado á Jesucristo bajo el reinado de Diocleciano, le rompiéron las quijadas con dos piedras por órden de Laodicea, prefecto de la ciudad. En este estado le encerraron en un calabozo, haciéndole sufrir cruelmente y desgarrándole las carnes con látigos guarnecidos de plomo hasta que espiraron. Sus nombres constan inscritos en el Martirologio romano el 29 de Noviembre. —O. y O.

PAPIAS, el gramático, á quien se coloca por todos los autores entre los escritores eclesiásticos, era natural de Lombardía. Tritemio le atribuye algunas cartas que no se han publicado todavía. Pero su vocabulario fué impreso

en Milan en 1476, en fólio, y en Venecia en 1787, 1491 y 1496. Débese esta última edicion á Bovino Mombicio, que la dió con sus adiciones mucha más extension que á las anteriores. Papias empleó diez años en la composicion de su vocabulario, y le concluyó en 1503 el año XIII del reinado del emperador Enrique, hijo de Conrado, como se hace observar en la *Crónica de Alberico des Trois Fontaines*. En 1173 la copió un tal Rainaldo, que creia tan útil este vocabulario, que recomendaba su lectura á todos, y no exigia por el trabajo que se habia tomado en copiarle más que las oraciones de los que hicieran uso de su copia, diciendo que las estimaba en más que el oro. Hácia el año 1192, Ugucio de Pisa, obispo de Ferrara, aumentó el vocabulario de Papías, de que habla como una obra muy ventajosa, tanto para los que enseñan literatura y leyes como para los teólogos y pastores de las iglesias. —S. B.

PAPIGIO, príncipe armenio de la familia Herapsoniense, fue uno de los que sufrieron voluntariamenté la cautividad por Jesucristo bajo el reinado de Hazguerd, segundo de su nombre, rey de Persia, que no fué puesto en libertad hasta ocho años despues de la muerte de dicho príncipe y reinando su hijo Beroso. —O. y O.

PAPILO ó PAPINIO (S.), mártir, diácono de S. Carpo, obispo de Thyatira, de quien fué compañero en el martirio por la persecucion de Decio. Santificaron primero los calabozos de varias cárceles del Asia Menor, y luego en Pérgamo, su patria, fueron apaleados con mazas nudosas, quemados con teas sus costados, y frotadas las llagas con sal. Consumidos por el fuego, acabaron su gloriosa carrera en el año 251, acompañados de Sta. Agatónica y S. Agathodoro, hermana y criado de nuestro Santo. —C. de la V.

PAPILLON (P. Fr. Angel), natural de Dion, gastó los años de su mocedad en el estudio de la filosofía y matemáticas, sacando grandes deseos de servir á Dios, para cuya satisfaccion ingresó en la órden hospitalaria de S. Juan de Dios, donde aprovechó muchísimo en todas las virtudes, y principalmente en la de la caridad, siendo el consuelo y amparo de los desvalidos enfermos. Fué en la humildad muy profundo, pronto en la obediencia, invencible en la fortaleza de su ánimo contra las sugestiones del enemigo, y muy dado á la oracion y penitencia. Tuvo algunos oficios en la provincia de Francia, y fué prior del hospital de París algunas veces. Adornado de tantas virtudes y merecimientos, trocó la vida temporal por la eterna en el hospital y convento de Grenoble á 3 de Octubre de 1668. —C. de la V.

PAPILLON (Filiberto), hijo de Felipe, abogado distinguido, nació en Dijon el dia 1.° de Mayo de 1666. Despues de haber estudiado con aprovechamiento en el colegio de Jesuitas de Dijon, se trasladó á París, donde en 1694

se hizo doctor de la Sorbona. Vuelto á su patria, obtuvo una canongía de la *Chapelle-aux-Riches*, dotada con una mediana renta, la suficiente para un hombre que solo ambicionaba el cultivo de las letras, y que además poseia un patrimonio considerable. Como tuvo la desgracia de no poder nunca dominar la dificultad de su pronunciacion, hubo de renunciar á los ejercicios de la oratoria sagrada y del confesonario, siendo el principal objeto de sus sabias investigaciones y de sus cuidados la historia literaria de su provincia. Despues de su muerte, que ocurrió en Dijon el 23 de Febrero de 1738, á los setenta y dos años de edad, apareció el fruto de su largo trabajo con el título de: *Bibliothèque des auteurs de Bourgogne*, debido al celo de Papillon Flavignerol, su hermano. Esta obra costó seguramente grandes y trabajosas investigaciones; pero su estilo es débil y languidece el ánimo. Contiene algunas discusiones que tal vez parezcan minuciosas á un filósofo; pero que son necesarias en libros de esta índole. La república literaria es deudora al abad Papillon de un gran número de memorias interesantes que el P. Le Long insertó en su *Bibliothèque des historiens de France*, y de otros diferentes trabajos que donó á distintas personas. Tambien escribió la *Vie de Pierre Abailar*, y la de *Jacques Amyot, evêque d'Auxerre*. El abad de Papillon mereció la amistad íntima del presidente Bouhier, del docto P. Oudin, y la del célebre La-Monnoye. La muerte le impidió ordenar los materiales que con tanto cuidado habia reunido para la historia de su provincia. —C. de la V.

PAPILLON DU BOURNEUF (abate Juan Francisco), exjesuita, vicario de la parroquia de S. Lorenzo de París, cura de Villejuif; nació en París en Diciembre de 1703, y murió en Villejuif en 1780. Escribió: *Dafne pastoral* (en un acto y en verso), *sobre la convalecencia de Mgr. Luis Jacq Chapt de Rastignac, arzobispo de Tours*; ibid., Francisco Lambert, 1743, en 12.°—S. B.

PAPILLON DU RIVET (Nicolás Gabriel), jesuita, nació en París el 19 de Enero de 1717, y murió en Tournay en 1782. Tradujo muchos discursos latinos del P. La Sante, y compuso tambien en latin algunos poemas, como *Templum assentationis*, y *Mundus physicus effigies mundi moralis*, en donde pretende hallar moralmente la imágen de los disturbios físicos que produjo Descartes. Entre sus poesías francesas se distingue el *Epitafio de Voltaire*, y una (carta) *Epístola al conde de Falckenstein*, que á unos detalles interesantes, une lecciones útiles é importantes. Sus sermones andan tambien impresos, y alcanzaron gran celebridad; en ellos se descubre una elocuencia fecunda, dulce, flúida y un estilo correcto; pero nunca muy animado, ni vigoroso; se desliza á la manera de un manso rio, cuyas aguas corren tranquilas, sin hallar nunca obstáculo que las agite. Era su natural de complexion delicada, y por espacio de treinta años se alimentó únicamente con

un poco de leche y pan blanco. Habia confiado al P. Véron algunos manuscritos, que hubieran podido formar dos volúmenes en 8.°, y se componian de obras sueltas; mas el P. Véron acabó á manos de los asesinos del 2 de Setiembre de 1792, y los manuscritos no han visto áun, que sepamos, la luz pública. Escribió: *Discurso latino sobre la paz concluida en* 1748.—*Mundus physicus, effigies mundi moralis, carmen;* 1742, in 12.°—*Oda latina al restablecimiento de la salud del Rey*, traducida en versos franceses, 1744, en 12.°—*El regreso del Rey, discurso traducido del latin, por el P. Pundory*, 1745, en 4.° —*Sermones*; Tournay y París, 1769, en 4.°—*Templum assentationis carmen*; 1742, en 12.°— *Versos latinos á la convalecencia del duque de Chartres.* —Id. á la muerte del P. Porée.— Papillon du Rivet tradujo tambien la oracion fúnebre á la muerte de Luis XIV, y el discurso sobre la preeminencia de los franceses en la literatura del P. de la Santé. Fué autor de algunas comedias, ejecutadas en el colegio de Luis *el Grande*, de 1745 á 1748, pero que no han llegado á imprimirse. —C. de la V.

PAPIN (Isaac). Este ministro de la Iglesia anglicana se convirtió á la Iglesia católica romana. Nació en Blois el 27 de Marzo de 1657; fué su padre Isaac Papin, receptor general de Blois, y de Magdalena Pajon, hermana del famoso Claudio Pajon, ministro de Orleans, ambos de la pretendida religion reformada. Hizo sus estudios de filosofía y teología en Génova. En aquella época estaba dividida la Academia en el asunto de la gracia, en *particularistas* y *universalistas*, y de los dos partidos el más fuerte fué el primero. No pidiendo los universalistas más que se les tolerase, escribió M. Claudio á M. Turretin, jefe del partido dominante, exhortándole á la tolerancia, no obstante de que no seguia él esta opinion. Desmaret, profesor de Groninga que habia disputado con Daillé sobre esta materia, defendió lo contrario, apoyado en la decision de los sínodos en que se habia discutido este asunto. Su tio materno M. Pajon admitia el dogma de la gracia eficaz, pero no la explicaba de la manera que los reformados en general, y que Jurien en particular. El sínodo de Anjou de 1677, despues de una larga discusion, envió á Pajon á Samur para que continuase sus lecciones teológicas, pero fué débil en las discusiones de esta Academia. Hallábase M. Pajon en Orleans, en 1679, cuando llegó M. Papin á estudiar bajo su direccion las lenguas griega y hebrea, y yendo á Samur, en 1683, creyéndosele de la opinion de su tio, se le obligó á condenar lo que llamaban el Pajonismo, y el jóven Papin declaró que su conciencia no le permitia condenar la doctrina de ninguno de los dos partidos. Poco despues compuso Papin en Burdeos un tratado titulado: *La fe encerrada en sus justos límites y reducida á sus verdaderos principios.* En esta obra probó que el catolicismo, gloriándose de seguir la Escritura, los protestantes más celosos debian tolerarles. En la misma ciudad

conoció á M. Pople, rico negociante inglés, que deseó se casase con una de sus hijas, que rehusó por no estar en la idea de casarse, y sí por otras ideas más místicas, pero esto no obstó para que apreciase mucho á las señoritas Pople, á las que dedicó un tratado que escribió titulado: *La vanidad de las ciencias* ó *Reflexiones de un filósofo cristiano, sobre la verdadera dicha*, el cual imprimió en 1668. Escribió Papin muchas cartas á los pretendidos reformados de Burdeos para persuadirles que podian salvarse en la Iglesia católica romana á la que estaban reunidos, lo cual le valió la indignacion de los reformados. A fin de evitar las consecuencias de su persecucion, pasó á Inglaterra, en donde recibió las órdenes de diácono y del sacerdocio del obispo de Eli, en 1686, en cuya ocasion publicó contra Jurien la obra titulada: *Ensayo teológico sobre la Providencia y la gracia*; Francfort, 1687. Vengóse Jurien escribiendo á Alemania y á otras partes para que no se concediese á Papin cátedra alguna, y cuando supo que predicaba en Hamburgo, consiguió que se le despidiese de esta ciudad. M. Bayle hizo imprimir la disertacion de Papin sobre la fe, de que ya hemos hablado. Aceptó Papin una silla en la Iglesia francesa pretendida reformada de Dantzick, y luego que la ocupó algun tiempo, se le propuso conformarse con las decisiones de los sínodos de Vallanes y de las provincias unidas, los que le obligaban á suscribir. Rehusó hacerlo porque tenia sentimientos opuestos, y esto disgustó tanto que se decidió su separacion. Cansado Papin de seguir en una reforma que rechazaba su corazon católico por conviccion, abrazó la religion católica lleno de fe y convencido de ser la única verdadera, é hizo su abjuracion en París en la iglesia de los PP. del Oratorio, en las manos del sabio Bossuet, obispo de Meaux, el dia 15 de Enero de 1690. Tan luego como supo esto M. Jurien, escribió una pastoral á los reformados de París, Orleans y de Blois, en la que les manifiesta que Papin miraba con indiferencia á todas las religiones, y que con estas disposiciones se habia pasado á la Iglesia romana. Contestó Papin á esta pastoral con su obra titulada: *De la tolerancia de los protestantes y de la autoridad de la Iglesia*, que aprobada que fué por el ilustrado y justamente célebre Bossuet, imprimió en París el año 1692. Hallábase Papin reuniendo materiales para completar esta obra y emprender otras sobre la propia materia, cuando murió en París el 19 de Junio de 1709. Fué enterrado en la iglesia de S. Benito, en donde le declara un epitafio. Despues de su muerte, M. Pajon, no su tio de quien ya hemos hablado ántes, sino su sobrino, abogado en el Parlamento de París, recogió los manuscritos que habia dejado su tio en poder del jesuita P. German, y mandándoselos á Sanfai, teólogo de Orleans, éste los remitió á Holanda, en donde han servido para la coleccion de sus obras que se publicó en 12.° en 1713. Esta coleccion se titula: *Les deux voies opposées, en matiere de reli-*

gion: l'examen particulier et l'autorité, seconde edition du livre intitulé, la Tolerance des protestans, avec d'autres traités sur la même sujet; por M. Papin. Otra edicion aumentada de esta obra se publicó en tres volúmenes en 12.° en París, el año 1723, con el título: *Recueil des ouvrages composés par feu M. Papin en faveur de la religion.* Se unió á esta coleccion la vida de M. Papin, escrita por su viuda, así lo dice Moreri, que habia abrazado la religion católica con su marido, la cual murió en Blois en Marzo de 1725. M. Pajon sacerdote del Oratorio, hermano del abogado, cura de la Rochela y primo de Papin, fué el editor de esta coleccion, y á él se debe la traduccion que se encuentra en el tercer volúmen con este título: *La cause des heretiques disputé et condamnée par la méthode de droit.* M. Papin habia escrito este excelente tratado en 1707 para Claudio Scoffier, sobrino materno del ministro Pajon, que era entónces sacerdote de la Iglesia anglicana. En el mismo volúmen se encuentran las cartas de la señorita Rayone á madama Ranph, su hermana, en las que tuvo Papin una gran parte. Tambien escribió Papin algunas reflexiones sobre el tratado de la oracion pública de M. Duguet, las que quedaron en poder del P. jesuita German, segun Moreri, en su *Diccionario histórico geográfico.* —C.

PAPINIANO (S.). El dia 28 de Noviembre de cada año hace mencion la Iglesia de este santo obispo. Vivia en el siglo V practicando la virtud y fervorizando á los cristianos de Africa, cuando decretando la persecucion de los cristianos el rey vándalo Genserico, que profesaba la herejía de Arrio, mandó á sus soldados persiguiesen cruelmente á todos los cristianos. Léjos de intimidar esta órden á S. Papiniano y á S. Mansueto, obispo tambien en Africa, pusieron doble empeño en predicar la fe de Jesucristo en sus respectivas diócesis. Y habiendo sido visto esto por los sayones de Genserico, los prendieron y condujeron atados con otros fieles, que confesaron ser cristianos, al tribunal que habia de juzgarlos. Papiniano y Mansueto con la dignidad propia de los prelados de aquella época, declararon ante los jueces que detestaban la herejía de Arrio por ser contraria á la doctrina de Jesucristo. Irritados los tiranos con esta declaracion, condenaron á muerte á los dos santos prelados, y se los entregaron á los verdugos para que ejecutasen la sentencia con los más crueles tormentos. Gozosos los arrianos con esta determinacion, se apoderaron de los obispos, y entre mil ultrajes y atropellos los condujeron al suplicio, llevando atados para que le presenciasen á los fieles santos Valeriano, Crescenciano, Crescente, Cresconio, Eustaquio, Félix, Florenciano y Ortolano, todos obispos y confesores en Africa. Así que llegaron al lugar del suplicio, los santos Papiniano y Mansueto fueron quemados con planchas de hierro encendidas, durante cuya terrible operacion cantaron alabanzas al Señor hasta que espiraron y consumaron

su glorioso martirio, publicando la verdad del Evangelio, lo cual tuvo lugar el año 442 de nuestra era. Los demás santos obispos que hemos citado, dicen algunos autores que no presenciaron el martirio de S. Papiniano, sino que fueron perseguidos y desterrados en distintas ciudades de Africa en el mismo año. — B. C.

PAPIO (S.), mártir. Nació en Sicilia este mártir, que abrazó la religion cristiana siendo muy jóven. No queriendo obedecer las órdenes del emperador Diocleciano cuando le obligaron á adorar á los ídolos, fué atormentado en una caldera de aceite y manteca hirviendo, y como áun allí no dejase de alabar á Dios, mandó el juez que le cortasen la cabeza, en cuyo caso voló su alma al cielo á recibir la corona que merecia su heroismo el dia 28 de Junio, en que le venera la Iglesia, del año 298. Su cuerpo se venera en Mileto en cuya ciudad fué sepultado, y de la que es patron. — C.

PAPIO (S.), mártir. En tiempo del emperador Trajano, en que se dictó una persecucion contra los cristianos, para librarse de ella huyó S. Papio de Italia á Dura de Macedonia, con sus compañeros los Stos. Esiquio, Luciano, German, Peregrino y Pompeyo. Papio y sus compañeros vivian en Dura como en comunidad alabando al Señor; pero habiendo visto un dia enclavado en una cruz al obispo S. Astio, llenos de entusiasmo por la fe católica confesaron á Jesucristo delante de los verdugos, é indignado por esto el gobernador de la provincia, les hizo arrojar al mar con una piedra al cuello, suplicio que les valió la corona del martirio. La Iglesia recuerda á este Santo y á sus compañeros el 7 de Julio. — C.

PAPIÓ (Bernardo), natural de Falcet, en Cataluña, como él mismo lo dice en la dedicatoria al rey D. Fernando en 1528. Fué célebre jurisconsulto. En la Biblioteca de los PP. Dominicos se hallaba este escrito suyo: *Opusculum de reformatione populi ornatio*; Barcelona, Monperat, 1530. — O y O.

PAPIÓ (P. Fr. Juan), del órden de Menores, doctor teólogo y profesor público de filosofía en Cervera. Fué dos veces jubilado y predicador apostólico. Escribió un tomo con este título: *El colegio ó seminario de S. Miguel de Escornalbou manifestado en tres estados que ha tenido; vida del fundador y otros padres, etc.*; Barcelona, 1765, un tomo en 4.°, en la imprenta de los PP. Carmelitas descalzos. — O. y O.

PAPIOL (Fr. Bernardo), natural de Barcelona. Favorecióle el Señor con particular don de gobierno, como se experimentó en los primeros puestos de la órden de la Merced que desempeñó. Fué muy rígido en las frecuentes penitencias que hizo, y con que castigó su cuerpo, inclinado á la meditacion y con singularidad á la pasion de Cristo. Pasó á mejor vida este venerable maestro, á los cincuenta y siete años de su edad, el de 1539, y le enterraron en el convento de Barcelona donde habia tomado el hábito. — O. y O.

PAPIUS (Andrés). Nació este canónigo en Gand, y fué hijo, segun Moreri, de una hermana de Levinus Torrentius. Fué dedicado á la carrera eclesiástica, y tan aficionado á las letras, que á la edad de diez y ocho años publicó el libro de Dionisio de Alejandría *De situ Orbis*, que habia traducido en versos heróicos é ilustrado con sabias notas. Su capacidad le valió ser nombrado canónigo de la santa iglesia de Lieja, de cuya posicion disfrutó poco tiempo, pues que falleció á los treinta años de edad. Las obras que se conocen de este autor son la ya expresada y la titulada: *De consonantiis sive de armoniis musicis liber; Musæi poëma de amoribus Leandri et Hero, latinis versibus redditum*, con notas latinas sobre Priscieno, intérprete de Dionisio.—C.

PAPON (Juan Pedro), historiador, nació en Puget de Teniers, cerca de Niza, en Enero de 1734. Despues de terminar los primeros estudios, fué enviado á Turin á cursar la filosofía en la que aprovechó notablemente llegando á entrar muy jóven aún en la Congregacion del Oratorio, donde cursó tambien con mucho aprovechamiento humanidades, pasando á estudiar la retórica á Marsella, Riom, Nantes y Lion. Estando en esta última ciudad, le encargaron sus superiores que fuera á tratar de un negocio, que interesaba á la corporacion, con el ministro del rey de Cerdeña, cuyo negocio terminó felizmente á gusto de la Congregacion, donde iba ganando mucho en estimacion y aplauso. Confiósele en seguida el cuidado de la biblioteca de Marsella, y allí fué donde, dueño de sus acciones, y pudiendo disponer del tiempo necesario, empezó á trabajar en la *Historia de Provenza*, que, á pesar de un mal epígrama de Mirabeau, es una de las mejores obras de este género. Emprendió un viaje á Italia con el fin de buscar en los archivos del reino de Nápoles, que los condes de Provenza habian poseido, los documentos necesarios para la perfeccion de su trabajo, que no perdonaba medio de ilustrar y concluir, y á su vuelta hizo en París gran número de amigos entre los que figuraban los hombres más notables de su época, dejando, por cultivar su amistad más cumplidamente y disponer de más tiempo y libertad para dedicarse á sus trabajos, la Congregacion del Oratorio con sentimiento suyo y de los muchos amigos que en ella tenia. La revolucion le privó del fruto de sus trabajos y de los beneficios que disfrutaba por el antiguo gobierno, cuya pérdida soportó con mucha filosofía y áun podria decirse con indiferencia, prefiriendo á todo su tranquilidad, y retirándose á vivir durante algunos años al departamento de Puy-de-Dôme. Papon no quiso volver á París hasta que hubo pasado aquella época tempestuosa; pero no tardó en aprovecharse de la calma que se siguió para volver á ocuparse de su principal trabajo, y ya estaba concluyendo su *Historia de la Revolucion francesa*, cuando un ataque de apoplejía privó de una bien cortada pluma á la literatura, y de un corazon amante á sus nume-

rosos amigos. Sus obras más conocidas son: una *Ode sur la mort*, insertada en el *Recueil des jeux floraux* de la ciudad de Tolosa; *L'Art du poete et de l'orateur*, libro didáctico bastante original, que tiene por objeto aplicar los preceptos de los antiguos á nuestras costumbres modificándolos; pero como este trabajo no abraza más que el foro, el púlpito y el teatro, ha quedado incompleto en una multitud de capítulos, dejando mucho que desear en los detalles del arte, y en cuanto á los ejemplos, que debian sacarse de los primeros modelos. Encabezó su autor esta obra un *Ensayo de educacion*. La *Oraison funebre de Charles Emmanuel III, roi de Sardaigne*. El *Voyage litteraire de Provence*, al que añadió muchos documentos lo mismo que á la *Histoire de Provence*, siendo curioso entre ellos el recibo que Doña Juana dió al papa Clemente VI del precio de la ciudad de Aviñon que le habia vendido. M. Bernardi dice que Papon habia sido recompensado por el departamento de Provenza con una pension de 8.000 francos; pero se sabe positivamente que no fueron más que 2.000, y esto miéntras duró la publicacion de la *Historia*, pues concluyó la renta con su último tomo. Luis XVI y áun Luis XVIII despues, le colmaron de beneficios pagando la deuda que con él habia contraido la Provenza. Tenemos de él además la *Histoire du gouvernement français* hasta fin de 1788, en la cual su autor guardó el incógnito, y predijo con sumo acierto los sucesos que no tardaron en realizarse. Se agrega á esta obra un discurso titulado *De l'opinion sur le gouvernement*. *Les époques memorables de la peste*, donde refiere la historia de esta enfermedad, desde la que hubo en Atenas en tiempo de Pericles hasta la de Marsella. Un *Méthode pour apprendre facilement la langue grecque*, y algunos opúsculos de menor interés. *Trois Memoires sur les Républiques italiennes*, principalmente sobre las establecidas en Provenza en la edad media. Una *Inscription* descubierta en el arsenal de Marsella sobre el *Commerce du Levant* y principalmente el de los genoveses; y la *Histoire de la Révolution*, que no pudo imprimirse en tiempo de Bonaparte, obra de mucho mérito por la sabiduría con que está escrita, siendo su autor sumamente delicado para juzgar con buena crítica de la riqueza de documentos que tuvo presentes.—G. P.

PAPOULT (S.), sacerdote y mártir. Compartió los trabajos evangélicos con S. Saturnino de Tolosa, y predicó la fe cristiana á los pueblos del Mediodía de la Francia. Hácia el principio del reinado de Diocleciano recibió la recompensa de su celo y de sus trabajos, y tuvo la suerte de dar su vida por la fe que predicaba. Su sacrificio tuvo efecto en Laragnais, pequeño territorio del Languedoc. Por mucho tiempo sus reliquias, encerradas en una caja ricamente adornada, fueron conservadas en la iglesia de S. Ceruin de Tolosa. Honra la Iglesia la memoria de S. Papoult el 3 de Noviembre.—O. y O.

PAPPE DE TRÉVERN (Juan Francisco María), obispo de Strasburgo, nació el 22 de Octubre de 1754 en Morlaix, de una familia respetable de la Baja-Bretaña, é hizo sus estudios en el colegio de Quimper, pasando á continuarlos despues en el de Plessis en París. En 1775 entró en el seminario de Saint-Magloire, donde despues de cuatro años de teología sagrada presidió por espacio de tres los ejercicios teológicos de los seminaristas, en calidad de maestro de conferencias. Siguió luego el curso exigido para la Sorbona, y recibió la borla de doctor en teología el año 1784. Aquel mismo año tomó la investidura sacerdotal, y fué nombrado vicario del obispo de Langres, La Luzerna; pero habiéndose negado á prestar juramento á la constitucion civil del clero, partió á Inglaterra, donde le ofreció generosamente su hospitalidad lord Carlisle: y si bien Juan Francisco la rehusó cortesmente, diciendo que muchos de sus compañeros la necesitaban más que él, hubo al fin de aceptarla, teniendo despues ocasion de conocer en casa del noble lord á toda la eminente sociedad de Lóndres. Por disipar entónces las preocupaciones que alimentaban tan elevados personajes contra la religion católica, emprendió una obra, que publicó más tarde bajo el título de *Discusion amistosa*. Ya tenia reunidos para ella casi todos los materiales y principales trabajos, cuando salió de Lóndres para ir á encargarse de la educacion del príncipe Pablo Esterhazy en Austria. Allí fué donde terminó la obra que acabamos de indicar, y la publicó en Lóndres con un éxito tan fabuloso que alteró á los miembros de la Iglesia anglicana: Stanley Faber, rector de Long-Newton-Durham, intentó darle respuesta en un escrito intitulado: *Dificultades del Romanismo*. Este, sin embargo, en vez de discutir francamente las cuestiones tratadas en la *Discusion amistosa*, se esforzó en interpretarlas, y Mons. Le Pappe de Trévern le dirigió una réplica concisa y perentoria con el título de *Defensa de la Discusion amistosa*. En 1814 volvió á Francia el prelado, alejándose nuevamente cuando los *cien dias*, y no regresó hasta 1818. Fué en 1822 á Strasburgo, y allí dió algunas conferencias, que fueron luego publicadas con el título de *Discours sur l'incredulité et sur la certitude de la revélation chretienne*. Nombrado obispo de Aix en 1823, fué trasladado en 1827 á la silla de Strasburgo, recibiendo al año siguiente el título de consejero de Estado. Este prelado tuvo puesta toda su atencion y celo en la instruccion del clero, é hizo un llamamiento á la generosidad de sus diocesanos, imponiéndose á sí propio grandes sacrificios, á fin de dar á entrambos seminarios de Strasburgo los edificios que necesitaban, y proveerles de los recursos que pudieran asegurarles el porvenir. Siempre vigilante para salir en defensa de las sanas doctrinas, fué uno de los primeros en combatir el sistema de Lamennais, y más tarde señaló y condenó algunos funestos errores esparcidos en su diócesis por hom-

bres que seguramente no tuvieron propósito deliberado de producirlos, ni áun conciencia posterior de haber dado en ellos. No permitiéndole ya su edad avanzada administrar por sí mismo, fuéle otorgado un coadjutor; y murió el dia 27 de Agosto de 1842, á los ochenta y ocho años de edad, en Marlenheim, donde habia fijado su residencia. —C. de la V.

PAPPENHEIM (Godofredo Enrique de), hijo del mariscal heredero del imperio Guido de Pappenheim, nació en 1594, y cuéntase que jamás en su infancia se le vió verter una lágrima. Al venir al mundo trajo en su frente grabadas dos espadas rojas, que eran las armas de su casa, y conservó esta señal hasta la edad madura, en que desapareció para dejarse únicamente ver en ciertos momentos en que se encontraba más conmovido. Adquirió conocimientos muy profundos de las ciencias en las universidades de Altdorf y de Tubinga, y en sus viajes á Francia, España é Italia. Hizo renuncia del luteranismo por abrazar la religion católica, y el Emperador le nombró consejero de Estado del Imperio. Muerto su padre, recibió el título de coronel, y asistió como tal á la batalla contra los bohemios en la Montaña Blanca, donde sucumbieron junto á él tres de sus mejores amigos, recibiendo él mismo muchas heridas. A poco cayó muerto sobre él su caballo, abrumándole el cuerpo con su peso, y recibió nuevas heridas, pasando por muerto. Añadiremos tambien que hizo la campaña de Lutzen cerca de Leipsig, que fué herido mortalmente, y que murió en el fuerte de Pleissen, poco despues de la batalla, en medio de los más acerbos dolores. El único consuelo que tuvo en sus últimos momentos, fué que el enemigo mortal de los católicos, Gustavo Adolfo, habia sucumbido ántes que él. Pappenheim era de hermosa presencia, cara redonda, nariz aguileña, frente ancha y elevada, y ojos brillantes y vivos; fué noble, sociable, vigilante, experimentado, animoso, querido de sus soldados, á quienes trataba con dulzura, temido de sus enemigos, y resuelto en las situaciones difíciles, á la vez que resignado en la adversidad. —C. de la V.

PAPPENHEIM (Juan Federico Fernando, conde reinante de). Nació en 1727, y se hizo católico en 1773, muriendo en 1782. —C. de la V.

PAPPENHEIM Wolfgang (Felipe de), hijo mayor de Jorge Felipe, que era mariscal heredero del Santo Imperio Romano y conde de Pappenheim, nació en 27 de Agosto de 1618. Se convirtió al catolicismo, y fundó una rama propia y toda católica, que se extinguió completamente en 6 de Enero de 1697, á la muerte de Luis Francisco. — C. de la V.

PAPROCKI (Bartolomé). Nació en la Gran Polonia en 1587, y fué admitido en el noviciado en 1606. Por espacio de doce años profesó las bellas letras, pasando los veinte últimos años de su vida en las misiones y demás funciones de su ministerio. Falleció en Bydgoszez el dia 10 de Junio de 1650.

Escribió: *Luna rorida panegyricus in funere Alexandri Sieniawski.* —*Prytaneum immortalis gloriæ ob heroicas virtutes*; y otras. —C. de la V.

PAPROCKI (Francisco). Nació en 10 de Junio de 1723, é ingresó en el noviciado de Polock el 2 de Setiembre de 1740. Regentó cátedras de filosofía en Varsovia y Vilna, y dirigió por espacio de tres años la tipografía de los Jesuitas establecida en esta última ciudad. Más tarde le fueron confiados los colegios de Vilna, de Kamieniec y de Varsovia. Extinguida la Compañía, obtuvo una canongía en Lowiez. Escribió: *Domowe wiadomosci polskie i W. X. litewskiego do druku podane*; R. 1753. (*Domesticæ notitiæ Poloniæ et M. Ducatus Lithuaniæ, etc.*) y otras varias. —C. de la V.

PAPROCKI (Lucas), natural de la provincia de Dobrzyn, donde nació en 1608, abrazó la regla de S. Ignacio en 1624, y profesó teología moral durante diez años. Falleció siendo rector del colegio de Plock, en 17 de Octubre de 1657. Escribió: *Laski cudowne przy kosciele sieprskim wniebo w ziecia petney laski Bogarodzice Panny, etc. (Gratiæ miraculosæ penes Ecclesiam Sierpensem Assumptionis gratia plenæ Deiparæ Virginis in palatinatu plocensi descriptæ, et typis editæ á P. Luca Paprocki, etc.* y otras. —C. de la V.

PAPYLO (S.), diácono, mártir bajo Decio en 251. Fué preso en Tyatires con su obispo S. Carpio, Agatonique y Agatodoro y conducido delante del procónsul Valerio. Despues de haber confesado tres veces la fe cristiana, fué quemado vivo con ellos, habiendo experimentado ántes crueísimos tormentos. El 13 de Abril celebra la Iglesia la fiesta de este Santo y de sus compañeros. —O. y O.

PAQUOT (Esteban Cárlos), sacerdote y doctor en teología en la universidad de Reims, fué una de las más nobles víctimas que sucumbieron en los asesinatos ocurridos los dias 2 y 3 de Setiembre de 1792 en aquella ciudad, donde habia nacido en el año 1732, siendo su padre Cárlos Paquot, registrador de la propiedad en la jurisdiccion de Champaña. Hizo en Reims sus estudios, y ya era sacerdote cuando en 1760 recibió la borla de doctor. Tres años despues fué llamado á la parroquia de S. Juan, y en ella se ocupó con celo infatigable en instruir y edificar á sus feligreses, repartiendo entre ellos abundantes limosnas. Las rentas de su curato y las de su casa, que juntas ascendian á más de seis mil libras, le permitieron cumplir con este gran precepto del Evangelio. Ocupado asíduamente en las funciones de su empleo, robaba al sueño el tiempo que creia haber de consagrar á la oracion y á los trabajos de su estudio, y rara vez se acostaba ántes de media noche, muchas por el contrario se pasó entregado á sus santas ocupaciones hasta sentir las tres de la mañana. Habiéndole hecho notar sus amigos que tan largas veladas llegarian á quebrantar su salud, les contestó: «¿Pues no sabeis qué vida ha de traer un sacerdote, si quiere cumplir con exactitud sus

deberes?» En el año 1790 era miembro de la cámara eclesiástica, uno de los diferentes administradores temporales del seminario y de la oficina ó registro de incendios, que estableció el arzobispo de Reims, Talleyrand-Perigord. En tiempo de la revolucion aumentó en celo el cura de S. Juan; á la lectura de las pastorales del cabeza de la diócesis añadió algunas instrucciones particulares, á fin de prevenir á sus ovejas en contra de las doctrinas perniciosas que comenzaban á extenderse por la sociedad, y en particular entre los obreros, artesanos y labradores. Nada se omitia entónces para pervertirlos, y con este objeto circulaban enjambres de buhoneros, pagados por la revolucion, los cuales inundaban las ciudades y los campos de libros expresamente escritos, que daban muy baratos y á veces de balde. Personajes desconocidos de todo el mundo se dedicaron á extraviar las intenciones de los párrocos, comprometiéndoles á elegir sacerdotes de opiniones manifiestamente contrarias á la autoridad de que dependian, para que los representáran en las asambleas del clero. Más de una vez anunció el digno clero desde la cátedra del Espíritu Santo las impiedades, los sacrilegios y áun los asesinatos que iban á inundar la Francia: *Sí* (decian) *ha de verse correr la sangre de los sacerdotes.* Por entónces fué cuando la Asamblea Nacional decretó la supresion de las casas religiosas; y el dia 22 de Enero de 1791 promulgó la nunca bien ponderada Constitucion civil del clero, que lanzó en medio de la Iglesia el espanto y las disensiones. Con el año 1791 comenzaron en Reims las persecuciones contra los eclesiásticos; al juramento que se les exigió de guardar fidelidad á la Constitucion del clero, sucedió el nombramiento del obispo constitucional Nic. Diot, la nueva distribucion de parroquias en la ciudad, la instalacion del nuevo prelado, y la eleccion de párrocos del canton de Reims. En aquella distribucion de parroquias quedaron diez suprimidas, entre las cuales figuraba la de Paquot. Los respectivos párrocos, sin embargo, quedaron en sus iglesias, en fuerza del público clamor, hasta el domingo 5 de Junio, dia en que fueron los comisarios municipales á expulsarlos. Arrojados ya de sus iglesias y de las capillas de los conventos en que iban á decir su Misa, entregados á los insultos del populacho, al cual se le pintaban como conspiradores, que mantenian inteligencias con los emigrados, y ocultadores de armas, se vieron obligados todos aquellos sacerdotes á encerrarse en sus casas, saliendo únicamente cuando se veian obligados á aventurarlo todo por exigirlo así las funciones de su ministerio. Ya habia sido muchas veces insultado el párroco de S. Juan por hombres apostados en su camino, y no salió más que para trasladarse á su casa de campo, adonde fué por última vez el dia 9 de Agosto; y viendo sus amigos que de vuelta en Reims trajo consigo todo su mobiliario, le preguntaron la causa. *Os aseguro*, respondió, *que ya no veré más la aldea de Villers-Allerand;*

este viaje será el último que habré hecho; y ya en distintas ocasiones habia manifestado iguales presentimientos. Un dia que su criada le refirió un sueño espantoso, retratando aún su semblante las señales de un miedo terrible, *¿que seria*, la dijo, *si os contase que despues de muerto será mi cuerpo arrastrado por las calles?* Aunque encerrado en su casa, nunca consintió Paquot abandonar las funciones del sacerdocio. Hizo construir un altar en sus aposentos, y en él ofició hasta los dias espantosos en que habia de sellar con su misma sangre la pureza inalterable de su fe. El dia 1.° de Setiembre se presentaron dos hombres en su domicilio, con el pretexto de buscar en él algunas armas y para exigirle que prestase el juramento. Despues de haberlo registrado todo y de haberle perseguido por todos lados con injurias y amenazas, solo hallaron la siguiente declaracion: *Yo, el abajo firmado, Esteban Cárlos Paquot, doctor en teología, declaro á los señores de la municipalidad que no he prestado el juramento que se me exige, y que estoy dispuesto á ir donde se quiera conducirme ántes que consentir en ello; y no pudiendo verificarlo, en mi casa esperaré sus órdenes. En Reims, 1.° de Setiembre de* 1792. Al dia siguiente el excelente hombre con quien vivia quiso esconderle, porque habia notado gran fermentacion en la ciudad, á causa de la llegada de los soldados confederados del campo de Soissons y de los voluntarios de los departamentos vecinos; mas Paquot se negó firmemente: *Jamás consentiré*, le dijo, *que por mi causa os expongais; además tengo dada mi palabra de hallarme dispuesto en todo caso á trasladarme donde dispongan, y no puedo ni debo faltar á ella*; y como se encontraba resignado á todo, habia ya redactado su última voluntad. Los asesinatos preparados en muchos puntos de Francia por el ministro Danton y la Comunidad ó Convencion de París, dieron principio en Reims el dia 3 de Setiembre, al mismo tiempo que en aquella capital; y aquel dia sucumbieron al golpe de sus asesinos siete víctimas, entre ellas cuatro eclesiásticos. Presintiendo Paquot más que nunca lo que habia de sucederle, permaneció toda aquella noche en oracion al pie del crucifijo. Al entrar por la mañana en su cuarto la criada, se le encontró prosternado, recitando las oraciones de los agonizantes. Tan seguro estaba de morir violentamente, que ocupándose incesantemeate de su martirio, exclamaba con dolor: *¡Ay! tal vez no seré digno de él!* El dia 4, hácia las nueve de la mañana, entró para apoderarse de él una turba de asesinos, sin que al verlos experimentase Paquot la más leve emocion, y se entregó á ellos; mas como aún estaba en traje de casa, pidió licencia para tomar un hábito ó sotana, y salió, por fin, con ellos. No bien salieron de su casa, le pusieron aquellos miserables sobre sus blancos cabellos el gorro encarnado, mandándole que gritase: *¡Viva la Nacion!—¡Oh hijos mios!* les replicó, *¿y por qué no hemos de gritar viva Jesucristo? Ah! cuán dignos sois de compasion por no conocerle!* Y sin hacer caso de sus pa-

labras y bárbaros gritos, oraba y elevaba á Dios su corazon. Llegado que hubieron á la casa de Villa (la municipalidad) le amenazaron con asesinarle allí mismo si no prestaba el juramento que se exigia á los sacerdotes; y aunque en el dia anterior ahorcaron aquellos mismos hombres á los abates Lescures, Vachères, Romani y Alejandro, nada fué bastante á quebrantar el ánimo de Paquot, que veia además sobre su cabeza suspendidos multitud de sables y amenazado su pecho por un puñal. En vano le conjuraban los municipales que salvára su vida, evitándoles de paso el horror de su suplicio. Enternecido por su llanto, solo pudo responder, como Benedicto XII á un rey que le pedia alguna injusticia : *Si tuviera dos almas daria una por vosotros; pero no teniendo más que una no quiero perderla.* A estas palabras fué arrebatado de la sala del Consejo por aquellos malvados, que le arrastraron por la plaza; y dando al desprecio las representaciones de la autoridad y la ley de 26 de Agosto, que prescribia la deportacion de los sacerdotes refractarios, le asestaron dos sablazos en la cabeza, dando con él de rodillas en el suelo; é infiriéndole innumerables heridas, concluyeron por cortarle la cabeza, que al punto colocaron en una pica. Otros, despues de haber llevado arrastrando hasta su casa aquel cuerpo mutilado y de haberle tendido en su cama, se entretuvieron en dividirle en pedazos, y se marcharon llevando en las manos aquellos ensangrentados miembros, recorriendo en aquella guisa toda la ciudad. Una mujer desgarró con sus propios dientes el corazon de la víctima, palpitante aún, y le llevó á su familia. Hartos ya de tanto horror los monstruos, dejaron por fin en el suelo aquellos miembros despedazados; y no faltaron personas piadosas que acudieron disimuladas á recogerlos para darles sepultura en un pequeño cementerio que habia á las puertas de la ciudad, de donde ocho años más tarde (en Junio de 1801) fueron exhumados. Su cabeza fué conservada del mismo modo. Colocado despues en una caja de madera y sepultado á poco junto á uno de los pilares ó columnas exteriores de la iglesia de S. Remi, fué de nuevo exhumado en Marzo de 1817, y hoy se encuentran depositados sus restos en un hospicio de Reims.—C. de la V.

PAQUOT (Juan Natividad). Nació el año 1722 en Florenes, pequeña ciudad del principado de Lieja. Empezó sus estudios en su ciudad natal, y fué á terminarlos en el colegio de los jesuitas de Lieja. Despues fué á Lovaina á estudiar filosofía y teología, y en aquella universidad tomó el grado de licenciado en esta última ciencia el año 1751. Poco despues fué nombrado profesor de lengua hebrea y bibliotecario de la universidad, de donde pasó á presidir el colegio de Honterley, y tambien se le confirió una prebenda de la iglesia colegial de S. Pedro de Lovaina. La emperatriz María Teresa en 23 de Abril de 1762 le dió el título de su consejero historiógrafo. A con-

secuencia de algunos disgustos que tuvo en 1770 con varios miembros de la universidad de Lovaina, se le obligó á dejar esta ciudad, en cuyo caso se retiró á Lieja, donde en 1767 fué nombrado profesor de Santa Escritura en el seminario. María Teresa hizo entregar á su historiógrafo para que los examinase muchos documentos que trataban de asuntos de la casa de Austria, con los que queria apoyar sus pretensiones á la posesion de la villa de S. Huberto y otras en el principado de Lieja, de las que se habia apoderado su augusta familia. Paquot, habiendo examinado detenidamente estos documentos, declaró con franqueza á la Emperatriz en un juicioso y concienzudo informe, que el derecho y la justicia estaban de parte de los de Lieja, cuyas reclamaciones habian sido siempre desatendidas. No habiendo agradado á la corte de Bruselas este informe, Paquot cayó en desgracia, y se le despojó de algunos de sus empleos principales, de suerte que se encontró sin recursos en los últimos dias de su vida. Agradecidos los de Lieja á la justicia que les habia hecho poniendo en claro su derecho contra las injustas pretensiones de la casa de Austria, le ofrecieron un generoso asilo, en el que murió este virtuoso eclesiástico el año 1803, á los ochenta y un años de edad. Hombre tan justificado apénas tuvo, segun Benchot, quien diese noticia de su persona, y acaso se hubiera olvidado su nombre si no le hubiera recordado el *Diario político* del departamento del Ourte, en el número correspondiente al 25 de Abril de 1812, primera y unica noticia que se publicó de este laborioso escritor, hasta que el autor citado escribió su biografía en la *Biografía universal* en 1822. Tuvo Paquot una gran memoria, y fué muy conocedor de las lenguas hebrea, griega, latina y muchas otras de las europeas. Tuvo el defecto de ostentar una erudicion mal apropiada, y unido esto á su mal gusto, fué causa de que sus obras desmereciesen algun tanto. Fué muy afecto á la Santa Sede y enemigo acérrimo de los filósofos. Sus obras principales fueron las siguientes: 1.ª *Historiæ Flandricæ synopsis ab anonymo scriptore Flandriæ generosæ titulo circa annum* 1162 *exhibita*; *anno* 1645, *cum brevissimis G. Gatopini scholiis primum edita, cum iisdem nunc aliisque amplioribus et perpetuo usque ad annum* 1842. *Supplemento luci reddita* 1781, en 4.° — *Traité de l'origine des ducs et du duché de Brabant et des charges palatines héréditaires avec une réponse á la Défense des fleurs de lys de France, par le P. Ferrand; par J. B. le Vaddére, avec des remarques historiques*; 1784, dos volúmenes en 8.° menor. La edicion original se publicó en 1672 en 4.° La principal obra de Paquot fué la titulada: *Memoires pour servir á l'histoire litteraire des dix sept provinces des Pays-Bas, de la principauté de Liege et de quelques contrées voisines*; Lovaina, 1765 y 1770; tres volúmenes en fólio la primera edicion, y 18 en 12.° la segunda. Esta obra es más útil que de amena lectura, no habien-

do seguido en ella el autor ni el órden alfabético, ni el cronológico, ni las divisiones geográficas, conociéndose que se iban imprimiendo los artículos conforme se escribian; pero habiéndose puesto tablas alfabéticas al fin de cada volúmen, estas facilitan al lector el medio de encontrar lo que se desee. Si bien Paquot no habia agotado la materia, se concibe que hacia mucho tiempo habia abandonado su trabajo, porque á su muerte no se encontraron más que algunos artículos, con los que podia hacerse cuando más un volúmen en 12.° Estos artículos originales pasaron á la biblioteca de M. Van-Hulthem en Bruselas, atribuyendo Mr. Barbier á Paquot la redaccion del catálogo de la biblioteca de M. de Sarcola, publicado en Lieja, en 8.°, el año 1785. — C.

PARACCIANI (Juan Domingo). Roma fué la patria de este Cardenal, que nació en esta ciudad el 6 de Agosto de 1646. Sábese solo de este príncipe de la santa Iglesia católica, que el pontífice Clemente XI le concedió el capelo como cardenal sacerdote del título de santa Anastasia el 17 de Mayo de 1706, y segun Moreri, en su *Diccionario histórico*, que fué prefecto de la congregacion de obispos y de los regulares, y vicario del Papa en la diócesis de Roma, donde murió el 9 de Mayo de 1721. — C.

PARACLITO DE SAN ANGELO (B.), religioso agustiniano, tomó el hábito en esta órden de Colle, teniendo ya treinta años de edad, y siendo sacerdote, en 11 de Octubre de 1484, dándosele el P. Mariano de Genaro, vicario general entónces de la Congregacion Ilicitana, en el convento de S. Galo, en Florencia. Hizo su solemne profesion el mismo dia 11 de Octubre de 1485 ó 1486, en manos del B. Antonio Ceretano. Terminado el tiempo de su noviciado, fué elegido prior de S. Galo, y despues pasó el resto de su vida ejerciendo diferentes prelacías. Gobernó muchas veces los conventos de Iliceti y S. Geminiano, como consta de los *Diarios* y *Memorias* del primer monasterio. Distinguióse mucho por su caridad y buen comportamiento con los religiosos, que le miraban todos como hermano más bien que como padre, amándole y reverenciándole en sumo grado. Fundó el monasterio de religiosas de Sta. María Magdalena en Sena, el que dirigió con grande acierto hasta el dia de su muerte, aumentando el número de monjas y la fama del monasterio, en que introdujo las ceremonias y el canto del rito eclesiástico. Fué tambien vicario general de su Congregacion, que ilustró con su modestia, pues siempre se le veia caminar á pie y llevar vestidos toscos y groseros sobre la carne. Dícese que se verificaron por su mediacion algunos milagros, y al ménos así lo refiere Herrera en su *Alfabeto Agustiniano*. Murió en 19 de Diciembre de 1521, siendo trasladado su cadáver á Iliceti, segun lo habia deseado en vida, y sepultado allí ante la puerta del claustro que da entrada al templo. Escribió Paráclito por sí mismo en un libro en

pergamino y en lengua latina el *Catálogo de los priores de Iliceti desde el año de 1348 al 1518.* —S. B.

PARA DU PHANJAS (Francisco). Nació el 15 de Enero de 1724, en el Palacio de Phanjas, en Champsaur. Entró jóven en la Compañía, y enseñó sucesivamente en los colegios de Marsella, Grenoble y Besanzon. Decretada la supresion de la Compañía, se fué á residir á París, en donde Mgr. de Beaumont y la princesa Adelaida le asignaron una pension suficiente á fin de que no se distrajera de sus trabajos. Cuando la revolucion, prestó juramento á las nuevas autoridades, pero se retractó luego, y áun empeñó á retractarse tambien á su antiguo compañero y hermano Ceruti, de sus errores. Murió en Mayo de 1797. Escribió: *Templum Belsuncœum, carmen*, poema latino en honor de Mr. Belsunce, obispo de Marsella.—*Elementos de metafísica sagrada y profana, ó teoría de los seres insensibles*; 1767, en 8.° Otra ed., 1780, y otra, 1788.—Tradujo en latin: *Institutiones philosophiæ ad usum seminariorum*; París, Jombert, 178... *Teoría de los seres insensibles, ó curso completo de metafísica sagrada y profana al alcance de todos, con un índice de materias, que hace de la obra un verdadero Diccionario de metafísica ó de filosofía*; Paris, Jombert, 1789; D. Lucas Gomez Negro, catedrático de filosofía y abogado de la Real Chancillería de Valladolid, tradujo al castellano estos elementos, que vieron la luz en dicha ciudad, 1795-1797, cuatro volúmenes en 4.°—Asímismo escribió: *Elementos del abate Didier relativos á la Artillería*; 1773, en 4.°, dos volúmenes.—*Tratado de nivelacion*; por el abate Picard, y *Ensayo sobre nivelacion*; por el abate Para, en 12.° *Odas y cantos líricos*; 1774; *los principios de la sana filosofía conciliados con los de la religion*, 1774; esta obra fué traducida al italiano.—*Principios del cálculo y de la geometría, ó curso completo de matemáticas elementales, al alcance de todos*, 1779: *la misma en latin*, Venecia, 1794.—*Elementos de Física, ó compendio del curso completo; Cuadro histórico y filosófico de la Religion, desde el orígen de los tiempos*, 1784.—*Teoría de los nuevos descubrimientos de la Física y de la Química*; París, 1786. Este jesuita sostuvo ardientes polémicas en su tiempo, sus escritos fueron traducidos al aleman en 1781 y 1788. O. y O.

PARADA (Fr. Antonio), religioso carmelita, portugués de nacion. Dejó su apellido por el nombre de Jesús. Nació en Aveiro, y en el convento que allí tenia la Orden tomó el hábito. Pasó los estudios en los conventos de Andalucía honrando muchos con su persona y el de Málaga con su muerte y venerable cadáver. Fué este religioso ajustadísimo en la observancia regular, y enemigo de salir á la calle. El eminentísimo cardenal D. Baltasar de Moscoso le sacó de Granada, y le llevó á Jaen, donde era obispo, porque le gustaba su doctrina y consejos. En el púlpito era un segundo S. Pablo en

el decir y profundo en el pensar. Vivió luego retirado en el desierto de las Nieves con el mayor ejemplo, pudiendo hacerse en su elogio un perfecto retrato, muy semejante al de los Hilariones y Macarios. Dióle el Señor muchos dolores en el cuerpo, porque se le rompió una pierna, y se llenó de llagas, por lo cual se vió obligado á ir al desierto de Málaga. Habiéndose encontrado en esta ciudad con un paisano suyo llamado Hector Diaz, natural de Torresnovas y sacerdote, tratáronse ambos íntimamente, y cuenta la crónica que concertaron morirse en un mismo dia. Tuvo efecto este su deseo, causando la admiracion de todos, y publicándose esta noticia como una maravilla, atendidas las excelentes virtudes que les adornaban y la santidad de sus costumbres y ejemplarísima vida. Tuvo lugar su tránsito el año de 1648. Refiérese quedaron sus cuerpos incorruptos algunos años, y haber el Señor obrado por su intercesion diferentes milagros.—O. y O.

PARADA (Fr. Miguel de), en el siglo Alfonso. Natural de Segovia y de la órden de Menores de S. Francisco en la provincia de Palencia. Se distinguió por sus conocimientos en sagrada doctrina y como cronógrafo. Escribió: *Respuesta apologética á un memorial de los Religiosos descalzos sobre su separacion; motivos fundamentales de la union. Instancias á las proposiciones y respuestas sobre la separacion.* Quiso continuar la crónica de la órden de S. Francisco; mas no pudo lograrlo, pues le sobrevino la muerte en Febrero de 1633, á la edad de de cuarenta y seis años. No hemos hallado otras noticias acerca de este religioso que las precedentes consignadas en su *Bibliotheca Hispana Nova* por D. Nic. Antonio.—O. y O.

PARADIN (Claudio). Fué este eclesiástico hermano del famoso Guillermo Paradin de Guiseaux en Borgoña, cronista de Saboya, de gran reputacion en el siglo XVI y autor de importantes obras, citadas por Moreri en su gran *Diccionario Histórico y Geográfico*. Canónigo de la santa iglesia de Beaugen, de que fué dean su expresado hermano Guillermo, se dedicó á las letras con gran éxito, y florecia aún en 1565. Compuso diversas obras, entre ellas *las alianzas genealógicas de los príncipes de Francia y de las Galias*, varias cosas sobre la *Biblia y los emblemas heróicos*, obras elogiadas por muchos autores, contemporáneos á su época y posteriores, de que da razon Moreri al tratar de este eclesiástico.—C.

PARADIS (Juan Bautista), hermano del que le sigue, fué cura de Bonne-Nouvelle durante los cuatro últimos años de su vida, y murió en 5 de Marzo de 1830. Era natural de Moulins; y ya ordenado, sirvió el curato de Dorne en la diócesis de Nevers, siendo luego vicario en Nuestra Señora, y sucesivamente cura de Sainte-Valere y de Bonne-Nouvelle. Fué un eclesiástico muy distinguido.—C. de la V.

PARADIS (Leonardo), cura de nuestra Señora de Bonne-Nouvelle, na-

ció en Moulins, de una familia honrada y numerosa. Hizo sus estudios con aprovechamiento en los Robertinos de París, y fué vicario en la diócesis de Autun, de que á la sazon dependia Moulins. Tornó en seguida á París, y formó parte del clero de Saint-Roch por espacio de cuarenta años, excepto seis que pasó en el destierro cuando la revolucion. Ya hacia tiempo que era vicario de aquella parroquia, y el año de 1830 fué llamado á la de Bonne-Nouvelle, cuyo curato se hallaba vacante por muerte de su hermano. Murió el abad en 18 de Marzo de 1831, despues de haber publicado desde la restauracion muchos escritos, entre ellos: *De l'obeissance due au Pape, ou Réfutation de l'adresse aux deux chambres de l'abbé Vinson*; este Vinson fué un sacerdote decididamente opuesto al concordato, y su adversario Paradis le probó hasta la saciedad en esta obra por la Escritura, por la tradicion y por el testimonio de innumerables obispos franceses, que el Pontífice no habia hecho más que usar de su derecho al firmar el concordato de 1801. — *Tradition de l'Eglise sur l'infaillibilité du Pape.* Si hay quien diga que Paradis fué ultramontano, preciso será confesar que lo fué con gran moderacion y comedimiento. — C. de la V.

PARADIS (Rómulo). Nació este eclesiástico en Civita Castellana en la segunda mitad del siglo XVI, y aún vivia á principios del siguiente, pues que fué secretario del cardenal Crescention y Capponi en el pontificado de Paulo V. Dícese que era muy instruido en el derecho y en las bellas letras, que escribia el latin con mucha pureza, que era buen poeta y además muy hombre de bien; piadoso é incapaz de hacer nada indigno de un eclesiástico. Estaba preparándose á publicar su poema sobre Majencio, cuando falleció en edad temprana. Refieren algunos autores que haciendo imprimir una *Coleccion de poesías*, al pasarla á la censura eclesiástica, el inquisidor que las aprobó, se escandalizó al ver el nombre de Paradis al frente de una obra profana, y que le manifestó era necesario suprimiese su nombre poniendo tres puntos en su lugar. Burlóse Paradis de la ignorancia del inquisidor, mas temiendo las consecuencias que podria tener si no le obedecia, lo hizo segun se le mandó; pero no obstante esto, todos conocieron en las poesías á su autor, y su obra le valió los plácemes y elogios de todos los que le conocian. Cuando le alababan sus versos llamándole Paradis, decia á sus amigos: «¿Dios mio, qué es lo que decís? No me llameis el poeta Paradis, porque sereis causa de que me encierren en la Inquisicion; yo no me llamo Paradis, me llamo tres puntos.» Esta historieta se hizo pública en Roma, y ciertamente que no dejó en buen lugar al fanático inquisidor, como se sobreentiende de Erythræux y de los demás autores que hacen mencion de esta anécdota. — C.

PARAILDIS, hermana de las Santas Rainèldes y Gudila, hijas las tres de

Sta. Amelberga y de Witegero, conde Bracarense. Aun cuando no por otra cosa, deberia mencionarse esta sierva de Dios por haber sido hija de tales padres y tener tan santas hermanas. Mas á esto se juntaron sus religiosas costumbres. Vivió esta Santa de la casa de Austria noventa años, treinta en estado de doncella, treinta en el de casada y otros treinta en el de viuda. Y en todos estos tres estados conservó la virginidad y entereza, cosa que se puede contar entre los más insignes milagros que pueden suceder en esta vida. Su cuerpo fué sepultado en la ciudad de Gundabo, donde es tenida en gran reverencia.—O. y O.

PARAISO (V. Sor Dominga del), florentina de la Tercera Orden. Nació en una aldea cerca de Florencia, perteneciendo á una pobre familia. Protegida desde la infancia por la divina gracia, se dió á conocer desde luego rica en merecimientos. A la edad de cuatro años, refiere la crónica, empezó á gozar de la familiaridad de los ángeles, con María Santísima y con su amado esposo Jesús. En su existencia, digna de admiracion, practicó las virtudes más heróicas, adelantando tanto que mereció ser venerada de los sumos pontífices Leon X, Clemente VII y Adriano VI. La primera confesion que hizo la niña la encontró el confesor capaz de la comunion, y la exhortó á que se preparase á la pascua venidera. No parecia bien á Dominga el corto plazo de tres semanas para disponerse debidamente, y así insistió en su repugnancia, haciéndosela presente á su director con amargo llanto. Esto no obstante obedeció, experimentando inmensos favores en aquella primera comunion. Vistió Dominga el hábito de la tercera órden de Predicadores, y fundó el convento de Sta. Cruz, de su patria, que rigió santamente hasta su muerte acaecida el año de 1553. El Sacro Diario Dominicano incluye á la venerable Dominga en el dia 5 de Agosto, y consigna en su historia que «la »dió el Señor á sentir el dolor de la bofetada que en casa de Anás ó Caifás »recibió, y fué tan vivo, que la podreció á Dominga la mejilla, cayéndosela »la carne á pedazos.—O. y O.

PARAISO (Sor Elena del). Fué hija de Duarte Pereira de Brito, hidalgo de la casa del duque de Berganza: á los quince años de edad tomó el hábito de religiosa de la órden de S. Agustin en el convento de Sta. Cruz de Villaviciosa, entrando por la penitencia en el camino de la perfeccion. Fué sumamente cuidadosa de guardar los preceptos de su regla, añadiendo á su rigor nuevas penitencias, entre ellas las de tomar los viernes hiel mezclada con vinagre, en memoria de la que dieron á gustar al Salvador. Gustaba tanto del silencio, que en ciertos dias de la semana, como los viernes y los sábados, jamás quiso hablar sino obligada por la obediencia á sus superioras, y movida por la caridad si alguna religiosa necesitaba de sus servicios. Cilicios, disciplinas, excesiva pobreza en el vestido y el alimento, privacio-

nes de todas clases, todo lo ponia en juego sor Elena para fortificar su virtud martirizando el cuerpo, que tenia tan llagado que daba compasion mirarla. Todas sus delicias las tenia en la oracion, su único regalo, y en recibir el santo sacramento de la Eucaristía, lo que nunca verificaba sin derramar copiosísimas lágrimas. Tuvo muchas enfermedades que sufrió gustosísima, porque la daban ocasion de grandes padecimientos; y finalmente, murió tranquila y feliz el dia 14 de Agosto de 1578.—G. P.

PARAISO (Fr. Gil), sacerdote natural del lugar de Hoyos, distante dos leguas del convento de S. Francisco, descalzos de la provincia de S. Gabriel. Profesó en el de la Madre de Dios de Alburquerque el año de 1607, y obró tanto en el ejercicio de las virtudes, que mereció pasar de esta vida con fama de santidad, sintiendo sobremanera todos los monjes su pérdida y excelente compañía. Penitente y de rígidas costumbres, atribuyeron muchos su muerte en tan corta edad á las muchas asperezas con que se mortificaba. Era su vestido un simple hábito sin túnica, y un molesto cilicio que le cogia el pecho y las espaldas; su sustento en tan moderada cantidad, que admiraba pudiese vivir con tan pequeño alimento. Dábase sangrientas disciplinas de una hora, y á veces más; limitaba su sueño á un increible corto espacio, despertándose á maitines y gastando todas las horas en la oracion y otros ejercicios de devocion. Aun en tiempo de nieves usó sandalias, correspondiendo así todos sus actos á una vida perfecta, y llegando en pocos años con tantos rigores á una anticipada senectud. Comenzó á estudiar artes, pero pidió le quitase el prelado de los estudios para entregarse mejor á los trabajos místicos. Acaso presintió cercana su muerte, y conoció que llegaria ántes de que aprovechasen sus sermones á sus prójimos. Dado á la contemplacion, viósele muchas veces arrobado y en éxtasis. En una ocasion, viviendo en el convento de la Luz de Brozas, acompañó un dia á un predicador, y casi desde el principio del sermon hasta que se acabó estuvo extasiado en la escalerilla del púlpito; cuando volvió en sí y vió que á vista del auditorio le habia hecho Dios aquel favor, se avergonzó tanto que se retiraba cuanto podia de las gentes. Este suceso tan público y la grande estimacion que de él hacian los seglares, fué tambien motivo para que dejase los estudios y pidiese al provincial le enviase á morar á un convento desierto, como lo es el del Hoyo, donde murió poco despues el año de 1614, y está sepultado su bendito cuerpo.—O. y O.

PARAMO (Sr. D. Antonio). Nació este prelado en la casa de Goyan, parroquia de Sta. María de Ferreira, en el valle de Lemos, en el mes de Enero de 1730. Fueron sus padres D. Manuel de Montenegro Páramo y Osorio y Doña María Benita Somoza y Sangro, señores de la casa de Villa Abad, Goyan y del Pazo, y jurisdiccion de Bujan, en la diócesis de Lugo. Despues de

haber estudiado jurisprudencia en la universidad de Santiago, emprendió un viaje literario por los reinos de Portugal, Inglaterra y otras provincias, con el deseo de adquirir conocimientos y estar al corriente del estado y de los progresos que habian hecho y en que se encontraban aquellos países en cuanto concernia á las ciencias y á las bellas artes. Acaso no le valió esto el renombre de sabio y figurar en la primera línea entre estos, pero desde luego alcanzó ventajosa reputacion, no solo por su amor al estudio, si que tambien por su buen gusto y ameno trato con que extendia y difundia los extensos conocimientos que poseia. En la arqueología, objeto de su predilecion, demostró ser un gran numismático; pues reunió una rica y preciosa coleccion de objetos de antigüedades, medallas, así como tambien una selecta biblioteca, conservada despues por su hermano D. José, del mismo modo que otra coleccion excelente de pinturas. Estudió la historia natural y formó otro célebre gabinete, apreciado por las personas eruditas, y valuado en cuatro mil doblones, pues habia reunido objetos muy raros, curiosos y de valor. Tantos méritos fueron premiados por el monarca, concediéndole la cruz de la Real y distinguida órden española de Cárlos III y con el nombramiento de dignidad de cardenal de la santa iglesia metropolitana de Santiago. Además ejerció los empleos de administrador general, capellan, juez privativo eclesiástico del hospicio Real de aquella ciudad, de rector nombrado por su universidad, y juez nombrado por el Consejo de Castilla para el concurso y provision de becas del colegio de Fonseca. En el desempeño de estas comisiones é importantes cargos, demostró el mayor celo, integridad y acierto, debiendo los referidos establecimientos á sus excelentes disposiciones y diligencia los mejores adelantos. «Su inclinacion al bien público, »dice el Rdo. P. Risco en su biografía, le tenia siempre pronto para favore»cer á los hombres de buen talento y para fomentar cuanto le era posible á »los artesanos desvalidos, á fin de que por falta de caudales no dejasen de »ejercer sus oficios. Su genio franco y sociable le dió gran estimacion entre »los hombres, y los más nobles extranjeros que iban á Santiago á visitar la »capilla del santo Apóstol, tenian especial gusto en frecuentar su casa y »disfrutar su erudicion. Conociendo bien el cabildo de Santiago estas buenas »prendas del Sr. Páramo, le encargó que alojase en su casa al Sr. Duque de »Chartres, á quien obsequió con la generosidad que le era tan propia. A to»das estas virtudes, que empleaba en beneficio de su patria, deben añadirse »las que adornaban su noble alma y manifestaban el gran fondo de religion »que le distinguia de los otros eclesiásticos. Se distinguia en todas sus obras »la piedad, sobriedad, caridad, humildad y el celo por la gravedad y de»coro del santuario, con el cual y su buen modo, pudo, siendo fabriquero »de la catedral de Santiago, desterrar el abuso de pernoctar las gentes den-

»tro de la misma iglesia en la vigilia del Apóstol. Elegido por el cabildo »para ciertos negocios de la Iglesia vino á la Corte, y estando en ella en el »año de 1785, en que el Sr. Armañá fué promovido al arzobispado de Tar»ragona, se sirvió el Rey premiar las nobles partidas y virtudes del Sr. Don »Antonio del Páramo, presentándole para el obispado de Lugo.» Con efecto, dió noticia de esta presentacion á sus compañeros, regocijáronse en extremo cuantos le conocian, y sus paisanos concibieron la natural esperanza de verle pronto con la mitra al frente de su silla, esperando los grandes beneficios que debia proporcionarles de pontífice el que tantos les habia acordado como dignidad. Pero el Señor dispuso en su alta sabiduría las cosas de otro modo y le llevó á recibir la gloriosa recompensa acordada á los buenos varones el dia 8 de Marzo de 1786, en que falleció repentinamente, habiendo celebrado misa el dia anterior. El Sr. Páramo no vivió desprevenido de este suceso, pues alguna vez manifestó al Sr. Neira, doctoral de la santa iglesia de Santiago, su rezelo de no llegar á tomar posesion del obispado.—O. y O.

PARAMO (Luis). Nació en Borox, diócesis de Toledo, y fué arcediano y canónigo de la santa iglesia de Leon, y despues fué nombrado juez de la Inquisicion por D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo. Escribió : *De origine et progressu Officii Sancti Inquisitionis, ejusque dignitate et utilitate; necnon et Romani Pontificis potestate et delegata Inquisitorum, edicto Fidei et ordine judiciario Sancti Officii*; Madrid, 1598, y Amberes, 1614, en fólio.—*Responsa duo pro defensione jurisdictionis Sanctæ Inquisitionis, adversus oppositiones et capitula judicum secularium regni Siciliæ*; 1594, primera edicion, y 1599, en Madrid, la segunda.—*Ad S. D. N. Paulum, V. P. M. confutationes decretorum, quæ à Venetorum Duce, adversus immunitatem ecclesiasticam edita sunt*; Parma, 1606. Y por último dejó manuscrita, segun expresa D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova*, la obra titulada : *De monarchia regni Siciliæ, adversus cardinalem Baronium.*—O. y O.

PARAMO (V. Madre María de San Ignacio). Nació en 2 de Febrero de 1592, siendo hija de D. Juan Alonso del Páramo y de Doña Antonia María de la Peña, que tuvieron tres hijos y dos hijas, de quienes el mayor, segun manifiesta Alvarez Baena, siguió la carrera de su padre, que era la de la milicia, y pasó á Italia. Los otros fueron jesuitas. Muerta la madre y obligado el padre á continuar en el servicio del Rey, procuró dejar sus hijas en puerto seguro, quedando la Doña María al cuidado de la señora condesa de Puñonrostro, dama tan virtuosa, y en cuya casa se hacia la vida tan austera y con el mismo recogimiento que se guardaba en un monasterio. Verdad es que la condicion de Doña María era angélica, como peregrino su parecer. Así, creciendo cada dia más en la virtud y aficionada á la V. Madre Mariana de S. José, que fundaba entónces el convento de su reforma de

Agustinas Recoletas de Valladolid, y determinada á tomar el hábito de religiosa en él, se lo comunicó á la Condesa, que acogió con júbilo tal idea. Fué admitida el dia de la Purificacion del año 1611. Catorce años despues, saliendo la madre María del Espíritu Santo á la fundacion del convento de Castilleja, de la órden de Sto. Domingo, Recoletas, la llevó en su compañía de sacristana. De dicho punto pasó á la fundacion del de Carmona, en donde, á falta de la madre María del Espíritu Santo, la hicieron priora. Era continua en la oracion y sufrida en la adversidad, con que Dios probó la firmeza y serenidad de su ánimo; cuando oraba, tenia el rostro tan encendido que parecia arrojaba llamas. Doce años ejerció los cargos de priora y maestra de novicias, y en tan largo espacio sobresalió por sus excelentes cualidades y virtudes. Padeció muchas y terribles enfermedades, perdiendo la mitad de la lengua, é imposibilitándola una llaga comer ni hablar durante tres meses. Agravados sus males, espiró el 17 de Octubre á las siete de la mañana. Dicen sus cronistas que fué de un claro entendimiento, y tuvo especial habilidad para todo; escribia aventajadamente; bordaba y dibujaba con tal primor que dió que admirar á grandes maestros; entendió bastante de pintar, y tuvo inventiva para cosas no ejecutadas. Despues de muerta se la hallaron varias obras, que habia escrito con estos títulos: *Suspiros del alma á Dios.—Protestaciones de la fe.—Peticiones al Señor.—Sacrificios de su alma y cuerpo;* firmados todos con su propia sangre.— O. y O.

PARAMON (S.), mártir. Los impíos decretos del emperador romano Decio causaron raudales de sangre cristiana sacrificada por los idólatras. El cardenal Baronio, al darnos razon de este Santo, dice que murió mártir con otros trescientos setenta y cinco compañeros el año 254 de Jesucristo, cuya fe profesaban; pero nada nos dice acerca de la clase y sitio del martirio.— C.

PARANDREU (P. Francisco), natural de la ciudad de Valencia. A los diez y seis años de su edad, en el de 1625, entró en la Compañía de Jesús, donde hizo progresos tan felices, que habiendo leido artes con aprobacion de sus prelados, tuvo cátedra de teología moral en el colegio de Huesca, y de escolástica en la insigne de S. Pablo de su patria. Sirvió los empleos de rector del referido colegio de Huesca y del de Alicante, en cuya ciudad murió, hecho el cuarto voto, en el dia 7 de Setiembre del año 1671. Publicó un libro de singulares y fervorosas ponderaciones para alentar la devocion á la pasion de nuestro Señor Jesucristo con este título: *Lágrimas, gemidos y suspiros á la pasion, muerte y sepultura de Cristo crucificado*; en Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1668, en 4.° Salió dedicado por el autor á la ciudad de Alicante, y le imprimió segunda vez el mismo Vilagrasa, más añadido, en el año 1674.—O. y O.

PARASCEVE (Sta.), mártir. Es célebre entre los griegos, que la honran el 26 de Julio. Murió, segun consta por datos fidedignos, bajo el imperio de Marco Aurelio.—O. y O.

PARASOLS (Barthelemi). Este eclesiástico es llamado así como le anunciamos por Nostradamus, Bertrand por Cresciberi, y Bernardo por los autores del *Diccionario universal*, el cual es conocido por las *Vidas de Juan de Nostradamus*. Nació este poeta provenzal, segun Saint-Cesari, en el Limousin, si bien el autor citado anteriormente le hace natural de Sisteron, añadiendo que era hijo de un médico de la reina Juana de Nápoles, condesa de la Provenza. Aun cuando abrazó el estado eclesiástico, no le impidió esto el componer en rima provenzal poesías en alabanzas del bello sexo, de las que dió á conocer muchos fragmentos el Monje de las Islas de Oro, Oberto. La vida de la reina Juana dió argumento á Parasols para cinco tragedias, de las que dice Nostradamus, que hace mencion de sus títulos, que estas composiciones valian todos los tesoros del mundo, y que el poeta las mandó cautelosamente al pontífice Clemente VII, que tenia entónces su corte en Aviñon; presente que le agradeció este Papa, concediéndole el canonicato del cabildo de Sisteron con una prebenda, de que disfrutó poco tiempo, pues que murió envenenado el año 1383. La noticia de Juan de Nostradamus es el orígen que tienen las noticias que nos dan de Parasols los antiguos bibliotecarios y los hermanos Parfact en el largo artículo que le dedican en la *Historia del Teatro francés;* pero el abate Millot, que se engañó suponiendo que Nostradamus habia confundido á Parasols con Palasols, poeta catalan de fines del siglo XII, ha manifestado que todos los datos y detalles dados por este biógrafo eran imágenes para elevar la gloria de los poetas provenzales, atribuyéndoles la invencion del arte dramático, «arte, añade Millot, que fué siempre ignorado »de los trovadores. Cerca de cuatro mil piezas, prosigue, hemos reunido de »los trovadores, que recuerdan porcion de costumbres de sus respectivos »tiempos; pero ninguna da idea de la tragedia ni de la comedia, sin em»bargo de que no haya cosa más capaz de interesar á los poetas, ni que más »imágenes y reflexiones pudiera hacerles concebir. Su silencio prueba que »el teatro no existia todavía en su época.» Esto dice Millot en el tomo I, página 443 de su *Historia de los Trovadores;* pero á pesar de tan importante autoridad, los autores del *Diccionario universal*, que fijan la muerte de Parasols el año 1383, no tienen inconveniente en añadir: «que este poeta es »el primer autor de los *Misterios*, que parece empezaron el año 1378 (sin »duda en la Provenza), y que ocuparon la escena por espacio de ciento se»tenta años. En sus obras, tan groseras como su siglo, se ve brillar, dice »Nostradamus, de vez en cuando alguna chispa de talento. La reina Juana, »que era insultada en los versos de Parasols, prohibió en sus estados la re-

»presentacion de sus comedias, cuya prohibicion abortó la infancia del »arte, que no volvió á empezar sus ensayos sino mucho tiempo despues.» Con mucha razon dice sobre este particular Mr. Weis que esto, más que historia, es una fábula absurda; y nosotros añadiremos que ridícula y pretenciosa, pues que la gloria del arte dramático moderno pertenece en su invencion á los españoles principalmente.— B. C.

PARAVEY (Juan Bautista), sacerdote francés, natural de Gray (Haute Saonne), donde nació en 1667. Acababa de entrar en la Congregacion de los Benedictinos de S. Mauro, cuando la revolucion suprimió todas las órdenes religiosas. Despues de haber servido algunos meses en el ejército del Rhin, volvió á su país natal y se dedicó á los negocios mercantiles de su familia. La rectitud de sus decisiones en los diferentes puestos de que fué encargado, influyó en su nombramiento de miembro del Tribunal de Comercio, que llegó á presidir durante siete años. Decidido á volver á la religion, estudió teología en el seminario de S. Sulpicio, y fué ordenado de sacerdote en 1826, siendo casi sexagenario. Nombrado vicario de S. German l'Auxerrois, debió en 1830 á un acto de valor un momento de celebridad. Miéntras todo su clero se ocultaba ó recurria á la fuga, no temió ir él mismo á bendecir los muertos de las jornadas de Julio, enterrados delante de la columnata del Louvre, y consagrar, por decirlo así, la obra revolucionaria de los tres dias. Seis meses despues, el 13 de Febrero de 1831, cuando un pueblo furioso saqueaba la iglesia de S. German, donde se habian celebrado oficios por los legitimistas, se respetó el cuarto del abate Paravey, situado en el presbiterio, á quien se llamaba el *Sacerdote de las tumbas del Louvre*. Algunos dias despues recibió la condecoracion de Julio. Este digno hombre, cuya vida ejemplar como sacerdote y como ciudadano le recomendaba á la estimacion pública, ha muerto siendo canónigo del cabildo de S. Dionisio. S. B.

PARAVICINO Y ARTEAGA (Fr. Hortensio Félix), varon doctísimo, al cual cuenta Madrid entre sus hijos eminentes. Fueron sus padres Mucio Paravicino, oriundo de Como, tesorero general del ejército y estado de Milan, desde 1603 á 1615, y Doña María Arteaga, originaria de Guipúzcoa: vió la primera luz en 12 de Octubre de 1580. Aprendió sucesivamente humanidades en el colegio de jesuitas de Ocaña, filosofía en Alcalá y cánones en Salamanca. En esta ciudad abrazó el estado religioso, profesando de trinitario calzado en 18 de Abril de 1600. A los veintiun años de edad habia recibido el grado de doctor en teología, siendo aplaudidos sus trabajos, y más aún sus ejercicios en la oratoria sagrada. Cuando en 1605 visitó el rey D. Felipe III la universidad de Salamanca, pronunció Fr. Hortensio la oracion gratulatoria, y un año despues predicó en el capítulo de su Orden, siendo electo defi-

nidor. Ya por esta época disfrutaba merecida fama en la capital de España, en donde habia dado inequívocas pruebas de su superior talento é ingenio; por esto nombróle su convento de Madrid su prelado, y el Rey su predicador. Por entónces predicó el sermon tercero de las fiestas celebradas en Toledo á la dedicacion de la capilla del Sagrario. Fué dos veces provincial de Castilla, dos visitador de Andalucía, y una vicario general. Pasó á Flandes, Nápoles y á Roma, siendo admirado en todas partes, en las que dejó brillantes recuerdos. A la muerte de Felipe III, ocurrida en 1621, pronunció en las exequias del monarca y á presencia de su sucesor Felipe IV, el Panegírico funeral que tantas alabanzas mereció de unos, y al cual censuraron acerbamente, y no con poca justicia, otros, pues el regio predicador habia adoptado ya en el púlpito el lenguaje y estilo gongorino que á la sazon privaba. El sermon no se imprimió hasta 1625, y á la crítica anónima contestó con una *Apología* el afamado D. Juan de Jáuregui. Reconocido Paravicino por el *Predicador de los reyes y Rey de los predicadores*, contando con el afecto, no solo del monarca, sino que tambien de los eruditos y de los poetas, continuó cultivando al propio tiempo su aficion primitiva al culto de las musas, siempre que se lo permitian sus ordinarias tareas del púlpito y de la Orden. Vieron sus versos la luz despues de su muerte, siendo algunas composiciones amatorias, quintillas que hizo siendo muchacho, la cancion que escribió en la muerte de Felipe II el año de 1598, para las honras que le hizo la universidad de Salamanca, y fué tan estimada de dicha corporacion que con otra de Bartolomé Leonardo la sacó de la competencia de las demás, y unas liras compuestas al mudar de estado. Otros trabajos poéticos que merecen mencion especial y fueron escritos posteriormente á la referida mudanza, fueron la *Cancion á la Virgen*, y un *Soneto* para el certámen del Sagrario de Toledo, presentados é impresos en la relacion de las fiestas bajo el nombre del trinitario Fr. Juan Centeno; cuatro sonetos relativos al insigne pintor llamado el *Greco*, la composicion al celebrado acierto con que el rey Felipe IV mató un toro de un arcabuzazo, y los sonetos á la muerte del infante D. Cárlos, y á la de D. Rodrigo Calderon. Asimismo compuso la comedia intitulada *Gridonia, ó cielo de amor vengado*, invencion real que por encargo y mandato de Felipe IV escribió en plazo tan breve *que casi tropezaba el ingenio con la obediencia.* — Representóse en palacio, dice el Sr. La Barrera; es pieza de trasformaciones y tramoyas, entre caballeresca y mitológica. Tambien escribió, por mandato del mismo monarca, otra pieza que tituló: *España probada;* inédita y cuyo paradero se ignora, lo mismo que la *Historia de Felipe III*, la *Historia de Nuestra Señora de las Virtudes*, santuario cerca de Salamanca; *Vida de su grande amigo y compañero el beato Simon de Rojas*, con el aparato y epítome del orígen de su reli-

gion y sus más excelentes hijos; *Constancia cristiana ó discursos de la igualdad del ánimo y tranquilidad estóica.* Falleció en Madrid el 12 de Diciembre de 1633 en su convento, cuando contaba cincuenta y tres años de edad. A este establecimiento dejó la copiosa y selecta librería. Hiciéronsele solemnes exequias, y su excelente amigo D. José de Pellicer escribió y publicó seguidamente la *fama, exclamacion, túmulo y epitafio de aquel gran Padre Fr. Hortensio, etc.*, Madrid, 1634, en verso. El biógrafo del *Parnaso Español* pinta al P. Paravicino de proporcionada estatura, blanco de rostro, de aspecto amable, y de apacible y dulce condicion, llano y humilde á pesar de sus elevadas conexiones de parentesco. Además de las oraciones que se imprimieron en varios libros y descripciones de fiestas, se dieron separadamente sus *Epitafios ó elogios funerales al rey Felipe III, el Piadoso.* Madrid, 1625, en 4.° — La coleccion general de ellas no se publicó sino póstuma; *Oraciones evangélicas...* tres tomos, Madrid, 1638-1641, los dos primeros en fólio y en 4.° el último, reimpresos en 1695. Dadas nuevamente á la estampa, ilustradas por el P. Mtro. Alonso Cano, en seis tomos en 4.°, las dedicó á la Real Academia Española, insertando al fin las poesías sacras y morales del autor y dos dictámenes suyos, el uno que versa sobre las pinturas lascivas, y otro sobre propuesta de sujetos para la presidencia de Castilla. Sus poesías, con el título de *Obras póstumas divinas y humanas, de D. Félix de Arteaga*, salieron á luz recopiladas con atrevida obediencia por un anónimo. Madrid 1641, reimpresas despues en Lisboa, 1645, y en Madrid, 1650. O. y O.

PARCIANO (S.), abad de la órden de S. Benito, en el territorio auvernense. Floreció en milagros en tiempo del rey Teodorico. Fué hijo de una esclava; pero él sublimó su linaje con sus heróicos actos, llegando á la cumbre de la perfeccion, y siendo superior á la majestad de los reyes por la fama de su santidad y con los favores con que le protegió la Divina Providencia. Maltratado por un amo feroz, en cuya casa sufria la esclavitud, logró huir al monasterio auvernense, y buscó modo, tratándolo con el abad, de entrar al servicio de un dueño piadoso. Como el primero enojado se mostrase tenaz en que habia de volver Parciano á su dominio, cegó repentinamente por justo juicio de Dios. Nuestro buen religioso entónces, refiere la Crónica, le puso las manos en los ojos y recobró la vista. Dióle entónces licencia, y pudo tomar el santo hábito de la órden de S. Benito, siendo con el tiempo y con el estudio, dignísimo sacerdote, y mereciendo despues por sus buenas obras llegar á la gerarquía de abad de aquel mismo monasterio. Fué rara su penitencia, y en tiempo de estío, entre otras mortificaciones, tomaba sal en la boca para que aunque se humedeciese algo fuese despues mayor la sed. Cuando el rey Teodorico fué talando los campos por los pueblos de la Au-

vernia en sus vandálicas excursiones, acompañado con grueso ejército, salió el Santo á suplicarle y rogarle les tuviese misericordia y los mirase piadosamente; mas ántes de llegar á él encontróse con Sigilando, su capitan general, el cual le recibió con grande amor y reverencia. Con esta demostracion, y conforme al estilo de aquella tierra, le convidó á beber. Excusóse Parciano diciéndole ser contra la regla, y que no acostumbraba á tomar cosa alguna sin haber rezado todo aquello que en el monasterio precede á la comida conventual. Porfió el capitan, y S. Parciano echó la bendicion al vaso, que al punto se quebró, derramándose el vino y saliendo de él una culebra. Al milagro llegó el Rey y todo el ejército, besó la orla de su cogulla, y todos á porfia siguieron su ejemplo: con esta maravilla alcanzó del Rey cuanto pidió y libró á aquellos pueblos de la aciaga y calamitosa suerte que les esperaba. Viéronse libres los amenazados, y libres tambien los que gemian en la esclavitud. Tambien nos refiere el docto historiador de la órden de S. Benito, que nuestro S. Parciano se vió perseguido constantemente por el demonio, apareciéndosele con formas visibles y tentaciones; pero que el Santo salia siempre vencedor con las armas de la señal de la cruz. Finalmente, lleno de méritos, pasó á gozar de Dios eternamente el cual declaró su santidad con milagros, el año de 1610. — O. y O.

PARCO (Pedro de), bachiller en artes, natural del obispado de Tarazona. Fué catedrático en propiedad de filosofía, de donde los Sres. Reyes Católicos le presentaron obispo de una iglesia catedral de Cerdeña, el cual con su doctrina y conocida santidad esforzó mucho la fe en la gente de aquella isla. Visitó su obispado á pie, haciendo muchas limosnas á los menesterosos: nunca vistió lienzo despues que fué prelado, y castigando con muchas penitencias y ayunos su cuerpo, murió santa y cristianamente, habiendo hecho vida apostólica imitando aquellos primeros Padres de la Iglesia. Quedó su cuerpo con suavísimo olor. Venéranle los escritores por santo. — O. y O.

PARDAVÉ (P. Fr. Cristóbal). Fué hijo del convento de Leon en España, y de la órden de S. Juan Bautista del Perú. Pasó á la provincia de Chiapa en compañía de otros religiosos el año de 1544, y despues al Perú. Residió en el convento de Quito, y cuando esta provincia se dividió quedóse en ella. Observante de la regla de su comunidad, jamás dejó de comer pescado sino por enfermedad que le obligase á estar en cama. Vivió en las más santas costumbres, y adivinó su último dia. Muy enfermo repentinamente, dijo todo el Salmo 118 *Beati immaculati in via*, y cuando acabaron en el coro el oficio diciendo al fin de él *Nos cum prole pia benedicat Virgo Maria*, pidió un Cristo que tenia sobre la mesa, y con las palabras *Et homo factus est*, clavando en él sus ojos, entregó su alma al Señor. Al desnudarle encontraron

un aro de hierro con puntas muy apretado al cuerpo, que ya le sobrepujaba la carne. En su cuarto se encontraron los instrumentos con que se castigaba y hacia penitencias. Murió el año de 1600, á los ochenta y cuatro de su edad; habiendo asistido á su entierro las principales autoridades de la capital.—O. y O.

PARDIES (P.). Nació en 1636 en Pau, era hijo de un consejero del Parlamento, y tomó el hábito de la Compañía de Jesús. Abrazó el sistema filosófico de Descartes, lo que le produjo algunos disgustos con sus superiores, y murió todavía jóven el año de 1673. Enseñaba con reputacion matemáticas en el colegio de Luis *el Grande*. Escribió: *Horologium thaumaticum duplex;* París, 1663, en 4.° — *De motu et natura cometarum;* Burdeos, 1665, en 12.° — *Del movimiento local;* París, 1670, en 12.° — *Elementos de geometría;* París, 1671. — *Del conocimiento de los animales;* 1672 en 12.° y un *Atlas celeste*, publicado en 1674, con el título de *Globi cœlestis in tabulas redacti descriptio latino-gallica.* —O. y O.

PARDO (Fr. Alonso), hijo de Alonso Duran Reglado y de Ana Jimenez, vecinos del lugar de Garrovillas, obispado de Coria. Crióse en los preceptos de la ley divina, y fué de natural dócil é inclinado á lo bueno, por lo cual no tuvo que hacerse gran violencia para abrazar el estado religioso, despues de estudiar con perfeccion la gramática. Recibió el santo hábito en el convento de Zamora, arreglando su vida por la direccion de Fr. Diego Hurtado de Cabrera, el dia 3 de Marzo de 1596; y en el mismo dia del siguiente hizo su profesion. No guardó, sin embargo, con tanta fidelidad la palabra que á Dios habia empeñado, entibiándose bastante en la vida de perfeccion que abrazó, porque si bien es cierto que no le embarazaron el camino pecados graves, que procuró siempre evitar, le acometieron venialidades suficientes á entorpecer sus pasos en la senda del bien supremo. Notábase la gran capacidad y el donaire que tenia para referir toda clase de narraciones, y el auditorio que hubo á mano en todas y cada una de ellas le animaba con su aprobacion, y esto ponia espuelas á su natural, malgastando el tiempo lastimosamente en especial despues de recibidas las sagradas órdenes. Tal vez se habria evitado este daño si le hubieran estrechado á seguir la carrera de los estudios; mas no sucedió así por desgracia. De Zamora pasó al convento de Ciudad Rodrigo continuando su aficion, hasta que compadecido el Señor le dió á entender el mal uso que de su vida hacia y lo poco que miraba por su alma. Fácil le fué dar oidos á esta voz de su conciencia, pues que en él no tuvieron entrada culpas graves. Detúvose en medio de aquel camino, y empezó á reflexionar en la inutilidad para su bien del tiempo pasado, alhaja sin precio que Dios concedió al hombre para la consecucion de su mayor dicha. Asustado y lleno de afrenta, y temeroso de

que Dios le pidiese cuenta estrecha de su abandono en el dia tremendo del juicio, propúsose volver á Dios los ojos; mas si se entregaba á la oracion, solo encontraba en ella espinas y sequedades terribles: la lucha, pues, tenia comienzo, y dichoso nuestro siervo si al fin sacaba de ella la buena, la mejor parte. Bien clamaba al Dios de las misericordias en borrasca tan deshecha; mas el Señor, que permitia la lucha, le abandonaba en la oscuridad seguro del logro y aumento que habia de conseguir en la salud del espíritu. Firme, pues, en su propósito de marchar hácia la perfeccion, mudóse completamente la escena; trocáronse las risas y pasatiempos en un silencio profundo; su misma lengua, tan pronta siempre á excitar en sus oyentes la risa con palabras vanas, ya la empleó en atraerlos á la penitencia; condújose en fin, de tal suerte que en más de veinte años nunca se le oyó la cosa más ligera á que pudiera achacarse la más leve culpa. Poco ménos de un año empleó el siervo de Dios en sacudirse de tales resabios; y fuese por temor á su vuelta, fuese, como debemos suponer, que deseára consagrarse del todo al Señor, á quien consideraba grandemente enojado en su contra, no daba paz ni descanso á su cuerpo, que cubria de disciplinas, cilicios y otras penitencias. Puso especial cuidado en evitar el comercio y trato con las criaturas, áun las de casa, á quienes solo veia por precision, y esto con los ojos cerrados si le era posible. Era muy buscado para director de conciencias, á lo cual no se oponia, ántes por el contrario recibia en ello un gusto especial; mas fuera de este ministerio nadie pudo hallarle. Pero la lucha no estaba terminada, y fuéle preciso reflexionar si le estaria mejor trasladarse á Burgos; donde se prometia hacer vida más religiosa. Decidióse, en fin, á pedir su vénia al superior y otorgósela fácilmente; á poco enderezó sus pasos hácia aquel santo convento, morada de tanto santo. Llegado allí el venerable Pardo sentó plaza de cursante, sin omitir por un momento de su parte la ocasion de merecer; cuanto veia ejecutar por los más enamorados de Dios, se reservaba para sí, y de esta suerte iba aumentando su caudal. Despues de maitines hacia sus más gloriosos ensayos, áun en tiempo del más rigoroso y crudo invierno. En clima tan destemplado no era menester mucho para hacer flaco y débil el cuerpo; mas lo que importaba á nuestro venerable era el espíritu, y en este no hallaba motivos de desconsuelo, pues que lo hallaba vigoroso y decidido á volar en busca del Criador. Pero ¡ah! que tanta delicia y placeres tan continuados en el amor divino, habian de tener un intervalo; era necesario una borrasca terrible, á fin de que luego brillase más pura la luz de su virtud y caridad cristianas. En efecto; no bastó al siervo de Dios ni su abstinencia, ni sus disciplinas, ni cilicios, ni ayunos, ni oraciones, para verse libre de una torpe tentacion. Envidioso de tanta quietud el enemigo comun, quiso turbarla con la fea

concupiscencia, para lo cual no cejó un punto en sus acometidas, redoblando los golpes. En tanto el siervo de Dios demandaba socorro al Altísimo, haciendo de su parte cuanto podia para apartar de sí el fuego en que temia verse arrojado y envuelto. Mil figuras fantásticas se le aparecieron en forma de mujeres hermosísimas, adornadas de riquísimas galas, dispuestas á dar el asalto en aquella plaza de tan difícil conquista; mas siempre el venerable estuvo pronto acudiendo adonde el peligro se veia más inminente. Si se le daba alguna tregua, solia decir para sí el siervo de Dios: Bien aprovechado estás, Fr. Alonso, despues de tantos años! Cuando creiste haberse apagado el apetito sensual, empiezas á reverdecer, y al borde ya del sepulcro, ¿despiertas con tan soberbio volcan? ¿Qué te resta sino morir, puesto que en tantos años no supiste agradar á tu Señor? Empezó nuevamente á mortificar su carne, castigando tan duramente su cuerpo, que pudiera enternecer el corazon del más duro y fiero enemigo. Alimentábase con pan y agua, y era para él de más precio el disimularlo, que el padecer el más áspero y desabrido tormento. No por eso lograba ver enfrenado el sensual apetito, ántes parecia alimentado por los más regalados y suculentos manjares; y si bien no permitió Dios su caida, toleró tales imágenes y confusiones en el alma de su amado siervo, por que más reflejase su pureza y valor en la lucha. Parecióle bien consultar sus achaques á un religioso de gran virtud, y por entónces le respondió lo que debia hacer para librarse de semejante pasion, aunque resolviendo seguirle los pasos, con ánimo de enterarse del achaque, ó por los menos de tener seguridad y conocimiento de la medicina que el siervo de Dios se aplicaba. Esto fué lo que consiguió una noche; pues creyéndose solo el venerable, empezó á rasgarse las carnes hasta dejar el suelo cubierto de su sangre; pero descúbrese el religioso, y le reprende aquel exceso, porque, segun decia, más que penitencia era propio de quien intenta el homicidio de sí mismo; y mediante algunos saludables consejos que le dió, pudo por fin verse libre del achaque venciendo al cobarde y vil enemigo que procuraba alejarle el triunfo. Dios, sin embargo, queria verle una y otra vez victorioso, y nuevamente hubo de aprestarse para el combate. Dieron algunos de sus mismos compañeros en acecharle los pasos, discurriendo si tal vez pudiera ser afectada la virtud que nuestro siervo encubria, y áun el mismo prelado no contradijo semejantes murmuraciones, por más que no diese crédito á sus rumores. Fray Alonso lo supo; pero estuvo muy léjos de acortar un solo punto en lo que de órden de Dios se habia impuesto, labrándose con el silencio una corona de paciencia. Escuchó con serenidad los oprobios que quisieron dirigirle, y no fué el menor decir que era religioso en la apariencia, y en realidad solo un hipócrita; pero no tardó Dios en abrirles los ojos del cuerpo, obligándo-

los á confesar sus culpas y reconocer la mucha virtud y santidad del venerable, á quien pidieron remision de sus siniestras intenciones. Temeroso de que al cabo de esta nueva calma, estallase de nuevo la tormenta, le ocurrió cambiar de domicilio; y dando noticia á su provincial, decretó que pasase á Ciudad Rodrigo, donde al punto resonó su fama. A las mortificaciones pasadas añadió otras nuevas, y no tardaron mucho en desearle por maestro algunos religiosos que deseaban corregir sus pasos. Empleado en estos ejercicios de caridad, penitencia y oracion, envióle el Señor una enfermedad muy penosa y dilatada que le privó de fuerzas. Recibido el último sacramento, quedóse un tanto recogido, y despues tomó una imágen de Cristo nuestro Señor, en cuyas manos rindió el espíritu, á 6 de Diciembre de 1632. —C. de la V.

PARDO (P. D. Antonio), del oratorio de S. Felipe Neri de Madrid. Falleció en la Habana el dia 2 de Agosto de 1849. Era natural de Velilla en el arcedianato de Calatayud, diócesis de Tarazona. Entró siendo ya diácono en la Congregacion de Madrid, y en ella se ordenó de presbítero, siendo apreciado de las personas virtuosas de la Corte por su genio bondadoso y por su asiduidad en el confesonario. Habiendo marchado á París hácia el año 1841, pasó últimamente á la América meridional, de donde hubo de salir por varias vicisitudes para la Habana, donde ha fallecido. —O. y O.

PARDO (Ilmo. Sr. D. Fr. Bernardo Fremeda y), hijo de la santa provincia de Burgos. Fué dignísimo prelado del colegio de S. Pedro y de S. Pablo, fundado en la universidad de Alcalá de Henares por el Emmo. Sr. Cardenal Cisneros. Despues de varios empleos con que premió su provincia, sus méritos y virtud, fué electo definidor general de la religion. Con infatigable celo se opuso á los errores del impío Lutero, y así le conocian por el nombre de *antagonista de los herejes;* para confundirlos completamente interpuso sus ruegos, y usó cuantos medios pudo para que se finalizase el concilio de Trento. El rey Felipe II conociendo la virtud y ciencia de este religioso, le nombró comisario general de la Santa Cruzada, dándole al mismo tiempo el obispado de Córdoba. Desempeñó este cargo con tan buen éxito, y quedó el Rey tan prendado de él, que cuantas mitras vacaban tantas le daban. Así fué obispo de Cuenca, arzobispo de Zaragoza, electo arzobispo de Toledo, cuya mitra renunció por darla al Ilmo. Sr. D. Fr. Bartolomé Carranza, honor y gloria de la dominicana familia, y confesor que era de la Reina, que le insinuó gustaba premiarle con esta iglesia. Acabó su vida en el colegio que fundó en Sto. Domingo de la Calzada, donde está sepultado en el convento junto á la capilla que construyó á sus expensas en el año de 1577. —O. y O.

PARDO (Dr. Fr. Domingo), natural de Toledo, de ilustre y noble pro-

genie. Sus padres le dedicaron desde luego al estudio de las primeras letras, en que aprovechó muchísimo por descubrir en su natural poco afecto á las diversiones pueriles y entretenimientos vulgares. El juicio de Domingo fué siempre superior á su edad, pues solo gustaba de los ejercicios de virtud, de la asistencia á los templos, de ayudar á misa, hacer oracion á María Santísima y los Santos, de que fué muy devoto desde sus más tiernos años, rezar el rosario, saber á conciencia los preceptos divinos y someter su razon á los divinos misterios. Despues le dedicaron sus padres al estudio de la filosofía, tal vez porque estuviese su discurso mejor dispuesto para estudiar el derecho civil y canónico, al cual solia tener gran inclinacion la nobleza, empleando tambien algun tiempo en el estudio de la teología. Tanta perfeccion logró en todo, que siendo aún mozo mereció el grado de doctor en ambas facultades. Regentó alguna vez cátedra de leyes en la universidad de Toledo, con no vulgar aplauso, sin cesar por ello el V. Doctor en el laborioso ejercicio de las virtudes, especialmente en el de la caridad, fomento por decirlo así y estímulo de todas las demás. De este ejercicio frecuente y continuado nacieron deseos vivísimos de acogerse al seguro puerto del Orden Trinitario, donde pudiera contemplarse libre de las borrascas y peligros del mundo. No fueron bastantes á estorbárselo los aplausos que en la cátedra habia merecido y arrancado con la fuerza y nervio de su argumentacion, ni los consejos con que puso término á muchas disensiones y pleitos, rescatando muchas almas al borde ya del precipicio, ni la nobleza de su orígen, ni la pingüe renta de su patrimonio, ni cuantas satisfacciones en el mundo hubiera podido tener ó esperar con motivo de toda clase de dignidades, estados ó empleos. Lleno de santa sinceridad, comunicó este pensamiento y aficion con su padre espiritual, que desde luego conoció ser aquella luz del cielo y llamamiento divino para sustraerse al mundo y sus peligros; y con norte tan seguro resolvióse por fin á entrar en la Orden. Quedaron por tanto concertados en el dia que habia de recibir el santo hábito, prévias las diligencias y formalidades que las leyes disponen, divulgándose al punto la noticia por Toledo, y causando no poca sensacion, pues que nadie presumia que el Dr. D. Domingo Pardo abrazaria las humildades de religiosos y ménos en religion tan estrecha. No faltó quien intentára disuadirle de este empeño; mas el doctor, con el auxilio de Dios, libró en la fuga su acierto. Fuése al convento desnudo de cuanto podia tener carácter alguno mundano, y con gran contento y deleite de su alma recibió el santo hábito. No pudo, sin embargo, hacerlo con tanto sigilo que lo ignorase la ciudad, y fué innumerable el concurso de todas clases y condiciones que presenció tan grande espectáculo, lamentable equivocadamente para los ojos del mundo, pero lucido y glorioso sin disputa para los ojos del cielo. La profunda

humildad y ternura con que recibió el santo hábito arrancó muchas lágrimas al concurso, y tocados muchos del divino fuego, formaron intento de seguir los pasos de Fr. Domingo, como lo efectuaron los de la primera nobleza de Toledo. Empezó el siervo de Dios á marchar por senda tan estrecha con aliento tal, que bien claramente se dejaba comprender á quién debia caudal tan copioso. Los ministerios más bajos, si tal nombre puede darse en la casa de Dios á los oficios más humildes, eran patrimonio exclusivo de Fr. Domingo, el cual, sin embargo, se acusaba de flojedad y pereza al marchar por el camino de la virtud. Mas lo cierto era que caminaba activo y vigoroso por las escabrosidades de su estrecho y difícil noviciado, sirviendo á todos de ejemplo, pues que un hombre de edad algo adelantada, de noble estirpe, rico en bienes de fortuna, letrado y teólogo insigne, se hizo á los ojos del mundo jóven fuerte y vigoroso para escalar sin contingencia los alcázares del cielo. Hizo los tres votos, pasado el año de su noviciado, poniendo cada dia más estudio en traer enfrenados sus apetitos. La obediencia le mandó enseñar á la juventud la lógica, que en el siglo habia estudiado con tanto provecho, y bien quisiera Fr. Domingo que le hubiera excusado de este cargo, deseoso como estaba de que nadie se acordase de él más que para trabajar y servir á enfermos y menesterosos, y no en cosa que pudiera traer estimacion y aplauso; mas hecho cargo al punto del voto pronunciado, obedeció sin réplica. Enseñaba á sus discípulos la filosofía con singular acierto, entrañándoles al propio tiempo preciosos quilates de virtud. De Toledo le trasladaron á Salamanca para enseñar teología, donde sacó aventajados y virtuosos discípulos. Acabadas sus tareas en la enseñanza, quiso lograr el retiro; pero la obediencia exigia que recibiese el grado de doctor en teología en la universidad de Salamanca, y lo ejecutó sin violencia, ofreciéndolo á Dios. Apénas recibió el grado de doctor, le mandó la obediencia practicase su sagrado instituto, premio que da la religion á los sujetos de mayores méritos; ocupacion que abrazó el venerable con mucho gusto, no por lo honorífico del puesto, sino por los trabajos de que le veia cercado, puesto que tratar con bárbaros es ya de suyo crecido tormento, y mayor aún si se añade lo que suele llevar anexo en persecuciones y riesgos, entreviendo por tanto más facilidad para merecer y conseguir la palma del martirio, que deseaba con vivas ánsias. Así, pues, abrazó con gusto la ocupacion de redentor general de cautivos, cuyo rescate le mandó hacer la religion en Fez, que á la sazon era donde habia de esto mayor necesidad. Llegado felizmente con su compañero á quel reino, hallaron en los moros africanos buena acogida, muy al contrario de la que el siervo de Dios esperaba, esmerándose aquellos naturales en agasajos y regalos que les hicieron. Agradeció al Rey y vasallos tantas finezas, y se dedicó al con-

suelo de los infelices que gemian en lóbregas y hediondas mazmorras, á los cuales fortificó con la gracia de los santos sacramentos, tratando luego de su rescate. Su caudal no bastó sin embargo á rescatar más que ciento cincuenta, viéndosele acongojado por número tan corto de rescatados; y conociendo el Rey su pena, pues que apareció á todos cambiado el semblante de nuestro siervo, preguntóle por la causa de su quebranto, temeroso de que algun vasallo le hubiere inferido alguna molestia. Satisfizo la curiosidad del monarca, diciéndole que provenia su sentimiento del número tan exiguo de cautivos rescatados, siendo tantos los que permanecian aherrojados en las cadenas. Fácil remedio tiene eso, replicó el Rey, pues que en tu mano ballarás posibilidad de aumentar el número sin temor á la carencia de dinero: y fiando en su palabra la satisfaccion para cuando se viese con caudal, dijo ser para él y los moros dueños de los esclavos de mayor estimacion aquel resultado. Reconoció pues el venerable la fineza del Rey, y con su seguro eligió cincuenta esclavos más de los que vió en mayor peligro y exposicion de perder la fe, á causa de los crueles tratamientos que recibian, y debilidad de sus cuerpos y espíritus para sufrirlos resignados. Triunfante con estos rescates, salió Fr. Domingo de tierra africana con direccion á Toledo, donde llegaron felizmente en ocasion de encontrarse allí el rey D. Fernando IV; y despues de dar gracias al Dios de las misericordias, por la libertad concedida, llevólos el venerable Padre á la presencia del Rey, á quien consagró tan glorioso triunfo en nombre de la religion. Estimólo en mucho el monarca, y les dió un buen socorro para que se trasladasen á sus casas, donde sirviesen de todas veras al Señor. No descansó por esto el siervo de Dios, pues su caridad se hallaba empeñada doblemente en procurarse nueva satisfaccion y corresponder á la bizarría que con él obró el rey de Fez, hasta que Dios le abrió camino para ello, de que se dieron los moros por muy satisfechos. Con este motivo hubo de tratar al Rey con alguna más familiaridad, el cual se vió tan prendado de la afable discrecion, virtud y buen trato de nuestro Padre, que le nombró su consejero con encargo de que los negocios de mayor entidad y peso corriesen por su mano. Despues le hizo su capellan mayor, admitiendo el siervo de Dios una y otra honra si bien con interior repugnancia, pues solo deseaba el recogimiento de su celda, por comprender que era disposicion divina y no debia negar al Señor este sacrificio. El aroma con que por su posicion elevada le regalaba el mundo, hizóle siempre verter lágrimas, considerando la pequeñez de su persona y la grandeza de su Dios á quien trasmitia todo género de alabanzas. Vacó luego el ministerio del convento de Toledo, y su comunidad le eligió por ministro, de cuya aceptacion no podia excusarse por el precepto de obediencia, y en la primer vacante de provincial, le nombraron los electo-

res por superior. Despues pasó el siervo de Dios al reino de Portugal á visitar los conventos de la Religion fundados allí, empleándose en fomentar el celo de sus religiosos para la recoleccion de limosnas de la redencion de cautivos. Allí fué muy bienquisto del rey D. Dionisio y de su mujer la santa reina Doña Isabel, por haber descubierto en él un raro dechado de virtudes y de perfeccion, y le rogaron se quedára en su reino, pero no pudieron conseguirlo, excusándose Fr. Domingo con razones de humildad. Vistas estas, apelaron aquellos reyes á otro medio más eficaz para su propósito. Vacó por entónces la mitra del arzobispado de Braga, primado de aquel reino, y le brindaron con ella; mas constante en su humildad y motivos alegados, dió con política nueva repulsa, sin darles por tanto forma de obligarle á admitirla. Despues pasó á Castilla á continuar el cumplimiento de su obligacion religiosa, y fué tan bien recibido de todos como el siervo de Dios habia deseado, especialmente por el Catolico Rey, que le agradeció la resistencia opuesta en Portugal; pues aunque su humildad nada reveló de aquel suceso, llegó sin embargo á oidos del Rey. Este le brindó tambien con otras mitras en Castilla, creyendo que por ser en su patria no opondria resistencia; pero continuó firme en su virtud sin dar abrigo nunca á tales honras. Prosiguió, pues, en su obra de la redencion de cautivos, procurando el aumento de sus caudales y logrando varios privilegios para la Religion, así que dispuso una nueva redencion copiosa, para la cual se valió del Padre Fr. Antonio de Pliego, que pasó á Argel y rescató doscientos cincuenta cautivos. Estos loables y heróicos ejercicios de caridad cristiana merecian seguramente los premios de la eterna vida, y su Divina Majestad le llamó á sí por medio de una recia enfermedad que le cortó la vida en Toledo su patria. — C. de la V.

PARDO (Sor Felícitas). Esta madre fué una de las piadosas fundadoras del convento de S. José y de Sta. Tecla, de la órden de S. Agustin de Valencia, instituido por un noble ciudadano, vecino de la misma, llamado Gerónimo Portuoles y Blas, que con el P. Fr. Andrés Zacam habia fundado tambien un convento de religiosos Agustinos Observantes en la Huerta de Valencia. Estableció primero á las monjas en el monasterio de S. José, junto á la puerta de los Tintes; pero no perseveraron mucho en este lugar por la clase de vecinos que le rodeaban, siéndoles forzoso pasar á la iglesia de Santa Tecla, en medio de la ciudad y en la calle del Mar, para lo cual les ayudó mucho un canónigo muy afecto á la religion. De dicho convento fué la madre Sor Felícitas la primera priora. Era natural de Valencia; ignórase si salió del convento de S. Julian ó del de la Esperanza para fundar el de Santa Tecla: lo que se sabe es que resplandeció en todo género de virtudes y en santidad, por lo cual mereció que el Rmo. P. Fr. Cristóbal Patavino, á

instancia de las mismas religiosas la confirmase en priora perpétua de dicho monasterio de Sta. Tecla en 24 de Noviembre de 1561, como consta de los registros de la Orden. Gobernó con prudencia, religion y celo de la observancia, hasta que el Señor, llena de años y de merecimientos, se la llevó á su eterno descanso el año de 1569. El P. Herrera hace honorífica mencion de esta religiosa en su *Alfabeto augustiniano*, y el P. Jordan la dedica otro artículo en su *Crónica de Aragon*. Era notable una preciosa joya que tenia el convento de Sta. Tecla, el calabozo en que estuvo preso S. Vicente, mártir, en el cual habia una imágen del Santo, de piedra mármol, muy grande y de admirable ejecucion, y de singular devocion para los fieles, y otras muchas preciosas reliquias de dicho Santo; S. Sebastian, mártir; Sto. Tomás de Villanueva; Sta. Margarita, vírgen y mártir, y un gran pedazo de brazo de Sta. Tecla. — O. y O.

PARDO (D. Francisco), canónigo de la Puebla de los Angeles, en América. Vivió y murió con opinion de heróica virtud y santidad. —C. de la V.

PARDO (Gaspar), sacerdote profeso de la órden de Santiago, natural del obispado de Palencia, prebendado en el de Jaen, cautivo en Oran y rescatado por los PP. Trinitarios. Estando celebrando misa, de repente llegaron dos turcos con ánimo depravado, sin querer dejarle concluir el santo sacrificio. Daban grandes voces diciendo que el Divan le llamaba para valerse de él, y con su persona allanar la dificultad de traer á Argel un renegado llamado Ramadan Arraez, que estaba cautivo en Nápoles. Las lágrimas de los benditos Trinitarios pudieron lograr de los turcos dejáran terminar la misa, mas no consiguieron impedir el que despues le llevasen á la casa del renegado para dar consuelo á su mujer, y que en su presencia le cargasen de hierro, notificándole la sentencia de que si no traia á su marido habia de morir á sus manos No hubo medio para que el Divan la revocase, hasta que el sacerdote ofreció hacer la diligencia, y el santo P. Monroy les dió seguro, firmado por su mano, de que el rescatado no huiria. Así le permitieron anduviese sin cadenas por Argel, que es el mayor triunfo que pudieron alcanzar. — O. y O.

PARDO (P. Fr. Jacinto). Este entendido, estudioso y aventajado teólogo nació en Cuéllar, y tomó el hábito en S. Pablo de Valladolid, donde por sus buenas cualidades fué muy sentida su marcha á las Islas Filipinas, porque se habia hecho querer de todos sus compañeros. Antes de llegar á la provincia de Nueva Segovia murió el compañero con quien iba Fr. Jacinto; pero tuvo feliz viaje con otros religiosos, y sirvió mucho al Señor en la conversion de los infieles en aquella tierra cuyos habitantes eran gente muy feroz y amiga de inquietudes y de guerra. En Nueva Segovia aprendió la lengua de la provincia con tanta perfeccion, que fué el primero que compuso el arte

de ella. No contento con esto, porque en el pueblo donde vivia en la Irraya, llamado Tuguerao, aunque entendian y hablaban la lengua comun y general, tenian otra particular suya, con la cual oian y respondian con más gusto; la trabajó y aprendió movido por su celo evangélico, y en la creencia de que así los atraeria más fácilmente á la fe de Cristo, y sin que tuviera en cuenta que aquel trabajo era propio para dicho pueblo, y aún más sin advertir cuán ingratos eran sus moradores, como pronto debió conocerlo, pues matáronle á la persona que le cuidaba, y en seguida, por querer concertarlos y componerlos, le previnieron saliese del lugar. No lo hizo así el P. Jacinto á pesar de muchas amenazas, y pronto cayó enfermo, terminando su vida en breves dias. Las gentes creyeron, y las personas entendidas lo confirmaron, que los indios le habian dado un veneno por que no predicase más, ni con su elocuente palabra lograse su conversion. Murió el P. Jacinto el dia de las Once mil Vírgenes, el año de 1604.—O. y O.

PARDO (Fr. José). Fué natural de Játiva é hijo de muy honrados padres. No sabemos nada acerca de su vida ántes de tomar el hábito de S. Gerónimo en el convento de la Murta, en Valencia; y despues solo podemos dar ligerísimas noticias, que se refieren más bien al tiempo de su muerte, pero que sirven, no obstante, para formarse una idea aventajada de su virtud, y sobre todo de su paciencia. Permitió Dios, para probársela, que estuviese enfermo padeciendo agudísimos dolores y en cama por espacio de diez años, sin que salieran de sus labios otras palabras que las precisas para bendecir á su Criador, que habia sido servido de mandarle tantos padecimientos. Efecto de los dolores fué quedar tullido, con las piernas tan encorvadas, que no podia servirse de ellas, ni aun fué posible enderezárselas despues de su muerte.—G. P.

PARDO (D. Juan Diaz). Insigne capitan, cuyo valor era bien conocido en el Archipiélago Filipino, por haber sido uno de sus famosos conquistadores; el cual, llevado de su mucha devocion, condujo en un navío á China al santo Fr. Pedro de Alfaro y á sus compañeros de religion; y renunciando sus encomiendas y todos los bienes perecederos del mundo, trocó las honras por el estado de lego, siendo primogénito hijo de la provincia de S. Gregorio, á cuya custodia dió su nombre de Juan en la profesion de religioso, mudando en el de *Pobre* los apellidos de *Rico*. Ya religioso, fué despachado para morador de Macan por Fr. Pablo de Jesús, segundo custodio, y salió de Manila en Marzo de 1582. Padeció durante la navegacion no pocos contratiempos y trabajos, hasta que en las costas de China se hizo pedazos el navío, saliendo á tierra los que pudieron á nado, siendo Juan Pobre uno de los dichosos. Habiendo buscado un barco chino, con él llegaron á Macan no sin sobresaltos, que fueron mayores al entrar en el convento y ver apri-

sionado á su prelado, los recien profesos desconsolados, y á algunos de los novicios arrepentidos. No le faltó, sin embargo, en esta ocasion el esfuerzo de valeroso soldado para conquistar los ánimos, y como si fuese S. Pablo, procuró con sus palabras de fervor reducir á sus hermanos á seguir las doctrinas que de santos varones habian recibido, tratando tambien con el mayor denuedo de convertir á la ciudad y repúblicos, afeando lo que habian hecho. Conocíanle en Macan como militar valiente y aguerrido; pero desde entónces le admiraron como buen religioso, pues cuando reprendia sus excesos, acompañaba los ejemplos de humildad y mortificacion. Volvió á Filipinas á dar cuenta al prelado de sus trabajos, y despues hizo un viaje al Japon, acompañando á un antiguo amigo suyo. Su entrada en esta region produjo buenos resultados á su santa provincia; pues apreciadores sus habitantes de las virtudes del religioso franciscano, de su desnudez y pobreza, no se saciaban de verle y áun de admirarle, en el momento que teniendo noticia de que habia sido muy valeroso, rico y honrado, lo habia renunciado todo por servir á Jesucristo, segun así lo hacian todos los religiosos del Orden Seráfico. Invitáronle á que llevase otros compañeros y se estableciese allí con ellos; mas Juan no pudo condescender á sus ruegos á causa de estar entónces muy vigente un breve de Gregorio XIII que los RR. PP. de la Compañia habian ganado, para que solo ellos pudiesen entrar en aquella provincia. A pesar de esto, habiendo vuelto á Manila desde el Japon gran número de personas y comerciantes, buscaron á los religiosos franciscanos para ser administrados en el pueblo de Dislao, movidos por el conocimiento de la religion que por medio de Juan Pobre habian adquirido. Al cabo de medio año, cuando supo que en Macan habia nuevo gobierno, y que su desterrado prelado Fr. Juan Bautista Pisaro estaba ya en su convento, trató con su amigo del regreso, que le hicieron muy feliz, y con no poca satisfaccion luego que vió las mejoras efectuadas en la santa casa, cuyo abandono fué la principal causa de su alejamiento. — O. y O.

PARDO Y GAYANGOS (Mtro. Fr. Diego de), natural de Burgos, segun el Necrologio Trinitario. Desde su más tierna edad fué criado en el santo temor de Dios, siendo llamado luego por la Trinidad Beatísima á su santa religion, cuyo hábito recibió en su misma patria en el convento de la Orden. En su claro proceder pudo bien pronto notarse lo espontáneo de su vocacion, olvidando de todo punto los resabios del mundo y abrazado á la cruz de la penitencia: en esto fué su celo extremado y frecuente. Cobró desde luego tanto amor al instituto caritativo de su religion, y tanto compadeció las desgracias de los miserables cautivos en poder de los moros, que deseó darles por sí mismo algun auxilio para su rescate. Al efecto aprendió á bordar para hacer, luego que se hallase práctico, algunos escapularios, y des-

pues los repartió entre los fieles, recolectando de estos diferentes limosnas, que daba al procurador de cautivos con aquel fin, ó bien las entregaba á uno de los padres destinados á las redenciones, por cuyo medio lograba Fr. Diego alguna diversion en el contínuo afan que traia de la imitacion de Cristo, desahogando un tanto su encendida caridad. Luego que profesó destinóle la obediencia al estudio de la filosofía, haciendo en Salamanca el de sagrada teología, y en ambas facultades alcanzó tanto éxito, que pudo enseñarlas, como en efecto las enseñó, con resultados brillantísimos. Hechas las diligencias estrechas que pedian los estatutos de aquellos tiempos para obtener los grados, fué tomándolos progresivamente sin impacientarse como algunos acostumbran, pues que si los recibia era tan solo por darse con gusto á la obediencia que así se lo ordenaba. Por el año de 1496, siendo aún lector en Salamanca, fué elegido como uno de los cuatro definidores que nombró el capítulo provincial celebrado en Badajoz el dia 6 de Mayo, en el cual salió tambien electo provincial el V. Palacios. Ya condecorado el siervo de Dios con el grado de maestro, le mandó la religion que sirviera el oficio de ministro de Burgos; siendo de notar que empezase el V. Gayangos por donde otros acaban. Poco ántes de que se le encomendára la guarda de sus ovejas, hizo por sí mismo dos redenciones, la una en Argel, donde puso en libertad ciento cincuenta cautivos, y la otra en la misma ciudad, libertando á doscientos. No le hizo olvidar este buen deseo su ocupacion de ministro, ántes bien se enfervorizó más, y tercera vez pasó al Africa, rescatando otros ciento cincuenta. Consta de instrumentos auténticos que ya era ministro en Burgos el dia 8 de Enero de 1509, concurriendo como tal al convento de Toledo para dar la obediencia quieta y pacífica al V. Mtro. Fr. Francisco de Palacios, provincial nombrado y no admitido hasta entónces por todos los vocales. En el año de 1518 fué electo provincial el V. Gayangos, y parece que su eleccion, que tuvo lugar en Málaga, fué hecha fuera de tiempo, pues segun la regla debia celebrarse el capítulo en las octavas de Pentecostés. No excedió el venerable los límites del oficio de provincial que habia jurado, y en los tres años que le ejerció hizo cosas muy plausibles, dejando á sus sucesores grandes ejemplos de imitacion. Observó é hizo observar estrechamente la regla y demás estatutos y observancias de la religion, poniendo igual cuidado en el rescate de cautivos, aunque sucedió un caso fortuito que le estorbó algun tiempo tan gloriosa expedicion. El lance se debió á la soberbia del turco, insolente con tanta victoria como el Señor le habia permitido alcanzar sobre los cristianos, en castigo ciertamente de las ofensas que estos cada dia inferian á su Divina Majestad. Para traer á raya tanto furor, se hacia menester el reunir gruesas sumas para mantener el ejército católico, sustentando las personas y caballos, y cuidando de la provision y

conservacion de las armas. Leon X tomó con este fin diferentes arbitrios, siendo uno de ellos el que se publicase en España la cruzada, suspendiendo entre tanto cualesquiera otras bulas é indulgencias, para que su producto fuera más copioso y más crecidas las limosnas; por cuyo motivo quedó algun tiempo en suspenso la práctica de las redenciones, con grave detrimento de los infelices cautivos, ingresando todas las limosnas destinadas á los rescates en un fondo aplicado á la represion de los bárbaros. Así lo dijeron el Sr. Rey D. Cárlos V y su madre Doña Juana, en su Real privilegio otorgado á favor del V. Provincial Gayangos, que está fechado en Zaragoza á 11 de Diciembre de 1518. Desaparecidas luego las causas que embarazaban la redencion, volvieron las cosas á su estado normal, y hubo caudales suficientes para rescatar los cautivos que existian en Mazalquivir, pasando al Africa por sí mismo el venerable Provincial, y alcanzando libertad para cuatrocientos esclavos, junto con algunos socorros y alivios que pudo dar á los restantes, á quienes consoló con la idea de ser libres en otra ocasion no muy remota. Despues tomó la vuelta de España con tan gloriosa falange, recibiendo por ello los parabienes de ambas majestades. Al ver los fieles cuán abundante fruto producian sus limosnas, se alentaron para darlas muy más copiosas; y al efecto de su recoleccion, prévia licencia del Sr. Rey D. Cárlos V, determinó el Provincial que algunos de sus religiosos circulasen acompañados de los cautivos por todas las ciudades principales del reino, predicando y exhortando á los fieles á tan santa y caritativa contribucion. Junta ya una fuerte suma, nombró el Provincial en el siguiente año (1519) los religiosos que estimó convenientes para tan santo empleo, siendo elegidos, entre otros, los venerables padres Fr. Ignacio de Bilbao, ministro que era en Salamanca; Fr. Hipólito del Rio, Fr. Antonio de S. Vicente y Fr. Juan de Monzon, etc., los cuales pasaron á Fez, y allí encontraron abundante cosecha. Trataron, pues, de los precios en que los moros estimaban sus esclavos, y hallaron ser menores las cantidades que llevaban que el número de cautivos expuestos manifiestamente á renegar de la santa fe católica. Lloraron nuestros venerables aquel contratiempo y el peligro que no podian conjurar, amenazante ya en los cuerpos de sus desdichados hermanos; y tanto pudo en ellos el santo y venerando amor á la fe, por la cual sentian inflamarse sus corazones, que resolvieron unánimes exponer sus vidas ántes que tolerar el que se perdiese un alma tan sola. Al efecto, y desechando todo temor á los peligros en que pudieran dar ellos mismos, hablaron con el Rey y los interesados, y propusiéronles que les fuesen entregados hasta quinientos cautivos, estando, por su parte, dispuestos á quedarse en rehenes por la cantidad que faltase, hasta llegar nuevos caudales suficientes á cubrirla por entero. Aceptaron los moros la propuesta, y hallaron

ser la suma que faltaba, hasta el completo pago de los quinientos cautivos, la cantidad de ocho mil ducados; quedáronse, pues, los religiosos, y dieron luego en España los quinientos cautivos. Mas ¿habremos de creer por eso que permanecieron los venerables padres entregados al ocio? ¿Y cómo pudieran tampoco, á vista de aquella tierra tan fértil en cristianos frutos si hallase jugo para nutrirse, y tan árida por la escasez del rocío divino? Trataron seguramente de cultivarla, procurando limpiarla de toda zizaña; y al efecto se prepararon con la oracion, rezando en coro el oficio divino, y sembrando despues con prudencia la divina palabra, principalmente con ánimo de que no pereciesen los redimidos del pecado original por las aguas del bautismo, y como incidentalmente para ganar las almas de los gentiles, al modo que lo usaron los santos Apóstoles. Con este arte y auxilio poderoso del cielo cogieron grandes presas, que ofrecieron contentos al Rey de los cielos y de la tierra; mas tales y tan heróicos actos de virtud y caridad cristiana, sin embargo de la prudencia empleada, á fin de no arriesgarlo todo en un dia, no pudieron pasar tan en silencio, que no trascendieran al público. Los más fanáticos y ciegos de entre la morisma clamaron contra nuestros religiosos, diciendo que conculcaban su ley, y que, segun las trazas, si hubieran de perseverar en su conducta, no tardarian los moros en desertar, ó por lo ménos sería muy corto el número de sus creyentes. Los morabutos, que eran hechuras suyas, clamaban tambien justicia, sin satisfacerles el que dejasen de predicar los venerables, y pedian se ejecutase en sus personas un cruel castigo, como el quitarles la vida para escarmiento de los que viniesen despues. Esta noticia, sin embargo, atravesó cual dardo cruel el pecho del bárbaro que gobernaba en Fez, porque si bien deseaba satisfacer el gusto de sus moros, enfrenábale la codicia todo instinto inhumano, temiendo que con la muerte de los religiosos nunca entrasen en sus gavetas las cantidades que se le debian. Tambien añadió á esta consideracion el conocer cuán horrible hallarian los cristianos su conducta, no enviando, por tanto, nuevos religiosos para hacer redenciones; y así fluctuaba entre encontrados pareceres, sin atreverse á resolver cosa que no le originase grave pesar. Por fin, determinó darles una reprension bastante dura, mandando desde luego que fuesen encerrados en lóbregos calabozos, cargándoles además de pesados hierros, y separándolos unos de otros, juzgando de este modo satisfecho ya el agravio. Excusado será añadir si los siervos de Dios recibieron complacidos la noticia del comienzo de sus penas corporales, pues que por ellas tan gran número de almas habian rescatado del poder del demonio; si alguna afliccion sintió su espíritu, debia únicamente ser por la imposibilidad en que para lo futuro se hallarian de hacer nuevas conquistas. Al pié de la letra fueron cumplidos los decretos del bár-

baro, añadiendo á las prescritas mayores penas que las que meditaba la sinrazon, deseado hubieran hallar juntos los dos extremos de vida y muerte para satisfacer ambas necesidades de su cruel espíritu, esto es, el odio que hácia los venerables tenian y la codicia de los caudales que pudieran perder. Llegada á España la noticia de los trabajos que padecian los religiosos, celebró contento el Provincial el ánimo varonil que ostentaron sus fieles súbditos, junto con su caridad y constancia en la santa fe; y si bien deseó dar pronta y cumplida satisfaccion de los caudales que se adeudaban, no hallaba medio de verificarlo por haber quedado todo tan exhausto; y no pudiendo tampoco encontrarlos á préstamo, pues que con la codicia de los flamencos no quedó en España moneda alguna. En caso tan grave tomó por arbitrio el Provincial, junto con otros prelados, practicar la doctrina de S. Ambrosio, reducida á ser lícito vender los vasos sagrados para el rescate de cautivos; y así se ejecutó entónces, reservando únicamente las cruces, cálices y ornamentos sagrados precisos para la celebracion del santo sacrificio. Todo se remitió al punto á Fez, y ya pudo templarse un tanto el odio mortal de los moros, pues les permitieron regresar á España, lo que pusieron por obra, en justa obediencia al Provincial, que así se lo ordenaba. Por este tiempo, en que gobernaba la provincia el V. Gayangos, empezaron las turbulencias en Castilla, nacidas principalmente de la ausencia del Sr. Rey D. Cárlos V, electo emperador de romanos y príncipe jurado de estos reinos, si bien algunas otras causas pueden añadirse como consecuencia de la primera. Los comuneros alborotaron tanto el reino, que á todas sus ciudades llegó la consternacion, cabiéndole, entre otras, á Burgos tan lamentable desgracia; dos hombres de ínfima condicion, llamado Bernal de la Rija el uno, y otro nombrado Anton, cuchillero de oficio, pusieron la ciudad á punto de caer en una sima profunda. Ambos infelices levantaron el grito de libertad, hicieron que se alzase el comun, y pusieron justicias, quitando las que la ejercian en nombre del monarca; esto sucedió en tan noble y leal ciudad en 1.° de Junio de 1520. Al principio merecieron atenciones algunos vasallos leales que desearon apaciguar el tumulto, contándose entre ellos el Condestable de Castilla D. Iñigo Fernandez de Velasco, el cual, con órden que recibió del cardenal Adriano, gobernador del Reino, tomó el gobierno de la ciudad con aplauso comun, y empezó á sosegar el motin; mas duró poco su mando, pues sospechando los sediciosos que el Condestable obraba con doblez, perdiéronle el respeto, y le pusieron en apretado lance, obligándole á salir de la ciudad y pasar á Bribiesca con toda su casa y familia. En medio de tanto trabajo infundió el Señor en el ánimo del V. Gayangos, presente á la sazon en Burgos, la idea de emplear su prudencia y virtud en templar los enconos é inculcar la vuelta á la obediencia

del Rey, admitiendo nuevamente sus ministros. Para el feliz logro de tan delicado asunto procuró ganar las voluntades de los capitanes y caudillos de los desgraciados comuneros, y hablándoles al alma, les dijo cuánto obsequiarían á su Dios y Señor desistiendo de aquel empeño: tanto más y con tales razones les diria el venerable Padre á este propósito, que le dieron palabra de abandonar la empresa, empeñándola á su vez el siervo de Dios de mediar con el Emperador para que no tomase en cuenta sus enormes culpas en contra de ambas majestades. Todo volvió desde entónces á serenarse, hablaron los jefes con sus parciales, comunicándoles las palabras del venerable Provincial, á quien tenian en concepto tan elevado, y dieron unos y otros el asunto por terminado, ocasionando de aquélla suerte la vuelta del Condestable al gobierno de la ciudad. Tan señalados servicios como el venerable Provincial hizo á la causa de entrambas potestades, merecian seguramente alguna recompensa, y quiso la majestad del Sr. D. Cárlos V premiarle con el obispado de Jaen, vacante por muerte del gran D. Alonso Suarez de Fuente el Saz. Aunque estimó el venerable Provincial la honra del César, se excusó humildemente de admitirla, dando con su negativa lugar á una delicada porfía entre el señor y el vasallo; mas venció éste por fin y el monarca quedó admirado de tanto desinterés, pidiendo en lo sucesivo al venerable sus oraciones y fiando á su cuidado los negocios más árduos. Más tarde quiso el Emperador traerle á su lado para mejor contemplar su virtud y sabiduría, y aunque con interior repugnancia, vencióse por si le fuera posible utilizar mejor sus servicios en favor de la Iglesia, tan agitada en aquellos tiempos con bárbaras y repugnantes herejías, nacidas en Alemania, y que amenazaban invadir á toda Europa. Pasados algunos años, solicitó permiso del Emperador para retirarse á su celda, y tratar con la Majestad Divina en asuntos de su alma por contemplar vecina la muerte: el Emperador no supo negársele, aunque sintió perderle. Cuando el venerable Padre se vió en su nido, no cesó de dar gracias á Dios porque le habia libertado del torbellino mundanal: á este propósito decia con el rey David; ¿quién me dará alas de paloma para volar á la patria, y descansar libre de los resabios de la tierra? Oyó el Señor sus ruegos, y dióle á entender que tenia próximo su fin, con cuya nueva redobló sus ansias y vigilias para lograr mayor purificacion en su alma. La debilidad de sus fuerzas físicas fué seguro presagio de hallarse cerca el dia para él tan deseado; y purificándose aún más por el sacramento de la penitencia, fortificó despues su alma con los otros sacramentos. Encomendó á sus muy queridos hijos en el Señor la caridad, ya para con sus hermanos, ya para con los pobres enfermos y desdichados cautivos, y les hizo muchas otras exhortaciones encaminadas á desearles la mayor perfeccion. Cumplidos estos deberes, y más tranquila ya su alma por hallarse dispuesta á trocar

las miserias y peligros de la la vida temporal por las delicias y placeres de la eterna, voló su espíritu á las regiones celestiales. El Necrologio Trinitario pone en el dia 21 de Marzo el tránsito de tan insigne varon, y hay fundamentos para creer que sucedió en el año 1536. Su muerte fué universalmente sentida, especialmente por el monarca y su corte, y tuvo despues grandes admiradores de sus virtudes y ejemplos de santidad, siendo crecido el número de escritores que se han ocupado de tan insigne y justificado varon.—C. de la V.

PARDO y Monteagudo (V. D. Cosme Pascual), presbítero y prebendado de la catedral de Sevilla; murió á la edad de setenta y cuatro años el dia 21 de Enero de 1712. Predicó su sermon fúnebre el Mtro. Fr. José de Muñana, dominicano y rector del colegio de Sto. Tomás de la misma ciudad, en las honras que se le hicieron en 5 de Febrero del año referido. En la dedicatoria que el Mtro. Fr. Sebastian Olivares, catedrático tambien de Santo Tomás, hizo al cabildo de Sevilla, llama en dos diferentes lugares *venerable* la memoria del Sr. Pardo, y este mismo dictado le da el P. Fr. Manuel de S. Lorenzo, rector de los Remedios de Sevilla, en su aprobacion, y añade: «Todo cuanto esta oracion contiene son ejemplos de heróicas virtudes, que »practicadas por el *venerable* señor á quien tienen por objeto, le labraron »la corona más apreciable, y referidas por su orador son para todos de sin»gular utilidad. Lo verídico de su relacion á nadie consta mejor que á mí, »porque habiendo conocido y tratado muy familiarmente al Sr. D. Cosme, »tuve muchas ocasiones de experimentar en su trato las muchas virtudes »que de él se refieren en esta oracion, especialmente en lo que mira á su »generosa piedad..... En su fallecimiento perdimos un padre comun, un »eclesiástico ejemplarísimo, un varon adornado de todo género de virtu»des..... Aseguro que fué nuestro difunto en ilustrar la perfeccion con su »ejemplo de lo muy raro, y más en nuestro siglo, cuando estamos á la vista »de tan notable corrupcion de costumbres.» Y al concluir su censura afirma: «Mucho pudiera decirse en alabanza del venerable difunto.» En otra aprobacion asegura el regente de Sto. Tomás, Mtro. Fr. Francisco Jimenez, que cuanto se refiere del P. Muñana «está expresado con toda la verdad y propiedad en esta oracion: y para que permanezca más viva la memoria de un sacerdote y prebendado tan ejemplar, y sean imitadas sus virtudes, es de sentir que se dé licencia para imprimirla.» En el sermon entró á demostrar que el venerable difunto siguió los tres caminos, *via Dei pax*, *via Dei humilitas*, *via Dei patientia est*, para llegar al término de su salvacion eterna. Sobre el primero cita un lugar de S. Agustin, donde dice que consiste la paz en la serenidad de entendimiento, tranquilidad de ánimo, simplicidad de corazon, vínculo de amor y compañía de la caridad, y hace ver

por estas propiedades que el V. D. Cosme siguió el camino de la paz. «Nunca le perturbaron (dice) las adversidades, jamás le mudaron las mu»danzas de los tiempos; en el gozo y en el pesar era uno su semblante, ma»nifestando paz por la serenidad de su entendimiento. Ofreciéronsele mu»chas ocasiones en que la cólera y la ira pudieron descomponerle, y nunca »se descompuso, porque su paz era tranquilidad de ánimo. No pronunció »palabra de enojo contra alguno, no dió oidos á murmuraciones, no se »persuadió á que habia engaños en los hombres; túvolos á todos por bue»nos, porque su paz fué sencillez de corazon. Que la paz le fuese vínculo de »amor lo manifiesta el que tuvo á su prójimo, ejercitándola desde sus pri»meros años hasta el fin de su vida.» Criado en casa de un tio suyo, canónigo de Palencia, desde que era niño, cuanto aquel le daba lo repartia entre los pobres; y cuando llegó á manejar el caudal, y el tio le preguntaba por el estado en que le tenia, respondia: *Ya se van remediando los pobres.* Pasó á servir al Sr. Carrillo, arzobispo de Santiago, por muerte de su tio, y ejerció el oficio de limosnero, estrechando el vínculo de su amor con los pobres. En Sevilla sirviendo al arzobispo Espinola, fué á un mismo tiempo administrador de los dos hospitales del Amor de Dios y del Espíritu Santo; y sirvió á los pobres enfermos con tanto amor, que les dejó reparadas las quiebras de sus caudales; y para llevarlos á la enfermería armó una calesa. En todo el tiempo que tuvo casa aparte, proveyó que sobrase comida para tres ó cuatro pobres al dia; y en los años de lluvias, hambres y epidemias, daba de comer á doce ó catorce. Por espacio de dos meses estuvo cerrada la casa de los niños expósitos; y no habiendo quien admitiese el cargo de hermano mayor de su ilustre hermandad, le admitió el Sr. D. Cosme y solicitó tantas limosnas, que pudieron decir aquellos desamparados con el Profeta: *Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus assumpsit me.* A algunas familias pobres y honradas les pagaba la casa y las sustentaba, y á otras les daba cada mes sus competentes situados; á muchos pobres vergonzantes daba cada dia el situado correspondiente á sus personas y necesidad. Ninguno que le pidió limosna, se fué sin ella; en su casa dejaba prevenido el dinero para que fuesen socorridos cuantos llegáran; y advirtieron los de su familia que sacando con mucha frecuencia y abundancia, nunca se agotó su gaveta. —El trigo que le pertenecia lo repartia entre los conventos pobres de religiosas todos los años; á algunos hacia entre el año especiales limosnas de dinero. En la hambre y epidemia de 1709 vendió un poco de plata que tenia, buscó prestado mucho dinero, y socorrió á innumerables pobres; vistió enteramente á doce, y para abrigar á otros, deshizo las cortinas de sus ventanas y puertas. Cita el orador varios casos de enfermos desfallecidos, que á toda costa curó en su casa misma

con médico y exquisita asistencia, y sanos ya despues de mucho tiempo, los vistió y puso á servir en casas honradas y de caudal. Díjole en una ocasion un familiar suyo que no gastase tanto, pues iban creciendo las deudas y se pasaria mucho tiempo en pagarlas, y le respondió: «¿Me aconsejais que no dé limosna? No le ha de favorecer Dios..... » En la manifestacion del premio de sus limosnas, me persuado dispuso Dios este suceso. Llovió la mañana del 22 de Enero, en que fué sepultado el cadáver de Don Cosme, si podemos llamar cadáver á su difunto cuerpo estando tratable despues de veintiocho horas de su fallecimiento, sin causar horror su semblante, ántes sí veneracion y respeto; y habiendo dispuesto esta santa iglesia fuese traido á la capilla de S. Laureano, para desde allí comenzar las ceremonias del oficio de sepultura, y no hallándose coche alguno en la plaza de la Lonja, donde estaba su casa, preguntó un mozo que en qué le habian de traer, y alzando la voz todos los pobres, que en copioso número habian concurrido con lágrimas y sollozos á despedirse de su padre amado y á pagarle con sus bendiciones, dijeron: nosotros le llevaremos; y echando mano á la caja los seis más fuertes, le llevaron en sus hombros y los demás acompañaron sin dar lugar á que llevase otro acompañamiento. Todos los que le conocieron desde que entró por familiar del Sr. Espínola, entónces obispo de Oviedo, testifican fué siempre dado á la oracion mental y al divino culto en diferentes ejercicios de religion que ejecutaba cada dia. Rezaba con su familia el santísimo Rosario todas las noches, y levantándose á las tres de la mañana estaba en oracion mental mucho tiempo, concluyéndola con muchos suspiros y lágrimas: rezaba luego diferentes salmos y oraciones, estando á todo esto ante una imágen de Jesús crucificado... Llamaba despues á su familia, íbase á la iglesia, y habiendo hecho oracion al Santísimo Sacramento, decia Misa con gran fervor. Asistia á todo el coro, siendo el primero en entrar y el último en salir, y en los treinta y cinco años que fué prebendado no consumió sus recles, ni faltó al coro diurno y nocturno sino por enfermedad, aunque las aguas y los vientos fuesen intolerables. No admitia ocupacion que pudiese estorbarle esta asistencia, y si alguna visita le detenia, la despedia pidiéndole licencia para cumplir con su obligacion. Visitaba las más de las capillas de esta santa iglesia todos los dias; miéntras comia se le leia la vida del Santo que aquel dia era celebrado, y en la cuaresma al comer y á la colacion se le leia la pasion de nuestro Señor. En las octavas de Corpus y Concepcion, y en los tres dias de Carnestolendas, asistia ante el Santísimo Sacramento sin acordarse de ir á comer..... En la última enfermedad, luego que se agravaron los accidentes, dijo: *Ya llega la hora de morir*, y con gran paz se dispuso para ello, recibió los santos sacramentos, uniéndose su voluntad con la de Dios por la caridad y ejercitan-

do la virtud de la religion..... Raras veces tomaba en las manos el dinero, y en una ocasion se ennegreció las manos, y viniendo el capellan que de ordinario lo recibia, le dijo: «Mire cuál me he puesto, ¿que haya quien esto guarde?» Huia los convites: siempre vistió lana; más de cuarenta años le sirvió la ropa que traia: su casa fué pequeña y no tuvo alhaja de exquisito valor. Muchas veces se puso sobre el lugar donde fué sepultado diciendo: «Aquí quisiera yo enterrarme.» Tenia enfrente de su cama la figura de la muerte, y así despreciaba la temporal opulencia..... Usaba diferentes cilicios; dábase fuertes disciplinas; era en el comer y beber muy parco; ayunaba todos los viernes y sábados, y cuando por necesidad comia carne, guardaba la forma del ayuno. Sabíale bien el chocolate, y gustaba del tabaco de polvo, y por mortificarse se abstuvo de estas dos cosas repentinamente. — No se le oyó una palabra descompuesta: fué admirable su recato y modestia, y por ella el V. Espínola le instituyó por maestro de sus pajes..... Tuvo, pues, la paz en esta vida por haber subyugado la carnal concupiscencia: *Via Dei pax.* Acerca del segundo camino que es la humildad: *Via Dei humilitas*, dice el orador: Fué el Sr. D. Cosme hijo legítimo de padres tan nobles como descendientes de los castellanos de la villa de Bes, en el reino de Murcia..... Supo con erudicion las letras humanas, filosofía y teología: tuvo especial don de consejo, fué amado y venerado de los virtuosos, doctos y nobles, y nada de esto le suponia cosa alguna. Llegó á estar su manteo tal que los de su familia le dijeron era contra la dignidad de su iglesia salir con él á la calle; y así cuando iba á alguna visita, le pedia á su paje, prestado el suyo, diciendo que para quien era, cualquiera cosa le bastaba. Y si el verdadero humilde se juzga el peor y el más ínfimo de todos, como enseña Santo Tomás, no podemos negar que el Sr. D. Cosme fué verdaderamente humilde. Sigue concluyendo con el tercer camino que es la paciencia: *Via Dei patientia est.* Estando en la cuna, de pocos meses, se le inflamaron los ojos, y habitualmente padeció este accidente toda la vida. Llagáronsele las piernas y andaba con mucho trabajo: padeció muchas y molestas enfermedades, y por más de un año ántes de morir estuvo baldado, y nunca se quejó ni mostró trizteza; ántes él siempre estuvo con semblante alegre y risueño, y cuanto más agravado, segun el dictámen de los médicos, decia estaba mejor. — O. y O.

PARDO MONZON (D. Juan), de la casa antigua de los Monzones de la parroquia de Sta. María la Mayor, fué hijo de D. Pedro Monzon, contador de mercedes de S. M., y de Doña Mencía Pardo. Por decreto de 13 de Agosto de 1637 se le hizo merced del hábito de Santiago, que el Real Consejo de las Ordenes le mandó dar título en 29 de Agosto. Vistió la beca del colegio mayor de S. Ildefonso, y fué rector de la universidad de Alcalá de Henares, de

donde salió para alcalde de la Audiencia de Sevilla, y lo era ya el año de 1649. De allí pasó á oidor de la de la Coruña, y despues al Consejo Real de Hacienda, que sirvió hasta su fallecimiento, que acaeció en Madrid, parroquia de Santa María, á 20 de Octubre de 1684. Dejó dispuesto que le enterrasen en una de sus dos capillas, la de los Monzones de esta parroquia, ó la mayor del Cármen Calzado, que labró su abuelo Juan Pardo de Arenillas, como queda dicho en su artículo; y se ejecutó en esta última. No dejó sucesion, aunque tuvo tres mujeres; la primera Doña Paula Alosa, hija del secretario Alosa, la segunda Doña Ana Margarita de Prada, y la tercera Doña Leonor María de Córdoba y Zayas.—O. y O.

PARDO TAVERA (Cardenal Juan). Disputáronse la honra de contarle entre sus hijos la renombrada ciudad de Toro y la histórica villa de Madrigal. La primera tuvo la gloria de ver nacer en el año de 1772 al que, andando el tiempo, habia de ser presidente por muchos años del Consejo de Castilla y gobernador del Reino durante las ausencias del emperador Cárlos V, el que dotado de un privilegiado talento habia de contener á raya las pretensiones injustas de los unos y prometer á todos estricta y severa justicia y bienandanza. No está la figura de este grande hombre de estado bien retratada en la historia, digno de figurar entre los más esclarecidos guerreros, hábiles jurisconsultos y célebres poetas de su época. Al poco tiempo de su nacimiento murió su padre Ares Pardo, que era natural de Salamanca, y su madre Doña Guiomar Tavera, al verle de tan pocos años, le llevó consigo á Madrigal, en donde despues de otros estudios cursó la gramática latina, volviendo despues á Salamanca, en cuya universidad aprendió la retórica y poética, atrayendo desde luego sobre sí la atencion de sus profesores por ser tan ágil como despierto, y granjeándose el aprecio y consideracion de sus compañeros por las excelentes prendas que le adornaban. Sobresalió especialmente en la lectura del derecho, y llegó su fama hasta su tio Fr. D. Diego de Deza, obispo de Zamora. Trasladado éste á la mitra de Salamanca, proporcionó la suerte al sobrino que pudiese el prelado ser testigo de su aplicacion, y reconocer por sí propio el talento é ingenio que los demás le concedian. Confirióle por lo tanto una capellanía de familia, cuando se disponia á recibir el grado de bachiller en cánones, en cuyo acto, con efecto, obtuvo el aplauso de los doctores no ménos que de sus compañeros. Ascendido á la iglesia de Palencia, pudo contar con alguna renta de este beneficio que gravitaba sobre varios pueblos, y recibió el grado de bachiller en decretos, siguiendo siempre sus estudios; no siendo tampoco gravoso desde entónces á su madre y hermano mayor, como hasta la sazon no habia podido ménos de serlo. Igualmente llegó á noticia la fama de la aplicacion de Pardo Tavera á los Reyes Católicos, y confiando en las esperanzas que ha-

bia hecho concebir, le agraciaron con una plaza de racionero en la catedral de Zamora, y de la cual no tomó posesion hasta 1499, siendo así que habíanle nombrado el año de 1494. Arreglados en la primera de dichas épocas los muchos obstáculos que se le oponian, lo verificó, prosiguiendo siempre sus tareas académicas. Apénas tomó el grado de licenciado el año de 1504, mereció que el claustro de la universidad Salmantina le nombrase su rector. Inútil es asegurar que en el gobierno de este insigne colegio literario, admitido por él con gusto y satisfaccion, mereció la general aprobacion de los catedráticos y de los discípulos. A los unos y á los otros dió contento, porque sabia sostener con firme celo sus prerogativas y exenciones. «Dió tales pruebas de rectitud é imparcialidad en cuantos asuntos se some»tian á su deliberacion, que no pudo ménos de atraer sobre sí las alabanzas »de todos los hombres distinguidos de su época, llegando la fama de sus »virtudes á la corte de Fernando V, que gobernaba los reinos de Leon y Cas»tilla por muerte de su ilustre esposa. Así escribe un autor moderno en un »recomendable trabajo acerca de este Cardenal, consignando le habia alcan»zado su tio un canonicato en la catedral de Sevilla, á la cual el mismo don »Diego de Deza habia pasado de arzobispo. Tambien le nombró chantre de »aquella iglesia metropolitana, cuando en 1506 le concedió el Rey una plaza »en la tabla del Supremo Consejo de la Inquisicion, deseando utilizar sus ex»celentes prendas. Obligóle el arzobispo á ir á esta ciudad para encargarle »el provisorato y la vicaría general de aquella vasta diócesis, y en el año si»guiente tomó posesion de semejante empleo, encaminándose todos sus cui»dados á reformar las costumbres del clero, que con las revueltas del tiem»po estaban algun tanto estragadas. Mucha reputacion adquirió en esta »época el provisor vicario por la templanza y dignidad que manifestó en »todos sus actos, y por la severidad que desplegó contra los verdaderos de»lincuentes, que á pesar de sus amonestaciones, continuaban escandalizando »á sus feligreses con el ejemplo de su mala vida.» En el entretanto permutó varios beneficios que disfrutaba con D. Pedro de la Cueva por el priorato de Aroche; dignidad de aquel arzobispado, y hubiera sin duda llevado á cabo notables obras que proyectaba, si su señor tio no le confiára la difícil mision de pasar á la corte con el objeto de que tratase con el Rey de varios importantes asuntos. Quedó prendado el monarca D. Fernando, á quien distinguia entre sus principales dotes la muy aventajada de conocer á los hombres, del carácter y talento del prior Pardo Tavera; conoció desde luego no eran exagerados los buenos informes que habian llegado á su noticia de su talento y de la rectitud de sus doctrinas, y le encomendó una visita á la Chancillería de Valladolid, autorizándole para hacer nuevas constituciones, las cuales se guardan como leyes del reino, y fueron insertas en la Nueva

Recopilacion, habiendo sido publicadas en Medina del Campo en 1515. Quedó el Rey muy complacido del modo con que desempeñó Tavera, pues ya habia dejado el apellido Pardo, tan honorífica comision, y así le recompensó, terminada la visita, presentándole para el obispado de Ciudad Rodrigo, de cuya iglesia tomó posesion en el mismo año. Quien tantas y tan constantes pruebas habia dado para mejorar y arreglar las costumbres del clero al empezar á darse á conocer, no podia ménos de continuar impertérrito esta grata tarea, la mejor para el buen cumplimiento de los santos deberes que tenia contraidos. En ella le sorprendió la muerte del Rey Católico que puso en manos del cardenal Cisneros la regencia del Reino, regencia muy fecunda y provechosa para la nueva monarquía. Tambien el cardenal Cisneros como el Monarca habia tenido diversas ocasiones de conocer y de apreciar el talento y las virtudes de Pardo Tavera. Y por esto, tan luego como empuñó las riendas del gobierno le dió muestras de su aprecio y confianza, y no solamente se manifestó pródigo en esto, si que tambien le honró consultándole en graves y difíciles negocios de estado. Cuando el Señor fué servido llevarse á su santa gloria al dignísimo cardenal Cisneros y vino á España D. Cárlos I, nuestro prelado continuó sus comenzados trabajos obteniendo los más satisfactorios y debidos frutos, y logrando, dice el escritor á que nos hemos referido anteriormente, purgar su mies de la zizaña que la corroia. «Pero los ministros flamencos, que durante el »tiempo de la regencia del cardenal Cisneros le habian conocido, no tardaron en llamarle á la corte para enviarle á la de Portugal con el objeto de »concertar el matrimonio del rey D. Cárlos con la infanta Doña Isabel. La »eleccion de la Dieta alemana que elevaba al imperio al jóven soberano, fué »causa de que éste dejase el reino en poder de diferentes gobernadores, y »la codicia de los extranjeros produjo la desastrosa guerra de las comunidades, derramando inútilmente sangre española. En 1522 fué llamado á »ocupar la silla de S. Pedro el cardenal de Tortosa Adriano de Utrech, entónces gobernador de Castilla, que se hallaba á la sazon en Vitoria, y deseando llevar consigo á la capital del orbe cristiano al obispo de Ciudad »Rodrigo, que permanecia aún en Lisboa, le hizo venir de aquella corte, sin »que lograse sus deseos, por negarse nuestro prelado Tavera á salir de su »patria.» Cuando el Emperador volvió victorioso, ganada la batalla de Bicoca y afamado con otros hechos, trató tambien de premiar los buenos servicios del antiguo prior, y le nombró presidente de la Chancillería de Valladolid, que habia reformado en vida del rey D. Fernando. Fué su conducta digna; supo granjearse la estimacion de los hombres sensatos, y confirmándose en ella, ocupó en el corazon del jóven Monarca el predilecto lugar que merecia por su talento y señaladas virtudes. No es, pues, de extrañar le

trasladára el Monarca de Castilla y Emperador de Alemania á la mitra de Osma, le elevára de ésta á la metrópolitana de Santiago en 1524, y más adelante á la presidencia del Consejo Supremo de Castilla. A tantas pruebas de estimacion correspondió Pardo Tavera dignamente y con no menores servicios. Notaron todos su imparcialidad en los quince años que gobernó el arzobispado de Santiago, y la presidencia de aquel alto tribunal; y tanto en la sustanciacion de los pleitos que llegaban á sus manos, como en la provision de los empleos, no faltó á la firmeza de su carácter y á la severidad de la justicia. Solia decir, respecto á este último punto, que la dificultad de gobernar consistia sobre todo en saber buscar los hombres para los oficios y dignidades, y no las dignidades ni los oficios para los hombres, máxima que acatándola sobremanera le fué muy provechosa, lo contrario que hemos visto sucede hoy dia por el abuso y olvido de los que debieran tenerla muy presente. Reunidas las córtes del reino en Toledo, despues de haber ocurrido la batalla de Pavía y caido prisionero el rey Francisco I, que vino á Madrid, y á las cuales asistieron los embajadores franceses con poderes para tratar de la libertad de su Monarca, así como los de otros países y repúblicas, honró Cárlos V con la presidencia de la Asamblea al arzobispo de Santiago, así como se la confió en las que se celebraron despues en Valladolid. Con su prudencia y sagacidad logró el presidente Pablo Tavera reducir á su opinion á los que se oponian á la voluntad del Rey; arregló las dificultades suscitadas para la jura del príncipe D. Felipe, cuyo acto presidió con el beneplácito de los tres brazos de las Córtes. En 1529, habiendo partido el Emperador á Italia, adonde le llamaban las guerras que sostenia con el rey de Francia, encomendó el gobierno de España á la emperatriz Doña Isabel, pero rogó al Arzobispo no se apartára de su lado, ni perdiera de vista el curso de los negocios del Estado. Pero muy en breve la enfermedad que padecia aquella ilustre Reina echó sobre los hombros del presidente toda la carga. «Vióse obligado, refiere su cronista, á entregarse de lleno á tan penosas »tareas, recogiendo siempre las bendiciones del pueblo, y mereciendo la »aprobacion de todas las clases del Estado. Prueba de esto pueden ser las »córtes de Segovia, celebradas durante la ausencia del soberano, y presidi»das por su sabio ministro.» Necesitaba el Emperador de un nuevo subsidio para continuar las guerras, y expuso el Cardenal, que ya habia recibido el capelo en 1531, las razones que le asistian con tanta claridad y llaneza, que arrebatados los procuradores de entusiasmo, quisieron dárle más de lo que habia pedido. Rehusólo sin embargo modestamente, dándoles las gracias en nombre del César, y cuando enterado éste de semejante ocurrencia le preguntó las razones que habia tenido para obrar así, le respondió: «Si á la oveja que da lana y leche se le quita la piel, nada le quedará que dar ni ser-

virá de provecho.» El Emperador, que comprendia todo el precio de estas sencillas palabras, echándole los brazos al cuello le contestó: « Dios os guarde, Padre, que tanto mirais por mi alma y por el bien de mis vasallos.» Escena digna de los dos personajes entre quienes pasaba, y que revela la estimacion en que tuvo el primer soberano de la cristiandad al cardenal Tavera. Consultaba con él todos los negocios graves del Estado desde Alemania, y demostraba siempre grande respeto á sus opiniones, como manifiestan las cartas que le dirigió, en una de las cuales, contestando á las observaciones que el presidente le hacia sobre su venida á España, se expresaba en estos términos: « Lo que decis en lo de Alemania, y de mi ida breve »á esos reinos, me parece muy bien y muy prudentemente dicho, y como »de persona que tanto amor me tiene.» Desembarcó, pues, el Emperador en Barcelona el año 1533, y á aquella capital del Principado fueron á recibirle la Emperatriz y el cardenal Pardo Tavera, restituyéndose éste á Madrid para encargarse del gobierno. Por muerte del arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, fué presentado al año siguiente para esta Iglesia primada. Convocadas las córtes de Madrid (en extremo notables y famosas por las muchas y buenas leyes que en ellas se discutieron sobre el arreglo de los tribunales, y por haberse mandado desde entónces que no pudieran juntarse por via de casamiento dos mayorazgos de dos cuentos ó más de renta al año) presidiólas como lo habia hecho tantas veces. Así que concluyeron sus tareas se despidió de los diputados, prelados y personajes principales, encaminándose á su arzobispado, decidido á no ocuparse más de las cosas públicas, para lo cual suplicó al Emperador le exonerase de la presidencia del Consejo de Castilla; no lo consiguió, pues vióse obligado Cárlos V á partir nuevamente para poner término á la soberbia de Barbaroja, que tantos males causaba á la cristiandad. Quedó aún más recargado de trabajos, cual exigia el gobierno de los reinos de España, encomendándole con vivas instancias asistiese y aconsejase á la Emperatriz, que quedaba al frente de aquel. Llevada á cabo con mucha gloria la empresa de Túnez, celebró el Cardenal un concilio sinodal con el fin de tratar de la correccion y mejora de las costumbres eclesiásticas, asunto siempre de su predileccion, y aunque propusiéronle algunas dignidades que derogase los sínodos y las leyes dadas por sus antecesores, porque las consideraban bajo cierto aspecto dañosas para el clero, siempre lo rehusó, expresándose así: « Las leyes no han de ser como las víboras que se matan unas á otras.» Y de estos principios y de estas doctrinas rara vez se separó el Arzobispo durante su larga carrera; principios y doctrinas que habia sabido sostener con firmeza presidiendo el Consejo supremo ó las Córtes de Castilla, y que no habia de quebrantar tratándose de asuntos de disciplina eclesiástica y de unas constituciones con aplauso recibidas y admi-

tidas ó imitadas en diferentes diócesis. Cuando el monarca volvió á Castilla, viéndose precisado á sostener contínuas guerras con Italia, Africa y Alemania, y ya agotados los últimos recursos, pidió un nuevo subsidio que bastase á sacarlo de tamaños y grandes apuros. El estamento que con este motivo reunió D. Cárlos en Toledo el año de 1538, se componia de los brazos militar y eclesiástico. Presidió el de estos D. Juan Tavera, y acordó aquel acudir de nuevo al Emperador con el arbitrio conocido con el nombre de *sisa*, el cual bastaba para reparar su exhausto erario. De contrario modo pensó el estamento de los grandes, excusándose con varios pretextos y formalidades, é inclinado en su consecuencia á negar lo que el monarca pretendia. Llegó á entenderlo éste, dice el biógrafo de nuestro prelado, y urgiéndole en gran manera el que tomáran algun acuerdo, mandó al Cardenal que se presentase en su nombre á la asamblea para manifestarla *que el Rey queria y deseaba la libertad de los hijosdalgo del Reino para en adelante*, imponiéndole al mismo tiempo la obligacion de resolver en el término de tres dias. Resolviéronse al cabo en vista de las razones del Cardenal, que acompañado del comendador mayor de Leon, les exhortó, y decidiéronse los magnates á enviar al Rey una diputacion para rogarle no saliese del reino y moderase sus gastos; y esta negativa, tan imprevista como fuera de razon para el monarca, no pudo ménos de causarle grande enojo, replicando á los que fueron con el mensaje que no queria consejos, sino ayuda. Mandó en seguida al Cardenal que disolviese las córtes, quitando á los nobles la representacion en esta especie de asambleas nacionales, desde cuya época puede decirse que data su verdadera decadencia, no siendo ya posible guardar el equilibrio entre los demás elementos que entraban á componer el gobierno. Empeorando en tanto la salud de la Emperatriz, que con sus grandes virtudes se habia captado el corazon de todos los españoles, el cardenal Pardo Tavera no se separó del lado de aquella gran princesa durante su larga y congojosa agonía, prestándola cuantos auxilios espirituales estaban en su mano hasta su muerte. Tambien pidió acompañar el cadáver á Granada, honrando así á la que en vida tanto le habia honrado y distinguido; mas á esto se negó el Emperador, porque en tan duro trance necesitaba de su amistad. Otra vez hizo dimision nuestro eclesiástico de la presidencia, y en esta ocasion fueron atendidos sus ruegos; pero si bien es verdad dejaba el Consejo de Castilla, no pudo librarse de admitir el nombramiento de inquisidor general, plaza que habia quedado vacante por muerte del arzobispo D. Alonso Manrique. Honra á Tavera sobremanera la disposicion adoptada por el Emperador cuando dejó el Consejo, y fué la de mandar no se hiciese alteracion alguna en las medidas tomadas por el venerable presidente durante los quince años que le gobernó, y que se respetasen así

las relativas al órden interior del mismo, como las que versáran al de hacer justicia. Esto manifiesta cuán grande importancia le concedia el Emperador, y forma la más brillante apología del prelado. Libre ya de los asuntos públicos, se dedicó á visitar su diócesis; mas apénas habia comenzado este trabajo verdaderamente patriarcal, recibió una órden del Rey, llamándole inmediatamente á la corte. A su vez, la rebelion de la ciudad de Gante reclamaba la presencia del Emperador en los Países Bajos, y era preciso que el cardenal Pardo Tavera volviese á empuñar las riendas del gobierno. Al partir D. Cárlos para honrar más á éste, le ordenó se aposentase en su palacio, encomendándole el cuidado del príncipe D. Felipe. Marchó el Emperador á sus estados por Francia, en donde su eterno antagonista y prisionero le obsequió con un magnífico sarao y toda clase de convites. Cuentan que advirtiendo D. Cárlos entre la muchedumbre de los cortesanos que un Cardenal hacia gala de ser más desenvuelto de lo justo, y dirigiéndose al rey Francisco, le dijo : «Yo tengo en mis reinos un clérigo que no estaria así;» y volviéndose á la reina su hermana, Doña Leonor, prosiguió : «Paréceme aquello á la honestidad de D. Juan Tavera.» De este hecho se desprende naturalmente la pureza de las costumbres y admirable templanza de D. Juan Tavera. Por espacio de dos años, durante la ausencia del Emperador, gobernó el reino, y tales pruebas dió de prudencia é imparcialidad, que no se levantó una sola queja contra su administracion, por más que su natural firmeza de carácter hubiese de lastimar algunos intereses, cimentados en antiguos abusos. Bajo este concepto llegaron á oidos del Monarca quejas nada justas, y á los que pretendian injuriar al cardenal Tavera les dijo estas palabras : « No me toqueis al viejo, que me ayuda extremadamente á gobernar bien. » Cuando el Rey volvió á España, sosegadas las revueltas de Flandes, despidióse el Arzobispo en 1541 para proseguir la visita de su arzobispado y llevar á cabo el proyecto de levantar un hospital para los pobres en la ciudad de Toledo. Dedicóse á tan cristiano pensamiento, comenzando el monumento, despues célebre, titulado S. Juan de Afuera, que admiran todos al frente de la puerta Visagra. Aun así no le dejaron libre los negocios de la corte; el casamiento del príncipe D. Felipe, verificado en Salamanca, le llevó á esta ciudad para echar la bendicion á los desposados. Pasaron despues á Valladolid, y á pesar de haber recibido con regocijo á los recien casados, hubiérase trocado en pesar la alegría á no mediar la prudencia del arzobispo de Toledo. Hé aquí lo que refiere su biógrafo. «Llevaba »éste á su lado el guion de su iglesia primada, como tenia de costumbre en »las ceremonias públicas, y notándolo el duque de Alba, se acercó al Car»denal, diciéndole que no le parecia bien que lo llevase. Mediaron algunas »contestaciones desagradables entre ambos, hasta que al cabo le replicó el

»Cardenal : *La cruz en todo caso ha de ir donde va, y creo que su alteza no »será servido de otra cosa.* Comenzáronse á inquietar de una y otra parte al- »gunos caballeros, llegando casi al punto de venir á las manos, advertido »lo cual por el anciano Arzobispo, se retiró con los suyos á su posada, evi- »tando así el rompimiento. Sintió el Emperador, que se hallaba en Alema- »nia, gravemente esta ocurrencia, ordenando al Príncipe que le honrase y »acatase como él mismo; y aunque Felipe no lo habia menester, porque le »respetaba como á padre, rogó al Cardenal que depusiera su justo enojo; y »cuando en 1545 estaba próxima al parto la princesa su esposa, le suplicó »encarecidamente que pasára á Valladolid para bautizar al niño que nacie- »ra. Consintió el Cardenal, llevado del amor que profesaba á Felipe en lo »que pretendia, y pasó á Valladolid, teniendo el sentimiento de que espi- »rára casi en sus brazos la princesa, que falleció á consecuencia de los do- »lores del parto. Golpe mortal fué este para el Arzobispo, que unido á su »avanzada edad le llevó tambien al sepulcro el 1.° de Agosto de 1541. Así »terminó su laboriosa vida, á los setenta y tres años de su edad, sin haber »dejado de emplear una sola hora en trabajar por el bien del Estado, de los »reyes y de sus prójimos. Lloró el pueblo su muerte, y cuantos habian te- »nido ocasion de conocer las excelentes prendas y virtudes que le adorna- »ban. Dejó por su universal heredero al hospital que habia fundado y mandó »se repartiesen doce mil ducados á los pobres, señaló siete mil para la re- »dencion de cautivos de su diócesis, y regaló al Emperador veinticuatro »mil, que le habia prestado en diferentes ocasiones. Sintió, no ménos que »todo el público, el príncipe D. Felipe la muerte del eminente prelado, y »no pudo dejar de exclamar con las lágrimas en los ojos : *Se me ha muerto »un viejecito que me tenia sosegados los reinos de España con su humilde bácu- »lo. Entre otras cosas que he debido á Dios, no ha sido la menor el haberme »dado al Cardenal, que me ayudaba á llevar el peso de la corona.* » Hé aquí, para concluir nosotros este artículo, la justa queja que consigna el señor Amador de los Rios en su erudito trabajo, y que honra la memoria de nuestro prelado : «Por la breve reseña, dice, que hemos hecho de los »principales acontecimientos en que tuvo parte el Cardenal, contribuyendo »á ilustrar con su saber y sus virtudes una de las épocas más brillantes de »nuestra historia, habrán visto nuestros lectores si ha sido justo el silencio »que han guardado algunos historiadores sobre el ilustre D. Juan Tavera. »En unos tiempos en que los estudios biográficos forman una parte integrante »de la amena literatura, sensible era que no se hubiese dedicado ninguna »pluma á dar á conocer dignamente varon tan señalado. Nosotros, que he- »mos admirado sus virtudes, y que hemos echado de ver semejante falta, »creemos cumplir con un deber sagrado tributando estas líneas á su ilustre

»memoria. Sus cenizas reposan en un magnífico sepulcro de alabastro, de»bido al inmortal estatuario Alonso de Berruguete, y situado en el centro »del crucero de la iglesia del hospital fundado por él mismo. Las artes del »siglo XVI pagaron el homenaje á la virtud y al saber juntamente.—O. y O.

PARDON (S.), monje romano. Antes de retirarse á la religion ejercia el oficio de carretero ó arriero, y yendo una vez con sus mulas á Jericó, una de ellas mató á un muchacho sin que lo supiese Pardon, quien al saberlo se afligió mucho y se retiró al desierto, haciéndose anacoreta, donde pasó el resto de su vida llorando y diciendo contínuamente: «Hice un homicidio, estoy condenado como homicida.» En un torrente próximo habia un leon, y allí iba todos los dias el abad Pardon, estimulando al leon para que le devorase; pero el animal no le hacia daño alguno. Viendo entónces el anciano que no conseguia nada, se dijo á sí mismo; dormiré en el camino por donde va el leon al torrente, á ver si me devora cuando pase á beber. Estando allí echado, hé aquí que viene el leon poco á poco, y como si estuviese dotado de razon, pasó muy despacio al lado del anciano, de manera que no le tocó. Entónces el anciano quedó seguro de que le habia perdonado Dios, marchó á un monasterio, donde vivió con grande continencia, edificando á todos con su vida ejemplar hasta el dia de su muerte. —S. B.

PARÉ (Guido), francés. Entró muy jóven aún á formar parte de los religiosos del Cister, donde su mérito le elevó á la dignidad de abad. En 1190 fué nombrado cardenal por el papa Clemente III, y en 1204 arzobispo de Reims por el papa Inocencio III. Empleado en diversas legaciones en Colonia y Flandes, fué víctima de la peste en la villa de Gand el 24 de Mayo de 1206. Fué trasladado su cuerpo á Cister, donde se veia su tumba con su epitafio en el coro de la iglesia. Escribió: *Constitutiones et leges novæ pro militibus Calatravæ*. Y se le atribuyen otras obras, como la *Summa Theologiæ*, *etc.* Sus *Constitutiones* fueron publicadas en Anvers por el P. Enriquez.—G. P.

PARECHA (M. Sor Gerónima), natural de Alcira, hija de padres pobres y piadosos, que la criaron en el santo amor y temor de Dios. Desde sus primeros años se inclinó la niña Gerónima al estado religioso, y cuando llegó á la edad competente, tomó el hábito de S. Agustin en el convento de Santa Lucía de Alcira, haciendo su profesion en 1586. Fué religiosa santa, penitente y devota, muy caritativa para con sus hermanas, sirviéndolas en cuanto podia. Para mortificarse, todos los dias durante la canícula se ponia al sol desde las doce á las dos, y abrasándose con sus rayos, consideraba el calor del Purgatorio. Rezaba por las almas que en él padecian, y se encomendaba á la Santísima Vírgen, de cuya Reina y Señora era devotísima. Acerca de la pasion meditaba siempre con ternura y con lágrimas, empleando muchas horas en tan santo ejercicio todos los dias. Despues de una larga

vida murió santamente el año de 1671, á los ciento cinco de su edad. — O. y O.

PAREDES (D. Bernardo Caballero y), único de este nombre. Tuvo por patria á Medina del Campo, y por padres á D. Diego Caballero y Doña María de Paredes. Bautizáronle en la parroquia de la villa, y formado en los estudios en la universidad de Salamanca, se graduó de licenciado en derechos. Fué cura de S. Vicente de Berrocal en el obispado de Avila, y canónigo de la santa iglesia de esta silla, que le dió Gregorio XV, y cuyo puesto ocupó hasta el año de 1625. D. Andrés Pacheco le dió plaza de fiscal en las inquisiciones de Toledo y de Zamora, y el año de 1526 de inquisidor de Toledo. Felipe IV le presentó para el obispado de Albarracin, del cual sin tomar posesion fué trasladado al de Orihuela al año siguiente, consagrándole el 30 de Mayo, dia de la Santísima Trinidad, en el convento de la Encarnacion de Madrid, el cardenal D. Antonio Zapata, D. Pedro Zorrilla, obispo de Pamplona, y D. Fr. Juan Venido, obispo de Orense. Fundó un convento de Capuchinos en el término de Huete, dedicándole á la pura Concepcion de nuestra Señora. Puso la primera piedra, y se acabó con gran perfeccion en 1641. Desde Lérida vino á esta santa casa, y en su altar dijo la primera misa el dia 1.° de Mayo. Tambien reedificó una ermita de nuestra Señora del Rosario, á pocos pasos del referido convento, y labró una morada con destino á los obispos. En su galería dejó los retratos de sus antecesores con inscripciones dignas de su vida y méritos. Hizo que su obispado votase la defensa de la Inmaculada Concepcion, así como el que se cumpliesen todas las obras pias que no se habian ejecutado con perjuicio de las almas del Purgatorio y daño de la Iglesia, y en peligro notorio de los que injustamente retenian las haciendas que los difuntos habian dejado para descargo de sus conciencias. Consiguió gran fruto, obteniendo en favor de las iglesias más de doscientos mil ducados. Sirvió al Rey con donativos en las grandes necesidades de su reinado, al propio tiempo que hizo cuantiosas limosnas. De esta mitra pasó á la de Lérida, en donde entró, pasada la gracia por Urbano VIII, á principios de 1636. Mayores fueron los trabajos que sufrió en el gobierno de esta diócesis, porque en su época aconteció separarse Cataluña de la obediencia de su monarca verdadero, admitiendo en su favor las armas del rey de Francia. El Obispo en esta ocasion levantó, en el corto plazo de diez y ocho dias, una compañía de cien infantes con capitan y oficiales sostenidos á sus expensas, y los mantuvo hasta que el francés desistió del sitio de Salsas. De aquí tuvo principio, dice Gonzalez Dávila, la rebelion de Cataluña, muerte violenta del virey y de otros ministros á últimos de Mayo de 1640; y hallándose el obispo de Lérida exhortando á sus ovejas á seguir el más seguro acuerdo, el pueblo se atrevió, con voz y odio de muchos, á decir que pues

en Barcelona habian muerto á un virey, no era mucho que los de Lérida matasen á un obispo traidor: este renombre le daban. Y viendo la ciudad y el clero que iba creciendo el odio y furor del pueblo, temiendo algun desastre, hizo su cuerpo de guardia de dia y de noche, que duró muy poco, poniendo diferente defensa en su persona. Asi perseveró hasta el 20 de Setiembre, sin salir de su palacio, porque tambien al clero se le habia pegado la enfermedad del pueblo. Convocó diversas veces á su cabildo y ciudad, y con amor de padre los exhortó á la obediencia de su Rey, avisándole por momentos de todo cuanto pasaba. La diputacion convocó los estamentos, y llamaron tres veces al Obispo, hasta amenazarle que le ocuparian sus baronías. Excusóse con respuestas convenientes. En este tiempo le pidió la ciudad licencia para deshacer algunas de las campanas de las parroquias. Dificultó la materia de modo que cesó en esta plática, y como el pueblo se iba declarando cada dia más en sus intentos religiosos, y personas bien intencionadas le persuadiesen que con secreto, por excusar mayor daño, saliese de la ciudad, porque sin duda sería cierto el matarle, salió en 21 de Setiembre cuando ya iban mostrando su dañada intencion, no solo contra el Obispo, sino contra los castellanos que estaban en Lérida. Resolvió el Obispo, viendo que puertas y ventanas estaban cerradas, llamar al guardian de los Capuchinos y á un compañero suyo, que le trajeron un hábito de fraile, y salió en medio de los dos religiosos, entre siete y ocho de la tarde, y llegó al convento de Jesús, de religiosos observantes de S. Francisco, donde estuvo hasta las doce de la noche, que á pie y acompañado del vicario y un lego se puso en camino para la villa de Monzon, que dista de Lérida siete leguas. Aquí se halló solo y sin criados, y el consuelo que le acompañaba era verse en tierra de amigos. Esta salida se tuvo por acertada, porque como las ovejas se habian convertido en lobos, si dos dias más se detuvieran, habian determinado volar con dos barriles de pólvora el palacio y acabar con el Obispo y familia. Esto lo manifestó un siervo de Dios de la Compañía. A dos dias que salió de Lérida, llegó un diputado de Barcelona con órden de la diputacion para prenderle, confiscar sus rentas y apoderarse de cuanto hallase en su palacio y fuera de él, como lo hizo. Bien se conoce por estos indicios que esto no dimanaba de la gran prudencia con que el principado procede en sus resoluciones, sino de la mucha pasion del pueblo que se habia dejado cautivar de ella. Resultó luego que los bien intencionados y el resto del pueblo, á campana tañida, se juntaron en concejo, y arrepentidos de su culpa, acordaron se enviasen cuatrocientos hombres para que el Obispo volviese á Lérida, lo que no tuvo efecto, pues al contrario, escribia al cabildo y clero fuesen devotos y perseverantes en la obediencia del Rey. Enviadas estas cartas á Barcelona, la res-

puesta se compuso con palabras amargas y de mala condicion. En este tiempo medió la entrada del francés en Tamarit, y el Obispo recogió una parte de gente que se puso en salvo. Los de Monzon tuvieron aviso que duraba el intento de matar al Obispo, y por excusarlo, le suplicaron se ausentase. Hízolo pasando á Barbastro, y su obispo le dió su casa y amparo. El Rey le mandó volver á Monzon, donde tuvo sus temores y trabajos. De allí pasó á Tortosa, y por órden de S. M. se halló en la consagracion de su obispo. Despues de tantos sufrimientos quiso el Rey recompensarle presentándole para la mitra de Oviedo. El prelado le pidió permiso para ir á su patria, Medina del Campo, en donde edificó una capilla con destino á ser su entierro. No se le concedió, ántes se le ordenó que perseverase hasta que llegáran las bulas, y se diese á la santa iglesia el obispo que merecia. La mencionada capilla la dedicó á la pura Concepcion de nuestra Señora, y la adornó con muchas reliquias de santos y ornamentos preciosos. Este prelado vivia el año 1650. — O. y O.

PAREDES (M. R. P. Francisco de), hijo de la provincia de Castilla. Fué electo prelado del colegio mayor de S. Pedro y S. Pablo, fundado por el célebre cardenal Cisneros en la universidad de Alcalá de Henares, sin ser lector jubilado, por lo que el definitorio le condecoró ántes con el título de definidor, porque sin este, ó el de lector jubilado en sagrada teología, no podia ningun religioso ser guardian de dicha casa, segun la bula de concordia dada por Paulo III. Este padre no habia sido más que secretario del Rmo. Comisario general de Indias, y comisario de corte. En su tiempo disputaron el asiento y precedencia que gozaba en escuelas de tiempo inmemorial el R. P. Guardian de aquel colegio mayor, que era á la derecha de la cátedra inmediata á ella. Fueron al principio los litigantes los reverendísimos prelados Bernardo y Dominico: á estos se asociaron los colegiales del mayor de S. Ildefonso y casi toda la universidad, que estos llevaron tras sí. Siguió el R. P. Guardian el pleito en el Supremo Consejo de Castilla, y al fin de ocho meses le ganó en sentencia definitiva. — O. y O.

PAREDES (Fr. Francisco), definidor y predicador de la órden de San Juan Bautista del Perú, que despues fué presentado. Fué natural de la villa de Ica, en aquella apartada region, hijo legítimo del capitan Hernando de Paredes, natural de la ciudad de Tavira, en el reino de Portugal, y de Doña María Duran, natural de Lima. Recibió el hábito y profesó en el convento del Rosario á 12 de Enero de 1613, y se distinguió por sus santas costumbres y virtudes. — O. y O.

PAREDES (P. Fr. Pedro), segundo definidor del convento de Lima, predicador general y prior de Chincha. Fué tambien prior de Huamanga, y ejerció otros cargos en la provincia, que administró con mucho acierto. El

año 1599 pasó á España con el de procurador, de donde volvió al Perú en 1609, graduado de maestro, habiendo sido definidor del capítulo general de Roma el año anterior. En 1621 volvió á serlo en capítulo provincial, y dos años despues rindió su espíritu al Señor dejando grata memoria de sus excelentes prendas y méritos. Dejó escrito un libro intitulado: *Adiciones á los libros del Antecristo de Maluenda.* —O. y O.

PAREGORIUS (S.), mártir, honrado por la Iglesia el 28 de Abril. Con S. Leon, que fué testigo de su martirio, quedó tan vivamente afectado, que desde entónces quiso morir como él. Bien pronto se cumplieron sus deseos, y reina en los cielos con su amigo. —O. y O.

PAREJA (Fr. Francisco), natural de Auñon en la diócesis de Toledo. Franciscano en la provincia de la Florida en América y de la cual fué prefecto. Escribió: *Catecismo y exámen para los que comulgan*, en lengua castellana y timuquana; Méjico, 1614. —*Confesonario*, 1612, y *Gramática de la lengua timuquana.* —O y O.

PAREJA (Sor Luisa). Fué hija de una honrada familia establecida en el pueblo de Villanueva. Desde muy niña se crió en el monasterio de Santa Isabel de los Angeles hasta sesenta años, en que tuvo lugar su fallecimiento. Durante cuarenta fué vicaria de coro, sin faltar un solo dia, ni por la noche, á su obligacion. Disciplinábase tres veces á la semana, y rezaba treinta y tres veces el salmo *Miserere* en memoria de los años de Jesucristo. Hiciéronla abadesa, y padeció mucho en el ejercicio de este cargo con motivo de algunas emulaciones; y diciéndola que nadie daria limosna por no ser de familia calificada, respondia: *Yo no pido limosna por quien soy, sino por Dios.* Alabándola un dia el provincial Fr. Antonio de Villareal, diciendo era un ángel, se hincó en su presencia de rodillas confesándose la mayor pecadora, y como tal se trataba, pues constantemente durmió en un gergon de paja, con su hábito y velo. Acercósela súbitamente su última hora, y comenzó á decir el salterio, y le concluyó todo porque le sabia de memoria. Murió en 16 de Agosto de 1603, y abierta doce años despues la sepultura, hallaron el cuerpo entero como si estuviera viva, confirmándose con esto lo que decian algunas religiosas que despedía fragancia cuando espiró. —O. y O.

PAREJA (P. Presentado Fr. Miguel), religioso mercenario de la provincia de Castilla, citado en las crónicas de su Orden por el gran número de redenciones de cautivos de que estuvo encargado, y en particular la de 1726, que se refiere de la siguiente manera. En 1725 ejecutó en Túnez la órden de la Merced la redencion de trescientos setenta cautivos, y por no haber llegado los caudales de que los Padres disponian al precio del rescate, decidieron quedarse en rehenes hasta que se pagase la deuda. En vista de esta resolucion, admirada por los moros, decidieron que los PP. Redentores vol-

viesen á España, dejando solo sus firmas ó contratos, de que dentro de un año satisfarian los diez y seis mil pesos en que quedaba empeñada la Redencion, considerando y no dudando los infieles que los que se ofrecian á perder la libertad para darla á los cautivos, cumplirian con su palabra. De regreso en España los redentores y redimidos, dispuso el P. Mtro. General, Fray Gabriel de Barbastro, que se buscasen con toda diligencia los diez y seis mil pesos, aunque fuera empeñando ó vendiendo el patrimonio de la religion por que se cumpliese sin dilacion á los moros la palabra dada. Correspondió la caridad pública á la buena accion y diligencia de los padres de tal manera, que no solo se reunió la cantidad del referido empeño, sino tambien otra cantidad que se destinó para redimir algunos cautivos, los que se hallaban en mayor necesidad y peligro. Hizo luego el P. General el nombramiento de conductores y directores de los caudales á Túnez, y fueron nombrados el P. Presentado Fr. Miguel Pareja por la provincia de Castilla, sugeto de grande experiencia, dice la crónica, en el trato de los moros, por tan repetidas redenciones á que fué enviado, y el P. predicador Fr. Antonio Carrasco por la provincia de Andalucía. Encargados, pues, de toda la expresada cantidad, partieron el 4 de Marzo de 1726 de la bahía de Alicante, enderezando la proa á Berbería. Llegaron á vista de la isla de Mallorca, pero levantándose una violenta tempestad tuvieron que refugiarse en los Alfaques de Tortosa, y luego al puerto de Barcelona, en donde cantaron una misa en el altar mayor delante de la milagrosa imágen de María Santísima de la Merced, la primera de la Orden de Redencion de cautivos, patrona de Barcelona, y seguros de su proteccion partieron de aquella ciudad el dia 26, en que tranquilizándose el tiempo y favoreciendo el viento, prosiguieron su viaje y llegaron á Caller en la isla de Cerdeña, donde fueron recibidos con grande caridad por los Padres de la Merced y los prelados en el convento de su Orden, en Buenaire, en donde se cantó con toda solemnidad una misa á la Vírgen Santísima por haberlos llevado á aquella casa. Despues se hicieron á la vela, y navegaron hasta llegar á vista de la Goleta; pero habiendo sobrevenido un viento contrario, les obligó á retroceder hasta la bahía de Caller, siendo este retroceso tan feliz, que ocasionó la conversion de un moro á la fe católica, el cual se hallaba embarcado con los PP. Redentores, y habiendo visto la Goleta y la necesidad que les obligó á retroceder, quiso desembarcar, y olvidado de su familia y amigos que tenia en Túnez, arrodillado ante la imágen de María Santísima de Buenaire, pidió el santo bautismo, que recibió despues de catequizado, tomando el nombre de José, abandonando su vestido morisco y vistiendo el de cristiano. Quedóse en Caller el recien convertido, y los redentores tuvieron que volver á refugiarse en él, despues de haber hecho una segunda salida, por temor de caer en poder de dos buques berberiscos que

se descubrieron sobre el cabo de Carbonesa. Abonando el tiempo, y aprovechando la ocasion, dieron fondo en la Goleta, y el primer dia de Mayo emprendieron la marcha para Túnez, desembarcando en aquel puerto, donde encontraron al Rmo. Padre administrador del hospital de los Trinitarios Calzados, que se ocupaba con sus hermanos en el alivio espiritual y temporal de los cautivos enfermos, al prefecto de los PP. Capuchinos, comisario apostólico en Túnez, y á los RR. PP. de la Compañía que habian ido para rescatar á unos cautivos sicilianos, todos los cuales recibieron con grande alegría á los PP. Redentores, felicitándolos por su dichoso arribo y marchando en procesion á la ciudad, en cuyo camino hubieron de sufrir algunos insultos de los moros, recibiendo una pedrada el P. Miguel Pareja, que le causó grave daño en las espaldas, no diciendo el Padre otra cosa ni exhalando otro género de queja que las palabras *Dios te lo pague*. Despues de haber recibido los PP. Redentores las visitas de los cónsules del imperio de Francia, Inglaterra, Florencia y Génova, fueron á presentarse al Bey, á quien entregaron el dinero que habian quedado debiendo en la redencion anterior, y recobrando sus firmas comenzaron á tratar del rescate de algunos otros cautivos, lo que les fué concedido, pudiendo redimir diez y nueve, entre los que habia dos mujeres y tres eclesiásticos, el Rdo. P. Fr. Esteban Salepin de Palermo, exprovincial de la tercera órden de S. Francisco. El P. Fr. Antonio Valenciano, religioso franciscano y el P. Fr. Bartolomé Enrique, mercenario de la provincia de Italia. Terminada la redencion, se hicieron á la vela con no pocas lágrimas de los cautivos que allí quedaban, y llegaron al puerto de Caller el dia 21, y habiendo hecho una cuarentena de veinte dias, entraron en la iglesia de Buenaire, donde fueron recibidos con imponderable gozo cantando todos el salmo *In convertendo Dominus captivitatem Sion*, y despues el *Te Deum laudamus*. Señalóse el domingo de la Santísima Trinidad para la procesion, y ántes de ella confesaron los libertados y recibieron la sagrada comunion con tal abundancia de lágrimas, que enternecieron al numeroso concurso. Dirigióse la procesion desde el convento de la Merced á la Iglesia Catedral, precediéndola la bandera de S. Telmo, á que seguia el estandarte de la redencion con la imágen de María Santísima de la Merced por una parte, y por la otra la de Sta. María de Cervelló, llamada de Socors, y despues otro estandarte seguido de toda la comunidad de la Merced con velas encendidas en las manos, marchando, por último, los cautivos, al rededor de la efigie de María Santísima. Acompañábales un numeroso pueblo y llevaba el estandarte de la redencion el marqués de Albis, cabeza del brazo militar en aquella isla. El ilustre cabildo de la Santa Iglesia Catedral les recibió con la mayor solemnidad, permitiéndoles celebrar misa en el altar mayor. Terminada la ceremonia, volvió la procesion al convento de

Buenaire, donde concluyó la solemnidad, y habiendo regalado y agasajado á los cautivos redimidos, les dieron su pasaporte y partieron los PP. Redentores, llegando á Valencia despues de haber sufrido muchas borrascas, el 25 de Julio del mismo año 1726. Tributando de todo las debidas gracias á la Vírgen Santísima de la Merced, protectora de aquella redencion, que, aunque pequeña, comparada con otras que habia hecha la Orden, fué digna de grandes elogios por las circunstancias referidas, añadiendo á ellas las redenciones anteriores que ejecutaron las solas provincias de Castilla y Andalucía en los años 1723, 24 y 25, en las cuales y en la referida de 1726 se dió libertad á mil noventa y seis cautivos cristianos. —S. B.

PAREJA (Fr. Miguel), insigne teólogo y provincial de Valencia, fué natural de la villa de Alcira donde tomó el hábito de S. Agustin, y con él las virtudes de sus mejores hijos, proponiéndose imitarlos siempre, lo que consiguió haciendo méritos para ser contado entre los más virtuosos. Reconocidos estos, no tardó en encontrar el premio en el mundo, cosa que pocos hombres notables consiguen fácilmente, y fué presidente del capítulo provincial de Valencia en el año 1467, llegando á ser electo provincial de la misma en el de 1471. Gobernó con gran celo y prudencia sirviendo á todos de ejemplo hasta que el Señor fué servido de llamarle á sí por los años de 1478, á una edad avanzada. — G. P.

PAREJA (Miguel Perez) sacerdote, natural de la ciudad de Valencia, beneficiado en la iglesia parroquial de S. Martin, obispo, sugeto en quien brillaron el celo y la piedad. Movido por sus sentimientos religiosos y para el beneficio espiritual de sus prójimos escribió un librito intitulado: *Despertador del alma*. Valencia; por Bernardo Nogués, 1658, en 8.° Jimeno, que incluye á este eclesiástico en su Biblioteca, no nos da otras noticias.—O. y O.

PAREJA y Primo (Luis), natural de la ciudad de Valencia, doctor en sagrados cánones, beneficiado en la iglesia parroquial de la universidad de Canals, sacerdote de mucha circunspeccion y ejemplo, el cual murió en el año 1720. Imprimió un libro intitulado: *Canals ilustrada. Historia de las personas venerables* y *varones ilustres que ha habido naturales de la universidad de Canals, en el reino de Valencia*. En Valencia, por Antonio Valle 1728 en 4.° —O. y O.

PAREJO (D. Bartolomé). Gobernó la iglesia de Piedra desde el año de 1541 hasta el de 1543, y fué séptimo abad trienal del monasterio de Poblet, y cuarenta en la série de los abades de Piedra: segunda vez electo en 1547, ejerció este cargo durante dos años. —O. y O.

PAREJO y Campos (Fr. Manuel), del órden de regulares de S. Francisco, fué hijo de la ciudad de Valencia y vivió en el convento de la misma. Murió por los años de 1813 dejando escrito un *panegírico de S. Francisco de Borja*

y una oracion que pronunció en Alcoy en una fiesta celebrada por los individuos de la Real fábrica de paños de la citada villa.—G. P.

PARENTE (Fr. Juan), religioso franciscano, uno de los compañeros del patriarca de esta Seráfica Orden, y el primero que le sucedió en el empleo de provincial. La crónica del P. Marcos de Lisboa da algunas noticias acerca de su vocacion y motivos por que tomó el hábito, extendiéndose despues en referir las circunstancias de su vida; pero nada nos dice acerca de su muerte. Hay otro P. Parente, citado por Hebrera en la *Crónica Seráfica de Aragon*, que creemos diferente del anterior. — S. B.

PARENTIN (Bernardo). A la mitad del siglo XIV de nuestra era florecia en la ilustre Orden de Predicadores un religioso bearnés natural de Ortez. Conociendo los superiores dominicos las buenas disposiciones del hermano Parentin, le dedicaron al estudio de las sagradas letras en el que hizo rápidos progresos y le mandaron á concluir sus estudios á París, en cuya capital tomó los grados en 1336. Mandándole á Albi en 1340, explicó la Escritura Santa en la iglesia catedral, y fué tanta la reputacion que adquirió como excelente profesor, que llegando su nombre hasta la silla de S. Pedro, el papa Clemente IV le hizo doctor en teología en Tolosa, á los tres años de enseñanza. Ignórase la fecha de la muerte de este sabio religioso, y solo se sabe de él que escribiendo las lecciones que dió en Albi sobre el santo sacrificio de la Misa, se las dedicó á Poitevin de Montesquieu, obispo de esta ciudad. Creyó Dupin perdida esta obra; pero no fué así, pues que se imprimió cuatro veces, la primera en Colonia el año 1484, y la cuarta en París en 1531, revisada por Luis Vassor, doctor en teología, lo mismo que las de 1510 y 1517, titulándola *Lilium Missæ*. Debe observarse que en este libro, que se escribió en 1340, se halla la historia del crucifijo que aprobó la doctrina de Sto. Tomás. Segun el P. Echard en sus *Escritores de la Orden de Predicadores*, tomo primero, en la biblioteca del conde de Seignelai existia una coleccion de sermones de este Parentin. — C.

PARÉS (V. Dr. José). Villanueva de Geltrú, marítima y populosa villa de Cataluña, fué la patria de este beneficiado de Santa María del Pino, que vió la primera luz en ella por Febrero en 1725. Estudió filosofía y teología en Barcelona, y dió pruebas de su entusiasmo por la fe católica, frecuentando desde mozo los sacramentos y asistiendo diariamente á los ejercicios del Oratorio de S. Felipe Neri. Habiendo obtenido el mencionado beneficio en Santa María, es inexplicable lo mucho que trabajó en la causa de la beatificacion del grande Oriol, la cual introdujo ante el ordinario eclesiástico de Barcelona y despues en la Curia Romana. Comenzada dicha causa en 1758, se dió tan de lleno á la práctica de la virtud, áun cuando su conducta anterior habia sido siempre arreglada á la más sana y severa moral.

En la relacion que hizo de ella con bastante sentimiento suyo por órden de su confesor, dice: «Estando divirtiéndome en ver cómo jugaban otros eclesiásticos, sentí una reprension muy fuerte de que malograse el tiempo, y de cuán al contrario lo hacia el venerable Oriol.» Levantóse al punto, y dirigiéndose á S. Felipe Neri halló expuesto al Santísimo Sacramento (era dia de la Purificacion); postróse en tierra, y profundamente conmovido pidió al Señor perdon de sus culpas, diciendo: *Domine, quid me vis facere?* Y de allí salió con el firme propósito de imitar lo más perfectamente posible al B. Dr. Oriol en la mortificacion, oracion y caridad, como lo cumplió en los quince años que vivió despues. Visitaba los hospitales, con preferencia los contagiosos; gastaba mucho en lienzos ordinarios, haciendo por sus propias manos camisas para los pobres, y encargaba á una devota suya la hechura para las de las mujeres, y las repartia por muy secretos conductos. «Socorria á religiosas muy necesitadas, dice su biógrafo; enviaba á veces »su comida á enfermos desvalidos; dió una vez todo su vestido á un ecle»siástico pobrísimo, y muchas su propia comida, y en su testamento man»dó lo poco que tenia para decir misas por las almas de los que se enterra»ban de limosna, como lo habia hecho el beato Oriol. Aseguraba su direc»tor que era increible y casi inimitable la rigurosa penitencia del venerable »beneficiado. Además del cilicio cartujano llevaba otros apretadísimos en los »brazos y en los muslos; en las espaldas, y á veces en el pecho, una cruz en »forma de rayo de una cuarta de largo y algunas de media de ancho, con »ciento cinco clavos, no remachados como la del beato Enrique Suson, »sino puntiagudos, que puede discurrirse cuánto le molestarian. Ayunaba »todos los miércoles, viernes y sábados; los advientos á pan y agua. Tomaba »cuatro disciplinas cada semana; por no dar al sueño más de cinco horas, »solia dormir en pié; estaba arrodillado cinco ó seis horas cada dia, y para »sentir más el dolor de las llagas y costras que se le habian hecho en las ro»dillas, las ablandaba algunas veces con agua caliente. Cuatro horas al mé»nos duraba su oracion mental, á saber, al despertar por la mañana, otra »de tarde, en casa ó en la Escuela de Cristo, ántes de acostarse, y á la media »noche despues del primer sueño.» A tan austera vida debemos agregar otras costumbres no ménos rígidas y severas, pues que era su cama una pobre estera y una piedra; las noches de los martes y los viernes al nuevo ejercicio de ceñirse una soga, se ponia una corona de espinas que afilaba de vez en cuando, cargándose con una pesada cruz al andar la *Via Sacra*, y áun á veces se recostaba en la misma cruz sin quitarse los cilicios ni la corona. Bebia poco, áun cuando sus padecimientos le excitaban la sed. Lo más notable de todo es que en lo exterior iba aseado, y su rostro afable y trato jovial contrariaban los caractéres cabizbajos y taciturnos. La casuali-

dad de no haber muerto en su casa proporcionó el descubrirse los instrumentos de sus mortificaciones, que él escondia cuidadosamente bajo llave. En la Escuela de Cristo edificaba su oracion tierna y conmovedora, y agradecia á Dios sobremanera, y como la principal gracia que le habia hecho, la de llamarle á su Escuela. Habiendo pasado á Vich, de órden de los médicos, á los baños de Ter, acabó allí su vida con una muerte ejemplar el 29 de Julio de 1772. Asimismo manifiesta el autor de su biografía que curó de repente á un tullido y á un energúmeno; pero lo atribuia todo á la poderosa intercesion del beato Oriol. Y así lo expresa la carta de la Escuela de Cristo, en que da cuenta á sus hermanas de la preciosa vida y muerte de tan buen discípulo, y además la carta del Sr. dean Torres Amat, su fecha 1.° de Setiembre de 1806.—O. y O.

PARES ó PERES (Santiago), teólogo español, conocido por el sobrenombre de *Santiago de Valencia*, que era su patria; abrazó el estado religioso entre los ermitaños de S. Agustin, y fué obispo de Christopole. Su celo y caridad le granjearon el amor de su rebaño, el cual perdió á su pastor en 1491. Dejó escritos unos *Comentarios* sobre los Salmos, sobre el *Cántico de los Cánticos*, y un libro contra los judíos: *De Christo reparatore generis humani*.—C. de la V.

PARET (Sor María), religiosa dominica, natural de Clermont en la Auvernia, é hija de ilustres padres. Recibió una distinguida educacion, en la que con el estudio de las letras, se unieron las prácticas de piedad, de manera que no tardó en conocer los peligros del mundo y la felicidad de la vida monástica. María no abrazó, sin embargo, en su primera juventud la vida monástica, cediendo á los deseos de sus padres y familia; mas no por esto dejó de entregarse á toda clase de prácticas piadosas, y de vivir en el mundo como si estuviera ya en el claustro. Llegada al fin á la edad de treinta y dos años, y pudiendo disponer de su persona, ora por la muerte de sus padres ya por otras circunstancias que no nos refiere la historia, María tomó el velo y comenzó á vivir en la religion de la misma manera que lo habia hecho en el mundo, es decir, entregada á toda clase de prácticas de austeridad y penitencia. Sus hermanas admiraron desde luego sus buenas cualidades, y sus superioras la brindaron con diferentes cargos, que se negó constantemente á aceptar, no solo por modestia, sino tambien porque versada desde su juventud en la literatura sagrada y profana, y acostumbrada con la frecuente lectura á manejar la pluma con la misma facilidad que algunos que por su género de vida se consagraban á la confeccion de libros en su Orden y fuera de ella; María siguiendo sus consejos, aceptó la misma ocupacion, y compuso diferentes obras, de que nos ocuparemos despues, en los pocos años que permaneció en la religion, pues solo vivió hasta los

treinta y nueve, falleciendo con grande opinion de santidad en 1674. Su vida fué escrita por Ricardo Guillonzon, quien publicó sus obras tituladas: 1.ª *Cartas espirituales á diferentes personas*, é *Instrucciones sobre la vida interior*; Clermont, 1678, en 12.°—S. B.

PARFAIT (S.), mártir. Nació en Córdoba hácia el año 800, asistió á los cristianos oprimidos por los mahometanos, por lo que furiosos estos le dieron muerte en 850. Se celebra su fiesta el 18 de Abril. Véase Perfecto (S.).

PARGA y Barga (V. Fr. Gaspar), religioso lego, muy conocido entre los de la Religion Seráfica por su humildad, paciencia, pobreza y caridad. Al misterio de la inefable Encarnacion del Hijo de Dios fué tan devoto, que hizo un viaje á Tierra Santa para visitar en ella, y adorar el lugar donde se obró. Premióle el Señor con una clarísima inteligencia del Santísimo Sacramento, que cuando se ofrecia tratar de él, hablaba con alta comprension, con expresiones tan propias y afectos tan ardientes, que dejaba admirados á los teólogos más doctos y devotos del mismo misterio. Dice su cronista que tuvo maravillosos raptos, é hizo tambien algunos milagros, que calificaron mucho la grande fama de sus virtudes, las que, coronadas con la perseverancia final, le llevaron á la eterna bienaventuranza por medio de su felicísima muerte, ocurrida en el convento de S. Salvador de Florencia, donde descansa su santo cuerpo.—O. y O.

PARHAMMER (Francisco), jesuita de la provincia de Austria, se consagró á la instruccion de los aldeanos, y recorrió un gran número de provincias con mil trabajos, si bien con grande éxito. El emperador Francisco I le obligó á abandonar una carrera á que tanta aficion tenia, por haberle escogido para confesor suyo. Al mismo tiempo se ocupó en formar establecimientos útiles por más de un concepto. La forma que dió á la casa de huérfanos y niños pobres, hijos de militares, cuyo marcial ejercicio introdujo en ella; el órden, exactitud y severidad de que la rodeó, habian hecho de aquel asilo un objeto de curiosidad para los extranjeros. Aunque extinguida luego la Compañía, continuó él, sin embargo, con la direccion de la casa, porque el emperador José II veneraba su celo y sus virtudes. Pocos dias ántes de su muerte le habia ofrecido aquel monarca un obispado; mas viendo que se negaba entre modesto é indeciso por la gratitud sin duda que le debia, concedióle el Emperador dos meses para deliberar; la Providencia, no obstante, se encargó de resolver con más prontitud en la cuestion, pues ántes de que trascurriese el tiempo marcado, murió el ex-jesuita en Viena el dia 1.° de Marzo de 1786.—C. de la V.

PARIS (S.), obispo y confesor. Nació este Santo en Atenas, capital de la Grecia, y habiéndose dedicado al servicio de Dios, progresó tanto en las letras sagradas y en todos los estudios que entónces eran necesarios al que

se dedicaba al servicio de la Iglesia, que adquirió mucha reputacion. Intimo amigo de S. Basilio *el Grande*, accedió á las súplicas de éste para que viniese al Occidente. Y creyendo el Santo que Dios le llamaba á esta region por boca de su amigo, se puso en camino para Italia. Estableciéndose en la ciudad de Terni, se condolió mucho al ver á sus habitantes adorar á los falsos dioses, y deseando sacarles de las tinieblas de la idolatría á la luz de la gracia, les predicó con tanto celo y constancia el Evangelio, dándoles tantas razones, que llegó á convencerlos de la falsedad de sus dioses y de la verdad de la religion cristiana, por lo que la mayor parte de los habitantes acudieron á la fuente bautismal, confesándose cristianos. Noticioso de este prodigio el papa S. Silvestre, llamó á Roma á París, y alabando su celo y su piedad le consagró obispo de Terni, á cuya ciudad le mandó con su apostólica bendicion, para que continuase su santa tarea. Segunda vez en Terni S. Paris, puso su conato en limpiar y purificar su diócesis de los errores de la idolatría, lo que logró completamente ántes de su muerte, que ocurrió el 5 de Agosto, en que le venera la Iglesia, del año 346 de nuestra era, contándose de él muchos milagros, con los que confirmó en vida su santidad. — B. C.

PARIS (Fr. Adan), de la órden de S. Francisco, docto religioso que escribió con talento y profundamente sobre los cuatro penitenciarios, si bien su obra no se dió á la estampa por carecer la Orden de medios. — O. y O.

PARIS (Fr. Alberto de), religioso capuchino de la provincia de su apellido, publicó: *Manuale pro Missionibus*, impreso en Troyes por Santiago Budot, 1702. — S. B.

PARIS (Anselmo), canónigo regular de Santa Genoveva. Nació en Reims el 26 de Noviembre de 1631. Dedicado á la carrera eclesiástica, hizo sus estudios para hacerse sacerdote, y su deseo le hizo hacer en ellos rápidos progresos. Ya ordenado de sacerdote, tomó el hábito en la congregacion de Canónigos regulares de Santa Genoveva, en cuya santa casa vivió muy retirado, sumamente aplicado á sus deberes y al estudio, que jamás dejó. La primera obra que se publicó de este virtuoso canónigo, fué una disertacion anónima sobre el libro de Bertran, que puede verse al fin del tomo III de la obra sobre la perpetuidad de la fe. Hecha esta publicacion, trabajó incesantemente en fortificar el argumento sobre la perpetuidad, por lo que respeta á la creencia de la Iglesia griega, escribiendo dos tomitos en francés sobre este objeto, para mostrar que esta Iglesia está perfectamente de acuérdo con la latina acerca de la transustanciacion. El primero de estos dos tomos se publicó en 1765 y el segundo en el año siguiente. Continuó trabajando sobre la controversia, y hallándose escribiendo una obra contra las disertaciones del ministro Claudio, le alcanzó la muerte despues de tres años de enfermedad, el dia 2 de Marzo de 1683. Dejó manuscritas muchas disertaciones que se con-

servan en la biblioteca de Santa Genoveva: escribió este autor con mucha exactitud y método. Fué tio del diácono de S. Medardo Mr. París, segun lo que hallamos en la *Biblioteca de Autores eclesiásticos del siglo XVII* de Du Pin. — C.

PARIS (P. Fr. Atanasio), de la Seráfica Religion Capuchina, hijo de la misma provincia. Fué consagrado por Clemente XI obispo de Grassa el año de 1711, segun consta en el *Bulario Capuchino*. — O. y O.

PARIS (Fr. Daniel de), religioso capuchino de la provincia de su apellido, escribió un tratado *De restitutione et de usuris*. — S. B.

PARIS (Francisco). Este famoso eclesiástico, ménos conocido, segun su biógrafo Mr. Gence, por sus singulares virtudes que por los milagros que despues de su muerte se le han atribuido, fué hijo de un consejero del Parlamento de París, en cuya capital nació el dia 30 de Junio del año 1690. Educado por una piadosa madre, fué encargado muy jóven á los canónigos regulares de la Congregacion de Santa Genoveva, entre los que se distinguió mucho su pariente Anselmo de París. Confesaba el jóven París que poco aficionado al estudio, se abandonaba á la holganza, y que instigado por sus compañeros de colegio, concibió la mala idea de reunir porcion de combustible y pegar fuego al colegio, pecado de la infancia que lloró toda su vida. Al cabo de algunos años volvió á la casa paterna, en donde se le puso un severo preceptor que ejercitó bien su paciencia con tan desaplicado discípulo; sucedió á aquel un instructor más amable, que logró inspirarle amor al trabajo haciéndole arrepentir del tiempo que habia perdido. Aficionándose á las lecturas edificantes, estas despertaron su celo por el estudio; y alimentada, por decirlo así, su piedad, le inspiró tan extraordinaria compasion hácia los niños pobres, que dividia con ellos secretamente su desayuno. Luego que terminó el estudio de las humanidades y de la filosofía, quiso tomar el hábito en la órden de los Benedictinos de San German de los Prados, cuyos piadosos y solitarios ejercicios le gustaban mucho; pero siendo el hijo mayor de su casa y el destinado á reemplazar á su padre en sus funciones domésticas, se le hizo estudiar el derecho. A pesar de su resignacion, no pudiendo vencer su repugnancia á tomar un estado mundano, se encargó por su padre á un religioso del Oratorio examinase su vocacion. Los consejos de este eclesiástico le pusieron en armonía con los deseos de su familia, y despues de haber estado algunos meses fuera de la casa paterna, obtuvo el permiso de entrar en el seminario de San Maglorio. Dedicósele en este seminario al estudio del hebreo y del griego, á fin de que entendiese mejor el texto de los libros santos; pero no tardando en conocer la necesidad que tenia de un buen maestro para entenderlos y comprenderlos en toda su pureza, fué á las conferencias públicas de S. Roque sobre la

Santa Escritura, y fué un asiduo oyente del abate Asfeld; y el ardor del discípulo hizo un instructor no ménos fervoroso. El tiempo que París no empleaba en el estudio, le consagró á las funciones de catequista, y en su generoso celo por la instruccion, distribuia á su costa con profusion libros á sus discípulos. Al morir su padre en 1714 le dejó solo la cuarta parte de sus bienes en el testamento. A pesar de esto, el jóven París cuya fortuna experimentó aún una gran baja á consecuencia del sistema de crédito financiero de Law, no dejó de hacer beneficios á sus discípulos. Nombrado superior de los jóvenes clérigos de S. Cosme, recibió el diaconato, y aunque apeló por dos veces á la bula *Unigenitus*, áun despues del arreglo que suscribió el arzobispo de París, se le propuso para el curato de la parroquia de S. Cosme; pero como declarase terminantemente que su conciencia no le permitia firmar el formulario que se exigia, se cerró para el diácono París la carrera sacerdotal. Resolvióse París en vista de esto á consagrarse á Dios en el retiro, y áun hubiese querido establecer un nuevo Port-Royal. A fin de decidirse fué á visitar diversas soledades. En el Mont-Valerien fué á edificarse en la Trapa, á la vista de estos nuevos anacoretas; en Melun á consultar en su asilo otra ermita, que es conocida por sus penitencias, y en fin, retirado á una casita cuya entrada se manifiesta aun en el arrabal de Saint-Marceau, solo salia para ir á repartir á los pobres lo que le quedaba de una pension que le pasaba su hermano, á quien habia dejado el cuidado de administrar su hacienda. Ideó deshacerse de su biblioteca para distribuir lo que sacase por ella en venta á los pobres; pero como era útil á los pobres eclesiásticos que recogia, prefirió á este sacrificio imponerse un trabajo manual para aumentar el fondo de sus limosnas. Dedicóse con efecto al trabajo, y en tanto que una regla comun reunia en su casa á muchos que vivian á sus expensas, él no vivia sino del producto de su trabajo, y los ayunos, las maceraciones y las vigilias acabaron de quebrantar su salud. Castigando su carne sin compasion, pretendia sufrir por el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia, la cual creia ultrajada por la bula *Unigenitus*, gloriándose de ser uno de los más celosos opositores de esta bula. Por un exceso de humildad y de escrúpulos, pasó dos años sin comulgar y sin guardar las Pascuas, y en fin, agobiado por sus austeridades, cayó gravemente enfermo. Reducido por su debilidad extremada á no poderse valer á sí mismo, más que por sí propio sufria por no poder ser útil á los demás. Suplicó á su hermano, cuya sensibilidad le afligia mucho, que no le visitase. Despues de haber dispuesto de sus bienes en favor de los eclesiásticos y demás pobres que él socorria, recibió el santo viático de manos del cura de San Medardo, declarando que persistia en su opinion sobre la bula expresada, y murió el 1.° de Mayo de 1727, á la edad de treinta y siete años. En esta época se hallaban los espíritus de

sus compatriotas en gran efervescencia; y el cementerio de San Medardo, en donde se enterró al diácono París, fué visitado por multitud de gentes que besaban el polvo de su sepultura, teniendo esta accion como garantía de la salud. Tan religiosa veneracion, dice Mr. Gence, ya citado, prometia milagros que la fe ó la confianza debian realizar. El cardenal Noailles autorizó la ereccion de una tumba en mármol al diácono París, confesando que el milagro más grande del santo diácono era su vida penitente. Despues de la muerte del Arzobispo muchos curas de París solicitaron de Mr. de Vintimille se abriese informacion sobre las virtudes y milagros del diácono París, cuya peticion tuvo lugar en 1735; pero los cinco milagros que se eligieron á este fin fueron declarados ilusorios. No obstante esto, el pueblo acudia á la tumba del Diácono á encontrar la salud por su intercesion, y el magistrado Montgeron tuvo que intervenir en estas escenas, que calificaron de fanatismo, por lo que el Gobierno mandó cerrar el cementerio. Escribióse la apología de los milagros que se le suponian; se publicaron las conferencias que habia dado en San Medardo, sus explicaciones á las epístolas á los Romanos y á los Gálatas, impresas en 1732 y 1733, y sus meditaciones sobre la religion y la moral, que vieron la luz pública en 1740, escrito que á pesar de algunos errores no carece de uncion. La vida del diácono París fué escrita en 1731, en 12.°, por el P. Boyer; por el dean Barthelemi en 1733, en 12.° aumentada por Goujet en 1743; y por Barbeau-la-Bruyere. Su retrato ha sido grabado tres veces en fólio, dos en 4.°, y en 12.° y en 24.° Los principales sucesos de su vida se han grabado en viñetas, y en fin, los que creyeron en sus milagros nada perdonaron para dar á conocer á su héroe, y dejar á la posteridad noticias de este eclesiástico singular. —C.

PARIS (Fr. Heliodoro de), religioso capuchino de la provincia de su apellido. Dió á la prensa las obras siguientes: *Compendium Theologiæ dogmaticæ*, un tomo. —*Compendium Theologiæ historicæ*, un tomo. —*Compendium Theologiæ misticæ*, un tomo. — *Veritatis Christianæ religionis*, tres tomos en 4.°; París, por Edmundo Canterot, 1684. — S. B.

PARIS (Fr. Honorato). Habiendo nacido en París de la esclarecida familia de Boncart de Campini, célebre en todo el orbe cristiano por sus gloriosos timbres, que aumentó Fr. Honorato con claras y excelentes virtudes. A la edad de poco más de catorce años comenzó á frecuentar las escuelas de los muy reverendos Padres de la Compañía de Jesús, y á conseguir en ellas las luces de la sabiduría, si no de la más virtuosa educacion, que debió al incomparable maestro Fr. Francisco Suarez, cuyo discípulo fué, y tan aventajado en letras, piedad y devocion. Habiendo entrado poco ántes en el reino de Francia, los Capuchinos, exhalaban admirable fragancia de virtudes con la aspereza de su hábito, descalcez, continuacion de sus abstinencias y

negacion de todos los bienes de este siglo. Mirándolos Honorato delante de sí, cuando pedian en su colegio el pan para su preciso sustento, empezó á fastidiarse tanto de las vanidades del mundo, que ya nada discurria más que en el modo y medio que podria ensayar para librarse de la que él consideraba su prision. Comunicando este deseo con los padres de la Compañía, no solo lo aprobaron, sino que desde luego le ofrecian la entrada en la religion. No le pareció prudente encubrir esto al padre de Honorato, que era uno de los ministros togados en la corte de París, el cual no asegurado de la constancia de aquel propósito, quiso probarle trayendo al hijo á su propia casa, donde sin hacerle violencia alguna le dejó á su libertad, atendiendo solo á que visitase á sus parientes, que eran personas principalísimas en la ciudad. No se resistió el jóven á la direccion de su padre, pero estuvo tan léjos de entibiarse en su buen propósito, que cuanto más comerciaba con las pompas vanas del siglo, más se aumentó el conocimiento de sus peligros, y quedó con la determinacion de huirse al estado religioso, del cual cada dia concebia mayor, aprecio. Entrando en la iglesia ó en la capilla de la Congregacion, solo trataba de pagar las culpas de sus semejantes con recias disciplinas y otros ejercicios de penitencia. De aquí se le podia aplicar aquel elogio que da la Escritura á Tobías: yendo el pueblo á adorar los becerros de oro que habia hecho Joroboan, rey de Israel, éste solo huia del consorcio de todos, y se iba á Jerusalen al templo del Señor: *Denique cum irent omnes ad vitulos aureos, quos Jeroboam fecerat rex Israel, hic solus fugiebat consortia omnium.* Animado por un fervor religioso tan sobresaliente, sin dar cuenta de su determinacion á su padre, tomó el hábito capuchino y trocó su nombre de pila Cárlos en el de Honorato, que adoptó desde entónces. Sintió el padre sobremanera que hubiese abrazado el nuevo estado sin habérselo participado ántes: fué al convento, y llamando al hijo, comenzó la batalla y la queja, sobre que los hijos obedezcan con rendimiento á los padres: despues le puso ante los ojos las riquezas, honras y dignidades de que sería heredero si vólvia á su casa, manifestándole al propio tiempo que su débil complexion y poca robustez no podian dejar de entibiarse en breve; y por último, la propagacion de su ilustre casa y elevado consorcio que para asegurarla le tenian ya preparado. Mucho temian los religiosos que se hallaban presentes, y deseaban la espiritual salud del novicio, que habia de rendirse á ímpetus tan poderosos, ya por naturaleza, ya por el arte, pues uno y otro concurrian en el que queria conquistar el corazon del jóven. Pero como tenia á Dios por auxiliar en este combate, podia celebrar la victoria diciendo con David: aunque se formen contra mí ejércitos, no temerá mi corazon y esperaré en él, aunque me vea asestado y cercado de batallones. Así Fr. Honorato contestó á su padre con tan dis-

cretas razones, que abrazando la voluntad divina se rindió á ella, levantó al hijo de la tierra en que estaba postrado, y le estrechó con gran ternura y lágrimas, otorgándole su consentimiento. Los demás hechos de la vida de este religioso capuchino correspondieron á tan felices principios y dichosos fines, siendo por su piedad, celo y exacto cumplimiento de sus deberes, digno de la estimacion de la divina gracia y de sus semejantes.— O. y O.

PARIS (Fr. Ivo), religioso capuchino. Publicó las obras siguientes: 1.ª *Theologia naturalis, tomi quatuor. In primo agit de Existentia Dei et de creatione mundi. In secundo de Inmortalitate Animæ, de Angelis et Dæmonibus. In tertio de Perfectionibus divinis in particulari, de Providentia Dei et justitia. In quarto de Religione, quod Christiana Religio sit vera, et de ejusdem mysteriis*, 4 tomos en fólio; París, por Dionisio Thierri, 1638.— 2.ª *De Agente Dei in humanis, qui censuram exercet in rebus ecclesiasticis, œconomicis et politicis;* ibid., 1646. — 3.ª *De Libertate exempta à necessitate morali;* ibid, 1646. — 4.ª *Fatum mundi, seu totius orbis Horoscopus;* Ruan, 1656, en fólio.— *De Potestate Romani Pontificis adversus lutheranos, calvinistas et alios hæreticos*, dos tomos en 4.°; París, por Dionisio Thierri, 1634. — *Moralis Christianæ tomi quatuor*; ibid., 1638, en 4.° — *Jus naturale rebus creatis à Deo constitutum. Opus intentatum, in quo leges naturales ab omnibus creaturis observatæ recensentur et explicantur*, un tomo en fólio; París, 1658. — *Felices eventus pietatis; declaratio hujus operis.*— S. B.

PARIS (Gerónimo de), antiguo gran vicario y oficial de Nevers, que vivió á fines del siglo XVII y principios del XVIII, y publicó diez y seis volúmenes de *Sermones* y *Homilías* sobre los misterios de nuestro Señor Jesucristo; tres volúmenes sobre los misterios de la Santísima Vírgen y panegíricos de los Santos, y otros tres sobre los evangelios de Cuaresma. Todos estos discursos pueden ser hoy todavía de gran utilidad. — C. de la V.

PARIS (Fr. José de), de la Orden Seráfica capuchina, principal motor de la conquista de la Rochela. Era la Rochela una plaza fortísima por naturaleza y por arte, segun el sitio en que está fundada y las murallas que la cercaban y defendian. En dicha ciudad la herejía de Calvino encendió el primer fuego de la rebelion, y se extendió despues á casi todas las provincias de la Francia. Muchos solicitaron de los reyes arruinar esta guarida de la herejía, tan perjudicial á la causa pública, y en tiempo de Luis XIII se verificó esta deseada conquista, y arruinada esta moderna Babilonia, en cuyo cerco consiguieron los capuchinos universales aclamaciones, no solo por haber persuadido esta empresa al Rey Cristianísimo, sino tambien por haber asistido á los soldados del ejército por mar y por tierra. Fr. José de Pa-

rís, á quien amaban los reyes con gran ternura, porque el cardenal Richelieu le conceptuaba hombre de perspicaz ingenio y de resolucion para las empresas difíciles; este insignificante capuchino, considerando el grave é inevitable perjuicio que hacian los herejes á los católicos, y hallándose en la junta en que se trataba de esta importante expedicion, descubrió cuanto convenia para la conquista de la plaza. Oró sobre este punto con elocuencia tan vehemente, que indujo el ánimo del Rey á emprender la guerra, ofreciendo el mismo P. Fr. José asistir con crecido número de religiosos que animasen á los soldados á pelear. Era general de esta armada el duque de Guisa que, como príncipe tan católico, quiso purificar su alma con los santos sacramentos, y estando al pie del altar, cuando iba á recibir la sagrada forma, uno de los sacerdotes capuchinos le arengó en favor de la fe en tales persuasivos términos, que aumentaron sobremanera su religiosísimo celo. Quedó la Rochela, como era consiguiente, en poder de los católicos, y en esta tan difícil empresa correspondió no escasa parte á nuestro capuchino, provincial de la provincia de Tolon, por cuyo consejo é instancias la abrazó el Rey. En premio del católico desvelo con que estos religiosos capuchinos se portaron en todas ocasiones que se ofrecieron guerras contra los herejes y mahometanos, se hallaron constituidos por perpétuos capellanes de las naves y galeras del Papa contra los turcos, segun consta de la bula de Inocencio XI á favor de los mismos, con las facultades que aquel pontífice les concedió y menciona Miguel de Tugio en su *Bulario*. — O. y O.

PARIS (P. Juan María de), religioso capuchino. Fué confesor de Enriqueta, reina de Inglaterra. — O. y O.

PARIS (Luis Miguel). Nació este eclesiástico en Argentan el año 1740, y dedicado al estudio, luego que le terminó, se hizo sacerdote. Como desde su infancia habia cultivado las letras con grande éxito, algunos señores de la nobleza, cuya amistad se habia granjeado por la bondad de su carácter, le encargaron la educacion de sus hijos. Dejó un poco de tiempo, aún jóven, su país; pero arrastrado por ese instinto que no nos permite jamás olvidar á la patria, volvió á ella el año 1787. Reuniendo en la casa de su familia, poco ántes de la revolucion de 1789, cierto número de jóvenes, les enseñó la lengua latina, la geografía y la astronomía. No permitiéndole su conciencia prestar el juramento que exigió la revolucion á los sacerdotes franceses en 1790, se condenó á París á la deportacion, por cuya razon salió para Inglaterra el 11 de Setiembre de 1792. Los nueve años que vivió en Lóndres, en donde tuvo muchos discípulos, hizo amistad con un gran número de personas distinguidas, en las que se cuenta al respetable abate Carron. Fundó este abate una escuela para los niños de las familias francesas refugiadas en Lóndres, é invitando á París á tomar parte en la enseñanza, permaneció éste

dos años á su lado, en cuyo tiempo publicó una introduccion para el estudio de la geografía y unos elementos de gramática francesa, obras escritas con suma sencillez y pureza para uso de los niños. Volviendo París de nuevo á su patria el 3 de Diciembre de 1801, volvió á sus antiguas ocupaciones y estableció una casa pension de educandos, que no tardó en adquirir gran reputacion, por lo que el año 1802 se declaró escuela de segundo órden por un decreto del Gobierno. La obra más curiosa de París es una linda *Coleccion de cuarenta y dos pequeños mapas elementales de Geografía y Astronomía*, grabados en Alenzon por M. Godan, uno de los mejores grabadores en madera que poseia entónces la Francia, cuyo texto se imprimió en el reverso, en Falaise, el año 1807, y es un modelo de claridad y perfeccion. Dice Mr. Luis Dubois, que se hallaba París perfeccionando esta instructiva y pequeña obra, y corrigiendo su introduccion á la geografía, cuando le alcanzó la muerte en Argentan el 16 de Junio del año 1806, siendo muy sentido por sus numerosos discípulos y por todos sus contemporáneos. —C.

PARIS (Mateo), historiador, benedictino inglés, del monasterio de San Albano. Se distinguió como poeta, orador, teólogo y matemático. A sus extraordinarios talentos unió las costumbres más austeras y un valor más raro todavía. Encargado de la reforma de algunos monasterios, desempeñó esta difícil comision con la más imparcial severidad y todo el celo de un apóstol. Atacó los vicios con vigor y sin ningun miramiento hácia los culpables, y no perdonó ni á la corte de Inglaterra ni á los dependientes del Papa, defendiendo con la más animosa perseverancia los derechos de su patria. Su historia de Inglaterra, escrita con un violento espíritu de odio contra los franceses, le ha colocado entre los primeros historiadores de la Gran Bretaña. La dió el título de *Historia major*, para distinguirla de un compendio, que publicó despues con el nombre de *Historia minor*. Esta gran composicion comprende los sucesos acaecidos desde el reinado de Guillermo *el Conquistador* hasta 1250. Aún trabajaba en ella su autor cuando murió en 1259. —S. B.

PARISANI DE HARO (D. José). Nació en Zaragoza en 1731, de una familia noble y distinguida de Aragon. Dedicado á la carrera de la Iglesia, cursó en la universidad de su patria artes y teología; y aficionado á las bellas letras, se le cuenta entre los poetas aragoneses de su tiempo. Haciendo oposicion á capellanías, obtuvo una de la capilla de los Reyes viejos de la catedral de Toledo, de donde pasó á servir una prebenda de la santa iglesia de Cartagena. Individuo de la Real Sociedad de Amigos del País de Zaragoza, concluido que fué el precioso tabernáculo de nuestra Señora del Pilar, por cuyo motivo se celebraron solemnes fiestas en 1765, escribió y publicó la siguiente obra: *Descripcion de las demostraciones fervorosas con que festejó*

Zaragoza á su soberana Madre y protectora María Santísima del Pilar, al ver descubierto el suntuoso y magnífico tabernáculo de su sagrada capilla; Zaragoza, 1765. Este libro, que se imprimió en 4.° y que publicó con el anágrama de su apellido, llamándose fiel esclavo de nuestra Señora, es una obra de varia poesía. Tambien escribió y publicó en Zaragoza, en 4.°, en 1769, en octavas reales, la obra titulada: *Glorioso parabien que recibe el reino de Aragon por el feliz arribo á su patria del Excmo. Sr. D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, presidente del Supremo Consejo de Castilla y Capitan general de los reales ejércitos y de Castilla la Nueva.* Latasa, en su *Biblioteca de autores aragoneses*, da tambien razon de las siguientes obras: *Ligero rasgo en que se ven copiadas las solemnísimas fiestas reales con que la fidelísima y siete veces coronada ciudad de Murcia celebró en el presente año de 1784 el feliz nacimiento de los Infantes gemelos Cárlos y Felipe, y por el ajuste de paz con la Nacion Británica.* Esta obra fué dedicada á la ciudad de Murcia, y publicada en Madrid en la Imprenta Real. Con el propio motivo escribió la obra poética titulada: *Fiestas que se hicieron en la coronada villa de Madrid con motivo del nacimiento de los dos Infantes gemelos, y ajuste de paz con Inglaterra.* — Y además corren en los manuscritos de las bibliotecas y colecciones de los curiosos diversas poesías devotas para funciones de iglesia, y otras poesías, muchas de ellas aún inéditas. Murió este poeta eclesiástico en posesion de su prebenda de la santa iglesia de Cartagena en esta ciudad, el año de 1784. — C.

PARISANO (Ascanio). Nació en Tolentin, pequeña villa de la Marca de Ancona en los Estados Pontificios, célebre por haber sido cuna de distinguidos ingenios y de soldados notables por sus proezas. Leandro Alberto enumera estos sin dar cabida entre ellos á Parisano, no sabemos porqué, pues tenemos á nuestro favor para asegurar que nació en Tolentin la autoridad de Onofrius, que vivió en su tiempo, y la de Rubens que le califica de tolentino por el lugar de su nacimiento. Su experiencia en los negocios siendo obispo de Rímini, y su destreza para toda clase de asuntos, le procuraron la amistad de Clemente VII, quien le hubiera elevado á cardenal, como se lo tenia prometido, á no estorbárselo la muerte, dejando la ejecucion de tan acertado proyecto á su sucesor Paulo III, quien lo realizó en 1539. Este pontífice, conociendo el mérito poco comun de Parisano, supo apreciarle en su justo valor y concederle el premio merecido, honrándole con su confianza en repetidas ocasiones. Desempeñó tres legaciones importantes; la primera en Perusa y Umbría, la segunda llevando por colega al cardenal de Santa Cruz, cerca de Cárlos V, y la tercera en Campania. Murió el 4 de Abril de 1549 en Roma, y fué enterrado en S. Marcelo en una capilla que habia fundado. — G. P.

PARISETTI (Luis), llamado *el Jóven* para distinguirle de uno de sus parientes. Nació en Reggio en el año de 1503 y estudió el derecho, en cuya facultad tomó el grado de doctor; mas despues se entregó al cultivo de las letras y de la poesía. Desempeñó varias funciones municipales en su patria, y murió en 1570. Parisetti se granjeó la estimacion y aprecio de los escritores más ilustres de su tiempo, como fueron Giraldi, Bembo, Sadolet, Calcagnini, etc. Dejó diferentes obras, entre ellas: *De immortalitate animæ*, poema en tres libros; *Epistolarum libri sex; Theopeiæ libri sex*, poema cuyo argumento es la creacion del mundo; *De divisa in hominum benevolentia atque beneficentia orationes tres*; esta se reprodujo en 1559 con distinta portada.—C. de la V.

PARISIENSE (Fr. Anastasio), religioso capuchino de la provincia de París. Escribió un libro con el título de *Collatio patris Anastasii cum ministro Pasquerio*; en 8.°—S. B.

PARISIENSE (Fr. Eduardo), religioso capuchino de la provincia de su apellido. Dió á la prensa una obra en francés que intituló: *Reflexiones in propositiones damnatas à bulla Unigenitus*; París, por José Verdufen, año 1717.—S. B.

PARISIERE (Juan César Rousseau de la). Nació en 1667 en Poitiers, de una de las más antiguas familias del Poitou, fué obispo de Nimes, en cuya ciudad murió en 1736. Asistió como diputado á la asamblea del clero de 1730; y en el discurso que pronunció de clausura, dijo al Rey que «su reino estaba fundado en el catolicismo, y que debia sostenerse por los mismos principios.» Aquel pasaje fué mal interpretado y le ocasionó algunos rezelos, los cuales desaparecieron cuando se conoció la pura intencion del prelado. En 1740 se publicó una coleccion de sus *Harangues*, *Panegyriques*, *Sermons de morale* y *Mandements*. Bien por modestia, bien por cualquier otro sentimiento no ménos elevado, quemó todas las obras, ó la mayor parte de las que compuso, en edad no tan madura: las que arriba hemos citado escaparon sin duda á sus pesquisas. En la coleccion de las obras de Mlle. Bernard, se contiene la *Fable allégorique* sobre la dicha y la imaginacion, que tambien es debida á la pluma de este prelado, y es por cierto muy ingeniosa. En su prosa vemos que usó siempre de un estilo muy ajustado y conciso, que no pocas veces perjudica á la claridad de sus pensamientos; sin embargo, en algunas de sus obras descubre de vez en cuando rasgos muy vigorosos. Como prelado fué más apreciable que como autor, y siempre dió por ejemplo de la moral que predicaba el testimonio de una conducta y regularidad verdaderamente episcopales.—C. de la V.

PARISIO (S.), confesor. Nació en Bolonia este monje camaldulense el año 1151. Desde la cuna se hizo ostensible su virtud y santidad, y habien-

do caminado siempre por el camino de la perfeccion, su amor á Dios y su deseo de vivir fuera del bullicio del mundo le hicieron concebir muy pronto la idea de retirarse á servir á Dios en el claustro. Firme en este propósito, tomó el hábito á la edad de doce años en la religiosa órden de monjes Camaldulenses en el convento de su patria. El año de su noviciado se distinguió extraordinariamente por su piedad, humildad, obediencia, y por las penitencias á que se entregó. Luego que por sus estudios estuvo en disposicion, se le dieron las sagradas órdenes con grande alegría suya por considerarse ya afirmado en su propósito de dedicarse sin descanso al servicio de su Criador. Deseoso de contribuir en cuanto pudiera á la salvacion de las almas, y ambicioso en aumentar los tesoros del cielo, se dedicó con preferencia á los penosos ejercicios del confesonario y de la predicacion, en los cuales adquirió tantos triunfos como almas penitentes acudieron á él, logrando extraordinarias conversiones, que enriquecieron al catolicismo, y llenaron de gozo su alma. La fama esparció con sus cien trompas el nombre de Parisio por todas partes, y de lejanos paises venian los fieles á pedirle consejos y que intercediese por ellos, pues que tenian la fe y creencia de que Dios los perdonaria y concederia gracia por su mediacion. Habiéndole concedido Dios los preciosos dones de milagros y de profecía, los autores que han escrito su vida, refieren porcion de milagros hechos por su intercesion, y acontecimientos profetizados por él. Suspiraba este Santo por la patria celestial, la que pedia á Dios diariamente con el mayor fervor, y como llamaba á sus puertas con fe y confianza se las abrió Dios el dia 11 de Junio, en que le venera la Iglesia Católica, el año 1267, que es la fecha de su glorioso tránsito. Grande fué el sentimiento de los boloñeses al perder el santo monje á quien iban á pedir consejo en todas sus aflicciones; pero se consolaron con la idea de que seguiria prestándoles consuelo desde el cielo en donde ante el trono de Dios pediria por su pueblo. Su santo cuerpo fué sepultado en la iglesia de su convento en Bolonia, en cuya ciudad se le tiene en gran veneracion. — B. C.

PARISIO (Pedro Pablo). Nació en Cosenza, de una de las más antiguas villas del reino de Nápoles, era tan hábil jurisconsulto, que las más célebres universidades de Italia desearon vivamente tenerle por profesor. Explicó con brillantes resultados en Bolonia y Padua, y fué llamado á Roma por el papa Paulo III, quien le nombró oidor de la Rota, y más tarde en el año de 1539 cardenal, dándole los obispados de Nusco y Anglona. El mismo Pontífice le envió con otros legados en 1542 á presidir el Concilio de Trento; pero murió ántes de celebrarse la primera sesion el 14 de Mayo de 1545 á la edad de setenta y dos años. Fué enterrado en la iglesia de Santa María de los Angeles. Su sobrino Flaminio Parisio le erigió un monumento con un pom-

poso epitafio que todavía se lee. Este Cardenal publicó alguna coleccion de decretales, y cuatro tomos que tratan de los concilios.—G. P.

PARISOT (Juan de la Valette), gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen. Era prior de S. Gil cuando fué elegido en 21 de Agosto de 1557 por la unánime voluntad de todos los caballeros que conocian y apreciaban su mérito. En todos los grados de la Orden que habia ocupado, se distinguió por su valor, prudencia y virtud, cualidades que brillaron con doble esplendor cuando fué elevado á la dignidad suprema. En ménos de cinco años se apoderó de más de cincuenta navíos turcos, por lo que irritado Soliman II, emprendió en 1565 la conquista de Malta. El 18 de Mayo se presentó á la vista de la isla la armada enemiga compuesta de ciento cincuenta y nueve buques, y treinta mil hombres de desembarco. Dos dias despues saltaron en tierra, y el 24 abrieron trinchera delante del fuerte de S. Telmo. Los caballeros, que solo eran en número de ciento treinta, se defendieron con un heroismo sin ejemplo, y no se rindieron hasta que el último de ellos quedó fuera de combate. Los turcos atacaron despues las demás plazas de la isla, que se defendieron con el mismo teson y con mejor fortuna. Los turcos, entretenidos con estos ataques parciales, tuvieron que reembarcarse el 7 de Setiembre temerosos del socorro que enviaba el virey de Sicilia. Pero apénas se habian hecho á la vela, arrepentidos de su resolucion, volvieron á desembarcar los turcos, que fueron derrotados en 13 de Setiembre. No les quedó más recursos que volver á su país. Soliman comenzó á hacer grandes preparativos para el año siguiente; mas su arsenal y talleres fueron incendiados por las disposiciones del gran maestre de Malta, que al mismo tiempo reedificó el fuerte de S. Telmo, y construyó una ciudad á la que dió su nombre, y fué despues la capital de la Orden. Admirado Pio V del mérito de Parisot, se lo manifestó en varios breves, á que contestó éste aprovechando la ocasion para reivindicar los derechos de la Orden, que creia usurpados por la Iglesia Romana. Provinieron de aquí sus posteriores desgracias, pues habiendo vacado el priorato de Roma, y concedídose por el Pontífice sin anuencia de los caballeros, el embajador de Malta se quejó con demasiada acritud, encendiéndose una série de disputas que hundieron al gran Maestre en una profunda melancolía, que le llevó al sepulcro en 21 de Agosto de 1568, despues de una enfermedad de treinta y tres dias.—S. B.

PARKER (Miss), de la Iglesia establecida en Inglaterra. Se convirtió al catolicismo, é hizo su abjuracion en union de otros tres en 25 de Setiembre de 1842, en manos de M. O'Connor, pastor de la colonia católica de Stamfort. Miss Parker recibió el pan eucarístico con la mayor devocion, edificando á todos.—C. de la V.

PARKER-SCAMMON, subteniente del cuerpo de Ingenieros topográficos

del ejército de los Estados Unidos, se convirtió al catolicismo en estos últimos años, y tuvo la dicha de recibir por primera vez la santa comunion en la iglesia de S. Pedro en Nueva-York. Antes de su conversion escribió muchos folletos contra la supremacía del Papa; pero abiertos sus ojos á la luz de la verdadera fe, hizo una retractacion de todos sus errores.— C. de la V.

PARKER (Samuel). Nació en 1640 en Northampton de un hombre político que durante la guerra civil manifestó una gran flexibilidad de principios, y que en 1650 escribió en favor de la republica. Fué Samuel Parker obispo protestante de Oxford, y por lo tanto debiéramos eliminarle de este lugar para colocarle en la parte heterodoxa de esta obra. Pero habiendo tenido en cierto modo principios católicos y defendido con celo y energia muchos ritos y costumbres de la Iglesia católica, se le ha considerado por algunos autores como si perteneciera á esta comunion, y por lo tanto no hemos tenido inconveniente, despues de esta premisa, en darle lugar en esta parte de nuestra obra, no obstante de que haremos mencion de él en la heterodoxa, tomando noticias de la biografía que Mr. Lefebvre escribió de este célebre escritor. Acabó sus estudios Samuel en Oxford, y desde un principio se trató de incluirle en las opiniones de los puritanos. Se distinguió cuando estudiaba por su gran piedad, entre un cierto número de sus condiscípulos, que se reunian semanalmente para ayunar y para orar. Poco tiempo despues de la restauracion abandonó sus principios y se afilió entre los más ardientes campeones de la Iglesia anglicana. Fué nombrado capellan de un gran señor, á quien se dice divertia con chanzonetas, á expensas de sus antiguos coreligionarios. En 1695 le abrió sus puertas la Sociedad Real de Lóndres, y en el mismo año publicó sus ensayos físico-teológicos titulados: *Tentatamina physico-theologica de Deo, sive theologia scholastica ad normam novæ et reformatæ philosophiæ concinnata;* en 4.° Estos ensayos fueron atacados por el Dr. Faifax y por Andrés Marvell. Dedicó este libro á Sheldon, arzobispo de Cantorbery, que le nombró capellan suyo en 1667 y le concedió muchos beneficios. Continuó Parker publicando escritos, en los que sostenia las más altas pretensiones de la Iglesia, así como la doctrina política de la obediencia pasiva. En 1686 el rey Jacobo II recompensó el apoyo que prestaba al poder, nombrándole obispo de Oxford, cargo que desempeñó al mismo tiempo que el arcedianato de Cantorbery; fué tambien consejero privado, y en 1689 se le nombró presidente del colegio de la Magdalena en Oxford. Publicó una obra en esta época, que alarmó á la Iglesia anglicana. Habia establecido en 1678 el Parlamento inglés un juramento, por el que todos los que quisiesen pertenecer á esta asamblea debian rechazar la transustanciacion y la invocacion de los Santos, y Parker compuso contra este decreto una obra con el titulo: *Reasons for abrogating the test.* En esta obra

demostró que semejante ley no podia hacerse sino en un sínodo; que la manera en que Jesucristo está en la Eucaristía no debia ser objeto de una ley; que el honor que hacian á los Santos y á las imágenes los católicos, estando muy léjos de la idolatría que se les atribuye, no podia obligarles á las penas de aquella ley, que era injusta sobre estos particulares. Los biógrafos ingleses se declaran contra Parker por esta doctrina, que dicen debió agradar tanto á los papistas, los que, tanto por este libro cuanto por la conducta y demás particularidades de su autor, podian contarle entre los católicos. En apoyo de esta asercion citan fragmentos de cartas de algunos jesuitas, y una de ellas del P. Lachaise, elogiando á Parker, y añade que la vergüenza de verse despreciado de todos los buenos anglicanos le causó una enfermedad, de cuyas resultas murió en 1687 á la edad de ochenta y ocho años. Como se ve, no puede ser más apasionado este relato de los protestantes, pues que en semejante edad bien puede morirse sin sentir vergüenza de lo que se ha obrado con tranquila conciencia, y así es que él espantoso retrato que de él hizo el obispo protestante Burner degrada más á éste que no á aquel prelado, de cuyas obras dice que revelan más talento que facilidad, pero que carecen de solidez y de exactitud. Escribió Parker muchos libros, pero sus principales obras son las siguientes: *Libre é imparcial censura de la filosofía platónica, seguida de un cuadro de la dominacion y bondad de Dios, con relacion á la hipótesis de Orígenes sóbre la preexistencia de las almas;* impresa en francés en dos cartas en 1666, en 4.°, y en 1667, en 8.°—*Discours sur la police ecclesiastique, où l'on établit l'autorité du magistrat civil sur les consciences des sujets en materie de religion exterieure;* 1669, en 8.° Fué combatido por la doctrina vertida en esta obra por J. Owen y A. Marvell. — *Disputationes de Deo et Providentiâ divinâ, an philosophorum ulli, et quinam athei fuerint*, etc. 1678.—*L'autorité divine de la loi de nature et de la religion chrétienne démontrée;* 1681, en 4.° Esta obra fué dedicada á Cárlos II; la segunda parte se publicó el año 1685. Dejó Parker un hijo modestamente instruido, que no quiso jamás prestar juramento á la revolucion de 1688, y el cual, á fin de sostener su numerosa familia, publicó muchas obras, entre las que se cuentan las siguientes: una traduccion en inglés del tratado de Ciceron *De Sinibus;* 1702, en 8.°—*Abregé des histoires ecclesiastiques d'Eusebe, de Socrate, Sozomene et Theodoret;* 1729. — *Bibliotheca biblica, ou commentaire sur les cinq livres de Moïse*; sacado principalmente de los Santos Padres, en 4.°—Una obra latina de su padre, que contiene la historia de su época, titulada: *Reverendi admodum in Christo patris Sam. Parkerii, episcopi, de rebus sui temporis commentariorum libri quatuor;* 1796, en 8.° De esta obra se han hecho dos traducciones en inglés. Y por último, escribió y publicó una *Defensa de su padre, procurando vindicarle*

de las calumnias con que procuraron rebajar su mérito sus envidiosos émulos. —C.

PARKINSON (Rdo.), ministro de la Iglesia anglicana de Sta. María en Wakefield. Resignó sus cargos en Mayo de 1851 para entrar en el seno de la religion católica.—O. y O.

PARMA (Fr. Antonio María de), religioso capuchino, hijo de los marqueses de San Andrés, y hermano de la duquesa de San Blas, fué consagrado obispo de Efeso y arzobispo de Galípoli en el reino de Nápoles. Este personaje nos es ménos conocido por los hechos particulares de su vida, que por los elogios que han hecho de su virtud y su ciencia los cronistas de su Orden. Parece desempeñó multitud de cargos, prestando en todos tan grandes servicios á la Iglesia, que el Soberano Pontífice no creyó poder premiarlos de mejor manera que elevándole á la dignidad episcopal. Ignórase la época de su fallecimiento, así como las demás circunstancias de su vida, segun dijimos en un principio.— S. B.

PARMA (V. Fr. Juan) natural de Bolonia, varon doctísimo, de gran crédito en las escuelas de París y celoso amigo de la más rígida observancia. En el nono capítulo general celebrado por la Orden Seráfica en Aviñon fué elegido general unánimemente por los capitulares, y esta eleccion se miró como sol que alegró el jardin, cuyos verdores estaban mustios y casi marchitos con continuas y maléficas influencias y abusos. El santo Fr. Gil, postrándose á tomarle la bendicion, le dijo: Bien has venido, padre, pero vienes tarde, aludiendo á la gran dificultad del remedio que tenian las corruptelas introducidas. La valentía, empero, de su ardiente celo desmintió estos temores, pues se vió en su tiempo reflorecer la santa pobreza, y porque animaba á su corazon el espíritu del glorioso Patriarca. Comenzó su gobierno levantando á los caidos que pelearon por el bien comun y por la causa de Dios. Alzó los destierros á todos, y á los elianos, cuyo partido estaba muy pujante por las omisiones del anterior gobierno, les hizo aplacar su ira, rebajar su orgullo, viendo su austeridad y acomodarse á su ejemplo. Así negoció mucho más con la persuasiva de su ejemplo que con el castigo. Vestia un solo hábito, sin túnica interior y además grosero. En los tres años primeros de su generalato, visitó á pie la mayor parte de las provincias, sin prevenir á los conventos que visitaba. Iba con solo un compañero y parecia un húesped ordinario. Con tal discrecion y cautela, permanecia unos cuantos dias registrando diligentemente cuanto convenia á su propósito para examinar el estado de los conventos, si se observaba la disciplina regular, y el porte de los frailes dentro y fuera de casa. De este modo ni la lisonja ni la emulacion figuraban en la visita, y su propia experiencia era el principal asunto de su informe, y en su con-

secuencia el móvil que le incitó, despues de madura reflexion, á deponer á algunos prelados, castigar á los díscolos y premiar á los celosos y observantes. El General por su parte guardaba sigilo sobre la manera de hacer la visita; pero por los efectos la divulgó la fama, y el temor de que los cogiese desprevenidos, hizo á muchos cuidadosos y que mirasen más en lo porvenir por el adelantamiento y mejora de la disciplina regular. Por nada permitió que en órden á su persona se alterase, en cuanto á la comida ni á lo demás, el trato comun. Rezaba el oficio divino de pie, descubierta la cabeza á imitacion de S. Francisco; aun cuando de los viajes volviese fatigado, limitó mucho el sueño por dedicar el resto de la noche á la oracion, y reservó el dia para el trabajo. Fué discreto y afable, aunque parco de palabras, tanto que, próximo á morir, dijo darle mas cuidados su silencio que su lengua. En los viajes, que siempre hizo con uno ó dos compañeros, le sucedieron casos raros de que Dios le sacó con su infinita misericordia. Visitando las provincias de España, se perdió una tarde de invierno, sorprendióle la noche en una montaña, poniendo á sus compañeros esta desgracia en grave desconsuelo, mas él los alentó con animo resuelto, diciéndoles no desconfiasen, pues les brindaba auxilio el refugio de María Santísima. Empezó, pues, con ellos á rezar los tres salmos del primer nocturno del Oficio de la Virgen con sus antífonas, luego el *Te Deum laudamus*, con la oracion *Gratiam tuam*, terminando con el salmo á N. P. San Francisco, *Voce mea ad Dominum clamavi*, y con la antífona *Salve, Sancte Pater*, con su oracion. Acabadas estas oraciones, oyeron una campana, que les dió á conocer la proximidad de algun monasterio, y el sonido les fué guiando hasta descubrir una luz. No bien tocaron las puertas del convento, salieron á recibirles algunos monjes que los agasajaron con benignidad, sentándoles á la lumbre y lavándoles los pies, luego les sirvieron una mesa con abundancia de viandas, manifestándoles, por último, las camas que les habian preparado para su descanso. Agradecida por el bendito General tanta piedad, y temeroso de mayores molestias, les pidió licencia para recogerse. Así lo hicieron con gran paz y alegría, dando gracias al Señor que á tan buen punto y descanso los condujo. Al oir el toque de maitines, se fué al coro el General, dejando á sus compañeros entregados al reposo. Hecha señal por el prelado para dar principio, vió que el hebdomadario, sin santiguarse, ni decir los versos ordinarios *Domine, labia mea aperies* y *Deus in adjutorium meum intende*, empezó desentonado dividiendo aquellas palabras del salmo 35. *Ibi ceciderunt, qui operantur iniquitatem*, respondiendo el coro: *Expulsi sunt nec poterunt stare*. Tres veces repitieron aquel mismo verso, con el mismo desentono y voces espantosas, y ya entró en sospecha el General de que aquellos que parecian monjes fuesen demonios. Fija más

su consideracion , y nota que en todo el coro no hay cruz, ni imágen de Cristo , ni de María Santísima, ni otra ninguna , y poseido completamente del asombro , hizo sobre sí la señal de la cruz, y levantando resuelto la voz, dijo: Por el santísimo nombre de Jesús y de su pasion dolorosa, os mando que me digais quiénes sois. Todos enmudecieron , y el que presidia dijo: espíritus somos de aquellos infelices que padecemos en eternas sombras, y por mandato del Omnipotente hemos venido, bien á nuestro despecho, á hacerte á ti y á tus compañeros el hospicio. Este beneficio debes á los ruegos de aquella mujer, que es Madre de Dios, y de vuestro Padre que está señalado con las llagas de nuestro enemigo y vuestro Redentor. Dicho esto, desaparecieron los monjes con el convento, y se halló el General con sus dos compañeros en una gruta. Ya reparado de su asombro el siervo de Dios, despertó á los compañeros , y les previno con prudencia para la noticia del suceso. Despues consagraron el resto de la noche á las divinas alabanzas, y al amanecer dejaron la gruta, que habian visto convento la noche ántes. Desde entónces despachó el General patente para que en todos los dias que se rezase de feria, despues de las completas , se cantase en los conventos el primer nocturno del Oficio de nuestra Señora, que por la primera antífona llamamos la Benedicta , y despues se cantase el salmo *Deus misereatur nostri*, *et benedicat nobis*, con oracion, por el acierto y seguridad de los prelados. Esta loable costumbre prevalece aún en la Orden Seráfica , si bien no con uniformidad, segun varios estilos de provincias. En algunas se dice despues de las completas todos los dias la Benedicta; en otras los dias feriales; y en otras se canta el viernes por la noche con gran solemnidad , y el sábado á prima la misa de nuestra Señora, del misterio de su Inmaculada Concepcion. — El pontífice Inocencio IV, lleno de celo apostólico por la fe , y sabiendo que Fr. Laurencio de Portugal , religioso menor, se encontraba hacia años en Tartaria , legado de la Silla Apostólica para el Emperador tártaro, le dió ahora mision y entera potestad para solicitar por todo el orbe la deseada paz y union entre ambas iglesias , griega y latina; cargo que desempeñó Fr. Laurencio con suma prudencia y vigilancia, logrando esperanzas de esta concordia. Al mismo tiempo le ordenó el Pontífice que favoreciere con todos sus esfuerzos á los griegos, á fin de no ser gravados ni molestados de los latinos; para lo cual dió á Fr. Laurencio su plenaria autoridad, despachando otra bula á todos los obispos y patriarcas griegos y latinos, para que, con intervencion suya , tuviesen efecto debido las determinaciones de Fr. Laurencio en el particular. De sus buenas diligencias y ardiente celo resultó que el patriarca de Oriente escribiese al Sumo Pontífice, confesando ser católico y reconociendo el primado de S. Pedro en su legítimo vicario y sucesor Inocencio. Lo mismo hizo el patriarca de los jacobitas y otros prela-

dos de la Iglesia griega. Enterado el Pontífice del estado de las cosas en el Oriente, trató de darles mayor impulso, enviando por su nuevo legado al general Fr. Juan de Parma, á quien nombra en su bula con el epíteto de Angel de paz. Antes de partir juntó á los Padres de la Orden que pudo en Asís, con ánimo de dar buen cobro á los negocios pendientes, y sustituir en persona capaz su gobierno. De esta junta derivó una patente para desterrar los abusos introducidos en el oficio divino, y en ella mandó por obediencia á Fray Tomás de Zelano que perfeccionase la crónica del glorioso P. S. Francisco, que tenia empezada de mandato del General su predecesor. Quedó sustituido en el gobierno Fr. Buenaventura de Tesi, á quien habia enviado Fray Crescencio General por su vicario, cuando se excusó de asistir al capítulo en que fué depuesto; eleccion no muy conveniente, como pudo observar á su vuelta el General. Para su jornada eligió por compañeros á dos varones muy doctos, y uno de ellos de suma virtud y espíritu profético, como se verá. Estaba Fr. Gerardo predicando en la plaza de Constantinopla, y en medio del sermon se quedó un momento en éxtasis. Cuando volvió de él, dijo con voz lastimosa y arrasados en lágrimas los ojos: ¡Infelices de nosotros, que en esta hora ha quedado cautiva el águila! Suspenso quedó y atónito el auditorio, no entendiendo el sentido de sus palabras; mas el Santo se explicó: ¡Oh! ¡qué fatal desdicha acaba de suceder ahora á la cristiandad! Los sarracenos han derrotado el ejército de los franceses, y su cristianísimo rey Luis queda prisionero. —Muchos notaron el dia y la hora, y principalmente el obispo de Bondinicia, y habiéndose comprobado la profecía con el suceso, lo refirio á muchos, entre ellos á Fr. Clareno. Tambien en Constantinopla le sucedió á Fr. Gerardo otro suceso raro. Mandóle el General que se embarcase para Romandiola á ciertos negocios. Buscada embarcacion y quien le pagase el flete, pactó con el patron del navío, que hacia rumbo á paraje diverso, que le habia de poner en tierra sin proseguir su viaje. Diéronse á la vela, y hallando viento el patron para el lugar principal, enderezó la proa apartándose de Romandiola. Fr. Gerardo sospechó su infidelidad, y conociendo la falta que hacia al cumplimiento de su mision, púsose á orar, y alcanzó del Señor viento contrario al intento del patron y favorable al deseo de Fr. Gerardo, no bastando á combatirle las industrias todas de la marinería, siéndoles por tanto necesario volver la proa á Romandiola y dejarle en tierra. Entónces dijo á los que con él llegaron en el esquife: Id, y decidle al patron que ponga la proa á su paraje, que este viento le ha enviado Dios para que yo cumpla con la obediencia; pero ya volverá el contrario, para que haga su camino, aunque no lo merecia su poca fidelidad. Cuando llegaron al navío y dieron el recado, de repente se mudó el viento. —En cuanto al suceso de la legacía del General, debe decirse que

fué recibido del Emperador y Patriarca de Constantinopla con gran estimacion, creciendo despues con el trato. Debido á su celo en el cumplimiento de su mision, recibió el pontífice Inocencio dos solemnes embajadas para que tratase del ajuste; el cual no tuvo efecto por haber dado en ambas los apocrisarios en manos de piratas, y á causa de las muertes del pontífice Inocencio y del emperador de Constantinopla. El año de 1250 murió Federico II, cismático, y su muerte puede decirse que correspondió á su vida por lo que tuvo de desastrosa. Hallándose convaleciente de una enfermedad grave, un hijo suyo bastardo, de nombre Manfredo, á quien amaba mucho, quedóse con él á solas y le ahogó, cortándole la respiracion con una almohada, por quitarle la corona. Sacrílego perseguidor de su santa madre, murió este Emperador á manos de su propio hijo. Esta muerte aumentó las fatigas y cuidados de Inocencio, empeñado en mantener á Willelmo, á quien habia dado la investidura del imperio por muerte de Enrique landgrave de Lotaringia, al cual habia coronado poco más de un año ántes por rey de Romanos, cuando privó de esta corona á Federico. El bastardo del Emperador, con ayuda de algunos potentados de Alemania, no perdia tiempo en adelantar su partido. Hallábase sobre las armas para dar en Sicilia con un poderoso ejército, y dieron aviso los napolitanos al Pontífice para que se opusiese á sus intentos. Llegado que hubo á Nápoles, con buenas esperanzas de derrotar al bastardo, sobrecogióle su última enfermedad, afligiendo con su muerte el ánimo del orbe cristiano. Doce años gobernó la nave de S. Pedro, mostrándose afectuoso en los diez primeros con las dos religiones de Sto. Domingo y S. Francisco; mas en los dos últimos se mostró contrario, derogando y anulando algunos privilegios concedidos por sus antecesores Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX y Celestino IV, confirmados por él mismo en los principios de su gobierno, mudanza que ocasionó la escuela de París, amotinada contra ambas religiones, y debida principalmente á Guillelmo de Sancto Amore, á quien despues condenó por hereje Alejandro IV, inmediato sucesor de Inocencio. Gerónimo Plato dice que este Pontífice conoció su error á la hora de la muerte, y que protestó su dolor, pidiendo á Dios misericordia de los trabajos y tribulaciones en que habia puesto á ambas. Debe creerse, sin embargo, que en las crónicas de S. Francisco ha de ser de gran precio la memoria de este Pontífice, pues no hubo empresa grande y gloriosa durante su gobierno que no la fiase á religiosos de S. Francisco. Dió finalmente á entender su mucha devocion, mandándose enterrar en el convento de S. Laurencio, de la Orden Seráfica, donde estuvo sepultado hasta que, derribada esta iglesia, fué trasladado su sepulcro á la catedral en que hoy yace. Sucedióle, segun va indicado, Alejandro IV, nepote de Gregorio IX, que restituyó á las religiones mendicantes los privi-

legios y gracias que anuló su predecesor. Noticioso Fr. Juan de Parma de la muerte de Inocencio IV, y como despues aconteciese la del emperador de Constantinopla, trató de regresar á Italia con la vénia del nuevo Pontífice. Llegado á su presencia, le recibió con marcadas señales de benevolencia, dándole las gracias por las vivas diligencias que practicó en negocio tan árduo. Encargado de nuevo del gobierno de la Orden, hallóle tan turbado y revuelto, que le causó gran desconsuelo; pero como era de corazon magnánimo, tales dificultades no bastaron á vencer su celo. Como muy prudente, empleó los medios suavísimos de la exhortacion paternal, hallando empero los ánimos tan rebeldes, que no les fué posible reducirlos á razon. Apeló, como extremo único á que se vió obligado, al remedio de la fuerza, y tuvo ocasion de ver cuán arriesgada empresa sea la de acabar con los vicios de la relajacion, cuando los cómplices y mantenedores de ella son muchos y poderosos. Los castigos impuestos por Fr. Juan de Parma irritaron á los culpables y sus parciales, y comenzaron á sentirse quejas de todos, achacando á malevolencia y pasion del prelado lo que solo era efecto de su celo y obligacion de su empleo. Trocáronse despues las quejas en odio y emulacion, y claro es que habia de hacerse oir muy pronto la horrible voz de la calumnia. Muchos de los padres más graves, que habian hecho sus conventículos secretos, trataron de producir contra él querella criminal ante el Pontífice. Fr. Bernardo de Besa, que fué uno de los jueces de esta causa, refiere los cargos producidos, que sienta de este modo: Que sentia y hablaba mal de los expositores de la regla y de las declaraciones de los pontífices, diciendo que el testamento de S. Francisco era solamente su legítima interpretacion. Que inducia á los frailes á la observancia del testamento, diciendo ser una cosa misma con la regla, y que debian tenerle en mucha veneracion, porque sobre no contener en sí cosa contraria al tenor de la regla, le escribió el Santo Patriarca con especial inspiracion divina, cuando ya estaba señalado con las preciosas señales de nuestra redencion; y añadia que los religiosos que despreciaban el testamento eran injuriosos al testador, y merecian, como malos hijos, ser excluidos de la herencia. Que habia dado á entender que era profeta, hablando enigmáticamente de los futuros sucesos y estados de la religion. Esta profecía, como se la capitulaban, contiene literalmente todo el suceso de la division de la Orden Seráfica en conventuales y observantes, como se vió despues de tres siglos. En el cuarto capítulo le daban por sospechoso en la fe católica, diciendo que era muy afecto á los libros de Joaquin Abad, que los alababa mucho; y que los defendia en aquellas cosas que escribió contra Pedro Lombardo, maestro de las Sentencias. Agravaban este capítulo con los manuscritos de sus dos compañeros, Fr. Leonardo y Fr. Gerardo. Uno y otro estaban en el

punto de afectos á Joaquin Abad, con bastante fundamento sospechosos, porque Fr. Leonardo habia hablado en dos sermones de la doctrina de Joaquin en alabanza suya; y Fr. Gerardo en otro sermon se habia valido de sus palabras proféticas, referentes á la Orden, explicando parte de sus enigmas al estado en que entónces se hallaba la religion, y condenando con recias invectivas el proceder ménos ajustado de algunos prelados. Hízose al Pontífice la acusacion, y quedó escandalizado de ver amotinada tan gran parte de la religion contra un prelado de tan notorios créditos de virtud. Procuró apaciguarlos y los halló muy duros; y como uno de los cargos tocaba en la pureza de la fe, no quiso dejar sin satisfaccion á la parte, ni dar motivo, despreciando la acusacion, para que á él mismo se le atreviese la calumnia. Convocó á capítulo general en el convento de Ara-Cœli, para el dia de la Purificacion de nuestra Señora. Llamó secretamente á Fr. Juan de Parma, y le aconsejó amigablemente que renunciase el generalato, y que aunque los capitulares insistiesen en reelegirle no lo admitiese, pues así convenia á su descanso y mayor crédito, dejando así burlados los designios de sus émulos. Juntos los capitulares en Ara-Cœli, presididos por el Pontífice, se levantó Fr. Juan de Parma, y confesando postrado sus culpas, hizo renuncia del oficio, alegando su insuficiencia, cansancio y mucha edad; pero reclamó la mayor y más sana parte del capítulo pidiendo que no se admitiese la renuncia, pues que pesaba más el bien comun de toda la religion que la conveniencia de un particular, diciendo que en aquel hombre descansaba el espíritu de S. Francisco. Insistió en su renuncia el General, y los capitulares en su reclamacion, con tal firmeza por una y otra parte, que transcurrieron dos dias sin serle admitida la renuncia. Oia el Papa con júbilo cuantos elogios hacian los capitulares, deseoso de que saliese incólume la fama de su protegido; y al cabo de los dos dias admitió la renuncia, mandando que se procediese á la eleccion en otro. Obligados los capitulares á nueva eleccion, dijeron á Fr. Juan de Parma que ya que no admitia el ser continuado general, indicase quién fuese digno en la religion de aquel cargo, y que todos le acatarian. No hubo de vacilar mucho, puesto que conocia las relevantes prendas de S. Buenaventura, que á la sazon regentaba en Paris su cátedra, y todos unánimes eligieron al Santo, á los treinta y cuatro años de su edad y trece de religion. Ya sin gobierno Fr. Juan de Parma, y libres sus émulos de la integridad de su justicia, parece que desistieran de su querella, visto por otra parte el alto concepto que de sus virtudes tenia la mayor parte de la religion; mas esto mismo les impedia y estorbaba la generosidad, y no podian sufrir que su fama y crédito quedasen tan sin mancha. Luego que S. Buenaventura llegó de Paris á Italia, le dieron la querella en la forma que lo hicieron al Pontífice, y señalando por cómplices suyos en contra de la pu-

reza de la fe á sus compañeros Fr. Leonardo y Fr. Gerardo. El santo General no pudo, aunque lo intentó, disuadir á los querellantes, y fuéle preciso admitir su acusacion. Empezóse la sumaria tomando sus declaraciones á los compañeros. Examinaron con escrúpulo sus papeles de todo género, sin encontrar en ellos punto alguno que disonase de la pureza de la fe, y les preguntaron bajo de juramento qué sentir tenian de Joaquin Abad y de sus escritos; y contestaron imprudentemente que Joaquin Abad habia sido buen católico, y que sus escritos no contenian proposicion alguna respecto de la Divina esencia y Trinidad de las personas, contra lo decretado en los Concilios y expresado por los Padres de la Iglesia. En este punto fué de notar la dureza de Fr. Gerardo, por lo mismo que era el más docto, y de ingenio acre y pronto; y viendo los jueces la defensa que hacian de Joaquin Abad, los condenaron á cárcel perpétua. Cuando entró en ella Fr. Gerardo, dijo: *In loco pasquæ ibi me collocavit*, y permaneció encerrado con gran resignacion diez y ocho años, hasta que S. Buenaventura le dió la libertad. Tambien Fr. Leonardo entró gozoso en la prision, y allí murió, protestando que moria y habia vivido siempre en la entera fe de nuestra Iglesia Católica Romana, creyendo firmemente que las proposiciones condenadas en Joaquin estaban bien condenadas; pero que no eran suyas, ántes bien supuestas é ingeridas en sus libros por la malicia ó por la ignorancia. Ambos acusados obraron con imprudencia indisculpable, puesto que se confesaron católicos, y solo decian que Joaquin no habia dicho ni escrito tales proposiciones, aunque estas las hallaban muy bien condenadas. En cuanto á la estima que de Joaquin hacian, poco fundados serian los cargos á lo que puede verse. Fué este varon muy venerable en su tiempo por su sabiduría, virtud y espíritu profético. Su fama póstuma es gloriosa, y hoy se le da y le está permitido culto en todo el territorio Floriacense, con aclamaciones de santo. Vivió siempre y murió católico, y fuese ó no suya la doctrina condenada por el Concilio, lo cierto es que él escribió siempre protestando, en este libro y en todas sus obras, que se sujetaba en todo á la censura de la Iglesia Católica. Informado de esta verdad Inocencio III, expidió bula en favor del monasterio de que fué abad, donde declaraba no haber sido hereje ni condenado como tal en el concilio, pues éste solo condenó la proposicion hallada en sus libros contra Pedro Lombardo, en cuanto á la unidad indivisa de la esencia Divina y Trinidad de personas. El P. Fr. Francisco de Vivar, cisterciense, en la defensa que hace del cronicon de Flavio Dextro, toca este punto, y prueba vigorosamente que la proposicion condenada en el libelo de Joaquin, abad, fué intrusa en sus obras por maliciosa astucia de sus émulos, lo cual previno el venerable abad con espíritu profético; y el año de 1200 en que murió, hizo una protesta que firmó de su mano, y dejó en el archi-

vo de su monasterio de la integridad de la fe, en todo uniforme á la que tiene la Santa Católica Iglesia Romana. En esta protesta manda y pide á sus monjes que guarden con cuidado sus originales, no sea que por ajena malicia se vicien. Tal vez conocieron sus dos defensores esta protesta ó algunos ejemplares de sus escritos no viciados, pues, como dice Vivar, hubo algunos, y de ahí la tenacidad con que sentian y proclamaban no ser suyo el yerro, sino supuesto. De todos modos siempre aparecerá indiscreto su empeño. Reducidos á prision los dos compañeros, procedióse á la causa de Fr. Juan de Parma, para lo cual deputó S. Buenaventura jueces particulares, señalando el Pontífice por presidente de la junta al cardenal Juan Cayetano Ursino, sublimado despues á la Tiara con nombre de Nicolao III. Tomósele la confesion cuanto á los cargos primeros, y respondió así: Que veneraba las explicaciones dadas por maestros doctos, y mucho más las declaraciones pontificias; pero que extrañaba mucho la solicitud de algunos religiosos en cuanto á la inteligencia de la regla, recurriendo con siniestros informes á la Silla Apostólica, cuando para saber la intencion del legislador S. Francisco sobraban tantos medios. Uno era su testamento, en que está bien clara la inteligencia de algunos preceptos principales, en cuya observancia se ponia dificultad. Otro porque vivian los compañeros que tuvo el Santo Patriarca, como eran los Stos. Fr. Leon, Fr. Angelo, Fr. Rufino, Fr. Gil, y otros muchos que de boca del mismo Santo sabian la intencion de sus leyes. Que no podia llevar con paciencia que los que se preciaban de religiosos menores despreciasen el testamento de su Santo Padre; pero que él nunca dijo que tenia fuerza de obligar sino en aquellos puntos que la regla obliga. Que veneraba las declaraciones pontificias, pero culpaba los medios de siniestros informes con que se obtenian, buscando ensanche á la ley como habia sucedido en vida de S. Francisco, y ahora sucedia, pues la explicacion de Inocencio IV no habia sido admitida por consentimiento de todo el capítulo general á la práctica, suplicando de ella como obtenida subrepticiamente. Por lo que hace al cargo de la profecía, dijo: que se tenia por indigno de gracia tan soberana; pero áun siendo cierto que hubiese hablado como profeta, ignoraba que pudiese resultar de aquí cargo alguno. Luego entraron en el cargo principal, preguntándole por su sentir respecto del abad Joaquin y de sus escritos, principalmente de su libelo condenado por el Concilio Lateranense, y respondió: Que tenia al abad por católico, y en cuanto á los escritos verdadera y puramente suyos, habíalos encontrado de buena y sana doctrina y de sagrada erudicion. Que la proposicion de su libelo, condenada por el concilio, era herética, y por tanto justamente condenada; mas dudaba que fuese suya, pues habia leido otros ejemplares de sus obras, donde no existia, y además varios escritos del mismo abad en que como

buen católico, confiesa todo lo contrario. Añadió, que si este sentir suyo les parecia errado, se retractaba de buena voluntad, porque á ello le indujo tan solo la gran opinion de virtud del abad. No sintieron bien de esto los jueces, y prescindiendo de la retractacion de su juicio, tratáronle con aspereza y de sospechoso en la fe, debiendo por tanto ser castigado y condenado á perpétua reclusion. Viendo el santo varon que se le combatia hasta en la integridad de la fe, por la cual tanto padeció en Oriente, clavó en el cielo sus ojos, y levantando las manos, dijo en alta voz: *Credo firmiter in unum Deum Patrem Omnipotentem, et in Jesum Cristum unicum ejus Filium, et in Spiritum Sanctum à Patre, et Filio procedentem. Et quidquid est in symbolo Apostolico: quidquid sacra: œcumenica concilia decreverunt de Fide, et quidquid tenet et credit Sancta Catholica Romana Ecclesia.* Parece que esta confesion de la fe, por lo explícita y terminante, debiera sosegar los ánimos de los asesores; mas desgraciadamente sucedió todo lo contrario. De tal suerte se irritaron, que instaban al Cardenal presidente para que se le condenase en definitiva á cárcel perpétua por protervo y contumaz en la defensa de Joaquin Abad. Dios todopoderoso atajó, sin embargo, la cólera de los jueces, por medio de una carta del cardenal Othobono, nepote que fué de Inocencio IV, despues pontifice con el nombre de Adriano V. Este habia sido íntimo familiar de Fr. Juan de Parma, y sabiéndo el aprieto en que le puso la injusta emulacion, escribió á la junta esta carta. «Con mucho dolor y sentimiento de mi corazon he sabido que se está fulmi»nando proceso contra Fr. Juan de Parma, general que fué de la órden de »S. Francisco, y que en él con envidia y emulacion se le acusa de hereje. »Yo ha mucho tiempo que con íntima familiaridad trato á este sugeto, y »tengo experiencia cierta de su fe y de su santidad, y no he conocido hom»bre ni más celoso de la fe, ni más santo en mi vida; por lo cual no dudo »decir que su fe es la mia. Por tanto, ruego con todo encarecimiento y »afectuosamente á los sugetos de la junta, que no se proceda con temeridad »por instancias de la parte contra un hombre santo. Cualquiera sentencia y »decreto que contra él se diere, se da contra mí: su injuria y su deshonra »será mia; su persona es la mia: en todas aquellas cosas en que le conde»nareis, me condenais á mí; y yo quiero correr con él la misma fortuna. »VALETE.» —Esta carta fué el íris de paz que serenó la tempestad. Viendo ya los ánimos más remisos, el Cardenal presidente les reconvino con la entera satisfaccion que habia dado á los cargos, sin que cosa alguna de lo actuado bastase á empañar su inocencia. Salió, pues, libre con sentencia definitiva á su favor en juicio contradictorio. —El santo General le dió los parabienes de su inocencia, perseguida y triunfante, diciéndole que como juez no habia podido negarse á las instancias de la acusacion; que habia

convenido que se liquidase en juicio contradictorio la verdad de su fe, para que desvanecida la calumnia y rotos los lazos de la envidia, más se asegurasen los créditos de su virtud, y dióle á elegir el convento que más fuese de su agrado; á todo lo cual respondió Fr. Juan de Parma con discreta humildad y agradecimiento, optando por el convento de Grechio, donde vivió muchos años con ejemplos maravillosos de santidad. Siguiendo el parecer de Emerico, quiso Bzobio hacer pasar á Fr. Juan de Parma como autor de un libro, cuyo título es: *Evangelium æternum*, plagado de errores y herejías; mas por lo dicho anteriormente, á más de dejarlo en duda Emerico, de quien lo tomó, aunque afirmándolo rotundamente Bzobio, fácil es desechar suposicion tan infundada. Por lo demás cumplióse literalmente la profecía de Fr. Jacobo de Marsa, que previno el furioso torbellino que habia de levantar la emulacion para derribar de la eminencia á este venerable. Una vez en el puerto tomó la bendicion de su General, y se retiró á la soledad del convento de Grechio, del obispado de Reate. Aquí dió suelta á las divinas inspiraciones, y nunca se le oyó una palabra de queja contra sus detractores. Vistió un hábito grosero y humilde, y seguia enteramente á la comunidad en todas sus funciones. Pasaba en contemplacion la mayor parte de la noche, y se ocupaba en perfeccionar los estudios que tenia hechos sobre el Maestro de las sentencias. Escribió los dos libros *De conversatione religiosorum*, para instruir á los religiosos en el porte monástico y trato místico, y otro tratado que intituló: *Sacrum commertium S. Francisci, cum Domino paupertate.* Tambien compuso otros devotos tratados y sermonarios. —Algunas veces salia á predicar, y estándolo verificando un dia en Roma, vieron algunos oyentes que salia de su boca un caudaloso rio de fuego que encendia en amor divino los corazones de su auditorio. Hallábase dispuesto un dia para celebrar misa, y le faltó el acólito; y habiendo resuelto ya desnudarse, se apareció un jóven de gallarda presencia, que se ofreció á ayudar la misa; y acabada desapareció. Celebrado el Concilio Lugdunense, y ajustada la union de la Iglesia griega á la latina, ya por los años de 1286 empezó aquella á titubear, faltando á los convenios capitulares en el Concilio; por lo cual buscó el pontífice Nicolao IV persona de entera satisfaccion para empresa tan árdua, y eligió á Fr. Juan de Parma por consejo del cardenal Aquasparta, aceptando el venerable con prontitud y contento, sin temor á los ochenta años que contaba, ni otro género cualquiera de dificultades y molestias. Recibidos los despachos para su legacion, eligió compañeros convenientes y visitó los santuarios de Italia. Al entrar en la ciudad de Camerino tuvo revelacion de que ya era llegado el término de su vida, y dijo á sus compañeros: *Hæc requies mea in sæculum sæculi, hìc habitabo quoniam elegi eam.* No bien entraba en la ciudad, que fué una ma-

ñana temprano en dia nublado y metido en agua, y sin saberse en el convento que habia de ir á él Fr. Juan de Parma, movió Dios las lenguas de los niños para que dijesen por toda la ciudad «que ha entrado el Santo en Camerino, que ha venido Fr. Juan de Parma; vamos al convento de S. Francisco á que nos dé su bendicion el Santo.» Los ciudadanos se conmovieron todos, y en tropel se dirigieron al convento á ver al Santo.—A poco de estar en el convento empezó á sentirse indispuesto, y pidió los sacramentos, que recibió con gran ternura, haciendo una plática á los religiosos en que los exhortaba á la más pura observancia de la regla, á la paz y union fraternal. Poco antes de espirar se recogió en silencio, y puestos los ojos en elevacion, dió al Señor su espíritu el año de 1289. A sus exequias acudió toda la ciudad, que lloró desolada la muerte del Santo, y fué sepultado en el antiguo convento fuera de la ciudad, donde permaneció hasta el tiempo de Alejandro VI, que mandó pasar el convento al centro de la ciudad, hallándose despues de doscientos años su cuerpo entero é incorrupto, y hoy lo está en un sepulcro de piedra tenido en gran veneracion.—C. de la V.

PARMA (V. Fr. Juan Antonio), varon estático, de inimitable teson en el retiro interior y exterior. Fué de los más distinguidos en el convento de religiosos de S. Francisco de S. Cristóbal de Castellon, de la provincia de Toscana.—O. y O.

PARMA (P. Fr. Juan María de), religioso capuchino, consultor del Santo Oficio de la Inquisicion. Nació en la ciudad que indica su apellido, de padres que pertenecian á una de sus más antiguas y distinguidas familias. Le enviaron á estudiar apénas tuvo la edad conveniente, y poco despues tomó el hábito de su Orden, siendo desde entónces un singular modelo de todas las virtudes. Elevado á diferentes cargos, los desempeñó todos con celo y acierto, hasta que fué llamado por el tribunal de la Inquisicion para ayudarle en sus difíciles y penosas tareas. Distinguióse en este tanto como en los anteriores destinos, y le ejerció hasta su muerte, dejando grande fama por sus conocimientos y piedad.—S. B.

PARMENAS (S.), diácono y mártir. Padeció martirio bajo el imperio de Trajano. Fué uno de los siete primeros diáconos, y se hizo notar por su celo en la predicacion. Consiguió la corona de mártir en Filipos de Macedonia. Es honrado por la Iglesia el 23 de Abril.—O. y O.

PARMENAS ó Parmenio (Stos.), Helimes ó Helimenas y Cristelo (presbíteros) Lucas y Mucio (diáconos y mártires). Habiendo martirizado en el año 250 ó 51 á S. Policronio, obispo de Babilonia, por órden del emperador Decio, fueron presos estos cinco santos clérigos, que el tirano llevó consigo, cargados de cadenas, á Córdula ó Córdoba de Persia, y allí les dió muerte. Cortáronle primero la lengua á Parmenas, sin dejar por eso de predicar la

doctrina evangélica. Despues fueron todos atormentados en el potro, quemados con planchas ardiendo, desgarrados con uñas de acero, y por último degollados. De aquí provino tambien el martirio de S. Abdon y Senen, por haber sepultado las reliquias de estos Santos. —C. de la V.

PARMENTIER (Antonio). Nacio en Nivelle, en el Brabante, y murió en Namur el dia 12 de Mayo de 1722. Fué doctor en teología en Lovaina, y se hizo distinguir por su celo en lo tocante á la fe. Dejó algunos escritos con motivo de la bula *Unigenitus*, contra Opstraet y otros refractarios. — C. de la V.

PARMENTIER (José), protestante convertido al catolicismo, que en 5 de Enero de 1834 hizo abjuracion del error en la catedral de Rímini. Detenido como desertor del servicio militar, fué visitado en Setiembre de 1833 por Gentilini, obispo de aquella ciudad, el cual encargó la educacion del converso al P. Bruscelli, de los Menores Conventuales. Despues de frecuentes conferencias y de una prueba larga, abjuró en manos de este prelado, el cual le administró los santos sacramentos del bautismo, de la confirmacion y de la eucaristía, pronunciando con este motivo una piadosa exhortacion. Parmentier habia sido bautizado en su país solo en el nombre de Dios. — C. de la V.

PARNULPHO (S.), en Lemoricos. Privado de la vista desde su niñez, pero ilustrado con los resplandores de la gracia divina, mostró su aficion á las santas costumbres, castigó su cuerpo, fué sobrado liberal para con los pobres y muy esclarecido en milagros, pues sanaba á los enfermos, y mediante su oracion obraba la divina gracia maravillas. Abad del monasterio Garcetense, á pesar de ser ciego y de su repugnancia, creó muchos monjes dignísimos por su virtud para el cielo y su santidad. Llegó á la edad de ochenta años, entregando su espíritu al Señor, de quien, por mediacion del glorioso S. Miguel Arcángel, fué visiblemente protegido. Acaeció su muerte en 687. El P. Heredia le incluye en sus *Vidas de Santos* el dia 6 de Octubre. —O. y O.

PARNY (Evaristo Desiderio Desforges, caballero, despues vizconde de), llamado el *Tibulo francés*, uno de los mejores poetas del vecino imperio, el honor de la poesía erótica, miembro del Instituto; nació en la isla de Borbon el 6 de Febrero de 1753, murió en Paris el 5 de Febrero de 1814, despues de haber abjurado los erróneos principios de que hizo alarde en su juventud. Publicó: *Chansons madecassés*, traducidas al francés, seguidas de poemas fugitivos, por el caballero de P.; Lóndres y Paris, Hardouin y Gattey, 1787, en 12.° —*Discurso de recepcion en el Instituto* (clase de la lengua y de la literatura francesa), y *respuesta de Garat, presidente, pronunciada en la sesion de 6 del mismo año XII*; Paris, 1804, en 4.° —*Epístola á los insur-*

gentes de Boston; 1777.—*Goddan*, poema en cuatro cantos, segunda edicion, revisada y aumentada; París, Capelle y Compañía, 1804, en 8.°: tercera edicion; París, el mismo, 1804, en 12.° La primera edicion, publicada el mismo año en 8.°, es anónima.—*La guerra de los Dioses*, poema en diez cantos; París, Didot mayor, Debray, año VII (1799), en 12.° Edicion muy buscada porque las sucesivas han experimentado cambios considerables. Hay ejemplares de esta edicion con variantes y sin ellas. Segun Ersch se publicaron en el mismo año seis ediciones de este poema. *Poesías eróticas*; Isla de Borbon y París, viuda de Duchesne, 1778, en 8.°—*Poesías inéditas, precedidas de una noticia sobre la vida y las obras de Parny*, por M. P. Fr. Tisot; París, A. Dupont, 1826, en 18.°, con una lámina. La biografía tiene 114 páginas, y las poesías solo 98. Este volúmen se halla unido á las obras varias de Parny, publicadas por el mismo librero, y forma el tercer volúmen.—*Cartera robada*, contiene: 1.° *El paraíso perdido*, poema en cuatro cantos.—2.° *Los disfraces de Venus*, cuadros imitados de los griegos.—3.° *Las galanterías de la Biblia*, sermon en verso; París, Debray, 1805, en 12.°, ó 1808 en 18.° mayor.—*Las Rosas crúces*, poema en doce cantos. Nueva edición revisada y corregida; París, Debray, 1808, en 18.° mayor. Esta edicion forma parte, lo mismo que la *Cartera robada* de 1808, de las obras publicadas el mismo año.—*Viaje á Borgoña*, A. M***, Lóndres y París, Desenne, 1777, folleto en 8.° mayor. Impresa en las diferentes ediciones de la coleccion de los «Viajes en Francia y otros países, en prosa y verso» y en algunas ediciones del viaje de Chapelle y Bachaumont, en particular el de París, 1826, en 8.°—*El viaje de Celina*, poema por Ev. P..., París, Debray, 1806, en 18.°, de 84 páginas. Parny dió muchas poesías al *Almanaque de las Musas*, desde 1765, y en los años siguientes al *Diario de las Musas*, etc. En el año VII (1799) compuso un himno para la fiesta de la juventud, que se insertó en el *Monitor*. Nuestro poeta habia compuesto otros dos poemas eróticos; el uno era: *Los amores de las reinas y de las regentas de Francia*, en diez y ocho cantos, obra que citaba Parny como la predilecta de sus escritos, y cuyos detalles se hallan sellados con los más graciosos colores, que entregó á las llamas; la otra era un *Episodio de la guerra de los Dioses* y se componia de diez cantos. La Restauracion compró, segun se dice, el manuscrito, y le entregó al fuego.—*Opúsculos poéticos;* Amsterdam y París, viuda de Duchesne, 1779, en 8.° Estas poesías se han reimpreso muchas veces bajo este título. Las demás ediciones son hasta seis, aumentadas todas, y dos de ellas con el título de *Obras completas*; París, 1787, 1805 y 1812.—*Obras elegidas con una biografía y juicios críticos*, publicadas por M. Ch. Beinat Saint-Prix; París, imprenta de Didot mayor, Mansut, 1826, dos volúmenes en 32.° La biografía de Parny se halla seguida de juicios sobre sus obras por Millevoye, por

M. J. Chenier, Dussant, etc. El primer volúmen contiene los cuatro libros de las *poesías eróticas*, *poesías mezcladas y respuestas á diferentes cartas*; el segundo, *el dia de campo*, *las flores*, *los cuadros*, *los disfraces de Venus*, *el viaje de Celina*, *Isnel*, *Uslega y la Miscelánea*. De esta obra hay hasta ocho ediciones. — *Obras escogidas*, aumentadas con variantes en el texto y notas, publicadas por M. J. Fr. Boissonade; París, Didot Lefebvre, 1827, en 8.° mayor. Esta hermosa edicion forma el volúmen setenta de la *Coleccion de los Clásicos franceses*, publicada por el mismo librero, y es la más exacta que se ha dado á luz hasta el dia. Se han hecho de ella hasta cinco ediciones.— *Obras completas*; París, Didot mayor, Debray, 1808, cinco volúmenes en 18.° Esta edicion contiene todo lo que habia publicado hasta entónces Parny, excepto un pequeño número de poesías, que no habia creido dignas de entrar en esta coleccion. Los dos primeros volúmenes contienen las poesías varias. La *Cartera robada* forma el tomo III; *Las Rosas cruces* el IV y *La Guerra de los Dioses* el V. Hay otras tres ediciones. Aunque poeta erótico, dice Parny, que Chenier supo conservar en sus poesías ligeras esa política elegante que hace el encanto de los escritos, como forma tambien el de la sociedad.—S. B.

PARODE ó Parodio (S.), mártir, cuyo glorioso martirio fué con el de otros trescientos sesenta y seis compañeros entre eclesiásticos y militares, por los búlgaros. El cruel Estragon, su rey, sucesor de Crumno el año de 815, persiguió de muerte á los griegos de Andrinópolis, y no pudiendo rendir su constancia para que apostatasen de la religion de Jesucristo, les quitó la vida con atroces tormentos. Con el sacerdote Parode murieron los arzobispos Manuel y Jorge, los obispos Pedro y Leon y los capitanes Leon y Juan; y en fin, cuantos permanecieron firmes en su creencia anteponiéndola á la muerte. De todos hace memoria la Iglesia como mártires en el dia 22 de Enero, segun consta en los Bolandos, Fleuri y Pagi. — O. y O.

PARR (Samuel), sabio eclesiástico anglicano, que nació el año 1746 en Harrow. Fué hijo de un cirujano y boticario de aquella ciudad. Recibió su primera educacion en la escuela de Harrow, donde tuvo por condiscípulos á Halhed y William Jones, que por siempre fueron amigos suyos. Terminados sus estudios clásicos en la universidad de Cambridge, se hizo á los veintiun años sustituto en la escuela de Harrow, que dirigió durante cinco años, abriendo despues un colegio en Stanmore, adonde le siguió un gran número de discípulos. En 1776 aceptó el empleo de maestro en la escuela de Colchester, el cual trocó muy pronto por otro igual en Norwich. Ordenado de sacerdote en 1777, fué despues en 1780 rector de Asterby, en Lincolnshire; y por aquel tiempo comenzó su carrera literaria con la publicacion de dos discursos sobre la educacion. En el siguiente 1781 le confirió la Universidad el grado de doctor, y acababa de publicar: *Sur le dernier Jeune*, bajo el

seudónimo de *Phileleutherus Norfolciensis*, un discurso que es reputado como la mejor de sus producciones, y cuyos ejemplares son hoy rarísimos. En 1783 debió á Lady Trafford, cuyo hijo habia educado Parr, la cura de almas perpétua de Hatton, en donde fijó desde entónces su residencia, sin haber querido nunca abandonarla. Resignó, pues, el rectorado de Asterby, y se limitó á cuidar de la educacion de algunos jóvenes. Aquel mismo año le confirió el obispo Lowth una prebenda en la catedral de San Pablo; mas hubo de renunciar muy pronto á la esperanza de ascenso ulterior, á causa de sus opiniones políticas, que manifestó en sus relaciones sociales y en sus escritos, particularmente en la edicion que dió en 1787 de los tres libros de *Bellenden*. Así, pues, viendo los principales miembros del partido whig la escasez de recursos pecuniarios con que Parr contaba, hicieron una suscricion cuyo producto le valió una renta anual y vitalicia de trescientas libras esterlinas. En 1789 cambió Parr, sin alejar por eso su morada de Hatton, el curato de este punto por el rectorado de Waddenhoe, en Northamptonshire. Por el mismo tiempo fué puesto en contacto con el célebre Dr. Priestley; y á pesar de no sentir ambos en puntos esenciales de igual modo, hubo de pagar caras algunas visitas que le hizo, porque el populacho, que en 1791 habia incendiado la casa y la biblioteca del doctor en Birmingham, se dirigió á la residencia de Samuel Parr para hacerle sufrir la misma suerte; mas acudiendo felizmente la fuerza armada, logró disipar el tumulto. Entónces corrió la voz de que aquel motin habia sido en cierto modo preparado por los disidentes y descontentos en una reunion que celebraron el dia 14 de Julio, los cuales pensaban reunirse de nuevo al año siguiente; y tomando Parr la pluma, escribió en un solo dia la *Lettre d' Irénopolis aux habitants d' Eleuthéropolis*, ó *Sérieuse Adrèsse aux dissenters de Birmingham, par un membre de l' Eglise etablie;* folleto de más de 40 páginas, y uno de los más elocuentes de este autor. En 1793 le apareció una controversia de las más animadas. Su antiguo colaborador en la edicion de Bellenden, el Rdo. Henry Homer y Ch. Combe, habian dado comienzo á una edicion magnífica de Horacio, á la cual no fué Parr extraño en su principio. El primero de aquellos dos editores murió ántes de terminarse la obra, y se descubrió que el superviviente quedó muy atrasado en la tarea que le habia tocado en suerte; por lo cual se puso entónces Parr, ya enteramente separado de la empresa, á corregir las imperfecciones del trabajo en una série de notas ú observaciones severas, que fueron insertas y reproducidas con las adiciones en el *Clasical Journal* y en el *British Critic*. Combe respondió por medio de una *Narracion ó exposicion de los hechos* en 1794, en que acusa á su adversario de violacion de la palabra, de traicion en la amistad y áun con relacion á la verdad, calificándole además de *Ajax literario*; el cual

replicó por medio de unas *observaciones ó notas sobre la exposicion de los hechos*, año de 1795, ocupando cerca de cien páginas en 8.°; cuyas notas ú observaciones eran más duras aún que las anteriores. Aquella última palabra de un crítico tan temible, dió el golpe de gracia al éxito de la edicion de Horacio. El martes de Pascua del año 1800 predicó Parr en Christchurch ante un numeroso auditorio y en presencia del Lord Maire, su célebre Sermon del Hospital (*Spital sermon*), en el cual se dedicó á combatir la opinion de algunos filósofos que atribuyeron todo sentimiento de benevolencia y de justicia á un principio de egoismo. Habiendo dado este sermon á la imprenta, con una adicion de curiosísimas notas, salió Wiliam Godwin, cuyas opiniones se lastimaban en él, replicando con mucha acritud y vehemencia; lo bastante para suspender las buenas relaciones que entre ambos habian existido. Sin embargo, pocos meses ántes de morir Parr, dió un paso para acercarse un tanto al autor de la *Justicia Política*, y le invitó á hacerle una visita. En 1801 aceptó, presentado por Sir Francis Burdett, el rectorado de Graffhan, en Huntingdonshire, cuyas rentas le proporcionaron mayor holgura; pareciéndole además como quererle sonreir la fortuna, pues que al advenimiento de James Fox al ministerio le fué prometida una de las más eminentes posiciones en la Iglesia. Desgraciadamente para el protegido no conservó el poder largo tiempo su protector. Parr se habia casado en 1771 con Miss Marsengale, de quien tuvo muchos hijos, perdiéndola, por último, hácia el año el 1810, y seis años despues, esto es, en 1816, se unió á Miss Eyre, que le sobrevivió. Parr falleció el dia 6 de Marzo de 1825 á la edad de setenta y ocho años, y sus restos mortales descansan en la iglesia de Hatton. Las virtudes de tan ilustre varon en nada cedian á sus talentos, siendo estimado más particularmente por su integridad. A una erudicion clásica poco comun añadió una gran sagacidad, pensamientos profundos, pureza y vigor en su estilo; por lo cual fué su autoridad tan imponente y respetada en la literatura de su país. Citaremos algunos de sus escritos: *Discurso sobre la educacion y sobre los planes seguidos en las escuelas de caridad.* Este fué de los primeros escritos que comenzaron á llamar la atencion pública sobre un objeto de tan alta importancia, como lo es la educacion moral é intelectual del pueblo. — Despues sigue la edicion de *Bellenden*, que dió en union con el Rev. Homer: *De statu prisci orbis in religione, re politica et litteris, etc.* La parte principal del doctor en esta edicion fué un prefacio en latin y tambien los caractéres que tan delicadamente pintó de tres hombres de Estado, los más distinguidos de Inglaterra por entónces, á saber, Burke, Lord North y Fox. El estilo del escritor pareció ser en aquel opúsculo una de las más bellas y acertadas imitaciones de Ciceron; y causó grata sensacion al mundo literario y político.— *Opuscules par Warburton et un warbur-*

tonien, exclus de la collection de leurs œuvres respectives. — Suite à un opuscule récemment répandu par le révérand Charles Curtis, que es un folleto de 217 páginas. — *Les caractères de Charles-James Fox, choisis et en partie écrits par Philopatris Varvicencis*, cuya obra estuvo muy léjos de llamar la atencion pública. — Tambien es del Dr. Parr el prefacio de la traduccion inglesa de *Aulo-Gelio* por Beloe; como asimismo un sin número de escritos de corta extension, noticias biográficas y más de treinta epitafios latinos, entre los cuales los hay notabilísimos — C. de la V.

PARRA (Fr. Antonio de la), predicador de la órden de S. Juan Bautista del Perú, hermano del V. P. Fr. Miguel de la Parra, natural de Loja y uno de los primeros fundadores del convento de Sta. María Magdalena de Lima; parecia un Jeremías, y en hablando de Dios y mirando al cielo, ó en diciendo misa, todo era llorar. Penitente y riguroso en disciplina y cilicios, se hizo admirar por todos hasta su muerte, que acaeció cuando tenia treinta y cinco años. Dejo opinion y fama de santidad. — O. y O.

PARRA (Claudio de la), ministro protestante de gran consideracion y raro saber, se convirtió á la fe y abjuró su error en 27 de Setiembre de 1665, en manos del obispo de Uzés, en la iglesia de los Agustinos, verificándolo con una piedad tal, que edificó á todos los circunstantes. Explicó en un discurso que dirigió á la asamblea del clero de dicho año los motivos de su conversion. — C. de la V.

PARRA (Sor Isabel de la). Fué religiosa de raras penitencias. Acabando una vez de comulgar la dió una fatiga y cayó al suelo, y preguntándola cuál habia sido la causa, rehusó decirla. Pareció á todos misterioso el caso, y mandó la prelada que por obediencia lo declarase. Entónces Sor Isabel dijo: « Que se la habia aparecido una religiosa recien muerta (refiriendo su »nombre) la cual la encargó dijese á otra su compañera no tuviese rencor »con la abadesa, pues haberla reprendido era cosa que debia hacerlo, y que »á nadie agraviaban las preladas, ni habia motivo para negarlas la obe»diencia,» lo cual fué creido por palabras conocidas que dejó, y porque la otra reconoció su culpa. Murió por los años 1654. — O. y O.

PARRA (P. M. Fr. Jacinto de la). Nació por el año de 1619, hijo de Andrés de la Parra y de María Ruiz. Tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo, y profesó en el colegio de Sto. Tomás de Madrid á 10 de Agosto de 1635 en manos del prior Fr. Esteban Rodriguez. Fué varon de singular ingenio y memoria, incansable en el estudio, y de los más doctos de su tiempo; colegial y lector de los de S. Gregorio de Valladolid y S. Pablo de Cuenca; maestro de estudiantes en Palencia, regente del colegio de Avila, en donde se graduó de presentado y maestro; prior del convento de Toro, de su casa de Madrid, y de la de Segovia, y definidor nombrado por un capítulo pro-

vincial celebrado en Benavente. El rey D. Cárlos II, y el Sr. D. Juan de Austria le hicieron su teólogo, y el Tribunal de la Suprema Inquisicion su calificador y consultor. Por estos cargos asistió á muchas juntas, siendo el oráculo de los reyes y de los tribunales. Era muy devoto del culto divino y sumamente limosnero, repartiendo con los pobres hasta la mitad de su comida. En estas ocupaciones le acometió la muerte en su convento de Santo Tomás de esta Corte, el dia 21 de Octubre del año 1684. —Escribió: *Dialéctica parva*, que imprimió. —*Constituciones de la Congregacion de Sto. Domingo Soriano*, que él fundó en su casa de Madrid. — *La Rosa laureada*; un tomo en fólio, que imprimió. —*Rosa ilustrada*; dos tomos manuscritos. *Epitome cursus salmaticensis Carmelitarum discalceatorum.* — *De sacramentis in genere, baptismo et confirmatione.* —*De ente supernaturali.* — *De opusculis singularibus.* — *De eventibus Hispaniarum à Gothis usque ad Ferdinandum V.* —*Prontuario de predicadores y capellanes de prelados.* —*Defensa de la órden de Predicadores y de Sto. Tomás de Aquino.* — *Catálogo de escritores de su Orden.* —*Comentarios sobre los libros de Generatione*, que envió manuscritos al General de la religion, para perfeccionar el *Curso filosófico* de Fr. Cosme de Lerma, bajo cuyo nombre se imprimieron en 1657. —Tradujo del latin la *Vida de Sta. Rosa de Sta. María*, que escribieron Fr. Leonardo de Auseus y Fr. Juan Bautista de Marinis; Madrid, 1668, en 4.°; un tomo de las *Obras de S. Enrique, y otros muchos opúsculos.* — O. y O.

PARRA (Fr. Juan de la). Catorce años vivió en la religion de S. Francisco de Descalzos de la provincia de S. Gabriel. Fué humildísimo, muy penitente y de mucha oracion. Compadecíase sobremanera de los pobres que llegaban á la puerta del convento, y hacia para ellos cotidianamente una holla de hortaliza, dejando además la carne ó el pescado que le daba el convento para obsequiar con ella al primer pobre vergonzante ó desgraciado que se presentase. Los dos últimos años de su vida fueron de tanta escasez, que áun las personas medianamente hacendadas no alcanzaban un pan, y los monasterios llegaron á sustentarse hasta con yerbas silvestres. Dias hubo que acudian más de cien pobres á pedir limosna al convento de Brozas, y siendo muy limitada la que se daba los sábados á los frailes, nunca faltó al siervo de Dios socorro para los que pedian en la portería. Antes de entregársele, hincado de rodillas rezaba en voz alta con ellos las cuatro oraciones y los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y les amonestaba tuviesen paciencia en los trabajos y necesidades. Tratábalos con tanto amor y ternura como la más amorosa madre á sus pequeños hijos. Asímismo hubo durante estos dos años tal sequedad, que casi faltó de todo punto el agua á los pozos de beber, propios de la villa. Acudia la gente á pedir se les diese de la cisterna del convento, siendo tanta la multitud, que teme-

roso el guardian faltase para la comunidad, le advirtió se moderase en darla. El respondió: Deme V. licencia para que yo sirva el agua á cuantos la pidiesen, pues confio en Dios ha de aumentarla de manera que haya para todos y para el convento. Así sucedió con admiracion de cuantos vieron la poca que tenia la cisterna, y los cántaros sin número entregados cada dia en la portería. Murió de una calentura sin malicia, segun el parecer del médico, pero que el siervo de Dios dijo desde el principio que de ella habia de morir. Anunció á sus hermanos la hora de su fin, rogándoles le dejasen descansar y volviesen luego para ayudarle con sus santas oraciones. Con efecto, así lo hicieron, y contento con su presencia entonó la comunidad el cántico *Magnificat*, y el bendito Fr. Juan, juntas las manos y elevados sus ojos al cielo, rindió su espíritu el 10 de Octubre de 1638 en el convento de la Luz de Brozas, en el cual fué religioso lego. Fué sepultado su cuerpo en la capilla mayor de dicho monasterio. — O. y O.

PARRA (Juan Sebastian de la), de Daroca, en el reino de Aragon. Presbítero muy distinguido por la santidad de sus costumbres. Prestó en las Indias, y en especial en Lima, muchos y muy buenos servicios á la Iglesia católica, dejando insigne memoria de sus virtudes que fueron admiradas por cuantos le conocieron. Murió en Mayo de 1622. Escribió: *Del bien, excelencias y obligaciones del estado clerical y sacerdotal*, en dos partes, la primera impresa en 1615, y la segunda en 1622. — O. y O.

PARRA (Dr. Pedro de), natural de Sanlúcar la Mayor. Entró de veintidos años con grande opinion en la Compañía de Jesús, y creció tanto en virtud, que áun siendo novicio le hicieron ministro del colegio de Alcalá, empleo en que siempre mostró el don que tuvo de consejo y madurez. El año de 1560 fué llamado á Roma, donde leyó un curso de artes, despues tambien por muchos años la sagrada teología, y fué prefecto de aquellos estudios. Tambien fué de la junta ó congregacion de cardenales y teólogos que formó el Smo. P. Pio V para la nueva edicion y correccion de la *Biblia*. Falleció este ilustre jesuita en Roma, desempeñando esta gravísima comision. O. y O.

PARRA (Sebastian de la), monje cisterciense del monasterio de Carracedo. Distinguido en las ciencias filosóficas y sagradas: tambien fué abad y visitador general de su Orden. Escribió: *Vita S. Theresiæ à Jesu fundatricis discalceatorum Carmelitarum*, lib. I, salm. 1609. *De laudibus ejusdem sanctæ Virginis himni*, Medina del Campo, 1615; *Oficium ejusdem almæ Virginis. De laudibus S. Ignatii Societatis Jesu fundatoris carmina latina et hispana*; Salamanca, 1610. — O. y O.

PARRA Y CARVAJAL (Doña Angela Teodora). Nació esta sierva de Dios en la villa de Auñon, arzobispado de Toledo. Fueron sus padres el capitan

del rey D. Felipe III, D. Juan Parra y Francia, de origen noble en el reino de Aragon, y Doña Isabel Diaz de Carvajal, de muy ilustre familia. Tuvieron dos hijos, viendo la Doña Angela la primera luz el año de 1664 el dia 23 de Noviembre. Crióse con cuidado y vigilancia instruyéndola sus padres en las santas costumbres y temor de Dios, debiendo á la ejemplar educacion de su señora madre salir instruida en mil habilidades de las labores mujeriles. Iluminada á los doce años con la superior luz del Espíritu Santo, despreciando la gloria vana en que se hallaba engolfada, y deseando seguir á Cristo en el camino de su cruz, como oyera un dia predicar en el convento de S. Sebastian de Descalzos de S. Francisco al R. P. Fr. Juan de Almodóvar, varon verdaderamente apostólico, que logró se dedicasen muchas personas á la oracion, contemplacion y penitencia, manifestó nuestra jóven su determinacion de ser esposa de Jesucristo. Se encaminó, pues, al convento de S. Francisco, llamó al reverendo padre y le dijo cuál era su vivísima decision, y la conversion verdadera que le impelia á abrazar el estado religioso. Cuando el P. Almodóvar estuvo cerciorado de los ejercicios de penitencia y abstinencia con que Angela se preparaba, comunicó á sus padres las razones de la niña, y dieron su permiso para cuanto conviniese al servicio de Dios. Separáronla en cuanto se pudo de la comunicacion de la familia, fué su vida completamente devota, y apénas cumplió los diez y siete años la llevaron á Pastrana, en donde permaneció al cuidado de su compariente D. Bernardo de Rueda, prebendado. Trató á Angela el R. P. Fr. Juan de S. Antonio, y quedó admirado al conocer una alma tan pura y resignada á la voluntad de Dios. Desprendida de toda afeccion terrena, como un ángel en pureza y gracia, cuidó mucho de la abstinencia y ayuno, admirando á todos el rigor con que sujetaba sus pasiones y hacia padecer al cuerpo. Así consiguió verse libre esta sierva de Dios de las persecuciones con que ponia á prueba el demonio su paciencia y su tan extremada obediencia, por esto logró su pureza virginal en dos distintas ocasiones un señalado triunfo con el patrocinio de la Vírgen María; por esto pasó su juventud en la mayor soledad, dedicada su alma á Dios, y continuó lo mismo cuando fué restituida á la villa de Auñon en compañía de su hermano. Púsola éste en un cuarto separado del bullicio de la casa, miéntras se la fabricaba una celda ó cueva. Pasado un poco de tiempo vivió en este retiro, siendo su vida un sepulcro donde pasaba olvidada de todo el mundo, negada al descanso y con aborrecimiento de sí misma. Llegó á estar por este tiempo su padre algo atrasado en su hacienda por la calamidad de los años, y entónces determinó hacer un memorial al Sr. Arzobispo Portocarrero nuestra jóven Angela, expresando las circunstancias de su padre y suplicándole se dignase socorrerlos. De su propia letra y sin más cónocimiento ni recomendacion, le re-

mitió á su Eminencia con el más buen éxito, pues el digno prelado mandó se diesen al caballero Parra y Carvajal, cincuenta fanegas de trigo anuales en el partido de Auñon, sobre lo cual solia decir la sierva de Dios; «yo no dudaba que mi memorial habia de salir bien despachado, porque tenia de mi parte al principal limosnero, mi cuidadoso esposo Jesucristo, que tiene dicho á sus siervos: Buscad entre todas cosas el reino de Dios y su justicia que todas las cosas de la vida os serán dadas.» Lleváronla á Madrid, y estaba muy gustosa en esta villa, porque todo era adecuado y conforme á su quietud y vida penitente y como cortado á medida de sus deseos; mas solo permaneció en ella un año, ignorándose las razones ó causas que motivaron su regreso, primero á Alcalá y luego á su cueva de Auñon, á ejercer su vida solitaria, como lo habia practicado en los tiempos precedentes. Era su alimento en esta morada pan, legumbres y agua, y alguna vez por semana un par de huevos. En su cabeza llevaba una corona de espinas, siendo siempre sus mortificaciones ordenadas por la obediencia y sus éxtasis y arrobamientos continuos. En 1710 manifestó el Señor á esta sierva las particularidades que ocurrieron al ocupar el trono D. Felipe V, y así dijo á su benemérito padre espiritual; sepa V. P. que cuando vino el Rey á nuestra España me declaró Dios era su voluntad que reinase este monarca y que sería muy perseguido, pero que de todas le sacaria y libraria su mano poderosa; que le encomendase mucho á su Divina Majestad y que pidiese por él en mis oraciones. Retirada Angela al convento de recoleccion de Valverde, y despues de haber reunido la dote necesaria para entrar religiosa, se dispuso á tomar el santo hábito, siendo su recepcion muy solemne y celebrada. Estaba la sierva de Dios, transcurrido algun tiempo, en el monasterio, en ocasion que era tanta la necesidad, que faltaba á las religiosas para el diario sustento, causando quebranto y pena contemplar tanta escasez y miseria, cuando la ocurrió escribir algunos memoriales, á varias dignidades eclesiásticas que no habia conocido, pidiéndoles limosnas con que socorrerlas, y como tuviesen aquellas caritativas personas noticias de su vida virtuosa, la procuraban ricas dádivas que entregaba á sus compañeras enfermas ó necesitadas. De Valverde pasó al convento de Sta. Catalina de Alcalá, en el cual fué hecha al poco tiempo priora, empleo de que se consideraba indigna, y solo admitió impelida por la obediencia. Dió tan buen testimonio de su prudente gobierno, que experimentadas sus prendas fué elegida abadesa, y si para Angela causó tribulacion el primer cargo, más la aumentó la eleccion del segundo, siendo preciso interviniese nuevo precepto y mandato. Con discrecion y prudencia gobernó aquel santuario de perfeccion, que al fin dejó deseando hacerse hermana de la órden de San Francisco de Paula y tercera órden, por insinuacion de su confesor. Diéron-

la el cordon con toda solemnidad, é instruyéronla en todo cuanto exigia su nuevo empleo, lo cual prometió guardar con singular gozo, proponiéndose imitar en la caridad y humildad al santo Patriarca, como acreditó la experiencia. A expensas de una laboriosa y penosa existencia excitó la piedad de sus devotos, aumentando el número de los adeptos á la Orden, cuyo sagrado instituto vió plantificado en esta Corte, muy floreciente, y como piedra fundamental en que se mirasen todos sus hijos. Aquí vino nuestra Doña Angela encontrando desde luego proporcionadas limosnas y ricos parientes que la asistieron en cuanto la fué necesario: aquí vió la sierva de Dios lo grandioso de sus misericordias en abrirla todas las puertas sin pretension de su parte, y hallando todo en la más piadosa liberalidad. Asombro causaba á sus directores las desmedidas penitencias con que se hacia víctima, y la relacion de los instrumentos que para ellas usaba, cilicios de varios géneros y tamaños; la cruz que llevaba arrimada al pecho, formada de aceradas puas; las disciplinas diversas, cadenas de hierro y otros objetos de mortificacion; una túnica que vestia debajo de la estameña, compuesta y tejida de solas cerdas. Con todo esto su alma era muy acepta á los ojos de Dios, y bien lo merecia su vida solitaria y ejemplarísima. Habiendo caido gravemente enferma, llegó á noticia por medio del médico de la Excelentísima Madre Priora del Real convento de la Encarnacion de esta Corte, Doña Agustina de Santa Teresa, de la esclarecida casa de los duques de Abrantes, y de las señoras del mismo Real monasterio, las singulares virtudes y vida de Sor Angela que conocian; valiéronla la encomendáran al Señor, y desde entónces se correspondieron con frecuencia, quedando establecida una amistad muy estrecha. Agravados considerablemente sus males, recibió el Santísimo Sacramento con singular gozo, muy fortalecida y consolada. Dejó una declaracion manifestando su voto de pobreza con que habia constantemente vivido, y por lo mismo que vivia de la Divina Providencia, suplicando al R. P. Corrector del convento de nuestra Señora de la Victoria de Madrid, que como hija de su religion y de nuestro padre S. Francisco de Paula, como su tercera profesa, la hiciese la caridad de enterrarla en él de limosna. Las singulares particularidades que ocurrieron despues de su muerte, persuaden que aquella fué muy feliz y dichosa.—O. y O.

PARRA Y MONTESINOS (Lic. D. José de la), cura de S. Millan, conde Palatino, caballero de la Real órden de Cárlos III y de la militar de S. Juan de Jerusalen, examinador sinodal de los arzobispados de Toledo, Granada y Burgos y de otros obispados; individuo de la Junta provincial de Beneficencia de Madrid, visitador de la Inclusa y colegio de la Paz, é individuo de varias sociedades científico-literarias. Nació en Jumilla, villa de la provincia y á once leguas de Murcia, el dia 9 de Enero de 1781; fué colegial y pasante de

filosofía en el de S. Fulgencio de Murcia, y luego por oposicion colegial de Málaga en el de Alcalá de Henares, donde sustituyó cátedras; se presentó á oposicion á curatos en Toledo, y obtuvo el de Villaverde de Alcaráz, del que tomó posesion en 4 de Junio de 1806; del de Elche de la Sierra en Julio de 1824; y del de S. Millan en 7 de Abril de 1847.—O. y O.

PARRACES (Mtro. Miguel), bachiller en artes, natural del obispado de Segovia. Fué elegido colegial en 2 de Febrero de 1485. Graduóse de maestro por la universidad de esta santa iglesia, de donde salió para inquisidor de Cuenca. Despues fué electo canónigo y catedrático del colegio de Sigüenza, adonde se retiró. Murió muy viejo: fué varon muy docto, de vida ejemplar y amena conversacion. Ocurrió su muerte en 1535.—O. y O.

PARRADO (Fr. Gerónimo), natural de Medinasidonia en Andalucía, de la órden de Predicadores de la provincia de S. Juan Bautista en el Perú. Se distinguió en Lima y en Quito, y demostró su profundo saber en la sagrada teología así en Roma como en España, en donde fué acreditado profesor. Escribió en 1658 la obra titulada: *Æquilibrium libertatis divinæ angelicæ et humanæ tribus vindicibus disputationibus pensiculatæ.*—O. y O.

PARRE (Claudio de la), ministro protestante distinguido, dotado de un extraordinario talento, y que llegó á adquirir entre sus contemporáneos grande reputacion. Se convirtió á la fe católica, é hizo su abjuracion el 28 de Febrero de 1665, en manos del obispo de Uzés en la iglesia de los Agustinos, con una piedad que edificó á todos los presentes á tan solemne acto. En una reunion ante el clero de la ciudad explicó los motivos de su conversion.—O. y O.

PARRENIN (Domingo). Nació este célebre jesuita el año 1665 en Russey, de una familia muy estimada en Portalier. Dedicado desde sus primeros años por vocacion al estudio de las sagradas letras, tomó el hábito de religioso en la Compañía de Jesús, en la que fué encargado de enseñar la retórica, que profesó en varios colegios. Obedeciendo las órdenes del superior, salió para unirse á los misioneros de la Orden en la China, adonde llegó el año de 1698. Hallábanse entónces los Jesuitas en tan buenas relaciones con el emperador Khang-hi, que le presentaron á él en cuanto llegó. El carácter simpático de Parrenin interesó al Emperador desde la primera visita; y aficionándosele cada vez más, le puso maestros para que le enseñasen la lengua china y el idioma mandchon: no tardó mucho en aprender, y siempre que hacia viajes, le llevaba en su compañía. No fué estéril para el Emperador esta amistad, pues que le proporcionó instruirse en el estado de civilizacion de Europa; y para interesarle más le tradujo al chino algunas memorias de la Academia de Ciencias de París, que mejor daban á conocer la ciencia de los europeos, cuyas memorias hizo leer á sus hijos, procurando

que las estudiasen y aprendiesen en ellas. Encargado Parrenin de corregir los errores de las cartas geográficas del Imperio, lo hizo tan pronto, bien y á gusto del Emperador y de sus cortesanos, que le valió la estimacion del primero y los aplausos de los segundos, admirando todos la vasta ciencia del Jesuita, que más bien que una correccion, hizo una cosa enteramente nueva y de mucha utilidad. Aprovechó Parrenin el ascendiente que tenia con el Emperador para que las misiones se extendiesen á provincias en que no habia aún penetrado la luz del Evangelio, así como para favorecer los intereses mercantiles y de todas clases de Europa en aquellos países; y así es que contribuyó mucho á impedir la guerra entre la China y la Rusia, haciendo el tratado, que escribió en latin y en idioma mandchon, por el que ambos pueblos lograron ventajas de consideracion que afianzaron la paz, por lo que el emperador de Rusia Pedro *el Grande* le demostró ostensiblemente su aprecio por medio de su embajador en la China. No fué tan tolerante como Khang-hi, que murió el año 1722, su hijo el emperador Young-Tching; pues persiguiendo á los chinos que habian abrazado el cristianismo, desterró á Macao á los misioneros. Empero como no podia desconocer sin aparecer ingrato los servicios hechos al Imperio por el P. Parrenin, le exceptuó de aquella medida con alguno de sus amigos más allegados, que á su lado se habian hecho, como él, por su sabiduría un buen lugar entre los más instruidos de aquel pueblo. Careciendo Parrenin de influencia con el nuevo Emperador, se dedicó á ser intérprete de cuantos extranjeros de categoría llegaban á China, pues que poseia muchas lenguas con perfeccion, y en suplicar siempre por que se dulcificase la condicion de los pobres cristianos; pero no pudo conseguirlo, hasta que muriendo Young-Tching, le sucedió en 1735 el emperador Khianloung. Fatigado de predicar á sus hermanos, de intervenir en los asuntos políticos que podian favorecer á los cristianos y de escribir, dedicó Parrenin los últimos años de su vida á instruir á los que abrazaban la religion del Crucificado, á los que edificaba con su piedad y con su ejemplo en todo. La asiduidad con que se dedicaba á trabajos evangélicos, y á todo lo que podia reportar el bien, era admirable; pero una penosa y larga enfermedad que sufrió con resignacion católica, le sorprendió en medio de sus tareas, y murió al fin en Pekin el dia 27 de Setiembre de 1741. El Emperador sintió mucho su muerte, y deseando que se honrase debidamente y con toda ostentacion al que tantos beneficios habia hecho al país, él mismo dispuso sus funerales costeándolos de su bolsillo particular. El P. Renaud escribió el elogio de Parrenin que se ve escrito en la coleccion de memorias de la academia de Besanzon, y de este elogio y de la carta del P. Chalier sobre la muerte de Parrenin en el tomo XXII de sus *Cartas edificantes*, se sabe que este ilustrado Jesuita, además

de los ocho volúmenes de memorias que dirigió á la Academia de Ciencias de París en 1722, nos han quedado de él las siguientes obras que acreditan su privilegiado talento: *La Histoire ancienne de la Chine*, traduccion literal en francés, de la que publicó una parte Mr. Mairan. *Traduction de l'Anatomie de Dionis.* Diez y seis cartas, entre las que son muy curiosas las dos que escribió á Fontenelle sobre los diversos métodos empleados por los chinos para las obras que han de imprimirse, y sobre las propiedades medicinales de muchas plantas, y en especial del ruibarbo, poco conocido entónces en Europa. Cartas á Mairan; y por último, tuvo parte el P. Parrenin en la obra titulada: *Brevis relatio eorum quæ spectant ad declarationem Sinarum imperatoris Kan-hi circa cœli Confucii et avorum cultum*, impresa en Pekin en 1701 en láminas de madera, cuyo libro es muy raro, y del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca de Besanzon, que fué regalado por el P. Parrenin.—B. C.

PARREÑO (José Julian), natural de la isla de Cuba, donde nació en 11 de Diciembre de 1728, entró en la Compañía de Jesús el año 1745. Despues de enseñar retórica y filosofía en Méjico, y teología en Puebla, se dedicó á su santo ministerio, ganando en él grande y merecida reputacion. Vióse obligado á partir de Méjico, buscando un asilo en Italia, en virtud de un decreto del rey Cárlos III, y murió en Roma en 1.° de Noviembre de 1785. El mismo compuso su epitafio. Escribió: *Panegírico de nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, en la primera fiesta que la celebraron los abogados, como á su especial patrona*; Méjico, 1762, en 4.°—*Funerales de la ciudad de Méjico á la señora reina Doña María Amalia*; Méjico, 1761, en 4.°—*Eloquentiæ præcepta*; Roma, 1778, en 8.°—*Carta á los Sres. Habaneros sobre el buen trato de los negros*; Roma.—*De scribendi Cacohete*; Roma.—*Expositio librorum Melchioris Cani de locis teologicis.*—*Historia concilii Chalcedonensis*, y otras varias.—C. de la V.

PARSITUS (Hugo). Sigeberto, al dar razon en su *Crónica de Enrique de Gand* de los escritores eclesiásticos, nos hace mencion de este religioso benedictino, del que tenemos pocas noticias. Sábese que Hugo Parsitus fué abad de la ilustre órden monástica de S. Benito por los años de 1120, y que compuso algunas obras piadosas, entre ellas una notable, que versaba sobre los milagros obrados en la iglesia de nuestra Señora de Soissons, única noticia que nos da Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico*, al hablar de este religioso.—C.

PARSONS (Daniel), maestro de artes, miembro del colegio de Oriel. Abjuró el anglicanismo para entrar en el seno de la Iglesia en Prior-Park el 15 de Julio de 1845. Madama Parsons, su esposa, se convirtió igualmente al catolicismo el año de 1844.—O. y O.

PARSONS (Roberto), ó *Personius*, célebre jesuita inglés, nació el año 1547 en Neither-Stowey, cerca de Bridgewater, en el Sommersetshire, y era hijo de un herrero. Hizo sus estudios con gran aprovechamiento en Oxford, y pasaba por ser el más hábil maestro del colegio de Baliol. Aunque su padre murió en un cadalso por su adhesion al catolicismo, y él tambien fué educado en la misma religion, el deseo de progresar en la universidad le hizo prestar el juramento de supremacía que estaba prescripto para todo el que aspirase al doctorado. Abjuró, pues, en 1574, y fué á Pádua para estudiar la medicina y el derecho, pasando al año siguiente á Roma para ingresar en la Compañía de Jesús. Cinco años despues fué enviado á Inglaterra por el cardenal Allen en calidad de misionero, en union de Campiaus, tambien jesuita. Era portador de un breve de Gregorio XIV, que modificaba en cierta manera la famosa bula *Regnans in excelsis* contra la reina Isabel; pero que dejaba en pie, no obstante, las cláusulas en que se la declaró excomulgada y libres á sus vasallos del juramento de fidelidad. A favor de mil disfraces tuvo la dicha de poder sustraerse á las rigorosísimas medidas que se tomaron contra los predicadores y los ejecutores de aquel breve, y volvió á Roma, donde fué elevado á la rectoría del seminario inglés, cuya direccion habia sido retirada al clero secular para ser entregada á los jesuitas, lo cual hizo brotar el gérmen de la division que poco despues estalló entre el clero y la Compañía. En dos viajes que hizo á España empleó el crédito de que gozaba en la corte para alcanzar el permiso de erigir en diferentes puntos de la dominacion española colegios y seminarios, destinados exclusivamente á recibir á los ingleses que la persecucion alejase de su patria. Volvió inmediatamente á Roma, y fué nuevamente elegido rector del Colegio Inglés, cuyo cargo ocupó hasta su muerte, acaecida en 15 de Abril de 1610. Los escritores protestantes, y áun los católicos con quienes mantuvo algunas contestaciones, le juzgaron con más ó ménos severidad; pero Dodd, que intenta justificarle, le presenta como un hombre de trato afable, dotado de gran talento para los negocios, alimentado por una escogida y variada lectura, y que escribia en su idioma con elegancia y pureza. Sin embargo, al paso que le elogia por su amor al cumplimiento de los deberes que su estado le imponia, conviene tambien en que algunas circunstancias de su vida tienen gran necesidad de apologistas.—C. de la V.

PARTANO (Fr. Angélico), religioso capuchino de la provincia de Palermo, que murió víctima de su caritativo celo en la peste que asoló á aquella ciudad en 1625.—S. B.

PARTENIO (S.), mártir. Derramó su sangre por la defensa de la religion en Roma sobre la via Apia. Este Santo ejercia un cargo en la corte de Decio. Tuvo por compañero de su martirio á S. Calocer, jefe de los camaréros

de la mujer del Emperador. Fueron condenados á muerte por no querer sacrificar á los ídolos. La Iglesia celebra su memoria el 29 de Mayo.—O. y O.

PARTENIO I, patriarca de Constantinopla, era metropolitano de Andrinopólis cuando fué elevado contra su voluntad á la sede patriarcal en 4 de Agosto de 1639. En Mayo de 1642 celebró un gran concilio en Constantinopla, en el que condenó la doctrina de Cirilo Lucar, estableciendo la de la transustanciacion. Al verano siguiente pasó á la Moldavia, y celebró un nuevo concilio en Fasi, en el que proscribió por segunda vez los artículos calvinistas de Cirilo Lucar, confirmando la decision tomada en el anterior. Pero aunque unido á la verdadera fe en lo respectivo á la Eucaristía, no fué por esto ménos enemigo que sus antecesores de la Iglesia latina. Partenio fué desterrado y murió en 1644.—S. B.

PARTENIO II, llamado *Juscines*, despues de haber sucedido á Partenio I en el obispado de Andrinópolis, fué tambien sucesor suyo en la sede de Constantinopla en 1646. Pero al contrario de aquel, partidario decidido de la doctrina de Cirilo Lucar, aunque no se atrevió á declararlo ante su clero, fué, al fin, desterrado en 1646 á la isla de Chipre, de donde volvió, siendo repuesto en su silla en 1647. Mas fué expulsado de nuevo tres años despues, y extrangulado en Mayo del mismo año de 1650.—S. B.

PARTHENAI (Joselin de). Solo se sabe de este prelado que fué arzobispo de Burdeos en el siglo XI, que murió el año 1086, y que su hermano Guillermo de Parthenai, señor de la casa de este nombre, en el año 1100 heredó las posesiones de sus antepasados, y su estado tomó el sobrenombre del Arzobispo, en memoria de su hermano, sobrenombre que llevó toda su descendencia despues. De esta familia ilustre fué Ana de Parthenai del Arzobispo, mujer de Antonio de Pons, conde de Marennes, dama de extraordinario talento y de pasmosa erudicion, que fué gloria del reinado de Renea de Francia, duquesa de Ferrara é hija de Luis XII. La sobrina de esta célebre literata y teóloga, Catalina de Parthenai del Arzobispo, señora de Soubise y esposa que fué sucesivamente de René, vizconde de Rohan, y de Cárlos Quelenec, baron de Pont, fué madre del célebre duque de Rohan, que sostuvo la guerra á favor de los reformados en Francia en el reinado de Luis XIII, y entre sus hijas tuvo á la bella Catalina, mujer del duque de Deux Ponts, la que siendo requerida de amor por el rey Enrique IV, le respondió con tanta energía como respeto: «Señor, soy muy pobre para ser vuestra mujer, y de demasiado buena casa para ser vuestra querida.» Esta sabia francesa compuso muchas comedias y tragedias, entre estas la de *Holofernes*, que se representó al público en la Rochela el año 1574: tambien escribió muchos elogios, y tradujo al francés los *Preceptos de Isócrates*. El abate Lenglet, en el tomo IV de su edicion del *Diario de Enrique III*, da una invec-

tiva contra Enrique IV escrita por esta dama, titulada: *Apologie pour le roi Henri IV envers ceux qui le blament de ce qu' il gratifie plus ses ennemis que ses serviteurs*. El que desee más noticias sobre la expresada familia del citado arzobispo de Burdeos Parthenai, puede consultar el *Diccionario crítico* de Bayle. — B. C.

PARTICIPACIO (B. Prato), humilde monje. Fué primero duque de Venecia y despues obispo de la misma ciudad. Hijo de Juan, tambien duque de Venecia, gobernó este estado con gran prudencia y tino, habiendo hecho cosas memorables. En 952 renunció voluntariamente la dignidad de gran duque, trocándola por la pobre cogulla de S. Benito, que recibió en el monasterio de S. Félix de Amiano, y siendo más ilustre por ella y por su vida ejemplarísima, que por su sangre y elevado empleo renunciado. Protegióle el Señor con sus favores despues de su muerte, así que los venecianos se daban la enhorabuena de haber tenido no solo eminentes gobernadores y políticos sino santos, los cuales desde la gloria eran su amparo. A pesar de ser obispo, sacáronle á que gobernase la ciudad así en lo espiritual como en lo temporal, y al año siguiente á su consagracion terminó sus dias con muerte felicísima, habiendo ántes fundado el monasterio de la órden de San Benito para monjas, llamado de San Laurencio, en el cual puso por prelada á su hermana Juana. Murió en 942. Incluye á este bienaventurado monje el P. Heredia en sus *Vidas de Santos* el dia 25 de Noviembre.— O. y O.

PARTMAN, príncipe armenio de la familia de Mantagounik. Fué uno de los que sufrieron voluntariamente la cautividad de Jesucristo bajo el reinado de Hazguero. Ocho años despues de la muerte de éste y reinando su hijo fué puesto en libertad. —O. y O.

PARRI (Guillermo), confesor y predicador ordinario de los reyes de Francia Luis XII y Francisco I, obispo de Troyes y de Senlis. Este religioso, cuyo verdadero nombre era Guillermo Petit y Du Petit, aunque las crónicas de su Orden le nombran generalmente Guillermo Parri, fué natural de Montivilieu, en Normandía, en el país de Caux. Tomó el hábito de la órden de Santo Domingo en el convento de Roma hácia el año de 1480. Dedicado desde luego á santificar sus estudios por medio de los ejercicios de la vida regular, hizo rápidos progresos en la piedad y en las ciencias; brillaba ya en la universidad á últimos del siglo XV y á principios del XVI. Su mérito fué honrado con la borla de doctor en 1502, y sus talentos se manifestaron desde entónces con grande esplendor, ya en los púlpitos de la corte, ya en las escuelas y en la direccion de algunas casas de su Orden de que fué nombrado superior. Miéntras el dominico Antonio Du Four, doctor de París y obispo de Marsella, conservaba todavía el título de confesor de

Luis XII, Guillermo Petit comenzaba á merecer la estimacion y el afecto de este monarca, tanto por su probidad como por su elocuencia y erudicion. El obispo de Marsella murió en Junio de 1509, y el Rey nombró en seguida á Guillermo Petit su confesor y su predicador ordinario. La reina Ana de Bretaña le honró tambien con su confianza, y se sirvió de él para inducir al Rey á ofrecer condiciones ventajosas al Papa para restablecer la paz y hacer cesar el escándalo ocasionado por el conciliábulo de Pisa, trasladado á Milan poco despues. Estas condiciones se referian á los tres artículos principales, que formaban el objeto de las diferencias entre Su Santidad y el rey de Francia. Ofrecia restituir á Bolonia, el concilio de Pisa consentia en separarse y el duque de Ferrara prometia satisfacer al Papa, siempre que fuera absuelto de las censuras y conservado en su estado con sus antiguos privilegios. La vigilancia del confesor del Rey reprimió al mismo tiempo la licencia de algunos escritores, que esparcian en el reino muchos libelos satíricos, ménos á propósito para explicar las dificultades que para atizar el fuego de la discordia y conservarle constantemente. Si los enemigos de Francia hubieran correspondido con más sinceridad á las buenas intenciones de Luis XII, la paz tan deseada por todas las personas honradas hubiera sucedido desde entónces á las dificultades que reinaban desde mucho ántes entre las dos córtes; pero segun nota un historiador, la política europea y los vastos proyectos de Julio II se opusieron á un beneficio tan grande. El Rey cristianísimo no renunció al concilio hasta el pontificado de Leon X, y envió á algunos obispos de Francia al de Letran. La piadosa Reina, que habia deseado con tanto ardor esta reconciliacion, no pudo gozar por largo tiempo de la alegría que la proporcionó el cumplimiento de su deseo. Atacada de la última enfermedad en el castillo de Blois, murió el 9 de Enero de 1514, á la edad de treinta y siete años. Guillermo Petit, que habia escuchado su última confesion y recibido sus últimos suspiros, fué encargado de pronunciar su oracion fúnebre; deber que desempeñó más de una vez, y siempre con aplauso. Lo ejecutó por primera vez en la iglesia de S. Salvador de Blois, durante las exequias de esta princesa, que fueron celebradas el dia 5 de Febrero en presencia del cardenal obispo de Bayeux, de los obispos de Paris, de Orleans y de Limoges y de muchos señores de la corte. Diez dias despues pronunció un segundo discurso sobre el mismo asunto en la iglesia de Paris, y al siguiente habló por tercera vez en S. Dionisio. Poseemos estos tres discursos, que pueden ser una prueba de la facilidad de nuestro predicador y de la estimacion que se hacia de sus talentos. La confianza particular con que el Rey continuaba honrándole, le dejaba la libertad de hablarle siempre cumpliendo con los deberes de su ministerio. Luis XII escuchaba con placer sus predicaciones, y le gustaba con frecuencia hablar con él en particu-

lar. El dolor que causó á este príncipe la muerte de una reina amada con tanta ternura, fué tan viva, que los más interesantes y patéticos discursos del confesor no pudieron disminuirla. Su constancia sucumbió bajo el peso del dolor, se debilitó su salud en poco tiempo, y no pudo restablecerse de nuevo. Este monarca, que habia merecido por su clemencia y bondad ser llamado *el padre del pueblo*, murió en los brazos de su confesor el 1.° de Enero de 1559, á la edad de cincuenta y cuatro años, el diez y siete de su reinado, dos meses y medio despues de su segundo matrimonio con María de Inglaterra. Jamás se sintió tanto la muerte de ningun príncipe, ni fué llorado con lágrimas tan sinceras. Esta muerte no alteró nada, sin embargo, la fortuna de Guillermo Parri. Francisco I, sucesor de Luis XII, conocia bastante bien su raro mérito para consentir se alejase de la corte. La reputacion del confesor se hallaba bastante bien establecida para conservarse siempre por completo, y su virtud era bastante sólida para no correr el riesgo de corromperse. El nuevo Rey quiso que estuviera al lado de su persona como habia estado cerca de la de su antecesor, con el doble carácter de su confesor y su predicador ordinario. Redundaron de esto no pocas ventajas á los que cultivaban con algun éxito las artes y las ciencias, puesto que Guillermo Petit fué siempre su Mecenas y su declarado protector. Francisco I apreciaba mucho á los sabios, y su hábil confesor contribuyó todavía más á aumentar en él esta noble pasion, de manera que su ocupacion continua era leer, escribir ó sacar del polvo excelentes obras que se hallaban ya olvidadas, y á que dió vida en cierto modo por medio de la imprenta; su mayor placer era no solo conocer y favorecer á los mejores autores de su siglo, sino atraerlos á su reino y ponerlos en estado de hacer sus talentos más útiles al público. Prueba de esto es una carta que el secretario de Estado Budée escribió á Erasmo el 5 de Febrero de 1516. Hé aquí sus palabras: «Encontré ayer en nuestras librerías al dominico Guillermo Par»ri, á ese grande hombre, excelente teólogo, predicador célebre y confe»sor de S. M., cuyos talentos para el púlpito son tales, que en la actualidad, »como en el reinado de Luis XII, no hay ningun predicador que pueda sus»tituirle en la corte en las grandes solemnidades. Parece que la naturaleza »le ha formado para este empleo. Me honra con su amistad y me coloca en »el primer lugar en el número de sus amigos. Pero lo que influye en que »merezca toda mi estimacion, es su aplicacion infatigable á descubrir los »libros raros é interesantes, su exactitud para corregirlos, y su generosi»dad en comunicarlos á todos sus amigos. Se le puede llamar con justo mo»tivo el patrono y el abogado de todos los literatos. Solo bien puedo esperar »de vuestro negocio, pues tengo el placer de ver interesado en él á un hom»bre á quien todos los sabios y todas las personas virtuosas miran con razon

»como su apoyo y su ilustre defensor, deseoso siempre de servirlos y de »hablar al príncipe en su favor.» Si cada siglo contára con un hombre de este carácter, ¿qué gloria, qué ventajas no sacaria la república de las letras? La grande reputacion de Erasmo habia hecho que Guillermo Petit se interesase por él; no se contentó con defenderle contra el celo vehemente de algunos teólogos y predicadores, que no cesaban de atacar su version y sus notas sobre el *Nuevo Testamento*; procuró además llevar á Francia á un sabio de aquel mérito, cuyos talentos y obras estimaban los papas y demás soberanos. Francisco I le propuso fuese á establecerse á su reino, y le ofreció todas las ventajas que pudiera desear, lo que sabemos por una carta de Guillermo Cog, médico del Rey, escrita á Erasmo por órden expresa de S. M. Cog le dice que Guillermo Petit, confesor del Rey, y Francisco de Rochefort, antiguo preceptor del mismo príncipe, habian hecho al Rey tan grandes elogios del saber y de las demás cualidades de Erasmo, que le habian dado deseos de verle; que á consecuencia de estos sentimientos le habia encargado el príncipe escribirle para asegurarle de su estimacion, y para saber de él si se estableceria con gusto en Francia, que en este caso el Rey le daria un lucrativo destino, y que tenia órden de asegurarle que obtendria ventajas tan grandes, que no tendria motivo para echar de ménos la residencia de su patria. Esta carta, dice un historiador francés, es de 6 de Febrero de 1526. Pero, sègun el mismo autor, en el mes de Febrero de 1526, Francisco I se hallaba todavía en Madrid, donde firmó su tratado con el emperador Cárlos V el 14 del mismo mes, y de donde no partió hasta el 21 para volver á Francia. Sabemos tambien que Guillermo Petit se hallaba entónces en su diócesis de Troyes, por lo que nos parece mucho más natural poner esta carta, lo mismo que la anterior, en el mes de Febrero de 1516. Todas las promesas y las graciosas invitaciones de Francisco I quedaron sin efecto, pero un sabio fué reemplazado con otro sabio. Erasmo permaneció en Rotterdan, y fué á París Agustin Justiniani, donde colmado de beneficios del príncipe, correspondió á sus intenciones con el buen éxito que hemos visto; Guillermo Petit honró siempre el mérito de este sabio prelado, se aprovechó de sus luces y se unió á él para continuar encendiendo en los franceses el amor á las letras y una noble emulacion por el restablecimiento de los estudios. Se habia dedicado ya con la mayor atencion á corregir y hacer imprimir las obras de Orígenes, de Severo Sulpicio, de S. Gregorio de Tours, de Adon de Viena, de Durando, de S. Pourçain, de Sigeberto, de Giblou, del antiguo monje benedictino Aimon, de Paulo *el Diácono* y de Luitprando de Cremona, que ha escrito en seis libros la historia compendiada de los Emperadores, de los Reyes y de los demás príncipes de Europa. Despues de haber contribuido así con sus cuidados y

con grandes gastos en procurar á los sabios muchos libros buenos, que no se encontraban, ó que no era fácil procurarse. Guillermo Petit aprovechaba los ratos que le dejaban libres sus ocupaciones para escribir algunas obras de piedad, cuando fué promovido al obispado de Troyes. El Rey Cristianísimo fué quien le nombró para esta dignidad en virtud del Concordato hecho entre este príncipe y Leon X en las conferencias de Bolonia. Pero sabemos que Francisco I no le nombró obispo de Troyes hasta últimos del año 1518, y que habiéndole enviado el Papa las bulas con fecha de 24 de Enero de 1519, hizo el Rey saber en seguida sus intenciones al cabildo de Troyes, manifestándole que la presencia del obispo nombrado era todavía necesaria en la corte, ya para predicar en la cuaresma siguiente, ó para algunos otros negocios, por lo que los canónigos no debian desaprobar que tomase desde luego posesion de su iglesia por medio de procurador hasta tanto que pudiera dirigirse en persona á su diócesis. El cabildo de Troyes, que se veia por el nuevo concordato despojado para siempre de su antiguo derecho de elegir obispo, se presentó humildemente y se sometió despues. Puede inferirse la idea que el Rey habia querido dar del nuevo obispo por las palabras que se leen en las actas del cabildo de Troyes, reunido el 14 de Febrero de 1519. «Se nos asegura, decian los canónigos ha»blando de Guillermo Parri, que este prelado reune en su persona todos los »talentos, todas las virtudes y todas las grandes cualidades que se pueden de»sear en un obispo; que será difícil encontrar en la actualidad un pastor »más celoso ó más caritativo, más liberal, más compasivo para con los po»bres y los afligidos, más dulce, más afable en la conversacion, más hábil ó »más elocuente en los discursos públicos, más vigilante de su rebaño, más »firme, más incorruptible, más equitativo ni más juicioso. Por último, la »reputacion de este grande hombre es tan extensa, y su nombre tan céle»bre, que debemos mirarnos como muy dichosos por haber sido confiados á »su cuidado y poder vivir bajo su disciplina.» El ilustrado celo del prelado, y la manera de que gobernó la iglesia de Troyes durante cerca de nueve años, dieron á conocer á su cabildo y á todos sus diocesanos, que los dones con que le habian enriquecido la naturaleza y la gracia, no eran inferiores á los elogios que se hacian de su mérito. Ni su aplicacion al estudio, ni los deberes que continuaba desempeñando cerca del Rey, que le consideraba siempre como su confesor, le impidieron velar con un cuidado particular por la instruccion de los fieles, el alivio de los pobres y la salvacion de todos; vivia con ellos como con sus hijos, y le respetaban todos como á su padre. No hacia todavía ocho meses que el obispo de Troyes se habia dirigido á su diócesis, cuando vacó la sede de Bourges por muerte del cardenal Antonio Boyer, arzobispo de aquella metrópoli, muerto el 27 de Noviembre

de 1519. Francisco I nombró en seguida á nuestro Obispo para sucederle. Pero habiendo elegido al mismo tiempo el cabildo de Bourges para la misma dignidad á Francisco de Beuil; Guillermo Parri, para evitar disensiones, renunció con licencia del Rey en el arzobispo elegido, y continuó cuidando de su iglesia de Troyes. Su principal objeto en sus frecuentes visitas, era abolir las supersticiones y los abusos; terminar los procesos, las enemistades, las querellas; establecer buenos curas, y velar la conducta de los eclesiásticos. Cuando las nuevas herejías, que turbaban ya el Norte, comenzaron á extenderse, redobló su vigilancia para separar de su diócesis las novedades profanas, las personas sospechosas, y los libros que hubieran podido corromper la fe de los fieles. Hubo pocas iglesias en toda la diócesis que no mereciesen sus liberalidades; pero fué sobre todo espléndido con la catedral, que enriqueció con muchos hermosos ornamentos, diferentes vasos de oro y plata, y algunos otros monumentos que se conservan todavía. El Rey llamaba, sin embargo, de cuando en cuando á la corte al obispo de Troyes, á quien no dejó de honrar con su confianza. El prelado estuvo tambien al lado de este príncipe durante su enfermedad en el castillo de Romorantin en 1520, y como leemos en la historia de la ciudad de París: «Hallándose »el Rey, por último, fuera de peligro, envió al Parlamento y á la Cámara »de Cuentas de París, á Guillermo Petit ó Parri su confesor, obispo de »Troyes, quien presentó á estos dos tribunales el 22 de Enero de 1520 las »cartas credenciales que tenia, y les dijo: Que el Rey deseaba que se dieran »gracias á Dios por su curacion, delante de la santa corona de espinas, á »la que tenia devocion y se habia encomendado cuando fué herido; que el »Rey habia mandado hacer una corona de plata, que esperaba ir á presen»tar por sí mismo en la Santa Capilla; pero que entre tanto queria que los »chantres y canónigos de la Capilla fueran en procesion á la entrada de la »ciudad, llevando el madero de la verdadera cruz, y que estos dos tribuna»les asistiesen á la procesion. El obispo de Troyes al hablar á la Cámara de »Cuentas, añadió: que estaba encargado de decir que el Rey tenia el desig»nio de hacer erigir un colegio en el hotel de Nesle para el estudio de la len»gua griega, mandar además edificar una capilla y fundar cuatro canongías, »así como tambien cuatro capellanías; por lo que mandaba á la Cámara »viese tanto por la inspeccion de las cuentas, como de cualquier otro modo, »cuáles eran las capillas reales fundadas por sus predecesores, que ha»bian caido en decadencia y en las que el oficio divino no se celebraba »ya, para que sus rentas fuesen empleadas en la fundacion del nuevo »cabildo del colegio Real de Nesle.» Estas fundaciones que favorecian al mismo tiempo que la religion el fomento de los estudios, eran muy del gusto de nuestro prelado; y no se debe dudar que el celo de que se ha-

llaba animado para la conservacion del sagrado depósito, no secundára felizmente el que el rey Francisco I manifestó siempre contra las nuevas herejías. El obispo de Troyes se hallaba todavía sin duda en París cuando la facultad de teología, despues de un largo y serio exámen de los escritos de Lutero, dió su primera censura para declarar que la doctrina de este novador contiene errores antiguos y nuevos, relativos á la fe y á la moral; que es á propósito para seducir á los pueblos, contraria á la Sagrada Escritura y á toda la tradicion, y perniciosa á toda la cristiandad; que los libros que la contienen debian ser quemados y obligado su autor á retractarse. Esta censura contra la que escribió Mélanchton con mucho ardor, fué leida confirmada muchas veces en la Sorbona, y ratificada por último por el consentimiento unánime de todos los doctores de la facultad en una asamblea general, celebrada en los Trinitarios el 15 de Abril de 1521. Cuanto más trabajaban los partidarios de la nueva doctrina para extenderla por todas partes; tanto más celoso y vigilante estaba el pastor para confirmar á los fieles de su diócesis en la confesion de todas las verdades que la Iglesia católica enseña. Sus visitas, sus predicaciones y sus escritos sirvieron para este fin. La herejía no dejaba de hacer progresos en Francia, lo que indujo al cardenal de Prato, arzobispo de Sens, á reunir en París á los obispos de su provincia para buscar algun remedio á un mal tan grande. Este concilio, que tuvo dos objetos, la condenacion de los nuevos errores y la reforma de la Iglesia en su disciplina y en sus costumbres, comenzó el 3 de Febrero de 1527, y no concluyó hasta 9 de Octubre del mismo año. Nuestro Obispo pronunció muchos elocuentes discursos en esta asamblea, y contribuyó tanto con su celo como con sus luces á redactar diferentes decretos relativos á la fe de la Iglesia, y muchos sabios reglamentos que parecieron necesarios en las circunstancias del tiempo y de los asuntos. Poco tiempo despues de este concilio accedió Guillermo Petit, aunque á disgusto, á los deseos del obispo de Senlis, Odouard Henneguin, que siendo natural de Troyes, deseaba con ardor sentarse en la sede episcopal de su patria; reiteró tantas veces sus ruegos y sus instancias á nuestro prelado, para hacerle convenir en la permutacion de sus sillas, que habiendo obtenido al fin el consentimiento del Papa y del Rey, consintió tambien Guillermo Petit, y se dirigió á su nueva iglesia de Senlis, de que tomó posesion el 29 de Marzo de 1528. Los que habia hecho en la primera diócesis para restablecer la disciplina en el clero, arreglar las costumbres de los fieles, reparar y adornar las iglesias, y más en particular para alejar el veneno de la herejía, lo hizo en la segunda con tanto más cuidado, cuanto que el número de los novadores aumentaba todos los dias en más de una provincia del reino. Compuso diferentes tratados, unos para combatir los errores de Lutero y defender la fe de la Iglesia, otros para

explicar las reglas de las costumbres y las verdaderas máximas de la piedad cristiana. Pero este trabajo fué con frecuencia interrumpido, ya por los cuidados propios de la solicitud pastoral, ya por la obligacion en que se hallaba de ir de tiempo en tiempo al lado de S. M., pues segun observa Guillermo de Payrat, en sus *Anales de la capilla del Rey*, nuestro Obispo continuó hasta la muerte siendo confesor de Francisco I. Las liberalidades de este príncipe ponian al prelado en estado no solo de favorecer á los sabios, muchos de los cuales le dedicaron sus obras, sino tambien de socorrer á los pobres de su diócesis y de hacer ricos presentes á la catedral. En el mes de Agosto de 1528 dió un ornamento de gran valor para las solemnidades principales, y al año siguiente puso en el tesoro de su iglesia un fragmento de la verdadera cruz, colocado en una caja enriquecida con muchas piedras preciosas. Este piadoso y sabio Obispo, cuyas virtudes elogian muchos escritores, y en particular Cárlos Jaulnay, en su libro intitulado *El perfecto Prelado*; murió el 8 de Diciembre de 1536, y fué enterrado en la iglesia catedral de Senlis, cerca del altar mayor, donde se ve todavía su epitafio. No se tardó en imprimir tres de sus obras; la primera de las cuales se titula: *El Camino de la salvacion.* La segunda es un *Tratado de la creacion del hombre, de su excelencia y de los deberes que tiene que llenar para llegar á su último fin.* La tercera lleva por título: *El Jardin de la fe*, y contiene la explicacion del Símbolo de los Apóstoles y del concilio de Nicea, con la refutacion de muchas herejías.—S. B.

PARVILLIERS (Adriano). La diócesis de Amiens sirvió de cuna á este religioso jesuita el dia 22 de Abril de 1619. Su vocacion por el retiro se advirtió desde su niñez, y su vocacion al claustro se inauguró con su juventud. Dedicado al estudio con el designio de consagrarse á Dios, hizo progresos en él con la rapidez del que desea llegar cuanto ántes al término que se propone. Muy aficionado á la Compañía de Jesús, se decidió á vivir en ella, y siguiendo sus santas costumbres tomó el hábito de jesuita el 21 de Agosto de 1634. Conociendo sus superiores su grande fondo de piedad y su capacidad, le emplearon en las misiones de Siria y de Egipto, é hizo su solemne profesion de los cuatro votos en la ciudad de Damasco el 22 de Agosto de 1654. Permaneció mucho tiempo en esta ciudad, y en ella escribió cartas en lengua árabe, dirigidas al sabio Bochart, con quien estaba en íntima relacion. A los diez años de trabajos en las misiones de Siria y del Egipto, volvió á su provincia de Francia, en donde se le destinó en el ministerio de la predicacion, que ejerció por espacio de seis años; y por último, murió en el colegio de Hesdin el 11 de Setiembre de 1678. Se han conservado de este sabio misionero las obras siguientes: *La dévotion des prédestinés, ou les stations de la passion de Jesuchrist crucifié qui se font à Jerusalem*, en 12.° Hemos visto

una edicion de esta obra con este título: *Les stations de Jerusalem pour servir d'entretien sur la passion de Notre Seigneur Jesuchrist: par le R. P. Parvilliers de la Compagnie de Jesus, qui a verifié le tout sur les lieux*; París, 1680, en 16.° Esta obra fué traducida en el idioma breton, é impresa en Saint Paul de Leon en 1725, en 16.°—*Remarques curieuses, faites en Egipte par le Père de Parvilliers*, la cual se cita en el catálogo de la biblioteca de Thevenot. Tambien se han conservado algunas de sus cartas entre los papeles de M. Ducange; M. Mosant de Brieux compuso al P. Parvilliers los siguientes versos cuando volvió de sus misiones, los cuales cita Moreri en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, con relacion á *Mossanti Brionii poëmatum;* Cadoni, 1669.

Postquam humus Afra dedit prisci tot lumina secli,
Tam scriptis celebres quàm provitate viro:
Et Parvillerium Francis modo reddidit arvis,
Tam celebrem linguis quàm provitate virum.
In laudes dixisse tuas juvat, Africa tellus,
Usque boni ex te aliquid provenit, usque novi.

C.

PARVO (Juan), jesuita inglés, llamado tambien Nicolás Odonno, quien cambiado el nombre vivió muchos años en Lóndres, ocultando los sacerdotes católicos y los ornamentos sagrados, y buscando lugares secretos para que oyesen misa los católicos, y no dejasen de recibir los santos sacramentos. Descubierto por los herejes, fué preso, insultado, maltratado y atormentado por los mismos, hasta que habiéndole tenido siete horas consecutivas en el potro, consumaron su martirio en 12 de Noviembre de 1606. — S. B.

PAS (V. P. Fr. Angelo del), religioso franciscano, célebre por sus virtudes, de quien hace mencion su Orden en 28 de Agosto. Algunos escritores le suponen autor de varias obras, confundiéndole indudablemente con Angel del Pas, catalan; otros por el contrario, y entre ellos se halla Ferrario en su *Catálogo de los Santos*, solo dicen que se distinguió por sus penitencias, oraciones, modestia y humildad. —S. B.

PAS (Francisco), marqués de Feuquieres. Uno de los más hábiles capitanes de su tiempo. Renunció á la pretendida reforma de la Iglesia durante la minoría de Luis XIII.— O. y O.

PASAKIO (P. Lorenzo), jesuita, natural de Silesia, perteneció diez y ocho años á la Compañía, en que ejerció el cargo de rector con grande aceptacion. Fué enviado á la guerra de Leipsick á ayudar á los católicos y

auxiliarlos en sus últimos momentos; y cogiéndole prisionero los herejes miéntras auxiliaba á un herido, le dieron muerte á balazos y estocadas en 22 de Noviembre de 1642.— S. B.

PASAMONTE (D. Malaquías). Fué abad de Piedra, monasterio del Cister en Cataluña, desde 14 de Setiembre de 1648 hasta el de 1652, y le gobernó con acierto y crédito.— O. y O.

PASARON (V. P. Fr. Diego de San Pedro), religioso de la órden de Agustinos Recoletos, nació en el mes de Mayo del año 1663 en la parroquia de S. Sebastian. Fueron sus padres Pedro Rodriguez Pasaron y María García Lopez. Tomó el hábito en el año de 1679, profesó el siguiente dia del apóstol S. Pedro, y obtuvo varios puestos en la religion hasta el de prior de Madrid, en cuyo oficio murió. En todos tiempos fué un religioso ejemplar é inclinado al estudio de la teología mística, en que adelantó mucho, y así hablaba con grande acierto y fervor en las conferencias espirituales, y dirigia muchas almas religiosas por el camino recto. Hizo misiones repetidas veces por la sierra de Guadarrama en las cuaresmas, sufriendo gustoso nieves, frios y otras incomodidades. Ayunaba continuamente, no omitia jamás acto de comunidad, y profesaba tanta pobreza que en su muerte no se hallaron en la celda otras alhajas que los manuscritos de los sermones que habia predicado. Purificóle el Señor con una penosa enfermedad de cinco meses, que sufrió con grande paciencia, hasta que conociendo y áun pronosticando la hora de su muerte, espiró á 24 de Octubre de 1712 en su convento de esta Corte.— O. y O.

PASCAL (Jacobina), hermana del célebre Blas Pascal, nació en Clermont de la Auvernia en 1625, y fué educada en París y Ruan. Su talento, muy elevado por naturaleza, brilló en esta última ciudad, áun entre los que se preciaban de más elevados. Desde la edad de doce ó trece años hacia versos franceses, que sorprendian ménos por la juventud de la que los componia, que por su construccion y belleza. Quizá no tenia quince años cuando obtuvo el premio de la poesía en el certámen abierto á la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora. Pero el ejemplo y los discursos de algunas personas piadosas, con quienes estaba relacionada, hicieron en ella tan profunda impresion, que renunció á la reputacion que se iba adquiriendo de dia en dia para consagrarse á Dios en el retiro. Entró en el monasterio de Port-Royal des Champs en 1652 y profesó al año siguiente, tomando el nombre de *Santa Eufemia*. Pronto la juzgaron á propósito para los cargos más elevados, y los llenó todos con tanto celo como aptitud. Dios se sirvió de ella para aconsejar á su hermano Blas Pascal á renunciar enteramente al mundo para no ocuparse más que de lo que podia conducirle á la vida eterna. Se encuentran muchas cartas de esta religiosa en la *Apología de las religiosas de*

Port-Royal, compuesta en parte por Mr. Nicole, y se la atribuyen los reglamentos para los niños, que se hallan en las *Constituciones de Port-Royal*. Murió en 4 de Octubre de 1661, á la edad de treinta y seis años.—S. B.

PASCAL (José Siffren). Nació en Savoillans (Vaucluse). Se convirtió y abjuró el protestantismo el 1.° de Marzo de 1851 en el hospital de S. Eloy, en manos de Mr. Bonisset, vicario general de la diócesis de Montpeller.—O. y O.

PASCALL (Fr. Juan), del órden de Menores, natural de Cataluña. Escribió: *Tractatus de beatitud ab moltes materies dependents de aquella fet é ordenat per Mestre Joan Pascall*. Se conservaba manuscrito segun carta del canónigo Dorca al P. Caresmar en el archivo de Gerona.—O. y O.

PASCASIO (S.), obispo y confesor. Tan sublimes ejemplos de amor á Dios dieron los primeros mártires del cristianismo, que muchos fieles hicieron esfuerzos extraordinarios por lograr la corona del martirio; pero no á todos estaba reservada esta gloria. Entre los que tanto desearon ser sacrificados por su Dios y no lo consiguieron, cuenta nuestra sacrosanta religion al bienaventurado S. Pascasio, obispo de Viena en las Galias, prelado de una vida ejemplar, del que solo hemos podido averiguar que á pesar de los deseos ardentísimos que tuvo de ser martirizado, y de lo mucho que trabajó para ello, murió en paz y sin sufrir persecuciones el 22 de Febrero del año 513 de nuestra era, dia en que le recuerda con gozo la Iglesia católica.—C.

PASCASIO (S), mártir. El 11 de Noviembre hace mencion la Iglesia de este santo mártir español, de quien se ignora el pueblo de su nacimiento, sabiéndose solo que pasando de España á Africa con sus compatriotas Arcadio, Eutiquiano, Probo y el niño Pablito, fueron atormentados de órden del rey vándalo Genserico por no quererse someter al arrianismo, colocando el cardenal Baronio su martirio el año 437 de nuestra era.—C.

PASCASIO, diácono de la Iglesia romana durante el pontificado de Anastasio y de Símmaco, se hizo recomendable por sus virtudes y saber. S. Gregorio le alaba en particular por el cuidado que tenia de los pobres, y el desprecio con que se miraba á sí mismo. Pero hace la observacion de que habiendo seguido el partido del arcipreste Lorenzo contra el papa Símmaco, perseveró en el cisma hasta la muerte. Lo que debe entenderse de los últimos dias de su vida para conciliar lo que dice el mismo S. Gregorio, que Pascasio para reparar la falta que habia cometido siguiendo el partido del antipapa Lorenzo, fué enviado al Purgatorio, de donde le sacaron las oraciones de S. German, obispo de Capua. Tenemos bajo su nombre un tratado del Espíritu Santo, dividido en dos libros, que se cree comunmente sean los mismos de que habla S. Gregorio *el Grande*, que dice ser de una doc-

trina muy pura y de un estilo claro y sencillo. Se han atribuido, sin embargo, á Fausto de Riez en un manuscrito que habia visto Tritemio, y hay tres clases de razones para creerle autor suyo. Primera: Gennadio en el catálogo de sus obras pone un tratado del Espíritu Santo, en que al explicar Fausto el símbolo, se extendia particularmente á demostrar que el Espíritu Santo es Dios, coeterno con el Padre y con el Hijo y de la misma sustancia. Pero este es el método que sigue el autor de los dos libros sobre el Espíritu Santo, impresos bajo el nombre de Pascasio. Verdad es que Gennadio no habla más que de un libro de Fausto sobre esta materia; pero ha podido dividirse despues en dos: Tritemio y Gesner no tenian más que un libro en sus ejemplares. Otra prueba de que los libros atribuidos á Pascasio son de Fausto de Riez, es que en el capítulo 5.° del libro I responde el autor á la objecion contra la eternidad del Verbo, de la misma manera que responde Fausto en la sexta carta. En ambos casos para manifestar que el Hijo es coeterno al Padre, se sirve del ejemplo del brazo, que aunque procedente del cuerpo, es cuerpo tambien. En el capítulo I del libro II, lo mismo que en esta carta décimasexta que nadie niega á Fausto, sostiene que no hay más que un solo Dios que sea incorporal, y que el alma humana y áun los mismos ángeles tienen cuerpos. Debe añadirse que los dos libros del Espíritu Santo, de que nos ocupamos, tienen mucha relacion con las homilías sobre el Símbolo, la Natividad, la Pascua, la Ascension y la Trinidad, que se hallan entre las que atribuyen á Eusebio *el Galo*, y que se cree sean de Fausto de Riez. ¿Qué motivo hay, por otra parte, para que San Gregorio *el Grande* haya llamado exentos y llenos de una fe muy pura estos dos libros en que se establece, como acabamos de decir, la corporalidad del alma y de los ángeles? El tratado que este padre atribuye á Pascasio debe mirarse como perdido. No dejaremos de dar su análisis bajo el nombre de este diácono, pues se halla tambien bajo él en la *Biblioteca de los Santos Padres*. Pascasio, en un prefacio que puso al frente de su obra, dice que los Apóstoles despues de haber expuesto muy á la larga la fe católica en sus escritos, no la han dado en compendio en el Símbolo que nos han dejado, por cuya autoridad comienza á probar la divinidad del Espíritu Santo, porque está dicho que se crea en él como en el Padre y en el Hijo. Se objeta que se ha dicho tambien que se crea en la Santa Iglesia Católica, á lo que responde que la preposicion *en* ó debe suprimirse ó tomarse en otro sentido, de manera que no significa otra cosa, ya para la Iglesia, ya para los demás artículos siguientes del Símbolo, sino que creamos en la existencia de la Santa Iglesia Católica, la comunion de los Santos, el perdon de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna. Cree tambien que la preposicion *en* no se hallaba en el original del Símbolo, y que ha sido aumentada

con alguna ligereza, porque hallándose en los artículos de la fe en Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la han puesto tambien delante del artículo en que se habla de la Iglesia Católica; y en efecto, esta preposicion de las fórmulas del Símbolo de la Iglesia Romana, no conviene con la del de Aquilea y de las iglesias de Oriente. Pascasio demuestra despues por la autoridad de las Divinas Escrituras que el Espíritu Santo es Dios, como el Padre y el Hijo, y que aunque distinguimos en Dios tres nombres y tres personas, no hay sin embargo tres potencias ni tres sustancias. Pero ¿por qué, direis, empleais los términos de unidad y trinidad al hablar de Dios, puesto que estos términos no se hallan en los libros canónicos? Responde que no se debe jugar con las palabras cuando tienen una derivacion sencillamente natural, y que la hay entre el término de uno y el de unidad, y entre la palabra tres y la de trinidad; que además estos términos se han inventado en tiempo de la Iglesia primitiva, que ha tenido derecho de emplarlos, y que se hallan prescritos por el trascurso de muchos siglos. Prueba la trinidad de las personas en Dios por las primeras palabras del libro del Génesis, por las que manifiesta el designio de la formacion del hombre, y por algunas otras del Antiguo Testamento. Viniendo despues á la persona del Hijo y á la del Espíritu Santo, manifiesta que siendo llamado el Hijo el rostro del Padre, debe serle coetáneo, y que siendo el Espíritu Santo el espíritu y el dedo del Padre, segun las expresiones de la Sagrada Escritura, se sigue de aquí que es de la sustancia del Padre; pero que es al mismo tiempo una persona distinta del Padre, puesto que el Hijo dice en Isaías: *Ahora me ha enviado el Señor y su espíritu tambien*. Pascasio se objeta á sí mismo que puesto que el Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios, es por lo tanto inferior á Dios: responde que esta manera de hablar marca en las personas divinas la unidad de sustancia y su armonía con las obras exteriores, y no una diferencia de dignidad y de honor, y que la Sagrada Escritura se sirve con frecuencia del término de dedo, para manifestar el poder de Dios, como cuando dice: *Veo los cielos que son obra de vuestras manos*. Encuentra en la órden que dió Jesucristo á sus discípulos de bautizar á todas las naciones en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la unidad de obra y de nombre en las tres personas. Pero ¿por qué, preguntará alguno, el Espíritu Santo no es ni engendrado ni no engendrado, si es verdaderamente Dios? Pascasio responde que la Sagrada Escritura no dice que el Espíritu Santo sea engendrado, por temor que no se le crea Hijo; no dice tampoco que sea no engendrado, porque se podria creer que es Padre; pero dice que procede del Padre, lo que no deja duda ninguna de que tiene persona propia. El es el distribuidor de los dones y de las gracias, y quien las perfecciona en aquellos á que se las han dado, pues aunque las obras sean comunes á las tres personas, la Sa-

grada Escritura acostumbra, sin embargo, á atribuir á cada una efectos y operaciones particulares. Pascasio dice claramente que el Espíritu Santo es enviado del Padre y del Hijo, y que procede de la sustancia de ambos. Hasta explica la procedencia que hay entre nacer y proceder en las personas divinas, porque el que nace saca su orígen de uno solo, y el que procede le saca de dos. Añade que porque el Espíritu Santo procede del Padre, goza de los tres privilegios de la Divinidad, es decir, que es una persona subsistente, que es eterno y enteramente de la sustancia del Padre. En el segundo libro continua Pascasio sus pruebas de la divinidad del Espíritu Santo. Se dice en el libro de los *Actos*, que los Apóstoles fueron todos llenos del Espíritu Santo, y que predicaban con confianza la palabra de Dios. Pero ninguna de las criaturas racionales puede llenar á otra; esto solo pertenece á Dios, que puede por sí solo penetrar la criatura que ha formado, y entrar hasta en los pliegues más secretos de su corazon: el Espíritu Santo es, pues, Dios. Un alma puede estar unida á otra alma, un ángel á otro ángel; pero ni uno ni otro pueden llenarse mútuamente. Los demonios pueden entrar tambien en el cuerpo de un hombre y jamás en el interior de su alma. Pero si el Espíritu Santo habita en el cuerpo y en el alma de los que son rescatados por la sangre de Jesucristo, y al mismo tiempo que este cuerpo ha comenzado á formarse, el Hijo de la Vírgen ha sido concebido por la operacion del Espíritu Santo; de manera que la Encarnacion pertenece en particular á la persona del Hijo. El Espíritu Santo es quien desciende al seno de una Vírgen y la santifica; pero el Hijo es quien nace de ella. Aunque en la Trinidad no halla diferencia de sustancia, las operaciones no son las mismas, y como no podemos decir que el Padre haya descendido en forma de paloma, ni que sea el Hijo quien haya dicho en nombre del Padre: *Este es mi Hijo*, de la misma manera no podemos asegurar que el Espíritu Santo ha nacido de la Vírgen, ni que ha padecido en la cruz. Esto debe decirse necesariamente de la persona del Hijo. Macedonio decia que el Espíritu Santo era una criatura, pero más excelente que las demás, valiéndose de un lugar de la profecía de Amós, en que se dice que el trueno y el espíritu son criaturas de Dios. Pascasio contesta que bajo el nombre de *espíritu* no debe entenderse la persona del Espíritu santificante, á ménos que no añada la Sagrada Escritura que este espíritu es de Dios, ó que es el Espíritu Santo, ó que sopla donde quiere, ó en alguna cosa semejante, que manifieste la dignidad de su propio nombre y de la operacion que le conviene; que en el profeta Amós el término espíritu indica el aire ó el viento, como se ve por la traduccion hecha sobre el hebreo, que en vez de espíritu pone viento. Demuestra contra el mismo heresiarca por la forma del bautismo, que el Espíritu Santo es una persona subsistente, lo mismo que el Pa-

dre y el Hijo, y que como es una persona posee con el Padre y el Hijo la misma divinidad y el mismo privilegio de la Majestad. Con esta ocasion refiere muchos pasajes de la Sagrada Escritura, que demuestran que en Jesucristo hay dos naturalezas unidas en una sola persona; y porqué se dice en el Evangelio que «si un hombre no renace por el agua y el espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos;» y Macedonio concluye de aquí que el Espíritu Santo es una criatura, lo mismo que el agua, á quien se halla unido en este lugar; demuestra Pascasio que la operacion del Espíritu Santo en el bautismo, siendo diferente del efecto que produce el agua, no se puede inferir de este lugar que sean uno y otro de la misma naturaleza y de la misma condicion. Se sumerge al hombre en el agua hasta tres veces, á imitacion de los tres dias en que estuvo sepultado el Salvador; pero la vida y la esperanza de la salvacion eterna son conferidas por el Espíritu Santo á este hombre, á quien se sumerge en el agua. Despues hace ver que el nombre del Espíritu Santo es de tal modo propio de la tercera persona de la Santísima Trinidad, que no se da á las otras dos, lo mismo que no se da el del Padre al Hijo. «Así pues, añade, cuando decís el Padre, el Hijo y el Es»píritu Santo, expresais la persona de cada uno. Si añadís que no son más »que un solo Dios, manifestais que la sustancia y la naturaleza, lo mismo »que la gloria de la Trinidad, es una.» Refiere luego un gran número de testimonios de la sagrada Escritura, en que vemos que el Espíritu Santo ha hablado por medio de los profetas, y que los ha llenado de su espíritu, y termina con otros, que dicen en términos expresos que es Dios quien ha hablado con su boca, lo que forma una prueba sin réplica de la divinidad del Espíritu Santo. Saca una semejante de estas palabras de S. Pedro á Ananías: «Cómo os ha tentado Satanás para mentir al Espíritu Santo?» Porque este apóstol añade en seguida: «Es á Dios y no á los hombres á quien habeis mentido.» Prueba, por último, por el mismo libro de los *Actos* y por las *Epistolas de S. Pablo*, que siendo atribuida á Dios por el mismo Apóstol la distribucion de las gracias del Espíritu Santo, se sigue necesariamente que ha reconocido la divinidad del Espíritu Santo. Los dos libros de Pascasio fueron impresos en Colonia en 1539, de donde han pasado á la *Biblioteca de los Santos Padres*. No se puede disputar que el mismo Pascasio es autor de una carta á Euguppio, abad del monasterio de S. Severino á últimos del siglo V y principios del VI. Le conviene el nombre, la época, el lugar y el grado del ministerio. Hé aquí cuál fué el motivo de esta carta. Habiendo sido trasladado por la autoridad del papa Gelasio al castillo de Sucullan, cerca de Nápoles, á ruego de una señora de aquella ciudad, llamada Barbaria, el cuerpo de S. Severino, apóstol de la Norica, se edificó un monasterio, de que fué abad Euguppio despues de Marciano. En el año 509 se publicó una

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

carta de un lego de categoria, en la que se referia la vida de un monje italiano llamado Basílico. Habiendo leido esta carta el abad Euguppio, manifestó sentimiento de que el que la habia escrito no se ocupase tambien en escribir la vida de S. Severino, que habia sido tan admirable y edificante. Habiendo sabido su queja el autor de la vida de Basílico, á quien no se nombra en su historia, hizo saber á este abad que se hallaba enteramente dispuesto á satisfacerle si queria darle noticias para la vida de S. Severino. Euguppio se puso á trabajar en seguida; pero teniendo sentimiento de emplear á un lego en una materia tan hermosa, cambió de opinion. Dos años despues, es decir en 511, habiéndole rogado el diácono Pascasio le comunicase las memorias que habia hecho, le suplicó al enviarlas compusiese él mismo la historia. Habiendo leido Pascasio estas memorias, que existen todavía en la actualidad, vió que no habia nada que añadir, ni en cuanto al estilo, que es sencillo y fácil, ni en cuanto á ninguna otra cosa. Escribió, pues, á Euguppio que publicase esta historia tal como la habia escrito, diciéndole que habiendo sido discípulo de S. Severino se hallaba en mucho mejor estado que ningun otro para referir lo que habia presenciado de las virtudes de su maestro. Para obligarle á no negar este servicio al público, le hace observar en su carta la utilidad que resulta de conocer las acciones de los santos y el fervor de que puede llenar los corazones de los fieles. Le propone el ejemplo de S. Pablo, que en su *Epístola á los Hebreos* hace con grande exactitud el catálogo de los justos del Antiguo Testamento, y añade que la generosa muerte de Matatías habia hecho tal impresion en sus hijos, que dieron con mucho gusto su vida en defensa de su ley, y que no debe imaginarse que la virtud se envilezca por la muchedumbre de los que la han practicado; por el contrario, toma nuevo incremento. Esta carta se halla fielmente copiada en los *Anales de Baronio* y en el primer tomo de Enero de Bolando.— S. B.

PASCASIO (Fr.), monje agustino del convento del Sto. Sepulcro de Valencia. Era obispo de Segorbe en el año de 607, y gobernó hasta 610, segun afirma el canónigo Nicolini.— O. y O.

PASCASIO (Aurancio), franciscano francés. Tradujo á este idioma una obra intitulada: *Prado espiritual del patriarca Sofronio*. Vivia en Lovaina en 1598.—S. B.

PASCASIO DE SAN JUAN (P.). Nació este religioso carmelita en Franconia el dia 13 de Abril de 1637, y tomando el hábito de la órden del Carmelo, profesó en ella en el convento de Treves en 1658. Durante algun tiempo siguió al ejército en clase de limosnero y capellan del conde Rogerio de Stahremberg, dió instrucciones religiosas en los campamentos, y fué profesor de bellas letras y de poesía latina en Rabensbourg de Baviera y en el Tirol. Mu-

rió este religioso en Buda el 15 de Agosto de 1692. Conócese de este carmelita la curiosísima obra titulada: *Poësis artificiosa;* Würtbourg, 1668, en 12.° Independiente de las reglas generales de la versificacion latina, dice M. Pillet, se ven en esta obra los mayores detalles acompañados de numerosos ejemplos sobre las cosas más extraordinarias que la poesía latina haya podido jamás inspirar á sus apasionados; los versos leoninos, los ecos, los anágramas, los versos aritméticos y cronológicos, no son más que bagatelas para este autor. Explica hasta sesenta y siete diferentes cosas facilísimas en este género cuyo mayor mérito consiste en dar vencidas las dificultades. Sus versos mnemónicos y stenográficos presentan cierta especie de utilidad, y de los otros pueden pasar algunos por obras maestras en su género. Despues de dar mil novecientas doce combinaciones de este verso

Tu mea lux vitæ virgo spes maxima salve,

cita con gusto Lipsio y Dupui en el *Erycius Puteanus*, los versos siguientes:

Rex, dux, sol, lex, lux, fons, spes, pax, mons, petra, Christus.

Pone de manifiesto el número de combinaciones de que se le creia susceptible, y añade: *Ego certè credere malim quàm experiri*; esta obra está adornada con figuras no ménos curiosas que su texto y que son muy dignas de llamar la atencion de los críticos. —C.

PASCASIO RATBERT (Paschasius Ratbertus), abad de Corbie en el siglo IX, en el reinado de Luis y Cárlos *el Calvo*; era natural de Soissons, y fué educado en la abadía de nuestra Señora de Soissons por la caridad de las religiosas. Tomó despues el hábito de religioso en la abadía de Corbie, miéntras la gobernaba S. Adelardo, y fué elegido luego abad de este monasterio; pero no quiso recibir la sagrada órden del sacerdocio, y se contentó con la de diácono que se le habia conferido siendo simple religioso. Obtuvo la confirmacion de los privilegios de su abadía, y se hizo célebre por sus numerosas obras, que reunió muchos años despues el P. Sirmond, en un volúmen en fólio, publicándolas por primera vez en París en 1618. Componen doce libros de comentarios sobre S. Mateo: tres de explicaciones sobre los Salmos; cinco sobre las lamentaciones de Jeremías; un tratado del cuerpo y de la sangre de JESUCRISTO en la Eucaristía; una epístola sobre el mismo asunto, y la vida de S. Adelardo y de los Stos. Rufino y Valerio. D. Lucas d'Acheri ha publicado despues un tratado del mismo autor: *De partu Virginis*, y el P. Mabillon, otro titulado: *Vita Sancti Walæ Comitis et ab-*

batis Corbeiensis. El mismo padre, en la segunda parte del siglo IV de los santos de la órden de S. Benito, ha demostrado en su introduccion que la obra *De Sacramentis*, que dice haber escrito Pascasio, no es diferente de la de la Eucaristía, no obstante el parecer del P. Cellot y de otros sabios que creen lo contrario. Prueba que este tratado fué escrito para los religiosos jóvenes de la Nueva Corbie, en Sajonia, que siendo hijos de padres recien convertidos al catolicismo, necesitaban ser instruidos en uno de sus principales misterios, para participar dignamente de él; que la doctrina establecida sobre la Eucaristía en este tratado no contiene más que las creencias de la Iglesia en aquella época, aunque Mr. Claude y otros ministros compañeros suyos, hayan creido que este abad habia ingerido opiniones nuevas sobre este sacramento, y fué el primero en introducir la de la realidad. Por último, que en la polémica que habia surgido entre Pascasio y sus adversarios, á saber, si el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía, es el mismo que el que nació de la Santísima Vírgen, no se trataba de ningun modo de la realidad que unos y otros miraban como cierta. Esta obra es uno de los monumentos más preciosos del siglo IX. El autor establece en ella tan sólidamente la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y se explica con tanta precision sobre este misterio, que Possevino le llama un escritor profético, que combatió la herejía de Berenger cerca de doscientos años ántes de que naciese este heresiarca. Lo sensible es que hasta la edicion que dieron los PP. Martenne y Durand, no se publicase ninguna exacta. El luterano Hiobé-Gast, que dió á luz la primera en 1528, suprimió capítulos enteros, y varió en otros no solo las expresiones, sino tambien frases enteras, para hacer creer que Pascasio habia sido de la opinion de Lutero. Guillermo Rat, doctor en teología y canónigo de Ruan, cuando imprimió en 1540 el diálogo de Lanfranc contra Berenger, unió á él el libro de Pascasio, pero le publicó sobre la edicion de Gast, ignorando el fraude de este editor. Nicolás Mameran es el primero que le descubrió, ó el primero al ménos que se lo advirtió al público, dando con este motivo una nueva edicion de esta obra en 1550, basada en dos manuscritos que halló en Colonia. En 1561 apareció otra edicion hecha sobre algunos manuscritos de Inglaterra y el P. Sirmond, erudito jesuita, unió en 1618 este tratado á los demás de Ratbert. Pero estas diferentes ediciones y las que se hallan en las Bibliotecas de los Stos. Padres, eran todavía muy defectuosas, lo que animó desde luego al P. Sabatier, ilustrado benedictino de la Congregacion de S. Mauro, á examinar el mayor número de manuscritos que pudiera de este tratado, y tuvo la fortuna de hallar veinte, todos antiguos, de los cuales algunos eran del mismo siglo de Pascasio. Despues de haber revisado atentamente y corregido esta obra sobre todos los manuscritos, entregó su trabajo al P. Mar

tenne, que le publicó en el tomo IX de su *Amplissima Collectio*; París, 1733. Ratbert compuso este libro, segun el P. Martenne, durante la prision del abad Vala, y le corrigió siendo abad de la antigua Corbie, dedicándole al rey Cárlos *el Calvo*. En el mismo tomo IX hay otro libro de Pascasio Ratbert sobre la Fe, Esperanza y la Caridad, que habia publicado ya el P. Fez, benedictino aleman; pero sobre una copia poco exacta que le proporcionó M. Echard. Esta nueva obra se dió á luz sobre una copia exactamente cotejada con un manuscrito de la abadía de la Nueva Corbie, en Sajonia. Pascasio la compuso á peticion de Weina, abad de la Nueva Corbie. Murió poco despues, en Abril de 865, en cuya época no era ya abad de Corbie, por haber renunciado este cargo á consecuencia de algunas diferencias con los religiosos de su monasterio. — S. B.

PASCHIUS (Jorge). Nació en Dantzick en 1661, y fué catedrático de moral y de teología de Kiel, en donde murió en 1707. Escribió una obra con el título de *Tractatus de novis inventis, quorum accuratiori cultui pacem præstulit antiquitas;* Leipsick, 1700, en 4.°, obra sabia y muy buscada. — *De fictis rebus publicis;* 1705, en 4.° — *De variis modis moralia tractandi;* 1707, en 4.° — O. y O.

PASCUA (Simon). Victorellus en sus *Adiciones* asegura que está equivocado el apellido de este Cardenal, fundado en que entre los obispos que asistieron al Concilio de Trento figura un Simon de Negri, obispo de Saona que despues llegó á ser cardenal, confundiendo su obispado que fué el de Sorzana, en los estados de Génova, con el de Saona. Binio nos saca de la confusion diciendo que el obispo que fué de Saona fué Cárlos Grimaldi, quien solo tenia de comun con el que nos ocupa, haber nacido en Génova tambien. Binio tambien habla de Simon diciendo que efectivamente asistió al Concilio de Trento como obispo de Sorzana, y conviene con Victorellus en darle el apellido de Negri; pero á la opinion de estos dos tenemos que oponer la de otros muchos autores, la del uso, que solo le conoce con el apellido de Pascua, y dos epitafios auténticos. Simon, pues, era genovés, hijo de Galeacio Pascua y de Pellegrina Stella. Desde muy jóven se dedicó con la mayor asiduidad al estudio de bellas letras, y principalmente de la lengua griega, saliendo aprovechadísimo en todo. Más tarde se dedicó al espinoso estudio de la filosofía, en la que salió tambien muy aventajado, y como si nada de esto fuera capaz de satisfacer su afan de saber, emprendió el de la medicina haciéndose doctor, y uniendo una práctica acertada á una teoría inmejorable. A pesar de robarle mucho tiempo esta ocupacion, le dejó el suficiente para dedicarse á otras de no menor importancia, y que prueban lo mucho que le honraban sus conciudadanos convencidos de su valor, como las diferentes comisiones y embajadas que desempeñó en países extranjeros;

siendo notable la de Inglaterra en la cual fué á tratar con Felipe, rey de España, las condiciones de su matrimonio con la heredera del Reino. La vivacidad de espíritu y la solidez de su crítica le hacian muy á propósito para el ejercicio de esta profesion, en la cual dió pruebas notables de su aptitud; pero lo que más llamaba su atencion era la medicina, y ella le ocupaba con preferencia á todo lo demás, debiéndola su elevacion y su fortuna. Simon habia conocido en sus viajes á Pitramellario médico del papa Pio IV, y proponiéndole éste que le acompañase á Roma, aceptó con el mayor gusto. El Pontífice, enterado de su mérito, le dió repetidas muestras de cariñoso afecto, llegándole á nombrar su médico de cámara, en cuyo empleo se portó tan bien que reconocido Pio IV le aconsejó cambiase de profesion con el fin de protegerle con más facilidad. Hízolo así el médico, y al poco tiempo era obispo de Sorzana como primero y único escalon para vestir la púrpura, que al fin le fué concedida en el mes de Marzo de 1565 con el título de cardenal de Sta. Sabina. Es indudable que hubieran sido muchos los servicios prestados á la Iglesia por este Cardenal, á pesar de su avanzada edad al tiempo de su promocion, si no hubiera muerto medio año despues en Roma, en el palacio del Papa, el 4 de Setiembre del mismo año de su elevacion. Fué enterrado en la iglesia de su título con un epitafio, que es uno de los que citamos al principio, donde se dice que su apellido era Pascua, lo mismo que en otro que hay en Santa María de la Paz en Génova, donde fué inhumado despues de algun tiempo. —G. P.

PASCUAL I (S.), papa, natural de Roma, hijo de Bonoso, persona de grande distincion y de ilustre familia. Manifestó desde los primeros años una decidida inclinacion á las cosas religiosas, inclinacion que se dejaba ver en todos sus juegos infantiles. Educándosele en las máximas santas del Evangelio, se aplicó á estudiar con preferencia las Santas Escrituras; y el gran conocimiento que adquirió en este estudio, la austera vida que llevó en su juventud, y su práctica en la oracion, así como su vocacion decidida á la vida monástica, llamaron la atencion del pontífice Leon III, que le encomendó la direccion del monasterio en que tomó el hábito, y que fué el de Benedictinos de S. Esteban, cerca de S. Pedro, en el cual estableciendo una hospedería, hizo grandes limosnas y prodigó muchos consuelos á los peregrinos que fueron á Roma en aquella ocasion. Como sus virtudes se hicieron sentir más en su dignidad de abad, y sus talentos tuvieron que ostentarse al través de su humildad, el Sumo Pontífice no tardó en promoverle, nombrándole cardenal presbítero de la Iglesia Católica, y recibió el capelo con el título de Sta. Práxedes, siendo muy aplaudida esta eleccion por lo mucho que se apreciaba al agraciado. Muriendo el pontífice Esteban IV, agobiado del dolor que le causaba la persecucion que la Santa Iglesia Católica sufria

en el Oriente, el dia 24 de Enero del año 817 de nuestra era, el pueblo romano, aún calientes las cenizas de este Papa, se dirigió en entusiasta muchedumbre al monasterio de Benedictinos, de que era abad Pascual Bonoso, proclamándole pontífice á voz en grito. En vano el humilde Abad procuró alejar del pueblo este pensamiento; pues más seducido aún por sus excusas y verdadera modestia que por el mismo afecto que le tenia, repitió sus súplicas, á las que accedió el virtuoso Pascual, más por la fuerza de las circunstancias y el amor que tenia á sus compatriotas que por su voluntad, muy lejana siempre de desear las grandezas y la ostentacion. Reunido el pueblo y el clero romano para la eleccion, segun la costumbre de aquella época, fué aclamado papa por unanimidad, y consagrado con contento general de todos los fieles, el dia 25 de Enero del año 817, es decir, que fué electo áun ántes de dar sepultura á su antecesor, y consagrado á los dos dias de haber vacado el pontificado. Tan luego como subió Pascual I á la silla de S. Pedro, envió sus legados al emperador Luis *el Débil*, manifestándole que habia aceptado el pontificado á la fuerza y con mucho sentimiento, porque no se creia digno de tan alta dignidad. «El Emperador, dice »el ilustrado D. Hilario Blanco en su *Historia de los Papas*, se habia aprove»chado de las instrucciones sólidas que recibiera de sus leviticos pedagogos, »y propúsose corregir los abusos sin distincion de clases ni de personas, »donde quiera que los hallase. El alto clero y los monjes, por entónces, pa»recia haberse olvidado de las mismas máximas que predicaban y de los prin»cipios de moralidad que habian inculcado en el corazon de su regio pupilo; »pero este no perdonó ni áun á sus mismos maestros. Los obispos viéronse »obligados á dejar sus armas, sus corceles y espuelas, encerrándose en sus »iglesias y monasterios al pie del altar y al lado de sus libros. Prevalidos »muchos de ellos de sus fueros y de la inviolabilidad eclesiástica, igualaban »y áun excedian en la vida aventurera á los magnates del siglo. Los monjes »seguian las huellas de sus prelados; y el nuevo soberano mandó que en los »monasterios se observase con toda rigidez la regla benedictina, alejando de »sí á los que intrigando, habian sabido dominar en sus últimos dias á Carlo»magno. Dando él mismo el primero el ejemplo de la moralidad más escru»pulosa, arrojó de su palacio á las concubinas que habia encerrado allí la »costumbre, y á los amantes y favoritos de sus hermanas. Debió este hijo »de Carlomagno llamarse *el Justiciero* más bien que *el Débil* como le »llama la historia, porque fué tal su equidad, que fallaba ántes siempre en »contra suya que en contra de las leyes; y los pueblos oprimidos le encontra»ban siempre dispuesto á favorecerlos y ampararlos.» Los sajones se valieron de estos buenos sentimientos del monarca para hacer valer sus quejas, y no tuvieron que esforzarse mucho para que se les concediese el derecho de su-

cesion que se les habia arrebatado, despojando á los abades y monasterios del poder de apropiarse las herencias que más cuadraban á sus intereses. Carlomagno procuró durante su vida influir activamente, tanto en la eleccion de los obispos como en la de los papas; pero Luis desdeñó hacer uso de esta usurpacion, y concedió á las iglesias una libertad ámplia é indispensable para sus elecciones, segun Sandía, ya citado. Bajo el reinado de un Emperador tan piadoso y equitativo, ya se deja conocer cuál seria su consideracion y política con los obispos y pontífices de Roma. Al llegar ante el Emperador los legados del Papa para darle cuenta de su consagracion, los recibió el piadoso Luis con el mayor cariño, y no solo renovó las donaciones hechas al patrimonio de S. Pedro por sus antecesores, condescendiendo con lo manifestado por Teodoro, nomenclator de la Santa Sede, que presidia la legacion, sino que las aumentó con la Sicilia y la Cerdeña, haciendo una ley en que se marca esta nueva donacion. Al hacer referencia á este donativo de la piedad imperial, dice Fleuri, que solo debió comprender las islas de Córcega y de Cerdeña, pues que la Sicilia estaba entónces en poder de los griegos; si bien conviene en que podia muy bien poseer el Emperador algunas propiedades en esta Isla, que tal vez fuesen las cedidas, añadiendo que aquel soberano se reservó el dominio sobre los estados que cedia. Más aún concedió Luis á la Iglesia, pues ordenó que en lo sucesivo pudiesen ser elegidos y consagrados los papas desde luego por la voluntad del clero, expresada ante el Senado y el pueblo romano; pero que en cuanto se verificase la consagracion, se pusiese por medio de legados en noticia del Emperador, á fin de que de este modo se conservase la buena armonía que debia reinar siempre entre ambos soberanos. Tanto la donacion como esta facultad, fué suscrita por el Emperador, sus tres hijos, diez obispos, ocho abades, quince condes y algunos oficiales de palacio. El Oriente estaba en la mayor consternacion á causa de la persecucion terrible que hacian á los fieles los iconoclastas. Algunos griegos, para librarse de los furores de los poderosos perseguidores, se refugiaron en Roma, y compadeciéndose Pascual I de su desgracia, fundó para ellos un monasterio, en que hallaron un seguro asilo para poder practicar libremente su culto á las santas imágenes, causa de su desgracia. El emperador de Oriente, Leon el Armenio, enemigo de las imágenes como sus antecesores, y aún más furioso y cruel que ellos, perseguia con una inaudita saña á los fieles, sin respetar sexo, edades ni condiciones. Quien tan mal llenaba su mision en la tierra y tan enemigo se declaró de la Iglesia católica, no podia ménos de provocar la justa ira del cielo y sufrir el castigo á que le hicieron acreedor sus atrocidades. No podemos resistir al llegar á este punto el pensamiento de transcribir lo que acerca de este merecido castigo sienta en su obra el ya citado ilustrado historiador Blanco.

«Miguel, llamado *el Balbuciente*, á quien Leon habia confiado los primeros »destinos de su palacio, se conjuró contra él por medio de una horrible se»dicion, que no obstante haber sido en sus principios descubierta, y su au»tor condenado á ser quemado vivo, con todo, difirióse su suplicio por la »solemnidad de la Pascua á ruegos de la emperatriz Teodosia. Cargado de »cadenas y encerrado en una oscura prision se hallaba este nuevo Catilina, »cuando sus amigos, que temian ser descubiertos, se conjuraron con más »ardor que ántes contra el César, acometieron de improviso á los guardias »que custodiaban al jefe de la sedicion, le sacaron de la cárcel y le coloca»ron en el trono. Miguel y los suyos acometieron al palacio, y el infeliz Em»perador, abandonado de todos sus confidentes, huyó; y parapetado entre »las columnas de un altar de su capilla, allí se defendió valerosamente con »la cruz que en él habia, hasta que acosado por las estocadas de la multitud »y atacado por todas partes, cayó en tierra exánime y moribundo. Su cadá»ver fué arrastrado ignominiosamente por las calles y plazas públicas de »Constantinopla, hasta que por último, insepulto y arrojado al campo, le »abandonaron, para que así fuese devorado por las bestias.» El amor de padre por un lado, y la incontinencia por otro, rompieron, por decirlo así, la política del Rey, emperador de los francos, Luis; y esto causó, como siempre que se ha repetido, la paz de Occidente. Repartió el imperio entre sus tres hijos tenidos en la emperatriz Hermengarda, nombrando rey de Aquitania á Pipino, de Baviera y provincias Eslavas y Avaras á Luis, y de Italia (despues de la revolucion y muerte de Bernardo, sobrino suyo, al que despues de vencido mandó sacar los ojos) á Lotario, que era el mayor, y al cual habia asociado ántes al imperio; y dispuesto todo así, se casó en segundas nupcias con una hermosa jóven llamada Judit, matrimonio que disgustó á todos sus hijos. Muerto Bernardo á poco de haber perdido los ojos, Lotario fué coronado por el Papa en 823, no muy á gusto de la generalidad, pues tenia muchos enemigos. El emperador Luis se vió reproducir nuevamente en Judit, que le dió un príncipe; y como deseosa la Emperatriz de asegurar un porvenir á su hijo, lográse que le señalase el Emperador para su patrimonio los estados de Suavia, Alsacia y una parte de Borgoña, se congregaron los príncipes contra su padre, al que pretendieron obligar á abdicar la corona. Dios no podia ayudar empresa tan descabellada; y así es que los revoltosos hijos no tardaron en ser vencidos por su padre, viéndose obligado el nuevo Absalon Lotario á demandar el perdon á su padre. Quedaron de resultas de esta lucha intestina en Roma instintos depravados en el pueblo, que hicieron padecer no poco al Sumo Pontífice, por más que su paciencia y resignacion fuesen sus virtudes características. Al volverse á Francia el emperador Luis, despues de haber vencido á sus sediciosos hijos, fueron

traidoramente asesinados en Roma en el palacio de Letran, Leon, nomenclator de la Santa Sede, y el maestro de capilla Teodoro, fieles partidarios de Lotario en las cuestiones con su padre. La maledicencia, que se ocupa siempre en amontonar víctimas cuántas puede, hizo correr la voz de que no era extraño el Pontífice á estos viles asesinatos; y el Emperador mandó sus agentes para que se informasen del hecho y de sus circunstancias, no obstante que Pascual I habia ya hecho advertir al soberano, por medio de sus delegados en Francia, que este acontecimiento le habia sorprendido y tenia afligido su corazon. Los hijos del Emperador fueron tambien á Roma para informarse por sí mismos de este suceso lamentable; pero nada pudieron averiguar que pudiera satisfacerles. A fin de calmar al Emperador y á los príncipes, reunió el Pontífice una especie de concilio en el palacio de Letran, y delante de treinta y cuatro obispos con sus sacerdotes y diáconos, de los príncipes y del pueblo romano, juró sobre el altar no haber tenido parte alguna en las desgracias de los que habian seguido el partido de Lotario. Tal era entónces la forma de los juicios criminales, cuando no habia tenido lugar el combate judiciario: tal fué el orígen de estos conjuradores, cuyo testimonio bastaba para absolver á un acusado. Volviendo con esta declaracion las buenas relaciones entre el Papa y el Emperador, el Pontífice acabó de tranquilizar á Lotario y á su padre con la coronacion de este príncipe, que fué otra vez asociado al imperio, acto que le volvió enteramente á la gracia del Rey de los francos, que le fué verdaderamente amigo, como lo acreditó con muchas obras. La acendrada piedad de Pascual I le obligaba á hacer frecuentes visitas á las catacumbas, en donde examinaba con el mayor cuidado los sitios en que se conservaban restos de los mártires, que recogia con veneracion; y encontrándose por sus diligencias el cuerpo de Sta. Cecilia, le hizo colocar dignamente en una de las iglesias de Roma. Durante su pontificado consagró quince obispos, ordenó siete presbíteros y cinco diáconos, é hizo á las iglesias beneficios y presentes de gran cuantía. Su ardiente caridad, ocupada siempre que podia en socorrer á los pobres y en consolar á los afligidos, le granjeó el amor de los romanos, que le amaban como á un verdadero padre cariñoso; y así fué que si las diferencias sobre los partidarios de Lotario no se hubieran cortado, este mismo amor hubiera podido traer á Roma graves consecuencias, porque los romanos no hubieran aguantado el menor ultraje á tan querido pastor. Poco sobrevivió Pascual I á los últimos acontecimientos de que hemos hablado; pues hallándose ocupado en hacer que se reparasen las iglesias y los monasterios más notables de Roma, le sorprendió la última enfermedad y falleció, llorado de todos, el dia 11 de Mayo del año 824, á los siete años, tres meses y diez y siete dias de pontificado. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano. La Iglesia Católica Romana canonizó

despues á Pascual I, y colocándole en el catálogo de los santos, celebra su memoria el dia 14 de Mayo.—B. S. C.

PASCUAL II, papa. Un grande acontecimiento histórico, una nueva gloria para la Iglesia coincidió con la elevacion de este pontífice, el ciento sesenta y uno entre los jefes de la Iglesia Católica, á la silla de S. Pedro. Esta gloria que con tanta ansia esperaba su antecesor Urbano II que la habia preparado, y que por muy pocos dias no tuvo el placer de verla confirmada, porque le llamó Dios á su seno para premiar sus virtudes, fué la toma de Jerusalen, de aquella ciudad santa regada con la preciosísima sangre del divino Cordero, y que por tan largo tiempo gemia bajo el terrible yugo musulman. Al subir Pascual al pontificado el 14 de Agosto de 1099, hacia treinta dias no más que los cruzados habian tomado á Jerusalen, que se reconquistó el viernes 15 de Julio á las tres de la tarde, dia de la semana y hora precisa en que murió el Salvador. El gozo de tan fausta nueva alegró á la cristiandad entera, y el nombre del virtuoso Godofredo de Bullon, príncipe piadoso que más habia contribuido á salvar los Santos Lugares de la impía planta de los sarracenos, se mezcló con el del nuevo Papa en los cánticos gozosos de la Iglesia. La causa de la civilizacion habia dado un paso aventajado con tan santa conquista; y como la Iglesia, promovedora de tanto bien, abrió las puertas de la inteligencia contra las densas tinieblas de la ignorancia, mision que la distingue y enaltece en todas las épocas, el nuevo sucesor del Príncipe de los Apóstoles se encontró empeñado en la gravísima empresa de que no se perdiese el fruto de los sacrificios de los Cruzados, y de que la sangre vertida para rescatar el Santo Sepulcro germinase, cual sazonada semilla, bienes á la religion y á la humanidad. Empero si tan halagüeña perspectiva se presentaba por este lado á los fieles, el cisma introducido bajo el pontificado de Gregorio VII, que tan afligida tenia á la Iglesia, les contristaba extraordinariamente, al paso que los menos ortodoxos, afiliados á la bandera del antipapa Guiberto, que se hacia llamar Clemente III, promovian el desórden, porque así convenia á sus cismáticas ideas, á cuya sombra se prometian medrar y satisfacer su orgullo. Agitábase en este cisma la cuestion de las investiduras de dignidades eclesiásticas entre los soberanos y los grandes, alegando derechos que creian usurpados, y ya no se disputaba solo la parte dogmática, si que tambien sobre las elecciones que se tenian por falseadas en principio, habiendo el empeño, por parte de los más puros ortodoxos, de desarraigar la inmoralidad á que habia dado lugar la simonía, corruptora de las buenas costumbres de la disciplina de la Iglesia y de la moral evangélica. En este estado de ansiedad se hallaba la sociedad católica á la muerte de Urbano II, causa que unida á su modestia suma y reconocida humildad, obligó sin duda á su sucesor

á resistirse con tanto empeño á tomar la tiara que, cual otro Wamba la corona, tomó al fin más obligado por la fuerza, que impelido por su voluntad. Nació Rainiero, que este fué el nombre primitivo de Pascual II, en Bleda, ciudad de Toscana; y dedicado desde muy niño á ejercicios espirituales, tomó el hábito de monje en Cluni cuando apénas tenia edad para poder profesar. Haciéndose lugar por su privilegiado talento entre los monjes, estos, á pesar de que solo contaba veinte años de vida, le dieron la comision de ir á Roma para dirigir las cuestiones pendientes de su monasterio ante la Santa Sede. Conferenciando en la capital del Orbe católico con Gregorio VII, que á la sazon regia la nave de S. Pedro, este pontífice, maravillado de su talento natural, de su instruccion y juicio en tan cortos años, y de la claridad y buena lógica con que se expresaba, no permitió que volviese á su monasterio; y empezando por distinguirle con su aprecio, acabó por ordenarle de cardenal presbítero, poniendo á su cuidado la abadía é iglesia de S. Pablo, extramuros de Roma. Continuando al lado de su augusto protector durante la vida de este, se hizo tambien lugar con su sucesor Urbano II, bajo cuyo pontificado fué creciendo la fama de su claro talento y de su rara virtud; cualidades que le elevaron á la silla pontificia á los quince dias del fallecimiento de este Papa. Tan luego como el cardenal Rainiero supo su eleccion, se apresuró á renunciar tan alta dignidad; pero como no se pudiese admitir la renuncia, corrió el humilde prelado á ocultarse en su retiro, obstinándose en no tomar la tiara, pretextando que no se creia digno de ella. La negativa del nuevo Pontífice obligó más al clero y al pueblo romano en su favor; y buscándole en su retiro, le condujo por fuerza á la iglesia de S. Clemente. Aun en el templo la humildad de Rainiero le hizo protestar de nuevo contra su eleccion; pero si no pudieron convencerle las razones con que lo procuraron los más doctos, le obligaron por fin las súplicas del clero todo y las aclamaciones de los romanos, que se agolparon al templo como ovejas deseosas de ser conducidas por tan buen pastor. Vistió por fin Rainiero la púrpura y la tiara, tomando el nombre de Pascual II; y en su advenimiento le saludó con verdadero entusiasmo Roma y la cristiandad entera, puesto que para nada debe contarse á los cismáticos y adictos del antipapa Guiberto, que residia á la sazon en la ciudad de Albano, protegiendo los desórdenes de los impíos perturbadores de la armonía de la Iglesia. Una vez sentado Pascual II en la silla del apostolado, puso su atencion toda en arreglar los asuntos del imperio católico y sujetarlos lo más estrictamente posible á la ley evangélica; y como el cisma, que hacia veintitres años afligia á la Iglesia habia de poner obstáculos á su paternal solicitud, puso empeño en exterminarle, y Dios quiso por fin coronar sus piadosos deseos. Secundadas sus sabias disposiciones por los romanos y por

todos los fieles ortodoxos que pusieron á su disposicion cuantos recursos necesitaba, emprendió su loable persecucion contra los cismáticos, y muy á los principios el Todopoderoso, que ayudó sus designios, le libró del engreido antipapa Guiberto, que huyendo de Albano á Cita-di-Castello, en que pretendió fijar su silla, murió de repente á muy poco de la eleccion de Pascual, ó sea á principios del año 1100 de nuestra era. No desalentados los cismáticos con este golpe dado por el mismo Dios, nombraron otro antipapa, que no tardó en pagar en un encierro su soberbia; eligieron otro que tuvo la propia suerte, y por último, dieron investidura papal á otro prelado romano con el título de Silvestre III, el cual fué desterrado de Roma tan luego como se supo que admitia el cisma, y sufrió el castigo muriendo abandonado hasta de sus más allegados cómplices y parientes en tierra extranjera. Convencidos los cismáticos de su impotencia contra un Pontífice que los conocia bien y que llegó á dominarlos, no pudieron ménos de abandonar sus malos intentos; y dispersándose para mejor ocultar su delito y su vergüenza, terminó el cisma para bien del catolicismo y gloria de Pascual II. La satisfaccion que la terminacion del cisma causó al piadoso Pascual no fué completa, puesto que fué sofocada con nuevos disgustos, que atormentaron su alma y contristaron su sensible corazon, si bien le proporcionaron el acreditar su energía como vicario de Jesucristo, al que procuró tambien imitar en el sufrimiento. No queriendo reconocer Anselmo, arzobispo de Cantorbery, los pretendidos derechos á las investiduras del rey de Inglaterra, Enrique I, fué desterrado de su diócesis. Acudiendo al Papa en queja del ultraje sufrido por medio de delegacion, el Rey mandó tambien á Roma un oficial suyo encargado de sostener sus derechos, y que desempeñó su mision con imponente calor ante el Pontífice; pero éste, sin intimidarse por la amenaza que le hizo aquel en nombre de su soberano, confirmó al prelado Anselmo los derechos de su primacía, lo cual no tuvo más consecuencia que las de tener el prelado que mantenerse ausente de su iglesia hasta el año 1105, en que el soberano de Inglaterra cedió de sus exigencias. El concilio celebrado en Clermont habia excomulgado al rey Felipe I de Francia por haber repudiado á la Reina, su legítima esposa, y casádose, contra las leyes eclesiásticas y civiles, con la bella Beltranda. Deseoso el rey Felipe de volver á la gracia de la Iglesia, mandó á Roma á Galp, obispo de Beauvais, con esta embajada, y atendiendo á las razones del enviado el clemente Papa, mandó á Francia á Ricardo, obispo de Albano, para arreglar este asunto; y como el Rey se separase de toda comunicacion con Bertranda, y se uniese con la Reina, prometiendo no volver á tan criminal como escandaloso comercio, el buen Pontífice autorizó á Lamberto, obispo de Arras, para que tomando juramento al Rey y á Bertranda de no

volverse á juntar jamás, los absolviese en su nombre, lo que así se hizo con alegría de la Francia, que se hallaba disgustada por la reprensible conducta de su monarca. Imperaba en este tiempo en Alemania Enrique IV, que habia sido excomulgado á causa de faltas en las que, segun algunos autores, tuvo más parte su mala suerte que sus delitos. Renovada la excomunion contra este soberano por Pascual II, trajo tras de sí esta medida no pocos disgustos al Pontífice, pues que aprovechándose de ella el príncipe, hijo de aquel Rey, que con el nombre de Enrique V se habia logrado proclamar en Maguncia, destituyendo á su padre del trono, se avino á las disposiciones del Papa abjurando del cisma para lograr por este medio la confirmacion de su usurpado poder, con ánimo resuelto por las consecuencias, de volverse contra aquel cuyo apoyo solicitó. Queriendo obligase el Papa á abdicar á Enrique IV en su hijo, protegió decididamente á éste que vió á la Sajonia, que se habia declarado contra su padre, abrazar su partido, creyéndole más ortodoxo. Viendo el usurpador que ni áun el apoyo del Pontífice era suficiente á ponerle en tranquila posesion del reino, porque muchos de sus pueblos no querian prestarle obediencia, acudió á un punible engaño para lograr sus designios. Celebrábase en aquellos tiempos un concilio en Northausen, en Turingia, en el que se condenó el concubinato de los sacerdotes y la simonía, que tanto vuelo habia tomado en la clerecía, y presentándose el usurpador Emperador en aquella respetable asamblea, con las señales exteriores del más profundo arrepentimiento, protestó de que no por su voluntad, y sí obligado por las circunstancias y muy á pesar suyo, habia recibido la corona de manos de sus fieles vasallos; pero que si su padre abjuraba de su error reconociendo en un todo la potestad pontificia, le restituiria el trono. No solo el concilio cayó en el lazo que aquel ingrato tendiera á su anciano padre, si que tambien fiándose el pobre anciano en las fingidas protestas de su hijo, se presentó en la dieta de Maguncia, en la que los príncipes allí reunidos desarmándole traidoramente le obligaron á despojarse de las insignias reales, y ratificando á Enrique V en el poder, le condujeron prisionero á Ingelhein, en donde le encerraron. Los amigos del anciano soberano le facilitaron la fuga de la prision, y conduciéndole á Lieja, en donde le hospedó su buen amigo el obispo Otberto, falleció en la misma ciudad al año siguiente 1106, transido de dolor al considerarse vendido y perseguido por su propio hijo. Dióse sepultura á Enrique IV por el obispo; pero sus enemigos llevando el rencor aún más allá de la muerte, sacaron el regio cadáver del sepulcro, y conduciéndole con festivo y sacrílego aparato á Spira, le colocaron insepulto en una caja de piedra dentro de un lugar no consagrado, y de este modo le tuvieron por cinco años seguidos, hasta que levantándole Pascual II en 1111 el anatema que sobre él pesaba,

le hizo enterrar con el fausto y honores fúnebres que le correspondian como soberano que fué de un pueblo cristiano. Si bien en un principio Enrique V fingió haber desistido del derecho que creyeron tener á dar las investiduras sus antepasados, muerto su padre, del que fué un verdadero verdugo, no tardó en pagar al Papa con la más negra ingratitud los beneficios que de él habia recibido; pues sin más ley que su capricho, que trató de escudar con sus heredados derechos, se resistió tenazmente á obedecer las leyes pontificias sobre investiduras, y no queriendo ceder en nada á Pascual II, se empeñó en que éste le coronase. Desengañado el Papa demasiado tarde de la hipocresía de Enrique V, y temiéndolo todo de su carácter violento, se dirigió á Alemania y á Francia en demanda de socorros contra su terrible adversario; pero no siendo atendidas sus plegarias, volvió á Roma decidido á ser víctima, si era necesario, ántes que consentir en las exigencias del ingrato soberano que le perseguia. No se hizo esperar mucho tiempo en Roma, pues que á poco de llegar á esta ciudad el Papa, invadió Enrique la Italia con un poderoso ejército, y dirigiéndose al Capitolio, exigió imperiosamente al Pontífice su coronacion y la concesion de las investiduras, derecho que por tantos años poseyera su familia. En tal apuro el Papa quiso abandonarle cuantos estados la Santa Sede habia adquirido por donacion de los Emperadores, pues creyó que de este modo convenia más á su dignidad, y no solo satisfaria la ambicion del soberano, sino que lograria al propio tiempo moralizar al clero, muy relajado en sus costumbres en aquellos tiempos; empero el soberbio Enrique, que conoció que la oferta del Pontífice no podria cumplirse, porque se opondrian á ello sus subordinados, fingió admitir la proposicion, y se preparó á ser coronado en la ciudad de los Césares. Para celebrar el contrato se reunió una numerosa asamblea en la iglesia de S. Pedro, y picándose en ella los prelados alemanes é italianos, el Papa se empeñó en no coronar al Emperador en tanto no jurase solemnemente renunciar los derechos que pretendia tener á las investiduras eclesiásticas. La decision enérgica de Pascual II irritó de tal modo al Emperador, que sin miramiento al santo lugar en que se hallaban, ni al sagrado carácter del vicario de Jesucristo, hizo entrar en el templo á su guardia y aprisionó al Papa, sin guardarle consideracion alguna. Tan escandaloso atentado puso en consternacion á toda la ciudad, y armándose repentinamente los romanos, acometieron en el primer momento tan bruscamente á los imperiales, que el mismo Emperador, á pesar de su arrojo, hubiera perecido si no le salvase la vida el conde de Milan á la puerta de la iglesia, dándole su caballo para que huyese, accion que costó la vida al conde. Despues de muchas horas de combate, en el que perecieron muchos de una y otra parte, repuestos de su primer espanto los imperiales, lograron por fin apoderarse

del templo, obligando á retirarse á los romanos. Dos meses pesó el despotismo de Enrique V sobre Roma en cuyos habitantes vengó con encono la herida que recibiera en el combate y la muerte de su salvador Oton, conde de Milan, y como en este tiempo los romanos, deseosos unos de librarse de la opresion en que los tenian los imperiales, é instigados otros por los ocultos enemigos del Papa, acudiesen á suplicar á éste les diese la libertad, y volviese á Roma su perdida tranquilidad haciendo paces con el Emperador; el Pontífice, que habia perdido la energía en la prision y huérfano de quien pudiera aconsejarle, cedió al ruego de los romanos y á las exigencias de sus enemigos concediendo á Enrique V cuanto deseaba y coronándole, con lo cual se dió este por satisfecho y abandonó á Roma con su ejército. Gran clamoreo se movió en Roma contra el Papa tan luego como se alejaron los imperiales, siendo los que más motejaron su debilidad los mismos que le habian conducido á ella con sus súplicas; leccion que deben aprender los soberanos para no ceder de sus derechos justos por motivos de compasion, pues que durante el peligro se ven las cosas de muy diferente modo que despues que han pasado, en cuyo caso se hacen valientes los que fueron más cobardes. En vano pretendió el Pontífice sincerarse desde Terracina, adonde fué luego que le dejaron libre los imperiales, porque conociendo, sin duda, el carácter de sus gentes, quiso por algun tiempo estar á salvo de sus importunidades. Por más que contestó á sus detractores que habia sido arrastrado por la fuerza en las concesiones que habia hecho al Emperador á fin de evitar la ruina de Roma y de los demás estados de la Iglesia, no pudo convencerlos; y por el contrario, les irritó más. Reunidos dos concilios, el uno en Viena y el otro en Colonia, en ambos se excomulgó al emperador Enrique por hereje y por haber forzado al Pontífice á dar un decreto contrario á los cánones y costumbres de la Santa Sede. Los clamores del clero obligaron por fin á Pascual II á convocar un concilio general en la iglesia de Letran, en el que se declaró nulo el tratado hecho con el Emperador, y en el que el Pontífice se justificó completamente, renovando las leyes de Gregorio VII sobre las investiduras; pero áun cuando aprobó los anatemas lanzados contra Enrique V por otros concilios, no le excomulgó en este, cumpliéndole la palabra que le diera al coronarle de que jamás volveria á lanzar la excomunion por los acontecimientos pasados. Muriendo el prefecto de Roma en tan críticas circunstancias, sin duda los partidarios secretos del Emperador eligieron al hijo para esta dignidad, y quisieron obligar al Papa á aprobar la eleccion al tiempo que celebraba los oficios de jueves santo. El Papa no quiso confirmar tan arbitraria eleccion y agitándose con este motivo los sediciosos, el jóven nombrado le apedreó al frente de una turba de impíos el lunes de Pascua. Creciendo el motin, al

siguiente dia se allanaron las casas de muchas personas que no quisieron reconocer al loco prefecto; y Pascual II se vió precisado á huir á Albano para librarse de los insultos y atropellos de aquella turba de desalmados, y no creyéndose aún allí seguro, marchó á Benevento. Habia sido nombrado Gerardo, obispo de Angulema, por el Concilio Lateranense para notificar al emperador Enrique V la disposicion de esta asamblea acerca de las investiduras, y el legado, que habia defendido en ella que renunciar el Papa á la independencia y libertad de la Iglesia era una verdadera herejía, se presentó y expresó con tal energía delante del Emperador, que si bien este le respetó considerandole en cuanto se merecia por su dignidad y valor, determinó volver á Roma para vengarse. Confirmóle más en este designio la noticia del concilio celebrado por el Papa en Benevento, en el que, segun Bourdin, excomulgó por el delito de deslealtad al arzobispo de Braga, que coronó segunda vez al Emperador. Llegando éste á Roma con sus tropas con el pretexto de negociar la paz, se apoderó sin escrúpulo alguno de los bienes que habia legado á la Iglesia la princesa Matilde, y amenazando al clero de volver á castigarle severamente si continuaban hostilizándole con anatemas, abandonó la ciudad á causa del excesivo calor de aquel verano, encargando al nuevo prefecto y á los suyos de mantener su buen nombre hasta que mejorada la estacion volviese á sostener personalmente sus pretendidos derechos. Aprovechándose Pascual II de la ausencia del Emperador, volvió á Roma, en donde su presencia intimidó á sus enemigos, y en especial al nuevo prefecto, que se ocultó en un principio y salió despues de la ciudad temiendo hubiese llegado el tiempo de recibir el castigo á que su delito le habia hecho acreedor. El recibimiento que tuvo el Pontífice á su vuelta á la Ciudad eterna, le hizo conocer que el Emperador habia comprado á muchos romanos principales, y esto le entristeció de tal modo que acrecentando los achaques que padecia, causados por las muchas amarguras que en tan laborioso pontificado habian contristado su corazon, cayó en una grave enfermedad que acabó con su vida el 11 de Enero del año 1118 de nuestra era, despues de diez y ocho años, cinco meses y cinco dias de pontificado: su cadáver fué sepultado en la iglesia de Letran. Segun se asegura en la página 23 del tomo XV de la *Coleccion de historiadores de Francia*, el papa Pascual II dejó escritas muchas cartas, y entre ellas es notable una, en la que mandó al abad de Cluni comulgar bajo las dos especies separadas, prohibiéndole mojar el pan en el vino como lo hacian en esta abadía, y otra dirigida á la clerecía de Terouanne, que prueba que ciertos sacerdotes repugnaban conformarse con las decisiones de los concilios que les prohibieron el casarse. —B. S. C.

PASCUAL, arcediano de la Iglesia Romana, que se declaró antipapa en la eleccion del papa S. Sergio I, y murió poco despues en 687. —S. B.

PASCUAL, antipapa tambien, elegido contra Alejandro III, se llamaba anteriormente Guido de Crema, y habia sido creado cardenal en 1155 por Adriano IV, que le envió á Alemania para atraer al emperador Federico Barbaroja; pero habiéndose dejado seducir por este príncipe, se unió á Octaviano, que habia sido creado antipapa, tomando el nombre de Víctor, y le sucedió bajo el de Páscual I en 1164, muriendo desgraciadamente seis años despues.—S. B.

PASCUAL (D.), único de este nombre. Gobernó el obispado de Jaen veinte y cuatro años, celebrando concordia con D. Pedro Ibañez, maestre de Calatrava, sobre diezmos y vasallos que la Orden tenia en aquel reino y silla. En tiempo del prelado D. Pascual en el año de 1269, el rey D. Alonso *el Sabio* hizo merced de la Torre de Gil Olit á treinta y tres caballeros de Baeza, á condicion de que estuviesen prevenidos con armas y caballos, y que no pudiesen venderlos, ni darlos á la Iglesia ni á la Orden, ni á ninguna persona de su Orden á no preceder su mandato.—O. y O.

PASCUAL (D.), obispo de Burgos, primero de este nombre. Consagró la iglesia de Sta. Eugenia, que está cerca de Cordobilla y de Aguilar de Campo, el año de 1121.—O. y O.

PASCUAL (D.), obispo de Córdoba. Elegido en primeros de Diciembre del año 1264, dos años despues hizo con el cabildo una compra de casa, y se intitula obispo. Fué ántes prebendado de la iglesia, como lo confiesa en el estatuto que hizo en 1.° de Diciembre de 1326. «E por facer bien é merced »á los canónigos, é á los racioneros, é á los medios racioneros de nuestra »Iglesia con quien habemos grande debdo de amor, é vivimos con ellos en »menor estado grande tiempo.» En este estatuto se conceden por todo un año los frutos de los beneficios que goza el prebendado residente, ó que esté en estudios con licencia del prelado, desde el dia de su muerte. Otra declaracion hizo en que manifestó este venerable prelado la sinceridad de su ánimo pacífico: «Sepan cuantos esta carta vieren cómo nos D. Pascual, por la »gracia de Dios Obispo de Córdoba, otorgamos á vos el Dean é Cabildo de »nuestra iglesia, que porque vos venisteis á nuestra posada á dar la canon»gía que fué de Domingo Ramiro por razon que nos estabamos doliente, que »no sea perjuicio del Cabildo de dar de aquí adelante los beneficios en nues»tra casa. E porque todo esto no venga en dubda, mandamos vos dar esta »nuestra carta abierta sellada, etc.» En tiempo de este prelado padeció Córdoba una gran epidemia, de cuyas resultas perecieron muchos de todos los estados. Cumpliendo el Obispo con su ministerio exactamente, previno su vigilancia todos los remedios espirituales y corporales para librar del contagio su ciudad, mandando con rogativas implorar la clemencia divina si continuaba, y de clamar á María Santísima para que su pueblo experimentase

el saludable efecto de su purísima maternal intercesion. Hallábase á la sazon de comendador de su convento de nuestra Señora de la Merced Fr. Simon de Sousa, varon de singular virtud, y pidiendo á Dios el mismo remedio, se le apareció el arcángel S. Rafael, y le dijo: «Dirás al obispo D. Pascual »que está Dios muy satisfecho de su celo y cuidado; y que por sus oraciones »y de otras personas, y que por la intercesion de su santa Madre, se ha »compadecido de este pueblo; que ponga mi imágen en la alto de la torre »de la catedral, y exhorte á todos sus feligreses á que me sean devotos y »celebren mi fiesta todos los años: que si así se hace, este contagio cesará »de todo punto.» Ejecutólo fielmente el venerable pastor, y por esto se ve desde entónces la imágen del Arcángel en la torre de la catedral, indicio cierto de la especial proteccion de S. Rafael y de la antigua devocion de Córdoba á este Santo. D. Pedro Diaz de Rivas imprimió el año de 1650 esta historia y revelacion, tomada de los que escribieron la sagrada, y de otras memorias que le dieron. No expresa el año en que se verificó la peste; pero Gomez Bravo, en sus *Obispos de Córdoba*, presume fuera el año de 1268, despues del infeliz sitio de Algeciras, en que contagiado el ejército y derrotado por Aben-Juseph, le inficionarian los fugitivos á Córdoba y otras ciudades. Fundó el obispo D. Pascual un hospital para recoger pobres y enterrar los ahogados, y un aniversario por su alma que se cumplia por el mes de Febrero, en el cual murió, dia 9 de 1292. Sus memorias se continuan hasta este mismo año, que en 6 de Enero confirma un privilegio al monasterio de Arlanza, y en 5 de Febrero, era 1330, que es el dicho año, vivia, pues Aznar Perez, arcediano de Castro, vendió unas posesiones, y se dice que era vicario del Obispo; y así murió D. Pascual en Febrero de 1291, ó lo que parece verosímil del año siguiente, porque en privilegio concedido á Pancorbo en 1293, se hallaba vacante la iglesia de Córdoba. Fué su cuerpo sepultado en el hospital que fundó, y en él permaneció hasta que arruinado el edificio, D. Iñigo Manrique le trasladó á la catedral, y le hizo sepultura en el muro del coro antiguo debajo del órgano. Concluido el coro nuevo, fué necesario removerle el año de 1607, y pusiéronle un epitafio por D. Francisco Fernandez de Córdoba, abad de Rute, racionero entero de la catedral y bien conocido por la historia de la casa de Córdoba que escribió.—O. y O.

PASCUAL DE LOS ANGELES (Fr.), flamenco, natural de Bruselas, capital de los estados de Flandes, hijo de unos caballeros acaudalados. Diéronle sus padres una esmerada educacion, proporcionándole maestros que le enseñasen las ciencias y algunas lenguas, porque su deseo era que comerciase en otras coronas. Vivió en las costas de España, sin embargo de que poseyendo con gran propiedad los idiomas francés, inglés, holandés, toscano y latino, se expresaba regularmente en la rica habla de Castilla. Llegó al puerto de

Cádiz, el más congruente para los comerciantes, escala entónces tambien de todo el orbe, y punto que á nuestro jóven parecia el más á propósito para adquirir la crecida opulencia á que aspiraba. Habiendo visitado la magnífica ciudad de Sevilla, y áun recorrido, segun se cree, la Extremadura, quiso Dios que conociese las riquezas á que le llamaba, y era el desprecio de todas, que de tal manera le embargaban. Ajustadas cuentas con todos, desnudo de sus galas, vistió los primeros sayales en la santa provincia de San Gabriel en el religioso convento de nuestra Señora de los Angeles, del obispado de Coria, tomando el apellido en la religion del nombre de la soberana Patrona de aquella casa, en la cual habia hecho su noviciado y obtenido divinos favores. Dividida la provincia, se quedó en la de San Diego, viviendo ántes y despues en el convento de Cádiz, adonde ántes de la fundacion habia ido muchas veces, ya por convertir herejes, ya por confesar á los extranjeros de diferentes paises, y á los que entendia muy bien. Así fué grande el fruto que logró con estos ejercicios en aquella ciudad, y por el aplicadísimo celo con que asistia á sus prójimos. Gozó fama de prudente, poniendo especial cuidado en la conversacion con mujeres, y procurando recayese sobre materias espirituales. Su rara y no ajada pureza fué por lo tanto admirable y ejemplar. A los veinte años, siendo seglar rico, abrazó la religion, y durante el largo espacio de otros cuarenta que vivió en ella, fué rico tesoro de virtud, severo en la observancia de la regla, sufrido en sus muchas, graves y penosas enfermedades, durante las que, áun contando con la órden de los médicos, no quiso dejar el ayuno, convenciendo con sus súplicas y razones á los prelados. No era ménos austero en las disciplinas, ni ménos constante en su dilatada oracion, que edificaba. Amantísimo de la pobreza, anduvo siempre llevando totalmente desnudos los pies, lo mismo en las poblaciones que en los ásperos caminos de Sierra Morena, que atravesó muchas veces, así en el rigor del invierno como en el verano. No admitió otra cama para su preciso alivio y descanso que dos tablas y una manta, que pudiera decirse no usaba, pasando la mayor parte de la noche en continua vigilia. Despues de su muerte tan solo se encontraron unos escritos de su puño, muy doctos, de teología dogmática. Con la mayor serenidad de su espíritu puso su alma en manos del Criador el 27 de Mayo de 1624, dejando opinion de santo. El numeroso pueblo de Cádiz, testigo fiel de sus virtudes y bellas prendas, sintió infinito su muerte, y de su desconsuelo participaron los muchos extranjeros, de quienes habia sido padre espiritual y á los que prestára sus buenos servicios, ora oyéndolos en confesion, ora asistiéndolos. Segun su cronista, el P. Francisco de Jesús y María, fué enterrado en el cuerpo de la iglesia de su convento, entre el arco toral y la pila.—O. y O.

PASCUAL DE ARAGON, religioso franciscano, hijo de Enrique, duque de

S.n PASCUAL BAILON.

Cardona, gran condestable de los reinos de Aragon, que se dedicó desde niño al estudio de las ciencias, obtuvo el grado de doctor en ambos derechos, fué presidente del supremo tribunal de la Santa Inquisicion, y creado cardenal por el papa Alejandro VII. Nombrado despues virey de Nápoles y por último arzobispo de Toledo, desempeñó estos destinos con grande celo, adquiriendo en el último fama de un buen pastor. Murió en Toledo en 10 de Setiembre de 1677, dejando inédito un *Curso teológico*, segun refiere D. José Eggs en su *Purpura docta*, lib. VI, pág. 467.—S. B.

PASCUAL BAILON (S.). Con mucha razon dice el P. Fr. Juan Bautista Talens, cronista de la órden seráfica de S. Francisco en la provincia de Valencia, al empezar la vida de este Santo, que publicó en 4.° en Monfort el año 1764, «que la sabiduría del mundo no está jamás de acuerdo con la »cruz del Salvador, porque los amadores de la una aborrecen siempre á la »otra; siendo tan grande su oposicion, que no cesan jamás de hacerse la »guerra y combatirse mútuamente. La vida de un cristiano parece una lo»cura á los sabios del mundo, porque su conducta es muy diferente de la »suya. No tiene inclinacion á los placeres, honores ni riquezas; no forma »deseos sino de ser semejante á Jesucristo crucificado; las mortificaciones, »los continuos ejercicios de penitencia, el conocimiento de sí mismo, el »desprecio de las delicias, todo lo que tiene alguna relacion á la cruz, y »todo lo que puede afligir al cuerpo, hace impresion en su alma y son los »deseos de su corazon. Los otros, por el contrario, buscan con estudio y »diligencia todo lo que lisonjea los sentidos y contenta las pasiones. Los »juegos, las diversiones, las grandezas, las riquezas, las altas fortunas son »los funestos objetos de su ambicion. No conocen la cruz sino de nombre, »rehusan ser discípulos del que ha sido enclavado en ella, y como dice San »Pablo, son sus enemigos declarados.» Si, como añade este piadoso escritor, es obligacion del cristiano amar la cruz, abrazar y sostener sus intereses, reconocer á Jesucristo por su maestro, gloriarse de ser su siervo y defender su gloria imitando sus acciones; S. Pascual Bailon fué un perfecto discípulo de Jesucristo, celoso defensor de su honor, ignorante para el mundo, sabio para el cielo, pobre de bienes temporales, rico de los celestiales, humillado hasta el polvo de la tierra y elevado por Dios á la cumbre de su divina misericordia; y en fin, célebre en la tierra por el candor de su vida y por lo raro de sus prodigios, y grande en la patria celestial por recompensa de su virtud y santidad. Modelo fué Pascual de todas las virtudes cristianas, y como dice aquel autor, tesoro de la ciencia de los santos, buscó el camino de la perfeccion, le halló, y caminando por él con santa perseverancia, encontró al fin de su viaje abiertas las puertas de la bienaventuranza, que se franquean siempre á los justos.

En los límites del antiguo reino de Aragon y confinando con el de Castilla se encuentra la villa de Torre-Hermosa, que si en lo temporal pertenecia al primero, correspondió en lo espiritual al segundo en la época que vamos á designar. En aquella antigua villa vivian en paz y virtud Martin Bailon é Isabel Yubera, ocupados en el modesto y noble oficio de labradores; y si bien de humilde y pobre condicion y fortuna, no dejaban de ser considerados en el país por su notoria honradez, y porque su familia habia obtenido cargos de república en la villa, en los que habia dejado bien sentado su nombre por la pureza y buena administracion y gobierno de los que los ejercieron. Si, como dice Juvenal en su octava sátira, la verdadera nobleza del hombre consiste en tener un alma generosa, amar la justicia, cumplir las palabras puntualmente y ser irreprensible en sus acciones, estos virtuosos labradores pertenecian á la verdadera nobleza, á aquella nobleza que engrandece al alma elevándola á su Criador, y cuyos blasones estriban en las virtudes sustentadas por la religion y coronadas por la gloria. La caridad, pieza divinamente honrosa que se ostenta en jefe en la nobleza de esta clase, resplandecia en Martin é Isabel, y muy especialmente en esta, cuyo corazon ardia en tan ferviente hoguera, siendo el consuelo y el paño de lágrimas de todos los pobres del lugar, contándose de ella que despues de haber fabricado el pan para el sustento de la familia, al salir del horno distribuia una gran parte entre los necesitados que encontraba, llegando á su casa algunas veces con solo lo necesario para el dia, y esto no por voluntad, sino porque era preciso alimentar á sus hijos. Habia dotado Dios á Yubera de una peregrina belleza y de un carácter angelical, prendas que realzaban su modestia y su humildad, razon por la que era muy querida de su marido, que se gozaba en verla ejercitar la caridad, venerada de sus hijos y apreciada por todos sus convecinos. De tal madre y de tal padre procedió S. Pascual Bailon, que salió al mundo el dia 17 de Mayo de 1540, en la expresada villa de Torre-Hermosa, época en que dirigia la nave de la Iglesia católica el pontífice Paulo III, y gobernaba la Monarquía Española el invicto Cárlos V emperador de Alemania y I de este nombre en la península Ibérica. Habiendo nacido precisamente en la Pascua, le pusieron sus padres en la fuente bautismal el nombre de Pascual, nombre que habia de glorificarse en él y ser de notoria honra y prez de la ilustre casa de Gandía, la que, como si no hubiera bastante grandeza con poseer á su esclarecido señor S. Francisco de Borja, gran duque de Gandía, quiso buscar tambien su proteccion en S. Pascual Bailon, para que la grandeza santificada del uno por su abnegacion y su desprecio de las grandezas en que naciera, se uniera á la humildad y sencillez santificante del otro, igual despreciador del mundo y entusiasta caminante del sendero de la vida que no tiene fin. Alimentóse

Pascual desde el primer dia de su nacimiento con el néctar dulcificante de la caridad y con el espíritu de la piedad, pues de tal excelencia pudo considerarse á su virtuosa madre; y como la gracia se manifestase en él desde luego, Yubera tuvo que hacer poco para colocarle en el primer escalon de la vida enemiga irreconciliable de la muerte. Deseaba aquella virtuosa madre que su hijo empezase el lenguaje de la gracia ántes ó al propio tiempo que el de la naturaleza, y vió con alegría cumplido su piadoso deseo, puesto que las primeras voces que salieron de la boca de su hijo fueron las de Jesús y María, y su primera accion ordenada la señal de la cruz. Nunca se habia visto niño de tan corto tiempo que más tranquilo, callado y alegre se hallase en el templo, adonde su devota madre iba con frecuencia llevándole en los brazos; y sorprendió mucho verle ántes de aprender á andar, dirigirse desde su casa arrastrándose con el auxilio de sus manitas, ó como se dice vulgarmente á gatas, al templo, que estaba contiguo, en donde si le dejaban se estaba muchas horas con la vista fija en el Santísimo Sacramento del altar. Creció Pascual niño más aún en la virtud que en cuerpo, y siempre se le veia grave, modesto, humilde y dócil, y tan complaciente con todos los que se le acercaban, que era imposible separarse de él sin acariciarle. Su contemplacion y constante atencion á las divinas palabras y su respeto á las imágenes sagradas admiraba á todos considerando su edad, y así es que llegó á llamársele por sus paisanos *el Niño santo*. Aún no habia salido Pascual de la condicion de niño, cuando su padre le mandó al cuidado de su pobre rebaño; pues que careciendo de recursos no pudo darle más instruccion que la de la doctrina cristiana que le enseñaba, en cuya tarea le secundaba su piadosa esposa; y así es que no se le enseñó á leer ni á escribir. Siete años tenia Pascual cuando su padre, sin duda por inspiracion divina, le mandó á guardar el rebaño, y entónces puede decirse que empezó su instruccion en lo material, pues que deseoso de orar y de saber las mejores oraciones con que alabar al Señor, se proporcionó un libro devoto, y á fuerza de preguntar á sus conocidos que sabian leer, á los que rogaba le enseñasen el valor de las letras, en muy poco tiempo, aguijoneado por su buen deseo y asistido por la gracia, llegó á leer perfectamente, lo cual le sirvió de mucho consuelo en su solitaria ocupacion. Como si hubiese leido á S. Lorenzo Justiniano que la soledad es puerto de tranquilidad ajeno del tumulto del siglo, fuga de los delitos, madre de las gracias, puerta del cielo, lugar de oracion, cátedra de discrecion, incentivo de la meditacion y especial auxilio de la santa contemplacion, amó el niño Pascual la soledad, y no pudo su padre darle mayor gusto que dedicarle al pastoreo, en donde podia entregarse á ella y ejercitarse sin testigos y léjos de la distraccion mundana en sus rezos y contemplaciones. Allí en la soledad de los campos, sin

otra compañía que las inocentes ovejas, pidió á Dios omnipotente le señalase el camino de la perfeccion; y como lo pidió de todas veras, y este Señor responde siempre con su misericordia á quien de este modo le llama, ilustró su entendimiento con tanta luz, abrasó su voluntad con tanto amor, y comunicó tanta fortaleza á su corazon, que venciendo dificultades hizo grandes progresos en este camino, indicado por el dedo de la divina misericordia. Por medio de su constante oracion, conoció, como el glorioso S. Efren, que con la leccion espiritual se alumbra el entendimiento, se santifica el cuerpo, y se perfecciona el espíritu; y como aprendiera á leer de la manera milagrosa que hemos visto, se hizo con unas Horas de la Virgen, que rezaba todos los dias con el santo Rosario, usando de un cordelito anudado en vez de cuentas para contar las Avemarías. Devoto de la Reina de los ángeles, que en aquellos campos se veneraba en una santa imágen titulada de la Sierra, no acertaba á separar su ganado de las cercanías de su templo, y se le veia orando muchas veces de rodillas, vuelto hácia la ermita, que venia á ser el paraíso de sus delicias, y cuando se veia precisado á alejar de aquel sitio su ganado, llevaba su estampa consigo, no pudiendo su amante corazon acostumbrarse á la ausencia de tan caro objeto. En la parte superior del cayado llevaba tambien embutida otra santa imágen con una cruz, y fijándole en el suelo, le servia de altar, y ante él prorumpia en fervorosos y tiernos coloquios dirigidos á la gran Madre de Dios, que era su mayor amor, su consuelo y toda su esperanza. A esta hermosísima doncella dedicó las primicias de su corazon, consagró sus afectos virginales, ofreció los primeros rigores de su abstinencia, ayunando á pan y agua sus vigilias, y rindió todos sus obsequios como amante fino de sus glorias. La Virgen Santísima, movida de tanto amor, recibió á Pascual bajo su régia proteccion, y dice su historiador que le honró muchas veces con sus visitas, favores que siempre dispensa tan cariñosa Madre con aquellos de sus hijos predilectos que han sabido cautivarse su gracia por medio de la perseverancia en su amor con la práctica de las demás virtudes cristianas. No apartando el pastorcillo jamás sus pensamientos del Padre de la naturaleza, le adoraba en sus admirables obras, y cada planta era para él un objeto de veneracion hácia su supremo Autor. En vez de librarse del rigor de las estaciones como sus demás compañeros, él las buscaba para ofrecer á Dios su sufrimiento, y castigaba su cuerpo, librándole del regalo y entregándole á las asperezas de la penitencia, persuadido de que si no se doma la carne, no puede hacer muchos progresos el espíritu, razon por la que la mortificaba con rigorosos ayunos, que aumentaba en la cuaresma, en las témporas, vigilias y miércoles y viernes del año, en que solo se alimentaba con un pedazo de pan mojado en agua. Llevaba siempre sus pies desnudos, dejando muchas

veces manchadas de sangre las peñas que pisaba, á causa de lo que le dañaban las malezas, y jamás se cubria la cabeza por fuerte que fuese el frio y el calor. Aquel inocentillo pastor, que cuando se le interrogaba sobre la causa de tan áspera penitencia, respondia que este era el verdadero medio de alcanzar la gloria, llevaba su cuerpecillo vestido de punzante cilicio, y se azotaba sin compasion á cada momento, entonando cánticos sagrados. La inocencia y la penitencia, si se atiende á sus efectos y condiciones, parecen rechazarse, pues que estas virtudes son dos estrellas que raras veces se hallan, como siente el P. Talens, en un mismo cielo, pues que no nace la una sino en donde la otra se pone; pero á pesar de esta contrariedad, ambas se reunieron en admirable fraternidad en el cielo santificante del pastorcillo Pascual.

Creció la edad y la perfeccion al mismo tiempo en el pastorcillo, y su alma se elevaba cada vez más buscando la patria celestial á que aspiraba, por lo que su intachable conducta y su virtud le hacian admirable á los demás pastores de la comarca. A pesar de los afectos deleitosos á que arrastra el mundo á los jóvenes, jamás estos vencieron el corazon de Pascual, porque estando siempre en Dios, no dejaba tiempo alguno al demonio para seducirle, y así es que nunca pudo tentarle con éxito, ni la carne arrastrarle á la concupiscencia por más que los impulsos de la naturaleza se moviesen en este sentido algunas veces, con permiso de Dios, para probar á su siervo, que procuró mantenerse siempre vigilante centinela de su pureza. Jamás se oyó de la boca de Pascual juramento, maldicion, mentira, murmuracion ni palabra viciosa alguna, ni tampoco se le sintió quejarse de las adversidades y contratiempos que le causaba su ejercicio, sufriéndolas todas con resignacion y hasta con alegría, porque le eran motivo de mortificacion que sufrir en obsequio á su Criador. Con esta serenidad de espíritu y confianza en el patrocinio de la Vírgen, consolaba en sus desgracias á los demás pastores, exhortándoles al sufrimiento y á la oracion, bálsamo que cura y fortifica al alma y muchas veces al cuerpo en los mayores males y tormentos de la vida, con lo cual logró no pocos arrepentimientos y conversiones. Cuando sirviendo ya en ganados ajenos, sus ovejas hacian algun daño, jamás permitió que sus amos le satisfaciesen, sino que lo hacia él de su salario; y como es difícil guardar las cabras, sin peligro de que destrocen las heredades vecinas, huyó siempre de encargarse de esta clase de ganado, única cosa en que desobedeció á su madre, que le mandó cuidar unas cabras de una vecina. Por más que el mayoral, su jefe inmediato, se empeñó un dia en que cogiese con él uvas en una viña, á pesar de que solo contaba entónces catorce años, le dijo viéndose amenazado: no entraré por uvas aunque me mates, porque primero es no ofender á Dios, que todas las cosas más

estimadas del mundo. Empezaba Pascual el dia visitando en la aurora la ermita de la Vírgen de la Sierra, pidiéndola proteccion para aquel dia, y los ratos de ocio los empleaba, ya haciendo rosarios para sus compañeros, entre los que propagó la devocion á nuestra Señora, ya construyendo instrumentos pastoriles, sin que estas tareas voluntarias le distrajesen de su constante oracion. Las lecciones que da el mundo, segun la experiencia, y lo que se colige de la doctrina del Apóstol de las gentes, son errores que lisonjean la inclinacion de la naturaleza: para convencerse de que el mundo es un maestro ignorante y ciego que solo enseña mentiras, basta considerar que el mundo mira el deleite como una satisfaccion legítima, la ambicion como una laudable diligencia, la venganza como una grandeza de alma, la avaricia como una necesaria precaucion, la magnificencia exagerada como una decencia de la edad ó privilegio de la condicion, la asistencia á las reuniones peligrosas como una diversion honesta, y el juego como un vínculo legítimo de la sociedad. Conociendo Pascual estos engaños, y deseoso de ponerse á cubierto de ellos, pidió auxilio á Dios para que le señalase el medio más á propósito, á cuyo fin mortificó doblemente su cuerpo y redobló su oracion. Oyó el Señor sus súplicas, y le inspiró la idea de renunciar al mundo y buscar las delicias espirituales en el claustro; y alegre con esta idea que fortificaron sus juiciosas reflexiones sobre los peligros que corria en el mundo, de los que podia librarse entrando en una religion, la comunicó á su compañero Juan Aparicio, jóven puro, sencillo, verídico, silencioso y muy apreciado de todos por su virtud, que hacia tres años vivia en su compañía. Afligióse Juanillo con la determinacion de Pascual, porque le amaba mucho y sentia perder su compañía; pero viéndole resuelto, le aconsejó entrase en el convento de Bernardos de Huerta, distante una legua de Torre-Hermosa, en donde lograria su deseo sin salir de su tierra. No agradó el consejo á Pascual, que deseaba servir á Dios en pobreza y desnudez, y así es que se decidió á entrar en la religion seráfica de S. Francisco de Asís, cuya voluntad le reveló el Señor, segun el P. Talens, por medio del mismo Santo y de Santa Clara en maravillosa aparicion. Vióse al pastorcillo vestido del hábito franciscano de repente, sin que nadie supiese cómo habia adquirido aquel traje, ni él diese razon de ello, por lo que se tuvo como dádiva del cielo para honrarle. Hallábase Pascual con su compañero Aparicio un dia, en un sitio llamado la Cobatilla en el camino de Cabrafuente, y fatigados de la sed, se acercaron á una fuente en donde acostumbraban á beber; pero encontrando el agua muy sucia, no se determinaron á tomarla. Quiso Aparicio ir á buscar otra en donde satisfacer su ánsia, pero conociendo Pascual la fatiga de su amigo, lleno de fe imploró la misericordia de Dios, é hincándose de rodillas y besando el suelo, dice su historiador que inmediatamente

aquel estéril suelo brotó raudales de agua pura, con lo que apagaron la sed y ayudaron á su frugal alimento sentados á la orilla de la milagrosa fuente, que solo manó despues en los momentos de necesidad, por lo que Aparicio fijó en aquel sitio una santa cruz. De este modo repitió Dios por medio de su siervo Pascual el milagro que obró con el pastor Moises cuando ántes de elevarlo á general y legislador de su pueblo escogido, le favoreció con la vision de la ardiente é incombustible zarza y con la maravilla de hacer brotar de una roca al contacto de su vara una cristalina fuente. Para determinarse mejor Pascual á seguir la vida religiosa, cedió á sus hermanos y de Juan Bailon la porcion de su patrimonio que le tocaba, y solo le afligia el haber de abandonar la ermita de nuestra Señora, que hacia sus delicias; y decidiéndose á abandonar el mundo, se despidió de la santa imágen con lágrimas copiosas y de sus padres y hermanos, y se dirigió, lleno de fe y de esperanza, á buscar el puerto en que embarcarse para caminar á la perfeccion por que anhelaba su corazon. A su paso por Peñas de San Pedro se despidió de una hermana que allí tenia, la que quedó edificada al ver la penitencia en que le sorprendió la noche que se quedó en su casa. Llegando á los campos de Elche y de Monforte, en el reino de Valencia, se acomodó de pastor con un ganadero de aquella tierra, y no tardó en conocerse por todos su virtud y santidad, siendo querido de sus amos y compañeros, que nunca habian visto en pastor alguno tantas virtudes reunidas. Envió en 1561 S. Pedro Alcántara, comisario apostólico de la Orden Seráfica, ocho religiosos para fundar un convento en Elche á instancias de la marquesa de este nombre Doña Juana de Portugal, y otro en una ermita de Ntra. Sra. de Loreto, una legua distante de Monforte, en la que se venera una santa imágen aparecida allí, con lo que dió principio la Orden Franciscana á su provincia de San Juan Bautista. Empezó Pascual á pastorear su ganado en 1560 en los términos de Elche y de Monforte, y halló grande consuelo cuando en amor de la Vírgen María pudo continuar sus amorosos coloquios de su imágen de la Sierra con la de Loreto, ante cuya ermita hacia la misma oracion y ejercicios piadosos que ante la de su país natal. A fin de poder dar pábulo mejor á su devocion, subia todos los dias á una elevada eminencia desde la que veia la referida ermita y la de S. José de Monforte, y allí se extasiaba encomendándose á tan santos objetos. Acudia con mucha frecuencia al convento de Loreto á recibir los santos sacramentos para enriquecer su alma con el maná celestial, y su mayor consuelo era asistir al santo sacrificio de la misa, alegrándose su alma extraordinariamente ante el Santísimo Sacramento del altar, que contemplaba siempre extasiado. Huyendo de las noticias del mundo como de un contagio, cuando iba y venia de la casa de su ama, siempre lo hacia corriendo para que nadie le detuviese y contase lo que

deseaba ignorar; y temeroso de que sin saberlo él hubiese su ganado hecho algun daño en los sembrados, para resarcirlo, ayudaba en la siega á los propietarios labradores del contorno por donde pasaban sus ovejas, negándose por lo tanto á toda recompensa.

Contemplaba Pascual con noble envidia la dicha de que disfrutaban los religiosos franciscanos de los conventos expresados, y tenia especial gusto en detenerlos cuando salian del convento para conocerlos y pedirles bendicion y consejo en sus escrúpulos. Entre estos venerables hijos del Seráfico, buscó su director espiritual, y le encontró en el P. Fr. Antonio Segura, que decia que no se atrevia á imponer al pastor Pascual más penitencias que un Padre nuestro y un Ave María, porque ni áun ésta podia acabar sin quedar luego arrobado. Conociendo este padre la decidida vocacion al claustro de su hijo de confesion, habló de ello al prelado superior de la custodia, Fr. Alonso de Llerena, y al guardian del mismo convento, Fr. Juan de Cardovilla, que ya estaban enterados de la virtud del pastorcillo, y viendo que ya tenia veinticuatro años de edad, accedieron á sus deseos y le vistieron el hábito franciscano en el convento de Loreto el año 1564.

Imposible seria pretender describir los trasportes de júbilo de Pascual, al verse recibido religioso en una Orden que tanto deseaba, y bastará decir que no trocára su sayal por la púrpura del soberano más poderoso de la tierra. Considerábase ya habitante próximo de la celestial Sion, y solo ansiaba que volase el tiempo para hacer sus votos y quedar perpétuamente aprisionado por las dulces cadenas de la divina gracia. En el noviciado redobló sus austeras penitencias y sus vigilias y oraciones, y creyendo que la humildad y la obediencia son las virtudes de que más gala debe hacer prácticamente un religioso, se complacia en tomar á su cargo los oficios más trabajosos y bajos del convento, y procuraba leer en la mente de sus superiores, para ejecutar sus órdenes áun ántes que las pronunciasen. Siempre en Dios, no podia estar un momento con el mundo, y por lo tanto parecia una sombra que solo se movia cuando le daba impulso el sol de la gracia, quedándose extasiado muy frecuentemente contemplando la grandeza y misericordia de su Dios.

Dice el gran P. San Bernardo que el estado religioso es una condicion distinguida y sublime, en donde se hace profesion de toda santidad y de perfeccion; es el cristianismo perfecto, la sal de la tierra y la luz del mundo. S. Gerónimo le califica de un segundo bautismo en que se purifica el alma con las lágrimas de la penitencias. S. Cipriano le confirma como la obra capital de la gracia, el ornamento de la naturaleza, la más ilustre porcion del rebaño de Jesucristo y la alegría de la Iglesia, porque es una de las causas más nobles de su gloriosa fecundidad; y en fin, nos dice S. Agustin

que el estado religioso es una particular alianza entre Dios y el alma fiel. Despues de tantas y tan elevadas definiciones de la vida religiosa, dadas por los varones más ilustrados y santificados de la Iglesia católica, ¿qué pensará la posteridad de los católicos de estos tiempos, que han creido defecto lo que era perfeccion y perjudicial lo útil? Qué de nosotros que hemos perseguido hasta destruirlas las comunidades religiosas? No se comprende ciertamente que pueblos que se tienen por cristianos y cristianos católicos, hayan creido ver en las religiones monásticas enemigos de la sociedad culta, siendo así que la historia nos enseña que la mayor cultura é ilustracion de los pueblos salió de los claustros, que fué donde se encendió la clara antorcha de la verdadera ilustracion, cuando los pueblos cristianos se hallaban envueltos en las más densas tinieblas de la ignorancia. Si los monjes habian traspasado sus reglas, si no cumplian con las ordenanzas de sus piadosos institutos, una prudente reforma los hubiera obligado á entrar en sus deberes; pero de esto á su total destruccion va una enorme diferencia, en la que se pone de relieve nuestra ingratitud á beneficios inmensos que les debemos, y nuestra debilidad en la creencia, si no ya nuestra indiferencia religiosa. Empero estamos persuadidos de que volviendo la sociedad á conocer la utilidad de los institutos religiosos, volverá á levantar lo que ha arruinado en época que no creemos lejana, puesto que ya funcionan algunas de las Ordenes que fueron extinguidas, y esto sin que se resientan las instituciones políticas, sean las que quieran, porque en el catolicismo caben todos los sistemas políticos, hasta los más exagerados, si bien se aviene mejor con la monarquía que con los demás: lo hemos dicho en otra parte y lo repetimos con más esperanzas que entónces, el siglo empezó con frailes y terminará con ellos, por más que se oponga la impiedad y sea la opinion política que impere la que quiera.

Conocia el pastor Pascual las excelencias de la vida religiosa, y diariamente imploraba con el mayor fervor á su divina protectora la Reina de los ángeles intercediera con su divino Hijo para que le concediera hacer su profesion y dedicarse completamente á su servicio. Oyó la Señora las fervientes plegarias del devoto, y abriéndole las puertas de la gracia, sus superiores le dispusieron para la profesion, y el 2 de Febrero, dia consagrado á su santísima Purificacion del año 1565, quedó Pascual inscripto como profeso en la Seráfica Orden. Gozoso con tanta dicha este santo varon, vió en el colmo de sus deseos abiertas las puertas de su eterna felicidad, y las lágrimas de la gratitud bañaron las manos de sus superiores. Pidióles le ocupasen en los servicios más humildes del convento, y prometióles tan ciega obediencia, que nada hubiese capaz de hacerle faltar á ella. El fuego de la caridad consumia su corazon, y no solo oraba constantemente por el alivio de los infelices, sino que además de socorrerlos con sus limosnas, les consolaba

en sus penas con sus dulces palabras, y así es que cuando salia con su alforja al hombro á pedir limosna por los lugares, era tal la suavidad con que exhortaba á la virtud, la eficacia con que se retraia del vicio, la pureza y modestia que le acompañaban, que todos se disputaban el conversar con él y el llevarle á sus casas creyendo, cuando lo conseguian, que habian hospedado á un ángel.

Servia el refectorio en el convento, y siempre reservaba para sí el peor alimento, y áun de este daba mucha parte á los pobres, cuidando de que no faltase nunca á sus compañeros lo mejor; por lo que, y por las demás virtudes que practicaba, dijo el B. Fr. Andrés Ivernon, varon de esclarecida santidad, que era el religioso más observante de la regla seráfica, y que no solo no manchó con culpa grave la hermosura de su alma, sino que ni áun con el defecto más leve, no dejando á pesar de su inocencia de atormentar su cuerpo con extraordinarias penitencias. Asistia al coro desde maitines á prima, escaseando el dormir para más orar, en cuya obligacion empleaba cuanto tiempo le permitian los deberes de la obediencia, siendo en todo lo demás un perfecto celador de la regla, de inculpables costumbres y observante estricto de los preceptos evangélicos; en fin, como decia de él Fray Juan Herrero, más que hombre parecia un ángel. Con mucha razon discurre el P. Talens diciendo, que cuando el hombre saliendo de sí mismo eleva su espíritu á Dios con las luces de la fe, y se detiene en contemplarle, descubre tanta hermosura y perfeccion, que embelesado con tan sublime objeto, lo abandona todo con gusto para tenerle siempre presente, y á este fin renuncia las más agradables compañías de la tierra, deseando conversar con más frecuencia con el cielo y con el Soberano del universo. Saciada allí su alma de las delicias divinas, las gusta con placer y sin repulsa, y como si su cuerpo vil y corruptible se hubiera mudado en glorioso, parece gozar sus principales ventajas. Allí tiene su vida, su gusto y felicidad. Nada le agrada sino Dios, que es su todo, y sin él todas las grandezas de la tierra son bajeza. Imita á los ángeles, que no tienen otro empleo que alabarle y bendecirle, y que estando siempre en su presencia es su gloria no poder jamás apartarse. El hombre que así le está unido, es un ángel en la tierra que imita á los del cielo, y que empieza á hacer en tiempo, lo que espera continuar despues, cuando ya no habrá más tiempo. Este estado de perfeccion y de alegría del alma, que las almas verdaderamente piadosas habrán experimentado en aquellas sus más fervorosas oraciones, fué el estado perpétuo del glorioso S. Pascual durante su vida; y así es que como estuvo siempre en Dios, y Dios en él, áun cuando sus superiores le destinaron á los oficios de comunidad más pesados, cuales son los de hortelano, cocinero, hospedero y enfermero, jamás se le oyó quejarse del trabajo é incomo-

didades que no podian ménos de proporcionarle, ántes por el contrario, los servia con gusto y alegría y con la actividad y perfeccion angelical que le caracterizaba, asociando con cariñosa hermandad los ejercicios de Magdalena á los de Marta, y de tal modo que nunca se separaban, porque obraba contemplando y contemplaba obrando. Su alegría era celestial, por lo que más parecia morador del cielo que peregrino en la tierra, y causaba edificacion el verle con la azada en la mano ó en cualquiera de los otros ejercicios corporales, dando ensanche al júbilo de su corazon cantando los salmos, y dirigiendo afectuosas plegarias á la Virgen María. Su saludo natural á los demás religiosos era: *Todo lo bueno es de Dios*, ó *Crucificado es mi amor*, que era la salutacion del patriarca S. Ignacio; pero era tal su uncion al pronunciar estas palabras, que movia á la devocion. No ejecutaba Pascual accion alguna sin consideraciones piadosas. Cuando enseñaba á los novicios en los oficios de refectorio, les aconsejaba colocasen siempre la fruta en número misterioso, ya de tres en honor á la Santísima Trinidad, ya de cinco en memoria de las sacratísimas llagas, ya de siete en atencion á los siete dones del Espíritu Santo y en recuerdo de los dolores de la Madre de Dios. Encerrado en el refectorio, se le vió muchas veces bailando trasportado de gozo delante de la santa imágen de la Vírgen, y con rostro tan alegre y encendido que parecia un serafin radiante de fuego divino. Al terminarse los maitines, no sabia separarse del coro, y permanecia orando hasta la aurora si no se lo impedian, y entónces oia cuantas misas podia ántes de empezar á cumplir con sus tareas conventuales. La caridad abrasaba su corazon de tal modo, que no podia dejar á ningun pobre, que al convento llegase, sin limosna, y como un guardian reprendiese su prodigalidad manifestándole era preciso saber á quién se daba para no mantener vagabundos, Pascual le respondió con humildad: «que daba la limosna por amor de Dios, que »siempre era Jesucristo quien la recibia, y que si la negaba á alguno, tal »vez podria ser este el mismo Señor disfrazado en traje de pobre, por lo que »no se atrevia á despedir sin dar á ninguno,» con cuya razonada contestacion quedó convencido y edificado el guardian. Empero si bien Pascual extendia á todos la caridad, preferia en la limosna á los ancianos y á los enfermos, y muy especialmente á los pobres vergonzantes, á los que socorria ocultamente para que no les sonrojase el socorro á vista de los demás, siéndole muy grato dar de comer á los estudiantes pobres, porque al propio tiempo que les alimentaba el cuerpo, procuraba fortacerles el alma para que progresasen en la virtud si estaban en este camino, ó se alejasen del vicio si habian sentado la planta en él ó se inclinaban á su lado. Bien conocia Pascual que la pobreza es virtud que se granjea el aprecio del Señor, y hé aquí por lo que con tanto gozo ejercitaba su oficio de pobre pidiendo li-

mosna públicamente para su convento, que mansion de pobres que vivian de la caridad, era al propio tiempo rico tesoro de los mendigos que acudian á sus puertas diariamente á participar de la limosna de los fieles. Cuando salia por las plazas y las calles, con su alforja al hombro, á implorar la caridad pública, su semblante revelaba la satisfaccion de su alma y la alegría de su corazon al considerarse en aquel estado de pobreza, y las palabras que usaba para manifestar su gratitud á las personas que le socorrian, eran tan dulces, que léjos de huir del fraile pedigüeño, como llaman los que estan faltos de caridad á los franciscos, buscaban al leguito Pascual para llenarle la alforja que siempre volvia más provista que las de sus compañeros. Cuando salia por los pueblos á pedir, caminaba muchas leguas cargado de una manera tan enorme que daba compasion el verle, y como en cierta ocasion le dijese uno que por qué no alquilaba un asno que le llevase la carga, decia con alegre continente: *¿qué mejor jumento que yo?* y es porque se acordaba de la cruz del Salvador, que juzgaba enorme comparada con su carga que con tal recuerdo se le hacia ligerísima, y porque en su humildad veia en aquella misma carga la bondad de Dios en proporcionarle á tan poca costa mantenimiento para él y para sus hermanos, y socorros para los pobres. Cuando salia á pedir solo, por mucha que fuera la carga y penoso el camino, jamás descansaba; pero si iba acompañado, hacia descansar al compañero, y sacando del mejor pan le hacia recuperar las fuerzas obligándole á comer, y él le acompañaba, si bien tomando de lo más malo de las vituallas. Mandóse como de confianza á Pascual á llevar unos pliegos á Jerez de la Frontera, para que los entregase al P. Fr. Francisco Jimenez, último custodio de esta provincia, y áun cuando la jornada era de más de cien leguas, emprendió Pascual muy alegre su viaje sin más recursos que los que le proporcionase la divina Providencia. A pesar de su penoso viaje á pié, no por eso disminuyó las asperidades de su penitencia: siempre en Dios, la oracion era su compañera de viaje inseparable, y en cuantas partes se veia obligado á detenerse el frailecito seráfico, iba dejando glorias para su Orden y el aroma de su santidad. Llegó al convento de Jerez y llenó su comision, y como ya allí habia llegado la fama de su virtud, todos deseaban ver á aquel santo varon, cuyo estrecho, raido y remendado hábito, y su modestia y humildad compungia y movia á devocion. Cobró tal aficion á S. Pascual Juan Jimenez, pariente del P. Custodio, que á pesar de estar cuidando de la hacienda de su padre, que se hallaba en el Perú, y de las lágrimas de su madre, se empeñó en seguirle y lo efectuó tomando despues el hábito franciscano. No debemos omitir que Pascual hizo este viaje de ida y vuelta descalzo, y que áun cuando Fr. Juan Jimenez le hizo muchas instancias para que subiese á la mula en que cabalgaba, no pudo lograrlo una vez siquiera, ni tampoco per-

mitió recibir un bocado de la provision que éste llevaba, y se mantuvo todo el camino solo de lo que le daban de limosna, á cuyo fin por cansado que llegase á la posada, salia por el pueblo á pedirla. Al salir del convento de Franciscos de Granada, unos ministriles le insultaron y quisieron prenderle como si fuese malhechor: sufrió el Santo hasta con alegria las injurias; pero por deferencia y respeto al hábito que vestia, manifestó á los que de tal modo le injuriaron la comision que le llevaba por aquellos paises, y quedando admirados los ministriles de su sufrimiento, le dejaron continuar su viaje.

Dice el glorioso S. Buenaventura que la virtud de la fe alumbra al entendimiento, purifica el ánimo, fortifica el afecto, desprecia al mundo y resiste al demonio. «Así como en la raíz del árbol, dice S. Agustin (*super »Joan.*), no aparece hermosura alguna, y sin embargo, toda la belleza del »árbol procede de ella, de la misma manera todo el mérito y bienaventu»ranza del alma, nace del fundamento de la fe en virtud de nuestro humil»de rendimiento. ¿Y quién no se rendirá si considera á un Dios que no nos »puede engañar, una série invariable de doctrina segun su promesa, una »fuerza invencible de prueba, la voz de los profetas, el testimonio de los »mártires, el resplandor de los milagros, el carácter divino de la religion, »y de su establecimiento, tan contrario á los medios humanos como sus má»ximas son opuestas á las pasiones, y un encadenamiento incontestable de »verdades? Un solo artículo de fe es la demostracion de todos los otros, y la »incredulidad más obstinada no puede resistir si atiende con seriedad. Si »todos los hombres fuera posible, dice Orígenes, que se aplicáran á la me»ditacion, no sería necesario otro camino para hacer la religion cristiana »universal.» Tan en la fe estaba la bendita alma de S. Pascual, que no solo sujetaba con el mayor rendimiento su entendimiento á la divina autoridad, sino que contemplando la incomprensible grandeza de Dios, hablaba de los divinos misterios con tanta luz y penetracion, que dejaba admirados á los teólogos más consumados. Dice S. Juan Crisóstomo que siendo Dios autor de la razon natural y de la fe, no habia de haber hecho la una contraria á la otra, y de consiguiente que la verdad de la naturaleza no contraria á la verdad de la fe; y siendo esta la opinion de S. Pascual, hallaba una admirable consonancia entre ambas. «Es un principio conocido de la razon con »evidencia, dice el P. Talens en la vida de S. Pascual, que esta debe su»jetarse á las verdades de un órden superior ó sea sobrenatural. La esencia »de la religion es estar compuesta de misterios incomprensibles; pero uni»dos con pruebas ciertas y proporcionadas á nuestro entendimiento. Si es »necesario cautivarle y hacer el sacrificio de su razon, es un sacrificio que »pide la misma razon.» La fe es ciega, y como tal debe infiltrarse en nuestros corazones, para que nuestra alma vea con más claridad con sus ojos

lo que no es permitido gozar á los del cuerpo perecedero. Bien penetrado de los afectos de la fe, S. Pascual la veneró en todo, y en todos sus actos manifestó que jamás le faltaba la clara luz que aquella divina ciega proporciona á los que la acatan y no llevan su sacrílega mano á arrancar la misteriosa venda que cubre sus ojos. Heróica fué la fe de Pascual en sus devociones, en la estimacion que hacia de los sacerdotes, en el respeto que tenia á las sagradas imágenes, y en especial á las de Jesucristo y de su Santísima Madre, para cuyas festividades se preparaba con multiplicadas penitencias, y hé aquí por lo que el Señor le hizo obrar los prodigios que nos cuenta su historiador, porque fué un verdadero creyente y un fiel adicto de la fe. Y si de la virtud de la fe pasamos á la de la esperanza, ¿qué más podremos decir sino que Pascual tenia puesta en Dios de todo corazon su confianza, y que por lo tanto en los más grandes peligros esperaba en el Señor contra toda esperanza, y que su constante y firme confianza hacia casi creer que veia siempre en el cielo claramente una mano pronta á socorrerle?.... En esta confianza ciega emprendia Pascual sus viajes sin cuidarse de llevar provision alguna, y emprendia cuanto creia útil al bien de sus hermanos, y nunca salió fallida su esperanza.

La ingratitud, segun el sentir del P. Talens, con cuya opinion nos hace conformarnos la experiencia, es ordinariamente la recompensa de los beneficios, pues que el amor que se tiene á las criaturas pocas veces es correspondido con un recíproco afecto, viéndose, no sin disgusto, que despues de muchos testimonios de amistad no puede recabarse retribucion alguna de corazones endurecidos. «Sábese por una fatal experiencia que todos los »hombres quieren ser amados, pero que son muy pocos los que por un justo »agradecimiento quieren amar: por lo regular estos amores son casi siempre »estériles, y por cuidado que se ponga en fertilizarlos, se pierde el tiempo y »el trabajo. ¡Cuántos ciegos de una pasion irregular se mueven y agitan in»cesantemente para agradar á los que aman, y despues de todo esto no les »queda otra cosa sino la tristeza de haber trabajado para ingratos! No es »así el amor que se tiene á Jesucristo, el cual no queda jamás sin reconoci»miento, y los servicios que le hacemos son siempre recompensados más »allá de nuestros méritos; nos ama cuando le amamos, y nos amaria cuando »no le amaramos. Nuestro amor debe conducirnos al Señor por los mismos »caminos que su amor le ha hecho venir á nosotros, pues como decia S. Leon, »viene á la tierra entre nuestra ignorancia y bajeza, deja su gloria, renuncia »sus grandezas, vive en un profundo abatimiento, sufre afrentas, despre»cios, injurias y la más afrentosa muerte espirando sobre una cruz.» San Pascual, en cuya alma imperaba el verdadero amor, el amor á su Dios, para mejor amarle vivió como peregrino en la tierra, huyó de los deleites, sire-

nas engañosas que nos emponzoñan y asesinan, y enamorado de su Criador cada vez estaba más ansioso de servirle, y le dirigia con frecuencia tiernos coloquios para más enamorarle. Viendo en todas las criaturas á su Dios, las amaba á todas de corazon, y lloraba el que se motejasen los defectos físicos de sus hermanos, y condolido de las miserias humanas, las hacia propias, consolando á los afligidos, alentando á los débiles y aliviando á los enfermos; todo era amor en Pascual y para todos dilataba su amoroso corazon, que ardia en el sacrosanto fuego de la caridad, que no es otra cosa que el amor, divino destello de la gracia que todo lo vivifica entre las almas que tienen la dicha de encenderse en tan celestial llama.

«La dignidad de nuestra condicion natural, dice el P. Talens, consiste »en representar en nosotros como en un espejo algunos rasgos de la Majestad »divina, pues como la bondad sea uno de los más vivos rasgos de la Majes»tad suprema, y no haya cosa que más asemeje al hombre á Dios, nos or»dena en su Evangelio ser misericordiosos y benéficos de la misma manera »que lo es con nosotros nuestro Padre celestial, como si dijera: levantad los »ojos al cielo y contemplad al Dios bueno y caritativo que lo habita. Mirad »cómo derrama su misericordia sobre la tierra, cómo la cubre de granos, »frutos y animales para alimento del hombre; ved aquí vuestro modelo con »el que debeis conformaros, porque el Señor nos ha formado á su imágen »para hallar en nosotros algunas centellas de su bondad infinita.» Bien penetrado estaba S. Pascual de estas verdades, cuando socorria á los pobres con tanto amor, les trataba con tanta bondad y les llamaba para distribuirles su propio sustento. Temiendo el guardian del convento de Villareal de que se escandalizasen en el pueblo al ver que se distribuian tantas limosnas á los pobres á todas horas, mandó á Pascual que solo las diese al medio dia; pero Pascual acudió con lágrimas suplicando no permitiese que los pobres transeuntes, que acudian á pedir á su paso por el convento, se fuesen sin consuelo, y al efecto hizo tales instancias y dió tan caritativas razones, que enternecido el guardian, le levantó la prohibicion, y el bendito lego limosnero tuvo el consuelo de poder seguir en su antigua costumbre. Estando en el convento de S. Juan de la Rivera, faltó un dia al despensero pan para algunos religiosos, y viendo que Pascual tenia en la porteria un cesto lleno de pan, le cogió y presentándosele al guardian, contándole el caso, trató de motejar á Pascual, porque lo que para la manutencion de la comunidad se recogia, lo entregaba sin prudencia á los pobres; pero el guardian, que era Fr. Andres de S. Antonio, calmando al despensero le dijo: «¿Hermano, qué puedo yo hacer si Fr. Pascual es santo?» Elogio que obligó á Pascual á salir lleno de confusion y vergüenza de la celda del superior, pero Dios le asistió con su divina gracia aumentando de tal modo el pan aquel dia, que

satisfecha la comunidad hubo aún para que sobrase despues de dar á los pobres, lo cual dejó confuso al acusador y maravillados á todos los religiosos. Otros muchos milagros de esta especie cuenta el historiador de la vida de S. Pascual ya citado, añadiendo que amaba con ternura á los niños, porque contemplaba en la inocencia de ellos al dulce infante Jesús, y en el candor de ellas á la purísima Vírgen en su infantil edad; y para agradarles y manifestarles su cariño les regalaba frutas y flores, que guardaban como reliquia sus amorosos padres. El amor verdadero nada juzga áspero, amargo, pesado ni mortal. Qué hierro, qué heridas, qué penas, qué muertes pueden prevalecer contra el amor perfecto? Es impenetrable escudo, desprecia los tiros, sacude las espadas, insulta los peligros y se burla de la muerte. Así era el amor de S. Pascual, pues que todo lo arrostraba contra sí y nada temia cuando debia emplearse en el bien del prójimo, y así es que multitud de prodigios obró en este sentido que nos refiere el padre Talens, en los que se acredita lo impetuoso á la par que suave de su amor, y que nada hubo que se le resistiera en el ejercicio de su amorosa caridad.

Pues que la prudencia es virtud, no podia carecer de este don nuestro San Pascual, y así fué en efecto, á pesar de la acusacion del limosnero, de que ya hemos hablado; pues que este atendia más á lo que el mundo considera prudente, y el Santo se atenia á la prudencia que proviene del cielo. «Decia el filósofo Bion que la prudencia excede tanto á las virtudes, cuanto »la vista á los sentidos. Preguntando á Sócrates el significado de la prudencia, »respondió que era ornamento del alma. Prudencio dice al que deseaba sa»ber qué era lo máximo y lo mínimo, que los prudentes pensamientos del »alma en el cuerpo humano. La verdadera prudencia, dice S. Basilio en su »homilía XII, es un conocimiento de lo que se debe obrar y omitir, y el que »lo sigue con rectitud, jamás se apartará de la virtud, jamás incurrirá en la »peste de los vicios. Alto grado de prudencia es, dice el seráfico doctor S. Bue»naventura (*de Grad. virt.*, cap. IX), ordenar la vida segun los ejemplos de »los santos, pero altísimo segun el ejemplo de Cristo. No hay duda que se ha »de trabajar en el camino de la virtud; pero esta carrera debe ser modera»da, igual á las fuerzas de cada uno, para que el demasiado peso no oprima »al viajero imposibilitándole para lo restante del camino. Nuestro Salvador »nos dejó una bella norma, pues cansado de las fatigas del camino, sentóse »junto á una fuente, pidió agua con humildad para aliviar los ardores de la »sed y hacer ménos sensible su trabajo.» No olvidaba el descanso de Jesucristo Pascual, que le seguia paso á paso tomándole por modelo, y por lo tanto atemperaba su vida con la regular de los demás, lo cual dió por resultado en la comunidad en que se hallaba, que reinase en ella la más estricta union y amable paz, estado deliciosísimo en el que goza el alma y dis-

fruta el cuerpo. «Imitó Pascual la prudencia del Apóstol entristeciéndose con »los tristes, llorando con los llorosos, alegrándose con los alegres y haciéndose todo para todos, á fin de ganarlos para Jesucristo. No se desdeñaba de »emplear algunos chistes graciosos para consolar á los afligidos, porque no »juzgaba agradar ménos al Señor recreando á los enfermos desconsolados que »contemplando las dolorosas penas de Jesucristo.» De aquí que todos los que tenian noticia de su caridad y de su prudencia fuesen á cada paso á consultarle sobre casos dudosos, y otros á que les aconsejase sobre las dudas y temores que les asaltaban: á todos los oia con agrado y satisfacia completamente con el auxilio de Dios que imperaba en su buen juicio.

Quien tantas virtudes tenia en accion, y quien de tantas veras amaba á Dios que siempre estaba en él, no podia ménos de procurar alejar de su cuerpo cuanto pudiese separarle un ápice de tan amoroso dueño, valiéndose al efecto del castigo, para hacerle entrar en su deber si quisiera separarse y contener á las pasiones que pudiera dar lugar la corruptible carne. Desde su niñez concibió S. Pascual, dice Talens, un odio implacable contra su cuerpo, domándole con áspera penitencia para que viviera siempre sujeto á las leyes del espíritu, y ya dimos razon de sus infantiles y juveniles penitencias. Muchos pueblos paganos practicaron la mortificacion como inseparable de la virtud. Por muchos siglos se alimentaron solo de peras los argeos, de almendras los medos, y de higos los griegos. Se admiraron en la antigüedad los filósofos por una renuncia voluntaria de los bienes de la vida: gladiatores que se abstenian de todas blandas delicias para mantener la fuerza de sus cuerpos; indios que se despezaban en honor de sus ídolos; vírgenes vestales que renunciaban los placeres permitidos para dedicarse todas puras al servicio de los altares. Si solo el deseo de poseer una virtud imperfecta, ó á las veces un poco de vanidad, les hizo emprender austerísimas penitencias, ¿qué no deberemos nosotros hacer cuando la mortificacion cristiana es medio eficaz para adquirir la verdadera virtud y perfeccion en que está vinculada una eternidad de gloria? Ella es el verdadero tesoro de los cristianos, la herencia de los escogidos, y no hay otro medio para satisfacer á la justicia de Dios y evitar las penas que merecen nuestros pecados. Aunque vivamos en este mundo como en un proceloso mar, agitado de los impetuosos vientos de varias tentaciones, de movimientos depravados, de apetitos desordenados, sin embargo, dice S. Basilio, tenemos el singular privilegio de serenar este mar, refrenando, por medio de la mortificacion, las internas tempestades de nuestras desarregladas pasiones, gozando una vida plácida y tranquila, libre de toda perturbacion. Ya dijimos ántes en qué consistia el traje con que se abrigaba S. Pascual, cuyo atavío era igual en todas estaciones y en los diversos climas en que anduvo. Tambien hemos

dicho que cubria el cuerpo con cilicio y sujetaba sus caderas con tosca cadena; que además martirizaba su cuerpo con continua disciplina y con carga constante; que su ayuno era perpétuo y rigorosísimo, sin permitirse jamás ningun regalo; y en fin, que no permitiéndose lecho para descansar, no daba al sueño más tiempo que el indispensable para que no interrumpiese despues sus deberes, oraciones y penitencias. Pues bien, conforme fué creciendo en edad, las penitencias se redoblaron y se aumentaron las mortificaciones, deseando que su cuerpo, al paso que se fuese aproximando al fin de su carrera, fuese más castigado, para que el alma saliese más purificada del terráqueo vaso que el Santo calificaba de inmundo é infame, razon por la que tanto le maltrataba. Solo por obediencia, en los últimos años de su vida, se echó sobre un tablado cubierto con una piel, y así que estuvo libre de las pasiones viciosas que agitan y enferman el alma, matándola las más veces, y no podia ser otra cosa en quien no reconocia más patria que el cielo ni más padre que Jesucristo.

¿Y qué podremos decir de S. Pascual en cuanto á la virtud de la paciencia, tan recomendada á los fieles y máxime á los que profesan la vida del claustro, sino que fué imitacion de Jesucristo á quien tomó por modelo? Dice S. Buenaventura, «que el hombre pacífico se llama rey, porque tiene »dominio real en todas las cosas, las que siendo nocivas á los otros, á él le »son provechosas; por ejemplo, la esterilidad de los campos le atrae frutos, »los enemigos le labran corona, las espinas le disponen medicina, la muer»te le abre la cárcel para salir de miserias, el fuego que abrasa la casa de »los otros le constituye en el cielo un hermosísimo palacio; por lo que se ve»rifica el dicho del Apóstol, que á los qué aman á Dios todo se les convierte »en bien.» Pruebas grandes dió S. Pascual de paciencia en la serenidad y gozo que manifestó en los desprecios, injurias y adversidades que experimentó, y en las ingratitudes con que muchos recompensaron sus beneficios. Y al verle sufrir con alegria las pruebas que hicieron sus superiores para cerciorarse del quilatado extremo de su paciencia, y la alegría que manifestaba cuando los demás atacaban su amor propio procurando incitarle á la ira, es preciso confesar que ejercitó cual ninguno esta virtud, y no porque su temperamento estuviese dispuesto á ello por la naturaleza, pues que segun observaron los médicos era colérico, sino porque supo vencer con admirable esfuerzo los impulsos de la naturaleza, no apartándose jamás de quien podia defenderle, de su Dios, que premió su intencion y buen deseo.

Describió el filósofo Platon la virtud de la humildad con los términos de nuestros escritores sagrados, y lo propio hizo Epitecto, á pesar de su estoicismo, por lo que es preciso reconocer que no fué desconocida de los gentiles. Empero la humildad cristiana es una ciencia enteramente santa, cuyo

único maestro es Jesucristo que la enseña á los que se hacen dignos de esta gracia. «La humildad, dice el P. Talens, es breve escuela de la devocion, »breve camino de salvacion, breve escala si se quiere subir, breve escuela »si se quiere saber y breve camino si se quiere caminar, segun la doctrina »del doctor seráfico S. Buenaventura.» Instruido S. Pascual en esta enseñanza, tenia la humildad por norte de sus acciones, y á fin de huir de los aplausos procuraba ocultar á los demás, en cuanto podia, sus abstinencias y penitencias. Jamás admitió sino el último puesto en la comunidad, y cuando delinquian algunos y se les reprendia, colocábase él entre los reprendidos, léjos de huir de ellos, para que le alcanzase tambien la correccion y el castigo si se les imponia. Huyó de tal modo de los honores y de toda consideracion, que cuando la comunidad le elegia presidente, cargo que admitia forzado por la obediencia, se descargaba de todos los honores inherentes al empleo, entraba en el refectorio lo más tarde que podia para que otro dijera el *De profundis*, y al fin de la comida encargaba á los demás los salmos y oraciones, ocupándose él de limpiar los platos. Cuando era á la vez portero y presidente, sintiendo que le honrasen pidiéndole la bendicion, procuraba ocultarse cuando salian, y si no podia hacerlo, se quedaba tras de la puerta cuando entraban para que no le honrasen con el saludo. Decia siempre que era un gran pecador, y así lo publicó el año 1597 en la villa de Almansa, cuando en la procesion que para alcanzar la lluvia hizo en rogativa aquel pueblo, fué el bienaventurado Pascual en ella con los pies descalzos, una pesada cruz en las manos, una corona de espinas en la cabeza, y con una soga al cuello, declarando con lágrimas que sus pecados eran la causa de aquella sequía, piadosa accion que edificó á todo el pueblo, que sabia por el dicho de venerables religiosos que Pascual conservaba el estado de la gracia bautismal. Su grande humildad le hacia creer y confesar que los favores que le dispensaba Dios, y que en vano trató su modestia de ocultar, no eran en premio de su amor, sino afectuosa industria de su bondad divina para arrancarle de la perdicion y atraerle á su dulce seno.

Cuenta la obediencia á S. Pascual como uno de sus más esclarecidos héroes, que pone por modelo. «La libertad es encanto para todos los corazo»nes, dice Talens. ¿Con qué cuidado no se huye de todo lo que violenta, »obliga y atormenta? Es verdad que el hombre es naturalmente indócil: »quiere ser dueño de sus acciones, y sin la libertad, la vida, por otra parte »la más cómoda, pierde para él todo su gusto y le sirve de suplicio; esto es »lo que hace el yugo de la autoridad paterna tan pesado á los jóvenes que em»piezan á sentirse. Esto es lo que hace el yugo del matrimonio tan molesto á »esposos que lo habian deseado con el mayor ardor. Esto es lo que hace las »más altas dignidades tan pesadas á aquellos mismos que han hecho de ellas

»los objetos de su ambicion; porque empeñados por su oficio en mil deberes, »obligados á miramientos y respetos infinitos, siempre ocupados, continua»mente distraidos é interrumpidos, dominan sobre todo el mundo, y son en »alguna manera esclavos de todos; por lo que llegan á experimentar que la »libertad es preferible á todo resplandor humano, y que despues de la di»vina gracia es el más rico de todos los tesoros. Pues esta libertad tan pre»ciosa, esta propia voluntad, este poder de ordenar de sí mismo, segun que »place, es de lo que el religioso se priva por la obediencia para sujetarse á »todos los rigores de la dependencia y sumision. La obediencia es propiamente »el homenaje soberano que la criatura racional tributa á Dios, y el más grande »sacrificio que ese Dios pide al hombre. Mas para que sea perfecta y religio»sa, dice S. Bernardo, es necesario que sea voluntaria y salga del corazon, que »sea sencilla y sin disfraz artificioso de la razon, que se cumpla con alegría, »y que la satisfaccion interior se manifieste en el rostro. Debe ser pronta »en seguir las órdenes de Dios, como la de Abraham; animosa, triunfando »de todos los obstáculos que podrian dificultarla; humilde, reconociendo que »la fuerza para obedecer viene de Dios; y finalmente, perseverante, siendo »experimentada en diferentes lances y sin recusar cosa alguna.» S. Pascual obedecia con perfeccion á sus superiores, considerándoles padres caritativos, que procuraban su bien, y que, cual nuevos Tobías, le conducian en su peregrinacion; y así es que procuraba leer en sus rostros para obedecer, áun ántes de que saliesen las órdenes de la boca. No permitia, por cansado que estuviese, le ayudasen los demás religiosos en las cosas de su oficio, diciéndoles que la obediencia aliviaria sus fatigas y le daria fuerzas. Como no le permitiese el guardian ayunar una vez á pan y agua, y le hiciese tomar un poco de pescado, le motejó un religioso por ello; pero él le respondió que habia comido el pez, á pesar de su ayuno, porque primero era la obediencia que la devocion. La virtud de la obediencia fué causa de que hiciese un largo viaje á Francia, y de que padeciese en aquel país, con grande alegría suya, pues que le proporcionó ejercitarse en honor de Jesucristo. Tuvo necesidad el guardian de mandar unos despachos al ministro general de la Orden, Fr. Cristóbal de Capite, de nacion francés, que se hallaba cerca de París; pero todos los religiosos se excusaban, tanto por las molestias de tan largo viaje, cuanto porque tenian que atravesar por países llenos de herejes, que maltrataban á los fieles católicos. Era la causa de esto que con el auxilio del rey de España Felipe II y del pontífice Pio V, habia Cárlos IX, rey de Francia, derrotado por completo á los hugonotes, quedando muertos y fuera de combate más de diez y seis mil de ellos en el campo de batalla, con el príncipe de Condé y otros principales de su ejército; y por este motivo los expresados herejes perseguian á los católicos, y en especial á los frailes,

llegando hasta martirizar cruelmente á los que caian en sus manos. Confiado el guardian en la ciega obediencia del lego Pascual, le dió la órden de marcha; y recibiéndola el Santo con alegría, partió á llenar su comision, del convento de Almansa, á últimos de Setiembre de 1570, sin más provisiones que su fe y su humilde hábito. Su obediencia le hizo atravesar en poco tiempo la España; y llegando al primer lugar de Francia, se hospedó en un convento de su Orden, y enterados los religiosos de su mision, compadeciéndose de él le aconsejaron que se volviese, pues que de seguir adelante se exponia á perder la vida entre las manos de los herejes; pero Pascual solo atendió á la voz de la obediencia, y confiando en Dios, continuó su viaje, dispuesto á sacrificar su vida en aras de su amor á Dios, y confesando su santo nombre. ¿Con qué alegría caminaba Pascual despues que oyó que podria ser fácil fuese mártir de la fe de Jesucristo? La esperanza de obtener tan alta dicha le animó, y entró decidido, resuelto y sin temor alguno, ántes bien deseando los peligros, en los pueblos ocupados por los herejes. Al verle los hugonotes en aquel hábito, gritaban: *Al papista! muera el papista!* y le insultaban y áun apedreaban, como si persiguieran á una dañina alimaña; pero Pascual seguia impávido su camino, sin darse por ofendido, áun cuando le lastimasen algunas piedras, ó le escupiesen y apaleasen al paso. Dióle tan fuerte golpe una piedra en el hombro en uno de aquellos pueblos, que cayó en tierra sin sentido; pero reponiéndose de su primera turbacion, á pesar de los insultos de sus agresores, siguió su camino. Al llegar á Orleans, le cercó una turba de herejes y le preguntaron: «Papista, en el pan consagrado que vosotros dais, está Dios?» Y les respondió el Santo sin temor inmediatamente: «Sí, porque verdadera y realmente está Dios nuestro Señor Jesucristo en la hostia consagrada, como está en el cielo.» Irritáronse aquellos impíos fanáticos con esta respuesta, y hubieran matado al Santo, si no les sugiriese uno de ellos á tratar de convertirlo á su herejía. Empezaron á catequizarle, creyéndole un pobre ignorante, pero quedaron avergonzados al ver que los vencia en todos los terrenos con razones que ellos no sabian rechazar, pues que Dios le iluminó, dándole la elocuencia de la gracia que ofreciera á los apóstoles, y que dió á los mártires para confesarle y defender el Evangelio contra sus enemigos. Viendo que nada podian conseguir de este pobre lego, trataron de lapidarle, y empezaron á arrojarle tantas piedras, que sin el auxilio de Dios hubiera quedado sepultado bajo su peso; pero con admiracion de sus verdugos ninguna le tocó, y le dejaron continuar su camino. En lugar del pan que pedia de limosna en algunas casas de poderosos, recibia insultos y malos tratos, y solo en tal cual pobre habitacion le socorrian algunas pobres mujeres, movidas á caridad. Por todos los pueblos por que pasaba le perseguian hombres y muchachos, arro-

jándole piedras, gritando : *Al papista! muera el papista!* y en uno de ellos, sacándole un hombre de las manos de los que le maltrataban, le encerró en un estercolero, en donde pasó una noche sin alimento alguno, haciendo actos de contricion y muy gozoso, porque juzgaba que al dia siguiente le sacarian para martirizarle; pero no fué así, porque al rayar el dia, su carcelero le socorrió y dió la libertad. Otros muchos peligros pasó S. Pascual, atravesando pueblos en que tantos herejes le persiguieron; pero salvándole el Señor en todos ellos, llegó al fin á la presencia del General, al que entregó los documentos que llevaba. Despachada su comision, y con la licencia del prelado, volvió el Santo á desandar el camino, pasando por iguales peligros; pero no alcanzando su deseo de dar la vida por Jesucristo, llegó por último al convento de Almansa, en donde fué recibido por todos los religiosos con notable alegría, teniendo á milagro su regreso. Todos los religiosos cercaron á Pascual, deseosos de que les contase maravillas de su largo y peligroso viaje; pero su curiosidad se estrelló en la humildad de aquel, que solo les dijo lo indispensable, ocultando cuanto pudiera engrandecerle, siendo su modestia la causa de que no puedan darse más noticias de su peregrinacion.

Si, como dice S. Bernardo, la pobreza es la escuela de la virtud, S. Pascual la llevó al último grado, saliendo sobresalientísimo alumno de ella. «Los mismos paganos reconocieron que esta escuela habia formado sus héroes, un Fabricio, un Epaminondas, un Arístides, en lugar que la fortuna concediéndoles riquezas, da frecuentemente demasiado, y jamás da bastante. Observó Huet que la ninfa Egeria, que tan buenos consejos daba á Numa, era el símbolo de la pobreza, y que Numa habia hecho entender á los romanos por esta alegoría que ninguna cosa es tan capaz como la pobreza de inspirar á los hombres la sabiduría. Dichosa pobreza, regalo de los dioses, cuyo precio es incógnito á los hombres! Las virtudes son tranquilas al abrigo de tu saludable oscuridad; el pudor es tu compañero; tú sabes igualmente poner freno á las pasiones y despreciar el imperio de la fortuna. De este modo se explicaba el poeta Marcello, elogiando á la pobreza; pero mejor la define S. Juan Crisóstomo, cuando dice que la pobreza es nuestro asilo, puerto de tranquilidad, perpetua seguridad, delicias libres de peligros, deleite sincero, vida que no conoce las turbaciones, y vida que ignora las olas.» Ya hemos visto cuánto amó y practicó nuestro S. Pascual esta virtud desde su niñez, y no debe extrañarnos en quien tan bien la empezó á practicar que progresase en su ejercicio con la edad, y que muriese como héroe de ella. Su hábito daba en sus innumerables remiendos indicios de esta práctica; y sus ropas interiores, que no podia definirse cuál fué el pedazo fundamental, pues que las remendó durante

diez y ocho años, son testimonios que acreditan su pobreza llevada hasta el heroismo. Muchas cosas pudiéramos decir para probar el aprecio de la pobreza que hizo S. Pascual, observando hasta la exageracion la regla de su bendito Padre S. Francisco; pero el haber quedado en proverbio nos dispensa de esforzarnos más sobre este particular, y nos contentaremos con describir su celda. Era esta un pequeño cuarto, siempre de los peores del convento en que servia, y su ajuar le componian unas tablas desnudas, que hacian de cama, sin otra ropa que una manta despreciable, la más raida que habia en el convento; un pedazo de madera de tres palmos, que le servia de almohada y de asiento; una cruz tosca de madera; una estampa de la Vírgen Santísima; en un rincon porcion de sandalias viejas, y al otro muchos pedacitos de sayal para remendarse; y en fin, un rosario de cuentas desiguales. Ejemplar fué, pues, la pobreza de S. Pascual Bailon, y por lo tanto no es de extrañar sirviese de modelo al venerable y célebre D. Juan Palafox, dignísimo obispo de Osma y prelado virtuoso, que tuvo especial devocion á nuestro santo lego. ¿Y cómo no habia de ser héroe en la pobreza que encargó el seráfico Patriarca á sus hijos, quien lo fué en la observancia de su regla? El P. Fr. Juan Jimenez aseguró que fué tan estricto observante de la regla de la Orden el bienaventurado Pascual, y de los preceptos de Dios, que jamás conoció en él un solo pecado venial. Dice este mismo religioso, que hallándose una vez en el convento de Almansa, llegó uno á buscar al guardian; pero que hallándose ocupado dijo á Pascual cuando fué á llamarle que dijese que no estaba en casa. Al oir esto el siervo de Dios, replicó que diria estaba ocupado y no podia salir entónces; y como insistiese el guardian en que hiciera lo que le habia mandado, le respondió: «Vuestra caridad me perdone, porque esto es pecado venial y no lo debo hacer.» Muchos otros religiosos confirmaron la opinion de que nadie habia excedido ni podia exceder á Pascual en la observancia de la regla. Ya dijimos tambien la cruda guerra que, á fin de conservar su pureza, hizo á su cuerpo desde muy jóven S. Pascual, como si tuviera presente ya entónces la sana doctrina de los Padres sobre esta santa virtud. Decia S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, y uno de los españoles que más glorias han proporcionado á la religion católica y á su patria, que la hermosura de la pureza es amable, porque gustado su deleite es más dulce que el de la carne, que es fruto de suavidad, recreo del alma y salud del cuerpo; y añade el glorioso S. Efren: la pureza, como bellísima rosa colocada en medio del alma y del cuerpo, llena toda la casa de una celestial fragancia. Presentó el demonio á S. Pascual lazos para derribarle en el pecado, para que perdiese su angelical pureza, ya molestándole con representaciones impuras, ya excitando su naturaleza; pero como siempre estaba en Dios y Dios con él, jamás pudo sorprenderle des-

apercibido, y así es que se le oia con frecuencia esta amorosísima plática: *Vos, Señor, sois la hermosura que adoro; Vos mi regalo y mi gloria. ¿Qué gozo ni qué deleite puede haber para mi alma sino Vos, que sois bien que no se muda, belleza que no se marchita, y abundancia que no enfada? Dejaré acaso por las cisternas cenagosas la fuente viva y pura? Ea, Señor, mostradme vuestra luz para que se desvanezcan estos nublados y salga el arco dulce de vuestra paz para que se serene esta tormenta.* Es bien seguro que si el que se halla acometido de una lúbrica tentacion acude á Dios con entera confianza, con ferviente fe, y lleno de deseo de apartarse del pecado, dirige á Dios esta magnífica á la par que sencilla oracion, será oido y sanado, por más que el demonio se empeñe en lo contrario, porque Dios jamás deja de responder al que de veras le llama, pues que así lo prometió, y su palabra no puede faltar.

Dice el glorioso S. Bernardo que no hay cosa más dulce en esta vida que la oracion, ni que se perciba con mayor gozo, que aparta del amor profano los corazones de los hombres con la mayor fortaleza, corrobora el ánimo poderosamente, y hace al hombre pronto y gustoso para practicar todas las buenas obras y tolerar las tribulaciones. Al modo, dice Santo Tomás de Villanueva, que sin el calor natural es imposible que se conserve la vida corporal del hombre, aprovechen los alimentos y se haga buena digestion, sin la oracion no puede tener la vida del alma consistencia; pero con su poderoso socorro el espíritu adquiere fuerzas para ejercitar las operaciones vitales. En el siglo y en el claustro, de niño, de jóven y de mayor edad, S. Pascual fué siempre modelo en la oracion, pudiéndose decir de él cuanto á este particular, que siempre estuvo en oracion, que jamás dejó de orar. Ya le hemos visto de niño orar ante la imágen de la Sierra cuando apacentaba su ganadillo, y poniéndose delante su cayado, señalado con una cruz, cuando otra imágen no tenia, y despues hemos seguido hallándole constantemente en oracion, la cual fué siempre en progreso si puede haberle en quien siempre oró. Jamás empezaba obra alguna sin orar para implorar la asistencia de Dios, y esto aconsejaba á todos hicieran, asegurándoles del buen éxito. Y en fin, amó de tal modo la oracion, que decia que en ella hallaba medicina para todos sus males, á saber, en las aflicciones consuelo, en las tribulaciones fortaleza, en la remision actividad, en las dudas resolucion, en las acciones regla, en las injurias paciencia, en las asperezas suavidad, y en las necesidades remedio: panacea universal es verdaderamente la oracion para las almas de los fieles, y no comprendemos católico que pueda dejar de acudir á esta abundante y celestial botica á buscar el remedio en sus dolencias, pues que si le busca con constancia y con fe, es seguro que ha de encontrarle bien eficaz y sabroso. Dice S. Juan Clímaco, que si se consi-

dera la oracion segun la eficacia de su virtud y segun los efectos que produce, es la manutencion y conservacion del mundo, la reconciliacion del hombre con Dios y el baluarte contra las miserias y aflicciones de esta vida. Así lo entendió S. Pascual, y por eso fué tan gran práctico en esta virtud, con cuyo auxilio alcanzó de Dios tantos y tan grandes beneficios para sus hermanos y para sí propio, pues que le valió una corona en el cielo. Innumerables milagros alcanzó Pascual por medio de su fervorosa oracion, y el lector podrá estudiarlos, si lo desea, en la vida que escribió el referido padre Talens que los describe minuciosamente.

Si el silencio es una virtud, fuerte fué en ella S. Pascual Bailon, pues fué inviolable siempre que así convenia. Es el silencio del sabio señal de un juicio sólido, dice el P. Talens, pues regularmente quien habla poco, habla bien. Hallándose un dia en un banquete el filósofo Genócrates fué preguntado por qué no hablaba? Respondió: que frecuentemente se habia arrepentido de haber hablado, pero jamás de haber callado. Demóstenes fué un grande orador, un filósofo de una vida ejemplar y de una grande autoridad; pero entre sus muchas bellas cualidades, tenia el defecto de ser gran hablador, lo que obligó un dia á los atenienses en una asamblea á señalarle una pension anual, no para que enseñase la filosofía, sino para hacerle callar, á fin de que su charla no diese más motivo de disensiones á los ciudadanos: tales eran los daños que discurrian aquellos hombres sensatos se originaban de la falta de silencio. Por el silencio se serena la conciencia, se evita la pena, se conserva la paz, y se eleva la mente por la contemplacion con mayor expedicion. Quien no tiene el muro del silencio, dice S. Buenaventura, fácilmente es penetrado de las saetas del enemigo; y por esto advierte S. Agustin, que debe ser muda la boca del hombre, sino para tres cosas, á saber: para alabar á Dios, acusacion de sí mismo y utilidad del prójimo. Penetrado estaba S. Pascual de esta sabia doctrina cuando decia que el bien del religioso consiste en la oracion, que esta no puede estar en donde hay distraccion de sentidos y muchas palabras, por lo que importaba guardar silencio y recogimiento. Era el Santo tan estrecho en esto, que no solo no empleaba la lengua sino en los casos indispensables, si que procuraba el silencio tambien en las señales exteriores, siendo esto causa de que no se tengan más noticias de las muchas revelaciones y visiones divinas que tuvo, siendo muchos los ejemplos de virtud silenciosa que anota como ejemplares el cronista de la provincia seráfica.

Cuando se hablaba de la atencion piadosa con que debe meditarse sobre la santísima imágen del Señor crucificado, decia S. Pascual que para mirar con tierna compasion á aquel varon de dolores y deshacerse en copiosas lágrimas, era muy conveniente considerarle primero en el pesebre, niño

delicado y hermoso, adorado de los ángeles y de los reyes, y regalado de la amorosa madre y de su esposo, pues que viéndole en su graciosa niñez empezar su fervoroso curso como una alegre fuentecilla y risueña, no podia haber corazon tan duro que no se liquidára en lágrimas, al verle despues sumergido en el mar sangriento de su pasion. «La frecuente memoria de la »pasion, dice el P. Talens, hace al ignorante sabio, al idiota maestro, no »de la ciencia que hincha, sino de la caridad que edifica. Es como un cierto »libro de vida, en el cual se hallan todas las cosas necesarias á la salvacion: »dichoso aquel que se emplea sériamente en su estudio, porque aprovecha»rá en el desprecio del mundo y en el amor de Dios, y recibirá un grande »aumento de todas las virtudes y gracias. Propúsose Pascual por modelo al »Crucificado, y por lo tanto su santísima pasion fué su devocion favorita y »hablaba de su dulce Jesús con tanta gracia y fervor que conmovia á los que »le oian, infundiéndoles ardientes deseos de meditar en su pasion; y cuando »se hallaba acometido de alguna tentacion buscaba un seguro asilo en las »santísimas llagas del Señor, á las que consagraba especial devocion, y en »ellas encontraba siempre dulce morada, regalado descanso. No fué menor la »devocion de S. Pascual á la Reina de los Angeles, á la dulcísima María; be»bió Pascual este amor á la gran Madre de Dios con la leche de su piadosa »madre, y por lo tanto no es extraño que fuese su más fervoroso devoto.» Si todos los dones, virtudes y gracias del Espíritu Santo, dice S. Bernardo, se administran á los mortales por manos de María, fácilmente se colige el afecto de devocion con que quiso la veneráramos quien puso en ella toda la plenitud del bien: por manera, que si hay alguna esperanza en nosotros, si hay alguna gracia, si hay alguna salud; todo se deriva de esta celestial Princesa. El misterio de la purísima Concepcion le merecia una entusiasta devocion, y lo propio le sucedia cuando la contemplaba en la Natividad del Señor, llegando á tal punto su alegria que gritaba delante de la imágen de la Concepcion en cuanto la veian sus ojos: «Bendita, alabada y glorificada sea la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora;» salutacion que mandaba hacer á los novicios de rodillas, cuando les encontraba próximos á la santa imágen. La Virgen pagó tanto amor correspondiendo á las finezas de su amante S. Pascual, alcanzándole gracia de su divino Hijo en cuanto pidió por su mediacion, y prometiendo sin duda proteger á los que la pidieran poniéndole por su intercesor, puesto que, como dice el venerable Fr. José de San Benito, para alcanzar el favor y proteccion de María es muy bueno poner por medianero á S. Pascual Bailon, varon santo de grande influencia para con la Señora.

Dice el glorioso S. Agustin (*tract.* 48, *in Joann.*) que en el Santísimo Sacramento siendo Dios omnipotente no pudo dar más, siendo sapientísimo

no supo dar más, y siendo riquísimo no tuvo más que dar. El Santísimo Sacramento fué el amoroso blanco de la enamorada voluntad de Pascual. Era tan grande la inclinacion que tenia á este admirable misterio, que no sabia jamás apartarse de la iglesia, en la que estaba siempre arrodillado, juntas las manos, fijos los ojos en el sagrario, contemplando el precioso tesoro que allí estaba depositado, y liquidándose su corazon en amorosos afectos á su dueño con la dulce violencia de su activa llama. Una suavísima fuerza le inclinaba al propiciatorio, pues en cualquier sitio del convento que oraba, siempre se volvia al tabernáculo, como á su atractivo iman. Padecia el Santo entre dia notable pena por no poder asistir como quisiera delante de Cristo sacramentado, á causa de sus muchas ocupaciones; pero al venir la noche soltaba los diques de su espíritu, desahogaba el ímpetu de sus afectos y se engolfaba en aquel mar inmenso de amor. Aunque siempre estaba inflamado Pascual de este amor al Sacramento de tal modo que se le conocia exteriormente cuando hablaba de sus excelencias, manifestaba más sus ardores en los dias en que se celebraba su memoria. En el dia de jueves santo asistia regularmente delante del Santísimo Sacramento cinco ó seis horas arrodillado é inmoble como una piedra, considerando las excelencias de la Divina Misericordia. En el dia de la festividad del Corpus, todo absorto en aquel Océano de gracias, iba como fuera de sí de tal suerte, que no podia atender á cosa alguna terrena. No puede fácilmente explicarse cómo se preparaba para recibir este celestial maná. Aunque vivia con tanta vigilancia, pureza é inocencia, no se atrevia á acercarse á esta sagrada mesa todos los dias, áun cuando cada dia procuraba purificar su conciencia con el sacramento de la penitencia. No obstante de que Pascual procuraba disimular todos los actos exteriores, no podia reprimir los afectos que causaba en su alma este divino pan, y asi es que derramando copiosas lágrimas, se acercaba á él con tal respeto, reverencia y humildad que fervorizaba y edificaba á cuantos lo presenciaban. Quien de tal modo veneraba al Santísimo Sacramento, no podia ménos de respetar á los sagrados ministros que tienen el poder de hacerle venir á sus manos en la consagracion, y por lo tanto considerándoles como ángeles, se arrodillaba delante de ellos y les besaba las manos con la mayor humildad.

Dice el P. Talens que acostumbra la Divina Providencia conceder á muchos hombres aquellas gracias especiales que se conocen con el nombre de *gratis data*, sirviéndose de ellos como de instrumentos para promover en otros la salvacion. Que entre todas resplandece la discrecion de espíritus, con lo cual se conocen los pensamientos del corazon; y esta fué la gracia con que enriqueció á Pascual el divino Espíritu á fin de consolar á unos en sus aflicciones y de librar á otros de sus dolencias espirituales: muchos son

los ejemplos que el piadoso cronista de la provincia seráfica ya citado, nos presenta en este sentido como maravillas obradas por nuestro Santo, y á la vida que escribió este cronista debe acudir el que desee conocerlos. Lo mismo decimos y el propio consejo confirmamos acerca del don de revelacion que concedió Dios á nuestro Santo, cuyo corazon estaba animado de un ardientísimo celo por la salud de las almas, y del don de profecía con que fué engrandecido y del que se dan tantas pruebas en su expresada historia.

Lejano estuvo S. Pascual de las universidades, institutos y seminarios en que se aprenden y enseñan las letras humanas, mas nada le importó esto para merecer con justicia el título de sabio; pero no sabio del mundo, sino de la ciencia, que como observa S. Cipriano, no se adquiere á fuerza de reflexiones ni de tiempo, sino de la gracia, que es su principio, la cual se hace sentir sin que se haya aprendido. S. Pascual léjos de la ciencia mundanal se matriculó en la universidad del cielo, y teniendo por catedrático á Jesucristo, aprendió la verdadera ciencia de boca del único maestro que puede enseñarla sin equivocarse, y del que tiene el poder de hacerla entender al alma y afianzar en ella su doctrina; en tal liceo y con tal maestro no pudo ménos de salir sábio consumado para el cielo, y de consiguiente ignorante para el mundo con mucha gloria suya. Habiendo consultado un obispo, apasionado á las bellas letras, á S. Agustin qué opinaba de estas, respondió el Santo: «Son quimeras llenas de viento, vanas sutilezas, pomposas y agradables mentiras, orgullosos errores, tanto más dignos de una séria atencion, cuanto que ninguna cosa puede dañar más al progreso de las almas por una disipacion de espíritu que aparta de las cosas de Dios, y por una sequedad de corazon que apaga en él todo sentimiento.» Libre estuvo de este peligro S. Pascual con el género de estudios que emprendió y con el maestro que eligió: nada le importó que le considerase necio el mundo, cuando su conciencia rechazaba su sabiduría y su corazon buscaba solo la de Dios, que es la única verdadera ciencia celestial por completo, que comunica á las almas más sencillas con quien Dios gusta conversar, ciencia en que floreció el Santo, que se hizo uno de los más sabios é ilustrados de ella, á pesar de que á los miopes ojos del mundo no era más que un pobrecito lego, prototipo de la humildad, que solo sabia de la ciencia mundana leer y escribir. Segun el sentir de los padres graves de los conventos en que asistió, Pascual discurria en los puntos más intrincados y dudosos como un profundo teólogo, y algunas veces se le pedia consejo, que daba con la claridad y prontitud del más entendido canonista; y era que el Padre de las luces abria la boca de su siervo y le hacia elocuente, revelándole sus más sublimes misterios. S. Pascual aprendia esta divina ciencia en las íntimas comunicaciones de la oracion, en aquellos éxtasis maravillosos en que el Espíritu divino

descendia á su corazon, le arrebataba y le levantaba de la tierra al cielo. Cuéntase entre las muchas cosas que para probar su ciencia infusa nos dice su historiador el P. Talens, que cuando estaba en el convento de Jumilla, le mandó el prelado predicase á los frailes las kalendas del Nacimiento de Jesús, á cuyo fin le obligó á ello con precepto de santa obediencia; y que obedeciendo Pascual, predicó un sermon admirable, lleno de dulzura y de tanta devocion, que todos quedaron admirados, tanto al ver la celestial uncion que tenian sus palabras, cuanto de la destreza y autoridad con que fué diciendo todos los artículos de la humanidad santísima de Jesucristo, cotejando con ellos los dichos de los profetas, como historiador sagrado, con sólidas noticias y exactas leyes, computando los tiempos y describiendo las genealogías hasta llegar á la Madre del dulcísimo Jesús, nuestro bien. En este sentido no podemos ménos de contar á S. Pascual como escritor sagrado, á pesar de que el mundo no le cuente entre los literatos. La primera obra que se conoce de este santo lego, que se conservaba en el archivo de la provincia seráfica de Valencia, tenia este humilde título: *En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, que crió todas las cosas así visibles como invisibles, á él sea gloria é imperio por todos los siglos de los siglos. Amen. Jesús, María.* ✠ *Yo, Fr. Pascual Bailon, natural de la villa de Torre-Hermosa de Santa María de Huerta, escribí este cartapacio para mi recreacion espiritual, el cual saqué de muchos libros santos fielmente.* Aun cuando el mismo Santo confiesa que no es original este libro, y de consiguiente que no fué iluminado, como la autoridad del Breviario Romano dice de los escritos de San Pascual, es digno el libro de especial aprecio y veneracion, ya porque le escribió un varon tan santo y contemplativo, ya por la sagrada doctrina que contiene, que respira amor y devocion, ya porque prueba en la eleccion de las materias su infusa sabiduría. Otro libro, dice el P. Fr. Juan Jimenez que dió al comisario-visitador de la provincia Fr. Juan de los Angeles; pero no manifiesta si era él mismo. Estando enfermo S. Pascual pidió á su prelado mandase quemar sus libros despues de su muerte, para que no quedase memoria alguna que redundase en su alabanza; pero cuando se restableció siguió escribiendo en ellos, y en su última enfermedad no repitió el primer mandato. El venerable Fr. José de S. Benito, en su célebre é iluminada obra, en una oracion que pone en ella de S. Pascual, al confesar su sabiduría infusa, dice que el cielo le enriqueció con la gracia de dispensarla; y tuvo tan gran opinion de su saber el venerable arzobispo de Valencia D. Juan de Rivera, que obteniendo una reliquia de nuestro Santo, que pidió con encarecida instancia á Fr. Juan Jimenez, la besó y puso sobre su cabeza diciendo: «Padre provincial, ¿qué hacemos, que los simples nos

arrebatan el cielo de las manos? Quememos nuestros libros.» Y respondió éste: «No tienen ellos la culpa, sino nuestra soberbia: quemémosla á ella.» Si hubiese muerto Pascual en el arzobispado, este prelado hubiera desde luego instado con la corte romana para que se hiciesen las informaciones de su canonizacion desde luego. Al referirnos la sabiduría infusa de S. Pascual, exclama lleno de religioso entusiasmo su historiador el P. Talens: «Venid »ahora, sabios del siglo, contad vuestra sabiduría y comparadla con la humil»de simplicidad de Pascual. Vosotros empleais vigilias, trabajos, diligencias »en querer conocerlo todo; mas con todos vuestros descubrimientos y cono»cimientos, ¿en qué errores no caeis todos los dias? Dios lo permite, por»que hinchados de una vana ciencia que os deslumbra, confiais en vosotros »mismos. Son presumidos, dice el Señor, yo los confundiré y humillaré. »Buscarán la verdad en las sutilezas de los filósofos, en los razonamientos »de los políticos, en las historias profanas y sagradas, en los tratados de »los doctores más profundos, en los libros santos; pero ¿qué fruto recoge»rán? Quedarán más llenos de sí mismos y de su saber, más prevenidos de »sus opiniones, más atrevidos en difundirlas, más obstinados en defender»las y sostenerlas, y en fin, más indóciles y duros á la fe. Dichosa el alma »sencilla y dócil de Pascual, á quien Dios instruye, no con largas lecciones, »no con abundancia de palabras. Un rayo que hace descender, le comunica »en un momento luces más claras que todos los métodos y preceptos. ¡Ad»mirable doctrina que enseña lo que valemos con el mundo, y lo que pu»diéramos valer con Dios!»

La boca de S. Pascual parecia una rica colmena que destilaba la miel del cielo, pues que tan dulces eran sus palabras como celestial su sabiduría. Eran sus palabras antídoto contra las pasiones, pues que salian tan persuasivas de sus labios, que las deshacian y liquidaban hasta convertirlas en la nada, y tan poderosas, que la virtud se apresuraba á venir á ocupar en los corazones el lugar que habian desalojado aquellas. Multitud de casos en este sentido nos presenta su historiador citado; y no son ménos los que nos pone de manifiesto como pruebas del don maravilloso de curacion que le concedió Dios, gracia de curar los enfermos que dió Jesucristo á los Apóstoles por medio de la imposicion de las manos en prueba de su heróica fe, con que quiso honrar tambien el Señor á su siervo Pascual.

Hemos llegado al punto último de la vida de S. Pascual Bailon, es decir á la época de su dichosísimo tránsito, y como no queramos ocultar circunstancia alguna de sus edificantes últimos momentos, vamos á ceñirnos lo más que podamos en esta parte al relato que hace el P. Fr. Juan Bautista Talens, que, como su primer historiador, cronista escrupuloso de la Orden Seráfica y más testigo que otros autores de la vida y muerte de nuestro bienaventu-

rado, debió saber, mejor que otro alguno, cuanto á él se refiere; pero no porque así lo hagamos, renunciamos al placer de expresar en donde nos convenga nuestras reflexiones.

Dignóse el Señor revelar á S. Pascual la proximidad de su tránsito, y su alegría natural se aumentó extraordinariamente; pero esta alegría era toda celestial, llena, pura y estable. Jamás David deseó con más ardor ver terminar su destierro y parecer delante el rostro de su Dios: jamás sintió una alegría más viva, sabiendo que entraria en la santa Sion, y que iria á la casa del Señor. No pudiendo contener tan grande gozo en su pecho, le salia á los labios y á los ojos, riéndose y complaciéndose como si hubiera hallado el tesoro más precioso. Su alegría iba aumentándose conforme se aproximaba su fin, pues se notó, cuatro dias ántes, en el acto de ayudar á Misa, que prorumpió en una extraordinaria risa nacida del júbilo de su corazon, y observaron los religiosos que aquellos dias iba cantando entre sí, y como deleitándose en la consecucion de algun singular favor muy deseado. Pensaron que la causa de su excesiva alegría era algun celestial regalo que excedia la capacidad de su corazon; pero conocieron su verdadero orígen, viéndole salir en aquellos dias á la villa y abrazar á algunas personas devotas suyas con particular afecto y ternura como quien se despedia de ellas, y así lo hizo de una hermana enferma, á la que dijo que no pasaria mucho tiempo sin que ambos hicieran un largo viaje, y así fué pues que la hermana murió tres dias ántes que él. Jamás permitió su humildad que le lavasen los pies aunque viniese de viaje, segun la costumbre seráfica, y por lo tanto extrañó mucho á toda la comunidad que pocos dias ántes de su enfermedad suplicase á Fr. Alonso Camacho se los lavára con agua caliente. Como éste se admirase de esto, le preguntó la causa; á lo cual contestó el Santo: «Lávome »ahora, porque por ventura caeré enfermo, me darán la extremauncion, »y será justo que tenga limpios los pies.» Salió bueno Pascual el domingo á pedir, mas aquella misma noche se sintió herido de un agudo dolor de lado con una ardiente calentura; pero toleró sin decir nada aquella noche. Advirtiendo un religioso que Fr. Pascual no salia de su celda á la hora que lo acostumbraba, entró en ella, y enterándose de su enfermedad, dió cuenta al guardian, que mandó llamar al médico al instante. Conoció éste la gravedad de la enfermedad y mandó se le pusiese en una cama regular; resistióse el Santo á dejar sus tablas; pero tuvo que sufrir por obediencia no solo esto, si que tambien que se le quitase su remendado hábito y pusiese una camisa, pero rogóle dejasen aquel á su vista. Hechos muchos remedios en vano, el médico le declaró una cosa que él ya sabia, que se le acercaba la muerte, manifestándoles á todos con grande regocijo que Dios le conservaria la vida hasta el sábado, y que despues su divina Majestad ordenaria lo que

más fuera su voluntad, con cuyas palabras les edificó. Ni un gemido, ni una queja, ni pedir nada para su alivio se le oyó, y fué admirable su paciencia en esta aguda dolencia, durante la cual no cesó de alabar al Salvador, sin que interrumpiesen sus oraciones, ni lo fuerte del dolor, ni la multitud de gentes que acudian á su celda á pedirle la bendicion, entre los que llevó el médico á un hijo suyo. Fija su vista siempre en un santo crucifijo que tenia delante, le dirigia tiernísimas preces, y poniéndose muchas veces en brazos de la Vírgen Santísima, la suplicaba con la siguiente oracion que tenia escrita para esta ocasion:

«Oh Santísima Madre de misericordia, Vírgen grande, Vírgen magnífi»ca, Vírgen soberana, Madre de Dios, Reina de los cielos y de la tierra. »Oh alta Emperatriz de los ángeles y de los hombres, singular abogada de »los pecadores, y despues de Dios, cierto abrigo, remedio y socorro de los »necesitados. Oh María, nombre dulce, nombre alegre y nombre suave, que »conforta. Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Oh »Madre de Dios, Princesa de las gentes, acata este pobre pecador. A ti »llamo: ven, dulce Señora, socórreme en esta hora de tanta necesidad. Esta »es la hora para la cual siempre te invoqué: no me desampares en este paso. »Oh dulce ayudadora, á ti de todo corazon me encomiendo: ayúdame, Vír»gen Santísima, por el Señor.»

Con tan fervorosa oracion se disponia Pascual para su término, oracion que el autor de este artículo se propone repetir y propagar cuanto pueda, pidiendo á nuestra Señora la tenga por pronunciada en la hora de su muerte, en la que la suplica no le abandone, ántes le asista y conforte en aquella hora para que salga contento de este mundo en la esperanza de servirla por toda una eternidad, pues que tiene la dicha de estar inscripto entre sus humildes esclavos. Viendo S. Pascual que se acercaba su fin corporal, pidió el viático, y le recibió con indecible ternura y devocion. Cumplió despues con la santa costumbre practicada en la Orden Seráfica en aquella provincia, de pedir con todo rendimiento la extremauncion, perdon á todos los religiosos y al prelado un pobre hábito y sepultura, y solicitando quedarse solo para dar á Dios gracias por los beneficios recibidos, su castísima alma, abrasada de amor divino, conversó con su Dios en ferviente coloquio. Al sétimo dia de su enfermedad, que era domingo, suplicó á los religiosos le vistiesen su remendado hábito para morir con este consuelo, y como viéndole tan á los últimos no se atreviesen á complacerle, esperó el siervo de Dios tranquilo á que le dejasen solo en la celda, y lográndolo una hora ántes de morir, ayudado de su fervoroso espíritu, se levantó de la cama, se puso su tan deseado pobre hábito, y se volvió á su descanso, muy contento de verse como verdadero pobre y penitente franciscano. Preguntando diversas veces

si habian tocado á Misa mayor, que debia ser la señal de su tránsito, cuando le dijeron que sí, se llenó de una celestial alegría, en prueba de que llegaba la hora de su felicísima muerte. Suspiraba como el Apóstol, abrasado de la ardiente caridad, por el momento en que se rompiesen sus lazos para unirse con el supremo bien, pues que las íntimas comunicaciones que tenia con la Majestad divina no satisfacian aún su amor, ántes le encendian más y avivaban sus deseos de salir de este valle de lágrimas, lo que le hacia pedir con dobles instancias el término de su destierro, para disfrutar la felicidad de la patria celestial en la que la gloria de Dios se descubre en todo su esplendor. Grandes fueron las instancias que hizo Pascual á los religiosos al ver acercarse su fin para que le pusiesen en tierra para morir, á fin de imitar á su seráfico padre el patriarca S. Francisco, de quien fué en todo fidelísimo imitador; pero no pudiendo alcanzar esta gracia, porque los religiosos no se atrevieron á moverle temiendo acelerar su muerte, volviéndose á una imágen de Jesucristo que tenia en una mano, y fijos en ella los ojos, asida con la otra mano la corona de María Santísima, estuvo un poco de tiempo como en exceso mental, hasta que haciendo señal la campana á la elevacion de la hostia en la Misa mayor, con admirable serenidad y dulzura, repitiendo dos veces con la voz más viva, *Jesús, Jesús*, entregó su dichoso espíritu en manos de su Criador el dia primero de Pentecostés á 17 de Mayo de 1592, á los cincuenta y dos años de su edad y veintiocho de religion. Singular coincidencia, ó más bien milagroso suceso: murió el glorioso S. Pascual Bailon el primer dia de la Pascua del Espíritu Santo, que fué precisamente el dia de su nacimiento, á tiempo que se elevaba en el santo sacrificio de la Misa de comunidad el sacramento eucarístico, para que el mismo divino Espíritu que habia enriquecido su bendita alma, desde su niñez, con la plenitud de sus dones, le elevára despues en el término de su carrera á la terna bienaventuranza; para que quien habia tenido sus primeras delicias en el pan regalado de los ángeles, rasgándose muchas veces los cielos para que le adorára, recibiera sus últimas finezas como tan fino enamorado, muriendo al elevarse en la Misa el sacramento, ántes que á los rigores de la enfermedad, á las dulces violencias del amor divino. Bella muerte! Su rostro es de ángel, su corazon de serafin, su enfermedad como la de las azucenas al ponerse pálidas, y su tránsito como la elevacion del incienso. Murió en fin, como dice el Nacianceno en la muerte de S. Basilio, porque si no se manifestára hombre en el morir, quién no le hubiera creido ángel en el vivir? Cual otro Elías, la bendita alma de S. Pascual subió al cielo radiante de gloria al seno de su Dios, que premiando su virtud y santidad, le sentó en el trono que le tenia destinado para gloria de España, su patria, honra de la religion franciscana y prez de la cristiandad que le considera como uno de sus más he-

róicos y esclarecidos campeones. Su santo cadáver quedó tan bello, que parecia que dormia y que aún no le hubiese abandonado el alma, por lo que el P. Fr. Diego Castellon, impelido por un impulso de devocion, se arrojó á sus pies, le besó la mano y exclamó con entusiasmo: «No esperaba yo ménos de lo que veo en vos, Santo bendito: rogad por mí á Dios.» Todos los que conocieron al glorioso lego Pascual, sintieron la pérdida de aquel hermano en quien siempre hallaron consuelo. Faltó, pues, al necesitado su amorosa caridad, al negligente el fervor con que le animaba, al temeroso la discrecion de espíritu con que le alumbraba, al penitente la santa emulacion con que su mortificada vida le excitaba, y á todos, en fin, aquel ejemplo y provecho espiritual que experimentaban en su vida celestial; pero á todos consoló el considerar tenian en el cielo un poderoso protector, que les asistiria en todos sus trabajos y necesidades, y que sería un celoso abogado ante el tribunal de la divina justicia, que les defenderia con la elocuencia de la gracia, é intercederia con el Señor de las misericordias en favor de sus devotos. Tan luego como se difundió por el pueblo la muerte de S. Pascual, la multitud invadió el convento deseosa de contemplar su santo cuerpo y de tomar alguna reliquia, pues que tales se consideraron desde luego todas las cosas que le pertenecieron ó de que usó, y por lo tanto fué preciso sacarle precipitadamente de su celda y llevarle á la iglesia, en la que al descubrirle, se oyó una confusa gritería de lamentos, de bendiciones y de alabanzas con que todos veneraban la memoria del bendito Pascual, al que unos besaban las manos, otros los pies, y hasta tocándole los rosarios y otras prendas que pretendian guardar como reliquias, sin que fuese posible apartar á los fieles de la iglesia los tres dias de Pascua en que, para consuelo del pueblo, tuvieron los religiosos en exposicion el santo cuerpo. Varias fueron las señales milagrosas que dió el Santo en estos tres dias, de que nos habla su referido historiador, y que constan de su proceso de beatificacion, y entre ellas el copioso sudor balsámico en que se hallaba bañado; pero pudiendo leerlas el curioso y piadoso en la vida extensa del Santo que escribió, nos excusa el repetirlo en este escrito, ya demasiado largo para esta clase de obras.

La fama de los prodigios que obraba el Santo iba atrayendo las gentes de los lugares vecinos, y temerosos los religiosos de que una piedad indiscreta hiciera presa en alguna reliquia de su cuerpo, pues que á pesar de la vigilancia que se tenia le habian ya dejado casi desnudo, resolvieron darle sepultura. A este fin la justicia hizo desocupar la iglesia á pretexto de la necesidad de descanso que tenian los religiosos, y cerradas las puertas se colocó el santo cuerpo en una caja, envolviéndole ántes en cal viva para que consumiese la carne y quedasen blancos y limpios los huesos; le colocaron en el

cóncavo del altar de la Inmaculada Concepcion, ante el que oraba el siervo de Dios diariamente, á fin de que, ni áun muerto, se apartára de la sombra de aquella Señora, en quien habia puesto toda su confianza, y de la que todo lo esperaba. Ya depositados en este lugar los restos de S. Pascual, volvieron á abrirse las puertas de la iglesia, que invadió la multitud; la cual viéndose burlada, hubiera pasado á desmanes si no la contuviese el temor de la justicia; pero luego se consoló con la esperanza de que si ya no veia el santo cuerpo, el alma bendita de Pascual pediria por todos en el cielo. Puesto que consta en su historia y en el proceso descrito el retrato de San Pascual por el P. Fr. Juan Jimenez, muy amigo del Santo, nos parece nos agradecerá el lector le consignemos en este lugar. « Fué el Santo de mediana »estatura, muy bien formado y proporcionado en todos sus miembros. El »rostro no hermoso, pero gracioso, agradable y alegre; la frente redonda »y con muy altas entradas, de modo que venian á formar una punta de ca»bellos sobre la misma frente, con unas dos ó tres arrugas en ella, de modo »que tiraba algo á calvo. Los ojos eran azules, pequeños, hundidos, alegres »y vivos, pero reposados y honestos; los párpados arrugados, y con esto y »con las pestañas negras, parecia los traia alcoholados, con lo que se suplia »su pequeñez. Las cejas eran arqueadas y no sutiles; la nariz alta, pequeña, »bien proporcionada. La boca mediana, y con una cicatriz bajo el labio, á la »izquierda le tiraba un poco el labio, pero de modo que no le afeaba, sino »que le hacia aparecer siempre risueño. Las orejas eran medianas, las meji»llas coloradas, el color moreno, pero vivo y templado. El cuello grueso con »una ó dos arrugas; la barba no muy poblada y entrecana; sus manos y »pies muy proporcionados, pero llenos estos de callos por andar descalzo; de »carnes llenas, pero enjutas; y en fin, fué hombre de buenas fuerzas y de »completa salud hasta unos cinco ó seis años ántes de su muerte, que em»pezó á padecer algunos achaques.» Cuando murió S. Pascual era provincial de la Orden Fr. Juan Jimenez, su amigo, el que tuvo el sentimiento de no estar presente por hallarse haciendo la visita en el convento de Jumilla, y haber caido gravemente enfermo en Villena, cuando por haberle avisado venia á Villareal, en donde murió el Santo. Descubierto el cuerpo del Santo secretamente por órden del Provincial, se encontró le faltaban los pies, que le habian robado para reliquias los mismos religiosos; pero fueron tales las diligencias que en averiguacion del desacato hizo el Provincial, que al fin se hallaron y colocaron en su sitio, advirtiéndose estar su cuerpo incorrupto.

El convento del Rosario de Franciscos de Villareal se hizo muy célebre desde la muerte del Santo; pues que no solo de España, sino hasta del extranjero, empezaron á venir muchos devotos en peregrinacion á visitar su sepulcro. Llegó la fama de las maravillas del Santo al rey D. Felipe II, en ocasion

de hallarse enfermo, oyéndolas de boca del provincial Fr. Juan Jimenez, que se las contó delante de la infanta Doña Isabel, los cuales fueron desde entónces muy devotos del Santo, y mandaron se procediese á hacer informacion de su vida, ofreciendo su favor en órden á su veneracion. Su sucesor Felipe III fué á visitar el sepulcro del Santo á Villareal, acompañado de su esposa la reina Doña Margarita de Austria, del archiduque Alberto y su mujer la infanta Doña Isabel, y de otros príncipes y grandes que veneraron al Santo, interesándose mucho este soberano con la Santa Sede sobre la beatificacion y canonizacion del siervo de Dios. Tambien visitó el sepulcro del Santo el rey Felipe IV con su hijo el príncipe D. Baltasar Cárlos, y siéndole muy devoto D. Cárlos II, último rey de la dinastía austriaca, pidió una reliquia, que conservó con gran veneracion. Tres dias se detuvo alojado en el convento de Villareal el emperador Cárlos VI, siendo archiduque de Austria, el año 1707, cuando fué de Valencia á Barcelona, llevándose en un precioso relicario una muela del Santo por reliquia. Todos los vireyes del reino de Valencia y muchos cardenales han visitado el sepulcro de S. Pascual, y le han tenido especial devocion las excelentísimas casas de Cardona, de los duques de Lerma, de los condes de Paredes, de los duques de Alba, y sobre todo de los duques de Gandía, cuya casa posee hoy el Excmo. Sr. Duque de Osuna y del Infantado D. Mariano Tellez Giron, que tiene á S. Pascual con su glorioso progenitor S. Francisco de Borja, duque de Gandía, como protector de su ilustre casa, y que como á tal le obsequia todos los años en Madrid con una solemnísima funcion, que preside, y á la que asisten todos sus empleados y dependientes, en la iglesia del monasterio de S. Pascual Bailon, fundacion de sus piadosos ascendientes, cuyo convento, destruido con la separacion de las monjas por la revolucion, ha restaurado y vuelto á las religiosas, y se dispone hoy á hacer de nuevo, por tener que derribarse parte de él para el ensanche del paseo del Prado de esta Corte, que se está verificando cuando esto escribimos. Han sido tambien grandes devotos del Santo la reina de Francia Doña Teresa de Austria, que recibiendo una reliquia en Aranjuez el año 1658, dió una considerable limosna para su canonizacion; el gran duque de Florencia, protector decidido de los Franciscos descalzos, á los que fundó un convento en su palacio llamado la Ambrosiana; los reyes católicos, Felipe V y Doña Isabel Farnesio; Cárlos III y su esposa María Amalia Cristina de Sajonia, que siendo reyes de Nápoles, fundaron en esta capital un convento de S. Pascual. Todos estos soberanos y magnates obtuvieron reliquias del Santo, y no otros, porque el papa Urbano VIII prohibió con graves penas á los franciscos de Villareal, sacasen ni dejasen sacar reliquias del cuerpo del Santo. No contentos los vecinos de Villareal con que S. Pascual tuviese tan pobre sepulcro, le erigieron una capilla especial, pro-

porcionada más al cuerpo de la iglesia que á la multitud de fieles que la frecuentaban, y en un bellísimo retablo se colocó el santo cuerpo en una rica urna de hoja gruesa de plata, colocando en la parte superior del altar un precioso crucifijo guarnecido de preciosos metales, obra del célebre escultor Miguel Angel. Entre los muchos dones que se hicieron al Santo, merece especial mencion, además de las veinticuatro lámparas de plata que donaron varios devotos, el sepulcro riquísimo de alabastro que regaló D. Cárlos Borja, duque de Gandía, por los milagros que obró el Santo verificados en su esposa la duquesa Doña Artemisa Doria, y en su hijo y sucesor el duque Pascual, todos los cuales fueron á visitar la capilla de Villareal. Las ciudades de Granada y Huescar, la villa de Ibi, en Valencia, la de Torre-Hermosa, en que nació el Santo, y otras poblaciones, votaron festividad á S. Pascual; y pasando la fama de esta devocion á Alemania, en la que el emperador Leopoldo sanó de una grave enfermedad por mediacion del Santo; á la isla de Cerdeña, en la que por gratitud le levantó capilla en el convento de S. Mauro de religiosos reformados el duque de Béjar y de Mandas, de que tambien es hoy sucesor el duque de Osuna, y á otros paises extranjeros, la devocion á S. Pascual hizo notables progresos.

Desde el año 1609, en el que se dió principio á la causa de la beatificacion de S. Pascual, refiere su historiador y tambien consta de las informaciones del proceso, que empezaron á oirse golpes dentro del arca que contenia su santo cuerpo, golpes que se hicieron muy famosos como nuncios de bienes unas veces y de próximos males otras; pero siendo esta cuestion ajena del plan que al escribir este artículo nos hemos propuesto, el que desee enterarse de cuanto sobre este particular se ha dicho y aún se dice, puede consultar la vida del Santo, escrita y publicada en Valencia el año 1761 por el referido P. Fr. Juan Bautista Talens, que dedica diez y seis capítulos de su obra á hacer la historia de estos prodigiosos golpes, cuya maravilla consta en el oficio que para toda la Religion Seráfica aprobó el papa Inocencio XII con la Sagrada Congregacion de Ritos por su decreto pontifical de 31 de Diciembre de 1692, refiriéndose estos misteriosos golpes en la sexta leccion de su dia octavo y en el himno de Laudes. En la misma obra citada puede ver tambien el piadoso lector con bastante extension las apariciones, los milagros atribuidos á la intercesion de S. Pascual en diez y nueve capítulos que consagra á este fin. Mucho deseo tenian los fieles de ver colocado en los altares al glorioso S. Pascual, cuya devocion se habia extendido por toda España y por muchos paises de la cristiandad. Interesada la religion de San Francisco en las glorias de su hijo, empezó las instancias auxiliada de la piedad del rey Felipe III, del cardenal de Lerma, reino de Valencia y muchas ciudades, ante la Santa Sede, y asintiendo el pontífice Paulo V á peti-

cion tan devota, cometió el conocimiento de esta causa á la Sagrada Congregacion de Ritos, la cual expidió sus letras remisorias para los procesos *in genere* el 22 de Junio del año 1609, y para los segundos *in specie* el 26 de Febrero de 1611, al obispo de Segorbe D. Pedro Genesio Casanova. Devolviendo las remisorias despachadas á la Congregacion, hizo ésta relacion sumaria de los expedientes á Su Santidad, y en su vista el 19 de Octubre de 1618, que era el año catorce de su pontificado, expidió la bula que empieza: *In Sede Principis Apostolorum*, en la que concede pueda llamarse beato al venerable Pascual, y que todos los años el dia 17 de Mayo, en que murió, pudiesen todos los religiosos franciscanos del reino de Valencia rezar oficio y celebrar misas de este siervo del Señor, como confesor no pontífice, y todos los presbíteros decir su misa en la iglesia en que descansaba su cuerpo. En cuanto llegó á España la noticia de la beatificacion del venerable Pascual, se hicieron las mayores demostraciones de júbilo, particularmente el reino de Valencia, no descuidándose en su obsequio Alemania, Italia y otros paises de la cristiandad. A instancias de Felipe III y del General de la Orden Seráfica, el mismo Papa concedió, por otra bula de 10 de Febrero de 1620, se ampliase el culto del beato Pascual á todos los religiosos franciscos de España, y dió licencia para que los franciscos de Ripa celebrasen la fiesta en su dia, mandando su capilla para que fuese más solemne. Muerto Paulo V, le sucedió en el pontificado Gregorio XV, que amplió el oficio á toda la religion por su breve de 22 de Marzo de 1621, que fué el primero de su reinado, y á instancias nuevas de Felipe III para la canonizacion del beato, mandó examinar á este fin la causa por la Congregacion, la que viéndola perfectamente instruida y suficientemente probados los milagros que se exponian en ella, por lo que prorumpieron tres cardenales, *A seculo non est auditum tale*, expidió su decreto de 5 de Marzo de 1622, en el que se declaró que Su Santidad podia proceder cuando quisiese á la canonizacion solemne.

Viéndose cercano el dia de la canonizacion del beato Pascual, y accediendo de la Religion Seráfica á las piadosas instancias de los fieles, siendo prelado de la provincia de Valencia Fr. Francisco Bellot, resolvió labrar una capilla capaz el año 1676, pero no se dió principio á ella hasta el de 1680, bajo la direccion del ministro provincial Fr. Pedro Vicente, poniéndose á la disposicion del Real patronato de D. Carlos II, en cuyo nombre tomó posesion el conde de Aguilar. El dia 27 de Abril de 1681 se verificó con gran solemnidad la traslacion del cuerpo del Santo á la nueva capilla, el que se condujo en una magnífica procesion á que asistieron la religion, las autoridades y muchas notabilidades y grandes del reino, habiendo alegrías públicas en Villareal y fuegos de artificio durante tres dias y tres noches.

Pocas causas de canonizacion se han despachado ántes que la del glorioso S. Pascual, pues que habiendo empezado en 1609, es decir, á los diez y siete años de su felicísimo tránsito, se concluyó á los nueve años y diez meses: de modo que subió á los altares como santo á los veintiseis de su muerte. Hallábase terminada la causa para su canonizacion, cuando murió el papa Gregorio XV, sucediéndole en la silla de S. Pedro el año 1623 Urbano VIII. Ordenó este justamente escrupuloso pontífice, que en las causas de beatificacion se hicieran nuevos procesos á fin de que la verdad quedase indubitablemente esclarecida. En consecuencia de esta soberana determinacion, se despacharon nuevas letras remisorias sobre el beato Pascual el 16 de Mayo de 1647 al arzobispo de Valencia y obispos de Segorbe y de Tortosa, los que concluyendo el proceso le remitieron á la Sagrada Congregacion. Examinó ésta la informacion á presencia del nuevo papa Alejandro VII, y por su decreto de 19 de Febrero de 1658, juzgó que constaba del valor del proceso cuanto se exponia; pero que no podia responderse sobre los milagros, á causa de un error que cometió el notario. El año 1666 se libraron sobre este particular nuevas remisorias, para cuyo despacho se ofrecieron muchas dificultades, creyéndose piadosamente que el glorioso beato Pascual quiso y logró de Dios no ser canonizado ántes que S. Pedro Alcántara, su maestro y fundador de la provincia seráfica de Valencia, pues que canonizado éste en 1669 por Clemente IX, desde luego corrió la causa de Pascual, de modo que de allí á cinco años, vencidas todas las dificultades y aprobado el proceso, declaró el papa Clemente X que se podia proceder á la canonizacion. Repitieron las instancias el rey Cárlos II, el emperador Leopoldo y otros príncipes, y la Religion Seráfica, y subiendo al pontificado Alejandre VIII, inscribió á Pascual en el catálogo de los Santos el dia mismo que se cumplia el aniversario de su coronacion como pontífice, que fué el dia 16 de Octubre del año 1690; pero no tuvo la satisfaccion de despachar la bula de su canonizacion, porque le alcanzó ántes la muerte, dándola su sucesor Inocencio XII, en la que empieza: *Ratione concruit*. Indecible fué la alegría que experimentó toda la Nacion Española al recibir la nueva de la canonizacion de S. Pascual, y en especial la ciudad de Valencia, en donde enloquecieron de gozo todos sus naturales. Iluminóse el convento de Franciscos de S. Juan de la Rivera, á donde fué en vistosa cabalgata la ilustre Maestranza, y se hicieron locuras por los valencianos en estas fiestas. Llegada la noticia á Villareal, se agolparon á este pueblo las gentes del país, deseando todos ver el cuerpo del Santo que desde 1611 no se habia descubierto, y accediendo á ello el Rey y la Religion Seráfica, se verificó la exposicion el 28 de Setiembre de 1691 con asistencia de las autoridades. Abierto el sepulcro, se halló, segun el P. Talens, el cuerpo del Santo en la forma siguiente: «Es-

taba tendido sobre un colchoncito de lienzo, que ocupaba el suelo del arca, descansaba la cabeza en una pequeña almohada de lo mismo, tenia vestido un hábito de tafetan morado, la cabeza dentro de la capilla, la cintura ceñida con un cordon de cáñamo, los pies con unos zapatos de cordoban negro, cerrados y atados á los tobillos con unos pedazos de hilo bramante. Dispuso el Sr. Obispo que se sacára el venerable cuerpo del arca, y con el mayor cuidado y veneracion se pusiera sobre una tarima compuesta, en donde quitado el hábito, se vieron encadenados todos sus huesos, pegada á ellos la carne y la piel; faltábanle solamente la punta de la nariz, dos dientes de la parte superior de la boca, y en la parte izquierda del rostro tenia el ojo algo hundido, y en la mejilla y oreja un poco abierta la piel. En la mano derecha, que tenia sobre el pecho atada con la izquierda con un hilo blanco, le faltaba el dedo pequeño, y en la otra el dedo pulgar. Quitados los hilos con que estaban atados los zapatos, se vió que tenia los pies cortados por los tobillos, quedando solamente en el izquierdo dos huesos pequeños separados de los de la pierna, pero asidos á la carne; y en el derecho dos nervios que sin duda al sacar el pié quedarian del empeine.

Mandó despues Su Ilustrísima que se vistiera el sagrado cuerpo primeramente con una túnica de tafetan blanco, y despues con el hábito de espolin de flores de oro y plata, que estaba ya prevenido; y habiéndolo ejecutado, fué ceñido con un rico cordon de oro y plata curiosamente labrado; y puesto sobre un colchoncito de raso de flores, campo de nácar, guarnecido con orillo de plata, descansando la cabeza sobre dos almohadas de la misma tela. Luego ordenó Su Ilustrísima que se colocára en una urna ligera con vidrios grandes, prevenida para sacar manifiesto al pueblo el venerable cadáver en la procesion que se habia de hacer el domingo siguiente por la tarde. Puesto el sagrado cuerpo en esta urna, y bien cerrada con sus llaves, entonó Su Ilustrísima el *Te Deum laudamus*, y se llevó en procesion á la capilla del Santo, colocándola sobre el tabernáculo del altar, y concluyéndose la funcion con la antífona y oracion del Santo, y una deprecacion por el Rey. En la noche hubo en la villa y convento vistosas luminarias y agradables invenciones de fuego. Al otro dia, que era domingo, cantó la misa de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo, y predicó el P. Casaus, de la Compañía de Jesús, confesor del Excmo. Sr. Marqués de Castel-Rodrigo. Por la tarde se formó una lucidísima procesion, precediendo en andas primorosamente adornados varios santos de la seráfica descalcez, acompañados de muchísimas antorchas y varias danzas; seguiale al último el sagrado cuerpo del glorioso S. Pascual en la urna referida, que llevaban ocho sacerdotes, sirviendo de preste el Ilmo. Sr. Obispo. Concluida la procesion, se volvió á poner el Santo sobre el tabernáculo del altar, y al otro dia en pre-

sencia de Su Ilustrísima y de otras personas distinguidas, levantado el venerable cuerpo por manos de sacerdotes, con la reverencia debida, fué colocado en otra preciosa urna de primorosa talla dorada, que estaba ya dispuesta en el nicho del altar, en la cual habia de permanecer, afianzando con fuertes cerrajas y llaves la urna ligera de las vidrieras y la otra de talla que encierra á esta. Hecha la colocacion, se continuaron las fiestas por ocho dias, dejándose ver el venerable cuerpo entre cristales, empleándose los oradores con su elocuencia en publicar las maravillas del Santo, y los diestros músicos en deleitar con su dulce consonancia los oidos. Fueron muchas y grandes las fiestas que se hicieron por la canonizacion del Santo en las principales villas y ciudades de España, como tambien de Alemania, Francia, Italia y otros paises, prueba de la devocion que en todas partes se ha granjeado S. Pascual con sus estupendos prodigios.

Parécenos del caso insertar en este lugar la descripcion de la capilla en que se venera el bendito S. Pascual en Villareal, que hace en la vida del siervo de Dios el expresado P. Talens, sin que salgamos garantes de que hoy se encuentre sin alguna de las cosas que diremos, porque así podrá conocerse mejor el santo entusiasmo que produjo en su religion y en aquellos naturales, y para que sirva como corolario de la vida de tan esclarecido español. Tiene la capilla de longitud setenta y dos palmos, esto es, treinta y seis hasta el crucero, y lo que este y capilla del altar ocupan vienen á ser los restantes. Su latitud es de treinta, y su altura proporcionada segun reglas de arquitectura. Su pavimento es de piedras de mármol blanco y negro, que puestas en simetría esquinada, forman con hermosura sus líneas. Tiene la capilla su entrada principal por el arco mayor de la nave de la iglesia, formando el adorno de su entrada un arco perfecto, vestido todo por dentro de trepas de alabastro. En la parte anterior y superior de él hay un medallon con la insignia del Sacramento, y un ángel con un letrero en sus manos que dice: *Sancti Paschalis Sepulchrum.* En la parte interior de la capilla y de dicho arco hay un adorno, que se compone de florones dorados, y dos ángeles, que mantienen en su medio las armas del rey de España. Componen la capilla desde el arco hasta el crucero dos pilastras por parte, y sus planos estan hermosamente adornados. El primero entrando á la mano derecha con el milagro de cuando siendo el Santo pastorcillo, hiriendo con el golpe de su cayado la tierra, hizo brotar una fuente. El correspondiente á la mano izquierda, con la maravilla de cuando un labrador sacó con su azadon una fuente en nombre de S. Pascual. El segundo plano está adornado con el prodigio de cuando siendo pastorcillo y estando en el campo, se le rasgaron los cielos y vió y adoró en ellos el Sacramento.

El correspondiente de la izquierda está adornado con el milagro de que

habiendo caido un niño de un árbol, curó por intercesion del Santo. Estos lienzos, además de ser pintura delicada, estan circuidos de una guarnicion de oro con florones y otras esculturas. Cercan toda la capilla un armadillo de azulejos con las insignias del Sacramento, y por la parte superior una bellísima cornisa adornada á proporciones de figuras de talla; lo restante de la capilla, hasta el cielo, está vestido de trepas de alabastro. Forman su crucero cuatro arcos, sobre los cuales descansa la media naranja, adornada con molduras y talla, y sus llanos con trepaduras de alabastro. Tiene sus cuatro cascarones adornados; los dos con las insignias del Sacramento, y los otros dos con las armas de la religion, sustentando tres ángeles á cada una, vestidas todas de talla dorada. En la parte superior de la media naranja está pendiente el guion del Santo, que sirvió para la fiesta de su canonizacion en Roma. En los planos del crucero tiene en su mano izquierda entrando por el arco mayor una puerta que sale al compás, en cuyo frontis estan grabadas de medio relieve, en una piedra, las armas del rey de España. Sus puertas son de madera vestida de hoja de lata, en las cuales hay dos rejitas de bronce para que los fieles puedan ver la capilla y hacer oracion al Santo, sirviéndoles un pórtico de resguardo contra las inclemencias del tiempo. Sobre ella en la parte interior está un lienzo con la maravilla de haber abierto el Santo los ojos en el féretro. En la parte opuesta hay otro de la misma magnitud, con el portento de cuando siendo pastorcillo le vistieron el hábito nuestro P. S. Francisco y Sta. Clara. Bajo de este lienzo se venera una imágen de nuestra Señora de Trapana, á cuyos pies tiene un sepulcro, levantado como una vara del suelo, y es del V. Fr. Diego Bailon, sobrino del Santo. Es un arca de mármol blanco, que para sepulcro de San Pascual ofreció el duque de Gandía. En el frontis de dicha capilla está el altar del Santo, todo dorado y primorosamente labrado. En su nicho principal hay un lienzo del Santo con ademan de absorto mirando al Sacramento, y en la parte superior de dicho altar hay un lienzo de la Inmaculada Concepcion. En los planos colaterales de dicho altar hay dos puertas, una que sirve para entrada de sacristía y camarin, y otra para su salida. Encima de la primera está la historia de cuando el Santo fué enviado á Francia, y fué apedreado por defender la Iglesia. Encima de la segunda está el suceso de cuando el alma de S. Pascual subió al cielo en carroza de fuego. A un lado y otro del frontis del presbiterio, penden muchísimas ofrendas en señal de los prodigios del Santo.

La sacristía tiene su entrada por el plano de la capilla de la parte de la epístola. Está adornada con un altar del Santo todo dorado y primorosamente labrado, en cuyo nicho hay una imágen de S. Pascual, que es admiracion del arte. Tiene por pié el altar los cajones, en que se guardan las ro-

pas y ornamentos para decir misa, las que son muchas, preciosas y primorosas, dádivas todas de grandes señores y señoras. El piso de la sacristía está hermoseado todo de azulejos, dibujados en ellos primorosamente los cuatro tiempos del año. Está toda ella hermosamente pintada de diversos dibujos y en lo alto de ella hay una cornisa, adornada con talla de yeso estucado. Su cielo es raso; pero agradable por sus diferentes pinturas. En su testera tiene un aguamanil de mármol negro y blanco, circuido de un arco de azulejos, y sobre él un medallon de talla de yeso estucado, en cuyo medio estan las armas de la Iglesia. En su frente está la escalera para subir al camarin, y en el plano de la pared hay otro medallon con las insignias del Sacramento. El camarin tiene treinta y un palmos en cuadro; su altura es proporcionada; su pavimento es de azulejos labrados y dispuestos con admirable primor. Está formado dicho camarin de ocho pilastras, sobre las cuales descansan los cuatro arcos que sostienen la media naranja. Sus fóculos son de mármol negro, y su basamento de mármol blanco. Estan adornadas de diferentes molduras doradas, y todas sobre campo de jaspe azul imitado. Sus planos adornados tambien de varias pinturas, y en sus tercios unas repisas doradas y trabajadas con diversas labores, las que mantienen ocho climas de plata de martillo. En las testeras de dichos planos hay otras repisas, de las cuales dos mantienen dos águilas de plata de martillo, y las otras cuatro climas.

En los dos planos tiene sus puertas adornadas con pilastras de mármol negro y blanco, cuyos remates son una cornisa que la circuye, adornada de talla, de relieve dorado, y tres ángeles, dos sentados sobre la cornisa y uno puesto en el centro. Entre pilastra y pilastra se forma una porcion de ochavas, y en cada una de ellas hay un nicho hermosamente adornado. Dos niños, fábrica de Nápoles, ocupan los dos; una imágen de S. Pedro Alcántara y otra de Santa Clara ocupan los otros dos, estando todos cubiertos con cristales. Circuye todo el camarin una cornisa de primorosa arquitectura, adornada de talla, y tarjones de relieve todo dorado, estando sobre ella, y en el concávo de sus dos arcos, que corresponden á las puertas, dos ventanas con un ornato primoroso y dorado. La media naranja se compone de un anillo hermoso, en sus cargamentos hay un tarjon labrado con todo arte; toda la cual esta repartida en ocho cindrias, adornadas de talla, y cada porcion dibujada toda de azul y oro, y en su centro hay un floron todo dorado, del cual pende un ángel con el Sacramento en la mano, el que sustenta tambien una lámpara de plata de martillo, primorosamente labrada y adornada con relieves de bronce sobredorados, dádiva de la Excelentísima Señora Duquesa de Alba.

Tiene la media naranja sus cuatro cascarones, adornados de talla dorada,

con ángeles que sustentan y muestran las insignias del Sacramento y armas de la provincia. El retablo del camarin llena todo su frontis, formando por cada parte su mechon ó estípite, con su pedestal y cornisa, cuyo remate corresponde enteramente á la invencion de sus estípites; está adornado todo de talla dorada, y le circuyen con hermosa proporcion veinte ángeles y diferentes molduras de talla dorada. Su campo es de jaspe azul imitado, su centro es un lienzo igual al del altar de la capilla, con el prodigio de cuando vistieron al Santo el hábito nuestro Padre S. Francisco y Santa Clara. Entre uno y otro hay una galería de mucha majestad y hermosura, en medio de la cual está el arca donde descansa el cuerpo del Santo. Esta se ve adornada de cuatro estípites, formando sobre ellos su cornisa y su remate, que sirve de urna para el Sacramento el jueves santo. Su materia es madera, su forma la más primorosa y proporcionada que pueda inventar el arte. Está vestida de ángeles, de flores muy sutiles de diversas molduras, todo dorado y delicado. Descansa en su centro el cuerpo del Santo, vuelto su rostro hácia su capilla, el que se registra por dos cristales, uno por parte, cerrados todos con llave. En el frontis hay una ventana crecida y muy adornada, la que comunica bastante luz. Por la salida del camarin se encuentra una escalera de siete gradas, adornada toda de azulejos, la cual sale al sepulcro de los religiosos, que está bajo el mismo camarin. Hay algunos relicarios, pero sobre todos uno de plata de martillo, que está colocado sobre la urna con lignum Crucis, que tendrá de magnitud dedo y medio. Sirven para adorno de la capilla y veneracion del Santo diez grandes lámparas de plata, dádivas de diferentes personas, y arden continuamente, estando todas dotadas para este fin. Está tambien enriquecida esta capilla con el singular privilegio de estar agregada á la Iglesia Lateranense, como consta de las letras de su capítulo, dadas en Roma á 23 de Marzo de 1731, en el año primero del pontificado de Clemente XII.

Muchas han sido las historias ó vidas de S. Pascual Bailon que se han escrito, y muchas las biografías de este Santo que se encuentran en los Martirologios, Breviarios, Años cristianos y demás libros que tratan de los santos, así como en las Biografías universales que se han publicado en Europa en los siglos XVII, XVIII y en el presente.

La primera que se publicó, fué la que se escribió nueve años despues de la muerte de S. Pascual, por su amigo y superior el P. Fr. Juan Jimenez, la cual se imprimió en Valencia el año 1601. El año 1672 publicó en Roma tambien su vida, en italiano, el P. Fr. Cristóbal de Arta. El P. Isidoro Gutierrez publicó un compendio en Valencia el año 1702. En el de 1655 se habia ya impreso en Valencia esta vida por el P. Antonio Panes; pero la que nos merece mayor seguridad es la que hemos seguido y anunciado en el cuer-

po de este escrito, por el cronista de la provincia seráfica Fr. Juan Bautista Talens.

Titula el libro devoto de S. Pascual el P. Talens: *Ejercicio de la vida iluminada. Considera: lunes, en la creacion; martes, gratificacion; miércoles, vocacion; jueves, justificacion; viernes, dotacion; sábado, gobernacion; y domingo, glorificacion.* Con arreglo á estos títulos, enseña el siervo de Dios á dirigir las preces á Dios con una sencillez que encanta, una uncion que manifiesta la candidez de su bendita alma, y un fervor que edifica. Digno es este devotísimo ejercicio de ser consultado por los fieles, así como las oraciones que le siguen, porque no es posible mayor sabiduría en la ciencia de amar á Dios que la que en este pequeño tratado se despliega. En él se encuentran exactas definiciones de que no queremos privar á nuestros lectores, porque son divinas inspiraciones, en las que en poquísimas palabras se encierra más y mejor doctrina que en abultadas obras escritas por consumados teólogos y filósofos, que no tuvieron la dicha de ser tan iluminados de la divina gracia como S. Pascual Bailon, al que llamaria el mundo el simple, porque ignoraba la ciencia del mundo, y se dedicó solo á aprender la que proviene del cielo. «*Meditacion*, dice el Santo, es una diligente operacion »del entendimiento que va investigando la noticia de la oculta verdad. *Ora»cion* es una devota atencion y suspension de la mente en Dios para repe»ler los males y alcanzar los bienes que desea. *Contemplacion* es una sus»pensa elevacion del entendimiento en Dios, que muerto ya á las cosas del »mundo, gusta los gozos de la paz y dulzura interior. *Ocio y reposo santo* »es efecto de la contemplacion, el que pretende principalmente la vida con»templativa. *Leccion* es un diligente mirar las escrituras con atencion del »entendimiento. Cuatro pasos hay de perfeccion, á saber: el ánima despojada »de toda cosa criada y tambien de su mismo cuerpo; ánima unida á Dios »con espíritu y voluntad; ánima familiar á la divina Majestad; ánima que »reciba todo lo que sucediere como de su divina mano, dándole gracias por »todo. Dos maneras hay de contemplacion: la una se hace mediante las »cosas criadas por operacion del entendimiento, y esta es muy penosa y tra»bajosa, porque se ejercita con las potencias con espacio de tiempo; y pues»to que su ganancia sea mucha, empero nunca alcanzará la perfeccion el »que la ejercita, ni pura, ni absolutamente es hombre espiritual. La segun»da manera es muy sin trabajo; porque con poca distancia de tiempo, con »altísimo merecimiento, va siempre á la perfeccion: mas esta es una manera »escondida y muy pocos la hallan: este modo de contemplacion se llama »unas veces la ciencia infusa, otras veces sabiduría escondida, y otras mís»tica teología ó ejercicio de aspiracion. La via por donde se halla es la »aspiracion, que es un fuego muy encendido cebado con vivos y encendidos

»deseos de amor, el cual cria y sustenta el ánima devota continuamente con »nuevos deseos de la voluntad. Este fuego divino de amor enciende la di- »vina bondad por su infinita clemencia en las entrañas del ánima que lo »ama, el cual mediante la quieta y perfecta contemplacion, es perpétuo, »en la cual, y no sin ella, puede continuarse el incendio de este enamorado »fuego, y él mismo hace al ánima camino, y por él la lleva hasta meterla »en el centro sempiterno, en donde procedió la escuela del amor divino y el »brasero de este fuego. La quieta contemplacion y el fin donde este amor »se determina del amor sempiterno, y comenzándose á encender en esta vida, »nunca sosiega ni deja de arder hasta ir á la vida eterna. *Contemplacion* en »su puro significado es levantarse el ánima en el amor de su Dios, pura y »absolutamente, sin envolverse en nublados y oscuridades de noticia de al- »guna cosa criada, mayormente de las que son inferiores al alma racional, »y es la más alta perfeccion que en esta vida se alcanza.» Así hablaba y sen- tia S. Pascual Bailon de la oracion, y en cuanto á los preceptos se explicaba del siguiente modo: «Como tenga Dios muy grande voluntad de darnos y »hacernos mercedes, en todas las cosas que pidieres cree con firme fe que »Dios te dará lo que le demandas. No pidas cosa alguna si primero no fueres »movido del querer de Dios, el cual tiene mayor voluntad para dar y con- »ceder tu peticion, que tú tienes de pedirle, y está siempre esperando que »le pidamos: por tanto más te ha de hacer pedir la gana que Dios tiene de »darte, que no la necesidad que tienes de lo que pides. Ejercita tu ánima »con perpétuos y vehementes actos á querer todo lo que Dios quiere, apar- »tando tu voluntad todo el bien y provecho que te se puede seguir de tal »querer, sino porque el excelente querer de Dios, es digno de ser querido »sobre todo querer, y porque su divina Majestad quiere que alcancemos lo »que pidiéremos, por que con ello seamos hechos mayores siervos suyos, y »con mayor perfeccion le amemos. Todas tus oraciones sean con el intento »sobredicho, y cuanto pudieres, pide con amor y por amor, y con instancia »é importunidad. Aparta tu corazon de las cosas de este siglo, y haz cuenta »que no hay en este mundo sino tú y Dios. Por algun breve espacio nunca »apartes tu corazon de Dios. Juicio ciego, simple y humilde, memoria des- »velada sobre sí mismo, traer siempre el amor divino como aceite sobre »todas las cosas. Pasada la via purgativa, y habiéndote estado algun tiempo »en ella, que es en el conocimiento de tu poquedad, miseria y bajeza, y »habiendo consumido algunos años en la meditacion de la pasion de nuestro »Señor Jesucristo y en su sacratísima vida, y habiendo conocido á Dios »en sus criaturas, y ejercitádote en las virtudes con mucho conocimiento de »ti mismo y con mucha humildad, comienza á darte y ocuparte en la via »que llaman iluminativa, y en la que llaman unitiva, que es en el recono-

»cimiento de los beneficios y hacimiento de gracias, y en el dulce ejercicio »del amor y caridad de Dios.» Despues de leer lo expresado, ¿podrá darse doctrina más santa explicada con más sencillez y con mayor sabiduría? A la vista de esto, y teniendo en cuenta la ninguna instruccion mundana de Pascual Bailon, rústico pastor y pobre lego despues, ¿quién habrá que dude que solo de Dios recibió la sabiduría? Dichoso él que tuvo tan gran maestro, y que supo aprovecharse de sus lecciones para dejarnos tanto que aprender, y dichosos los que estudiándolas con ánimo sereno, con decidida voluntad, se puedan amaestrar en ellas y ponerse en el estado de imitarle. Habiéndonos detenido con gusto nuestro, tanto en manifestar las excelencias de esta nuestra gloria nacional, nuestra devocion á tan gran Santo, y nuestro deseo de que pueda su doctrina llamar á verdadero conocimiento á alguna oveja descarriada del redil santo del Señor, en quien casualmente ó por providencia divina pueda caer este nuestro escrito, nos impele á terminarle con los ejercicios de la vida iluminativa escritos por S. Pascual, los que tomaremos de la vida del Santo del P. Talens, en donde podrá consultar tambien el lector las magníficas y fervorosas oraciones que compuso el Santo, y que decia ántes y despues de comulgar, y las que escribió para la Reina de los ángeles y para todos los santos, en todas las cuales se ve al varon inspirado de la divina gracia, derramar á torrentes el amor que tenia á su Dios, su acendrada piedad y su ardiente caridad.

Ya dijimos el título que el P. Talens da á este tratado de contemplacion semanal, que llama vida iluminativa, tratado que designó S. Pascual con el humilde dictado de *Cartapacio*. Dice así: «*Lunes*. Con mucha diligencia de»bes considerar el beneficio de la creacion, diciendo: Gracias os hago, Dios »mio y Rey soberano, que *ab æterno* me predestinasteis, y en perpétua ca»ridad me amasteis. ¡Oh ardientísimo Amador mio, Padre mio, gloria mia, »esperanza mia, ¿cuándo te amaré con fiel amor? Cuando te abrazaré con »todas mis entrañas?—*Mártes*, el beneficio de la gratificacion, diciendo: »Gracias os hago, Señor mio muy soberano, que tuvisteis por bien de grati»ficarme en vuestro muy amado Hijo, no perdonándole á él. Gracias os ha»go, Señor, que me disteis el Espíritu Santo en señal de aceptacion, en »privilegio de amor y en anillo de desposorio, participando sus dones, fru»tos y santas inspiraciones. (Aquí darás gracias por todos los sacramentos.)— »*Miércoles*. Considera el beneficio de la vocacion, diciendo: Gracias te ha»go, Señor, Dios mio soberano, que errando yo tantas veces, me revocaste »y restituiste, unas veces por inspiraciones internas, y otras por vocacio»nes externas.—*Jueves*, el beneficio de la justificacion, diciendo: Gracias os »hago, Señor, Dios mio soberano, que os plugo desnudar mi voluntad en »tal manera, que me fuesen dulces las cosas que ántes me eran amargas.—

»*Viernes*, el beneficio de la vocacion, diciendo: Gracias os hago, Dios mio »muy soberano, que me habeis dado que en los dones de naturaleza tenga »sentido capaz y memoria tenaz; en los dones de gracia puramente creer y »ardientemente imitar.—*Sábado*, el beneficio de la gobernacion, diciendo: »Gracias os hago, Señor, Dios mio soberano, que en tal ser me habeis con»servado, dándome aumento cotidiano, y ser sano y alegre, como de mí »sea nada.—*Domingo*, el beneficio de la glorificacion, diciendo: Gracias os »hago, Señor mio muy soberano, que me habeis concedido los goces del »Paraíso, dándome encima de mí la fruicion de la divinidad, y la vision »de mi Redentor y de su gloriosa Madre. ¡Oh, Señor! cuánto gozo me será »ver al Rey celestial en su hermosura y á mi Señora la Vírgen María, toda »deificada y glorificada! Asimismo debes usar de algunos puntos elevativos »para provocar el afecto en cada uno de estos beneficios, levantando tu »ánima y diciendo: «¡Oh soberana bondad! Oh altísima eternidad! Oh in»comprensible majestad! Oh Amador ardentísimo! Oh Huesped suavísimo! »Oh Rey preclarísimo! Oh Maestro prudentísimo! Oh Recreador suficientí»simo! Oh Redentor larguísimo! Oh Guardador diligentísimo! Cuándo, Se»ñor, os podré regraciar tantos beneficios, tantos dones y tantas misericor»dias?» Dice aquí el Santo que no solo en estos ejercicios de la vida iluminativa se ha de hacer uso de estos puntos, si que tambien en otros. Que debe el fiel hacer uso al propio tiempo de algunas autoridades de la Sagrada Escritura, levantando el alma á Dios, diciendo: «Bendicion, claridad, sa»biduría, hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro »Dios por todos los siglos. Amen.» Añadiendo que la oracion para ser perfecta ha de tener las tres partes siguientes: «Reconocimiento de culpas, im»ploracion de misericordia y hacimiento de gracias. No es otra cosa hacer »gracias á Dios, si no es acto interior del alma, con el cual reconocemos á »Dios por Señor infinito y universal, de quien todo el bien emana; alegrarse »ha tambien de la gloria de Dios el que recibe algun beneficio celestial por »verse hábil con tal beneficio para más amar y servir al dador de todo bien.» Entra despues el Santo al ejercicio de la vida unitiva, y dice: «Viniendo, »pues, hermano, al lugar de la oracion, signándote con la santa cruz, y reco»giendo tu espíritu, tomando persona de hijo de Dios y de esposa, con afecto »de amor forma la meditacion de las perfeciones y alabanzas de Dios, apren»diendo á gustar en ellas cuán dulce es el Señor en esta manera.—El *lunes*, »primeramente, debes amorosamente pensar cómo es el Hacedor del ser, »esto es, principio y fin de todas las cosas, en albedrío del cual dependen »todas las criaturas.—*Mártes*. Piensa cómo este tu amado es hermosura del »universo; y como á todas las criaturas ha hecho hermosas, él es aquel de »cuya hermosura el sol y la luna se maravillan; él es aquel que desean los

»ángeles mirar.—*Miércoles*. Piensa cómo éste que amando buscas es gloria »del mundo, el cual adoran los ángeles, alaban los arcángeles, temen las »potestades, y á quien todos sirven.—*Jueves*. Piensa cómo éste á quien amas »es todo caridad, y que el que en él queda, queda en caridad y Dios en él; y »que así como la naturaleza del fuego es arder, encender y alumbrar, así la »propiedad de su caridad es criar, y muy largamente derramar sus gracias, »inflamar el amor, encender, salvar, redimir, guardar, librar y alumbrar.— »*Viernes*. Piensa cómo éste que deseas mucho amar es regla y ejemplar de »todas las cosas.—*Sábado*. Piensa cómo éste que amas es quietísimo y per- »pétuamente sin mudarse gobierna todo el mundo por razon.—*Domingo*. »Piensa cómo éste que amando deseas es suficientísimo, y el que le tiene, »todo lo que ha menester tiene.» ¿Podrá darse un semanario de mayor y más alta y grata contemplacion que este de la vida unitiva de S. Pascual? Ciertamente que el que con verdadera y entera fe y devocion haga semanalmente este y el anterior ejercicio, sujetando á ambos su conducta, no podrá ménos de estar en Dios y Dios en él en esta vida, y al salir de este mundo volar en alas de su divinidad á la celestial Sion á recibir la corona de la gloria para reinar al lado de su Señor por una eternidad. Para todos estos ejercicios escribió S. Pascual la siguiente oracion: *Oh Señor! Vos sois mi amor, mi honra, mi esperanza, mi refugio, mi vida, mi gloria y mi fin. Oh Amor mio! Oh Bienaventuranza mia! Oh Conservador mio! Oh Gozo mio! Oh Enderezador mio! Oh Enseñador mio! No busco, Señor, ni quiero que me sea dicha ni propuesta otra cosa, salvo á Vos, Dios y Señor mio, que Vos sois á mí suficientísimo; porque Vos, Señor, sois mi padre, mis hermanos, mi criador, mi regidor, mi guarda, que todo sois amable, todo deseado y todo fiel.* Dice despues el Santo en la forma de adorar, que la adoracion por estas palabras la debemos hacer más mental que vocal: *Oh muy alto Señor, mi ánima os adora sobre los juicios de vuestra justicia, hechos por nuestra redencion en vuestro muy amado Hijo!* Aconseja la forma de dar gracias del modo siguiente: *Oh sumo Señor, mi ánima os ofrece gracias y loores del ardientísimo amor con que me amasteis ántes de la ordenacion del mundo, por virtud de la cual me predestinasteis, ó me hicisteis cristiano, ó me convertisteis, ó me sacasteis del siglo.* (Y de esta manera podremos aplicar las dichas palabras á cualquier beneficio para hacer gracias.) — «La oracion, dice el Santo, se ha de pedir por »los merecimientos de los misterios de la vida de nuestro Señor Jesucristo »para seguir este ejercicio y camino; estima en mucho las vigilias de la no- »che, quitando y negando á tu cuerpo las demasías, dándole lo necesario »así en el comer como en el dormir, para que te pueda llevar por el camino »del amor; porque el alma contemplativa no cuida más de su cuerpo de »aquello que es obligada, y esto por amor de Dios y por hacerle placer, y

»porque lo quiere la divina Majestad. El ánima justa que ha pasado por la »via purgativa é iluminativa, y que vela varonilmente sobre la guarda de la »quietud interior, alcanzará la sabiduría escondida, y gustará de la dulce»dumbre que da Dios á sus amados. Quita de ti todo amor propio, y aborre»ciéndote perfectamente con corazon verdadero, desea ser menospreciado, »afligido y abatido de todos, y tenido por una vil criatura. No tengas ni es»times en mucho holgarte y deleitarte en las injurias, pues sabes que las »mereces justamente por la grande enormidad de tus muchos y graves peca»dos.» ¡Qué grande, qué magnífica doctrina salida de la pluma de un simple lego, de un rústico pastor, de un hombre vulgar segun el mundo! Vengan esos sabios que se engrien con su ciencia, que desprecian á los humildes y que pretenden elevarse sobre todas las inteligencias, creyéndose superiores, y que en su loca soberbia osan descubrir por medio de sus argucias y sutilezas lo que tienen por verdad, y es todo ignorancia. Vengan á estudiar la doctrina de S. Pascual Bailon, y verán su miseria, su ignorancia, y que su ciencia es humo salido de la hoguera del mundo, que el más ligero cierzo disipa; de esa ciencia que ofende comunmente más que beneficia, que mata en vez de curar, por lo general, y de la que nada más queda que el recuerdo de los daños que ha producido. De esos hombres que á puro buscar la inmortalidad en sus obras, hallan una vida aún más corta que la que les estuviera señalada, pues que quedándose en lo material, no llegan á la vida espiritual, y cuyos nombres concluyen con su nada, ó cuando más pasan á la posteridad para que esta los maldiga. Vengan y aprendan cuál es el verdadero camino de la inmortalidad, que da el cielo solamente y niega la perecedera tierra. Leccion dura les da S. Pascual Bailon, manifestándoles lo miserable de sus locas aspiraciones, y profetizándoles su desgraciado fin, si no abandonan el camino de perdicion que llevan, y no toman el que conduce á la gracia, verdaderamente arrepentidos. Hemos terminado con el mayor placer este escrito, que hemos hecho á la mayor honra y gloria de Dios, en obsequio al bendito español S. Pascual Bailon, al que suplicamos pida en la celestial Sion, en que habita, la misericordia de Dios para nosotros, y nos perdone los defectos en que hayamos caido al delinear su gloriosa vida, ya por error de los historiadores por quienes nos hemos guiado, ya por nuestra propia cuenta, pues que en su sabiduría celestial sabe que nos ha guiado la mano el deseo del acierto, y que nuestra voluntad ha sido siempre en esto poner á los fieles en su bendita memoria un modelo que imitar, para alcanzar por su medio la bienaventuranza que él disfruta, para tener la dicha de acompañarle en ella al servicio de Dios por eternidad de eternidades.—B. S. Castellanos.

PASCUAL DE CASTELETO (B.), religioso franciscano, tan notable por su pa-

ciencia, que habiendo estado enfermo en la cama casi toda su vida, no solo no se le oyó prorumpir en la menor queja, á pesar de los agudos dolores que padecia, sino que se entregaba constantemente á la más fervorosa oracion. Vivia en 1520, y murió en la provincia del Sto. Angel, siendo sepultado en el convento de S. Nazario de Morón, que es el segundo de esta provincia. La Religion Seráfica hace mencion de este benemérito hijo en 10 de Agosto.—S. B.

PASCUAL Codreto, capuchino italiano, natural de Prusia. Publicó en italiano, segun refiere Rafael Soprano en el apéndice: *Sertum Rosarum mysticarum ad intexendos crines B. Virginis Mariæ;* Carmajola, 1661, en 4.°—S. B.

PASCUAL de Fontecasto. Obtuvo este sobrenombre de un pequeño lugar de la diócesis de la iglesia de Palencia, llamado en el país *Ampudias* ó *Fuensanta*, vulgarmente *Fuencasta* y en latin *Fontecasto*. Aquí nació el siervo de Dios el año 1442. Sus padres, poco favorecidos por la fortuna, no dejaron de procurarle una educacion cristiana y de hacerle educar con cuidado en las escuelas de Palencia. El Señor, que le habia dado desde luego su bendicion, permitió que en el siglo corrompido y entre una numerosa juventud, entregada á toda clase de prohibidos placeres, no viera el jóven Pascual más que motivos para afligirse y alarmarse. No era aficionado á las diversiones ni á los pasatiempos; tenia horror al vicio, siendo su único deseo conocer y amar á Dios. Por muchas precauciones que tomó contra una infinidad de lazos tendidos á su inocencia, no se tranquilizó sobre las disposiciones de su corazon, y fué á buscar un asilo en el convento de S. Pablo de Palencia, donde recibió el hábito de Sto. Domingo, resuelto á marchar con ardor por las huellas de su santo Patriarca. Poco tiempo despues de su profesion fué enviado á Bolonia y Lombardía el jóven religioso, donde dedicado al estudio de la teología, aunque manifestaba deseos de hacer grandes progresos, trabajaba todavía más en perfeccionarse diariamente en la práctica de todas las virtudes cristianas y religiosas. Con esta mira le habian enviado los superiores tan léjos, para que se llenase del espíritu de su Orden en un santuario, que una reforma naciente hacia entónces célebre. Pascual correspondió por completo á las esperanzas de sus superiores, y de regreso en España, fué el ejemplo y el modelo de todos sus hermanos. Severo solo para sí, dulce, afable, modesto y respetuoso para los demás, tenia el talento de hacerse amar y de hacer amar la virtud. Ajeno siempre del pensamiento, y todavía más del deseo de dominar, adquirió sin pretenderlo una especie de dominio sobre los espíritus, teniendo bien pronto imitadores de su piedad, de sus penitencias y su regular observancia. En este sentido es en el que Nicolás Antonio le hace autor de la reforma, que comenzó á florecer por entón-

ces en España. Para ponerle en estado de conducir á su perfeccion una obra tan digna del espíritu de que se hallaba animado, se formó una congregacion particular de todas las casas que acababa de reformar, de una manera en que el dedo de Dios aparecia tan visiblemente, y se le nombró superior ó vicario general de la nueva congregacion. Este empleo desarrolló, por decirlo así, todos sus talentos y raras virtudes, su prudencia, su sabiduría y su caridad: practicando siempre más austeridades de las que permitia á los demás, les hacia gustar lo dulce que es el yugo del Señor, y les conducia así á la perfeccion de su estado, con tanto más mérito para él y para sus hermanos, cuanto que no mandaba más que con el ejemplo, y solo se le obedecia por amor. Apreciado de todos sus religiosos y respetado de los extraños, el siervo de Dios atrajo á su Orden un gran número de personas distinguidas, que llegaron á ser sus discípulos, y se formaron por sus máximas. Muchos señores de la corte miraban como su mayor placer el gozar de su conversacion y seguir sus consejos para regular su conducta. Pero habiendo conocido por sí misma la reina Isabel todo su valor, resolvió ponerle en un lugar más elevado para que sirviese de más utilidad á su pueblo. Habiendo muerto Luis Osorio de Acuña, obispo de Burgos, en 16 de Setiembre de 1495, fué elegido el P. Pascual para ocupar la silla vacante. El papa Alejandro VI despachó el 27 de Junio de 1496 diferentes bulas, ya para confirmar el nombramiento del nuevo obispo y darle la autoridad espiritual, ya para recomendarle al Rey católico para que apoyase con su Real proteccion todo lo que este prelado juzgára conveniente hacer para la utilidad de su iglesia. No tomó, sin embargo, posesion de ella hasta el 4 de Febrero de 1497, despues de haber empleado inútilmente todos los medios que pudo inspirarle la humildad cristiana para no echar sobre sus hombros una carga, cuyo peso han temido siempre los santos. Obligado á ceder á una autoridad superior, ó más bien á la voluntad de Dios, que se manifestaba por boca de los soberanos y por los votos de los fieles, el piadoso Obispo no alteró nada ni en sus hábitos ni en su manera de vivir. Tan pobre en el episcopado como lo habia sido en el claustro, no se miraba más que como el padre y el administrador de los bienes de los pobres, á cuyas necesidades consagraba siempre la primera y la mejor parte de sus rentas. Si en la visita que hizo desde luego en toda su diócesis halló grandes abusos que reformar, no dió menores ejemplos de virtud que imitar. La vida poco arreglada de la mayor parte de los clérigos, la pobreza de las iglesias, muchas de las cuales carecian hasta de vasos sagrados, de libros y de los ornamentos necesarios, y la ignorancia de los fieles, tan poco instruidos de las verdades de la religion, como algunos de los que estaban encargados de su instruccion. Todo esto le afligió sin sorprenderle: conocia bastante la extension del mal, aunque no

hubiera llegado el caso de poner el remedio. Pero sentia tanto más el agravio que la negligencia de los pastores hacia á los que se les hallaban confiados, cuanto que se hallaba más interesado en hacer cesar los abusos; se propuso, por lo tanto, corregir todo lo que no le era ni honroso ni permitido disimular. Miéntras componia algunas pequeñas obras en lengua vulgar, tanto para la instruccion de los pueblos como para la de sus directores, contribuia poderosamente á la reparacion y al ornato de las iglesias; velaba con cuidado sobre la conducta de su clero, multiplicaba sus visitas, sus ordenanzas, sus exhortaciones y sus correcciones. En las parroquias, áun las mas distantes de Burgos, se le veia con frecuencia llegar á pié con un solo compañero, y cuando ménos se le esperaba; costumbre que observó constantemente durante los quince años de su episcopado. Por este medio, sin ocasionar gasto á los párrocos, los ponia en la necesidad de cumplir siempre sus deberes, y le era más fácil distinguir los que los desempeñaban dignamente de los que, contentos con salvar las apariencias, no obraban lo mismo á los ojos de su obispo que cuando le creian distante. Para procurar un nuevo socorro á los fieles y extender el culto divino, el santo prelado quiso edificar un convento para los religiosos de su Orden en el lugar de su nacimiento. En la bula que le fué dada para esto el 9 de Setiembre de 1497, dirigida al tesorero de la iglesia de Palencia, se puede notar hasta el punto que llevaba este religioso Obispo el espíritu de pobreza y el amor á la vida regular. El nuevo monasterio cuya fundacion habia propuesto á Su Santidad, podria servir de modelo á todas las casas religiosas que quisiesen seguir en toda su perfeccion lo que se ha practicado por los fundadores más rígidos en este punto. Si la dignidad de que se hallaba revestido no le hizo desconocer á sus padres, que vivian en la oscuridad, tampoco pensó en enriquecerlos á expensas de los pobres, ni en procurarlos empleos para sacarlos de su estado. Aunque su virtud respetada en todas partes no lo fuese ménos en la corte de Castilla, que residia entónces por lo comun en Burgos, nuestro prelado no se presentaba allí nunca más que cuando la política, la necesidad ó la caridad lo exigian, es decir, cuando era llamado para los negocios de estado, ó se trataba de hablar por los pobres, ó en favor de los que se hallaban en la opresion. Pero muy léjos de querer adelantar con sus recomendaciones á las personas que se le hallaban unidas por los vínculos de la sangre, deseaba por el contrario verlas en una honrada mediania, que hacia más conveniente para su salvacion. Apénas pudo resolverse á procurar alguna pequeña ventaja á dos de sus sobrinas, á quienes dió por esposos á dos jóvenes más recomendables por su probidad que por su nacimiento ó sus bienes. La pérdida que sufrió España en 1504, con la muerte de la reina Isabel la Católica, fué en cierto modo particular para

el santo Obispo de Burgos, porque hallaba en la liberalidad de esta generosa princesa un recurso seguro contra la miseria de sus diocesanos. Para suplir á lo que comenzó á faltarle por este lado, no tuvo nada que disminuir ni de su mesa ni de su aparato, pues uno y otro habian sido siempre conformes á la modestia de un religioso y de un penitente. Pero ántes de ver á los pobres sin socorro despues de haber distribuido todas las rentas de su obispado, que eran muy considerables, tomaba prestado para hacer limosnas, y los ricos, llevados del sentimiento religioso, le prestaban con tanto más gusto cuanto que entraban así en comercio de buenas obras con este amigo de Dios. Se asegura que Dios dió á conocer con más de un milagro lo agradable que le era su caridad. Nada parecia, sin embargo, más milagroso que la vida de un obispo que en una época en que el fausto, la molicie y la ambicion habian corrompido casi todos los estados, no se proponia por modelo más que á los santos obispos de los primeros siglos de la Iglesia. Como ellos, habia entrado temblando en el episcopado, y para no resistir á la vocacion divina. Aceptando lo que no se le dejaba la libertad de rehusar, se habia propuesto únicamente el servicio de la Iglesia y la salvacion de las almas. La regularidad de su conducta correspondia siempre á la rectitud de sus intenciones, y su escrupulosa atencion para formar su vida sobre las máximas más puras del Evangelio, le permitia decir á todos sus diocesanos, á los ministros del altar y á los simples fieles, lo que S. Pablo decia á los primeros cristianos: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Jesucristo.* No se vió nunca á este santo obispo mezclarse sin necesidad en los negocios seculares que hubieran podido alejarle de los del divino ministerio. Nunca se consiguió hacerle entrar en empresas, que no favorecieran al reposo del estado. Su fidelidad y su justo reconocimiento hácia su soberano, se manifestaron principalmente en las revoluciones de Castilla, que dieron mortales inquietudes al rey Fernando despues de la muerte de Isabel. Miéntras que este príncipe, deseoso de disipar las conjuraciones que se formaban contra él, no pensaba más que en ganar á los grandes por medio de caricias, intimidar á los demás con amenazas, y atraer á los más tercos á sus intereses, prodigándoles sus favores en cierta manera; el obispo de Burgos, conducido siempre por motivos de justicia y de religion, ayudaba al soberano con sus consejos, sus oraciones y todo el crédito de sus amigos. Por lo tanto, le miró Fernando siempre como aquel de sus prelados sobre cuyo celo y fidelidad podia contar más decididamente. Entre los descontentos cuyo poder ó intrigas se temian más, eran los principales dos obispos, uno de Badajoz y otro de Catana, en Sicilia. Despues del paso imprudente que habian dado retirándose del partido de Fernando para unirse al de su yerno, se habian manifestado siempre opuestos á S. M. Católica, y la poca esperanza que tenian de obtener su perdon, ser-

via todavía más para afirmarlos en su obstinacion. En vez de borrar el recuerdo de un paso en falso con una pronta sumision, se quitaron á sí mismos todo recurso con nuevas faltas, mayores que las primeras. Habiendo presentado el rey Fernando sus quejas al Papa, y pedido que se procesase á estos dos prelados, nombró Su Santidad al arzobispo de Toledo y á nuestro obispo de Burgos para hacer las informaciones necesarias. La diligencia y la exactitud de los comisionados apostólicos correspondieron á los deseos del Papa y del Rey; pero el principal cuidado del siervo de Dios en aquellos tiempos de division y de turbaciones fueron siempre alejarlos de su rebaño y conservar entre los fieles confiados á su cuidado la tranquilidad, la paz y la sumision á los poderes temporales. Sin embargo, el papa Julio II, que no tenia ménos agitaciones en Italia que Fernando en España, convocó un concilio general, que quiso celebrar en Roma en la iglesia de Letran. El obispo de Burgos fué de los primeros que marcharon á él; y aunque ya septuagenario, hizo este largo viaje como acostumbraba hacer los demás, á pié, acompañado de un religioso con el que se entretenia orando ó consagrándose á piadosas conversaciones. El fervor de su espíritu sostenia la debilidad de su cuerpo, y se hallaba todavía animado por la esperanza ó el deseo de concurrir con Su Santidad al restablecimiento de la disciplina y á la reforma de las costumbres, en particular en la corte romana. Tales eran los motivos propuestos en la bula convocatoria; «porque, decia el vicario de Jesucristo, »¿no sería una vergüenza para la religion y un escándalo para los obispos »que se dirigen á Roma de todas las partes del mundo, si hallasen el desar»reglo, la licencia, la impiedad y la profanacion arraigados en un lugar »que deberia ser la morada de la virtud y el centro de la santidad, y donde »toda la Iglesia viene á buscar como en una fuente pura las reglas, las má»ximas de costumbres, lo mismo que los principios de la religion? El Sobe»rano Pontífice debe santificar á los que se han elevado, y no se deben ele»var más que los santos.» Si todo el mundo no reconociese estos sentimientos en la conducta de Julio II, se hallaban al ménos profundamente grabados en el corazon del obispo de Burgos. Así se le vió volar al socorro de la Iglesia, sin temer ni lo largo de los caminos, ni los peligros de la guerra, encendida entónces en las provincias de Italia. Asistió á la apertura del concilio que se verificó el 3 de Mayo de 1512, y en las dos primeras sesiones del 10 y 17 del mismo. Habiendo sido suspendida la tercera sesion hasta el 3 de Diciembre, tanto á causa de los grandes calores del verano, como para dar tiempo á los que no habian llegado aún á Roma, nuestro prelado se vió obligado á detenerse en esta ciudad. Las enfermedades contagiosas, que empezaban á dejarse sentir en ella, no le asustaron, y tampoco le inquietó su pobreza. Habiéndole regalado el Papa cien escudos de oro, los

recibió dándole gracias, y los distribuyó en seguida entre los pobres; no fué este el solo ejemplo de virtud que dió á los romanos. Se refiere que habiendo sido maliciosamente acusado de judaismo cerca del papa Julio II el arzobispo de Granada, Fernando de Talavera, persuadido por el contrario de la inocencia y del catolicismo de este prelado el obispo de Burgos, trabajó con tanto celo en su defensa, que dió á conocer plenamente la falsedad de la acusacion, y el Arzobispo fué absuelto. El P. Echard, que refiere este hecho, no marca el año; dice solamente, siguiendo á los antiguos historiadores, que esto acaeció miéntras el obispo de Burgos se hallaba en Roma cerca de Julio II. Mas esto no es un obstáculo para que el hecho en cuestion pueda ser colocado en algun otro año. No se ignora que nuestro prelado hizo más de un viaje á Roma para ofrecer sus votos á Dios delante de la tumba de los santos apóstoles. El de que nos ocupamos ahora fué el último, y segun la expresion de un historiador francés, Dios se sirvió de las enfermedades contagiosas que habian arrebatado ya á muchas personas ilustres para acabar la santificacion de este religioso prelado. No hallamos, sin embargo, que ningun autor antiguo italiano ni español haya dicho que el obispo de Burgos muriese de la peste. Solo nos refieren que murió con grande opinion de santidad; que fué enterrado decorosamente en la iglesia de la Minerva, y que su fallecimiento, ocurrido el 19 de Julio de 1512, á los setenta años de su edad, habia afligido mucho al Papa y á los obispos, y á todos los que conocian las raras virtudes de Pascual de Fontecasto; que el P. Mariana dice haber sido un prelado de eminente santidad, cuya memoria se halla en veneracion en la Iglesia por los maravillosos milagros que hizo ántes y despues de su muerte. Los historiadores de diferentes naciones han usado el mismo lenguaje; y Leandro Alberto, que quizá habria conversado con él más de una vez, le llama hombre extraordinario, obispo santísimo, ilustre por su doctrina, sus virtudes y sus buenas obras. Habiendo sabido su muerte el papa Julio II, no pudo ménos de decir que acababa de perder un santo la Iglesia militante. La extremada pobreza de que habia hecho siempre profesion, fué causa de que no dejase á los que se hallaban en su servicio más que el recuerdo de las grandes virtudes de que habia dado los más bellos ejemplos. Mas no por eso dejaron de quedarle reconocidos: para hacer más esplendorosas sus exequias, hicieron gastos considerables y consagraron en su memoria un epitafio, que fué grabado sobre su tumba; de sus muchos escritos solo han llegado hasta nosotros los dos siguientes: 1.° *Exposicion de todos los Evangelios del año;* 2.° *Sermones para las fiestas de los Santos.* —S. B.

PASCUAL García (D.). Dióle el Santo Pontífice el obispado de Orense á instancias del rey D. Juan I, de quien fué criado, y le concedió para su iglesia señalados privilegios. Reedificó el castillo de Ramiro, destruido por

los de Orense en tiempo del rey D. Pedro, con la ayuda de Gomez Fernandez de Soria, adelantado de Galicia. En 13 de Agosto de 1387 dió licencia para que se fundára la ermita de nuestra Señora.—O. y O.

PASCUAL Herreros (Ilmo. Sr. D.), obispo de Leon. Nació de padres nobles en la villa de Milmarcos, obispado de Sigüenza. Estudió los derechos civil y canónico en la universidad de Salamanca, y salió muy aventajado en ellos. Sucesivamente fué canónigo de las santas iglesias de Leon y de Avila, y provisor y vicario general del arzobispado de Zaragoza. El Sr. Araciel, arzobispo de esta ciudad y ántes obispo de Leon, prelado tan venerable y sabio como consta de las memorias que dejó escritas de su vida, hizo grande aprecio de los dictámenes y opiniones de este eclesiástico, cuyo vasto saber y erudicion conocia, y cuyo éxito correspondia á la gravedad de los negocios de su gobierno que le consultaba. Una causa de grande importancia entre otras, y en la cual se interesaba el respeto y honor debido al clero secular y regular del arzobispado, privado en gran parte por la práctica que allí seguia el gobierno político, de las exenciones que sin ninguna contradiccion gozaba en otras partes del reino, excitaron el celo de Su Ilustrísima; mas hubo de luchar con insuperables contrariedades, despues de haber logrado una bula firmada por Su Santidad, á fin de que el punto de inmunidad se controvertiese en la Sagrada Rota. Continuaron las dificultades, y entónces el prelado, dando poderes para este grave expediente al Sr. Herreros, cuya sabiduría pudo tanto con el Sr. D. Felipe V, terminó esta causa muy al contrario del parecer de algunos, que casi despreciaban la solicitud. Mandóse por Real decreto que los eclesiásticos gozasen en adelante entera libertad de muchas cargas impuestas por el gobierno civil, y se asegurasen en la pacífica posesion de la inmunidad con que en otras partes del reino vivian. Habiendo fallecido el Sr. Araciel en Setiembre de 1776, quedó el Sr. Herreros nombrado para ejecutor principal del testamento del venerable prelado. Tambien se distinguió el Sr. Herreros en el desempeño de los cargos de inquisidor de los santos tribunales de Aragon, Corte y Supremo General, del cual pasó al obispado de Leon, promovido en 1762, y gobernó hasta 1770, granjeándose por su celo y caridad evangélica el amor de cuantos le trataban, y por su gran talento y sabiduría la estimacion de los soberanos y del reino. En todo acreditó la grande prudencia de que se hallaba dotado. Murió en 3 de Marzo de 1770, y su cuerpo yace en la capilla de nuestra señora del Dado.—O. y O.

PASCUAL Mancio, del órden de Sto. Domingo, varon excelente y catedrático de teología y de prima, notabilísimo orador, doctó en los misterios como conocedor de las circunstancias de su época. Censuró con grande acierto algunas obras que la Inquisicion sometia á su talento y buen criterio, ha-

ciéndose conocido en el orbe por su singular doctrina, que sabia sazonarla con salados chistes sin desautorizar su persona. —O. y O.

PASCUAL DE LAS MERCEDES. Véase COBILLO (P. Fr. Pascual).

PASCUAL DEL POGGIO (B.), religioso franciscano natural de Torre-Hermosa en el reino de Aragon, diócesis de Segorbe. Fué recibido para lego en la órden de los Menores, y vivió veintiocho años en religion, muriendo en el año de 1592 despues de haberse distinguido por sus muchos milagros. Los Padres de Villareal y de Torre-Hermosa celebraron desde luego su festividad con oficio propio, que fué concedido por Paulo V.; y Gregorio XV, examinada su vida, concedió que se rezase de él en toda la Orden Seráfica y en los lugares mencionados por todos los sacerdotes tanto seculares como regulares. —S. B.

PASCUAL RAPINEO, franciscano francés, muy distinguido como orador. Publicó: *Sermon predicado en la muerte de Doña Ana de Austria, reina de Francia;* París, 1666, en 4.° — S. B.

PASCUAL TORRELLAS, franciscano de la provincia de S. Gregorio, muy distinguido como predicador. Escribió: *Historia de los venerables mártires de las Molucas Fr. Sebastian de S. José y Fr. Antonio de Sta. Ana*, hijos de la provincia de descalzos de S. Francisco. — S. B.

PASCUAL VACA. Tomó el hábito en el hospital de nuestra Señora de la Paz de Sevilla por mano del santo Diego de Leon, hermano mayor á la sazon de aquella piadosa casa. Fué hombre ingenuo y de gran capacidad, por lo cual era estimado de todos. Encargado por la religion de fundar el hospital de la Santa Misericordia de Cádiz, llevó á efecto su cometido, y le gobernó muchos años con título de prior. Fué muy bienquisto del cardenal Zapata y otros grandes señores, como fueron los duques de Alcalá, los condes de Palma y marqueses de Villamanrique; y en tan gran manera le estimaban, que de ordinario asistian á su celda y le consultaban los negocios de más importancia. En este gobierno duró veintiocho años; y cansado ya de gobernar por la mucha edad que contaba, pasó de portero al hospital de Sevilla, donde pudo notarse que jamás hasta entónces habia sido tan frecuentada de nobles y señores la portería. Hacia muchas y grandes limosnas, que recogia de sus visitantes, á los pobres vergonzantes, viudas, huérfanas, pobres de la cárcel y doncellas necesitadas. Siempre se le veia rezando con el rosario en la mano, siendo además tan amante de la pobreza, que cuando murió no le hallaron un solo maravedí en la celda, ni cosa alguna que le perteneciese, pues cuanto tenia era de la Orden. Recibió en sus últimos momentos la sagrada Eucaristía con muchas lágrimas, teniendo en sus manos un crucifijo, á quien dirigia amorosas y tiernas jaculatorias; y haciendo actos de contricion, puso los labios sobre los pies de nuestro Señor crucifi-

cado y en sus manos el alma, á los setenta y dos años de edad, en 1629. Se le hizo un magnífico entierro, al que asistió toda la ciudad.—C. de la V.

PASCUAL DE VICTORIA, llamado tambien *español*. Religioso franciscano, muerto por nuestra santa religion en la Tartaria en 1340. El Martirologio Franciscano hace de él y sus siete compañeros la siguiente conmemoracion en 24 de Junio. «En la ciudad de Armalech, que se halla en medio del im»perio de la Tartaria, en el año del Señor de 1343, murieron por la fe los »hermanos Menores, á saber: Fr. Ricardo, obispo de Armalech, Fr. Fran»cisco de Alejandría, Fr. Pascual de España, y Fr. Raimundo de Provenza, »todos estos sacerdotes; Fr. Lorenzo de Alejandría y Fr. Pedro de Provenza »y el Mtro. Juan, negro de la India, de la tercera órden de S. Francisco, »convertido á la fé por nuestros hermanos. Todos estos miéntras se hallaban »en aquel imperio, eran muy bien tratados por el Emperador que era en»tónces, al cual curaba Fr. Francisco de Alejandría de un cáncer, más bien »por las oraciones que por los medicamentos, y por esta causa el Empera»dor llamaba al padre su hermano y médico, y le dió tierras, privilegio y »autoridad de predicar, y hasta á su mismo hijo, que tenia á la sazon siete »años, para que fuese bautizado recibiendo el nombre de Juan. Mas permi»tió Dios que el Emperador fuese envenenado en una caceria, siendo asesi»nados además cuatro hijos suyos; apoderóse del imperio un sarraceno de »sangre imperial llamado Misolda, y porque los padres convertian con sus »predicaciones muchos á la fe, mandó este Emperador que todos los cristia»nos se hiciesen sarracenos, y que fuesen muertos los que no obedeciesen, »con cuyo motivo como los referidos padres no quisiesen obedecer sus man»datos, atadas las manos delante, fueron entregados al populacho que les »causó todo género de insultos y heridas, cortándoles las manos, orejas y »otros miembros, y por último la cabeza, con lo que fueron á gozar del Se»ñor en el año referido cerca de la fiesta de S. Juan Bautista, durante el »generalato de Fr. Gerardo Odon.» —S. B.

PASCUAL (P. Provincial Mtro. Fr. Agustin Antonio), natural de Guadasuar, arzobispado de Valencia, hijo del convento de S. Agustin y reformador del de Játiva. Fué sabio varon, doctor en teología, examinador y visitador por el arzobispo D. Fr. Juan Tomás de Rocaberti, de los conventos de monjas agustinas descalzas sujetas al ordinario; varon apostólico y célebre predicador; muy dado á la oracion y religioso observantísimo, vivo retrato de los primeros padres de su sagrada religion. Fué prior del convento de nuestra Señora de Aguas Vivas, del de Valencia y Játiva muchas veces definidor y provincial. Mostró gran menosprecio á las cosas del mundo, y lleno de méritos acabó su feliz existencia en el último de los expresados conventos el dia 1.° de Julio de 1691, á la avanzada edad de ochenta y cuatro años,

Refiere la crónica que á su entierro acudió toda la ciudad y gente de la comarca á besarle los pies y llevar alguna reliquia suya; llevaron el venerable cuerpo los jurados en sus hombros, porque tenian en gran concepto su santidad. No debemos omitir que el Sermo. príncipe D. Juan de Austria le ofreció un obispado que no quiso aceptar. — O. y O.

PASCUAL (Fr. Antonio), religioso franciscano recoleto, natural de Bocairente, donde fué maestro de gramática, siendo estas las únicas palabras que dan de él Nicolás Antonio y Fuster en su Biblioteca de escritores valencianos, añadiendo que dió á la prensa la *Prosodia de Felipe Mey con una explicacion compuesta por él;* Valencia, por Benito Monfort, 1764, en 8.° S. B.

PASCUAL (D. Antonio), natural de Arenys de Mar y obispo de Vich. Fué colegial de S. Clemente de Bolonia, visitador general de la diócesis de Toledo, vicario de Madrid, arcediano y canónigo de Gerona, auditor del tribunal de la Rota Romana. Hizo una edicion completa de su Ritual en tres tomos, que se imprimieron en Gerona en 1688 y 1689 por Gerónimo Palo. El primer tomo trata *De ritibus et cæremoniis sacramentorum;* el segundo, *De sepulturis et exequiis defunctorum;* y el tercero, *De variis functionibus ecclesiasticis.* Obra completa en su clase, dice el P. Villanueva en el tomo VII de su *Viaje*, pág. 115, y que puede servir de modelo á los que deseen hablar bien el catalan á nuestro corto entender. — O. y O.

PASCUAL (P. D. Antonio Raimundo), monje cisterciense de Sta. María del Real de Mallorca y dos veces abad de dicho monasterio y catedrático de prima de la teología en la universidad de dicha isla. Escribió: *Mens divi Bernardi de Immaculata Sanc. Mariæ Virginis Deiparæ Conceptione exposita à reverendo Patre, etc. Palmæ Majoric., typis Ignatii Serra;* 1783, un tomo en 4.° — O. y O.

PASCUAL (Bartolomé José), natural de Valencia, hijo del Dr. D. Miguel Juan Pascual. Estudió en la universidad, y fué uno de los discípulos más insignes del Mtro. Pedro Juan Nuñez. Se distinguió en los idiomas latino y griego, y en las letras humanas, y con tan buenos principios recibió el grado de maestro en artes, obtuvo cátedra de filosofía, y al empezar el curso, el dia 5 de Setiembre de 1565, dijo una oracion que le valió general aplauso. En la teología hizo rápidos progresos, recibiendo el grado mayor en esta facultad, y en la nueva ereccion de pavordías, hecha de órden superior del papa Sixto V, en la santa iglesia de Valencia para la dotacion de ciertas cátedras de teología, cánones y leyes, ganó por oposicion una de estas honoríficas prebendas, en la cual se mantuvo hasta su muerte. Escribió: *De optimo genere explicandi Aristotelem et de vi atque usu artis Dialecticæ;* Francfort, por Francisco Ovejuelo, 1591, y Pedro Fisquero, 1591,

en 8.°, juntamente con otras dos oraciones, la una de Pedro Juan Nuñez, su maestro, y la otra de Juan Bautista Monllor.— *Pachimerii logica.* El P. Rodriguez dice que la escribió esta obra, debiendo decir que la tradujo del griego al latin, como lo expresa D. Nicolás Antonio. No está impresa esta oracion que Jimeno cree la enseñó á sus discípulos cuando explicaba filosofía, como lo afirma el P. Scoto. Hace memoria de este escritor Vicente Mariner en su *Elegia in priscos poetas valentinos*, y alaba su virtud y su destreza en la poesía, con este dístico:

Summus ut involitat Sophiæ Paschalius astris
Quem Musæ et virtus instituere fuit.

O. y O.

PASCUAL (Diego), sacerdote, natural de la antigua villa de Elche, doctor en sagrada teología. Escribió una obra referida por Rodriguez, con este título: *Opusculum Thomisticum, contra Distinctionis formalis ex natura rei patronos*; en Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1670 en 8.°—O. y O.

PASCUAL (Scipion). Fué este prelado natural de Cosenza, y fué obispo de Casal en el pontificado de Paulo V, á principios del siglo XVII. Compuso muy buenos versos italianos; fué de un trato sumamente fino y caballeresco, y tuvo por protector al cardenal Fernando de Gonzaga, que procuró sus adelantos, empezando por hacerle nombrar refrendatario y despues obispo. Escribió en latin la *Historia de las guerras de Monferrato*; pero murió ántes de publicarlas segun Moreri.—C.

PASCUAL (Francisco), sacerdote valenciano, natural del lugar de Palanques, en el obispado de Tortosa. Fué beneficiado en la iglesia parroquial de Zorita, de la contribucion de Morella, y dió á luz la siguiente obra: *Fasciculus exorcismorum contra dæmones, tempestates, fulgura, tonitrua, grandines et turbines*; en Valencia, por Bernardo Nogués, 1656. —O. y O.

PASCUAL (Fr. Gerónimo). Fué natural de la villa de Onteniente. Nada se sabe acerca de su familia ni de su ocupacion y estado hasta la época en que tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de S. Onofre de Valencia, en la órden de Predicadores. Gaspar Escolano, en su *Historia de Valencia* (segunda parte), hace especial mencion de él, diciendo entre otras cosas que fué doctor en París, en cuya universidad tuvo tal opinion de infalible, que todas las dificultades se decidian con solo decir: *Pascual lo cree así.* Lo mismo asegura Diago en su *Historia de la provincia de Aragon*, añadiendo que murió en París cerca del año 1550, envenenado por envidia, segun algunos. Sobre la autoridad que mereció en la capital del vecino imperio dice lo mismo que los autores ya mencionados Fr. Juan Lopez, obispo de Monopo-

li ; y por último, en el convento de S. Onofre de Valencia, donde se ve su efigie, se encuentra el mismo elogio. Hácesele increible á Fuster, de quien tomamos estos apuntes, que tanta autoridad llegase á merecer en una universidad tan sabia como la de París: lo que á nosotros nos maravilla más es que siendo su importancia reconocida por escritores diversos, esten sepultados en el misterio los rasgos más principales de su vida, sin que nadie se ocupe de sacarlos á luz. Puede ser esto muy bien á causa de vivir tanto tiempo y morir en el extranjero, donde brilló más principalmente, perdiéndose por mucho tiempo en su patria su memoria; pero no sería imposible tampoco que los escritores citados se copiasen unos á otros, pues vienen á decir lo mismo con corta diferencia. Nosotros dejaremos esta cuestion á críticos más autorizados y á otra clase de trabajos.— G. P.

PASCUAL (D. Ginés), presbítero valenciano, vicario de la villa de Alcoy, de donde era natural. Floreció en el siglo XVII, distinguiéndose por sus virtudes y amor al trabajo, hasta el extremo de poderle citar como modelo. Pocas son las obras que de él nos han quedado, y áun de esas se debe su conservacion al solícito cuidado del Dr. Sebastian Jordan, que las colocó en su coleccion, tomo V, página 1 hasta la 46. Fuster apénas da noticias de este eclesiástico; únicamente dice que escribió una *Relacion muy verdadera del terremoto que aconteció en la villa de Alcoy á 2 de Diciembre de* 1620, y añade que : «Hace el autor al principio una descripcion muy puntual de dicha villa, en la cual y en la del terremoto manifiesta un juicio no vulgar, y gran exactitud en su manera de escribir.» —S. B.

PASCUAL (Jaime), canónigo regular premostratense. Fué hijo de una antigua y respetable familia de la villa de Esparraguera en Cataluña. Nació en 23 de Junio de 1736. En su misma patria cursó los primeros estudios de latinidad y humanidades bajo la direccion de un sabio y virtuoso sacerdote; pero pasó á la universidad de Cervera á cursar las ciencias filosóficas y la jurisprudencia civil y canónica, en cuya última facultad recibió el grado de doctor. Llamado para el estado eclesiástico, entró novicio en el Real monasterio de Sta. María de Bellpuig, vulgo de las *Avellanas*, de Canónigos Regulares Premostratenses, en el cual luego despues de haber hecho la profesion religiosa, por el gran concepto que habian formado aquellos religiosos de su alta virtud y talento, le confirieron el cargo de prior y de abad. Aquel retiro silencioso fué muy propio para que se dedicára principalmente al estudio profundo de las ciencias eclesiásticas, y llegó á reunir tan vasto caudal de conocimientos y una erudicion tan amena, que se hizo célebre por su saber, consagrando toda su vida á los más importantes estudios. Discípulo del sabio Caresmar, dice uno de sus biógrafos, si bien no le alcanzó en solidez y profundidad, le superó como consumado anticuario; ordenó y mejoró su

monetario, aumentó la coleccion de mármoles y minerales, y reunió en aquel monasterio una escogida biblioteca de las obras más preciosas en todas las ciencias; recorrió los archivos más célebres de Cataluña, Aragon y Navarra; visitó las iglesias y monasterios más famosos de estas provincias, copiando é ilustrando los monumentos de la más remota antigüedad. Y con estas laboriosas excursiones científicas ó viajes literarios, logró formar una considerable coleccion de preciosos documentos reunidos en doce volúmenes en fólio, con el título de *Sacræ Cathaloniæ antiquitatis monumenta*, recopilados de muchísimos archivos públicos y particulares, que fielmente trasladados de sus matrices ilustró y aumentó con interesantes observaciones críticas é históricas. Compuso además varias memorias sobre puntos eruditos y oscuros de la historia eclesiástica y nacional. Además de la numerosa coleccion ya citada, hablan sus biógrafos de algunas de sus *Memorias*, como por ejemplo el *Diálogo sobre la lápida de Bonrepos;* un *Discurso sobre el antiguo obispado de Pallás*, impreso en Tremp, en fólio; la *Historia del priorato de Sta. María de Meyá*, inédita, de la que poseia una copia el difunto Sr. D. José de Vega y Seumanat, y otras, cuyos originales se conservaban en aquel Real monasterio *de las Avellanas*. Del expresado *Diálogo* habla el Sr. Torres Amat, como de una muy digna explicacion y comentario que compuso en catalan sobre aquella importante inscripcion romana, que se halla puesta en castellano en sus *Memorias bibliográficas*. Y hace tambien mencion de las *Cartas* del Sr. Pascual sobre diferentes materias, de las cuales podria hacerse una coleccion bastante abultada. Y si algun dia lograsen ver la luz pública, manifestarian al mundo literario el ímprobo trabajo, infatigable celo y vasta erudicion de su ilustre autor. Con este y otros trabajos, añade muy oportunamente el citado ilustrísimo bibliógrafo, puede responderse á varias inculpaciones extranjeras, que nos tratan de estúpidos de un modo tan absoluto, que hasta ignoran los escritores que entre nosotros se han dedicado, como los ya indicados, al estudio é investigacion de las lápidas y monumentos antiguos. A más del indicado *Discurso histórico* tiene una *Carta* sobre el mismo asunto, un *Apéndice de documentos sobre la existencia del antiguo obispado de Pallás*, y hasta un *Episcopologio ó série de sus obispos*, de cuyas obras hizo mencion á su tiempo la *Gaceta de Madrid*. El Sr. Torres Amat era contemporáneo de D. Jaime Pascual y amigo de varias personas notables que le habian conocido; y asegura de él que el Señor le habia dotado de un singular acierto en componer discordias y terminar contiendas en asuntos muy graves, es decir, que era un verdadero pacificador en la mision de caridad con que Dios suele favorecer á sus elegidos, en quienes se cumple perfectamente el clamor santo con que los ángeles anunciaron al mundo el nacimiento del Niño Divino: *Gloria á Dios y paz á los hombres*. La aficion á

las letras, dice otro de sus biógrafos, no le separó del ardiente celo que siempre tuvo por la salud espiritual de sus hermanos; dirigia á muchas personas de acrisolada virtud, ya en el tribunal santo de la penitencia, ya tambien contestando por escrito á repetidas consultas que le dirigian personas de alta dignidad y de conciencia muy delicada. Todos los años visitaba á los monjes de la Trapa, modelo de austeridad y de santificacion, haciendo allí fervorosos ejercicios, dejando en todas partes sembrados los frutos de su buen ejemplo, de sus útiles estudios y de sus importantes investigaciones; eclesiástico cándido y virtuoso, tierno y generoso amigo, supo reunir á su profunda sabiduría una modestia sin límites, que admiró á cuantos de cerca le trataron. Despues de haber renunciado las dignidades, para las que habia sido propuesto y agraciado, terminó su laboriosa carrera el dia 28 de Setiembre de 1804, á los sesenta y nueve años de su edad. Su muerte fué profundamente sentida por todos sus amigos y por los literatos, y su memoria se conservará para siempre entre los amantes de las bellas letras y antigüedades nacionales. Despues de sepultado, sus íntimos amigos y compañeros, los Sres. D. José de Vega y de Senmanat y D. Francisco de Papiol, visitaron sus mortales restos, hicieron piadosos sufragios por su alma y consagraron á su amistad una lápida de mármol, en la que mandaron grabar un epitafio ó inscripcion sepulcral, que, segun el Sr. Torres Amat, trabajó el célebre jesuita P. Luciano Gallisa, que reune en estilo rigurosamente epigramático, y en puro y correcto lenguaje un compendio de la vida del ilustre, virtuoso y sabio sacerdote á quien estaba dedicada.—R. y C.

PASCUAL (Venerable Fr. José). Nació en la villa del Campo de Tarragona, llamada La Selva, de padres piadosos y honrados, los cuales le criaron en santas y loables costumbres. Tomó el hábito de religioso en el convento de S. Agustin, de su patria, que abandonó despues dirigiéndose á Mallorca, y de este punto á la carrera de Indias, sentando plaza de soldado. Por su buena conducta llegó á sargento, retirándose del servicio militar despues de haber servido al rey durante catorce años. Quiso probar el Señor la fortaleza de su ánimo; y yendo embarcado, se movió tan deshecha tempestad, que pereció el navío en el naufragio, estrellándose contra un escollo. Hecho pedazos, Fr. Pascual logró asirse á una tabla, y en ella permaneció tres dias pidiendo á Dios misericordia, y esperando socorro del cielo. No le faltó la divina Providencia, pues sosegada la borrasca, le descubrieron los marineros de una embarcacion, y le desembarcaron en Málaga. En esta ciudad sirvió algun tiempo á un caballero, pero siguiendo luego las inspiraciones que á sus religiosos sentimientos dictaba el amor que en su corazon profesó siempre á la Virgen Santísima, volvió á su casa, y yendo á Madrid con recomendacion para el prior de S. Felipe, mediaron por él va-

rones de gran autoridad que le dieron cartas para su prelado de Valencia. Llegó al convento de nuestra Señora del Socorro, donde estaba el P. Maestro Fr. Tomás Figuerola, provincial, quien le recibió con benignidad. Hízosele empero sufrir las penitencias que ordenan las constituciones para librarse y quedar absuelto de las censuras en que habia incurrido. Aceptó Fr. Pascual con humildad las penitencias y la cárcel que su prelado le ordenó, y fué enviado al convento de Alcoy. Entregóse en él á todo género de virtud, siendo ejemplo de penitentes y fiel imitador de S. Nicolás de Tolentino. Solo se alimentaba con yerbas y legumbres; y fué tan admirable en la obediencia, que asombraba á todos sus compañeros, y la proteccion de la divina gracia le acompañaba y distinguia sobremanera y maravillosamente. Mudáronle al convento de Cartagena, y en él pidiendo limosna para las almas del purgatorio, recogió cuantiosas sumas, porque era grande el concepto que todos tenian de su virtud venerándole como santo. Cayó enfermo de calenturas, que pusieron fin á su gloriosa vida el 17 de Mayo de 1660. Tan luego como se supo su muerte en la ciudad, fué numeroso el concurso que acudió al convento, llevado de la opinion de su gran santidad, para verle y venerarle, teniéndose por dichoso el que podia conseguir alguna reliquia suya. Celebráronse sus exequias con solemne pompa, y fué enterrado debajo del altar mayor. — O. y O.

PASCUAL (Fr. Juan.) Fué este siervo de Dios de la ciudad de Jerez de la Frontera, en Andalucía. En su mocedad aprendió el oficio de carpintero, y metido en los falaces engaños del mundo, entre otras cualidades desventajosas, tenia la de ser tahur, y habiendo estado jugando una noche entera, oyendo tocar á los frailes á maitines, dióle su conciencia una áspera reprension, trayendo á su memoria los beneficios recibidos de Dios. De aquí nació en su corazon un ardiente deseo de imitar á aquellos que llevaban mejor camino y más seguro para su salvacion. Partió para Robledo, en Ciudad-Rodrigo, donde tenia alguna hacienda y deudos; y tratando con estos su resolucion de ser religioso, vendió sus bienes y los repartió á los pobres, depositando su tesoro en el cielo. Nada dejó á sus parientes, los cuales no se lo estorbaron, y áun le acompañaron á un monasterio de frailes descalzos, muy afamado en aquella comarca, llamado de Ntra. Sra. de Monte Cœli, ó por otro nombre del Hoyo, de la recoleccion de la provincia de Santiago, despues de la de S. Gabriel. Presentóse á los pies del guardian, pidiéndole con mucha devocion el hábito, que le concedieron, conociendo llegaria á ser perfecto religioso. Todas las virtudes tuvieron buena acogida en el pecho de Pascual; humilde servia los oficios más bajos del convento, sintiendo no haber empleado su vida entera en servir á Dios en tan santa casa. Parecíanle dulces y sabrosos los rigores, y aplicado tenazmente á los estudios, llegó

á ser un instruido predicador de la palabra de Dios, aunque más predicaba con sus obras y ejemplos que otros con las palabras. Quebrantó sus fuerzas con ásperos ayunos y penitencias; llevaba á raiz de la carne un cruel cilicio, áun cuando tenia sesenta años, y encima un solo hábito de sayal muy grosero, pareciéndole poco el que vestian los frailes, y siempre andaba del todo descalzo áun por las duras sierras de Galicia. Así le retrata su cronista: «El mantillo corto, la capilla puntiaguda, como capucho; la barba »larga, la cuerda gruesa, y una cruz de palo en el pecho, que causaba á »los que así le veian gran devocion, y exterior é interiormente se compun»gian, porque todo él era un retrato de penitencia y muy semejante en su »vida á la de S. Pablo, primer ermitaño y padre de tantos Macarios é Hila»riones como esta provincia y sus hijos han tenido. Su rostro era hermoso, »bien compuesto, grave y devoto, que acompañado de aquellas venerables »canas, obligaba á todos á tenerle gran reverencia; así, por do quiera que »caminaba, se arrodillaban y le besaban el hábito, y compadeciéndole mu»cho al verle tan desabrigado y descalzo por los lodos, le decian: *¿Por qué »se trata tan mal siendo tan viejo? — Dejadme, señores, con mi asnillo, que yo »le conozco muy bien, y sé lo que le cumple*, decia por su cuerpo, á quien »trataba como un bestia y áun peor.» Era devoto del Santísimo Sacramento, cuyas fiestas celebraba con particular espíritu. Visitaba los hospitales y curaba á los enfermos, consolándolos con evangélica caridad. Enseñaba á los pobres la doctrina cristiana, y dábale mucha pena el descuido que habia en aquella tierra, tan abundante en peregrinos y tan escasa en el número de los que la sabian. Procurando la salvacion de sus prójimos, celoso de la honra divina, como otro Elías, amonestando á todos, recatándose de la vista de las mujeres, y ejerciendo todo género de virtudes, protegióle el Señor durante su vida de una manera ostensible; y así fué admirable su comportamiento hasta en las más graves y dificultosas ocasiones, por que resplandecian las envidiables dotes que le adornaban. Triunfó de las malas pasiones, y conservó la pureza de las costumbres religiosas. Mostróse Pascual solícito en perdonar á los que le injuriaron, y sufrió con santa paciencia un bofeton que impacientemente encolerizado imprimiera en su rostro un prelado, á quien con el debido respeto amonestó cierta cosa, dando con esta conducta pruebas de que la humildad habia echado profundas raíces en su corazon. Harto confuso el prelado y más edificado de ver á sus pies á aquel apostólico varon, le abrazó tiernamente y besó en el lugar donde le habia herido. Llegó la hora en que Dios tambien queria honrar á su siervo y darle el premio de los muchos trabajos que por su amor habia padecido, y poco ántes conoció Fray Pascual se le acercaba esta hora; porque, partiendo del convento de Losiana con direccion á los de Galicia, llegó á un pueblo llamado Risana de

Santa María, del conde de Feyra, en el reino de Portugal, en donde enfermó, cerca de la fiesta de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. La víspera dijo á su compañero: «Desde que me ordené de misa, ningun dia de Navidad he dejado de decir las tres misas, y tambien las tengo de decir mañana, y luego partirme.» Pensó el religioso que sería continuar el viaje; mas le replicó: «Harto será, hermano, que despues de estas fiestas esté para ello.» Así fué con efecto: celebradas las tres misas, decayó su espíritu hasta rendirle en manos del Señor. Acabábase por entónces de labrar la capilla mayor en aquel pueblo, y todos tuvieron á dicha enterrar en ella el cuerpo del siervo Pascual, como depósito de un rico tesoro. Desde entónces teníanle mucha veneracion, respetándole como á santo. Su compañero se llevó el rosario y el breviario, despojos de tan valeroso soldado, y la cruz, con que siempre llevaba armado el pecho, se quedó la iglesia con ella colocándola sobre la custodia del Santísimo Sacramento. Así terminó el V. Fray Pascual cargado de años, lleno de virtudes y merecimientos, habiendo padecido muchos trabajos y vencido muchos inconvenientes para llevar á cabo la fundacion de la provincia de descalzos de S. Jose, que tan gran renombre alcanzára con el tiempo, y que tantos y tan ilustres religiosos habia de producir.—O. y O.

PASCUAL (Julio), jesuita italiano, predicó á los indios de Cinaloa, en Nueva España, y convirtió muchos á la fe edificándoles iglesias. Fué varon tan distinguido por su santidad que en vida y muerte hizo numerosos milagros. Pusieron fuego los gentiles á la casa en que moraba, y al salir para librarse del incendio dispararon contra él multitud de saetas envenenadas, de cuyas resultas murió, segun lo habia predicho ántes, en 1.° de Febrero de 1632. — S. B.

PASCUAL (P. Miguel Angel), jesuita, natural de Elche. Entró en la Compañía de Jesús en 1662 á la edad de diez y ocho años, despues de haber comenzado sus estudios en la universidad de Valencia. Hechos los primeros votos, marchó á Urgel á continuar sus estudios, y terminados fué de maestro de retórica al colegio de Manresa. Trasladado despues á Barcelona, cursó artes y teología; mas decidido ya á abandonar los ejercicios literarios para marchar á las misiones. Tuvo, sin embargo, que pasar por órden de sus superiores á Zaragoza y Segorbe, en cuya última ciudad, al mismo tiempo que al desempeño de una cátedra de filosofía, se dedicó al ejercicio de la predicacion con mucha utilidad de las almas. Trasladado á Valencia en 1676, hizo los cuatro votos, y comenzó dos años despues á dedicarse al ejercicio de misionero, recorriendo la mayor parte de los pueblos de Cataluña y Valencia. Recorrió despues casi toda España en este sagrado ministerio, hasta que tuvo que marchar de Madrid por superior del convento de Orihuela, donde permane-

ció dos años, volviendo despues á la Corte por confesor de la marquesa de Lombay, nieta de S. Francisco de Borja. Continuó entónces por diez y ocho años las misiones, á que sentia tan grande inclinacion, hasta su fallecimiento, ocurrido en 1744, dejando las obras siguientes: 1.ª *Vida del V. P. Juan Bautista Catalá, valenciano, religioso de la Compañía de Jesús*; Valencia, 1679, en fólio.—2.ª *Desagravios de Cristo nuestro bien sacramentado, en satisfaccion de las muchas ofensas que contra su Majestad se cometen, con algunos sermones panegíricos y morales á diferentes asuntos para principales fiestas, y un epílogo de la vida y heróicas virtudes del Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Ibañez, obispo electo de Orihuela*; Valencia, por Vicente Cabrera, 1687, en 4.°—3.ª *El Misionero instruido y en él los demás operarios de la Iglesia*; Madrid, por Juan García Infanzon, 1698, en 4.°—4.ª *El operario instruido y el oyente aprovechado;* idem, por Diego Martinez Abad, 1698, cinco tomos en 4.°—5.ª *Dos cartas.*—S. B.

PASCUAL (Fr. Pedro), religioso mercenario diferente de S. Pedro Pascual de la misma Orden, muy distinguido por su nobleza y familia, lo mismo que por los servicios que prestó á la religion.—S. B.

PASCUAL (V. Fr. Pedro Navarro). Vistió el hábito de religioso de la Obediencia en el Real convento de Predicadores de Valencia. En esta santa casa, impulsado por su amor á la virtud, y siguiendo el camino de tantos dignos religiosos como entónces habia en la misma, comenzó á trabajar, ganando con su sudor la comida; y aún figurándose, á pesar de esto, ser indigno de sentarse á la mesa con sus hermanos. Hacíale presumir, dice su historia, que comia el pan de balde. El tiempo que le quedaba despues de su trabajo, le empleaba en la oracion y ejercicios espirituales, con tan admirable órden y concierto «que ni la solicitud de Marta le embarazaba la contemplacion de Magdalena, ni la contemplacion de ésta la solicitud de aquella.» Probó el Señor el templo de su espíritu y de su constancia en una larga enfermedad, y tan penosa, que únicamente podia estar de pies. En esta postura causaba su sufrimiento la admiracion de todos, pasándose los dias y las noches arrimado á las sillas del coro ó á la mesa del altar mayor. Dios era el único asunto de sus conversaciones, y á su divino amor dedicó los veinticuatro años que sus achaques le impidieron salir del convento, sin que se le oyera ni una sola queja en tan largo espacio. En cama luchó varonilmente con la muerte, saliendo vencedor hasta el instante mismo en que tan solo le quedaba la piel y los huesos. En tal situacion bendecia á Dios, y asombraba con su conformidad cuando como S. Luis Beltran decia: *Domine, hìc ure, hìc seca, hìc non parcas.* Señor, aquí quema, aquí corta, aquí no perdones, como para siempre perdonas. De esta suerte y agradeciendo ostensiblemente la caridad que con él ejercian cuantos le servian, murió santamen-

te el año de 1587. Celebra su fiesta el Sacro Diario Dominicano el dia 17 de Agosto.—O. y O.

PASCUAL (Fr. Raimundo), del órden de Predicadores, natural de Barcelona, de cuya universidad fué catedrático de teología. Hizo sus estudios en París. Se distinguió llegando á los puestos de prior de su convento y de visitador general de Cataluña de los Benedictinos claustrales y de los Agustinos. Escribió: *Comentarios in epist. ad Romanos*; un tomo en fólio, 1594, que aún pasados veintidos años despues de concluida, manifiesta el Sr. Amat en el breve artículo que dedica á este escritor catalan, y examinada, rehusaba imprimir habiendo muerto durante la impresion. Fué elegido provincial de su Orden en 1574; pero no quiso confirmar su eleccion el general de la Orden, el maestro Serafino Caballi, que vino á presidir el capítulo general. Escribió el libro intitulado: *Nuestra Señora del Rosario.* Diago, página 100, Nicolás Antonio, tomo II, Bosch y Amat hablan de este notable religioso.—O. y O.

PASCUAL (D. Vicente), natural de Castellon de la Plana. Fué electo abad del monasterio de Poblet en 14 de Setiembre de 1737, y definidor del reino de Valencia. Concluyó su abadía tres años despues y el segundo cargo en Mayo de 1741.—O. y O.

PASCUAL DE IBARRA (Fr. Pedro), religioso carmelita, natural de la ciudad de Alicante, de familia noble. Siguió en su religion con mucho lucimiento la carrera de las letras, y habiendo obtenido los grados de maestro en artes y de doctor en sagrada teología en la universidad de Valencia, fué en ella examinador de ambas facultades, y catedrático de metafísica. Su lucido desempeño en cátedra y púlpito, la afabilidad de su trato y la observancia de su instituto, le granjearon mucha estimacion dentro y fuera de la Orden, y muy especialmente del Ilmo. Sr. obispo D. Fr. Pedro Olginat de Médicis, gran favorecedor suyo, de quien fué socio en uno de sus provincialatos. Y sin duda hubiera obtenido mayores ascensos, á no haberle atajado la muerte en lo mejor de su edad, siendo prior del Real convento de Valencia. Imprimió: *Sermon en la profesion y velo de la Sra. Doña María Zanoguera, y en la ingresion y hábito de la Sra. Doña Francisca Zanoguera, hermanas, en el religiosísimo monasterio de S. Cristóbal, de la órden de Canónigas reglares de S. Agustin de la ciudad de Valencia.* En ella, por Bernardo Nogués, 1655 en 4.°—*Sermon del apóstol valenciano S. Vicente Ferrer, predicado en el Real convento de Santo Domingo de Valencia, en las fiestas que hizo al segundo centenario de su canonizacion;* en Valencia por Gerónimo Vilagrasa, 1656 en 4.°—O. y O.

PASCUALINA (B.), religiosa franciscana, discípula y amiga íntima de la Beata Angela, contemporánea suya; aleccionada con su ejemplo, dejó á

su noble familia y los deleites del mundo, y tomó el hábito de la penitencia de la tercer Orden de S. Francisco en 1290. Emula desde luego de su maestra, aspiró y obtuvo su perfeccion, participando de los misterios de la Beata Angela. Llena de virtudes y admirada por su santidad, pasó á mejor vida en 4 de Febrero de 1313. Su cuerpo fué enterrado en el convento de S. Francisco de Fulgino, haciéndosela muchas exequias á que asistió lo más esclarecido de la ciudad. La Orden Seráfica celebra la memoria de esta religiosa en 4 de Febrero. —S. B.

PASCUALINA (P. Juan Tomás). Nació en Nápoles, de una familia distinguida y muy considerada, á más de su ejecutoria, por los muchos bienes que poseia. Era de una imaginacion vivísima, y muy resuelto á realizar todo cuanto ésta le presentaba hermoso en sus ensueños. Su juventud, aún cuando nada se sabe acerca de ella, debió correr entre los placeres propios de su edad y de su fortuna; pues así se vio despues que debia haber sido por lo que diremos en seguida. Apurados sin duda por él todos los placeres, y no pudiendo realizar todos los que la riqueza de su imaginacion le sugeria, fijó la vista en la religion y contemplando de un solo golpe de vista su belleza, única razon del sentimiento, deseó vivamente apurar cuantos goces podia el alma encontrar en ella. Trocó pues la honrosa cruz de S. Juan por la pobre sotana de religioso de la Compañía de Jesús, que le concedió el P. Mucio Witheleski, provincial entónces de Nápoles, y la vistió con orgullo haciendo firme propósito de procurar hacerse digno de sus virtuosos maestros. Nadie era tan puntual, tan decidido, tan ingenioso como él, para realizar grandes concepciones al principio de su noviciado, porque el fuego de la imaginacion da mayor fuerza y entusiasmo que la razon para abrazar obras gigantescas; pero al paso que esta última es constante en todas y siempre juiciosa, la primera es arrebatada y loca, sucediéndose á su extraordinario esfuerzo el cansancio más lamentable. Esto fué lo que experimentó el P. Juan Tomás, y como estaba levantando en el aire un edificio de mucho peso no tardó en allanarse envolviéndole entre sus ruinas. Flaquearon sus fuerzas, palideció su fe, desapareció su entusiasmo, y el convento, que ántes le parecia celestial palacio, no tardó en antojársele prision durísima é imposible de soportar; pero no le hubiera hecho tanto daño su languidez y postracion si el buen juicio hubiera dominado su tibieza en vez de prestarse nuevamente á la ilusion de sus encantados sueños, que le ponian delante de los ojos los recuerdos de su pasada vida, hermoseando con bellísimos colores los cuadros que habian llegado á causarle tanto hastío. Tenia á la sazon veintidos años, edad en que los deseos son leyes poderosas, cuya obediencia nadie puede impedir, y se prometia vivir muy felizmente en una sociedad que habia abandonado demasiado jóven y sin conocerla bien á fondo, de

suerte que entregado á estas y otras parecidas reflexiones, andaba melancólico y aburrido de sí mismo sin saber qué determinacion tomar, hasta que la desesperacion se apoderó de su alma, y no pudiendo esconderla á sus superiores les pidió remedio para su mal cuando este no tenia cura. Conocian estos la dolencia que aquejaba al novicio, y como no pudiesen reducirle á la oracion, ni á ningun género de mortificacion, viéndole tan desesperado, y que léjos de encontrar en aquella santa casa la salvacion de su alma, era más fácil que aborreciéndola encontrase su perdicion, mortificándoles excesivamente con sus impertinencias, les fué preciso condescender con su veleidosa voluntad dejándole en su mano gozar de la libertad concedida al novicio, para que salga á casa de sus parientes. Es muy general por un exceso de cariño mal entendido, que los padres y áun las familias no dejen con gusto seguir la vocacion religiosa, porque como pedazos de su corazon no quieren que sus hijos se aparten de su vista, así que es un dia de duelo aquel en que salen de su casa con este fin, y por el contrario de mucha alegría si arrepentidos en debido tiempo determinan quedarse en ella. Así sucedió con los parientes de Juan Tomás, que le recibieron como á un hijo pródigo arrepentido fortificándole en su idea y ayudándole á precipitarse de nuevo en el mar proceloso de sus pasiones, como si en estas hubiera de ser más constante que en la prueba del noviciado ó le fuera posible disfrutar en aquella vida mucho tiempo lo que no era nada fácil. Si hubiera gozado del mundo con prudencia y moderacion, en todas partes se puede ser todo lo feliz que permite nuestra naturaleza, en todas partes se puede servir á Dios y vivir tranquilo en medio de las borrascas de la vida; pero el hombre que se deja dominar por las pasiones y llega á sentir herida el alma, no puede hacer más que sufrir cada dia; máxime si en vez de curarla con la precisa diligencia, la deja viciarse más y más con su descuido. Entónces pasan los años sin labrar de una manera conveniente el espíritu agitado, y cuando la razon, de quien son las canas mensajeras, demuestra la impotencia del cuerpo para la satisfaccion de las pasiones, y la dureza del alma; entónces, decimos, no tienen los remordimientos del hombre más que un límite, que es el arrepentimiento; entónces el pasado solo puede lavarse á fuerza de lágrimas, y solo pueden recuperarse los años perdidos aprovechando los dias que quedan de existencia. Dichosos, en medio de todo, los que tienen tiempo para hacerlo así, abriendo aunque tarde los ojos á la luz de la razon. Por todas estas fases fué pasando Pascualina en ocho años que siguió viviendo en el siglo; pero dichosamente para él, ántes de que la ancianidad helase su corazon, los amargos desengaños, los sufrimientos de todos géneros y la gracia del cielo, que ya le habia visto ostentar el uniforme de los soldados de la religion, abrieron sus ojos á la luz y sacaron de su cora-

zon las lágrimas del arrepentimiento, haciendo nacer en él un vivo deseo de volver al buen camino que habia abandonado. Despues de meditar muchísimo esta nueva resolucion, como quien ya tenia poca confianza de su constancia y de hacer algunas pruebas consigo mismo, determinó ir á Roma y echarse á los pies del mismo P. Mucio Witheleski, que á la sazon era general de la Compañía, é instarle con muchas lágrimas para que le admitiese de nuevo, perdonándole su extravío. Hízolo así de tal manera, que aunque el general al principio le rehusó la gracia que pedia, hubo de rendirse á su perseverancia, exigiéndole como prueba que fuese á pie peregrinando á Nápoles, donde estaria avisado el provincial. Ni su edad, ni la circunstancia de ser tan conocido en el reino, ni la comodidad y el regalo á que se hallaba acostumbrado, fueron suficientes á hacerle cejar en su propósito; y peregrinando del modo que se le habia mandado, llegó con la mayor alegría al colegio de Nápoles donde vivia el provincial. Manifestó éste, sobre todo al principio, mucha repugnancia para recibirle, porque temia no se hubiese curado de su veleidad; pero fueron tantas las súplicas que le hizo, derramando tantas lágrimas, que hubo de acceder á su deseo, como lo habia hecho el general, de quien recibió el conveniente aviso. Entró, pues, por segunda vez en el noviciado con firme propósito de obrar en él como hombre y no como niño; pero como hombre que abrazaba aquel estado por conviccion, y deseoso de encontrar en el apacible retiro del claustro dulce consuelo á los sufrimientos de su azarosa existencia. Así fué durante mucho tiempo, y hubiera sido indudablemente siempre si Dios no le hubiera puesto ante los ojos otra vez sus riquezas y sus comodidades para hacer la última prueba de su constancia; pero esta vez luchó con energía consigo mismo, se comunicó con el maestro de novicios, hombre prudentísimo, y pidió á Dios su auxilio en continuas y fervorosas oraciones. Aquel era el último esfuerzo de sus pasiones, el último destello de la engañosa luz del mundo, y el P. Juan Tomás salió triunfante para no volverse nunca á acordar de aquellas cosas que tanto le habian atribulado. Terminó su noviciado con felicidad, completó sus estudios con aprovechamiento, y despues de leer gramática durante seis años, le señalaron sus superiores la ciudad de Nápoles para que fuese teatro de su celo, lo mismo que lo habia sido de sus veleidades. Doce años contínuos vivió en la casa profesa sirviendo ya de modelo, y economizando su tiempo para recuperar dignamente lo perdido. Empleaba la mañana en el confesonario, y al anochecer tenia sus horas de recreo destinadas al mejor servicio de Dios, llamando á las ovejas extraviadas y reduciendo á las más empedernidas almas. En este tiempo empezó la peste á turbar los ánimos, haciendo muchos estragos en la ciudad, aterrando tanto á sus habitantes, que muchos morian sin los necesarios auxilios, porque habia pocos que se

determináran á acercarse á ellos. Esta era ocasion la más á propósito para ganar mucho tiempo del que habia perdido, y cumplir con su ardiente caridad. El P. Pascualina lo comprendió así; y se dedicó con tanto afan al cuidado de los enfermos, que no sabemos cómo tendria fuerzas para tanto. No solo andaba por la ciudad de casa en casa y de enfermo en enfermo, sino que se salia muchos dias á visitar á los forzados y gente de mar de las galeras, continuando cada vez con más fervor en esta piadosa ocupacion, hasta que el contagio le privó de la vida á los sesenta y ocho años de edad y cuarenta y seis de Compañía, siendo en ella profeso de cuatro votos. Sus virtudes, aunque tardaron en resucitar, tomaron tan rápido vuelo, que era propuesto como modelo á muchos; y sus merecimientos fueron tantos aunque en tan pocos años, que no dejó poco que envidiar. Concluiremos haciendo una observacion acerca de su vida, y especialmente de su primera inconstancia, que pudiera ser reprochada por algunos duramente, haciendo notar cómo Dios nos pone á la vista toda clase de ejemplos para que tratemos de imitar al más conforme con nuestras condiciones. Hay tres clases de virtud: una que nace en su mayor grado de pureza y la conserva siempre sin mancha, sin combate, sin vacilacion, delicada azucena que jamás pierde su aroma. Otra que nace luchando, y luchando vive hasta que el triunfo la asegura la inmortalidad, como el tierno arbusto combatido por los vientos y la intemperie, hasta que echando hondas raíces crece, se desarrolla y desafía gigante á los tiempos y los hombres; y la tercera es la virtud que ha sucumbido, pero no muerto, y vuelve á resucitar llena de hermosura como las flores que cierran su cáliz al rigor de un sol abrasador, volviéndole á abrir nuevamente para exhalar su perfume ántes de que se esconda en el horizonte. Las tres son preciosas plantas en el jardin de la Iglesia, y las tres merecen para con Dios el premio de la inmortalidad.—G. P.

PASI (Francisco). Jesuita, natural de Bolonia, se distinguió mucho por su prudencia y buenas cualidades para el gobierno. Pasó á las Indias en 15 de Setiembre de 1548 en compañía de los PP. Rodulfo Aquaviva, Mateo Riccio, Nicolás Spínola y Miguel Rogerio; desde Macao, donde llegó despues de cuarenta dias de navegacion, pasó al Japon adonde iba destinado. Allí mientras se presentaba la oportunidad, fué nombrado por el P. Visitador Angel Valignano, compañero del P. Miguel Rogerio para pasar á verse con el virey del Japon y suplir á aquel en las faltas que pudiese cometer por sus cortas cualidades. Despues de haber permanecido allí algun tiempo, habiendo conseguido el objeto que se habian propuesto los superiores al enviarle, pasó á Macao y por segunda vez al Japon, donde pasó muchos años dedicado á la predicacion del Evangelio, y despues gobernó como prepósito provincial las misiones de la China y el Japon. Pero renunció sus

cargos en 1612 cuando fué nombrado prepósito general de aquellas provincias; y habiendo partido de Macao para visitar á sus compañeros de la China, fué atacado de la última enfermedad que le llevó en breve al sepulcro en 30 de Agosto de 1612. Escribió en italiano: *Cartas anuales de los chinos;* 1583. — *Anuario del Japon en* 1598, *con la relacion de la muerte de Tatrosama, emperador del Japon.* — *Anuario desde el año* 1601 *y siguientes hasta el de* 1606. S. B.

PASIAN (Matías), párroco de Elcoviz en Flandes. Nació en Lovaina, y fué tan esclarecido por su vida y costumbres irreprensibles, como por su mucha erudicion y celo apostólico. La elocuencia y vigor con que predicaba y sostenia las verdades católicas, confundiendo las nuevas sectas y sus secuaces, le hizo ser de ellos muy aborrecido; y siendo preso y llevado á Brila, en Holanda, sufrió ignominias, azotes y tormentos. Entre estos le pusieron una mordaza de cordel á modo de freno, que los verdugos apretaban y retorcian hasta desgarrarle la boca, órgano con que difundió la doctrina del Evangelio. Teniéndolo, pues, colgado de la horca tres horas, pasó su alma feliz al seno del Eterno en 1572. — C. de la V.

PASICRATES (S.), mártir. Padeció el martirio este Santo con S. Valencion y otros dos compañeros. Los cuatro eran naturales de Misia y soldados de una legion romana que guarnecia la ciudad de Dorostoro. Habiendo manifestado públicamente ser afectos á la religion de Jesucristo, fueron acusados ante la autoridad del César, que les obligó á confesar la religion que profesaban; y como dijesen que eran cristianos, y se negasen á abjurar de Jesús y despreciasen los ídolos, se les arrojó á una grande hoguera, en la que murieron abrasados el año 302 de nuestra era, razon por la que recuerda la Iglesia Católica estos mártires el dia 26 de Mayo. — C.

PASINI (José). Nació en Turin el año de 1696, y abrazó andando el tiempo el estado eclesiástico. Empezó desde muy jóven á consagrarse con aficion y mayor provecho al estudio del hebreo, y despues fué nombrado bibliotecario de la universidad de Turin. Obtuvo tambien el título de consejero del rey de Cerdeña, y murió en su ciudad natal por los años de 1770. Citaremos algunas de sus obras. *De præcipius Bibliorum linguis et versionibus.* — *Dissertationes selectæ in Pentateuchum.* — *Grammatices linguæ sanctæ institutio.* — *Vocabolario italiano-latino.* — *Storia del Nuovo-Testamento, con alcune reflessioni morali ed osservationi.* — *Codices manuscripti Bibliothecæ Regiæ Taurinensis athenæi per linguas digesti.* Fueron colaboradores de Pasini en este catálogo, Antonio Rivautella y Fr. Berta, conservadores ámbos de aquella biblioteca. Todas sus obras se distinguen por un estilo elegante y correcto á la vez, y contienen vastísima erudicion. — C. de la V.

PASION (Fr. Diego Arana de la), franciscano portugués, natural de Bra-

ga, predicador de la reina de Francia María de Médicis. Publicó: *Ciento cincuenta cánticos con treinta himnos y todas las oraciones de S. José, esposo de la Santísima Virgen, escritas por Francisco Gemma*, clérigo de Capua, á las que se hallan adjuntas: *Flores de la oracion de la sagrada Sociedad de Jesús María y José, sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres;* Paris, 1624, en 16.° — S. B.

PASION (Fr. Guillermo de la), religioso cisterciense natural de Braga en Portugal, tomó el hábito en el monasterio de Alcobaza, del que llegó á ser abad, distinguiéndose tanto por sus virtudes que mereció un lugar privilegiado en el Agiologio lusitano. Vivia por el año 1572, por cuya época escribió: *Cronicon de su monasterio de la Alcobaza*, en que ilustró con notables hechos y circunstancias la historia de Portugal. *Las fundaciones de los monasterios del reino de Portugal. Laberinto espiritual, docto y piadoso*, esto es, *Tratado de los Santos Angeles*, el que se conservaba manuscrito en el monasterio de Alcobaza. — S. B.

PASCUALIGUS (Zacarías), teatino de Verona, vivió hácia mediados del siglo XVII, y se aplicó al estudio de la teología moral. Dió una obra que tituló: *Praxis jejunii.* Su país habia conservado la costumbre de despojar á ciertos niños de su virilidad, bárbaro uso inventado por los celos en Oriente, importado luego al Occidente para adquirir algunas voces hermosas y atipladas, que se destinaban al canto. Pascualigus compuso un *Tratado moral* sobre esta cruel y bestial operacion, prohibida con tanta severidad por la Iglesia. — C. de la V.

PASQUES (Madre Josefa Puig de). Tuvo lugar su nacimiento en la antiquísima villa de Murviedro, siendo sus padres nobles y piadosos D. Jacinto y Doña Francisca Marca. Muy niña la llevaron á un convento de Morella, educándola á la sombra y cuidado de su buena tia la Madre Sor Elena Marca. Era perfecta y recogida, devotísima del Patriarca S. José, con tal extremo que asombraba, y llegaron las religiosas á tenerla por su patrona en el coro. A los quince años vistió el hábito de S. Agustin, que hasta entónces habia llevado por devocion, y profesó en 1646 con singular satisfaccion de su alma. Fué por lo mismo espejo de virtud, siguiendo fielmente los consejos de su padre espiritual el V. Mtro. Pascual. A pesar de ser señora y rica, amaba sin límites la pobreza; y sus rentas de más de doscientas cincuenta libras, con más de quince mil ducados que heredó, fueron consagradas á Dios, edificando un suntuoso templo, y gastando no despreciables sumas en otras cosas divinas. Extendia su caridad al pobre, remediando sus necesidades ya con trigo, ya con ropas, ya con dinero, para lo cual habia obtenido el beneplácito del prelado. Y esto no obstante, cuando murió á consecuencia de una grave enfermedad, hubo necesidad de buscar veinte reales

prestados para gastar lo preciso, pues habia empleado todo su capital en obras pias y en el culto divino. «Era parquísima para sí, refiere el P. Jordan, »y se contentaba con muy poco, casi con nada; y para Dios y para los po»bres era liberalísima. Unas yervas eran de ordinario su comida; sus há»bitos pobres y groseros; su tocado llano y honesto; tanto que á su ejemplo »le reformó todo el convento. Gastó en la fábrica del nuevo templo de su »convento, altar mayor y otros que hizo, millares de ducados, y así debe »á esta gran religiosa su Orden uno de los más donosos templos que hoy »tiene la Corona de Aragon.» Fundó asimismo la Misa de la renovacion, que se celebraba con gran solemnidad, y la fiesta al Patriarca S. José. Hizo siendo sacristana muchos adornos, albas y casullas. Grande fué su pureza, y para conservar esta preciosa joya maceraba su delicado cuerpo con ayunos, cilicios y otras mortificaciones. Su oracion era larga, así por el dia como por la noche; su paciencia invencible hasta en las graves enfermedades que padeció. Ejerció con gran prudencia dos veces el cargo de priora, siendo observantísima de las constituciones de la Orden. Por su carácter afable y generoso, amábanla las religiosas y las personas principales de la villa, que tenian noticia de la gran virtud de la madre Sor Josefa. Llena de años y de merecimientos al llegar su última hora, recibió los santos sacramentos con gran paz y sosiego, siendo su tránsito feliz á 25 de Enero de 1691; causó mucha pena su muerte á las religiosas, pues perdieron una madre ejemplar, á la cual admiró el V. P. Pascual, su confesor. — O. y O.

PASQUET (Rdo. P. Mtro. Fr. Antonio), hijo del Real convento de S. Lázaro de la ciudad de Zaragoza, de la Real Orden militar de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos. Floreció por los años de 1465 en la misma, con un crédito de varon doctísimo, celoso y santo. Fué mucha su autoridad en la religion y fuera de ella, porque sus altas prendas le granjeaban la estimacion y aprecio. Nombrado el año de 1477 comendador del convento, fué eminente en el desempeño de este oficio, así como tambien en la inteligencia de la Sagrada Escritura, é insigne orador. Con su muerte el convento perdió no escasos adelantamientos, pues cuantos le conocian le profesaban grande veneracion. — O. y O.

PASSANTE DE STO. TOMÁS DE AQUINO (P. Agustin de), sacerdote de las Escuelas Pias, natural de Brundusio, en el reino de Nápoles, aunque descendiente de una familia de Burgos. Jóven todavía, se hizo clérigo y trasladó á Roma, donde estudió las letras humanas y las divinas, aprendiendo además matemáticas con grande perfeccion. Apénas tenia treinta años, cuando vino á España, donde trabajó con incansable celo por los progresos del instituto en que habia entrado. Distinguióse mucho como orador, siendo en su época uno de los que más fama obtuvieron en el púlpito, y con este

motivo le valió ser nombrado ayo del marqués de Villena, y del hijo del duque de Santisteban del Puerto. Lanzado ya en más vasto campo, no tardó en ser encargado del desempeño de algunos graves negocios que confió á su celo y prudencia el célebre y desgraciado monarca Cárlos II, quien reconociendo su mérito, le nombró para su obispado de Mótula en el reino de Nápoles. Pero su instituto, que en poco ménos de un siglo que contaba de existencia se habia negado constantemente á la salida de los sugetos que más le honraban con su talento, «nada dejó por practicar, dice el P. Concepcion, en la Sagra»da Congregacion del Concilio, adonde se ventilaba el negocio, para embarazar »que la presentacion viniese á efecto. Cinco años parece duró la controversia. »En este tiempo fueron reiteradas las instancias, no solo por parte de Cár»los II, sino tambien de Felipe V, que ya ocupaba el trono de esta monar»quía; pero habiendo sido elevado á la suprema dignidad de la iglesia el »pontífice Clemente XI, muy amante de la observancia del piadoso instituto, »embarazando que la presentacion tuviera cumplimiento; y como ya estaba »declarado, que sin mediar el precepto de Su Santidad no podia aceptar el »obispado, desistiendo el Rey, presentó á la iglesia de Mótula otro sugeto be»nemérito.» Su religion le ocupó desde entónces en los más elevados empleos, prueba del grande aprecio en que tenia su persona y distinguidas cualidades, nombrándole procurador general, predicador en lengua italiana, teólogo y consultor en los delicados negocios de conciencia del emperador Cárlos VI, cuyos destinos desempeñó por espacio de doce años, siendo tal el aprecio con que llegó á mirarle aquel monarca, que le presentó para el obispado de Puzzol en Nápoles, en 1724, á lo que no se opuso en esta ocasion su instituto, deseoso de premiar sus grandes méritos, y de honrarse al mismo tiempo teniendo uno de los sugetos que más habian trabajado por su prosperidad elevado á la púrpura episcopal. Concedió el papa Benedicto XIII la dispensa sin dificultad ninguna, siendo este el primer religioso que pasó de los humildes claustros de las Escuelas Pias á la eminente dignidad de la silla episcopal. Gobernó su iglesia por espacio de ocho años, llenando con celo y caridad todos los deberes propios de su cargo, aunque suspirando por el retiro á que le inclinaban sus antiguos hábitos. No pudo, sin embargo, consentir que se le admitiese la renuncia que presentó repetidas veces, prueba inequívoca de que así el Emperador como el Pontífice se hallaban satisfechos de sus servicios, y murió en 8 de Noviembre de 1752, en su palacio episcopal, asistido del rector del noviciado de las Escuelas Pias de Nápoles, que le administró los santos sacramentos, predicando despues su elogio fúnebre en sus exequias. Este padre fué uno de los que fundaron ó introdujeron en Cerdeña el instituto de las Escuelas Pias, para lo que tuvieron que vencer no pocas dificultades. — S. B.

PASSARA (Nicolás), religioso franciscano, que murió en Abril de 1275, en Colonia ó algun convento de sus alrededores, operándose en su sepulcro muchos milagros, segun se refiere en la conmemoracion que de él hace su Orden el 14 de Abril. —S. B.

PASSARELO (P. Fr. Gaspar), de la órden de S. Francisco de Paula, doctor en ambos derechos, de la provincia de Pulla, natural de Monópoli. Escribió un libro de casos de conciencia en lengua latina; un compendio de los privilegios de la religion con notas curiosas y doctas para inteligencia suya. Redujo á forma y estilo todas las actas de los capítulos generales hasta su tiempo, y en la regla y correctorio señaló los textos de derecho canónico en que estan fundados. Escribió escolios á los capítulos generales que lo necesitaban, conforme á la teología y á derecho. —O. y O.

PASSAVANTI (Santiago). Nació por los años de 1297 en Florencia, de una familia distinguida, é ingresó en la órden de Sto. Domingo. Hizo su nombre célebre en Italia por un tratado que intituló: *El espejo de la verdadera Penitencia;* impreso por vez primera en Florencia el año 1495, obra muy estimada por su fondo y por su estilo. La Academia de la Crusca dió tambien una edicion de este libro en 1681; pero la mejor es la de Florencia, en 1725. Passavanti murió en su patria el año de 1357. —O. y O.

PASSERA (Fr. Félix de), religioso capuchino de la provincia de Brescia; dió á la prensa la obra siguiente: *Praxis infirmorum præsidiis*; Venecia, por Juan Bautista Malo, 1674. —S. B.

PASSERI (Juan Bautista), uno de los más célebres y laboriosos anticuarios del siglo XVIII, nació en Farnesio el dia 10 de Noviembre de 1694, ejerciendo su padre en aquel punto la medicina: su familia procedia de Pésaro. Destinado á la magistratura por sus parientes, fué enviado á Roma para cursar la jurisprudencia; mas al ver la múltiple variedad de monumentos que encierra aquella capital, concibió naturalmente grandes deseos de estudiarlos en particular. Al efecto arregló de tal modo el tiempo de que diariamente podia disponer, que despues de cumplir fielmente con los deberes que se le habian impuesto, tuvo ocasion de entregarse con aplicacion al estudio de la arqueología y de la numismática. Cuatro años permaneció en Roma, distribuyendo el tiempo entre sus estudios jurídicos y los de las antigüedades; y cuando los hubo terminado, le llamó su padre, el cual ejercia por entónces la medicina con grande éxito en Todi. Mas no por haber salido de Roma olvidó Passeri ó dejó enfriar su amor al estudio de la arqueología; allí como aquí jamás conoció otro descanso y distraccion, terminadas sus tareas, que proseguia en las investigaciones de monumentos antiguos, y aun empleaba frecuentemente las noches en examinar y describir los objetos que en sus escudriñamientos arrancaba á la tierra. Hallándose ya en edad de to-

mar un partido, se casó, fijándose en Pésaro, donde continuó ejerciendo la profesion de abogado y dado al cultivo de las ciencias, en las que habia hecho grandes progresos. Pero en el año de 1738 enviudó, despues de unos doce años de constante tranquilidad en su matrimonio, y abrazó el estado eclesiástico, recibiendo á poco la dignidad de vicario general en Pésaro. Los deberes de su nuevo empleo, en cuyo cumplimiento sobresalió ciertamente por su celo, no fueron tampoco causa suficiente á distraerle de sus estudios favoritos, debiendo á la conformidad de gustos el encontrar íntima y grata amistad en el caballero *Annibal degli Abbati Olivieri* y en el sabio é infatigable Gori. Ménos ocupado Passeri de su propia gloria que de la de sus amigos, se encargó de terminar y dar á luz muchas obras del último (1); pero su modestia no bastó por lo mismo á impedir que su reputacion traspusiese los límites de la Italia: la Real Sociedad de Lóndres y la Academia de Olmutz le confirieron sus diplomas de socio, recibiendo tambien el título de anticuario del gran duque de Toscana. Ejerció largo tiempo el cargo de auditor de la Rota y otras funciones importantes, á las cuales añadió Clemente XIV la de protonotario apostólico. Passeri llegó á una edad avanzada, rodeado siempre de la pública consideracion, y sin experimentar nunca el más leve resfriamiento en sus deseos insaciables de mayor y nueva ciencia, los cuales no le abandonaron en toda su vida. Asaltóle la muerte de resultas de una caida que dió al regresar de su casa de campo, y murió en Pésaro el dia 4 de Febrero de 1780. La reputacion que alcanzó este sabio arqueólogo ha sufrido diferentes quebrantos, extinguiéndose ó decayendo por lo ménos á grandes intervalos. Llegó un tiempo en que se tuvo ya por cierto el extravío mental de algunas explicaciones suyas, arrastrado seguramente por su grande y prodigiosa imaginacion, que le llevaba las más veces á desechar el sentido más claro, como el más natural, por establecer y dejar sentados varios sistemas opuestos en un todo á la evidencia. Su entusiasmo por los etruscos le lanzó en errores insostenibles, como por ejemplo, el querer persuadir que los filósofos de aquel *pueblo* conocieron la rebeldía de los ángeles, la caida del hombre, la vida futura, etc., como tambien que habian adivinado la mayor parte de los dogmas que enseña la revelacion. Además de las disertaciones publicadas en el tercer volúmen del *Museum Etruscum* de Gori (2), en los *Symbola litteraria* del mismo autor (3), en la *Coleccion de la sociedad Colombina*

(1) Passeri completó la brillantísima obra de Gori: *Thesaurus veterum diptychorum*, cuyos prefacios son originales del instruido sacerdote, como tambien las explicaciones que acompañan á las láminas del *Thesaurum gemmarum astriferarum*.

(2) Las disertaciones son cinco, y tratan respectivamente del genio familiar de los antiguos; del altar sepulcral; de las ceremonias observadas por los etruscos en los funerales; de una antigua familia de Perusa, que deriva su origen de los *Volci*; y por último, de la arquitectura etrusca.

(3) Son otras cinco, tambien sobre antigüedades.

de Florencia y en el *Thesaurus antiquitat. Beneventanarum*, tenemos otras obras de Passeri: *Lucernæ fictiles cum animadversionibus*, que se publicó á expensas de la Academia de Pesaro. En esta obra describe Passeri las lámparas antiguas que habia recogido, y que ya formaban una coleccion bastante considerable: no todas merecieron seguramente los honores de la publicacion, como se lo hizo notar un crítico, disfrazado con el nombre de *Pietro Tombi Mecchi*, bedel de la Academia de Pesaro, el cual puso muy de bulto algunos errores de Passeri. En un cuarto volúmen se habia propuesto dar á luz las lámparas que halló en los sepulcros cristianos; mas aunque satisfizo aquel su deseo, no consta que se haya dado á la imprenta. *Lettere Roncagliesi, nelle quali si da la spiegazione di aliquanti monumenti italici antichi;* son diez y siete cartas, llamadas de aquella suerte por el autor, á causa sin duda de ser fechadas en su quinta de Roncagli, cerca de Pesaro, y estan dirigidas á *Olivieri degli Abbati;* hállanse insertas en la *Raccolta Calogerana*, y versan principalmente sobre las famosas *Tablas Engubinas*, el monumento más importante de la lengua etrusca.—*Osservazioni sopra l'avorio fosile e sopra alcuni monumenti greci e latini conservati nella famiglia Nani.*—*Paralipomena in libros de Etruria regali*, cuya obra es más bien el suplemento necesario á la *Etruria regalis* de Dempster. —*Picturæ Etruscorum in vasculis, etc.*—*Conjecturæ de marmores sepulchralis cinerario Perusiæ effoso et P. Clementi XIV oblato.*—*Novus Thesaurus gemmarum veterum ex insignioribus dactyliothecis selectarum cum explicatione.* En prensa se hallaba esta obra cuando murió Passeri, y sus amigos se encargaron de vigilar la publicacion de ella. Las obras inéditas de este célebre arqueólogo formarán unos ochenta volúmenes, segun expresa *Olivieri degli Abbati* en su *Memorie dell' uditor Giam Battista Passeri, trà gli arcadi Feralbo*, por medio de un catálogo de todas aquellas. La ciudad de Gubbio, entre cuyos patricios figuró Passeri desde el año de 1750, levantó á su memoria un monumento de mármol.—C. de la V.

PASSERI (Marcelo), natural de Ariano, en el reino de Nápoles, fué nombrado auditor de la Rota Romana por el papa Clemente XII el 12 de Julio de 1730, dia de su elevacion al solio pontificio. Passeri desempeñaba ya este cargo cerca de Clemente, cuando no era más que cardenal. Preconizado para el arzobispado de Nacianzo en Capadocia, en el consistorio de 5 de Marzo de 1731, fué consagrado el 11 siguiente en la iglesia de los Teatinos en Roma por el cardenal Cienfuegos, asistido de los arzobispos de Patras y de Atenas, y el 30 del mismo mes fué declarado prelado asistente al solio pontificio. Queriendo Clemente XII reconocer los largos servicios que le habia hecho durante treinta años, le creó y declaró cardenal de la Iglesia Romana el 28 de Setiembre de 1733, le dió el capelo en un consistorio público el 1.° de Octubre, é hizo la ceremonia de cerrarle y abrirle la boca el 2 de Diciembre

siguiente, despues de lo cual le señaló el título presbiterial de Sta. María de *Ara Cœli*, de que tomó solemnemente posesion el 18 de Febrero de 1734. Fué puesto al mismo tiempo en las congregaciones del Concilio de los obispos y regulares, del Consistorio y del Indice. — S. B.

PASSERINI, cardenal, natural de Cortona, entró siendo todavía muy jóven al servicio de la casa de Médicis, y supo ganarse el aprecio del papa Leon X, que le hizo datario suyo y le confirió el capelo en 1517. Passerini obtuvo despues los obispados de Cortona, su patria; de Narni, de Asís y de Barcelona, estuvo encargado durante algun tiempo de la administracion del Estado de Florencia, y desempeñó despues las legaciones de Perusa y del ducado de Espoleto. Murió en Cittá di Castello, cerca del Tiber, en 20 de Abril de 1529, á la edad de sesenta años. Silvio Passerini, sobrino suyo, arzobispo de Conza, le mandó erigir en 1587 un sepulcro en la iglesia de San Lorenzo *in Lucina*, que era su título de cardenal. — S. B.

PASSERIO (Fr. Nicolás), lego de la religion de S. Francisco. Se señaló su vida por su profunda humildad y por los milagros despues de su muerte, siendo digno de trascribirse el que acaeció á un religioso sacerdote, á quien tenian ordinariamente atado con cadenas para librarse de sus accesos de locura, que invocando el patrocinio del siervo de Dios experimentó instantáneamente su efecto en una alegría que confortó su corazon y rectificó su juicio. Otros milagros se cuentan de este venerable franciscano, que se ven pintados en varias tablas que adornaban su sepulcro y refieren los cronistas de la Orden. — O. y O.

PASSERONI (Juan Cárlos), poeta italiano del género burlesco y jocoso, fué á la vez uno de los eclesiásticos más modestos y austeros de su tiempo. Aunque natural del condado de Niza, la ciudad de Milan le cuenta en el número de sus hijos; nació pues en la aldea de Lantosca el dia 9 de Marzo de 1713, y su padre le envió muy niño aún á Milan para que aprendiese la lectura y escritura, y tambien el latin, que estudió con un tio suyo, el cual era lo que entónces se llamaba *maestro de escuela*. Asímismo cursó en aquella ciudad la filosofía, volviendo luego á Niza para estudiar teología. Luego que se ordenó de sacerdote, tomóle á su servicio el nuncio Lucini, el cual le llevó á Roma, y despues á Colonia, cuya nunciatura le habia conferido el Papa. Aquellos viajes, que estaba escrito habian de conducirle á la fortuna, contrariaron al pronto los deseos que tenia Passeroni de fijarse en Milan, donde se le presentaba únicamente en perspectiva una mediania muy cercana á la miseria; mas no tardó en regresar á la ciudad de su predileccion, donde no contó efectivamente para el sustento diario con más recursos que sus honorarios. Pero como no fuesen mucho mayores sus necesidades que su ambicion, contemplábase feliz viviendo en una casita baja, poco

cómoda y amueblada con gran modestia, donde por sí mismo preparaba lo necesario á su alimento, compuesto solamente de una sopa, frutas y agua. Un gallo que se habia reservado por comensal y compañero, era el único que formaba las delicias de Passeroni, del cual solia hablar con frecuencia en sus versos. En aquel más que modesto recinto, y practicando un régimen de vida muy antipoético seguramente, compuso bajo el título de *Capitoli* una especie de sátiras, llenas de sal ática, y unas *Fábulas* en que la poesía burlesca ofrecia al lector cuantos chistes y gracias le son propias, á las cuales dió por título *Esopiani apologhi*. Pero donde más se aventajó á sí propio en este género, fué en el poema *Il Cicerone*, que dividió en treinta y cuatro cantos. Y aunque las poesías de Passeroni participaron eminentemente del carácter original y caprichoso de las del Ariosto, no siendo sin embargo tan indecentes, es de notar grandemente la coincidencia, porque siempre se negó á conocer á tan gran poeta, y nunca leyó un solo verso del *Orlando furioso*: su conciencia timorata le alejó constantemente de toda licencia, y más de una vez rehusó el hospedaje y la mesa que le ofrecieron los patricios milaneses en sus respectivas casas. Ni áun el conde de Firmian, plenipotenciario de Austria en Lombardía, y protector obligado y solícito de los hombres de letras, pudo nunca decidirle á que aceptase algunos empleos compatibles con su estado y con sus aficiones. Este caballero le profesaba gran cariño, y le obligó á frecuentar su palacio para tener el gusto de conversar con él, y Passeroni á su vez, no pudo ménos de consagrar á tan generoso Mecenas una adhesion viva, al par que desinteresada. Solia el conde decir, al hablar de su protegido: «Le quiero mucho, porque »no ama la posicion y dignidad que ocupo, sino la persona del amigo. Nun»ca podré confundirle con los que me estiman por el asiento que les doy á »mi mesa, ó porque tengo en mi mano el empleo que codician.» Lorenzo Sterne, autor del Tristram Shandy, y de quien muchos italianos sospechan que calcó su obra en el *Cicerone* de Juan Cárlos, ó que por lo ménos le sugirió éste la idea de su plan, halló un dia á Passeroni en casa del conde de Firmian, y le expresó con la mayor cordialidad el alto concepto y estima que hacia de sus talentos y el placer que sentia por haber tenido la fortuna de conocerle. Y juzgando con ligereza, tal vez por lo que en Inglaterra acontece, que la edicion del *Cicerone* habia enriquecido á su autor, preguntóle despues á cuánto creia ascender sus productos; á lo cual repuso con admirable sencillez Juan Cárlos, que no habia despachado muchos ejemplares de ella. Sterne entónces le hizo ofertas muy generosas, que agradeció con su modestia de costumbre Passeroni, añadiendo que nada necesitaba. Sin embargo, no pudo ménos de aceptar una pension de quinientas libras milanesas (383 francos, 75 cént.), que le asignó el conde de Firmian, sobre los fon-

dos de la emperatriz María Teresa, viva aún, mas á poco murió la princesa, y quedó Passeroni tan pobre como ántes, aunque sin afligirse gran cosa. Sus amigos luego quisieron prevenir esta necesidad obligándole á recibir dos beneficios, cuyas rentas formaban juntas una suma igual á la que acababa de perder; mas vino la revolucion francesa, que no tardó mucho en invadir la Italia, y fué nuevamente privado de aquellos recursos. Y de seguro hubiera para siempre caido en la miseria, si el gobierno republicano, que por entónces se estableció en Lombardía, no le hubiese asignado sobre los fondos públicos una renta proporcionada á su mérito; mas Passeroni la destinaba casi integra al alivio de los desgraciados, porque se contentó siempre con la pobreza. Tales fueron en este punto su conformidad y su hábito, que no obstante el disfruto de una pension de cuatro mil libras milanesas (5070 francos, 7 cént.), con más una centena de cequies (1194 francos) anualmente, como miembro del *Instituto de Ciencias, Artes y Letras* de la República Cisalpina, jamás introdujo cambio alguno en sus antiguas costumbres. Siempre vistió del paño más inferior, y su traje denotaba gran descuido y desaseo. A los ochenta años se le vió ir todavía por su pie, aunque apoyado en un baston, á comprar las viandas necesarias para su más que frugal comida, las cuales siguió condimentando por sí mismo hasta el fin de sus dias. Durante la enfermedad que precedió á su muerte, y viéndole ya postrado en el lecho, quiso un amigo suyo darle un criado: «No, no, replicó Passeroni, no quiero en mi casa confusiones, no quiero intrigas.» Murió en Milan cerca de los ochenta y nueve años de edad el dia 26 de Diciembre de 1802. Existen diferentes ediciones de sus obras, pero solo citaremos las siguientes: *Il Cicerone*, poema *in ottava rima.*— *Traduzione di alcuni epigrammi greci.* —*Favole Esopiane.* —C. de la V.

PASSI DE CARPI (Francisco). Nació en el Estado de Módena donde murió en 1594; se dió á conocer principalmente por una traduccion latina de *Plantus* de Aristófanes; Parma, 1501. —S. B.

PASSI ó DEL PASSO (José), religioso camaldulense, conocido como humanista y poeta, fué natural de Rávena, donde vió la luz primera en 1569 y murió en Venecia en 1620. Perteneció á muchas academias y se dió á conocer por un gran número de opúsculos, de los que son los más notables: *Los defectos femeninos;* Venecia, 1598, 1599, 1600 y 1618. — *Tratado del estado matrimonial*; id., 1602 á 1610. — *La monstruosa fragua de la miseria de los hombres*; 1603, con un apéndice dado á luz en 1509, etc. — S. B.

PASSINO (Fr. Adeodato), religioso capuchino de la provincia de Bruselas. Escribió una obra con el título de *Subversio operum Joannis Molinei à Lovinio;* tres tomos en 8.°, impresos en Bruselas por Ricardo en 1636. — S. B.

PASSIONEI (Benito). Este sabio arqueólogo nació en Fossombrone en el ducado de Urbino el año de 1720. Educado bajo la direccion de su tio el célebre cardenal Passionei, hizo rápidos progresos en literatura y en las ciencias arqueológicas, los que le valieron el aprecio y distincion de los pontífices que se sucedieron en la silla de S. Pedro en su época. El año 1775 fué secretario de la Congregacion de las Aguas, y nombrado por Pio VI obispo de Turin, murió en esta diócesis el año 1787. Segun Weis, este prelado hizo excelentes ediciones de muchas obras importantes, y entre ellas de las siguientes: *Lettres inedites du cardinal Bona*; Luca, 1759, en 4.°—*De vera philosophia*, tratado del cardenal Adriano; Roma, 1775, en 4.°—Una version italiana de la *Vie de D. Calmet*, por Faugé; Roma, 1770, en 4.°—Y en fin la coleccion de inscripciones griegas y latinas reunidas por su tio en su Museo de Frascati, que publicó con el título: *Iscricioni antiche disposte per ordine di varie classi ed illustrate, con alcune annotazioni*; Luca, 1765, en fólio: esta obra se ha hecho ya muy rara.—C.

PASSIONEI (Domingo), cardenal muy docto que nació en Fossombrone, ducado de Urbino, el dia 2 de Diciembre de 1682. Hijo de una antigua y respetable familia, fué educado en Roma al cuidado de su tio, y terminó sus estudios con brillantez en el Colegio Clementino. Despues buscó la sociedad del P. Tommasi, sabio teatino, y la de Fontanini, profesor á la sazon de elocuencia; y guiado por estos dos hábiles maestros, progresó rápidamente en el conocimiento de las antigüedades sagradas y profanas. Fontanini le dedicó en 1705 la *Défense* de la Diplomática de Mabillon, en cuya obra habia insertado una carta inédita de Alcuino, con notas de Passionei, dignas en verdad de un literato más consumado. Éste poseia ya una biblioteca compuesta de los mejores autores, que se apresuraba á franquear á todos los eruditos, siempre que se les ofrecia, y áun muchas veces se adelantó á sus ruegos, como lo hizo con D. Martianay, á quien remitió el catálogo de las obras de S. Gerónimo, acompañado de algunas observaciones críticas, verificando lo mismo con otros muchos. Tambien consideró siempre como un deber tomar la defensa de los autores injustamente combatidos, y pudo estorbar que la Congregacion del Indice censurase las *Memorias de Tillemont*, delatadas por algunos eclesiásticos de corta instruccion. Consiguió además levantar la prohibicion que se dió para imprimir las *Vidas de los obispos de Rávena*, por Agnello, monumento precioso descubierto por Bacchini, el cual publicó de él una edicion excelente. En 1706 fué encargado de llevar el capelo á Felipe Gualterio, nuncio del Papa en París, y con tal motivo claro es que aprovecharia la ocasion de acrecentar sus riquezas literarias, y trabar relacion con los hombres más eminentes en letras. Dos años residió en Francia, pasando luego á Holanda, donde adquirió tal consideracion que

juzgó el Papa conveniente invitarle á prolongar su estancia en el Haya, y aunque no fué investido de carácter alguno oficial, le fueron otorgados por los Estados generales iguales privilegios que á los ministros extranjeros. Disponíase ya á tomar pasaje en direccion de Inglaterra, cuando recibió el nombramiento de legado del papa Clemente XI en el congreso de Utrech (año de 1712), donde se hizo notar por su firmeza y por su celo religioso. Vuelto á Roma para dar cuenta de su mision, se detuvo algun tiempo en París, y fué presentado á Luis XIV, de quien recibió testimonios de aprecio singular y un retrato suyo orlado de diamantes. No bien continuó sus interrumpidas tareas literarias, fué enviado al congreso de Baden (año de 1714) para reclamar el cumplimiento de los tratados precedentes, en cuanto hacian relacion á la Santa Sede; mas no pudiendo obtener lo que pedia, redactó una protesta, que dió al público, cuyo original depositó en los archivos de Lucerna. El Soberano Pontífice tuvo en cuenta sus buenos oficios, por más que hubiesen dado poco fruto, y al año siguiente fué nuevamente enviado á Soleure, para asistir á la ceremonia de renovacion de la alianza entre Francia y los cantones suizos. Pero extendida la voz de que los turcos acababan de equipar una flota destinada á atacar la isla de Malta, le fué propuesto por Su Santidad trasladarse á la Isla con el título de legado suyo: él, sin embargo, se excusó de una mision que podia alejarle por mucho tiempo de sus ocupaciones favoritas, y se encerró en su biblioteca, donde pasó muchos años entre sus libros, trabajando con ardor en coleccionar manuscritos antiguos. Poco despues de haber sido elevado Inocencio XIII al solio pontificio nombró á Passionei para la nunciatura de Suiza, confiriéndole al propio tiempo el título de arzobispo de Efeso. En las actas de aquella legacion, impresas en un volúmen en fólio, se hallará una descripcion exacta y minuciosa de la conducta que Passionei guardó durante el tiempo de su residencia en Suiza. Poco dado á contemplaciones, por creerlas solo un testimonio irrecusable de debilidad, rompió abiertamente con el consejo de Lucerna, que le echaba en cara el deseo de llevar demasiado léjos las inmunidades eclesiásticas, y se retiró á Altdorf, donde permaneció más de un año, á pesar de las instancias que le hacian los magistrados de Lucerna, los cuales al fin desistieron de sus pretensiones. En 1730 fué trasladado á la nunciatura de Viena, donde aquirió nuevos títulos á la consideracion y aprecio del Soberano Pontífice, quien le llamó otra vez en 1738 para darle el puesto importante de secretario de los breves pontificios. Aquel mismo año recibió la púrpura cardenalicia, siendo tambien admitido en la Congregacion de Ritos, de la Propaganda, etc.; y sin embargo del celo y exactitud con que procuraba llenar las funciones de sus diferentes empleos, siempre tuvo tiempo de entregarse al cultivo de las letras. Mantenia correspon-

dencia con los sabios y literatos más distinguidos, cuyas producciones le sometian estos, ó bien se las dedicaban en prueba de su deferencia y aprecio. Habia adquirido la propiedad de un terreno en las cercanías de los Camaldulenses de Frascati, y allí se dedicó á reunir, aunque con grandes dispendios, varias incripciones (1), antigüedades, pinturas y estatuas de los más célebres artistas modernos, trasportando tambien á Frascati una gran parte de la rica biblioteca que poseia y nunca cesó de acrecentar. De esta suerte vióse aquel retiro frecuentado por todos los extranjeros versados en el estudio de las ciencias y de las artes, los cuales no le abandonaron nunca sin formar propósito de visitarle nuevamente. Aunque independientemente del resto de sus ocupaciones ó empleos oficiales, Passionei se encargó de la biblioteca del Vaticano, por ausencia de Quirini, que pasaba una gran parte del año en su diócesis, y le sucedió en 1755, como conservador de uno de los depósitos literarios más ricos de Europa. Siendo aquel puesto el que únicamente ambicionó durante su vida, inútil nos ha de ser por tanto añadir si le sirvió con la precision y acierto que exigia. La edad no amortiguó en él su amor á las letras, y la salud que disfrutaba le ofrecia en perspectiva una larga y brillante carrera literaria; mas sintióse de pronto acometido de un ataque violento de apoplejía que le cortó la vida en Frascati, cuando contaba setenta y nueve años de edad, en el dia 5 de Julio de 1761. Sus restos fueron trasladados á Roma y depositados en la iglesia de S. Bernardo, donde se ve su epitafio. Fué Passionei individuo de la mayor parte de las sociedades literarias de Italia, y habia sucedido á Maffei en el puesto de corresponsal de la Academia de Inscripciones, en la cual Lebeau pronunció su elogio, inserto despues en el tomo XXXI de la coleccion de aquella Academia. Este prelado ilustre fué de un carácter muy desigual, y á esto debió, segun dicen, el no ser elegido para el trono pontificio en el cónclave de 1758, en el cual obtuvo diez y ocho votos. Llevó á tal punto su habitual obstinacion, que en las diferentes cuestiones que sostuvo con Benedicto XIV, casi siempre tuvo el Pontífice que ceder. Sus arrebatos le valieron el sobrenombre de Scanderbeg; y *asi es como llamanos*, dice Paciudi, *al cardenal Passionei, siempre gruñon, insultante y amenazador*; mas bien pronto daba entrada en su pecho á la reflexion, lamentando su extravío y solicitando mil perdones. Luego si para con los hombres se esforzó tanto en demostrar que aquellos arranques destemplados eran tan solo producto baladi de la miseria humana, apresurándose á remediar su mal efecto con la más rendida y exquisita galantería, ¿cuál no habia de ser su pena al contemplar lo poco aceptos que serian al Criador, á quien seguramente no podia aplacar con

(1) Reunió en Frascati cuatrocientos mármoles preciosos ó inscripciones, que publicó su sobrino Benito Passionei bajo el título de *Inscrizioni antiche, con annot.*

frases galanas y corteses? Caractéres como el de Passionei solo hallarán remedio á su mal en la bondad divina si, á semejanza del prelado, impetran acongojados su misericordia. Además de la parte que tomó con Fontanini en la revision del *Liber diurnus pontificum*, y en las reimpresiones de diferentes obras útiles, tenemos de este escritor las siguientes: dos *discursos latinos* pronunciados en 1722, con motivo de la eleccion de dos abades del canton de Lucerna, insertos por Paz en el sexto volúmen de la *Biblioteca ascética*.— La *Oracion fúnebre del príncipe Eugenio*, que tradujo al francés Mme. Duboccage, y otras varias.— C. de la V.

PASTAL (Fr. Juan), del órden de Menores. Le cita la Biblioteca Francis-cana; pero el Sr. Amat cree sea el mismo Pascall de quien nos hemos ocupado anteriormente. — O. y O.

PASTANA (Bienaventurado Antonio), dominico. Servia en Goa en la milicia secular, cuando entró en la milicia eclesiástica, tomando el hábito de los Predicadores. Habiendo oido hablar de muchos mártires que habian alcanzado la gloriosa corona en el lugar de Solor en el archipiélago Sumbava-Timor, obtuvo de sus superiores el permiso de ir á entregarse en dicho punto á los trabajos apostólicos. Aprehendido por los idólatras, llenáronle de golpes hasta mutilarle, y le asesinaron por fin el 27 de Enero de 1565. V. *Fontana: Monumenta dominicana*. — O. y O.

PASTEURS (llamado de Auvenas ó de Sarrate). Este cardenal de la Iglesia católica nació en Sarrate de Vivarais en el siglo XIV. Dedicado á la carrera eclesiástica, se sintió con vocacion para el claustro, y tomó el hábito de S. Francisco en el convento de Auvenas, desde donde sus superiores le mandaron á París, en cuya universidad recibió la borla de doctor. Volviendo á su país y convento, fué elegido provincial. El pontífice Benedicto XII le hizo obispo de Asises en 1337, y poco tiempo despues sucedió en la silla metropolitana de Embrum al cardenal Bertrand d'Eux. El papa Clemente VI creó cardenal á Pasteurs el año 1350, empleándole cerca de su persona, y despues de haber servido varios cargos en la corte pontificia, murió el 10 de Octubre de 1356 en Aviñon, habiéndosele dado sepultura en la iglesia del convento de S. Francisco de esta ciudad. Hacen referencia de este príncipe de la Iglesia, Ciaconius en su *Vida de los Pontífices*, Ugel en su *Italia Sacra*, Sta. Marta en su *Gallia Sacra Christiana*, Balucio en las *Vidas de los Papas*, Moreri en su *Diccionario Histórico*, y otros autores, por los que sabemos que el cardenal Pasteurs escribió varias obras sobre varios objetos santos, y la historia eclesiástica de su época que ignoramos se haya impreso, pues que nada sobre este particular hemos encontrado. — C.

PASTOR (S.). Fué martirizado en Nicomedia con Victorino y otros que no conocemos. La Iglesia celebra el 29 de Marzo su memoria. — O. y O.

PASTOR (S.), obispo. Reverencia la Iglesia á este santo prelado el dia 30 de Marzo, y solo se sabe de él que fué obispo de Orleans en Francia, muy milagroso, y que floreció en el siglo IV. —C.

PASTOR (S.), mártir. Niño sacrificado á la edad de nueve años con su hermano S. Justo, que solo tenia siete, por confesar la fe de Jesucristo. (Véase Justo.) —C.

PASTOR (S.), presbítero y confesor, sacerdote de la santa Iglesia Romana, se ocupó este piadoso eclesiástico en dar decorosa sepultura á los cuerpos de los mártires que se sacrificaban en la ciudad, y en escribir sus actas. Amigo de las vírgenes Pudenciana y Práxedes, cuando estas fueron martirizadas, enterró sus santos cuerpos y escribió su vida. Consagrado enteramente á Dios y á la Iglesia, fué modelo de virtud y santidad para los cristianos romanos hasta su muerte, que ocurrió en la misma ciudad el dia 26 de Julio, en el que le recuerda la Iglesia, del año 152. Fué sepultado con gran veneracion en la iglesia de Sta. Pudenciana. —C.

PASTOR, obispo, cuya sede nos es enteramente desconocida, sabiéndose únicamente de él que compuso un pequeño escrito en forma de símbolo, en que referia como sentencias casi todos los artículos de la fe de la Iglesia. Anatematizaba tambien diferentes errores sin nombrar sus autores, excepto á los priscilianistas, á quienes dice anatema y principalmente á Prisciliano.— S. B.

PASTOR (Madre Sor Agueda). Nació en la villa de San Mateo; su padre se llamó Juan Bautista Pastor y su madre Leonor Moratona. Tomó el hábito de S. Agustin en el convento de su patria, y profesó en 1610. Fué insigne religiosa, maestra de novicias y priora, siendo admirada por su prudencia y talento. Habiendo caido enferma, preparó todo lo necesario para amortajarla, dando pruebas evidentísimas de su fervoroso amor divino hasta el último momento, en que entregó su alma al Criador, el 3 de Marzo de 1622. Asegura la crónica que despues de su fallecimiento era su hermosura admirable.— O. y O.

PASTOR (Fr. Alonso), natural de la villa de Ayora, obispado de Orihuela, religioso francisco recoleto, y no reformado de la provincia de los Descalzos de S. Juan Bautista, como dice D. Nicolás Antonio. Fué colegial del insigne de S. Pedro y S. Pablo de Alcalá, definidor por la recoleccion en la provincia de Valencia, célebre predicador, grande místico y confesor del ejemplarísimo convento de las Descalzas de Sta. Clara de Gandía. Sacó á luz estas obras : *Retórica del alma recogida que se habla callando y se dice en silencio;* en Valencia, por los herederos de Garriz, 1665, en 4.°—*Vidas de algunas religiosas del convento de Gandía.* Estan en el libro antecedente. — *Las hermosuras del alma en gracia y fealdades de la culpa. Los bienes del vivir*

bien y males del vivir mal (áun para los de esta vida). Escuela y lecciones del alma para ella misma dentro de sí misma, vertidas de la Sagrada Escritura. En Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1672, en 4.°—O. y O.

PASTOR (Sor Ana María), religiosa agustina, natural de la ciudad de Orihuela; llamáronse sus padres Pedro Pastor y Catalina Andella, los cuales educaron á su hija en las máximas de la virtud y religion, correspondiendo tan bien la niña á sus sacrificios, que apénas llegada á la edad juvenil decidió abandonar el mundo por el claustro, y tomó el hábito de la órden de ermitaños de S. Agustin en el convento de su propia patria, en que profesó, á 26 de Julio de 1611. Fué tan ejemplar en la religion, que fué mirada por sus compañeras como modelo en la oracion y penitencia. Discípula de la V. Madre Sor Juana Guillen, supo imitar de tal manera sus virtudes, que llegó quizá á exceder á su modelo. Distinguióse en la contemplacion, y mereció del Señor especiales favores, que ocultó en el silencio por su profunda modestia y humildad. Desempeñó en la religion algunos cargos, y era tan aficionada al culto divino, que empleó la renta que la habian dejado sus padres en socorrer su necesidad, en regalar á su monasterio alhajas de plata y ornamentos, siendo tan económica para sí como generosa era para su religion. Murió en 1661 con el mismo ejemplo y muestras de santidad que habia vivido.—S. B.

PASTOR (Mtro. Antonio). Aparece entre los sacerdotes ilustrados y escritores de la segunda mitad del siglo XVI el Mtro. Polo, natural de Albentosa, comunidad de Teruel en el antiguo reino de Aragon. Este sacerdote, de cuyo nacimiento y muerte se ignoran las fechas, segun se nota por sus obras, fué muy aventajado en las letras humanas, de que fué sabio maestro en su país, habiendo quedado como monumento de su capacidad los escritos siguientes: *Annotationes de crementis verborum et accentum, cum annotationibus in Adriam et Eunuchum;* manuscrito en 8.°—*Annotationes in Pomponium Melam, et de littoribus universi orbis et de provintiis ejusdem,* manuscrito en 8.°—*Annotationes in Persium, Ciceronem, Virgilium, et lectiones Ethicæ et Poeticæ;* manuscrito en 8.° Estas obras constan en el índice de la librería de la santa iglesia del Pilar de Zaragoza.—C.

PASTOR (P. Cárlos), religioso agustino, natural de la ciudad de Valencia, tomó el hábito en el convento de nuestra Señora del Socorro de aquella poblacion. Obtuvo el grado de doctor en teología, y se distinguió como orador no ménos que por su doctrina y sus virtudes. Además de los cargos indicados desempeñó los de examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza, definidor general de la provincia de Aragon y prior en dos trienios del convento de S. Leandro de Cartagena. Floreció á principios del siglo XVIII. Escribió un gran número de sermones, de los cuales solo imprimió tres, los

dos primeros sobre el angélico doctor Sto. Tomás de Aquino, con los títulos de *Oracion panegírica y evangélica en aplauso del ángel entre los doctores, Sto. Tomás de Aquino;* impresa en Barcelona en 1689. — *El Sol en los elementos, la sal de la sabiduría, idea del fuego; la luz de las escuelas copiada en el aire, la ciudad de las letras retratada en el agua, la antorcha del mundo dibujada en la tierra, Sto. Tomás de Aquino;* Barcelona, 1690. El tercero de estos sermones trata de las exequias del V. P. Mtro. Fr. Pedro Mollá, y lleva el nombre de *Treno fúnebre con que en inconsolables gemidos y dolorídos sollozos lloró el Real convento de nuestro gran Padre S. Agustin de la Real villa de Alcoy la muerte de nuestro Reverendísimo V. P. Mtro. Fr. Pedro Mollá;* Valencia, 1699.— S. B.

PASTOR (Fr. Francisco), natural de la villa de Onteniente, religioso carmelita observante, hijo del real convento de Valencia, donde tomó el hábito á 2 de Febrero de 1680 y profesó al año siguiente. Leyó artes y teología, y fué regente de estudios y maestro de novicios en dicho convento. Obtuvo los grados de doctor y maestro en sagrada teología; sirvió á la Orden en los cargos de prior del convento de S. Julian en la ciudad de S. Felipe, ántes Játiva, y de custodio y vicario provincial de su provincia. Brilló por su elocuencia en el púlpito y por su celo en el confesonario; vivió con un ejemplar retiro y abstraccion de negocios seculares, y murió tenido en concepto de varon observantísimo en su convento de Valencia el dia 6 de Setiembre del año 1746, á los ochenta de su edad. Imprimió las obras que siguen: *Catecismo sacerdotal segun las rúbricas del novísimo Misal Carmelitano y reglas del ceremonial de la misma Orden;* en Valencia, por Juan Gonzalez, 1728, en 8.°—Reimprimió un oficio de semana santa, segun el rito del Breviario y Misal de su Orden, con una curiosa y devota explicacion de las rúbricas y ceremonias particulares de aquellos dias, que intituló así: *Rubricæ adjunctæ, Hispanico sermone expositæ; et significationes misteriorum quæ per sacrati hujus temporis cæremonias misticè innuuntur. Ad excitandam devotionem Dominicæ Passionis in cordibus laicorum latini sermoni insciorum;* en Valencia, por dicho Gonzalez, 1729, en 8.°—*Regla y constituciones de las religiosas de la Orden de la bienaventurada siempre Vírgen María del monte Carmelo, de la antigua y regular observancia;* en Valencia, por Antonio Bordazar, 1732, en 8.° Aumentó una exposicion de la regla con una declaracion de los cuatro votos de obediencia, pobreza, castidad y clausura, y de todo lo demás que pertenece al estado de las monjas; y á lo último una explicacion del texto de la doctrina cristiana, que puede servir para todo estado de personas.— O. y O.

PASTOR (Fr. Julian). Este apostólico siervo de Dios fué natural de Cañaveras, en la Alcarria, obispado de Cuenca, hijo de Pedro Pastor y de

Juana García, su mujer legítima, y ambos bien conocidos en aquella villa, así por su hacienda como por sus loables costumbres. Desde los primeros años manifestó Julian su inclinacion á la virtud; y amante del retiro, solo gustaba de los concursos que se solemnizaban en la iglesia. Despues de haber estudiado con perfeccion latinidad y humanas letras se dedicó á estudios mayores, ascendiendo á los honoríficos cargos con que condecoraban el mérito y el saber los colegios. Dotado de entendimiento claro, de profunda capacidad y una natural disposicion á lo mejor, discurrió para evitar las trampas del mundo volverle la espalda. Siguiendo los impulsos de su generoso corazon se dirigió á Andalucía, y llegando á Sevilla pidió al ministro provincial, el P. Fr. Juan Jimenez, el hábito de S. Francisco, que obtenidos los despachos correspondientes vistió en Cádiz, de cuyo convento era en aquella época guardian el ilustrísimo mártir Fr. Juan de Prado, y de cuyas manos logró la fortuna de tomarle. Corriendo el tiempo salió consumado teólogo, y fué notable en las tareas de la predicacion evangélica, que prefirió á las de la enseñanza. Su memoria tenaz, fácil discurrir y constante aplicacion á la Sagrada Escritura, cuyo estudio le agradaba y ocupó los diez y nueve años que estuvo en Marruecos, leyendo los expositores más magistrales y santos doctores, le valieron un señalado triunfo venciendo á los rabinos hebreos en las controversias que trató sobre la venida del Mesías y ley de gracia. Cautivábale el grande Agustino, cuyas obras leyó con atencion, refiriéndolas casi de memoria en cualquier lance que se ofrecia. Así le fué sobremanera fácil escribir un libro acerca de la perfidia de los judíos, y probando solo con la letra de la Escritura la venida de nuestro Señor y los principales artículos de la fe purísima, así como la inteligencia que deben tener aquellos textos, cuya explicacion hacia con singular claridad. De este sustancioso libro hicieron los misioneros algunos traslados, en los cuales estudiaban sin recurrir á otros autores. Ya profeso, tuvo ocasion de hacer patentes el V. P. Julian sus heróicas virtudes, el rigor de sus mortificaciones y austerísimas penitencias; su perseverancia en la oracion, practicada casi siempre á los piés de un santo Cristo con una soga á su cuello, y confesándose reo de aquella majestad suprema. A poco de haber derramado su sangre el apostólico y valeroso P. Fr. Juan Prado, se hallaba solo en la fundacion de las santas misiones de Marruecos el V. P. Fr. Matías de S. Francisco, quien hizo presente la necesidad que tenia en aquella soledad de que fuesen obreros y compañeros á ayudarle en tan gloriosa empresa. Nuestro Fr. Julian fué elegido indudablemente por sus muchas virtudes. Muchos fueron los frutos alcanzados por sus sermones: reformáronse las costumbres, hiciéronse camas á los enfermos, les aplicó con sus manos las medicinas, y á los que no podia asistir por las distancias, les enviaba socorros y exhortaciones

amorosas. Hallándose en Illegas, ciudad más de cincuenta y cinco leguas de Marruecos, en el reino de Sus, algunos cautivos, que no tenian quien los consolase en el triste lance de la muerte, escribieron al P. Julian, del cual tenian noticias, porque hasta ellos habia llegado la fama de sus virtudes. Les escribió con este motivo muchas cartas pastorales, poniendo en cada cláusula tan dulces sentimientos, que juzgaban le tenian presente. Tambien les envió una tabla perpétua del año, que les rigiese en las festividades, pues habian perdido la advertencia de las fiestas movibles y de Cuaresma. Dedicóse á la conversion de los renegados, y muchos fueron los que atrajo la dulzura y atractivo de sus palabras, reduciendo á cuarenta en una ocasion. Notable fué el castigo injustísimo que sufrió en otra el P. Julian por órden del rey hereje, y para pagar el delito en que no tuvo participacion alguna, de haberse fugado cuatro cautivos españoles. Azotado el guardian del convento por los moros con tanta crueldad que le dieron cuatrocientos azotes y le dejaron sin sentido, emprendieron su inhumana tarea con Fr. Julian, que era de una complexion delicada, la edad crecida y con el perpétuo ayuno, sangrientas disciplinas y continuas austeridades estaba tan flaco, que no parecia otra cosa que un consunto esqueleto. Como cien azotes le habian dado, cuando ya le discurrian todos por muerto, porque quedaron los huesos de la espalda todos descarnados y la cabeza dislocada, porque le faltó totalmente el sentido, y porque no bastó el verle exangüe para suspender el cruel estrago..... Agradeció el V. P. Fr. Julian á Dios haberle proporcionado estas acerbas pruebas, y siempre que se referia el lance, derramaba copiosas lágrimas; pero los religiosos sus compañeros y dignos misioneros creyeron prudente salir de aquellos países, determinando dejar un sacerdote á los cautivos. Ofreciéronse todos, mas la suerte tocó al V. Julian, que sacrificaba gustoso su vida por el consuelo espiritual de aquellos pobres. Hé aquí la notabilísima carta que escribió á la provincia cuando los religiosos se vinieron á ella. Despues de referir las razones que á estos se ofrecieron para salir de Berbería, dice así: «Habiéndose consultado el caso, y dicho nues»tro hermano Guardian que si algun religioso se atrevia á quedar, conside»rados los peligros é incomodidades, se quedase con la bendicion de Dios, »me resolví á quedarme, no obstante que conozco los peligros de las sinra»zones que se temen del Rey, por cualquiera ocasion; los del hambre, que »ya es la necesidad extrema, y los de la peste, resignándome con la volun»tad de Dios y ofreciendo por su amor la vida, asistiendo al consuelo de los »cristianos cuando estan por instantes esperando la muerte; y así el haberme »quedado no ha sido con la presuncion de que allá trataron de conservar »esta casa, sino por no desamparar los cristianos. Si Dios fuere servido que »yo muera con ellos, hágase su voluntad, que yo ofrezco por su amor la

»vida y por el bien de estas almas.» Prosiguió mucho tiempo en aquel cautiverio solo, pero acompañado con el fuego del amor divino que le encendia, y una profunda humildad que atesoraba. Acompañábale, sin embargo, un religioso lego, que cual él sufrió muchos trabajos, además del hambre que devoró todo el imperio. Volvió de Marruecos, permaneció en Madrid, comisionado por el convento, y elegido guardian del convento de Cañete la Real, ejerció este cargo con utilidad de sus súbditos, á los que alentaba con su ejemplo y virtudes. Otra vez nombrado para Marruecos por la Congregacion *de Propaganda Fide*, como prefecto apostólico de las misiones, pasó á Cádiz á esperar embarcacion. En este punto Dios le dispuso tránsito más dichoso, pues herido de un accidente que le duró sesenta y tres dias, llamaron á los médicos, los cuales declararon cercana su muerte. Cuando Fr. Julian conoció efectivamente haber llegado la hora de su mortal vida, llamó á su confesor, con quien confesó y comulgó. Cantáronle sus hermanos el *Credo*, y á peticion suya los versos *In manus tuas Domine*, á que tambien fué alternando, amortajándose él mismo miéntras tanto, y admirando á todos los circunstantes con la fortaleza de su espíritu, que puso en manos del Señor. Tan luego como circuló la noticia de su muerte conmovióse la ciudad, concurriendo los vecinos al convento en busca de alguna reliquia de aquel religioso, cuyas heróicas virtudes conocian, y al cual amaban con ternura. O. y O.

PASTOR (P. Fr. Martin), natural de Zaragoza, hijo de Juan Pastor y de Gracia Felipe. Tomó el hábito de S. Agustin, en el convento de su patria, y profesó en 1599. Fué religioso de gran virtud y ejemplo, y era prior de Huesca en 1614. Supo captarse allí la veneracion y estimacion de todos, y por su grande espíritu y predicacion hubo en su tiempo mucha devocion y frecuencia á los santos sacramentos en la iglesia de S. Agustin en aquella ciudad. —O. y O.

PASTOR (Dr. D. Miguel), cartujo aragonés, natural de la villa de las Cuevas de Canart, profesó en la Real casa de Aula Dei de Zaragoza, distinguiéndose por su observancia de la regla y prácticas de la Orden. Sus virtudes y saber le valieron los más elevados cargos en su instituto, llegando á ser prior y procurador en la cartuja de nuestra señora de Fuentes. Hallábase dotado de vastos conocimientos, tanto en la literatura como en las ciencias sagradas, admirándose en sus conversaciones y escritos la profunda erudicion que poseia en la Sagrada Escritura. No se hallaba ménos versado en la aritmética práctica, canto llano y de órgano. Falleció en 20 de Febrero de 1684, dejando manuscritas las obras siguientes: 1.ª *Tractatus de paupertate cartusiana.* 2.ª *Tratado del canto llano*; obra muy apreciada segun Latasa y que era muy buscada por los maestros del arte en su época. Este autor ha merecido gran-

des elogios y aún se le cita por algunos con el título de venerable. —S. B.

PASTOR (B. Sebastian), mártir, religioso franciscano, natural de Medina del Campo. Tomó el hábito en la provincia de S. José, en España, de donde pasó á predicar el Evangelio á Filipinas, haciéndolo con los mejores resultados. Habiendo hecho un viaje á las Molucas para bautizar á unos régulos, fué á su regreso hecho prisionero por unos piratas holandeses, quienes despues de haberle hecho sufrir todo género de tormentos le abandonaron en una isla llamada Togolonda con su compañero. Hallábase ésta habitada por mahometanos á los que empezó á predicar nuestra fe, mas apoderándose estos de él le condenaron á muerte, degollándole primero y poniendo despues su cuerpo como blanco de sus saetas. Arrojáronle, por último, al mar, pero nadando sobre las aguas manifestó el cilicio que ceñia sus carnes con los demás instrumentos que usaba en sus penitencias. Entre tanto apareció una cruz milagrosa en el lugar de su martirio, y se obraron muchos milagros en honra de la religion de Jesucristo. La Orden Seráfica recuerda el nombre de este glorioso mártir en 18 de Junio. —S. B.

PASTOR (Fr. Vicente), religioso mínimo. Fija la fundacion del monasterio de Poblet en su propio año de 1551. —O. y O.

PASTOR DE LOS COBOS (V. D. Vicente), canónigo de la insigne colegial del Sacro Monte de Granada, su patria. Allí nació en Enero de 1688, habiendo fervorosamente orado sus nobles y religiosos padres para conseguir la intercesion del grande S. Vicente Ferrer. Su padrino de bautismo, el piadoso canónigo de dicha colegial, Sr. Mendoza, al entregar el niño, ya cristiano, á su madre, la dijo en tono profético, que *cuidase mucho de él, porque el Señor le habia criado para mucho*. Comenzó sus estudios en el Sacro Monte, y en este seminario de las ciencias dió pruebas no solo de su amor á la vida retirada y solitaria, de sus excelentes prendas y virtudes en que tanto habia de resplandecer despues, si que tambien se entregó á la oracion como lo habia hecho desde ántes que tuviese uso de razon. Ejemplar entre sus compañeros, fué el embeleso de sus maestros por su explicacion y piedad: por eso se le veia siempre en las vacaciones en la biblioteca, en el coro, glosar las canciones de S. Juan de la Cruz en su *Noche oscura*, y extractar las obras de Sta. Teresa de Jesús, de quien era apasionadísimo, asegurando que su espíritu tenia conformidad con el de la Santa. Cuando regresó á la casa de su hermano D. Juan, rector del hospital general de Granada, se entregó á los rigores de la penitencia, retirándose por espacio de cinco años á una bóveda; allí se maceraba su carne, oraba, servia gratuitamente las parroquias y conventos de monjas pobres, y se preparaba á abrazar el estado clerical con el entusiasmo y reputacion de un S. Luis Gonzaga, con el fervor y ejercicio de las pláticas doctrinales que le asemejaban al célebre y venerable Pa-

dre Pladial. El Sacro Monte atendió á sus méritos, y su cabildo los apreció, nombrándole para una canongía vacante. Cuarenta años de vida ascética, entregado al trato íntimo con Dios, le formaron un anacoreta de esta Tebaida. Cuarenta años de tareas eclesiásticas le labraron un varon apostólico; en las prácticas virtuosas nos dieron un justo; en la enseñanza de toda ciencia eclesiástica un insigne maestro; en el perpétuo confesonario un hombre asistido de la gracia de convertir pecadores; en la direccion de las almas por las sendas árduas del amor puro de Dios, el maestro de su tiempo y uno de los hombres más completos que ha tenido España. Sobre lo dicho hizo diez misiones, leyó cursos de filosofía y muchos de teología. Era el sustituto de todas las cátedras y de todos oficios; el recurso de todos los necesitados y el confesor de los penitentes más oprimidos. Habia leido las obras de Santo Tomás y de otros padres de la Iglesia, y por dos veces todas las de S. Agustin. Las de S. Bernardo, que era su maestro, las sabia de memoria. Habia leido tambien todos los autores místicos, cuyo espíritu poseia, singularmente el de Sta. Teresa de Jesús y Sta. Angela de Fulgino, á las que se habia propuesto por modelo. En su vida interior, aspirando á la perfeccion, era más obra de Dios que suya; de este modo, cuanto obraba era por el conocimiento altísimo de todas las virtudes en todos sus grados. Los seis primeros años de su sacerdocio protegióle visiblemente la divina gracia con favores celestiales; despues le introdujo en las asperezas del calvario y apuró el cáliz de su pasion hasta las heces; de todo probó su espíritu. Desde el año veintiuno del siglo pasado, en el treinta y tres de su edad, hasta el cincuenta y nueve, duró esta horrible tempestad en perpétua alternativa de consuelos y penas más acrecentadas miéntras le quedaba ménos de vida. Escribiendo á su hermano D. Juan y á su confesor, referia cómo el Señor usó de este soberano artificio con él, humillándole hasta lo sumo, y poniéndole en aquellos apuros que únicamente son comparables con las penas del infierno. Por esto no se encuentra con facilidad quien hable de Dios, de su cruz, de su misericordia, de la humildad profunda y del amor puro de Dios, como el Sr. Pastor. En la segunda época de su vida vivia fuera de sí, vivia en Dios y Dios en él. La mano divina que de su cuenta labraba su vida interior, llegó á formarle un serafin abrasado en el divino amor. Hay rasgos de su pluma que lo expresan, los que omitimos por evitar proligidad. «En estos tiempos eran muy frecuentes sus trasportes en la misa, que era »su encanto, en todas partes enajenado del sentido y absorto en la Divini»dad. En los ocho meses de penas que duró su última enfermedad, fué visto »cuanto tiene que purgar aún el alma de un justo, á quien Dios quiere le»vantar á la divina similitud.» Murió en paz el 20 de Agosto de 1759, dia de S. Bernardo, á los setenta y un años de edad. En el crecido número de

sus escritos demuestra que poseia todas las ciencias eclesiásticas, que era astuto filósofo, profundo teólogo y canonista sabio de su siglo, á quien venian á consultar de tierras lejanas de toda clase de gentes, y áun en un caso raro que medió en la Iglesia, le consultaron los teólogos de Roma. Su cadáver fué venerado por el pueblo como el de un santo, y recogidas y apreciadas sus prendas por reliquias. —O. y O.

PASTORIUS DE HUTEMBERG (Joaquin), historiador. Nació el año 1610 en Englogau, Silesia, y en sus primeros años se aplicó al estudio de la medicina, en cuya facultad recibió todos sus grados con brillantez, mas á poco renunció este ejercicio, que trocó por la carrera del profesorado, siendo nombrado catedrático honorario en Elbing, y luego en Dantzik. El rey Casimiro V le dió carta de nobleza, y le nombró historiógrafo de Polonia. Era sociniano y entró en el gremio del catolicismo, en el cual permaneció hasta su muerte ocurrida en Frauemberg, Prusia, el dia 26 de Diciembre de 1681.—C. de la V.

PASTRANA (Fr. Juan del Arco y), insigne y santo siervo, natural de la villa de su nombre y lego de profesion. Siguiendo el camino de S. Diego, así en la ocupacion de portero como en la práctica de virtudes heróicas, llegó tan felizmente á copiarle que se le puede poner la inscripcion de *vera effigies*. Habiéndosele dado sepultura en el entierro comun de los religiosos el año de 1594, corridos algunos despues de sepultado, como se abriese aquella para enterrar otro religioso, se halló su cuerpo y hábito incorrupto, y habiendo enterrado sobre él á otro de sus compañeros, abierta algun tiempo despues la sepultura se halló deshecho el cuerpo del segundo y entero el de Pastrana del Arco, y de tal manera que parecia estaba vivo. Movidos del milagro los religiosos depositáronle en un arca, y le colocaron en una de las paredes del capítulo donde ha gozado de las veneraciones de la piedad. —O. y O.

PASTRANA (Luis), capellan de la iglesia catedral de Cuenca; publicó: *Principios de la gramática en romance*. Valladolid, por Guillermo Roli, 1588, en 8.° —S. B.

PASTRANA (Fr. Pedro), natural del pueblo de este nombre en el arzobispado de Toledo, religioso sacerdote en el convento de S. Francisco de la ciudad de Huete. A pesar de su discrecion, era tal su sencillez y bondad que le parecia no era posible que ningun fraile pecase mortalmente. Figurándose que alcanzaria fácilmente padecer martirio defendiendo la fe, pidió ir al convento de Oran, en Africa, y en él moró santamente hasta que á los pocos meses la muerte puso fin á su existencia. De este monje pudo decirse como de S. Diego, que no faltó la voluntad al martirio sino el martirio á la voluntad. La mayor parte de las limosnas que se le hicieron por las misas que decia, repartíalas entre la gente más pobre y necesitada. No ménos consuelo manifestó por aquellas personas cuya agitada vida y disipacion les causaba

grandes perjuicios en sus intereses y desfavorable fama. Fr. Pedro con sus ejemplos y sanos consejos los conducia al camino de la virtud, sin reparar los medios humillantes, con tal de que accediesen á sus exhortaciones. Así sus amorosas palabras eran escuchadas, y así su conducta servia de modelo á sus religiosos compañeros. Murió de cincuenta años de edad en 1566, y fué sepultado en el convento de Oran. —O. y O.

PASTRANA (Ilmo. Sr. D. Fr. Sebastian), hijo del Real convento de San Lázaro de Zaragoza, de la Real y militar órden de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. En 16 de Mayo de 1687 fué electo obispo de Paraguay. Floreció como catedrático de prima en Sto. Tomás de la universidad de Lima y provincial de aquella provincia. Fué sugeto de elevadas prendas, y al cual tributa elogios, haciendo ilustre su memoria, el Sr. Don Francisco de Echave y Assu en la vida de Sto. Toribio de Mogrovejo.—O. y O.

PASTRANA Y SOTOMAYOR (Fr. Diego), natural de Toledo y religioso de la Orden de ermitaños de S. Agustin. Escribió: *El camino de ciudad de Dios*, en dos partes; Toledo, por Tomás de Guzman, 1603, en 4.°— S. B.

PATAMON, HORTASIO y SERAPION, presbíteros, PANTERO, DIÓSCORO, PALMO y PETEGONDO ó PETECON, diáconos y HERMAN, lector (Stos.) mártires con otros ocho compañeros en Alejandría. —C. de la V.

PATAPIO (S.), confesor. Nació en Constantinopla en el siglo V de nuestra era. Sábese solo de este Santo que desengañado del mundo y de sus vanidades, se retiró á un desierto cercano á Constantinopla, á fin de poder encontrar, léjos del estruendo de las poblaciones, el camino de la perfeccion. Durante muchos años vivió en aquel desierto consagrado enteramente á la oracion y á la penitencia, admirando con sus virtudes y milagros á cuantos le visitaron, hasta que el Señor le llamó á su seno para coronar su virtud.—C.

PATAUD (Juan Santiago Francisco). Orleans fué la cuna de este eclesiástico, que nació en esta ciudad el 10 de Octubre de 1752. Destinósele en un principio al comercio, que era la profesion de su padre; pero siendo más aficionado al estudio de las letras que al del cálculo comercial, abandonó esta profesion y abrazó la carrera eclesiástica. Dedicado al púlpito, predicó con mucho éxito en las principales iglesias de Orleans, llenando perfectamente su ministerio, á pesar de los peligros á que le exponia la revolucion. Al fin fué víctima de su ardiente celo, pues arrestado y conducido á la Conserjería de París, sufrió allí muchos malos tratamientos; pero Dios le salvó volviéndole á la sociedad cuando cesaron en el poder sus perseguidores. Cuando la persecucion no le permitió ejercer sus funciones eclesiásticas, se dedicó á dirigir la educacion de algunos jóvenes. Volvió á entrar en su ministerio en 1802, y continuó en él hasta el 23 de Mayo de 1817 en que falleció. Fué hombre de gran memoria, y tenia el don especial de que cualquier trabajo se le

presentase de fácil comprension y ejecucion. Cuéntase de él, que habiendo ido á oir al misionero Beauregard, desafiado á retener el sermon tal y como le pronunciase, le repitió al siguiente dia en el púlpito de la parroquia de que era vicario, con las mismas palabras, á presencia de Beauregard, el que constituido juez en este asunto, declaró que con dificultad habria oido tres expresiones alteradas en todo el sermon. No se conocen de Pataud obras importantes, pero sí los siguientes opúsculos: *Discours prononcés à differentes epoques, en presence de tous les corps constitués de la ville d' Orleans*, sin lugar ni fecha; pero que se sabe se imprimió esta obra en 1813. Entre estos discursos uno es el elogio de Juana de Arco, doncella de Orleans. Artículos en los *Etrennes Orleanaises* de los años 1811 al 1815 inclusives ambos. Artículos en los tomos IX y XVI de la *Biografía universal*. Publicó un prospecto de la historia de Orleans y de otras ciudades, desde el orígen de la monarquía hasta 1815, y dejó escrito hasta 1810, manuscrito que quedó inédito y se conserva en la Biblioteca de esta ciudad. Mr. de la Place, presidente del Tribunal Real de Orleans, dió una noticia biográfica de Pataud en los *Etrennes Orleanaises* de 1818, segun nos lo dice Beauchot en la *Biografía universal* en el artículo que le concierne. —C.

PATERIO (S.), obispo. Solo hallamos que en el siglo VII se distinguió por la profundidad que tuvo en explicar las santas Escrituras y por la reforma de la disciplina eclesiástica, de que fué muy celoso, un obispo de la ciudad de Brescia de este nombre, al que recuerda la Iglesia como santo el 21 de Febrero.—C.

PATERMUTHES, Peleo (Stos.) y compañeros mártires. Las escasas noticias que nos quedan de estos ilustres confesores de la fe de Jesucristo nos animan á transcribir lo que de ellos hallamos referido por los agiólogos más acreditados. «Los santos confesores que fueron condenados á las minas de »la Palestina, durante el curso de la persecucion general, erigieron peque»ños oratorios, donde se reunian para celebrar el oficio divino, único con»suelo en las aflicciones que padecian. Firmiliano, gobernador de Palestina, »informó al emperador Galerio de la libertad que en esto se tomaba, y el »tirano dió sus órdenes para que unos fuesen enviados á las minas de Chi»pre, otros á las del Monte Libano y otros á otras partes. Decapitado en este »intermedio por sus crímenes el mismo Firmiliano, el oficial en quien recayó »el mando por esta desgracia, trasladó á otros sitios á estos siervos de Dios, »conforme al tenor del edicto imperial; pero ántes mandó que cuatro de ellos »fuesen quemados vivos. Estos fueron Peleo y Nelo, presbíteros egipcios; »Elías, sacerdote tambien y Patermuthes, egipcio de singular doctrina y re»putacion. Este último fué al que dedicaron Eusebio y S. Pánfilo su *Apología* »*de Orígenes.*» —S. B.

PATERNA (Dr. D. Francisco Martinez), presbítero, beneficiado y cura de la santa iglesia de Orihuela, de cuya ciudad era natural como él mismo lo dice en la portada de sus obras. Jimeno no se ocupó de este autor, aunque le cita con frecuencia en el tomo I de su *Biblioteca Valenciana*. Rodriguez, por el contrario, dice de él: «He visto ambas obras (las dos primeras que »despues citaremos) con los títulos que se han plantado. Van divididas en »dos volúmenes, y tambien juntas en uno. De la segunda dice que se mo»tivó á componerla por haber oido hablar con incertidumbre de la funda»cion de su patria, y quiso dejarla segura con la certeza de su antigüedad y »blasones.» — «Un arancel que recibí, continúa Rodriguez, de los escrito»res de Orihuela, decia lo siguiente: *Orihuela ilustrada con cinco libros de »historia, donde se trata de su antigüedad, lealtad y nobleza; de sus obispa»dos antiguo y moderno; de su gobernacion hasta Gijona; de su bailía general, »con novedades antiguas y modernas, y de sus varones ilustres en letras y ar»mas*, dedicada á la misma ciudad por el Dr. D. Francisco Martinez Paterna, »teólogo, olim cura y beneficiado propio de la catedral de Orihuela, y retor »geminado de la universidad de Almoradí del mismo obispado. Este libro »es manuscrito: contiene 1030 hojas en fólio; el estilo no es elegante, pare»ce ser borrador. Consérvase en el archivo de aquella ciudad, y segun el »*prólogo* se acabó de componer, y queria sacarle á luz, año 1647. Añade »allí que el año 1612 imprimió un epítome de las cosas más notables de Ori»huela, acomodándole en la relacion de las exequias que aquella santa igle»sia hizo al V. P. Simon. Hasta aquí el arancel referido. En él tenemos á »nuestro escritor con apellido segundo de *Paterna* y segundo título de *retor »geminado*, no descubierto ántes en sus libros impresos; pues constando que »el *Breve Tratado de la fundacion de Orihuela* es impreso, y esta *Orihuela »ilustrada* manuscrita, y que del *prólogo* se infiere que la queria publicar, »año 1647, no solo se sigue que vivia dicho año, sino que la *Orihuela ilustra»da* es diferente de aquel *Breve tratado*, que desagradándole quizá por breve, »y adquiriendo con el estudio y tiempo más noticias, pasó á componer la »obra segunda con cumplida extension, segun se colige de los *títulos;* y ata»jando la impresion su muerte se conserva en dicho archivo.» Tales son las observaciones que hace Rodriguez sobre las obras de este autor, que son las siguientes: 1.ª *Las exequias y fiestas fúnebres que hizo la santa iglesia de Orihuela y sus parroquias á la dichosa muerte del venerable y angélico P. Mosen Francisco Gerónimo Simó, etc., con una breve suma de su vida y muerte;* Orihuela, 1612, en 8.°—2.ª *Breve tratado de la fundacion y antigüedad de la ciudad de Orihuela y de sus varones ilustres.* Esta obra se imprimió con la anterior en Orihuela, por Agustin Martinez, 1612, en 8.°—S. B.

PATERNINA (Estéban), de la Compañía de Jesús; tradujo al castellano

del portugués aunque con algunas variaciones, la obra de Pedro Rodrigo y de Sebastian Beretario, del mismo instituto, titulada: *Vida del P. José de Anchieta, provincial del Brasil;* Salamanca, por Antonio Ramirez, 1618, en 8.°—S. B.

PATERNIONO (Gualtero). Nació en Verdun por los años de 1130 de padres de oscuro linaje. Enseñó primeramente en la universidad de París, de la que es mirado como uno de los más distinguidos profesores, y desempeñó despues iguales funciones en otras universidades de Francia, en particular en la de Lion, cuya escuela dirigió por espacio de cinco años con un éxito extraordinario. Acudian de todas las partes de Europa para escuchar sus lecciones, y nadie podia entónces titularse sabio si no habia tenido á Paterniono por maestro. Baste decir que le llamaban el maestro de los doctores. Durante el imperio de las facciones que desolaron su patria, se mantuvo indiferente á todos los partidos, y supo conservar su estimacion condenando los excesos. Incapaz de dejarse alucinar por el ardor de las pasiones ó de cegarse por una falsa ambicion, no consentia que se suscitasen en su escuela aquellas polémicas sofísticas que no siendo en realidad más que vanos juguetes de espíritu, concluyen por hacer vacilar en los fundamentos de la verdadera creencia. Todos los que quisieron aprovecharse de sus luces, experimentaron esta prudente severidad, y alguno pagó bien caras pretensiones que no le hubiesen negado si hubiera hecho caso de los consejos que le daba Paterniono. Parece que mediaron diferencias entre este y otros sabios de su época, por lo que en algunos escritos se le trata desventajosamente, y cuando un autor describe la série de sus desgracias, dice que Paterniono era un anciano venerable y que á su buena fortuna más bien que á su mérito debia la grande reputacion que disfrutaba; que no tenia ni gran memoria, ni un discernimiento sólido; que toda su ciencia se convertia en humo, que en fin, era un árbol con hojas muy lozanas, pero que no producia fruto: « Yo me acerqué á este árbol, añadia, para recoger los frutos, pero lo encontré semejante á la higuera estéril mencionada en la Escritura, y que fué maldecida por el Salvador del mundo, porque era inútil. » Así se expresan algunos autores de su época hablando del V. Paterniono; pero nótese la época en que se escribe, á buen seguro que no se hubiera dicho en tiempo de más tranquilidad y calma. Paterniono se manifestó siempre más celoso de hacer obispos que de procurar para sí un obispado. El canciller del parlamento de París le propuso darle ejecutorias de nobleza y empleos distinguidos para sus sobrinos. « Dios no permita, contestó, que mis lecciones sobre la Sagrada Escritura proporcionen á mis parientes distinciones que pudieran hacerles perder la humildad que aquella recomienda. » Paterniono murió en 15 de Julio de 1117. Escribió una glosa ó explicacion interlineal

sobre toda la *Biblia*, que se imprimió con otra obra del mismo género de uno de sus discípulos, en la que encierra en pocas palabras una excelente interpretacion de toda la Escritura. En algunas bibliotecas se ha insertado á continuacion de un comentario titulado: *Glossa in Psalterium Davidis.* Algunos autores le atribuyen varios comentarios sobre S. Mateo y aclaraciones sobre varios pasajes difíciles del Evangelio; mas otros los suponen de otros doctores de su universidad. Lo que parece más probable es que los *Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos, sobre S. Mateo, sobre las epístolas de S. Pablo y sobre el Apocalipsi*, que se citan bajo su nombre, son de un célebre monje de Burdion, lo que se funda en que todos los manuscritos llevan su nombre.—S. B.

PATER NOSTER (Fr. Nicolás). En la provincia de S. Francisco en el convento de Bebani yace este religioso, llamada así por la gran devocion que tenia á la oracion dominical, á imitacion de su seráfico Patriarca, y con cuya devota recitacion obraba milagros. Hoy es venerado su sepulcro.—O. y O.

PATERNO (S.). Fué martirizado en Fondi, bajo la persecucion de Neron. Se hace su fiesta el 20 de Agosto. No existe sobre su martirio acta ni otro documento formal.—O. y O.

PATERNO (S.), obispo y mártir. Fué coronado en la diócesis de Coutances. Se ignora la época y el lugar en que tuvo efecto su combate. La Iglesia tiene su fiesta el 23 de Setiembre.—O. y O.

PATERNO (S.), sacerdote de S. Pedro *el Vivo*, y mártir. Nació en las cercanías de Coutances. Desde su juventud manifestó el mayor ardor por la práctica de las virtudes cristianas. Deseando dejar completamente el bullicio del mundo, se retiró al monasterio de Saint-Paul d'Avranches, en donde permaneció desde luego. Tambien estuvo en el convento de S. Pedro de Yonne, y desde éste al citado al principio de este artículo. Pronto se distinguió por su virtud, y pareciéndole la permanencia en esta santa casa un peligro para su modestia, volvió al monasterio de Yonne figurándosele que allí estaria ménos expuesto su orgullo; pero cuando hacia el viaje, fué asesinado en el camino en la selva de Sergines por ladrones á quienes exhortaba á dejar su infame profesion y los desórdenes que eran su complemento necesario. Tuvo lugar este suceso el año de 726. La Iglesia honra este Santo como mártir el 12 de Noviembre.—O. y O.

PATERNO, obispo de Barcelona desde 541 á 546. Sucedió á Nebridio en 540, y asistió al concilio de Lérida, donde se le cita con el nombre de Pedro. Verificóse este concilio en la era 584, año 546, décimoquinto del reinado de Teudis, reuniéndose en Lérida los obispos de la España Tarraconense convocados y presididos por el metropolitano Sergio, con el cual es-

tuvieron ocho obispos y entre ellos el de Barcelona Paterno, que ocupó el cuarto lugar entre los sufragáneos precediendo á otros tres. Estos ocho prelados con un procurador del obispo de Gerona, ausente, establecieron diez y seis cánones de disciplina eclesiástica muy importantes. La firma de Paterno, segun algunos códices que vió el P. Mtro. Florez, pues ya hemos dicho que otros le dan el nombre de Pedro, fué la siguiente: *Paternus in Christi nomine Episcopus Ecclesiæ Catholicæ Barcinonensis acquievi et subscripsi.* La expresion de católica la explica en estos términos el mismo escritor. «La expre»sion de la *iglesia católica de Barcelona*, corresponde á la calidad del tiem»po, en que todavía eran arrianos los godos, y Paterno quiso manifestar que »su Iglesia no tenia mancha de semejante infeccion, manteniendo pura »la doctrina católica.» Ignóranse las demás circunstancias de la vida de este Obispo igualmente que el año de su muerte. —S. B.

PATERNO. Nombre del procónsul que hizo morir la santa patrona de Fera, cerca de Astorga, llamada Marta, y que habia consagrado al Señor su castidad. Paterno no habiendo logrado abjurase su voto, la hizo morir en 254 bajo el imperio de Decio. Se ignora la clase de suplicio que padeciera. —O. y O.

PATERNO (Fr.), monje agustino del convento de S. Pablo de Barcelona, entró obispo de la misma ciudad por muerte de Agricio, y lo era en el año de 525, en el cual se juntó concilio de ocho obispos en la ciudad de Lérida, y uno de ellos fué Fr. Paterno. —O. y O.

PATERNO (Fr. Bartolomé), de la órden de S. Francisco de Paula, confesor de Sta. Gerónima, hombre de muy religiosa vida y muerta gloriosa. Pidió le enterrasen junto á la mencionada Santa, y cavando la sepultura, sacaron su cuerpo tan entero como el dia en que murió. Floreció en esta Orden otro religioso del mismo nombre Bartolomé Paterno, que vivió largos años haciéndose muy notable por su increible paciencia, á tal punto que le llamaban segundo Job. Sacerdote pacífico y sufrido, entre muchas persecuciones injustas que tuvo, jamás se le oyó la menor querella, ni se descompuso la santa virtud de la humildad que le adornaba. Ni se excusó, ni se defendió, ni nadie pudo tampoco doblar su inquebrantable constancia. Ayunó siete años que vivió en la religion, sin faltar al ayuno un solo dia, siendo á pan y agua. Conformábase los dias de fiesta con las costumbres de la comunidad, pero comia muy poco. Murió despues de haberse ordenado de misa á los veinticinco años de su edad el de 1586, siendo venerado su cuerpo dignamente, porque sus actos fueron verdadera imitacion y propios de los santos. —O. y O.

PATERNO (Clemente), religioso franciscano, cuya memoria celebra su Orden en 5 de Junio. Antes de entrar en la Orden fué canónigo de la iglesia

metropolitana de Santiago de Galicia, del número de los que llaman cardenales. Hácia el año 1214, admirado de la doctrina del Seráfico P. S. Francisco y de sus fervientes sermones, se sintió con grandes deseos de hacer penitencia, y abandonadas sus dignidades, se retiró á un lugar solitario, donde construida una choza, comenzó su vida penitente bajo el hábito de la Tercera Orden, que tomó con grande fervor de espíritu. Consagrábase constantemente á predicar, confesar y dar los sacramentos á los seglares, de los que convirtió á muchos haciéndoles abandonar las vanidades del mundo y tomar el hábito de terciarios de S. Francisco. Despues de su muerte permaneció su cuerpo por muchos años intacto debajo de la tierra, por lo que fué trasladado á un lugar más decente, siendo tenido en grande veneracion. Parte de sus huesos se conservaban en el convento de Sta. María de Monteceli, y el resto en el monasterio de S. Marcos, en la provincia de S. Gabriel, siendo en ambos objeto de honor y devocion. — S. B.

PATERNO (Fr. Francisco de), sacerdote capuchino de la provincia de Mesina, natural del pueblo de su apellido, en Sicilia, habia sido labrador en el siglo; pero beneficiando de tal modo la tierra, que no por eso descuidó la labor de su alma, pues cada dia, al dar reposo al arado, dedicó dos y tres horas de la noche á la oracion. Llamado á poco por el Señor á su santa casa, tomó el hábito de la Orden Seráfica, consagrándose, como buen labrador, á despojar su alma de las malas pasiones, y á mortificar sus sentidos, á la manera que el agricultor diligente y entendido separa á cuajo de la tierra la zizaña que la envenena. Quiso y logró constituirse en guarda perpétuo del silencio; andar casi siempre solo y evitar la conversacion de los demás frailes, y esto le valió el ser llamado el ermitaño. Ayunó con estrechez, y muchas veces á solo pan y agua. Su hábito fué el más áspero y humilde, y constante el propósito de abstenerse de todo regalo y comodidad. Mas no se contentó el varon de Dios con arrancar la mala yerba del cuerpo, representada en sus pasiones, sino que aspiró á más alto grado de perfeccion, manejando diestramente el arado de la penitencia, con el cual surcaba tan profundamente las dotes de su alma, preparándola para la recoleccion de las virtudes que habia sembrado. Nunca conoció más voluntad que la de Dios y la de su prelado; su mayor gusto fué aprovechar las ocasiones de mortificar su soberbia hasta verla trocada en cristiana resignacion y humildad, prefiriendo por tanto á las alabanzas y adulaciones las injurias y las afrentas. Si pudo hasta semejante altura dominar sus pasiones y llegar á tal grado de virtud, no será de extrañar que sobre él lloviesen las gracias y favores celestiales, como veremos. Hallándose reunidos unos sacerdotes de Paterno, empezaron á comunicar entre sí sobre objetos impuros y torpes delante de la puerta de una iglesia, y pasando por allí á la sazon Fr. Francisco, les dijo: « Oh sa-

»cerdotes del Señor, ¿para qué dais lugar á unas pláticas tan indignas de »vuestra dignidad y de vuestro estado? Vuestras conversaciones sean cas»tas», y prosiguió su camino. A Francisco Samperio, varon muy principal, descubrióle un dia cierto intento que aquel solo habia comunicado á su mujer. Antonio Miguel, de la nobleza de Paterno, no hallaba quien le llevase á su casa el mosto que habia recogido de su vendimia; y temeroso de perderlo con la dilacion, participó á Fr. Francisco el cuidado en que esto le tenia, pidiéndole muy encarecidamente que le encomendase á Dios en sus oraciones. El venerable le exhortó á tener confianza en la misericordia divina, y le despidió con estas palabras: «Antonio, ve corriendo á la plaza pública, y en ella hallarás un arriero, que en sus machos te lleve todo el mosto.» Llegado allá anteriormente, ninguno habia encontrado Antonio Miguel, ni en la plaza ni en parte alguna del pueblo; mas hubo de dar crédito á Fr. Francisco á quien reputaba por santo, y se trasladó inmeditamente á donde le indicaba, donde vió desde luego un hombre forastero que consigo llevaba unos machos. Concertóse al punto con él, y le trasportó el mosto á su casa, segun convenio; pero al salir á pagarle no le encontró ya ni pudo descubrirle en parte alguna. Este suceso le hizo público Antonio Miguel por todo el lugar. Octavio Cardoneto, hombre docto en leyes y cánones, y Agustin Faracio, ciudadanos ambos de Paterno, llegaron cierto dia á visitar á Fr. Francisco, recayendo su conversacion sobre la diferencia de opiniones que habia respecto de la Concepcion de la Virgen Santísima; y diciéndole, que como oian predicar á unos que fué concebida nuestra Señora sin pecado original, y á otros que solo fué santificada en el vientre de su madre, se hallaban con el ánimo dudoso y no sabian qué opinion seguir. A lo cual les respondió: «Amigos, no os espanteis, ni de la diversidad de las opiniones, ni de vues»tras dudas, que es negocio de los reservados á la sabiduría inmensa de »Dios nuestro Señor. Yo tambien me vi un tiempo con la misma duda; y »habiendo rogado al Señor muchas veces, bañado en llanto, que me decla»rase la verdad de tan alto misterio, y con su luz celestial alumbrase mi »ánimo despojándole de las tinieblas que le ofuscaban, alcancé á oir una voz »puramente celeste, á no dudar, que segun su eco se dejaba percibir partia »del cielo, la cual dijo estas palabras: *Gocémonos todos en el Señor, celebran»do el dia de fiesta en honor de la Virgen Santísima, con cuya Concepcion se »alegran los ángeles, y alaban en sus coros al Hijo de Dios.*» La mujer de Vicente Calastro, vecino de Paterno, tenia encerradas en un arca tres varas de lienzo, que reservaba para un ministerio necesario en su casa, á tiempo que Fr. Francisco, habiendo menester una vara de lienzo, llegó á pedírsela. Ella sintió repugnancia, y no poca, en dársela, por la falta que habia de hacerle. El santo varon lo conoció, y dijo: «No porque te halles necesitada

de ese lienzo, te abstengas de una obra de caridad, que el Señor te pagará lo que dieres con crecidas usuras.» Creyó la mujer en sus palabras, pues no ignoraba la santidad de que el venerable se hallaba rodeado, y cortando la vara de lienzo se la entregó. Despues tuvo á maravilla el suceso que á su vista se manifestó, porque de tal modo se multiplicaron las dos varas restantes, que habiendo hecho holgadamente lo que pretendia de aquel lienzo, y aún más, sobróle tan gran cantidad, que aplicado uno y otro dia á diferentes usos, jamás pudo hallarle el fin. Muchos otros ejemplos pudieramos citar en comprobacion de los favores especialísimos que el santo varon recibió del cielo por su virtud excelente y santa vida; pero habremos de renunciar á esta idea en obsequio á la mayor brevedad, y tambien porque los referidos, entresacados de los más admirables y dignos de contemplacion, bastan al propósito de nuestro objeto. Solo añadiremos, para terminar, que despues de tales maravillas y vida tan ejemplar, sintióse cerca del término de su peregrinacion, y pudo anunciar el dia y hora en que habia de entrar en la posesion y disfrute del premio á que se hizo acreedor por sus virtudes. Divulgada por la ciudad su muerte, fué grande el concurso y la devocion de la gente que acudió á la iglesia de los Capuchinos, ántes de que le enterrasen; y no contentándose con pedazos del hábito para reliquias, le cortaban las uñas, el cabello y la barba. — C. de la V.

PATERSON (Alejandro), prelado católico, inglés, natural de Enzie, en el condado de Baufl, fué primero vicerector del colegio de los escoceses en Douai, en donde habia recibido su educacion. Habiéndose apoderado de esta casa el despotismo revolucionario de 1793, tuvo Paterson que abandonar la Francia con todos los maestros y los discípulos, y tornó á su patria donde ejerció las funciones de misionero. En 1816 fué hecho coadjutor del Dr. Cameron, vicario apostólico de Edimburgo, y en 28 de Agosto del mismo año fué consagrado con el título de obispo de Cybistra. Hizo muchos viajes á París para reclamar los bienes de los establecimientos católicos escoceses en Francia, y en 1822 publicó una excelente *Memoria* con aquel motivo; á pesar de todo, solo consiguió parte de lo que se habia propuesto. En 1829 envió Paterson á Francia un eclesiástico, M. Gillies, tambien misionero, y con los donativos que éste recibió, hubo ya suficientes recursos para atender á los gastos de la capilla católica que se construyó en Edimburgo. En 1828 fué nombrado vicario apostólico por muerte del Dr. Cameron. Hizo otro viaje á Francia despues de la revolucion de 1830, y murió en Dundee, ejerciendo sus empleos, el dia 30 de Octubre de 1851. — C. de la V.

PATESON (V. N.), sacerdote del seminario de Rhems, misionero y mártir de Inglaterra. Preso en Lóndres por Octubre de 1591, la noche ántes de quitarle la vida le mudaron á otra cárcel más estrecha y le encerraron

con siete ladrones que habian de morir con él: así lo dispuso la Divina Providencia para la salvacion de aquellos delincuentes, que fueron otras tantas conquistas del celo y exhortaciones del santo clérigo. Convirtiólos en solo una noche á la creencia católica, haciéndoles arrepentirse de sus pecados y abjurar sus errores; y reconciliándolos con Dios y con la Iglesia, formó en tan pocas horas, de siete facinerosos herejes, siete católicos penitentes y áun mártires, pues más parte fué para su muerte el confesar públicamente los dogmas ortodoxos que los delitos cometidos. De tal manera irritó este glorioso triunfo de Pateson á los jueces y ministros, que no pudiendo su cólera permitirles más demora ni subirle á la horca, le acometieron como lobos rabiosos, y abriéndole vivo le arrancaron las entrañas é hiciéronle cuartos. —C. de la V.

PATIEN, obispo de Lyon en el siglo V: ordenó en 470 á Juan, obispo de Chalons-sur-Saône, en calidad de metropolitano. San Gregorio de Tours y Sidonio Apolinar le alaban por su caridad en una época de hambre. Asistió al concilio de Arlés en 471 y murió hácia 491, quizá el 11 de Setiembre, en cuyo dia se celebra su fiesta. —S. B.

PATIÑO (P. Francisco). Nació en la ciudad de Cuenca, provincia de Quito, del reino del Perú. Su padre fué D. Gomez Patiño de Lara, natural de Jerez de la Frontera y mayorazgo de su casa, que era muy noble. Su madre Doña Jacoba Narvaez y Mercado, igual en sangre á su marido, persona de relevante virtud, y muy dada á obras de piedad y religion, tan amiga del recogimiento, que durante un viaje de su marido permaneció encerrada por su gusto en un convento, hasta la hora en que murió, ántes de que éste volviese, haciendo vida de religiosa con mucha edificacion de las que habia en el monasterio. Estando embarazada de nuestro P. Francisco se vió en grave peligro de perder la vida, y acongojada por el niño ofreció la virtuosa señora dedicarle al servicio de su Divina Majestad, á imitacion de otras muchas que hacian semejantes ofertas conformes al espíritu del siglo; pero no sabemos hasta qué punto juiciosas, pues no deja de ser peligroso ofrecer una voluntad libre sin su consentimiento y áun sin consultar sus inclinaciones, y de estas ofertas han recibido muchos un bien eterno, pero algunos otros el martirio en su vida y no sabemos si habrán tenido la salvacion en su muerte. Sea como quiera, lo cierto es que el P. Francisco nació de siete meses, y aunque pequeño de cuerpo, nació robusto, con lo que regocijada su madre pensó sériamente en educarle para Dios á quien lo habia ofrecido. Padeció, sin embargo, mucho el niño en su crianza, porque habiéndole faltado ama, tuvieron que alimentarle con leche de una cabra, no sin mucho trabajo y grandes dificultades, hasta que dichosamente le vió su madre llegar á la edad que deseaba para principiar su educacion. Era

el niño sumamente dócil y bien dispuesto, superando en mucho á las prendas físicas las buenas dotes morales que tenia, de modo que unido esto á la habilidad de tan buena maestra como su madre, no tardó en aprender lo indispensable para la salvacion de su alma, tomando tanto gusto á las lecciones que recibia, que siendo muy niño aún era ya muy dado á la oracion y á la práctica de las virtudes de que era tesoro su maestra. En cuanto supo leer y escribir le enviaron á la ciudad de Quito al colegio de S Luis, que tenia allí la Compañía de Jesús, para que estudiase latin y filosofía, en la que salió tan aventajado á los quince años de edad que podia competir con hombres muy doctos y antiguos en la ciencia; pero no era esto todo, sino que al paso que adelantaba en las letras hacia rápidos progresos en la virtud, que tan bien cimentada tenia en su alma, aprendiendo de sus maestros á perfeccionarla más y más; era sumamente modesto, callado y de amable condicion para todos; era en fin tal como su madre deseaba, y está dicho con esto todo, pues siendo tan virtuosa, no deseaba otro patrimonio para su hijo que uno riquísimo de virtudes. Así como algunos necesitaron mucho empeño de sus padres para abrazar la profesion que se les designaba, Francisco tuvo decidida vocacion á la suya, y ántes de ninguna insinuacion comunicó á su confesor el propósito que tenia de abrazar la religion y dedicar su vida al servicio de Dios: animado por el confesor y por otros compañeros y maestros, creia no encontrar ninguna dificultad; pero se equivocó en esto, porque un tio que tenia religioso, se opuso á que realizára su designio, primero con razones, y luego que se convenció de la inutilidad de estas, con ásperos tratamientos y grandes amenazas, llegando hasta el punto de encerrarle y tenerle así muchos dias hasta que, aprovechando un descuido, pudo escaparse y volver á su colegio donde fué recibido con la mayor alegría. Como no tenian licencia sus superiores para recibirle de religioso, como él pretendió, para empezar su noviciado en seguida, le mandaron vestido con el hábito de la Compañía al provincial, que estaba á la sazon en Lima, para que le diese la deseada licencia, que consiguió al fin, siendo recibido en la Compañía el 9 de Abril de 1607 á los quince años cumplidos. Innecesario es decir que no solo nada le costaban las pruebas del noviciado á quien era de suyo amante de las rigorosas penitencias, sino que aumentaba muchas por su parte, haciendo tantas y tan excesivas, que en lugar de alentarle tenian que reprenderle frecuentemente. Poníale su maestro á los demás como ejemplo de observancia, devocion, mortificacion y obediencia para que se mirasen en él como en un clarísimo espejo. Sus compañeros le querian sin envidia si no con emulacion, y todos le consideraron mucho durante el tiempo de su noviciado, que concluyó del mismo modo que le habia dado principio, haciendo los primeros votos el dia 21 de Abril

de 1609 con la alegría que se deja comprender. Pasó en seguida á continuar sus estudios al colegio de S. Pablo, donde continuó con la misma vida que tenia de novicio, aumentando, si cabe, la crueldad con que se trataba, como entrar en tiempo de invierno y á deshora de la noche en un estanque helado que habia en uno de los patios, y hacer un uso tan excesivo de las disciplinas que teñia el suelo con su sangre. Imposible parece que un jóven delicado y de pocos años tuviese valor para hacer tanto, y que no concluyesen sus malos tratamientos con la poca salud de que disfrutaba. Lo primero se explica satisfactoriamente, porque en la virtud es donde mejor cabe y sienta el heroismo, y si por una pasion ménos noble se ve que el hombre esclavo suyo es capaz de acometerlo todo por satisfacerla, mejor se comprende que por un amor divino y una fe santa se lanzase un jóven lleno de entusiasmo por el camino de la perfeccion, deseoso de encontrar al pastor que llama cariñoso á sus ovejas para conducirlas al aprisco. Lo segundo es comprensible tambien, pues ayudado por la divina gracia, no solo eso sino otras cosas más maravillosas pudiera llevar á cabo. Tuvo, sin embargo, unas ardientes calenturas que le pusieron en grave peligro de perder la vida; pero que, á pesar de cuanto los médicos decian, no sirvieron más que para darle ocasion de ostentar mayor paciencia y conformidad con la voluntad de Dios. Acabados sus estudios, se ordenó de sacerdote y dijo su primera Misa con la devocion y ternura que puede comprender quien haya pasado los ojos por los años de su noviciado. Salió tan aventajado que le fué señalada en seguida una cátedra de artes para que enseñase en ella á los de la Compañía y los edificase con su ejemplo; pero su excesiva modestia y más aún el deseo que tenia de verter toda su sangre por confesar la fe de Jesucristo, le movieron á pedir, en vez de la honra de la enseñanza, la gloria del martirio, suplicando á sus superiores le dejasen ir á predicar á los gentiles, que eran muchos en aquella provincia. Las razones que dió fueron tantas y tan fuertes, que le enviaron, aunque con sentimiento, á la ciudad y obispado de Guamanga, donde trabajó fervorosamente en la conversion de indios, mestizos y áun españoles. Dios le habia dotado de excelentes facultades de orador, y lo era tan bueno que causaba maravilla ver un hombre de tan pequeña estatura y pocos años dueño de toda la ciudad, pues gobernaba, subyugando por sus palabras, al Obispo, á los capitulares de la catedral, al cabildo seglar y á todos los nobles de la ciudad. Tanto trabajo se avenia mal con su estado de salud, y cayó enfermo tan gravemente, que los médicos le desahuciaron y se dispuso á morir, aunque tenia fe en vivir aún más tiempo sirviendo á Dios; y así sucedió conforme él decia, pues sanó muy deprisa cuando ménos lo esperaban todos. Despues que convaleció, sintiéndose cada vez con nuevas fuerzas, debidas á su ardiente fe, salió por los pueblos con un compañero, donde era

fama que habia indios idólatras, y no dejó piedra por mover para reducirlos al servicio de Dios, caminando al rigor de la intemperie por montes y valles sin descanso ni cansancio, porque trabajaba en el rebaño de la Iglesia. Derribó y despedazó muchos ídolos, convirtió á muchísimos infieles y levantó templos y ermitas donde se adorase al verdadero Dios. Mucho más hubiera hecho indudablemente, si el Obispo no determinára salir á visitar su obispado y quisiera llevar consigo al P. Patiño; pero como quien tiene buen deseo de servir á Dios, en todas partes encuentra ocasion de hacerlo, obedeciendo á sus superiores y acompañando al Obispo halló medio de trabajar mucho y con provecho, volviendo á Guamanga despues de haber padecido muchos trabajos, lleno de merecimientos y de consuelo. Sabiendo el P. Mucio Viteleschi, general de la Compañía, las buenas cualidades de Patiño y su raro mérito, ordenó su traslacion al noviciado de Lima para que criase á los novicios primero como maestro y luego como rector. Mucho sintieron el Obispo y la ciudad esta determinacion, procurando estorbarla por cuantos medios estaban á su alcance; pero el obediente Patiño, aunque sentia en el alma dejar su compañía y sus trabajos cerca de los indios, obedeció puntualmente, trasladándose á Lima y encargándose de los novicios. Aquí, como en todas partes, fué puntualísimo en el desempeño de su cargo; pero como nunca olvidaba sus misiones, solicitó volverse á ellas, pidiendo á Dios muy de veras se lo concediese. La fuerza de sus razones, y más principalmente la necesidad que habia de predicadores celosos en el Cuzco, le consiguieron lo que tanto deseaba; y volviendo á su favorita ocupacion, trabajó en ella con muchísimo fruto. Referiremos lo que le ocurrió en una ocasion, como muestra de su constancia y de la exposicion en que se ponia, con unos idólatras fanáticos y sin civilizar. En una tierra apartada y fria, donde nunca habia entrado predicador alguno, habia una numerosa tribu fanática como pocas, y de aspereza y crueldad como ninguna. La gobernaban los sacerdotes, que eran sus caudillos, como se ha visto ejemplo en la infancia de muchos pueblos; y dominados por ellos, no tenian otros ojos, ni otros oidos, ni otra voluntad que la de sus sacerdotes. Adoraban á un gran peñasco, que ya por causas físicas y propias de la naturaleza del terreno, ya por industria de los caudillos, despedia cierto brillo que les maravillaba. El celo incansable del P. Patiño le condujo á su lado; y despues de predicarles, deshizo con la mayor sencillez el respetado ídolo, siendo tanto lo que de ello se apesadumbraron, que no dejaron de llorar en muchos dias, cobrando tal odio al esforzado predicador, que no atreviéndose á quitarle descaradamente la vida, fueron muchos los lazos que le prepararon y las asechanzas que le pusieron para concluir con ella, llegando hasta el punto de perderle entre unos espesos matorrales y encenderlos por

todos lados. La prudencia de Patiño, y sobre todo la divina gracia, le asistieron tan eficazmente, que salió ileso de entre ellos, llevándose muchos convertidos á su colegio del Cuzco, donde siguió algun tiempo. No habian, sin embargo, olvidado sus superiores la aptitud que tenia para otros cargos muy importantes; y como no tardasen en notar mucho su falta, le enviaron á llamar para que fuese rector del colegio de la Paz, en cuyo distrito se necesitaba un sacerdote tan celoso como Patiño. El esmero con que desempeñó este cargo prueba mejor que nada la fama que dió al colegio y el mucho amor que le tuvieron todos en él, dándole repetidas pruebas de ello en diferentes ocasiones. Predicaba en las plazas, adonde venian á oirle desde larga distancia, atraidos por la fama de sus sermones; y fué, en fin, tanto lo que hizo, que no pudieron nunca consolarse de haberle perdido, pues á los tres años de su rectorado pasó al Potosí, que era adonde por la codicia del oro concurrian gentes de todas las naciones. Aquí reformó las costumbres con su celosa predicacion; y despues de añadir nuevos y grandes méritos á los muchísimos que tenia contraidos, volvió al colegio del Cuzco, donde pasó el resto de su vida. En esta santa casa fué superior algunas veces, y tuvo á su cargo los padres que habiendo terminado sus estudios volvian á rehacer el espíritu del noviciado; para cualquiera comision difícil era llamado, como el más apto para desempeñarla, y de esta manera fué tal la fama que iba alcanzando, que el obispo D. Juan Alonso Ochon le eligió por su confesor, reverenciándole y obedeciéndole como un novicio á su superior. Tal confianza tenia en sus consejos, que no sabia determinar nada sin él; de manera que le ayudaba mucho en el desempeño de su mision apostólica. Salieron ambos á visitar el obispado, y fué increible el fruto que obtuvo su predicacion y diligencia, pues lograron que los mismos idólatras presentáran los ídolos que tenian escondidos donde no podia darse con ellos, porque es de notar que los párrocos tenian vergüenza de que se descubriese que en sus curatos habia idólatras en una época en que todos rivalizaban en celoso cuidado, y por no parecer peores que otros, encubrian lo que no podian destruir. Habiendo sido más tarde nombrado el Obispo, en atencion á sus méritos, arzobispo de las Charcas, quiso llevarse consigo al P. Patiño, de quien no le dejaban separarse la necesidad que tenian de sus consejos y el mucho amor que le profesaba; pero no pudiendo lograrlo, partió adonde era precisa su presencia, dejando al celoso misionero en su colegio. Empleando su vida en tan esclarecidas obras, llegó el año de 1660, en que cumplió sesenta y ocho; y con la continuidad de los trabajos y el exceso de las mortificaciones con que se regalaba, empezó á sentirse tan debilitado y próximo á la muerte, que solo pensó en prepararse á ella; pero con este motivo se dió tal prisa á mortificarse, que los superiores, viéndole cada dia más débil y enfermo, le orde-

naron mudase de temple pasando á Urcos, para ver si la mudanza del clima, que aquí era más benigno, le mejoraba; pero Dios habia ya resuelto no dilatarle por más tiempo el premio que habia merecido, y le llamó á sí la víspera del dia de S. Ignacio. Excusado es decir cómo sería la muerte de quien la esperaba y anunciaba con tanta seguridad despues de haber gastado su vida preparándose para ella. Espiró despues de haber recibido los santos sacramentos con la mayor ternura, repitiendo las palabras con que el Salvador murió en la cruz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Muchas fueron las lágrimas que se vertieron por todos los que le rodeaban, y más aún las honras que le dispensaron, procurando cada cual poner de suyo todo lo posible para hacer más pública la estimacion que se merecia el padre Patiño. Pusiéronle en una caja de terciopelo, y con gran acompañamiento de todos los clérigos, del gobernador, la nobleza y gran parte del pueblo, le trasladaron á la ciudad, saliendo á recibirle en los pueblos por donde pasaba toda la gente á pendon herido, venerándole como á santo y procurando tomar reliquias suyas. Concurrieron á su entierro todas las religiones, cabildos y comunidades; y aunque por el inmenso gentío que se agolpaba hubo que hacerle en secreto, en los dias siguientes cada corporacion le hizo sus honras, esmerándose en hacerlas con toda solemnidad. De sus virtudes y buenas cualidades ya hemos dado una idea, si bien muy ligera, en el transcurso de su vida; haremos, sin embargo, mencion de algun caso en que llevó su abnegacion y celo por el bien de los pecadores hasta el más santo heroismo. Habia un negro tan excesivamente rebelde y obstinado que nada era capaz de moverle á penitencia, lo que tenia muy afligido á nuestro celoso padre, quien no le dejaba de la mano, á pesar del poco fruto que sacaba. Varios fueron los recursos que intentó para realizar su fin; pero como no lo consiguiese con ninguno, puso en planta el más eficaz, llamándole á su confesonario; llegóse el negro con repugnancia, y así que le tuvo cerca, desnudándose de medio cuerpo arriba, le puso unas disciplinas en la mano diciéndole: «Toma, y azótame hasta que te canses, porque es preciso esta medicina para la salvacion de un enfermo;» hízolo así el negro hasta que á los golpes saltó sangre; y al verla correr se arrojó á sus piés lloroso, diciendo que ya la medicina habia surtido su efecto, y que despues de aquella prueba comprendia que era él el enfermo á quien curaba de sus errores y pecados la penitencia rigurosa de su virtuoso confesor. Esta fué su vida, estas sus virtudes y esta su dichosa muerte. Ejemplo de una caridad sin límites, no tenia más felicidad que ganar una alma para el cielo, ni más alegría que la de enjugar las lágrimas de sus hermanos; mártir de sí mismo, no tuvo jamás compasion de sí; amoroso con Dios, se enternecia delante de su imágen. Considerémosle con relacion á sus virtu-

des sociales, y tendremos mucho que admirar; examinemos su santidad, y no podremos ménos de envidiarle. El P. Francisco Patiño hizo el sacrificio de su vida por el Evangelio y por los hombres, y desde el punto de su muerte empezó el premio más apetecible, áun en este mundo, pues se derramaron muchas lágrimas sobre su losa y se elevaron al cielo muchas oraciones.—G. P.

PATIÑO (Dr. D. Joaquin María) presbítero, fué natural de la Puebla del Dean, arzobispado de Santiago, estudió filosofía y teología y se graduó de doctor en aquella universidad; en ella hizo oposicion á una cátedra de filosofía, la que obtuvo en primer lugar y regentó muchos años. Hizo oposicion en la misma ciudad á una beca en el colegio mayor de pasantes de S. Clemente, la que tambien obtuvo, y en cuyo colegio fué rector varias veces. Tambien se opuso á la magistralía de la catedral de Mondoñedo, en donde empató, habiendo llevado la prebenda su contrincante, por ser de más edad; del mismo modo hizo oposicion á la de la colegiata de la Coruña, mereciendo un lugar muy distinguido por sus brillantes ejercicios. El año 1812 se premiaron sus méritos literarios haciéndole bibliotecario mayor de la universidad de Santiago, cuyo destino desempeñó como era consiguiente á sus grandes conocimientos en la literatura, hasta poco ántes de la muerte del Sr. Varela. Habiendo sido nombrado bibliotecario mayor de la Real en esta Corte el año 1834, lo desempeñó hasta 1840 en que fué separado de su destino por la Junta del pronunciamiento, habiendo quedado cesante hasta que S. M. le concedió la jubilacion hacia el año 1845: tambien fué diputado á Córtes en las extraordinarias del año 1822, y en el 1838 senador por la provincia de Pontevedra. Murió el dia 13 de Agosto del año 1848, de setenta y tres años de edad.—O. y O.

PATO (Fr. Gaspar), capuchino portugués de la provincia de S. Antonio, se distinguió mucho durante su vida como orador sagrado y dejó manuscrita una obra con el título de *Medullam quæstionalem communium Sacræ Scripturæ locorum.*—S. B.

PATORNAY (Felipe) orador sagrado. Nació en Salins, el año 1593, hijo de una familia noble que produjo muchos hombres de relevantes méritos, é ingresó á los diez y ocho años en la Orden de los Mínimos, que contribuyó á propagar en el condado de Borgoña. Despues de profesar la filosofía y teología, se consagró con tan brillante éxito á la predicacion, que el arzobispo de Besanzon Fernando de Rye, suplicó á la Santa Sede le fuese nombrado Patornay como uno de sus sufragáneos, consagrándole despues en 1632 obispo de Nicópolis. Continuó sin embargo el nuevo prelado distribuyendo con modestia al pueblo el alimento de la divina palabra y murió en Besanzon el dia 1.° de Agosto de 1639, llorándole mucho los pobres por su dulzura y cari-

dad. Patornay era muy versado en teología y en el conocimiento de las lenguas muertas, entre ellas el hebreo, que poseia con facilidad. En cuanto á publicaciones suyas, solo existen algunas tésis que dió á luz; pero dejó manuscrita una *Coleccion de sermones*, y un *Compendio de las controversias* de Belarmino, que se conservaba en la biblioteca de los Minimos, de Rupt, bailío le Grai.—C. de la V.

PATORNAY (Leonardo), jesuita y pariente del obispo de Nicópolis, murió en Besanzon el mismo año, y fué un controversista famoso, que supo granjearse el aprecio del cardenal Richelieu hasta el punto de encargarle distintas veces el impugnar los escritos de los ministros protestantes. Publicó con nombre supuesto: *Declarationes multorum deductorum ad ecclesiæ castra.*—C. de la V.

PATOUILLET (Esteban). Fué hermano del jesuita Nicolás Patouillet, de quien despues hablaremos, y nació tambien en Salins el año 1634, distinguiéndose tambien como orador sagrado. El éxito que alcanzó en la cátedra del Espíritu Santo le hizo acreedor á la benevolencia del arzobispo A. P. de Grammont, que deseando ocuparle en su diócesis, le suministró diferentes beneficios. Acababa de ser nombrado abad de Acey, cuando le asaltó la muerte en Salins, á 6 de Enero de 1696, á la edad de sesenta y dos años. Quedó suya una *Oraison funèbre de Marie Therese d' Autriche, reine de France.*—C. de la V.

PATOUILLET (Luis), jesuita. Nació en Dijon el 31 de Marzo de 1699, y estudió en esta ciudad bajo la direccion del P. Oudin. Luego ingresó en la Compañía, donde siguiendo el uso fué destinado á la enseñanza. Por algun tiempo residió en Laon; predicó en Nanci ante el rey Estanislao, y luego fué llamado á París habitando allí la casa profesa de la Compañía. Sus primeros ensayos fueron varias poesías con motivo del casamiento del Rey en 1725, y un poema latino á la convalecencia del mismo monarca en el año 1729. Posteriormente se ocupó de materias algo más graves, siendo uno de los primeros redactores del *Supplément aux nouvelles ecclésiastiques*, que los jesuitas opusieron á la *Gaceta jansenista*, el cual se publicó por los años de 1734 á 1748. Tambien se le atribuyen muchos escritos anónimos sobre asuntos de la época, tales como la *Apologie de Cartouche, ou le scélérat justifié par la grâce du père Quesnel;* los *Progrès du Jansenisme, par frère Lacroix;* dos *Lettres à un évêque sur le livre du père Norbert: Lettre sur l'art de vérifier les dates; Histoire du Pelagianisme; Entretiens d'Ansèlme et d'Isidore sur les affaires du temps; Lettre d'un écclésiastique à l'éditeur des OEuvres d'Arnauld.* Encargado tambien de continuar la coleccion de *Lettres edifiantes* despues de la muerte de Duhalde, ocurrida en 1743, Patouillet dió á luz en 1749 el cuaderno 27 de estas cartas, y el 28 en 1758. Confec-

cionó el tomo XXXI, que publicó despues otro jesuita, y en 1776 corrió asimismo con la publicacion de los tomos XXXIII y XXXIV. Suya es igualmente la segunda edicion de la *Bibliothèque janséniste*, impresa en 1752 bajo el título de *Dictionnaire des livres jansénistes ou qui favorisent le Jansénisme*, la cual fué incluida en el Indice de Roma por decreto de 11 de Marzo de 1754. Patouillet, en efecto, dió grande extension á la nota de *jansenismo*, y la aplicó indistintamente á los teólogos católicos y á escritores completamente extraños á semejantes controversias, entre otros á Mme. de Sévigné. Feller dice que tambien se atribuye á este jesuita la *Realité du projet de Bourg-Fontaine;* pero es más que probable que este escrito pertenezca al P. Sauvage, jesuita de Lorena. Patouillet compuso indudablemente muchos folletos de los que vieron la luz pública, ora sobre la negativa de sacramentos, ora sobre la extincion de la Compañía de Jesús, con motivo de los decretos que contra ella dió el parlamento; pero no podriamos determinar con exactitud cuáles de entre ellos le pertenecen. M. de Beaumont, arzobispo de París, le empleó en las querellas que este prelado tuvo que sostener con los parlamentos, lo cual seguramente le valió el ser desterrado de París en 1756. Partió, pues, de esta ciudad y vivió algun tiempo con Mr. de La Motte, obispo de Amiens, y luego en casa de M. Bauyn, obispo de Uzès, ambos muy adictos á los jesuitas. En sus últimos años se retiró á Aviñon, donde murió en 1779. Hállase un juicio crítico que le favorece mucho en el tomo VI de la edicion de *Lettres edifiantes*, escrito por el P. Querbeuf. Se le ha echado en cara que no usó de bastante criterio ni de prudencia; pero seguramente no fueron sus adversarios excelentes modelos para él en este género, pues hablan de Patouillet con mucho desprecio, llegando Voltaire algunas veces á confundir el nombre de su adversario con los de los escritores que entrega al ridículo en su *Correspondance* y en sus *Chistes* ó *Agudezas*. Tambien le atribuye Mr. de Montillet una pastoral del arzobispo de Auch en favor de los jesuitas; pero no lo justifica suficientemente. De todos modos hay fundamentos para creer que Patouillet redactó por encargo de diferentes prelados muchos escritos sobre las querellas suscitadas en su tiempo; y léjos de perjudicarle aquella prueba de confianza, creemos en nuestra humilde opinion que le honró sobradamente. —C. de la V.

PATOUILLET (Nicolás), jesuita, nació en Salins el año 1622, siendo destinado desde muy temprano á la carrera evangélica. Despues de predicar en las primeras ciudades del reino, fué nombrado superior de la mision francesa en Londres, cuyo cargo ejerció largo tiempo; mas viéndose precisado en fuerza de la edad á dimitir su empleo, se retiró al colegio de la Compañía existente en Besanzon, donde continuó entregado á la cura de almas hasta su muerte, que ocurrió el dia 1.° de Noviembre de 1710. Fué hombre

de probidad austerísima, como veremos por el siguiente caso. Habiéndole declarado uno de sus penitentes que acababa de legar á los jesuitas cuanta fortuna poseia, y era considerable, le hizo notar Patouillet que tenia parientes pobres, herederos suyos naturales; y tanto abogó por su causa, con tan grande interés combatió en su favor, que alcanzó la derogacion del testamento que los despojaba. Escribió diferentes obras, entre ellas los *Sentiments d'une ame pour se recueillir en Dieu. Beato Francisco de Sales, episcopo Genevensi panegyricus, dictu Camberii.*—C. de la V.

PATRAS DE COMPAIGNO (Tomás Hércules de), hijo de una familia de las más antiguas del Bolonesado, abjuró el protestantismo el dia 22 de Febrero de 1844, en la iglesia de S. Luis de Antin, de Paris, y en manos del abad Arnaul, vicario de aquella parroquia. Poco ántes habia recibido el abad Th. de Ratisbona la abjuracion de Mme. de Compaigno, de orígen inglesa. C. de la V.

PATRIARCHI (Gaspar). Nació este literato originario de Florencia en 1709, en la ciudad de Padua. Hizo sus estudios en la universidad de esta ciudad, en la que tomó sus grados en derecho. Abrazando el estado eclesiástico se granjeó el aprecio del abate Antonio Conti, y obtuvo por su proteccion el empleo de profesor en Venecia, destinado á la educacion de los jóvenes de la nobleza. El conde Algarotti fiaba tanto de su buen juicio, que se dice le consultaba todas sus obras. Despues de treinta años de permanencia en Venecia, volvió Patriarchi á Padua donde fué uno de los más distinguidos miembros de la Academia que se restableció en aquella época, cuya corporacion le hizo uno de los primeros académicos pensionados de la clase de filosofía racional. Murió este eclesiástico en Padua el año 1780, muy sentido de todos cuantos habian podido apreciar su talento y su carácter. Además de los muchos opúsculos en verso y prosa, que publicó este autor en los periódicos, se conserva de él una traduccion italiana sobre los santos deberes de la muerte; obra escrita por el P. Lallemand, seguida del tratado de Bossuet sobre la agonía de Jesucristo, que se imprimió en 12.° en Verona el año 1763. Tambien escribió un tratado de los tropos; pero su principal obra fué el *Vocabulario veneciano y paduano con términos y modos correspondientes al toscano;* obra de 388 páginas, que se imprimió en 4.°, en Padua, el año 1775. Este libro es muy curioso é importante por la noticia que da de los diversos dialectos de la Lombardía oriental, y del gran número de poetas que han florecido en este pais. Patriarchi preparaba una segunda edicion muy aumentada de esta obra; pero le alcanzó la muerte ántes de acabarla. Segun M. Weis, el elogio de este sabio eclesiástico se publicó en Padua en 1789 en el tomo II de la obra titulada: *Saggi scientifici dell' accademia di Padova.* A. C.

PATRICE, Patrici ó Patricio (Francisco). Nació este eclesiástico en Clise de Istria, y floreció en fin del siglo XVI. Enseñó la filosofía en Ferrara y en Roma con gran reputacion. Sus opiniones sobre los peripatéticos le hicieron enemigos al médico Theodoro Angelacio y á Santiago Mazzoni, y murió el año 1597 á los sesenta y siete años de edad. Ha quedado de este autor una Poética, impresa en italiano en Ferrara el año 1586, en 4.° Divide esta obra en dos décadas: en la primera, titulada *Deca historiale*, habla de las reglas principales del arte. Además ha dejado escritas las obras siguientes: *Discussionum Peripateticarum*, cuatro tomos.—*Philosophia.*—*Paralleli militari.*—*Nova Rethorica.*—*Risposta á due oppositioni del Mazzoni.*—*Deffensa delle cento acusse del Mazzoni.* Tambien publicó las obras de Mercurio Trimegisto, que se imprimieron en Ferrara en 1591 con este título: *Oracula Zoroastris, Hermetis Trimegiste etaliorum ex scriptis Platonicorum collecta, græcè et latinè, præfixâ dissertatione historicâ.* Muchos son los autores que mencionan á este docto escritor; pero pueden consultarse con preferencia por el buen juicio que hacen de él y de sus obras los siguientes, citados por Moreri en su *Diccionario:* Lambecius en su *Historia literaria*, Monnoye en sus *Notas sobre el juicio de los sabios de Baillet*, Lemire en sus *Escritores del siglo XVI*, y Lorenzo Crasso en el *Elogio de los literatos.*—C.

PATRICIA (Sta.), mártir. Solo se sabe por el Martirologio Romano que durante la persecucion del emperador Decio, sufrieron el martirio en Nicomedia esta Santa, su marido S. Macedonio y su hija Sta. Modesta, por no querer adorar á los ídolos y por confesar á Jesucristo: la Iglesia les recuerda el dia 13 de Marzo.— C.

PATRICIA (Sta.), vírgen. Joyas tiene el trono en el cielo de gran valor que le engrandecen y ensalzan por la riqueza gloriosa que le dan, al propio tiempo que le ennoblecen y glorifican. Entre estas joyas, criadas en la tierra para enriquecer al cielo, fué una de ellas la gloriosa vírgen Sta. Patricia, nieta del emperador Constantino *el Grande* y floron glorioso del trono de los Césares cristianos. Nació esta Santa en Constantinopla en el siglo IV de Jesucristo, y educada en la misma ciudad, fué instruida por el célebre Lactancio. Deseosa de consagrarse á Dios, á quien ofreció su virginidad, hizo voto de castidad aún siendo muy niña. Jóven y hermosa, trató el Emperador su padre de obligarla á contraer matrimonio, y como ni los ruegos ni las lágrimas pudiesen lograr disuadir á aquel de este propósito, se decidió á acudir al llamamiento de Dios, desobedeciendo á su padre, que contrariaba su santa voluntad. A este fin se concertó con algunas personas de su servidumbre y se embarcó secretamente para Nápoles, dejando para siempre á Constinopla, su patria. Desde Nápoles pasó á Roma, y haciendo presente al papa Liberio su voto y firme propósito de consagrarse á Dios, este pontífice

la puso por sus manos el hábito y velo de religiosa, instruyéndola al propio tiempo en los deberes que contraia. Deseosa de visitar los santos lugares de Jerusalen y de adorar al Señor sobre su santo sepulcro, se embarcó á este fin. Al pasar por Constantinopla, el amor patrio la detuvo algunos dias en esta ciudad, que edificó con sus virtudes. Volvióse á embarcar para continuar su viaje á Jerusalen; pero Dios, que no la queria conceder esta gracia, y sí conducirla al trono que la tenia preparado en su gloria, hizo que los vientos en vez de conducir la nave á la Tierra Santa la volviesen otra vez á Nápoles. Desembarcando en esta ciudad la vírgen, con sentimiento de no haber podido visitar los Santos Lugares, pero conformada con la voluntad del Señor, se vió acometida instantáneamente por una grave enfermedad, que desde un principio se conoció ser la última. Preparada la Santa á su glorioso tránsito, y oida la voz de su celestial Esposo, que la llamaba á la bienaventuranza para coronarla en la gloria, murió con la paz de un ángel el dia 25 de Agosto, en que la venera la Iglesia, el año 365 de nuestra era. — C.

PATRICIO (S.), obispo de Irlanda. La vida de este Santo fué escrita por su sobrino Patricio y sus discípulos, el obispo S. Miel, S. Benito y S. Tumano; y de estas historias y de los hechos del Santo, que recopiló S. Eviño, compuso el monje Joselino la vida de S. Patricio, que publicó Tomás Mesingamo en las vidas de los Santos de Irlanda, existiendo tambien un compendio escrito por Francisco Harreco, que publicó despues Ricardo Stanihursto. En presencia de estas historias y de otras biografías del Santo, publicadas por Moreri, los autores de la *Leyenda de oro* y otros, vamos á dar lo mejor que podamos la biografía de este glorioso apóstol y primado de la católica Irlanda, en la que fué padre y maestro de muchos santos, profeta católico y varon milagroso. Nació S. Patricio en un pueblo de las costas de Bretaña, llamado Taburnia, en el siglo V de nuestra era; hijo de Calfurnio y Conquesa, personas de gran virtud. Su nacimiento fué señalado con el milagro del ciego Gormás, que adquirió la vista lavándose en el agua que brotó una fuente que se abrió milagrosamente al contacto del niño, despues de bautizado. Durante su juventud, en la que ayunaba y oraba mucho, siendo su principal diversion cantar alabanzas al Señor, fué dedicado al oficio de pastor, en el que obró tan prodigiosos milagros que fué tenido por santo hasta por los muchachos de su edad. Habiendo invadido su pueblo los irlandeses, cuando Patricio tenia diez y seis años, se le llevaron á Irlanda como cautivo, y allí le hicieron guarda de lechones. No pudieron dar ocupacion mejor al Santo, porque le permitia dedicar la mayor parte del dia á Dios, al que hacia oracion de rodillas de dia y de noche doscientas veces. Se mantenia solo de yerbas y manjares rústicos para hacer penitencia. A los seis años de cautividad, en los cuales aprendió con facilidad y perfeccion la

lengua irlandesa, logró su libertad, encontrando milagrosamente la cantidad de oro que se pedia por su rescate. Volvió S. Patricio, ya libre, á la casa de sus padres; tuvo en ella un sueño venturoso, por el que conoció que Dios le habia escogido para director espiritual de Irlanda, y obedeciendo á esta revelacion marchó á Francia á estudiar las letras sagradas, con ánimo de hacerse sacerdote. Púsose bajo la enseñanza y direccion de S. German, obispo antisiodorense, con el que estuvo diez y ocho años, y en cuya casa se hizo sacerdote. Aprovechándose de los consejos de S. Martin, obispo, pariente de su madre, tomó el hábito de monje, preparándose para ir á Irlanda; pero como desease recibir ántes la bendicion del Pontífice y manifestarle sus designios, se dirigió á la ciudad santa, adonde fué muy bien recibido por el papa Celestino I, que le nombró su legado y primado de Irlanda, consagrándole á este fin obispo. Dicen sus historiadores, que habiendo desembarcado ántes de llegar á Roma, lo verificó en una isla del Mediterráneo, en la que un santo varon le entregó un báculo en nombre del Señor, báculo que fué muy célebre, porque sirvió á S. Patricio como su vara á Moisés, cuyo báculo se llamó de Jesús. Al despedirse del Pontífice le dió veinte compañeros para que le ayudasen en su mision á Irlanda, con los cuales partió muy contento á Francia, en donde recibió la bendicion de su maestro S. German, que le entregó libros, cálices y otros utensilios muy propios para su mision. Al desembarcar en Irlanda le puso el demonio muchos obstáculos, entre ellos la prediccion de los magos, que habian dicho al pueblo llegaria un extranjero que destruiria sus dioses, por lo que tenia mandado el rey Leogario impidiesen la entrada al extranjero. Así fué, que en cuanto desembarcó, se lanzaron contra él porcion de hombres con ánimo de matarle; pero fueron tales los milagros que tuvieron lugar en aquel acto, que los más furiosos idólatras irlandeses se convencieron de que era un varon asistido por los dioses inmortales, y le permitieron establecerse en aquella tierra, y hasta que se edificase una iglesia en ella. Los sencillos habitantes de Irlanda, convencidos de la verdad que predicaba S. Patricio, se hubieran convertido más fácil y prontamente, si los magos del reino, conociendo que el fruto de la predicacion de este Santo llegaria á ser su perdicion, no se hubiesen opuesto con empeño á la doctrina de S. Patricio. El jefe de los magos, que se hacia pasar por Dios, engañando al Rey, se llamaba Dochu, y fué para S. Patricio el mayor enemigo; pero este Santo alcanzó de Dios el castigo del embustero, desacreditándole con el pueblo. Este milagro y los muchos que sus historiadores describen, le hicieron muchos prosélitos que se convirtieron á la fe de Jesucristo. Retiróse el Santo por algun tiempo á una cueva de Irlanda, en la que todos los que entraban, segun David Roto, Mateo París, monje de San Benito y otros escritores, veian las grandes y terribles penas que se pagan

por los pecados en la otra vida, y la delicia y contento que se disfruta por los que sufren en la esperanza de la gloria, razon por la que se llamó á esta cueva el purgatorio de S. Patricio. La predicacion de S. Patricio, asistida por tantos milagros, logró al fin la conversion de los irlandeses que abrazaron al cristianismo, á los que pusó piadosos obispos que les instruyesen, levantando al efecto muchos templos al Señor. Y á fin de enriquecer aquellas iglesias con reliquias de los santos y gracias espirituales, volvió á Roma San Patricio, y al pasar por su patria fundó monasterios é hizo obras piadosas, que le recordarán siempre. Recibió el Pontífice á S. Patricio con gran cariño y le dió las reliquias de los santos que deseaba, consagrando además treinta obispos para que le acompañasen y ayudasen en su mision evangélica. Logró S. Patricio por medio de su elocuente predicacion y por los muchos milagros que Dios le concedió hacer, captarse la voluntad y amor de los irlandeses, que le consideraron su salvador y su padre. Fué tal el ascendiente que logró en el pais, que pudo lanzar de él á los magos y hechiceros que le infestaban. Para alcanzar del Señor la gracia de purificar la Irlanda de todo poder del demonio y de todo animal venenoso, ayunó S. Patricio cuarenta dias, sin comer manjar terrestre, imitando en esto á Elías y Moisés, siendo tradicion en el país que desde entónces no ha nacido en Irlanda animal venenoso alguno, y que ningun irlandés, esté donde quiera, es acometido por animales de esta clase. Muchos son los pronósticos que segun sus historiadores, que dan noticia de ellos, hizo nuestro Santo, con los que acreditó el don de profecía, con que le honró el Dios de las misericordias. Profetizó el sitio en que muchos años despues habian de fundar sus monasterios en Irlanda S. Columbo, S. Colmaneo y S. Moccheo. Además de rezar diariamente S. Patricio todos los salmos y de leer el Apocalipsi de S. Juan, se hincaba trescientas veces de rodillas al dia para adorar á Dios, y cantaba doscientas oraciones. Siempre que rezaba las horas, se santiguaba cien veces al empezar cada una. Su misa era fervorosísima, y su predicacion diaria y elocuente; su penitencia fué tan ejemplar que despues de lo poquísimo que se alimentaba con yerbas, y del miserable vestido con que se abrigaba, empezaba la noche arrodillándose doscientas veces, y rezando cien salmos á los que seguian muchos actos de devocion; metiéndose despues en una charca de agua fria, rezaba otros cincuenta salmos y muchas oraciones, y cuando se determinaba á descansar, se desnudaba del todo y se acostaba en el frio suelo, ciñéndose ántes á la cintura un punzante cilicio empapado en agua helada recostando su cabeza en una tosca piedra. A pesar de tan áspera penitencia y de sus penosos y continuados trabajos apostólicos, llegó este siervo de Dios á la pasmosa edad de ciento treinta y tres años, con una agilidad extraordinaria, como si fuera un jóven de quince,

y con todas sus facultades intelectuales completas, debiendo advertirse que despues de cumplir los cien años se dedicó aún más á la oracion, contemplacion y penitencia, y que á fin de que esto no perjudicase de manera alguna á sus fieles ovejas, estableció un concilio anual para que las gobernase y mantuviese en la fe y buenas costumbres. Murió S. Patricio en la paz más gloriosa el dia 16 de Marzo, en que le venera la Iglesia, del año 493 de nuestra era, asistiendo un coro de ángeles á su muerte, que embalsamando el país con el aroma de la gloria, hicieron sentir sus divinos cantares á los justos, que en vista de esto proclamaron la santidad de S. Patricio. Dicen los historiadores ya citados, que al morir el Santo tuvieron tal empeño los habitantes de Ulidia y de Armadia de poseer su sepulcro, que queriendo llevarse su santo cuerpo se armaron para pelearse unos con otros; pero que cuando iban ya á llegar á las manos, á orillas del mar, se alzaron las aguas y se interpusieron entre los contendientes, no bajando hasta que se verificó la paz entre ambos pueblos, que convinieron se le diese sepultura en la ciudad de Duno, en la que se conserva venerado por toda la Irlanda, que le considera su glorioso apóstol. Debemos añadir á las noticias dadas, que cuando San Patricio fué á predicar el Evangelio á Irlanda, si bien el rey O'Neil le rechazó, los demás reyes y príncipes del país, no solo le acogieron, sino que la mayor parte de ellos se convirtieron al cristianismo, contandose entre los irlandeses á Laugano por el primer rey cristiano de su país, el cual fué convertido el año 432 por S. Patricio. Desde el primer año de su predicacion en Irlanda, predicó el Evangelio en los *Claus* ó Estados y en Tarah, residencia del monarca y del gran sacerdote de los idólatras drúidas. Confiósele la instruccion del príncipe Benigno, que le sucedió despues en la predicacion, y estableció las iglesias católicas sin recibir ningun donativo ni ofrenda. Invadiendo la Irlanda Coratic, príncipe de un canton del pais de Gales, sin embargo de ser cristiano, asesinó á algunos católicos é hizo cautivos á otros para vendérselos á los pictos que aún eran idólatras; pero el sábio prelado le escribió una enérgica carta excomulgándole, y á poco pereció este príncipe, con cuya muerte se acabó de afirmar la religion cristiana en Irlanda. Fijó la silla arzobispal en Armagh, y en su vejez resignó sus funciones episcopales en Benigno para entregarse mejor á la meditacion en la soledad, en la que escribió su famosa *Confesion*, que acredita la sincera y sencilla creencia de aquellos tiempos. Ya dejamos dicho, que para consolidar la religion celebró muchos sínodos, no habiéndose conservado más actas que las del primero, en que se trató de la disciplina, pues los demás que llevan su nombre, se creen, segun Wilkins, de su sobrino ó de algunos de sus sucesores. Su confesion y su carta al príncipe Coratic, se publicaron por Vare en Lóndres, 1656. Se ha dicho por algunos que S. Patricio murió en el monas-

terio de Glantemburg, en Escocia, pero éste fué otro S. Patricio, que fundó en este país una comunidad de monjes. Ya dijimos que el purgatorio de San Patricio era una caverna de la isla de Ultonia, en donde estuvo el Santo haciendo penitencia y en la que se obraron cosas maravillosas. Los excesos que socolor de piedad y de penitencia se cometian en ella, fueron causa de que se cerrase de órden del gobierno á fines del siglo XV; volvió á abrirse, y por último, se cerró definitivamente por órden de Enrique VIII. Una Orden respetable, que tiene por objeto la emulacion á la virtud, lleva en Irlanda el nombre de S. Patricio, y el rey de Inglaterra en la visita que hizo á Irlanda en 1821, condecoró con el cordon de la órden de S. Patricio al conde de Fingal, lo que fué un feliz augurio para la admision de los pares católicos en el parlamento inglés, al que lo propuso Lord Canning en 1822, si bien no lo adoptó entónces más que la cámara de los Comunes. S. Patricio es el santo más obsequiado por los católicos irlandeses de la Ultonia. B. S. C.

PATRICIO (S.). Recibió la palma gloriosa de los combatientes de la fe en Nicomedia con Macedona su esposa y su hija Modesta. La Iglesia honra este santo mártir el 13 de Marzo.—O. y O.

PATRICIO (S.), obispo. Fué este Santo uno de los mártires sacrificados por el procónsul Julio en Bitinia, el cual despues de haber sacrificado al dios Esculapio en la ciudad de Prusa, creyó que le era deudor de la salud que habia recobrado despues de una larga enfermedad, y á fin de manifestarse al falso dios por el gran beneficio que creia le habia hecho, quiso obligar á S. Patricio, obispo de Bitinia, á hacer sacrificios á su dios protector. Negóse el Santo á ejecutar semejante designio, declarando que solo adoraba al Dios verdadero, y no á aquella hechura del demonio; é irritado el procónsul por esta contestacion, mandó arrojar al santo Obispo dentro de una caldera de agua hirviendo, y como saliera ileso de ella, se enfureció de tal manera el procónsul, que le mandó cortar la cabeza, en cuyo caso la bendita alma de S. Patricio voló al cielo á recibir el premio de su virtud y heroismo, en los primeros siglos de la Iglesia: esta le recuerda el dia 28 de Abril en union de los bitinianos Stos. Acacio, Menandro y Polieno, que alcanzaron la gloria del martirio el mismo dia.—C.

PATRICIO (S.), abad. De noble cuna y de rica casa nació este Santo en Auvernia; pero áun cuando fué educado segun su clase para disfrutar de los honores y las riquezas, lo abandonó todo para consagrarse á Dios en la soledad. A fin de prepararse mejor á la vida contemplativa que deseaba, entró en un monasterio en el que se ejercitó durante algunos años. Cuando se creyó suficientemente instruido se retiró al desierto de Meves, con dos íntimos amigos suyos, que abandonaron como él el mundo para dedicarse

mejor á Dios. En este desierto pasaron los tres el resto de sus dias, haciendo penitencia, y glorificando á Dios en sus acciones, hasta que murió Patricio el 25 de Agosto, en que le celebra la Iglesia, del año 562, habiendo admirado con su virtud y milagros á cuantos le conocian. — C.

PATRICIO Y MALAQUÍAS (Btos.), monjes benedictinos, naturales de Irlanda, donde fueron martirizados por los herejes en 1585. El *Flos Sanctorum* de su Orden se expresa de este modo al hablar de estos santos mártires. « En Irlanda el martirio de los bienaventurados Patricio y Malaquías, monjes del monasterio Bulliense, de nuestra Congregacion Cisterciense, que padecieron gloriosa muerte por la defensa de la fe católica, á manos de los herejes, ahorcados, y el uno fué despedazado en cuatro partes, y el otro atravesado con una lanza de medio cuerpo abajo, estando aún vivo, año de 1585.» La Orden Benedictina celebra su memoria en 19 de Mayo. — S. B.

PATRICIO CONORO, franciscano irlandés. Escribió: *Sydus Borbonicum et peraphrasticum rationarium in idem.* — *Triumphum Conceptionis Beatissimæ Deiparæ.* — S. B.

PATRICIO DUFFIUS, franciscano irlandés, lector de artes y sagrada teología en la universidad de Lovaina, teólogo del Rey Católico en aquella ciudad, y cronista general de su Orden, revisó, corrigió y aumentó con índices: *Actas y vida del B. Alberto de Sarciano*, escrita por Fr. Francisco Haroldo, de la misma nacion é instituto, publicada en Roma por Juan Bautista Bussoti, 1688, en fólio. *Theologiam Bai Jansenianam*; Colonia, por Guillermo Friesen, 1680, en fólio. Obra que imprimió por segunda vez Fr. Martin de Torrecilla, en la que intituló: *Propugnaculum orthodoxæ Fidei*, edicion de Madrid, 1698, en fólio. *Epigramma præfixum vitæ V. Servi Dei Fr. Sebastiani de Apparitio*; Roma, 1696, en 4.° — S. B.

PATRICIO HELIO (Rmo. Monseñor Fr.), obispo micronense en Hibernia. La noticia de la vida de este ínclito y glorioso mártir la escribió en sus *Personas insignes de la provincia de Cartagena* el P. Huelamo, testigo presencial en muchos, actos y refiriéndose á los religiosos sus compañeros en la narracion de otros. El Rdo. P. Fr. Tomás Bourchier, inglés, en la historia que escribió de de los gloriosos mártires de S. Francisco, que recibieron el martirio en Hibernia durante Enrique VIII é Isabel, de fatal memoria, suministra abundante copia de noticias muy importantes. El sétimo año del pontificado de Paulo V y el tercero del generalato del Rdo. P. Fr. Francisco de Zamora, que fué el de 1562, cundió el terrible fuego de la herejía en Inglaterra y en el señorío de Hibernia. Por este tiempo salió un jóven de la ilustrísima familia de los Helios, muy nombrada en dicho señorío. Llamábase el mancebo Patricio. Habiéndose acercado al general de la órden de S. Francisco para asegurar su partido en la santa fe católica é iglesia de Roma y obediencia á su

pontífice, vicario de Cristo, le amparó el general accediendo como padre benigno á las pretensiones del jóven, enviándole muy recomendado á la provincia de Cartagena. En ella estudió las ciencias eclesiásticas con mucho aprovechamiento, oyó las artes en el convento de S. Francisco de S. Clemente, la sagrada teología en el de Cuenca y en la universidad de Alcalá. Sus ejercicios correspondieron á lo que era de esperar en quien por buscar á Dios dejó, como otro Abraham, padres y familia. Fué por lo tanto su vida, miéntras residió en España, santa é irreprensible. Desde su niñez curaba á los enfermos para hacer obras de misericordia é irse preparando en busca de la divina gracia. En 1577 fué á Roma á pedir licencia para predicar en Hibernia, su patria, cuyo calamitoso estado y apostasía afligia su alma. Trató este propósito con el doctísimo P. Fr. Cristóbal de Capite Fontium, general de toda la Orden, y á la sazon en Roma, á quien el santo padre Gregorio XIII hizo despues obispo cesariense, y despues de prudente deliberacion, Fr. Patricio sometió este negocio en manos del Santísimo Padre, que holgóse en el alma contemplar tal rosa producida en las heladas espinas de Hibernia. Hízole muchos favores, y pareciéndole varon capaz y benemérito, le elevó á la dignidad de obispo micronense, en el señorío de Hibernia, perteneciente de antiguo á la corona y patrimonio del Papa; pero cuyo gobierno por estar tan distante de Roma, le encomendó á los reyes de Inglaterra. Salió de la ciudad eterna el obispo Patricio, permaneciendo en París siete ú ocho meses en el convento de S. Francisco, siendo su humildad tal, que parecia era un fraile cualquiera, un divino ejemplo, un espejo en el cual podian mirarse todos. Demostró en la universidad de París cuán excelentes estudios habia hecho en España, causando admiracion ver á un prelado cómo asistia á todas las conclusiones de todas las facultades. En París recibió noticias de los males que sufria Hibernia, de la poca esperanza de su remedio y del muy cierto peligro que corria cualquier católico que quisiese ir. Mas á Patricio le animaba la fortaleza y amor de Dios, y como hijo de la obediencia, quiso humilde cumplir el mandato y la encomienda del Papa, teniéndole en más que su propia vida. Preparado el viaje, le acompañó un estudiante compatriota y compañero suyo, llamado Connacio, llegaron á la Bretaña, y se embarcaron en tiempo oportuno, parando en un lugar totalmente desierto de la Hibernia. Dieron desde allí en la casa del caballero conde de Desmonia, ausente á la sazon; pero cuya mujer le recibió benigna, aunque con engaño y fraudulencia, puesto que ella trató la muerte del Santo huesped. A los tres dias salió con su compañero adonde le parecia habia católicos y podria conseguir algun fruto, siendo Limirio el punto de su partida. Púsoles el gobernador de esta ciudad en una dura prision por sugestiones de la mujer indicada, y desde Limirio les condujeron a

otra ciudad donde estaba el virey con el pretexto de ser hombres que habian cometido el delito *lesæ majestatis*, y como traidores al reino. Atento á esta acusacion los sentenció el virey á Patricio y á su compañero á la pena de muerte. Pronunciada la sentencia llamó dicha autoridad al obispo, y le dijo: « Yo os concederé que useis libremente del beneficio del Obispado y de toda »la hacienda que os venia por herencia de vuestros padres, de la cual jus»tamente erais despojado y dado por ajeno de estos reinos conforme á las le»yes y decretos establecidos por la reina de Inglaterra, mi señora, y junta»mente os daremos muchas posesiones, y sereis de todos muy honrado, con »tal condicion que negueis la opinion mentirosa de los papistas y abraceis »la nuestra conforme á la razon y al Evangelio, y nos mostreis las trazas y »secretos que hay entre el Papa y el rey de España. » A esto respondió Patricio que en cuanto respetaba á la fe no la trocaria por todas las honras ni posesiones del mundo, ni por la vida: que defenderia con mil vidas la infalible verdad que la santa apostólica Iglesia de Roma enseña, siendo todo lo contrario engaño y error: que su ida á Hibernia no habia tenido otro objeto que predicar la verdad en su infelicísima patria, que, como su hijo, le dolia verla tan perdida, áun cuando por conseguirlo la ofreciera su existencia, pues tales sentimientos le animaban á vivir, y con ellos esperaba morir. Mandó el virey que le cortáran los dedos de las manos por partes menudas, á fin de que fuese el martirio más prolijo. Ejecutada esta bárbara órden, condenaron á Patricio á muerte de horca, cerrando los ojos el inicuo virey á la costumbre y leyes sobre la muerte que recibirian los nobles. Mandáronle ahorcar juntamente con su compañero y no ménos digno en santidad y nobleza. Durante el camino y hasta el lugar de la ejecucion, fueron cantando la letanía, y estando ya al pie de la horca los santos franciscanos, pidió uno á otro absolucion conforme á la costumbre, enseñada de la Santa Iglesia Romana por la cual morian. Patricio animaba á su compañero Connacio; y al padecer por Cristo y por su Iglesia, le decia, aquella breve muerte, la comida era acerba, pero la cena habia de ser de gloria. Fueron ahorcados el santo Obispo y su compañero; y aunque permanecieron colgados algunos dias, no se mudaron los rostros ni olieron mal. Concurrió á verlos todo el pueblo, quedando admirados del suave olor que despedian sus cuerpos y el color que parecia el mismo que si estuvieran vivos. Asímismo pudo contemplar la apiñada muchedumbre cómo todos los católicos iban á cortar la ropa de los famosos mártires, y cómo se ahuyentaban los lebreles para cebarse en otros cadáveres de ajusticiados. El virey no sobrevivió mucho tiempo á los católicos que debieron honrosa sepultura á un caballero llamado Juan Desmonio, cuñado de aquella mujer, causa de la muerte de este mártir que la debió á sus connaturales súbditos y feligreses.—O. y O.

PATRICIO (Andrés). Así se llamó uno de los hombres más sabios de Polonia en el siglo XVI. Estudiando en Padua se adquirió por su talento y apreciables prendas la estimacion de los profesores más ilustres del país, y con especialidad de Ligorius y del célebre Pablo Manucio. Las obras que publicó le dieron mucha celebridad y pingües beneficios en su país. Fué prevoste de la santa iglesia de Varsovia, arcediano de la de Wilna, y despues obispo de Weden. Recobrando la Libonia Esteban Balsari, rey de Polonia, de la que se habian apoderado los moscovitas, hizo obispado la ciudad de Weden y dió esta diócesis á nuestro Patricio, que disfrutó poco de ella pues que falleció el año 1583. Escribió este prelado *Comentarios sobre dos de las oraciones de Ciceron*, y coleccionó varios fragmentos de este célebre orador. Arengó en diversas ocasiones al rey de Polonia en nombre del clero por haber vencido en tres batallas á los moscovitas, y compuso tambien las siguientes obras: *Paralleli Ecclesiæ ortodoxæ cum sinagoga hæreticorum.—De vera falsa Ecclesia libri quinque.* De ellas hacen mencion Bayle en su *Diccionario crítico*, y Simon Staravolcias en su obra *Elogiis centum Polonorum*, Moreri y otros autores. — C.

PATRICIO ó Patricio (Francisco), obispo de Gaeta en la Calabria, vivia en el siglo XV, era de Siena y se hizo célebre por su erudicion. Sus obras son: *De regno et regis institutione, lib. IX. De institutione Reipublicæ, libri IX, etc.* Estos dos tratados fueron impresos en París en 1519 y 1531 en fólio. Despues se hizo un *compendio* que fué impreso en París en 1546. Este prelado murió en 1494. — S. B.

PATRIGNANI (José Antonio), natural de Florencia, ingresó en la Compañía de Jesús, en Roma, y pasó la mayor parte de su vida en la ciudad de su naturaleza, propagando el amor á la virtud, bien con la predicacion, bien con sus escritos. Estos fueron: *Lettera sul vantaggio delle scuole publiche sopra le private.— La santa infancia del Figlio di Dio.— Le Ventaruole* (canciones morales á distintos asuntos, en oposicion á otras, plagadas de obscenidades, que tiene la coleccion intitulada *Ventaruole*), y otros muchos.— C. de la V.

PATRINCTON (Esteban), natural de Yorck, en Inglaterra. Este religioso floreció en el siglo XV de nuestra era. Sintiéndose con vocacion para la vida claustral, tomó el hábito de carmelita, en cuya Orden obtuvo por su talento y virtud los principales cargos. Fué un excelente predicador en la corte, por cuya razon Enrique IV, rey de Inglaterra, le nombró su confesor, de la reina y del príncipe de Gales su sucesor. Despues Enrique V le nombró comisario contra los sectarios de Wiclef en 1414, elevándole poco despues á la silla episcopal de S. David, de la que se pretendió pasase á la diócesis de Chichester, pero aunque su iglesia era pobre y esta rica, no quiso abandonar la primera. Murió este buen prelado el 10 de Setiembre de 1417, dejando á la

posteridad las obras siguientes: *In D. Paulum ad Titum.*—*Sermones de Sanctis.*—*Super Magistrum sententiarum.*—*De sacerdotali functione.*—*Contra Wiclefitas.*—*Contra Lathardos*, y otras ménos importantes. Hacen mencion honorífica de este sabio carmelita, Pitseus y Baleus en sus *Escritores ingleses*; Lucius, en su *Bibliotheca Carmelitana*; Tritemio, Moreri y otros.—C.

PATRIZZI (Agustin), *Patricius* en latin, fué un literato muy recomendable que nació en Siena, por el siglo XV, y oriundo de antiquísimo solar. Se aplicó á estudiar el derecho, en cuya facultad progresó notablemente bajo la direccion de Fabiano Benci, canonista celebérrimo, y despues abrazó el estado eclesiástico, obteniendo á poco una canongía en la catedral de Siena; luego fué agregado á la Dataría Romana. Mereció con verdad por su talento el aprecio y distincion del papa Pio II, el cual le demostró su especial afecto, autorizándole para que tomase el nombre de Piccolomini (1). Obtuvo el cargo de maestro de ceremonias de la capilla del Papa, y consta que desempeñaba las funciones que le eran anejas por los años de 1468, cuando entró en Roma el emperador Federico III. En 1471 fué acompañando al cardenal de Siena, legado de la Santa Sede en Alemania, el cual se dirigia entónces á la dieta de Ratisbona. En 1484 fué nombrado obispo de Pienza y de Montalcino, pero continuó viviendo en Roma, donde le retenian sus funciones, y murió en el año de 1496. Dejó este prelado escritas algunas obras, como *Descriptio adventus Friderici III imperatoris ad Paulum papam II.*—*De legatione germánica*, relacion que dirigió Patrizi á Santiago Picolomini, cardenal de Pavía.—*Summa conciliorum Basiliensis et Florentini etc.*, que es un compendio muy interesante de la historia de los concilios de Basilea y de Florencia.—*Vida de Fabiano Vinci*, su maestro, cuyo albacea testamentario fué.—*De Senæ urbis antiquitate*, y una *Historia de la ciudad de Siena de* 1186 *á* 1388. Estas dos permanecieron inéditas y se conservaron en la biblioteca del Vaticano con algunos otros opúsculos de Patrizzi, ménos importantes. Este prelado recibió tambien del papa Inocente VIII el encargo de corregir el *Pontificale Romanum*, y publicar una edicion, la cual salió en efecto de las prensas de Esteban Planck en 1485, y es muy rara. En este trabajo parece que fué auxiliado por Juan Buchard, como tambien en la reunion de todas las prácticas y ceremonias de la Iglesia Romana, que les sirviera para componer una obra intitulada: *Rituum ecclesiasticorum sive sacrarum cæremoniarum romanæ Ecclesiæ*, publicada en Venecia por los años 1516, bajo los auspicios de Crist. Marcelo, arzobispo de Corfú, y reimpresa en Colonia y en otras muchas partes.—C. de la V.

PATRIZI (Constantino). Nació en 1798, siendo sus padres el marqués

(1) Nombre de familia de aquel pontífice, que tambien le dió á otras muchas eminencias literarias en prueba de lo mucho en que tenia á la república de las letras.

Naro Patrizi y la princesa Cunegonda, hija del príncipe Javier de Sajonia. Era su padre senador de Roma; y su familia una de las más nobles y más antiguas de esta ciudad, teniendo la dignidad hereditaria de portaestandarte de la Iglesia Romana el jefe de esta casa. Entró muy jóven en la prelatura Mons. Patrizi y fué elevado á la categoría de auditor de la Rota. Nombrado sucesivamente nuncio en Florencia, y mayordomo de la casa pontificia, fué promovido á cardenal el 11 de Julio de 1836, y llamado á formar parte de las principales congregaciones en que se dividia el gobierno eclesiástico; hízosele cardenal-vicario bajo el pontificado de Gregorio XVI. Por este concepto y título ejerció en nombre del Santo Padre las funciones episcopales en la diócesis de Roma, es decir lugarteniente del Papa, no como soberano temporal, ni como jefe de la Iglesia universal, sino como obispo de Roma. Nombrado legado *à latere* y con la mision especial de representar al Santo Padre en calidad de padrino en la solemnidad del bautizo del príncipe imperial, partió de Roma el 4 de Junio de 1856, embarcándose en Civita-Vecchia, donde le aguardaba una corbeta francesa, y piquetes de caballería escalonados de distancia en distancia, se relevaban formando la escolta de Su Eminencia. Llegado á París, fué recibido el 13 de Junio en la sala del trono por el Emperador, que al discurso latino del legado respondió en estos términos: «Estoy muy reconocido á Su Santidad el papa Pio IX, »de que haya querido ser el padrino del hijo que la Providencia me »ha dado. Al pedirle esta gracia he deseado atraer de una manera par»ticular hácia mi niño y la Francia la proteccion del cielo. Sé que uno »de los medios más seguros de merecerla es manifestar la debida vene»racion al santo representante de Jesucristo en la tierra.» El Cardenal presentó en seguida á S. M. los prelados y las personas agregadas á su mision, y el Emperador conversó con Su Eminencia algunos instantes y concluida la audiencia imperial fué conducido al pabellon Marsson designado para su residencia. El dia 14 procedió, en presencia de los altos dignatarios del Estado, á la ceremonia del bautizo en la basílica de nuestra Señora de París, cuyo interior habia sido pintado y con una espléndida decoracion completamente trasformado. Seis dias despues celebró la Misa en la capilla del palacio de Saint Cloud, y durante la ceremonia Su Eminencia entregó la rosa de oro á la Emperatriz. Este presente pontifical consistia en un rosal de oro cubierto de rosas en flor, sobre las cuales descuella la rosa consagrada. El rosal sale de un vaso igualmente de oro macizo, y el vaso colocado en un zócalo de lapizlázuli en el cual se hallaban incrustadas las armas del Papa y del Emperador. Terminada la ceremonia, el legado ofreció á este en nombre de Pio IX, un cuadro mosáico de elegante trabajo, representando á S. Juan Bautista en el desierto. Su Eminencia entregó en seguida para el príncipe im-

perial un magnífico relicario adornado de delicados esmaltes y de piedras preciosas grabadas, conteniendo una reliquia de la santa Cruz. La alta reputacion de ciencia y piedad del prelado, le valió la consideracion universal, y por su parte manifestó en cuantas fiestas se halló presente la afabilidad y dignidad que le distinguian. El 5 de Julio dejó á París para regresar á Roma. —En las *Memorias* del cardenal Pacca se lee: «A fin de 1811 »se condujo á Fenestrelle, miéntras que yo era detenido, un ilustre prisio»nero que merece particular mencion, el marqués Naro Patrizi. Llegó el dia »28 que la Iglesia celebra la degollacion de los inocentes.» Los decretos que el ilustre Cardenal publica en diferentes épocas á nombre del Soberano Pontífice, de quien es vicario, se conocen por una elevacion de ideas, profunda sabiduría de miras, y por la uncion más suave de la piedad. Debe citarse entre otros la bella instruccion pastoral ó *invito suero*, ordenando las rogativas públicas de 1851. Durante su permanencia en París el año de 1856, visitó el cardenal Patrizi todas las iglesias é institutos religiosos, manifestando no solo su gran caridad é inteligencia, si que distribuyendo tambien gracias y las bendiciones propias de su elevada gerarquía eclesiástica. Así dejó en los corazones de todos los cristianos los más gratos recuerdos. Sus visitas á los institutos y medidas de misericordia adoptadas con tal motivo y aplicadas desde luego, han producido saludable ejemplo en París lo mismo que en Roma y en el mundo entero. De este modo y por esta conducta el Cardenal ha ejercido grande influencia que merecia por sus buenas obras: ha ayudado cuanto podia al triunfo de la religion, á la exaltacion de la Santa Sede y á los intereses materiales del pueblo que cuenta en él uno de sus mejores protectores. Una prueba de este aserto le ha experimentado poco ha al examinarse los proyectos de los ferrocarriles para los Estados Romanos. Su Eminencia Patrizi no solamente ha querido contribuir con sus consejos, sino por los sacrificios que se ha impuesto, á fin de ver realizadas tan útiles empresas. En el momento de escribir estas líneas el santo Pontífice prepara un largo viaje á provincias, y el Cardenal queda en Roma para velar por los intereses de la Religion y del bien espiritual de los fieles.— O. y O.

PATRIZI (Juan). Nació en Roma el 24 de Diciembre de 1658. Abrazando el estado eclesiástico, fué sucesivamente clérigo de la cámara apostólica, voto en la asignatura de gracia en el mes de Marzo de 1696, superintendente de calles y caminos en Octubre de 1701, nuncio apostólico en Nápoles y arzobispo de Seleucia. Fué declarado obispo asistente al trono pontificio el 5 de Marzo de 1702, y por un breve particular del Papa del mes de Diciembre del mismo año, fué nombrado administrador espiritual y temporal del reino de Nápoles, estando vacante la colacion de los beneficios reservados á la Santa

Sede; y por último, fué nombrado tesorero general de la Cámara apostólica en Agosto de 1707. El papa Clemente XI no solo le concedió una pension de quinientos escudos en Diciembre de 1714, sino que le creó cardenal de la Santa Iglesia Romana el 16 de Diciembre de 1715, celebrando la ceremonia de darle el capelo el 19 del propio mes. El 5 de Febrero de 1716 le dió el título presbiteral de los cuatro santos mártires. Continuó siendo tesorero este cardenal, hasta que habiendo sido nombrado legado de Ferrara el 10 de Enero de 1718, fué á ejercer esta legacion, en cuyo empleo murió el 29 de Julio de 1727, á la edad de sesenta y nueve años, en que llevaba doce de cardenal. Fué comendador de S. Esteban con veintiocho mil escudos de renta, segun Moreri, y habiendo instituido heredero al marqués Felipe Patrizi, su hermano, le dejó poderoso. — C.

PATROBAS, discípulo de los Apóstoles, de quien habla S. Pablo en su Epístola á los Romanos, vivia en Roma el año 58 de Jesucristo. Se ignoran los pormenores de su vida. Los griegos fijan su muerte el 4 ú 8 de Noviembre, y le hacen obispo de Pouzoles en la Campania ó en el reino de Nápoles. El Martirologio Romano le incluye el 4 de Noviembre. Orígenes cree que este Santo vivió con Asyncrito, al cual S. Pablo celebra en el mismo verso. O. y O.

PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA. Cuantos santos doctores de la Iglesia Católica han escrito acerca de la gran Madre de Dios, han hablado de su intercesion para con Dios al que lleva los ruegos de los fieles, de su celestial patrocinio, bajo del cual nos acogemos los que tenemos la dicha de profesar la santa ley del Evangelio; y del patrocinio que presta la Reina de los Angeles á España, pocos historiadores cristianos han dejado de hacerlo, siendo los que más se han distinguido sobre este segundo punto el Padre Eugenio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, el carmelita descalzo Antonio de Sta. María y Tamayo de Salazar; pudiéndose citar en estos tiempos tambien, al ilustrado sacerdote, erudito y flúido orador sagrado D. Emilio Cebada, en la preciosa vida de la Vírgen, publicada con lindas láminas en dos tomos en Madrid, el año pasado de 1860. Si bien la Vírgen Santísima extiende su celestial patrocinio á toda la cristiandad, se ha distinguido en esto tan especialmente con España, con cuyo pueblo hizo lo que no logró otro alguno, que fué visitarle en carne mortal y señalar al apóstol Santiago el sitio en que habia de levantársela el primer templo que ha tenido en el mundo, puede considerarse su advocacion del patrocinio como puramente española, é hija de la piedad y del amor que siempre ha tenido este pueblo á la Vírgen Santísima, cuya pureza original en el momento de su ser fué el primero que la creyó, acató y hasta juró. Y pues que así fué, y María es la celestial Patrona oficial y real de España, y la Reina en el corazon de los fie-

les españoles, vamos á recoger en este breve escrito las flores que encontramos esparcidas entre los varios autores que han hablado acerca del patrocinio de María Santísima, y muy especialmente de las que pertenecen á nuestra patria, para colocar á sus divinos pies un precioso ramo para alegría de los fieles, en cuyo nombre le presentamos humildemente á la Señora. Dirigiéndose el glorioso S. Bernardo á la Vírgen, exclama: «¿Quien, oh ven»dita Señora, será capaz de medir la longitud, latitud y profundidad de tu »misericordia? Porque tu longitud no se corta hasta el último dia para los »que te invocan con fe, tu latitud lo llena todo en la tierra de tu misericor»dia, y tu profundidad es la redencion de aquellos que se hallan en las ti»nieblas, rodeados de la sombra de la muerte eterna.» En efecto, si se mira al mundo con los ojos de la piedad católica, toda la tierra está bajo el patrocinio de María la Inmaculada, porque al redimir su divino Hijo á la humanidad de la esclavitud del demonio, legó á su Madre Santísima el cargo de ser su protectora en el testamento que dictó pendiente del santo madero de la cruz. Este patrocinio universal aparece ya en el Apocalipsi de S. Juan, puesto que ve á María cercada del sol y colocada sobre la luna, que así como estos astros alumbran á la tierra, María alumbra los corazones de los fieles, consolándoles y favoreciéndoles con la luz divina que esparce en ardientes rayos que les enciende en amor de Dios. Confirma esta proteccion la misma Señora cuando dice por medio del Eclesiástico: «Sola yo rodeé el ámbito del »cielo, y penetrando en el fondo del abismo, me paseé por las ondas del »mar; sentéme en toda la tierra y no hay pueblo ni gentes en que yo no »tenga soberanía. Si tiene María Santísima el principado de toda la tierra, »dice su autor, si la ha rodeado toda, si en toda ella hizo su asiento, bien se »puede gloriar España de haber sido la primera tierra que visitó María vi»viendo en carne mortal, y quiso tener en ella el primer templo que se le de»dicó en el mundo, cuando apareciéndose á Santiago apóstol junto á la ciu»dad de Zaragoza, sobre una columna ó pilar de jaspe, le mandó que edifi»case allí un templo en su nombre, porque sabia que aquella parte de España »la habia de ser muy devota, y desde entónces la tomaba debajo de su am»paro y patrocinio.» Acreditan esta proteccion infinidad de visitas de la Vírgen á España, descendiendo de los cielos, como por ejemplo á Toledo, en donde vistió la casulla á su capellan el glorioso arzobispo S. Ildefonso, á Barcelona una vez para que se fundase la venerable órden de la Merced redencion de cautivos, y otra vez á cantar los maitines en su santa Iglesia Catedral. — Dice Flavio Dextro, que despues de Judea, Galilea y Samaria, España fué el primer pueblo que recibió la fe de Jesucristo, y si aquellas no pudieron ménos de ser las primeras que recibiesen la luz de gracia, porque fué el mismo Jesucristo quien la encendió en ellas con su di-

vina presencia, España las siguió al recibirla con la venida de su Madre divina, razon que tuvo el arzobispo de Toledo D. Rodrigo para decir que la Vírgen María fué desde el principio patrona y protectora de España. Ella desterró de España la idolatría con su proteccion, la herejía y el mahometismo, iluminando al efecto á Santiago, á S. Leandro, S. Isidoro, S. Ildefonso, lumbreras de la religion católica y glorias de nuestra patria, que bajo su amparo y proteccion ha triunfado siempre, alcanzando las más grandes victorias contra los enemigos de nuestra sacrosanta religion. En los Cantares se compara á María con un ejército bien ordenado, y así lo es contra los impíos y los herejes, á los que solo su nombre basta para ponerlos en fuga, como dice S. German. Y como es segura defensa de cuantos á ella se acogen, se la compara con razon á la torre de David, de la que penden mil escudos y no lanzas ni espadas, porque solo se inclina á la defensa, pues que si alguna vez hiere á los enemigos, es solo por defender á los fieles que la invocan, teniéndola por la Reina de los ejércitos, y pudiéramos decir con el lenguaje gentílico por la Belona cristiana, la diosa de las batallas. Repasando el Antiguo Testamento con los ojos de la piedad, vemos en la milagrosa zarza la imágen de María, á cuya vista fué elegido Moisés capitan del pueblo de Dios para pelear contra Faraon y sacarle de la tierra de Egipto en que estaba cautivo, como lo verificó, sirviéndose de aquella prodigiosa vara, imágen tambien de María. Preséntase tambien María misteriosamente en la luna, que paró su curso al mismo tiempo que el sol, en la famosa batalla en que Josué venció á sus enemigos. El célebre vellon de Gedeon es otra imágen de María, por la que alcanzó la victoria sobre los madianitas. ¿El arca del testamento no podremos tambien tomarla como la figura de María, por la que conseguian triunfar los israelitas de sus enemigos? Sombras de María pueden considerarse el arca de Noé, en que se libró del diluvio universal el género humano; la paloma que anunció la paz en el ramo de oliva; el arco iris, símbolo de paz entre Dios y los hombres; y en fin, á la vista de las victorias que el pueblo de Dios alcanzó por medio de las mujeres de la Biblia, Jael, Debora, Judit y Ester, ¿no son otras tantas figuras de María Santísima? La primera victoria que nos consigna la Sagrada Escritura, es precisamente la que habia de alcanzar María contra el demonio, pues que habiendo pecado nuestros primeros padres por seduccion de la serpiente, le dijo Dios: Una mujer quebrantará tu cabeza: victoria que alcanzó María Santísima en su purísima concepcion, en cuyo instante empezó á pelear con el demonio, erigiéndose en diosa de las batallas, en protectora de los ejércitos de los fieles contra las huestes del infierno. «El mismo Hijo de Dios, dice un piadoso autor, para »vencer al infierno tomó de María las armas, pues como se expresa Ricardo »de S. Laurencio, así como el soldado para pelear se arma en el tabernácu-

»lo, así Cristo para vencer al demonio por la Iglesia, tomó en las entrañas »de la Vírgen las armas de la humana carne.» Todos los pueblos cristianos han alcanzado grandes victorias por la proteccion de María; pero España ha logrado tantas, que sería necesario emplear muchos tomos para describirlas; y así es que deberemos concretarnos á las más señaladas, las que recordaremos á los fieles para excitar su gratitud por el patrocinio que presta María Santísima á su patria. Sabido es que perdida la famosa batalla del Guadalete, á principios del siglo VIII de nuestra era, por el impúdico rey godo D. Rodrigo, á quien Dios castigó por sus excesos, y ocupada la Península por los árabes, adoradores del profeta Mahoma, Pelayo, resto de la monarquía goda, se retiró con unos pocos fieles á las asperezas de Asturias para no caer en manos de los mahometanos, y ver de sostener una lucha contra los enemigos del cristianismo. Fortificado de la manera que pudo en una gran cueva del monte de Auseva, llegó á ser sitiado por los árabes, y adelantándose con unos pocos el traidor arzobispo de Sevilla D. Opas, trató de persuadirle, que pues que con tan poca gente habia de ser inútil su resistencia, que se entregase y se le otorgaria la vida, así como á todos los suyos. Oido esto por Pelayo le respondió: que esperaba por la intercesion de la Vírgen para con Dios, no solo salvar á sus leales, si que tambien que de aquella poca gente saliesen los que lanzasen de España á los enemigos del Crucificado. Acometiendo los musulmanes, se encerró Pelayo con los suyos en la cueva, y más que armas opusieron á sus enemigos oraciones á la Vírgen Santísima, pidiendo su proteccion poderosa en aquel conflicto. No tardó la Madre de Dios en dejar sentir los efectos de su proteccion, pues que alcanzó de su divino Hijo, que cuantas saetas y piedras tocaban á la cueva se volvian contra ellos mismos. Alentado con este prodigio D. Pelayo, salió con los suyos, y arrojándose contra los sarracenos, los dió tan fiero ataque, que quedaron vencidos y muertos casi todos, inclusos sus generales y el traidor D. Opas, pues que hasta los montes cercanos se derrumbaron sobre ellos: la cueva se dedicó á María Santísima, y desde entónces se llama de nuestra Señora de Covadonga, á la que muchos de nuestros reyes se han hecho un deber en ir á prestar homenaje, como nuestra actual reina Doña Isabel II lo hizo con toda su familia el año 1860. Este primer milagro en la primera batalla que los fieles cristianos y leales españoles libraron, despues de la vergonzosa derrota del Guadalete, contra las huestes sarracenas, aumentó el entusiasmo que tuvieron siempre los bravos iberos á la Madre del Crucificado, por cuya poderosa intercesion con su divino Hijo alcanzó Pelayo la victoria; así como por su misma proteccion el célebre Leon la consiguió en Oriente contra los propios sarracenos.—Preséntanos el ilustrado jesuita é historiador de nuestra patria Juan de Mariana otra prueba nada equívoca de la proteccion de la

Vírgen Santísima á los ejércitos españoles, en la victoria que el denodado Alfonso VIII, apellidado *el Bueno*, soberano de Castilla, alcanzó sobre la morisma, en la que peleando aquel valeroso Rey invocando el patrocinio de María, derrotó con poquísima gente al ejército musulman, matando doscientos mil sarracenos y poniendo en desordenada fuga á los demás; contándose que en cuanto se presentó el estandarte Real en que iba pintada la imágen de la Vírgen, se desbandaron los moros; añadiendo el arzobispo Don Rodrigo, que á pesar de tan terrible matanza no se vió sangre alguna, porque quiso Dios sin duda dar á conocer que esta victoria se debió más que á las armas á un milagro; y como se atribuyese la victoria á la santa cruz é imágen de la Vírgen, celébrase en España todos los años la fiesta del triunfo de la Cruz á 16 de Julio, dando en esto la preferencia debida á Jesucristo los fieles, á pesar del prodigio obrado por mediacion de la Señora. Al dar razon Spinelo y otros autores, entre ellos el español Valerio, de esta batalla, aseguran que desde entónces se empezó á guardar abstinencia de carne el sábado, dedicándole á la Vírgen. Tuvo el rey S. Fernando tanta devocion á la Vírgen Santísima, que la hizo pintar en los estandartes reales, y no contento con esto la llevaba ostensiblemente en el arzon de la silla de su caballo, que montaba siempre que habia de entrar en accion contra los infieles; y así es que atribuyó sus triunfos siempre al Patrocinio de la Señora. Y como la gratitud es un deber que caracteriza á las almas nobles y piadosas, tan luego como conquistó á Sevilla hizo conducir en triunfo la imágen de la Vírgen delante de su ejército, para que se la tributase el homenaje debido como la verdadera vencedora, ejemplo de gratitud que dió tambien el emperador de Oriente Juan Comneno, segun Nicetas, cuando despues de haber vencido á sus enemigos, hizo entrar la imágen de María Santísima en un carro triunfal, confesando públicamente que á esta debia todas sus victorias; lo cual se cuenta tambien del emperador Manuel Comneno y de los emperadores Zimisa y Miguel Paleólogo, segun sus historiadores Zonaras y Nicéforo Grégoras. Hallamos en los fastos de Castilla la gran proteccion que prestó María Santísima al primer soberano de este país, el famosísimo conde Fernan Gonzalez, que se encomendaba siempre á ella al dar contra los moros, y desde cuyos tiempos se venera una santa imágen de nuestra Señora en una capilla que perteneció á los caballeros Templarios en la Mota del Marqués, cabeza de partido, en la provincia de Valladolid, de cuya imágen la ilustre, noble y antigua familia de Castellanos, en otra del mismo título de Castellanos y del Patrocinio, y en memoria de los triunfos que por su intercesion alcanzó el famoso conde expresado, de quien desciende esta familia, manifiesta su gratitud en la iglesia parroquial del barrio de Chamberí, en Madrid, en donde el director literario de esta obra en que

escribimos, cabeza de la familia expresada, la ha levantado un lindísimo altar en su capilla, en la que todos los años se recuerda el patrocinio que presta á España la gran Madre de Dios.—En la *Vida del Rey D. Jaime I de Aragon*, escrita por Bernardo Gomez, se lee que este soberano creia deber todas sus conquistas y poder á la proteccion de María Santísima, de la que era muy devoto; pero especialmente la batalla ganada por su capitan Bernardo Guillen á los moros en las cercanías de Valencia, toda vez que al nombre de María, gritado por los fieles al acometer, huyeron á la desbandada los infieles, lo que sucedió siempre á los reyes de Aragon que fueron devotos de la vírgen María, que les debe multitud de templos que la dedicó su gratitud. ¿Y á quién, sino al patrocinio de María, debió Alfonso XI de Castilla, cerca de la ciudad de Tarifa, la célebre victoria del Salado, en la que, segun los historiadores, perdiendo solo veinte cristianos murieron doscientos mil moros? Y las victorias que tambien contra los sarracenos alcanzó el rey de Portugal Alfonso I, ¿á quién las debió sino á María, razon por lo que puso su reino bajo su santísima proteccion en la advocacion del Claraval, de cuyo monasterio fué abad el glorioso S. Bernardo, ordenando se pagase á su iglesia un tributo anual en señal de vasallaje? Siguióle en devocion Alfonso V de Portugal, y en prez de gratitud por las victorias que obtuvo en Africa en donde conquistó á Arcilla de los moros, donó como exvoto su estatua ecuestre de plata, edificándola un templo como á conquistadora de la expresada plaza. Muchas victorias alcanzó tambien de los moros Juan II de Castilla, encomendando el éxito de sus armas á nuestra Señora, en su famoso templo de Guadalupe; y no fué menor la ventaja que logró contra los infieles Ramiro II de Leon, que al invocar el nombre de María contra un poderoso ejército musulman, recibió el consuelo de ver al apóstol Santiago y á S. Emiliano, que descendiendo del cielo pelearon á su lado, dándole no solo el vencimiento, si que tambien cautivo al Rey moro. El escritor Belinghan atribuye al patrocinio de la Vírgen la victoria que logró contra los infieles Sancho I de Portugal junto á Sevilla. La piadosísima reina Doña Leonor, esposa de Fernando I de Aragon, fué tan devota de la Vírgen, que siempre que su marido salia á pelear con los moros, iba descalza diariamente á implorar la proteccion de nuestra Señora á su santo templo, y esto agradecida á las victorias que por su intercesion alcanzaba aquel religioso soberano. Cuéntase del rey D. Fernando el Católico, conquistador con su virtuosísima esposa la reina Doña Isabel I de Castilla, que siempre llevaba consigo la imágen de la Vírgen, y que conquistada la ciudad de Málaga, entregó este preciosísimo paladion cristiano á los Mínimos de S. Francisco de Paula para que le pusiesen al culto con la advocacion de nuestra Señora de las Victorias, pues que creyó siempre debidas á su celestial patrocinio cuantas alcanzaba contra

los infieles, á los que tuvo la dicha de arrojar de España, auxiliado con la intercesion poderosísima de la Señora de los cielos y de la tierra. La España, protegida de María, puso la planta sobre la morisma, recobrando lo que habia perdido, su independencia que tan mal parada pusiera un rey, que olvidando lo que este pueblo debia á su celestial protectora, la ofendió con sus vicios y con sus impurezas, perdiendo á un pueblo adorado por la luz de la gracia, al que debian de acabar de libertar dos esposos soberanos tan puros y piadosos como agradecidos á la proteccion de la Vírgen de las vírgenes. Si de España, en donde todos sus buenos reyes han experimentado el patrocinio de la Vírgen Santísima, inclusa la reina Isabel II, que se distingue extraordinariamente por su devocion á la Señora, por su piedad y por su acendrada caridad evangélica, damos un paseo en nuestra mente por nuestra historia con respecto á nuestras antiguas colonias de América, podremos confirmarnos más y más en el patrocinio que deben los españoles á María, Madre de Dios. Sin el auxilio poderoso de esta excelsa protectora, ¿hubiera concebido y descubierto Colon un Nuevo Mundo? ¿No fué ella quien abrió los ojos del entendimiento para conocer la verdad, y la voluntad para llevar á cabo tan arriesgada como dudosa empresa á la reina católica Doña Isabel I de Castilla, que empeñó sus joyas por que hubiese nuevos territorios en donde ejerciese imperio la devocion á María? Cortés, Pizarro, Gama, Magallanes y los demás esforzados conquistadores de América, ¿qué hubieran hecho en aquellos lejanos é ignorados países sin el auxilio de María, patrona augusta de las Españas y protectora de sus ejércitos? Sin esta proteccion, ¿cómo hubiera logrado vencer Cortés á los innumerables defensores de Motezuma en Méjico, conquistar el imperio y cautivar á su soberano con tan poca gente? ¿Cómo vencer Pizarro á doscientos mil peruanos con solo ciento cincuenta soldados y hacerse dueño del país? ¿Cómo Vasco de Gama habia de haber extendido en el Oriente los dominios de su rey D. Manuel de Portugal, sin la ardiente devocion de este soberano, que edificó en gratitud un templo á María Santísima en la barra de Lisboa, para que al salir sus tropas á las conquistas llevasen ya segura la victoria por su intercesion? Sin que María Santísima cegase los ojos de los bárbaros conquistados y vigorizase el valor de nuestros soldados, ciertamente que no se alcanzarian tan milagrosos triunfos, y por lo tanto nada es de extrañar se vean en nuestras antiguas posesiones de América la mayor parte de sus iglesias y las más famosas dedicadas á la Vírgen Santísima, ni el que en la Península deje de haber pueblo pequeño, por pequeño y miserable que sea, que no la tenga consagrados sus principales altares, teniéndola la mayor parte de ellos por su patrona, bajo millares de invocaciones que ha creado la piedad cristiana y el acendrado amor que españoles y portugueses

la profesan. Con el nombre de María se han conquistado más reinos que con la espada, testigo de ello el glorioso S. Francisco Javier, entre los pueblos bárbaros, y otros bienaventurados misioneros, y á poco que se considere la historia de nuestra santa religion y aun la profana, se conocerá, hasta por los más incrédulos, la verdad que nos enseña la Iglesia católica cuando nos dice que María Santísima ha destruido las herejías en el mundo y desterrado los errores; y España, que con el nombre de María ha logrado poderío en todas partes del globo terráqueo, puede presentar testimonios irrecusables de esta verdad. Como si no bastase que los españoles todos llevasen en su corazon el amor á la Madre del Crucificado, el que en todos los pueblos se la tributase el debido homenaje, y en fin, que esta nacion fuese la primera que reconociese su pureza original en el primer instante de su ser, creencia encarnada en todo español, cuyo pueblo fué el primero que pretendió de la Santa Sede declarase esta creencia misterio de fe; como si todo esto no fuese suficiente para manifestar su amor y veneracion, quiso España dar la última prueba de su cariño á la Señora, y fué la declaracion solemne que hizo el piadoso Felipe IV, de dar á María el patrocinio de las Españas con toda solemnidad, solicitando al propio tiempo del vicario de Jesucristo se celebrase este título en una festividad religiosa todos los años. Accedió el papa Alejandro VII á la peticion del monarca español; y en su bula dada en Roma bajo el anillo del Pescador el 28 de Julio de 1656, estableció la fiesta particular á nuestra Señora bajo la advocacion del Patrocinio en una de las dominicas de Noviembre, concediendo en ella á los que, penitentes, confesados y comulgados, asistiesen á la misa solemne en este dia, y pidan por la paz entre los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la santa Madre Iglesia, indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. Si María Santísima nos auxilió con su patrocinio en las batallas contra los infieles, y protege nuestros ejércitos en las batallas al frente de enemigos corpóreos y visibles, no ménos nos favorece en las batallas que á cada paso tienen que presentar nuestras almas contra enemigos invisibles, que no por serlo así, dejan de causarnos mayores males, pues que son diestramente dirigidos por Satanás, que acecha el más mínimo descuido para asaltar la fortaleza de la piedad que debe defender nuestra alma. En efecto, la razon sola de nuestra creencia católica basta á darnos á conocer lo que protege María nuestras almas contra el demonio, excitador de nuestras malas pasiones, cuando la invocamos con verdadera fe. Oigamos á los Padres de la Iglesia y nos convenceremos más fácilmente, fiando en su sabiduría más que en nuestras cortas luces y en nuestra propia opinion. El gran P. S. Agustin dice que María es más poderosa con Dios que todos los santos, y que por lo mismo es más solícita que todos ellos por

nuestra salvacion; y añade S. Buenaventura, comentando este dicho: Cuando vivia en el mundo María Santísima fué muy misericordiosa para los desgraciados, pero lo es mucho más desde que reina en el cielo. El glorioso obispo de Constantinopla, S. German, se dirige á María y prorumpe, lleno de entusiasmo: «¿Quién, Señora, despues de tu Hijo, cuida del género humano? »Quién con más calor pide por los pecadores y nos consuela en nuestras »aflicciones? Con tu influencia maternal nos acercas á tu divino Hijo, y »alcanzándonos la salvacion, nos libras de los tormentos eternos. Admirables »son todas tus cosas, Madre de Dios; todas exceden al órden establecido »y son sublimes. Tu socorro es el más poderoso para la salvacion, y quien »te tiene por abogada, de ninguna otra intercesion necesita para con Dios.» S. Anselmo, dividiendo el patrocinio entre Cristo y María, nos aconseja que aplaquemos al Hijo con la Madre y á ésta con su Hijo, dirigiéndoles esta piadosa oracion con todo el arrepentimiento de nuestra alma: *Piadoso Señor, perdona al siervo de tu Madre. Piadosa Señora, perdona al siervo de tu Hijo.* Arnoldo Carnotense dice: «Tiene el hombre por mediador de su causa al Hijo con el Padre y á la Madre con el Hijo;» y al proponernos esta escala para que lleguen á Dios nuestras fervorosas plegarias, se funda en esta razon piadosa: «Muestra Cristo á su eterno Padre el costado y llagas por donde »derramó su sangre para salvarnos; María muestra á su Hijo las entrañas en »que le llevó nueve meses, y los pechos virginales con que le crió en cuanto »hombre; y no puede haber repulsa cuando hablan con más elocuencia »que las lenguas tan ostensibles monumentos de clemencia y de caridad.» En vista de esto, ¿quién podrá dudar que el patrocinio de María vale por sí solo más para con Dios que el de todos los santos y áun de los ángeles reunidos? Hé aquí por lo que se encargó á los fieles en el concilio de Basilea que nos valgamos principalmente de la intercesion de la Madre de Dios en todas nuestras necesidades. ¿Y á quién mejor acudir para con el Padre que á su Hija, para con el Hijo que á su Madre, y para con el Espíritu Santo que á su celestial Esposa? S. Pedro Damiano dice que á la Virgen se la ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; y S. Anselmo asegura que puede cuanto quiere. S. Crisóstomo nos exhorta á que nos dirijamos á la Señora para alcanzar nuestra eterna felicidad. S. Juan Damasceno nos asegura por su medio vencer al enemigo de nuestra dicha; S. German que la pidamos con confianza, considerándola nuestra esperanza y socorro; S. Efren que la pidamos nos cobije bajo sus alas para que no nos arrebate Satanás. S. Anselmo que la tengamos por el más seguro refugio; y S. Basilio de Seleucia que la pidamos nos mire con propicios ojos, y sacándonos de este mundo nos conduzca en paz al trono de nuestro Juez y Señor, rogándole nos ponga á su mano derecha. Multitud de alabanzas han prodigado los santos á María, además de

las que componen su santa letanía, en la que la piedad de los fieles la requiebra diariamente con los dictados más cariñosos y elevados. S. Fulgencio la llama escala por la que desciende Dios á los mortales y estos suben á su trono celestial. S. Agustin la denomina estrella que nos guia á la vida eterna. San Bernardo la califica de cuello mistico de la Iglesia católica, cuya cabeza es Jesucristo; afirmando S. German que nada nos concede Dios sin la intercesion de su santa Hija. En fin, los SS. PP. han dejado consignado que la devocion á María Santísima es señal cierta de predestinacion. Hemos dicho cuanto hemos podido decir, segun lo que han dicho los autores y dictado nuestro amor á María Santísima; y terminamos este escrito rogándola en su santo Patrocinio nos perdone los defectos en que haya podido incurrir nuestra ignorancia, y que guiando nuestros pasos, nos alcance de su divino Hijo la gracia de poderla servir en el cielo.—S. C.

PATROCLO (S.), mártir. Perteneció este ilustre mártir, en el siglo III en que floreció, á la Iglesia galicana; y no habiendo querido abjurar de la fe de Jesucristo, á pesar de los tormentos que le dieron los idólatras para vencer su constancia, murió en Troyes, ciudad de Francia, el 20 de Enero, en que le recuerda la Iglesia, del año 273 segun unos autores, ó el 275 segun otros.—C.

PATROCLO (S.), abad. Tan original como notable la leyenda en que se refiere la vida de este Santo, tomaremos de ella algunos rasgos al hacer su historia. «Hubo, dice, en la ciudad de Bituricas, en Francia, un hombre de »mediana fortuna, que con alguna granjería de labranza y ganado pasaba el »curso de su vida, ayudado en la guarda de las pocas ovejas que conducia »todas las noches á su casa el hijo menor, que se llamaba Patroclo, y en la »labranza él era el que cuidaba y atendia con notable desvelo para sustentarse »y poner en estado al hijo mayor llamado Antonio, quien procuró aprendiese »las primeras letras y de allí pasase al estudio de la gramática, con que el »mancebo quedó tan loco, que viniendo un dia de verano su hermano Pa»troclo asoleado á tomar la bien merecida racion de su sustento miéntras »que el ganado sesteaba, halló comiendo á su hermano Antonio, licenciado »por los padres en la gramática. Sentóse á su lado, poniendo el zurron y »cayado á otro; y de suerte se afrentó el soberbio Antonio, que trató á Pa»troclo de rústico, diciéndole otras expresiones propias de su presuncion y »arrogancia, añadiendo que con un hombre de su profesion no habia de »sentarse el que guardaba las ovejas y solo entendia en el conocimiento de »los pastos.» El Santo, aunque jóven y robusto como lo suelen ser los de su oficio, calló con prudencia tratando en su interior de elegir un método de vida en que no le pudiera afrentar un hermano, negando la igualdad que les dió la naturaleza. De esta manera la soberbia de Antonio fué muy pro-

vechosa á Patroclo, que enojado de ejercer un oficio que le hacia inferior á su hermano, decidió ir por otro camino; y abandonadas las ovejas y el campo, comenzó á estudiar con tanto cuidado, que en breve tiempo aventajó á su hermano mayor, y era conocido como el más aplicado de su clase en la ciudad de Biturícas, principalmente despues que se hizo discípulo de uno de los maestros más notables de aquel siglo, llamado Momion, segun los *Anales cistercienses*, favorito del rey Childeberto. Bajo la direccion, pues, de tal maestro, llegó á ser Patroclo un hombre consumado entre los doctos, que citaban su nombre con aprecio. Creyó, pasado algun tiempo, que podia volver ya á Biturícas, y lo hizo así; pero en ocasion que habia muerto su padre, y solo encontró á su madre que hallándose viuda deseaba se casase Patroclo para hacerla compañía. Pero el Santo en aquel intervalo de tiempo no solo habia adelantado en las ciencias, sino tambien en la virtud, conociendo la ventaja que llevan las cosas eternas á las temporales y transitorias: decidido, pues, á no tomar el estado del matrimonio, se ordenó de diácono y se reunió á los clérigos que, segun el loable estilo de aquella época, vivian en comun bajo la obediencia de un arcediano. Con el cambio de estado mejoró mucho Patroclo de costumbres; y aunque nunca habia abandonado las religiosas, ahora con mayor cuidado y fervor aumentó sus ayunos, vigilias, lectura y oraciones, tratando de continuo de agradar á Dios. Hacia en el año varias cuaresmas, aunque se acomodaba siempre á las costumbres de la comunidad en que vivia; pero en las cenas se abstenia de toda comida de carne y pescado, ayunando ó comiendo solo pan y agua, y no gustando manjar alguno como se practicó despues en la órden de S. Benito. Pasaba la noche en el coro dando poco tiempo al descanso, y nunca faltaba á maitines, piedra de toque, como dice un cronista, de los virtuosos para la vida activa, y despertador para la contemplativa, el más eficaz de ordinario, por ser aquella hora en silencio tanto, que á los más tibios inflama para levantar á Dios los pensamientos. Llevaba siempre un cilicio; pero con tal secreto, que solo él lo sabia, y el Señor á quien se dirigia en todas áun en las más recónditas acciones. Maceraba su cuerpo con disciplina todos los dias, y se consagraba á la oracion dias y noches. Repartia su comida con los necesitados; y toda su vida era tan perfecta y tan grande su humildad, que aunque le dirigiesen las palabras más injuriosas, ni contestaba ni se daba por sentido. Solia retirarse á su celda para practicar algunas mortificaciones que no eran permitidas en la comunidad, porque á todos aventajaba en las cosas de Dios. El arcediano que dirigia aquella comunidad tuvo con él algunos disgustos, y le dijo en una ocasion que acudiese á los actos conventuales, ó que abandonase aquella casa buscando otra más de su gusto. Estas palabras sirvieron á Patroclo para mejorar de de vida y dar un paso más en el camino

de la perfeccion. Desde muy antiguo habia concebido el pensamiento de vivir en la soledad y pasar en un yermo el resto de su vida, á lo que se decidió despues de lo que le habia sucedido. Marchó de la ciudad y fué á vivir á una aldea llamada Hecreuse, donde comenzó á ocuparse de los ejercicios espirituales. Permaneció allí por muy poco tiempo, pues como su vocacion le llamaba á un desierto, no paró hasta encontrar una soledad acomodada á sus intentos. Entónces comenzó su deseada vida multiplicando los ayunos, macerando su cuerpo y empleando en la oracion dias y noches. «Vino á estar »tan aventajado en todo género de virtudes, dice la leyenda que citamos en »un principio, que el demonio, un tiempo alentado y valiente contra él, ya »rendido le tenia miedo, y salia de los cuerpos de cuantos le traian á su »celda endemoniados, no pudiendo sentir el padre de todos vicios al capitan »de toda virtud y ejercicio virtuoso. Mucho deseo tenia Satanás de vengarse; »pero á personas espirituales no les acomete, induciendo con claridad una »mortal ofensa. Con lo que suele engañar á algunos bisoños poco advertidos, »es solicitándolos á que, procurando cuidadosos la salvacion de algunas al- »mas ajenas, echen en olvido las propias. Puso en el alma de S. Patroclo »una imaginacion vehemente de volverse al siglo para poder granjear mu- »chas almas, ó por la predicacion, ó confesando á muchos, teniendo estas »que hoy llaman, de pocos años á esta parte, hijas de confesion muchos ocio- »sos. Aquejaba este pensamiento mucho al Santo, y en medio de esta fatiga »no tuvo otro remedio sino con humildad profunda postrarse ante la Majes- »tad divina, suplicándole le guiase y diese aquello con que más le habia »de servir. Es oracion muy agradable á Dios no pedir cosas en particular, »sino resignar la voluntad en sus manos; y así Su Majestad hizo esta vez »un favor señalado á S. Patroclo, mostrándole el mundo abreviado en una »revelacion algo conforme á la que tuvo nuestro P. S. Benito; pero muy »desigual é inferior, porque S. Benito vió el mundo abreviado en la divina »esencia; pero á este Santo se le representó estrechado como una columna »altísima, infundiéndole nuestro Señor una especie muy superior y levanta- »da con que se vió en espíritu encima de la columna, y de allí como de una »atalaya descubria todo lo que pasaba en el mundo. Consideraba un mar de »confusion, y toda la tierra cubierta de pecados, homicidios, hurtos, adul- »terios, murmuraciones, lisonjas, traiciones, mentiras, engaños, perjurios, »rencor, envidia y maltrato. En poco tiempo se empalagó y hartó de ver »tantas abominaciones y maldades, pareciéndole mejor suerte la de los »monjes y ermitaños, que libres de tantas ocasiones se libran de lazos y »marañas en que caen los que estan engolfados en el siglo.» Esta revelacion animó mucho á Patroclo, que comenzó á estimar cada vez más el beneficio que le habia hecho la Providencia llevándole á un desierto, y daba infinitas

gracias á Dios por estar apartado de tantas ocasiones de ofenderle. Despues de esta revelacion apartó de su pensamiento las ideas que ántes le turbaban, y resolvió seguir la vida comenzada en el yermo, donde vivió diez y ocho años, «cuando aquel milagroso discípulo de S. Benito, el glorioso San Mauro, continua el cronista, habia ilustrado á Francia con nuestra santa regla, y fundado ciento cincuenta monasterios, sin los que redujo de reglas particulares á nuestro instituto, que fueron muchos.» Pero la fama de Patroclo no tardó en atraer á muchos, que deseosos de salvarse y huyendo de los obstáculos que para esto pone el mundo se le reunieron, por lo que fundó dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres, al que llamó *columbiacense*, segun el citado cronista, dándoles la regla de S. Benito y siendo su abad por muchos años; de manera que les enseñó con su ejemplo la observancia regular, que es la única y verdadera doctrina á que deben aspirar los que viven en el claustro. «Quiso el Señor, añade la referida leyenda, galardonar vida tan penitente, negacion al mundo tan verdadera, y así le avisó con un ángel el dia futuro de su muerte.» Dispúsose para él con los santos sacramentos, y á 19 de Noviembre, en cuyo dia celebra su fiesta la religion Benedictina, pasó de esta á mejor vida, dando Dios á entender lo grato que le habian sido la vida y virtudes de S. Patroclo con diferentes milagros que hizo sobre su sepulcro. Murió en 1578 segun Ubion y otros autores, pues de este Santo se han ocupado los agiógrafos Usuard, Molard, Galesino y Menardo. De S. Patroclo se reza en el obispado biturciense con oficio doble. —S. B.

PATROCLO. Así se llamó á un sacerdote recluso en Berri en el siglo VI, del que nos habla Gregorio Turon en sus *Vidas de los Padres*. Retirándose al pueblo de Meré, construyó de su cuenta un oratorio en el que se encerró. Haciendo despues de su casa un monasterio de religiosas, se retiró á vivir en una ermita en un lugar llamado Micaut, en donde pasó ocho años encerrado en una estrecha celda, y en ella murió el año 576 á la edad de ochenta años, sin que podamos dar más noticias de este piadoso eremita. —C.

PATRONI (Antonio de), religioso franciscano, descendiente de una noble familia italiana, se distinguió mucho por su piedad y estuvo adornado de grande santidad; tuvo tambien en muy alto grado la virtud de la obediencia. Vivia hácia el año de 1495 en el convento de S. Francisco de Gretii. La Orden Seráfica celebra su memoria en 5 de Junio. —S. B.

PATTERSON (Jaime Xaird), ministro anglicano del colegio de la Trinidad. Hizo abjuracion del protestantismo en Julio de 1850. — O. y O.

PATUZZI (Juan Vicente), teólogo. Nació el 19 de Julio de 1700, en Conegliano, en el Veronesado, y en 1717 tomó el hábito religioso de la congregacion del B. Salomoni, que es una de las ramas de la familia dominicana.

Profesó en Venecia la teología, y secundó admirablemente al P. Concina en la guerra tenaz que éste hizo á la moral relajada. Patuzzi murió en Vicenzo, el dia 26 de Junio de 1769, en una quinta del márques L. Sale su amigo; publicó gran número de escritos y entre ellos la *Vida de la venerable Rosa Fialetti.* — *Defensa de la doctrina de Sto. Tomás*, contra Benci. — *Del futuro estado de los impíos*, al cual añadió luego una *disertacion sobre el lugar de los infiernos en la tierra.* — *Cartas teológico-morales en defensa de la Historia del probabilismo de Concina.* — *Observaciones sobre algunos puntos de historia literaria*, dirigidos á Zacarías, etc., con otras muchas obras de moral y religion, unas y otras en latin é italiano. Muchas de ellas se publicaron bajo el nombre de Eusebio Eramista, que sería tal vez el nombre de Patuzzi como miembro de la Academia de los Arcades. A pesar de que hallamos muy plausible su celo contra la relajacion de costumbres, hay motivos para creer que en su vida particular dió tambien en algun escollo, rindiendo en esto tributo á la esclavitud y miseria, á que como hombre estaba sujeto, más ¿dudaremos por ello de que pudo ser un varon perfecto en su vida posterior el que anteriormente tuvo conocimiento tan exacto de los peligros del mundo y de los caminos que deben seguirse para huir el riesgo? Por más que al predicar semejante doctrina incurriese en ciertas venialidades, no es prudente, no es cristiano, no es generoso, ni noble ni sublime, sino más y más vil cuanto es más mezquino, el pensar que durante su vida permaneciese quizá abrazado á tantas debilidades cuantas puedan causar la enfermedad y muerte del cuerpo y del alma, sin tomar para sí lo que con celo tan evangélico daba á los otros. — C. de la V.

PAU ó PAZ (Fr. Alonso), religioso mercenario. Residia en Barcelona, y era confesor de las damas de palacio en tiempo del maestre general lego Don Fr. Arnaldo de Rosiñol. Pocas son las noticias que de él nos quedan; consta, sin embargo, que se distinguió por su saber y virtud, y que fué en su época uno de los miembros más distinguidos de su Orden. Pertenecia á la ilustre familia de Pau, cuya palabra catalana equivale á Paz en castellano, nombrándosele indiferentemente de estas dos maneras en las crónicas, pues lo mismo cuando Remon habla del P. Fr. Alonso Paz, que cuando Ribera cita á Fr. Alonso Pau, debe entenderse el sugeto de que nos ocupamos. Obtuvo diferentes prelacías ó encomiendas, como las llamaban los Mercenarios por ser órden militar, y en todas manifestó sus buenas cualidades para el gobierno, conservando á sus súbditos en la mejor armonía. Tambien tomó parte en algunas redenciones de cautivos, objeto principal de su instituto, arrostrando los mayores peligros y sufriendo todo género de trabajos por volver al seno de sus familias á los desgraciados á que una mano traidora habia arrebatado de su lugar, ó sorprendido en la gestion de sus negocios,

cuando atravesando los mares se dirigian en busca de fortuna ó volvian á su patria á gozar del fruto de una vida tan laboriosa como honrada. Glorioso fué el objeto de esta Orden, que no puede España ménos de recordar con reconocimiento, por los inmensos servicios que la prestó en siglos en que, más atrasado el derecho de gentes, se rendian parias á la piratería que hoy por fortuna ha desaparecido para siempre. El P. Pau fué uno de aquellos religiosos militares que, sin tomar la espada, tuvieron que luchar en más de una ocasion con los infieles, saliendo con frecuencia victoriosos, aunque no sin arrostrar el martirio como S. Ramon Nonnato, y áun sufrir la esclavitud voluntaria á veces, pues en más de una ocasion quedaban en rehenes de los cautivos á quienes querian dar libertad, por carecer de fondos suficientes para ello; y forzosa otras, porque los que no vacilaban en atravesar los mares para arrancar de su casa á los infelices á que encontraban descuidados, tampoco se hacian ningun escrúpulo en cautivar y vender á los padres que iban á su país para rescatar á los esclavos cristianos, mayormente cuando solian tener el plausible pretexto de que aquellos, arrebatados por su celo por la fe, se ponian á predicar el Evangelio, y procuraban siempre conservar en las buenas doctrinas de la Iglesia á los desgraciazados cautivos, predicándolos, confesándolos y administrándoles el sagrado sacramento de la Eucaristía. Larga sería de referir la prudente y sabia organizacion que estos padres, ayudados de los Trinitarios y otras religiones, introdujeron en las mismas guaridas de los piratas, verdaderos antros de barbarie y latrocinio en que por siglos enteros padeció la humanidad toda clase de dolores, toda clase de tormentos, toda clase de suplicios; baste decir, que no solo se habian organizado los rescates de una manera regular y exacta, sino que existian en Túnez y en las principales ciudades de Berbería hospitales católicos para el cuidado y alivio de los cautivos enfermos, que se les proporcionaba toda clase de socorros, y para que no careciesen de los espirituales, en las épocas en que el odio de los mahometanos era mayor contra cuantos profesaban nuestra religion, habia padres dispuestos á dejarse cautivar para suministrar á los esclavos los sacramentos en las mazmorras, animarlos á sufrir los trabajos con paciencia, y confiar en la Providencia que no tardaria en devolverles la libertad y llevarlos al seno de su familia. Sabido es, y por desgracia ignoramos el nombre, del padre á quien Cervantes debió la libertad y la vida, y España la más célebre de sus obras. ¡Cuántos militares, escritores ilustres, sacerdotes y hombres de primer órden, deberian igual beneficio á esa gloriosa Orden, cuya historia está por hacer, y que debe figurar en primera línea entre los bienhechores de la humanidad, aunque de ella no se haya hecho mencion en los libros escritos por la cacareada y estéril filantropía inglesa! Poco podemos decir de este instituto; dire-

mos algo empero acerca de él, ya que en otro artículo referimos la forma en que se hacian las redenciones, para que quede consignada y sirva al ménos como dato histórico. La órden de la Merced fué instituida en Barcelona para la redencion de cautivos por D. Jaime I, rey de Aragon, por consejo de San Pedro Nolasco y de S. Raimundo de Peñafort, y fué aprobada por Gregorio IX en 1235, y bajo la regla de S. Agustin. A imitacion de las demás órdenes militares, se componia en un principio de caballeros y religiosos que necesitaban hacer para entrar en ella pruebas de nobleza, teniendo un gran maestre que por lo general era lego. Mas andando el tiempo, con el grande esplendor á que llegaron las demás órdenes militares, perdió la de la Merced este carácter quedando exclusivamente destinada á religiosos, que conservaron siempre una gerarquía particular diferente á la de las demás religiones: como provenia de Cataluña, su escudo eran las cuatro barras de Aragon con la cruz de Sobrarbe, primitivas armas de este reino. Esta Orden, que llegó á obtener grandes riquezas y prestar numerosos servicios, desapareció con la extincion de las demás regulares, aunque con la gloria especial de haber llenado su destino, pues desde algunos siglos ántes no habia ya cautivos que redimir, y los Mercenarios solo conservan el nombre de lo que fueron un dia.—S. B.

PAU (D. Berenguer de Santa), obispo de Elna. Despues de haber sido canónigo de la santa iglesia de Tarazona, obtuvo esta silla episcopal, segun consta por una mencion que de él se hace en el memorial que á fines del siglo XVII hizo la ciudad y cabildo de Tarazona, dirigiéndose al Rey sobre una cátedra episcopal en Calatayud. Fué pariente de D. Pablo de Sta. Pau, obispo de Siracusa, de quien nos ocuparemos en su correspondiente lugar.—C.

PAU ó Paulo (Gerónimo). Fué hijo este ilustre catalan del siglo XV de Gerónimo Pau, excelente poeta que, como él, nació en Barcelona en donde murió el 14 de Junio de 1465, despues de haber sido consejero del rey Juan II. Fué nuestro Pau canónigo de Vich, despues de Barcelona, jurisconsulto, camarero del papa Alejandro VI y bibliotecario del Vaticano. Cardona en la *Historia de esta biblioteca* le llama arcediano de Barcelona, y Zurita le elogia mucho en sus *Anales de Aragon*. Dice Amat en su *Diccionario de escritores catalanes*, que siendo Gerónimo Pau protonotario apostólico, escribió una disertacion *De fluminibus et montibus Hispaniæ*, dedicada á D. Rodrigo de Borja, que fué despues papa con el nombre de Alejandro VI. En 1491, escribió otro libro con el título de *Barcinona*, al que puso por apéndice un episcopologio de sus obispos, de cuya obra se conserva un ejemplar en la biblioteca del Escorial.— C.

PAU (D. Pablo de Santa). A mediados del siglo XV florecia en Italia un

venerable prelado, llamado D. Pablo de Santa Pau, al que otros autores dicen de Santa Fe. Hijo de Aragon, sin que haya podido averiguarse el pueblo ni la fecha en que nació, se debió dedicar con asiduidad á las letras sagradas, cuando consta fué considerado como sabio doctor en derecho, auditor de la Rota Romana, refrendario apostólico y consejero, durante doce años, del rey católico D. Alonso V de Aragon. El año 1447 el pontífice Nicolás V le consagró obispo de Siracusa, y en tan alta dignidad se distinguió por su ardiente caridad, muy especialmente el año 1455 con motivo de una gran epidemia que diezmó su diócesis, durante la cual visitó á los pobres apestados con el mayor celo y cariño, costeando cuanto necesitaban hasta acabar con su caudal, y consolándolos en sus aflicciones. La catedral de Siracusa le debió una gran restauracion, por lo cual ostentan aún su escudo de armas algunas de sus capillas, y lo propio se ve en el palacio episcopal y en muchos de los templos de su diócesis, segun lo advierte el cronista Pirro, en el tomo II, pág. 177 de su *Sicilia Sacra*, al dar razon de este insigne prelado. Escribió Santa Pau varias decisiones importantes de la *Sacra Rota*, algunas epístolas y pastorales sobre sucesos de su diócesis, y otros papeles relativos á las dignidades que habia servido. Murió en Roma en 1460. — C.

PAUL (Pedro), religioso dominico y prefecto apostólico de las misiones de América, nació en la ciudad de Aix el 11 de Abril de 1642, y fué bautizado dos dias despues en la iglesia de S. Salvador. Fueron sus padres Claudio Paul, abogado en el parlamento de Provenza, y Francisca Decourt: originario el primero de San Chamas, pequeña aldea de la diócesis de Arles, vivió tan cristianamente en los vínculos del matrimonio, como en el estado eclesiástico despues de la muerte de su esposa; pudiendo servir de modelo en ambos. Habiendo bendecido el Señor su enlace con el nacimiento de cuatro hijos varones, se dedicó constantemente á darlos una buena educacion, tanto con su ejemplo como por medio de los preceptores que puso á su lado desde los siete años y que elegia con cuidado, atendiendo mucho ménos á su capacidad que á su ciencia y á sus costumbres. Habiéndose establecido el mayor de sus hijos, marchó con fidelidad por las sendas de su padre y dejó una posteridad digna de él. El segundo trabajó por largo tiempo y con fruto en la salvacion de las almas en la Congregacion del Oratorio, donde murió en olor de santidad. El cuarto, completamente libre, dejó pasar sus dias en la soledad, llevando la vida de un anacoreta y de un penitente. El de que nos ocupamos ahora fué el tercero, y no estuvo ménos favorecido de la naturaleza y de la gracia; aunque de un natural vivo y un poco ardiente, tenia dulzura y mucha docilidad. Comenzó muy temprano á aficionarse á la oracion y al frecuente uso de los sacramentos, pero sus devotos ejercicios no le impidieron nunca aplicarse á sus demás deberes de estudiante. Despues del

estudio de las bellas letras, á la edad de quince años, el jóven Paul quiso elegir estado y se fijó desde luego en la órden de Sto. Domingo. Sostuvo por más de un año la prueba sin desanimarse, y en el mes de Julio de 1658 partió de Aix, acompañado de su hermano mayor, con la seguridad de ser recibido en el convento Real de S. Maximino. Escribió á su padre, que se hallaba en San Chamas, para manifestarle su vocacion y su partida: al decirle el último adios, no temió asegurarle que, conducido por la inspiracion del Espíritu Santo y lleno de buena voluntad, se hallaba resuelto á no pensar más que en su salvacion entre los hijos de Sto. Domingo. Lo que prometia el discípulo de Jesucristo se hallaba verdaderamente grabado en su corazon. Así nunca se vió en él ni variacion ni cambio. Como queria obedecer á sus superiores para hacerse siempre más agradable á Dios, acostumbró tambien su cuerpo á obedecer al espíritu. Se hizo desde entónces una ley en tratar rudamente á la carne, en no concederla más que lo necesario y no dar nada al placer. Habiendo hecho su profesion religiosa con estas santas disposiciones, marchó con nuevo fervor en el camino de los divinos mandamientos y en la práctica de los consejos evangélicos. Su virtud, siempre sostenida, no podia ménos de edificar á sus hermanos, pero no se creia él mismo tan adelantado y tan firme en el bien como deseaba. Temeroso de abandonar estos santos ejercicios por los de la escuela, no dejaba de pasar todos los años diez dias enteros en el más profundo retiro para entrar en cuentas consigo mismo y sondear los más ocultos pliegues de su conciencia, al mismo tiempo que examinaba con la severidad de un censor todos sus actos, y la manera con que llenaba sus deberes de cristiano y de religioso. En una de estas retiradas anuales fué cuando, inspirado del cielo y vivamente tocado de la gracia, comenzó el P. Pablo el género de vida poco comun, que prosiguió despues constantemente. Miéntras que corria así de virtud en virtud, mostrándose todos los dias más muerto á Dios, más muerto á sí mismo y á todas las criaturas, supo la muerte de su piadosa madre, y poco despues el cambio de estado de su padre, que entró en seguida en el clero para consagrar el resto de sus dias al servicio de los altares, á la instruccion de los fieles, ó al alivio de los pobres. Conociendo su rara piedad y su capacidad el cardenal Gerónimo Grimaldi, arzobispo de Aix, le elevó al sacerdocio, y le confió el cuidado de una parroquia de su diócesis. Cuando este digno ministro cantó su primera misa en 1663, se vió lo que no sucede quizá dos veces en un siglo; fué asistido en el altar por tres hijos suyos. Uno, sacerdote ya del Oratorio, hacia las funciones de diácono; el dominico, de edad entónces de veintiun años, las de subdiácono; y el tercero, santo ermitaño, llevaba el incensario. Tal espectáculo era ménos curioso que edificante. Habiéndose preparado el P. Paul á las órdenes sagradas con la oracion, la pe-

nitencia, el estudio y la meditacion de las Sagradas Escrituras, en cuanto fué ordenado sacerdote, ántes de concluir el año 1666, se halló en estado de llenar los primeros deberes de su vocacion en el ministerio de la palabra, y á este ejercicio fué al que se consagró por espacio de más de sesenta años. Verdad es que se le encargó durante algun tiempo de dar lecciones de filosofía y de teología á los jóvenes religiosos en los diversos conventos de su provincia, y que se vió obligado más de una vez á aceptar el gobierno de diferentes comunidades. Pero sin descuidar ninguno de estos cargos, el siervo de Dios procuraba tener siempre algun tiempo para predicar, instruir, catequizar á los fieles y trabajar en la conversion de los pecadores. Considerando toda la série de la vida de este varon apostólico, se comprende fácilmente que habia tomado para sí mismo lo que habia dicho el grande Apóstol: *Desgraciado de mí si no predicase el Evangelio.* Pero quiso predicarle como lo habia hecho S. Pablo, sin buscar su propia gloria, sin escuchar á la carne ó la sangre, y sin quitar nada á la pureza de la palabra de Dios, para lisonjear las pasiones ó la delicadeza de los hombres. Hacia muchos años que el P. Paul anunciaba con esta santa libertad y una noble simplicidad la palabra de salvacion en las diócesis de Aix, de Marsella, de Arlés y de Aviñon, cuando le abrió la Providencia otro camino para llevar más léjos la luz del Evangelio. Hacia más de sesenta años que se hallaban encargados los Dominicos de enviar predicadores á las colonias franceses de América, á la Martinica, á Guadalupe y á Santo Domingo. Estas dos primeras islas y la mayor parte de la tercera, sometidas entónces á la corona de Francia, se hallaban divididas en veinticuatro parroquias, á las que la órden de Sto. Domingo proporcionaba ministros para dar á los habitantes todos los socorros espirituales de que pueden tener necesidad durante su vida y á su muerte. El año 1684 Antonio de Monroy, general de la órden de Sto. Domingo, ordenó al P. Paul dirigirse á la Martinica para ejercer este santo ministerio, órden que fué puntualmente ejecutada. El siervo de Dios, amigo siempre del trabajo, hubiera emprendido este con placer, si á la cualidad de misionero apostólico no se hubiera añadido la de superior de las misiones en aquella isla. La caridad de Jesucristo, que ardia en su corazon, y que le habia enseñado el secreto de darse en todo á todos, para la instruccion de los unos ó el consuelo ó alivio de los otros, hizo bien pronto conocer á toda la colonia el tesoro que acababa de recibir en la persona del santo ministro. Los señores y los esclavos, los grandes y los pequeños, hallaron en él el socorro de que necesitaban. Ni los calores del país, ni la distancia de los lugares, ni las dificultades de los caminos, le impidieron nunca correr á todos los lugares, donde esperaba obtener algun fruto; tan pronto cerca de los enfermos ó de las personas afligidas, como de los negros á quie-

nes instruia con bondad, enseñándoles á rezar, á guardar sus mandamientos, á servir á sus amos con fidelidad, á obedecerlos por religion y santificar su trabajo por medio de la paciencia. Practicaba él mismo en gran manera esta virtud, porque no se cansaba nunca de repetir las mismas instrucciones y de proponer cien veces las verdades más sencillas á personas, cuyo ligero y voluble espíritu no era ménos diestro para sus propios intereses, que limitado en lo que se refiere á la salvacion. Pero lo que hubiera detenido á otro, excitaba más el celo del P. Paul. Pronto siempre á dar su vida por la salvacion de un alma, no hacia cuenta para nada del trabajo más fatigoso y asiduo. Su tierna piedad, su espíritu de oracion y su completo desinterés, no eran ménos conocidos. No debe, pues, causar sorpresa, si el mérito de sus virtudes le adquirió desde luego una reputacion tan grande, que en toda la extension de la isla no se le llamaba más que el santo misionero, el siervo de Dios. Si conociéramos ménos la malicia y ceguedad de los hombres, nos sorprenderiamos justamente de que hubiese personas, á quienes fuera odioso el siervo de Dios por lo mismo que hubiera debido serles más estimado, es decir, porque se interesaba decididamente en su salvacion. El que ocupaba uno de los primeros lugares en la colonia no daba ejemplos dignos de imitacion, y cuando lo exigia la gloria de Dios ó la edificacion de los fieles, no temia el P. Paul oponerse á un escándalo público. No lo hizo, sin embargo, más que con los miramientos que inspira la prudencia, y despues de haber agotado inútilmente todos los medios de dulzura, de caridad y áun de política. Todo esto no impidió que el culpable que hubiera debido humillarse, no sintiese vivamente que el predicador se hubiera atrevido á declamar contra un escándalo que no se hallaba resuelto á hacer cesar. Su resolucion fué vengarse y de una manera ruidosa. Una pobre mujer acostumbrada á mendigar el pan, fué el instrumento que eligió para ello. La enseñó todo lo que debia decir contra el ministro de Jesucristo, y la exhortó en particular á guardar bien el secreto y á no temer nada. Habiendo convocado despues una grande asamblea, hizo citar á su tribunal á el P. Paul, que se presentó en seguida. Entónces el autor de esta intriga, despues de un corto discurso, mandó á la mujer presentar su acusacion y quejas (es decir, repetir la leccion que él mismo la habia enseñado), hízolo sin ser interrumpida, pues el discípulo de Jesucrito imitó en esta ocasion á su divino Maestro. Todos sabian, sin embargo, á lo que debian atenerse, y el culpable era quizá el único que no comprendió todo lo ridículo de su invencion, que terminó con una severa correccion que impuso al P. Paul, y este semejante siempre á sí mismo, habiéndolo escuchado todo sin abrir la boca para justificarse, se contentó con decir cuando se retiraba: «Os ase»guro, Señor, que si Dios me abandonase, seria capaz de los mayores crí-

»menes; pero por su misericordia soy inocente del que se me imputa.» Esta modestia del santo misionero le hizo más respetable todavía á toda la colonia, é hizo recaer en el verdadero culpable toda la confusion de que habia querido cubrirle. La desgracia de este hombre que abusaba así de su autoridad, fué no tener un solo amigo que se atreviera á decirle la verdad. Despues de haber atacado al superior de la mision, quiso inquietar tambien á dos de sus hermanos, haciendo correr rumores injuriosos á su persona y á su ministerio. El P. Paul, que habia descuidado su justificacion, no fué tan indiferente por la reputacion de sus religiosos. Tomó decididamente su defensa y les hizo justificar por un acta pública, que se redactó en Setiembre de 1685. Se hubiera contentado con esto, pero habiendo sabido que el autor de todas estas vejaciones, temiendo quizá que se le acusase en la corte de Francia, se habia adelantado para exponer el hecho á su manera, decidió el P. Paul informar de todo al P. Masoulié, prior entónces del noviciado general de París, y le escribió en los términos siguientes: «Los males extremos que nos »anonadan en esta isla, y el justo rezelo que tenemos de que nuestra mision »se extinga completamente, si no se pone un pronto remedio, nos obligan á »recurrir á V. R. para suplicarle con muchas instancias emplee todo su celo »é influencia para evitar estos grandes males. Plegue á Dios que las infa»mias de que se nos acusa, no fueran más que la pérdida particular de »nuestra reputacion, pues no tendriamos dificultad en consolarnos, á ejem»plo de los santos apóstoles, cuyas funciones continuamos haciendo, que »nuestra Orden ha comenzado aquí con tanta gloria y llevado á cabo por »espacio de más de sesenta años. Pero viendo con extremo dolor que con »las calumnias con que se procura mancharnos se pone un obstáculo á la »salvacion de las almas, que es nuestro deber procurar, y que no podremos »reprender con fruto los vicios, por públicos que sean, si se ponen reparos »en nuestro honor, recurrimos á vuestra bondad y os suplicamos nos ayu»deis á obtener esta reparacion de la que depende la gloria de nuestro mi»nisterio. Hemos enviado ya á un religioso para informaros de todo, y para »justificar nuestra conducta cerca del Sr. Marqués de Seignelai, ministro »de las Colonias. Añado á esta carta una multitud de documentos, suplicán»doos, reverendo Padre, los leais para persuadiros de la integridad, buenas »costumbres, probidad y exactitud que todos nuestros religiosos han ma»nifestado hasta el presente, y que no tomeis ningun disgusto por todas las »intrigas que se les han suscitado; sino que espereis, si os place, á que el »marqués de Seignelai se queje á vos, en cuyo caso, y no ántes, suplico á »vuestra reverencia le hagais presente que uno de nuestros religiosos va á »partir inmediatamente, comisionado por todos nosotros, para informarle de »todo. En la isla de la Martinica el 6 de Octubre de 1685. — *Fr. P. Paul.*»

De este escrito se deduce el pacífico carácter del siervo de Dios, que aunque públicamente calumniado, guardó silencio y no comenzó á quejarse más que cuando los intereses de la mision, el reposo y la reputacion de sus hermanos lo exigieron, cuando se le puso en la necesidad de hablar. Todavía no quiso que se presentasen sus quejas al Ministro más que en el caso de que el culpable, á quien no nombra, hubiera dado los primeros pasos. Una conducta tan cristiana y la ley que se habia hecho de no hablar nunca de sus perseguidores más que para excusarlos, acabaron por ganarle el corazon de todos los hombres honrados. Su ministerio fué útil á una porcion de personas á quienes sacó del vicio, ó cuyas enemistades, querellas y procesos hizo cesar, y cuando le llamaron á Francia sus superiores, dejó tal opinion de santidad en la isla de la Martinica, que mucho tiempo despues no hablaban sus habitantes del P. Paul más que con sentimiento de veneracion. Su regreso al convento de S. Maximino, del que era ya prior en 1692, pareció encender en él el espíritu de fervor y de oracion, el celo de la salvacion de las almas, el amor y la práctica de las observancias regulares. Los buenos ejemplos de este imitador de Sto. Domingo eran capaces de excitar una laudable emulacion entre los religiosos. Pero no fué de menor utilidad á los simples fieles con sus vivas y frecuentes exhortaciones, y en particular á los pobres por una efusion de caridad á que no supo nunca poner límites. Referiremos aquí algunos hechos, debiendo estar persuadido el lector de que léjos de exagerar, omitimos mucho más de lo que decimos. El que habia precedido al P. Paul en la direccion de la comunidad de S. Maximino, habia dejado con sus ahorros una suma considerable en el tesoro del convento, y esta suma se hallaba destinada á la reparacion de una parte del edificio llamada la hospedería. Creyendo el nuevo prior que las necesidades de los pobres eran mucho más apremiantes que todo lo demás, les distribuyó en poco tiempo todo aquel dinero, y continuó aún sus grandes limosnas en trigo, pan, vino y mantas. Durante un invierno muy crudo hizo comprar otras nuevas para los religiosos; y recogiendo á cada uno su antigua manta á medio usar, se las repartió á sesenta familias pobres. Habia hecho la distribucion y no habia guardado para sí mismo más que lo simplemente necesario, cuando fué á exponerle su miseria una madre afligida, á quien no pudo desde luego proporcionar una cama. El caritativo prior la dió lo que encontró más á mano, la exhortó á poner su confianza en Dios, que no abandona nunca á los que le temen, y recomendándola el secreto, la manifestó la hora y el lugar en que debia hallarse por la tarde con uno de sus hijos. Llegado el momento, lió el P. Paul su cama y la arrojó por la ventana de su celda, como habia hecho en un caso semejante Fr. Bartolomé de los Mártires en su convento de Viena. Imitó tambien al santo arzobispo, ya en su

valor para sufrir en silencio todos los rigores del frio, ya en su cuidado para tener siempre oculta su penitencia. La Providencia le presentó otras muchas ocasiones de practicar la caridad, y hubiera creido cometer una grande falta si hubiera dejado una sola, en particular en lo relativo á las pobres á quienes la indigencia podia servir de un motivo de tentacion. Estas grandes liberalidades hicieron temer á algunos, sin embargo que esta especie de profusion no iba mucho más allá de las facultades de la casa, y aunque es verdad que en ménos de tres años el siervo de Dios dió mucho más que se habia dado quizá durante quince ó veinte años. Su máxima era que la limosna no empobrece nunca una casa, de lo que tenia la experiencia, pues sin dejar de socorrer á los pobres, veia siempre el convento en mejor estado que anteriormente. La comunidad no carecia de nada, no se habian contraido deudas, y el prudente prior se hallaba en estado de dejar ya en dinero, ya en provisiones, medios para que su sucesor cubriese por largo tiempo las atenciones. El provincial, sin embargo, á peticion de algunas personas, creyó conveniente limitar la autoridad del P. Paul en lo temporal, haciéndole en cierto modo dependiente de un vicario en la distribucion de las limosnas. De esta manera se le dió ocasion de practicar al mismo tiempo la caridad y la humildad, pues nunca le costó trabajo ir á pedir á uno de sus inferiores lo que queria dar á los pobres. Una virtud ménos sólida no hubiera sufrido esta prueba; pero puede asegurarse que este amigo de Dios poseia todas las virtudes cristianas y religiosas en un grado heróico. Tendiendo siempre á la perfeccion, miraba como un privilegio de la superioridad poder tomar sobre sí mismo lo que hay en las prácticas del claustro de más difícil ó de más mortificante por su naturaleza. El trabajo, por rudo que fuese, no le cansaba nunca cuando se trataba de la gloria de Dios ó del servicio del prójimo. Hé aquí un hecho que no se debe pasar en silencio, y que nos ha sido referido por las personas que fueron testigos de él. Estando encargada de la iglesia parroquial la comunidad de S. Maximino, acostumbraba enviar todos los domingos y fiestas de precepto uno de sus sacerdotes á una capilla, que hay á una legua de la ciudad, para procurar á las gentes del campo la comodidad de oir misa y de recibir alguna instruccion. Sucedió durante los grandes frios del invierno que el que se hallaba destinado para este cargo, viendo que los vientos, la lluvia ó la nieve habian puesto los caminos intransitables, fué á representar al P. Paul la dificultad y la inutilidad de su viaje. No creia, y tenia razon, que se atreviese nadie á andar una legua cuando no se atrevian á salir á la calle; y añadia que áun cuando un religioso intentase vencer esta dificultad, exponiéndose á todas las injurias del tiempo, no adelantaria nada, porque hallándose los campesinos á mucha distancia de la capilla no se creerian obligados á salir de sus casas. «Teneis razon, mi re-

»verendo Padre, respondió el santo Prior, el viento es tan frio y tan fuerte, que »podriais incomodaros mucho; os suplico digais misa aquí, pues otro más »robusto hará lo demás.» Un momento despues toma su báculo, suplica á un hermano converso que le acompañe, y se pone en camino. No llegó al término de su viaje sin haber ántes vencido grandes obstáculos; pero era por penitencia por lo que se preparaba á ofrecer el santo sacrificio. El colono, que tenia su habitacion cerca de la ermita, fué el único con su familia que pudo asistir á las oraciones, á la doctrina y á la misa, despues de la cual el P. Paul se volvió á poner en camino, sin querer calentarse ni tomar ningun alimento, por mucha necesidad que tuviese de uno y de otro. No tardó el Señor en recompensar esta penitencia, haciéndole practicar otra obra de caridad. El P. Paul encuentra en el camino á un pobre casi desnudo y transido de frio. No aguarda á que el mendigo se esfuerce en excitar su compasion con sus lágrimas: él mismo se aparta á un lado, se quita las medias y los zapatos, y suplica al pobre se los ponga, y prosigue andando así por el hielo y los guijarros. No tardaron sus piés en ensangrentarse, pero no era esto lo que temia: su rezelo era únicamente de ser encontrado por alguno que no le guardase el secreto. Se aseguró de el de su compañero; y cuando estuvieron cerca de la ciudad, envió al convento por un par de zapatos, continuando en tanto oculto detrás de una zarza ó una pared, pues ningun santo temió nunca más las miradas de los hombres en las acciones que podrian atraerle sus elogios. Elegido prior del convento de Montauban ántes de haber acabado su trienio en el de S. Maximino, el P. Paul se apresuró á obedecer las órdenes de sus superiores. Cierto que solo á pesar suyo se veia en la triste necesidad de ocupar un rango distinguido entre sus hermanos; pero queria obedecer, aunque no le gustaba mandar. Dos cosas le consolaban, sin embargo: una, poderse alejar de un país en que en todas ocasiones se le manifestaba un aprecio que le llegaba al corazon; la otra era conseguir algun fruto entre las personas de la religion, trabajando en la conversion de los que no se habian despojado por completo de las preocupaciones de su primera educacion. Sus virtudes le ganaron bien pronto grande reputacion entre los antiguos y los nuevos católicos; ¿y quién podrá expresar lo que le hizo emprender el celo para hacer entrar á los unos en el seno de la Iglesia y á los otros en el camino de la penitencia? Quién podrá decir el afecto con que recibia á los pecadores que daban algunas muestras de arrepentimiento? Se le vió abrazar con la más tierna caridad á un penitente apóstata, por el cual no habia cesado de gemir, de orar, de afligir su alma y su cuerpo, hasta el momento en que viéndole al fin de regreso en la casa de su padre, pudo decir lo que se dijo del hijo pródigo: *Mortuus erat et revixit; perierat, et inventus est. Estaba muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y*

se le ha encontrado. Las misiones de América necesitaban todavía un ministro como el P. Paul; á la primera señal de la voluntad de su general atravesó por segunda vez los mares. En 1696 ejercia las funciones del apostolado en la isla de Santo Domingo con el carácter de prefecto apostólico y de vicario general de la Congregacion del sagrado Nombre de Jesus. Estos títulos, que no se le habian hecho aceptar sin violentar su modestia, eran útiles al bien general de la mision, porque daban más peso y autoridad á un hombre que debia servir de modelo á todos los demás predicadores. Su virtud no fué probada en esta colonia de la misma manera que lo habia sido en la Martinica. Desde su llegada á la isla de Santo Domingo se halló unido con la más íntima amistad con el gobernador, es decir, con uno de los personajes más ilustres de su siglo. M. Ducasse, tan conocido en las Indias Occidentales, en Francia y en España, tenia todas las cualidades del hombre honrado, buen ciudadano, buen súbdito, oficial intrépido y excelente gobernador. Su bravura corria parejas con su prudencia. Moderado en la victoria, no carecia jamás de recursos en los reveses imprevistos; pero no los buscaba más que en su valor y en su virtud. Así confesaba que sus pérdidas no contribuyeron ménos á su reputacion que sus más felices triunfos, porque se reponia siempre de una manera de que él solo parecia capaz. En la *Historia de la isla de Santo Domingo* pueden verse las grandes ventajas que su prudencia y valor procuraron á aquella colonia. Bástanos con añadir aquí que M. Ducasse daba nuevo lustre á sus talentos políticos y militares con su religiosidad. Un gobernador de este carácter no podia ménos de amar y estimar al siervo de Dios; así puso en él toda su confianza desde que le conoció, y como no se proponian ambos más que el bien de la colonia, trabajaban de concierto en él, cada uno en su respectivo cargo. Aunque el celo del P. Paul se extendia sin distincion á todos los habitantes de la costa, pareció dedicarse más particularmente á aquellos de que los demás misioneros esperaban ménos la conversion, porque se hallaban mirados en todos los países de América como personas de malas costumbres y de peores sentimientos. Sábese lo que son esa especie de corsarios, llamados filibusteros, aventureros no ménos célebres en las historias por su disolucion, su crueldad y sus robos, que por su intrepidez, su audacia y sus hazañas. Son su orígen el interés y el libertinaje, y es su profesion atacar los buques que encuentran en el mar cuando pueden hacerlo con ventaja, saqueando casi siempre indiferentemente á amigos y enemigos. Su número era entónces muy considerable, y llegaron á formar un cuerpo. La isla de Santo Domingo era siempre su morada ó el lugar de su retiro, y la pequeña isla de la Tortuga el sitio donde se citaban ordinariamente despues de sus expediciones por la mar. Durante las largas guerras que habia sostenido en el siglo anterior Francia con Es-

paña, aquella nacion dió algunas veces comisiones á los filibusteros para atacar á los buques de sus enemigos; pero abusaron casi siempre, porque eran mucho ménos sensibles al bien del Estado que á sus ventajas particulares. Sus fuerzas les mantenian en un estado de insubordinacion, que daba mucho que hacer á los gobernadores. Casi nunca se les hallaba dispuestos á obedecer cuando se les prohibia continuar sus correrías ó sus piraterías, miéntras tenian en continuo rezelo á toda la América, no eran más que un débil socorro para la colonia de que eran miembros, porque corriendo casi siempre los mares á su voluntad, no se hallaban en estado de defenderla en caso de necesidad. Impedian además que se pudiera enriquecer por medio del comercio al que arruinaban, y la ponian en el continuo peligro de ser asolada en represalias. Personas entregadas así al ardor de las más brutales pasiones, no parecian muy susceptibles de instruccion. Nuestro santo misionero no los miró, sin embargo, como indignos de sus cuidados, lo que hizo con tanto más celo, cuanto que le interesaba más su estado. La virtud, cuando se halla en cierto grado, se hace siempre respetar. Entre estos corsarios tan desacreditados no faltaba todavía alguno á quien quedasen ciertos sentimientos de religion. Escucharon al siervo de Dios, y su ejemplo obligó á los demás á no negarse á oirle, por lo que insensiblemente llegaron á tener confianza en él. Con los encantos de su dulzura y una caridad siempre insinuante, supo ganarlos hasta un punto, que muchos hubieran expuesto voluntariamente su vida para defender al que comenzaron á llamar su predicador y su padre. Comprometíalos á rezar con él; les enseñaba los elementos de la religion cristiana, y procuraba inspirarles el temor del Señor y de sus juicios. Cuando los vió un poco dóciles, procuró persuadirles tres cosas; primera, no hacer nunca correrías sin tener comision para ello; segunda, imponer límites á su intrepidez, áun en las expediciones hechas de órden superior, y atenerse exactamente á las órdenes que pudieran haber recibido del rey ó de los gobernadores; y por último, dedicarse á alguna profesion honrada para ganar el sustento de sus familias cuando no estuviesen empleados. Lo más seguro sin duda hubiera sido sacarlos desde luego de un oficio que les era diariamente ocasion de crímenes; pero prescindiendo de que el mayor número no hubiera escuchado esta proposicion, el estado actual de las cosas exigia que se conservase aquel socorro. El mismo M. Ducasse tenia muchos miramientos con el cuerpo de los filibusteros, que era, segun él, un mal, pero un mal necesario. Necesitábanse estas gentes para emplearlas contra Inglaterra y España, y en efecto, en 1696 recibió M. Ducasse órden de la corte de tener pronto un socorro para unirse á la escuadra de la corte para una expedicion secreta. Era preciso para esto detener en la colonia á los filibusteros, que se hallaban en ella, y llamar á los que

estaban en el resto de la isla, para que pudiesen embarcarse todos en caso de necesidad. La escuadra, sin embargo, no se presentó tan pronto como se la esperaba, y nada era más difícil que detener á aquellos aventureros, deseosos de recorrer los mares cuando la ocasion les brindaba para ello. Por grande que fuese el ascendiente que sobre ellos tenia el gobernador, hubo necesidad de que el P. Paul emplease tambien sus instancias y sus exhortaciones para impedirlos desbandarse. Habiendo llegado al fin los buques de Francia, mandados por M. de Pointis, á principios de Marzo de 1697, se reunió M. Ducasse á esta escuadra con mil ó mil quinientos habitantes de la costa, de los que formaban la mayor parte los filibusteros. Resolvióse entónces la expedicion de Cartagena, y el gobernador de Santo Domingo suplicó al P. Paul que le acompañase. Tenia sus razones para llevarle consigo, y el siervo de Dios tenia tambien las suyas para no negarse. Queria servir de algun socorro á los moribundos é impedir, en cuanto estuviese en su mano, los desórdenes, las violencias y las injusticias que acompañan por lo comun á la toma de una plaza. No se ignora la facilidad con que entraron los franceses en la de Cartagena, que todo lo esperaba ménos sus ataques. Procuraron sin embargo defenderse, pero el fuerte de Bocachica, falto de gente y recursos, tuvo que entregarse á una banda de filibusteros al primer dia de sitio. Mucho más intentó defenderse el fuerte de San Lázaro y las fortificaciones de *Hilsimani*, rechazando á los enemigos en dos ataques que fueron mortíferos, y en los que nuestro misionero se expuso siempre tanto como un soldado de la armada para ir á la trinchera y hasta bajo el fuego de los sitiados, á exhortar á los heridos y los moribundos, absolverlos y recibir sus últimos suspiros. Arrastrado más de una vez por el ardor de su celo, se halló en medio de una granizada de balas, que partian de las murallas de la plaza. Los que habian admirado su constancia y le contaban ya entre los muertos, no le vieron volver sin admiracion, cubierto todo de sangre y polvo, pero con aquella serenidad de rostro que le era natural. Cuando hecha la capitulacion entraron las tropas en la ciudad, fué cuando principalmente el activo celo del P. Paul le hizo presentarse en todas partes para oponerse á la licencia del soldado, impedir el robo ó la profanacion de las cosas sagradas y conservar en particular el honor de las doncellas. Su presencia impidió sin duda muchos crímenes, y tuvo el placer de hallar que por el artículo 5.° de la capitulacion se habia decidido expresamente que no se tocase á las iglesias ni á los conventos. Sin embargo, dice un historiador francés á quien no se tachará de sospechoso, fué violada la capitulacion, robada la plata de las iglesias y rotas las cajas que contenian las reliquias de los santos, sin que la vigilancia de los oficiales ni el celo del ministro del Señor pudieran impedir estos escándalos. Cuando la escuadra estuvo pronta á hacerse á la vela para su re-

greso, no viendo M. Ducasse al P. Paul en su buque, le mandó buscar con cuidado y no dió la señal de la partida hasta despues de haber sabido que el santo misionero se hallaba en otro buque con los enfermos y los heridos, á quienes no habia querido abandonar. Este buque, tomado en el camino por los ingleses, fué conducido á la Jamaica, donde la virtud del P. Paul le hizo respetar de los mismos de quienes era prisionero. La paz de Riswick, concluida el 20 de Setiembre de 1697, le obtuvo la libertad, de que se sirvió para continuar con un nuevo fervor las funciones de su santo ministerio en la isla de Sto. Domingo, de donde salió á últimos del siglo XVII para huir de los aplausos del pueblo, pues se asegura que el Señor habia honrado sus virtudes con muchos milagros. Si todos los habitantes de la Isla no se habian aprovechado bastante de sus trabajos y de sus ejemplos, dejó al ménos muchos á quienes se podia mirar como muy arreglados en su conducta, bien instruidos en la religion y en estado de ayudar por su docilidad á la civilizacion de la Colonia. Un religioso digno de fe ha asegurado que habiendo ido él á la isla de Sto. Domingo veinte ó veinticuatro años despues de la partida del siervo de Dios, no oyó hablar en toda la colonia más que de las virtudes del P. Paul, de la austeridad de su vida, de su infatigable celo en los trabajos del apostolado, de su ardiente caridad para con los pobres y de su continua aplicacion á ganar almas para Jesucristo. A su regreso á Francia no edificó ménos á sus hermanos, ya en el convento de Tolosa que le habia elegido por prior en 1703, ya en el de Montpellier, en Aviñon ó en algunas otras ciudades de la Provenza, particularmente en S. Maximino, donde pasó los doce últimos años de su vida en los ejercicios de la oracion ó las prácticas de la caridad. «No tememos asegurar, dice un testigo de vista, que en el espacio de cinco años que hemos tenido la fortuna de vivir con este santo religioso en la misma casa, no hemos notado nunca en él lo que se puede llamar una imperfeccion voluntaria. Nunca le hemos visto más que como aniquilado á los ojos de Dios, ocupado todo de su santa presencia y ardiendo en su amor. Ni la edad ni las enfermedades le han impedido ser siempre él en el coro el primero de dia y noche, y observar la regla en todo su rigor.» Pero tan severo como era consigo mismo, tan insinuante, dulce y afable se mostraba para con los demás. Más dócil que el último de los novicios, parecia adivinar los pensamientos de los superiores para hacer su voluntad, á excepcion del caso en que se queria imponer límites á su fervor; todavía se excusaba con tanta gracia para no verse obligado á tener algun alivio, que no osaban instarle, de manera que sin perder el mérito de la obediencia, tenia el de llevar siempre más léjos sus prácticas de mortificacion. Hemos dicho ya que hizo del ejercicio de la palabra la principal ocupacion de toda su vida. En la edad decrépita continuaba todavía el P. Paul yendo á las aldeas pró-

ximas todos los domingos y fiestas para dar lecciones particulares á los campesinos. Si hallaba algunos en el campo, no dejaba de detenerse para decirle alguna palabra edificante, enseñarle á santificar sus trabajos, recomendarle el temor de Dios y exhortarle á frecuentar los santos sacramentos. Para no ser gravoso á nadie, nunca comia en casa de los curas, y no entraba en las casas de los fieles más que para su consuelo, sin tomar jamás alimento alguno. El compañero de sus excursiones evangélicas llevaba algunos pedazos de pan y fruta, lo que era bastante para su frugal comida, que le gustaba hacer cerca de un arroyo ó de una clara fuente. Cuando no le impedia salir el mal tiempo, hacia sus oraciones delante del altar del Rosario, y las comenzaba ó terminaba siempre en público. El pueblo de S. Maximino, admirado justamente de su santidad, se apresuraba siempre á oirle y á unir su voz á la del siervo de Dios. Para impedir las conversaciones y las faltas de recogimiento durante la celebracion de los santos misterios y de los oficios divinos, se manifestaba de tiempo en tiempo en la iglesia, conteniendo su presencia á los ménos devotos en el debido respeto. Cuando la secura, el granizo, los grandes frios, las inundaciones ó algun otro suceso hacia el año estéril y causaba carestía de víveres, el P. Paul se dedicaba continuamente á pensar los medios con que podria aliviar la miseria de los pobres. No pueden referirse las piadosas estratagemas de su caridad para procurarlos algun alivio. No hallándose en dignidad, no podia distribuirlos como en otro tiempo el dinero y el trigo de la comunidad. Las limosnas que se hacian, aunque conformes á las rentas de la casa, no lo eran á las necesidades públicas, y esto es lo que afligia el corazon de aquel hombre misericordioso. Solicitaba con este motivo la caridad del superior, y despues de haber obtenido todo lo que podia, pedia permiso para hacer la cuestacion, comenzando por los religiosos, pues suponia que podian tener en sus celdas algunos zapatos viejos ú otros muebles inútiles. Iba despues á las casas acomodadas de la ciudad, y en todas obtenia algun donativo. Habia algunos que le daban de lo que les era necesario por no verle salir con las manos vacías, y porque confiaban más en sus oraciones que en sus recursos. Todo lo que podia reunir se lo entregaba al párroco, para que instruido de las necesidades de los pobres, hiciera la distribucion segun su prudencia. Mas por atento que estuviera á llenar santamente los deberes de su estado, sin descuidar ninguna ocasion de ser útil al prójimo, siempre buscaba algun nuevo trabajo. Habiendo sabido á últimos de 1718 que en las misiones de la Martinica se carecia de religiosos para desempeñar bien los cargos tan propios de su ministerio, el P. Paul, de edad á la sazon de setenta y siete años, tomó la resolucion de ir él mismo. Dijo al superior que tenia su licencia para este caso, la que le manifestó; despues de lo cual, habiéndole pedido su bendicion, iba á embarcarse

en Marsella con tanta seguridad como si se hubiera hallado en la flor de su edad, ó si no tuviera que hacer más que un viaje de pocas leguas. Pero no se hallaba todavía fuera del convento, cuando advertido el pueblo de su designio cerró en seguida todas las puertas de la ciudad. Hombres, mujeres, grandes y pequeños, todos manifestaron la misma resolucion de oponerse á su partida. En vano fué de una puerta á otra pidiendo y suplicando que se le abriese, pues se le respondió constantemente que no saldria, y que no se le permitiria salir. Tuvo, pues, que volver por necesidad al convento, donde permaneció dos horas seguidas en oracion en el coro, donde dijo el oficio nocturno; y lo que hubiera sido para otro una tentacion de la vanidad, no sirvió más que para humillarle, por el pensamiento de que no era digno de trabajar en la viña del Señor. He sido testigo de este suceso, dice el Padre Echard, y la comunidad creyó conveniente nombrarme para ir á Marsella á tomar las precauciones necesarias, á fin de que el P. Paul, en el caso de que se presentase, no fuese recibido en los buques que debian hacerse á la vela para América. A mi regreso me reconvino el siervo de Dios, porque decia no le habia tratado como amigo. Pero todas estas reconvenciones se cambiaron en acciones de gracias, cuando le manifesté que habia encontrado á un buen predicador que no esperaba más que á la mision para partir, y que siendo más jóven y robusto que él, se hallaria en mucho mejor estado para ir á predicar el Evangelio á países remotos.—Ahí teneis, me dijo entónces abrazándome, las patentes para su mision, enviadselas en seguida, me llenais de consuelo y quedaré tranquilo. Nosotros nos alegramos, y los habitantes de S. Maximino comenzaron á tranquilizarse en cuanto no temieron ya perder al P. Paul. Su espanto se renovó pocos años despues, cuando las enfermedades contagiosas, que asolaron casi todos los barrios de Marsella, se extendieron poco á poco á casi todas las ciudades de la provincia. La de S. Maximino, acostumbrada á mirar al discípulo de Jesucristo como su ángel tutelar, no experimentó ménos las consecuencias comunes de este terrible azote. No se descuidaron las precauciones que se deben tomar en tiempo de peste; mas no era de ellas de quien esperaba el pueblo su salvacion, la presencia del siervo de Dios le animaba mucho más todavía. El contagio asolaba, sin embargo, los lugares vecinos, y la aldea de S. Zacarías acababa de perder su párroco, miéntras la peste arrebataba todos los dias una parte de sus habitantes. El P. Paul, octogenario ya, pidió permiso para ir en su socorro, y lo pidió con tantas instancias, que el superior á quien habia dado en otro tiempo el hábito de Santo Domingo, no atreviéndose á entristecerle con una negativa, le dijo que consentiria si hallaba un sacerdote en la comunidad que quisiese acompañarle. Le buscó y le encontró, pero no adelantó más por esto. Cuando se

le vió ir á lo largo de las murallas que habia á las tres salidas del arrabal, se rezeló de su intencion, y se temió en seguida una conmocion en la ciudad. Miéntras le rechazaban los guardias, gritaba todo el pueblo: «¿Dónde pensais ir, P. Paul? Si nos abandonais, estamos perdidos: miéntras esteis aquí, la mano del Señor nos perdonará; permaneced, pues, os conjuramos á ello, permaneced con nosotros.» Se le suplicó y se le obligó á detenerse. Tuvo, pues, que volver al convento, y presentándose al superior con aquel aire franco que le era natural, le dijo: «Pues que se me quiere conservar la vida, tambien yo quiero conservarla.» Se continuó velando sobre él; pero el siervo de Dios no pensaba más que en ofrecer sus oraciones y sus penitencias por los apestados, á quienes se le impedia prestar sus servicios. El ardor de su celo no le permitió limitarse á la asistencia del coro; todos los que tenian cargos, el padre cura, el maestro de novicios, el sacristan, el portero mismo, hallaban en él un segundo ó un suplente. En cuanto estuvieron abiertos los caminos, se le vió volver á sus funciones apostólicas en todas las parroquias de los alrededores, y áun en algunas situadas á muchas leguas; y cuando no podia ya ir á pie, preferia servirse de un jumentillo á cesar en el santo ministerio, cuyo fruto conocia. No dejaremos de hacer observar cuál era su caridad hácia los soldados, por los cuales parecia tener una especie de predileccion. Hallándose la ciudad de S. Maximino en el camino de España á Italia, se veia con frecuencia pasar las tropas en tiempo de guerra; y siempre que el P. Paul sabia la llegada de algun regimiento, iba desde luego á presentarse á los oficiales, ofreciéndoles todo lo que podia depender de él ó de la comunidad; y la gracia que les pedia siempre era permitir que durante su residencia reuniesen de cuando en cuando los soldados en la iglesia para hacerles algunas pláticas. Los militares, políticos siempre y admirados por otra parte de aquel aire de santidad que brillaba en su rostro, no le respondian con frecuencia más que de una manera cortés. Muchos le suplicaban señalase la hora, para no tener más que tocar llamada y conducir ellos mismos sus tropas á sus pláticas. Para atraerse la atencion de los soldados, el santo predicador elogiaba su bravura y sus servicios, hablaba despues de los pecados y de las ocasiones de pecar que se encuentran en su profesion; los exhortaba enérgicamente á desempeñar como cristianos los deberes propios de su estado, y procuraba particularmente hacerles comprender que estando más expuestos que los demás hombres á los peligros de una muerte siempre cercana, debian tambien trabajar más particularmente en ponerse en estado de comparecer delante de Dios. La tierna caridad de que parecia abrasado por su salvacion, les obligaba con frecuencia á ir á escuchar sus discursos, asistir á su misa y hallarse en el rezo público que hacia todas las tardes. Recibian agradecidos los rosarios

que les regalaba, y prometian rezarle en adelante todos los dias. Mas conmovidos algunos y llevando más léjos su confianza, iban á suplicarle quisiese prepararlos para la gracia de la reconciliacion. Algunas veces despedian á las mujeres que seguian á la tropa; y en una ocasion consintieron en que pusiese en un recogimiento á una jóven que habian robado en los alrededores de la ciudad de Aix. El siervo de Dios hallaba siempre medio de vencer las dificultades, y de proveer á todo. Admirados los oficiales y los soldados, nunca salian de S. Maximino sino llenos de sentimientos de reconocimiento y de admiracion hácia un hombre cuyo semejante hubiesen querido hallar en todas partes. El fervor del P. Paul crecia siempre á medida que se acercaba su término; pidió como una gracia permiso de entrar en el noviciado, bajo pretexto de que los novicios, en caso de que le diese algun accidente durante la noche, estuviesen más á mano para poder socorrerle. El superior comprendió bien cuál era su verdadero designio, y le concedió lo que deseaba. Al tomar una celda en el noviciado, aquel respetable anciano desempeñó tambien todas las funciones de los novicios. Más dócil, más exacto y más obediente que el más jóven de los principiantes, le gustaba depender del Padre Maestro, y queria depender en todo. Sus santos ejemplos no podian ménos de conservar y aumentar entre los pobres el espíritu de oracion y de retiro, el amor y el aprecio de su estado y la aplicacion á lecturas útiles. Pero no contento con edificarlos, el P. Paul empleaba toda clase de astucias para auxiliarlos en todo lo más penoso y humillante. «Pobre hijo mio, decia algunas veces al que estaba encargado de barrer el dormitorio; aún no estás acostumbrado al trabajo, que te cansará; déjame á mí, yo lo haré con más facilidad que tú.» ¡Qué pequeñez! dirá quizá al leer esto algun lector poco instruido de las máximas del Evangelio. Mas permítanos decir, por el contrario, que hay grandeza en estas pequeñeces. La caridad y la humildad cristiana dan valor y mérito á todo lo que hacen emprender. Diremos para terminar que omitimos una multitud de hechos, que teniendo el mismo orígen formaron de toda la vida del P. Paul una larga série de buenas obras. El peso de los años no le impidió nunca asistir constantemente al oficio divino. Ocultaba con el mayor cuidado sus sufrimientos y vivos dolores, por temor de ser tratado como enfermo. Cuando la intensidad del mal y las órdenes expresas de los superiores le obligaban á quedar en cama, acusábase de cobardía al obedecer, y sufria con una paciencia heróica los dolores que afligian todos sus miembros. Un cáncer en el pecho y el dolor de gota le atormentaban dia y noche, no dejándole ni un momento de descanso. Si la violencia del mal arrancaba algunos suspiros de su boca, se acusaba diciendo: «Mi Salvador no se quejaba en la cruz, y yo pecador, que estoy en una buena cama y por quien se tienen tantos cui-

dados, me quejo todavía; ved si no soy bien miserable.» Era tal el valor del santo enfermo, que por poco alivio que sintiese, comenzaba en seguida todas sus prácticas de piedad, y queria asistir con sus hermanos á los Oficios divinos, aunque necesitaba por lo ménos media hora para llegar de su celda al coro. Pocos años ántes de su muerte se vió enteramente privado del uso de la vista. Aunque no la habia perdido del todo, no tenia sin embargo la suficiente para leer en el Misal. No pudiendo ya celebrar misa, la oia y comulgaba todos los dias. Esta prueba por que le hizo pasar el Señor para darle un nuevo motivo de mérito, no duró más que seis ó siete meses; despues de los cuales, viéndole el sacristan una mañana que tomaba los sagrados ornamentos para ir al altar, le preguntó si habia recobrado la vista. «Sí, repondió el P. Paul, el Señor me ha concedido esta gracia por la intercesion de su Santísima Madre.» Dijo, pues, misa, y continuó diciéndola todos los dias hasta su última enfermedad, que fué larga y muy dolorosa; pero este largo martirio no fué para él más que un motivo de continuas acciones de gracias. En su lecho de dolor se manifestó siempre el mismo, tal como habia sido en todas las edades de su vida, lleno de Dios, unido á Dios, no suspirando más que por el momento de ver á Dios y de poseerle en el dia de la eternidad. Descansó en el Señor con esta santa disposicion; y despues de haber recibido los santos sacramentos, entre las oraciones de la Iglesia, el 20 de Julio de 1727 á la edad de ochenta y seis años. Así murió este celoso discípulo de Jesucristo, este verdadero hijo de Sto. Domingo, heredero de su espíritu é imitador de sus virtudes. La historia sola de su vida forma su elogio, al que no debemos añadir nada. Un escritor poco juicioso, tan conocido por su ingenio como por su estilo, y por el abuso que hizo de su talento para escribir cosas ridículas é impertinentes, es quizá el único que á sangre fria y sin motivo alguno se ha atrevido á hablar con poco respeto de este gran siervo de Dios. Tan pronto como llegó al público el rumor de la muerte del P. Paul, se abrieron todas las bocas para hablar de sus raras virtudes y para implorar su intercesion. No fué solo la poblacion de S. Maximino la que corrió á su iglesia; todos los habitantes de los arrabales y de las aldeas circunvecinas se dirigieron con el mismo apresuramiento, conducidos por el mismo espíritu de piedad y religion. Todos querian por lo ménos tener el consuelo de ver el cuerpo del siervo de Dios, y prestarle los últimos honores. La devocion indiscreta de algunos y el deseo de tener reliquias suyas, les habrian llevado quizá á despedazar todos sus hábitos si no se hubiese tomado desde un principio la prudente precaucion de cerrar el cadáver con llave en una capilla de la iglesia, cuya verja de hierro, sin impedir la vista, impedia el aproximarse. La muchedumbre, que fué siempre la misma hasta bien entrada la noche, era dema-

siado grande para dejar espacio para celebrar las exequias, y no sin dificultad se consiguió por último hacer salir á toda aquella gente. La mayor parte no se retiraron sino con la esperanza de asistir al dia siguiente al entierro. Pero como esto hubiese dado lugar á la misma dificultad, que era necesario evitar, se creyó conveniente hacer la inhumacion durante la noche, dejando para el dia siguiente las ceremonias acostumbradas. El cuerpo fué colocado en un ataud, en que se escribieron las palabras siguientes: *Aquí descansa el cuerpo del V. P. Pedro Paul, muerto en olor de santidad, el 20 de Julio de 1727.*—Muchas personas de Aix, de Marsella y de otras muchas ciudades de Provenza, que no habian podido ir á S. Maximino, escribieron á sus amigos para suplicarles les procurasen alguna cosa que hubiera sido del uso del santo finado; tan extendida se hallaba entónces, como lo estuvo mucho tiempo despues, en todo el país la fama de su santidad, donde se habia observado de cerca y durante mucho tiempo su conducta y sus acciones. — S. B.

PAUL (S. Vicente de). Guiados por la piedad y por la devocion y á la mayor honra y gloria de Dios y ensalzamiento de nuestra religion católica, vamos á escribir la biografía de uno de los hombres más grandes que ha producido la humanidad, y de uno de los santos varones ilustres de la sociedad católica que desde los apóstoles han glorificado y ensalzado más el cristianismo con sus virtudes y con sus obras. Como acertadamente dice un autor moderno al hablar del instituto de las Hermanas de la Caridad en España, S. Vicente de Paul fué el que mejor ha conocido el modo de remediar las necesidades de la clase menesterosa y desvalida, y el que más perfectamente ha estudiado las exigencias y necesidades del corazon humano. Este grande hombre, que llevó la humildad, la sencillez y la caridad, segun la expresion de un autor, hasta un grado que el mundo entero le consideraba como el tipo humano de estas virtudes, y al que la Iglesia ha colocado en los altares, necesitaba de un historiador brillante y elocuente, que supiese delinear con atrevida pero segura mano los rasgos característicos del padre más grande de los pobres entre los hombres, del fundador de la mision y de la creacion benéfica de las Hijas de la Caridad, la institucion más caritativa y digna de la religion católica que se ha inventado para consuelo de la humanidad doliente. Encontróse, en efecto, este historiador digno de tan grande héroe en el célebre abate Orsini, y á su inspirada pluma debemos la mejor y más completa vida de S. Vicente de Paul que se conoce, y á su vista, y guiados por su bellísima doctrina, vamos á formar nuestro escrito, en el que á grandes rasgos y como mejor podamos, impetrando á este fin la gracia de Dios y el auxilio del Santo, bosquejaremos un boceto de su retrato procurando le sea lo más parecido posible. Empero si bien tomaremos del

S.te VICENTE DE PAUL.

tipo original, que nos hemos propuesto por modelo, lo que mejor haga á nuestro propósito, no por eso dejaremos de tomar lo más bello que sobre el particular veamos en otros autores que consultamos al propio tiempo, ni de hacer de nuestra propia cuenta las apreciaciones y observaciones que más nos cuadren con arreglo á nuestra conciencia y á nuestro modo de ver, como veladura que haga más ostensible nuestro estilo y manera á la vista de los lectores en el cuadro que les vamos á presentar, con más fe y deseo del acierto que suficiencia para ejecutarle.

Antes de empezar á delinear la colosal figura de este gran padre de la humanidad, salido de una familia oriunda de España, segun la opinion del presbítero D. Ramon Sanz, en el compendio que escribió de la vida del Santo y de las Hermanas de la Caridad; de este siervo de Dios cuyas magníficas instituciones estan hoy afortunadamente en moda en el mundo católico, á pesar de la perversion del siglo y de la indiferencia religiosa que corroe y amenaza destruir por sus cimientos nuestras creencias, y á cuya benéfica sombra se agrupan los fieles para hacer frente á la impiedad con las invencibles armas de la humildad, del amor y de la caridad, creemos del caso seguir al elocuente Orsini, tomando alguna cosa de lo que dice sobre el estado de la Iglesia en la vecina Francia en el siglo XVI, como premio que hace resaltar más el mérito que contrajo el Santo en sus felicísimas y útiles creaciones. «Cuando los hijos de Israel, dice Orsini, llegaron á formar una »nacion é ignorando lo que pesa el yugo de los príncipes, solo reconocian por »monarca al Rey del cielo, Dios les enviaba en los dias de angustia y de de»cadencia un caudillo tan esforzado y tan sabio, cual lo requeria la salvacion »de su pueblo, y del mismo medio se sirve tambien para la conservacion de »la Iglesia católica, á fin de que el error, hijo orgulloso de Satanás, no pre»valezca contra ella. La nave mística de la Iglesia ha sido frecuentemente »agitada por los huracanes, sacudida por las olas, impelida violentamente »contra los más formidables escollos, sin que los vientos, las olas ni las ro»cas descubiertas ó submarinas llegáran á realizar la obra imposible de su »naufragio. A veces la tempestad ha roto sus mástiles, destrozado sus velas, »afligido los más hábiles pilotos y los más atrevidos marinos; pero en el »momento en que iba á desaparecer toda esperanza, y cuando el último grito »de alarma se elevaba hasta á Dios, un simple marinero, hombre grande, pero »oscurecido entre la multitud, saltaba al puente, exaltaba los ánimos, res»tablecia la seguridad con la disciplina, y asiendo el timon con mano firme, »guiaba al través del desórden de los elementos la nave santa hácia el puer»to.» Una de estas misiones confió el cielo á nuestro S. Vicente en época bien azarosa para la Iglesia, en la que supo salvarla ayudado de Dios, que, segun su divina palabra, le honró porque le habia honrado. A la muerte de Cár-

los IX, á fines del siglo XVI, era la Francia un campo ensangrentado, en el que se disputaban con encarnizamiento el catolicismo y la herejía por las sediciones de los hugonotes. Si bien los herejes eran en menor número que los católicos, excedian á estos por su felonía y atrocidades, en las que superaron á los feroces vándalos y á los destructores hunos del llamado *Azote de Dios*, del execrable Atila. Saqueadas las iglesias, derribados los altares, perseguidos los ministros del santuario y profanados los sepulcros, la impiedad se enseñoreaba por la cristianísima monarquía del piadoso Clodoveo, teniendo que huir los fieles á ocultarse de la sanguinaria segur de sus verdugos, llevándose las imágenes de su creencia para que no fuesen destruidas ó quemadas. Males inmensos causó á Francia la herejía y la guerra civil que produjo el protestantismo, que llegó á seducir á algunos débiles fieles, y á introducir el desórden más espantoso en la Iglesia, en la que intrusos y mercenarios abades se erigieron en tiranos de sus subordinados. A pesar del cristianismo de que hacian alarde los reyes, se hacian sordos á las justas reclamaciones del clero y á sus protestas, y la persecucion y la anarquía triunfó por mucho tiempo. Un regicida puñal privó á Enrique III poner coto á las demasías; y Enrique IV tuvo que ser fiel á los protestantes que le consideraban su jefe, y que tomando su conversion por un rasgo de política más que por arrepentimiento, siguieron persiguiendo á la fe católica con sus infernales escritos. La doctrina protestante, predicada con constancia por sus prosélitos, alejó á los fieles de los templos católicos, que se hallaron enteramente desamparados en el campo y en las ciudades, y la caridad cristiana dejó de encender su divino fuego en el corazon de los ricos, y si algun socorro hacian, la vanidad tomaba más parte en esta accion que el deber que nos impone el Evangelio de socorrer al necesitado. Empobrecido el clero y mal considerado en aquellos tiempos de impiedad, se desnaturalizó tambien distrayéndose de sus deberes más importantes y dejando marchar la religion á la ventura, como un barco desamparado, pensaba más, segun Orsini, en atesorar que en repartir, de modo que dejó de ser el limosnero de los pobres, que es la condicion que les impuso aquella magnífica caridad clerical de la edad media, que tan magníficos recuerdos ha dejado consignados en la historia. La consideracion pública es la vida honrosa del sacerdote, y cuando el pueblo le ve degradado, le desacredita, y por lo tanto no es de extrañar que en los tiempos de que hablamos, desmereciese el clero tanto en la sociedad francesa, que, como dice el obispo Abelly, era una especie de injuria llamar sacerdote á un abad de alta clase, y por más que se afanaban los obispos, no podian volverle la consideracion perdida, porque á pesar de los sínodos y de los concilios provinciales no lograron apartar á los clérigos de los hábitos de insubordinacion é indolencia en que les habia arraigado la indisciplina.

Empero lo que no pudo conseguir la autoridad con sus disposiciones, lo realizó, como dice Orsini, un hombre de humilde cuna, sin bienes, sin poder y áun sin genio; pero fuerte por su virtud y grande por su corazon: este fué S. Vicente de Paul, al que escogió Dios para regenerar la sociedad católica francesa, hacer entrar al clero en sus deberes sin violencia, y crear las instituciones más piadosas, humanitarias y civilizadoras.

Nació S. Vicente de Paul para honra del catolicismo y bien de la humanidad el dia 24 de Abril de 1576, en el lugar de Pony, cerca de la ciudad de Acqs, en los límites de los arenales de Burdeos, en direccion á los Pirineos. Fueron sus padres Juan de Paul y Beltrana de Moras, honrados campesinos que, aunque pobres, ejercitaban cuanto podian la caridad á pesar de la familia que tenian, en la que Vicente fué el tercer hijo de los seis que habian de su matrimonio, entre los que se contaban tres hembras. Pobremente vivian los padres de Vicente cuidando lo poco que habian heredado de sus antecesores; y por lo tanto faltos de medios para poder dar instruccion á sus muchos hijos, los dedicaron á todos al trabajo, colocándoles con los campesinos vecinos ó en ayudarles en sus propias faenas. Dedicando á Vicente al oficio de pastor le entregaron, apénas pudo consentirlo la edad, un pequeño ganado para que lo guiase, guardase y apacentase. Especial providencia de Dios hizo empezar por el oficio de pastor de ovejas á muchos de los que reservaba para que fuesen despues grandes pastores de almas. Pastor fué Moisés, pastor fué Isai, pastor fué el rey profeta David, que guió y gobernó despues el pueblo escogido de Dios, pastor fué tambien el gran patriarca José, pastores fueron tambien de ovejas el glorioso S. Pascual Bailon, ejemplo de humildad y de penitencia, el gran pontífice Sixto V, y pastor fué el venerable Juan Palafox, virtuosísimo prelado español y virey en nuestros dominios de América, y tantos otros á quienes Dios concedió elevados puestos, como si quisiese que aprendiesen dirigiendo á los inocentes corderillos á gobernar á los hombres, para que se mantuviesen de los pastos con que podian alcanzar la salud eterna, y huyesen de las yervas venenosas que les acarrean la muerte. Cuando el alma está bien dispuesta y el corazon no dañado, la soledad de los campos en que se ostenta lozana la belleza de la naturaleza, convida á la contemplacion é inspira sentimientos de gratitud hácia el autor de la creacion, y teniendo esto lugar en el pastorcillo Vicente, á la vista de los Pirineos aprendió el abecedario de la cartilla santa que habia de prepararle para emprender el estudio de la verdadera ciencia. Reinaba en aquel país gascon en los corazones de sus moradores la Virgen María, á la que veneraban con el título de la Buglosa, patrona milagrosa cuyo santuario, sobre la garganta de una elevada montaña del término de Pony, vino á ser el más célebre de la Guiena por el gran número de peregrinos que venian

á visitar la santa imágen. La veneracion de esta imágen venia de muy atrás siendo el embeleso de aquellos sencillos habitantes, que subian á visitarla los domingos, complaciéndose los ancianos en leer ó contar á los jóvenes la historia de su descubrimiento y prodigios que en favor de aquella tierra y de sus naturales habia hecho. Entre los jóvenes que con más entusiasmo cantaban alabanzas á la Vírgen en su capilla los dias festivos, y que más atencion prestaban á las leyendas que á la Señora se referian, debemos contar como el principal en su época al pastorcillo Vicente, que se gloriaba desde muy niño en contarse entre los esclavos de la gran Madre de Dios. La devocion á esta Señora, como siente Orsini y con él nosotros, es el privilegio de los corazones sensibles, que no han comprendido jamás las almas egoistas; y como el que ama á María ama á los pobres que son sus hijos, el pastorcillo Vicente les tenia un amor entrañable, y así es que cuando carecia de dinero que darles, les daba su pan, trigo de su padre y las vituallas que podia, sin que por estas larguezas le regañase su padre que veia con gusto la caritativa inclinacion de su hijo. Conmoviéndose un dia Vicente á la vista de un pobre andrajoso y macilento, que pasaba por aquellos campos, le pidió se detuviese á la puerta de la capilla ya enunciada, y corriendo á su casa no tardó en volver y dar al pobre unos seis reales, único caudal que poseia y con el que en aquella época podia haberse hecho una prenda de vestir, con cuya gran limosna para aquellos tiempos quedó maravillado y reconocido el pordiosero. Sintióse Vicente tan gozoso en su alma despues de aquella generosa accion, que sin duda vió abrirse la gloria ante sus ojos, para manifestarle lo complacido que habia quedado Dios por ella, pues que desde entónces puede decirse fué sellado entre los predestinados para asombrar al mundo por su caridad. «El será sacerdote, dice un autor anónimo al escribir su vida en »este punto, será apóstol, será el héroe y el mártir de la caridad; su larga »vida será para su cuerpo un largo padecimiento, y en sus trabajos un per»petuo servicio á la humanidad. Pasará por todas las pruebas, y llenará al »mundo de toda clase de beneficios; todo lo ha dado y todo le será devuelto »centuplicado; recibirá el poder sobre los espíritus y sobre los corazones; »dispondrá como quiera de la fortuna y de los bolsillos de todos, para res»tablecer el equilibrio y una especie de proporcion entre los que nadan en la »abundancia y los que carecen de lo necesario; llegará á ser en las cala»midades públicas una verdadera providencia; será el padre que alimente á »sus contemporáneos; verá formarse y crecer numerosas congregaciones de »uno y otro sexo, llenas de su espíritu, incansables en su obra, inmortales »en la Iglesia; como él y bajo su direccion, sus discípulos emplearán sus fuer»zas, su actividad, su existencia en aliviar á los que sucumben bajo el peso »de la vida, en curar las llagas morales de las almas, en instruir á los igno-

»rantes, en sanar todos los humanos dolores. Irán á lejanas playas á buscar »los trabajos, á verter su sangre para iluminar y salvar á sus hermanos; y »cuando ya Vicente no exista en este mundo de destierro y de miserias, cuan»do despues de mucho tiempo su alma dichosa sea glorificada en el seno de »Dios, todavía su nombre obrará prodigios de caridad, suscitará hombres »generosos, benéficas asociaciones, instituciones verdaderamente sociales, »obras de desprendimiento y de amor para abrazar y unir al orbe, siempre »despedazado y dividido por el espíritu del mal, para conservar y vivificar »ese mundo, impelido sin cesar hácia la muerte por su propio peso y su na»tiva corrupcion. Cuando hayan pasado los dias de las mayores turbulencias »sociales, los dias de ruinas y de sangre, ese nombre bendito en Jesucristo, »reanimará lo que aún quede de vida, reunirá los corazones, será la re»surreccion y la salvacion; salvará á la tierra en cuanto esta pueda ser sal»vada.» Se dice con mucho acierto que de la primera comunion, segun la disposicion en que se haga, depende la continuacion de la vida cristiana de los fieles, y como si Vicente estuviese instruido profundamente de esta doctrina de la Iglesia, se preparó á ella con edificante santificacion. ¡Oh si penetrados de esto los padres de familia pusieran más cuidado cuando sus hijos se acercan á este acto solemne! Ellos alcanzarian el premio en esta vida y en la eterna, al propio tiempo que inaugurarian la felicidad de sus resultados. Alentados los padres de Vicente por las buenas disposiciones que notaban en su hijo, luego que á los doce años comulgó por primera vez, no pudieron resistir á sus deseos de darle estudios que le proporcionasen el desarrollo de su entendimiento, y resueltos á ello, le separaron de la guarda del ganado y le pusieron á estudiar bajo la direccion de los Franciscanos de Acqs, que se conformaron á enseñarle mediante la retribucion de sesenta libras de pension al año, sacrificio enormísimo para una familia que contaba solo con lo indispensable para su sustento. A los cuatro años de pension habia adelantado de tal modo que los frailes hacian mil elogios de su gran capacidad, dándole por suficientemente instruido en cuanto ellos podian enseñarle, y por lo tanto á los diez y seis años se halló en disposicion de poder enseñar cuanto habia estudiado. Viendo Mr. Commet, natural de Pony, por sí mismo, al que unos historiadores llaman abogado y otros juez de Acqs, la capacidad del jóven Vicente, deseando que continuase sus estudios sin ser gravoso á sus padres, se le llevó á su casa para que fuese preceptor de sus hijos. En esta condicion pasó nuestro Santo nueve años, segun Orsini, y cinco segun otro autor, y no queriendo su protector monopolizar su suficiencia, que podria aprovechar á muchos, le aconsejó abrazase la carrera eclesiástica, y siguiendo Vicente su buen consejo, porque se sintió con vocacion al sacerdocio, recibió las órdenes menores el dia 19 de Setiembre de 1596. Gozoso Juan

de Paul por la determinacion de su hijo, viendo que sin un nuevo sacrificio no podria terminar la carrera que habia emprendido, vendió una yunta de bueyes que le servian para llevar su carreta, y aviando á Vicente con su producto, le mandó á la universidad de Tolosa á continuar sus estudios. Siete años de teología estudió nuestro Santo en este centro literario, al fin de los cuales se le autorizó para enseñar públicamente el libro de las sentencias. A pesar de los escasos medios con que contaba este pobre estudiante, dice Orsini que atravesó los Pirineos para continuar sus estudios en la universidad de Zaragoza, que disfrutaba en aquella época de una celebridad europea; viaje que cree este autor haria á pie, como Jacob, apoyándose en un baston de peregrino, debiendo á la hospitalidad de los españoles aragoneses un poco de paja en el suelo de algun troge para reponerse durante la noche de las fatigas del dia.

Ya suficientemente instruido nuestro Santo, el 27 de Febrero del año 1598 recibió el subdiaconato, el diaconato el 29 de Diciembre del mismo año, y por fin el 23 de Setiembre de 1600 se ordenó de presbítero. Los autores que consultamos en este escrito dicen que no ha podido saberse ni áun por sus más íntimos amigos, el sitio en que celebró su primera misa, oyéndosele solo decir que estaba tan turbado, y tuvo tal temor de la majestad de este acto verdaderamente divino, que le temblaban sus miembros, y que no teniendo ánimo para celebrarle en público, lo verificó en una capilla retirada, sin otros espectadores y asistentes que un sacerdote y un ministro. «Esta especie de terror religioso le »duró toda su vida; de aquí el elevado concepto que tenia del carác»ter sacerdotal, que tan santas funciones impone; y decia que si no se hu»biese ordenado sacerdote en su juventud, no hubiera podido resolver»se jamás á ello; tan indigno se consideraba de este honor.» Dice otro autor anónimo, que desde entónces se aumentó en el Santo la gracia con la gracia y la perfeccion con la perfeccion, de suerte que llegó á arrobarse en éxtasis divino al celebrar el santo sacrificio. Muriendo el padre del nuevo sacerdote precisamente cuando más necesitaba de sus socorros, áun cuando dejó mandado en su testamento que se le diera de la herencia lo que necesitase para continuar sus estudios, nada tomó por librarse de la animadversion consiguiente de su familia, y para sostenerse y poder lograr su deseo, se colocó de repente en una casa pension establecida á cuatro leguas de Tolosa, en la que se daba la instruccion á algunos de los hijos de los nobles del país, cuyos padres, gozosísimos de tener por preceptor de ellos á tan virtuoso como entendido sacerdote, y temiendo pudiera abandonarles por el deseo de seguir la carrera que tenia, consintieron en que mudase á Tolosa su pension, en lo cual le ayudaron. Interesándose Mr. Commet, su primer

protector, con los vicarios generales de la diócesis de Acqs, le proporcionó el curato de Tilly; pero viendo el Santo que se le disputaba un competidor, no queriendo litigar con nadie, se apresuró á renunciarle. La virtud, dice Orsini, es incomprensible y hasta sospechosa para los hombres que carecen de ella, á quienes repugna admirar en los otros la belleza moral que á ellos les falta; pero cuando la virtud ha sido probada por largo tiempo, como el oro, y no hay motivo para que sea de mala ley, se atrae la estimacion pública y el respeto de todos. Probada en su juventud en su país y en la universidad por Vicente, no es de extrañar, á pesar de sus pocos años, que mereciese y obtuviese por esto un gran ascendiente sobre cuantos le conocian, ni de que el duque de Epernon se interesase para que se le confiriese un obispado, pues que en la instruccion que daba á dos de sus jóvenes parientes, habia tenido lugar de conocerle á fondo. Una señora, apasionada de la virtud santificante de Vicente, le dejó al morir por heredero. Esto le obligó á hacer un viaje á Marsella, en donde cobró parte de su herencia y perdonó la mayor parte, y embarcándose en Narbona para volver á Tolosa, permitió Dios, para probarle, que perdiese el dinero que traia, y que fuese hecho cautivo, cuyo suceso vamos á referir copiando, como lo han hecho todos sus historiadores, la carta que sobre esto escribió en 24 de Julio de 1607 á su antiguo discípulo Mr. Commet desde Aviñon. Dice así: «Me embarqué »para Narbona por ser más breve y económico, ó por mejor decir, para no »llegar y perderlo todo. El viento no fué tan favorable como podiamos de»sear para volvernos aquel dia á Narbona, que distaba unas cincuenta le»guas, si Dios no hubiese permitido que tres bergantines turcos, que costea»ban el golfo de Leon para apresar los barcos que venian de Beaucaire, don»de habia una feria que se cree ser de las más concurridas de la cristiandad, »nos diesen caza y atacasen tan vivamente, que habiendo sido muertos dos ó »tres de los tripulantes, y heridos todos los demás, incluso yo mismo de un »flechazo que recibí y que me servirá de reloj todo lo restante de mi vida, »nos viesemos obligados á rendirnos á aquellos malvados. Los primeros »impetus de su rabia fueron acabar con nuestro patron, haciéndole mil pe»dazos, porque habian perdido en la refriega á uno de los principales de »los suyos, además de cuatro ó cinco galeotes que les mataron los nuestros. »Hecho esto, nos encadenaron, y despues de habernos curado groseramen»te, continuaron su rumbo, haciendo mil robos, dando sin embargo liber»tad, despues de haberlos robado, á los que se entregaban sin resistencia. »Finalmente, cargados de botin, al cabo de siete ó ocho dias tomaron la »direccion de Berbería, guarida y caverna de ladrones tolerada por el gran »turco, punto en donde apénas llegamos nos expusieron á la venta, pre»cediendo un acta formal de nuestra captura, que supusieron haberse hecho

»en un navío español; porque sin esta mentira, habriamos sido rescatados »por el cónsul que tiene el Rey en aquel punto para hacer libre el comercio »á los franceses. Su modo de proceder á nuestra venta fué, despues de ha»bernos despojado, darnos á cada uno un par de calzones, un chaqueton de »hilo, con un gorro, y pasearnos por la ciudad de Túnez, adonde expre»samente habian ido para vendernos. Habiéndonos hecho dar cinco ó seis »vueltas por la ciudad con la cadena al cuello, nos volvieron al barco, á fin »de que los mercaderes fuesen á ver quién podria comer bien y quién no, »y para manifestar que nuestras heridas no eran mortales. Hecho esto nos »volvieron á llevar á la plaza, donde los comerciantes fueron á registrarnos »del mismo modo que se hace en la compra de un caballo ó de un buey, ha»ciéndonos abrir la boca para ver nuestros dientes, tocándonos en los costa»dos, sondeando nuestras heridas, y obligándonos á andar al paso, trotar »y correr, despues levantar fardos, y en seguida luchar para ver la fuerza »de cada uno, con otros mil ejercicios brutales.

»Yo fuí vendido á un pescador, que se vió obligado á deshacerse pronto de »mi, por haberse declarado el mar en contra suya; pasé á manos de un vie»jo médico espagírico, soberano extractador de quintas esencias, hombre »muy humano y tratable, el cual, segun me decia, habia trabajado por es»pacio de cincuenta años en busca de la piedra filosofal, etc. Me queria mu»cho, y se complacia en hablarme de la alquimia, y tambien de su ley, á la »que hacia todos sus esfuerzos por atraerme, prometiéndome muchas rique»zas y toda su ciencia si á ello accedia. Dios me concedió una esperanza »constante de alcanzar la libertad por las asiduas oraciones que le dirigia »y á la Vírgen Madre, por cuya santa intercesion creo firmemente haber »sido libertado. La esperanza, pues, y la firme creencia de volveros á ver, »señor, me hizo estar más cuidadoso en instruirme del medio de curar el »mal de piedra, en que le veia diariamente hacer prodigios, lo que me en»señó y áun me hizo preparar y administrar los medicamentos. ¡Oh, cuan»tas veces he deseado despues haber sido esclavo ántes de la muerte de vues»tro señor hermano! Creo que si hubiese tenido el secreto que ahora os »envio, no habria muerto de ese mal, etc.

»Estuve, pues, con aquel anciano desde el mes de Setiembre de 1605 has»ta el de Agosto de 1606, en que fué preso y conducido á la presencia del »Gran Señor para que trabajase para él; pero en vano, pues murió de pesar »en el camino. Dejóme á un sobrino suyo, verdadero antropormofita, que »me volvió á vender poco despues de la muerte de su tio, porque oyó decir »que el señor de Breves, embajador del Rey en Turquía, venia con bastante »y expresa autorizacion del Gran Señor para rescatar á todos los esclavos »cristianos. Un renegado de Niza, en Saboya, enemigo por naturaleza, me

»compró y me condujo á su temat. (Llámase así la hacienda que se conser»va como propia del Gran Señor, que nada tiene allí el pueblo, pues todo es »del Sultan.) El temat de éste estaba en la montaña donde el país es extrema»damente cálido y desierto; una de las tres mujeres que tenia era griega cris»tiana, pero cismática, otra era turca, que sirvió de instrumento á la in»mensa misericordia de Dios para apartar de la apostasía á su marido, »restituyéndole al gremio de la Iglesia, y para libertarme de mi esclavitud. »Impelida por el deseo de saber el modo de vivir de los católicos, venia á »verme todos los dias á los campos donde cavaba, y un dia me mandó can»tar las alabanzas de mi Dios. El recuerdo de *Quo modo cantabimus in terra* »*aliena*, de los hijos de Israel cautivos en Babilonia, me hizo empezar con lá»grimas el salmo *Super flumina Babylonis*, y despues el *Salve Regina*, y otras »muchas cosas en que se complacia tanto, que era maravilla; y tanto, que »no dejó de decir á su marido por la noche, que habia hecho mal en dejar »su religion, que la tenia por buena en extremo, por una relacion que la »hice de nuestro Dios, y algunas alabanzas que habia cantado en su pre»sencia, en lo cual decia haber experimentado tal placer, que no creia que »el paraíso de sus padres y el que esperaba, fuese tan glorioso ni acompañado »de tanta alegría como el contento que habia experimentado miéntras que »yo alababa á mi Dios; concluyendo con que en eso habia algunas mara»villas, esta mujer, como otro Caifás ó como la burra de Balaam, hizo tanto »con sus instancias, que me dijo su marido al siguiente dia, que no deseaba »más que una oportunidad para que nos escapasemos á Francia; pero que él »haria de modo que en pocos dias sería Dios alabado. Los pocos dias duraron »diez meses, que me mantuvo en esta esperanza; al cabo de los cuales nos »marchamos en un pequeño esquife, y fuímonos el 28 de Junio á Aguas »Muertas, y muy luego á Aviñon, donde el vicelegado recibió pública»mente al renegado con lágrimas en los ojos y sollozos en el corazon, en la »iglesia de S. Pedro, en honra de Dios y edificacion de los asistentes. Dicho »mi señor nos ha conservado á los dos consigo para conducirnos á Roma, »adonde se irá tan pronto como llegue su sucesor. Ha prometido al peni»tente que será admitido en el austero convento de los Fate-ben-Fratelli, »adonde desea ingresar, etc.» Dice Orsini que esta carta se encontró cincuenta años despues entre los papeles de Mr. Commet, y se remitió á Mr. de Saint Martin, canónigo de Acqs, el que remitió una copia al Santo, juzgando no le disgustaria leer esta interesante relacion de las aventuras de su juventud. Que tan luego como la leyó el Santo, la quemó, y dando las gracias al canónigo, le pidió encarecidamente le remitiese el original; pero que no lo logró, porque su secretario aconsejó no se hiciese así, porque se perderia para siempre. En vista de esto, se mandó la carta original al superior del

Seminario de los Bons-Enfants, en donde se conservó y por cuya precaucion ha podido saberse esta parte de la vida de S. Vicente, sin la cual se hubiera ignorado lo que le pasó en la esclavitud, pues que su modestia queria desapareciese cuanto pudiera redundar en su elogio, y todo aquello que pudiese algun dia recordarle al mundo para el que queria morir enteramente, no ambicionando otra gloria que la del cielo.

Nada nos dice el Santo de lo mucho que debia sufrir, lejano de su amada patria y cautivo, con poca esperanza de volver á ella, ni de lo que pasaria en su corazon al ver cruzar los buques de Francia, cuando su amo el pescador le llevaba á las pesquerías, ni de los medios que empleó para lograr decidir á un renegado á volver á su Dios, ni de los salmos divinos que entonaba cuando una mujer turca le obligó á cantar al estilo de su país; pero conociendo ya su piedad y su virtud, puede concebirse bien los afectos de su alma, así como su compasion por los cautivos, por los que rogaba á Dios los asistiese para que se mantuviesen firmes en la fe del Crucificado. Conducido á Roma por un legado que se declaró su protector, en la ciudad santa permaneció hasta 1608 gozando en aquel país, de grandes recuerdos y de respetables ruinas, de la apreciable libertad que le permitia ejercitar su devocion, visitar los sepulcros de los príncipes de los Apóstoles, adorar á Dios en las reliquias de tantos mártires y contemplar al jefe de la religion, al vicario de Jesucristo en la tierra. Continuó en Roma S. Vicente los estudios sagrados, y visitando sus bibliotecas y á sus sábios, adquirió grandes conocimientos que fortalecieron su espíritu en las cosas del cielo, ciencia que preferia á todas. Su virtud y la noticia de su cautiverio le abrieron las puertas de los príncipes de la Iglesia, y el pobre sacerdote en la corte del cristianismo católico fué distinguido y considerado, tanto por el clero, cuanto por los nobles y corteses patricios romanos.

Determinóse S. Vicente á volver á su patria, y se dirigió desde luego á su capital. No era entónces París la elegante corte de la moda que avasalla hoy á todo el mundo saliendo de sus talleres; no era la señora poderosa que todos respetan y obsequian, porque temen su desden y sus furores; era entónces más bien, como siente Orsini, «una fortaleza de los tiempos feudales, encerrada en sus estrechos muros, como un baron del siglo XII en su armadura. Las cuadradas torres de Nuestra Señora, rodeadas de gran número de campanarios góticos del trabajo más exquisito, publicaban en este siglo de la herejía las maravillas ejecutadas por la fe de los antepasados; y las aspas de los molinos de viento que se mueven en la cima del cerro de S. Roque, parecian las armas parlantes de esta ciudad inconstante y móvil que se subleva por nada y se apacigua sin saber porqué.» Situóse S. Vicente en el arrabal de S. German, en el que se llamaba entónces Camino de

las Vacas, las calles de Sto. Domingo y de Taranne; y no existian aún las de los pequeños Agustinos, de Borbon, de la Universidad ni otras de sus vecinas, que ocupaba el prado de Sances, llamado de los Clérigos, y la antigua abadía de S. German de los Prados, fortaleza debida á Enrique IV. Vivia el Santo en la calle del Sena, en la que Margarita de Valois, primera mujer de Enrique IV, habia hecho edificar un gran palacio con vastos jardines á la orilla del rio, y esta vecindad fué causa de la amistad de S. Vicente con Mr. de Fresne, hombre piadoso y de mucho mérito, que era secretario de Margarita, reina de Navarra, que le presentó á su señora, la cual le confirió el empleo de su limosnero. Protectora esta bella princesa, víctima de Catalina de Médicis, de los hombres de mérito, frecuentemente fué el refugio de los literatos, á los que sentaba á su mesa, y si tuvo en su juventud algun desliz, pasada la borrasca de las pasiones, su arrepentimiento fué sincero y su piedad ejemplar. Acababa la princesa de fundar cuando llegó á París S. Vicente, un convento de Agustinos, dotándole con una heredad muy pingüe que la pertenecia, y una decente renta para su sostenimiento. Sin que se sepa si por influencias de la princesa ó por las del duque Epernon, que le tenia mucho cariño, el Rey nombró á S. Vicente abad de S. Leonard-du-Chame, lo que le obligó á mayor humildad y á más caridad, pues que desde entónces empezó á servir á los pobres enfermos con un celo admirable. Vivia con S. Vicente el juez de Sora, y cayendo enfermo, sucedió que un dia salió el juez para París dejándose las llaves de su bufete, de cuyo descuido se aprovechó un practicante que asistia al enfermo y le robó cuatrocientos escudos; volviendo el juez á cerrar su tesoro cuando se sintió sin las llaves, se encontró ya sin el dinero, y hecho un enérgúmeno, culpó al Santo del robo, el que viendo que sus razones no convencian á su compañero, se resignó á perder su reputacion en París, como perdió su libertad en Túnez. Infamóle el juez en todo París, y el Santo, que solo respondia con su resignacion de su inocencia, se vió desacreditado ante todos sus conocidos, esperando que Dios restableceria su perdida opinion algun dia. Llegó por fin este á los seis años, pues que preso el ladron por igual delito, en Burdeos, mandó llamar al juez de Sora y confesándole su delito, le ofreció restituirle su dinero, y en seguida escribió á S. Vicente una carta pidiéndole perdon por su sospecha y por la injuria que le habia hecho, á lo que fué contestado por el Santo, que le perdonaba de buena voluntad: divulgada por París esta noticia, todos procuraron reponerle en su buena opinion y fama, avergonzándose el juez y cuantos á éste creyeron, de haber hecho tan terrible ultraje á un varon tan virtuoso.

Deseoso S. Vicente de Paul de vivir más retirado para entregarse mejor á la contemplacion, abandonó el arrabal de S. German, y se retiró con Mon-

sieur Berulle, su confesor, á vivir en la casa de los PP. del Oratorio, de donde salió á los dos años para servir el curato de Clichy, que le cedió Mr. Bourgoing al retirarse á esta Congregacion, abandonando muy gustoso su empleo de limosnero de la princesa Margarita y su abadía de S. Leonardo. Hallábase la parroquial de Clichy en un estado ruinoso cuando el Santo tomó posesion de ella; y como ni sus feligreses pudieran costear su reedificacion, porque eran pobres, ni él pudiera hacerlo con sus cortas rentas propias, que distribuia á los necesitados, interesó á muchas personas ricas y piadosas, á cuyas expensas levantó de nueva planta el santuario, derribando el antiguo. Celoso pastor de su parroquia, vigilaba constantemente por que no faltase á sus ovejas el pasto espiritual, y no contento con dirigirles su voz, hacia venir á predicar á su iglesia á los mejores oradores sagrados, entre los que se cuenta que uno de ellos, viendo la religiosidad y moralidad de aquellas gentes, dijo: «Veo que he traido la luz al sol, porque estas buenas gen»tes se hallan muy bien instruidas en la fe, y viven en lo general como án»geles;» elogio que redunda en favor de nuestro Santo. Si por consejo de su confesor Mr. Berulle tomó el curato, por el mismo consejo le dejó despues de haber establecido en su iglesia, que dedicó á la Vírgen, la santa cofradía del santo Rosario, no sin derramar muchas lágrimas al dejar á sus amadas ovejas el año 1613, las que juzgaron su marcha como una de las mayores desgracias que podia sucederles. Dejó el curato S. Vicente para encargarse de la instruccion y cuidado de los hijos de Manuel Gondi, conde de Joigny, marqués de las Islas de Oro, baron de Mont-Mirail, teniente general del Rey, general de las galeras francesas y hermano de Francisco de Gondi, el primero que obtuvo el título de arzobispo de Paris. Segun Orsini, á pesar de lo que ha dicho Mr. Capefigue en una ligera biografía que publicó del Santo, en la que remonta hasta los tiempos más remotos la nobleza de Gondi, este señor no fué de antiguo linaje. Su orígen fué una familia florentina que pasó á Francia y que se engrandeció rápidamente por el favor de los reyes. Alberto de Gondi, sin ser religioso entusiasta, favorito y consejero de Cárlos IX, tomó parte en las sangrientas escenas de San Bartolomé, y fué detestado por sus vicios y por sus blasfemias. Su hijo Manuel no siguió la conducta de su padre, y fué por el contrario religioso, humanitario y amante de la virtud, y su esposa María Margarita de Silly fué una gran señora por su nacimiento y por su piedad, y en esta de tal excelencia, que se cuenta dijo al llamar á nuestro Santo: «Deseo confiar á Vicente de Paul la educa»cion de mis tres hijos, porque quiero más que sean santos del cielo que »grandes señores de la tierra.» No sorprendia á S. Vicente la vida de los grandes; pero el limosnero de la reina de Navarra temia la agitacion de las casas cortesanas, persuadido de que la soledad y el silencio, y el estudio y la

meditacion, todo lo cual se avenia mejor con sus naturales inclinaciones, es lo que más conviene á un sacerdote. Diósele una grande habitacion; pero vivió en ella como en una celda, siguiendo la máxima de que es preciso que en las populosas ciudades se mantenga el sacerdote en el retiro y en el silencio cuando no le sea indispensable salir ni hablar. Por fortuna las buenas costumbres reinaban entre todos los dependientes de aquella casa, y llegó á dominarlos á todos por medio de su virtud y de su dulzura, pero sin mezclarse jamás en los asuntos, ni presentarse ante los Condes si no se le llamaba, ni en los cuartos de los criados sino cuando por hallarse enfermos ó afligidos tenian necesidad de consuelo. Con esta santa conducta se atrajo las bendiciones de todos, que le miraban como á su protector, y acudian á él á pedirle consejo en cuantas desventuras les sucedian, ó en cuantas dificultades les ofuscaban. El Santo les preparaba, como capellan de la casa, para presentarse á los sacramentos, y áun la misma señora de Gondi le escogió por su director espiritual, lo cual fué de gran consuelo para su alma. Supo un dia que el conde de Gondi iba á batirse en duelo con otro poderoso, y entónces resolvió evitar el lance, áun cuando para ello tuviese que exponerse á perder su aprecio. Asistió el dia señalado el Conde al oratorio á oir la misa de su capellan, segun costumbre, y le notó pensativo y meditabundo contra su natural, efecto sin duda del lance que le esperaba, pues aunque valiente y diestro en las armas, la idea de morir ó de ser vencedor á costa de la vida de un semejante, no podia ménos de atormentarle. Terminada la misa, quedó orando solo el Conde en el oratorio; y aprovechando esta ocasion el Santo, despues de dar gracias y de implorar la proteccion divina, se dirigió á su señor, y arrojándose á sus pies le ruega con humildad, pero con la mayor energía, renuncie á un proyecto que pone en peligro su salvacion, diciéndole: «Os hablo de parte de Dios, á quien acabo de adorar sobre ese altar, de »Dios crucificado por nosotros; si insistis, Monseñor, en la fatal resolucion que »habeis tomado de batiros en duelo esta tarde, os anuncio que empleará su »más rigorosa justicia, no solo con vos sino con todo vuestro linaje.» Levantóse el Santo despues de esto, y salió dejando al Conde en profunda meditacion, de la que debió resultar su arrepentimiento, puesto que no consta se verificase el duelo. Cuando iba á veranear con los Condes á sus estados, se entretenia en enseñar la doctrina á los aldeanos y en predicarles. En estas jornadas la condesa de Gondi era para sus pobres una benéfica providencia, por los socorros que daba y los beneficios que iba esparciendo por todas partes, de suerte que los pobres la llamaban su madre, y lo era en efecto en el cariño con que minoraba su miseria y con que los socorria en sus necesidades. Aumentándose su celo caritativo desde que el Santo la acompañaba, los aldeanos, que tantos consuelos recibian tambien del virtuoso

sacerdote, los consideraban á ambos como á sus ángeles protectores, y los bendecian con entusiasmo cuando llegaban á sus casas. Viajando el año 1616 el Santo con la Condesa por la Picardía, se detuvieron en el castillo de la Tolleville, de la diócesis de Amiens, que pertenecia á la Condesa, y en cuyo país se la apreciaba mucho por los beneficios que hacia, y un aldeano rogó á S. Vicente fuese á Gannes á confesar á un labrador enfermo que se lo rogaba. Accedió el Santo; y como el labrador tuviese en aquella tierra una grande reputacion de virtud, le acompañó la Condesa. Al verle el enfermo y al oirle, el Santo le manifestó la necesidad en que estaba de hacer una confesion general, con lo que le turbó; pero consintiendo en ello, confesó delante de la señora sus graves delitos y confesiones sacrílegas que habia hecho. Asombrada la Condesa al ver que si hombre que pasaba por tan bueno se hallaba en tan mal estado, debia creerse á los demás en no mejor situacion, rogó á S. Vicente predicase en aquellos pueblos, exhortando á la penitencia á los moradores; y Dios colmó sus buenos deseos, rindiendo á los pies del Santo y de los confesores llamados á este fin una porcion de pecadores arrepentidos. A la vista de esto, la piadosa Condesa concibió el proyecto de señalar diez y seis mil libras de renta á cualquier comunidad que quisiera encargarse de misiones de cinco en cinco años en sus estados; pero áun cuando se hizo proposiciones sobre esto por S. Vicente á los Jesuitas y á los PP. del Oratorio, no las admitieron, porque se oponia á ello la nobleza, que poseia beneficios eclesiásticos, y temia que estas predicaciones aumentasen de una manera perjudicial á sus intereses la naciente influencia de la Iglesia, de lo cual sacaban gran provecho los protestantes, que, para evitar la propaganda católica y extender la suya, decian: «que los »predicadores católicos solo trataban de fanatizar á las masas, y que los que »subian al púlpito lo hacian más por adquirir gloria mundana y por vani»dad que por edificar al pueblo.» Así se frustró la benéfica mision que pretendió fundar la piadosa Condesa.

Creció de tal modo la fama del Santo, llevada en las alas de la gratitud por los comensales, deudos y dependientes de los condes de Gondi, que viéndose ensalzado y alabado por propios y extraños, cayó S. Vicente en grandes escrúpulos. Recordando que Moisés huyó de la corte del rey Faraon temiendo que el buen trato que se le daba perjudicase á su alma, y que el poder que se le habia conferido fuese un lazo que le sujetára, causó á su conciencia tal inquietud, que llegó á figurarse que su permanencia en la vida que llevaba podria acarrearle su perdicion eterna, y por lo tanto se decidió á abandonarla, para buscar por otro lado el camino de la perfeccion, del que se veia separado cada vez más. Empero como no tomaba ninguna resolucion grave sin recibir ántes el consejo de Mr. Berulle, su confesor, le

consultó sus temores suplicándole librase á su alma del terrible peso que la agobiaba. Léjos de oponerse Mr. Berulle á la determinacion de su hijo en el Señor, que creia convenirle separarse de los condes para vivir entre campesinos á quienes guiar por el camino de la gracia, le alentó en esta idea que tuvo por inspiracion divina, y trataban ambos del mejor medio de llevarla á cabo sin estrépito y sin que hubiese graves obstáculos que lo impidiesen, cuando acudió Dios en auxilio de sus dos virtuosos siervos. El P. Bence escribió á Mr. Berulle una carta que recibió hallándose en esta conferencia, pidiéndole un sacerdote propio á desempeñar el curato de Chatillon-les-Dombes en Bresse, en el que iba todo tan mal que desesperaba de encontrar remedio si Dios no le ponia. Propuso este curato el confesor al Santo, y éste le aceptó sin titubear, y volviendo á palacio en donde confió su designio solo á Mr. de Fresne, antiguo secretario de la reina Margarita é intendente á la sazon del Conde por su mediacion, y marchó á Lyon á pretexto de un ligero viaje que necesitaba hacer. Luego que tomó posesion de su curato, escribió el Santo al Conde, que recorria la provincia, manifestándole su determinacion y suplicándole la aprobase: mucho sintió éste semejante resolucion del preceptor de sus hijos, y así lo manifiesta su carta de Setiembre de 1617 en que se lo participa á la Condesa, que desde entónces no cesó de llorar y perdió de pena el sueño y hasta el apetito, llegando hasta mandar á sus criados y rogar á las casas de religiosas de Paris que orasen, á fin de que volviese á su palacio su santo director, y tambien suplicó á Mr. Berulle, cuyo ascendiente sobre el Santo conocia, para que se interesase con él en su favor. Escribió Mr. Berulle á S. Vicente incluyendo las cartas de los Condes, é instruyendole de todo lo sucedido, y esta carta fué un terrible puñal, que traspasó el sensible corazon de aquel varon en cuyo pecho ardia el fuego de la caridad y de la gratitud en amigable consorcio, que venia á romperse desde entónces en cierto modo, pues que fijo en su principio de huir de las halagüeñas perspectivas del mundo, á pesar de lo que debia á los Condes, y de los bienes que á su sombra podia hacer, se decidió por sus pobres ovejas de Chatillon, cuyo mal estado espiritual necesitaba verdaderamente de su asistencia, si no habia de abandonárselas al borde del precipicio en que se encontraban. Decidido á permanecer en su nuevo rebaño, escribió á la Condesa una humildísima negativa, que repitió despues á todos los que, obligados por esta Señora, se empeñáran en disuadirle de su idea de retirarse, y que le pidieron volviese á casa de los Condes.

Al llegar S. Vicente á Chatillon, dice el prelado Abelly, su amigo, hacia cuarenta años que estaba privada aquella iglesia de sus curas. Los beneficios que poseian en Lyon les hacian abandonar el cuidado y despreciar la

compañía de esta iglesia, porque era pobre. Los seis capellanes que la servian no la causaban ménos trastornos con sus escándalos que perjuicios la habian proporcionado los curas con su abandono. La mayor parte de los habitantes seguian la pretendida religion reformada, y los que profesaban la católica, ignoraban las cosas más necesarias para salvarse, y no cedian casi nada á los herejes en el desórden de sus costumbres. El templo material estaba tan descuidado como el espiritual, faltando en él la limpieza y el decoro debidos á la casa del Señor. Las paredes estaban negras de las luces de resina y de pez que en él se quemaban; los altares carecian de ornamentos; los oficios divinos se celebraban sin reverencia y sin atencion; y por último, este santo lugar servia á los eclesiásticos y á los legos para pasear y hablar, como si estuviese destinado á usos comunes y ordinarios del pueblo. En tal desmoralizacion estaban los pastores y las ovejas, que era preciso regenerar el rebaño, y S. Vicente, que conoció al primer golpe de vista esta confusion, se decidió á ser el reformador de aquella grey descarriada; pero para ello puso en juego los recursos de la prudencia cristiana y de la paciencia, armas que acababan por vencer siempre los mayores escollos y las más formidables fuerzas de la flaqueza humana. Visitó á los eclesiásticos de la parroquia, la mayor parte hijos segundos de las principales casas de París, y no escandalizándose á la vista de su afeminado peinado y ostentosos trajes, los trató con amabilidad, de suerte que teniéndole por tolerante, le recibieron con complacencia devolviéndole la visita. Con la bondad característica que le distinguia y con su dulce elocuencia, fué atrayendo suavemente á aquellos sacerdotes á verdadero conocimiento, y no tardó en hacerles convencer de que el camino que llevaban no era el mejor, y que necesitaban tomar el que conduce á la salvacion cuanto ántes, para que no les sorprendiese la muerte fuera de él. Y como el clero de Chatillon, si bien era disipado, no se habia corrompido, cautivado por las exhortaciones de su cura y aún más por sus virtudes, no tardó en ser la honra y edificacion de la diócesis. Ya informado el clero, al que hizo caritativo y atento con los pobres, puso su empeño el Santo en reformar tambien al rebaño que le estaba encomendado, y para que le ayudase en esta importante obra, nombró vicario á Mr. Girard, virtuoso sacerdote de la parroquia de Jayat en Bresse. Sus predicaciones atrajeron tantas personas á hacer confesion general, que queriendo S. Vicente oir por sí á todos los penitentes, fué preciso muchas veces sacarle del confesonario para que pudiese comer y dormir; pero logró su piadoso deseo, pues que á estas confesiones siguió tal reforma en las costumbres, que esta parroquia llegó á ser tan edificante, como indiferente y descuidada era á la llegada del Santo. La parroquia de Chatillon no tenia presbiterio, que así se llama en

Francia á la casa del párroco, y S. Vicente alquiló un cuarto en casa de un jóven calavera, que disipaba malamente el cuantioso caudal que le dejaron sus protestantes padres, y léjos de abandonar aquella casa como le aconsejáran, emprendió catequizar á su dueño y lo logró tan perfectamente que Mr. Beyvier se convirtió, y con asombro de todos cambió completamente de vida. Igual prodigio alcanzó el Santo de Baltasar Rogemont, baron de Chaudé, que desde su gótico castillo de Chaudé en Bresse tenia atemorizada la comarca por su impetuoso orgullo y exagerado despotismo, al que convirtió tambien hasta el punto de que este orgulloso repartiese á los pobres el valor de las tierras de Rogemont, que vendió á este fin, y que su castillo, ántes cerrado á la caridad y más bien abierto al crímen y á la impiedad, abriese sus puertas al infortunio y á los necesitados, viniendo á ser el ángel consolador del país, y muriendo despues con la tranquilidad del justo vistiendo por penitencia el tosco sayal del religioso.

No alcanzó S. Vicente ménos victorias sobre el sexo débil de Chatillon. Asistian las damas de la nobleza al templo más por costumbre que por devocion; más á lucir sus ostentosos trajes que á orar con la humildad debida, reuniéndose en aquel santo lugar para murmurar unas de otras. Advertido esto por el Santo, subió al púlpito desde el que con la dulce severidad evangélica que le caracterizaba, trató de la reverencia que se debe al lugar santo con tanta elocuencia que conmovió al auditorio. Madama Maiseriat y Carlota de Brié, que eran las reinas del lujo y de la disipacion en Chatillon, se creyeron obligadas á visitar al nuevo párroco, y lo hicieron ataviadas de sus mayores galas y con la altanería propia de un refinado orgullo y de sobrada soberbia. Entrando en conversacion con el Santo, éste supo introducirse de tal modo en su corazon con el espíritu de Dios, que terminaron por derramar lágrimas de arrepentimiento, que declaraban que sus almas habian sido heridas por los penetrantes rayos de la luz de la gracia, y desde aquel dia se las vió abandonar sus galas y vestir modestamente, retirándose de la disipada sociedad que aplaudiendo su disipacion las arrastraba á la perdicion á pasos agigantados. Con estas conversiones el mundo elegante y disipado de Chatillon ponia el grito en el cielo mirando al siervo de Dios, su párroco, como á un seductor que les arrebataba sus jefes. La herejía habia hecho grandes progresos en Chatillon como en los demás puntos de Francia; pero S. Vicente estaba llamado por el cielo para hacer la revolucion católica que debia reformar las costumbres y volver al seno de la verdadera iglesia á muchos de los que se habian separado de ella; y ya hemos visto bajo qué felices auspicios empezó su mision divina: vamos ahora á expresar el grande elemento de civilizacion que encontró en el bello sexo el que supo explotar con el éxito más sorprendente en favor de la humanidad.

Preparábase el Santo un dia para subir á la cátedra del Espíritu Santo, cuando acercándose á él la señora de la Chassaigne, le suplicó recomendase á la caridad de los fieles á una familia pobre y enferma, que moria de miseria en una choza cercana á la ciudad. Un rayo de luz celestial avivó el fuego que ardia en el corazon del siervo de Dios, y dejando aparte el punto sobre que se proponia predicar aquel dia, improvisó tan patética plática acerca de la caridad que debe practicarse en favor de los pobres, y en especial de los que faltos de recursos se hallan enfermos, que conmovió los corazones de sus oyentes. Como puso por ejemplo al Señor, padre cariñoso de los pobres, sus palabras fueron dardos que hirieron los corazones piadosos, y al referir las miserias de la pobre familia desamparada, que se le encargó dar á conocer, todos se interesaron en socorrerla. Terminadas las vísperas, los fieles siguieron, cual ávidas ovejas deseosas de pasto espiritual, á su pastor, que les condujo á la choza de aquellos miserables, en la que ya hallaron multitud de personas que les habian llenado de socorros. Alegróse en extremo el Santo al ver las muchas personas que habian comprendido sus deberes y obedecido la voluntad de Dios; pero no satisfecho del todo, volviéndose á las señoras de Chassaigne y de Brunaud, que le habian acompañado, les manifestó, que del modo que aquello se hacia, aquellos pobres estarian un poco tiempo en la abundancia, y despues volverian á su primera necesidad, por lo que era preciso buscar un medio para que no sucediese así, y fijó ocho dias para declararlas su pensamiento. Ideó S. Vicente una sociedad de señoras que se dedicasen á ejercer la caridad, y como manifestado su plan aquellas damas se conformasen, le pidieron las escribiese un reglamento, lo que hizo el Santo con el mayor gusto, remitiéndole á monseñor Marquement, arzobispo de Lion, que le aprobó el 24 de Noviembre de 1617. Viendo el Santo su fundacion aprobada por la autoridad eclesiástica, trató de plantearla formalmente y lo ejecutó. Una porcion de señoras se congregaron bajo su presidencia el dia de la fiesta de la Purísima Concepcion de la Vírgen, en la capilla del Hospital, con el nombre de Siervas de los Pobres. Exhortólas el Santo á cumplir los estatutos que habian admitido por ley, asegurándolas, que si cumplian fielmente sus deberes, les faltarian ántes pobres que medios para asistirles. Esta cofradía, llamada de la Caridad, tenia por objeto la asistencia corporal y espiritual de los pobres enfermos, y para tener derecho á la asistencia, era preciso ser pobre, enfermo, y habitar con tres meses de anticipacion al ménos, el sitio en que se habia establecido. Excluyóse de estos socorros á los incurables, porque los fondos eran escasos para su asistencia. La Cofradía no se obligaba á admitir á los transeuntes, pero podia mandarlos á los hospitales cercanos, y áun cuando se prevenia recibir á los apestados, no se obligó á visitarlos á los cofrades. Los socorros que da-

ban las señoras eran en comidas bien condimentadas. Se estableció un órden regular en las horas de comer, segun las estaciones, y en el invierno se procuró el abrigo de los acogidos, dotándose á este hospicio enfermería del número competente de sirvientes. Cuando todos ó algunos de ellos habian de recibir la comunion, las señoras le preparaban ántes espiritualmente, colgaban el lecho, tapizaban la sala de flores, establecian el altar, y asistian al acto con velas encendidas. El clero asistia á esta ceremonia con solemnidad, y los fieles abrian sus bolsillos á la caridad, siendo los directores de estas fiestas, como de todos estos piadosos actos, S. Vicente de Paul, Mr. Beyvier y las señoras Chassaigne y Carlota de Brunaud, sus convertidas.

A una terrible hambre que se experimentó en aquella época, sucedió una desastrosa peste, con cuyas plagas quiso, sin duda, Dios castigar la impiedad y desmoralizacion de costumbres de aquella corrompida sociedad. Todas las personas de fortuna, y regularmente acomodadas, huyeron del contagio, pero las señoras expresadas, en cuyos corazones ardia el fuego de la caridad encendido por S. Vicente, á pesar de los ruegos de sus familias, no consintieron abandonar á sus pobres, y se quedaron en la ciudad para asistir á sus afligidos hermanos. Constituyéndose ambas en las puertas de la poblacion en medio de una atmósfera corrompida, mandaban á los apestados toda clase de recursos, y admirados los fieles de tal heroismo, las publicaban heroinas de la caridad, y luego que apiadándose Dios de aquellos habitantes, hizo que cesase el conflicto, recibieron el premio que podian darlas sus contemporáneos, es decir, sus bendiciones. «El espíritu de sacrificios, »de inmolacion á Dios y al prójimo por Dios, dice un autor anónimo, es á »los ojos de Vicente toda la economía de la fe, es todo el cristianismo; es el »primer mandamiento y el segundo, que es semejante al primero; esto es lo »que desde luego practica, esto es lo que aconseja despues, lo que predica, »lo que prescribe, lo que exalta y glorifica. La economía de la fe es al mis»mo tiempo para él la economía social y política. Y en esto sabe más, hace »más sobre todo con sus principios cristianos, que todos los teóricos del »mundo con sus utopias y sus libros.» Las expresadas señoras, como discípulas del Santo, habian aprendido perfectamente esta doctrina, y siguiendo por los pasos de su piadoso y caritativo maestro, no podian ménos de hacer lo que hicieron en aquella calamidad.

Floreciente marchaba esta asociacion de caridad con tales elementos y con las cuantiosas limosnas del señor de Rogemont y ricas donaciones de Mr. Beyvier, con lo que, y con la reforma del clero y conversion del pueblo, llegó á ser aquella ciudad un delicioso país de verdaderos hijos de Dios, pues que los protestantes casi en su totalidad habian abjurado sus errores. Contento se hallaba el Santo con sus ovejas y dichosas estas con su pastor,

cuando una tarde de primavera llegó á su casa en un brioso caballo Mr. Fresne, al que mandaban los condes de Gondi para ver si su elocuencia y amistad conseguian volver á S. Vicente á su casa. Sorprendióse el Santo con la visita de su amigo, al que se alegró abrazar, porque sospechó su comision. Entraron en conferencia, y esforzándose Mr. Fresne en probarle la necesidad que tenian los vasallos del conde de Gondi de ser evangelizados, para que alcanzasen la dicha de que disfrutaban los de Chatillon, el Santo no se resistió, pero quiso tomar consejo, y como en Lion no se le diese completo en el Oratorio el P. Bence, escribió al Conde se iba á dirigir á París, desde donde se le diria lo que disponia Dios de él. Volviendo S. Vicente á Chatillon, se despidió temporalmente de su feligresía, y un llanto general anunció el gran sentimiento de sus ovejas, que el dia de su partida le acompañaron mucha parte del camino con lamentos, como si se les fuese su mayor dicha; en efecto, se les fué su padre cariñoso, su salvador, sin el que sufririan los horrores de la herejía. Tan pronto como llegó á Paris, consultó con Mr. Berulle, su padre espiritual, lo que debia hacer en aquel aprieto en que le ponian dos deberes que se rechazaban; y aquel sabio sacerdote, por cuyos consejos se habia guiado siempre nuestro Santo, fué de opinion de que Dios le llamaba otra vez en casa del Conde, y obedeciendo la insinuacion divina que se le hacia, á pesar del gran dolor que le causaba abandonar un rebaño que tan dócil habia seguido por la salvadora senda que él le habia marcado, se dirigió á casa del Conde.

Entró S. Vicente en casa de los Condes la víspera de Navidad de 1617, y su vuelta fué un gran consuelo y una extraordinaria alegría para toda aquella familia y para todos los vasallos del Conde, que vieron en él un benéfico procurador que habia de abogar en su favor siempre con su señor, y un digno ministro de Jesucristo, que podia proporcionarles bienes espirituales á la par que los temporales. La Condesa, loca de alegría por la vuelta de su padre espiritual, concede gracias y limosnas en su obsequio, y sus hijos, regocijados con volver á tener á su lado tan buen maestro, procuran agradarle haciendo gala de que no han olvidado sus lecciones y consejos. Volviendo á continuar sus ejercicios evangélicos, ya solo, ya ayudado de los Jesuitas de Amiens ó de sacerdotes doctores de la Sorbona ó de la universidad de París, va predicando de una á otra parte en más de treinta parroquias en que radican las posesiones de los Condes, y como todas las parroquias vecinas vienen en masa adonde pronuncia la palabra de Dios á oirle y á aprovecharse de su doctrina, y en todas establece devociones semanales á la Vírgen, que todos acogen con avidez, y hermandades de caridad de siervas como la de Chatillon, viene á considerársele como un varon apostólico que santifica aquella diócesis con su ejemplo, con su palabra y con sus instituciones pia-

dosas. La señora de Gondi, cuya humildad llegó á contrastar con su antiguo orgullo y con su grandeza, muy gozosa al ver la conversion de sus vasallos, no escaseaba nada por su parte para extirpar los abusos, y puso á disposicion del Santo su bolsillo para que socorriese las necesidades que más apremiantes fuesen. En vez de gastar su peculio, como ántes, en ostentosos trenes y en ricas joyas y trajes, se complace en privarse de lo supérfluo, y descendiendo de su altura mundanal, se remonta á la verdadera grandeza en alas de la caridad, visitando en sus pobres chozas á los indigentes y enfermos, que todos la proclaman su ángel de consuelo, repitiéndose las bendiciones que la prodigaban todos por do quier que caminaba; elogios que la humillaban léjos de engreirla, y que encendian su sensible corazon de un ardiente amor á la pobreza que se complacia siempre en socorrer, publicando que tanto bien lo debia á S. Vicente. El Conde, satisfecho más que con su grandeza con tener en su casa al Santo, le escribia cariñosísimas cartas, diciéndole en una de ellas: «Os suplico considereis que parece que Dios quiere que por vuestro ejemplo el padre y los hijos sean hombres de bien.» No pudiendo llevar S. Vicente por sí solo el ímprobo trabajo apostólico que cargó sobre sí, buscó compañeros religiosos que le ayudasen, además de los expresados, y la predicacion de estos misioneros de Montmirail fué estrechando de tal modo las distancias á la herejía, que huia ésta delante de ellos murmurando, de modo que la pretendida reforma tuvo que abandonar aquel país, en donde los protestantes se vieron ya mal mirados y abatidos por el triunfo que los católicos, dirigidos por tan diestro como entusiasta caudillo, alcanzaban contra ellos do quiera que les presentase la batalla. Cinco años llevaba evangelizando el país nuestro Santo, cuando sorprendido el Conde, cada vez más católico, de tan grande éxito, creyó que los forzados que dependian de su mando podrian aprovechar tambien los medios de salvacion eterna, que podria procurarles la mision, y en 1622 propuso á S. Vicente se encargase de evangelizarlos. Aceptó muy gustoso el Santo, deseoso siempre de grandes pecadores á quienes llamar al redil santo del Señor, y despues de un largo y penoso viaje llegó á Marsella, en donde se presentó cual benéfico pastor á aquel numeroso rebaño de descarriadas ovejas. ¡Oh, y qué compasion le dió ver á aquellos miserables galeotes, más cargados de pecados en su pobrecita alma que de hierros en sus cuerpos! Encerrados en aquellas flotantes prisiones, á las que llamaban algunos domicilio del demonio, porque endurecidos sus habitantes en el crímen, solo se nombraba á Dios para maldecirle, siendo escuela más que de arrepentimiento de libertinaje en todos sus grados. Acercóse á ellos el Santo con una dulzura angelical, y regalándoles para mejor atraerlos, pero ellos le despreciaron mofándose de sus exhortaciones hasta con insolencia. No desmayó el Santo á la

vista de sus insultos y áun de sus amenazas; sus miramientos de todas clases con ellos, su compasion por lo que padecian, su asistencia á los enfermos, y las súplicas que hacia á los jefes y cómitres para que no los tratasen con rigor y para alcanzar el perdon de los que delinquian, empezaron por hacerle respetar; y admirados de su virtud y de su humildad, que respondia siempre con mansedumbre á los mayores insultos, sin quejarse jamás á los cómitres de las burlas que le hacian, acabaron por amarle y por oirle. El malvado que escucha, tiene mucho adelantado para su conversion; en efecto, luego que logró ya el Santo que le escuchasen con atencion y sin murmurar, empezó su mision haciéndoles comprender que si las leyes humanas los habian condenado á sufrir, era preciso que sufriesen; pero que podian atenuar sus padecimientos ofreciéndoselos á Dios en expiacion de sus culpas. «Sufris, les »decia, grandes ignominias, ¿pero no sufrió vuestro Dios las de la cruz? »Unios al Dios paciente y perseguido que ha sufrido por nosotros la muerte »de los esclavos, y que ha prometido disminuir las penas de los que estan »cargados de ellas;» y comprendiendo á vista de sus lágrimas cuán grande es el poder de la dulzura sobre las almas empedernidas, los instruia cariñosamente en los deberes de cristianos que habian abandonado; su ingratitud para con Dios, porque despues de lo mucho que habia padecido por ellos le habian pagado con los enormes crímenes que habian cometido; y en fin, supo de tal modo tocar la fibra sensible de su corazon, que postrados á los pies del Santo, deshechos en lágrimas, arrepentidos de sus culpas y juzgándose indignos de perdon, aceptaron los remedios que les proponia para poder poner el pie en el camino que conduce á la gracia. Logró S. Vicente todas las conversiones posibles entre los forzados, y muchos de ellos le deberian sin duda su salvacion, mejorándose desde entónces entre ellos las costumbres, y siendo por lo tanto más religiosos, humanos y comedidos, con cuyas cualidades pudieran ser mejor gobernados y ménos castigados. No pudiendo permanecer el Santo más tiempo en Marsella, se despidió de los forzados, que le vieron partir con profundo sentimiento, prometiéndole muchos de ellos seguir sus santos consejos. Habia la mala costumbre en Francia de amontonar en la Conserjería á los criminales de todas clases, hasta que hubiese bastante número para formar la cadena de los que habian de penar en las galeras, y visitando este inmundo establecimiento el Santo, se horrorizó al ver el estado en que estaban los pobres presos, de tal modo, que se quejó amargamente al Conde, general de las galeras, el que convencido de sus razones, y deseando darle gusto en cuanto pudiese, le concedió poder para que hiciese cuanto quisiese en favor de aquellos miserables. Alegre S. Vicente con esta autorizacion, eligió en el arrabal de S. Honorato una casa, en la que estableció un hospicio prision, y alhajándole competentemen-

te, llevó á este nuevo establecimiento á los penados en una gran cadena, en la que le seguian como dóciles ovejas á su pastor. Instruyólos el Santo en los deberes religiosos y civiles, y les predicó la resignacion y el amor de Dios, encargándoles al cuidado espiritual de los virtuosos sacerdotes Balin y Portail, á los que dió habitacion y racion en la casa, y los cuales les decian la misa é instruian. Mucho gustó al conde Gondi la fundacion del Santo, y deseando que progresase la instruccion de los galeotes, le mandó con las galeras que fueron á Burdeos en la guerra contra los herejes, para que continuase la mision que habia empezado en Marsella. Cuando se disponia para salir con las galeras, le asaltó un escrúpulo, que explicó él mismo del siguiente modo á los religiosos de su Congregacion: «Antes de salir de París para este »viaje, comuniqué á dos amigos la órden que habia recibido, y les dije: voy »á trabajar cerca del lugar de mi nacimiento, y dudo si haré bien en ir allí »ó no. Ambos me lo aconsejaron, diciéndome que mi presencia consolaria á »mis parientes, á quienes hablaria de Dios. La razon que me hacia dudar »era que habia visto á muchos buenos eclesiásticos hacer maravillas miéntras más léjos estaban de su pais, y que cuando volvian á ver á sus familias, »cambiaban completamente, siendo inútiles al público, dedicándose á sus negocios, cuando ántes solo se ocupaban en las obras de Dios, extrañas á la »sangre y á la naturaleza. Tengo miedo de aficionarme aún á mis parientes. »En efecto, habiendo pasado unos dias para enseñarles el camino de la salvacion, alejándoles del deseo de enriquecerse, diciéndoles no esperasen nada »de mí, pues que aunque tuviera las arcas llenas de dinero nada les daria, »porque cuanto tiene un eclesiástico pertenece á Dios y á los pobres; tuve, »sin embargo, tanta pena el dia que me separé de ellos, que fuí llorando »todo el camino. A las lágrimas me vino la idea de ayudarles y mejorar su »suerte, dando á uno una casa y otra á aquel, dando mi alma enternecida »lo que tenia y no tenia. Lo digo para mi confusion, lo digo porque Dios lo »permite así para hacerme conocer mejor la importancia del consejo evangélico de que hablamos. Tres meses me duró la importuna pasion de hacer »prosperar á mis hermanos y hermanas, siendo este el único objeto de que »continuamente se ocupaba mi pobre espíritu. Cuando me hallé un poco libre, rogué á Dios se dignase apartarme de esta tentacion, y de tal modo se »lo pedí por tanto tiempo, que al fin tuvo compasion de mí y me libró de »esa ternura hácia mis parientes; y áun cuando ellos hayan tenido que acudir á la limosna y continuar aún dependiendo de ella, me dispensa la gracia de que los confie á su Providencia y que los considere más felices que »si hubiesen sido ricos.» Habia hecho el conde de Gondi nombrar á Vicente vicario general de las galeras desde que le mandó á los galeotes de Marsella. Su mision en las galeras de Burdeos tuvo tambien un éxito felicísimo, y en

ellas hizo una heroicidad que hubiera comprometido su libertad si su virtud y la proteccion del Conde, general de ellas, no le salvase. Viendo que un penado se desesperaba, y que por más que hizo no pudo traerlo á la resignacion cristiana, porque consideraba que su mujer é hijos moririan en la mayor deshonra y miseria, rompió sus cadenas, le proporcionó la libertad y se quedó encadenado en su lugar. No tardó en descubrirse el engaño; pero no tan pronto que el Santo no quedase dañado en una pierna, en donde las cadenas le abrieron la llaga que tan mal parado le tuvo toda su vida, y aun cuando es de presumir lo mucho que padeció en los dias que pasó como galeote, y en la causa que debió formársele por haber abusado de su posicion para dar libertad á un reo; como jamás hablaba de sí y no ha habido quien lo consigne, no ha podido descubrirse. No contento con la casa en que habia fundado en Paris el hospicio para los galeotes, logró de Luis XIII y del Ayuntamiento cediesen á este fin una antigua torre cerca de la puerta de S. Bernardo, en la parroquia de S. Nicolás del Chardonneto, y hechas las obras necesarias los trasladó á ella en 1632. Por los esfuerzos del Santo se logró mantener este establecimiento con donaciones y rentas, que administraron despues las Hermanas de la Caridad, que se agregaron á este hospicio. No bastaba el hospicio para los galeotes, era preciso un hospital, y Vicente obtuvo esta gracia de la liberalidad del cardenal Richelieu y de la duquesa de Aiguillon, su sobrina, teniendo tambien parte en esta nueva fundacion el obispo de Marsella Mr. Goult y el caballero Simiane de la Caste, logrando el Santo en 1645 que la Reina regente señalase doce mil libras de renta al hospital de los galeotes de Marsella, con la condicion de que habian de dirigirle los sacerdotes de la Mision, á los que concedió el vicariato general. A S. Vicente debieron, pues, su bienestar en todos sentidos los galeotes de Francia, y poquísimos dejaron en su época de arrepentirse de su vida pasada y de abrazar una nueva más conforme á los deberes del cristiano.

No se sabe si al pasar de Marsella S. Vicente se detuvo en Macon por casualidad ó con intencion de estar allí algun tiempo con los PP. del Oratorio el año 1623, lo cierto es que enterándose de la multitud de pobres mendigos que vagamundeaban errantes por las calles, llenos de vicios y corrompiendo las costumbres, se detuvo allí con el propósito de socorrer sus almas y sus cuerpos, lo que consiguió felizmente. A este fin concibe el pensamiento de una asociacion benéfica, y empieza á demandar la asistencia de los ricos á este fin; pero en un principio se burlan de él y le desprecian; su constancia vence á algunos, y logra por fin establecer una cofradía que atendiese á mejorar la suerte de los mendigos, á moralizarlos y á evitar la vagancia, cuyo proyecto aprobó Mr. Luis Dinet, obispo de Macon, y los ca-

bildos, siendo nombrados directores del asilo y de la cofradía Mr. Relets, preboste de S. Pedro, y Mr. de Chandon, que lo era de la catedral, los cuales siguieron gobernando por las constituciones que les dió el Santo. A propuesta de este piadoso fundador se hizo un registro de todos los pobres que quisieran inscribirse, á los que se daria limosna, con la condicion de no mendigar; se prohibió á los vecinos darles socorro alguno; se ofreció albergue por una noche, como hoy lo hace el Santo Refugio de Madrid, á los mendigos transeuntes, dándoles una limosna para seguir el viaje y determinó aliviar en sus casas á los pobres vergonzantes como tambien lo hacemos en el expresado Refugio. El ilustre marqués viudo de Pontejos, de feliz recordacion, imitó en la primera parte á S. Vicente de Paul en la creacion del asilo de S. Bernardino de Madrid en el presente siglo, y la actual asociacion de S. Vicente de Paul en toda España completa con sus socorros en especie y con su enseñanza este plan de su patrono para evitar la mendicidad en cierto modo. Conocida la utilidad de la nueva cofradía, los ricos y personas acomodadas se afiliaron á ella, y prodigaron mil atenciones al fundador, el que despidiéndose de aquellos habitantes despues de dar el primer socorro, llevó consigo las bendiciones de todo el mundo, y en especial de los pobres que le consideran su providencia. El seráfico S. Francisco de Sales, obispo de Ginebra, habia fundado hacia algunos años la Orden de religiosas de la Visitacion de Sta. María, á las que llama el vulgo las Salesas. Para fundar en París, mandó á su santa y noble amiga la señora Chantal, despues Sta. Francisca de Fremiot, la que venciendo con su piedad y constancia muchas dificultades, logró por fin fundar un monasterio al que fueron á acogerse muchas piadosas señoras francesas. Necesitando un director espiritual, S. Francisco de Sales la indicó á S. Vicente, y Francisca quedó muy complacida de la eleccion. Resistióse el Santo á admitir tal cargo, y fueron necesarias las repetidas instancias de S. Francisco y las formales órdenes del obispo de París para que accediese, y encargado ya, estuvo durante treinta y ocho años, es decir, mucho despues de la muerte de su glorioso fundador, de las cuatro principales casas de la órden de las Salesas. Director de esta ilustre Orden, cumplió la profecía de su fundador en 1629, encargando á sus religiosas la direccion de las Magdalenas, monasterio fundado por la marquesa de Moignelai para que sirviese de refugio á las desgraciadas mujeres, náufragas no solo de la fortuna sino tambien del honor. Indecible es los esmerados cuidados que tomó S. Vicente por sus religiosas, y lo que trabajó en las Magdalenas para hacerlas arrepentir de su mala vida pasada y conservarlas en la gracia despues de su arrepentimiento: la dulzura con que las trataba, le presentaron á estas desgraciadas como el ángel mandado por Dios para consolarlas y dirigirlas por el camino de la penitencia á la perfeccion. A pe-

sar de que ninguna comunidad habia acogido la oferta que la condesa de Gondi vimos hizo para el establecimiento de las misiones que se propuso para la conversion de sus vasallos, porque sin duda reservaba Dios esta fundacion á S. Vicente, léjos de desistir de esta piadosa idea, concibió el proyecto de establecer un centro de misioneros en París, desde donde saliesen estos ministros á evangelizar á todos puntos. Consultó con su esposo este pensamiento, y como léjos de rechazarle ofreciese ayudarle en él, lo que tambien la prometieron Juan Francisco de Gondi, su hermano y sucesor del cardenal Enrique de Retz en el gobierno de la santa iglesia de París, de la que era primer arzobispo, se dispuso todo para esta fundacion. El arzobispo destinó el colegio de Bons-Enfants, que tenia á su disposicion, para morada de los misioneros, y prestándose S. Vicente á ponerse al frente de la nueva Congregacion, fué nombrado prior de Bons-Enfants el año 1624, firmando al año siguiente los Condes un contrato de fundacion que honra mucho al Santo, y que puede consultar el curioso en su vida escrita por Orsini. La ofrenda de los condes fué tan pura, que ninguna carga impusieron á la Congregacion ni áun para que orasen por sus almas despues de su muerte, porque solo buscaron en esta obra la mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas, por lo que aceptando Dios tan generosa ofrenda, la bendijo, é hizo que prosperase maravillosamente. La santa condesa de Gondi vió en esta pia institucion cumplidos sus más ardientes deseos, y ya tranquila, parece que Dios solo esperaba este acto de munificencia para coronar sus virtudes, pues que á los dos meses de firmada la expresada fundacion, fué atacada de una enfermedad que condujo su bendita alma al seno de Dios el 23 de Junio de 1625, llevando las bendiciones de todos sus vasallos por los muchos beneficios que les habia hecho durante los cuarenta y dos años que habitó en este valle de desdichas. Despues de que S. Vicente dió sepultura á la Condesa, segun su voluntad, en el segundo convento de Carmelitas de París, fué á dar tan triste noticia al Conde. Este adoraba á su mujer, y por más que procuró prepararle el Santo en su preámbulo, al saber la fatal nueva, el dolor del general fué terrible; pero terminó por resignarse á la voluntad de Dios, si bien quedó tan lastimado su corazon que no tardó en seguir á su esposa. Habia exigido esta á S. Vicente que no abandonase á su esposo y á sus hijos, y encargó al Conde en su testamento que conservase al Santo en su familia, encargo que hacia tambien á sus hijos; pero Dios, que llamaba á su siervo á más altas funciones, hizo que á pesar de esto, permitiese el Conde que dejase su palacio, para que fuese á establecerse en su priorato del colegio de Bons-Enfants. Llegado al colegio, el abate Portail le manifestó su deseo de no separarse de él, y fué recibido misionero, y no tardó en unírsele otro sacerdote, que se contentó con la dotacion anual de cincuenta

escudos. Como eran solos los tres en el colegio, y no tenian criado alguno á su servicio, cuando salian dejaban las llaves al primer vecino que queria encargarse de ellas. Los tres primeros misioneros iban de pueblo en pueblo predicando el Evangelio en el lenguaje más sencillo y acomodado á la inteligencia de los campesinos, y cuando tenian que tratar con herejes, evitaban cuantas palabras pudieran ofenderles ó agriar las cuestiones, con lo que lograban más que los terroríficos y pedantes predicadores, que jamás han convertido á nadie. Persuadido el Santo de que la atencion se fatiga y debilita cuando se fija mucho sobre una cosa, á fin de no hacerse enojoso á sus oyentes, estableció que los sermones fuesen de tal modo que no pasasen nunca de tres cuartos de hora. Encargó S. Vicente á sus misioneros que nunca hicieran en el púlpito alusiones á determinadas personas, y proponiéndoles la humildad como la más fuerte y segura base en que podia descansar su naciente edificio religioso les decia: « La humildad es la virtud de »Jesucristo, la de su santa Madre, la de los grandes Santos y la de los mi»sioneros, y cuando digo de los misioneros, quiero decir que es la que más »necesitan y que deben con más ardor desear; porque esta mezquina Con»gregacion, que es la última de todas, no debe fundarse sino en la humildad »como su propia virtud; de otro modo no haremos nunca nada que valga »nada, y sin humildad no debemos esperar ni adelantar nosotros, ni que »aproveche el prójimo. La caridad es el alma de las virtudes; pero la hu»mildad es quien las atrae y conserva: las compañías no humildes son como »los valles que atraen á sí la sustancia de las montañas: cuando estemos va»cíos de nosotros mismos, Dios nos llenará de él. » De este modo y con tan sabias leyes, nada tiene de extraño que progresase en poco tiempo esta piadosísima institucion que se aumentó mucho para bien de la religion católica con sacerdotes dignos de este nombre por su santidad y saber, por lo cual el arzobispo de París la aprobó en 24 de Abril de 1626, y el rey Luis XIII, á pesar de la guerra que sostenia con Inglaterra que le ocupaba mucho, la confirmó en 1627, concediendo á estos misioneros vivir en comunidad, establecerse en los pueblos que eligieran, y aceptar los legados, donativos y limosnas que les hiciesen. Antes de ser recibido un sacerdote en la Congregacion, tenia que practicar dos años en el seminario que estableció el Santo á este fin, y entre las disposiciones que dejó escritas se lee: « El »que desee ser admitido en la Congregacion, debe resolverse á vivir como »un peregrino en la tierra, á hacerse pobre por Jesucristo, á cambiar de »costumbres, á mortificar sus pasiones, á buscar puramente á Dios, á suje»tarse á todos, y á considerarse como el menor de todos. Debe persuadirse »que ha venido para servir, no para gobernar; para sufrir y trabajar, y no »para vivir en las delicias y en la ociosidad. Debe saber que allí será proba-

»do como el oro en el crisol, y que no se puede perseverar sin hu»millarse por Dios; pero puede tambien estar seguro que haciéndolo así »tendrá gozo verdadero en este mundo y la vida eterna en el otro.» Cuando llegaba la época de la recoleccion, S. Vicente y sus misioneros tomando sus báculos se dirigian desde los puntos en que se hallaban á reunirse en París, en donde, encerrados en su colegio, se preparaban para la siguiente campaña haciendo una vida solitaria y silenciosa como si fueran cartujos. Más de ciento cuarenta misiones hizo esta Congregacion desde su fundacion en 1625 al 1632 en que se estableció en S. Lázaro. Era este un señorío eclesiástico en donde habia un magnífico monasterio de los tiempos feudales, cuyo prior era poco ménos que un príncipe, cuyo origen se perdia en la noche de los tiempos. Al principio del siglo XII era una leprosería, en la que se mantuvieron los leprosos hasta fines del siglo XVI, ignorándose cuándo sus religiosos tomaron la regla de S. Agustin, sabiéndose que en 1536, cuando se reformó el Hôtel-Dieu de París, S. Lázaro fué una de las cuatro casas en que se eligieron canónigos regulares para que sirviesen en el hospital. Muchas fueron las preeminencias y bienes que tuvo este monasterio en lo antiguo; y si bien decayó mucho, aún en tiempo de S. Vicente era uno de los más ricos de la época. Con motivo de diferencias que tuvo con sus religiosos el prior de S. Lázaro, Adriano Lebon resolvió establecer en él á S. Vicente de Paul y retirarse de su gobierno. Hecha la propuesta al Santo, se asustó éste ante el suntuoso edificio que queria dársele, y por otras mil circunstancias se negó á aceptar; pero fueron tales las instancias que repitió el prior, su director espiritual Mr. Duval y el arzobispo de París, que vió con gusto la cesion, que no pudiendo resistirse el Santo admitió la renuncia que en él hizo del priorato de Lebon, quedando á su disposicion la casa de S. Lázaro de los sacerdotes de la Mision, lo cual aprobaron despues el papa Urbano VIII, el Rey y el Parlamento. Tan luego como el Santo se posesionó del priorato de S. Lázaro, una órden religiosa le disputó la propiedad pretextando mejor derecho; y seguido el pleito, una sentencia solemne y contradictoria del Tribunal Supremo confirmó la donacion, quedando la Congregacion de la Mision en pacífica posesion de aquel suntuoso edificio. Cuando el Santo entró con los suyos en S. Lázaro, encontró en esta casa tres clases de personas: los religiosos de S. Agustin, unos pocos dementes y presos de correccion paterna. Mandó á los suyos considerasen á los religiosos como á los dueños de la casa, y de consiguiente que les guardasen toda clase de consideraciones; se encargó él de servir y cuidar á los locos, lo que hizo con sumo cariño; y tambien se cuidó de instruir á los jóvenes detenidos, cuyas almas ganaron mucho en ello y no poco sus familias. Cayendo el debilitado Lebon en su última enfermedad, S. Vicente le asistió y acompañó con el

más cariñoso respeto llamándole y considerándole como padre; y cuando el dia de Pascua de 1651 falleció en sus brazos, exhortó á sus misioneros á la oracion por su alma, encargándoles eterna gratitud hácia aquel su querido padre, que los habia sacado de la indigencia y establecídolos en la abundancia, por lo que le debian ser agradecidos. Algunos piadosos legos, conocidos del Santo, fueron á la casa de la Congregacion á renovar su fervor en el santo asilo de los misioneros desde el principio de la Congregacion, y allí los ejercitaba el Santo en piadosas prácticas disponiéndolos á una confesion general, con la que terminaban sus ejercicios y retiro. Los excelentes frutos que produjo esta práctica llamaron la atencion del Santo, que deseó propagarla; pero lo reducido de la casa no le permitia admitir muchos huéspedes. Al entrar en el espacioso local de S. Lázaro, abrió en este sentido las puertas á todo el que quiso retirarse por algun tiempo á la contemplacion y á la penitencia; y á este llamamiento acudieron tantos fieles de todas clases, que hubo fines de cuaresma de llegar á ochocientos los huéspedes penitentes de todas condiciones y países. Alegre S. Vicente de ver que Dios habia escogido su casa para reanimar la decaida devocion y procurar la salvacion de muchas almas, le daba infinitas gracias y proporcionaba á sus huéspedes cuanto podia para que con la comodidad posible lograsen sus deseos, dirigiendo sus ejercicios y alentándoles á perseverar con constancia en el camino de la gracia que habian emprendido.

Habia decaido con la herejía tanto en Francia el estado eclesiástico de su antiguo esplendor, que eran raras las verdaderas vocaciones; pues que el sacerdocio le tomaban muchos más como oficio que les proporcionase la subsistencia, que arrastrados por una verdadera vocacion. Y así es que los ordenandos en su mayor número eran personas indignas del sacerdocio por sus vicios y por sus bastardas costumbres; y á pesar de conocerlo así los obispos, tenian que sacar de ellos su clero, si no habian de cerrar sus iglesias por falta de ministros. Conociendo este mal el obispo de Beauvais, varon ilustrado y piadoso, conferenció sobre el particular con S. Vicente, y entre ambos acordaron como el mejor medio de obtener un clero bueno, que todos los que pretendiesen recibir órdenes sagradas habian de ir por algun tiempo á instruirse convenientemente en la religion y en sus deberes á la capital del obispado; y establecidos los ejercicios á que habian de sujetarse los ordenandos, empezó á dirigirlos S. Vicente por explicarles el Decálogo con tal entusiasmo, claridad y precision, que todos los pretendientes pidieron hacer confesion general. El buen resultado que dió este ensayo fué causa de que Mr. Gondi, arzobispo de París, llamase al Santo para plantearlos en su diócesis, lo que tuvo lugar en 1631, en que mandó este prelado que los ordenandos, diez dias ántes de su ordenacion, fuesen á casa de los sa-

cerdotes de la Mision á fin de aprender las cualidades que se requieren para las órdenes, y disponerse convenientemente á obtenerlas de Dios. Como el ensayo de París fué tambien felicísimo en su éxito, no tardó en propagarse por toda la Francia el ejercicio de ordenandos, mandando el Santo sus misioneros á las diócesis para establecerle á peticion de los prelados. Empero si los retiros son útiles á los que se disponen á recibir las sagradas órdenes, no lo son menos, como dice un autor, á los que ya las han recibido, para confirmarse en su vocacion y fervor. S. Vicente deseaba, pues, que los eclesiásticos hiciesen de cuando en cuando ejercicios de piedad y penitencia, retirándose por algunos dias del mundo; y aconseja estos retiros, que planteados por él, no tardaron en dar saludables frutos, pues que ensayada en París esta práctica no tardó en establecerse en todas las diócesis, en las que desde entónces se retiran algunos dias del año los sacerdotes más piadosos á los monasterios y santuarios á meditar las verdades eternas en el silencio de la soledad, ejercitándose al propio tiempo en la penitencia y haciendo una confesion general de sus pecados: las casas de S. Vicente de Paul, aún en el dia, en España y en todo el orbe católico se hallan siempre ocupadas de sacerdotes que se retiran allí á conversar con Dios arrastrados por su piedad y por los llamamientos de su conciencia.

Las *conferencias espirituales* son más antiguas que nuestro S. Vicente, puesto que ya las practicaron los padres del desierto en los primeros siglos de la Iglesia; pero á peticion de algunos sacerdotes ejercitantes en los retiros que le pidieron les marcase un órden santificante de conducta que guardar, S. Vicente acomodó al clero estas conferencias, dándole lecciones de virtudes sacerdotales y de religion práctica. El dia 1.° de Julio de 1633 empezaron en París estas conferencias, dirigidas por el Santo, las que se celebraron despues todos los mártes en los claustros de S. Lázaro, á las cuales se afiliaron muchos sacerdotes más principales por su saber y nacimiento que habia en aquella capital, y en las que se distinguió el famoso abate Olier, fundador del justamente celebrado seminario de S. Sulpicio, alabado por Fenelon, y del que han salido tan excelentes prelados: el famoso Bossuet, al que respetaba tanto Luis XIV, se gloriaba, segun su carta de 2 de Agosto de 1702 á Clemente XI «de haber adquirido en estas conferencias en que Vicente difundia á la vez la uncion y la luz, el gusto de la ciencia eclesiástica y de la sólida piedad.» El famoso cardenal Richelieu, enemigo de la herejía, luego que se enteró de las conferencias y del ópimo fruto que producian, llamó á S. Vicente, y cuando éste le explicó su sistema, que estaba reducido á *obrar y enseñar*, que era su dilema, alabó mucho sus fundaciones y le alentó á continuar haciendo tan grandes bienes á la religion; y pidiéndole nombres para ocupar obispados vacantes de entre los sacerdotes de la conferencia los

promovió á las diócesis: surtió esto tan buen efecto, que despues de muerto Richelieu Luis XIII siguió sacando los obispos de la expresada asamblea.

Establecidos los retiros para los ordenandos, y las conferencias para mantener á los sacerdotes en sus deberes, aún vió Vicente que faltaba algo todavía para completar la regeneracion del clero, que fueron sus sueños dorados. Conociendo lo poco que podian aprender los primeros en solo diez ó doce dias de ejercicios, concibió la idea de establecimientos en los que se preparase é instruyese sólidamente á los jóvenes que se dedicasen á la carrera eclesiástica. A este fin fundó un seminario en el colegio de Bons-Enfants, que habia abandonado, y en él recogió á los jóvenes á quienes empezó á educar en las buenas costumbres y á instruir en las letras. Empezó este seminario á funcionar bajo los auspicios del Santo en 1636, y diez años despues se trasladó á una casa cercana á S. Lázaro, poniéndole el nombre de S. Cárlos. Los felicísimos resultados que dió este seminario, los retiros y las conferencias impresionaron al ministro cardenal Richelieu, que llamó al Santo, siendo el resultado de esta entrevista el mandar mil escudos Richelieu á S. Vicente en 1642, con los que éste dió más extension al seminario que habia creado, y que sirvió de modelo para todos los que se han instituido despues con el objeto de ir formando desde la primera juventud virtuosos é instruidos sacerdotes.

Fué tan sensible S. Vicente al infortunio, que lloraba como un niño al ver las desventuras de la humanidad que no podia evitar ó remediar, y gozaba siempre que se le proporcionaba la grata ocupacion de servir á los pobres. Empezó en Bresse á manifestar la caridad que abrasaba su alma y su corazon junto al lecho de un pobre enfermo, como hemos visto, y estableció, aprovechando la sensibilidad exquisita y la piedad de las mujeres, su primera asociacion de caridad, titulando *Siervas de los Pobres* á las señoras que tomaron á su cargo tan santo ejercicio, visitándolas y escribiéndolas cuanto podia, para mantenerlas en tan piadosa práctica. Deseaba Vicente que estas cofradías saliesen de sus estrechos límites y que se propagasen por toda la Francia, dictándole su caridad que no tardarian en adoptarse en toda la cristiandad; pero le faltaban los medios de llevar á cabo su benéfico pensamiento. Dios, que quiso premiar los buenos deseos de nuestro Santo, dispuso las cosas de tal modo, que no tardó en verlos satisfechos con grande regocijo de su alma. «Ser confesada de Vicente de Paul, dice Orsi»ni, y no tener el corazon abrasado de amor á los pobres, era casi imposible, »y Luisa de Marillac, como la tierra embalsamada del poeta persa Soadi, »adquirió el perfume de la rosa viviendo cerca de ella.» Era esta virtuosa mujer sobrina de un mariscal de Francia y viuda del noble Gras, secretario que fué de la reina María de Médicis. Un dia manifestó á su director espiri-

tual que tenia un vivo deseo de dedicarse enteramente al servicio de los pobres, y alegrándose el Santo, la aconsejó que ántes de resolverse á tomar una resolucion sobre este particular hiciera algunos viajes á los puntos en que ya habia cofradías de caridad, á las que la mandaria como inspectora de ellas, autorizada para que hiciese observar las reglas establecidas en los puntos en que viese se habia debilitado su observancia. Admitiendo Luisa tan honrosa mision, emprendió su visita el año 1629, lo cual fué muy útil para las Siervas de los Pobres, pues que no solo reanimó su fervor y dió limosnas crecidas para el mejor sostenimiento de los pobres, si que tambien las enseñó un poco de farmacia para que administrasen á ménos coste los remedios sencillos. Algunos años pasó Luisa en estas visitas, y cuando se detenia los inviernos en París, siempre estuvo al servicio de los pobres. Dedicada con el mayor celo á estas obras con la cooperacion de S. Vicente, estableció en todas las parroquias de París, empezando por la de S. Salvador, cofradías de caridad, de las que se origina esa grande institucion de las Hijas de la Caridad «con que la humanidad se honra y que el protestantismo »ensalza, confesando que no nacerá en su suelo una flor semejante, y que la »filosofía del siglo XIX ha saludado con el nombre de admirable, ella que »se rie de todo.» En efecto, los filantrópicos ingleses confiesan que no tienen una institucion tan grande como esta, y Voltaire elogia el heroismo de las Hermanas de la Caridad, diciendo que es el sacrificio más extraordinario que puede el bello sexo rendir á la humanidad. En un principio las señoras de la aristocracia y de la clase media se dedicaron con el mayor celo á servir por sí mismas á los pobres enfermos; pero disgustados los maridos de unas á pretexto de que con esta ocupacion desatendian sus deberes domésticos, y enfriado por otra parte el celo de algunas, encomendaron la asistencia á las criadas, que, como forzadas á una cosa para la que no tenian dispuesta la voluntad, desatendian á los enfermos desapiadamente; lo que dió lugar á los lamentos de éstos y á que se pensase en sustituir á las señoras con mujeres dedicadas exclusivamente al servicio de los pobres enfermos; ¿pero dónde encontrar quien se quisiera encargar voluntariamente de un empleo, que por lo penoso carecia de pretendientes? Dios solo podia proveer á esta urgente necesidad, y proveyó en efecto. Notó S. Vicente en sus misiones por las aldeas jóvenes virtuosas y caritativas, que no tenian inclinacion al matrimonio, y en ellas fundó su esperanza y no se engañó. Empezó á predicar en este sentido y el ensayo fué feliz, pues que dos jóvenes llegaron á ponerse bajo la benéfica bandera que levantó, á las cuales no tardaron en unirse otras sucesivamente; pero faltando á las unas valor y á las otras aptitud, no pudo establecerlas segun habia concebido en su bien meditado plan. Interviniendo en ello la Providencia, encuentra por fin tres aldeanas con todas las

cualidades necesarias, y la señorita le Gras las lleva á su casa para instruirlas, y adelantaron en poco tiempo tanto, que enviadas á las parroquias edificaron á todos con su ejemplo. Este buen éxito dió á conocer á Luisa de Marillac la bondad de su obra; pero temiendo que este bien no se perpetuase sin resolverse á una accion benéfica, concibió un pensamiento de esos, que, como dice Orsini, *hacen sonreir á Dios y á los ángeles*, la de consagrarse ella por completa á esta obra, formando una comunidad formal, lo que consultó con el Santo, que la detuvo dos años sin resolver este asunto, para el que dijo que ántes era preciso conocer la voluntad de Dios. Bendijo de tal modo Dios los ensayos de la piadosa Luisa, que S. Vicente no pudo ménos de concederla llevase á cabo su intento; y la pia comunidad de las Hijas de la Caridad fué planteada el año 1633 en la propia casa de Luisa, situada en la parroquia de S. Nicolás del Chardonet, que no tardó en ser insuficiente para contener al gran número de mujeres que fueron á alistarse en aquella religiosa y humanitaria cruzada. Describiendo el Santo á las primeras Hijas de la Caridad dice: «Tienen por monasterios las casas de los enfermos, por »celda una pobre cámara, por capilla la iglesia de la parroquia, por claustro »las calles de la ciudad, por clausura la obediencia, por reja el temor de »Dios, y por velo la santa modestia.» Por esta admirable pintura se ve que el velo nunca formó parte del hábito de estas religiosas, á las que el pueblo, siempre feliz para dar á las cosas un nombre propio adecuado, bautizó con el de *Hijas de la Caridad*, que respetó S. Vicente, conservando al mismo tiempo el que él les habia puesto de *Siervas de los Pobres*. Aún en vida de sus fundadores, Luisa de Marillac y S. Vicente, creció extraordinariamente esta nueva comunidad civilizadora y humanitaria, que acredita la fuerza y poder de nuestra sacrosanta religion, única capaz de tanta abnegacion, de tan extraordinario heroismo; y bendecida, como la posteridad de Abraham, ha llegado á ser la más numerosa de todas las asociaciones católicas y la más extendida por todo el mundo.

Desde la casa de la fundadora se trasladó la comunidad al pueblo de la Chapelle, media legua de París, y el año 1642, ó sea al noveno año de su estancia en dicha poblacion, volvieron á París y se establecieron en el barrio de S. Lázaro. Ya en casa espaciosa, encargó S. Vicente á unas hermanas la educacion de las niñas pobres, á otras el cuidado y enseñanza de los expósitos, y á otras la asistencia del hospicio de los ancianos, de los galeotes y el hospital general, que no tardó en fundar, y por último, confiándolas el cuidado de los heridos del sitio de Dunkerque, las consintió seguir al ejército francés para que se consagrasen al servicio de los pobres soldados heridos, cuyo hospital era solo una tienda de campaña. Dió Vicente á sus hijas un sabio reglamento, que es aún modelo de leyes religiosas de comunidad,

el que despues de veinte años de práctica fué aprobado por el cardenal de Retz, que puso esta congregacion bajo la obediencia de Vicente de Paul y de sus sucesores los jefes de los PP. de la Mision; el rey de Francia confirmó el establecimiento por medio de decretos registrados en el Parlamento de París el 16 de Diciembre de 1668, y fué confirmada esta Congregacion por el cardenal de Vendome, legado del papa Clemente IX. Son tan admirables las máximas de virtud que se dan por el Santo á sus hijas en sus *Constituciones*, que no podemos prescindir de modo alguno de insertar en este escrito las principales: «Las Hijas de la Caridad, dice el Santo, han sido instituidas »en la tierra para representar la bondad de Dios con los pobres enfermos, y »por lo tanto deben escuchar sus lamentos como madres verdaderas, con »dulzura, con compasion y con amor. Dejad la oracion, la lectura y el silen»cio por asistir á un pobre, y no os inquieteis, porque servir á un pobre es »hacer lo que dejais. El amor á Dios y al prójimo, el amor á los pobres y la »union recíproca, forman el vestido interior de las Hijas de la Caridad. Her»manas mias, nuestro Señor ha creado á la vez el cuerpo y el alma de los »enfermos; imitadle... hablad, pues, á los pobres de su salvacion con ex»presion vehemente que parta del corazon. Una Hija de la Caridad es un »árbol que no debe llevar fruto sino para Dios. Vuestro primer cuidado al »despertar sea adorar á Dios; dormios siempre con un pensamiento bueno. »No esteis jamás ociosas. Despues del servicio de los enfermos, ocupaos en »coser y en hilar. Es preciso, hijas mias, trabajar para ganar la vida y cui»dar mucho de emplear el tiempo, del que Dios os pedirá estrecha cuenta. »¿Qué cosa hay más preciosa que el tiempo? Vivid juntas en mucha union, »y jamás os quejeis las unas de las otras, ántes sufrios mútuamente; cada »una de vosotras tiene sus defectos, y si no tolerais á vuestra hermana, no »teneis derecho á que ella os tolere. Sed humildes en todo tiempo y en todo »lugar, hijas mias. Respetaos las unas á las otras, porque todas estais al »servicio de un amo que es más poderoso que los reyes y príncipes del mun»do. Siempre que hagais una cosa por obediencia, la enriqueceis con un »diamante. Vuestra vocacion es la más grande que hay en la Iglesia de Dios, »porque sois mártires.» Obedientes y esclavas de esta sabia ley las Hermanas de la Caridad se han ceñido de tal modo á su observancia, que ni los falaces halagos de las cortes corrompidas, ni las terribles persecuciones que han experimentado por las revoluciones, han entibiado su celo, ántes bien los peligros han aumentado su fe y elevádolas al heroismo, pues que no olvidando de que S. Vicente les dijo: «Seguireis á los ejércitos, hijas mias; los hombres van para matar, y vosotras ireis para curar;» los peligros de la revolucion y de la guerra no lograron intimidarlas, y hé aquí por lo que desde su fundacion se ve á las Hermanas de la Caridad sin miedo á los peligros,

recorrer los campamentos en medio de las más sangrientas batallas, socorriendo y curando á los heridos, y consolando con sus angelicales exhortaciones á los moribundos; y por lo que las mismas revoluciones, al pasar los primeros impulsos de su furor sanguinario, vuelven á llamar á estos ángeles de paz, si fueron perseguidos, para que se encargasen de los hospitales, que, como dice el decreto en su favor de los cónsules de la República Francesa que inauguró el presente siglo, ellas solas sabian dirigir con esmero, inteligencia y economía, como dignas hijas de una institucion cuyo solo objeto es formarse para practicar una caridad ilimitada.

El *Hotel-de-Dieu*, que así se llamaba en París en tiempo de S. Vicente al hospital en que se curaba á los pobres, llegó á tal estado de decadencia que pedia una urgentísima y sabia reforma. Visitado el Santo por la jóven y bella presidenta, Mad. Gonssault, viuda de elevado nacimiento, que abandonando las galas y saraos mundanos se habia hecho sierva de los pobres, le manifestó el mal estado de asistencia en que estaban los pobres del hospital, rogando con lágrimas de compasion extendiese su caridad á estos miserables. Conferenciaron algun tiempo acerca de los medios que podrian buscarse al efecto, y como inspirada por Dios aquella benéfica dama, le propusiese una asociacion de señoras, á imitacion de las Hijas de Caridad, que cuidase del Hotel-de-Dieu, el Santo, viendo que el hospital pertenecia al gobierno, no se determinó á tomar resolucion alguna. Salió Mad. Gonssault persuadida de que vencidas las dificultades, el Santo ayudaria su empresa; dirigiéndose á ver al arzobispo de París, obtuvo el permiso que deseaba, y de acuerdo con S. Vicente se convocó una numerosa reunion de señoras, y la asociacion quedó formada nombrándose presidenta á Mad. Gonssault, y directores espirituales perpétuos á los superiores de S. Lázaro, y desde entónces el Hotel-de-Dieu vió dentro de sus muros ejercer la caridad con los pobres enfermos á las principales señoras de Francia. Surtió tan buen efecto esta fundacion que se lograron en el primer año ochocientas conversiones de luteranos, calvinistas y turcos que padecian en el hospital, y que se rindieron á las pláticas piadosas de las señoras para entrar en el gremio de la Iglesia católica, lo cual acreditó extraordinariamente la nueva asociacion. El vicio, que todo lo mancha é invade, presentaba en aquella época en todas sus fases en la ciudad de París su horrible figura. Entre los muchos desordenes que causaba, era el abandonar inhumanamente á los recien nacidos hijos del vicio, ofendiendo á la religion y á la moral, y el número era excesivo todos los años. Cuando se encontraban estas desgraciadas criaturas, se las llevaba á una casa de la calle de S. Landry, en la que una viuda pensionada al efecto se encargaba de cuidarlas, pero casi morian todas, porque la corta pension no era suficiente para sostener el número de amas de leche necesarias. Los

pobres niños que sobrevivian, ó se entregaban al que los reclamaba, ó se vendian á tan bajo precio que hubo niño por el que se dió un sueldo; se alquilaban para que mamasen á las que tenian los pechos malos, oficio que hacen hoy los perrillos; la casa en que recogian los expósitos se llamaba la cuna, nombre que se la da tambien hoy en algunas provincias de España, pues que en Madrid se la llama la Inclusa. Profundamente se conmovió el Santo al saber esto, y en tanto que pensaba lo que podria hacerse sobre este particular, rogó á las señoras de la Caridad para que impidiesen en lo que pudieran los males que en ella tenian lugar. Asustadas las señoras, al visitar aquel asilo, de la miseria y confusion que en él reinaban, y no creyéndose con fuerzas para atender á todos, tomaron á su cargo la crianza de doce, que el año 1638 llevaron á casa de la señorita le Gras, en donde hasta que se encontraron nodrizas se les alimentó con leche de cabra y de vaca. Fueron las señoras aumentando sucesivamente el número de sus acogidos, y reunidos el año 1640 bajo la presidencia de S. Vicente para tomar una resolucion definitiva, fué tan elocuente el discurso que pronunció éste para excitar su caridad, que decidieron encargarse de todos los niños de la cuna á un establecimiento inclusa que las damas costearon, y á la que llevó el Santo algunas de estas desgraciadas criaturas, pues que salia á deshora por las noches á buscarlas. Pidió el Santo proteccion para sostener la nueva inclusa á la piadosa reina Doña Ana de Austria, que concedió una renta de doce mil libras; pero como los gastos indispensables subiesen á cuarenta mil, volvió S. Vicente á recurrir á las principales señoras de París en 1648, y tocando la sensible fibra de su caritativo corazon, alcanzó de su generosidad se encargasen por completo de sostener la inclusa. Dió el Rey á peticion del Santo el castillo de Bicêtre para inclusa, pero siendo mal sanos sus aires para los niños, se volvió á estos á París, estableciéndose decididamente la casa de expósitos en el arrabal de S. Lázaro, en el que se puso á su cuidado un número suficiente de Hermanas de la Caridad, que son las que desde aquella época tienen á su cargo estos establecimientos, tanto en Francia y en España como en la mayor parte de los pueblos católicos en que está establecida su congregacion. Con estos asilos de misericordia y la obra de la Santa Infancia, fundada por Forbin Jousson, obispo de Nanci, en favor de los niños de los chinos, el catolicismo ha imitado é imita al Salvador recordando aquellas divinas palabras: *Dejad venir á mí á los pequeñuelos, pues el reino de los cielos les pertenece.*

En medio de tantas atenciones como rodeaban á este Santo fundador, no se olvidaba de sus pobres galeotes, á los que habia establecido y asistia en su primer hospicio, situado por él en la calle de S. Honorato. Para que esta su fundacion se perpetuase, trabajó infinito con los poderosos y con el Rey

Luis XIII, el cual le concedió en 1632 para hospicio un antiguo castillo situado entre la puerta de S. Bernardo y la ribera del Sena, cuyo hospicio prosperó en 1639 por el legado de seis mil libras de renta que le hizo un rico piadosísimo. Púsose tambien este hospicio al cuidado de las Hermanas de la Caridad, con el competente número de directores espirituales, sin que obstase esto para que por disposicion del Santo se hiciesen misiones en él por los PP. de la Congregacion. No se limitó en esta fundacion el Santo á los encadenados de París, sino que la extendió hasta los galeotes de Marsella, y como la muerte hubiese privado al conde Gondi terminar el hospital que empezó á su instancia para los enfermos penados, el Santo logró se verificase su conclusion por el ministro cardenal Richelieu y su piadosa sobrina Mad. de Aiguillon, que añadió una renta sobre sus estados para sostenerle. Muerto Luis XIII, la reina Doña Ana de Austria llamó á S. Vicente al consejo de regencia, y entónces se valió de su influencia para que sobre sus impuestos de Provenza se señalase á este hospital la renta anual de doce mil libras, renta que aumentaron despues el obispo de Marsella, Juan Bautista Gault, el piadoso Gaspar de Simiare, y por último el magnífico rey Luis XIII.

En 1736 la España con sus valientes tropas invade la Picardía, toma á Corbie y marcha triunfante hácia París, de cuya capital se apodera el terror. Como no estaba la Francia dispuesta á esta guerra, tuvo á toda prisa que reclutar tropas, y el claustro de S. Lázaro fué elegido para la enseñanza de los reclutas. Empezada la terrible lucha entre la casa de Borbon y la casa de Austria por Richelieu, que murió sin verla terminada, el principio de la guerra fué fatal á los franceses en Flandes, en la Alsacia y en Milan; pero el duque de Rohan venció á los españoles y á los austriacos coligados en la Valtelina. Muchos encuentros parecian haber asegurado la victoria á los franceses, cuando los españoles lograron invadir la Francia y ponerse á veinte leguas de París. La consternacion fué tal en esta capital, que se levantó en masa y todos tomaron las armas en defensa de sus lares. En estado semejante de agitacion, el patriotismo de S. Vicente no quedó ocioso; ofreció al Rey su cooperacion para todo; la casa de S. Lázaro estuvo convertida en cuartel de instruccion, y dotando al ejército con quince misioneros, que eran los únicos de que podia disponer, les proveyó de tiendas, víveres, carros y mulas. La peste atacó al ejército francés y tambien á los misioneros, pero fué benigna con estos, que cuando volvieron las armas triunfantes francesas á París, fueron victoreados como héroes.

La Lorena en 1639 padecia los efectos de la guerra más desastrosa; invadida por los suecos, la habian reducido á la miseria más espantosa, y los pueblos se hallaban desamparados de sus naturales, y arruinados la mayor

parte, viviendo las gentes que habian podido salvarse en los bosques en donde hacian una vida de salvajes, y el alimento de los pocos que habian quedado en las ciudades, se mantenian solo con bellotas, llegando el caso horrible de devorar las madres á sus propios hijos. Afligióse extraordinariamente cuando sus Lazaristas vinieron y le contaron tantos horrores, y áun cuando los lorenos no eran franceses y su duque era enemigo de la Francia, el Santo solo atiende á que son séres que necesitan de socorro, y demanda á la reina Ana, á la Aiguillon y á la más alta aristocracia limosnas para socorrer á aquellos desgraciados, á los que cediendo cuanto dinero habia en las arcas de S. Lázaro les envió un millon y seiscientas mil libras. No fué ingrato el país á este gran servicio, pues que el duque Cárlos en su nombre, cuanto se trató de la beatificacion del Santo, escribió al Papa: «que en los tiempos en que sus estados estaban desolados por la guerra, la peste y el hambre, este gran servidor de Dios habia sido su salvador y su padre.» Desbandada la nobleza de Lorena y con la noticia de los socorros de S. Vicente de Paul y de sus Lazaristas, emigró en gran parte á París; y la casa de S. Lázaro fué su principal refugio. Deseoso el Santo de socorrer á estos desgraciados nobles, invitó á la nobleza francesa á reunirse en asociacion á este fin, y ayudado del baron Renti, que murió en opinion de santo, consiguió su objeto, y los ocho años que los lorenos pasaron en Francia no les faltaron recursos de subsistencia, y cuando pudieron volver á su país, les proveyó el Santo de todo lo necesario para el viaje. No fueron solo los nobles de Lorena los que disfrutaron de la ardiente caridad de S. Vicente, participaron tambien de ella lores ingleses de Escocia y de Irlanda, que deseando conservar la religion de sus padres, huyeron á Francia perseguidos por Cromwell, que vendia á los nobles prisioneros por esclavos á los plantadores de América, y puso á precio las cabezas de los sacerdotes católicos de Irlanda. Temiendo el Santo que la ociosidad viciase á estos sacerdotes, los hizo reunirse varias veces á la semana para conversar sobre puntos de religion y de moral. Las facciones heréticas cometian diariamente muchos sacrilegios y maltrataban á los católicos, lo cual mantenia en Francia en pié la guerra cívico-religiosa, que tantos males causó al país. S. Vicente, que deseaba la paz, acudió á pedirla al cardenal ministro Armando de Richelieu, y este gran político, que murió despues el 4 de Diciembre de 1642, le prometió trabajar en este sentido. La muerte del cardenal Richelieu contristó tanto á Luis XIII, que le llevó la pena al sepulcro el 14 de Mayo de 1643. Llamado S. Vicente por el Rey, consoló á éste en sus últimos momentos, que fueron los de un justo, por lo que bien merece el elogio de Malherbe, que dijo: «Tiene todas las virtudes de los reyes, sin tener ninguno de sus defectos.» La reina Doña Ana de Austria, esposa de Luis XIII, quedó regentan-

do el reino á la muerte de éste, y deseando gobernar bien estableció un Consejo de Estado, compuesto del cardenal Mazarino, sucesor de Richelieu, el canciller Segnier, Mr. Charton, penitenciario de Nuestra Señora, y Vicente de Paul, que fué obligado á admitir á pesar de su resistencia. Diez años desempeñó el Santo el cargo de consejero, muy penoso para él, pues que fiando los demás en su capacidad y virtud le encargaban el despacho de los asuntos más graves. Su estancia en el Consejo de Regencia fué sumamente beneficiosa para la Religion y para el Estado, y poco grata para los malos sacerdotes á los que metió en subordinacion, evitando tambien que el cardenal Mazarino, que no fué virtuoso ni tan grande como su antecesor Richelieu, hiciese prevalecer su opinion en cuestiones que suscitaba con poco escrúpulo para llenar sus arcas. El mal gobierno del cardenal Mazarino trajo tras sí la guerra civil de la Fronda. Revolucionado Paris en 6 de Enero de 1649 contra el Gobierno, no pudo ser sofocado este movimiento; pero como la grandeza francesa no tomó parte en la sedicion, el motin fué casi del todo popular. La familia Real y el Cardenal huyeron de la capital al estallar la rebelion, y el principe de Condé no tardó en llegar con un ejército á bloquear á París. Siendo S. Vicente el predicador más celoso de la paz, puede considerarse lo que afligiria á su alma este incidente guerrero. Fiel súbdito de la reina Ana, á la que debia mil consideraciones, y amigo del príncipe de Condé, del presidente Molé y de otros señores de sus asambleas caritativas, se encontró el Santo en una posicion muy embarazosa, y se resolvió á permanecer neutral en esta contienda; pero viendo que la tormenta política arreciaba, salió de París con licencia del Parlamento, y dirigiéndose á San German abogó ante la Reina y el Cardenal por la paz; pero sus súplicas no encontraron todo el buen éxito que se propuso. En vista de esto y no creyendo prudente volver á París, fué á situarse en una quinta de San Lázaro llamada Val-de-Puisseaux en Beauce, cerca de Etampes, en donde recibia las desconsoladoras noticias de las vejaciones y saqueos que sufrian sus posesiones de San Lázaro. Visitó el Santo las casas de Lazaristas de las provincias, y apaciguada aquella rebelion, volvió á París en Julio de 1640, en un coche que le mandó la duquesa de Aiguillon, con el cual tuvo que quedarse en propiedad á ruegos suyos y hasta de la reina Ana, que viéndole torpe de las piernas, le obligó diciéndole que era preciso usase el carruaje para que su debilidad no le privase seguir su vida activa y la visita de las casas de caridad que le debian su fundacion.

Logrando con su pérfida política el cardenal Mazarino desacreditar al príncipe de Condé con el pueblo, los revolucionarios Frondeurs se unieron al Cardenal, y cogidos prisioneros el de Condé, su hermano, el príncipe de Conti y el duque de Longueville, fueron mandados á Vincennes, providencia

despótica que produjo la guerra civil. Unido Turena con la duquesa de Longueville, que deseaba vengar á su esposo, firmó un tratado de alianza con España y tomó varias plazas con el auxilio de los españoles; pero fué batido delante de la plaza de Rhetel por el mariscal Plessis-Praslin, dejando en el campo muchos muertos insepultos, que fueron enterrados por órden y á costa de S. Vicente de Paul. Revolucionóse Burdeos y la regente mandó, para sofocar la rebelion, un pequeño ejército á las órdenes del conde Palluan. La lucha por esta parte produjo muchos extranjeros que servian en el ejército real en un estado lamentable, los que mandados despues de varios descalabros á Troyes, recorrian las calles pordioseando y llenos de miseria, á los que se unian en el propio estado porcion de viudas y huérfanos de los que habian sucumbido en los desastres. Sabedor de esto el Santo, mandó un misionero á aquel pais para que cuidase de socorrer aquellas necesidades, y poniendo á las viudas en el hospicio de San Nicolás, donde se las hizo hilar y coser, y recogiendo á los niños en otro local, á todos proveyó la caritativa solicitud del siervo de Dios. Tanta generosidad hácia los irlandeses refugiados en Francia, pues la mayor parte eran de este país católico, regocijaron á la Champagne y á la Picardía, provincias que sufrian estas amarguras, que llegaron á su colmo en 1650 despues de la retirada de los ejércitos de las cercanías de Guisa, en que quedaron muchos soldados abandonados y muriendo de hambre. Acudiendo el Santo con lágrimas de caridad á la presidenta de Herse, esta señora, compadecida por su relato, le dió una respetable cantidad, con la que S. Vicente mandó dos de sus misioneros á recorrer aquellos pueblos, á fin de que socorriesen en el cuerpo y en el alma á los desgraciados soldados que encontrasen en el lamentable estado que se le habia pintado. Aterrador era el cuadro que encontraron en el pais los misioneros, quemadas las mieses y saqueadas las casas por los ejércitos, vagaban las gentes pidiendo misericordia por las calles y por los campos. El hambre es tal, escribia uno de los misioneros al Santo, que vemos en la Picardía á los hombres comer la tierra, pacer la yerba, buscar con afan la corteza de los árboles, desgarrar los harapos de que estan cubiertos para tragárselos; pero lo que nos horroriza sobremanera, y no nos atreveriamos á decir, si no lo hubieramos visto, es que se comen sus brazos y sus manos y mueren desesperados; lo propio sucedia en la Champagne. En medio de tan espantosa situacion, solo S. Vicente no desespera encontrar remedio á tan gran mal, y demandando limosna de puerta en puerta y excitando con su persuasiva elocuencia el zelo de las señoras de la Caridad, muchas de las cuales habian sido muy castigadas por la revolucion, en los diez años que duró el estado aflictivo de estas provincias, las mandó en limosnas más de un millon de francos. La gratitud se levantó en favor de S. Vicente y de las caritativas

señoras sus hijas, y dándoles gracias todos los concejos, la ciudad de Reims al propio tiempo acordó se celebrase diariamente en el altar de S. Remigio una misa por los bienhechores de la provincia, y una procesion en 1651 para rogar á Dios por ellos. Libres los príncipes, y separado el cardenal Mazarino, el príncipe de Condé intentó apoderarse del mando, pero temiendo la reina Ana mucho de su carácter altanero, hizo causa comun con los Frondeurs, y reuniendo el Parlamento el 17 de Agosto de 1651, acusó al príncipe de mantener correspondencias secretas con los extranjeros, y fué tan espantosa la sesion, á que asistió Condé, que se trabó un combate dentro del mismo Parlamento, en el que pudieron quedar casi todos muertos si Dios no lo evitase. Obligada la reina Ana á elegir entre Condé y Conti, se decidió por este para el que consiguió el capelo de cardenal, lo que disgustó de tal modo al primero, que retirándose á su gobierno de Guiena, reunió tropas y enarboló de nuevo la bandera de la rebelion, con la que volvió contra París, en donde le hostilizó el ejército de Turena. Esta encarnizada guerra civil obligó á los campesinos de treinta leguas á la redonda á abandonar sus casas, expuestas siempre al pillaje de los unos y de los otros, y la miseria llegó á ser espantosa, y cuenta Laporte, al describir estos desastres, que por do quier se veian miserables muertos de hambre insepultos, y que él mismo vió, al pasar por el puente de Melun, tres niños sobre su difunta madre, de los que uno aún se hallaba agarrado á sus pechos. La Reina tenia noticia de estas miserias, pero áun cuando su sensible corazon estaba destrozado por el dolor, no podia remediarlas. S. Vicente no pudiendo acoger bajo su manto protector tanto desgraciado, y deseoso de disminuir el mal en lo posible, mandó secciones de misioneros á diferentes puntos. Al llegar á Etampes, plaza fuerte, que acababa de sostener un sitio, una de estas secciones vió con horror hacinados en montones á la puerta de la ciudad multitud de cadáveres de los soldados del ejército real, y otros muchos montones dentro de la ciudad cubiertos con estiércol en varias de sus calles, por las que andaban los habitantes macilentos, lívidos y tan desfigurados que parecian esqueletos humanos que se movian por resorte. Empezaron los misioneros Lazaristas por enterrar y hacer enterrar á aquella multitud de muertos y fumigar despues las casas y las calles para purificar aquella apestada atmósfera con yerbas aromáticas quemadas á este fin, y trasformándose en hospitalarios, se encargaron de la cura y cuidado de los heridos y de los enfermos. Restablecido el órden, recogieron los Lazaristas á los muchos niños que habian quedado huérfanos en una casa á propósito; pero si bien lograron dominar la miseria estos piadosos Lazaristas, murieron uno en pos de otro los cinco que componian la mision de Etampes, y no pocas Hermanas de la Caridad, que les ayudaron en sus tareas, sucumbieron tambien, lo cual hizo

exclamar á S. Vicente de Paul cuando le dieron la noticia: «Felices ellos que han muerto con las armas en la mano, y han alcanzado en el campo de batalla la palma prometida á los que combaten hasta su último aliento.» A fin de aminorar la miseria en las parroquias de Juoysi y de Atys y otras, hizo cuanto pudo el Santo, y á excitacion suya estableció M. Duplesis Mombart, una especie de monte al que los que no pudiesen mandar dinero, mandasen alhajas, ropas y muebles, lo cual fué un gran recurso en aquellos calamitosos tiempos. Con provisiones diarias socorrió el Santo la miseria del pueblo de Paleisean, en lo que le ayudó poderosamente la caritativa duquesa de Aiguillon. La asistencia á los pobres contagió no solo á los Lazaristas que visitaban las aldeas, sino que tambien á los de París, pero no por esto desmayó el Santo, que reemplazaba á los enfermos con los pocos que se habian librado, consolando á sus hermanos con pláticas llenas de uncion religiosa, que los vigorizaban y sostenian en medio de sus sufrimientos. Como la miseria extendió tambien sus negras alas en París, S. Vicente dispuso que todos los dias se distribuyese á los pobres en la puerta de S. Lázaro raciones de potaje á quince mil hambrientos. Sabiendo que sus parientes y los vecinos de su pueblo natal, que se habian librado de los desastres de Burdeos, se hallaban en la mayor miseria, les mandó mil francos que habia recibido expresamente para este objeto su amigo Mr. Fresne, única cosa que hizo por los suyos, siendo así que distribuyó muchos millones de limosnas y que tanto podia en la corte. A las limosnas, á su constante solicitud para remediar á los pobres en aquellos dias de luto y de amargura, unia el siervo de Dios sus ayunos, disciplinas y oraciones para implorar la misericordia de Dios, aumentando estos ejercicios conforme arreciaba el mal, y todo en provecho del prójimo, por quien pedia todo y nada para sí, pues que todo era caridad y el santo fuego de esta llama divina tenia encendido su corazon. Aún hizo más inspirado de Dios, escribió á los obispos que no abandonasen sus sillas miéntras durase la calamidad que afligía á la Francia, y esta precaucion evitó se levantasen algunas ciudades. A imitacion del glorioso S. Bernardo, salió de su retiro, y se resolvió hacer cuanto pudiese para reconciliar á los príncipes con el Rey, empresa, segun Abelly, dificilísima y áun peligrosa en aquella época. Con este deseo corrió muchas veces desde los pies del trono al campamento de los príncipes rebeldes y vice versa, y un feliz resultado coronó sus esfuerzos poco despues con una reconciliacion, en la que se demostró bien á las claras que Dios habia bendecido su empresa. Volvió el Rey á París, y si bien se arrestó en el Louvre á Pablo de Gondi su discípulo, por sus ruegos le convirtió Dios, y de héroe de la Fronda vino á ser un prelado que edificó á todos despues por su piedad y demás virtudes cristianas. Arrestado el cardenal de Retz, volvió triunfante á París el cardenal Mazarino, más poderoso

que nunca, pues que sus más encarnizados enemigos vinieron á rendirle homenaje con escándalo público. Solo S. Vicente guardó su dignidad en aquella ocasion, y así es que manifiesta Orsini, que diciendo un elevado personaje á la reina Ana, que conocia pocas personas tan adictas, sinceras y constantes servidoras á su patria y á su Rey como Vicente de Paul, le contestó la Reina: *Mr. Vicente es un fiel servidor de su Dios y de su príncipe.* Dijose por entónces que el Santo iba á ser nombrado cardenal, y si no lo fué, creemos fuese porque su humildad se opondria á esta dignidad más que porque hubiese quien contrariase su eleccion. No ha faltado quien ha pretendido eclipsar la gloria de S. Vicente de Paul, atribuyendo el establecimiento de las misiones de China y de otros puntos á los PP. de la Compañia de Jesus; pero su empeño ha salido fallido, porque la verdad se ha presentado á desvanecer el supuesto y la duda, tan luego como se inició el primero y empezó la segunda, dejando al glorioso Vicente en el puesto que le corresponde (1).

Imposible parece á la verdad que un hombre fuese capaz de concebir y de ejecutar al propio tiempo tantas cosas á la vez, y esto despues de una vida laboriosísima ocupada en fundaciones, que la menor de ellas necesita largo tiempo de meditacion, y muchos años las más para dejarlas terminadas en la práctica; é imposible es ciertamente, si se suman las obras hechas por San Vicente de Paul, que se hagan por un solo hombre; pero este hombre estaba lleno del espíritu de Dios, y el alma que tan bien vestida está es capaz de todo, y da á su cuerpo el vigor y agilidad necesaria para hacer cuanto ha concebido. Cuando se considera á Vicente (dice el autor anónimo de su Vida, publicada por el piadoso editor Tejado, uno de los más celosos miembros

(1) En el suplemento á la *Historia eclesiástica* de Natal Alejandro, tomo II, se ve una disertacion en que dice: «que habiendo el P. Rhodes, jesuita, inclinado al Papa á enviar á China, Siam, Tumquim, Pegú, etc., misioneros obispos, que creasen un clero natural de aquellos países, para la más facil conversion de sus gentes, y agradándole á Su Santidad el pensamiento, le mandó que buscase en Francia eclesiásticos capaces de desempeñar tan importante negocio, y el P. Rhodes halló en Paris una pequeña congregacion de clérigos, la que presidia y gobernaba otro jesuita llamado Bagot: de cuyos clérigos fueron escogidos los tres Laval, La Pallú, Cotolendi, Deydier, etc.» Mas debe oirse al P. Eusebio del Sacramento, trinitario descalzo, que dice en el *Compendio de la vida del Santo*. «Por este tiempo (habla del año 1637) atendia el venerable Padre en Paris, por un mandato del Papa que le habia insinuado el nuncio de aquel reino, á solicitar y ordenar el instituto de las Misiones en las tierras de los infieles y herejes, y así persuadió vivamente á Madama la duquesa de Aiguillon, á que hiciese á su costa, como lo hizo, aquella fundacion esclarecida é ilustre, que tuvo principio algunos años despues de la muerte de Vicente, concurriendo á ella muchos obispos y sacerdotes de la *Compañia de la Conferencia eclesiástica* que el siervo de Dios habia fundado; y cooperando á esto mucho tambien los celosísimos PP. Rhodes y Bagot, de la Compañia de Jesús, los cuales eran amigos y confidentes del beato Vicente, y le miraban con veneracion.» Aquí se nota la diferencia, y cómo el P. Bagot no era presidente y director de la *Compañia de la Conferencia eclesiástica*, sino únicamente amigo y admirador de S. Vicente de Paul, único autor y jefe de dicha Compañia. Ni esta pudo ser *pequeña*, puesto que ha sido de las cosas más grandes y útiles que ha visto la Iglesia, á pesar de llamarla *minima* su modesto fundador.

de la Asociacion de S. Vicente de Paul en Madrid) aplicado á socorrer los males presentes, los males que hieren su vista y laceran su corazon, se creeria que todo entero está allí y que ya no tiene pensamiento para otras obras, porque, ¿quién creeria que miéntras que se multiplica y se consume en favor y al lado de todas las víctimas de las discordias civiles para socorrerlas y santificarlas, para dulcificar sus penas y poner término definitivo en ellas, prosigue y conserva con una actividad siempre igual todas las santas empresas que ha empezado y que deben sobrevivirle, ó que aún medita todavía, prepara y cumple nuevas instituciones, cada una de las cuales llenaria y honraria toda la vida de otro hombre? En efecto, el sensible corazon de Vicente, ardiendo en caridad, no se satisfacia nunca en cuanto á proporcionar bienes reales, morales y espirituales á los pobres, y vamos á presentar otras dos grandes obras que le debe la humanidad, obras que sin más títulos bastarian para inmortalizarle: fueron estas la creacion del hospital de los ancianos en 1653, y el hospital general, que despues de mil dificultades empezó á funcionar el año 1657: hablaremos de ambos lo suficiente á dar á conocer este gran servicio humanitario de nuestro santo varon. Un parisiense, ó al ménos vecino de esta capital, se acercó un dia al Santo á poner á su disposicion una cantidad metálica para que la diese aplicacion caritativa, con tal de que ocultase su nombre, pues que hacia esto por Dios y para Dios, y no por el mundo. Agradecióle el Santo tan piadosa donacion prometiéndole el secreto, y reflexionando el mejor empleo que dar á un dinéro venido con tanta cautela como amor á Dios, el cielo le inspiró la feliz idea de fundar un hospicio para los ancianos, á fin de que los pobres en los últimos años de su vida tuviesen un asilo en donde aguardar la muerte con ménos pena y más descanso y para prepararse á la vida eterna. Comunicada la idea al donante, la aceptó muy gustoso, con solo la condicion de que el hospicio habia de estar siempre á cargo de los superiores generales de los misioneros de S. Lázaro. Ya autorizado S. Vicente, compró en el arrabal de S. Lorenzo de París dos casas y terreno anejo en que edificar, y haciendo el hospicio con su competente capilla, le alhajó convenientemente para alojar en él veinte hombres y veinte mujeres con la debida separacion, y aún le quedó dinero para adquirir una renta anual con que sostener todas las obligaciones de la casa. Aun cuando dispuso la separacion de sexos, lo hizo de tal modo que, sin verse, unos y otros asistian á una misma misa y á las pláticas y lecturas. A fin de que no estuviesen ociosos los acogidos les hizo trabajar en diversos oficios, proveyendo el establecimiento de los instrumentos y herramientas necesarias al efecto. Puso Hermanas de la Caridad al cuidado de hospicio, y no contento con que sus misioneros fuesen diariamente á dirigir el alma de los ancianos, el mismo Santo iba á instruirles dulcemente en sus

deberes y á predicarles la paz y la union y la gratitud hácia Dios, que se habia dignado proveer á sus necesidades, sacándoles de la miseria y del abandono en que se hallaban; y por último, escribió un reglamento para el gobierno del establecimiento, tan perfecto, que fué elogiado como modelo de leyes de este género por los más sabios magistrados de la época. Dióle S. Vicente el título de *Hospicio de Jesús*, y no permitió se pusiese su nombre en la escritura pública de fundacion, la cual aprobada por el arzobispo de París, que puso bajo sus órdenes y de sus sucesores el gobierno de esta casa de beneficencia, fué confirmada por el Rey. Esta fundacion mereció á nuestro Santo las bendiciones de todos los buenos católicos, que vieron en aquel hospicio, más que un monasterio de religiosos, un albergue de pobres seglares.

Las guerras civiles habian hecho tantos pobres que pululaban por las calles de París, saliendo de entre ellos multitud de rateros y ladrones que hacian peligrosa la salida por las calles en cuanto anochecia. Tratóse en 1602 de desembarazar la poblacion de tan peligrosa plaga, encerrando á los pobres en diversos puntos, y á pesar de los bandos publicados por el Parlamento contra los mendigos y vagamundos, estas casas de asilo no pudieron sostenerse y se las abandonó. La creacion del hospicio de los ancianos llamó doblemente la atencion sobre este particular, y creyendo las señoras de la Caridad que nadie como S. Vicente podria remediar el mal de la mendicidad que iba en aumento, idearon comprometer su corazon piadoso á que se interesase en tan grave empresa. Tratando entre sí los medios de llevar á cabo la creacion de un hospicio general, entre dos solas señoras se ofrecieron á este fin cincuenta mil libras para empezar, y tres mil de renta para ayuda de su sosten, cantidades que fueron aumentando las demás segun sus posibles. Reunidas un dia bajo la presidencia del Santo, le hicieron la proposicion, que le llenó de gozo, felicitándolas por tan buen pensamiento y generoso desprendimiento, y prometiendo pedir el auxilio de Dios para plantearle. En una segunda reunion, viendo el Santo que muchas señoras ricas se asociaron á la idea prometiendo recursos, se decidió á poner en planta tan colosal plan, á cuyo fin empezó por pedir á la Reina la casa y cercados de la Salitrería, que estaba sin uso alguno, y aquella benéfica regenta mandó se hiciese la donacion de aquellos terrenos para el indicado fin. A pesar de que las señoras quisieron hacer sobre la marcha el establecimiento, el Santo contuvo con sabias reflexiones su impaciencia, deseando hacer ántes un ensayo, en el que no se obligase á los pobres, á fin de que acogiéndose solo á los que viniesen voluntariamente al hospicio, el buen trato que estos verian se les daba, fuese el gancho que arrastrase á los demás, pues que la precipitacion y la violencia podrian por el contrario venir á ser un obstáculo á los designios de

Dios, que quiere que el bien se haga siempre con dulzura. Tantas dificultades se suscitaron para el establecimiento, que estuvo á pique de fracasar tan feliz idea; pero la constancia del Santo y de las señoras, y la decision de Mr. Pompone de Bellevre, primer presidente del Parlamento, vencieron todos los obstáculos, y en 1656 nombró el Rey administradores probos y de buen criterio, capaces de llevar adelante tan feliz pensamiento. Ya dispuesto todo á este fin, publicó el Parlamento un bando manifestando que el dia 7 de Abril de 1657 se abriria el hospicio general, anunciándose por voz de pregonero con la solemnidad acostumbrada en mandatos de esta clase, que se prohibia á los mendigos desde aquel dia pedir limosna en París. A fin de que lo dispuesto se llevase á buen fin con mayor facilidad, se hizo salir á sus provincias respectivas á los pobres que estaban en disposicion de trabajar; pero aun con esto acudieron más de cuatro mil pobres al nuevo asilo. Fué confiada la direccion espiritual á los misioneros de S. Lázaro; pero S. Vicente, meditándolo bien y oida la comunidad, la rehusó, nombrando, para no perjudicar á la nueva creacion, rector del hospicio al P. Abelly, uno de los más celosos sacerdotes de su conferencia, que despues fué obispo de Rhodez y su primer historiador. Este establecimiento benéfico prosperó mucho despues bajo el reinado de Luis XIV, siendo el cardenal Mazarino uno de sus más generosos protectores, pues que además de haberle dado cien mil libras, le dejó otras sesenta mil en su testamento, en lo que le imitó del propio modo el caritativo Mr. Pompone, que tambien le legó más de sesenta mil escudos. Léjos de intimidar á S. Vicente las maldiciones y blasfemias que le dirigieron los miserables obligados á vivir en el Hospicio, que deseando más la vagancia que el recogimiento le denostaban por la parte que tomó en esta fundacion, estableció otro hospital para los pobres peregrinos en la diócesis de Autun, y si Dios pusiera á su disposicion los tesoros de Creso, mil y mil hospicios y hospitales levantaria el santo varon en todas partes para bien y consuelo de la humanidad; tal fué el fuego de caridad que ardia en su corazon. Como S. Vicente no quiso admitir la direccion del Hospicio general, ni las Hermanas de la Caridad se atrevieron á establecer en él una seccion, las señoras del Hospital se retiraron tambien de él, sin retirar por esto las donaciones que le habian hecho. S. Vicente se opuso, como hemos visto, á que los pobres fuesen obligados á encerrarse, y deseaba que los que en él entrasen fuese por su voluntad, pues que la experiencia le habia enseñado que si todo puede conseguirse por la persuasion seguida con constancia y paciencia, poco es lo que se alcanza por medio de la fuerza, que en último resultado es una cuerda sumamente tirante que acaba siempre por romperse cuando más interesa tenerla sana, y asi es como consiguió extinguir la mendicidad de Chacon como hemos

visto: el tiempo se encargó de justificar la opinion del Santo, dejando consignado que su caridad privada era más eficaz y poderosa que la pública asistencia apoyada en las prescripciones y restricciones legales. En efecto, el Hospicio solo tuvo una época, y llego á ser un hospicio particular, en el que los hombres se acogieron en Bicêtre y las mujeres en la Salpetrería, dejándose de obligar á los pobres á encerrarse para extinguir por este medio la mendicidad, y aún se trabaja en Francia en este sentido, siendo muchos de la opinion de S. Vicente, «de que es una crueldad privar forzosamente »de su libertad á los que ya estan desheredados de todas las ventajas de la »fortuna, y que se llegaria á los mismos fines, y áun á mejores quizás, por »medios más suaves y persuasivos.» Las peripecias de nuestro Hospicio de Madrid, creacion del B. Simon de Rojas, y del establecimiento del asilo de S. Bernardino, debido á la caritativa solicitud del Sr. Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, nos han confirmado la acertada opinion del Santo en cuanto á esta clase de fundaciones benéficas. De todos modos la gloria de la creacion del primer hospicio para los ancianos y la de las primeras tentativas y medios para establecer el general pertenece á S. Vicente de Paul, que, como dice el anónimo citado, concibió la idea, no de abolir la pobreza, sino de extinguir la mendicidad, lo cual fué para él una tierra prometida, que le hizo entrever su corazon, en la que no entró, pero á la que no desesperó nunca de llegar. Habia visto cumplirse con la gracia de Dios y la asistencia de las almas caritativas tantos otros prodigios! Y quién sabe lo que hubiera sucedido si ideas muy terrenales no hubieran venido á ayudar y derribar al mismo tiempo sus cristianos proyectos! Ya tenia rentas considerables, más de diez mil camas completas y un inmenso mueblaje, que cedió á la administracion del Hospicio general. La semilla que Dios bendice, tiene otra virtud y produce otros frutos que la que está fecundada con las preparaciones y el trabajo de los hombres. Seguiremos á este autor por un poco de tiempo en cosas relativas á nuestro Santo que no vemos consignadas en las demás historias que consultamos para este artículo. «No era de creer que Vicente, dedicado á socorrer los males presentes de la Francia, á crear gigantescos establecimientos, á dar á la Iglesia nuevas familias de operarios evangélicos ó servidores de los pobres, presidiendo cada dia grandes y provechosas asociaciones caritativas ó conferencias eclesiásticas, dirigiendo los retiros, misiones y seminarios, viendo abrirse bajo su mano cien establecimientos que era preciso constituir, reglar y perpetuar, no haya tenido tiempo, pensamiento ni corazon para dedicarse al servicio de los particulares. Léjos de esto, su puerta estaba abierta á todos los que reclamaban su asistencia y sus consejos; mostrábase el hombre más amable, afable y accesible, el hombre hácia el cual convergian todas las dudas para ser resueltas, todos los arre-

pentimientos para ser perdonados, todas las miserias para ser socorridas, y todos los buenos designios para ser bendecidos y dirigidos. Hacia, pues, servicios espirituales y temporales á multitud de personas, ya por sí mismo, ya por medio de las personas á quienes dirigia. Acudió tambien en auxilio de un gran número de comunidades, que le miraron como á un bienhechor, como á uno de sus padres, como á uno de sus fundadores. Los religiosos de S. Mauro, de S. Bernardo, de S. Antonio, los Canónigos regulares de San Agustin, de Premostratense, de Vermon y otros, le debieron grandes obligaciones. Sábese que dirigia diferentes conventos de la Visitacion, que se habian establecido en París y en sus cercanías, siendo de grande apoyo á la Orden de S. Juan de Jerusalen y á las Hijas de la Cruz. En 1636 Sillery, comendador del Temple y uno de los diplomáticos afamados de aquel tiempo, que habia vivido en muchas capitales de Europa con gran reputacion de inteligencia y cortesanía, movido de la gracia de Dios, vino á reclamar los consejos y la direccion de Vicente. Veia en él Vicente una excelente tierra, que no pedia más que ser cultivada para producir una cosecha abundante, y su palabra penetró del mismo modo en el corazon de Sillery en París, que en otro tiempo en Chatillon en el del señor de Rougemont. El noble comendador tardó poco en persuadirse de que solo un negocio es importante, el de la salvacion, y estimó en nada todos los demás, conociendo que toda su habilidad debia emplearse en la buena direccion de este último. Deshízose de sus ricos muebles, de sus trenes, y fueron los pobres los herederos de aquel lujo; pero aún no satisfecho, quiso desprenderse de sí mismo y consagrarse á Dios, lo que ejecutó recibiendo las sagradas órdenes. La caridad y el celo apostólico de Vicente pasan al alma de su discípulo. Muchos religiosos y curas dependen del gran priorato del Temple de París; el señor de Sillery recibe del gran maestre la comision de girar una visita por él, y entiéndese con Vicente, para que al mismo tiempo que las visitas, se hagan en las parroquias comprendidas en su territorio misiones para beneficio espiritual de los fieles y de los pastores. Como en otro tiempo todas las tierras de la casa de Condi, hoy todos los curatos dependientes del Temple son evangelizados y renovados en la fe y práctica de las buenas obras. La misma casa del Temple llega al caso de elevarse á una verdadera reforma que, santificándola, contribuye poderosamente á conservar el bien que se hace en todas sus dependencias. Vicente trabajó tambien en esta grande obra, trasladándose con este fin, durante muchos dias, al mismo Temple, y aun cuando no sacó todo el fruto que debiera por no haberse seguido estrictamente su consejo, no dejó de producir muchos bienes, y así fué que el gran maestre de Malta, Lascaris, le escribió las más expresivas gracias. Siempre fiel Sillery á su renuncia de los goces mundanos, murió de tal mo-

do en los brazos de S. Vicente, que mereció dijese este santo varon, «que nunca habia visto morir á nadie tan unido á Dios como este virtuoso y caritativo señor.» Hablando el expresado autor anónimo de las *Hijas de la Cruz*, dice: «Vicente engrandece cuanto toca. La direccion particular del »señor de Sillery llegó á ser un servicio público y un beneficio para la »Iglesia; llamado para aconsejar á una virtuosa señora, María de Huillier, »viuda del señor de Villanueva, sus consejos se dirigieron á la conservacion »de una santa comunidad en la Iglesia de Dios. La señora de Villanueva ha»bia reunido en su rededor muchas jóvenes que empleaba en instruir á las »niñas en conocer á Dios, y en formarlas en las buenas costumbres. Con este »fin las repartia por los barrios y pueblos en que no habia escuelas, y á pe»sar de los obstáculos que encontraban al llenar su mision estas piadosas »mujeres, la generalidad las bendecia y las dió el nombre de Hijas de la »Cruz, que han conservado despues. Constituidas ya en congregacion con »licencia del arzobispo de París, murió la señora de Villanueva ántes de »dejar terminada su obra: autorizadas por el gobierno, estaban protegi»das por la piadosísima duquesa de Aiguillon, que las estableció en sus esta»dos, bastándola solo la recomendacion de S. Vicente. A pesar de todo esto, »estas pobres jóvenes hubiesen sucumbido despues de la muerte de la fun»dadora, si Vicente no hubiese acudido á sostener la Congregacion. No con»tento con aconsejar á las Hijas de la Cruz, trató de buscarlas una protec»cion, y la halló en la señora viuda Travessay, que entró de superiora de »aquellas buenas hijas, y las puso un director espiritual, celoso y digno, »dándolas al propio tiempo reglas para su gobierno, por lo que bien puede »considerársele fundador de esta santa familia.»

Ya dejamos manifestado que la congregacion de S. Lázaro se fundó para evangelizar los pueblos y aldeas desmoralizadas por la guerra civil y por la herejía, y que siendo las misiones su principal objeto, lo demás era muy accesorio. Esta obra principal de la Congregacion era la más ingrata y difícil, y la que exigia mayor habilidad y prudencia para que diese los frutos que podian prometerse de ella. Era preciso, dice Orsini, que los operarios apostólicos, para santificar á los demás, tuvieran una caridad activa, un celo despojado de exageracion y de amargura, una humildad verdadera y un desinterés acrisolado; con arreglo á esta doctrina formó S. Vicente su plan para esta utilísima institucion católica. Aun cuando los misioneros llevaban por do quier su autorizacion real y la licencia de los diocesanos, jamás actuaban en los pueblos sin demandar ántes la vénia de los párrocos; y áun cuando ardiese la guerra civil por donde pasasen los Lazaristas, estos no reconocian más bandera que la cruz, siéndoles las demás iguales, y por lo tanto á todos los partidos servian y amonestaban. Cuando en una parroquia se

les ponia obstáculos ó prohibia llenar su mision, se retiraban sin murmurar con la mayor humildad. No podian aceptar en las misiones ni áun limosnas de misas, las cuales encargaban los misioneros se diesen á los enfermos, ni la mesa de un cura rico que los convidase á cómer; les estaba prohibido buscar el favor ni la aprobacion de los hombres, y se les exigia intenciones rectas y puras; además queria S. Vicente que el amor de Dios fuese activo y se probára con obras útiles á los hombres. Mandaba á los misioneros predicasen la palabra de Dios en un estilo sencillo, natural, y que recordase las enseñanzas de Jesucristo, pues que el deseo de hacer efecto en el púlpito, lo tenia como una tentacion del demonio, y por lo tanto exhortaba y áun reprendia cuando era necesario á sus sacerdotes en este sentido, pues que deseaba que los Lazaristas se sobrepusiesen á todas las debilidades humanas, por lo que decia: «Un misionero debe morir como si no tuviese cuerpo; no »temer ni el calor, ni el frio, ni el hambre, ni la enfermedad, ni las demás »miserias de este mundo. Debe considerarse feliz en padecer alguna cosa »por Jesucristo, y si huye de la pena, del trabajo y de los sufrimientos, es »indigno del nombre que lleva, y no es bueno para nada.» Siempre que habia de hacerse alguna mision, la anunciaban los párrocos á sus feligreses exhortándoles á la penitencia. Los Lazaristas iban á ella bajo la obediencia de un superior, y sus ejercicios consistian en catequizar, predicar, confesar, visitar á los enfermos, reconciliar á las familias, y en ejercer cuantas obras de caridad se les proporcionaba. A fin de que los labradores pudiesen aprovecharse de la mision, sin abandonar sus tareas, al alba predicaban el primer sermon, en la hora de siesta enseñaba la doctrina á los niños, y al anochecer tenia lugar el segundo sermon y las instrucciones religiosas para todos. Los sermones versaban muy especialmente sobre cuestiones fundamentales adecuadas al auditorio, contra los desórdenes que más se promueven entre las gentes del campo, y acerca de los deberes que tienen para con Dios y para con el prójimo, deberes que debe cumplir el que despues de una laboriosa vida pretenda alcanzar la bienaventuranza. Para enseñar la doctrina á los niños, se rodeaban de estos los misioneros, y muchas veces se vió en esta piadosa operacion á S. Vicente, sentado en un banco de piedra en el pórtico de las iglesias. Las misiones concluian por la confesion de los fieles, que despues daban gracias al Todopoderoso, al que obsequiaban con una solemne procesion. Estas misiones producian muchos arrepentimientos, perdones, restituciones y la paz de las familias y moralidad de los pueblos, y todos acababan por bendecir á su virtuoso fundador el glorioso S. Vicente. Los misioneros acompañaban á los ejércitos, y cuando el enemigo invadia las poblaciones, ayudaban á los vecinos á ocultar sus bienes, asistian á los heridos, y auxiliaban á los moribundos y á los apestados cuando se declaraba el

contagio. Más de setecientas misiones hicieron los Lazaristas en vida de su fundador, y aún en la avanzada edad de ochenta años se veia á éste trabajar en ellas con el mayor celo y vigor, siendo su mayor pesar el que sus achaques despues le privasen de dedicarse á un ejercicio que le deleitaba extraordinariamente.

El pensamiento misionista de S. Vicente abrazó el mundo entero, y siendo por lo tanto estrechos para extenderle los límites de la Francia, salió de ella para llevar á todas partes la luz de la gracia con que se alumbran las almas de los verdaderos fieles, á cuyos destellos se encienden las de los tibios para volver al buen camino, y conocen los ignorantes la necesidad de salir de las tinieblas por que caminan. La primera Mision que, segun Orsini, fundó S. Vicente en pais extranjero, fué en Roma en 1642, en cuyo año encargó al lazarista Luis Lebreton, que fué á la ciudad santa á ciertos asunto de la Congregacion, que predicase en las aldeas, lo que hizo en la diócesis del cardenal Lanti. Urbano VIII no solo bendijo esta obra, sino que permitió una casa de Mision en Roma, la cual se encargó de establecer la piadosa duquesa de Aiguillon. Empezaron los misioneros por evangelizar á los pastores semisalvajes de la campiña de Roma, segun la expresion de Orsini, pero esta mision, verificada entre las ruinas respetables de los monumentos romanos fué tan poética como peligrosa, tanto por la insalubridad de aquellos campos en aquella época, cuanto porque muchos de aquellos campesinos eran ladrones encubiertos que robaban á los viajeros y cometian mil desmanes, y tan bárbaros y agrestes como en los tiempos de Rómulo.

Los pastores del Lacio á la vista de los misioneros no se parecian en nada á los aldeanos franceses, así como aquellos desiertos campos no presentaban las risueñas campiñas de la Francia, y sí solo miseria, desolacion y una soledad espantosa, que hacian aún más triste y desagradable las ruinas y lo macilento de sus pocos habitantes, devorados por la fiebre que les causaban lagunas cenagosas que infestaban el aire que respiraban. Inclinados á la religion estos pastores, aunque insaciables y groseros, oyeron á los Lazaristas con respeto y atencion, y muchas veces enternecidos y sinceramente arrepentidos pedian a Dios misericordia, sometiéndose de buena voluntad á las prescripciones de los misioneros. Recorrieron los Lazaristas las aldeas de los estados de la Iglesia y de Nápoles, aquellos paises les debieron una gran parte de su civilizacion, siendo trofeo de los triunfos que consiguieron las capillas que se levantaron por los fieles para tener más casas de adoracion. No obstante estos grandes beneficios, de los que se manifestó muy complacida la Santa Sede, la mala fe y la intriga, hija de Satanás, procuraron inutilizar los esfuerzos evangélicos de los hijos de S. Vicente de Paul, y la institucion no se arraigó en la capital del orbe cristiano tanto como parecia

debiera ser. En desgracia el cardenal de Retz, discípulo de S. Vicente, se habia retirado á Roma, en donde vivia con la mayor estrechez en el pontificado de Alejandro VII, y sabiéndolo el Santo, le mandó una cantidad para que se socorriese, la que rehusó recibir el Cardenal, hijo de los señores de Gondi, porque sabia estaba empeñada la Congregacion. No pudiendo el Santo obligar á su antiguo discípulo á recibir este socorro, mandó á los Lazaristas de Roma le considerasen como si estuviese en el auge de su poder, y como así lo hiciera públicamente la Congregacion, la maledicencia levantó una terrible tormenta contra la casa de los Lazaristas, que estuvo á pique de cerrarse. Enterado de esto S. Vicente, respondió á los que se lo dijeron: «Suceda lo que Dios quiera. Prefiero perderlo todo ántes que la santa virtud del reconocimiento.» El papa Alejandro VII, que no se dejaba sorprender fácilmente, conoció la intriga; luego que le advirtió de ella Pablo de Gondi, léjos de declararse contra los Lazaristas, los apadrinó confirmando su instituto, mandando en 1662 que nadie pudiese recibir las órdenes sagradas en Roma ni en sus diócesis sufragáneas, sin hacer un retiro de diez dias al ménos en la casa de la Mision. El cardenal Durazo estableció otra casa del instituto de S. Vicente en Génova, pero desarrollada la peste en aquella comarca en 1657, estuvo á pique de cerrarse por haber muerto contagiados seis de los principales misioneros. Bajo los auspicios del marqués de Pianessi se estableció otra casa de misioneros en Turin, y María de Gonzaga, reina de Polonia, creó otra en la ciudad de Varsovia, de la que nombró superior San Vicente, en obsequio á la piadosa Reina, á Mr. Lamber su auxiliar más fuerte en la casa de París, cuyo santo sacerdote murió atacado de la peste en aquella capital. Ya creemos haber anunciado que en 1446 mando S. Vicente sus misioneros, por órden del papa Inocencio X, á Irlanda, que al prohibir al tirano Cromwel el ejercicio de la religion católica tuvieron que retirarse; lo propio que sucedió á los que no fueron aprisionados en las Hébridas del archipiélago escocés, en donde el expresado tirano mandó perseguir á los Lazaristas como si fuesen bestias feroces. En lucha la Córcega, que peleaba por su independencia, con los genoveses que la subyugaban, fueron á esta isla los Lazaristas, y á pesar de que aún regia en aquel país la ley del Deuteronomio, que permitia á los hijos de Israel causar herida por herida y muerte por muerte, y de la ignorancia de aquellos por otra parte habitantes de puras costumbres, los Lazaristas de S. Vicente fueron tan bien recibidos, que pudieron extender su doctrina en un país en que la religion cristiana era el verdadero ídolo de sus católicos y piadosísimos habitantes. La venganza entre los corsos se consideraba como grandeza de alma y virtud eminente, y esta preocupacion consiguió desarraigarse por los misioneros, siendo la inauguracion de que se extinguiese, la siguiente escena, contada por un la-

zarista de aquella mision, que nos ha conservado Orsini en su Vida del Santo. «Exhortaba al pueblo á que perdonase; Dios me inspiró sin duda; tomé en »mi mano el crucifijo que llevaba conmigo, y les dije: Pueblo, todos los que »besaren este crucifijo sacrifican sus odios. ¿Estais dispuestos á reconciliaros »los unos con los otros? Todos se miraron sin decir una palabra y nadie se »acercaba á mí; tan arraigadas estaban sus enemistades. Hice ademan de re»tirarme, oculté el crucifijo y exclamé: ¡Oh Niolo! ¡Niolo! Tú quieres ser »maldito de Dios! Entónces un cura cuyo sobrino habia sido asesinado, se »arroja en tierra, pide besar el crucifijo, y dice: que se acerque el asesino de »mi sobrino para que le abrace. Todos siguieron el ejemplo del sacerdote, »y todo fué lágrimas y reconciliacion, perdonando y olvidando al pié de la »cruz sus divisiones intestinas, con lo cual quedó completamente en paz y »moralizado aquel pais.»

No olvidándose S. Vicente de Paul de los esclavos cristianos que sufrian bajo sus tiranos dueños en Berbería, y con el auxilio de Luis XIII, logró llevar á las mazmorras el consuelo religioso que les faltaba. Fué á Túnez en 1615 Julian Guerin, lazarista de talento que habia sido ántes bravo militar, y siguiéndole otros al año siguiente, establecieron la casa mision; de la que á peticion del Santo autorizó el Papa, nombrando á los Lazaristas misioneros apostólicos y vicarios generales del arzobispado de Cartago, del que dependian Túnez y Argel. Sus principales deberes eran decir misa á los esclavos cristianos en sus mazmorras, enseñarles la religion, y amaestrarles en ella para que odiasen el mahometismo, lo cual tenia que hacerse con suma precaucion en un pais en que mandaban los musulmanes y ejercian influencia los judíos, que estaban apoderados del comercio. Conociendo S. Vicente lo espinoso de esta mision, aconsejó á sus Lazaristas reprimiesen algun tanto su celo, fuesen amables con todos y sufridos y áun tolerantes, en cuanto lo permitiese el decoro de la religion y el bien de las almas que iban á consolar ó á catequizar, conducta que siguieron admirablemente, por lo que merecieron los elogios de su superior. Casi todos los esclavos cristianos fueron atacados de la peste en el gran contagio que experimentó Túnez en 1446, y los misioneros tuvieron que hacer largas jornadas por aquellas montañas para cuidar y asistir á los que siguieran á los moros, lo que les valió la admiracion y hasta la consideracion de los infieles. Sucumbió apestado el P. Julian Guerin, y le sucedio Juan Lebacher, nombrado superior de las misiones berberiscas por S. Vicente, cuyo virtuoso sacerdote, dice Orsini, fué aquel misionero que despues de haber trabajado durante treinta y tres años en la salvacion de los esclavos cristianos y en la conversion de los turcos, terminó trágicamente su vida á la boca de un cañon en el bombardeo de Argel por la escuadra de Luis XIV. Cerca de millon y medio de libras empleó S. Vi-

cente de Paul en limosnas y redencion de cautivos en esta mision; de modo que llegó á resentirse el tesoro de su Congregacion, por lo que se quejaron los misioneros superiores de la casa de la Provenza; pero S. Vicente no se detuvo por eso en hacer este bien á la religion, y continuó prodigando recursos cuantos pudo. La mision de Madagascar, que tenia que combatir una ley de Isabel, que daba al hijo católico que abandonaba el culto de sus padres por la religion protestante el derecho de lanzar á sus padres y familia de la casa paterna, poniéndole al siguiente dia de su apostasía en posesion de los bienes de aquellos, ley que siguieron muy pocos; comenzó, sin embargo, bajo los mejores auspicios, pero sufrió terribles pruebas. Mandó á esta lejana isla S. Vicente á los lazaristas Nacquar y Gondrée, para que la evangelizasen y civilizasen, en Abril de 1648, y despues de una navegacion de ocho meses llegaron á esta isla, que es la mayor de las del mar de Africa, denominada tambien isla de S. Lorenzo. Internáronse en el país los dos misioneros en cuanto desembarcaron, y advirtieron que por lo pintoresco y por la feracidad de su suelo era un verdadero paraíso terrenal, pues que, sin que el hombre pusiera nada para su cultivo, producia en vegetales y animales cuanto aquellos habitantes necesitaban para su sustento. Dividíase la isla en muchas colonias independientes, que se gobernaban por sí propias reconociendo la autoridad de un jefe electivo ó hereditario, que era asistido por una especie de consejo ó senado. La ocupacion de los naturales estaba reducida á proporcionarse toda clase de placeres, y por lo tanto eran apasionados á la música, al baile y á los licores; tomaban cuantas mujeres querian, mataban á los niños que nacian en dias aciagos, é ignoraban casi del todo hubiese otra vida en que padecer ó gozar, siendo sin embargo muy sociales, de buen carácter y sufridos y áun agradecidos. Eran industriosos, pues que tejian bellas telas de seda y algodon, tenian un gran respeto á los ancianos y visitaban con veneracion las sepulturas de sus muertos. Su color era de aceituna, como originarios del Asia, y usaban largos cabellos. Instruidos los misioneros suficientemente en el lenguaje del país para que pudiesen entenderlos, recorrieron el país haciendo muchos prosélitos entre los idólatras y poquísimos entre los árabes de la secta de Alí, que se habian allí refugiado hacia tiempo y usurpado la provincia de Anossi, y hubieran ciertamente conquistado todo el país á Jesucristo, pero muriendo de fatiga Gondrée y poco despues Nacquar, cuando llegó el reemplazo que mandó San Vicente en Bourdaisse y otros cinco misioneros, si bien siguieron en un principio con viento próspero, pero muriendo cuatro misioneros y pidiendo nuevos refuerzos aquel, los que le mandaron en 1659 no pudieron llegar, y la Mision se vió imposibilitada de proseguir sus trabajos, que en vano trató de continuar Almenias, sucesor de S. Vicente, porque perecieron todos los La-

zaristas que mandó hasta 1672, en que fueron asesinados casi todos los franceses de la isla. Despues de esta funesta época y de la muerte del Santo, los Lazaristas se establecieron en China, en donde fueron tan estimados que el célebre Raus, presidente que fué allí del tribunal de las matemáticas, murió en Pekin, muy sentido del Emperador y de la corte; y tambien se establecieron en Persia y en Constantinopla, en cuya casa mision fué superior el sábio P. Vigier, autor de la mejor gramática elemental de la lengua turca.

Administraba S. Vicente su casa de S. Lázaro de París, de modo que fuese en esto como en lo espiritual el modelo de todas las demás de la Congregacion, y su gobierno se halla en la siguiente carta que escribia al superior de una nueva casa de sus misiones, la que copiamos de la vida escrita por Orsini. «No basta al nuevo director, al superior, proveer á las cosas espirirituales; »porque como los individuos á quienes dirige estan compuestos de cuerpo y »alma, tiene necesidad de proveer á las necesidades del uno y de la otra, á »ejemplo de Dios, quien además de sus divinas operaciones *ab intra*, ha crea»do el mundo *ad extra*, y se ocupa continuamente en conservarle con todas »sus dependencias, produciendo todos los años nuevas cosechas en la tierra »y nuevos frutos en los árboles. Los cuidados de su adorable providencia se »extienden hasta el más insignificante gusano; los de un superior, que repre»senta hasta cierto punto el poder de Dios, deben comprender igualmente »las cosas temporales más pequeñas, que no debe mirar como indignas de »él. Si nuestro Señor manda en el Evangelio que no nos cuidemos del dia »de mañana, es porque quiere que no tengamos mucho apego á los bienes »de la tierra, sin que debamos descuidar los medios de procurar el sustento »y proveernos de vestidos, pues de lo contrario la siembra seria inútil.» Tenia S. Vicente procuradores en S. Lázaro que se cuidasen de la administracion de la casa; pero no por eso dejaba de revisarlo todo y de que nada se hiciese sin su conocimiento, pues que tenia por principio, que inculcaba á todos sus subalternos, que los bienes que administraban eran de los pobres y servidores de Dios que debian ser alimentados. Encargaba la economía, que estriba en el órden y no en la avaricia, que, como la califica la Escritura, es la idolatría del oro; y cuando los colonos estaban insolventes por dificultad de intereses, léjos de acosarlos al pago, hacia se les prorogase el plazo, y áun solia añadirles anticipos para que saliesen de sus apuros. Viviase en S. Lázaro pobrísimamente evitando todo lo supérfluo, pues que decia: « Los bienes de esta casa son de los pobres; nosotros somos los ecónomos, pero no los dueños; y todo lo que no sea necesario, será materia sobre la que daremos estrecha cuenta.» La celda del Santo solo podria compararse con la de un capuchino por su pobreza, siendo el objeto de más valor material que tenia un crucifijo de madera, y sus hábitos estaban tan

raidos y remendados como los de los demás misioneros, pues que no se variaban miéntras pudieran llevarse medianamente decentes. Cuando les faltaba el sustento bendecia Vicente á Dios, porque les proporcionaba esta mortificacion del cuerpo, haciéndole sentir el hambre del pobre. Y como el procurador un dia que nada tenian dijese al Santo, que al paso que procuraba bienes para los pobres abandonaba á los suyos, le replicó el Santo: «Ruego á Dios os perdone estas palabras, que veo habeis dicho sencillamente; pero tened entendido que no seremos ricos miéntras no seamos semejantes á Jesucristo. Y hacia que al paso que no se molestase de modo alguno á los deudores á la Congregacion hasta que se les viese proceder de mala fe, se pagasen áun ántes de su vencimiento las obligaciones de esta, no dando lugar á que fuesen á cobrar los acreedores porque se lo mandaba á sus casas, siendo su doctrina en todas las cuestiones de intereses: «Miremos los intereses de otros como los nuestros; marchemos con rectitud y obremos legal y equitativamente con todo el mundo.» Quien tan perfectamente cuidaba de la administracion temporal, no podia dejar de distinguirse en la espiritual; y en esta ciertamente es en la que se ostenta mayormente su experiencia de los hombres y de las cosas, su prudencia y su sabiduría.

El Evangelio era la estrella que guiaba en su camino á S. Vicente, y procuraba ceñirse estrictamente á sus preceptos, procurando imitar en todo y hacer le imitasen sus misioneros á Jesucristo. Continuamente exhortaba á sus hijos á que procurasen adquirir la modestia, la sencillez, la humildad, la mortificacion y el celo por la salvacion de las almas, virtudes que querian fuesen el sello de su Congregacion, y que se viesen impresas en las acciones de todos sus miembros. Recomendaba á estos tambien la dulzura, con la que se atrae santamente á las almas al amor de Dios, y les prevenia contra el celo violento y precipitado, que solo obra por pasion. Sobre este particular dice Orsini que decia: «No hay hombres más constantes ni más »firmes en el bien, que los que son afables y bondadosos; y por el contrario, »aquellos que se dejan arrebatar de la cólera y por las pasiones del apetito »irascible, son por lo regular muy inconstantes, porque no obran sino por »arrebato y por capricho. Son semejantes en esto á los torrentes que no tie»nen fuerza sino en sus impetuosas avenidas, y que se secan tan pronto »como pasan; en lugar de que los rios, que representan á las personas bon»dadosas, tienen un curso tranquilo y silencioso, y no se agotan nunca.» Cuando la autoridad no es justa, dulce y fuerte á la vez, se sujeta el hombre con dificultad á su yugo; y áun cuando este era principio del Santo, hacia triunfar de las otras pasiones á la dulzura, porque aseguraba que tenia doble fuerza sobre las voluntades, que eran las que él queria tener. Dice un autor que S. Vicente era sumamente atento con todos, no usando jamás palabras

severas de mando; ántes bien expresiones amables y formas corteses, moderadas y llenas de uncion evangélica, por lo que lograba lo que deseaba sin dar lugar á la contradiccion; y esta conducta, que tan felices resultados le daba, era la que aconsejaba á todos los superiores. Jamás adulaba el Santo á nadie, por elevada que fuese su categoría, si bien no se abstenia de manifestar su aprecio al que lo merecia, y por lo tanto decia á los suyos: «Seamos afables, pero jamás aduladores; porque nada hay tan indigno de un corazon cristiano, como la lisonja, vicio que aborrece el hombre verdaderamente virtuoso.» Y así es que cuando uno de sus misioneros hacia una cosa digna de alabanza, nunca le lisonjeaba, sino que bendecia á Dios por la fidelidad que le habia inspirado, por la buena obra que habia hecho tomándole por mediador, por el resultado que habian tenido sus predicaciones y por la sábia conducta que le habia dictado: ahora cuando no estaba presente les hacia justicia delante de los demás, y les honraba siempre que se presentaba ocasion oportuna. A pesar de su superioridad nada hacia en la casa de S. Lázaro sin reunir ántes á todos los miembros de la Congregacion en consejo para tener en cuenta sus opiniones, que muchas veces preferia su humildad á las suyas; y de estos consejos no dispensaba ni á los hermanos que trabajaban en el campo, ni á los que se ocupaban en la cocina y demás oficios de la casa. No queria el Santo orgullo en los superiores; pero no toleraba se les rebajase en su presencia, ni que á pretexto de sus defectos se los censurase. Su humildad no le permitia recibir distincion alguna de parte de sus subordinados, y hasta les prohibió pararse para saludarle cuando le encontraban al paso. Léjos de mandar á sus sacerdotes arbitrariamente á puntos lejanos en que eran llamados ó necesarios, se lo proponia con dulzura, y áun les rogaba manifestándoles el bien que Dios queria hacer por su medio, y de este modo lograba que todos fuesen con gusto adonde les mandaba por lejano y peligroso que fuese el puesto. ¡Con cuánta ternura abrazaba Vicente á los sacerdotes cuando salian á la mision, en la que procuraba que nada de lo indispensable les faltase, y con qué júbilo los recibia cuando volvian! «Si son acreedores á un triunfo, decia, los generales que destruyen á los enemigos de su príncipe, ¿qué no se debe á los que vuelven de combatir á Satanás y á los ángeles malos, y á quienes han dejado confundidos á los enemigos de Dios? Los hermanos enfermos merecian una especialísima atencion de S. Vicente; les hacia frecuentes visitas, les consolaba en las aflicciones encomendándoles la paciencia; y cuando se hallaban en convalecencia, se complacia en distraerles contándoles alguna historia agradable; pero instruyéndolos y edificándolos al propio tiempo. Y era tanto el cuidado que tenia con estos enfermos, y el que queria tuviesen los demás superiores, que los autorizó hasta para vender los vasos sagrados, caso

necesario, ántes que permitir les faltasen las medicinas ó lo indispensable para su curacion. Muy sensible era al Santo tener que hacer advertencias á los subordinados que faltaban en algo á sus deberes; pero lo hacia con tal dulzura y destreza, que lograba arrancar de raíz el mal sin herir el corazon de la planta enferma. Sabia bien Vicente, como siente Orsini, que la correccion en manos de un superior engreido de su mérito, en cuyo caso desdeña á los demás, es el arma de la abeja irritada, que queda en la llaga y que á veces envenenándola produce la muerte. A fin de no producir este mal y procurar más bien la enmienda que deseaba, no acostumbraba á reprender en el acto, temiendo se mezclase alguna partícula humana en un consejo que debia proceder solo de la caridad; ántes de la reprension meditaba acerca de las disposiciones del culpable y los medios de corregirle, empezando la reprension poniendo por delante las buenas cualidades del culpable, y atribuyendo su falta á movimientos involuntarios difíciles de vencer. En fin, cuenta Orsini que á un superior que desobedeció varias veces sus órdenes, se contentó con esta reprension que le escribió: «Me parece que veo en vuestra tardanza la sombra de la desobediencia.» Siempre que escribia alguna filípica, á pesar suyo y solo por necesidad, á sus misioneros, les decia que Dios habia permitido sus faltas para darles la humildad y para obligarlos á redoblar su ardor en la grande obra de su salvacion y de la de los demás; é incluyéndose él mismo como culpable en la reprension, atacaba al orgullo con tal habilidad, que sin haberle visto herir se le sentia morir, por lo que decia un lazarista con gracia: «Vicente se parece al gran Señor, estrangula el amor propio con cordones de seda.» Siempre en apoyo de los débiles, los protegia contra los fuertes, evitando que el superior fuese juez en la propia causa, exhortándolos á que llevasen con paciencia los extravíos del débil y encargándoles que en los castigos indispensables dominase siempre un espíritu de dulzura y de caridad, dando á conocer al culpable que no se le castigaba por capricho, sino por su propio bien y el de los demás.

Consultaban los prelados y personas de la más elevada categoría á S. Vicente y á sus Lazaristas sobre los asuntos más árduos, confiando en sus privilegiados talentos, virtudes y santidad, y entre ellos aparece Luis Abelly, que, como hemos ya dicho, fué el primero que escribió la *Vida de San Vicente*. Hallándose este sabio eclesiástico de juez en Bayona, se le consultó de parte del obispo de la diócesis Monseñor Fouquet acerca de los defectos y codicia de algunos religiosos, á los que se trataba de corregir y áun de excomulgar. Excusóse el Santo lo que pudo de tomar parte en este asunto; pero obligado á ello, contestó despues de estudiarlo: Aconsejo la paciencia, la misericordia y la dulzura, persuadido de que los castigos ruidosos y degra-

dantes, que deshonran á un eclesiástico para toda su vida, desacreditan el cuerpo sin corregir el miembro. En materias dogmáticas aconsejaba Vicente se caminase por sendas ya trilladas, y desconfiasen siempre los suyos de novedades especulativas y prácticas, y de este modo se mantendrian mejor en la fe; y fiel en esta doctrina, se mantuvo firme cuando se publicó el libro de Jansenio, titulado *Augustinus*, sin meterse en la controversia, á pesar de la violencia que pretendieron hacerle los nuevos sectarios para atraerle á su partido. Expulsó de la Congregacion á algunos Lazaristas, que se afiliaron á la nueva bandera para mantener en la obediencia á los demás; y esto, el celo que desplegó en defensa de la doctrina ortodoxa, y los consejos que dió á los prelados con quien tenia amistad, para que no se dejasen arrastrar del error que se inauguró, le hicieron odioso á los jansenistas, que no le consideran aún como santo, y le persiguieron tanto como los protestantes, que miraban á los Lazaristas como miserables antagonistas.

El autor anónimo á quien nos hemos referido varias veces en este escrito, dice que dos años ántes de su muerte, es decir en 1658, dió S. Vicente de Paul las *Constituciones á los sacerdotes de la Mision*. A este fin dice que reuniéndolos en la tarde del 17 de Mayo á su alrededor, les habló sobre este particular del siguiente modo: «Me parece que por la gracia de Dios todas »las reglas de la Mision tienden á alejarnos del pecado, y áun á evitar las im»perfecciones, á procurar la salvacion de las almas, á servir á la Iglesia y á »glorificar á Dios, de suerte que cualquiera que las observe como debe se »alejará de los pecados y los vicios, se pondrá en el estado que Dios exige de »él, será útil á la Iglesia y dará á nuestro Señor la gloria que de él espera... »Nuestra regla no nos prescribe en apariencia más que una vida bastante »comun, y no obstante, tiene medios para llevar á los que la practican á una »alta perfeccion; y no solamente á esto, sino tambien á destruir el pecado y »la imperfeccion en los demás como la habrán destruido en sí mismos. Si, »pues, la pequeña Compañia ha hecho ya algun adelanto en la virtud, si »cada particular ha salido del estado del pecado, y se ha adelantado en el »camino de la perfeccion, ¿no es la observancia de las mismas reglas quien »lo ha hecho? Si por la misericordia de Dios la Compañía ha producido al»gunos bienes á la Iglesia por medio de las misiones y por los ejercicios de »los ordenandos, ¿no es porque ha guardado el órden y la costumbre que »Dios habia introducido, y que estan prescritos por estas mismas reglas? Oh! »Tenemos sin duda gran motivo para observarlas inviolablemente, y con su »cumplimiento la Congregacion de la Mision será siempre feliz... Estas re»glas, sacadas casi todas del Evangelio, tienden todas á conformar nuestra »vida con la que el Señor ha llevado en la tierra, pues se dice que este di»vino Salvador ha venido y ha sido enviado por su Padre para evangelizar á

»los pobres, como por la gracia de Dios la Compañía procura hacer, la cual »tiene gran motivo de humillarse y confundirse por no haber existido toda»vía otra, que yo sepa, que se haya propuesto por fin particular y principal »anunciar el Evangelio á los pobres más abandonados. Este es nuestro fin, »hermanos mios, nuestro patrimonio es los pobres. ¡Qué felicidad hacer lo »mismo que nuestro Salvador ha dicho que venia á hacer del cielo á la tier»ra, y mediante lo cual esperamos, con su divina gracia, ir de la tierra al »cielo! Hacer esto es continuar la obra del Hijo de Dios, que iba con gusto »á los lugares del campo á buscar á los pobres. A esto nos obliga nuestro »instituto : á servir y ayudar á los pobres, que debemos reconocer por »nuestros señores y por nuestros maestros. ¡Oh pobres, pero bienaventura»das reglas, que nos obligan á ir á los pueblos, excluyendo las grandes ciu»dades para hacer lo que ha hecho Jesucristo! Os suplico consideréis la fe»licidad de los que las observan, pues que así conforman su vida y todas sus »acciones con las del Hijo de Dios. Las habeis esperado bastante tiempo y he»mos diferido mucho en dároslas, en parte para imitar la conducta de nuestro »Señor, el cual empezó á hacer ántes que á enseñar. Practicó las virtudes »durante los treinta primeros años de su vida, y solo empleó los tres últi»mos en predicar y enseñar. Tambien la Compañía ha procurado imitarle, »no solo en lo que ha venido á hacer, sino tambien en hacerlo del mismo »modo que él lo ha hecho y despues ha enseñado. Treinta y tres años hará, »poco más ó menos, que nuestro Señor la dió el ser, y desde ese tiempo se »han practicado en ella por la gracia de Dios las reglas que ahora vamos á »daros. Tampoco hallareis en ellas nada que no hayais puesto en práctica »hace muchos años y con mucha edificacion. Si se diesen reglas que todavía »no se hubiesen practicado, podria hallarse en ellas dificultad; pero dán»doos las que habeis observado y ejercitado despues de tantos años, como »fruto y consuelo, no hay nada que no halleis útil y conveniente para el »porvenir. Hemos hecho como los *Rechabitas*, de quienes se habla en la Sa»grada Escritura que guardaban por tradicion las reglas que sus padres les »habian dejado, aunque no estuviesen escritas; y ahora que tenemos las no»tas escritas é impresas, no tendrá la Compañía más que continuarlas, y »conservarse en el uso de lo que ha practicado durante muchos años, y ha»cer lo que ha hecho y ha practicado tan fielmente en lo pasado.»

Prosigue S. Vicente su discurso, diciendo que si hubiese dado las reglas en un principio se hubiera pensado que contenian más de humano que de divino, siendo así que se habian ido haciendo sin saber cómo, sin que pueda decirse quién es su causa. «Y como es regla de S. Agustin, que cuando no »puede hallarse la causa de una cosa buena, es preciso referirla á Dios y re»conocer que él es el principio y autor de ella; segun esto, Dios es el autor

»de todas nuestras reglas, que se han introducido no sé de qué modo y de tal »suerte, que no se sabria decir ni cómo, ni por qué. Yo no he tenido parte »en esto. Dios es el que lo ha hecho todo, y ninguna parte tienen en ello los »hombres. En cuanto á mi, cuando considero la direccion de que ha querido »Dios servirse para hacer nacer la Congregacion en su Iglesia, confieso que no »sé dónde estoy y que me parece un sueño todo lo que veo. No, no es esto »obra nuestra, sino de Dios. Nuestros primeros misioneros habian pensado »en ello ménos que yo; de manera que esto se ha hecho además contra »todas nuestras previsiones y esperanzas... Y si me preguntais cómo se han »introducido las prácticas de la Compañía, cómo nos ha ocurrido el pen- »samiento de todos esos ejercicios y empleos, os diré que nada sé de ello y »que no puedo conocerlo. Estas prácticas se han observado siempre, y toda- »vía se observan hoy por la gracia de Dios, y se ha hallado conveniente el »reducirlas por escrito y hacer reglas de ellas, y espero que la Compañía las »recibirá como emanadas de Dios, del que proceden todas las cosas buenas, »y sin el que no tenemos la suficiencia de pensar alguna cosa de nosotros »mismos como obra nuestra. Me admiro de tal modo en pensar que soy yo »quien da reglas, que no sabria comprender cómo he hecho para llegar á »hacerlo, y paréceme que siempre estoy en el principio; y cuanto más pienso »en ello, tanto más me parece bien distante de la invencion de los hombres, »y más evidentemente concibo que es Dios solo quien ha inspirado esas re- »glas á la Compañía, que si he contribuido á ello algun poco, temo que esto »poco impida quizás que no sean tan bien observadas en lo sucesivo, y que »no produzcan todo el fruto y todo el bien que debieran. Debemos, pues, es- »perar de la bondad de Dios toda suerte de gracias y bendiciones para todos »los que observaren fielmente las reglas que nos ha dado; bendicion en sus »personas, bendicion en sus designios, bendicion en sus empleos y en toda »su conducta, bendicion en sus entradas y en todas sus salidas, bendicion, »en fin, en todo lo que les perteneciere. Espero que esta felicidad pasada, »con la que habeis observado esas reglas, y vuestra persistencia en esperarlas »tanto tiempo, alcanzará para nosotros de la bondad de Dios la gracia de ob- »servarlas todavía más fácilmente y con mayor perfeccion en lo sucesivo. ¡Oh »Señor! dad vuestra bendicion á este librito, y acompañadle de la uncion de »vuestro Espíritu Santo, á fin de que obre en las almas de los que le leyeren »la separacion del pecado, el desprendimiento del mundo, la práctica de las »virtudes y la union con Vos.» Con mucha razon puede llamarse, como la llama el autor anónimo, esta plática de S. Vicente su disposicion testamentaria. Todos los sacerdotes de la Congregacion ven en él un nuevo Moisés dando la ley al pueblo de Dios, y se prosternan á sus pies para recibir las tablas de la ley de la Congregacion con la mayor veneracion, pidiéndole su

santa bendicion. El Santo, que siente verlos á él humillados, arrodíllase tambien, y exclama con el mayor fervor : « ¡Oh Señor! que sois la ley eterna, »inmutable, que gobernais con vuestra sabiduría infinita; Vos, de quien los »cuidados de las criaturas, todas las leyes y todas las reglas de buen vivir »son emanadas como de su viva fuente; ¡oh Señor! bendecid, si os place, á »los que habeis dado estas reglas aquí, y que las han recibido como proce- »dentes de Vos. Dadles, Señor, la gracia necesaria para observarlas siempre »é inviolablemente hasta la muerte. En esta confianza y en vuestro nombre »es como yo, miserable pecador, pronunciaré las palabras de la bendicion »que voy á dar á la Compañía. »

Las constituciones de la Mision de S. Vicente de Paul son un admirable código de la caridad práctica, y á ellas tienen que acudir cuantas asociaciones quieran y pretendan practicar esta virtud con buen éxito, porque en ellas se aprende lo que es la verdadera caridad cristiana, tan diferente de lo que llaman filantropía, de la que ha dicho un autor que es la moneda falsa de la caridad, y áun de lo que se entiende generalmente por beneficencia, pues que aquella sola es la que enciende los corazones de los fieles en amor divino, que por serlo es el verdadero amor al prójimo, el bálsamo celestial que cura las dolencias del alma y del cuerpo para bien de la humanidad, y las cura radicalmente y con eficacia, porque es remedio confeccionado por la potente mano de Dios y concebido en su innata y suprema sabiduría. Y en fin, es el amparo más poderoso de los pobres, á quienes la envia Dios como el maná más delicioso de la salud espiritual y áun corporal, para hacerles ricos por una eternidad de eternidades, si saben consumirse en su santo fuego, fuego que abrasa igualmente en la divina gracia, tanto al caritativo que alarga su mano al pobre, como al pobre que la recibe. ¡Oh caridad divina, destello glorioso del sol del Calvario! Sin ti la religion del Crucificado seria una luna sin sol, un cuerpo sin vida, y una vida sin porvenir y sin ventura. S. Vicente lo comprendió así, y habiendo recibido la mision de enseñar su práctica á los hombres, aprendiéndola en la elevada cátedra de la cruz, ha sido en el mundo católico, despues de Jesucristo, su más esclarecido maestro, su profesor más inspirado.

Llegamos por fin á los últimos dias de la mision de S. Vicente sobre la tierra, y á los que Dios dispuso llamarle á sí para que descansase de tan larga peregrinacion, y recibiese el premio de tantos desvelos y de tan heróicos esfuerzos como habia hecho para sentar la verdadera caridad práctica sobre sólidas bases para bien de la humanidad, á la que habia sacrificado todos los dias de su vida; y como Dios quisiera que lo último que muriese en él fuese el fuego de caridad que devoraba su corazon, le privó de todas sus afecciones, le colmó de achaques, y puede decirse que su cuerpo murió para

el mundo mucho ántes que su espíritu. Vivian en S. Lázaro dos hermanos, modelos de humildad y de caridad, los Sres. Rochechuart y Chandenier, abades de Tournus y de Monstier S. Juan. El primero murió en 1660 como un santo, y S. Vicente lloró su muerte, como Jesucristo la de Lázaro, pues que conocedor de su mérito, santidad y virtud, era su fiel compañero en todos los ejercicios y obras de caridad, dentro y fuera de la Congregacion. El P. Portal, que fué el primer sacerdote que se unió á S. Vicente para fundar la Mision, y que era su suplente con las Hermanas de la Caridad, murió tambien en el mismo año que el anterior. La señorita le Gras, que enferma hacia veinte años vivia como de milagro, sosteniendo su espíritu la ardiente caridad que inflamaba su corazon, tocó tambien el fin de su carrera terrenal, y pidió al Santo fuese á recibir su último suspiro; pero no considerándolo prudente, la mandó á decir con uno de sus misioneros: «que ella iba delante y que él la seguiria de cerca, esperando volverla á ver en el cielo.» Gran vacío dejaron en la direccion de las Hermanas de la Caridad estos dos últimos, y su reemplazo ocupó bastante á nuestro Santo. La muerte de muchos misioneros en Madagascar contristó el ánimo de S. Vicente por más que envidiase el triunfo que habian alcanzado. Dios habia querido que le precediesen todas las personas que le eran más queridas, sin duda para que le rogase por ellas, y para que estas le aguardasen como su corte en el cielo. Veia S. Vicente con el mayor gusto la proximidad de su muerte, que le libraria de los muchos padecimientos que sufria, y en la esperanza de unirse á su Dios, por cuyo momento suspiraba su corazon. Una fiebre lenta le atormentaba casi la mitad de su vida, la que curaba, segun Orsini, durante los fuertes calores del verano, cubriéndose en la cama con muchas mantas, y poniendo á los lados dos grandes vasijas de agua hirviendo, de modo que pasaba las noches con grande angustia: al siguiente dia salia de la cama como de un baño, y vencida la fiebre por tan intenso calor le dejaba por algunos dias. Abelly en su Vida nos cuenta del modo siguiente una curiosa anécdota en la peligrosa enfermedad que sufrió el Santo el año 1644. «Un virtuoso misionero, llamado Dufour, de la diócesis de Amiens, »se hallaba á la sazon en la misma casa, y sabiendo que S. Vicente estaba »en peligro de muerte, ofreció á Dios su propia vida por la conservacion de »la de su querido padre espiritual. Este sacrificio, tan heróico como desinte»resado, fué aceptado por Dios segun se vió despues; porque S. Vicente »empezó desde entónces á aliviarse, consiguiendo en seguida la salud; y »por el contrario, la enfermedad de este buen sacerdote se agravó hasta el »punto de que murió en breve. Falleció á media noche, y los que velaban »á S. Vicente, oyeron á la misma hora dar tres golpes á la puerta de su »cuarto, sorprendiéndose extraordinariamente, tanto más cuanto que ha-

»biéndola abierto al momento no encontraron á nadie. No les asombró mé»nos que Vicente, llamando en el mismo instante á uno de ellos, le hiciese »tomar el Breviario y recitar alguna parte del oficio de difuntos, ántes que se »le anunciase el fallecimiento del misionero; lo que les dió motivo para creer »que Dios se lo habia hecho saber por un medio extraordinario, aunque su »humildad no le permitió hablar de ello.» En 1656 fué atacado el Santo de una calentura continua, que terminó por inflamacion, de agudos dolores en una rodilla, de tal modo que durante dos meses tuvieron que levantarle de la cama y llevarle al lado de la estufa, y de este sitio á la cama, habiéndole puesto á la fuerza la Congregacion este elemento de abrigo, para lo cual le sacó de su malsana y reducida celda. Quedó tan estropeado de esta enfermedad, que desde entónces hasta su muerte, puede decirse no le abandonó la fiebre ni le dejaron los dolores más ó ménos intensos, á lo que se agregaba la hinchazon de los pies y de las piernas, que padecia hacia cuarenta años, razon por la que desde que fundó la Congregacion tuvo que hacer uso del caballo para ir á la ciudad. Ulcerándose una de sus rodillas en 1658, como la hinchazon y dolores se aumentasen, desde principios de 1659 ya no pudo salir de S. Lázaro para nada, si bien bajó á decir misa y á las conferencias á la iglesia hasta fines del mismo año, en la que no pudo ya decir la misa más que en la capilla de la enfermería. Inutilizóse completamente en 1660, que fué el último de su vida, tuvo que dejar de decir misa; pero iba á oirla con muletas, no habiendo consentido se pusiese altar en su celda ni en la inmediata para que no se molestase tanto, porque era de opinion de que los oratorios privados solo deben permitirse en un último extremo. En esta opinion, cuando ya no pudo caminar ni áun con el auxilio de las muletas, consintió más bien, aunque con repugnancia, le condujesen en una silla, sintiendo causar esta incomodidad, y así que para evitarles sentimientos, comprimia en sí mismo los ayes que le arrancaba el dolor áun en los menores movimientos. A pesar de este aflictivo estado solo se dejó sustituir en las tareas de fuera de la casa, pero en las de su interior continuó en su direccion con la mayor asiduidad, y no dejaba de contestar ninguna de las muchas cartas que le remitian. Su espíritu se mantenia en su mayor vigor, á pesar de que el cuerpo iba consumiéndose gradualmente; y así es que hablaba á los misioneros con el mayor entusiasmo de la caridad y de sus deberes, confesando estos que su elocuencia crecia á manera que más se acercaba al sepulcro. No pudiendo ya comer, puede decirse que le alimentaba solo la virtud y le mantenia el fuego de la caridad. Su vida puede decirse que habia sido una preparacion perpétua para la muerte; pero no por eso dejó de aumentar las preces, ya que no podia otra cosa, en sus últimos dias, y por mañana y tarde rezaba las oraciones de los agonizantes. Decia el Santo en esta ocasion

que hacia diez y ocho años que no se habia acostado sin ponerse ántes en disposicion de morir en la misma noche. En estos últimos dias repasaba interiormente el Santo su larga vida y arreglaba con serenidad sus cuentas con el cielo y con la tierra ; escribió á todas las personas con quienes se correspondia, manifestándoles su gratitud y pidiéndoles sus oraciones, y entre estas cartas nos inserta el autor anónimo la siguiente al cardenal Retz, arzobispo de París, su querido discípulo, «Tengo motivo de pensar que esta es la »última vez que tendré el honor de escribir á vuestra Eminencia, por causa »de mi edad y de una incomodidad que me ha sobrevenido, y que puede ser »que me conduzca al juicio de Dios. En esta duda, Monseñor, suplico muy »humildemente á vuestra Eminencia que me perdone si le he desagradado en »algo. He sido bastante miserable para hacerlo sin querer; pero nunca lo »he hecho con intencion. Me tomo tambien la confianza, Monseñor, de re»comendar á vuestra Eminencia la pequeña Compañía de la Mision que ha »fundado, sostenido y favorecido; y que siendo la obra de vuestras manos le »está tambien muy sumisa y agradecida como á su padre y á su prelado. Y »miéntras que rogará á Dios en la tierra por vuestra Eminencia y por la casa »de Retz, yo recomendaré al cielo una y otra, si su divina bondad me hace »la gracia de recibirme en él, segun así lo espero de su misericordia y de »vuestra bendicion, que le pido postrado en espíritu á sus pies, siendo, »como soy, en vida y en muerte en el amor de nuestro Señor, etc.» La otra carta la escribió al conde de Gondi, padre del cardenal, que se hallaba de sacerdote del oratorio de Jesus, en cuya casa vivia; y le decia, segun el propio anónimo: «Monseñor, el caduco estado en que me hallo, y una calentu»rilla que se ha apoderado de mí, me hace valerme, en la duda del suceso, »de una precaucion para con vos, que es postrarme en espíritu á vuestros »pies para pediros perdon de los disgustos que os he dado con mi rusticidad, »y para daros gracias humildemente, como lo hago, por el apoyo caritativo »que me habeis prestado, y por los innumerables beneficios que nuestra »Congregacion, y yo en particular, hemos recibido de vuestra bondad. »Creed, Monseñor, que si place á Dios seguir concediéndome poder para »suplicarle, le emplearé en este mundo y en el otro por vuestra querida per»sona y por las que os pertenecen, deseando ser en tiempo y eternidad, »vuestro, etc.» Roma se afligia al saber las tristes nuevas de la salud de S. Vicente, y Alejandro VII le mandó la dispensa de leer el Breviario, dispensa de que no se permitió hacer uso, y toda la cristiandad, noticiosa de su próximo fin, puede decirse que lo sentia, porque hombres de esta clase se encuentran pocos en el transcurso de los siglos, siendo su perdida siempre una verdadera calamidad social. Escribiéronle los cardenales Durazzo, arzobispo de Génova, el gran penitenciario Ludavicio y el nuncio en Francia

Bugny, que mirase por su salud, y haciendo uso de la dispensa que el Papa le mandaba, conservase para el servicio de Dios las pocas fuerzas que le quedaban; pero sus cartas llegaron ya despues de su muerte.

Vamos, pues, á describir los últimos momentos y glorioso tránsito de nuestro S. Vicente; pero como no podriamos mejorar el relato que de este suceso hace su amigo el prelado Abelly, que le presenció en S. Lázaro, le seguiremos sobre este particular. «Algunos dias ántes se entorpeció tan extraordinariamente, tanto á causa de su debilidad, que se aumentaba visiblemente, como por falta de descanso, que no podia conseguir durante la no»che. Consideraba esta soñolencia como la imágen y precursora de su muer»te, y cuando alguno le preguntaba la causa de este sueño extraordinario, »le decia sonriéndose: *Es que el hermano viene precediendo á la hermana,* »llamando hermano de la muerte al sueño. No dejaba por esto de hacer le »llevasen todas las mañanas á la capilla de la enfermería para oir misa y co»mulgar, lo que hizo hasta el 26 de Setiembre, víspera de su muerte, en el »que al volver á su habitacion, cayó en un letargo muy profundo. El herma»no que le asistia, viendo que duraba mucho tiempo, le despertó y le hizo »hablar; pero advirtiendo que volvia á caer en el mismo adormecimiento, lo »puso en noticia de su superior, que mandó llamar al médico. Llegó éste, y »le encontró tan débil que no le consideró ya capaz de remedio alguno, y al »despedirse le dirigió algunas palabras, á las que respondió el Santo con su »acostumbrada afabilidad y sonrisa. Entró despues un sacerdote de la Con»gregacion que le pidió su bendicion y para toda Congregacion, la que les dió »con rostro alegre, pero con gran trabajo. Observándose que se agravaba, se »le administró la Extremauncion, y pasó la noche en un casi continuo éxta»sis. Por la mañana, y hallándose ya el Santo en la agonía, entró un sacerdote »á pedirle la bendicion para sí y para todos los de la conferencia, deman»dándole que les dejase su espíritu, y obtuviese de Dios que su sociedad no »degenerase jamás de la virtud que él habia inspirado; y el Santo contes»tándole con su ordinaria humildad, *Qui cœpit opus bonum ipse perficiet*, se »durmió apaciblemente en el Señor, pasando de esta vida á otra mejor, sin »esfuerzo ni convulsiones y con una tranquilidad tan grande, que su muer»te pudo considerarse como un dulce sueño, porque murió sin fiebre y sin »accidente alguno extraordinario, cesando de vivir por un desfallecimiento »de la naturaleza.

»Dios le llamó á sí el lunes 27 de Setiembre de 1660, á las cuatro y media »de la mañana, hora en que sus hijos espirituales, reunidos en la iglesia, »comenzaban la oracion mental para pedir los divinos auxilios. Y á la misma »hora y en el mismo momento que tenia costumbre, hacia cuarenta años, de »invocar el Espíritu Santo sobre él y los suyos, fué cuando este adorable

»Espíritu arrebató su alma de la tierra al cielo, como nos dan motivo justo »para esperar de la infinita bondad de Dios la santidad de su vida, su celo »por la gloria del Señor, su caridad para con el prójimo, su humildad, su »paciencia y todas las demás virtudes, porque habiendo á imitacion del »santo Apóstol, combatido con generosidad, acabado su carrera santamente, »y guardado á Dios una fidelidad inviolable, se puede razonablemente pre- »sumir que no le quedaba más que recibir la corona de justicia de mano de »su soberano Señor. Murió vestido con sus hábitos y sentado en su silla, en »cuya postura permaneció las últimas veinticuatro horas de su vida, porque »los que le asistian creyeron que seria difícil moverle de aquel estado, sin »peligro de anticipar su muerte y causarle mayor mal. Su cuerpo se man- »tuvo tan flexible despues de su fallecimiento como lo habia estado ántes, y »su aspecto conservó su dulzura y serenidad acostumbradas. Se abrió su ca- »dáver, y se encontraron muy sanas sus partes nobles; pero se habia for- »mado en su bazo un hueso blanco, ancho como un escudo, y más largo que »ancho, que fué considerado por los facultativos como cosa extraordinaria. »Estuvo expuesto el dia siguiente 28 hasta el medio dia en la sala, y des- »pues en la iglesia de S. Lázaro, donde se celebró con solemnidad el oficio »divino, al que asistieron el príncipe de Conti, Picolomini, nuncio del Papa »y arzobispo de Cesárea, y otros prelados y curas de París, y un gran núme- »ro de eclesiásticos y religiosos. Tambien honraron sus funerales la duquesa »de Aiguillon y otros muchos señores y señoras, habiendo acudido á ellos el »pueblo en masa. Se guardó su corazon en un vaso de plata, que dió la pia- »dosa duquesa para este objeto, y el cuerpo, colocado en un ataud de plo- »mo dentro de otro de madera, fué enterrado en medio del coro de la igle- »sia. Los señores eclesiásticos de la Conferencia de S. Lázaro, que S. Vicente »habia establecido y dirigido tantos años, dispusieron algun tiempo despues »un oficio muy solemne en la iglesia de S. German de Auxerre, donde »Mr. Enrique de Maupas du Tour, obispo de Evreux, que profesaba una pro- »funda veneracion y un particular cariño á este gran servidor de Dios, pro- »nunció su oracion fúnebre, en la que brilló el celo, la erudicion y la pie- »dad. Fué escuchado con admiracion y edificacion de todo su auditorio, que »estaba compuesto de gran número de prelados, de eclesiásticos, de religio- »sos y de gentes del pueblo. No pudo, sin embargo, decir todo lo que habia »proyectado, aunque habló más de dos horas; la materia era tan vasta, que »hubiese tenido bastante, como lo confesó él mismo, para predicar una cua- »resma entera.»

Mucho se sintió en Francia, en Roma y en todo el catolicismo la muerte de S. Vicente de Paul; pero los que verdaderamente le lloraron fueron los pobres, de los que fué y aún sigue siendo por medio de sus hijos una

segunda Providencia. ¿Y cómo no habia de sentirse la muerte de un hombre el más virtuoso, el héroe de la caridad cristiana, que para bien de la humanidad y gloria del catolicismo habia fundado en Francia como modelos de casas de misericordia y de beneficencia, el Hospital general, el Hospicio de los ancianos, el establecimiento de los niños expósitos, los hospitales, hospicios de los galeotes, la direccion de las religiosas de la Visitacion, las congregaciones de Caridad, la compañía de las Señoras del Hospital, la institucion de las Hijas de la Cruz y escuelas de las jóvenes, la Asociacion de los Nobles, las Conferencias eclesiásticas, los retiros espirituales, los ejercicios de los Ordenandos, los Seminarios, la Congregacion de la Mision, las misiones nacionales y extranjeras, la reforma de las comunidades y de los conventos, los auxilios extendidos en la Picardía, la Lorena, la Champaña, en París y en sus cercanías durante las turbulencias y guerras civiles; y en fin, al que tantos bienes habia hecho como consejero en la regencia de la reina Ana de Austria, y el que tanto contribuyó á dar la paz á la Francia? S. Vicente de Paul fué un mónstruo de caridad católica, que todo lo encendió en este divino fuego, el civilizador más sabio de su turbulento siglo en su voluble y siempre agitado país, y en fin, fué un apóstol y el héroe de la humanidad como acertadamente le llama uno de sus biógrafos. Ya hemos visto cómo supo interesar á los grandes personajes en bien de los pobres, bajar su orgullo sin humillacion, y arrastrarles á hacer el bien con la irresistible planta de su dulzura evangélica, llevándoles con amor y sin violencia á trocar sus preseas de ricos por los harapos del pobre, su altivo orgullo de tiranos por la humildad del siervo, y en fin, hizo santos de diablos, y arrancó á Satanás millares de almas con que contaba engrosar sus infernales ejércitos, aumentando por el contrario los servidores del cielo. Sus instituciones se han conservado, en medio de las mayores borrascas, inmutables como fuertes rocas sentadas por la mano de Dios, y así subsistirán para honra de Vicente y gloria del cristianismo, aumentando en vez de disminuir y por más que se pretenda destruirlas, podrán tenerse que ocultar por algun tiempo y en algunos pueblos segun arrecie el huracan de las pasiones; pero siempre volverán á aparecer, como el ángel salvador de la humanidad, despues de que el íris anuncie la bonanza.

Como no teniendo ya delante de sí el pobre la mano bienhechora de Vicente que le levantase de su desfallecimiento, si bien le quedaba la de sus celosos hijos, los desgraciados, dice Orsini, acudieron á su tumba á pedir milagros y los obtuvieron; « y esto obligó á la Santa Sede, á solicitud de Fran»cia, á ocuparse en la beatificacion de un hombre que habia ganado el cie»lo con tanta paciencia, humildad y trabajo, y que el mismo cielo conside»raba como amigo de Dios, obrando por intercesion suya curas milagrosas.»

Hechas en Francia las informaciones para la beatificacion, se mandaron á Roma en 1709, y en 1713 las que se hicieran por autorizacion de la Santa Sede. En vista de estas informaciones, y de las indagaciones de congregaciones ordinarias, el pontífice Benedicto XIII, que asistió á la Congregacion que reunió el 16 de Setiembre de 1727, pronunció el 22 que Vicente de Paul habia poseido en grado heróico las virtudes teologales y cardinales. Examinados despues los milagros del siervo de Dios en tres congregaciones, de las que fué la última el 12 de Julio de 1729, con asistencia del Papa, éste mandó el 14 del propio mes expedir el decreto de beatificacion, la cual se celebró en Roma por primera vez el dia 21 de Agosto del mismo año. Como Dios permitiese nuevos milagros por intercesion del beato, el papa Clemente XII declaró se podia proceder á la canonizacion, y al efecto expidió la bula el 16 de Junio de 1737. Verificadas las fiestas del nuevo Santo en Roma, se repitieron en Europa, Africa, Asia y América con la mayor solemnidad, pues que en todo el orbe cristiano eran admiradas la santidad y virtudes del apóstol de la caridad católica, que todos los fieles se apresuraron á venerar en sus altares. Cosa maravillosa y que acredita la portentosa admiracion del mundo á tan gran Santo: si la religion cristiana le colocó sobre los altares, la filosofía antireligiosa del siglo XVIII, perdonándole haber sido católico, le levantó una estatua en el mismo palacio de Luis XIII, en que tanto la habia combatido, leyéndose en su pedestal esta dedicatoria:

Á VICENTE DE PAUL, FILÓSOFO FRANCÉS DEL SIGLO XVII.

Y aún probó más que todos los partidos veneraban las virtudes de Vicente, el ver que en el calendario filosófico ocupaba su glorioso nombre el primer lugar, á pesar de ser un santo canonizado, en aquellos lamentables tiempos de la terrible persecucion de los sacerdotes, y cuando todas las iglesias de Francia se hallaban cerradas.

Termina Orsini la vida de S. Vicente de Paul, dando razon de su carácter noble, generoso, compasivo y dulce, á la par que firme y sereno áun en las circunstancias más terribles. De su humildad dijo el cardenal Rochefoucault, que para encontrar la verdadera, era preciso buscarla en San Vicente de Paul, el cual cuando queria distinguírsele, se oponia á ello, manifestando á todos que en sus principios habia sido un rústico pastor, y cuando le recordaba el obispo de Saint-Pons el castillo feudal de su noble familia, el Santo le decia que le conocia bien, porque cuando cuidaba del ganado en su juventud, llevó hácia él muchas veces á sus corderos, cuya humildad hizo resaltase, sin intencion, la debilidad del prelado. Fué tal su caridad, que superó aún á su gran piedad, y asi es que cuando le ofrecie-

ron unas señoras de distincion seiscientas mil libras para edificar una iglesia, no admitió el encargo, diciéndolas que habia muchos pobres que sufrian, y que los primeros templos que pide Jesucristo son la caridad y la misericordia. Tambien rehusó recibir una gran cantidad que le ofreció un eclesiástico para que remediase las necesidades apremiantes de su casa mision de S. Lázaro, aconsejándole la entregase en el hospital, en donde habia dos mil pobres más necesitados que sus sacerdotes. Era de opinion este sufridísimo Santo, de que Dios no aflige á sus servidores sino cuando tiene sobre ellos planes de misericordia, por lo que deducia que todo el que sufre es querido del cielo, y que nunca lo es más que cuando recibe angustia sobre angustia y pena sobre pena. «Un solo dia de tentacion, decia segun Orsini, produce más méritos que muchos años de tranquilidad.» La cruz nos enseña, no solo la paciencia, sino la compasion para con el prójimo.

S. Vicente fué circunspecto y propio para los grandes negocios; no se dejaba sorprender con facilidad, y cuando examinaba un asunto, preveia fácilmente sus inconvenientes y sus consecuencias, y nunca daba su opinion en el acto, sino despues de haber pedido la inspiracion divina; pero jamás se asustó ni del número de los negocios, ni de las dificultades que le presentasen, las que procuraba vencer con perseverante tranquilidad. Fué tan enemigo de los pleitos, que decia que un proceso es un bocado de digestion difícil, y que el mejor no vale una avenencia, razon por la que ponia empeño en apaciguar las discordias. Igualmente fué enemigo de toda recomendacion, porque son pasos poco conformes con la equidad, y por lo tanto no las tuvo en nada, limitándose á examinar si la cosa era ó no justa. Dice Orsini que economizó más los gastos de sus contrarios que los suyos propios, y que en cierta ocasion pagó los de un pleito que ganó á los vecinos de Valpuiseaux, y les dió de comer, alojamiento y áun dinero para volver á su pueblo, cuando fueron á París á la vista del proceso y á influir contra él. Como se le motejase lo lentamente que resolvia los negocios que se le encomendaban, porque los examinaba mucho, decia: Que nada era más comun que el mal resultado de los negocios precipitados, y que era necesario no usurpar la direccion de la Providencia, y prevenir los momentos del Señor. Fué tolerante cuanto puede serlo y debe un Santo, y en fin, habiendo tomado por modelo á Jesucristo, como hemos dicho, procuró imitarle en cuanto pudo con la mayor fidelidad.

Los gloriosísimos españoles S. Juan de Dios, el V. Bernardino de Obregon, cuyas vidas hemos ya delineado en esta obra, designándolos como los primeros fundadores de órdenes hospitalarias, anunciaron grandes y sublimes ideas en el siglo XVI, pero si tan extraordinario bien hicieron á la humanidad, que les estará eternamente agradecida, aún dejaron que desear es-

tas creaciones en la esfera de la caridad, y era sin duda que si habian encontrado con padre al nacer, les faltó el calor, las caricias y el amor de una madre, y á esta necesidad proveyó sábiamente S. Vicente de Paul, para completar la grande obra que aquellos comenzaron, y sublimarla en cuanto podia ser en lo humano para elevarla á lo divino. En efecto, si aquellos prepararon una cama al pobre, S. Vicente, ángel enviado del cielo á este fin, no solo aseguró esta benéfica obra, sino que facilitó á las naciones medios sencillos y seguros para amparar y proteger al pobre, cuidar y consolar al enfermo. Hé aquí por lo que hemos visto escrito en una bellísima Memoria sobre las Hijas de la Caridad, que S. Vicente ha sido el hombre más grande que han visto los siglos desde los tiempos apostólicos; el que mejor ha conocido el modo de remediar las necesidades de la clase pobre y desvalida, y el que ha estudiado más perfectamente las exigencias y las necesidades del corazon humano.

Al concebir S. Vicente de Paul su plan humanitario, basado en el Evangelio, recordó sin duda que en la Sagrada Escritura (*Eccli.*, c. xxxvi, v. xxvii), se dice: *Ubi non est mulier, ibi ingemiscit æger;* y hé aquí por lo que hizo entrára la mujer en su plan, que fuese madre de la caridad que proyectaba, mujer que únicamente puede encontrarse en el catolicismo. Habian terminado hacia ya siglos los tiempos de las Fabiolas, Marcelas y Paulas, y el siglo por otro lado no era el más á propósito para inspirar al bello sexo las sublimes ideas de aquellas hospitalarias matronas, á pesar de que tenia necesidad, más que ningun otro, de cicatrizar sus hondas llagas con el benéfico bálsamo de la caridad. Firme S. Vicente en su propósito, ya hemos visto cómo se arrojó á la entónces difícil empresa de interesar en su obra el sensible corazon de la mujer, alcanzando con gloria el honrosísimo título de héroe de la caridad, con el que se le distinguia siempre, y el que nos le presente la historia de la Iglesia católica y áun la de los pueblos, como dice un autor, «el gran Patriarca y maestro universal de todas las corporaciones y comunidades hospitalarias, á cuya escuela deberán acudir los pueblos de todos los ángulos del mundo.» Añadiendo: «Que si en los primeros siglos de la era cristiana los Agustinos, Basilios y Benitos fueron los maestros que Dios suscitó para que enseñáran á las comunidades religiosas el modo de vivir en la vida monacal, para conservar al mundo la virtud y las letras, y por este medio aumentar y engrandecer la verdadera civilizacion; del mismo modo fué suscitado el insigne Vicente de Paul para prestar al mundo de su época, y preparar para los siglos venideros un plan de economía enteramente divino, que satisfaciendo los deseos de la humanidad entera, consolára al mismo tiempo las clases menesterosas y desvalidas, recordando al mundo que solo la religion católica es la única que puede

»socorrer, ayudar y engrandecer dignamente á los mortales, porque es la »sola que tiene comunicacion con la Divinidad.» Grandes dificultades hemos visto se opusieron á la realizacion del vastísimo plan de caridad de Vicente; pero tambien hemos visto cómo supo vencerlas con su firmeza, elocuencia y humildad, con su perseverancia y virtud, y sobre todo con el auxilio de Dios, que, como él mismo dice, lo hizo todo, eligiéndole por ejecutor afortunado de sus sacrosantos designios.

De propósito hemos dejado para la parte última de este nuestro escrito, hecho á la mayor honra y gloria de Dios y en honor á tan gran Santo, la parte que nuestra católica España ha tomado en sus felices y santas creaciones, y vamos á empezar por la adopcion de esa institucion sublime, de ese gran pensamiento humanitario, que ha civilizado en mucha parte y engendrado á la sociedad moderna, del establecimiento de las Hermanas de la Caridad en nuestra patria, tomando cuanto haga á nuestro propósito de una *Memoria* publicada el año pasado en esta Corte sobre este particular por personas muy competentes, que han querido guardar el incógnito.

La católica España, que es la nacion más hospitalaria del mundo, estando fronteriza á Francia, en donde brilló con todo su esplendor el sol de la caridad, pues que despues de Jesucristo tal debe considerarse al glorioso S. Vicente de Paul, no podia dejar de llegar á conocer la bondad de las instituciones benéficas de este ilustre varon, y así fué que sus misioneros se establecieron en ella con tan buen éxito como en Francia. Deseando el rey Cárlos IV dotar á España con la rica presea humanitaria de las Hijas de la Caridad, estableció una casa de estas, que denominó Real Noviciado, y nombrando una superiora, á la que se llamó generala, las dió las reglas de San Vicente y las puso bajo la direccion del visitador general de los PP. Misioneros españoles, dando facultades á la superiora para distribuir á sus hermanas á las poblaciones y establecimientos en que conviniese su asistencia. En la Real órden, que con fecha 2 de Octubre de 1802 se comunicó á la señora condesa de Trullas, para la fundacion del expresado Real Noviciado en la coronada villa de Madrid, teniendo en cuenta el Rey que ya hacia algun tiempo que algunas jóvenes españolas seguian las máximas de las Hijas de la Caridad de S. Vicente, pero que no habia podido prosperar el instituto reducido á los esfuerzos particulares, las acogió bajo su Real patronato, único medio de que pudiesen establecerse con comodidad y de perpetuarse. Hallamos en la *Historia de las Hermanas de la Caridad españolas*, que en 28 de Febrero de 1761 el Dr. D. Julian Gonzalez de Soto manifestó al arzobispo de Toledo lo siguiente: «Los sacerdotes españoles de la Congregacion de la Mi»sion, de las casas de Barcelona y Barbastro, enviaron á Francia en 1782 algu»nas jóvenes catalanas y aragonesas para que, permaneciendo en la casa central

»ó noviciado de las Hijas de la Caridad francesas, aprendieran el modo de »practicar las reglas que habia dado S. Vicente para los hospitales, inclusas, »hospicios y demás casas de beneficencia, á fin de poder establecer tan santo »instituto en la Península. De las seis jóvenes que fueron á Francia, una quiso »quedarse en los hospitales de esta nacion, y las otras cinco, con una fran- »cesa que se las agregó, volvieron á España á fines de 1790. El traje con que »se presentaron en Barcelona, primera ciudad en que se establecieron las Hi- »jas de la Caridad en la Península, era el mismo que usan hoy dia las Hijas »de la Caridad españolas: el tocado era parecido, pero no tan disforme á la »corneta, que usan en el dia las hermanas francesas; este tocado jamás »salió del hospital de Barcelona. El obispo de la diócesis D. José Climent, »unido al clero más respetable, no ménos que de los señores de la junta del »mismo hospital, hizo presente á la superiora, que lo era la hermana france- »sa, pues se habia creido más conveniente darle esa preferencia en atencion »á los muchos años que tenia de vocacion, que aquel tocado que usaban las »hermanas, opuesto á la doctrina de S. Pablo sobre la modestia y ornato de »las mujeres, luchaba con las costumbres españolas y escandalizaba al pú- »blico; que la completa desnudez de la cara y cogote era repugnante en per- »sonas consagradas á Dios; y en fin, que S. Vicente no habia dado aquel to- »cado á sus hijas y sí les habia aconsejado otro más modesto. La superiora »no quiso apreciar la justicia de estas razones, y se empeñó, segun las ór- »denes que habia recibido de Francia, en no permitir alteracion alguna en »su tocado. Personas de grande influencia la manifestaron que el mismo San »Vicente adoptaria el velo que se trataba de añadir á su traje, al conocer la »santa y evangélica costumbre de las mujeres españolas, y mucho más al oir »esa proposicion de los labios de un obispo, que con el mayor cariño, y sin »otro interés que el bien de los pobres, insinuaba lo que convenia hacer; »pero todo fué inútil y por un capricho se deshizo esta primera fundacion.» La Real órden por la cual Cárlos IV estableció formalmente las Hermanas de la Caridad españolas dice así: «Hallándose el Rey sumamente penetrado de »lo demasiado interesante que es en todos respectos el instituto de las Hijas »de la Caridad, y que no debe privar de tan útil como necesario consuelo y »socorro espiritual y temporal á sus amados vasallos, y especialmente á los »desvalidos y dolientes, á cuyo servicio estan consagradas estas heroinas, ni »dejar de aplicarlas en sus estados, de una manera la más sólida y durade- »ra, para que, atendida su particular buena asistencia, su ejemplo y su buen »órden, método y economía en los piadosos establecimientos que la benefi- »cencia de su glorioso y augusto Padre fundó, ha fundado y funda con ince- »sante desvelo la de S. M. misma, quede perpetuado en España un bien tan »general, útil y necesario; quiere S. M., usando de su soberana autoridad,

»que se establezca en la villa de Madrid un Noviciado de las Hijas de la Cari»dad.» En 10 de Marzo de 1804 se otorgó el instrumento de esta fundacion, diciéndose en él: «S. M. el Rey nuestro señor D. Cárlos IV (q. D. g.), inspi»rado del cielo, á la mayor honra, gloria y servicio de Dios nuestro Señor, »bien y utilidad de estos reinos, resolvió fundar en esta corte y villa de Ma»drid un Noviciado de Hijas de la Caridad, Siervas de los pobres, fundacion »de S. Vicente de Paul, donde se formasen é instruyesen todas las que de»bian extender esta piadosa institucion á otros pueblos de sus dominios, etc.» Aparecen en la escritura como testigos de esta fundacion el príncipe de la Paz y el marques de Montealegre, y hablándose de la superiora se dice en este instrumento: «Confiando en el talento, celo y piedad de la condesa de »Torre Palma y Trullas, la di las más amplias facultades y las órdenes opor»tunas.... En su cumplimiento la Condesa trazó y acordó lo conveniente con »el P. D. Felipe Subias, visitador de los PP. de la Mision, y á quien las Hijas »de la Caridad reconocen por su superior. Este en su consecuencia me pro»puso para superiora generala, en la casa noviciado que habia de estable»cerse en Madrid á Sor Manuela Lecina, cuya prudencia y celo me mere»cian particular afecto.» En todos los artículos de esta fundacion impera el espíritu del Rey, de hacer una congregacion igual á la que S. Vicente habia fundado en Francia, pero independiente de cualquiera otra nacion, si bien bajo la direccion del superior de la Mision, al que encarga vele sobre el cumplimiento de las reglas y constituciones; y en el capítule último dice el Rey: «Si alguna ciudad ó villa de estos mis reinos quiere se establezca y fun»de en ella la congregacion de las Hijas de la Caridad, para poner á su cui»dado algunos de los objetos de su instituto, deberán solicitar ante todas »cosas mi Real permiso, explicando el objeto á que quieren destinarlas, y »obtenido se dirigirán con él al padre visitador general de la mision, á fin »de que de acuerdo con la superiora generala residente en este mi Noviciado, »formalice la contrata correspondiente.» Teniendo en cuenta el rey de Espa-ña lo mucho que S. Vicente encargó á sus hijas obedeciesen á sus obispos, les encargó en la fundacion que rindiesen honor y obediencia á los prelados de las diócesis en que se estableciesen, y añade en cuanto á su dependencia en el capítulo 3.° «Aun cuando las Hijas de la Caridad en España no tengan ni reconozcan otro superior que al visitador general de los PP. de la Mision de España, quiero, y es mi voluntad, que esta casa de Noviciado quede en la dependencia del arzobispo de Toledo.» Esta escritura concluye tomándola el Rey bajo su Real proteccion, declarando el Noviciado del Real patronato, debiendo ser todos sus sucesores patronos. Siguiendo el rey D. Fernando VII el deseo de su padre, confirmó todo lo dispuesto por él sobre este particular, confiando con el mayor placer á las Hermanas de la Caridad las casas

de beneficencia. Y haciendo revisar las reglas, luego que le manifestaron ser las mismas que habia dado el glorioso S. Vicente, suplicó al papa Pio VII las confirmase, pues que aún no las habia aprobado la Santa Sede, lo que á instancias del embajador de España en Roma D. Antonio de Vargas hizo el Pontífice por su breve de 27 de Noviembre de 1818, en el que se lee lo siguiente: « Nos, de nuestra cierta ciencia y madura deliberacion, con plenitud de potestad apostólica: Decretamos y mandamos: que en el Noviciado »de Madrid y en todas las demás casas de la congregacion de las Hijas de la »Caridad, existentes en cualquier lugar del dominio del católico Rey, todas »y cada una, ahora y en lo sucesivo perpétuamente, observen solamente »aquella regla que S. Vicente de Paul, fundador, instituyó, y la que en los »reinos de España hasta nuestros dias se ha observado.» Breve que obtuvo el Real pase el 8 de Enero de 1819, en que se publicó en Madrid. El mismo Rey renovó la voluntad de su antecesor, que sometia á todas las Hermanas al visitador de la Congregacion en España, lo cual se confirmó igualmente por Su Santidad, en su breve de 23 de Junio del citado año 1818, pero sin perjuicio de la respectiva dependencia de los ordinarios, que corresponde á un instituto de esta naturaleza, cuya órden, firmada por el márques de Casa-Irujo, se las dió el 19 de Setiembre del citado año 1818. Agradecida la Congregacion á los beneficios que el rey Fernando la dispensó, nombró superiora generala de esta pia asociacion á su augusta esposa Doña Isabel de Braganza, lo que consignaron por carta de 16 de Noviembre de 1816, y así es que en la Real órden de 19 de Setiembre de 1818, al visitador de la Mision, se dice: « Siendo además la Real voluntad, que mediante á que la Reina nuestra señora se ha dignado declararse Superiora general de la Congregacion, sea reconocida como tal, y puedan las Hijas de la Caridad acudir á S. M. en los casos árduos y de grave importancia.» Deseando Fernando VII que el visitador general residiese en Madrid y no habiendo en esta Corte casa de la Mision, por Real cédula de 6 de Julio de 1828 concedió facultad para establecer en esta coronada villa una casa de esta Congregacion. Observando el Rey que algunas Hijas de la Caridad llevaban traje en algo diferente que el usado en el Noviciado de Madrid, dispuso en 1826 que se uniformáran todas las Hermanas de la Península con el traje usado en la casa matriz fundada por su padre, y en 1.° de Enero de 1827 D. Julian Gonzalez de Soto, secretario de la Congregacion, las comunicó la siguiente órden firmada por D. Fortunato Jen, visitador general de la Mision. « Muy amadas Hermanas y Señoras mias: »El Rey nuestro señor, acaba de comunicarme ser su Real voluntad y beneplácito, que yo, como prelado y superior de todas las Hijas de la Caridad »de España, disponga que todas dejando la toca grande, vulgarmente llamada corneta, usen habitual y únicamente, tanto fuera de casa como den-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

»tro de ella, la toquilla que acostumbran usar, siempre que usan el manto »ó velo negro. Por tanto, deseando complacer, como es justo, á S. M. en »una cosa, que por otra parte estoy bien convencido ser muy razonable y »digna de la aprobacion de todas las personas de un recto juicio, ordeno y »mando por la presente que todas las Hijas de la Caridad, desde el momen»to que se comunique á VV. la presente, se quiten la toca grande, llamada »corneta, y se pongan habitualmente la mencionada toquilla, tanto para »dentro como para fuera de casa y en todo lance y ocasion.» De este modo quedaron uniformadas todas las Hermanas en las casas de España con unánime aprobacion.

Nuestra moderna revolucion política, que ha suprimido los conventos de algunas monjas y extinguido todos los de los religiosos con ligerísimas excepciones por dos ó tres veces en el presente siglo, jamás tocó á las Hermanas de la Caridad, que siempre se han salvado de las iras revolucionarias, por más que las hayan acompañado la impiedad, habiendo sido respetadas hasta de los más furibundos demagogos: esto prueba la bondad de la institucion, su utilidad y la virtud de las hijas de S. Vicente de Paul, que supo hacer una cosa utilísima para todos los hombres y para todos los pueblos, sean cualesquiera sus opiniones y crencias. No hizo otro tanto la Francia, cuna de las Hermanas de la Caridad y de su glorioso fundador, en los dias de su vértigo revolucionario, pues que las persecuciones que sufrieron las Siervas de los pobres y las infamias con que las trataron aquellos impíos sectarios de Satanas, que cambiaron á Jesucristo, verdadero Dios, por la falsa y risible diosa de la Razon, escandalizaron de tal modo á Europa, que, como dice Orsini, resonaron en su favor desde la tribuna de la Gran Bretaña estas sentidas palabras de los protestantes. «Hijas de Vicente de Paul, venid á nosotros; el asilo que os niega una ingrata y loca patria, la Inglaterra os le dará.» La revolucion política española, léjos de incluir en el decreto de supresion de las comunidades á la congregacion de las Hermanas de la Caridad, en Real decreto de 15 de Julio de 1840, dice: «He dado cuenta á S. M. »la Reina Gobernadora de una exposicion de la Superiora de las Hijas de la »Caridad, y S. M. en su vista se ha dignado resolver: Primero, que se con»serve el Noviciado de esta Corte. Segundo, que dicho establecimiento pro»veerá á los hospitales de esta Corte y los de otros puntos del Reino, hasta »donde permita el número de las Hijas de la Caridad. Tercero, que se auxi»lie el expresado Noviciado con la dotacion anual de sesenta mil reales, »que le está asignada;» y esto se publicaba con aprobacion de todos los españoles de todos los partidos, precisamente cuando más arreciaba el huracan de las pasiones políticas, y cuando parecia estar próxima á imperar la piedad. En el reinado de Isabel II, llamada con justísima razon la

Caritativa, porque su corazon es un volcan de caridad y de piedad, las Hermanas de la Caridad, las hijas del glorioso S. Vicente de Paul, han encontrado en España una decidida proteccion, han hallado una madre digna imitadora de su santo padre espiritual. Afligió mucho á Isabel II ver el reducido y pobre local que tenian las Hermanas sus hijas predilectas en esta Corte, y en 22 de Diciembre de 1843 pasó una Real órden al Marqués de Valgornera, para que tomase posesion en nombre de las Hijas de la Caridad, del convento de las Salesas nuevas, que se hallaba entónces desocupado por haber lanzado de él la revolucion á las religiosas; pero no habiendo podido esto tener efecto por declararse á este edificio de dominio particular, S. M. les concedió otro local espacioso en donde pudiesen edificar el noviciado. Con motivo de la construccion de la nueva casa, dió otra Real órden por medio del ministro Conde de San Luis, D. Luis Sartorius, en 23 de Abril de 1849, en la que concedió á este Ministro la gracia que habia solicitado en 16 del mismo mes, de formar bajo su presidencia una comision encargada de abrir suscriciones voluntarias en todas las provincias, y aplicar su producto á la continuacion de la obra de la expresada Casa-Noviciado y al fomento de este instituto humanitario, que cuidando al enfermo y consolando al desvalido, presta tantos y tan importantes servicios á las clases menesterosas. En esta Real resolucion se encargó á los jefes políticos de la Península secunden los esfuerzos de la comision y cooperen á sus fines caritativos con el mayor celo. No quiso S. M. la Reina que al celebrar con la Santa Sede el Concordato de 1851 quedasen olvidadas en él las Hermanas de la Caridad, y así es que en el art. 30 se establece: «Se conservará el instituto de las Hijas de la Caridad bajo la direccion de los clérigos de S. Vicente de Paul, procurando el Gobierno su fomento.» Otras muchas Reales órdenes podriamos citar, en las que se acredita la proteccion que dispensa la nieta de S. Fernando á las hijas de S. Vicente de Paul, entre las que debemos hacer particular mencion de la de 23 de Mayo de 1852. Establécese en este Real decreto «que las Hermanas de la Caridad puedan dedicarse á la enseñanza de niñas en los establecimientos á que han sido destinadas ó que se destinen en lo sucesivo, á virtud de Reales órdenes, sin obtener ántes el título de maestras.»

Protegida de esta manera la Congregacion de las Hermanas de la Caridad en España, se han ido extendiendo por toda la Península, tomando á su cuidado los hospitales, los hospicios, inclusas, algunas escuelas públicas, colegios y enseñanzas, casas de caridad y de misericordia, de dementes, de pobres incurables y otros establecimientos de esta clase. A instancias de la Reina, su protectora, han atravesado los mares y llevado su caridad á los dominios españoles de Africa, América, Islas Canarias, Islas Baleares y á Filipinas y hasta los hospitales de sangre de nuestros ejércitos en cuyos puntos

han establecido casas. Las epidemias no han arredrado á las hijas de S. Vicente de Paul para ejercer con celo su ministerio, y todos los dominios españoles las han visto arrostrar con valor todos los peligros para acudir á socorrer á la humanidad doliente, distinguiéndose por su heroismo y dulzura entre las de su clase de las demás naciones nuestras españolas, á las que ha sostenido nuestro país sin auxilio alguno extraño. Nuestras Hermanas de la Caridad, si bien hijas de S. Vicente como las francesas y las de todos los pueblos católicos en que se han establecido, jamás han tenido que ver nada con superior alguno extranjero, porque no han tenido otro superior que el nombrado por el Rey y confirmado por Pio VII en el ya citado breve de 1818, que es el visitador de los PP. de la Congregacion de la Mision española, con residencia en Madrid. Segun la fundacion ya mencionada, no puede hacerse fundacion alguna, ni salir las Hermanas de España, sin contar con el Real beneplácito, y la aprobacion de la superiora del Noviciado de Madrid y del visitador general de la Mision española, pues que estando declarada esta Congregacion de patronato Real se halla bajo la proteccion exclusiva del Rey de España. A pesar de esto, el superior de las Hijas de la Caridad en Francia pretende intervenir en el régimen de las Hijas de la Caridad españolas, sometiéndolas á la voluntad de aquella nacion, como lo ha hecho con las de nuestras Antillas y con las españolas de Méjico, abuso consentido que hace que pasen al Imperio respetables cantidades sobrantes que ántes venian á España, adonde podian servir para fomentar la institucion entre nosotros. Pretende cambiar el modesto traje que usan en España por el francés, que choca mucho con nuestras costumbres que le consideran ridículo, como lo es en nuestra opinion, é impropio de religiosas. Solicita mudar el sólido plan de enseñanza establecido en España por el de Francia, que será tan propio para aquellos naturales como sería inconveniente en nuestro país, y en fin, solicita hacer innovaciones que vendrian á ser peligrosas y áun capaces de alterar la paz de nuestro pueblo y hacer odiosa una institucion tan querida y apreciada hoy. Este empeño de los PP. de la Mision francesa de monopolizar la Congregacion de las Hijas de S. Vicente de Paul en todos los países, es contrario á su propagacion á todos los pueblos católicos, y ciertamente que el Santo no lo aprobará desde el cielo, máxime cuando ha visto que por esto, más que por otras causas, ha fracasado en Portugal la institucion causando graves males y la perturbacion de las conciencias. En vista de los males que podria causar la emancipacion de España de las Hermanas de la Caridad, creemos que el Gobierno español sostendrá la Congregacion tal y como la fundó Cárlos IV, sin permitir más jefes que los marcados en la Escritura de fundacion ya citada, confirmada por Pio VII, y de manera alguna ningun extranjero. Si se reconoce la superioridad del jefe de la Mision

francesa, entónces, como se dice en la Memoria ya citada, aquel superior, sin anuencia alguna de nuestro Gobierno, dispondrá de nuestras ilustres hermanas para llenar sus compromisos contraidos en cualquier país extranjero. Entónces España gastará sus fondos y empleará sus capitales para mantener hijas suyas que deben ocuparse en propagar y conservar la gloria, de naciones extrañas; entónces, en una palabra, el superior francés, afrancesando á nuestras muy ilustres Hijas de la Caridad y sirviéndose de ellas como miserables instrumentos, dirá á la Europa, y lo dirá con razon y hasta con orgullo: «¡La Francia cuida de las casas de beneficencia de España!» No creemos que llegue este caso, que sería muy vergonzoso para España, en la que las hijas de S. Vicente han llegado al más alto grado de perfeccion y virtud, sin enseñanza extranjera y á la mayor estimacion de sus conciudadanos, consideracion que no la tendrian tan entrañable si fuesen gobernadas por otras leyes que las españolas y por jefes extranjeros. Somos muy españoles, y el lector nos perdonará esta digresion en vista de las razones que creemos nos asisten y de nuestro patriotismo, cualidad que no podrá ménos de alabar el Santo, porque él la tuvo en grado heróico por su país.

Si el establecimiento de la Congregacion de la Mision en España, á la que tanto han favorecido nuestros reyes y gobiernos, y el de la de las Hijas de la Caridad, acreditan el aprecio que hace del glorioso S. Vicente de Paul nuestra católica nacion, no lo declaran ménos el establecimiento de las Conferencias y de las Escuelas que para los pobres han creado sus hijos españoles, sus piadosos y caritativos admiradores. Ciertamente que no hemos sido los españoles de los que próximamente al glorioso S. Vicente hemos adoptado sus benéficas instituciones; pero una vez admitidas, hemos tal vez superado á los franceses en celo y en entusiasmo para llevarlas á buen fin y conservarlas, habiendo logrado formar un poderoso ejército de caritativos Paules, que llena nuestras populosas ciudades, llevando el socorro al pobre á manos llenas por todas partes.

Hace algunos años que hallándose en París nuestro antiguo y querido amigo el virtuosísimo y piadoso *D. Santiago Vicente Masarnau*, el más famoso profesor de piano que hasta él se ha conocido en España, y hermano del ilustrado profesor de química, el Ilmo. Sr. D. Vicente Santiago Masarnau, Consejero ponente hoy del Consejo de Instruccion pública del Reino, tuvo lugar de admirar las caritativas prácticas de la Sociedad de San Vicente de Paul, y conmovido su sensible corazon al considerar esta grande obra de misericordia divina, concibió la feliz idea de trasplantar á su patria tan saludable planta. Al volver á su país puso por obra su pensamiento, á pesar de la agitacion política que le devoraba, á la que se asociaba la impiedad amenazando destruir la religiosidad proverbial de los españoles.

Como no podia ménos, el buen deseo del Sr. de Masarnau tropezó con inmensas dificultades para establecer su sistema, pero nuevo Santiago, llamado como aquel á ser apóstol en su patria de la caridad, como lo fué nuestro glorioso Patron del Evangelio, léjos de desmayar con los obstáculos, la fe le vigorizó y siguió con constancia su propósito. Acababa de salir el pueblo de las estrechas prisiones del despotismo á las vastas llanuras de la libertad, y como un niño sin experiencia que sale de la férula de un severo dómine y de la cárcel de las aulas, corre desalado por los campos del capricho, perjudicándose á sí propio en sus locuras, así el pueblo en aquella época ébrio de lo que aún no conocia, porque no estaba preparado convenientemente, tomaba la licencia por libertad, y odiando todo lo antiguo lo destruia, sin considerar que no edificando al propio tiempo, habia de aumentar sus necesidades sin encontrar medio que las pudiese satisfacer. La revolucion inficionada por la impiedad, destruyó los conventos lanzando de ellos á los religiosos, y aún los persiguió y llegó á asesinarlos, creyéndolos enemigos de la libertad, idea que le sugirió la avaricia de los que se propusieron enriquecerse con los bienes de las comunidades con perjuicio del mismo pueblo, á quien engañaban con miserables utopias, poniéndole de instrumento de sus planes maquiabélicos. En una sociedad constituida en esta anarquía, ¿cómo podia ser bien recibida la sábia doctrina de S. Vicente de Paul en un principio? Además el Gobierno salido de la revolucion, impregnado todavía de las pasiones que le elevaban, debia mirar con cierta prevencion toda asociacion que se presentase con carácter religioso; y como á esto se uniese el ser originaria de Francia la institucion que proyectaba el nuevo hijo de S. Vicente introducir, la natural desconfianza del pueblo español á todo lo extranjero, consecuencia necesaria de los muchos desengaños que ha sufrido de sus vecinos, no debe extrañarse las dificultades con que el Sr. Masarnau tuvo que luchar. Coincidencia singular que acredita la misericordia de Dios con sus criaturas. Cuando la herejía rugia con más furor en Francia, se presentó S. Vicente de Paul como apóstol de la caridad, y el fuego de amor que encendió en el corazon de los fieles, abrasó á los más indiferentes, y unidos todos los que no perdieron la fe del Crucificado, acabaron por hacer triunfar á la Cruz de las infames doctrinas luteranas y calvinistas, y dulcificando las costumbres, la doctrina de Vicente acabó por moralizar la sociedad de la cristiana Francia. Pues bien, otro Vicente, levantando en España el estandarte benéfico del de Paul, precisamente cuando las pasiones politicas, asociadas en cierto modo de la impiedad, se hallaban en su mayor auge, logra abrir una era de conciliacion, y agrupándose al rededor de su bandera unos tras otros, si bien lentamente, hombres de todos los partidos beligerantes, logra por fin vencer su repugnancia; la Sociedad de S. Vicente de Paul se establece en la Península

sobre sólidas bases por permision de Dios, que oyó los ruegos de aquel glorioso fundador, para que la España disfrutase de las ventajas de asociacion tan útil á las clases pobres, como civilizadora y adecuada á la ley evangélica que profesamos. Establecida la Sociedad, que reconoce al expresado Sr. Masarnau por su fundador en España, y empezadas sus Conferencias por distritos, empezaron á ingresar en ellas los hombres de fe y de verdadera caridad, que no temian las censuras agrias que se les hacian en un principio, en el que se les tuvo por algunos hasta por espías bonapartistas, y por no pocos como enemigos de la libertad, que se reunian para combatirla. El clero no todo vió tampoco con gozo esta nueva institucion, de la que no faltaba quien sospechase y temiese que la intervencion, en nombre de la religion, de un elemento lego en la esfera de la caridad no llegase á serle perjudicial algun dia; pero esta respetable clase no tardó en conocer su primer error, y acabó por patrocinar una Sociedad que tantos beneficios públicos prometia hacer. La perseverancia de los asociados y el tino, prudencia y buena direccion del fundador español, lograron allanar todos los obstáculos, destruir todas las preocupaciones, y levantar su institucion á tan prodigiosa altura en poco tiempo, que bien pudieran decir los Paules de España á sus adversarios lo que Tertuliano dijo á los romanos: «Nacimos ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestras campiñas, vuestras escuelas y vuestros ejércitos.» Expresiones recordadas por un celoso asociado de tan ilustre corporacion, de quien vamos á hacer mencion, haciéndole la debida justicia.

Una de las personas que más servicios han prestado en Madrid á la Sociedad de S. Vicente de Paul en los años que habitó en nuestro país, fué *Mr. Eugenio de Kerkhove Varia*, vizconde de Kerkhove, natural de Bélgica, varon virtuosísimo y jóven de una admirable piedad y de una caridad sin límites, á cuyas cualidades reunia una amabilidad, dulzura de carácter y finura, que le hacen el hombre más simpático del mundo, razon por la que es imposible conocerle y no amarle, y por la que se le recuerda siempre con elogio en la buena sociedad madrileña y áun por nuestros soberanos. Por una coincidencia que no es de este lugar, este católico modelo cuya religiosidad deja huellas agradables y edificantes por do quiera que pase, fué ministro extraordinario y plenipotenciario del Emperador de Turquía en esta corte algunos años, y esta misma cualidad hacia precisamente resaltar más su piedad, su caridad y sus santas costumbres católicas, pues que de continuo se le veia orando en las iglesias, visitando los enfermos, socorriendo á los necesitados y siendo celoso observador de las reglas de S. Vicente de Paul en las Conferencias, en la colecta de limosnas y en la distribucion de estas á domicilio, saliendo siempre de sus labios dulces consejos y amonestaciones cariñosas, con las que consolar ó corregir amorosamente á los pobres á quienes

socorria. Amigo del fundador Masarnau, tomaba de este ilustrado varon la doctrina que convenia á sus intentos, que era propagar por todos los medios posibles tan caritativa institucion; y la nacion belga, su patria, en donde se encuentra hoy retirado, rodeado de una familia numerosa, que forma con la caridad sus delicias, puede responder con hechos de que ha llevado á cabo su propósito. Pocos extranjeros han hecho tanta justicia á España como este excelente diplomático, y como al amor que ha profesado y profesa á los españoles, reune el ser un asociado celosísimo de los Paules españoles, el año 1861 publicó en Malinas, en cuya ciudad vive, un excelente opúsculo sobre la Sociedad de S. Vicente de Paul en España, en el cual se acredita su saber, su buen criterio, su acendrado catolicismo, su ardiente caridad y el grande aprecio en que tiene á la España, á la que venga de ultrajes inferidos por ignorantes ó maliciosos extranjeros, que nos denuestan sin conocernos. En este escrito, en que tanto nos honra, y que tan alta pone la reputacion de su ilustrado autor, prueba con números el vizconde de Kerkhove el floreciente estado de la Sociedad de S. Vicente de Paul el año de 1859, estado aún más lisonjero hoy en que puede considerarse aumentada en más de la mitad. «La Sociedad, dice con relacion á dicho año, cuenta en Madrid con más de ochocientos miembros, y en toda la Península pasan de diez mil, calculando sale un miembro por cada mil cuatrocientos habitantes. Los asociados pertenecen á todas las clases de la poblacion, por lo que se ve en las Conferencias comunmente á los grandes de España y á los más bien acomodados, al lado de empleados de poco sueldo ó de menestrales no ricos; al militar al lado del sacerdote, al negociante al lado del poeta y del artista, que todos alternan en el servicio de la humanidad, se unen en la oracion y demás prácticas piadosas, y confraternizan en la caridad. La estadística de la Sociedad, publicada en el *Boletin* de 1859, daba un Consejo superior en Madrid, presidido por el fundador; 29 Consejos particulares; 363 Conferencias; 2.552 miembros de honor; 8.125 miembros activos residentes; 6,555 aspirantes; 1.733 miembros honorarios; 2.889 suscritores; 958 bienhechores; 136 miembros activos, que han llegado á ser miembros de honor; 130 ausentes; 155 difuntos; 11.955 familias socorridas; 324 uniones legitimadas; 102 hijos naturales legitimados; 4.803 niños apadrinados; 1.303 adultos apadrinados; 2.209 pobres instruidos. En 1.° de Enero de 1859 habia en la caja de la Sociedad 293.696 rs.; produjeron las colectas en el año 1.272.892, las suscriciones 251.760, los donativos 670.631, y el producto de la venta del *Boletin* y de otras publicaciones 24.692, resultando un total de reales vellon 2.513.671. Considerándose esta cifra, y teniendo en cuenta el gran número de asociaciones de hombres y de señoras que se dedican en España á socorrer á los pobres, entre las que no debemos

olvidar las *Escuelas dominicales*, á cuyo frente está en Madrid de presidenta la Excma. Sra. Condesa de Humanes, y la Excma. Sra. Condesa de Superunda, hija del célebre é ilustre español conde de Toreno, y otras cuya piedad y caritativo celo tanto honra hoy á la grandeza española; y otros colegios sostenidos de la limosna y dirigidos por las señoras, puede aproximarse el extranjero á conocer el alto grado en que se halla España en cuanto á la práctica de la caridad cristiana, y muy especialmente Madrid, en cuya corte pululan las casas de beneficencia públicas del gobierno y de los particulares, sin que obste esto para que diariamente se den muchos miles de reales de limosna á los mendigos por las calles y en las casas, en las que son pocas las que niegan la limosna á los pobres que tocan á sus puertas con humilde decoro. En Madrid y en algunas ciudades de España hay porcion de casas en las que en ciertos dias de la semana, y en especial los sábados en honor á María Santísima, se dan limosnas en dinero ó en especie á cuantos pobres llegan á ellas. Y además cuenta Madrid en su recinto la sociedad de caridad más aplaudida con razon de Europa por los bienes que proporciona á las clases pobres; esta es la Sta. Hermandad del Refugio, que distribuye al año religiosamente más de un millon de sus rentas entre los necesitados y enfermos, proveyéndoles de baños y hasta encargándose de la manutencion de los gemelos de padres pobres, de dotar doncellas, educar niñas, á las que dota despues para casarse; conducir en cómodas camillas á los enfermos á los hospitales; recoger y dar de cenar y de almorzar á los pobres transeuntes que no pueden pagar posada, recoger y conducir los heridos de cualquier clase y por cualquier accidente que los cause; asistir á los incendios para socorrer y conducir á las casas de socorro á los que se lastimen en ellos, y en fin, otras muchas obras de caridad, que la han hecho ser respetada por las revoluciones y hasta por invasiones extranjeras. Hay tambien en Madrid la Congregacion del Ave María para dar de comer á los pobres, fundada por el B. Simon de Rojas, trinitario contemporáneo de San Vicente de Paul; el Real Monte de Piedad para prestar á los pobres dinero sobre sus ropas y efectos; la Caja de Ahorros, en donde además de conservarse sus ahorros al pobre se le da un regular interés, y además porcion de otras asociaciones caritativas particulares, sin contar la beneficencia oficial, que hoy ha llegado á tal grado de prosperidad que puede competir con la nacion que la tenga mejor establecida; máxime desde que la Sociedad Económica de Madrid ha establecido anualmente los premios que se conceden á la virtud, en lo cual ganan mucho los pobres.

La Sociedad de S. Vicente de Paul ha establecido escuelas de adultos, y vése en ellas al anochecer acudir una multitud de pobres muchachos, aprendices de oficio, y de hombres de bastante edad, jornaleros, que no ha-

biendo recibido ni áun los primeros rudimentos de la enseñanza, acuden á estas escuelas ansiosos de instruccion, en donde los Paules les enseñan con el mayor amor y paciencia la doctrina cristiana, sus deberes, y á leer, escribir y contar, recomendando al Gobierno muchas veces á los que más se distinguen por su virtud y aplicacion, para que los coloque ó dé ocupaciones en las obras públicas, haciendo igual instancia con los particulares. Teniendo presente el Reglamento de esta caritativa Asociacion, formado por mano tan piadosa como maestra, no podemos ménos de tomar de él en este lugar algunas notas, para que se conozca una vez más la utilidad de este instituto y las sanas bases sobre que se sienta en nuestra Católica España. En su fundacion esta hoy tan extendida corporacion se tituló: *Conferencia caritativa de S. Vicente de Paul;* pero habiendo crecido mucho el número de indivíduos, se dejó el nombre de *Conferencia* para cada una de las secciones en que se divide, y tomó el de *Asociacion de S. Vicente de Paul.* «Nos he»mos reunido (dice el autor ó presidente que dió este Reglamento, impreso »en Madrid en 1858) por un impulso de piedad cristiana; por eso no busca»mos las reglas de nuestra conducta, sino en el espíritu de la religion, y en »el ejemplo y palabras de nuestro Señor, en la doctrina de la Iglesia y en »la vida de los santos; por eso mismo nos hemos puesto bajo el patrocinio de »la Santísima Vírgen y de S. Vicente de Paul, y les consagramos culto parti»cular, esforzándonos en seguir sus huellas. El mismo Jesucristo quiso prime»ramente practicar lo que habia luego de enseñar á los hombres, y nuestro »deseo es imitar este divino modelo, segun lo permitan nuestras débiles fuer»zas. Así que el fin de nuestra Conferencia es: 1.° Observar sus indivíduos »una vida cristiana, ayudándose mútuamente con sus ejemplos y buenos con»sejos.—2.° Visitar á los pobres en sus casas, llevarles socorros en especies »y consolarles piadosamente, acordándonos de aquellas palabras del divino »Maestro: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore »Dei.* —3.° Aplicarnos, segun nuestras facultades y tiempo de que podamos »disponer, á la instruccion elemental y cristiana de los niños pobres, libres »ó presos. Jesucristo nos ha prometido que lo que hicieremos por el más »pequeño de nuestros hermanos, lo consideraria como si se hubiese hecho »por Él mismo. —4.° Repartir libros morales y religiosos. —5.° Dedicarnos »á toda clase de obras de caridad á que puedan alcanzar nuestros recursos, »no siendo contrarias al objeto principal de la Asociacion, y siempre que ésta »nos estimule á ejecutarlas á propuesta de los directores. »

Pasa despues á dar cuenta de esta Sociedad y de sus deberes, y manifestando que se compone de indivíduos activos y de los que no pueden dedicarse al ejercicio de las obras á que se consagra, expresa que estos ayudan á los primeros con su influencia, ofrendas y oraciones. En los deberes

encarga la abnegacion de sí mismo, la prudencia cristiana, amor eficaz al prójimo, celo por la salvacion de las almas, mansedumbre de corazon y de palabras, y el espíritu de fraternidad. Les amonesta á meditar las máximas del Evangelio, y arreglar por ellas su vida, y dice: «Es preciso en»tender por abnegacion de sí mismo el desprendimiento de nuestro pro»pio dictámen, sin el cual no hay sociedad durable. El hombre que se »paga de su opinion, se desdeña de pensar como los otros; y el desprecio »de los hermanos, en vez de unir, despierta discordias. Nos someteremos, »pues, con gusto al dictámen de los demás, sin afligirnos porque nuestras »propuestas no sean acogidas por ellos. Nuestra benevolencia mutua será »cordial y sin límites. Evitaremos tambien las disputas con los pobres, sin »darnos por ofendidos porque no se sometan á nuestros consejos, ni se los »haremos aceptar por via de autoridad y mandato; nos contentaremos con »proponer lo que parezca bien y exhortar para que se ejecute, dejando á »Dios el cuidado de que fructifiquen nuestras palabras, si tal es su santísima »voluntad.» Acerca de la prudencia cristiana, se hace cargo de que entre los pobres los hay cristianos, indiferentes y hasta impíos, y aconseja que ni áun á estos debe rechazarse, pero que su lenguaje debe ser distinto, teniendo en cuenta que Jesucristo encargó á sus discípulos uniesen la prudencia de la serpiente á la sencillez de la paloma. Dice que el beneficio despierta la confianza en las almas, y que por medio de la limosna corporal se preparan los medios para la buena limosna espiritual, recordando que S. Vicente encargó que no se procediese á esta sin prodigar ántes aquella. Encarga á los asociados jóvenes no admitan relacion con personas de distinto sexo, á fin de que al procurar la salvacion del prójimo no encuentren su ruina, haciendo todo lo posible para evitar todas las apariencias del mal y cuanto pueda escandalizar á los débiles. «El amor del prójimo y el celo de la salva»cion de las almas son el compendio de la Conferencia de caridad; el que no »se halle animado de estos sentimientos, que en un cristiano se reducen á »uno solo, que no tome parte en ella. Jamás murmuraremos de los pasos, »fatigas, ni áun de los sonrojos que nos ocasione el ejercicio de la caridad. »A todo esto nos hemos expuesto para servir al prójimo. Tampoco sentire»mos los sacrificios pecuniarios que hayamos de hacer á nuestra obra, te»niéndonos más bien por dichosos en ofrecer algo á Jesucristo en la persona »de los pobres, y poder prestar algun consuelo á los miembros pacientes. Es»tos sacrificios los haremos con un completo abandono, sin pensar siquiera »que por eso hayan de ser mirados con preferencia para los socorros los po»bres que visitamos, porque calculemos haber contribuido á la masa comun »con mayor cantidad que los demás.—Nuestro divino modelo fué dulce y »humilde de corazon... y nuestro patrono S. Vicente de Paul jamás olvidó la

»mansedumbre y la humildad, que son inseparables. Tendremos, pues, en»tre nosotros toda clase de miramientos y deferencias, como igualmente para »con los pobres á quienes visitemos. No hay poder que más influya sobre »las almas que la dulzura; por eso á los que la emplearen se les prometen »todas las bendiciones de la tierra. Especialmente cuando se trata de dar »consejos para huir del mal y practicar el bien, es cuando más se necesita »de la dulzura y humildad. El celo por la salvacion de las almas, si carece de »dulzura, es como un navío sin velas.» Haciéndose cargo del espíritu de fraternidad dice: « Nos amaremos ahora y siempre, de cerca y de léjos, de una »conferencia á otra, de una poblacion á otra y de un país á otro país. Esta »amistad nos hará soportar fácilmente nuestros recíprocos defectos, y no »creeremos las malas acciones de nuestros hermanos, sino con harto senti»miento, y cuando no podamos ménos ya de ceder á la evidencia de los hechos. »En tal caso, conformándonos con la voluntad de aquel que encargó á cada »uno la custodia de su prójimo, advertiremos ó haremos amonestar á nues»tro hermano vacilante ó caido, pero con espíritu de caridad; y con toda la »benignidad y efusion de una amistad sincera le ayudaremos á fortificarse »en el bien, ó á levantarse de su caida. Si algun miembro de la Conferencia »enfermare, sus hermanos le visitarán, y le asistirán si necesario fuere; le »harán más llevadero el fastidio de la convalencia, y si la enfermedad fuere »de peligro dispondrán que reciba los santos sacramentos. En una palabra, »las penas y satisfacciones de cada uno serán comunes á todos, segun el »consejo del Apóstol, que nos encarga llorar con los que lloran, y regocijar»nos con los que se regocijan. La union de los individuos de la Conferencia »de S. Vicente de Paul será citada como un modelo de amistad cristiana; de »una amistad superior á la muerte, porque nos acordaremos con frecuencia »en nuestras oraciones de los hermanos que hemos perdido. Este sentimien»to, que hará un solo corazon de todos los corazones y un alma sola de todas »nuestras almas, nos hará más apreciable nuestra reunion fraternal; la »bendeciremos por el bien, aunque poco, que nos ha proporcionado hacer; »amarémosla tiernamente, y áun con más afecto que á cualquiera otra obra »por el mismo estilo, no precisamente por su excelencia ni por orgullo, sino »como hijos bien criados que quieren más á su madre, aunque pobre y fea, »que á todas las demás mujeres, por más notables que sean en atencion á »sus riquezas ó á sus gracias. »

Manifiéstase tambien que siendo la envidia uno de los vicios más enemigos de la caridad y de la humildad, deben cuidar los Paules de no darla abrigo de modo alguno, ni áun en las demás sociedades que tengan el mismo fin de servir al prójimo. Léjos de esto, encarga vean con gusto su prosperidad; que se regocijen cuando nuevos hermanos se les reunan ó asocia-

ciones; y que jamás entren en celos con los que practiquen la caridad cristiana, de cualquier modo que sea, pues que el único deseo de los Paules debe ser se dediquen todos á hacer el bien, socorriendo á los que padecen; y como si esta recomendacion no fuera bastante para que acrediten su humildad les dice : « Aun cuando amemos sobre manera nuestra asociacion, la »tendremos por ménos excelente que las otras, no viendo en ella sino lo que »realmente es, á saber : una cosa formada sin saber cómo ni porqué, nacida »ayer, y que quizá morirá mañana. »

Si admirables y fuertes son las bases que hemos dado á conocer, sobre las que se cimenta la piadosa Asociacion de que vamos hablando, no son ménos poderosos los puntos que afianzan á aquellas, como puntales tan indestructibles como las mismas bases. Por esto se encomienda á los asociados recuerden sin cesar que son meros seglares sin mision alguna para enseñar á los demás, por lo que deben tener gran respeto á los consejos que les diere la Sociedad, sus jefes, y sobre todo los superiores eclesiásticos; pues que S. Vicente de Paul no queria se hiciese con empeño ninguna buena obra sin contar con sus respectivos párrocos y recibida su bendicion. Del mismo modo se encarga no hagan nada importante en el distrito de una jurisdiccion eclesiástica sin contar con el que la ejerza; que nada hagan á despecho de la autoridad espiritual; que se guarde todo miramiento con las Hermanas de la Caridad; que miren como un honor ser reputado por los menores entre sus hermanos, siendo solo los servidores ó instrumentos de otros para con los pobres; y que los Paules más jóvenes respeten á los mayores, y los más nuevos en la asociacion á los más antiguos. «Somos, añade, unos dispensa»dores de los dones de Dios, que es el padre comun de todos los hombres, »y que hace salir el sol para todos. Nuestro amor al prójimo será sin acep»cion de personas; pues el título que tendrán los pobres para ser acreedores »á nuestra compasion será su pobreza misma. No tomaremos informes para »saber á qué partido pertenecen, ni áun siquiera si pertenecen á partido al»guno. Jesucristo ha venido para redimir y salvar á todos los hombres, á los »griegos como á los judíos, á los bárbaros como á los romanos. No distin»guiremos, como tampoco él, entre aquellos que son afligidos por los »padecimientos y la miseria... Y así como S. Pablo, solo manifestaremos »un interés particular por aquellos desgraciados que tienen la fortuna de »ser cristianos, honrando este título con las virtudes que la religion manda »practicar. El espíritu de caridad, juntamente con la prudencia cris»tiana, nos harán desterrar por completo las discusiones políticas de nues»tras reuniones comunes ó particulares. S. Vicente de Paul no queria que »sus religiosos se entrometiesen á tratar, ni áun de las divergencias que ar»man á los príncipes unos contra otros, ni de los motivos de rivalidad que

»dividen á las naciones. Con más razon, pues, los que quieren vivir unidos »y ejercer un ministerio de caridad, no se deben preocupar con afecciones »políticas, que sublevan los partidos unos contra otros, ni agitar entre ellos »cuestiones irritantes, que solo sirven para enemistar á las gentes. Nuestra »Sociedad es toda de caridad, y la política es enteramente ajena de ella.» Despues de tan bella y razonable doctrina y prescripciones, aconseja que para que los Paules puedan conservar la union entre sí presenten candidatos dignos de la confianza y del afecto de los asociados, pues aunque sea un bien para algunos participar de los ejercicios de caridad que practica la Asociacion, tal vez no convenga á esta tenerlos en su seno, y por lo tanto ántes de presentarse un nuevo socio, debe de examinarse si sirve para estrechar el lazo de union que une á todos los hermanos, su carácter, sus costumbres, etc. «La Sociedad no logrará inspirar confianza, ni será propia para cosa bue»na, sino cuando sus individuos la hagan recomendable por su conducta, y »sobre todo por su constancia en los actos de caridad á que se dediquen.» Al encargar el reglamento la discrecion que debe acompañar al celo por la salvacion de las almas, dice: «No todo ardor es santo; no siempre es ins»pirado por Dios. No todos los momentos son á propósito para hacer penetrar »en los corazones enseñanzas nuevas y cristianas: preciso es saber esperar la »hora de Dios, saber tambien ser sufrido como él mismo; á veces habrá que »esperar semanas enteras ántes de poder emplear con fruto una palabra edi»ficante ó de buena moralidad.» Sigue en este punto encargando que no se sea importuno sobre este particular, pues que no estan encargados los Paules del bien que no puedan hacer; pero que no deben desanimarse á vista de los pocos resultados de su mision, porque «quizá Dios no quiere que seamos »testigos de los dichosos resultados que al cabo hayan de producir nuestros »esfuerzos y sacrificios. Si nuestra caridad obtuviere siempre un éxito lison»jero, tendria ménos mérito y nos expondria á la vanagloria.» Vuelve á encargar la prudencia en cuanto al trato con los pobres, los que en las grandes poblaciones suelen ocultar los recursos con que cuentan para atraerse las limosnas que debieran partirse con los demás, por lo cual conviene tener circunspeccion, pero sin mostrarles una desconfianza injuriosa. Que por esta razon deben tomarse informes de los curas de las parroquias, de las Hermanas de la Caridad y de otras personas de notoria confianza. Encarga prevision con los pobres vergonzantes para que vengan á ser su providencia. «Procuremos hacer ver que la existencia sostenida por la caridad es harto »precaria, induciéndoles á que procuren industriarse para ganarse la vida. »Se les indicarán ocupaciones á que se puedan dedicar, y se les ayudará á »conseguirlas. Si estan enfermos ó no se hallan en disposicion de trabajar, se »apoyarán las diligencias que hagan para entrar en los establecimientos des-

»tinados á los ancianos, achacosos ó enfermos. Finalmente, no debemos »sonrojarnos por la cortedad de nuestras limosnas; lo que es poco al parecer »de los ricos, es mucho al parecer de los que nada tienen. Una de las con»diciones de nuestra existencia es la de dar limosnas pequeñas, pues que »nuestros recursos ordinarios se reducen á las ofrendas voluntarias de cada »uno de nosotros; y aunque no fueren en verdad suficientes para grandes »dádivas de caridad, nuestro afecto y nuestros mismos miramientos darán »á nuestros socorros el valor que por sí no tienen.»

Hemos expuesto las bases en que estriba la piadosa Asociacion de S. Vicente de Paul, y por ellas puede conocerse la grandeza de esta obra y su utilidad en el Estado, acreditándose por ellas el gran bien que nuestro ilustrado compatriota Masarnau hizo á España al crearla en su patria, poniendo esta institucion en relacion con las necesidades, posibilidad y carácter del país, que en esta parte no dudamos en afirmar que la patria de San Fernando y de Isabel la *Caritativa* se halla al nivel, si no á la cabeza, de todas las demás naciones, inclusa la que tuvo la dicha de producir al monstruo de caridad cristiana S. Vicente de Paul. La Sociedad en España admite en su seno á todos los jóvenes católicos que quieran reunir sus oraciones y tomar parte en sus obras, cualquiera que sea el país en que residan, y en varias partes se han reunido Conferencias de señoras que se dedican á la visita de las mujeres, especialmente de las jóvenes, y al patrocinio de las niñas, con lo cual se completa esta obra pia, pues que á los Paules les está prohibido este ejercicio. Ninguna obra de caridad se considera ajena de la Sociedad; pero la principal es la visita de las familias pobres, no perdiendo ocasion alguna los asociados de consolar á los enfermos y á los presos, de instruir á los niños pobres abandonados ó reclusos, y proporcionar los auxilios religiosos á los que no pudieran obtenerlos en su última hora. Siempre que en una poblacion se reunan varios Paules, se excitarán á la práctica del bien y formarán una conferencia para llevar á cabo por su parte el objeto del instituto. Se prohibe en esta Asociacion expresamente el espíritu de discusion y las costumbres de tribuna. Cuando en una poblacion se forman diversas Conferencias, se han de distinguir entre sí por los nombres de las parroquias; y para su mútua union se forma un Consejo particular que toma el nombre de la poblacion, y todas las Conferencias de la Sociedad estan unidas por un Consejo general. Las Conferencias tienen dias fijos, generalmente los domingos y festivos, para reunirse. Procuran tener correspondencia entre si para edificarse, ayudarse y recomendarse mútuamente los mismos indivíduos de la Sociedad, ó bien á otros jóvenes, ó á las familias pobres que mudan de domicilio ó residencia. Cada Conferencia se rige por un presidente, uno ó más vicepresidentes, un secretario y un tesorero

que forman la Junta de gobierno, y en algunas hay tambien bibliotecario y guardaropa. La Conferencia nombra á su presidente, y los demás los elige éste; pero en donde hay Consejo, el presidente de este nombra los de las Conferencias. El presidente dirige la Conferencia, y los demás cargos ellos mismos marcan sus deberes comunes á toda sociedad bien organizada. Toda sesion de la Conferencia empieza con el *Veni, Sancte Spiritus*, la oracion y una invocacion á S. Vicente de Paul. En seguida se procede por turno á la lectura piadosa en un libro escogido por el presidente, lo cual debe hacerse con gran atencion de los asociados. Despues lee el secretario el acta de la Conferencia anterior, el presidente anuncia los nuevos asociados, que se presentan, y anuncia los nombres de los candidatos que solicitan, los que son recibidos en la siguiente Conferencia, si no hubiese razon contra ellos. En seguida da cuenta el tesorero del estado de fondos, dando cuenta de la última colecta; despues se distribuyen los bonos que representan los socorros en especie, que varian segun las necesidades de los pobres, pidiendo cada asociado los que necesita, dando noticia de las familias que socorre; estos socorros deben llevarse exactamente á los pobres de una sesion á otra. Hecha la distribucion de los socorros, se trata de las ocupaciones que pueden darse, de las diligencias que fuere preciso hacer por los pobres, de las familias que hayan de visitar los nuevos Paules, y de los que desean encargarse de más visitas. No puede adoptarse familia nueva pobre sin que se expongan sus necesidades y no haya quien las contradiga, probándolo en conciencia. Si algun asociado se ha ausentado, el presidente designa el que ha de sustituirle. Despues se trata en la Conferencia de los mejores medios de su conservacion y buena distribucion de socorros. Antes de las preces con que termina la sesion, el tesorero hace la colecta, á la que contribuye cada asociado con una ofrenda proporcionada á su fortuna, pero siempre secreta, encargando el reglamento que los que no puedan invertir el tiempo en servicio de los pobres, deben hacer mayor sacrificio pecuniario. El producto de la colecta se destina al socorro de las familias necesitadas que se visitan, sin que por eso se descuiden los demás medios de sostener y de aumentar los fondos. Verificado todo así, se termina la sesion de la Conferencia con la oracion á S. Vicente de Paul, las preces *pro benefactoribus*..... y la oracion á la Vírgen *Sub tuum præsidium, etc.*

Cada uno de los Consejos de la Asociacion de S. Vicente de Paul se compone de un presidente, un vice, secretario, tesorero, los presidentes y vices de todas las Conferencias de la poblacion, y de los presidentes y vices de las obras especiales que á todas interesan. Estos Consejos particulares se ocupan en las obras y medidas que interesan á todas sus Conferencias, deciden sobre el empleo de los fondos que se forman de los donativos que vienen

de fuera, con las colectas de las juntas generales y con las ofrendas de los presidentes á nombre de sus Conferencias, y se destinan á sostener las obras de la poblacion y á subvenir á las Conferencias más pobres. Los cuatro funcionarios primeros del Consejo dirigen los negocios corrientes. Al paso que el presidente es nombrado en estos Consejos por ellos consultando á las Conferencias, éste nombra todos los demás cargos y los de las Conferencias, y todos los funcionarios desempeñan las funciones de sus cargos conforme á las reglas comunes enunciadas ántes. El Consejo general se compone de un presidente, jefe de toda la Asociacion, un vice, secretario, tesorero y varios consiliarios, y es el lazo que une á todas las Conferencias, conserva la union de la Asociacion y promueve su prosperidad, á cuyo fin dicta las disposiciones oportunas, y decide en fin acerca de la inversion de fondos de su caja, que se sostiene con los donativos extraordinarios hechos á la Sociedad, con las colectas de sus juntas generales y con las ofrendas de las Conferencias ó de los Consejos para atender á los gastos generales de la Sociedad. El presidente general nombra tambien los miembros de su Consejo; y cuando hay que nombrar á este presidente, se suplica, si vive el que lo ha sido, designe persona, y tambien se tiene sesion preparatoria para su designacion, tomándose consulta al propio tiempo á todos los Consejos particulares para que estos consulten tambien á sus Conferencias; y miéntras dura la eleccion todos los Paules dirigen á Dios la plegaria del *Veni Creator*, para que el Espíritu Santo los ilumine en ella. Los funcionarios del Consejo general, además de llenar los deberes comunes de sus cargos, el secretario redacta la memoria anual sobre el estado de la Sociedad, y guarda los archivos, llevando la correspondencia general.

Las juntas generales de la Asociacion se celebran precisamente todos los años el dia de la Purísima Concepcion, el primer domingo de cuaresma, el domingo del Buen Pastor, dia del aniversario de la traslacion de las reliquias de S. Vicente de Paul, y el 19 de Julio, festividad de este Santo patrono. Estas juntas principian por las preces, como en las conferencias. Despues se llama á los asociados que han ingresado desde la última junta general, y el presidente los presenta á la Sociedad. Los presidentes de las Conferencias dan cuenta de palabra y por escrito del estado de las suyas respectivas, y el secretario da cuenta de las cartas de las que no han mandado representante. El presidente da conocimiento de las decisiones tomadas por el Consejo en beneficio de la Sociedad, y exhorta á esta á la práctica de las virtudes cristianas y á la caridad. Y termina la sesion con la colecta y las preces ordinarias: á estas juntas asisten las personas notables por su carácter, virtud y ciencia, á quienes gusta invitar el presidente.

Además de los socios activos, los hay corresponsales, honorarios y sus-

critores, pues que todo socio que va á un punto en que no hay Conferencia, se queda en la clase de corresponsal para que no deje de pertenecer al cuerpo y de servirle siempre que pueda. Los honorarios no asisten á las Conferencias, y deben mandar anualmente una ofrenda particular al Consejo ó Conferencia de su pueblo: su recepcion se verifica como la de los socios ordinarios. Los suscritores simples no son miembros de la Sociedad; pero tienen derecho á sus oraciones á título de bienhechores. La Asociacion celebra todos los años la fiesta de la Inmaculada Concepcion el 8 de Diciembre y las de S. Vicente de Paul, ya citadas, en las que asiste á Misa en corporacion, rogando en estos dias por la prosperidad de la fe católica, por el aumento de la caridad, y para alcanzar la bendicion de Dios, debiendo rogar los que no asistan por imposibilidad por sus hermanos, como estos ruegan por él. Al dia siguiente de la junta general de cuaresma, la Sociedad asiste en cuerpo á Misa de *Requiem*, que se celebra en sus pueblos por el descanso de los hermanos difuntos. Ninguna de las obligaciones impuestas en este reglamento lo es de conciencia; pero la Sociedad fia su cumplimiento al celo de sus individuos y á su amor á Dios y al prójimo. Siguiendo estas reglas, que ántes eran solo meras prácticas, han procurado los jóvenes católicos que á la sazon constituyen esta Sociedad, cumplir estos dos objetos: aprender á conocerse y á amarse mútuamente; aprender á conocer, amar y servir á los pobres de Jesucristo.

Despues de bien estudiada la ley y doctrina de la pia Asociacion de S. Vicente de Paul tan conforme y perfectamente basada en el Evangelio, ¿habrá quien todavía la calumnie? ¿se atreverá alguno á tenerla por sociedad sospechosa? Lo confesamos de buena fe, despues de haberla visto practicar y de que sus semillas han dado ópimos frutos, la tenemos por obra de Dios y no de los hombres en manera alguna, porque cosa tan grande no es para concebida siquiera por la débil imaginacion humana, y así lo creia el glorioso S. Vicente de Paul, al que escogió Dios para hacernos por su medio este importantísimo beneficio. Podremos engañarnos, que no lo cree nuestra fe, y encerrar un oculto áspid venenoso como suponen algunos, que consideraremos débiles en la fe miéntras no nos prueben que sus sospechas tienen fundamento; pero en tal caso desearíamos morir en el error, para que no nos matase más cruelmente la pérdida de nuestras ilusiones. Oh! No lo permita Dios que la impiedad pueda cantar su triunfo sobre una de las más grandes obras que ensalzan al catolicismo con justicia; pero cómo ha de engañarnos una asociacion que termina su ley diciendo: «La juventud es un »campo que debemos beneficiar, no le atravesemos rápidamente sin cuidar»nos de lo porvenir, ni ménos en derredor; recojamos con cuidado las espigas »que estan á nuestros pies; hagamos este propósito bien, y este bien será la

»gavilla de prevision para la vida, y por su medio obtendremos no poco »provecho en presencia del Señor.» Penetrado el Gobierno español de lo piadoso y útil al país de esta Asociacion, autorizó su establecimiento por Reales órdenes de 18 de Julio de 1851, que se publicaron en la *Gaceta de Madrid*, de 14 de Diciembre de 1856, en las que se hace su elogio y confirma su utilidad. Y como la Asociacion española es secuela de la creada por el mismo S. Vicente de Paul, alcanzan á sus miembros las indulgencias del breve apostólico que en 10 de Enero de 1845 concedió el papa Gregorio XVI, habiéndose enriquecido en este particular con las concedidas á la misma Sociedad por nuestro santo padre Pio IX, en sus breves de 18 de Marzo de 1853 y de 18 del propio mes de 1854, siendo innumerables las indulgencias que la estan tambien concedidas por muchos prelados nacionales y extranjeros; todo lo cual cede en honra del glorioso S. Vicente de Paul, á quien dedicamos este artículo.

Habiendo dado ya razon de la estadística de esta Asociacion correspondiente al año 1859, y habiéndonos proporcionado la correspondiente al de 1861, no podemos ménos de manifestar que en este año habia 2.169 socios de honor; 8.832 activos; 687 aspirantes; 2.017 honorarios; 2.339 suscritores; 1.124 bienhechores; 149 que se han ordenado; 151 ausentes; 198 fallecidos; 12.378 familias socorridas semanalmente; 351 matrimonios ilícitos arreglados; 145 hijos ilegítimos reconocidos; 6.535 niños patrocinados; 1.015 adultos patrocinados y 3.363 pobres instruidos. En la parte de ingresos hallamos en este año que recorremos: 2.657.123 reales., de los que 1.348.140 son importe de las colectas; 245.868 de suscriciones; 770.771 de donativos, y el resto existencia del año 1860. Los gastos importaron este año 2.326.806, de los que 1.885.485 se gastaron en socorros en especie 96.360 en idem, en metálico; 338.444 en gastos extraordinarios; y el resto, déficit de 1860. Pero aún faltaban al darse este estado las datas de cinco Consejos y cuarenta Conferencias. El Consejo superior dió en este año á los Consejos y Conferencias de España 91.382 rs., y recibió de los mismos 23.438 rs., remitiendo además al Consejo general 3.800 rs., segun costumbre, á nombre de toda la Sociedad de España. La Sociedad tiene un Boletin que se imprime y publica en Madrid todos los meses, en el que se da cuenta de todos sus actos.

Los Paules de España, dice el vizconde de Kerkhove en su precioso opúsculo, han comprendido admirablemente su mision, conociendo que la obra de S. Vicente tiene un triple fin: «Primero, asistir materialmente al »pobre sin humillarle, y sosteniendo moralmente su valor conservando en »él las creencias y las esperanzas de la religion, de esa religion que una es»cuela antisocial y bárbara se afana en arrancar del corazon del pueblo por

»el triunfo de no sé qué rencores en el pasado, y qué utópias de progreso en »el futuro. Segundo, moralizar al rico y detenerle al borde del sensualismo, »recordándole sin cesar, que al lado de sus grandezas, de su lujo y de sus »placeres, hay una porcion de criaturas humanas que sufren toda clase de »privaciones; que estas criaturas son sus iguales segun la razon, pero sus »superiores segun el espíritu del Evangelio: idea sublime que pertenece ex- »clusivamente al cristianismo, y que basta ella sola para elevar á la caridad »cristiana sobre todos los sistemas posibles de la filantropía. Tercero, recon- »ciliar por esta doble accion á los que poseen y á los que nada tienen, y pre- »servar de este modo á la sociedad de peligros, cuya amenaza es antagonis- »mo incesante del orgullo y de la humillacion, de la holgazanería y del tra- »bajo hambriento, del lujo insolente y de la andrajosa envidia, antagonismo »que acabará por sumergirlo en un espantoso cataclismo, si la ceguedad de »ciertos hombres poderosos persiste en querer arrebatar de la balanza social »las promesas de una vida mejor, que solo ellas pueden hacer contrapeso á »la creciente desigualdad de las condiciones humanas.»

S. Vicente de Paul, dice el autor anónimo ya citado, «hacia sentar dos »pobres, uno á su derecha y otro á su izquierda, cuando se ponia á comer; »estos eran sus convidados predilectos y de todos los dias. Sus sucesores los »superiores de la Mision y de las Hijas de la Caridad, han hecho y hacen to- »davía lo que él; hónranse con la compañía de los pobres; como él, los re- »conocen por sus señores y maestros.» «Pobres, consolaos, hé ahí en qué »aprecio os tiene la fe; hé ahí la fraternidad que os tiene, el lugar que en la »tierra os da esperando la parte que os reserva en el cielo. Aficionaos, pues, »á esta fe, que consagra y promulga vuestros derechos, que á todos os da »vuestra dignidad de hombre, que empieza en beneficio vuestro tantos sacri- »ficios y desprendimientos. Ricos, meditad este ejemplo y toda la vida de »S. Vicente, y aprended lo que el Evangelio os impone, las obligaciones »para los que son ménos dichosos que vosotros, y respecto de los cuales Dios »os ha hecho los lugartenientes de su Providencia, los dispensadores de sus »bienes y de sus misericordias.» Grandes se han manifestado todos los que han imitado á S. Vicente, y por eso ha hecho tan importantes conquis- tas la Sociedad de los Paules en todas las naciones católicas, en las que forman ya una poderosa y civilizadora cruzada contra la impiedad, un ejér- cito fuerte capaz de detener las costumbres en sus buenos principios, y una legion que invade dulcemente terrenos incultos y agrestes, en los que plan- ta la semilla evangélica, única capaz de alimentar á los pueblos en la gracia y de defenderlos contra el poder del infierno. «Nuestros hermanos de Espa- »ña, dice el expresado Vizconde á los Paules de Malinas, en Bélgica, han »comprendido que hoy, así como en el principio del cristianismo, por la

»práctica y el ejemplo de la caridad, es necesario tratar á nuestro siglo fati»gado ya de discusiones y de sofismas, presentándole el espectáculo de estas »grandes obras que solo el cristianismo puede crear y sostener. El catoli»cismo, de la manera que el filósofo de la antigüedad, al que se negaba el »movimiento, marcha delante de sus detractores, y marcha haciendo el bien. »Se le grita: *No eres la verdad;* y él responde con milagros. Esta es nuestra »mejor respuesta; es la misma del Salvador á los discípulos de S. Juan, es »el argumento de las almas y de los corazones de los fuertes y de los débiles, »y por su medio es por el que debe hacerse la propaganda, predicar y pro»bar la divinidad de nuestra religion. Jesucristo, probado por el amor del »pobre, tal es la magnífica demostracion que hace diaria y públicamente »el humilde hijo de S. Vicente de Paul, lo que le atrae el respeto hasta de »los impíos, por más que lo achaquen á fanatismo. La caridad fué el primer »deber de los apóstoles y de los primeros confesores de la fe. Estos hombres »no discutian con los sofistas de su tiempo; pero en apoyo de su enseñanza »presentaban el ejemplo de las virtudes más sublimes, consolaban á los afli»gidos, oraban por sus perseguidores y daban su sangre por su Dios, con lo »cual estos hombres destruyeron el mundo antiguo y fundaron la sociedad »moderna. Pidamos á Dios para nuestro siglo, no doctores ni sabios, sino »santos, y áun si es necesario mártires, á fin de que por su medio la ver»dad eterna renueve segunda vez la faz de la tierra, que se confundan los »sofistas, que imperen en el mundo el órden y la paz, y que la magnífica »ley de la caridad, el amor de Dios y del prójimo, establezca su imperio »por todas partes para la salvacion y dicha de la humanidad.» Grande y digno hijo de S. Vicente de Paul se presenta Kerkhove al final de su citado discurso á sus hermanos los Paules, cuando les dice lo que nosotros repetimos á todos los fieles. «En cuanto á nosotros trabaje»mos de corazon, y poniendo en juego todo nuestro saber, para apresu»rar la llegada de este dia de reparacion. Quizá no le veamos nosotros »jamás; tal vez no tengamos en esta tierra más que luchas, pero qué »importa morir en el combate si la bandera nuestra debe triunfar? Dios sabe »la hora de la victoria, y nosotros somos solo sus soldados. Démosle gracias, »confiando y esperando nos dé lo que se ha dignado conceder á nuestros her»manos de España, y supliquémosle bendiga más y más sus generosos es»fuerzos; pues que aunque léjos de ellos, nuestros corazones estan unidos, »tenemos unos sentimientos, la mismo fe, los mismos deberes y el pro»pio fin en esta vida y la misma patria en la otra. Roguemos por ellos, y ellos »rogarán por nosotros. Oremos por todos los corazones encendidos en el di»vino fuego de la caridad, á fin de que se realice un momento ántes sobre »esta tierra, el voto sublime del Salvador. *Pater, te rogo..... ut omnes unum*

»*sint, sicut tu Pater in me et ego in te..... ut et ipse in nobis unum sint.*» Nosotros que diariamente estamos viendo practicar la caridad con el mayor celo, con la dulzura y amor digno de las almas santas y virtuosas á los hijos de S. Vicente de Paul en las Conferencias de Madrid, no podemos ménos de conocer y confesar la exactitud de cuanto de los Paules españoles dice nuestro virtuoso amigo Kerkhove, y no podiamos tampoco dejar de apreciar su opinion en esta biografía del glorioso S. Vicente de Paul, no tanto por la amistad y amor que le profesamos, y nuestra devocion al Santo su padre espiritual, cuanto por hacer justicia á su virtud, y porque cede en honra y gloria de Dios y de nuestra católica patria, que siempre forma felizmente en primera fila en cuanto corresponde á la religion del Crucificado y á la caridad que nos enseñó tan grande y sabio Maestro, dejándonosla por legado en el testamento en que nos favoreció desde la cruz. No podiamos tampoco dejar de hacerlo así, pues que en ello encontrabamos el justo elogio del piadosísimo fundador de la sociedad de S. Vicente de Paul en España, nuestro antiguo y querido amigo D. Santiago Vicente Masarnau, varon en cuyo corazon arde con tal fuerza el fuego santo de la caridad, que habiendo hecho abnegacion del mundo y de sus pompas y vanidades en medio de los halagos con que le brindaba por sus talentos y posicion, y renunciando á todo, se ha entregado todo á Dios y consagrado al servicio de los pobres, poniéndose al frente de una Sociedad que por su sabia direccion llena ya la España, á la que engrandece con sus inmensos beneficios. Y podemos decirlo con tanta mayor imparcialidad, cuanto que no tenemos la dicha de pertenecer á tan benéfica Asociacion, no por falta de voluntad y buen deseo, sino porque aún no nos lo han permitido nuestras muchas ocupaciones, que nos han impedido hasta el dia disponer del tiempo á nuestra voluntad, si bien como uno de los jefes de primera enseñanza del reino, hemos auxiliado cuanto hemos podido y ha estado de nuestra parte á la Sociedad en el planteamiento de sus escuelas de adultos, cediendo locales á propósito en el mismo establecimiento central de enseñanza por el Gobierno, que tenemos el honor de dirigir por la bondad de nuestra caritativa Reina y Señora. Otra causa nos ha movido á extendernos en este escrito, y es la piedad y voluntad de uno de los señores hermanos editores de esta *Biografía Universal Eclesiástica*, de nuestro buen amigo D. Francisco Carreras y Argeric, cónsul general de Turquía en España, íntimo amigo tambien del citado vizconde de Kerkhove, que fué un dia su jefe como embajador del expresado imperio, de suerte que por una coincidencia singular, un agente del imperio musulman, pero cristiano sin tacha y de gran virtud, fué en nuestra Península uno de los más celosos hijos del glorioso S. Vicente de Paul, siguiendo hoy siéndolo en Bélgica, y otro servidor del gran turco, pero igualmente catól-

lico y al propio tiempo español, es el que con su hermano D. José concibió y lleva á cabo con constancia una obra en que se sientan las principales máximas y reglas de la religion cristiana, y en la que se ponen en relieve la santidad, hechos y virtudes de los principales héroes del cristianismo, y de sus más esclarecidos sacerdotes, heroinas y religiosos. Hemos terminado nuestra tarea, emprendida con más voluntad y deseo de llevarla por buen camino, que fuerzas para conseguirlo; y como estemos ciertos de lo imperfecto de nuestra obra, suplicamos al glorioso héroe de la caridad cristiana despues de Jesucristo, al fundador de las asociaciones más dignas y humanitarias que ha visto nacer y crecer la sociedad moderna, á S. Vicente de Paul, en fin, que pues que no negó los beneficios de su caridad ni áun á sus propios enemigos, la ejerza con nosotros, pobres bosquejadores de su colosal figura, por lo mal que le dejamos retratado, rogándole nos alcance la misericordia de nuestro Dios, con quien tanto poder le habrá alcanzado su heroismo, y le pida abra los ojos del alma á nuestros lectores, para que al conocer nuestros defectos, vean al través de nuestras mal dirigidas pinceladas, la verdadera figura que no hemos sabido delinear en este nuestro pobre cuadro. Y por último, que pida al Dios de las misericordias proteja á los hijos suyos en todas sus benéficas instituciones en España y en todo el orbe católico, para bien de la humanidad en el tiempo y mayores aumentos en el número de fieles en la eternidad. —B. S. Castellanos.

PAULA (Sta.), mártir. Entre los mártires que murieron en la ciudad de Damasco en tiempo de la persecucion del emperador Decio, se encuentra una santa de este nombre, de la que solo podemos decir que fué compañera de martirio de los Stos. Macrovio, Máximo, Juliano, Sabino y S. Pascasio. —C.

PAULA (Sta.), vírgen y mártir. Cumpliendo Daciano presidente de la ciudad de Cartago, con las órdenes del emperador Diocleciano, que exigian se exterminase á los cristianos que se resistiesen á adorar á los ídolos, sacrificó á Sta. Paula con sus compañeras las Stas. Basa y Agtonica, que léjos de prosternarse ante los falsos dioses, los maldijeron y despreciaron. —C.

PAULA (Sta.). Segun S. Gerónimo, en sus epístolas, fué esta una viuda muy piadosa que vivia en el siglo IV de nuestra era. Perteneció esta mujer singular á una de las más ilustres y antiguas familias nobles de Roma. Descendia de los Escipiones y de los Gracos, y por su madre Blesilla de Paulo, Emilio. Se alió á otra familia ilustre casando con Toxoce, de la casa de los Julios, y tuvo cuatro hijas y un hijo. Quedándose viuda, abandonó las delicias de Roma, y fué á encerrarse en el monasterio de Bethleem, bajo la regla de S. Gerónimo, en donde llevó una vida penitente. A fin de poder entender mejor la Santa Escritura, aprendió el hebreo, cuyo estudio la fué

muy agradable. Fué una verdadera madre de los pobres cristianos que iban de todas las partes del mundo á visitar los Santos Lugares, y fué un ejemplo vivo de todas las virtudes evangélicas. S. Gerónimo, que escribió la vida de esta santa mujer, dice que vivió cinco años en Roma y veinte en Bethleen, viviendo en todo cincuenta y seis años, ocho meses y veintiun dias. Murió el dia 26 de Enero del año 404 de nuestra era. —C.

PAULA (Sta.) vírgen y mártir. Martirizaron los gentiles en Bizancio el dia 3 de Junio del año 273 á S. Luciliano y á cuatro niños, á los cuales cuidó en la cárcel de Nicomedia, y en el camino hasta Bizancio la gloriosa Sta. Paula, que curó sus llagas y prodigó cuantos socorros pudo, con la mayor caridad y abnegacion. Despues que fué crucificado S. Luciliano y degollados los cuatro niños, prendieron los sayones idólatras á Sta. Paula y quisieron obligarla á que adorase á los ídolos; negándose la Santa á inclinar su rodilla ante los falsos dioses, y confesando á Jesucristo como el único Dios verdadero, se encolerizaron de tal manera sus jueces, que la hicieron arrojar á un horno encendido, y como advirtiesen que las llamas no hacian mella en ella, y que salió sin daño alguno del horno cantando alabanzas al Señor, la degollaron, en cuyo caso voló su alma al cielo en donde coronó Dios su heroismo con la gloriosa auréola de la gloria. La Iglesia la venera el dia 3 de Junio. —C.

PAULA (Sta.) vírgen y mártir. Hállase un templo en Málaga dedicado á esta Santa y á su compañero de martirio S. Ciriaco, debido á la piedad de los reyes católicos Doña Isabel I y D. Fernando V, su esposo, que le mandaron edificar en honor de estos santos mártires españoles, cuando conquistaron de los moros la ciudad. Murió Sta. Paula apedreada el año 305 de nuestra era por órden del juez romano que mandaba en ella, y la Iglesia la recuerda en 18 de Junio. Véase CIRIACO (S.). —C.

PAULA (Beata), hija de Bautista Merabachi, noble caballero de Bolonia. Fué una criatura en cuyas prendas parece que rivalizaron la naturaleza y las gracias; porque siendo de peregrina belleza y angélico entendimiento, era de singular candidez y de una caridad seráfica. Hiciéronla maestra de novicias en la fundacion del nuevo convento de Bolonia, y desempeñó el oficio muy á satisfaccion de Santa Catalina, que fué quien entre otras perfectas religiosas la propuso pera la enseñanza. Calificó el Señor sus virtudes con milagros en vida y en muerte, los cuales la ganaron el título glorioso de bienaventurada. Salió de esta vida para entrar en la eterna el año 1492. Consérvanse sus huesos en una caja junto al cuerpo de Santa Catalina, donde tienen piadosa veneracion. Tambien se guarda en aquel convento el libro manuscrito de la vida de esta santa religiosa, en el cual y con extension se refieren sus virtudes y milagros. — O. y O.

PAULA (B. Sor), religiosa de Sta. Clara. Resplandeció por muchos milagros en el convento de Sta. Lucía, en la provincia de S. Antonio, órden de S. Francisco, en el cual florecieron otras muchas muy notables por pertenecer á las primeras familias del reino. —O. y O.

PAULA ó PAULINA DE LA CONCEPCION, llamada tambien de Aimericis, religiosa dominica, natural de Vicenza, en Italia. Tomó el velo y profesó en el monasterio de Sto. Domingo, en su patria, donde floreció á mediados del siglo XVI por su piedad, observancia de la disciplina regular y pericia en las lenguas latina é italiana. Tradujo del latin la vida de Sto. Domingo, que publicó á ruego de la abadesa Sor Usana Pigafetta y de la hermana Leticia Bassadona, con este título: *Vita, gesti é costumi del beatissimo padre nostro S. Domenico;* Vicenza, 1586. —S. B.

PAULA CUTQUET (V. Hermana), hija de la tercera órden de penitencia de nuestro P. S. Francisco, en la villa de Bagá, poblacion situada en la falda de los Pirineos Bajos, en Cataluña. Nació el 2 de Diciembre de 1596, y tuvo su nacimiento en la referida villa, siendo sus padres Esteban Cutquet y María Peyró. En su niñez dió muestras de haberla escogido el Señor para ejemplo de virtudes y mortificaciones. No hallando quietud en la ocupacion á que sus padres la dedicaban, el fervoroso espíritu de la doncella, resolvió ausentarse de su casa y pasar á lo más solitario del monte, para ocuparse completamente en la vida contemplativa y entregarse á ásperas penitencias. Con esta resolucion entró en la capilla de la Vírgen del Rosario, algo apartada de la villa, á fin de ponerse bajo la proteccion de la Madre de la gracia, y que la sirviese de guia en aquel viaje. Despues de salir de la capilla intentó por tres veces seguir adelante; pero en ninguna de las tres acertó á dar un paso, cuando en tal conflicto llegó el Rdo. Juan Cutquet, presbítero y comisario de aquella tercera Orden, y viendo á la sierva de Dios muy confusa, le preguntó el motivo. Imposible fué á la jóven explicar la verdad, y descubrió el secreto de su corazon. Admirado el sacerdote de tan varonil determinacion, y conociendo ser superior el impulso que la movia, la indicó volviese á casa de sus padres y se aplicase con diligencia al trabajo y á la labor mecánica, puesto que eran menesterosos y la necesitaban. Pronto sufrió Paula la ojeriza y los castigos que la imponian por la aversion con que la miraba y reprobaba cuanto hacia una hermana política suya; mas el Señor se complacia en la invicta paciencia de su sierva, que bien la hubo menester para resistir una penosa enfermedad y treinta y tantos años de padecimientos, además de verse durante tan largo período totalmente tullida. Miéntras tanto, la implacable cuñada la negaba los necesarios alimentos, dejándola experimentar el hambre y la sed. Dios misericordioso premiaba sus virtudes, regalándola con frutas frescas y agua muy sabrosa,

segun consta del proceso de su vida. Por eso era incalculable su amor á la divina gracia, por eso á cuantos la visitaban hablaba solamente de Dios, teniendo siempre cubierto el rostro. Por la gran fama de santidad y virtud que sus hechos le atrajeron, concurrian muchos no solo á admirar su paciencia en los intensísimos dolores que le causára la enfermedad, si que tambien á consultarla en graves dificultades, pues entendian haberla ilustrado Dios con superior luz. Al llamarla á sí recibió los santos sacramentos con mucha devocion, y al siguiente dia, 29 de Noviembre de 1648, entregó su espíritu al Criador, quedando su semblante sobremanera hermoso. — O. y O.

PAULA DEL ESPÍRITU SANTO (Madre). Nació en la villa de Biniganin; fueron sus padres Francisco Almiñana y Mariana Tomasa, ambos honrados y virtuosos. Criáronla en el amor á Dios, y desde muy niña deseó entrar religiosa, como así lo realizó, recibiendo el hábito de S. Agustin en el convento de su patria. Retirada de los peligros del mundo, fué espejo de las que más se esmeraron en el cumplimiento de su santa regla y estatutos de su religion. Mostró suma afabilidad y caridad extrema, y fué raro su sufrimiento en los trabajos que padeció. Parecia estar absorta siempre que hacia oracion y que se hallaba en la presencia de Dios. Antes de su tránsito refiere la crónica de la provincia de Valencia que estuvo ochenta dias sin tomar otro alimento que una onza de agua con otra de azúcar. Recibió los santos sacramentos con suma reverencia, y dió su alma al Señor el 28 de Febrero de 1656. — O. y O.

PAULA DE FLORENCIA (B.), religiosa benedictina, cuya memoria recuerda su Orden á 5 de Enero con estas palabras: «En la hermosa ciudad de »Florencia, cabeza de la Toscana, en el monasterio de Sta. Margarita, vivió »la B. Paula, de la Congregacion Camaldulense, devotísima de nuestra Seño»ra, de quien y del Niño Jesús recibió dulcísimos regalos y favores, muy aficio»nada á la meditacion y contemplacion, en la cual tuvo regaladísimas visio»nes. A su muerte asistieron los gloriosos príncipes de la Iglesia S. Pedro y »S. Pablo, que llevaron su alma á gozar de la dulce compañía de su amado »Esposo, año de 1368.» — S. B.

PAULA DE FULGINO, religiosa franciscana, natural de esta ciudad y compañera de la B. Antonieta, vírgen; profesó en un principio la regla de la Orden tercera y despues la primitiva de Sta. Clara en el monasterio del CORPUS-CHRISTI de Aquila, ciudad de los Abruzos, donde despues de haber obtenido un alto grado de perfeccion por su grande pureza y sencillez de espíritu, murió llena de santidad en 1488. La Orden Seráfica celebra su memoria en 21 de Diciembre. — S. B.

PAULA DE GAMBACA (B.), religiosa de la tercera órden de S. Francisco, en que entró abandonando sus grandes riquezas, pues pertenecia á una an-

tigua é ilustre familia italiana. Floreció hacia 1545, hallándose adornada de todo género de virtudes y obrando despues de su muerte diferentes milagros. Su religion celebra su memoria en 24 de Enero.— S. B.

PAULA GONZAGA (B.), religiosa franciscana, hermana de Federico, primer duque de Mantua. Su grande humildad, voluntaria pobreza y demás virtudes la hicieron abrazar la vida monástica, en que se distinguió con no poca admiracion de sus compañeras, que la miraban con grande veneracion, afirmando que ninguna como ella merecia ser digna esposa del Señor, por lo que fué muy sentida su muerte, que se verificó en el monasterio del CORPUS-CHRISTI de Mantua, conservando desde entónces la Orden su memoria en 24 de Setiembre.—S. B.

PAULA Y SOR VICENTA GRAU. Estas madres agustinas fueron naturales de Morella, hijas de padres nobles, Felipe Grau y Gerónima Sanz. Las dieron excelente educacion, y desde niñas manifestaron lo que serian despues, porque se mostraban amigas de la oracion, del retiro, de la penitencia y de frecuentar los sacramentos. A la edad competente tomaron el hábito de San Agustin en el convento de su patria, y profesaron juntas en 21 de Octubre de 1631. Sor Paula era la menor en edad, pero más excelente en virtud; parecia á las gentes que las dos hermanas eran en la religion dos ángeles de pureza y de caridad segun practicaban todas las virtudes. Era su director espiritual el insigne varon V. P. Pascual, y siguiendo sus doctrinas fueron espejo de perfecciones en el convento. Apénas salian del coro y de la celda, porque no sabian otro retiro, como se escribe de S. Basilio el Magno y SAN Gregorio Nacianceno, que estudiando los dos juntos en Atenas no sabian más calles que la que iba al templo y á la universidad. Era rigurosa su penitencia, profunda su humildad y fervorosa su caridad. Vivian juntas en una misma celda y apénas hablaban, conversando casi siempre para hablar con Dios. En estos ejercicios pasaron su vida, hasta que el Señor las llamó para la eterna, siendo la muerte de Sor Paula por los años de 1667, y la de la madre Sor Vicenta dos años despues. En la de Paula todo el convento depuso que se sintió una singular fragancia en la celda misma en que espiró, al extremo de quedar pasmados los religiosos de la Orden y cuantos asistieron al entierro, con el suavísimo olor que sentian. Diez años adelante, al cavar la sepultura de esta sierva de Dios, su cadáver exhalaba la misma fragancia, y todos los circunstantes alabaron al Señor comprendiendo su divina gracia hácia la que toda su vida habia guardado su virginal pureza.—O. y O.

PAULA MALATESTA (B.), religiosa franciscana de que hace conmemoracion su Orden en 17 de Marzo. Habia sido esposa de Juan Francisco de Gonzaga, primer marqués de Mantua, durante cuya vida fundó el monasterio del CORPUS-CHRISTI ó de Sta. Paula de Mantua, en el que tomó el hábito despues

de la muerte de su marido, distinguiéndose por sus virtudes. Era muy caritativa para con los pobres y enfermos, sustentando á los unos y curando á los otros por sí misma y lavándoles siempre los pies y las manos. Su grande humildad, obediencia, amor á la pobreza y demás virtudes, hacian la mirasen con veneracion las otras religiosas, afirmando que Dios habia obrado varios milagros por sus méritos, y esto hizo que su muerte fuese generalmente sentida, siendo sepultada en el monasterio fundado por ella, hácia 1440. — S. B.

PAULA Bautista de Mezzavaca (B.), religiosa franciscana del monasterio del Corpus-Christi de Ferrara, de donde fué trasladada á Bolonia el dia 22 de Junio de 1496, juntamente con la B. Juana de Lambertinis, para que llevasen á cabo la fundacion de este nuevo monasterio que ilustró con sus virtudes. Murió santamente y fué sepultada con la referida B. Juana. La Orden seráfica celebra su memoria en 28 de Marzo. — S. B.

PAULA de Montealto (B.), religiosa franciscana del convento de Santa Lucia de Mantua. Durante su vida se distinguió mucho por su piedad y santidad, por lo que despues de su muerte se conservaba su cuerpo con grande veneracion en el expresado monasterio, habiendo merecido ser ilustrado por diferentes milagros. Murió en 4 de Agosto de 1514, en cuyo dia celebra su conmemoracion la Orden Seráfica. — S. B.

PAULA de S. Alberto, religiosa carmelita descalza, natural de Tarazona; llamábase en el siglo Doña Paula de Casanate, y fué hija del Doctor D. Francisco de Casanate y de Doña Isabel de Espes, personas tan ilustres por su nobleza como por su virtud. De doce hijos que tuvieron, seis, tres varones y tres hembras, pertenecieron á la religion carmelita en que se distinguieron por su vida y costumbres. Paula manifestó desde muy niña el más claro ingenio y excelentes inclinaciones, prometiendo para cuando fuese mayor los mejores frutos. Deseosos de consagrarla á Dios, la enseñaron sus padres, á pesar de su tierna edad, á leer y contar, en lo que hacia la niña notables adelantos, no siendo menores los que ofrecia en el camino de la virtud; pues destinándola al convento de la Concepcion de Tarazona, ciudad en que residia su familia á la sazon, les indicó sus deseos de entrar en la religion del Cármen descalzo, á lo que se presentaban varios inconvenientes por no haberse introducido aún la reforma en Cataluña: pero los sabia vencer la jóven con muy buenas razones, prefiriendo salir de su país para ir á servir á Dios al puesto que la habia designado, á quedarse en él para entrar en una Orden á que no se creia llamada. No tardó el Señor en facilitar el éxito de sus proyectos por un medio por donde ménos lo esperaba; pues habiéndola dado unas tenaces tercianas, y creyéndose próxima á la muerte, envió á llamar á su padre y le suplicó ofreciese entraria carme-

lita si sanaba de aquella enfermedad. Hízolo así su desconsolada familia, y no tardó en recobrar sus fuerzas y salud. Pero el amor de su madre era una rémora para el logro de sus deseos, porque cuanto más la instaba para el cumplimiento del voto, más apartada la veia de llevar á ejecucion sus justos pensamientos, diciéndola continuamente que su delicada complexion no podria sufrir los rigores de Orden tan austera, ni pasarse sin comer carne y vestir siempre estameña. Pero Paula, para probar con la práctica el error de estas suposiciones, se puso desde luego un vestido interior de bayeta frisada, y se obligó con voto á no comer nunca carne. Afortunada en este ensayo, pudo demostrar á sus padres que no le hacia daño ninguno la abstinencia y desnudez de los Carmelitas descalzos, con lo cual no se atrevieron ya á contrariar sus propósitos; mas aguardaron á que el tiempo y los sucesos la hicieran cambiar de intencion. Trasladáronse entónces sus padres á Zaragoza; pero el bullicio de esta populosa ciudad solo sirvió para animar á Paula á continuar en su retiro y abstinencia. Encerrada en su casa, se dedicaba á los ejercicios de penitencia que ideaba su buen deseo y devocion. Tomaba disciplinas dos veces á la semana, haciéndose unas de esparto con muchos nudos por carecer de ellas; usaba además como cilicio otra soga más gruesa, y con una vela se echaba en los brazos gotas de cera ardiendo para llenárselos de llagas y aumentar sus sufrimientos. Todos los viernes duplicaba estas mortificaciones, suprimiendo gran parte de la comida y bebida, que repartia entre los pobres. Negábase á recibir toda clase de visitas; y cuando salia su familia á hacerlas, se aumentaba al extremo su placer y alegría; pues podia, estando sola, entregarse con entera libertad á sus devotos ejercicios. Su constancia acabó por vencer á sus padres, y vencidas otras dificultades que pusieron las religiosas, tomó el hábito de la órden del Cármen en el convento de S. José de Zaragoza á los diez y seis años de su edad. Aunque en extremo jóven, anciana ya en las prácticas de la religion, inútil es decir que las cumplió con la mayor facilidad y gusto, y que dió desde luego muestras de haberse realizado su vocacion y satisfecho el mayor de sus deseos: así se ejercitó desde luego con la mejor voluntad en los oficios más bajos del convento, ayudando á las hermanas legas y áun adelantándose para aliviarlas en sus trabajos y ocupaciones, en particular si las veia enfermas y achacosas. Aunque era de coro, las sustituia en la cocina con tanta humildad y modestia, que la amaban como compañera mucho más aún que la hubieran amado como superiora. No por esto faltaba al coro ni á los actos de la comunidad; ántes por el contrario oraba y rezaba no solo en las horas ordinarias sino en las extraordinarias, estando tan atenta á este ejercicio espiritual como si fuera de allí no la llamasen otros cuidados. Era un modelo de todas las virtudes, no sabiendo qué admirar más en ella, si su raro silen-

cio ó increible abstinencia, de la que se refiere el caso, tal vez sin ejemplo, de haber pasado toda una cuaresma sin probar el agua, á pesar de haber comido siempre pescado, lo que la produjo una grave indisposicion durante la Pascua, que no se curó sin el auxilio de eficaces remedios. Premió el Señor sus méritos con diferentes gracias, que aunque las ocultaba, pues por ella solo se supo lo que dijo á otra religiosa que se maravillaba cómo no se la reventaba el corazon con las muchas mercedes que Su Majestad la hacia, sin embargo, no pudo ocultar haberla revelado el Señor el dia de la muerte de su padre, y mandándole que se lo avisase para que estuviera prevenido. Obedeció la hija, y su padre murió, dispuesto ya de antemano, en el dia señalado, por lo que se tuvo por revelada la noticia. Pero aún más singular fué el medio de que se valió nuestro Señor para avisar á la madre Paula de su cercano fin. Pues estando apuntando en el libro de difuntos de la Orden, que era una de sus obligaciones como subpriora, los religiosos que habian muerto en aquel año, y por los que tenia la comunidad que celebrar los oficios de costumbre, halló su nombre escrito en aquel libro sin que pudiese decir quién lo habia puesto, pues no habia salido de su poder ni tenia rezelo de que hubiera podido cogérsele nadie. Tuvo este aviso por superior, y no se engañó; pues comenzó á sentirse enferma aquella misma tarde, que era el dia de S. Miguel, de quien era particular devota y al que reconocia como patrono. Aunque penosa, padeció la enfermedad con la mayor presencia de ánimo, no pidiendo nada para su alivio, agradeciendo lo que se la proporcionaba para su remedio y consuelo, y alegrándose de los descuidos de la enfermera, que aumentaban sus padecimientos, pues todo su deseo era aumentar sus dolores por amor de nuestro Señor Jesucristo. Con tan buenos auspicios, y recibidos los santos sacramentos, falleció á primeros de Octubre de 1614, no sin sentimiento de sus hermanas que perdian en ella una digna compañera y un vivo ejemplo. A poco de espirar se apareció en el mismo convento á la madre Ines de Jesus, y la dirigió algunas palabras animándola á padecer por Dios, pues no dejaria de recoger el fruto. Tambien se refiere otra aparicion de esta religiosa, la que se verificó de la manera siguiente: una persona que la estimaba mucho, la habia suplicado pidiese á Dios la noticia de la salvacion de un alma por quien se hacian muchas oraciones, y que en señal de que se habia salvado la alcanzase tambien del Señor la verdadera contricion de sus pecados. Ofrecióle Paula que lo haria si se lo permitia Dios, y pocos dias despues de su muerte, la pareció ver á la madre á su lado, percibiéndola tan clara y distintamente como si la mirára con los ojos; sintió al mismo tiempo unos grandes deseos de llorar de modo que no pudo contener las lágrimas, y un dolor tan profundo y verdadero al recordar sus pecados que creyó llegada la última hora de su

vida. Meditando al volver en sí, comprendió que aquella era la señal de haberse cumplido lo que habia encomendado á la madre, que el alma por quien pedia se hallaba ya en puerto de salvacion, y que la difunta religiosa gozaba tambien de la privanza y favor de Dios. De la madre Paula de San Alberto hay una vida particular escrita por D. Miguel Bautista de Lanuza, donde podrá acudir el que deseare mayores noticias. —S. B.

PAULA DE S. VICENTE (Madre Sor), natural de Valencia. Tomó el hábito de S. Agustin, y profesó el 22 de Julio de 1605 en el convento de S. Gregorio. Florecieron en esta religiosa todas las virtudes, y fué ejemplo de las demás, por lo cual la eligieron superiora de aquella santa casa despues que las fundadoras se volvieron á su convento de Sta. Tecla. Murió santamente por los años de 1658.—O. y O.

PAULA DE STA. TERESA (V. Sor), religiosa dominica, fundadora del convento de Sta. Catalina de Nápoles. Fué durante su vida dechado de virtudes y modelo de los tres estados, de soltera, casada y viuda, á todos los cuales perteneció sucesivamente, distinguiéndose por su ardiente caridad para con Dios y los prójimos. Nacida en la ciudad de Nápoles, emporio á la sazon del lujo y los placeres de Italia, donde ha conservado siempre la primacía, gracias á la benignidad de su agradable cielo, fué miéntras se conservó doncella un prodigio de recato y castidad, viviendo en el mayor retiro, entregada constantemente á prácticas piadosas. Consagrada á Dios en su corazon, no pensó nunca en contraer matrimonio, y se negó á ello cuando se lo propuso su padre. Pero la avanzada ancianidad de éste y su extremada pobreza la obligaron á obedecerle, y á entrar, para socorrerle en sus últimos dias, en un estado al que no se sentia inclinada; pero conservando la esperanza de que Dios en sus inescrutables designios la depararia algun camino para llegar á ser religiosa. Conservó con el mayor cuidado la santa honestidad durante su matrimonio, que bendijo el Señor con tres hijos, y apénas quedó viuda tomó el hábito de la tercera órden de Sto. Domingo, dedicándose á reunir limosnas para fundar en Nápoles un convento de su religion, lo que consiguió á los dos años por haberla concedido, sin pedirlos, veinticinco mil ducados, con los que proveyó á la edificacion del nuevo convento de Sta. Catalina de Sena, que fué en un principio de monjas claustrales, reduciéndose despues á rigurosa clausura. Distinguióse como religiosa por su grande paciencia en las incurables enfermedades de que se vió aquejada, mereciendo el epíteto de mártir. Fué en diversas ocasiones maltratada de los espíritus malignos, que llegaron á dejarla exánime y sin sentido como á S. Antonio Abad. Acrisoló el Señor sus padecimientos permitiendo que los hombres la mirasen como hipócrita; y que ella, que no tenia de sí más elevada opinion, padeciese en su espíritu las mayores tribulaciones.

Era tan caritativa con las benditas ánimas del Purgatorio, que solicitó padecer sus penas por sacarlas de su triste estado, como lo consiguió en particular en el dia en que hizo profesion. No abandonó el Señor á su sierva, ántes la favoreció con diferentes gracias, y se refiere que como una tarde por hallarse las monjas en una ocupacion extraordinaria, no rezasen vísperas segun acostumbraban hacerlo en todas ellas, bajó un coro de ángeles en número igual á el que eran las monjas, y las sustituyó en su santa tarea, oyendo Sor Paula su celestial concierto. Tenia grande devocion á las sacratísimas llagas de nuestro Señor Jesucristo, que eran la fuente en que templaba la amarga sed de que se hallaba devorada, y en una ocasion, despues de haber bebido de la llaga del costado, mereció que la revelase el Señor que todos los que dijeran cinco veces el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, obtendrian el perdon de todos los pecados cometidos en aquel dia. Recibió tambien el singular favor de que Dios purificase y acrisolase su corazon en su amor, como lo habia hecho con Santa Catalina de Sena. A imitacion de esta bienaventurada y de Sta. Rosa de Lima, pidió al Señor que la pusiese á la entrada del infierno hasta el dia del juicio para que no entrase en él alma ninguna, y Dios por consolarla la colocó en un lugar donde padeció increibles dolores y penas, y en el que combatió en una ocasion con los espíritus malignos que llevaban tres almas, consiguiendo su contricion y el perdon de sus pecados, que pidió al Señor por intercesion de su Santísima Madre. Hízola Dios otros muchos favores, permitiendo que los ángeles la diesen la comunion trasformada en Cristo, y así rodeada de luces celestiales, y despues de haber recibido los santos sacramentos, falleció á 7 de Enero de 1657 á los setenta y cuatro años de edad.—S. B.

PAULA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO. Nació en la villa de Alcoy, siendo sus padres Pedro García de Ozazo y Melchora Valor. Entró en el convento de Agustinas de su patria, y amiga del retiro y de la continua oracion, recibió singulares favores del cielo. Sufrió con inquebrantable fortaleza los grandes trabajos que la sobrevinieron interiores y exteriores, pues segun su cronista, «pareció más ángel en el cuerpo que mujer en el mundo, sin haberla »dejado herir, ni de las tentaciones con que el demonio la afligió, ni de las »innumerables persecuciones con que aquel la hiciera padecer.» Seis años tuvo el encargo de priora en dicho convento, y gobernó con tanta prudencia y religion, que se hizo amar por todas sus hermanas. Nada perdió miéntras tanto de su acostumbrada oracion, quitando á la noche con sus vigilias muchas horas. Dióla el Señor el don de profecía, y así logró consolar á muchos en sus aflicciones. Predijo á una hermana suya, á quien habia Dios favorecido con rica hacienda y deseaba tener sucesion, que daria á luz dos hijas y dos hijos; y así se cumplió. Un súbito accidente quitó el habla á la madre Sor

Paula, poco ántes de haber comulgado con extraordinaria satisfaccion, y cuando creia que volveria á recobrarla, entregó su alma al Todopoderoso el 11 de Octubre de 1673, dejando á sus hijas, con el recuerdo de sus virtudes, esperanzas de su salvacion. — O. y O.

PAULA (P. Fr. Francisco), lego de profesion, y varon de grandes virtudes en la religion de su nombre. Natural de Paula, dejó de existir tranquilamente en Zireda, con gran edificacion del pueblo, que admiraba la santidad de sus costumbres, y tuvo mucho que imitar en los ejemplos de humildad y obediencia de este siervo de Dios. — O. y O.

PAULA (El P. Comisario Fr. Francisco), natural de la muy noble ciudad de Segovia, Castilla la Vieja, hijo de padres nobles. Enviáronle sus padres á estudiar á Salamanca, donde lo hizo tan de veras, que fué dechado de todos, así religiosos como seglares. Pidió el hábito en el convento de San Esteban, de Salamanca, que le dieron con mucho gusto los padres, convencidos de su buen talento y de su inclinacion á servir á Dios. Estando cursando, fué á estudiar al mismo S. Esteban, viniendo desde Italia, el P. Fray Juan Bautista de Marinis, con el cual entabló grande amistad, conservada despues y no interrumpida, y cuando fué general de la sagrada religion de Santo Domingo el P. Marinis, al cual debió la institucion y patente de primer provincial de la provincia de la Puebla de los Angeles, cuando se separó de la de Méjico. Alistóse, pues, el P. Fr. Francisco para venir á esta, y llegó el año de 1618, acompañándole otros religiosos, algunos de elevada fama, contándose entre otros el santo mártir del Japon Fr. Lucas del Espíritu Santo, el venerable y primer apóstol de la Orden, en la China, Fr. Angel Coqui, el santo mártir Fr. Luis Beltran, etc. etc. Dedicóse nuestro misionero al estudio de la lengua china en Parian, pero no la continuó por ser necesario ponerle en el colegio de Sto. Tomás, en el cual leyó artes y teología por espacio de diez y seis años. Fué regente de estudios; dos veces rector, notable en la predicacion, siendo oido con gusto las muchas cuaresmas enteras que predicó. Era docto, y con su elocuencia dominaba al auditorio. Por los méritos que contrajo, hízole la provincia vicario provincial en Manila en 1641, teniendo en cuenta sus ejemplares virtudes y no sus pocos años. Acabó gloriosamente su oficio, y volvió de nuevo á su colegio de Santo Tomás, gobernándole con celo, y hasta que por muerte del P. Fr. Domingo Gonzalez fué nombrado comisario de Manila. En este y otros ejercicios del servicio de Dios sorprendióle el capítulo eligiéndole provincial, y esta segunda vez correspondió dignamente, como la primera, á la honra que se le dispensaba y á la confianza que en él depositaban sus compañeros. Esto le impidió trabajar como hubiera querido en la nueva provincia de la Puebla de los Angeles, en cuya institucion y grande empresa adquirió grande re-

nombre el P. Presentado Fr. Juan de Cuenca, dignísimo por sus aventajadas prendas y saber. Entre tanto el P. Francisco trabajaba en la administracion y presidencia del hospital de los Chinos, y entre otras ocupaciones que le maltrataron mucho y concluyeron por quitarle la vida, apurándole considerablemente, pues le postraron con continuos dolores, siendo ineficaces las medicinas á su avanzada edad. Trajéronle á la enfermería de Sto. Domingo, donde padeció muchos dias acerbo purgatorio, y al fin en manos de sus queridos hermanos dió el alma al Señor el año de 1644, á los sesenta y cuatro años de su edad. Cuando el Rey le presentó, haciendo justicia á su mucho mérito, para el obispado de Nueva Cáceres, hallóle muerto esta dignidad, llegando la noticia de ella el año siguiente. La memoria de este venerable prelado fué muy honorífica en las Islas Filipinas. — S. B.

PAULA (El P. Fr. Gregorio), de la órden de S. Francisco de Paula, de nacion calabrés, y de la familia Carbonela. Despues de haber gobernado la religion desempeñando el cargo de general el primer seisenio que hubo en ella, siendo electo compañero del P. General Fr. Diego de Arias, en el capítulo de Marsella el año de 1611 por la Nacion Italiana, le eligió el papa Paulo V obispo de Neocesarea á instancias del duque de Mantua, que le dió la abadía de Sta. Bárbara, capilla ducal de su corte. — O. y O.

PAULA (Sor Catalina de Santa). Fué natural de la villa de Huelma, hija de Baltasar Pulido y de su legítima mujer. Murió su madre, y quedando ella bien rica, así por la herencia materna como por ser bien nacida, ofreciéronsela muchos casamientos de gente principal. Gustaba á su padre darla este estado, pero Paula solo apetecia el de la religion, y así un dia se lo declaró rogándole la llevase al monasterio de Santiago, de la ciudad de Guadix, donde despues tomó el hábito de S. Francisco, y profesó. En pocos años, pues solo seis fué religiosa, ejercitó muchas virtudes. A las diez de la noche se entraba en el coro, y se estaba hasta la siguiente hora en la oracion. Ocho dias estuvo en cama con su última enfermedad, empleándolos todos en dirigir tiernas y conmovedoras expresiones á un crucifijo que tenia en sus manos. Murió el año de 1661, y todas las personas que la conocieron opinaron sería dichoso su tránsito, porque lo merecia por sus buenas obras. O. y O.

PAULET (señorita), hija del consejero de la bailía de Montpeller, que habiendo seguido el protestantismo, se instruyó en las verdades católicas y abjuró en manos del arzobispo de Tolosa, y á presencia de los obispos de Lodena, de S. Papoul y del procurador general del Parlamento. Hizo esta abjuracion solemnemente el 27 de Junio de 1684 en la iglesia metropolitana de Tolosa concurriendo multitud de pueblo, testigo de su edificacion y arrepentimiento. — O. y O.

PAULET (Guillermo), ministro protestante de Montpeller. Se convirtió al catolicismo y murió hácia 1700.—O. y O.

PAULI (Gerardo). Nació en Warbourg, en Westfalia, el año 1648, é ingreso en la Compañía de Jesús en 1664. Despues de enseñar humanidades en Clagenfurt, Gratz y Agram por espacio de tres años, se aplicó al ministerio del púlpito, que ejerció con gran reputacion en Viena, Gratz, Lintz y otros puntos. Aunque agobiado de achaques, solicitó y obtuvo permiso de sus superiores para trasladarse á Hungria con el fin de auxiliar á los enfermos atacados de la epidemia, saliendo ileso de tales actos de caridad. Murió en Ofen, año de 1713, á los sesenta y ocho de su edad. Escribió: (*Rev. P. Gerardi Pauli Soc. J. theologi*) *Vielfache Predigen anf alle Sontag des Jahrs-Wie auch dreyfache Fasten-verschiedene Feyerstags-Kirch-weyhe-Primiz-Ehren-Professions-und addere dergleichen Predigen*, etc.—C. de la V.

PAULI (Gerónimo). Este eclesiástico español fué natural del principado de Cataluña y canónigo de la santa iglesia de Barcelona. A fines del siglo XV fué camarero del papa español Alejandro VI, y tuvo á su cargo la biblioteca del Vaticano. Publicó la obra titulada: *Provinciale Romanum*, que dudan algunos autores le pertenezca, si bien no nos convencen las razones que dan para privarle de esta gloria. Tambien son de su pluma las obras tituladas: *Practica Cancellariæ.—Commentariolum de urbe Barcinonensis*; impresa en 1491.—*De Hispaniæ fluminibus et montibus*, cuya obra se puede consultar en el tomo II de la *Hispania illustrata*. Las cita Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico*, con relacion á Vossius en su *Historia latina*, y á Le Mire en sus *Escritores del siglo XVI*.—C.

PAULIAN (Aimé-Henri), hijo de un ministro protestante convertido en tiempo de Luis XIV. Nació en Nimes el dia 23 de Julio de 1722, y estudió con los Jesuitas, en cuya Compañía ingresó, dedicándose principalmente al estudio de la física. Sus primeros escritos en aquel género alcanzaron buen éxito, porque eran elementales, y su autor no desperdició cuantos descubrimientos á la sazon se practicaron. A su *Dictionnaire de Physique*, que logró muchas reimpresiones, hizo seguir un *Traité de paix entre Descartes et Newton; Conjectures sur l'électricité*, y algunas otras obras muy poco leidas hoy, tal vez porque los progresos de la ciencia han motivado el descuido en el estudio de los físicos del siglo anterior. Tambien dió á luz Paulian un *Système général de phylosophie*; el *Dictionnaire philosophico-théologique*; y el *Véritable système de la Nature*. El *Diccionario* fué uno de los libros que criticó Pelvert en las *Lettres d'un Théologien*; pero aquella crítica no parece que fué dictada por un espíritu elevado de justicia y de moderacion, y Paulian dió á luz una *Defensa* de su diccionario. En 1790 habia empezado á publicar en cuadernos semanales una coleccion intitulada: *La Física al alcance*

de todos, la cual no pudo continuarse por circunstancias de la época. Este autor tenia un hermano, con quien tomó parte en algunas ediciones hechas en Nimes por Baume, figurando entre ellas la reimpresion de las *Mémoires chronologiques et dogmatiques* del P. d'Avrigny. En sus últimos años se ocupó exclusivamente Paulian de las funciones de su estado. Confesaba frecuentemente, y pareció aumentarse su celo durante el tiempo de la persecucion. Soportó con valor todos sus reveses, y predicó constantemente la sumision desde que le fué permitida á la Orden su vuelta. Este varon, tan estimable y laborioso, murió ya octogenario, hácia el año 1802 en la aldea de Manduel, cerca de Nimes, adonde se habia retirado. — C. de la V.

PAULILIO (S.), mártir. Murió este Santo en Nicomedia por la fe de Jesucristo en el siglo III de nuestra era. Véase Ciriaco (S.). — C.

PAULIN (P. Mtro. Fr. Pedro), natural de Madrid, como dice en la obra que luego se mencionará, monje del órden de S. Basilio, é hijo del monasterio de esta Corte, en donde tomó la cogulla, año de 1666; fué lector de sagrada teología en los colegios y universidades de Salamanca y Alcalá, abad rector de este último, secretario general, definidor dos veces, vicario provincial, padre perpetuo de la provincia de España, y últimamente abad de su casa de Madrid, en cuya prelacia falleció á 26 de Julio del año 1692. Escribió: *Los astros del divino Sol encarnado, S. Cosme y S. Damian;* Madrid, 1692. — O. y O.

PAULINA (Sta.), mártir, hija de S. Artenio y Sta. Cándida, bautizados por Marcelino; despues del martirio del primero, que fué degollado, fué arrojada con su madre á una cueva, que cubrieron con piedras los verdugos, obedeciendo la órden del juez Sereno, digno satélite del feroz emperador Diocleciano. Véase Artenio (S.). — C.

PAULINA (Sta.), mártir. Durante el imperio de Valeriano hizo sufrir el martirio el juez Secundiano á Paulina en Roma, con S. Eusebio y otros ocho compañeros, que recuerda la Iglesia el 2 de Diciembre. Véase Eusebio (S.), presbítero. — C.

PAULINA (Sta.), mártir. Padeció el martirio en la via Salaria, cementerio de Priscila, en Roma, por confesar la fe de Jesucristo, con Sta. Donata y otras cuatro santas mujeres, de que hace conmemoracion la Iglesia el dia 31 de Diciembre. Véase Donata.

PAULINA (V. Sta.), monja reclusa de la órden de S. Benito. Hace de esta religiosa mencion honorífica el P. Buccelino en sus *Anales*. Se ejercitó en todo género de virtud, en la oracion continua, grandes y sucesivas mortificaciones, dejando fama por su admirable y santa vida. Es la fecha de su gloriosa memoria el 14 de Marzo. — O. y O.

PAULINA Artés (Madre Sor). Nació en la ciudad de Valencia, de ilus-

tres y nobles padres. Tuvo muchos hijos su padre D. Francisco Artés, que los educó á todos en las más santas costumbres, siendo tres de sus hijas monjas en Sta. Tecla. La menor en edad fué la madre Paulina; pero la mayor en perfeccion y virtud, pues desde su entrada en el convento hasta su muerte no notaron las religiosas, sus hermanas, la menor falta. Practicó esta sierva de Dios todo género de virtudes, siendo admirada su paciencia y tolerancia. Menospreciábanla sus compañeras, teniéndola por loca, y jamás se quejó de tales ultrajes la enamorada esposa del Señor; y siendo sus propias hermanas las que más la mortificaban, las sufria con igual amor que á las demás. Vivia retirada áun de sus mismos deudos, no saliendo jamás á la reja, y perdiendo así la renta que sus padres la dejaron, si alguna de sus hermanas no la percibia. Era, pues, su perpétuo nido la celda: en él vivia solitaria y en religiosa meditacion. Nunca gustó de carne, á pesar de haber mandadq su confesor la comiese durante su última enfermedad; pasó su vida en perpétuo ayuno, y alimentándose con los mendrugos de pan que sobraban á las religiosas. «Su penitencia fué increible, refiere el P. Jordan; cada »dia tomaba seis ó siete disciplinas, bien rigurosas, por las benditas almas »del Purgatorio; llevaba continuamente un cilicio de hierro á la cintura y »otro de cuerdas que la cubria el cuerpo; dormia sobre la dura tierra, con»servó siempre intacta la flor de la castidad, de suerte que murió purísima »vírgen, como depuso su confesor.» Poco debemos añadir en loor de esta religiosa si se consigna su ardiente caridad para con los pobres, que socorria liberalmente, y para los enfermos, á los que consolaba animándolos á sobrellevar sus dolores con santa paciencia. Dos años ántes de su muerte la envió el Señor una enfermedad bien penosa, viéndose postrada y tullida, sentada en una modesta tarimilla. Su cuerpo estaba convertido en una continua llaga, y ella tan macilenta que solo tenia la piel y los huesos. Llegado el término de sus trabajos, pidió con la mayor ternura perdon á las religiosas, y disponiéndose para la comunion con fervorosos actos, repetia las palabras de Sta. Isabel: *¿De dónde á mí tanto bien, que venga á mí mi Señor Jesucristo?* Recibió los santos sacramentos, y cuando llegó la noche y se acercó la oracion de las ánimas, por las que habia demostrado tanto afecto, dijo á su confesor que la asistia: *Padre, ya llegó la hora.* Así fué en efecto, pues espiró, dedicando sus últimas palabras á *Jesus* y diciendo: *Ave, María. En vuestras manos, Señor, pongo mi alma y en las de vuestra Santísima Madre.* Fué su dichoso tránsito el 22 de Noviembre de 1688, á los ochenta años de su edad. De las admirables virtudes y heróicos hechos de esta religiosa dice su cronista que hubiera podido escribir un gran volúmen.—O. y O.

PAULINO (S.), obispo y mártir. Fué este bienaventurado discípulo del apóstol S. Pedro, el que consagrándole primer obispo de Luca, le envió á

predicar el Evangelio á aquella comarca italiana. Muchos trabajos padeció con los gentiles este santo varon apostólico en el cumplimiento de su mision, y siendo preso como cristiano que predicaba contra la santidad de los ídolos, fué martirizado en tiempo de Neron con otros compañeros, al pie de la montaña cercana de Pisa, en cuyo sitio se enterraron sus cuerpos. Recuerda la Iglesia á este Santo el dia 12 de Julio. —C.

PAULINO (S.), obispo y confesor. Este Santo italiano, que floreció en el siglo V de nuestra era, abrazó con fe y decision el estado eclesiástico, y despues de haber sido hecho sacerdote y servido todos los grados inferiores eclesiásticos, fué consagrado obispo de Brescia. Constituyéndose cariñoso pastor de sus ovejas, se deleitó en enseñarles la verdadera ciencia que conduce al camino de la salud eterna, á cuyo fin continuamente visitaba los pueblos de su vasta diócesis predicando y confirmando á los fieles con su palabra y con su ejemplo. Murió este santo prelado, á quien recuerda la Iglesia, el 29 de Abril del año 427, despues de haber pasado una vida santa, ilustrado á sus feligreses y hecho muchos milagros. — C.

PAULINO (S.), obispo y mártir. A pesar de haber tratado de este Santo gloriosos escritores, ninguno nos da razon ni de su nacimiento ni de su niñez y juventud. Llama S. Gerónimo á este bienaventurado «hombre feliz de los sufrimientos,» y S. Atanasio «hombre verdaderamente apostólico, terrible enemigo de los arrianos y heróico defensor de la fe ortodoxa.» Fué elegido y consagrado obispo de Tréveris por muerte de S. Maximiniano, cuya dichosa diócesis le amó tiernísimamente por los grandes auxilios espirituales y materiales que la prestó. El emperador Constancio, que profesaba la herejía arriana hasta el fanatismo, deseaba vengarse de S. Atanasio, que se oponia con calor al progreso de la secta arriana. Y á fin de lograr la condenacion del santo Patriarca, reunió el año 353 un concilio en Arlés contra él, y al cual llamó á S. Paulino. Léjos de prestarse este santo obispo á las impías exigencias del Emperador, fué el primer prelado de Occidente que se declaró á favor de S. Atanasio, al que defendió con el mayor calor y energía. Ofendido el Emperador de su conducta en el concilio, le quitó su silla de Tréveris y le desterró al Asia Menor y su provincia de Frigia, cuyo país infestaban los montanistas con su herejía. Este destierro fué un continuado martirio para Paulino por el mal trato y persecuciones que sufrió de los expresados herejes, que le atormentaron hasta el año 358 de nuestra era, en que murió para nacer en el cielo. S. Félix, tercer obispo de Tréveris despues de él, trajo á esta ciudad la reliquia de S. Paulino, desde Frigia, el año 396, estableciendo su fiesta el 31 de Agosto, en que le venera como mártir la iglesia de Tréveris. —B. C.

PAULINO (S.), obispo y confesor. Llámase á este santo el Apóstol de los

siete reinos de los anglo-sajones. Enviado por el papa S. Gregorio *el Grande* á Inglaterra el año 601 para ayudar á S. Agustin, le encargó el Papa la conduccion de las reliquias de los mártires, vasos sagrados y libros que remitió á aquel reino. Tan luego como llegó S. Paulino á Inglaterra, se le mandó á predicar el Evangelio en el reino de Kent, á cuyo fin se le consagró obispo el año 625. Estériles fueron en un principio sus tareas evangélicas, porque sin duda queria Dios probar su constancia; pero convirtiendo despues al rey de Kent, una gran parte de los vasallos de éste abrazaron el cristianismo. Movidos de la fama de virtud de este prelado, acudieron muchos paganos á sus pies pidiéndole el bautismo, y aprovechándose el Santo de las buenas disposiciones del Rey y de sus vasallos, hizo levantar templos al Dios verdadero, y fundada que fué la iglesia en la corte, marchó á predicar el Evangelio á otras provincias, en las que consiguió innumerables conversiones. Murió este glorioso prelado en la ciudad de Rochester el dia 10 de Octubre, en que le venera la Iglesia, del año 644. — C.

PAULINO (S.), mártir. Nació en Todi, en donde perdió la vida por Jesucristo el año 303 de nuestra era, durante la persecucion de Diocleciano y Maximiano, teniendo por compañeros de suplicio á los santos Felicísimo y Heraclio. Véase Felicísimo. — C.

PAULINO (S.), diácono y mártir de Colonia-Agripina, donde por Jesucristo le fué desbaratada la cabeza con un martillo. — C. de la V.

PAULINO (S.), subdiácono y mártir. Fué uno de los que en el imperio de Adriano confesaron la fe de Jesucristo en la isla de Cerdeña, de donde era natural. Abrazó el estado eclesiástico, siendo ordenado de subdiácono á los cuarenta y un años de edad, en cuyo grado sirvió en aquella iglesia. Pero aumentando cada dia más la persecucion contra los cristianos, y en particular contra sus ministros, á algunos de los cuales apedreaban, y á otros quemaban; habiendo llegado á noticia de los perseguidores del nombre de Cristo las virtudes y el carácter de Paulino, se apresuraron á prenderle, y negándose á ofrecer incienso á los falsos dioses, le sometieron á los más crueles tormentos hasta quitarle la vida. Su sagrado cuerpo estuvo sepultado por mucho tiempo en el templo de S. Pablo apóstol de la referida ciudad de Cerdeña, hasta que un religioso que tenia á su cargo el cuidado de un altar de aquella iglesia encontró una lápida de mármol con el epitafio siguiente:

Hic jacet Beatus martyr Paulinus subdiaconus, qui vixit annis plus minus quadraginta unum, requievit in pace sub die septimo Idus Septembris.

El cual se traduce de esta manera en la *Historia de los Santos del reino de Cerdeña:* «Aquí yace el Bienaventurado mártir Paulino, subdiácono, el cual »vivió cuarenta y un años poco más ó ménos, y reposó en paz á los 7 de

»Setiembre.» Esta lápida cubria una de las sepulturas del referido templo, ignorándose si el religioso mudó á otro lugar el santo cuerpo el año de 1616 en que le encontró, ó si le dejó en el mismo lugar en que se encontraba. La Iglesia celebra el triunfo de S. Paulino en 7 de Setiembre. —S. B.

PAULINO (B.), monje, religioso benedictino de la sagrada Congregacion Silvestrina, que guarda la regla del patriarca S. Benito. Pertenecia á la ilustre y antigua familia de los condes de Bigazzino y de los Collatinos, y pospuso toda su grandeza y dignidades para seguir á nuestro Redentor Jesucristo, recibiendo la cogulla en el monasterio de los santos Marco y Lucía, fundado por el conde Ugolino, pariente suyo, y en el que tuvo por maestro y director á S. Silvestre, fundador de la Congregacion en que habia tomado el hábito. De este religioso se refieren varios milagros con los que ilustró, lo mismo que con su santidad, la casa de que era hijo. Murió á 4 de Mayo de 1280, y su Orden celebra en este dia su memoria. —S. B.

PAULINO. Gennadio cita entre los escritores eclesiásticos que florecieron á mediados del siglo V uno llamado Paulino, que dice haber compuesto tratados sobre el principio de la cuaresma. Añade que habia leido dos suyos sobre la Pascua, la obediencia, la penitencia y los neófitos. Ignórase quién era este Paulino. En 419 habia un obispo de este nombre en Beziers, en el Bajo Langüedoc, que escribió en este año una carta circular á todas las iglesias de la cristiandad para referirlas los prodigios y señales extraordinarias que aparecieron en diferentes lugares y sobre todo en Beziers. No tenemos esta carta, y solo sabemos lo que la crónica de Idacio nos dice en general. Tampoco especifica estos prodigios en sus *Fastos*, contentándose con que Juan de Jerusalen dió tambien á conocer por medio de una carta circular las señales extraordinarias de que era testigo, las cuales eran las mismas sin duda que el conde Marcelino menciona en su *Crónica*, donde leemos que Jesucristo se dejó ver sobre el Monte de las Olivas, que apareció la señal de la Cruz en los vestidos tanto de los judíos como de otros muchos, que admirados de estos prodigios pidieron y recibieron el bautismo. Hubo en el mismo siglo otros varios Paulinos, uno discípulo de S. Ambrosio y autor de la vida de este Santo, y otro obispo de Perigueux. El primero era diácono de Milan, y á ménos que no fuera creado obispo, lo que no se sabe, no se le pueden atribuir los discursos de que habla Gennadio. El segundo vivia aún á últimos del siglo V; el de Beziers conviene mejor á la época en que Gennadio coloca á Paulino, autor de los tratados sobre la Cuaresma y sobre la Pascua.—S. B.

PAULINO (P. Fr.), trinitario. Hizo la décimoctava redencion, y en ella sacó libres ciento ochenta cautivos, ayudándole los redentores de Castilla, que por su parte redimieron ciento veinticinco. Fué el año de 1616, siendo general el consejero y limosnero de Francia Rmo. P. Fr. Luis Petit. Así-

mismo hizo la redencion siguiente por mandado del rey Felipe III, llevando consigo al P. Fr. Antonio de la Asuncion. Redimieron ciento setenta y cuatro cautivos, entre los cuales eran cuarenta niños y otras tantas mujeres, tres religiosos de S. Francisco, un guardian, otros tres sacerdotes, los cuales llevó á Lisboa el P. Asuncion por quedarse nuestro Paulino en Céuta el año de 1618, en que tuvo lugar el rescate, siendo general el ya mencionado Petit. Fué el P. Paulino varon santo y digno de toda alabanza por su grande y sublimada caridad; hizo siete redenciones generales, y en ellas rescató mil quinientos cincuenta y nueve cautivos; y era tanto el respeto que le tenian los moros, que sin más prenda que su palabra le daba el rey de Tetuan, llamado Achabais, cuantos cautivos quisiese del Africa. Obtuvo los oficios más grandes de la religion, y fué muy celoso de los progresos de la misma. Envióle la obediencia á Roma, de cuya ciudad trajo privilegios y breves para toda la Orden, entre otros el rezo de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento, para que se pudiese rezar en dos dias de la semana de dos festividades. Trajo otra contra los padres de la Merced, revalidando el privilegio que tenian en aquella provincia de Portugal de todos los pontífices y reyes en aquel reino, para que en él no pueda haber otra órden de redencion de cautivos. Tuvo noticia de este siervo de Dios el rey Felipe III, y por lo mucho que habia trabajado quiso premiarle elevándole á la dignidad episcopal en Céuta, que no aceptó conforme á sus sentimientos de modestia y humildad. Postrado en cama durante dos años, sufrió los padecimientos que el Señor le enviaba con la mayor resignacion, probando la fortaleza de su espíritu y paciencia al sufrir los intensos dolores que le ocasionaban las llagas de su cuerpo. Llevósele su Divina Majestad á descansar, terminando su laboriosa existencia en Céuta y en su convento, á la avanzada edad de ochenta y cuatro años, el de 1627. —O. y O.

PAULINO, obispo de Tréveris, era natural de Aquitania, y sucedió á Maximino en esta silla. Apénas promovido al episcopado, pasó á Roma llamado por el papa Julio para trabajar en el restablecimiento de la paz de la Iglesia. Constante acababa de llamar á S. Atanasio del lugar adonde le habia desterrado, y los obispos que se habian separado de él procuraban á toda costa una reconciliacion que les era sumamente necesaria. Contábanse en este número Ursacio y Valente, sus mayores enemigos, los que deseando enviarle su retractacion á Aquilea, se valieron de Paulino para que la presentase y les ganase su amistad. Pero este estado de cosas no duró por mucho tiempo, pues muerto Constante por órden de Magencio en 350, S. Atanasio perdió á su decidido protector, con lo que se volvió á encender el odio de sus adversarios, que no perdonaron medio alguno para perseguirle. A instancia suya reunió Constancio un concilio en Arlés en 353, en que la mayor parte

de los prelados accedieron á la condenacion del ilustre Santo. Solo Paulino, resistiendo á los ruegos y amenazas, se negó á firmar la sentencia de esta asamblea que en vano le presentaron una y otra vez, pues fué inflexible á las súplicas y áun al castigo. No tardó, en efecto, en imponérsele; pues los arrianos se vengaron de su entereza, deshaciéndose al mismo tiempo de un prelado que tenia valor para resistirles, haciéndole desterrar á Frigia. Grandes fueron los padecimientos que hubo de sufrir Paulino en aquel pais; pero todos los sobrellevó con notable presencia de ánimo, ganándose con justicia el glorioso título de confesor con que le venera la Iglesia. Murió en 358, ocupando desde entónces un lugar en el Martirologio, que hace memoria de sus virtudes en 31 de Agosto.—S. B.

PAULINO I, patriarca de Oriente, era natural de Antioquía, y ocupaba el obispado de Tiro cuando murió S. Filogono, su antecesor. El pueblo de Antioquía le reclamó entónces como propiedad suya, y le elevó á la silla que habia dejado vacante la muerte del Santo; pero la ocupó un período muy breve, pues murió al año siguiente ó dos despues, en 324.—S. B.

PAULINO II, que algunos autores confunden con Paulino I, pero del que era, sin embargo, diferente. Ocupó la silla de Antioquía en 331 por eleccion de los eusebianos, que le nombraron despues de haber depuesto á S. Eusthato. Como no era arriano declarado, muchos católicos siguieron su comunion; pero otros se separaron de él y de sus sucesores, por lo que se los llamó eusthatianos. Paulino gobernó solo seis meses la iglesia de Antioquía.—S. B.

PAULINO DE AQUILEA (S.), patriarca y confesor. Nos recuerda la Iglesia á este Santo el 28 de Enero. Nació este bienaventurado en Austria en el siglo VIII de nuestra era; y habiéndose hecho célebre en las bellas letras, Carlo-Magno le elevó al patriarcado de Aquilea el año 777. Asistió como tal al concilio de Francfort, que se tuvo el año 794 contra Elipando de Toledo y Félix de Urgel; y habiéndose distinguido mucho por su elocuencia, escribió un libro contra estos titulado: *Libellus de Sanctissima Trinitate, adversùs Elipandum Toletanum et Felicem Urgelitanum antistites, dictus sacrosyllabus*, cuyo escrito se halla en la Biblioteca de los Padres: Andrés Chene publicó otro tratado de Paulino contra el expresado Félix. Despues de probada con milagros la santidad de este prelado, murió el 11 de Enero de 802 de nuestra era, y fué el autor del libro de las instrucciones saludables que se atribuyen á S. Agustin, y se conserva de su pluma un fragmento de la carta dirigida á Heritulfo cuando supo que habia asesinado á su mujer. El año 1737 se publicó en Venecia una edicion completa de las obras de San Paulino de Aquilea con el título: *S. P. N. Paulini, patriarchæ Aquiliensis opera, ex editis ineditisque primùm collegit, notis, illustrationibus illustravit*

Joannes Franciscus Madrisius utinensis congregationibus Oratorii presbyter. Han tratado de este Santo Ugel, en su *Italia sacra;* Belarmino, en sus *Autores eclesiásticos;* Bolando, en la *Vida de los Santos* con referencia al 2 de Enero; Pogi, en sus *Varones*, año 802; Rivet, en la *Historia literaria de Francia*, tomo IV, en el que fija la muerte del Santo el año 804; Dupin, en la *Biblioteca de autores eclesiásticos de los siglos VII y VIII*, y Moreri en su gran *Diccionario histórico y geográfico;* viéndosele tambien en muchos martirologios y obras en que se coleccionan vidas de los santos. — C.

PAULINO Bernardini (B.). Luca cuenta entre sus ilustres hijos á este insigne dominico. Dedicado con ardor y entusiasmo al estudio de las letras, adelantó tanto en ellas como en la práctica de todo género de virtud. Mereció ser amigo de S. Felipe Neri, y la consideracion de los Sumos Pontífices, teniéndole todos en gran concepto por su santidad. Procuró establecer en muchos conventos la observancia regular, no solo en su provincia Romana, si que tambien en la de Abruzzo. Era singular la devocion que profesaba á la Santísima Vírgen, no pasando un dia sin que leyese ó escribiese alguna cosa en su alabanza. Probó su paciencia habiendo sido infamado ante el Sumo Pontífice, que le desterró y privó del estado eclesiástico, pues sin defenderse obedeció, retirándose humildemente á Luca su patria. En ella, para no ser inútil al convento, se ocupó en cultivar la heredad del mismo, y en tan pacífica tarea perseveró hasta que, bien informado Su Santidad, le restituyó con gran honra suya á su anterior estado. Es notable entre las predicciones futuras que hizo, la de la fundacion del convento de S. Severo de Nápoles. Lleno de méritos y dejando la memoria de su paciencia y humildad, entregó su alma al Señor el año de 1585. El *Sacro Diario Dominicano* incluye á este siervo de Dios y pone su fiesta el 23 de Junio. — O. y O.

PAULINO de Clusonio (Fr.), sacerdote capuchino de la provincia de Bresa, varon dotado de grandes facultades evangélicas, murió en el convento de Cremona. Gozó fama de no desmentida santidad, como lo prueba el haberse acercado á su cuerpo cuando yacia cadáver en el ataud un hombre que padecia enfermedad de lamparones; el cual sanó al punto con solo tomar una mano del religioso. — C. de la V.

PAULINO de Nola (S.). Nació en Burdeos en 353, y contó una larga série de ilustres senadores entre los individuos de su familia, tanto por parte de padre como de madre. Su padre Poncio Paulino fué prefecto del pretorio en las Gaulas y el primer magistrado del imperio de Occidente. A tan elevado nacimiento unió Paulino un alma elevada y un genio rico y fecundo, de que hizo derivar una facilidad maravillosa para expresar sus conceptos. Desde muy niño cultivó tan felices disposiciones, dedicándose con asiduidad al estudio de los distintos géneros de literatura, y tuvo por maestro de elo-

cuencia y poesía al célebre Ausonio, que fué cónsul el año 379. Aunque muy jóven todavía, mereció ser elevado á las primeras dignidades, y le declararon cónsul ántes que á su maestro. Se casó con una española llamada Terasie ó Teresa, que le llevó en dote cuantiosos bienes, junto con su mérito personal, de notable perfeccion, y un corazon muy piadoso. Se hizo con gran número de amigos en Italia, en España y en los Gaulas, donde desplegó por espacio de quince años su raro talento y su capacidad portentosa para administrar ó conducir todo género de asuntos públicos ó individuales. Mas tal cambio obraron en él diferentes sucesos, como la muerte de un hermano suyo, las revoluciones políticas que subsiguieron al asesinato del emperador Graciano, y más aún las repetidas conversaciones que mantuvo con S. Ambrosio de Milan, S. Martin de Tours, Ruan y S. Delfin de Burdeos, de cuyas manos recibió el bautismo hácia el año 380, que le hicieron cobrar gusto al retiro, deseando con sinceridad hacer una vida más cristiana. Animado en fin por su mujer, retiráronse ambos á una tierra que en España poseian, y allí se ocuparon únicamente de su santificacion desde el año 390 hasta el 394, en que perdieron el solo hijo que Dios les habia concedido, y que enterraron en Alcalá, cerca de los santos Justo y Pastor. Desde entónces se obligaron por mutua voluntad á vivir en perpétua continencia; y más tarde Paulino tomó la resolucion de abandonar el Senado, su país y sus bienes, y de sepultarse en un monasterio ó en el desierto. Cuantiosos debieron ser sus bienes, pues que Ausonio manifestó el gran pesar que tenia de ver divididos entre cien distintas personas los reinos de Paulino su padre. Vendió todas sus posesiones, y distribuyó el precio entre los necesitados; abrió sus graneros y sus arcas á todo el mundo, y no contento con los pobres de las cercanías, llamábalos de todas partes para vestirlos y alimentarlos. Tambien rescató una infinidad de cautivos y otros miserables reducidos á cautiverio por deudas y no tener con qué satisfacerlas. Asímismo vendió los bienes de su mujer, la cual no ménos que él aspiraba á practicar la pobreza voluntaria. Fué elegido obispo de Nola el año 408, y murió en el de 431, despues de haber gobernado su rebaño con admirable mansedumbre y caridad por espacio de veintidos años. —C. de la V.

PAULINO, llamado de Perigueux, lugar de su nacimiento, para distinguirle de otros muchos escritores del mismo nombre, que vivieron en el siglo V, estaba unido en amistad con S. Perpétuo, obispo de Tours. Sidonio Apolinar habla de un Paulino, retórico en Perigueux, y está casi probado que el de que nos ocupamos era hijo suyo, pues Paulino el retórico habia muerto mucho tiempo ántes, cuando Sidonio escribia á Lupo, hácia el año 379, miéntras Paulino, que se ocupaba en la poesía, vivia aún. S. Perpétuo le habia pedido, lo mismo que á Sidonio, hácia 470, versos para ponerlos en

la iglesia de S. Martin que habia mandado reedificar. Sabiendo despues que Paulino trabajaba en poner en verso, en tres libros, la vida de S. Martin escrita por Sulpicio Severo, y en otros dos libros lo que habia dicho el mismo Sulpicio de este santo obispo en sus diálogos, le remitió una memoria de otros muchos milagros de S. Martin de que habia sido él mismo testigo ocular, para que los añadiese á los demás. Paulino de Perigueux hizo un sexto libro. Entre los milagros que refiere hay algunos que tratan del general Gil, que fué puesto en lugar de Childerico por los franceses. Así, el sexto libro, en que habla de este general como contemporáneo suyo, debió ser hecho ántes del año 464, en que murió segun Tracio. Terminada su obra, la envió á S. Perpétuo, quien la aprobó, y le pidió despues otros versos que habia hecho sobre la curacion de su hijo pequeño. Paulino le satisfizo tambien remitiéndole este pequeño poema, en que se ve que este jóven, que se hallaba próximo á casarse, enfermó al mismo tiempo que su jóven prometida, y pidiendo ambos la memoria de los milagros de S. Martin, firmada de mano de S. Perpétuo, fueron ambos curados apénas se puso la memoria sobre su cuerpo. Esto es todo lo que se sabe de Paulino de Perigueux: todavía se conservan sus poesías. La más notable es la que contiene la vida y los milagros de S. Martin de Tours, se halla en versos exámetros y dividida en seis libros. En cuanto al estilo son muy inferiores á la elegante prosa de S. Sulpicio. Paulino confiesa ingenuamente que no se creia capaz de dar nada que mereciese el aprecio de los sabios. Hasta temia que las palabras de S. Sulpicio perdiesen mucho de su belleza y de su energía al pasar por su pluma, y que la debilidad de sus versos no marchitase en cierta manera el esplendor de los milagros de S. Martin. Pero el deseo de contribuir á la edificacion de los fieles, muchos de los cuales miran con más gusto lo que está escrito en verso que lo que se halla en prosa, y la devocion que tenia él mismo á S. Martin, le hicieron vencer los obstáculos que hallaba su poco talento. Tenemos tambien el pequeño poema que compuso para conservar la memoria de la curacion milagrosa de su nieto y de la jóven con quien debia casarse. Este poema se halla precedido de una carta dirigida á S. Perpétuo, en la que Paulino le da razon de los versos que le habia pedido para adornar las paredes que rodeaban la tumba de S. Martin. Le remitió estos versos por medio del diácono Dominísimo, con el poema sobre la curacion de su nieto. Han llegado hasta nosotros una parte de estos versos, en que Paulino recordaba á los que iban á orar sobre la tumba de S. Martin, el don continuo y extraordinario de milagros con que Dios habia favorecido á este santo Obispo. Todos los que iban á orar sobre su tumba, fueran ciegos cojos, enfermos ó afligidos de cualquier otra manera, volvian consolados. Estos versos se intitulaban: *Los que ruegan.* Francisco Linet imprimió los

poemas de Paulino en París en 1585 por un manuscrito que tenia grandes notas, pero los dió bajo el nombre de S. Paulino de Nola; despues formaron parte de las colecciones de poetas cristianos y de las diferentes bibliotecas de los Santos Padres. Daumius las imprimió aparte en Leipsick, con notas suyas, de Furet y de Gronovius, el *Eucaristicon* de Paulino el penitente y algunos poemas atribuidos á Tertuliano. Esta edicion, que comenzó en 1680, no se terminó hasta 1686, habiendo estado interrumpida durante seis años á causa de la peste de que estuvo invadida la ciudad de Leipsick.—S. B.

PAULINO DE SAN BARTOLOMÉ (llamado comunmente JUAN FELIPE WERDIN). Nació este carmelita descalzo y misionero en las Indias, en Hof, sobre el rio Leitha, cerca de Mannersdorf, en la Austria Baja, el 25 de Abril de 1748. Sus padres, que eran labradores, le permitieron consagrarse al estudio, y sintiéndose inclinado á la vida del claustro, tomó el hábito á los veinte años en la religion del monte Carmelo; pronunciando sus votos el año 1769. Estudió la filosofía y la teología en Praga; entró en el seminario de las Misiones de su Orden en Roma, y aprendió las lenguas orientales en el colegio de S. Pancracio. Destinado á las misiones, el año 1774 se embarcó para la costa de Malabar, pasando catorce años en las misiones de la India, en donde fué vicario general y visitador apostólico; la Congregacion de la Propaganda le llamó á Europa para que la hiciera un cuadro exacto de las misiones del Indostan, y confiarle la correccion de los catecismos y otros libros elementales que hacia imprimir para instruccion de los misioneros que mandaba á aquellos países. Llegando á Roma el año 1790, estuvo en la ciudad santa hasta que en 1798 pasó á Viena á consecuencia de haber invadido los franceses á Italia. Desempeñó por algun tiempo el empleo de bibliotecario de Padua, y el de secretario de la Congregacion de la Propaganda todo el tiempo que estuvo esta dispersa. Luego que volvió á Roma, el año 1800, le nombró Pio VII consultor de la Congregacion del Indice é inspector de estudios en el colegio Urbano de la Propaganda. Murió Paulino en Roma, en el convento de Sta. María de la Scala, el 7 de Enero de 1806. Aseguran algunos autores que era bondadoso y modesto; pero estas virtudes no se acreditan en sus obras, en las que se vé una crítica punzante y grande aficion á la polémica. Muchas fueron las obras que publicó, dando noticia de veinte de ellas Abel Remusar en el artículo que le dedica en la *Biografía Universal*, publicada por Michaud en Francia, adonde podrá verlas el curioso. Entre ellas se ven su *Gramática de la lengua Sanskrita*, otra *sobre la religion del Indostan*, que le dió mucho nombre; otra *sobre la India oriental cristiana*, en la que se publicó su retrato, el que se repitió en su *Viaje á la India oriental*, escrito en italiano, con figuras; la *Descripcion de la basílica de S. Pancracio*, que desde 1662 sirve de seminario para las misiones

orientales á los Carmelitas descalzos de la Congregacion de Italia, de cuya escuela habian salido hasta su época treinta y seis obispos ó vicarios apostólicos. El P. Paulino, en su *Viaje de la India*, ha sido el primero que hizo conocer el verdadero sistema gramatical del Indostan y dado las noticias más ciertas sobre su religion, costumbres y literatura y opiniones filosóficas. Las disputas literarias que se suscitaron entre el P. Paulino y el P. Giorgi han sido causa de que no se juzgase favorablemente ni del uno ni del otro autor, por la violencia de sus ataques; y es la causa tambien de que sus obras hayan caido en descrédito las que escribieron los ingleses de Calcuta, que rehicieron todas sus obras, tratándoles de nuevo con la superioridad que les daba su posicion en la India, y la fundacion de la célebre Sociedad Asiática de Calcuta; las obras de Jones, Colebrooke, Wilkins, Leiden y Wilson, han dispensado desde que las publicaron de recurrir á las obras del P. Paulino para adquirir noticias sobre la India; pero sería injusticia negar á este misionero el mérito de haber abierto el camino á rivales más felices que él, que supieron aprovecharse de los conocimientos que él les dió. Por otra parte, sus obras son una fuente de erudicion sobre las lenguas orientales, erudicion ménos confusa que la del P. Giorgi. El P. Paulino de S. Bartolomé fué miembro de la Sociedad Real de Ciencias de Nápoles, de las academias de Padua y de Velletri, y corresponsal del instituto de Roma. —C.

PAULINO DE S. LORENZO (Hermano Fr.). Pocas veces podremos lamentarnos con la razon que ahora del descuido de los escritores, siendo preciso hacer memoria de este venerable sujeto por los actos de su vida y relevantes ejemplos. Tan solo consta en el libro de difuntos la razon siguiente: «Este religioso fué despues lego, limosnero de las aldeas de este colegio (el de Alcalá), y vivió con mucha perfeccion. Murió santo. Hizo nuestro Señor mil maravillas por su intercesion en todas las aldeas de su comarca.» Nació en la villa de Valderas, del obispado de Leon, y tuvo por padres á Sebastian Alvarez y María de Hueras. Bautizáronle en la parroquia de nuestra Señora del Azogue, y siendo ya mozo tomó el hábito de donado en S. Agustin, muy al principio de la fundacion del colegio de Alcalá. Conociendo los prelados sus buenas costumbres y carácter dócil, por ser de aventajado espíritu, le enviaron al convento de la Viciosa, entónces nuevo, para que le acreditase con su vida muy perfecta y consumada. Correspondió superabundantemente á estos deseos, porque no solo resplandeció en las virtudes morales sino tambien en la gracia de milagros. Hizo muchos y diversos en aquella tierra. Volvió al convento de Alcalá, porque necesitaba de su asistencia y nombre, y en él permaneció toda su vida, pasándola en ir y venir de todos los lugares con la mayor tranquilidad que se puede disfrutar en este mundo. Era señor de las haciendas de todos, y así fué muy útil á la comunidad, que

sustentaba con lo mucho que le daban de limosna, no tomando para sí ni lo puramente necesario para poder conservarse. Ayunaba perpétuamente, aunque no hallase más que pan en los caminos. Jamás se acostó en cama, refugiándose en el coro cuando estaba en el convento, y en él pasaba las noches, ya orando, ya descansando algunos ratos. Así en su santa casa como en la de los seglares, ocupaba el ricon más humilde y apartado, sin que se pudiese recabar de él aceptase otro sitio. Llevaba un cilicio á raíz de las carnes, tan cruelísimo, que le atormentaba el cuerpo, viéndole algunos en ocasiones abierto y cubierto de llagas. Aun enfermo de calenturas malignas, asistia á los vecinos del lugar de Loeches con mucha caridad y amor, disponiéndoles la comida para todo lo mismo que en el hospital más ordenado. De las varias cosas que refiere su cronista es notable el haber intervenido con su respetable autoridad para avenir á la dulce paz á dos casados, vecinos de Villalvilla: disgustado el marido por los achaques de la gota, habiéndosele interpuesto un dia entre los pies un hermoso gallo que su mujer estimaba mucho, le mató de un terrible golpe, haciendo arrojar el ave con sentimiento y enojo de su esposa. Logró Paulino pacificarlos, pues con admiracion de todos y cuando ya habia trascurrido un largo rato, resucitó el gallo, celebrándolo todos los circunstantes por milagro hecho para que cesase la riña y concluyeran los pesares. Por no ser prolijos, omitimos la relacion de otros hechos con que la Divina Providencia le protegió ostensiblemente, hasta que acercándosele su ultimo dia, recibió el viático y uncion devotamente para pasar á la celestial mansion á recibir la gloriosa recompensa de sus afanes y virtudes. — O. y O.

PAULINO (Benito). Fué natural de Burdeos, y se hallaba en correspondencia literaria con Fausto, obispo de Riez. Con el designio de instruirse en muchos puntos de religion, se dirigió á un siervo de Dios llamado Marin, quien le descubrió los errores en que se hallaba por falta de conocimientos. Paulino, para ilustrarse por completo, redactó una Memoria que contenia muchas cuestiones sobre la fe, y la envió á Fausto suplicándole le respondiese. Paulino acompañó su Memoria de una carta á Fausto, que se halla impresa en la *Biblioteca de Stos. Padres* en París, en 1644. — S. B.

PAULO (S.), mártir. Segun Terenciano escribe, él mismo hizo matar á este Santo con su compañero S. Juan, por órden del emperador Juliano Apóstata, de cuya guardia de honor era capitan, y el cual se convirtió despues á la fe de Jesucristo. Murió este mártir el 26 de Junio del año 362, y se halla venerado en Roma con su compañero Juan, en la iglesia titulada S. Juan y S. Paulo. (Véase S. Juan.) — C.

PAULO (S.), mártir. El 19 de Diciembre recuerda la Iglesia á este Santo mártir, que sufrió la muerte por la religion de Jesucristo en el reinado del

emperador Diocleciano en la ciudad de Nicea, muriendo con él los santos Drario y Secundo. — C.

PAULO (S.), mártir. Segun Galesino en Roma, y en Trípoli segun otros autores, sufrió el martirio este santo por la fe de Jesucristo, acompañándole en el suplicio los Stos. Cenobio, Luciano, Metrobio, Teótimo y Druso. —C.

PAULO (S.). Quedó tan en la memoria la venida de los apóstoles en el reino de Cerdeña, que muchos de los que se convertian á la fe tomaban sus nombres, y otros los daban á sus hijos. Diéronle á este Santo sus padres el del apóstol S. Pablo, y fué dichoso augurio de cómo daria él su cabeza y derramaria su sangre por Dios, como así se realizó cuando la terrible persecucion de Adriano, que regó con sangre de mártires los campos de Caller. Los fieles encontraron el cuerpo de S. Paulo, y secretamente le dieron sepultura junto con Santa Númida, segunda de este nombre; con ella estuvo en su sepulcro, hasta que quiso el cielo fuese descubierto el 22 de Abril de 1627, diez palmos de distancia de los Stos. Delfino y Rufino, por la parte de Septentrion, por medio de uno de los dos letreros que cubrian el sepulcro, que decia de esta manera:

HIC JACET B M PAU
LUS QUI VIXIT ANNIS
P L. M.XX.X. RE
QUIEBIT IN PACE IN D. NON. MA
RTIUS.

Aquí yace el bienaventurado Paulo, mártir, el cual vivió treinta años, poco más ó ménos, reposó en paz á los 7 de Marzo.

Abierta la sepultura se halló el cuerpo del Santo, acompañado del de Sta. Númida; y sacándolos en presencia del vicario general D. Gaspar Malonda, valenciano, y de otros naturales y forasteros, se levantó acta; fueron puestos en una arca y llevados á la catedral. Segun dejamos consignado, celebra la Iglesia el triunfo de nuestro S. Paulo el 7 de Marzo, y su invencion á los 22 de Abril. —O. y O.

PAULO (S.), arzobispo de Tarragona, de la órden de S. Agustin, hijo del convento de la misma ciudad y natural de Tarragona. Educáronle sus padres en las más loables y santas costumbres, y dedicáronle al estudio de las buenas letras. Admiró Paulo la religiosa vida que hacian los monjes agustinos cuando San Paulino fundó el convento del órden eremítico, y aficionado á tan sagrado instituto, les pidió el hábito, que recibió de S. Badulfo, su primer abad. Ya monje, continuó en el ejercicio de la virtud y en el

cultivo de las sagradas letras, haciéndose en breve varon excelente por su santidad y doctrina. Habiendo oido hablar á sus compañeros de la sabiduría del santo patriarca, determinó pasar á Africa para aprender de su boca la religion que profesaba. Partió para Hipona, donde fué recibido por el santo doctor y los religiosos del monasterio del Huerto, que habia fundado, con demostraciones de amor y alegría. Holgóse mucho S. Agustin al oir las nuevas que le dió de las fundaciones que hacia S. Paulino con sus compañeros y de la extension que tomaba la Orden en Cataluña, complaciéndose fueran tantos los que menospreciando al mundo se alistaban bajo el estandarte de su santa regla. Penetrado S. Agustin del talento de Fr. Paulo, le envió con cartas para Palestina al gran doctor San Gerónimo, su amigo, á fin de que consultase con él puntos de religion y de Sagrada Escritura, como consta en la epístola X del P. S. Agustin. A su regreso de la Tierra Santa fué electo obispo de la iglesia Caldeaquense, ó sea Vich, en Cataluña, vacante por muerte de su prelado Lázaro. En su tiempo introdujo Pablo la regla de S. Agustin en el ilustre cabildo de su diócesis, y la gobernó con grandes ejemplos de santidad y doctrina hasta el año de 420, que por fallecimiento de Rufino, arzobispo de Tarragona, fué trasladado á esta metrópoli y elevada dignidad. En ella no cesó un solo momento de enseñar al pueblo con la predicacion y práctica de todo género de virtudes. Siendo arzobispo, le escribió el gran P. S. Agustin cartas llenas de amor y deseo de su mayor bien, advirtiéndole no se metiese en negocios seglares con motivo de un pleito que sostenia con el fisco imperial, porque esto desdecia de la profesion religiosa, pues reclama dar de mano á todas las cosas de la vida, por donde se ve claro que un religioso por salir del claustro á estado más perfecto, como es el de obispo, no por eso deja de estar obligado á guardar en todo lo posible su profesion monástica. Enmendóse Paulo, entregándose completamente al cuidado de sus ovejas como buen pastor, curando á las enfermas y fortificándolas á todas en la fe. Fué su felicísima muerte en la misma ciudad de Tarragona por los años del Señor 429. Hace mencion de este varon S. Auberto, llamándole santo el maestro Campo en la *Crónica general de S. Agustin*, y el maestro Massot en el *Compendio de los Ermitaños Agustinos de Cataluña*. — O. y O.

PAULO I (S.), papa. Antes de entrar á dar noticia de la vida de este santo vicario de Jesucristo, nos permitiremos hacerlo de los iconoclastas, secta heresiarca que se entronizó en esta época, y que causó tantos disgustos á Paulo I, que tuvo que combatirla. Empezaremos por decir que los iconoclastas fué una secta de herejes que se pronunció en el siglo VIII contra el culto de las imágenes, los cuales toman el nombre de la voz griega *eicon*, que equivale á imágen en castellano, y de la del mismo orígen *clateo*, que

entre nosotros significa despedazar, aludiendo á que estos sectarios destruian las imágenes en cualquier parte que las viesen. Con este nombre se calificó despues siempre á los que se declararon enemigos del culto de las imágenes, que tambien fueron conocidos con el título de *reformados*, y á las sectas del Oriente que prescinden de imágenes en sus iglesias. Los cristianos enemigos de las imágenes cayeron en este error, ya por acallar la murmuracion de los judíos que los denostaban por el culto de las imágenes llamándoles idólatras de nuevo género, ya por no enemistarse con los mahometanos que, alejándolas de sus mezquitas y áun de sus casas, las destrozaban por todas partes; y protegida esta secta al empezar por los califas sarracenos, y despues por algunos emperadores griegos, entre los que sobresalieron por su proteccion á esta herejía Leon Isaurico y Constantino Copronimo, el Oriente experimentó por esta causa una espantosa revolucion religiosa y civil, que causó multitud de víctimas. Antes de pasar adelante, bueno será que demos siquiera una ligera idea del objeto de las imágenes religiosas y de la apreciacion en que se las consideró y considera aún hoy por todos los pueblos y especialmente por los cristianos, con lo cual ilustraremos algun tanto más el asunto que nos ocupa. *Imágen* en castellano, dice el Diccionario que es la representacion ó imitacion de un objeto, como una estátua, una pintura, etc.; lo cual se concierta bien con la definicion que da de la idea diciendo, que es es imágen que los objetos producen en la mente, ó sea la simple nocion de un objeto; y áun cuando pudiera disputarse filosóficamente la propiedad de estas definiciones, ó más bien descripciones de ambas voces, dejamos esta cuestion á los filólogos y á los filósofos, y vamos al asunto que nos hemos propuesto. Consecuencia directa de la naturaleza finita y limitada de nuestra inteligencia, dice un autor, es la necesidad en que se encuentra de adaptar á su forma y medida todos los objetos que quiere concebir. Dios solo, tal como se presenta, puede comprender las cosas en su propia esencia, sin estar obligado á limitar su extension para asimilárselas; pero el hombre, eternamente condenado á un conocimiento relativo de lo que es, no percibe al universo, sino al través de un cuadro estrecho, que restringe su inmensidad, descompone su admirable unidad y recuerda el prisma que despues de haber recibido el rayo solar, no envia al ojo sino colores distintos y divididos, desprovistos de la vivacidad y del brillo que nacen de su union y de su conjunto. Solo con el auxilio de las imágenes ó de palabras, que no hacen más que recordar las imágenes, es como podemos representarnos los objetos. Cuanto más exactamente reproduce la imágen á estos, más clara y distintamente los concebimos: cuantas veces se presenta á nuestros ojos, despierta en nosotros el recuerdo y la idea del objeto que representa, y nuestro espíritu evoca entónces en sí mis-

mo, por la facultad de la memoria y de la reminiscencia, una imágen, una forma nueva de este objeto, la idea en una palabra. Siendo cierto lo que acabamos de exponer á la luz de la razon, no puede dudarse que las imágenes no solo son útiles, si que tambien hasta cierto punto necesarias al hombre para mantener en él el recuerdo de los objetos que reproducen á la vista, pues que á poco que se reflexione se conocerá que tienen más poderosa virtud que las palabras. Retrocediendo al principio de la sociedad, encontraremos que desde que el hombre se elevó por su superior naturaleza sobre la condicion del bruto, á fin de conservar las cosas que queria recordar acudió á las imágenes, que él mismo creó á este fin; y conforme se fué civilizando, y el espíritu religioso fué tomando fuerza, esta necesidad fué más imperiosa. No siendo visibles los seres superiores, no se presentan en ninguna forma á nuestro espíritu; y de consiguiente, no reflejándose á nosotros por los sentidos, nos obliga á prestarles las formas, aspecto y cualidades sensibles que encontramos en las criaturas, y estas representaciones convencionales exigen la representacion en objetos exteriores, por lo que pasamos estos seres de razon ó de sentimiento á la clase de cosas sensibles. No negamos que uno de los errores más comunes en el espíritu humano es confundir la cosa con lo que la representa, ó sea con la imágen, aplicando á esta las virtudes y cualidades que atribuia á la primera, que fué lo que movió á Moisés, á Mahoma y á los reformadores del siglo VI de nuestra era á proscribir el uso de formas exteriores en la idea religiosa; pero esto no destruye lo que dejamos sentado anteriormente sobre la necesidad de las imágenes sagradas para recuerdo de los seres superiores religiosos: lo que hay que hacer para que el pueblo no caiga en aquel error es educarle convenientemente, haciéndole conocer lo que es la imágen con relacion al ser que representa, y entónces se le apartará fácilmente de la senda de la idolatría para que marche sin obstáculos por la de la razon y por la de la idea religiosa que debe guiar sus pasos. Escogió Dios un pueblo que le rindiese culto entre todos los que poblaban la tierra, y al propio tiempo que estos se hallaban envueltos en las tinieblas de la idolatría, los judíos, que fué el pueblo elegido, conocian que el universo se originaba de una inteligencia poderosa y sabia; y no adorando más que á esta inteligencia, el culto de los ídolos se tuvo entre ellos como el mayor de los crímenes. «El temor de que el pueblo ignorante no acabára por adorar las imágenes en vez del Ser superior que representan, dice »un autor, la inexactitud de las nociones sobre Dios y los espíritus que las »estatuas y pinturas daban á la inteligencia, debieron llamar la atencion de »los legisladores del pueblo hebreo para proscribirlas; pero su prohibicion »no pudo preservar á los hombres del antropomorfismo, pues que si cesaron »de representar á Dios, á los ángeles y á las almas con las formas humanas,

»no por eso dejaron de atribuirles las pasiones, los pensamientos y las ma»neras del espíritu humano, razon por la cual aquellos legisladores no con»siguieron el objeto que se propusieron, pues que el hombre, en su natu»raleza limitada, debia siempre volver á caer, bien en la forma, ó en los »atributos intelectuales y morales, en el antropomorfismo, si bien pusieron »en guardia á los creyentes contra la idolatría, en que cayeron los egipcios, »los griegos y los romanos cuando materializaron la idea de la divinidad, »fuente entre estos idólatras de infinitos errores.» El cristianismo elevó mucho más el espíritu humano; le enseñó una moral sublime; cambió todas las ideas del hombre; le enseñó con mayor claridad y extension, que una inteligencia infinitamente sabia y poderosa habia creado el mundo, y que destinaba al hombre á gozar de una eterna dicha. Le enseñó que todo sucedia por la voluntad de esta inteligencia soberana; que no caia un cabello de la cabeza sin su órden, y que habia dirigido á un solo fin todos los acontecimientos. Le demostró la inutilidad, la extravagancia y la impiedad de la idolatría, y enseñó á todo el mundo que era necesario adorar á Dios en espíritu y en verdad, por lo cual los paganos trataron á los primitivos cristianos como hombres sin religion, como ateos, no obstante que desde los tiempos de los apóstoles tenian un culto visible, con altares servidos por obispos y diáconos, como nos lo enseñan los Padres de los tres primeros siglos de la Iglesia, si bien en estas no habia imágen alguna. En la religion cristiana no son esenciales las imágenes efectivamente, y así es que en unos tiempos en que todo estaba lleno de ídolos no fué extraño que los primeros pastores del rebaño del Señor no quisiesen exponer la fe de los nuevos convertidos, poniéndoles á la vista imágenes á que rendir culto. Empero, si por huir de la idolatría, ó por mejor decir, de que se les creyese nuevos idólatras, los primitivos cristianos no admitieron en su culto las imágenes, fundada sobre alegorías la interpretacion de los libros sagrados, hicieron uso de representaciones simbólicas, como más adecuadas á la esperanza espiritualista de los prosélitos del Evangelio. De aquí pasaron á hacer sensibles las ideas que por su naturaleza metafísica se escapaban á otro método representativo, y en fin, echaron mano de los emblemas, alegorías compendiadas que convenian perfectamente al cristianismo, por la razon que hemos enunciado. Para convencernos de que así fué, basta repasar las obras que nos describen las catacumbas de Roma, cuyas esculturas y pinturas atestiguan aún el empleo de los símbolos destinados entre los primeros fieles á despertar en ellos el pensamiento de Dios, del Salvador, de la inmortalidad del alma y de la resurreccion, ofreciendo escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, que expresaban las ideas interpretadas por los doctores de la Iglesia. El órden con que sobre los sarcófagos estaban dispuestos estos asuntos tenia por objeto hacer más cono-

cido el sentido místico de los hechos, bien oponiendo los del Nuevo Testamento á los del Antiguo, bien reproduciendo unos tras otros los hechos que representaban ideas semejantes. Tambien hizo uso la Iglesia despues de símbolos ó figuras, no ya tomadas de los libros sagrados, sino que podian adherirse á un sentido místico. Estos símbolos, si no puede negarse que fueron tomados del paganismo, su antigua significacion fué modificada por los néofitos, que supieron diestramente adaptarla al santo dogma que profesaban; de aquí esa porcion de figuras simbólicas de animales, que se ven en las catacumbas de Roma y en los sepulcros, y áun en los templos más antiguos del cristianismo. Cayeron en desuso en el siglo VII; y los que subsistieron perdieron su sentido místico para el pueblo, quedando bajo el imperio de los sabios, pues que si bien se reprodujeron en las iglesias hasta el siglo XVI, y aún se ve alguna vez en nuestros dias, es solo como objetos de adorno, en los que trata de lucirse la caprichosa imaginacion del artista. El objeto que la Iglesia se propuso en este sistema de representaciones pudo muy bien llenarse miéntras que el cristianismo contó con corto número de próselitos, á fin de que todos pudieran tener un conocimiento razonado de la fe y entendiesen mejor las Santas Escrituras, de cuyas alegorías y parábolas se tomaron los símbolos en su mayor parte; pero cuando el nuevo culto se aumentó hasta contar por millones los fieles prosélitos del Evangelio, entre los que vinieron á colocarse muchos pueblos faltos de toda instruccion; como no todos estuviesen en disposicion de entender el significado de las alegorías usadas hasta entónces, fué indispensable que se aproximasen más á la inteligencia escasa del hombre grosero é ignorante, que vino á buscar al cristianismo la luz que faltaba á su entendimiento, las representaciones figuradas; es decir, que desapareciesen los símbolos, sustituyéndolos con imágenes puramente materiales. Habiendo hecho grandes progresos el cristianismo, sus dogmas fueron anunciados y conocidos; y todos los fieles aprendieron fácilmente por medio de la predicacion y sabia doctrina de los padres de la Iglesia, que cuanto ha existido, existe y existirá, todo, sin excepcion alguna, está sometido á la voluntad del Ser Supremo; que nada son por sí mismos los hombres, y que nada poseen que no hayan recibido de su bondad divina. Cuando los cristianos aprendieron y se fijaron en estas verdades eternas, no hubo ya temor alguno de que cayesen en la idolatría, creyendo que los genios gobernasen el orbe, ni que pudiesen pensar siquiera que estos genios estaban adheridos materialmente á la piedra ó á la tabla sobre que se habian trazado las figuras. Esta fué la época y la ocasion en que la Iglesia admitió las imágenes en los templos para instruccion de los indoctos, que aprendieron en ellas, como en un libro, la *Historia del cristianismo*, uso que tuvieron en los primitivos siglos las imágenes

en las iglesias. Siguiendo la historia de la Iglesia se ve fácilmente el gran medio de enseñanza y de persuasion, que fué la iconografía en aquellos tiempos, en los que influyó poderosamente sobre la imaginacion del pueblo, á la que solo con los sentidos puede hablarse, pues que se logra más de este modo que con discursos elocuentes y profundos. Por otra parte, arraigada entre los pueblos bárbaros que se convirtieron á la fe de Jesucristo, y lo mismo entre los cultos griegos y los romanos la idolatría, para atraerlos á la verdadera creencia con más facilidad, era preciso sustituir en aquellas poblaciones supersticiosas á los antiguos ídolos, representaciones asimiladas en cierto modo á lo que exigia su inteligencia limitadísima de la idea religiosa nueva que se les inculcaba. Por esta razon no debemos escandalizarnos ni creer rebajada la verdadera religion, ni lastimada la fe, al aprender en la historia de aquellos pueblos y en la de la Iglesia, que muchas veces las estatuas de Júpiter y de los demás falsos dioses del paganismo, fueron transformadas en imágenes del verdadero Dios, de Cristo, de la Vírgen y de los Angeles, y que los templos de la religion cristiana se cubriesen de pinturas en que el vulgo aprendió por sus ojos los principales puntos de su fe. Los ministros del culto, no teniendo ya aversion por las imágenes como al principio, porque no vieron ya inconvenientes graves, ántes sí gran medio de propagar por ellas la buena doctrina, pusieron empeño en difundirlas, proponiéndolas, no tanto para que les rindiesen culto, cuanto para que los fieles tuviesen, por este medio, mayor facilidad para instruirse en los dogmas y en la historia de la religion, con un lenguaje que habla á la vista, como dice el gran Padre S. Basilio al definir la palabra imágen. Maravilloso fué el efecto que alcanzó en los pueblos bárbaros la permision de las imágenes en las iglesias; pues consta que por su medio se convirtieron muchos, habiendo logrado con ellas atraer al gremio de la fe el glorioso y sabio S. Agustin una gran parte de la Gran Bretaña. El rey de Bulgaria, Bogoris, abrazó el cristianismo en Nicópolis, con toda su corte, á la vista del juicio final, que pintó en su palacio el artista romano Methodio, escena terrible, que repetida en aquella época en muchos puntos, surtió casi siempre los mismos resultados. Antes de los cristianos habian hecho uso de las imágenes religiosas los gnósticos, con buen éxito; y se cuenta de Manés, que con el auxilio de un precepto de su doctrina que adornó de pinturas alegóricas, diciendo que habia caido así del cielo, ganó muchos prosélitos que siguieron su creencia. Como se ve en las cubiertas de los antiguos códices, en los altares de más remota fecha y en las cosas pertenecientes á las iglesias más próximas por su construccion á los primeros siglos del cristianismo, como mosáicos, incrustaciones, bajos relieves, etc., la enseñanza de la religion al vulgo por medio de imágenes se revela en todo lo místico de aquellas épocas,

en las que no quedó hecho principal de la Escritura que no se reprodujera con cierto órden para que se distinguiera bien lo que pertenecia al Antiguo Testamento de lo que correspondia al Nuevo, costumbre que hasta el siglo XVII se advierte en las magníficas portadas, sillerías de coro y otros objetos y ornamentacion de nuestras catedrales. Multiplicándose las imágenes santas con exagerada profusion en el reinado del emperador Teodorico, y descuidada la predicacion sobre el objeto de las imágenes en nuestro culto, la supersticion vino á manchar la verdadera creencia con sus absurdos gentílicos, achacándose á los lábaros é insignias religiosas cristianas, ideas análogas á las que se suponia á los talismanes y estatuas de los paganos; y el exceso de estas supersticiones fué lo que levantó la herética secta de los iconoclastas, de que hablaremos despues. Antes de caer en este error, los fieles conmovidos por los objetos que las imágenes representaban, daban á conocer por signos exteriores el aprecio en que tenian á los seres divinos representados por las imágenes, señales de respeto, que no fueron aprobadas por la generalidad; pues unos obispos miraron á las imágenes como gérmen de la supersticion, y otros como útiles para la instruccion de los fieles, no faltando algunos que considerasen el homenaje que se las rendia como efecto de una laudable piedad, siempre que en la oracion se refiriesen, como debe ser, á los seres celestiales que representan, y apartasen su imaginacion de la materia. Por esta controversia no fué establecido en todas las iglesias de la cristiandad el culto de las imágenes, las que fueron permitidas ó prohibidas, segun los obispos las creyeron útiles ó peligrosas, en razon á las disposiciones de sus diocesanos. Por los sermones de S. Gregorio Niseno, por el himno IX de Prudencio, por los escritos de S. Basilio y por los de los Padres que se citan en el segundo concilio de Nicea, se descubre que el uso de las santas imágenes databa en Oriente desde el siglo IV, en el cual este culto estaba bien generalizado; pues aunque habia prelados que prohibian las imágenes, no condenaban á los que las autorizaban. Como siente un autor, este culto no contraría de modo alguno la ley que manda adorar solo á Dios, porque no es contrario á la razon ni á la piedad honrar el retrato ó representacion de un hombre respetable y virtuoso, y no podia temerse que los verdaderos cristianos rindiesen un culto idólatra á las imágenes, toda vez que se les enseñaba que los santos no lo eran por sí mismos, que habian sido virtuosos por la gracia de Dios, y que solo á Dios se dirigia el honor que se les tributaba. La Iglesia no enseñó jamás que los espíritus estaban adheridos á las imágenes como lo creyeron los gentiles; enseñaba, sí, que los santos representados en ellas debian á Dios sus virtudes y sus méritos, y que Dios es la causa y el principio de las virtudes que honramos en los santos. El culto que los fieles instruidos rendian á las imágenes, no era, pues, un culto

idólatra, y los prelados que le prohibieron en sus iglesias, no han podido reprochar á los que les rendian homenaje segun la verdadera inteligencia de nuestra santa religion en este particular, de haber caido en la idolatría, pues que si el vulgo ignorante cayó, como hemos dicho, en una grosera supersticion, ni esto se generalizó ni persistia en ella cuando la voz del sacerdote ilustrado le instruia convenientemente para sacarle de su error. No pocas supersticiones religiosas pululan hoy entre nosotros por el poco cuidado que se tiene de instruir á los pueblos para sacarlos de la ignorancia en que estan sumidos: grande, grandísima es la responsabilidad de los párrocos que no procuran extirpar en sus feligresías la supersticion y el error con la prudencia y mansedumbre evangélica que deben, y á que estan obligados como fiscales sagrados de la ley del Señor, de la que son al propio tiempo legítimos magistrados. Instruidos bien los pueblos acerca de la clase de culto que autoriza la Iglesia con respecto á las imágenes, se esparció y estableció en casi toda la cristiandad desde el expresado concilio de Nicea. Despues de todo lo expresado no podemos ménos de repetir que el culto que la Iglesia católica rinde á las imágenes no es un culto idólatra, y lo prueba evidentemente la decision sobre este particular del célebre concilio de Trento, y el empeño que puso en corregir los abusos que hubieran podido introducirse en este culto, lo que puede verse en la historia de este concilio por Frapaolo, y notas del P. Conrayer. — Establecido ya el culto de las imágenes en toda la cristiandad, fué una gran temeridad el oponerse á este uso y condenar á los que le practicaban. Los pretendidos reformistas no estaban autorizados para separarse de la Iglesia Romana, porque aprobaba el culto de las imágenes, puesto que rechazaba el culto idólatra; y hé aquí porqué los teólogos de Saumur no condenan el culto de las imágenes, admitido por los católicos, como cuestion de idolatría, sino porque creyeron que Dios prohibió toda imágen esculpida, precepto que, segun ellos, alcanza tanto á los cristianos como á los judíos; pero estos teólogos exageraron la prohibicion, la cual se refiere solo al culto idólatra, y no al culto de las imágenes en absoluto, puesto que los querubines colocados sobre el arca santa, y la serpiente de metal levantada en el desierto, permitido y áun mandado por Dios, dicen lo contrario que aquellos aseveran. Para acusar á la Iglesia Católica de criminal por el culto que rinde á las imágenes, era necesario manifestar que esto es contrario á la religion, á la piedad y á la fe; y esto no puede probarse de modo alguno, y así es que los protestantes solo condenan su uso como peligroso para los ignorantes, única razon que dan contra esta práctica de los católicos, cuyo abuso condena la Iglesia Apostólica Romana aún más que ellos (1). Habiendo ya explicado lo bastante, en nuestro concepto,

(1) Sobre este particular pueden consultarse: la *Historia eclesiástica* de cualquier autor; la de

para que el que lo ignore, forme una idea del objeto de las imágenes en el culto cristiano, y de las controversias que ha suscitado su uso en la opinion de los fieles, vamos á manifestar, volviendo al punto de partida de que nos hemos separado, lo que nos dicen los autores y el buen sentido acerca de los iconoclastas, secta herética que tantos disturbios causó á la Iglesia y no pocas desgracias á los Estados. —Elevada por Constantino *el Grande* la religion cristiana sobre la de los falsos dioses del paganismo, y declarada religion de aquel vasto imperio, el culto fué ya público; se reorganizó el clero segun sus categorías, y el gobierno del Estado prestó proteccion y apoyo á los fieles. Empero tan pronto como la verdadera religion salió, por decirlo así, de la lobreguez de las catacumbas á la claridad de los templos levantados en su honor, el genio del mal, el demonio envidioso del culto que ya á la luz del dia se prestaba al Señor de los señores, rabioso por el triunfo que sobre los ídolos fabricados por él habia alcanzado la santa cruz de la redencion, se introdujo en el corazon de los miserables y en el alma de los débiles en la verdadera fe para suscitar dificultades á la Iglesia, lo que permitió Dios sin duda para probar á los fieles y purificar al rebaño cristiano de las malas ovejas. Despues de Constantino *el Grande*, dice un autor, casi todos los emperadores tomaron alguna parte en las querellas que se levantaron entre los cristianos; y como esto les valia frecuentemente elogios de parte de los favorecidos, tomaron tanto gusto á esta especie de ocupacion, que llegaron á tener como á fortuna el que durante su reinado se levantase alguna herejía ó promoviese alguna disputa teológica ruidosa; tal es la pobre humanidad, que busca hasta en lo que más puede desacreditarla su soñada gloria, las más veces en este sentido, parto abominable de su soberbia y de su orgullo. Condenado Eutiquio, empezaba á tranquilizarse la Iglesia, cuando habiendo visto el emperador Justiniano en Constantinopla á los monjes que volvieron de Jerusalen, y sabiendo que traian extractadas algunas proposiciones de las obras del famoso Orígenes con ánimo de hacerlas condenar, tomó de esto pretexto para juzgar de materias eclesiásticas; y sin otra regla que su capricho, ni otra idea que hacer ruido para que sonase su nombre en esta cuestion religiosa, publicó un edicto condenando á Orígenes, á Teodoro y á Ibas, convocando un concilio para que aprobase su decreto, y ésta fué la disputa llamada *de los tres capítulos*, que terminó el quinto concilio general. No bien subió Filipicus al trono, cuando tomó en religion el partido de los monotelitas, lo que causó que los búlgaros hiciesen grandes males al Imperio, por lo que fué depuesto. El sabio Anastasio, al

los *Herejes* de Walch; el *Muller*; la *Iconografía cristiana* de Didron; la de Dionisio de Agrapha; la *Historia de las imágenes* de Molanus; la del *Arte* por d'Agincourt, y cualquier *Diccionario* sobre las herejías, los concilios ó los papas.

que puso el pueblo en lugar de aquel, tomó tambien parte activa en los asuntos eclesiásticos, y fué lanzado del trono por Teodosio, al que hizo matar Leon Isaurico, general de Anastasio, que se hizo proclamar emperador. Este atrevido, natural de Isauria y vástago de una familia oscura, que de simple soldado habia sabido llegar hasta el trono, al coronarse el 2 de Mayo del año 716 juró en manos del patriarca German mantener y proteger la religion católica. La educacion de Leon y su falta de instruccion le incapacitaban para poder tomar parte alguna, por pequeña que fuese, en las cuestiones teologicas; y áun cuando él no podia ménos de conocerse, se empeñó en hacer lo que sus predecesores, á fin de que se dijese que habia conservado la fe y protegido á la Iglesia. Antes de hacerse emperador Leon Isaurico habia mantenido estrechas relaciones con los judíos y con los sarracenos, sectas sumamente enemigas de las imágenes; y habiéndoles oido que su uso era una idolatría, razon por la que ellos las desechaban y condenaban, creyó que nada mejor podia presentársele para lucirse en materias de religion, que apadrinar esta idea y defenderla con todo su poder. Pensado que fué tan infernal proyecto, en el que no le faltarian impíos aduladores que le apoyasen, el año 10 de su reinado, 730 de nuestra era, publicó un edicto, prohibiendo en todo el Imperio el culto á las imágenes. Al publicar esta arbitraria órden, el patriarca German se opuso á su ejecucion y el pueblo se revolucionó, pronunciándose contra el edicto; pero venciendo las tropas del Emperador á los fieles y depuesto German de su silla, la soldadesca asaltó las iglesias y destrozó cuantas imágenes encontró en ellas. Vencedor Leon en Constantinopla, mandó su edicto á Roma para que se pusiese en ejecucion. Al recibir esta órden el papa Gregorio II, escribió á Leon con mucha energía, manifestándole que los pueblos cristianos no rendian á las imágenes un culto idólatra; le advirtió que pertenecia á los obispos y no á los emperadores juzgar de los dogmas eclesiásticos; y que así como los prelados no se mezclaban en los asuntos seculares, era necesario que los emperadores se abstuviesen de entender en los eclesiásticos. Irritado Leon con la resistencia del Papa, mandó á Roma asesinos para que le matasen; pero descubiertos que fueron por el pueblo, acabó con ellos, levantándose en seguida toda Italia contra un Emperador tan impío como tirano, quien, á pesar de esto, siguió toda su vida destruyendo las imágenes. Algunos obispos de Oriente participaron del error del Emperador, y condolido de esto S. German, ya depuesto de su patriarcado de Constantinopla, escribió varias cartas á los prelados, haciéndoles ver que el culto de las imágenes no dañaba de modo alguno á la esencia del catolicismo en lo respectivo al dogma ni en nada, y que era una antigua costumbre de la Iglesia que debia respetarse; y como los obispos que habian abrazado la herejía no

se persuadiesen más por interés propio que porque no les hiciese fuerza la razon de las exhortaciones del metropolitano, acudió el santo Patriarca al papa Gregorio II, que alabando su piadoso proceder, anatematizó á los iconoclastas. Desde la decision del Soberano Pontífice empezó la más terrible persecucion contra los que defendian la doctrina de la Iglesia contra esta herejía, á los que se maltrató cruelmente, confiscándoles los bienes y hasta haciéndolos mártires de su fe. Nombrado Anastasio por el Emperador para suceder á S. Gregorio en el patriarcado de Constantinopla, este furioso iconoclasta, servil adulador del señor que le habia elevado á un puesto que estaba muy léjos de merecer, persiguió con tal encono á los que se manifestaron adictos á las imágenes que, ó tuvieron que fingir los que no tenian el valor de oponérsele, ó ser víctimas de su furor. Entre los que se resistieron con energía á las órdenes del Emperador y del intruso Patriarca, fueron los heróicos Lecuménico, bibliotecario imperial y todos sus subalternos, por lo que irritado el Emperador mandó prender fuego al palacio en que se hallaba la biblioteca, y ejecutado así perecieron abrasados los bibliotecarios con todos los libros y papeles. ¡Imposible parece tal ferocidad; pero de todo es capaz el fanatismo y el orgullo de los tiranos impíos! Habiendo cundido el mal por todas partes, fueron ya ineficaces las exhortaciones y amenazas de Gregorio II y de su sucesor el papa Gregorio III para atajarle. A este fin convocó este último Papa un concilio en Roma el año 732, al que asistieron noventa y tres obispos, y en el que se decretó que todo el que condenase los dogmas de la Iglesia, ó se explicase contrario á ellos, fuese excluido del gremio de los fieles; pero á pesar de esto, siguió triuntante la herejía bajo la salvaguardia del trono de los Césares. Muerto Leon Isaurico, al que tomaria Dios estrecha cuenta de las turbaciones que habia excitado en su Iglesia, le sucedió su hijo Constantino Coprónimo, que aún más iclonocasta que su padre, no se contentó con que siguiesen las cosas en el órden que las encontró, sino que corrompiendo por mil medios á los obispos antiguos que no tuvieron el valor de resistirle, y que carecian de las dotes necesarias para mantenerse enteramente fieles á sus deberes, y logrando que fuesen iconoclastas los nuevos prelados, cuando ya contó con un número de adictos que creyó suficiente, convocó un concilio en Constantinopla el año 354, al que asistieron trescientos treinta y ocho obispos, y en este concilio se condenó el culto de las imágenes. Los obispos de este concilio reconocieron los seis primeros de la Iglesia, pretendiendo que los que autorizan el culto de las imágenes, hieren su autoridad. Pretendieron que las imágenes no son de tradicion que se origine de Jesucristo, ni de los apóstoles; que la Iglesia carecia de oraciones para santificarlas, y que los que las honraban caian en el paganismo. Pasando de

las razones á las autoridades, sacaron á plaza los pasajes de la Escritura, en que se dice: que Dios es un espíritu, y que los que le adoren deben hacerlo en espíritu y en verdad; que Dios no fué jamás visto por persona alguna, y que prohibió á su pueblo hacer ídolos; en fin, se apoyó este concilio en el sufragio de los Padres de la Iglesia: pero los puntos que cita, nada concluyen contra el uso de las imágenes tal como los católicos las admiten, ó se hallan truncados y áun falsificados segun algunos autores. Apoyándose en las expresadas razones y autoridades, el expresado concilio de Constantinopla prohibió á todo el mundo adorar y poner en las iglesias y en las casas particulares imágen alguna, bajo pena de ser depuesto de su cargo si el contraventor fuese sacerdote ó diácono, ó de excomunion si fuese monje ó seglar, declarando que los que se resistan á la decision del concilio, desea sean tratados con todo el rigor de las leyes imperiales, como contrarios á la ley de Dios y enemigos de los dogmas de sus antepasados. Este concilio y sus decisiones fueron rechazadas por los romanos; pero la autoridad del Emperador le hizo admitir y ejecutar en una gran parte de las iglesias del Oriente, y se persiguio, desterró y condenó á muerte á los que se opusieron al concilio y al edicto del Emperador contra las imágenes. Como los monjes fueron los que más se resistieron á obedecer las decisiones expresadas, Coprónimo prohibió la vida del claustro, y la mayor parte de los monasterios se confiscaron, se cerraron algunos en Constantinopla, obligando, segun Teófanes, á los religiosos á casarse y á llevar públicamente á sus mujeres por las calles. Murió el emperador Constantino el año 775, y le sucedió su hijo Leon IV, el que tan luego como se libró de la guerra que mantuvo contra los sarracenos, y puso en obediencia á los conspiradores que se levantaron contra su gobierno, se creyó en el deber de renovar los edictos dados contra las imágenes por su abuelo y por su padre, mandando matar á los contraventores. Dice el historiador Teófanes que fué tal el horror que tuvo este soberano á las imágenes, que se separó de su esposa la Emperatriz, solo porque encontró en su aposento unas imágenes; y que habiendo logrado descubrir á los que se las proporcionaron, los hizo matar en el tormento. Poco disfrutó este impío del trono; y sucediéndole á la edad de diez años Constantino Porfirogénito, tomó las riendas del imperio durante su menor edad su madre la piadosa emperatriz Irene. Esta princesa, á pesar de las persecuciones que alcanzaron hasta ella, habia conservado una gran devocion á las imágenes, y se empeñó en restablecer su culto. A este fin escribió al papa Adriano, solicitando su beneplácito para convocar un concilio en Nicea; y contento el Papa de que se presentase una ocasion favorable de sacar á la Iglesia de los conflictos en que á cada paso la ponian los iconoclastas, felicitó á la Emperatriz por sus buenas disposiciones, y convino en el

concilio. Convocado este concilio, que es el sétimo general, abrió sus sesiones con doscientos cincuenta prelados el año 787, leyéndose las cartas en que el Emperador y la Emperatriz manifestaban que le habian reunido con el asentimiento de los patriarcas, y que dejaban á los obispos congregados en entera libertad de exponer sus opiniones acerca del culto de las imágenes. Reconociendo su error muchos obispos que habian condenado este culto, fueron admitidos en el concilio, en el cual se les convenció de que el uso de las imágenes no era contrario á la religion cristiana como habia declarado el concilio de Constantinopla, y léjos de esto era muy útil. Se les probó con los querubines del arca y con textos de las obras de S. Gregorio, S. Basilio y S. Cirilo, que manifiestan que las imágenes estaban en uso en las iglesias en su época; que los PP. del concilio expresado de Constantinopla habian razonado mal acerca de los pasajes de la Escritura, que prohiben hacer ídolos, y no imágenes en el sentido que la Iglesia las admite. Despues de haber probado este concilio que el uso de las imágenes no encierra crímen religioso alguno, prueba autorizada por la tradicion; que los cristianos no adoran á las imágenes como á Dios, sino que les ofrecen un culto dirigido á expresar la veneracion que profesan á los santos que representan, los Padres de este concilio declararon que se podian poner cruces é imágenes de Jesucristo, de la Vírgen, de los ángeles y de los santos en las iglesias, en las casas y hasta en los caminos, pues que de este modo se avivaria más la religiosidad de los fieles, que al recordar á los santos sentirian nacer en ellos la idea de imitarlos. Tambien declaró el concilio que podian besarse y respetarse las imágenes; pero no adorarse, porque la adoracion solo ha de hacerse á Dios (1). Las decisiones del concilio de Nicea sufrieron contradiccion, pues el mismo Constantino, que quitó á su madre la Emperatriz toda autoridad porque le habia casado con una doncella plebeya, prohibió fuesen obedecidas en el Imperio. El emperador Nicéforo, que sucedió á Constantino y á Irene, no tomó parte en la cuestion de las imágenes, porque empeñado en los errores del maniqueismo y en defender al Imperio contra los enemigos que le atacaban, no se cuidó de otros asuntos. Leon el *Armenio*, que subió al trono despues de Miguel, sucesor de Nicéforo, en cuanto terminó la guerra que mantuvo con los búlgaros y con los sarracenos, publicó un edicto mandando quitar las imágenes de las iglesias y prohibiendo su culto. Sucedió en el Imperio Miguel el *Tartamudo*, que destronó á su antecesor. Natural de Armorium, ciudad de la Fri-

(1) Cuando el papa Adriano envió las actas de este concilio á los obispos de las Galias y de Alemania reunidos en Francfort el año 794, las refutaron creyendo se les mandaba adorar las imágenes como á la Santísima Trinidad; pero despues se sometieron, convenciéndose del error de su suposicion.

gia, habitada principalmente por los judíos y por los cristianos que habian sido lanzados de sus países á causa de la herejía, fué un príncipe lleno de preocupaciones. Observaba el dia del sábado como los judíos; negaba la resurreccion de la carne y admitia muchos errores condenados por la Iglesia. En su afan de distinguirse en cuestiones religiosas, trató de que se examinase de nuevo la controversia sobre las imágenes; pero los disturbios que se promovieron en el Imperio, impidieron, segun Cedreno, que se llevasen á cabo sus deseos. Su hijo Teófilo, más atrevido que su padre en este particular, se declaró abiertamente contra las imágenes, y persiguió á sus defensores; pero la emperatriz Teodora, que gobernó el Imperio despues de la muerte de aquel, llamó á su lado á todos los defensores de las imágenes y desterró á los iconoclastas el año 842 de nuestra era. Lanzando de su silla á Juan, patriarca de Constantinopla, puso en su lugar á Metodius, monje celosísimo por el culto de las imágenes. En fin, el segundo concilio de Nicea que, como dejamos dicho, habia aprobado el culto de las imágenes, tuvo al fin fuerza de ley en todo el Imperio, y bajo el reinado de la expresada piadosa Emperatriz quedó derrotado el partido de los iconoclastas despues de haber imperado en el Oriente, como dice Cedreno, ciento veinte años: La emperatriz Teodora no sólo hizo este importante servicio á la Iglesia, sino que atacó tambien vigorosamente á los maniqueos. Pueden contarse como iconoclastas modernos á los albigenses, petrobusianos, valdenses, husitas, wiclefitas, zwinglianos y calvinistas, cuyos herejes en las guerras de religion destrozaron las imágenes é imitaron en todo á los iconoclastas; y si bien siguieron desde un principio esta doctrina los luteranos, conservaron en sus templos la imágen de Jesucristo y algunas pinturas religiosas. Hecha la reseña sobre el culto de las imágenes y sobre los iconoclastas, que hemos creido conveniente para la mejor inteligencia de los fieles acerca de estos asuntos que tanto dieron que hacer al virtuoso papa Paulo I, vamos á entrar á dar razon de la vida de este santo Pontífice. Murió en Roma el pontífice Esteban II el dia 25 de Abril del año 757, en la ocasion más crítica; pues agitándose la cuestion sobre que hemos acabado de tratar, los iconoclastas se encontraban en su mayor auge y poder. Al mes y tres dias del fallecimiento de aquel Papa, fué elegido para sucederle su hermano Paulo, que fué consagrado con aclamacion general el 29 de Mayo del mismo año. Habia ya en este tiempo tenido lugar el concilio convocado por el emperador Constantino Coprónimo en Constantinopla, del que ya hemos hablado, y que habia sido desechado por todo el Occidente, que quiso persistir en su idea de honrar las virtudes de sus héroes católicos en sus imágenes; de suerte que triunfante la herejía de los iconoclastas en Oriente, hacia desesperados esfuerzos para conquistar á su

impiedad todos los pueblos de la cristiandad. A pesar de la fe religiosa no adulterada de los fieles de Occidente, el temor asaltaba á los unos y no faltaban algunos otros que procuraban hacer triunfar la doctrina de aquel concilio; y esto, y la espantosa persecucion que sufrian los adictos á las imágenes, y en especial los monjes y las religiosas del Oriente, atormentaron á Paulo I desde el momento en que fué elegido pontífice. Educado Paulo I desde sus primeros años en el palacio Lateranense, con su hermano Esteban, ambos fueron ordenados de diáconos por el pontífice Zacarías, que, conocedor de sus virtudes, se propuso premiarlas, para alentarlos á continuar por tan buen camino. El carácter dulce y bondadoso de Paulo y el amor á la caridad que ardia en su corazon, le hicieron sumamente apreciable en el Sacro Colegio; y como sus favoritas ocupaciones fuesen visitar á los pobres, asistirlos en sus enfermedades y socorrerlos en sus necesidades más imperiosas, el pueblo de Roma le veneraba, por decirlo así, y en todas partes era recibido con respeto y con aplauso de las clases pobres y admirado de las ricas que, tomando ejemplo, procuraban imitarle en sus buenas obras. Los magníficos presentes que hizo á las iglesias y lo bien que consideraba á los ministros del santuario, le conquistaron tambien el amor y aprecio del clero y de sus compañeros. Con tan bellas cualidades, nada es de extrañar que á la muerte de su hermano el papa Esteban, de buena memoria, fuese Paulo elegido para sucederle, no obstante que algunos clérigos trataron de que subiese á la silla pontificia Pedro Teofilacto, arcediano de la Sta. Iglesia de Roma, partido que desapareció bien pronto, uniéndose en la votacion al de Paulo I. Inaugurado que fué su pontificado, comunicó Paulo I su elevacion por medio de legados á Pipino, rey de Francia, á fin de mantener la buena armonía entre esta nacion y Roma; el monarca francés celebró mucho su eleccion como la mejor que habia podido hacerse en el estado en que se encontraba la Iglesia católica. Dice un autor que este Pontífice se entregó enteramente á la proteccion del rey de Francia, implorando sus socorros, ya contra los griegos que querian tomarle á Rávena, ya contra los lombardos, que no le entregaban las ciudades que prometieron en el tratado que hicieron con el pontífice Zacarías. Fleury al hablar de esto moteja á Paulo I de que, cuidándose más de lo que debia de estas cosas temporales, confundia con ella los trabajos espirituales; suposicion que, á pesar del buen concepto que nos merece este autor, tenemos por gratuita y hecha sin el buen criterio que en otras muchas cosas le distinguió tanto. No debe dejarse en silencio que la enemistad contra los griegos era una desobediencia al emperador de Oriente, que no habia abdicado sus derechos; pero es tal la suerte de los príncipes que llegan á un cierto grado de desgracia, que ni áun se les previene, suponiéndoselos suficiente-

mente avisados por la fortuna que los abandona. En estrecha amistad Roma con Francia, cuyo soberano estaba considerado cónsul y patricio de la ciudad eterna, Paulo I estuvo en estado de poder hacer frente con ventaja á sus enemigos, y de proporcionar tranquilidad y aumentos á la iglesia de Occidente, poniendo al propio tiempo un fuerte dique á las exigencias de los poderes de Oriente, que se entrometian en las cuestiones eclesiásticas causando disturbios y lamentables trastornos á los buenos católicos. Coronado Carlomagno emperador de Occidente, que así como su padre Pipino fué cónsul y patricio romano, y tutor y defensor del pontificado, se afianzó el poder del Pontífice doblemente. Habia el desgraciado Astolfo, rey de los lombardos, convenido con el papa Esteban II en ciertos tratados, á los que faltó su sucesor Desiderio, despues de vencer á Raquisio, á quien pretendieron volver al trono algunos descontentos; y como el pontífice Paulo le obligase á su cumplimiento, aquel le declaró la guerra, que hubiera destruido el patrimonio de S. Pedro, si la prudencia y el amor al bien de sus súbditos del Papa no le hubiera contenido, apoyado, por otra parte, con la proteccion que Pipino prestó siempre á la Santa Sede. A este tiempo el Oriente, como dice el erudito Blanco en su preciosa obra sobre los Papas, ardia en disensiones religiosas. «Las persecuciones y violencias se multiplicaban contra los profesores de la fe católica, y los cenobitas sobre todo, como hemos dicho ya, eran perseguidos y atormentados con la mayor inhumanidad; pero el que más padeció fué el abad de Monte-Santo, Auxencio, cuya virtud era tan conocida, que hasta los soldados más brutales é impíos le respetaban; sufrió horrores espantosos, y baste decir que el tirano Coprónimo, para atormentar á este santo hombre, mejor diré, para castigar en él la adhesion á la doctrina de la Iglesia, reprodujo las crueles invenciones de los Dioclecianos y primeros perseguidores. No es posible referir sin horror lo que le hizo sufrir hasta el momento en que Dios coronó su generosa confesion con la palma del martirio el año 766. Estos tristes acontecimientos llenaron de dolor y sentimiento el corazon del papa Paulo I, y usando de las armas de la Iglesia, lanzó la excomunion y anatema, y declaró hereje al despótico Emperador, como lo habia ya practicado ántes su hermano y antecesor.» Taladrada de dolor el alma de este santo Pontífice al ver lo que la Iglesia padecia en el Oriente, diariamente dirigia fervientes preces al Altísimo para que hiciese cesar mal tan grave; pero Dios tenia reservada esta gracia á otro de sus sucesores, y él debia morir con esta esperanza, pero sin el consuelo de que se realizase en su pontificado. Su ardiente caridad le conducia frecuentemente al hogar del desvalido y del moribundo para prestarles auxilios materiales y espirituales, diciendo los autores que le han celebrado con justicia, que salia disfrazado muchas veces de su palacio acompañado de fami-

liares de su mayor confianza y de los más reservados, para practicar estos virtuosos actos que por más que hacia su modestia por que fuesen ignorados, publicaban por do quier las cien trompas de la fama, para gloria del catolicismo y de su ilustre nombre. Hermanada íntimamente con su caridad su acendrada piedad, puso empeño en enriquecer los templos de Roma cuanto pudo con suntuosos objetos y con preciosas reliquias; y guiado de este espíritu religioso, que era su vida y su sueño de gloria, hizo elevar á los templos de Roma los cuerpos de los Santos que sabia se encontraban en los cementerios descuidados y casi todos en ruinas por la mala idea y peor intencion de los lombardos durante la guerra. Entre los muchos cuerpos de Santos trasladados á Roma de órden de este Pontífice, lo fué con gran pompa religiosa el de Santa Petronila. Celebró Paulo I varias órdenes y consagró á tres obispos, doce presbíteros y dos diáconos, todos de conocida virtud, sin cuya cualidad no ordenaba á ninguno por más recomendado que fuese, ni más sabio que pareciese el neófito. Despues de haber combatido cuanto pudo la herejía, hecho con su piedad y caridad importantes servicios á la Iglesia y á sus pueblos, y admirado á todos con la práctica de sus virtudes, lleno de amor de Dios, de fe, de esperanza y de caridad, virtudes que jamás abandonaron su grande alma y su sensible corazon, entregó el espíritu á su Criador con la paz del justo el dia 28 de Junio del año 767 de nuestra redencion, á los diez años y treinta dias de haber sido elevado á la silla de San Pedro, á quien procuró imitar en el amor y cuidado que tuvo con las ovejas que se le confiaron y permanecieron fieles á la voz de tan buen pastor, llevando tan solo la pena de no haber conseguido volver al santo redil las que se le habian descarriado en el Oriente, por cuya conversion tanto habia trabajado y tan de veras habia pedido al Padre celestial de las Misericordias. Llorado por los romanos y por todos los fieles católicos, fué sepultado con la pompa humilde, pero respetuosa, de aquella época en el Vaticano; y como tanta santidad y virtud no podia concluir con la muerte material en quien se habia sabido conquistar la vida eterna, la Iglesia católica le colocó en el número de sus gloriosos héroes, y celebra su memoria en el dia del aniversario de su muerte. Los que deseen más noticias de este santo Papa, pueden consultar á Teófanes en su *Cronografía*; á Sandin, en la *Vida de los Pontífices*; cualquiera de las *Historias de la Iglesia católica* no condenadas por ella, y los *Diccionarios de los Santos y demás héroes del cristianismo*.—B. S. C.

PAULO II (Papa). A los diez y seis dias de la muerte de Pio II, subió á la silla del príncipe de los apóstoles el cardenal de S. Marcos Pedro Barbo, de cuya vida vamos á dar noticia. Nació Barbo en Venecia; sus padres fueron Nicolás Barbo y Polisene, hermana del papa Eugenio IV. Dedicado á la carrera eclesiástica, no tardó mucho en distinguirse en las aulas por su ca-

pacidad, y cuando ya estuvo en disposicion de practicar sus adquiridos conocimientos, su tio, el expresado Pontífice, le confirió sucesivamente los empleos y dignidades de arcediano de Bolonia y protonotario de la Santa Sede, en cuyos cargos supo distinguirse. El amor que le profesaba su tio el Pontífice, á pesar de sus pocos años, le elevó á la púrpura cardenalicia, en la que, segun un autor, ostentó mucha magnificencia en todo. Cuando llegó el caso de reunirse el cónclave en que se verificó su eleccion, se hicieron por este dos reglamentos para la reforma que Paulo ofreció ejecutar, pero que se dice descuidó despues. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el expresado cardenal de S. Marcos, Pedro Barbo, fué elegido papa canónicamente el 31 de Agosto del año 1464. Coronado con la tiara, tomó el nombre de Paulo II, y como los cardenales tratasen de obligarle á observar la capitulacion ó reglamentos hechos ántes de su eleccion, supo eludir el compromiso; primero, por medio de una consulta en que opinaron á su favor distinguidos letrados; y despues contentando á aquellos con las gracias y privilegios que les acordó. Cargó á las iglesias con impuestos nuevos, lo que disgustó bastante; los abusos, en vez de remediarse, reaparecieron con doble fuerza, y como el Pontífice no se opusiese al lujo y ostentacion que se despertó en los romanos en aquella época, los vicios acrecieron por necesidad con escándalo público al ver que no se adoptaban medidas enérgicas para atajar tan graves males. Siguiendo Paulo II en el proyecto de su antecesor de castigar á los turcos, comisionó á tres cardenales para que procurasen alcanzar de los príncipes de Italia le proporcionasen recursos á fin de poder mandar una expedicion poderosa contra los infieles. Su deseo era que los príncipes se obligasen á dar una contribucion en proporcion á su riqueza, cuyo resultado se pusiese á disposicion del rey de Hungría, que era el que más expuesto estaba al peligro. El rey Fernando de Nápoles prometió ayudar la empresa con sus socorros, siempre y cuando se le perdonase por la Santa Sede la deuda que tenia con ella, y como los demás príncipes hiciesen tambien proposiciones más ó ménos onerosas, las negociaciones no dieron resultado favorable alguno, y el Papa tuvo que desistir de su propósito, renunciando por entónces al pensamiento de la fuerza armada. Tomando por empeño el lograr la concordia entre todos los príncipes cristianos, interrumpida por la ambicion de los unos y la indiscrecion y orgullo de los otros, se dedicó á esto con calor en el deseo de poner fin á las turbaciones de Italia, que tanto perjudicaban á la moral, á las costumbres y á la religion misma. A este fin dirigió su voz pastoral con el mayor amor y cariño á las ciudades que estaban en abierta rebelion con sus señores, y mediando en sus fatales desidencias y pretensiones, logró á fuerza de ruegos reconciliarlos. Solo Malatesta, señor de Rímini, se resistió á su mediacion y á sus ruegos, y esto ofendió de tal modo á Paulo II, que

concertándose con los venecianos, levantó contra este porfiado señor la fuerza que ántes no creyó prudente empeñar contra los turcos. Malatesta buscó apoyo en su protector el rey de Nápoles y en su amigo el duque de Milan y los florentinos; pero á pesar del poderoso alarde de estos poderes, no le libraron de que el Papa le sitiase tan estrechamente en su capital, que tuvo que ceder de sus exigencias quedando humillada su altanería y castigado su orgullo. Aun cuando en los dos consistorios, que en 1645 celebró Paulo II, se declaró mucho contra los abusos, estos no se abolieron, y los males que quedaron en pie no tardaron en aumentarse. Acudió Paulo II por medio de sus legados á Francia, solicitando la abolicion de la pragmática sancion dada por Luis XI, por la que se derogaron algunos privilegios de la Iglesia. Presentada esta cuestion en el Parlamento, el fiscal Juan de San Roman manifestó, como defensor de la ley, que no consentiria jamás se anulase una ley salvamento de Francia y de su Iglesia, por la que habian desaparecido multitud de abusos; el Parlamento se convino con la opinion del fiscal, y á pesar de la gran política con que el Papa habia manejado este asunto, quedó desechado, y los legados tuvieron que retirarse sin esperanza de lograr nada por entónces en este sentido.— Visitando á Roma el emperador Federico III, el Papa le recibió con grande ostentacion, y prodigándole honrosas distinciones, le regaló una espada bendecida; el Emperador oyó la misa en que el Papa leyó el Evangelio revestido de túnica y alba, y comulgó con una parte de la hostia consagrada. Reinaba en Bohemia Podiebrat, á cuyo príncipe habia negado Pio II la investidura de rey de Bohemia, anatematizándole como fautor y propagador de los husitas, herejes contra quienes la Iglesia habia lanzado su excomunion. Y como supiese Paulo II que aquel soberano y sus secuaces perseguian con tenacidad á los católicos en aquel país, le mandó cartas de ruego para que dejase en paz á los católicos. No haciendo caso alguno de estas exhortaciones, lanzó contra él el terrible anatema de la Iglesia, como lo habia hecho su antecesor, y despues le declaró desposeido del reino. Esta declaracion en aquellos tiempos en que tanta influencia tenia la Santa Sede en los estados católicos, costó el trono de Bohemia al rey Podiebrad, que fué depuesto de él, aclamándose en su lugar á Matías, rey de Hungría. No tuvieron tan buen éxito sus gestiones en Alemania, donde procuró evitar las guerras intestinas que tenian divididos á los alemanes: á pesar de probarles con razones lo expuestos que estaban, de seguir en tan punibles altercados, á ser víctimas de los musulmanes cuyos triunfos se repetian en daño de la cristiandad, los alemanes continuaron en sus disensiones sin que jamás llegasen á entenderse. Celoso por mantener pura la religion del Crucificado, castigó severamente á los que con innovaciones peligrosas trataban de alterar la buena doctrina; y no permitió jamás que por los que le cer-

caban se pasase la más mínima cosa sobre este particular, ni se ocultase nada que pudiese menoscabar el prestigio de la Iglesia católica. Afecto al lujo más de lo que conviene á un papa, todos los actos en que tomaba parte habian de hacerse con la mayor ostentacion si habia de complacérsele. Magnífico en todo, se propuso que los palacios, iglesias y demás edificios que se hiciesen en sus estados llevasen el sello de su grandeza en todo, y con este carácter concluyó el bello palacio de S. Marcos. Hizo celebrar en Roma unos juegos tan magníficos para complacer á la grandeza y divertir al pueblo, que el cardenal Pavía le criticó severamente sobre este particular, desconociendo tal vez que el soberano temporal de un gran pueblo podia muy bien entregarse á estos actos agradables á sus súbditos, sin que por eso se lastimasen los deberes impuestos al religioso carácter del Pontífice. Llamando á sí las bulas respectivas al jubileo, le redujo á cada veinticinco años; y deseando engrandecer más exteriormente á los cardenales, les concedió la púrpura que hoy visten. Durante su pontificado se terminó bajo sus auspicios la obra de la historia de Platino, y empezó la de Pambinio, su continuador, y él mismo escribió las leyes de chancillería y otras ordenanzas sobre varios asuntos que se conservan aún. Amigo de que pasasen las cosas á la posteridad, renovó la costumbre de los emperadores romanos, que acuñaban medallas conmemorativas para depositarlas en los cimientos de los edificios que se hacian de nueva planta, para que supiese la posteridad la fecha de su construccion, por quién se habia edificado y á quién se dedicaba; costumbre que se observa hoy por los gobiernos y áun por los particulares en todos los pueblos civilizados, y que ha dado á conocer más de una vez en la historia, por medio de la arqueología, su auxiliar, cosas que estaban olvidadas, y ratificado fechas que se tenian en duda ó habian perdido. En medio de mil proyectos para el bien de la Iglesia, y de no pocas ilusiones de engrandecimiento como soberano temporal, asaltó la muerte repentinamente al magnífico Paulo II, que murió en Roma de un ataque de apoplejía el dia 24 de Julio de 1471, á los seis años, diez meses y veintiseis dias de pontificado. Su muerte sorprendió tanto más á los romanos, cuanto que el dia anterior á su fallecimiento habia celebrado un consistorio, en el que se expresó con mucha energía y calor, sin que se advirtiese en nada alterada su salud. Paulo II fué sepultado en el Vaticano. Mucho se diferencian los autores al hablar de este Pontífice, á quien calumnian los protestantes, diciendo que lloraba con mucha facilidad y á su voluntad, y que acudia á las lágrimas como recurso poderoso, cuando le faltaban buenas razones para persuadir; suposicion gratuita, ó más bien refinada calumnia, pues esta debilidad es inconciliable con la dignidad y firmeza de su carácter; empero la mayor parte de los historiadores le consideran como gran político, de exterior magnífico, y en cu-

yas acciones habia siempre mucha nobleza. Miguel Canensio escribió la vida de este Pontífice, la cual publicó el cardenal Quirini, en 4.°, en Roma, el año 1740, en cuya edicion añadió el editor una apología titulada: *Vindiciæ adversus Platinam, aliosque obtrectatores*, que fué muy bien recibida.— B. S. C.

PAULO III, papa. Vamos á referir, si bien sucintamente como lo requiere esta obra, la vida del Pontífice de una época calamitosa para la Europa, dolorosa para los fieles católicos y sensible á la misma religion del Crucificado, y por lo tanto de sumo interés histórico y de grande leccion para la humanidad. Empero ántes de hablar de este Papa nos parece muy conveniente, si no necesario, dar á conocer el cuadro, siquiera sea en ligero bosquejo, que ofrecia la Europa á su advenimiento al poder, á cuyo efecto juzgamos muy á propósito la compendiosa narracion que nos presenta en su *Historia general de los Sumos Pontífices* el ilustrado D. Hilario Blanco, canónigo de Ciudad-Rodrigo, porque es el cuadro que sobre estas circunstancias hemos visto más acabado y más ceñido á lo que sobre el particular nos relata la historia del siglo VI. «Toda la Alemania, ó por lo ménos la mayor parte, se »hallaba ya en conflagracion, y las moradas de los nobles y palacios de los »grandes se veian ardiendo por los partidarios de Lutero, principalmente en »la Suavia, la Franconia, la Turingia y toda aquella parte que bañan las »márgenes del Rhin hasta la Lorena. Tomás Muncer, sacerdote secular, pri»mer discípulo de Lutero, se habia hecho pasar por recibir revelaciones es»peciales de Dios, y decia: Dios ha criado la tierra para patrimonio de los »creyentes, y todo gobierno debe guiarse por la Biblia y las revelaciones »divinas. No hay necesidad de príncipes superiores, nobleza, ni sacerdotes; »y cualquiera diferencia entre ricos y pobres no es cristiana, porque en el »reino de Dios los hombres deben ser iguales (1). Los principios de Muncer »sobre la igualdad cristiana y la mancomunidad de bienes, reproducidos de »nuevo en Munster por los anabaptistas, excitaron al populacho contra los »potentados y las autoridades, é hicieron patrimonio de todos los bienes de »estos. Cada cual debia depositar en el tesoro público cuanto poseia de oro »y otros objetos de valor; se despojó á las iglesias de todas sus riquezas, se »rompieron las pinturas sagradas y las imágenes, y todos los libros, excepto »la Biblia, fueron públicamente arrojados á las llamas (1534). A este vértigo »se agregó, como siempre sucede entre gentes de baja esfera, una licencia »desenfrenada en las pasiones y costumbres. Reconocióse que la libertad »cristiana autorizaba al hombre para adoptar la poligamia, y Juan de Leyda »dió el ejemplo casándose con tres mujeres á la vez. Ultimamente uno de sus

(1) Muncer fué expulsado de Sajonia por esta doctrina, y retirándose á Turingia sufrió allí en el cadalso el castigo de sus delirios.

»partidarios, que se jactaba de haber recibido una comunicacion divina, Juan »Dussentscher de Warendorf, le saludó como á rey de la tierra que debia res- »taurar el trono de David, y se mandaron treinta y ocho adeptos que predi- »casen esta doctrina por todo el mundo, á fin de someterla al nuevo rey; pero »todos fueron detenidos como sediciosos, y ejecutados sin consideracion.» Parece imposible que los hombres hubiesen llegado al grado de aberracion que vemos en este relato, y que se hubiesen olvidado tanto de su Dios y de sí mismos en un siglo en que se pretendia que la razon y el buen sentido habian llegado á su colmo; y solo se comprende pudiera ser así por especial permision de Dios, para dar á conocer una vez más á la miserable humanidad la nada de su ser, castigarla por su olvido de la buena doctrina y obligarla á retroceder para tomar el verdadero camino, horrorizada del de perdicion que habia emprendido y en el que habia llegado hasta el borde del abismo. —Trazado el anterior cuadro, podrá considerarse fácilmente el estado en que se encontraban los asuntos políticos y religiosos en Alemania é Inglaterra cuando tomó la direccion de la barquilla del Pescador Paulo III. La sociedad parecia caminar á su disolucion, y la unidad católica amenazaba romperse en pequeños pedazos, para que triunfando el cisma y el error perdiese su fuerza y vigor y no fuese difícil su vencimiento en la espantosa anarquía político-religiosa que se inauguraba en la parte más civilizada del mundo. Sin embargo de este desórden y del progreso en que caminaban las ideas disolventes entre una parte de los católicos cegados por el orgullo y por la ambicion que halagára con su doctrina el impío Lutero, y entusiasmados al ver en ellas santificados sus vicios y halagadas sus pasiones desordenadas; otra gran parte de los fieles, y entre los pueblos la católica España, se fortificaron en sus creencias á la vista del peligro, y agrupados á los pies del Crucificado, renovaron sus votos y se prepararon á pelear sin tregua contra los innovadores, rechazando con valor y energía la propaganda de Lutero y de sus secuaces. Empero la lucha debia producir rios de sangre é infinidad de desgracias que habian de aumentar por un lado el número de los mártires de la fe pura, y el de los réprobos por la contraria. Horroriza verdaderamente al repasar las páginas de la historia en esta contienda religiosa, ver los millares de víctimas que causó el despecho de un fraile maldecido por su soberbia y dejado de la mano de Dios, que permitió sus desmanes para purgar á la Iglesia de la mala semilla que empezaba á emponzoñarla, castigar á los indiferentes, probar á los fieles y purificarlos para que se fortificasen en su fe y creencia. A los diez y siete dias de la muerte de su antecesor Clemente VII, que murió transido de dolor por los progresos que hacia la herejía luterana, fué elegido pontífice por el voto unánime del cónclave el cardenal diácono de S. Cosme y S. Damian Alejandro Farnesio,

que subió á la silla de S. Pedro el dia 13 de Octubre de 1534, con aplauso de todo el Sacro Colegio y del pueblo romano. Tenia este papa sesenta y ocho años cuando tomó el timon de la tan combatida entónces nave del Pescador, pues que solo contaba cuarenta y uno cuando el papa Alejandro VI le habia hecho cardenal. Nacido en Roma é hijo de Pedro Luis Farnesio y de Juana Farnesio, pertenecientes á una de las familias más ilustres y distinguidas de Italia, su educacion fué muy esmerada; y desde los primeros pasos de su instruccion manifestó un fecundo y esclarecido ingenio, que hizo concebir á su familia grandes esperanzas. Desde que empezó á distinguirse en sus estudios le tomó bajo su proteccion el célebre cardenal Alejandro Borgia, deudo de S. Francisco de Borja, duque de Gandía, que despues fué el papa Alejandro VI; y con tal padrino fué siempre muy considerado en la corte romana. Cobrándole especial cariño el papa Inocencio VIII, le nombró su protonotario, cuyo destino sirvió con grande acierto y á satisfaccion de todos, hasta que subiendo al trono de S. Pedro Alejandro VI, su protector, éste le nombró obispo de Montefiascone y le creó cardenal diácono de S. Cosme y S. Damian. Ya príncipe de la Iglesia el cardenal Alejandro Farnesio, fué nombrado legado primero en Viterbo y despues en la Marca de Ancona, en cuyas legaciones supo hacerse un buen nombre por sus acertadas disposiciones y su actividad en los negocios que se le encomendaron. Reunido el Concilio Lateranense el pontífice Julio II, le encomendó los asuntos más graves y en que tenia mayor interés; y como saliese muy airoso en su comision, en recompensa de tan importante servicio le dió el obispado de Parma, puesto muy ambicionado en aquella época. Conocedor de sus talentos el papa Leon X, le nombró obispo de Túsculo, y despues fué promovido sucesivamente á los obispados de Palestrina, Sabina, Porto y Ostia, de suerte que llegó á servir siete obispados. Dice un autor que su elevacion al pontificado fué á los treinta dias de la muerte de su antecesor, y no á los diez y siete como hemos sentado; y que aún se hubiese retardado más su eleccion, si no se hubiesen puesto en práctica las disposiciones de la bula de Bonifacio VIII contra la excesiva duracion de los cónclaves, por la que se sujeta á los cardenales á una rigorosa abstinencia de comer y de beber cuando pasan veinte dias sin que hayan elegido papa. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que su eleccion fué recibida con mucho entusiasmo por los romanos, y que la juventud y la nobleza, la celebraron con grandes fiestas ecuestres, por lo que, agradeciéndoselo Paulo III, que este nombre tomó el nuevo Papa, no solo confirmó á los nobles los privilegios llamados del Capitolio, sino que se los aumentó concediéndoles nuevas gracias. La familia noble Farnesio, que tienen algunos escritores por originaria de Alemania, pero que lo es seguramente de Toscana, empezó á

distinguirse y á hacerse lugar en los fastos de la fama desde Rainucio, uno de sus autores, que en 1288 mandó con gloria las tropas de los estados de la Iglesia; y como esta cualidad pesaba mucho en la balanza de la nobleza romana, los renuevos de tan antigua como ilustre estirpe eran considerados con la mayor distincion por el pueblo rey, y en especial por sus nobles y caballeros. Instruido, benéfico y hábil en toda clase de negocios, Paulo III no pudo ménos de abarcar de una sola mirada su reducido reino, y conocer sus necesidades, á las que atendió inmediamente, proveyendo los medios más propios á su remedio y á la prosperidad material del país y mayores goces de sus habitantes. Lanzando desde la zozobrosa barquilla una mirada observadora sobre el inmenso Océano de males que amenazaban destruir la sociedad y aniquilar la religion del Crucificado, y horrorizada su vista con tan terrible escena, trató de disminuir el mal á todo trance, una vez conocida la imposibilidad material por entónces de descuajarle ó cortarle de raíz; y en esta honrosa y benéfica tarea se empeñó con arrojo y constancia al empezar su pontificado. A fin de obrar con el mejor consejo posible en lo humano, cuando le faltase el divino, ó que éste por permision de Dios no se desarrollase tan pronto en su mente fecunda, no solo creó cardenales distinguidos en las ciencias, en las letras y las artes, como Cantarini, Carrafa, Sadolet y otros, sino que llamó á sí porcion de hombres que se habian hecho célebres por su saber é instruccion. Afligiéndole sobre manera los progresos que hacia en Alemania la herejía, y lastimándole al propio tiempo las diferencias entre los príncipes de Europa, una de las causas principales del vuelo que iban tomando las ideas luteranas, formó empeño en la avenencia de estos y en atajar los males que aquella causaba, y todo lo dispuso á este fin en su ánimo, pidiendo el auxilio de Dios en sus frecuentes oraciones, y encomendando eficazmente á los prelados le ayudasen á implorar la misericordia divina á este fin, inculcando en sus diocesanos la necesidad de orar y de mejorar las costumbres, medio eficacísimo para aplacar la justa cólera divina. Firme en su propósito, y persuadido de la necesidad de un concilio general, mandó embajadores á todos los príncipes cristianos, y conferenció muy particularmente con el emperador Cárlos V, que era entre todos el que estaba más interesado en la unidad de la creencia, y en que se restableciese la paz. En el estado á que habian llegado las cosas era indispensable el concilio para tranquilizar las conciencias de los fieles, sumamente agitadas desde que la impía doctrina de Lutero habia turbado la paz de la Iglesia. Previsora ésta en los concilios de Basilea y de Florencia, habia determinado que cada diez años se llamase á concilio; pero esta decision habia sufrido entorpecimiento en la práctica, y el último, verificado en Letran, no tenia la sancion de todos los pueblos católicos. Las universidades

más distinguidas de Europa se habian ya en este pontificado declarado contra la doctrina luterana y protestado contra sus errores; el papa Leon X los habia condenado; pero faltaba aún que la sentencia fuera pronunciada por la Iglesia universal reunida en concilio ecuménico, y esto era precisamente lo que deseaba Paulo III, y á lo que se oponia las contínuas guerras de los dos colosos del siglo, Cárlos V de Alemania (primero de España), y Francisco I de Francia, que tenian sacrificada á Italia con sus tropas y diferencias. No habian cesado estas causas aún, cuando viendo Paulo III que la herejía progresaba avanzando á pasos de gigante, convocó el concilio el año 1537. Indicada la ciudad de Mantua para la reunion del concilio, el Gran Duque se opuso á ello, y entónces el Papa señaló á Vicenza; pero nuevas dificultades detuvieron la reunion de asamblea tan necesaria. El Emperador y los protestantes querian y áun exigian que el concilio tuviese lugar en una ciudad de Alemania; y el Papa, deseando tenerle cerca de sí, puso empeño en que fuese en Italia, á cuyo fin designó sucesivamente las ciudades de Plasencia, Bolonia, Ferrara, el Tirol y Trento; y despues de muchas disputas sobre este particular, quedó por fin elegida esta última ciudad. Expedida la bula de convocacion para el 1.° de Noviembre de 1542, y nombrados para que le presidiesen en nombre del Papa los cardenales Reginaldo Polo, Pablo Parisio y Juan Moron, empezaron á llegar los obispos; pero asistieron en tan corto número, que fué necesario desistir por entónces; pues que teniéndose que debatir asuntos de tanta monta para la Iglesia, era necesaria mayor concurrencia de prelados. Mucho entristeció al Pontífice el ver fallidas sus esperanzas por entónces; pero no desistiendo de su loable propósito, empezó á gestionar de nuevo para poder lograr lo que creia un remedio eficacísimo para atajar los males incalculables, causados por la herejía que iba tomando por asalto los tronos católicos, y que amenazaba concluir con la fe de los verdaderos creyentes, por medio de perniciosas doctrinas que halagaban las pasiones, atacando por su base las santas leyes del Evangelio. Los disturbios por que pasaba Italia, teatro de las piraterías de los berberiscos y áun de los turcos que tambien amenazaban á Italia, obligó á Cárlos V á dirigirse á castigar á los argelinos, lo que consiguiera indudablemente si el cielo, que queria humillarle para mejor probarle, no le hubiera obligado á retirarse á consecuencia de una gran borrasca que causó muchos males y averías en la tripulacion y en las naves españolas. Desistiendo por de pronto Cárlos V de su empresa contra Argel, tuvo que marchar despues en persona contra el rey Francisco I, su enemigo capital, que procuraba arrebatarle la Flandes, y atacaba sin tregua todos los puntos en que pudiera molestarle y rebajar su colosal poder. Para mejor conseguir su deseo, se alió el rey Francisco con

Gustavo Wasa y con el feroz Barbaroja, y las tropas coligadas se apoderaron de Niza, cuya plaza no disfrutaron mucho tiempo; pues que el bravo D. García de Toledo la reconquistó poco despues. Empeñóse la guerra con tal encarnizamiento que la Europa entera temió volver á los siglos bárbaros, en los que imperando solo la fuerza jamás se daba cuartel á la razon, y en aquellos en que la ignorancia con su enorme peso pisaba la losa que cerraba como en un sepulcro á la civilizacion del mundo, que hacia heróicos esfuerzos por levantarla para respirar al aire libre. Empero como no puede aguantar la cuerda tirante mucho tiempo sin romperse, si una mano benéfica no logra aflojarla, el papa Paulo III, que se horrorizaba al presentir los funestos resultados de aquella cruda lucha, en la que entraban elementos tan heterogéneos como la raza latina y la eslava, la religion católica, la protestante y la de Mahoma, acudió con toda la solicitud de un padre á dar la salud á sus hijos, no dejando de favorecer á sus enemigos para librar á aquellos de los daños que pudieran hacerles; y fué la mano bienhechora que aflojó la tirantez de un lazo próximo á romperse con estrépito y mal de la humanidad. Mediando el Papa entre Cárlos V y Francisco I, logró por fin reconciliarlos, y que Cárlos ajustase un tratado con los venecianos para contener á los turcos en sus demasías. Grande fué la satisfaccion de Paulo III al ver reunidos y amigos en Niza á los dos soberanos contendientes que le debian la paz, y por la que logró que el Emperador le concediese la mano de Margarita de Austria para Octavio su nieto. Restablecida la paz, volvió Paulo III á su tema favorito del concilio ecuménico, que deseaba celebrar durante su pontificado, y que tan necesario era para combatir los errores luteranos y fijar la conciencia de los fieles. Más feliz esta vez que las anteriores, logró que se conciliasen todas las voluntades y que no fuesen tan tímidos los prelados; y tuvo la satisfaccion de que se hiciese su apertura en Trento el 13 de Diciembre de 1545, bajo la presidencia de sus legados los cardenales Reginaldo Polo, que fué nombrado para el mismo de que ya hemos hablado, Marcelo Cervini y Juan María del Monte, y los obispos Tomás de San Félix, Tomás Campege y Cornelio Musi. Perezosos por demás estaban los prelados para acudir al concilio; y así es que hasta el 13 (otros dicen que el 15) de Diciembre no pudo verificarse la primera sesion. Dos objetos principales eran los de esta asamblea, tan deseada como célebre; el uno el de la reforma ó herejía de Lutero, y el otro la reforma de los abusos introducidos en la disciplina de la Iglesia. Creyó el Papa que era más digno de su corte reformarse á sí misma, que no que la reformasen, é hizo todo lo posible para separar esta cuestion de la principal por que habia convocado al Concilio; pero los Padres de éste no lo consintieron, creyendo que esto heriria su propio honor. Con motivo de esta

pretension del Pontífice, las primeras sesiones se pasaron en inútiles disputas y controversias acerca de si deberia esclarecerse primero lo perteneciente al dogma ó lo que correspondia á la disciplina, divergencia que manifestó las opiniones, y que despues de perderse mucho tiempo dió por resultado el acuerdo de que alternasen las dos cuestiones en la discusion. En la cuarta sesion, que tuvo lugar el 8 de Abril de 1546, se conformaron los Padres en que se tomase la Sagrada Escritura por objeto del trabajo que los ocupaba, y segun el Sr. Blanco, en su *Historia de los Pontífices*, « se examinó »la autenticidad de los libros que la Iglesia recibe como revelados, en su »número, su integridad, la autoridad de los textos originales, la de las »versiones latinas, el uso que se debia hacer de unas y otras en el juicio de »los decretos de la fe y en la enseñanza pública de la religion, los medios »que se deberian tomar para purificar el texto de la *Vulgata*, que está en uso »en la Iglesia latina, y la manera como debe interpretarse para que esté »siempre conforme con los principios trasmitidos en el seno de la Iglesia al »través de todos los siglos.» Tratóse en la quinta sesion « de diversos puntos »relativos á la reforma de los abusos, de las exenciones de los regulares y »privilegios de los mendicantes, sobre la educacion del clero, sobre los de»beres de los obispos y de los párrocos, y últimamente se examinó como »punto de fe el pecado original; se declaró no querer comprender en su de»creto á la Santísima Vírgen, y se confirmaron los decretos del papa Sixto IV »sobre esta materia.» Siguióse á esta la sexta sesion, y en ella se trató « so»bre la justificacion, materia necesariamente ligada con la del pecado ori»ginal; se examinaron las opiniones de Lutero y sus secuaces sobre el libre »albedrío, la predestinacion, el mérito de las buenas obras, y algunos otros »puntos que tienen estrecha relacion con la justificacion.» Verificada la sétima sesion en 13 de Marzo de 1547, se trató en ella de la doctrina de los sacramentos, particularmente sobre el Bautismo y la Confirmacion. Esta sesion fué verdaderamente la terminacion de aquel célebre concilio general, que es el último de este género que se ha celebrado hasta el dia; pues esparciéndose la voz de que la peste habia invadido la ciudad de Trento, se tomó este pretexto para suspender la octava sesion, contra la opinion de una gran parte de los prelados, y en especial de los alemanes y españoles. Trató el Papa de pasar á Bolonia el concilio con este motivo, y así lo mandó á sus legados, que pasaron á esta ciudad; pero como la mayoría de los obispos se opusiesen á salir de Trento, en donde no habia peste, si bien se celebraron las sesiones novena y décima en Bolonia, sus resultados fueron insignificantes por la falta de los obispos, que se quedaron en Trento, temiendo desagradar á sus soberanos. Rota la liga de Smalkalda por Cárlos V en la batalla de Mulhberg, temió Paulo III que esta victoria tuviese consecuencias

funestas para la Iglesia; y por eso tuvo doble empeño en que el concilio funcionase en Bolonia y no en Trento; pero esta decision concluyó, como acabamos de insinuar, con él, y así es que no tuvo Paulo III la satisfaccion de que terminase esta notable asamblea como él deseaba. Muchos papas, á pesar de su ilustracion y de estar dotados de sabiduría y de excelentes cualidades, como sucedia á Paulo III, fueron víctimas del demasiado amor que han tenido á su familia, y el nepotismo ha sido un verdugo que se ha complacido en hacer amargos sus dias y robarles, como soberanos temporales, el amor de sus pueblos, por más que estos les hayan venerado como vicarios de Jesucristo; y si hemos de dar crédito á la historia, este Pontífice fué una de esas víctimas á quien castigó Dios por haber olvidado los intereses de la Iglesia ante el engrandecimiento de su estirpe. Antes de abrazar el estado eclesiástico Paulo III habia sido casado. De su matrimonio le habia quedado un hijo llamado Luis, el cual tenia otro hijo, denominado Octavio, que fué muy querido de su abuelo el Papa. Deseando engrandecer á sus hijos, despojó á la Iglesia de los ducados de Parma y de Plasencia, y se los dió como patrimonio, concediendo á Octavio los principados de Camerino y de Nepi. Como estos ducados dependian del ducado de Milan, como feudo del Imperio, Cárlos V se negó á dar la investidura de aquellos estados á los Farnesios; y cuando fué asesinado en Parma el expresado duque Luis, á causa del aborrecimiento que le profesaba el pueblo por sus crímenes y locuras, las tropas imperiales se apoderaron de esta ciudad, que no pudo lograr el Papa se le devolviese, á pesar de haber vuelto á hacer las amistades con el Emperador en la tregua de Niza, verificada en 1538, en la que, como ya hemos dicho, se concertó la paz entre Cárlos V y Francisco I, y convino el matrimonio de su nieto Octavio con Margarita de Austria, hija natural del Emperador y viuda de Julian de Médicis, que habia sido asesinado en Florencia. Afligido por la ingratitud de sus parientes, á quienes habia colmado de toda clase de bienes, y que en premio de sus larguezas parece que se empeñaron en emponzoñar sus últimos dias, sintió que se acercaba su fin; y reuniendo en su cámara á los cardenales, arregló con ellos los negocios pendientes de la Iglesia; y nos dice Pasquier que confirmó al Parlamento el derecho de indulto. Durante su pontificado, y con su autorizacion, se estableció en Nápoles la Inquisicion; y haciendo mucho caso de las recomendaciones que se le hicieron y de las instancias de los religiosos que militaban bajo la bandera levantada por el insigne español S. Ignacio de Loyola, y al que se unió despues el magnífico y humilde duque de Gandía, S. Francisco de Borja, aprobó el instituto de los Jesuitas. Fué tanto lo que le atormentaron en sus últimos dias las ingratitudes de los suyos, que dice un autor que en un arranque de arrepentimiento, repitió, próximo á su muerte, estas palabras

del salmo XVIII: *Si mei non fuerint dominati...* En fin, el dia 10 de Noviembre de 1549 llamó Dios á juicio á Paulo III, que, como dice un autor, murió víctima del nepotismo, á los ochenta y cuatro años de edad, y á los quince y veintiocho dias de pontificado. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano. Este Papa fué muy aficionado á la poesía, que él mismo cultivó con facilidad; dejó escritas cartas muy eruditas á Erasmo, Sadolet y á otros que son bastante conocidos en la ciudad eterna.— B. S. C.

PAULO IV (Papa). Juan Pedro Carrafa sucedió á Marcelo II en el pontificado. Nacido en San Angelo de la Escala, poblacion del reino de Nápoles, debió el ser á Juan Antonio Carrafa y á Victoria Camponesa, que pertenecian á las más ilustres y principales familias de Aquila. Inclinado á la Iglesia desde su más tierna edad, se dedicó á las sagradas letras, y tomó tanta aficion á la vida religiosa y contemplativa, que escapándose aún muy jóven de su casa, se entró en un convento de Dominicos en el que hubiera tomado el hábito si no hubieran acudido á impedirlo sus padres, no porque les pareciese mal su designio, sino porque temieron que no pudiese soportar en su delicada complexion las penitencias y privaciones de la vida monástica. Fueron tan rápidos los progresos que hizo en sus estudios, y tanto lo que se distinguió en las aulas, que llegando la noticia al papa Alejandro VI, le nombró su camarero secreto, á pesar de no tener más que diez y ocho años. Distinguiéndose extraordinariamente en el estudio de las lenguas sabias y especialmente en la hebrea, esto y el pronto conocimiento que adquirió en los negocios eclesiásticos, le dió á conocer como una de las capacidades de la Universidad y de la Cámara Apostólica. Reconociendo su mérito el papa Julio II, que sucedió á Alejandro VI, le nombró obispo de Chieti y le mandó de legado apostólico al reino de Nápoles. Muerto Julio II, Leon X le nombró para pasar á Inglaterra á recoger el dinero de S. Pedro; y en los tres años que pasó en aquella honrosa legacion, se captó la amistad de los principales magnates de la corte. Pasando despues á España, no solo le recibió con distincion en su corte el rey D. Fernando, sino que le nombró inmediatamente capellan de honor cerca de su augusta Real persona, y le admitió en su Consejo. Confiando el pontífice Adriano VI en sus talentos y en su discrecion, le nombró presidente de una Congregacion, que creó para reformar las costumbres, en la que se distinguió por su acierto y buena direccion. Habiéndosele dado la silla arzobispal de Brindis, la renunció y tambien lo hizo de la de Chieti, para dedicarse á fundar con Cayetano Teati la Congregacion de Canónigos reglares conocidos con el nombre de Teatinos. Creándole Paulo III cardenal y obispo de Albano y de Sabina, cuando llegó su exaltacion, se encontraba de decano del Sacro Colegio. Asegura un autor frances que por consejo del cardenal Carrafa, Paulo III erigió con nuevos poderes el tribunal de la Inquisi-

cion para reprimir por su medio la herejía de Lutero, que se hallaba en todo su vigor, cuya herejía combatió cuando fué papa de tal modo y con tal rigor contra Lutero, que Mezerai calificó su severidad de demasiada dureza y de orgullo. Muerto Marcelo II, fué electo papa á los veintidos dias el cardenal Juan Pedro Carrafa, el dia 23 de Mayo del año de gracia 1555, á los setenta y nueve años de su edad, tomando en su consagracion el nombre de Paulo IV, celebrándose su coronacion con más magnificencia que las de sus predecesores. En la bula que expidió al tomar posesion del pontificado, prometió la reforma de la Iglesia universal y de la corte de Roma. Empeñado en poner órden y hacer observar la disciplina en las comunicaciones, nombró muchos cardenales y prelados para que trabajasen en este sentido; y despues de haber celebrado muchos consistorios para la reforma de la clerecía, se empezó á ocupar en la política, pues la guerra, mal comprimida, amenazaba volver á turbar la paz. Dice un autor que aconsejado Paulo IV por su sobrino el cardenal Alfonso, cuyos instintos militares no habia apagado el capelo, declaró la guerra al emperador Cárlos V, y que cuando éste contrató una tregua de cinco años con Enrique II, envió á su expresado sobrino para que procurase evitarla. Durante esta tregua, abdicó el emperador Cárlos V la corona de España en su hijo Felipe II, y se retiró á hacer vida penitente al monasterio de Yuste; y aprovechándose de esta circunstancia el Papa, que deseaba avasallar al imperio, se confederó inmediatamente con Francia, cuyo rey Enrique II deseaba se le cediese el reino de Nápoles, con el designio de librar á Italia del yugo de los españoles. Toda la Italia se puso en armas con este motivo, y la guerra empezó con encarnizamiento. Hallábase á la sazon de virey de Nápoles el famoso español, duque de Alba, y sin dejar la defensa de Sicilia, cuyas costas amenazaban otros enemigos, se dirigió hácia el interior contra los franceses, que mandados por los Carrafas, Guisas y Montmorencis, molestaban á los españoles y particularmente en el Piamonte, en que presentaban menores masas, porque sus fuerzas se hallaban divididas entre la Lombardía, la Marca de Ancona y Toscana. Cansado el duque de Alba de una lucha no decisiva, se puso en marcha hácia Roma con un poderoso ejército, y no tardó en obligar al Pontífice á pedir la paz al monarca español, que la concedió muy contento de acabar sus diferencias con la Santa Sede. Pero esto no fué hasta despues de ser derrotado el rey de Francia Enrique II en 1557 en la batalla de San Quintin, mandada por el mismo Felipe II, rey de España, en la que perdieron los franceses diez mil hombres y todos sus pertrechos de guerra, al paso que los españoles tuvieron solo una pérdida de poco más de cien hombres. Habiendo tenido los franceses despues de esta derrota que abandonar la Italia, el Papa, cuyas tropas no podian en modo alguno medir sus armas con las españolas,

tuvo que admitir las duras condiciones con que se le concedió la paz; pero no tan duras como las que le hubiera impuesto por su tenacidad otra nacion ménos católica que la España, y un rey que no hubiera sido tan piadoso como Felipe II. Como todo el empeño de este Pontífice fué alcanzar una independencia absoluta, que pasaba de los límites de lo justo y equitativo para el equilibrio de los poderes, cuando ya perdió toda esperanza de alcanzarla por los medios violentos con que lo intentó, procuró estar bien con España, que por lo general ha sido siempre la nacion más amiga y decidida á favor de la Santa Sede. La Inglaterra, dice un autor, ocupó mucho el ánimo de Paulo IV. Subiendo al trono la reina María, el Papa recibió con benevolencia á sus embajadores; pero les impuso condiciones tan altaneras, que revelaban su adhesion y áun empeño en mantener el sistema de supremacía temporal á que alguno de sus antecesores habia renunciado, bien que solo á la fuerza. No fué tampoco más política la conducta de Paulo IV, prosigue el mismo autor, con respeto á la altanera Isabel, reina de la soberbia Albion; pues que á serlo, tal vez no se hubiera sentado el cisma sobre el trono de Inglaterra. Ciertamente que el Pontífice de Roma, á ejemplo de sus predecesores, no podia ver con igual aprecio á la hija legítima de Catalina de Aragon y á la bastarda adulterina de Ana Bolena; pero la prudencia humana exigia otra conducta que la de este Pontífice para que las decisiones nacionales de un poder que tanto peso hacia en la balanza europea, redundasen en bien suyo y de las costumbres, y sobre todo de la religion. Celoso de sus pretendidos derechos de supremacía temporal ó mal aconsejado, no fué más moderado con Fernando, emperador de Alemania, pues pretendió anular su eleccion porque habia sido hecha en Francfort, sin su consentimiento, lo que fué causa de que desde esta época dejasen los emperadores de Alemania de pedir al Papa que los confirmase en esta dignidad. No queriendo volver á abrir el concilio de Trento, trató de celebrar uno en Roma, parecido al que en 1315 tuvo Inocencio III, y lo hubiera llevado á efecto si los acontecimientos políticos no se lo hubiesen impedido. Los peligros y los males se hacian sentir por todos los estados de la Iglesia, no obstante de haberse logrado la paz con los poderes extranjeros. El desórden llegó ó ser tan grande en Roma por los abusos de los sobrinos del Papa, que se llegó ya á temer un rompimiento, en que el pueblo se hubiese desbordado de una manera terrible; y entónces Paulo IV, que se dedicaba desde la paz á llevar á cabo la reforma de la Iglesia, conforme lo habia anunciado al subir al pontificado, conoció el peligro que se aproximaba por momentos, y trató de conjurar el mal, cortando los abusos de raíz. Sus sobrinos eran los tiranos de Roma por su codicia desmesurada y su despotismo desmedido; y á pesar del cariño que profesó á

su familia, que fué lo que le acarreó una gran parte de los disgustos porque pasó, no tuvo otro recurso que empezar por ellos el remedio de los males del Estado. Firme en su propósito, depuso al cardenal Alfonso de su dignidad y le desterró, quitando el mando militar al duque de Palliano, le encerró en una fortaleza, y quitó en todos los pueblos á los magistrados, jefes y gobernantes que debian sus puestos á sus sobrinos. Convocando en consejo á los cardenales, representó con emocion y energía los crímenes de aquellos á quienes incautamente habia elevado al cardenalato y á los ducados de Montebello y Palliano, acusándolos de ser causa de mucha parte de las desgracias que afligian á la Iglesia y al Estado, pues que habian abusado indignamente del poder que les confiára, de su posicion, de su nombre y parentesco. Dedicándose despues de estos severos castigos á reformar los abusos, expulsó de Roma á los religiosos y eclesiásticos que faltaban al decoro y dignidad de su clase con su criminal conducta; no dió oidos á dispensas de matrimonio, ni á ningun asunto que trajese consigo abusos pecuniarios; restableció el tribunal del Santo Oficio en todo su poder, ampliando su jurisdiccion, y mandó que los que fuesen acusados á la Inquisicion, sufrieran el tormento hasta que declarasen los nombres de sus cómplices. Prohibió las mancebías ó casas de prostitucion; hizo castigar severamente á los blasfemos; obligó á los obispos á que residiesen en sus diócesis, y erigió obispados en las Indias y en los Países-Bajos. Tranquilo Paulo IV despues de todo esto, se asegura que decia á todos que su pontificado no debia empezarse á contar sino desde el dia en que habia quitado la administracion del Estado á sus sobrinos. No falta autor que consigne al hablar de este Pontífice que fué el creador de la Congregacion de Indias, que verdaderamente es una rama de la Inquisicion muy útil para mantener la ortodoxia cerca de la silla principal de la fe. La severidad con que pretendió Paulo IV cortar los abusos en los últimos dias de su vida, fué causa de que la buena medida de castigar el nepotismo no le proporcionase todas las satisfacciones que esto debió causarle, y por el contrario, sufrió muchos disgustos y no pudo llegar á conquistar el afecto de su pueblo, que le miraba con desconfianza y sin amor. Aun cuando este Papa no permitió jamás que le recetase ni pulsase un médico, pues que se propuso serlo él solo de su persona, tuvo tal aficion á la medicina, que llegó á formar la biblioteca más escogida y copiosa de los libros de esta facultad publicados hasta sus dias; y segun Caraccioli, de quien son estas noticias, dadas en su *Historia de Paulo III*, tuvo tal amor á los médicos que le hacian la tertulia, siendo un grande honor para los que se dedicaban á la ciencia de curar el ser nombrados *Archiater* ó primer médico del Pontífice, y llegaron á ser tantos, que despues de su muerte fué preciso por economía reducirlos á siete. A pesar de sus muchos años, estu-

vo exento de enfermedades y de los achaques inherentes á la edad ; y así fué que pasó la vejez con el mayor vigor y sin que se le viese desfallecer nunca; pero Dios, que tenia ya contados sus dias, permitió que le acometiese una apoplejía fulminante, y murió de ella el 18 de Agosto del año 1559, á los cuatro años, dos meses y veintiseis dias de pontificado, y á los ochenta y cuatro años de edad. Tan luego como el pueblo supo la muerte de Paulo IV, sin tener en cuenta las virtudes personales que se ostentaron en él últimamente, y el severo castigo que habia dado á los gobernantes que le habian tiranizado, no habiendo comprendido sus buenas reformas últimas, se dejó seducir por los enemigos del Pontífice, y ciego como siempre que se le conduce al mal por los malévolos que quieren hacer el daño poniéndole por pantalla que los oculte para lograr sus designios sin peligro suyo, se amotinó blasfemando de su nombre, sin tener en cuenta que al injuriar al soberano de Roma, ofendian á Jesucristo en la santidad de su vicario en la tierra. Dirigiéndose el populacho al Vaticano en confuso tropel apénas habia espirado su pastor y rey, maldijo su memoria, y á no ser por acudir fuerzas respetables del ejército, hubiera ultrajado su cadáver y presenciado Roma un desacato horrible que hubiera escandalizado al mundo y cubierto de luto al orbe cristiano. Logrando las tropas alejar del palacio á la desenfrenada turba, ésta, deseosa de venganza y dando una muestra de lo que hubiera hecho del cuerpo del Pontífice si no se lo hubieran impedido, se dirigió contra las estatuas que le representaban; y derribándolas, las hizo pedazos con el mayor furor y las arrojó al Tíber, y lo propio hizo con la mayor parte de los monumentos levantados de su órden durante su pontificado. Dirigiéndose á la Inquisicion dando voces desesperadas, derribaron sus puertas; y dando libertad á los presos pusieron fuego al edificio, y lo propio trataron y empezaron á hacer con el convento de Dominicos, cuyos padres estaban encargados de los oficios de la Inquisicion. Y hubieran llevado aún más léjos su furor los amotinados, si no acudiesen tropas á reprimirlos y á restablecer el órden, segun se expresa Andrés Vitorell en el libro V de su obra *sobre los Pontífices*. A fin de evitar que se renovase el desórden, apénas contenido por la fuerza, el cadáver de este Pontífice fué sepultado en el Vaticano sin ninguna pompa fúnebre y casi de oculto por temor del pueblo; de suerte que el soberano de Roma, que con tanta suntuosidad habia subido al trono, descendió de él al sepulcro como si fuera un pobre miserable, sin consideracion alguna, y aún mejor como un criminal entre las maldiciones de su pueblo. Leccion grande, en la que deben aprender los reyes y los pueblos á la vez, pues que para ambos se desprende sólida enseñanza; y los que dirigen las creencias para inculcar en el pueblo las buenas y santas máximas de la caridad, que por nada ni por nadie deben abandonarse en el corazon de los fie-

les adoradores de Jesucristo, haciéndoles comprender al propio tiempo la diferencia que existe en los consagrados por la Iglesia entre su mísera humanidad, sujeta á las debilidades que son inherentes al hombre, y la santidad que les asiste como ministros de un Dios de paz, que por más delincuentes que puedan ser, se digna bajar á sus manos en el sacrosanto sacrificio.— B. S. C.

PAULO V (Camilo Borglièsse con el nombre de), papa, sucedió á Leon XI en el pontificado de la Iglesia católica. Natural de Siena, fué hijo de Marco Antonio Borglièsse, patricio y abogado consistorial de esta ciudad, y de Flaminia Astali, ambos de buena familia, de la misma poblacion, que habiendo logrado la proteccion del rey de España se habian avecindado en Roma. Dedicado el jóven Camilo á las letras, ingresó en la universidad de Perusa, en la que estudió derecho civil y canónico, de cuyas facultades se graduó en la misma universidad. Abrazando la carrera de la Iglesia, en la que se distinguió desde luego por su profunda erudicion y seductora elocuencia, fué nombrado cura de almas de la parroquia de Santa María la Mayor, y despues refrendario de la Santa Sede. Aun cuando, segun se dice por sus historiadores, tenia el carácter un poco duro y porfiado cuando defendia su opinion, su talento, su esmerada instruccion y las finas maneras que habia heredado de su familia, unido á su penetrante sagacidad para conocer los negocios, no tardaron en darle á conocer como un hombre digno de la mayor consideracion y capaz de dar solucion por sí propio y con acierto á los asuntos más árduos que pudieran encomendársele. Desplegó Camilo estas dotes con tal brio en sus destinos de refrendario y de abreviador eclesiástico, que llamando la atencion del cardenal de Montalto, le nombró su vicelegado en Bolonia, destino que desempeñó á satisfaccion de aquel, y que le granjeó el de auditor de la Cámara Apostólica para el que le eligió el pontífice Clemente VIII. Conocedor éste del relevante mérito de su auditor y de lo bien que podria defender los derechos de la Santa Sede en las cortes extranjeras, le nombró su nuncio apostólico en España, en cuya nacion supo granjearse muchas simpatías y ser muy apreciado de sus Reyes y de la corte. Nombrado cardenal presbítero en premio de sus servicios, tomó el capelo del título de S. Crisógono, y ya príncipe de la Iglesia, se le encomendó el gobierno de la ciudad de Roma. Muerto el papa Leon XI, se reunió el cónclave, despues de verificados los funerales de aquel para nombrar el sucesor. Algunos autores dicen que los cardenales Aldrobandini y Montalto influyeron en este cónclave á favor de los deseos manifestados por la Francia, y que al fin decidieron la votacion á su favor, pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que verificándose ésta con la mayor tranquilidad el dia 16 de Mayo del año 1605, resultó electo por una

gran mayoría el cardenal Crisógono, el que coronándose con la triple corona algunos dias despues, fué saludado por el pueblo romano y por los representantes de la cristiandad allí reunidos con el nombre de Paulo V que él mismo eligió. Agitábanse los teólogos debatiendo con exagerados escritos, y disputando personalmente de un modo poco decoroso entre ministros de un Dios de paz y de humildad, la cuestion del *Molinismo*, cuestion que habia incomodado muchas veces al pontífice anterior, y áun al mismo nuevo papa, y deseoso de terminarla y de poner fin á esta sentina de disgustos, que tanto daño hacia á la religion, á la que amigos y enemigos pretendian defender, reunió en congregacion á los cardenales por diez y seis veces ante su presencia, y como no pudiese avenirlos porque los ánimos se habian acalorado demasiado, disolvió esta canónica asamblea, manifestándola ántes que luego que lo creyese oportuno publicaria su decision sobre este particular, prohibiéndoles tratar ni de palabra ni por escrito de esta cuestion, hasta que él les levantase el entredicho. Habia el Senado de la república de Venecia publicado dos decretos, por los cuales prohibia en el uno la creacion de nuevos monasterios en su territorio sin permiso suyo más que obtuviesen el de la Santa Sede, y en el otro que pudiesen hacerse donaciones de inmuebles á los eclesiásticos sin su consentimiento. Como á estos se uniese el haber sujetado á los tribunales comunes á los sacerdotes, en todo lo cual se atacaba la inmunidad y privilegios de la Iglesia, Paulo V, celoso de su autoridad como vicario de Jesucristo, se opuso á estas leyes que juzgó arbitrarias, y mandó al Nuncio que pidiese explicaciones y defendiese su autoridad cerca de aquel gobierno. Al propio tiempo que se debatia esta cuestion, fué preso en Venecia Escipion Sanaciu, canónigo de Vicencia, y el abad de Neveza el conde Brandolin Valde-Marino, por haber contravenido á las leyes del país, en lo que creyó ver tambien el Pontífice un ataque á su autoridad; y á fin de contener á los venecianos, expidió dos breves exigiéndoles que revocando sus decretos pusiesen á los dos presos á disposicion de su Nuncio para que fuesen juzgados por la autoridad eclesiástica, conforme lo habia hecho Génova en una ocasion muy parecida. Resistiéndose Venecia á los breves, manifestó al Papa que las leyes de la república, siempre respetadas áun por Roma, no permitian la creacion de nuevas comunidades en sus estados, y prohibian la cesion de los bienes de los seglares á los eclesiásticos; y que en cuanto á los eclesiásticos presos, acusados, como lo estaban, de delitos comunes, no debian sustraerse de modo alguno á sus jueces naturales. Sumamente irritado Paulo V con esta respuesta, amenazó á la república de lanzar sobre ella una excomunion absoluta, si no daba cumplimiento á sus breves en el término de veinticuatro dias; y como pasasen estos sin que hiciese caso de la amenaza, expidió en 1606 una bula monitorial

contra Venecia, poniendo en entredicho todos sus estados. Léjos de intimidarse el Senado con el anatema, prohibió rigorosamente la publicacion de los breves; y declarando injusta la excomunion, obligó al clero á seguir celebrando el culto divino. Los Jesuitas, los Capuchinos y los Teatinos fueron las primeras órdenes que siguieron la voluntad del Papa, negándose á seguir en un país sobre el que pesaba el anatema, siguiéndolos una gran parte del clero regular, que fueron dóciles como humildes ovejas de Jesucristo á la voz del pastor á quien su dueño las tenía encomendadas. La desobediencia de los que se opusieron á las órdenes del Senado trajo tras de sí el destierro. Así las cosas, por todas partes los enemigos de la religion católica, aprovechándose de esta disidencia, empezaron á arrojar teas incendiarias por medio de impíos escritos entre los contendientes, animándolos á luchar sin tregua, porque de su destruccion podria sacar mucha ganancia el protestantismo, que asomó su negra cabeza por cima de la basílica de S. Marcos, como gozándose en una lucha que muy bien podria acabar en beneficio suyo. Esto temió el Pontífice, amaestrado ya por la experiencia de lo sucedido en otros estados por menores causas, y esto temian los fieles que, lamentándose de que la tirantez de ambos poderes hubiese llevado las cosas á tal extremo, veian los manejos é intrigas con que el protestantismo encendia la llama de la discordia y se gozaba en su obra. Cundió la alarma por todos los países católicos, en los que se hallaban divididas las opiniones sostenidas por hábiles escritores, y el rompimiento iba á ser indispensable entre los poderes, en cuyo caso era muy temible el cisma que podria producir, si en el centro de Italia y tan cerca de la silla de S. Pedro se entronizaba el protestantismo, que no dejaba de tener poderosos defensores en Venecia. Al ver que se preparaban las armas para acudir á la última razon de los estados, España que se hallaba muy afecta al Pontífice, cuyo poder deseaba afirmar en Italia, se dispuso á declarar la guerra á los venecianos. Consultado el famoso jurisconsulto Leschassier, se declaró en favor de Venecia, apoyándose en los antiguos cánones; y visto esto por Paulo V, se dirigió á Mr. d'Alincourt, embajador de Francia en Roma, y mediando este con su rey que desde la paz de Vervins puede decirse era árbitro de Europa, logró que Enrique IV mediase con éxito en esta perjudicial contienda, ofreciendo al Pontífice su proteccion, que admitió éste para evitar mayores desgracias á la religion y á los estados. Mediando Enrique IV entre el Papa y Venecia, se tranquilizó España y detuvo sus aprestos de guerra; y Venecia admitiendo la mediacion cedió algun tanto de sus exigencias como Roma lo hizo de las suyas, acordando ambos poderes echar un velo sobre lo pasado. Convenidos el Senado y el Papa, el cardenal Joyeuse fué encargado de dar la última mano al tratado por el que Venecia anuló las leyes contra que se habia pronunciado Pau-

lo V, entregó á su Nuncio los eclesiásticos presos, y permitió volver á los regulares que se habian extrañado, á excepcion de los Jesuitas; y el Pontífice levantó el anatema recogiendo su monitorio, y mandó suspender todas las causas á que dió lugar el entredicho, lo que declaró en pleno Senado el cardenal Joyeuse. El envio á Roma de un embajador de la República y á esta el del Papa puso el sello á la paz, y terminó un asunto que tantas aflicciones pudo causar á la Iglesia católica si no se hubiera cortado á tiempo. No porque se acabase esta contienda disfrutó mucho tiempo Paulo V de tranquilidad en su pontificado; se habia formado tales ideas sobre la extension de su autoridad, que no tardó mucho tiempo en hallarse en nuevos conflictos. Habiendo acabado bajo su pontificado las congregaciones *de auxiliis* que tanto dieron que hacer en tiempo del papa Clemente VIII, como Paulo V no publicó su decision, cada uno de los partidos se atribuyó la victoria; pero gracias á la sabiduría de la corte romana sobre este particular, que segun la expresion del célebre Turgot tuvo el talento de no decir nada sobre una materia que el mismo Bossuet dejó en la oscuridad; estas perjudiciales disputas han quedado afortunadamente olvidadas. Brillaba como el teólogo más profundo y célebre de estos tiempos el jesuita español P. Suarez, hombre de gran talento, de inmensa penetracion y de una admirable fecundidad de ingenio. Deseoso este sabio jesuita de acreditar su opinion de buen católico y de atacar por su base al protestantismo, escribió contra éste y publicó un libro titulado: *Defensa de la fe católica y apostólica contra los errores de los protestantes de Inglaterra;* y áun cuando su título solo indicaba cosas relativas á los dogmas y liturgia anglicana, tocó en esta obra cuestiones tan avanzadas y máximas tan atrevidas, que los soberanos de Francia y otros se alarmaron, y fué una perturbacion que tuvo en guardia por algun tiempo á algunos monarcas que interrumpieron sus buenas relaciones con la corte de Roma. Causó tal alarma en Francia el libro del jesuita español, que creyendo el parlamento descubrir en él máximas atentatorias á la autoridad y áun á la seguridad de los reyes, dió un decreto condenando su lectura y prohibiendo su traduccion; y como si esto fuera poco, le hizo quemar en la plaza pública por manos del verdugo como un libro sedicioso y perjudicial al Estado. No es de extrañar esta saña contra los escritos del jesuita, si se atiende á las turbulencias que hacia poco habian agitado á la Francia. El rey Enrique IV, despues de muchos debates que causaron el derramamiento de sangre más espantoso, acabó por abjurar el calvinismo reconciliándose con la Iglesia católica, lo que le valió el pláceme de los soberanos católicos, y el que volviesen á prestarle homenaje muchas ciudades que se le mantenian hostiles. No pudiendo apaciguar á los calvinistas, que perturbaban el órden y levantaban los pueblos con sus predicaciones y con las obras, se vió obligado á

hacerles algunas concesiones, las cuales le arrebataron la corona con la vida, de que le privó un fanático en una calle de París, dentro de su propio coche. Llorábase todavía en Francia la muerte de este soberano cuando apareció el libro del P. Suarez, y por lo tanto parecerá ménos extraño el decreto del Parlamento que queria evitar motivos de que podrian valerse algunos enemigos de la religion y de los reyes para renovar las sangrientas escenas que acababan de pasar. Paulo V no habia tenido parte alguna, ni áun indirectamente, en los escritos del jesuita; pero celoso de su autoridad que creyó atacada, así como las inmunidades de la Iglesia y la libertad de los escritores católicos para combatir las máximas de sus enemigos, acudió en queja del atentado á María de Médicis, reina gobernadora de Francia, exigiendo de su poder se revocase el citado decreto y se le diesen satisfacciones. Católica y sumamente piadosa la reina gobernadora, si se hubiese dejado llevar de los impulsos de su religioso corazon y hubiera tenido suficiente fuerza moral con su pueblo, ó la material para contenerle, no hubiera vacilado en complacer al pontífice; pero como esto no solo podia oscurecer la gloria de sus hechos anteriores, sino tambien levantar sus pueblos contra ella, ante estas poderosas razones de conveniencia pública depuso las afecciones de su corazon afligido en sumo grado por estas diferencias, y nada pudo conceder á la Santa Sede sobre este particular. Debatido durante mucho tiempo este asunto, no terminó hasta la mayoría de Luis XIII, cuyo soberano declaró que el decreto en cuestion no impedia de modo alguno las amistosas y buenas relaciones que deseaba mantener con el soberano Pontífice; pero no conformándose éste con esta modificacion, se convino por último que se suspendiese el decreto, lo que por el momento paralizó disensiones que hubieran podido llegar á ser muy funestas. Dice un autor francés que Paulo V quiso aprovecharse de la reunion de los Estados generales en 1614, para que se recibiese en Francia el concilio de Trento; pero que no pudo conseguirlo. Mr. Richer, célebre doctor de la Sorbona, publicó un libro en el que escribió con mucha libertad sobre los respectivos derechos de los dos poderes y acerca de los límites tan difíciles de fijar entre el sacerdocio y el imperio, extendiéndose sobre las libertades galicanas, de un modo que alarmó á la Santa Sede. Este asunto hubiera podido alterar algun tanto las buenas relaciones entre Roma y Francia, pues que Paulo V se dispuso á hacer reclamaciones; pero no sucedió así afortunadamente, porque la obra expresada fué censurada en Francia cual convenia á los intereses de la Iglesia, y se destituyó á su autor del sindicato que servia. Entregado Paulo V ya con más sosiego á las funciones de su santo ministerio, dictó muchas loables disposiciones para el buen gobierno de los fieles, y procuró que los prelados las hiciesen observar y que ellos mismos las practicasen para que

se animasen las ovejas con el buen ejemplo de sus pastores. El año 1617 tuvo este Pontífice la grata satisfaccion de ver llegar á sus pies á un legado del patriarca de los nestorianos caldeos de Persia, el obispo de Babilonia, que venia á autorizar con su presencia y firma una profesion de fe propuesta por él al obispo católico y á todos los de su comunion, cuya profesion de fe examinada detenidamente por los obispos de Persia, habia hecho abjurando de sus errores y sometiéndose en todo á la Iglesia católica, y de consiguiente á la autoridad del Papa. Varios soberanos del Japon abrazaron el cristianismo convencidos por los misioneros católicos; y como prueba de su amor á la fe de Jesucristo, desearon prestar respetuoso homenaje á su vicario en la tierra, á cuyo fin mandaron á Roma embajadores acompañados de santos misioneros, que pudiesen atestiguar de lo sólido de su creencia y del respeto con que consideraban á la cabeza visible de la Iglesia. Lleno de gozo Paulo V al ver extenderse los dominios de la Iglesia y aumentarse el rebaño del Señor, recibió á los delegados japoneses con el mayor cariño, y se esmeró en dar á su visita toda la ostentacion posible para que concibiesen el gran poder espiritual de la Iglesia, y la magnificencia con que los cristianos trataban á su jefe soberano. A peticion de los embajadores, que manifestaron al Santo Padre lo mucho que progresaba la religion católica en aquellos paises, en los que el rey del Congo, convertido á la fe de Jesucristo por los sacerdotes portugueses, habia inaugurado la era de salvacion á sus naturales; nombró sacerdotes piadosos que los acompañasen á su regreso, para que ayudasen á los que ya evangelizaban aquellas tierras, á propagar en ellas la ley santa del Señor, y ganar almas para el cielo arrancándolas de entre las garras del infernal enemigo que las esclavizaba. Para proporcionar más fácilmente la conversion de los judíos, de los musulmanes y de los demás infieles, recomendó eficazmente á todos los institutos religiosos el estudio de las lenguas orientales y el sostenimiento de la doctrina de Sto. Tomás de Aquino, á cuyo Santo consideraba mucho en todos sentidos. Muy celoso de la gloria del Señor, y sumamente devoto del Santísimo Sacramento del altar, favoreció con mucho empeño la piadosa práctica de las Cuarenta Horas, que se renovaba en su tiempo, en las iglesias de Roma, todos los meses. Penetrado de que en la necesidad que habia de reformar las costumbres entre los católicos, debia empezarse por los ministros del santuario, de los que habia de tomar ejemplo el pueblo, fué su favorita ocupacion en los últimos años de su pontificado, hacer observar las respectivas reglas, leyes y disciplina en los institutos monásticos de ambos sexos, y conservar al clero el órden, dignidad y compostura que debe siempre distinguir entre los fieles al ministro de todo un Dios. Con el mismo espíritu y deseo religioso, confirmó muchas Congregaciones y órdenes religiosas, tales como los Carmelitas cal-

zados y descalzos, los Agustinos descalzos, los Mínimos, los Padres de la Doctrina cristiana, los Hermanos de la Caridad, los Padres del Oratorio en Francia, los Ursulinos y otros; y en fin, reformó los tribunales en Roma y procuró hacer cuanto pudiese asegurar la tranquilidad pública. Por tantas cosas loables y útiles, dice un autor francés cuyo aserto no confirmamos, como hizo Paulo V, puede perdonársele el engrandecimiento de su familia y la magnificencia de los palacios que hizo construir en Roma y en Frascati, en los que por complacerle y corresponder á sus liberalidades echaron el resto las bellas artes, pues que se esmeraron los artistas en aglomerar con gusto riquezas de escultura y de pintura en aquellos suntuosos museos, en que llegaron á reunirse los más bellos monumentos de la antigüedad. Quien tan elevadas ideas tuvo sobre las cosas que podian engrandecer á la religion católica, no podia dejar de tener grandes pensamientos y concepciones felices con respecto á las bellas artes, inspiradas al hombre por Dios para que éste pudiese obsequiarle dignamente, levantándole magníficos templos en que pudiesen reunirse los fieles en gran número, y reproducir las imágenes sagradas para mantener la piedad de los fieles á la vista de simulacros que avivasen su fe y creencia, recordando la majestad divina y el omnímodo poder con que todo lo abarca, observa, defiende y castiga, segun cumple á sus divinales designios y á su soberana y absoluta voluntad. En efecto, magnífico declaran aún en Roma preciosos monumentos á Paulo V, que no obstante las complicaciones de que hemos dado razon, y los delicados y graves asuntos que incesantemente le ocuparon, como siempre ocupan al santo piloto, que como jefe de la Iglesia, dirige la nave del pescador Pedro, no olvidaba los deberes que le imponia su cualidad de soberano de Roma, ni los que como monarca se debia á sí mismo y á sus súbditos. El nombre de este magnífico Pontífice se recuerda á cada paso en las plazas, en las calles y áun en los caminos de Roma y de los demás pueblos de los estados de la Iglesia; pues complaciéndose en embellecerlo todo, por do quier se levantaron en su pontificado magníficos edificios, monumentos duraderos de su buen gusto y de su grandeza. Con una constancia á toda prueba para dar fin á las cosas que se proponia, acordó la conclusion del frontispicio de la suntuosísima iglesia de S. Pedro, y la llevó á cabo sobre un plan diverso del trazado por el célebre Miguel Angel Buonarnota. Poniendo igual empeño en que se concluyese de construir en su tiempo el magnífico palacio del Quirinal, establecido sobre la colina denominada Monte-Caballo, le aumentó con bellos edificios agregados, y le hermoseó con tan buen gusto de ornamentacion que le hizo aún más digno que el Vaticano de ser la habitacion del Pontífice de la Iglesia católica. Como cuando las bellas artes encuentran un magnífico Mecenas, se apresuran á engalanarle con sus más ricas preseas para manifestarle su

gratitud, inspiran á los maestros que las dirigen la magnificencia, la gracia y el gusto que en sí tienen para que enriquezcan y rindan respetuoso homenaje á quien tan perfectamente las considera; y por eso Paulo V aparece en la *Historia de las bellas artes* como un padre cariñoso que les prodigó su paternal cuidado, haciéndoles beneficios de mucha monta, y como un esforzado héroe, que venciendo la apatía y la indiferencia que las suele poner á cada paso á las puertas del abismo del olvido, las defendió con su soberano poder, dándoles, durante su pontificado, un trono en que imperar y acreditar una vez más, que solo el halago, la paz y la magnificencia pueden hacerlas brillar y embellecerse para entusiasmar á la humanidad y consolarla en cierto modo en sus miserias. Los artistas corrian de todas partes á poner sus inspiradas obras á los pies de Mecenas tan magnífico, porque solo él, que conocia su verdadero mérito, sabia lo que valian, y tenia el alma grande para recompensarlas dignamente; y hé aquí porqué nos han quedado tantas obras maestras del arte, hechas bajo los auspicios ó en el pontificado de tan ilustrado Papa, que causan todavía la admiracion de los que visitan la ciudad eterna. Entre las bellezas con que enriqueció á Roma, no debemos olvidar que mandó construir muchas elegantes fuentes, á fin de que correspondiesen por su número á las necesidades y comodidad de sus habitantes, siendo la que merece mayor atencion la que lleva su nombre, *Aqua Paola*, en la que se le recuerda con gloria por el cuidado que tuvo por que no faltase nada á su pueblo.—Hemos llegado al fin de nuestro empeño; pues aunque pudiéramos añadir otras muchas noticias, el estrecho espacio á que nos reduce el carácter de esta obra, no nos permite entrar en detalles que, si bien interesantes para alguno que necesitase enterarse de ellos, no lo son tanto para la generalidad; así, pues, terminaremos este artículo con la sucinta razon de la muerte de nuestro Pontífice, sin más comentario. Hallábase Paulo V muy gozoso por las obras con que habia enriquecido á Roma, y contento de verse respetado y áun querido de los soberanos católicos, cuando el dia 28 de Enero de 1621 de nuestra era le acometió repentinamente un accidente apoplético, del que murió el mismo dia, á los quince años, ocho meses y dias de su pontificado, habiendo sido llorado de los romanos, admiradores de su mérito y de sus virtudes, y dejando un ilustre nombre más que añadir al ya numeroso catálogo de los buenos pontífices. Se dió sepultura á su cadáver en la iglesia de Sta. María la Mayor, de la que fué cura de almas al empezar la carrera eclesiástica, como dijimos al principio; y por muchos años se le consideraba como presente cuando se emprendia una obra notable para alentarse entre sí los artistas. Sucedió á Paulo V, á los once dias de su muerte, es decir, tan luego como se le hicieron los funerales, el cardenal Alejandro Ludovisio, que habia sido elevado por

él á la dignidad cardenalicia y representádole como nuncio en España.—B. S. C.

PAULO (B.). En el Monte Casino brilló este monje en aquel sagrado monasterio. Fué varon de santísimas costumbres, y del cual dice en sus *Vidas de los santos* el P. Heredia, que le incluye en el dia 22 de Setiembre, fué visiblemente protegido por el Señor hasta en el momento de su muerte, acaecida el año de 1240.—O. y O.

PAULO (B.), confesor. Religioso lego de la órden de S. Francisco, sencillo, devoto, celosísimo de su estado y varon de grande piedad, al que Dios se dignó revelar la hora de su muerte. Sucedió que hallándose enfermo en el lecho y estando ausente el que le asistia, suplicó á sus compañeros que le buscasen, y habiendo acudido éste, que se llamaba Fr. Maseo, rogó que le acompañase, pues iba á salir pronto de esta vida, á lo que accediendo aquel, comenzó á recomendarle el alma que entregó á poco á su Criador. La religion Franciscana celebra su memoria en 7 de Setiembre.—S. B.

PAULO (B.), mártir. Se llamaba Pablo de Acebedo, y era natural de Oporto en Portugal. Tomó el hábito de la religion de S. Francisco en la isla de Sta. Cruz, y fué enviado por sus superiores con tres compañeros á convertir á los indios del Nuevo Mundo. Se halló con Francisco Pizarro en el Perú, donde trabajó mucho en la propagacion de la fe; pero habiéndose hecho odioso á los indios, que interpretaban de una manera errada sus doctrinas, le mataron á saetazos, hallándole separado del ejército. Su cuerpo permaneció abandonado por mucho tiempo, hasta que habiendo pasado algunos españoles por aquellos lugares, le encontraron incorrupto, y le dieron honorífica sepultura en una de las iglesias de aquella provincia. Verificóse este suceso hácia 1585, desde cuya época celebra la Orden su memoria en 29 de Diciembre.—S. B.

PAULO II, patriarca de Oriente, era sacerdote de la iglesia de Constantinopla, cuando fué elegido en Mayo de 519 para ocupar la silla de Antioquía. Apénas fué consagrado, restableció el concilio de Calcedonia, lo que le indispuso con los herejes, no ganando mayores simpatías con los ortodoxos, que miraban con disgusto su mala conducta. Comprendiendo la odiosidad con que le miraba su pueblo, no vaciló en abdicar en Abril de 521, muriendo tres años despues.—S. B.

PAULO, sacerdote, que escribió dos libros perdidos hoy dia, uno de los cuales se titulaba: *De la conservacion de la virginidad y del desprecio del mundo*, y el otro la *Institucion de la vida cristiana, ó de la correccion de las costumbres*. Hallábanse dirigidos á una doncella de calidad llamada Constancia. Gennadio deduce del estilo de esta obra que su autor era natural de Pa-

nonia. Su modo de escribir no tenia nada de elevado; pero razonaba su discurso con una gracia verdaderamente divina. Hacia mencion en su obra del hereje Joviniano, tan enemigo de la continencia y de la temperancia, tan amante de los placeres y de las voluptuosidades, que murió por entregarse á ellas á rienda suelta.—S. B.

PAULO (Fr.), monje ermitaño agustino, del convento servitano. Fué obispo de Gerona en Cataluña por los años de 689, segun afirman Leal y el P. Bellu.—O. y O.

PAULO EL ARMENIO. Escribió en idioma armenio la obra titulada: *Doctrina cristiana*, impresa en 1554, en 4.°—O. y O.

PAULO DE ASÍS (B.), confesor. Era maestro de teología en la órden de S. Francisco, cuando pasó de los PP. Conventuales á los Observantes para servir á Dios con más perfeccion. Tomó por modelo á S. Bernardino de Sena, á quien imitaba tanto en las virtudes como en los discursos y oraciones, llegando á ser compañero y socio de este Santo. Predicó por toda Italia con notable fruto y provecho de las almas, siendo grandes sus méritos, doctrina y santidad; hacia lo que decia y escribia, mereciendo por sus piadosas acciones especial conmemoracion de la Orden Seráfica en 18 de Noviembre.—S. B.

PAULO DE BIGULIA (B.), confesor. Religioso franciscano, natural de Córcega, donde se distinguió por sus predicaciones, habiendo obrado diferentes milagros. Su sepulcro es tenido en grande veneracion en aquel país. El 27 de Setiembre celebra su memoria la Orden Seráfica.—S. B.

PAULO CARVALLO (P. Dr.), jesuita. Nació en la ciudad de Evora; llamáronse sus padres Antonio Carvallo y María de Moraya; entró en la Compañía en el noviciado de Evora á 7 de Mayo de 1591, teniendo la edad de quince años. Fué hombre de grande ingenio y de no menor virtud, y aunque su falta de salud hacia rezelar que no serviria para la carrera de la enseñanza, no tardó en manifestar la experiencia lo acertada que fué la eleccion que en él se hizo, cuando fué nombrado catedrático de teología en la universidad de Evora, por la que era doctor, en 11 de Enero de 1615, en cuyo cargo continuó con general aplauso de los oyentes de la casa y de los de fuera, hasta que Dios le dió una ocasion de humillarse y conocer de cuán poco valor son las cosas de esta vida. Habiendo sostenido una opinion que desagradó á los superiores, le mandaron que la retirase, y no tuvo más que obedecer, por lo que mandó á sus oyentes que llevasen sus cuadernos, y les hizo romper las páginas que trataban de aquella materia, diciendo que no era voluntad de sus superiores que siguiese en sus escuelas. Hecha esta diligencia salió de la cátedra, á la que no volvió más; y para entregarse por completo á Dios y á la salvacion de las almas, que es el instituto de la Compañía, pi-

dió pasar á las misiones del Brasil, y lo consiguió en el año de 1619. Duró su viaje cincuenta y dos dias, y dice en una carta al P. Gaspar de Miranda que de setenta y cuatro, entre marineros y pasajeros, casi todos tuvieron indisposiciones y otras molestias, y que él, siendo de tan débil salud y fuerzas, no experimentó padecimiento alguno. Notaron los PP. del Brasil que siendo tan sabio, desde que se halló entre ellos no se le oyó palabra relativa á las letras, sino solo á la lengua brasileña y á cuanto á ella se referia. En cuanto llegó al Brasil, se vió el grande deseo que tenia de la salvacion de los indios. No obstante sus indisposiciones, consiguió le enviasen á una aldea en que pudiese trabajar, y le tocó una en que habia mucho que hacer, por tener enfrente otra donde tenia que ir á decir misa todos los domingos, atravesando unos sitios muy malos. Viendo cuán necesario le era para ayudar á los que trabajaban allí en la salvacion de las almas aprender la lengua del país, se dedicó á su estudio con grande aplicacion y ardor, de manera que dos dias ántes de morir, estando ya con la uncion y seguro de que moria, mandó llamar al P. maestro de la lengua, y empleó con él un largo espacio, manifestándole las dudas que le ocurrian. Hizo tales progresos en ménos de un año, que se creyó provenian más bien de favor del cielo que de su capacidad, pues confesó que nunca habia estudiado filosofía y teología con tanto gusto y deseo de saber, como el con que se daba á la lengua brasileña. No es explicable el gusto cuando yendo á su aldea se halló en una cabaña pobre y desabrigada, cubierta de paja, creyéndose muy feliz en este estado. Muchas veces le hallaban delante de un crucifijo con el rostro lleno de lágrimas, pidiéndole le cumpliese sus deseos de entrar por el desierto en busca de almas, y morir por la obediencia al pie de un árbol. Fué de grande edificacion ver á un hombre de tan pocas fuerzas y de tantos achaques ofrecerse siempre para los trabajos más dificultosos. Estando avisado por órden de obediencia para ir á decir misa á otra aldea, se cubrió el cielo con nubes, de manera que amenazaba una cruel tormenta. Viendo esto el superior, le mandó un aviso en contrario; mas como pasado algun tiempo fuese serenando el cielo, tornó á ser mandado, y luego se puso en camino. A poco de partir comenzó á llover de tal manera, que el superior empezó á condolerse, creyendo para sí que si volvia el Padre seria muy enfermo. Pero habiendo regresado en tan buen estado como habia salido, se admiró el superior; y hablando de la tempestad é inmensa lluvia, le preguntó cómo habia escapado de ella. A lo que le contestó el P. Paulo: «Ni á mí ni á mi compañero tocó esa tempestad, porque Dios no acostumbra cargarme de trabajos.» Dos meses ántes de morir, hablando con un religioso, le dijo que tenia cierta tentacion, y preguntándole en qué materia, le contestó sonriendo que deseaba predicar para reprender vicios y pecados. Viendo los superiores que le consumia la calen-

tura, ordenaron para socorrerle con la caridad propia de la Compañía, que dejada la aldea, se fuese al colegio; y así tuvo que recogerse y sujetarse á las medicinas, las cuales todas tomaba sin apartarse un átomo de la voluntad de los que se las aplicaban. Persuadido de que era llegada su última hora, aunque toda su vida estuvo disponiéndose para ella, hizo entónces ejercicios especiales, dando gracias á Dios por ver la alegría en que estaba, que no parecia de quien se hallaba próximo á morir, sino de quien pasaba á tomar posesion de una gran felicidad. Empleaba el tiempo en coloquios, ofreciendo á Dios la voluntad que tenia de salvar almas, no acabando de darle gracias por morir en la Compañía, y tambien en la provincia del Brasil; y lo decia todo con tales afectos y palabras, que los que le escuchaban no podian contener sus lágrimas. Acercándosele más la muerte, pidió la extremauncion, y la recibió en su completo juicio, porque siempre le conservó; contestó á todo, teniendo las manos levantadas al cielo y puestos los ojos en un crucifijo, que habia sido del P. Mtro. Simon Rodriguez, al cual tendió las manos miéntras le duró la vida. Despues de recibir la extremauncion con los ojos llenos de lágrimas y puestos en el crucifijo, hizo un breve coloquio, en que delante de la comunidad que le asistia pidió tres cosas. Primera: perdon á todos de las faltas y mal ejemplo que les habia dado; segunda: que en cuanto Dios fuese servido de sacarle de aquella cama, pedia encarecidamente á todos que le ayudasen con sus oraciones delante de Dios. Tercera: que tambien le ayudasen á dar gracias á Dios por la gran merced que le hacia de llevarle para sí en su santa Compañía. No pudieron ménos de llorar de devocion y consuelo todos los presentes, hasta que acabó esta vida mortal con una hermosa paz para dar principio á la eterna, á 15 de Mayo de 1621, dos años ménos dos meses y medio despues de llegar al Brasil, teniendo la edad de cuarenta y cinco años y treinta de Compañía, en la que fué profeso de los cuatro votos. Buen testimonio de la virtud de este Padre es la opinion que habia de él en aquella provincia, y se infiere fácilmente de lo que escribe de él el V. P. Juan Cardin en una carta á su hermano el P. Antonio Cardin, que vivia en el colegio de Evora en el estado de recogimiento en tiempo que el P. Paulo Carvallo era prefecto de los hermanos. Dice así: «Mucho me »consolé de tener en ausencia del P. Sebastian Rodriguez al P. Paulo Car»vallo en ese recogimiento, porque deseo mucho que aprenda de sus virtu»des, y además de que nunca hallé otro como él, con todo por lo que de »ellas tengo oido; ama á Cristo con muy ardiente amor, porque los muchos »hermanos que conocí ó traté en el colegio de Coimbra me decian de él, y »todos los que eran confesados suyos, su mucha virtud y ejemplos.» Este testimonio, por ser de hombre tan santo, es de grande abono para el Padre Paulo Carvallo. — S. B.

PAULO CRISTIANI, dominico catalan, no ménos conocido por sus disputas con los rabinos más célebres de su época, que por las cartas que le escribieron con este motivo el papa Clemente IV y el rey Jaime I de Aragon. El estudio particular que hizo este sabio religioso de la lengua hebrea y de los libros sagrados le puso en estado de trabajar con fruto en la conversion de los judíos, y de hacer triunfar á la religion cristiana de la tenacidad judáica. Hacia muchos años que se dedicaba á esta obra de caridad con un celo que nada podia contener; y se habia hecho tan célebre en las iglesias de España como temible en las sinagogas, cuando el rey de Aragon para ser testigo por sí mismo de lo que hacia más honor aún á la religion que á uno de sus súbditos, mandó celebrar una disputa pública el 20 de Julio de 1263. Este monarca habia hecho ir á Barcelona á todos los rabinos de sus estados que obtenian alguna reputacion por su saber, y quiso asistir á la conferencia con todos los príncipes y los señores de su corte. Fueron invitados además muchos prelados, un gran número de teólogos y otros sabios del país. El rabino Moisés de Gerona, elegido por los judíos como el más á propósito para sostener su causa, tuvo entera libertad de sostener ó de hacer valer todo lo que pudiese servir para la defensa de su religion, y el P. Cristiani, de la órden de Sto. Domingo, habló por parte de los fieles. Hallándose en silencio toda la asamblea, convinieron los dos doctores en reducir la disputa á estos cuatro puntos, que debian ser su único objeto: 1.° la venida del Mesías: 2.° la divinidad de Jesucristo, Mesías prometido en la ley y anunciado por los profetas: 3.° los sufrimientos y la muerte del Mesías por la salvacion de los hombres; y 4.° y último la conclusion de las ceremonias legales por el sacrificio de la Nueva Ley que ofreció el Hombre-Dios en el altar de la Cruz. El P. Dominico estableció sólidamente todas estas verdades con los textos mismos de la Biblia hebráica. El rabino Moisés se propuso, por el contrario, combatirlas todas, y se le escuchó con paciencia; pero no venció porque tenia la verdad en contra suya y un adversario que habia estudiado por largo tiempo esta verdad en las fuentes mismas, quiero decir, en los libros canónicos reconocidos como tales en las sinagogas, escritos en su lengua y explicados por sus antiguos doctores en una época en que nada les impedia rendir homenaje á la verdad conocida. La obstinacion judáica no pudo, pues, nada contra la evidencia de los oráculos, que el doctor Cristiani supo poner en toda su claridad. Moisés de Gerona no disfrutó por largo tiempo de la libertad que se le daba de hablar; reducido bien pronto al silencio, salió cubierto de confusion de la disputa y de la asamblea. Mas por haber sido vencido, segun confesion de los de su mismo partido, no fué ni más humilde ni ménos obstinado en sus antiguos errores. Pronto veremos lo que le hicieron comprender un falso celo ó una necia vanidad, para cubrir si

hubiese podido la vergüenza de su derrota. Muchos, sin embargo, de los judíos que se habian hallado presentes á la conferencia, manifestaron más buena fe; aquellos confesando al ménos que no se habia respondido á los argumentos del P. Paulo (lo que atribuian á la incapacidad de su rabino), y éstos abrazando desde entónces la religion cristiana, hácia la que habian manifestado siempre la mayor aversion. No era esta la primer ventaja que obtuvo nuestro doctor sobre la sinagoga; pero fué una de las más notables, ya se quiera atender á sus consecuencias, ó al mérito de la augusta y numerosa asamblea que aplaudió el triunfo de la fe. El rey de Aragon para contribuir en lo que estuviese en su poder á la conversion de un número mayor de judíos, quiso que el P. Cristiani hiciera en todas las provincias de su reino lo que acababa de hacer en Barcelona. He aquí las cartas que dirigió á todos sus súbditos: «Jaime, por la gracia de Dios, rey de Aragon, de »Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel, señor de Montpellier, »á todos nuestros fieles súbditos y á todos los judíos esparcidos en las tierras »de sus dominios, salud y gracia: Os ordenamos y mandamos expresamente »que cuando nuestro querido hermano Cristian Paulo, de la órden de Pre»dicadores, que os enviamos para enseñaros el camino de la salvacion, lle»gue á vuestros barrios, le recibais con honor y en vuestras sinagogas, ya »en vuestras casas, ó en cualquiera otro lugar que le plazca elegir para »anunciar la divina palabra ó para conferenciar familiarmente con vosotros »en particular ó en público, segun tuviese por conveniente. Queremos que »recibais con espíritu de paz sus predicaciones, conferencias ó disputas; que »le escucheis con respeto, y que respondais como sepais, pero siempre con »modestia y sin malicia, á las preguntas que os haga tocante á la fe y al sen»tido de las Sagradas Escrituras. Nuestra voluntad es tambien que le pre»senteis todos los libros que os pida y crea necesarios, para daros á conocer »las verdades de la santa religion. De los que quiera servirse, los hareis tras»ladar de un lugar á otro segun su voluntad; y todos los gastos que hayais »hecho con este motivo, os los admitiremos en la cuenta del tributo que es»tais obligado á pagarnos. Ordenamos tambien á los magistrados, á los »jueces de los lugares y á todos nuestros oficiales llevar á cabo la eje»cucion de la presente ordenanza, y de obligar por medio de nuestra auto»ridad á los judíos que no obedezcan voluntariamente. De esta manera los »que ejercen la justicia en nuestro nombre merecerán nuestros favores y »nuestro afecto. — Dado en Barcelona el 29 de Agosto del año de nuestro »Señor 1263.» Esta carta, lo mismo que las actas de la conferencia del 20 de Julio, se conservan en el archivo de Barcelona, de donde las han tomado nuestros historiadores y copiado Brovius para insertarlas en sus *Anales Eclesiásticos*. El ardor del celo de este dominico correspondia perfecta-

mente al del Rey y de los obispos que habian solicitado sin duda las cartas que se acaban de referir. Tenia que recorrer un vasto espacio en todo el principado de Cataluña, lo mismo que en los reinos de Aragon, de Valencia y de Mallorca; en todos estos diferentes países se le oyó predicar con fervor el Evangelio, probar la mision y la divinidad de Jesucristo por medio de los oráculos de Moisés ó los profetas, y confundir el judaismo hasta en las sinagogas con las escrituras de los judíos y los comentarios de sus doctores más apreciados. Tal fué el trabajo continuo y la ocupacion ordinaria del siervo de Dios todo el resto de sus dias. Los que le siguieron en sus excursiones evangélicas, hubieran podido hablar sabiamente de los frutos que en ellas recogió, de las victorias que obtuvo sobre el error, de los trabajos, de las fatigas y de los peligros á que se vió expuesto. A pesar de la proteccion del príncipe se tendieron bastantes lazos al ministro del Evangelio, pero el Señor velaba en su conservacion, y su ministerio continuó siendo útil á muchos. No fué de este número Moisés de Gerona: su espíritu siempre ciego, y su corazon más endurecido todavía, no procuraron levantar el velo que ocultaban á uno y otro la luz de la verdad. Para disminuir en cierto modo la vergüenza de que se veia cubierto, é impedir á los demás judíos asistir á las predicaciones del P. Cristiani ó rendirse á la fuerza de sus argumentos, se propuso este obstinado rabino escribir á su manera lo que habia pasado en la célebre conferencia de Barcelona. Constante siempre en sus errores, procuraba defenderlos con nuevas sutilezas, y añadia la impostura á su culpable temeridad. Tan pronto disimulaba ó negaba atrevidamente hechos públicos que habian pasado á la vista del Rey, de su corte y de los hombres más sabios de su reino, como á favor de cualquiera miserable equívoco inventado exprofeso, atribuia una parte de los hechos en ventaja suya para llevarse los honores de la victoria. Con ayuda de algunos de sus discípulos, multiplicó extraordinariamente las copias de su libelo, que hizo distribuir en todas las sinagogas. Por último, para imponer con más seguridad á los de su nacion, y estar ménos expuesto á una refutacion, le escribió el rabino en un idioma tan familiar á los judíos, como poco conocido á los demás pueblos. Pero esta precaucion apénas podia servir á los designios del autor desde que los religiosos de Sto. Domingo se dedicaban con éxito al estudio de la lengua hebrea, y en cuanto tuvieron conocimiento de esta obra de tinieblas, fué bien pronto convencido de impostura el rabino Moisés, como lo habia sido ya de error y de ignorancia. Habiendo sabido el papa Clemente IV los artificios groseros y las secretas prácticas de este judío, no quiso dejar impune su temeridad. Tenemos uno de sus breves del año 1266, por el cual, despues de haber felicitado al rey de Aragon por sus grandes acciones, sus victorias y el constante celo que manifestaba por los intereses

de la fe; le insta Su Santidad por los motivos más poderosos de religion y de política á purgar, por último, sus estados de la mezcla odiosa de judíos y de sarracenos, perjudicial siempre al reposo de los pueblos, ó á la inocencia y la salvacion de los fieles. El Santo Padre suplica al mismo tiempo al príncipe obre conforme su prudencia contra el audaz rabino, que despues de haber sido confundido en su presencia por el P. Cristiani, continuaba todavía esparciendo escritos llenos de blasfemias y de mentiras para insultar á la vez á la religion cristiana y á la majestad Real. El celo del rey de Aragon no se limitó á reprimir la insolencia de un particular que habia castigado ya con el destierro; las advertencias del vicario de Jesucristo, sus exhortaciones, sus demostraciones, le hicieron tomar las armas contra los enemigos del nombre cristiano. Atacó á los moros tan malos vecinos como malos súbditos. Les derrotó, y envió á Roma su principal estandarte para colgarle delante de la tumba de S. Pedro. Las victorias que el P. Cristiani continuaba obteniendo en las sinagogas, combatiendo la incredulidad de los judíos y sus antiguos errores, tenia sin duda ménos esplendor y quizás más mérito. El vencedor de los moros, al frente de un ejército poderoso, ganaba batallas, tomaba plazas fuertes y se hacia dueño de las ciudades, miéntras que el doctor cristiano con solo la fuerza de la verdad, hacia triunfar la religion de Jesucristo, y obligaba algunas veces á sus antiguos enemigos á honrar sus triunfos con su conversion. Los primitivos historiadores de la órden de Sto. Domingo no nos refieren toda la série de sus trabajos, y hasta han omitido el indicar el año de su muerte. —S. B.

PAULO Hernandez. Dos veces ejerció el cargo de rector del colegio de los Jesuitas de Murcia, en 1558 y 1560. Tambien lo fué del de Cuenca dos años y medio en 1576. Desde este punto pasó á Ocaña, habiendo ejercido igual cargo en Belmonte y en Oropesa. —O. y O.

PAULO Japon. Escribió una carta á los PP. de la Compañía, que estaban en China, el año de 1548, y otra el siguiente. Las refiere en sus *Selectas* el P. Mafeo. — O. y O.

PABLO Justiniano. Los monasterios y ermitas que S. Romualdo fundó, todos estaban en desiertos, y así perseveraron muchos años; pero como en Italia hubo tantas guerras, pestes y hambres, fueron arruinándose y disminuyendo los conventos de esta religion, desmembrándose del comun cuerpo que habian formado todos, por que no era posible tratarse y ayudarse unos á otros. Por esto, y porque cada dia sufrian incomodidades para proveerse de lo necesario, determinaron reducirse á las ciudades, y con favor de príncipes y sumos pontífices, hicieron muchos monasterios cerca de pueblos grandes: unos fundándolos de nuevo con rentas que les daban hombres pios, otros con las que trasplantaban desde los que tenian en los yermos, y

esto con tanta edificacion de las gentes, que dentro de Venecia construyeron tres grandes monasterios. Así quedó tan solo el yermo de la Camáldula, en que siempre hubo ermitaños, y los demás eran todos de cenobitas, en el cual vivian monjes en comunidad, y profesaban la regla de S. Benito. Vestian la misma forma de hábito y cogulla (pero de color blanco), que usan en España. Con la malicia de los tiempos se relajaron algunos de ellos, formándose partidos entre observantes y conventuales. En remediar esta disension puso gran diligencia el general. Delfino, que como fué el último de los generales perpétuos, y en tiempo suyo se celebró una junta y capítulo generalísimo en Florencia el año de 1513, resultando el reducirse y unirse todos los monasterios que habia en Italia, Venecia y otras provincias con la Camáldula, que es solamente donde habia ermitaños en aquel tiempo, y esta se llamaba la Congregacion Camaldulense de solos ermitaños, que se llama la de Monte-Corona, y no se diferenciaban en la manera de vivir y vestir de los ermitaños de la Camáldula, que era hija suya, y descendiente de ella, y que tenia general y casas de por sí, y aunque todas en despoblado. Hé aquí cómo comenzó esta Congregacion. El año de 1476 recibió el hábito de la Camáldula Tomás Justiniano, natural de Venecia, y mudándose el nombre se llamó Paulo Justiniano por devocion que tuvo al santo Apóstol. Fué hijo de padres nobles y senadores, que áun esta circunstancia de noble linaje no quiso Dios que le faltase al que habia de hacer tanto bien á su Orden. Desde niño dió muestras de gran virtud, y le pronosticaban que habia de ser personaje de valía. Enviáronle á Patavia, que florecia en letras, y allí estudió filosofía y teología en la amable compañía y amistad de otros tres caballeros, que fueron Paulo Canal y Gaspar Cantareno, despues cardenal, y Vicencio Quirino, ermitaño juntamente con él y electo cardenal. Terminados los estudios volvió á Venecia, donde los parientes le importunaban para que se procurase empleo en palacio, pues que tenia prendas y brazos para medrar mucho. Consideró le importaba más tratar de su salvacion, siendo sobre todo su deseo entrañable agradar á Dios, y en esto salir aventajado. Para evitar peligros y estar tranquilo se retiró á una granja, donde continuaba sus estudios, siendo el principal el ejercicio de todas las virtudes. Allí determinó, cuando tenia treinta y un años, peregrinar por devocion hasta Jerusalen y visitar la Tierra Santa, en que Dios hizo tantas maravillas, y obró la redencion del mundo. Volvió á su tierra, y volvieron las exigencias de sus parientes, en cuya compañía vivió dos años para ayudar á dos hermanas que tenia viudas, y otros necesitados de su favor. Viendo que si bien esta vida participa de la piedad, corria tambien algun peligro por vivir entre gentes y en el siglo, abrió los ojos, y resolvió recogerse. A la sazon estaba en Venecia el general Delfino, hablóle, y le dijo su intento, y el santo viejo le

aconsejó lo dejase todo, y encomendándose á Dios escogiese cuál de las dos religiones le era más á propósito para su vocacion. Despues de haberlo mirado bien, se fué á la Camáldula. Estuvo en una ermita un mes entero viviendo como los demás para probar la vida, y satisfecho de que le convenia, volvió á Venecia, y acomodando todas las cosas lo mejor que pudo, sin dar parte de su santo intento á los deudos, acompañado solo de un criado que le amaba, se partió una tarde, con hartas lágrimas, de aquel su amado país y parientes que dejaba para siempre. Casi estuvo á punto de volverse á casa; pero con el favor del cielo comenzó á navegar, y fué á la Camáldula, donde le dieron el hábito de ermitaño el dia del nacimiento de Cristo, año de 1510. Desde luego dió muestras y esperanzas ciertas de la gran santidad á que llegó despues, porque era observantísimo; y la resolucion prudente y verdadera con que determinó ser religioso, y no contentarse con ménos que aspirar á grande perfeccion, suplia la falta de esperiencia, pareciendo ermitaño de muchos años de hábito. En el de noviciado tuvo dos fuertes tentaciones, que supo vencer. Esto fué causa de que escribiese á los amigos, con los cuales habia estudiado, dejasen el mundo y fuesen á la soledad tan apropiada para la contemplacion y para la santidad. Siguieron su consejo y vida tres caballeros principales de Venecia, entre los cuales fué Vicencio Quirino, muy eminente en muchas ciencias, que á los dos años fué electo cardenal, aunque murió sin recibir la sagrada púrpura. Aceptó el hábito de ermitaño el dia de la cátedra de S. Pedro, y tomó su nombre por devocion como su amigo habia tomado ya el de S. Pablo. Así, escribiendo el general Delfino al cardenal Volterrano y Eusebio Priolo, dicen en su historia que estaban en el noviciado de Camáldula dos luminarias del cielo que eran Pedro y Paulo. Esto fué de tanto ejemplo y conmovió tanto, que muchos hombres insignes fueron á verlos á Camáldula. Uno de ellos fué el cardenal Julio, que electo despues papa, mudó el nombre, y se llamó Clemente; otro fué el cardenal de Médicis, pontífice tambien con el nombre de Leon X. Gustaba tanto de Paulo Justiniano, y queríale tanto, que cuando le nombraba, decia siempre nuestro Justiniano. Habíale Dios dado tan grande juicio, tantos excelentes conocimientos en las letras y tanta madurez, que así que profesó le admitian los ermitaños á las consultas y le trataban como anciano. Dios, que permite muchos males para sacar mayores bienes de ellos, permitió hubiese un mal abad, conventual perpétuo de Florencia y de la misma religion, llamado Basilio, que hiciese daños y agravios á la Camáldula, y puso en voluntad á los ermitaños para que obligasen á Fr. Paulo de Justiniano á ir á Roma, á fin de arreglar y remediarlos con su prudencia y valor, y con la gracia que halló en el papa Julio II. Cuando regresó á la Camáldula, vió el general Pedro Delfino el gran talento de Paulo Justiniano; le confió sus se-

cretos y el firme deseo que tenia de reformar su Orden, pero que no podia, si bien habia trabajado en esto muchos años, porque los monasterios conventuales le hacian la más enérgica resistencia. Trataron de esto con frecuencia y encomendáronlo á Dios, acompañando su oracion con muchos ejercicios de virtudes para este fin. Murió por el mismo tiempo Julio II, sucediéndole en el pontificado Leon X. Como éste amaba tanto á Justiniano, pareció cosa del cielo aquel amor, pues era parte para tratar lo que fuese más acertado. Mandó el general Delfino á Paulo comisionado para que fuese á Roma á besar el pié al Papa en nombre de su religion, y tratase con él cómo podria reformar su Orden. Entónces fué cuando alcanzó los breves para que celebrasen el capítulo generalísimo, del cual resultó hacerse todos los monasterios observantes; entónces quedaron reducidos todos los conventuales é incorporados con Camáldula el año de 1513, y recibió de nuevo el nombre antiguo de la Orden. Hicieron muchas constituciones y concertaron que los generales de allí en adelante serían trienales y no perpétuos, y que una vez el general fuese elegido por los ermitaños y otra por los cenobitas que vivian en los monasterios. Pasaba todo por manos del secretario del Papa, Pedro Bembo, que despues fué cardenal. Las constituciones que se hicieron las escribió y ordenó Paulo Justiniano, y fueron aprobadas por el general y el capítulo, que las llamaron *Regula vitæ eremiticæ*, y las tienen por reliquias en el yermo de Monte-Corona, porque son autógrafas. Acabada la Junta se recogió en el yermo de la Camáldula, en el cual vivió con paz y quietud interior y exterior, muy á su gusto, y en el ejercicio de las virtudes, señaladamente las de abstinencia tan extremada, que parecia milagrosa. Entónces tuvo el deseo de dilatar su Orden y procurar que se plantase é introdujese en todo el mundo, porque le parecia no hay forma de vida más retirada, más áspera y penitente que aquella de los ermitaños Camaldulenses. Conferenció sobre esto con muchos de su hábito opuestos á su parecer, lo cual le sorprendió sobremanera. ¿Cómo era posible, se decia, que cosa tan acertada y santa no estuviese bien en otros reinos? S. Romualdo no se contentó con probar solo aquel yermo, sino tambien otros muchos, y como afirma S. Pedro Damiano, parece quisiera henchir cuantos desiertos habia de religiosos que estuviesen contemplando en Dios; y S. Benito, no contento con haber hecho doce monasterios en Sublago y otro en Monte-Casino, hizo en Roma, en Sicilia, en Francia, en España y en otros reinos otros muchos, ¿Pues por qué causa no habia de llevarse aquella religion á todas las provincias hasta las Indias y el Perú? A los pocos años le hicieron superior en Camáldula, y entónces fué cuando trató de esto con más entusiasmo y celo santo, sin dejar por ello de gobernar á sus súbditos en todo con ejemplo y amor. Estaba al mismo tiempo allí recluso en una ermita el santo Fr. Mi-

guel, entre cuyas grandes virtudes le concedió el cielo la del don de profecía. Tambien trató sobre lo mismo con Fr. Paulo Justiniano muchas veces con gran madurez, y él ni lo aprobaba ni desaprobaba, sino le decia confiase en la voluntad de Dios y se lo encomendase cada dia con perseverancia, pidiendo luz del cielo, y en tanto que tomase su resolucion, empleára su diligente cuidado en hacer en el yermo á sus hermanos el bien y utilidad que pensaba procurar á los extraños. Despues de otras muchas conferencias llegó un dia, y le dijo : «Ora acabemos, Paulo, bien puedes emprender lo que »pretendes, Dios hará que se siga algun provecho, pero no verás del todo »cumplido tu deseo, y no hablemos de ello más.» Despues tuvo ocasion de observarse habia sido profético este razonamiento, porque el éxito fué enteramente conforme á él. Pero ántes que se cumpliese, padeció mucho Paulo Justiniano : quedó más triste y con más incertidumbre con aquella razon; invocaba á Dios en su turbacion con mayores fervores y más vivos deseos de conformarse con su voluntad divina. Estos efectos tienen lugar en los ánimos pios y deseosos de agradar al Señor, que cuanto más los aflige más se despiertan á solicitar su proteccion. Anduvo algunos años cuidadoso, y segunda vez le hicieron prelado de la Camáldula. Procuró resistir esta eleccion, mas no pudo, porque la obediencia de los superiores y la divina Providencia le obligaban á serlo. Ellos, por escoger pastor cual convenia para ovejas tan buenas ; ella para guiar por esta via al siervo de Dios en lo que era su deseo. Como vió ocasion para llevar á cabo su proyecto, puso primero en órden todas las cosas relativas al gobierno del yermo de la Camáldula y su hospicio ; luego salió á visitar las granjas, beneficios é iglesias que son anejas, y de allí á Roma. Dió parte de todo al papa Leon X, y el Pontífice alabó su santo celo y le animó para que se esforzase á empresa tan ilustre, y que era para gloria de Dios. Dióle recados, bienes y poderes para plantar su religion y órden de ermitaños en cualquier parte y reino de la cristiandad y en el Nuevo Mundo que estaba descubierto, y á los que recibiesen de su mano el hábito todas las indulgencias y exenciones que tenia concedidas la Congregacion Camaldulense. Con estos breves tan favorables, volvió á la Camáldula, juntó á los ermitaños, dijo lo que traia, lo que habia pasado con el Papa y cómo estaba resuelto á ponerse en camino para España y pasar á Indias. Hizo renuncia de su oficio, les pidió su favor en oraciones, y que le diesen su licencia y bendicion. Quedaron admirados todos: unos le alababan, otros le reprendian ; unos juzgaban que era desatino, otros santo celo y cordura. El general Delfino recibió mucha pena por la falta que le hacia y por el temor del suceso dudoso. Paulo Justiniano se mostró sordo á todas estas cosas que habia encomendado ya á Dios, y acompañado de un ermitaño llamado Olivo, despidióse de todos con lágrimas que todos derramaban. Púsose en

camino el año 1520 con muy grande consuelo, porque á la despedida le dijo el santo Fr. Miguel, recluso, que fuese muy contento. Para comenzar con acierto y con buen pie tan dudoso y largo camino, determinó visitar en el monte de Alvernia (junto á Camaldoli) el Oratorio donde el glorioso P. San Francisco recibió aquel favor inestimable de Jesucristo, que le estampó sus llagas en el cuerpo. Allí le recibieron los religiosos con mucho agrado porque le conocian y porque se admiraban de verle caminar á pie y tan léjos. Luego que le enseñaron el monasterio y manifestaron el Oratorio, pidio que le dejasen solo, y estuvo en oracion desde la tarde hasta la media noche. Salió trocado en otro y mejorado, y tan resuelto á vivir siempre pobre como Jesucristo y S. Francisco, que á la siguiente mañana dió á los pobres cuanto llevaba, y fué toda la vida ejemplo de gran pobreza. Prosiguió su camino, en el cual le sucedieron muchas cosas, siendo notable la de que caminando hácia el mar Mediterráneo con intento de embarcarse en Génova y pasar á España, llegaron cerca de la ciudad de Fracta al medio dia cansados y rendidos por el gran calor, se echaron á dormir á la sombra de unos árboles cerca del rio, y cuando Paulo despertó, quedó como absorto y aturdido, olvidándose de cuanto deseaba, y tan confuso, que tuvo necesidad de repararse y entregarse á la continua oracion. Tan luego como le fué posible, trató Paulo su determinacion con otros religiosos, probando dentro de Italia á fundar ermitas en desiertos ásperos, pues no habia en toda ella más que la Camáldula, con la esperanza de que si Dios quisiera pasase más adelante, le abriria camino. Juntáronsele en diferentes pueblos otros cuatro, entre ellos Fr. Rafael, predicador de la sagrada Orden de los Predicadores, y Fr. Tomás, de la tercera Orden de S. Francisco, y todos seis se fueron á un peñasco del monte Apenino, de Pitceno, para la Umbría, en donde habia una gran aspereza, y en medio de ella una cueva que antiguamente fué de lobos y se llamaba Parcilupo, y en aquella sazon era ya ermita dedicada al glorioso San Gerónimo. Luego que la gente del país tuvo noticia de esto, los visitó como á unos ángeles; llevábanles regalos y cuanto necesitaban, si bien no admitian sino lo más forzoso para sustentarse en tan gran abstinencia. Un clérigo vecino les hizo muchos agravios diciendo que aquella ermita era anexa iglesia suya. Fr. Paulo Justiniano se fué á Roma, dió cuenta de lo que pasaba á Leon X, y el Pontífice le concedió toda aquella peña para que edificase. A su regreso de Roma el duque de Urbino y otros le dieron favor, con el cual hizo de la ermita una iglesia pequeña, y las ermitas y el hospicio y todo lo que habian menester para vivir conforme á su instituto; pero pequeño y fabricado por Paulo Justiniano, que tanto amaba la pobreza y el rigor y la aspereza de la vida, principalmente desde que estuvo en el monte de Alvernia para imitar á S. Francisco, que fué el que más amor tuvo á esa virtud. La fama

que adquirió Justiniano desde entónces fué muy grande, y los PP. de la Camáldula le rogaron volviese al instante á la Congregacion, ó que todos fuesen unos. Ofreciéronle juntamente un sitio á dos millas de Massacio, dentro del obispado de la ciudad de Jefis, en donde habia dos religiosos. Viendo Justiniano que aquel fragoso y áspero sitio era muy á propósito, dió forma y estilo de vivir á los de Parcilupo, y fué á las cuevas de Massacio con Olivo, que le acompañó desde el principio, y por vivir con él dos ermitaños, que estaban en la Camáldula, alcanzaron licencia y se fueron con él. Movido por tal fama, fué á pedirle el hábito Gerónimo de Suesano, varon insigne en Roma y protomédico del papa Leon X, pero más insigne y venturoso desde que fué ermitaño. Llegando esto á noticia de Gabriel Galeacio, movido tambien por el grande ejemplo y vigor con que vivian aquellos padres, determinó ayudarlos. Envió un recado á Paulo, ofreciéndole un monasterio suyo que tuvo en encomienda y se llamaba S. Leonardo de Volubrio, propio para el intento de estos religiosos. Porque Volubrio es monte altísimo, en el cual nace el rio Tenca, dentro del obispado de Firmana, que divide las provincias de Piceno y de Nursia. Al mismo tiempo habia un monje Casinense, que vivia en la Marca de Ancona con otros compañeros, libremente, sin obediencia, en un eremitorio, que se llamaba S. Benito. Dicen que muchos años ántes vivió allí una mujer llamada Nicolasa (á imitacion de la Magdalena) tan recogida y ejemplar, que fué tenida por santa, y una hija suya que vivió allí despues lo mismo. S. Gerónimo el Anconitano fué allí otro tanto muchos años despues. Al fin vino este sitio sagrado á poder del monje Desiderio que no vivia en observancia. Atemorizado, inspirado por los remordimientos de su conciencia, habló á Justiniano, concertando entre los dos irse á la Congregacion que se hacia de nuevo. Era tambien propio este lugar. Un gran peñasco junto al mar Adriático, batido por las olas del mar por una parte, circuyéndole por la otra una selva llena de árboles. Con la industria y trabajo de los ermitaños se hizo eremitorio muy gracioso, muy retirado y solitario, lleno de fuentes y de jardines parecia un paraíso, y tan templado, que aunque en invierno estaba la tierra helada y fria, entónces este sitio era apacible sin helarse jamás; llamábase S. Benito. Cuando acabó Paulo Justiniano de componer éste, ya tenia entre todos cuatro yermos veinticinco discípulos, que se habian juntado en el término de un año, y comenzaba á tener cuerpo esta Congregacion. Luego volvió á las cuevas de Masacio, porque no estaban del todo desmembradas de Camaldoli, ántes las ofrecieron para unirse á aquella. Rogó á los PP. Camaldulenses que se las diesen, porque no habia de volver más allá, y cuando entendieron esto, le hicieron renuncia del sitio y de la tierra el año 1522. Entónces acabó de resolverse á no pasar á España,

sino fundar en Italia cuantos eremitorios pudiese. Tomó la forma de hábito un poco diferente de la camaldulense para diferenciarse de ella, y admitió á la profesion á sus discípulos y dióles forma de vivir algo más ásperamente, que por cierto admiraba por ser dicha Congregacion sobradamente rígida en la abstinencia, por demás en la oracion y en la pobreza. Y observando que pedian el hábito, y entre otros personajes de calificada importancia, y que ya no era fácil gobernar cuatro yermos, acordó celebrar un capítulo, que fuese como general, y para esto pareció á propósito el de Masacio, adonde acudieron de todos cuatro. Hicieron sus definidores y cuatro superiores para otros tantos yermos, eligiendo á Paulo Justiniano general de todos. Permaneció algunos dias en las cuevas, y en ellas le sucedió lo siguiente. El año 1526 fueron á verle dos hermanos, naturales de Foro Semproniano. El uno se llamaba Ludovico, el otro Rafael; ambos eran frailes franciscos, sencillos, pero muy deseosos de buscar á Dios y hallarle. Por este motivo andaban peregrinando con licencia del Papa, y era su intento ver qué religion, qué forma de vivir les cuadraba. Como Justiniano comenzaba entónces á plantear esta Congregacion, tuvo gran fama y fueron á su casa á tratarle. Agradábales mucho la santidad y vida de estos padres, la soledad del sitio, y no podian con todo esto acabar de resolverse á quedarse allí, porque el Señor les tenia reservados para diferentes fines. En aquella sazon hubo en Italia un religioso de la misma órden de S. Francisco, que se llamaba Fr. Mateo de Bacio, y con licencia del Pontífice vestia el hábito de los Capuchinos, y con él predicaba por toda Italia, no más dando voces y explicando los fuegos infernales que Dios tiene preparados para los que le ofenden. En esto gastó su vida y murió en Venecia. Aquel hábito habia dicho un ermitaño santo y profeta, era el mismo que usaba S. Francisco. Fueron, pues, los hermanos Sempronios á verse con este Fr. Mateo, y notando el hábito tan peregrino se le vistieron, dejando el ordinario que de su religion llevaban. Volvieron á las cuevas de Masacio, y cuando Paulo los vió, les dijo qué hábito era aquel y cuál era la innovacion que en él habian hecho. Contestaron no lo sabian, mas añadieron habérselo dado aquel predicador, y les parecia bueno, por ser triste y pobre y convidar á la devocion. Cosa admirable, y cuán secretos son los juicios de Dios y por cuán extraños caminos guia á cosas extraordinarias. Estando en estas cuevas sentados á la mesa un dia, repentinamente entraron ministros de justicia seglar del pueblo de Masacio y los llevaron con violencia á la cárcel pública, diciendo eran malos hombres y facinerosos. Paulo, viendo el agravio que les hacian, trató que los volviesen á sagrado, y que excomulgasen á las justicias en virtud de las bulas y exenciones de su Congregacion. De esta suerte volvieron á las cuevas los dos frailes, y aquella noche los envió á Parcilupo, que era otro yermo, á fin de que no

les hiciesen más agravios. Desde allí fueron á la ciudad de Camerina sin saber lo que hacian. La gente que los veia se espantaba, los muchachos se burlaban de ellos, corrian en su seguimiento por las calles y decian á voces: *Capuchinos*, *los Capuchinos*, con cuyo nombre se han quedado hasta el dia, que suele Dios tomar en gloria y títulos honrosos lo que desprecia el mundo. Llegó á oidos de la duquesa Catalina Cibó la burla que pasaban, y por curiosidad envió á llamarlos, tambien como en tono de mofa. Quedó admirada así que los vió y muy edificada. Preguntó qué hábito era aquel, y cuál la vida que llevaban, cuál el propósito suyo. Respondieron haber sido su hábito el de S. Francisco, en la misma figura que el Santo le usaba; su intento buscar á Dios en la pobreza y desprecio del mundo, y en particular explicaron el modo que tenian tratado entre sí para vivir en servicio del Señor. Afirmaron esto con tantas veras que parecia haberles inspirado el Espíritu Santo y dado las razones que habian de decir. Persuadida la Duquesa era vocacion de Dios aquella, escribió á Clemente VII, papa, y alcanzó confirmacion de la regla y órden que pensaban guardar. Hízoles un monasterio vecino á la ciudad, que fué el primero de su Congregacion, y desde entónces trabaron grande amistad los PP. Capuchinos con los de S. Romualdo y Fr. Paulo Justiniano, de quienes aprendieron muchas cosas, y á cuya imitacion llevaban las barbas largas, y dicen los oficios no cantados sino en tono pausado, como se ha usado siempre entre ermitaños camaldulenses. Del grande aumento que fué cobrando la religion sagrada de los Capuchinos por causa de Domingo Artense y Bernardo Eginense se puede hacer larga historia, que no es de este lugar; mas basta lo dicho en que se observa cuán admirable es Dios, y cómo de principios tan bajos saca tan altos fines por medio de los que pretenden agradarle. La mayor parte del acrecentamiento de esta Congregacion tuvo principio en Galeacio, Gabriel Fanhese, que se llamó despues Pedro, hombre muy rico, que el año 1524 recibió el hábito y dió la iglesia y monasterio de S. Salvador de Monteagudo, que es en la falda de Monte-Corona, en el obispado Perusino. Y como lo que mucho vale, mucho cuesta, así costó la vida á Fr. Paulo Justiniáno y al mismo Pedro Fanense. Fueron á Roma juntos á pedir al papa Clemente VII que les hiciese donacion de esta iglesia y monasterio y la anexase á su Congregacion. Llegaron cuando el duque de Borbon daba el asalto á la capital del orbe cristiano; en aquella ocasion le prendieron los enemigos con otros muchos, entre los cuales se cuenta Carrasa, obispo de Teatino, que trataba entónces de ser ermitaño en la congregacion de Justiniano, mas lo estorbó el Señor, teniéndole dispuesto para mayores elevados puestos. Fué cardenal y papa, llamado Paulo IV. Cuando cesó la guerra pudo Justiniano hablar al Pontífice, y fué acompañado del abad de S. Pablo de Roma, que era de la órden de

S. Benito. Conocia el jefe de la Iglesia los deseos de Justiniano, limitados á poblar el yermo de Monterosaete, que era de aquel monasterio, y distante á veinte millas de Roma. Diósele en efecto, á ruegos del Abad, si bien hubieron de dejarle luego por no ser saludable. Por esta época le llegó su última enfermedad, y en seguida la muerte. Lleváronle desde Roma á Monterosaete, donde murió muy santamente, pasando á recibir la paga de sus muchas virtudes, despues de muchos y grandísimos trabajos, que padeció con tanto celo por la gloria de Dios y aumento de su religion, y con fama de que habia hecho algunos milagros en su vida. Despues de la muerte de Paulo Justiniano se poblaron otros cuatro yermos, y la Congregacion de Monte-Corona, que se hizo de todos ocho, fué luego distinta de la Camaldulense. La muerte de aquel santo y virtuoso varon, causó tanta tristeza en sus discípulos, ya en crecido número, que padecieron tempestad y estuvieron casi anegados, que parecia imposible se conservasen en los yermos. La sombra y prudencia de aquel varon les amparaba á todos y les daba esfuerzo; así quedaron desmayados cuando supieron su muerte y como ovejas sin pastor. Dios, gobernador de todo, y que á todo acude con su divina providencia, puso en algunos discípulos de Fr. Paulo Justiniano más ánimo que al mismo habia dado en vida y que procuraron la continuacion y el esplendor de la Orden. —O. y O.

PAULO Navarro (P. Pedro), natural de la Calabria, en Italia, ingresó en la Compañía de Jesús á los diez y ocho años, y trascurridos los seis primeros de Compañía se trasladó á la India, adonde llegó el año de 1584. Ordenado allí de sacerdote partióse al año siguiente para el Japon, y estudió con aficion y provecho la lengua de la tierra, tanto que en breve pudo fácilmente predicar al pueblo y áun componer algunos libros en aquella lengua. Gobernó rodeado de inmensas dificultades y trabajos y por espacio de cuatro años la iglesia de Amanguchi, fundada por el santo Francisco Javier, el apóstol de las Indias. En 1601 hizo cuatro votos solemnes en Nangasaqui, donde residia, señalándole despues á fuerza de instancias continuadas por parte de los japoneses para que administrase á estos los sacramentos, cuidando siempre de la salud de sus almas. Doce años completos sostuvo tan santa y caritativa carga, al fin de los cuales y con motivo de la persecucion del emperador Daifusama contra la Iglesia en el año de 1614, vióse obligado á desamparar aquel puesto; sin embargo, volvió al poco tiempo á ocuparle, si bien experimentando mayores trabajos por las calamidades de la época. Viósele frecuentemente de noche y disfrazado bajar con los piés desnudos por las malezas asperísimas de aquellas montañas, sin cuidarse de la multitud de abrojos que laceraban sus carnes hasta ensangrentarlas abundantemente, y pasar de aquella suerte las noches enteras dedicado á oir las confesiones de los cristianos, á quienes ayudaba con sus consuelos y con su

ejemplo. Para desorientar más á los soldados enemigos lanzados en persecucion suya, le aconteció alguna vez esconderse en una fosa profunda, y permaneciendo allí oculto por algunos dias, con las penalidades que son de inferir; mas ¿debemos creer por eso que en aquella situacion angustiosa, humanamente considerada, le faltaria el auxilio divino, ya que el humano le estaba completamente negado? Muy léjos de eso, sintió allí regocijarse el alma con una dulzura espiritual que recreaba todo su ser, confortándole y haciéndole concebir deseos vehementísimos de procurar iguales y más arriesgadas ocasiones, pues que en proporcion del sufrimiento, cuanto mayores se le mostrasen los peligros, tanto más abundantes y halagüeñas calculaba, y con razon, que serian las alegrías y felicidades de que se veria colmado su espíritu. Los hombres le perseguian, es verdad; pero ¿qué podia temer un varon tan justificado de aquellos hombres? ¿No serian instrumentos ciegos, pero tambien fidelísimos de aquella voluntad tan divina como soberana de quien esperaba los más inefables goces? Ciertamente lo comprendia así el siervo de Dios; mas no era su ánimo acelerar los acontecimientos por llegar á término tan deseado, ni hubiera podido conseguirlo tampoco á ser ménos cristiano y dócil á la voluntad divina: los pasos le estaban marcados además, y en cada uno de ellos entrevía nuevas esperanzas y dulzuras espirituales; y ¿cómo hubiera podido renunciar á uno solo, cuando al tiempo mismo que se despojase voluntariamente, por lo ménos en su intencion, del que ménos galanura y placeres ofreciese á su alma, habria sido causa tal vez de que se perdiera para la Iglesia un nuevo y aguerrido campeon? Queda, pues, sentado que al obrar de aquella suerte, obraba no tanto por instinto de conservacion como por voluntad de Dios, cuyo instrumento blandamente acordado mostró ser siempre. Así que, al salir de aquellas profundidades y para no ser conocido, se vestia un traje humilde, cubriéndose la cabeza con un ancho sombrerillo de paja, á fin de sombrear mejor sus facciones. Estando ya casi avocado á los sesenta años de edad, partióse al reino de Fiunga atravesando montes elevadísimos y escarpados, seguido de innumerables trabajos; y viviendo luego en Tacacu, gobernó á los de la Compañía residentes en aquel punto por más de tres años, adquiriendo en esto gran fama de piadoso y afable. Ultimamente fué cogido por los espías de Arima hácia fines de Diciembre del año 1621; y si bien le pusieron guardas de vista, andaba como libre; él, sin embargo, se consideraba realmente preso, y ardia en deseos de verter su sangre por nuestro Señor, adivinando quizás que era llegado el momento dispuesto en sus altos é inescrutables designios. Comenzó por tanto á prevenir una buena muerte, redoblando para ello la oracion y haciendo diferentes ejercicios de penitencia, y de aquel modo alcanzó á expensas de la flaqueza del cuerpo el vigor y

fortaleza que necesitaba su espíritu. Por aquel tiempo concurrió á la cárcel en que se hallaba tan gran número de cristianos, que parecia querer trocarla más bien en templo para ejercitar sus devociones. Llegó por fin el dia tan suspirado en que oyó la lectura de la sentencia que le condenaba á ser presa del fuego, y tuvo un gozo indescriptible al recibir tan grata nueva. No podia esperarse otra cosa de un varon tan santo, consumido ya de antemano en el fuego de la fe y ardiendo continuamente en deseos de caridad. ¿Es posible de esta suerte ver un momento conturbado el ánimo, abatidas las fuerzas físicas, por limitadas y endebles que sean á nuestra corta vista, las de un cuerpo trabajado por todo género de sufrimientos, domado además por la santa y cristiana penitencia? Claro es que no, considerado bajo el punto de vista cristiano tambien y religioso, desde el cual pueden y deben mirarse actos tan sublimes como heróicos de piadosa abnegacion; de este modo se comprenden, se adivinan, se admiran, y obvio es por tanto que se desean; reflexionados con los ojos materiales y egoistas de la fria razon, siempre dada á regirse por las leyes tiránicas con que pretende avasallar á la fe religiosa, que es la heredada por nuestros padres, la que á su vez nos legaron estos, y la misma de que se hallan empapadas las Santas Escrituras y libros santos ¿qué descubriremos en ellos de sublime, de heróico, de elevado? Figúrasenos que solo arrancarian á nuestro labio palabras de compasion; miseria del mundo, se diria, debilidad y poca fortuna de parte de las víctimas; crueldad excesiva y feroz inhumanidad de parte de los verdugos. Y nada más? Si algo más vemos, si á mayores alturas logra remontarse el espíritu sacando de tales sucesos fruto provechoso para la otra vida, ahí acaba la razon, porque ahí tambien da comienzo la fe. Y como el santo varon la atesorase en muy alto grado, habremos de hallar natural el recibimiento que hizo á nueva tan fausta, saliendo con mayor gozo aún de la cárcel en busca del martirio el dia 1.° de Noviembre de 1622, no sin haber ántes celebrado Misa y dirigido una breve plática á un determinado número de cristianos, á quienes fué permitida su presencia en aquel sitio. Despues de mediado aquel dia llegaron al punto designado; y haciendo una reverencia al madero en que habia de sujetársele, sin que á su vista le abandonára el ánimo, ántes bien provocando con su tranquilidad y sosiego la furia de los ministros, dió por último su espíritu á Dios dejando su cuerpo envuelto en llamas. Tuvo lugar este martirio en Ximavara, á los sesenta y dos años de edad y cuarenta y cuatro de religion. Dejó escritos en lengua del Japon muchos libros para servicio de los cristianos de aquel imperio. Tambien escribió una *Apología de la fe católica contra las calumnias gentílicas*, é hizo una version del libro titulado: *Thronus Dei María deipara.*— C. de la V.

PAULO Nisibeno. Este escritor sostuvo polémicas con el César, segun Hebedjim en su *Catálogo*. Afirma que fué contra Justiniano Abulbarcato en el *Libro de los divinos Oficios*. — O. y O.

PAULO Orbandino (V.), religioso benedictino de la Congregacion Camaldulense; se distinguió tanto por sus letras como por sus virtudes, haciendo de unas y otras la crónica de su Orden el siguiente elogio. «Fué varon singular en virtud y letras, que mostró en muy ingeniosos y útiles escritos; fué de memoria tan feliz, que diciéndole doscientos versos los recitaba comenzando por el último sin errar.» Sin que nos dé más noticias de que celebra su nombre en 31 de Diciembre. — S. B.

PAULO Piromalli, religioso dominico. Nació á últimos del siglo XVI en una aldea de la Calabria llamada Siderno, y no abrazó la órden de Santo Domingo más que por el deseo de trabajar en su propia perfeccion y en la salvacion de las almas. Tambien se procuró muy en breve todos los medios que podian conducirle á este fin con toda seguridad. En el silencio, el estudio, la oracion y el desprecio de sí mismo, recibia una abundante luz que iluminando su espíritu, encendió al mismo tiempo en su corazon un grande amor á Jesucristo y un ardiente deseo de procurar la conversion de los infieles con la predicacion del Evangelio. Con esta mira comenzó á aprender las lenguas orientales, pero ántes de comenzar á ejercer el ministerio apostólico entre los pueblos de Oriente, hizo como un ensayo conforme á la voluntad de sus superiores en algunas provincias de Nápoles. Las primicias de su apostolado fueron muy gloriosas, porque practicaba todo lo que enseñaba, y los fieles, edificados con la santidad de su vida, le escuchaban con el respeto que no se puede negar á los ministros de la palabra divina que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo. Habiendo reconocido el general de la Orden en este jóven religioso un mérito superior á su reputacion, le hizo ir á Roma en 1629, y Vicente Cándido, prior entónces de la Minerva, le confió desde luego la educacion de los novicios, como á un hombre capaz de formar por sí solo su espíritu y su corazon, segun las puras máximas de la vida interior y apostólica. Toda la comunidad notó bien pronto con placer los frutos de esta educacion. Pero los jóvenes religiosos no pudieron aprovecharse por mucho tiempo de semejante socorro, pues habiendo hecho llamar en 1631 los cardenales de la Congregacion titulada la Propaganda, al procurador general de la Orden y al prior de la Minerva para pedirles algunos religiosos á propósito para ir á predicar la fe á la Armenia Mayor, fué el P. Paulo uno de los primeros á quienes se propuso. Los cardenales le mandaron prepararse para pasar á Oriente, y el siervo de Dios adorando los designios de la Providencia, que llenaba sus deseos áun ántes de que los hubiera dado á conocer, respondió sin vacilar,

que se hallaba pronto si se le ordenaba, á ejemplo del santo cuyo nombre llevaba, para ir á las prisiones y á la muerte por amor de Jesucristo. Las vicisitudes de su vida manifiestan en efecto que se hallaba pronto á marchar por las huellas de Paulo, y que la gracia le sostuvo en todas las pruebas para la conversion de los que le sometieron á ellas. Habiéndose embarcado para Malta, miró como un feliz augurio de su mision la ocasion que tuvo al llegar á aquella isla de catequizar á dos mahometanos de Berbería á quienes atrajo á la fe. Los religiosos de su Orden le esperaban en aquel mismo lugar, y se embarcaron juntos en un buque de Marsella, que despues de haber sufrido dos violentas tempestades, les condujo á Alejandreta, llamada por los turcos Scanderona, puerto de Suria, en la costa del golfo de Sajazzo y en las fronteras de la Caramania. Llegaron el dia de la conversion de S. Pablo, 25 de Enero de 1632, y partieron en seguida para Alepo, que se halla á veintidos leguas de distancia. Tuvieron, sin embargo, que sufrir muchas fatigas durante estas dos ó tres jornadas, y se vieron expuestos más de una vez á los insultos de los ladrones árabes, que les robaron todo lo que llevaban. Pero no les abandonó la Providencia, y les hizo hallar algun socorro en la ciudad de Alepo, la más grande y notable de toda la Turquía Asiática, donde hay siempre no solo cónsules franceses, ingleses y venecianos para todo el levante con algunos comerciantes europeos, sino tambien muchos misioneros religiosos católicos, que se hallan en el libre gremio de su religion lo mismo que los cristianos griegos. El P. Paulo continuó su camino desde Alepo por la Mesopotamia, á que los turcos llaman hoy Diarbek, atravesó el Eufrates y llegó á la antigua ciudad de Haran, célebre por haber sido la morada del patriarca Abrahan. Entrando despues en la Armenia, se dirigió por último á Albaraner, donde habia cerca de trescientas familias de católicos bajo la obediencia del rey de Persia. Hay tambien un convento de Dominicos, y el arzobispo de Naxivan, que es siempre un religioso de la misma Orden, reside allí de ordinario. No era este todavía el término de su viaje, aunque despues de tantas fatigas hubiera podido derramar durante algun tiempo en compañía de sus hermanos. No se detuvo, sin embargo, más que el domingo de Ramos y partió al dia siguiente para dirigirse á Naxivan, ciudad capital ó metropolitana de la provincia, al pie del Monte Ararat. Este pais debia ser como el centro de su mision, el teatro de sus glorias y de sus combates contra la infidelidad, la herejía y el cisma. Sembró con lágrimas y tribulaciones durante veintidos años, pero los frutos que recogió fueron tan abundantes como preciosos. El dia de Pascua comenzó nuestro misionero las funciones de su ministerio con un sermon que predicó en presencia de un gran número de armenios que profesaban todos el Cristianismo; pero la mayor parte de los cuales no reconocian en Jesucristo más que una sola na-

turaleza y aumentaban á la herejía de Eutiques el cisma y los errores de los griegos. Asistieron tambien muchos católicos romanos. Todos, sin embargo, recibieron con respeto al predicador enviado por la Santa Sede, y le escucharon con placer, pues nadie ignora que los armenios son en lo general honrados, sencillos, sin malicia, muy aficionados al ayuno y muy ignorantes. Sus sacerdotes, casados por lo general, no son mucho más instruidos que el pueblo. No debe, pues, causar sorpresa si el primer discurso de un hombre poderoso en obras y en palabras, hizo tan fuerte impresion en los espíritus. Aplaudian los unos verdades cuya tradicion se habia conservado entre ellos, comenzaban los otros á dudar por lo ménos si sus obispos eutiquianos les habrian engañado, y manifestaban todos un loable aprovechamiento para seguir las instrucciones que continuaba dándoles el P. Paulo. Los poderes que habia recibido del papa Urbano VIII para celebrar dos veces al dia el santo sacrificio de la Misa en caso de necesidad, para bendecir con solemnidad al pueblo tres veces al año, para absolver en todos los casos reservados, dispensar tanto las irregularidades como los impedimentos de matrimonio, y para conceder, por último, indulgencia plenaria á todos los fieles que se preparasen con la recepcion de los santos sacramentos, todo esto prevenia en favor suyo. Y para obtener su docilidad y atencion á la sagrada doctrina, el hábil ministro no dejaba de hacer observar á los armenios, que los dogmas católicos que les explicaba segun la fe de la Iglesia romana eran los mismos que sus padres habian recibido de S. Gregorio, el obispo y apóstol de la Armenia en el siglo III. Esta era la autoridad más respetable que se les podia alegar. Añadamos tambien que la vida penitente y verdaderamente santa del gobernador no podia ménos de edificar á los pueblos, y atraer las bendiciones del cielo sobre su ministerio. En muy poco tiempo se vió un notable cambio en las iglesias de Armenia, y en las costumbres lo mismo que en las creencias de un gran número de armenios. Aumentáronse los católicos con la conversion de los cismáticos y de los eutiquianos. A todas estas conversiones quiso aumentar el misionero apostólico la del arzobispo de los armenios cismáticos, pues no dudaba no dependiese de esto la deseada conversion, no solo de muchos particulares, sino tambien de muchos pueblos. El prelado le recibió desde luego con bastante humanidad, pero no se atrevió á entrar con él en ninguna conferencia sobre materias de religion, sin advertir primero al patriarca de la Armenia Mayor, y el P. Paulo, animado siempre de un ardoroso celo, no se negó á marchar á verle. Este patriarca, que segun algunos viajeros modernos ha tenido más de mil quinientas familias dependientes de su jurisdiccion, residia en un monasterio llamado Egmiathin cerca de la ciudad de Erivan. Las consecuencias hicieron conocer que la reputacion del santo mi-

sionero, ó la estimacion que se habia adquirido ya en el país, habian indispuesto á los dos prelados; todavía no habia llegado el momento de su conversion. Léjos de imitar la docilidad de sus pueblos, ó de proponerse manifestar la verdad de su religion, el Patriarca remitió nuestro predicador al Arzobispo cismático con órden de ponerle en prision con grillos; y de no darle más que pan y agua, y eso en pequeña cantidad. Todo esto fué ejecutado con el mayor rigor. El prisionero de Jesucristo fué, como S. Pablo, azotado tres veces con varas, hasta verter sangre, y se hizo su cautiverio de veintidos meses mucho más duro todavía con muchos malos tratamientos. La oracion y la lectura del Nuevo Testamento, que no se le habia quitado, fueron su único consuelo en las cadenas, y su paciencia no fué menor que sus males. Ayudado de la gracia, sostuvo con tanta firmeza todas las pruebas por que se le hizo pasar, que el mismo verdugo enviado de cuando en cuando á su prision para atormentarle, no pudo ménos de admirar su valor y su dulzura. Pero sus sufrimientos y sus virtudes no dejaron de producir su resultado. Los dos prelados que le tenian preso, suavizaron su rigor algun tiempo ántes de romperlas enteramente; y el P. Paulo se aprovechó de esta especie de libertad para componer una parte de las obras de que hablaremos despues. Pero lo que deseaba con más ardor, y lo que le fué al fin concedido por la salvacion de muchos, era la conversion del Patriarca. Se sostiene que el papa Urbano VIII trabajó con energía en la libertad de su ministro, no disputamos el hecho. Pero el dedo de Dios se manifestó demasiado visiblemente en la conducta que observó despues el patriarca de Armenia, para ser permitido desconocer el primer autor de este dichoso cambio. Este prelado no se contentó con dar libertad al santo misionero despues de una prision de cerca de dos años, le permitió además ir á su monasterio de Egmiathin, donde le trató con toda clase de bondades y le hizo ver su numerosa comunidad, compuesta de cerca de trescientos religiosos, cuya vida era muy austera aunque su fe no fuese pura, siguiendo todos el cisma y la herejía de Dióscoro. El P. Paul no pudo ménos de admirar la regularidad y el buen órden que reinaban en aquel monasterio. No rehusó al Patriarca y á los monjes los elogios que merecian sus prácticas y penitencias, sus ayunos, sus vigilias y su asiduidad en cantar las alabanzas del Señor. Pero sabiendo bien que sin la fe es imposible agradar á Dios, reiteró la demanda que habia hecho en otra época al Patriarca, y que le habia atraido los más indignos tratamientos; le suplicó con humildad, y le pidió en nombre de Jesucristo que le permitiese ó predicar en su presencia ó delante de su comunidad, ó entrar en conferencia con los que le pluguiese admitir para esto. El Patriarca escuchaba esta peticion con muy poco gusto, el misionero no se cansaba de repetírsela, pues le obligaba á ello la ca-

ridad de Jesucristo, y hubiera dado con gusto su sangre por la salvacion de sus hermanos. Un dia que lo solicitaba con más instancia, le dijo el Patriarca bruscamente que no le hablase más de ello. El celoso predicador poniéndose entónces de rodillas, continuó así: «Permitidme, Señor, decir que »ó vos ó yo estamos en el error, pues pensamos tan diferentemente sobre »puntos que pertenecen á la fe. Permitidme, pues, que explique pública»mente mi creencia. Si me engaño, vos me corregireis; pero prometo de »antemano sufrir el género de muerte que os plazca ordenar, si no os pruebo »que la fe romana de que hacemos profesion, es la misma que os ha predi»cado S. Gregorio, el apóstol de vuestra nacion.» Esta santa importunidad desarmó al prelado, no quiso entrar en disputa con nuestro teólogo, pero le permitió predicar y asistió á la predicacion. La manera de que el predicador trató el dogma de las dos voluntades en Jesucristo, y las pruebas en que apoyó el dogma católico, parecieron tan fuertes, tan precisas, tan luminosas, que el Patriarca manifestó su satisfaccion en los términos más graciosos. Abrazó con ternura al misionero, dirigiéndole estas palabras, que unos senadores dijeron á S. Pablo en el Areópago de Atenas: *Audiemus te de hoc iterum:* Os oiremos todavía hablar de este asunto. Hizo más, porque despues del segundo ó tercer discurso mandó llamar á uno de sus religiosos, á quien se consideraba como el doctor más sabio del país, y le dijo que creia que aquel hombre era enviado del cielo, y que á juzgar por sus acciones y por su doctrina no se podia ver nada más santo que su vida, ni oir nada más sólido que sus predicaciones. El Patriarca habia abierto ya los ojos á la verdad, pero ántes de decir claramente lo que pensaba sobre los artículos que le habian tenido hasta entónces separado de la Iglesia Romana, encargó al doctor Armenio conferenciar con nuestro prelado, hacerle muchas preguntas, y proponerle todas las dificultades que se le ocurrieran. Fué obedecido para gloria de Dios. Este patriarca, llamado Ciriaco, no difirió el reunirse á la Iglesia católica, abjurando de sus errores. El doctor armenio y la mayor parte de los religiosos hicieron otro tanto. No solo se permitió al P. Paulo predicar las verdades de la fe en toda la extension de la Armenia Mayor, sino que, como una prueba de confianza muy singular, le suplicó el Patriarca instruyese á los niños que se educaban en gran número en su monasterio, y habiendo hecho reunir todos los libros de su secta, que pudo encontrar, los puso en sus manos para que los corrigiera. No podian esperarse muestras ménos equívocas de una entera conversion, y no es fácil expresar el celo con que el siervo de Dios aprovechó todos los medios que se le presentaban para restablecer en todas partes la pureza de la fe, y enseñar las reglas de la moral cristiana. Los libros que se le habian remitido, le dieron ocasion de instruirse á fondo de la doctrina de que los armenios habian he-

cho profesion desde los primeros siglos de la Iglesia. Halló en los más antiguos de aquellos manuscritos todas las verdades de nuestra religion sólidamente establecidas, y confrontándolos con los que tenian ménos antigüedad, pudo calcular el tiempo en que habian comenzado á separarse de la fe ortodoxa. Durante la larga morada del P. Paulo, ya en la ciudad de Erivan, ya en el monasterio de Egmiathin, trabajó con fortuna en afirmar su obra, ó más bien la del Señor y de su gracia. Empleaba la mayor parte de su tiempo, ó en instruir sólidamente á los jóvenes cuya direccion se le habia confiado, y que formaban la esperanza de la iglesia de Armenia, ó en concluir de disipar las dudas que quedaban en el espíritu de los que habian envejecido en el cisma y en el error, ó por último, en perfeccionarse en la lengua del país, lo que no contribuyó poco á la gloria de su ministerio. Compuso tambien muchos libros y tradujo algunos de los Stos. Padres en armenio, continuando al mismo tiempo en predicar á los pueblos las verdades que habia hecho ya aceptar á sus directores, no dejando nunca de obtener algun fruto sus discursos. Los mahometanos le escuchaban con tanto gusto como los armenios, y sucedió algunas veces que los obstinados cismáticos se arrojaron sobre él para maltratarle, siendo librado de sus manos por los turcos, que sin abrazar su religion respetaban su virtud. «Id, decian algunas veces estos infieles á los cristianos tercos en su cisma, id á escuchar á vuestro predicador, que os llama y os enseña á que huyais lo que debierais aprender, para que aprendais lo que deberiais huir.» El discípulo de Jesucristo hubiera querido poder multiplicarse para llevar la luz del Evangelio á tantos pueblos diferentes, que apénas conocian su doctrina, y que no practicaban sus máximas; no veian sin dolor que con una tan abundante cosecha el número de obreros era en extremo reducido. Para suplir en cierto modo, buscó entre sus discípulos aquellos cuya madurez, celo por la religion, prudencia y pureza de costumbres merecian su confianza. Les dió sus instrucciones por escrito, y les envió como catequistas á diferentes lugares para hacer con el socorro de la gracia lo que hacia él mismo en todos los lugares á que le conducia el espíritu del Señor. Despues de haber recorrido una buena parte de la Armenia Mayor, entró en la Georgia, donde los PP. Teatinos, que tienen allí una mision, le recibieron con mucha cordialidad y le invitaron á predicar en su iglesia el jueves santo. Se refiere que con solo este discurso abolió una antigua supersticion, habiendo persuadido á los armenios esparcidos en el Gurgistan, que sus prácticas contrarias á las buenas costumbres y á la disciplina de la Iglesia no lo eran ménos á la doctrina de su apóstol S. Gregorio. Solo se detuvo un poco de tiempo en la Mingrelia, parte septentrional de la Georgia, á lo largo del mar Negro, y tomó el camino hácia la Persia con una veintena de persas que habia atraido á la fe. Tuvo el honor de ser presen-

tado al rey de Persia, á quien ofreció un pequeño tratado de la fe cristiana que habia escrito en lengua persa. Habiendo recibido este príncipe con bondad el libro, permitió al autor predicar en sus estados. Hé aquí un nuevo camino abierto para la predicacion del Evangelio, y una nueva carrera que el celoso predicador iba á recorrer, cuando recibió las cartas del papa Urbano VIII, que le ordenaba dirigirse en calidad de nuncio cerca del rey de Polonia, para algunos negocios que interesaban á la religion y á la paz de la Iglesia en aquel reino. Paulo obedeció prontamente las órdenes de Su Santidad, y tomó su camino para Constantinopla, con la esperanza de obtener algun fruto entre los armenios cismáticos que se hallaban en gran número en aquella ciudad imperial. El éxito correspondió completamente á sus deseos, pues extendida su reputacion por toda la Armenia, los de esta nacion, que negociaban en Constantinopla, manifestaron una grande alegría á su llegada; y lo que no habian hecho quizá nunca con otro ministro del Papa, no contentos con haberle recibido con toda clase de respetos, le suplicaron quisiese predicar en su iglesia, lo que hizo durante más de quince dias delante de un numeroso auditorio y á satisfaccion de todos. Si el predicador manifestó mucha ternura hácia un pueblo, para cuya instruccion parecia especialmente predestinado, los armenios manifestaron por su parte hasta lo último su buena voluntad y su docilidad para abrazar todas las verdades que se les enseñaban. Habiendo recibido su sumision á la Santa Sede y arreglado todas las cosas de aquella Iglesia, como podia al ménos permitirlo el poco tiempo que allí se detuvo, les dejó uno de sus compañeros con instrucciones suyas, y continuó su viaje con esta nueva prenda de que el Señor se hallaba con él para bendecir sus empresas. A su entrada en el reino de Polonia encontró cuatro señores enviados por el Rey para recibirle y conducirle delante de S. M. polaca con los honores que se acostumbran á dar á un legado del Papa. Este príncipe (llamado Ladislao Sigismundo, no ménos recomendable por su piedad, su religion y su amor á la justicia que por el ánimo y valor de que habia dado las mejores pruebas en sus guerras con los moscovitas y en la derrota de Osman, sultan de los turcos) tuvo muchas conferencias particulares con el Nuncio, relativas á los negocios de la Iglesia de Polonia y á las frecuentes disputas de los armenios, que habiéndose multiplicado mucho en sus estados, donde eran en gran número, excitaban tambien algunas turbaciones, perseverando los unos tercamente en el cisma, miéntras los otros obedecian á la Iglesia romana, de quien seguian la doctrina y prácticas. Esta division se habia manifestado principalmente en Luron, á que los alemanes llaman Lembourg, y los franceses Leópole, ciudad del reino de Polonia y capital de la Rusia Baja. Se asegura que con la sabiduría, celo y prudencia del Nuncio, y con la fuerza de sus dis-

cursos, siempre sólidos y patéticos, fueron felizmente terminadas todas las contiendas de los armenios, y hasta que las cortó de raíz, aunando todos los espíritus en una misma profesion de fe y en las mismas prácticas. Los que habian vivido hasta entónces en el cisma á ejemplo de sus padres, reconocieron, por último, las dos naturalezas de Jesucristo, recibieron con sumision las definiciones del concilio general de Calcedonia, que habia anatematizado su herejía en el siglo V, y prometieron no cantar ya en sus iglesias el elogio de Dioscórides, autor de su cisma y justamente anatematizado por el mismo concilio. El Nuncio apostólico hizo en Leópole lo que habia hecho anteriormente en el monasterio de Egmiathin, es decir, que habiendo leido con cuidado los libros de los armenios, los purgó de todos los errores que contenian, y los arregló conforme á la doctrina de la Iglesia católica. Treinta años despues, en 1666, el P. Pidon, religioso teatino, hizo lo mismo en Raminieck, capital de la Podolia, donde segun Clemente Galano habia sido enviado por la Congregacion de la Propaganda. El rey de Polonia vió, sin embargo, con tanta más satisfaccion el éxito con que el cielo habia favorecido los esfuerzos de nuestro Nuncio, cuanto que deseaba con grande ardor la union de sus súbditos los armenios. Estos hábiles negociantes eran demasiado útiles á su reino para que pudiera resolverse á arrojarlos de él. Pero sus cuestiones iban algunas veces tan léjos, que sufria considerablemente el reposo de los pueblos. El celo, por otra parte, de este buen príncipe por la pureza de la fe y la salvacion de las almas, no le permitia ver con indiferencia esta diversidad de opiniones en materia de religion. Miró, pues, como un servicio muy importante el que el P. Paulo acababa de hacerle, y manifestó de la manera más terminante el aprecio que haria de este varon apostólico, que habia comenzado á estimar ántes de haberle conocido, pues S. M. habia decidido pedirle al Sto. Padre por solo su reputacion. Los cardenales de la Propaganda, atentos siempre á lo que puede favorecer los progresos del Evangelio, no vacilaron en aprovechar las felices disposiciones de este soberano hácia el Nuncio, para hacerle pedir al rey de Polonia que estableciese en la ciudad de Leópole un nuevo colegio en favor de doce jóvenes armenios, los cuales serian educados en la pureza de la fe católica de tal manera, que al salir de allí se hallasen en estado de trabajar en la instruccion de sus compatriotas y en su conversion. «Todo esto, dice un »autor, consta por muchas cartas escritas sobre este asunto por los cardena»les, é insertadas en una obra del P. Paulo.» Cuando en 1638 regresaba nuestro misionero á Italia para dar cuentas á la Sagrada Congregacion de todo lo que habia pasado, tanto en la Armenia Mayor como en el reino de Polonia, fué cogido en el mar por unos piratas mahometanos, que le condujeron á Túnez y le redujeron á una ruda esclavitud. Su ordinaria pacien-

cia y firmeza no le abandonaron en esta nueva prueba, y se vió libertado por la diligencia del general de la órden de Sto. Domingo, que mandó pagar su rescate. Vuelto al fin á Roma, recibió del papa Urbano VIII y de la Congregacion de Cardenales una parte de los elogios que eran debidos á sus largos servicios. Para darle ocasion de continuarlos, se le encargó ver y corregir una version que se acababa de hacer de toda la Biblia en lengua armenia, y se le permitió imprimir algunas obras que habia compuesto en el mismo idioma. Pero ni sus facultades, ni la corta morada que hizo en Roma, le pusieron en estado de ejecutar por entónces este designio, que llevó á cabo despues, bajo el pontificado de Inocencio X ó de Alejandro VII, segun el Padre Echard. Habiendo recibido, por último, nuevas instrucciones de la Santa Sede con diferentes cartas que creyó el Papa conveniente dirigir al Patriarca y á los obispos de Armenia, partió Paulo por segunda vez de Italia para ir á continuar ó comenzar su segunda mision. Sostiénese que á ruego del rey de Polonia pasó por sus estados, y que no llegó á Armenia hasta 1642. La série de sus tareas apostólicas y la relacion de sus hechos hasta 1664 podrian enriquecer su historia, si en la narracion que ha hecho de ella se hubiera tenido más cuidado en marcar las fechas, para no confundir lo que precedió á su episcopado con lo que hizo durante los nueve años que ocupó la silla de Naxivan, donde no fué elevado hasta 1655, el último año del pontificado de Inocencio X y el primero de Alejandro VII. Lo que se puede asegurar con más certeza es que durante el transcurso de tantos años, el infatigable ministro del Señor tuvo siempre las armas en la mano para combatir los vicios, las supersticiones, el cisma ó la herejía. Simple misionero ó arzobispo, no dejó de instruir, de catequizar, de disputar ó de predicar; y las penosas funciones del apostolado en muchas grandes provincias no le impidieron tomar con frecuencia la pluma, ya para explicar los misterios de nuestra santa religion, segun las necesidades de los pueblos y los deseos de algunos príncipes, ya para defender las verdades ortodoxas contra los ataques de algunos doctores cismáticos. El mismo nos ha dejado el catálogo de sus obras, de las que son las principales: 1.° Un tratado con el título de *Economía de nuestro Salvador, ó explicacion del inefable misterio de la Encarnacion por solo los oráculos de los profetas.* El rey de Persia habia invitado á nuestro autor á llevar á cabo este trabajo.—2.° Un tratado apologético relativo al dogma de las dos naturalezas de Jesucristo, probado por S. Cirilo de Alejandría y defendido contra los escritos de Simon, doctor armenio. — 3.° Una apología sobre el mismo asunto contra el príncipe Esteban.—4.° Otra contra Niersen, sacerdote de la misma nacion.—5.° Algunas respuestas á las dudas de los armenios.—6.° Las cartas de S. Leon relativas á la Encarnacion, una de S. Cirilo y las actas del concilio de Calcedonia, traducido todo al arme-

nio. El autor escribió tambien la apología del mismo concilio, que los discípulos de Eutiques y de Dióscoro no cesaban de atacar hacia 1200 años. Esto dió ocasion á tratar otras muchas cuestiones; la de la caida de la iglesia de Armenia, de la unidad de la Iglesia católica, de la primacía de su jefe, de la perpetuidad de su doctrina relativa al purgatorio, el infierno y el paraíso, pues entre los armenios separados de la Santa Sede es una opinion, ó más bien un error y una herejía bastante comun, que las almas de los santos no entran en el paraíso, ni las de los condenados en el infierno ántes del juicio final, y que no existe el purgatorio, aunque no dejan de rezar por los muertos ni de ofrecer el sacrificio de la misa por su descanso. Además de estas diferentes obras de controversia y algunos otros tratados teológicos, nuestro autor compuso otros muchos, tanto para facilitar á los misioneros europeos aprender la lengua de los persas y la de los armenios, como para poner á estos en estado de leer los libros latinos. Con este objeto hizo dos diccionarios, uno latino-persa y otro armenio y latino, al que unió una gramática armenia. Tambien es muy apreciado su directorio para la correccion de los libros armenios : *Directorium ad purgandos libros armenorum.* No podemos asegurar que hayan sido impresos todos estos libros, pero sabemos que los dos primeros lo fueron en Viena en 1696. El que habia compuesto Paulo á peticion del rey de Persia fué dedicado despues al papa Alejandro VII, hallándose un ejemplar en la Biblioteca Real de París y otro en la de Casanate de Roma. No entraremos en más detalles sobre los actos de nuestro ilustre Arzobispo, y tampoco diremos nada del sínodo nacional que se pretende habia reunido con autoridad del Papa, pues nada sabemos de lo que se decidió en esta asamblea. Nos basta con hacer observar que el monasterio de Eguicathin, de donde se sacaban con más frecuencia los obispos de la nacion, ha conservado por largo tiempo la pureza de la fe, que habia hecho abrazar Paulo á los que gobernaban esta ilustre comunidad. Como algunas poco instruidas de este hecho dicen que se verificó veinte años despues, y le atribuyen á Clemente Galano, el Dr. Tomás, patriarca de Armenia, quiso dar un testimonio público á la verdad en favor de Paulo, lo que hizo en 1656, hallándose en Viena por razones que ignoramos, ó quizá por una irrupcion que los turcos habian hecho en el país de Erivan, sometido al rey de Persia. Hé aquí sus palabras : «Nadie ignora en Oriente que el patriarca »Ciriaco ha sido llamado y convertido á la fe católica por la doctrina y las pre»dicaciones del P. Paulo, arzobispo en la actualidad de Naxivau, y tampoco »se ignora que ántes de la llegada del P. Galano á Constantinopla habia su»frido el mismo prelado grandes persecuciones de parte de los cismáticos. Lo »que puedo asegurar, como testigo ocular, yo Tomás Vartablet, patriarca »de Armenia. Dada en Viena el 11 de Octubre de 1656.» Cuando las debili-

dades de la ancianidad, aumentadas mucho más con los trabajos del ministerio apostólico, no permitieron al arzobispo de Naxivan continuar los mismos cuidados á un rebaño que la conversion de los cismáticos y de los infieles habia hecho numeroso, deseó que su lugar fuese ocupado por otro, y el papa Alejandro VII escuchó favorablemente en la apariencia su peticion, llamándole á Italia. Las miras, sin embargo, de Su Santidad y las del piadoso prelado no eran enteramente las mismas. Este no pensaba ya más que en pasar el resto de sus dias en la tranquilidad del claustro, ocupado únicamente de su salvacion, por medio del ejercicio de la penitencia y de la oracion. Pero el soberano Pontífice, que no habia consentido en su regreso más que para saber de su boca el verdadero estado de la iglesia de Oriente, creyó, por el contrario, que los pueblos no debian verse privados del socorro, que un hombre tan santo como experimentado podia procurarles todavía. Al aceptar por lo tanto la decision del arzobispo de Naxivan, le encargó del cuidado de la iglesia de Besignano en la Calabria, cuya sede depende inmediatamente de la de Roma. Obligado á ceder á la voluntad del vicario de Jesucristo, tomó Paulo posesion de esta iglesia en 15 de Diciembre de 1664, y la gobernó con acierto por el espacio de casi tres años. Despues de mil gloriosos trabajos, que hacen su memoria muy apreciada de la posteridad, fué á descansar en el Señor el 28 de Mayo de 1667. — S. B.

PAULO DE S. SEBASTIAN. En la *Historia de las Ordenes religiosas y militares* se hace mencion, página 21 del prefacio del tomo I, del hermano Paulo, que pretendió probar que la órden de religiosos Hospitalarios reconoce al patriarca Abraham por su fundador, al que siguieron los patriarcas Lot, Laban, Tobías y otros, á los cuales cuenta como generales primitivos de su Orden. Pretendió tambien probar que las casas de los expresados Patriarcas, así como las de la viuda de Sarepta, de la Sunamitis y aun la Piscina probática de Jerusalen, fueron conventos de esta Orden. El celo por su religion y su extremada piedad llevaron á este religioso, lo mismo que al P. Papebroch, que fué de su misma opinion, á remontar á tanta antigüedad el orígen de la órden de los Hospitalarios, buscando en las Sagradas Escrituras símiles con que poder afirmar una opinion, que no tenia en concepto de los críticos más fundamento que su exagerada piedad en este sentido, y su deseo de engrandecer la comunidad en que servian á Dios con tanto entusiasmo, no faltando quien pretendia que fué por contrariar á los Carmelitas, que se creian los primeros y más antiguos religiosos del mundo. —C.

PAULO DEL VALLE (P.), jesuita, compañero del célebre P. Enrique Enriquez, y digno discípulo de tal maestro, por lo que le alabó mucho San Francisco Javier. Entró en la Compañía de Jesús en Coimbra, á 6 de Noviembre de 1547. De una cédula en que escribió un voto que hizo el dia de

la Purificacion de nuestra Señora, se infieren su patria y padres; dice así: «Soy natural de Coimbra, hijo de Alfonso Martin, ya difunto, y de Catalina del Valle, su legítima mujer, habitantes en dicha ciudad.» En este papel hace voto de aceptar el grado de profeso ó coadjutor, como parezca á sus superiores. En el año 1548, siendo novicio todavía, pasó á la India en compañía del P. Gaspar Barzeo y de otros religiosos. El viaje, como escribió el mismo Padre, fué tan feliz que llegaron el 6 de Agosto á Mozambique sin haber tenido ninguna pérdida de tiempo. Partieron de Mozambique á 12 de Agosto, y llegaron á Goa en 10 de Octubre, desde donde escribió una carta este siervo de Dios, que manifiesta la alegría que sintió su alma cuando vió y trató á S. Francisco Javier; dice así: «Sabrán, carísimos hermanos, que cuando »llegamos á la India estaba nuestro bendito P. Mtro. Francisco en el cabo de »Comorin, y habia seis meses que los que estaban allí gozaban de su presen»cia, que es muy de desear, y plugo á Dios nuestro Señor que á los ocho »dias del en que llegamos me enviaron para donde él estaba, tanto para »quedarme en el cabo de Comorin como para llevar las cartas que venian de »Portugal. Le hallé en una ciudad, cien leguas de Goa, la cual llaman Co»chim, y dista otro tanto del cabo de Comorin. Mas quién podrá explicar la »gloria que sintió entónces mi alma? Pero no sé qué le diga, pues mis »palabras son muy tibias para elogiar lo suficiente á este siervo de Dios, á »quien nunca hallé semejante. Su boca nunca deja de decir loado sea Jesu»cristo, con tanto fervor que causa admiracion á los que hablan con él. Es»tuvimos cinco dias, de los cuales no pasarian veinte horas que no estuvié»semos juntos. No se harta de preguntar por los hermanos y por todo lo que »por allá pasa, principalmente por el P. Provincial y por el P. Ignacio, y »tambien por el P. Estrada. Anda siempre muy ciego de amor de Dios. Al »cabo de cinco dias partió para Goa con grande deseo de ver al Padre que »venia para ser rector del colegio.» Hasta aquí parte de la carta de este siervo de Dios, escrita desde Comorin en el mes de Diciembre del mismo año que llegó á la India. —Trabajó con incansable celo en la costa de Pescaria, y se dedicó al estudio de la lengua con tanto cuidado, que ya al año siguiente podia confesar en ella segun se infiere de una carta del P. Enriquez en que se leen estas palabras: «Para esta Cuaresma que viene, con ayuda del »Señor, el P. Paulo y yo confesaremos, porque está muy adelantado en la »lengua y juntamente en el espíritu; tambien sabe leer algo de la lengua »malabar, la cual es muy dificultosa de aprender.» Ocupábase el siervo de Dios en los mismos ejercicios en que el P. Enriquez, de enseñar á los cristianos y bautizar á los niños y adultos convertidos. Tenian aquellas gentes una supersticion que era muy útil á sus hijos; luego que nace alguno consultan á sus hechiceros, preguntándoles si el niño nace en bueno ó mal dia,

y si dicen que en buen dia, le crian, porque creen que ha de ser feliz; pero si decian que en mal dia, le llevaban á los cristianos para que le criasen como cosa que ellos no querian, por ser origen de desgracias. A estos niños criaban los cristianos con tanto amor como á los suyos propios, siendo muchos los que de estos bautizaban los Padres misioneros. Estando el P. Paulo del Valle ocupado en estos santos ejercicios, y hallándose una vez predicando, cayeron sobre él unos indios rebeldes, le prendieron y llevaron tierra adentro; tratáronle en la prision con grande rigor, dándole tan solo un poco de arroz y agua para su sustento. Los cristianos tomaron con esta ocasion las armas y fueron á sacarle de su prision. Llevároule á la playa, donde los fué siguiendo gran muchedumbre de bárbaros, y apénas se pudieron embarcar con grande trabajo. Todos los padecimientos que sufrió en esta ocasion le causaron una fiebre que le consumió la vida. El P. Enriquez contó su muerte en una carta á los Padres y Hermanos del colegio de Coimbra con estas palabras. «Bien conozco que teneis grandes deseos de tener noticias »de lo que obra nuestro Señor en esta cristiandad de la Pescaria, por ser la »mayor que se halla en todas estas partes de la India, donde, segun parece, »se hace mucho fruto para nuestro Señor. Primeramente les doy cuenta de »nuestro carísimo P. Paulo del Valle, el cual hallándose ya muy instruido »en la lengua malabar, así en hablarla como en leerla y escribirla, con lo »que hacia mucho servicio á Dios, que bien sabe cuán necesario nos era, »mas queriendo premiar la virtud de su siervo, tuvo por bien llevársele en »breve tiempo de esta vida, á 4 de Marzo de 1550. Causó su muerte una »tísis, ocasionada por los muchos trabajos que padeció por Dios en esta mi»sion, y no da Dios nuestro Señor grandes consuelos á los que en ella traba»jan fielmente, sino porque los tales pasan *per ignem et aquam*. Estuvo en»fermo tres meses, en los cuales padeció grandes dolores y tormentos.» Escribieron la vida de este Padre: el P. Guerrero en sus *Elogios;* el *Agiologio Lusitano*; el P. Nadari en el *Annus dierum*, donde asegura que decia de él San Francisco Javier ser hombre insigne en perfeccion y virtud. —S. B.

PAULO (Antonio de). Fué el XL gran maestre de Malta, y nació en Tolosa año de 1550. Ingresó como caballero de aquella Orden en 1590, y en 1612 llegó á ser comendador y gran cruz por la proteccion del cardenal de Joyeuse, su pariente cercano; despues fué gran prior, y por último, gran maestre con fecha del 10 de Marzo de 1623. Su eleccion encontró muchos opositores, y le acusaron al propio tiempo de dudosa capacidad y de ser poco arreglado en sus costumbres. Sea de esto lo que quiera, puede al ménos asegurarse que durante su magisterio caminó en muy poco de acuerdo con la autoridad de la Santa Sede, ocupada á la sazon por Urbano VIII, y tambien que las armas de la Orden no alcanzaron por entónces grandes

lauros, logrando por el contrario los turcos algunas ventajas contra los caballeros en distintas ocasiones. A su advenimiento dió en decirse que habia á un mismo tiempo en Europa tres cosas, y que parecian hechas para causar asombro, á saber: una reina de Inglaterra (Isabel), que moria doncella; un rey de Francia (Enrique IV), que no era católico, y un gran maestre de Malta que no era noble. La nobleza de su familia era reciente. Paulo murió el dia 10 de Junio de 1636.—C. de la V.

PAULO (Pedro), jesuita, natural de la ciudad de Málaga en el reino de Granada, llamáronse sus padres Jacobo Ferrer y Luisa Segado. Siendo mozo de singular ingenio se consagró al estúdio de las ciencias, en las que salió consumado, y se graduó de doctor en sagrada teología; y aunque se aplicó mucho á las ciencias no lo hizo ménos á la virtud, en la que tuvo por maestro al venerable varon el P. Juan de Avila. Siendo ya sacerdote, se fué con el P. Fernando Perez á ofrecer á S. Francisco de Borja, para que le admitiese en la Compañía de Jesús. Entró en el colegio de Alcalá á 2 de Julio de 1559, teniendo la edad de treinta años, y luego fué enviado con el P. Fernan Perez al noviciado de Evora, así para continuar en él, como para ser maestro de la nueva universidad. Eran maestros al mismo tiempo que novicios, enseñando las letras y aprendiendo la virtud en que habian salido tan consumados de la escuela del P. Avila. El P. Paulo fué nombrado catedrático de Sagrada Escritura, ocupacion que desempeñó por veinte años sin interrupcion, porque concurrian en él las más relevantes prendas, pues como dice el P. Tellez fué hombre muy erudito, doctor muy conocido por su mucha religion, admirable doctrina y extraordinarios conocimientos en todas las letras así divinas como humanas. Poseia con la misma profundidad las tres lenguas latina, griega y hebrea. Era de tan vasta memoria en todo lo que se referia á la Sagrada Escritura y erudicion de crónicas antiguas, conocimiento de historias, cosmografía de tierras, cómputo de siglos, anales de autores, noticias cronológicas y sucesos de tiempos, que con razon le llamaban *Biblioteca viva*. Despues de explicar Escritura los años referidos, fué por otros muchos canciller de la universidad. Siendo ya viejo, le enviaron á la casa profesa de S. Roque con el cargo de receptor y calificador del Santo Oficio, viviendo allí por más de diez y ocho años con singular entereza de costumbres y aceptacion de los inquisidores, que le respetaban mucho por su sabiduría y todavía más por su virtud; fué esta como el esmalte de la sabiduría de este admirable doctor, el cual siendo tan eminente, tuvo de sí un concepto tan bajo que lo manifestaba claramente en sus palabras. Su humildad nos privó de sus doctísimos escritos; pues aunque desearon y procuraron los superiores que los diese á la prensa por la grande honra que de ellos se seguiria á la Compañía, como tenia formado de ellos un concepto muy

contrario, siempre estuvo muy distante de este designio. Era tan sencillo, que no sabia lo que fuesen fingimientos, y era verdad cuanto se podia decir de él en abono de esta virtud. Procedia de aquí el creer todo lo que le decian, por no parecerle que en este mundo habia engaños, midiendo á los demás por sí, imaginando que nadie podia tener una cosa en el corazon y otra en las palabras. Parecia en todo uno de aquellos santos doctores de la Iglesia, muy austero y penitente para consigo, para con los otros la misma benignidad, compadeciéndose de las aflicciones ajenas tanto como otros de las propias. Visitaba y consolaba á los enfermos; en una palabra, el P. Paulo era un hombre todo de Dios, y lo mostraba en sus acciones. Quiso Dios coronar sus virtudes con un largo padecimiento de dos años, que pasó en cama, dando en ellos los mismos indicios de santidad que habia dado ántes de caer enfermo, y por fin de este penoso martirio fué Dios servido de llevárselo para sí en la casa de S. Roque á 2 de Junio de 1618.—S. B.

PAULO (Pedro), presbítero armenio. Escribió: *Doctrina cristiana*, obra traducida en armenio, y publicada en este idioma y en el latin, 1634, en 4.°; 1667, en 8.°—O. y O.

PAULO (Sergio), procónsul romano, convertido por S. Pablo, y cuya conversion se refiere en los *Actos de los Apóstoles* de este modo: «Habiendo »ido Saulo y Bernabé por toda la isla hasta Pafos, dieron con un judío má»gico y falso profeta llamado Bar-Jesu, que estaba con el procónsul Sergio »Paulo, hombre de edad y prudente, el cual envió por Bernabé y Saulo, »porque deseaba oir la palabra de Dios. Mas Elymas, esto es, el mágico, »los resistió, esforzándose por estorbar al procónsul que abrazase la fe. En»tónces Saulo, que tambien se llamó Pablo, lleno del Espíritu Santo, y mi»rando á este hombre con fijeza le dijo: Oh tú! hombre lleno de todo gé»nero de supercherías y embustes, hijo de Satanás, enemigo de toda justi»cia, ¿nunca cesarás de poner obstáculos en los caminos rectos que el Señor »ha establecido? Ahora está la mano de Dios sobre ti, y vas á quedar ciego, »sin que puedas ver la luz del sol hasta pasado algun tiempo. Al punto se »cubrieron sus ojos de oscuridad y tinieblas, y volvíase de todos lados para »buscar alguno que le diese la mano. Viendo este milagro el procónsul, »abrazó la fe y admiró la doctrina del Señor.»—C. de la V.

PAULUCCI (Fabricio). Este cardenal del Sacro Colegio Romano, del que llegó á ser decano, nació en Forliz, ciudad de los Estados eclesiásticos, el dia 3 de Abril de 1651. Habiendo hecho sus estudios con aprovechamiento, abrazó el estado eclesiástico; fué nombrado á los treinta y cuatro años obispo de Macerata y de Tolentino á un tiempo en la Marca de Ancona, recibiendo la consagracion en 1695. Despues se le nombró en 1696 arzobispo de Fermo y nuncio apostólico en Colonia, de donde pasó en 1698 de nuncio

extraordinario cerca de la república de Polonia, declarándole al propio tiempo obispo de Ferrara. Fué creado cardenal el 22 de Julio de 1697 ; pero reservado *in petto*, no fué declarado tal hasta Diciembre de 1698. Subiendo al trono pontificio el papa Clemente XI el 3 de Diciembre de 1700, nombró á Paulucci su primer ministro y secretario de Estado; y á fin de poder desempeñar mejor este destino, dimitió en 1701 su obispado de Ferrara. El año 1709 fué nombrado para llenar las funciones del gran penitenciario de la santa Iglesia romana, vacante por muerte del cardenal Leandro Colloredo, cuyo título se le proveyó en Junio de 1710. Dejó el título de S. Juan y S. Pablo para optar al obispado de Albano, que habia quedado vacante por muerte del cardenal Fernando de Adda, para el que fué propuesto por el cardenal Paracciani, vicario de Roma, en un consistorio el 8 de Febrero de 1719. Subiendo al pontificado Inocencio XIII le exigió éste dimitiese sus cargos de secretario de Estado y de gran penitenciario, ofreciéndole el 9 de Mayo de 1721 el cargo de vicario general, vacante por muerte del expresado cardenal Paracciani. Aceptó Palucci y dimitió la penitenciaría en favor del cardenal Conti, hermano del nuevo pontífice, despues de cuya muerte su sucesor Benedicto XIII le restableció en el cargo de secretario de Estado, conservándole en el vicariato de Roma el 31 de Mayo de 1724. Llegando á ser subdecano del Sacro Colegio por la exaltacion del último papa, optó al obispado de Porto, que propuso el Papa para él en su primer consistorio el 12 de Junio del mismo año 1724. Muerto el cardenal Giudice, ascendió Paulucci á decano, y los obispados de Ostia y de Veletri fueron propuestos para él por el Papa el 19 de Noviembre de 1725 en un consistorio en que pidió el *pallium*, que recibió con toda ostentacion al siguiente dia de manos de Su Santidad en la capilla Sestina del palacio del Vaticano. Murió este Cardenal en Roma, despues de una penosa y larga enfermedad, en la noche del 11 al 12 de Junio de 1726 á la edad de setenta y cinco años, dos meses y ocho dias, y á los veintiocho años, diez meses y veinte dias de cardenalato. Si bien dejó sus bienes este Cardenal á su sobrino el marqués de Paulucci, que era el último de su familia, por si este moria sin ella, como sucedió en 1720, nombró el Cardenal por heredero con la obligacion de llevar su nombre á su sobrino Cosme Merlini, que tomó el título de marqués de Paulucci, y casó en 1723 con Lucrecia Calcaguini, nieta de Cárlos Calcaguini, auditor de la Rota, perteneciente á una familia originaria de Ferrara. Dice Moreri en su *Diccionario histórico*, que este nuevo marqués fué hermano de Camilo Merlini Paulucci, arzobispo de Iconia, camarero del Papa y secretario de cifras, al que el Cardenal dejó una pension nombrándole heredero despues de su hermano si moria éste sin sucesion. — C.

PAULUCIO DE TRINCIS (Venerable Fr.). Padecia detrimento la entereza de

las primitivas observancias de la religion de S. Francisco, con verdadero sentimiento de los celosos católicos que deseaban su remedio, habiendo permitido Dios tomasen fuerza algunos abusos, cuando intentaron algunos reformar las malas costumbres introducidas. Consiguió próspera fortuna en este propósito el venerable Paulucio de Trincis, llamado tambien de Fulgino, que con pureza de intencion y santo celo entró en aquella dificultosa empresa con la lentitud suave por una parte, y por otra con la presurosa diligencia que exigen los asuntos de importancia. Para lograrlo eligió medios eficaces, y en esto llevó ventajas á sus predecesores. Nació este varon ilustre en la ciudad de Fulgino, de la nobilísima familia de los Trincis, originaria de Suecia, y que pasó á Italia en tiempo del emperador Encobardo. Dió desde su niñez pronósticos ciertos de su futura santidad con la seriedad de las buenas costumbres. A la bondad de su índole ayudó mucho la cuidadosa educacion de su madre, señora muy devota, que reconociendo la pronta inclinacion de su hijo á las virtudes, le suministraba consejos y ejemplos para que las perfeccionase. Instruido en la casa de sus padres en las primeras letras, y siguiendo las inspiraciones divinas del amor al claustro, eligió el estado religioso en la órden de S. Francisco, en cuyo convento de Fulgino pidió el hábito. Su nombre propio en la fuente del bautismo fué Paulo, pero los religiosos, viéndole en el noviciado tan desmedrado le llamaban Paulucio, que en nuestro idioma equivale á Paulico. Acomodóse, sin embargo, su humildad con la disminucion que le cercenaba el nombre, y usó siempre del diminutivo. Hízose cargo en el nuevo estado de las mayores obligaciones que se habia impuesto de consagrarse todo al servicio de Dios, y animado con este conocimiento, obraba en las dos vidas, activa y contemplativa, con incesante aplicacion. Humildísimo, nunca estaba más contento que cuando se empleaba en los ejercicios más ínfimos del servicio de la comunidad; y así recibia singulares favores del cielo, sentimientos dulcísimos de la bondad divina é ilustraciones muy particulares de los sagrados misterios de la fe. Profesó Paulucio, y se afligia de ver oscurecido el oro purísimo de la apostólica pobreza y amortiguado aquel hermoso color que arrebataba los ojos y los afectos del mundo. Considerábase un pobre lego, que no podia contrastar con la presuntuosa sabiduría de los mayores, que, interesados en sus conveniencias, se defendian del grave daño que padecia la religion, arrastrando á la relajacion con sus sofismas y autoridad á los simples, y esta consideracion era un torcedor continuo que tenia su corazon atormentado. Rogaba á Dios, por la intercesion de su glorioso confesor Francisco, despertase en esta religion, toda suya, un espíritu valiente que la restituyese á su esplendor antiguo, y tuvo luz especial divina de que verian sus ojos el logro de sus deseos, alentando con esta esperanza sus fervores, muy ajeno de pensar que en empre-

sa tan árdua y gloriosa pudiese tener el más pequeño influjo. Despertando con la voz de las exhortaciones á los que dormian en la quietud peligrosa de la omision, hablaba con algunos prelados y religiosos graves para que mirasen por el bien público de la religion, y este grito de la verdad sonaba en sus oidos, causando fuerte impresion y levantando un furioso torbellino. Empezaron algunos á acusar á Paulucio, censurando sus designios con la nota de novedad, haciendo comentarios odiosos de las reformas intentadas por los espirituales y gentilistas, por los cuales sucedieron los últimos disturbios, recordando que Fr. Gentil era un lego, y otro lego volvia ahora á mover esta misma pieza. El aguacero de esta persecucion cogió más de lleno al venerable Fr. Tomás de Fulgino, que con Paulucio eran los más vivos agentes de esta santa causa. El primero se aplicó á las misiones de Oriente, y padeció glorioso martirio en Bulgaria. El segundo se valió de la grande autoridad de Ugolino de Trincis, su tio, señor de Fulgino, que negoció con los prelados el permiso de que viviese solo y retirado en el castillo de la misma ciudad, prision algunas veces para los delincuentes de la nobleza, y que eligió Paulucio para poner en libertad pacífica su ánimo, que en la furiosa borrasca de la persecucion zozobraba inquieto. En este castillo le hicieron compañía sus santos pensamientos, y en este retiro recibia mercedes de Dios, hallándole un dia los habitantes de Fulgino en maravilloso rapto; gozando la paz de su espíritu, no levantó mano de sus antiguos propósitos, reconviniendo con cartas y eficaces amonestaciones á los amigos que tenia ganados para coadjutores de su celo. Habiendo llegado á Fulgino Fr. Tomás de Farignano á celebrar el capítulo de la provincia de S. Francisco, Ugolino, tio de Paulucio, se esmeró devoto y liberal en asistir á los capitulares haciendo con mucha galantería los gastos. Concluido el capítulo, el general con sus compañeros visitó su casa, dándole las gracias por sus abundantes, beneficios. Dijo entónces que su devocion y buen deseo de servir á la Orden le daba alientos para pedir al Reverendísimo una gracia de poco momento, pero de estimacion suya, y era que concediese á su sobrino Fr. Paulucio el pequeño convento Bruciano, en un desierto, para que con otros compañeñeros amigos suyos, celosos de la más estrecha observancia de la regla, viviesen en él empleados en el mayor servicio de Dios. No halló medio el General de negar esta gracia, cuando se confesaba obligado por beneficios, y se la concedió con apariencia de gusto. Apénas volvió al convento y los padres supieron la concesion, se opusieron á ella, representando graves inconvenientes, acordándole las pasadas experiencias, cuyo ruidoso estruendo aún estaba ofendiendo sus oidos. Hízole fuerza al General esta representacion y revocó la gracia. Ugolino sintió mucho este desaire, tuvo por ligereza indigna la revocacion, y amenazó diciendo que lo que en los principios fué

rendida súplica, sería declarado empeño, porque no pasaria por el desaire de que se le negase lo ya concedido. El General, por no perder un amigo tan benéfico á la religion, reintegró la gracia. Vencidas las dificultades, entró Fr. Paulucio á la posesion de su convento con sus compañeros, todos buenos, pero no todos de igual constancia, pues algunos se rindieron pronto oprimidos por el rigor de la vida y las incomodidades del sitio. Soledad muy melancólica, cercada de lagunas, cenagosas aguas que inficionaban el aire, no pisada por humanas plantas sino en raras ocasiones, sirvió de motivo para que algunos la dejasen, llenando sus vacios otros de espíritu más ardiente, entre los cuales fueron Fr. Angelo de Monte-Leon y Fray Juan Estronconio, predicadores apostólicos de grande fama. Corrió la buena opinion de los nuevos moradores de aquella soledad, y á su ejemplo concurrieron tantos, que ya no cabian en las estrecheces del convento, siendo preciso ensanchar la fábrica. Ayudó con largas dádivas á esta obra Ugolino de Trincis, viendo tan logradas las diligencias que puso en su establecimiento, y llegaron á ser tantos los que celosos de la más estrecha observancia de la regla vinieron de otras provincias y conventos, que dió el mismo general Farignano providencia señalando otros conventos pequeños, dando alientos con la aprobacion y aplausos á la virtud, que ántes amilanada y encogida vivia en las sombras del silencio. El de Bruliano tuvo mucha estimacion por ser el primero y feliz orígen de la más copiosa familia que tuvo la religion franciscana. Favorecióle mucho el sumo pontífice Julio II, que noticioso de que era un fecundo seminario de santidad en una jornada que hizo por aquel paraje, torció el camino con siete cardenales, y visitó el convento, dejando memoria y una indulgencia perpétua plenaria, que se ganase en su iglesia todos los años en el dia del apóstol S. Bartolomé, que fué el dia que honró con su presencia aquella devota soledad. Padeció mucho Paulucio en promover la reforma; pero el feliz éxito de su empresa hizo apetecible su trabajo. Favorecióle el poder y la autoridad de los prelados, sin cuya sombra no hubiera podido resistir la fogosa actividad de sus émulos. Dióle el General la superintendencia de los nuevos conventos de la reforma con subordinacion á los principales, á quien pertenecia su distrito; y estos, viendo entera su jurisdiccion, usaban de ella favoreciendo su celo: lo cual, en sentir de los cronistas, fué una de las causas, si no la única, de que corriese á pasos tan presurosos la importancia de este negocio. Por este tiempo en la ciudad de Perusa levantó la cabeza la venenosa hidra de la secta de los fraticelos, hombres que, abusando de la austeridad, hacian paso por su fingida bondad á sus errores. La religion de S. Francisco sufrió mucho por ellos y con ellos. Su insolencia llegó al sumo descaro, ocasionando gran confusion y no poco descrédito á los religiosos, que consultaron lo que deberia hacerse en

este caso. Oyó Fr. Paulucio la demanda, y tomó por su cuenta el remedio. Con otro compañeró entró en Perusa en busca de los fraticelos. Desdeñaron estos la conferencia, dándole en ojos por la ignorancia que suponian por cierta en un lego: mas él les dijo: «¿Con qué título pre»tendeis parecer hijos de S. Francisco y secuaces de su regla, siendo como »sois inobedientes á la silla apostólica y despreciadores insolentes del Su»mo Pontífice, siendo la base principal de la regla de S. Francisco la obe»diencia al santo pastor y padre universal de la Iglesia, el Papa? ¿Hasta »cuándo ha de durar la afectacion infame de vuestra falsa penitencia, »haciéndola esclava de vuestra malicia? Vuestros errores y torpezas han fa»tigado á los tribunales del Santo Oficio, y vuestros secuaces han sido el ali»mento de sus vengadoras llamas, etc.» Quedaron los fraticelos pasmados, cubriendo sus rostros la palidez de la muerte, saliendo tan ajados de la conferencia con Paulucio, que trataron de juntarse para atender á los medios de su seguridad. Se convocaron para una quinta fuera de la ciudad, cuya media vivienda tenia el dueño alquilada á tres de ellos, los más principales, habiéndose reservado para su recreo la otra mitad. Como en la reunion levantasen el grito, movieron su curiosidad, y con cautela los acechó para imponerse del negocio que trataban. Era el punto principal de la controversia sobre jurisdiccion eclesiástica en aquellas dignidades que entre sí se repartian, formando cuerpo de la Iglesia distinto de el de la católica, decian era justo el castigo que sufrian por negar la obediencia á sus prelados legítimos, dándosela á intrusos. Dió cuenta el propietario á sus amigos, y acordaron espiar su modo de vida, diligencia que surtió efecto, descubriéndose su herejía é impiedades, por lo cual se vieron obligados á desaparecer fugitivos. El convento de S. Francisco de Perusa, que logró este triunfo por el celo de Paulucio, sacó licencias del ministro general para entregar á este con beneplácito de la ciudad el convento de S. Francisco del Monte, ganándose este aumento más á la reforma con el referido suceso. Favoreciéronle con grandes privilegios los generales que se sucedieron, y lo mismo á nuestro religioso, que disfrutaba ámplias facultades para el régimen de los conventos, confiados á su gobierno, y de las cuales podia usar sin consulta de los provinciales, bien que no dió ningun paso sin su consentimiento. Descubrió con esta práctica la sinceridad humilde de su ánimo, desnudo de ambicion, y en todo atento á la causa de Dios y de la religion. Con la práctica de las más excelentes máximas, tan virtuosas como políticas, aseguró su crédito y buen resultado, así como con las contrarias le han malogrado otros, perdiendo su reputacion. Lleno de dias y de merecimientos, llegó á la respetable ancianidad de ochenta años, y ya desde este tiempo su conversacion era con el cielo. El celo que tenia por la salvacion de las almas y el dolor de ver

la ingratitud con que los hombres desaprovechaban el fruto de la redencion, le ocasionó tan continuo llanto, que con sus amargas lágrimas apagó la lumbre de sus ojos, y quedó enteramente ciego. Entónces nombró por coadjutores en el cuidado de su reforma á Fr. Francisco Cico de Faviano, á Fr. Angelo de Leon y á Fr. Juan Estronconio. Súpose en Fulgino la ceguera que padecia, y la ciudad, ambiciosa de que prenda tan estimable é ilustre hijo suyo se cuidase, recurrió á Ugolino de Trincis para que solicitase con el General viniese Fr. Paulucio á morir á su patria, donde será siempre grata su memoria. Así se verificó con efecto, aunque con poco gusto del venerable siervo de Dios. Despidióse de su amado convento de Bruciano, tocando y besando las paredes, alabando este sitio, en donde cogió los primeros frutos de su trabajo; llamándole seminario de virtudes, escuela de religiosa enseñanza, depósito fiel de la santa pobreza y fuente de la regular observancia. Diéronsele dos compañeros para su viaje, pues no quiso admitir el carruaje prevenido, y entró de noche para evitar los aplausos de sus compatriotas. Al momento que llegó fué á visitarle su sobrino, y no se pudo negociar le admitiese, porque decia no entraria en su celda hasta que se confesase y purificase su manchada conciencia. Era Ugolino mozo y divertido; y aunque pudo sentir como desaire esta repulsa, respondió con gracejo: «A un viejo de ochenta años no hay que examinarle los caprichos, que tiene muchas licencias la vejez; mañana estará de otro humor, habiendo descansado de las molestias del camino.» Este corte dió con su discrecion para disimular el mal estado de su conciencia; mas á la mañana siguiente, debidamente preparado, confesó como verdadero cristiano y logró ser admitido á la presencia de su tio, que le agasajó mucho. Un año vivió en Fulgino, dedicándole á la contemplacion de las cosas divinas, exhortando y dando saludables consejos asi á los religiosos como á los clérigos. Cuando consideró se acercaban sus últimos momentos, hecha una fervorosa plática y recibidos los santos sacramentos, pidió perdon de lo que pudiese haber ocasionado turbacion á sus hermanos en el establecimiento de la reforma, con protesta de que su celo é intencion habia sido siempre á la mayor gloria de Dios y lustre de la religion. Estaba en su pobre tarima con la alegria de quien goza las mercedes divinas y sin la congoja de quien padecia dolores, cuando entregó su espíritu al Criador el 17 de Setiembre de 1391, en que celebra la Iglesia el milagro del Seráfico Patriarca, y á la edad de ochenta y dos años y sesenta y siete de religion. El concurso á sus exequias, no solo de la ciudad de Fulgino sino de los lugares confinantes, fué tan copioso que en algunos dias no se pudo dar sepultura á su cadáver. Viendo los religiosos ser cada dia mayores los concursos, rezelando los inconvenientes que en la dilacion de su entierro pudieran suceder, se resolvieron á darle en secreto sepultura,

y tan en secreto que se ignoró el sitio. Escriben de este varon admirable todos los cronistas, y entre ellos Mariano Florentino le celebra por insigne en el espíritu de profecía, y por el don de milagros en vida y despues de su muerte. —O. y O.

PAULULUS (Roberto), sacerdote de la iglesia de Amiens y autor de los tres libros de las ceremonias, los sacramentos, los oficios y los ritos eclesiásticos, que se imprimieron en un principio sin nombre de autor, siendo publicados despues con el de Hugo de San Victor en la *Biblioteca de los Santos Padres*, edicion de París de 1644, y más tarde en el tercer tomo de sus obras de la edicion de Ruan de 1648. Pero en un manuscrito de la abadía de Corbie llevan el nombre de Roberto Paululus, quien dice en el prólogo que hay poco suyo en esta obra, que compuso sobre diferentes libros que trataban de la misma materia, que no ha hecho más que compendiarlas tomando algunas veces lo que le parecia mejor, como haria un hombre que para obtener el grano más puro alejase las pajas, que si se encuentran algunas observaciones que no se hallen en las fuentes en que él ha bebido, las debe á los maestros que se las han dado de viva voz. El cartulario de la abadía de Corbie contiene muchas actas, que suscribió Roberto en 1174,1179 y 1184 en los términos siguientes: *Maestro Roberto Paululus, ministro del obispo de Amiens.* El primer libro de este autor trata de la dedicacion de la Iglesia, y de las ceremonias usadas en esta consagracion, de que da una explicacion alegórica y moral. Trata tambien de los sacramentos. Entónces se hacia todavía el escrutinio de los que debian bautizarse en la fiesta de Pascua, es decir, que se los instruia en la fe que debian profesar. Esto tenia lugar el miércoles de la cuarta semana de Cuaresma y recibian el bautismo la víspera de Pascua por medio de la triple inmersion. Las demás ceremonias, que acompañaban á la administracion de este sacramento, eran las mismas, excepto que despues del sacramento del bautismo se daba á los recien bautizados el cuerpo y la sangre de Jesucristo, lo que se suprimió despues. Si el bautizado era recien nacido, el sacerdote mojando su dedo en la preciosa sangre, se la daba á chupar al niño, si podia hacerse sin peligro: de otro modo no se le permitia á la participacion de la Eucaristía. Roberto se queja de la ignorancia de algunos sacerdotes, que en vez de dar á los bautizados la preciosa sangre bajo la especie de vino, no les administraban más que vino sin consagrar. Reconoce que el sacramento de la confirmacion no es necesario para la salvacion, excepto cuando deja de recibirse por desprecio. Dice que solo el obispo puede conferirle, y conferido por otro cualquiera debe mirarse como nulo. Los otros dos libros de Roberto Paululus se refieren á los detalles de los oficios eclesiásticos y de los ritos de la Misa, segun la diferencia de tiempos y de circunstancias. En el cap. XXXII del lib. II

manifiesta en términos muy claros el cambio del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo en virtud de las palabras sacramentales, ó de la virtud divina que opera el cambio en el momento que el sacerdote pronuncia las palabras. Pone el principio de la cuaresma en el miércoles de Quinquagésima, y dice que desde este dia durante toda la cuaresma se decia siempre Misa á la hora nona, es decir, á las tres, excepto los domingos en que se celebraba á la hora de tercia ó á las nueve. — S. B.

PAUSE (Juan de Plantavit de la), abad de Saint-Martin-aux-Boix, y obispo de Lodeve, procedia de una familia oriunda de Italia, la familia Strozzi. Nació en 1576, en el castillo de Marcassargue (el *Gevaudan*), en casa de su abuelo materno, que llevaba el nombre de Assas, tan glorioso despues. Dióle su madre á luz en las gradas mismas de un altar del oratorio del castillo, donde fué acometida por los dolores del parto, y no dejó de tenerse por sobrenatural esta circunstancia cuando La Pause, que habia sido educado por su padre en la religion protestante, la abandonó por ingresar en la Iglesia romana. Hizo estudios sobresalientes en la academia de Nimes, dedicándose especialmente al del hebreo, y en seguida abrazó el ministerio evangélico, cuyas funciones ejerció en Beziers con gran reputacion hasta el momento en que abjuró. Cambió de creencia, es verdad; mas no por eso trocó su estado: tomó pues las órdenes, y despues de recibir la investidura del sacerdocio, marchó á Roma para estudiar las lenguas orientales; el caldeo, bajo la direccion del rabino converso Domingo de Jerusalen, y el árabe y siriaco, guiado por el sabio maronita Gabriel Sionita. Despues viajó por Italia y Alemania con ánimo de aumentar su instruccion. Cuando regresó á Roma, empleóle Paulo V en las negociaciones que terminaron las diferencias de la Santa Sede con la república de Venecia. El embajador de Francia, que dirigia aquellas conferencias, formó un concepto brillantísimo de los talentos de La Pause, y le recomendó á María de Médicis, cuya princesa le hizo su limosnero. Más tarde, y en calidad de limosnero de la Reina de España, Isabel de Francia, siguió á esta princesa hasta Madrid, debiendo luego á la proteccion de aquella soberana el ser elevado á la dignidad episcopal. Los deberes de su nuevo cargo, que llenó en verdad con ejemplar exactitud, y los trabajos científicos á que se dedicaba, no absorbieron tan por entero su tiempo, que no hallase aún espacio para mezclarse, y más de lo que habria sido necesario, en las intrigas políticas. Creyendo no conspirar más que contra el cardenal de Richelieu, en lo cual tal vez pensaba hacer un servicio á su rey, tomó una parte muy activa en la revuelta de Gaston de Orleans y del mariscal Montmorenci, en el año 1632, y fué uno de los prelados de la provincia de Langüedoc implicados en aquella causa; por lo cual fué exceptuado de la amnistía por el primer ministro. Sin embargo, á

fuerza de sumisiones que le remitia desde el rincon de su escondite, junto con el homenaje que hizo al Cardenal, enviándole una obra suya, la *Chronologia præsulum Lodovensium in Galliâ Narbonensi*, obtuvo finalmente gracia, y fuéle permitido volver á su obispado. El libro á que en gran parte debió aquel favor, contiene las biografías de cien predecesores suyos, y la historia de sus propios trabajos en su diócesis.—No bien puso la planta nuevamente en su obispado, dió la última mano al gran Diccionario hebreo en que hacia veinte años estaba trabajando: en la advertencia al lector, que puso al principio de esta obra, dice que es el trabajo de toda su vida. La edicion se hizo bajo la inmediata inspeccion, por Colomyer, hábil impresor de Tolosa, que para este efecto le hizo venir á Lodeve, y la dividió en tres partes. Es un trabajo concienzudo; más ámplio, tan exacto y no ménos útil que los de Buxtorf y del P. Morin, en el mismo género, al cual añadió lo traduccion hebrea, que hizo en su juventud de las trescientas máximas tomadas de diferentes autores griegos y latinos. Obligado por sus padecimientos á dejar su obispado, se retiró La Pause en 1648 al seno de su familia, residente en el castillo de Margon, cerca de Béziers, donde murió á los tres años, el dia 21 de Mayo de 1651.—C. de la V.

PAUSIDES (S.), mártir. Murió degollado con una hoz en Cesarea de Palestina, el 24 de Marzo del año 303, por confesar la fe de Jesucristo, siendo compañeros de martirio en esta persecucion del emperador Diocleciano los Stos. Timolao, dos Alejandros, Agapio, dos Dionisios y Rómulo: la Iglesia los recuerda el dia de su martirio.—B. C.

PAUSILIPO (S.), mártir. Murió degollado confesando la fe de Jesucristo con el presbítero S. Teodoro, en un lugar de la provincia de Tracia, bajo el reinado del emperador Adriano: la Iglesia hace conmemoracion de él el 15 de Abril.—C.

PAUVELS (Nicolás). Nació en 1655, fué cura de S. Pedro, presidente del colegio de Arras, profesor Real de Catecismo, en Lovaina, su ciudad natal, y murió en 1715. Publicó una *Teología práctica;* Lovaina, 1715, cinco volúmenes en 12.°, que es bastante estimada.—S. B.

PAVAT (D. Santos), capellan de S. Segundo en la santa iglesia catedral de Avila; falleció en 1.° de Diciembre de 1850. La excesiva modestia de este sacerdote ha impedido sin duda que lleguen á nuestra noticia las que de su vida deberiamos consignar en estas líneas. Sábese, sin embargo, que se distinguió por sus buenas cualidades, habiendo hecho una brillante carrera y seguido sus estudios con aprovechamiento. Habia obtenido varios curatos, todos por oposicion, y ejercídolos con celo y acierto, mereciendo el afecto de sus feligreses por su caridad y piedad. Honráronle sus prelados con diferentes comisiones, todas las cuales desempeñó de una manera satisfactoria,

haciéndose acreedor á diferentes ascensos. Predicaba con frecuencia, y era incansable en el confesonario, obteniendo grande provecho y fruto. Pocos años ántes de su muerte hacia una vida en extremo retirada, preparándose para el supremo momento, que preveia no tardaria en llegar. Al acercarse esta hora estaba ya dispuesto, y recibidos los santos sacramentos con grandes muestras de religiosidad, entregó su alma al Criador en la fecha arriba indicada. Toda la poblacion de Avila asistió á sus exequias, que fueron muy solemnes, concurriendo el cabildo catedral, que le dió así una prueba del afecto que le habia profesado en vida, y de lo acreedor que era á toda clase de honras en su muerte. —S. B.

PAVIA (V. P. Fr. Bartolomé), valenciano. Nació este venerable dominico en Cervera del Maestrazgo, en donde tomó el hábito en el convento de Predicadores. Fué digno discípulo de S. Luis en la aficion al estudio y á la oracion. En el primero era ejemplar, puesto que conversaba con jaculatorias á sus pausas, ya con Cristo, ya con Sto. Tomás, y al abrir el libro decia: *Amor mio, Santo Tomás pregunta aquí, etc.*, y así proseguia y acababa suspirando constantemente por la patria celestial. Dice el P. Antich que le conoció espejo de toda virtud, pobre, abstinente, callado, humilde, celoso de la observancia, paciente y muy dado á la oracion y recogimiento; y esto en tanto grado, que ni visitaba á nadie de la ciudad, ni nadie le visitaba á él. Dióle el Señor muchos males que padecer, y atormentábanle los demonios como á Job y á S. Antonio. Refiere su historia que tuvo revelacion del dia en que habia de gozar del Señor, y así se despedia de sus compañeros, diciéndoles si querian acompañarle al cielo. Habiéndole mandado imprimir sus conclusiones para que las defendiese en el capítulo general de Barcelona, se excusó mucho, rogando á Dios le ahorrára de ellas. Y con efecto, el mismo dia que habia de partir á aquella ciudad, cayó enfermo y fué á la mansion eterna, segun lo habia dicho á un discípulo suyo, muriendo triunfante y santamente el dia octavo de la Ascension de Cristo, á 27 de Mayo de 1574. Fué este venerable padre uno de los que S. Luis Beltran invocaba á la hora de la muerte. —O. y O.

PAVIA (P. Fr. Francisco), religioso capuchino, prefecto de las misiones de Congo, conocido por sus cartas sobre el estado de aquellos países, de una de las cuales, que inserta la crónica de su Orden, se infiere que en aquellas tierras no quitan la vida á los misioneros evangélicos, con espadas, lanzas ú otras armas, sino con eficaces venenos que suelen dar los guitones, que son una casta de indios que conservan este oficio para dar culto á sus ídolos, á quienes veneran en secreto. Estos son los mayores enemigos que tienen los misioneros para la propagacion de la fe y establecimiento de las buenas costumbres. Esta clase de martirio con veneno es muy frecuente, llegando á

más de ciento y tantos los religiosos que han perdido y acabado sus vidas al rigor de los activos venenos que les han dado los guitones. Mas á pesar de esto, á nadie se quejan los misioneros ni se hace cargo á ninguno de los matadores; ántes bien, en llegando la noticia de la muerte de alguno de los Padres, tiene no poco que hacer el prefecto en templar el celo ardiente de los demás misioneros, pues todos con caritativa emulacion quieren ser elegidos para ocupar el lugar del finado, por si les toca la feliz suerte de perder la vida en obsequio de la fe católica y utilidad de las almas, porque han despreciado la vida. Una de las cartas del P. Pavía, dice así: «La última »relacion que envié á Roma los años pasados de las almas convertidas y bau»tizadas por los misioneros, fué de más de ciento ochenta mil, desde el año »1645, que empezaron á ser conocidos los Capuchinos por aquellas tierras. »Los ejercicios de predicar, doctrinar, catequizar, ayudar á bien morir, »componer pleitos y otros semejantes, son tan continuos, que casi no hay »palabras para ponderarlos.» De este religioso quedan muchas cartas dignas de ver la luz pública, aunque por desgracia continuan perdidas entre el polvo de las bibliotecas. —S. B.

PAVIA (Fr. José), valenciano, religioso de la órden de S. Francisco de Paula. Fué lector jubilado, regente de estudios del convento de S. Sebastian de esta ciudad y célebre teólogo. Obtuvo los empleos de definidor, de asistente provincial, y de provincial de su provincia de Valencia, y dió á la estampa dos sermones con estos títulos: *Rescate piadoso y libertad gloriosa de las almas del Purgatorio.* Obra que socorre mucho á los muertos, y no ménos ayuda á los vivos. En Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1666, en 8.°— *Oracion evangélica á la declaracion de la canonizacion de los Santos Padres S. Juan de Mata y S. Félix de Valois, patriarcas y fundadores de la órden de la Santísima Trinidad.* En Valencia, por Benito Macé, 1669, en 4.°— O. y O.

PAVIA (Santiago, cardenal de), conocido bajo el nombre de Ammanato y de Picolomini, era natural de Luca, y de una familia poco notable. Hizo grandes progresos en las letras y fué á Roma donde ejerció el cargo de secretario del cardenal Capránica, despues de Calixto III, y por último de Pio II. Este Pontífice, que era muy aficionado á las letras, le miró desde luego con grande aprecio, le adoptó en la familia de los Picolominis, que era la suya, le dió el obispado de Pavia y le creó cardenal en 1461. El cardenal de Pavía obtuvo durante este pontificado los cargos más elevados, lo mismo que en el de Sixto IV que le envió de legado á Umbría, y le concedió los obispados de Frascati y de Luca. Escribió diferentes obras, de las que nos quedan un volúmen de cartas y la historia de su época. Murió en 10 de Setiembre de 1479, á la edad de cincuenta y siete años, seis me-

ses y dos dias. Su cuerpo fué trasladado á Roma de órden del Papa y enterrado en la iglesia de los Agustinos. —S. B.

PAVIA (Beata Sibilina de). A la edad de doce años perdió la vista, y rogando á Dios se la devolviese, quedó arrebatada en éxtasis, en el cual la mostró Sto. Domingo una luz tan hermosa, que no deseó más ya la corporal. Despues de haber tomado el hábito de la tercera órden de Predicadores, se retiró á una pequeña ermita, donde estuvo encerrada más de sesenta y cuatro años, sin haber salido en tan largo espacio más que dos veces. Castigaba su cuerpo cruelmente con sangrientas disciplinas, quedando las rodillas pegadas á la tierra por la sangre que al rededor se helaba. Nunca tuvo fuego, y su alimento se componia del pan y del agua que le proporcionaban la caridad y amor de personas piadosas. Era su cama un duro madero. Protegióla el Señor ilustrando su espíritu, y con tanta luz que penetraba el secreto de los corazones, discurriendo algunas veces mejor que los más ilustrados profesores de teología sobre los misterios de nuestra santa fe. Hizo muchos milagros así en vida como despues de muerta. Háse conservado su cuerpo incorrupto desde el año de 1367. Celebra la fiesta de esta bendita ciega el dia 19 de Marzo el Sacro Diario Dominicano. —O. y O.

FIN DEL TOMO XVI.

ADVERTENCIA.

Deseosa la Direccion literaria de esta obra de que sea lo más completa posible, como desde un principio se lo propuso, y habiendo tenido ocasion de observar que ya por falta de libros, algunos de los cuales son sumamente raros, ó por carencia absoluta de noticias que han quedado inéditas en archivos y documentos, han dejado de mencionarse en su lugar oportuno algunos personajes ilustres, en particular españoles, y aparecido otros con ménos extension de lo que por su importancia requerian, no puede ménos de dirigirse á los reverendos prelados de las diócesis, canónigos y eclesiásticos, principalmente si son suscritores, invitándoles á que remitan notas con los nombres y hechos de los santos á que se da especial culto en sus iglesias y provincias, prelados y eclesiásticos antiguos ó modernos siempre que hayan fallecido ya, á quienes juzguen dignos por sus méritos ó virtudes de figurar en la Biografía Eclesiástica, *y hayan sido omitidos en los tomos anteriores, para darles cabida ó hacer los aumentos necesarios en el Apéndice que se está preparando. No dudamos de la reconocida ilustracion de nuestro episcopado secunde nuestro llamamiento y excite el celo de sus subordinados á tomar parte en esta difícil y penosa empresa, con lo que contribuirán á aumentar el esplendor y lustre del clero español, tan célebre en la historia del Catolicismo, y á levantar en esta obra un monumento imperecedero á las glorias de su país y á la religion de sus mayores.*

La correspondencia literaria se admite en la Direccion, calle Ancha de S. Bernardo, núm. 80.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º /
1

BIOGRAFÍA
ECLESIASTICA
16
13.524
O P